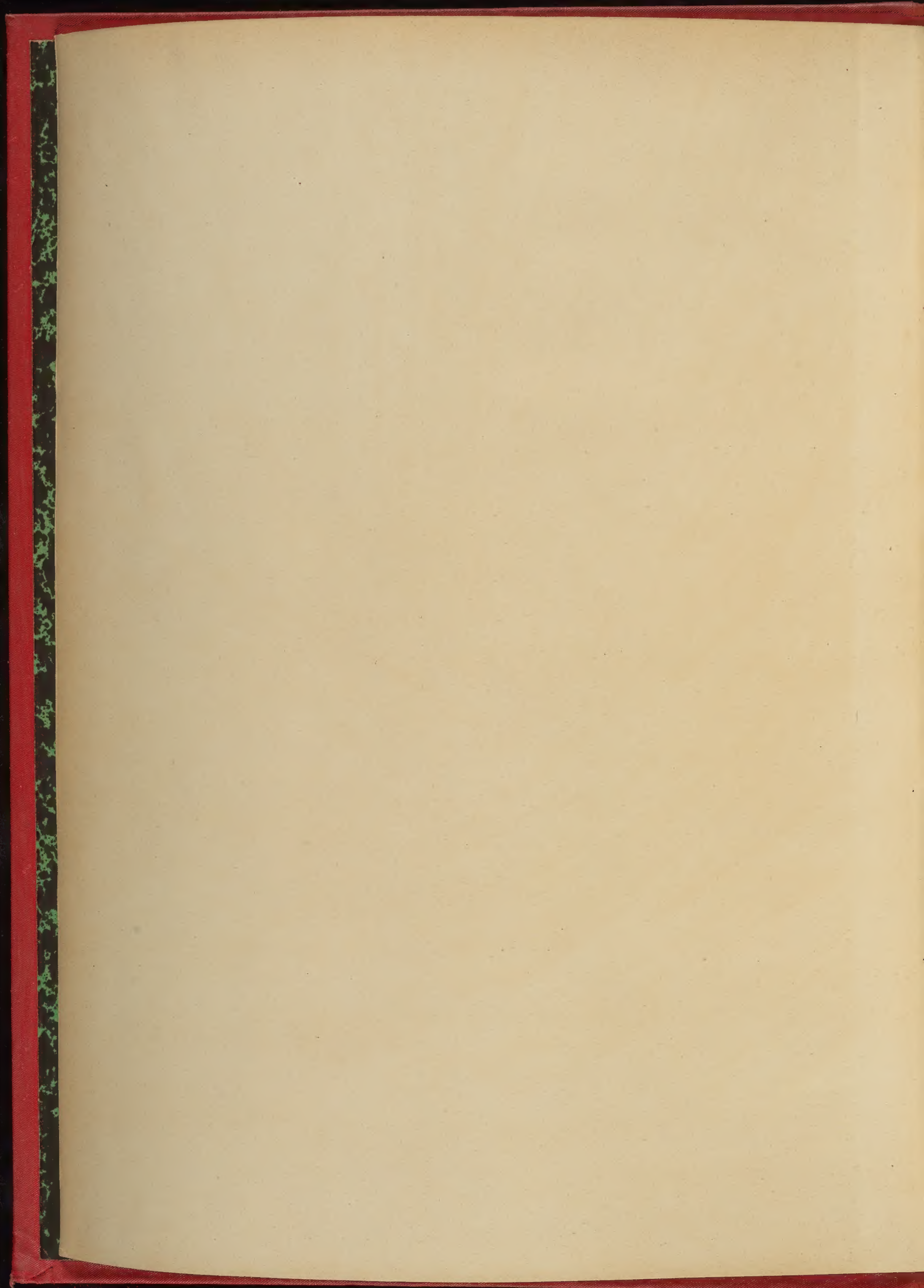
LA ILUSTRACION











LA

ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

PERIÓDICO SEMANAL DE LITERATURA, ARTES Y CIENCIAS

REDACTADO POR LOS MÁS NOTABLES ESCRITORES NACIONALES

PROFUSAMENTE ADORNADO CON UNA

MAGNÍFICA COLECCIÓN DE GRABADOS

DEBIDOS A LOS PRIMEROS ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS



TOMO XXI.—AÑO 1902

BARCELONA

MONTANER Y SIMÓN, EDITORES

CALLE DE ARAGÓN, NÚMEROS 309 Y 311

1902

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 1.° de enero de 1902 — Núm. 1.044

NÚMERO EXTRAORDINARIO DE AÑO NUEVO



LOS PRIMEROS CLAVELES, dibujo de Angel Huertas



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

JUICIO DEL AÑO

El año que termina, si no ha sido para España tan infausto como otros muy recientes del pasado siglo, tampoco puede contarse entre los faustos y risueños. Ha revestido ese aspecto gris y turbio de los períodos históricos en que, sin ocurrir sucesos muy trascendentales, se experimenta la dolorosa inquietud del porvenir y se siente como el peso del destino gravitando sobre las conciencias.

¿Qué caracteriza al año 1901?

Por de pronto, el hecho de no habernos quitado nada, al menos en territorio. Verdad que la amputación de 1898 fué tan generosa, que con otra así desaparecemos del mapa. Aún tenemos algo que perder; aún quedan en la vieja casa solariega preseas tentadores para los ladrones de territorio. Distingue, pues, al año que acaba de caer en el abismo del tiempo, que en él no hemos perdido las Baleares, la ribera de Vigo, las Canarias ni Ceuta.

Tampoco hemos declarado la guerra á potencia extranjera alguna, aunque por puntos anduvo si nos enzarzamos ó no nos enzarzamos con el infiel marroquí, que se dedica al entretenimiento de hacer bailar á las muchachas españolas, á latigazos, las danzas árabes. No cabe dudar que nosotros no somos tal vez los llamados á realizar un acto de justicia histórica; pero, sea quien sea el encargado de cumplirlo, eso ya no se lleva, eso está mandado retirar al desván. Quiero creer cuanto se escribe del pasado de los moritos, de la cultura arábigo-hispana, de la ciencia en Córdoba y Sevilla. Veo su arte en Granada y Toledo; hasta veo, en Adolfo Federico Schack, su poesía y sus letras. Corriente. Mi padre se llamó hogaza y yo me muero de hambre. Hoy esos mahometanos son sucios, groseros, ignorantes, codiciosos, crueles y dignos del fuego que abrasó á la Pentápolis. Salan cabezas cortadas; apalean los pies. O se mudan la ropa y se lavan alma y cuerpo, ó se van del escenario del mundo.

***

En nuestra vida político-social del año que muere, adquirió gran importancia el casamiento de la heredera del trono. Era un suceso en el cual España tenía los ojos fijos; ó, para expresarme con mayor propiedad, los tenían los contados españoles capaces, en el triste período que alcanzamos, de pensar en el día de mañana y de hacerse cargo de la situación. (Porque la mayor parte están como los degenerados bizantinos: entreoyen el trote de los caballos de los turcos, dan la vuelta y siguen durmiendo.) Ahora bien: la gente previsora se daba cuenta de que interesaba mucho la boda de la princesa de Asturias; que no podía ser, como en una familia burguesa, cuestión de sentimiento, ajena á las ingerencias del público. El príncipe consorte convenía que fuese un consejero, con apoyo, un leal amigo para el joven rey, próximo á cumplir la mayor edad y que en mayo del año que comienza ejercerá sus altas funciones personalmente. El príncipe consorte convenía que fuese una voluntad, una fuerza aprovechable, el primer caudillo de nuestro maltrecho ejército, el político mejor intencionado, el lazo de unión entre la monarquía y muchas clases sociales que, frías é indiferentes, van desviándose de ella. Príncipe consorte hoy; mañana, ¿quién conoce los fallos del destino? Rey consorte quizás.....

El nuevo reinado señalará un momento crítico en la existencia del príncipe de Asturias. Aún puede D. Carlos de Borbón desmentir el mal hado de su regia estirpe destronada, revelar aptitudes, mostrar tolerancias sinceras y captarse simpatías que aquí fácilmente se obtienen, porque en la multitud flota un ansia noble de adherirse á algo y á alguien, de encarnar en alguien los anhelos y las ilusiones de la nacionalidad. El año de 1902 será de prueba para la personalidad del esposo de la princesa hereditaria.

Haciendo el balance del año transcurrido, podemos decir seguramente que en él ha perdido terreno el espíritu de la tradición y lo ha ganado el socialismo, cuya organización progresa.

Las manifestaciones anticlericales revelaron, á mi entender, más que otra cosa, una evolución en la política; las clericales, igualmente, sentido político tuvieron; fueron otro episodio de la lucha entre la España vieja y la España nueva, que la buena voluntad y el honrado propósito de gobiernos verdaderamente patriotas hubiesen podido transformar en paz y armonía, para bien general. Aquí no se trata de ventilar esta cuestión; pero bien puedo repetir que no es signo de nuestra regeneración ni preliminar de nuestra enmienda el romper los vidrios de los conventos, dispersar las procesiones á garrotazos, asistir á ellas con revólver, silbar á los sacerdotes, amedrentar á las religiosas, transformar los signos de amor y dulzura, como el Corazón de Jesús, en bandera de combate. Todo ello paréceme del siglo VII, no del XX, y represivo y funesto en grado sumo. Cuando se piensa que hace tanto tiempo vivimos así; cuando se nota que la misma raíz de la armonía social, la religión, el nudo que debe unir, se convierte aquí, por las pasiones de todos, en el cilicio de agudas puntas que desgarra nuestras carnes, una oleada de pesimismo cubre de sombras el alma... ¿Tendremos redención? ¿Será el año 1902 la puerta de oro de nuestra salud?

***

Los cambios con el extranjero, signo fijo de nuestro crédito, déjalos el año 1901 empeorados, á 43 ó 44 por 100. Ahora que para tantos fines nos cumple ver lo que acaece pasado el Pirineo y que no quisiéramos asemejarnos en nada á los de allende el Estrecho, una peseta nuestra ¡no vale ni sesenta céntimos desde la frontera! ¿Qué digo desde la frontera? Aquí mismo; porque son infinitos los artículos que en España tenemos que pagar á razón de franco. Un detalle ignominioso es que en Marruecos mismo, el país de los ochavos, se mira con desdén nuestra pobre peseta española. Hemos llegado á esto: ¡al desprecio de Marruecos! Porque los moritos estarán atrasados; pero hablándose de ochavos abren el ojo, y no en vano tienen cerca á Argelia, y saben que el franco corre á la par en toda Europa, y conocen la solidez imponente de la libra esterlina.

***

Otra novedad del año 1901, que debe inscribirse entre sus insignes efemérides: un ministro español se ha resuelto (en lenguaje taurino diríamos *se ha arrancado*) ¡á que los maestros de escuela cobren sus haberes! No seré yo, que estimo siempre el esfuerzo, quien no estime el del ministro de Instrucción pública; pero ¡á cuántas reflexiones se presta el que esto pueda constituir *un esfuerzo!* Estamos en el siglo de la instrucción pública: el XIX luchó por la libertad, el XX trajo por divisa la instrucción; el maestro de escuela, en opinión de los estadistas y de los filósofos, es la columna en que descansan la racionalidad y la nacionalidad... Y á estas alturas, nosotros, ¡misérrimos de nosotros!, tenemos que agradecer á un ministro – y claro es que lo agradeceremos, porque peor era lo de antes – que el maestro de escuela no haya dejado de salir á la plaza pública á tender la mano en demanda de una limosna, y que la caricatura no siga representándole en figura de esqueleto.

***

En nuestra marina y en nuestro ejército, ¿qué huella ha marcado el año 1901? Un nuevo amargo desencanto con el dique flotante de Subic; anuncios de terminar *pronto* cruceros cuyas placas de blindaje he visto esparcidas por el suelo, donde las habían depositado hará diez años, en el Arsenal de Cartagena; el recrudecimiento del espíritu *de cuerpo* y todos los excesos á que da lugar; el cupo de 80.000 hombres... Estas fueron las notas salientes, al menos para el público, no iniciado en secretos profesionales, que mira estos asuntos, ¡naturalmente!, por sus resultados y experimenta deseos de tocar y palpar la suspirada reorganización.

***

El arte ha demostrado alguna vitalidad con los cuadros de Sorolla, y dos ó tres manifestaciones más, dignas de incluirse en el catálogo. Sería, sin embargo, incurrir en indisculpable delito de engaño á los lectores eso que á veces se escucha por ahí de que nuestro atraso en otros respectos está compensado por nuestro vigor artístico. El que haya comparado no podrá dudar: y no achacará nuestra inferioridad, seguramente, á falta de temperamento y de individualidades distinguidas y hasta geniales, sino á esa ley ineludible por la cual, en Marruecos – ya que hoy hemos tomado á Marruecos como ejemplar significativo y Marruecos es de gran actualidad ahora – no puede *físicamente* surgir un escritor como Tolstoi, un escultor como Corpeaux, un retratista como Lehnbach, un músico como Wagner. Consideradas las distancias y tomados en cuenta los antecedentes, proclamemos que en España se cumple esa misma ley. No faltan disposiciones artísticas; les falta á éstas el ambiente.

***

El que nos haya mirado desde afuera durante el año 1901 y nos haya juzgado por el número, ó más bien el sinnúmero, de *juegos florales*, creerá que esta es la tierra de la poesía y que estamos en la plenitud del romanticismo. Sería preciso, para desengañarle, enterarle de unas cuantas menudencias, entre las cuales figura en primer término el localismo. No es ya la región; es el pueblo, es el pueblecillo, el que desea afirmarse y reconocerse en una fiesta. El cariño al campanario; el deseo de atraer forasteros; el instinto de imitación – causas de la verdadera epidemia de *juegos florales*, que tales proporciones ha adquirido en el pasado año. Epidemia, por cierto, más benigna y culta que la de las corridas de toros. Sin toros pueden hacerse unas fiestas animadísimas: las de Orense lo han probado. Continúen, pues, en 1902 las solemnidades literarias, con discursos á veces admirables, como el de Costa en Salamanca y el de Unamuno en Bilbao, y no reprobemos lo que demuestra siquiera una curiosidad legítima y honrosa: la de escuchar á los hombres cuya palabra encierra gérmenes de vida.

***

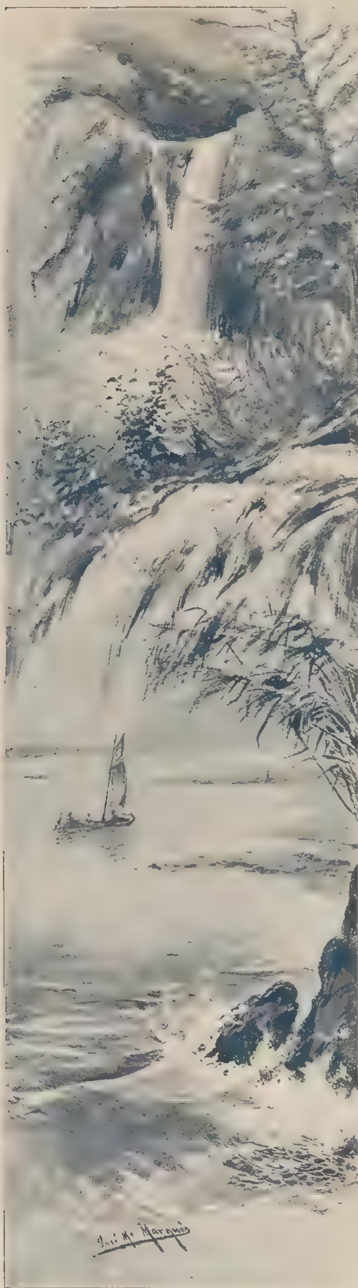
Resumiendo: el año 1901 ha sido de interinidad, expectación y aplazamiento, con muy frecuentes sacudidas epilépticas, que no han resuelto nada. Huelgas, motines, pedreas, anuncios de sublevación carlista; acrecentamiento pavoroso de la criminalidad; aceleramiento del proceso de disociación que separa al país de lo que oficialmente lo representa; descenso del crédito; elecciones más que nunca artificiosas, fabricadas en el ministerio de la Gobernación, y una especie de compás de espera en el movimiento industrial iniciado después de la pérdida de las colonias, con los capitales procedentes de allí, fueron las señales peculiares de ese año, primero del siglo XX (creo que ya nadie discute la cronología del siglo y que es cosa segura que, en efecto, en enero de 1901 comenzó el siglo).

***

Como si la meteorología quisiese atemperarse al estado social, este año 1901 casi no ha tenido un día bueno: por raro caso se ha abonanzado el tiempo; la primavera ha sido agria, tormentoso el verano, lluvioso el otoño, frías relativamente las estaciones todas: el agua ha estropeado la cosecha de uva, el huracán ha destrozado árboles y flores.

Así es que la aurora de 1902 tiene que parecernos jubilosa y esperanzada, aunque sólo sea porque es de otro año, y la fantasía borda siempre, sobre lo desconocido, magníficos recamos y deliciosos arabescos. La propensión al consuelo es un bien, es una virtud: sin ella nos rendiríamos al desaliento infecundo. Que una vez más el año joven nos traiga una canastilla de rosas..., y que con su aroma olvidemos momentáneamente las hojas secas que va hacinando el pasado, al deslizarse las eternas, insaciables esperanzas de la patria.

Emilia Pardo Bazán



LOS RÍOS Y EL MAR

EL RÍO PEQUEÑO, EL RÍO GRANDE, EL RÍO MÁXIMO Y EL OCÉANO

EL RÍO PEQUEÑO. – Nací de una humilde fuente. Corrí primero entre zarzas y malezas, después por un ameno valle entre frescos y frondosos álamos. Me alegré y anduve alborozado luego que por una y otra márgenes hube recibido dos bullíciosos arroyuelos.

Caminaba tan quedo que no se me oía, cuando de improviso caí en una hondonada. «¡Oh qué hermoso!,» exclamaron los que me vieron. Caí en uno como tazón y por los bordes me derramé en otro, del cual bajé á menudos chorros que parecían hilos de plata.

Pasé después bajo una bóveda de árboles entrelazados á través de la cual jugueteaban los rayos del sol sobre mis claras y transparentes aguas.

A poco dí con otro despeñadero. Me derrumbé de considerable altura, formando un pequeño mar con su pequeño oleaje. También entonces oí lisonjeras palabras. «¡Qué bella cascada!,» decían unos. «¡Qué galano hemiciclo!,» decían otros. «Ese mar con rompientes, decían algunos, es delicioso.»

Salí y bajé entre chopos con mansa corriente, hasta que dividido en dos entré por dos puentes en un lugar poblado de robustísima arboleda, donde por todas partes caía á saltos y hacía oir mi voz como si fuera un poderoso río.

Reuniéronse á poco mis aguas casi al borde de otro derrumbadero, del cual me precipité entre dos masas de granito con fragoroso estrépito. Allí no se decía ya «¡qué bello!,» sino «¡qué sublime!» Pasé como un velo por la boca de una gruta, batí con ira una peña que me salió al paso, y después de haber formado una estrecha y verdosa laguna recorrí mi tranquilo curso.

Aquí me ahociné, allí explayé mis aguas; aquí anduve entre breñas, allí entre cañas que movía el viento; aquí fuí recto como una saeta, allí tortuoso como una serpiente.

¡Qué va á ser de mí ahora!

EL RÍO GRANDE. – Ven, fatigado río, á entrar en mi seno. Correremos los dos por un mismo cauce y una será nuestra suerte. Juntos ofreceremos nuestras aguas á los labradores para el cultivo de los campos; juntos las ofreceremos á los industriales para el movimiento de sus molinos, sus talleres y sus fábricas; juntos apagaremos en villas y ciudades la sed de los sedientos.

EL RÍO PEQUEÑO – Y ¿mi nombre?

EL RÍO GRANDE. – Tu nombre será el mío. Toma el del marido en muchos pueblos la mujer que se casa.

EL RÍO PEQUEÑO. – ¿Soy acaso mujer?

EL RÍO GRANDE. – Como la mujer eres débil. ¿Qué son tus aguas en comparación con las mías?

EL RÍO PEQUEÑO. – Buenas son como las tuyas. Yo también regué campos y moví fábricas y molinos.

EL RÍO GRANDE – Juntos seremos más útiles. Dispondremos de mayor fuerza.

EL RÍO PEQUEÑO. – ¡Triste suerte la mía!

EL RÍO GRANDE. – Triste ó alegre has de conllevarla. Es ley de la naturaleza que lo grande devore lo chico.

EL RÍO PEQUEÑO. – Ley injusta.

EL RÍO GRANDE. – No es de prudentes rebelarse contra lo irresistible. Calla y entra en mi lecho.

EL RÍO PEQUEÑO. – En tu lecho de muerte.

EL RÍO GRANDE. – Soy ya grande. Con pocos afluentes más que recoja seré el rey de los ríos. Ved cómo se ensanchan mis riberas y se ahonda mi cauce. Bajo veloz por las vertientes de los cerros: ¡ay del que me resista!

Mas ¿qué miro? Se turba el aire, se encapota el cielo, enciende el relámpago las nubes, retumba el trueno, hincha y desborda la lluvia los torrentes y no puedo ya con las aguas que recibo. Guardaos de mí, pueblos que habitáis en mis orillas. Deberé pronto salvar mis márgenes é inundar vuestras llanuras. Abatiré árboles, romperé puentes, borraré vuestros caminos y ¡ay! tal vez arrastre en mi precipitado curso las cunas de vuestros hijos.

No soy dueño de mí, pueblos: también yo soy víctima del fatalismo de la naturaleza.

Como caballo sin freno salto. Cubren las tinieblas el mundo y yo la tierra.

¡Qué dolor! Lo arraso todo en mi vertiginosa carrera: aquí árboles, allí cabañas, acullá aldeas y villas. A todo y á todos llevo el espanto, la desolación, la muerte. No me maldigáis, pueblos; obro sin querer como el huracán, el terremoto, el rayo. Ni vosotros podéis atajar mis pasos ni yo contenerlos...

¡Ah! La tormenta amaina. Entre desgarradas nubes descubro el azul del cielo. Brilla en la obscuridad el arco iris con sus bellos colores; azota menuda lluvia mis turbulentas aguas. ¡Que no pueda yo recogerme á mi antiguo lecho! No oigo sino gemidos y maldiciones, no veo sino rostros surcados de lágrimas...

¡Cuán trabajosamente he vuelto á mi cauce! Voy ya sosegado, pero rojo cual si me hubiera convertido en sangre...

Mucho he debido correr durante la borrasca. Veo una ciudad que por sus altas torres y soberbias cúpulas debe ser poderosa. Voy á cruzarla.

EL RÍO MÁXIMO. – No cruzarás sino uno de sus arrabales: lo cruzarás conmigo. Ha llegado la hora de que pierdas tu personalidad y tu nombre y confundas tus aguas con las mías.

EL RÍO GRANDE. – Soy grande.

EL RÍO MÁXIMO. – Más lo soy yo. Bajo del Norte devorando leguas: recorrida llevo la mitad del reino. He engruesado mi caudal con multitud de ríos, de arroyos, de torrentes. Sobrellevo almadías y buques

Terribles son mis avenidas. ¿Crees que hay algo que me detenga ni me corte el paso?

EL RÍO GRANDE. – Y ¿lo celebras?

EL RÍO MÁXIMO. – Enseño á los engreídos hombres lo que valgo. Inundo y esterilizo sus campos, derribo sus más añosos árboles, rompo sus viejos puentes, arrastro en mi violento curso el trigo de sus trojes, las mulas de sus pesebres, los niños que más quieren y hallo dormidos en sus cunas de pino. Aun sus casas arrebato.

EL RÍO GRANDE. – Y ¿no lo sientes?

EL RÍO MÁXIMO. – ¿Los daño yo más que sus ejércitos y sus reyes?

EL RÍO GRANDE. – Te consideras rey.

EL RÍO MÁXIMO. – Rey soy á juzgar por los montes y sierras que me dan en tributo sus aguas. En tributo me dan las tuyas los inmediatos cerros. Ven á mi cauce.

EL RÍO GRANDE. – Domina la fuerza el mundo. ¡Que haya de juntar yo mis aguas con las de un tirano!

EL RÍO MÁXIMO. – ¡Cuán feliz soy! De día en día mi caudal crece, mi cauce se ensancha, mi poder aumenta. Infundo cada día á los mortales mayor respeto. ¿Por qué me contemplarán? ¡Ah! Saben cuán corta es su existencia, cuán larga la mía. Duran ellos años y yo siglos. ¿Quién es capaz de definir la edad en que empezaron á fluir mis aguas? ¿Quién de predecir la época en que el terremoto ú otra fuerza las extinga?

Me respetarían aún más los hombres si consideraran los siglos que corren de día y de noche mis aguas sin que jamás se agoten. Contémplame, hombre, y envidia mi suerte. Apenas paso por villa ni lugar en que no doblen las campanas por la muerte de alguno de tus deudos; y yo seguiré mi viaje interín doblen por la de tus últimos descendientes.

Mas ¿qué veo allá á lo lejos? Otra mole de aguas que llenan todo el horizonte. Son entre azules y verdes. Se agitan sin cesar y sin cesar se encrespan. ¿Por qué baten con ira las rocas levantando montes de espuma? ¿Qué serán aquellas olas que avanzan en línea como un ejército?

Sus rugidos me espantan. Deteneos, aguas mías, hasta que conozcamos adónde nos lleva el destino.

EL OCÉANO. – Imposible. Soy el mar. Soy el que recojo las aguas de todos los ríos del mundo. Desde que nacéis bajáis todos sin descanso á buscar en mí el reposo que jamás tuvisteis. Te vanagloriaste hace poco de las aguas que de valles y cerros recibiste: en una de mis copas cabrían todas las que traes. Yo soy el eterno; yo soy el dispensador de la vida y la muerte. Entra.

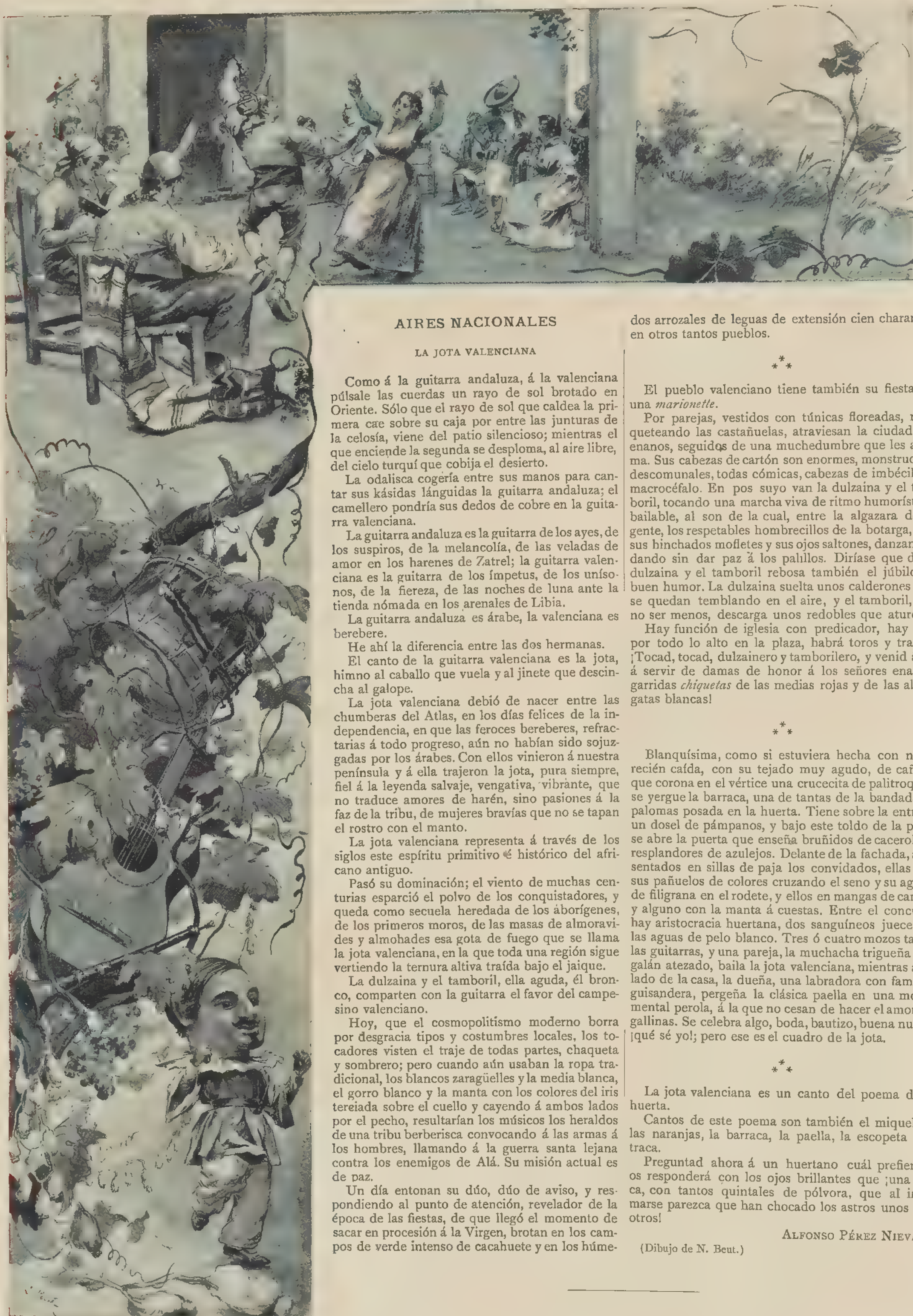
EL RÍO MÁXIMO. – ¡Desdichado de mí! Yo que esperaba que no me faltase nunca tierra por donde corriese. Ese es entonces mi sepulcro.

EL OCÉANO. – Tu sepulcro no; tu nueva vida. Juntas tus aguas y las mías engendrarán nubes que, deshechas en lluvia, en nieve, en granizo, mantendrán los manantiales y las fuentes que te engendraron y engrosarán los arroyos y los torrentes que te dieron en tributo.

La muerte es en todos los órdenes de seres renovación de vida.

F. PI Y MARGALL.

(Dibujo de José María Marqués.)



AIRES NACIONALES

LA JOTA VALENCIANA

Como á la guitarra andaluza, á la valenciana púlsale las cuerdas un rayo de sol brotado en Oriente. Sólo que el rayo de sol que caldea la primera cae sobre su caja por entre las junturas de la celosía, viene del patio silencioso; mientras el que enciende la segunda se desploma, al aire libre, del cielo turquí que cobija el desierto.

La odalisca cogería entre sus manos para cantar sus kásidas lánguidas la guitarra andaluza; el camellero pondría sus dedos de cobre en la guitarra valenciana.

La guitarra andaluza es la guitarra de los ayes, de los suspiros, de la melancolía, de las veladas de amor en los harenes de Zatrel; la guitarra valenciana es la guitarra de los ímpetus, de los unísonos, de la fiereza, de las noches de luna ante la tienda nómada en los arenales de Libia.

La guitarra andaluza es árabe, la valenciana es berebere.

He ahí la diferencia entre las dos hermanas.

El canto de la guitarra valenciana es la jota, himno al caballo que vuela y al jinete que descincha al galope.

La jota valenciana debió de nacer entre las chumberas del Atlas, en los días felices de la independencia, en que las feroces bereberes, refractarias á todo progreso, aún no habían sido sojuzgadas por los árabes. Con ellos vinieron á nuestra península y á ella trajeron la jota, pura siempre, fiel á la leyenda salvaje, vengativa, vibrante, que no traduce amores de harén, sino pasiones á la faz de la tribu, de mujeres bravías que no se tapan el rostro con el manto.

La jota valenciana representa á través de los siglos este espíritu primitivo é histórico del africano antiguo.

Pasó su dominación; el viento de muchas centurias esparció el polvo de los conquistadores, y queda como secuela heredada de los aborígenes, de los primeros moros, de las masas de almoravides y almohades esa gota de fuego que se llama la jota valenciana, en la que toda una región sigue vertiendo la ternura altiva traída bajo el jaique.

La dulzaina y el tamboril, ella aguda, él bronco, comparten con la guitarra el favor del campesino valenciano.

Hoy, que el cosmopolitismo moderno borra por desgracia tipos y costumbres locales, los tocadores visten el traje de todas partes, chaqueta y sombrero; pero cuando aún usaban la ropa tradicional, los blancos zaragüelles y la media blanca, el gorro blanco y la manta con los colores del iris terciada sobre el cuello y cayendo á ambos lados por el pecho, resultarían los músicos los heraldos de una tribu berberisca convocando á las armas á los hombres, llamando á la guerra santa lejana contra los enemigos de Alá. Su misión actual es de paz.

Un día entonan su dúo, dúo de aviso, y respondiendo al punto de atención, revelador de la época de las fiestas, de que llegó el momento de sacar en procesión á la Virgen, brotan en los campos de verde intenso de cacahuete y en los húmedos arrozales de leguas de extensión cien charangas en otros tantos pueblos.

***

El pueblo valenciano tiene también su fiesta de una *marionette*.

Por parejas, vestidos con túnicas floreadas, repiqueteando las castañuelas, atraviesan la ciudad los enanos, seguidos de una muchedumbre que les aclama. Sus cabezas de cartón son enormes, monstruosas, descomunales, todas cómicas, cabezas de imbécil, de macrocéfalo. En pos suyo van la dulzaina y el tamboril, tocando una marcha viva de ritmo humorístico, bailable, al son de la cual, entre la algazara de la gente, los respetables hombrecillos de la botarga, con sus hinchados mofletes y sus ojos saltones, danzan andando sin dar paz á los palillos. Diríase que de la dulzaina y el tamboril rebosa también el júbilo, el buen humor. La dulzaina suelta unos calderones que se quedan temblando en el aire, y el tamboril, por no ser menos, descarga unos redobles que aturden.

Hay función de iglesia con predicador, hay jota por todo lo alto en la plaza, habrá toros y traca... ¡Tocad, tocad, dulzainero y tamborilero, y venid aquí á servir de damas de honor á los señores enanos, garridas *chiquetas* de las medias rojas y de las alpargatas blancas!

***

Blanquísima, como si estuviera hecha con nieve recién caída, con su tejado muy agudo, de cañizo, que corona en el vértice una crucecita de palitroques, se yergue la barraca, una de tantas de la bandada de palomas posada en la huerta. Tiene sobre la entrada un dosel de pámpanos, y bajo este toldo de la parra se abre la puerta que enseña bruñidos de cacerolas y resplandores de azulejos. Delante de la fachada, aposentados en sillas de paja los convidados, ellas con sus pañuelos de colores cruzando el seno y su agujas de filigrana en el rodete, y ellos en mangas de camisa y alguno con la manta á cuestas. Entre el concurso hay aristocracia huertana, dos sanguíneos jueces de las aguas de pelo blanco. Tres ó cuatro mozos tañen las guitarras, y una pareja, la muchacha trigueña y su galán atezado, baila la jota valenciana, mientras á un lado de la casa, la dueña, una labradora con fama de guisandera, pergeña la clásica paella en una monumental perola, á la que no cesan de hacer el amor las gallinas. Se celebra algo, boda, bautizo, buena nueva, ¡qué sé yo!; pero ese es el cuadro de la jota.

***

La jota valenciana es un canto del poema de la huerta.

Cantos de este poema son también el miquelete, las naranjas, la barraca, la paella, la escopeta y la traca.

Preguntad ahora á un huertano cuál prefiere, y os responderá con los ojos brillantes que ¡una traca, con tantos quintales de pólvora, que al inflamarse parezca que han chocado los astros unos con otros!

Alfonso Pérez Nieva.

(Dibujo de N. Beut.)



El corro de danzarines se dilata, se ensancha...

AIRES NACIONALES

LA SARDANA AMPURDANESA

Es clásica, es helénica, ha venido sin duda á los ampurdaneses valles con las naos rodias ó focenses, trayéndose á través del *mare nostrum*, el lago sagrado de las hazañas antiguas, aquel espíritu inmortal de la belleza que todavía anima al mundo.

La sardana es el *pxan* griego, danza á la vez victoriosa y agradecida, de triunfo y acatamiento, con gravedades religiosas y candideces arcádicas. En sus figuras suaves y acompasadas preside una elegancia exquisita, aborigen.

El ritmo es sobrio, puro, parco, una manifestación más, otro rayo del primitivo haz de luz de la hermosura que constituyó el alma del pueblo artista.

En la sardana hay apresuramientos, vivacidades, giros veloces y gallardos, pero predominando siempre queda la armonía del conjunto, la suprema ley apolina.

En una feliz mañana que ha dejado en nuestros anales el reflejo de su aurora tradicional, desembarcaban en las costas catalanas puñados de aventureros lanzados al mar en busca de nuevos horizontes. ¡Hermoso país el que descubrían, no menos fértil que el que dejaban!, tierra virgen que les ofrecía todo el amor sin desflorar de su seno. Y en la tierra, la primera pasión instintiva del hombre, culto de hijo, debieron de pensar al poner sus plantas en el desconocido suelo. Venían de las islas privilegiadas en que la naturaleza era diosa; aquí, donde concluían las olas, estaba el inexplorado terrón fecundo que había que poner bajo el amparo de la divinidad; se imponía una terminalia, y los atrevidos isleños jónicos bailaron en honor á Ceres, que enseña á cultivar el campo y á sembrar el trigo. Y nació la sardana.

Tiene la sardana un momento en que se cree oir en medio del amplio corro la flauta de Pan.

Todo permanece suspenso en ese delicioso instante.

La charanga enmudece, los bailarines se quedan inmóviles.

Es un éxtasis que pasa, como la salutación sin palabras ni sonidos al hálito de la tierra enardecida por el trotar de la danza.

El clásico antropomorfismo helénico parece transmitirse de mano en mano y de pecho en pecho.

Fauno y Silvano van á meterse en el círculo y se disponen á coger á las mujeres por la cintura.

El caramillo sigue con sus trinos. Pero á poco, el solo se apaga, la racha de sensualidad anacreóntica se extingue, la música reanuda sus compases, la sardana continúa – pura y cándida...

La sardana es democrática, alternan en ella la menestrala con la señorita, el payés con el señor.

Allí no hay clases en el gran corro, todos son unos, corazones que laten al unísono con el amor regional, piernas que danzan por instinto.

Los jonios que en España colonizaron trajéronse sus instituciones republicanas, vivieron autónomos entre sí. Este espíritu amplio, espíritu del pueblo, ¿no prueba el origen helénico de la sardana?

***

El pueblo arde con la alegría de la fiesta mayor, y en la plaza, ante un público «de cabezas de amapola» que invade los soportales de las casas, se baila la fraternal sardana, que no excluye en su anillo de carne el payés de barretina y alpargatas llegado de la masía, junto al alcalde, muy tirado de traje de señorío.

La charanga alborota con sus requintos, cornetines y bombardinos, volcando por sus bocas de metal un aire vivo y cadencioso, que repite una y otra vez el mismo motivo, y el corro de danzarines se dilata, se ensancha, se estrecha, disminuye, descompone su cadena, las figuras se desenlazan, huyen, vuelven á unirse, y sin perder el compás, el remolino se convierte en un oleaje sujeto á ritmo.

De cuando en cuando hay una pausa. La banda guarda silencio y queda solo vibrando uno de los instrumentos, cuatro notas de pífano que paraliza todos los pies y extasía todos los rostros. Diríase el canto de un pájaro desde una rama, el trino de un ave al buen tiempo, una voz del campo que viene de allá lejos, de las praderas hermanas que el mistral orea, y al cabo la orquesta torna á recobrar su supremacía, y la rueda de hombres y mujeres vuelve á ondular incansable, terminado el paréntesis reflexivo, con sus aleteos de farándula, encendidos ya los semblantes con el arrebol del entusiasmo, de la agitación, de la fuerza, de la placentera dicha bucólica.

***

Las espaldas anchas, el seno prominente, la entrada de la pierna que enseña la falda corta, recia y á la vez fina, la aurora en la cara y la primavera de la vida en toda la persona. Contará los diez y ocho años, unos diez y ocho años fuertes, como desarrollados en la plena montaña, al amor de la naturaleza, en la masía que se saben de memoria el viento y la nieve.

Es la *noya* que con más arte y gallardía baila la sardana en ocho leguas á la redonda, es el alma de las sardanas.

Sus pies, calzados con la alpargata de cáñamo que descubre la media, no se cansan nunca, ni su cuerpo de estatua, helénico como la danza, tiene quien le iguale en majestad y en ligereza. Se desliza, no pisa.

Los mozos la acosan, pero no hay más que un *noy* que haya conseguido sus miradas: su pareja de la sardana.

Por la sardana le conoció y por la sardana le quiere.

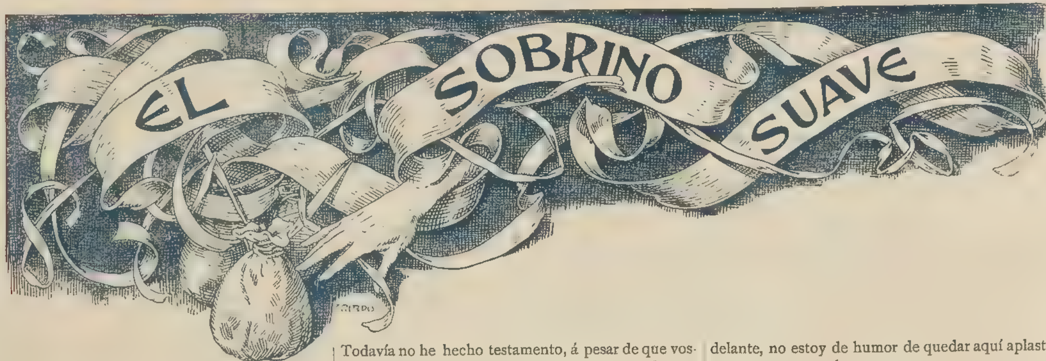
***

La sardana es pagana y se mantiene fiel á su origen.

Y para que no pierda esa levadura helénica, sagrado rastro de raza transmitido con el baile aborigen, subsiste flotando como una bandera que agita el ritmo de la danza el gorro frigio convertido en la roja barretina, corona del traje regional que la sardana hará perdurable, ¡el símbolo de Grecia!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)



EL SOBRINO SUAVE

Le llamaban así los otros tres sobrinos de D. Jenaro.

D. Jenaro era solterón, tenía setenta años, poseía una gran fortuna y toda su familia se reducía á cuatro sobrinos, de los cuales tres no vivían sino para desear la muerte de su tío.

Verdad es que el tío no merecía vivir, ¡porque para la vida que se daba!

Muy miserable, muy avaro, de nada le servían sus millones; para él se hizo aquel refrán que dice: *Asno de Arcadia, lleno de oro y come paja.*

Tenía en su casa todas las comodidades posibles, por ser su habitación un antiguo palacio heredado de sus padres, tan ricos y tan miserables como él. Pero á mi D. Jenaro le bastaba para ser dichoso su catre de tijera y su sillón de vaqueta.

La bodega la tenía llena de lo mejor que produjeran las viñas de Sanlúcar, y en ella había un amontillado que era un ámbar; pero el viejo solterón no bebía más que agua, y su ruindad era tal, que no abriera una botella de aquel néctar por nada del mundo.

Corrió la voz de que iba á testar en favor de la Iglesia; y los cuatro sobrinos pusieron el grito en el cielo.

Habían estado pensando en la herencia, ¡y ahora les salían con eso!

De los cuatro, tres eran violentísimos, y aunque no lo hubieran sido se volvieran tales al anuncio de tan estupenda noticia; el cuarto era de natural dulce, de condición humilde; le llamaban los demás y su mismo tío *el suave*, y lo era.

No era el tío Jenaro hombre de achicarse ante la actitud hostil que tomaron los tres sobrinos mayores. El día en que fueron á verle y le *exigieron* que hiciera testamento en favor de sus herederos legítimos, les envió á paseo.

– ¡Cómo! ¡Querer forzar mi voluntad!

– ¡Sí, señor! En vez de dejar este palacio y las otras fincas á los pobres ó á la Iglesia, estamos aquí nosotros para recibir lo que legalmente nos corresponde.

– ¿Qué queréis? ¿Matarme de un disgusto? ¡Pues no estoy de ese humor! ¡Fuera de aquí! ¡A la calle! Todavía no he hecho testamento, á pesar de que vosotros creéis lo contrario; pero ahora es cuando voy á hacerlo como me dé la gana... ¡Hemos concluído!

* * *

Se fueron, alborotando por las escaleras, y D. Jenaro le dijo á su ama de llaves:

– ¿Has visto cosa igual? No falta más sino que ahora venga el otro, Miguelito, con la misma exigencia...

– Miguelito, señor, según me dijeron ayer, está malo.

– ¿Y qué tiene?

– No lo sé.

– Ve á preguntar por él, y con tu habilidad y tu conocimiento de la familia averigua si está en las mismas malas disposiciones que esos pícaros.

La fiel Ramona se fué, y volvió al poco rato diciendo:

– El señorito Miguel va á venir; pero advirtiendo que estará muy poco rato, porque aquí es donde se pone malo siempre que viene.

– ¡Hola!

Y en efecto, vino Miguel, muy humilde y muy respetuoso.

– ¿Cómo está usted, tío Jenaro?

– Así ando, con este reuma... ¿No sabes lo que me ha pasado con tus hermanos?

– No sé nada, ni me meto en nada. Lo que sé es que venir á verle á usted es pedir pasaporte para el cementerio.

– ¿Qué dices?

– Que usted no lo nota, por lo visto; pero esta casa es húmeda.

– ¿Una casa tan antigua?

– Sí, señor, antigua es; pero como tiene al lado la fábrica y el salto de agua...

– ¡Ah!

– Me ha dicho el médico que aquí se coge el reuma sin sentirlo, y además que un día va á estallar la caldera de vapor...

– ¡Demonio!

– Además... – esto me lo ha dicho el arquitecto Pérez – la casa amenaza ruina.

– ¡Eh!

– Usted, por no gastar, no ha querido hacerla reconocer; pero por el lado donde usted duerme, la casa se desmorona. Y como yo tengo muchos años por delante, no estoy de humor de quedar aquí aplastado como una cucaracha.

– ¿Qué me dices, Miguelito?

– Lo que usted oye. ¿De qué se quejan mis hermanos? ¿De que piensa usted legar este caserón á la Beneficencia? Yo creo que hace usted muy bien, y cuanto antes, mejor.

– ¿Crees tú?..

– Sí, señor. No está usted tan viejo como parece. Múdese usted á una casa barata, sana, seca, y déjeles usted ésta á mis hermanos, ó á los pobres, ó al diablo, porque – y esto me lo ha dicho el doctor Aquino, que es un sabio – vivir aquí es tener la existencia en peligro á todas horas.

– ¡Ramona!

Y D. Jenaro, aterrado, porque tenía mucho apego á la vida, comenzó á tomar disposiciones para lo porvenir; mientras Miguelito, tosiendo y haciendo como que temblaba de frío, dijo:

– Mire usted, tío Jenaro, yo gano más de dos mil reales al mes con mis comisiones de comercio; tengo doble casa de la que necesito... Véngase usted á vivir conmigo. Le cuidaré á usted, le administraré á usted gratis las fincas, y haremos juntos ese testamento, dejando á los desgraciados lo que les hace más falta que á usted y á mis hermanos y á mí. ¡Y á mi lado no tendrá usted que gastar nada!

¡Qué proposición para un avaro! Salvar la pelleja, vivir de balde...

* * *

A los ocho días estaba D. Jenaro instalado en casa de su sobrino, y al año le dió una pulmonía al cruzar un pasillo que era una nevera; y como vió que se moría por la posta, entonces fué cuando hizo de prisa y corriendo el testamento, que apenas tenía hoja y media de letra menuda.

«Dejo heredero universal de mis bienes á mi sobrino D. Miguel, que se ha portado conmigo como un hijo.»

Y cuando los otros sobrinos, muertos de envidia, fueron á darle la enhorabuena, les dijo la vieja Ramona:

– Don Miguel es muy listo... Mientras ustedes atacaban la plaza de frente, él la atacó de flanco, y á lo que ha hecho lo llaman en mi tierra ¡sacarle al prójimo el alma de pecado!..

Eusebio Blasco.

(Dibujos de Triadó.)





MERCADO DE FLORES (SIGLO XIX), dibujo de J. García y Ramos



AIRES NACIONALES

LA GAITA GALLEGA

Es el instrumento primitivo de la gran emigración aria. Aquellas tribus asiáticas que con sus mujeres y sus ganados amanecieron un día en los valles galaicos, saludaron con la gaita su primera aurora en el país nuevo. Era una tierra igual á la que dejaban, la naturaleza cándida y adolescente, las selvas vírgenes de la formación del planeta, el agua dondequiera, la eterna guía y ayuda del que viaja; y agradecidos á su próspera fortuna, entonaron un coro de alabanzas que el sol acompañó hinchado por la ternura.

Esta pureza originaria da á la gaita su carácter idílico. Pasaron los arcádicos tiempos, pero quedó ella llena de su ingenua poesía, con sus sonatas suaves y dulces, reflejo de la vida natural no turbada por el hálito de infierno de la civilización. Sus cantos son todavía castos aunque apasionados; nacieron sus notas de los amores instintivos y pastorales, del placer satisfecho, de los abrazos de los jóvenes rendidos, de las primeras caricias bajo los castaños, de toda una felicidad inconsciente, sin otras nubes que las luchas del celo. Los siglos han ido desgastando poco á poco esa sencillez primitiva, pero no han podido quitar á la gaita su ternura aborigen, el sentimiento tranquilo que invadió prehistóricamente su fuelle suspirante. Suena, sin embargo, melancólica, con cadencias de tristeza, como si tuviera conciencia de que hoy la infla la nostalgia de los recuerdos y que es algo que para siempre se perdió.

Esa misma antigüedad hace algo *impersonal* á la gaita. No es un instrumento de una región, sino de una raza. Los primeros hombres que emigraron necesitaron cantar por el camino; y hombres viajeros, su canto no pudo localizarse, debió de ser íntimo y subjetivo, el canto del soñar errante, y crearon la gaita, que no deja de sonar aunque se aparten los labios de la boquilla, que gusta de la soledad al aire libre, que imita á las alondras al nacer el día y á los arroyos al ponerse el sol. Las notas agudas son suspiros de brisa que pasa por el maíz, sus notas graves son las quejas de los pinos, sus notas broncas del roncón son los rumores de un *Angelus* que salmodia la tierra al recogerse al anochecer.

La gaita gallega carece de una tradición heroica, como la de la dulzaina castellana que acaso resonó en la reconquista, ó como la guitarra andaluza que pulsaran los árabes, ó como el guitarrillo aragonés que peleó contra los gabachos. La leyenda de la gaita gallega es la de todas las gaitas, la leyenda de las montañas, del roble sagrado, del laurel clásico, de las hadas de los lagos altos, de las escondidas dichas anacreónticas. La gaita gallega es la misma asturiana, es la piamontesa, es la escocesa, es el espíritu celta inmortal tocado del universalismo de los sentimientos, que canta la naturaleza sin las parcelas de las nacionalidades. Ossián no es sólo escandinavo, vive donde gima una gaita. La musa gaélica deja oir iguales alboradas al pie del Pirineo, que de los Alpes ó del Galles; es la voz de la *xana* de las cañadas amando en las praderas.

Mozas y mozos bailan la tradicional muñeira, en una explanada del robledal en cuya cúspide alborota la esquila de la romería. En todos los rostros resplandece una gravedad reflexiva, la que deja el recogimiento. Su danza tiene algo del extático panteísmo. Giran, se vuelven, se saludan con atención ensimismada. Practican una ceremonia; los viejos troncos que les rodean son aras. Sin que se den cuenta de ello, la levadura céltica de profundo amor al campo, transmitida de generación en generación, de íntimo respeto á las fuerzas vivas de la naturaleza, les mueve los pies con la parsimonia de una práctica de rito. Ofician en el templo de los seculares árboles sumisos á la voz de su órgano, de la gaita, que bajo un castaño lanza sus cadencias de oboe á los bailarines y á su vez toma parte en las figuras bailando ella, y cuando el culto ha expirado en un grito gutural con que se invoca y se saluda quizá á los manes de los antepasados flotantes en el aire, la gaita sostiene un último calderón bronco para volver á reanudar después el motivo de la muñeira. Es un cuadro bíblico, de la vida patriarcal. Trasladadlo á un palimpsesto y resultará una página del *Antiguo Testamento*.

Para saber lo que es una gaita hay que oir las alboradas gallegas, pero fuera del tumulto de la romería, en la quietud del campo desierto. Famosas son las alboradas de la región. La musa gallega ama con delirio la salida del sol. Las alboradas de su gaita encierran todos los balbuceos de la aurora sorprendidos por la música. Es digno de notarse que el gallego que se muere en la ausencia de tristeza, no canta al crepúsculo vespertino, sino al nacimiento del día. Es la suya una melancolía fuerte que no le impide alejarse de su valle natal en la lucha de la vida. Deja en la tierra la mujer, el lar ó los recuerdos; sigue el huracán de miseria que le empuja á la emigración, pero se lleva una reliquia protectora, la gaita. Y cuando en las horas de desaliento, perdido en el océano de hierba, se siente agonizar en el último rincón de las pampas, le basta oir la voz de la gaita tocando una de sus alboradas queridas para volver á esperar en el «algún día» del definitivo regreso.

En todos los regimientos constituídos por soldados gallegos ó asturianos hay una gaita. En todos los transatlánticos de emigrantes galaicos ó astures hay una gaita. En todas las colonias de hijos del trabajo de ambas regiones en las grandes capitales hay una gaita. Esa gaita es la golondrina que les hace volver.

Tocad la gaita ante la tumba de Virgilio, y le veréis resucitar exclamando enajenado: «¿Son mis *Geórgicas*?»

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Alfredo Souto.)



AIRES NACIONALES

LA GUITARRA ANDALUZA

Por singular y no explicado contraste, el pueblo clásico de la alegría en nuestro país, el andaluz, al cantar deslíe su alma en la tristeza. El cielo azul, las casas blancas, las rejas verdes, la copla negra, la guitarra sombría. Su sol de fuego dora la campiña metiéndose por todos los poros de la tierra, enciende una estrella en cada flor de azahar y una llama en cada naranja madura, bruñe las chumberas, broncea las pitas, enrojece las pasas, por dondequiera brota la exuberancia de la plenitud, y tanta vida se diluye luego en una copla que es un gemido y en un arpegio que es una queja. La guitarra inicia un acorde largo, bronco, fuerte, al unísono, y un ay prolongado viene á caer sobre las notas, un ay que tiene el valor de algo que se desploma vencido por el dolor, y sigue la malagueña sentidísima que exhala la pena de un cariño callado, de una pasión no comprendida, ó la soleá llena de la desesperación del desengaño, ó la carcelera henchida de las intimidades del presidio ó la playera que trae á la memoria el mar sereno y soñador. El cementerio ocupa siempre un primer término en la musa popular andaluza. Rebosando vigor cuanto la rodea, ella canta á la muerte. Y canta así porque rinde culto al amor instintivo de los andaluces á la soledad, que es melancólica porque invita á la meditación, á los recuerdos.

Es una herencia de raza. Ocho siglos de fatalismo musulmán han dejado esa huella en la sangre andaluza. El árabe, aparte el nómada del desierto, á pesar de ser el hijo por excelencia del sol, es el menos expansivo de cuantos hombres pueblan la tierra. Adora al sol hasta el sabeísmo, pero quisiera tenerlo en la linterna de una alta torre que llegara hasta el astro, en que lo viera él solo. Es su ley histórica: el aislamiento. Fuera, en la calle, nada. Paredones lisos, callejones obscuros, el fango en los pisos. Dentro, tras los discretos muros, los arcos llenos de alicatados, los patios con olorosos arrayanes, las salas de techos esmaltados de oro, las mujeres hermosas, las veladas poéticas, el lujo y el placer. Sus sucesores, á través de los siglos, resultan con la misma característica, con igual tendencia al apartamiento. La mujer árabe tenía en su aposento, si las tenía, altas las ventanas. La andaluza tiene en su reja una celosía detrás de la que vive. Siempre el retiro silencioso, algo claustral procurando ocultar á las miradas curiosas: el misterio.

Cualidades tales tenían que dar por resultado en el sensualismo árabe la copla, la guitarra y el baile transmitidos á los andaluces. El misterio les ha hecho nacer, del misterio se nutren y el misterio les da su voluptuosa tristeza. La malagueña, la soleá, la petenera, con su media voz suspirante están creadas para el lugar cerrado que recoge los ecos como un tesoro; el arpegio de la guitarra, piano y suave, á veces una nota sola, no se compadecen con la amplitud del aire libre; la danza lánguida y dulce pide la discreta sombra, el recogimiento del patio tranquilo.

¡Ah, sí, la guitarra, la andaluza guitarra, trasplantada un día con las palmas y los naranjos por los orientales alquiceles, la que repercutió en los patios de Medina Azahara en las abderramánicas fiestas, continúa fiel á su tradición amorosa, sigue siendo la cenobita de un pueblo que canta sus tristezas al son de sus cuerdas en la quietud de las noches de luna!

Cae la tarde. Bajo el porche de parra del cortijo, bebiendo el reposo de la hora augusta, sentadas en los poyos de piedra están la guapa y cuarentona dueña del cortijo con otras matronas de los lagares próximos, la hija de la cortijera, una morena pálida y varias muchachas de las labores próximas. Los hombres se agrupan juntos, tocando uno de ellos la guitarra. Todo el anochecer escucha.

De los hombres el tocador es el que hace el gasto cantando, de las mujeres la hija de la cortijera. Si los ojos del uno yendo á buscar los de la otra, no fueran bastante elocuentes para revelar una pasión mutua, la descubrirían las coplas. Siguiendo la costumbre campesina, cada copla de él es una pregunta ó un ruego, cada copla de ella una respuesta ó una afirmación. No se nombran en las coplas, son éstas de las nacidas al calor del pueblo; pero ya sabe ella á quién se refieren en el presente caso las quejas de las malagueñas de él, y él los suspiros de las soleares de ella. Los oyentes jalean á los cantadores, que apuran su memoria en tan interesante justa de ingenio, y el torneo se prolonga, sin que cada uno de sus mantenedores se dé por vencido, mientras la guitarra del galanteador suena y suena en un rasgueo frenético, á la vez que las muchachas se ríen y los compañeros de labranza gritan: «¡Otra! ¡otra!»

La hora de cenar corta la velada campestre. Cada cual á su casa por las sendas abiertas entre los olivares. En la noche serena se queda flotando algo ardiente, como si las coplas amorosas se hubieran esparcido por el aire, y hasta el domingo próximo enmudece la guitarra que encierra en su caja la felicidad de dos seres y que va á representar en aquella aproximación de dos almas el dulce papel de la intermediaria.

La escena en un café cantante. Sobre un tabladillo dos hombres afeitados, de chaqueta corta, y una mujer de pañuelo de crespón grana que hace resaltar la tez obscura y los ojos chispeantes. Los dos hombres están sentados en sillas. Uno de ellos marca el compás pegando con un palo en el piso, y de cuando en cuando suelta una copla poniendo una cara muy triste; el otro rasguea la guitarra con bruscos manotones y rápidas paradas en firme sujetando las cuerdas con los cinco dedos, mientras la mujer baila retorciéndose como una culebra que tuviera brazos, con ademanes tan pronto de iluminada, tan pronto de loca, dejando asomar á veces una sonrisa de beatitud, á veces un relámpago de lascivia, en tanto que el público prorrumpe en olés, y al concluir ella su danza terciándose el mantón, la tiende filas de cañas de cristal en las que tiembla el oro pálido de la manzanilla.

Para la guitarra significa el cuadro una caída. La guitarra que era casta á la puerta del cortijo se ha hecho lúbrica en el tabladillo del cante flamenco, y ha dejado de ser la intérprete de un corazón desde que suelta sus acordes por dinero.

Fígaro sigue siendo el símbolo de la felicidad mientras no le falte su morena trianera dentro de la tienda, su canario colgado junto á una de las vacías y su guitarra para tocar á la puerta. Y si le llega á faltar algo..., ¡que no sea, por Dios, la guitarra!

El ciego acaba de pegar un resbalón y ha caído de bruces sobre el suelo, quedando exánime en la helada acera. La guitarra se ha abierto contra la losa de piedra. Mientras los transeuntes levantan al mendigo, un golfo agarra el instrumento, viejo, con dos cuerdas y tres clavijas y lo rasca en son de burla. ¡Y esa es la andaluza donde durmieron tantas malagueñas! Vivió haciendo llorar y ha muerto haciendo reir!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Méndez Bringa.)



LA LOCA DE LA CASA

Así, en son de lástima compasiva, se complacen no pocos en llamar á LA IMAGINACIÓN, facultad maravillosa á la cual solamente es dado ver en imágenes lo que el mundo no ha visto todavía: el cuadro que ha de pintarse, la estatua que aún no ha modelado el cincel, el monumento arquitectónico que ha de elevarse hasta las nubes como la torre Eiffel, la sinfonía no ejecutada aún por ninguna orquesta, el drama que ha de entusiasmar á las multitudes ó la máquina que ha de revolucionar la industria.

La opinión de muchas personas consagradas á los estudios especulativos se ha pronunciado erróneamente contra esta briosa facultad, sin la cual no habría progreso ninguno; y así, es general la creencia de que existe incompatibilidad entre la ciencia y las obras de la fantasía, por lo cual se considera raro que un matemático sea poeta ó que un crítico escriba buenos versos. No hay tal incompatibilidad; por más que la imaginación no se deje dominar por el entendimiento, antes bien trabaja, observa, combina, inventa y crea con entera independencia de las leyes meramente lógicas, ya sea para deleitar el corazón con las obras de la fantasía, en versos, cuadros, estatuas ó columnas; ya sea para apoderarse de las fuerzas de la naturaleza, elaborando con sus máquinas é inventos los productos de los campos, utilizando el curso de los ríos, surcando los mares, estableciendo comunicaciones instantáneas entre apartados continentes, midiendo las sendas de los luminares del cielo, destronando el tiempo y el espacio, déspotas de la antigüedad, ó substituyendo al sol en sus ausencias.

Los ojos de la invención no se pueden contentar con lo existente, porque vislumbran algo mejor que lo actual. Sienten la realidad de esa perfección y creen en ella, aunque no saben cómo conseguirla; y, al efecto, mezclan y combinan los objetos naturales, no precisamente á la casualidad y para ver lo que sale de la combinación, sino porque saben que de una asociación saldrá el ideal que vislumbran, y desean comprobar si la combinación imaginada dará la perfección apetecida. Colón, así, no emprendió su viaje para ver SI descubría, sino para ver QUÉ descubría.

Sin la ciencia, el mundo no sería lo que es; pero es un error, y por desgracia muy popular, la creencia de que sólo las escuelas puramente especulativas pueden formar los hombres capaces de empujar nuestra civilización.

Muy por el contrario, los grandes talentos que hacen progresar el mundo inventan porque ven; y ven, porque los estímulos se les ponen delante de los ojos.

El trabajo y la atmósfera en que vive el artista son las condiciones de su desarrollo. Trabajo y taller, y el genio brillará.

El entendimiento se mueve siempre sobre el rodaje de alguna teoría, mientras que la imaginación no se para en sistemas; antes bien, tomando los hechos como son en sí y las cosas como la naturaleza las produce, se da por contenta cuando, combinándolos sin cuidarse de su causa ó su razón, obtiene un hecho nuevo.

Y pueden descubrirse cosas nuevas por las fuerzas de la imaginación y no por las potencias del entendimiento, porque la inteligencia trabaja siempre con los sistemas de los hombres, mientras que el hombre de inventiva produce con las fuerzas de la naturaleza.

Y, sin embargo, ¡admirable solidaridad de todo lo humano! No hay humanidad sin ciencias, y no hay ciencias hasta que el entendimiento desprende ó extrae del fenómeno la ley, del efecto su causa, del hecho su razón; pues los casos aislados no son ciencia.



EDUARDO BENOT, autor del artículo *La loca de la casa*
(De fotografía de Fernando Debas, de Madrid, hecha expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA)

¿No se había probado que el hombre jamás hallaría un medio de elevarse por los aires? ¿Que era imposible hacer lentes poderosas para observar los astros? ¿No se había demostrado que nadie fijaría las imágenes fotográficas en la cámara obscura? ¿Que era un absurdo la vacuna? ¿Que jamás se aplicaría el vapor á la navegación, ni atravesaría el Atlántico un buque movido por el fuego? ¿Que no existían aerolitos? ¿No se sabía hasta no quedar espacio para una duda prudente, que más allá de las Canarias había un mar de betún y azufre hirviendo?

Todo esto, y muchos otros errores más, se demostraron lógicamente como indudables con arreglo á las ideas que tenían los que hicieron esas demostraciones, cuyo absurdo se ha encargado el tiempo de patentizar, convirtiendo en axiomas todas esas pretendidas imposibilidades.

¿Quién el siglo pasado pudo prever las maravillas del presente? ¿La fuerza del vapor? ¿Los dibujos de la luz? ¿La instantaneidad de la electricidad? ¿El rayo dominado? ¿Europa y América hablando por un alambre? ¿El habla dada á los mudos? ¿Los huesos regenerados? ¿Cloroformizado el dolor?.. ¿Quién podía creer que la ciencia no se daría por satisfecha con el cable telegráfico y que había de realizar el telégrafo sin hilos? ¿Quién pudo pensar que con los rayos X habría de verse el interior de nuestros órganos y verse á través de los cuerpos opacos?..

La electricidad alumbra las ciudades, los faros y los buques; y dondequiera hay una fuerza no domada todavía, allí se oye esta feliz y profética amenaza: «Yo te esclavizaré.»

Ya nos incomoda la monotonía de tintes de los dibujos de la luz y esperamos algo mejor. ¿Lo esperamos? Es que viene. Basta quererlo y será.

Pero ¿cómo inventar? ¿Hay reglas y condiciones para ello?

No y sí.

No hay reglas; porque si las hubiese, llegaríamos á lo nuevo por conclusiones lógicas de la mente.

Pero hay condiciones; pues si no las hubiera, no viéramos á la invención producirse siempre en las mismas circunstancias.

No hay reglas, pues, pero sí condiciones.

Así el Genio se extingue en la ignorancia; y sólo se eleva hasta la luz de la inmortalidad cuando se cría entre las letras, en los museos, en medio de las artes, en el aire de los talleres y las fábricas, en la superficie de los mares, en el regazo maternal de la naturaleza.

El trabajo y la atmósfera en que vive el artista son las condiciones de su desarrollo. En la simiente que se ve, existe indudablemente la fuerza misteriosa que la hará árbol gigante si las fuerzas invisibles de la vegetación cooperan á su crecimiento; pero suprimid la vegetación y no habrá árbol. Suprimid la atmósfera

del taller ó de la Academia y matáis al artista, matáis al inventor. El Genio quiere la holgura de la libertad: no le impongáis trabas. Repitámoslo: trabajo y taller, y el Genio brillará.

Polidoro Caldara llevaba á los discípulos de Rafael el yeso de que se servían para pintar sus frescos. La impresión que el arte hizo en aquel hombre de carga convirtió á Polidoro en el célebre artista, delicado, elegante, admirable en el claroscuro.

Por no morir de hambre, el gran Miguel Angel empezó moliendo colores y acarreando yeso.

¿Quién, sino la vista de las obras de Rafael, hizo decir al que primero representó figuras en el aire, al hijo de un pobre campesino, al gran Correggio: *También yo soy pintor*? Y lo fué. En el Correggio dormía la potencia del genio: sólo faltaba la chispa que lo inflamase, como á la pólvora, cuando espera, falta sólo la chispa que le prenda fuego.

Aníbal Caracci y Andrea del Sarto, el pintor sin defectos, no habrían sido artistas sin la vida del taller.

Si no hubiese el Pousino visitado á Roma, víctima de intrigas é infortunios, nunca habría pintado su cuadro de *El Diluvio*, ni merecido el título de «Rafael de Francia».

El Dominiquino, á quien, dicen, envenenaron sus rivales; el Tintoretto, discípulo del Tiziano y su émulo en colorido; el Tiziano mismo, artista siempre joven, aunque murió de noventa y nueve años, amigo de Carlos V, por cuyas liberalidades rehusó las ofertas del papa León X y despreció las honras del vencido en Pavía, Francisco I, no habrían sido lo que fueron (y lo que son todavía), admiración del mundo, sin la atmósfera artística que por fortuna respiraron.

¿Quién hizo pintor al Perugino, protegido del papa Sixto IV, más que el haber entrado de sirviente en casa de otro pintor?

¿No se transformó nuestro Murillo en un hombre nuevo cuando pisó el taller del gran Velázquez?

¿Habría sido Shakespeare el portento del teatro inglés, si sus desdichas no le hubieran obligado á entrar en el teatro de mozo del apuntador?

Sin duda que estos famosísimos artistas nacieron con los gérmenes del Genio; pero estos mismos gérmenes no habrían llegado á la plenitud del desarrollo sin la atmósfera del arte en que vivieron. Con alas nace el águila; pero ¿cómo sin aire pudiera remontarse hasta las nubes?

* * *

Sin las guerras del Imperio, el mundo ignoraría los nombres de Ney, Junot, Massena, Murat, Porlier, Mina, el Empecinado, Wéllington.

Si se hubieran criado entre mieses y frutales, no habrían dado la vuelta al mundo Magallanes, ni el capitán Cook; ni Vasco de Gama habría doblado el Cabo de Buena Esperanza, ni Colón descubierto el Nuevo Mundo.

Sin el espíritu social de sus respectivas épocas, no registraría la historia los gloriosísimos nombres de Beranger, Boileau, Molière, Shakespeare, Demóstenes, Sófocles.

El príncipe de la Botánica, el gran Linneo, dejaba los libros para observar las plantas del jardín de su padre. Sus maestros le declararon nulo enteramente para las ciencias; y su miseria, á causa del estudio, llegó á ser tanta, que pasaba las noches ¡remendando zapatos! para poder, durante el día, seguir estudiando en la Universidad de Upsal. Sin un jardín, el gran botánico habría sido un perverso menestral.

Estamos abrumados de hombres teóricos; no tenemos quien nos haga un alfiler, quien nos fabrique una lima. Haya libros y tratados, pero abunden Gabinetes y Museos: haya fórmulas, pero tengamos dondequiera experimentos: haya ciencia, pero penetre la enseñanza por los ojos con la virtud de los ejemplos. No hay pedagogía que iguale á la del taller, el gabinete de física, el museo, la sala de disección, el espectáculo de las fuerzas naturales...

* * *

LA IMAGINACIÓN se forma en el ambiente de la fábrica y del gabinete de experimentación, ante el espectáculo de la naturaleza; en las luchas de la sociedad.

El objeto nuevo no existe, sin duda, antes de la invención; pero sin el estímulo que excitan las obras ya producidas, sin el acicate de una mejora deseada, sin el galardón de una dificultad vencida, no levanta el Genio sus alas poderosas, ni rompe los troqueles de lo antiguo, ni elabora los moldes de lo nuevo.

Es, por tanto, altamente patriótico popularizar la



Jaime Watt haciendo observaciones sobre la vaporización

idea de que casi todos los adelantos con que se honra nuestra civilización se deben á los hombres de tino práctico y experimental, y no á los hombres de teorías.

¿Eran lo que se llama hombres teóricos los antiquísimos descubridores del vidrio, de los pozos que hoy decimos artesianos, de los puentes colgantes?

¿Eran lo que hoy llamamos hombres de ciencia los árabes españoles que nos legaron la pólvora, los relojes, el papel?

¿Había dedicado sus vigilias á integraciones laboriosas Bertoldo Schwartz, inventor del metal de los cañones y en tal sentido creador verdadero de la artillería?

Nada de lo que hoy constituye un hombre de teorías llegó á noticia de Juan Gutenberg, inventor de la imprenta; nada de ello sabía Benardo Palissy, inventor de la cerámica; todo eso era ignorado del Napolitano que, dicen, descubrió la brújula.

Cuenta la tradición que unos niños inventaron los anteojos de larga vista.

Sábese que Chappe era niño todavía cuando inventó el telégrafo óptico.

Consta que Humphry Potter era de cortísima edad cuando realizó su grandioso invento de hacer automáticas las máquinas de vapor, para dejar sola funcionando la que él tenía á su cargo, mientras se iba á jugar al marro con otros niños de su misma edad.

Ni aun siquiera los hombres dedicados á las especialidades de una ciencia son los que en ellas han hecho grandes adelantos; y no por falta de saber, sino por no haberse colocado en las condiciones de inventar.

Pastores del Langüedoc fueron los que descubrieron la vacuna.

Cantor del teatro de Munich el que halló la litografía.

Aprendiz de una fábrica de jabón, cajista luego, fué el inventor del pararrayo, Franklin, que

Arrancó el rayo al cielo y el cetro á los tiranos.

Un subteniente retirado del arma de caballería y un pintor, Niepce y Daguerre, inventaron la fotografía.

Organista era Herschell, el gran descubridor de las profundidades de los cielos.

Muchacho dedicado á vender periódicos fué en sus comienzos el gran Edison.

Telegrafista Marconi el inventor del telégrafo sin hilos.

Y hombres de fábrica y de experimentación los inventores del análisis espectral, del teléfono, del alumbrado eléctrico, etc.

Las aplicaciones prácticas del vapor no permiten dudar acerca de las condiciones de la invención: TRABAJO y TALLER.

La máquina atmosférica de vapor fué inventada por un minero, un cerrajero y un vidriero, Savery, Newcomen y Cawley.

El constructor de la máquina de doble efecto fué Watt, pobre y enfermizo obrero, que de joven componía instrumentos de matemáticas.

Evans, que hizo la primera aplicación del vapor á alta presión, era carretero.

Fulton, el que primero movió un barco por medio del vapor, fué aprendiz de joyero y pintor de miniaturas.

El primer investigador de la propulsión de los barcos por medio de la hélice, fué al principio organista, luego relojero, y joyero al fin.

Seguin *(aîné)*, inventor de la caldera tubular (sin la cual, ó sus semejantes, no es posible la locomotora), nació respirando la atmósfera de la fábrica de su tío Montgolfier, el fabricante de papel, inventor de los globos aerostáticos.

Y Jorge Stephenson, el feliz constructor de la locomotora, pasó los tristes años de su infancia en las minas de hulla de Inglaterra.

Sería cosa de no terminar la enumeración de estos hombres benéficos para la especie humana.

Arkwright, el inventor del telar mecánico, era barbero.

Lincoln, el destructor de la esclavitud, fué leñador.

Johnson, sucesor suyo en la Presidencia de los Estados Unidos, era sastre.

Fáraday, el prodigioso inventor de todos los grandes portentos de la electricidad de inducción, estuvo de aprendiz de encuadernador nada menos que diez años de su juventud; etc., etc.

* * *

LA LOCA DE LA CASA, esa facultad potente, productora de todos los adelantos de la civilización, no procede en sus evoluciones conforme á las leyes deductivas. Combina hechos, y ve las cosas antes de nacer. Pero necesita vivir en el recinto de los museos, entre las retortas de los laboratorios, entre los rodajes de la mecánica; se desarrolla al ruido de los talleres, ó mecida por las olas de los mares, ó enardecida por las indignaciones del periodismo, ó entusiasmada por los calorosos apóstrofes de la tribuna, ó dilacerada por las injusticias de la sociedad.

Suprimid sus condiciones, y muere. Muere como el ave bajo el recipiente de la máquina neumática, como el pez fuera del medio necesario á su existencia.

Pero mantened á la IMAGINACIÓN en el seno fecundo del Trabajo, que es la honra del hombre libre, y el mundo cambiará.

* * *

España está atrasada. El cerebro nacional está en patente consunción.

La máquina de vapor se denomina de Watt; la caldera tubular lleva el nombre de Seguin; la locomotora el de Stephenson; el telar mecánico fué invención de Arkwright; la pila se debe á Volta; á Davy la luz eléctrica; las aplicaciones de la electricidad han inmortalizado los nombres de Fáraday y Ampére; Niepce y Daguerre hallaron la fotografía; Bunsen y Kirchhoff el análisis espectral; el fonógrafo pertenece á Edison; el teléfono á Grahan Bell... ¿Hay algún apellido de Castilla entre los que han renovado el mundo con las teorías que hoy iluminan las ciencias, Copérnico, Newton, Fresnel, Grove, Joule, Berthelot, Darwin?..

España está atrasada. Otros pueblos que de ella proceden lo están también. ¿Queréis verlos en la misma línea que las primeras y más poderosas naciones de la civilización? Pues poned á LA LOCA en condiciones de producir; á LA LOCA que ve las cosas antes de nacer; á LA LOCA que saca del oculto seno de lo desconocido y de lo ignorado todo cuanto el hombre necesita; que abre para él las fuentes de la inspiración y de los goces; que suprime el Dolor y detiene los pasos de la Muerte.

¡Imposible el progreso de los pueblos sin los sueños divinos de LA IMAGINACIÓN!

EDUARDO BENOT

(Dibujo de Triadó.)



AIRES NACIONALES

EL GUITARRILLO BATURRO

El pueblo de músculos de bronce, cabeza de piedra y corazón de fuego, no podía tener otro canto que la jota aragonesa que sale disparada de la boca baturra en tono sobreagudo y entre un rasgueo rápido del guitarrillo. La región es esa: el hombre tozudo y bravo, el terruño duro y pedregoso, el fruto substancioso y áspero, la copla altiva, el instrumento músico, el guitarrillo, una caja de madera con cuatro cuerdas de un diapasón tan alto, que predominan siempre y se oyen desde una legua. El guitarrillo, pequeño y menudo, manda en toda la rondalla; es el amo, el que grita. Las demás guitarras de la comparsa hacen el bajo, son sus esclavas; él, nervioso y vibrante, busca la voz, la sigue, la acaricia y la acompaña con un arpegio fuerte é imperioso en que se adivina que hay un puñetazo para el que se desmande.

Una raza entera, toda una tradición se hallan simbolizadas en la copla aragonesa y en el guitarrillo baturro. Los almogábares gozan de vida perdurable. Perdieron la honda, pero les queda la copla, que es la piedra, y el guitarrillo, que es la interjección. Aquella noble fiereza histórica es la matriz que ha concebido el canto sobrio, preciso, breve, contundente, sin nada que disfumine la idea robusta y varonil, y el instrumento incisivo, sencillo, imperioso y chillón que marca un ritmo cortado y enérgico. Por eso la copla y el guitarrillo se han hecho para la calle, para la plaza, para el aire libre, para la extensión por donde rueda el viento sin trabas, aplastando los pámpanos de las viñas. Nada de suspiros, de misterios, de languideces, de la melancolía de su pariente la andaluza; la copla de arriba, redonda y sólida como un melocotón, y el guitarrillo que la acompaña, no lloran nunca; si esconden el dolor, se lo callan y lo devoran en una exclamación altiva y en un acorde brusco.

No quiere esto decir que la copla aragonesa y el guitarrillo baturro no sepan lo que es ternura. ¡Ya lo creo que sienten! ¡Y bien hondo! Sólo que en vez de reflejar el desmayo y la resignación, vierten la ira y la sátira en el cantar epigramático y en el golpe violento sobre las cuerdas. Es la rebeldía natal y aborigen contra todo lo que signifique imposición. ¡Y gracias á que la Virgen no quiso ser francesa!

Nadie duerme en el pueblo, fuera de las bestias, cansadas de trillar hasta que cayó sobre las eras el crepúsculo ardoroso de junio. En la plaza parece de día, un día amarillo-rojizo, y sobre las casas vuelan penachos de chispas. Es la gran hoguera tradicional, en torno de la que giran cogidos de las manos hombres y mujeres, una loca rueda de sombras.

De pronto desemboca por la calleja la bulliciosa rondalla; se oye guitarreo, sobresaliendo un rasguear agudo y vibrante; los mozos se detienen ante la ventana, y allá va la copla llena de mieles y oliendo á dehesa, entre una explosión de arpegios del guitarrillo; que festejada la chica, se larga con sus golpeteos y sus jotas á otra parte, á continuar su serenata de la noche de San Juan.

Seguramente no ha existido campamento español en que no suene alguna vez el guitarrillo baturro, «rasgueando» jota tras jota, en esas horas de calma de todas las guerras en que el soldado deja de pensar en el enemigo para pensar en su pueblo. Ha sonado entre la nieve de las cumbres navarras en las dos campañas carlistas; ha sonado en las vegas tetuánicas, en los ribazos melilleños, en los manglares cubanos, en los esteros filipinos, antes del toque de lista ó después del de retreta, y casi siempre vibrando sobre sus acordes una voz varonil y fresca, la voz de los veinte años que canta una copla sostenida por un coro de palmadas.

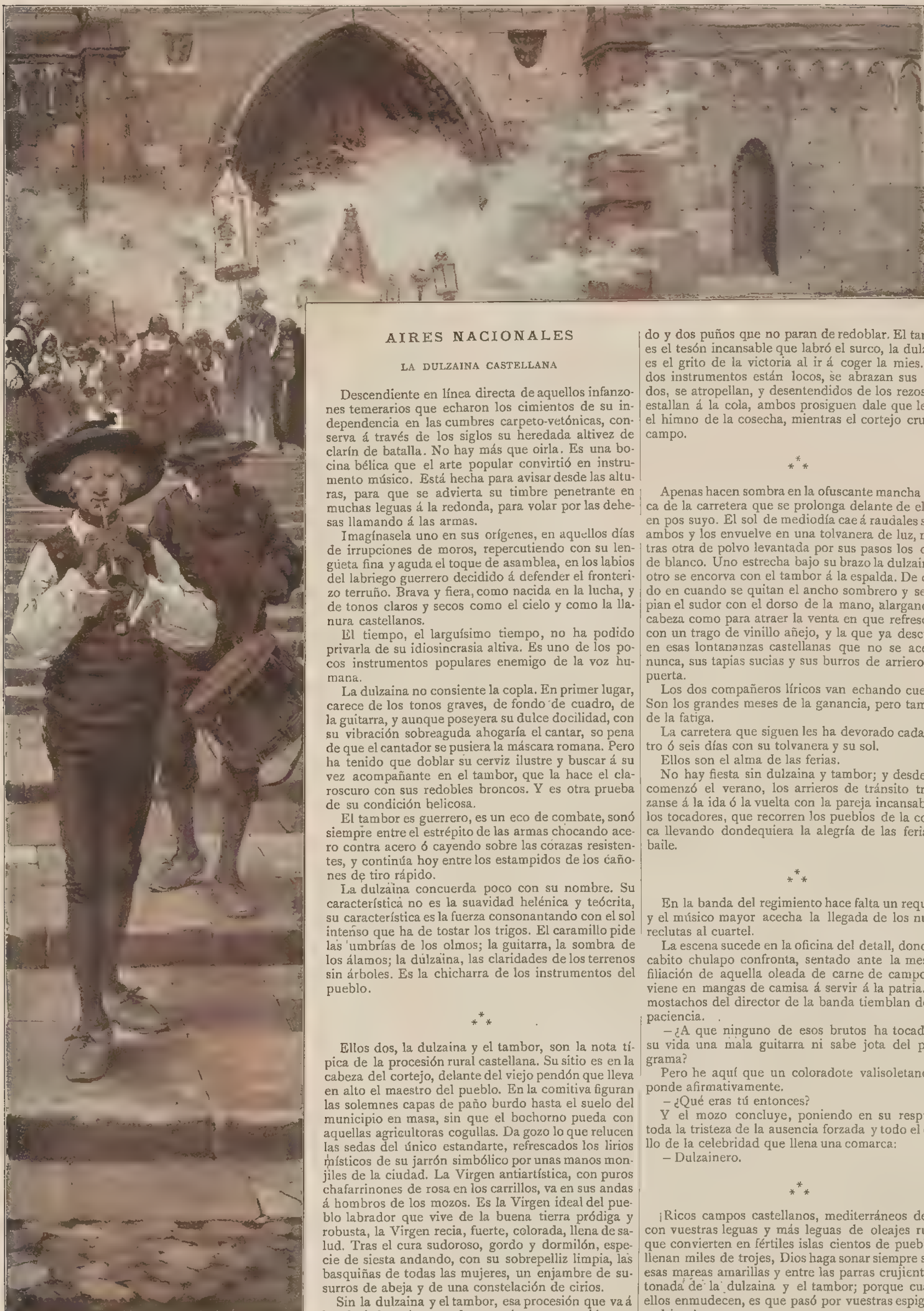
Ese guitarrillo del soldado marcha á campaña con la tropa sobre la mochila de su dueño ó en el carro del batallón. Su primera etapa la hace en el compartimiento, en plena trepidación del tren; después sale á relucir en los descansos de las jornadas. Lo que en la paz era un instrumento cualquiera, en la guerra, con la inminencia del peligro siempre en acecho, adquiere el valor de un ser querido, es algo que de lejos viene á hablarle al soldado de cuanto le es propio, de su hogar, de su aldea, de su novia, de los suyos. Y no sólo habla á su poseedor, sino á todos sus paisanos en el cuerpo en que sirven. El coro de palmas y olés lo constituyen ellos. Cuando forman el corro ante la tienda de lona, se sueña allí con la almenara de la cocina. Todos los desfallecimientos de la ausencia se desvanecen en torno al guitarrillo del zaragozano ó del ribereño de la segunda ó de la cuarta compañía. El guitarrillo da valor para esperar, da fe en la victoria, da la fuerza necesaria para resistir las penalidades del servicio y de la guerra. El soldado llega á venerarle como á la enseña de la patria, concluye por mirarle con el respeto que á la bandera, y si el *chiquio* se queda tendido para siempre en un encuentro, el guitarrillo pasa á poder de cualquier otro paisano. Y entonces, cuando vuelve á sonar por primera vez junto á la hoguera del campamento, es la única en que el guitarrillo varonil gime, vibrando sus cuerdas con acentos de *Dies iræ* entre los «¡pobre Fulano!» de los camaradas.

Ha llegado el momento terrible de emigrar, de abandonar aquella casa de la que les echa la miseria, los pedriscos y las sequías que destruyeron un año y otro la humilde cosecha, las garras de la usura que se llevaron los dos «pares» con que se labraba el prado, completando la ruina. ¿Qué hacer? El hambre pega ya con los nudillos en la puerta. No es gente de la costa, no es gente que conozca el mar y se lance á través del charco. Pero es un baturro con la voluntad de la raza, y ahí está la carretera blanca indicándole el camino. ¡Se irán á la ciudad, á Madrid, al infierno, él, la mujer y el chico, á cantar á coro jotas y ¡á tocar el guitarrilo por esos mundos!

La noche ha cubierto con su densa sombra el terrible cuadro de destrucción, uniendo la calma de la obscuridad al reposo de la muerte. Ha sido uno de los días de tregua del sitio, uno de los raros días en que desde aquellas casas medio desmoronadas por el cañón enemigo, con sus ventanas sin hojas como bocas iracundas vomitando maldiciones, no ha salido el fuego espantoso de fusil obligando á emprender la retirada á los soberbios regimientos de granaderos franceses. La puerta del Carmen, desmochada á metrallazos, destaca á lo lejos su vaga silueta. La quietud es absoluta. Sólo repercuten los pasos de las patrullas resonando en la desierta calle, sepultada en tinieblas. Y en el silencio del hogar, poco después de dar las once la campana de la Seo, se oye la media voz de un centinela estoico que inicia una jota. Lo que no se oye es el guitarrillo. ¡El guitarrillo lo habrá roto el héroe probablemente en la cabeza de algún *franchute!*

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Cutanda.)



La dulzaina y el tambor, son la nota típica de la procesión

AIRES NACIONALES

LA DULZAINA CASTELLANA

Descendiente en línea directa de aquellos infanzones temerarios que echaron los cimientos de su independencia en las cumbres carpeto-vetónicas, conserva á través de los siglos su heredada altivez de clarín de batalla. No hay más que oirla. Es una bocina bélica que el arte popular convirtió en instrumento músico. Está hecha para avisar desde las alturas, para que se advierta su timbre penetrante en muchas leguas á la redonda, para volar por las dehesas llamando á las armas.

Imagínasela uno en sus orígenes, en aquellos días de irrupciones de moros, repercutiendo con su lengüeta fina y aguda el toque de asamblea, en los labios del labriego guerrero decidido á defender el fronterizo terruño. Brava y fiera, como nacida en la lucha, y de tonos claros y secos como el cielo y como la llanura castellanos.

El tiempo, el larguísimo tiempo, no ha podido privarla de su idiosincrasia altiva. Es uno de los pocos instrumentos populares enemigo de la voz humana.

La dulzaina no consiente la copla. En primer lugar, carece de los tonos graves, de fondo de cuadro, de la guitarra, y aunque poseyera su dulce docilidad, con su vibración sobreaguda ahogaría el cantar, so pena de que el cantador se pusiera la máscara romana. Pero ha tenido que doblar su cerviz ilustre y buscar á su vez acompañante en el tambor, que la hace el claroscuro con sus redobles broncos. Y es otra prueba de su condición belicosa.

El tambor es guerrero, es un eco de combate, sonó siempre entre el estrépito de las armas chocando acero contra acero ó cayendo sobre las corazas resistentes, y continúa hoy entre los estampidos de los cañones de tiro rápido.

La dulzaina concuerda poco con su nombre. Su característica no es la suavidad helénica y teócrita, su característica es la fuerza consonantando con el sol intenso que ha de tostar los trigos. El caramillo pide las umbrías de los olmos; la guitarra, la sombra de los álamos; la dulzaina, las claridades de los terrenos sin árboles. Es la chicharra de los instrumentos del pueblo.

* * *

Ellos dos, la dulzaina y el tambor, son la nota típica de la procesión rural castellana. Su sitio es en la cabeza del cortejo, delante del viejo pendón que lleva en alto el maestro del pueblo. En la comitiva figuran las solemnes capas de paño burdo hasta el suelo del municipio en masa, sin que el bochorno pueda con aquellas agricultoras cogullas. Da gozo lo que relucen las sedas del único estandarte, refrescados los lirios místicos de su jarrón simbólico por unas manos monjiles de la ciudad. La Virgen antiartística, con puros chafarrinones de rosa en los carrillos, va en sus andas á hombros de los mozos. Es la Virgen ideal del pueblo labrador que vive de la buena tierra pródiga y robusta, la Virgen recia, fuerte, colorada, llena de salud. Tras el cura sudoroso, gordo y dormilón, especie de siesta andando, con su sobrepelliz limpia, las basquiñas de todas las mujeres, un enjambre de susurros de abeja y de una constelación de cirios.

Sin la dulzaina y el tambor, esa procesión que va á bendecir los trigos maduros sería una procesión muda; pero ahí lleva en la cabeza, cabeza de insecto que zumba, dos mofletes que no se deshinchan un segundo y dos puños que no paran de redoblar. El tambor es el tesón incansable que labró el surco, la dulzaina es el grito de la victoria al ir á coger la mies. Los dos instrumentos están locos, se abrazan sus sonidos, se atropellan, y desentendidos de los rezos que estallan á la cola, ambos prosiguen dale que le das el himno de la cosecha, mientras el cortejo cruza el campo.

* * *

Apenas hacen sombra en la ofuscante mancha blanca de la carretera que se prolonga delante de ellos y en pos suyo. El sol de mediodía cae á raudales sobre ambos y los envuelve en una tolvanera de luz, mientras otra de polvo levantada por sus pasos los cubre de blanco. Uno estrecha bajo su brazo la dulzaina, el otro se encorva con el tambor á la espalda. De cuando en cuando se quitan el ancho sombrero y se limpian el sudor con el dorso de la mano, alargando la cabeza como para atraer la venta en que refrescarán con un trago de vinillo añejo, y la que ya descubre, en esas lontananzas castellanas que no se acercan nunca, sus tapias sucias y sus burros de arriero á la puerta.

Los dos compañeros líricos van echando cuentas. Son los grandes meses de la ganancia, pero también de la fatiga.

La carretera que siguen les ha devorado cada cuatro ó seis días con su tolvanera y su sol.

Ellos son el alma de las ferias.

No hay fiesta sin dulzaina y tambor; y desde que comenzó el verano, los arrieros de tránsito tropiézanse á la ida ó la vuelta con la pareja incansable de los tocadores, que recorren los pueblos de la comarca llevando dondequiera la alegría de las ferias: el baile.

* * *

En la banda del regimiento hace falta un requinto, y el músico mayor acecha la llegada de los nuevos reclutas al cuartel.

La escena sucede en la oficina del detall, donde un cabito chulapo confronta, sentado ante la mesa, la filiación de aquella oleada de carne de campo que viene en mangas de camisa á servir á la patria. Los mostachos del director de la banda tiemblan de impaciencia.

—¿A que ninguno de esos brutos ha tocado en su vida una mala guitarra ni sabe jota del pentagrama?

Pero he aquí que un coloradote valisoletano responde afirmativamente.

—¿Qué eras tú entonces?

Y el mozo concluye, poniendo en su respuesta toda la tristeza de la ausencia forzada y todo el orgullo de la celebridad que llena una comarca:

—Dulzainero.

* * *

¡Ricos campos castellanos, mediterráneos de oro con vuestras leguas y más leguas de oleajes rubios que convierten en fértiles islas cientos de pueblos y llenan miles de trojes, Dios haga sonar siempre sobre esas mareas amarillas y entre las parras crujientes la tonada de la dulzaina y el tambor; porque cuando ellos enmudecen, es que pasó por vuestras espigas el pedrisco!

ALFONSO PÉREZ NIEVA.

(Dibujo de Méndez Bringa.)



A los dos minutos iba llegando la tertulia

EL INVÁLIDO

Todas las tardes, en cuanto el sol transponía los montes, aquellos montes abrasados por el incendio canicular, que eran como un cinturón de fuego que rodeaba al pueblecillo, el criado del notario abría el portón de la casa, situada en la plaza, á la derecha de la iglesia, y después de matar el polvo rociando el suelo sediento con el agua de una gran regadera en un espacio de cuatro metros en cuadrado, colocaba en semicírculo, frente el zaguán, hasta media docena de sillas de Murcia.

En seguida se presentaba D. Melquiades, el notario, haciéndose aire con el pañuelo, congestionado el rostro, desabrochado el chaleco y hasta los botones de la camisa; ahogado, más que por el calor, por aquella obesidad terrible que le daba el aspecto de una enorme bola.

A los dos minutos iba llegando la tertulia. Primero, el médico y el juez; luego, el cacique con el alcalde y el secretario del ayuntamiento, sus fieles aliados; al poco rato, el cura, que terminaba su novena, y por último, cuando ya estaba generalmente enzarzado el palique, se veía desembocar por el callejón que daba á las afueras del pueblo al tipo más extraordinario y exótico que imaginarse pueda.

– Aquí tenemos á D. Martín, que viene de tragarse sus dos legüecitas, solía decir alguno de la tertulia.

En efecto: D. Martín llegaba sudoroso, jadeante, cubierto de polvo, esgrimiendo una enorme cachiporra en la mano diestra y llevando el compás de la marcha con el rígido muñón que colgaba de su hombro izquierdo. «¡Presente!,» exclamaba con su vocejón temeroso, sentándose de golpe y porrazo.

Y quedaba constituída la tertulia en pleno.

Es decir, alguien faltaba todavía; pero ninguno de los tertulios osaba nombrarle delante de D. Martín, á cuyas malas pulgas guardaban todos un prudente respeto.

El ausente era D. Fidel, el boticario, Fidelito, como se le llamaba en la tertulia de D. Melquiades por ser el pollo de la reunión: un chico excelente, de buenas prendas, muy hábil con el mortero de sus drogas entre las manos y no mal parecido, aunque un poco lacio de figura y tristón de cara.

El terrible inválido le profesaba un odio africano, y el inofensivo Fidelito vióse obligado á desertar de la sabrosa tertulia de la Notaría.

Pero digamos, antes de seguir esta verídica historia, quién era aquel D. Martín, del cual sólo sabemos, hasta ahora, que se echaba al cuerpo un par de leguas sin que le importara un rábano aquel chicharrero del sol de agosto.

* * *

D. Martín Cañizares, capitán retirado de infantería, era un setentón formidable, enjuto de cuerpo, pero más fuerte que una piedra; sobre sus ojillos de rámila se encrespaban unas cejas grises y enmarañadas, y conservaba de lo que pudiéramos llamar su fisonomía militar bigote y perilla, recios como crines, y sobre todo, un aire de cuartel, de marcialidad diremos, que á cien leguas trascendía su antigua profesión, en la cual ascendió desde soldado raso á capitán, en fuerza de homéricas barbaridades y de tremebundas cuchilladas. Las que á él le dieron no habían sido flojas. En Somorrostro la metralla le destrozó el brazo, y á trueque del cercenado miembro otorgóle la patria una cruz laureada, y con la cruz el canuto y unas cuantas pesetas de retiro. Llegó á Valdehonda, su pueblo natal, inválido y casi viejo, y allí se estableció definitivamente, dispuesto á comerse, en paz y gracia de Dios, los cuatro ochavos con que el gobierno lo licenciaba.

A los pocos años, Dios fué servido dejarlo viudo y con una hija, ya casadera, por única familia.

La chica, que se llamaba Angustias, era lo que se dice un primor de muchacha. Modista y morena, con unos ojos soñadores y una boca fresca, y encarnada como una guinda, no es necesario asegurar que no le faltaban en el pueblo aspirantes á su blanca mano y rondadores de su palmito.

¡Pero aquí te quiero ver, escopeta! El heroico don Martín era, ¿cómo lo diré yo?, algo así como á modo de espantajo formidable que ahuyentaba á los gorriones, ansiosos de aquel sabroso trigo moreno, en una legua á la redonda. ¿Miraditas dulzonas? ¿Cartitas ó requiebros á su hija? ¡Porra y mil veces porra! Eso no lo consentía el glorioso manco de Somorrostro mientras no cerrara el ojo para siempre. Y como no llevaba trazas de cerrarlo, fijos tenía los dos en la monísima Angustias con vigilancia de can pronto á dar feroz dentellada al primero que se acercase con mal fin.

– Pero ¡canastos!, solía decirle el médico, que era el único de la tertulia que se arriscaba á abordar el tema, ¿cómo diablos quiere usted saber si van con buen fin ó con mal fin si no les deja usted acercarse?

Lo mismo pensaba la atribulada Angustias; sólo que ella no se atrevía á decirlo.

El capitán, por su parte, no daba su brazo á torcer, y encarándose con el galeno le soltaba la siguiente andanada:

– Oiga usted, matasanos; para casarse como Dios manda no hace falta mirar á las mujeres, ni andar pegaditos á su miriñaque, ni requebrarlas, ni escribirlas tonterías, que hartas se les ocurren á ellas... ¡Les digo á ustedes, ¡porra!, que á mí no me la da ningún lechuguino sin vergüenza!

Angustias vivía ya casi resignada al celibato, aunque con tales anhelos interiores, acrecidos por la prohibición, que en sus bellos ojos había siempre como un reflejo de la íntima tristeza que le acibaraba á la doncella la vida.

* * *

Hubo un amador de Angustias, más temerario ó más enamorado que los demás; y este amador fué el boticario; Fidelito en persona. El secreto de aquella gran audacia, que tenía maravillados á todos los de Valdehonda, consistía sencillamente en que D. Fidel acababa de establecerse en el pueblecillo é ignoraba, el cuitado, aquella celosa chifladura del testarudo capitán. En la tertulia, á la que asistió desde los primeros días, tuvieron la mala entraña de callarse como muertos, dejando que D. Fidel se enterase por sí mismo de cómo las gastaba su futuro «papá.» El cura, que no hubiera consentido un refinamiento de crueldad semejante, era ajeno por completo á las cuestiones de faldas de sus feligreses; y como no estaba al tanto del asunto, no pudo evitar la jugarreta.

D. Martín, convencido de que nadie se acercaba á la viña, ¡tales escarmientos había hecho!, llegó á creerse á cubierto de cualquier asechanza, y hasta se arriesgó á dejar sola á su hija durante las dos ó tres horas que empleaba diariamente en sus paseos carretera adelante y en el palique vespertino, á la puerta de D. Melquiades el notario.

Fidelito imaginó un doble plan muy sensato, muy razonable. Mientras su heroico suegro rompía las suelas de sus zapatos en aquellas excursiones de viejo andariego, él pelaría la pava con Angustias; y después, con objeto de adorar el santo por la peana, asistiría puntualmente á la tertulia, procurando á todo trance captarse las simpatías del capitán. Y lo hizo como lo pensó.

La linda morenita, la atormentada Angustias, sentía unos remordimientos atroces cada vez que Fidel llegaba confiadamente á la reja; ¡pero, señor, la pobre está harta de sacrificarse! Su corazón era todo mieles, ella no quería que su padre hiciera con Fidel alguna barbaridad; ¿pero había de ahuyentarlo ella misma?, ¿había de asustarlo pasando por la pena de un nuevo y seguro abandono? No y mil veces no. ¡Que fuera al menos lo que Dios quisiera!

* * *

Tuvo D. Fidel la mala ventura de hacerse profundamente antipático á D. Martín desde el primer día que asistió á la tertulia. Su voz dulzona, su bigotito rubio ensortijado y reluciente de brillantina, su aspecto de señoritingo demasiado pulido y amadamado, se le atragantaron al capitán en cuanto echó la vista encima al forastero. Cuando D. Melquiades hizo la presentación, apenas si contestó con un gruñido; y así que el nuevo tertulio hizo mutis, preguntó D. Martín al notario:

– Pero, hombre, ¿de dónde porra ha sacado usted semejante adefesio? ¡Huele á pachulí que apesta; ¿no lo han notado ustedes?

...¡Oh eternos contrastes de la vida! Aquel olor que de tal modo se le subía á las narices al inválido, era una esencia embriagadora que Angustias aspiraba con deleite todas las tardes con el rostro pegado



EL INVÁLIDO, dibujo de Narciso Méndez Bringa

á los barrotes de la reja y mirándose en los ojos de su Fidel.

La apasionada y menuda morenita abría su corazón sensible al amor del audaz boticario como se abren á los rayos del sol matutino las corolas de las florecillas silvestres. Y no era sólo el perfume que se exhalaba de toda la persona de Fidel lo que enloquecía á la doncella; era que en su imaginación, un poco exaltada por la constante soledad y el encierro casi conventual, se iba agrandando la figura de su novio hasta adquirir colosales proporciones. Angustias pensaba en el mismísimo Cid Campeador y aún le parecía poca cosa para comparar con él á su Fidelito, el único hombre que, hasta el presente, se había atrevido á hablarla por la reja dos veces seguidas.

***

Aquellos épicos arrestos del boticario precipitaron la catástrofe que la tertulia esperaba con mal disimulada impaciencia. ¡Y qué catástrofe, Dios poderoso! Al capitán se le ocurrió un día darse una vueltecita por su casa, después del paseo, antes de dar fondo en la tertulia del notario.

Dobló una esquina y entró en su calle á paso de ataque, trotando como una enorme bestia, sudoroso, arremolinados en torno del cuerpo los faldones de la levita y esgrimiendo fieramente el bastón.

¡Ira de Dios! ¡Porra y mil veces porra! ¿Qué es lo que veía? El asombro, la indignación por poco no dan cuenta del capitán en medio del arroyo: ¡tal nudo se le armó en la garganta! Primero se paró en seco para respirar, luego se restregó los ojos como quien no acierta á convencerse de lo que ve. Y ¡no había duda!, lo que veía era más claro que la luz. Su hija, muy apretadita contra los hierros de la reja y con los ojos entornados, escuchaba los arrullos del almibarado farmacéutico como una tortolilla enamorada, y D. Fidel, transportado al quinto cielo, susurraba casi al oído de la doncella el más dulce de los madrigales...

D. Martín no pudo más; llegó de dos zancadas formidables á la reja, se oyó un agudo grito de mujer, y luego... Lo que pasó luego no es fácil describirlo. Una mano enorme, cerdosa, se crispó sobre el cuello del mísero Fidel, y por toda la calle, por el pueblo entero resonaba una voz terrible, apocalíptica, que repetía sin cesar:

–¡Ah infame!, ¡ah miserable!, ¡ah bandido! ¿Conque querías pegármela en mis narices?

Así acabaron los arrestos épico-amatorios de don Fidel.

***

A la tarde siguiente, D. Martín declaraba en la tertulia que no respondía de lo que pudiera acontecer si el boticario se presentaba. Naturalmente, no se presentó. La única zarpa que le quedaba á la fiera le había molido y descuajaringado.

El médico se atrevió á protestar:

–¡Ea, Sr. D. Martín, que esa es ya mucha tema, si es que el mal genio no le va sorbiendo el seso, como presumo!.. El muchacho en nada le faltó á usted, ni se ha atrevido á cosa que no sea regular... ¡Caracoles! ¿Se ha empeñado usted en que Angustitas se vaya al otro mundo virgen y mártir?

–¡Vaya usted al infierno, médico del demonio!, replicó D. Martín furibundo; si se muere virgen y mártir, la enterraré con palma y yo iré detrás dándole piquete con mi uniforme y mi cruz en el pecho... y tan contentos los dos!..

– Hombre, ¿tan contentos?

– Sí, señor; y tan honrados, ¡reporra!

– ¡Que barbaridad!, exclamó santiguándose el cura.

D. Martín dió un bufido y salió de estampía.

***

Tres meses pasaron desde aquella trágica aventura acaecida á D. Fidel, y todo seguía igual en Valdehonda; salvo que ya no era verano, sino otoño; salvo que la tertulia de D. Melquiades se había trasladado de la plaza al zaguán, y salvo también que don Martín, antes de emprender su caminata por la polvorienta carretera, encerraba á su hija en una de las habitaciones altas, guardándose después bonitamente la llave en un bolsillo del levitón. ¡Y que le entraran moscas!

La desolada Angustias se consumía en su encierro, dispuesta á morirse de pesadumbre; y en cuanto á Fidel, apenas repuesto de la somanta, empezaron á comérsele tan amorosas melancolías al verse separado de la capitancita, que todos esperaban en Valdehonda ver repetida, el día menos pensado, la romántica muerte de los famosos amadores de Teruel.

Poco á poco se fué alzando en el pueblo un tole tole contra aquel verdugo de D. Martín, que á juicio de muchos – el médico el primero – estaba más loco que una cabra. Pero D. Martín no se daba á partido, y así seguían, la doncella en clausura, lacio y desvaído el farmacéutico y tan bárbaro como siempre el glorioso inválido...

***

Una noche, ¡noche memorable en los anales de Valdehonda!, D. Martín, cuando apenas habían transcurrido cinco minutos desde su partida, cayó de nuevo como una bomba en la tertulia del notario con la venerable cabeza descubierta, desaliñado el traje, congestionado el rostro, sibilante el aliento.

–¡Oiga usted, matasanos!, rugió encarándose con el médico, ¿no puede usted darme algo que mate de repente?, ¿no puede usted hacerme una sangría suelta?

– Pero, D. Martín, ¿se ha vuelto usted loco?

Y mientras se apoderaba de la tertulia el paroxismo de la sorpresa, sucedía una cosa muy rara. De pronto el capitán parpadeó nerviosamente; sus ojos se llenaron de lágrimas; y como si el tibio calor del llanto deshiciera su tremenda cólera, se abrazó al párroco, y con la voz alterada por los sollozos, el formidable inválido comenzó á murmurar:

– Se acabó, se acabó... Yo no puedo resistir este golpe, ¡porra!; les digo á ustedes que me muero... Verá usted, señor cura... Llego á mi casa y no hay nadie..., nadie, ¿me entiende usted?.. El corazón me da un salto en el pecho y siento que la sangre me ahoga... Entro en el cuarto de mi hija..., ¡nadie tampoco!.. La cama sin deshacer, los muebles en su sitio, el retrato de su madre á la cabecera. De pronto veo un papel sobre una silla..., sólo dos líneas, señor cura: ¡no importa!, ¡fueron dos afilados puñales que se me clavaron en el pecho! Mi hija, mi Angustias, me abandona..., me deshonra..., me mata... Lea usted, ¡porra!, lea usted...

Toda aquella historia que el viejo inválido balbuceaba entre hipos convulsivos estaba en aquellos dos renglones. Angustias, como la mitad por lo menos del censo femenino, se escapaba con su novio don Fidel.

El hecho en sí no tenía nada de particular, sólo que ahora el papá de la niña era el terrible manco, y esto daba á la vulgaridad del rapto trágicos caracteres.

¿Pero cómo se había atrevido Fidelito, después de la aventura de marras, á semejante desafuero?

Eso se verá en seguida; pero «no adelantemos los sucesos,» como dicen los novelistas.

Agobiado D. Martín por su desventura, pesaroso el clérigo, callados el notario y el juez y muy desazonado el galeno, llegaron todos, como en fúnebre procesión, á casa del capitán. A D. Martín se le volvieron á humedecer los ojos, y echó escalera arriba bamboleándose como un borracho y apretando los puños. Detúvose frente al cuarto de su hija, triste y solo como una jaula vacía, y poniendo su alma entera en dos palabras, exclamó señalando al interior:

–¡Ya ven ustedes!.., ¡nadie!

Y hundiendo la cabeza en las blancas almohadas del lecho, lloró, lloró como un niño grande, vencido por aquel dolor que le destrozaba despiadadamente las entrañas.

De pronto se irguió en medio del cuarto; sus ojos estaban secos. El cura, el notario, el doctor y el juez leyeron en ellos no sé qué resolución irrevocable, ¡alguna atrocidad, de seguro!

El inválido salió de la habitación de su hija, entró en la suya que estaba contigua y, á poco, sin decir palabra, con majestad «augusta» que hizo subir de punto el sobresalto de los presentes, volvió á presentarse en la alcoba.

Se había puesto en el pecho su cruz laureada y oprimía en su mano izquierda un pistolón enorme. Paralizados de espanto D. Melquiades y sus tertulios, se apiñaron contra la pared. Entonces, rompiendo con pausada voz aquel silencio lúgubre, exclamó el capitán:

–¡Señores! Ustedes son testigos de que D. Martín Cañizares, capitán retirado de infantería y caballero de la laureada de San Fernando, no quiere vivir sin honor, y ahora mismo, ¡porra!, se va á levantar la tapa de los sesos...

...Se abalanzaron todos á D. Martín, sujetándole el brazo, el único brazo, con que pretendía consumar aquella atrocidad sublime; pero el manco agitaba en el aire el rígido muñón, y con las sacudidas del tronco vigoroso hacía bambolearse al cura y al notario, al médico y al juez, lo mismo que el jabalí herido en la selva zamarrea á la jauría que ha hecho presa en sus carnes ensangrentadas. Y seguramente se hubiera roto el bautismo de un balazo, á pesar de los esfuerzos de sus amigos, si en aquel instante «trágico» no hubiera aparecido Angustias medio desmayada en brazos de la mujer del médico y alterado el hermoso rostro por el miedo y las lágrimas... Detrás, bastante detrás y más amarillo que la cera, venía D. Fidel.

El inválido dejó caer el pistolón. Se maravillaba de que su hija y el «vil seductor» se atrevieran á arrostrar su presencia, y en vano torturaba su cerebro para encontrar un castigo digno de la afrenta recibida. ¡Ah! ¡Los miserables le escarnecían después de deshonrarlo!..

–¡Déjese de deshonras y garambainas, señor don Martín!, gritó en esto la médica, que era una hembra de pelo en pecho: su hija de usted es más honrada que las once mil vírgenes y tan santa como las del cielo...

Lo extraordinario de la afirmación en tales instantes, dejó un poco parado al capitán. La médica se aprovechó de aquel segundo, robado por el asombro á la terrible cólera del viejo.

– Sépalo usted, D. Martín de mis pecados; Angustitas ha escrito ese papel, porque yo misma se lo dicté hace dos horas; y luego me la llevé yo á casa; y en casa ha estado el ángel de Dios sin que nadie le llegara á la ropa..., y D. Fidel no ha pasado del portal..., y de esto que digo puede dar testimonio el pueblo entero...

–¡Vaya usted al infierno, señora!, exclamó el capitán iluminándosele el rostro á pesar del taco. ¿Me querrá usted decir qué significa esa monserga?

– Quiere decir, mi Sr. D. Martín, que yo he zurcido toda esta trama; quiere decir que usted está matando á su pobrecita hija, cuya pena partía los corazones, y quiere decir que merecía usted que le pasase... lo que no ha pasado..., ¿se entera usted?

–¡Porra con las mujeres!, barboteó el capitán. ¿De modo que?..

– De modo, interrumpió el médico, que si le sigue á usted el capricho, aún está usted á tiempo de enterrar á su hija con palma...

Angustias se precipitó en los brazos de su padre. El capitán sintió el tibio contacto de unas manos que le acariciaban el rostro y de unos labios que se posaban en sus mejillas. Bruscamente se limpió de un revés las lágrimas, y con voz otra vez entera y terrible gritó encarándose con el clérigo y señalando con el muñón á los novios:

–¡Fusílelos usted, señor cura!

–¡Hombre!, balbuceó el párroco recelando una nueva barbaridad, ¿yo fusilarlos?

– Pues cáselos usted..., ¡qué porra!; viene á ser lo mismo.

El clérigo, mal repuesto todavía del susto, murmuró al oído de Angustias:

– Hija mía, cuando te cases bórdale una laureada á tu padre, que harto ganada se la tiene. Pero escucha: si puedes..., quítale el pistolón.

Luis López-Ballesteros.

(Dibujo de Méndez Bringa.)





MEMORIAS DE UNA MONEDA DE ORO

En la habitación más obscura de una miserable casa, vivienda sombría de un usurero de los más rapaces, y como agazapada en un rincón, encajaba una arca de hierro de ángulos reforzados y triple cerradura.

En esta férrea tumba de todo sentimiento humano guardaba el mal hombre sus caudales, que eran muchos y sólidos: plata, oro, billetes y buen número de escrituras más firmes y más reforzadas con todos los candados y cerrojos de la Ley, que el negro arcón de las tres llaves.

Todas las noches entraba el usurero á hacer el arqueo de sus riquezas, por si alguna se le había escapado por las junturas de las planchas metálicas.

Y cuando salía del negro cuartucho, se colaba el diablo por debajo de la puerta laminando diabólicamente su peludo cuerpo; y cuando estaba dentro, hinchábase como muñeco de goma, hasta recobrar sus dimensiones propias. Entonces se le encendían los ojos verdosos, como linterna sorda; con la punta del rabo, á modo de infernal ganzúa abría las tres cerraduras del arca y, como antes el usurero, hacía el ángel de la noche el recuento de las varias riquezas para poner en regla y al día la contabilidad de infamias, robos y maldades.

En cierta ocasión y al contar las monedas, rozó con la acerada uña de sus ganchudos dedos una pieza de oro; y la hermosa del dorado brillo se quejó de aquel maltrato á que no estaba acostumbrada.

Como el diablo de nada se extraña, porque ha visto mucho en este mundo y en el otro, no se extrañó de que la moneda hablase; y entre el dorado centén y el enemigo malo se entabló un amistoso diálogo, de cuyas resultas la moneda le contó sus aventuras al proterbo y aun le rogó que le sirviera de amanuense para escribirlas.

Consintió Satanás, que cuando no le va en ello la salvación de una alma es complaciente y hasta bondadoso; y las *Memorias* de la áurea pieza quedaron consignadas por escrito.

Andando el tiempo, aquellas *Memorias* desaparecieron, ó porque las devoró el incendio, ó porque alguien se las llevó creyendo que eran papeles de importancia, ó porque se las llevó el mismo diablo, que había servido de amanuense, para entretener sus ocios en el infierno, ó por otro motivo cualquiera que ignoramos, y sólo quedaron algunas hojas, que interpretadas más que leídas, porque el diablo tiene muy mala letra y en nada le gusta ni la claridad ni la limpieza, dicen como sigue:

Y aquí habla la moneda de oro.

...Pues en aquel verano me llevó al campo un señorito de la corte. Y en el bolsillo de su chaleco estaba yo muy tranquila, cuando al cruzar mi dueño una heredad, como más acostumbrado á atravesar salones alfombrados que toscos y desiguales terruños, tropezó y cayó, y con la sacudida salté del bolsillo y caí también.

Él se levantó maldiciendo del campo y se fué cojeando; y yo me quedé perdida en el hueco de un surco.

¡Qué mal lo pasé! ¡Y cuánto sufrí!

¡Qué dolores, qué penas, qué soledades, qué tristezas y qué humillaciones!

Mi exquisita, delicada y aristocrática naturaleza, ni estaba acostumbrada ni se acostumbró nunca á aquella vida del terruño.

Sufrí vientos que empolvaron mi bruñida superficie.

Sufrí lluvias, que no puedo decir que me calaron hasta los huesos, porque nunca los tuve, pero que me molestaron lo que no es decible. Y como llevo adherida á mi esencia incorruptible una maldita liga, hasta tuvieron las aguas la pretensión de oxidarme; y si no sufrí catarros y reumas fué por lo robusto de mi naturaleza, que por lo demás la intemperie hizo lo que pudo para que yo enfermase.

Luego, el campo está lleno de mil bichos asquerosos que me trataron con tan poco respeto – á mí que soy de raza real y que llevo en mi cuño armas gloriosas y motes divinos, – como pudieran tratar á cualquier pedrusco miserable ó á cualquier montoncillo de tierra.

Y vinieron las labores del campo, y de lo lindo me zarandearon toscos y estúpidos gañanes con sus patazas sucias y con sus rudos y crueles instrumentos de labranza.

Más de una vez el golpe de una azada me hizo ver las estrellas y me rompió uno de los primorosos cordones que me adornan.

¡Que no hubo dolor que no hiciera vibrar mis fibras, ya que no mis nervios, ni afrenta que no sufriese!

Cuando palas y azadones se iban y descansaba malamente durante la noche contra un guijarro y abrigada por un terrón, rompía de pronto la mañana, odiosa para mí, porque jamás había visto amanecer, y me encontraba con la reja del arado que brutalmente me revolvía, y entre pedruscos y raíces y malas hierbas me arrastraba por el surco ó me arrojaba á un lado.

Y á la vuelta siguiente era peor; porque uno de los bueyes, animal pesado y grosero, que yo no había visto nunca, y que sólo en tener cuatro patas se parece á los nobles caballos de un tronco inglés ó á los de pura raza por los que tantas veces había apostado en las carreras; un buey, repito, de los que tiraban del arado, tuvo el atrevimiento de plantarme encima su enorme y grosera pezuña; ¡y esto á mí, que había sido acuñada por fino troquel labrado por primoroso artista con todos los lujos de la heráldica monetaria!

Pues el animalote enorme me pisoteó sin compasión, haciendo fuerza sobre mi dorada rodaja para tirar del arado, y meneando la sucia cola, acaso en señal de triunfo.

¡Mas ay! que con su compañero aún lo pasé peor.

Jamás he sufrido humillación semejante. Al recordar aquella afrenta vibran todos los átomos de mi ser; y con ser áurea mi esencia, enrojezco y me desespero.

Pasaba por encima de mí aquel animal grosero, con sus cuernos sujetos al yugo, con su aparente mansedumbre, con su tardo caminar. Y pasó todo él, y ya me creí libre de su contacto repugnante.

Un momento más y habría pasado el monstruo del todo. Miré hacia arriba y estaba á plomo de su cola sucia y enmarañada.

Pues aquel fué el momento que escogió la bestia inmun-

da para arrojar sobre mí, como impura catarata, todas las heces de su bestial desprecio.

¡Sí, yo, oro puro y brillante; yo, la del noble cuño y el sin igual troquel; la de las artísticas líneas, me vi de repente envuelta, no en otras pastas de oro, sino en las pastosas miserias de una enorme bestia, que cree cumplir su deber tirando de un arado y estercolando los campos!

¡No sé qué pasó por mí! Quedé inmóvil: el rojo de mi faz, por caso de fuerza mayor era ya verdoso, y la inundación del cornudo cuadrúpedo me apretaba contra la tierra como troquel asqueroso. Pasó la yunta y se alejó el arado, y de tal modo me dejó, que no me hubieran conocido ni los auríferos placeres en que nací, ni la pepita que me llevó en su seno, ni el crisol en que me derritieron, ni los acerados troqueles, que en tiempos felices y lejanos me dieron artística forma.

Así pasaron horas y horas de tormento y afrenta, y hubieran pasado muchas más si no hubiera acertado á cruzar por allí un perro de ganado, que por piedad ó por golosina me limpió con su lengua de escarlata.

En otra ocasión, á insulto hubiera tenido el contacto de aquella generosa lengua, que al fin era la de un perro ordinario. Pero en tales abismos de desdichas había caído, que por acción noble tuve la de aquellos blandos y calientes lengüetazos.

Y hay que confesar que el perro me dejó que daba gusto verme.

Con los acentos más puros de mi noble esencia metálica le dí las gracias; y él, aunque tosco, con toda la ruda cortesía que cabe en un mastín me replicó en forma de gruñido.

Y yo, como noble moneda de oro, con vocecilla aristocrática; y él, como villano de buen natural, con su áspera garganta, nos comunicamos nuestros pensamientos.

Yo le relaté mis desdichas, y él trató de explicarlas; y no dejó de chocarme su cultura, impropia de su condición humilde y hasta salvaje.

No es que sus razones me convencieran; pero me chocó lo astuto, ya que no lo profundo de su argumentación.

Toscamente se expresaba y ásperos eran sus gruñidos, como lenguaje de campesinos y cabreros; pero allá en el fondo descubría yo ciertas malicias burlonas, á las que cortésmente replicaba y con paciencia sufría por el bien que había recibido del simpático can.

Él quería darme á entender que mis desdichas, humillaciones y afrentas, incluyendo la última, no iban dirigidas personalmente contra mí; que más bien debía considerarlas como formas simbólicas de esa protesta eterna del trabajo penoso contra el lujo refinado, en la eterna evolución de la vida social.

Claro es que el perro no se explicó de este modo, ni él entendía de simbolismos y evoluciones; pero en el fondo de sus ladridos algo así quería dar á entender. Y yo que he visto mucho, que he visitado talleres y bancos, gente rica y gente aristocrática, damas elegantes y caballeros del *sport*, obreros y sabios, pródigos y avaros; yo que he recorrido, en suma, todas las clases y todas las esferas de la sociedad, aunque hace mucho tiempo que no las recorro porque el noble metal de que estoy fabricada escasea; yo que en mi retiro medito y descanso mientras trabajan por mí unas cuantas tiras de papel, mejor ó peor grabadas, á que llaman *billetes*; yo, en fin, sé y comprendo lo que el perro quería decirme con sus groseros gruñidos y ladridos destemplados. Sí: en parte tenía razón. Era la protesta del campesino contra el cortesano, del trabajo tosco contra mi noble trabajo; de la necesidad primitiva contra el lujo refinado; eran bocanadas verdes de bilis empujadas por el espasmo de la fatiga sobre mi dorada superficie por tanto tiempo inmaculada y acariciada más de una vez por dedos finísimos y por destellos de pedrería.

Por de contado que yo quise defenderme y quise replicar, y á los gruñidos del mastín opuse mi vocecilla pura y más que argentina porque era aurífera. Pero el mastín se empeñó en no comprenderme.

¡Es que yo también soy producto del trabajo!, le decía. ¡Es que yo también contribuyo á la civilización universal! ¡Es que si yo te contase mi historia, te probaría que soy mucho y que valgo mucho, y que si hay en mi vida malas acciones, que en este surco y sufriendo afrentas de mal educados bueyes estoy purgando hace más de un año, en cambio hay páginas nobilísimas en mi larga peregrinación desde aquella divina California á este maldito terruño.

Y quise explicarle lo que yo era y lo que yo había hecho, y le rogué que me cogiera con sus blancos dientes y me llevara á su amo; pero el perrazo, aunque no era de mala índole, era grosero. No me hizo caso; lanzó un último gruñido, meneó el rabo á modo de despedida, salió á la carrera, y no le vi más.

Con lo cual me quedé en el campo y continuó la cadena de mis desdichas.

Por entonces vinieron grandes lluvias. Menos malo. El agua es limpia, y los chaparrones del cielo son más puros que los chaparrones de ese animal monstruoso que se llama buey, cuando el forraje de primavera da pretexto á las hazañas de su mala educación.

El agua del cielo es pura: es verdad. Pero es impura la tierra, que con la lluvia se convierte en barro, lo cual no hice yo nunca. Pero ello fué que en barro estuve metida quince días: en barro sucio y pegajoso, como en él se embute cualquier innoble guijarro.

Después cayó una gran nevada, y un manto blanco y purísimo me cubrió.

Aquello fué un consuelo para mí. Me pareció que la real imagen de mi cuño se vestía de armiño. Era un manto inmenso que llevaba sobre mis hombros postizos y que se extendía majestuoso por toda la heredad.

Fué un consuelo para mí, pero que duró poco.

¡Quién me sacará de este desierto!, pensaba yo. ¡Cuándo volveré á la civilización, cuándo trataré con personas cultas!

Pero nada. Siempre en el surco.

Y al fin llegó la siembra.

Un gañán vino arrojando puñados de trigo.

Uno de aquellos granos cayó junto á mí y nos miramos cara á cara. Es decir, él me miró la mía, porque yo la tengo por la gracia de Dios; pero yo no le pude mirar la suya, porque no la tenía. Era una pepita chiquituela, de forma vulgar, sin letrero ni en latín ni en castellano; sin armas reales ni nacionales; sin el toisón de oro que tan bien les sienta á los de mi estirpe. Y á pesar de la lisura y vulgaridad de todo su ser, el granillo era orgulloso, más orgulloso que yo, y me miraba con una mezcla de curiosidad y desprecio.

Tal vez porque era dorado el pequeñuelo pretendía compararse conmigo. Así me dijo más tarde que los poetas se deshacían en versos al hablar de la *dorada espiga*.

¿En qué quedamos?, repliqué. Esto de tener superficie dorada, ¿es bueno ó es malo? El trigo es dorado; pero el oro no es dorado, que es oro.

De aquí resultó una viva polémica entre el larguirucho grano de trigo y mi redonda y noble persona.

Una disputa más viva, más ardiente, más enconada, más profunda que la que había sostenido algunos meses antes con el mastín.

Pero el grano de trigo no se me podía escapar como el mastín se me escapó. Tenía que oir mis razones; tenía que rebatir mis argumentos; y á fe que los suyos eran formidables; pero yo nunca me dí por vencida.

Frente á frente estábamos el dorado grano de trigo y la moneda de oro: él y yo: y de este modo argumentábamos.

Mas aquí acaba la única hoja que se pudo encontrar de las *Memorias* dictadas por la moneda de oro y que tuvieron por amanuense al diablo.

Si al fin algún erudito da con la hoja siguiente, sabremos lo que dijo el grano de trigo y lo que la moneda contestó.

José Echegaray.

(Dibujos de Triadó.)





Entreteníanse ambos en tejer ensueños

DIOS DA TURRÓN...

Del gran puerto bonaerense salieron embarcados los recién casados en uno de esos transatlánticos que de atroces asustan y parecen ciudades, y aunque la travesía es larga, no tuvieron ocasión de aburrirse, ¡porque venían más ocupados! en mirarse, como tontos, en besarse por todos los rincones, y en pensar y en decírselo, con la boca revenida de miel, que Dios había hecho cosa tan sublime como el amor exclusivamente para ellos: tan cierto es que el exceso de felicidad anubla el entendimiento y vuelve de capirote al más listo. Pero, como hay tiempo para todo, y más para el que sabe aprovecharlo, en los intervalos, apoyados sobre la borda ó sentados bajo la toldilla, mientras el aire salino les acariciaba á la manera del rústico que quiere agasajar con franqueza rayana en grosería, entreteníanse ambos en tejer ensueños, en echar sobre la endeble base del deseo los cimientos del hogar futuro en que habían de aislarse para gozar mejor del bien conquistado: él quería que fuese una casa con jardín inmenso como una selva, donde pudieran perderse y andar como los pastorcitos de las églogas y junto á la cual tuviera la fábrica, que no debe estar reñida la realidad con la poesía; ella optaba por asentarla en el pico inaccesible de una montaña, donde la mirada humana no les molestara, con torrecillas y almenas, como las fortalezas, un lago de un costado, el mar abierto del otro y empenachada de nubes.

Él la quería en Francia, la refinada: ella en Italia, la pintoresca; ó ya, mudando de capricho, en Alemania, la romántica; en Inglaterra, la nebulosa, y en los Andes ó en las pampas de la patria. Al cabo perdían pie, y muy seriamente pensaban si no fuera mejor edificarla en el seno de aquel mar, toda de topacios, esmeraldas y diamantes, ó allá arriba, bajo la cúpula del espléndido cielo americano, en la Cruz del Sur por remate.

En cada puerto creían ver uno y otro la ideal morada, irguiéndose entre el verdor de la orilla ó el azulear de la altura, y convenían en que no era ésa, ni aquélla; la suya, la propia era otra, y seguían acopiando materiales para construirla, plantando arbolitos, trazando caminitos; ¡y cuánto adelantaba la obra, puestos de acuerdo los dos arquitectos!, ¡qué hermosa parecía y qué magnífica!, como hecha á expensas de la imaginación, que es tesoro que no se agota tan presto como el bolsillo.

***

Pues, señor, se acabó la travesía, desembarcando mi gentil pareja en la ciudad italiana que muy justamente llaman de apodo la *Soberbia* y la *Marmórea*, y la curiosidad les llevó de zarandillo, subiendo cuestas y bajando cuestas, aquí te muestro una iglesia, allí te enseño un museo, acullá un palacio, más lejos un cementerio y todo lo que los viajeros han de visitar si tienen piernas; mas los pobrecillos (dígase con la promesa de no divulgar el secreto), en achaques de arte no presumían de eruditos, y sacaban de tales andanzas caliente la cabeza y los pies molidos. Sonreía la primavera, estación deliciosa en que la juventud y el amor gustan de retozar por la campiña de bracero, y á vejeces arqueológicas, que huelen mal, y á cuadros respetables de muy respetables autores preferían ellos el aire, el sol, el cielo, el mar, las estrellas y las flores, la obra magnífica de Dios, á quien todos admiran y comprenden.

Dejaron, pues, á la curiosidad, su guía fastidioso, y *tris, tras*, en un carricoche alquilón se marcharon adonde les dijeron que encontrarían lo que buscaban, que no estaba en los antípodas, sino tan cerca que en breve dieron con una verja muy suntuosa y un estirado señor, que ó era portero ó ministro, el cual amablemente consintió en que pasaran. ¡Oh sorpresa! Aquélla, sí, era la suya, la propia, la única, la mansión soñada, nido ideal de su ventura. ¡Oh maravilla! Algún mago astuto, sin duda, les robó, mientras dormían, el plano fantástico y por los aires le trajo hasta la orilla, realizando en una noche cuanto ellos imaginaron, cosa fácil para ese mago que llaman Trabajo.

La misma casa blanca, escondida entre la fronda; las mismas veredas serpentinas al través del jardín; el cenador misterioso en un altozano; las fuentes lloronas; el lago con sus barquillas; la gruta azul de artificio, que figuraba en pequeño la famosa de Capri..., y árboles y plantas raras de todos los climas, el café, el algodonero, el alcanfor, cuyas ojas despiden el olor característico á poco de apañuscarlas. Y animales, todos los domésticos, todos los que se han sometido al hombre y son sus amigos, útiles ó hermosos. Junto á lo necesario lo bello, junto á lo bello lo ingenioso, como los juegos de agua que sorprenden y remojan, y la higiene y el arte en maridaje estrecho reinando en paz á la sombra de la cruz de la capilla gótica, frente al mar tendido en anfiteatro.

¡Ay! Mi parejita abría tamaño ojo y suspiraba. Sobre el césped, al borde de las fuentes, en la penumbra de la gruta, entre las flores y las mariposas, parecía revolotear el amor con sus alitas de gasa. Aquel paraíso era el templo del amor. ¿Verdad, señor ministro ó señor portero?, ¿verdad que aquí pasan su luna de miel algunos novios regios?

Ella hacía la pregunta, bajando la cabecita rubia con despecho. Y el estirado señor se dignaba dar informes: el propietario era marqués, un marqués riquísimo... ¡Rico y marqués!.. ¡Qué feliz debía de ser! Mucho, mucho más que ellos todavía. ¿Era casado?, ¿era soltero?, ¿joven?, ¿viejo? Pero el personaje no contestaba ya, por discreción ó por sordera. Ellos pensaban que sí sería joven, ¿cómo no?, y tendría su linda mujercita y su media docena de angelotes graciosos; porque un paraíso sin ángeles, ¿quién lo concibe?

En esto notaron que el personaje se volvía y con gravedad señalaba hacia la casa:

– El señor marqués

Y vieron que, sentado bajo el comedor, estaba un anciano, muy pulcro y muy tieso, de sombrero de paja, chaqueta de seda amarilla y un grueso bastón en la mano; miraba al mar con fijeza extraordinaria, y en medio de la alegría primaveral que le rodeaba, él solo se mostraba triste, profundamente triste, amarga representación de lo pasado, dolor viviente, nota de invierno que sombreaba el cuadro. Los que acercándose venían y le contemplaban, se detuvieron en el camino, y él siguió mirando al mar, como petrificado: aquel paraíso, del que él era dueño, no tenía para él encantos ni colores, é inútilmente la naturaleza, el arte y la fortuna se empeñaban en distraerle y consolarle.

Pasaban los otros y saludaron respetuosamente, y él no se movió tampoco; siguió mirando al mar, siempre fijo, indiferente al espectáculo de la vida.

La parejita envidiosa comprendió entonces, aterrada...

¡Era ciego!

CARLOS MARÍA OCANTOS.

(Dibujo de Huertas.)

EL ALJÓFAR (CUENTO)

Los devotos de la Virgen de la Mimbralera, en Villafán, no olvidarán nunca el día señalado en que la vieron por última vez adornada con sus joyas y su mejor vestido y manto, y con la hermosa cabeza sobre los hombros, ni la furia que les acometió al enterarse del sacrílego robo y la profanación horrible de la degolladura.

Todos los años, el 22 de agosto, celébrase en la iglesia de la Mimbralera, que el vulgo conoce por *la Mimbre de los frailes*, solemne función de desagravios.

La Mimbralera había sido convento de dominicos, construído, con espaciosa iglesia bajo la advocación de Nuestra Señora del Triunfo, por los reyes de Aragón y Castilla en conmemoración de señalada victoria. La imagen, desenterrada por un pastor al pie de una encina, no lejos del campo de batalla, y ofrecida al monarca aragonés la víspera del combate, fué colocada en el camarín que la regia gratitud enriqueció con dones magníficos. Aunque relegada al pie de la sierra, en paraje bravío y montuoso, próxima solamente á un pueblecillo de escaso vecindario, la iglesia del Triunfo gozó de universal nombradía, y la fama de la milagrosa Virgen, extendiéndose más allá de la región, cundió por España entera. Más de un rey, de la trágica dinastía de Trastamara ó de la melancólica dinastía de Austria, vino á la Mimbralera en cumplimiento de voto, en acción de gracias por algún favor obtenido del cielo mediante la intercesión de la Virgen del Triunfo, dejando, al marcharse, acrecentado el tesoro con rica presea. Las reinas, no pudiendo ir en persona, enviaban de su guardajoyas arracadas, ajorcas, piochas, tembleques y collares; y doña Mariana, madre de Carlos II, queriendo sobrepujarlas á todas, regaló el incomparable manto, de brocado de oro con recamo de esmeraldas y gruesas perlas en infinitos hilos de aljófar; una red de hilos que recordaba el rocío de la mañana sobre los prados, y que al salir la imagen en procesión, se soltaban y eran recogidos piadosamente por los devotos en un cuenco, ya destinado, de tiempo inmemorial, á este uso.

El amor del pueblo de Villafán había salvado del saqueo este manto célebre y el resto del tesoro de la Virgen, en la época de la exclaustración; y el 21 de agosto, fiesta de la Mimbralera, la imagen, luciendo completas sus alhajas, bajaba del convento al pueblo, seguida de inmenso gentío venido de toda la sierra; descansaba en la plaza Mayor, y se recogía á su camarín antes de ponerse el sol, permaneciendo en él, engalanada y ataviada, hasta el amanecer del siguiente día, hora en que la camarera, ayudada por dos mozas de lo mejor del lugar, iba á desnudar á la reina del cielo, recoger sus preseas y vestimenta y substituirla por la ropa de diario.

El año del robo, memorable en los humildes anales de Villafán, al entrar la camarera – esposa del juez municipal, señora de mucho viso – en el trasaltar y subir las escaleras que conducen á la plataforma donde se apoya la peana de la imagen, por poco se cae muerta.

La efigie estaba despojada, sin manto ni joyas, sólo con la túnica interior de tisú, y detalle espantoso: estaba decapitada: la cabeza, serrada á raíz de los hombros, más abajo del sitio donde se atornillaba la gargantilla de piedras preciosas, había desaparecido.

Media hora después, el pueblo entero, frenético, delirante de indignación, invadía la iglesia, y los comentarios y las hipótesis principiaban á hervir en el aire. Alcalde, secretario, médico, juez, párroco, sargento de la guardia civil, cuanto allí representaba la autoridad y la ley, se reunían para deliberar.

Era preciso descubrir á los malhechores, sin pérdida de tiempo, porque de otro modo el vecindario de Villafán haría una que fuese sonada.

Ya, sobre el desesperado llanto del mujerío, se destacaban las voces amenazadoras de los hombres, los tacos, las interjecciones y las blasfemias, y las manos, impacientes, se crispaban alrededor del garrote, ó requerían, en las vueltas de la faja, la navaja de muelles.

Dos cosas urgían mucho: prender á los culpables, pero impedir que los hiciesen trizas. Si no se lograba lo primero, lo que importaba de veras, la multitud haría lo segundo con el cura, con el sacristán, con todos los que debían velar, y no habían velado, por la adorada patrona del pueblo, cuya mutilación acababan de comprobar entre rugidos de ira. Prender á los culpables. Sí; pero... ¿dónde estaban?

Ese ruido sordo y profundo como la subida de la marea; ese eco de un acento repetido por centenares de voces, que se llama el rumor público, acusaba ya, designaba ya á los reos. No eran, ni podían ser, sino los acróbatas que la víspera, en la plaza, habían ejecutado sus habilidades y recogido buena cosecha de cuartos. ¡Aquellos pillastres vagabundos, aquellos titiriteros se llevaban el tesoro de la Virgen! Al anochecer, desbaratado el tabladillo, recogidos y cargados en carros y jaulas los chirimbolos y los dos ó tres monos y perros sabios, se les había visto alejarse en dirección á la Mimbralera, diciendo que se proponían trabajar al día siguiente en Guijadilla. Para bergantes así, avezados á toda truhanería, no era difícil acampar en el robledal, y sigilosamente, entre las sombras, asaltar la iglesia, á tales horas solitaria. El sacristán, contrito y trémulo, confesaba que en vez de vigilar había dormido á pierna suelta en su domicilio, una de las mejores celdas del antiguo convento; el cura de la Mimbralera no negaba haber pernoctado en el pueblo, en casa del alcalde, después de una cena copiosa. ¿Quién pensaba en la posibilidad del atroz sacrilegio? Los ladrones, teniendo por delante la noche entera, pudieron despacharse á su gusto. Patentes se veían las señales: la puertecilla lateral de la iglesia se encontraba forzada, abierta de par en par; tres hierros de la verja del camarín, limados y arrancados, dejando boquete para cabida de un cuerpo; y en el propio camarín, sobre el piso de mármoles, huellas de pasos, fragmentos de madera, un serrucho olvidado al borde de la peana, revelaban la forma en que el atentado debió de cometerse. Como decía muy bien Ricardo *el Estudiante*, el hijo de la difunta tía Blasa, que era el que más enardecía á la amotinada muchedumbre, los infames ni aun se cuidaban de esconder los instrumentos del delito. ¡Ellos, ellos eran! ¡Ni cabía dudarlo!

Púsose en movimiento la guardia civil, y á pesar de oponerse formalmente el sargento, la precedieron bastantes mozos de los resueltos y fornidos, que así andan diez leguas á pie como trincan á un criminal, aunque tenga las fuerzas del hércules de la compañía, el titiritero que levantaba en vilo, jugando, una pesa de hierro mayor que el bolo en que remata el campanario de la Mimbralera. ¡A descubrir á los ladrones, contra! – Sin embargo, el veterano sargento de la guardia, mordiéndose de soslayo el mostacho rudo, parecía rumiar no sé qué recelos, no sé qué sospechas misteriosas. Su mirada astuta, penetrante como un punzón, escrutaba el grupo que formaba la vanguardia, capitaneado por Ricardo *el Estudiante*, que blandía una vara recia, profiriendo imprecaciones contra los sacrílegos. Los guardias son muy mal pensados. Ni pizca le gustaba Ricardo al buen sargento. Conocíale de sobra: un jugador eterno y sempiterno, tan poseído del vicio, que no pudiendo satisfacerlo en Villafán, pues sólo los días de feria hay quien tire de la oreja á Jorge, se iba por los pueblos, y hasta por Madrid y Barcelona, apareciendo siempre donde se hojease el libro de las cuarenta hojas, el libro de perdición. Por instinto y costumbre, el sargento tenía de ojo á los jugadores. Sabía que son simiente de criminales, como lo es todo apasionado, que va al objeto de su pasión sin reparar en medios. No podría fundar el escozor que allá dentro notaba; pero mientras seguían el camino de Guijadilla, polvoriento y devorado de sol, guarnecido de carrascales y olivos blancuzcos, involuntariamente, en las paradas, miraba á Ricardo, estudiaba su cabeza greñuda, su fisonomía hosca, colérica y por momentos sellada con una expresión de cansancio indefinible, una especie de fatiga inmensa, cual la sombra de unas alas negras que la velasen. Y pensaba el sargento: «Si tú has pasado esta noche en tu cama..., quiero yo que mal tabardillo me mate.»

Perfilábase ya en el horizonte la torre de la iglesia de Guijadilla; era la hora meridiana cuando la turba, excitada por el calor y la molestia de la caminata hasta entonces inútil, divisó, en un campo donde verdeaban espadañas frescas, señal evidente de existir allí un arroyo, á la sombra de un grupo de alisos, á los titiriteros acampados.

Indudablemente esperaban ocasión propicia de entrar en el pueblo anunciando con tambor y trompeta sus ejercicios.

Tendidos en el suelo, echados panza arriba, recostados sobre los instrumentos, los saltimbanquis dormían la siesta, descansando de su jornada y del trabajo de la víspera.

Allí estaba completo el cuadro de la pobre y asendereada compañía: el payaso y director, embadurnado de harina y colorete, mostrando la boca abierta y obscura en la enyesada faz; el hércules, jayán, sudoroso, de rizada testa, ancho tórax y biceps acentuados bajo la malla rosa vivo; la funámbula, más fea que un susto, larga y esqueletada como la estampa de la muerte; la saltarina de aros, regordeta, morena, graciosa, hecha un mamarracho con su faldellín de gasa amarilla y su corpiño de lentejuela azul; y por último, los dos niños, gimnastas, hijos del hércules; la chiquilla de doce años, rubia, pálida, de dulces facciones, y el chiquillo, de seis, gordinflón, derramados los rizos de oro en alborotada madeja alrededor de la sofocada carita. Los niños reposaban abrazados, recostado el pequeñín en el pecho de la hermana: ambos vestían la malla color carne, sobre la cual llevaban túnicas de seda celeste prendidas con rosas artificiales; y un aro plateado, ciñendo sus frentes, les daba aspecto de ángeles de gótico retablo.

La turba, detenida un instante, vociferó, aulló, precipitándose al campillo; y entre exclamaciones de sorpresa, voces que pronunciaban injurias y rugidos de alegría bárbara, en un santiamén los saltimbanquis, mal despiertos, aturdidos aún, incapaces de defenderse, se vieron cogidos, asaltados, rodeados cada cual de una docena de paletos, que blandían varas, esgrimían cuchillos, sacudían y zarandeaban y hartaban de mojicones á los supuestos reos del robo de la Virgen del Triunfo.

A su vez, corrieron los guardias, comprendiendo que allí iba á ocurrir algo terrible. Mientras los niños lloraban y chillaban las mujeres, el hércules, sin más arma que sus cerrados puños, juntándolos contra el pecho y despidiendo los brazos como movidos por acerado resorte, se defendía. Dos paletos mordían ya la tierra, el uno con las costillas hundidas, el otro con la nariz rota, soltando un río de sangre. Eran, sin embargo, muchos contra uno; Ricardo *el Estudiante*, lívido y feroz, azuzaba contra el saltimbanqui á los lugareños, y llovían garrotazos. Uno, bien asestado, le cruzó la nuca, haciéndole tambalearse como acogotado buey; otro le alcanzó en la muñeca, partiéndosela casi.

A manera de jauría que acosa al jabalí y se le cuelga de las orejas, sin que los guardias, dedicados á proteger al resto de la compañía, pudiesen impedirlo, los paletos se estrecharon contra el hércules, que desapareció entre el grupo.

Se oyó el fragor de la lucha, el ronco resuello de la víctima; los guardias, echándose el fusil á la cara, se prepararon á hacer fuego á los verdugos; apartáronse éstos, saciada la ira, y se vió en el suelo una masa informe, sangrienta, algo que no tenía de humano sino el sufrimiento que aún revelaban las palpitaciones del pecho y la convulsión de las extremidades.

Los niños, sollozando, se arrojaron sobre el padre moribundo, cubriéndole de besos; y en aquel mismo instante, el sargento veterano, asiendo del brazo á Ricardo *el Estudiante*, clamó en formidable voz:

– ¡Date preso! Tú, y nadie más que tú, es quien ha robado las alhajas de la Virgen.

Y como *el Estudiante* protestase y los mozos acudiesen á su defensa, el guardia, extendiendo un dedo acusador, señaló á las greñas de Ricardo, á la inculta y revuelta melena que siempre gastaba. Todas las miradas se fijaron en el punto indicado por el guardia, y una convicción y un estupor cayeron de plano, súbitamente, sobre todos los espíritus. Entre la cabellera de Ricardo se veían, enredados aún, dos ó tres hilos de aljófar, de los que como telaraña irisada de rocío matinal bordaban el manto de Nuestra Señora de la Mimbralera.

. . . .

El Estudiante confesó, y fué á presidio. Las joyas, entregadas á un tahur, un cómplice encubridor venido de Madrid y apostado en las cercanías del Triunfo para recoger la presa, nunca se recobraron, ni tampoco la divina cabeza, de dulce sonrisa extática, la amada cabeza de la Virgen.

Y de aquellos dos niños, huérfanos y solos, ¿quién sabe lo que habrá sido? Continuarán rodando por el mundo, adoptando posturas plásticas en algún circo, y poco á poco se irá borrando de su memoria la imagen del campo verde, festoneado de alisos y espadañas, donde vieron asesinar á su padre...

Emilia Pardo Bazán.



POR ANDRÉS THEURIET, DE LA ACADEMIA FRANCESA

VERSIÓN CASTELLANA DE JUAN B. ENSEÑAT. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

I

El albergue que el pintor Ivo Cormier eligió por domicilio en Plô mar, daba al campo y á la bahía de Douarnenez. La dueña, viuda de Le Benzec, alquilaba la mayor parte de su casa á artistas ó á *turistas* que iban allí á veranear. Blanqueada con cal, compuesta de planta baja y un solo piso, la casita parecía dormitar, aislada al borde de un camino, en la cresta del acantilado cuya vertiente baja hasta el puerto de pesca.

A principios de julio – á las seis de la mañana – Ivo Cormier, que llevaba ya un mes de residencia en Plô-mar, despertó al canto de las golondrinas que revoloteaban por los aleros, se restregó los ojos, consultó su reloj y de un brinco saltó de la cama, diciendo:

– ¡Diantre!.., las seis... y diríase que no ha salido aún el sol... Es un perezoso que falta á todos sus deberes.

Se puso sus pantalones y abrió la ventana de par en par. Una bruma blanquecina se extendía por el campo, impidiendo ver la bahía.

– ¡Esto me faltaba!, exclamó. Tengo cita á las siete con la Soisie para mi estudio, y la neblina va á fastidiarme. Afortunadamente el viento sopla del Este y despejará...

Abluciones abundantes, rápida *toilette*, luego una escudilla de sopa caliente, tragada en la cocina de Mad. Le Benzec, y Cormier, saco al hombro, atravesó el camino.

Desde el fondo del puerto, jovial gritería infantil subía entre las blanquecinas transparencias de la bruma. Conforme Ivo lo había conjeturado, los vapores empezaban á ser menos densos. Largos rayos de sol acariciaban con su luz rosada el muro roqueño por donde serpenteaba un sendero escarpado; el pintor se cruzaba al paso con lavanderas que volvían con sus líos de ropa. Poco á poco el sol iba absorbiendo la neblina y descubriendo un admirable paisaje de mar.

Bajo onduladas praderas, entre un marco de hayas, encinas y fresnos, la bahía, chorreante de claridad, se extendía hasta perderse de vista. Un pálido matiz azulado coloreaba la superficie tranquila, mientras que lejanas gasas de un gris plateado cubrían aún el fondo. Oleadas de vapores opalinos se deslizaban á lo largo de las costas sumergiendo su base; pero las cimas surgían en pleno sol y, á la derecha, la doble cúspide del Menez-Homse se destacaba bañada de un color violáceo. Blancas gaviotas se cernían en el espacio y velas blancas corrían sobre el mar, que se azulaba cada vez más.

Ivo saboreaba, como hombre conocedor, aquella magia de paisaje matutino. Aquellos ramajes casi sumergidos en el agua; aquella ancha bahía cerúlea; aquella población que surgía de la bruma; aquella divina armonía de árboles, cielo y mar, era hermosa como el más bello ideal. Cuando llegó al lavadero en que el agua de las fuentes producía múltiples reflejos entre las rocas obscuras, vió á su modelo que le aguardaba de pie sobre una piedra llana. Soisie era una trabajadora de diez y ocho años, costurera de oficio y á ratos modelo para los pintores, que abundan en Douarnenez. Tenía todo el tipo del país: cabello negro bajo la papalina encañonada, delicadas facciones, cutis claro y dos grandes ojos nada tímidos. Habiendo reconocido de lejos al pintor, estaba ya colocada en la actitud convenida: – levantada la cabeza sobre el fondo azul de la bahía, ocupadas las manos en hacer una media de lana, mientras que la brisa sacudía ligeramente su falda corta sobre sus piernas delicadas.

– ¡Magnífico!, exclamó Cormier, colocando su caballete. ¡Buenos días, Soisie!... Eso es... Ahora... ¡quieta!...

Y como hombre que conoce el valor del tiempo, después de haber comparado atentamente el modelo con el estudio empezado, se puso á trabajar.

Ivo Cormier había cumplido apenas veinticinco años. Era alto, flaco y robusto, con una fisonomía á la vez grave y abierta, con algo de fosco y acariciador en la mirada. Largo bigote negro y caído sombreaba su boca de labios graciosamente móviles. Hijo de un obscuro empleado de Quimperlé, abandonó, á la edad de veinte años, su querida Bretaña para trasladarse á París, donde entró en el estudio de Cabanel. Instalado en el último piso de una casa del boulevard Montmartre, vivía á duras penas de una pequeña pensión que le tenía asignada la Diputación de su provincia. Privado de todos los placeres parisienses, contentábase con comer á regañadientes su pan duro al tufillo de los guisados ajenos. Durante el invierno trabajaba en el estudio de su maestro, y á fin de aumentar sus flacos recursos, ejecutaba todos los trabajos concernientes á su profesión. Retrataba á precios ridículamente bajos á los tenderos de la vecindad, retocaba dibujos de aficionados y trabajaba para los comercios de objetos religiosos del barrio de San Sulpicio. A principios del verano volvía en tercera á su Bretaña, se albergaba en cualquier pueblecito de la costa y llevaba allí la económica vida de los campesinos, pasándose todo el día enfrente de aquellos paisajes, cuyo agreste encanto é íntima melancolía procuraba reproducir en sus lienzos.

Poseía el amor á su arte, alentado por un vehemente deseo de llegar á la celebridad. Estas dos pasiones le sostenían, permitiéndole soportar con valentía las privaciones, la monótona soledad y las decepciones de aquellos comienzos, que le parecían, sin embargo, más grises, más pelados y pedregosos que los eriales más áridos de su país de Cornouailles, como el perro de la fábula.

Tenía más templanza de lo que hubiera querido... Sin embargo, aun cuando le tentaba el demonio del placer, su voluntad de bretón tozudo le mantenía en la prudencia. Volvía resueltamente la espalda á la tentación, y se limitaba, á guisa de confortación y de calmante, á repetir para sus adentros, no sin un poco de ironía, ciertos axiomas juiciosos por el estilo de éste: «La vida es demasiado breve... El tiempo es dinero y yo no tengo tiempo que perder...» Pero al mismo tiempo que ponía con prudencia una martingala á sus deseos, sentía tener que poner á raya su apetito. Prometíase que si llegaba á adquirir notoriedad y á vender sus obras, se desquitaría con creces de sus años de virtud, que él comparaba con las siete vacas flacas de la Escritura.

Mientras tanto trabajaba de firme, luchando contra las dificultades de la ejecución, dichoso como un dios cuando había logrado reproducir con exactitud un rasgo de fisonomía, un movimiento tomado del natural, un rápido efecto de luz. Entonces la embriaguez del trabajo se apoderaba de él de tal manera, que olvidaba su hambre de placer y no se acordaba ya más que de su arte. Aquella misma mañana, por ejemplo, en presencia de la linda Soisie, que era precozmente coqueta y hubiera gustado de charlar un poco con el artista en los momentos de descanso, él permanecía indiferente á las miradas insinuantes de la trabajadora. El arte le absorbía; la *mujer* no existía ya para él más que en estado de modelo, y el sensual atractivo que Soisie esparcía, como una flor exhala su perfume, se evaporaba en vano.

Sin embargo, aquella sutil emanación de la coquetería femenina no se perdía para todo el mundo. A pocos pasos del pintor y de su modelo rondaba un curioso que parecía doblemente dominado por la satisfacción de contemplar el agraciado rostro de Soisie y por el deseo de examinar más de cerca el lienzo del artista. Era un cincuentón macizo y bien conservado, de elevada estatura, algo barrigudo, sólido de piernas y ancho de espaldas. Sus patillas grises, á lo marino, daban cierto aire militar á su rostro de afeitados labios, de nariz sensual y de ojos grises que centelleaban bajo pobladas cejas. Su americana de grueso paño azul, su pantalón de la misma tela, aprisionado hasta las rodillas en polainas de cuero, se armonizaban en su sencillez con las facciones frías y los bruscos ademanes del personaje, dándole todo el aspecto de un señor rural injerto en un comerciante avispado y rico. Aquel paseante matutino era, en efecto, el señor Tanguy de Tromelin, propietario de la finca de Kerdouarnec y director de una de las principales sardinerías de Douarnenez.

Insensiblemente el Sr. de Tremolin se había acercado. Miraba por encima del hombro del pintor, á fin de contemplar el estudio en que la figura más de medio esbozada se destacaba sobre el fondo gris del lienzo. A medida que reconocía la exactitud de

la testa y del busto, la naturalidad del movimiento, el recién llegado se maravillaba, y su rostro expresaba ese sentimiento de inquietud y de asombro que produce en el vulgo y sobre todo en los campesinos el descubrimiento de un parecido sorprendente obtenido por misteriosos procedimientos.

– ¡Hola, hola!, murmuraba con un guiño de ojos. ¡Buenos días, Soisie!... ¡Mi enhorabuena, caballero!... El parecido es extraordinario.

– ¿Le parece á usted?, replicó Ivo Cormier, sin interrumpir su trabajo... Empieza á salir, pero todavía falta mucho... Vuelva usted á eso de las doce y verá la cosa terminada.

– ¡Cómo! ¿Al mediodía quedará todo concluído?.. ¿Cuándo empezó usted?..

– Ayer tarde, á las cuatro.

– ¡Es asombroso! Admiro su habilidad. Debe usted ganar mucho dinero pintando... Sin indiscreción, ¿cuánto le dan por un cuadro como éste?

– No tanto como yo quisiera. Hablando con franqueza, absolutamente nada, puesto que mi estudio no está destinado á la venta.

– ¿Entonces trabaja usted por gusto?

– Por gusto desde luego, contestó el artista, que excusaba la aparente candidez del interrogatorio, pero sobre todo para instruirme... En nuestro arte el aprendizaje es largo, y tenemos que ejectar muchas cosas como ésta para convertirnos en maestros y hacer fortuna.

– ¿De veras?, exclamó el fabricante de conservas, cuya fisonomía se iluminaba; entonces es necesario ser rico para emprender una profesión tan poco lucrativa.

– No es absolutamente necesario... Basta tener paciencia y estar dotado del sagrado fuego... Yo no nado en la opulencia. Sin embargo, el oficio me distrae y no me desaliento... Tal vez me queden aún tres años de lucha antes de ser conocido y vender mis cuadros; pero después tendré asegurada mi fortuna, y desde luego afirmo á usted que recuperaré el tiempo perdido.

Al terminar estas palabras, se reía con una risa silenciosa que arremangaba sus labios carnosos y descubría dos hileras de dientes blancos, dientes agudos y apretados, que parecían muy bien organizados para roer las manzanas del placer tan pronto como el fruto prohibido se hallase á su alcance.

El Sr. de Tremolin se había puesto súbitamente pensativo. La mordiscadura de sus labios y el arrugamiento vertical de su frente en el arranque de la nariz, revelaban una especie de cálculo laborioso.

De pronto pareció decidirse, sus ojos se iluminaron con un brillo agradable y se plantó bruscamente delante del pintor.

– ¿Cómo se llama usted, señor artista?, preguntó quitándose el sombrero.

– Ivo Cormier, dijo el pintor algo sorprendido de la singular actitud de su interlocutor.

– Pues bien, Sr. Cormier, yo soy el Sr. de Tremolin, director de las Sardinerías de la isla Tristan... Vivo allá arriba, cerca de Ploa-ré, en la quinta de Kerdouarnec, y voy á hacer á usted una proposición.

– Usted dirá, Sr. de Tremolin, replicó Ivo saludando á su vez.

– El caso es que hace tiempo que deseo hacerme retratar... ¿Puede usted encargarse de hacer mi retrato?

– Con mucho gusto, caballero; puedo dividir mi jornada en dos... Hacer mis estudios por la mañana, y reservar á usted la tarde.

– ¡Perfectamente! Falta saber cuáles serán sus condiciones. En mi calidad de comerciante, me gusta hacer precio desde luego. Aunque de posición holgada, no puedo gastar una cantidad crecida por satisfacer un simple capricho, y si este capricho tuviese que costarme demasiado caro, renunciaría á él... con disgusto, pero renunciaría...

Ivo Cormier no andaba sobrado de dinero y su tiempo no tenía gran valor, mercantilmente hablando. Vió una ganga en aquella inesperada proposición y resolvió no mostrarse exigente.

– Sr. de Tremolin, contestó; su proposición me honra mucho y me gusta su manera de entablar los negocios... Vamos á ver, ¿le parece á usted caro trescientos francos?

– ¡Hombre! Trescientos francos no se encuentran en medio de la calle; pero puesto que es usted razonable, no tiraré de la cuerda... Vaya por cien escudos, y si quedo contento de mi retrato, le encargaré otro sin duda.

– ¿Otro?, exclamó Ivo engolosinado... ¿El de su señora quizá?

– No, señor; soy viudo, pero...

Aquí el señor de Tremolin se detuvo á reflexionar. Había tenido la palabra en los labios para proponer igualmente á Cormier que hiciese el retrato de su hija; pero pensó de pronto que Marianic de Tremolin tenía veintidós años, y un escrúpulo le hacía vacilar. ¿Era prudente introducir cerca de una muchacha á aquel artista, que era un buen mozo?... «¿Por qué no?, dijo luego para sí; Marianic tiene demasiado dignidad para permitir que un embadurnador de lienzos le haga la corte, y, por otra parte, si ese Sr. de Cormier no emplea más que doce horas en dibujar á la Soisie, nuestros dos retratos no le llevarán más que cinco ó seis sesiones; yo estaré allí para vigilar al pintor, y, en caso de ausencia, pondré de centinela á la vieja de su criada... Nada hay que temer.»

Después de un momento de silencio, continuó:

– Soy viudo, pero tengo una hija que va á cumplir veintidós años. Es ya casadera y puede abandonarme de un momento á otro. Yo quisiera al menos tener su pintura cuando me deje solo... A ella aludía al hablarle á usted de otro retrato... Volveremos á hablar de esto después que yo lo haya consultado con ella...

– Estoy á su disposición, caballero, declaró Ivo levantándose; ¿cuándo quiere que empecemos el de usted?..

– Lo más pronto posible... Venga usted á comer el domingo próximo en Kerdouarnec, después de la misa mayor, y fijaremos el día... Convenido, ¿eh?.. Hasta el domingo, á las doce... Servidor de usted y usted dispense que le haya molestado...

II

Detrás de la iglesia de Ploa-ré, cuya veleta asoma por encima de copudas hayas, un camino sinuoso, llamado «paseo de Santa Cruz,» conduce á un calvario carcomido de liquen. Desde allí se oyen los rumores de Douarnenez y se ve parte de la bahía, ora cubierta de luminosa bruma, ora azulada y llena de sol. El sitio es melancólico. El suelo herboso amortigua el ruido de los pasos de los raros paseantes que por allí se encuentran. En ciertos días nublados, el mar vaporoso, el pálido follaje de los álamos, la grisalla del campanario de piedra, se unen para impregnar el paseo de Santa Cruz de una tristeza penetrante, pero grata al corazón. Se siente uno allí envuelto en la soledad y alejado del mundo. Y sin embargo, á pocos pasos de allí, detrás de un oquedal de castaños plantados en la vertiente de la colina, se extienden tres fincas de nombres pintorescamente silvestres: Coat-an air, Kergoadic y Kerdouarnec.

A los campesinos y á los caseríos bretones les gusta la vida oculta. El de Kerdouarnec se halla metido debajo de los castaños. Un estrecho y oblicuo paseo de hayas formando bóveda ojival conduce á la puerta principal de la casa, que da acceso á un gran patio lleno de briznas de paja, donde picotean gallinas y revolotean palomos. Las granjas y el lagar forman dos alas; en el fondo, la habitación presenta su fachada tapizada de vid entre dos torreones puntiagudos. La puerta trebolada, de cimbra baja, las ventanas con sus cruceros delicadamente labrados, dicen la edad de la morada, que fué construída á mediados del siglo XVI. Por un vestíbulo, embaldosado de piedra, se entra á pie llano, por la derecha, á la cocina, espaciosa; y por la izquierda, á un corredor de paredes blanqueadas con cal, en que los muebles de nogal, fabricados en Pont-Croix, armarios, credencias y aparadores, con sus cobres de un amarillo claro, dan una nota hospitalaria y alegre. Esta pieza comunica con un salón adornado con cortinajes verdes, provisto de un pavimento de madera, decorado con espejos de doraduras gastadas, y alhajado con muebles de seda usadísima que no ha sido renovada desde la época de Luis XVI. Las ventanas del salón dan al jardín, al cual se pasa por una doble puerta de cristales y un vestíbulo revestido de jazmines.

Este jardín antiguo y florido es el encanto de la vieja morada; la completa y la poetiza. Expuesto hacia Levante, sombreado á los lados por una doble muralla de arbustos, está trazado á la francesa. Sus paseos, en forma de cruz con un reloj de sol sobre un zócalo musgoso en el crucero, corren entre una mezcolanza de plantas raras ó comunes que crecen al azar; las ajedreas se extienden al pie de las camelias; los toronjiles al lado de los lirios de Jessey, y rosas de varios matices exhalan un discreto perfume, meciendo sus corolas en que van á dormir dorados insectos. En la primavera las lilas y los lirios de valle embalsaman el jardín; en otoño, las clemátidas exhalan en él su olor de almendra al lado del boj de amargo perfume. En uno de los extremos, una fuente alimenta un vivero rodeado de laureles reales metidos en cajones. Más allá, hasta el horizonte, la campiña ondulosa se extiende con sus verdes prados y sus campos de trigo. En el marco de pinos enclenques y de hayas azotadas por el viento del mar, se tiene á la vista una aparición de la baja Bretaña, con sus grupos de encinas, sus hondos caminos, sus solitarias viviendas y sus eriales violáceos donde surge la punta de un campanario.

Marianic de Tremolin era la reina y el alma de aquella finca de Kerdouarnec, con algo de su poesía selvática y de su virginal encanto. De veintidós años, alta, bien formada, se parecía á la Virgen que Coreggio pintó en el *Casamiento místico de Santa Catalina*. Su rostro ofrecía el mismo rostro suave, los mismos colores sonrosados de ámbar, la misma boca graciosamente carnosa, llena á la vez de discreción y de ternura. Sus párpados de largas pestañas, con frecuencia entornados, daban á su fisonomía una expresión adorablemente casta. Cuando se levantaban, descubrían dos ojos de una limpidez cristalina, dos ojos ingenuos de un azul verdoso, en que parecía reflejarse la capa cerúlea de la bahía. Sus cabellos castaños, divididos en dos diademas, caían hacia atrás en un pesado moño sobre una nuca de palideces doradas.

Marianic, como por lo general la llamaba familiarmente su padre, era hija única y había perdido á su madre á la edad de doce años. Una vez viudo, el Sr. de Tremolin se propuso desde luego atender en persona á la educación de la niña. Pero después de un ensayo de algunos meses, la tarea le pareció demasiado pesada. No poseía, en manera alguna, las cualidades de un buen maestro. Hombre de negocios y hombre aficionado á los placeres, aturdido y ligeramente egoísta, se ausentaba con demasiada frecuencia de la casa, y Marianic, abandonada á sí misma ó á la dirección de una criada que la mimaba, crecía como las plantas del jardín, á la buena de Dios. Seis meses después, Tanguy de Tremolin, que no carecía de sentido práctico, notó que su hija no aprendía nada y se asalvajaba cada vez más. Entonces la metió en el colegio de Ursulinas de Pont-Croix, donde la dejó estar hasta que cumplió diez y ocho años. Exceptuando la escritura, la ortografía y la historia sagrada, la muchacha no adquirió allí muchos más conocimientos que en Kerdouarnec, pero su salvajismo adquirió un tinte de tierna sencillez y las ilusiones tomaron más soberanamente posesión de su alma adolescente. Fuera de los ejercicios piadosos y de las horas de clase, la disciplina de las buenas Madres no era muy severa y se dejaba á las alumnas cierta libertad. Marianic se aprovechaba de ella y daba rienda suelta á su gusto por la soledad y la meditación.

En verano, por los paseos del jardín conventual que se extendía hasta el borde del río; y en invierno, bajo la estrecha nave de la capilla, cuyas claraboyas de colores representaban obispos, canónigos, damas y caballeros devotamente arrodillados ante la Virgen, se pasaba ella horas enteras en vagas contemplaciones. Referíase á sí misma, imaginándosela, la historia de los personajes cuyos ropajes de ricos colores adquirían tonos fantásticos á la luz del sol. Los esfuerzos de su imaginación se ejercían sobre todo á propósito de un rubio caballero vestido de terciopelo verde, que se inclinaba ante la Virgen presentándole su caballo enjaezado y dispuesto á partir. «¿Para qué viaje de aventuras se preparaba el caballero? ¿Qué bendiciones ó qué protección pedía á la madre de Dios?..» Cada vez Marianic se hacía estas preguntas é inventaba una nueva novela sobre aquella expedición caballeresca. En los quiméricos viajes del rubio señor de traje verde, ella se atribuía siempre un papel; cabalgaba en la grupa con el caballero de su elección; iban juntos cruzando países legendarios, cuyas apelaciones sugestivas había recogido la muchacha en la vida de los Santos ó en los actos de los Apóstoles: Tesalónica, Efeso, Cesarea, Damasco y finalmente Jerusalén... Inevitablemente, después de miríficas proezas, su héroe moría santo ó mártir, y ella se veía llorando á lágrima viva sobre su tumba. El caballero de la claraboya había venido á ser la ocupación de sus horas de recreo, el fiel y atento compañero de su soledad.

Con frecuencia, durante sus estancias en el jardín, iba ella á sentarse en un banco adosado al muro que sostenía el camino de Audiarme. Echando atrás la cabeza, se pasaba horas contemplando el galopar de las nubes sobre el azul del cielo. Azotadas por el viento del mar, ora se encabritaban rebeldes, ora se precipitaban desbocadas, con las crines flotantes. Algunas parecían grises hacaneas montadas por mujeres de blancas cofias; otras parecían un desfile de jóvenes caballeros, entre los cuales su santo amigo se distinguía por la nobleza de su porte y de su alta estatura.

A medida que avanzaba el día, se calmaba el viento; las nubes se movían con más lentitud; sus formas

cambiaban, y los resplandores del sol poniente les prestaban animados colores que recordaban á Marianic los opulentos matices de las claraboyas de la capilla. Semejaban grandes navíos deslizándose sobre un mar de rugientes olas y aparejándose para un misterioso viaje. En la popa, la irradiación del sol hacía surgir extrañas figuras de timoneles teñidos de púrpura y morado, y entre ellos el alto caballero del traje verde. Y los ojos de Marianic le seguían con una curiosidad llena de ternura, hasta que, apagándose el sol y volviendo á soplar la brisa, toda la escuadra aérea se dispersaba, dejando en pos una llanura sembrada de nubecillas grises, que recordaban las ondulaciones del erial bretón.

El ensueño, la meditación, ocupaban, pues, gran parte de la vida de la adolescente, y el imaginario caballero se asociaba cada vez más á sus secretos pensamientos; sin embargo, al rayar en los diez y seis años, operóse una transformación en el alma de Marianic. Perdió poco á poco la costumbre de sus quiméricas contemplaciones y se interesó más por las cosas terrenales. A la vuelta de la primavera, reparó de pronto en las bellezas más tangibles del ambiente que la rodeaba, y se apasionó por las flores del jardín, los árboles del cercado y el verdoso paisaje que se extendía más allá de los muros. Durante los paseos que las alumnas daban los jueves bajo la escolta de dos Madres conversas, la poesía de la Bretaña se reveló insensiblemente á Marianic de Tremolin. La respiraba en el perfume de las madreselvas silvestres, en la gracia de los agabanzos floridos al borde de los senderos, en el encanto solitario de los manantiales cuyas aguas serpenteaban por entre las praderas ó dormían en remansos rodeados de cañas y de lirios. Los menhirs, que se alzaban entre las encinas ó en medio del erial, le hablaban de los tiempos antiguos; el son de las campanas, que tomaba vuelo desde las caladas torres de las iglesias, resonaba suavemente en su corazón; las procesiones de las romerías exaltaban su piedad y le hacían saltar lágrimas á los ojos.

Cuando, á la edad de diez y ocho años, volvió definitivamente á Kerdouarnec y se instaló en él como soberana, descubrió en su tierra natal una belleza que hasta entonces no había llamado su atención, y se sintió más orgullosa de ser bretona.

Además, con sus puros ojos del color del mar, su cabello castaño, su palidez de marfil y su carácter arisco, Marianic parecía la personificación de la Bretaña céltica. Tenía de ella la ternura apasionada, el espíritu de independencia, la tenaz fidelidad, la poesía cándida y la fe ardiente.

Aunque, una vez reinstalada en su casa, no se cuidase de completar su instrucción muy elemental, leía algunos libros permitidos por su confesor: la *Barsaz Breiz*, leyenda de los santos bretones, y sobre todo una colección de *gwarz* cornuaillenses, hallada en la modesta biblioteca de la finca. Aquellos poemas populares, escritos en el sobrio y enérgico dialecto que ella hablaba desde la infancia, cantaban la fe y el valor bretones; se habían impregnado del sabor del terruño; predicaban el apego á la tierra d'Ar-mor, la tierra de granito cubierta de encinas; operaban una evolución nueva en el alma apasionada de Marianic. A medida que los leía, descubría en su corazón regiones desconocidas, horizontes deliciosos, semejantes á los que sus ojos divisaban desde la terraza de Kerdouarnec, una infinidad de llanuras cubiertas de castaños, de campos de trigo, de pinares azules, por encima de los cuales surgían lejanas flechas de campanarios.



Miraba por encima del hombro del pintor, á fin de contemplar el estudio...

Pero aquellos poemas cornuaillenses, no sólo celebraban el valor y la fuerza de los hijos del Ar-mor, la tenacidad de la fe bretona y los milagros de los santos, sino que hablaban también de afectos fieles y perseverantes, como en el *gwarz* del *Marqués de Traon;* de amores más fuertes que la muerte misma, como en el de *María Derrienie.* Marianic se maravillaba con el relato de María *la Leprosa,* que su amante visita en la solitaria choza á que la han relegado, y se obstina en estrecharla entre sus brazos á riesgo de contagiarse. Se le oprimía el pecho á Marianic y le saltaban las lágrimas al leer las estrofas que pintan á los dos amantes muriendo abrazados.

Desplegábase en ella un nuevo concepto de la vida. Pasaba en su corazón de virgen algo parecido á lo que se agitaba en el jardín de su casa en la primavera, cuando retoñaban los narcisos, cuando la savia hinchaba las yemas escamosas de los setos, cuando florecían los árboles. La mística figura del caballero del traje verde ya no la preocupaba; los quiméricos ensueños ya no la satisfacían; su naturaleza amante experimentaba la necesidad de una ternura más real. Pensaba ahora en la satisfacción de encontrar un corazón viril que latiese como el suyo; un hombre que tuviese el mismo culto que ella por la tierra bretona, la misma fe y los mismos entusiasmos. ¡Con qué ardor, con qué robusto afecto la amaría!.. Sentíase capaz de todos los sacrificios por él. Aquel amante con tanta impaciencia esperado, existía en alguna parte; erraba sin duda por los alrededores, y el día menos pensado pasaría los umbrales de Kerdouarnec y se presentaría á ella diciendo, como en el *gwarz* de la *Heredera* de Keroulaz:

«*Quisiera ser blanca palomita para posarme en el tejado de Keroulaz; quisiera ser cerceta para nadar en el estanque en que lavas tu ropa...*»

Sin fiebre, pero con un estremecimiento ligero como el viento de abril en las hayas, Marianic *aspiraba* al amigo desconocido que se apoderaría de su corazón uniendo su vida á la suya. En otoño, viendo caer en el vivero las hojas doradas de los castaños; y en la primavera, viendo retoñar á los tilos, pensaba con entera confianza: «¡De seguro vendrá!..»

El domingo siguiente á su entrevista con el señor de Tremolin, en tanto que las campanas de Ploa-ré tocaban el *Angelus* del mediodía, Ivo Cormier, de chaqué negro y pantalón gris, seguía las sinuosidades del paseo de Santa Cruz, donde el sol aplomado plateaba las hojas de los álamos y hacía cantar á los saltamontes de las escarpas. A dos tercios del paseo, se metió en la bóveda de ramaje que bajaba á Kerdouarnec. Una sensación de frescura, después del ardor de los rayos caniculares, le indujo á acortar el paso, á fin de no llegar sudoroso á la quinta. Caminando lentamente á la sombra, pensaba en la acogida que le iban á hacer y se preguntaba si no se había comprometido un poco á la ligera. Aquellos retratos, pobremente pagados, ¿no iban á absorberle un tiempo precioso y á reportarle más cuidados que provecho? Sabía por experiencia cuán difíciles de contentar y cuán caprichosos son los burgueses que se hacen retratar. Sus exigencias están en razón directa con su ignorancia y acabarían con la paciencia de un santo. El Sr. de Tremolin, después de todo, podía pasar, porque tenía el rostro original y expresivo, y los hombres son más fáciles de contentar que las mujeres. Pero si el buen señor se empeñaba en que también retratase á su hija, entonces iban á surgir los inconvenientes. ¿Qué clase de persona era aquella señorita de Tremolin? Ivo corría el riesgo de tropezar con una de esas melindrosas de provincias que cambian de actitud y de traje cada día y nunca se creen bastante hermoseadas. «¡Como no tenga que habérmelas con una fea! – pensaba acercándose al vestíbulo de Kerdouarnec; – en fin, vamos á ver...»

En el patio encontró al Sr. de Tremolin, que le aguardaba y que le dió la bienvenida.

(Continuará.)

SECCIÓN CIENTÍFICA

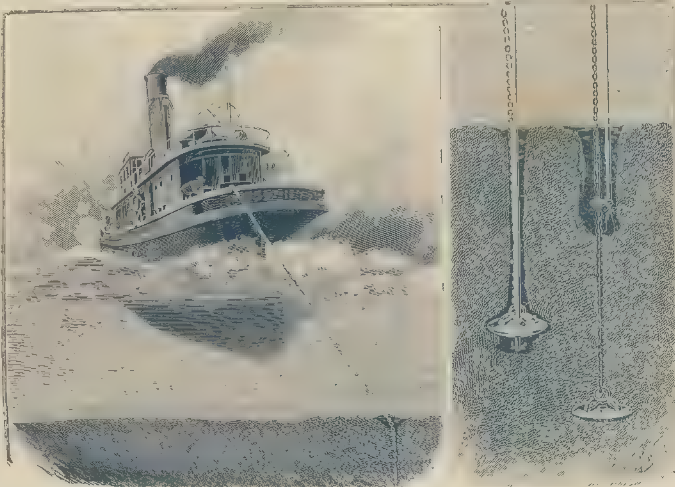
Nuevo aparato para anclar los buques. – Un hospital para trigos enfermos. – Una colonia de abejas en el Jardín de plantas de París

NUEVO APARATO PARA ANCLAR LOS BUQUES

Sabido es que el mayor peligro para un buque durante el mal tiempo es clavar las anclas: en efecto, el fondo del mar no ofrece entonces resistencia bastante á las garras del áncora, y el buque, empujado por el viento, va rozando dicho fondo sin que aquélla encuentre un obstáculo en que agarrarse. El mismo peligro existe para los llamados «cuerpos muertos» de los puertos y de las radas, anclajes fijos de antemano preparados, en los cuales la cadena del áncora se sujeta á un flotador.

Un inventor americano, Mr. Langston, ha pensado que podría sacarse partido precisamente de la movilidad de estos fondos sobre los cuales resbalan las áncoras, aprovechándolos para hundir en ellos planchas metálicas gruesas y macizas que opondrían una resistencia considerable á un esfuerzo de arranque cuando quedasen debajo de una capa considerable de ese suelo movible, de arena ó de limo.

El grabado adjunto basta para dar idea del mecanismo: consiste la plancha en un disco de hierro fundido, que puede tener un diámetro hasta de 0'60 metros y que se suspende á una cadena por medio de un anillo que pasa por entre dos orejas que presenta en su superficie. Este disco tiene en su centro un agujero, y para que se abra paso entre las arenas y el fango se hace penetrar en dicho agujero el extremo de un tubo metálico de cierta longitud, unido á un tubo flexible cualquiera por el que circula el agua que bajo presión se envía desde el buque que se desea anclar. La corriente de agua que sale por debajo del disco y que tiene tendencia á remontar á la parte superior de éste, excava las arenas y el limo y asegura un rápido hundimiento del disco, como sucede en el hundimiento de los pilotajes por el método hidráulico. Se adoptan naturalmente las medidas necesarias para fijar el tubo en posición; y cuando se considera que está suficientemente hundido, se deja libre ese tubo metálico; el disco de anclaje, con un buen trozo de cadena, se encuentra hundido debajo de la arena ó del limo que han llenado el agujero á medida que la plancha de hierro se hundía en ellos.



Nuev aparato para anclar los buques. – Vapor anclado en el nuevo aparato. – Introducción y extracción del ancla



Médico del hospital para trigos enfermos

La operación de levar el ancla, que es necesaria cuando el disco ha sido echado por un buque para su uso propio y no para un cuerpo muerto de anclaje, se realiza á la inversa, es decir, se vuelve á introducir el tubo metálico, y cuando llega al fondo se lanza por él el chorro de agua comprimida, la cual hace movible la arena y la levanta practicando en ella una excavación hasta dejar libre el disco y poder levantarlo cuando esta excavación ha ahondado bastante.

No se trata de un invento en el período de los ensayos, sino que ha sido probado con éxito en Nueva York durante un temporal ocurrido en septiembre último: una porción de yates del Sacht-blus de aquella ciudad se han mantenido firmes en sus cadenas y en los discos, mientras que cuarenta embarcaciones provistas de áncoras del sistema ordinario eran empujadas hacia la costa.

D. Bellet.

UN HOSPITAL PARA TRIGOS ENFERMOS

Esta institución, algo más conveniente y útil que los hospitales para perros que en muchas capitales existen, está instalada en el Canadá, en esa región del Ontario en donde el cultivo de cereales ocupa puesto preeminente en la agricultura.

El trigo está sujeto á un cierto número de enfermedades, buena parte de las cuales, si no se logra destruir sus gérmenes cuando no han pasado de la primera cubierta del grano, hacen el trigo invendible por ser imposible utilizar su harina. A los trigos enfermos propiamente dichos y á los inficionados por un germen, pueden ser asimilados los que han sufrido ciertas averías, por ejemplo, los que se han mojado y que podrían pudrirse si se les expedía en tal estado á los mercados de consumo. Estas enfermedades y estas averías son cuidadas y curadas en el hospital que nos ocupa.

Este hospital está instalado en Port-Arthur y en él entra directamente el trigo de los vagones ó de los buques y desde él vuelve á ser cargado en éstos después de sometido al necesario tratamiento.

Los trigos húmedos ó más ó menos mojados llegan en grandes cantidades á ese hospital que cuenta con una instalación de las más completas para tratarlos, una vasta estufa que puede secar diariamente 1.275 hectólitros. Esta estufa está dividida en una serie considerable de cajones planos, cuyas paredes son de planchas de hierro perforadas y que están dispuestos verticalmente á cierta distancia unos de otros: por los espacios que entre ellos median se hace pasar una corriente de aire caliente. La duración del tratamiento depende de la cantidad de agua que contiene el grano, para lo cual se clasifica éste en tres categorías, según que contenga 4½, 7½, ú 11½ por 100 de agua.

A los trigos simplemente sucios, que sólo tienen ennegrecida la cubierta exterior, se les hace pasar por entre dos planchas de metal que frotan los granos en todos sentidos, ó bien se lanzan éstos violentamente contra superficie en donde experimentan un choque que separa la capa ennegrecida y enferma, ó se les somete á otros aparatos y tratamientos que los dejan más limpios que los mismos granos sanos.

Todas estas manipulaciones engendran naturalmente un polvo malsano; por esto el personal del hospital se ve obligado á usar anteojos y caretas respiratorias, como se ve en el grabado que publicamos.

P. de Meriel.

COLONIA DE ABEJAS

JARDÍN DE PLANTAS DE PARÍS

El eminente miembro de la Academia de Ciencias de París M. Giard, dice á propósito de esta colonia de abejas: «Delante de las nuevas galerías de Paleontología, entre dos arriates destinados á la familia de las leguminosas, hay una choza cerrada, junto á la cual se levanta un viejo catalpa: en este árbol se encuentra el nido de abejas que conozco desde hace mucho tiempo; pues, si no recuerdo mal, existía ya cuando yo era estudiante, es decir, desde 1869 á 1872.»

Adjunto reproducimos ese árbol.

Las abejas entran y salen de él por un pequeño agujero situado á menos de tres metros del suelo y que se ha formado en el centro de una cicatriz de una gran rama cortada al nivel del tronco.

Esta colonia de abejas procede seguramente de alguna de las colmenas que en 1862 instaló en el Jardín de plantas M. Riggi, del laboratorio de Entomología, quien fué á buscarlas á Boulogne-sur-Seine, y allí ha vivido abandonada á sí misma durante cuarenta años, resistiendo á los inviernos más rigurosos y á los veranos más calurosos y más secos, cuando á los apicultores más expertos les cuesta á veces tanto conservar á sus abejas prodigándoles los mayores cuidados.

Algunos apicultores han pedido que se les permitiese sacar del jardín esa colonia y otra que hay cercana á ella; pero la administración, con muy buen acuerdo, se ha negado á ello, teniendo en cuenta que su estudio puede ser muy útil desde el punto de vista de la apicultura y de la entomología en general. – A. L. C.



Una colonia de abejas en el Jardín de plantas de París. Catalpa del Museo habitado por la colonia

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 6 de enero de 1902 — Núm. 1.045

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA NOCHE DE REYES, dibujo de J. M. Tamburini

SUMARIO

SUEÑOS REGIOS

Es de noche. Temperatura, veinte bajo cero. Fuera no se escucha el menor ruido: la nevada, cayendo en finos copos delicadísimos que mullen la atmósfera, contribuye á sostener el silencio absoluto, ahogado, que pesa sobre los jardines blancos con blancura fantástica. La nieve ha perfilado primorosamente la traza de las calles de árboles, de los macizos, de los bosquetes, de los estanques cuajados por el hielo, y cuya superficie lisa rayaron los patines, en la última sesión de patinaje que tanto divirtió á la corte, porque el príncipe de Circasia se dió unas costaladas regulares. Las estatuas parecen temblar y lucen aderezos de carámbanos. Las coníferas son témpanos bordados y esculpidos. En el alcázar, las cornisas, las balconadas, las torrecillas, la monumental ornamentación de la fachada, el reloj, sostenido por Genios que representan los destinos de la Casa Imperial venciendo al Tiempo, van desapareciendo bajo la suave acolchadura blanca. Los centinelas, en su garita, tiritando, sintiendo que el aliento se les cristaliza primero y se les liquida después dentro del alto cuello de sus capotes militares, hieren el suelo con el pie, se acuerdan del cuerpo de guardia donde arde la estufa y se puede echar un trago de lo fermentado, y de tiempo en tiempo lanzan, al través de la nieve, su «¡Alerta!» gutural. El decorativo reloj da las doce, pausadamente, como si la hora, contada por él, fuese más solemne que las otras. Al reloj de fuera contestan los de dentro, desde las consolas; tienen vocecillas aflautadas y bien moduladas de palaciegos.

El emperador se estremece y se incorpora en gran lecho incrustado de marfil, bajo las pieles rarísimas que lo mullen. Se le figura que una mano acaba de posarse en su hombro; y en efecto, á la luz de la lámpara de alabastro velada de encaje, ve una figura venerable, un viejo aureolado por larguísima barba y melenas donde la nieve se diría que enredó sus vellones. La vestidura del viejo deslumbra: túnica de brocado de oro, manto de terciopelo violeta orlado de armiño. Una especie de mitra en que las perlas se apiñan sobre la filigrana, rodea sus sienes y comprime y hace bufar su gran cabellera nevada, que se extiende caudalosa por los hombros. En la mano tiene cincelado cofrecillo abierto, lleno de polvo aurífero impalpable.

– ¿Qué me quieres y quién eres?, pregunta el emperador al anciano.

– Como de casa. Baltasar, rey de los países de Oriente, contesta el patriarca en voz temblona.

– ¡Bienvenido, primo y señor! ¿Por qué viaja Vuestra Majestad en tan cruda noche? Sienta bien á las testas coronadas no ponerse nunca en el caso de sufrir las molestias que padecen los demás mortales. Dígnese Vuestra Majestad descansar bajo mi hospitalario techo.

– No acepto sino breves instantes, aunque vengo rendido de atravesar los dominios de Vuestra Majestad, á los cuales no se les ve el fin: deben de cubrir buena parte de la superficie del planeta.

– ¡Ah!, articula el emperador satisfecho. ¿Los ha recorrido todos Vuestra Majestad? ¿Se ha enterado de su riqueza? Todos los climas, todas las producciones, todas las razas, reconocen mi soberanía. Cuando paso revista á mi ejército, en él veo soldados blancos y rubios de ojos azules, soldados de morena tez, soldados de cutis amarillo y nariz achatada; ropajes de Oriente y envolturas que preservan del rigor de las estaciones en los países hiperboreales. Mi imperio produce el trigo y el zafiro, los minerales, las pieles y las maderas odoríferas; es un gigante cuya cabeza, como la de Vuestra Majestad, se baña en las nieves árticas, y cuyas manos se tienden hacia el Mediodía para abarcarlo. Y en este Imperio yo soy dios. A mi voz las frentes se inclinan, las muchedumbres se prosternan, la plegaria por mí hace retemblar los iconostasios. Mientras el soplo del huracán juega con los monarcas occidentales, nuestros necios primos, yo, como un numen, me oculto en santuario inaccesible.

– Conozco el poderío de Vuestra Majestad. Por eso sospecho si la tarea que me ha sido encomendada resultará estéril; pero, obedeciendo, la cumplo.

– ¿Qué tarea es esa, primo y señor?

– La que me ordenó realizar el Niño. Vuelvo de Palestina; regreso á mi patria, después del interminable viaje anual... ¡Es una maravilla lo lindo que está el Niño y lo dulce y honesta que es la Madre! Nada perdió su inmortal hermosura en los mil novecientos dos años transcurridos desde que por vez primera les adoré. Como siempre, les he llevado mi ofrenda: polvo de oro del Ofir. Y el Niño, después de extender sus manitas, que besé, y bendecir el oro, me ha dicho que lo espolvoree por el suelo allí donde vea que el hombre atenta á la libertad del hombre.

– ¿Conque esas mañas saca el Niño?, tartamudeó el emperador. Por cierto que lo educan bien mal su Madre y el carpintero, gente baja al fin, aunque descienda de la casta de nuestros augustos primos los reyes de Judá. Vuestra Majestad, con la experiencia que le dan los años, habrá comprendido que no debe cumplírsele al Niño ese antojo.

– No es posible desobedecerle, primo y señor, declaró gravemente el mago. He espolvoreado la enorme porción de tierra donde reina Vuestra Majestad, aunque confieso que dudo de ver germinar cosa alguna sobre la dura capa de hielo que la reviste. Sin esperanzas voy derramando polvillo de oro; y la verdad, hace un instante, en los jardines de este palacio, al caer el dorado polvillo, creí sentir que el suelo se estremecía y se agrietaba la capa de nieve. Tembló la tierra; me pareció que un ruido cavernoso resonaba allá dentro. ¿Está seguro Vuestra Majestad de que no se halla minado su palacio?

– Vuestra Majestad es quien lo mina y será preciso evitarlo, contesta enérgicamente el emperador hiriendo un timbre.

Aparece la guardia. El viejo toma una pulgarada de polvillo, lo arroja á los ojos de los soldados y pasa por entre ellos libre y majestuoso.

. . . .

Otro efecto de nieve sobre jardines y palacio real, pero nieve ya cuajada y que empieza á derretirse formando un barro sucio y negruzco. En el alcázar se ven todavía luces: ha habido en el comedor de diario espléndida cena de familia, alegres y cariñosos brindis, y el emperador, rendido de recibir toda la tarde felicitaciones, después de bendecir á sus hijos, que uno por uno le han besado la mano respetuosamente, y de abrazar con afecto á la fecunda emperatriz, se tiende en su estrecha y dura cama de campaña, única donde concilia el sueño, á causa de la costumbre.

Apenas empieza á aletargarse, le llaman con un *¡Pssit!* muy bajo, y á la claridad de la lamparilla divisa á un hombre en la fuerza de la edad, envuelto en ropón de púrpura, bajo el cual se parece una armadura de admirable trabajo. Rodea sus sienes una corona de picos; en su diestra, un rico pomo de mirra de fuerte aroma, acre y embriagador.

– ¿Qué desea Vuestra Majestad, señor rey Gaspar?, pregunta el emperador que, conociendo al viajero, salta de la cama y saluda militarmente.

– Felicitar las Pascuas á Vuestra Majestad y confiarle un secreto. Es el caso que el Niño, ¿no sabe Vuestra Majestad?; el Niño, á quien todos los años voy á visitar en su establo, para beber en sus ojos de violeta la sabiduría, después de jugar con esta mirra que le ofrecí y de arrojar sobre ella su aliento celestial, me manda que gota á gota la esparza por el suelo de los países donde el hombre tenga sed de la sangre del hombre. Y al caer gotitas de esta mirra, primo y señor, observo que la tierra, encharcada y pegajosa, se esponja, se entreabre, y nacen y surgen y crecen olivos, rosas, mirtos, centeno, lúpulo, viñas cargadas de racimos rubios. ¡Ah! Es un gran portento. Y á mí, señor y primo, la armadura me asfixia, el corazón no me cabe en ella. Permítame Vuestra Majestad que salpique de mirra su cabeza augusta.

– ¡Qué diantre! ¡Cosas de chiquillos!, murmuró el emperador. Cuando el Niño crezca y se aparte de las faldas y del regazo materno, diferentes serán sus caprichos. No hay nada más santo que la guerra. Dios mismo guía á los ejércitos é infunde á los caudillos arrojo y tino para asegurar la victoria. Sobre el campo de batalla se cierne el Arcángel místico, con sus alas salpicadas de rubíes y su gladio flamígero. El soplo divino hincha mi pecho apenas lo cubre la coraza rutilante. Esto no se les alcanza á los niños ni á las mujeres; convenido. Nosotros, pastores de pueblos, jefes de multitudes, debemos sonreir ante ciertos arranques de graciosa debilidad.

– Debo hacer lo que me mandan, insiste Gaspar.

Y tomando unas gotas de mirra, las dispara á la frente del emperador. Este exhala un suspiro; se deja caer en el lecho de campaña, y ve en sueños una pirámide de huesos humanos, blanca y pulida, altísima. Sobre la cúspide, un cuervo grazna plañideramente, hambriento, erizado el plumaje; y al pie, en las ramas de un olivo nuevo, dos palomas se besan, juntando los picos.

. . . .

En el patio del alcázar, sobre el gran pilón de pórfido, sostenido por leones, recae el agua, melodiosa, con dulce porfía. La luna ilumina las arcadas afiligranadas, juega en las charoladas hojas de los naranjos, descubre el reflejo pálido de sus pomas de oro. Dos esclavos velan el sueño del emir, que reposa vestido sobre un diván, cubierto con una manta de fina pluma de avestruz – porque la noche está algo fría y la helada ha endurecido los caminos del desierto – y apoyando el pie en la garganta de una mujer desnuda.

Elegante figura se desliza por entre los esclavos, invisible. Es un negro joven, esbelto, de robusta y acerada musculatura, de piernas nerviosas encerradas en calzas prietas y salpicadas de lentejuelas como las que ostentan los donceles en los cuadros de Carpaccio; una sobrevesta de tisú de plata acusa sus formas; un cinturón de pedrería sostiene sobre su vientre recogido soberbio puñal; encima de sus cabellos crespos se ladea un gorro de velludo carmesí, y bajo el ala luce diadema que es un cintillo de brillantes. El gallardo negro se inclina hacia el emir y le baña el rostro con una bocanada del incienso que humea en un incensario calado, pendiente de cadenillas de perlas. Sobresaltado, el emir despierta, echando mano á su gumía.

– No temas. Soy Melchor, que como tú ejerce el mando en tribus del desierto y posee palacios misteriosos, que parecen labrados por el genio del aire. Vengo á cumplir órdenes del Niño Yesuá, hijo de Leila Mariem.

– ¿Y qué te ordena ese profeta infiel?, exclama el emir con desprecio.

– Columpiar este incensario en todos los países donde el hombre trate á la mujer como esclava y no como compañera.

Ríese el emir, mostrando sus blancos dientes de chacal entre la negra y sedosa barba.

– Pues vuélvete á tierra de rumíes, Melchor. También allí necesitan el perfume de tu incensario. Pero antes, reposa. Eres mi huésped; voy á ordenar que te preparen un baño con agua de rosas dos bellas cautivas.

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

El poeta oye los susurros de la semilla que trabaja debajo de la tierra; el filósofo oye los de la germinación de las ideas en el pueblo.

O. GREARD.

La civilización no ha de consistir en conocer las leyes de la naturaleza y violar las de la justicia.

ESTEBAN LAMY.

La virtud, como el cuervo, anida gustosa en las ruinas.

ANATOLIO FRANCE.

Si después de haber vestido al desnudo le echas en cara tu favor, es lo mismo que si lo desnudaras de nuevo

FILEMÓN.

La gratitud es como aquel licor de Oriente que sólo se conserva en jarros de oro: perfuma las almas grandes y se agria en las pequeñas.

JULIO SANDEAU.

La desgracia puede debilitar la confianza, pero no debe quebrantar la convicción.

CARLOS DE REMUSAT.

Para teñir de rojo los huesos de un animal vivo no se necesita arrancárselos violentamente: basta alimentar al animal con ciertas substancias coloradas, como la rubia. Para elevar un aerostato no es preciso echarlo hacia arriba por medio de un cable: basta llenarlo de hidrógeno. Para hacer que tal persona opine tal cosa, es suficiente hacerle concebir tal opinión.

– La recompensa de haber hecho algún bien es el deseo de hacer más.

DEMOGEOT.



¡Qué cosas tan lindas! Realmente dan ganas de volverse criatura en estos días

FRATERNIDAD DE POBRE

(CUENTO DE REYES)

I

Una desmantelada y fría pieza abuhardillada, apenas sin muebles. A la cansada luz del crepúsculo vespertino, que penetra á través de los toscos vidrios de la ventana, una mujer demacrada concluyendo en una máquina de coser una camisola. Á su lado un niño blondo, como de diez años, con la seriedad prematura que da á la niñez la desgracia, siguiendo con la vista el subir y bajar de la aguja.

NIÑO. – ¿Te falta mucho, mamá?

MADRE. – *(Sin suspender la tarea.)* ¡No, hombre, no! Ya me lo has preguntado diez veces. En cuanto haga estos dobladillos termino.

NIÑO. – ¿Y en seguida echas á correr?

MADRE. – En el acto.

NIÑO. – ¿Y de que te paguen la camisa me compras los zapatos?

MADRE. – Sin perder un minuto.

NIÑO. – *(Con temor.)* ¿Y si me fuera contigo, mamá? Puesto que vas á comprarme los zapatos, deberías llevarme contigo.

MADRE. – Está lloviendo de ventisca y podrías caer malo. Con decirle al zapatero tu edad es bastante para la medida.

NIÑO. – Pero esta noche no me dejarás acostado, ¿verdad, mamá? Te esperaré vestido, en el cuarto de la vecina, jugando con su chico. *(Con zalamería.)* Quiero yo mismo poner el zapato en la ventana.

MADRE. – Bueno, eso sí; pero esperar á los Reyes levantado, de ningún modo, porque llegan muy tarde.

NIÑO. – ¿A qué hora llegan?

MADRE. – Después de media noche. ¡Calcúlate!

NIÑO. – ¡Entonces despertarán á todo el mundo! Porque ya ves, son tres caballos y tres camellos. Y luego, que si han de dejar su regalo á todos los niños, tienen que echar calle adelante al galope apenas los criados coloquen en cada zapato lo que traigan sus amos. Se me ocurre una cosa. En cuanto los oiga me asomo tras de la vidriera.

MADRE. – No meten ruido alguno, porque les forran los cascos á las caballerías para que no se les oiga.

NIÑO. – A ver si con la obscuridad no distinguen mi zapato. ¡Está esto tan alto! ¡Si pusiéramos una luz junto á él! Una lamparilla como el día de las Animas. ¡Eso poco cuesta!

MADRE. – ¡Como que iba á arder con el viento que hace! No tengas cuidado, hombre. No se les pasará. La vista de los santos no es igual que la de nosotros. Ellos distinguen las cosas en la sombra, y no hay zapato que se les escape, aunque esté en el tejado.

NIÑO. – Y dime, mamá, ¡con tantos chicos como somos, necesitarán varios camellos para conducir los regalos! ¿A ti que te parece que me traerán, mamá? ¿Un sable ó una caja de soldados de plomo? ¡Si hubiera valido habérselo escrito!

MADRE. – Pero entonces te privabas del placer de la sorpresa. ¡Precisamente el mayor encanto es no saber lo que dejarán en el zapato los señores Reyes!

NIÑO. – De todos modos, puesto que adivinan dónde viven los niños, podían adivinar lo que más desean.

MADRE. – A veces aciertan.

NIÑO. – Veremos entonces si olfatean mi gusto. ¡Yo quisiera soldados!

MADRE. – *(Levantándose y recogiendo la camisa que envuelve.)* Concluída. ¡Ea! Pásate con el niño de al lado, que en seguida doy la vuelta *(Se pone un velo, se arrebuja en un mantón y sale de su sotabanco con el rapaz de la mano, llamando á la habitación contigua, en la que se esconde otra miseria peor aún que la suya, la de un infeliz cesante con su mujer enferma.)*

II

Con paso rápido, abstraída, ensimismada, hundida en sus pensamientos, ajena al oleaje de gente de las calles céntricas, al tumulto de carruajes y tranvías, á la animación vibrante de todo anochecer de gran población, sin que el ruido la distraiga ni los resplandores de los focos eléctricos y de los brillantes escaparates le llamen la atención, avanza culebreando entre la muchedumbre la costurera en derechura á la camisería. Va soñando despierta.

COSTURERA. – ¡Aunque me quede esta noche sin un céntimo, no le faltan á mi hijo los soldados que han de traerle los Reyes! ¡Pobrecito mío! Pensando desde hace un mes en su zapatito. Cobro mi semana, le compro sus zapatos en esa tienda que se surte de no sé qué presidio y donde son más baratos que en ninguna otra parte; desde allí, antes que cierren el bazar, corro por los soldados – se los llevaré de artillería, que le gustan más – y á casa para que por su propia mano ponga el zapato nuevo en la ventana. ¡Ya que el desdichado carece de padre y vive en la miseria, siquiera que no pierda esa ilusión, que es lo único que posee!

Llega al comercio, y después de restregarse las enlodadas suelas en el limpiabarros de la entrada, dejando á un lado el mostrador con tablero forrado de terciopelo, ante el que examina camisolas un comprador, entra en la trastienda, entregando la suya al encargado, que después de mirarla y remirarla con el ceño duro del que paga y luego de hacer dos á tres observaciones porque sí, por mantener su autoridad de amo, hace que liquiden su cuenta á la obrera y que la abonen su semana.

COSTURERA. – *(Desempedrando las calles.)* La mitad de lo que he cobrado se queda en la zapatería. Pero ¡qué remedio si está descalcito! Y aunque no lo estuviera. El cree que es preciso ponerle á los Reyes un zapato nuevo en la ventana, y en una noche como esa no le dejo yo acostarse con una lágrima en los ojos. Gracias á que he podido conseguir que vaya tirando hasta hoy sin comprarse los zapatos. *(Reparando al pasar en el escaparate de un bazar de juguetes.)* ¡Qué cosas tan lindas! Realmente dan ganas de volverse criatura en estos días, pero criatura acomodada, con padre que posea cinco duros para que los Magos traigan al niño un campamento completo; porque ¡lo que es con padre pobre!.. *(Con amargura.)* ¡Tristísimo es oir pedir pan á un hijo y no disponer de un real para dárselo, pero aún es más cruel ver que se le van los ojos tras de un caballo de cartón y no podérselo comprar, mucho más ahora en plenas Pascuas, en que parece hallarse prohibido sufrir! ¡Ah! He aquí la zapatería. *(Penetra en el establecimiento y á poco sale con un par de zapatos, de los más ínfimos, envueltos en un papel.)* Vamos ahora á comprar esos soldados. *(Al cabo de dos ó tres calles, llega á otra de uno de los barrios populares, en la que orillan las aceras puestos de feria.)* ¡Divinamente! No me había yo acordado de esto. Aquí encontraré más barato lo que buscaba y hará el mismo efecto. El niño es muy pequeño todavía para apreciar si son finos ó bastos, y con eso no mermaré tanto mi semana. – Soldados de plomo, sí, señor. *(Examinando una cajita.)* ¿De artillería no los tiene? ¡Bueno! Pues vengan de infantería. ¿Real y medio? Ahí van. Ahora es preciso guardarlos para que no los vea antes de tiempo; porque si no, ¡adiós, Reyes! En el bolsillo no

me caben, me los esconderé en el pecho. ¡Ajajá! Poco es, pero siquiera no carecerá el pobrecito de esa gota de felicidad.

III

La habitación de la costurera. Un quinqué de ahumado tubo y de llama pálida; con esa luz amarilla de petróleo malo que ilumina todas las miserias de los hogares pobres, alumbra la estancia. La obrera acaba de llegar, dejando sobre la mesa un panecillo y un poco de queso, su cena de aquella noche; y teniendo ante ella al niño rubio, desenvuelve el papel en el que vienen los anhelados zapatos.

Madre. – *(Con efusión.)* ¿Qué tal? ¿Te gustan?

Niño. – ¡Ya lo creo! *(Dejándose llevar de su idea fija.)* ¡Y más nuevos que éstos de seguro que no los encuentran los Reyes!

Madre. – ¡Como que acaban de salir de la tienda!

Niño. – ¿Colocamos los zapatos en seguida?

Madre. – ¡Qué impaciente eres! En fin, lo mismo da. Vamos. *(Coge un zapato.)*

Niño. – ¿Pero no vas á poner más que uno?

Madre. – No hace falta más. *(Abre la ventana y coloca uno de los zapatos en la saliente del tejado, atándolo á un tiesto que hay en el alféizar.)* Así no se lo lleva el aire.

Niño. – *(Que ha seguido atentamente la operación.)* ¡Muy bien! ¡Y ha dejado de lloviznar! Eso es cosa de los Reyes para que no se estropeen los miles de zapatos que esta noche habrá en los balcones.

Madre. – De seguro. Y ahora entrémonos, que hace bastante frío. *(Lo efectúan así, cerrando la ventana.)*

Niño. – Dime, mamá. Se me ocurre una cosa.

Madre. – Habla.

Niño. – *(Pensativo.)* ¿Es imprescindible poner un zapato á la ventana para que le traigan á uno algo los Reyes?

Madre. – Esa es la ley.

Niño. – De modo que el niño que no coloque su zapato...

Madre. – Se queda sin nada.

Niño. – Entonces..., ¡si tú quisieras!..

Madre. – El qué.

Niño. – Podríamos prestar el otro zapato al niño de al lado, que no tiene ninguno...

Madre. – *(Dando un beso entusiasta al rapaz.)* ¡Mereces el mejor juguete que traigan este año los Reyes! ¡Corre á llevárselo! *(Sale el niño con el zapato y la madre saca del seno la cajita de soldados, que destapa, apartando media docena de infantes.)* ¡No he de ser yo peor que mi hijo! Esos pobres de ahí al lado están en la última, no tendrán un céntimo, y no es cosa que el segundo zapato se quede vacío.

A. Pérez Nieva.

(Dibujo de Mas y Fondevila.)

LA ESTRELLA

(CUENTO DE REYES)

Hay épocas en el año que llaman á las puertas de nuestro corazón con su vocecita infantil, con su cantar de memorias adorables.

En esos días la buena hada que jugó y charló con nosotros en la cuna, viene desde muy lejos sonrosada y fresca, risueña y luminosa, agitando sobre su movible cabecita una rama de almendro florido, con albas flores, blancas como la pureza que tuvimos, hermosas como aquellas ilusiones que sonrieron sobre nuestra frente, como sonríe el nimbo luminoso de los ángeles en las divinas visiones de Fra Angélico.

¡Dichosos días, esplendorosos festivales de las almas buenas, benditos seáis!

Sois un sagrado momento de calma, de misericordia, de consuelo.

Cuanto se sufrió y se vivió durante largos años, cuantas heces sombrías amontonó en nuestro espíritu el rencoroso batallar de la existencia, bórrase un instante y se desvanece ante vuestra aparición alegre y espléndida.

Sed niños cuando llega la Pascua; volved á vuestra infancia en la poética y misteriosa noche de Reyes.

Y creed que algo quedará todavía en vuestro espíritu, algo que será el sagrado perfume de los primeros besos, de las primeras risas, de las primeras auroras de vuestro corazón.

***

Recordaré siempre aquella noche de Reyes. A las nueve nos sentábamos cuatro escritores á la mesa del marqués de Retamas, un joven y aristócrata poeta que nos invitaba.

El frío era intensísimo, sobre Madrid caía copiosísima nevada; no obstante, oíanse acá y allá, cerca ó lejos, perdidos rumores de zambras callejeras, voces jubilosas con las que el pueblo, acaso sin darse cuenta, celebra la espléndida alegría de esa noche admirable.

Bien abrigados por el calor de la nutrida chimenea, sintiendo la sana satisfacción de una comida suculenta, nuestros recuerdos volaron bien pronto hacia las primeras noches de Reyes de nuestra infancia.

Por todas las frentes pasó aleteando una visión adorable; algo como una imagen de un ángel blanco, bondadoso y callado, que llenaba nuestro zapatito de golosinas y de juguetes; recordábamos riendo como criaturas la infantil idea que tuvimos de los Reyes Magos; el de la luenga y nevada barba, severo y patriarcal; el bondadoso disculpador de faltas infantiles, con su turbante blanco como el armiño, coronado de oro; su cáliz de mirra, sus deslumbrantes brazaletes de pedrería y su opulenta clámide de púrpura; y finalmente, el negro – nunca le designábamos por otro nombre, – el negro, el tipo más arraigado y fijo en nuestra fantasía, con su tostado color, sus gruesos labios orientales, sus espléndidos aretes de oro en las orejas y sus dientes y sus ojos de una blancura deslumbrante. Además, para todo buen chiquillo, el rey negro era sin duda alguna el más temible; no ciertamente porque fuera malo, que esta cualidad no pudimos nunca atribuírsela á los ideales viajeros, sino porque él, á nuestro juicio, era el encargado de inquirir el nombre de los niños buenos y malos, amén de estar enteradísimo, por misteriosa confidencia de un ángel, de todas, absolutamente de todas las faltas que habíamos cometido en el colegio...

¡Oh, discurriendo así, volviendo á nuestros labios el rejuvenecimiento dichoso de los primeros años, nos pareció á todos que volvíamos á ver de nuevo y con el mismo encanto que en aquellos días la visión fantástica de los reyes, la ideal caravana cabalgando y volando en los ardientes camellos de Oriente, enjaezados y aparejados con rojas gualdrapas, con púrpuras de Bassora y de Alepo, con centelleantes bordados de Stambul y de Smirna; con todo aquel arrobador y esplendoroso lujo de oro y de perfumes llevado en santa adoración al augusto Rey de los humildes!.. Sí; veíamos otra vez la visión voladora atravesar la sierra, levantando al fornido paso de sus camellos un plateado polvorío en la nevasca, y seguir, seguir siempre los Reyes con la visión divina de una estrella en la pupila, y al fin, aquellos lujosos magnates de la tierra postrarse á los pies del establo sagrado.

***

– Así, así lo pensaba yo cuando niño, dijo el joven marqués de Retamas. Y ahora veréis cómo la fuerza de una de esas ilusiones, tan arraigadas como poéticas, puede convertir en tres héroes de novela á tres chiquillos. Os contaré una de mis noches de Reyes, que será inolvidable para mí.

Ya sabéis que entre las posesiones que heredé del autor de mis días, se cuenta el cortijo de Retamares, enclavado en el corazón de Sierra Morena y á diez leguas lo menos del último poblado.

No eran muy frecuentes las visitas de mi padre á un lugar tan agreste y bravío; pero aquel año, tal vez por exigirlo así su salud, ya muy quebrantada, allí, en aquellos sanos riscos, nos aposentamos toda la familia.

No contando yo arriba de ocho años y no teniendo duelo de comunicarme con los pocos arrapiezos que en la cortijada había, los cuales no eran más que una niña de menos años que yo y un zagalillo de mi edad próximamente, hijos ambos del aperador de mi padre, no tardé obra de tres días en trabar estrechas amistades con los arrapiezos, con lo cual excuso decir á ustedes si padecerían los árboles frutales de la huerta, amén del gallinero y otros rincones de la posesión, tan útiles como atractivos para las sabrosas travesuras infantiles.

Yo me recuerdo de entonces, y no creo haber perdido mucho de aquella cualidad, como un muchacho emprendedor y arrojado, que no tardaba más de un minuto en poner por obra cualquier pensamiento endiablado ó bueno que discurriera mi caletre.

Digo esto para que no extrañéis la absoluta sumisión que aquellos muchachos me tenían; acaso una voluntad más enérgica que la de ellos les arrastraba á la acción, seguros de que siguiéndome ciegamente, mis superiores iniciativas les habían de sacar avante y con ventura de cualquier aprieto.

Y por Cristo que esta sumisión estuvo á punto de perderlos y de perderme la noche de Reyes que os voy á referir.

Allá en la cortijada estábamos todos cuando llegó esta alegre noche.

Supongo que no habréis olvidado ninguno una de las tradiciones infantiles más tiernas, una de las fábulas más adorables que nos cuentan en la infancia nuestras mamás. Es ella que, bien San Pedro, ó bien el patriarca San José, ó acaso, acaso un ángel de los de más campanillas, suelen dar en la flor de disfrazarse de pobres mendicantes, bajar callandito á la tierra y pedirles á los niños una limosna por Dios. Y si el niño les da la limosna, sin saber, es claro, que se trata de un santo de tan alto copete, despójase el mendigo de sus falsos harapos, muéstrase al niño tan santo como es y apunta aquella acción como una de las que llevan á la gloria con más derechura.

Esta tradición es tan corriente, al menos en tierras de Andalucía, que apenas hay niño de aquella región que no mire á los pobres con pavor y respeto y que no suela ver, á través de los agujeros de una capa, el brillo de las alas de San Gabriel ó la flamígera espada de San Rafael el bueno, siempre airoso para emprenderla á coscorrones con el demonio.

Yo no era, ni mucho menos, de los que con peores entusiasmos se aferraban á esta credulidad, simpática y generosa por todo extremo; pues teniéndolo en cuenta, imaginaos la impresión que me causaría la siguiente escena. Salimos á la portalada del caserío los tres muchachos, bailando y palmoteando; teníamos el firme propósito de ver la estrella de los Reyes, esa estrella que, según los niños, se ve esa noche muy clara y muy bonita.

Terrible y copiosa era la nevada en la sierra; del barranco profundo y tenebroso parecía salir un helado soplo de muerte. De pronto enmudecimos, estremecidos de terror supersticioso: un grupo borroso y obscuro se nos acercaba.

Una mujer de confusas líneas, los hombros y el negro pañolito de la cabeza cargados de nieve; haraposa la enagua, descalzos casi los pies y apretando contra su seno un rebujo indescriptible. Al lado suyo un hombre, casi viejo, la barba afilada y blanca, tostado el rostro, gacho el sombrero, envuelto en una capa rota que el viento revolaba y en la mano un báculo con regatón de hierro.

Digo que se nos acercaron; yo oí estremecido su voz de angustia, pidiéndome limosna: «¡Por el Señor, por la Virgen, por la noche de Reyes!»

Miré atrás con pavor, con ganas de echar á correr... En mi casa ardía una hermosa lumbre, una espléndida cena se preparaba; el amor y la alegría sonreíanse allá adentro, detrás de los cristales lujosos.

No sé si dijimos algo á los mendigos, creo que nada; los tres contemplábamos al grupo boquiabiertos, con los ojos espantados.

Acaso el aspecto dichoso y feliz de mi casa les acobardara, les entristeciera el espíritu, aun más de lo que ya lo tenían. La pobreza, el hambre cierta es trágica, pero es tímida y es débil.

Lo cierto es que, sin esperar siquiera nuestra respuesta, se alejaron, desaparecieron por el abrupto y brumoso camino, blanqueado por la nieve.

El primero en reponerse fuí yo, en mi honor lo digo; sacudí gallardamente mi pánico, y acercando la boca al oído de los muchachos, exclamé con todo el misterio que me fué posible:

– ¡Se trata de San José!..

El asombro de mis acompañantes no tuvo límites. «¡Se trata de San José!,» repitieron como un eco, santiguándose de paso.

– El mismo, mismito; y ya están ustedes cerrando esas bocas y viniéndose detrás de mí, que yo me sé de sobra lo que hay que hacer en estos casos.

Como la sombra al cuerpo siguiéronme portalada adentro, sin chistar ni poner reparo alguno; subimos sigilosamente la vetusta escalera de la cortijada; penetramos sin ser vistos ni oídos en el salón donde, yaciendo en fuentes y cazuelas, aguardaban las viandas que para la cena se prepararon, y sin encomendarme á Dios ni al diablo, ni pedir á nadie parecer ó venia, sino antes bien inspirado y lleno de aquella idea á mi juicio nobilísima, de aquel propósito que me escarabajeaba en las entretelas del alma como una impulsión irresistible, así á un dorado y bien relleno pollo por las patas y ordené en jefe como solía, que no eran de otra suerte mi trato y comercio con los dos muchachos:

– Tú, Carmelita, porque no te pese mucho, agarra de esa fuente por lo menos un par de perdices; y en cuanto á ti, Pacorro, no te mando menos sino que te eches ese lomo de cerdo á las costillas. ¿Estamos á punto?

– Sí.

– Pues arrea.

Y tornamos á salir á la portalada del cortijo, y de allí al largo y brumoso camino roquero, blanquea-



LA ESTRELLA, dibujo de Méndez Bringa. (Véase el artículo de Adolfo Luna.)

do por la nieve y aún manchado á trechos por las huellas que dejó al partir el misterioso grupo de mendigos; y á todo correr emprendí la marcha, siguiendo tales huellas, casi borradas ya por la nieve que sin tregua continuaba cayendo.

No menos de media legua habríamos andado por aquel inextricable caminejo, cuando yo me detuve para poner en autos de feliz idea á mis acompañantes, á Carmelita, que agitaba en el aire sus perdices, y á Pacorro, que aún soportaba en las costanas el lomo de cerdo, ya casi cubierto por la nieve.

– Habéis de saber, amigos, que no vamos en balde con estas cosas tan buenas, en tan perra noche y por vericuetos de tanto peligro. Este pollo que yo llevo y esas perdices de Carmelita, juntamente con el lomo que tú acarreas, son para el propio señor San José, que habéis visto por vuestros propios ojos como yo lo vi; y así, amigos, él era el patriarca y nosotros venimos á ser los pastores que le fueron á llevar regalos; y cuando llegaron, sabed que allí estaban los Reyes Magos y todos eran unos en el regalar y servir al Niño; y la estrella que estábamos buscando esta noche fué la que los guió á todos, y no hay más que decir sino que la estrella dicha aparecerá en breve y ella nos dirá por qué camino se toma...

Decir yo esto y convertirse mis dos acompañantes en pastores *auténticos* del propio portal de Belén, todo fué uno. Jamás vi en chiquillos regocijo tal, ni risotadas y gritos y batacazos en la nieve tan alegres y repetidos.

Pastores éramos, y tales y tan bizarros que bajábamos á la carrera vertiginosas pendientes, saltábamos setos espinosos y trepábamos escabrosas cuestas y repechos, tan á holgura y en nuestro papel, como si momentos antes el ángel de la leyenda hubiera visitado nuestra majada, anunciándonos la buena nueva del Nacimiento.

Pero ¡ay! que el entusiasmo infantil lleva de ordinario muy lejos y á muy peligrosos trances.

No tardamos en sentirnos rodeados por la trágica y terrible soledad de la Sierra ingente; borrados todos los caminos por la nieve y por la sombra; lejano y sin que ampararnos pudiera todo vestigio de habitabilidad humana.

Lentamente nos habíamos internado en aquellos riscos salvajes y bravíos, muchos no hollados por la planta del hombre. Montañas imponentes, de sombría y terrible grandeza, se elevaban ante nosotros; de los obscuros y pavorosos barrancos, que bordeábamos por inverosímiles caminejos de cabras, resbalándonos en la nieve, subía hasta nosotros el espantable clamor de los torrentes desatados, que se despeñaban de inmedibles alturas.

Lejos, rasgando la sombra que la nieve hacía vibrar con su incesante mariposeo de copos, llegaba hasta nuestros oídos el penetrante aullar de los lobos que recorrían en hambrientas manadas las desiertas cumbres.

Creed que necesité mucho ánimo para sostener aquella noche el valor de mi empresa. Perdidos en la serranía, sin huella alguna que seguir, bordeando milagrosamente despeñaderos y barrancos, ¿era probable que escapáramos con vida?

Mis pastores lloraban ya á gritos, desesperados, con la angustia tristísima de los niños que se pierden, que sienten lejos de su tierna debilidad el calor del regazo protector y bueno.

En tan apurado trance, recogí á duras penas los restos de valor y de energía que me quedaban, y dije á mis pastores, señalando una cumbre:

– Allí detrás sé yo muy bien que está la estrella de los Reyes.

Reanimados con aquel supremo aliento, subimos fatigosamente el repecho, resbalando aquí, cayendo allá, hundiéndonos casi en la nieve cada vez más profunda.

Llegamos á la altura y... ¡Cristo padre, la estrella estaba allí, muy cerca de nosotros, grande, brilladora, alegre!..

Corrimos, llegamos al fin; era un portal, sí, un portal como el que nos habíamos forjado en la imaginación; era uno de esos sombrajillos de piedra y de heno que los pastores labran para guarecerse de las nevadas terribles. Abandonado tal vez desde mucho tiempo en aquel monte deshabitado, vimos al aproximarnos que ante su portal ardía y chispeaba una fogata alegre; y sentados delante, aquella mendiga y aquel viejo de la barba blanca.

El asombro fué ahora de ellos, al vernos llegar jadeantes, cubiertos de nieve, agitando en alto nuestras preseas.

Bien pronto vimos que recorrían la hondonada hachones encendidos, cuya cabellera agitaba el viento.

– ¡Los Reyes, dijimos nosotros, son los Reyes que llegan!

Y no eran los Reyes; eran mi padre y toda la gente del cortijo, que venían desolados en busca nuestra.

Llegaron finalmente, y excuso decir á ustedes la escena; pero es lo cierto que aquella noche y por mandato de mi padre, se celebró ante aquel portalejo medio derruído una espléndida fiesta, de que participaron en primer término los mendigos.

Es claro que me enteré después de que no se trataba de la pareja bíblica...

Pero ¡quién sabe, quién sabe si no fué aquella la más noble y la más santa de todas mis noches de Reyes!

Adolfo Luna.

INDUSTRIA ARTÍSTICA JAPONESA

Con razón se ha dicho que el arte japonés, considerado en sus cualidades características, es todo lo contrario de lo que hace poco se ha estimado como fundamental en el arte europeo; de aquí la resistencia que durante tanto tiempo se ha opuesto á su introducción entre nosotros, hasta el punto de que habiéndose ofrecido diez años atrás una colección de esculturas policromas en madera al director de cierto museo alemán, éste rechazó el ofrecimiento manifestando que tales objetos nada tenían de artísticos y que sólo podían figurar en una colección etnográfica.



Escultura en madera de Kiu-Iti Takeno-Uti, que figuró en la sección japonesa en la Exposición Universal de París de 1900

Sin embargo, los que con criterio imparcial siguen los esfuerzos que se realizan para librar á nuestra industria artística de las trabas tradicionales, no podrán menos de reconocer la influencia que el arte japonés ejerce sobre el nuestro. Mas al hablar de tal influencia no nos referimos á la que se manifiesta en ciertas obras cuyos autores se limitan á reproducir pájaros y plantas del Japón y que son todo lo contrario de nuestra manera de sentir el arte en todo aquello que es esencial á la belleza; es más, estos errores artísticos tampoco expresan el verdadero sentimiento del arte y de la industria japoneses, ya que ni en los más insignificantes productos de éstos encontramos la falta de gusto que demuestran aquellos imitadores, para quienes los motivos de aquel arte y de aquella industria tomados han servido únicamente para variar las formas de un mismo maniquí, no para imprimir en éste nueva vida.

En cambio, aquella influencia se revela de una manera evidente y provechosa en los trabajos de muchos jóvenes que más que en la parte material se han inspirado en el espíritu del arte del Japón. Por esto creemos oportuno decir algo en favor de éste y en contra de los críticos que, acostumbrados á la tradición europea, miran con prevención y hasta con hostilidad el arte de otros países.

Las industrias artísticas japonesas están infinitamente más influídas que las nuestras por los artistas y especialmente por los pintores, puesto que la pintura es en el Japón el arte dominante. Una de las excelencias que nadie ha intentado disputar á los japoneses es su variedad técnica, de extremada delicadeza y de una perfección tan grande que produce el efecto de la belleza misma.

En las artes metalúrgicas se nos presentan como maestros en la fundición del bronce por el procedimiento de cera perdida; en cambio como forjadores de hierro sólo se muestran artistas en la fabricación de armas defensivas y ofensivas.

La orfebrería y la joyería, tales como nosotros las entendemos, no existieron en el antiguo Japón, pues ni los hombres ni las mujeres llevaron anillos ni adornos colgantes de metales ó piedras preciosas. Para los varones, el único adorno era la espada, en cuya forja seguían el procedimiento del embutido de metales en frío, que alcanzó un grado de perfección no logrado por ningún otro pueblo de la antigüedad ni de nuestros tiempos. Estas labores, que en un principio fueron lisas, transformáronse luego en relieves de colores diversos, en los cuales se emplean el hierro, el oro, la plata, el cobre y varias aleaciones de éste con metales preciosos y ordinarios y se aplican tonos desconocidos en la metalurgia de Occidente, tales como un gris mate delicado, un negro obscuro y brillante con reflejos azules y un rojo intenso. La cinceladura practícase magistralmente en todas sus formas, desde el más delicado relieve plano hasta el relieve hondo.

De los esmaltes sobre metal sólo el ahuecado con el buril ha tenido alguna aplicación; en cuanto á los alveolados, aparte de los que se aplicaban á algunas armas, desempeñaron antiguamente un papel insignificante y únicamente desde hace algunos años ha tomado el grandísimo vuelo que tanto nos admira.

De las demás artes al fuego solamente la cerámica ha alcanzado gran desarrollo, pues la vidriería artística es, en general, desconocida de los japoneses, y si algunas tentativas han hecho éstos en tal industria, sus ensayos no han dejado huellas apreciables.

Los procedimientos empleados en el Japón para la cerámica son todos los conocidos, excepto el que desde los tiempos del Renacimiento ha proporcionado á Europa los mayores triunfos en esta rama de la actividad humana. La *faience,* en efecto, es allí desconocida; pero en cambio sus porcelanas esmaltadas por distintos métodos son un prodigio y revelan la existencia de una técnica entre nosotros ignorada. En cuanto á los asuntos decorativos que adornan los productos cerámicos, nos demuestran qué grado de belleza puede lograrse con composiciones que no requieren grandes finuras técnicas y nos indican además que la pintura impresionista existe en aquel país desde hace muchos siglos.

Respecto de los trabajos de laca han llegado los japoneses á un grado de perfección no alcanzado ni siquiera por los chinos, que en materia de cerámica son sus grandes rivales y en pintura han sido sus maestros. En ninguna otra manifestación del arte encontramos una técnica tan perfecta como en estas labores, las cuales, por otra parte, son también una prueba de que el impresionismo y la libertad artística armonizan muy bien con el trabajo manual más acabado.

Como el barniz de laca cubre todos los utensilios y muebles, desaparece de éstos todo lo que es madera labrada, que sólo vemos en determinadas partes de los antiguos templos, como por ejemplo en sus puertas de entrada y en sus construcciones anejas, y en ciertos relieves modernos sobre marfil y otras materias que adornan algunos muebles que la influencia europea ha introducido en el Japón, por más que aparezcan también influídos, en cuanto á la ornamentación, por modelos seculares que se admiran en viejas pinturas, relieves y mosaicos.

El arte plástico japonés se ha creado una especialidad, cual es la de los pequeños objetos esculpidos en madera ó en marfil y que sirven para fijar el cordón del cual llevan pendiente los japoneses los

avíos de fumar ó una cajita llamada *inro*. Esta especialidad es de reciente fecha, y su origen corresponde al del uso del tabaco y del citado *inro*. En esta clase de objetos aparecen hábilmente combinadas la maestría con que aquellos artistas interpretan la naturaleza con la tarea difícil de ajustar el asunto ornamental á una forma exigida, bien por el uso á que la obra se destina, bien por las condiciones del material en que éste se esculpe.



Estatua de plata labrada por SOJIRO OGURA, que figuró en la sección japonesa de la Exposición Universal de París de 1900

El modo de ser de los japoneses no se presta á las grandes esculturas; así es que para encontrar tales obras de arte, hemos de acudir á los templos consagrados á Buda, pues los suntuarios, dedicados á la primitiva religión nacional de Shinto en su forma primitiva pura, no se prestaban al culto de las imágenes y por ende al arte plástico que con él se relaciona.

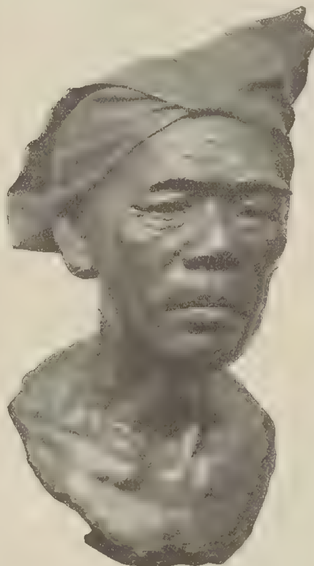
Las artes textiles del Japón no disponían, desde el punto de vista ténico, de los recursos mecánicos de que disponíamos en Europa aun antes de la introducción del telar Jacquard; así es que para decorar sus telas, no se limitaban á los telares ni á los bordados, sino al pincel, y no eran en este punto esclavos de una técnica estrecha, sino que apelaban indistintamente á todos estos medios, combinándolos con gran habilidad en una misma obra. Conocieron asimismo la técnica de los Gobelinos, pero la ejercieron en muy pequeña escala, pues la decoración de las casas les ofrecía poco campo para estas labores, desde el momento en que no entraban en ella los grandes tapices ni siquiera las alfombras, cuyas veces hacían las esteras.

La cestería alcanzó un alto grado de perfección y se manifestó de muy diversos modos, gracias á la predilección que todos los japoneses han tenido siempre por las flores, para las cuales se tejían cestas de las formas más variadas, pudiendo afirmarse que sus labores en este género son las mejores de cuantas se conocen.

Digamos algo ahora de las esculturas policromas, que al fin ha logrado introducirse en algunas fortalezas del arte de Occidente que, como el Louvre y el Gabinete de Grabado de Dresde, hasta hace poco tuvieron para ellas cerradas sus puertas. Todo el mundo conoce estas esculturas, aunque no á todo el mundo es dado apreciarlas en todo lo que valen. Los ingleses y los franceses han sido los primeros en llamar la atención sobre estas obras artísticas, demostrando que hay en ellas verdadero arte. En esta especialidad artística se nos adelantaron también los japoneses, de quienes han aprendido no poco los escultores europeos que hoy han aplicado la policromía á la estatuaria.

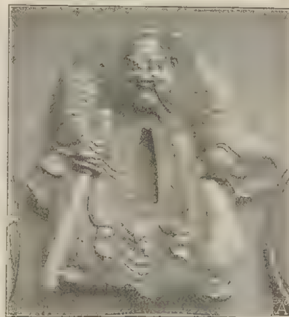
Mayor, sin embargo, ha sido la influencia que los artistas del Japón han ejercido sobre los nuestros en las composiciones de color planas. El desarrollo que han adquirido los carteles y otras producciones similares en todas las naciones de Europa y en no pocas de América ha sido debido evidentemente á la acción de los modelos japoneses: en nada se ha notado tanto como en esto el hecho innegable de que el japonismo ha empezado á ser un elemento integrante de nuestra cultura, no en el sentido de una influencia puramente externa, sino en el de una asimilación espiritual.

Después de haber expuesto algunas consideraciones acerca de las manifestaciones diversas de la actividad artístico-industrial japonesa, hemos de decir algo que á todas ellas puede por igual aplicarse. Todos tienen un punto común, y es que el Japón, por lo menos aquel Japón antiguo no falseado aún por los modelos occidentales, no estableció diferencia entre los objetos de uso y los de adorno. Los de adorno no tenían allí justificación alguna si no servían para algo, y en los de uso se buscó siempre armonizar la utilidad con la belleza; así como nosotros gastamos toda nuestra inventiva y nuestras mejores fuerzas en las chucherías bonitas y elegantes, y en cambio privamos de todo adorno á las cosas de uso común ó las adornamos de una manera trivial y sin gusto alguno. Los japoneses nos enseñan prácticamente cómo pueden combinarse en un mismo objeto lo útil y lo bello, sin que lo uno perjudique á lo otro y antes bien completándose mutuamente.



Busto en bronce de SHUKEI NAGANUMA, que figuró en la sección japonesa de la Exposición Universal de París de 1900

Con lo dicho no quedan agotadas, ni mucho menos, todas las enseñanzas que de la historia del arte japonés pueden deducirse: en ella encontrarán la justificación de sus tendencias y de sus procedimientos, así los partidarios de la ornamentación naturalista, como los que se muestran inclinados á la estilista; pero unos y otros podrán aprender asimismo la delicadeza con que los artistas japoneses saben distinguir entre los objetos para los cuales resulta más apropiada cada una de estas dos ornamentaciones, aplicando la primera á los temas de la vida ordinaria y la segunda á los asuntos más ideales que requieren un estilo que dé idea de algo superior á las cosas puramente terrenas. La admiración que despierta la manera como los japoneses tratan los animales y hasta las mismas plantas, pierde algo de su fuerza cuando se miran sus composiciones dentro del criterio puramente científico, pues aquellos artistas no han estudiado las ciencias naturales en la medida que parece demostrar la verdad y la vida con que reproducen los ejemplares del mundo animal ó vegetal. El sentimiento de la naturaleza que tanto caracteriza á los japoneses lo encontramos también igualmente intenso en los cuadros de paisaje que su pincel produce, y á los cuales presta un encanto indecible ese sentimentalismo poético que ningún artista japonés deja de sentir y que tiene su origen en las antiguas poesías clásicas.



Cazoleta de una espada japonesa *(tsuba)* en forma del espantademonios chino Skoki. Trabajo moderno, perteneciente á la colección de Ernesto Seeger, de Berlín.

Diremos para terminar que cuanto más ahondemos en el arte japonés, tanto más provechosas lecciones podremos encontrar en el mismo, y en cuanto á los que se muestran indiferentes ú hostiles á este arte y afirman que en él no han podido aprender nada, les contestaremos que no han querido tomarse la molestia de comprenderlo, ó que no han tenido ocasión para estudiarlo de cerca, y han considerado suficientes para sus investigaciones los libros; y sabido es que por la simple lectura de éstos, es imposible formarse concepto de lo que aquel arte significa. – R.



DANZANTE AÍNO, figura japonesa esculpida en madera



VÍSPERA DE FIESTA, cuadro de Alejo Vollon



LA ADORACION DE LOS REYES MAGOS, cuadro de Rubens

NUESTROS GRABADOS

Candelabros y lápida fundidos en los talleres de la casa Masriera y Campins, de Barcelona. —En distintas ocasiones, y recientemente con motivo de la reproducción de la estatua del héroe del Cascorro, hemos elogiado como se merecen los trabajos realizados en los talleres de la casa Masriera y Campins de esta ciudad, que constituyen una verdadera gloria de la industria nacional. De esta fundición, modelo en su género, salen obras de los más diversos géneros, desde el grandioso monumento hasta la más delicada estatua, desde las labores de ornamentación más complicadas hasta el adorno más sobrio y sencillo, distinguiéndose todas ellas, así por el gusto con que están concebidas, como por la perfección con que están ejecutadas. Bajo uno y otro concepto, los productos de ese establecimiento nada tienen que envidiar á lo más notable que en el extranjero se hace, y de aquí que sean admirados y celebrados entusiastamente, no sólo en nuestra patria, sino que también más allá de nuestras fronteras, hasta por aquellos que, celosos de sus propias glorias, se muestran más parcos en elogios para lo que fuera de su país se produce.

Los candelabros y la lápida que en esta página reproducimos son nueva demostración de los anteriores asertos, y comparándolos con otras obras escultóricas, como por ejemplo la estatua antes citada, confirman lo que decimos acerca de la variedad de trabajos á que con igual maestría se dedican los señores Masriera y Campins. Los candelabros figuran ya en la verja del ministerio de la Guerra y se alzan sobre pilastras en las esquinas de la calle de Alcalá y Paseo de Recoletos: en ellos están representados la Historia, el Patriotismo y la Lucha por medio de grupos de niños hábilmente combinados con motivos arquitectónicos, formando un conjunto bellísimo, así por la elegancia de líneas, como por la perfecta ejecución de las figuras y de los accesorios. Dichos candelabros han sido proyectados y compuestos por D. Víctor Masriera y modelados por D. José Montserrat.

La lápida, que es el premio concedido por el Ayuntamiento barcelonés en el concurso de edificios urbanos de 1.900 que, como oportunamente dijimos, fué otorgado á la casa de los señores Calvet, obra del genial arquitecto Sr. Gaudí, ha sido fundida según el modelo ejecutado por el Sr. Montserrat, sobre el proyecto del escultor D. Andrés Aleu y del arquitecto Sr. Bassegoda. Es un objeto de verdadero valor artístico que honra á cuantos en su ejecución han intervenido y que responde perfectamente al objeto á que está destinado.



Candelabros de bronce para la verja del ministerio de la Guerra, proyectados y compuestos por D. Víctor Masriera, modelados por D. José Montserrat y fundidos en los talleres de la casa Masriera y Campins, de Barcelona



Lápida de bronce con que el Ayuntamiento de Barcelona ha premiado la casa de los Sres. Calvet, obra del arquitecto Sr. Gaudí, en el concurso de construcciones urbanas de 1900, modelada por D. José Montserrat, según proyecto de los señores Aleu (escultor) y Bassegoda (arquitecto), fundida en los talleres de la casa Masriera y Campins, de Barcelona.

La noche de Reyes, dibujo de J. M. Tamburini.—De todas las ilusiones que en las diversas edades van unidas á la existencia humana, ninguna tan hermosa, tan intensa como la que acaricia el niño con motivo de la festividad de los Reyes. Pasan los años; á la infancia sucede la adolescencia, á ésta la virilidad y á ésta la vejez, y cuando el hombre se encuentra en el ocaso de la vida, todavía perduran en él los dulces recuerdos infantiles de aquellas noches en que se dormía pensando en la visita de los Magos y viendo en sueños al ángel dispensador de gracias á los niños buenos, y de aquellas mañanas en que al despertar se recreaba en la contemplación de los juguetes y golosinas que los celestiales donantes depositaron en zapatitos y bandejas. Y esta ilusión, no sólo perdura en la memoria, sino que se perpetúa de hecho cuando el niño de ayer, hoy padre y mañana abuelo, revive en sus hijos y en sus nietos las alegrías y los goces que experimentó en su niñez, procurando que las almas de aquellos tiernos seres, que son continuación de la suya, conserven el mayor tiempo posible la fe y la inocencia, que constituyen el mayor tesoro que Dios ha puesto en el corazón del infante. Nuestro distinguido colaborador el notable artista Sr. Tambutini ha sabido representar de una manera admirable esas ilusiones de la noche de Reyes: su bellísima composición es un portento de delicadeza, una maravilla de sentimiento. Aquella preciosa niña dulcemente dormida, descansando su cuerpecito en blando lecho y arrebujada en blancas sábanas, por entre las cuales asoma su linda cabecita, sueña realmente en la aparición del ángel que junto á ella deja los juguetes que han de proporcionarle largas horas de contento. Hay en todo este dibujo, así en el pensamiento que lo ha inspirado, como en la forma con que el artista ha sabido expresarlo, esa poesía encantadora que constituye la característica de Tamburini y que hace de él uno de nuestros más estimados pintores.

Víspera de fiesta, cuadro de Alejo Vollon.—En todos los pueblos y en todas las épocas ha existido y sigue existiendo una relación estrecha entre las grandes festividades y la gastronomía. Lo mismo en la vida pública que en la privada, así en el palacio suntuoso como en el hogar más humilde, la celebración de una fiesta cualquiera exige en primer término una comida extraordinaria, magnífico banquete para unos, modesto ágape para otros, pero siempre algo que se sale de lo corriente. Y no digamos cuando se trata de ciertas fiestas de índole especial, como las Navidades ó el Año Nuevo: entonces parece que nadie piensa en otra cosa que en comer, y pobres y ricos tiran la casa por la ventana y se echan á la calle en busca de las vituallas más á propósito para satisfacer sus gustos ó que mejor se acomodan á sus presupuestos; y así vemos en las grandes ciudades que al día siguiente de alguna de estas fechas memorables, las tiendas y los almacenes de comestibles y *bebestibles* de todos géneros y categorías que la víspera aparecían llenas de provisiones, se nos presentan como si hubiesen entrado á saco en ellas numerosas hordas de bárbaros ó de famélicos. Nos ha sugerido las anteriores consideraciones el bonito cuadro del celebrado pintor francés Vollon que en el presente número reproducimos: en aquella casa se hacen los preparativos para una fiesta, y uno de los más importantes es sin duda es el de pelar el pavo, héroe indispensable en esta clase de solemnidades. Este asunto, trivial en sí, ha sido tratado por el artista con notable acierto y le ha dado ocasión para pintar una linda figura que por la naturalidad de su actitud y de su expresión merece las mayores alabanzas.

La adoración de los Reyes Magos, cuadro de Rubens.—El gran pintor flamenco, que floreció en la primera mitad del siglo XVII, pertenece al grupo de los artistas elegidos, cuya fama ha sido reconocida en todos tiempos y en todas partes y cuyas obras figuran entre las más preciadas joyas de los principales museos. Su estilo no se confunde con el de ningún otro pintor, y en todos sus cuadros, aparte de la magistral ejecución, se revelan los vastos conocimientos que poseía en historia y en la fábula. Cultivó con igual éxito los géneros religioso, histórico y mitológico, y en todos ellos ha dejado maravillosas composiciones que causaron la admiración de sus contemporáneos y han sido el asombro de las generaciones posteriores. Aunque había estudiado concienzudamente el arte antiguo, no fué un imitador de los grandes maestros que en la historia del arte le habían precedido, sino que su genio portentoso supo siempre mostrarse original y desprenderse de toda traba que pudiera contener el vuelo de su imaginación. Enumerar sus obras, ni siquiera las que mayor gloria le han dado, sería tarea punto menos que imposible, ya que Rubens ha sido de los pintores que más han producido, sin que esta prodigiosa fecundidad perjudicara en lo más mínimo á la solidez de sus creaciones. Fué pintor de reyes, príncipes y magnates, y no puede decirse de él que no obtuviera de su profesión tanto provecho como honra, puesto que vivió siempre como gran personaje y vió pagados sus lienzos á los más elevados precios. El cuadro *La Adoración de los Reyes Magos*, cuya reproducción publicamos en la página anterior y cuyas bellezas no hemos de detallar, porque tratándose de genios como el de Rubens toda explicación y hasta toda crítica resultan ociosas, es considerado como una de sus mejores obras y se conserva en París en el Museo del Louvre.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – BERLÍN. – El emperador Guillermo ha confirmado el fallo emitido por el jurado en el concurso para la erección de un monumento á Wagner, disponiendo que sea ejecutado el proyecto de Eberlein, aunque con algunas modificaciones.

Teatros.—En el teatro Lírico de Milán se ha cantado con buen éxito la nueva ópera *Chopin*, compuesta por el maestro Orefice, sobre melodías del pianista famoso cuyo nombre lleva la obra.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Nelly Rozier*, comedia en tres actos de Pablo Bilhaud y Mauricio Hennequin; en la Renaissance *Medecin de campagne*, comedia en tres actos de Masson Forestier, y *Dette de famille*, comedia en tres actos de Alfredo Girault; en el Ambigu *La marchande de fleurs*, drama de Javier de Montepin y Julio Dornay, y en la Comedia Francesa *Le nuage*, comedia en dos actos de Gustavo Guiches.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *El bateo*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros de Antonio Paso y Antonio Domínguez, con música del maestro Chueca; en el Principal *El nido*, comedia en dos actos de los hermanos Alvarez Quintero; y en Romea *L' himne de 'n Riego*, graciosa comedia en dos actos de D. Pablo Parellada (Melitón González) y *La soirée dels ignocents ó 'ls municipals ab un pam de nas*, sainete en un acto de D. Ramón Ramón. En el Liceo ha debutado el tenor D. Julián Biel, que ha cantado con gran aplauso *L' Africana*. En la «Associació Wagneriana» el eminente maestro Fischer ha dado un notabilísimo concierto de piano, en cuyo programa figuraban los siguientes hermosos fragmentos de ópera de Wagner: preludio de *Parsifal*, bacanal del *Tanhauser*, quinteto, baile de los aprendices y entrada de los *Maestros cantores*, preludio y muerte de Isolda de *Tristán é Isolda*, encantamiento del fuego de *La Walkiria* y marcha fúnebre de *Sigfried*. En todas estas piezas confirmó el Sr. Fischer la fama que como intérprete de la obra wagneriana ha conquistado, pues aparte de la intensidad con que se ha identificado con el espíritu de aquélla, asombra la maestría con que logra obtener de un solo instrumento efectos verdaderamente orquestales. La numerosa y escogida concurrencia que asistió al concierto tributó al maestro Fischer continuadas y entusiastas ovaciones. También obtuvo calurosos y merecidos aplausos la Srta. Scholler, que cantó admirablemente el aria de Isabel del segundo acto del *Tanhauser* y tres preciosos *lieders* de Wagner y Litz. Desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA enviamos nuestra más sincera y entusiasta felicitación á la «Associació Wagneriana» por el éxito de este concierto, que ha sido la mejor demostración de lo que se propone hacer en pro de una de las más grandes manifestaciones del arte musical de nuestros tiempos.

MARIANIC, POR ANDRÉS THEURIET, DE LA ACADEMIA FRANCESA

VERSIÓN CASTELLANA DE JUAN B. ENSEÑAT. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– ¡Bravo!, es usted la puntualidad en persona... Mi hija aún no ha vuelto de la misa mayor, pero no puede tardar... Si usted quiere, daremos una vuelta mientras tanto por la casa.

Y le enseñó los graneros y el lagar, antes de introducirlo en sus habitaciones. La fachada tapizada de vid, con su puerta trebolada y sus ventanas con cruceros del más puro estilo del Renacimiento, deleitó á Ivo Cormier, y cuando entraron en el salón, el conjunto armonioso y sencillo del mobiliario, la vista de un gran ramo de rosas colocado sobre un velador, le tranquilizaron, previniéndole en favor del gusto de la dueña de la casa.

– ¡Ahí viene mi hija! exclamó el Sr. de Tremolin.

Ivo vió aparecer en el vestíbulo á la señorita de Tremolin. Se había ya quitado el sombrero, un sombrero redondo, sujeto con anchas cintas, que pendía del brazo, mientras que aún llevaba en su mano enguantada su devocionario. El joven detalló con una rápida mirada de pintor los grandes ojos color de mar, el cutis rosado y ambarino, el cuerpo flexible que modelaba un traje azul pálido, y quedó encantado.

– Marianic, repuso el padre, aquí tienes al señor Cormier, de quien te hablé y que ha consentido en hacer mi retrato... Espero que no estará muy descontento de su modelo; y ahora que ya está hecha la presentación, no dejemos enfriar la comida... Señor mío, ofrezca usted el brazo á la señorita de Tremolin, y pasemos, sin más ceremonias, al comedor.



La casa señorial de Kerdouarnec

III

Marianic, sorprendida de encontrar al pintor más joven y más distinguido de lo que ella se había imaginado, mostróse desde luego muy reservada y hasta un poco arisca. Pero desde el segundo servicio de la mesa, la franqueza del Sr. de Tremolin por un lado y por otro la sencillez bonachona de Cormier llegaron poco á poco á fundir el hielo. Ivo no era amigo de darse importancia, y no le faltaba gracejo cuando se sentía á sus anchas. Su franqueza y su humor gustaron á la señorita de Tremolin; pero lo que acabó sobre todo de conquistar su corazón, fué el entusiasmo con que el artista ensalzó la belleza de la Bretaña. Cuando ella supo que había nacido en Quinperlé y que hablaba *brezonnec* tan bien como ella, Marianic se hizo más expansiva y no trató ya á Cormier como forastero.

Se convino que desde el día siguiente por la tarde, Ivo empezaría el retrato del Sr. de Tremolin. A la hora indicada, el pintor llegó con todo lo necesario para emprender su tarea, y encontró al hidalgo que le esperaba en el salón. Desde luego todo marchó bien. La colocación del modelo, los preliminares del trabajo divirtieron al Sr. de Tremolin, y él se prestó dócilmente á las exigencias del artista. Pero desde la segunda sesión, con su inexperiencia de burgués, se admiró de los tanteos de Cormier y de la lentitud de su trabajo. Se había imaginado que sucedería lo mismo, en punto á rapidez, que con el estudio sacado de la pequeña Soisie. La perspectiva de largas horas de inmovilidad le espantaba ya. De natural muy inquieto, no podía permanecer mucho tiempo en la actitud adoptada. Tan pronto como sentía la mirada del pintor fija en él, se le cerraban insensiblemente los ojos, y temiendo dormirse, se levantaba de un salto, quejándose de que se le entumecían las piernas. Después de tres días de prueba, se le acabó la paciencia y estuvo tentado de enviar á paseo á Ivo Cormier y el retrato. Sin embargo, le contuvo un escrúpulo. «No puedo molestar á ese joven en balde, pensó; me tomaría por demasiado veleta. Voy á suplicar á Marianic que me reemplace; prefiero el papel de guardián al de modelo...»

– Mi hija ocupará mi puesto, añadió, y no perderá usted en el cambio; será para usted un modelo más paciente y más interesante.

Al día siguiente, en efecto, cuando Ivo entró en el salón, encontró en él á la señorita de Tremolin acompañada de Juana, su vieja criada.

– Mi padre, dijo, me encargó que le pidiese á usted mil perdones... Ha tenido que ir á la sardinería para un asunto urgente. En cuanto á mí, estoy apurada, porque no me he hecho retratar en mi vida, y reclamo de usted toda su indulgencia... Desde luego, ¿le parece á usted que mi traje puede pasar?

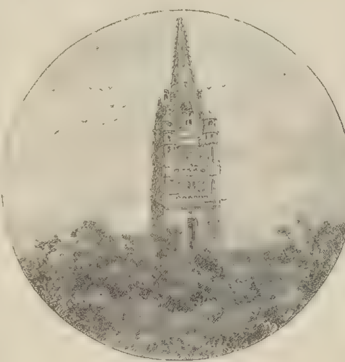
– De todas maneras está usted bien, replicó Ivo; pero puesto que consulta usted mi gusto, yo preferiría retratarla con el traje que llevaba usted el domingo pasado, cuando la vi por primera vez.

Ella se puso ligeramente encarnada.

– ¿Mi traje azul?.. Tenga usted un poco de paciencia, pronto habré hecho el cambio..

Salió con la vieja Juana. Un cuarto de hora después, reapareció vestida como lo había deseado Ivo. El traje azul pálido se amoldaba maravillosamente á su cuerpo.

– Ahora, dijo ella sonriendo, tenga usted la bondad de indicarme dónde debo sentarme y en qué actitud me debo colocar.,



El campanario de la iglesia de Ploa-ré

– Me gustaría retratarla á usted al aire libre, y como el buen tiempo tiene trazas de querer durar, podríamos escoger un sitio en el jardín.

– No es mala idea... Allí me encontraré en medio de las cosas que prefiero... Juana, vente con nosotros al jardín.

Bajaron la escalinata exterior y anduvieron juntos entre las hileras de arbustos, aspirando el perfume de toronjil y de tomillo. No lejos del vivero en que florecía el laurel real, un muro no muy alto separaba el jardín del huerto, formando una especie de terraza. De trecho en trecho, una columna de manpostería sostenía los alambres por los cuales se enredaban los sarmientos colgantes de una parra. En el espesor del muro había un banco al que daban acceso dos escaleras.

– Siéntese usted ahí, señorita, dijo el pintor.

Marianic obedeció; así colocada, con la parte superior del busto más arriba que el parapeto, la joven tenía por marco natural los sarmientos de la parra; su pecho, su cuello y su cabeza se destacaban sobre el verde ramaje de los castaños, los fondos azulados de los pinares y el cielo de un azul pálido. Aquellos colores suaves y delicados se armonizaban exquisitamente con sus cabellos castaños, sus ojos claros y el delicado tinte de su vestido.

– ¡Perfectamente!, exclamó encantado el artista; tendrá usted un libro entreabierto sobre las rodillas; estará usted adosada al muro, y así podrá conservar más tiempo la actitud convenida sin fatigarse mucho.

Estaba de este modo encantadora, de espaldas al sol, con el rostro acariciado por la sombra de la vid y destacándose sobre el vaporoso y lejano paisaje. En extremo satisfecho de su idea, Cormier experimentaba la jovial embriaguez que precede á la ejecución y pensaba hacer un buen trabajo, algo que recordase como composición el retrato de la *Joconda;* con la diferencia de que en vez de la inquietante Monna Lisa, de sonrisa enigmática, sería una franca y casta figura de virgen bretona la que miraría al espectador; en vez de las fantásticas rocas de un azul sombrío, á que tan aficionados eran los Vinci, serían los pinares y el cielo los que constituirían el fondo del cuadro.

Ivo fué en busca de su caballete y de su caja de colores; Marianic sentóse en el banco con su libro de *Gwarz* en la falda, y el trabajo empezó.

Desde luego el diseño al carbón, lenta y cuidadosamente estudiado. A cada instante, Ivo se detenía, y con el codo en la rodilla y los ojos atentos, contemplaba largamente á la señorita de Tremolin. Nunca le había impresionado tanto la hermosura de un modelo. La luz atenuada por la espesura de la parra bañaba discretamente el óvalo prolongado de su rostro, la suavidad de sus facciones, el casto dibujo de sus párpados, su fina nariz de alas móviles, la gracia de sus labios rojos, la suave flexión de su cuello, de una blancura dorada. Marianic, con su doble diadema de pelo, con su traje ajustado, de sobrios pliegues, parecía una virgen de Rafael con los contornos más redondeados y las líneas más suaves. Lleno de admiración y de miedo, Ivo se preguntaba angustioso si la tarea no era superior á sus fuerzas, y si llegaría jamás á expresar todo el encanto de aquellas formas al mismo tiempo muy castas y muy deleitables.

De vez en cuando, por no abusar de la dócil paciencia de su modelo, que se mantenía concienzudamente en la actitud escogida, la invitaba á descansar un momento. Ambos se paseaban entonces por la terraza, examinando los matices infinitamente suaves de la llanura ondulosa, extasiándose ante la melancólica grandeza del paisaje. El pintor preguntaba el nombre de las parroquias desparramadas

por la campiña, y escuchando apenas la contestación, continuaba con los ojos fijos en Marianic.

Una magnética atracción le llevaba invenciblemente á la contemplación del rostro de la muchacha. Tentado estaba de exclamar: «Reune usted en sí las gracias y la poesía del paisaje, y es usted infinitamente más encantadora que el cielo, la tierra y los árboles.» A veces se encontraban sus miradas. La señorita de Tremolin leía como en un libro abierto en las pupilas de Ivo Cormier la admiración que excitaba. Poníase colorada. Ambos guardaban silencio; un silencio tan profundo y tan embarazoso, que el artista, para romperlo, exclamaba:

– ¡Vamos á continuar el retrato!

Durante las primeras sesiones que siguieron, el Sr. de Tremolin juzgó conveniente hacer de tercero al lado de los muchachos. Pero de la misma manera que se había mostrado poco paciente como modelo, se cansó pronto de su papel de espectador. El trabajo no adelantaba á medida de su deseo. El mutismo de Ivo y la inmovilidad de su hija le enervaban. Sofocaba largos bostezos y al fin hizo explosión:

– ¡Caramba!, exclamó; yo creí que despacharía usted eso tan aprisa como el retrato de la pequeña Soisie!

Cormier se esforzó en explicarle la diferencia que existe entre un estudio, en que el artista se limita á indicar someramente lo esencial, y un retrato acabado, en que procura reproducir la personalidad del original, haciéndole revivir completamente en el lienzo. El Sr. de Tremolin no comprendió gran cosa, pero prometióse no volver á asistir á las sesiones. Pensaba que la vigilancia de Juana bastaría para guardar el decoro y la corrección necesarios, y que él no hacía falta alguna. Cada día encontró un pretexto para esquivarse, y no volvió á su casa hasta la hora de la cena, que el pintor compartía á menudo.

Desde fines de la semana Ivo y Marianic permanecieron completamente abandonados á sí mismos. Hasta Juana acabó por dejarles solos con frecuencia. Sin embargo, no abusaban de aquella libertad, ni por pienso. La señorita de Tremolin, muy reservada y concentrada, conservaba un resto de aspereza que alejaba toda familiaridad. Cormier, por su parte, era demasiado tímido y tenía suficiente tacto para no traspasar los límites de una respetuosa admiración. Sin embargo, poco á poco, aquellas entrevistas en la soledad del jardín establecían entre ellos una discreta intimidad. En los intervalos del trabajo pictórico, las conversaciones salían de la indiferencia y se hacían más personales. Ivo narraba las dificultades de sus comienzos y la ingeniosidad con la cual se procuraba pequeños trabajos de pacotilla á fin de duplicar los quinientos francos anuales que le señalaba la munificencia del Consejo general de su departamento. Marianic, á su vez, le contaba los detalles de su vida de colegio; sin embargo, con una púdica reserva, se abstenía de mencionar su quimera relativa al caballero del traje verde. Mostraba su entusiasmo por la tierra bretona y por la poesía popular de la Cornualla. A veces abría el tomo de *Gwarz*, y á ruegos del pintor leía con bien timbrada voz *Los lobos marinos* ó *El conde de las Capillas*. Sus corazones latían de consuno á la lectura de aquella conmovedora poesía de la gente del pueblo, sin darse cuenta de ello; los cantos bretones en que resonaban heroicas ternuras y obscuros sacrificios, les encaminaban hacia una peligrosa y comunicativa emoción. En el antiguo jardín lleno de flores, la hierba de amor crecía como las verbenas y los claveles, embriagando á los dos jóvenes con delicioso perfume.

Las miradas que cambiaban eran cada vez más elocuentes, y los silencios que súbitamente se hacían entre ambos, más expresivos y trastornadores.

Mientras tanto, el retrato empezaba á marchar bien. El Sr. de Tremolin, al regresar de la isla Tristan, se maravillaba del parecido. Marianic se mostraba también encantada. El único que no parecía satisfecho era Ivo. «¡Todavía no es eso!,» murmuraba en contestación á los plácemes de su huésped.

Su descontento ¿era simplemente la expresión de ese sentimiento tan natural, que hace que los verdaderos artistas encuentren siempre la obra ejecutada muy inferior á la obra concebida? ¿O veía con disgusto acercarse la hora en que, terminado el retrato, acabaría también la deliciosa intimidad del jardín? ¿Buscaba un pretexto para prolongar las sesiones?.. Movía la cabeza al mirar su lienzo, y contestaba melancólicamente á los elogios de Marianic.

– No, no es eso... Aunque su traje es muy sencillo, tiene un corte y notas demasiado modernas para expresar todo lo que yo hubiera querido meter en mi cuadro... No se armoniza del todo con el paisaje. Me hubiera gustado presentar á usted tal como la veo en este ambiente bretón, es decir, como una encarnación del alma de la Bretaña..., y no lo he conseguido.

Marianic nada contestó, pero un misterioso brillo pasó por sus límpidos ojos. Al día siguiente, cuando el pintor fué introducido por la criada en el salón, no encontró, como de costumbre, á la señorita de Tremolin.

– Tenga usted paciencia, dijo Juana con una misteriosa sonrisa; espere usted á la señorita en el jardín.

Ivo bajó la escalera y esperó un cuarto de hora; después se encaminó hacia el vivero, pensando que quizá la joven había ido directamente al acostumbrado sitio de sus sesiones. Al llegar cerca del emparrado, vió de espaldas una bretona con cofia blanca, apoyada de codos en el parapeto de la terraza y mirando hacia la campiña. Algo sorprendido, acortó el paso. De pronto la bretona volvió el rostro, y Cormier dió un grito de admiración al ver que era Marianic.

Esta se había puesto el traje que llevan las jóvenes de Douarnenez cuando se toman los dichos ó van á la boda. Su delicado rostro aparecía encerrado en la planchada muselina de la «cofia de ceremonia,» que le ocultaba casi todo el cabello. Fruncido por la espalda y cruzado por el pecho, un chal de muselina bordada tenía metidas sus puntas bajo el peto de un delantal de tafetán azul pálido, cuya tela suave, sujeta á la cintura por dos lazos, caía sobre la falda de lanilla color de crema, dejando al descubierto dos pies diminutos calzados de medias azules.

En aquel traje blanco, que la nota clara del calzado y del delantal animaban discretamente, y bajo las alas ligeras de la cofia de gala, Marianic, con su cutis ambarino, sus ojos verde-azules, su gracia casta, encarnaba admirablemente, esta vez, según el ideal del pintor, la sencilla y penetrante poesía de la raza bretona. Y la contemplaba extasiado, mudo de sorpresa.

– ¿Cómo me encuentra usted?, preguntó Marianic.

– Adorablemente bella, contestó él con voz ahogada por la emoción; instintivamente ha realizado usted lo que yo buscaba: una simbólica armonía entre su personalidad y la tierra natal que tanto ama... Así debí pintar á usted desde luego.

– Pues bien, si no es abusar de su paciencia, pínteme ahora tal como me ve... ¿No le es á usted molesto volver á empezar?

– ¡Al contrario! La idea me encanta. Guardaremos el otro retrato para los profanos y haré éste para usted sola. Pondré en él todo mi corazón.

La apasionada energía con que había pronunciado estas últimas palabras puso coloradas las mejillas de Marianic. Mientras tanto, Ivo había cogido una tela nueva, colocándola en el caballete, y puso en el acto manos á la obra con jovial entusiasmo. La señorita de Tremolin, inmóvil, miraba en actitud pensativa al pintor. Este, fijos los ojos alternativamente en la tela y en su modelo, frunciendo las cejas en su atención laboriosa, iluminado el rostro, parecía transfigurado. En su interior, la muchacha sentía surgir un manantial de ternura.

Durante cerca de una hora, permanecieron silenciosos. En el calor de la ejecución, el pintor no se daba cuenta del tiempo transcurrido. De pronto creyó ver síntomas de cansancio en el rostro de Marianic.

– Usted perdone, murmuró... Abuso de su paciencia. Descansemos un rato.

La señorita de Tremolin saltó al suelo y se acercó al caballete.

– ¿Puedo ver?.., preguntó tímidamente.

– No, no, aún no. Siéntese y hablemos... Nos servirá de descanso. ¿Había usted llevado alguna vez ese traje?

– Una sola, en la boda de una muchacha que trabajaba en casa. No quise diferenciarme de las demás conocidas, y me vestí de campesina.

– El traje es lindísimo.

– ¿Verdad que sí?.. Dan ganas de ser labriega para llevarlo en la boda propia.

– Es un capricho que fácilmente podrá usted satisfacer cuando se case... A nadie le parecerá mal.

Aunque se esforzaba en dar un tono alegre á estas palabras, Ivo se sentía presa de una súbita melancolía, y su fisonomía adquiría un sello de tristeza. Marianic lo observó, y meneando la cabeza, añadió con vivacidad:

– ¡Oh..., tiempo me queda para pensarlo!.. Aún no ha llegado mi turno.

– No piensa así el Sr. de Tremolin.

– Usted ¿qué sabe?, exclamó ella inquieta.

– Lo sé, porque así me lo dió á comprender su padre hablándome del retrato... Precisamente porque prevé que el día menos pensado se casará usted, quiso poseer su imagen, para que le sirva de compañía cuando no la tenga á usted...

– Vivo muy dichosa y no pienso irme de casa.

– Sin embargo...

– Se me figura que los que pidan mi mano, no me van á gustar.

– Algún día se presentará uno que le guste...

– ¡Quién sabe!.. Ese no pensará sin duda en pedirme por esposa, contestó ella bajando los párpados, como para impedir que su interlocutor leyese en sus ojos.

– Tal vez no se atreva..., murmuró el pintor con apagada voz.

Reinó entre ambos un profundo silencio, durante el cual se oyeron los más débiles rumores del campo: el de la brisa entre los castaños, el de los mazorcadores en el fondo de las granjas, y á lo lejos la solemne respiración del Océano en la playa de Riz. Un petirrojo gorjeó en un manzano; una pintada mariposa se meció un momento sobre una siempreviva que florecía en una rendija de la terraza, y se marchó luego revoloteando.

– ¡Ah!, murmuró Ivo continuando en alta voz un pensamiento nacido en el fondo de su corazón; ¡ojalá fuese usted una de esas simples campesinas cuyo traje lleva usted hoy!

Ella le escuchaba con secreta alegría, aunque con un ansioso temblor, deseando á la vez que él completase su pensamiento y estremeciéndose á la idea de que iba á ser más explícito. Pero la confidencia que esperaba y temía, se detuvo en los labios del joven pintor. Inquieta de aquel nuevo silencio, la señorita de Tremolin levantó los párpados; su límpida mirada encontró la mirada apasionada de Ivo Cormier, y lentamente, entre los ojos negros del joven y las pupilas azuladas de la muchacha, establecióse una corriente de ternura; sus almas se penetraron y se comprendieron.

Ivo dejó su paleta y sus pinceles y postróse humildemente de rodillas á los pies de Marianic.

– ¿No ha adivinado usted que yo la amo?, balbuceó.

Los párpados sombreados bajaron de nuevo sobre los ojos húmedos de Marianic y un estremecimiento agitó sus labios, pero guardó silencio.

– Si mis palabras la ofenden, despídame, continuó Cormier; sé que debí contenerme mejor; si he dejado escapar mi secreto, ha sido casi involuntariamente... ¿Calla usted?.. ¡Perdóneme... y adiós!

Pero en vez de despedirle, Marianic le tendió las manos; una tierna sonrisa corrió, como un rayo de sol, de su boca á sus ojos, y con su habitual franqueza contestó simplemente:

– Yo también le amo á usted...

Y aquella tarde no se trabajó ya más en el retrato.

IV

Desde entonces el amor impregnaba con su emanación sutil la quinta toda de Kerdouarnec. Daba á los claveles y á las rosas del jardín un perfume sin igual; bañaba de una luz ideal los obscuros tapices del salón; acompañaba de una música paradisíaca los ensueños de Marianic adormecida en su cuarto de doncella; metía una sonoridad más alegre en el repiqueteo de las campanas de Ploa-ré y esparcía su encanto hasta por las grises ondulaciones de la llanura. Reinaba como soberano en toda la casa, y no era el amor inquieto y tímido de los comienzos, sino el que, seguro de sí mismo, dichoso de sentirse correspondido, se manifiesta con entera seguridad en dos corazones que laten al unísono.

Sin embargo, así como la naturaleza del suelo modifica las plantas y las varía, así el amor cambia de esencia según las almas en que germina. Con ser leal y sincera, la ternura de Ivo difería de la de Marianic.

Artista ante todo, el joven sentíase principalmente seducido por la hermosura de la señorita de Tremolin. Lo que le había gustado desde luego en ella, era la delicadeza de sus facciones, la concordancia armoniosa de las líneas, la gracia de los contornos y la expresión de la mirada. Hallaba una satisfacción artística en el encanto que experimentaba; inconscientemente, aquella consideración acrecentaba la fuerza de su pasión. Y como venía después de algunos años de áridos trabajos y después de las peripecias penosas de una lucha cotidiana por la existencia, aquel amor nacido en un ambiente propicio era para él un descanso feliz, después de una marcha fatigosa. Aquello le daba la sensación de un reposo bajo los árboles floridos de un huerto rodeado de arideces. Deleitábase en él con tanto más abandono cuanto que su espíritu sacaba igual provecho que su corazón. Indudablemente, al enamorarse de Marianic, el pintor no obedecía á ningún

cálculo de interés; sin embargo, un móvil más vanidoso que tierno contribuía al desarrollo de su amor. Aquel hijo de un obscuro empleado de Quimperlé, aquel principiante desconocido, sin más recursos que su pincel y sin que hasta entonces hubiese sido afortunado en amores, experimentaba un movimiento de orgullo al saberse amado por una muchacha noble, distinguida y perteneciente á una de las mejores familias de la Cornualla. Su amor propio satisfecho le predisponía á hacerse ilusiones sobre la fuerza del afecto que le unía á Marianic. No siendo analista por naturaleza, no se daba cuenta de la aleación que alteraba la calidad de aquel afecto, y como queda dicho, se creía seriamente enamorado de la señorita de Tremolin.

En cuanto á Marianic, su amor era del metal más puro y precioso. Desde sus primeras entrevistas con Ivo Cormier, presintió en él al amigo desconocido con que soñara bajo los castaños de Kerdouarnec. El fervor infantil con que siguió tiempo atrás en su imaginación las hazañas de su héroe del traje verde, la ternura de que habían inundado su corazón los *gwarz* cornuallenses, la necesidad de abnegación que la dominaba, hallaban al fin su camino y su objeto. Como ella, Ivo era bretón y amante de las bellezas de la tierra natal, cuyo encanto comprendía, compartiendo los cándidos entusiasmos con Marianic. Además, era artista, joven, lleno de talento y de confianza en el porvenir. Ella le encontraba guapo y le adornaba con todas las cualidades de que antes dotó al amigo tanto tiempo aguardado. Desde que vivía cerca de él, su alma se había abierto é iluminado. Así es que amaba á Ivo Cormier con un amor semejante en su robustez y en su tenacidad á aquella tierra bretona en que la fe de los antepasados se conserva intacta; en que las leyendas conservan toda su vitalidad; en que nada se olvida y nada muere.

Desde la tarde en que se confesaron mutuamente su ternura, vivían en un continuo encanto. Nada turbaba su felicidad en aquella solitaria quinta, donde el Sr. de Tremolin no parecía más que á la hora de cenar, y donde la misma Juana no los vigilaba más por la forma, dejándoles en absoluta libertad. Los días transcurrían felices para ambos. El verano cedía ya el puesto al otoño. Septiembre esparcía por la rada sus brumas transparentes, á través de las cuales se divisaban las vagas siluetas de las barcas, cuyas velas inclinadas iluminaba de vez en cuando una racha de luz. Los castaños amarilleaban acá y acullá; los pinares adquirían tonos de un azul sombrío en los días lluviosos, y dorados matices cuando aparecía el sol. Con frecuencia, después de las sesiones de pintura, cada vez más cortas, salían del jardín al campo silencioso. Bajaban hasta la playa de Riz por un sendero que domina la bahía y desaparece bajo el entrecruzado ramaje de fresnos y hayas. Allí se estaba en la sombra espesa; de trecho en trecho, las ramas se separaban dejando ver como por una ventana el mar de un azul verdoso, parecido al de los ojos de Marianic. Acantilados amarillentos se escalonaban en torno de la bahía; la Menez-Homse surgía de entre un vapor blanquecino, destacando su doble cima sobre un cielo azul lechoso. La suavidad del aire, la gracia de las flores silvestres que animaban con una nota rojiza la frescura de los prados y de los árboles, llenaban á Marianic y á Ivo de una confianza risueña. Sus almas se sentían aligeradas y más á sus anchas. Nada les parecía entonces que pudiese ser obstáculo á la manifestación de su amor, y cambiaban halagüeños proyectos para el porvenir... Regresaban al caer de la tarde. Ante ellos, una bruma cenicienta subía de las húmedas praderas, y al mismo tiempo subía en ellos una sutil melancolía. El mar permanecía aún luminoso, pero hacia Douarnenez las rocas se entenebrecían, el puerto se hacía obscuro y por encima de Plô mar la flecha del campanario de Ploa-ré se perfilaba gris sobre el azul obscuro de los bosques; los pinos del paseo de Santa Cruz se destacaban tristemente sobre el horizonte como dientes de una sierra.

Con el crepúsculo, una duda invadía el espíritu de Ivo Cormier, más pronto en inquietarse, porque consideraba con más sangre fría la realidad de las cosas.

– ¡Quién sabe!, suspiraba apretando el brazo de Marianic apoyado en el suyo; quién sabe si aún podremos saborear mucho tiempo esta venturosa paz, esta alegría de amarnos sin cuidado alguno. El señor de Tremolin ignora nuestro cariño y nuestros proyectos... Pero pronto será preciso que los conozca, y ¿cree usted que consienta en aceptar por yerno á un muchacho que no posee más que sus pinceles por todo patrimonio?

– Mi padre me quiere mucho, replicaba Marianic, y no querrá hacerme eternamente desgraciada oponiéndose á nuestro casamiento... Sin embargo, tiene usted razón; no debemos ocultarle por más tiempo el compromiso que nos une... Después de haber terminado los dos retratos, le hablará usted, Ivo, y yo misma le declararé francamente mi intención de casarme con usted.

– Bien; pero sin duda ha formado otros proyectos y se mostrará tal vez menos indulgente de lo que usted piensa. Nuestra suerte está en sus manos y con una palabra puede destruir nuestras ilusiones. Tiemblo de antemano á la idea de esa explicación terrible, y sin embargo necesaria. Si se niega á escucharme hasta el fin, si me echa ignominiosamente á la calle, habrá concluído nuestro amor.

– El mío no concluirá, contestó con grave firmeza Marianic; durará tanto como yo. Yo no amo más que á usted, Ivo; y suceda lo que sucediere, no cambiará mi corazón...

Sucedíanse las sesiones, pero más breves, más laboriosas; á cada instante, so pretexto de estudiar un detalle del traje ó del tocado, Ivo se quedaba mirando á su modelo y se absorbía en su contemplación. Una sonrisa de Marianic bastaba para ocasionarle perezosas distracciones. A veces la conversación ocupaba de tal manera las horas del trabajo, que el pintor acababa por olvidar sus pinceles, y en vez de continuar e retrato, iban á dar un paseo por el campo. Hubiera dicho que Cormier, temiendo el momento en que había de hacer la petición al señor de Tremolin, daba largas á las cosas á fin de alejar aquel terrible plazo. Sin embargo, los dos retratos tocaban á su fin y se acercaba la hora decisiva. Concluía el mes de septiembre, y el viento tempestuoso anunciaba la llegada del otoño. El mar encrespado saltaba por encima del espigón; las costas aparecían humeantes de blanca espuma, y el paseo de Santa Cruz se cubría de hojas amarillas y de ramas rotas. Los turistas, asustados del mal tiempo, liaban sus bártulos, y Cormier comprendía que no era posible diferir por más tiempo la hora de las explicaciones.



De pronto la bretona volvió el rostro y Cormier dió un grito de admiración al ver que era Marianic

Después de haberse concertado por última vez, los dos enamorados resolvieron que á la tarde siguiente, día de San Miguel, los lienzos serían llevados al comedor y presentados al Sr. de Tremolin. Después de cenar, Marianic se esquivaría como para dejar á los dos hombres fumar libremente; entonces Ivo se revestiría de valor y pediría al padre la mano de su hija.

El día de San Miguel, Ivo Cormier llegó temprano á Kerdouarnec, y los dos jóvenes resolvieron dar un supremo paseo hasta las grutas de Riz.

(Continuará.)

EL VENENO DE LAS SERPIENTES

Y EL SUERO ANTIVENENOSO

Los trabajos bacteriológicos emprendidos en estos últimos años han demostrado que existen grandes semejanzas entre los venenos micróbicos ó toxinas y el segregado por las glándulas salivales de las serpientes venenosas. Y han demostrado además que la sueroterapia, es decir, el tratamiento por el suero de la sangre de los animales vacunados, que tan brillantes resultados ha dado contra la difteria y la peste, es aplicable con mayor precisión todavía á la terapéutica de las mordeduras venenosas.

Las serpientes venenosas abundan especialmente en algunos países de la zona tropical; la India y Australia se disputan el triste privilegio de poseer las más temibles especies de estos reptiles. Según las estadísticas oficiales del gobierno inglés, sólo en la India sucumben anualmente más de 22.000 personas á las mordeduras de las cobra-capelas y de las bungaras; en la Martinica el bothrops ó hierro de lanza, en Argel la víbora cerasta, en el Senegal y en el Sudán la naja negra ó serpiente que escupe, causan todavía numerosas víctimas especialmente en las poblaciones indígenas; y las mordeduras de las víboras de nuestras regiones, no por ser poco frecuentes y por lo común poco graves, dejan de constituir un peligro real en muchos casos, sobre todo para los niños.

El principio tóxico de todos los venenos es el mismo, sea cual sea la especie de la serpiente que lo produzca. Entre los venenos de diferentes orígenes sólo hay diferencias de toxicidad; y así ha podido reconocerse que mientras se necesitan por término medio cuatro miligramos de veneno de víbora de Francia para matar á un conejo, basta medio miligramo de veneno de cobra-capela de la India para producir los mismos efectos en el mismo tiempo.

La mordedura de las serpientes produce las más de las veces un dolor muy intenso, seguido de pasmo y de calambres que se propagan rápidamente hacia la raíz del miembro herido y casi á todo el cuerpo. A los pocos instantes sobrevienen desfallecimientos y síncopes; y cuando la cantidad de veneno inoculada es bastante considerable para ocasionar la muerte, la respiración no tarda en hacerse difícil y anhelosa, la boca se contrae y se llena de baba, la lengua se hincha, los dientes se aprietan y el desgraciado herido cae en el más profundo coma y expira en pocas horas.

El estudio fisiológico, tan completo como es posible hacerlo, que acerca de la intoxicación y de la sueroterapia antivenenosa he realizado, primero en el Instituto Pasteur de Saigón, después en París y finalmente en el Instituto Pasteur de Lille, me obligaba á proporcionarme grandes cantidades de venenos de todas clases.

Para conservar vivas las serpientes venenosas, he tenido que mandar construir una estufa especialmente dispuesta á este efecto, en la cual viven los reptiles perfectamente durante algunos meses, con tal que se les alimente por el sistema de cebamiento, pues en estado de cautividad se niegan casi siempre á alimentarse espontáneamente.

La recolección del veneno se hace cada dos semanas del siguiente modo: sujeto la cabeza de la serpiente con unas pinzas planas, y luego con la mano izquierda la cojo por el cuello de manera que no pueda apoyarse en el suelo ni en ningún objeto; después se suelta la cabeza, dejándola libre, y un ayudante introduce entre las dos mandíbulas un ancho cristal de reloj y entonces comprimo á cada lado del maxilar las glándulas venenosas, y el veneno fluye por los colmillos y se deposita en el cristal (fig. 1).



Fig. 1. – Extracción del veneno por compresión de las glándulas de una cobra-capela

El producto de la recolección se seca en seguida en el vacío, y en estado seco se guarda el veneno, que tiene el aspecto de resina molida.

El cebamiento del animal se hace luego introduciendo en el esófago de éste un embudo de cristal, en el que se parten dos ó tres huevos crudos que se deslizan directamente en el estómago, después de lo cual se pone nuevamente el reptil en su jaula.

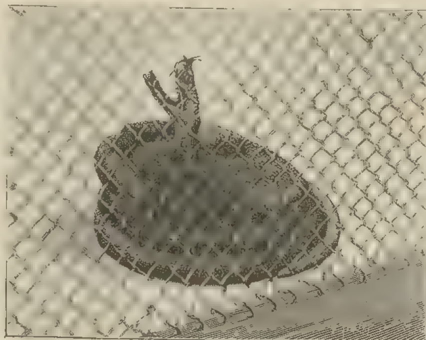


Fig. 2. – Víbora cornuda (cerasta) del Sudán



Fig. 3. – Cebadura de una cobra-capela

Para la experimentación, el veneno secado se disuelve en un volumen determinado de agua salada al 7 por 100, y así se prepara una solución exactamente dosificada al 1 por 100, por ejemplo, que permitirá determinar la dosis tóxica por kilogramo de animal vivo. El veneno de la cobra mata generalmente en dos ó tres horas un conejo de dos kilogramos de peso al que se ha practicado una inyección subcutánea con una dosis de la solución correspondiente á 0'5 miligramos.

Una vez fijada esta dosis, seguramente mortal, puede emplearse una solución de la misma dosis para vacunar animales, como conejos, perros, caballos, lo que se consigue inyectándoles durante varios días seguidos, primeramente dosis muy mínimas de veneno incapaces de producir accidentes graves, y luego aumentando gradualmente y con mucha prudencia la cantidad de veneno inyectada cada vez. Al cabo de un tiempo más ó menos largo (unos 16 meses tratándose de caballos), puede hacerse soportar á éstos, sin que se pongan enfermos, dosis de veneno doscientas veces mortales, es decir, capaces de matar á 200 caballos no vacunados. Estos caballos pueden en tales condiciones proporcionar un suero preventivo y curativo de la intoxicación y ser sangrados cada dos ó tres semanas, extrayéndoles en cada sangría de seis á ocho litros de sangre, que dan dos ó tres de suero activo. Para que la actividad antitóxica del suero se mantenga constante, es necesario reforzar después de cada sangría la inmunidad de los caballos por medio de una nueva inyección fuerte de veneno diluído. El suero experimentado primeramente en conejos ha de preservar á éstos por lo menos á la dosis de un centímetro cúbico contra una dosis de veneno capaz de matar conejos del mismo peso en veinte minutos por inyección intravenosa. Después se le distribuye en frascos de 10 centímetros cúbicos, cada uno de los cuales representa una dosis dispuesta para ser empleada.

El Instituto Pasteur de Lille y el Instituto Pasteur de París expiden actualmente suero antitóxico á todos los países en donde existen serpientes, sobre todo á Australia, á la India y á la América del Sur. Desde 1896 ha sido aplicado en un gran número de casos y siempre con resultados satisfactorios; sus efectos curativos son tan rápidos, que realmente sorprende la intensidad de su acción.

Gracias á este suero, el tratamiento de las mordeduras venenosas ha llegado á ser uno de los más sencillos: consiste en inyectar 10 ó 20 centímetros cúbicos de suero debajo de la piel del vientre de la persona mordida, practicándose esta inyección con una jeringa de gran modelo, parecida á las que se utilizan en el tratamiento de la difteria.

No es conveniente practicar la inyección al mismo nivel de la herida, porque el suero se absorbe mejor y más rápidamente cuando se le inyecta en los tejidos flojos de la piel del vientre. La intervención es siempre eficaz mientras el enfermo no ha entrado en el período de asfixia, é importa saber que éste tarda casi siempre cuatro ó cinco horas en manifestarse.

La sueroterapia antitóxica no presenta, pues, ninguna dificultad de aplicación práctica, y en la actualidad está al alcance, no sólo de los médicos, sino que también de los viajeros, de los cazadores y de todas las personas que por su profesión están expuestas á las mordeduras de las serpientes venenosas.

DR. CALMETTE, *Director del Instituto Pasteur de Lille.*

OMNIBUS

MOVIDOS POR LA ELECTRICIDAD

Adondequiera que se mire en las grandes ciudades modernas, por todas partes se ven las líneas de rieles de los tranvías que tantos resbalones producen y tantos desperfectos causan en los demás vehículos.

Para evitar estos inconvenientes, el ingeniero Max Schiemann, de Dresde, ha construído un tranvía sin rieles que funciona con excelente éxito desde el mes de julio último, recorriendo el trayecto de 10 kilómetros comprendido entre la célebre plaza fuerte de Koenigstein en el Elba y el romántico valle del Biela. Tiene esta línea una longitud de dos kilómetros y medio; pero en breve se prolongará hasta Schweizermuhle, estación termal situada á la salida del valle citado, y entonces tendrá una extensión de nueve kilómetros. La mayor parte del recorrido es carretera; sólo en las calles de aquella ciudad está el piso empedrado. Los coches marchan con una velocidad á razón de 12 kilómetros por hora.

Los dos grabados que en esta página y en la siguiente publicamos permiten formarse idea de esta línea. Para este servicio no ha sido preciso variar en lo más mínimo los caminos por donde pasa, y únicamente se han tenido que levantar los postes que sostienen dos alambres. Cuando se ve funcionar uno de los ómnibus así movidos, se ocurre preguntar: 1.°, ¿cómo se desvía uno de estos vehículos para dejar paso á un carruaje ordinario? Segundo, ¿cómo se verifica el cruce de dos ómnibus eléctricos? Tercero, ¿cómo da la vuelta el ómnibus? A las dos primeras preguntas sirven de contestación los grabados que publicamos. La toma de corriente, como se ve, se verifica por medio de un trole de acero que se maneja fácilmente y que va fijado al coche, de manera que éste puede apartarse á un lado hasta tres metros sin ninguna dificultad; por consiguiente, puede perfectamente, no sólo pasar delante de otro vehículo que marche en la misma dirección, sino que también dejar paso á uno que lleve dirección contraria. Con la misma facilidad se verifica el cruce de dos ómnibus eléctricos; para ello basta que el conductor de uno de ellos quite del alambre el trole, tirando de él por medio de la cuerda que pende del mismo, con lo cual el otro ómnibus pasa cómodamente por su lado, y volviendo después á establecer el contacto, operaciones ambas que se realizan en pocos segundos. Del mismo modo, gracias á los muelles del trole, se hace dar vuelta al coche sin interrumpir la corriente.

Esta nueva línea de ómnibus no es solamente para pasajeros; también sirve para el transporte de mercancías. – H. K.



Omnibus movidos por la electricidad en Koenigstein del Elba

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

ALBUM DE LAS MANIOBRAS MILITARES DE LA PRIMERA REGIÓN, por *Luis de Tamarit* y *Mariano Pedrero*. – Como recuerdo de las que tuvieron lugar en mayo último en los campos de Carabanchel, en las que tomaron parte las Academias militares y las tropas de la primera región, acaban de publicar el capitán de infantería D. Luis de Tamarit y nuestro distinguido colaborador artístico D. Mariano Pedrero un bonito álbum, compuesto de un crecido número de retratos y vistas, encerrados en caprichosas y adecuadas orlas, que reproducen los movimientos y evoluciones de las tropas. La obra está dedicada á S. M. el rey, que, como recordarán nuestros lectores, concurrió á dichas maniobras, y se vende al precio de dos pesetas cada ejemplar.

RECUERDOS DE LAS MONTAÑAS, por *José Lamarque de Novoa*. – Una nueva y hermosa edición de las sentidas é inspiradas composiciones que en 1879 dió á la estampa acaba de publicar el distinguido publicista sevillano D. José Lamarca de Novoa. Constituyen la obra un acopio ó colección de bellísimas baladas y leyendas, á cuyo mérito debe el autor el justificado título de poeta legendario. Distínguense todas y cada una de las composiciones por el delicado sentimiento que en ellas rebosa y por el pensamiento dominante, que anima el recuerdo y da relieve y vigor á la narración. Al frente de cada una de las poesías figura una producción alusiva, obra de artistas sevillanos tan ventajosamente conocidos como los Sres. Maltoni, Bruton, Oñate, etc., precedidas de un notable prólogo de D. José M.ª Asensio. Forma un volumen de 250 páginas, que por su elegancia y buen gusto honra á la tipografía de D. E. Rasco, de Sevilla.



Ómnibus movido por la electricidad en Koenigstein del Elba

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 13 de enero de 1902 — Núm. 1.046

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SALIDA DEL BAILE, cuadro de Román Ribera (Salón Parés)

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Conferencia internacional americana. – Sus tareas. – Hispanoamericanos y yanquis. – Fracaso relativo de la conferencia. – La doctrina de Monroe. – La doctrina Diaz. – Antagonismo entre los elementos anglo-sajón y latino de América. – *La Academia mejicana de la Historia.* – *Chile y la República Argentina.* – Cuestión de límites y temores de guerra. – Fuerzas militares de una y otra república.

En los últimos días del año 1901 los hechos de mayor relieve en la vida política americana han sido la Conferencia internacional reunida en Méjico y el conflicto entre la República Argentina y Chile.

De acuerdo con las ideas expuestas por el Sr. Mariscal en el discurso de apertura, una de las primeras resoluciones del Congreso de Méjico fué votar que «la paz universal es la primera condición del bienestar y del progreso de los pueblos; que la armonía entre los Estados representados en la Conferencia es indispensable para que sus trabajos den el resultado á que se aspira; que la Conferencia, invocando el origen común, las tradiciones históricas y la solidaridad de intereses de las Repúblicas de Colombia y Venezuela, juzga oportuno dirigir palabras de amistad á los gobiernos de dichos países á fin de evitar todo conflicto doloroso que pudiera alterar las cordiales relaciones entre esas repúblicas hermanas.»

En lo demás, las tareas de esta Asamblea han sido lentas y difíciles. Desde un principio se notó el recelo que á muchos de los delegados hispanoamericanos inspiraba la tendencia, cada día más marcada, de los Estados Unidos yanquis á imponer reglas de conducta á todo el Continente Occidental.

En la sesión del 2 de noviembre hubo quien propuso para presidir la Conferencia al anglo americano Enrique G. Davis. Este declinó, con cierta jactancia, la honra que se le ofrecía. Ellos, los yanquis, dijo, «sólo intervienen en la Conferencia para ayudar á las Repúblicas de América en todo cuanto pueda conducirlas al bien, para afirmar la doctrina de Monroe; lo cual significa, añadió, que vuestro territorio será protegido, y vuestros derechos políticos, vuestros derechos comerciales y vuestras libertades para siempre garantidos.» No podía hablar más claro el protector.

Y como, por una parte, hay Estados americanos que no necesitan la protección del coloso del Norte, y por otra todos saben ya á qué atenerse respecto á las consecuencias que pueden tener protección y garantía ofrecidas por los gobiernos de Wáshington, las palabras de Davis vinieron á confirmar la razón de la desconfianza.

Precisamente por aquellos días la prensa americana daba publicidad á las siguientes frases atribuídas al actual Presidente de los Estados Unidos: «Es nuestra creencia que la América del Sur será nuestro campo de expansión. No es práctico seguir tolerando que pueblos tan indolentes, tan reacios al progreso y tan incapaces de gobernarse como los latinos de Centro y Sur América, continúen ocupando tierras tan fértiles, tan ricas y tan productivas como las del Continente Suramericano. El destino manifiesto de esta nación (los Estados Unidos) es poseer todo el hemisferio occidental.»

Haya dicho ó no en público M. Roosevelt tales palabras, lo cierto es que en la conciencia de todos está que los yanquis así piensan. Y como desde California hasta el estrecho de Magallanes los latinoamericanos (salvo alguno que otro Rodríguez y García, como los que citamos en las *Revistas* de febrero y diciembre anteriores) piensan de modo muy distinto, natural es que sus representantes en la Conferencia de Méjico busquen ocasión de demostrar á los yanquis que tienen criterio propio en cuestiones que afectan al presente y porvenir de América, y que esas repúblicas de origen español que, según el gran geógrafo Reclus, «en población, en riqueza y en instrucción han conseguido progresos muy superiores, proporcionalmente, á los de las naciones europeas en el mismo espacio de tiempo,» son tan capaces de gobernarse como han comprendido el juego de los políticos de Wáshington, y sólo cuando les conviene aceptan ó promueven acción común con ellos.

La cuestión del arbitraje ha venido á ser el pretexto de la disidencia. Que el arbitraje sea ó no obligatorio, general ó restringido, importa muy poco á los yanquis. Han ido á la Conferencia con propósito de obtener privilegios en las relaciones comerciales con las demás repúblicas, y éstas no se muestran dispuestas á adquirir compromisos que las puedan convertir en colonias mercantiles de los Estados Unidos del Norte.

No hay, pues, acuerdo, y de estériles y anodinas califica la prensa de Nueva York las sesiones de la Conferencia. Esta lleva, en efecto, trazas de ser un fracaso; pero fracaso para los yanquis. Las demás repúblicas han apretado su tacto de codos; son hermanas no muy bien avenidas, algunas, entre sí; mas todas resueltas á no ser juguete del poderoso y á defender sus derechos y sus intereses contra enemigo común.

***

Extraño hubiera sido que en un Congreso de americanos hablase un delegado de lengua inglesa sin mencionar la «doctrina de Monroe.» No se le olvidó al Sr. Davis. Y, sin embargo, son los yanquis quienes menos derecho tienen á erigirse en mantenedores de la tal doctrina, puesto que no la han respetado. Lo que Monroe dijo en 1823 fué que «con las existentes colonias ó dependencias de cualquier potencia europea no hemos intervenido y *no intervendremos* (1); pero con respecto de los gobiernos que han declarado su independencia y la mantienen y la hemos reconocido por motivos serios y según principios justos, no consideraremos cualquiera interposición con propósito de oprimirlas ó disponer de cualquiera otra manera de sus destinos por un poder europeo, sino como manifestación de una disposición hostil á los Estados Unidos.»

Y como los Estados Unidos han intervenido, con perfidia, en colonias de potencia europea, y han conquistado á cañonazos dependencias de otra nación en América, en Asia y en Oceanía, resulta evidente que prescinden de la doctrina de Monroe en la parte que contraría á sus propios intereses ó ambiciones. No hablen, pues, de ella, y proclamen paladinamente su nueva doctrina, la doctrina Mac Kinley ó Roosevelt, ya con toda claridad expuesta en las frases de este último, antes transcritas.

La doctrina Monroe está derogada por los sucesores de su autor. La ha substituído la «doctrina Diaz,» esto es, la aceptada y proclamada por el ilustre Presidente de Méjico en el mensaje que leyó ante el Congreso de su país en abril de 1896. No es esta doctrina manifestación de tendencias expansionistas, no es un reto que el Nuevo Continente lanza contra Europa, no es la muralla de China elevada frente á los europeos para estorbar relaciones de amistad y de intereses; es sencillamente «una protesta legal contra toda tentativa de usurpación europea, contra toda tendencia monárquica contraria á las instituciones republicanas del Nuevo Mundo.»

En suma, es la doctrina de la propia y natural defensa, que igual valor tiene y de igual modo se acepta en América que en Europa. No vale, pues, la pena de hablar de ella en todo momento, atribuyéndola una importancia especial que no tiene. Las tentativas de usurpación y de intervención han de ser rechazadas siempre y por todos los pueblos, vengan de donde vinieren. Y como precisamente en los actuales días las tentativas contra pueblos americanos se fraguan en la propia América, huelga el adjetivo *europeo* en la exposición de la doctrina Diaz.

Dada la situación presente de los Estados del Nuevo Mundo, la frase «América para los americanos» es una perogrullada. Nada vale ni significa hoy, á no ser que se aspire á crear allá un mundo aislado, sin relaciones políticas y económicas con Europa. Y como esto es un disparate, hay que tomarlo como ardid grosero de que pretenden valerse los americanos que hablan inglés para explotar y dominar á los americanos de otras lenguas.

(1) «With the existing colonies or dependencies of any European power, we have not interfered and shall not interfere.»

Prescindiendo de que esa aspiración egoísta y antisocial es irrealizable, de que no hay medio de impedir que Europa tenga intereses en América, y América en Europa, jamás podría llegarse á la unión, á la intimidad de yanquis y latino-americanos que supone aquel concepto del monroísmo. «Yo he vivido, escribe el venezolano Blanco Fombona, algunos años entre los yanquis, y los conozco muy bien. Entre su ideal y el nuestro hay un abismo. Entre su concepción de la vida y de las cosas y la nuestra hay grandes diferencias. Ellos, hijos de ingleses, son egoístas, orgullosos, odiosos; no tienen fe más que en su raza y nos juzgan inferiores. Nosotros, suramericanos, sólo nos sentimos bien cerca de la Europa latina, Francia, Italia, España son las tierras de nuestra raza y nuestro amor. Literaria, social y políticamente son estos países los que más influyen sobre nosotros.»

***

Una de las múltiples manifestaciones de esta influencia ha sido la constitución, en 27 de noviembre último, de la Academia Mejicana de la Historia, correspondiente de la de Madrid. La dirige D. Ignacio Mariscal, es Vicedirector el obispo de San Luis de Potosí D. Ignacio Montes de Oca, Secretario perpetuo D. José M.ª Agreda y Bibliotecario el de la Nacional Mejicana D. José M.ª Vigil. Entre los otros 15 académicos, todos de gran renombre y prestigio por su saber, figuran personalidades tan conocidas entre nosotros como D. Justo Sierra, el Delegado que fué de Méjico en el Congreso Iberoamericado de Madrid, y D. Francisco Sosa, el impugnador de Jenaro García. Hay, pues, un lazo más de unión entre España y el país que se llamó Nueva España.

***

Casi al mismo tiempo que se votaba en Méjico la moción en favor de la paz, adquiría caracteres de extrema gravedad el litigio sobre límites planteado, desde 1847, entre Chile y la República Argentina. ¡Siempre lo real en pugna con el ideal! Hubo días del mes de diciembre en que se creyó inevitable é inminente la guerra entre los dos Estados más poderosos de la América del Sur, y aun hoy mismo, al comenzar el año 1902, los ánimos continúan sobre manera excitados en ambas Repúblicas y no hay absoluta seguridad de haberse evitado el conflicto.

No es fácil, ciertamente, predecir el resultado de la contienda si llegara á haberla. Las fuerzas están bastante equilibradas, por más que haya alguna superioridad en la Argentina, la cual puede también abrir campaña en mejores condiciones que Chile si, como según se dice y no es improbable, cuenta con la alianza de Bolivia y Perú.

Hagamos sumaria recapitulación de las fuerzas de tierra y mar con que una y otra república cuentan:

Chile. – Ejército activo 17.400 hombres, armadas la infantería y caballería con fusil ó carabina Mauser y la artillería con cañones Krupp de tiro rápido. Puede poner en pie de guerra 150.000 hombres, como máximo. Los buques de combate son un acorazado de 6 900 toneladas, 2 cruceros acorazados (13.500 t.), 4 protegidos (12.000 t.), 9 cruceros torpederos y cazatorpederos (4.000 t.) y unos 20 torpederos y otros barcos de menos importancia, todos estos buques suman 40.000 toneladas con 280 cañones.

República Argentina. – Ejército activo, 8.600 soldados con Mauser y cañones Krupp de tiro rápido. En pie de guerra puede disponer de 200.000 hombres ya instruídos y en condiciones de movilización inmediata. Además, la guardia nacional y el ejército territorial preporcionarían en caso necesario otros 200.000 hombres por lo menos. Buques de combate: 4 cruceros acorazados (27.400 t.), 5 protegidos (14.270 t.), 4 cañoneros acorazados (8.000), 25 torpederos y contratorpederos (2.500 t.), esto es, una escuadra de más de 50.000 toneladas con 400 cañones, sin contar un acorazado guarda-costas, de 4.200 toneladas y 28 cañones. Perú y Bolivia pueden cooperar desde luego con 8.000 ó 9.000 hombres perfectamente organizados y armados también con fusiles Mauser y piezas Krupp, y bien dispuestos á batirse contra Chile y tomar el desquite de anteriores derrotas.

Muy de corazón deseamos que al escribir las próximas *Revistas* nos falte motivo para dar noticia del choque entre estas fuerzas.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

LOS PIRINEOS, ÓPERA DEL MAESTRO D. FELIPE PEDRELL, LETRA DE D. VÍCTOR BALAGUER

ESTRENADA EN EL TEATRO DEL LICEO DE BARCELONA

Singular y especialísimo atractivo tuvo siempre para D. Víctor Balaguer cuanto tendiera á recordar la grandeza de nuestra región, sus poéticas leyendas, sus grandes epopeyas, sus victoriosas y atrevidas empresas y la misión civilizadora que Cataluña desempeñó en determinadas épocas. De ahí, de ese conjunto de aspiraciones y deseos, de añoranzas y recuerdos, surgió su última producción, en la que se condensa el espíritu de nuestro pueblo tan honda y virilmente expuesto, que resulta la conjunción de ese ayer cuya pérdida se deplora con la tendencia racional de la actualidad, ajena á utópicos ideales, mas segura y firme, perseverante en el afán de recobrar personalidad y vida en el cuadro general y expansivo de la unidad de la patria. En la

Pedro III de Aragón figurines dibujados por A. Mestres



D. FELIPE PEDRELL, de fotografía de J. Martí

trilogía titulada *Los Pirineos* condensó el ilustre vate catalán todos sus amores, el caudal de su sentimiento y la expresión de su patriotismo por la tierra que le vió nacer y por la raza á que pertenecía. En ese canto épico en que tan admirablemente se pinta la unión de los pueblos que expresaban sus ideas en el mismo idioma, que vivían y se agitaban alentados por idénticos ideales, en aquella titánica lucha en que la Francia inculta agostó la tierra provenzal, ahogando los cantos de libertad de sus trovadores, halló Balaguer vastísimo tesoro en que inspirarse, medio para dar gallarda muestra de su valía y postrera demostración de la influencia que en su espíritu ejercieron las constantes aspiraciones de nuestra raza.

En *Los Pirineos*, que pudiéramos denominar obra póstuma del bardo catalán, hállase, por lo tanto, condensada la labor de toda su vida, es el canto de gloria y amor que en las postrimerías de su existencia dedicó á su patria, por la que siempre alentó, dedicándole sus más sentidas producciones.

De ahí la compenetración del poeta y del compositor. La epopeya musical amoldóse al espíritu de Pedrell, hallando el medio para aplicar el caudal acopiado durante el transcurso de muchos años y el resultado de sus provechosos estudios. El sueño, la constante aspiración del eminente musicólogo, halló por fin el vastísimo campo que precisaba para manifestarse, para dar á conocer la evolución sentida y establecer el primer jalón que señala la primera fase de la nueva escuela nacional.

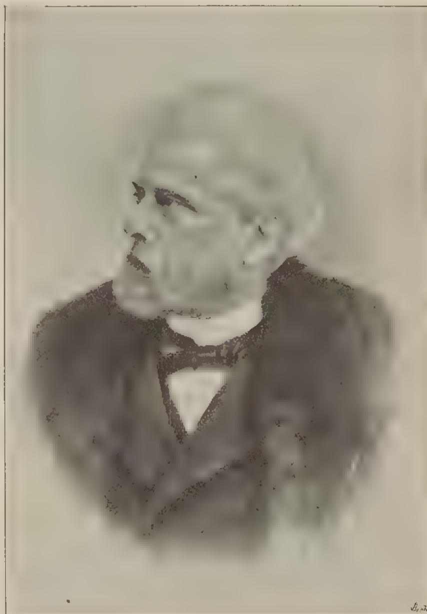
Convencido Pedrell de que los cánones modernos imponen á la música la necesidad de utilizar los elementos propios para expresar las fuerzas creadoras distintivas y características de la nacionalidad, recurrió al canto popular y al caudal artístico que poseemos, que no por olvidado deja de ser valiosísimo y tan apropiable hoy, que se amolda y asimila á la evolución, sirviendo de base y fundamento, adornándolo y embelleciéndolo con todas las galas y delicadas formas que el arte le ofrece.

Desde este punto de vista es admirable y portentosa la labor realizada por el musicólogo catalán, puesto que no se ha circunscrito á acopiar y seleccionar temas, ya que al fundirlos para formar el tema, lo ha hecho de tal suerte que el concepto técnico no ha desvirtuado el vigor y la delicadeza del sentimiento originario.

Tal ha sido el credo artístico sustentado siempre por Pedrell, conforme lo atestiguan todos sus trabajos y todas sus producciones, singularmente la á que nos referimos, respondiendo todas ellas á iguales propósitos.

Nacido en Tortosa en 1841, puede casi afirmarse que careció de maestro y guía, ya que su intuición le condujo al estudio de las especialidades histórica y bibliográfica, que fueron siempre objeto de su especial predilección y sólida base en que se asienta su indiscutible ilustración y vastísimos conocimientos. A los veintinueve años produjo su primera ópera *L' último degli Abencerraje*, inspirada en la novela de Chateaubriand, entonces acogida por el público, representada en 1874 en el Gran Teatro del Liceo, testigo de su primero y último triunfo. A esta siguió la titulada *Quasimodo*, en 1875, y *Cleopatra*,, en 1885. Posteriormente y como resultado de su estancia en Italia, produjo un crecido número de composiciones sinfónicas, completando sus estudios por medio de interesantísimas investigaciones en las bibliotecas, archivos y museos. El *Diccionario técnico de la música, Los músicos españoles antiguos y modernos, Los músicos anónimos*, acopio de documentos de gran interés para el folklorismo patrio, *El teatro lírico español anterior al siglo* XIX, la *Hispaniæ Scholæ musica sacra*, colección notabilísima de las obras más importantes producidas por Morales, Cabezón, Comes, Guerrero y otros, y las revistas *La Ilustración musical, La música religiosa* y un considerable número de artículos y trabajos críticos, atestiguan el caudal de conocimientos que representa la superior inteligencia de aquel que como Pedrell ha sabido conquistarse, aun en su misma patria, el elevado concepto de maestría y el respeto y consideración de sus conciudadanos. El cargo de profesor del Conservatorio de Música y Declamación y el título de académico de la de Bellas Artes de San Fernando han de estimarse como el reconocimiento oficial y público de sus merecimientos.

Tan lisonjeros para el maestro como agradables para nosotros por referirse á un hijo ilustre de nuestro país, son las apreciaciones que su última obra ha merecido de los más eminentes críticos de todos los países (1), observando uno de ellos, M. Baudon de Mony, que no se trata de recordar la España morisca pintada por Fortuny y cantada por Bizet, ni la España de la Alhambra ó la legendaria Andalucía con sus *seguidillas* y *sevillanas*, sino la España latina, caballeresca, heroica, repleta de arte y poesía, de amores y gentileza. Tal es el país y la época que han



D. VÍCTOR BALAGUER, de fotografía de J. Martí

querido representar é ilustrar dos ingenios al dar vida y forma á la trilogía *Los Pirineos*.

El argumento es el mismo del poema dramático *El conde de Foix*, publicado por D. Víctor Balaguer en 1882 y ampliado en 1890. Consta de prólogo y tres cuadros históricos, que abrazan casi todo el siglo XIII, ya que la acción del primero se desarrolla en 1218, la del segundo en 1245 y en 1285 la del tercero.

El prólogo, titulado «Anima Mater,» sintetiza los puntos y temas más salientes de la obra. El *Bardo* canta las glorias y desventuras de la patria, mientras la escena, que representa en toda su extensión la gran cordillera, ilumínase lentamente con los prime-

FIGURINES DE LA ÓPERA «LOS PIRINEOS,» dibujados por Apeles Mestres



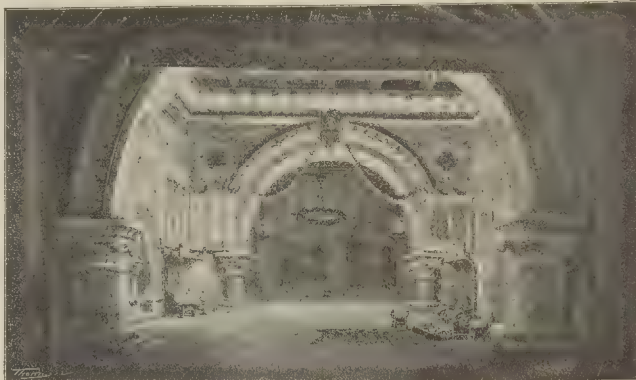
Lisardo — Llombard, adalid — Almogávares

(1) Con plausible acuerdo acaban de publicar varios compañeros y amigos del maestro un interesante volumen, *La trilogía los Pirineos y la crítica*, en el que se hallan reunidos los trabajos á que nos referimos.

ros albores del día. Oyense, en los momentos más oportunos que indica la narración del bardo, las melodías más características de la obra, tales como el coro de los frailes, los cantos populares y el de guerra de los almogávares, sirviendo de digno y hermoso remate el magnífico y grandioso canto de *Alleluia*, que á la vez entonan todas las voces de los personajes que toman parte en la obra, así como los coros y la orquesta, en tanto que el sol ilumina por completo los Pirineos con su radiante luz.

El primer cuadro evoca la época del mayor poderío de la casa de Foix, pocos años después de la heroica muerte del rey D. Pedro de Aragón, el Noble, en los campos de Muret. La Provenza agoniza, dominada por los legados del papa y sojuzgada por Simón de Montfort, espada de la iglesia y caudillo de la cruzada. La acción comienza en los momentos en que acaba de llegar al castillo de Foix un cardenal legado con el propósito de excomulgar á sus moradores y apoderarse de la fortaleza. El conde hállase ausente combatiendo contra los invasores. La escena representa el gran salón del castillo; los trovadores Miraval y Sicart, fugitivos, comentan las noticias que se reciben del teatro de la guerra. Interrumpe su animado diálogo la entrada de la condesa, acompañada de su corte. Comienza la fiesta, en la que toman parte algunos trovadores y que interrumpe la violenta entrada del legado, acompañado de los dominicos inquisidores, pronunciando el terrorífico anatema y anulando la autoridad y el señorío del conde de Foix. Todo parece perdido. De repente óyense extraños rumores, levántase una gran losa que deja al descubierto la entrada de una galería subterránea y aparece el conde de Foix seguido de sus guerreros. Foix se ha salvado y el cuadro termina con exclamaciones de triunfo y el grito de guerra *Foix, Foix y siempre Foix*.

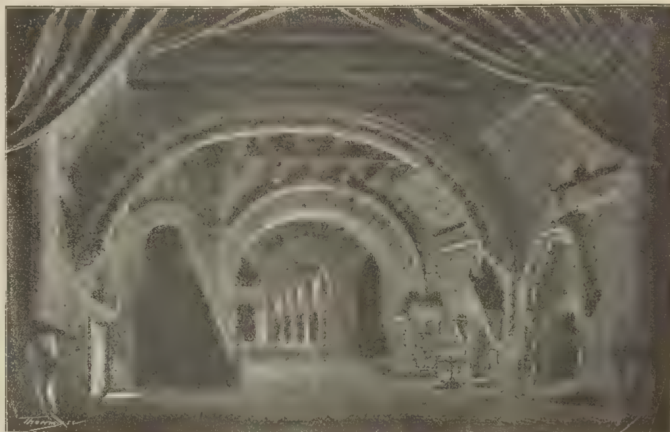
Al comenzar el segundo cuadro han transcurrido veintisiete años. El cuadro desarróllase en la abadía de Bolbona, en donde se halla el conde, vistiendo el hábito de fraile para burlar á sus perseguidores. En su busca llegan el trovador Sicart y la juglaresa Rayo de Luna, animados del propósito de interesarle en la defensa del castillo de Montsegur, el último baluarte de la patria provenzal. Al alzarse el telón óyese el canto del *De profundis*, pues están celebrándose los funerales del supuesto conde de Foix, á quien preguntan, sin conocerle por su disfraz. los dos emisarios, descubriéndose ante las imputaciones que le dirigen y decidiéndose á marchar en socorro de sus parciales y amigos. La llegada de un mensajero destruye la última ilusión que alimentaba, puesto que anuncia la toma de Montsegur. Desesperado el conde, entrégase al inquisidor Izam.



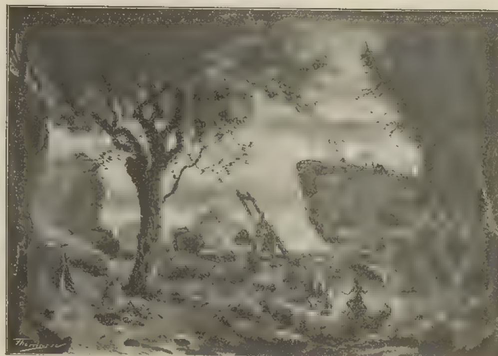
«Los Pirineos.» – Jornada I. – Gran sala de honor del castillo de Foix, decoración pintada por D. M. Vilumara



Mauricio Vilumara, pintor escenógrafo, autor de las decoraciones de «Los Pirineos»



«Los Pirineos.» – Jornada II. – Claustro de la abadía de Bolbona, decoración pintada por D. Mauricio Vilumara



«Los Pirineos.» – Jornada III. – Campamento de los almogávares, collado de Panissars, decoración pintada por D. Mauricio Vilumara

El argumento del tercero y último cuadro es la derrota del ejército francés en el collado de Panissars. La juglaresa Rayo de Luna, ya muy anciana, acompaña al ejército y aparece ocupada en excavar su propia fosa. Preséntase Roger de Lauria, que comunica á un adalid de los almogávares la orden del rey para que se deje á los franceses el camino libre en su entrada. Mas el coraje que domina á los almogávares y las excitaciones de Rayo de Luna impiden que se vean cumplidos los nobles impulsos del monarca aragonés, ya que sedientos de venganza arremeten con furia al enemigo apenas ha transpuesto el collado la litera que conduce al doliente rey Felipe y á su acompañamiento, entonando un canto de triunfo, mientras don Pedro atraviesa la escena victorioso y aclamado por sus soldados.

Tal es el hermoso argumento del poema dramático en el que Pedrell halló vastísimo campo para amoldar sus ideales artísticos.

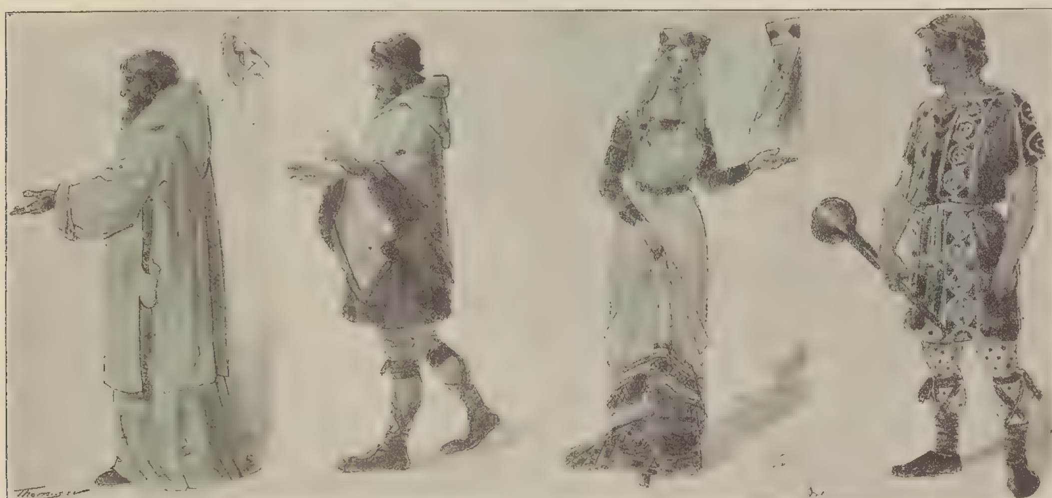
La partitura, que en 1891 fué aceptada por la empresa del teatro Real de Madrid, después de haber sido aprobada por un jurado formado por varios músicos y críticos, no llegó á representarse por la instabilidad de la dirección de aquel coliseo. A Venecia cabe la gloria de haber acogido calurosamente la obra de nuestro compatriota, representándose el prólogo en el teatro Rosini, debido á la iniciativa del ilustre compositor Tebaldini, secundado por el maestro Bossi, director de la importante asociación denominada *Benedetto Marcello*, que prestó su valioso concurso. Plácemes han de dedicarse asimismo á la junta y á la empresa del Gran Teatro del Liceo, puesto que á sus loables esfuerzos y á sus buenos propósitos se debe que por fin haya podido juzgarse la obra, presentándola en forma digna y cumplida. La velada del 4 del actual dejará gratísimo é indeleble recuerdo. En ella tuvo lugar la primera representación de *Los Pirineos*, y con ella la consagración del maestro.

Aplauso merece también el distinguido artista Apeles Mestres, autor de los notables figurines que han servido para *vestir* la producción, ajustados á la verdad histórica y desprovistos de los convencionalismos escénicos, tan reñidos con la exactitud y la naturalidad; así como el escenógrafo Mauricio Vilumara, que ha dispuesto el decorado; el maestro director D. Juan Goula, á cuyos esfuerzos, inteligencia é interés se debe en gran parte la gallarda interpretación de la obra, y las artistas señoras Parsi y Grasot, que con tanto arte y sentimiento interpretaron respectivamente los personajes Rayo de Luna, condesa de Foix y Lisardo.

A. García Llansó



Conde de Foix (acto 1.º) Condesa de Foix Rayo de Luna Sicart



Conde de Foix (acto 2.º) Corbari Brunisenda Heraldo



Roger de Lauria Gemesquia Adelaida Miraval

FIGURINES DE LA ÓPERA «LOS PIRINEOS,» DIBUJADOS POR APELES MESTRES, FOTOGRAFÍAS DE J. MARTI

LA MUÑECA ROTA

Aurora y Rafael estaban locos de pura alegría.

El primer fruto de sus amores, un ángel en forma de niña, había coronado la dicha de su santa unión. Ni una ni otro pensaban más que en delirar por la pequeña, su muñeca, como llamaban á su hija.

Pasaron uno, dos, tres años, y la niña, hija única, reconcentró en ella todo el inmenso cariño de sus padres.

Cuando más felices eran, una rapidísima enfermedad llevóse para siempre á Rafael, y la pobre Aurora, con el alma rota en mil pedazos, hizo de Charito el objeto único de sus amores, de su idolatría.

El golpe fué para Aurora brutal, tremendo; pero su hija anestesiaba la intensidad del dolor, ya que no pudiera extinguirlo; y envuelta la infeliz madre en las tocas de su prematura viudez, comenzó la triste odisea fundiendo en una sola las dos pasiones de su vida: la del marido muerto y la de la huerfanita.

***

La pobrecita niña no tenía consuelo.

Los Reyes le habían traído una muñecona grande, muy grande, con unos ojazos enormes que parecían lagos de aguas serenas, con unas guedejas rubias como los mismos rayos del sol y con unos colores de rosa que daban envidia.

Sin duda alguna – pensaba la niña – la mujer ó la hermana de algún rey le había hecho el trajecito de peinadora que llevaba puesto, y estaba con él la dichosa *Mari-Juana* para comérsela de puro monísima.

El diablillo enredador, que en todo ha de meterse para inspirar á las criaturas, hizo que Charito, tentada de afán por causar envidia á una su amiguita de la casa de enfrente, otra rapaza de sus mismos años, saliera al balcón aquella tarde á mostrar el regalo que le habían hecho los Reyes. Explicoteó muy á su gusto y en su media lengua (pues Charito había transpuesto los cinco años, sin llegar á los seis) las circunstancias en que *Mari-Juana* había venido á su poder. Y no parándose en barras, hízola su correspondiente leyenda en dos por tres.

Empezó su relato poco más ó menos en estos términos:

– Mira, mi *Mari-Juana* era hija de un pescador del Cantábrico y quería mucho á su papá, el cual para ganarla el sustento, salía todas las madrugadas de casa, se iba á buscar su bote y luego se metía mar adentro, afanándose para pescar lo que después vendía...

Añadió la pequeñuela en su pintoresco lenguaje, y continuando la historia de su muñeca, que una madrugada en que el mar estaba muy furioso y en que el viento soplaba muy fuerte, el pescador la dió, como de costumbre, un beso, encendió su pipa (como hacen todos los pescadores cuando van á sus faenas), salió á la playa... y no volvió á verlo más. Las terribles olas se tragaron á su pobrecito papá y la desgraciada *Mari-Juana* quedó huérfana. Entonces los Reyes, compadecidos de tanta desdicha, se la trajeron para que ella, Charito, fuese su amparo en el mundo y la cuidase con todas las solicitudes y exquisiteces de su alma inocente, proveyendo muy compasivamente á todos los menesteres de la infortunada...

Acabó de contar la patética historia de la pescadorcita; y queriendo que su tierna amiga de enfrente (que dicho sea de paso, si no se conmovió, se moría en cambio de negra envidia) contemplase una vez más aquel primor de muñeca, le dió una vuelta rapidísima entre sus manos, pero con tan poca fortuna, que al presentarla de frente para decir: «¡Mira qué rica!,» ¡pam!.., cayó desde el piso tercero á la calle, haciéndose añicos contra las duras losas de la acera aquellas *carnes* de finísimo y transparente *biscuit*.

¡Pobre *Mari-Juana!* Subieron sus *restos* al piso, y Charito, llena de dolor, lloraba á lágrima viva la *muerte* de su muñeca, que contemplaba en su regazo.

Y esta era la razón de que Charito no tuviera consuelo y de que su disgusto fuera horroroso en grado máximo.

Aurora procuró desimpresionar á su hija, y encargó una muñeca nueva al mismo fabricante, pero ¡que si quieres!

Charito conocía perfectamente á su muñeca, porque la había *tratado* y porque las que posteriormente le traían no eran «hijas de un pescador del Cantábrico.» A ella no le daban gato por liebre diciéndole que el médico se había llevado á su casa á la *herida* para curarla allí mejor. Su *Mari-Juana* era su *Mari-Juana*, y no las pescadoras que sucesivamente le fueron trayendo.



Alfredo Nobel, el fundador de los premios de su nombre (nació en 21 de octubre de 1833, falleció en 10 de diciembre de 1896)

La obsesión de la niña era tal, que á todo el mundo hablaba de su *desgracia* y á todo el mundo repetía la historia de que su muñeca era «hija de un pescador del Cantábrico.»

Aurora apeló á mil recursos de imaginación para que Charito borrase de la suya el recuerdo de la desventurada muñeca, y hubo de decirle, por no saber decirle ya otra cosa, que *Mari-Juana* estaba en la convalecencia, y que si ella, Charito, era buena, cuando estuviese *curada* del todo, que sería dentro de quince días, volvería á casa nuevamente.

Charito, loca de alegría, prometió ser buena; mas para que su felicidad fuese completa, necesitaba comunicar á alguien el alborozo que en su alma estalló, y fuése corriendo como una loca al balcón, desde donde llamó á grandes voces á su amiguita para comunicarle la fausta nueva. Pero tan nerviosa estaba la niña y tan bruscos eran los ademanes con que acompañaba su relato, que la silla á que estaba subida resbaló..., y el cuerpecito de la criatura, dando una espantosa voltereta en el espacio, fué á estrellarse contra las losas de la acera.

Habría que renunciar á describir la escena de horrible desolación que sucedió al hecho, si hubiera de ser justo trasunto de la realidad.

El cuerpo inanimado del pobre ángel, hecho pedazos, fué recogido de la calle por la misma Aurora. Subió á su casa con la misma velocidad que bajara la escalera, y todo se le volvió buscar la cara de su hija... y no la encontraba... ¡Como que estaba deshecha, rota!..

Cuando el juez de guardia llegó para levantar el cadáver (cosa que ya había hecho la madre, pues las madres, en casos análogos, no hacen caso de los jueces), preguntó á Aurora:

– ¿Es usted la madre de esa criatura?

Y Aurora, con la mirada serena, pero con el rostro pálido y desencajado, respondió:

– Le diré á usted, señor juez. Mi *Mari-Juana* era hija de un pescador del Cantábrico y quería mucho á su papá, el cual, para ganarla el sustento, salía todas las madrugadas...

Y la desventurada madre contó al juez la historia de la muñeca que Charito refería á cada paso.

¡La pobre creía que los restos que tenía en su regazo eran los de la muñeca rota!..

Bartolomé Ferrer Bittini.

LOS PREMIOS NOBEL

La época actual, que bien puede llamarse de los grandes inventos técnicos, obliga ciertamente á la parte de la humanidad que permanece alejada de las ciencias y de la industria á contemplar con admiración las grandiosas manifestaciones del genio en estas ramas de la actividad humana; pero este sentimiento de admiración va mezclado con cierto pesar al ver que el espíritu del hombre apegado á las cosas materiales, abandona su verdadera patria, que es el ideal.

Por esto hemos de apreciar más á aquellos que después de haber consagrado toda su existencia al servicio de la industria, demuestran por medio de legados y fundaciones que también rinden al ideal el culto que le es debido. Entre estos realistas idealistas merece un puesto de honor Alfredo Nobel, el sabio sueco que á la edad de sesenta y tres años murió, en 1896, en las costas de Italia bañadas por el sol, adonde había ido para reponer su salud quebrantada.

Aquel hombre que se había dedicado durante toda su vida á inventar y fabricar materias destructoras, creó antes de morir una fundación que está llamada á infundir nuevo aliento á los esfuerzos más idealistas de la humanidad, disponiendo que con los intereses de la mayor parte de su fortuna, estimada en 50 millones de francos, se establecieran cinco premios anuales que se habían de otorgar: tres de ellos á los autores de los más importantes descubrimientos en materia de química, de física y de medicina y de fisiología; otro al autor de la obra literaria, escrita en cualquier idioma, que se distinguiera por una tendencia más ideal y elevada; y el quinto al hombre que mayores servicios prestara á la causa de la fraternidad humana y que más contribuyera á la disminución ó supresión de los grandes ejércitos permanentes y á la creación de tribunales arbitrales para dirimir las contiendas entre los diversos Estados.

Dispuso además Nobel que pudieran tomar parte en los concursos los individuos de todas las naciones, y no concedió á su patria más privilegio que el derecho de las academias de Suecia y del Storthing de Noruega de otorgar los premios, aquéllas los cuatro primeros y éste el quinto.

Varios fueron los rumores que durante los últimos meses corrieron acerca de los nombres de los elegidos, habiendo contribuído á prolongar la expectación la circunstancia de haber muerto en 1.° de noviembre el presidente de la comisión del Storthing noruego, encargada de dictaminar acerca de la otorgación del premio cuya adjudicación le correspondía.

Por fin, el día del aniversario de la muerte de Nobel hízose solemnemente, en presencia del príncipe heredero de la corona, la proclamación de los premiados, que han sido: Guillermo Conrado Roentgen, Jacobo Hendricus van 't Hoff, Emilio Adolfo de Behring, Renato Francisco Armando Sully-Prudhomme, Enrique Dunant y Federico Passy, estos dos últimos copartícipes de un mismo premio. El importe de cada premio es de 208.000 francos.

Guillermo Conrado Roentgen, que ha obtenido el premio correspondiente al más grande invento en ciencias físicas, fué el que descubrió los rayos X, que tantos y tan grandes servicios ha prestado á la medicina y sobre todo á la cirugía. Cuenta cincuenta y seis años y es actualmente profesor de la Universidad de Munich.

Menos populares, pero no menos importantes, son los trabajos que en las ciencias químicas ha realizado Jacobo Hendricus van 't Hoff, trabajos que le han conquistado un puesto eminente en su especialidad científica. Nació en Rotterdam en 1852, y es desde 1896 profesor de la Universidad de Berlín: á él se debe la esteroquimia, que trata de la situación de los átomos en el espacio.

El premio de medicina y fisiología ha sido otorgado á Emilio Adolfo de Behring, ese sabio alemán que con su descubrimiento del suero antidiftérico se ha atraído las bendiciones de tantas madres. Nació Behring en 1854 en Hansdorf (Prusia occidental), residió hasta 1895 en Halle y es actualmente profesor y director del Instituto Higiénico de Marburgo, habiendo sido agraciado recientemente con un título nobiliario.

Renato Francisco Armando Sully-Prudhomme, el

poeta francés á quien ha correspondido el premio de literatura, es el cantor de los grandes idealismos; sus poesías son admirables por su sentimiento intenso y por la belleza de forma.



ENRIQUE DUNANT (Heide, Suiza)



FEDERICO PASSY (París)



RENATO F. ARMANDO SULLY-PRUDHOMME (París)

El premio de la paz se ha dividido entre el literato y filántropo suizo Enrique Dunant y el político y economista francés Federico Passy. Dunant fué el iniciador de la «Liga internacional para la asistencia de los heridos en el campo de batalla,» de donde salió la Convención de Ginebra y con ella la admirable institución de la Cruz Roja. Passy ha trabajado con entusiasmo en la prensa y en el Parlamento en pro de la causa de la paz social y política, apoyando las leyes de accidentes del trabajo y de los sindicatos profesionales, y defendiendo el desarme universal y el establecimiento del arbitraje internacional.

El aplauso unánime con que ha sido acogido el fallo de las academias suecas y del Storthing noruego demuestra la imparcialidad con que estas corporaciones han cumplido su difícil y levantada misión. – R.



GUILLERMO CONRADO DE ROENTGEN (Munich)



JACOBO HENDRICUS VAN 'T HOFF (Berlín)



EMILIO ADOLFO DE BEHRING (Marburgo)

LA RUBIA DE MARRAS

«Este es mi testamento y última voluntad,» decía en el sobre del pliego, lo cual era albarda sobre albarda, porque la declaración de la última voluntad y el testamento, todo es uno; pero D. Mateo Loriga no aspiró nunca á ser académico, y al morir dejó su voluntad postrera en pliego cerrado que abrieron sus herederos únicos, quiero decir su hijo y su nuera, Camilo y María.

El testamento no era largo, porque todo él se reducía á un párrafo en el que dejaba toda su fortuna á María y Camilo, con gran desconsuelo de unos parientes lejanos, que aunque nada esperaban heredar, vinieron del pueblo al entierro y quisieron presenciar la apertura del testamento, porque entre amigos con verlo basta.

Se quedaron alpiste y se volvieron á su pueblo, y los dos herederos hubieran sido muy felices con el milloncejo que se les entró por las puertas, si en el párrafo único en que D. Mateo les hacía posesores de todos sus bienes no hubiera una frase que á María le quitó el sueño muchos días.

Y la frase era esta:

«Declaro heredero de todos mis bienes á mi hijo D. Camilo, recomendándole mucho que no vuelva á las andadas con la rubia de marras.»

Jamás hubo entre los dichosos cónyuges el menor motivo de disensión ni de disgusto; pero lo que no sucede en un año sucede en un rato, y aquella frasecilla levantó en el tranquilo hogar una nube de celos.

¿Quien era aquella rubia?

¿Por qué el padre, al morir, recomendaba al hijo que no volviese á verla?

Indudablemente porque temía, según su propia frase, *que volviese á las andadas*. ¡Qué más quiso saber María! Ya le importaba poco la herencia y cuanto le rodeaba, y comenzó á fastidiar á su marido con preguntas de mujer celosa, con espionajes ridículos; en una palabra, que la felicidad que debía haber en la casa con el dinero adquirido y llovido del cielo, se convirtió en guerra intestina.

Y había aquello de:

– ¡Tú has tenido, *tienes*, una rubia que te distrae!

– ¡Que no, mujer!

– Tu padre, que está en gloria, me lo ha revelado.

– Mi buen padre me daba un excelente consejo y nada más; pero yo te aseguro que á la rubia esa no la veré más.

– ¿Luego la has querido mucho?

– ¿Y qué importa? Lo que no fué en tu año, no fué en tu daño...

– ¡No importa! Es indudable que hay en ti una tendencia á volver á quererla; un padre no se engaña nunca.

– ¡Dale!

– ¡Dime quién es!

– ¡Ah! Eso no.

– ¡Dios mío, Dios mío!

Y vuelta á mortificarle, y á marearle, y á no dejarle vivir, echándole constantemente una albarda que el hombre no quisiera llevar, pero su mujer se la echaba á diario.

Por fin un día, Camilo, que estaba de buen humor, viéndose de nuevo acosado por las preguntas de su mujer, celosa del pasado, le dijo:

– Pues... sí, lo confieso, por esa rubia he hecho locuras.

– ¿De veras?

– Muchas. Con decirte que me ha costado más de treinta mil duros...

– ¡Treinta mil duros! Razón tenía tu padre al temer que te gastaras con ella el dinero que nos ha dejado. Y te lo gastarás, presiento que te lo gastarás.

– No hay cuidado.



DECLARACION DE AMOR, cuadro de Edwin Abbey, que se conserva en la Galería



Walker, de Liverpool, reproducido con autorización de la Corporación de aquella ciudad.

– Dime de una vez quién es ella; ¿la conozco yo?

– Mucho.

– ¿Es alguna amiga mía? De seguro que lo es, siempre son las amigas...

– No sé si lo es; pero que la ves con frecuencia, no lo dudes.

– ¿Dónde? ¿En la calle? ¿En la vecindad? ¿En el teatro? ¿Viene aquí? ¡No faltaría más!

Camilo reía de muy buena gana.

– Oye, María: te juro que no he de verla más; pero á fuer de hombre honrado, debo declararte que he conservado su retrato...

– ¡Oh, qué infamia!

– No, infamia no. En memoria de lo que aquella pícara me comió...

– ¿Cómo se llama?

– Mi padre la llamaba la rubia, no tiene otro nombre.

– ¡Dame ese retrato!

– ¿Lo quieres?

– En seguida.

– Bueno, pues en el segundo cajón de mi escritorio hay un sobre, y en el sobre dice *Ella*.

– ¡Ella! ¡Y has guardado su efigie todo el tiempo que llevamos de casados!

– Y lo guardaré siempre, y tú también.

– Dame las llaves.

– Tómalas.

Y María echó á correr, y Camilo la oyó abrir el cajón, y luego..., luego la vió venir entre avergonzada y risueña, con la carta en la mano...

Porque lo que ella creyó fotografía, no lo era.

Era una carta de la baraja, que le hizo comprender todo el alcance de la recomendación del testador...

La rubia era... ¡la sota de oros!

Eusebio Blasco.

NUESTROS GRABADOS

Dr. José Zemp.—El nuevo presidente del Consejo Federal suizo que ha de desempeñar este cargo durante el presente año 1902, nació en 2 de septiembre de 1834 en Entlebuch, cantón de Lucerna, y estudió jurisprudencia en las Universidades de Munich y de Heidelberg, habiendo obtenido en esta última el grado de doctor en 1859. Abrió en seguida bufete en Lucerna y no tardó en ser uno de los primeros abogados de aquella ciudad. En 1863 fué elegido miembro de aquel consejo cantonal; en 1871 entró á formar parte del Consejo de los Estados y en 1873 fué enviado al Consejo Nacional de la Asamblea federal, en donde muy pronto se distinguió como uno de los más ilustres individuos de la derecha católica. En 1887 se le eligió presidente del referido Consejo Nacional, puesto que antes que él no había ocupado ningún miembro del partido conservador católico. Su elección para entrar en el Consejo Federal, en 17 de diciembre de 1891, fué asimismo un acontecimiento político de grandísima resonancia. En su nuevo cargo, confiósele la dirección del departamento de Correos y Ferrocarriles, y preparó y llevó á cabo en gran parte el ímprobo trabajo de la transformación de los ferrocarriles particulares en ferrocarriles del Estado. En 1895 fué elevado por primera vez á la presidencia de la Confederación suiza; entonces fué cuando en las fiestas del Tiro Federal que aquel año se celebraron en Winterthur pronunció un notable discurso ensalzando el desenvolvimiento de la Confederación, siendo acogidas sus manifestaciones con gran satisfacción, porque demostraban que el antiguo jefe de los conservadores federales no participaba ya de las ideas estrechas de partido que antes profesara. Su actitud siempre mesurada y respetuosa en la vida parlamentaria le ha conquistado la consideración de todos los partidos. En su primer período de presidente del poder ejecutivo se distinguió por sus iniciativas y por su actividad infatigable, constituyendo esto la mejor garantía de que su segunda presidencia será fecunda en bienes para aquella nación, modelo de Estados libres y bien gobernados.

***

Salida del baile, cuadro de Román Ribera.—Si entre los pintores pudiera establecerse una clasificación como la que entre las clases sociales existe, Ribera figuraría por derecho propio é indiscutible en el número de los aristócratas. Su gusto, sus aficiones le apartan de todo lo vulgar y ordinario y le llevan á no trasladar al lienzo sino aquellos asuntos que se caracterizan por su elegancia, por su buen tono, digámoslo así. Las figuras que en sus cuadros aparecen tienen todas un sello de distinción que sólo en la más alta sociedad se encuentra, y los trajes con que las viste parecen copiados de los más bellos modelos de los grandes modistos parisienses. Todo en sus obras es hermoso; las caras y los talles de las mujeres, los tonos de las telas, la composición, el dibujo, el colorido, cuantos elementos, en suma, constituyen el fondo y la forma de las mismas, revelan una sensibilidad artística exquisita. Y no se crea, por lo que dejamos dicho, que Ribera es un pintor idealista, soñador, que se deja arrastrar por la imaginación, nada de esto; por el contrario, sus cuadros están tomados del natural, son la realidad viviente, sólo que nuestro renombrado compatriota, en vez de fijarse en la realidad fea, observa y estudia únicamente la realidad bella, con lo cual resulta ser tan naturalista como el que más, puesto que la naturaleza no se compone exclusivamente de fealdades ó de extravagancias, sino que al lado de éstas, que son las menos, nos muestra con verdadera prodigalidad seres, cosas y espectáculos de infinita belleza. La mejor demostración de nuestras afirmaciones la tenemos en el cuadro que en la primera página de este número publicamos y que nos es dado reproducir gracias á la galantería de su propietario Sr. Ferrer y Bernadas: á poco que en él se fijen nuestros lectores verán que no hay la menor exageración en nuestras palabras, pues todo en él es verdad, sin que el artista haya tenido que recurrir á la ficción para realizar una obra hermosa bajo todos conceptos.



Dr. José Zemp,
elegido presidente de la Confederación Suiza para el año 1902

***

Declaración de amor, cuadro de Edwin Abbey.—Varias veces hemos dicho que en pintura, como en todas las bellas artes, nada hay tan funesto ni tan ocasionado á injusticias como el exclusivismo. Los que se muestran exageradamente apasionados por un género juzgan forzosamente con censurable parcialidad aquellas obras que á este género no pertenecen, y así vemos reñir continuas y enconadas batallas entre realistas, simbolistas é impresionistas, poniéndose unos á otros cual digan dueñas, sin tener en cuenta que el impresionismo, el simbolismo y el realismo pueden coexistir en perfecta armonía, porque todos ellos son manifestaciones diversas de esa necesidad del espíritu humano que se exterioriza por medio del arte ó de la poesía. En nuestro sentir, la crítica debe despojarse de toda prevención contra tal ó cual género, y aceptándolos todos, aplaudir dentro de cada uno aquello que responda al concepto estético y cumpla los fines que al arte corresponden. ¿No sería, por ejemplo, altamente injusto considerar como un defecto en el cuadro de Abbey que publicamos, el que el artista, en vez de buscar inspiración en una escena análoga de nuestros días, se haya remontado en alas de la imaginación á unas regiones que sólo con los ojos de la fantasía puede contemplar? Y decimos que sería altamente injusto, porque esta obra es realmente bella, no sólo por sus perfecciones técnicas, que son muchas, sino además y muy principalmente por el sentimiento poético que respira: mirando las figuras de aquellos dos enamorados, parécenos oir las dulces palabras y los apasionados conceptos del gallardo mancebo y sentir el suave estremecimiento de la hermosa doncella, vencida por el arrobamiento y la embriaguez del amor. El pintor no ha querido poner en su cuadro nada que pudiera distraer la atención del que lo contemplara, y apenas si ha dejado entrever un bellísimo paisaje en el que la naturaleza se ostenta vestida con las primeras galas de la primavera. Edwin Abbey es oriundo de los Estados Unidos, hijo de Filadelfia; pero está establecido en Londres desde 1878, habiéndose conquistado con su indiscutible talento un puesto en la Real Academia.

***

La eterna destructora, escultura de Guillermo Hedja.—El autor de esta obra, artista vienés de gran mérito, es á la vez que escultor notabilísimo excelente pintor, y así en sus cuadros como en sus esculturas, tanto en la concepción cuanto en la ejecución, demuestra una originalidad y un atrevimiento extraordinarios. De su modo de concebir y de expresar sus concepciones, tienen nuestros lectores buen ejemplo en el grupo que reproducimos: la muerte se nos presenta en él de una manera en extremo nueva; la eterna destructora, montada en un caballo de formas fantásticas, se lleva en brazos á un tierno infante á la región del descanso eterno, y sigue impasible y con lento paso su camino, sin que puedan detenerla los esfuerzos de los que presa de la mayor desesperación ven cómo les arrebata un pedazo de sus entrañas. La factura de esta composición revela un temperamento artístico de primera fuerza: cada una de las figuras que en ella entran está modelada con un vigor y una verdad admirables, y el conjunto de las mismas constituye un grupo que impresiona hondamente y da perfecta idea de la muerte y del terror que á la humanidad inspira.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. – *Salón Parés. Exposición Graner.* – Recientemente, dando una nueva muestra de su tendencia asimilativa y de su laboriosidad, ha realizado una exhibición de sus obras en el Salón Parés el distinguido y fecundo pintor catalán Luis Graner. Consecuente con su credo artístico, no revelan las producciones que constituyeron la exposición variante alguna en el concepto ni en la técnica. Continúan mereciendo al artista especial predilección los tipos y escenas vulgares; atráenle los rasgos duros, la burda urdimbre del paño de los chaquetones, los duros y angulosos rasgos fisonómicos y los lugares en donde se reunen aquellos que pertenecen al llamado cuarto estado. De ahí que casi podríamos denominar á Graner como pintor socialista, ya que los temas y asuntos por él escogidos pueden comprenderse perfectamente en su concepto general, hondamente filosófico, pero social. No creemos, sin embargo, que sean tales sus propósitos, y por lo tanto, ha de sernos lícito suponer que sólo preside en sus manifestaciones un concepto psicológico y la atención que al pintor le ofrecen los contrastes que se derivan de las tonalidades, de los rasgos y de los tipos. Mas sea cual fuere su finalidad, justo es convenir que hoy como ayer sus cuadros no revelan en su procedimiento una forma nueva, pero sí manifiestan el buen sentido del artista que tan inteligentemente asocia la castiza gama con los modernos preceptos, y que de modo tan admirable interpreta los tipos que reproduce, convencido seguramente de la alta misión que debe llenar el artista; esto es, la de copiar cuanto le rodea para facilitar elementos al libro de la historia.

—También se han celebrado en el Salón Parés dos exposiciones de obras pictóricas de los señores Nonell y Gili Roig. La primera comprendía varios cuadros que representan tipos gitanos de los que viven en los suburbios de esta ciudad, y están bien concebidos y ejecutados á grandes trazos, revelando en su autor una personalidad propia. En la segunda figuraban unos treinta bonitos lienzos con vistas y escenas tomadas de varias ciudades de Italia, sobresaliendo entre ellos uno de grandes dimensiones destinado á la Diputación Provincial de Lérida.

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Ateneo *Madame Flirt*, comedia en cuatro actos de Pablo Gavault y Jorge Berr; en el Odeón *Madame Dugazon*, comedia dramática en cuatro actos de Jacobo Normaud; y en la Renaissance *Les complaisances*, comedia en cinco actos de Gastón Devore.

Barcelona. – En el teatro Romea se ha estrenado con aplauso *Los marqueses de Guayaba*, divertida comedia en tres actos, muy bien arreglada á la escena catalana por D. Federico Fuentes (hijo). Para el mes de marzo próximo se anuncian tres grandes conciertos de la famosa orquesta parisiense de Lamoureux, actualmente dirigida por el notable maestro Chevillard, que es sin disputa una de las mejores del mundo y que se compone de 100 excelentes profesores, entre los cuales figuran afamados solistas. En los programas de estos tres conciertos figurarán las mejores obras de los más ilustres compositores antiguos y modernos.

Necrología.—Han fallecido:

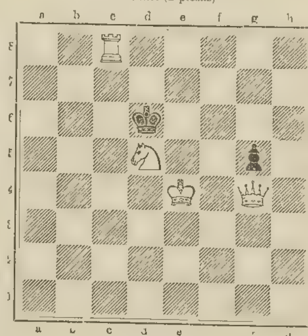
Luis Sellmayr, notable pintor de animales muniquense

Noel Paton, notable pintor inglés, miembro de la Real Academia de Bellas Artes.

AJEDREZ

Problema número 265, por S. Loyd.

NEGRAS (2 piezas)



BLANCAS (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 264, por D. Pap.

Blancas.	Negras.
1. Re6—e7	1. Aa2—b3
2. Re7—f8	2. Ab3—c4
3. Dc6—e8	3. Cualquiera.
4. Tf7—f4 mate.	

VARIANTE

1.. Aa2-c4 ó b1; 2. Dc6-c4 jaq., Td5 d4; 3. Dc4-c6 jaq., etc.

MARIANIC, POR ANDRÉS THEURIET, DE LA ACADEMIA FRANCESA

VERSIÓN CASTELLANA DE JUAN B. ENSEÑAT. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

CONTINUACIÓN)

El cielo estaba despejado á trechos; pero el mar, agitado todavía, extendía su capa de agua verde entre las costas de un gris azulado. A lo largo de los matorrales en que las madreselvas exhalaban su expirante perfume, susurraban ligeros gorjeos de pájaros como un adiós melancólico.



.. escuchaba con delicia los elogios que prodigaban á su pintura

Ivo, febril, con la garganta seca, pensaba en la manera de exponer su petición al Sr. de Tremolin, y sentía demasiada opresión en el pecho para hablar. Miraba al mar verdoso, al cielo medio encapotado, los relieves vaporosos de la costa, como si los viera por primera vez. Marianic, más tierna, más expansiva, á medida que adivinaba la ansiedad de su amigo, se apoyaba fuertemente en su brazo y fijaba en él sus ojos llenos de caricias. No regresaron hasta la caída de la tarde. Cuando llegaron al seto del huerto ya obscurecía, y á través de los árboles deshojados divisaban reflejos de luces en los cristales de la casa. Ivo, á la idea de que el Sr. de Tremolin estaba ya allí tal vez, experimentó un estremecimiento en todo el cuerpo.

–¿Qué tiene usted, amigo mío?, murmuró Marianic.

–Tengo miedo..., miedo de recibir una negativa que nos separará para siempre.

–Vamos, replicó la valerosa muchacha; sea usted más valiente... Piense usted en lo que vale, en lo mucho que yo le quiero y hable alto... Abracémonos y esto le infundirá valor.

–¡Oh, Marianic! ¡Oh, mi dulce amiga!

Ivo la estrechó en sus brazos, bajo los castaños, y en el fondo del vergel embalsamado por el olor de los frutos maduros, los labios de Marianic se juntaron por primera vez con los suyos.

Cuando llegaron al comedor, el Sr. de Tremolin subía la escalera.

Momentos después, abrióse de golpe la puerta y entró el amo de la casa.

–Padre, le esperábamos á usted, dijo Marianic.

Y con aire jovial se lo llevó á un ángulo de la pieza, donde los dos retratos se hallaban expuestos en plena luz.

–¡Mire usted!.. El Sr. Cormier no ha escatimado su trabajo; en vez de un retrato mío, tendrá usted dos.

El Sr. de Tremolin afianzó sus lentes. Examinó desde luego la pintura que ya conocía y que colmó de elogios. En cambio puso mal gesto y mostró menos entusiasmo por la que representaba á su hija en traje de artesana endomingada. Una reflexión acababa de cruzar por su mente de comerciante práctico; temía que aquel doble trabajo del pintor abultase la cuenta de sus honorarios. Aquella segunda pintura, no solamente halagaba poco su vanidad, sino que además alarmaba á su bolsillo. Por tanto, parecióle prudente despreciar en seguida un retrato que no tenía ganas de pagar.

–¡Qué ocurrencia ha tenido usted de pintar á mi hija con ese disfraz!.., dijo á Cormier. Ese traje de campesina no sienta bien á Marianic... No nos hace favor ni á ella ni á mí.

–¿Le parece á usted?, murmuró Ivo humillado.

–Papá, se apresuró á replicar Marianic; la ocurrencia no fué del Sr. Cormier, sino mía...

–Pues no te felicito por ella... Y cuando te cases, no será por cierto esa mascarada la que yo cuelgue de la pared de mi cuarto.

–Tranquilícese usted, repuso Marianic con vivacidad; la guardaré para mí.

Se sentaron á la mesa, y un silencio angustioso preludió la cena. El Sr. de Tremolin se mostraba serio y Marianic ponía mala cara. Ivo Cormier, inquieto y resentido, pensaba que aquel desagradable principio era de mal agüero. Comía sin apetito con la cabeza baja, dirigiendo de vez en cuando una triste mirada á su amiga. Esta, más dueña de sí misma, procuraba sonreirse, enviándole á hurtadillas alguna mirada reconfortante. Sus grandes ojos claros revelaban una ternura tan llena de confianza; su dulce brillo reanimaba tan bien el corazón del pintor, que poco á poco iba recobrando ánimo. Examinaba menos tímidamente la fisonomía adusta y ladina del Sr. de Tremolin, y procuraba persuadirse de que el buen señor era menos terrible de lo que él se había imaginado. En efecto, bajo la influencia de dos ó tres copas de vino rancio de Burdeos, el mal humor del Sr. de Tremolin había concluído por disiparse. Había vuelto á encontrar su expansión y locuacidad habituales. A los postres, hizo chocar alegremente su copa con la de su huésped, brindando por su próximo éxito.

Habían servido los licores y los cigarros. Marianic aprovechó la ocasión para salir del comedor, so pretexto de dar instrucciones á la cocinera. Pero antes de retirarse, dirigió al artista una mirada de amor y de aliento, y salió á respirar el aire libre, bajo las hayas del paseo, esperando el resultado de la entrevista decisiva que iba á celebrarse. Aquella elocuente mirada animó al muchacho, haciéndole recobrar su aplomo. Para afirmar su audacia, bebió media copa de coñac, y tan pronto como Marianic hubo cerrado la puerta, Ivo se dirigió valerosamente al Sr. de Tremolin, que encendía su pipa inclinando ligeramente la cabeza sobre su hombro y guiñando los ojos.

–Pues señor, dijo el hidalgo fabricante de conservas entrecortando cada palabra con una chupada, ahora que estamos solos, si á usted le parece, aprovecharemos la ocasión para arreglar cuentas. Cuanto más amigos, más claros..., y yo le debo á usted... un centenar de escudos, si no me engaño.

Al mismo tiempo sacó del bolsillo una cartera, de la cual extrajo uno tras otro tres billetes de cien francos. Ivo le detuvo con un gesto significativo.

–No, Sr. de Tremolin; uno de los retratos no ha sido del agrado de usted y no hay que hablar de él. Y en cuanto al otro, permítame usted que se lo regale como amigo, en prueba de mi agradecimiento por su generosa hospitalidad.

–¿Quiere usted callar?, exclamó el Sr. de Tremolin algo herido en su amor propio; todo trabajo merece su salario, y usted ha perdido una porción de tiempo con esas pinturas... Yo no falto nunca á mi palabra, y me ofendería usted si no aceptase la justa retribución de su trabajo.

–No destruyamos con una discusión de dinero el placer que me ha causado retratar á la señorita.

–Pero ¡caramba!, usted me mortifica. No puedo aceptar de usted, gratuitamente, el retrato de mi hija.

–Sí, señor, replicó osadamente Ivo Cormier; puede usted aceptarlo, porque voy á solicitar un favor mucho más importante, y de usted depende el que yo lo obtenga.

–No comprendo, dijo Tanguy de Tremolin algo inquieto; explíquese usted, y si puedo servirle, me pondré á su disposición.

–Pues bien, Sr. de Tremolin, tengo el honor de pedir á usted la mano de la señorita Marianic.

–¿Cómo?, interrumpió el hinchado señor lleno de asombro. ¿La mano de mi hija? ¿Y para quién?

–Para mí. Yo amo á la señorita Marianic; ella me corresponde con igual afecto y me autorizó á pedir á usted, esta misma noche, su consentimiento...

–¿De veras?, exclamó el Sr. de Tremolin haciendo un fuerte movimiento de hombros.

Puso la pipa sobre la mesa, y dirigiendo una irónica mirada al infeliz artista, que de pronto sentía derretirse su confiante audacia como nieve al sol, le dijo fríamente.

–Sr. de Cormier, ¿me considera usted hombre cuerdo, en la posesión de todas mis facultades?

–Sí, señor.

–Entonces, ¿se figura usted que un hombre sensato, previsor y práctico pueda dar tranquilamente su hija única á un muchacho que no es de su clase, que no tiene patrimonio ni rentas y que lleva la vida nómada de artista? No, ¿verdad? Por consiguiente, no hablemos más de esto... Es usted bastante inteligente para comprender que me ofendería si insistiese.

–Está bien, replicó sarcásticamente Ivo, herido en lo más profundo de su orgullo; no somos de la misma clase y no vemos las cosas de la misma manera... Me retiro.



... los labios de Marianic se juntaron por primera vez con los suyos

Daba ya algunos pasos hacia la puerta, cuando el Sr. de Tremolin le detuvo diciéndole:

–Por lo que toca á esos amoríos de que me habló, y que son puras niñerías, le estimo á usted demasiado caballero para obstinarse en alentarlos... Espero, pues, que abandonará el país sin tardar y sin volver á ver á la señorita de Tremolin.

–Partiré mañana mismo; tranquilícese usted, contestó altivamente el pintor, y salió.

En el momento en que, más humillado que afligi-

do, atravesaba el patio y echaba á andar por el paseo de las hayas, vagamente iluminado por la luna naciente, se le acercó apresuradamente un bulto femenino en que reconoció á Marianic.

—¿Y bien?, preguntó la muchacha, que con el corazón palpitante hacía media hora que acechaba el paso de su amigo.

—¡Lo que yo presentía!, contestó el pintor con amargura. Su padre me ha considerado indigno de él y de usted. Me ha puesto en la calle y me ha prohibido que la vuelva á usted á ver... Mi querida Marianic, es preciso que nos despidamos para siempre. Partiré mañana.

Sin poder pronunciar una palabra, Marianic le había cogido las manos, sobre las cuales sentía él caer las ardientes lágrimas de la muchacha.

—Ivo, dijo ella al fin con voz ahogada; no habrá voluntad que pueda arrancar á usted de mi corazón. De lejos como de cerca, seré siempre de usted... Le amo á usted, y le escribiré... No me olvide y no desesperemos de nada.

Y como Ivo, en un arranque de tierna pasión, quisiese abrazarla, ella se escapó, huyendo hacia Kerdouarnec.

SEGUNDA PARTE

I

El 30 de abril de 1874, día de barnizado en la Exposición anual de Bellas Artes, un grupo de artistas y de aficionados se hallaba detenido delante de un cuadro colgado sobre el cimacio, en una de las salas inmediatas al salón cuadrado. La pintura representaba un viejo mendigo cornuallés, de larga cabellera gris caída sobre su chaqueta azul. Muy cansado, apoyado en su bastón, estaba sentado al pie de un calvario ruinoso, al extremo de un paseo de álamos, cuyos blanquecinos troncos se perdían en lontananza y cuyos ramajes se entrelazaban medio deshojados. Había en aquel lienzo una rara habilidad de ejecución, una sutil penetración del alma bretona con su poquito de sentimentalismo. El dibujo era gracioso, el colorido excelente y el conjunto seducía por su sabrosa sinceridad. Así es que el grupo de curiosos no escatimaba sus elogios á la obra.

—Es de un sentimiento exquisito, decían.

—Y francamente pintado, sin artimañas.

—El buen hombre está tan al vivo, que no le falta más que la palabra.

—¡Y qué bien envuelto en esa atmósfera brumosa! No cabe más verdad en la impresión del otoño. Diríase que las hojas que caen dan vueltas en el aire.

—Camaradas, añadió un crítico, eso deja tamañitos á los artistas académicos que pintan paisajes en sus estudios.

—¿De quién es?

—¿De quién ha de ser? De un pintor novel.

Hojeando el catálogo, algún curioso leía en alta voz:

«Cormier (Ivo), natural de Quimperlé (Finisterre), alumno de Cabanel. — *El paseo de Santa Cruz, Ploaré, mañana de otoño.*»

Los indiferentes, como corderos, se apiñaban también. De vez en cuando, un pintor detenía á un camarada al paso gritándole:

—¡Amigo, ven á ver eso!.. Sorprendente, ¿verdad?

—Y es de un discípulo de Cabanel. Ese no debe nada á su maestro.

Al placer de aclamar un talento nuevo, la mayor parte de los artistas se complacían en añadir la satisfacción de servirse del nombre de un principiante para dar en la cabeza á los pintores conocidos. Toda la tarde hubo aglomeración de gente delante del mendigo del paseo de Santa Cruz, y los grupos simpáticos se renovaron sin intervalos. Ivo Cormier en persona, que desde muy temprano rondaba tímidamente por las inmediaciones de su cuadro, no acertaba á creer lo que veían sus ojos ni lo que llegaba á sus oídos. Adosado al respaldo de una banqueta, escuchaba con delicia los elogios que prodigaban á su pintura. Saboreaba con deleite las primicias de la gloria que, al decir de Vauvenargues, «son más gratas que los resplandores de la aurora.»

Desde su contratiempo de Kerdouarnec habían transcurrido seis años; seis años de aislamiento, de decepciones y de malandanza. Después de haber sido tan bruscamente despedido por el Sr. de Tremolin, volvióse humillado á París, donde buscó en el trabajo consuelo para su desventura. Después de haberse reinstalado, recibió dos cartas seguidas de Marianic. Desde luego se prometió contestar; pero la lucha por la existencia le hizo aplazar de día en día su contestación, y transcurrido un mes, pensó que tal vez valía más guardar silencio. Para ejecutar su ruptura encontró un pretexto: el compromiso contraído con el Sr. de Tremolin de no volver á ver á Marianic. Como había sido herido más bien en su amor propio que en su corazón, vino el olvido insensiblemente. Su ambición aumentó á medida que su pasión disminuía. Estaba ahora más empeñado que nunca en llegar al éxito y á la fortuna, aunque no fuese más que para vengarse de los desdenes del propietario de Kerdouarnec. Todos sus esfuerzos tendieron á este fin.

Desgraciadamente el destino no se apresuraba á secundarle. En el momento en que empezaba á sentirse en plena posesión de los secretos de su arte y se preparaba á exponer, la guerra de 1870 vino á destruir sus combinaciones y sus esperanzas. Sentó plaza en un batallón de guardias móviles y cumplió como buen soldado. En agosto de 1871, de regreso á París, tuvo que recuperar el tiempo perdido, hacer nuevos esfuerzos, pasando todas las angustias de la pobreza. Se comparaba á una hormiga que arrastra una carga demasiada pesada para su débil cuerpo, trata de escalar el muro que la separa de su hormiguero y cae á cada instante algo más bajo. En 1873 expuso al fin; pero su cuadro, colgado en los frisos, pasó inadvertido. El era el único que iba á contemplarlo á su sabor, dándose cuenta de las torpezas y defectuosidades que habían perjudicado á la clasificación de su obra. Volvió á trabajar asiduamente. Su tenacidad bretona le servía. A cada nueva tentativa, enseñaba los puños al destino gritándole: «En vano me resistirás, yo te dominaré, yo te obligaré á conducirme al éxito.» Trabajó todo el santo día, sin permitirse la menor distracción. Al llegar al verano, como sintiese agotadas sus fuerzas por el trabajo y la mala comida de su figón, iba á rehacerse en Quimparlé, al lado de su familia. De allí trajo el cuadro que le sacaba al fin de la obscuridad, en el Salón de 1874.

París tiene de bueno que la notoriedad que da el éxito es repercutida por un eco de cien voces. La misma noche del barnizado, el nombre de Ivo Cormier era conocido de todos los que se interesan poco ó mucho por la pintura. Al día siguiente, cuatro ó cinco grandes periódicos señalaron su cuadro; *La Ilustración* le pidió permiso para publicar el grabado del mismo, y algunos días después Ivo recibió la visita de un aficionado que le compró *El paseo de Santa Cruz,* al mismo tiempo que la de un comerciante en cuadros, que le propuso un convenio ventajoso para obtener la propiedad exclusiva de sus obras futuras. A últimos de mayo, el Jurado le concedió una medalla de segunda clase, y el joven artista se encontró de súbito encarrilado hacia la gloria y la fortuna.

Aquel rápido éxito no le hizo perder la cabeza. Como hombre prudente, pensó que el entusiasmo del público no duraría sino con la condición de sostenerlo cuidadosamente por medio de una producción lenta y cada vez más perfecta. Desde luego no se aprovechó de su suerte más que para instalarse en un estudio donde poder recibir decorosamente á sus amigos y á sus modelos. Dos ó tres retratos acertados le pusieron de moda, abriéndole las puertas de la buena sociedad. Tuvo el buen acuerdo de no cansar la atención pública y estuvo un año sin exponer. En el Salón de 1876 presentó el retrato de una célebre actriz, que le valió una medalla de primera clase. Pero donde creció como la espuma su reputación, fué en la Exposición Universal de 1878, en la cual figuró con un gran lienzo que representaba una joven leyendo de espaldas á una ventana abierta sobre una arboleda, á través de la cual se divisaba la bahía de Douarnenez.

En aquella figura femenina, vista contra la luz, había una poesía íntima, un misterio de melancolía, que se reflejaba en el verde paisaje marítimo del fondo. Los árboles, con sus ramas suavemente inclinadas, el mar de un azul pálido, el cielo tamizado, los fugitivos acantilados de la costa, se armonizaban con la paz umbrosa del interior, en que la joven leía distraídamente su libro, siguiendo al mismo tiempo el vuelo de un pensamiento vagabundo. Ante aquel cuadro de un sentimiento muy personal, de una ejecución muy correcta, se experimentaba la sugestión de la intensa vida meditabunda encerrada en una tranquila morada de provincia.

Las facciones de la lectora se parecían vagamente á las de la señorita de Tremolin. Esta era la única reminiscencia de los lejanos amores de Ivo con Marianic. Al pintor no le gustaba acordarse de su permanencia en Kerdouarnec. De tal manera había procurado olvidar la única historia sentimental de su vida, que la imagen de Marianic no se le aparecía ya sino á través de una neblina, y cuando se presentaba á su espíritu, la rechazaba como á una visita importuna. En el fondo, guardaba un injusto rencor á la señorita de Tremolin. El recuerdo de la muchacha despertaba demasiado los sufrimientos de una herida de amor propio mal cicatrizada.

Con una ingratitud muy humana, Cormier olvidaba las horas pasadas deliciosamente bajo los castaños de Kerdouarnec; no se daba ya cuenta de la influencia bienhechora ejercida sobre su talento por el confiado amor y por la ardiente admiración de la joven bretona. Atribuía todo el mérito de sus triunfos á los esfuerzos persistentes de su sola voluntad. Deslumbrado por el brillo repentino de su reputación, no se acordaba de preguntarse si el cariño de Marianic le había traído suerte; no distinguía ya el lazo misterioso que unía su fortuna actual á las vivas emociones experimentadas en el jardín de aquella quinta ignorada.

La Exposición de 1878 marcaba para Ivo una nueva y brillante etapa en el camino de la celebridad. Los críticos de arte no tenían para él más que palabras melosas; se le acababa de condecorar; los salones aristocráticos de más difícil acceso le eran abiertos; los encargos afluían; las parisienses de moda, cuyos nombres figuran en las gacetillas de los periódicos, no querían ser retratadas más que por él. El mismo se iba haciendo hombre de mundo, vestía con elegancia y frecuentaba las reuniones selectas, los estrenos y las fiestas ministeriales. Pocos días después de haberse publicado su condecoración en el *Diario Oficial,* sus colegas organizaron un banquete monstruo, al cual todo el que tenía un nombre en las artes, en las letras y en el periodismo quiso asistir.

La comida tuvo efecto en el hotel Continental. A la mesa de honor, lujosamente servida y adornada con profusión de flores, Ivo Cormier se halló rodeado de personajes oficiales, de camaradas ilustres y de académicos. A los postres, se le hizo una ovación, bombardeándole con laudatorios brindis, á los cuales contestó con tono modesto y conmovido. Al pasar al salón inmediato para tomar el café, mezcláronse los grupos, y un viejo pintor de paisajes, Hugo Le Chantre, célebre por su gracejo y su franca manera de hablar, le dijo dándole golpecitos en el hombro:

—¡Bravo, amigo! dispénseme que no le haya estrechado todavía la mano... Es usted tan festejado y acaparado esta noche, que hay que tomar número, como para los ómnibus... ¡Mis plácemes! ¿Eh?.. Está usted gozando la luna de miel del éxito. Todos, más ó menos, hemos pasado por eso, y es una hora sumamente agradable... Saboréela mientras dura, pero no vaya usted á figurarse que durará siempre. Sería preciso desconocer el alma pequeñita del público, de la prensa y de los colegas, para creer que se puede edificar sobre la movediza arena. Será usted como los camaradas, sabrá usted lo que son fracasos, y entonces necesitará mucha firmeza para no caer. El día en que flaquee, el mundo se mostrará con usted tanto más implacable cuanto más se haya entusiasmado antes. ¡Ya verá usted entonces qué volteretas y qué palinodias!.. Indudablemente, tiene usted talento, y un talento superior; pero eso no basta en nuestro maldito oficio; hay que saberlo dirigir además y acomodarlo al gusto del día... Y el gusto del día es tan caprichoso y variable como una mujer bonita. Espere usted dos ó tres años, y empezará á oir el estribillo obligatorio. «Lo que hace Cormier es bueno, pera es siempre lo mismo... Ya es hora de que haga algo nuevo.» Y si entonces trata usted de cambiar, la misma gente le dirá que hace mal en abandonar su género y en aventurarse en un terreno por el cual no sabe andar. Y el caso es que los imbéciles tendrán razón. No hay que pedir peras al olmo. La mejor manera de permanecer original é interesante consiste en seguir su propio temperamento. ¿No se parecen todas las mujeres de Vinci? Lo cual no impide que éste sea su gran maestro. Que quiera que no quiera, la personalidad de usted desaparecerá harto pronto. Correrá usted la suerte común, camarada. Cuando la planta ha dado todas sus flores y toda su semilla, ¡buenas noches!.. Se seca y sólo sirve para hacer estiércol. Por esto, créame usted; aproveche la ocasión, explote hábilmente la racha para reunir un buen capital y poderse retirar luego, como un comerciante prudente ó un notario juicioso... Los favores del público son parecidos á los de las mujeres: hay que renunciar á ellos antes de que nos sean retirados. No siga usted mi ejemplo. Yo también tuve mis éxitos, bebí el champagne de los banquetes, saboreé los agasajos y las ovaciones, y ahora pretenden que soy incapaz de hacer nada bueno. Yo estoy convencido de lo contrario, porque aún me queda el amor al arte y á lo bello... Pero esto no basta. Cuando nos volvemos viejos, el amor, sea cual fuere, nos hace desgraciados y ridículos.

Ivo Cormier escuchaba la arenga del viejo Le Chantre con una sonrisa distraída. Aún brillaban en sus ojos todas las iluminaciones del banquete y aún resonaban en sus oídos todos los rumores de los brindis y de las felicitaciones de los comensales. Mientras que su malhadado predicador le tenía aislado en un ángulo del salón, espiaba con impaciencia los movimientos del director de Bellas Artes, que se disponía á partir y con quien deseaba hablar antes de que se marchase. Apenas atendía á las palabras del viejo paisajista. Además le pasaba lo que á todos los jóvenes que no creen en la posibilidad de envejecer; todo lo que oía le parecían chocheces importunas. Por fin pudo desprenderse de aquel profeta de mal agüero, y se esquivó después de haberle dado un rápido apretón de mano.

—Amigo mío, dijo más tarde á un camarada de estudio; Le Chantre acaba de darme una soba fenomenal, y me ha costado gran trabajo deshacerme de él... ¡Qué latosos son esos pintores viejos!..

Y no pasó más. Los consejos de Hugo Le Chantre se habían escurrido sobre él como gotas de agua sobre un impermeable.

II

Los años que precedieron y siguieron á la Exposición de 1878 fueron, como se recordará, la edad de oro de los pintores. La América pagaba generosamente las obras de los artistas en boga. La *Lectora,* de Cormier, se pagó en diez mil francos, por una compañía de *barnums* que se proponían exhibirla en todas las grandes ciudades de los Estados Unidos. Al cobrar de una vez diez billetes de mil francos, Ivo experimentó una especie de deslumbramiento y presintió, uno de los primeros, que había allí una mina que explotar, En efecto, su *Lectora* obtuvo entre los yanquis un éxito aún mayor que en París.

La sociedad que paseaba aquel cuadro de población en población, realizó grandes beneficios, y su autor pasó á los ojos de los *snobs* americanos por el más ilustre de los pintores franceses. Los millonarios, enriquecidos por las minas de petróleo ó el comercio del tocino, que venían á visitar el viejo continente, en compañía de sus mujeres ó de sus hijas, se hacían acompañar al estudio de Cormier y no salían de allí sino después de haber encargado un retrato ó pagado muy caro un bocetito cualquiera. Un banquero de Nueva York aconsejó al pintor que fuese con él á los Estados Unidos, prometiéndole que allí sería recibido mejor que un rey, y el artista se decidió á emprender el viaje. Pasó tres meses de invierno en Nueva York, Boston y Chicago; fué festejado en todas partes, y no tardó en ser un «gran favorito» de la sociedad americana. Los aficionados se disputaban los croquis más insignificantes del célebre artista, á quien le faltaba tiempo para hacer todos los retratos que le pedían y que le pagaban con esplendidez.

Ivo regresó á París con un centenar de miles de francos en cartera.

Entonces pensó que era hora de desquistarse de la vida de privaciones que había llevado durante diez años, entregándose á los placeres. El éxito le valía raudales de oro, de que él echó mano para satisfacer sus caprichos. Hallándose poco á sus anchas en el modesto estudio de la calle Notre-Dame-des-Champs, compró un solar en el barrio Monceau, donde hizo edificar un hotel, cuyo coste excedió naturalmente en mucho del capital que había traído de América; pero teniendo la seguridad de ganar, cuando quisiese, cien mil francos al año cuando menos, no vaciló en tomar prestada al Credit Foncier una gruesa cantidad para terminar su hotel y amueblarlo. En seis meses quedó éste concluído y alhajado de una manera suntuosa. Habiendo pasado bruscamente de la pobreza á la fortuna, no se daba cuenta del valor del dinero, y un vanidoso afán le impulsaba á asombrar á sus camaradas.

Cuando el hotel quedó arreglado á su gusto, dió en él una fiesta á la que fueron invitadas todas las celebridades literarias, artísticas y mundanas de París. Las tarjetas de invitación prescribían el disfraz, el traje de época, el dominó ó al menos la capa veneciana. En el *hall,* una orquesta de tsiganos tocaba *tsardas* fogosas para dar la bienvenida á los convidados. Ivo Cormier, en espléndido traje de señor veneciano, recibía á la gente en la ancha escalera que conducía al estudio en que se hallaba. Allí se codeaban periodistas, actrices famosas, hombres políticos, financieros y académicos; había algunos pintores, pero pocos y escogidos. Otra orquesta, disimulada entre plantas exóticas, ocupaba una *loggia* que comunicaba con el estudio, y desde donde se esparcían en ondas sonoras las melodías estimulantes de los valses. Una cena en pequeñas mesas aisladas terminó aquella fiesta magnífica, de que los periodistas hablaron durante ocho días. Ivo era el hombre de moda, se publicaban sus amoríos y excelentes fotografías le representaban en traje de pintor en su lujoso estudio.



Ivo Cormier, en espléndido traje de señor veneciano, recibía á la gente en la ancha escalera...

Algún tiempo después de la fiesta, encontróse en la plaza de la Magdalena con el viejo pintor Hugo Le Chantre, que bajaba de la imperial de un ómnibus. Trataba de evitarlo, cuando Le Chantre fué á darle un golpecito en el hombro.

—¿Qué es eso?, dijo en su tono zumbón; no conoce usted ya á sus camaradas? ¿Es porque no me invitó usted á su baile? Pierda usted cuidado, que no le guardo rencor. Comprendo que no se haya acordado de mí. No soy hombre de mundo y no voy sino á los bailes donde puedo fumar mi pipa. Pero, aunque no fuí á su fiesta, he oído hablar de ella... Parece que fué magnífica. La verdad es que ustedes, los jóvenes pintores de moda, hacen las cosas en grande. Dos orquestas, profusión de flores, una cena en que cuatrocientas personas podían hartarse á sus anchas... Un festín real y digno del Renacimiento. ¡Ni en el palacio de los Médicis! De hoy más no le llamarán á usted sino Ivo el Magnífico... La cuenta no sería floja, ¿eh?.. En una palabra, quiso usted probar á los parisienses que los artistas de hoy no son unos piojosos y que pueden rivalizar con los grandes señores. Está bien, muchacho, está bien. Sin embargo, yo, en lugar de usted, sería prudente y pondría un freno á esas cosas... Por fecundas que sean las gallinas de los huevos de oro no ponen cada día. Ahora que está usted encasillado, reuna algún dinero, depositando en algún banco la mitad de sus ganancias. Así podrá abandonar el oficio cuando le dé la gana y vivir tranquilo. Dirá usted que este es el sistema antiguo; pero, así y todo, es el único seguro...

Ivo le escuchaba con una clara sonrisa desdeñosa. Limitóse á contestar secamente:

—Gracias por el consejo, amigo mío; economizaré cuando haya perdido la dentadura y sea viejo.

Estrechó distraídamente la mano al viejo y giró sobre sus talones.

Continuó con indolencia su vida de trabajo y de placer. Porque era muy trabajador y se consagraba metódicamente á su tarea. Pintaba dos ó tres cuadros en un mes. Y después de haber ganado una buena cantidad, hacía viajes regios á Argelia ó al Polo Norte. El oro se le iba de las manos como agua. Era de esos artistas que, como muchas mujeres, tienen la peligrosa facultad de olvidar las cosas pasadas y no prever jamás el porvenir.

(Continuará)

REPÚBLICA ARGENTINA

CONCEPCIÓN DEL URUGUAY (ENTRE-RÍOS)

Centenario del natalicio del general D. Justo José de Urquiza

La histórica ciudad de Concepción del Uruguay, cuna del gran patricio argentino el capitán general y primer presidente de la Confederación Argentina D. Justo José de Urquiza, estuvo de grandes fiestas los días 18, 19 y 20 del pasado octubre, decretados feriados por el gobierno provincial entrerriano.

Con muy buen acierto, el poder ejecutivo de la nación asocióse también, decretando feriado en toda la República el 18, día en que vió la luz uno de los más eminentes gobernantes del siglo XIX, nombrando comisiones y enviando fuerzas de mar y tierra para hacer los debidos honores, especialmente en la capital de la provincia, Paraná, donde dichos festejos tuvieron aspecto más oficial y en donde se colocó la primera piedra del monumento que en breve se erigirá por suscripción nacional en dicho punto.

Si las fiestas de aquella ciudad fueron suntuosas, no tuvieron el carácter eminentemente popular entusiasta y cariñoso que en Concepción del Uruguay, con cierto aspecto intelectual é inteligente, que hizo que las fiestas resultasen altamente simpáticas. Para ello vistióse de gala, adornando plazas y calles principales, y tal nombradía alcanzó, que vióse invadida por enorme concurrencia, no sólo de la provincia, sino que también de todos los puntos de la República Argentina y de la Oriental, no recordándose caso parecido ni en aquellos buenos tiempos en que el general Urquiza era el ídolo del pueblo y la más alta representación del Estado, y en la que se ventilaban trascendentalísimos problemas político sociales que luego resultaron brillantísimos y produjeron más tarde beneficios incalculables á la República.



REPÚBLICA ARGENTINA. – CONCEPCIÓN DEL URUGUAY (ENTRE-RÍOS). – CENTENARIO DEL NATALICIO DEL GENERAL D. JUSTO JOSÉ DE URQUIZA. – Arcos levantados en la calle 25 de Mayo, por donde hizo su entrada la comitiva oficial (de fotografía remitida por D. Justo Solsona).



REPÚBLICA ARGENTINA. – CONCEPCIÓN DEL URUGUAY (ENTRE-RÍOS). – CENTENARIO DEL NATALICIO DEL GENERAL D. JUSTO JOSÉ DE URQUIZA. Llegada del ministro del Interior y de la comitiva oficial (de fotografía remitida por D. Justo Solsona)

Los festejos comenzaron con un acto de justicia. Las alumnas de la Escuela Normal de Maestras, alumnos del Colegio Nacional y un sin fin de familias organizaron una vistosa cabalgata en la que figuraron más de sesenta carruajes y un centenar de jinetes y amazonas, yendo á colocar una placa de plata en el lugar conocido por «Arroyo Urquiza,» punto donde nació el general, resultando el acto un espectáculo magnífico. La concurrencia fué obsequiada por la familia Urquiza con un espléndido almuerzo, durante el que abundaron brindis y discursos, todos dedicados á la prosperidad y grandeza de la patria.

El siguiente día comenzó con grandes salvas; y poco más tarde se reunieron en la plaza General Ramírez (la principal de la ciudad) unos dos mil alumnos pertenecientes á todos los colegios, los que cantaron el Himno Nacional y á continuación el Himno al general Urquiza, mientras se descubría otra placa colocada en el monumento que adorna dicha plaza, en la que se lee la inscripción siguiente: «A Urquiza, organizador de la patria y fundador de escuelas y colegios, los educandos de 1901.»

La numerosa concurrencia que había presenciado la ceremonia pasó al templo parroquial, y la capilla y altar de San José, donde reposan las cenizas del eminente entrerriano, quedaron materialmente llenos de flores. Después desfiló ante el monumento erigido á la memoria del general en el patio central del Colegio Nacional, obsequiando por la noche á los numerosos invitados con un espléndido baile. En la tarde del mismo día efectuóse en los hermosos salones de la Escuela Normal de Maestras un certamen; hermosa fiesta literaria en la que alcanzaron premios varias señoritas, las que leyeron sus respectivos trabajos en medio de grandes y entusiastas aplausos.

El segundo día oficial de festejos, lo más importante fué la llegada de las comisiones que acompañaban al ministro del Interior, que venían de Paraná. Todas las sociedades locales, así argentinas como extranjeras, y podríamos agregar que los habitantes todos de la ciudad, reuniéronse cerca de la estación del ferrocarril y calles por donde debía pasar la comitiva, formada por algunos centenares de invitados. El acto revistió mucha animación; pero ésta fué mayor todavía en el hermosísimo espectáculo de la batalla de flores, que se prolongó hasta las primeras horas de la noche. Después en el gran salón de actos públicos del Colegio Nacional hubo una gran fiesta literaria, dando una magnífica conferencia el rector del mismo D. Enrique de Vedia, que versó sobre la figura moral y política del general Urquiza. Conocidas las envidiables condiciones del orador y su sugestiva elocuencia, resultó un acto altamente patriótico, siendo premiado el Sr. Vedia con elocuentes pruebas de entusiasmo.

El último día se celebraron por la mañana un solemne *Tedéum* en la iglesia parroquial y excursiones al palacio de «San José,» que tantas maravillas encierra y que describimos en otra ocasión, y por la tarde grandes regatas en el «Puerto Nuevo,» sobre el «Arroyo Itapé.»

Además de lo mencionado *calamo currente,* hubo compañía de ópera en el teatro Primero de Mayo, grandes bailes particulares, algunos oficiales y de etiqueta, y otras varias diversiones más populares.

La ciudad de Concepción del Uruguay no volvió á su estado normal hasta una semana después, en que los forasteros poco á poco fueron abandonando la pintoresca población, que coquetonamente se contempla en las tranquilas aguas del río Uruguay, y de la que algún día nos ocuparemos con la detención á que por sus méritos es acreedora.

JUSTO SOLSONA.

***

EL REY DE LOS GIGANTES

Este gigante que se ha exhibido en la Exposición de Búfalo celebrada el verano último, es un joven canadense francés, llamado Eduardo Beaupré, que cuenta diez y ocho años y mide 7 pies y 8 pulgadas, es decir, 2'34 metros. Sus pies tienen una longitud de 0'43 metros y sus manos de 0'28.

Pudiera creerse que desciende de padres muy altos, pero no es así: su padre mide 1'72 metros y su madre 1'57; en cambio su abuelo era un buen mozo en toda la extensión de la palabra, pues su estatura alcanzaba la respetable cifra de 2'01 metros.

Pesa este gigante 387 libras (194 kilogramos).

El grabado que en esta página publicamos representa al lado de ese hombre extraordinario á su *barnum*, cuya estatura es de 5 pies, 4 pulgadas (1'63 metros).

El legado de muchos millones que M. Saint-Ouen de Pierrecourt ha hecho á la ciudad de Ruán á fin de instituir un premio anual para los gigantes que quieran casarse entre sí, lo ganará indudablemente Beaupré el día en que quiera tomarse la molestia de buscar una compañera proporcionada. El gigante canadense es considerado, en efecto, como el hombre más alto de todo el mundo.

Beaupré ha pasado toda su infancia en el campo, en donde ha practicado continuamente ejercicios físicos, debiendo tal vez á este régimen su desarrollo extraordinario.

Cuando su *barnum*, M. Patenaude, lo llevó á principios de este año á Montreal, fué preciso pensar en vestirle de una manera conveniente y disponerle un ajuar, lo cual no era cosa fácil, porque nada de lo que necesitaba se encontraba en el comercio; así es que todo hubo de hacérsele á medida. Los proveedores, sastre, camisero, zapatero, sombrerero, etc., se proporcionaron un excelente reclamo exponiendo las prendas que para el gigante habían confeccionado, y la calle Craig, en donde están situadas las tiendas de aquéllos, vió casi interrumpida su circulación por la aglomeración de curiosos que se detenían ante los aparadores en donde se veían expuestas las diversas partes del ajuar gigantesco.

Beaupré ha permanecido todo el verano en la Exposición de Búfalo y ha sido una de las atracciones que en la misma han realizado mayor negocio. Terminada la exposición, regresó á Montreal, en donde se propone descansar una temporada antes de emprender una excursión por Europa. Es probable que empiece su viaje por Francia, cuyo idioma habla, y á la que, como todos los canadenses franceses, considera como su verdadera patria.



EL REY DE LOS GIGANTES (Mide 2'34 metros)

Entre los gigantes en la actualidad existentes pueden citarse: Hugo, francés, nacido en Saint-Martin, junto á Niza, que mide 2'29 metros y pesa 204 kilogramos; el suizo Constantino, de diez y nueve años de edad, 2'24 metros; el alemán Herold, 2'19; lady Alona, inglesa, 2'19; Osvaldo Ballins, bávaro, de veinticuatro años, 2'19.

Entre los muertos ó desaparecidos podemos mencionar al chino Chang-Yet-Sing, que se exhibió en París en 1878 y recorrió en aquella época las principales ciudades de Europa, y cuya estatura era de 2'32 metros. Ha habido también el famoso Juan Pedro de Montastruc, francés, que aún se exhibía hace pocos años en las ferias, pero que, según parece, se volvió poco á poco jorobado.

Y pues de gigantes tratamos, cabe preguntar, ¿cuál ha sido el más grande de cuantos han existido? Se ha hablado de hombres de 10 pies y más; pero todo el mundo conviene en que estas cifras son exageradas: la estatura mayor que se ha registrado es de 8 pies, 9 pulgadas y media (2'68 metros) y correspondía á un irlandés llamado Carlos Byrne, fallecido en Londres en 1753 á la edad de veintidós años. Su esqueleto ha sido conservado; y según parece, todavía se encuentra en la Sociedad de Medicina de Londres.

L. GENTY.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

Siemprevivas. – Bajo este título se ha publicado en Sabadell una colección de composiciones tiernas y sentidas, dedicadas á la memoria de D. Antonio de Parera Vila y Huguet. Justo es consignar que no cabe mas delicado obsequio que el que le dedican los que fueron sus amigos, quienes al honrar su memoria se enaltecen, ya que esa manifestación de afecto es la que corresponde á unos y otros. La que pudiera denominarse corona literaria forma un bonito folleto, bien impreso en la tipografía de M. Ribera, de Sabadell.

La ley de la historia, por el *Dr. Horacio H. Arteaga.* – Concienzudo y erudito estudio que ha publicado en Lima el Dr. Horacio H. Arteaga, digno de ser conocido por cuanto en él existe de personal y manifestación de los vastos conocimientos del autor y de su espíritu culto y elevado. Hay que advertir que el trabajo á que nos referimos fué la tesis desarrollada en la solemne investidura del doctorado, cuyo acto se celebró en la Universidad de San Marcos de la capital del Perú. Forma un elegante folleto de más de 60 páginas, esmeradamente impreso en «La Unión.»

Alcohol, por *Enrique Martínez Sobral.* – Bajo este título, que amplía y explica el de «Páginas de la vida,» ha publicado el distinguido escritor Enrique Martínez Sobral una sucesión de cuadros, asaz naturalistas, que expresan y evidencian estados sociales cuya certeza contrista y apena. En abono del Sr. Martínez Sobral hemos de decir que la obra está concebida con acierto, los tipos perfectamente estudiados y tan realmente narrados los hechos, que no es posible substraerse á la impresión que su lectura ocasiona, recomendándose asimismo por su castiza dicción. La obra á que nos referimos forma un bonito volumen, pulcramente impreso por los Sres. Siguere y C.ª, de Guatemala.



La eterna destructora, escultura de Guillermo Hedja

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 20 de enero de 1902 — Núm. 1.047

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



¡AFLIGIDA!, cuadro de Fernando Cabrera

ADVERTENCIA

En el presente número comenzamos la publicación de la novela de Henry Greville *El pasado de una madre*, obra que como todas las de su eminente autora cautiva poderosamente la atención del lector por el interés que desde sus primeros capítulos despierta, por la habilidad con que la acción se desarrolla y por la verdad con que están estudiados los personajes.

Henry Greville es una de las novelistas que de mayor popularidad gozan, no sólo en Francia, sino que también en muchos otros países extranjeros, en donde se han publicado numerosas traducciones de sus libros, siendo una de las escritoras predilectas, especialmente del bello sexo.

El pasado de una madre ha sido expresamente ilustrado para La Ilustración Artística por el reputado dibujante Sr. Cabrinety.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

JUGUETES

«Amigos míos, contemos cuentos: mientras contamos, se acaba el cuento de la vida,» decía Diderot; y recordando su frase á la vez acerba y risueña, podríamos exclamar hoy nosotros: «Juguemos; que bien mirado, todo es juguete en el mundo.» La afición á los juguetes se desarrolla en proporciones ya extraordinarias, y los grandes hacen competencia á los chicos, por el gusto y empeño con que toman las cuestiones de amena juguetería.

***

En otro tiempo – de España hablo – el juguete era casi una rareza, un privilegio exclusivo de los niños pudientes y felices, halagados por su familia con refinamientos de cariño mimoso. Y todavía, cuando se daban estas circunstancias y la familia se esmeraba en regalar á un pequeñuelo, difícilmente hallaba en las mal surtidas tiendas algo que llevase el sello de la originalidad y de la gracia. En la capital empezaban *los Alemanes* á importar la caprichosa é ingeniosa juguetería de su país; pero en provincias imperaban aún, con exclusivo imperio, tres artículos: la muñeca rígida de loza y trapo, el soldado de plomo, el caballo de cartón. Fuera de estos chirimbolos clásicos y de algún que otro estrepitoso instrumento de Navidad, apenas había cosa que pudiese tentar y alegrar á un chiquillo.

Por la influencia de la Navidad empezó verdaderamente la juguetería á manifestarse en el terreno estético. Desde el siglo XVIII, los *Nacimientos* destinados á Palacio, al recreo y solaz de los infantes de España, fueron obras de arte, modeladas y esculpidas en barro ó madera por artistas de nombradía. Algunos de estos *Belenes* pueden admirarse aún en los Museos.

Pero estaba vinculado á las altas clases, en las familias muy poderosas, el recreo artístico y pueril. Los juguetes de los demás niños eran informes, candorosamente bárbaros. Recuerdo aquellas figurillas de plomo con que se entretenían los muchachos y veo en ellas un símbolo perfecto, una representación acabada de la nación tal cual la concebían nuestros padres. Los juguetes de plomo se dividían en *militares* y *eclesiásticos*. Los *soldaditos*, como nadie ignora si ha asistido á alguna representación del baboso drama de Eguílaz, eran la delicia de los chicos. Ordenándolos y desordenándolos, remedaban las batallas, repetían en juego lo que los mayores realizaban en todo su horror, ensangrentando la península. Había cañones, de plomo también, que no disparaban; ¡benditos ellos que no eran capaces de sembrar el estrago y la muerte! Y servían los juguetillos de plomo para conocer la vocación de los muchachos: eran un barómetro infalible: si el niño prefería los soldados á los curas, era que le daba por la milicia, y que sería con el tiempo un Espartero, un Narváez, un O'Donell; pero si se prendaba del aparato religioso, de los altarcillos con floreros de colorines, las lámparas, las custodias, los oficiantes revestidos de sus casullas y capas pluviales..., entonces, no había que dudar: al seminario con él, y á echarle encima las órdenes, á tonsurarle aquella cabeza santa. ¡A cuántos errores se prestaba este sencillo modo de discurrir! Conocí yo un zagalón que se moría por cantar misa... ante un altar de plomo. Se hacía albas, estolas y hasta mitras con papel blanco y dorado y con papel floreado del de vestir paredes; siempre andaba mascullando latines, y se le regalaba el objeto más apetecido con ocho cuartos que se derrochasen en una rizada candelica de cera. La familia supuso que tenía allí á un obispo en ciernes. Y lo que tuvo fué una especie de mismísimo enemigo malo, que á los veinte años había roto más cabezas y burlado más mozas y alborotado más garitos que ningún empedernido y viejo calvatrueno de los que dejan memoria. ¡Fallaron los Santos Sacramentos y las lámparas y los candeleros y los presbíteros de plomo con toques de bermellón y cobalto!

***

Hoy, ensanchada en esto como en todo – dígase lo que se quiera – la vida humana, los juguetes abarcan sus perspectivas múltiples, de ciencia, de arte, de sociabilidad, de industria, hasta de poesía y leyenda. Siendo yo niña me regalaron una locomotora atiborrada de dulces. Aún no se había familiarizado con las locomotoras el buen público español, y la mía fué envidia y admiración de cuantos chicos la contemplaron. Hoy las locomotoras son una antigualla: llenos están los bazares y las tiendas de toda clase de juguetes científicos, aplicaciones del vapor, de la electricidad, y autómatas preciosos, que tocan el violín y la guitarra, hablan, lloran, cantan, fuman y hasta creo que escupen por el colmillo...

***

Es justo añadir que también, al perfeccionarse la calidad de los juguetes, ha abaratado su precio. Ha abaratado – entendámonos – relativamente; un juguete más bonito é ingenioso cuesta menos que antaño un juguete imperfecto y ordinario. Ciertas nociones de arte se han abierto camino hasta en la construcción de los juguetes populares é ínfimos, y la misma higiene ha impuesto sus respetables leyes, proscribiendo los tintes venenosos y las pinturas que irritan los tejidos. El niño pequeño propende á llevar á la boca lo que le agrada, y los soldaditos de plomo, los al parecer ñoños y beatíficos soldaditos de Eguílaz, solían ocasionar más de un cólico saturnino á las criaturas. Cada día se atiende mejor á evitar esta clase de riesgos. Los juguetes se hacen baratos, inofensivos y lindos, en cuanto cabe, dentro de los precios ya accesibles á las más modestas bolsas. Su acción sobre la niñez tiene, pues, que ser más beneficiosa que la de aquellos otros juguetes groseros y sin variedad ni gusto, único recurso de la niñez hasta el último tercio del pasado siglo.

***

Demostración brillante de lo que acabo de estampar es la Exposición de muñecas en el salón del popular y artístico semanario *Blanco y Negro*. Esta publicación, que siempre *está en el movimiento*, como hoy incorrectamente se dice, consagra, incesantemente, en las fiestas de Navidad, gran atención á la chiquillería; hace distribuciones de juguetes y aguinaldos, y sobre todo excita, entre las señoras, el prurito de acordarse de los pobres durante la estación más fría y en el momento más crítico del año. La labor de *Blanco y Negro*, en este sentido, demuestra lo fácil que es, para todo el que puede sumar fuerzas, hacer obra social. Los elementos existen, y sólo se necesita que alguien, con inteligencia y actividad, los agite y los beneficie. La tarea de *Blanco y Negro*, tan meritoria, ha sido relativamente fácil: la población de Madrid ha concurrido, satisfecha y dadivosa, prestando su adhesión á la idea apenas manifestada.

Si mal no recuerdo, el primer año *Blanco y Negro* pidió sencillamente juguetes para los niños pobres; y llovieron juguetes, variados y abundantes, en las oficinas del periódico. El segundo año pidió dinero para invertirlo en juguetes mejor comprados y más homogéneos que los que el público remite al azar; y dinero hubo también, y se repartieron á granel juguetes preciosos, haciendo la felicidad de infinitas criaturas: la distribución fué una escena encantadora y original. – El año presente es otra idea la que inspira las iniciativas de *Blanco y Negro:* ha solicitado muñecas vestidas, y las muñecas vestidas han afluído en número suficiente para organizar la atractiva Exposición que estos días lleva al palacio de la calle de Serrano á todo Madrid; – pero no, ¡ay!, en cantidad bastante para permitir una distribución que no se limite á labrar la dicha de unos cuantos escogidos...

***

En efecto, la muñeca vestida por las propias manos de la señorita ó de la señora es necesariamente un juguete de lujo. Nadie adquiere, para vestirla – y acaso el no hacerlo sea un error; – pero en fin, repito que nadie adquiere con tal objeto una *pepona* de cartón: la muñeca fina, articulada, que habla y duerme, supone ya un regular desembolso. A proporción de la muñeca, el traje: terciopelos, sedas, encajes, bordados, hasta joyas; la vanidad y el amor propio se interesan, la competencia se establece, y la calidad de lo enviado perjudica á la cantidad.

El problema ha sido resuelto por *Blanco y Negro* determinando subastar las ricas y elegantes muñecas, y adquirir tantas muñecas de á duro como duros produzca la licitación. Esperamos con interés el resultado, porque también ofrece sus dificultades esto de la subasta. Es un nuevo llamamiento al público; sin embargo, yo confío en él; las subastas le atraen. He tenido, no hace mucho, ocasión de comprobarlo. Habiendo organizado en el balneario de la Tosa una rifa para los pobres del Hospitalillo – una de las miserias más visibles y más patentes del mundo, – me quedaron bastantes papeletas, y un bañista se ofreció á subastarlas. No fiaba yo mucho en el resultado de la subasta de semejante artículo, y fué incalculable mi sorpresa al ver que los mismos bañistas que media hora antes no querían las papeletas á o'50, las pujaban ahora desesperadamente, llegando á ofrecer por las últimas la fabulosa cantidad de cinco pesetas.

***

¡Por eso espero que las muñecas de la Exposición van á subir á las nubes! Al abrirse la Exposición ya ofrecieron por una – muy grande y muy maja, eso sí – nada menos que 500 pesetas. Y era el primer día, y no habían empezado las pujas, en que tanto se interesa el amor propio.

¡Lástima no ser niño! Era un espectáculo que debía de tener algo de magia para las criaturas agolpadas en el salón del periódico, el de aquellas hileras de muñecas espléndidamente trajeadas é iluminadas por la luz eléctrica, que hace brillar el raso, el oropel y las lentejuelas con fulgores de apoteosis. Hay muñecas de todos colores – blancas, mulatas y negras, – de todas las nacionalidades y razas – rusas, gitanas, españolas, turcas, francesas y especialmente del país de los sueños – y de todas las clases sociales, pero en general de las más altas: princesas, sultanas, damas preparadas para el baile, con su cola y sus gasas que las envuelven en un remolino vaporoso. Hay novias con virginal atavío, cubiertas por blancas sedas y tules y azahares; hay damiselas modernistas que tienen la exótica elegancia de un figurín del *Chic* ó de *L'Art;* hay majas arrogantes, chulas picarescas, toreros hechos un ascua de oro, bebés en sus cunitas, rodeados de las puntillas y las batistas de su canastilla opulenta; hay charras, gallegas, catalanas, valencianas, con pintorescos atavíos regionales; hay *Selikas* y *Walkyrias;* hay monjas y encaperuzados de las procesiones de Semana Santa en Sevilla; hay *blancos* y *negros;* hay, en fin, cuanto se puede discurrir prensando el entendimiento para conseguir vestir una muñeca de un modo original y nuevo – cosa no muy fácil, cada día más difícil...

***

¡Ojalá que la subasta produzca muchos duros! Yo confieso que si fuese la organizadora, las muñecas de á duro todavía me parecerían caras para los niños pobres. El caso es hacer feliz al mayor número de desheredados, prodigar la bendición de Dios de la alegría sobre el mayor número de cabezas. Los chicos de las clases trabajadoras no piden gollerías.

Emilia Pardo Bazán.



Y María cogió de la mesa un cuchillo, y se fué con él para su marido

PARA CUATRO DÍAS QUE HEMOS DE VIVIR...!!!

I

En un alegre comedor, pintado al temple de claro verde mar, están sentados á la mesa una joven lindísima y un mocetón de muy buen parecer, elegante, alto y fornido como un atleta. Una mujer ya con canas, pero muy ágil y frescachona, que veinte años atrás había sido nodriza de la joven, está sirviendo al matrimonio un abundante almuerzo de manjares exquisitos. Pero ninguno de los dos prueba apenas bocado. Reina un silencio sepulcral. Ella tiene fruncido el entrecejo de tal modo, que casi parece fea. Él finge una glacial indiferencia; pero bien se deja ver que aquella máscara no sabe disimular un profundísimo dolor comprimido, de aquellos que sojuzgan el ánimo cuando se está pensando continuamente en tomar una gran resolución definitiva.

Ella, de pronto, desvía un vaso lleno de Burdeos con movimiento tan brusco que el líquido se vierte sobre la mesa y corre hacia donde está el marido. Este se levanta con dominada presteza, deja caer al suelo aquella inundación de vino, ocupa otro sitio en la mesa y murmura por lo bajo con aparente tranquilidad:

– ¡Vaya unos modos!

– Si lo que estás ahí gruñendo entre dientes, respondió la joven, quiere decir que carezco de modales, sábete que yo tengo más educación que tú, y más que tu madre y más que toda tu parentela.

– Por Dios, María, interrumpió el ama: por Dios, no le mientes á aquella señora, que era una santa.

– Y á ti ¿quién te manda hacer la causa de ese infame? Porque tú eres tan infame como él. ¡Haberme jurado y perjurado que estuvo toda la noche en casa, cuando yo le oí salir á las dos de la madrugada!

– María, D. Juanito no ha salido en toda la noche

– ¿Adónde fuiste á esa hora? A ver á esa sinvergüenza, á esa...

– Es preciso que esto tenga fin. Y pronto, dijo entonces D. Juanito, poniéndose de pie.

– Sí: te entiendo. Tú lo que quieres es que yo me muera. Pero antes he de tener el gusto de verte entre cuatro blandones.

Y María cogió de la mesa un cuchillo, y se fué con él para su marido. Pero Juan sujetó á su mujer por la muñeca, y con suma facilidad le quitó el cuchillo de la mano.

Entonces ella, como una furia, le arrojó la taza de café, y luego un plato, y después otro, y por último el azucarero.

Juan, con una serenidad de pasmo y con una destreza de indio malabar, desvió uno tras otro aquellos proyectiles domésticos, que al dar contra los ladrillos, se hacían trizas con escandaloso estrépito.

María entonces salió del comedor á la carrera, y dando un portazo tremendo, se encerró en su alcoba.

– ¡Ay, D. Juanito, está loca!, observó Brígida: loca de celos.

– ¿Y de quién?

– De fantasmas, ya lo sé. Y ella entendió que usted quería matarla, cuando dijo usted: «es preciso que esto tenga fin.»

– Y lo tendrá. Dentro de ocho días me embarco para América. Esto no puede seguir así. Brígida, unas hilas, que me he cortado la mano al quitarle el cuchillo. Nada. Dentro de ocho días me embarco para Buenos Aires.

– Pero eso sería matarla, D. Juanito.

– Pues que reviente. Y que carguen con ella todos los demonios.

– ¡Jesús sea aquí!

– ¡Mire usted cómo me ha puesto de café! Brígida, unas hilas y una venda, que me estoy desangrando.

Y Juan se apoyó en la pared, donde quedó estampada la mano por la sangre que vertía.

Brígida, á la tarde, con un fino cortaplumas raspó la mancha. Pero la forma quedó claramente señalada.

II

Esto pasaba en Mendigobía la mañana del día de San Juan, precisamente al año justo de haberse casado aquellos dos jóvenes.

¿Quién pudo entonces haber imaginado lo que iba á suceder? Ella tenía fama por lo tímida y modosita, y él por su constante buen humor.

Es Mendigobía un precioso puertecito de la costa del Cantábrico, donde no se conoce la pobreza desde tiempo inmemorial. Todos viven de la pesca y sus industrias. Las conservas de langosta, salmón y sardinas, en preciosas cajas de hoja de lata, fabricadas en la localidad, gozan de extraordinario crédito, y sus salazones son artículo de gran exportación. Así es que hay en aquel pueblo no pocas personas que viven con holgura y gran comodidad.

El caserío demuestra á las claras que la población es rica, aun en las viviendas destinadas en la playa á los pescadores y sus redes.

La plaza de Mendigobía es notabilísima. Uno de sus cuatro frentes está formado por la iglesia, el ayuntamiento y la escuela. La iglesia es del estilo ojival de la Edad Media, con fachada suntuosa, donde se destaca extrañamente una enorme ballena en alto relieve, la cual recuerda la floreciente época en que los vascongados no conocían rivales en la pesca de altura; pues sus buques se alargaban hasta el Banco de Terranova en busca del bacalao, y avanzaban hasta los mares del Norte en persecución de las ballenas. ¡Qué marinos aquellos! Eran invencibles, y abusando de su fuerza, el más mínimo motivo les bastaba para asolar las costas de Francia, dando lugar á que en las iglesias del litoral vecino se cantase en la misa:

à jurore barbarorum liberanos Domine.

Entre la iglesia y el ayuntamiento queda un callejón angosto, triste y lleno de hierbajos, y otro enteramente igual entre la misma iglesia y la escuela. Por cualquiera de estas dos callejas pudiera muy bien irse desde la plaza á un magnífico bosque de nogales que está detrás de los tres edificios. Pero nadie pasa nunca por allí: *de día*, porque es tradición que entre los hierbajos de aquellas callejuelas hay escorpiones y también víboras que con sus mordeduras hacen rabiar á los perros; y *de noche*, porque quien penetra por una cualquiera de aquellas angosturas ve su propio entierro, acompañado de almas en pena, que le cantan un responso.

Solamente una vez al año no hay allí entierros ni ánimas en pena, y es la noche de San Juan; porque los duendes huyen de las candeladas. Pero en cambio, ¡qué horror!, si alguien á eso de la media noche entra por los nogales en cualquiera de los dos callejones, y al dar el reloj precisamente la última campanada de las doce se asoma á la esquina de la iglesia, ve aparecer en la otra á la persona de su familia que ha de morir en el mismo año antes de finalizar el 31 de diciembre. Y, si ella quiere no morir también, ha de volverse atrás por los nogales, dando un grandísimo rodeo para poder llegar hasta su casa.

En verdad no hay persona ninguna en Mendigobía que no tenga por patrañas todas estas consejas. Pero, aunque nadie haya comprobado nunca la existencia allí de víboras ni escorpiones, ¡ay del pobre can que es visto en alguna de las callejuelas, porque nunca falta un previsor mendigobeño que, al salir el animal á la plaza, no lo deje tieso de un certero escopetazo. Así es que no hay perros en Mendigobía, y mucho menos perros rabiosos.

Una vez el hijo del sacristán, que la echaba de incrédulo por haber navegado mucho y haber visto muchas tierras, apostó que iría una noche desde la plaza á los nogales por el callejón del ayuntamiento; pero, al llegar á la mitad del camino, si no vió su propio entierro ni tampoco oyó el responso de las ánimas en pena, sintió que le soplaban misteriosamente en el cogote y que por entre los hierbajos salían de la tierra unas manos muy ásperas que querían sujetarle por los pies. Del susto, corriendo con

gran dificultad, se volvió á la plaza, donde cayó sin sentido cuan largo era; y cuando á la madrugada volvió en sí, se encontró con la cabeza completamente cana.

Por eso los pescadores dicen que lo mejor de los dados es el no jugarlos.

III

¡Qué hermoso espectáculo presentaba Mendigobía aquella noche de San Juan!

La plaza estaba cuajada de casetas formadas de velas de barco, que constituían preciosos pabellones, adornados de banderas y gallardetes de todas las marinas del mundo. Por la tarde había habido columpios y cucañas. Las pescadoras vestían trajes de colores llamativos, y en todas partes había bailes y guitarras. El pabellón del casino era lujosísimo y los socios competían con los pescadores en agilidad y soltura saltando las candeladas. ¿Cuántas había? No se sabe.

Pero sonaron las once en el reloj de la iglesia, y toda aquella algazara cesó. Las mujeres se retiraron, y también los socios del casino, seguidos de toda la demás gente. Sólo quedaron unos cuantos pescadores pagados por el ayuntamiento, quienes durante un cuarto de hora estuvieron echando combustible á las hogueras para que, sosteniéndose el fuego hasta el alba, no se atrevieran los duendes á hacer de las suyas. Media hora después la gran plaza quedó desierta.

¿Desierta? No del todo.

Al dar el reloj la última campanada de las doce, una mujer se asomaba por la esquina del ayuntamiento y un hombre por la esquina de la escuela.

– ¡Mi marido!

– ¡Mi mujer!

Y uno y otra se internaron inmediatamente en sus respectivos callejones.

Poco después estaba María en su habitación repicando las castañuelas y bailando un bolero. Al bullicio, acudieron Brígida y todas las criadas.

– ¿Pero, María, te has vuelto loca?

– Sí, loca, porque pronto no tendré celos de nadie.

Poco tiempo después entraba Juan por el casino.

– Pero, hombre, le gritó un amigo suyo: ¿no me dijiste esta mañana que te ibas á Bilbao al anochecer, á fin de embarcarte inmediatamente para Buenos Aires?

– Es que ya no me embarco.

– Y ¿cómo es eso?

– Es que ya no tengo para qué moverme de Mendigobía.



Poco después estaba María en su habitación repicando las castañuelas y bailando un bolero

IV

Ni Juan ni María se vieron en tres meses. Seguían viviendo en la misma casa; pero María almorzaba y comía siempre en su cuarto, y Juan almorzaba temprano en el comedor, desde el cual se iba á su fábrica de conservas, donde comía al anochecer.

Si por casualidad Brígida nombraba á alguno de los dos delante del otro, recibía invariablemente por respuesta:

– Pero ¿cuándo se muere esa mujer?

– Pero ¿ese infame piensa ser eterno?

Y, sin embargo, aquellas dos vidas, emponzoñadas por aborrecimientos mutuos, sólo veían recuerdos de cariño dondequiera que fijaban los ojos; pues aquellas dos criaturas, al parecer sin amores, palpitaban constantemente en ansias de amor.

Y es que ambos tomaban el todo por la parte, y no analizaban bien. Porque, al preguntarse en sus continuas cavilaciones: «¿Y esa mujer no se muere nunca?» «¿Y ese hombre vive todavía?,» lo que en esencia se preguntaban en el negro caos de sus sentimientos, era lo siguiente: «¿Y no tendrán fin los infundados celos de María?» «¿Y no volverá Juan á su antiguo buen humor?»

V

Una hermosa mañana de octubre se asomó María á su ventana, ignorando que el marido estaba también asomado á un antiguo balcón. Los dos se miraron fijamente; se miraron aún, y los dos pensaron lo mismo:

– ¿Pero que á una criatura tan hermosa no le queden más que algunas semanas de vida?, ¡menos de tres meses á todo tirar!

Entró diciembre, y los alimentos llegaban fríos á la habitación de María, por lo cual Brígida logró convencerla de que almorzase en el comedor, toda vez que D. Juanito se iba tan temprano. María accedió al fin.

– Qué mano es esa que está marcada en la pared?

Brígida se apresuró á descifrar el enigma.

– ¿Y para esto me has hecho venir al comedor? Yo me voy ahora mismo.

– Pero, tonta, ¿qué remedias con irte? ¿Va á borrarse esa marca cuando estés en tu cuarto?

– Verdaderamente, dijo entonces María cabizbaja; ahora no puedo explicarme aquel arrebato de ira que me dió la mañana de San Juan. ¡Matar yo á un hombre!

– Pues ¿no estás deseando siempre que se muera tu marido?

– Brígida, tráeme el almuerzo á mi cuarto. Yo no quiero estar aquí, mientras exista esa mancha en la pared. Manda empapelar este comedor. Hoy mismo. Sin falta.

VI

Pocos días después, estando María almorzando en el comedor, ya empapelado, entró de improviso Juan, quien había salido muy de mañana, sin desayunarse siquiera, para un asunto urgente de la fábrica. Ella, al verlo, se levantó para irse; pero volvió á sentarse con el mayor aplomo, diciéndose fríamente:

– Para los pocos días que le quedan de vida, no vale la pena que una se tome la molestia ni siquiera de irse.

El, al verla, retrocedió un paso; pero acto continuo se adelantó resueltamente y se sentó á la mesa en su sitio acostumbrado, diciendo para sí:

– En los pocos días que le quedan, no ha de fastidiarme mucho.

María acabó de tomar su café, se levantó mirando intensamente á su marido, y se fué sin saludarlo siquiera, pero diciendo para sus adentros:

– ¡Y que al mozo más guapo de Mendigobía no le queden ya ni tres semanas que estar en este mundo!

Juan sintió ardérsele la sangre con la nueva descortesía de su mujer, y cuando ya iba á gritarle: «¡Grosera!, ¡mal criada!,» se contuvo haciendo un gesto despreciativo, y pensando en sus adentros:

Para tres semanas que le quedan de respiro, no quiero darle guerra.



PRIMAVERA DE LA VIDA,

[illegible] el célebre cuadro de Gabriel Max

VII

–¡Fuego!, ¡fuego! ¡D. Juanito, fuego en el cuarto de María! La lámpara de petróleo se ha caído y las esteras están ardiendo.

El humo era sofocante. Juan, de un formidable empellón, echó abajo la puerta, tomó en brazos á su mujer y escapó con ella por el contiguo cuarto de baños, cuya mampara vino también á tierra.

Ella, al verse en salvo, dió un beso á su marido. Pero aquel beso debió de ser un acto primo, del que en seguida hubo de arrepentirse, pues agregó inmediatamente:

– Esto lo he hecho por agradecimiento, pero no por cariño.

– Pues nada tienes que agradecerme, porque lo mismo hubiera hecho yo por una perra sarnosa.

– ¡Sarnosa yo!

– Voy á apagar el incendio.

Estas fueron las primeras amabilísimas palabras que se dirigieron aquellos dos tiernos esposos al cabo de seis meses justos de no hablarse. Era precisamente Nochebuena.

El amor propio hace que no veamos nuestras faltas, y la soberbia nos impide confesarlas; pues, para confesarlas, es preciso que antes nos hayamos dicho en los más lisonjeros términos posibles:

– Indudablemente valgo bien poco. He sido un miserable.

Júzguese, pues, de la batalla que aquella Nochebuena se habían dado en la conciencia de María los más encontrados sentimientos, cuando á la mañana siguiente, estando almorzando Juan, entró en el comedor y le dijo:

– Juan, lo que anoche hiciste conmigo me obliga á no amargarte los cinco ó seis días que pueden quedarte ya de vida; y aunque ayer me dijiste «perra sarnosa...,» ¡vea usted, yo sarnosa!..

Y María lloraba amargamente, tan amargamente que daba lástima oirla.

– Bien sabe D. Juanito que eres más limpia que una gota de agua acabada de bajar del cielo.

– En verdad, sarnosa no lo es..., se dijo Juan. Pero..., ¿qué hago?.. ¡Ea! Para los cinco ó seis días que le quedan, más vale olvidar todo lo ocurrido.

Y Juan se levantó de su asiento, y dió á su mujer un beso largo, muy largo, en aquella frente afligida.

Ella le echó los brazos al cuello; y Brígida, llorando como una Magdalena, no cesaba de aplaudir.

IX

Llegó al fin el día decisivo, el día último del año, el 31 de diciembre.

– Ya no le quedan más que horas, dijo Juan al levantarse... ¡Pobre María!..

– ¡Y que hoy se me haya de morir mi marido de mi alma!, dijo María al despertar... ¡Pobre Juanito mío!..

– ¡Ya no le quedan más que doce horas!, dijeron ambos para sí al llegar el mediodía.

Y los dos se echaron á llorar...

– ¿Qué haré yo para que esta mujer esté contenta en las tres horas que todavía tiene por delante?, dijo Juan á las nueve de la noche...

– ¿Cómo haré yo para que este hombre sea feliz en las dos horas que todavía ha de respirar?, dijo María al dar las diez...

Y al fin sonó la hora suprema.

¡Qué ansiedad la de aquellos dos amantes!, ¡qué sollozos cuando el reloj dió las once y media de la noche!

¡Media hora aún!..

Pero al fin el reloj de la iglesia empezó á dar las doce pausadamente y á compás. Y con la prontitud del rayo pensaron simultáneamente marido y mujer:

– ¡Ay, que ya no le queda más tiempo que el necesario para que el reloj dé once campanadas!

¡Para diez!..

¡Para nueve!.. ¡ocho!.. ¡siete!.. ¡seis!.. ¡cinco!..

Y aquellos dos enemigos que tanto se querían se abrazaron y se estuvieron besando con la mayor ternura hasta que el reloj dió la última campanada de las doce.

X

Muchos años han transcurrido. Ya Juan y María empiezan á tener canas, y son el matrimonio más feliz de la tierra.

¿Por qué? Por el poder del escarmiento.

Porque, cuando entre ellos ha surgido algún motivo de disgusto, los dos se han dicho resueltamente en su interior:

«Para cuatro días que hemos de pasar sobre la tierra, no nos amarguemos la vida con reconvenciones, ni amarguemos con insultos la vida de los demás. Atrás, discordias. La paz sea siempre en esta casa. Siempre, siempre.»

E. Benot.

(Dibujos de Méndez Bringa.)



María Barrientos, eminente diva catalana que actualmente canta con extraordinario éxito en el teatro Real de Madrid (de fotografía remitida por D. Justo Solsona)

MARÍA BARRIENTOS

Apenas tendrá cumplidos diez y ocho mayos, y si no temiéramos pecar de hiperbólicos, diríamos que ya es la estrella de mayor magnitud que hoy brilla en el cielo del arte lírico, en el género que se ha dado en llamar ligero.

Poco más de tres años hace que debutó en el teatro Novedades de Barcelona desempeñando el papel de Inés en la genial obra de Meyerbeer *La Africana*.

Fué una revelación sorprendente, no un éxito momentáneo de niña adelantada salida de un Liceo, y por lo tanto, esperanza para el porvenir, sino la presentación de una artista hecha, de una verdadera artista en el concepto más lato de la palabra.

Sin embargo, á pesar de aquel triunfo inolvidable, de aquella primera consagración tan entusiasta como sincera, hubo muchos incrédulos, entre las personas acostumbradas á cosas de teatro, que por la desconfianza natural de todo *debut*, ó dudosos de los *prodigios-niños*, no supieron ver en María más que una esperanza muy vaga, muy discutible y muy fácil de malograrse.

Esa opinión no dejaba de tener su lógica. ¡Era entonces tan joven, tan delgaducha, tan manojito de nervios! No era para menos el temer por las facultades de una mujercita, menor de quince años, que se presentaba con registro completo de soprano lírica; con voz cristalina, de una pureza sin mácula; con respiración amplísima y poderosa; con graves espléndidos; con sobreagudos sorprendentes por su timbre y por su limpieza; con trinos, gorjeos y picados admirables; con escuela irreprochable; con vocalización y fraseo clarísimos; con gran intuición teatral y mucho talento propio. Eran demasiadas cualidades reunidas en cuerpo tan desmedrado, para convencerse del triunfo definitivo, de la conservación de un conjunto tan maravillosamente armónico para el arte, en una edad en que todavía no está bien constituída la mujer.

Pero hoy todo el público, sin excepciones, es creyente rayano en fanático.

Quien la oye una vez sola, ya queda fascinado, rendido, encantado.

De aquella duda y de aquel discutir su personalidad en los comienzos de su vida artística, le ha quedado una especie de mimoso resentimiento, algo como rencorcillo que no sabe disimular, sobre todo cuando en la intimidad amistosa desahoga su pecho y recuerda las cosas de su tierra, todo dicho muy graciosamente en habla catalana. Entonces es cuando hay que oirla dedicando elogios de profunda gratitud á su profesor de canto, el ya difunto D. Francisco Bonet, que tantos prodigios llevó á la escena, y á los amigos que la guiaron; lo que indica que María posee la buena cualidad del agradecimiento, tanto más de notar cuanto que es virtud que suele escasear mucho entre el elemento artístico teatral.

Confiesa que jamás sintió desfallecimientos ni tuvo dudas, y sólo una fe ciega en el porvenir. Por eso hoy muéstrase orgullosa de su carrera y de su gloria.

No se puede hablar de María Barrientos, de la eximia artista, sin recordar su bulliciosa infancia. De los tiempos en que doña Esperanza, su bondadosa madre, tenía que llamarla á menudo al orden porque le gustaba demasiado hacer la *cómica;* de cuando juguetona y traviesa era un portento, una precocidad que encantaba á los vecinos del estanco de la calle de la Diputación. De la niña vivaracha, alumna aprovechadísima de piano, ojito derecho del maestro Pellicer y alumna mimada del maestro Sánchez, su profesor de violín, instrumentos que dominaba y en los que creían sería consumada concertista; de la niña de talento clarísimo que á los trece años ganaba un premio de composición por un trabajo sinfónico que ella misma instrumentó.

Pocos podían prever que aquella niña á los dos años escasos dejaría eclipsadas tan brillantes disposiciones por las superiores de su voz purísima y los prodigios de su garganta maravillosa.

De María Barrientos se puede decir con justicia que fué artista desde la infancia, y que ya nació con el *quid divinum* del arte; porque bastó que debutase para que fuese reconocida artista de grandes vuelos; bastó con que fuera conocida para que su gloria y fama recorrieran el mundo, y fué suficiente que la oyeran en Roma, Milán, Berlín y otras grandes capitales europeas para que á una fuera proclamada primera entre las primeras tiples de su género, sin fijarse en si empezaba su carrera ni en si era niña todavía.

Vino á Buenos Aires y causó delirio. El teatro Politeama, el mayor de los teatros de la capital argentina, fué pequeño para contener la enorme concurrencia que cada noche llenó la inmensa sala del coliseo y que todavía recordaba los triunfos de la célebre Adelina Patti.

La noche de su beneficio el teatro semejaba un horno, un infierno. Cantó *Lakmé* y el rondó de *Lucía*. La ovación fué continuada, del principio al fin. Verdadero delirio, verdadera locura de entusiasmo.

Y cosa parecida le pasó después en La Plata, Rosario, Montevideo.

Su predisposición para el estudio es muy grande. Su memoria felicísima, y posee mucha imaginación y no escasa voluntad.

En cosa de meses aprendió, sin abandonar en lo más mínimo sus estudios musicales, el italiano, francés, inglés y alemán.

Quizá el trabajo prodigioso de su cerebro sea en daño de la robustez del cuerpo y de la riqueza sanguínea; porque á pesar de los viajes, su complexión continúa siendo delicada, aunque favorecida por un sistema nervioso de acero.

María Barrientos, como todas las grandes artistas, tiene óperas muy suyas. En *Sonámbula*, por ejemplo, revela su temperamento; en *Puritanos* se muestra concienzuda artista, venciendo dificultades; en *Barbero* es en la que está más deliciosa; en *Lakmé* más arrobadora, y en *Lucía* donde conmueve al público más profundamente.

Tres recuerdos imperecederos lleva actualmente impresos en el alma: la noche de su primer *debut* y las colosales ovaciones recibidas en Madrid y Buenos Aires.

Y un sentimiento profundo: haber estado en Roma, haber admirado sus monumentos, haber conocido sus grandes artistas, haber visitado el Vaticano, haber subido, como es de ritual, de rodillas los veintiocho peldaños de la «Escala Santa,» haber llegado á la cúspide medio muerta y... no haber visto al Papa.

Buenos Aires, 1901. Justo Solsona.

LA SOLUCIÓN DE UN PROBLEMA

D. Juan Pérez Fernández, segundo teniente de la reserva, con veinticuatro duros y catorce reales de paga todos los meses, nada menos, para él y para las demás personas de la dilatada familia de su esposa, se paseaba intranquilo, nervioso, agitado, por la modesta y reducida salita de su modestísima vivienda de la calle de Calatrava.

De vez en cuando parábase junto á una puerta de cristales cubiertos con cortinillas color rosa y á través de la cual se oía, entre entrecortados quejidos y alguno que otro agudísimo lamento, el confuso rumor producido por varias personas que hablaban en voz baja. Aplicaba D. Juan un instante el oído, seguía su paseo, volvía á pararse, tornaba á escuchar, y cada vez que sonaba uno de aquellos angustiados gritos, demudábase su semblante, ya lívido, brillaba una lágrima en sus ojos y su mano convulsa hacía presa en el negro y enmarañado bigote que de tan marcial aspecto le revestía.

Pasaban horas y horas, la noche avanzaba y la situación era la misma. Adentro, en la alcobita, continuaban los cuchicheos y los lamentos, y afuera en la sala D. Juan proseguía sus paseos como un león enjaulado.

De pronto resonó un grito estridente, que estremeció toda la casa, seguido de otro más estridente, más desgarrador todavía. D. Juan paróse en firme, alargó el cuello, inclinó la cabeza, abrió desmesuradamente los ojos y así se quedó alelado, sin respiración, sin sangre en las venas, como una estatua.

Abrióse con estrépito la puerta de cristales dando paso á una mujer ya entrada en años, pero robusta, coloradota, con más bigotes que el teniente, una suegra de caballería, que encarándose con D. Juan y sacudiéndolo de un brazo, le dijo:

– Vamos, hombre, anímate. Ya pasó. Entra y verás.

– Pero... pero..., balbuceó D. Juan sin alientos para proseguir.

– Que ya está, te digo; alégrate, repitió la rolliza señora.



JOVEN TURCA, cuadro de Fausto Zonaro

– Un tenientito, D. Juan, un tenientito. Que sea enhorabuena, dijo una voz de hombre desde la alcoba.

Y el bueno de D. Juan, riendo, llorando, haciendo visajes para ocultar la emoción, muy aturdido, tropezando en los muebles y en las paredes y empujado por la señora bigotuda, se perdió tras la puertecilla de cristales.

D. Juan Pérez y González, teniente de la reserva, estaba preocupadísimo.

Rodeado de su suegra doña Gertrudis, sus cuñaditas Brígida, Circuncisión y Patrocinio, su primita por parte de su mujer Marichu y sus dos sobrinos Román y Fulgencio, dos chicos huérfanos también á su cargo, D. Juan oía con espanto al doctor Ruiz, que sentado en frente de él le decía gravemente:

– Es imposible que su esposa de usted críe al becerrote ese que ha echado al mundo. Tiene una anemia que la consume, de modo que si quiere usted quedarse viudo, no tiene más que dejarle que lacte al arrapiezo.

– ¡Ay, Dios mío! Yo no quiero que mi hija se muera. ¡Pobrecita!, clamó doña Gertrudis hecha un mar de lágrimas.

Y suegra, cuñadas, primas y sobrinos rompieron en un coro de llantos y lamentaciones que acabó de volver loco á D. Juan.

– No, si yo tampoco quiero que se muera, murmuró éste.

– ¡Hay que buscar una nodriza!

– ¡Sí, hay que buscarla!

– ¡Y hoy mismo, sin falta!..

– Se buscará, sí, bueno... No faltaba más..., decía D. Juan. Aunque yo no coma... Lo primero es mi pobre Antonia,.. y el chiquillo, también al chiquillo hay que salvarlo...

Y aquel mismo día, toda la familia se echaba á la calle en busca de la pitanza del recién nacido tenientito.

Sentado junto á la camilla, con un lápiz en la mano y un papel delante, don Juan entabló el siguiente diálogo con la robusta pasiega que de pie y á su lado balanceaba su enorme corpanchón.

– Conque ocho duros todos los meses, ¿no es eso, ama?

– Sí, señor, ocho duros...

Y D. Juan apuntaba en el papel: «40 pesetas.»

– ¿Y qué más?

– Pues lo dicho, señor. Café con leche y tostada por la mañana.

– Vaya por la tostada.

– Chocolate con bizcochos á las diez...

– Adelante, adelante...



Malebidji, cuadro de Fausto Zonaro



DAR DE BEBER AL SEDIENTO, cuadro de Isabel Nourse



EL OFICIAL DORMIDO, notable cuadro de Francisco Van-Mieris (Museo de Munich)

– Un caldo y un par de huevos á las once...

– Mire usted, para abreviar. Cada hora ó cada media hora, lo que usted pida y de casa de Lhardy, ¿no es así?

– Bien está, señor.

– Pues por la alimentación..., murmuraba don Juan, ¿qué pondré por la alimentación?.. Vaya, tres pesetas diarias.

Y apuntaba debajo de las 40 pesetas, «90 pesetas.»

– No olvide usted la ropa limpia..., ni las dos sayas de colores para el invierno y las otras dos para el verano, y los zapatos y...

– ¿Todavía hay más?

– ¡Ya lo creo!.. Las arracadas de similor, que han de ser con piedras de relumbrones; y si no, no las quiero...

– Relumbrarán, ama, relumbrarán...

– Y el collar de realitos, de tres vueltas y un pasador, como el de la Tomasa...

– ¡Bueno, bueno!.. ¿Se ha acabado ya?..

– Quia; no, señor. Ya sabe usted la costumbre.

– ¿Y cuál es la costumbre?

– Pues el regalo cuando el niño echa el primer diente.

– ¡Antes me parece que echaré yo todas las muelas!.. Pero, en fin, espere usted, ama, que voy á sumar... Cero es cero y no llevo nada... ¡Qué he de llevar, si ésta se lo lleva todo!.. 4 y 9, 13 y 6, 19 y 8... ¡Qué barbaridad!.. Me cuesta el ama esta más que si comprara un caballo... ¡Ah, qué ideal ¡Ya encontré la solución!.. Oiga usted, ama.

– Usted dirá, señor.

– Yo tengo todos los meses veinticuatro duros y catorce reales de paga... Oígalo usted bien. ¡Ciento veintitrés pesetas y cincuenta céntimos!..

– Bien, señor.

– Y además tengo mi mujer, mi suegra, mis tres cuñadas, la primita y dos sobrinos... Total, somos nueve en la casa, y con el niño, diez.

– Bien, señor...

– No, bien, no, sino muy mal. En fin, vamos á hacer un trato... Yo le doy á usted todos los meses mi paga entera... ¡y mamaremos todos! ¿Conviene?

A. SÁNCHEZ RAMÓN.

NUESTROS GRABADOS

Sir Ernesto Cassel. — Este generoso donador de 200.000 libras esterlinas que el rey de Inglaterra ha destinado



SIR ERNESTO CASSEL, el generoso donador de 200.000 libras esterlinas que el rey Eduardo de Inglaterra ha destinado á la construcción de un sanatorio para tuberculosos.

á la obra de la construcción de sanatorios para tuberculosos, es de origen alemán. Hijo de un panadero de Colonia, entró siendo muy joven en una casa de comercio de Liverpool, pasando poco después á Londres, en donde muy pronto demostró su gran talento comercial y en donde ha conseguido reunir una cuantiosa fortuna, adquirida principalmente en negocios de ferrocarriles. Además de financiero, es un distinguido *sportman* muy conocido como propietario de la famosa yeguada de Melton Paddock, en Newmarket, algunos de cuyos caballos han obtenido varios premios en reñidas carreras. Recientemente ha emprendido un viaje á la India, y antes de ponerse en camino ha hecho el donativo mencionado. Sir Ernesto Cassel cuenta en la actualidad cincuenta años.

¡Afligida!, cuadro de Fernando Cabrera. — Tan hermosa como sentida es la última producción del laureado artista alcoyano Fernando Cabrera. En ella preséntase, como siempre, delicado en el concepto, vigoroso en la ejecución. El afligido semblante de la hermosa joven expresa con toda intensidad el sentimiento, el pesar que la domina, y en sus extraviadas pupilas adivínase la abstracción completa de cuanto la rodea, entregada á la amargura y al dolor. Esto en cuanto se refiere al artista, ya que el pintor preséntase, hoy como ayer, firme y seguro y dueño de esa gama admirable que inmortalizó á su malogrado maestro Casto Plasencia, y que constituye la característica de sus principales obras que, como «Los huérfanos» y «En el coro», constituyen una de las más preciadas galas del Museo municipal de nuestra ciudad.

San José de Calasanz, estatua en bronce de Carlos Palao, fundida en los talleres de Masriera y Campins. – A la galantería del laborioso é inteligente escultor zaragozano Carlos Palao, debemos la ocasión de reproducir en estas páginas la hermosa estatua de San José de Calasanz que ha de servir de digno remate del monumento que ha de erigirse en Peralta, su pueblo natal. Difícil era, á todas luces, el cometido confiado al artista á que nos referimos, dada la significación del personaje representado y la aplicación que había de darse á la estatua; mas justo es consignar que ha resuelto discretamente el problema, ya que la obra amóldase al carácter y significación del virtuoso y santo apóstol y se ajusta á las condiciones necesarias para un monumento público. Aplausos merece el Sr. Palao por su gallarda producción, como igualmente los fundidores Sres. Masriera y Campins, que tan hábilmente han interpretado la obra del artista zaragozano.

Primavera de la vida, cuadro de Gabriel Max. —¡Con cuánta razón calificó el poeta á la juventud de primavera de la vida! Así como en esta época del año la naturaleza se viste con sus mejores galas, ostentándose en toda su esplendida belleza, así también en aquella edad la existencia humana aparece adornada con sus mejores encantos, llena el alma de ilusiones que el desengaño no ha agostado todavía y ávida de libar las dulzuras de los placeres que la imaginación ha entrevisto sin sospechar los amargores que encierran. De todo esto nos da idea completa la hermosa figura de Gabriel Max: su cuerpo de formas mórbidas, su lindo rostro, su voluptuosa mirada, las flores que adornan su rizada cabellera, la copa que su mano empuña, todo indica en ella felicidad, ansia de goces, en una palabra, juventud, exuberancia de vida.

SAN JOSÉ DE CALASANZ, estatua en bronce de Carlos Palao, fundida en los talleres de Masriera y Campins

Joven turca. – Malebidji, cuadros de Fausto Zonaro. – Varias obras, correspondientes á diversos géneros, nos ha cabido la suerte de dar á conocer á nuestros lectores del distinguido artista Fausto Zonaro, pintor predilecto de la corte de Turquía, y á quien se debe el movimiento artístico de aquel país. Grandes son sus merecimientos é indiscutibles sus aptitudes y especialísimas condiciones, generalmente apreciadas y estimadas, según lo atestiguan los premios obtenidos en las exposiciones y públicos concursos, entre ellos, los celebrados en nuestra ciudad. De ahí, pues, que nos limitemos hoy á llamar la atención respecto de los dos lienzos que publicamos, dignos de su nombre y apreciables todos ellos por las condiciones que revelan en su autor.

Dar de beber al sediento, cuadro de Isabel Nourse.—Entre las muchas bellezas que este cuadro contiene, destaca en primer término el efecto de luz artificial, que es uno de los problemas de más difícil solución en pintura y que la notable artista francesa Isabel Nourse ha resuelto con extraordinario acierto. La manera como aparecen iluminadas las figuras de este lienzo demuestra que su autora ha hecho detenidos estudios de los grandes maestros que han cultivado este género y ha observado con verdadero éxito el natural. Aparte de esto, la composición reune otra multitud de cualidades notables, entre las que señalaremos la acertada disposición de las figuras, la verdad con que éstas están tratadas y las excelencias de ejecución que en todo el cuadro se observan.

El oficial dormido, cuadro de Francisco Van-Mieris. – Francisco Van-Mieris, llamado el Viejo, para distinguirle de su nieto, que lleva su mismo nombre y que también cultivó con gran éxito la pintura, es considerado como uno de los más célebres pintores de la escuela holandesa. Nació en Leiden en 1635, fué discípulo de Torenvliet, famoso pintor de cristales, y de Gerardo Dous, y muy pronto alcanzó tal nombradía que el gran duque de Toscana y otros príncipes le encargaron multitud de cuadros, pagándoselos á elevadísimos precios. Murió en 1681 en la misma ciudad en donde había nacido. Cultivó especialmente el retrato y la pintura de género, habiendo dejado en uno y otra verdaderas joyas que se conservan en los principales museos. Las cualidades que más resaltan de sus lienzos son la elegancia del dibujo, la finura del colorido y la verdad con que están reproducidas las telas. *El oficial dormido* figura entre sus mejores composiciones.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – LONDRES. – El duque de Marlborough posee indudablemente el cuadro más caro del mundo. Este lienzo, conocido con el nombre de la *Madonna de Blenheim*, figuraba en la colección del primer duque de Marlborough y fué pintado por Rafael en 1507 representa á la Virgen con el Niño Jesús sentada en un trono, teniendo á la izquierda á San Juan Bautista y á la derecha á San Nicolás de Bari. Según parece, el valor de este cuadro es de 60.000 libras esterlinas (1.500.000 pesetas); debiéndose en parte tan fabuloso valor á que la pintura es la mejor conservada de cuantas existen de Rafael.

Teatros. – En el teatro Constanza, de Roma, se ha estrenado con grandísimo éxito la tragedia de Gabriel d' Anunzio *Francesca da Rimini*, que ha interpretado admirablemente la Duse y que ha sido puesta en escena con lujo y propiedad extraordinarios.

– En Turín se ha estrenado con buen éxito un drama de Gerolamo Rovetta, titulado *Romanticismo*.

París. – El estreno de la ópera de Wagner *Siegfried*, en la Ópera, ha sido un acontecimiento musical. A propósito de este último escribe un notable crítico musical parisiense: «No es solamente el público quien lo aclama, sino que los mismos compositores franceses preconizan el culto del maestro genial, cuyo yugo no han podido sacudir y que ha influído sobre toda la producción moderna, convertida en tributaria del prodigioso compositor.» Se han estrenado también con buen éxito: en el Odeon *Monsieur et Madame Dugazon*, comedia dramática en cuatro actos de Jacobo Normand; en la Renaissance *Les complaisances*, comedia en cinco actos de Gastón Devore; en el Gymnase *Le detour*, comedia en tres actos de Enrique Bernstein, y en el Ateneo *Madame Flirt*, comedia en cuatro actos de Pablo Gavault y Jorge Berr.

Barcelona. – En el teatro Principal, donde ha comenzado á actuar una compañía dramática dirigida por don Manuel Salvat, se han estrenado con buen éxito: *La pena*, comedia dramática en dos actos de los hermanos Alvarez Quintero, y *El señorito*, comedia melodramática en tres actos del señor Sánchez Pastor. En Novedades se ha estrenado con aplauso *El hombre del organillo*, melodrama en siete actos de D. José M.ª Pous. En el Liceo ha debutado con éxito grandísimo la eminente diva señora Darclée.

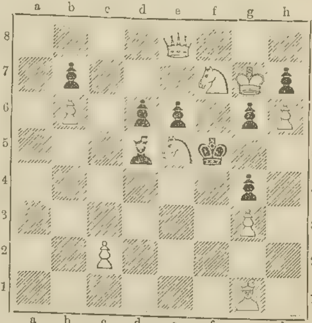
Necrología. – Ha fallecido:

A. de Saint-Aubin, notable escritor parisiense, colaborador del *Le Figaro* durante muchos años y autor de varias producciones dramáticas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 266, POR W. GRIMSHAW.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 265, POR S. LOYD.

Blancas.	Negras.
1. Re4–f5	1. R juega.
2. D mate.	

MARIANIC, POR ANDRÉS THEURIET, DE LA ACADEMIA FRANCESA

VERSIÓN CASTELLANA DE JUAN B. ENSEÑAT. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

Sentía en él la misma fuerza, la misma facilidad de producción; gozaba plenamente de su éxito y pensaba que aquello iba á durar siempre.

Aquello duró quince años. En nuestros días, con nuestra necesidad de emociones nuevas, con la movilidad de nuestras ideas, la viveza de nuestros entusiasmos y nuestro *dilettantismo* inquieto, en quince años el gusto del público se transforma. Aquellos á quienes gustaba el realismo sentimental de Cormier desaparecían poco á poco, cediendo el paso á aficionados á otra fórmula de arte. Jóvenes generaciones de pintores invadían los *Salones* anuales, exponiendo obras más complicadas y más atrevidas. Críticos agresivos é intransigentes aclamaban á los jóvenes talentos en nombre de una estética nueva, y demolían sin respeto ni piedad á los pintores en posesión de la nombradía. Para ellos, la pintura tal como la habían comprendido las gentes antes de 1870 «envejecía.» El modernismo de hoy ponía en ridículo al modernismo de ayer. En arte, lo concebido y ejecutado para satisfacer al gusto del día, está fatalmente condenado á no tener más que la belleza del diablo y á envejecer rápidamente. Ahora lo que gustaba eran las pinturas simbólicas, los asuntos divisados como á través de una niebla. Entusiasmaban los lienzos de la joven escuela inglesa; el gusto general se pronunciaba en favor de los primitivos italianos, y los *snobs* no pronunciaban más que los nombres de Botticelli y de Burne-Jones, jurando por John Ruskin, sin conocer de él ni una línea. Los americanos, á su vez, se habían cansado de dejar sus dollars en los estudios franceses. Después de haber sido para los Estados Unidos el gran mercado de la pintura contemporánea, París había cedido el puesto á Londres. Los yanquis compraban ahora Millais, Waths y Orchardsons, y hasta empezaban á interesarse por la producción de sus piopios pintores. Ivo Cormier, que acostumbraba á quejarse de que los comerciantes en cuadros le molestaban de continuo, veíase poco á poco obligado á molestarse para ir á ofrecerles sus cuadros. Y con frecuencia volvía sin haber vendido nada. En el Salón, el público pasaba indiferente por delante de sus escenas bretonas; la crítica no hablaba ya de su pintura, ó si citaba su nombre, era para lanzarle algún epíteto irrespetuoso. Los más benévolos le concedían una mención honorífica como una limosna y le aconsejaban pérfidamente que se retirase.

«Es una crisis que pasará,» pensaba Cormier, y continuaba su tren de vida. Pero la crisis no pasó, sino que, por el contrario, se agravó. Un día, en el hotel de ventas, Ivo oyó adjudicar por trescientos francos un *Regreso de la romería de Santa Ana,* que había *dado* en otro tiempo por tres mil francos á un aficionado, cuya galería se vendía después de su muerte.

Aquello fué para Ivo un fúnebre toque de campana, y regresó melancólico á su hotel. Aquella injusta frialdad, aquella súbita desestimación de sus obras le parecía inexplicable. Tentado estaba de atribuirla á una maliciosa conspiración tramada contra él por envidiosos y enemigos ocultos. «No me lo explico, se decía exasperado; sin embargo, no pinto peor que hace diez años.» Y tenía razón: su pintura era la misma que antes, agradable á la vista, clara, ingeniosa y de una factura esmerada; pero era siempre la misma nota y aquella nota había cesado de gustar. El desdichado no lo notaba, y hacía desesperados esfuerzos para atraerse nuevamente al público. Sin embargo, no podía menos de darse cuenta de que sus recursos disminuían, mientras que los gastos corrientes se mantenían al mismo nivel. Poco á poco las facturas se amontonaban en los cajones de su escritorio. Los acreedores se volvían intransigentes. Su estudio, tan frecuentado antes, era solitario ahora. El timbre sonaba más á menudo para anunciar la visita de los que venían á reclamar el pago de alguna cuenta, que la de alguna dama deseosa de hacerse retratar. Las letras protestadas hacían la bola de nieve, determinando idas y venidas de gente de curia. Las hipotecas judiciales empezaron á llover sobre el lindo hotel del barrio Monceau. Cormier vió de pronto el abismo y perdió la cabeza. Las caídas se aceleran en razón de la altura de donde se producen. La de Ivo Cormier fué una rápida voltereta. Tuvo que vender por la mitad de su valor el hotel convertido en garantía del Credit foncier. Luego los periódicos anunciaron la venta de los cuadros, tapices y muebles antiguos que componían «la colección del conocido pintor Ivo Cormier.» Algunos diarios añadieron á esta gacetilla reflexiones malévolas ó torpes, lamentando hipócritamente los súbitos apuros de aquel artista, tan mimado en otro tiempo por la fortuna. Aquella nota pérfida, inspirada por *buenos* camaradas, dió el golpe de gracia á Ivo, acabando de desacreditarlo.

Y cayó de rodillas á los pies de aquella adorable criatura...

El desastre era completo, irremediable. Durante quince días fué la comidilla de las murmuraciones, y luego nadie volvió á acordarse de ello. ¡Un hombre al agua! En el océano parisiense, este grito de alarma es pronto cubierto por el torbellino de la muchedumbre. El hombre se va á pique y se acabó. Es el olvido profundo, despiadado, cien veces peor que la muerte corporal.

De la misma manera que la liebre herida se vuelve al regazo, Ivo, después de su ruina, se reinstaló, como al principio de su carrera, en la calle de Notre-Dame-des-Camps. Triste hogar: un estudio situado en el quinto piso, con un pequeño y obscuro cuarto dormitorio. No era más lujoso que el que habitó en su juventud; pero en vez de las veintidós primaveras de entonces, contaba ahora cerca de cincuenta, lo cual cambia singularmente las perspectivas. El sotabanco de antaño miraba hacia levante; el de hoy no estaba alumbrado más que por días de sufrimiento y orientado hacia un cielo lleno de bruma. En vez de la esperanza que todo lo embellece, Ivo no conservaba más que el recuerdo amargo de los esplendores apagados y el sentimiento de su mortificante decadencia. Seguía trabajando, pero sin gusto, sin confianza, pintando maquinalmente, penosamente, como se cumple una odiosa tarea. Vendía poco. Vegetaba dibujando ilustraciones para periódicos populares ó libros de premios. En menos de dos años había envejecido bruscamente. Su cabello y su barba casi eran canos. Sus ojos negros, antes tan luminosos, tenían un mirar sombrío, falto de expresión. Llevaba una triste existencia, sin ver á nadie. De sus antiguos amigos, algunos habían muerto; en otros la amistad se había entibiado; éstos habían renunciado á subir sus cinco pisos. No le gustaba encontrarse con las personas que había tratado durante sus años de prosperidad y de celebridad; por eso vivía retirado en su casa.

No salía á la calle sino al anochecer, para ir á comer solitariamente en un figón de la vecindad. Por la noche, después de aquella modesta comida, tomada en la trastienda del tabernucho, como en la época de sus comienzos, volvía á subir lentamente á su quinto piso, se encerraba en el estudio y encendía su pipa. En el aburrimiento de su trabajo de ilustraciones, se asomaba á su ventana elevadísima y miraba abajo los bultos fugitivos de los raros transeuntes. Durante aquellas veladas solitarias, procuraba aturdirse, hipnotizarse en cierto modo por no pensar en las cosas presentes. A veces le daba el vértigo á fuerza de mirar el piso de la calle. Levantaba la cabeza, y por encima de hileras de tejados desiguales, divisaba las confusas siluetas de los árboles del Luxemburgo. En ciertas ocasiones veía la luna elevarse poco á poco por encima del ramaje, y recordaba tristemente sus impresiones juveniles, los efectos de luna detrás de los pinos de Ploa-ré, en la época en que vagaba por el castañal de Kerdouarnec, y la blanca figura de Marianic de Tremolin surgía melancólicamente del fondo de su memoria.

III

Se dice que las personas que se ahogan recapitulan en breves segundos, y en sus menores detalles, todos los acontecimientos de su vida pasada. En su caída en el abismo de miseria, Ivo veía nuevamente, con aguda lucidez, con minuciosa precisión, las más fugitivas impresiones de sus años juveniles. Su país de Bretaña reaparecía á sus ojos con sus más bellos colores. En pocos minutos revivía toda su infancia. Se encontraba de nuevo vagabundeando por las calles de Quimperlé, calles empinadas y solitarias donde hay parques y praderas que duermen enclavados en edificios de aspecto monástico. Oía el fresco rumor del Isola, cuyas sonoras aguas corrían



Le Chantre fué á darle un golpecito en el hombro (pág. 53)

al pie de la casa paterna, una casa estrecha, pobremente amueblada, en cuyas paredes trazó con carbón sus primeros dibujos; casa en que murieron sus padres y que él vendió por un pedazo de pan. Recorría luego los caminos y pinares en que trabajó forjándose mil ilusiones en sus comienzos, cuando la existencia se le aparecía como un larguísimo paseo de perspectivas iluminadas por la luz del sol; cuando llevaba alegremente su porvenir en la mano como una

caja de Pandora aún no abierta. Todos los paisajes de entonces se desarrollaban rápidamente delante de él: Douarnenez, con su puerto de pesca y sus barcas descansando con las velas recogidas; la casita de Plô mar, blanca en su marco de verdura; el paseo de Santa Cruz, plantado de álamos de plateadas hojas; el antiguo jardín de Kerdouarnec, impregnado de perfumes aromáticos, en que soñaba Marianic de Tremolin, pálida y sonrosada como las madreselvas de los setos. Entonces resucitaba el encanto de los pasados amores; acordábase de aquel domingo de julio en que Marianic se le reveló en su gracia un poco arisca; de sus tímidas conversaciones de los primeros días; de sus confidencias cada vez más francas, seguidas de tantas horas de adorable ternura. Todo esto revivía en él como las flores en el agua fresca, y al mismo tiempo despertaba un remordimiento en su corazón, un remordimiento del egoísta olvido con que había recompensado el afecto de la señorita de Tremolin. Se reprochaba de pronto el silencio injurioso que opuso á las cartas tan conmovedoras y tiernas de la muchacha.

Y todo aquello había concluído; todo aquello quedaba para siempre sepultado en la nada. El sol había desaparecido de su vida. Se hundía cada vez más en la noche obscura. ¿Qué podía ya esperar? Hoy estaba más triste que ayer, y mañana, el espantoso mañana iba á amanecer con sus ordinarios hastíos y las humillaciones de una miseria creciente. Desalentado, se apoyaba en el antepecho de la ventana y miraba hoscamente en el vacío. La calle desierta se volvía vaga como una neblina; con la sombra que marcaba húmedos adoquines, subían también fúnebres pensamientos, llenando de tinieblas el dolorido cerebro del artista.

Desde aquella hora contemplativa en que, al ver surgir la luna por encima de los castaños del Luxemburgo, evocara los fantasmas de otro tiempo, se complacía en pensar de nuevo en la señorita de Tremolin, en evocar los remotos recuerdos de Kerdouarnec, en embriagarse con el perfume de sus amores juveniles, con el casto olor de aquel afecto tan sincero y tan desinteresado. Marianic volvía á ser poco á poco su pensamiento dominante, el consolador reposorio en que hallaba nuevamente una ilusión de quietud serena.

Una tarde de septiembre, en ocasión en que ejecutaba penosamente una copia de un cuadro, llamaron á la puerta del estudio. No esperaba á nadie, y como los pocos camaradas que continuaban siéndole fieles no se molestaban en irle á ver, temió encontrarse cara á cara con algún acreedor; de manera que no se movió. Pero la campanilla volvió á tocar varias veces. Irritado por aquella obstinación, suspendió su trabajo echando ternos y fué á abrir. En la penumbra del rellano de la escalera vió una mujer vestida de negro, pálida y flaca, que balbuceaba palabras de excusa.

– ¿Qué se le ofrece?, preguntó Ivo bruscamente.

La mujer permanecía inmóvil en el umbral de la puerta, con visibles señales de timidez. Sus ojos brillaban suavemente en la obscuridad.

– ¡Adelante!, exclamó el pintor con impaciencia. Entonces ella se decidió á obedecer.

– Sr. Cormier, dijo al fin, ¿no me reconoce usted? Marianic de Tremolin.

– ¡Marianic!, murmuró él estupefacto.

Cerró vivamente la puerta, cogió á Marianic por la mano y la condujo hacia un diván deshilachado que ocupaba un rincón, cerca de la ventana.

Después que ella se hubo sentado, permanecieron ambos en silencio durante un rato. Ivo estaba avergonzado de recibir á su antigua amiga en aquella triste morada. Marianic, muy conmovida, tardaba en serenarse. Con dolorosa sorpresa examinaba someramente el estudio, con las paredes pintadas al temple, el techo agrietado y ennegrecido por el humo, el suelo descoyuntado y sucio, los bocetos y dibujos amontonados en confusa mezcolanza, la desgarrada cortina de damasco que cubría sin duda la puerta de una alcoba, el gran ventanal de cristales, por donde penetraba una luz fría... De vez en cuando suspiraba. Por último, osó dirigir la mirada hacia Ivo Cormier, y una tierna compasión humedeció sus párpados, en presencia de aquel rostro prematuramente envejecido. La boca tenía pliegues de amargura y en la expresión de los ojos se notaba la dureza del desengaño. Marianic suspiró de nuevo más profundamente.

– Me encuentra usted cambiado, ¿verdad?, dijo Cormier cada vez más nervioso y confuso.

– ¡Ay!, contestó ella, hemos cambiado los dos... ¡Calcule usted! Hacía veinticinco años que no nos veíamos.

También en Marianic habían hecho mella los años. Sin embargo, su tranquilo rostro de provinciana conservaba aún restos de hermosura; el pelo había encanecido, el talle era menos esbelto, pero el óvalo de la cara se mantenía aún puro y la boca seguía teniendo su encanto y su frescura; la misma gracia melancólica impregnaba todavía los ojos azules.

– Acabo de llegar á París, dijo ella, y no he podido resistir al deseo de venir á ver á usted. ¡Ah, no me ha costado poco trabajo encontrarle! Imagínese usted que me procuré en Quimperlé un viejo catálogo del Salón en que se indicaba su domicilio: calle de Ampere, en el barrio Monceau. Allí fuí en derechura; pero su antigua casa estaba ocupada por otras personas. La portera no sabía las nuevas señas de usted. Pero me aconsejó que fuese á informarme en casa de un curial llamado Landaré. Me hice llevar á la oficina de ese señor, y allí, en efecto, un escribiente me dijo que usted vivía en la calle de Notre-Dame-des-Camps; y aquí me tiene usted...

Alzó hacia Ivo sus claros ojos, y una grande angustia le oprimió el corazón. La vergüenza y el bochorno habían encendido el rostro del pintor. Sin querer, refiriendo ingenuamente las diligencias en busca del domicilio de Cormier, había enconado las heridas de su orgullo. Al oir en boca de Marianic el nombre de aquel *huissier*, que tantas demandas le había presentado á domicilio, el pintor se mordía los labios, pensando en las indiscretas y humillantes revelaciones que los pasantes de Landaré habían debido hacer á la señorita de Tremolin, y su malestar aumentaba. Marianic tuvo la intuición de que acababa de cometer una torpeza. Se puso colorada á su vez, bajó los ojos y se apresuró á cambiar de conversación.

– Sí, continuó precipitadamente, ¡oh, sí!, el tiempo vuela... Y lo peor es que los años pasan sin sentir... Se me figura que era ayer cuando hacía usted mi retrato en nuestro jardín de Kerdouarnec. Y sin embargo, ¡cuántas cosas han ocurrido desde entonces!.. Desde la noche en que nos separamos en la alameda... No puede usted figurarse lo que sufrí entonces, en aquella casa donde había sido tan feliz durante tres meses y donde todo me hablaba de usted... Me encontraba aislada, desorientada, condenada á las reconvenciones y al mal humor de mi padre, que se indignaba contra mi *locura*, y procuraba curarme presentándome á cada instante un nuevo partido ventajoso. Había penosas luchas y accesos de cólera cada vez que yo me obstinaba en mi negativa. Al principio, me consolaba pensando en usted y escribiéndole; pero usted no me contestaba... ¿No recibió usted mis cartas?

– Sí, replicó Cormier bajando la cabeza; pero el desaire del Sr. de Tremolin me había humillado é irritado de tal manera, que no me sentía con fuerzas bastantes para contestar á usted. Además, su padre me había hecho prometer que no daría pábulo á lo que él llamaba desdeñosamente una «niñería;» me hacía la reflexión de que la incertidumbre de mi porvenir me prohibía continuar nuestras relaciones... y procuraba olvidarla... Perdóneme.

– Yo no le olvidaba á usted. Como le dije al separarnos, ninguna voluntad podía arrancármelo del corazón. ¡Ah! Su silencio me hizo sufrir mucho más que los enfados y las exigencias de mi padre. Y mientras tanto pasaban años. Mi padre iba envejeciendo; su salud se alteraba, y seguía suplicándome que me casase. La idea de dejarme sola en Kerdouarnec, si moría, le atormentaba de tal modo durante su enfermedad, que empecé á ceder. Carecía de noticias de usted; suponía – y era verdad – que ya no me amaba y que no volvería á verle en Douarnenez. Entonces me resigné á casarme con uno de nuestros vecinos, el Sr. de Ploneis, que tenía más del doble de mi edad. No podía amarle y se lo confesé con toda franqueza; pero le prometí ser una esposa atenta, cuidadosa, buena y fiel, y creo haber cumplido mi promesa. Viví con él en Coat-en air, y endulcé todo lo posible su existencia. Poco después de mi matrimonio, volví á oir hablar de usted. Cada vez que se abría el Salón, me precipitaba sobre los periódicos. De este modo he sabido, año por año, el éxito de sus cuadros, su condecoración..., en una palabra, todas sus satisfacciones. Me alegraba por lo bajo y me enorgullecía de haber sido la primera en pronosticarle su brillante porvenir. Naturalmente, yo había llevado conmigo mi retrato..., el que me representaba en traje de campesina... Cada vez que le miraba, se me humedecían los ojos, y á pesar de mis escrúpulos de conciencia, no podía menos de pensar en usted, deseando volverle á ver...

Detúvose un momento. Al recibir aquellas ingenuas confidencias, Ivo se sentía vivamente conmovido. Su mal humor se disipaba. Cogió una de las manos de Marianic y la estrechó exclamando:

– ¡Ah! ¡Vale usted mucho más que yo!

Miró más atentamente á su antigua amiga, pálida y esbelta en su traje de cachemira negro. Notó que llevaba la cabeza cubierta con una capota de crespón negro, y le preguntó:

– ¿Lleva usted luto?.. ¿Acaso?..

– Sí, contestó ella; doble luto, pues he perdido sucesivamente á mi padre y á mi marido... Han muerto en el intervalo de un año... ¡En paz descansen!.. Una vez viuda, volví á Kerdouarnec, donde caí enferma... Me iba consumiendo poco á poco. El médico me aconsejó que cambiara de aires y que viajase. Entonces resolví venir á París, donde nunca había estado... Pensaba que tal vez tendría la suerte de ver á mi antiguo amigo, y esto me daba fuerzas. Pero al encontrarme en medio de esa enorme aglomeración de casas, en medio de esa muchedumbre de gente desconocida que circula por las calles, el desaliento se apoderó de mí... No me atrevía á buscar á usted; me preguntaba con terror cómo iba á presentarme á usted. No sabía si estaba usted casado y si consentiría en recibirme... Por último, me revestí de valor y vine... No es muy correcto lo que hago... Pero... á nuestra edad, supongo que nadie lo tomará á mal...

Ivo volvió á coger la mano de Marianic y la besó.

– Hizo usted bien en venir, murmuró con voz ahogada por la emoción; su visita me ha sido sumamente agradable.

Ella le miró con ojos agradecidos, en que la alegría echaba un destello de juventud. Después de haber observado de nuevo el rostro envejecido del pintor y la pobreza del estudio, la angustia anubló sus claras pupilas y un imperceptible estremecimiento corrió por su espalda.

– Hábleme de usted, dijo con timidez. ¡Le han sucedido tantas cosas desde nuestra separación!.. Cuéntemelo todo, lo bueno y lo malo.

Una amarga sonrisa crispó los labios de Ivo Cormier.

– ¡Lo bueno y lo malo!, repitió sarcásticamente; por ahora, abunda más lo malo que lo bueno. Aun cuando quisiera yo disimularlo, esa buharda me desmentiría cruelmente... Su padre tenía razón al decir que el oficio de artista era demasiado aleatorio. Un día en lo alto de la rueda de la Fortuna, y al día siguiente en lo más bajo. La suerte me mimó al principio, pero hace algún tiempo que se ha cansado de sonreirme y me tiene abandonado. Es una racha negra..., esperemos que pasará... Medios no me faltan, y me bastará hacer un buen cuadro para subir hasta las nubes... Estoy seguro de que su visita me traerá suerte y de que voy á poder trabajar con más aliento después de haberla visto...

Esforzábase en hablar en tono ligero é indolente, tanto para ocultar su situación á Marianic cuanto para poner en salvo su amor propio; pero en vano afectaba confianza y seguridad de remontar la corriente; había algo en su acento que hizo adivinar á la viuda toda la verdad. Además, el escribiente del *huissier* había charlado, confirmando las sospechas que Marianic concibiera al leer en los periódicos, antes de emprender su viaje, ciertas alusiones poco caritativas á la decadencia de Ivo Cormier.

– Seguramente, suspiró ella, eso no es más que una crisis pasajera. Con su talento y su fuerza de voluntad, estoy segura de que acabará usted por vencer la injusta indiferencia del público... Pero eso aún puede durar meses, y mientras tanto es preciso que tenga usted toda su tranquilidad de espíritu; me figuro que no se puede trabajar bien, sino cuando no se tiene ningún quebradero de cabeza. Por consiguiente, quisiera suplicar á usted una cosa...

Detúvose, vacilante, visiblemente turbada, y tosió como para disipar una súbita ronquera.

– Desde luego, permítame que le trate como amigo..., como un viejo amigo, y prométame que me concederá lo que voy á pedirle.

El se sonrió tristemente, como quien no está ya acostumbrado á que le pidan favores.

– Si en algo puedo serle útil, cuente usted con ello.

– Perfectamente. Pues escuche...

Entonces, con mil delicadas precauciones, con el tacto exquisito de una tierna mano femenina que cura una herida, le explicó que el Sr. de Ploneis la había nombrado su heredera universal, y que poseyendó ya una fortuna considerable por herencia de su padre, había vendido los bienes de su esposo. La venta se había hecho al contado, y se encontraba al frente de capitales cuya colocación le ponía en apuros.

– Tengo entre manos, añadió, un dinero con el cual no sé qué hacer. Y cuando me confesaba usted, hace un rato, que se encontraba momentáneamente escaso de fondos, se me ocurrió la idea que tal vez consentiría usted en ayudarme á colocar ese dinero convirtiéndose en acreedor mío, y... y... En fin, me

proporcionaría usted un gran placer aceptando unos veinte mil francos que pongo con el mayor gusto á su disposición.

A medida que ella balbuceaba este ofrecimiento, Ivo experimentaba á la vez un sentimiento de vergüenza y de humillación mezclado con ternura. Yéndole á buscar en aquel miserable estudio en que ocultaba su decadencia, Marianic le traía á la memoria la conmovedora leyenda de Edith, la del cuello de cisne, envejecida y yendo á revolver los muertos en el campo de batalla de Hastings, en busca del cadáver de Haroldo, su antiguo amante... Se le conmovió el corazón; pero era demasiado orgulloso para dejar ver su emoción y confesar una miseria más espantosa de lo que se figuraba Marianic de Tremolin. Por otra parte, se sentía indigno de recibir dinero de aquella criatura, que tan generosamente le había amado y á quien él había olvidado tan bruscamente.

Llevó otra vez á sus labios la mano de Marianic, y sacudió luego negativamente la cabeza.

– No, amiga mía; sería una mala colocación para su dinero y yo tendría escrúpulos de aceptarlo... No por eso le agradezco menos el que se haya acordado de mí, y le prometo que si alguna vez necesito un favor de esa especie, á usted acudiré... Pero no ha llegado el caso; repito que tengo el presentimiento de que antes de poco habré salido del mal paso.

Formulaba su negativa con desembarazo; sin embargo, su mirada evitaba la de la viuda. Volvía los ojos hacia la ventana abierta, fijándolos obstinadamente en la barra de apoyo.

– Además, continuó con voz menos firme, admitiendo que la mala suerte me persiguiese, me pondría en apuros á mí solo... No tengo mujer ni hijos que puedan sufrir de mi desgracia, y cuando no tiene uno responsabilidad más que consigo mismo, encuentra siempre medio de salir del paso.

La piadosa Marianic le escuchaba con aire escandalizado; sin comprender bien el sentido misterioso de sus palabras, adivinaba en ellas un no sé qué de ominoso y de poco ortodoxo. Sacudía tristemente la cabeza y aventuraba tímidas objeciones.

– ¡Bah!, exclamó Ivo, no hablemos más de esto. Estoy demasiado contento de volverla á ver á usted para perder el tiempo en pensar en asuntos enojosos... Déjeme que me siente á su lado, Marianic, y hablemos de nuestro país de Bretaña.

Entonces, cerca de la ventana, donde el zumbido del gran París llegaba como el ruido sordo del Océano bajo los castaños de Ploa ré, removieron con deleite las suaves cenizas del pasado.

Aunque consternada por la negativa del pintor, y aunque la manera como había rehusado su ofrecimiento distase mucho de calmar sus inquietudes, Marianic se prestaba gustosa á aquella evocación del pasado. Hasta la provocaba, esperando que la embriaguez de aquella evocación modificaría la disposición de ánimo de Ivo Cormier.

– No reconocería usted el país, decía ella; todo ha cambiado mucho en veinte años... Nos han hecho un ferrocarril que va hasta Audierne y que ha trastornado á nuestros habitantes. Los jóvenes de ahora menosprecian las costumbres y los trajes antiguos; los *brugon bourg* y las melenas han desaparecido; dentro de poco, no quedará nada de la vieja Bretaña que tanto nos gustaba.



Yendo y viniendo á través de la finca cuya explotación vigila

– ¿Y Kerdouarnec?, preguntaba el pintor; espero que habrá escapado al contagio y que no se habrá transformado.

– Dios nos libre. Ni un clavo ha cambiado. He exigido que no toquen nada. Si algún día vuelve usted á Ploa-ré, lo encontrará todo en su sitio, como en el castillo de la Bella del bosque durmiente... El salón ha conservado sus cortinajes verdes y sus sillones de damasco; el jardín conserva todavía una multitud de plantas odoríficas, y á lo largo del vivero, las parras dan sombra á la terraza... Vivo sola en medio de mis reliquias, y en torno mío, la fisonomía de las cosas se ha mantenido tan intacta, tan igual..., que por momentos se me figura que el tiempo no ha pasado y voy á verle á usted bajar la escalinata de la casa que conduce al jardín y que el mismo jazmín adorna todavía.

– ¡Aquel vivero adormecido á la sombra de los laureles reales, aquel emparrado!.., exclamó Ivo. ¡Cómo lo voy recordando á medida que la escucho á usted!.. Se me figura vernos á los dos, apoyados en el parapeto del viejo muro tapizado de culantrillos y contemplando el vasto horizonte... ¡Ah, si se pudiese vivir dos veces!.. ¡Si se supiese de antemano que la ambición, los deseos de triunfar y de enriquecerse son frutos llenos de ceniza!.. Cuando se cae en ello, es demasiado tarde, la jornada casi ha terminado ya, la noche se nos viene encima y quedamos anonadados en barrancos de donde no podemos salir.

Los dos habían cesado de hablar. Abismados en aquellos recuerdos, no tenían ya noción de la hora. Y anochecía realmente; las tinieblas invadían el estudio; el sol de septiembre había desaparecido ya detrás de los ramajes del Luxemburgo. Marianic se levantó como á disgusto.

– Es muy tarde, murmuró; necesito marcharme. Me alegro de haberle visto de nuevo, amigo mío; me permitirá que vuelva, ¿no es cierto?

– Sin duda nos volveremos á ver, dijo él apartando los ojos.

Pero interiormente pensaba: «¿A qué volverla á ver? No puedo ser para ella más que un objeto de compasión y no quiero ofrecerle de nuevo el espectáculo de mi decadencia. Mañana será quizá más desastroso, más lamentable que ayer; he agotado todos los expedientes y todas mis fuerzas. ¿No vale más que quedemos ambos bajo la consoladora impresión de hoy? No se sueña dos veces la misma cosa; prefiero separarme de ella é irme de este mundo antes de abochornarla y de que me cobre hastío.

Inquieta de su mutismo, Marianic le contemplaba á la turbia luz del crepúsculo, y con la adivinación penetrante de los que aman, le parecía leer en los ojos sombríos de Cormier fúnebres y trágicas resoluciones.

– Si no le molesto á usted, insistió ella, volveré mañana á la misma hora que hoy.

– No, contestó él bruscamente; mañana, no... No me encontraría usted aquí... Yo iré á verla á usted. ¿Dónde se hospeda?

Ella le dió su dirección con voz temblorosa, pero le pareció que apenas la escuchaba. El se apresuró á contestar distraídamente:

– Bueno... Mañana pasaré por su hotel. Gracias por su visita, y permítame que le dé un beso...

Estaban ya cerca de la puerta. Ella inclinó la cabeza hacia Cormier, y él la besó en sus hermosos ojos de un azul marino.

– ¡Adiós, suspiró Ivo, adiós, Marianic!

Pero al entreabir él la puerta, ella volvió á cerrarla vivamente, y cogiendo por ambas manos á su amigo, le hizo retroceder hasta el centro del estudio.

IV

– ¡No!, exclamó ella enérgicamente; no me iré así... Algo me dice que usted me engaña y que no le volveré á ver aquí. No mienta usted, Ivo, añadió en bretón; confiese usted que germinan en su cabeza malos pensamientos y que quiere usted quitarse la vida.

El bajó la cabeza, sin decir una palabra.

– ¡Cómo! Usted, un bretón, un cristiano, ¿medita

abandonar este mundo sin el consentimiento de Dios? ¿Tanto le ha pervertido á usted París? ¿No le da á usted vergüenza? ¡Virgen santa! ¿Es posible que yo haya venido aquí para verle precipitarse en el infierno?

Ella se había sentado en el viejo diván y rompió á llorar ocultándose el rostro con las manos.

Oyendo las reconvenciones que le dirigía en su lengua materna, Ivo había experimentado ya una viva emoción; pero en presencia del dolor de la única amiga que le permaneciera fiel, su corazón endurecido estalló, se le anudó un sollozo en la garganta y vaciló su orgullo.

Cayó de rodillas á los pies de aquella adorable criatura y le cogió las manos.

– Marianic, no llore. Sus lágrimas añaden una angustia más á mis miserias... Usted que vive honrada y piadosamente en su casa de Kerdouarnec, no sabe usted qué existencia de ciervo acosado por los perros llevo aquí... Fuí deslumbrado por mis triunfos, gasté mi dinero con la misma facilidad que lo ganaba, y luego vino el desastre y los apuros y los acreedores que no le dejan á uno tranquilo un instante... El trabajo se hace cada vez más imposible, los días se siguen cada vez más sombríos, con la desperación final. Créame usted, es un infierno más espantoso que ese de que usted hablaba hace un momento. Al fin se agota la paciencia, y se busca una puerta por donde escapar.

Marianic sacudía la cabeza.

– Hay otros medios de escapar, sin condenarse eternamente.

– ¿Cree usted que no los he buscado? Los remedios que he probado han sido ineficaces, y no conozco otros.

– Yo conozco uno. Tener fe en Dios y en sus amigos; no rehusar sus buenos ofrecimientos. Hace poco estuve desacertada con usted. No reflexioné que si mi corazón ha seguido siendo el mismo desde hace veinte años, las preocupaciones y el modo de vivir de la gente de París habían podido cambiar el de usted. Le hablé como le hubiera hablado en Kerdouarnec, cuando nuestros sentimientos y nuestros pensamientos eran comunes; cuando nos comprendíamos con medias palabras, en fin, cuando nos amábamos... El amor nos preservaba de esas delicadezas, de esos equívocos que se producen entre extraños y detienen toda expansión... Pero ya me doy cuenta de mi torpeza de campesina... Debí decir á usted simplemente que le amo como el primer día. Si hay ofrecimientos que resultan humillantes y ofensivos cuando los hace un extraño, se puede aceptar todo de las personas que nos quieren de veras..., apasionadamente. Sí, apasionadamente. Convengo en que esto, á mi edad, causa risa; pero soy de un país en que nunca es ridículo lo que es sincero, y en que el amor dura hasta la muerte... En la época de Kerdouarnec, era usted pobre como hoy; sin embargo, eso no le hubiera impedido casarse conmigo, si mi padre se hubiese mostrado más razonable y si su brusca negativa no le hubiese alejado á usted. Pues bien: ahora que soy libre de disponer de mi persona, proceda usted como hubiera procedido cuando éramos jóvenes, y consienta en compartir lo que poseo.

Había pronunciado estas últimas palabras con voz suplicante, como una niña que solicita un favor y tiembla de miedo de que se lo nieguen. Al escucharla, Ivo sintió crecer su admiración y despertar sus escrúpulos. Se consideraba indigno de aquella abnegación. Un secreto pudor se rebelaba en él á la idea de beneficiar de aquel arranque de amor que se manifestaba en el momento de más apuros. Si aceptaba el ofrecimiento de Marianic, iba á parecer que obedecía á un innoble cálculo interesado. En plena miseria, había conservado incólumes su delicadeza y su altivez, y experimentaba una instintiva repugnancia á pasar á sus propios ojos por un hombre que se casa con una mujer rica únicamente porque ha tenido miedo de morirse de hambre.

– Tiene usted una adorable y exquisita bondad, contestó él, pero soy demasiado indigno de usted y demasiado miserable... Si me casase con usted, se me acusaría de hacer una baja especulación, y todas las apariencias serían, en efecto, contra mí.

– En verdad, es usted demasiado orgulloso, exclamó ella, sublevada á su vez. ¿Cree usted ser el único en poseer el privilegio de la altivez y del respeto humano? ¿Piensa usted que no me ha costado nada pasar por encima de esas conveniencias que tanto respetamos, nosotras las provincianas, para buscarle á usted por todo París y venir a llamar á su puerta? ¿Qué dirían de mí en Douarnenez si supiesen que estoy á solas con usted á estas horas? ¿Qué juicio formarán de mí las personas de esta casa no viéndome bajar? Pero ¿qué me importa? He dejado á un lado mi amor propio y mis escrúpulos, porque mi afecto por usted es más fuerte que todo, porque es usted el único amigo que me queda en el mundo. ¡Ay, mi querido Ivo, si para conmover y decidir á usted pudiese yo volver á mis veinte años!.. ¡Ay, si yo tuviese aún aquel atractivo de la juventud que usted me atribuía entonces!.. Quizá lograría convencerle de que, ante mi profundo amor, el orgullo y las flacas contemplaciones mundanas deben desaparecer. Ivo, recuerde usted los buenos y dichosos días de Kerdouarnec; las horas demasiado fugaces en que ambos hacíamos proyectos para el porvenir, bajo los árboles del huerto; en que nos apoyábamos de codos en la pared de la terraza y en que nos sentíamos tan cerca el uno del otro, tan firmemente unidos... El jardín es el mismo, como mi corazón; las rosas florecen allí todavía y la casa le espera á usted. Quisiera poseer el hechizo de Viviana y los encantamientos de Merlín para llevarle y retenerle allí. Y allí encontraría usted de nuevo esa paz del espíritu y ese calor de amistad fuera de los cuales no hay nada precioso ni duradero en este mundo...

En tanto que ella estuvo hablando, se hizo de noche.

En la obscuridad del estudio, no se distinguía más que la blancura del rostro de Marianic y el brillo húmedo de sus ojos primaverales. Su argentina voz se elevaba bajo el ventanal de cristales, tan pura, tan simpática y musical como en la época en que Ivo la escuchaba embelesado bajo los castaños de Kerdouarnec, y de aquella música de otro tiempo se exhalaba una irresistible ternura. Cormier no razonaba ni luchaba ya. Sentíase enteramente dominado por el espectro de la juventud. El presente parecía abolido; se hacía la ilusión de que se habían evaporado veinticinco años y de que el pasado resucitaba. Veíase al lado de Marianic de Tremolin, tan fresca y virginal en su traje de campesina bretona. Su corazón rejuvenecía, un imán le atraía hacia los bellos ojos de su amiga. El manantial de amor brotaba otra vez en él refrescando sus labios.

– ¡Oh, Marianic! ¡Oh, mi dulce amiga!, murmuró en bretón.

La estrechó en sus brazos, y sollozando, besó tiernamente sus cabellos y sus ojos.

– ¡Yo la amo!, balbuceó; mande y obedeceré.

– ¿De veras?, exclamó ella con júbilo; ¿volvería usted conmigo á la Bretaña?

– Iré adonde usted vaya; le pertenezco. Dígame qué día quiere partir y me encontrará usted en la estación.

– ¡Oh!, repuso Marianic; no me separo ya más de usted... Hay esta noche, á las once, un tren para Douarnenez. Tengo un coche á la puerta; prepare usted rápidamente su equipaje; iremos por el mío al hotel y partiremos esta misma noche...

Marianic no quería dejar á su amigo el tiempo de la reflexión, y gracias á ella, el arreglo de la maleta estuvo pronto hecho. Dos horas después, cenaban de prisa en el restaurant de la estación esperando la salida del tren de Bretaña...

Ivo Cormier está hoy convertido en un señor rural. A su llegada, ocupó su cuarto de otro tiempo en Plô-mar, hasta la publicación de su matrimonio. Un mes después llevó á la alcaldía y á la iglesia de Ploaré á Marianic, rejuvenecida por la dicha de ver al fin su bello ideal realizado; luego entraron sin ruido ni aparato en aquella quinta de Kerdouarnec, de donde había salido el pintor en otro tiempo con tanta amargura en el corazón. Ivo saborea allí en toda seguridad, como se lo había prometido Marianic, la paz del espíritu y los mimos de un afecto divino. Pero, ¡ay!, no ha vuelto á encontrar allí su talento de la juventud. Los disgustos y decepciones de los últimos años de su vida de artista le han quitado las ganas de perseguir nuevamente el éxito. La savia de la producción se agotó. De su profesión abandonada, lo único que le queda es el amor á la naturaleza bretona. Yendo y viniendo á través de la finca cuya explotación vigila, se entusiasma en presencia de las coloraciones del cielo y del mar, la frescura de los senderos y la poesía de los pinares. Pero se limita á admirar, sin que le vengan ganas de coger un pincel para fijar su impresión en un pedazo de lienzo. Tiene contra la pintura un odio parecido al que un bebedor novicio siente contra un vino fuerte que le ha intoxicado. Sin embargo, alguna vez, en la época del Salón, leyendo en su periódico los detalles del barnizado y el juicio de los cuadros en evidencia, permanece largo tiempo melancólico. Recuerda los brillantes éxitos de antaño; piensa que aquel mismo cronista le prodigó, en tiempo de su gloria, frases encomiásticas exactamente iguales, y cruza por sus ojos un rayo de tristeza. Entonces Marianic le quita suavemente el periódico; atenta y pronta á leer en el corazón del que ama, le lleva con una caricia fuera de la casa. Se van lentamente por los paseos del antiguo jardín hasta la terraza en que el vivero duerme bajo una capa de lentejas verdes. La brisa marina les trae el rítmico mecimiento de las olas, el susurro del castañal, y Marianic, señalando á Ivo, con un gesto amplificado, el pinar onduloso y azulado, parece decirle á poca diferencia como en la *Imitación:* «¿Qué podrías ver en otra parte que no puedas ver aquí? Aquí tienes el cielo, la tierra y el mar, y estos son los elementos de la verdadera y eterna belleza.»

FIN

REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES

Concurso de carteles anunciadores de la fábrica de cigarrillos «Paris»

En el número 1.040 de La Ilustración Artística nos ocupamos extensamente del notable concurso de carteles organizados en Buenos Aires por el acaudalado industrial Sr. Malagrida, y en el artículo que entonces publicamos de nuestro corresponsal artístico y literario en aquella capital Sr. Solsona, se consignaban todos los datos referentes á aquel certamen, al cual acudieron artistas de todo el mundo y en el que se adjudicaron importantes premios.

Completando nuestra información gráfica, reproducimos en las siguientes páginas algunos de los carteles que obtuvieron primeros y segundos accésit, como son los de Laureano Barrau, de Barcelona; Manuel Mayol, de Buenos Aires; V. P. Tapin, de Buenos Aires; Alvin Gaspary, de Buenos Aires (primeros accésit); Francisco Benesch, de Lomas de Zamora (Buenos Aires); P. Tera, de Buenos Aires; Fernando Alberti y Barceló, de Madrid; Belmiro de Almeida, de Río Janeiro; Arturo Foache y Max Hubener, de París, y Giovanni Carpanetti, de Turín.

Todos estos carteles responden perfectamente á lo que hoy se exige del anuncio artístico; todos están hechos de manera que forzosamente han de llamar la atención del que cerca de ellos pase, obligándole á fijarse, no sólo en la obra de arte, sino además en el llamamiento del industrial que recomienda sus productos.

No nos detendremos en analizar uno por uno los carteles que reproducimos, y únicamente haremos notar á nuestros lectores que aun dentro del mismo género y sujetándose á los cánones que en él rigen, puede el pintor conseguir efectos tan distintos como los que han logrado el catalán Barrau con su chula pintada con gran vigor, y el madrileño Alberti con su composición delicadamente poética en medio de la naturalidad con que está ejecutada; el brasileño Almeida y los bonaerenses Tapín y Gaspary con sus graciosas figuras infantiles, y el parisiense Max Hubener con esa esbelta figura femenina en cuyo lindo rostro y airosa actitud se reflejan la belleza picaresca y la elegancia de la *boulevardiere:* el bonaerense Mayol con sus dos tipos tan ajustados á la realidad que parecen sorprendidos por una máquina fotográfica, y el parisiense Arturo Foache con ese grupo de dibujo delicadísimo en el que una escena eminentemente española se nos ofrece adulterada, por decirlo así, pero al mismo tiempo embellecida por esa fantasía de que tan á menudo se dejan llevar los artistas extranjeros cuando tratan de cosas de nuestra patria; el argentino Francisco Benesch con su pierrot, cuyo blanco traje se destaca sobre un fondo de elegante carácter decorativo, y el italiano Carpanetti con esa gentil pareja de correctísimo dibujo y de acertada expresión, que al comunicarse el fuego de sus cigarros se dan el «beso de fuego,» que el artista ha puesto ingeniosamente por lema á su cartel, y el propio Benesch con su linda fumadora y el bonaerense Tera con su composición del estilo japonés más puro.

Desde las columnas de La Ilustración Astística reiteramos nuestro aplauso al Sr. Malagrida y felicitamos al jurado, en cuyo fallo, á juzgar por los carteles premiados, han presidido la mayor imparcialidad y el mejor acierto. – M.



Cartel de G. Carpanetti.-2.º accésit, 200 fcos. Cartel de B. de Almeida.-2.º accésit, 200 fcos. Cartel de F. Alberti.--2.º accésit, 200 fcos. Cartel de F. Benesch.--2.º accésit, 200 fcos.



Cartel de A. Gaspary.-1er. accésit, 250 fcos. Cartel de P. Tera.--2.º accésit, 200 fcos. Cartel de M. Hubener.-2.º accésit, 200 fcos. Cartel de F. Benesch.-2.º accésit, 200 fcos.

REPÚBLICA ARGENTINA.-BUENOS AIRES.-CONCURSO DE CARTELES ANUNCIADORES DE LA FÁBRICA DE CIGARRILLOS «PARIS.» Carteles premiados (de fotografías remitidas por D. J. S.)



Cartel de L. Barrau.-1er. accésit, 250 francos Cartel de A. Foache.-2.º accésit, 200 fcos. Cartel de M. Mayol.-1er. accésit, 250 fcos. Cartel de V. P. Tapin.-1er. accésit, 250 fcos.

República Argentina.-Buenos Aires.-Concurso de carteles anunciadores de la fábrica de cigarrillos «Paris.» Carteles premiados (de fotografías remitidas por D. J. S.)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 27 de enero de 1902 — Núm. 1.048



EL CONQUISTADOR, cuadro de Agache



CRÓNICA DE TEATROS

Gran mes de estrenos. Los ha habido en todos los teatros, y como en Madrid van al teatro trescientas mil personas con afición constante, han conseguido las empresas unas fiestas de Pascuas muy lucrativas y un principio de año muy fructuoso.

En el Español, á falta de obra nueva de autor de la tierra, se le ocurrió á la dirección poner en escena el *Cyrano de Bergerac,* que produjo en doce días cuatro mil duros de entradas y cuatro mil disgustos.

Grande fué el *lío,* como se dice en la jerga moderna, que se armó con tal motivo. La empresa de la Comedia protestó, denunciando la violación del contrato existente entre el concesionario del Español y el Ayuntamiento. En dicho contrato se dice de un modo terminante que sólo podrán representarse en aquel teatro obras originales de autores españoles. La empresa tenía permiso del alcalde para hacer el *Cyrano.* La comisión mixta de autores nombrada por el Ayuntamiento y la empresa para asesorar á la corporación municipal en casos dudosos, no fué consultada y dimitió. La Sociedad de autores dió la razón á dicha comisión y pidió el cumplimiento del contrato... Se habló de esto en todos los periódicos, hubo polémicas, crónicas, alboroto en los teatros...

¿Y qué ha sucedido después? ¿Cuál ha sido el resultado?

¡El mismo de siempre en España! Que se ha hecho el *Cyrano,* que no se ha anulado el contrato, que todo queda como estaba. Vivimos en el mejor país del mundo, porque en él todo se puede hacer impunemente. Las leyes, los reglamentos, no pueden ser mejores. ¡Pero no se cumple ninguno!

En dicho teatro Español se ha estrenado una pieza de Novo y Colson, titulada *El pecado de Adán,* que ha gustado mucho; y al escribir esta crónica salgo del estreno de una refundición del *Castigo del pensé que,* magistralmente hecha por D. Francisco Villegas *(Zeda),* que ha sido aplaudidísima, mereciendo, por raro caso, el refundidor los honores de la escena. Desde que el público pidió que se presentase Ayala cuando refundió *El alcalde de Zalamea,* no habíamos visto á ningún autor de refundición llamado á la escena con la insistencia de anoche.

Es que una refundición es tarea muy pesada, muy difícil y muy peligrosa, y no todos los literatos son capaces de hacerlas. Y la responsabilidad de poner nuestras manos en obras de aquellos ingenios inmortales del siglo XVII, no puede ser más grande.

* * *

Vamos ahora con el *conflicto* del Español, que tanto ruido ha hecho: *parturiens mons...*

El Sr. Pérez Galdós, autor de una comedia, reparte los papeles como mejor le parece, en uso de su perfecto derecho, y da el principal, el más importante, á la señorita Moreno. La señora Cobeña quiere recabar para ella el honor de estrenar la obra. La prensa toma parte en este asunto y le da la razón al autor, como no podía menos de ser. La señora Cobeña declara que no ha querido imponerse á nadie, y aquí no ha pasado nada.

Pues de todo esto se ha hecho una *cuestión del día,* porque aquí en Madrid somos únicos en darle importancia á lo que no la tiene. Al público le es igual que haga las obras esta ó la otra actriz; lo que pide es que las obras se hagan bien y que le gusten. Pero lo que hay que ir mirando despacio, y es de esperar que la Sociedad de Autores pondrá mano en ello, es la creciente indisciplina de los actores, los cuales no vivirían sin las obras que los autores producen, y sin embargo no perdonan ocasión ni momento de rebelarse. Y como en los teatros no hay dirección y manda en ellos todo el mundo, el estado normal es la anarquía más ó menos mansa.

Cesó de ser director en el teatro Español D. Federico Balart, y no se ha nombrado otro y así anda ello, porque Emilio Thuiller al fin y al cabo es un *compañero* de los actores que dirige, y para mandar no hay que ser compañero, sino jefe.

* * *

El teatro de la Comedia dió con la obra de Pascuas, y la titulada *Tortosa y Soler,* arreglada del francés por Abati y Reparaz, ha llegado triunfante á la vigésima representación. Es obra esencialmente cómica, y ha sido primorosamente ejecutada. Con actores como Rubio, Matilde Rodríguez y Rosario Pino, el autor va siempre seguro. La traducción ó arreglo está muy bien hecha, porque Abati es gran conocedor de la escena y en las pasadas Pascuas ha logrado el éxito en tres teatros á un tiempo.

Las flores, á pesar de los pesares, también han durado muchos días en los carteles, y es muy probable que con esta obra suceda lo que con otras muchas que hoy son del repertorio corriente. Pasada la primera impresión, la batalla con el público de la primera noche, los apasionamientos y las discusiones, hay obras que se levantan y entran de lleno en juego. Fracasos fueron *Don Juan Tenorio* y *Marina* y tantas otras, y han quedado después como obras inmortales. Y *Las flores* no fueron un fracaso, y por eso han vivido treinta días, y se harán en provincias mucho. Ya dije mi parecer sobre esta obra, que me resultó monótona, demasiado andaluza y demás cosas que dije. Pero la opinión personal del que hace crítica no suele ser fallo definitivo. De más de una comedia mía dijeron críticos de antaño que no vivirían ni una semana, y hace treinta años que se representan.

* * *

D. Eugenio Sellés, empeñado en llevar al género chico el género serio, hace esfuerzos muy loables, pero la empresa es sumamente peligrosa.

En la Zarzuela se ha estrenado *La nube,* de este ilustre académico, que va por los caminos de *La balada de la luz* y *La barcarola.* Es un dramita en un acto con siete ú ocho números de música y una tirada de quintillas muy bien dichas por Valentín González.

Pasó, pero vivirá poco, porque en esos teatros por horas no suelen arraigar las obras serias. Acaso la excelente música de Vives defienda la obra algún tiempo, porque este insigne músico catalán tiene mucho talento y escribe unas partituras preciosas. Pero el asunto de *La nube* no interesa, á pesar de la buena ejecución por parte de Lucrecia Arana.

En cambio *El bateo* lleva cada noche más gente al teatro, y está, á la fecha en que escribo, en las ochenta representaciones.

* * *

En Eslava, la revista, ó lo que sea, titulada *Enseñanza libre,* atrae al gran público amante de las cosas *verdes.* ¡Oh, sí! Como obra libidinosa no tiene rival, y esto es lo que priva. Hace diez ó doce años se decía en Madrid que los franceses eran los más atrevidos y descocados para decir en la escena frases y palabras gordas, pero hemos llegado á darles ciento y raya en eso de sacar á las actrices desnudas y en hacer chistes de color subido. No hay más que una diferencia, y es: que en Francia esas cosas se dicen con cierto *esprit,* y aquí *en crudo.* Y cuanto más crudo, mejor.

También se ha estrenado en aquel teatro una zarzuela aragonesa titulada *El olivar,* de dos jóvenes autores, que ha obtenido muy buen éxito. Pero lo que allí priva es *lo otro,* buenas mozas en traje de *Evas,* palabras de doble y de triple sentido, triple extracto de la pornografía en boga.

Estamos como en los tiempos de absolutismo de los Felipes de Austria. Con tal de no tocar al rey ni á la religión, los autores del siglo XVII podían despacharse á su gusto. Y lo mismo ahora.

En Apolo *¿Quo vadis?* va á reponer á la empresa de las pérdidas de tres meses, que han debido ser grandes, porque como los teatros viven de las obras y las que allí se estrenaron no dieron resultado ninguno, el público se alejó; pero Sinesio Delgado, con una humorada graciosísima, revista retrospectiva, ha vuelto á atraerle, y hay *¿Quo vadis?* para muchos días.

También en esta obra se rinde culto al desnudo, y los ojos pecadores se recrean en la contemplación de la belleza, que en aquel teatro está muy bien representada.

Decorado, trajes, efectos de luz, mujeres muy bonitas, ¿qué más podía pedirse á una obra de Pascuas? Sinesio Delgado, gran conocedor del teatro de Apolo, llevó la obra que al teatro le hacía falta, y el resultado no ha podido ser más productivo.

* * *

El teatro Real ha encontrado su *estrella,* cosa difícil en estos tiempos, primero porque las estrellas son raras, segundo porque cuestan muy caras y tercero porque si vienen de fuera hay que pagarles en francos, lo cual es siempre molesto.

María Barrientos ha obtenido un triunfo colosal, inmenso. No podía por menos de ser así, porque canta admirablemente y tiene una gran figura teatral. El abono, el dificultoso abono del regio coliseo, la ha recibido con los brazos abiertos, y el público, el gran público, le ha hecho grandes ovaciones. Ella sola puede llenar la sala de nuestro primer teatro lírico durante muchas noches, y Luis Paris puede decir que ha dado con la piedra filosofal de esta temporada.

Y aunque me maldigan los wagneristas, he de hacer constar que los éxitos mayores logrados por esta artista lo han sido en aquellas obras que se llaman antiguas y ñoñas, en las óperas italianas que aún oímos con gusto los hombres de la generación anterior. ¿Qué le hemos de hacer? Lo que entra con el capillo, sale con la mortaja.

* * *

Hay un teatrito allá en la calle de Santa Brígida que se llama el teatro Martín, y en él cuesta la entrada muy poco dinero y suelen explotarlo empresarios jóvenes, deseosos de gloria y decididos á dar á conocer muchas obras nuevas.

Este año lo dirige González Hompanera, que de aventajado aficionado de la Sociedad Echegaray ha pasado á ser distinguido primer actor de aquel popular teatro.

En él ha estrenado varias obras, entre ellas *Los Ximénez de Quirós,* de D. Rafael Santa Ana, que ya en *La victoria del general* había demostrado sus especiales dotes de excelente autor cómico. *Los Ximénez de Quirós* obtuvieron éxito muy feliz y el público ha acudido á ver la comedia durante muchas noches, y á ella ha sucedido en los carteles otra del género atroz, en la que salen jesuítas y son puestos como un guiñapo, y uno de ellos se arranca los hábitos, y el general de la Compañía se suicida, y el público entusiasmado pide *La Marsellesa* y el Himno de Riego y hasta pide *que hable* el autor, y éste se adelanta y grita «¡Viva la libertad!,» y todos contentos

La obra es del género populachero más subido y está escrita para hacer ruido, y además bastante mal escrita; y como ahora todo eso está en moda, hasta que pase, pues... el público la sigue, y el mundo continúa dando vueltas, y por ese camino no es como se han de combatir ciertas cosas.

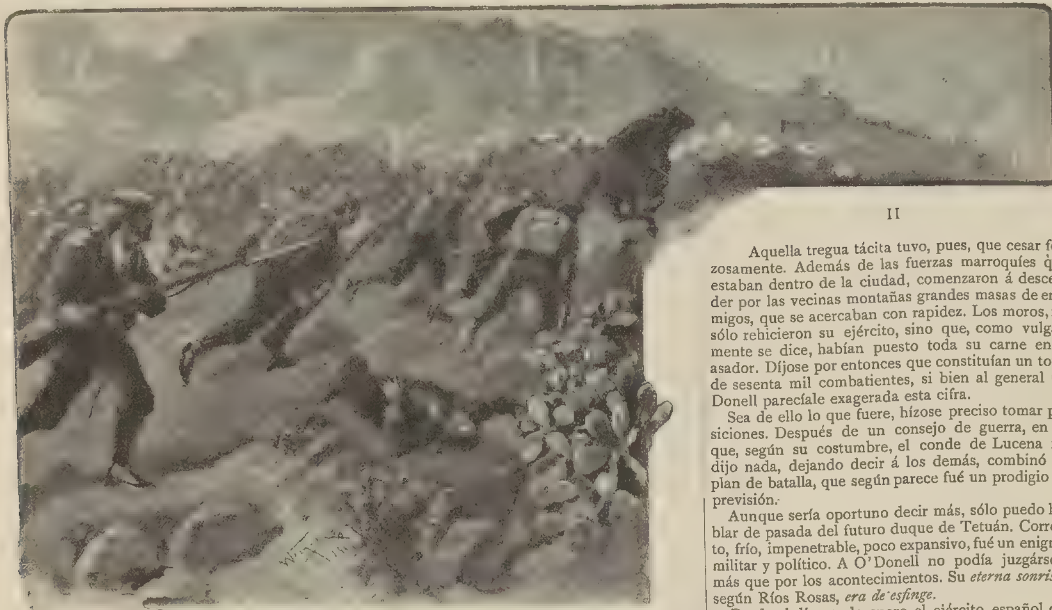
* * *

A la hora de cerrar esta revista me dicen que acaso no se verifique hoy el estreno de *Las vírgenes locas* en la Comedia, por indisposición del actor Morano, y para no perder tiempo dejo para la próxima la reseña de lo que ocurra.

Las vírgenes locas parece un título evangélico, y sin embargo quiere ser traducción del título francés de la obra, porque se trata de un arreglo de *Les demi-vierges,* de Marcel Prevost. Claro es que no era posible traducir el título al pie de la letra, porque á nuestro público le hubiera parecido muy crudo, pero pudiera haberse buscado otro que no recordase los santos libros.

Veremos cómo resulta; la empresa es muy difícil, porque la comedia francesa es sumamente subida de color..., pero con traductores tan expertos como Llana y Francos Rodríguez no hay que temer nada.

Eusebio Blasco.



Los voluntarios catalanes avanzan (dibujo de N. Vázquez)

TETUÁN

EPISODIO DE LA GUERRA DE ÁFRICA

I

Eliodoro del Busto era un joven de veinticuatro años de edad, cordobés, poeta y escritor por gusto y telegrafista *pane lucrando*. Su prosa valía más que sus versos (sin ser éstos malos), y en una novela suya que yo he leído, cuyo título he olvidado, y que no sé por qué se ha eclipsado para la posteridad, dió gallarda muestra de un estilo vivo, impetuoso y nutrido de pensamientos. Poseía además otras cualidades; hablaba francés, inglés é italiano casi correctamente, tenía ribetes de botánico y conatos de dibujante; pero su principal relieve consistía en ser sumamente romántico y aventurero. No pudo ir con los argonautas á la conquista del vellocino, ni con Colón al descubrimiento de un nuevo mundo; pero cuando llegó su tiempo y surgió la guerra de Africa de 1859 entre España y el sultán de Marruecos, puso todo su empuje, que no era poco, en ser incluído en la sección de telegrafistas de campaña que acompañaron al ejército español.

El general en jefe de éste, D. Leopoldo O'Donell y Joris, antes de comenzar la campaña reconoció las costas marroquíes á bordo de un buque de guerra, y como no pudo iniciar aquélla, según su deseo, desembarcando en Malahsbat, por cuestión de aprovisionamientos, ni en Tánger, por oposición de Inglaterra, tuvo que hacerlo en Ceuta, emprendiendo desde allí una ruta fatigosa y llena de peligros para las armas españolas, que los soldados bautizaron con el nombre de *Camino del diablo*. Benzú, el Boquete de Anghere, el Serrallo, la casa del Morabito, los Castillejos y Cabo Negro constituyen los gloriosos jalones de esta *vía dolorosa*, olvidados en esta generación por otros nombres funestos.

Cuando después de dos meses de lucha y de jornada llegó el ejército español á la campiña de Tetuán, saludó con una inmensa aclamación á la *ciudad santa*, que se extiende pintorescamente con sus blancos edificios y azoteas, que recuerdan los de las poblaciones andaluzas.

Eliodoro del Busto, poeta y dibujante, se embebeció en la contemplación de aquel mágico panorama. En todo el campo de Tetuán no había ni un solo hombre, exceptuando algunos muy ancianos; todos estaban en armas combatiendo contra el invasor. Pero la mayor parte de las huertas, alquerías y chozas hallábanse habitadas por mujeres y niños, que substituían á los hombres en sus faenas agrícolas y que no habían querido abandonar sus hogares, confiados en su fatalismo musulmán y en la voz que cundió de que el general español había dado órdenes terminantes para que fuesen respetadas las vidas y haciendas de los moradores pacíficos.

Frente á la parte del Sur de la ciudad se eleva una cordillera de montículos, y en la cañada que forma la derivación del terreno veíase entonces una casucha deteriorada por la acción del tiempo y que no obstante este deterioro estaba habitada por un personaje conocido en los alrededores con el extraño apodo de *Santón de la tarde*.

Este santón tenía una nieta huérfana que vivía con él, y á la que por serlo denominaban la *santita*.

En Marruecos, como es sabido, abundan los santones, clase respetable, mas para mí incomprensible; porque supuesto que en el dogma del Islam no hay infierno, ¿qué van ganando con su ascetismo y mortificaciones? El santón de que me ocupo se llamaba Muley Bermecí, era sexagenario, fanático, feroz enemigo de los cristianos, constante propagador de los preceptos del Alcorán, muy especialmente de la oración de la tarde, puesto que «el hombre, que peca tantas veces al día, necesita purificarse para dormir tranquilo.»

Lulí, nieta del Santón, era una muchachita de trece años de edad, pero tan desarrollada que representaba algunos más. Según Eliodoro del Busto, por quien supe todas estas cosas, Lulí era muy linda, inteligente y graciosa, y como criada en las cercanías de Ceuta, hablaba español bastante bien.

Aunque reinaba tranquilidad en la comarca de Tetuán, no se olvidaban las precauciones militares, entre otras la de patrullar continuamente de día y de noche, á pie y á caballo. Un batallón del regimiento del Rey estaba exclusivamente encargado de escoltar al telégrafo de campaña; de esta fuerza destacábanse á diario patrullas que recorrían el campo, y Eliodoro aprovechaba estas ocasiones de pasear con seguridad, sobre todo en compañía del sargento Ramírez, amigo y paisano suyo.

En una de estas excursiones el poeta telegrafista encontró á Lulí junto á una fuente próxima á la casa del santón. Como ambos eran jóvenes y alegres, simpatizaron y, digámoslo así, se compenetraron. Lulí imitaba muy graciosamente á personas y á animales, Eliodoro dibujó el retrato de la muchacha y se lo regaló, sin tener en cuenta que los preceptos muslímicos prohiben la reproducción de la figura humana; y con estas cosas hacían agradables sus frecuentes entrevistas.

Pero la ausencia de enemigos y el deccanso de que tanto necesitaba el ejército, no podían ser duraderos.

Los exploradores habían visto masas de marroquíes venir hacia las montañas, y dentro de la ciudad se percibían ruidos de aprestos belicosos; de suerte que estas expansiones juveniles debían terminar ó suspenderse en breve.

II

Aquella tregua tácita tuvo, pues, que cesar forzosamente. Además de las fuerzas marroquíes que estaban dentro de la ciudad, comenzaron á descender por las vecinas montañas grandes masas de enemigos, que se acercaban con rapidez. Los moros, no sólo rehicieron su ejército, sino que, como vulgarmente se dice, habían puesto toda su carne en el asador. Díjose por entonces que constituían un total de sesenta mil combatientes, si bien al general O'Donell parecíale exagerada esta cifra.

Sea de ello lo que fuere, hízose preciso tomar posiciones. Después de un consejo de guerra, en el que, según su costumbre, el conde de Lucena no dijo nada, dejando decir á los demás, combinó su plan de batalla, que según parece fué un prodigio de previsión.

Aunque sería oportuno decir más, sólo puedo hablar de pasada del futuro duque de Tetuán. Correcto, frío, impenetrable, poco expansivo, fué un enigma militar y político. A O'Donell no podía juzgársele más que por los acontecimientos. Su *eterna sonrisa*, según Ríos Rosas, *era de esfinge*.

Desde el día 27 de enero el ejército español comenzó á apercibirse á la batalla, que parecía inminente. Por la parte del Guad-el-Jelú no había que temer, y el objetivo era atraer al enemigo, no muy previsor, lejos de la plaza y á las escasas planicies en donde podían jugar la artillería y caballería combinadas. El tiempo, metido en agua, no era á propósito para acciones de guerra, pero hubo que sufrirle en vista de la inminencia del ataque.

El cuartel general estaba junto á la Aduana, cerca de Río Martín, y desde este punto desplegáronse las tropas, algo diseminadas y por batallones para formar línea de combate que no pudiese ser envuelta por las superiores fuerzas de los moros.

El general Prim, que con su división había salido al encuentro de los voluntarios catalanes, que arribaban, para honrarlos y escoltarlos, no pudo tomar parte en esta acción de guerra, que si bien sangrienta, fué breve.

El tiempo amenazaba lluvia y el terreno estaba húmedo y encharcado, lo cual inquietaba al conde de Lucena, que comprendía que la rapidez de los movimientos decide la mayor parte de las veces la suerte de las batallas. Pero ¿qué hacer? Aproximábanse grandes masas de marroquíes, en tal número, que no cesaban de bajar de las montañas, aunque sus avanzadas pisaban ya el terreno del combate. El príncipe Muley-el-Abbas, generalísimo de los moros, faltó tal vez á sabiendas á un axioma estratégico que prescribe *cortar las alas al pájaro para cogerle*, y fiado quizá en su superioridad numérica, rebasó el ala izquierda del ejército español, que muy acertadamente no le disputó el paso, y atacó impetuosamente al 2.º cuerpo, mandado por el general Zabala. Los regimientos de Arapiles, Simancas Toledo y Chiclana, total unos cinco mil hombres, tuvieron que luchar contra cuadruplicadas fuerzas, y hubiéranlo pasado mal por la siguiente causa: comenzó á llover tan desaforadamente, que á los pocos minutos el terreno, ya blando, se encharcó por completo, y el ala izquierda, con la que contaba O'Donell para envolver al enemigo, tuvo que prescindir de la artillería para socorrer á la 2.ª división; puesto que apenas pudieron maniobrar la infantería y caballería, dando lugar á que aquélla se hallara en grave riesgo. Pero Zabala mandó formar *cuadros oblicuos* con tal precisión y constancia, que hicieron recordar á los militares los famosos de los escoceses de Waterloo; y merced á tan heroica resistencia, pudieron ser socorridos por el ala izquierda de Turón y por la división de reserva de Ros de Olano. Cuando terminó la batalla, el general en jefe entusiasmado, quizá por primera vez en su vida, pasó por entre aquellos bizarros batallones exclamando: «¡Viva la infantería española!»

Desde aquel momento, atacados de frente y por un flanco, los moros sólo procuraron la retirada, que efectuaron en buen orden, merced á sus numerosas fuerzas. Unos entráronse en la ciudad y otros, ha-

biendo cesado la lluvia, ganaron como pudieron las vecinas montañas.

La llegada del general Prim al frente de los voluntarios catalanes vino á colmar la satisfacción del ejército. Eran próximamente quinientos, vestidos á usanza de su país, con fusiles, cananas al cinto y cubiertos con la clásica barretina. Fueron acogidos con aclamaciones de «¡Viva España! ¡Viva Cataluña!» El conde de Reus pronuncióles una arenga extensa y brillante. Cuando terminó, un jefe catalán le dijo:

– Todo eso está muy bien, mi general, pero el caso es que hemos llegado tarde.

– Ya nos resarciremos, contestó Prim irguiéndose en su caballo.

III

Desde este día, 28 de enero, el general en jefe pasó tres ó cuatro en febril agitación, pues comprendía lo peligrosos que son los intervalos en la guerra. Esperó á que mejorara el tiempo; mas viéndole indeciso, fijó para el 2 del mes próximo la continuación de las operaciones de campaña.

El día marcado era de fiesta, y después de la misa de campaña, á las nueve de la mañana, viendo que no llovía, el conde de Lucena ordenó que los cuerpos de ejército ocuparan las posiciones que tenían señaladas de antemano. Turón mandaba el ala izquierda, Quesada la derecha, Zabala el centro, Ros de Olano la retaguardia y á Prim se le encomendó la misión de acudir con su división adonde fuera menester.

Las fuerzas de que se componía el ala derecha eran las más numerosas y las que llevaban más poderosa artillería.

El general en jefe dió la señal de ataque.

Las baterías del general Quesada hicieron fuego contra la plaza, con balas de á 24 para abrir brecha en el muro, y con granadas para rebasarle; los moros contestaron con los cañones emplazados en la muralla y con nutrido fuego de espingarda.

Al Este y al Norte de la ciudad era casi imposible situar artillería eficaz; porque en más de dos kilómetros en redondo el terreno era un inmenso pantano.

Poco después sucedió una cosa inexplicable, que más adelante aclarará el relato.

El telégrafo de campaña (ocioso á la sazón) hallábase situado naturalmente fuera de la acción del fuego, hacia el lado del Sur, y allí Eliodoro del Busto, en pie, pero teniendo á su lado un jacucho en que solía cabalgar, observaba con un anteojo las operaciones de la división Quesada, haciendo contorsiones de impaciencia. Ya sabemos que dos compañías del regimiento del Rey estaban encargadas de escoltar el telégrafo, y cuando el joven telegrafista y escritor hallábase más embebecido en su observación, acercósele su amigo y paisano el sargento Ramírez y le dijo:

– Eliodoro, ahí te busca una muchacha.

– ¿A mí?

– Sí, ven; está aquí cerca.

La muchacha era Lulí, la nieta del *Santón de la tarde*. Los dos jóvenes cambiaron algunas palabras; después, ella alejóse apresuradamente de la fuerza avanzada, y viendo dos escuadrones que desprendiéndose de la división Zabala amenazaban obstruirla el camino, dióse á correr en dirección á la cordillera, cerca de la que habitaba. Eliodoro á su vez acercóse al telégrafo, muy preocupado, como si tratase de transmitir algún despacho, mas sin duda varió de idea á consecuencia de lo que vió á través de su enfilado anteojo. Vió al general Prim con su división que primeramente dirigióse hacia el sitio en donde operaba el general Quesada, como para reforzarla; mas no fué así, el jefe catalán mandó un cuarto de conversión, y sin reunirse con aquél, siguió marchando hacia el Sur de la plaza.

Entonces Eliodoro, comprendiendo ó creyendo comprender este movimiento de Prim, montó en su jamelgo, espoleóle vivamente y saliendo al encuentro del conde de Reus, cambió con él algunas palabras.

Prim hizo alto.

Desde entonces los movimientos estratégicos fueron tantos y tan rápidos, que se hace difícil describirlos; mas trataré de aclararlos por si el lector se impacienta, según el relato que de ellos me hizo el poeta telegrafista. Lulí la *santita*, que era alentada, como ya sabemos, creyendo en peligro á Eliodoro, como si éste tuviera necesidad de arrostrarle, le buscó en el telégrafo para decirle:



CIGARRERAS, cuadro de Gonzalo Bilbao

– No vayas, no te aproximes al muro fronterizo á la cordillera; allí hay una mina, ¡pólvora, mucha pólvora!

– ¿Cómo lo sabes?, preguntóla naturalmente el joven cordobés.

– Se lo he oído decir al abuelo; los que se acerquen volarán descuartizados.

Eliodoro, agradecido y sobresaltado, despidió á la niña mora y pensó advertir al general en jefe; mas notando el movimiento de Prim, á cuya división habíanse agregado tres baterías, supuso que éste se encaminaba al Sur de la plaza que, no obstante el foso, era la parte más débil; y saliendo á su encuentro, le enteró de la advertencia de Lulí.

Por esto el conde de Reus hizo alto. Parecíale algo inverosímil la noticia, mas no obstante la tuvo en cuenta. En efecto, llevaba orden de cañonear la plaza por el Sur, secundando la acción del general Quesada. En esto, comenzó á llover de pronto y desaforadamente, como sucede con frecuencia en Africa.

Entretanto, la artillería había abierto en el muro una brecha como de quince ó veinte metros, los moros hacían fuego entre los escombros y desde lo alto de la muralla; el general Quesada, no obstante, manda avanzar los batallones de Segorbe y Arapiles con el doble objeto de aproximarse á la brecha y de evitar el fuego de los cañones de la plaza, situándose muy debajo de ellos, cuando he aquí que la *guardia negra* rebasa el boquete y se presenta á pecho descubierto, haciendo detener el avance de los sitiadores. Prim entonces se alborota, pide un puesto de honor á Quesada, Arapiles y Segorbe se repliegan á los costados, y el conde de Reus, al frente de los voluntarios catalanes, que ansían batirse, se adelanta hacia el muro.

Aquí se hace aún más imposible la narración.

Los voluntarios catalanes avanzan y la guardia marroquí no retrocede; así es que muy pronto unos y otros se confunden en una lucha de la Edad media, en donde la ventaja está de parte de los negros, porque llueve incesantemente, y el terreno, ya muy reblandecido, se transforma en un extenso pantano, en el que éstos, más acostumbrados y descalzos de pie y pierna, se revuelven mejor. Es un combate no sólo á arma blanca, sino á golpes, sirviendo de mazas los fusiles. Afortunadamente duró poco, porque los batallones replegados diezmaban con su fuego á los sitiados más próximos á la muralla. Vuelven éstos la espalda y éntranse atropelladamente por el boquete; algunos soldados y catalanes los siguen, y Prim, cuyo caballo árabe había caído herido en el pecho como los valientes, sigue á éstos también.

En esto se presenta un ayudante del general en jefe; era Antonio Campos, tan conocido en la buena sociedad de Madrid, que después de haber derrochado una fortuna, reanudó en Africa su carrera militar. Alcanza al conde de Reus ya dentro de la plaza y ordena que todos salgan y que nadie entre.

Prim, excitado, vacila en obedecer la orden, pero Campos le informa de que al día siguiente se rendirá la ciudad, entablándose negociaciones de paz.

En efecto, el 2 de febrero de 1860, día en que celebra la iglesia la fiesta de la Candelaria, el pabellón español ondeaba en lo alto de la alcazaba de Tetuán. La guarnición mora de la plaza habíala evacuado, saliendo por la parte opuesta al campamento español y ganando los vecinos montes sin ser molestada, por la doble razón de que la paz era ya casi un hecho, y por aquello de que *al enemigo que huye, puente de plata*.

IV

Unos días después recibí yo en Madrid una carta de Eliodoro del Busto, fechada en la ciudad rendida, y paréceme oportuno citar algunos párrafos de ella que se relacionan con esta narración.

«Sí – decía el joven telegrafista – pronto nos veremos. So color de una supuesta enfermedad de mi madre, he pedido y obtenido permiso para regresar á España. Aquí me aburro y la patria no necesita ya de mis valiosos servicios. He entrado triunfante en la *Paloma Santa* del islam y en ella he presenciado una corrida de novillos; he visto en nuestro campamento al príncipe *Mulé llevas* haciendo la zalemasá nuestro general en jefe; ¿qué me queda ya que ver?»

«En verdad que no sé cómo te escribo en este tono chancero cuando tengo una espina clavada en el corazón. Ya conoces el episodio de Lulí. ¡Pobre Lulí, tan graciosa, tan inteligente! Ha muerto, y lo triste es que ha muerto en cierto modo por mi causa é inútilmente. Porque después de un minucioso reconocimiento, lo de la mina ha resultado una noticia falsa, una lucubración de ese maldito santón que soñaba despierto y tomaba sus sueños por realidades.»

«Cuando reinó la paz, que para mí es la *paz de Varsovia*, me apresuré á buscar á Lulí. Fuí á su casa. El santón Bermecida ha desaparecido, pero la *santita* estaba allí, muerta sobre un camastro y velada por una vecina huertana. Habíanla encontrado moribunda al pie de la cordillera. Estaba herida de bala en un hombro, pero tan levemente, que no debió morir de esto, sino de pérdida de sangre, cansancio y tal vez de miedo, aunque era animosa.»

«La hice enterrar en el cementerio de Tetuán, y sobre una tabla pintada de azul el sargento Ramírez, de quien ya te he hablado, que es pendolista, trazó en letras blancas los siguientes versos:

»Murió á los trece abriles y era graciosa y bella;
Por salvar otras vidas dió la suya Lulí.
¡Oh tierra de la muerte, no peses sobre ella,
Que ella bien poco hubo pesado sobre ti!»

F. MORENO GODINO.



TIPOS Y COSTUMBRES DE ANDALUCÍA

DIBUJOS INÉDITOS DEL NOTABLE Y MALOGRADO ARTISTA ESPAÑOL VALERIANO D. BÉCQUER

LOS ENCANTOS DE LA VOZ

Siempre felices, á todas horas, en todos los instantes. Ella no cesaba de imaginar nuevos y amorosos atractivos; él, adorándola, estremecíase al placer de cada sorpresa.

Enrique daba lecciones de música; era el profesor predilecto de las damas. Pero Mercedes nunca fué celosa. Le aguardaba sin mortificadoras impaciencias, cada tarde, mientras él era objeto de cultas distinciones y hasta de preferencias insinuantes entre sus encopetadas y seductoras discípulas.

El profesor de música «no perdía el compás;» iba de casa en casa y de agasajo en agasajo, rígido y sonriente, como si no tuviera nervios ó su cuerpo fuese de un barro insensible. Nada pudo nunca distraer su oído, atento solamente á las notas, ni su alma, del todo embebecida en el amor de Mercedes.

Volvía siempre agitado, subiendo la escalera en cuatro brincos y con ansia de llegar, de verla, de abrazarla, de recibir de sus ojos aquella luz embriagadora, fuente de vida.

Juntos, muy juntos, hasta el momento de salir Enrique... ¡Tenían tantas cosas de que hablar!, y sólo hablaban de una: de su cariño, de sus adoraciones, de sus venturosos ensueños. Y aquel diálogo intenso, vibrante, con las voces enronquecidas por las emociones, no tenía fin: siempre repetido, siempre nuevo, siempre fascinador.

Una tarde, por no haber hallado á una de sus discípulas, Enrique anticipó su regreso; Mercedes no le aguardaba, como de costumbre, junto á la puerta, y él subió despacio para que no reconociera las pisadas; quería sorprender á un ángel.

Una voz dulcísima cantaba la cavatina del *Barbero* y aquellas notas envolvieron su alma de músico en emociones incomprensibles. Se detuvo para escuchar. Era la vez primera que algo desconocido, extraño á su pasión, le distraía de sus amores.

Cesó el canto, y Enrique se puso en dos brincos frente á la puerta de su casa.

Mercedes cosía tranquilamente.

¡Qué gusto!.. ¡Qué sorpresa!

Rieron, hablaron; pero á Enrique le hormigueaba una pregunta.

– ¿Oíste cantar?

– ¿Cuándo?

– ¡Ahora! ¿Sabes quién era?

– ¿Te gusta?

– Sí.

– Pues oye.

Y mirando á su marido con ternura, Mercedes repitió:

– *Una voce poco fa...*

Enrique la escuchaba en tal arrobamiento que aun después de acabar el canto permaneció inmóvil, con la boca entreabierta y las pupilas vidriosas. Aquella voz le sumergía en un placer intenso, en una ventura nueva.

Mercedes le sacó del paroxismo, dándole un beso en los labios.

– Tú..., tú..., repetía el feliz amante. Sí, ¡eras tú!

– Yo... ¿Te gusta?

– ¡Una delicia! Y ¿cómo no pensé nunca, ¡torpe de mí!, que tu voz sería celestial como tu hermosura, como tu alma, como tus amores?

Mercedes reía, reía graciosamente, reía satisfecha; él, humillado por su torpeza, torvo, ceñudo, revolviéndose contra sí mismo, contaba las horas que pasó ignorante de aquel prodigio, como el avaro calcula un tesoro que á su codicia escapa.

– Tres años, Mercedes, tres años, y sin esta casual revelación, acaso toda la vida. Ni soy músico, ni soy maestro, ni soy amante. Nada, nada; soy un pobrete, indigno de ti.

Mercedes reía, reía y le acariciaba; reía orgullosa de tanta adoración, reía besando al hombre, todo amor, todo humildad, todo suyo.

Y desde aquella noche comenzaron á estudiar fieramente. Llegaban á olvidarse de que se querían, y á su diálogo intenso y vibrante sucedió la canción sonora y dulce, como aquél, siempre repetida y siempre nueva.

En poco tiempo, Mercedes aprendió sutiles romanzas que hacían vibrar el corazón de su Enrique, y el feliz matrimonio pasaba noches enteras repitiendo muchas amorosas melodías, que derramaban en el ambiente de aquel hogar un sentimentalismo delicioso.

El pobre músico sentíase arrebatado por la voz de Mercedes; jamás las caricias de la mujer le parecían tan dulces como las notas de su garganta. La voz era el ideal y el símbolo de sus amores: las frases armoniosas, impresas en el papel, interpretábalas Enrique de varios modos cada vez que Mercedes las repetía; no hablaban el compositor ni el poeta: era la idolatrada, la bendecida, que hacía latir para él, sólo para él, aquellos imperturbables caracteres. Y el piano, acompañándola, respondía con sonoridades asombrosas á las ternuras de la voz; era un diálogo apasionadísimo, que aparecía suavemente bajo la música melodiosa; era el coloquio de las almas, que se difundía entre las vibrantes notas, como la palabra vuela por los hilos del telégrafo.

Salían poco, iban solamente á los Conciertos alguna vez y á la Opera de cuando en cuando. Pero á las músicas de las grandes orquestas, de los coros, de los concertantes, preferían *su* música, íntima y acariciadora, impregnada en delirios apasionados.

La curiosidad llevóles á oir *Hugonotes*, cantada por Morán, un tenor que se revelaba en su tierra después de ser aplaudido y estimado en todas las naciones cultas. Morán les hizo sentir lo que nunca sintieron fuera de su casa; la emoción apasionada, íntima, dulce, como si las notas del tenor acariciasen las almas. ¡Oh, un artista verdadero!

Y ligando tan recientes emociones á memorias antiguas, Enrique dedujo que Morán era un amigo de la niñez, su compañero en el Conservatorio, su inseparable... Su inseparable ¡y apenas le recordaba!

Sin duda Moran guardó más vivo el recuerdo, porque á los pocos días Enrique recibió una tarjeta y la visita del tenor.

Hablaron muy cariñosamente, hicieron confesión general. Enrique refería sus venturas, y le presentó á Mercedes. Morán era menos dichoso; errante por el mundo, muy aplaudido, muy admirado, pero sin un afecto verdadero, sin un amor grande, sin un hogar donde acogerse cuando la desgracia ó los años le arrancaran su tesoro. Sentíase rey, pero su corona era tan frágil que un aire podía quebrarla. Y los amores del artista son tristes, como los amores de los reyes. Las mujeres adoran al artista por su arte, como los hombres á la mujer por su hermosura. Dichosos mil veces los que alcanzan, libres de fascinaciones ilusorias, una caricia sincera, el contacto de un corazón con otro corazón.

Cuando Mercedes pronunció la última nota de *Lascialidir, tú m' ami,* Enrique dijo:

– ¿Ensayemos un dúo?

Las mejillas de Mercedes pusiéronse rojas como dos granadas y su voz temblorosa repetía:

– Eso no, eso no...

– ¿Por qué no?, replicaba Morán galantemente. A usted le sobran condiciones y arte. Sí: ensayaremos un dúo.

Enrique preparó á Mercedes para evitar á su amigo las molestias de los primeros ensayos; pero Morán iba todas las tardes con ánimo de repetir mil veces lo que fuera preciso: el ambiente de aquel hogar le atraía.

Cuando se unieron las dos voces en un solo ritmo, la de Mercedes tembló, como tiembla un pájaro al sentir el vuelo de un águila.

– No hay que asustarse. ¡Arriba!

Sus notas vibraban dolorosamente.

– Falta, falta mucho aún, dijo el maestro.

Ypulsando las teclas del piano prosiguió:

– Repetiremos otra vez.

El canto del hombre, poderoso y triunfante, hizo vibrar los cristales, chisporroteó como una claridad en el espacio, derramóse como una ternura infinita sobre las almas. El canto de la mujer, temeroso, indeciso apagábase, como una luz azotada por el viento.

De pronto alzóse vibrando, apasionado, fortalecido, radiante; la voz femenil era ya dominadora, firme, audaz; la pulsación del piano fué también más vigorosa: el entusiasmo caldeaba el ambiente.

Cedi, Raúl, se col mio danno posso
salvar tua vita, il danno mio sol bramo
deh non partir!.. Cedi... Odi...

El piano calló. La mujer dijo, delirando, como si en aquellas notas agonizase, muerta de amor, su alma:

¡Io t' amo!

Enrique alzó los ojos. Debía sumergir en sonoridades briosas aquella frase apasionada, y sus dedos inertes no se movían.

– ¡Sigue!, balbuceó Morán.

Quiso atender, y sus manos cayeron sobre las teclas produciendo un ruido estridente, inarmónico.

– No es eso..., gritó Morán.

– Sí..., ya sé... No es eso, dijo Enrique.

Mercedes, que hasta entonces había permanecido lánguida, inmóvil, como una estatua, humilló la cabeza sollozando:

– No puedo, no puedo...

Y un frío glacial penetraba en aquellos corazones.

Enrique, impaciente, aguardaba el día sin haber dormido en toda la noche.

Muy temprano salió de su casa, decidido, resuelto, dirigiéndose á la de Morán.

– ¿Qué ocurre?, dijo el artista despertando.

– Algo muy grave para mí. Si eres un hombre de corazón, escúchame.

– Habla.

– Ya sé que mi proceder no es... ni correcto siquiera... Pero no hay leyes que valgan cuando hago lo que me parece justo. Ella no es culpable: yo la obligué á cantar contigo, á comprenderte, á sentirte... ¡y tu voz la fascina, la enamora!

– No disparates.

– ¿Para qué ocultarlo, si es cierto? Dime la verdad: ¿la quieres?

– No hay duda; ¡estás loco!

– Porque si tú la quisieras, contigo sería dichosa; y á mi lado ¡no puede serlo ya!

– Piensa lo que dices y cálmate.

– Yo quiero que sea dichosa. Si el matrimonio se convierte para ella en esclavitud, no la quiero esclava. ¿La ley me la concede? Su voluntad es mi única ley. Mi vida es un reflejo de su vida; y si ella no es dichosa, ¿cómo he de serlo yo?

– Cálmate y reflexionemos. ¿Que mi voz la fascina? Es posible. ¿Que sería feliz á mi lado? No lo dudo. ¿Y después? El encanto de la voz es un engaño; el oído se acostumbra... Pero el corazón, ¡ese no se acostumbra jamás á los engaños! Vuelve á tu casa, vuelve á tus amores que son los verdaderos. Los delirios del artista pasan revoloteando como ligeras mariposas; el entusiasmo que despiertan es planta sin raíces... ¡Cómo quieres que luche mi voz con tu alma! Tú eres el sacrificio, yo la soberbia; tú sabes querer, yo sé avasallar: deja que pase algún tiempo y serás vencedor. Un hombre como yo podría turbar tus amores con placeres y torturas, pero no podría jamás arrojarte de un corazón apasionado. Pensad que las mujeres tienen alas, como los ángeles y como las palomas. Dejadlas volar, esperando que vuelvan al nido; ellas volverán á su nido, ilesas ó heridas, pero siempre rebosando amor. La rama que no sabe sostener su nido, nunca se alegra con el canto de los ruiseñores.

– ¡Morán!

– Vuelve á tu casa y que nada sospeche la infeliz.

– Adiós.

– Yo, muy lejos...

– ¡Gracias!

Y se abrazaron, porque se despedían para siempre.

Mercedes había puesto en el atril una romanza de Tosti, después de quemar el gran dúo de *Hugonotes* en la chimenea.

Enrique sentóse al piano.

Quisieron rehacer su vida, como si la desgracia fuera un sueño. Mercedes cantaba: su voz era dulce, muy dulce, pero también muy triste, y el piano, ¡ay!, hacía coro á su tristeza.

– No cantes, no cantes, dijo el músico mientras asomaban á sus ojos dos gruesas lágrimas.

– ¡Perdóname!, gritó Mercedes arrodillándose á los pies de su marido.

– ¡Perdonarte!.. ¡Angel mío, adorada, bendita..., pobre criatura! De tu amor no dudo..., ni de tu bondad... Pero no cantes; nuestras caricias eran canciones, ya son lágrimas; llora conmigo, llora por algo que ha muerto entre nosotros...

Luis Ruiz y Contreras.

TIPOS Y COSTUMBRES DE ANDALUCÍA

DIBUJOS INÉDITOS DE VALERIANO D. BÉCQUER

La cualidad distintiva del malogrado artista sevillano fué la espontaneidad. Obligado desde muy niño á vivir de su trabajo, no pudo dedicarse al estudio serio del arte que tanto le apasionara; pero lo que no aprendió en academias y talleres suplíólo su natural talento con la observación directa del natural, logrando, merced á esto, crearse un estilo, una manera y un color que en nada se parecían á lo que hasta entonces había visto.

Persiguióle la desgracia desde la niñez, y los treinta y seis años de su vida fueron una serie casi no interrumpida de contrariedades, á las que puso término, en 20 de septiembre de 1870, una enfermedad que desde hacía muchos años minaba su existencia y á la que dieron incremento los disgustos y el excesivo trabajo.

Algunos de sus mejores cuadros son preciadas joyas del Museo Nacional de Madrid, y la mayoría de sus dibujos, diseminados por ilustraciones y revistas y en poder de inteligentes aficionados los más de ellos, formarían, si pudieran reunirse, una colección tan bella como interesante. Al número de estos últimos pertenecen los que en la página anterior reproducimos, en los cuales pueden admirarse la corrección, la naturalidad y la elegancia, que hicieron de Valeriano Bécquer uno de los artistas más originales de su época. – S.



EL DIRECTOR DE ESCENA

CRÓNICA PARISIENSE

No sé quién ha dicho que si la rutina fuese desterrada de París - hipótesis realmente inverosímil, - encontraría un asilo inviolable en el teatro de la Comedia Francesa.

La verdad es que «la casa de Molière» viene siendo, desde hace muchísimos años, el templo de invariables costumbres.

Los famosos «precedentes» conservan allí su omnipotencia, y desde el último lampista hasta el administrador general, todos los empleados de la casa la consideran como un tabernáculo de la tradición.

Pero, justo es decirlo, de algún tiempo á esta parte se nota cierto relajamiento en esa religión de la usanza inveterada. No diré que soplen vientos de tempestad en el viejo teatro de la calle de Richelieu, pero sí una ligera brisa de revolución.

Así es que se trata de suprimir en la Comedia Francesa el cargo de semanero, que hasta ahora ha venido haciendo alternativamente cada socio, y por ocho días, una especie de director general de escena.

Los semaneros van á ser reemplazados por un inspector general, y ya se designa para este cargo al actor Prud'hon.

Prud'hon, que es socio de la Comedia Francesa, ha manifestado su intención de dimitir; y sus camaradas le proporcionan la ocasión de quedarse en la casa, de seguir respirando ese aire de bastidores que falta á los artistas retirados del teatro. Por unanimidad y de una manera espontánea le han rogado que asuma los cargos de director general de escena y jefe del material.

El director de escena

Prud'hon ha obtenido grandes éxitos... como director de escena; hace diez años que reemplaza al administrador en ausencia de éste, y como lleva treinta y seis en la casa, conoce perfectamente el repertorio y el material de la Comedia.

El director general de escena será más útil que el semanero, ese semanero que, en una canción de Ferandy, nada sabe, nada ve, ni está nunca en su puesto cuando se le necesita.

Hace falta una dirección única para un trabajo tan delicado como el de poner una obra en escena. En el teatro, como en la política, la división de poderes ofrece más inconvenientes que ventajas.

Si bien se mira, la supresión de los semaneros es más bien un retorno á la tradición que una reforma.

Durante el imperio y bajo la administración de M. Thierry, había un director general de escena en la Comedia Francesa. El cargo estaba desempeñado por Regnier. Pero al encargarse M. Perrin de la administración del teatro, época en que Regnier había presentado la dimisión de su empleo, la dirección de la escena fué confiada por turno á los semaneros.

La experiencia ha sido larga, viniendo á demostrar hasta la saciedad que los semaneros no pueden desempeñar con gran perfección el cargo de director de escena. Les preocupa el papel que estudian, y como su poder no dura más que ocho días, no quieren imponer su criterio, que el semanero siguiente puede echar por tierra.

En todos los demás teatros de París hay un director de escena. Estas funciones suelen estar confiadas á un actor, pero sin las alternativas de la Comedia Francesa. Funciones importantísimas, pues del mérito profesional de la persona que las desempeña depende con frecuencia el éxito de los espectáculos.

En los grandes teatros hay más de un director de escena. El director general, *alter ego* del empresario, reina sobre autores, actores y empleados de la casa, da su parecer - casi siempre decisivo - sobre las obras presentadas, escoge los artistas y distribuye los papeles; él es quien discute con la censura, cuando esta suspicaz señora quiere expurgar algún manuscrito, y él es quien «habla al público» para anunciar un cambio de papeles ó de espectáculo, motivado por la indisposición repentina de una actriz, ó para pedir indulgencia en favor de un artista que se ha puesto ronco ó de una *debutante* intimidada.

El es quien traza la línea literaria del teatro; y el empresario le hace responsable de los fracasos; lo cual no impide que éste asuma el beneficio moral como el beneficio material de los éxitos.

Después del director general, viene el simple director de escena. Como su nombre indica, éste no ejerce su autoridad más que en las tablas. Atiende á los ensayos, coordina la interpretación de las obras, se ocupa del atrezo y de la guardarropía, del decorado y demás accesorios. Es un verdadero y precioso colaborador para los autores, á quienes da á menudo muy útiles consejos. Pero los señores autores no suelen agradecérselos. Y es natural. Entre los consejos del director de escena figuran, en primera línea, los que se refieren á los cortes que conviene hacer en la obra que se ensaya.

- Esta escena resulta larga; la acción se enfría... Este diálogo languidece; habría que hacerle un buen corte... Esta situación de final de acto resultaría de más efecto si se aligerase un poco...

Y el autor acepta, con gran dolor de su alma, que se corten parlamentos y diálogos que á él le parecen admirables.

En el escenario se oyen á veces, durante los ensayos, acaloradas discusiones. El autor se resiste al sacrificio de su prosa; el director de escena asegura con la autoridad de su larga experiencia que tal ó cual situación se prolonga demasiado y va á hacer caer la obra al foso.

Por fin se transige por ambas partes; el autor salva la mitad de su texto y el director de escena se digna admitir que «así la cosa podrá pasar.»

El subdirector es el que llamamos en España segundo apunte. Sus funciones son más modestas; sin embargo, de él depende la buena marcha de una representación. El menor descuido del segundo apuntador puede ocasionar un desastre; que se le olvide dar á un actor la carta que ha de leer en escena; que se retrase un minuto en «dar la salida» á un personaje que ha de aparecer en un momento crítico, y la situación más patética de una obra resulta un percance que compromete su éxito.

El segundo apunte redacta y fija la tablilla anunciadora de los ensayos, y anota los retrasos y las faltas de asistencia.

El es quien va de cuarto en cuarto preguntando á los artistas si están listos para el acto siguiente. Cuando le consta que todas las damas están vestidas, pregunta al director de escena si se puede empezar, y en la afirmativa, manda tocar el timbre de aviso, hace que el apuntador se meta en la concha; llama á los actores que «empiezan el acto;» hace despejar las tablas, invadidas siempre en los entreactos por tramoyistas, comparsas, amigos de las actrices y gacetilleros; hace levantar el telón y se multiplica entre bastidores para prevenir y «dar la salida» á los artistas, dar «voces al paño,» hacer ruido de pasos, tocar campanillas, remedar el rodar de un coche, la caída de un cuerpo cualquiera, el ladrar de un perro, disparar un tiro, pedir socorro y hacer ejecutar á punto por la comparsería los tumultos é incidentes de toda clase que á la vista del público ó entre bastidores exige la representación de las obras.

El pobre diablo, que á veces es un actor silbado, gana un sueldo muy inferior á la multiplicidad é importancia de sus funciones. Y por añadidura, muchos artistas le tienen tirria por las multas que les hace aplicar. Los comparsas murmuran de él y las primeras partes le tratan con desdén.

El se venga, á veces, poniéndoles multas.



Lectura de una obra

En los teatros de último orden, el director de escena y el segundo apunte son dos cargos distintos y una sola persona. Y hasta hace uno ó más papeles en las obras de mucho personal.

Sucede, á veces, que atento á dar la salida á los demás, se olvida él mismo de salir á la escena en el momento preciso. Y entonces, «para que no digan,» se impone, á su vez, la correspondiente multa.

JUAN B. ENSEÑAT.

(Ilustraciones de Gosé.)



Un ensayo

NUESTROS GRABADOS

El conquistador, cuadro de Agache.—Para apreciar el valor de este cuadro, basta conocer los versículos del salmo 48, en que el celebrado artista francés Agache se ha inspirado, y que dicen así: «Tú no te turbes por más que un hombre se haga rico y crezca el fausto de su casa, puesto que cuando muera nada llevará consigo ni le seguirá su gloria.» Ese venerable anciano, ceñida la cabeza con corona de laureles, es la imagen viva de la vanidad de las humanas pompas; su mano se posa sobre el globo en signo de dominación, pero su mirada claramente revela que su pensamiento se halla libre por completo de las ataduras que á las cosas terrenales le sujetaban, y que en el ocaso de su existencia, al recordar su vida pasada llena de gloriosos hechos y al meditar sobre el fin que se aproxima, advierte que sus hazañas, sus conquistas, sus triunfos se desvanecen como el humo, dejando sólo en pie la pequeñez del hombre ante la inmensidad de lo infinito. La figura tan admirablemente pintada por Agache es de las que impresionan hondamente; su rostro, de una expresión vigorosa en medio de su dulzura, es una verdadera maravilla, y el conjunto del cuadro hácese admirar, tanto por la idea que en él preside, cuanto por la manera como ha sabido el autor darle forma.

***

Cigarreras, cuadro de Gonzalo Bilbao. - Digno del buen nombre alcanzado por el meritísimo pintor sevillano





EL BOSQUE DE LAS HADAS, cuadro de K. de Rozynski

es el hermoso lienzo que reproducimos. Como todas sus obras, ofrece la á que nos referimos dos aspectos dignos de estudio y de aplauso: el que se refiere al concepto y el que atañe al procedimiento. El primero, aquí se traduce en la fidelidad de la interpretación, en la habilidad y esfuerzo del artista para reproducir con extraordinaria exactitud tipos concienzudamente observados y exactamente trasladados al lienzo. Cuanto al procedimiento, no hemos de regatear aplausos, ya que los merece cumplidos, puesto que se presenta Gonzalo Bilbao conocedor habilísimo de la técnica y diestro en amasar esa gama distintiva y característica de la castiza escuela, firme y seguro, ajeno á efectismos y rebuscamientos

* * *

El bosque de las hadas, cuadro de K de Rozynski.—Cuando las sombras del crepúsculo extienden su manto sobre la tierra, puéblase el bosque con todas las figuras fantásticas que surgen en nuestra mente, evocadas por el recuerdo de los cuentos de hadas que fueron el encanto de nuestra niñez; entonces la imaginación nos finge misteriosas apariciones, y con los ojos y los oídos del alma vemos ninfas que se bañan en los arroyos, monstruos que se persiguen por entre los árboles, gnomos que brotan de las entrañas de la tierra, en donde guardan sus inmensos tesoros, y escuchamos cantos dulcísimos, suaves acordes, notas armoniosas y esos mil fascinadores murmullos que forman el admirable concierto de la naturaleza. Privilegio es del pintor y del poeta el poder expresar esto que muchos sienten sin que les sea dado exteriorizarlo, y así se producen cuadros tan bellos como el de Rozynski, que parece la realización de un hermoso ensueño y que significa en el pintor, no sólo gran fuerza de concepción, sino además un dominio de todos los recursos que el arte pictórico pone á la disposición del artista de verdadero talento.

* * *

D. Pablo Gil.—En Inglaterra, en Francia, en Alemania, en los Estados Unidos, en muchas naciones extranjeras, en una palabra, es frecuente el hecho de que los privilegiados de la fortuna quieran hacer partícipes á sus compatriotas de los bienes que la suerte, el talento ó el trabajo han puesto en sus manos, y así vemos menudear las fundaciones para fines benéficos ó de enseñanza que los millonarios establecen y dotan espléndidamente. En España, por desgracia, estos ejemplos son menos abundantes, siendo contadas las instituciones que á esas cuantiosas donaciones se deben; por esto nos consideramos más obligados á ensalzar la memoria de los que en vida ó después de muertos dejan su nombre unido á una obra filantrópica que ha de perpetuar y hacer bendecir su recuerdo. Entre estos grandes bienhechores merece un lugar preeminente D. Pablo Gil, el acaudalado banquero catalán establecido en París, en donde falleció en 30 de abril de 1897. Dotado de una gran fortuna, quiso al morir que una buena parte de ella se invirtiera en beneficio de los pobres de Barcelona, y á este efecto dejó tres millones de pesetas para la construcción de un hospital, cuya primera piedra se colocó solemnemente hace pocos días. El terreno adquirido al efecto hállase situado en los alrededores de nuestra ciudad y reune condiciones inmejorables. El nuevo nosocomio, que se denominará Hospital de San Pablo, formará parte del de Santa Cruz, que se levantará en terrenos contiguos, ocupando entre ambos una superficie de cuatro millones de palmos: en la actualidad, el distinguido arquitecto D. Luis Doménech y Montaner está trabajando en los planos de esta obra grandiosa que, una vez terminada, constituirá un establecimiento á la altura de las más modernas exigencias de la higiene.



D. Pablo Gil, que falleció en París en 30 de abril de 1897 dejando un legado de tres millones de pesetas para la construcción de un hospital en Barcelona.

* * *

Jarrón para flores, obra de K. Borsdorf.—En donde más se ha dejado sentir la influencia del modernismo es sin disputa en las industrias artísticas; hoy el más lujoso mueble como el más insignificante *bibelot* presentan el carácter de verdaderas obras de arte, y los más celebrados pintores y escultores no se desdeñan de producir objetos que hace poco miraban con desdén los maestros y cuya fabricación estaba exclusivamente encomendada á modestos artesanos. Esto hace que lo que antes fué oficio de decoración sea hoy arte decorativo y que todos los productos de la industria respondan, no sólo al fin utilitario, sino también al fin estético, y á la vez que sirvan para el uso á que se les destine, puedan servir de elemento de adorno, es decir, que al par que útiles resulten bellos. El jarrón de *faience* para flores que en esta página reproducimos entra de lleno en este orden de composiciones: originalísimo en su concepción, avaloran esta cualidad la delicadeza con que está modelada la figura principal, el vigor que se nota en los rasgos de la cara gigantesca que forma, por decirlo así, el cuerpo del objeto, y la elegancia de líneas que se admira en el conjunto.



Jarrón para flores, obra de K. Borsdorf

* * *

Abandonada, lámpara eléctrica de bronce dorado, obra de Gustavo Gurschner.—Lo que antes hemos dicho respecto del jarrón para flores de Borsdorf, tiene perfecta aplicación á esta obra del artista vienés Gustavo Gurschner; pero en esta última el artista no se ha contentado con producir un objeto de carácter decorativo, sino que ha querido darle un argumento, valga la palabra. Y justo es confesar que con ello ha ganado extraordinariamente en interés esta composición, pues merced á la combinación acertada del elemento de forma con el de fondo, adquieren las figuras una importancia que no suelen tener las que entran en obras de esta clase, sobresaliendo entre ellas la de la *abandonada*, tan admirablemente concebida y modelada con tanto vigor, que por sí sola constituye una escultura digna de los mayores elogios.

* * *

Paisaje, cuadro de Modesto Urgell.—De todos nuestros pintores contemporáneos, Modesto Urgell es el que tiene una personalidad más marcada; entre centenares de otros cuadros, los suyos se distinguen desde luego sin necesidad de mirar la firma, todos llevan un sello especial que les hace inconfundibles, en todos ellos se admira este encanto particular que es la característica de su autor. Modesto Urgell es un idólatra de la naturaleza; su alma de poeta no se cansa de buscar en ella su inspiración; pero su temperamento, un tanto dado á la melancolía, hácele fijarse únicamente en los paisajes tristes, en las calles de los pueblos estrechas y tortuosas envueltas en la penumbra, en los campos solitarios apenas iluminados por los últimos resplandores del crepúsculo, en los pobres cementerios rurales cercados por humilde tapia, por encima de la cual asoman sus copas los cipreses, en las tierras pantanosas en cuyo aire parecen flotar mortíferos miasmas. Pocos artistas han permanecido tan fieles como Urgell á un mismo género; y como este género armoniza admirablemente con su modo de ser y como el artista siente tan profunda y sinceramente sus asuntos, de aquí que haya llegado á una perfección que en todas ocasiones le ha conquistado entusiastas y unánimes alabanzas, y que ha puesto su nombre entre los más ilustres maestros de la pintura española de nuestros tiempos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Barcelona. — *Salón Parés.* — Objeto de animadas discusiones y controversias, entre artistas y aficionados, es la exhibición de un crecido número de cuadros al óleo, acuarelas y dibujos coloridos, que han organizado los señores Degouve de Nuncques, resultado de su estancia en las Baleares y recuerdo de aquellas hermosas islas. Bajo este último aspecto, justo es convenir que así el Sr. Degouve como su apreciable esposa han logrado cumplidamente sus propósitos, ya que en sus numerosos estudios y apuntes aparece representada la naturaleza bajo sus diversas é interesantes formas. Las acantiladas costas represéntanse en toda su aparatosa grandeza; los campos, la vegetación fresca, jugosa y exuberante, los tipos con sus caracteres distintivos, todo, en fin, cuanto recuerda y reproduce aquel rincón de la tierra española, aquel país tan digno de estudio y consideración. Cuanto á la forma, á los procedimientos adoptados por los artistas á que nos referimos para dar satisfacción á sus deseos, ya no es tan unánime el concepto que merecen todas y cada una de las producciones, porque al fin y al cabo trátase de una manifestación particularísima y por lo tanto personal, que representa una innovación. Los Sres. Degouve no se han circunscrito á copiar y reproducir fielmente cuanto han observado, puesto que han sumado al caudal de sus aptitudes artísticas el de su poderosa fantasía, el esfuerzo de su imaginación un tanto soñadora, asociando la poesía á la pintura. De ahí que en algunas obras y singularmente la de mayores dimensiones, que ocupa el centro del salón, afecten los árboles, sus añosos troncos y espesos ramajes la forma de animales quiméricos, á semejanza de las creaciones de Gustavo Doré, pero más acentuadas, quizás menos razonadas y por lo tanto acusadoras de mayor fantasía.



Abandonada, lámpara eléctrica de bronce dorado, obra de Gustavo Gurschner

Las acuarelas de la Sra. Degouve distínguense también por su carácter especial. Los tonos aparecen debilitados, cual si recordaran la coloración de antiguos tapices, y aunque pueda considerárselas como producciones marcadamente feministas, son verdaderamente recomendables, ya que éstas, como las de su esposo, revelan dos espíritus cultos y delicados que asocian acertadamente sus aptitudes artísticas al sentimiento que en su alma rebosa, más estimable para nosotros por haber elegido para manifestarse una región de nuestra querida patria.

París. — El museo Guimet ha recibido en depósito, que probablemente se convertirá en donativo, una de las más bellas colecciones de cristalería antigua que posee un aficionado sirio, el Sr. Durighello. Contiene centenares de piezas intactas fenicias, judías, romanas, árabes, etc., datando muchas de ellas de la época en que se empezó la fabricación del cristal, y en ella hallarán los artistas é industriales modelos maravillosos.

Teatros. *Barcelona.* — Se han estrenado con buen éxito: en Romea *El cor del poble*, interesante comedia dramática en tres actos de D. Ignacio Iglesias; y en el Principal *El afinador*, graciosa comedia en dos actos de D. Vital Aza. En Novedades ha dado algunos conciertos el Orfeón Pamplonés, que en todas las composiciones de los más diversos géneros que ha cantado ha demostrado ser una de las más notables instituciones de su género, habiendo obtenido en todas ellas entusiastas aplausos.

— En el teatro de la Valle, de Roma, se ha representado con aplauso un nuevo drama de Boito, titulado *Sócrates*.

Necrología. — Ha fallecido:

Onslow Ford, celebrado escultor inglés, miembro de la Real Academia de Bellas Artes.

EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY

I

Silvino Marsac empujó la vidriera que desde el vestíbulo daba acceso á la escalera de honor, con pulso menos seguro que de costumbre. ¿Es que aquella escalera, cubierta de obscuro tapiz, le parecía más pesada que otras veces? ¿Acaso el llamador de aquella puerta de esculpidas hojas le quemaba la mano, hasta el punto de que por dos veces vaciló antes de tirar de él?


¿Es que aquella escalera, cubierta de obscuro tapiz, le parecía más pesada que otras veces?

Tal vacilación era extraña en Silvino y él mismo parecía admirado de sentirla. Aquel hombre que había doblado ya los cuarenta años, tostado por el sol de todos los países, curtido en las luchas peligrosas de la vida, jamás sintió los asaltos de la duda ni de la timidez; eran para él enemigos desconocidos.

Y sin embargo, durante un momento estuvo presto á retroceder; pero se rehizo y se frunció su poblado entrecejo.

– Lo he prometido, dijo casi en alta voz.

Se quitó el sombrero, y con movimiento maquinal pasó su mano por entre sus cabellos ásperos y grises, se cubrió de nuevo y llamó.

El lacayo que abrió la puerta le saludó con esa respetuosa familiaridad que se permiten los antiguos criados para con un huésped de todos los días. Silvino Marsac le dió su pardesú y pasó adelante, á fuer de hombre seguro de ser bien acogido.

Atravesó el comedor, que era suntuoso y en el que brillaba la plata antigua de una vajilla sobre el obscuro fondo de altos armarios de roble. Obscurecía; el mobiliario del gran salón, de colores claros y delicados, parecía ennegrecido por la sombra crepuscular; en el fondo de la habitación, una pequeña estancia tapizada de una tela de tono cálido y aterciopelado, parecía, por contraste, retener las últimas claridades del día sobre las molduras de oro de los cuadros, las facetas de las arañas de cristal de roca y las chucherías que tantos encantos prestan á una vivienda.

Sentada junto á la ventana, teniendo el busto inclinado sobre un libro, la baronesa de Grandpré estaba entregada á la lectura. Al oir los pasos de Marsac levantó la cabeza y dejó el libro sobre una mesa, sin hacer más movimiento que extender el brazo.

Bañada en aquella claridad indecisa, bajo los tenues reflejos del transparente de blonda, destacando sobre aquel fondo obscuro, la baronesa era todavía muy bella, á pesar de sus cuarenta y ocho años.

La diadema que sus cabellos grises formaban á su altiva cabeza añadía suave encanto á las nobles líneas de su rostro. Al posarse en el recién venido, sus ojos de color obscuro brillaron afectuosamente y tendió su mano con gesto cariñoso.

– Agradezco á usted que haya venido, dijo; me estaba estropeando los ojos leyendo este libro.

– ¿Vale á lo menos la pena de ello?, preguntó Marsac después de haber besado la mano que le tendiera la dama.

Y miró la portada del libro. Era de versos, de versos modernos, de donde se exhalaba el grito de un alma asaltada por la duda. Sorprendióle aquel libro y miró á la baronesa, reflejándose tan bien su admiración en su mirada, que ella le dijo:

– ¿Eso le admira á usted? Pero perdone. Apenas alcanzo á verle. ¿Quiere usted llamar para que traigan luces?

– Todavía no, contestó Silvino. Si le es á usted lo mismo, preferiría esa luz velada algunos instantes más.


Lo que tengo que decir á usted es asunto muy delicado

La baronesa se irguió de pronto, y cambiando bruscamente la voz dirigió á Marsac esta pregunta:

– Quiere usted hablarme, ¿no es eso?

Y su acento demostraba extraña expresión.

– Sí, señora; tenemos que hablar, contestó Silvino con tranquilo tono.

Por un contraste muy natural, al ver que la baronesa se turbaba, recobró él su aplomo.

La dama le miró un momento, y Marsac sintió, á pesar de la obscuridad cada vez más densa, que aquella mirada era penetrante y escrutadora.

– ¿Ha visto usted al barón?, preguntó la señora con voz apagada.

– Sí, señora; esta mañana.

– ¿Le ha encargado algún mensaje para mí?

– No es eso precisamente... Lo que tengo que decir á usted es asunto muy delicado; y si me interroga así, no podré jamás...

Se levantó irguiendo su alta estatura, y con gesto noble que dejó ver la esbeltez de su talle, fué hacia la chimenea y llamó.

Apareció un criado trayendo luces; puso una sobre la chimenea y otra en el extremo del saloncito, que quedó iluminado.

La baronesa se sentó de modo que la luz diera de lleno en su rostro, é indicó á Marsac un sillón enfrente de ella.

– En todas ocasiones la claridad es buena, dijo. ¡Hable usted!

Marsac no pudo reprimir un movimiento de admiración viéndola tan valiente y, ¿por qué no decirlo?, tan bella.

La dama leyó aquella admiración en su rostro y sonrió, porque tenía conciencia de su imperecedera belleza y no desdeñaba tal homenaje; pero su angustia pudo más y la sonrisa se extinguió prestamente. Un imperceptible movimiento de impaciencia marcó todavía más aquella angustia y Silvino no se atrevió á retroceder.

– ¿La señorita Gilberta cumplirá diez y ocho años este verano, si no ando equivocado?, preguntó.

La baronesa hizo un gesto afirmativo, sin dejar de mirarle.

– ¿Sin duda habrá pensado usted en retirarla del convento una vez terminados sus estudios?, prosiguió.

La dama afirmó nuevamente con el ademán.

– Permítame usted que le haga una nueva pregunta: ¿Piensa usted traerla á su lado al sacarla del convento?

– Naturalmente.

– ¿Y presentarla en sociedad?

Las facciones de la baronesa se contrajeron con angustia.

– Ya sabe usted, contestó, cuán reducidas son mis relaciones. Algunas amigas de mi madre que, á pesar de todo, no me han abandonado; algunas amigas propias, que no me desprecian, y unos pocos ancianos. Usted es el único joven entre todos.

– ¿Con mis cabellos grises?, replicó Silvino riendo nerviosamente.

– Su cabello gris resulta negro al lado de las canas. Y por otra parte, amigo mío, que quiera ó no, es usted joven de corazón y de años, y es el único hombre joven que penetra aquí.

– Hace diez años que me ha honrado usted con su confianza...

– Diga con mi amistad y acierta. Pues bien, amigo mío, este es el mundo que conocerá mi hija.

– ¿Y donde piensa usted también hallarle marido?

La baronesa lanzó una mirada casi cruel á Marsac.

– ¿Por qué me pregunta usted eso?, dijo con tono imperioso. Sabe usted perfectamente que no puedo..., que no puedo presentarla en otros círculos ni casarla en otra parte, quizá ni casarla de ninguna manera.

Un suspiro de impaciencia terminó su pensamiento.

– Señora, repuso Silvino, no me crea usted indiscreto; se lo suplico. Si supiese usted cuán difícil y casi imposible es lo que tengo que decirle, me compadecería.

La dama trató de leer en aquel rostro impasible, pero en vano; sólo expresaba una respetuosa simpatía.

– ¿La señorita Gilberta se parece á usted? Ya sabe usted, añadió, que no he tenido el honor de verla nunca.

– No. Mejor se parece á su padre.

Silvino guardó silencio durante un momento. La baronesa le miraba con una especie de ansiedad.

– ¿Es morena?, preguntó.

– No; rubia. He dicho que no se me parecía. Mi hijo es el que se parece á mí.

Y un suspiro se escapó de su pecho. Casi fué un sollozo.

– ¿Ha visto usted á mi hijo, verdad? continuó con acento apasionado. ¿Está bueno? Es guapo, ¿verdad?

– Sí, señora. Le vi el otro día en casa del barón, de gran uniforme. Tenía una apostura, un aire noble... Tiene usted razón, señora, se parece á usted. Es uno de los hombres más guapos de París.

De repente, con gran sorpresa de Marsac, la baronesa ocultó su rostro entre las manos y quedó inmóvil. Cuando levantó la cabeza, Marsac advirtió que lloraba.

– ¡Me aborrece, Marsac, dígame usted la verdad! Ya lo sé; su odio es tan profundo que no puede ocultarlo. Tenía diez y siete años cuando trató de matar..., sí, de matar... al hombre á quien yo amaba. Usted no sabe eso... Me conoció usted después..., cuando... quedé viuda de Tinsay.

– Sí, cuando sus desgracias atraían hacia usted todas las simpatías y la mía sobre todo...

– Sí, usted es un poco D. Quijote... Diga más bien cuando era la comidilla y el escándalo de París entero. ¡Oh! ¡Ya lo sé! Los diarios han hablado de mí. Dijeron que la baronesa de Grandpré había quedado viuda de su amante Héctor de Tinsay. Era muy gracioso esto. ¡Y, sin embargo, yo no había hecho daño á nadie!

Y diciendo aquellas palabras, enjugaba sus labios con un pañuelo como para borrar la hiel que en ellos había quedado.

– Bien hizo en morir mi amigo; mi hijo le hubiera matado. Una vez le erró. Otra le apuntaría mejor. Yo no me atrevía á dejarle salir solo. Me decía á mí misma que viendo á su madre entre él y el objeto de su odio no se atrevería á disparar contra él... ¡Oh, Dios mío! ¡He visto todo eso y vivo aún!

La baronesa enjugó su frente y sus ojos con gesto desesperado.

– ¿Qué ha venido usted á decirme? Porque hoy antes que amigo es usted un mensajero, un abogado, quizá un juez. ¡Vaya, hable usted! ¿Qué puede decirme, más horrible que lo que ya he oído? ¿Viene usted de parte de mi hijo? Eso me conmovería... Por lo que hace á los demás...

Su gesto probaba que la desgracia había pasado sobre aquella mujer sin abatirla, sin doblegarla quizá; todavía tenía fuerzas para la lucha.

Marsac cobró nuevo valor; después de lo que acababa de oir, su cometido, por muy delicado que fuera, no resultaba imposible.

– Vengo á hablar á usted de su hija. La señorita Gilberta tiene diez y ocho años; es hermosa y buena; tiene derecho á ser feliz y es preciso que lo sea... Estoy seguro de que no retrocederá usted ante ningún sacrificio, por penoso que sea, para asegurar su dicha.

– ¡Me causa usted espanto!, dijo la baronesa en voz baja mirándole fijamente.

– Tranquilícese, señora, se lo ruego. Decía á usted hace un momento que esta mañana he visto á su esposo, y sabiendo él la respetuosa amistad que la profeso y lo que me intereso por usted, me ha hablado de sus planes y de usted, señora. Sabe también que me honra usted con su confianza, y esto basta para que pueda ahora permitirme hablarle del proyecto que he venido á someter á su atención.

La señora de Grandpré continuaba mirando á Silvino con la misma expresión en que se mezclaban la desconfianza y el valor. Silvino hubiese dado un mundo por no hablar; pero no tenía más remedio que hacerlo, ya que á ello se comprometiera, y así lo hizo, pesando cada palabra, vigilando su lengua, temiendo una torpeza de sus labios ó una debilidad de su mente que, ajando á aquella mujer, la pusiera en el trance de arrojarle para siempre de su presencia.

– Me ha dicho usted que la señorita Gilberta es rubia como el barón..., que se le parece... ¿El barón creo que no la ha visto desde que entró en el convento?

La baronesa hizo lentamente un gesto negativo.

– No la ha visto, dijo, desde que me la llevé al dejar mi casa.

– ¿Sabe usted por qué?

– Supongo que la detesta porque yo la amo, contestó después de breve pausa.

– ¿No imagina usted otra razón?

La baronesa se levantó con gesto brusco; Marsac la imitó, y ambos se miraron estremeciéndose, ella de cólera, él por el temor de haberla ofendido.

– Hable usted francamente, dijo con voz contenida, en la que vibraba una indecible amargura: el barón le ha encargado que me preguntara si mi hija le pertenecía por lazo de sangre, ¿no es eso?

Marsac se inclinó respetuosamente sin contestar; luego levantó la cabeza buscando la mirada de la baronesa.

Esta le contemplaba fríamente, pero sin indignación. La oleada roja que subiera á su rostro se disipaba poco á poco, y aquellas facciones hermosas y severas volvían á su palidez de ámbar.

– No merezco ese insulto, dijo. Mi sola virtud ha sido siempre la franqueza. Ella debiera garantirme contra sospechas odiosas. Esa franqueza bien sabe usted que la tuve, cuando abandoné la casa de mi marido desde el momento en que comprendí que mi estancia en ella era incompatible con el amor que sentía por otro hombre. Por haberla tenido, perdí la estimación del mundo, mi posición social..

Y con un gesto de desprecio cayó nuevamente en su silla. Marsac se aproximó respetuosamente y besó la mano de la dama, inclihándose tanto que parecía estar arrodillado.

– Perdone usted, dijo. Yo no lo había dudado jamás. Pero el barón, que me ha confiado un mensaje de paz – puede usted creerlo – desea su palabra de usted para disipar una incertidumbre que hubiese sido obstáculo eterno para la realización de sus propósitos. Desea, y no puede usted negarse á ello, que la señorita Gilberta vuelva al domicilio paternal para ser querida como nunca ha dejado de serlo.

– ¿Gilberta en casa de su padre? ¿Quiere separarla de mí?

– No, señora: su esposo no tiene sino un deseo, y es verla volver pronto con ella.

La baronesa quedó inmóvil, dijérase que no había oído. Un río de lágrimas, contenido durante muchos años, subía arrebatado de su corazón á sus ojos, trayendo en su raudal amargo un mundo de recuerdos, de impresiones ahogadas, de tristezas perennes que resurgía con la ferocidad de implacables recuerdos.

Se serenó al cabo venciendo su emoción como había dominado su cólera, y habló con voz ligeramente velada, único signo de su interior agitación.

– ¿Mi marido desea que yo vuelva á su casa junto con Gilberta á fin de que ésta pueda frecuentar la sociedad, divertirse y casarse? ¿Ha pensado en mi situación respecto á esa sociedad? Una mujer que hace ya más de diez y siete años que abandonó el domicilio conyugal; que ha vivido doce años con un amante, y que por él lleva un luto que no se quitará jamás, ¿puede volver á casa de su marido sin provocar un escándolo quizá mayor que el que produjo su salida?

– El barón cree que sí, y si me lo permite usted, le diré que lo creo yo también. El mundo no es tan cruel... ¡Perdón!, dijo viendo que la baronesa le miraba orgullosamente. El mundo es más olvidadizo de lo que usted cree; muchas personas no recuerdan nada de esa historia; la mayor parte creen á usted separada del Sr. de Grandpré por fútiles motivos; y luego... la causa que ha inducido al barón á proponer lo que le he dicho es tan noble, que bien puede por ella desdeñar alguna mortificación personal. ¡Se trata del porvenir y de la dicha de su hija!

– Hace usted bien en hablarme de ella, Marsac; si no fuera por eso no le dejaría ni siquiera iniciar este asunto. ¿Sabe usted por qué he cometido lo que se llama una falta, lo que ha sido quizá el acto más valeroso de mi vida? ¿No? ¿El barón no le ha contado esta historia? Voy á explicársela á usted. Siéntese y escúcheme.

La baronesa parecía ahora muy tranquila. Hablaba con una especie de melancolía altanera que apartaba muy lejos y volvía á hundir en lo pasado los punzantes recuerdos que había evocado.

– «Me había casado hacía doce años, dijo; mi hijo Pablo tenía diez cuando encontré el Sr. de Tinsay. No quiero hablar á usted de él porque no le ha conocido y no me comprendería si le dijese que era la personificación de la elegancia y del talento... Estas cosas no pueden explicarse...

»Algunos días después de nuestro primer encuentro, advertí que desde hacía mucho tiempo ya no amaba al Sr. de Grandpré. Le había amado sinceramente, como se ama á un marido cuando se tienen diez y ocho años y se es honrada. A decir verdad, nunca había acertado á comprender su carácter; pero parecía amarme.»

– La amaba, en efecto, interrumpió Marsac en voz baja.

– «Es posible. Hasta entonces había vivido muy tranquila y me creía dichosa, cuando advertí la indiferencia que sentía por el Sr. de Grandpré. Luego conocí que el Sr. de Tinsay me amaba y supe al fin que yo le quería también. ¡Ah, no sin remordimientos y sin combates se arraiga en el corazón de una mujer honrada una pasión exclusiva y avasalladora! Durante mucho tiempo resistí victoriosamente las sugestiones de mi naturaleza; dominé los impulsos de mi corazón; pero al cabo, la misteriosa fuerza que hacia aquel hombre me atraía, venció mi resistencia y amé con todas mis fuerzas. Sentía por el señor de Tinsay un amor exclusivo y absoluto, una de esas pasiones que deciden de una existencia y la marcan para siempre con un indeleble sello. Creo que los esfuerzos que hice para resistir sólo sirvieron para acrecentar mi amor.

»Nada nos habíamos dicho, sin embargo. Cada uno por nuestra parte empleábamos toda nuestra energía en ocultar aquel amor, y creo que jamás nos lo hubiésemos confesado... ¡No se sonría usted, Marsac! Hay personas que ocultan esas cosas aun cuando les cueste la vida.

»Pero quiso el destino que precisamente por aquella época mi marido tuviera algo así como un despertar de la pasión que yo le inspirara años antes y me asediara continuamente con pruebas de amor que me eran entonces por todo extremo odiosas.»

– ¡Sufría!, dijo suavemente Marsac.

La baronesa bajó los ojos como para mirar al fondo de su conciencia, y con voz más breve continuó como bajo el imperio de una creciente fiebre:

– «Aquello me hizo sufrir de un modo cruel. Amaba á otro, le amaba locamente, sin alegría, sin esperanza, con todo el horror que me inspiraba mi envilecimiento moral... Dudo que jamás haya usted oído ni deba oir una confidencia parecida. Escuche usted, pues, esta.

»Si mi marido hubiese sido indiferente, jamás faltara á mis deberes; pero la ternura extremada del señor Grandpré me enloquecía; todo en él me era odioso, ¡él sobre todo! Soportaba, sin embargo, mi miserable condición, confortada por mi virtud – pues crea usted que era virtuosa. – Entonces acaeció una desgracia... Esa desgracia fué Gilberta.

»¡No! Jamás podrá usted comprender el martirio que padece una mujer ardientemente enamorada de un hombre, con el cual cree que no puede pensar siquiera, cuando se ve expuesta á sus ojos á pasar por el ridículo de una próxima maternidad. Aquello era para mí una cosa espantosa, algo así como una profanación de mi persona. Tuve ganas de morir, y me hubiese matado á no pensar que no tenía derecho á matar al mismo tiempo que yo sucumbía al inocente ser cuya existencia me causaba tal vergüenza. Gilberta vino al mundo, y luego de su nacimiento vi que nada había cambiado; que era amada como siempre por el hombre que se había convertido en mi ídolo... Cuando vi de nuevo al Sr. de Tinsay, me pareció que el cielo se abría otra vez para mí.

»Volvía de casa de mi madre, donde había pasado el otoño para convalecer, y me encontraba en una situación de espíritu muy extraña: me parecía que todo el pasado se había borrado de repente de mi memoria. Exceptuando mis hijos, que me eran más caros que todo – sí, más que mi amor, – todo lo demás me parecía desprovisto de interés. Quería empezar una vida nueva, consagrarme á mi hija, á mi Gilberta, que me inspiraba remordimientos, pues me reprochaba el no haberla amado antes como debía. Mi marido llegó entonces, después de una au-

sencia de muchos meses... ¿Quiere usted que se lo confiese? Su presencia me recordó cuanto quería olvidar: me amaba más que nunca, y yo tuve miedo de aborrecerle, á pesar mío, hasta el crimen. Me sentía incapaz de padecer de nuevo las torturas de los dos años que acababan de transcurrir. A ojos vistas iba enflaqueciendo y las ganas de morir me asaltaban hacía un rato, estaban ahora bañados de inefable dulzura.

– Es usted un verdadero amigo, Marsac, dijo á media voz, como si hablara consigo misma. Desde hace años siempre le he conocido de la propia manera y su desinterés me ha conmovido muchas veces. ¿Por qué me quiere usted de esta manera? A la mirada en un ángulo obscuro donde veía quizá pasar la imagen de la infancia de Gilberta, privada de su padre, siempre ausente, y careciendo de las caricias de su madre, que por entero se hallaba absorbida por una pasión avasalladora.

– Se lo diré, contestó Marsac; gracias.

Salió; la baronesa quedó sentada junto al fuego,



Cerró la puerta de la habitación para estar sola con el muerto, cayó junto al lecho y exclamó:

con más fuerza que nunca. De Tinsay habló al cabo. No tuve ni por un momento la intención de ocultar una falta que conocí que era irremediable; y en lugar de mentir, de engañar, de deshonrarme ante mis propios ojos y á los de aquellos dos hombres, de los cuales respetaba á uno y amaba al otro..., me marché valientemente..., abandonando á mis hijos, ¡oh, Dios! Obré mal, sí; pero bien castigada estoy.»

La baronesa había hablado de un tirón, febrilmente, con acento contenido; sus manos estaban heladas; las alargó hacia el hogar para calentarlas y Marsac vió que temblaban. Aquello sólo duró un momento; se serenó y volvió á adquirir imperio sobre sí misma.

– He aquí mi historia, dijo; no trato de atenuar mis culpas, ya lo ve usted. Sólo traté de escapar á un suplicio insoportable. Mi madre se quedó con Gilberta; Pablo entró en el liceo; mi marido se ha portado bien, muy bien; pero no debiera haber dudado ni por un instante acerca de Gilberta. Había pagado demasiado caro el nacimiento de la pobre niña para que pudiera dudarse de mi buena fe.

– Es preciso perdonarle, repuso Marsac, conmovido á su vez; usted sufrió indudablemente; pero el barón experimentó también sinsabores muy dolorosos, pues la amaba á usted.

– Es verdad, me amaba, dijo la baronesa mirando los tizones que se iban convirtiendo en ardientes brasas.

– Por lo que usted sufrió por su amor contrariado, puede juzgar lo que él debió padecer cuando usted le abandonó.

– No hablemos más de eso, dijo la señora de Grandpré con un gesto de impaciencia. ¿Mi marido quiere que vuelva á su casa? Sea. Consiento en ello; pero con una condición: no se dirá una palabra de lo pasado; viviremos como gente bien educada que decide habitar bajo el mismo techo y nada más. Cuando Gilberta esté casada, yo recobraré mi libertad. Si el barón acepta estas proposiciones, yo aceptaré las suyas.

– El barón no ha impuesto condiciones, y estoy seguro que no quiere contrariar á usted en nada, respondió Silvino. Estamos á fines de abril; la señorita Gilberta saldrá del convento á fines de julio; tiene usted, pues, tres meses para prepararse á volver al seno de su familia.

La baronesa parecía no oir; apoyada en la chimenea, miraba las llamas azules vacilar y correr sobre las brasas.

Levantó la cabeza y fijó sobre Silvino sus dos ojos sombríos, magníficos, cuyo brillo el tiempo no había apagado; aquellos ojos, duros y penetrantes menudo soy dura para conmigo y para con los demás.

Se detuvo, y después de bajar durante unos momentos la cabeza como para sondear el fondo de su alma, continuó con voz apenas perceptible:

– Me he dicho muchas veces que hubiera hecho bien en morir... ¿Es por cobardía por lo que he vivido? ¡No! Los padecimientos que he sufrido después de la muerte de aquel que para mí lo era todo, son peores que cualquiera muerte. ¡No sé por qué no he sabido morirme!

– Gilberta..., dijo cariñosamente Marsac.

– ¿Gilberta? No lo creo... Era algo más indeciso. ¿Sabe nadie por qué se vive cuando la muerte es una solución tan cómoda? He vivido á pesar de las humillaciones, Marsac. Ya puede usted imaginar de qué manera han tratado de humillarme.

Y al decir esto levantaba la cabeza con ademán de reto, desafiando todavía al mundo, á pesar del peso de la injuria recibida.

– He bebido la hiel hasta las heces, dijo la dama; ni una ofensa por muy ligera que pudiera ser, ni un insulto por muy disimulado que fuera me han sido indiferentes: ¡todo ha quedado aquí!

Y con su dedo rígido señaló el corazón.

– Todo se ha grabado en él con trazos indelebles; los años han pasado trayendo á los demás el desdén ó el olvido de mi persona... Yo, nada he olvidado. Después de quince años, veo aún la sonrisa burlona de tal ó cual mujer; recuerdo un saludo que no me fué contestado, un rostro que se volvió..., mis amigas que no se atreven á venir á verme y mis enemigas triunfantes; todo, en fin, ¡Dios lo sabe!, pues nadie ha sabido jamás una palabra de mi vida en tanto que *él* vivió... ¡Ah, sí, he sufrido las humillaciones! Y á pesar de eso, ¡míreme usted, Marsac!, estoy destrozada, pero no me siento vencida.

En efecto, no tenía la apariencia de una mujer vencida; temblorosa de indignación, hacía cara al mundo, al que consideraba como su enemigo, dispuesta á batallar con él.

– Así se debe ser, dijo Marsac levantándose para marchar. El barón no quiere otra cosa; su dignidad y la de usted exigen que sea usted respetada en la casa. Voy á darle la buena noticia, y estoy seguro que la recibirá contento.

La baronesa dió dos pasos hacia él.

– Dígale usted de mi parte, que estoy contenta por Gilberta de que haya tenido tal idea; á mí no se me habría ocurrido, y sin embargo, conozco que es el único medio de no cometer una injusticia cruel hacia la pobre niña... ¡Oh, sí, pobre niña!

Repitió aquella palabra todavía otra vez, perdida ligeramente inclinada como para ver más de cerca algún objeto lejano... Lo que así trataba de ver era su vida.

II

La señora de Grandpré había dicho la verdad á Marsac; la franqueza había sido siempre la nota dominante de aquella existencia, trastornada por una de esas pasiones avasalladoras que, semejantes á los ciclones, derriban todo obstáculo que se las interponga y lo destruyen.

Héctor de Tinsay había sido, efectivamente, uno de los hombres más seductores de su época. Hijo de una esmirniota, educado en Grecia hasta la edad de quince años, poseía al mismo tiempo la belleza y la gracia; un alma delicada y sensible completaba su encanto. No cabe ninguna duda que por su lado experimentó remordimientos pensando que había llevado la desolación al seno de la familia de una mujer por la cual hubiera muerto con gusto; pero cuando hubieron decidido huir juntos, sólo se cuidó de consolarla. Había hecho por adelantado el sacrificio de su vida, y extrañó que el marido ofendido no se la exigiera. Con un desinterés casi fatalista, se hubiese dejado matar, ofreciendo su muerte como expiación á una especie de Némesis cristiana, abrigando la esperanza de que la terrible divinidad se contentaría con una víctima y de que su querida Marta encontraría luego paz y perdón.

Aquel heroísmo poco mundano, fruto quimérico de una juventud pasada fuera del ambiente de París, no se pudo manifestar. El barón no había pensado en perseguir á los fugitivos, ni siquiera en vengar su honor. Cuando, después de haber viajado mucho tiempo, los amantes volvieron á París, pareció que aquello le era indiferente. Esa indiferencia hirió la sensibilidad de Tinsay, porque se parecía mucho al desdén; sin embargo, guardó el secreto de su humillación. Poco tiempo después tuvo que sufrir otra prueba terrible é inesperada.

Volviendo un día á su casa á pie, á la caída de la tarde, divisó cerca de la puerta la silueta de un joven que parecía aguardarle. Aunque sólo le conociera de niño, Tinsay le reconoció en seguida. Era Pablo, el hijo abandonado de la mujer adúltera. Dolorosamente impresionado, Héctor iba á retroceder para evitar el encuentro; pero pálido por la emoción, el joven avanzaba ya hacia él.

– Mi padre no ha querido matar á usted, caballero, dijo; yo no seré tan clemente.

Y disparó sobre él.

(Continuará)

GUERRA ANGLO BOER

Ocioso parece describir los grabados que en esta página publicamos y que reproducen escenas y episodios de la guerra anglo-boer; hemos expuesto tantas veces en La Ilustración Artística nuestras opiniones acerca de aquella lucha, que necesariamente habríamos de incurrir en repeticiones. Tampoco creemos necesario dar noticias del curso de la contienda anglo-boer, porque siendo esta una cuestión á la que la prensa de todo el mundo dedica atención preferente, nuestros lectores y el público en general seguirán sin duda día por día la marcha de los acontecimientos.

Por estas razones entendemos preferible dedicar algunas líneas á una obra filantrópica iniciada en París, que de seguro se conquistará las simpatías del mundo entero. Nos referimos al comité que acaba de formarse en aquella capital y que ha adoptado como lema y como llamamiento el título sugestivo de «La vida á los niños boers.»

El objeto que se propone tan laudable institución es socorrer á las mujeres y á los niños boers encerrados en los campos de concentración.

Sabido es el régimen deplorable de estos campamentos, en donde los invasores ingleses han amontonado á más de cien mil personas y que la intemperie, la insalubridad y las privaciones han convertido en otros tantos focos permanentes de mortíferas enfermedades. Hace poco, el jonkheer Sandberg, edecán del general Botha, dió en el teatro del Châtelet una de sus interesantes conferencias documentadas sobre tan interesante asunto, y por otra parte, un testigo poco sospechoso, la inglesa miss Emily Hon Hobhouse, ha publicado acerca de este particular algunos detalles de una precisión desconsoladora. Finalmente, por si alguien pudiese dudar de la veracidad de esta escritora, la brutal elocuencia de los números bastaría para demostrar la gravedad del mal: en efecto, según las estadísticas oficiales inglesas, de 117.000 concentrados han muerto 14.393, cifra que se divide en 2.893 adultos y 11.500 niños!

El comité que nos ocupa y que se propone atenuar las crueles consecuencias de la guerra, se constituyó el día 15 de diciembre último bajo la presidencia de honor de la Sra. de Villebois-Mareuil, hermana política del coronel que murió heroicamente en el Transvaal, y bajo la presidencia efectiva de la señora de Fauqueux y la vicepresidencia de la señora condesa de Sesmaisons, y ha entrado inmediatamente en acción abriendo un camino nuevo y tal vez más directo hacia el fin que se proponía ya otra obra francesa anterior, *El sueldo de los boers*. Solicita donativos en dinero ó en objetos, que recibe en sus oficinas (rue de Grenella, 122) y se encarga de su expedición, distribuye boletines de suscripción, organiza peticiones para que sean disueltos los campos de concentrados, crea secciones en provincias y realiza, en una palabra, una entusiasta campaña de propaganda.

La señora de Fauqueux y sus celosas colaboradoras dirigieron al presidente Kruger una carta tan conmovedora dándole cuenta de la empresa que habían acometido, que el venerable anciano se ha creído en el deber de contestar, por vía de excepción, personalmente á las firmantes del mensaje manifestándoles su simpatía y su agradecimiento. Su respuesta termina con la cita apropiada de un versículo de la Biblia: el ideal religioso, en el cual tiene puesta una fe inquebrantable, es para él un manantial de fuerza y de esperanza en medio de las duras pruebas á que se ve sometido. – X.



Iglesia de Rustenberg utilizada como hospital



Enfermeras del hospital Novitgedacht



Hospital boer en Novitgedacht

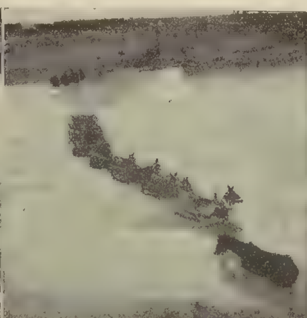




Boers escuchando la música de una banda militar inglesa en Volksrust, en la frontera Norte del Natal



Paso de un vado por una diligencia



Paso de un río por una diligencia



Diligencia atravesando el río Cocodrilo

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ALBUM PROGRAMA DE ELEMENTOS DE DIBUJO LINEAL, por *Eduardo Laforet*. Editado en Barcelona por el establecimiento «Arte y Ciencias.» Precio, tres pesetas.

CRÓNICA DE LA FIESTA DEL ÁRBOL DE 1900 Á 1901. – Folleto impreso en la Casa Provincial de Caridad de Barcelona.

JUEGOS FLORALES CELEBRADOS EN LA VILLA DE OROTAVA. – Folleto impreso en la tipografía de Benítez, de Tenerife.

LAS AFINIDADES ELECTIVAS, por *Juan Wolfgang Goethe*. – Novela de más de 300 páginas, editada por Rodríguez Serra, de Madrid. Precio, tres pesetas.

LA BESTIA, por *Ubaldo Romero Quiñones*. – Novela social de más de 300 páginas, impresa en la tipografía de Enrique Burgos, de Guadalajara. Precio, dos pesetas.

EL AGUA TERMO-MINERAL DEL VICHY CATALÁN Y SUS APLICACIONES TERAPÉUTICAS, por el *Dr. José Gelabert*. – Memoria premiada por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona. Folleto impreso en la tipografía barcelonesa de Luis Tasso.

EL DOCTOR SERAPIO REYES, por *B. Saavedra*. – Folleto impreso en la tipografía Artística, de La Paz (Bolivia).

VIDA DE FRANKLIN, por *Francisco Valdés Vergara*. – Un tomo publicado en Valparaíso.

HISTORIA DE CHILE, por *Francisco Valdés Vergara*, con ilustraciones del Sr. Córdova. – Impreso en la tipografía de Balva y compañía, de Valparaíso.

HISTORIA DE ESPAÑA Y DE LA CIVILIZACIÓN ESPAÑOLA, (tomo II) por *D. Rafael Altamira*, catedrático de la Universidad de Oviedo. – Editado en Barcelona por D. Juan Gili y Roig.

ECONOMÍA, por *Adolfo Buylla*. – Un tomo de 168 páginas que forma parte de la colección de Manuales Enciclopédicos, editada por D. Juan Gili, de Barcelona.

IDEAS Y SENTIMIENTOS, por *Mary Faith*. – Colección de artículos que forman un tomo de más de 100 páginas, impreso en Cartagena (Colombia) en la tipografía de Araújo.

MANUAL AL ALCANCE DE TODOS PARA FABRICAR OBJETOS DE ESCRITORIO, por *Juan Müller*. – Folleto de 50 páginas impreso en Barcelona y publicado por Victoriano Suárez, de Madrid. Precio, 1'25 pesetas.

EL CABALLERO DE CASARROJA, por *Alejandro Dumas* (padre), traducción de *Enrique Leopoldo de Verneuil*. – Novela en dos tomos publicada por D. Luis Tasso, en Barcelona. Precio, una peseta tomo.

IVÁN EL IMBÉCIL, por el conde *León Tolstoy*, traducción de *Ll. Chaves de Guisa*. – Colección de artículos que forma un tomo de cerca de 250 páginas, editado en Barcelona por Lezcano y C.ª Precio, una peseta.

LA RELIQUIA, por *Eça de Queiroz*, traducción de *C. Bargieta y F. Villaespesa*. – Novela en un tomo de 278 páginas, editada en Barcelona por Lezcano y C.ª Precio, una peseta.

LA MUJER DE TODO EL MUNDO, por *Alejandro Sawa*. – Novela en un tomo de 243 páginas, editada en Barcelona por Lezcano y C.ª Precio, una peseta.

POESÍAS ESCOGIDAS, de *Sor Juana Inés de la Cruz*, precedidas de su biografía, notas bibliográficas y juicios críticos de escritores españoles y americanos. Un tomo de 222 páginas, impreso en Barcelona y publicado por Victoriano Suárez, de Madrid. Precio, cuatro pesetas.

LECCIONES PRÁCTICAS PARA LA FABRICACIÓN DE VINOS NATURALES, por *J. M. Marpons*. – Folleto impreso en la tipografía la Sud-Americana, de Montevideo.

LA TRILOGÍA «LOS PIRINEOS» Y LA CRÍTICA. – Un tomo de más de 300 páginas, impreso en Villanueva y Geltrú, por Juan Oliva y Milá. Edición de 500 ejemplares, cien numerados.

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas sueltas, *Revista Comercial Hispano-Americana*, *La Medicina Científica en España*, *La Harmonía*, *El coleccionista de tarjetas postales*, *España Cartófila*, de Barcelona; *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, de Villanueva y Geltrú; *La Lectura*, *Revista Contemporánea*, *La Patria de Cervantes*, *Bibliografía Española*, *Sol y sombra*, *El Economista*, *El Mundo Latino*, *Higiene moderna*, *El Regenerador*, de Madrid; *Gaceta médica de Granada*, *Idearium*, de Granada; *Ayer y Hoy*, de Castellón; *Cataluña*, *Aragón*, *Valencia y Baleares*, de Buenos Aires; *Boletín del Centro Universitario*, de La Plata; *Revista mensual de la Cámara Mercantil*, de Barracas al Sur; *La Revista Nueva*, *Pluma y lápiz*, de Santiago de Chile; *El Social*, de Bolivia; *Revista latino-americana*, de París.



Paisaje, cuadro de Modesto Urgell (Salón Parés)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 3 de febrero de 1902 — Núm. 1.049

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



PLAYA, cuadro de Modesto Urgell (Salón Parés)



QUIETUD cuadro de Modesto Urgell (Salón Parés)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EL COMERCIO EN LA CALLE

¿No os habéis fijado nunca en los humildes puestos del comercio callejero, en esos vendedores ambulantes que infestan las calles y plazas de la villa y corte? Industriales en reducidísima escala pregonan su mercancía á gritos, os detienen al paso para que os fijéis en las ventajas y excelencias de un lapicero económico ó de una pastilla de jabón modesta y limpia. Os ofrecen el último juguete de sorpresa – el ratón que se mete en el agujero, el gato que le persigue; – os facilitan la adquisición de horquillas, peines, carteras, portamonedas, espejitos de mano; os embocan un torero de yeso ó un almanaque de pared, cuando no os brindan á *perro grande y chico* obras de escritores conocidos, asegurándoos – y puede que tengan razón – que el papel *vale más*... Los editores que echaron mal sus cuentas ó á quienes por cualquier motivo se les torció el negocio, suelen lanzar así al mercado el remanente de sus almacenes, para que lo dispersen y liquiden los vendedores ambulantes; oficio que ellos desempeñan á las mil maravillas. Yo he oído pregonar en la Puerta del Sol los poemas de Campoamor, viejas ediciones estancadas, á precios de sofocante baratura. Campoamor regalaba sus obras á quien quería publicarlas; así es que tuvo editores á centenares, y seguirá teniéndolos. También oí gritar mi nombre en la Puerta del Sol, recientemente, por docenas de *camelots;* era un resto de edición del primer año del *Nuevo Teatro Crítico,* publicado hace unos catorce ó quince por una casa editorial que nació bajo muy buenos auspicios – la de Manso de Zúñiga – y que por causas ajenas probablemente á los vaivenes de la librería quebró algunos después. «Hay mucho de melancólico en estos fines de amor,» dice Pablo Bourget; y yo, substituyendo lo amoroso, que aquí no viene á cuento, por lo de editorial, digo que en los fines de un negocio emprendido con bríos y desgraciado por razones que no me toca analizar, hay mucho de triste. Pero si los libros corren, ¿qué más da que los disperse el viento de tempestad de la quiebra, que la brisa igual y suave de la venta tranquila, encalmada, en el mostrador de los libreros?

***

Una de las formas de la venta ambulante está íntimamente unida á la mendicidad. Niñas escuálidas os asedian con la *carrerita de alfileres* (los alfileres son la mercancía mendicante por excelencia) á precio doble ó triple del que la misma carrerita alcanza en cualquier tienda de sedas ó perfumería. En efecto, aquí se observa que la mercancía callejera suele costar más que la de los comercios. Siempre el dar un artículo, aunque sea caro y malo, á cambio de la limosna, es un adelanto con respecto al sistema de pedir *en seco;* siempre lleva inherente la idea de que nada se da por nada en este mundo. Acaso los alfileritos se conviertan en base de la supresión de la mendicidad, supresión tan apetecida y soñada, y por ahora tan improbable, en este Madrid bendito, donde no se logra apearse á la puerta de ningún comercio, casa ó templo, sin que á derecha é izquierda surjan mendigos, lisiados, tullidos, ciegos, chiquillos y mujeres con cría.

El lucro de las carreritas de alfileres, tan desproporcionado, es positivo. La gente, sin regatear, los adquiere á los precios verdaderamente fantásticos que señalan las chiquillas expendedoras. Somos de esta hechura característica: no nos paramos en pequeñeces. Las economías insignificantes no creemos que valen la pena. Ningún español calcula lo que representa, al cabo del año, el derroche de una peseta diaria. Soltar las 365 juntas causaría un síncope mortal á los que tiran gustosos la de todos los días, alegando que «eso no va á ninguna parte.»

Prueba de lo que desdeñamos las economías menudas, es otro tráfico, el de los billetes de lotería. A la puerta de las administraciones donde no hay sino entrar para elegir de entre los números el que más agrade, industriales activos os venden la misma mercancía con un sobreprecio proporcional á vuestra generosidad ó vuestro capricho. Dos pasos al frente y os ahorráis el sobreprecio; y además – esto ya es el *bouquet*, – y además no corréis el peligro de que os endosen un décimo falso. Nunca me he explicado cómo puede ser una profesión la de revender billetes de lotería. Lo es, no obstante, y los nocharniegos de Madrid rara vez acuden á las administraciones para tentar la suerte: al salir del café, de la viña X ó del sótano Z, del teatro por horas ó de donde Dios disponga, es cuando adquieren «los 28.000 duros» ó «el gordo» de Navidad.

***

Fósforos y periódicos dan un contingente lucido á la venta ambulante. Tampoco las cerillas, por lo general, las compra nadie en tienda. Ha de ser en la calle, en la esquina, en el quicio de una puerta, donde se adquiere la cajetilla con el retrato de la celebridad y la belleza, reunidas del modo más graciosamente incoherente y disparatado. A veces me divierto en mirar estos casamientos, sin dispensa, de las cajas de cerillas. Cleo de Merode y Canalejas; Martínez Campos y Liana de Pongy; Réjane y Maura; la princesa de Caramán Chimay y el conde de Romanones... Son estas cajas el *Allegro* y el *Pensieroso* – ¡caritativamente pensando! – de los señores formales que encuentran unida su efigie á la de las *demi mondaines* más vivarachas de ambos mundos.

Si les molesta habrán de resignarse. Su cara pertenece al público, que hace de ella lo que quiere. Tal ha sido siempre el destino de las caras ilustres ó famosas, empezando por las de las divinidades, que estampadas en la moneda corrieron desde los tiempos primitivos por tabernas y sitios peores aún, siguiendo por las de los reyes que vinieron á reemplazar á los dioses y entregaron su efigie á la profanadora promiscuidad de las transacciones comerciales, y continuando, desde la Edad media, por la de los hombres más celebrados, populares y eminentes, á quienes la caricatura cogió en sus garras de bestezuela burlona, y á quienes presentó bajo aspectos propios para redimir á los demás hombres de la servidumbre de la admiración, que pesa bastante y agobia no poco. La caricatura gusta por eso: porque entrega á la risa lo que antes volaba y se erguía en los dominios de lo heroico y respetable. ¡Reirse á carcajadas de lo que está más alto que nosotros! Eso siempre será delicada fruición.

El genio de la Edad media, tan bien adivinado por Víctor Hugo, que lo clasificó entre las épocas regocijadas y grotescas de la historia, ha dejado elementos preciosos para la evolución de la caricatura. El Renacimiento los desarrolló; la Edad moderna se empapó en ellos. No existe hoy cosa que no se caricaturice. Y en la caricatura han encontrado filones de oro los periodiquitos y modestas ganancias los vendedores ambulantes.

Otras no tan lícitas, reprobables diría mejor, son las que sacan estos mismos vendedores de las fotografías transparentes y los libracos sucios. Lamento que no se persigan semejantes modos de vivir; pero, yéndome á la raíz de las cosas, como procuro por lo general hacer para no incurrir en injusticia, lamento más aún que el público esté dispuesto á comprar tales porquerías. Se compra lo que se vende; pero sería más exacto aún decir que se vende lo que se compra. Y por desdicha, tienen siempre infinitos compradores los consabidos librejos y fotografías, no ya *in*, sino *anti*-decorosas. Sacar dinero de porquerías es malo, pero es peor sacar dinero del bolsillo para porquerías.

***

En cuanto á otras industrias callejeras y humildes, en ellas pueden encontrarse revelaciones acerca del estado social. Es consolador que aumente la venta de cepillos, jabones color rosa y verde lechuga, esponjas de á veinte céntimos, elixires para los dientes y polvos para el mismo uso. Eso indica que la gente se lava más. Tampoco me desagrada la venta de flores por la calle, los ramilletitos, esos sencillos ramilletitos de á *perra,* que luego vuelvo á ver adornando el pecho de una muchacha vestida de percal y con pañuelo sobre los caracoles del peinado. Es la poesía en pequeño, la nota graciosa y estética, la sonrisa, el pedazo de alegría y de goce que necesitan todos para vivir y respirar. Es lo superfluo del pobre, tan necesario como lo indispensable. ¡Cuántas ilusiones, cuántas venturas, cuántas ternezas, qué de verdadera pasión representa á veces el ramillete de violetas ó de rosas te á *perra gorda!*

***

La venta en la calle de objetos de escritorio delata la poca costumbre de escribir que aquí se tiene. Parecerá que es lo contrario: no, no me equivoco; es como digo. Porque esos objetos de escritorio véndense al menudeo: un cuadernillo de papel y cinco sobres es la cantidad que más á menudo se despacha. Y con un cuadernillo de papel y cinco sobres, calculen qué nutrida correspondencia ha de permitirse un individuo.

La venta de cuadernillo y cinco sobres explica la costumbre de escribir en los cafés. Muchísimos españoles no han poseído en su vida el lujo de un tintero, un palo de pluma y un pliego de papel secante, y cuando se les ocurre la necesidad de enviar una carta, en el café se remedian. La tinta, en los cafés, suele ser agua clara del Lozoya; el cabo, un garabato; el papel, puré de patata rayado; el pico, un trozo de hierro viejo cubierto de mugre; pero ¿qué les importa á los improvisados pendolistas de ortografía autónoma y estilo pintoresco, que redactan el sablazo, la epístola amatoria ó la breve carta á la familia? Buenos están los tiempos para andarse con repulgos.

***

Me faltó recordar, entre los vendedores ambulantes, á los que, con misterio, al oído, ofrecen la sortija de pedrería y oro, fina, auténtica, por unas cuantas pesetas, pues se trata de sacar á una familia decente de un apuro, y es mala vergüenza que conste que desbarata así, en la calle, sus joyas. Eternamente habrá quien, tentado de la codicia, piense adquirir *el Regente* por cinco duros, aunque sea robado... ¡qué diantre! ¡Pues si se fuese á reparar! Y eternamente esos cándidos pillos tronarán contra la maldad y la perfidia humanas, cuando lleven su sortija á casa de un platero y se encuentren con que es de magnífico latón y riquísimo vidrio.

Emilia Pardo Bazán.

PENSAMIENTOS

Es preciso unir en la educación el corazón maternal con la inteligencia de un hombre.

El P. Girard.

La inteligencia es una admirable ama de casa: un día ú otro saca partido de todo lo que ha recogido y clasificado en su hogar.

– La imaginación, cuando es verdadera, es una de las facultades que resisten mejor la acción de los años. En el ocaso de la edad, las inteligencias vigorosas parece como que dan á sus obras los más bellos colores del otoño.

– Las paradojas de los hombres superiores llegan á ser los lugares comunes de la generación que les sigue.

Doudan.

Los que nada hacen se creen capaces de hacerlo todo.

Mme. de Tracy.

El padre de la gloria y de la felicidad es el trabajo.

Eurípides.

La moral es una planta cuyas raíces están en el cielo y cuyos frutos y flores embellecen y embalsaman la tierra.

– El pasado es una especie de lámpara puesta á la entrada del porvenir para disipar una parte de las tinieblas que lo envuelven.

– Todos los hombres fingen amar la verdad, y esta es una de las mejores pruebas de la obligación que tienen de amarla realmente.

Lamennais.

La ancianidad levanta la máscara con que la gracia de la juventud cubre nuestros defectos; de modo que el que no quiera parecer feo cuando llegue á viejo, es preciso que se apresure á ser bueno.

E. Marlitt.

Todos hemos nacido en el dolor y por el dolor; el secreto de la vida consiste en soportar heroicamente las penas.

Lamartine.

Día vendrá en que, no el cañón, sino el maestro de escuela será el árbitro de los destinos de Europa.

Lord Brougham.



Antropos, el viejo Antropos, se sintió poseído de soberbia imponderable.

Había sometido todos los elementos; había descubierto todos los arcanos. Sabio, poeta, guerrero, legislador, artista, en las esferas todas humanas había descollado y brillado como el sol. Había bajado hasta el fondo de los mares; subido hasta el seno de los cielos misteriosos; hizo á la diosa Electricidad su esclava, y de la palabra nueva paloma mensajera que en un solo revuelo rodeara el universo; dió fijeza eterna al sonido é iluminó las últimas reconditeces de la vida y de la muerte, en la evolución completa de la célula y el microbio. Destilando la más pura esencia de la filosofía, enseñó á amar á sus semejantes, y á matarse entre sí con mayor acierto, combinando los agentes químicos más perversos, que el bien y el mal fueron siempre fatales compañeros é inseparables de su naturaleza terrena. Con la lira, el cincel y la paleta cautivó á la Belleza esquiva, y todas las voluntades se rindieron á su genio soberano.

Reinaba en absoluto sobre el mundo. Laureles inmarcesibles ceñían su sien olímpica y las palmas de la ciencia esmaltaban su blanca veste.

Y dijo Antropos:

– No quiero más vivir en este llano, donde las pasiones de los hombres me molestan y entorpecen mi profundo meditar. Sus voces y sus querellas me lastiman y el verlas continuamente me desagrada. Me alejaré de ellos y asentaré mi palacio en la montaña. Allí, libre de todo trato, en la soledad y el silencio, con las Ciencias y las Artes, mis amadas, pasaré largos años felices.

Llamó á la legión de geniecillos que le servían, y en un periquete cargaron con el palacio, que era de mármoles y jaspe, y lo transportaron á la montaña más elevada.

Antropos, satisfecho, se asomó á una ventana del palacio y vió á los hombres, sus semejantes, como hormigas en el llano, inquieto enjambre que se dividía en innumerables grupos de caminantes, cargado cada cual con el grano de sus necesidades, trabajos, ambiciones, vicios y pecados.

Y sonrió, de orgullo, al sentirse tan alto, lejos para siempre de la mísera caterva, á la que privaría de su vista, como Dios.

Pero notando que los árboles desafiaban con sus gallardas copas las cornisas de la casa y en el bosque se oían rugidos de guerra y piadas de amor, tornó á llamar á sus genios.

– Más alto aún; quiero que mi morada domine la tierra y no haya sobre ella más que el dosel azulado de la atmósfera.

Cargaron de nuevo los geniecillos con el palacio y le colocaron sobre la nieve eterna, allí donde no hallaron trazas de vegetación ni de vida animal. Y Antropos se asomó otra vez á su ventana y no distinguió más que la llanura toda blanca, sin mata de hierba ni ser viviente que la hollase; el rumor de los de abajo llegaba, sí, pero tan tenue, que era como el de la brisa, que acaricia y no molesta. Entonces Antropos sonrió como antes, más satisfecho que antes.

Sus días se deslizaron en la paz del estudio. El Egoísmo, armado de todas armas, guardaba las puertas de la fortaleza, y sobre ella la Soberbia desplegaba su pendón de púrpura. Antropos era feliz, muy feliz.

* * *

Una tarde escuchó ligero ruido, que en aquel silencio parecía estrépito, y Antropos divisó dos cóndores magníficos que, más altos que él, le burlaban con sus alas poderosas. Furioso, llamó por tercera vez á sus genios.

– No quiero que otro que yo reine en el espacio, les dijo. Construiré una torre, á cuya cúspide nadie podrá alcanzar, así tenga las alas del propio Icaro.

Y mandó demoler el palacio, para lo cual bastó la explosión de su voluntad, y que con los mismos materiales se levantara la torre que en altura sobrepasaría á la bíblica, su modelo. En una noche y un día la Arquitectura, su sierva, y los dóciles genios alzaron la torre, tan gallarda, que las nubes se amontonaban, vergonzosas, á sus plantas. Antropos se asomó y vió el espacio desolado, no escuchó más eco que el silencio...

Al fin se creyó solo, absolutamente solo, rey de todo lo creado: el trono de grandeza tenía por cimientos las mismas nubes; la vida se arrastraba, allá abajo, como la serpiente maldita. Encima de él no había nada, nadie... Alzó los ojos, con un gesto de orgullo supremo, y descubrió millares de mundos, el reguero diamantino de estrellas y de soles. ¡Oh, rabia!, ¡oh, humillación!, encima de él, allá arriba, siempre arriba, existía algo superior que le dominaba y vencía. ¿De qué servíale su ciencia?, ¿de qué su genio?

Seguiría subiendo, subiría más, subiría siempre, más arriba que nunca, y en su ascensión gloriosa no pararía hasta hollar con sus pies los astros.

Como á las órdenes de su deseo todo se plegaba humildemente, ante él se presentaron las Ciencias, prontas á cumplir sus mandatos; y bajo su dirección, en menos tiempo que la torre aún, fabricaron un globo prodigioso, que otro igual no volverá á verse.

Y en él subió Antropos, remontándose por los aires como flecha que se dispara de su arco.

¿Quién más alto que él? Abajo, las nubes cubrían ya la torre y en un océano de vapores se sumergía la tierra entera: Antropos, el único, el soberano, tocaba ya á las estrellas, las insolentes disputadoras de su poderío.

Y subía, subía, subía siempre, siempre arriba. Sobre las ondas del éter navegaba como en la inmensidad de un mar azul, desierto y mudo.

Mas á medida que se alejaba de su madre, la tierra, y de los hombres, sus hermanos, la vida que animaba el cuerpo de Antropos, el calor que encendía su sangre y la lámpara de su cerebro, iban deprimiéndose y apagándose: sus miembros temblaban, le zumbaban los oídos, los ojos se le cubrían de nieblas espesas, y el pensamiento poco á poco quedaba aterido, como pájaro que sepultó la nieve. Su compañera, la Medicina, quisiera prestarle auxilio, pero ella también se sentía impotente en la majestad solemne del espacio, ella, hija raquítica y ciega de los humanos.

Y el globo subía, seguía subiendo siempre. Antropos, en el fondo de la barquilla, no percibía ya el fulgor de los mundos sobre su cabeza. Tenía los ojos cerrados y no respiraba...

Así murió Antropos, el soberbio, asfixiado en el vacío.

Carlos María Ocantos.

(Dibujo de Triadó.)

HUESOS REMOVIDOS

Hase dicho por alguien que la Iglesia aplica á los muertos los méritos de los vivos, en tanto que la Nobleza aplica á los vivos los méritos de los muertos. Mucho habría que contar aquí si fuéramos á remover los huesos de más de cuatro excelentísimos bribones y más de ocho excelentísimas bribonas, que engañando, ó tratando de engañar, al mundo por medio de sus hipocresías, trapacerías, bellaquerías, felonías y varias otras lindezas terminadas en *ías*, cubrieran las repugnantes lacras que los y las corroen, con los gloriosos timbres de sus antepasados. Por otra parte, la vil lisonja ha formado más entronques y ramas dinásticas en el terreno de la Heráldica, que granos de arena registra el mar en sus dilatadas orillas.

Tal sucedió, como no podía ser por menos, con el bueno de nuestro Excmo. Sr. D. Juan Costal de Adá y Pro. Quién decía que su verdadero primer apellido era *Costa* y no *Costal*, mientras sostenían otros que era *Cuesta;* quién aseguraba que *Costal de Adá* significaba que había salido de la *costilla de Adán*, en la cual luminosa interpretación no se equivocaba de seguro; pues, como dice el refrán, sabido es que *todos somos hijos de Adán y de Eva, sino que nos diferencia la lana y la seda*. No faltó linajista que extremara esta última opinión, alegando que el tal sujeto descendía por línea transversal del virrey del Perú Excmo. Sr. D. Gabriel de Avilés y Fierro, quien, no obstante ser hijo de marqués (y de marqués que escribió un libro intitulado *Ciencia heroica, reducida á las leyes heráldicas del blasón)*, daba escasa importancia, si alguna, á las distinciones que halagan la vanidad de ciertos mortales, supuesto que mientras le enviaban de España la copia ó descripción de su escudo nobiliario, mandó pintar para su uso privado, que sólo mostraba á sus más íntimos amigos, uno que consistía en cruz de gules encima de una espada sobre campo azul, y debajo un hombre *(Adán*, después del pecado), removiendo la tierra con un azadón, y en cuyo remate por la parte inferior se leía el siguiente mote, en oro, sobre fondo de plata:

De este destripaterrones
venimos los infanzones.

Tocante al segundo apellido, *Pro*, no discurrían los curiosos con menor variedad. Éste decía que venía de *provecho;* aquél, que siendo este vocablo una preposición inseparable, así en la lengua del Lacio como en la nuestra, suponía desde luego la omisión de otro vocablo que había desaparecido con el transcurso de las edades y generaciones, verbigracia, Pro*cónsul*, Pro*bo*, Pro*to*, etc. Por último, á alguno se le ocurrió que, escribiéndose *Prò* como abreviatura de *Presbítero*, bien podría derivarse de este último nombre, á la manera que existen los apellidos

de *Cardenal, Fraile, Sacristán* y otros á este tenor. ¿Tenía razón alguno de ellos?.. ¿No la tenía ninguno?.. El tiempo, descubridor de grandes cosas, se encargará de averiguar la verdad, mayormente cuando un íntimo amigo mío, el mayor que tengo, y al que, por lo mismo, no sería violento calificarlo de un *alter ego*, se ha comprometido á no dejar piedra por mover (y ¡cuidado que el mozo es testarudo como él solo!, aunque no ha nacido en el suelo de la Pilarica), hasta tanto que ponga el asunto en claro, ó puede poco. Dejémosle entregado á sus lucubraciones heráldicas, mientras seguimos nosotros dando unos brochazos más al esbozo biográfico-paremiológico que nos ocupa.

Díjose arriba que más de cuatro falsedades corren por esos mundos de Dios á cuenta de nuestro biografiado, y así es la verdad, como vamos á demostrarlo.

En su buen talento, jamás usó la locución *No sin falta de misterio*, sancionada por muchos y buenos escritores castellanos, aunque impropia y falsamente. Porque es lo que decía, y tenía en ello muchísima razón: No SIN *falta* vale tanto como CON *falta*; ahora bien, si ha habido *falta de misterio* en aquello de que se trata, no hay para qué encarecer el haber mediado reserva, ó segunda intención, en lo que se pretende presentar como embozado ó estratégico.

Asimismo se reía de los que, para aseverar con más ahinco y eficacia su dicho, incurren en la inconveniencia de expresar su concepto por medio de la fórmula: *Con estos ojos, ó manos, que* HAN *de comer la tierra*, en lugar de *que* HA, siendo así que la tierra es la comedora y no la que ha de ser comida.

De igual manera censuraba á aquellos que, llamados por su cargo á definir debidamente en todo su valor y legítima significación los *refranes*, lo hacían torpemente, como ocurre, verbigracia, con quien dice: «*Beba la picota de lo puro, que el tabernero medirá seguro*, refrán que advierte que cuando la justicia anda derecha, nadie se tuerce;» debiéndose decir todo lo contrario, á saber: «Que cuando la justicia anda torcida, nadie anda derecho,» pues sabido es que lo que roba en precio, peso y calidad la mayoría de los taberneros, tahoneros, carboneros y demás entidades comerciales acabadas en *ero*, ó en otras letras, lo hacen merced á tener las espaldas bien guardadas por aquellos que beben, comen y encienden de balde la lumbre en su casa, y *aindamáis*; total: que *Si no hubiera encubridores, no habría ladrones*. Esta es la pura verdad, y *lo demás es música celestial*.

Recuerdo haber escrito á este propósito, años ha (1882), una fabulilla, que por lo mismo hallará aquí lugar adecuado, y la cual dice así:

> Cuando Gil va á la plaza por un pan,
> falto de peso es como se lo dan;
> y al ir Menga por diez varas de tela,
> vara y tercia le sisan con cautela.
> Gil y Menga demandan de contado
> justicia, por un hurto que es probado;
> pero... ¿quién se la hará, si el panadero
> es regidor, y alcalde aquel tendero?
>
> *Cuando el lobo es guardián de las ovejas,*
> *en sus garras se quedan las pellejas.*

Como hombre amante de la verdad histórica que era nuestro *Don Juan*, se sublevaba cada y cuando que veía falsear el origen de los *refranes*, á cuya defensa no tardaba en salir, nuevo *Don Quijote*, embrazando la adarga y enristrando el lanzón, y montado, si no en Rocinante, en cólera (que todo es montar), de que pondré aquí algunos ejemplos, por reputarlos otros tantos hechos característicos de nuestro héroe.

Es moneda corriente entre los historiadores eso de que el proverbio *Ruin con ruin, que así casan en Dueñas*, con el cual se pretende dar á entender que «los mejores casamientos son comúnmente los que se contraen entre personas de igual clase,» ó bien, en términos más abstractos, que «en todo se debe guardar las debidas proporciones para obtenerse un resultado feliz,» alude á las velaciones celebradas en aquella villa de la provincia de Palencia el día 18 de marzo de 1506, en las personas de D. Fernando el



Después del festín, cuadro de Leonor Fortescue-Brickdale (reproducido con autorización de Messrs. Dowdeswell)

Católico y su segunda mujer doña Germana de Foix, hija del rey de Francia. Dejando á un lado lo de *ruin*, circunstancia harto chocante tratándose de personas pertenecientes á estirpe regia, pero que en el terreno paremiológico puede disimularse, por ser frecuente el sentido irónico, existe en contra de semejante abolengo una razón que no podrá recusar el más exigente, á saber, una razón de índole anacrónica (con cuyo motivo *¡todo el mundo boca abajo!*), y es: Que en el año de 1498 (ó séase ocho antes de verificarse las susodichas velaciones) se imprimió en Sevilla (1) «El libro del Arcipreste de Talauera que tracta de vicios e virtudes e reprobacion del loco amor assi de los ombres como de las mugeres o segund algunos llamado *Coruacho*,» etc., y en el capítulo IV de la segunda parte se lee: «...¡Oh, oh, oh Señor, cómo priuas de conoscimiento á aquellos que te plaze! Ojos ay que de lagaña se agradan; *ruyn con ruyn, que asy casan en Dueñas*. El exemplo byen lo dize: non se puede egualar synon ruyn con su par.»

Un hecho análogo al anterior ocurre con el refrán *Más es el ruido que las nueces*, cuyo origen refirió por los términos siguientes «Un soldado viejo, natural de Borja,» en *El Averiguador Universal*, tomo IV, pág. 38. Dice así textualmente:

«El capitán Hernando Tello Portocarrero salió de Dourlens la noche del 11 de mayo de 1597, caminó siete leguas, y se situó al amanecer muy cerca de Amiens, plaza fuerte é importante, cuyos habitantes, por guardarla mejor, no quisieron que Enrique IV les diese soldados para su defensa. Al ser de día se presentaron varios aldeanos en la entrada de dicha ciudad con un carro de leña, y dos de ellos tropezaron, cayeron al suelo y desparramaron las nueces que llevaban en unos cestos. Mientras los franceses que guardaban la puerta, riéndose á carcajadas de su torpeza, cogían la fruta, los aldeanos, desabrochándose los gabanes, sacaron los pistoletes, y á los gritos de *¡Viva España!* se apoderaron de la entrada de la plaza; los centinelas de la muralla no pudieron levantar el puente por el carro que los españoles habían cruzado en él; á los tiros acudió Portocarrero con la caballería, y aunque los de Amiens se defendieron bravamente por las calles y desde las casas, la ciudad quedó por Felipe II. Los diez soldados disfrazados de aldeanos iban á las órdenes del sargento Francisco del Arco, natural de Borja, que murió de capitán. Desde la referida sorpresa se dice: «Más es el ruido que las nueces.»

Un suscriptor á dicha publicación tuvo sus dudas, dudas bien fundadas, al leer semejante relato, y así lo consignó semanas después en la propia Revista, á lo que no se tardó en contestarle en las columnas de la misma lo que sigue:

«La frase proverbial *Más es el ruido que las nueces*, es más antigua de lo que piensa el señor «Soldado viejo, natural de Borja:» la encuentro ya en ciertas coplas de un poeta de fines del siglo XV, Gonzalo de Avila, quien, contestando á uno que le reprendía su mala cara y peor entendimiento, decía:

> »Vuestras famas d' entendido
> son rrafezes
> y sohezes,
> fablando con rreverencia;
> *Ca mayor es el ruido que*
> *las nueces*,
> veynte vezes
> de vuestro ssaber y ciencia.

»Estas coplas, todavía inéditas se leen en el códice *Fonds italien*, número 590, fol. 64, de la Biblioteca Nacional de París.

»También fué usada en la primera mitad del siglo XVI y por autores de fama. Ahí está el rufián Centurio de la *segunda Celestina* predicando en cierto lance á sus compañeros, *que sea el ruido más que las nueces*, buena parola y mal fato, quiero decir, y la espada no sacalla, *(segunda comedia de Celestina*, por Feliciano de Silva, edición de la *Colección de libros españoles raros ó curiosos*. Madrid, 1874, página 447.)

»De modo que la dicha frase no trae su origen del hecho histórico referido por el señor *Soldado viejo*; es un modismo muy antiguo de la lengua castellana. – Y. Z.»

A lo allí dicho añadiremos ahora que, en efecto, figura dicha frase comparativo-proverbial en antiquísimas colecciones, tales como la de Fernando Arce de Benavente (1533), la de Ruiz Bustamante (1551), la de Hernán Núñez (1555), etc., no sin dejar consignado antes, con harto sentimiento, lo que en varios de nuestros escritos tenemos apuntado tiempo ha, y de cuya verdad nos hallamos cada día que pasa más convencidos, á saber: que la mitad de la Historia es una mentira, y de la mitad restante hay que rebajar una gran porción. Y la segunda parte de esta tesis que acabo de sentar, no se diga que

(1) Cito arriba como primera edición la de Sevilla de 1498, por ser la más generalmente conocida como tal; pues de ser cierta la indicación hecha por Panzer de existir una anterior, impresa igualmente en Sevilla, pero en 1495, entonces resultan á favor del refrán en cuestión tres años más de antigüedad.



ALDEANAS DE DACHAU, cuadro de Guillermo Leibl

se refiere únicamente á los tiempos antiguos; habla asimismo con los actuales, como lo demostrará el caso siguiente, del que podríase decir que está *vivito y coleando.*

Insértase en la *Revista Contemporánea* (Madrid, 15 de septiembre de 1900) un artículo intitulado «Algunas contestaciones para *El Averiguador Popular* de *El Liberal,*» subscrito por *El Curioso Barcelonés,* en el cual artículo, á vueltas de varias otras curiosidades, se halla la siguiente, que no carece de mérito, por cualquier aspecto que se la considere:

«13. – *Más feo que Picio.*

»Creería de mal agüero para *El Averiguador Popular* dejar en blanco la contestación á esta pregunta que, como verá el «pío lector,» lleva el número 13.

»Mucho tiempo ha transcurrido sin que nadie se haya atrevido á contestarla, como así les sucede á tantas otras; pero ¡cualquiera sabe quién fué Picio!.. Ni el erudito Bastús nos los dice en sus documentadas obras, ni de él rezan los cuatro tomos de *El Averiguador Universal* (Madrid, 1879-80-81-82).

»El Sr. Sbarbi cita la frase que encabeza estas líneas en la página 232 de su «Florilegio de refranes y modismos comparativos y ponderativos» (Madrid, 1873), y Montoto la menciona, de paso solamente, sin decirnos ninguno de ambos autores dónde nació y en qué época vivía ese modelo de los feos.

»Pero ya que se ignoran los atributos del sujeto que nos ocupa, y puesto que sólo su nombre y su proverbial «fealdad» nos son conocidos, glosemos aquí el modismo y citemos sus sinónimos, toda vez que el *Diccionario* de la Academia – siempre tan oportuno – en la voz «feo» no menciona ninguno, como si no los hubiera en nuestra rica y abundante lengua castellana.

»Cuando queremos ponderar la fealdad de una persona y no bastan las expresiones «más feo» y «feísimo,» decimos:

más feo que Picio;
– *Carracuca;*
– *el sargento de Utrera;*
– *Lucifer;*
– *un demonio, ó que el demonio;*
– *un diablo, ó que el diablo;*
– *un coco;*
– *hecho de encargo;*
– *un ¡voto á Dios!*

»Y para los supersticiosos, ¿no será también *más feo que Picio* el número 13?..

»En cuanto á los niños, parece que nada les amedrenta tanto como el *coco,* puesto que cuando se pretende hacerles desistir de algo ó se desea que callen ú obedezcan, se les atemoriza diciéndoles: *¡Ay!, que viene el coco, ¡mira el coco!; ¡allí está el coco!, ó ¿ves el coco?, ¡lo digo al coco?, ¡llamo al coco?*

»Curioso sería poder explicarnos – á no ser por el efecto fonético de la palabra, como yo creo – el por qué á los niños les asusta más el *coco* que *Picio, Carracuca, Lucifer* y el mismo *sargento de Utrera,* que de seguro serían más feos que el sabroso é inofensivo *coco.*»

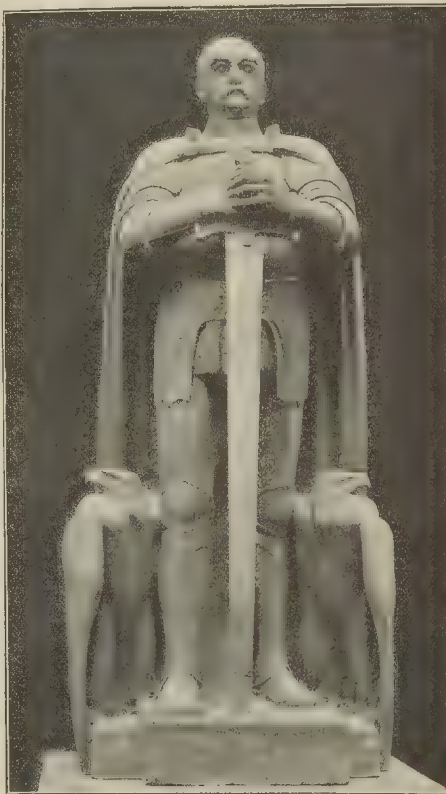
Hasta aquí lo concerniente á nuestro propósito firmado por *El Curioso Barcelonés,* cuya mojadura de papeles en esta ocasión se evidenciará en el artículo siguiente, tercero y último de los destinados á trazar el bosquejo del *Excmo. Sr. D. Juan Costal de Adá y Pro.*

JOSÉ MARÍA SBARBI.

EL CURA DE Á BORDO

(CUENTO)

Como aquel varón justo del padre Márquez, que había de contemplar impávido el desquiciamiento del mundo y había de levantarse sobre la ruina universal, sereno y confiado, para sacudirse la capa del polvo por el testimonio de la buena conciencia, el humilde padre Fonseca había sufrido sin protesta todos los horrores de la desgracia, devorando en secreto sus penas con todo el valor de un héroe y toda la resignación de un mártir. Curtido en el dolor su espíritu, acostumbrado á sufrir desolaciones y amarguras, no había ya infortunio que pudiera abatir su fortaleza. Sobre las ruinas de su hogar, sobre las cenizas de los suyos, se había levantado él, severo y tranquilo, confiado en su conciencia, superior á sus desgracias, para predicar con su palabra bondadosa aquella religión de paz y de amor promulgada desde la cumbre del Calvario. Si había sobre la tierra verdaderos apóstoles de la iglesia, mártires y santos verdaderos, apóstol, mártir y santo era el padre Fonseca, digno de ser venerado en el altar de la iglesia de su aldea.



ESTATUA DE BISMARCK, boceto modelado por Hugo Lederer para el monumento que se ha de erigir en Hamburgo

No gustaba el santo capellán de confiar á nadie sus dolores, para no amargar las alegrías ajenas con el relato de las propias tristezas. Pero se adivinaban sus infortunios á través de la dulce severidad de su semblante. Debía de haber sufrido mucho, porque el sufrimiento es gran levadura para la bondad y el padre Fonseca era la bondad hecha carne. El alma del capellán, toda candidez, toda nobleza, toda dulzura, se asomaba á sus ojos sin reserva y se desbordaba en oleadas de luz por su seráfico rostro, y en aquella purísima lumbre, esencia de su espíritu, centelleaba su bondad con reflejos de tristezas muy hondas.

Pocos, muy pocos, acaso solamente el capitán del barco, viejo paisano del capellán, y algún otro amigo, conocían la historia del viejo sacerdote. Allá en sus mocedades había sido hombre de buena posición y había tenido en la vida no poco valimiento. Vivía entonces en una muy celebrada capital andaluza, con su mujer y sus hijos, porque el padre Fonseca había sido casado y había tenido hijos como cualquier honrado ciudadano. La desgracia arruinó su hacienda y el fisco se apoderó de los escasos bienes que pudieron salvarse de la catástrofe. Otras más graves desdichas, que hirieron más dolorosamente su espíritu, vinieron luego á completar la obra.

Con noble entereza, sin desmayar un momento, luchó tenazmente para ganar el pan de los suyos; pero aquellos por quienes tan bravamente combatía perecieron en la demanda, asestando golpe tras golpe sobre el alma del cuitado, y el pobre Fonseca quedó solo en el mundo, sin parientes, sin deudos, á solas sobre la tierra con su inmenso dolor. De la tremenda crisis producida por aquella serie de encadenados infortunios, surgió la firme decisión de consagrar los últimos años de su vida á la religión y al consuelo de los desvalidos.

Desde aquellos tiempos vivió el padre Fonseca para los pobres exclusivamente, para enjugar lágrimas de los tristes, para consolar amarguras de los miserables. Los miserables y los infelices fueron para él una nueva y dilatadísima familia, en la cual creía encontrar todo el cariño de aquella otra familia perdida, carne y sangre suyas, sepultada bajo un puñado de tierra del campo santo.

***

En el buque era el padre Fonseca casi un ídolo. Desde el capitán al último marinero le adoraban todos, queriéndole como á un padre, venerándole como á un santo. En tal afecto entraba por mucho la gratitud, porque todos debían algo al honrado capellán, favores importantes los unos, cariño los otros, lo que menos consejos provechosos. Para el capitán era el amigo de confianza, el camarada de las horas de velada sobre el puente y un auxiliar poderoso para mantener el espíritu de disciplina á bordo; para todos, en general, era el amigo bondadoso, siempre dispuesto á prestar un servicio, á ocultar una falta ligera, á pedir indulgencia para las más graves.

No solamente á lo sagrado del ministerio que ejercía sobre el flotante pedazo de mundo debíanse, pues, tales respetos y cariños, sino á su bondad natural, á su complacencia para todos, á su espíritu de abnegación inverosímil. Era hombre dispuesto para todo. En días de borrasca y de peligro era uno más para la defensa, y como el último de los marineros trepaba á las vergas, arremangándose su sotana, para auxiliar á los otros. En toda ocasión en que su ayuda pudiera ser eficaz para alguien, no vacilaba en prestarla; ni el trabajo más tosco ni la ocupación más humillante le arredraban; antes parecían complacerle más que los otros. Diríase al verle que ponía empeño en buscar ocasiones para la humillación, para herir sus sentimientos delicados, para castigar sus impulsos de hombre de refinados gustos, como si fuese aquello disciplina impuesta para educar en la humildad su espíritu y penitencia para purificar el alma de vergonzosos delitos. ¿Qué pecados, qué crímenes abrumaban la conciencia del santo para que tan duramente y con tal constancia se impusiera tan grande rigor en la disciplina y en la penitencia?

Si había de creerse á Iborra, el capitán del buque, ninguno. Conocíale él de antiguo, desde la época en que fueron camaradas en la escuela; fué su compañero también en la mocedad y amigo siempre íntimo, aun después de casados ambos; y á Iborra le constaba perfectamente que en el alma de Fonseca no tuvieron nunca cabida malas pasiones, que no mancharon su conciencia odios ni envidias, ni dejó huella en su cuerpo vicio alguno. Fué siempre el mismo modelo de honradez y de lealtad; siempre el hombre de bien, generoso y abnegado, esclavo de los suyos y servidor de todos. Y siendo así, claro era que no podía comprenderse aquel espíritu de sacrificio del buen cura, madera de mártir, que le arrastraba á las mayores humillaciones, aunque todos creían ver en las lejanas penumbras de aquella vida y en las sombras de aquella conciencia algo muy doloroso que lo explicaba todo.

Lo había, en efecto. Como en secreto de confesión, imponiéndome bajo juramento toda clase de reservas, contómelo un día el capitán Iborra, á bordo del mismo buque, en una clara noche de luna que inundaba el mar con torrentes de argentinas claridades. Era un drama vulgar, secuela de aquella catástrofe que arruinó la casa y la hacienda de Fonseca casi en el espacio de un día. La desgracia que hirió al bravo luchador quitándole sus bienes, llevándole de la comodidad á la miseria, le hirió después, implacable, en el alma, arrebatándole á la hembra que fué compañera de su vida y madre de sus hijos.

No se la quitó Dios, que si Dios hubiera sido resignadamente sufriera Fonseca su desgracia. Se la llevó un mal alma, favorecido por la debilidad de la hembra, mal avenida con la amarga lucha de la conquista del pan, de la miseria encubierta y de la soberbia amordazada. Fué el ladrón un amigo, y así

fué herido Fonseca de un golpe en dos de los más poderosos sentimientos de su alma: el amor y la amistad. Para que nada quedara sano en aquel pobre espíritu, la muerte vino á herirle después más duramente, arrancándole á los dos hijos.

Bajo el peso de la inmensa desgracia quedó Fonseca anonadado, sin voluntad ni fuerzas para protestar siquiera contra el destino. Toda su fortaleza se hundió en momentánea ruina, aplastando el cerebro y el alma. En los días primeros parecía que la piadosa muerte iba á poner término á su drama, redimiéndole á él para siempre. Pero no fué tan grande la divina clemencia, y el pobre hombre continuó viviendo, para sufrir toda la inmensidad de su dolor y su verguenza, sin más consuelo que el de la esperanza de vengar su afrenta, de saciar las infinitas ansias de castigo que los celos y la humillación encendieron en su sangre.

Buscó á los villanos sin descanso, consagrándose por entero á procurar satisfacción á sus feroces anhelos. Esclavo de su venganza, para ella vivía y con ella soñaba, sin poder nunca arrancarse el dogal de las ansias que le ahogaban... Pero ni aun en esto pudieron sus aspiraciones realizarse, porque en sus incesantes correrías por el mundo jamás pudo encontrar juntos á los matadores de su honra. Encontró solamente á la hembra, pasados ya algunos años, pero la encontró abandonada, enferma, miserable, agonizando en un hospital... Y él, alma grande, para las grandes desventuras y las grandes abnegaciones templada, la asistió piadosamente en los últimos momentos, con besos de perdón cerró sus ojos, y piadosamente la enterró en el mismo pedazo de tierra en que las cenizas de sus hijos descansaban.

Fué entonces – terminaba Iborra – cuando Fonseca se consagró á la Religión, para ahogar sus desventuras y sus odios en el océano de amor de la doctrina de Cristo. Consuelo de los afligidos fué su palabra desde aquel día, ayuda de los débiles su brazo, ejemplo para todos su virtud, escuela de los más buenos su bondad. Y viviendo para los pobres y los humildes, consolando á los tristes, alentando á los cobardes, consagrado al prójimo y olvidado de sí mismo, el bravo y noble capellán se considera feliz. Alguna vez mordió en su alma la víbora de la venganza, ahondando la vieja herida; pero él puso empeño en domarla, habituándose más y más al sacrificio y la humillación. Por eso extrema tanto su abnegación y su humildad, para educar su alma y tener la seguridad de que morirá tranquilo, después de perdonar á todos, á todos, incluso al villano que le robó la honra. Ahora...

En esto asomó en el camarote la figura venerable de Fonseca, grave, austera, con el rostro iluminado por la pura claridad de su bondad sin límites. El buen cura terminó la frase:

– Ahora... tengo la seguridad de que le encontraré en el mundo y le perdonaré. Dios es inagotable en su bondad...

*
* *

Llegaron á encontrarse... Frente á frente los puso el destino un día, en circunstancias terribles para ambos, como si quisiera poner á prueba el sublime valor del sacerdote. Iborra me lo contaba muy apesadumbrado, evocando con lágrimas en los ojos sucesos dolorosísimos para él. Desde aquella fecha estaba el pobre capitán desembarcado, tierra adentro, sufriendo la nostalgia del agua salada. Fué en un viaje del buque de Iborra, el último viaje, porque el pobre buque no volvió más á puerto; quedó allá abajo, sepultado bajo las alborotadas olas del Indico; sus tripulantes tornaron á tierra española, pero no en el mismo buque que los llevó camino de las tierras asiáticas.

Entre los pasajeros que embarcaron en uno de los puertos de la península, figuraba el ladrón aquel, autor de la desdicha del padre Fonseca. Esto no lo supo Iborra hasta después, ya en alta mar, porque ni él ni nadie se dió cuenta exacta de quién era aquel extravagante pasajero que, desde los primeros días de viaje, habíase encerrado en su camarote, aislándose de todos, como si tuviera miedo de la luz del sol. Paso á paso se acostumbraron los de á bordo á tal extravagancia, y nadie se ocupó más del viajero y casi llegaron á olvidarle. El único que pudo conocerle fué el capellán, que en el primer momento no pudo contener el justo arrebato de la sangre encendida en odio; pero fué un chispazo no más, y fácilmente quedó ahogado por su infinita piedad. Bien podía el misterioso pasajero salir á la luz del sol, tranquilo y confiado, seguro de que la víctima no tendría más que perdón para el verdugo. Seguro de sí mismo, victorioso el santo sobre el hombre, Fonseca no tuvo inconveniente en descubrir á Iborra el misterio.

En esto navegaba ya el buque por mares de la India, y allí le sorprendió la borrasca que puso término á su historia de bravo y duro luchador, en un día claro y sereno como de primavera andaluza. Aún le parecía mentira á Iborra que en día tal hubiera podido ocurrir catástrofe tan dolorosa. Ello fué así, y horas bastaron para consumarla, casi el tiempo necesario para que la tripulación y el pasaje pudieran salvarse, después de la heroica lucha. Descuadernado el barco, hendido fieramente, arrastrado como un juguete por olas gigantescas, íbase rápidamente á pique. ¡Terrible cuadro de angustia! Centenares de personas aullaban desesperadas, locas de espanto, ante el horror de la muerte, que las acorralaba en plena vida para devorarlas en montón, sin defensa posible; corrían unos desolados, buscando imposible salvación entre los breves confines de las bordas; rezaban los otros con desesperado fervor; lloraban y gritaban todos... En momentos tan supremos, cuando todo parecía perdido, porque faltaban pocos momentos para que se consumara la catástrofe, acudió un buque en auxilio del náufrago, como evocado por los rezos de aquellos infelices, más que atraído por las señales desesperadas del barco en agonía. Entonces se arrojaron al agua los botes y comenzaron los trabajos de salvamento.

Los niños primero, las mujeres, los ancianos; el resto del pasaje, luego; los tripulantes en último término. Rápidamente se fueron precipitando, en feroz avalancha, casi en montón, arrastrados por el ansia de vivir. A los pocos momentos sólo quedaban sobre la cubierta del buque tres hombres: el capitán, el cura y el pasajero misterioso. Iborra se resistía á embarcar con tenacidad invencible; quería ser el último en abandonar el buque; acaso pretendía no abandonarlo. Pero el cura, hombre de fuerza hercúlea, á pesar de sus años, suspendió á Iborra en el aire y quieras que no le precipitó en una de las lanchas. Entonces quedaron solos los dos viejos enemigos, frente á frente, rodeados por el abismo, en un terrible juicio de muerte.

Desde las lanchas creyeron ver los otros en aquel momento una escena extraordinaria, que nadie comprendía. El pasajero se postró de rodillas ante el cura, inclinando la cabeza sobre el pecho, y cruzó las manos como pidiendo clemencia. El sacerdote, sereno, tranquilo, mirando al cielo, extendió la mano derecha sobre la cabeza del otro y le bendijo santamente. Luego se inclinó el cura y los dos hombres quedaron abrazados. Parecieron forcejear un momento, como si el pasajero se resistiera á seguir al sacerdote; pero más fornido éste, le arrastró, al cabo, hasta la borda, llevándole á la salvación... En aquel instante hendió los aires un crujido espanto-



La danza, fuente modelada por Walter Schott



LAS NOTICIAS DEL DIA, cuadro de Guillermo Leibl



LABOR DIFÍCIL, cuadro de Guillermo Leibl

so, separáronse las olas, abriéndose el mar en espantoso abismo, y el buque, partido fieramente en dos pedazos, se hundió rápidamente... Sobre él se unieron las aguas y las olas continuaron rodando en la inmensidad, bramando en la terrible borrasca...

...Y allí quedaron sepultadas – terminó Iborra llorando – la historia de una amarguísima tragedia y la memoria de un santo, que no será canonizado nunca, pero que merece ser adorado en los altares...

León Roch.



Calle de un villorrio, cuadro de Modesto Urgell

NUESTROS GRABADOS

Playa.—Quietud.—Calle de un villorrio, cuadros de Modesto Urgell (Salón Parés).—No en balde se asigna á Modesto Urgell el concepto de maestría. Su nombre, su personalidad constituyen una justificada y merecida gloria del arte pictórico de nuestra región. La nota melancólica y tristona, impregnada de poesía y sentimiento, ha sido y es su característica, resultando el inteligente intérprete de un género especial, en el que sólo han surgido imitadores, ya que nadie le supera ni iguala. Poeta y artista, resultan de tal conjunción las hermosas producciones que siempre el público celebra, puesto que á su habilidad de procedimiento se aduna el concepto, se agrega el sentimiento que avalúan la producción.

Nosotros, que figuramos en las filas de sus devotos admiradores, nos complacemos en reproducir los tres bellísimos estudios, dando así un nuevo testimonio de la consideración que nos merece.

El arroyo, cuadro de Gustavo Bamberger.—Las excelencias de este cuadro saltan á la vista y demuestran por modo elocuente que su autor sabe sentir la naturaleza: la tierra cubierta de hierba, el arroyo deslizándose suavemente en su estrecho cauce, los árboles prestando al paisaje agradable sombra interrumpida en algunos sitios por la luz del sol que á través del espeso follaje se filtra, todo está impregnado de dulce poesía, todo convida al reposo, todo invita al ánimo á recrearse en tanta belleza. Cuando un artista logra despertar en nosotros tan gratas sensaciones, bien puede decirse que ha llenado cumplidamente uno de los primeros fines del arte.

El arroyo, cuadro de Gustavo Bamberger

Después del festín, cuadro de Leonor Fortescue-Brickdale.—Un notable crítico inglés al hablar de las cualidades distintivas de esta artista dice que son la intuición pictórica, la habilidad en disponer los asuntos, la aptitud para cultivar todos los estilos, la comprensión del sentido práctico de las cosas, el sentimiento del color y la delectación en todo cuanto significa estudio de la naturaleza humana. Con tan excelentes dotes, no es extraño que se haya conquistado un puesto envidiable entre los pintores ingleses contemporáneos y que sus obras sean unánimemente elogiadas, y á juzgar por la que en este número reproducimos, bien puede afirmarse que miss Fortescue-Brickdale es de los artistas que á su innegable talento junta una educación sólida.

Aldeanas de Dachau.—Las noticias del día.—Labor difícil, cuadros de Guillermo Leibl.—Nació este artista en Colonia en 1844, y en 1863 entró en la Academia de Munich, en donde estudió bajo la dirección de Piloty y Ramberg, y después de haber pintado un cuadro histórico, que le valió un premio académico, dedicóse á los retratos, género en el que produjo obras admirables. En la Exposición Universal de París de 1869 pudo admirar las pinturas de Courbet, y comprendiendo que las tendencias de las mismas armonizaban perfectamente con su modo de sentir el arte, emprendió nuevos rumbos en su carrera, tomando la orientación definitiva que había de proporcionarle tantos sinsabores y tanta gloria. sinsabores, á causa de las contrariedades con que los reformadores han de luchar para vencer la rutina; gloria, porque sus doctrinas acabaron por imponerse, habiendo hecho la posteridad completa justicia al genio de uno de los precursores del arte moderno en Alemania. Guillermo Leibl murió en 4 de diciembre de 1900. Los tres cuadros suyos que en el presente número reproducimos son la mejor demostración de las excepcionales aptitudes del genial pintor, á quien hoy se considera como uno de los más ilustres maestros de la buena escuela naturalista.

Estatua de Bismarck, boceto modelado por Hugo Lederer.—A raíz de la muerte del gran canciller alemán, la ciudad de Hamburgo abrió una suscripción popular para erigirle un monumento digno de su memoria, habiéndose recaudado en pocas semanas 400.000 marcos (500.000 pesetas). Abierto un concurso con este objeto, presentáronse en él 219 proyectos, entre los cuales obtuvo el primer premio de 10.000 marcos el de Hugo Lederer (escultor) y Emilio Schandt (arquitecto), del cual forma parte la estatua cuyo boceto reproducimos y que representa á Bismarck vestido de guerrero de la Edad media. Esta estatua ha de tener 15 metros de altura y será modelada en piedra, probablemente granito: su autor, joven oriundo de Austria residente en Berlín, ha llamado recientemente la atención en los círculos berlineses por la originalidad de sus composiciones.

La danza, fuente modelada por Walter Schott—Discípulo y colaborador del ilustre Reinhold Begas, figura hoy Schott entre los primeros escultores berlineses. Sus diversas aptitudes le permiten cultivar los más variados géneros, desde el monumental al del *bibelot*, desde el retrato al decorativo, produciendo en todos ellos hermosas obras y dando á cada uno el carácter que le corresponde. Grandioso unas veces, sencillo otras, ora sobrio, ora dejándose llevar por la imaginación, sus esculturas son siempre correctas, elegantes, movidas, llenas de vida y de una armonía de líneas y de proporciones admirable. Todas estas cualidades se patentizan en la fuente *La danza*, cuyas tres figuras, hermosamente modeladas, son un portento de expresión y forman un grupo delicioso.

Pensativa, cuadro de Roberto Schiff.—En distintas ocasiones hemos hecho notar cuán difícil resulta para el pintor expresar un estado de alma, y esta dificultad sube de punto cuando se trata, no de una pasión, de un afecto poderoso, sino de un estado indefinido, como el que representa la figura de este cuadro. El notable artista alemán Schiff ha sabido vencerla perfectamente, y su joven pensativa refleja en la fijeza de su mirada, en todo su semblante, en su actitud, la preocupación que la domina, y este mérito del lienzo hállase avalorado por la perfección técnica que aun en los menores detalles de la pintura se observa.

Plaza de Besalú, cuadro de José M.ª Tamburini.—El cuadro de caballete que representa la plaza del pintoresco pueblo de Besalú, en día festivo y solemne, ondeando en el balcón preferente de la Casa Ayuntamiento la bandera gremial, es un recuerdo de excursión veraniega, y en esta obra, verdadero estudio, ha logrado Tamburini dar nuevas muestras de sus aptitudes para el cultivo de este género especial, en el que se distingue en igual forma que en los demás en que invierte su actividad é inteligencia. La fachada bizantina de la iglesia parroquial está asimismo perfectamente interpretada, resultando en conjunto una composición agradable y simpática.

Tímpano del hospital clínico recientemente edificado en Barcelona, obra del distinguido escultor Rafael Atché.—Digno complemento del monumental frontón del Hospital clínico de nuestra ciudad, casi terminado, es el hermoso relieve modelado por el genial escultor catalán Rafael Atché, cuya laboriosidad y merecimientos han podido apreciar nuestros habituales lectores las varias veces que nos ha cabido la suerte de poder reproducir en estas páginas algunas de sus más notables obras. La á que nos referimos debía ajustarse á las condiciones é índole especial del edificio en donde había de figurar, y como tema obligado imponíase el de representar, en forma clara y precisa, los anales de la medicina en Barcelona. Difícil era la empresa; mas justo es consignar que el Sr. Atché ha logrado dar cumplida interpretación al asunto, puesto que por medio de diversos personajes describe gallardamente el proceso histórico de la ciencia de curar, en nuestra ciudad. Descuella en el centro alegórica figura de Esculapio, rodeada de cuatro matronas, que simbolizan los colegios de medicina de Barcelona, Cervera, Lérida y Gerona. A su izquierda destácanse las figuras del médico del emperador Augusto, la del obispo Otón, del árabe Averroes, la del célebre Arnaldo Vilanova, Raimundo Lulio, D. Jaime el Conquistador, D. Juan II y su famoso oculista el judío Cresques, que representan la edad antigua y los tiempos medios. En el lado opuesto, destácase en primer término la figura de Bruguera, á la que sigue la de Juchino, la del anatómico Montaña, y las de Virgili, Bruells, Castelló y Gimbernat, terminando con las de los doctores Mata y Letamendi, como representaciones de la edad moderna.

Por lo expuesto compréndese la importancia de la obra, por cuyo motivo no titubeamos en aplaudir al artista que tan evidentes muestras ofrece de sus aptitudes



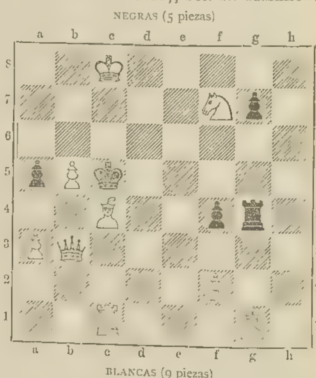
Pensativa, cuadro de Roberto Schiff

Bellas Artes.—El Parlamento italiano ha aprobado definitivamente el convenio entre el Estado y los herederos del príncipe Borghese, por virtud del cual el primero adquiere la famosa galería de este nombre, por la suma de 3.600.000 liras, pagaderas en diez años. La adquisición no puede ser más ventajosa, ya que aquella galería, una de las más importantes del mundo, se considera de un valor quíntuplo del precio que ha costado. Para que se comprenda que esto no es una exageración, bastará decir que hace poco se ofrecieron 5.000.000 de liras por uno solo de los numerosísimos y magníficos cuadros que contiene, *El amor celeste y el amor terreno*, de Tiziano. Además de la galería, adquirió el Estado, por otros 3.000.000, el magnífico parque Borghese, al que se dará el nombre de Villa Umberto I y en el cual se erigirán un grandioso monumento dedicado á la memoria de este monarca y un palacio para las colecciones artísticas nacionales que hoy se guardan en el palacio Corsini, en las Arenas de Diocleciano y en el Palacio de Exposiciones.

AJEDREZ

Problema número 267, por N. Maximow.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 266, por W. Grimshaw

Blancas.	Negras.
1. De8—b5	1. P toma C
2. Ag1—h2	2. Cualquiera.
3. D ó C mate.	

VARIANTES

1...... A juega; 2. C toma Pd6 jaque, etc.
1...... g6—g5; 2. Ag1—c4 ó Db5—b2, etc.
1...... Rf5—e4; 2. Db5—d3 mate.

EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Solamente sonó un choque de hierro contra hierro: el tiro había fallado. Al disparar por segunda vez, Tinsay cogió á Pablo por la muñeca, y la bala, desviada, solamente le rozó.

Sin proferir una palabra, arrancó el arma al joven y entró en la casa antes que la detonación hubiese atraído gente á la solitaria calle.

Hubiese querido ocultar á su amiga lo que acababa de suceder; pero el revólver que tenía en la mano cuando ella salió á su encuentro, la ligera herida que goteaba sangre y su rostro demudado no le permitieron disfrazar la verdad, ni tuvo tampoco la presencia de espíritu necesaria para inventar una mentira. A través de las reticencias de su amante, Marta adivinó lo ocurrido.

Lo que sufrió ella entonces no puede explicarse, tanto más cuanto que guardó silencio absoluto. En vano su amigo le suplicó que hablara, que aliviara su corazón de un peso tan grande, afirmándole que no daba importancia alguna á aquel arrebato de un niño. La madre se calló, dándole gracias solamente con la mirada por los consuelos que la prodigaba.

Desde aquel día hasta el momento de su última conversación con Marsac, nadie supo aquel incidente; pero, como había dicho á Silvino, no dejó salir á Tinsay sino en su coche.

Cuando Héctor murió, algunos años más tarde, no se portó de modo menos heroico. Le fué arrebatado en pocos días por una fluxión de pecho casi sin haber sufrido, sin darse cuenta de que moría. Cuando hubo cesado de respirar, la baronesa se inclinó sobre él, le puso la mano en el corazón para ver si latía, y después se escaparon estas palabras de sus labios pálidos:

– A lo menos lo he conservado hasta el último momento, y no ha vivido para sentir el dolor de perderme. Desde que le conocí hasta ahora, en cuanto de mí ha dependido, no le he causado el más ligero disgusto.

Luego otro pensamiento cruel surgió en su espíritu.

– Pablo estará contento, pensó.

Aquel pensamiento la abatió como un viento de tempestad. Cerró la puerta de la habitación para estar sola con el muerto, cayó junto al lecho y exclamó:

– ¡Oh, hijo mío, perdona á tu madre! ¡Dios te ha vengado!

Cuando entraron los criados, horas después, estaba de pie junto á su amigo y nadie le vió derramar una lágrima.

La inmensidad de tal desgracia y la manera digna como había sido soportada, atrajeron á la casa de Marta algunos de sus antiguos amigos y conocidos. Algunas ancianas que por sus años ya no debían temer cierta especie de compromisos fueron á visitarla, y poco á poco vió volver á su casa muchos que la habían conocido dichosa en la de su madre ó en la de su marido.

Cuando vivía el Sr. de Tinsay, la baronesa no había querido recibir jamás á nadie, y su amante la respetaba demasiado para haberse atrevido á presentarle los amigos del club ó del teatro. La baronesa había vivido como viven las mujeres de Oriente.

Esto quizá puede explicar la ferocidad desplegada por sus amigos hacia aquella mujer que nada había querido conceder á la sociedad. Fuera menos rígida y no hubieran faltado voces para defenderla.

La baronesa soportó los ultrajes como había sufrido la muerte de su amante, con una calma aparente que le dió fama de insensible. Algunos, pocos, que sabían lo orgullosa que era, no se atrevieron á compadecerla, pero admiraron su valor é hicieron participar de su admiración á aquellos de sus amigos que eran capaces de comprenderla.

Entonces fué cuando Silvino Marsac fué presentado á la baronesa y al barón. Marsac, bien impresionado ya en favor de la dama, cuya historia romántica halagaba sus gustos de *dilettante* ilustrado, no quedó menos encantado del trato de su marido, y la idea de unir de nuevo á aquellas dos personas separadas por una pasión violenta surgió en su mente.

El mundo que corta y raja á medida de su gusto en los asuntos ajenos, había vituperado al barón por no haber tratado de vengar su honor, según costumbre.



– Barón, ¿verdad que hacemos un bonito grupo?

La exasperación que había inducido á Pablo de Grandpré á cometer un asesinato, aquella cólera ciega que de momento le privó del juicio, obra eran de la sociedad. La tentativa, jamás revelada por Tinsay ni por la baronesa, llegó á conocimiento del marido, que la supo por boca de su propio hijo.

Lo que entonces el padre dijo á Pablo nadie lo sabe; pero la conducta de Pablo para con su padre cambió por completo. Hasta entonces había demostrado cierta resistencia á la ternura paternal; ¿era que su imaginación exaltada le decía que el barón había faltado á alguna ley misteriosa del honor? ¿Se creía llamado á castigar el ultraje que el jefe de familia parecía desdeñar?

Desde aquel día el joven dedicó un culto ferviente á su padre, cuyas palabras le habían revelado una generosidad tan profunda que le deslumbraba. Así como antes apenas se cuidaba de los libros, entonces se dedicó por completo al estudio. Austero en sus costumbres, severo en el cumplimiento de sus deberes, parecía duro á los que le rodeaban. Se hubiera dicho que su alma, hasta entonces un poco blanda, se había endurecido en la rigidez de un implacable deber.

Pero cuanto más amaba y admiraba á su padre, más aborrecía al hombre que había destruído la dicha de su hogar; más cólera también sentía contra su madre, cuyo nombre no pronunció jamás.

La desgraciada mujer había presentido la verdad; la muerte de Tinsay causó á Pablo una alegría atroz, irresistible, triunfante, que en vano trató de ocultar á su padre. La actitud del barón demostró entonces tanta reprobación silenciosa, que el joven comprendió la necesidad de no demostrar jamás sus impresiones por medio del rostro y lo logró. Pero aquellos combates habían fortalecido su alma y se convirtió en otro ser muy distinto de lo que había sido.

Pablo de Grandpré había escogido la carrera de las armas; mientras permaneció en las escuelas especiales continuó usando aquella rigidez que se había convertido en su segunda naturaleza. Siempre alcanzó buenas notas, fué apreciado por sus jefes, temido y respetado por sus soldados; pero jamás tuvo amigos íntimos; nadie sentía por él aquella benévola amistad tan natural entre jóvenes, sobre todo entre compañeros de armas.

Avanzó rápidamente en su carrera gracias á su trabajo incesante y también al nombre y á la alta posición de su padre. La aventura que le había dejado huérfano de madre quedaba ya olvidada por los antiguos, era desconocida para los jóvenes y, por lo menos, no tuvo influencia alguna nefasta sobre su vida.

Entre aquel marido ultrajado en otro tiempo y aquel hijo constantemente irritado contra ella iba á vivir la baronesa, pues Pablo, de guarnición en París, vivía bajo el techo paterno. En tanto que su mirada seguía la lenta calcinación de las brasas de la chimenea que se cubrían de blanca ceniza, más de una vez ese pensamiento causó á la baronesa un secreto temor. Y cosa extraña, á la idea de volver á aquella casa abandonada aumentaba ese temor, no al pensar en el esposo, sino al evocar la imagen del hijo.

III

Gilberta y su madre esperaban al barón en la gran sala de la Vernerie, cuyas ventanas daban al patio de honor.

En vez de llegar el barón al castillo para recibir á las dos señoras, había rogado á su esposa que llevara á Gilberta un día ó dos antes, y de esta manera esperaba dulcificar la penosa impresión que la baronesa no podría menos de sentir al entrar de nuevo en aquella morada extraña para ella desde hacía tantos años.

Movida de una idea, no menos delicada, la señora de Grandpré, infringiendo la ley que á sí misma se había impuesto, abandonó sus vestiduras de luto y se puso un traje apropiado á sus deberes de dueña de la casa.

Criados que no la conocían recibieron sus órdenes y hubiera podido creer que empezaba otra vez su vida de esposa á no ser porque las angustias que le causaba el encuentro con su marido acibaraban su alma.

Silvino Marsac, expresamente invitado por los dos esposos, observaba á la baronesa á hurtadillas con gran simpatía mezclada con cierta curiosidad. ¿Qué podía pensar, qué debía sentir aquella alma altiva en el momento de hallarse frente á frente con el esposo ultrajado?

Conociendo como conocía las ideas del barón, estaba seguro de que había acogido la resolución de su mujer con profunda alegría, y estaba así también seguro de que en el fondo de su conciencia deploraba ya haber dudado un solo momento en lo que concernía á Gilberta, como lo probaba el que desde la contestación de la baronesa había enviado ricos presentes á su hija, á la niña que hasta entonces no conociera su amor.

Gilberta no se admiró, sin embargo.

– ¡Toma!, dijo; mi padre se recuerda de mí; qué bueno es, creí que me había olvidado.

Y no hubo más. Poco dada á cavilaciones y á meditaciones de esas que revelan los misterios, jamás se había entretenido en preguntarse por qué su padre y su madre no la visitaban juntos.

– El barón está viajando, le decía en otro tiempo su madre cuando se la llevaba en verano á pasar las vacaciones.

En el convento, por otra parte, había tantas niñas á quienes sólo visitaba casi siempre su madre, que no valía la pena de ocuparse de ello. El día de su

salida definitiva del convento, aquel padre olvidadizo borraría sus culpas, como los otros, llevándola á diversiones y comprándola joyas y trajes.

Cuando vió que el barón le había enviado algunos regalos antes de su salida, imaginó que era un padre mejor que los demás, y así por lo menos quedó cumplido el deseo del barón de que su hija no supiera nada del drama que había hecho de ella casi una huérfana.

Gilberta estaba seria, sin embargo, en aquel momento en que su padre se le iba á aparecer como dueño en aquella morada señorial más imponente que cuantas había visto hasta entonces, incluso el castillo de su madre, donde pasaba las vacaciones. Y luego sobre el hermoso rostro de la baronesa, impasible en apariencia, se leía una emoción interior que no sabía de dónde venía, pero que la espantaba.

Se oyó ruido en el vestíbulo, las puertas se abrieron, los conserjes salieron del pabellón y aparecieron los lacayos en la escalinata.

– Aquí está mi padre, dijo Gilberta corriendo hacia la puerta.

La baronesa se había levantado, muy pálida. Marsac se precipitó para sostenerla, pues temía verla vacilar. Le tranquilizó con una sonrisa cariñosa y avanzó, sola, dos pasos. El barón, después de saltar de su cupé, subía la escalera. Un momento después resonaba su voz en la antecámara.

– Buenos días, monina, decía á su hija.

En el mismo momento entró dando el brazo á Gilberta. Se dirigió directamente á su mujer, y tendiéndole la mano, dijo:

– Me alegro mucho de verla.

Ella alargó también la mano sin atreverse á dirigir su mirada á los ojos del barón, y sintió un ligero beso sobre su mano helada. El barón la condujo hacia un sofá y le hizo sentar.

La baronesa no podía decir una palabra, pues á pesar de su orgullo se sentía domada y vencida por la habilidad caballeresca desplegada por su marido al reintegrarla al rango de esposa. Marsac sentía ganas de gritar «¡Bravo!,» al ver que aquella escena, combinada de antemano, había obtenido resultado tan brillante. Pero forzoso le era confesarse, á pesar de su afecto por la baronesa, que el Sr. de Grandpré se mostraba superior á su mujer.

En cuanto al barón, perfectamente dueño de sí mismo, bromeaba con su hija é interpelaba á la baronesa de modo que pudiera contestar con un gesto ó con una sonrisa. Antes de haber advertido que su madre no pronunciaba una palabra, Gilberta estaba ya encantada de aquel padre, gran señor que tan amable se mostraba con ella. Pero Marsac empezaba ya á temer á causa de aquel silencio prolongado. La invencible y no razonada antipatía de la baronesa ¿iba á destruir en un momento aquel plan tan sabiamente combinado para salvar no sólo las apariencias sino también el fondo de aquella situación embarazosa? Tuvo entonces una súbita inspiración.

– Barón, dijo entonces al Sr. de Grandpré, indicándole un gran espejo que había enfrente de ellos, ¿verdad que hacemos un bonito grupo?

Los tres actores de aquella diplomática comedia siguieron su gesto, y el padre vió junto á su cabeza la encantadora y dorada de su hija que se le parecía cuanto es posible que se parezcan los diez y ocho años de una niña á los cincuenta y cinco de un viejo diplomático. Efectivamente, no se necesitaba ser gran fisonomista para reconocer la semejanza que había entre padre é hija y que brillaba sobre todo en los ojos del mismo tono gris y en la forma oval del rostro.

– ¡Cuánto te pareces á mí!, dijo á su hija el barón súbitamente conmovido.

Se levantó, dió unos pasos y volviéndose hacia su mujer exclamó con voz reprimida:

– Estoy verdaderamente encantado de verme entre vosotras.

Añadió algunas palabras más y se dirigió hacia sus habitaciones. Al llegar á la puerta se volvió y dijo:

– ¿Quieres venir conmigo, Gilberta? He traído algo para ti.

La niña corrió hacia él, deslizándose sobre el suelo pulimentado como una libélula sobre el agua, y ambos desaparecieron.

– ¡Señora!, exclamó Marsac asustado viendo que la baronesa parecía sufrir un desvanecimiento.

Ella le tranquilizó con un gesto y se repuso en seguida. La quería dejar sola, pero ella le detuvo.

– No, dijo, quédese usted; la soledad me sería peor que todas las emociones; me creía más fuerte; pero cuando ha hablado de ese parecido, se me ha quitado de encima un gran peso... Desde que tuvimos aquella conversación, Marsac, esa duda me torturaba el alma. Ahora me siento libre de ella... No hablemos más de esto. Se ha portado como un perfecto caballero, puede usted decírselo.

– ¿Y por qué no usted misma, señora?

– ¿Yo? No. Es imposible. No puedo hacer nada que se parezca á deseo de obtener un perdón...

– No pronuncie usted esa palabra, señora; nadie se acuerda de ella sino usted.

La baronesa miró fijamente á Marsac; comprendía cuán desigual era la partida empeñada entre ella y su marido, y en la cual el barón llevaba la mejor parte.

No consiguió engañarla la conducta de éste: las atenciones de toda suerte que la guardaba y que excedían de la habitual cortesía, tenían por objeto engañar á Gilberta y á la sociedad; pero justo era pensar que aunque hubiese dejado de odiarla, el marido despreciaría siempre á la esposa que le había deshonrado.

Marsac contestó á aquella mirada que tantas cosas expresaba, tendiendo lealmente la mano á la baronesa.

– Tendrá usted, no obstante, que decidirse á hablar al barón, repuso, como para sincerarse.

– Sí, convengo en ello; pero cuanto más tardemos, menos difícil será la empresa.

Apareció de nuevo Gilberta radiante de alegría y contemplando un aro de oro esmaltado de brillantes que ceñía su muñeca.

– Mire usted, mamá, lo que acaba de regalarme mi padre. ¿Es hermoso, verdad? No me había usted dicho que mi padre fuera tan galante: ¡es todo un caballero! ¡Qué distinguido es! Por mi parte ya le quiero como si le hubiera visto siempre.

Una impresión extraña, casi penosa, agitó los nervios de la baronesa, como un viento de tempestad. ¡Con qué rapidez había sabido hacerse dueño del corazón de su hija aquel padre que hasta entonces apenas la había conocido! ¿Acaso iba á querer más á ese padre que á ella, á la madre que siempre la había querido y mimado, desde la cuna donde lanzara sus primeros gemidos?

Aquello sólo duró un momento. La señora de Grandpré rechazó en seguida aquella idea indigna de ella, y miró durante largo rato á su hija, que tanto se parecía al barón y que era esbelta y elegante como su madre y en cuyas sonrosadas mejillas la juventud y la felicidad esparcían sus tonos claros y alegres... «Es como yo era á su edad,» pensó.

– ¡Plegue á Dios que tu vida sea dichosa, hija mía! ¡Abrázame, y no quieras nunca más á tu padre que á mí!

– ¡Oh, mamá! ¿Puede usted creer eso? Amaré á los dos igualmente. Y puesto que quiere usted que se lo diga, hasta ahora siempre me había figurado que sólo podría amar á uno de los dos... y ese no era mi padre. ¿Está usted contenta?

Una conversación con el Sr. de Grandpré en la cual quedara la situación de ambos cónyuges definida, no podía por menos de celebrarse. Marsac, comprendiendo que cuanto antes era mejor, rogó á Gilberta que le enseñara el parque, y algunos momentos después el barón, viendo que se alejaban, se acercó á su esposa y le dijo:

– Gilberta está muy hermosa y parece muy bien educada. ¿Se encuentras usted aquí como en casa propia? ¿Le parece á usted si gusta á nuestra hija?

La baronesa se había levantado; apoyó ligeramente la mano en el borde de una mesa y reflexionó un momento.

– Caballero, dijo; doy á usted gracias por los esfuerzos que hace á fin de no ofender mi orgullo; pero ni de usted ni de mí depende que entre nosotros medien circunstancias dolorosas. Lo mejor es que hablemos una vez por todas sin ambigüedades, con objeto de que quede la situación bien deslindada. Gilberta parece que le inspira á usted cariño, y no puede usted pensar cuánta es la dicha que disfruto al advertirlo, pues sentiría en el alma que hubiera de padecer á causa de acontecimientos en que ninguna culpa tuvo. Espero que en lo sucesivo sabrá merecer su afección y que usted la querrá mucho. Por lo que á mí toca, puedo asegurarle que al venir aquí le he dado una prueba de amor tan grande como no me creía capaz de hacerlo. Esa prueba, gracias á la conducta de usted, no me es muy penosa. Doy á usted gracias por ello. Ahora hablemos de negocios. Nuestras fortunas son casi iguales, á lo que creo; debemos contribuir, pues, los dos por partes iguales á los gastos de la vida en común.

El barón hizo un gesto, y ella atajándole continuó diciéndole:

– De otro modo, no podría consentir... He conservado mi habitación á fin de que cuando Gilberta esté casada, pueda yo volver á ella para vivir entre los objetos que me son familiares y que en su mayor parte son recuerdos de mi madre ó de mi familia. Dos viejos criados que me han servido con fidelidad durante muchos años, quedan encargados de la custodia de esa habitación; de modo que si por una ú otra causa la vida común se le hacía á usted penosa, podría volver á mi casa sin dificultad alguna.

El barón, de pie, escuchaba con la cabeza baja. Cuando su mujer hubo acabado de hablar, la miró y habló así:

– Veo que lo ha previsto usted todo; sin embargo, siendo yo el que había rogado á usted que viniera á habitar esta casa, pensé que sería más duradera nuestra vida en común.

– Marsac ha debido decir á usted, sin embargo..., interrumpió la baronesa.

– Efectivamente, me ha repetido lo que le había usted encargado que me dijera; era yo quien me figuraba..., pido á usted mil perdones. Es usted libre, enteramente libre.

Marta comprendió que había hablado con demasiada dureza. Su propio orgullo herido le impedía pensar en los ajenos padecimientos; pero no obstante, conocía las heridas que causaba.

– Cuando Gilberta se habrá casado, dijo con voz más cariñosa y en cuyo acento se adivinaba como el deseo de hacer perdonar su anterior dureza de frase, ¿qué motivo tendríamos para?..

– Sí, lo hay; en primer lugar, la sociedad en que viviremos juntos desde ahora, y luego el respeto de nuestra propia hija, que de esta manera ignorará las causas que hicieron que nos separásemos.

– ¿Cree usted que la sociedad le dejará ignorar la historia de su madre?, contestó la baronesa, marcando con acento de indefinible desdén y altivez la palabra *sociedad*.

– Creo que sí, sobre todo si vivimos, en apariencia cuando menos, en buenos términos. Hay también otro motivo: nuestro hijo.

La señora de Grandpré se sentó, sintiendo que las fuerzas la abandonaban al pensar en aquel hijo que se le aparecía como su juez.

– Durante los largos años que acaban de transcurrir, Pablo no ha venido á verme sino una sola vez, y poco puede importarle lo que hagamos, pues no siente por mí el menor cariño.

– Crea usted, repuso el barón, que me esforzaré en que cambien sus sentimientos.

El barón había hablado en voz baja, sin mirar á su mujer; ésta desvió los ojos, que se le llenaron de lágrimas; si su esposo le hubiese tendido los brazos, ella habría caído á sus pies pidiéndole perdón.

Fué uno de esos momentos pasajeros en que la fuerza de la emoción, barriéndolo todo á su paso, puede modificar completamente las condiciones de una existencia. Ni uno ni otro obedecieron su voz, y su vida, que durante un momento osciló sobre sus cabezas, continuó el curso que le habían trazado. Sin embargo, una impresión generosa quedó marcada en sus almas.

– Pablo llega mañana, continuó el Sr. de Grandpré con voz más segura; solamente podrá pasar veinticuatro horas aquí y no sé si en lo sucesivo le será dable volver; pero cuando estemos en París habitará con nosotros, y estoy seguro que la costumbre allanará muchas dificultades. Entretanto me toca ganar el cariño de mi hija, añadió con una sonrisa.

– Creo que ya lo ha conseguido usted, respondió la baronesa; con sólo presentarse... ¿Vamos á encontrarlos? Marsac no es joven, pero...

– Marsac es un hombre honrado, dijo el barón con voz reprimida. Vamos con ellos, puesto que así lo desea usted.

VI

La tarde era espléndida. Brillaba el sol con deslumbrante luz; cantaban entre la verde fronda los pájaros y se oía á lo lejos el rumor de una cascada que formaba el arroyuelo que bañaba el parque. Los jardines dibujados por Le Nôtre eran preciosos y se hallaban rodeados de seculares bojes Los dos caminaron por sus senderos, uno al lado del otro, ella esbelta todavía y airosa con sus cabellos casi canos que parecían empolvados, y él alto, elegante y delgado, á pesar de sus hombros ligeramente encorvados, más bien bajo el peso de los disgustos que de los años. Sostenía Marta con mano firme la sombrilla y á él le protegía del sol ancho sombrero de paja de Italia. A lo lejos veían á Gilberta y á Marsac sentados en un banco, ante una Diana cazadora escoltada de pétreos lebreles.

Así en otro tiempo habían seguido los senderos de la vida: el barón enamorado de su esposa de un modo indecible, ella indiferente é ignorando las tempestades, los egoísmos y las locas generosidades de la pasión... ¡Quién sabe! Era más fácil que se com prendieran ahora que se hallaban separados por el

egoísmo en que ella había caído, que cuando todo parecía sonreirles y eran felices en apariencia.

El jardín tenía tan buen aspecto como sus dueños, y sobre ellos tenía la inmensa superioridad de la eterna juventud. Sobre el fondo verde obscuro del jardín se destacaba graciosameote la nota clara del traje de Gilberta, armonizando con la fulguración del astro rey y los vivos colores de las flores.

La joven se reía de lo que le decía Marsac, ocurrente y gracioso cuando le placía serlo y sobre todo

– Es muy bonita, amable y bien educada, contestó su amigo sin vacilación ninguna.

– Muy bien; pero ¿la cree usted inteligente y buena?

– Inteligente, lo creo, y confío en que es buena; pero permítame usted que le diga que es usted inexorable y que me hace sufrir un examen como si me presentase á oposiciones.

– ¿Confía usted en que es buena?, repitió el barón. También lo espero; pero no estamos seguros de

delgaducho, pálido y con aspecto descontento, descontento porque ya sentía la mordedura del odio!

Después, ¡con cuánta crueldad había esquivado todos los encuentros posibles, evitando hasta la calle donde su madre vivía para no pasar siquiera bajo sus ventanas! En tanto que vivió de Tinsay, Marta no había tratado de ver á su hijo; y después que murió aquél, tampoco procuró contemplarle, prohibiéndose á sí misma ir en busca de aquel consuelo, quizá por espíritu de sacrificio ó de expiación.



Sostenía Marta con mano firme la sombrilla y á él le protegía del sol ancho sombrero de paja de Italia

cuando quería provocar una carcajada de una boca bonita.

En la sociedad las madres escuchaban con una sonrisa esas carcajadas que provocaba Marsac, algo inquietas, sin embargo, por la seducción que ejercía aquel hombre á pesar de sus cuarenta años, porque no era un partido brillante ni mucho menos. Su fortuna consistía casi por entero en una renta vitalicia muy crecida que le había legado un tío suyo que le quería mucho, pero que no se había decidido, sin embargo, á desheredar á sus otros sobrinos, casados todos, en beneficio de aquel solterón empedernido.

Esto era lo que ponía en guardia á las madres cuando sus hijas reían con Marsac, el cual, amante de todo lo hermoso, se entretenía en excitar esos terrores, seguro de que ninguno tendría fundamento serio.

Le gustaban las jóvenes y se complacía con sus sonrisas, con sus caritas coquetuelas, cariñosas, sus finos entrecejos fruncidos de impaciencia y sus muecas de fastidio; gustaba de toda aquella comedia inocente que representan para sí mismas con los hombres con quienes no han de casarse, pensando en aquellos que han de ser sus esposos. Pero Silvino no quería de ninguna manera turbar un corazón ingenuo; en otro tiempo la pasión había batido sobre él sus alas y mordídole en la carne viva. El que tanto había sentido las heridas de la pasión, no podía de ningún modo querer hacerla sentir á los demás.

El barón lo sabía, y he aquí por qué llamaba á Marsac un bravo sujeto.

Gilberta reía y Silvino estudiaba su hermosa boca, sus ojos grises en que brillaba una alegría infantil, y buscaba, sin encontrarla, una semejanza con su padre ó su madre. Aquel rostro parecía de blanda cera; la vida marcaría más tarde allí su huella indiferente ó cruel. ¿Era aquella risa indicio de una alma sencilla, ó bien la charla de un pájaro? Imposible era saberlo todavía. Se pasearon aún por el parque durante una hora. El barón hacía charlar á su hija y á la señora de Grandpré escuchaba apenas sus palabras, tratando de enlazar lo pasado con lo presente y estremeciéndose cuando algún objeto ó algún sitio le recordaba con harta viveza antiguas emociones. Luego entraron para que les sirvieran la comida, que fué espléndida, y en la cual la abundancia de manjares suplió la carencia de conversación.

– ¿Qué le parece á usted mi hija?, preguntó el barón á Marsac luego que hubieron entrado en la salita de fumar.

ello, y esto generalmente se conoce á primera vista.

– No siempre, rectificó Marsac. La baronesa es muy buena, y á primera vista...

– No ha conocido usted á la baronesa cuando tenía la edad de Gilberta, interrumpió el Sr. de Grandpré. Era entonces, como dice el poeta, «un rayo, una luz.» Su hija no se le parece; antes bien me recuerda á su abuela materna, que era una buena persona, pero que no brillaba por su inteligencia ni por su belleza...

– ¿Eso dice usted de Gilberta?

– Sí, sí; yo me entiendo, y usted no puede comprenderme, Marsac. Mi hijo por el contrario, es la viva encarnación de su madre, con sus grandes cualidades y... sus defectos. No creo que Gilberta nos dé ningún disgusto; pero en cuanto á Pablo... Tengo miedo el pensar en el día de mañana; de ninguna manera quería venir aquí, y sólo ha venido por no desobedecerme; pero ha sido preciso una orden formal dictada por mí. Ha cumplido mi voluntad; pero ¿cuál será su conducta? El tiempo no ha cambiado en nada sus sentimientos..., ni los años, ni los ruegos, ni... mi ejemplo.

El barón lanzó un profundo suspiro y calló breve rato. Marsac dejó de sonreirse; sabía tan bien como su amigo cuán terrible sería aquella prueba para el hijo y para la madre, y que en aquella circunstancia no podría él aportar el consuelo de su amistad.

– Le he dicho, repuso el barón, cuanto podía decirle; saludará á su madre, pero dice que no responde de que le pueda hablar con cariño y que las circunstancias han de decirlo.

– ¿Le ha indicado usted cuánto convenía que su hermana no notara su frialdad?

– No, no he pensado en ello, dijo el barón levantándose; no sé dónde tenía la cabeza; no le he hablado sino de mí y de su desgraciada madre... Tiene usted razón, Marsac; es preciso decírselo, y para ello iré á esperarle á la estación, y estoy seguro que comprenderá que tal es su deber.

Al día siguiente, en efecto, un poco antes de mediodía el break se detuvo ante el peristilo, y Marta, oculta detrás de las cortinas de su habitación, vió saltar del carruaje un joven moreno, muy buen mozo, que tendió la mano á su padre para ayudarle á bajar

El corazón de la madre sintió honda emoción al contemplar á su primogénito. ¡Cuántos años hacía, cuántos acontecimientos habían pasado desde que le viera vestido con el traje y el quepis de colegial,

Y ahora tenía allí ante sus ojos á aquel hijo adorado hacia el cual deseaba volar, hacia el que se escapaba su alma sedienta de ternura. ¡Y quizá moriría sin haberle besado siquiera!

Pablo penetró en el vestíbulo. Marta se levantó para ir á recibirle y se dirigió hacia la puerta; pero de repente cayó anonadada en una silla como si sus piernas se hubiesen negado á sostenerla, al pensar que ante su marido y su hija podía Pablo echarle en cara el odio que sentía por ella.

En vano se decía á sí misma que aquella idea era absurda, que su hijo no la odiaba con tal fuerza, que no daría un escándalo; pero su miedo era superior á la voz de la razón, y permanecía allí sentada, sufriendo como un animal asustado que no obedece á la voz ni á las caricias.

Un paso rápido sonó en el corredor y se detuvo ante su puerta... Llamaron...

Abrió. Su hijo estaba de pie ante ella, destacándose perfectamente su figura marcial y hermosa y su rostro severo sobre la claridad del corredor.

– Buenos días, madre mía, dijo inclinándose y sin mirarla, mi padre ruega á usted que baje; vamos á comer.

¡Su voz! Marta no había jamás oído la voz de su hijo desde que era hombre; el último grito que de él oyera diez y ocho años antes cuando abandonó su casa, era todavía un grito de niño.

– Hijo mío, dijo con voz temblorosa por la emoción que la embargaba, ¿no quieres darme un abrazo?

Pablo retrocedió un paso y su madre vió en sus ojos una dureza que sólo expresaba un desdén invencible.

– Mi padre ruega á usted que baje, repitió fríamente.

Sintió impulsos de abrazarse á él, de echarse á sus pies y de gritarle: «¡Desgraciado, soy tu madre!» Le hubiera devorado á besos y lágrimas, y después poco le importaba morir si no podía enternecerle...

Un lacayo aparecía en lo alto de la escalera anunciando que la comida estaba servida; sonaba la campana: la baronesa pasó delante de su hijo, que le hizo sitio respetuosamente, y la siguió. Las conveniencias le habían salvado.

Una sola mirada le bastó al barón para comprender que la entrevista no había sido cordial. La baronesa fué á sentarse en la cabecera de la mesa y presidió la comida como de costumbre.

(Continuará.)

GUERRA ANGLO-BOER. - Construcción de blocaos

Una de las cosas que más preocupa actualmente al mayor Kitchener es la construcción de las líneas de blocaos que, una vez terminadas, formarán un paralelogramo de 60 millas de ancho por 150 de largo, en el centro del cual está la población de Reitz, en donde se encuentra instalado el general De Wet con sus tropas.

Por este medio piensa el generalísimo del ejército inglés del Africa del Sur apoderarse de su temible adversario, á quien ha de serle imposible, en su concepto, romper el cerco de fortines que á su alrededor se ha levantado. Pero puede muy bien suceder que en esto, como en muchas otras cosas, sufran tremendo desengaño los estratégicos de Inglaterra, ya que los boers nos tienen acostumbrados á sorpresas mucho mayores que la que significaría el salvar el peligro de que hoy se ve amenazado, según parece, uno de sus más hábiles y valerosos caudillos.

La construcción de estos blocaos es sencillísima, según puede verse por los grabados adjuntos; los materiales de que se componen son fácilmente transportables, y en muy pocos días puede quedar terminado uno de estos pequeños fuertes á prueba de fusil, cuya utilidad, indiscutible en ciertas guerras, no lo es tanto en otras de la índole de la que hoy sostiene Inglaterra en el Africa austral.

Los blocaos levantados por los ingleses en el Orange y situados á una distancia de 600 ó 700 metros uno de otro, se comunican todos entre sí por medio de teléfonos y telégrafos, pudiendo pedirse refuerzos desde cada uno de ellos cuando se ve amenazado por el enemigo. Esto parece muy práctico y fácil, y sin embargo, si bien se mira, presenta no pocos inconvenientes, pues aparte de que el sistema exige el empleo de numerosas fuerzas distribuídas en pequeños grupos y en una gran extensión, sucede muchas veces que el enemigo, antes de atacar el blocao, tiene buen cuidado de cortar los alambres telefónicos y telegráficos que le ponen en comunicación con los inmediatos.

Los ingleses confían mucho en los buenos resultados que han de darles las líneas de blocaos; veremos si el tiempo les da la razón.

De una correspondencia de un oficial inglés que inserta un periódico de Londres traducimos los siguientes párrafos:

«Desde las alturas en que estamos acampados se distinguen numerosas granjas boers desiertas, varias de ellas ocultas entre frondosas espesuras. En todo el espacio que ocupan no se notan señales de vida; ni siquiera ha quedado un perro para ladrar á los intrusos.

»Hace dos días nos aventuramos á llegar hasta la granja más próxima, á más de dos millas de distancia; hallábase en buen estado, pero completamente abandonada. Lo que más nos agradó fueron los jardines, llenos de toda especie de hermosas flores y de árboles frutales que producen exquisitos albérchigos, ciruelas, manzanas, albaricoques, naranjas y limones. A la vista de esta naturaleza es imposible no reflexionar que cuando la guerra haya terminado, este país, si se cultiva cuidadosamente, será muy superior á California, pues no toda la riqueza del Africa del Sur consiste en el oro y en los diamantes.

»Una columna de nuestras tropas nos ha traído algunos prisioneros, á quienes invitamos á sentarse y con quienes hemos entablado conversación. Dícennos que habían sido cercados y que de otro modo no se habrían rendido, y opinan que la guerra no está ni medio concluída. Uno de ellos á quien preguntamos qué opina de los ingleses, contesta que nos odia, pero que lo que acaba de ver en nosotros le agrada. Según parece, sus jefes les hacen creer que fusilamos á todos los prisioneros; de aquí su extrañeza al ver que les tratábamos amablemente y les ofrecíamos comida y una taza de café. Otro nos dijo que si Inglaterra gobernaba el país paternalmente, excluyendo por completo del poder á los agitadores, encontraría poca oposición de parte de los boers.»



Construcción de un blocao. - Los cimientos

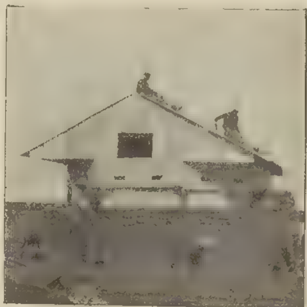


Construcción de un blocao
Colocación del techo



Construcción de un blocao
Aspecto del blocao en el segundo día de su construcción

Los hechos no confirman tales optimismos, ya que la lucha continúa con el mismo encarnizamiento; y digan lo que quieran los partes del generalísimo inglés, en que da cuenta de victorias diarias y de continuas presentaciones, los boers no parecen dispuestos á cejar en su empeño, y sus fuerzas no decaen á pesar de que de las listas de bajas que los generales ingleses comunican debería deducirse que apenas quedan boers en armas.



Construcción de un blocao.—El blocao terminado

En cuanto á los procedimientos de los invasores con los prisioneros, la mejor respuesta que puede darse á las afirmaciones del oficial inglés que dejamos copiadas es la inhumanidad cometida con el comandante Scheepers. Este fué hecho prisionero, no en el campo de batalla, sino en una granja en donde se encontraba gravemente enfermo: una delación le puso en manos de las autoridades británicas, y éstas, procediendo con incalificable crueldad, ordenaron que se le operase como enfermo y se le fusilase luego como rebelde. El infeliz fué llevado casi moribundo al lugar de la ejecución.

Este fusilamiento, que viene á aumentar la larga serie de horrores cometidos por los ingleses, no ha hecho más que exasperar á los boers, llevar á sus filas á un gran número de afrikanders que hasta ahora no habían querido intervenir en la lucha, y levantar una protesta enérgica contra tan bárbaros procedimientos en todos los países civilizados y hasta en la misma Inglaterra, en donde son muchos ya los que abominan de los procedimientos puestos en práctica por Kitchener, considerándolos impropios de un pueblo culto y cristiano y poco á propósito para facilitar la conquista de las Repúblicas sudafricanas. - X.

* * *

UN TRANVÍA ELÉCTRICO RÁPIDO

EN LOS ESTADOS UNIDOS

La «Union traction C°» ha inaugurado recientemente entre Indianópolis, Anderson y Marion una línea de tranvía eléctrico de 155 kilómetros de longitud, que puede ser considerada como el tipo mejor entendido de tranvía rápido interurbano. Corre sobre una línea especial construída como la de un ferrocarril, paralela á la gran línea del «Cleveland Chicago Raildroad,» y hace el servicio entre las mismas localidades. Aunque se para en muchos más sitios que el tren, emplea el mismo tiempo que éste en su recorrido.

Para conseguir este resultado, los convoyes del tranvía llevan una velocidad de 100 kilómetros por hora. Constan de un solo vagón para 100 asientos y se suceden regularmente de hora en hora en los dos sentidos.

La corriente eléctrica (á la presión inicial de 15.000 voltios reducida á 250) se transmite al motor por un cable eléctrico.

La línea es de una sola vía con varios desvíos para los cruces, y á fin de garantizar la seguridad, hay en cada uno de éstos una estación telefónica que permite á todos los conductores comunicarse entre sí y recibir órdenes del inspector de Indianópolis. Estas estaciones telefónicas están formadas simplemente por una caja fija en un poste que encierra una toma de corriente, merced á la cual puede el conductor ponerse en comunicación sin abandonar la plataforma del coche.

Otra particularidad de este tranvía consiste en el empleo de subestaciones eléctricas móviles para la distribución de la corriente, que van instaladas en una especie de furgón automóvil que puede ser transportado por la vía al punto que se desee, según las necesidades del servicio.

Esta primera línea de la «Union traction C°» servirá sin duda de prototipo para la instalación de muchos tranvías eléctricos extrarrápidos, así en los Estados Unidos como en otros países,

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

DESCRIPCIÓN DEL PERÚ, por *Tadeo Haënke*, socio de las Academias de Viena y de Praga. — Un tomo de 320 páginas con el retrato del autor, publicado por el Ministerio de Fomento peruano é impreso en la tipografía «El Lucero,» de Lima.

APUNTES DE VIAJE del *R. P. Fr. Gabriel Sala*. — Exploración de los ríos Pichis, Pachitea y alto Ucayali y de la región del gran Pajonal. — Un tomo de 196 páginas con varias láminas, dos retratos del autor y dos planos, publicado por el Ministerio de Fomento peruano é impreso en Lima en la tipografía «La Industria.»

LAS MONTAÑAS DE AYACUCHO Y LOS RÍOS APURIMAC, MANTARO, ENE, PERENÉ, TAMBO Y ALTO UCAYALI, por el coronel *D. Pedro Portillo*. — Un tomo de 136 páginas, profusamente ilustrado, publicado por el Ministerio de Fomento peruano é impreso en Lima en la imprenta del Estado.

TOMÁS GORDEIEFF, por *Máximo Gorki*, traducción de *A. Riera*. — Novela de costumbres rusas. Un tomo de 327 páginas, editado en Barcelona por Luis Tasso. Precio, una peseta.

LA EXCELENCIA DE LA LENGUA CASTELLANA, por *Benjamín Endara*. — Folleto de 14 páginas, impreso en la tipografía de la Escuela de Artes y Oficios de Quito (Ecuador).

PENAS DE AMOR, barcarola para canto y piano, música de *Mercedes de Argila Niqui*, letra de *Luis Antonio R. de Orca*. Tirada de 200 ejemplares hecha en Barcelona por los editores de obras musicales Llobet y Mas.

LAS IRRIGACIONES DE LA COSTA. — Estudio dedicado al Excmo. Sr. D. Eduardo López de Romaña, Presidente Constitucional de la República del Perú, por *Federico Moreno*, miembro fundador de la Sociedad Geográfica de Lima. — Un tomo de 226 páginas, publicado por el Ministerio de Fomento peruano é impreso en Lima en la imprenta del Estado.

MEMORIA QUE EL MINISTRO DE FOMENTO D. AGUSTÍN DE LA TORRE GONZÁLEZ PRESENTA Á LA LEGISLATURA ORDINARIA DE 1901. — Un tomo de 273 páginas que comprende además las memorias de las Direcciones de Fomento y Obras Públicas, publicado por el Ministerio de Fomento peruano é impreso en Lima en la imprenta «El Lucero.»



PLAZA DE BESALÚ, cuadro de José M.ª Tamburini

PORTFOLIO «GALICIA.» — Obra que se publica en cuadernos que contienen diez láminas, cada una con vistas de paisajes, monumentos, tipos, etc., de Galicia. Editada por la viuda de Ferrer é hijo, de la Coruña. Precio, 60 céntimos cuaderno.

LISTAS DE LOS COLEGIOS DE PROCURADORES, ABOGADOS Y ESCRIBANOS Y GUÍA JUDICIAL DE CATALUÑA. 1902. — Un tomo de 315 páginas, impreso en Barcelona en el establecimiento tipo-litográfico de José Cunill Sala.

DE BUENA CEPA, por *Francisco Acebal*. Ilustraciones de *Apeles Mestres*. — Novela de costumbres que forma parte de la «Biblioteca Mignon,» editada en Madrid por R. Rodríguez Serra. Precio, 75 céntimos.

POESÍAS de *Julia D. Febles y Cantón*. — Un tomo de 80 páginas con el retrato de la autora y un prólogo de D. José Peón y Contreras, impreso en la tipografía «Gamboa Guzmán,» de Mérida de Yucatán (Méjico).

ORFEÓ CATALÁ DE BARCELONA. — TOURNÉE ARTISTIQUE AU MIDI DE LA FRANCE. — Folleto ilustrado con una portada y retratos de *Ramón Casas*, dibujos decorativos de *Alejandro de Riquer* y fotografías, lujosamente impreso en Barcelona en el obrador gráfico de Thomas. Precio, una peseta.

ELENA. NOVELA DE UN CAPUCHINO, por *Enrique Murger*. — Tomo 80 de la «Biblioteca Diamante» que edita en Barcelona D. Antonio López. Precio, 50 céntimos.

LUCHA DE SEXOS, por *Pío Viazzi*, traducción de los *Sres. Bernaldo de Quirós* y *Llanas Aguilaniedo*. — Un tomo de 392 páginas que forma parte de la sección de Ciencias Sociales de la «Biblioteca Scævola,» que publica en Madrid la casa «Legislación Española.» Precio, cuatro pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

La Fotografía práctica, mensual ilustrada; *La Instrucción Pública*, quincenal; *Crónica de Barcelona*, semanal (Barcelona); *La Lectura*, mensual ilustrada (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *Revista mensual de la Cámara Mercantil* (Barracas al Sur, República Argentina); *Revista de Instrucción primaria*; *La Revista Nueva*, mensual (Santiago de Chile).



Tímpano del hospital clínico recientemente edificado en Barcelona, obra del distinguido escultor Rafael Atché

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 10 de febrero de 1902 — Núm. 1.050

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



CARNAVAL, dibujo de José María Tamburini



REVISTA HISPANO-AMERICANA

Cuba. – Las elecciones presidenciales. – Tomás Estrada Palma: su significación y sus propósitos. – *América Central.* – El Congreso de periodistas centroamericanos en San Salvador. – La información de la prensa y de los publicistas norteamericanos. – Conferencia de presidentes. – *Bolivia.* – Su porvenir. – Vía fluvial de comunicación con el Atlántico.

En el último día del año 1901 quedaron elegidos los compromisarios que en este mes de febrero han de designar con sus votos la persona llamada á ejercer la presidencia de la República Cubana. La coalición de partidarios de Masó había acordado el retraimiento, y triunfaron los amigos de Tomás Estrada Palma.

De las circunstancias en que esa elección se verificó, no es fácil formar idea exacta, pues son muy contradictorios entre sí los informes que en la prensa de Cuba leemos. Indiferencia general, desanimación en los colegios, grandes esfuerzos de los estradistas para llevar á ellos electores, según unos; número abrumador de éstos y entusiasmo en todos los ciudadanos para acudir á las urnas, según otros. Cada cual relata los hechos que presencia del modo que más favorezca á sus afectos ó intereses, y no es tarea sencilla la investigación de la verdad. Alguna razón tenía el gran Campoamor para no creer en la historia antigua desde que había visto cómo se escribe la historia moderna.

Sea lo que fuere, atengámonos á los resultados, y ellos nos dicen que la elección de Estrada Palma es segura; que, salvo incidentes que hoy no se prevén, el primer presidente de la República Cubana libre ó protegida por los Estados Unidos será el que fué presidente de la República de insurrectos combatidos por España. El triunfo del jefe de los antiguos laborantes cubanos de Nueva York es la victoria en Cuba de la influencia yanqui, y el gobierno de Wáshington podrá entenderse perfectamente con quien ya, desde muchos años hace, venía representando, en el propio territorio de los Estados Unidos, á los que solicitaban la intervención y ayuda de la gran república norteamericana contra los españoles.

No es, pues, extraño que desde el momento en que se tuvo noticia del resultado de las elecciones, surgiera la sospecha de que el primer presidente constitucional de Cuba libre de España pudiese trabajar en favor de la anexión de la isla á los Estados Unidos. Estrada niega que tal cosa se proponga. Hay que admitir, por tanto, que bajo su dirección la República Cubana conservará la relativa independencia que hoy tiene. Dice que no le han de preocupar por ahora las cuestiones de política interior promovidas por los partidos; que su ideal es conseguir que desaparezca todo antagonismo, que se borre toda diferencia entre cubanos y españoles. Unos y otros pertenecen á la misma familia, y unos y otros pueden dar al gobierno todos los elementos de orden y de buena administración que son indispensables para garantir la prosperidad de la nueva República.

El malestar que en la isla se siente como consecuencia de la última guerra obliga á conceder preferente atención á los problemas económicos y á poner en juego cuantos recursos puedan utilizarse para lograr que la riqueza de Cuba vuelva á ser lo que era en los tiempos en que formaba parte de la nación española. Por esto, sin duda, declara Estrada que su predilecta aspiración es obtener una importante baja, el 50 por 100 si es posible, en el arancel norteamericano para el tabaco y el azúcar. En cambio, Cuba otorgará á los Estados Unidos las mayores ventajas arancelarias. Todos los servicios públicos se organizarán con modestia; el cuerpo diplomático será tan reducido, que sólo habrá un ministro en el extranjero – naturalmente, el de Wáshington.

Tanto confía Estrada en la buena fe del gobierno norteamericano, que no pedirá la evacuación de la isla por las tropas yanquis, sino conforme se vaya organizando la guardia rural cubana. Parece que la situación de Cuba inspira también ahora mucha confianza á los yanquis, puesto que algunos de los regimientos de éstos han salido ya de la isla, y otros se preparan para regresar á su país.

***

Los Estados de la América central prosiguen su obra de aproximación mediante Congresos para un fin determinado.

En el último verano, uno de los más discretos periódicos de la América española, el *Diario del Salvador*, inició la idea de reunir en la capital salvadoreña un Congreso de periodistas centroamericanos. El pensamiento fué bien acogido, y merecía serlo. Ese Congreso podría ser la base de una acción común de toda la prensa para remover obstáculos y allanar los caminos por donde ha de llegarse á la unificación ó federación de las cinco Repúblicas. Por otra parte, asociando elementos intelectuales y materiales, los periódicos del Centro de América se pondrían en condiciones de hacer amplia y verídica información de su vida social y política, dándola gran publicidad y contribuyendo así á rectificar errores y á impedir que en el resto de América y en Europa prevaleciesen juicios falsos ó inexactos sobre esas Repúblicas. La pésima idea, tan opuesta á la verdad, que en Europa se tiene de la América española, en general, se debe principalmente á las agencias ó centros telegráficos de Nueva York y Wáshington, que acaparan el monopolio de las noticias para transmitirlas á Londres ó á París, de donde se difunden por todo nuestro continente.

Muestran los yanquis resuelto empeño en deprimir á los pueblos hispano-americanos, y no vacilan en estampar á sabiendas, cuando de ellos tratan, errores ó falsedades en libros y periódicos. Sirva de ejemplo el caso siguiente. Funciona en Wáshington la «Oficina de las Repúblicas americanas,» creada, por acuerdo de la Conferencia internacional americana de 1889, para adquirir y propagar informes comerciales de todo el Nuevo Continente. Mr. William E. Curtis, director de esa Oficina en 1891, y después delegado del gobierno yanqui en las Repúblicas del Plata para estudiar en ellas el comercio, estuvo también en Bolivia con objeto de recoger datos acerca de su cultura y de sus riquezas naturales. Los resultados de la misión ó viaje de Mr. Curtis, huésped de la ciudad de la Paz en el mes de agosto de 1900, se han publicado ahora en un gran volumen, y son tales los disparates que en él hay y tantos los errores en que incurre Curtis, que el director de la Oficina de Propaganda geográfica de Bolivia, D. Manuel V. Ballivián, ha creído necesario escribir al actual director de la Oficina de las Repúblicas americanas para «hacer conocer á ésta la mala impresión que ha causado la lectura de la obra de Mr. Curtis, cuyos errores y apreciaciones tan ajenas á la verdad no han podido menos que causar extrañeza, por lo mismo que, en cuanto fué posible, la Repartición que dirijo puso en manos de dicho señor buenos elementos estadísticos y de otro género, en considerable colección de publicaciones de las diferentes Oficinas del Estado, suministrando así fuentes genuinas que pudieran depurar el criterio de quien se proponía llenar debidamente una misión oficial.» Si así proceden los directores de la información, los que han sido jefes de la Oficina internacional, puede presumirse lo que harán los demás, y apreciarse el valor que tienen las noticias que nos transmiten las agencias telegráficas y los periódicos yanquis.

El Congreso de periodistas centroamericanos se ha reunido ya; inauguró sus tareas bajo la presidencia del ministro del Interior del Salvador y debe haberlas terminado en enero con solemne sesión presidida por el jefe del Estado. Los doctores Barrios y Mayorga habían recibido el encargo de redactar las bases para una Asociación de la Prensa.

Confirman la tendencia federativa de Centro-América los actos y acuerdos de sus presidentes. Según reciente noticia, éstos han decidido reunirse en Corinto, puerto de la República de Nicaragua, para conferenciar acerca de los medios de establecer relaciones más cordiales entre los cinco Estados y garantir la paz permanente. Hoy no existen motivos de grave desavenencia, y cada una de las Repúblicas procura desarrollar sus respectivas fuentes de riqueza y promover la cultura é ilustración del pueblo.

En Guatemala, Estrada Cabrera, después de haber reorganizado la instrucción pública como gratuita y obligatoria é instituído las Fiestas de Minerva, solemnidad anual dedicada á estudiantes y maestros, y que en 1901 se ha celebrado con gran esplendidez, pone celoso empeño en satisfacer las necesidades económicas y activa la construcción del ferrocarril del Norte que ha de enlazar el interior del país con los dos Océanos. Terencio Sierra, el presidente de Honduras, visita todos los departamentos de la República para conocer por sí mismo los progresos materiales que se han realizado y darse cuenta de las reformas administrativas que conviene establecer para mayor cultura y bienestar del pueblo en campos y ciudades. Nicaragua pacta convenios con los Estados Unidos con objeto de abrir vasto mercado á los frutos que da su fértil territorio. En Costa Rica aumenta rápidamente la producción de café, y á uno y otro lado de las vías férreas se van creando magníficas plantaciones.

***

Se ha iniciado en Bolivia una empresa de gran importancia para el porvenir de este país que, como dice Víctor Orban, viviendo casi en la sombra se prepara para la luz.

Pocos territorios hay – acaso ninguno – tan rico en metales preciosos é industriales. Solamente el famoso cerro del Potosí ha entregado á la circulación, desde 1545 hasta nuestros días, unos cuatro mil millones de pesos de plata. La flora boliviana ofrece por todas partes frutos, resinas, cortezas y maderas de valor incalculable. La naturaleza presenta allí todas las variedades del paisaje y del clima, desde las altas cimas de los nevados andinos hasta los hondos y cálidos valles ó yungas de la Paz y Cochabamba y las inmensas llanuras orientales, cubiertas de selva virgen, por donde corren ó se extienden las aguas de caudalosos ríos y lagunas.

Situada en el centro del continente meridional, sin salida al mar desde que Chile le arrebató las provincias del litoral del Pacífico, Bolivia parece que está más apartada de Europa que las demás repúblicas suramericanas. En el flujo y reflujo de las corrientes entre el antiguo y el nuevo mundo representadas por la inmigración y el tráfico mercantil, se halla aún muy por bajo del lugar á que tiene derecho por sus condiciones naturales. La negociación con Chile para obtener puerto ó puertos en el Pacífico, no ha llegado á resultados definitivos que satisfagan cumplidamente á Bolivia, y el gobierno de esta república busca, por otro camino, los medios de establecer relaciones directas con los mercados europeos.

En efecto, por orden de ese gobierno, y bajo la dirección del capitán de marina Enrique Boland, se ha hecho una exploración hidrográfica que ha demostrado la posibilidad de abrir salida fluvial desde el oriente de Bolivia al Atlántico por el río Paraguay y el río de la Plata. En los confines del departamento boliviano de Santa Cruz con el Brasil, donde la frontera se aproxima á la orilla derecha del río Paraguay, existen varias expansiones de éste ó lagunas en comunicación con la corriente principal. Una de esas lagunas es la llamada Gaiba, que en su orilla occidental ó boliviana, así como en el canalizo que la une con el Paraguay, tiene fondos de muy cerca de dos metros, habiendo en el centro profundidades de cuatro metros, que pasan de siete en la época de crecidas. Desde el Gaiba hasta Corumbá, puerto fluvial brasileño, pueden navegar, según Boland, vapores de 1'50 metros de calado y 65 de eslora máxima. Aguas abajo sigue el río por territorio del Brasil; al Sur de Bahía Negra empieza á formar la frontera, entra después en país paraguayo y se une al Paraná. La vía fluvial continúa por éste (República Argentina) hasta el río de la Plata. En total, 1.650 millas, es decir, poco más de 3.000 kilómetros, desde el Gaiba á Buenos Aires. En aquel lago ha resuelto el gobierno de Bolivia crear un puerto, que se llamará Puerto Quijarro.

Indudables son las ventajas que este puerto y esa vía habrán de rendir á Bolivia; pero también podrán ser origen de conflictos con la República del Paraguay, por la cual pasa el río de este nombre. Existe ya de antiguo desacuerdo entre paraguayos y bolivianos respecto de su frontera, y tal vez el nuevo estado de cosas ocasione mayor intransigencia en unos y otros. Por el pronto, se dice que Puerto Quijarro será puerto militar, y la prensa de la capital del Paraguay refleja desconfianzas y llama la atención acerca de los armamentos que se hacen en Bolivia.

R. Beltrán Rózpide.



Arturo González, muchacho de veinte años y estudiante de la Facultad de Ciencias, era el tipo perfecto de la formalidad. Hallábase terminando la carrera en la Universidad de Madrid, y vivía en una casa de huéspedes en compañía de tres amigos que estudiaban Medicina.

Los futuros Galenos, bulliciosos, alegres, sin perjuicio para sus atracones científicos, porque eran entusiastas del arte de curar, saboreaban á boca llena los frutos de la hermosa juventud, lo cual no quitaba que estudiasen con ardor sus asignaturas, y llegado el mes de junio, sin las zozobras y sustos de los holgazanes, ganasen bravamente año con las mejores notas. Activos, inteligentes, duchos en la vida madrileña, sin desatender sus quehaceres universitarios, tenían novias cursis, frecuentaban los bailes, se divertían de lo lindo.

Jamás pudieron arrastrar á sus holgorios á su compañero, en quien parecía encarnarse la severa austeridad de las matemáticas. Grave, metódico, con aire de piadosa indulgencia ante los desplantes y dicharachos de aquellos locos, era la representación fría y tranquila de la razón entre el desbordamiento alegre de la juvenil fantasía que acaloraba la mente de los médicos en ciernes. Estos, no obstante la contradicción de caracteres y de gustos, querían de veras á Arturo, con quien llevaban algunos años de convivencia y en quien reconocían las cualidades todas de un buen chico.

Por las noches, Arturo, en lugar de correrla, atisbar la salida de las modistillas de los obradores, ó asistir á los teatros por horas, se marchaba al Ateneo á estudiar, ó iba un rato de tertulia á casa de don Melquiades Olañeta, un sabio académico, muy enamorado de la singular y por todo extremo plausible formalidad del estudiante de Ciencias. Cuando á las doce ó la una de la noche volvían los médicos á casa, tarareando la canción en boga, y encendían la luz del comedor para estudiar en torno á la mesa, recuperando el tiempo perdido, ya estaba Arturo metido en la cama, fiel al plan de vida regular y ordenada que se había trazado.

Tenía D. Melquiades, hombre de genio impetuoso y violento, cincuenta años, y cuarenta su esposa, mujer de muy buen ver y á quien gustaba acicalarse y componerse, realzando con el esmero del tocado la natural hermosura. Decíase si, no obstante su circunspección, era todavía el académico galante en exceso con las damas y aun amigo de líos y trapisondas. Respecto á este punto, no tenía Arturo dato alguno positivo para plantear, cuanto menos para resolver el problema, pero teníalos muy fidedignos para saber que Dolores, la mujer del sabio, era un Otelo con faldas. Con la confianza con que se le admitía, como discípulo predilecto que había sido del jefe, en aquel hogar, había sido testigo de más de una escaramuza, mal contenida por la urbanidad, promovida por las inquietas sospechas de Dolores, celosa hasta de las fotografías de las cajas de cerillas que su esposo coleccionaba.

Llegó un domingo de Carnaval, y los médicos, disfrazados ya y dispuestos á lanzarse á la calle, abrumaban á Arturo, á las dos de la tarde, con sus bromas, instándole á que les acompañara. Todo fué inútil, y González se mantuvo inflexible. «Cansancio y mareo era lo único que podía sacarse de aquella broma tan impropia de hombre que...»

Cortaron las máscaras con la fuga el discurso con que Arturo les amenazaba, y bajaron á saltos la escalera, dando ruidosas carcajadas y atiplados gritos.

—¡Cuidado no venga alguno con la cabeza rota!, voceó en son de despedida González, que poco después se hallaba en la casi desierta biblioteca del Ateneo, resolviendo integrales.

—Bien, joven, bien, le dijo cariñosamente don Melquiades dándole palmaditas en la espalda, así me gusta. No quiere usted algazaras ni ruidos. Es el medio de aprovechar el tiempo y evitarse desazones.

Sentados uno enfrente de otro pasaron la tarde, engolfados cada cual en su tarea. Al obscurecer marchóse Arturo, limitándose, por no distraerle, á hacer una inclinación de cabeza al sabio, absorto en su ocupación de tomar notas.

Al llegar á la calle hallábanse ya encendidos los faroles. Se había levantado, como entrada la noche de un espléndido día de sol, un airecillo frío y sutil que llegaba hasta los huesos. González advirtió la diferencia de temperatura con la caldeada en que había pasado tantas horas, y maquinalmente se subió el cuello de un gabán que aquella tarde había estrenado. Su cabeza quedó materialmente oculta entre el sombrero y el cuello del gabán.

Tomó Arturo la calle del Turco, costándole gran trabajo contrariar la inmensa corriente de la multitud que, procedente del Prado, subía por la Carrera de San Jerónimo. Aquella gente, entre la que pululaban los hombres barbudos que, vestidos de mil estrafalarias maneras y con las caretas en la mano, charlaban tranquilamente, le confirmó en la idea que abrigaba de lo insulso y ridículo de la fiesta, incomprensible para quien se negaba hasta los esparcimientos más justificados en sus pocos años.

Al llegar al promedio de la calle del Turco, chocóle la vista de una máscara que, con la careta puesta todavía, miraba con cuidado los coches de alquiler que rápidamente pasaban. Todos estaban ocupados, y la máscara, una mujer cubierta por amplio capuchón, y con aspecto de finura poco común en las que de día se lanzan disfrazadas á la calle, daba manifiestas señales de impaciencia. En esto la máscara vió á Arturo é hizo ademán de huir, tan marcado y perceptible, que excitó la curiosidad del joven. Un momento después, y antes que la del capuchón pudiera alejarse, un guardia del ayuntamiento se acercó y la ordenó que se quitase la careta. Había anochecido y tenía que cumplir los mandatos del alcalde. La máscara, azorada y trémula, se resistía, llamando la atención de los transeuntes que comenzaban á arremolinarse presenciando la cuestión. De pronto, con un movimiento de nerviosa ira se arrancó la careta y se asió desesperada al brazo de Arturo, que quedó estupefacto al reconocer á Dolores.

Deshízose el grupo de gente reunida, comenzaron las explicaciones dadas con voz llorosa. Dolores sospechaba que su esposo visitaba á cierta joven, y conocedora de las señas de la casa había ido disfrazada á espiar el portal para coger *in fraganti* al infiel marido. La espera había resultado inútil después de tres horas de mortal plantón. Tenía que ir á dejar el capuchón en un almacén de disfraces, elegido lejos del centro para no ser conocida... Había obscurecido, no encontraba coche, no podía ponerse la careta, si la conocieran... ¡Dios mío! La pobre mujer lloraba.

Cuando Arturo le dijo que D. Melquiades había pasado la tarde con él en el Ateneo, Dolores tuvo un momento de frenética alegría. Sus celos eran infundados, ¡qué felicidad!

En aquel instante, para mayor dicha, llegaba un coche desocupado, que Dolores se apresuró á tomar. Desde la ventanilla, con el semblante resplandeciente de gozo, estrechó las manos de Arturo, que con la revelación del sitio donde D. Melquiades había estado, la había hecho la mujer más feliz del mundo. No es extraño que le dedicara la más cariñosa y expresiva de sus sonrisas.

De pronto, un formidable estacazo caía sobre la cabeza de Arturo; el sombrero rodó por el suelo, y antes de que pudiera reponerse, recibió otro cachiporrazo, que casi le hizo perder el sentido. D. Melquiades, hecho un energúmeno, menudeaba los palos con rapidez abrumadora. Había visto á su mujer disfrazada, había visto la sonrisa dirigida á un señor que con el cuello del gabán ocultaba el rostro, y estaba hecho una fiera.

Acudió la gente de nuevo, acudieron guardias, y las explicaciones sobrevinieron, poniendo, para bien de todos, las cosas en su verdadero lugar. Lo que no pudo volver á su lugar fué el reloj de Arturo, que un granujá, aprovechando la confusión, le había robado, y dos muelas que debían andar por el suelo.

Y aquella noche, mientras Melquiades y Dolores, ya calmados, cambiaban ternezas, en casa de Arturo los estudiantes de Medicina, que se habían divertido mucho, velaban al grave, al austero enemigo de las diversiones, que yacía en el lecho con el sacro colegio de cardenales en el cuerpo y con la cabeza rota.

ENRIQUE CORRALES Y SÁNCHEZ.

(Dibujo de Triadó.)

LA VIRGEN DE SAN ANTONIO DE PADUA

CUADRO DE RAFAEL

El famoso millonario norteamericano Mr. Pierpont Morgan acaba de comprar en París este famoso cuadro, por el cual ha pagado dos millones y medio de francos. Petenece este lienzo á la serie de los religiosos pintados por Rafael bajo las primeras impresiones de la pintura toscana, que tanto contribuyeron á amplificar su arte, hasta entonces desarrollado exclusivamente bajo la influencia del Perugino, pudiendo decirse que así como los *Desposorios* de Brera es su último cuadro del período umbrío, el de la *Virgen de San Antonio* es el primero del período umbrío-toscano.

Rafael, como es sabido, pintó este lienzo para las monjas de San Antonio de Padua, de Perusa. Vassari, que lo vió íntegro en su puesto, lo describe en los siguientes términos: «Las monjas de San Antonio de Padua le encargaron que pintara en una tabla á Nuestra Señora teniendo en su regazo al Niño Jesús vestido y á sus lados á San Pedro, á San Pablo, á Santa Cecilia y á Santa Catalina. Estas dos últimas vírgenes tienen el rostro y la cabeza más hermosos que darse puedan. Sobre esta tabla y en un semi-

círculo pintó un Padre Eterno bellísimo y en la peana del altar tres grupos de pequeñas figuras que representan la oración en el huerto, Cristo con la cruz á cuestas y la Virgen teniendo sobre sus rodillas el cadáver de Jesús. Esta obra es admirable, siendo objeto de la gran veneración de aquellas religiosas y de las entusiastas alabanzas de todos los pintores.»

Un siglo después e emitido este juicio por Vassari, las monjas de San Antonio habían decaído bastante desde el punto de vista intelectual. En efecto, en 1663 vendieron á Cristina de Suecia los tres cuadritos de la peana por 600 escudos, y en 1667 enajenaron el lienzo principal y la luneta á Antonio Bigazzini, noble de Perusa, el cual pagó por uno y otra dos mil escudos, haciendo además pintar para aquellas religiosas una copia de ambas obras.

Poco después, el cuadro pasó á poder de los Colonna de Roma y más tarde al Palacio Real de Nápoles, en donde se conservó hasta la expulsión de los Borbones. Francisco II, al escapar en 1860, se lo llevó con sus tesoros á la fortaleza de Gaeta, y rendida ésta, á Madrid, en donde lo confió al duque de Ripalta, autorizándole para venderlo. El duque lo trasladó á París, y por conducto de la emperatriz Eugenia le ofreció al Museo del Louvre por un millón de francos; mas en esto estalló la guerra franco-prusiana, cayó el Imperio, sobrevino la *Commune* y se proclamó la República, y ya no se volvió á hablar más del cuadro, que al morir Francisco II fué vendido por sus herederos á Sedelmeyer.

El precio que por el cuadro ha satisfecho Mr. Pierpont Morgan es el más elevado de cuantos hasta ahora se han pagado por una pintura y demuestra de una manera elocuentísima que, digan lo que quieran algunos modernistas que sólo encuentran grandes y admirables á los del Quatrocento, el maestro de Urbino no ha pasado de moda ni merece ser tenido por un decadente, como aquéllos lo consideran.

La Virgen de San Antonio de Padua está actualmente expuesta en Londres, desde donde su afortunado propietario se la llevará á América, con lo cual tendremos que añadir una joya más al número de las que los millones del nuevo mundo arrebatan á la codicia y á la desidia del viejo continente. – S.



La Virgen de San Antonio de Padua, cuadro de Rafael, recientemente adquirido en París por Mr. Pierpont Morgan, de Nueva York, por la suma de dos millones y medio de francos

RUIPONCE

CUENTO DE LOS HERMANOS GRIMM

Erase un matrimonio que hacía tiempo deseaba un hijo, pero el tiempo pasaba y sus deseos no se cumplían. Un día, sin embargo, la esposa pudo acariciar la esperanza de que al fin Dios había escuchado sus súplicas.

Desde la ventana de su casa veíase un hermoso jardín lleno de hierbas y de bellísimas flores; rodeábalo una tapia muy alta y nadie se atrevía á penetrar en él, porque pertenecía á una bruja muy poderosa y por todos muy temida. Una tarde, estando la mujer asomada á la ventana contemplando el jardín, fijáronse sus ojos en un cuadro donde crecían en abundancia unos ruiponces tan frescos y tan verdes que al punto le entraron grandes antojos de comerlos.

Desde aquel momento, tales antojos se hicieron cada vez más irresistibles, y como no podía satisfacerlos, la pobre mujer comenzó á entristecerse, perdió el color y se desmejoró á ojos vistas, tanto que el marido asustado le preguntó:

– ¿Qué te pasa, mujercita mía?

– ¡Ay!, respondió la esposa, siento que voy á morirme si no consigo comer algunos ruiponces de los del jardín que está detrás de nuestra casita.

El pobre hombre, que adoraba á su mujer, pensó: «Antes que dejar que se muera, le traeré los ruiponces, cueste lo que cueste.»

Y en efecto, al anochecer saltó la tapia, penetró en el jardín de la bruja, arrancó apresuradamente un gran puñado de ruiponces y se los llevó á su mujer, la cual preparó con ellos una ensalada que se comió con verdadero deleite. Y tan bien le supieron, que al otro día, no sólo se reprodujo, sino que se avivó su antojo hasta el punto de decirle á su marido que no tendría un momento de descanso si no podía volver á comer de aquella apetecida planta.

El condescendiente esposo volvió aquella noche á saltar la tapia; pero antes de poner los pies en el jardín, quedóse helado de espanto al ver delante de sí á la bruja.

– ¿Cómo te atreves, díjole ésta clavando en él su colérica mirada, á penetrar en mi jardín y á robarme los ruiponces? Tu atrevimiento merece castigo.

– ¡Ah, señora!, repuso el desdichado. Perdonadme, ya que he obrado sólo á impulsos de la necesidad: mi mujer ha visto desde la ventana de nuestra casa vuestros ruiponces y ha sentido tal antojo de comerlos, que de seguro se habría muerto dentro de muy poco tiempo si no hubiese podido satisfacerlo.

Entonces la bruja, deponiendo su cólera, repuso:

– Si es así como dices, consiento en que te lleves cuantos ruiponces quieras, pero con una condición, que me darás el hijo que te nazca, en la seguridad de que no le irá mal conmigo y de que cuidaré de él como una verdadera madre.

El pobre hombre, aturdido como estaba, asintió á todo, y cuando su mujer hubo dado á luz una niña, presentóse en seguida la bruja, puso á la recién nacida el nombre de Ruiponce y se la llevó consigo.

Ruiponce era la criatura más hermosa que Dios puso sobre la tierra. Cuando tuvo doce años, la bruja la encerró en una torre situada en medio de un bosque, sin puerta ni escalera y sólo con una ventanita en lo más alto, y cada vez que la hechicera quería entrar allí, colocábase debajo de la ventana y gritaba:

«Ruiponce, Ruiponce, suelta tu cabellera de oro.»

La muchacha, al oir la voz de la bruja, soltaba su trenza, y atándola á un hierro de la ventana, dejaba caer su cabellera, que tenía veinte varas de largo, y agarrada á la cual verificaba la hechicera su ascensión.

Al cabo de dos años, sucedió que el hijo del rey cruzó á caballo por el bosque, y al pasar por delante de la torre oyó un canto tan dulce, que le obligó á detenerse y á escuchar.

Era Ruiponce, que distraía su soledad lanzando al aire suavísimas notas. El hijo del rey quiso subir á la torre, pero en vano buscó una puerta que le permitiera entrar en ella. Regresó, pues, á su palacio; pero de tal manera había aquella voz conmovido su corazón, que todos los días volvió al bosque para gozar del placer de oirla.

Un día, estando detrás de un árbol, vió que se acercaba una bruja y oyó que decía:

«Ruiponce, Ruiponce,
Suelta tu cabellera de oro.»

Y entonces pudo contemplar cómo la joven dejaba caer su cabellera, por la cual subía la bruja.

– ¿Conque esta es la escalera por donde se sube á la torre?, se dijo. Pues á mi vez he de probar fortuna.

Y al día siguiente, cuando comenzaba á anochecer, acercóse á la torre diciendo:

«Ruiponce, Ruiponce,
Suelta tu cabellera de oro.»



RUIPONCE, cuadro de León Putz, inspirado en el cuento del mismo título de los hermanos Grimm (véase pág.ª 105)

Inmediatamente cayeron los cabellos y el hijo del rey subió á la torre.

Ruiponce al pronto se asustó al ver delante de ella á un mancebo; pero el hijo del rey comenzó á hablarle cariñosamente y le dijo que su canto de tal manera le había conmovido, que desde que lo oyera no había hallado reposo y se había propuesto á todo trance ver á la que cantaba. Entonces la muchacha perdió el miedo; y habiéndole el príncipe preguntado si lo aceptaría por esposo, como ella viera que era joven y guapo, pensó: «Con éste estaré mucho mejor que con la vieja Gothel,» y contestó afirmativamente á su pregunta, poniendo su mano entre las del mancebo.

– De buena gana me iría contigo, le dijo, pero no sé cómo salir de aquí. Cada vez que vengas, tráeme un cordón de seda, que yo fabricaré de este modo una escalera, y cuando esté terminada, bajaré y tú podrás llevarme en tu caballo.

Y convinieron en que hasta entonces fuera el hijo del rey á verla todas las noches, pues de día iba la bruja.

Esta de nada se había percatado, hasta que un día le dijo Ruiponce:

– Decidme, señora, ¿por qué tardáis en subir más tiempo que el joven hijo del rey, que sube en un momento?

– ¡Ah, malvada! ¿Qué es lo que escucho? Creía haberte aislado de todo el mundo y me has engañado.

Llevada de su cólera, cogió la hermosa trenza de Ruiponce con la mano izquierda y armada la derecha con unas tijeras, cortó en un santiamén aquella cabellera espléndida, hecho lo cual llevóse á la muchacha á un desierto, en donde habría de vivir en lo sucesivo miserablemente y consumida por la tristeza.

Y aquel mismo día en que consumó tan cruel hazaña, la vieja ató la cortada trenza á la ventana, y cuando llegada la noche oyó la voz del príncipe que decía:

«Ruiponce, Ruiponce,
Suelta tu cabellera de oro,»

dejó caer los cabellos hasta el pie de la torre.

Subió el hijo del rey; pero en vez de hallar á su adorada, encontróse con la bruja, la cual al verle le dijo con acento burlón:

– ¡Hola! ¡Conque querías llevarte á la niña! Pero el pájaro ya no está en su nido, ni canta, pues el gato la ha sacado de aquí y á ti te va á sacar los ojos. Ruiponce para ti no existe ya y nunca más volverás á verla.

El príncipe, desesperado, fuera de sí, arrojóse desde lo alto de la torre, y si bien no murió de la caída, las espinas sobre las cuales fué á parar le destrozaron los ojos. Ciego vagó por el bosque, alimentándose de raíces y bayas y llorando sin cesar la pérdida de su querida desposada. Así anduvo durante muchos años, hasta que llegó al desierto en donde vivían una existencia miserable Ruiponce y dos gemelos, un niño y una niña, que había dado á luz.

De pronto el hijo del rey oyó una voz que le era bien conocida: era la voz de Ruiponce.

El príncipe, presa de la mayor emoción, acercóse al sitio de donde venía aquella voz.

Ruiponce, que le reconoció al punto, arrojóse en sus brazos y le besó, derramando copiosas lágrimas de alegría.

Dos de aquellas lágrimas cayeron sobre los ojos del mancebo, el cual recobró inmediatamente la vista, extasiándose en la contemplación de su esposa y en la de los dos hijos que el cielo le había enviado. Y después de los primeros transportes de júbilo, el príncipe condujo á Ruiponce á su reino.

Allí fueron ambos recibidos con entusiasmo por la corte, que creía muerto al hijo del rey, y allí vivieron muchos años contentos y dichosos.

(Traducido del alemán)



Cortó en un santiamén aquella cabellera espléndida (véase el artículo «Ruiponce»)

EL CARNAVAL DE ANTAÑO

(costumbres limeñas)

En los buenos tiempos de nuestros abuelos, cuando las muchachas eran sencillas é inocentes como periquitos, cuando los chicos no fumaban cigarro hasta cumplidos los veintiún años y las señoras no sabían de letra, pero tampoco ofendían á Dios con cartitas perfumadas para los galanes, las cosas pasaban en esta bendita tierra de los reyes tan sencillamente, que eran una delicia y una bendición, si las comparamos con las actuales.

Veinte días antes del Carnaval ya estaban los chicos entusiastas por el juego haciendo continuas visitas á las pastelerías, á la sazón en manos de españoles.

– ¿A cómo da usted el ciento de cascarones grandes y bien configurados?

– ¡A doce reales!, contestaban los pasteleros con aires de banqueros en desgracia.

Y la juventud predispuesta para el juego recorría empeñosamente los cinco cuarteles de la ciudad en demanda de cascarones baratos y con un solo agujero.

Mientras tanto, las jóvenes casaderas mantenían en el seno de la familia acalorada discusión respecto al amigo á quien debían endilgar la *tabla*.

– Yo creo, decía una, que Luis se portará como Dios manda.

– ¿Quieres callarte, Hortensia?, replicaba otra; ¡si Luis tiene un miserable sueldo de veinticinco pesos! Es capaz de retornarnos frutita barata y nada más. Yo opino que saquemos á mister Wilson, que es cajero de una casa de comercio.

Y así se decidía.

Le mandaban al gringo dos reales de uvas, un melón de á real y medio, una corbata de tres vueltas, hecha con los retazos de un traje tornasol que estrenó la madre un año antes para el Jueves Santo, su negrita y su décima. Y Mr. Wilson retornaba un corte de traje de rica seda, una caja de medias, cuatro pares de guantes, una pieza de holán de hilo, dos pares de ligas, un pañolón de Manila de grandes flecos y un cucuruchito con escudos.

¡Oh, eran soberbios aquellos tiempos que pasaron!

Ocho días antes de Carnaval andaban atrozmente atareados los jóvenes jugadores.

Moldes en forma de corazones sencillos, de cascos de coraceros de Napoleón, de melones, de canastillas de flores, de morriones de guardias cívicos, de nueces de nogal, se veían por un lado; por otro, los prosaicos cascarones de gallina, las barritas de lacre, tiras blancas de coco, fósforos chalacos, dos ó tres botellas de agua de Lavanda ambareada y fina, el indispensable embudo y un hornillo en que hervía abundante cantidad de pez.

¡Con qué deliciosa algazara se entregaba toda la familia á la fabricación de los proyectiles! Cada casa parecía un retazo de cielo en día de fiesta.

Era de ver á las niñas, á medio peinar, con los trajes alzados, en zapatillas y sin medias... por el calor, los blancos brazos al aire y la alegría en los hermosos ojos negros, contraídas por entero á llenar y tapar cascarones, á fundir cascos y meloncillos y á repartir con talento medio frasco de olor en cinco inmensas bateas llenas de agua clara.

Como personas mayores, silenciosas y arrinconadas en un ángulo del comedor – cerca de la alacena, – dos ó tres chicas cortan con inusitado ahinco papelitos de colores.

Por supuesto, que á lo mejor se entusiasma la gente: los papelitos vuelan sobre las cabezas, algún cascarón á medio llenar se estrella contra un espejo, estallan las risas, ruedan las vasijas, corre el agua y durante cinco minutos aquel comedor es un verdadero campo de batalla.

Llega el gran día.

Las personas serias y católicas se van al retiro en los conventos franciscanos.

Las jóvenes de ambos sexos se desayunan mal y de prisa: una taza de te y medio pan frío.

Salen á relucir los pantalones parchados en salva sea la parte, los sacos de lustrín verdosos, los botines con media suela, la camisa asoleada y el sombrero viejo.

Con esta indumentaria, un paraguas veterano y un pañal de los grandes para llevar los cascarones, salían entusiastas los jóvenes jugadores, tan campantes que daba gusto el verles.

Y se entablaba la lucha, que empezaba por unos veinte ó treinta cascaronazos, cuatro ó seis baldes de agua, media docena de vidrios rotos, dos ó tres caídas al suelo y ¡al asalto!

¡Oh, este era el momento supremo!

En la escalera recibían los asaltantes un diluvio de agua de todos colores y procedencias; pero los nuevos Cides toman al fin la casa, y empieza el forcejeo, los achuchones y los gritos, y el rodar de muebles, y los vasos que se rompen, y los jugadores que caen como latigazos.

¡El delirio, y el diluvio!

Se oye una voz:

– ¡A la tina!

Y reúnense todas las niñas, negras y cholas sirvientes inclusive, y cogen á uno de los pollos, lo alzan en vilo y dan con la chorreante humanidad del jugador en la tina llena de agua.

El náufrago se agarra con uñas y dientes á la vencedora más próxima y cae con ella dentro de la tina, que se desborda. Es una delicia ver correr el agua por toda la casa y caer á chorros sobre las habitaciones del piso bajo.

– ¡Eh, vecinas! ¡Me han malogrado un sofá, y el agua está cayendo sobre mi cama!

– ¡Agua!, ¡agua!, gritan por todas partes, en los altos.

Y nadie se ocupa de las reclamaciones de la vecina del sofá malogrado.

El padre de familia se presenta, y cesan las hostilidades.

– Vamos, señores, á tomar una copita.

– ¡Bravo, bravo, á remojarse por dentro!, gritan los combatientes, que destilan agua como calcetines recién salidos de la batea.

Y todos pasan al comedor, á tomar las *once*. La hermosa sandía, roja como labios de muchacha robusta, se ostenta en medio de la mesa, rodeada de botellas de pisco de Ica y cerveza inglesa.

Mientras tanto en las calles no faltaba jinete que metía espuelas al caballo para librarse de una *lapada* de agua; el caballo daba un salto, resbalándose en los empapados adoquines, y caían caballo y caballero, rompiéndose éste la crisma contra el cañón de la esquina.

Pero ¡ca!, diez minutos después seguía el juego

con más entusiasmo, con más furor que antes.

Y más allá, un vetusto balcón cuasi histórico, de puro sabor morisco, no pudiendo resistir el peso de diez ó doce muchachas, una tina llena de agua, amén de dos ó tres botijas, se desprendía suavemente, depositando en mitad del arroyo tina, botijas, baldes y jugadoras. Alguna de éstas quedaba en el sitio, horriblemente despachurrada; otras se fracturaban un brazo ó una pierna; pero «un cadáver más, ¡qué importa al mundo!;» el juego seguía en la calle, en el barrio, en la ciudad con extraordinaria alegría.

Y el pueblo, ¡oh!, el pueblo se divertía también grandemente.

Se apoderaban de las acequias como surtidores de agua para las enormes y no muy aseadas jeringas destinadas al ataque.

A las veces sacaban cargada á alguna doncella de color honesto ó cobrizo, y *velis nolis*, la sumergían en la acequia, en medio de la infernal algazara de los chiquillos, sucios como ropa interior de pordiosero.

A lo mejor, y en determinadas calles, se encontraba el transeunte tranquilo y enemigo del juego con un verdadero cordón sanitario formado por jóvenes y lustrosas niñas de color de ébano que, armadas de sendos baldes de agua poco limpia, impedían el paso por la calle.

—Si quiere su mercé pasar seco, lárguenos un cuatro, decía la capitana, una negrita bien comida y á medio vestir, pues no era raro que mostrara al aire desnudeces que parecían trozos de hule nuevo.

El hombre soltaba la moneda y le dejaban pasar; pero á los diez pasos, todos los baldes le caían encima.

Y así se deslizaban los tres días de Carnaval en medio del contento general y las alegres voceadas de los granujas vendedores de cascarones:

—¡A cuatro, á cuatro..., á cuatro por un real!

Hoy las cosas han variado mucho: los cascarones han desaparecido, los jugadores van al combate con lo mejor del baúl, y los chisquetes de olor, los polvos de oro, las bombillas y las serpentinas hacen el gasto.

Antaño la juventud se mojaba más, pero se acercaba menos. Y las turgencias y curvas hermosas que el agua hacía desaparecer, se mantienen hoy impertérritas, conservando las esculturales formas... de algodón.

Vamos, que hay menos enfermedades, menos desgracias, y sobre todo, se salva la plástica, que queda triunfante entre los polvos, los olores y las serpentinas de nuestro adelantado carnaval de hogaño.

M. MONCLOA Y COVARRUBIAS.

EL PAPA LEON XIII

Hace unos días, León XIII reunió en el salón del trono del Vaticano á los oficiales de la antigua guardia pontificia para despedirse de ellos: como asustado de vivir todavía y de ser casi el único de su generación, dirigióse á aquellos fieles servidores y con voz robusta les dijo: «La muerte va dejando en nuestras filas huecos cada vez más dolorosos, y experimento el dolor de sobrevivir á tantos soldados leales como una planta que se dobla al peso de los años, pero cuya existencia conserva la misericordia divina.»



SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII, retrato pintado por F. E. Laszlo



LEÓN XIII EN LOS JARDINES DEL VATICANO (de reciente fotografía remitida por Abeniacar, de Roma)

—Santo Padre, le respondió ingeniosamente el general conde Pianciani, vuestros soldados aceptan vuestra despedida sin tristeza, porque es la vigésima quinta vez que la oyen con alegría.

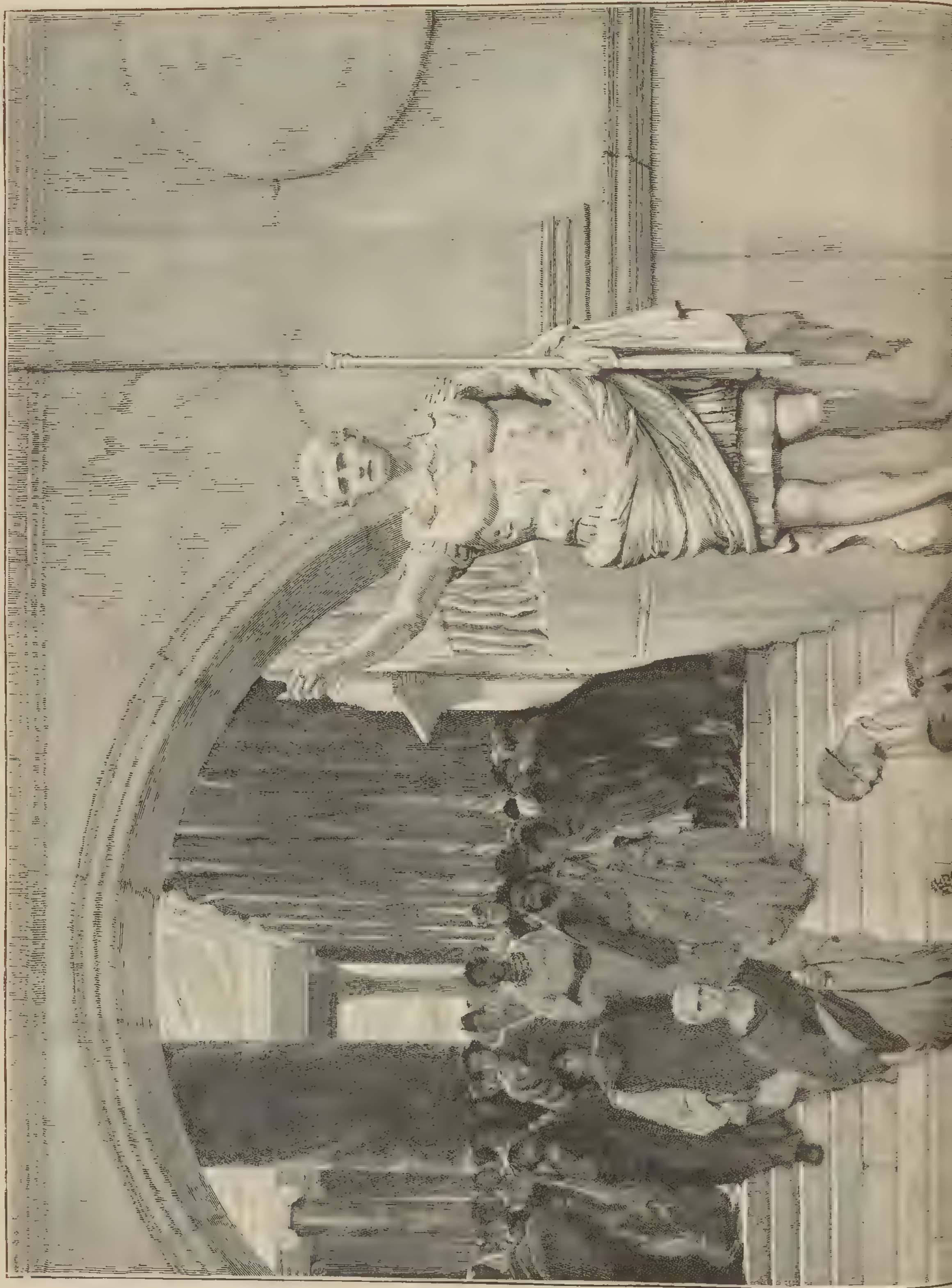
En efecto, el día 20 del presente mes, el Soberano Pontífice celebrará el vigésimo quinto aniversario de su exaltación á la silla de San Pedro.

Es un hecho notable en la historia de los papas el de que el siglo XIX, que habrá tenido fama de consumir rápidamente sus generaciones, haya ofrecido el ejemplo de los más largos y más laboriosos pontificados. Aparte de León XII y Pío VIII, que sólo reinaron entre los dos seis años, otros cuatro papas, Pío VII, Gregorio XVI, Pío IX y León XIII han llenado la última centuria, ejemplo de longevidades pontificias sin precedentes en los siglos anteriores, siendo preciso remontarse al primero de la Iglesia para encontrar otro ejemplo igual.

Si se consultan en la *Juventud de León XIII* y en la *Prelatura de León XIII* las cartas de Joaquín Pecci, se verá que en muchas ocasiones de su vida el actual papa ha registrado su propia muerte: cuando estudiaba en el Colegio Romano, sintióse tan próximo á la muerte y tan dispuesto á ella, que describió en versos latinos sus propios funerales y redactó su testamento. Este primer testamento, que figura en su Epistolario, lo rehizo algunos años después en Benavento, adonde el gobierno pontificio le enviara como prefecto, y de donde volvió para ocupar los puestos eminentes á que le fué elevando la Providencia hasta sentarle en el solio pontificio.

Y á pesar de su constante estado valetudinario, que le ha permitido decir cada vez que se reponía de su enfermedad que «volvía de lejos» y que en él «lo provisional es lo que dura,» este anciano venerable de noventa y tres años se dispone á celebrar su jubileo, al cual se asocia la cristiandad entera enviando al Vaticano los homenajes más entusiastas y los más ricos presentes.

Del Norte, del Mediodía, de Oriente y de Occidente acuden á la residencia pontificia innumerables caravanas, y en los salones del Vaticano se están desembalando continuamente grandes cargamentos con toda clase de mercancías: cuadros, estatuas, viriles de custodia, cálices, tapices, manteles,





UNA AUDIENCIA EN EL PALACIO DE AGRIPA, cuadro de Alma Tadema

paños, vinos, chocolate, cigarros, envíos de todas partes, hasta de las más humildes parroquias, que tienen á gran honor contribuir á esta manifestación de amor y de respeto.

El retrato de León XIII que en la página 111 publicamos es obra del joven artista húngaro Felipe E. Laszlo, que con razón se ha conquistado un puesto eminente en el mundo del arte, sobre todo como retratista. Sus obras de este género se distinguen especialmente por su naturalidad: Laszlo huye de todo lo que significa afectación, *pose*, y quiere siempre reproducir á sus modelos tales como son en la vida íntima, trasladando al lienzo sus facciones, sus actitudes y principalmente su expresión, de manera que unas y otra aparezcan tales como las sorprendió el artista en un momento de conversación agradable ó de franca expansión. De este modo consigue que sus retratos sean, no sólo reproducción fiel de los rasgos físicos, sino además reflejo del carácter moral de la persona retratada.

Tal sucede con el de León XIII: en él no encontramos ninguno de estos efectos teatrales, por decirlo así, á que la mayor parte de los retratistas del Sumo Pontífice se han creído obligados á recurrir para expresar la suprema dignidad del sucesor de San Pedro; por el contrario, el papa pintado por Laszlo resulta eminentemente humano, sin que por ello haya dejado el artista de reflejar en la mirada penetrante de aquellos ojos y en la afabilidad de aquel semblante la sabiduría y la bondad supremas que todo el mundo admira en el venerable Joaquín Pecci.

La fotografía que en la misma página reproducimos ha sido hecha muy recientemente, y representa al papa en los jardines del Vaticano disponiéndose á subir al coche para regresar al palacio. – M.

NUESTROS GRABADOS

Adelaida Ristori.—Italia acaba de dar un brillante testimonio de admiración y de veneración hacia la eminente trágica, con motivo del 80.º aniversario de su nacimiento. Los principales teatros de aquel país han organizado en su honor funciones extraordinarias, cuyos productos, á instancias de la misma noble dama, irán á engrosar los fondos de la Caja de Pensión para Artistas pobres, y el rey en persona fué á visitarla y á ofrecerle un regalo de la reina. Adelaida Ristori nació en 29 de enero de 1822 en Cividale (Frioul): hija de pobres actores, era aún niña cuando ya figuró en varias piezas, y á la edad de cuatro años aprendió papeles de poca importancia. En 1835 desempeñó por vez primera el de *Francesca da Rimini* y otro en *Dos fantasmas*, y al año siguiente fué contratada en la compañía real sarda, una de las primeras de Italia, en la que figuraba la célebre Carlota Marchioni, que le dispensó su amistad y le dió muy buenos consejos. Después de haber representado con gran éxito en Parma, Liorna y otras ciudades italianas, casóse en 1847 con el joven marqués Capranica del Grillo, cambio de estado que interrumpió por algún tiempo sus representaciones dramáticas, pues con el fin de agradar á su nueva familia renunció ó pareció renunciar al arte; pero en una representación efectuada en beneficio de un desgraciado director de teatro, fué tan brillante el triunfo por ella alcanzado, que el orgullo de casta hubo de enmudecer ante el genio de la gran artista, la cual volvió á ser de nuevo el ídolo del público de su país. Primeramente organizó una compañía que ella misma dirigió, después entró en la del famoso Domeniconi, estando en la cual aprendió los principales papeles de la tragedia italiana, y después de haber actuado algún tiempo en la compañía sarda, comenzó su excursión por los principales teatros del extranjero. En 1855 alcanzó en París los más brillantes triunfos, y el Teatro Francés le ofreció una contrata que se negó á admitir; al año siguiente estrenó allí la *Medea* de Legouvé, que no quiso representar la Rachel y que su autor hizo traducir al italiano para que la estrenara la Ristori. En 1857 estuvo en España, en 1858 volvió á París, en 1860 visitó La Haya y en 1861 San Petersburgo, regresando después á la capital de Francia, en cuyo teatro del Odeón representó en francés *Beatriz*, de Legouvé, y recorriendo más tarde toda la Europa literaria. En 1862, en Berlín, el rey de Prusia le concedió una medalla destinada á recompensar el mérito artístico; en 1864, el sultán de Constantinopla colmóla de ricos presentes, y dos años después partió á América, en donde tuvo entusiastas ovaciones y un éxito colosal en metálico. Seguir paso á paso la carrera de la eminente artista es trabajo punto menos que imposible; por lo que nos limitaremos á decir que en 1882 dió en el teatro Drury Lane, de Londres, una serie de representaciones en inglés, interpretando sucesivamente *Lady Macbeth*, *Isabel de Inglaterra*, *María Antonieta* y *María Estuardo*, y que en 12 de noviembre de 1885 se despidió de la escena.

La función dada en su honor en el teatro de la Valle de Roma el día 29 de enero último, resultó una magnífica solemnidad artística y una conmovedora apoteosis de la trágica incomparable. La sala de espectáculos estaba llena de familias aristocráticas, de individuos del cuerpo diplomático, ministros, políticos, literatos, críticos y representantes de los principales periódicos de Italia y de algunos del extranjero. Al presentarse la Ristori en su palco cubierto de flores, acompañada del ministro de Negocios Extranjeros italiano y del embajador de Francia y rodeada de su familia, el público le tributó una ovación tan entusiasta como cariñosa. Comenzó la función apareciendo en el escenario con toda la compañía de la Casa de Goldoni el eminente Salvini, quien leyó un mensaje á Adelaida en nombre de todos los artistas italianos del mundo, así de los que han muerto en el servicio del arte y de la virtud, como de los que siguen luchando todavía. Representáronse luego el cuarto acto de la comedia de Ferrari *Goldoni é le sue felice comedie nuove* por todos los artistas de la Casa de Goldoni y la comedia *Esmeralda* por la Marini y Novelli; recitó después Salvini la poesía de Garzoletti *Le ultime ore de Cristoforo Colombo*, y terminó la función con un monólogo de circunstancias recitado por Novelli.

Adelaida Ristori no ha sido sólo una gran artista; ha sido además excelente esposa, cariñosa madre de familia y patriota entusiasta, habiendo merecido por este último concepto que en una curiosa carta de 20 de abril de 1861 Cavour la felicitara por sus esfuerzos para atraer á la obra de la unidad italiana las simpatías de todas las personas distinguidas, con las cuales se hallaba relacionada en Francia.



La eminente trágica Adelaida Ristori, en cuyo honor y con motivo del 80.º aniversario de su nacimiento se han celebrado en Italia grandes solemnidades teatrales.

***

Carnaval, dibujo de José María Tamburini.—Hubo un tiempo en que para solemnizar el Carnaval el arte no tenía, por decirlo así, más que un modo de expresión, la tradicional Locura vestida con trajes extravagantes y de colores chillones, cubierta de cascabeles y agitando en su mano el indispensable tirso. Hoy el modernismo, que todo lo invade, ha derribado aquel ídolo y ya no hay artista que para pintar una alegoría de Carnestolendas acuda á aquel antiguo modelo. Todos, por el contrario, se inspiran en lo que la realidad pone ante sus ojos, y como esta realidad se presenta bajo tan diferentes y elegantes aspectos, de aquí que los dibujantes y pintores tengan ancho campo donde escoger lo que más se avenga con sus aptitudes ó con sus aficiones. Tamburini es el artista de las delicadezas, de las finuras de líneas, de las tonalidades suaves; es un pintor poeta en toda la extensión de la palabra, y este modo de ser se revela en todas sus obras, sean del carácter que sean, lo mismo en los grandes lienzos que en los más sencillos dibujos. Véase, en prueba de ello, la bellísima composición que va en la primera página del presente número; la figura que constituye el elemento principal de la misma está trazada con gusto y corrección exquisitos; es un portento de gracia y de elegancia, la verdadera imagen de la alegría carnavalesca, pero poetizada y, por decirlo así, atenuada, hasta quedar reducida á los límites de lo justo y decente. Completan el efecto de esta figura los detalles decorativos que el dibujante ha sabido combinar con la habilidad que le distingue, resultando de todo ello un conjunto que lleva impreso el sello personalísimo de su autor.

***

Una audiencia en el palacio de Agripa, cuadro de Alma Tadema. – Cuando un pintor consigue imponerse con sus obras, á pesar de pertenecer éstas á un género que hoy muchos consideran pasado de moda, bien puede afirmarse que es un pintor de verdadero genio. Tal sucede con el famoso artista inglés Alma Tadema, cuyos cuadros se reducen siempre á reproducir escenas de la antigüedad griega y romana, á pesar de lo cual despiertan incondicional admiración y alcanzan precios exorbitantes; y es porque aun tratándose de temas tan poco á propósito para interesar al público de nuestros días, aparecen en ellos tan perfectamente estudiados la época y el asunto, hay tal verdad en los personajes y están todos los accesorios tan maravillosamente reproducidos, que ante tales composiciones toda prevención cede y el más indiferente ha de rendirse contemplando tanta belleza. En *Una audiencia en el palacio de Agripa* pueden admirarse todas las excelencias que dejamos mencionadas: los personajes que en él figuran y los elementos arquitectónicos que en él entran hacen revivir ante nuestros ojos la Roma del tiempo de los Césares; y si consideramos el lienzo desde el punto de vista técnico, habremos asimismo de prodigarle incondicionales elogios por el arte con que el pintor ha sabido ejecutarlo, por la habilidad con que están agrupadas las figuras y por la hermosa perspectiva que la composición ofrece.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—Viena. – Merced á un donativo de cien mil marcos (125.000 pesetas), hecho por un particular, el Ministerio de Instrucción Pública de Austria ha podido adquirir el hermoso cuadro *Idilio del mar*, del ilustre pintor suizo Arnoldo Bocklin, que en lo sucesivo figurará en la Galería Moderna, de Viena.

París. – El millonario Tomás Thierry ha legado al Museo del Louvre su importantísima colección artística, cuyo valor se estima en 9 millones de francos: figuran en ella gran número de las mejores pinturas de Millet, Corot, Rousseau, Diaz, Daubigny, Troyon, Dupré, Decamps, Delacroix y Meissonier, así como multitud de bronces del famoso escultor Barye.

***

Teatros. – En Elberfeld, Hamburgo y Leipzig se ha cantado con gran éxito la ópera *Louise*, del compositor francés Chabrier.

— En el teatro Carola, de Leipzig, trabaja actualmente con grandísimo éxito la compañía del teatro de la Corte Imperial de Tokío, bajo la dirección de la eminente actriz Sada Yacco.

***

Barcelona. – En el teatro de Novedades se han verificado dos notables conciertos, uno por el eminente pianista Malats, que interpretó admirablemente obras de Schumann, Beethoven, Gluck, Chopin, Schubert y Godard, logrando entusiastas aplausos, y otro por la Sociedad Filarmónica, que bajo la direccción del joven maestro D. Antonio Ribera ejecutó de una manera magistral algunas conocidas obras de Beethoven y Wagner, y *La morada de los Bienaventurados*, poema sinfónico de Weingartner y la sinfonía *Faust*, de Listz, con solo de tenor y coro á cargo respectivamente del Sr. Colomer y de la Capella Catalana, habiendo obtenido en todas estas piezas calurosas ovaciones director y ejecutantes.

Los diez grandes conciertos que se anuncian para la próxima temporada de Cuaresma en el Liceo serán dirigidos por los maestros Colonne, Goula (padre), Kunsvald y Panzner, y en algunos de ellos tomarán parte los eminentes concertistas Rosenthal, de piano, y Manen, de violín.

Los anunciados conciertos de la célebre orquesta Lamoureux de París se verificarán en el teatro de Novedades en los días 11, 12 y 13 de marzo próximo. He aquí los programas de los mismos.

Primer concierto: *Obertura de «Los maestros cantores»* (Wagner); *Sinfonía no terminada* (Schubert); *Sinfonía Pastoral* (Beethoven); *Scheherezada* (Rimsky Korsakow); *Obertura de «Leonora»* n.º 3 (Beethoven).

Segundo concierto: *Obertura de «Manfredo* (Schumann); *Sinfonía en re menor* (César Frank); *Venusberg, bacanal de «Tannhauser»* (Wagner); *Pelleas y Melisande* (Gabriel Fauré); *Concierto para violín* (Max Bruch); *Sinfonía heroica*, 3.ª (Beethoven).

Tercer concierto: *Obertura de «Freyschutz»* (Weber); *L' Apprenti Sorcier* (Dukas); *Le Chêne et le Roseau* (Chevillard); *Sinfonía en fa*, n.º 8 (Beethoven); *Preludio y muerte de Isolda* (Wagner); *Idilio de «Siegfried»* (Wagner); *Obertura de «Tannhauser»* (Wagner).

***

Necrología.—Han fallecido:

Maximiliano Adamo, pintor de historia muniquense.

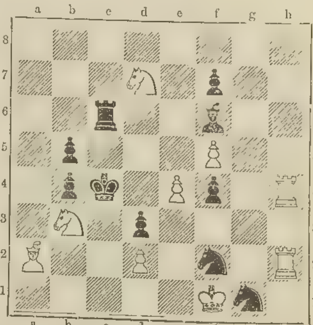
Ernesto Axel Enrique Key, eminente médico sueco de fama universal, profesor de Anatomía patológica del Instituto Carolino de Estokolmo.

Claudio de Schraudolph, notable pintor de historia alemán, ex director de la Escuela de Bellas Artes de Stuttgart y miembro de honor de la Academia de Bellas Artes de Munich.

AJEDREZ

Problema número 268, por J. Kos.

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema número 267, por N. Maximow

Blancas.	Negras.
1. Db3–g3	1. Cualquiera.
2. A mate.	



—¿Quién es esa señora?, replicó su hermano volviéndose á medias

EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Pablo se había sentado cerca de su hermana, conociendo al primer golpe de vista que una misma sangre corría por sus venas, y deseoso de agradar á aquella alegre niña, á la que no conocía todavía.

Gilberta por su parte se sentía extrañada de tener un hermano tan apuesto y bizarro; en realidad le parecía tan desconocido como cualquier otro extraño, y le chocaba oirse tutear por aquel joven á quien jamás había visto.

Esto le hacía reir y ruborizarse á un tiempo; y sucedía que cuando soltaba alguna de sus observaciones de chiquilla mimada, se avergonzaba durante un momento, mirando á su hermano, que no cesaba de hablar con ella y de prodigarle esas mil atenciones que demuestran el deseo de agradar. Su madre estaba contenta viendo cómo simpatizaban sus hijos, y pensaba que Pablo no podría por menos de comprender que si le había abandonado á él, por lo menos había cuidado y mimado á Gilberta, y que esto quizá le conquistara su estimación.

Después de la comida los jóvenes salieron juntos y se perdieron entre los árboles del parque, donde Pablo quería enseñar á Gilberta mil recuerdos de su infancia. Sus padres les vieron alejarse con alguna inquietud; ¿qué iban á decirse? Sin saberlo, Gilberta, durante la comida, había hecho ya algunas preguntas peligrosas. El barón y su esposa habían cambiado involuntariamente una mirada. La inquietud paternal les unía por fin.

—Pablo es muy prudente, dijo el Sr. de Grandpré, anticipándose á la muda angustia de su esposa.

Esta contestó con un leve movimiento de cabeza y se retiró, en tanto que su marido iba con Marsac á la sala de billar.

Los dos jóvenes paseaban lentamente bajo los copudos árboles que formaban sobre su cabeza una bóveda obscura de color verdoso, parecida á una vidriera antigua. Gilberta marchaba de sorpresa en sorpresa. Aquel padre gran señor, aquel hermano hermoso y amable, aquella morada señorial que patentizaba una fortuna antigua y sólida, todo eso le parecía un sueño.

No habiendo pensado jamás su madre en la contingencia de reunirse con su ultrajado esposo, y pensando que Gilberta no podría alternar quizá en lo sucesivo con las gentes del gran mundo, nunca le había dicho una palabra de su fortuna real ni la había acostumbrado á los esplendores del lujo. Así pues, mirando aquel parque y aquel castillo, sentíase Gilberta como deslumbrada y casi inquieta. ¿Todo aquello tenía cuerpo y realidad, ó iba á desvanecerse como los palacios y bosques encantados de los cuentos de hadas?

Después de andar largo trecho silenciosa al lado de su hermano, que la observaba á hurtadillas, se detuvo de repente.

—Señor hermano, dijo, ¿puede usted asegurarme que está vivo, que es mi hermano, que este dominio pertenece á nuestros padres y que mi carroza no va á convertirse en cazuela?

—Sí, querida Gilberta, yo soy tu hermano, contestó Pablo sonriendo; todo es real y verdadero y pertenece á nuestros padres, y ¡ay!, no quedan ya hadas, hija mía.

—Si todo esto es exacto, no me importa que haya ó no hadas, replicó la joven con vivacidad, pues esta realidad vale más que cualquiera ficción. ¿Cómo me explica usted que jamás haya oído hablar de esto? Cuando mamá me dijo que íbamos al castillo de mi padre, estaba muy lejos de imaginarme tales maravillas.

—¿Maravillas? ¿Y qué encuentras aquí maravilloso?

—Pues... ¡todo! Mi padre, á quien apenas había visto y que se me aparece de repente espléndido como un rey de Oriente; usted, hermano mío...

—Es preciso que me tutees, dijo Pablo sonriendo.

—¡Tú!.. Jamás he hablado de tú á ningún hombre, replicó riendo Gilberta, en tanto que se ruborizaba, ni lo diré á nadie nunca.

—¿Y á tu marido?, insinuó el joven.

—¿A mi marido? ¡No! Nuestros padres se tratan de «usted,» y esto es de muy buen tono. ¿Sabes por qué han estado separados tantos años?

—¿Quién te ha dicho eso?, contestó Pablo con embarazo, aun cuando ya preveía la pregunta.

—Me lo decían en el convento hace mucho tiempo, cuando estaba en la clase de las pequeñas. No comprendí bien lo que querían decir; pero la palabra «separados» me ha quedado en la memoria. ¿Por qué se separaron?

—Porque no era compatible su modo de pensar, dijo su hermano muy gravemente. Pero es preciso que jamás hables á nadie de eso, hermana mía; son asuntos espinosos que vale más olvidarlos. Han vuelto á hacer vida común por causa tuya, y por lo tanto debes estarles reconocida.

—¿Por causa mía?

—Sí, para que goces de la vida de familia, á fin de que te presenten en sociedad y puedas casarte dignamente, como mereces.

—¿Y era preciso para eso que nuestros padres viviesen juntos?

—Ciertamente; eso era lo más oportuno.

Gilberta no replicó. Un trabajo inconsciente se verificaba en su cerebro de pájaro. Al cabo de un momento repuso:

—¿Cuando se separaron, es que no debían amarse?

Pablo tomó un partido decisivo.

—Hermana mía, dijo, el respeto que debemos á nuestros padres nos prohibe que tratemos de esas cuestiones de que ellos sólo tienen derecho á ocuparse; volviendo á hacer vida común, ahora que ya no son jóvenes y que sus gustos lo mismo que sus costumbres han tomado diferentes caminos, te han dado una gran prueba de ternura que quizá entraña un gran sacrificio. Bástete esto, querida Gilberta, y no hablemos más de ello.

—Tienes razón, dijo la joven, y echó á andar de nuevo.

Durante dos horas caminaron sin descanso siguiendo todas las alamedas del parque, todos los rincones que recordaban al joven alguna aventura de su infancia y que Pablo iba contando á su hermana á medida que su memoria los evocaba.

—Entonces, dijo Gilberta, ¿no has vuelto á ver á mamá desde que tenías diez años?

—¿Quién te ha dicho eso?

—Tú mismo acabas de decírmelo; en esa época es cuando padre y madre se separaron, y después mamá no ha vuelto aquí; y sin embargo, tú pasabas aquí las vacaciones. ¿Es que por acaso la veías en París?

Pablo sintió que había caído en el lazo: desde hacía dos horas la chiquilla estaba preguntando sin cesar y en apariencia sin objeto, y en tanto que él contestaba sin malicia ninguna, ella reconstruía en su cabeza la historia de aquellos años de prueba que él creía secreta.

¿Debía confesar que no había vuelto á ver á su madre á riesgo de dejar adivinar su pensamiento? ¿A qué entonces el sacrificio que había hecho ya? ¿A qué el de su padre? ¿No corría riesgo el honor de su nombre y el respeto de su familia en manos de aquella niña sin experiencia y quizá sin razón?

—La he visto, contestó brevemente, diciendo aquella mentira con el heroísmo y con más esfuerzo

que si hubiera hecho una proeza. Acuérdate, hermana mía, que ante todo debemos respeto á nuestros padres; después viene el amor... si puede.

–¡Oh! ¡Yo quiero ya á mi padre como si siempre le hubiese amado!, exclamó Gilberta en tanto que subía las gradas de la escalinata.

Aquella conversación dejó en el ánimo del joven una impresión de malestar que no disipó del todo la gracia y buen humor de su hermana. Esta, inconsciente y con la natural alegría de sus pocos años, se entregaba por completo al regocijo que le producía aquella nueva existencia, y sus padres contemplaban enternecidos sus juegos y su dicha, y la baronesa, sobre todo, veía que su esposo la adoraba más y más y se sentía contenta de proporcionarle aquel consuelo de que por tanto tiempo había estado privado.

De cuando en cuando la señora de Grandpré miraba á su hijo; pero no detenía en él la mirada. Pablo terciaba en la conversación con perfecta libertad de espíritu, en apariencia cuando menos; pero evitaba interpelar á su madre, á la que contestaba respetuosamente cada vez que le hablaba. A un testigo indiferente le hubiera parecido aquélla un modelo de familias. Pero Marsac, consecuente en su papel de intermediario para evitar choques, admiraba la fuerza de voluntad que necesitaba desplegar su amiga para sostener aquella prueba penosísima.

El momento más difícil no había llegado, sin embargo. Por la noche, en el instante de separarse, llegó. Gilberta presentó su frente á su padre y á su madre y esperó un momento para ver cómo su hermano cumplía con la misma ceremonia. Bajo la mirada claramente interrogadora de la joven, Pablo comprendió que no podía retroceder. Se aproximó á la baronesa y le tomó la mano que llevó á sus labios...

Su madre hubiese preferido mil veces un adiós ceremonioso como el saludo de la mañana; aquel beso frío, indiferente, le pareció horrible.

Observando, sin embargo, que su hija la miraba con curiosidad, reunió todo su valor y puso un beso frío también sobre la frente inclinada de su hijo. El barón besó asimismo la mano que le tendía su esposa y se retiró á sus habitaciones.

V

Cuando hubo cesado todo ruido en la casa, la baronesa, tomando una lámpara, salió de su cuarto y se dirigió á otro que había al final de la larga galería. Parecida á una sonámbula y como impulsada por voluntad superior á la suya, andaba lentamente como absorbida en un pensamiento fijo; en cuanto llegó al final del corredor, entró en dicho cuarto y cerró cuidadosamente la puerta.

Era una habitación medianamente capaz, tapizada de color verde con flores de todos colores. Las colgaduras y el papel, desteñidos por el tiempo, tenían tonos suaves; pero el aspecto del cuartito era alegre sin embargo. Sobre la chimenea había un péndulo parado desde hacía muchos años; sobre una mesa un globo terráqueo y en uno de los rincones una biblioteca casi llena de libros encuadernados en tela; en otra esquina, una cama de hierro con pabellón de seda verde parecía aguardar un huésped infantil.

La señora de Grandpré puso la lámpara sobre la chimenea y miró alrededor con aire desolado.

En aquella cama y en aquel cuarto había dormido su hijo hasta el día en que, privado de su madre, había entrado en el colegio; sobre aquella almohada iba ella cada noche á besar la cabeza infantil de su hijo, cuyos ojos se cerraban por el sueño y cuya boca entreabierta le daba las buenas noches al mismo tiempo que un beso.

La baronesa se acercó á la cama, que tocó con mano furtiva; quizá temía despertar la sombra del pequeño durmiente... Luego se sentó á los pies de ella como si aún hubiera reposado allí el cuerpo del niño bajo la ligera colcha, y miró á la almohada.

Una noche, precisamente pocos días antes del de su huída, Pablo había cometido una travesura. Habiéndole reñido su madre, se había rebelado abiertamente, llevado de su carácter indomable, y para castigarle su madre le había enviado á la cama sin querer besarle. Pocos minutos después, la camarera había ido á decirle que el niño estaba sumamente angustiado y no cesaba de llorar, y ella entonces corrió á su cuarto y se acercó á la cama.

Levantando con trabajo su cuerpecito sacudido por los sollozos: «¡Perdón, mamá, perdón!,» había gritado su hijo en tanto que ella le recibía entre sus brazos.

¡Y después de eso había tenido que marchar! ¡No había sabido dominarse! ¡No había sabido poner en la balanza al lado de lo que le hacía horror el amor apasionado de aquel niño! ¡Había marchado arrastrada por su locura huyendo de lo que la horrorizaba, pero sin pensar que al romper su cadena perdía el amor de aquel niño!

Hasta aquel momento no había comprendido la enormidad de su falta. Ante el mundo conocía que había faltado, pero despreciaba al mundo. Ante su marido aparecía como culpable, ¡pero había sufrido tanto y de tal modo la había él torturado!.. ¿No podría tomarse su fuga como una represalia?

Tranquilizándose con esos sofismas, rehusando comprender cómo el hijo que amaba no quería otorgarle su ternura, había marchado con la frente alta, contenta de sí misma, castigada por la muerte en su amor y creyendo que era expiación suficiente para su falta aquella muerte. Pero ahora, en ese cuarto, comprendía que aquello era más que represalias, y que usando de lo que creía que era un derecho, había herido á inocentes, y vió también que su expiación, lejos de haber acabado, empezaba.

Cayó de rodillas al lado de la camita, puso su cabeza ardorosa sobre la almohada, y con voz que entrecortaban los sollozos exclamó:

–¡Perdón, hijo mío, perdón!

La habitación estaba aislada, la casa dormida, nadie oyó el grito de su orgullo al fin abatido y quedó largo espacio desesperada ante aquella cama, como ante el despojo mortal de un ser querido.

Cuando hubo agotado su dolor, se levantó, arreglando maquinalmente los pliegues de su traje; y tomando la lámpara con mano mal segura, salió del cuarto y dió algunos pasos... Después se detuvo ante otra puerta.

Era la de su antiguo cuarto, de su cámara nupcial, de la que había habitado durante toda su vida de esposa...

No, no entraría; ya no tenía lágrimas ni fuerzas para sufrir. Volvió á su habitación y se metió en cama. Hasta la primera claridad del alba estuvo inmóvil, como muerta, abiertos los ojos, que tenían la espantosa fijeza sondeando el abismo en que había caído en otro tiempo, y del cual, fuerza es decirlo, no comprendía aún toda la profundidad.

VI

La vida de familia quedaba ya organizada en la Vernerie, y en cierto modo lo más difícil quedaba ya hecho. Marsac no prolongó su estancia en el castillo y partió acompañado de la simpatía de todos.

Pablo volvió una ó dos veces por algunas horas; pero aquellas visitas parecían dedicadas únicamente á su hermana. Los dos esposos se encontraban solos con su hija, y el Sr. de Grandpré propuso una excursión al Mediodía, antes de volver á París, donde la soledad les sería menos pesada.

Por muchos esfuerzos que mutuamente hacían á fin de conllevar aquella situación, no podían destruir de ningún modo la barrera que el inexorable pasado ponía entre ellos y que solamente caería en lo porvenir cuando el penoso presente se habría convertido en pasado.

La excursión á Provenza se verificó en las mejores condiciones. Gilberta se divertía y alegraba con todo; al revés de lo que sucede con la mayor parte de las jóvenes que han agotado ya toda la serie de placeres inocentes antes de casarse, no conocía casi nada, aparte de sus estudios.

Tenía, además, una increíble facilidad para ver el lado bueno de las cosas. Así no hubiera más que una probabilidad de pasar una buena tarde, ella estaba segura de que aquella tarde sería deliciosa; su mirada veía en seguida el mejor sitio en una sala, la mejor golosina en una pastelería, el mejor cintajo en un aparador. Y el sitio, la golosina y el cintajo se armonizaban de manera que le dejaban la impresión de una jornada dichosa. No era exigente; pero como pudiera, no dejaba escapar nada de lo que contribuyese á divertirla.

Su madre la dejaba hacer, entretenida á veces por ese conocimiento precoz de la vida práctica que descubría en las acciones de su hija; el barón, sin decir nada, se preocupaba mucho más de aquella personalidad tan fuertemente marcada; pero esperaba que aquellas tendencias al positivismo no llegarían nunca á constituir un defecto en su hija. La joven tenía un buen humor á toda prueba; se había apoderado de su padre como si viviera únicamente para ella, y colgada de su brazo paseaba por las calles de las ciudades populosas, contenta de verse mirada y admirada, riendo de todo, haciéndose comprar cuantos objetos le gustaban y volviendo cargada de flores, con las que luego hacía preciosos ramilletes para los jarrones del salón.

–Son para mamá, decía, después de haberse dado el gusto de aspirar sus perfumes en tanto que duraba el paseo.

Pero jamás se le había ocurrido enviárselas cuando estaba ausente.

Cuando toda la familia volvió á París, Pablo quedó sorprendido al notar el cambio que se había verificado en su hermana. ¡En un par de meses se había convertido en una mujer hecha y derecha! Para juzgar mejor de su desarrollo, hizo que hablara, y vió con sorpresa que tenía ideas precisas sobre muchas cosas que ni de oídas conocía al ir á la Vernerie.

–¿Dónde has aprendido todo esto?, le preguntó un día.

Gilberta le miró con socarronería; su respeto por el uniforme había disminuído mucho desde el día en que le conociera.

–En la calle, en ella principalmente; no puedes figurarte cuán instructivas son las calles de las ciudades del Mediodía. Y.., pregunta por pregunta. ¿Estás enfadado con mamá, Pablo?

–¿Yo? ¡No!, contestó aquél sintiendo que se ponía colorado.

–Entonces, ¡sin duda es mamá la que está enojada contigo!, dijo la loquilla á tiempo que se sentaba al piano, dando así fin á la conversación.

La familia de Grandpré dió una serie de comidas á las que asistieron primeramente algunos hombres ya maduros con sus señoras: todos salieron encantados de aquella casa, á la que habían acudido un poco por amistad del barón y otro poco por satisfacer la curiosidad que la noticia de la unión de los cónyuges despertaba.

El marido era todo un caballero; ¡nadie podía dudar de ello!.. ¡La dueña era una dama encantadora! Si alguna vez habían tenido disgustos, asunto era aquel que á nadie atañía... Y luego, hacía tanto tiempo que aquello había pasado... ¿Era verdad siquiera lo que se contaba? Y desde el momento en que ellos estaban conformes y se perdonaban mutuamente... La casa, por otra parte, era magnífica, la muchacha muy hermosa y tenía una gran dote...

Y una vez roto el hielo en la primera comida, se acudió á las sucesivas, y los Sres. de Grandpré pudieron enviar, desde primeros de enero, doscientas invitaciones para sus *soirées*.

La baronesa estaba á la entrada de su salón, fría é impenetrable como el mármol A cada invitado le acogía con una sonrisa, le decía alguna frase amable; pero claro se veía que su pensamiento estaba en otra parte. Continuamente esperaba, temiéndola, alguna palabra de esas de doble filo que llegan veladas de tal manera que ni pueden contestarse ni recibirse con la frente alta, como se acogen las groserías directas. En aquellos salones espléndidos, que eran suyos, no tenía doscientos amigos, sino doscientos invitados, de los cuales ciento ochenta, cuando menos, habían ido allí para criticar, para observar y para decir á la sociedad el fruto de sus observaciones en aquella casa donde se les daba franca y espléndida acogida.

De cuando en cuando, recibía una flecha envenenada que se hundía en lo más vivo de su carne; pero contestaba á la pulla sonriendo y como si no hubiese comprendido su alcance.

–¿Y vuestra hija no ha venido?, preguntó á un matrimonio mal avenido, pero que guardaba las apariencias.

–No; es demasiado joven todavía para acudir á todas las invitaciones, le contestaron con ademán semiofendido.

–Lo siento, dijo la baronesa sonriendo, aun cuando sabía que aquella *chica* tenía veinticuatro años cumplidos.

Después de dos horas de sufrir aquel suplicio, podía al cabo sentarse en un rincón de un saloncito que se había reservado exclusivamente para ella. Una noche, en tanto que estaba allí, anonadada, con los brazos caídos, desesperada de su suerte, maldiciendo la hora en que aceptó la proposición de volver á la sociedad, á esa sociedad vana, frívola, que no tiene en cuenta ningún esfuerzo ni ningún sacrificio, compuesta de imbéciles puros y de imbéciles egoístas, vió agitarse las colgaduras de la puerta.

Marsac estaba allí. Hizo ella un leve movimiento de cabeza y entró.

–¿Quiere usted algo?, preguntó á media voz.

Marta le indicó que se aproximase.

–He hecho mal, dijo con voz sorda, he hecho mal en volver aquí, en presentarme ante el mundo, en presentar á Gilberta. Creo que la perjudico más con mi presencia que con mi ausencia...

Marsac la miró un momento y dijo:

–¡Qué idea! ¿No ve usted, por lo contrario, con qué gusto se han aceptado sus invitaciones?

–Gilberta es rica, contestó la baronesa con voz

breve. ¡Vea usted!, ahora temo que se la acepte tan sólo á causa del dinero que tiene; el dinero hará que, de momento, se borre la mancha...

– Señora, dijo Marsac con tono respetuoso, pero firme, su deber, si piensa usted en esas cosas, es oponerse á ellas; de ninguna manera abandonar la lucha.

Ella le miró fijamente y se levantó con rapidez.

– Tiene usted razón, Marsac; esto es lo que debo hacer. ¡Usted es un amigo verdadero!..

Y le tendió la mano y estrechó la que él le presentaba, con fuerza, hasta hacerle daño.

– Tiene usted razón, repitió. ¡A luchar! A los perros se les rechaza y la jauría huye.

Exceptuando el rubor que teñían sus mejillas, cuando volvió al salón, se presentó con calma y frialdad, como si viniera de dar alguna orden á los criados.

«Es una verdadera mujer, pensó Silvino siguiéndola con la mirada, y no querría, hombre y todo como soy, padecer lo que ella sufre.»

La fiesta resultaba brillante, aun cuando no tuviera esa animación peculiar á los salones donde hay la costumbre de acudir cada año. Los diversos elementos que acudían á los salones de los señores de Grandpré no se conocían entre sí y algunos se mostraban sorprendidos de encontrarse juntos.

Se bailaba, sin embargo. Pablo había convidado á todos sus amigos y había más hombres que mujeres en el sarao, lo que da siempre aspecto de animada fiesta á todas las *soirées*. Acudían á ellas muchas mujeres jóvenes, aunque más casadas que solteras; y allí se veían esas eternas buscadoras de diversiones que van á todas partes, solteras á caza de un hombre capaz de casarse por equivocación ó por timidez.

Gilberta no advertía nada de este manejo. Dichosa de divertirse, de verse admirada y de sentirse digna de serlo no se cuidaba de nada de cuanto pudiera acontecer ó acontecía á su alrededor.

Todos la miraban, y todas las miradas no eran benévolas, pues más de una madre sentía la mordedura de la envidia al verla tan bonita. ¿No era acaso bastante el atractivo de una gran dote para que á él debiera añadirse el aperitivo de una inútil belleza?

Otras se entretenían en buscar en aquel rostro juvenil algún parecido extraño. No bastaba que Gilberta se pareciese al Sr. de Grandpré, lo que se veía de un modo evidente cada vez que padre é hija estaban á poca distancia uno de otro ó entre sí hablaban. Cuando la malicia se ha empeñado en presuponer una cosa, la evidencia más patente, la prueba más cabal no bastan á desarmarla.

Andando el tiempo, aquellas miradas que sentía fijas en su rostro y que antes la halagaban, acabaron por incomodar á la joven.

– ¡Cómo me miran!, dijo á su hermano, que le daba el brazo para atravesar el gran salón.

– Es porque te encuentran bonita, le contestó, sonriendo.

– ¿Lo crees? Sin embargo, veo ojos que no me miran con admiración. Y además, acabo de oir una palabra asaz rara.

– ¿Qué?, preguntó Pablo sonriendo, aun cuando su corazón se había sobresaltado.

– Hace poco, una señora, hablando de mí, decía á otra: «Pobre muchacha, no es suya la culpa...» ¿De quién es y cuál es esa culpa?

– ¿Quién es esa señora?, replicó su hermano volviéndose á medias.

– Esa que está junto á la puerta.

Pablo miró. Era una señora de aspecto vulgar, de esas que parecen especialmente invitadas para llenar huecos, una de esas que parecen inofensivas á no ser que se las conozca á fondo.

– Es la señora de Egrigné, dijo. No hagas caso; sin duda no se refería á ti, ó bien quizá hablaba de tu traje. ¿No sabes que hay gentes bastante estúpidas para pensar que te tiñes el pelo?

– ¿Yo?, replicó Gilberta indignada. ¿Quién ha dicho eso?

Pablo con esa hábil acusación que jamás se había formulado, consiguió lo que quería, que era desviar el curso que habían tomado las ideas de Gilberta, y la calmó diciéndole que debía acostumbrarse á todas esas habladurías y á despreciarlas por lo mismo. Al cabo de un momento le presentó un nuevo amigo que la invitó á bailar, y entonces pudo tender los ojos á su alrededor.

«Pobre muchacha, no es suya la culpa;» esa frase que Gilberta había oído una vez había sido pronunciada ya por todas las bocas, y ella hacía que si algunas miradas se posaban en la niña con desdén, otras



Dos horas caminaron sin descansar siguiendo las alamedas del parque

se fijasen con franca simpatía. El barón de Grandpré también beneficiaba de esa simpatía; en cambio la baronesa era acogida con frialdad marcada.

Pero comprendiendo ya por adelantado lo que debía suceder y previendo esa hostilidad embozada, la baronesa se refugió en un grupo formado por Marsac, su marido y algunos amigos y amigas antiguos. Desde el centro de aquel grupo que á ella le parecía una fortaleza, recibía á los invitados ó hablaba con ellos, con tanto dominio de sí misma, con dignidad tan grande y fría, que imponía á todo el mundo y nadie se atrevía á lanzar una frase de doble sentido.

Todo acaba en este mundo: así los placeres como los suplicios. A las dos, después de una cena tan escogida como suculenta, la gente abandonó los salones y los cuatro individuos de aquella familia se hallaron solos, en aquellas habitaciones todavía centelleantes de luz y embalsamadas de suavísimos perfumes.

– Reciba usted mi enhorabuena, dijo el barón de Grandpré á su esposa; ha organizado usted admirablemente la fiesta.

Aquélla inclinó la cabeza para darle las gracias, sonriendo sardónicamente, y dirigiéndose á su hija, preguntó:

– ¿Te has divertido, Gilberta?

– ¡Oh, sí, mamá! Ha sido una fiesta deliciosa. Pero ¿por qué ha terminado tan pronto? Uno de los que han bailado conmigo me ha dicho que, generalmente, la gente no se marchaba de las otras casas hasta las cinco de la madrugada.

– Eso vendrá con el tiempo, dijo el barón con dulzura; ahora abrimos nuestra casa y es preciso que la gente se vaya acostumbrando á nosotros...

Besó á su hija en la frente y la invitó á que fuera á dormir, cosa que hizo siguiendo á su madre.

– Padre mío, dijo Pablo cuando estuvieron solos, ¿la señora de Egrigné no tiene un hijo?

– Un hijo y una hija; estaban aquí los dos con su madre.

– ¿Ha bailado con Gilberta?

– Sí. ¿Por qué?

– ¿Qué clase de gente son?

– Tienen poca fortuna y grandes ambiciones; una familia muy bien considerada, por otra parte. El padre tenía mucho talento y murió joven; el hijo, según dicen, tiene también talento.

– ¿Quiere usted darme sus señas?

– Es de mediana estatura; de pelo y patillas castaños, usa lentes y tiene aspecto de listo...

– ¡Ah, ya sé!, respondió Pablo; gracias, padre mío. La señora de Egrigné no me gusta.

– ¡Pobre mujer! La verdad es que no tiene nada de bonita; pero no es culpa suya. Es una buena madre de familia que se ha impuesto toda clase de sacrificios en favor de sus hijos. Pero me parece que estás cansado, hijo mío.

– Es muy pesada la tarea de divertir á los otros, contestó el joven procurando sonreir. Hemos hecho nuestro deber y creo que el resultado será bueno.

– Así lo espero, contestó su padre. Tu madre ha estado admirable.

Su hijo contestó con tono seco:

– Todo el mundo ha dicho que parece que no habían pasado años por ella y que era muy hermosa. Buenas noches, padre mío. Vaya usted á descansar, que bien lo necesita.

VII

La señora de Egrigné era un ejemplo vivo de lo que puede la perseverancia, y valía la pena de que se le citara como modelo á los jóvenes que van en busca de una fortuna. Jamás había tenido ni don de gentes ni belleza; su inteligencia era escasa, su conversación carecía de atractivo, su padre era empleado en provincias y la dote que pudo dar á su hija fué muy pequeña.

Pero la joven poseía en el más alto grado la voluntad de salir de aquella situación precaria; era ambiciosa, y esa ambición la preservó de vulgares coqueterías. Su actitud casi altanera, en un medio ambiente en que sus compañeras se morían de envidia de casarse, sin ser capaces de disimular esas ganas, llamó la atención de los jóvenes y le hizo adquirir la benevolencia de los viejos y de las mujeres. El día en que el Sr. de Egrigné fué enviado como substituto á la ciudad en que ella vivía, quedó resuelto su destino: todas las mujeres de la ciudad se dijeron: «Este joven será el marido de la señorita Montesson.»

Egrigné no tenía trastienda alguna, aunque era fiscal substituto. Poco á poco se dejó envolver entre las mallas de una red hábilmente tejida, y al cabo de seis meses se había casado. La verdad es que jamás tuvo que arrepentirse de ello: su mujer fué una buena esposa, una madre tierna y que atendía ante todo á los intereses de su hogar, dotada como se hallaba hasta el último punto del instinto de la familia. Lo que hubiese podido hacer el joven fiscal en otras circunstancias nadie pudo saberlo, así es que nadie tampoco podía acusar á su mujer de haber impreso en su existencia el sello de su incurable medianía. El Sr. de Egrigné murió á los cuarenta y ocho años sin haber hecho nada notable.

Entonces fué cuando se descubrió cuánto podía el talento práctico de aquella señora. No tenía sino treinta y cinco años, y como nunca había sido muy hermosa podía fácilmente disimular alguno; se guardó, sin embargo, muy mucho de hacerlo. Adoptó un traje negro, pero de corte elegante; no se puso jamás una joya; alisó los cabellos sobre las sienes, porque sabía que aquel peinado modesto iba bien á su cara, y desde el principio se conoció que aquella mujer se había decidido á no vivir sino para sus hijos.

Para aquellos huérfanos ya grandecitos dió pasos sin fin; interesó en su suerte á las personas más diversas, todas aquellas que habían sido, eran ó podían ser ministros. Tantos afanes no quedaron sin la anhelada recompensa, y al cabo obtuvo para su hijo una pensión, y para su hija, cosa ya más difícil, la protección de algunas grandes damas de la aristocracia que, con el tiempo, acabarían por casarla con algún joven de buena posición.

(Continuará.)

EL ARTE DEL MEDALLISTA

EN LA ÚLTIMA EXPOSICIÓN DE PARÍS

En otra ocasión he tratado de demostrar que el renacimiento de la medalla en Francia había llegado casi á ponerse de acuerdo con el espíritu de raza, probando al mismo tiempo que este glorioso éxito,



Plancha modelada por Franz Pawlik

lejos de ser espontáneo ó imprevisto, era resultado de medio siglo de estudiosas investigaciones y repetidos esfuerzos.

La Exposición Universal confirmó del todo esta opinión, que además era la más completamente justificada, pues la serie de medallas allí expuestas por la Administración de Bellas Artes no se limitaba al arte glíptico de hoy, sino que comprendía una sección retrospectiva francesa, abrazando el período de 1800 á 1889, dentro del cual se veía claramente el progreso de evolución desde los días de la primera república en adelante.

Ya en la fecha de la anterior Exposición – 1889 – sus organizadores convinieron sabiamente en que los mejores y más seguros medios de explicar el presente se reducían á resucitar el pasado; pero en la Exposición última, esta sección revistió mucha más importancia, habiendo casi duplicado el número de expositores. Además, en cuanto fué posible, las medallas expuestas no fueron las mismas exhibidas en 1889.

En el arte glíptico, como en la pintura y la escultura, las antiguas doctrinas clásicas no desaparecieron de un modo brusco y la ruptura con el idealismo del siglo XVIII no fué inmediata ni repentina. No apresuradamente ni sin dolor se abandonan las seducciones de la suprema elegancia y de la gracia. Entre la antigua escuela y la nueva, bajo todos sus aspectos, hay ciertos artistas que señalan el período de transición, aquellos de quienes se dijo «que comunicaban gracia á lo antiguo ó daban el carácter de lo antiguo á la gracia.» Compárense las medallas de Agustín Dupré con las pinturas de Prudhon, y se verá en ellas el mismo sentimiento poético, la misma inspiración. Con N. M. Gatteaux y con Droz, la disposición decorativa, el esfuerzo para permanecer fiel á la naturaleza y la atrevida y libre acentuación del modelado testifican una vez más la nueva vida de una tradición que pronto debía desaparecer. Bajo Napoleón I, el estilo greco-romano ocupó su puesto definitivamente, y por largo tiempo desaparecieron después de la medalla toda la fantasía, el capricho y el delicado sentimiento de sus predecesores.

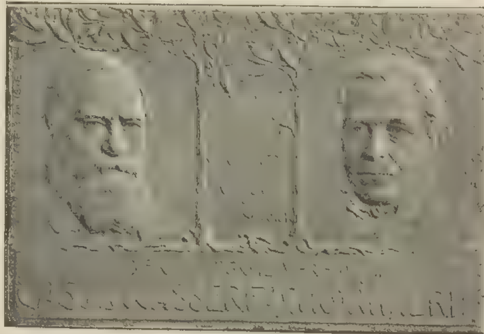
Sin embargo, apenas ha habido ningún período más fértil en la producción de medallas que el del primer Imperio, ni tampoco alguno en que los medallistas recibieran mayor estímulo. Se fundó en su beneficio un «Premio de Roma;» cediéronse dos plazas para esos artistas en el Instituto, y se ofrecieron tres recompensas en los certámenes para los premios decenales; pero no debemos engañarnos por todas estas muestras de interés ó esta abundancia en la producción. Procuremos descubrir quiénes fueron los artistas que durante aquel período hicieron trabajos buenos y duraderos. En esta categoría podemos colocar tal vez á Beltrán Andrieu, hombre de grandes conocimientos, y tan ingenioso, que para representar el descubrimiento de la vacuna pintó á Esculapio «cuidando» á la Venus de Médicis.

A excepción de Andrieu, había muy poca inventiva en los medallistas del primer Imperio, aunque muchos demostraron gran habilidad técnica. Ya no hacían sus propios modelos, sino que llegaron á ser meros intérpretes impersonales de los pensamientos de otros. Barré, Domard, Bovy y otros hicieron tentativas aisladas para poner término á este poco satisfactorio estado de cosas, y entonces llegó la reacción romántica, trayendo consigo el amor á la vida y al movimiento, según se ve en las obras de los escultores Barye, Pradier y David de Angers, destinados á regenerar la medalla con su ejemplo é influencia.

Conocidos son los más recientes progresos de la medalla en Francia, y sabido es que Oudiné y Ponscarme, Chapu y Degeorge, fueron los precursores de un renacimiento cuyo incomparable brillo se manifestó una vez más en la Exposición Universal de 1900. Esta preeminencia es debida al hecho de que los artistas, tales como Chaplain y Roty, formaron una escuela para el modelado de medallas, y también á la cooperación de artistas de diversos temperamentos que infundieron en el arte glíptico las fuerzas vivientes de sus propias personalidades. Considerada en su conjunto, la sección decenal fué igualmente notable, así por los trabajos de carácter realista como por los de carácter imaginativo. Además, se notaba entre los medallistas de profesión un esfuerzo constante para mantener las tradiciones académicas; mientras que los escultores medallistas, Alejandro Charpentier, por ejemplo, manifestaban una marcada tendencia á recurrir más directamente á la naturaleza para copiar de la vida misma, sin apelar á nada de la forma del símbolo artificial ó de la alegoría.



Medalla retrato modelada por M. Schwartz



Plancha modelada por Rodolfo Mayer

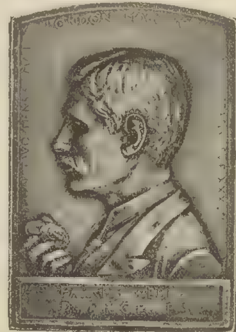
La «Sociedad de los Amigos de la medalla francesa» ha tomado en cuenta estas tendencias contrarias en la distribución de sus comisiones. Alternativamente, los individuos de la sociedad han ejecutado trabajos de Roty y Chapentier, Levillain y Legastelois, Daniel Dupuis y Niclausse, habiendo llegado esa corporación á tomar de una obra del pintor Alberto Besnard el asunto de una plancha que es un magnífico y notable recuerdo de la Exposición Universal.

La Exposición de París de 1900 señala ciertamente una fecha en los anales del arte glíptico, por razón de la luz que ha difundido sobre el asunto y las oportunidades de comparación que ha proporcionado.

Mientras en París ha florecido el arte del medallista muchos años hace, debe recordarse que hasta la última parte del siglo XIX no trataron las demás naciones de estimular el ejemplo dado por Francia.



Retratos modelados por Augusto Saint-Gaudens



Retrato modelado por F. Bowcher

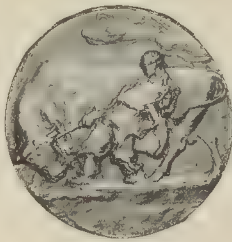
Los salones oficiales que se abrían anualmente en las diversas capitales de Europa no sugirieron ninguna idea adecuada de los esfuerzos que se hacían en este sentido, y sólo raras veces se ve por medio de Exposiciones especiales ó internacionales – como las de Bruselas en 1897 y de Viena en 1900 – lo que se hace en el arte del medallista. Además, no todos pueden tener oportunidad de instruirse sobre el asunto, haciendo una visita á Hamburgo ó al Gabinete Real de la Haya.

No se crea, sin embargo, que la Exposición de París dió una idea completa del arte glíptico contemporáneo, pues se notaban importantes vacíos; así, por ejemplo, Bélgica no presentó ninguna de sus mejores producciones y Alemania estuvo representada tan sólo por un artista, M. Rodolfo Mayer, de Carlsruhe. A pesar de esto, se comprendió desde luego cuál era la tendencia general del arte. En primer lugar, la propagación de la influencia francesa hasta los medallistas de otros países, debida en unos casos, como en los de M. Kautsch, de Praga, y en los de los rusos y finlandeses MM. Rasumny, Yampolsky y Troyariowsky, al hecho de hallarse definitivamente establecidos en París, y en otros á la circunstancia de haber cultivado el arte glíptico en su propia nación, después de haberlo estudiado en la «metrópoli de la medalla,» como M. Throndsen, de Cristianía, ó de haberlo propagado fuera del país natal, como la artista francesa Mme. Lancelot Croce.

Es curioso notar en las producciones de la finlandesa Mme. Vallgren hasta qué punto ha conservado el espíritu de su país y de qué modo tan completo imprime en sus obras la factura genuinamente patria, á pesar de su larga residencia en París. De aquí nace el principal interés que ofrecen sus retra-

tos en placa, tan vivos en su intimidad, y la misma nota de entusiasta sinceridad se revela en dos medallas casi análogas en el asunto, debida la una á un danés, M. J. Shovgard, y la otra á un artista de Croacia, M. R. Franges.

Ambos trabajos están libres de convencionalismos anticuados; sus autores buscan ante todo la expresión, y en ellos se reflejan una individualidad y un temperamento. Son tan esencialmente personales, que no se puede deducir de ellos que el arte glíptico sea en general comprendido y cultivado en los países de su procedencia. La evidencia de un estilo más nacional y regular se observó en ejemplares de España (Ruiz Martínez), Suiza (MM. Frei y Kaufmann) é Inglaterra (Mr. Frank Bowcher.)




Medalla original de R. Franges (anverso y reverso)


Medalla original de M. Begeer

Tres naciones hubo que por el número y la variedad de lo que exhibieron merecieron ocupar los primeros puestos en aquel certamen internacional: me refiero á los Países Bajos, los Estados Unidos y Austria. En Holanda, M. Begeer graba sus propios dibujos, ó interpreta, admirablemente á veces, los modelos que le envían MM. Wienecke, Baars y Bart van Hove. De allende el Atlántico hemos recibido muestras de un notable medallista, Mr. Saint-Gaudens, cuyos retratos se han hecho para ser fundidos, no acuñados. Mr. Mac Monnies no juzgó oportuno ejercitar su habilidad en una rama del arte que practica solamente como un accesorio, y esto es muy de sentir; pues aunque no ha producido más que algunas medallas, su originalidad y artística excelencia les comunica mucho valor.

Fuera de Francia, Austria es el único país que hace alarde de tener una escuela especial de grabadores medallistas. La semejanza entre París y Viena ha sido reconocida largo tiempo hace, y en ambas capitales se han notado á menudo las mismas expresiones de buen gusto, el mismo amor á la elegancia, la misma luz y la misma gracia. La delicadeza innata é instintiva del carácter austriaco hubo de manifestarse más ó menos pronto en un arte como el del medallista. Todos elogian á M. le Chevalier de Loehr por haber contribuído tan poderosamente al cultivo y desarrollo del arte glíptico en Viena, constituyéndose por sí mismo en historiador de este movimiento artístico. El grupo de medallistas austriacos expuso magníficas obras en la Exposición de París. José Tautenhayn figuraba en primera línea, seguido de Antonio Scharff, retratista é inventor de alegorías, y Esteban Schwartz, que cada uno por su estilo revelan grandes facultades y condiciones técnicas nada comunes. Notables trabajos presentaron también Franz Pawlik, R. F. Marschall, Peter Breithut y Tautenhayn, hijo.

El resultado del examen de estas obras por hombres de diferentes temperamentos y de diversas nacionalidades, prueba que el arte del medallista está en vías de transformación, ó por lo menos que su misma concepción está en camino de modificarse. Las ciudades piden al medallista concepciones que perpetúen el recuerdo de grandes acontecimientos; pero nosotros no nos limitamos ya á esto. Hoy el medallista produce sus obras como el grabador sus planchas, el pintor sus cuadros y el escultor sus estatuas, por el afán de crear obras de arte, en virtud del derecho que cada artista tiene para elegir el modo de expresar sus ideas. Supongo que nadie lamentará que se haya prescindido de las antiguas limitaciones, pues su abolición establece una libertad que tiende al progreso en lo perteneciente al arte y á la inteligencia. – ROGER MARX.

LA ALTURA

DEL VUELO DE LAS AVES

Las ascensiones aeronáuticas han permitido recoger observaciones interesantes acerca de la altura á que pueden elevarse las diversas especies de aves.

El aeronauta Hergesell, de Estrasburgo, ha encontrado un águila á una altura de 3.000 metros y en otra ocasión dos cigüeñas y un busardo á la de 900.

En otras circunstancias se habían visto alondras á 1.000 metros y cuervos á 1.400.

Estos casos deben considerarse, sin embargo, como excepcionales, pues á más de 1 000 metros raras veces se encuentran aves, la mayoría de las cuales no se remontan á más de 400 metros.

La Sociedad alemana de Ornitología ha hecho experimentos para estudiar el vuelo de las aves en las capas superiores de la atmósfera, soltando algunas, especialmente palomas, llevadas en globo á alturas comprendidas entre 900 y 3.000 metros. Cuando la atmósfera era clara, esas palomas se lanzaban verticalmente hacia las regiones inferiores; pero si, por el contrario, las nubes ocultaban la parte inferior de la atmósfera, revoloteaban aquéllas más ó menos tiempo alrededor del globo y luego partían como flechas dirigiéndose rápidamente hacia las regiones más bajas, en cuanto se abría un claro en las nubes.

La influencia de la presencia de las nubes sobre la facultad de dirección que poseen las palomas, ha sido demostrada por el siguiente experimento: en una ocasión y con tiempo nublado fueron soltadas varias palomas mensajeras á 50 kilómetros de su palomar; la primera tardó en llegar tres horas, la segunda llegó una hora después y las últimas no llegaron hasta muy entrada la tarde, á pesar de que habían sido soltadas en las primeras horas de la mañana; y habiéndose repetido el experimento con un tiempo despejado, las mismas palomas efectuaron el mismo viaje de cincuenta kilómetros en cuarenta y cinco minutos por término medio.



Retratos modelados por Augusto Saint-Gaudens (véase el artículo de la pág. 118)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 17 de febrero de 1902 — Núm. 1.051

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

EN EL TEMPLO

CUADRO DE WLADIMIRO SCHERESCHEWSKI

Schereschewski, oriundo de Polonia, reside desde hace muchos años en Munich, pudiendo decirse que Alemania es su segunda patria. Mas no por ello olvida á su patria madre ni tampoco á la nación que por los azares de la historia ha llegado á ser la opresora del pueblo polaco; antes al contrario, para muchos de sus cuadros se ha inspirado en episodios del despotismo ruso, habiendo pintado, entre otros, un ciclo compuesto de tres lienzos, titulados: *Desterrados á Siberia*, *Morituri* y *Los desterrados en Siberia entonando el canto de la patria*, que son una elocuente manifestación de su modo de sentir y constituyen la más enérgica protesta y la más terrible acusación contra el despotismo y la crueldad moscovitas.

Mas no se crea que para expresar tales sentimientos recurre á terroríficos efectos ni que en sus composiciones persigue directamente fines políticos; éstos, en todo caso, resultan, no de la intención deliberada del pintor, sino de la escena reproducida con toda fidelidad. El artista no ha hecho más que copiar; la protesta, la acusación surgen de la impresión recibida por el que contempla tales obras.

No es este el único género que cultiva Schereschewski; también busca inspiración en asuntos, poéticos unas veces, otras tomados de escenas de costumbres apacibles y sencillas. Como muestra de los primeros recordamos su cuadro *El nido vacío*, que hace algunos años reprodujimos en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; como ejemplo de las segundas puede presentarse el que figura al pie de estas líneas.

En el templo, en efecto, es un lienzo admirablemente sentido que emociona dulcemente; esas mujeres, en cuyos rostros y en cuyas actitudes se refleja el fervor religioso de que se hallan poseídas, están arrancadas de la realidad vista por un psicólogo observador que nos ofrece, no sólo sus cuerpos, sino sus almas, completamente abstraídas en sus rezos piadosos. Examinada la obra desde otro punto de vista, del de la técnica, es un estudio de luz hábilmente realizado que demuestra la maestría pictórica de su autor.



EN EL TEMPLO

cuadro de Wladimiro Schereschewski, grabado por Weber



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CORO DE BRUJAS

La poca nieve que ha caído produjo toda una revolución en las costumbres y en el modo de ser de Madrid. La gente aquí no concibe que se pueda vivir entre nieve. Y que se puede es innegable, y hasta que se vive muy bien, en excelentes condiciones, sin perder bocado de la temporada de invierno, sin interrumpir ninguna distracción ni ningún hábito de los que, entre la gente civilizada, han pasado á ser segunda naturaleza.

* * *

Aquí ni el calzado, ni la ropa, ni los muebles, ni las habitaciones están en armonía con la nieve. Cuatro copos que caigan, nos echan á pique. — La gente anda por las calles muerta de miedo y aprensión, y pegando cada costalada que tiembla el misterio. Es alarmante el recuento de piernas y brazos rotos. — Los coches se paran; los tranvías renuncian á circular; los cocheros hacen toda clase de hipótesis pesimistas acerca de lo que le sucederá al tronco si enganchan; los panaderos y carboneros se niegan á distribuir el sustento y el calor. ¡Estamos frescos!, pueden decir los moradores de Madrid al ver descender, con la suave gracia característica de este meteoro, el primer copo de nieve...

Países hay donde nieva siete meses del año, y todo está acondicionado para la nieve. La gente se adiestra en patinar desde la niñez. Así, por ejemplo, en Holanda, donde el patinaje no es un *sport,* sino un sistema de comunicación y acarreo. Nunca se va más aprisa en Holanda que cuando se hielan los caminos; pues justamente entonces es cuando la carga se lleva con mayor facilidad, como que el resbale ayuda al transporte allanando y abreviando el camino. Con igual soltura resbalan que andan los holandeses, y con mucha mayor rapidez, pues existen allí patinadores que apuestan á ir aprisa con el tren, y lo consiguen, y aun á veces se lo dejan atrás. Nunca se oye decir que se ha roto un húmero ni que se ha partido un fémur, á causa de la helada. Es asunto de costumbre.

Y sin irnos tanto al Norte, quedándonos en países que están ahí á la vuelta de la esquina — en París he pasado yo invierno viendo nevar todas las mañanas, sin que nadie hiciese caso de la nieve, ni soñase en suspender ningún plan á causa de ella. — Los de infantería se calzaban botas á propósito, *snow boots,* armadas de una especie de cuchillas que aun á los profanos en el patinaje les permiten, cuando menos, evitar el resbalón. Los caballos de los coches llevan herraduras especiales. La villa tiene divinamente organizado el servicio de limpieza y barrido de la nieve, que poderosas mangas de agua precipitan y arrastran sin dejar señal de ella, á no ser una orlita blanca donde la acera se junta con el arroyo, y muchos finos encajes tendidos en los techos y desgarrados en las secas rojizas ramas de los árboles.

* * *

Pero, lo repito: á nosotros nos cogió la nevada como á casa pobre llegada de huéspedes. No se nos ocurrió mejor solución que meternos en la concha, cerrar á piedra y lodo ventanas y puertas, y asustarnos de que la infanta Isabel, consumada *sport woman,* se echase á la calle guiando sus cuatro jacas, para disfrutar de un espectáculo bastante raro en Madrid, y admirar los *bonshommes de neige,* los don Tancredos y demás productos de la inspiración escultórica que infaliblemente determina la nevada.

* * *

Envuelta en su torbellino blanco, rápida en aparecer como sus antecesoras las brujas, pero ni montada en una escoba ni cayendo por el hueco de la chimenea, nos ha visitado una profetisa, pitonisa ó qué sé yo qué, distinta de las humildes gitanas que empiezan «En el nombre el Pare, el Jijo y el Espíritu Zanto,» porque éstas se conforman con media peseta ó una peseta, y la vidente parisiense no suelta su soflama menos de 150 ó 200. Por lo demás, y tocante á la lucidez y conocimiento del arcano del porvenir..., crean ustedes que debe de estar á igual altura. Superstición más barata ó más cara..., al fin superstición absurda.

¿Por qué dura esto; por qué se perpetúa la creencia en lo que llama la doctrina *sueños, agüeros y rayas de manos?* ¿Por qué, si se han perdido tantas cosas del espíritu tradicional, la brujería subsiste, mantenida por la debilidad de nuestra alma, que necesita de lo maravilloso y de lo inexplicable?

Propio de villanos creía D. Juan Tenorio el miedo á las cosas del otro mundo; y sin embargo, la brillante sibila de París ha venido á Madrid á *ejercer* entre gente muy alta y muy rica — sus precios lo dicen á voces. — De manera que habremos de convenir, mal que nos pese, en que la educación y sus ponderadas virtudes no redimen del pavor y de la aprensión de lo desconocido, ni de la credulidad sin límites, pronta á adquirir caracteres de terror. — Casi nadie deja de ser como aquel personaje de la opereta *Barba Azul,* que «no creía en esas cosas..., pero le daban mucho miedo.» — Y en París, la superstición florece y cunde, invadiéndolo todo, hasta algunos cerebros privilegiados, algunas almas escogidas, como, verbigracia, la de Joris Karl Huysmann, persuadido á pie juntillas de la verdad del satanismo, la magia y otras varias herejías igualmente vitandas y damnables.

* * *

Me he pasado la vida pidiendo á esos supersticiosos que me enseñen un retrato de Dulcinea, aunque sólo sea tamaño como un grano de trigo; que me den una prueba cualquiera, pero auténtica, de la realidad de sus aprensiones; que me inicien en los misterios eleusinos. Y puedo afirmar que no lo he conseguido nunca. — «Ya que los espíritus acuden, dan golpes, se presentan, hablan, pegan..., á ver, venga aquí un espíritu, venga un duende, óiganse esos porrazos en las lámparas y las ventanas, vaguen por el ambiente esas manos sin cuerpo, encontrémonos en relación con ese mundo misterioso, ó pensaré que todo ello es una «monserga.» — Esto dije á algunos espiritistas, por otra parte personas cultas y que no tenían traza de bromistas ni de mistificadores. De cierto les hubiese complacido infinito poder confundir mi escepticismo con alguna demostración de sus doctrinas y convicciones. El caso es que la demostración se quedó en el bolsillo, y yo sin tener el gusto de trabar relaciones con el mundo astral.

* * *

¿Y qué más? Hombre como D. Juan Valera abogó mil veces, en sus conversaciones conmigo, por la verdad de la ciencia oculta de Madama Blaboatzky, la cual era una dama rusa que decía haber bebido en sus fuentes la sabiduría de ciertos *majatmas* ó videntes de la India, que ejecutaban mil maravillosas transformaciones y trastornaban á su gusto las leyes físicas, practicando á la vez una especie de filosofía mística y extraña, que revestía ciertas afinidades con el hermetismo de los antiguos egipcios y con la *gnosis* de los primeros siglos de la iglesia. Como yo ni hecha pedazos quería convencerme de la verdad de tal ciencia y de tales asombrosos prodigios, don Juan me recordaba aquellas palabras de mi poeta favorito Shakespeare: «Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, de las que sueña tu filosofía.»

No niego la profunda trascendencia y exactitud de la frase sespiriana; en teoría admito que existen y hasta que se producen fenómenos que escapan á nuestra comprensión, ya porque no alcanzamos bien sus causas naturales, ya porque pertenecen á la esfera de lo sobrenatural. Lo único que afirmo se expresaría por medio de un terceto:

. . . .
Que en este valle y líquida laguna,
para decir verdad como hombre honrado,
jamás me sucedió cosa ninguna.
. . . .

Personalmente no he logrado ponerme en contacto con el extra-mundo; lo cual es sorprendente y hasta unas miajas humillante, para quien posee imaginación bastante impresionable, y á poco que se lo proponga, se sugestiona viendo en todo extrañas coincidencias, peregrinos y sutiles lazos que unen el reino de la naturaleza con el del espíritu, y rastros de luz que fosforescen alumbrando momentáneamente el abismo de nuestra ignorancia, y de la ignorancia de los más sabios... Quien escribe novelas y cuentos necesita ante todo de la imaginación, y la imaginación es, como sabemos, la loca de la casa. Pero podría suceder también que este mismo cultivo forzado que hacemos de la imaginación, la encerrase en los límites del papel escrito, y en cierto modo la vacunase contra los extravíos y las exaltaciones á que debe sus saneadas ganancias la adivinadora Madama de Thebes.

* * *

En Madrid refiérese que hizo esta sibila profecías muy siniestras y anunció mil calamidades y desventuras. Aunque á primera vista parezca que esta profecía es una perogrullada y que juzgando por indicios no se le pueden augurar á España días de gloria, ni aun de tranquilidad, pudiera ocurrir que en este país de los viceversas se equivocase de medio á medio la pitonisa...

Echándose á profetizar á bulto, no es raro que alguna vez se dé en el hito; como echándose á curar, aun sin rudimentos de ciencia médica, se hacen curas, á veces sorprendentes. Se refieren de Madama de Thebes, en su ya larga carrera de candidata al sambenito y la coroza, dos ó tres aciertos bastante felices; pero ¿quién cuenta las veces que descargó el golpe en vago?

Estando yo ha dos años en París, en un almuerzo campestre en honor de Balzac, en su quinta de *Les jardies,* me presentaron á una señora que desde el primer momento se confesó bruja, ó sea, en lenguaje moderno, «vidente y profesora en *ocultismo.*» Al ver que yo no demostraba mucha fe en tal *videncia,* me afirmó que, para convencerme, dentro de tres días, á tal hora, se me aparecería dondequiera que yo me hallase. — Preguntéle si la aparición se verificaría á mi izquierda ó á mi derecha, para estar prevenida. «A la izquierda,» respondió con el mayor aplomo. No necesito añadir, ¿verdad, lector listo?, que á la hora y el día consabidos no vi sino lo que tenía delante — un plato de salmón en salsa verde, — pues la aparición había de sorprenderme en el *restaurant,* sitio nada espantable y hasta prosaico.

Y estas cosas generan un desolador escepticismo. Estas cosas le ponen á uno más seco que una pasa. Destruyen toda ilusión; agostan los jardines de la fantasía... He aquí por qué no me he gastado 200 francos en consultar á Madama de Thebes, que será sobre poco más ó menos como la dama de *Les jardies.*

Emilia Pardo Bazán.

PENSAMIENTOS

Cultiva tus campos, pero cultiva también tu jardín á fin de recoger, además del trigo, frutas y flores; que el hombre no vive sólo de pan. Y lo mismo debes hacer con tu inteligencia: cultiva en ti el buen sentido, que es el pan necesario á la vida; pero resulta bastante agradable y hasta útil añadir á ello algo más, puesto que no se vive del buen sentido solamente.

Whateley.

Los jóvenes son tales cuales les ha hecho la naturaleza; los ancianos han sido modelados por las manos, á menudo torpes, de la sociedad.

Edmundo About.

Querer saberlo todo á los diez y siete años, es la manera segura de ignorarlo todo á los cuarenta.

El P. Didon.

La historia es la vida de las colectividades; la novela es la vida de los individuos.

Alfonso Daudet.

Las escenas de ruptura entre enamorados son tentativas desesperadas para no romper.

Abel Hermant.

En el matrimonio lo principal no es amarse, sino conocerse.

Pablo Hervieu.



De pronto sonó un campanillazo tan fuerte, que arrancó de la pared la campanilla, la cual se vino al suelo con estrépito aterrador.

– ¡Bárbaro! ¡Animal!, gritó Juana, criada antigua de mi casa, que actualmente la gobernaba según su capricho y buena voluntad.

– Y ¿eres tú, gorgojo, quien has pegado ese campanillazo?

Una voz encantadora de niña muy pequeña contestó con pronunciación admirable por lo clara y distinta:

– Como no alcanzaba, pegué un saltito y me colgué de la campanilla.

– Pues buena la has hecho. ¡Vaya un campanillazo! Pero tú ¿qué quieres?

– Yo quiero ver al usurero.

– ¿Qué estás diciendo, chiquilla? ¿A quién quieres tú ver?

– Al usurero.

– Aquí no hay usurero ninguno.

– Sí; aquí es. El domingo estuvimos aquí mi mamá y yo á empeñar el crucifijo en cinco pesetas.

– Juana, dije yo entonces. Deje usted entrar á esa niña.

– ¡Dios nos asista!.. Aquí tiene usted al gorgojo del campanillazo.

Y Juana entró en mi despacho con una niña como de tres años y medio, que traía abrazada una muñeca.

– Niña, ¿qué es lo que quieres?

– Que esta mañana doña Flora le dijo á mi mamá: «Señora, no queda de las cinco pesetas ni para pagar el puchero. Yo voy ahora á ver si la carnicera me lo fía.» Y doña Flora salió llorando. Yo entonces dije á mi mamá: «No te apures, que yo voy ahora al usurero á empeñarle mi muñeca.» Mi mamá no me respondió, porque muchas veces se queda sin poder hablar. Y yo vengo á empeñar mi muñeca en cinco pesetas.

– Juana, dé usted cinco pesetas á la niña.

La garantía no habría costado una, cuando nueva. Juana sacó las cinco piezas de plata, y las puso en la mano de la niña. Pero la niña no podía abarcarlas bien, y una tras otra se le escaparon todas al suelo. Dos cayeron de plano; pero las otras tres, con una rara habilidad, rodaron por entre los pies de las sillas y de las butacas, y fueron á esconderse y acurrucarse junto á la pared. Juana cogió las dos piezas que cayeron de plano; sacó otras tres del bolsillo, envolvió las cinco en un sobre de tarjeta que tomó de mi escritorio, y poniéndolo en la mano de la niña, le dijo:

– Aprieta esto muy bien. Parece mentira que una mano tan chiquita, me haya arrancado de la pared la campanilla.

En esto, Juana miró los pies de la niña y dijo:

– ¡Pobrecita! con los deditos por el suelo!

Y salió precipitadamente de mi despacho.

Yo me quedé solo con la niña contemplando tanta miseria y le dije:

– ¿Dónde vives?

– En la plaza del Progreso.

– Pero ¿qué número?

– Plaza del Progreso, sotabanco.

– Niña, atiende: yo lo que quiero es saber el número de tu casa. ¿Tú vives en la plaza del Progreso, número?.., ¿cuál es el número de tu casa?

La niña me miró con sus grandes ojos estupefactos, y con tal expresión que querían decirme: yo no entiendo de números.

– Y ¿cómo se llama tu mamá?

– Mi mamá se llama mi mamá.

– Pero, ¿cual es su nombre? ¿Carmen? ¿María? ¿Ana? ¿Manuela? Doña Flora ¿cómo le dice?

– Pues le dice *señora*.

– ¿Y tú tienes papá?

– Aquí no. Mi papá está en Filipinas.

– ¿Y qué es? ¿Es empleado? ¿Es militar? ¿Es paisano?

Los grandes ojos de la niña me hicieron comprender que ella no entendía ni de militares ni de paisanos.

– Oye, niña, ¿y tú cómo te llamas?

– Mariquita.

– ¿Pero Mariquita qué? ¿Mariquita Fernández? ¿Rodríguez? ¿Sánchez?.. ¿No hay otras niñas en la casa?, ¿cómo te llaman las otras niñas de la casa?

– Mariquita la del sotabanco.

Yo estaba perplejo. Esta niña de seguro no sabe dónde vive. Pues es preciso averiguarlo. Me puse el gabán y el sombrero, recogí de la gaveta todos los duros y plata menuda que tenía, y en esto entró Juana con la zapatera del piso bajo, la cual traía unos cuantos pares de zapatitos encarnados.

– Ven acá, gorgojo: siéntate aquí, que te van á probar unos zapatos.

La zapatera miró el pie: buscó unos zapatos: se los probó á la niña y resultaron bien.

La niña no hacía más que mirarse los zapatos.

De pronto besó la muñeca, y le dijo con dos lagrimones en los ojos:

– Ya no volveré á verte más.

– Mariquita, ¿por qué dices eso?

– Porque así se lo dijo mi mamá al crucifijo.

– Pero ahora la cosa es diferente. Cuando una niña empeña su muñeca, se lleva el dinero y la muñeca.

La niña me miró con sus grandes ojos que decían: «No lo entiendo. ¿Pero yo me llevo el papel, la muñeca y los zapatos?»

– Sí, mujer.

Y Mariquita apretó el sobre con la diminuta mano derecha, abrazó la muñeca nuevamente, y echó á andar mirándose los zapatos.

– Aguarda, mujer; que yo voy á llevarte á tu casa.

– Quien la va llevar soy yo, dijo Juana. ¿Dónde va usted con estos harapos?

Juana tomó en brazos á la niña, bajó con ella las escaleras, y por indicación mía, pronto estuvimos todos en la plaza del Progreso; pues yo vivía al final de la calle de Relatores.

– Juana, ponga usted la niña en el suelo. Mariquita, ya estamos en la plaza del Progreso. ¿Cuál es tu casa?

La niña no se movió.

De pronto oímos á nuestra espalda:

– ¡Mariquita!, ¡Mariquita!, ¡Mariquita!

La niña se volvió y echó á correr hacia una mujer que la llamaba.

– ¡Doña Flora, mira, he empeñado la muñeca, y aquí traigo yo para el puchero!

– Picaronaza, ¿sabes tú el susto que me has hecho pasar? No te doy una mano de azotes, porque...

En esto me había yo acercado.

– Doña Flora, no le riña usted, porque su imprudencia merece una corona. Ya se lo explicaré.

– ¡Mira, doña Flora, aquí traigo yo para el puchero!

– Ya está arriba el puchero para hoy. Vamos al sotabanco, que la señora ha perdido el conocimiento.

Doña Flora tomó en brazos á la niña, y Juana y yo la seguimos á una casa situada á espaldas del antiguo ministerio de Fomento. Yo creí que nunca acabábamos de subir.

Entramos en el sotabanco.

– ¡Jesús!, ¡Jesús!, ¡qué desolación!, dijo Juana, y salió escapada.

En efecto. Jamás había yo ni siquiera pensado en tantísima miseria. Sobre una capa muy gruesa de periódicos de Manila puestos unos sobre otros estaba sin movimiento una mujer, vestida y cubierta por dos ó tres colchas desgarradas. Junto había otra camita de periódicos mucho más gruesa: allí dormía Mariquita. Apoyada en una pared se veía una mesa, á la cual le faltaba una pata. Sobre la mesa estaba una hermosa urna de sándalo. Y no había más. Ni siquiera una silla. ¡Qué desamparo!

– Pero, doña Flora, es preciso que vea á esta mujer un médico ahora mismo. ¿No sabe usted de alguno que viva cerca?

– Sí; en la casa de junto vive uno. Pero es un médico de los caros.

– Pues que venga corriendo. Doña Flora, vaya usted ahora mismo y dígale usted que aquí hay un señor que le pagará la visita.

Doña Flora desapareció. Y yo me quedé solo con la niña ante aquella mujer desmayada. Mariquita estaba sentada en su camita de periódicos, aguardando á que su madre pudiese hablar. Sin duda no era aquella la primera vez que presenciaba espectáculo semejante. Tenía fijos los ojos en sus zapatitos colorados.

Me acerqué á la mesa y abrí la urna de sándalo. No fué para sorprender secretos, sino para ver si vislumbraba un faro en el mar de tinieblas que me rodeaba. Lo primero que vi, pues estaba encima de todo, fué la papeleta del empeño del crucifijo. Me la guardé para desempeñarlo inmediatamente. El usurero vivía en la calle de Barrionuevo; de modo que la niña, cuando salió á empeñar su muñeca, en vez de tomar á la derecha, tiró á la izquierda. Todo lo demás que había en la urna eran papeletas de empeño, muchas ya vencidas y caducadas. Sólo allí

había una excepción. Y era el retrato de un joven, verdaderamente guapo y de simpático aspecto.

– Oye, Mariquita, ¿de quién es este retrato?

– De mi papá, el que está en Filipinas.

En esto entró doña Flora.

– El médico me ha dicho que ahora mismo viene.

En seguida entró Juana con dos mozos de cordel que traían una cama de hierro y una cuna, colchones, almohadas, sábanas, platos, tazas, vasos, cubiertos y cuatro sillas Hasta venía papel, pluma y tintero para el *dotor*.

– Doña Flora, vamos á hacerle la cama á la enferma.

Y en un santiamén aquellas dos mujerea, haciéndose ayudar de los mozos, transformaron la habitación.

– Juana, ¿de dónde ha sacado usted esta cuna?

– Es la que la zapatera tenía preparada para el niño que le nació muerto.

– Pero me parece que es chica para Mariquita.

– ¿Chica? Pues que se encoja... Y ahora, fuera todo el mundo, que vamos á vestir á la señora.

– Yo no me voy, dijo Mariquita.

– Bueno, quédate, pero no para estorbar, ¿eh?

Los mozos y yo nos salimos. El doctor subía ya, y yo, allí mismo en la escalera, le informé de lo ocurrido.

– Ya se puede entrar, gritó Juana.

El doctor recetó, instruyó á doña Flora de lo que había de hacer y aplicó á la enferma una inyección de morfina.

La enferma volvió en sí.

– ¿Qué es esto?

– ¡Mamá, mamá, he llevado á empeñar la muñeca y mira todo lo que he sacado por el empeño! Y estos zapatitos encarnados.

La enferma miró al doctor, y el doctor le dijo:

– Yo tengo que volver esta tarde y se lo explicaré á usted. Ahora es preciso que usted no piense en nada y tome medicinas y alimentos.

Juana se encargó de todos los gastos, y el doctor y yo nos retiramos.

Yo fuí á desempeñar el crucifijo.

Volví con él y dije á doña Flora:

– Colóquelo donde antes estaba.

Mientras tanto la enferma había tomado alimentos y se había quedado dormida. A poco despertó y preguntó llorando:

– ¿Quién ha desempeñado el crucifijo?

– ¡Mamá, mamá, mi muñeca!

Entonces tomé la palabra y referí á la enferma lo ocurrido.

A los pocos días la mujer era otra. Juana le había traído uno de sus vestidos más decentes. Pero quien estaba monísima era Mariquita. Juana le había arreglado y comprado varias prendecitas, y *Gorgojito*, con aquella pobreza, resultaba una hermosura.

El doctor estuvo atinadísimo y feliz.

Y cuando yo, satisfecho de mi obra, me hallaba otro día en el sotabanco pensando en la carga que había echado sobre mí, superior á mis fuerzas, se recibió un telegrama de Hong-Kong en que el marido anunciaba que antes de un mes llegaría á Madrid.

Respiré. El marido, desde Filipinas había ido á Alaska en busca de oro y volvía rico. Pero durante dos inviernos no había podido comunicarse con Europa.

A los pocos días de haberse establecido en Madrid, toda la familia vino á mi casa. Mariquita traía el crucifijo y me lo regaló, con palabras tan escogidas que desde luego se echaba de ver que las había aprendido de memoria.

– Juana, Juana, tú te enojaste conmigo porque te arranqué de la pared la campanilla. Pero aquí te traigo, para quitarte el enojo, un reloj de muchas campanillas. – ¿Lo he dicho todo bien, mamá?

– Sí, sí, Mariquita. Y el padre y la madre se la comían á besos.

Y Mariquita hacía sonar un reloj de repetición.

– Toma, Juana, para ti. Para ti.



LA MEJOR RIQUEZA, acuarela de Leonor Fortescue-Brickdale

Juana lloraba. Y besando á la niña, exclamó:

– ¡Hija mía, tu muñeca es la muñeca de la suerte! Pero la suerte estaba tan dormida, que sin duda fué necesario, para despertarla, todo aquel campanillazo.

(Dibujo de Triadó.) E. BENOT.

LAS DOS CRUCES

Era casi un niño; apenas si el primer bozo comenzaba á sombrear mi cara cuando la conocí.

Yo salía de la Academia de dibujo, donde después de cenar iba todas las noches, más bien obligado por los buenos de mis padres que no por espontáneo impulso, pues entendía que después de cerca de cinco horas de clase en el Instituto y de dos ó tres de estudiar, no había derecho para exigirle á un muchacho de doce años el tormento de tener que aprender á trazar paralelas, ni á encajar una nariz romana ó griega entre cuatro tiznones de carbón.

Ella salía también, según supe luego, de realizar una misión no menos honrosa y acaso tan forzadamente ó más que yo. Salía de su taller, del taller donde tenía que ir todas las noches á aprender su arte ó su oficio, que era el de modista.

Tendría la pequeña unos catorce años, más *vieja* que yo; pero esto no fué obstáculo para que después de haberme decidido á acercarme á ella, y con bastante cortedad por cierto, me convenciese de que *me hacía caso*, como decíamos en la Academia.

Nuestras relaciones, si es que aquéllas podían merecer tal nombre, durarían á lo más unos dos meses, ¡y se me hacían á mí tan tontas, tan largas y tan enfadosas!

Rompimos, acabamos; mejor dicho, ni concluímos siquiera, puesto que nada de esto nos dijimos ni en nada hubo de convenirse. No hubo riña, reproches, ni discusiones: una noche, como las anteriores, me despedí de ella, creyéndome enamorado, para volver al siguiente día, y no volví más, ni ella hizo por buscarme.

Transcurrió el tiempo; yo acababa de licenciarme en Derecho, frecuentaba algunas reuniones, desde la empingorotada donde había que ir de frac, hasta la mediocre donde permanecíamos con la capa puesta.

En una de estas reuniones caseras de modesto carácter, pero de ciertas pretensiones, me encontré una noche con ella, con mi aprendiza de modista, convertida ya en mujer hecha y derecha. Y en verdad que estaba muy hermosa, tanto que era la preferida de todos los galanteadores.

Después de saludarnos como si no nos conociéramos, hallé una ocasión de hablar con ella muy bajito; ella también se acordaba de mí, y yo... entonces sí que me sentí por vez primera realmente enamorado de aquella mujer adorable.

Bailamos un vals que al piano echó á perder la dueña de la casa; después, bailó una mazurca con otro señorito...

Una de las flores que llevaba prendidas en el pecho, una rosa pálida y nacarina que parecía de porcelana, desprendiósele en una de las vueltas y fué á caer al suelo. Todos los que no bailábamos y nos habíamos enterado del lance, corrimos presurosos á recoger aquella flor codiciada que había tenido la dicha de oir latir el corazón de la bella.

Triunfé en la momentánea lucha, coloqué la flor en el ojal de mi levita y aquella noche me sentí feliz.

Ya no son tres ni cuatro los años que han transcurrido, serán unos doce, y la modista, la bella de las reuniones de casa de las de Ruiz, *ella*, en fin, es lo que se llama una *jamona* que sería aceptable si no estuviese tan estropeada físicamente; conserva sus rasgos de belleza, pero ¡ay! tan borrosos...

Hacía que faltaba de Madrid mucho tiempo; hace poco regresé á él, anoche la vi en uno de los palcos del teatro Real, pregunté por su vida presente á los amigos, indagué más por curiosidad que por otra cosa, y después de oir lo necesario para comprender la existencia que había llevado, me torné melancólico y pensativo, hasta que uno de los que me acompañaban me dijo señalándome á un viejo estrafalario que ostentaba sobre el frac una condecoración:

– Mire usted, ése es ahora su protegido..., gracias á la influencia de ella, le han hecho á ése senador y le han dado esa cruz que luce tan orgulloso.

Llegué á casa malhumorado; busqué entre unos papeles, saqué una rosa marchita y deshojada, y colocándola cuidadosamente en la solapa del *smoking* exclamé entre lloroso y satisfecho:

– Entonces daba flores puras, ahora... ¡Más vale esta flor, mi cruz, que todas las grandes cruces del señorón del Real!

P. GÓMEZ CANDELA.



LA GITANA ANDALUZA

¿De dónde había venido? Se ignoraba. Una tarde llegaron á la puerta del corral una gitana vieja y astrosa, con un lío de trapos, su único ajuar, y ella, Anilla, que sólo tenía como recuerdo de su infancia los malos tratos de un *cañí*, el cual, según decían, estaba casado con aquel vestiglo *por detrás de la iglesia*.

Era huérfana y no conoció á sus padres ni se metió en averiguar quiénes fueron ni cuál fué su suerte. Jugando en el arroyo con los pilluelos, cogiendo colillas y pidiendo limosna llegó á cumplir diez y seis años. Siempre unida á la vieja, seguíala, como un perro, á todas partes, recorriendo así pueblos y ciudades, durmiendo en el campo ó en los cotarros y burdeles si tenían diez céntimos, que no era siempre.

Cuando había que comer se comía; cuando no, pedían limosna, y reunidos unos cuartos, adquiríanse varetas para hacer canastas y cestillos, con cuyo importe en el verano se compraban pimientos y tomates ó las primeras materias para hacer un gazpacho, y en el invierno tenían bastante con unas cuantas sardinas y un pedazo de pan, duro ó tierno, blanco ó prieto. No conoció más patria que la del corral donde moraba; crióse sin afectos, sin cuidados, sin sentir jamás el dulce aliento de cariñoso beso posándose sobre sus obscuros labios rojos. Así como ignoraba su pasado, no se preocupaba de su porvenir.

¿Adónde iba? Adonde quisiera la *señá* Pepa; y nunca pensó en lo que sería de ella el día que, por razón natural, se quedase sola en el mundo. Después de todo, la compañía de la *señá* Pepa no era tanta como para echarla de menos. Por la mañana muy temprano, levantábase de la manta ó jergoncillo en que había pasado la noche, y poniéndose la harapienta enagüilla de percal con restos de estropeados faralaes, salíase al patio, metía la cabeza en la fuente, peinaba sus ondulantes y negros cabellos con un pedazo de peine, y arrancando unas cuantas margaritas blancas ó cualquier florecilla de las que crecían en los arriates, formaba un grupo, que prendía en el espeso y lustroso moño. Con un pañuelo medio hecho jirones cubríase el torso, un delantal de abigarrados colorines era el complemento de su traje; y ya vestido el cuerpo y los pies descalzos, cogía la canasta que hizo la tarde anterior ó la olla con el guiso de caracoles, y atravesando el puente de Triana entrábase por las calles pregonando: «¡Quién me compra una canasta!,» ó gritando con toda su fuerza: «¡A los buenos caracoles..., caracoles burgaos!»

Así recorría los barrios todos. Cuando la rendía la fatiga, descansaba en cualquier parte, si no tenía la suerte de que al pasar por delante de alguna taberna la llamasen unos *barbianes* para hacerla cantar ó bailar.

Anilla era alta, delgada, de nerviosa complexión, agilísima. Su cintura y caderas movíanse con una provocativa flexibilidad, que revelaba todas las formas de su cuerpo. Sus ojazos negros, sombreados por las pestañas, hacíanlos parecer todavía mayores los círculos violáceos que los rodeaban; y cuando entre el estruendoso palmoteo y los ¡olés! de la concurrencia movía lenta y cadenciosamente su cabeza, y entre sus rojos y gruesos labios aparecían sus dientes blanquísimos como el mármol con su báquica y constante sonrisa, era cosa de ver el juego de sus brazos, que se elevaban ó descendían al par que su talle giraba en todas direcciones, retorciéndose como el de una bayadera del Oriente, y cómo sus pies herían vertiginosamente el tablero de la mesa que le servía de pedestal: entonces el entusiasmo de los espectadores llegaba al frenesí, y ella, halagada en su vanidad, ebria de emoción y delirante de entusiasmo, esforzaba su voz, acentuaba sus pasos, multiplicaba hasta la locura de sus movimientos, hasta que la fatiga y el cansancio la hacían caer rendida, anhelosa, como cuerpo muerto, envuelta entre los harapos de su ropa, semejando una bacante adormecida después de los excesos del festín.

Eran estos los solos momentos de alegría que de vez en cuando la suerte le deparaba en su triste existencia, y como rayo de sol que penetraba hasta lo más recóndito de su corazón, sumido en las tinieblas de su soledad y de su abandono, de su miseria y de su envilecimiento.

Cuando no la llamaban, cuando veía llegar la tarde sin vender su pobre mercancía, cuando regresaba á su tugurio hambrienta, con los pies destrozados y los ojos húmedos por el llanto, todavía aguardábale mayor pesar: la *señá* Pepa la injuriaba y maltrataba, porque, lo que ella decía: «Cuando no se encuentra quien le dé á una *pa tagelá, entonse, arma* mía, se *chora cuarquier cosiya* con una *mijita* de *pesqui, pa* no ir al *estaribé*.»

Necesario es ver de cerca cómo viven los gitanos pobres para formar juicio exacto de su miseria; y no se comprende que en medio de tantas y tantas privaciones y de una carencia de recursos como la que sufren, tengan aún alientos para aprovechar cualquier ocasión en que poder demostrar su buen humor, su gracejo y su alegría.

En el rincón del corral arman los hombres la fragua para fabricar objetillos de hierro, clavos, cerrojos, herraduras, tenazas, etc., de manufactura bastísima; mientras tanto las mujeres hacen medias, canastas ú otros objetos de mimbres, ó bien aleccionan á las muchachas á decir la *buenaventura* ó á *echar las cartas*, por medio de las cuales adivinan todo, lo mismo lo presente que lo porvenir. Unas veces por estos medios, otras valiéndose de trazas más ó menos ingeniosas, explotan á los incautos y consiguen atender á sus necesidades, que son bien pocas por cierto.

Ni saben muchos de dónde vienen ni adónde han de ir, como dije al principio. La miseria, y tal vez misterioso atavismo en determinadas familias, les impulsa á la comisión de delitos que les llevan á cárceles y presidios. Hombres y mujeres desaparecen de una localidad, y nada se vuelve á saber de ellos y nadie tampoco se interesa por su destino.

En medio del corrompido ambiente en que viven, estimulados por la miseria y por las privaciones, ¿qué extraño es que concluyan en la cárcel ó en el patíbulo?

El tipo de Anilla, que tan á la ligera he bosquejado, es el más frecuente, y á cada paso nos tropezamos con él en las poblaciones andaluzas. Desprovistas de toda noción de moral, llegan á la pubertad habiéndose criado juntos y en su más completo albedrío muchachos y muchachas. Las consecuencias, pues, son las naturales... La mayor parte de ellas van á formar el montón en la sentina del vicio.

El fondo característico de mujeres y hombres es

el de la pasión y la vehemencia; de aquí sus frases hiperbólicas, sus exageraciones en todo.

Si se visten de colores, han de ser éstos los más fuertes y llamativos; sobre todo el rojo, el amarillo y el negro entran casi siempre en la combinación, y con cuatro trapos abigarrados y un ramo de flores en la cabeza ó en el pecho, que saben colocarse con singular gracia, van tan ufanas como si arrastrasen terciopelos y rasos.

Así se comprende también su pasión por todo lo brillante y deslumbrador. Sus zarcillos han de ser aparatosos, de gran tamaño, con falsa pedrería, y gustan en extremo de usar collares dorados, de piedrezuelas ó pastas azules y rojas, cuando no pueden usarlos de corales. Tienen el sentimiento innato de los adornos que favorecen á su tez morena, á sus ojos y á sus cabellos negros, y de aquí su predilección por estos colores y atavíos.

La viveza de su fantasía revélase á maravilla en las ingeniosas frases que se les ocurren, sobre todo para ridiculizar á la persona de quien se estiman ofendidas: los símiles que emplean, sus hipérboles, sus agudezas, corren de boca en boca y son terribles, así como sus maldiciones, que preocupan mucho á la gente del pueblo. Sus alegrías y sus tristezas exprésanlas á maravilla en las sentidísimas coplas que improvisan y con el tono de profunda tristeza con que modulan sus cantos, cuyas inflexiones de voz puede asegurarse que son inimitables.

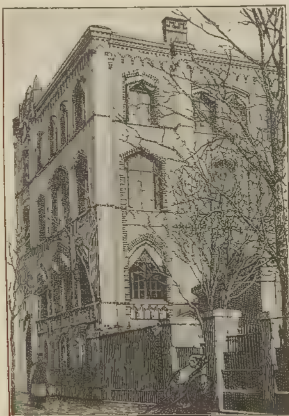
Hay que nacer gitano para darles todo el carácter y todo el sentimiento que entrañan. Los afectos del alma exprésanlos de manera apasionadísima, y bástales una frase para sintetizar los dolores más profundos; las amarguras de la ausencia, del olvido ó de la muerte, los recuerdos de perdidos amores, los desengaños y las esperanzas de mejores días. Perseguidos frecuentemente por la justicia, encarcelados ó fugitivos, tales casos son también temas de muchos de sus cantares, y hasta para estos asuntos emplean un tono especial de coplas que se llaman *carceleras*. Nadie se ha preocupado hasta ahora de mejorar la condición de estas gentes, que podría modificarse muy ventajosamente y sacar mucho partido de sus cualidades, las cuales se nos ofrecen con la espontaneidad salvaje con que brotan las flores en los campos.

J. Gestoso y Pérez.

(Dibujo de J. García y Ramos.)

CHINA. – TIENTSÍN

Terminó la guerra china, regresaron á sus respectivos países los ejércitos de las grandes potencias que habían ido á poner orden en el Celeste Imperio, volvió á su residencia de Pekín el emperador y todo aparentemente ha recobrado allí su normalidad. Y sin embargo, el problema que en aquel Estado quisieron resolver, primero la diplomacia y luego las armas, continúa en pie y no se resolverá en definitiva hasta tanto que China, imitando el ejemplo del Japón, cambie por completo de modo de ser, ó que las naciones civilizadas se pongan de acuerdo para acabar con aquel estado de cosas verdaderamente intolerable en el siglo xx.



Club alemán en Tientsín

En tanto que esto suceda, los asuntos chinos seguirán llamando la atención del mundo entero y tendrá interés de actualidad cuanto se refiera á aquel país petrificado, encerrado en absurdas tradiciones, en el cual, sin embargo, empieza á abrir brecha la civilización de Occidente.



Iglesia católica en Tientsín

Por esto creemos oportuno publicar como explicación de los grabados que en esta página y en la siguiente reproducimos, algunos datos acerca de la ciudad de Tientsín, una de las pocas que el Imperio ha abierto á la influencia extranjera.

En Occidente háblase de Tientsín como si fuese una ciudad marítima, puerto de Pekín y capital de la provincia de Petchili; y sin embargo, ninguna de estas tres denominaciones es absolutamente exacta. Tientsín no es una ciudad marítima, sino que dista del mar unos 50 kilómetros; es, en cierto modo, el puerto de la capital del Imperio del Centro, pero excede á ésta en importancia y superficie. En efecto, mientras Pekín es considerada como ciudad de un millón de habitantes, cuando en realidad tiene apenas 500.000, Tientsín cuenta más de un millón y es, después de Cantón, la más poblada de China. Tampoco es Tientsín, sino Paoting-fu, la capital de la provincia de Petchili; debiéndose este equivocado concepto en que muchos la tienen á la circunstancia de que el virrey de dicha provincia, Li-Hung Tchang, residía en ella la mayor parte del año.

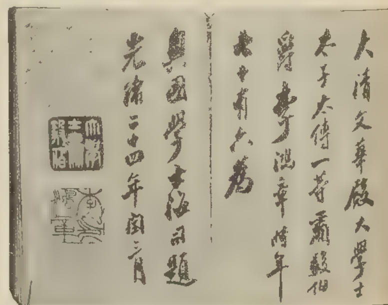
Tientsín, nombre que significa «vado del cielo,» es una ciudad interior, rodeada de tierras bajas y llanas en las que en vano se buscaría una piedra ó una roca: en una extensión de cien kilómetros al Norte y al Sur, es un terreno de aluvión, producto de las inundaciones del caudaloso Peiho, de ese río cuyas aguas llenas de limo y de tierra acabarán por cegar el puerto de Petchili. Ya en la actualidad la navegación por el golfo hállase dificultada por numerosos bajos, y la barra que en su desembocadura ha formado el Peiho hace imposible á los barcos penetrar en la corriente de éste durante la bajamar, y si los vapores no calculan sus viajes desde Shanghai ó de Tchifú de manera que lleguen á dicha desembocadura en el período de la marea alta, vense obligados á detenerse delante de la barra, junto á la cual hay á veces hasta una docena de embarcaciones.

Una vez pasada la barra, todavía necesitan los buques un día de navegación para llegar á Tientsín; pues aunque la distancia en línea recta es sólo de unos cincuenta kilómetros, los barcos han de seguir las tortuosidades del río, que duplican por lo menos aquella extensión. Aquel viaje fluvial es en extremo monótono. Junto á la desembocadura hay una miserable aldea, habitada por prácticos y pescadores: es Takú, que tanta nombradía ha alcanzado en la moderna historia de China. Desde el puente del vapor se distinguen las líneas de fuertes que allí mandó levantar Li-Hung-Tchang y parte de los cuales fueron construídos por ingenieros alemanes y con artillería alemana están armados. A medida que el barco avanza, aumentan los poblados, pobres aldeas con chozas de barro, cubiertas de paja, que por su color apenas se destacan sobre la polvorienta llanura. No se ve, en cuanto la vista alcanza, ni un árbol ni un arbusto; los únicos accidentes del terreno son colinas sepulcrales que en incontable número se alzan á trechos, aisladas ó agrupadas, formando verdaderas ciudades de muertos.

En las orillas del río, de sucias y amarillentas aguas y de cerca de un kilómetro de anchura, agítanse entre innumerables cerdos multitud de chiquillos desnudos; en las inmediaciones de las aldeas, laboriosos mongoles cultivan los campos de trigo y los arrozales, y en algunos sitios se ven norias movidas por búfalos ó molinos de viento de gigantescas aspas. Por doquier se advierte la miseria que en el país reina, y hasta los numerosos juncos que por el río pululan ofrecen un aspecto pobre y sucio, comparado con el de los de Cantón y Futchau.

Penosamente avanzan los grandes vapores por la tortuosa corriente. A veces alguno se desvía y su proa penetra en un campo de arroz; entonces los *culis* chinos que van en la embarcación saltan en tierra y por medio de cuerdas y palos vuelven el buque á la corriente. Los pasajeros de cubierta han de cambiar continuamente de sitio si quieren resguardarse de los rayos solares; pues el sol aparece, ora á la derecha, ora á la izquierda, unas veces por delante, otras por detrás: tan violentas son las curvas que describe el río.

Aquellas tierras bajas serían fertilísimas si no estuvieran sujetas á continuas alternativas de terribles inundaciones y de persistente sequía. Los destrozos que allí causan los elementos son de imposible descripción.



Autógrafo y sello de Li-Hung-Tchang

Esto sentado, el viajero no puede extrañarse de la pobreza que se observa en todo el país comprendido entre Takú y Tientsín; antes al contrario, lo sorprendente es que en el transcurso de los últimos años la población haya tenido alientos para restablecer los cultivos y reconstruir las aldeas.

Hacia el Noroeste se ven las numerosas chimeneas y construcciones del arsenal que mandó levantar Li-Hung-Tchang, y al poco rato echa el vapor anclas en la ciudad de los extranjeros creada junto á Tientsín.

Ingleses, alemanes y americanos, en número de un millar á lo sumo, han edificado allí una ciudad pequeña, pero muy linda, que con sus calles rectas sombreadas por árboles y sus bonitas casas de un

solo piso permitiría al viajero hacerse la ilusión de que se encuentra en Europa, si no fuese por la multitud de chinos que gritan y se empujan cargados de cajas y sacos que extraen de los buques y amontonan en los muelles. Tientsín es la principal escala y el mercado más importante del Nordeste chino, á pesar de que allí sólo puede trabajarse durante nueve meses del año, pues desde mediados de diciembre hasta mediados de marzo el río está obstruído por el hielo; y aunque en este período los chinos conducen géneros valiéndose de trineos con velas, este transporte no basta ni con mucho para el considerable tráfico de aquella plaza. Los montones de mercancías que en el *Bund* se alzan son cada vez más grandes; y también al otro lado del río aparecen amontonados los sacos de cereales y de arroz, las cajas de te y grandes pirámides de sal, que en abundancia se produce en las inmediaciones de Tientsín y que constituye un monopolio del gobierno chino. Además de estos artículos, constituyen allí la principal exportación las judías, los tejidos de paja, guisantes, dátiles, pelo de camello, lana, etc.; los géneros que más se importan son el opio, las telas de algodón, vidrios, azúcar, acero y hierro fabricados y papel. El comercio, que está en su mayor parte en manos de ingleses y alemanes, ha aumentado considerablemente en estos últimos años; siendo hoy Tientsín la tercera capital mercantil de China, superándola en este concepto solamente Hankau y Shanghai.



LA CALLE DE TAKÚ EN TIENTSÍN

En la concesión extranjera de Tientsín, que los chinos denominan Tze-ku lin (soto de bambúes), había últimamente, según datos de la Dirección de Aduanas de China, 16 casas de comercio inglesas, 15 alemanas, cinco francesas, tres americanas, tres japonesas y tres rusas, con 852 europeos, de ellos 380 ingleses, 200 americanos y 60 alemanes. Lo mismo que Shanghai, cuenta la concesión extranjera de Tientsín varios clubs, templos, fondas, consulados y almacenes, y el semanario *Pekin and Tientsin Times* que allí se publica es uno de los mejores periódicos extranjeros de China.

A unos tres kilómetros de la concesión, ó del *Settlement,* como lo llaman los europeos, extiéndese á ambas orillas del Peiho la ciudad china de Tientsín. La ciudad interior, como la mayoría de las de aquel país, está rodeada por una muralla, fuera de la cual se han creado varios grandes arrabales, más poblados, más animados y más laboriosos que aquélla. Alrededor de estos arrabales y de la concesión extranjera se levantó en 1870 otro muro de tierra y se abrió un profundo foso en una extensión de 30 kilómetros. En el centro de la ciudad desemboca, procedente del Sur, el gran canal que, á consecuencia de la navegación fluvial y de largos años de abandono, ha perdido algo de su antigua importancia; esto no obstante, todavía presta grandes servicios para el transporte de mercancías.

La ciudad de Tientsín ofrece poco interés á los extranjeros que conocen otras ciudades chinas, pues apenas contiene nada notable en el sentido que nosotros damos á esta palabra. En efecto, allí no hay grandes templos, pagodas, plazas ni palacios; las viviendas de los ricos están generalmente cercadas por altas paredes, y en cuanto al *Yamen* del poderoso ex virrey, sólo se ve de él la inmensa puerta custodiada por centinelas. Aun aquellos que consiguen entrar en el *Yamen* guardan escasa impresión de aquella residencia: como todos los de las demás capitales de provincia, contiene varios patios con bajos edificios que no llaman la atención por su arquitectura ni por su limpieza.

Lo único que distingue á Tientsín de las otras ciudades chinas, especialmente de las del Sur, son sus anchas calles y la animación que en ellas reina: en ninguna parte, ni en Shanghai, ni en Cantón, ni en Hankau, se encuentra el animado tráfico que allí se observa, así en la ciudad como en el río. En éste se acumulan los antiguos pintorescos juncos, los cañoneros chinos, los remolcadores, los botes de remos en número tal, que á veces cubren por completo la superficie del río, dejando apenas ver el agua. Y á pesar de la considerable anchura de las calles, hay momentos en que resulta poco menos que imposible abrirse paso por entre la compacta masa que forman hombres, camellos, mulos, asnos, carros y carretones. Diríase que toda la población se pasa el día en la calle en busca de negocios, corriendo siempre, como esos grandes jugadores de Bolsa para quienes un minuto puede á veces representar una ganancia ó una pérdida de millones. Al revés de lo que sucede en Cantón, cuyas angostas calles no permiten más tránsito que el de á pie ó en palanquín, en Tientsín se puede circular montado en mulos ó asnos; así es que en las esquinas se ven largas filas de estos animales ensillados, esperando quien los alquile, como sucede en las ciudades europeas con los coches de punto.

En el centro de Tientsín, junto á la orilla del río, álzase de nuevo desde 1890 la catedral católica que durante la famosa insurrección de 1870 fué destruída por la plebe fanática, la cual incendió también el consulado francés y el convento de los lazaristas, dando muerte á los sacerdotes, á los frailes y á otros muchos extranjeros. El gobierno chino hubo de pagar una indemnización de dos millones de taels á los sobrevivientes y de reconstruir los edificios arruinados, pero se han necesitado treinta años para reedificarlos. Actualmente se ven delante de la imponente catedral y sobre una plataforma amurallada dos pabellones abiertos que contienen unas lápidas, en las cuales están grabados edictos de protección imperiales, para evitar que el pueblo, enemigo de los extranjeros, reproduzca aquellos atentados.



FUERTE DEL GOBERNADOR EN TIENTSÍN

Ni en Tientsín ni en toda su provincia se ve gran cosa de las tan celebradas iniciativas de Li-Hung-Tchang, que durante largos años fué virrey de Tchihili y cuya actividad se manifestó principalmente en la creación de obras de defensa, previendo sin duda la guerra con los japoneses. Á él se deben la marina de guerra china, las fortificaciones que se levantan en la desembocadura del Peiho y en otros puntos de este río, el arsenal, una escuela militar y el hospital. Gracias á él también, el tráfico de mercancías por mar, que antes se hacía en su mayor parte en buques de bandera extranjera, se hace hoy á la vez por una sociedad de vapores china, la «China Merchant Company,» que transporta tanta carga casi como los barcos ingleses. Li-Hung Tchang mandó asimismo construir las líneas telegráficas que ponen en comunicación á Tientsín con Pekín y otras ciudades del interior, así como el ferrocarril de las minas de carbón de Kaiping. Pero en cambio hizo muy poco para el bienestar del pueblo; quizás faltáronle poder y recursos para realizar las obras de que tan necesitadas están Tientsín, Pekín y toda la provincia, como son el ferrocarril de Pekín, el dragado y la reparación del cada vez más arruinado gran canal, esta única vía de tráfico por tierra con el Sur, la desecación de la provincia y la rectificación de la corriente del Peiho.

Las grandes catástrofes que han destruído el bienestar de la provincia debieran, sin embargo, haber



LOS POLÍTICOS DE ALDEA, COPIA DEL CELEBRADO



cuadro de Guillermo Leibl, grabado por J. J. Weber

demostrado la necesidad urgente de construir un sistema de canales para desecar aquellas tierras bajas. Millones de seres se han quedado durante años sin pan á consecuencia de las inundaciones, y en vez de destinar cuantiosas sumas á la alimentación de estas gentes, habría sido mejor utilizar el trabajo y las energías de las mismas para llevar á cabo la tan necesaria obra de la canalización. No sólo había de pensarse en la guerra; era preciso proveer también á la paz y al comercio, continuamente amenazado por el gradual descenso de nivel del Peiho. Algo análogo sucedía hará cosa de veinte años en la desembocadura del Mississipí; este río, como el Peiho, presentaba en su corriente infinitas tortuosidades y delante de sus bocas extendíase un banco de lodo. Pues bien: unos cuantos millones de dólars bastaron para suprimir, al final de su curso, las curvas que más estorbos causaban, con lo cual se acortó la corriente, se le dió mayor desnivel y mayor caudal de agua y se evitaron las inundaciones. Y en vez de hacer desaparecer la barra por medio de difíciles y penosos dragados, el capitán Eeds encomendó esta labor al mismo río, poniendo, cerca de aquélla, diques artificiales que contenían la masa de agua del Mediterráneo avanzando mar adentro. Lo propio habría podido hacerse con poco gasto en el Peiho, evitándose con ello la gran inundación de 1889 y mejorándose las condiciones, hoy pésimas, de la navegación.

HESSE-WARTEGG.

NUESTROS GRABADOS

Jarrón de porcelana de Sevres.—Este jarrón está fabricado por el mismo procedimiento de pastas sobrepuestas que la porcelana cuya reproducción publicamos en la página 136, y, como ésta, es admirable por la elegancia y el gusto de la composición y por la ejecución perfecta, que caracteriza á todo cuanto sale de la célebre Fábrica Nacional de Sevres.



JARRÓN DE PORCELANA DE SEVRES

La mejor riqueza, acuarela de Leonor Fortescue-Brickdale.—En el número 1.049 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA expusimos la opinión de un notable crítico inglés acerca de las cualidades que distinguen á esta celebrada pintora. El cuadro suyo que hoy reproducimos es una prueba más de que las apreciaciones de dicho crítico no son exageradas, puesto que en él se patentizan de un modo elocuente las aptitudes técnicas de la citada artista. Mas si hemos de ser francos, confesaremos que lo que más nos atrae en este lienzo no son las bellezas de forma, sino la hermosa idea en que está inspirado: un obrero pobremente vestido estampa un beso en la angelical carita de su hija que le presenta su esposa, en cuyo rostro se marcan las huellas de los sufrimientos y de las privaciones. Todo en aquel grupo representa miseria; y sin embargo, pocas veces estará más justificado el título de *La mejor riqueza* que le ha puesto la autora. Y es porque en medio de su pobreza respiran aquellos personajes esa felicidad que no nace de la posesión de los bienes materiales, sino que se funda en los más puros goces del alma, esa felicidad que tiene por bases el trabajo y el amor, que convierte en suntuosos palacios las moradas más humildes, que siembra de flores el camino de la vida del hombre y que en muchos casos hace envidiable la existencia del pobre á los más poderosos de la tierra, que con todo su oro no pueden comprar ni un átomo siquiera de la dicha que Dios derrama á manos llenas sobre tantos desheredados.



VELOCÍPEDO ADAPTABLE Á LAS VÍAS FÉRREAS, INVENTADO POR EL MAYOR OWEN-LEWIS Y UTILIZADO ACTUALMENTE POR LOS INGLESES EN EL AFRICA DEL SUR

Velocípedo adaptable á las vías férreas, inventado por el mayor Owen-Lewis y utilizado actualmente por los ingleses en el Africa del Sur.—Del periódico inglés de donde tomamos el grabado que en esta página reproducimos, copiamos el siguiente suelto que como explicación de éste inserta: «Según ha asegurado Mr. Brodrick, la comunicación por ferrocarril entre la ciudad del Cabo y Johannesburgo es actualmente tan segura, que los trenes cruzan libremente de Norte á Sur y la vida mercantil en las principales ciudades del Transvaal se hace como si la guerra estuviese ya enteramente terminada. Nos parece, por consiguiente, de interés dar á conocer un tipo de velocípedo militar que ha prestado grandes servicios en las líneas férreas. El aparato es invención del mayor Owen-Lewis, el organizador y jefe del cuerpo de ciclistas de la colonia del Cabo que tan bien ha desempeñado el servicio de exploración y transmisión de despachos durante la guerra. El velocípedo lleva neumáticos en las ruedas y éstas tienen un reborde que les permite adaptarse perfectamente á los rieles, sobre los cuales se deslizan silenciosamente, detalle muy importante para patrullar de noche. Montado en esta máquina, un buen ciclista puede recorrer una distancia de treinta millas en dos horas. En la fotografía que reproducimos, el mayor Owen-Lewis es el que se ve en el centro del grabado, montado en el velocípedo.»

Los políticos de aldea, cuadro de Guillermo Leibl.—Es este uno de los mejores cuadros del famoso pintor alemán, cuya biografía trazamos en el número 1.049 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Comenzólo Guillermo Leibl en la primavera de 1876 y lo terminó en 1877, y en él puso el autor todo su talento artístico, cuidando, así de la impresión del conjunto, como de los detalles más minuciosos. Asombroso es el trabajo que en esta obra empleó el artista; pero más asombrosa aún la observación de la vida real que en él se revela: aquel grupo de aldeanos que atentamente escuchan la lectura del periódico está arrancado de la realidad; las figuras, aisladamente y en conjunto consideradas, resultan de una naturalidad admirable; no hay en ninguna de ellas la menor afectación y cada una constituye una individualidad con carácter propio, perfectamente marcada en la expresión del rostro y en la actitud. Aquellos hombres, como todos los que pintara Leibl, se nos presentan tales cuales son en la vida íntima, en sus costumbres ordinarias; no se preocupan del que los mira en su existencia real ó del que los contemplará mañana trasladados al lienzo, sino que viven para sí mismos y en sí mismos, completamente ajenos al efecto que podrán producir el día en que el pintor los haya convertido en obra de arte entregada á la curiosidad de todo el mundo. Por esto precisamente nos cautivan y nos entusiasman, porque en ellos se nos aparece la verdad, desnuda de los convencionalismos que tantas veces la destruyen ó la afean creyendo embellecerla, lo cual es tanto más de apreciar cuanto que, como hemos dicho, la pintura data de una época en que la escuela naturalista contaba con poquísimos adeptos y en que los apóstoles de la nueva idea tenían que luchar contra la rutina de los clásicos y de los naturalistas y que sufrir las censuras de los que les tachaban de revolucionarios, cuando no de locos. El cuadro *Los políticos de aldea* figuró en la Exposición Universal de París de 1879 y fué muy celebrado por la crítica y muy admirado por el público inteligente.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— BARCELONA. – *Salón Parés.* – En este salón ha expuesto últimamente una numerosa serie de cuadros el notable pintor Mariano Pidelaserra, que hasta hace poco ha residido en París. La mayoría de estos lienzos son impresiones que de la capital francesa ha traído el artista y que están admirablemente sentidos y trasladados con gran talento á la tela, sobresaliendo entre ellas los efectos de nieve y de lluvia y los de niebla en los jardines parisienses. Los retratos que expuso han merecido grandes elogios de la crítica y de los aficionados por el vigor de la pincelada y por el buen gusto de la composición. Muy celebradas han sido también tres grandes pinturas simbólicas tituladas «La vida:» la primera es un efecto de luz del mediodía en pleno estío, y en él aparecen grupos de figuras expresando alegría y afán de placeres; la segunda representa un paisaje en la hora del ocaso en un día de otoño, con algunas figuras que simbolizan la vida sosegada; la tercera es un amanecer de invierno, distinguiéndose apenas en el fondo algunas obscuras siluetas.

En el propio Salón ha expuesto el notable artista D. Alejandro de Riquer tres grandes plafones decorativos, destinados á la sala de sesiones de la Cámara Industrial de Tarrasa, que representan: el central, á la antigua Egara vistiendo al desnudo; el de la derecha, á la misma presenciando la exportación de sus productos, y el de la izquierda á la Agricultura, otra de las fuentes de riqueza de la comarca. Los tres plafones están hábilmente compuestos y son de una sobriedad admirable; su dibujo es correcto y su colorido se distingue por su propiedad y por la suavidad de tonos.

Antonio Utrillo ha expuesto algunos retratos bellísimos, como todos los que de su pincel salen, y en los cuales se admiran una vez más el parecido de las personas retratadas, la naturalidad de las actitudes y la elegancia de la factura; y Julio Borrell unas escenas de la Pradera de San Isidro en Madrid, un estudio de manola, algunos retratos y otras obras, en todas las cuales se confirman las excelentes dotes artísticas que tan envidiable puesto han conquistado en el mundo del arte el joven pintor catalán.

Necrología.—Han fallecido:

D. Ricardo Becerro de Bengoa, notable escritor y periodista, catedrático de Física y Química del Instituto de San Isidro de Madrid, senador del Reino, cronista de Vitoria y de Palencia y autor de importantes obras científicas.

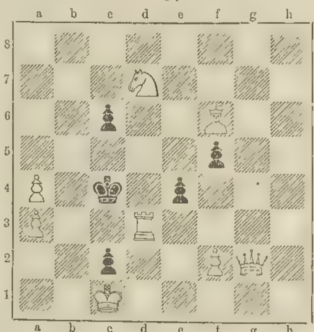
Alfonso, conde de Calonne, crítico artístico y literario parisiense.

Adán Flasch, arqueólogo alemán, profesor de Arqueología de la Universidad de Erlangen, autor de notables obras sobre la antigüedad helénica.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 269, POR R. L'HERMET.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 268, POR J. KOS.

Blancas.	Negras.
1. Th4—h8	1. A toma Th8
2. Th2—h6	2. T toma T
3. f5—f6	3. Cualquiera.
4. Cd7—b6 ó e5 mate.	

VARIANTES

2..... Ah8—f6; 3. Cd7—e5 jaq., etc.
2..... f7—f6; 3. Cd7—e5 jaq., etc.
2..... C toma P e4; 3. Cb3—a5 jaq., etc.
2..... Tc6-a6, d6, etc.; 3. T toma T, etc.
2..... Otra jugada; 3. T ó C mate.
1... C toma P e4; 2. Cb3-a5 jaq., Rc4-d4; 3. C toma T mate.
1... Tc6-a6, d6, etc.; 2. Cd7-b6 j., T toma C; 3. Th8—c8 jaq. etc.
1... Tc6-c5, c7, etc.; 2 Cd7 b6 mate.
1... Af6-e5, e7, etc.; 2 Cd7-e5 mate.
1... A f6—d4; 2 Cb3-a5 mate.
1... Otra jugada; 2 Cd7—b6 j., T toma C; 3. Th8—c8 jaq., etc.

EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Obtuvo, en una palabra, cuanto se le antojó pedir, quizá porque tuvo el buen acuerdo de no pedir sino aquello que conocía que buenamente se le podía otorgar sin lesionar los intereses de nadie. Además ganó con esta insistencia en cuidarse de sus hijos el dictado de una madre modelo, aunque «un poco cócora,» según decían los que más habían padecido de sus importunidades.

Al cabo de algunos años, su hijo, después de concluídos sus estudios, se había convertido en un joven instruído, medianamente listo y que, según el deseo manifestado siempre por su madre, tenía aptitud grande para saber ver las cosas por su lado práctico y sacar de ellas todo el provecho que podía. No tenía grandes cualidades ni gran talento, pero carecía de defectos y tenía un barniz de buena sociedad que debía hacerle aceptable para cualquier persona que no tuviera muy elevada inteligencia.

Todo el mundo convenía en que era un chico que iría muy lejos por poco que se le empujara; pero el caso era que, después de haber importunado á tanta gente, nadie se sentía con valor de continuar protegiendo á aquel grandullón que siempre necesitaba de ajena ayuda y nunca había hecho nada por cuenta propia.

No había, pues, sino un partido que tomar: procurar hacer fortuna por medio de un buen matrimonio. El matrimonio tiene, entre otras ventajas, la de renovar las familias y poner en contacto gentes á quienes nada se ha pedido todavía, y además no faltan muchachas bonitas y con fortuna saneada que anhelan casarse. La señora de Egrigné no había olvidado esa lección de su juventud silenciosa, y contaba servirse de su experiencia personal para encontrar un brillante partido para su hijo.

Antes de haber visto á Gilberta, la excelente madre había pensado más de una vez, por lo que de ella oyera, que esa joven sería un magnífico partido para Luis; después del baile de los Sres. de Grandpré comprendió que no podría hallar cosa mejor.

La manera como la baronesa había vuelto á entrar en sociedad no había sido un triunfo, pero distaba mucho de ser una derrota; se había aceptado la invitación por curiosidad; se había acudido por interés, y se había salido satisfecho. Aquella casa era de las que en lo sucesivo se podía frecuentar. Bien pronto sería una de aquellas cuyas invitaciones serían buscadas, pues ningún prejuicio resiste á la fuerza de un hecho consumado y á las ventajas de una situación sólida y brillante, fortalecida por inmejorables relaciones.

Hasta que llegara ese momento había un espacio de tiempo precioso que se podía quizás prolongar usando de cierta diplomacia, murmurando un poco de la señora de Grandpré; espacio de tiempo de valor inapreciable, durante el cual se podría cazar al vuelo, por decirlo así, á Gilberta, que era todavía novicia. He aquí por qué la señora de Egrigné visitó á la baronesa el primer día que recibió.

En aquella circunstancia delicada, la excelente madre se hizo acompañar por su hija, que apenas salía de su casa, pero cuya presencia sería de gran importancia en aquella intriga casamentera.

Emma de Egrigné no se parecía en nada á su madre ni á su hermano. Era una joven delgaducha y alta, muy alta, y acaso por esta causa, torpe y tímida. Desde que murió su padre nadie la había mimado. ¿De qué puede servir para labrar una fortuna una muchacha que no es ni bonita, ni intrigante, ni inteligente? La pobre Emma, siempre reñida, siempre tratada de torpe y tonta, había crecido sin cariño de nadie y guardado para sí todas sus impresiones, sin gozar de ninguno de los placeres honestos que constituyen la dicha de las jóvenes de su edad.

Un día tuvo la idea de entrar en un convento; le parecía que la atmósfera apacible y tranquila del claustro convenía á su alma dolorida y que le costaría bien poco renunciar al mundo, ya que á tantas cosas había tenido necesidad de renunciar.



... el libro temblaba ligeramente en sus gráciles manos

Pero la señora de Egrigné no había querido de ninguna manera dar el consentimiento y le había explicado el porqué: no podía pagarle la dote. Por lo contrario, debía procurar casarse lo mejor posible, y por tal medio realzar el nombre y la fortuna de la familia. Si eso era imposible, el día que su hermano se hubiese casado y el edificio que tan trabajosamente había levantado su madre quedara concluído, entonces quizá fuera posible aprontar una dote y hacerla entrar en un convento aristocrático, de esos que dan lustre á una familia. La pobre niña se sometió en silencio, según tenía por costumbre. De aquella conversación, que fué sazonada con algunas cuchufletas fraternales, le quedó un deseo: que aquel famoso matrimonio se contrajera cuanto antes, ya que solamente por tal medio podrían acabar las privaciones que, en silencio y para hacer un buen papel en sociedad, sufrían todos.

Aquella muchacha fea y desgalichada, que miraba á Gilberta con sincera admiración, agradó sobre manera á ésta. En el convento donde la educaron, la señorita de Grandpré tenía muchas amigas, y como de costumbre, al separarse habían prometido que irían á verla; pero esas promesas, que rara vez se cumplen, tenían en esta ocasión en contra suya el rigorismo de las mamás, que no querían que sus hijas frecuentaran el trato de Gilberta. Así, pues, pocas fueron las que la visitaron, y aun éstas eran las más pobres y las menos guapas.

Por esta causa se comprende que desde el primer momento que advirtió la simpatía con que la miraba la hija de aquella señora, se sintiera atraída hacia ella y la dirigiera palabras cariñosas que acabaron de conquistar el corazón de aquella grandullona. De ahí resultó que, cuando la señora de Egrigné se levantó para salir, sus proyectos ambiciosos habían ganado mucho terreno.

En sus conversaciones, el hijo y la madre se guardaban, por regla general, de hacer terciar á Emma, que era incapaz de comprender sus miras; pero aquella vez Luis quería participarle sus intenciones, movido del deseo que tenía de asegurar la conquista de la hermosa heredera. Su madre se opuso á ello.

–¡Emma es tan tonta y romántica, dijo, que sería capaz de hacer cualquiera atrocidad! Deja que esa idea nazca por sí misma en su cerebro, y entonces estaremos seguros de obtener su concurso; tanto más, cuanto que ha concebido una especie de pasión por tu... digamos ¡tu novia!

Aquella palabra hizo asomar á sus labios una sonrisa satisfecha. Aquellas gentes, en el fondo, no tenían su alma depravada; muy superiores moralmente al bobo de la fábula, no deseaban por sistema el mal ajeno; se contentaban con desear primeramente su bienestar, y el daño de los otros venía después, si era necesario.

VIII

En tanto que Luis de Egrigné ponía sitio al corazón de Gilberta, ayudado en esta empresa por su inocente hermana, Pablo de Grandpré sufría, á su vez, una metamorfosis muy extraña.

Su alma de niño, violenta y apasionada, se había cerrado antiguamente á todas las emociones tiernas, y con la mejor buena fe del mundo se había prometido no amar sino á su padre, y había sabido hasta entonces mantener su palabra. La aparición de su hermana le había causado una impresión extraña, y la sociedad y el contacto con aquella naturaleza juvenil despertaron en su alma una porción de ideas olvidadas mucho tiempo hacía.

No es que sintiera por su hermana una gran ternura, antes bien la miraba con una especie de curiosidad, tal como un hombre serio mira los saltos y carreras de un gatito.

Pero la gracia de la juventud había obrado sobre él, y desde entonces las jóvenes le parecían más vivas, más reales; aquel corazón que obstinadamente se cerrara al amor, á fin de no padecer lo que su padre había sufrido, estaba á la sazón domado.

Nada había advertido él, sin embargo, de tal manera que se hubiese rebelado si se lo hubieran dicho; pero ciertas melancolías súbitas, profundas y sin causa que le asaltaban cuando pasaba las horas de la velada junto al fuego, melancolías que tenían un encanto sutil como un perfume y de las cuales despertaba con dificultad, eran el resultado de aquel estado de ánimo, todavía inconsciente.

Pablo no estaba siempre triste, sin embargo: en su interior sentía vago contento, deseos de expansión jamás conocidos, y sonidos y colores en que en otro tiempo no se fijara, hacían surgir allá en el fondo de su alma impresiones casi alegres, impulsos rápidos y fugitivos hacia otra existencia de la que llevaba...

¡Quimeras!, pensaba. ¡Vanos ensueños! Y reprendiéndose á sí mismo, volvía á sus libros y amontonaba cifras y más cifras, animado por el viril y grave pensamiento que le sugería siempre la ternura que sentía por su padre.

Una noche, Pablo de Grandpré salía de un restaurant donde había comido solo. Una ruda jornada de ejercicio con sus soldados por la mañana y de conferencia con sus jefes por la tarde, le habían can-

sado de tal modo, que se metió en la primera fonda que le vino á mano.

Bien es verdad que muy á menudo, bajo un pretexto ú otro, evitaba la penosa impresión que sentía junto á su madre. La costumbre de verla no había modificado nada ó casi nada el sentimiento que le inspiraba, y la pobre mujer lo había advertido tan claramente, ya en la conversación, ya en las miradas, que procuraba siempre invitar á algún amigo, por lo general Marsac, para que cesase de aquella manera la tirantez que de otro modo reinaba durante la comida. Pero Pablo tampoco simpatizaba con Marsac, á pesar de la amistad que su padre sentía por él, y prefería la soledad, que sólo alegraba Gilberta cuando estaba en su compañía.

Salía, pues, aquella noche del restaurant donde había cenado con la frugalidad espartana que era una de sus virtudes, y encaminaba sus pasos hacia la casa paterna, cuando vaciló un momento. Uno de los pocos relojes que dejan oir su metálica voz por encima de los ruidos de París dió las ocho. La noche era bastante apacible, aun cuando un viento húmedo azotaba el rostro; Pablo vaciló de nuevo, y al cabo se dirigió resueltamente hacia un antiguo palacio de la calle de Saint-Honoré.

Era un caserón viejo, habitado por gentes de rancias costumbres, como lo probaba todo á simple vista: desde el llamador de la puerta cochera hasta las lámparas de la escalinata, todo denunciaba que el dueño era hombre que no quería hacer concesión ninguna á las costumbres y modas nuevas. Todo estaba allí como estuvo en tiempo del gran rey.

La escalera, de piedra, carecía de alfombra; la barandilla de la escalera, de hierro forjado con rosas doradas á fuego, no tenía pasamano de madera ó terciopelo: todo recordaba el tiempo viejo.

Pablo llamó al estar frente á la puerta del primer piso. En este punto el dueño había tenido que transigir porque, dadas las costumbres modernas, no encontraba criados que quisiesen estar de continuo en la antecámara. Cuando un ladrón hubo robado el sobretodo de un convidado al encontrarse con la puerta abierta y sin lacayo que la guardara, el amo había llamado á un cerrajero é hízole poner timbres. Pero por lo que hace á la aldaba de la puerta cochera, se había mantenido inflexible, y cuando volvía ya entrada la noche, el ruido formidable del aldabonazo hacía estremecerse de miedo á las buenas comadres de la vecindad, que estaban ya acostadas.

El salón en que fué introducido el joven tenía cinco metros de alto. Anchas colgaduras de damasco gris bajaban desde la cornisa de madera esculpida y dorada. Sus grandes pliegues, hechos más pesados por antiguas y ricas pasamanerías, dejaban un profundo hueco en el testero, donde, sobre una tarima de pulido roble, había dos sillones, anchos y pesados.

Un gran cuadro de Poussin, del cual en aquella hora no se distinguía sino el marco encuadrando una mancha obscura, y varios retratos de familia, adornaban los muros; en la chimenea un reloj de Boule de cuatro pies de alto y dos grandes globos de cristal acababan de dar á aquella habitación semejanza grande con los salones de Versalles.

A cada lado de la chimenea, donde ardía un enorme tronco de encina, había dos sillones monumentales, ocupados por los dueños de la casa, que estaban en armonía perfecta con el mobiliario y la casa. Él, alto, robusto, erguido, coronada la cabeza por pelo cano y recio; ella, delgada y delicada, vieja ya, aun cuando tenía veinte años menos que su esposo: eran los Sres. de Cerences.

Una lámpara Carcel ardía cerca de cada uno en el extremo de la alta chimenea; pero en un salón tan vasto y á tanta distancia de los rostros, aquella luz hubiera sido insuficiente para cualquier trabajo ó lectura. Ante el hogar, á igual distancia de los dos esposos, había una mesilla sobre la cual se hallaba colocada una lámpara de forma antigua, con pantalla verde; en el círculo luminoso que proyectaba se veían las manos de una joven, elegantes y finas, que mantenían asido un libro abierto. El rostro de la lectora, que leía en voz alta, quedaba en la sombra, y su voz era de un timbre cristalino, exquisito y cariñoso, como si hubiera en ella un manantial de lágrimas oculto, pero siempre presto á fluir.

Cuando el lacayo anunció al Sr. de Grandpré, el libro temblaba ligeramente en sus gráciles manos y la voz cesó de sonar.

La joven se levantó y Pablo recibió en pleno rostro la mirada de los hermosos ojos, pardos, dulces y tímidos, que parecían pedirle perdón por su insistencia en mirarle.

– Buenas noches, Sr. de Grandpré; se vende usted caro, dijo el anciano con voz de bajo.

Pablo se inclinó profundamente, y murmurando una excusa, saludó á las dos señoras.

Un criado le había acercado una silla y se sentó en ella, no lejos de la mesita de la lectora, y esperó que le dirigieran la palabra. Le gustaba aquella casa de costumbres patriarcales, y en este tiempo de apretones de manos vulgares el joven no había tocado jamás la mano de los Sres. de Cerences, ni mucho menos la de su nieta Herminia; pero, sin embargo, le placía la sociedad de aquellos señores á la antigua usanza.

Por casualidad había sido presentado á los señores de Cerences, y á éste le habían agradado aquel continente serio y correcto del joven, que á otras gentes les parecía signo de frialdad antipática. Un acto de cortesía, bien sencillo por otra parte, le había valido la estimación de la señora de Cerences.

Al salir de un almacén, en el momento en que pasaba el joven por la calle, éste se adelantó para abrir la portezuela de su coche y no se apartó de allí ni se cubrió hasta que ella le hubo despedido con un ademán.

No fué preciso más para conquistar el corazón de la anciana señora.

Algunos días después recibió Pablo una invitación para una comida, y luego fué admitido como visita de la casa, y una vez por semana desde entonces iba á presentar sus respetos á aquellos antiguos representantes de otro régimen y de otras costumbres.

Herminia era, sin embargo, cortada por el patrón de las señoritas modernas, por más que también se reflejara en su persona algo de aquellas costumbres antiguas de que en toda la casa se respiraba el aire.

Iba la joven vestida á la moda, sin extremarla jamás, y trataba á sus abuelos con mayor respeto que cariño, dejo también de aquel tiempo viejo en que el respeto á los padres se marcaba más que el amor. Pero en aquellos hermosos ojos pardos se leía, á despecho de vanas fórmulas, una indecible ternura hacia los ancianos, de los cuales era el único consuelo y que representaban también para ella toda su familia.

Herminia de Cerences había perdido á su madre cuando era muy niña todavía, y á su padre algunos años después, y desde entonces había sido educada bajo el techo de sus abuelos por institutrices y profesores, ya que el Sr. de Cerences no había querido nunca que entrase en un colegio, y únicamente había permitido que asistiera á la Magdalena cuando se trató de celebrar su primera comunión. No tenía amigas, apenas asistía nunca á reuniones, pues la salud quebrantada de su abuelo hacía que la joven se retirase muy temprano, y bien puede decirse que de la vida no conocía sino los deberes. Antes de tratar á Pablo de Grandpré no había mirado á ningún joven; en cuanto le vió le amó sin darse cuenta de ello, imaginando que su afecto provenía de la natural cortesanía que le era preciso observar con un joven que tan atentamente trataba á su abuela.

La conversación no pecaba de animada; pero á Pablo le gustaba aquella sociedad y sentía verdadera ansia por estar en aquel salón grandioso y tranquilo, y por ver cada semana, cuando menos, la vigorosa y severa silueta del Sr. de Cerences, la simpática y atractiva de su esposa y la juvenil de Herminia, que se destacaba con limpieza bajo el ancho círculo de luz que trazaba la pantalla verde. ¿Amaba á Herminia? No lo sabía siquiera.

En tanto que saboreaba la paz bienhadada que se respiraba en el amplio salón, llegaban hasta él, atenuados por las pesadas colgaduras, los sonidos de la calle, el rodar de los coches, el vocear de los vendedores ambulantes, la vida en fin que, en lo exterior, continuaba desarrollándose... ¡Con cuánto gusto hubiera pasado horas y horas en aquella mansión tranquila y olvidado en el seno de aquella familia austera la incurable herida que sangraba continuamente y que no se apartaba jamás de su imaginación!..

La puerta se abrió de par en par; el criado pronunció un nombre, y un intruso se adelantó hacia la señora de Cerences. Era un hombre de unos treinta años, correctamente vestido, con patillas á la inglesa, y que desde el primer momento desagradó á Pablo, que á su vez conoció que había producido impresión parecida en el nuevo visitante.

Mientras que el recién venido saludaba á los dos hermanos, Herminia volvió sus ojos al joven oficial. Su mirada, casi suplicante, decía claramente:

«Lo siento, pues estábamos mucho mejor antes de la llegada de este caballero; pero no es culpa mía, y nada tengo que ver yo en ello.»

Una sonrisa tímida y como vacilante acompañaba esa mirada, y Pablo sintió de repente como iluminada su alma. ¡Cuán amable y graciosa era aquella niña y cuánto le gustaba todo lo que de ella emanaba! Evidentemente aquel caballero era un aguafiestas. Y sin embargo, Pablo casi se sentía dispuesto á ser magnánimo..., porque veía que Herminia no se interesaba por él.

Se efectuó la presentación: el visitante se llamaba de Villebois. Los dos jóvenes se miraron de pies á cabeza, y es de suponer que á ninguno de ellos le satisfizo el examen que con gran rapidez se hicieron mutuamente. Al cabo de diez minutos, durante los cuales el Sr. de Villebois estuvo explicando las novedades que había visto en Londres, de donde llegaba, Pablo se iba á retirar, cuando Herminia, advirtiendo su intención por un gesto que hizo, le dijo á media voz:

– Aguarde usted, caballero, van á servir el te.

Aquello no era nada ni había que darle importancia; Herminia no le había mirado siquiera, y con sus manos ágiles apartaba el libro y el cortapapeles para hacer sitio donde colocar la bandeja que traía un criado; pero Pablo se sintió lleno de indecible reconocimiento, y con el corazón alegre y contenta el alma aceptó el te, unos bizcochos, un dulce... Hubiese aceptado todo con tal que fuera Herminia quien se lo ofreciera.

La bandeja desapareció, Herminia se sentó de nuevo en su sitio y Pablo se levantó; se despidió, y al encontrarse en la ancha escalera no recordaba á punto fijo lo que había dicho al despedirse; sólo sabía que los ancianos le habían invitado á volver, como de costumbre, y que Herminia le había saludado sin alzar los ojos. La puerta cochera se cerró tras él, y el aire frío de la calle azotó su rostro con la suavidad de una caricia.

Había llovido; pesadas nubes, alumbradas por los reflejos de París, pasaban rápidamente sobre su cabeza en la masa obscura del cielo; el piso, mojado, relucía como si acabara de barnizarse, y un perfume de primavera, suave, penetrante, corría, en alas del viento, á lo largo de las calles, de los muelles y de los desiertos jardines.

Pablo se alejó lentamente á través de la plaza de la Concordia; mil recuerdos antiguos asaltaban dulcemente su memoria. De ordinario evitaba pensar en su infancia, temiendo evocar el rostro de su madre, juvenil y tierno, afectuosamente inclinado á su pequeño rostro de muchacho resuelto... Aquella noche surgían en su memoria pensamientos en que no se mezclaba la imagen de su madre, y los saboreaba con infinita ternura.

Primero, sueños de adolescente ambicioso, quimeras de un amor sin objeto..., la sombra de un anciano profesor á quien amaba y que había muerto... Le habían acompañado al cementerio una tarde de abril en que lloviznaba y las lilas embalsamaban el aire en aquel cementerio... Desde entonces, el olor de las lilas le recordaba siempre pensamientos de melancolía y de inmortalidad.

Aquella noche no había, sin embargo, en la atmósfera perfume de lilas, y no obstante, el viento traía de alguna playa ignota un perfume singular que casi le embriagaba. Llegado al puente de la Concordia, se detuvo para mirar al río.

Las luces de los muelles se reflejaban en él como puntos de fuego innúmeros, infinitos; las líneas fulgurantes se extendían á lo lejos hasta perderse de vista y confundirse con otras, y los candelabros de los puentes reflejaban las luces de sus faroles sobre las negras arrugas de la corriente, formando anchos brazaletes y doradas cinturas sembradas de rubíes y esmeraldas con el agua aprisionada entre sus orillas luminosas. Un ruido melancólico, regular, musical, acompañaba la carrera del Sena bajo los arcos. Hubiérase tomado por una melodía rítmica, una voz de mujer cantando una canción para adormecer á un niño.

Pero el estremecimiento, el sollozo de las ondas, no era triste; el esplendor de las luces parpadeantes parecía una apoteosis de oro sobre el fondo obscuro del horizonte, una fiesta misteriora y mágica de inconcebible riqueza, á la cual, bajo un soplo de eterna primavera, serían invitados únicamente aquellos que hubiesen ganado la inmortalidad.

La inmortalidad... ¿Por qué pensaba en ella?

– Nada es inmortal, se dijo Pablo, pensando con amargura en el pesar que acibaraba su vida.

De repente una voz estalló en su interior:

– ¡El amor es inmortal! Se renueva y pasa de un ser á otro; acaba y empieza de nuevo á través de los siglos; crea y tortura; mata y muere, y luego renace como el ave de la fábula, como la primavera.

El aire, cada vez más tibio, le hacía estremecer como si fuera un beso.

– ¡Oh, primavera!, murmuró Pablo con un arranque instintivo hacia la fulgurante lejanía, ¡oh, primavera! ¡Juventud, vida!..

Jamás sintió nada parecido: jamás su ser moral replegado en sí mismo, castigado por la desgracia y el abandono, se había desplegado de aquella manera; sentía crecer alas á su alma y su pecho respiraba con mayor amplitud que jamás lo hiciera. La visión de una lámpara bajo una pantalla de porcelana verde, de un rostro cándido, de dos ojos sonrientes, apareció en aquel fondo obscuro y dorado con esplendor vivísimo, rodeado como de un nimbo de oro, marco precioso que los áureos hilos de la cabellera de la visión formaban á aquel rostro de ángel.

«¿Será verdad, pensó, que quiero á Herminia?»

Apretó estrechamente los brazos sobre su corazón, que encerraba un nuevo mundo, y volvió á su casa como si llevara un tesoro.

Bien pronto se durmió sin pensar en nada, con sueño pesado y sin visiones, anonadado por la grandeza de su emoción. Vencido por lo súbito de su descubrimiento, no vaciló un instante en volver aquella página del libro de su vida, y desde aquella noche se convirtió en otro hombre.

IX

A pesar de las emociones que habían transformado su ser, Pablo de Grandpré no por eso dejó de razonar como de costumbre, y por la que tenía de tomar en serio todas las cosas no quiso obrar con aturdimiento.

Desde que se desarrolló el drama de su infancia, el matrimonio se le había aparecido como una especie de lucha, en la cual el mejor de los dos seres tan fuertemente atados, debía ser fatalmente la víctima del otro, y estaba resuelto á no casarse jamás. Un soplo de *sirocco* – hálito de la primavera que despedía el Africa, – una media sonrisa de una boca ingenua, una mirada inocente y turbadora, ¿bastarían para cambiar todas las convicciones de su juventud? ¿No era preciso antes asegurarse de que no era víctima de sus nervios sobreexcitados por una jornada de trabajo excesivo, ó juguete de una influencia atmosférica anormal?

Difícil es asegurarse de estas cosas; pero, como quiera que el día siguiente era domingo y el domingo da muchas soluciones y facilidades excepcionales á los enamorados, á Pablo se le ocurrió ir á la Magdalena á la misa de la una, pues estaba seguro de encontrar allí á la señora de Cerences, que no salía jamás de casa antes de almorzar. Pensó que la sola vista de Herminia le bastaría para dilucidar aquel arduo problema.

Razonando de tal suerte, aquel hombre que creía tener un corazón árido y un carácter positivista, se dirigió hacia la Magdalena y esperó que hubiese terminado el oficio para entrar allí.

Rápidamente la iglesia quedó desierta y se llenó de nuevo con una multitud elegante. Ninguna de aquellas mujeres llamó la atención del joven oficial, que se creía disimulado en la sombra, cerca de la puerta... De repente vió un sombrero negro cuya ancha ala daba sombra á una frente pura y á dos ojos pardos. ¡Cuántos sombreros negros de anchas alas habían entrado en el espacio de diez minutos, y sin embargo, ninguno había hecho palpitar como aquél su corazón!..

Herminia mojó los dedos en la pila y luego se inclinó hacia su abuela para ofrecerle el agua bendita; la señora de Cerences á su vez alargó los dedos á su marido que la seguía, y los tres penetraron bajo la nave.



...y luego, sintiendo la imposibilidad de contestar, si la interrogaban, continuó caminando hacia la salida de la iglesia

¿Por qué Herminia volvió la cabeza hacia el rincón donde estaba Pablo? ¿Por qué un rubor exquisito, transparente, ideal, doró su fina y rubia tez, y por qué el mozo tuvo tanta vergüenza y miedo de que le viera y cerró los ojos durante una milésima de segundo, en vez de saludar, como era su deber?

Un pensamiento horrible atravesó el corazón de la joven: «¡No ha venido por mí!,» y pasó de repente, seria, helada, preguntándose cómo podría sepultar pena tan cruel.

Sin embargo de que la timidez de Pablo, que él llamó cobardía, no había durado sino un instante, al abrir de nuevo los ojos observó que Herminia había pasado ya. Maldecía esa timidez cuando, á pesar suyo, Herminia volvía hacia él su rostro pálido y transfigurado por un primer pesar amoroso.

Aquella vez se comprendieron. Ella apartó con rapidez sus ojos llenos de lágrimas de dicha, y quedó él inmóvil, fascinado, siguiéndola con la mirada.

Su alma le parecía una copa demasiado llena que el menor movimiento haría rebosar.

Herminia había desaparecido entre las filas de los demás fieles; la alta estatura del Sr. de Cerences era lo único que le indicaba el sitio que aquélla debía ocupar. Diversas veces se le ocurrió aproximarse para saborear su felicidad, pero no tuvo valor para ello. Con aquella estupidez peculiar á las personas inteligentes que están dominadas por una gran pasión, procuró persuadirse de que su presencia en una iglesia era lo más natural del mundo y que nadie podría extrañar jamás que hubiese ido á misa á la Magdalena, por más que su parroquia era la de Santo Tomás de Aquino.

Escudado por la lógica de estos razonamientos, luego de terminado el oficio se acercó junto á la pila para recibir una vez más la mirada de aquellos ojos angélicos... Esto era mucho, pero la pasión le impulsaba. Cuando Herminia tendía su mano, Pablo se adelantó, y ofreciéndole el agua bendita, rozó la punta de sus dedos.

Sorprendida por la acción había retrocedido involuntariamente, porque le había reconocido aun antes de verle; y sumamente ruborizada, saludóle con un movimiento de cabeza y se volvió hacia sus abuelos.

Ellos la seguían, cambiando saludos con las personas conocidas, y simularon no haber visto nada; Herminia vaciló; y luego, sintiendo la imposibilidad de contestar, si la interrogaban, continuó caminando hacia la salida de la iglesia. La ciudad, que en aquella hora resplandece de luz y vida y agita su dorado polvo entre la nube que forma el agua tamizada de sus fuentes, aquel París viviente y rumoroso, le parecía tan lejano como la cima del Himalaya.

– ¿Qué haces, Herminia?, le preguntó su abuela en el momento en que deteniéndola y avanzando el pie en el vacío iba á saltar el primer escalón.

– Perdón, abuelita, dijo reponiéndose.

Aquella sacudida la había vuelto á la realidad.

– ¿Quién te ha dado agua bendita?, preguntó la señora de Cerences.

Haciendo un violento esfuerzo para dominar su insegura voz, la joven contestó:

– El Sr. de Grandpré.

La anciana, que era muy inteligente, le lanzó una mirada rápida. Quizá antes de aquel momento había leído ya en el corazón de la niña mucho más que la propia Herminia.

– ¡Ah!, exclamó con fingida indiferencia, no sabía que ese caballero viniera á la Magdalena.

– Es la primera vez, abuelita, contestó imprudentemente la joven con alguna vivacidad.

– ¡Ah!, repitió la señora de Cerences. Poco importa eso de todos modos.

Y no habló más de ello.

Durante la semana siguiente, Pablo hizo una corta visita, y el domingo siguiente no asistió á la misa de la una. Herminia imaginó que se había engañado, que el mozo no se ocupaba de ella, y durante dos noches se durmió con los ojos bañados en lágrimas. Al cabo de quince días le amaba perdidamente.

X

Durante aquel tiempo Luis de Egrigné proseguía sus planes. Las ocasiones de ver á Gilberta abundaban, pues Emma había intimado con ella y la señorita de Grandpré iba á devolverle muy á menudo sus visitas; por otra parte, la madre de Luis era diestra en agradar á las jóvenes, y ponía, como era natural, todo su empeño en atraer á Gilberta.

Emma era el instrumento dócil de sus proyectos, con tanto más motivo, cuanto que no los sospechaba siquiera. Por primera vez durante su vida no escuchaba burlas ni palabras duras de su familia; hablaba con entusiasmo de su encantadora amiga y dejaban que dijese cuanto le venía en gana.

(Continuará.)

REPÚBLICA ARGENTINA. – Buenos Aires. – La corbeta española «Nautilus», escuela de guardias marinas

(Fotografías de D. Francisco Ramírez, remitidas por D. Justo Solsona)

La llegada de la corbeta española «Nautilus,» buque escuela de guardias marinas, al puerto de Buenos Aires, dió lugar á continuas fiestas que duraron por espacio de *doce* días, enlazadas de tal modo, festejos, resultando amenos y cortísimos los días que permanecieron en puerto, á tal extremo que día hubo de tres banquetes y noche de tres ó cuatro bailes.

Por cierto que es de agradecer mucho cuanto



Los jefes, oficiales y guardias marinas de la *Nautilus* disponiéndose para la excursión á «La Martona»



Jefes, oficiales y guardias marinas de la *Nautilus* y otros invitados visitando «La Martona» en Cañuelas

que jefes, oficiales y alumnos dieron pruebas inequívocas de resistencia corporal, porque tiempo les faltó para dormir y hacer las digestiones.

La sociedad argentina en general, y marinos, militares y demás elemento oficial en particular, amén de la colonia española, se desvivieron en procurarles hizo el elemento oficial asistiendo á todas las fiestas, así el Excmo. Sr. Presidente de la República teniente general D. Julio A. Roca, los ministros de Marina y Guerra, como también el Intendente, Secretario, etc., en época de continuas alarmas y grandes y muy justificados sobresaltos, ocasionados por el estado de tirantez diplomática con la vecina república de Chile, llegando momentos en que la ruptura de relaciones y hasta de hostilidades parecía inminente y cosa de pocas horas.

Dejando aparte consideraciones de orden político internacional y ateniéndonos á los festejos y honores tributados á los marinos españoles, haremos relación ligera de los principales, sin detalles, descripciones ni comentarios, porque sabiendo el modo de ser elegante y fastuoso de la buena sociedad argen-



Jefes, oficiales, guardias marinas y tripulación de la *Nautilus*



La corbeta escuela española *Nautilus*, entrando en el dique núm. 4 del puerto de Buenos Aires



Jefes, oficiales y guardias marinas de la *Nautilus* en la tribuna de la Sociedad Hípica Argentina

tina, pronto se dará cuenta el lector de la magnificencia y lucidez de todos ellos.

Desde antes de la llegada, la Intendencia Municipal tenía confeccionado un notable programa que más tarde fué ampliado, y el ministro de Marina había nombrado una comisión de distinguidos jefes y oficiales para que acompañasen á los españoles.

Después de la alegría consiguiente de la llegada, presenciada por un gentío enorme, y de las visitas oficiales y de etiqueta, empezaron las fiestas y las excursiones. De las últimas sobresalió la visita á la estancia de D. Vicente L. Casares, donde está establecida la importante lechería y fábrica de manteca «La Martona,» de la que en tiempo oportuno nos ocupamos, que resultó una salida al campo animadísima por los incidentes típicos del país y por el suculento almuerzo perfectamente á la criolla.

En cuanto á banquetes, resultaron suntuosísimos los dados por el ministro de Marina en el «Centro Naval,» en el que tomó parte lo más granado de la marina argentina; el del Jockey-Club, en el que estuvo representado todo lo más selecto del elemento civil, y el espléndido almuerzo en el «Pabellón de los Lagos de Palermo,» dado por el ministro de la Guerra al regreso de la visita al «Tiro Federal.» Además una *garden party* en la «Escuela Naval,» á la que asistieron más de ochocientas señoras y señoritas.

Para completar la narración, mencionaremos tres grandes representaciones teatrales, carreras hípicas, visita al Apostadero de La Plata en el Río Santiago y correspondiente banquete, corso de las flores y un sin fin de festejos particulares.

Entre los de carácter español resultaron muy notables la recepción de la «Asociación Patriótica,» el espléndido baile de gala dado en el «Club Español» y las magníficas fiestas y bailes dados en el «Centro Gallego,» «Orfeón Español,» «Círculo Valenciano» y otros de carácter íntimo y familiar.

Quedaron, pues, nuestros marinos agradecidos, contentos y abrumados con tantas demostraciones de fraternal cariño, y comprendemos perfectamente que la partida resultara algo triste para unos y otros, para agasajados y agasajantes, porque la simpatía ha sido mucha y profunda.

El día anterior al de dejar el puerto de Buenos Aires, el comandante de la «Nautilus,» acompañado de todos los jefes, oficiales y alumnos, vestidos de gran gala, correspondieron á tantas atenciones con un *five o'clock tea* en el lujoso «Pabellón de los Lagos de Palermo,» ya mencionado, al que asistieron el Presidente de la República, los Ministros, lo más selecto de la buena sociedad porteña y española y los Ministros plenipotenciarios de todas las naciones aquí acreditados, resultando espléndida la fiesta de despedida y constituyendo un digno remate á tantas celebradas en tan breves días.

La «Nautilus» dirigió su proa á «Bahía-Blanca,» visitando el puerto militar y la escuadra argentina, repitiéndose allí las demostraciones de cordial afecto hispano-argentino.

De dicho puerto dirigió su rumbo al Cabo de Buena Esperanza, haciendo votos por la feliz navegación de la velera nave y por la salud y prosperidad de todos sus tripulantes.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires.



El ariete, porcelana de la Fábrica Nacional de Sevres

EL ARIETE

PORCELANA DE LA FÁBRICA DE SEVRES

Esta obra, que figuraba en la última Exposición universal de París, está hecha por el procedimiento de pastas sobrepuestas con la perfección que tanta y tan merecida fama ha dado á la fábrica de porcelana de Sevres.

Esta célebre manufactura nacional francesa no se ha estacionado dentro de sus gloriosas tradiciones, sino que, aceptando lo mejor de las tendencias modernas, ha puesto al servicio del gusto y de las necesidades de nuestros tiempos su maravillosa técnica y las admirables combinaciones de sus dibujos y de sus colores. Por esto sus productos, lejos de desmerecer dentro del concepto artístico, adquieren cada día más valor y más importancia.

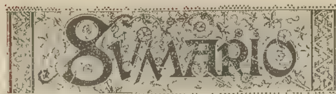
Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 24 de febrero de 1902 — Núm. 1.052



CABEZA DE ESTUDIO, cuadro del malogrado pintor Simón Gómez,
propiedad de D. Isidro Llobet



CRÓNICA DE TEATROS

Muchos estrenos, muchos fracasos. Tal es el balance del mes. Lo siento por mí, que me veo precisado á decir verdades, siempre dolorosas para aquel á quien van dirigidas; pero ¿qué remedio? *Amicus Plato, sed magis amica veritas*, podría decirles el autor de esta crónica á los autores *engañados*, que son todos ellos amigos míos.

Les llamo engañados, porque se creen que sus obras han gustado mucho, cuando la *claque* ahoga las protestas del público, y salen tan contentos á la escena, exponiéndose á un disgusto. Esto es lo que debo suponer; porque si no es así, entonces debo creer que salen á la escena aun oyendo que los aplausos no son espontáneos ni sinceros, y eso sí que sería peor. Estamos presenciando, sobre todo en el teatro Español, una serie de fracasos que parecen ciertos; y si en provincias juzgan de los estrenos por lo que leen en nuestros periódicos, van muy equivocados.

Al día siguiente de la primera representación de una obra se dice que el autor salió á escena varias veces entre grandes aplausos, y el lector supone que la obra ha alborotado. Si ese lector provinciano viniese á Madrid en la semana que sigue al estreno, vería la sala del teatro vacía, ocupada por media docena de familias de amigos del autor. Pero no necesita venir para convencerse de las mentiras convencionales de los madrileños; con que cuente en un periódico los días que dura cada obra de las que parecen éxitos, se convencerá de lo que digo; y en prueba de ello, allá va el resultado de las obras estrenadas por la empresa Thuiller-Cobeña, que parece que está reñida con su dinero.

Se estrena *La Maya*, sale el autor á recibir gloria á porrillo, le elogian mucho los periódicos... y la obra dura nueve días.

Se estrena *El Leoncillo*, le hacemos una ovación al amigo Cavestany, y sale á recibirla al fin del segundo y al fin del tercero, y se citan sus versos, y algún periódico los reproduce, y el autor es elegido académico y todo, y el drama dura nueve días, y desaparece oyendo que el público le dice: «Adiós para siempre.» Sigue á estas obras de novenario *El vencido*, de Federico Oliver, y á este autor y empresario le *sacamos* también entre su mujer y el negro, digo, entre su mujer y el galán, y le *aclama* el público del estreno, á pesar de unos siseítos graciosos del público pagano, y dura este tercer drama *nueve días.*

Se estrena *Carlos Edel*, obra de la que hablaré luego más despacio, ocupan palcos y butacas las señoras de la *buena* sociedad (por lo visto hay *señoras* de la mala), y nos avisa antes un periódico muy serio que dichas señoras son muy patriotas y han resuelto ir á los estrenos de obras españolas y que *irán* al Español. En efecto, nos encontramos con una sala compuesta de políticos, duquesas, senadores, banqueros y dos señoras descotadas. La obra pasa lánguidamente, pero al autor se le hace una ovación digna del *Trovador* ó del *Drama nuevo*. Y sale, y sale, y sale... *¡Hoy sale, hoy!*, gritaban á la puerta los que venden décimos de la lotería. Y el drama dura ¡nueve días!

¡El amigo Thuillier debiera ser el Presidente de la Congregación de la Novena! ¡Bajo su dirección artística, los dramas no llegan á la décima noche nunca! El día de la última representación debería vestir á Donato de cura y que nos dijera una misa de novenario...

* * *

Carlos Edel merece mención aparte entre los anodinos estrenos del que llamamos clásico coliseo.

La merece, porque es obra de autor novel, y este autor novel no anda lejos de los sesenta años. Y cuando un hombre á esa edad arrostra el teatro, es digno de doble respeto, primero por el amor al arte que su trabajo tardío representa, y además porque arriesga el fracaso ya cuando el hombre comienza á cuidar mucho su fama.

D. Emilio Gutiérrez Gamero, autor de *Carlos Edel*, nos había dado ya pruebas de un talento literario en varias novelas que el público acogió muy bién y la crítica mejor. No diré yo, como algún periódico, que sea *ilustre;* porque entonces, ¿cómo deberíamos llamar á Galdós, Valera y Palacio Valdés? Somos tan fáciles en el adjetivo, que lo estamos deshonrando hace ya años.

Las novelas de Gutiérrez Gamero son de muy fina observación, están muy bien escritas, reflejan costumbres políticas que están flageladas de mano maestra. Es un novelista; ese es su verdadero camino.

El drama que hemos aplaudido la otra noche, no está mal imaginado: parece, en el procedimiento, que el autor haya escrito dramas toda su vida, según lo bien que maneja las figuras y lo práctico que es en eso que se llama los efectos teatrales; pero efectos y figuras son fríos, el drama es delicadamente sombrío, si se me permite la frase; obra de un artista, sin duda alguna, pero monótono y pesado para el teatro. Acaso Gamero lo pensó como novela, y después lo convirtió en drama.

De todos modos, es muy estimable este primer trabajo dramático del distinguidísimo novelista; y aunque su obra no haya durado más que los nueve días thuillierescos, puede decirse, en honra del autor, que es un trabajo literario; cosa que ya va siendo rara en estos tiempos en que tantos autores escriben, no ya para la gloria, sino por el dinero.

* * *

Acabé la última crónica anunciando el estreno de *Las vírgenes locas* en la Comedia, que iba á verificarse algunas horas después de echar mi carta al correo. Esta comedia original de Marcel Prevost, titulada en francés *Les demi-vierges*, está hábilmente adaptada á la escena española. Los Sres. González Llana y Francos Rodríguez arreglan muy bien las obras francesas, y si yo fuera empresario no les encargaría las adaptaciones más que á ellos. Esta vez han acertado por completo, evitando en la traducción las desnudeces y desenfados de la obra extranjera, á pesar de lo cual todavía hay muchas personas que le ponen á la obra mala fama y dicen que no es para castos oídos. En Madrid somos especialísimos en esto de la moral del público. Las señoritas de las clases *altas* van á los toros, y allí oyen las palabras más indecentes del idioma; cuando viene una compañía extranjera, las llevan á oir en italiano ó en francés cosas estupendas y comedias inmoralísimas. Suelen ir de vez en cuando á la cuarta de Apolo ó al Cómico ó á Eslava, donde los cómicos dicen chistes desvergonzadísimos. Pero como diga cualquiera que tal obra francesa arreglada al español es *verde*, se ponen coloradas desde su casa.

Precisamente el mérito grande que le encuentro á *Las vírgenes locas* es que han quedado con todas las ventajas de la comedia de Prevost y sin ninguno de los inconvenientes.

La ejecución ha sido *admirable*. Hace muchísimos años que no habíamos visto hacer una obra con tal perfección y lujo de detalles artísticos. Todos los actores que en la comedia toman parte merecen ser aclamados. Es, en los teatros, indispensable el *conjunto*, al que no estamos acostumbrados porque las empresas suelen supeditarlo todo á una *estrella*, como ahora se dice. Generalmente en todas las compañías no merecen aplausos más que el *galán* ó la *dama*. En la Comedia hay una compañía completa, que ha representado la obra de Prevost con verdadera maestría.

En la noche del estreno se reveló un actor, el señor Tallaví, que logró un triunfo extraordinario, legítimo. Es joven; y si no se ensoberbece, tiene un gran porvenir en la escena.

* * *

D. Miguel Echegaray, célebre autor cómico, no tiene término medio: ó acierta por completo, ó fracasa en redondo. Parece que el público vaya á oirle siempre, ó dispuesto á que todo lo que le diga le guste, ó no le guste nada.

En el espacio de cuatro ó cinco días ha estrenado dos obras, una en Lara, que no resultó, y otra en Apolo que desde la primera escena fué ya un éxito. Del mismo autor son *Una cana al aire* y *El sombrero de plumas*, y sin embargo, nadie lo diría. La comedia será una obra más en su ya largo repertorio; la zarzuela es de esas que pasan de las doscientas representaciones. Y al teatro de Apolo le ha hecho D. Miguel Echegaray un enorme servicio, porque estaba desierto, abandonado del público, y desde que se estrenó *El sombrero de plumas* ha vuelto la gente y está lleno todas las noches; lo cual prueba, como he dicho mil veces (y no he sido yo solo, porque es una verdad muy generalizada), que en los teatros lo que hace ricas á las empresas no son ni el abono, ni los actores, ni la moda, ni nada más que las obras. Ya lo dijo Arderíus, que de eso sabía más que nadie. *¡Obras son amores, y no buenos actores!*

* * *

Sigue la popularísima Loreto Prado ganando dinero como empresaria y haciéndose aplaudir como actriz en el Teatro Cómico. Además, como sabe que al público lo que le gusta es lo nuevo, estrena obras casi todas las semanas con gran sentido práctico.

La titulada *La Trapera* es lo que los franceses llaman *vieux jeu*, y los españoles, antiguos moldes. Es un melodrama, y como hay gustos para todo, y ese género aunque sea todo lo inverosímil que se quiera le interesa siempre á la masa aunque la minoría de buen gusto proteste, *La Trapera*, escrita por Serra, que es hijo de su padre y ha estudiado el *metier* en casa, tiene todo lo que hace falta para que una vez admitido el género se aplauda. Agréguese á esto una música muy bonita de Caballero y Hermoso, y no hay necesidad de más para un éxito en aquel teatro, al que va el público de muy buena fe y siempre deseoso de pasar bien la noche.

* * *

En Eslava siguen las tiples bonitas haciendo la *Enseñanza libre*, y enseñándolo todo.

En la Zarzuela, el público pide todas las noches coplas y coplas en el segundo acto de *Los Timplaos*, y han de dárselas muy verdes y muy descocadas. Y como yo no he dicho nunca porquerías en la escena, quiero advertir que esas coplas las hacen ó los actores ó sus amigos, y que no son mías, ni siquiera voy á oirlas. Pero según los actores, el público las quiere así, y no hay más remedio que darle gusto. *Lavabo inter... manus meas.*

En Martín, el joven y laboriosísimo actor González Hompanera continúa estrenando todo lo que le dan; unas veces gusta, otras no; pero el actor-empresario está haciendo una buena campaña, y sobre todo *prueba* á los autores que le llevan comedias, les da facilidades, y esto ya es digno de aplauso, aunque las obras no resulten.

Entre las obras que se han estrenado en el mes, la más digna de mención es *Cruz*, original de Ginard de la Rosa y Serret, obra medio adaptada del portugués, que fué muy aplaudida, y una pieza del distinguido redactor de *El Heraldo* Sr. Roig Bataller, que revela en su joven autor excelentes condiciones de autor cómico, y salió á escena *bien llamado*, cosa que no puedan decir algunos autores de fama. La pieza se titula *El Bastón de Concha* y tiene larga vida en Madrid y provincias.

También en Eslava se ha estrenado un juguetito titulado *El favorito del Duque*, que pasó, porque como decía Santa Teresa de Jesús: «Todo pasa, sólo Dios es eterno.»

De Méjico escriben que la compañía Mendoza-Guerrero, ó para hablar con más corrección, Guerrero-Mendoza, está conquistando más aplausos que nunca y más dinero que nunca también. De un momento á otro pensaban estrenar la nueva obra de Echegaray *Los escalones de un trono* y otra de Guimerá cuyo título ignoro.

Celebrando que á tan célebres compatriotas les vaya tan bien por el otro mundo, hay que pedir á Dios que vuelvan pronto á este; porque en honor de la verdad, aquí hacen mucha falta, ¡pero mucha falta!

EUSEBIO BLASCO.



LA VETERANA

(CUENTO)

Recientemente me han contado el episodio heroico y no quiero callármelo.

Francia, á raíz de las enormes derrotas de Sedán, de Metz y de París, tuvo la dicha de hallar entre sus hijos nobles artistas que enaltecieran sus pasadas glorias y lloraran sus presentes duelos.

España, menos feliz, se ha visto abandonada por sus poetas, al caer en tierra mal herida, derrotada y llorando de rabia y de dolor.

Bárbara injusticia es esta, de la que la historia futura nos pedirá estrecha cuenta á todos.

No retóricas frases, episodios, grandezas del alma nacional, anécdotas sentidas y contadas con fe del corazón; eso han hecho siempre los artistas de una patria, cuando el azote de la traición ó la derrota la han herido.

Eso debemos hacer nosotros; ese es un deber sagrado que debemos cumplir. Dignificar á la patria herida con los amores del arte, es lo mismo que restañar la sangre de su pecho abierto; vibre en nuestro estilo la indignación augusta de Quintana, de aquel grande é indómito león de nuestra independencia, que en medio de las derrotas y las angustias supo llevar el férvido entusiasmo de su alma á todas las almas españolas.

España fué grande entonces por sus artistas; Polonia esclava lo ha sido y lo es por sus poetas; Grecia en ruinas vive y vivirá siempre á través de los siglos en el espíritu heroico de sus genios.

Maupassant contando á Europa el trágico heroísmo del soldado humilde, ha hecho más por el engrandecimiento de Francia que sus estadistas y sus generales.

Hermosas historias de lágrimas y duelos ignorados existen en España, en todos sus lugares, en sus aldeas todas; ¿las ha contado alguien?

Rehagamos esas historias dolientes al pie de la bandera desgarrada; sepan generaciones venideras que no fué todo derrota y bochorno. Y, como el poeta dijo,

Lloremos de dolor, no de vergüenza.

* * *

La carretera extensa y blanca, atrincherada á la derecha por altas dunas de dorada arena y bordeada á la izquierda por espinosa y verde barrera de nopales, tuerce en curva rápida al final de una suave pendiente, y los pasajeros de la diligencia, recibiendo en el rostro el airazo del mar, contemplan de repente un espectáculo soberbio.

Es la playa, enorme y luminosa, abierta en inmensa curva, sobre la que ruedan, mugidoras y espumantes, las libres olas del Atlántico.

Allá, no muy lejos, bañado en sol, blanco y brillante como la espuma de las olas, se divisa el pueblecito costero, risueño y alegre.

Hasta el pie de sus blancas casitas marineras lleva á veces la resaca su rugiente galope, dejando en las puertas sus algas verdinegras y su cinta de espuma, que al sol de junio se tuestan y doran adquiriendo color de esponja.

En los blancos miradores y terradillos cuelgan rojas y azules camisetas de marineros y pescadores, flameando al aire como banderolas. Se siente en el aire el vigoroso aliento del mar; al extremo de la enorme curva de la playa se eleva un obscuro cerro, en cuyo pico un castillo romano deja caer sus rotos muros y sus macizos sillares como un titán rendido por los años.

Desde aquel cerro, cuya parte que da al mar es un tajo profundo y vertiginoso, se distingue una inmensa extensión de agua. Los pescadores ven desde varias leguas la fogata que se enciende en la Torre del Homenaje, y en días de tormenta allí espera la esposa del pescador con indecible angustia la vuelta de la barca y desde allí ve al esposo y al hijo luchar desesperadamente con la tremenda furia del Atlántico.

Al pie del viejo castillete crece una higuera salvaje, ancha y verde como una parra, y á su sombra, una mano humilde labró una pobre vivienda con apariencias de choza, construída con piedras del castillo en ruinas.

Vivía allí, hasta hace poco, la vieja veterana. En el lugar no se la conocía por otro nombre.

Su vida era original y solitaria; escasa de palabras, erguida y seca de cuerpo, cenceña y atezada de rostro, los vecinos que la veían pasar camino de la iglesia la saludaban con profundo respeto.

Su historia, comentada por la fantasía popular, corría de boca en boca.

Era, según fama, hija de un hidalgo pobre que durante la guerra de la Independencia peleó heroicamente, muriendo como un león en la batalla de Albuera.

Muerto el hidalgo, que llevaba consigo á su hija, pequeñita, por no tener más familia próxima, quedó la niña entregada y generosamente prohijada por aquel ejército aventurero y audaz, que recorría España persiguiendo á los franceses; mal armado, mal vestido, haraposo, pero invencible y sublime.

La niñez de la veterana discurrió, pues, entre aventuras terribles y guerreras, entre el fragor de las descargas, los gritos de triunfo y los lamentos de agonía.

Mil veces internándose en lo más fragoso de la sierra con el ejército, para caer después desde los altos picos nevados sobre los destacamentos franceses.

Esta vida y el sentimiento por la muerte de su padre hicieron de ella un guerrillero más, cuyo valor y cuya audacia admiraban los suyos; á los doce años ganó sobre el campo de batalla su primera cruz; había sido la primera en atravesar un puente cañoneado por los franceses, y obligando con este rasgo á que los guerrilleros la siguieran con impávida bravura, ganando la acción y apoderándose de un convoy de cálices y alhajas de iglesias que los franceses conducían á la frontera.

Aquel día el jefe de la fuerza española le impuso, ante todo el batallón formado, la charretera y los galones de alférez.

Diez y seis años contaría, aun antes de terminar la campaña, cuando contrajo matrimonio con un teniente de aquel ejército. Terminada la guerra, los jóvenes esposos volvieron á la aldea á disfrutar de la paz que, por desgracia nuestra, no duró mucho tiempo.

Estalló la terrible guerra de religión, la primera guerra civil, y allá fueron nuevamente al campo leal los que tan denodadamente lucharon por la independencia patria.

La veterana acompañó á su esposo á la nueva campaña; sirvió en el ejército como hermana de la caridad, acudiendo denodadamente á los sitios de mayor peligro; ganó dos cruces y tuvo la horrible desgracia de ver morir á su esposo heroicamente en el sitio de Estella.

Se retiró entonces á su aldea: tenía un hijo; le faltaba el esposo, el sostén de su vida.

El hijo, al que dedicó ya todos sus cuidados, fué un digno sucesor de aquella raza heroica; militar desde muy joven, instruído é inspirado por su historia, cuyos episodios había oído á la veterana muchas veces, estaba recién casado cuando estalló la guerra de Africa; se despidió de su joven esposa y de su madre y marchó al ejército, á perpetuar con sus hechos las glorias de sus antepasados. No volvió; fué de los que se quedaron en el sitio de Wadrás: murió su esposa al dar á luz un hijo, y la veterana, silenciosa y trágica, pero indomable, se retiró con el niño á la humilde chocita del castillete.

Y le educó ella misma, repitiéndole siempre esta frase concluyente, resumen de su vida:

– Cuando tú vayas, muere como ellos, pero victorioso.

* * *

La guerra de Cuba se llevó al muchacho.

Databa desde entonces el respeto supersticioso con que los vecinos miraban á la veterana. Nadie le vió derramar una lágrima; para despedir al nieto, se ciñó la espada de guerrillero y se puso las charreteras y las cruces ganadas en el combate. Después, poniéndole la mano sobre la cabeza, le dijo solemnemente:

– Ya sabes, ¡como ellos!

Y nada más.

Desde aquel día la veterana escrutaba el mar desde lo alto de aquel tajo vertiginoso, á cuyos pies se estrellaban las olas con espantoso rugido.

Decía la gente que la vieja no dormía nunca; una lucecita inextinguible brillaba siempre á través del ventanuco de la choza, y desde abajo, desde la aldea, se veía constantemente aquella luz como un ojo ansioso, fijo siempre en el mar.

La aldea se consternó con las noticias de las primeras derrotas; las escuadras destruídas, invadidas nuestras posesiones, el bravo ejército destrozado por falta de dirección y de medios, arribando á los puertos millares de repatriados que agonizaban de fiebre...

El alcalde recibió la noticia: el hijo de la veterana había muerto en un hospital de Barcelona. Entonces miraron todos con terror á la choza del castillo; la lucecita no ardía ya.....

Cuando subieron hallaron á la vieja veterana muerta, tendida sobre su lecho, con sus charreteras y sus cruces y apretando entre sus manos, como en una última convulsión de desesperado heroísmo, la vieja espada de la Independencia.

ADOLFO LUNA.

(Dibujo de Triadó.)

ÑO FRANCISCO

(BOCETO SUDAMERICANO)

Después de atravesar durante cerca de dos días las inmensas llanuras monótonas, yermas, de las pampas argentinas, que, ricas en agua y revestidas de pasto en las proximidades del litoral, se van desecando y cubriendo de malezas leñosas de grisáceo follaje, conforme se avanza al interior, para formar, más al Norte aún, interminables salitrales desnudos, el viajero, al despertarse en la mañana del siguiente día, siente alegrado su espíritu al hallarse en medio de la región pintoresca y poblada de Tucumán. Cañaverales, maizales y otras mil plantaciones cubren los campos, salpicados de gigantescos *pacaráes,* de derecho tronco y redonda copa; de *ceibos,* cuyo rojo fruto resalta entre la sombría verdura del follaje, de una rica variedad de árboles; verdaderos bosques de naranjos alternan con ellos; caminos festoneados de tunas se cruzan á través de la vegetación, transitados continuamente por jinetes; y á Poniente, tras la extensa zona de cultivos y ante la silueta azulada del Aconquija, en cuyas crestas blanquea la nieve, se van sucediendo los pueblos, de cuyo seno surgen altas torres amarillentas, de ladrillo, que á primera vista recuerdan las de las iglesias de las antiguas ciudades europeas. Son chimeneas de ingenio.

El de «La Caridad» levanta su blanqueada masa de construcciones cerca de Lules, á la vista de tres ó cuatro más que humean todo el invierno. Lo visité á principio de temporada y lo encontré en plena actividad. Desde la entrada se andaba entre enormes pilas de caña, que los paisanos venían á engrosar constantemente con sus carros cargados. Al final abríase una plazoleta cruzada por carriles de trocha angosta, por los que el producto elaborado era acarreado en vagonetas á la estación. A la derecha extendíanse en gran semicírculo los *ranchos* de los peones; á la izquierda se elevaba la mole del edificio principal.

Fuera, como dentro, la peonada trabajaba sin descanso. Los trapiches, alimentados sin cesar, estrujaban la caña, devolviendo un torrente de orujo blanco, completamente reseco, mientras el jugo pasaba á las enormes calderas abiertas que varios hombres iban espumando con grandes cucharones de madera. El caldo podía así pasar á los triples, tres enormes depósitos cilíndricos, donde por ebullición se reconcentraba, obscureciéndose á la vez hasta adquirir un tono retinto y una espesa consistencia. El maestro de azúcar, desde una alta plataforma, vigilaba atentamente la operación y ordenaba abrir ó cerrar las comunicaciones entre los diferentes depósitos, hasta que la miel fluía viscosa por los canales á los secaderos, donde se convertía por lenta cristalización en azúcar moreno. Allí otro grupo de obreros llenaba y pesaba los sacos y los amontonaba en el almacén de donde partían las vagonetas.

De pronto el estrépito de la maquinaria fué dominado por un silbato penetrante prolongado, reforzado en seguida por otros análogos de los ingenios vecinos. Era el mediodía, la hora de renovar la tanda. Una nueva peonada iba llegando á tomar la labor en el punto en que se encontraba, y la de la mañana le cedía el puesto y se retiraba después de doce horas de trabajo no interrumpido. La naturaleza de aquella industria exigía que, encendidos los fogones al empezar la zafra, no se apagaran sino en la primavera, terminada toda la molienda. Cada ingenio tenía, pues, dos peonadas que se renovaban á mitad día y á media noche respectivamente.

Ganaba cada uno de aquellos hombres una pobre soldada de treinta pesos; y al revés de lo que suele suceder en las demás explotaciones industriales de la Argentina, eran todos gente del país. La inmensa mayoría llevaba en sus venas mayor ó menor cantidad de sangre indígena, muy lejos de agotarse aún en las provincias del Noroeste. Muchos tenían allí mismo sus *pagos.*

Había una tribu de chiriguanos, venida de las fronteras del Chaco. Abundaban los santiagueños, que aún conservan el idioma quichúa. Algunos peones procedían de los valles de Catamarca y la Rioja y eran apacibles descendientes mestizos de los belicosos calchaquíes y huarpes del tiempo de la conquista.

Todos vestían traje gaucho: un *chiripá* listado de tonos pardos envolviendo los muslos y sujeto con un cinto, un *poncho* de parecidos colores abrigando el busto, en los pies las sencillas sandalias que llaman *ojotas,* y en la cabeza un informe chambergo descolorido. Complemento indispensable era un *facón* que brillaba bajo el cinto sobre los riñones, y



Sencillez, cuadro de José M.ª Tamburini (Salón Parés)

con el cual descortezaban la caña para chuparla, cortaban el asado y acreditaban la guapeza, cruzándose mutuamente la cara de chirlos cuando el alcohol los animaba á ello. De tez bronceada, ojos pequeños, negros y vivos, pómulos pronunciados, pelo negro y rígido y barba rala, que á muchos sólo les crecía sobre los extremos del labio y en el mento, iban desfilando despacio, silenciosos, con sus fisonomías dulzonas, resignadas, saludándonos respetuosamente al pasar, y se alejaban liando cigarros de *chala* y encaminándose á las *pulperías.*

– Aquel que va allí, me dijo el dueño del ingenio, señalándome á uno de sus obreros, es un hombre famoso. Encarna toda una época de la historia de estas provincias.

Lo llamó:

– Ño Francisco.

Este se acercó. Era un viejo de barba rala y canosa. Nos saludó humildemente.

– Ahí tiene usted un valiente, me dijo mi huésped. Y luego á él:

– ¿Se acuerda del *Chacho,* amigo?

– ¿Cómo no?, patrón, contestó, sonriendo ligeramente, chispeando de alegría por las niñas de sus ojos negros.

***

Durante la comida, mi huésped me contó la historia de Francisco.

Era éste de Amilgancho, en la Rioja, muy lejos. Muerto su *tata* en los revueltos tiempos de Facundo Quiroga, vivía con *la vieja* en un pedacito de tierra donde tenía su rancho y algunas cabras, y quería á una *chinita,* la flor de las *morochas,* que traía revuelta á toda la muchachada de aquellos *pagos.* A la entrada del de la niña veíase todas las noches un grupo de caballos maneados. Eran de Francisco y otros, que iban allí á pasar la velada bajo el alero del *rancho.* Traían un músico, y al son melancólico de la guitarra y de las coplas que aquél entonaba con voz cascada bailaban *cuecas* y *gatos.* En los intervalos se chupaba *mate,* se fumaban *chalas* y corría el ginebrón, *obligándose* unos á otros según la costumbre del país y alardeando de fuertes.

El comisario de la circunscripción era de los asiduos concurrentes, y había dejado traslucir en más de una ocasión sus intenciones respecto á la niña. Francisco le tenía la peor voluntad. Una noche se trabó entre los dos el pugilato. Bebía el uno un sorbito y pasaba el vaso al otro diciéndole: «Le obligo.» Y el obligado tenía que apurar el resto para no quedar desprestigiado. La mala intención de los dos rivales dió margen para que aquella noche se cruzasen los *obligos* entre la concurrencia con más profusión que de ordinario. Se enardecieron las cabezas, menudearon alusiones, sintióse picado el pundonor y vino la catástrofe. Al final de una *cueca* el comisario quiso propasarse con la niña, y Francisco le cayó encima como un tigre. Relucieron los facones; se hizo coro alrededor, y el comisario cayó al suelo retorciéndose y apretándose el costado con las manos, que pronto aparecieron, á la luz de la luna, teñidas de sangre.

Francisco tuvo que ponerse en seguro y escapó á Guaja, junto al Chacho.

Para comprender quién era el Chacho, hay que recordar que, en el medio siglo que siguió á la insurrección de aquellos países contra la metrópoli, fueron teatro, sobre todo en sus provincias interiores, de una verdadera crisis social. El paisanaje, que vivía diseminado en las llanuras inmensas al cuidado del ganado, y los descendientes más ó menos puros de las antiguas indiadas, que habitaban los valles, habían sido armados para defender la nueva causa, y al sentirse fuertes, despertáronse en ellos atávicos instintos, quisieron imponerse, interpretando la libertad y la autonomía á su manera. Semejante á los momentos de energía vital que suelen preceder á la muerte, en aquellos campos renació impetuosa la barbarie antes de extinguirse para siempre jamás. Hombres salidos de entre los campesinos, sin más condiciones que su guapeza y su astucia natural, reunían en torno suyo verdaderos ejércitos de gente entusiasta y se convertían en jefes de *montonera,* verdaderos *condottieri,* que intervenían en las contiendas de los partidos políticos, en las rivalidades del gobierno de Buenos Aires con las provincias, y acababan por imponerse á los funcionarios públicos, cuando no se erigían en gobernadores ellos mismos.

Uno de éstos era el Chacho. Los *llanistas* de la Rioja, gente pobre, para quienes eran habituales la dureza y privaciones de la vida del campo, lo seguían ciegamente. La montonera, en masa ó dividida en partidas, cruzaba á caballo aquellas planicies tristes, cubiertas de un monte bajo de *garabato, uña de león* y otros arbustos espinosos, y corrían á las ciudades y á las estancias, á vivir del saqueo, de los rescates ó de la contribución que imponían por la fuerza.

Es la vida que llevó Francisco durante dos años. De su *china* sólo supo que la habían llevado los padres á Chile. Pero él se consoló pronto, sumido en la azarosa vida de aventuras, en la que presto adquirió fama de valiente.

Una vez llegó con su partida á aquellos campos de Tucumán, donde ahora trabajaba. Entonces no había allí ingenios ni plantaciones de caña. Mi huésped, que tenía en aquella época seis años, se hallaba con su familia en la estancia, cerca de Lules. Recordaba perfectamente los sobresaltos que pasaron al saber la llegada de la montonera: su madre lloraba, rezaba, lo abrazaba. Tuvieron que salir á uña de caballo á ponerse en salvo en la capital, librándose con ello de la exposición personal y del fuerte rescate que, cuando menos, se les hubiera exigido.

Cuando el Chacho fué derrotado por última vez y muerto poco después en Olta, Francisco cruzó la Pampa hacia el Sur en busca de nuevo asilo; vivió días y días haciendo la vida del *cuatrero,* carneando los animales de las estancias para comer, galopando largas horas para encontrar una aguada y fué á parar á la toldería del cacique Baigorrita en el país de los *Ranqueles.* Con aquellos indios vivió más de quince años, acompañándolos á los *malones,* hasta que en la campaña del año 80 cayó prisionero de los cristianos

El coronel del regimiento era precisamente riojano, y por esto había conocido á la familia de Francisco.

Cuando supo la historia de éste, le otorgó su protección. Francisco pudo volver á la Rioja y entonces se fué á vivir con su sobrino casado, que tenía su *pago* cerca de la capital.

Las cosas habían cambiado. Los paisanos, en vez de formar *montoneras*, iban hoy á trabajar á las *estancias*, á las minas, á las ciudades.

Tío y sobrino eran pobres, y ahora, cuando llegaba el otoño, cruzaban la inmensa *travesía* para buscar trabajo en los ingenios de Tucumán.

Con esto terminó mi huésped su relato.

***

El día siguiente volví á ver á Francisco. Aquel hombre que había pasado la vida paseando su guapeza por las inmensas llanuras argentinas, que casi tuvo en la mano la vida y hacienda del que hoy era su patrón, inclinaba la cara atezada y rugosa coronada de canas, doblaba su huesudo y enjuto cuerpo de viejo, trasportando, durante doce horas seguidas, haces de caña de los carros á los trapiches para ganar un mezquino jornal. Como tantos otros de sus compañeros, había sido vencido por la industria, la terrible domadora de pueblos y pacificadora del mundo, ante la cual la barbarie se estrella impotente.

EMILIO H. DEL VILLAR.



AL SALIR DEL BAÑO, cuadro de Francisco Masriera

EL DIABLO DEL ALCOHOL

Jamás he podido dar con la razón que me impulsó á penetrar por primera vez en aquel café, que por lo obscuro y triste ofrecía bien pocos atractivos. Ello es que entré, sentéme en un diván, que daba indicios de su vejez por lo raído, y los confirmaba dolorosamente con lo duro, y vi presentarse, sin que me tomara la molestia de llamarle, á un mozo melancólico, calvo y flaco, el cual á petición mía llenaba al poco tiempo una taza de cierto líquido negro y amargo, servido bajo el engañoso nombre de café, pero tan poco semejante al aromático producto, como un muñeco del *pim, pam, pum* á una escultura de Montañés. Alejóse el camarero (no á servir á otro, sino á sentarse, pues era yo el único *parroquiano* que había en el local) y fuí trasegando lentamente á mi estómago el brebaje, cuya composición química debía de ser curiosísima y cuyo sabor constituía una sensación tan nueva como desagradable para mi paladar. Terminada la penosa tarea, vertí sobre el terrón de azúcar que en un platillo quedaba la suficiente cantidad de ron para que el susodicho platillo se llenara, é intenté prenderle fuego, operación cuyo logro fué difícil, pues la primera cerilla que saqué de la caja no tenía cabeza; cayóseles ésta, sin arder, á la segunda y tercera, al primer roce con la lija; la cuarta se encendió rápidamente y se apagó con igual celeridad, y la quinta ardió con exceso, porque se corrió el fuego cerilla abajo hasta abrasarme los dedos, por lo cual la solté en el acto, soltando de paso una exclamación tan enérgica como poco parlamentaria. Alcanzó por fin mejor éxito la sexta tentativa, y aplicado el fuego á un pico del terrón, extendióse al punto por éste y por todo el platillo una llama azulada, cosa naturalísima, y que por lo mismo no hubo de causarme admiración alguna; pero, apenas pasado un segundo, apareció ante mis ojos uno de los más prodigiosos espectáculos que ha presenciado la vista humana; no sé si fué *realidad física ó extravío de la imaginación férvida*, como decía el poetastro tuerto cazado por Mercurio en la *Derrota de los Pedantes;* pero, dado lo seco y poco lozano de mi fantasía, debió de ser hecho real, aunque inexplicable, lo que entonces tanto me asombró y ahora, después de no pocas dudas, me decido á relatar.

La llama empezó por surgir, leve y vacilante, de una arista del prisma formado por el terrón; extendióse después, como queda dicho, por todo el líquido, y creció infinitamente hasta el punto de que su extremo parecía tocar el techo del café: aquel extremo adquirió un tinte rojo muy subido, y quedó convertido en un gorro enorme y puntiagudo, bajo el cual vi aparecer en la llama una frente alta y surcada



Esquileo, uadro de Joaquín Agrassot

por arrugas innumerables, pobladas y cerdosas cejas rojizas, ojos verdes cuyo brillo excedía á cuanto pudiera imaginarse, nariz descomunal y colorada de anchísimos agujeros, adornada con tremenda verruga, boca que ocupaba todo el ancho del rostro, y cuyos labios contraía risa sardónica que dejaba al descubierto una cantidad incalculable de dientes muy estrechos, muy blancos, muy largos y muy agudos. Y la llama seguía moviéndose, y á cada movimiento cambiaban de sitio las arrugas, fruncíanse las cejas, giraban los ojos en las órbitas, palpitaban las alas de la nariz, subía y bajaba la verruga, agitábanse las mandíbulas con la risa, y castañeteaban los dientes.

El espanto me había clavado en el diván, quitándome habla y movimiento; y á todo esto, no obstante el inmenso desarrollo de la llama, ni el encargado del mostrador, que con los ojos muy abiertos contaba dinero (poco, por cierto) sobre el mármol, ni el camarero que, tristemente sentado en una silla, canturreaba una marcha fúnebre, aprendida sin duda al nocturno aporreador de teclas, parecían darse cuenta del prodigio.

Después, de la parte inferior de aquella cara terriblemente grotesca brotó luenga y enmarañada barba, en la cual aparecían todos los colores y matices del pelo, mezclándose la nieve de las canas con que la ancianidad, el trabajo y el pesar cubren la cabeza, al oro que suele brillar en los cráneos infantiles; y no faltaban allí mechones negros como ojos africanos, junto á otros de color rojo ardiente, de suave rubio ceniciento ó de los innumerables tonos del castaño. Tal barba cubría en parte una como ropa talar que bajaba en artísticos pliegues hasta la base de la llama, y dejaba asomar por abajo dos retorcidas puntas, que parecían ser lo único visible de los pies del monstruo. Los brazos, largos y descarnados, surgían de unas mangas flotantes y terminaban en manos de inverosímil flacura (cuyas uñas tenían no menos inverosímil longitud), que en el aire descompuestamente se agitaban.

El terror que me dominaba llegó al colmo cuando la figura inclinó de pronto hacia mí la flamígera testa y me dirigió la palabra: nada comparable al efecto que me produjo su voz, cascada como la del más decrépito viejo, y estridente á la vez como la nota más aguda de un clarín. Ningún sonido de la naturaleza podría servir para término de comparación con voz tan ingrata, que tanto daño hacía al tímpano como á los nervios.

Y dijo lo siguiente:

– Mírasme con espanto, y en lo erizado de tu cabello, lo desencajado de tus ojos, lo convulso de tus facciones, lo tembloroso de tus manos, me das numerosas pruebas del pavor que te inspiro. Y sin embargo, no sabes aún á punto fijo quién soy, y más procede tu miedo del instinto, temeroso de lo extraordinario y desconocido, que de la razón, alarmada ante un peligro concreto. Más deberás temerme cuando me conozcas, y sepas que soy uno de los más terribles enemigos del humano linaje. No hay cólera ni peste que tantas víctimas haya causado á tu raza, ni las guerras en que casi sin interrupción habéis andado enredados los hombres desde vuestra aparición en el planeta pueden comparar sus estragos con los hechos por mi influencia. Oís con temor y hasta con necia admiración repetir los nombres aborrecibles de Alejandro y de Timur-Leuk, de César y de Napoleón, y de otros famosos debeladores de ciudades y verdugos de muchedumbres (tanto más excelsos para vosotros cuanta más sangre hayan vertido), y mayores destrozos produzco yo que ellos en la humanidad; cuando ésta es lo bastante estúpida para erigir estatuas y entonar himnos en loor de los grandes bandidos históricos que la diezmaron, justo será que se eleve algún día en mi honor suntuoso monumento simbólico, y surja un poeta que me consagre el más ferviente de los ditirambos. Junta con los seres inmolados por aquellos monarcas á los que perdieron la vida por las diferencias religiosas, ora cuando perecían en el circo y en las cruces los primeros cristianos, sacrificados por los gentiles, ora cuando el olor de la abrasada carne de herejes y judaizantes deleitaba el olfato de los inquisidores; ya cuando Carlos IX arcabuceaba á los hugonotes, ya cuando Luis XIV acuchillaba á los camisardos; lo mismo cuando Felipe II ensangrentaba los Países Bajos, que cuando Calvino acababa con Miguel Servet. Suma con ellos á los que cayeron á millares en América, á los súbditos de Atahuallpa y Moctezuma, muertos por aquellos aventureros feroces, ansiosos de oro y sangre, cuya crueldad y codicia, no saciadas con el exterminio y el despojo de los naturales, les hicieron destruirse mutuamente. Añade á esa suma la de cuantos por innumerables causas fenecen aún hoy á todas horas en los campos de batalla del mundo, y no llegará el total de tanta víctima al conjunto de las mías. Numerosos somos los diablillos que, empeñados en inacabable lucha con el hombre, perseguimos la empresa de empobrecerle la sangre, degradarle la inteligencia y envilecerle el alma; pero puedo afirmar, con el más legítimo orgullo, que ninguno se da tanta maña para el caso como el que se halla ante tus ojos, adoptando forma que le permite hacerse visible á tu imperfecta naturaleza. Aun los más próximos parientes míos, los diablillos del opio, del haschich, del éter, de la morfina, que no contribuyen poco al logro del empeño en que andamos interesados, se guardarán muy bien de comparar el resultado de sus amados esfuerzos con el conseguido únicamente por mi virtud. Así lo proclamó, arrebatado por irresistible impulso, una de mis víctimas más preclaras, el originalísimo americano Edgardo Allán Poe, cuando escribía: *¿Qué demonio es comparable al alcohol?* Ese es mi nombre, que rato ha debes de haber conocido. Cada uno de esos colegas y afines míos suele ejercer su influjo en determinados lugares y sobre determinadas gentes: mi dominio se extiende por ambos hemisferios y no reconoce distinción de sexos, ni de edades, ni de fortunas. Tan esclavo mío es el príncipe real que saborea á lo gastrónomo los licores más selectos, quizá destilados para su solo uso, con exquisito cuidado, tal vez enviados á su excelsa persona con todo género de precauciones, desde lejanas tierras, como el minero que, después de largas horas pasadas en golpear el filón de hulla, acurrucado en estrecha galería, temiendo á cada instante la mortífera explosión del *grisú*, sale del pozo parpadeando y se echa al cuerpo trago y más trago de infernal aguardiente, para que arrastre el líquido las innumerables moléculas de carbón que halle en la garganta. Siervos de mi poder encontrarás en el elegante casino; con inmaculadas pecheras, cuidadas barbas, cintas ó gardenias en los ojales, brillantes en los dedos, habanos en la boca, absorberán el *bitter* ó el *vermouth*, el *kummel* ó *la fine champagne*, antes ó después de que otro compañero mío los haya reunido en torno á las mesas de *baccarat* ó de *trente et quarante*; también los hallarás en la taberna, revueltos los pelos, abiertas las camisas, sucias las manos, apestosos los pies, remendada la ropa, con el *medio chico* ó la *lamparilla* al lado, mientras discuten á fuerza de ternos alguna difícil jugada del tute arrastrado ó del mus. Forman legión los que impacientes aguardan el momento llamado por los parisienses la *hora verde* para alzar en honor mío la copa del ajenjo, eficacísimo instrumento de mi potencia destructora, y los que..., pero ¿á qué seguir enumeración tan prolija? Repetiré que es infinito el número de quienes viven sujetos á mi imperio, como infinito es mi arte para atormentarlos. Porque lejos de herirlos á todos de igual manera, dispongo de inagotable serie de martirios y sé variar hábilmente los ataques con que hago la guerra á su existencia. Dilatando ó encogiendo, según me place, el estómago del bebedor, cierro violentamente el manantial de sus jugos y me divierto en someter el paladar á las más absurdas aberraciones del gusto; otras veces agrádame acometer al sistema circulatorio, y adquieren morbosa rigidez las arterias, cuyas membranas lleno de úlceras; cuando dirijo mis golpes al hígado, ó lo hincho y congestiono, haciéndolo causar terribles dolores, ó lo aprieto y endurezco, convirtiéndolo, por la cirrosis, en masa petrificada; acumúlome frecuentemente en los riñones, siémbrolos de quistes, y llevo á ellos la nefritis y la albuminuria; gusto también de producir irritaciones crecientes en el pulmón, y lo desgarro con seca tos para abrir en él las cavernas donde anida el tubérculo. Pero nunca empleo tan á satisfacción mi poder maléfico como cuando trastorno y entenebrezco el cerebro, el más noble órgano humano, manantial de la idea, centro del sistema nervioso, cuyo desorden es una de mis obras predilectas: duerme mi esclavo, y le someto á los horrores de la pesadilla; ya siente peso intolerable sobre sí, y al creer abrir los ojos sobrecógele la aparición de quimérico monstruo de membranosas alas, pestífero aliento, ojos flamígeros, escamosa piel y aceradas garras, con las cuales oprime el jadeante pecho de la víctima; ya se encuentra embutido en estrechísimo y obscuro túnel, por el cual ha de arrastrarse en el fango, que á cada paso amenaza ahogarle, y sintiendo rozar con su cara la piel fría de los reptiles; ya se siente despeñado de lo más alto de un tajo, en caída que nunca se acaba, y que hiela el cuerpo con el sudor del espanto; ya se ve perseguido por enemigos tan feroces como numerosos, provistos de todo género de armas, que le enardecen con amenazas de muerte y acortan á cada momento la distancia que de ellos le separa, á pesar de la desesperada velocidad de su fuga; ya se halla en la escalera del patíbulo, ve estremecido el siniestro palo que se yergue en el tablado, mira relucir el anillo que ha de triturarle las vértebras, y se rebela y lucha con los verdugos que le arrastran peldaños arriba... Y cada noche trae un tormento distinto, y en vez del reposo necesario, mayor quebrantamiento y cansancio. Y hay muchos que, sujetos á mi acción, padecen torturas semejantes, pero no durmiendo, porque es para ellos la noche repetido insomnio, poblado de alucinaciones, pródigo en fantasmas que se presentan siempre bajo apariencia grotesca y terrible á la vez; y ante la vista de los desdichados danzan vestiglos con las caras contraídas por mueca horrenda, y en sus oídos resuenan aullidos lúgubres, estridentes relinchos, silbar de serpientes y gruñir de puercos, y nota su olfato los hedores más asquerosos. No más afortunado que éstos es el que entregó á los estragos del *delirium tremens*, en el cual los extravíos del sentido llegan al colmo del horror, y mientras atormentan al espíritu las más calenturientas visiones, retuércese el cuerpo en los desordenados movimientos de la convulsión.



Instintos bélicos, dibujo de Jorge Varian

Embotado su entendimiento, inerme su voluntad, perdida su memoria, dejo á unos aherrojados por la



Evoluciones del globo «Santos-Dumont» en el puerto de Mónaco

parálisis, despeño á otros por el abismo de la locura, lanzo á muchos al camino del crimen y del suicidio, que infinitas son las manos en que puse el puñal con que se había de verter la ajena sangre, ó la cuerda destinada á apretar el propio cuello. Y no me contento con la degradación y la muerte de mis siervos, por innumerables que sean: necesito algo más; les hago dejar tras de sí lamentable herencia de su vicio, y cada uno de ellos lega perpetuo recuerdo á sus descendientes, creando generaciones de estúpidos, neuróticos, raquíticos, epilépticos y degenerados de todas especies.

Tal es mi obra, y contribuyendo á ella, de frutas y granos que la tierra con prodigalidad produce para vuestro alimento, se aprovecha pérfidamente la codicia, convierte lo nutritivo en venenoso, y con aquellos elementos destinados al sostén de la vida, apresura la venida de la muerte. Para triunfo mío y daño del hombre, destílase y embotéllase el espirituoso licor, y con infinita diversidad de nombres y apariencias, colores y supuestas propiedades, va esparciendo por todas partes gérmenes de ruina y desolación. Y cada día, llevando adelante mi conquista, ensancho la extensión de mi imperio, veo alzarse en honor mío mayor suma de millares de copas, y oigo el inacabable himno que, con enronquecida voz, ojos desmesuradamente abiertos, mirada de extraña fijeza, entrecejo arrugado y colgante mandíbula inferior, me dedica el sinnúmero de mis esclavos.

. . . .

Calló la voz, sonó por última vez la sardónica risa, confundiéronse y borráronse las líneas de la aparición, extinguióse súbitamente la llama, y cuando yo, enjugando el sudor que brotaba frío de mi frente, separé la vista del platillo, donde quedaba el terrón acaramelado, y miré en torno, el café seguía silencioso, el encargado del mostrador leía con atención un periódico, y sentado en un taburete el camarero, con las manos en los bolsillos, pegada á los labios la apagada colilla, extendidas las piernas, apoyada la flaca espalda en una columna, torcida la cabeza, roncaba tranquilamente.

Roberto Robert.

PRUEBAS VERIFICADAS

POR M. SANTOS-DUMONT EN MÓNACO

En el número 1.041 de La Ilustración Artística dimos cuenta de los proyectos que el distinguido aeronauta M. Santos-Dumont, después de haber ganado en París el premio Deutsch, de 100.000 francos, se proponía realizar, construyendo para ello un globo de mucha más potencia que los anteriores y tomando como base de sus ulteriores operaciones el principado de Mónaco, en donde ha mandado levantar, junto á la playa, un cobertizo ó aerodromo á propósito para la construcción del globo.

La realización de estos proyectos ha comenzado ya con algunas salidas verificadas por M. Santos-Dumont, una de ellas el día 18 de enero último, á la que se refieren los dos grabados que en esta página reproducimos. A las diez y media de la mañana salió el globo del cobertizo de la Condamine, entre Mónaco y Monte Carlo, y se elevó á unos seis ó siete metros antes de que el motor empezara á funcionar.

Con marcada lentitud primero y con mayor rapidez después, emprendió el aeróstato la dirección de la bahía, cerniéndose casi inmóvil por encima de las aguas, mientras el aeronauta arreglaba el aparato equilibrador y también la cuerda de arrastre.

El yate *Varuna* y una chalupa de vapor seguían al globo, y éste, aunque no llevaba toda la velocidad de que es susceptible, dejó fácilmente atrás aquellas embarcaciones, dió varias veces la vuelta á la bahía, hizo algunas evoluciones y volvió á su punto de partida.



Visita de la ex emperatriz Eugenia á M. Santos-Dumont en Mónaco

Los experimentos de la tarde de aquel mismo día fueron aún más importantes y el éxito obtenido por el aeronauta excedió al que alcanzó en París el año pasado: después de haber evolucionado en todos sentidos y sin oscilaciones, por encima de las olas á una altura de diez á cuarenta metros, avanzó tan lejos mar adentro, que se creyó por un momento que había emprendido el viaje á Córcega que, como es sabido, figura entre los proyectos á que antes hacemos referencia; pero esa travesía no entraba aquel día en el programa. Así es que al cabo de media hora se vió que el aeróstato viraba, y describiendo una curva de más de un kilómetro de radio, volvía al puerto de Hércules, pasando por encima del Casino de Monte Carlo y por el Tiro de Palomos, en donde M. Santos-Dumont fué calurosamente aclamado, y penetraba en el cobertizo de la Condamine.

Este cobertizo es el punto de cita de todas las celebridades que pasan el invierno en la Costa de Azur. Una de las visitas más interesantes y más inesperadas ha sido la de la ex emperatriz Eugenia.

Desde hace treinta años, la viuda de Napoleón III ha llevado una existencia absolutamente retirada, casi claustral; de cuando en cuando se sabía que procedente de Inglaterra atravesaba París para dirigirse á orillas del Mediterráneo; pero una vez llegada allí, no se volvía á oir hablar de ella, y los esfuerzos realizados por algunos de sus antiguos leales para verla no daban resultado alguno.

En la *villa* de Cyrnos, residencia de la ilustre dama, nada denunciaba su presencia. La ex emperatriz sentía horror y miedo sobre todo á la fotografía; y si á pesar de todas sus precauciones veía fijado en ella un objetivo, un ademán brusco burlaba toda la estrategia del operador, que sólo encontraba en su placa una silueta borrosa

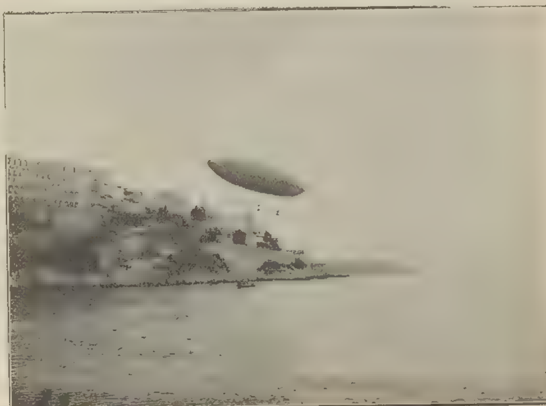
Por esto fué grande la sorpresa en Mónaco y en todo el litoral cuando se supo que la ex soberana había manifestado y realizado el deseo de visitar el aerodromo de M. Santos-Dumont. Llegó allí cuando la concurrencia en el cobertizo era muy numerosa, acompañada de M. Franceschini Pietri y Mlle. de Allonville.

Los que han conocido á la bella y graciosa dama que fué admirada por toda una generación, apenas la reconocerían en su estado actual. Y sin embargo, si las penas íntimas y los dolores físicos han causado estragos en aquella fisonomía en otro tiempo tan seductora, el conjunto de sus facciones ha conservado su aspecto regular, y su talle, tan derecho como en su juventud, denota un vigor poco común en una edad tan avanzada, pues la ex emperatriz cuenta, en efecto, setenta y seis años.

La visita de la ex soberana á M. Santos-Dumont duró cerca de una hora, y en ella el aeronauta dió cuantas explicaciones le fueron pedidas. Una porción de notabilidades pertenecientes á todas las clases, desde M. Ritt, gobernador general del principado, hasta M. Dausset, presidente del Consejo Municipal de París, y Enrique Rochefort, el antiguo adversario implacable del Imperio, se agruparon alrededor de la ex emperatriz, la cual, una vez terminada la visita, se despidió de M. Santos-Dumont, quien le ofreció que en una de sus próximas salidas llegaría hasta la *villa* Cyrnos. – M.

NUESTROS GRABADOS

Cabeza de estudio, cuadro de Simón Gómez. – Hablando de las obras de este notable pintor catalán, que murió en plena juventud y cuando se le ofrecía un porvenir brillantísimo, ha dicho un distinguido crítico: «se distinguían por un sello particular que recordaba el estilo de los más ilustres pintores españoles, tales como Velázquez y Ribera, sin que en ellas se advirtiese, empero, el afán de imitarlos ciegamente. El malogrado artista veía el natural con ojo certero y lo trasladaba al lienzo con una exactitud, vigor y seguridad de que son testimonio diversos lienzos suyos, especialmente las testas de estudio que los inteligentes en las Bellas Artes aplau-



Regreso del globo «Santos-Dumont» al punto de salida



OTRA CENICIENTA, cuadro de José Bail (Salón de los Campos Elíseos de París, 1901)



VANITAS, cuadro de José María Tamburini (Salón Parés)

dían siempre con entusiasmo.» Gómez cultivó con igual éxito distintos géneros, pudiendo citarse como prueba de la variedad de sus aptitudes lienzos tan hermosos como la *Traición de Judas*, adquirido por la Diputación Provincial de Barcelona, *Cristóbal Colón explicando sus proyectos á Isabel la Católica*, *La ponselleta*, *El jugador de dados*, *Una cantaora andaluza*, *Una fiesta flamenca* y un *Retrato de Alfonso XII*. La cabeza de estudio que reproducimos forma parte de la importante galería del inteligente aficionado barcelonés D. Isidro Llobet, á cuya amabilidad debemos el poder publicar una de las obras que mejor caracterizan la personalidad artística de Simón Gómez.

⁂

María Bonaparte Wyse. — Esta ilustre dama y distinguida escritora, que ha fallecido recientemente en París, era hija de Leticia Bonaparte y Sir Tomás Wyse, miembro del Parlamento inglés y ministro plenipotenciario de Inglaterra en



María Bonaparte Wyse (Madame Rattazzi) recientemente fallecida en París

Atenas. Por parte de su madre era nieta de Luciano Bonaparte. Nació en Waterford (Irlanda) en 25 de abril de 1830, y en 1848, á su salida del Colegio de la Legión de Honor de Saint-Denis, en donde había sido educada, se casó con un rico alsaciano, el conde Federico de Solms, á cuya muerte contrajo segundas nupcias con Urbano Rattazzi, eminente hombre de Estado italiano. Al enviudar de éste contrajo matrimonio con D. Luis de Rute, político español, diputado á Cortes, ex subsecretario del Ministerio de Gobernación, que falleció en 1889. Dedicóse desde muy joven á la literatura, habiendo dirigido muchas y muy importantes revistas, como *Les Matinées d'Aix*, *Les Matinées italiennes*, *Les Matinées espagnoles* y últimamente la *Revue Internationale*, y publicado algunos tomos de notables poesías, como *Dupinade* y *Cantos de la desterrada*; muchas interesantes novelas, entre las que sobresalen *Mademoiselle Million*, *Le Piege aux maris*, *Si j'étais reine!*; varios ensayos dramáticos, é innumerables artículos de todos géneros que insertaron las principales revistas y periódicos literarios y políticos. Madame Rattazzi merece también un recuerdo como mujer de convicciones políticas: adversaria decidida de Napoleón III, que á su vez le prohibió usar el apellido Bonaparte, reunió en su casa á los patriotas, y se afirma que sus viajes á Italia no fueron ajenos á la política y que en la época de su segundo matrimonio influyó en la de aquella península.

⁂

Vanitas. — Sencillez, cuadros de José María Tamburini (Salón Parés). — Al reproducir en estas páginas obras de José María Tamburini, hemos observado el doble objetivo que siempre ha perseguido este meritísimo artista, quien no se ha limitado á obtener un resultado plástico, ya que ha puesto al servicio del concepto que ha tratado de dar forma, su habilidad como pintor y sus aptitudes artísticas. Hoy, con motivo de dar á conocer á nuestros lectores las dos producciones tituladas *Vanitas* y *Sencillez*, sólo podemos confirmar tales apreciaciones y llamar la atención acerca de las cualidades que una y otra revelan, manifestación evidente de las que posee este distinguido pintor catalán, en quien felizmente se aunan circunstancias especialísimas, á cuya posesión debe la justa fama alcanzada y la consideración de que goza.

⁂

Al salir del baño, cuadro de Francisco Masriera. — Sea cual fuere el asunto elegido, preséntase Francisco Masriera consecuente con los cánones sustentados desde los comienzos de su carrera artística. A su persistencia, á la fijeza, debe la determinación de su personalidad, que ocupa lugar distinguido en el cuadro de la producción artística de nuestro país. Podrán ser discutidas sus producciones, podrán apreciarse sus obras de diversas maneras; pero aun aquellos que militan en antitética escuela, han de rendirse ante el hecho de reconocer su habilidad, su buen gusto y la distinción. Atraído por lo bello, subyugado por el encanto del color y de la forma, ha sido siempre devoto y ferviente cultivador del género especial á que nos referimos, y esta inclinación se manifiesta sin recato en todas y cada una de sus obras. La elegancia del trazo, la morbidez de las carnes y la calidad y valor de las telas y accesorios, ha logrado representarlas en el lienzo con rara maestría, con toda su belleza. Véase, entre otras producciones, la que reproducimos y se comprenderá la exactitud de nuestros juicios, prefiriendo que continúe en tal senda á intentar otros derroteros no sentidos, que le producirían vacilaciones y defectos que hoy no pueden imputársele.

Esquileo, cuadro de Joaquín Agrassot. — Ni la continuada labor, ni el transcurso del tiempo, producen mella en el decano y maestro de los pintores valencianos. Hoy, como ayer, continúa firme en su puesto, seguro de sí mismo y dispuesto todavía á dar muestras de sus inagotables energías y de sus cualidades, que han creado su reputación. Admirable efecto causaría poder reunir sus innumerables cuadros de costumbres valencianas, no sólo por su enseñanza, sino por la bellísima manera de dar á conocer la vida de un pueblo, tan digno de estudio, que ofrece caracteres tan distintivos, que el artista ha sabido presentar en forma agradable y simpática, con todas las galas que la naturaleza, los tipos y la luz ofrecen, elementos que constituyen el encanto de aquel privilegiado rincón de la península.

El esquileo es una bellísima página del hermoso libro dedicado á la región valenciana por el artista más justamente ensalzado de aquel país, y nosotros al reproducirla, le tributamos nuestro aplauso y el testimonio de nuestro afecto y consideración.

⁂

Instintos bélicos, dibujo de Jorge Varian. — La profesión de las armas fué en otro tiempo la que consideraban como más digna las familias nobles y poderosas; de aquí que desde su más tierna infancia se educara á los niños para ejercerla en cuanto su cuerpo fuera bastante vigoroso para sostener el peso de una armadura y su brazo bastante fuerte para empuñar el escudo y blandir la espada ó la lanza. Además fomentábanse sus instintos bélicos con la narración de las hazañas por sus mayores realizadas, á fin de estimular en ellos el sentimiento del deber que tenían de continuar la tradición de su casa, añadiendo nuevos títulos y blasones á los que de sus antepasados heredaran. Tal es el pensamiento que ha sintetizado el dibujante inglés Jorge Varian en el bellísimo grupo que forman padre é hijo, aquél en actitud de contarle gloriosas gestas, y éste ensayándose en el manejo de la tizona.

⁂

Otra Cenicienta, cuadro de José Bail. — Cuantos conozcan el cuento en que está inspirado este cuadro, que de seguro serán todos nuestros lectores, porque ninguno habrá que no se haya recreado en su niñez con las interesantes narraciones de Perrault, apreciarán desde luego el valor de esta obra del notable pintor francés José Bail. La protagonista de este lienzo, como la del cuento aquel, se ve destinada por sus padres á las más humildes faenas y se pasa la vida en la cocina, mientras sus hermanas disfrutan de todos los halagos que el mundo ofrece á la juventud. Tal vez, recordando la historia de la verdadera Cenicienta, se complace en figurarse que de un momento á otro se le aparecerá la bondadosa hada que con su mágica varita la cubrirá de ricas vestiduras y la pondrá en magnífica carroza tirada por soberbios caballos y servida por cochero y lacayos con lujosas libreas, conducida por la cual llegará al baile en donde ha de encontrar al príncipe que más tarde la hará su esposa. ¡Pobre niña! Pasó el tiempo de las maravillas; y las únicas hechiceras que hoy podrán endulzar tus amarguras son tu imaginación infantil, que te fingirá en ensueños placeres y dichas irrealizables en la tierra, y la fe y la esperanza, que te confortarán con la certeza de que hay una madre que vela por las criaturas, como tú, desamparadas, y les tiene reservadas inefables y eternas venturas.

⁂

Mr. Tomás Sidney Cooper. — Este eminente pintor, que ha fallecido hace poco en Londres, nació en Cantorbery en 1803 y se educó en la mayor pobreza, por haber abandonado su padre á su familia. Fué aprendiz de carretero hasta que el pintor escenógrafo Doyle, viendo sus disposiciones para las bellas artes, le estimuló para que se dedicara al estudio del dibujo y de la pintura; algún tiempo después, Tomás Lawrence, presidente de la Real Academia, le hizo entrar en las escuelas á ésta anejas. Estuvo luego en Bruselas, en donde se casó, y en 1830, de regreso en Inglaterra, expuso su primer cuadro en Londres. En 1845 fué nombrado asociado de la Real Academia y en 1880 miembro de número. En su larga carrera artística ha producido innumerables cuadros al óleo, pasteles y dibujos, no habiendo cesado un momento de trabajar, siempre con el mismo entusiasmo y con igual maestría. Su nombre figurará entre los de los primeros paisistas ingleses del pasado siglo.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — Barcelona. — La casa F. Clará y C.ª en Cta., dedicada á la fabricación de aguas carbónicas esterilizadas, ha abierto un gran concurso internacional de tarjetas postales, cuyas principales condiciones son: el tema y el desarrollo serán enteramente libres, con tal que se refieran á la fabricación de dicha casa y sean en colores; el tamaño de las obras habrá de ser adaptable al de las tarjetas oficiales, ó sea 14 × 9 centímetros; para optar á un premio es precisa á lo menos una colección de diez tarjetas, siendo preferibles las que formen colección por su materia ó tema, en cuyo caso habrán de ir numeradas, pudiendo llevar lemas, ó títulos cada una; el plazo para la presentación de los originales finirá el 15 de marzo próximo, á las seis de la tarde; los originales se presentarán en el domicilio social (Paseo de San Juan, 171, Barcelona); podrán tomar parte en el concurso artistas nacionales y extranjeros; se concederán dos premios, uno de 600 y otro de 400 pesetas, dos accesit de 150 y dos de 100.

Berlín. — En el «Salón Schulte» ha expuesto el pintor español Anglada un cuadro, *Danza de gitanos*, que ha llamado poderosamente la atención de todos los inteligentes y ha merecido entusiastas elogios de la crítica, especialmente por su colorido, que califican de admirable.

Teatros. — En el teatro Real de la Comedia, de Berlín, ha dado con éxito extraordinario una serie de representaciones el célebre actor francés Coquelin (el mayor).

— En el teatro del Casino de Montecarlo se ha estrenado con gran éxito una nueva ópera de Messager, titulada *Madame Chrysantheme*.

— En el teatro Municipal de Colonia se ha representado con aplauso la comedia de Antonio Hurtado de Mendoza *Los empeños del mentir*, arreglada á la escena alemana con el título de *Florio und Flavio* por los Sres. Schonthan y Koppel-Ellfeld.

⁂

Necrología. — Han fallecido:

Gustavo Schauer, pintor de historia alemán.

Carlos Luis Fahrbach, paisista alemán.

Felipe Marchetti, compositor italiano, director del Conservatorio de Roma, autor de varias óperas, entre ellas *Ruy Blas*, que se ha cantado con aplauso en los principales teatros.

Hugo Ziemssen, sabio clínico muniquense, director de la Clínica Médica de Munich y fundador del Instituto Clínico de aquella capital.

Carlos Arendt, eminente sinólogo, profesor de Chino del Seminario Oriental de Berlín.

Dr. Davidson, profesor de Hebreo y de Lenguas orientales de la Universidad de Edimburgo, doctor honorario de las Universidades de Cambridge y Oxford, verdadera autoridad en todo lo relativo á las escrituras del Antiguo Testamento.

Emilio Hunten, celebrado pintor de batallas alemán, miembro de la Academia de Bellas Artes de Berlín.

Schonborn, notable arquitecto norteamericano, autor de la gran cúpula del Capitolio de Wáshington.

Agustín Ciasca, cardenal de la iglesia romana.

Clemencia Royer, notable escritora francesa, muy conocida por sus obras económicas, filosóficas y arqueológicas, por sus



El eminente pintor inglés Tomás Sidney Cooper, fallecido en Londres el 7 de los corrientes

novelas y por sus artículos científicos, publicados en importantes revistas.

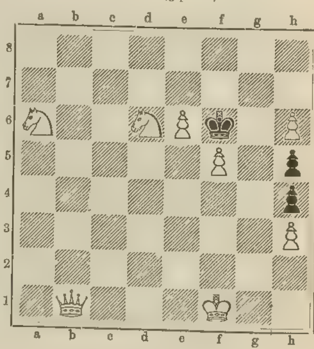
Hermán Wolff, notable director de los conciertos de Berlín, fundador de los conciertos filarmónicos de Hamburgo.

Federico Temple Hamilton Blackwood, marqués de Dufferin, ilustre diplomático inglés, ex gobernador general del Canadá, ex embajador en San Petersburgo, en Constantinopla y en París, y ex virrey de la India.

AJEDREZ

Problema número 270, por G. E. Carpenter.

Negras (3 piezas)



Blancas (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 269, por R. L'Hermet.

Blancas.	Negras.
1. A f6–h8	1. Cualquiera.
2. D, T ó C mate.	

EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.– ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Tal benevolencia, á la que no se hallaba acostumbrada, trastornaba completamente la cabeza á la joven, que no comprendía la causa de ella; pero gozaba de sus beneficios, y por lo mismo, cuando hablaba á Gilberta no cesaba de alabar á su madre y á su hermano y repetía cuanto en elogio de su amiga habían dicho.

La señorita de Grandpré saboreaba con delicia las lisonjas de la adulación. Había empezado por escucharlas con desdeñosa sonrisa, como una gata empieza á probar la leche; pero después, poco á poco, por costumbre, le entusiasmaban las lisonjas y gustaba de ellas con verdadera glotonería.

Tratada con cierta reserva por su madre, que temía el veneno de los elogios; pero mimada por su padre y por su hermano, que tenían con ella más condescendencia que verdadera intimidad, recibía las lisonjas de Emma como cosa que tenía bien merecida. El carácter de inferioridad que revelaba aquella adulación no se le escapaba del todo; pero era de aquellas personas que fácilmente aceptan el incienso de los inferiores.

La pobre Emma no tenía belleza, ni inteligencia, ni gracia, ni ninguna de aquellas cualidades que realzan á una amiga; pero quería sin reservas y alababa sin falsa vergüenza, y aquello bastaba á su aristocrática compañera.

Además á Gilberta no le gustaba el techo paterno; después de entusiasmarse sin medida al penetrar en él, ahora no encontraba todo lo que había soñado. Después del gran sarao, y á cambio de él, la baronesa había recibido cierto número de invitaciones y creyó de su deber acudir á todas las que valían la pena; así es que presentó á Gilberta en sociedad.

Pero, temiendo siempre que pudiese oir una palabra ofensiva que le recordase su pasado, Marta estaba continuamente intranquila, y las horas que pasaba en aquellas fiestas eran un martirio para ella, hasta el punto que, al llegar á su casa, por muchos esfuerzos que hiciera no podía escuchar con interés la charla de su hija, ni contestar siquiera á ella.

Aquella conducta reservada comenzó por admirar á Gilberta y acabó por enojarla; no era de aquel modo como las demás madres trataban á sus hijas. Alguna palabra que sobre aquel asunto soltó un día en la casa de su amiga de Egrigné, motivaron una explosión compasiva, y la frase «¡pobrecita!» sonó de nuevo en sus oídos. Gilberta quiso saber qué significaba aquella exclamación y se lo preguntó sin rodeos á su amiga.

Entre las cualidades que adornaban á ésta, la diplomacia no brillaba en primera línea, y hecha de sopetón aquella pregunta y no atreviéndose á repetir lo que acerca de la madre de Gilberta había oído decir á su familia cuando aún no la conocía á ella, quedó perpleja y sin saber qué contestar.

– En fin, sepamos lo que hay, dijo Gilberta impacientada. ¿Acaso alguno de mi familia ha cometido un crimen?

– ¡Oh, no!, respondió inmediatamente Emma con tono consternado. No puedo decir á usted de fijo lo que hay, porque yo misma no lo sé... Pero ya debe usted saber que su padre y su madre... En fin, que no se han reunido sino cuando ha salido usted del convento.

– ¡Bueno!, dijo Gilberta irritada, es que sus caracteres no congeniaban. ¡No es preciso ser muy lista para advertirlo! Y eso no creo que sea razón suficiente para que todo el mundo me llame «¡pobrecita!» ¿No dice usted nada? ¡Hable usted ó creeré que ha mentido!

Muy asustada, Emma se dejó sonsacar y le explicó cuanto sabía, que no era mucho; es decir, le explicó que en la vida de su madre había un misterio, y que por eso Pablo no la amaba, ni la había visitado nunca antes de haber vuelto á reunirse con su padre.

Hasta entonces Gilberta había escuchado con gesto desdeñoso, pero aquella última herida dió en lo vivo. Las tentativas que ella misma había hecho para interrogar á su hermano le habían dado un resultado tan negativo, que renunció á proseguirlas. Todo, pues, resultaba claro y era imposible negar la evidencia. No cabía dudar que, á pesar de las muestras de respeto y de consideración que en público le daba, Pablo no amaba á su madre.

Entonces ¿era verdad que había un misterio? Gilberta no trató de descubrirlo, y le pareció ya demasiado que se pudiera juzgar así á su madre. No experimentó casi ninguna indignación contra los que de tal modo la acusaban, antes bien se sintió profundamente humillada al pensar que era hija de una mujer de quien se hablaba de tal modo. Hizo prometer á Emma que guardaría el más absoluto secreto acerca de aquella conversación, y la pobre muchacha le prometió cuanto quiso, con la firme intención de cumplir su palabra; pero aquella noche misma, antes de que hubiera pasado media hora, y gracias á hábiles preguntas de su madre, había revelado á ésta cuanto había de verdad sobre este asunto.

Emma esperaba recibir una repulsa; pero, con gran admiración por su parte, su madre se contentó con mandarle que no hablara más de ello, y la abandonó á sus remordimientos.

Gilberta, durante dos ó tres días, sufrió cruelmente. A imitación de su madre, trató de escuchar cuanto se decía á su alrededor; no oyó nada, pero no por ello dejó de sufrir menos. Sentía cólera contra todos: contra su madre, porque se había creado aquella situación embarazosa; contra su hermano, porque había dejado notar su despego; contra su padre, porque en otro tiempo no había sabido arreglar las cosas de manera que no fuese posible comentario alguno.

No sabiendo nada á ciencia cierta y no pudiendo adivinar nada tampoco, se las arregló de manera que para su propio uso inventó una novela en que todo el mundo tenía culpa y ella pagaba la de todos. Rápidamente aquella cabeza de chorlito montó en cólera, y se dijo que para salir de aquella situación no había otra puerta que la del matrimonio, y le parecía que tardaba ya en casarse para acabar de una vez con tantas habliilas.

Lo que acababa de exasperarla era que se había imaginado que no terminaría la temporada de invierno sin haber recibido seis peticiones de matrimonio cuando menos, y veía con profundo pesar que ni de una sola había sido objeto.

Movida de un acceso de irritabilidad, Gilberta se decidió á interrogar un día directamente á su madre. No experimentaba ya por ella la tierna y cariñosa simpatía del verano precedente; antes bien, le profesaba un rencor incipiente que, combinado con el cariño que todavía experimentaba por ella, aumentaba su malestar cuando la hablaba.

¿A qué causa se debía que no se hubiera pedido aún su mano desde el principio del invierno? ¿Era que quizá no le habían dicho nada de alguna petición?

La baronesa, sorprendida primeramente, contestó después con gran sangre fría:

– No, Gilberta, dijo, nadie ha pedido todavía tu mano. Eres muy joven, demasiado joven para casarte, y nuestro deseo es que no entres tan pronto en la vida conyugal. Pero, si alguien se presentara, como estamos resueltos á dejarte en entera libertad, no dejaríamos de darte conocimiento de ello, á menos que...

– ¿A no ser qué?.., repitió con viva curiosidad la joven.

– A no ser que... el pretendiente fuese indigno de ti.

Gilberta hizo un gesto de desagrado. Entendía que en aquel asunto era la principal interesada, y que, por lo tanto, ella debía decidir.

Ya algunas veces la señora de Grandpré había advertido un cambio en el carácter de su hija; pero jamás había imaginado que pudiera alterar sus sentimientos acerca de ella, y atribuía aquel cambio á la poca fijeza de ideas que tienen casi todas las jóvenes; mas aquella vez adivinó, á pesar suyo, que algo pasaba en el alma de su hija, á juzgar por el tono agresivo y el lenguaje irrespetuoso que usaba con ella. Aquella observación la hirió en lo más profundo de su alma.

¿Acaso el sacrificio que habían hecho los padres resultaría estéril para la hija? Con abdicar su altiva y dolorosa independencia, ¿habría desmerecido, acaso, á los ojos de ella? ¿Le habría dado de aquel modo facilidad para saber lo que esperó poder guardar secreto? Secreto, por lo menos, hasta que Gilberta hubiese llegado á ser una mujer aleccionada ya por la experiencia y en estado de comprender y perdonar.

La orgullosa dama conoció en aquel momento que un día tendría necesidad del perdón de su hija, como necesitaba el de su hijo, y que la realidad derribaba sus esperanzas. Gilberta, niña todavía, ¿creíase con derecho á juzgar á su madre? ¿Qué boca sacrílega se había atrevido á revelar la falta de la madre á la hija todavía inocente?

Todas aquellas reflexiones habían acudido á la mente de la señora de Grandpré con extremada rapidez. No queriendo ni pudiendo profundizarlas, contestó á su hija con dulzura, pero con una firmeza que todavía enojó más á Gilberta.

Esta se hallaba en la situación más extraña que darse pueda respecto de su madre. La amaba toda-



No, Gilberta, dijo, nadie ha pedido todavía tu mano

vía y hubiese dado mucho por oirle decir: «Nada de cuanto te han dicho es verdad.» La hubiese creído sin vacilar, se hubiera echado á su cuello y desde entonces quizá la adorara.

La necesidad de ocultar lo que sabía ponía á Gilberta en continua agitación, cuyo signo característico era el descontento. Hasta entonces había contestado alguna vez con poco respeto, pero ahora se rebeló de veras.

– ¡Yo no quiero misterios en mi vida!, exclamó la joven con tono duro.

El efecto producido por aquellas palabras asustó á la madre más de lo que es decible. Súbitamente pálida, agitaba los labios sin poder proferir una palabra y miraba á su hija con ojos de profundo terror, mezclado con una gran compasión.

– ¡Perdón, mamá, perdón!, exclamó la imprudente precipitándose hacia ella.

La mano de la baronesa la detuvo en su impulso. La baronesa de Grandpré había recobrado la palabra.

– Por esta vez te perdono esas palabras, dijo con voz tan cambiada que hizo estremecer á Gilberta; pero procura no empezar de nuevo, pues no lo sufriré.

Su madre había hecho como que no la entendía, y Gilberta, en vez de agradecérselo, se enojó más. ¿La tratarían siempre como una chiquilla? Besó fríamente la mejilla de su madre, y un momento después se refugió en su cuarto para desahogar su mal humor.

Emma llegó al cabo de poco rato, y Gilberta, sin revelarle nada de lo que había sucedido, se le quejó de que la trataban con demasiada dureza. Su amiga la compadeció de todo corazón, y bruscamente su inteligencia obtusa formuló esta pregunta:

– ¿Por qué no se casa usted?

Aquella desdichada interrogación estuvo á pique de hacer estallar la cólera de Gilberta, que se contuvo, sin embargo, y dijo:

– Sí, me casaré; ya estoy cansada de estar aquí.

Antes de las ocho, Luis y su madre sabían esas palabras y ese disgusto de la heredera. La señora de Egrigné comprendió que la situación era grave y que debía obrar sin tardanza. Acto seguido dictó una carta á su hija, invitando á su amiga á pasar la tarde del día siguiente con ella, y á trabajar juntas en una labor para una tómbola de beneficencia.

XI

Nunca había sospechado la señora de Grandpré que detrás de la insignificancia de Emma se ocultara aquel hermano que hacía la corte á su hija y que tenía el plan de casarse con ella. Es verdad que Luis procuraba asistir á todas las reuniones donde iba la que consideraba su futura esposa, que no bailaba sino con ella, que le daba conversación y la miraba con ojos rendidos; pero esto lo hacía de manera disimulada y procurando que no lo advirtiera la baronesa. Con una madre menos preocupada que lo estaba la señora de Gradpré, esas precauciones hubiesen sido seguramente inútiles, pero la baronesa no advirtió nada.

Así es que no tuvo ningún reparo en dejar ir á su hija á casa de la señora de Egrigné, accediendo al deseo manifestado en la carta, y allí encontró Gilberta otra porción de jóvenes ocupadas en coser pelotas y otros objetos propios para una tómbola. Desaparecieron al cabo de un par de horas las demás muchachas, y aquélla se encontró sola con la señora de Egrigné, pues también Emma se había retirado con un pretexto cualquiera, y la madre de Luis, haciendo sentar á Gilberta en un ancho sillón, empezó á hablarle confidencialmente.

– Querida hija, le dijo, ¿me permite usted que le dé ese nombre afectuoso? No puede usted pensar cuánto la quiero. ¡Sí! ¿Eso la admira? Lo comprenderá usted de aquí á un momento. Desde que la he conocido ha ido usted ganando poco á poco y por entero mi corazón. Emma la quiere á usted como si fuera su hermana. Esto me ha sorprendido al principio, porque no había visto nunca á mi hija demostrar tanta amistad por ninguna de las jóvenes que ha conocido en sociedad. Después, por lo que me contaba, he podido comprender el grado de afección que usted le ha inspirado y que merece.

Gilberta escuchaba con los ojos bajos y con la modestia propia de aquel que recibe á boca de jarro lisonjas desmedidas. La señora de Egrigné tomó aliento, y continuó:

– Esa amistad que mi hija profesa á usted y que ha sabido hacerme compartir, nos ha causado ya muchos disgustos... Prefiero hablar á usted con entera franqueza, pues no puedo soportar la duda. Ayer dijo usted á Emma que iba usted á casarse. ¿Me permite que le pregunte si ese proyecto de matrimonio está muy adelantado?

– No, contestó Gilberta que no mentía.

– Es que..., perdone usted á una madre... (Aquí la señora de Egrigné se deshizo en lágrimas)..., si la elección de usted está ya hecha, si su resolución es irrevocable... ¡mi hijo... morirá!

Aun cuando ahogadas por el pañuelo de la tierna madre, estas últimas palabras habían sido pronunciadas de manera que Gilberta las oyera distintamente.

Cuando se tienen diez y ocho ó veinte años, nada es tan halagüeño como ser la causa de la muerte de un joven, sobre todo cuando goza todavía de cabal salud. A falta de caridad, la simple cortesía parece exigir que se impida esa muerte ó siquiera se evite que sea repentina. Gilberta, pues, explicó á la señora de Egrigné que su hijo no estaba en inmediato peligro.

La excelente señora dió gracias con efusión á la hermosa boca que pronunciaba palabras tan consoladoras, y movida de la dicha que sentía al verse así tranquilizada, espetó á Gilberta una prodigiosa cantidad de frases, algunas de las cuales maldito lo que tenían que ver con el amor de Luis. Como la buena señora tenía habilidad y paciencia felinas para conseguir sus propósitos, sin hablar directamente de las dificultades que la joven experimentaría en sociedad á consecuencia de su posición algo falsa, logró que esta idea martillara el cerebro de la joven, é insinuó que los Sres. de Grandpré se arreglarían de manera que ella tuviera que casarse con un novio por ellos escogido. Añadió que en el caso de que Gilberta quisiera casarse según los impulsos de su corazón, debería sostener luchas muy penosas, y quizá se debía esto á que los Sres. de Grandpré no habían sido bastante bien aconsejados al volver á reunirse bajo el mismo techo... El Sr. de Marsac era quien había arreglado aquello sin que nadie supiera ni cómo ni por qué...

Al pronunciar el nombre de Marsac, la señora de Egrigné se mordía los labios como si hubiese mordido al propio Marsac, pues éste se le había hecho antipático sin razón alguna, quizá porque las naturalezas francas y abiertas repelen á los caracteres disimulados y bajos.

Gilberta escuchaba sin decir palabra; la tentadora procedía con tal tacto y cuidado, que era imposible detenerla ni siquiera interrumpirla; cuando, por un refinamiento de hipocresía, se interrumpía por propia voluntad, las frases que no acababa eran las más peligrosas.

Cuando hubo sembrado la desconfianza y la turbación en el alma de la joven, la señora de Egrigné volvió á hablar de su hijo. ¡Qué desgracia que Luis no tuviera fortuna! ¡Nunca aquella buena madre había deplorado tanto la injusticia de la suerte, que se complace en favorecer á los menos dignos de sus beneficios! Si el Sr. de Egrigné hubiese vivido, ¡qué posición hubiese conquistado con su talento, su ciencia, su honradez y su elocuencia forense! La señora de Egrigné indicaba con palabras mal encubiertas que el cargo de ministro de Gracia y Justicia bajo un régimen constitucional apenas era recompensa suficiente para la virtud é inteligencia de su marido. Pero había muerto en el momento en que empezaba á recoger el fruto de su trabajo y de su talento..., y su hijo, que se le parecía en todo, por su inteligencia y su moralidad particularmente, no tenía ni la fama ni la posición que le eran debidas. Si hubiese tenido millones... y un nombre campanudo... Al hablar de millones la señora de Egrigné meneó dolorosamente la cabeza. El desgraciado mozo era digno de compasión. Sin fortuna, rico únicamente por su buen nombre, no se atrevería jamás á presentarse como pretendiente y á declarar la pasión que había concebido. La señora de Egrigné conocía el corazón de su hijo... ¡Ocultaría su herida, pero moriría de ella! ¡Ah! ¿Por qué no supo guardar mejor aquel secreto? Solamente el exceso de sus temores maternales podía excusar aquella confidencia que se reprochaba ya como una traición á su hijo.

En aquel momento la puerta se abrió y el héroe de aquella aventura apareció en el umbral. Al conocer á Gilberta quiso retirarse; pero le faltó valor para ello y quedó en la penumbra, que favorecía las dotes de su escuálida persona, esperando que un gesto le permitiera entrar.

La señora de Egrigné, confusa, turbada, se deshizo nuevamente en lágrimas y dijo: «¡Lo sabe todo!,» y salió por otra puerta que cerró.

Luis se aproximó y estuvo elocuente. Se deslizó de rodillas, con mucha habilidad y sin caer en ridículo; protestó de su ternura; reprochó á su madre por haber hablado, y suplicó á Gilberta que, puesto que á él no le era dable crearse una fortuna en poco tiempo, renunciara ella á la suya, asegurando que así serían muy dichosos, y terminó afirmando y jurando que la amaría sin esperanza hasta el último suspiro. Besó luego respetuosamente y con frenesí una mano que no se retiraba sino á medias, y llamó á su madre, diciéndole que nunca debió de haber revelado un secreto que amenazaba deshonrarle á él, ¡á un Egrigné! Y diciendo esto, salió desesperado. Esta escena había pasado rápidamente. El joven había hablado con discreción suficiente para que Gilberta no pudiera imaginar que se le había tendido un lazo. Se puso ésta el sombrero, algo nerviosa, y se retiró besando á Emma, que había aparecido de nuevo. La señora de Egrigné no la besó; tendió su mano en silencio, con un ademán que imploraba perdón, y la puerta se cerró, ó mejor podría decirse que cayó el telón, terminado que hubo aquella comedia.

Gilberta no era tonta, y un poco de reflexión le hubiese hecho advertir los puntos débiles de aquella obra en que acababa de representar un papel puramente pasivo. Pero era joven, tenía la cabeza á pájaros, y todos los fermentos de indisciplina obraban en ella. Las ambiguas palabras de la señora de Egrigné habían despertado el eco de sus propias impresiones. Al propio tiempo se sentía indignada de oir decir á otros lo que había pensado ella misma, y satisfecha de ver que se le daba la razón.

En tal estado de ánimo, nada se atrevía á decir á sus padres de lo que acababa de saber; calló, pues, y meditó profundamente durante muchos días. Luis de Egrigné no le gustaba por su persona, y sin embargo, había producido impresión profunda en ella porque se le había dicho que la amaba y por haberlo visto de rodillas ante ella, cosas ambas que hacen siempre gran efecto la primera vez que suceden.

Una serie de contrariedades que no hubieran valido la pena en otra ocasión, pero que entonces revestían gran importancia, á causa de la antipatía latente que existía entre ellas, mantuvo la frialdad entre la baronesa y su hija, hasta el punto de que lo advirtió el Sr. de Grandpré. A pesar del embarazo que sentía en tratar con su mujer cualquier asunto confidencial, se decidió á preguntarle si sabía la causa del mal humor de su hija.

Pensando solamente en que tenía que repetir á su marido las palabras que le había dicho su hija, la baronesa sintió que le faltaba el ánimo. Se contentó, pues, con decir que Gilberta se había explicado de una manera poco respetuosa acerca de su eventual matrimonio, y que ella la había reprendido por el modo como se había expresado.

– Ha hecho usted bien, dijo el Sr. de Grandré; Gilberta hace algún tiempo que trata de emanciparse, á lo que me parece.

– En otras ocasiones no se portaba de esta manera; puedo asegurar á usted que era obediente y sumisa...

– Estoy convencido de ello; y por mí mismo he notado que era muy distinta cuando me la presentó usted... Sin duda el ambiente de la sociedad...

– Querría, á lo que me figuro, estar ya casada, añadió lentamente la baronesa.

El Sr. de Grandpré no contestó. Durante el invierno varias veces le habían hablado ya con palabras embozadas del matrimonio de su hija, y le habían tanteado acerca de sus intenciones. A pesar de las tristezas de su vida, estimaba que el amor compartido es la mejor salvaguardia del honor conyugal, y deseaba, ante todo, que Gilberta se casara con un hombre á quien amase. Pero ninguno de los que se habían presentado en calidad de pretendientes le había parecido digno del amor de su hija.

– ¡Plegue á Dios, dijo al cabo, que encuentre la dicha en su matrimonio! Ni usted ni yo deseamos sin duda forzar la elección de nuestra hija; pero hubiera deseado que la estancia en nuestra casa le hubiese sido tan grata que le permitiera pasar aquí algunos años en nuestra compañía antes de crearse á su vez un hogar propio.

La señora de Grandpré no contestó, no era la primera vez que su marido expresaba el deseo de conservar á su lado durante mucho tiempo á Gilberta, y adivinaba asimismo que la ternura paternal no era la única causa de ello. Aun cuando el barón no había aludido jamás á la separación que seguiría al matrimonio de su hija, sabía por Marsac cuán penosa le era aquella idea.

– Es una crueldad inútil, había dicho á su confidente común, pues nos hiere á todos por igual: á ella, á mí y á nuestros hijos.

Pero la baronesa persistía en su resolución; la sociedad, desde que había vuelto á ella, le pesaba más que nunca; y la necesidad de continuar haciendo un papel odioso, le parecía cada vez más dura. Una cosa solamente hubiese podido hacer que

desafiara la antipatía que por dondequiera encontraba. Si hubiese podido reconquistar el corazón de su hijo, hubiese entrado cogida de su brazo y con la frente alta en el salón más hostil. Pero Pablo no la había perdonado ni la perdonaría jamás, y el ansia de soledad y silencio que torturaba á la madre, se vería al fin cumplida cuando se casara Gilberta. Eso es lo que había dicho á Marsac y lo que este

La señora de Grandpré no se mostró tampoco entusiasmada.

– No son de nuestra clase, dijo simplemente.

– Pero le recibimos y Gilberta va á su casa, afirmó el barón, queriendo hacerles esa justicia.

– De todos modos, replicó la baronesa, me parece un partido muy mediano.

– Sin duda..., ¿cree usted que debemos rehusar?

Devolviendo pregunta por pregunta, miró á su padre de frente y contestó:

– Y usted, padre mío, ¿desea que me case?

– Te dejamos en completa libertad de aceptar ó de rehusar, hija mía. Pero, si nos preguntas nuestro parecer, hele aquí: ni tu madre ni yo sentimos simpatía alguna por ese joven, y desearíamos que no te casaras con él.



... y allí encontró Gilberta otra porción de jóvenes ocupadas en coser

fiel amigo repitió al Sr. de Grandpré, el cual comprendió entonces cuán vana había sido la esperanza que abrigara de que su mujer fuera para él, después del casamiento de sus hijos, la compañera de su vejez y la que le ayudara á pasar los últimos años de una vida, si no dichosa, libre, por lo menos, de toda amargura.

Más y más irritada por aquel sordo descontento que sentía, unas veces contra la señora de Egrigné, otras contra su propia familia, Gilberta se hacía verdaderamente intolerable. Aun cuando no hubiese resistido abiertamente desde el día en que su madre la había asustado tanto, oponía á todos los esfuerzos de ésta una mala voluntad, que era, por otra parte, reprimida por la baronesa con firmeza inexorable. Aquella situación no podía prolongarse mucho tiempo sin producir á la larga choques penosos para todos. La más fútil de las contrariedades, una orden mal comprendida y ejecutada, provocó por parte de la baronesa algunas palabras severas; y el resultado fué que Gilberta experimentó tal acceso de rabia silenciosa, que inmediatamente escribió á Emma: «Decid á vuestro hermano que me pida en matrimonio.»

Enviando esta esquela firmada con sus iniciales, Gilberta no había tenido la intención de comprometerse; era una especie de arrebato destinado á poner en evidencia sus derechos ó, por mejor decir, para contrariar los deseos de sus padres.

Al día siguiente, Luis de Egrigné se presentó en su casa y, como se le había dicho, pidió la mano de Gilberta.

El barón recibió aquella petición con menos sorpresa de lo que pudiera creerse; su cariño paternal le había hecho notar la intimidad de las dos jóvenes, y el despego de Gilberta desde algún tiempo á aquella parte, le hacía presentir lo que ahora sucedía.

No estaba satisfecho; aun dejando aparte todo sueño de ambición, el joven sólo le gustaba á medias; la hermana era tonta, la madre fastidiosa; pidió ocho días para reflexionar...

Muy distante todavía de sospechar el complot urdido, sentía, sin embargo, cierta desconfianza. Habiendo consultado con Marsac la petición que se le hacía, éste dió informes que fueron bien poco favorables al joven, que por dos ó tres veces había probado ya hacer un matrimonio por dinero, sin que jamás hubiese podido conseguir su objeto.

– Ciertamente.

– Estamos de acuerdo, dijo el barón con tono satisfecho. Voy á escribirle en ese sentido.

– ¿Y Gilberta?, preguntó la señora de Grandpré, no sin hacer un violento esfuerzo, recordando la escena que había pasado con su hija. Le dije yo que le daría conocimiento de cualquiera petición de ese género. Y como ésta no tiene nada de deshonroso...

– Es muy justo. ¿Quiere hablarla usted misma?

La baronesa vaciló. No se atrevía, sin querer confesarlo, á entablar una conversación de ese asunto con su hija, pues la primera que tuvo no le dejó ganas de insistir.

– ¿No cree usted, contestó, que sería mejor hablarla los dos juntos?

– Tiene usted razón, respondió el barón; le diremos que venga.

Gilberta se presentó ante sus padres en la peor disposición de ánimo del mundo; una tarjeta de Emma, que había recibido la víspera, decía estas pocas palabras: «Todo ha salido á pedir de boca.» Luego, esperaba con una especie de trepidación nerviosa el momento decisivo, deseando que sus padres no le hablaran de tal asunto. Así es que cuando oyó que la llamaron, creyó que habían consentido en el matrimonio, y durante un momento tembló al pensar que aquel casamiento iba á realizarse; pues, al fin y al cabo, conocía muy poco al joven que iba á ser su marido. ¿Querrían acaso sus padres desembarazarse de ella, echándola en brazos del primer desconocido? Una porción de sentimientos distintos y contradictorios batallaban en ella y le quitaban toda libertad de acción.

Cuando el Sr. de Grandpré, con voz grave, le indicó la petición recibida y le hizo ver todas las ventajas y desventajas que presentaba la situación del pretendiente, su mente tuvo percepción más clara de la realidad.

– Dicho esto, interrogó su padre, ¿quieres ser la esposa de Egrigné?

Cinco minutos antes hubiera contestado resueltamente: «No.» Pero, oyendo exponer la medianía que resultaba en todos los terrenos aquel que había dicho que la amaba, su padre, sin saberlo, había tocado una de las mil fibras harto sensibles de aquel amor propio enfermizo, y la había producido impresión contraria.

– ¿Por qué?

Esta pregunta sorprendió y turbó al barón, que no la esperaba. Sin embargo, fué preciso contestarla, y el argumento de que para ello se valió no fué de los más felices, dadas las circunstancias.

– Su fortuna es muy desproporcionada con la tuya, para que podamos creer desinteresada su pretensión.

Los ojos de Gilberta centellearon. ¿Acaso, de rodillas ante ella, no le había suplicado Luis que abandonara su fortuna? ¿Creía su padre que no se la podía querer por ella misma?

– Por mi parte, contestó con tono seco, estoy segura de que me ama por mí misma.

Sus padres la miraron estupefactos, como dudando de lo que decía.

– ¿Estás segura?, preguntó la baronesa. ¿Y cómo lo sabes?

– Poco importa el porqué lo sé; el caso es que estoy segura de ello.

Sus padres se miraron sin decir una palabra y comprendiendo lo que había sucedido: la amistad de Gilberta con Emma había dado sus naturales frutos.

– Hija mía, dijo la señora de Grandpré, puesto que no quieres explicarnos de qué manera sabes los sentimientos que este joven abriga hacia ti, es natural que rehusemos tomar en serio tal proposición. Por otra parte, te hemos dicho que esa alianza no nos conviene. Hemos querido hablarte, primeramente porque te lo habíamos prometido, y luego porque tus relaciones amistosas con la señorita de Egrigné será preciso que se modifiquen...

Gilberta se puso muy pálida, y á pesar de que á primera vista se notaba que sufría un acceso de cólera, dijo solamente:

– Padre mío, me ha preguntado usted si deseo casarme con el Sr. de Egrigné; á esta pregunta contesto: Sí.

Esto lo dijo interrumpiendo á su madre y sin mirarla siquiera.

La falsa posición en que se encontraban los dos esposos, uno de otro, hacía mucho más odiosa aquella ofensa voluntaria de su hija.

– ¡Gilberta!, dijo el Sr. de Grandpré levantándose, acabas de faltar á tu madre; ¡pídele perdón en seguida!

(Continuará.)

LA CIENCIA EN EL TEATRO

CALDERA ELÉCTRICA.-CASCADA DE PIEDRAS PRECIOSAS

BAILE DE JOYAS

Desde que los progresos de la electricidad permitieron obtener la luz de una manera práctica y segura, el teatro del Chatelet de París fué el primero en instalar el material necesario para la producción de ésta, á saber, máquina de vapor y dinamos. Más tarde, cuando después del incendio de la Opera Cómica se hizo obligatoria para todos los teatros la luz eléctrica, instalóse en la plaza del Chatelet una verdadera fábrica de electricidad para alimentar á los dos teatros municipales que en dicha plaza se levantan, uno enfrente de otro. Pero en la actualidad, con las canalizaciones eléctricas extendidas por toda la capital, desaparecen las fábricas particulares, y los teatros están en comunicación con la central del barrio. De ello resulta que los teatros no pueden tener calderas, lo cual es á veces un inconveniente grave para ciertos efectos escénicos que exigen chorros de vapor. Este caso se ha presentado en el Chatelet, en la obra que actualmente allí se representa, titulada *Le voyage de Suzette:* en un momento dado sale un buque que, para producir mayor ilusión, aparece en escena silbando y dejando escapar nubes de vapor. M. Judic, uno de los directores del teatro y que es, al mismo tiempo, un excelente electricista, ha resuelto el problema del vapor sin hogar, instalando en el referido buque una caldera calentada por la corriente eléctrica (fig. 1).

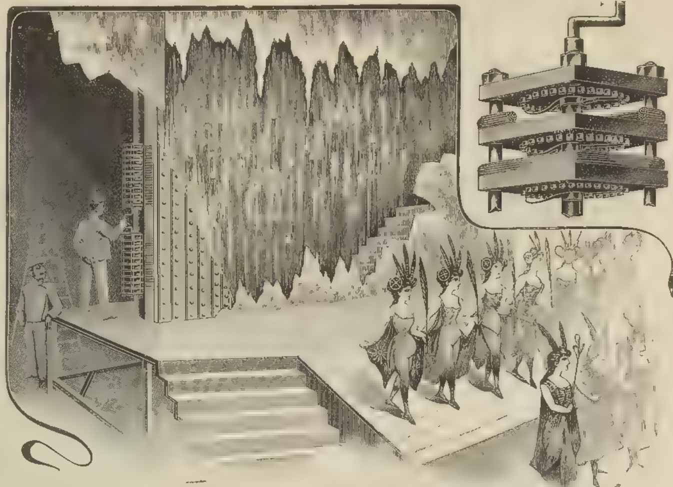


Fig. 3. – La cascada de piedras preciosas en «Le voyage de Suzette,» obra representada en el Chatelet, de París

Tiene una capacidad de cincuenta litros, descansa sobre un armazón de madera fácilmente transportable y está provista de silbato, sirena, manómetro, y en una palabra, de todos los accesorios ordinarios.

En el fondo hay diez agujeros en los cuales hay montados tubos de 35 centímetros de longitud, cerrados en su extremo superior y abiertos por abajo; de este modo se ha formado una especie de caldera tubular, cuya superficie de calefacción está constituída por la superficie de los tubos. En cada uno de éstos se introduce un cilindro de tierra refractaria, rodeado de una espiral de hilo de *maillechort* y cubierto de cartón de amianto, que forma lo que se llama una bujía. Las dos espirales van á parar á una toma de corriente que puede enlazarse con la canalización eléctrica. En cuanto la corriente circula, el hilo, que ofrece al paso de la misma una gran resistencia, se pone al rojo y permanece en este estado todo el tiempo que se desea. Varios conmutadores permiten hacer funcionar una ó varias bujías; al principio, se emplean todas á la vez y cada bujía consume cuatro amperios, ó sea un total de 40. En estas condiciones se necesita una hora y media para obtener la presión suficiente para la alimentación del silbato y de la sirena; una vez obtenida la presión y en el intervalo de las escenas en que se emplea el vapor, se mantiene aquélla dejando en el circuito solamente una ó dos bujías.

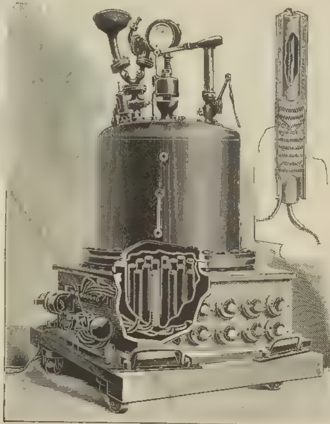


Fig. 1. – Caldera eléctrica del teatro del Chatelet, de París

Es probable que algunos otros teatros tendrán ocasión de emplear esta caldera, que de hoy en adelante formará parte del material de todo escenario bien organizado.



Fig. 2. - Las joyas luminosas. Equipo de las bailarinas en el salón de baile

En la obra antes citada, M. Judic ha hecho otra aplicación de la caldera eléctrica para producir en el espectador la ilusión de una cascada de piedras preciosas, imaginando á este efecto una combinación muy ingeniosa. De una masa de rocas situada á lo lejos se escapa una cascada figurada por un telón de tela ligera que contiene hilos de oropeles; de lo alto de la misma (5 metros de alto por 7 de ancho) parecen caer piedras preciosas de todos colores: diamantes, topacios, rubíes, esmeraldas (fig. 3). Este efecto se obtiene mediante mil lámparas de incandescencia de colores varios, colocadas en la tela transparente que figura la cascada, y dispuestas una debajo de otra en número de cincuenta en veinte barras de madera situadas verticalmente una al lado de otra, en toda la anchura de la decoración.

Iluminando por un instante y sucesivamente, comenzando de arriba abajo, cada lámpara de una misma barra, se produce enteramente la impresión de una caída desde lo alto; estas iluminaciones y extinciones se obtienen por medio de un conmutador especial colocado entre bastidores, que reproduce aparte el grabado.

Todas las lámparas de una misma barra están enlazadas á una corona de tacos dispuesta en una planchita, y un frotador cierra el circuito de una lámpara cuando pasa por encima del taco correspondiente y lo corta en seguida cuando pasa al taco vecino para encender la lámpara siguiente. Las planchitas están colocadas unas encima de otras y reunidas por travesaños, y el conjunto de las mismas está sólidamente unido á un montante y atravesado por el centro de parte á parte por un eje provisto de un manubrio que permite imprimirle un movimiento de rotación. Sobre este eje van fijados por medio de un collar los frotadores que llevan la corriente á los tacos de cada planchita. Dada la posición en que está calzado el frotador sobre el eje, se comprende que puede producirse la primera iluminación donde se desee, habiéndose procurado para el caso que nos ocupa no empezar al mismo tiempo en todas las lámparas de la parte superior, sino, por el contrario, variar el punto de partida en cada barra, á fin de producir la impresión de piedras que caen al azar en la corriente de agua. Añadiendo un segundo frotador para cada planchita, pueden iluminarse al mismo tiempo dos puntos diferentes de una misma barra. Basta aflojar y apretar el collar para calzar como se quiera los frotadores, merced á lo cual pueden producirse múltiples combinaciones, como por ejemplo la caída de piedras en diagonal, en cuadrícula, etcétera. Es de notar que variando la dirección de la rotación se produce el efecto de una ascensión en vez de una caída, lo que puede utilizarse para figurar fuegos artificiales.

Con el objeto de obtener un brillo más intenso, M. Judic ha adoptado lámparas de 75 voltios, siendo la corriente de 110. Esto no ofrece inconveniente, porque cada lámpara no permanece iluminada más que una fracción de segundo; pero como podría suceder que á consecuencia de una falsa maniobra del manubrio hubiese una parada, hay prevenido un interruptor general que el maquinista mantiene cons-

tantemente cerrado tirando de un hilo y que en cuanto se soltara éste se abriría por sí mismo.

Esta combinación funciona perfectamente y obtiene un gran éxito, no sólo en París, sino que también en Londres, adonde ha sido llamado su inventor para instalarlo en el teatro Drury Lane.

Finalmente, para completar la aplicación de la electricidad á la comedia de magia, compúsose un baile en el cual sesenta bailarinas llevan cada una diez lámparas de incandescencia colocadas en su traje y en su tocado. Esto se había hecho ya en la Opera, pero con un número reducido de personas; en el Chatelet el efecto es más completo.

Se han formado grupos que personifican cada uno una piedra preciosa diferente, y para ello se han pintado las lámparas con barnices transparentes, habiéndose requerido cierto cuidado para obtener el efecto que se deseaba, pues la luz, bajo el barniz, ha dado lugar á muchas sorpresas: en numerosos casos para obtener el resultado ha sido necesario emplear envolturas de cristal glaseado. Las lámparas de cuatro voltios están todas en derivación sobre el circuito de un pequeño acumulador de dos elementos que la bailarina lleva en un saco de caucho que le sirve de miriñaque (fig. 2). Hay dos circuitos, uno para el tocado y otro para el traje, y ambos están unidos á un interruptor puesto al alcance de la mano, que cierra la corriente á una primera presión y lo abre á una segunda y así sucesivamente. En momentos dados las sesenta bailarinas iluminan las lámparas ó las apagan, produciendo hermosos efectos. Varios hilos delgados terminados por tapones de toma de corriente permiten unir rápidamente cada circuito al acumulador. Los acumuladores se cargan durante el día por medio de un cuadro de distribución especial, y todas las bailarinas, poco antes de salir á la escena, van al salón del baile para ponerse cada una su aparato.

G. CHALMARÉS.


EL BRASERO DE CUPIDO, porcelana de la Fábrica Nacional de Sevres

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

MANUAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL, por *D. Antonio García Llansó*. – Tomo en 4.º menor, de 591 páginas. Precio, 10 pesetas. – Es un libro completísimo, en el que primeramente se trata la parte positiva de la legislación española sobre propiedad intelectual, presentándola por orden alfabético de materias; después se da un extracto del derecho establecido en los demás países civilizados, y por último se insertan las leyes españolas de 1847 y 1879; reglamento de ésta; convenios de propiedad literaria, artística y científica; ley de Imprenta; reglamento de policía de espectáculos y otras muchas resoluciones complementarias. Condensada esta obra en forma práctica, resulta de grandísima utilidad, tanto para los autores como para los editores, puesto que á los unos y á los otros les enseña los derechos y los deberes que las leyes les señalan. Los pedidos de ejemplares de este libro deben dirigirse á D. Francisco Puig, librero. Plaza Nueva, 5, Barcelona.

JUEGOS FLORALES DE COLONIA DE 1901. – Un tomo de más de 300 páginas con grabados, pulcramente impreso en Colonia por F. Sohn y J. F. Lané.

ELOGIO FÚNEBRE DEL EXCMO. SR. D. VÍCTOR BALAGUER, leído en la velada dedicada á honrar su memoria en el Fomento del Trabajo Nacional por *D. Manuel Creus*. – Folleto impreso en la tipografía de Domingo Casanovas, Barcelona.



Ninfas fabricando amorcillos, porcelanas de la fábrica Nacional de Sevres

PORCELANAS

DE LA FÁBRICA NACIONAL DE SEVRES

Dos nuevos ejemplares de porcelanas de la Fábrica Nacional de Sevres publicamos en esta y en la anterior página, ambos hechos por el mismo procedimiento de pastas sobrepuestas que los que en anteriores números hemos reproducido. No insistiremos, por consiguiente, en encomiar la perfección de su factura, que está á la altura de las mejores piezas salidas de aquel importante establecimiento industrial, en donde se producen objetos de cerámica que por su precio rivalizan con las joyas más costosas.

Unicamente llamaremos la atención de nuestros lectores sobre las bellezas de composición que avaloran esas porcelanas: el asunto está deliciosamente concebido y desarrollado con una delicadeza y una gracia admirables. La idea que en ambas obras preside se presta á mil galanuras de imaginación, y fuerza es confesar que el artista que le ha dado forma ha encontrado la nota propia para exteriorizarla, trazando una serie de elegantes figuras de ninfas y amorcillos que aisladamente consideradas son un portento de corrección y cuya agrupación hábilmente hecha constituye un conjunto de excelente efecto.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXI ← Barcelona 3 de marzo de 1902 → Núm. 1.053

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



TRANSICION,
acuarela de Jacinto Espinal

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

PINCELADAS DE LITERATURA

Nadie negará que es de palpitante actualidad la huelga. En Barcelona no creo que se piense en otra cosa, y aquí de otra cosa no se habla. Pero ¿es acaso fácil tocar, en una crónica, como de pasada y por juego de la pluma, este asunto verdaderamente magno?

Y además... Cuando se tocan asuntos semejantes sin espacio ni meditación suficientes, se cae en la gastada enunciación de los lugares comunes, cien veces mascados y remascados en la conversación, aborrecibles ya, como música amanerada de organillo. Cada cual piensa haber realizado notable descubrimiento, al proponer lo mismo que á la misma hora están proponiendo veinte mil *estadistas* de su calaña... El uno quiere arreglarlo todo con mucha caballería, mucha infantería y mucha artillería, sin prescindir de la guardia civil y policía consiguientes; el otro tiene suma confianza en discursos, conferencias y artículos; alguno habla de soltar las mangas de riego; éste es optimista cerrado, con vistas á Jauja; aquél pesimista tétrico... Ya se los sabe uno de memoria.

Por otra parte, la suspensión de garantías es un tapabocas, y me atengo á la legalidad. No he de decir de la huelga sino lo que se suele decir en los partos: «Dios les dé una hora cortita y feliz.»

***

No pudiendo dedicar espacio á los sucesos de Cataluña, lo dedicaré á algo bien catalán y reciente y pacífico: á un libro que acaba de ver la luz en Roma. Débese á la pluma del joven escritor José León Pagano, y aunque lleva este título *Al través de la España literaria*, en subtítulo, sobre la figura modernista que decora la portada, leo «Los catalanes,» y debajo encuentro una especie de índice sugestivo: Angel Guimerá, Pompeyo Gener, Juan Maragall, Jacinto Verdaguer, Narciso Oller, Apeles Mestres, Ignacio Iglesias, Francisco Matheu, Santiago Rusiñol, Alejandro Riquer: la lista completa.

José León Pagano tiene anunciado otro tomo, de castellanos..., digo mal, de provincianos, porque acaso, entre los que vamos á salir allí á plaza, no haya ninguno nacido en Madrid y pocos lo serán en alguna de ambas Castillas. – Pero así como principió á conocer á España por Cataluña, tratando y estimando á sus hijos ilustres, también la Cataluña literaria comenzó la obra, para nosotros altamente beneficiosa, de difundir en los países latinos extranjeros noticias de nuestra vida artística é intelectual.

***

¿Extranjeros he dicho? Pues qué, ¿en España andamos tan enterados de lo que sucede en Cataluña, en la Cataluña que piensa y trabaja con el cerebro? ¿Tenemos tan presentes los nombres que componen el índice de Pagano? ¿Se han familiarizado de tal manera los oídos con ellos, que el libro del escritor italiano sea para nosotros una lectura de lujo?

Creo contarme en el número de las personas menos mal informadas del movimiento intelectual catalán, porque me gusta, en general, estar al corriente – sin otras pretensiones – de lo que se hace en el mundo; con más razón en un mundo que tengo tan próximo y que forma parte de mi patria. No es mi ignorancia de la literatura catalana tan supina é invencible como la de la inmensa mayoría de los españoles que, *no obstante*, se ocupan en cuestiones literarias; y con todo eso, el libro de Pagano me va á enseñar mil cosas interesantes y que en artículos dispersos nunca se aprenden.

Encabeza la obra una discreta Introducción destinada á dar sucinta idea de los orígenes históricos de la literatura catalana. Siguen los estudios críticos, precedidos de retratos, y henchidos de curiosas observaciones, de interesantes detalles, con esa abundancia de información íntima que sólo contienen los libros que no son *de libros*, sino que han nacido de la frecuentación asidua y estudio cariñoso de personalidades, caracteres y costumbres.

Así, por ejemplo, á los catalanes que conozco y trato – y no son muchos, porque repito que en este particular el joven italiano está mejor enterado que nosotros, – á los catalanes que conozco y trato, repito, los encuentro en las páginas de *Attraverso la Spagna letteraria* enteramente conformes con la imagen que en mi mente conservo. Ahí está Angel Guimerá, en la redacción de la *Renaixensa*, embos cado tras sus lentes, parecido física y aun moralmente á Galdós – de quien es paisano, mal que le pese á tan decidido catalanista. – No estoy, sin embargo, conforme (¿pero cuándo sucederá que se esté enteramente conforme con un artículo crítico?) en que el teatro de Guimerá carezca de tradición. El teatro de Guimerá es romántico – como es romántico el de Echegaray, y esto no quiere decir que ambos dramaturgos se parezcan.

***

A otros, á los que personalmente no conozco – como á Jacinto Verdaguer, – me agrada verlos al través de la benévola y simpática impresión que se adivina han producido en el espíritu de Pagano. Y ya que digo esto, añadiré que no comprendo libros del género del de Pagano si no los baña é impregna la más ardiente simpatía. – No vale la pena de ir á un país, dedicarse á saber lo que en él acaece, trabar amistad con las personas que en él significan y valen, leer libros, tomar notas, para salir luego con que todo aquello nada importa, y que era igual, ó preferible, no haberse molestado. Los iniciadores y vulgarizadores de literaturas, como Melchor de Voguié y como ahora Pagano, necesitan encontrar de leite y manantiales de admiración en lo que divulgan; necesitan enamorarse del asunto que tratan, y comunicar su amor, contagiar al público, propenso – cuando sólo se le muestra el reverso del tapiz, los defectos y máculas que presenta todo, al mirarlo con ojos displicentes y severos – á creer que ya debe pasar de largo. Por otra parte, la crítica moderna, subjetiva, presta inmensa libertad para el elogio. Si estamos satisfechos y experimentamos un indiscutible goce, ¿quién puede regatearnos el derecho á comunicarlo y transmitirlo?

***

No es, pues, extraño que el autor del libro á que voy refiriéndome manifieste entusiasmo sin límites hacia la literatura catalana y sus primates. En ellos encuentra y descubre Pagano algo más que el mérito de la forma, dejando traslucir que los ideales de independencia y progreso que palpitan en el fondo de esa literatura le subyugan y atraen.

«Apeles Mestres – dice el joven escritor, – como todos los catalanes, es de opinión que en Cataluña la poesía cuenta con más y mejores cultivadores que en el resto de España. «De cierto – me decía – estamos por bajo del resto de Europa, pero también por cima de las demás regiones peninsulares.» Este criterio, á mi parecer muy necesitado de restricciones y distingos, no andará desacorde con el de Pagano; en su espíritu ha debido grabar honda huella el espectáculo de un país realmente distinto de la clásica España inerte para los negocios, refractaria al soplo y que poco á poco va sumiéndose en las nieblas de su ocaso.

***

Si tuviese que poner defectos al libro, diría que gusto poco del sistema de *interviews* y que cada día me convencen menos las descripciones de interiores y los retratos á la pluma, ligeros, amables y lisonjeros, porque así tiene que ser. La crítica es otra cosa; es ante todo apreciación de *la obra en sí*; de su valor estético, de su puesto propio entre las demás afines en el momento en que aparece. Y esta manera mía de comprender la crítica es la misma de Pagano, que no sólo la emplea á veces, sino que lamenta que las exigencias de la información para una Revista le hayan impuesto el método de la *interview*. ¿Qué suele recogerse en esas *interviews*, francamente? La impresión de un paisaje ó un edificio; la forma de un mueble; el color de un cortinaje; la expresión de una manía personal, sorprendida en el gabinete de trabajo; la noticia de que éste escribe en un gabinete tranquilo y aquél sobre la mesa de un café ó de una redacción bulliciosa... He ahí lo más que de una *interview* suele deducirse, amén de la exposición de las ideas críticas de escritores que no son críticos, y que hasta pueden, sin dejar de valer mucho como artistas, carecer de instinto y olfato crítico, y aun de criterio.

Como otras cosas, la crítica se ha renovado, y ha considerado directamente su objeto y fin. Aun cuando lo más interesante en la obra de arte fuese el *hombre* que la produjo – lo cual á mi juicio está por demostrar, – todavía podemos discutir si las *interviews* nos muestran al *hombre*. Sainte Beuve, que estudió como nadie la individualidad en la obra escrita, no procedió, ni hubiese comprendido que se pudiese proceder, por este sistema precipitado de la fotografía instantánea. Nada más lento, delicado y minucioso – á la holandesa – que el procedimiento de Sainte Beuve. Y la base de su crítica, el eje de su estudio, al través del individuo, es siempre la *obra en sí*.

Esto que voy diciendo, repito que no envuelve una censura á Pagano. Le creo capaz (y me fundo en pruebas, en páginas ya existentes) de ir mucho más allá de la *interview* literaria, según los moldes de este género, á mi ver bastardo y de seguro bastardeado, por las necesidades y hábitos de la publicidad moderna.

En resumen, la obra es interesante, útil, y han de agradecérsela á su autor y á la Revista que la inspiró, no sólo los catalanes, sino todos los amigos del saber.

***

Acaso es necesario, en el inmenso desarrollo que ha adquirido la crítica, la cual, como la historia, va siendo *ciencia de ciencias* y además *arte de artes*; acaso es necesario, repito, que exista todo: desde el suelto elogioso hasta el insolente *varapalo*; desde el artículo deshilvanado y *à côté*, como dicen los franceses, hasta la monografía honda y seria; desde la *interview* impresionista y personalizadora, hasta el análisis directo y fibra por fibra del libro ó de la obra de arte. Todo hace falta, y todo abunda en los países donde se lee. Aquí (será monótona la queja, á fuerza de repetirse, pero ¿cómo no quejarse de un dolor continuo?), aquí no se lee, ó se lee cada día menos. Nuestra librería vive de milagro, sostenida en el aire por un alambre como las Voladoras. La lengua castellana – que hablan todavía, sobre la superficie del globo, tantos millones de seres – no es leída. ¿Cómo ha de serlo la catalana? Si fuese cierto, según afirma Santiago Rusiñol, que en las letras catalanas late un espíritu moderno que en las castellanas no existe, tanto peor para los que poseen el espíritu en un frasco y no pueden quitar el tapón y dejar que la esencia se esparza.

EMILIA PARDO BAZÁN.

TRANSICIÓN

ACUARELA DE JACINTO ESPINAL

La circunstancia de ser esta la primera vez que el nombre de Jacinto Espinal figura en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, nos mueve á dar á conocer algunos datos biográficos de este joven pintor. Nació Espinal en Barcelona de familia humilde, y sus padres, creyendo que sería una carga pesada para ellos, por presentar su hijo una mudez nativa, le hicieron ingresar en la Casa de Caridad. Dotado de clara inteligencia y de un carácter sumiso y bondadoso, aprendió con facilidad suma cuanto en aquel benéfico establecimisnto, en donde ha permanecido quince años, le enseñaron, especialmente el dibujo y la pintura. Allí le emplearon para trabajos ornamentales de iglesia y otros análogos, hasta que un día el inteligentísimo pintor, nuestro paisano D. Tomás Moragas, al verificar allí una de sus visitas artísticas, se asombró del talento que revelaban las obras de Espinal, y entusiasmado acogióle en su taller y le hizo entrar luego en nuestra Escuela de Bellas Artes, aprovechando de tal manera el alumno los consejos y las lecciones que se le dieron, que en las oposiciones verificadas en 1900 alcanzó el premio de la «Bolsa de Roma,» juntamente con la primera medalla en la sección de Dibujo del Natural. A instancias de sus admiradores, expuso Espinal sus bocetos, apuntes y trabajos á la aguada en el Salón del periódico «La Vanguardia,» llamando poderosamente la atención del público y mereciendo calurosos elogios de la crítica. Desde entonces, las apremiantes atenciones de su hogar y de la familia que se ha creado le han arrebatado un tiempo precioso que debiera haber empleado en estudiar en Roma los grandes maestros antiguos y modernos. A ello tienden actualmente sus esfuerzos, secundado por el valioso apoyo de algunas personas que se han mostrado resueltas á que no se malogre por falta de recursos un temperamento artístico de la valía del que nos ocupa.

La acuarela de Espinal que reproducimos demuestra con mayor elocuencia que pudieran hacerlo nuestras palabras las excepcionales aptitudes de su autor: esa transición del llanto á la risa está tan admirablemente expresada en el infantil rostro, que más que de un pintor que se halla en los comienzos de su carrera, parece obra de artista consumado y encanecido en el cultivo de la pintura.

Otras producciones que iremos dando á conocer probarán también que el joven Espinal cultiva con igual maestría los géneros más diversos.



Dos días y dos noches pasó ajustando rimas, frescas y abundantes, robustas y jugosas

Tanto como apagada y enteca su figura, era lozana y ardorosa el alma de Gelasio.

Poeta de corazón y entendimiento, sus versos destilaban miel y bíblicos aromas, amores deleitosos y magníficas voluptuosidades, alegrías dulces y silenciosas, gozadas con los ojos cerrados en ese mundo íntimo apenas revelado por un leve susurro.

Gelasio cepilló cuidadosamente su traje raído, sus botas rasgadas y su hongo mugriento; guardó sus versos en el bolsillo de su levita, y saltando los escalones de tres en tres ganó los ciento cuarenta que separaban la calle bulliciosa de su nido solitario.

Eran las ocho de la mañana de un día 5 de agosto. El sol proyectaba sobre la tierra sus ardores, y la quietud del aire parecía una cruel amenaza; la transparente atmósfera, brillando como si en ella se produjese incesante chisporroteo, parecía también quebrarse y crujir con ese ruido especial de un horno que se enciende.

La Virgen de las Nieves prometía un calor insoportable. Gelasio, cuyo cerebro estaba tan abarrotado por ideas alegres como su estómago vacío de alimento, escurriéndose por una y otra calle salió á la carretera, blanca, polvorosa y desprovista de toda vegetación. A uno y otro lado tierras estériles y rocas peladas; y allá, en el horizonte lejano, una línea verdinegra y una vivienda señorial.

Con religiosa fascinación miraba Gelasio aquellas pizarras brillantes donde se quebraban los rayos del sol, aquellos árboles frondosos á cuya sombra vivía Nieves, la mujer ideal, aristocrática, el único y majestuoso encanto del poeta.

Y en una marcha forzada, como el vuelo de una golondrina que avanzase á flor de tierra, Gelasio llegó, fatigado y sudoroso, á la verja del jardín.

Oíanse alegres risotadas, agudas voces de mujeres, ecos de confusión bulliciosa; la felicidad, la frescura, todos los encantos de la vida, se habían cobijado allí, á la sombra de los pinos; y el poeta llegaba también á reclamar su parte de gloria en aquel animado concurso; formaría en el coro de admiraciones que rodeaban á Nieves, ofreciendo á su diosa una prueba más de su constante, invencible, candoroso apasionamiento.

Entre los vestidos elegantes de las mujeres y los trajes correctos de los hombres, cayó aquella levita parda como una mosca en el manto blanquísimo de una virgen, como un lamparón grasiento en el corpiño preparado para el festín. Era una inesperada nota discordante que desentonó el armonioso conjunto y se hizo sentir desagradablemente.

La señora tendió su mano al infeliz, y aun esto produjo en la concurrencia especial asombro; pareció demasiada solicitud aquella débil muestra de cortesía. Entonces Nieves dijo á sus contertulios, de pronto entibiados y silenciosos:

– Presento á ustedes un apasionado mío; un poeta.

Gelasio recogió la frase vana como un canto celestial. Nadie se inclinó para saludarle, y él hizo una profunda reverencia.

– Vengo á ofrecer á usted en este día, señora, el tributo de mi devoción. Un poeta sólo puede ofrecer sus inspiraciones y su vida. Mi vida es de usted, porque sólo de su recuerdo vivo; mis apasionadas inspiraciones quedaron prendidas en este papel.

Y alargando los versos que sacó del bolsillo de su levita, inclinóse con mucha humildad. Su gusto hubiera sido arrodillarse á los pies de la diosa y orar. Aquella figura divina irradiaba para él todos los consuelos imaginables.

Los hombres murmuraron, pero algunas mujeres comprendieron el encanto de tan sinceras adoraciones.

– ¡Una poesía!.. ¿Quiere usted leerla?

– ¡Sí, sí!, clamaron las más jóvenes.

– La sé de memoria, dijo el poeta.

Y comenzó á recitar con dulces y apasionadas entonaciones.

Las mujeres aplaudieron. Había circulado, envolviéndolas, una ráfaga de amor. El hombrecillo de la pardusca levita, de las botas rasgadas y el hongo mugriento obtuvo un triunfo que solamente al genio es dado conseguir. Pero sobre aquellas femeniles emociones, los hombres con sus burlas pronto lanzaron una ráfaga de frío; y sobre aquel sentimiento ardiente y puro, la vanidad formó una corteza dura.

Tan fugaces fueron las dichas del poeta; sus inspiraciones pasaron como la nube arrastrada por el viento, y quedó allí su figura mortal enteca y apagada, su levita raída... El hombrecillo hacía reir á las mujeres triviales y marmóreas.

Nieves obsequió á sus invitados con lindos capullos de rosa que sus dedos prendían en los ojales, y Gelasio temblaba, siendo ya el único á quien la distinción honrosa no había llegado. Estuvo en riesgo de caer, desmayándose, cuando las tijeras de oro cortaron un capullo más y la mano de Nieves tendióse para ofrecérselo, acompañándolo también de una sonrisa... Pero recogió la flor otra mano, y un hombre dijo:

– ¿Flores al poeta? ¡No! Ya tiene un jardín en su cerebro. A los poetas les agrada, más que un capullo, un panecillo.

Una risotada fiera, tempestuosa, resonó en el espacio. En los ojos del hombre que hablaba, como un relámpago, brilló una luz siniestra.

¡Oh! Aquel miserable tenía celos del otro miserable. ¡Qué miserias tan distintas, y cómo lucharon un momento en el corazón de Nieves!

Venció la miseria del alma, y Nieves apoyó su brazo en el brazo que le ofrecía su amante.

– ¡A comer! ¡A comer!, gritaron todos.

– ¡A comer! ¡A comer!

Gelasio quedó petrificado, solo. Viendo en marcha el cortejo alegre, ni pensaba ni se dolía siquiera de su desventura. Con los ojos muy abiertos, rígido, esperó la muerte. Como si hubiera sentido que se desplomara todo en su derredor, sólo extrañaba que su fin tardase. Un golpe rudo en la cabeza; el mundo que, al rodar fuera de su centro, cayera sobre sus hombros débiles.

Un criado se acercó muy correctamente, diciendo:

– ¿El señor no quiere sentarse á la mesa? Ya comenzaron á servir.

– Gracias, contestó el poeta. Dígale usted á la señora que sólo vine á felicitarla, y me retiro.

A duras penas pudo contener sus lágrimas. Y al salir de aquel paraíso, arrojado por la soberbia de los infames, cogió una rosa, un capullo como el que Nieves le ofrecía, y haciendo esfuerzos para no caerse, desde la carretera blanca y polvorosa volvió los ojos hacia donde resonaban, más alegres que antes, voces agudas y femeniles entre roncos bramidos.

¡Era una criatura fascinadora, insensible como una estatua griega! Era un delirio, un amoroso delirio. Ella, Nieves, no lo sentiría jamás; pero ¿cómo arrancarlo del cerebro, del corazón, que lo habían formado? Ella vivía para los vanidosos, para los insubstanciales que la rodeaban; su delirio era sólo para él.

Y aspirando los perfumes de la rosa parecíale sentir el perfume de la mujer sin alma... Una dulce voluptuosidad le invadía...

Llegó al puente y se detuvo; le atrajo el murmullo del agua; el aire, allí más puro, le consolaba con suave frescura... Una mujer, lavando á la orilla, cantaba dulcemente.

Gelasio aspiraba con afán el perfume de la rosa, último recuerdo, última devoción..., y el canto de la joven se confundía con sus delirios.

La rosa cayó al agua, y la mansa corriente la condujo poco á poco á la orilla. Gelasio vió la mano que se tendía para cogerla, y tembló. Aquella mujer humilde le miraba llevándose la flor á los labios, y parecía decir con sus alegres ojos:

– ¿La quieres? Ven á buscarla.

¿Iría? Sintiendo la ternura de aquella mirada y las palpitaciones de aquel inocente corazón, la estatua griega, Nieves, le pareció menos hermosa, menos adorable, menos atractiva. El mármol palideció, la sangre caliente brillaba con su rojo intenso. Una ráfaga de vida iluminó el rostro del poeta.

¡La vida, esa vida que no saben comprender los infelices que no aprendieron á sentir!

LUIS RUIZ Y CONTRERAS.

(Dibujo de Triadó.)

LA «VIRGEN DE MÁRMOL»

– ¿Quién quiere la suerte? ¿Quién la quiere?

Y la voz, argentina y suave, salía de su boca modulada dulcemente, llevando en sí algo de caricioso y tierno.

Era garridísima morena de ojos rasgados de ardiente mirar, pecho ampuloso, vigorosa la línea de las caderas y andar airoso y resuelto. Cuando se acercaba á cualquiera, con garbo y donaire, mostrando sus labios rojos sonrientes y sus dientecitos iguales y blancos, con la mano derecha apoyada en la cadera y la izquierda llena de billetes de lotería, ofreciendo «el de la suerte.» entraban verdaderos deseos de hacerse parroquiano de tan gallarda moza.

Tenía siempre una frase picaresca y oportuna para despedir á los moscones que la rondaban impulsados por el deseo de rendir aquella fortaleza apetitosa é indefensa. A las proposiciones y á las protestas de amor que solían hacerle los señoritos libertinos, que la asediaban con galantes floreos, respondía siempre que ella no había nacido para tanto ni sus pretendientes para tan poco, acabando generalmente su discurso invitando á sus adoradores á comprar «el de la suerte.»

El desvío con que acostumbraba á recibir las más ardientes declaraciones amorosas y las proposiciones más deslumbrantes, acabó por conquistarle un mote. Los alegres pollos que procuraban rendir aquella plaza, aguijoneados por un deseo jamás satisfecho y por consiguiente siempre vivo, dieron en llamarle la *Virgen de mármol*, mote que la llenaba de orgullo y del que hacía ostentación, como un militar pudiera hacerla de las cruces honrosas ganadas en el campo de batalla. Ella consideraba su apodo como distinción honrosísima, ganada valientemente en los continuos combates mundanales á que se encontraba expuesta.

¡Y poco que se había reído de las muchachas de su clase que se dejaban engañar! Según ella, sus compañeras caían porque careciendo de conciencia y desconociendo la noción de la dignidad, no ponían reparo alguno en hacer de su cuerpo artículo de comercio...

Para la *Virgen de mármol* no valían disculpas. ¿Qué habían de valer? ¿Acaso no estaba ella expuesta á iguales peligros que las demás? Pues bien que sabía sortearlos.

De tal manera juzgaba las flaquezas humanas cuando conoció á Juanito Vélez, un poeta que acababa de llegar de provincias con la maleta pobre de ropa, el pecho lleno de ilusiones y la imaginación repleta de ensueños. Juanito Vélez tenía la complexión fuerte de los luchadores y la frente despejada de los que saben penetrar en la esencia de las cosas. En sus ojos, negros, de chispeante mirar, veíase la sagacidad de los decididos unas veces, y otras la profunda melancolía que sufren los jóvenes que luchan y se ven acosados por desfallecimientos inevitables.

La conoció en la puerta del café de Fornos, donde ella vendía sus billetes. El iba todas las tardes á pasar el rato, con algunos compañeros de lucha y de bohemia, haciendo proyectos y perdiendo las horas y la energía en conversaciones estériles.

Aquel día salió muy triste del café; por la mañana había recorrido todo Madrid ofreciendo una novela á los editores y éstos se la habían rechazado. El dinero que le quedaba era escasísimo; y de no variar las cosas, vendría pronto para él la miseria con su terrible acompañamiento de penurias, congojas y desesperaciones.

– ¡Que es el de la suerte, señorito! Vale tres pesetas, le gritaron casi al oído.

Juanito Vélez se detuvo echando mano al bolsillo inconscientemente, como si obedeciese á una misteriosa voz interior. Levantó la vista y vió ante sí á la gallardísima *Virgen de mármol,* mirándole fijamente con sus ojos incendiarios, como suplicándole, á tiempo que le ponía ante los ojos un décimo. Quedó prendado de aquella belleza morena que le contemplaba con descaro, y sin atreverse á piropear á la vendedora, tomó el décimo que le ofrecía y le dió las tres pesetas

– ¿Y la propina?

A fuer de inocente provinciano, esta observación le hizo enrojecer. Buscó y rebuscó en sus bolsillos con azoramiento infantil, y no encontró más que cinco céntimos, cantidad que le pareció despreciable y capaz de ponerle en ridículo. El resto de su fortuna lo constituía un billete de cincuenta pesetas y no era cosa de dar una propina de diez duros. Ella, al notar la turbación del joven, comprendió su apuro, y mirándole tan azorado, casi arrepintióse de su petición. Por eso, con voz que procuró dulcificar y hacer cariciosa le dijo que no se apurase, que otra vez le daría más.

Juanito, alentado por aquella voz, dijo:

– Ya ve usted... No tenía más que esas tres pesetas; pero le aseguro que si me toca no seré ingrato y me acordaré de que usted me ha dado la suerte.

Y se alejó. La *Virgen de mármol* se quedó mirándole hasta verle desaparecer por la calle de Sevilla, con su aire elegante y descuidado. Y se acordó, sin saber por qué, durante toda la noche, del señorito de la propina, nombre con que le distinguió precisamente porque no se la había dado. Le había interesado; parecíale mejor educado y más respetuoso que los otros, porque se había cortado ante ella y le había llamado de usted, siendo el primero en la vida que tal tratamiento le daba... Decididamente el provinciano era muy simpático y muy diferente á todos.

¿Cómo fué? Ni lo sé ni hace falta averiguarlo. Lo que no pudieron las dádivas y las deslumbrantes promesas, lo pudo la voz dulce y suave de Juanito Vélez, su frente tranquila de soñador, su mirada penetrante y su conversación gratísima.

La *Virgen de mármol* no podía reirse ya de sus pecadoras compañeras; ella había caído también, y su vergonzosa caída era ya inocultable...

El se había colocado en un periódico, y aconsejado por los compañeros, abandonó á la *Virgen de mármol* á los cuatro meses de relaciones... La pobre muchacha se consideró como la más desgraciada de las mujeres, y lloró copiosamente, llanto amarguísimo que parecía quemarle las frescas mejillas, flácidas á fuerza de sufrimientos.

Cuando se acercó el momento trágico de la maternidad, no faltaron quienes la aconsejaran que debía abandonar «lo que viniera,» porque de seguro constituiría para ella el mayor y más cruel de los ataderos. La *Virgen de mármol* protestó indignada: manos le quedarían para ganarse la vida para ella y para su hijo, aunque tuviera que imponerse el más terrible de los sacrificios.

Lo único que la acongojaba, llenándola de pena y haciéndola sufrir incalculablemente, era el desvío y alejamiento de Juanito Vélez, de aquel ingrato que la abandonaba, dejándola sin su arrimo y apoyo en



El baño, cuadro de José María Tamburini

el momento en que necesitaba de todas las ayudas y de todas las energías para no sucumbir.

Pero Dios le dió fuerzas para todo, y poco después pudieron verla sus compañeras ofreciendo «el de la suerte,» aunque encogidita y seriota como una vieja, llevando en sus brazos y muy arrebujadito en el mantón el fruto de horas felicísimas de amor... Confieso que no le faltaron elogios. Sí, sí, las mismas compañeras de la *Virgen de mármol* lo decían. Así habían de portarse las mujeres; cuando pecan deben llevar con resignación las consecuencias del pecado, y la *Virgen de mármol* las llevaba, toda vez que se consagraba á su hijo por entero, sin dar cabida en su corazón á otros amores que á los de madre y á los del ingrato que la abandonaba, cuando ella le había respetado y amado como á verdadero esposo.

Un día Juanito Vélez vió á la *Virgen de mármol* al entrar en el café de Fornos. Iba radiante de alegría; la noche anterior habían estrenado una obrita suya en uno de los principales teatros de la corte, y la prensa se deshacía en elogios augurándole brillantísimo porvenir. Al ver á su amada de otro tiempo llevando cuidadosamente á su hijo, tan cuidadosamente como un sacerdote puede llevar el Santísimo Sacramento, Vélez sintió que el corazón le palpitaba con fuerza y que la sangre afluía á su cara, quemándosela. Con la cabeza baja penetró en el café, con paso rápido, como el que huye de un peligro.

Los amigos recibiéronle con aplausos y manifestaciones de alegría, y todos fueron á elogiarle y felicitarle por su triunfo; pero Juanito Vélez parecía no hacer caso de tales manifestaciones. El, el aclamado, no participaba de la alegría general; pensaba en la *Virgen de mármol,* en las horas de amor ardiente perdidas, en el sacrificio que por él había hecho la gallarda joven poniendo su honor en sus pecadoras manos, y en la ingratitud cometida por él abandonándola á su tristísima suerte en el momento más crítico... Meditaba sobre lo que acababa de ver en

la calle y comparaba su obra, estrenada la noche anterior, aplaudida por todos y de todos alabada, con la obra de la *Virgen de mármol,* consagrando la vida

Dando vueltas en su imaginación á fechas pasadas, ercordó ternuras, abnegaciones y bondades dignas de ser correspondidas...

—¡Oh, sí! Tengo un argumento interesantísimo.
Y salió, resuelto y gallardo.
La *Virgen de mármol* no le vió acercarse, distraída



LA VIRGEN DE MÁRMOL, dibujo de F. S. Covisa. (Véase el artículo de R. Ruiz López.)

entera á su hijo, á aquel hijo que él había engendrado en momentos de delirio amoroso... Y se reconocía pequeño, y su obra le resultaba risible y ridícula al lado de la de aquella muchacha valerosa que arrostraba la murmuración y la vergüenza por no abandonar lo que obra suya era.

Se puso en pie, como obedeciendo á inspiración momentánea, y se dispuso á salir sin acabar de saborear la taza de café que le habían servido.

—¿Dónde vas?, le preguntaron.

—Á hacer una obra mejor que la estrenada ayer.

—¿Estás seguro?

en contemplar á la criatura, mientras decía con el sonsonete agradable de otros tiempos:

—¿Quién quiere el de la suerte?

Vélez se acercó á ella, borracho de emoción, diciéndole:

—Yo.

—¡Juanito!, exclamó dando un paso atrás.

Y temblaba, temblaba de emoción, sin pensar en dirigir un reproche, mirándole amorosamente, sin poder adivinar lo que el muy ingrato quería. Pero Vélez la sacó pronto de cuidados: iba á participarle su triunfo; á pedirle perdón por su proceder canallesco; á preguntarle que si quería casarse con él...

Ella sentía emoción profundísima que le impedía hablar, y apretaba á su hijo contra su corazón... Iba á decir que sí, pero se contuvo.

—¡Juanito!, exclamó al fin con voz humildísima, ¿lo has pensado bien? ¿Te has fijado bien en quién soy yo y en lo que tú eres?

—Pues por eso, contestó mirándola ardientemente, como en aquellos días inolvidables de delirio.

Y luego, procurando dar á su acento las más dulces inflexiones y mirando al pequeñuelo, agregó:

—¿Quieres que le dé un beso?

—¡Tómalo; si es tuyo; si por eso lo conservaba!, dijo la *Virgen de mármol* rompiendo á llorar de alegría...

. . . .

Pocos días después los amigos de Juanito Vélez atistían á su casamiento, la mejor obra, sin duda, de aquel poeta, puesto que con ella hizo la felicidad de la humildísima amada, la de su hijo y la suya.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

LA SOCIEDAD DE CONCIERTOS LAMOUREUX EN BARCELONA

Al dar cuenta de la próxima excursión á Barcelona de la Sociedad de Conciertos Lamoureux, manifestación digna de la importancia de la capital del Principado y demostración de la altura en que hoy en día se encuentra el arte francés, y queriendo huir de la trivialidad de ir á consultar en el Larousse los datos que todo el mundo conoce acerca de quién ha sido Lamoureux y lo que su Sociedad de Conciertos significa, he creído que lo mejor era acudir á la fuente; y para que esta agua fuese más clara y la información resultase más verdadera, fuíme á casa de Chevillard un día en que en ella se reunían los amigos del suegro de éste, es decir, de Lamoureux.

Allí me encontré con Miss J. Murray, la amiga de la casa, la señora que mereció toda la confianza del maestro por haber cuidado de la educación moral de su hija, á la que guió con excelentes consejos. Dicha señora, que asistió á todas las emociones por que pasó Lamoureux, refirióme, teniendo delante un libro en donde están coleccionados todos los programas de la Sociedad, desde su fundación en 23 de octubre de 1881, las penas y los sufrimientos que hubo de padecer y las luchas que hubo de sostener el maestro para imponer al público parisiense las obras de Wagner.



CARLOS LAMOUREUX
fundador de la Sociedad de Conciertos de su nombre

El primer concierto que dirigió tenía el siguiente programa: *Sinfonía en* LA, de Beethoven; *Aria de «Edipo,»* de Sachini; *Dúo de «Beatriz,»* de Berlioz; *Concierto en* SI BEMOL, de Haendel; *Aria de «Telémaco,»* de Gluck; *Duetto bufo,* de Cimarosa; *Obertura del «Carnaval romano,»* de Berlioz.

Hasta algún tiempo después no tocó algo notable de Wagner, y cuando la orquesta atacó las primeras notas de *Los maestros cantores,* una parte del público se puso á silbar y á gritar, mientras otra parte aplaudía y quería tributarle una ovación. Lamoureux, en tanto, seguía dirigiendo impasible y sin incomodarse, mirando compasivamente á los protestantes y siempre lleno de fe y de esperanza en la bondad de la causa que defendía.



LA ORQUESTA DE LA SOCIEDAD DE CONCIERTOS LAMOUREUX, QUE PRÓXIMAMENTE DARÁ TRES CONCIERTOS EN BARCELONA

Al fin, todo lo de Wagner pasó por aquella academia de arte; todo lo impuso el maestro á aquel público, en donde, como me decía Miss Murray, había elementos sanos que deseaban vivamente identificarse con el genio de Bayreuth.



M. CAMILO CHEVILLARD
actual director de la Sociedad de Conciertos Lamoureux

En los primeros años de funcionar la Sociedad, Lamoureux hacía no pequeños sacrificios en dinero; pero los hacía siempre con gusto, porque poco á poco conseguía que la obra de Wagner entrara en el público parisiense, el cual todavía recordaba rencorosamente lo que aquél escribió acerca de Francia antes de la guerra franco prusiana, sin tener en cuenta que bien podía perdonársele aquella hostilidad al genio que había visto silbado su *Tanhauser* en la primera escena de Francia, en aquella ciudad que se decía portaestandarte de la civilización. Aquel fracaso impresionó de tal manera á Wagner, que guardó durante mucho tiempo un odio feroz hacia los franceses, hasta que calmándose con el tiempo, autorizó á Lamoureux para que representase el *Lohengrin* en el Edén de París Sabido es que la ópera fué aplaudida dentro de la sala; pero las inmediaciones del edificio de la calle Boudreau estaban llenas de patriotas que, llevando á la exageración el sentimiento nacional, atropellaron á la gente que salía del teatro

El prefecto de policía vióse obligado á hacer suspender las representaciones, y Lamoureux soportó resignadamente la pérdida material que esto suponía. Lejos de desanimarse, no descansó el maestro hasta entrar hace diez años como director en la Opera para poner en escena el *Lohengrin,* que hoy es obra de repertorio.

Aquel esfuerzo dió pie para que sucesivamente se hayan cantado en la Opera las otras partituras de Wagner, como *Tanhauser, Los maestros cantores, La Walkiria* y recientemente *Siegfrid:* á Lamoureux se debe que el público parisiense haya podido saborear estas óperas que fuera de Francia venían siendo aplaudidas desde hacía muchos años.

Su última gran obra, la que acabó con su vida, fué poner en escena en el Nouveau Theatre *Tristán é Isolda,* de una manera tan acabada, que era imposible exigir más. Los organizadores de aquella representación, que fué la apoteosis del maestro, eran *dilettanti,* de la mejor sociedad parisiense, como son ahora en Barcelona los organizadores de los conciertos de la Sociedad Lamoureux, que dirige Chevillard desde la muerte de su suegro.

El último concierto que dirigió Lamoureux se celebró en el Circo de los Campos Elíseos de París el día 17 de diciembre de 1899, con el siguiente programa: *Sinfonía en* DO MENOR (n.° 5), de Beethoven; *Mudarra,* de F. de Borne; *Concierto para violoncelo,* de Saint Saens, que ejecutó nuestro célebre compatriota Pablo Casals; *Capricho español,* de Rimski-korsakow; *Aria de «Proserpina,»* de Paisiello; *Obertura de «Tanhauser,»* de Wagner.

Es decir, que terminó su vida artística dirigiendo una obra del gran maestro alemán, dejando sentado, como enseñanza para su sucesor, que su última palabra era para el músico ilustre del siglo XIX. En aquel concierto, Lamoureux presentó al público parisiense al joven concertista catalán Pablo Casals, que hoy es justamente considerado como el primer violoncelista del mundo.

Camilo Chevillard era maestro de coros de los conciertos, y por sus notables aptitudes fué nombrado segundo director. Un día en que Lamoureux se encontraba en Rusia (diciembre de 1892), dirigió

un concierto en cuyo programa figuraba como primera pieza la famosa *Novena* de Beethoven, obteniendo una ovación inmensa que le tributaron, no sólo el público en masa, sino que también sus compañeros, quienes saludaban ya en él al digno sucesor de su maestro.

Cada día que dirigía Chevillard se veían en él nuevos adelantos, y así durante la enfermedad que acabó con Lamoureux como después de la muerte de éste, de tal manera ha ido creciendo su reputación, que en la actualidad se le considera, no sólo á la altura de aquél, sino que también como el primer maestro de Francia. Es hombre de carácter muy afable al par que frío cuando empuña la batuta: sus movimientos no son acompasados como los de los maestros alemanes, tienen algo de carácter latino, sin por esto parecerse á esos directores que para demostrar que saben su obligación tienen que agitarse y moverse más que saltimbanquis.

La orquesta de la Sociedad de Conciertos Lamoureux se compone de 100 profesores, de ellos 18 solistas; está organizada sobre la base de la mutualidad, y tiene por presidente á Chevillard y por vicepresidente á M. Barrau.

Los programas que ejecutará en los tres conciertos de Barcelona son, aparte de muy escogidos, muy extensos, con lo cual Chevillard ha querido dar una prueba de lo mucho que estima al público de esa capital, accediendo á lo solicitado por la junta organizadora, á cuya elección se deben la calidad y el número de las composiciones, y que merece el aplauso entusiasta de los filarmónicos barceloneses, porque gracias á sus laudables esfuerzos y á sus numerosos sacrificios podrán disfrutar de tres audiciones que sin duda formarán época en los anales músicos de Barcelona.

PEDRO COLL.

París, febrero de 1902.



MÉJICO. — CONGRESO PANAMERICANO. — ANTESALA DEL SALÓN DE SESIONES (de fotografía remitida por D. R. de S. N. Araluce)

CONGRESO PANAMERICANO

RECIENTEMENTE CELEBRADO EN MÉJICO

Se ha celebrado hace poco en la ciudad de Méjico un Congreso panamericano en el cual han tenido su representación todos los Estados que constituyen el nuevo Continente y cuya importancia, si no ha sido grande por sus resultados prácticos, ha sido extraordinaria por la significación moral que algunos de sus acuerdos entrañan.

Sabido es, y de ello se ocupó oportunamente nuestro distinguido colaborador Sr. Beltrán y Rózpide, que los Estados Unidos, prosiguiendo en la política de algunos años á esta parte emprendida por la República norteamericana, se proponían hacer predominar en el Congreso sus tendencias hostiles á Europa y su afán de dominar comercial y políticamente sobre todos los demás países de América.

Pero estos países, de origen latino, se resisten á ser absorbidos por la América anglo-sajona, y desde los comienzos de sus tareas vióse en el Congreso entablada la lucha entreambas tendencias, lucha que terminó con la victoria de los que con razón se resisten á ser dominados por el pueblo yanqui. El acuerdo que ha sellado esta victoria ha sido la adopción por inmensa mayoría de los congresistas, á pesar de la viva oposición de los representantes de los Estados Unidos, de la proposición de los delegados chilenos para que el Congreso se adhiriera á la Conferencia internacional de la Haya, que estableció el arbitraje voluntario y potestativo para solventar los conflictos de carácter internacional. Este acuerdo no tiene gran trascendencia desde el punto de vista práctico; pero, según antes hemos hecho notar, la tiene y no poca bajo el concepto moral, puesto que revela claramente en los Estados latino-americanos el deseo y la firme resolución de no dejarse dominar por los imperialistas de la Casa Blanca.

Las dos fotografías que en esta página reproducimos y que representan el salón de sesiones y la antesala del mismo, nos han sido remitidas por nuestro ilustrado corresponsal en Méjico D. R. de S. N. Araluce, á quien damos las gracias por su interesante envío. — S.



MÉJICO. — CONGRESO PANAMERICANO. — SALÓN DE SESIONES (de fotografía remitida por D. R. de S. N. Araluce)



EL ESPEJO DE VENUS, cuadro de Sir Eduardo Burne-Jones



LA PROCESIÓN DEL CORPUS EN UN PUEBLO DE ITALIA, cuadro de Francisco Pablo Michetti

NUESTROS GRABADOS

El centenario de Víctor Hugo. — En París se ha conmemorado con grandes fiestas, durante la semana última, el centenario del natalicio de Víctor Hugo, del gran poeta, cuyo nombre llena las más gloriosas páginas de la historia de la literatura del siglo XIX. No incurriremos en la vulgaridad de trazar la biografía de aquel genio ilustre ni de enumerar las obras que constituyen el legado literario del autor de *Los Miserables*, *Hernani* y *La leyenda de los siglos*. Al asociarnos al recuerdo que Francia ha dedicado á una de sus mayores glorias, nos limitaremos á dar cuenta de las principales solemnidades que con este motivo se han celebrado en la capital francesa.

Comenzaron éstas con la ceremonia verificada en el Panteón, donde descansan los restos de Víctor Hugo, con asistencia del



MEDALLÓN DE VÍCTOR HUGO
recientemente colocado debajo del peristilo del Teatro Francés, obra de Dionisio Puech

Presidente de la República, del Gobierno, de la Academia Francesa, Cuerpos Colegisladores, Cuerpo Diplomático y representantes de las principales corporaciones nacionales y extranjeras. El decorado interior del Panteón era severo y magnífico y en el centro del mismo ostentábase un hermoso busto del poeta. Después del Himno á Víctor Hugo, de Saint-Saens, ejecutado por la orquesta del Conservatorio, pronunciaron elocuentes discursos alusivos al acto que se celebraba M. Leygues, ministro de Instrucción Pública, y M. Hannoteaux, en nombre de la Academia; luego se ejecutó por grandes masas corales é instrumentales el Himno á Francia, de Berlioz, y finalmente los artistas de la Comedia Francesa recitaron algunas poesías de Víctor Hugo y los de la Ópera cantaron algunas composiciones con letra del mismo.

Por la tarde verificóse solemnemente la inauguración del monumento, obra del escultor Barrias, que se levanta en la plaza de Víctor Hugo. Pronunciáronse discursos, ejecutáronse por coros y orquesta varias composiciones y el pueblo que llenaba la espaciosa plaza asocióse al acto con repetidas y entusiastas aclamaciones. El monumento es de proporciones colosales: sobre un enorme bloque de granito álzase la estatua en bronce del poeta, envuelta en los pliegues de holgada capa y en actitud meditabunda, tal como lo reproducen infinidad de grabados sentado sobre algún peñasco monstruoso del Guernesey durante su destierro; debajo de ella se ven otras dos estatuas, también en bronce, que representan á la Poesía, tendiendo hacia el vate su lira, y á Melpómene con la máscara de la tragedia en las manos. Al pie del bloque, un enorme pulpo retuerce sus tentáculos entre la espuma de las olas que evocan de una manera más precisa la época del destierro en Guernesey; en la roca se lee esta sencilla inscripción: *A Víctor Hugo. 1802-1885*; en el zócalo hay un relieve en el que se ve á Víctor Hugo rodeado de los principales personajes de sus obras.

En los teatros de la Comedia y del Odeón se dieron representaciones de gala, poniéndose en escena *Los Burgraves* y *La Espada*, respectivamente: ambas fiestas fueron brillantísimas, y á ellas concurrieron el gobierno, el cuerpo diplomático y gran número de literatos y corporaciones literarias nacionales y extranjeras.

Ha terminado la serie de festejos con la coronación del busto de Víctor Hugo por la Musa del pueblo, que ha sido elegida entre las obreras parisienses, habiendo recaído la elección en Mlle. Juana Gerard, bellísima joven que trabaja en la tipografía de Lahure y que ha cumplido 21 años el mismo día en que sus manos ciñeron el laurel de la gloria en las sienes del inmortal poeta.

⁂

El baño, cuadro de José María Tamburini. — En muchas ocasiones, entre ellas en los últimos números de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hemos señalado las cualidades que á este reputado pintor caracterizan; para no incurrir en repeticiones omitiremos, por consiguiente, hoy indicarlas de nuevo y nos limitaremos á dedicar un nuevo y entusiasta aplauso á nuestro querido colaborador por su preciosa tela *El baño*, en la que una vez más se justifica el dictado de pintor-poeta que Tamburini ha merecido de la crítica.

⁂

El espejo de Venus, cuadro de Eduardo Burne-Jones. — El eminente crítico inglés Mr. Malcom Bell dice, hablando de esta obra: «*El espejo de Venus* es la más hermosa de todas las creaciones de este pintor: la idea de presentar á Venus induciendo por primera vez á las mujeres á sentir las halagadoras fascinaciones del espejo contemplándose reflejadas en el agua, es encantadora, y la manera como ha desarrollado el artista su pensamiento no es menos exquisita. La gracia de las gentiles figuras, sentadas unas, arrodilladas otras y otras de pie é inclinadas sobre el agua, puede ser perfectamente apreciada hasta en una reproducción en blanco y negro; pero lo que no cabe apreciar en un simple grabado es la admirable armonía de los colores. Son notabilísimas las expresiones de las muchachas que en el espejo se miran, llenas de admiración unas, extasiadas otras ante su propia belleza y dos de ellas olvidándose de mirarse á sí mismas para contemplar á la diosa.»

⁂

La procesión del Corpus en un pueblo de Italia, cuadro de Francisco Pablo Michetti. — Poco á poco han ido desapareciendo las costumbres populares que un tiempo tuvieron carácter verdaderamente pintoresco; y si no han desaparecido del todo, de tal manera se han modificado y aun á veces adulterado, que ya no son ni sombra siquiera de lo que antes fueron. Quedan, sin embargo, algunas, pero no en las grandes ciudades, sino en retiradas aldeas, adonde no ha llegado todavía la piqueta demoledora de la vida moderna. Entre las que en tales condiciones subsisten, figuran en primer término las procesiones del Corpus, que todavía en ciertas localidades constituyen espectáculos llenos de sencilla y encantadora poesía. El notable pintor italiano Michetti ha reproducido en su bellísimo cuadro una de estas fiestas que en su patria conservan todavía el sello de la tradición, y bien podemos ensalzar, así la feliz idea que ha tenido al trasladar al lienzo una escena tan llena de color y de vida, como la habilidad que ha demostrado al darle forma.

⁂

Gloria, cuadro de Antonio Torres Fuster. — Otra vez nos ofrece el Sr. Torres Fuster ocasión para dar á conocer á nuestros lectores una de esas preciosas cabecitas de mujer que tantos aplausos le han conquistado. *Gloria* forma parte de ese conjunto de agradabilísimas producciones, representando tipos españoles, que á la naturalidad y exactitud reunen la circunstancia muy apreciable de la coloración, simpática y delicada, cual todas las que brotan de la paleta de este discreto cuanto laborioso artista.

⁂

Boceto de pintura decorativa para el restaurant del Príncipe, de Londres, obra de Enrique C. Brewer. — No hemos de esforzarnos mucho para señalar las bellezas que esta obra contiene; su composición complicada y al mismo tiempo clara, gracias á la maestría con que el autor ha sabido agrupar las figuras y hacer destacar los diferentes términos, revela un talento sólido en el desarrollo del asunto, y su dibujo correcto y firme pone de manifiesto de una manera elocuente la destreza con que el artista maneja los pinceles y el conocimiento que tiene de todos los recursos del arte.



MONUMENTO Á VÍCTOR HUGO
solemnemente inaugurado en París el día 26 de febrero último, obra de Barrias

MISCELÁNEA

Teatros. — En el Nuevo Teatro, de Leipzig, se ha estrenado con gran éxito el gran drama musical *Orestes*, poesía y música de Félix Weingartner. La obra está inspirada en la *Orestia*, de Esquilo, y constituye una trilogía, cuyas partes se titulan *Agamenón*, *El sacrificio de los muertos* y *Las Erinias*; ha sido dirigida por su propio autor, que ha obtenido grandes ovaciones, y puesta en escena con gran lujo y propiedad. La música recuerda mucho la de *El anillo del Nibelungo*, de Wagner. Para asistir al estreno de esta ópera han acudido á Leipzig gran número de compositores, directores y críticos alemanes y extranjeros.

—En el teatro de la Ciudad, de Zurich, ha sido extraordinariamente aplaudida la nueva ópera de Paderewski *Manru*.

París. — Se han estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Le marquis de Priola*, bellísima comedia en tres actos de Enrique Lavedán; en el teatro Porte-Saint-Martin, *Nini l' Assommeur*, melodrama en cinco actos y siete cuadros de Mauricio Bernhardt; en los Bufos Parisienses, *Claudine a Paris*, comedia en tres actos de Willy y Luvey; en la Renaissance, *Stella*, comedia de Julio Case y Eugenio Morel; en el Palais Royal, *Le sublime Ernest*, comedia en tres actos de Albin



CASA NATAL DE VÍCTOR HUGO EN BESANZÓN

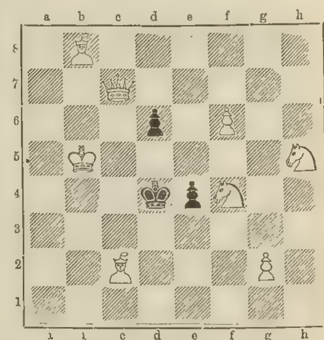
Valabregue y Mauricio Hennequin; en el Odeón, *Les noces corinthienes*, drama en tres actos y un prólogo en verso de Anatole France; en el Vaudeville *La passerelle*, comedia en tres actos de Mme. Fred Gresac y Francisco de Croisset; en Nouveautés, *La bande a Leon*, comedia en tres actos de Tristán Bernard; y en el Chatelet, *Les cinq sous de Lavarede*, comedia de gran espectáculo de Pablo d' Ivoi, puesta en escena con lujo extraordinario.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal, en donde funciona una notable compañía de declamación castellana, dirigida por los reputados actores Sres. Larra y Balaguer, *Modas*, sainete en un acto de D. Jacinto Benavente; *El barón del Tronco Verde*, comedia en dos actos de D. Ricardo de la Vega; *La Azotea*, comedia en un acto de los hermanos Sres. Alvarez Quintero; en Romea, *La protegida*, drama en tres actos de D. Fernando Serrat y Weyler, y *Vent, terra, foch y aigua*, pieza en un acto de L. Millá; en el Eldorado, *¿Quo Vadis?*, zarzuela en un acto y diez cuadros de D. Sinesio Delgado, música del maestro Chapí; y en Novedades, *El campanero de Nuestra Señora de París*, melodrama en cuatro actos y tres cuadros, basado en la novela de Víctor Hugo *Nuestra Señora de París*, con ilustraciones musicales del maestro R. Jiménez y decorado de Soler y Rovirosa, Vilumara y Moragas. En el Liceo se han dado cuatro notables conciertos, dirigidos el primero por el maestro Goula (padre) y los otros tres por el maestro Colonne, habiendo ambos directores y la orquesta obtenido grandes y merecidos aplausos, aquéllos por la maestría con que dirigieron, y ésta por la excelente ejecución que dió á todas las importantes piezas que constituían los interesantes programas.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 271, POR H. Y E. BETTMANN.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 270, POR G. E. CARPENTER.

Blancas.	Negras.
1. R f 1 — e 2	1. R f 6 — e 7
2. D b 1 — g 1	2. Cualquiera.
3. D mate.	

VARIANTES

1...... R f 6 — e 5; 2. D b 1 — g 1, etc.
1...... R f 6 — g 5; 2. D b 1 — g 1 jaque, etc.

EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

La joven se dirigió hacia la puerta sin contestar.

– ¡Gilberta!, repitió su padre con tanta energía como pesar.

La joven, como si no le hubiera oído, continuó andando y desapareció. Sus padres quedaron mirándose; la baronesa, helada, herida en lo más hondo de su corazón. Su marido, desolado y herido quizá más que ella, á causa de ella.

– Esta niña, dijo bastante conmovido, ha recibido muy malos consejos...

La señora de Grandpré se había levantado, como si quisiera seguir á su hija.

– Quizá no son consejos, contestó; basta que le hayan dicho la verdad.

Salió con la cabeza todavía alta, pero humillada hasta el fondo de su corazón. De tal modo humillada ante su hija, que, por primera vez ante su marido, había hecho alusión á su pasado.



– ¡Gilberta!, repitió su padre con tanta energía como pesar

XII

Nada pudo hacer ceder á Gilberta. En aquel asunto, no solamente se ventilaba la cuestión de su matrimonio, sino que también tenían que tenerse en cuenta las relaciones que en lo sucesivo existirían entre sus padres y ella. Comprendía que por su conducta había hecho casi imposible su estancia bajo el techo paterno; oía asimismo una voz interior que le decía que persistiendo en su idea de casarse con el joven de Egrigné, se metía en un callejón sin salida; pero demasiado orgullosa para adoptar el único remedio que le quedaba, y que era el de pedir perdón á sus padres, descontenta de sí misma, descontenta de los demás, irritada contra todos y contra todo, se obstinaba más y más en su idea.

Marsac, á quien se consultó, no hallaba tampoco solución al problema.

– Gilberta, dijo, obedece probablemente á una influencia oculta, y nada es más difícil que luchar contra un enemigo invisible. ¿Quién sabe? Ese enemigo quizá no existe siquiera, como no sea en su imaginación sobrexcitada... Procurar distraer á Gilberta, y esto tal vez sea lo mejor.

– ¿Y qué voy á contestar á ese Egrigné?, preguntó el barón.

– Dígale usted que su hija es demasiado joven y que quiere usted esperar.

En este sentido escribió el Sr. de Grandpré al pretendiente, que no se sorprendió por ello, pues siempre había imaginado que le costaría alguna dificultad casarse con Gilberta. Contestó con una carta cortés y sumisa, pero en la cual declaraba, sin embargo, que no abandonaba toda esperanza.

El barón comunicó á su hijo aquel grave acontecimiento, y el joven se contentó con aprobar la conducta de sus padres. Egrigné no le gustaba, porque los procedimientos de aquel espíritu casi hipócrita chocaban con su naturaleza altiva y franca. Un día que se encontró solo con su hermana, le expresó su opinión de un modo algo brusco.

– ¿Y qué es lo que te gusta en ese señor espetado y anguloso?, le dijo sin preámbulos.

Gilberta enrojeció de cólera; una de las cosas que más la sulfuraban era el desdén, fingido ó real, que mostraban los demás por su opinión propia.

– Tal como es, contestó, me gusta.

Y viendo que su hermano la miraba con aire de incredulidad, añadió:

– Además, deseo marcharme de aquí. ¿Esto te admira?

– Sí, lo confieso; porque aquí se te ha mimado mucho.

– Mimado ó no, no me gusta la casa.

Sus miradas se encontraron con cierta dureza. Pablo comprendió que su hermana sabía, en parte al menos, lo que tan ardientemente había deseado ocultarle.

– A lo menos se toma tiempo para escoger, y no se acepta al primero que se presenta.

– ¡Lo acepto porque le quiero!, insistió Gilberta con acritud.

– ¡Recibe, entonces, mi enhorabuena!, dijo el joven saliendo de la habitación.

¿Qué necesidad tenía de entablar una nueva lucha, cuando la autoridad paternal había sido vencida de antemano, como un árbol socavado por el pie?

– Confieso que estoy cansado, exclamó el barón una noche en que por décima vez hablaba de ese asunto con Marsac y con su esposa; después de todo, nos empeñamos en rehusar á este joven casi únicamente porque Gilberta lo acepta, y creo que nuestra obstinación no es más razonable que la suya.

– ¡Pardiez!, respondió Marsac, lo que disgusta á ustedes en ese joven son los medios que ha empleado para ganar el corazón de su hija ..

– ¡Ah!, exclamó la señora de Grandpré, ¡si á lo menos estuviéramos seguros de que le ama y de que él la ama á su vez!.. ¡Si todo eso se hubiera hecho de un modo franco y honrado!.. Pero estoy convencida de que á la hora presente, Gilberta y su amiga están en correspondencia sobre este asunto...

– ¿Tiene usted pruebas de ello?, preguntó Marsac discretamente.

– ¿Para qué?, contestó con un gesto de desesperación poco marcado, pero doloroso. Vigilarla... ¡Ah Dios mío!, ¿no basta ya con sospechar de ella?

Y se cubrió los ojos con las manos. El barón, silencioso, había apartado la mirada. Aquella discusión resultaba penosa para todos, pues despertaba recuerdos punzantes de lo pasado. ¿No había el barón sospechado también de su mujer, y ella no había tenido que disimular en otro tiempo? ¿Acaso una lucha parecida no se había entablado entre los dos, y el amor que fué secreto durante algún tiempo, no era ya un principio de traición oculto ó declarado?

– Amigos míos, dijo Marsac, después de haberles mirado un rato en silencio, la situación actual es tan mala, que cualquiera solución valdrá más que el *statu quo*. Este Egrigné no es simpático á nadie, y quizá solamente ama á Gilberta por su dote y su posición social. Pero, tal como es, encuentro muy natural que trate de hacerse querer, y por medio de un contrato que le ate corto y le obligue á tratar con consideración á Gilberta, después que esté casada, paréceme que puede valer lo mismo que cualquier otro yerno... Y además, ¿qué hay de extraño en que ame á Gilberta?

– ¡Ah!, dijo dolorosamente el barón, si la amase no la habría apartado de nosotros. Pero si usted cree...

– No creo nada, ni nada aconsejo, querido amigo; cualquiera responsabilidad me asustaría en estas circunstancias; solamente veo que es casi imposible salir de esa dificultad...

Se detuvo un momento, no sabiendo cómo terminar la frase.

– ... ¡En las circunstancias especiales en que nos hallamos!, terminó la baronesa. Sí, lo que sería espinoso para todo el mundo, resulta terrible para nosotros... Si es usted del parecer de Marsac, caballero, añadió dirigiéndose al barón, yo no he de oponerme.

– Pues bien, dijo el Sr. de Grandpré, aun cuando me cuesta mucho consentir, eso haré, sin embargo, ya que es preciso. ¿Cómo advertir ahora á ese joven?

– Diga usted á su hija que ha retirado toda oposición. Esto bastará, dijo Marsac.

Gilberta recibió aquella noticia con gran frialdad, porque lo cierto era que, en el fondo, no tenía ningún apego á su pretendiente; y cuando su padre le anunció que consentía, estuvo á pique de decir que no quería casarse.

Pero el orgullo la dominaba hasta tal punto, que no se decidió á retroceder; dió las gracias á su padre sin alegría: y por lo que hace á su madre, estuvo tentada de echarse en sus brazos como en los buenos tiempos de su infancia.

La vista de aquel hermoso rostro que siempre se le había aparecido sonriente, y que ahora, á causa del dolor y del pesar que ella había provocado, estaba frío y rígido, la volvió á sus malos sentimientos, y se contentó con darle gracias, como si se hubiera tratado de cualquier acontecimiento vulgar de la vida.

– Hemos perdido á nuestra hija, dijo el barón cuando Gilberta hubo salido.

– No, caballero; estoy segura de que la encontrará usted de nuevo... Yo sola soy la que ha perdido su corazón; pero esto no tiene nada de extraño, y... puedo soportarlo.

La señora de Grandpré hablaba con tono tranquilo, pero el barón presentía bajo aquella aparente firmeza uno de los más dolorosos combates que pueden desgarrar un alma humana.

Decidido ya el matrimonio, lejos de rebajar al novio de su hija, los Sres. de Grandpré trataron de presentarle bajo el mejor aspecto posible. El barón, gracias á las buenas relaciones que había conservado, solicitó y obtuvo un empleo muy honroso para el novio. Hubo un punto, sin embargo, en que de ninguna manera se quiso transigir: el notario de la familia redactó é hizo firmar un buen contrato, según el cual la señorita de Grandpré se reservaba toda su fortuna. Gilberta no hizo ninguna objeción á aquellas cláusulas que le garantizaban toda su independencia, ni tampoco el novio, aun cuando en su interior se indignaba por ellas.

El matrimonio se efectuó en los primeros días de junio con asistencia de numerosos invitados, y la opinión general fué, en suma, favorable á los recién casados y á sus padres. Algunos decían que era muy natural que los Sres. de Grandpré no buscasen fortuna; otros, más maldicientes, afirmaban que se habían contentado con lo que hallaron, y que aún debían estimarse dichosos por haber encontrado aquel partido. La novia, al recibir las felicitaciones de costumbre y bajo su apariencia radiante, se decía interiormente que nunca el amor había estado más lejos de su alma. A la cruda luz de la sacristía, y sobre todo comparando á sus padres tan hermosos y tan nobles, su suegra le hizo el efecto de una intrigante, su cuñada le pareció una idiota y su marido un hombre desgarbado, mezquino y casi ridículo.

Pero así lo había querido, y se declaró altamente satisfecha.

XIII

Al abandonar la estación, donde habían ido á acompañar á su hija, que partía para el tradicional viaje de novios, los Sres. de Grandpré se encontraron solos en el carruaje que les conducía hacia su casa.

Desde hacía veinte años no se habían encontrado reunidos como ahora, en un espacio estrecho, respirando el mismo aire.

Un recuerdo del pasado asaltó al mismo tiempo sus almas: ambos se acordaron de su propio casamiento.

De aquella misma suerte habían salido de la iglesia y penetrado juntos en la vida; él tierna y apasionadamente enamorado, ella confiada y llena de esperanza en la futura dicha...

Involuntariamente, su marido lanzó un suspiro. Su esposa, acostumbrada á ahogar sus impresiones, no había jamás expresado la piedad profunda que le inspiraba aquella ruina viviente; al oir el suspiro, se volvió hacia el barón.

Estaba muy pálido; apoyado contra el respaldo, tenía cerrados los ojos y pintada en el rostro una expresión de suprema angustia.

– ¿Se siente usted indispuesto?, preguntó la baronesa con suprema angustia.

Su esposo abrió los ojos y contestó:

– No es nada... El cansancio, la emoción... ¡Dispense usted!

Llegaron á su casa. El barón bajó del carruaje, subió la escalera con paso bastante firme y se dirigió á su habitación; la baronesa tenía ganas de seguirle y de prevenir al ayuda de cámara, pero no se atrevió.

Faltaba apenas una hora para la comida. La baronesa, en tanto que cambiaba de traje, recordaba con melancolía sus años perdidos, los que antiguamente le parecían de prisión y que ahora se le representaban con cierto encanto.

Es que en aquel tiempo había gozado una paz que luego la abandonó para siempre. Las borrascas de la pasión y de la rebelión contra la sociedad no le dieron jamás la felicidad serena que su alma anhelara. Esposa sin marido, madre sin hijos, amante sin objeto, todo aparecía en su pensamiento con tan negros colores, que una angustia mortal invadía su corazón.

La baronesa no quería pensar tampoco en su hija. Su despedida, por la mañana, no había sido cariñosa, y en el beso de Gilberta no sintió ese calor que conforta y consuela. Sus dos orgullos reñían ruda batalla, y uno no quería ceder á otro. No; la baronesa no quería acordarse de su hija. Deseaba que fuese feliz con el hombre que había escogido para marido; pero ese deseo lo formulaba sin entusiasmo, y no quería ya pensar ni en los años por venir ni en los pasados. La baronesa tenía necesidad de paz, y por eso no revolvía las cenizas del pasado. En el antiguo, en el lejano, cuando su hija la amaba, vivía también otra sombra; en el que acababa de transcurrir, cuando se reconstituyó la familia, Gilberta ya no la amaba.

Su hijo... La señora de Grandpré pasó la mano por sus ojos como para borrar de su mente las imágenes que la asaltaban. Su hijo había desaparecido después de la ceremonia religiosa y había dejado recado de que no volvería aquella tarde. Tendría, pues, que comer á solas con su marido.

Aquella idea le pareció insoportable. Escribió una esquela á Marsac rogándole que les acompañara á comer.

Pero ¿y el día siguiente y los demás días? Tan sólo debía transcurrir una quincena hasta la época fijada para su separación, y después sería libre.

¡Libre! ¡Extraña y dolorosa libertad! Libre de todo lazo de cariño; libre de la presencia de su marido, de su hijo... ¡Ah, su hijo! Sin querer, su pensamiento se lanzaba hacia él y veía claro que le perdería para siempre.

Advirtió entonces que la frialdad cruel de su hijo era, á pesar de todo, un consuelo. Había pensado que no viéndole sufriría menos, y ahora estaba segura de que aquello sería un nuevo tormento. Viviendo junto á él podía esperar que el continuado trato traería al cabo el perdón, así fuera condicional y no entero; pero después que hubiese abandonado su casa, no le quedaría ya ni la sombra de una esperanza.

Marsac no estaba en su casa, y era inevitable la temida soledad con su marido. La baronesa se fué al comedor y allí encontró ya al Sr. de Grandpré.

Estaba pálido y abatido; sin embargo, haciendo un esfuerzo se sentó á la mesa y sostuvo la conversación sobre asuntos vulgares.

Terminada la comida, sufría de una manera tan evidente que su mujer le invitó á retirarse.

– Tiene usted necesidad de reposo, caballero, y no se moleste por mí. ¿Quiere usted que avise á su médico?

El barón la miró con reconocimiento.

– No, dijo, gracias; siento sólo un poco de cansancio... Estos últimos días han sido de prueba. Usted misma parece fatigada. ¿No podríamos?.. ¿No quiere usted acompañarme á la Vernerie?

– Las aguas le probarán sin duda, respondió la baronesa con una especie de crueldad que se reprochó en seguida. No tiene usted que aguardar sino unos quince días.

El barón hizo un ademán de desesperación. Su mujer no quería acompañarle; ¡le dejaría morir solo! Saludándola con su cortesía habitual, se retiró.

La baronesa estuvo leyendo durante una ó dos horas en el gran salón, y luego volvió á su habitación. Con el espíritu enfermo y el corazón agriado, descontenta de sí misma y de los demás, despidió á su camarera, y con una especie de fría cólera se entretuvo en arreglar los objetos que le pertenecían, los que había traído consigo al volver á aquella casa.

Dobló sus encajes, encerró las joyas en los estuches y guardó todos los objetos de que acostumbraba rodearse. En tanto que esperaba el día de su libertad, viviría allí como una extranjera, como se vive en la fonda.

– ¡Sí, como en la fonda!, repetía de cuando en cuando.

Este pensamiento la torturaba, y sin embargo, sentía un amargo placer cuando lo formulaba; lo propio que sucede á los que se hurgan las heridas y las hacen sangrar.

Cansada, al cabo, se acostó, esperando que un sueño pesado repararía tantas fatigas. Pero su agitación no se calmó, á pesar de haber cerrado los ojos.

Veía tan claramente como si la luz más centelleante lo iluminara, cuanto quería desechar de su memoria: su hijo, niño todavía, corriendo en los jardines de la Vernerie y echándose en sus brazos por cualquier causa; su marido, joven y alegre, recorriendo con ella los caminos de aquel país encantador en que habían pasado los veranos; más recientemente, bajo las mismas sombras, Gilberta hablando con Marsac, afectuosa y confiada con su madre, deslumbrada por la bondad caballeresca de su padre...

Todas estas imágenes de dicha destruída se sucedían en el cerebro de la baronesa como las visiones de un calidoscopio; las veía brillantes, teñidas de vivos colores, con implacable limpieza. ¡Qué dichosa había visto todas estas cosas en otro tiempo! ¡Cuánto aquella vida de familia había arraigado en su alma!

De repente, otra aparición surgió en otro cuadro: en el salón de su madre, la baronesa vió de pronto á Héctor de Tinsay, tal como era cuando huyó con él.

– ¡No, no!, gritó en voz alta con angustia. ¡No, ese no!

Se levantó vivamente y encendió su bujía para desvanecer todos aquellos fantasmas de una noche de insomnio. En aquella casa, pensando en sus pesares de madre cariñosa, no podía soportar la imagen de su amante.

Anonadada, bebió un sorbo de agua fresca y se sentó en un sillón para aguardar que viniese el día. En aquel momento oyó pasos cerca de la puerta. Llamaron y se levantó.

– ¡Señora baronesa!, dijo la voz del ayuda de cámara de su marido.

– ¿Qué hay?, preguntó.

– El señor barón está muy malo; acaba de desmayarse.

Quedó un instante inmóvil y como vacilando.

– Voy allá, contestó decidiéndose. Haga usted que avisen al doctor.

La señora de Grandpré siguió al criado, y por primera vez desde que naciera Gilberta, entró en el cuarto de su marido.

El barón estaba tendido en la cama: las colgaduras, de color obscuro, hacían resaltar la palidez de su rostro Con los ojos cerrados, rígidas las facciones, parecía tocado por la mano de la muerte. Viéndole en aquel estado, su esposa se sintió llena de piedad.

Había vivido diez años tranquila y honrada cerca de él; muchas veces, al despertarse por la mañana, le había visto reposar de aquel modo sobre la almohada; pero estaba entonces en la fuerza y en la plenitud de la vida... ¡Cuánta ruina entre aquellos días pasados y la hora presente!

Con indecible emoción, de la cual le era imposible precisar los matices, la baronesa se inclinó sobre su marido para ver si respiraba todavía. Junto á ella y sosteniendo con la mano un candelabro, había un criado que temblaba de miedo. La baronesa le hizo dejar sobre un mueble la inútil bujía, y con un valor de que no se hubiera creído capaz, cambió al enfermo de posición á fin de que si aún alentaba estuviese mejor.

Luego mandó abrir la ventana, y el soplo embalsamado de una noche de junio hizo vacilar la luz de la bujía. Pareció que se despertaba el barón y cambió de posición.

– ¡Ah!, dijo la baronesa con un leve suspiro de alegría. ¡Loado sea Dios! Traiga usted en seguida hielo, que yo quedo aquí.

El criado salió y Marta quedó sola con su marido.

La muerte retrocedió lentamente. Las manos no estaban tan frías como antes y un aliento débil se escapaba de los labios entreabiertos del paciente; la baronesa se sentó á los pies de la cama, contemplando aquel rostro todavía bello, animado en otro tiempo, cuando ella le miraba, con una expresión de ternura tan profunda, tan apasionada...

Recordando aquello, el estremecimiento que otras veces había sentido la sobresaltó todavía y esquivó

la mirada. Pero un nuevo suspiro le recordó su deber, y resueltamente fijó su mirada en aquellos ojos cerrados.

Lentamente se abrieron, y al cabo se fijaron en la enfermera con aquella expresión extraña é indecible de los que, sin conciencia de lo presente ni de lo pasado, vuelven poco á poco á la vida.

Advirtiendo que la baronesa le miraba sonriendo, aquella sonrisa le recordó lo pasado, y exclamó el enfermo:

– ¿Dónde estoy? Paréceme que he hecho un largo viaje.

– No lo crea usted, amigo mío. Ha tenido usted un ligero desvanecimiento y ya está usted aliviado.

El barón la miró con incredulidad. Acababa, efectivamente, de hacer un gran viaje; un viaje á los países desconocidos, de los cuales no se vuelve. Pero, por singular coincidencia, se había detenido en la orilla antes de lanzarse al mar.

El barón hizo un movimiento y miró con más atención á su esposa. Su espíritu, no despierto todavía del todo, flotaba en el espacio indeciso donde se pierde toda noción del tiempo.

– ¿Es usted, Marta? ¿Dónde ha estado usted durante tanto tiempo? ¡Cuán contento estoy de haberla encontrado otra vez! Ya no me abandonará usted más, ¿verdad?

Había tomado suavemente una de las manos de su esposa, que guardaba entre las suyas, sin estrecharla, pero también sin soltarla. Ella no se atrevía á hablar.

– ¿Dónde estamos? ¿En París ó en la Vernerie?

– En París, dijo la baronesa con voz remisa.

– ¡Ah!, exclamó el barón dejándose caer sobre la almohada.

El criado entraba trayendo hielo; la señora de Grandpré hizo compresas y las aplicó sobre las sienes de su marido. Luego se sentó cerca de la cama, en tanto que preguntaba en voz baja, pero imperiosa, al criado:

– ¿El señorito Pablo?

– El señorito no ha vuelto, respondió el ayuda de cámara con alguna turbación.

La señora de Grandpré volvió á quedar inmóvil en su sillón con ademán lleno de orgullo herido y de amargura. Su hijo no estaba allí, y ella era la que le reemplazaba.

Una extraña sensación de contento la sobrecogió pensando que velaba cerca de aquel á quien Pablo amaba más que ella.

El médico llegó al cabo, y después de auscultar al enfermo y de palparle el cuerpo, le interrogó. A continuación le dijo que había sido víctima de un accidente sin consecuencia ninguna y que no era de temer complicación de ningún género. Recetó una pócima y salió.

Pero no es tan fácil el engañar á una mujer como á un enfermo; y apenas hubo salido el doctor, la baronesa le siguió andando de puntillas, y en la antesala le dijo:

– Doctor, dígame usted la verdad. ¿Está en peligro mi marido?

– Sí, señora.

– ¿En peligro inminente?

– No puedo responder á tal pregunta. El barón padece de una afección cardíaca que han exacerbado los pesares; y así como es posible vivir muchos años con ella, así también es fácil que sobrevenga la muerte al menor pesar moral que experimente.

– ¿Cuál es la causa de esa enfermedad?, preguntó la baronesa con ansiedad profunda.

– ¡Oh, señora!, contestó el médico; es difícil averiguar las causas de una enfermedad; nosotros conocemos de ellas solamente los efectos, y según que sean graves ó leves, diagnosticamos.

– ¿Cree usted, dijo la señora de Grandpré, que las auras puras y refrigerantes del campo pueden serle propicias?

– No solamente lo creo, sino que desde ahora digo á usted que debe salir de París. Pero su estado es tan grave, que advierto á usted lo expuesto de confiarle á manos mercenarias; so pena de verle morir, debe cuidarle una persona allegada y que sienta por él verdadero afecto, á fin de prevenir y atender con prontitud sus menores deseos y necesidades.

La baronesa quedó aterrada. ¡No dejar abandonado á su marido! ¡Estar siempre á su lado á guisa de enfermera! Ella hubiera dado voluntariamente su vida en un momento, de un modo súbito, sin vacilar; pero seguir paso á paso, de un modo lento y pesado la agonía de un moribundo, era un suplicio superior á sus fuerzas...

Al volver junto á su marido había apuntado el alba; por la ventana entreabierta se filtraban las primeras claridades del día, reflejadas por la cinta plateada del Sena y un soplo de aire fresco penetró en la habitación.

– ¿Está usted todavía aquí, Marta?, exclamó con voz débil aún, pero ya distinta. Toda la noche la ha pasado usted de pie para velarme... ¡Gracias, Marta!

– Lo que he hecho era lo natural y lo que debía hacer. ¿Quiere usted dormir?

– No, me siento todavía fatigado. Estaba pensando en salir al campo, replicó el barón con voz débil. ¿No quiere usted acompañarme?

– Si ese es su deseo...

– Sí. ¿Consiente usted?, exclamó con vivacidad el barón. Entonces es que debo estar muy malo.

– No, contestó la baronesa, aseguro á usted que está fuera de peligro; el doctor me lo ha afirmado; pero me ha dicho al mismo tiempo que tenía usted necesidad de muchos cuidados... Si quiere usted le instalaré en la Vernerie.

– Doy á usted las gracias, contestó el barón con cierta melancolía. Acepto con reconocimiento su insinuación.

XIV

Viendo á su marido tranquilo, la señora de Granpré se retiró á sus habitaciones, pero no á reposar, pues se sentía llena de inquietud mortal, causada por la ausencia inexplicable de su hijo.

De repente se acordó que, en otro tiempo, había esperado con las mismas angustias á su amante, cuando llegaba el alba y cuando empezaba á despertar la gran urbe con su vida formidable y sus mil ruidos distintos. Y aquella evocación, aquellos recuerdos, aquella imagen de un pasado y de lo ilegítimo surgiendo en su imaginación le hicieron sentir doblemente el dolor justísimo que ahora experimentaba y abatieron su alma dolorida, que por un momento pensó que todo aquello no era sino un justo castigo de sus antiguas faltas.

Así quedó anonadada durante un espacio de tiempo imposible de precisar. Los ruidos que llegaban hasta ella eran menos distintos, sus ideas más confusas. Y á fuerza de buscar en su pensamiento, acabó por caer en un estado de somnolencia. De repente despertó. Llamaban. Marsac estaba en el salón y preguntaba por ella.

¿Qué extraña intuición le hizo presentir que podía tener una relación cualquiera aquella visita de Marsac con la ausencia de su hijo? Ni ella misma podría decirlo; pero, movida de su ansiedad, arregló precipitadamente su traje y pasó al salón.

En el rostro de su amigo leyó la verdad; su pensamiento había ido más lejos que la realidad.

– ¡Pablo ha muerto!, dijo en voz baja, y sin estrechar la mano que le tendían.

– No, solamente está herido.

Se sentó la baronesa y quedó contemplando al mensajero con una ansiedad terrible.

– ¿Palabra de honor?

– Sí, contestó Marsac. Está herido, pero no gravemente.

– Diga usted la verdad; ¿cree usted que muera?

– No, los médicos aseguran lo contrario.

– ¿Dónde está?

– En casa de un amigo. Pero no se puede mover de allí, por lo menos durante el día de hoy.

La baronesa hizo un movimiento como para levantarse. Marsac la detuvo.

– ¡Quiero verlo!, dijo con voz conmovida, como la de un niño que va á llorar.

– No es posible.

– ¿Por qué? ¡Ah! ¡Ya comprendo! Es que ha dicho que no quería que yo le viera.

Marsac hizo un ademán que ni afirmaba ni negaba.

– Bien. ¿No quiere? Sea. ¿Se ha desafiado?

– Sí.

– ¿Por una mujer?

(Continuará.)



Al abandonar la estación, donde habían ido á acompañar á su hija

EL CUERPO DE BOMBEROS Y EL SERVICIO CONTRA INCENDIOS EN EL JAPÓN

A principios de 1870 comenzó para el Japón un período de reformas radicales en la vida política y en la cultura, tomando por modelo á las naciones europeas más adelantadas. Así, por ejemplo, en punto á ejército, se ha organizado éste con carácter permanente y desde 1889 se ha establecido el servicio militar obligatorio. Al mismo tiempo, el gobierno japonés coronaba su obra reformadora promulgando una Constitución moderna, inspirada en la ley fundamental de Prusia.



El servicio contra incendios en el Japón
Pruebas de una bomba por una sección de bomberos de Tokío (de fotografía instantánea)

Existe, sin embargo, en aquel país una institución que no es de reciente fecha, sino que data de muy antiguo, y es un servicio contra incendios perfectamente organizado, cuyo origen se remonta á los tiempos más remotos. Como desde hace muchos siglos ha habido en el Japón ciudades muy populosas y como por razón de los terremotos no se construían éstas con materiales muy sólidos, sino con maderas, cañas y paja, es natural que se pusiera especial atención en todo cuanto se refería á la extinción de incendios. Esto explica que en el antiguo Japón además de los bomberos voluntarios hubiera bomberos organizados militarmente, cuya organización se parecía mucho á la que el cuerpo tiene en Alemania.

Desde tiempos inmemoriales se utilizaron en el Japón las bombas de presión movidas á mano, pero faltaban naturalmente potentes máquinas para arrojar en gran cantidad el agua al edificio incendiado; sin embargo, los japoneses suplían esta deficiencia derribando las casas vecinas, á fin de quitar alimento al fuego, ó bien untando con limo húmedo las partes amenazadas por el calor de las llamas. Además usaban escaleras de bambú, hachas, picos y otras herramientas.

Tenían el mando de este servicio antiguamente príncipes de las familias más ilustres y los cargos de oficiales estaban desempeñados por individuos de la vieja aristocracia. Los simples bomberos vivían en cuarteles, cerca de los cuales estaban los almacenes en donde se guardaban los utensilios del servicio contra incendios. En este servicio representaba entonces un papel muy importante el *matoi*, cuya veneración se ha mantenido hasta nuestros días: era algo como nuestras divisas y estandartes, y sólo podían llevarlo los hombres más valientes y más útiles.

En 1721 existían en Tokío 47 asociaciones de bomberos voluntarios, cada una de las cuales al acudir á un fuego llevaba su *matoi* como enseña. Entonces, como ahora, los *matois* eran colocados en caso de incendio en los sitios más amenazados, y cada asociación se agrupaba en torno del suyo y avanzaba con sus herramientas para combatir el fuego.

Siendo tan terribles como eran los incendios que en los antiguos tiempos asolaban las ciudades japonesas, se exigían naturalmente, así á los oficiales como á los demás individuos del cuerpo, rigurosas pruebas de valor y de perseverancia, y esto explica que todos gozaran de consideración y respeto grandes.



El servicio contra incendios en el Japón
Ejercicios de bomberos voluntarios (de fotografía de A. M. Natrajima, Tokío)

Actualmente hay en todas las grandes ciudades del Japón y especialmente en Tokío cuerpos de bomberos profesionales dotados de los aparatos más modernos, al lado de los cuales continúan subsistiendo los cuerpos voluntarios, no sólo en las capitales, sino que también en pequeñas aldeas del interior. El cuerpo voluntario de Tokío cuenta 1.640 individuos.

Estos cuerpos de bomberos voluntarios entran en funciones cuando las campanas tocan á fuego, y sus individuos visten trajes de tela de algodón recia y

negra y para defenderse del calor del incendio usan gruesos guantes y sandalias.

Los aparatos de que estos cuerpos se sirven son: escaleras de bambú, bombas movidas á mano, picos, horquillas, cubos, etc.

El cuerpo de bomberos de profesión de Tokío, la capital del imperio, constituye desde 1880 una sección especial de la prefectura de policía, y su personal consta de un director, de 26 inspectores de incendio, 18 inspectores de bombas, 150 individuos afectos al servicio de éstos y 50 caballos. Los oficiales van montados.

El servicio de incendios está distribuído en la capital en una guardia principal, dos guardias secundarias bajo la dirección de la anterior, seis guardias presididas cada una por un inspector de incendios y encargadas del material de carros, otras seis con seis bombas de vapor y seis carros de mangueras, y 100 retenes con cabrias portátiles y mangueras. Dispone además este servicio de 150 cabrias de manguera portátiles, 76 bombas de mano, 40 escaleras de bambú y multitud de aparatos de salvamento de los más modernos sistemas.

El cuerpo de bomberos profesionales usa un uniforme de lana, de corte muy parecido al del ejército japonés.

En cuanto al servicio de conducción de aguas, está en Tokío admirablemente dispuesto.

En 1888 se instalaron en aquella capital avisadores automáticos eléctricos, de los que actualmente hay 420, distribuídos en toda la ciudad, en la prefectura de policía, en las guardias y retenes. Estos avisadores no están á la disposición del público, sino que únicamente pueden ser utilizados por los agentes de seguridad y por el personal afecto al servicio de incendios.



GLORIA, cuadro de Antonio Torres Fuster (Salón Parés)

Una parte de las bombas que en la actualidad funcionan en Tokío son de fabricación francesa, otras de fabricación alemana, y algunas bombas de vapor proceden de la industria inglesa; pero ya hoy se fabrican bombas, así de mano como de vapor, en aquella capital, especialmente en la fábrica de máquinas y bombas de Ischihara, de donde han salido muchas de las empleadas, no sólo en dicha ciudad, sino que también en otras poblaciones, como Sapporo, Otaru, Toyawo, etc.

Hace algunos meses el gobierno japonés envió á Alemania para estudiar el servicio contra incendios al Dr. Matsui, director. El Dr. Matsui permaneció seis semanas en Berlín, en la guardia principal de Lindenstrasse.

Actualmente prosigue su viaje de información por Alemania y Austria, habiendo visitado Hamburgo, Bremen, Erren, Colonia, Aquisgrán, Francfort, Viena y Budapest.

FEDERICO LEYBOLD,
Real Inspector del Cuerpo de Bomberos de Berlín.



Boceto de pintura decorativa para el restaurant del Príncipe, de Londres, obra de Enrique C. Brewer

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Ideas médicas acerca de la atmósfera de Sucre, folleto publicado por el *Dr. D. José M. Araujo.*—Impreso por M. Pizarro. Sucre.

Conferencia sobre el sistema desitiloscópico, por *Juan Vucetich.*—Interesante folleto con ilustraciones, impreso en La Plata (República Argentina).

El apóstol blanco, drama en cuatro actos, por *Ramón Pomés.* Un tomo impreso por Mestres y Borrás, Barcelona. Véndese á una peseta cada ejemplar.

Anuario de la Asociación de Arquitectos de Cataluña para 1901.- Un tomo ilustrado, conteniendo interesantes estudios y noticias. Véndese á cinco pesetas cada ejemplar.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 10 de marzo de 1902 — Núm. 1.054



VIEJO PESCADOR, cuadro de Dionisio Baixeras

Propiedad de D. Isidro Llovet

SUMARIO

Texto. — *Revista hispano-americana*, por R. Beltrán Rózpide. — *Pensamientos.* — *El globo*, por E. Benot. — *Señales de los tiempos*, por A. Sánchez Pérez. — *Un inventor, cuadro de Víctor Guetin* — *Una vista*, por Camilo Millán *(Pero Nuño).* — *Buñuelos y buñoleras*, por J. Gestoso y Pérez. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *El pasado de una madre*, novela ilustrada (continuación). — Libros enviados á esta Redacción.

Grabados. — *Viejo pescador*, cuadro de Dionisio Baixeras. — Dibujo de Vázquez que ilustra el artículo titulado *El globo.* — *El conde de Lara y su paje*, cuadro de Domingo Morelli. — *Un inventor*, cuadro de Víctor Guetin. — *Regreso de la guerra*, cuadro de Sheridan Knowles. — Dibujos de Azpiazu que ilustran el artículo titulado *Buñuelos y buñoleras.* — *La hija del Greco*, retrato pintado por Domenico Theotocopuli *(El Greco).* — *De orden del señor Alcalde*, cuadro de José Luis Pellicer. — *El despertar de un alma*, cuadro de A. Tavernier. — *Guerra anglo-boer. El comandante boer Scheepers oyendo la lectura de su sentencia de muerte.* — *Sevilla. Carnaval de 1902. Comparsa del Centro de Bellas Artes que figuró en el festival organizado por el mismo.*

REVISTA HISPANO-AMERICANA

La segunda Conferencia internacional americana. — Su clausura y sus resultados. — El arbitraje. — Actitud de los pueblos hispano-americanos en sus relaciones con los yanquis. — Probables causas de disgregación en el Norte y tendencia á la concentración en el Sur. — *El canal interoceánico americano.* — Nuevo tratado anglo-yanqui y triunfo de los Estados Unidos sobre Inglaterra. — Condiciones económicas de los canales de Nicaragua y Panamá. — Estado de la cuestión. — *El ferrocarril mejicano de Tehuantepec.* — Otras vías férreas competidoras del canal.

El 31 de enero terminó sus tareas la segunda Conferencia internacional americana. En la sesión de clausura — á la que no asistieron todas las delegaciones, pues algunas se habían retirado anteriormente — leyó elocuente discurso el jefe del gabinete mejicano D. Ignacio Mariscal. Satisfecho se muestra el ilustre político «porque se han vencido las más serias dificultades y se han burlado funestos vaticinios de pesimistas ó enemigos encubiertos; en todas las discusiones, en todos los actos, no obstante la oposición de sentimientos y aspiraciones en determinadas materias, ha prevalecido la deferente cortesía que era de esperar en los representantes de los gobiernos de América...» «Si el éxito alcanzado no es decisivo, prepara ventajosamente los trabajos de la tercera Conferencia internacional americana:» son estas las últimas palabras que oyeron del presidente de la República los delegados que fueron á saludarle en acto de despedida.

No ha sido decisivo el resultado de la Conferencia, entre otras razones, porque no hubo acuerdo unánime respecto al arbitraje obligatorio, y esta disidencia fué causa ó pretexto de la retirada de varios delegados. Pero aun con las limitaciones del convenio de El Haya, va ganando terreno el gran principio del arbitraje, como hacía notar en su discurso el Sr. Mariscal, y si de una parte se imponen las tendencias patrocinadas en este punto por Chile y los Estados Unidos, de otra la República Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia y algunos Estados más se conciertan y se comprometen á someter al arbitraje obligatorio las cuestiones relativas á límites, derechos de navegación y validez, interpretación y ejecución de los tratados.

Así, poco á poco, y mediante esas Conferencias internacionales, los Estados hispano americanos estrechan distancias y suavizan asperezas, y por su actitud en el Congreso y por su conducta fuera de él demuestran que hay sentido político en los hombres que los rigen y que tienen muy en cuenta nuestro antiguo refrán de que al amigo que no es cierto, con un ojo cerrado y el otro abierto. Verdad es que, como escribe *The Economist*, de Londres, no conviene á los yanquis romper amistades con los demás pueblos americanos y han de hacer todo lo posible por evitar conflictos; pues la guerra, á pesar del predominio que aquéllos tienen en el mar, habría de arruinar su comercio. Tampoco quedarían bien parados los intereses de las otras Repúblicas; y como para conservar amistad, pared en medio, y la pared puede empezar á resentirse si los Estados Unidos realizan su propósito de acaparar por tratados todo el comercio que aquéllas hacen con Europa, los representantes de éstas han sabido desentenderse á tiempo de la cuestión económica en su aspecto arancelario. Es, sin duda, uno de los asuntos que quedan preparados para la tercera Conferencia.

Entretanto, se da tiempo al tiempo. En la gran República Norteamericana hay ya quien prevé el nuevo Imperio de Occidente. «Dentro de veinticinco años — ha dicho Hadley, el rector ó presidente de la Universidad de Boston — tendremos emperador en Wáshington.» Se librará formidable batalla entre los *trusts* y el capital; si vencen los primeros, vendrá la anarquía; para evitar el peligro, el pueblo yanqui pedirá rey, y para más honrarle, se le dará emperador. La contienda entre partidarios del antiguo y nuevo régimen, la lucha encarnizada, de carácter social y económico, entre aspiraciones é intereses inconciliables, podrán anticipar la disgregación de los Estados Unidos del Norte de América.

Por el contrario, en el resto del continente se tiende á constituir fuerzas más compactas mediante federaciones, tratados de alianza ó convenios de arbitraje. Ciertamente, no están bien avenidas entre sí algunas de esas Repúblicas, y tal vez alianzas y arbitrajes sean ineficaces para impedir el conflicto. Pero ¿quién podría predecir las últimas consecuencias de una guerra entre los Estados á que nos referimos? Cuando desgraciadamente no hay medio de concertar á pueblos rivales y hermanos que aspiran á constituir grandes centros de acción y resistencia, por la guerra suele llegarse á esa concentración de fuerzas sociales y políticas, indispensable para contrarrestar el poderío de razas ó pueblos extraños.

***

En la cuestión del canal interoceánico, Inglaterra ha cedido por completo á los deseos ó exigencias de los Estados Unidos (1). El 18 de noviembre de 1901 se firmó en Wáshington un nuevo tratado con intervención de los mismos plenipotenciarios que suscribieron el de febrero de 1900, Hay y Pauncefote.

La Gran Bretaña abandona todos los derechos y todas las ventajas que tenía por virtud del tratado de 1850. El convenio Bulwer-Clayton queda abolido. El canal podrá construirse bajo los auspicios de los Estados Unidos, ya á su costa, ya con ayuda de capitales que cedan ó presten particulares ó corporaciones, ya en forma de suscripción ó de compra de acciones. El gobierno de los Estados Unidos tendrá el derecho exclusivo de reglamentar y explotar el tráfico. Se adoptan como base de neutralización los reglamentos que rigen para el canal de Suez.

El canal interoceánico americano será libre y estará abierto á los buques mercantes y de guerra de las naciones que se hayan adherido á esos reglamentos y con perfecta igualdad para todas. No podrá bloquearse ni se consentirá acto ninguno de guerra y de hostilidad en él. Sólo en caso de absoluta necesidad podrán abastecerse en el canal los buques de guerra de un beligerante. Estas disposiciones se aplicarán á las vías fluviales adyacentes en un perímetro de cuatro millas marinas por todos lados. Los Estados Unidos podrán mantener en la zona del canal las fuerzas de policía necesarias para protegerlo. El material, los establecimientos, los edificios y todas las obras indispensables para la construcción, conservación y operaciones se considerarán como parte del canal, y así en tiempo de guerra como en tiempo de paz gozarán de completa inmunidad. Los cambios que puedan sobrevenir en la soberanía territorial ó en las relaciones internacionales del país ó países que atraviese el canal, no afectarán al principio general de neutralización ni á los compromisos adquiridos por las partes contratantes.

Terminadas, pues, las diferencias con Inglaterra y habiendo abdicado ésta de todos sus derechos, ha llegado ya la ocasión de que los Estados Unidos elijan trazado.

Como indicábamos en abril último, el trazado por Nicaragua estaba en baja. Según los informes de la comisión nombrada para estudiar este asunto, que dió á conocer su dictamen en diciembre de 1901, la conservación y explotación del canal de Nicaragua costará anualmente 1.350.000 dollars más que el canal de Panamá; en el trayecto por aquél se invertirán treinta y tres horas, y bastarán doce por el de Panamá. En cambio, el Nicaragua puede construirse en seis años y serán necesarios ocho para acabar el de Panamá. Las obras del primero importarán dollars 189.864.000 y las que faltan del segundo 144.233.000, cantidad á la cual habrá que sumar lo que cueste la compra de las acciones y derechos de los concesionarios.

La comisión pesa ventajas y desventajas, y se decide por el canal de Nicaragua. Sin embargo, ingenieros, geógrafos y geólogos prefieren, bajo muchos conceptos, el canal de Panamá; el mismo actual presidente de los Estados Unidos es favorable á este trazado, y la opinión general es que no habrá canal por Nicaragua.

Conviene advertir, en primer término, que en la última Junta general de accionistas del Panamá se acordó reanudar las negociaciones con la comisión del istmo sobre la base de 200 millones de francos, suma en que aquélla había estimado el valor de la propiedad del canal; de modo que, admitido dicho precio, resultará Panamá más barato en cinco millones de pesos oro que Nicaragua. Además, en éste hay ocho grandes esclusas; en aquél sólo cuatro. Ténganse también en cuenta las malas condiciones del río San Juan que deben remontar los buques para llegar al lago de Nicaragua; los frecuentes terremotos en este país, y la necesidad de completar los estudios y reconocimientos topográficos en los terrenos comprendidos entre el lago y el Pacífico, y se comprenderá que es preciso añadir todavía algunos millones al presupuesto calculado por la comisión. No lo desconocen, seguramente, los individuos que la forman ni los demás ingenieros y políticos yanquis que se presentan como partidarios del canal de Nicaragua; ni, por otra parte, es verosímil que pierdan de vista la probabilidad, más ó menos remota, de la competencia que podría establecerse si llegara día en que empresa europea ó americana tomase á su cargo la construcción del canal de Panamá. Agentes colombianos han iniciado ya gestiones en tal sentido, no mal acogidas, en principio, por importantes entidades financieras.

La campaña á favor del Nicaragua parece un ardid de mercader; un medio de influir en la compañía del Panamá para lograr que los accionistas cedan en sus exigencias y vendan muy barato.

***

Ya que de competencia hablamos, no estará de más referirnos á la que, bajo el aspecto financiero, pudiera hacer al canal el ferrocarril de Tehuantepec. Es punto interesante que, previo estudio del tráfico que habrán de disputarse todas las vías de comunicación fluviales y férreas que crucen la América, trata en uno de sus números del pasado febrero *El Economista Mejicano.*

Regla general es que un ferrocarril no puede competir con un canal; pero la regla falla cuando ese canal no está á nivel, sino servido por esclusas; en tal caso, el gasto para construir las esclusas y para mantenerlas en corriente es considerable. Calcula la citada Revista, y calcula bien, que el canal de Panamá, más barato que el de Nicaragua, representará, una vez concluído, un capital de 180 millones de pesos oro, por lo menos. Si se aspira á obtener un interés atractivo para los accionistas, un 6 por 100, sería preciso que el canal diera utilidades líquidas por valor de 10.800.000 pesos oro, ó sea unos 23 millones de pesos plata. El ferrocarril de Tehuantepec, cuyo coste total desde 1878 no excede de 45 millones de pesos plata, sólo tiene que producir 2.700.000 anualmente como beneficio líquido para rendir el 6 por 100 sobre el capital íntegro de construcción. Respecto de gastos de explotación, los del Tehuantepec tienen que ser muy inferiores á los del canal, atendiendo á las cuatro esclusas y á la circunstancias de que los sueldos y jornales son en Panamá más altos y se pagan en oro.

Los ferrocarriles construídos, en construcción ó en proyecto que en su día pueden disputar á los canales parte del tráfico norteamericano con Asia y Oceanía son, además del ferrocarril de Tehuantepec, el de Nueva York á San Francisco de California, el de Panamá, el de Costa Rica, el de Manzanillo á los Estados Unidos, el de Topolobampo á Kansas y el proyectado por los Estados de Tabasco y Chiapas.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

(1) Véase la *Revista hispano-americana* de abril de 1901 en el número 1.008 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

PENSAMIENTOS

Las personas dichosas considerarán siempre su dicha como acierto, y los especuladores poco delicados sus truhanerías como simples habilidades.

H. RABUSSON.

La caridad no ha de ser más que el camino que conduce á la equidad.

ENRIQUE FOUQUIER.

Nunca sabe uno lo que quiere, pero sabe perfectamente lo que no quiere.

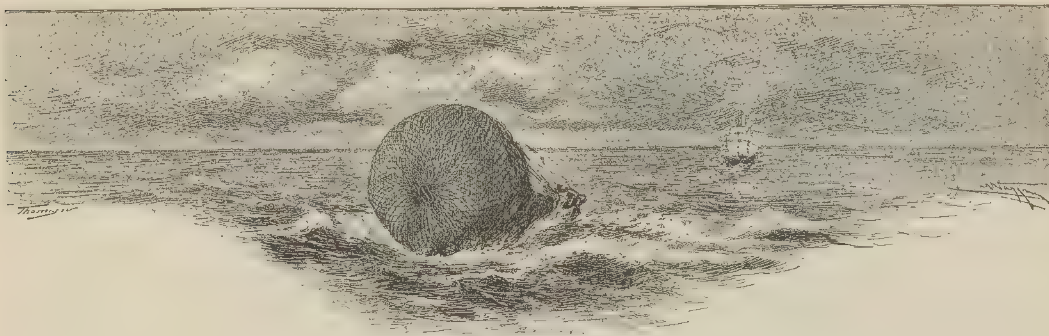
EMILIO FAGUET.

No bauticéis nunca con un nombre demasiado alegre los sitios en los cuales encontréis la felicidad; la felicidad se va y el nombre se queda.

MARÍA ADVILLE.

No hay hierba, por vulgar que sea, que al ser segada no difunda un perfume.

ROBERTO DE LA SIZERANNE.



EL GLOBO

En el rol presentado (hace más de cuarenta años) al comandante del puerto de la Habana por el capitán del bergantín «Relámpago,» y en el cuaderno de bitácora correspondiente, consta una singladura, en la cual se lee:

Amanecimos con cielos y horizontes despejados, viento fresco del ESE., marejada del mismo y rumbo al OSO., navegando en 12 cuartas con todo el aparejo largo, excepto los juanetes y sobres, que hubo que cargar y aferrar cuatro horas antes por haber refrescado el viento.

A eso de las ocho de la mañana, y hallándonos á unas 150 millas de la costa entre los paralelos 35° y 34° latitud Norte, cantó el tope que por la amura de babor se divisaba á sotavento un globo aerostático, que descendía rápidamente hacia el mar. Los anteojos nos permitieron ver que el aeronauta estaba en la barquilla, la cual rozaba las olas pocos momentos después.

La barquilla, que luego resultó estar fomada por un enrejado muy fuerte de mimbres, revestidos de los colores nacionales, se llenó de agua, y sumergida casi por completo, funcionaba como potente freno, retardando la marcha del globo.

El bergantín hizo por él; y en el acto empezó la regata más original que se ha visto en el mundo: la de un globo huyendo de un bergantín, y la de un bergantín dándole caza.

El globo perdía hidrógeno visiblemente; pues á la media hora de corrida, no pudiendo ya sostener el peso de su envoltura, tocó en el agua y siguió á flote huyendo del bergantín, mas retardando de tal modo su velocidad, que el buque cazador pudo casi atracarse á él.

Nuestra sorpresa entonces fué extraordinaria; porque pudimos observar que el aeronauta era una mujer enteramente desnuda y de rarísima belleza, una Venus saliendo de la mar.

– ¡Un vestido! ¡Por Dios, que estoy desnuda!, dijo con voz casi apagada, cuando yo me acercaba en el bote á recogerla.

Con sábanas que hice bajar de á bordo quedó luego cubierta aquella incomparable desnudez, teniendo yo que hacerlo así por mí mismo, pues ella apenas podía valerse, á causa de tener atravesados los antebrazos, cada uno por dos enormes puñaladas, además de otra herida en un hombro y varias cortaduras en el pecho. Con gran respeto y hondísima lástima la trasladamos á bordo y la instalamos lo mejor que se pudo en la cámara del bergantín. Pero no bien se halló en el improvisado lecho y me hubo dado las gracias, perdió el conocimiento. Yo acudí inmediatamente á curarle las heridas, y una hora más tarde volvió en sí; pero con una debilidad extrema. Tomó algún alimento, y á poco empezó á delirar.

¿Cómo aquella mujer (ó aquella Venus) se encontraba á más de 150 millas de la costa? ¿Quién era? ¿Quién la había herido? Pues, por la dirección de las heridas, bien se dejaba ver que no se trataba de un intento de suicidio.

Todos los de á bordo nos hacíamos las anteriores preguntas.

Un sueño reparador pareció volverla á la vida y al uso de sus facultades; pues al anochecer, con voz muy débil y con grandes interrupciones, que á veces terminaban en síncopes, me dijo lo siguiente:

– Capitán, yo me muero... De estas heridas ha manado mucha sangre y me siento desfallecer. Pero esto es lo de menos: lo que me mata es la agonía en que he pasado veinte horas seguidas, hasta que usted me salvó... Soy francesa, y si hablo corrientemente el español, es porque mi madre es gaditana... Yo me llamo Rosa Dulong y López... Mi padre fué el famoso aeronauta Dulong, que había hecho más de cien ascensiones, casi todas con gran felicidad. En mi casa no había lujo; pero sí bastante holgura. Contento no había; porque mi madre estaba temiendo siempre una catástrofe, no sólo por mi padre, sino también por mí; pues mi padre hizo que yo lo acompañase en varias ascensiones; con lo cual pude aprender el manejo de los globos.

En las dos últimas estuvo mi padre muy desgraciado: en ellas se le destrozaron los globos; y para reponerlos, tuvo que acudir á los ahorros que en casa había. En la última ascensión gastó cuanto quedaba. Salió de los Campos Elíseos de París precisamente hoy hace tres años; subió á gran altura; lo vimos perderse entre las nubes... y jamás hemos vuelto á saber de él.

El hambre entró en mi casa, y no contando ya con recursos, entré al servicio de una compañía de acróbatas que da espectáculos en circos ecuestres y en las plazas de toros de España. He hecho tres ascensiones con felicidad; y mi madre y yo hemos podido vivir. La compañía trabaja ahora en la feria de Sevilla, y ayer, cuando yo, en la pradera de San Sebastián, estaba á punto de embarcarme en el globo, se me acercó una señora muy bien vestida, quien me dijo muy de quedo:

– Aeronauta, si me admites en tu barquilla, te doy mil duros. Tómalos.

Y me alargó una bolsa llena de oro.

– Madre, ¡mil duros! Toma, y arroja el hambre flaca de nuestro hogar.

En seguida entramos en la barquilla, soltaron las amarras y nos elevamos rapidísimamente por los aires.

La pasajera se veía huir de la tierra con una alegría que casi rayaba en frenesí.

– ¡Bendita seas, aeronauta! ¿Cómo te llamas? Yo quiero que nos hablemos de tú. ¡Qué gozo tan grande el mío al huir de la tierra! ¿Cómo te llamas? ¡Dímelo!

– Rosa.

– Pues yo me llamo Dolores, nombre que me cuadra perfectamente, porque yo soy el dolor de los dolores. ¡Cómo nos alejamos! ¡Qué diminutos aparecen los objetos! ¡Qué chicas las torres de las iglesias! ¡Cómo se angosta el Guadalquivir!

– Es que subimos mucho.

– Y ¿en qué lo conoces, Rosa?

– En lo que baja el mercurio en este barómetro. ¿Quiere usted que subamos más?

– ¡Que si quiero!

Y tomé un saquito de lastre; vacié la arena en la atmósfera, y el mercurio empezó á descender nuevamente.

Dolores se sentó en la barquilla, y mirando la columna barométrica exclamó:

– Esta es la imagen de mi desdichado amor. Mientras más ascendía la pasión en mí, más bajaba en aquel hombre, de hielo para mí, el poco afecto que llegué á inspirarle.

Y Dolores lloraba taciturna...

El viento soplaba del Nordeste con violencia, y yo temí llegar á orillas del Atlántico antes de que cerrara la noche; por lo cual anuncié á Dolores que era preciso descender.

– ¿Bajar á la tierra? ¡Ni que lo pienses! ¡Yo no vuelvo más á la tierra! Nunca. Mira, Rosa, me dijo muy despacio: las sospechas, como serpientes enroscadas á mi cuello, me estaban ahogando. Porque yo tuve celos. ¿Sabes tú lo que son celos? Y dí en seguirle, ¿sabes? Y al fin lo vi con ella, ¡con ella! En su casa de campo. Y como loca, me eché sobre él, y de un solo golpe en el corazón le quité la vida. Mira, Rosa, este es el puñal de mi venganza.

Y Dolores empezó á esgrimir como loca aquel arma homicida.

– La justicia me persigue; y por eso me vine huyendo á Sevilla; y por eso también, al ver que ibas á elevarte por los aires, me embarqué contigo, para huir de la tierra: para huir hasta donde nadie me persiga; porque has de saber que dondequiera que yo volvía en Córdoba los ojos, allí lo veía yo á lo lejos, como un espectro que venía por mí. ¡Volver á la tierra! ¡Nunca, nunca!

– Pero, Dolores...

– ¡Ni una palabra más! Y ¡ay de ti si intentas descender!

Y la loca se levantó como una furia, amenazándome con el puñal.

– Ascendamos más, más...

Y cogió dos saquitos de arena y los lanzó fuera de la barquilla.

– ¡Cómo baja el mercurio!

Y aquella loca, con el puñal siempre en la mano, se sentó frente á mí, y me dijo por última palabra aquella tarde:

– ¡Cómo te muevas, te mato!

Cerró la noche. Sin luna, sin más luz que la de las estrellas. ¡Qué angustia! Yo sentía que estábamos ya sobre el Océano, por la humedad de la atmósfera salina. Y no me atrevía á moverme; porque con mucha frecuencia interrumpía el solemne silencio de aquella noche de tormento la fatídica voz de la loca:

– ¡Rosa, como te muevas, te mato!

Y esto una vez, y otra... y otras mil, hasta el amanecer. ¿Concibe usted, capitán, una noche de más horrendo martirio?

Un síncope mayor que los demás interrumpió esta espantable narración.

Horas después Rosa dijo:

– Al alba, cuando ya había bastante luz, la loca miró al barómetro y notó que el mercurio había subido y nosotros bajado; fenómeno muy natural por haberse contraído el hidrógeno del globo con el frío de la noche. Notar Dolores que habíamos descendido y ponerse furiosamente á arrojar cuanto lastre había en la barquilla, todo fué uno. Y en seguida, esgrimiendo el puñal cerca de mi pecho, hizo que me desnudara y que tirase al mar todos mis vestidos. El globo, naturalmente, ascendió de nuevo; y ella, satisfecha al parecer, volvió á sentarse junto al barómetro. Pero habiendo observado, cuando atravesábamos una capa de aire frío, que el mercurio subía nuevamente, me dijo con la mayor crueldad:

– Rosa, es preciso que te tires al agua. ¡Inmediatamente! Tu peso me impide subir. Yo no quiero volver abajo. Y si no te tiras por tu propia voluntad, te mato, y en seguida te arrojo yo.

Y sin más, aquella mujer demente, en el frenesí más furibundo, se arrojó sobre mí, puñal en mano. Yo la sujeté por las muñecas; pero no pude impedir que me causara todas las heridas que usted ha visto, ni que al fin, después de tan tremenda lucha en medio de los aires, se desprendiese completamente de mí.

Entonces, viéndose libre, me asestó, frenética, al pecho un golpe tremebundo que, sin embargo, yo pude esquivar con un movimiento veloz como el relámpago. Y fué tanta la rabia con que me dirigió el golpe, que el puñal se clavó en el enrejado de mimbres de la barquilla, donde quedó tan sujeto que la loca no pudo sacarlo fácilmente. Al punto, para ha-

cer más fuerza, apoyó el pie derecho en uno de los huecos del enrejado, hizo allí hincapié, y tiró con tal violencia que cayó hacia atrás sobre la borda de la barquilla; y perdiendo el equilibrio, volteó sobre tan estrecho sostén; y... ¡horror de los horrores!, puñal en mano se precipitó aquel demonio en el espacio, desde una altura de más de dos mil metros sobre el nivel del mar.

La subida del globo al perder de repente tanta carga, fué espantosa, por más que yo inmediatamente abrí las válvulas de escape, para dejar salir el hidrógeno en la mayor cantidad posible. Pero desde que volví á la anterior altura de 2.000 metros, se inició, contra mi voluntad, un constante descenso, cada vez más rápido, sin duda por haberse producido alguna grieta en el barniz de la envoltura.

Lo demás, capitán, es conocido de usted. Yo me muero. Me muero de horror; de una angustia indefinible... ¡Pobre madre mía! ¡Pobre madre mía!..

Capitán, sólo me queda un favor que pedir á usted: que le escriba, cuanto antes le sea posible, noticiándole mi triste fin.

La aeronauta calló. Volvió á delirar con una fiebre altísima, y aquella misma noche dejó de existir...

Al amanecer le dimos sepulcro entre las olas impasibles de la mar.

E. Benot.

(Dibujo de Vázquez.)

SEÑALES

DE LOS TIEMPOS

¿Cuándo sucedió?

No lo recuerdo; presumo, no obstante, que ha transcurrido mucho tiempo desde entonces; bastantes meses; quizás algunos años. Sea como fuere, el hecho es significativo y merece ser registrado por cronistas.

Dió la vuelta á todos los diarios de Madrid una especie de reclamo circular que daba en la nariz

olor á... contaduría.

Tratábase en él de un problema gravísimo, cuya dificultosa solución podía crear conflictos á las autoridades.

¿Era, por ventura, la peligrosa y nociva importación de la *azucarina* (azúcar mineral), tan perjudicial á la salud pública, según opiniones autorizadas de hombres de carrera?

No, señor.

Importante es – nadie lo desconoce, ni lo niega – lo que á salud pública se refiere; pero el conflicto á que aludo tenía más alcance y era indiscutiblemente de mayor trascendencia.

Entonces se trataría tal vez del justamente odiado impuesto de consumos, cuya exacción estaba dando por entonces motivo á escandalosos abusos. Y sigue lo mismo, á Dios gracias.

Tampoco. Malo, injusto, inicuo, antieconómico, irracional y cruel es el tal impuesto, dogal insufrible para el pobre; pero por entonces la opinión pública se hallaba solicitada por problemas mucho más interesantes.

¡Ah! Vamos, el conflicto religioso, que en aquel entonces preocupaba á gobernantes y gobernados.

¡Bah! ¿Quién pensaba en eso? España, como todo país donde ha imperado mucho tiempo la intolerancia, concedía muy escasa atención á los asuntos religiosos. En esto, lo mismo que en otras muchas cosas, la masa era indiferente y descreída. Se llamaba católica por costumbre; practicaba, con absoluta falta de entusiasmo y de fe, sólo por rutina, actos de culto externo; pero la religión le tenía, de todo en todo, sin cuidado.

Cuajados están nuestros refraneros y sembradas las obras de nuestros clásicos (muchos de ellos sacerdotes) de sentencias, aforismos, cantares, cuentos y anécdotas, que demuestran de modo incontrovertible la incredulidad de nuestros respetables predecesores, desde la antigüedad más remota.

Pues ¿á qué cuestión batallona se alude?

Interesante era, sin duda, la reforma de que tan necesitada se hallaba á la sazón la enseñanza oficial; no lo era menos la temerosa cuestión obrera, de la cual ya entonces se registraban chispazos en poblaciones rurales; ni le iba en zaga la famosa reorganización de los servicios, á la que pensaban dedicarse con inusitada actividad, durante las *imperiosas vacaciones del estío*, varios señores ministros. De la cuestión regionalista nada hay que decir, pues todos, sin distinción de matices políticos, reconocían y proclamaban que debía ser estudiada con urgencia.

Corriente; era muy trascendental y muy grave todo eso; pero, por aquel entonces, lo apremiante, lo de interés preferente para el buen pueblo de Madrid era, ¡caso maravilloso y conmovedor!, que se permitiese la reaparición del famoso *Don Tancredo* en el circo taurino.



El conde de Lara y su paje, cuadro de Domingo Morelli

Ante ese asunto que á todo madrileño preocupaba, cualesquiera otros palidecían y eran relegados al olvido.

El problema obrero... ¡pche!; la instrucción pública... ¡bah!; el *clericalismo*, ¡patarata! Que apareciese sobre su pedestal el *Rey del valor*, para que se viese si de una vez lo reventaban, y todo lo demás nos tenía sin cuidado.

Porque era lo que dijo muy discretamente un aficionado, defensor de la empresa que había contratado á *Don Tancredo*:

«En realidad, hallándose autorizado este espectáculo en la mayor parte de las plazas de toros, no es equitativo prohibirle en Madrid: ó se prohibe en todas partes, ó en todas se debe autorizar.»

Esto no tenía vuelta de hoja.

Era tan lógico y tan razonable como la observación del amanuense que, en un cuento muy conocido, decía á los falsificadores de un testamento: *O se tira de la cuerda para todos ó no se tira para ninguno.*

Aquí no había que ver si la cosa era buena ó era mala, sino que todos fuésemos iguales ante *Don Tancredo.*

Y por si la argumentación parecía deficiente, agregaba el empresario por boca de su patrocinador:

«No hay razón para que el público de San Sebastián, por ejemplo, pueda aplaudir á D. Tancredo dentro de pocos días, y el público de tantas otras capitales en las que está contratado, mientras que se priva al público de Madrid de este espectáculo, que para él parece tener tantos atractivos, puesto que se han contado por llenos las representaciones del famoso sugestionador de toros.»

Pues claro que no había razón, ni media razón siquiera, para que el público de *San Sebastián*, sobre tener entonces, como tenía, tantos motivos de holgorio (con *h* aspirada, no se olvide esto) y tan deliciosa temperatura, y numerosos espectáculos oficiales y *la mar* de cronistas, nacionales y extranjeros, se hallase en condiciones de ver cualquier tarde de aquellas cómo despanzurraban á D. Tancredo, y nosotros los madrileños, después de achicharrarnos y de habernos quedado solos con nuestra pobreza y algún que otro señor ministro más trabajador que sus compañeros, no tuviésemos ni la probabilidad más remota de presenciar ese delicioso acontecimiento.

¡Privarnos de esos atractivos de la temporada veraniega! Era una verdadera crueldad; y lo fué, porque la autoridad se salió con la suya.

Todo privilegio es odioso; pero la odiosidad de este concedido á San Sebastián revistió caracteres de ensañamiento.

¡Mire usted que quitarnos la dulcísima esperanza de que falleciese en nuestra plaza D. Tancredo!

Caritativa esperanza que, aun no realizándose, habría amenizado durante el estío la monótona existencia nuestra. Sobre que este suceso trágico nos correspondía por derecho propio.

Además, y esto era muy para tenido en cuenta por nuestras autoridades, además que las funciones de toros, la *hermosa fiesta nacional*, decaen visiblemente. Aquel verano apenas si hubo una mala cogida para un remedio. Era indispensable animarlas un poco, y para darles esa animación, nada más adecuado que agregar á sus ordinarias emociones la del peligro á que, según la experiencia tenía acreditado, se exponía *Don Tancredo.*

Porque, eso ya es sabido, esta función en que muchos miles de personas, cómodamente sentadas, se desatan en improperios contra un hombre que arriesga su vida para divertirlas, y lo llaman *tumbón, hijo de mala madre* y otras muchas cosas no menos cultas, cuando él no puede contestar ni defenderse, sirve para mantener vivo el ardor varonil de los que insultan á mansalva; para familiarizar al pueblo con el peligro... de otros; para enseñarle el desprecio de la vida... de los demás, y es, por consiguiente, escuela de nobleza y valor desinteresado.

Debió permitirse, pues, esa reaparición anhelada para ver si conseguían que el pueblo al que llamó el gran Jovellanos pueblo de *Pan y toros*, lograba (que sí lo lograría) suprimir el *pan* y nombrarse en edades venideras *pueblo de toros* y de *Don Tancredo.*

Eso era lo principal y más urgente por entonces. En todo lo demás, ya iríamos pensando más adelante. Lástima grande que el gobernador de la provincia, con tenacidad inquebrantable, perseverara en sus propósitos y no permitiese la exhibición de otro *Don Tancredo* «subido en su pedestal» que el parodiado por un actor, cuyo nombre he olvidado, en la zarzuelilla *El Juicio oral.* Parodia en que, naturalmente, no había peligro para el actor y que, por lo tanto, carecía de atractivos.

Pero ¿no es verdad que estas preocupaciones de la prensa *periódica de mayor circulación*, de la *gran prensa*, como dicen en Francia, es nota característica de estos albores del siglo XX?

A. Sánchez Pérez.

UN INVENTOR, cuadro de Víctor Guetin

El autor de este lienzo ha estudiado profundamente el tipo que le ha servido de modelo para su bellísima composición: no se trata de uno de eses seres extravagantes con vistas á la locura que pretenden descubrir y aun haber descubierto la cuadratura del círculo ó el movimiento continuo ó algún aparato que ha de producir una revolución en las industrias de la paz ó en el arte de la guerra, y que, perseguidos por la desgracia ó por la envidia, se hallan imposibilitados, por falta de protección ó de recursos, de dotar á la humanidad de una conquista que ha de proporcionarle dichas sin cuento. El inventor del cuadro de Guetin es el hombre de estudio, paciente, laborioso, que no basa sus concepciones en absurdas ideologías, sino en cálculos científicos y en leyes mecánicas, y que encerrado en su laboratorio acabará por descubrir algo, quizá en apariencia insignificante, pero que en realidad constituirá un paso más en la senda sin término del progreso.

El pintor francés ha estado acertadísimo en la representación de este tipo y ha demostrado ser un artista concienzudo, así por la manera de componer el lienzo como por la habilidad con que ha ejecutado los múltiples detalles del mismo.



UN INVENTOR, cuadro de Victor Guetin

UNA VISTA

La sala de la Audiencia estaba llena de bote en bote.

Las horribles circunstancias del crimen; las generales simpatías de que gozaba la víctima, y la alta reputación del abogado que tenía á su cargo la acusación privada, habían despertado en el público extraordinario interés.

Dos horas antes de constituirse el Jurado el último día de la vista ya no cabía un alma en el salón, y los ujieres no podían contener la muchedumbre que se agolpaba á sus puertas, ávida de emociones y de escuchar el veredicto que iba á recaer en la causa.

El reo, pálido y demacrado, con la mirada triste y la cabeza inclinada sobre el pecho, parecía, ante el público, como abatido por el remordimiento.

Encerrado en la más tenaz de las negativas, nada había hecho para desvanecer los cargos que contra él pesaban.

A todas las preguntas que le había dirigido el juez en el curso del proceso, se había limitado á contestar:

– Yo no he sido el autor del crimen.

El motivo de habérsele encontrado á solas con el cadáver en la estancia y empapadas de sangre sus ropas, ni lo explicaba ni lo había querido explicar en manera alguna.

Al ser advertido que su tenaz silencio podía llevarlo hasta el patíbulo, se encogía de hombros, bajaba la cabeza y murmuraba:

– Sea lo que Dios quiera.

Excusado es decir que á este misterio debía el crimen su mayor celebridad.

En los días precedentes y durante el examen de testigos, nada había podido obtener el jurado que aclarase ni hiciese variar la resultancia del proceso.

En éste aparecía que D. Federico (tal era el nombre del acusado) llamó á las diez en punto á la puerta de la casa de D. Mateo; que el criado, al abrir, le dijo que su amo se hallaba solo en el despacho; que á éste se dirigió D. Federico; que un momento después se oyó un grito de angustia, y que al acudir apresuradamente la servidumbre, encontró á D. Mateo caído sobre un brazo del sillón en que estaba sentado, con un puñal clavado en el pecho, y á don Federico junto á él, manchado de sangre.

A lo horrible del hecho había que añadir una circunstancia en extremo agravante. Todo cuanto don Federico era lo debía al suegro del difunto, quien lo había recogido de niño, le había costeado su educación y lo había hecho hombre.

Mucho se discurrió acerca del móvil que guiara la mano del asesino, y los que más presumían de estar en lo cierto, sospechaban que el crimen era lógico desenlace de un drama de amor y celos; pero esto no pasaba de la categoría de sospecha.

Al constituirse el Jurado, cesó el sordo murmullo que reinaba en el salón.

El fiscal, persona ilustrada, de recto criterio y enemiga de lucubraciones ampulosas, ocupó la tribuna y comenzó su acusación en medio del mayor silencio.

Utilizando los datos que el proceso suministraba, reconstituyó la escena del asesinato é hizo una descripción tal del hecho, que el público, pendiente de sus labios, creyó ser testigo presencial de aquel drama sangriento.

El reo escuchó la acusación sin levantar la cabeza ni hacer movimiento alguno que revelase las sensaciones de su espíritu, ni aun en aquellos supremos instantes en que el fiscal pidió para él un veredicto de culpabilidad, que entrañaba la pena de muerte en garrote vil.

Tocóle el turno á la acusación privada, y el joven y fogoso jurisconsulto, gloria legítima de la toga y representante de la familia del occiso, hizo uso de la palabra.

Confirmó, en elocuentes períodos, los puntos esenciales de la acusación fiscal, consiguiendo, á la vez que impresionar fuertemente al público, sacudir la atonía del reo que, densamente lívido, fijaba en él su mirada atónita y parecía como estremecerse de espanto ante el formidable poder de su palabra.

Hizo una descripción patética de la solicitud con que el suegro de la víctima había recogido y educado al que luego había de revolverse como áspid venenoso contra su bienhechor en la persona de su hijo político; extremó el concepto de la alevosía del crimen, trazando de manera magistral hasta la menor de sus circunstancias; pintó con tristísimos colores el desconsuelo de la viuda, el dolor de los padres y el penoso efecto en la sociedad causado por tan horrendo crimen; presentó á su autor como el prototipo de la ingratitud, como el *summum* de la doblez, como un monstruo del salvajismo, y terminó pidiendo para él, en nombre de la vindicta pública, el más afrentoso de los suplicios.

El éxito del orador no tuvo límites y la indignación del auditorio llegó á su colmo.

Al acusador privado siguió el defensor, quien cumpliendo con un deber, más bien que dejándose llevar por la convicción, apeló á todos los recursos de la oratoria para mover á compasión el ánimo de los jurados. La ejemplar conducta de su defendido hasta el momento de la consumación del crimen; la carencia de antecedentes que pudieran determinar animosidad contra la víctima; la negativa rotunda y persistente del acusado, y la falta absoluta de testigos presenciales, fueron los principales argumentos que esgrimió para conseguirlo, argumentos cuya fragilidad no escapó á su penetración, ni convencieron á nadie: la disposición de ánimo de los jurados no era un misterio, y encarnaba perfectamente en la disposición de ánimo del público.

Iba el presidente á suspender ya el acto para retirarse á deliberar, cuando se notó extraño movimiento en el fondo de la sala.

Dos ujieres forcejeaban con un espectador que á todo trance quería avanzar hasta el estrado y que, al verse detenido, gritó con voz temblorosa:

– Un momento, señor presidente. El autor del crimen no es el acusado: puedo justificarlo plenamente: el autor del crimen es ese mismo abogado que acaba de sostener la acusación privada con tanta elocuencia como cinismo.

Ni una bomba que hubiera caído en medio de la sala hubiera causado en todos mayor efecto.

La vista quedó suspendida en el acto.

Seis meses más tarde volvióse á reunir el Jurado para ver de nuevo la causa, que había sido repuesta al estado de sumario.

El abogado acusador de la anterior vista sentábase en el banquillo de los acusados.

D. Federico había recobrado su libertad; pero ni como presunto reo ni como testigo después dijo nada acerca de aquel hecho, cuyo móvil quedaba envuelto en el misterio más profundo, puesto que el verdadero reo también se encerró sobre tal extremo en el silencio más obstinado é impenetrable.

El hecho constitutivo del delito quedó justificado plenamente por confesión de su autor. Cuando don Federico entró en el despacho y corrió en auxilio de la víctima que caía desplomada en el sillón, el asesino trasponía por una puerta de escape que daba á un corredor, corredor que comunicaba con el jardín, que fué por donde aquél entró y volvió á salir furtivamente sin que nadie en la casa se percatara de ello. Unicamente el denunciador pudo reconocerlo cuando saltó la tapia, y pudo observar, cuando apresuradamente se alejaba de ella, que iba salpicado de sangre.

No hubo medio de deducir complicidad alguna.

El veredicto no se hizo esperar: el acusado fué declarado culpable del delito de asesinato con circunstancias agravantes, y luego condenado á muerte por el tribunal de derecho.

– Dios lo ha querido, fué lo único que murmuró D. Federico al saberlo. En cuanto á mí, he cumplido con un deber de conciencia. La honra de mi bienhechor antes que mi vida: la honra de su nombre antes que todo.

CAMILO MILLÁN
(Pero Nuño)



REGRESO DE LA GUERRA, cuadro de Sheridan Knowles (derecho de reproducción de Mr. Jesse Boot)



... entra y verás qué biñuelos más güenos y más ricos

BUÑUELOS Y BUÑOLERAS

No puede negarse, que por lo que hace á Andalucía, permanecen vivas muchas tradiciones de las que nos legaron los moros, nuestros antepasados, desde hace cerca de seis siglos. A ellas vivimos apegados chicos y grandes, y ellas, precisamente, forman el conjunto de los mil pormenores que constituyen el conjunto de lo que hemos dado en llamar el carácter propio de cada pueblo, su fisonomía social.

De padres á hijos se nos han transmitido antiguas costumbres y gustos, que sabe Dios cuándo desaparecerán, por lo arraigados que se hallan; y entre ellos no es para olvidado el de los andaluces al despepitarse por los buñuelos, cuyo origen debe de ser el mismo que el de los calentitos, churros ó tejeringos, pestiños, piñonates y rosas, las cuales creo que son las llamadas por el famoso Martínez Motiño «fruta de sartén,» pues en su composición entran como principales substancias la masa de harina frita en aceite y la miel ó el azúcar. El doctor Covarrubias no parece que da á los buñuelos abolengo arábigo, por cuanto halla su etimología en el latino *globulus*, describiéndolos de esta suerte: «Cierta fruta de masa, frita con azeite, que se come caliente y con miel, y en España es más usada que en otra ninguna parte, en tiempo de invierno. Díxose buñuelo, quasi puñuelo, porque tomando un poco de aquella masa, batida y en su punto, en el puño, le van apretando poco á poco sobre el azeite, y aquello que se exprime y cae en la sartén ó padilla de azeite, es el buñuelo, exprimido del puño. Ordinariamente son mujeres las que los hazen y venden y las llaman buñoleras.»

Tenemos, pues, explicada la etimología de la voz; la manera de manejar y de freir la masa; la época del año en que se consume y las gentes que se dedican á hacerlos. Nada tenemos que objetar á lo dicho por aquel escritor, pero sí algo que añadir. Efectivamente, mujeres son las que vienen conservando la tradición; y gitanas por cierto, ya viejas, ya jóvenes, las cuales aparecen en Sevilla, no en invierno, sino en primavera.

En los días en que la madre Naturaleza se rejuvenece, preparándose para lucir todos los espléndidos atavíos de su deslumbrante sol, de sus brillantes colores y de sus suavísimos perfumes, también las buñoleras salen de sus miserables albergues, y cuidadosamente peinados los negros cabellos, cubiertos de flores el pecho y la cabeza, ceñido el talle por vistoso pañuelo de seda de Manila, vestidas con limpísima y almidonada falda de percal, recogidas las mangas por encima de los codos, mostrando sus bronceados brazos, vémoslas sentadas delante del anafe que sostiene enorme perol, en el cual hierve y chirrea el aceite, manejando con su mano derecha el largo alambre de que se valen para dar vueltas á la masa, mientras que con la izquierda van tomando y moldeando entre sus dedos las porciones de aquélla suficientes para hacer un buñuelo, que uno por uno depositan con singular presteza en el perol.

En las encrucijadas y esquinas; en los rinconcillos que se forman en muchas de nuestras tortuosas calles, ó en las plazas de los barrios, instálanse las buñoleras con su pobre ajuar, teniendo á su derecha sobre un banco el trianero lebrillo blanco y verde repleto de masa, cubierto en su mitad por limpísimo lienzo adornado de encajes, que preserva del polvo á la masa, mientras que á su izquierda tiene al alcance de su mano, pendiente de un palo, el peso, y más arriba del sitio de éste la gran candileja de hojalata con tres ó cuatro brazos, por los cuales asoman gruesos pábilos de algodón formando verdaderos hachones, que despiden constantemente negras nubes de espeso y asfixiante humo.

Si la buñolera es vieja, acompáñala, por lo general, una mozuela emperejilada como he dicho, la cual sirve de *gancho* para que los transeuntes, en obsequio á sus encantos y á sus melosas y zalameras frases, hagan consumo.

Los días de fiesta y los de grandes solemnidades religiosas vemos seguramente á las buñoleras ocupando sus tradicionales puestos; pero las ocasiones para ellas de hacer gran negocio son las veladas de San Juan y de San Pedro, Santa Ana y Santiago, y las ferias de San Miguel y de abril.

En las primeras refuérzase considerablemente el ajuar de la buñolería, pues se ve aumentado por una ó varias mesillas desiguales en formas y tamaños, con sus correspondientes sillas, asimismo diferentes; pues ya en aquellas fiestas, sobre todo por las noches, acude la gente, estableciendo sus tertulias, que cada vez van animándose más á medida que van subiendo á las cabezas de los tertulianos los vapores del aguardiente, bebida predilecta de los aficionados á buñuelos, y con la cual dicen que se facilita la digestión de la pesada masa.

Pero estas dos fases, con las cuales conocemos ya á la buñolera andaluza, apenas si pueden compararse con la más principal; cuando se nos ofrece con sus más típicos rasgos, con toda la originalidad y con todo el carácter verdaderamente artístico, que ha dado ocasión á muy afamados maestros en el manejo de los pinceles para trasladarlas á sus lienzos, produciendo animadísimos y pintorescos cuadros llenos de vida y de gracia, exuberantes de colores, realzados por los mágicos efectos de la luz incomparable de nuestro cielo y sorprendentes por la expresiva hermosura de unas mujeres en las cuales parecen sintetizados el ardiente apasionamiento con la salvaje vehemencia; la sed insaciable de goces llevados hasta la locura, con la tristeza nacida de la falta de medios, con el constante peso de la miseria y de la desdicha.

Aquellos días son los mejores para estudiarlas y para conocerlas: en los días de la gran Feria de Abril, época en la cual acuden á esta ciudad las caravanas gitanescas que han andado errantes de pueblo en pueblo la mayor parte de los meses del año, para establecer su tienda ó choza en la calle destinada á buñolerías. Entonces salen á luz las mejores sábanas con los más vistosos encajes y bordados, plegándolas en forma de pabellones sujetos con lazos de cintas y ramos de contrahechas flores; cadenas de papel de colores que cruzan la tienda en todas direcciones, adornando las paredes de lienzo vistosos carteles, anuncios de corridas de toros, los retratos de algún diestro y los mejores espejos de que pueden disponer. A estos adornos hay que añadir las relucientes candilejas de hojalata, con sus florones de papel picado pendientes de cada uno de sus brazos; las mesillas de todas clases y tamaños, y el letrero escrito en una tabla colocada en el frontis de la tienda, con letras por lo general torcidas y desiguales, que dice en estos ó parecidos términos:

LA AL EGRIA De triaNA
VuÑuelos i Chocola-
TE.

Figúrense luego mis lectores á la puerta la buñolera con sus trebejos formando grupo con las dos ó tres gitanillas que sirven de *gancho*, de cuyas manos no se escapa, en algunos metros á la redonda, el feriante que penetra en la calle donde se hallan establecidas las buñolerías.

– Anda, jermoso, dícenle al tiempo que le cogen de un brazo, por la espalda de la americana ó de la chaqueta, por donde pueden; ven, por tu salú; entra y berás que biñuelos más güenos y más ricos... Ven, que te pareses al rei de España...

Mientras tanto le empujan y atraen á viva fuerza hacia la choza, empleando todo el arte de la seducción con sus miradas tiernas y con su acento dulce y persuasivo.

Cuando la gitana se convence de que no ha de sacar partido, sus halagos se convierten en puyas más ó menos fuertes, dirigidas á herir el amor propio del desdeñoso transeunte, las cuales improvisa con la vivacidad de imaginación característica de todos los individuos de su raza, apoderándose de la falta ó defecto personal de aquél, extremando sobre todo su gracejo é inventiva si se trata de un extranjero que llame la atención por su tipo especial; pues entonces entáblase verdadera lucha para que el desdichado coma buñuelos y beba aguardiente. Dicho se está que si aquél no se convence ni se deja conquistar, entonces... debe dar gracias á Dios de ignorar el castellano.

Mucho más podría decirte, caro lector, acerca del tipo popular de la buñolera andaluza; pero has de contentarte con estos cuatro brochazos, con los cuales no faltará crítico que diga «que he hecho un buñuelo.»

J. Gestoso y Pérez.

(Dibujos de Azpiazu.)



Buñolería en una calle de Sevilla



LA HIJA DEL GRECO, copia del célebre retrato pintado por Domenico Theotocopuli (El Greco)



DE ORDEN DEL SEÑOR ALCALDE

cuadro de José Luis Pellicer (propiedad de D. Isidro Llovet)

NUESTROS GRABADOS

Viejo pescador, cuadro de Dionisio Baixeras. – Es Dionisio Baixeras de esos pintores cuya firma podría suprimirse impunemente al pie de sus cuadros sin que nadie vacilase en señalarle como autor de los mismos. Privilegio es este sólo concedido á los que tienen verdadera personalidad dentro del mundo del arte, de los que á fuerza de talento, de estudio y de observación se han creado un estilo propio, inconfundible con el de cualquier otro artista, aun de los que se dedican á la especialidad que él con tan brillante éxito cultiva. Muchos son los pintores que se inspiran en los hombres y en las cosas del mar, los que pintan escenas de playa, tipos de pescadores, episodios de pesca; y sin embargo, los lienzos de Baixeras se distinguen sin esfuerzo alguno de los demás á ellos parecidos. Profundo observador, enamorado del natural, dotado de una percepción justa y con un dominio absoluto del pincel y de la paleta, ha sabido retratar en sus obras, no sólo la vida externa de las gentes marinas, sino además su modo de ser psicológico; en sus figuras se ve algo más que los rasgos y las formas del cuerpo; se transparenta en ellos el alma; contemplándolas podemos apreciar, no solamente cómo son por fuera, cómo viven, cómo trabajan, sino también lo que son por dentro, cómo piensan y cómo sienten. Y si de las figuras pasamos á lo que podríamos llamar escenario en donde éstas se mueven, habremos de reconocer que también es maestro consumado en la manera de presentar el mar bajo sus diferentes aspectos y en sus más variados cambiantes de color, reproduciendo con habilidad suma sus hermosas transparencias, sus ondulaciones suaves, sus bellas irisaciones y su movimiento incesante.

El conde de Lara y su paje, cuadro de Domingo Morelli. – En el número 1.030 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos un extenso artículo crítico-biográfico sobre Domingo Morelli, y en él expusimos lo que este eminente pintor italiano significó dentro de la historia del arte de su patria. Entonces dijimos que Morelli cultivó especialmente la pintura religiosa inspirada en las tradiciones bíblicas y que sólo contadas veces consagró su talento á la pintura histórica: entre los pocos cuadros de este último género figura el que reproducimos en la página 172, *El conde de Lara y su paje*, inspirado en el poema en que Byron nos presenta al que fué famoso pirata, reinstalado en el castillo de sus mayores en compañía de su paje Kaled, que es una esclava disfrazada de hombre y enamorada apasionadamente de su señor, perseguido al parecer por continuos terrores y buscando siempre la soledad. Morelli ha interpretado admirablemente los dos personajes que entran en su lienzo, adivinándose en la figura del conde las negruras de su carácter y en la del paje el tinte melancólico de un amor intenso y sin esperanza.

Regreso de la guerra, cuadro de Sheridan Knowles. — En pocas figuras ha representado el notable pintor inglés Sheridan Knowles los distintos episodios á que puede dar lugar el regreso á sus hogares de los que de ellos se vieron arrancados por la guerra: en él están el joven oficial que se reune con su esposa amante; el padre que abraza á su hija, el grupo de vecinos curiosos y la infeliz madre traspasada de dolor porque su hijo es de los que no vuelven, de los que sucumbieron en el campo de batalla.

El despertar de un alma, cuadro de A. Tavernier. – Constituye este cuadro del celebrado pintor italiano un bellísimo estudio psicológico que responde perfectamente al título que le ha puesto su autor: el artista ha sabido expresar con gran acierto un estado de alma por medio de esa figura cuya contemplación produce una impresión dulce é intensa, cual corresponde al sentimiento que la anima.



EL DESPERTAR DE UN ALMA, cuadro de A. Tavernier

Guerra anglo-boer. El comandante Scheepers oyendo la lectura de su sentencia de muerte. – No hemos de repetir una vez más las consideraciones que en otras ocasiones hemos expuesto acerca del modo como los ingleses hacen la guerra en el Africa Austral. Unicamente diremos, como explicación del grabado adjunto, que el consejo de guerra encargado de juzgar al comandante Scheepers se reunió en Graaf Reinet en 18 de diciembre último y dictó pocos días después sentencia, condenando á muerte al prisionero. Confirmada la sentencia por lord Kitchener, fué leída al reo en la plaza de la Iglesia de dicha población, en 17 de enero, por el teniente coronel A. Henniker, formando el cuadro el segundo batallón de guardias de Coldstream y la guardia de Graaf Reinet. A las tres de la tarde del día siguiente fué fusilado el comandante Scheepers, viniendo su nombre á aumentar la lista de los que han sido inmolados por la insaciable ambición de Inglaterra, por el horrendo delito de defender la independencia de su patria.



GUERRA ANGLO BOER. – El comandante boer Scheepers oyendo la lectura de su sentencia de muerte

La hija del Greco, cuadro de Domingo Theotocopuli (El Greco). — Sabido es que el Greco, que aunque cretense de origen pasó la mayor parte de su existencia y murió en España, produjo en el arte pictórico español una revolución tan profunda, que bien puede afirmarse que fué el fundador de la llamada escuela española, en la cual había de brillar más tarde como astro de primera magnitud el inmortal Velázquez. Enamorado de la verdad, interpretó el natural con una finura de color y de modelado magistral, y así sus retratos, género en el que fué consumado maestro, viven lo propio que las figuras que entran en todas sus composiciones: véase, en prueba de ello, el de la hija del artista que en este número publicamos, obra que sin reparo puede calificarse de maravillosa, pues aparte de las bellezas técnicas que encierra, hay en ese rostro y sobre todo en esos ojos tanta frescura, tanto vigor, tanta vida, en una palabra, que parece imposible que el pincel pueda por modo tan admirable reproducir la obra de la naturaleza.

De orden del Señor Alcalde, cuadro de José Luis Pellicer. – Son muchos los que al oir pronunciar el nombre del que fué nuestro querido é inolvidable amigo y director artístico, sólo recuerdan al eminente dibujante que con sus admirables composiciones llenó las páginas de innumerables libros y de las más importantes ilustraciones y revistas nacionales y extranjeras; y sin embargo, Pellicer, además de sus dibujos, ha dejado algunos cuadros, pocos por desgracia, que le hacen digno de figurar entre nuestros más ilustres pintores contemporáneos, no sólo por su mérito intrínseco, sino que también y muy principalmente porque en ellos se ven las primeras manifestaciones de la escuela naturalista catalana. En efecto, Pellicer fué de los primeros, si no el primero, de nuestros artistas que rompiendo los antiguos moldes comprendió que el verdadero arte está en la naturaleza, en las escenas vistas y vividas, en los asuntos ahondados por la experiencia propia, en las figuras con los propios ojos estudiadas; y así sus lienzos son una expresión fiel de la realidad, y pintados en una época en que el gusto artístico seguía bien distintos derroteros, en que nuestros más célebres pintores se preocupaban más de los efectos de color y de composición que de la verdad, demuestran un espíritu de independencia y un valor de convicciones que no suelen verse con frecuencia en los que del público han de vivir y que fueron siempre la característica de Pellicer. El cuadro suyo que hoy publicamos, gracias á la amabilidad de su propietario Sr. Llovet, y que representa una escena típica de costumbres catalanas, es la mejor prueba de nuestro aserto, y nadie diría al verlo que fué pintado en una época en que los asuntos como el de este lienzo se consideraban frívolos y los procedimientos sencillos como el que en él empleó su autor eran estimados como demostración de falta de imaginación y de recursos técnicos; no obstante lo cual, estos asuntos y estos procedimientos se han ido abriendo camino y al fin se han impuesto á la inmensa mayoría de los artistas y al público.

Sevilla. Carnaval de 1902. Comparsa del Centro de Bellas Artes. – Entre los festejos celebrados en Sevilla durante el pasado Carnaval, sobresalió el magnífico festival organizado por el Centro de Bellas Artes, que preside el reputado pintor Sr. Parladé, en el teatro de San Fernando, cuya sala estaba convertida en templo egipcio y cuyo escenario recordaba á la antigua Pompeya. La tómbola y el baile de máscaras que allí se verificaron en la noche del 8 de febrero tuvieron un éxito inmenso, habiendo presidido la fiesta la señorita Boulay, á quien por unanimidad se concedió el primero de los premios señalados, por su riquísimo disfraz de japonesa. La comparsa del citado centro organizador, que reproduce el grabado de la página 184, estaba formada por reputados artistas que vestían apropiados trajes de la época de Felipe IV, y su orden de formación era el siguiente: abanderado (Sr. Hidalgo), grupo de militares (Sres. Rico, González, Ordóñez, Cáceres, Arizmendi y Rodríguez Saña); señor de la comitiva (Sr. Parladé), pajes (Sres. Escalera y Sánchez Cid), esclavo de la época (conserje del Centro), llevando en una bandeja y sobre almohadón rojo el abanico del Sr. Villegas que constituía el premio concedido á la reina de la fiesta, y grupo de caballeros (Sres. del Mazo, Tova, González Santos, Téllez, Zuloaga, Moyano, Castro, Bernis, Tirado y Luna). Las felicitaciones unánimes y entusiastas que el Centro de Bellas Artes sevillano recibió con motivo del festival, son la mejor recompensa para aquella importante y simpática corporación, cuyo laudable ejemplo es digno de ser imitado por otras corporaciones análogas, para que los festejos carnavalescos pierdan el carácter insulso que hoy tienen y sean en nuestros grandes centros una nota de arte y de distinción que por completo los transforme.

MISCELÁNEA

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en la Gaité *Le billet de Josephine*, poema de G. Feydeau y Julio Mery, música de Alfredo Kaiser; en el teatro Antoine *La fille sauvage*, drama en seis actos de Francisco de Curel; y en el Odeon *Le luxe des autres*, comedia en tres actos de Pablo Bourget y Enrique Aimé.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Dulces memorias*, cuadro dramático en un acto de D. Eusebio Blasco, y *Una cana al aire*, comedia en dos actos de D. Miguel Echegaray; y en Romea *Gent de platja*, cuadro de costumbres en un acto de A. Bori y Fontestá. En el Liceo se han celebrado dos notabilísimos conciertos bajo la dirección del eminente maestro Kunnwald, que han valido á éste y á la orquesta grandes aplausos: en ellos tomó parte el pianista Rosenthal, á quien con razón puede calificarse de coloso del piano por su ejecución maravillosa, así como por el acierto con que interpreta las grandes obras de los más ilustres compositores.

—En el teatro Metropolitano de Nueva York ha alcanzado un éxito extraordinario la nueva ópera de Paderewski *Manru*.

Necrología. — Han fallecido:

Roberto Adamson, notable filósofo inglés, profesor de la Universidad de Glascow.

Alberto Bierstadt, famoso pintor paisista norteamericano, de origen alemán, pero residente desde su infancia en los Estados Unidos, muy conocido por sus grandiosos paisajes de las Montañas Rocosas y de California.

Juan Powles Cheyne, célebre explorador polar inglés, que tomó parte en tres expediciones árticas para encontrar á Juan Franklin y que fué el primero en concebir el proyecto de llegar al polo en globo.

Emilio Holub, naturalista bohemio, explorador del Africa y autor de importantes obras sobre el Africa del Sur.

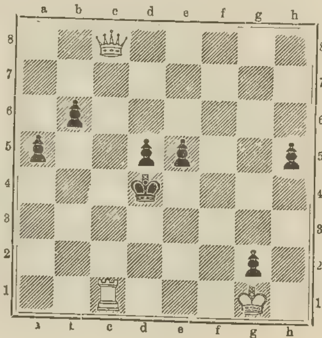
Julio Wolff, célebre cirujano alemán, profesor de Cirugía y director de la policlínica de ortopedia quirúrgica de la Universidad de Berlín.

Samuel Rawson Gardiner, ilustre historiógrafo inglés.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 272, POR FR. DUBBE.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (3 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 271, POR H. y E. BETTMANN.

Blancas.	Negras.
1. Dc7-a5	1. Cualquiera.
2. D ó A mate.	

EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE.—ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Marsac vaciló. Pensaba que, de todos modos, no era natural emplear un subterfugio para ocultar á la desgraciada lo que tan cruelmente debía herirla. Pero la señora de Grandpré tenía la inteligencia demasiado despierta y clara para no comprenderlo, é inclinándose hacia él con los ojos dilatados por un horror indecible,

—Marsac, dijo, ¿se ha batido por mí?

—Aseguro á usted..., respondió.

—No me trate usted como á una muchacha; tanto he sufrido, que ya puedo saberlo todo. Se ha batido por su madre... ¡Muy bien, mi valiente hijo!

La baronesa no derramó siquiera una lágrima, y luego añadió:

—¿Con qué pretexto, por qué causa?

—No sé. A causa de una tontería. El Sr. de Villebois es un amigo ó un pariente, no lo sé á punto fijo, de la familia de Egrigné.

—¡Ah!, exclamó entonces la señora de Grandpré con desdén profundo, es su regalo de bodas. Pero dígame usted cómo está Pablo de su herida.

Marsac le contó entonces, viendo la calma de que daba pruebas, la escena que había pasado antes del desafío.

Desde la víspera, Pablo había estado de mal humor, pensando, sin duda, que el matrimonio de su hermana era solamente una chiquillada que luego sentiría; y sin que ni por un momento abandonara la actitud correcta que debía mantener hacia la familia de su futuro cuñado, y habiendo oído una frase que era altamente ofensiva para su madre y también para su padre, se volvió de repente y sorprendió las últimas palabras de aquella frase, que pronunciaban los labios del Sr. de Villebois.

Separándose entonces sin afectación alguna del cortejo, se aproximó al ofensor y le preguntó si se hallaba dispuesto á sostener sus palabras. Villebois era un tonto presuntuoso, pero no era un cobarde. Rehusó, pues, rectificar y Pablo le provocó.



Las manos no estaban tan frías como antes. (Véase pág. 164).

Al día siguiente por la mañana, y siendo Marsac uno de los testigos de Pablo, el desafío se verificó en la propiedad de uno de sus camaradas, en Meudón.

A consecuencia del duelo, Villebois quedó sobre el terreno por muerto, y Pablo herido en el pecho; diciendo los médicos que, si no sobrevenía ninguna complicación, la herida no era peligrosa.

La baronesa había escuchado toda esa relación sin inmutarse; cuando la hubo terminado Marsac, levantando hacia él la mirada, le preguntó:

—¿No le ha dicho á usted nada para mí después de caer herido? Su conducta es natural; pero, ¡Dios me perdone!, no es generosa.

Luego añadió:

—¿Y cómo le digo yo ahora esto á su padre? ¡Ah, Dios mío!..

La baronesa explicó entonces á Marsac el síncope peligroso que había sufrido el barón pocas horas antes. Marsac, que no sabía aquella nueva desgracia, quedó sorprendido, y preguntó si realmente estaba enfermo de peligro el barón.

—Sí, me ha dicho el médico que la menor emoción podía matarle. Piense usted, Marsac, que si el Sr. de Grandpré muriese, tendría sobre mi conciencia una culpa irreparable.

—No se cuide usted ahora de eso, señora. Lo esencial es que su esposo viva y que usted le cuide.

—¡Oh, sí; estoy dispuesta á toda suerte de sacrificios! Si el aire del campo ha de curarle, le acompañaré á la Vernerie... Pero crea usted, Marsac, que desde que mi esposo ha caído malo siento un remordimiento indecible. Desde que me ha dicho el médico que su enfermedad procede del corazón y que esas enfermedades las engendran los pesares, siento un remordimiento atroz... El pasado se venga.

—No piense usted en ello, respondió vivamente Marsac. Viva usted al día, como hacen todos aquellos que han sufrido demasiado y para quienes esa vida es el único recurso. Acompañe usted á su esposo á la Vernerie; cuídelo bien, y luego...

—Luego..., Dios dirá. ¿Pablo tenía conocimiento cuando le ha dejado usted?

—Sí. Sin embargo, podría suceder que le asaltara un acceso de fiebre al cabo de algunas horas...

La baronesa quedó durante unos instantes silenciosa y como anonadada. Al cabo, levantándose del sillón y estrechando las manos de Marsac, le dijo:

—Amigo mío, si cuando vuelva usted al lado de mi hijo éste tiene todavía conocimiento, dígale que me perdone. Me siento vencida, humillada, destrozado el corazón. Le he hecho mucho mal; lo reconozco, y Dios por ello me castiga. Pero mi hijo no debe querer nunca el castigo de su madre; un hijo debe guardar siempre piedad para aquella que le dió el ser. Todo tiene fin en este mundo y todo se olvida con el tiempo. El roce continuado borra del diamante la cifra que la punta diamantina trazara; la lluvia desmorona las rocas y allana las montañas más altas... ¿No ha de encontrar perdón en el corazón de un hijo el pecado de una madre?

Diciendo estas palabras, cayó sobre un sofá desvanecida. Marsac se acercó á ella y le tomó las manos; y viendo que había perdido el conocimiento, no se atrevía á moverse de su lado ni para llamar. Cando hizo un leve movimiento le dirigió de nuevo la palabra para consolarla, y le dijo:

—Llore usted, señora, llore usted.

Marta lloró largo rato y amargamente; cuando parecía agotado el manantial de sus lágrimas, un temblor convulsivo la agitaba y estrechaba con fuerza las manos de su amigo, que estaba arrodillado junto á ella. Al cabo volvió á la realidad, y dijo:

—Durante muchas noches he sufrido tormentos parecidos, y nadie los ha visto. Preciso es que sea de hierro para que no haya muerto. Desde hace veinte años sufro como pueden sufrir los condenados en el infierno. Pero hoy, conozco que mi marido me ha perdonado. Lo he leído en sus ojos; estoy segura de ello. Haga usted que mi hijo lo sepa. Cuando uno es joven, es cruel; demasiado lo sé... Pero que mi hijo no sufra lo que yo sufro... Dígale usted que me perdone; que se ahorre el suplicio que yo sufro: el remordimiento. ¡Piense usted cuánto sufriría si yo muriera á mi vez sin que él me hubiese abrazado!

Aquel grito de angustia fué el último. Marsac podía apenas creer que, media hora antes, la había visto aplastada bajo el peso de su dolor.

—Tráigame usted noticias suyas. Me conoce usted bastante para saber que le ahorraré toda emoción inútil. Hasta luego.

Diciendo esto, entró en su habitación, arregló su traje y desaparecieron de su rostro las huellas que el dolor había impreso en sus facciones pálidas y finas.

XV

El Sr. de Grandpré salió pronto de peligro, gracias á su constitución robusta; pero el médico, antes de despedirse de él y de la baronesa, dijo á ésta que el choque había sido mucho más rudo de lo que en un principio se figurara, y que, por lo tanto, la convalecencia del Sr. de Grandpré sería mucho más larga de lo que había imaginado y muy grande también la facilidad de las recaídas.

La baronesa escuchó todas las recomendaciones que le hizo el doctor, sin que se notara ninguna emoción en su semblante, y, como era de su deber, se decidió á acompañar á su esposo á la Vernerie.

Lo que más le costaba era disimular al barón la enfermedad de su hijo. Aquella mujer poco acostumbrada á mentir, no sabía, sin gran esfuerzo, explicar al enfermo la causa de la ausencia de Pablo. El barón, por lo mucho que había amado á Marta, comprendía asimismo la turbación que ella sentía; así es que las explicaciones que le daba le satisfacían únicamente á medias, y el hecho de que el ministro le hubiera confiado una comisión especial le extrañaba muchísimo, ya que, por lo menos, su hijo habría podido escribir excusando su ausencia.

Por lo que hace á Pablo, continuaba en su lecho de dolor, visitado por algunos amigos y por Marsac; hablando con él advirtió cuánta estimación profesaba al barón aquel amigo de su madre, y desde entonces tuvo más confianza en él. Marsac se guardó muy mucho de decirle que estuviera encargado por parte de la baronesa de un mensaje de conciliación y de paz; pero nunca olvidaba aquel fiel amigo el

pesar y el dolor punzante de la pobre madre; por esto mismo, con delicadeza insinuaba á Pablo, á pesar de la repugnancia visible con que éste le escuchaba al hablar de aquel asunto, el ansia de perdón que sentía la baronesa.

– Su madre de usted ha sufrido mucho, le dijo: la causa del desafío en sí misma y las consecuencias que ha tenido, le han causado una herida tremenda: está usted curado, y ella no lo está. ¿No cree usted que un poco de ternura por su parte?..

Pablo no le dejó acabar.

– He pensado mucho en ello durante mis horas de obligado reposo, contestó Pablo; creo que tiene usted razón... Aun cuando no fuera más que por amor á mi padre, creo que debo modificar mis sentimientos... Sin embargo, ruego á usted que de momento me ahorre toda emoción, pues me siento todavía muy débil.

Marsac no insistió. Era ya para él una gran satisfacción poder llevar á la señora de Grandpré la esperanza de un porvenir de paz y de perdón. Siguiendo sus habituales máximas de paciente filosofía, se guardó mucho de pedir demasiado, habiendo obtenido ya algo.

La baronesa recibió contentísima aquella noticia, que era para ella una esperanza; y prometiéndose para en adelante ejecutar cuanto estuviese de su parte para hacer agradable la vida al padre y al hijo, partió para la Vernerie con el corazón más satisfecho que durante muchos años lo había sentido.

XVI

Pablo de Grandpré temía visitar á su padre á causa de la palidez y de la extenuación que revelaba su semblante, á pesar del cuidado que había tenido en escoger un tren que llegase de noche para presentarse en su casa.

No obstante lo avanzado de la hora, el barón le esperaba junto á la escalinata. También él había cambiado mucho desde el matrimonio de Gilberta. Su pelo, que antes era gris, estaba ahora completamente blanco, y sus facciones se habían afilado hasta parecer las de un cadáver. Después de haber hecho servir abundante cena á su hijo, á la que apenas hizo éste los honores, el Sr. de Grandpré lo condujo á la habitación que se le había preparado cerca de la suya, en el piso bajo, y acercándose á él é inclinándose hasta tocarle con un dedo el pecho,

– ¿Es aquí?, dijo en voz baja mirando á su hijo con cariño y noble orgullo.

– ¡Padre mío!, exclamó Pablo con viveza.

– ¡Cuidado, no te muevas!.., respondió su padre con voz ahogada.

Y le estrechó la mano con gesto apasionado.

– Tengo miedo de hacerte daño. ¿Estás curado del todo?

– Sí, estoy bueno; un poco de cansancio únicamente es lo que me molesta, respondió Pablo, esperando haber comprendido mal y queriendo disimular aún. El ministro...

– ¡Cállate!, dijo el padre. Por más que han hecho tu madre y Marsac, no he querido creer esa fábula, y aun cuando no quise desengañarles, á fin de no causarles inquietud, al cabo de tres días lo sabía todo.

– ¿De qué manera?

– Por mi ayuda de cámara. Me ha costado mucho arrancárselo, pero al fin lo supe y he tenido noticias de ti todos los días. ¡Pobre hijo mío! ¿Has sufrido mucho?

– No, dijo Pablo. Ruego á usted que no hablemos más de eso.

– ¡Pues yo no te hablaré de otra cosa! ¡Te has batido por nosotros, por tu padre, por tu madre, por el honor de la casa!

– Padre mío, se lo ruego á usted...

– ¡Has hecho bien, hijo mío! En tu lugar hubiese hecho yo lo mismo; te repito que has hecho bien. Y ahora ve á descansar.

La puerta de los dos cuartos quedó entreabierta, y más de una vez durante la noche, el Sr. de Grandpré, como en tiempo de la adolescencia de su hijo, fué á escuchar la respiración del joven, ya dormido.

El día siguiente fué uno de esos días espléndidos de estío, en que todo parece sonreir y vivir y crecer y gozar en el seno de la gran madre naturaleza.

De común acuerdo, padre é hijo rehuían el tratar de asuntos que pudieran turbar esa paz inalterable y preciosa. Después de haber almorzado, fueron á sentarse bajo el *verandah*, cuya sombra prestaba suave frescura en aquellas ardientes horas de la tarde. Allí el joven se hizo explicar por su padre la crisis dolorosa que éste había sufrido y de la cual se le había ocultado la gravedad.



... partió para la Vernerie con el corazón más satisfecho

– Ya lo ves, dijo el barón terminando; casi al mismo tiempo hemos sido heridos ambos, y ahora los dos estamos en plena convalecencia.

– En esta ocasión he sido más dichoso que usted, repuso Pablo; pues yo creía que usted estaba bueno, mientras que usted sabía que yo corría peligro... ¡Cuánto ha sufrido usted, padre mío!

– ¡De fijo habría muerto á no ser por tu madre!

El joven no contestó.

– Hijo mío, añadió el Sr. de Grandpré, si me amas, le otorgarás el cariño que merece: ahora ya no es posible que continúe tu rigor.

– Ya lo sé, padre mío. Solamente ruego á usted que deje pasar algún tiempo. Acabo de sufrir mucho y mis nervios están todavía sobreexcitados... Aseguro que haré lo que usted desea; pero concédame al menos un corto plazo.

– Como quieras, dijo el barón suspirando.

Pablo se levantó y dió en silencio muchas vueltas alrededor del *verandah;* luego se volvió hacia su padre, y con expresión risueña y alegre, que no le era habitual, le dijo:

– Padre mío, va usted á admirarse, á escandalizarse quizá... Rompo mis votos; falto á todos mis juramentos. ¿No adivina usted? Quiero casarme.

– ¡Ah!, exclamó el barón encantado, no podías darme una alegría mayor. Dime, ¿has hecho ya tu elección?

– Sí, contestó Pablo con aquel tono de modesta fatuidad que toman todos los enamorados al hablar por vez primera de su amor.

– ¿Se llama?

– Herminia de Cerences.

– ¿Cerences? Yo creí que esa familia se había ya extinguido.

– El Sr. de Cerences es muy viejo. Debe tener ochenta años lo menos. Su hijo ha muerto, y la señorita Herminia es su única nieta.

– Buena familia; excelentes entronques con la nobleza. Gran fortuna, si no me equivoco. Pero tú eres rico, hijo mío, y puedes pretender á quien te guste.

– Sí, contestó Pablo, no atreviéndose á decir que la adoraba.

– Y... ¿ella?

Pablo se ruborizó como pudiera haberlo hecho Herminia.

– Creo que no le desagrado, contestó con un poco de embarazo.

– ¿Qué edad tiene?

– No lo sé; parece que tiene diez y ocho años, pero quizá tenga dos ó tres más.

– ¿Has sido aceptado?

– Jamás me hubiera atrevido á dar tal paso sin consultar á usted, padre mío, contestó Pablo con tono grave. Después de los disgustos que le ha dado mi hermana, creo que no puedo por menos de mostrar á usted esa deferencia que le es debida.

El Sr. de Grandpré hizo con la cabeza un signo de aprobación. Aquel lenguaje le placía en alto grado viniendo de su hijo.

– Y ahora, ¿qué piensas hacer?

– Puesto que usted me lo permite, iré á ver al Sr. de Cerences en el mes de octubre y á pedirle la mano de su nieta.

– Y de aquí á entonces, ¿no piensas ver á tu novia?

Pablo quedó pensativo.

– No sé, dijo; sin este malhadado desafío, hubiese podido despedirme de su familia; pero ahora no sé siquiera dónde están; si en París ó en el campo.

Continuaron hablando de aquel asunto padre é hijo, y Pablo, en tanto que hablaba el barón, miraba cómo su noble rostro se transfiguraba de alegría, contento al pensar que su hijo iba á ser feliz.

Después de discutir largo rato acerca de lo que más convenía, acordaron que al día siguiente Pablo iría á París á adquirir noticias de la familia de Cerences; y el resto de aquella tarde dichosa pasó para padre é hijo con la dulzura de una calma paradisíaca.

XVII

Pablo de Grandpré no sentía cansancio y se había olvidado de su herida cuando subió al tren que debía conducirle á París; el tiempo era magnífico, y en todas las estaciones por donde pasó sólo advirtió paisajes sonrientes. Lo único que le apenaba entre tanta dicha, era precisamente la belleza de la estación, pues no creía que los que iba á buscar hubiesen dejado de salir al campo En cada una de las paradas miraba ávidamente por la ventanilla, para ver si descubría el ingenuo rostro de Herminia. Cada traje claro, cada sombrilla colorada, azul ó gris, le producía una sensación de sobresalto. En aquella hora matutina subía mucha más gente al tren que la que bajaba. Los comerciantes y banqueros se hundían en las entrañas de la gran serpiente, sacando las cabezas por las portezuelas para despedirse de sus hijos que les habían acompañado hasta el andén.

El Sena murmuraba aprisionado entre sus dos orillas; las escamas argentadas, que el sol hacía brillar sobre sus olas, parecían la corriente de una fortuna inconmensurable ofrecida á los pobres de este mundo por la generosidad de aquel día espléndido. Pablo se sentía rico en alegría y su corazón desbordaba de felicidades desconocidas aún; de repente se acordó del tiempo en que, niño todavía, iba también á acompañar á su padre á la estación y su madre le llevaba de la mano á fin de evitarle cualquier riesgo; aún se acordaba de la presión de sus dedos al menor ruido, á la menor alarma...

De pronto surgió una visión de lo pasado en el alma de Pablo, recordándole aquellos años que había relegado voluntariamente á la eterna sombra del olvido. ¡Cuánto había amado á aquella madre culpable, antes de abandonarle! Ahora recordaba mil detalles cariñosos en que aparecía una ternura infinita; aquel hermoso rostro, tan triste ahora, se inclinaba hacia él sonriendo con una expresión cuyo recuerdo le atravesó el corazón como una espada. Recordando más, aquello que le había causado mala impresión, ahora le producía bienestar indecible; le

era dulce pensar que había amado y había sido querido por su madre...

Cuando su padre había perdonado, ¿tenía él derecho á mostrarse inflexible? El duelo que había tenido marcaba la época de un cambio necesario. Aquella sería la fecha de una reconciliación. Nadie en lo sucesivo podría decir que los Grandpré habían aceptado su injuria, la injuria quedaba lavada con sangre. Podían, pues, deponerse las armas.

de un árbol, al extremo de una avenida; las clásicas palomas de las Tullerías se arrullaban sobre sus cabezas, y á veces bajaban á los pies de Herminia para coger el pan que ésta les echaba.

Allí estaba su adorada leyendo un libro, en tanto que su abuela, con las manos cruzadas sobre las rodillas, miraba plácidamente por entre la verde fronda. La señora de Cerences había sido madre, luego abuela y le encantaba ver los juegos de los niños.

samiento de su hermana, de su estancia en la Vernerie y de otras mil cosas, procurando siempre encontrar asuntos que no diesen pie para mucha confianza. Pablo no sabía secundar los esfuerzos de la buena señora, y muy pronto reinó un silencio penoso entre los interlocutores.

El calor hubiera sido sofocante sin un viento fresco que soplaba y que, de rato en rato, refrescaba con su hálito la atmósfera abrasada; en lo alto se oía



... Marsac se acercó á ella y le tomó las manos

El tren se detuvo; Pablo había llegado. Subió en un coche descubierto y se dirigió hacia el centro de París para matar el tiempo que quedaba hasta la hora precisa en que pudiera presentarse, sin llamar la atención, en casa de su novia.

Al ruido que produjo el picaporte al chocar contra el herraje, Pablo se sintió desfallecer de repente. Como sucede generalmente á todos los enamorados, su valor ficticio había desaparecido y experimentaba un descorazonamiento profundo. Al ver, sin embargo, la puerta abierta ante él, se reanimó y preguntó al portero si los Sres. de Cerences estaban en París.

El Sr. de Cerences estaba ausente; la señora y la señorita habían salido. Viendo la mueca que hizo Pablo al saber la noticia, á pesar de su apariencia seria, el portero, que ya le conocía, añadió:

– Las señoras van cada tarde al jardín de las Tullerías cuando hace sol.

Pablo sacó dos tarjetas de su cartera, las dobló cuidadosamente, y las entregó al portero, dándole las gracias. Luego se dirigió hacia el jardín suntuoso, que ahora parece olvidado de todo el mundo, donde las señoras de Cerences habían tenido el gusto de buscar un refugio contra el calor y las nubes de polvo de París.

Aquel jardín magnífico, donde antiguamente se habían dado fiestas espléndidas y que ahora está triste y silencioso, convidaba con la gracia sonriente de sus parterres y la sombra y frescura de sus árboles gigantes á la meditación y á la suave melancolía desde que aun los niños de los poderosos se hacen llevar por sus criados á los Campos Elíseos, y por lo tanto, el delicioso jardín de las Tullerías estaba casi solitario.

Algunas ancianas que van allí á hacer calceta, algunas niñeras de la calle de Saint-Honoré y algunos paseantes, poetas en busca de inspiración, personas heridas por crueles pesares eran los únicos que con su presencia daban algo de animación á aquel vasto espacio.

Por amplio que éste fuese, era relativamente fácil hallar á las señoras de Cerences, pues tal vez fueran las dos únicas señoras distinguidas que se abrigaban bajo la sombra de sus castaños seculares. Instintivamente Pablo las buscó junto á los macizos que rodean los parterres; las advirtió desde lejos cerca

Después de haberlas visto, Pablo sintió ganas de retirarse.

¿Cómo acercarse á ellas? En aquel momento se sentía cobarde. El ir á su casa le parecía la cosa más fácil del mundo; pero en cambio le asustaba la idea de acercarse á saludarlas en aquel sitio.

En tanto que vacilaba, Herminia levantó la cabeza y miró enfrente. Sus hermosos ojos, benévolos y cándidos, recorrieron los parterres rutilantes bajo aquel sol ardiente, y luego reposaron sobre los grupos formados por los niños que jugueteaban. Volviendo un poco la cabeza, se entretuvo en seguir con la mirada los saltitos y arrullos de las palomas y dijo algunas palabras á su abuela; después, con aire cansado, se apoyó contra el árbol próximo y una expresión pensativa invadió poco á poco su rostro.

Pablo adivinó que pensaba en él, y le envió toda su ternura por medio de un esfuerzo de voluntad que caldeó su corazón como una llamarada. Tal vez había hecho un movimiento involuntario; Herminia sin moverse volvió los ojos hacia él y le reconoció.

Una oleada de sangre joven y generosa subió á sus mejillas, como si el sol las hubiese coloreado, y aun cuando no hizo el más leve ademán ni dijo una palabra, claramente se conoció el amor que sentía en su corazón; Pablo cobró más valor y se adelantó hacia ellas y las saludó. Dijo sin ambajes ni rodeos que habiendo venido á París para verlas y no habiéndolas encontrado en su casa, sabiendo que podían estar allí se había permitido ir á buscarlas.

Hablaba con seguridad y firmeza, porque ya no tenía necesidad de ocultar su pensamiento.

La señora de Cerences, que en el primer momento había acogido con una sonrisa de agrado al joven, sintió luego cierta extrañeza; pues si bien sus relaciones habían sido hasta entonces cordiales, nada, sin embargo, autorizaba aquella resolución del joven que confesaba de un modo tan claro y sin rodeos.

No obstante, no podía dispensarse de invitarle á que se sentara junto á ellas, y lo hizo de buena voluntad. Tomó Pablo una silla y se sentó enfrente de Herminia, la cual, aun cuando no había dicho una palabra, revelaba claramente en su semblante el placer que sentía en volver á verlo.

La señora de Cerences entabló conversación sobre asuntos vulgares, preguntándole acerca del ca-

el arrullo de las tórtolas; el ruido continuo de los coches, ensordecido por la capa arenosa que cubría el suelo, sonaba á lo lejos. Herminia no había pronunciado una palabra.

– Señora, dijo Pablo de repente, acabo de decir á usted hace un momento que había venido á París para verla... Deseaba dirigirme al Sr. de Cerences al mismo tiempo que á usted... La casualidad ha hecho que la encuentre aquí en circunstancias que me parecen favorables... ¿Quiere usted permitirme que la hable con el corazón en la mano?

La anciana miró á su nieta. Esta estaba inmóvil, muy pálida y sus labios entreabiertos parecían aguardar un soplo que los animara.

La señora de Cerences sintió penetrar la piedad en su corazón.

– Señora, no podría usted evitar...

Pablo había seguido la mirada de la buena señora.

La emoción de Herminia, discreta, contenida y elocuente, le embriagaba tanto como una ardiente confesión de amor.

– Señora, añadió, ha adivinado usted. Amo á la señorita de Cerences, y crea usted que esto no es una vana palabra. Ruego á usted que me preste su protección para decidir á su abuelo á que me otorgue su mano.

– Caballero, respondió la abuela algo confusa, este paso, en tal sitio...

– Ya sé, señora, cuanto puede usted decirme; pero es usted mujer, dos veces madre, y será más indulgente y más bondadosa que un hombre por muy indulgente que sea. El Sr. de Cerences tiene el deber de asegurar la dicha social y material de su nieta, y espero que respecto á eso podré dejarle satisfecho; pero usted, que manda en el corazón, puede hacer mucho en mi favor... ¡Ah! ¡Si usted supiese cuánto la amo!

Estaba tan hermoso en su arrebato de pasión, que la anciana no pudo por menos de admirarlo. Desde que principió á hablar no había mirado una sola vez á Herminia por lo muy seguro que estaba de ella. Unicamente se dirigía á su abuela; pero la joven sentía que aquella pasión tan ardiente quemaba su propio corazón.

Las tórtolas y palomas no cesaban de arrullarse

entre el follaje de los castaños; una ráfaga de aire fresco trajo en sus alas los perfumes de los parterres y un ruido argentino de un caño de agua que acababan de abrir; el ruido continuo y apagado de aquellos cientos de miles de gotas de agua que caían en la ancha taza, añadía algo así como un soplo de ternura á la melancolía deliciosa de la hora y del lugar.

– Caballero, dijo al cabo la señora de Cerences, si sólo dependiera de mí... Desde el principio me ha inspirado usted simpatía... Pero una cosa tan grave como esa no debe convenirse únicamente á causa de una simpatía... Ante todo, nos toca asegurar la dicha de esta niña...

La mirada que lanzó Herminia á su abuela valía por todas las explicaciones del mundo; así es que la señora de Cerences no creyó prudente continuar. Iba á levantarse para acabar aquella conversación cuando Pablo, sorprendido él mismo de su audacia, la detuvo con un gesto suplicante.

– Señora, dijo con voz contenida y baja, séame usted favorable! Temo que me ha de costar bastante conquistar al Sr. de Cerences, aun cuando bien sabe Dios que no hay ninguna acción en mi vida que tenga que reprocharme ni que pueda inspirarle á él desconfianza alguna. Pero usted, señora, ama á la señorita Herminia, y no cabe duda de que lo que usted desea ante todo es que sea dichosa. ¡Ah! Si el amor y el respeto de un hombre honrado merecen á usted alguna consideración, le ruego me diga que no se opondrá á mis deseos.

La señora de Cerences quedó conmovida por aquella sinceridad. Sonrió y miró á su nieta que, sin falsa vergüenza, escuchaba con religiosa atención las palabras del hombre á quien amaba.

– Si me atreviese, añadió Pablo envalentonándose, en la misma presencia de usted preguntaría á la señorita Herminia si mi petición le disgusta...

– Esto sería demasiado, caballero, dijo vivamente la anciana.

Pero su nieta habló sin que pudiera impedírselo.

– Abuelita, dijo con voz conmovida y cristalina, ruego á usted que conteste al Sr. de Grandpré que su petición me honra y que, en lo que de mí depende, la acepto.

– ¡Herminia!, exclamó su abuela escandalizada.

– He dicho «en lo que depende de mí,» abuelita. Eso quiere decir que nunca la desobedeceré en nada, ni á usted ni á mi abuelo. Les debo á ustedes tanto, y tan bien se han portado conmigo, que el solo pensamiento de causarles un pesar me asusta, y procuraré no dar á ustedes nunca motivo de queja; pero amo al Sr. de Grandpré.

– ¡Cállate, Herminia! ¡Estás delirando!..

– Le amo, abuelita, con toda la lealtad de mi alma; y si no puedo casarme con él, no me casaré con otro

– No eres sino una chiquilla y no comprendes el alcance de tus palabras. Esas cosas no deben decirse...

– Pero se sienten, abuelita; y por lo tanto, pueden expresarse. Tengo veintiún años y ya no soy ninguna niña. No volveré á decir las palabras que acabo de pronunciar; pero las mantendré mientras viva.

Había hablado sin levantar los ojos, y al pronunciar la última palabra, miró sucesivamente á Pablo y á su abuela con tan franca expresión en la mirada, que Pablo se sintió más conmovido que si le hubiese hecho una protesta apasionada.

– No puedo dar á usted las gracias, dijo Pablo en voz baja, porque no hay palabras para expresar lo que siento. Espero poder probarlo así en breve... Señora, añadió, dirigiéndose á la anciana, ya ve usted que no se trata solamente de mi felicidad, sino de la nuestra... Siento más confianza que antes; tendré el honor de presentarme al Sr. de Cerences... ¿Cuándo? ¿Mañana?

– Déjeme usted que le hable antes, contestó la buena señora con benevolencia, pero todavía algo turbada por el atrevimiento de su nieta. Ya escribiré á usted.

Pablo saludó profundamente á las dos señoras y se alejó. Antes de salir de la avenida volvió la cabeza y vió que se dirigían lentamente hacia su casa.

Después de asegurarse de que no volverían, fué á sentarse de nuevo en el sitio que poco antes había ocupado, y allí, ante las sillas vacías, recordó uno por uno los detalles de los momentos deliciosos que acababan de transcurrir.

La confesión de Herminia había sido tan sencilla, que, de momento, no comprendió cuánta fuerza le daba para realizar su deseo; pero ahora que tenía ya el ánimo completamente tranquilo, se embriagaba con el recuerdo de aquella voz exquisita que había pronunciado palabras que de buena gana pagara con la vida.

¡Cuán noble y valiente había sido aquella querida niña! ¡Con qué delicadeza había dirigido su contestación, no á él, sino á su abuela! «No me casaré con otro.» Esto equivalía á una promesa formal.

De pronto Pablo pensó que tal vez había otro pretendiente y que á esto se debía la reserva de la señora de Cerences. ¿Por qué no? Herminia era tan hermosa, que se comprendía que pretendieran su mano muchos hombres. Pero ¿qué importaba eso, si era él el preferido?

Y perezosamente, entre la verde fronda, escuchando el ruido de los caños de agua que por doquier surgían y el arrullo de las palomas que se picoteaban entre el ramaje de los seculares castaños, Pablo acarició las visiones de su amor, bendiciendo su suerte, puesto que Herminia la compartía.

XVIII

El día siguiente pareció eterno á Pablo: en vano, para matar el tiempo, fué al jardín de las Tullerías. Ni Herminia ni su abuela parecieron por allí, y aun cuando aquella conducta comprendía que era correcta y la que aconsejaban las circunstancias, le parecía tiránica. Viendo que no podía de ninguna manera contemplar el rostro de su adorada, como si fuese un muchacho de quince años se entretuvo en rondar su calle, sin conseguir nada con esto.



... y á veces las clásicas palomas bajaban hasta los pies de Herminia para coger el pan que ésta les echaba.

Aquel hombre que había imaginado que podría desterrar el amor de su corazón, resultaba ahora una víctima sumisa de ese amor, y con extrañeza se preguntaba á sí mismo cómo había podido llegar hasta cerca de los treinta años sin haber bebido en aquella copa de oro; pero por otra parte se hallaba contento de haber esperado tanto, pues la suerte le había permitido encontrar á Herminia.

Por la noche envió á su padre un telegrama con estas palabras: «Nada de nuevo.»

Una vez acostado en cama, por uno de esos cambios tan frecuentes de ideas, en vez de pensar que todo le saldría á medida de su gusto, imaginó que todo serían dificultades. Ciertamente que Herminia mantendría su palabra, y esto le consolaba; pero preveía obstáculos, pues de no haberlos no se comprendía lo que tardaba en darse la respuesta á su carta. Su herida, todavía no bien cicatrizada, le daba alguna fiebre, y no pudo dormirse hasta la hora de la madrugada, cuando ya las estrellas riñen batalla contra el sol. Al despertar, de todas sus inquietudes no le quedaba sino un poco de cansancio y de hastío.

Cuando iba á salir, recibió una carta de la señora de Cerences, en la cual le rogaba que al día siguiente, á las dos, pasara por su casa. Pablo leyó varias veces la carta y en vano buscó entre sus frases ninguna que le alentara, porque exceptuando las corteses, no había una que pudiese darle esperanza.

Al llegar la hora se presentó en casa de su novia, muy serio y grave, pues no quería de ninguna manera que se pudiese creer que suplicaba.

El Sr. de Cerences pareció más delgado y pálido que de costumbre, y su aspecto, siempre serio, era esta vez mucho más solemne que los otros días. Pablo advirtió que le examinaban con atención, y su orgullo se rebeló, pero no quiso manifestarlo.

– Caballero, dijo el anciano, ha dirigido usted á la señora de Cerences una petición á fin de que me la transmitiera. Debo, ante todo, dar á usted las gracias; pero antes de tomarla seriamente en consideración, he de dirigirle algunas preguntas. Crea usted que no las hago por espíritu de indiscreción, sino á fin de ajustar mis acciones á los consejos de la prudencia.

(Continuará.)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

SUELO, por *Sebastián Gomila.* — Forma el tercer volumen de las Novelitas Vulgares, y como las anteriores, de que oportunamente nos hemos ocupado, es de argumento interesante y está muy bien escrita. Un tomo de 96 páginas, editado en Barcelona por D. Antonio López. Precio, una peseta.

SEIS DIÁLOGOS. ANVERSO DE RECIÉN CASADA, por *Carlos M. Soldevila.* — Un tomo de 192 páginas, editado en Barcelona por D. Luis Tasso. Precio, una peseta.

***

LA VIDA AL CAMP, por *Ramón Masifern.* – Inspirado poema bucólico popular con un prólogo del Rdo. D. Jaime Verdaguer. Un tomo de 90 páginas, impreso en Barcelona por F. Giró. Precio, dos pesetas.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas Selectas, Auba, Boletín de la tarjeta postal, España cartófila, Revista Comercial Hispano-Americana, Crónica de Barcelona, La Medicina Científica en España, Revista Homeopática Catalana, Correo Tipográfico, El progreso fotográfico (Barcelona); *La patria de Cervantes, La Lectura, Revista Contemporánea, Bibliografía Española, La Energía Eléctrica, Sol y sombra, El Mundo Latino* (Madrid); *Boletín del Ateneo de Villanueva y Geltrú; La patria de Zorrilla* (Valladolid).



SEVILLA. – Carnaval de 1902. – Comparsa del Centro de Bellas Artes que figuró en el festival organizado por el mismo

(De fotografía de D. Miguel Castillo, remitida por D. Julio del Mazo)

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 17 de marzo de 1902 — Núm. 1.055



RETRATO DE D.ª MARÍA DE LAS MERCEDES FERNÁNDEZ, pintado por Goya

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

FIESTAS. — DE UN MONJE DE ANTAÑO

Aún faltan dos meses para las fiestas de la coronación, y ya se las siente hormiguear — por decirlo así — en el bullanguero espíritu de nuestro pueblo, el más animado á divertirse de toda Europa. Se sabe de cierto que se están preparando á venir á Madrid infinidad de familias provincianas, que arrostran los peligros y molestias del viaje y estancia en una población tan escasa de buenos alojamientos como es nuestra corte; y el *isidrismo* natural, espontáneo, hace ya latir el corazón de las beldades de pueblo, que sueñan conquistas y triunfos en más amplio escenario...

***

No les arriendo la ganancia á esos forasteros, que abandonan la paz y las comodidades de su casa para venirse aquí, á pasarlo rematadamente mal. Los festejos públicos suelen ser muy incómodos y molestos para todo el mundo, excepto para la gente del pueblo, que no repara en empujón más ó codazo menos y á quien sobra paciencia para aguantarse de pie horas y horas, esperando á que estalle un cohete ó desfile un regimiento. Y todavía esta gente del pueblo á que aludo debe ser del pueblo de Madrid, porque la que venga de Navalagamella ó Vitigudino no ha de tener expedición ni conocimiento del terreno suficientes para triunfar en la batalla de puños y codos.

Suelen ser los días de fiestas los más aburridos y contrariantes para el vecindario pacífico de una ciudad. En París los habitantes andaban desesperados el año de la Exposición. Todo les costaba doble y no encontraban coches ni ómnibus, aun pagando un ojo de la cara. París no era París. Verdad que la Exposición duró meses, y las fiestas de Mayo, por mucho que las estiren, no durarán más de quince días; pero con todo eso, sospecho que los madrileños gruñirán y rabiarán, al ver invadida su villa, ya asaz estrecha, por una horda de curiosos sedientos, ávidos de diversión, que materialmente se enredarán en los pies, como las hormigas de un hormiguero.

***

Entre los libros últimamente publicados figura uno de tanto interés para mí, que no á título de *juicio literario* (me los he vedado tratándose de autores vivos), sino como mera información y reseña de lo que el tal libro contiene, habré de gastar en él unos cuantos párrafos. — Es el titulado *Los escritos de Sarmiento y el siglo de Feijoó*, y su autor el docto sacerdote y dignidad de la catedral de Burgos don Antolín López Peláez.

Sarmiento es un monje y escritor gallego fecundísimo y sapientísimo, que dejó inéditas casi todas sus obras. Le impulsaron á este retraimiento causas y razones que *mutatis mutandis* podrían también alegarse hoy para no publicar, especialmente la del «escaso ó ningún fruto del libro, como no guste á dos ó tres.» Sarmiento fué sin duda un caso temperamental, un polígrafo, que emborronaba y se guardaba el manuscrito, ó le consentía correr copiado, sin hacer gemir con él las prensas. Este sistema es, en cierto modo, una apelación á la posteridad.

Hasta su muerte no vieron la luz las *Memorias para la historia de la poesía y poetas españoles*, trabajo el más conocido y consultado de Sarmiento. Las demás que han visto la luz, de mí sé decir que aunque había leído algunas, apenas las recordaba, y con sumo gusto encuentro su catálogo en la obra del Sr. López Peláez. Son verdaderas monografías científicas, de esa ciencia pintoresca y algo crédula, llena de imaginación, del siglo XVIII. Feijoó, modelo é ídolo de Sarmiento, había seguido igual sistema: y en la elección de asuntos se ve la honrada intención, el ansia de mejoramiento y progreso que entonces agitaba las conciencias y alentaba á los superiores espíritus de aquellos honrados religiosos.

Sarmiento — cuyos escritos y vida aparecen concienzudamente analizados en el libro á que estoy refiriéndome — fué al lado de Feijoó ese fiel y apasionado discípulo, ese constante defensor, ese que suelen tener las altas personalidades, y que, ante la posteridad, se confunde y desaparece para dejarlas que brillen en toda su gloria. Acaso esta condición, de reflejo y sombra de Feijoó, sea lo que hace á Sarmiento tan simpático. Para renunciar á la vanidad y considerar hacienda propia la reputación ajena, se necesita poseer un fondo de hombría de bien y de lealtad que se delata en los escritos de Sarmiento, el cual tenía los defectos de su época, pero también sus cualidades. Este carácter suyo, brusco, formal, independiente, sincero, está perfectamente estudiado en el libro del Sr. López Peláez. «Yo no escribo — decía el padre Sarmiento — para imprimir ni para contemplar gustos á la moda. Cada uno escriba lo *que, cuanto* y *como* quiera, que yo no estoy privado de hacer lo mismo.» Hoy — por desgracia, á mi entender — ningún religioso hace alarde de esta libertad, ni la otorga á los otros. Los religiosos escritores se diría que llevan mordaza y que están pendientes siempre del más ligero escrúpulo, del escándalo de los pacatos y pusilánimes y de la infundada opinión de los necios. A este encogido espíritu, ¡cuán preferible la rudeza y el desenfado de Sarmiento!

***

Y como Sarmiento, más todavía que Feijoó, es un *periodista* en el sentido de que sus escritos sufren de un modo patente la influencia de la actualidad, es sumamente curioso el examen que de ellos hace López Peláez colocándose en el punto de vista de la sociología y deduciendo de aquel vivo é irrefutable testimonio la manera de ser del siglo de Sarmiento y de Feijoó. Ambos experimentaban el deseo y, si así puede decirse, la inquietud de la reforma de los abusos de la Iglesia; saludable inquietud, característica de aquellos varones puros y de intachable vida, que sin la exterioridad austera del protestantismo, tenían el ideal de un clero ilustrado y sano, de una religión que elevase el alma y fuese hermana cariñosa de la sabiduría — como en tiempos del Renacimiento.

Por eso las ideas reformadoras se desbordan en los escritos del padre Sarmiento, y según nos dice su meritorio biógrafo, «censura los defectos en la elección y conducta de obispos, quiere evitar las injusticias en las oposiciones á prebendas, reprende las faltas cometidas contra la regla en algunos monasterios, fustiga á los malos predicadores, critica la opulencia de las catedrales, comparada á la pobreza de las parroquias, no transige con el descuido de los párrocos, reniega de los sermones pronunciados de memoria, examina con severidad los entretenimientos monjiles, los dulces y las flores, y se interesa por la cultura literaria de los canónigos.» Hoy no se concibe que un religioso tome la iniciativa de ciertas observaciones, adelantándose á las que con dañado fin pudiesen hacer los demoledores; entonces esto sucedía, y era, á mi parecer, signo de vida, revelación de fuerza.

Ni Feijoó ni Sarmiento transigían con los falsos milagros, con las patrañas y leyendas, aunque estuviesen tan arraigadas en el alma del pueblo como lo estaba la famosa de Nuestra Señora de la Barca, con su piedra movediza, que aún hoy atrae romerías y peregrinaciones. En este particular observo algo que merece notarse. Los que combatieron las supersticiones y creencias populares, hasta proponer la casa de orates para los que creyesen en *moras encantadas* y las galeras para quienes sin creer en ellas propalasen tales patrañas entre el vulgo, eran virtuosos monjes, de fe robusta, creyentes, que condenaban la superstición como el buen hortelano la cizaña. Y los que hoy restauran todo ese mundo de la fantasía religiosa condenado por los monjes, son gentes que, como Renán, no tienen fe, pero sí imaginación y sensibilidad nerviosa. No se admiraría poco Sarmiento al ver quiénes, en el siglo XIX, reconocieron como elemento artístico lo que él combatía y sentenciaba al manicomio.

Los excelentes monjes no dejaban superchería á vida. Falsas reliquias, supuestos cuerpos santos, que no se les pusiesen delante. Hoy, cuando recordamos tales campañas, unidas á las de reforma en las costumbres, medimos mejor la distancia que separa á un siglo de otro siglo. Hoy no estaríamos conformes con Sarmiento en esas pragmáticas contra el lujo, ni contra el número de coches superfluos; en cambio permanece de actualidad la empleomanía por él censurada, y como Sarmiento sufrimos hoy las molestias de las recomendaciones, no cesando de llover sobre nosotros las pretensiones de los que el benedictino gallego llamaba *zánganos*, y saltando á nuestros ojos los inconvenientes de esa «lista civil de la clase media» que se llama el presupuesto repartido... Y también la corriente de las ideas (á pesar del darvinismo y su principio de la transmisión hereditaria, que es el más aristocrático de cuantos ha proclamado la ciencia) va hacia el sentir de Sarmiento y confirma su dicho de que «toda nobleza sólo es personal y vitalicia,» y de que «así como hay escudos y timbres para los que descienden de un militar famoso, así, y con más razón, debe haber blasones para los que tienen por ascendientes á sabios ó literatos ó inventores, ó á los que de algún modo hayan hecho grandes beneficios al género humano.» Grande sería la sorpresa de Sarmiento, si hoy resucitase, al ver que los blasones se conceden al dinero ó á la influencia política, y que la idea de que sabios, literatos, inventores, bienhechores merecen alguna especial distinción en la jerarquía social, lleva camino de no prevalecer, por lo menos hasta una época en que se nos vaticina que ya no habrá ni tales distinciones, ni tal jerarquía, ni títere con cabeza.

***

Sarmiento reconocía ya en su tiempo la existencia de tres plagas que hoy han adquirido en España lamentable desarrollo: el robo (que es otra forma de la vagancia), la vagancia misma, la mendicidad. Una de sus mejores ocurrencias era la de querer que los soldados, en tiempo de paz, se dedicasen al trabajo, en labores de utilidad pública; y de cierto estaría conforme con el moderno criterio de que, en tiempo de paz también, sea el cuartel el complemento de la escuela. A la última andaba Sarmiento también al condenar la guerra «como espantosa calamidad y reminiscencia de las costumbres de los bárbaros,» y al preocuparse de su coste, y al defender el derecho de la mujer á ejercitarse en todo aquello para que sirve y posee aptitudes, y es profunda su sentencia de que «lo que hay escrito de moral sólo lo han escrito los hombres: falta una buena porción que escribiesen las mujeres para las mujeres...»

***

Y no continúo sacando jugo del libro del señor López Peláez, porque sería cuento de no acabar nunca; tanto es lo que me interesa este monje, que él solo resume y encarna la noble y honrada aspiración de un siglo en el cual la sociedad se transformaba y los espíritus percibían la esperanza de un bien que no nos han dado las instituciones modernas (confesémoslo).

Emilia Pardo Bazán.

PENSAMIENTOS

La audacia en la acción, la generosidad en la victoria y la alteza de miras en el consejo son las cualidades que caracterizan á los verdaderos generales.

M. Denormandie.

La abnegación no tiene valor sino en cuanto es ignorada y mientras no recibe la recompensa de los aplausos de la gente.

F. Garnier.

En la persecución de un fin noble los obstáculos amortiguan el entusiasmo, esa fe de los primeros días, pero con la perseverancia aumenta el mérito.

L. Garnier.

La vejez es una enfermedad extraña: se la cuida para hacerla durar.

— En presencia de una obra útil no busquemos demasiado las segundas intenciones de sus autores; juzguémola sólo por sus beneficios.

El miedo de ser engañado hace ingrato al hombre.

G. M. Valtour.

Es inútil pedir frutos á un árbol cuyas raíces han sido cortadas.

León XIII.



EL CORREO DE LOS ANDES

HISTORIA QUE PARECE CUENTO

Mendoza, provincia ó estado del mismo nombre que forma parte de la Confederación Argentina, después de ocupar una ancha y pintoresca llanura esmaltada de viñedos, se extiende por la famosa cordillera de los Andes, hasta confundirse con las escabrosas fronteras de la república de Chile.

Hará como media docena de años, época á que se refiere esta verídica historia, un ferrocarril de vía estrecha permitíale al viajero que se determinaba á salvar las altas cumbres, límites divisorios de aquellas dos naciones, realizar con cierta comodidad relativa la primera parte de la temeraria excursión, yendo desde Mendoza á Uspallata en seis horas y de Uspallata á Punta de Rieles en cuatro, lugar donde finalizaba por entonces el camino de hierro de la cordillera argentina.

Un trayecto de 156 kilómetros, siempre subiendo por una imponente vía abierta entre áridas rocas ó confiada á metálicos puentes suspendidos á su vez sobre peligrosas cortaduras, servía como de sugestiva introducción á la arriesgada empresa del paso de los Andes.

Algo muy parecido á esas sorprendentes y terribles láminas con que el célebre Gustavo Doré supo representar las montañas infernales de *La divina comedia* se diseña en lontananza. Montes, muchos de ellos adornados con albornoces de perpetuas nieves, aparecen á cuatro y cinco mil metros sobre el nivel del mar, bajo la aplanada bóveda de un cielo gris, sin diafanidad ni ambiente.

Y á medida que se avanza nótanse también en progresión creciente la tristeza, la soledad y la falta de vida.

Reina un profundo silencio, sólo turbado por los fatigosos resoplidos de la locomotora que tira trabajosamente del tren; ningún pájaro surca ya los enrarecidos aires y desapareció del suelo toda vegetación.

Viajaba en mi compañía una pacientísima esposa que á Dios plugo darme, mujer, dicho sea de paso y en honor de la verdad, dos veces heroica; la primera por haberme soportado 26 años en calidad de *media naranja*, y la segunda por haberse atrevido á pasar la gran cordillera *á lomos de un mal rocín*.

Hicimos alto en Uspallata, donde nos permitieron descansar cuarenta minutos, el tiempo preciso para tomar un tenteempié; luego volvimos á reanudar la marcha para Punta de Rieles, término por aquella época, como ya dije, del ferrocarril andino.

A las cinco de la tarde próximamente llegamos al expresado punto: allí una paternal quintilla, escrita en la pared de la estación, tuvo la galantería de advertirnos cuerdamente:

De aquí no pasa la vía;
si anhelas mayor altura
pide una caballería,
y á la muerte desafía
por caminos de herradura.

Y no anduvo tan desacertada la musa de los Andes, pues apenas se monta en la clásica mula, vehículo irreemplazable de aquellas asperezas, y se acomete el verdadero viaje, siguiendo con lentitud rítmica por los desiguales bordes del serpenteante y despeñado Mendoza, se miran abrirse ya con horror bajo nuestros pies los más pavorosos abismos ó amenazar con desplomarse sobre nuestra cabeza las inclinadas rocas, adheridas á las montañas por invisibles lazos.

Un repentino aguacero, acompañado de granizo, nos cala rápidamente hasta los huesos, y en tal disposición, después de una larga caminata, casi al anochecer, llegamos al horrible caserío denominado «Las Vacas,» primera etapa en el infierno del poema andino, donde un hábil industrial se apresura á brindarnos albergue y cena, que luego resultan pésimos y escandalosamente caros.

Pernoctamos, pues, en tan mísero alojamiento. ¡Y qué remedio si era aquel el único refugio dispuesto, para desollar al viandante, por aquellos americanos andurriales!

En un cobertizo de unas quince varas de longitud por ocho de anchura, comedor, sala de descanso y dormitorio, todo en una pieza, nos reunimos la media docena de personas que formábamos la caravana. El comerciante de Valparaíso llevaba en su compañía un criado, perteneciente á la *ilustre familia de los rotos*, clase baja del pueblo chileno, que recuerda á cada paso el histórico tipo araucano. Yo, por mi parte, habíame agenciado un par de guías, muy *vaqueanos*, como llaman por aquel país á la gente experta, para el mejor servicio de mi mujer, sin olvidar el de su respetable cónyuge.

¿Y no sentirá el lector ninguna curiosidad por saber lo que es un guía de los Andes?

Figuraos un compuesto de águila y cabra, de ojo perspicaz y pie seguro, que conoce los atajos y encrucijadas de la gran cordillera con la misma facilidad que un cochero de *punto* las calles de una población.

Suele ser, por lo general, chileno de Aconcagua, nacido en la provincia de Santa Rosa, y acostumbrado desde la niñez á la vida de las montañas: Su estatura es corta casi siempre, aunque bien proporcionada; miembros finos, pero fuertes y elásticos como el acero, y entre las cualidades de su espíritu resaltan, en primer término, un despego nativo maravilloso, un valor que raya en lo temerario y una fidelidad capaz de llegar hasta el sacrificio.

El guía que se consagraba á mi especial cuidado llamábase Manuel, de apodo el *Correo*, por haber desempeñado esta comisión durante varios años á través de la cordillera, y gozaba de legítima fama de poseer una memoria prodigiosa, sobre todo para los sucesos que se relacionaban con los Andes, y que él refería con pintoresco estilo.

Abrigados medianamente bajo el destartalado cobertizo, pues aunque viajábamos en verano las noches eran muy frías por aquellas elevadas regiones, desentumecidas las piernas y libres ya las blandas posaderas del contacto con el duro aparejo, pensamos en cenar, operación que se verificó en un periquete, y después Manuel tuvo la amabilidad de contarnos de sobremesa algunas historias de su repertorio, eligiendo, por supuesto, las más terroríficas y espeluznantes.

Un sueño irresistible, aumentado por la fatiga, nos iba entornando pesadamente los ojos, y determinamos recurrir á la posición horizontal, extendiendo los doloridos huesos sobre los tísicos jergones y preservándonos de los rigores del frío con las mantas de viaje.

Dormimos como troncos, madrugamos con el alba y emprendimos nuevamente camino con dirección al famoso «Puente del Inca,» á fin de llegar á «Las Cuevas» antes de obscurecer, ó sea al pie de la cumbre que divide á Chile de la Argentina. ¡Diez horas á caballo! Una friolera.

A los treinta minutos de marcha, tras de subir un difícil repecho, nos encontramos á la vista de una extensa cañada, cubierta á lo lejos de tenues nubecillas que iba disipando rápidamente la rosada aurora.

Y al paso que se aproximaba el sol y desaparecían los flotantes vapores, el espectáculo resultaba también más encantador.

Serpenteábamos por la granítica espalda de un monte, cuyas caprichosas crestas semejaban torrecillas almenadas de un mágico y portentoso castillo feudal; el río Mendoza se precipitaba en su resonante cauce, formado entre peñascales por continuos terremotos, y allá, de frente, cerrando el horizonte todavía coronado de arreboladas nubes, destacábase otro monte de colosales proporciones y de no menos fantástica perspectiva.

—Manuel, le pregunto al guía, ¿cómo se llama ese monte de murallones acantilados y revestido á trechos de negras rocas?

—Señor, responde el guía sonriendo, acaba de desaparecer la neblina, y si os fijáis cuidadosamente en él, vos mismo acertaréis el verdadero nombre.

—No es tan fácil.

—¡Y tanto!, replica Manuel. Y si no, vamos á la prueba. Ahora que ya se distinguen con toda claridad

los objetos, ¿no os parece ver en la cima de ese extraño monte la fachada de una maravillosa catedral?

– Sí, es muy cierto.

– Y bajando un poco la mirada y fijándola en aquellos pedruscos esparcidos por antiguos *remerones*, «temblores de tierra,» ¿no os hacéis la ilusión de estar contemplando una larga fila de penitentes que suben por el rojo acantilado en dirección del templo?

– Tienes muchísima razón, no digas más, ya adivino su nombre. Debe llamarse «el Monte de los Penitentes.»

– ¡Ajajá!

Quedó interrumpido el diálogo; y mi pobre mujer, que sentía un miedo horrible á la vista de tanto peligro, comenzó á santiguarse de pronto y á mascullar algunas oraciones.

Anduvimos en silencio como una media legua, penetramos después por una estrecha garganta, y subiendo sin cesar llegamos á una alta planicie en forma de meseta, circundada también de gigantescos montes, sobre cuyas reverberantes nieves jugueteaba ya el rubicundo Febo.

Verificada la ascensión, hicimos alto para descansar ante una especie de caseta fabricada con guijarros, cubil más propio de animales feroces que albergue de humanos seres, y que debía, no obstante, servir de amparo contra las inclemencias del invierno á los encargados de mantener la correspondencia entre la Argentina y Chile.

Una roca enorme, volteada allí por las sacudidas de algún terremoto, aparecía en la mitad del camino como colosal centinela. ¡Y caso particular! Sobre la superficie basáltica de aquella piedra se veía tallada groseramente una cruz, luego este nombre «Pedro Miranda,» y por último el consabido «R. I. P.»

Mi guía al pasar por delante de la gigantesca roca suspendió el paso, se quitó respetuosamente el sombrero, dobló la rodilla y se puso á orar.

– Algo de extraordinario ha debido acontecer por este sitio, á juzgar por tu religiosa actitud, díjele á Manuel apenas hubo terminado su plegaria.

– ¡Y tan extraordinario!, exclamó con acento misterioso.

– ¿Sabes que estás picando mi curiosidad?

– ¡Ah, señor! Esta roca fué testigo de un acontemiento portentoso y también del poder ilimitado de la mano de Dios.

– Ya te escucho, habla.

– «Seré breve. En el año 1890 desempeñaba yo el oficio de conductor del correo en el largo espacio comprendido entre el Juncal (Chile) y Las Cuevas (territorio argentino). Al llegar á este punto debía entregar mi balija al conductor de Mendoza y recibir en cambio la suya. Habíase convenido entre nosotros, previniendo probables complicaciones, que en el caso de no verificar el encuentro puntualmente en dicho paraje, proseguir adelante la marcha sin demora hasta tropezar con el compañero.

»Y esto mismo tuve que hacer yo el día 4 de mayo del año 1890, en vista de que el conductor mendocino, á pesar de haber transcurrido con creces el tiempo reglamentario, no acudía á la cita.

»Tomé, pues, con resolución el camino del «Puente del Inca,» hacia donde nosotros nos dirigimos ahora, aunque en sentido contrario, y fácilmente se fué despertando en mi corazón el presentimiento de una desgracia.

»La noche precedente había caído una regular nevada por las cumbres; el tiempo mostrábase bastante duro, y eran ya contadas las personas que se aventuraban á viajar por los Andes.

»El trayecto que media entre «Las Cuevas» y el «Puente del Inca» lo recorrí en tres horas escasas, sin descubrir alma viviente por loma ni cañada.

»¡No era ya posible la duda! ¡A mi compañero le había ocurrido algún percance grave!

»Pero... ¿dónde?

»¡Y vuelta á caminar! ¡Y vuelta á enredarme en un laberinto de conjeturas!

»Dejo atrás el solitario caserío del «Inca,» y cada vez con mayor ansiedad, sintiéndome como impulsado por una fuerza desconocida, corro hacia este mismo lugar en que ahora nos hallamos, y llego aquí providencialmente, para presenciar la escena más extraña y conmovedora que vieron los nacidos.

»Al pie de esta misma roca yacía un hombre, punto menos que agonizando, con la cabeza ensangrentada y oprimiendo convulsivamente entre sus brazos una abultada balija, la balija sin duda del correo argentino.

»Pero aquel solitario moribundo no se le parecía en nada al conductor de Mendoza. Era de complexión mucho más robusta y le doblaba seguramente la edad.

»Una sospecha terrible me asalta. ¿Habríase comprometido aquel hombre á reemplazar á mi compañero, inutilizado por repentina enfermedad?

»¿Sería tal vez un asesino?

»Poco vamos á tardar en saberlo.

»Apenas pudo el misterioso herido darse cuenta cabal de mi llegada, se incorporó trabajosamente y luego me dijo con pausado acento:

– »No esperes al conductor de Mendoza..., porque hace tres horas que lo asesiné en el camino de «Las Vacas» para robarle los 6.000 pesos... que encerraba esta maldita balija.., cuya cantidad en billetes guardo en la bolsa de mi *tirador* (cinturón).

– ¡Muerto!, grité con espanto.

– »Sí. ¡Muerto! ¡Muerto!.. Pero embriagado por los vapores de la sangre..., habíame propuesto realizar una doble hazaña... matándote á ti también..., y para conseguirlo traté de apostarme cautelosamente oculto por esta peña...; mas Dios ordenó las cosas de bien diverso modo... lanzando sobre mí el rayo de su cólera divina... sin darme tiempo de llevar á cabo mi segundo crimen!



Un cóndor, un gigantesco cóndor...

»Un cóndor, un gigantesco cóndor... que se hallaba posado en la cima de esta roca en el instante de acercarme yo á ella, tiende su rápido vuelo, acompañado de siniestros graznidos; abre las férreas garras, y con maravilloso acierto... deja caer á plomo sobre mi cabeza la misma balija robada á mi víctima en el camino de «Las Vacas,» balija que había arrojado yo al fondo de un precipicio... después de haber extraído de ella los 6 000 pesos... ¡Aquí la tienes!.. ¿No la reconoces?.. ¡Mírala bien!.. (Y me mostraba con espanto la fatal cartera.) ¿Se habrá visto jamás cosa semejante?.. ¡El buitre de los Andes convertido en ejecutor de las sentencias del cielo!.. ¿No parece un cuento de brujas? ¡Y sin embargo, nada hay más verdadero..., por suerte tuya y por desgracia mía!

»Desde este momento comienzan á debilitarse las palabras del asesino ante el estertor de la agonía; sus ojos se van empañando con el vidrio de la muerte; hilos de negra sangre fluyen de sus oídos, y su cabeza se inclina pesadamente sobre el enronquecido pecho.

– »¡Perdón!.. ¡Perdón!, murmura haciendo un supremo esfuerzo. ¡Ten caridad, por la Virgen Santa!.. ¡Defiende mi cadáver del festín de esos diabólicos cóndores... que han sido la causa de mi perdición... y que ahora seguramente estarán en acecho... esperando á que caiga... para bajar á devorarme!... ¡Líbrame de ellos!.. ¡Ábreme cristiana sepultura!.. ¡Y que Dios te lo pague..., y á mí..., piadoso..., me perdone!

»¡Y en seguida expiró!»

– ¡Y lo enterraste aquí!.. ¿No es verdad, Manuel? Así al menos lo indican esa cruz y ese nombre, grabados quizás por ti en la roca, añadí yo.

– Sí, señor, aquí lo enterré, y para ello prestóme su ayuda la policía de «Punta de Rieles,» pues sabedora del bárbaro crimen, venía apresuradamente en busca del criminal, dirigida por un hábil *rastreador*.

– ¿Y qué fué del correo mendocino?

– ¡Hizo Dios un milagro! Curó de sus gravísimas heridas, pero quedó inútil para el servicio activo de los Andes.

– ¿Y vive todavía?

– ¡Vive! El intendente de Buenos Aires, movido á compasión, le proporcionó un destino de guarda en los jardines de Palermo, y allí se encuentra en la actualidad al frente del departamento llamado de Ornitología, para regocijo de las aves en general y en particular de los cóndores, árbitros, amos y reyes de la gran cordillera.

Calló Manuel, callamos todos, se acabó la historia y proseguimos nuestro viaje.

Marcos Zapata.

PRISIONERO

Cuando Enrique volvió á Madrid, después de un largo viaje á la República Argentina, buscó á Lorenzo, su amigo y protector; pero sus averiguaciones resultaron estériles, pues no hubo persona que le diera razón de su paradero.

Supo que el hermoso hotel donde habitaba, sus fincas, coches y muebles, habían sido vendidos en pública subasta, sin que los acreedores pudieran cobrar ni el cincuenta por ciento del valor de sus créditos; que en el círculo su nombre fué borrado de las listas de socios á petición de la mayoría, y que se vió en la necesidad de huir de la corte para burlar las persecuciones de la justicia.

Enrique no se atrevía á creer cuanto le contaban. ¡Lorenzo Vélez, uno de los aristócratas más estimados en los salones, caballero sin tacha, de inteligencia cultivada, mesurado y prudente, perseguido por estafador, arrojado de los círculos y desposeído de sus bienes en concurso de acreedores!..

Una tarde que Enrique paseaba por el parque del Retiro, vió á un hombre que sentado en un banco y con la cabeza apoyada en el tronco de un árbol, parecía entretenido contemplando á una turba de chicuelos que corrían y gritaban alegremente, y creyendo reconocer á su amigo Lorenzo, pronunció su nombre y le tendió los brazos.

Era aquel efectivamente Lorenzo Vélez; pero á no haber pasado Enrique tan cerca del sitio donde se encontraba, no hubiera podido reconocerle: tan gran transformación había experimentado su persona.

El joven alegre que vestía á la última moda y de aspecto tan distinguido que se hacía notar aun entre los más elegantes cortesanos, estaba convertido en un hombre sombrío, descuidado en el traje, y en su rostro se advertían las huellas de una vejez prematura.

Los dos amigos se abrazaron cariñosamente, y Enrique refirió á Lorenzo cómo con el dinero que le prestó había realizado en América varios negocios, logrando reunir un modesto capital, manifestándole su asombro por las noticias que tenía respecto á su conducta.

– He perdido todo, dijo Lorenzo, honor y fortuna, y lo peor es que he caído para no levantarme jamás.

– Eres joven todavía y no debes dejarte dominar por ideas melancólicas.

Lorenzo sonrió tristemente y añadió:

– Comprendo que no hayas querido creer el relato de mi vida en estos últimos años, pero cuanto te han contado es cierto. Algunas veces pienso en lo ocurrido y me parece un sueño. El joven espejo de caballeros, que no cedía en puntos de honor ante el más celoso de su dignidad, á quien todos querían y respetaban, cuya palabra era sagrada y una honra estrechar su mano, ha sido arrojado, no ya de los círculos donde se reunen personas decentes, sino hasta de los garitos frecuentados por rufianes.

Debe haber en la vida de ciertos hombres una mano misteriosa que los empuja al abismo y cuya violencia no puede ser contrarrestada por los esfuerzos de la voluntad.

Muchas veces he intentado detenerme en el camino que seguía para no llegar al triste fin que adivinaba; pero como el barco que navega habiendo perdido el timón y va á estrellarse contra las rocas de la costa, sin que el capitán que advierte el peligro pueda evitarlo, iba derecho á la miseria y al deshonor, convencido de que mi voluntad no tenía energía bastante para anular la sugestión que ejerce en mi alma la mujer de quien seré esclavo mientras viva.

No me ha inspirado esta pasión ó locura, como quieras llamarla, una joven digna del amor de un caballero, sino una mujer hermosa, muy hermosa, pero tan bella como malvada.

Sí, continuó Lorenzo exaltándose, es mala, muy mala, y tras su máscara de niña frívola y caprichosa

se oculta un demonio que sonríe cada vez que un hombre honrado desciende hasta ella y le entrega su corazón y su fortuna.

En esa mujer gasté el capital que heredé de mis padres, y cuando se acercaba el momento de la ruina me abandonó sin hacer caso de mis súplicas y amenazas. Estaba convencido de su infidelidad, de que me había fingido amores para satisfacer su ansia de lujo y de placeres, y sin embargo pretendía disculpar sus perfidias; de mi alma no se borraba su recuerdo y temblaban mis labios al pronunciar su nombre. Sabía que era una infame y me batí con un amigo que intentó ofenderla en mi presencia, derramando mi sangre por defender un honor que el solo intento de querer mantenerlo provocaba la risa.

Y á pesar de sus desdenes, traiciones y maldades, cuando heredé la fortuna de mi tío Eduardo me arrojé á sus pies y de nuevo supliqué una mirada de amor de sus ojos, que tan bien sabían fingir, y de aquellos labios que mentían con tanta facilidad una frase que resucitara mis alegrías.

En el teatro hay espectadores á quienes subyuga de tal modo la ficción, que vierten lágrimas ó prorrumpen en exclamaciones de júbilo, según mortifican ó enaltecen al personaje que logra conquistar sus simpatías.

La mentira era para mí la felicidad, y en la comedia de amor que Teresa representaba cuando sus ojos me miraban con ternura y estrechaba mis manos entre las suyas, la ficción me sugestionaba de tal manera, que dudo mucho que hayan gozado iguales venturas los que han disfrutado de una dicha real y efectiva.

Gasté con Teresa el segundo capital lo mismo que el primero, y como el temor de perderla exaltaba mi imaginación, haciéndome cometer los mayo-



EN LA COCINA, cuadro de Guillermo Leibl

res desatinos, realicé estafas é indignidades de las que no hubiera creído capaz al último de los villanos, para prolongar un día, una hora más, aquella mentida felicidad que huiría aterrada ante el estruendo de mi ruina y mi deshonor.

Así ocurrió efectivamente, y tres, seis, veinte veces ha sucedido lo mismo. Cuando el azar del juego, la mano de un amigo bondadoso ó alguna iniquidad ha llenado de oro mis bolsillos, he corrido á su casa: he perdonado sus infamias, disculpándolas por su carácter frívolo y ansia de lujo, y le he suplicado una limosna de amor, amor fingido, impuro, caricatura de las nobles pasiones, que en determinados momentos elevan á miserables pecadoras, pero que necesito para vivir, como algunos enfermos tienen que ingerir en su sangre grandes cantidades de veneno con el fin de prolongar la vida algunos días.

He pretendido alejarme de ella para siempre, trabajar, ser honrado; pero no puedo conseguirlo, y he intentado matarla ó suicidarme y me ha faltado el valor de que he dado pruebas en muchas ocasiones.

Su recuerdo ejerce influencia decisiva en mi espíritu; sus ojos tienen sobre mí un poder mágico, invencible, y su mirada despierta á la vez en mi espíritu las mayores energías para desearla y la mayor humildad para obedecerla.

Es una mujer capaz de todas las infamias, ingrata, desleal: sé que mientras domine en mi corazón no podré regenerarme; la odio, pero la quiero cada vez más, y así como en los campos se extiende el fuego á la vez que arrecia la fuerza del viento, á medida que aumentan mis rencores crece mi amor ó desvarío.

—Eso es una locura, dijo Enrique, y para curarla te han faltado los consejos de un buen amigo. Por fortuna he llegado á tiempo de salvarte de la miseria, y evitaré que cometas más desatinos. Hoy mismo te devolveré las treinta mil pesetas que me entregaste generosamente para que estableciera mis negocios en América, y con esa cantidad y lo que ganemos trabajando juntos tendrás para vivir.

Los dos amigos se marcharon á cenar, y á la mañana siguiente Enrique envió á Lorenzo los seis mil duros que le había prometido y una carta muy expresiva invitándole á almorzar; pero Vélez no acudió á la cita ni aquél pudo encontrarlo en ocho días.

Cuando logró verle, Lorenzo participó á su amigo que marchaba á París acompañado de Teresa y que la joven le había prometido eterna fidelidad.

—Y ahora la creo, añadió muy serio. ¡Ya ves! ¡Me ha propuesto que nos casemos!

—¿Y tú?, le preguntó Enrique asombrado.

—¡Qué he de hacer! ¡Si tiene ese capricho!

Enrique iba á increparle duramente, pero Lorenzo le interrumpió diciendo:

—Cuando niño oí contar una historia de cierto español rico que habiendo cometido un delito huyó á Africa, cayendo prisionero de los moros. Después de largo cautiverio pudo recobrar la libertad y volver á su país, donde encontraría buena casa y rentas saneadas y no le molestarían, pues estaba indultado de la pena que se le impuso; pero el buen hombre se acostumbró á vivir en Marruecos, y aunque pensaba algunas veces en que allí peligraba su cabeza y pasaba muy malos ratos, porque los mahometanos le trataban con cierto desvío, una fuerza misteriosa y más potente que su voluntad le retenía en aquellos sitios en los que encontraba singulares encantos.

Temía volver á su país, donde le recordarían su acción infame, y abandonar la felicidad relativa de que disfrutaba para marchar en busca de lo desconocido. Se había acostumbrado á ser bárbaro, como hay criados que tienen tal hábito de servidumbre que aunque logren reunir un modesto capital continúan aguantando las impertinencias del amo, y comerciantes millonarios que soportan detras del mostrador las insolencias del público.

Soy como el cautivo de los moros: he perdido mi fortuna, el honor de mi nombre, el imperio de mi voluntad; quizá pudiera reconquistar algo; pero igual que el prisionero del cuento se consideraba más feliz en su pobreza contemplando las palmeras de Tetuán, que en sus fincas de España, y deseaba la libertad y la tenía, yo me considero más dichoso en este cautiverio de mi alma, con una limosna de amor, que gozando de todos los placeres de que disfruté en mis tiempos de opulencia.

El hombre honrado que en un momento de flaqueza cometió un delito, desea salir de la prisión, pero teme que llegue el día en que le restituyan al mundo, porque sabe que le arrojarán al rostro sus afrentas y se negarán á estrechar su mano los que antes se llamaban sus amigos.

No entregues á ninguna mujer tu inteligencia y tu corazón tan por completo que llegue á dirigir todos los actos de tu vida; porque si es buena y te convences de que corresponde á tu cariño con la misma vehemencia, serás un tirano cruel, como lo he sido yo en muchas ocasiones, y acabarás por hacerla desgraciada, y si es mala y le sacrificas corazón, fortuna, honor y amistad, llegará á darse cuenta de que domina en absoluto tu voluntad y tu pensamiento, y de que ella sola es el bien que puedes apetecer, puesto que te ha apartado de cuanto podía serte agradable y te ha envilecido hasta el punto de deshonrarte por alcanzarla.

Entonces, como el hombre honrado que en un momento de ofuscación cometió un delito, desearás y temerás á la vez recobrar la libertad perdida: al mismo tiempo crecerán en tu alma el odio y el amor, y serás su esclavo, su eterno prisionero.

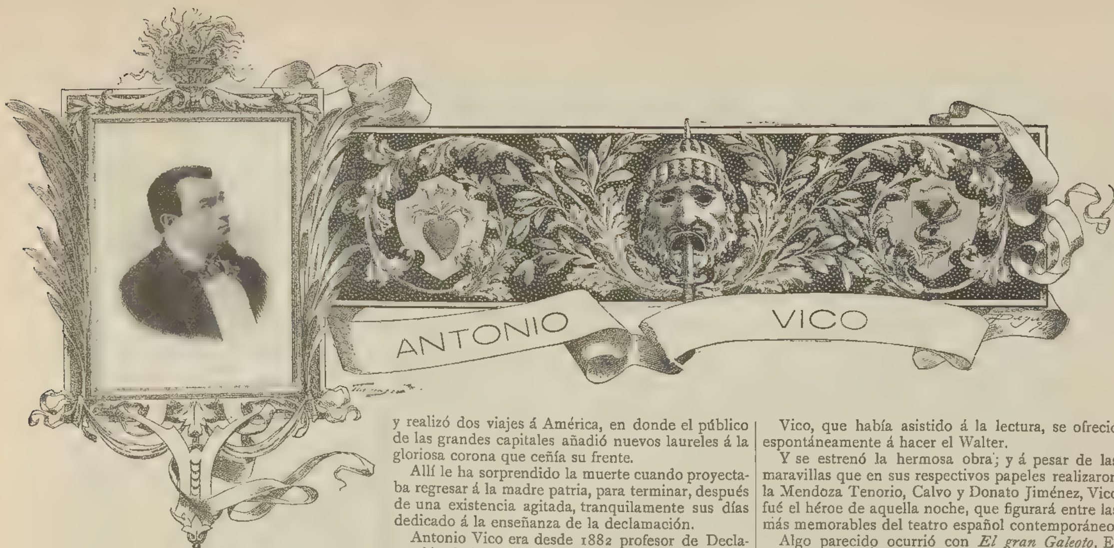
G. Briones.



UN DRAMA, cuadro de C. Froeschl

UN DRAMA, cuadro de C. Froeschi.

Así como en un vaso de agua puede desarrollarse una tempestad, así también puede producirse un drama en un medio y con personajes aparentemente poco á propósito para situaciones conmovedoras y violentas. Dígalo, si no, el cuadro que en esta página reproducimos: la escena podrá resultar cómica para el que la contempla; pero para los actores de la misma, para esos bellísimos dos hermanitos abrazados, que con hondo desconsuelo presencian la horrible muerte de la *hija de sus entrañas*, el drama existe y aun alcanza las proporciones de verdadera tragedia. No hay más que fijarse en esas dos criaturas para comprender, no sólo lo que sienten, sino cómo siente cada una de ellas: el padre, el varón fuerte, procura reprimir el llanto para no aumentar la aflicción de la madre; ésta, al fin mujer débil, se abandona á su desesperación y oculta su rostro en el pecho de su compañero. El dolor une á aquellos dos niños como pudiera unir á dos padres de verdad y se manifiesta con la intensidad misma con que se manifestaría si de personas mayores se tratara; que el dolor no ha de medirse por la causa que lo motiva, sino por el grado de resistencia que á las penas puede oponer el corazón en las distintas edades de la vida del hombre.



La noticia de la muerte de Antonio Vico, ocurrida á bordo de un vapor y cerca de Nuevitas, ha sorprendido dolorosamente á cuantos se interesan por el arte dramático nacional; porque sin necesidad de entrar en comparaciones ni de poner en parangón con el suyo los nombres de otros actores, bien puede afirmarse que Vico ha sido una de las más grandes y legítimas glorias del teatro español contemporáneo. Actor de cuerpo entero, adorador del arte, más artista de sentimiento que cómico de oficio, ponía, no ya todo su talento, su alma entera, en la interpretación de los personajes que los autores le encomendaban, resultando todos ellos creaciones geniales; y mucho tiempo habrá de pasar antes de que otros actores logren aminorar, ya que borrarlo será imposible, el recuerdo que de él conservarán las presentes generaciones. A los papeles por él creados podrá aplicarse, quién sabe hasta cuándo, el célebre «*Nadie las mueva...*;» y al desaparecer del mundo de los vivos los que hemos tenido la dicha de admirar á ese coloso de la escena, quedará siempre en los anales de la historia del arte el nombre de Vico como uno de los que á mayor altura lo elevaron en el siglo XIX.

* * *

Antonio Vico nació en Jerez de la Frontera en 1840, y sus primeros pasos en su carrera artística fueron penosísimos, pues grandes actores de aquel tiempo, como Romea y Arjona, no supieron ver en aquel galán joven las cualidades que andando el tiempo habían de convertirle en uno de nuestros primeros artistas dramáticos.

El eminente D. José Valero fué, por decirlo así, quien lo descubrió, y por él alentado y dirigido, obtuvo sus primeros triunfos en Barcelona en 1864. De aquella compañía pasó á la de Tamayo y Baus, con la que recorrió los primeros teatros de las principales capitales españolas, obteniendo en todos éxitos brillantísimos.

Presentóse en Madrid por primera vez en el teatro Lope de Rueda, en 1873, logrando entusiastas ovaciones, sobre todo en *Los amantes de Teruel,* y dos años después entró de primer actor en el teatro Español. Los más celebrados autores dramáticos, Ayala, Echegaray, Sellés, Cano y otros, escribieron para él obras tan celebradas como *Consuelo, El gran Galeoto, La muerte en los labios, Vida alegre y muerte triste, El nudo gordiano* y *La Pasionaria,* y á él se debieron en buena parte los éxitos ruidosos que tales obras alcanzaron.

Unido luego á Rafael Calvo, realizaron juntos en el clásico coliseo madrileño una de las campañas más gloriosas y más fructíferas para el arte dramático español. Y, cosa rara, aquellos dos actores igualmente grandes, en quienes el público no veía sino á dos rivales que luchaban por sobrepujar el uno la gloria del otro, eran amigos entrañables, y si Calvo era el más entusiasta admirador de Vico, no había quien como Vico admirase más incondicionalmente á Calvo.

Después hizo varias excursiones por provincias y Portugal, cosechando en todas partes los mismos entusiastas aplausos; y finalmente, impulsado tal vez por la necesidad, quebrantó el firme propósito que desde su juventud se hiciera de no cruzar el Océano, y realizó dos viajes á América, en donde el público de las grandes capitales añadió nuevos laureles á la gloriosa corona que ceñía su frente.

Allí le ha sorprendido la muerte cuando proyectaba regresar á la madre patria, para terminar, después de una existencia agitada, tranquilamente sus días dedicado á la enseñanza de la declamación.

Antonio Vico era desde 1882 profesor de Declamación de la Escuela Nacional.

* * *

Innumerables son las anécdotas que del genial actor se cuentan y que pintan de una manera gráfica su carácter y su modo de ser artístico.

Nuestro querido colaborador D. Eusebio Blasco, en un bellísimo artículo publicado en *El Liberal,* de Madrid, al tener noticia de la muerte del que fué su amigo entrañable, narra el siguiente sucedido:

«Leyó Adelardo Ayala su *Consuelo* en mi casa; en la plaza de Celenque, ante una reunión de amigos íntimos y algunas señoras. Vico estaba también allí; y cuando nuestro amigo terminó la lectura, entre grandes elogios, me dijo el gran actor:

– »Todo lo que hemos oído es para que se luzca él... Algo tendré que hacer yo por mi cuenta.

»¡Ya lo creo que hizo!

»La noche del estreno nos levantó á todos del asiento en unánime arranque de entusiasmo, diciendo dos palabras, cuyo efecto no había pensado Ayala:

¿... Pero no viene, no viene
tu Ricardo?

»Fué una explosión, una cosa inaudita... Y cuando entré á verle en su cuarto:

– »¿No te lo dije que yo tenía que sacar mi tajadita?»

En la misma noche de aquel memorable estreno, terminado el primer acto con un débil aplauso y sin que nadie llamara al autor, paseábase Ayala como un loco por entre bastidores, pasándose la mano con furia por entre su melena.

– ¿Qué pasa aquí?, decía con voz bronca. ¿Por qué no me llaman?

Vico, apoyado sobre la puerta del foro, esperaba á que el traspunte le diera la salida; pasó Ayala junto á él y repitió sin poderse contener:

– Pero ¿por qué no me llaman?

Vico sonriendo le replicó:

– Ahora le llamarán á usted, D. Adelardo.

Dió el traspunte la orden de salida y el gran artista, á quien la emoción apenas dejaba hablar, salió á la escena y desde la puerta del foro dijo de un modo tan sublime la famosa redondilla

«Dichas que no merecí
en pago de amor sincero,
por tan obscuro sendero
¡qué tristes llegáis á mí!,»

que el público, loco de entusiasmo, aclamó al gran actor, el cual asió de la mano á Ayala y le sacó á la escena entre aplausos y aclamaciones delirantes.

Cuando D. José de Echegaray leyó en el saloncillo del teatro Español *La muerte en los labios,* alguien le indicó que del papel de Walter podía encargarse Vico porque resultaba un papel de mucha importancia.

– No me atreveré á indicárselo, repuso Echegaray, pues creo que el papel de la obra es el de *Conrado.*

Hay que advertir que este papel había sido confiado á Rafael Calvo.

Vico, que había asistido á la lectura, se ofreció espontáneamente á hacer el Walter.

Y se estrenó la hermosa obra; y á pesar de las maravillas que en sus respectivos papeles realizaron la Mendoza Tenorio, Calvo y Donato Jiménez, Vico fué el héroe de aquella noche, que figurará entre las más memorables del teatro español contemporáneo.

Algo parecido ocurrió con *El gran Galeoto.* El papel más importante era el de *Ernesto,* que representaba Rafael Calvo de una manera admirable; Donato Jiménez interpretó el de *Don Julián.* Pero representó en otra temporada este papel Vico, y desde entonces el papel de *Don Julián* fué el primero de la obra.

La última vez que vió Zorrilla su *Don Juan Tenorio,* hacía Vico el protagonista en el Español.

– Vaya el quinto acto por usted, dijo el gran actor al gran poeta.

Y aquel acto del cementerio, como ha dicho con razón un crítico, debió grabarse aquella noche en mármoles para gloria del arte dramático español y para lección de artistas presentes y futuros.

– Este *Tenorio* no es el mío, es el suyo, decía Zorrilla á la salida del teatro. Yo había soñado el tipo, pero hasta hoy no lo había visto en la realidad.

Tenía Vico fama de apático é indiferente, dándose muchas veces el caso de que en una misma obra y aun en una misma noche resultara su trabajo desigual en extremo. Un domingo por la tarde representaba en el Teatro Español *La jura de Santa Gadea.* El teatro estaba lleno; pero D. Antonio no tenía aquella tarde ganas de trabajar, y en el primer acto estuvo bastante mediano.

En el primer intermedio entró á saludarle un amigo íntimo.

– ¿Qué hay?, le preguntó el actor.

– Que debías estar en presidio. Tienes el teatro lleno y estás haciendo la obra *de mandanga.*

– Hombre, ten en cuenta que esta noche trabajo también en *Vida alegre y muerte triste* y no quiero cansarme.

– Bueno, pues quédate con Dios. Me voy á Novedades á ver *La monja sangrienta.* El drama será un disparatón, pero al menos trabajan aquellos modestos actores con buena voluntad.

– No te vayas, hombre, no te vayas. Voy á hacer para ti el segundo acto..., pero sólo el segundo.

Y en efecto el segundo acto de *La jura en Santa Gadea* fué una maravilla y el público se volvió loco con el genial actor.

* * *

Terminaremos estos ligeros apuntes copiando lo que acerca de Vico ha escrito un notable crítico español:

«Representar el protagonista de *Los amantes de Teruel,* llegando hasta lo sublime en lo dramático, é interpretar luego el brigadier de *Jugar al escondite,* produciendo la misma hilaridad que el más notable actor cómico, es empresa solamente reservada á las eminencias verdaderas del arte escénico. Persuadir de la propia manera en el *Cid Campeador* que en el característico de *La escala de la vida;* hacer á maravilla el galán joven, el galán, el barba; recorrer triunfante todos los caracteres de todos los géneros, desde la piececilla *El padre de la criatura* hasta el drama sentimental *La muerte civil,* es, repito, altísimo empeño que sólo puede llevar á feliz realización un artista verdaderamente excepcional. Vico lo es en grado máximo, y cuanto se diga en elogio de sus varias aptitudes será pálido reflejo de lo que merece en justicia.» – S.



ENSEÑANZA MUTUA, cuadro de Mlle. Jenika Cabar



CABEZA DE ESTUDIO, dibujo de Jacinto Espinal

NUESTROS GRABADOS

Brazalete regalado por el emperador de Alemania á Miss Alicia Roosewelt.— El día 25 de febrero último verificóse en Shooter's Islands la solemne ceremonia que ha motivado el viaje del príncipe Enrique de Prusia á los Estados Unidos, el bautizo y la botadura del yate imperial *Meteor*, construído en aquellos astilleros para el emperador de Alemania. El acto revistió gran brillantez, habiendo asistido á él el presidente Mr. Roosewelt, cuya hija Alicia ha sido la madrina del barco, y todo el mundo oficial de aquella república. Celebróse después un banquete oficial á bordo del *Hohenzollern*, que es el buque en que ha hecho su viaje el príncipe, y en él se cambiaron entre éste y el presidente los brindis que son de rúbrica en tales ocasiones. Antes del banquete, el príncipe Enrique entregó á Miss Alicia Roosewelt el regalo que le ha dedicado el emperador y que en esta página reproducimos: consiste en un magnífico brazalete, compuesto de una gruesa cadena de oro con el retrato de Guillermo pintado sobre marfil El emperador está representado en uniforme de gala del regimiento de guardias de corps y con la banda de la orden del Aguila Negra. La efigie va rodeada de un aro delgado de pequeños diamantes, encerrado á su vez dentro de otro formado por 19 brillantes de gran tamaño.



Brazalete regalado por el emperador de Alemania á Miss Alicia Roosewelt, hija del Presidente de la República de los Estados Unidos, con motivo de la botadura del yate imperial *Meteor*, construído en Shooter's Island

***

Miss Stone.—La prensa de todos los países se ha ocupado muy extensamente de la historia de esta misionera americana que en 3 de septiembre de 1901 fué secuestrada por unos bandidos en la frontera turco-búlgara y que después de seis meses de cautiverio ha sido puesta hace poco en libertad en Strumnitza (Macedonia), previa la entrega de un rescate de 330.000 francos que sus compatriotas han reunido. A juzgar por el retrato que publicamos y que está tomado de una fotografía hecha en Salónica pocos días después de su liberación, no ha sido muy maltratada por sus secuestradores y parece que no le ha sentado mal su estancia en las montañas de Bulgaria. Y como no hay mal que por bien no venga, según reza el conocido refrán, lo mucho que de ella se ha hablado le habrá servido de gran reclamo para las memorias que ahora se propone publicar relatando sus aventuras, ó mejor dicho, sus desventuras, que á buen precio le han encargado algunas revistas de la América del Norte, lo cual ha hecho sospechar á alguno de esos espíritus que en todo adivinan segundas intenciones, que de esto era precisamente de lo que se trataba, de un reclamo *sui generis* para un gran negocio editorial. Muy aventurada es tal suposición; pero tratándose de gentes y cosas de los Estados Unidos, parecen admisibles las más arriesgadas hipótesis. Con Miss Stone ha estado también cautiva otra misionera, lady Tsilka-Ligord.



Miss Stone, misionera norteamericana, que fué secuestrada por unos bandidos en la frontera turco-búlgara y que después de más de seis meses de cautiverio ha sido puesta en libertad mediante un rescate de 330.000 francos.

***

Retrato de D.ª María de las Mercedes Fernández, pintado por Goya.—Cuando hace poco menos de dos años se verificó en Madrid la exposición de obras de Goya, publicamos en La Ilustración Artística (n.º 972) un artículo del Sr. Balsa de la Vega, en el que este notable crítico trazó la biografía é hizo un profundo estudio de la personalidad artística y de la obra colosal del gran pintor aragonés. Innecesario nos parece, por consiguiente, emitir ahora juicio alguno acerca del lienzo que en la primera página del presente número reproducimos, porque, aparte de la consideración expuesta, tratándose de maestros indiscutibles y consagrados por la fama universal, como el inmortal autor de los *Caprichos*, huelga todo lo que no sea un tributo de incondicional admiración á sus portentosas creaciones.

En la cocina, cuadro de Guillermo Leibl.—En los números 1.049 y 1.051 de La Ilustración Artística publicamos algunos datos y consideraciones acerca de este famoso artista. que hoy completaremos copiando lo que acerca de éste ha escrito un notable crítico alemán: «Tarde ha reconocido Alemania lo que valía Leibl, el pintor que con todo el ímpetu de un arte sano y vigoroso se alzó contra la afectación hueca y el sentimentalismo vacío de una época artística enfermiza y débil. Con sus creaciones hizo que se apreciara debidamente la potencia técnica, á la que en tan poca consideración se tenía, y con su poderoso ejemplo enseñó de nuevo lo que era la pintura en el sentido propio de la palabra. El fué quien demostró que la raíz de todo arte está en la naturaleza no falseada; que la condición esencial del mismo es el respeto absoluto á la verdad, y que el valor de la obra artística lo da, no el asunto en sí, sino la personalidad del que lo reproduce. No fué un innovador que sólo mirara el porvenir; fué principalmente el restaurador de los principios fundamentales, únicos sobre los cuales puede levantarse el arte verdadero, y así ha podido calificársele, hasta cierto punto con razón, de discípulo el más grande de los grandes maestros antiguos; pero este dictado no explica toda la importancia de Leibl, el cual, además de lo que pudo aprender, ha aportado á la historia del arte una personalidad propia, conseguida á fuerza de propios trabajos y esfuerzos. Por esto, aun cuando cambien los gustos y las tendencias, el nombre de Guillermo Leibl, al igual que los de los ilustres maestros que le precedieron, sobrevirá á todos estos cambios.

***

Enseñanza mutua, cuadro de Mlle. Jenika Cabarrús.—Los cuadros cuyos asuntos representan escenas infantiles tienen un encanto especial, porque si los personajes que en ellos figuran no expresan grandes pasiones, ni las escenas en que intervienen reflejan un pensamiento ó un hecho trascendentales, en cambio hay siempre en los primeros un sello de inocencia y en las segundas una placidez de sentimientos que causan en el ánimo una impresión dulcísima. Contemplando tales lienzos, el espíritu, fatigado de las mundanales luchas, parece como que se reposa y envidia á los tiernos seres que todavía no conocen las amarguras ni los grandes problemas de la vida. Por supuesto, que para que tal efecto se consiga es preciso que el artista que tales asuntos trate esté dotado de un temperamento especial, que sus sentimientos respondan á la placidez de los temas y que su mano encuentre las delicadezas de líneas, de colores, de matices que para darles formas se requieren. Todas estas cualidades las reune en alto grado la autora del cuadro que reproducimos, artista de corazón y de talento que ha sabido compenetrarse por modo admirable con el género difícil á que su obra pertenece: las cabecitas de esas dos niñas son de una dulzura infinita; su expresión, sus actitudes reflejan de una manera bellísima la realidad, y en el conjunto de la composición se adivinan el alma y la habilidad técnica de una pintora consumada.

***

Cabeza de estudio, dibujo de Jacinto Espinal.—Como nueva demostración del talento del Sr. Espinal, de quien nos ocupamos en el número 1.053 de La Ilustración Artística, publicamos en el presente una cabeza de estudio que confirma las notables aptitudes que á dicho señor caracterizan. Ve este artista el natural con gran firmeza y sabe trasladarlo al lienzo ó al papel con fidelidad irreprochable y con una energía y un vigor extraordinarios: á su observación no escapa ninguno de los detalles que el modelo presenta, y sobre todo sabe en sus obras sorprender esas armonías que son lo que constituye el verdadero carácter del conjunto. En su *Cabeza de estudio* pueden admirar nuestros lectores estas cualidades: no falta en esa hermosa testa una línea, un matiz, nada de cuanto da expresión á un rostro; el dibujo revela una observación minuciosa de la estructura muscular del cuerpo humano y es un portento de claroscuro. El Sr. Espinal es un artista de gran porvenir: su presente permite esperar que, continuando por el camino emprendido, perseverando en el estudio del natural y perfeccionándolo con el de los grandes maestros que completen su educación artística, llegará muy lejos y su nombre figurará entre los de los mejores pintores españoles.

***

Frisos del restaurant del Príncipe y del hotel Majestic de Londres, pintados por H. C. Brewer.—Para la pintura decorativa se requieren condiciones muy especiales; el artista que á este género se dedique ha de convencerse de que no se necesitan para el mismo grandes pinturas de pobre ejecución, sino un trabajo característico, de hábiles combinaciones, de buen dibujo y apropiadas á la localidad. Mr. Brewer, que ha ejecutado varias de estas composiciones para algunos restaurants de Londres, posee la facultad de tratar perfectamente las grandes superficies y una facilidad de ejecución extraordinaria, y los asuntos en que se inspira para sus obras se ajustan á las exigencias que dejamos señaladas, como lo demuestran los dos frisos que en la última página de este número reproducimos.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— Crefeld. — El Museo del Emperador Guillermo de esta ciudad alemana que cuenta poco más de 100.000 habitantes, que hace pocos años y gracias á un donativo de 60.000 marcos (75.000 pesetas) pudo comprar en Berlín una gran parte de la colección Beckerath, ha adquirido recientemente el resto de la misma por 32 000 marcos. La mitad de esta suma ha sido dada por algunos aficionados y la otra mitad ha sido costeada por el municipio.

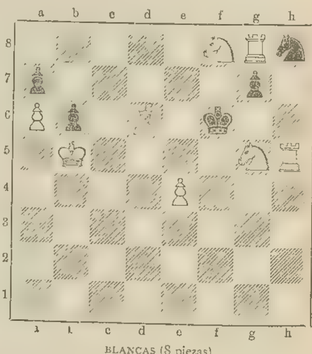
París. – En la Escuela de Bellas Artes se han expuesto últimamente las obras del famoso escultor Falguieres en número de 360, que comprenden, no sólo las creaciones plásticas del maestro ejecutadas en su mayoría en yeso, sino también algunos cuadros muy notables.

Teatros. — Se ha estrenado con gran éxito en el teatro Romea *La pecadora*, drama en tres actos de Angel Guimerá. En el último concierto dado por la Sociedad Filarmónica que con tanta inteligencia dirige el maestro Sr. Crickboom, además de los aplausos que mereció la orquesta alcanzaron sendas ovaciones la señorita Vidal, el eminente pianista Sr. Albéniz y el citado Sr. Crickboom, en las piezas que con gran maestría ejecutaron en el violoncelo, en el piano y en el violín. El Orfeó Català ha celebrado dos conciertos en el teatro de Novedades, ejecutando en ellos, además de algunas de las más aplaudidas piezas de su repertorio, otras nuevas de Bach, Pedrell, Nicolau y Pujol, y consiguiendo en todas ellas aplausos tan entusiastas como merecidos En el Liceo ha podido admirar nuevamente el público al famoso pianista Rosenthal, al celebrado violinista Manén y al maestro Kunwald, que dirigió la orquesta con su reconocida maestría. Los tres conciertos de la orquesta Lamoureux, de París, han sido uno de esos acontecimientos que forman época en los anales músicos de Barcelona: cuanto dijéramos del éxito obtenido resultaría pálido ante lo que ha sido en realidad; por ello nos limitaremos á consignar que todas las piezas de los tres notabilísimos programas, que publicamos oportunamente, fueron maravillosamente ejecutadas y que el público tributó continuadas y calurosas ovaciones á esa orquesta que con razón se considera como una de las mejores de Europa, y á su director M. Chevillard, cuyos profundos talentos y conocimientos musicales le han conquistado uno de los puestos más eminentes entre los directores modernos.

AJEDREZ

Problema número 273, por W. A. Shinkman.

negras (5 piezas)



blancas (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 272, por Fr. Dubbe.

Blancas.	Negras.
1. T c 1—c 3	1. h 5—h 4
2. T c 3—f 3	2. R d 4—e 4
3. D c 8—c 3	3. d 5—d 4 ú otra.
4. D c 3—c 6 ó d 3 mate.	

Variantes

2......... Otra jugada: 3. Dc8—c3 jaq., etc.
1... Rd4—e4; 2. Dc8—f8, Re4—d4; 3. Df8—f3, etc.
2......... Otra jugada; 3. Df8—f3 jaq., etc.
1... Otra jug.ª; 2. Dc8—h3, e5—e4; 3. Dh3—g3, etc.
2......... Rd4—e4; 3. Dh3—f3, jaq., etc.

EL PASADO DE UNA MADRE

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. – ILUSTRACIONES DE CABRINETY

(CONTINUACIÓN)

Tal preámbulo, que no tenía nada de tranquilizador, sorprendió un poco á Pablo, pero se armó de paciencia.

– ¿Es exacto, caballero, que se ha desafiado usted hace cerca de un mes con el Sr. de Villebois?

Pablo se había ruborizado: toda la cólera que sentía contra el insolente invadía de nuevo su cerebro, al ver aquel asunto tratado por una tercera persona.

– Es exacto, caballero, contestó. El Sr. de Villebois me ha herido, y por mi parte, le he tocado de una manera que al principio creí que tendría serias consecuencias.

El Sr. de Cerences levantó la cabeza con aire descontento, pues la manera como Pablo trataba de aquel duelo le parecía harto ligera para asunto tan grave.

– El Sr. de Villebois, añadió el anciano, es hijo de uno de mis más antiguos amigos. Por lo que le conozco, sé que es un hombre frío y razonable, y por lo tanto me cuesta trabajo figurarme que él le ha provocado. Antes de contestar á la petición que usted me ha hecho, querría saber qué causa ha motivado su encuentro con él.

Si algo en el mundo podía herir el amor propio de Pablo, era, indudablemente, sufrir un examen como un chiquillo en cátedra; pero si aquella herida podía agravarse, era por una pregunta parecida. Sintiendo que la sangre se le agolpaba al rostro, contestó claramente:

– Me es imposible decir por qué me he batido con ese caballero. La causa era grave, y en ese duelo poco ha faltado para que ambos perdiéramos la vida; los dos nos hemos portado bien; el secreto de este asunto debe quedar entre nosotros dos.

La señora de Cerences lanzó al joven una mirada para advertirle; él la cogió al vuelo, pero no podía detenerse en la pendiente á que le arrastraban las preguntas del abuelo de Herminia sin faltar á sí mismo y á los suyos.

– Dispense usted, dijo el anciano con altanería; pero puedo suponer que mi nieta ha tenido que ver en ese desafío, y en ese caso debo saberlo...

Pablo le miró frente á frente.

– La señorita de Cerences nada ha tenido que ver en esa cuestión. La respeto demasiado para atreverme á tirar la espada en su defensa, pues no me asiste para ello ningún derecho. No sé si mi adversario es mi rival, como ahora lo supongo, ni lo que habrá dicho de mí; pero...

– La afirmación de usted me basta en lo que concierne á mi nieta, interrumpió el anciano; pero me falta conocer el motivo que le impulsó á usted á arriesgar la vida en el momento en que pensaba en casarse. ¿No quiere usted decírmelo?

– No puedo.

– Entonces me toca á mí tratar de averiguarlo. No quiero ningún misterio ni obscuridad en la familia de la cual mi niña tomará el nombre. Ya daré á usted á conocer mi respuesta.

Pablo contestó al saludo que le dirigía el anciano y salió. La señora de Cerences le atajó en la antecámara.

– ¿Por qué no quiere usted hablar?, le preguntó á media voz. Mi marido es bastante despreocupado para perdonar muchas debilidades y faltas, pero se muestra verdaderamente intratable tocante á ciertas cosas...

– ¡Oh, señora!, dijo Pablo, desesperado é irritado á la vez. Esté usted segura de que si pudiera contestar al Sr. de Cerences acerca de cuanto me ha preguntado, lo haría de buena gana; pero crea usted que me es imposible; se lo juro.

Diciendo esto se retiró, dejando á la abuela inquieta y complacida. Le gustaba por su franqueza y por su valor; le gustaba porque Herminia le quería, y durante los días sucesivos maldijo más de veinte veces á Villebois por haberse batido, por haber hablado de ello y hasta por el solo hecho de existir.



– ¡Gracias!, exclamó la baronesa uniendo las manos

Pablo volvió á su casa en un estado de exasperación completa. Para aquella alma orgullosa que tan alta ponía su independencia, el modo de obrar del Sr. de Cerences constituía por sí solo una injuria. No sabiendo por qué decidirse, subía de punto su exasperación al ver que no podía provocar de nuevo al Sr. de Villebois á un duelo á muerte, ni podía tampoco renunciar á aquella pasión que constituía para él más que su vida.

Pasaron cuatro días sin obtener contestación, y recibió al cabo una carta, escrita en papel grueso y grande, pesada y sellada con un escudo de armas. Solamente con verla, Pablo comprendió que encerraba una negativa. Pálido de rabia, la abrió y la leyó; era corta y clara. El Sr. de Cerences daba las gracias al Sr. de Grandpré por el honor que había querido hacerle, y deploraba no poder aceptarlo. Ninguna fórmula de cortesía endulzaba el rigor de aquella decisión.

El joven quedó de pronto aterrado; y luego, la violencia natural de su carácter le ocasionó tal acceso de furor que tuvo miedo de sí mismo. Conteniendo á duras penas el hervor de su cólera, comenzó á dar largos pasos por su cuarto.

– ¡Qué!, ¿ni una palabra de la señora de Cerences. ni una muestra de simpatía? Que Herminia no hubiese tratado de comunicar con él, se comprendía y estaba dentro de lo lógico; pero su abuela, por medio de alguna frase cariñosa, ¿no podía haber amortiguado la dureza del golpe?

Aguardó durante un día entero, y luego, en la mañana del siguiente y después de haber escrito al Sr. de Cerences que antes de aceptar su decisión deseaba conocer el motivo de ella, tomó el partido desesperado de pedir una entrevista á la abuela de Herminia. Su esquela era corta, pero en cada palabra de ella se revelaba la angustia de una alma ultrajada injustamente, y Pablo conoció que la señora de Cerences no podría rehusar lo que le pedía. La carta fué enviada, y una hora después recibió contestación.

La señora de Cerences le decía en ella que accedía á su demanda y que, no pudiendo verle en su casa, á las cinco iría á la del barón de Grandpré.

Llegó á la hora exacta. Pablo la esperaba ya con el corazón conmovido, como si se tratase de una cita de amor.

– ¡Ah, caballero!, dijo la anciana cuando estuvo sentada cerca de Pablo, usted es la causa de que, por primera vez, haya dado un paso sin que mi marido lo sepa.

Pablo, lleno de respeto y de reconocimiento, besó la manecita pequeña y delgada que se le tendía.

– Es una desgracia, una gran desgracia, añadió ella, que haya usted hablado ante Herminia; se ha hecho usted querer, caballero, y ha atraído sobre la cabeza de mi pobre niña muchos disgustos y pesares.

– Si me ama, nada temo, contestó Pablo con altivez. No sé de qué delito se me acusa; pero, con tal de que ella tenga confianza en mí, yo sabré justificarme.

La mirada que la señora de Cerences lanzó al joven, le impidió continuar; contenía tanta piedad, tanto dolor aquella mirada, que Pablo adivinó de repente la verdad.

– ¿Por qué, señora, por qué se me rehusa la mano de Herminia?, preguntó con voz sorda.

La anciana vaciló un momento; luego, volviendo la cabeza, contestó:

– A causa de vuestro duelo.

– ¿Mi duelo?

Quería luchar todavía, pero no sabía fingir. Quedaron un momento silenciosos, y al cabo, la señora de Cerences le explicó que su marido era un hombre muy rígido en materias de honor, que no transigía nunca en cuestiones de honra, y que, sin darse cuenta de ello, quizá mal informado, había creído, después de oir algunos rumores acerca de su familia, que no era posible de ninguna manera acceder á la alianza solicitada.

– Por mi parte, añadió, crea usted, hijo mío, que siento por usted profunda estima, y que, si de mí dependiera solamente, á pesar de todo, le otorgaría la mano de Herminia.

– Ahora, señora, dijo Pablo, me resta pedir á usted un favor. Es preciso que Herminia sepa lo que ha sucedido. Es una Cerences y quizá comparta el modo de ver de su abuelo. Sería muy justo y muy natural. Si se aparta de mí, lo comprenderé perfectamente y no he de quejarme... Pero, al mismo tiempo, dígale usted que la amaba como se debe amar á la compañera de la vida, con un respeto profundo, con una confianza absoluta... Que no crea que la he engañado... Juro á usted que no creía que..., que esta cosa... sería un obstáculo; no creía que esa vergüenza me hubiese salpicado, y además creía haberla lavado...

Su voz se extinguió. La señora de Cerences le tomó las dos manos, que él trataba de retirar á impulsos de su dignidad herida.

– Escúcheme usted, le dijo; haré lo que crea mejor y más oportuno. El Sr. de Cerences ama tiernamente á su nieta; en este momento no hay que pensar en que transija; pero más tarde..., ¿quién sabe?.. Cuente usted conmigo... Me cree usted, ¿verdad?

Entonces era ella la que lloraba. Pablo la consoló, le dijo palabras cariñosas y le secó los ojos.

—¡Ay, abuela!, le dijo, dejándose caer de rodillas á sus pies. ¡Cuán buena es usted! ¡Tengo necesidad de su cariño!

Sonreía la anciana secando sus lágrimas, y en aquel momento parecióle á Pablo que tenía un parecido singular con su nieta. Y al marchar de su casa le dejó, si no una esperanza, la seguridad de tenerla como aliada fiel

¿Fuiste, pues, herido de gravedad? Yo creí que se trataba de un simple arañazo.

—Parece que tu suegra no lo sabe todo. ¿Te ha dicho que papá estuvo á punto de morir á la noche siguiente de tu matrimonio?

—¡Vaya, Pablo, exageras de un modo!.. Ya sé que papá estuvo enfermo porque me lo escribisteis; pero de ahí á morir...

Grandpré comprendió que algo se le ocultaba, y su espíritu enfermizo padeció lo indecible al advertirlo. Pablo escribió una carta á su madre á fin de prevenirla que viniera, porque acababa el permiso que tenía y le era forzoso volverse á París.

Aquella era la primera vez que la baronesa recibía una carta de su hijo. Primeramente la asustó el ver la letra del sobre, que también era de Pablo,



—¡Vaya, Pablo, exageras de un modo!..

XIX

Gilberta había vuelto el día anterior de su viaje de novios. Pablo lo sabía ya por los criados, pues la señorita había enviado á buscar objetos de su uso que habían quedado en casa de sus padres.

Como no se sentía en disposición de rendir culto al afecto paternal, se hubiera dispensado de buena gana de ir á visitarla; pero con gran descontento suyo, vió que su hermana entraba en su cuarto, mientras estaba preparando las maletas para marchar á la Vernerie. Llegaba muy elegante y peripuesta y con el rostro rebosando salud y frescura.

—Vengo á sorprenderte, dijo; vaya un hermano raro que tengo: sabes que estoy aquí, y, ni siquiera por mero cumplido, me haces una visita.

—Hubieras podido avisarme tu vuelta, respondió él con alguna acritud.

Su hermana le examinó atentamente, y entonces advirtió su palidez y demacración...

—¿Es, pues, verdad esa historia que me han contado?, preguntó con curiosidad.

—¿Qué historia?, repuso Pablo impacientado.

—Que te has batido secretamente y que por poco matas al Sr. de Villebois, que es algo pariente mío.

—¿Quién te ha informado tan bien?, preguntó su hermano con mal humor creciente.

—Mi suegra; mi suegra que lo sabe todo.

A su vez Pablo la miró atentamente. Ella también estaba muy cambiada, y no por cierto ventajosamente, pues aun cuando poseía una verdadera belleza, tenía ademanes tan bruscos é imperiosos y palabra tan incisiva y dura, que daban pena en una muchacha joven y bonita.

—Me parece que conoces muy bien á tu suegra, respondió Pablo. ¡Lástima que la hayas conocido algo tarde!

—No, replicó Gilberta, la conocía ya antes á fondo.

Miró á su hermano con entereza, y él lo sintió por ella. ¿Aquella joven atrevida era la encantadora hermana que había descubierto en la Vernerie apenas hacía un año?

—Sin duda, disputas conmigo, arguyó ella, porque no quieres decirme la verdad acerca de ese desafío.

—¿Qué quieres que te diga?, repuso Pablo; por muy bien informada que estés, me parece que no sabes que por poco me cuesta la vida.

—¡Ah!, exclamó Gilberta con alguna emoción

—Es la pura verdad; tú misma te convencerás.

Gilberta quedó breve rato en silencio, trazando figuras en la alfombra con la contera de su sombrilla.

—Todo eso es muy triste, dijo al cabo. Y papá, ¿está bien ahora?

—Casi, casi. Pero podemos perderlo de un día á otro, sin embargo.

Pablo hablaba con voz breve, indicio seguro de su descontento interno.

—Y tú, ¿ya estás curado?

—Casi, casi también. En nuestra casa todo deja algo que desear.

—¿Y mamá?

—Supongo que está buena. Se halla en Morancé.

—¿Morancé? ¡Pobre Morancé! He pasado allí muchas vacaciones..

La joven lanzó un suspiro que parecía una carcajada y se levantó.

—Te he de hacer notar, hermano mío, dijo, que no me has dirigido una sola pregunta relativa á mí misma ni á mi matrimonio. ¿Debo considerar esta omisión como un atolondramiento ó como una declaración de guerra?

—¡Tómala como te plazca!, gritó Pablo encolerizado. Antes de tu matrimonio no eras tan quisquillosa.

—Es que aprendo á vivir, hermano mío; empiezo á ver las cosas por su aspecto verdadero.

—Antes eras más amable, respondió él con tono seco.

—¡Se hace lo que se puede! Hasta la vista, Pablo, dijo tendiéndole la mano como á un extraño.

El apretó maquinalmente aquella mano, cuyos dedos sintió secos y duros bajo la piel de guante, y su hermana salió.

Un instante después la oyó dar órdenes con voz altanera, con un tono que nunca la había oído.

—No ha tomado el buen camino, pensó Pablo; ¡tanto peor para ella!

Sin preocuparse más por ello, continuó haciendo sus preparativos de marcha, y por la noche estaba ya en la Vernerie.

Su padre le esperaba muy inquieto á causa de los cortos telegramas que había recibido y que le hacían presentir una negativa. A pesar de todas las precauciones que adoptó Pablo para ocultarle la verdadera causa de la negativa del Sr. de Cerences; á pesar de la esperanza que decía que fundaba en el amor de Herminia y en la amistad de su abuela, el Sr. de

pues imaginó que para que se hubiese decidido á escribirle, forzoso era que su esposo estuviese en inminente peligro; después pensó que tal vez su hijo le enviaba un mensaje de paz. No atreviéndose á abrir la carta, la guardaba entre sus manos heladas; al fin, avergonzada de su cobardía, se decidió á leerla. Al ver que no había ocurrido nada extraordinario, casi sintió cierto descontento; la salud de su marido la había inquietado de un modo harto serio, para que, al saber que tan sólo se hallaba indispuesto, se alarmara, y porque se cuidaba de apresurar su partida, volvía á leer aquella carta para ver si entre líneas podía adivinar lo que pensaba Pablo al escribirla. Después de lo que le había dicho Marsac, esperaba ella otra cosa.

A su llegada no encontró nada insólito en la Vernerie, como no fuera el gran abatimiento de su marido, que atribuyó á un malestar pasajero. El recibimiento de su hijo no fué tampoco lo que esperaba; en presencia de su padre, se mostraba simplemente reservado como antes; pero estando á solas, evitaba hablar directamente con ella, con una persistencia mayor de lo que jamás hubiera creído.

La baronesa estaba en aquel momento más nerviosa que nunca. Su hija, que le había escrito únicamente dos veces durante su viaje, acababa de enviarle, para anunciar su regreso, una esquela tan seca y breve, que su corazón maternal quedó herido, á pesar de la experiencia adquirida en otro tiempo. El abandono de su hija y la nueva exacerbación en la frialdad de su hijo la pusieron en uno de esos estados nerviosos que es preciso calmar en seguida.

Buscó, pues, la ocasión de tener una conversación con su hijo; pero éste, que advirtió la intención, puso tanto cuidado en evitarla, que cuando llegó la hora de la marcha, todavía no había cumplido su madre tal deseo. Faltaba solamente una hora para que el coche que debía llevarse á Pablo llegara junto á la puerta; la baronesa tomó una resolución suprema. Acercándose á la puerta del cuarto de su hijo llamó, y Pablo, creyendo que era un criado el que llamaba, dijo que pasara.

No oyendo voz ninguna, se volvió para ver quién era, y su mirada se cruzó con la de su madre suplicante, pero en cuyo rostro pálido se advertía la misma firmeza de siempre.

—Pablo, dijo en voz baja, señalando con un gesto la puerta entreabierta del cuarto del barón, que estaba vacío.

A pesar de que la comprendió perfectamente, fingió no entenderla.

—¡Sea!, dijo la baronesa; prefiero esto. Creía, Pablo, que seguirías conmigo otra conducta.

Su hijo se aproximó á ella, y la rabia que había contenido durante una semana estalló al fin.

—¿Otra conducta?, murmuró entre sus dientes cerrados. ¿Viene usted á reprocharme mi conducta? ¿Viene usted á echarme en cara que soy un mal hijo?

—¡Hijo mío!, contestó la señora de Grandpré, que había instintivamente retrocedido; no vengo á formular ningún reproche; no quiero echarte nada en cara; sólo quería decirte que tu padre me manifiesta bastante afección, bastante estima, para que tu despego resulte mucho más penoso. No te lo pido por mí, sino por él, que sufre á causa de ello.

—¿Sufre? Ciertamente. Sufre á causa de muchas otras cosas. ¿Y ahora es cuando lo advierte usted y se cuida del mal ajeno? ¿Después de veinte años de olvido, se acuerda usted de todo el mal que ha hecho? En verdad que me parece algo tardío el recuerdo.

Hablaba el joven con acento contenido, con punzante ironía y midiendo el tono de su voz, á fin de que no le oyera su padre, que estaba leyendo tranquilamente un diario.

—Pablo, no comprendo tu cólera... Marsac me había dicho...

—Pues bien, sí; Marsac había dicho á usted la verdad. Estaba dispuesto á...

No se atrevió á pronunciar la palabra «perdón,» y concluyó:

—A querer á usted.

—Y bien, dijo la desgraciada, que iba bebiendo sus palabras antes de pronunciarlas.

—Me ha dado usted un último golpe. Mi padre morirá á causa de esto y mi vida queda destrozada.

—Pablo, hijo mío, no te comprendo.

—¿No me comprende usted? Naturalmente. ¡Pues bien, sépalo usted! Amo á una joven; la adoro, ¿lo oye usted?, y ella me quiere. Sí, me ama. La he pedido en matrimonio y me la han negado.

—¿A ti?

—¡Sí, y usted es la causa de que me la hayan negado!

La desgraciada madre retrocedió, cubriéndose el rostro con las manos, sin lanzar un grito ni siquiera un suspiro. Había recibido el golpe en pleno pecho, pero lo recibió como los héroes, en silencio.

Su hijo miró al Sr. de Grandpré que desdoblaba tranquilamente su diario para leer la segunda página.

—Me la han negado, repuso con aquella voz acentuada que tanto se hace oir sin elevar el tono, me la han negado porque en su familia no hay una sola mancha, porque todas las mujeres han sido respetadas, porque no han querido que fuese hija de usted.

—Pablo, dijo la señora de Grandpré mostrándole su rostro lívido, pero todavía digno: es inútil insistir; he comprendido. No es un triunfo muy brillante para ti herir á tu enemigo cuando ya muerde el polvo.

Pablo se calló avergonzado de su violencia. Su madre se le acercó imperceptiblemente.

—Si hay algún paso que yo pueda dar, lo haré con gusto. ¿Quieren que yo desaparezca?, lo haré. ¡Hay el destierro; hay el convento; hay la muerte!

Pablo se estremeció á pesar suyo. Hablaba tan tranquilamente de esas cosas su madre, que claro se veía que se había familiarizado con aquellos pensamientos.

—Para ti, para asegurar tu dicha, nada me parecerá difícil ni penoso. Desapareceré, y entonces consentirán; está seguro de ello.

Hizo un ligero movimiento como para retirarse. Su hijo tuvo miedo de que adoptara alguna resolución desesperada.

—Mi padre tiene necesidad de usted. Mientras él viva estará usted á su lado.

—Y mientras viva, repuso ella, ¿no tendrás perdón para mí?

—¡No!, contestó él con violencia. ¡No! ¡Nada de perdón! ¡Ha arruinado usted nuestro hogar! ¡Ha amontonado usted ruina sobre ruina y ha destruído la familia donde usted misma era adorada!.. ¡Ha matado usted mi dicha y la de la mujer á quien amo! ¡Ah! ¡Cuánto la amaba á usted antes! Acordándome de ello el otro día, sentía estremecerse todo mi ser. Mi padre la ha perdonado; yo no puedo.

La baronesa había escuchado de pie aquella terrible sentencia.

—Nada tengo que decir, contestó; he destruído tu dicha y la de tu padre, convengo en ello; pero, para ser justo, al maldecirme debes acordarte también de los que te niegan la mano de tu novia; ellos son crueles oponiéndose á tu matrimonio, pues carecen de generosidad; yo, por lo menos, me arrepiento.



. . á fin de que no le oyera su padre, que estaba leyendo tranquilamente un diario

Aquel argumento conmovió á Pablo, pues ya en su fuero interno había condenado al Sr. de Cerences por su implacable obstinación.

—No crea usted que les excuso, dijo.

Y después de un corto silencio, añadió:

—No he dicho á mi padre la causa de la negativa, y aseguro á usted que por mí no lo sabrá jamás.

—Veo que quieres ahorrarme un nuevo pesar. ¡Gracias!, exclamó la baronesa, uniendo las manos.

—No, contestó su hijo duramente; no es por usted, es por mi padre, que tan digno es de lástima y de compasión.

—¡Bien!, dijo su madre con voz apagada dirigiéndose hacia la puerta. Por mí, nada sabrá tampoco.

Cuando estuvo en el umbral se detuvo y se volvió.

—¡Hijo mío!, dijo en voz baja con un acento de inexplicable súplica en su voz extinta.

Pablo hizo como si no la hubiera oído, y ella apoyó la mano sobre el pomo de cobre, empujó lentamente la puerta, la cerró con cuidado sin hacer ruido y desapareció.

Su hijo sintió entonces vergüenza de la dureza empleada; pero el sufrimiento intolerable que padecía paralizaba los movimientos más generosos de su alma. A pesar de todo, hubiese, sin embargo, querido decir adiós á su madre de un modo menos cruel; pero su padre se acercó á él y no le abandonó sino en el momento de subir al coche. Pablo partió sin haberla vuelto á ver.

En cuanto el ruido de las ruedas hubo cesado, la baronesa bajó con un libro en la mano y leyó alto para su marido hasta que éste le indicó que descansara.

XX

Herminia no había aceptado sin protestar la decisión de su abuelo. Aun cuando respetuosa y tierna siempre, había tenido el valor de irle á encontrar en la biblioteca, y allí, á solas con él, le había hablado seriamente.

—Comprendo sus principios, abuelo, y hasta los admiro, porque ellos han hecho á usted tan honrado. Pero yo no tengo pretensiones de ser una heroína, no soy más que una joven, y si no consiente usted en dejarme casar con el Sr. de Grandpré, experimentaré un eterno pesar. Sin duda alguna puede usted negarme ese permiso; pero le aseguro que no me casaré con otro; se lo he prometido y cumpliré mi palabra.

El anciano no había imaginado jamás que se pudiera discutir su autoridad, y el discurso de su nieta le pareció tan insensato que no le dió importancia alguna.

Las súplicas de su mujer hicieron mayor efecto en él, pero no dieron el resultado que aquélla se proponía. Con las formas de la cortesía más exquisita, la reprochó duramente haber autorizado á Pablo para que expresara sus sentimientos.

Por más reflexiones que le hizo su señora, rehusó acceder á lo que quería Herminia. Lo más que pudo conseguir fué que la petición del Sr. Villebois, que la había hecho aquella semana, fuese desechada sin apelación y sin que Herminia tuviese conocimiento de ella.

La señora de Cerences había realizado un cometido penoso después de haberse preguntado mil veces si debía cumplir el deseo de Pablo. ¿Era preciso revelar á Herminia la falta de la señora de Grandpré, ó convenía más dejarla en su ignorancia? Después de largas vacilaciones, la buena señora se decidió por hablar. No es que confiara de esta manera apartar á su nieta de aquel á quien amaba. La conocía demasiado. Pero contándole lo que sabía de la señora de Grandpré, de aquella falta antigua y ya casi olvidada, hizo renacer en el corazón de la joven una profunda piedad hacia la mujer culpable tan duramente castigada.

—¿Y él?, preguntó á su abuela, ¿quiere mucho á su madre?

La señora de Cerences no sabía nada. Sin embargo, recordando la conducta del joven durante la conversación, creyó poder decir que trataba á su madre con mucha frialdad.

—No obra bien, dijo Herminia pensativa. Ha sufrido mucho, y creo, abuelita, que sus pesares son mucho más hondos de lo que generalmente se piensa. Imagine usted que si ha sabido que es la causa de la negativa de mi abuelo...

—¿Cómo lo sabes?, preguntó la anciana con sorpresa.

—¿Piensa usted, abuelita, que sea su hijo y pueda dejar de amarlo? Usted misma le quiere ya.

Una sonrisa de orgullo inocente pasó por sus labios, á pesar de su tristeza, y la señora de Cerences no pudo por menos de besarla.

—¡Pobre niña!, le dijo. Tu porvenir me parece muy triste.

Herminia vaciló un instante antes de contestar.

—Abuela, dijo al fin, Dios sabe que deseo que mi abuela viva lo más posible y que su existencia sea dichosa; pero suceda lo que suceda, no me casaré más que con Pablo de Grandpré. Si él tiene constancia, nos casaremos cuando ni uno ni otro seamos jóvenes.

—¿Y si se cansaba de esperar? ¿Si te olvidaba?, preguntó la prudente abuela. Porque no pierdas de vista, hija mía que se olvidan hasta los odios, y por consiguiente, con mayor razón los amores.

—Si me olvida, yo me acordaré, dijo Herminia lentamente. Después de lo que por él he sentido, no podría sin sacrilegio prestar á otro un juramento de fidelidad, porque este otro no me poseería por entero.

La jóven besó cariñosamente á su abuela y ya no volvió á hablar de este asunto. Hubiérase dicho que no pensaba en él; pero la señora de Cerences, que conocía la fuerza y la fidelidad de aquel joven corazón, sabía bien que este corazón se había entregado para siempre.

(Concluirá.)

EL FOTORAMA

PROYECCIONES PANORÁMICAS DE A. Y L. LUMIERE

La primera realización de la idea de las proyecciones panorámicas se verificó, al parecer, en la Exposición de Chicago, en 1894, por M. Chase; pero es probable que los resultados de aquella tentativa no fueran favorables, puesto que el aparato que á modo de ensayo se construyó entonces no ha sido posteriormente explotado. En la Exposición de París de 1900, M. Grimoin-Sanson intentó unir la proyección animada á la proyección panorámica; pero el problema, planteado en estas condiciones, es sumamente difícil y no fué resuelto de una manera satisfactoria.

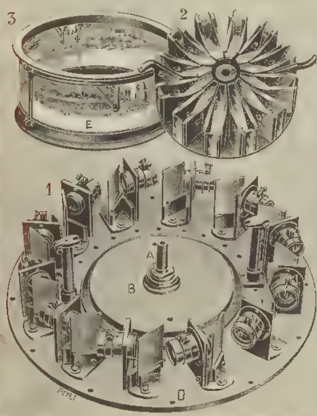


Fig. 1. – Detalles del fotorama. – 1. Disco de los objetivos y de sus espejos. – 2. Condensadores. – 3. Dispositivo pelicular

En la actualidad, los Sres. A. y L. Lumiere, cuyos notables trabajos en todo cuanto se relaciona con la fotografía son bien conocidos, han conseguido vencer por completo todas las dificultades que el asunto entraña, bien que limitándose á la proyección no animada, lo cual ya es por sí solo bastante complicado.

No se trata de un simple ensayo, sino de una explotación regular que desde hace algunas semanas funciona en París en un salón especialmente construído al efecto en el local del antiguo Polo Norte, en la calle de Clichy.

La primera condición que ha de llenarse es obtener una imagen circular continua sin empalme visible entre los diferentes elementos de la imagen, lo que han conseguido los señores Lumiere empleando como clisé de proyección una placa flexible que sólo da lugar á un empalme, que, por otra parte, no se ha tratado de disimular, porque ocupa un espacio insignificante con relación á la superficie considerable del panorama, y por ende no choca en manera alguna al espectador. Esta película va montada sobre dos círculos metálicos de manera que forme un cilindro de 10 centímetros de alto por 20 de diámetro, perfectamente rígido y muy manejable (fig. 1, número 3). Estando colocado en un cilindro de diámetro mucho mayor que forma bastidor, ese clisé bastará en principio para proyectar la imagen del pequeño cilindro-película sobre la superficie interna del gran cilindro bastidor, iluminar intensamente el primero en su interior y colocar un objetivo en el exterior.

Pero este objetivo sólo reproduciría en el bastidor la parte de la imagen situada delante del mismo, y para que proyectara todo el clisé sería preciso hacerlo girar con la rapidez suficiente para que la retina conservase la impresión del conjunto de la imagen.

La solución parece sencilla, pero dista mucho de serlo: en primer lugar, porque la imagen dada por un objetivo que se mueve no es fija, y en segundo porque para obtener la continuidad de las imágenes retinianas sería preciso imprimir al objetivo una velocidad considerable y la luz resultaría siempre insuficiente. Necesitábase, pues, primeramente encontrar el medio de inmovilizar la imagen, y los señores Lumiere, que no son solamente unos prácticos hábiles, sino que también unos sabios teóricos en física y química, han descubierto un nuevo principio óptico que permite obtener este resultado: este principio consiste en colocar detrás del objetivo un espejo que invierte la imagen. Las condiciones en que debe colocarse este espejo en razón del foco del objetivo y la colocación de éste con relación á la película se derivan de consideraciones basadas en las fórmulas relativas á las lentes, que sería demasiado largo exponer en este lugar.

Contentémonos, pues, con el hecho resultante, á saber: que en estas condiciones, el objetivo puede moverse alrededor de la película dando una imagen perfectamente fija.

En segundo lugar, era preciso evitar una velocidad excesiva del aparato, lo que se ha conseguido poniendo doce objetivos en vez de uno solo, gracias á lo cual la velocidad puede ser doce veces menor, y está en realidad reducida á tres ó cuatro vueltas por segundo, y la luz es doce veces más intensa.

Mas no se trataba únicamente de concebir los medios de evitar las dificultades, sino que era menester realizarlos. Veamos, por consiguiente, cómo ha sido construído el aparato destinado á la proyección.

Se compone (fig. 3) de un disco circular que lleva en el centro un eje vertical que forma cuerpo con él; sobre este disco se coloca la película E, que lleva la imagen que se ha de proyectar. Debajo, hay otro disco D movible alrededor del eje, y en el interior de la película un tercer disco, también movible alrededor del eje. Los dos discos movibles están movidos entre sí por medio de dos columnas reunidas por un travesaño que pasa por encima de la película, de modo que giran juntos cuando el movimiento de rotación se comunica á uno de ellos mediante un pequeño motor eléctrico: el disco que lleva la película no participa, por supuesto, de este movimiento.

En la periferia del disco grande D (fig. 1, n.° 1) se han fijado los doce objetivos y sus respectivos espejos M; en el disco interior y delante de los objetivos se han colocado doce condensadores C destinados á iluminar la película. Cada uno de estos condensadores se compone de una lente, de foco conveniente, cortada en forma de rectángulo y puesta verticalmente en el extremo de una caja prolongada cuyo fondo lleva un espejo inclinado á 45°; todas las cajas están reunidas de manera que formen el conjunto representado en nuestro grabado (fig. 1, n.° 2). En estas condiciones, un poderoso haz de rayos luminosos enviado verticalmente sobre los espejos, se encuentra dispersado alrededor de la película é ilumina por igual todas las partes de la misma.

He aquí ahora cuáles son las disposiciones generales de la instalación.

La sala circular (fig. 2) en cuyo centro está colocado el público, tiene 20 metros de diámetro, y la pared que forma el bastidor, ocho metros de alto.

El aparato que acabamos de describir está colocado en una columna central, y un pequeño motor eléctrico, al que está unido por una transmisión, le comunica el movimiento de rotación: una escalera de caracol permite subir fácilmente hasta el aparato para cambiar la película. En lo alto de la sala hay un puente en el cual está instalado un potente proyector Mangin con lente de 75 centímetros de diámetro y una lámpara de 90 amperios, que es el modelo de los proyectores empleados por la marina. Pero el haz horizontal de los rayos paralelos así producido, es más ancho que el cilindro formado por la película que se trata de iluminar, y á fin de utilizarlo entero se le transforma en un haz cónico por medio de una primera lente B (fig. 4); este haz cónico es recogido por una segunda lente C colocada en un punto conveniente para cortar el cono de los rayos al diámetro que se quiere, y el haz paralelo así obtenido, después de haber atravesado un cubo de agua D, es recibido por un espejo E inclinado á 45° y enviado de este modo verticalmente á un tubo que va á parar exactamente encima de los condensadores del aparato. El cubo de agua está interpuesto en el trayecto del haz á fin de absorber el calor y evitar el calentamiento de la película.

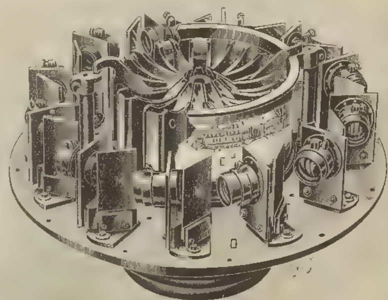


Fig. 3. – El fotorama, aparato para las proyecciones panorámicas

La intensidad eléctrica necesaria para el proyector no ha permitido al sector Edisson que surte á la calle de Clichy admitir un ramal directo en su red, por lo que ha sido preciso instalar un motor eléctrico (que de este modo recibe directamente la corriente del sector), el cual mueve una dinamo destinada á producir los 90 amperios necesarios para la lámpara.

A pesar de la potencia de esta iluminación, las imágenes no son tan luminosas como podía esperarse, debido á que cada punto del bastidor envía una parte de la luz que recibe á la parte situada enfrente de él, y esta luz parásita es la que quita intensidad á la imagen proyectada. De ello nos damos perfectamente cuenta ocultando la mitad del aparato con un bastidor semicilíndrico, pues entonces gana inmediatamente en intensidad la parte opuesta. Se ha tratado de remediar este inconveniente variando la forma del bastidor ó cambiando la clase de pintura que lo cubre ó por otros procedimientos, pero hasta el presente nada ha dado resultados satisfactorios.

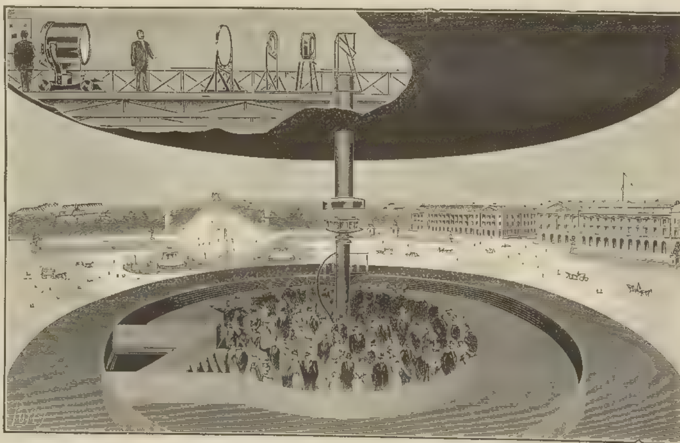


Fig. 2. – Sala de proyecciones panorámicas de los Sres. A. y L. Lumiere

El inconveniente, sin embargo, no es muy considerable y la imagen queda todavía bastante luminosa, y sólo hemos hablado de este detalle para de-

mostrar cuántas dificultades imprevistas han tenido que sortearse para realizar una idea en apariencia muy sencilla y que hace muchos años tiene preocupados á los inventores.

G. MARESCHAL.

***

UN ANIMAL CALENDARIO

Sabido es que los arrecifes de coral dejan entre ellos y la tierra una laguna en donde nadan numerosos animales y viven multitud de seres sedentarios. Allí se encuentran especialmente las voluminosas tridacnas, que los indígenas comen, y el trepang, que, ahumado, es un manjar delicioso que se exporta especialmente á China, en donde tanto gustan los alimentos que se salen de lo ordinario. Encuéntrase también allí otro animal comestible, menos conocido que los dos anteriores y muy interesante desde el punto de vista biológico: es un gusano que los habitantes de las costas denominan *palolo* y que los naturalistas han clasificado bajo el nombre de *Lysidice viridis*. Generalmente vive en el fondo del agua, y no se tendría noticia de su existencia si no hubiese adoptado la costumbre de salir á nadar á la superficie del agua dos veces al año, en octubre y en noviembre, precisamente el día del último cuarto de luna y en los días anterior y siguiente. Esta precisión es tal, que los indígenas se aprovechan de ella para regularizar su calendario, y consideran los meses de octubre y noviembre respectivamente el pequeño y el gran mes del palolo. En aquella época los palolos son de tal manera abundantes en la superficie del mar, que ésta presenta un aspecto como fangoso.

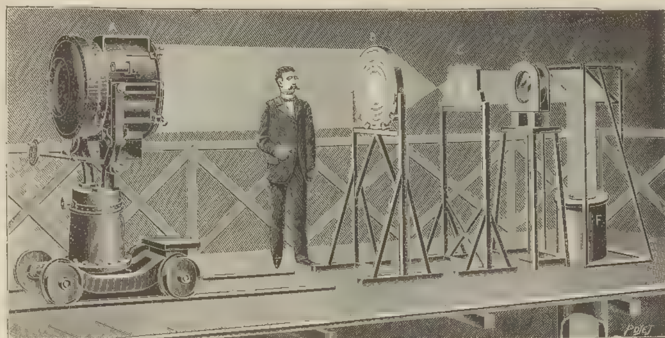
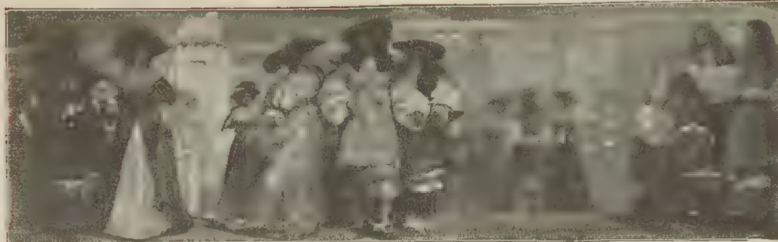


Fig. 4. – Detalle de la iluminación. – A. Proyector Mangin de 90 amperios. – B. Condensador. – C. Lente que produce el haz paralelo. – D. Cubo de agua. – E. Espejo. – F. Tubo correspondiente al aparato

El palolo se encuentra especialmente en las islas Samoa y en el grupo vecino (Fidji y Tonga); es un gusano de unos 50 centímetros de largo por tres ó cinco milímetros de grueso, siendo, por consiguiente, un verdadero hilo. Otro detalle curioso del palolo es que los elementos que flotan en la superficie no son sino una parte del animal: la cabeza permanece en el fondo del agua, sin duda para volver á engendrar el apéndice de que se ha desprendido, mientras el resto del cuerpo decapitado se asoma á nadar en la superficie. Esta parte del cuerpo suelta en el agua los huevos de que está repleta, y esta es sin duda la causa de su peregrinación: una vez libres de sus huevos, los gusanos vuelven al fondo del mar en el momento en que el sol empieza á elevarse en el horizonte; es, pues, preciso apresurarse á cogerlos, porque aun habiendo perdido la cabeza saben perfectamente lo que se hacen.

ENRIQUE COUPIN.



Friso del restaurant del Príncipe, en Londres, pintado por H. C. Brewer



Friso del hotel Majestic, en Londres, pintado por H. C. Brewer

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

Gente de tablas, por *M. Martínez Barrionuevo.* – Esta nueva producción del fecundo novelista pertenece al género de los libros que una vez empezados es imposible dejar de la mano: su acción interesante, perfectamente desarrollada, sus hermosas descripciones, sus personajes bien observados y su estilo castizo demuestran que el Sr. Martínez Barrionuevo no es de los autores que se duermen sobre sus laureles, sino de aquellos otros á quienes el favor del público estimula para producir más y cada vez mejor. Editada en Madrid (Pez, 30), véndese en las principales librerías á dos pesetas.

***

El olivo, la aceituna y el aceite, po *D. Guillermo J. de Guillén y García.* – Comprende: lo que conviene para cultivar bien el olivo y obtener abundante y buena aceituna, la manera de recolectarla y prepararla, elaboración perfeccionada del aceite, su conservación, mejoramiento de los aceites malos y medianos, algo sobre su reconocimiento y cómo debe exportarse el aceite. Un tomo de 208 páginas con grabados, editado en Barcelona por D. Francisco Puig. Precio, cuatro pesetas.

***

El almendro, por *Mariano Vallés y Vallés.* – Su vegetación, zona de cultivo, terreno, variedades, multiplicación, injerto, poda, abono, cosecha, enfermedades y enemigos. Estudio de los efectos de las heladas sobre el almendro y de los medios para evitarlos, con un presupuesto de explotación de este árbol. Un tomo de 160 páginas, editado en Barcelona por D. Francisco Puig. Precio, tres pesetas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 24 de marzo de 1902 — Núm. 1.056

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



SANTA TERESA ANTE EL CRISTO DE LA COLUMNA,

escultura de Gregorio Hernández, existente en la iglesia de Carmelitas Descalzas de Avila

EL ALBA DEL VIERNES SANTO

Cuando creyendo hacer bien hacemos mal – dijo Celio – el corazón sangra, y nos acordamos de la frase de una heroína de Tolstoi: «No son nuestros defectos, sino nuestras cualidades, las que nos pierden.» Cada Semana Santa experimento mayor inquietud en la conciencia, porque una vez quise atribuirme el papel de Dios. Si algún día sabéis que me he metido fraile, será que la memoria de aquella Semana Santa ha resucitado en forma aguda, de remordimiento. Así que me hayáis oído, diréis si soy ó no soy tan culpable como creo ser.

Es el caso que – por huir de días en que Madrid está insoportable, sin distracciones ni comodidades, sin coches ni teatros y hasta sin grandes solemnidades religiosas, – se me ocurrió ir á pasar la Semana Santa á un pueblo donde hubiese catedral, y donde lo inusitado y pintoresco de la impresión me refrescase el espíritu. Metí ropa en una maleta y el Miércoles Santo me dirigí á la estación; el pueblo elegido fué S..., una de las ciudades más arcaicas de España, en la cual se venera un devotísimo Cristo, famoso por sus milagros y su antigüedad y por la leyenda corriente de que está vestido de humana piel.

En el mismo departamento que yo viajaba una señora con quien establecí, si no amistad, esa comunicación casi íntima que suele crearse á las pocas horas de ir dos seres sociables juntos, encerrados en un espacio estrecho. La corriente de simpatía se hizo más viva al confesarme la señora que se dirigía también á S... para detenerse allí los días de Semana Santa.

No empiecen ustedes á suponer que amaga algún episodio amoroso, de esos que en viaje caminan tan rápidos como el tren mismo. No me echó sus redes el amor, sino algo tan dañoso como él: la piedad. Era mi compañera de departamento una señora como de unos cuarenta y pico de años, con señales de grande y extraordinaria belleza, destruída por hondísimas y lacerantes penas, más que por la edad. Sus perfectas facciones estaban marchitas y adelgazadas; sus ojos, negros y grandes, revelaban cierto extravío y los cercaban cárdenas ojeras; su boca mostraba la contracción de la amargura y del miedo. Vestía de luto. Para expresar con una frase la impresión que producía, diré que se asemejaba á las imágenes de la Virgen de los Dolores; y apenas me refirió su corta y terrible historia, la semejanza se precisó, y hasta creí ver sobre su pecho anhelante brillar los cuchillos, seis hincados en el corazón, el séptimo ya á punto de clavarse del todo.

– Yo soy de S..., declaró con voz gemidora. He tenido siete hijos, ¡siete!, á cual más guapo, á cual más bueno, á cual más propio para envanecer á una reina. Tres eran niñas, y cuatro, niños. Nos consagramos á ellos por completo mi marido y yo, y logramos criarlos sanos de cuerpo y alma. Llegado el momento de darles educación, nos trasladamos á Madrid, y ahí empiezan las pruebas inauditas á que Dios quiso someternos. Poco á poco, de enfermedades diversas, fueron muriéndose seis de mis hijos..., ¡seis!, ¡seis!, y al cabo, mi marido, que más feliz que yo sucumbió al dolor, porque su mal fué un padecimiento del hígado, de esos que la melancolía engendra y agrava. ¿Comprende usted mi situación moral? ¿Se da usted cuenta de lo que seré yo, después de asistir, velar, medicinar á *siete* seres tan amados; de presenciar *siete* agonías, de secar *siete* veces el sudor de la muerte en las heladas sienes, de recoger *siete* últimos suspiros que eran el aliento de mi vida propia, y de amortajar *siete* rígidos cuerpos que habían palpitado de cariño bajo mis besos y mis ternezas? Pues bien: lo acepté todo, ¡todo!, porque me lo enviaba Dios; no me rebelé, y sólo pedí que me dejasen al hijo que me quedaba, al más pequeño, una criatura como un ángel, que, estoy segura de ello, no ha perdido la inocencia bautismal. Así se lo manifesté á Dios en mis continuos rezos: ¡que no me quite á mi Jacinto y conservaré fuerzas para conformarme y aceptar todo lo demás, en descargo de mis culpas!.. Y ahora..

Al llegar aquí, la madre dolorosa se cubrió los ojos con el pañuelo y su cuerpo se estremeció convulsivamente al batir de los sollozos que ya no salían afuera.

– Y ahora, caballero. ., figúrese usted que también mi Jacinto se me muere.

Salté en el asiento; la lástima me exaltaba como exaltan las pasiones.

– Señora, ¡no es posible!, exclamé sin saber lo que decía.

– ¡Sí lo es!, repitió ella, fijándome los ojos, secos ya, por falta de lágrimas. Jacinto, creen los médicos, tiene un principio de tisis; me voy á quedar sola..., es decir, ¡no, quedarme no!, porque Dios *no tiene derecho* á exigir que viva, si me arrebata lo único que me dejó. ¡Ah! ¡Si Dios se me lleva á Jacinto..., he sufrido bastante, soy libre! ¡No faltaba otra cosa!, añadió sombríamente. ¡A la Virgen sólo se le murió uno!

– Dios no se lo llevará, afirmé por calmar á la infeliz.

– Así lo creo, contestó ella con serenidad que encontré asombrosa. Así lo creo, así lo espero, y á eso voy á mi pueblo, donde está el Santo Cristo, del que nunca debí apartarme. El Santo Cristo fué siempre mi abogado y protector, y á Él vengo – porque Él puede hacerlo – á pedir el milagro, la salud de mi hijo, que allá queda en una cama, sin fuerzas para levantarse. Cuando yo me eche á los pies del Cristo, ¡veremos si me lo niega!

Transfigurada por la esperanza, irradiando luz sus ojos, encendido su rostro, la señora había recobrado, momentáneamente, una belleza sublime.

– ¿Usted no ha oído del Santo Cristo de mi pueblo? Dicen que es antiquísimo, y que lo modelaron sobre el propio cuerpo sagrado del Señor, cubriéndolo con la piel de un santo mártir, á quien se la arrancaron los verdugos. Su pelo y su barba crecen; su frente suda; sus ojos lloran, y cuando quiere conceder la gracia que se le pide, su cabeza, moviéndose, se inclina en señal de asentimiento al otro lado...

No me atreví á preguntar á la desolada señora si lo que afirmaba tenía fundamento y prueba. Al contrario: la fuerza sugestiva de la fe es tal, que me puse á desear creer, y por consecuencia á creer ya casi, toda aquella leyenda dorada de los primitivos siglos. Ella prosiguió, entusiasta, exaltadísima:

– Y dicen que cuando se le implora al amanecer del día de Viernes Santo, no se niega nunca... Iré, pues, ese día, de rodillas, arrastrándome, hasta el camarín del Cristo.

Así terminó aquella conversación fatal. Prodigué á la viajera, lo mejor que supe, atenciones y cuidados, y al bajarnos en S... nos dirigimos á la misma fonda – tal vez la única del pueblo. – Dejando ya á la desdichada madre recluída en su habitación, fuí á visitar la catedral, que es de las más características del siglo XII: entre fortaleza é iglesia, y con su ábside rodeado de capillas obscuras, misteriosas, húmedas, donde el aire es una mezcla de incienso y frío sepulcral, parecido al ritmo, ya solemnemente tranquilo, de las generaciones muertas. Una de estas capillas era la del Cristo, y naturalmente despertó mi curiosidad. Dí generosa propina al sacristán, que era un jorobado bilioso y servil, y obtuve quedarme solo con la efigie, á horas en que los devotos no se aparecían por allí y podía, sin irreverencia ni escándalo, contemplarla y hasta tocarla, mirándola de cerca. Era una escultura mediocre, defectuosa, que no debía de haber sido modelada sobre ningún cuerpo humano. Poseía, no obstante, como otros muchos Cristos legendarios, cierta peculiar belleza, una sugestión romántica indudable. Sus melenas lacias caían sobre el demacrado pecho; sus pupilas de vidrio parecían llorar efectivamente. Lo envolvía una piel gruesa, amarillenta, flexible, de poros anchos, que sin ser humana podía parecerlo. Bajo los pies contraídos y enclavados, tres huevos de avestruz atestiguaban la devoción de algún navegante. Su enagüilla era de blanca seda, con fleco de oro. Registrando bien, armado de palmatoria, vi que el altar donde campea el Cristo destacándose sobre un fondo de rojo damasco, está desviado de la pared, y que, por detrás, queda un hueco en que puede caber una persona. Carcomida escalerilla sube hasta la altura de las piernas de la efigie; y encaramándome por ella, noté que el paño de damasco tenía una abertura, un descosido entre dos lienzos, y que por él asomaba la punta de un cordel recio del cual tiré maquinalmente. Al bajar de nuevo á la capilla y mirar al Cristo, observé con asombro, al pronto, con terror, que su cabeza, antes inclinada á la derecha, lo estaba á la izquierda ahora. Sin embargo, casi inmediatamente comprendí; subí la escalera de nuevo, tiré otra vez, bajé, y me cercioré de que la cabeza había girado al lado contrario. ¡Vamos, entendido! Había un mecanismo, el cordel lo ponía en actividad, y el efecto, para quien, ignorándolo, estuviese de rodillas al pie de la efigie, debía de ser completo y fulminante.

Creo que ya entonces germinó en mí la funesta idea que luego puse por obra. No lo puedo asegurar, porque no es fácil saber cómo se precisa y actúa sobre nosotros un propósito, latente en la voluntad. Acaso no me dí cuenta de mi inspiración (llamémosle así) hasta que mi compañera de viaje me advirtió, la noche del Jueves Santo, que pensaba salir á las tres, antes de amanecer, á la capilla del Cristo, y me encargó de sobornar al sacristán para que abriese la catedral á una hora tan insólita.

– Yo deseaba más aún, advirtió ella. Deseaba quedarme en la capilla toda la noche velando y rezando. Pero tengo miedo á desmayarme. ¡Estoy tan débil! ¡Se me confunden tanto las ideas!

Cumplí el encargo, y cuando todavía las estrellas brillaban, nos dirigimos hacia la catedral. Nos abrieron la puerta excusada del claustro, luego otra lateral que comunica con las dos primeras capillas absidales, y pretextando que me retiraba para dejar en libertad á la señora – cuyo brazo sentí temblar sobre el mío todo el camino – aproveché la obscuridad y un momento favorable para deslizarme detrás de la efigie, en lo alto de la escalera, donde aguardé palpitándome el corazón. – Dos minutos después entró la señora y se arrodilló, abismándose en rezos silenciosos. El alba no lucía aún.

Transcurrió media hora. Poco á poco una claridad blanquecina empezó á descubrir la forma de los objetos, y vi la hendedura, y vi el cordoncito, saliente, al alcance de mi mano. Al mismo tiempo escuché elevarse una voz, ¡qué voz!.. Ardiente, de intensidad sobrehumana, clamando, como si se dirigiese, no á á una imagen, sino á una persona real y efectiva:

– ¡No me le lleves! Prométclo... ¡Es lo único que me queda, es mi solo amor, Jesús! ¡Dios mío! ¡Promete! ¡No me le lleves!

Trastornado, sin reflexionar, tiré pausadamente del cordoncito... Hubo un gran silencio, pavoroso; después oí un grito ronco, terrible, y la caída de un cuerpo contra el suelo... Me precipité...

– ¿Se había desmayado?, preguntamos á Celio todos.

– Eso sería lo de menos... Volvió en sí..., ¡pero con la razón enteramente perdida! Nos burlamos de las locuras repentinas en novelas y comedias... ¡y existen! Cierto que *aquélla* venía preparada de tiempo atrás, y sólo esperaba, para mostrarse, un choque, un chispazo.

– ¿Y el hijo? ¿Se murió al fin?

– El hijo salvó, para mayor confusión y vergüenza mía, murmuró Celio.

Emilia Pardo Bazán.

PENSAMIENTOS

Amar es encontrar en la felicidad de otro la propia felicidad.

Leibnitz.

«Es preciso hacer lo que los demás,» máxima sospechosa que significa casi siempre: «Es preciso obrar mal.»

— La imposibilidad en que me encuentro de demostrar que no hay Dios, me descubre su existencia.

La Bruyère.

La muerte nos despoja de nuestros bienes, pero nos viste con nuestras obras.

J. Petit-Senn.

Una de las reglas que deben tenerse más presentes es hacer de buen grado aquello que por obligación ha de hacerse.

Nicole.

La paciencia es más difícil que el valor; la resignación, más meritoria que el sacrificio.

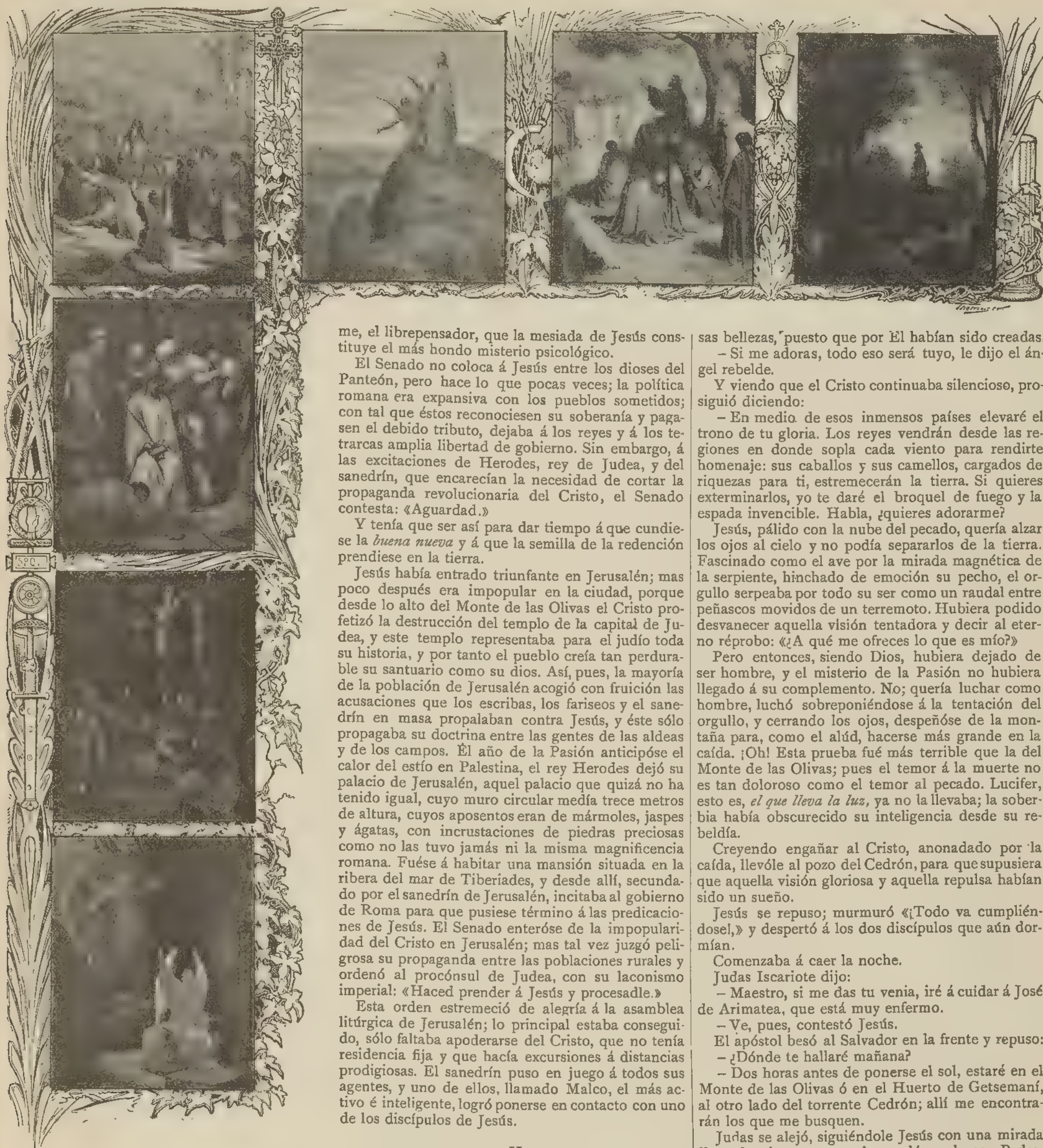
Mme. Blanchecotte.

Resistamos sin temor la opinión de las gentes, pero á condición de que nuestro respeto para nosotros mismos aumente en proporción á nuestra indiferencia para ella.

Mme. de Swetchine.

Hay una pedantería peor que la de la ciencia, y es la pedantería de la ignorancia.

Mme. Luisa Audebert.



LOS TREINTA DINEROS DE JUDAS

LEYENDA

I

Jesús entra triunfante en Jerusalén. Poco tiempo después, el Senado romano pregunta al procónsul de Judea:

–¿Quién es ese hombre que se titula rey de los judíos?

Y el procónsul contesta:

–Es un hombre de maravillosa virtud y hermosura, llamado Jesús Nazareno. Es grave, de vida ejemplar y de aspecto majestuoso. Predica una doctrina purísima que embelesa á las gentes. Cura á los enfermos y resucita á los muertos; y en resolución, hace tales cosas, que parece superior á los hijos de los hombres.

Y el Senado, admirado, está á punto de darle cabida entre los dioses del Panteón. Pero entonces no se colmarían las Escrituras; por esto dice Prudohome, el librepensador, que la mesiada de Jesús constituye el más hondo misterio psicológico.

El Senado no coloca á Jesús entre los dioses del Panteón, pero hace lo que pocas veces; la política romana era expansiva con los pueblos sometidos; con tal que éstos reconociesen su soberanía y pagasen el debido tributo, dejaba á los reyes y á los tetrarcas amplia libertad de gobierno. Sin embargo, á las excitaciones de Herodes, rey de Judea, y del sanedrín, que encarecían la necesidad de cortar la propaganda revolucionaria del Cristo, el Senado contesta: «Aguardad.»

Y tenía que ser así para dar tiempo á que cundiese la *buena nueva* y á que la semilla de la redención prendiese en la tierra.

Jesús había entrado triunfante en Jerusalén; mas poco después era impopular en la ciudad, porque desde lo alto del Monte de las Olivas el Cristo profetizó la destrucción del templo de la capital de Judea, y este templo representaba para el judío toda su historia, y por tanto el pueblo creía tan perdurable su santuario como su dios. Así, pues, la mayoría de la población de Jerusalén acogió con fruición las acusaciones que los escribas, los fariseos y el sanedrín en masa propalaban contra Jesús, y éste sólo propagaba su doctrina entre las gentes de las aldeas y de los campos. El año de la Pasión anticipóse el calor del estío en Palestina, el rey Herodes dejó su palacio de Jerusalén, aquel palacio que quizá no ha tenido igual, cuyo muro circular medía trece metros de altura, cuyos aposentos eran de mármoles, jaspes y ágatas, con incrustaciones de piedras preciosas como no las tuvo jamás ni la misma magnificencia romana. Fuése á habitar una mansión situada en la ribera del mar de Tiberiades, y desde allí, secundado por el sanedrín de Jerusalén, incitaba al gobierno de Roma para que pusiese término á las predicaciones de Jesús. El Senado enteróse de la impopularidad del Cristo en Jerusalén; mas tal vez juzgó peligrosa su propaganda entre las poblaciones rurales y ordenó al procónsul de Judea, con su laconismo imperial: «Haced prender á Jesús y procesadle.»

Esta orden estremeció de alegría á la asamblea litúrgica de Jerusalén; lo principal estaba conseguido, sólo faltaba apoderarse del Cristo, que no tenía residencia fija y que hacía excursiones á distancias prodigiosas. El sanedrín puso en juego á todos sus agentes, y uno de ellos, llamado Malco, el más activo é inteligente, logró ponerse en contacto con uno de los discípulos de Jesús.

II

Declinaba el día; el Cristo, sentado en el brocal del pozo del Cedrón, recibía de lleno los rayos del sol, que no deslumbraban sus ojos acostumbrados á los resplandores celestes. Sus discípulos Pedro y Judas Iscariote dormían á la sombra de un bosquecillo de palmeras, el primero con el sueño del bienaventurado y el segundo agitándose en convulsiones de pesadilla.

Súbito Jesús sintióse levantado en el aire; Luzbel le conducía á través del espacio, y se posó con Él en la cima del más alto monte de Armenia, desde donde se descubría el universo, que el ángel malo mostróle todo entero. El Mesías vió los mares y los continentes: aquéllos brillantes y tendidos, y éstos pululando en objetos asombrosos. Vió á los monarcas de la tierra, cubiertos unos con la purpura de Tiro y otros con las nevadas pieles de Moscovia, recibiendo las adoraciones de millares de pueblos ó elevados sobre el pavés al son de bélicas trompas. El deslumbrante panorama de los mundos con su variedad infinita cruzó ante los ojos del Cristo, que pudo sondar mejor que nadie sus ocultas y prodigiosas bellezas, puesto que por Él habían sido creadas.

–Si me adoras, todo eso será tuyo, le dijo el ángel rebelde.

Y viendo que el Cristo continuaba silencioso, prosiguió diciendo:

–En medio de esos inmensos países elevaré el trono de tu gloria. Los reyes vendrán desde las regiones en donde sopla cada viento para rendirte homenaje: sus caballos y sus camellos, cargados de riquezas para ti, estremecerán la tierra. Si quieres exterminarlos, yo te daré el broquel de fuego y la espada invencible. Habla, ¿quieres adorarme?

Jesús, pálido con la nube del pecado, quería alzar los ojos al cielo y no podía separarlos de la tierra. Fascinado como el ave por la mirada magnética de la serpiente, hinchado de emoción su pecho, el orgullo serpeaba por todo su ser como un raudal entre peñascos movidos de un terremoto. Hubiera podido desvanecer aquella visión tentadora y decir al eterno réprobo: «¿A qué me ofreces lo que es mío?»

Pero entonces, siendo Dios, hubiera dejado de ser hombre, y el misterio de la Pasión no hubiera llegado á su complemento. No; quería luchar como hombre, luchó sobreponiéndose á la tentación del orgullo, y cerrando los ojos, despeñóse de la montaña para, como el alúd, hacerse más grande en la caída. ¡Oh! Esta prueba fué más terrible que la del Monte de las Olivas; pues el temor á la muerte no es tan doloroso como el temor al pecado. Lucifer, esto es, *el que lleva la luz*, ya no la llevaba; la soberbia había obscurecido su inteligencia desde su rebeldía.

Creyendo engañar al Cristo, anonadado por la caída, llevóle al pozo del Cedrón, para que supusiera que aquella visión gloriosa y aquella repulsa habían sido un sueño.

Jesús se repuso; murmuró «¡Todo va cumpliéndose!» y despertó á los dos discípulos que aún dormían.

Comenzaba á caer la noche.

Judas Iscariote dijo:

–Maestro, si me das tu venia, iré á cuidar á José de Arimatea, que está muy enfermo.

–Ve, pues, contestó Jesús.

El apóstol besó al Salvador en la frente y repuso:

–¿Dónde te hallaré mañana?

–Dos horas antes de ponerse el sol, estaré en el Monte de las Olivas ó en el Huerto de Getsemaní, al otro lado del torrente Cedrón; allí me encontrarán los que me busquen.

Judas se alejó, siguiéndole Jesús con una mirada llena de tristeza, y cuando quedóse solo con Pedro, dijo á éste:

–En verdad te digo, Pedro, que los hechos van cumpliéndose Retén bien mis palabras. Cuando yo os falte, guardaos, porque vosotros sois los vientos que han de esparcir las semillas. Si tú dejas de verme, ve inmediatamente á Roma; pues allí tienes que llevar á cabo la misión más grande y más fructífera para la humanidad.

–Maestro, interrumpió el humilde apóstol, si yo dejo de verte, sólo sabré llorar y morir.

–No, Pedro, tú vivirás por los siglos de los siglos.

III

Judas Iscariote no se encaminó á casa de José de Arimatea para cuidarle, según había dicho, sino á la sinagoga de Jerusalén, en donde preguntó por Malco Salió éste al atrio, y luego ambos á un espacio deshabitado comprendido entre las dos murallas circunvaladoras de la ciudad. Detuviéronse junto á la penumbra del muro, y Judas dijo:

–Traigo noticias de Jesús.

–Y yo, esto, por si son buenas, contestó el agen-

te de la sinagoga, enseñando al apóstol un paquete cilíndrico.

– Desde dos horas después de comenzar el descenso del sol hasta su ocaso, el maestro estará mañana en el Monte de las Olivas ó en el Huerto de Getsemaní.

– ¿Estará?

– Siempre está donde dice.

– Pues bien: aquí tienes lo prometido, dijo Malco entregando á Judas el paquete. No hemos pactado el adelanto, pero yo te le hago. Si el golpe resulta en vago por culpa tuya, yo sabré buscarte. Adiós.

Malco volvió á la sinagoga, el apóstol se dirigió á un cubículo que tenía en la ciudad cuando pernoctaba en ella. El paquete que había recibido contenía treinta dineros de plata, apilados y arrollados en un doble papiro verde. Judas, sin contarlos, se los guardó en el bolsillo izquierdo del manto. No, seguramente; la avaricia ni la necesidad no fueron el móvil de la traición del mal apóstol; hay que buscarla en la fatalidad, en la *designación*, que induce á algunos padres á dar la muerte á sus hijos, sin ningún provecho para aquéllos. Judas, antes y después de su delito, luchó contra su conciencia, como lo probó castigándose á sí propio. Andaba despacio y tambaleándose, como el que siente la congestión de la embriaguez.

El cansancio físico, puesto que hacía tres días que no dormía, si se exceptúa la breve siesta junto al pozo del Cedrón, embotaba en su espíritu la percepción del crimen que había consumado; así fué que ya en su dormitorio, quitóse el manto y dejóse caer desplomado en el lecho. ¿Qué noche pasó? Ninguna lengua humana podría expresarlo, sobre todo cuando transcurridas las primeras horas, despertó á ese crepúsculo del sueño que han sentido tantos enfermos y tantos excitados por grandes pasiones; las pesadillas que no pueden desecharse, la tensión de los nervios que hace saltar en la cama, los rumores del silencio poblado de siniestros gritos, los espejismos de la obscuridad que penetran á través de los párpados cerrados.

Llegó el día; la luz de la mañana penetró por la alta ventana del cubículo; los hierros de ésta, caprichosamente labrados, proyectaron en la pared frontera jirones de sombra, á los que la imaginación de Judas, que había abierto los ojos, dió formas espectrales y espantosas; eran como larvas y escolopendras colosales, que alargándose desde la pared, pero sin desprenderse de ella, llegaban hasta el lecho y le buscaban el sitio del corazón.

Quiso levantarse y no pudo, una pesantez invencible le retenía en la cama.

Y así pasó horas y horas, y así vió enrojecerse la pared con la luz del mediodía, desvanecerse ésta en tintas difusas, hasta que por fin extinguióse por completo. El mal apóstol descansó relativamente, porque las visiones habían desaparecido. Volvió á la realidad de la vida y se preguntó: «¿Que habrá pasado hoy en Jerusalén?»

Súbito un vivo resplandor penetró por la ventana, era como la luz de un incendio. Judas oyó voces lejanas que parecían salir del fondo de un abismo. Sintióse más ágil, se incorporó, luego saltó del lecho, vistióse, abrió la puerta del cubículo y salió al exterior. Como el cubículo estaba situado en un arrabal, entre las dos murallas que rodeaban la ciudad, Judas sólo vió un vivo resplandor que provenía de lo alto; más al penetrar en ella por el segundo recinto, quedóse asombrado. Todos los edificios oficiales y litúrgicos estaban iluminados; fué aquello un prodigio de la actividad del odio, pues sólo habían transcurrido algunas horas desde el apresamiento de Jesús. El templo, el pretorio, la sinagoga, el sanedrín, el muro del palacio de Herodes, pues el interior estaba deshabitado, la casa del Pontífice Pilato, todo resplandecía de luz. El mal apóstol llegó á la plaza de Xistos, la mayor de Jerusalén, que estaba llena de gente. Desde allí veíase la Torre Antonia, torreón colosal rodeado de otros sesenta menores, que servía de ciudadela á la población. El torreón estaba también iluminado, y en un transparente leíase la siguiente inscripción:

Jesús de Nazaret, descendiente de David,
y Rey de los Judíos, ha fijado su trono en la ergástula
de los legionarios.

Constituían éstos la guarnición romana de Jerusalén. El jefe no había querido iluminar el cuartel, no por compasión hacia el Cristo, sino por desprecio hacia un acontecimiento que él suponía sin importancia; pero accedió á que sirviese de prisión á aquél, encerrándole en la ergástula, en donde habitaban los esclavos que servían y limpiaban las armas de los orgullosos soldados romanos. Judas leyó el transparente, y oyó á las turbas de la oclocracia, de aquella oclocracia que algunos días después debía pedir la condenación de Jesús y la liberación de Barrabás, mofarse de la sarcástica inscripción.

El traidor discípulo sintió golpes en las sienes y una punzada en el corazón. Todo aquello era obra suya; él había robado el pan del cielo á multitud de hambrientos, el había hecho que se desbordase aquel torrente de odio contra el Cordero que venía á redimir los pecados del mundo. Faltábale aire que respirar, aquellas luces herían sus ojos, como los rayos del sol á los de las aves nocturnas. Dejó la plaza, siguió las calles menos estrechas y salió de la ciudad por la puerta de los Rebaños.

IV

¿Adónde iba? Ni lo sabía él mismo. Caminaba á campo traviesa, sin volver la vista hacia Jerusalén, sin mirar al cielo para no ver el resplandor de la ciudad maldita, y sin mirar á la tierra, quizá anhelando que le sepultara algún precipicio. Oía gritos de cornejas, que abundan en aquel campo, y en torno de su cabeza revoloteaban murciélagos de Palestina, grandes como palomas.

Andaba, andaba, y la casualidad ó la atracción le condujeron á un sitio á propósito para su estado de ánimo. Llamaban á este sitio la *Cañada de los Peñascales*, y estaba situado á dos estadios de la ciudad. Era, en efecto, una cañada encerrada entre dos montes de pedernal. Formaba declive, y más abajo había un valle profundo. Estaba llena de enormes pedruscos no arraigados al suelo, y ni la ignorancia antigua ni la ciencia moderna de los aerolitos podrían explicarse aquella aglomeración de piedras en un mismo lugar. Era éste siniestro; la creencia popular suponía que de vez en cuando, titanes invisibles hacían caer aquellos enormes monolitos. Había allí muchas plantas, pero sólo dos arbustos: un tamarindo y un cedro, que crecían á corta distancia uno de otro; ¡cosa rara!, pues juntos, ambos se perjudican en su desarrollo. Abundaban los reptiles, especialmente los anfisbenas, no pequeños como los de Europa, sino negros y midiendo diez ó doce codos de largo; no venenosos, pero ágiles y moviéndose casi incesantemente.

Judas entró en la cañada cansado y dolorido, porque en el lado del corazón sentía punzadas como si le atravesaran saetas de fuego. Sentóse en un peñón próximo al cedro, llevóse la mano al pecho, y tropezó con el paquete de monedas, precio de su traición. Le tomó en la mano sin darse apenas cuenta de lo que hacía; y sintiendo alivio á su dolor, iba á arrojarle al suelo, pero un movimiento inexplicable de previsión hizo que buscase un hueco en la peña en que estaba sentado, que tenía muchas grietas, y le metió en una de ellas.

Todo el que sufre busca la obscuridad; el mal apóstol creyó encontrarla en aquel sitio, pero se engañó en parte; la luz de la luna, en su mayor creciente, reverberaba en el pedernal de los montes, produciendo una penumbra clara como un crepúsculo que empieza. Judas, no sintiendo el dolor del corazón, ni el intenso fulgor de las luminarias de la ciudad, pudo pensar ó delirar más bien, puesto que antes sólo había podido sufrir. Sentado, como estaba, cerca del cedro, vió salir de entre el ramaje de éste un bulto negro, que se fué alargando, y que después de mecerse en el aire, llegó en una sacudida hasta el tamarindo, y prendióse á él, como la cuerda floja de un arco. El mal apóstol conocía los anfisbenas, y vió los movimientos de aquél, sin recelo de pesadilla, más bien con pueril curiosidad. Los grandes dolores suelen tener á veces estos desahogos incomprensibles: cuéntase de Darío que, vencido en Arbeles y fugitivo, detúvose en su huída para observar la inocente estratagema de un escarabajo que tendióse boca arriba, según costumbre, para hacerse el muerto, pero sin soltar la bola producto de su trabajo.

El anfisbena suspendido entre los dos arbustos, balanceóse primero, y después, encogiéndose por su comedio, formó un triángulo, que ensanchándose presentó la figura de una circunferencia grande. Tenía la cabeza enlazada al tamarindo y sus ojuelos pajizos fijáronse con insistencia en el traidor discípulo. Éste le miraba también, sufriendo una especie de fascinación. Quiso apartar la mirada, y sólo pudo hacerlo para fijarse en la circunferencia formada por el cuerpo del reptil, que se movía, sin perder la postura vertical. Judas se puso en pie, y atraído por el círculo magnético, metió en él la cabeza con un movimiento rápido. Entonces se estrechó aquél, rozándole sin oprimirle; al contacto estremecióse el desgraciado, y sintiendo quizá el anhelo de la vida, quiso sacar la cabeza de aquel dogal viviente; hizo esfuerzos para agrandarle con las manos; pero se le escurría entre ellas el viscoso cuerpo de la culebra.

El círculo iba estrechándose. Judas miró al cielo tachonado de estrellas, que le parecieron ojos ciclópeos que se fijaban en él...

Luego hubo un ruido semejante al que produce la trituración de vísceras y tendones.

Así, pues, el mal apóstol Judas Iscariote murió estrangulado, pero no ahorcado, en la completa acepción de la palabra, porque sus pies siempre posáronse en la tierra.

V

Al día siguiente comenzó la Pasión: el drama sublime de los siglos, que ninguna mente humana podría concebir. El drama que resume todas las emociones de la humanidad, excepto la de la sensualidad, que es la piedra de toque de todas ellas y que no puede caber en el martirio de un inmaculado. Los dolores de la maternidad, las angustias del amor filial por el abandono de la madre, la piedad de las santas mujeres, los remordimientos del mal discípulo, las cobardes aunque momentáneas negaciones del más bueno, la soberbia del mal ladrón, la fe sencilla del bueno, el sarcasmo y la codicia de los soldados que sortean la túnica inconsútil, el terror producido por el terremoto, la esperanza en la resurrección gloriosa del Redentor, el odio de la raza de Judá, que todavía dura: ¿qué emoción, qué fibra vibrando en el alma humana falta á esta epopeya divina? Insondable como el mar, se presta, sin embargo, á la consideración de los *elegidos*, que llevan en sí la luz que ilumina las conciencias. La igualdad de la conciencia humana besando toda entera los pies del Salvador, sería la negación del libre albedrío y de los merecimientos de la fe. Por eso existen impíos que le desconocen, apoyándose en la ciencia del mundo, que no es la ciencia de Dios; por eso hay pensadores como Víctor Hugo que sólo admite un Dios resplandeciente y niega á un Dios llagado y dolorido, porque la mente de los no elegidos no comprende la grandeza del sacrificio; por eso hay ateos que intentan suprimirle para librarse de la temerosa carga de la conciencia; pero todos, al negarle, le sienten en los obscuros abismos de ésta.

¿Qué era el mundo antes de la mesiada? Un semillero de tiranías y embrutecimientos, en el que Platón y Sócrates, los justos de aquel tiempo, proclamaban la esclavitud como base de la sociedad. La estrella de la igualdad sufría entonces un eclipse completo, hasta que resplandeció en Belén, atrayendo á los poderosos á la adoración del humilde niño que nacía en un pesebre. Desde entonces empezó ese trabajo de zapa, esa labor de centurias, que principia en la conciencia y termina en la caridad. La caridad, hija del crucificado, será la que resuelva los pavorosos problemas que hoy preocupan á la sociedad.

Jesús había dicho á sus discípulos: *Si yo os falto, guardaos, porque vosotros seréis la luz del mundo*, y durante la Pasión, los discípulos se guardaron, bien por obediencia ó bien por debilidad humana. Sólo Pedro, el más cariñoso de todos ellos, arrostró el peligro de ser conocido y denunciado como cómplice del delincuente, si bien negando tres veces á su divino maestro. A la ansiedad que le producían las fases del proceso del Cristo, agregárase la incertidumbre de su propio destino.

«Tú fundarás un imperio poderoso,» habíale dicho Jesús. ¿Con qué medios? «Tú vivirás por los siglos de los siglos.» ¿Cómo, cuando sentía que las fuerzas le abandonaban y sus piernas comenzaban á flaquear? Además, aquel imperio no debía fundarse en Palestina, sino en Roma, en la ciudad de los Césares, dominadora del mundo.

Llegó el día terrible, el día del Gólgota. Pedro, confundido entre la multitud, vió avanzar á Jesús por la calle de la Amargura, tropezando, cayendo, ciego con la sangre que empapaba su corona de espinas, y no quiso ó no pudo ver más. Abriéndose paso entre la muchedumbre, huyó en dirección opuesta al Calvario, y por coincidencia, quizá providencial, salió de Jerusalén por la misma puerta por donde había salido Judas, y sus pasos inconscientes encamináronle al mismo sitio en que ahogaron al traidor apóstol sus remordimientos. Entró en la cañada de los Peñascales, y dejóse caer en el suelo, desplomado de dolor. Allí, con la faz vuelta hacia la tierra, calculó el trayecto que debía recorrer el Cristo condenado, interrumpiendo sus cavilaciones para orar y para llorar. Sólo la madre del Redentor sufrió angustia mayor, tanto que el sencillo apóstol se decía: «Sí, si ahora no muero, es que soy inmortal.» Desde aquel sitio no se oía ningún rumor; sin la promesa del Cristo, Pedro hubiera supuesto que



aquel lugar era su tumba inmensa, y que los dos montes de pedernal iban á juntarse formando una cripta para sepultarle.

De pronto comenzó á llover copiosamente; el apóstol vió una hendedura abierta en el muro de una de las montañas de pedernal, y encogiéndose, se refugió en ella. Cesó la lluvia, el cielo quedó despejado y salió aquél de su escondrijo; mas apenas puso el pie en la tierra, fué derribado por una violenta sacudida. El suelo oscilaba como la cubierta de un buque combatido por la borrasca, y Pedro, levantándose maltrecho, sólo tuvo tiempo para volver á meterse en la hendedura.

Desde allí presenció el terremoto más grande que han visto las edades, puesto que transformó en gran parte la topografía de Palestina, invadiendo el mar Muerto y el de Tiberiades, en los que hizo surgir promontorios.

En el cielo no había ni una nube, pero durante dos horas la obscuridad fué completa. Envuelto en ella el apóstol sentía ruidos de baladros, silbos y piedras que se chocaban. Aquella convulsión de la naturaleza causábale un doble sobresalto, pues hacíale presentir que el sacrificio del Gólgota habíase consumado.

Volvió á haber luz, el sol brillaba en la cresta de uno de los montes, pues aún quedaban tres horas de día. El suelo estaba firme, aunque agrietado, y Pedro salió de su agujero. La cañada tenía otro aspecto; donde antes pedernales había ahora hoyos, y muchos de aquéllos, amontonados, formaban bloques gigantescos. Veíanse algunos anfisbenas y reptiles muertos, pero la mayor parte de los muchos que pululaban en aquel lugar coronaban la cima de los dos montes, en donde instintivamente se refugiaron. Del cedro y del tamarindo apenas quedaban vestigios; de este último, nada; del primero, solamente una parte del tronco tronchado.

Pedro, lleno de sorpresa, contempló aquel sitio de desolación, alzó los ojos al cielo y luego oró de rodillas llorando.

– ¡Señor, exclamó al terminar su plegaria, esta conmoción de la naturaleza me prueba que al abandonarla tú, todo ha acabado en ella!

– No, Pedro, todo empieza ahora, dijo una voz detrás de él.

El apóstol se incorporó, volvió la cabeza y quedóse admirado, viendo una mujer que le miraba con fijeza. Estaba en el albor de la juventud. Su rostro asemejábase al de la Virgen María antes de ser madre, mas no llevaba como ésta un manto azul recordando el cielo, sino una túnica verde como el color que domina en la tierra. Sus ojos eran menos dulces, pero más enérgicos que los de la Inmaculada. No se encorvaba como la madre del Salvador, ni como María de Magdala, ni como María Cleofé bajo el peso de los dolores de la Pasión, y manteníase erguida como la palmera joven.

– Pedro, dijo aquella mujer, vengo á recordarte tus deberes. Hoy han sacrificado al Cordero...

El apóstol prorrumpió en un sollozo.

– Hoy ha sido la muerte, pasado mañana será la resurrección. ¿Cuándo partes para Roma?

– Mujer, quienquiera que seas, ¿por qué ahondas la herida de mi corazón?, contestó Pedro. Al rayo de dolor por la pérdida del maestro, se aduna la incertidumbre de la desobediencia. ¿Por qué el Salvador no funda el imperio de que debo ser base en Palestina, donde nació y predicó y derramó su sangre por la humanidad?

– Al hombre no le es dado investigar los designios divinos; sin embargo, yo voy á revelártelos en parte. Roma es el foco de luz en donde se fijan las miradas del mundo, y desde allí llegará más pronto la luz al universo. El Cristo quiere triunfar de los poderosos; para que su triunfo tenga más persuasión, el Cristo desea fundar nuevas maravillas sobre las que están á punto de derrumbarse, el Cristo quiere al volver á la tierra poner el pie en el pedestal más glorioso que han visto las edades. ¡Oh, Pedro, qué hermosa misión la tuya! *El* te lo ha dicho; tú, encarnado en tus sucesores, vivirás por los siglos de los siglos, reinarás en su nombre, los monarcas y los potentados vendrán á besarte el pie, las gentes acudirán á recibir tu bendición, con el ansia de los ganados sedientos que se abrevan en el manantial, y los pueblos y naciones te rendirán, no los tributos del miedo, sino los del amor...

– ¡Oh!, interrumpió el apóstol, ¿y por qué el Señor me ha elegido á mí para esa misión superior á mis fuerzas y á mis merecimientos? Yo no llevo en mis venas, como Andrés, sangre de Judas Macabeo; yo no poseo, como Pablo, el verbo de la elocuencia; yo no tengo en el brazo, como Santiago, el vigor de los mílites romanos. ¿Por qué me ha elegido á mí?



El drama del Calvario, cuadro de Domingo Morelli

– Porque tú posees la virtud más ensalzada en el cielo: la humildad.

– Pues bien, mujer: yo, pobre pescador, que nunca he sabido más que tender la red y manejar la vela, intentaré ir á Roma; pero los años me pesan, las fuerzas empiezan á faltarme, y temo sucumbir en el camino. Desde que murió el Cordero ya no hay milagros...

– ¡Siempre, Pedro! ¿Ves aquel objeto que resplandece en el suelo con el brillo de la esmeralda? Pues constituye un milagro del Señor en favor tuyo.

El apóstol, admirado, alzó de la tierra el bulto luminoso; era el paquete de los treinta dineros que Judas escondió en el intersticio de un peñasco deshecho probablemente por la conmoción del terremoto recientemente acaecido.

Pedro desenvolvió el papiro verde y comenzaron á caer al suelo monedas de oro.

– Todo eso es tuyo, Pedro, dijo la mujer; eran treinta dineros de plata, precio de un delito horrendo, que hanse transformado en sextercios romanos de oro el Señor te los endona, el Señor que hace surgir del mal el bien. Ya no tendrás que caminar pobre y desvalido, sino en caravanas espléndidas y en bajeles que te llevarán á las tierras de Occidente.

– Pero tú, ¿quién eres, ¡oh mujer!, que así conoces los designios del Todopoderoso?, exclamó el apóstol en el colmo del asombro.

– En Roma lo sabrás. *Vale.*

Y aquella mujer se alejó, deslizándose gallardamente entre las zarzas, piedras y reptiles muertos.

VI

Pedro fué á Roma, y allí, en los valles, en las ruinas, en los columbarios y en las catacumbas propaló la Buena Nueva.

Dios le dió el don de la elocuencia que no deslumbra, pero que persuade; y con el tesón de la fe labró la *sede* portentosa que es el punto de intersección entre el cielo y la tierra.

Llegó la hora de su martirio; y cuando Pedro caminaba al lugar del suplicio, triunfador y sereno, mas con incierto paso por causa de la debilidad de su vista, oyó una voz que le dijo:

– Pedro, ¿vas al martirio?

– Voy donde el Señor me lleva.

– Sea. Tú me has unido á mí, la esposa del Cantar de los Cantares, con mi *Real Esposo*, ó la *Iglesia* con *el Cristo*. Tu misión está terminada; ve, pues, á la muerte inmortal.

Hace de esto veinte siglos, y la barca de Pedro el pescador, transformada en nave poderosa, boga por los mares de la vida, entre las sirtes y tempestades del espíritu humano.

F. Moreno Godino.



SALOMÉ LA GALLARDA

I

En aquel tiempo, Jesús se retiró á la Galilea y fué á morar á Cafarnaum, ciudad marítima de la otra parte del Jordán.

Allí predicaba á los gentiles, obrando cada día milagros nuevos. Y las gentes de Jerusalén y de Decápolis venían á él, como atraídas por la piedra imán. – Pastores de la montaña, labradores del llano, mujeres que vendían los tejidos de sus telares, soldados que desertaban de sus legiones, pescadores de las orillas del mar Muerto, traficantes en miel y en aceite..., todo un pueblo de hombres creyentes y de mujeres sencillas acudía á escuchar la divina palabra.

Y el maestro, joven y tranquilo, lleno de caridad y de amor, se llevaba detrás á las muchedumbres, que besaban la orla de su túnica.

Había por aquellos lugares un palacio, entre cuyos umbrosos jardines se arrullaban las tórtolas, y en cuyos lagos, de agua como el cristal, se paseaban los cisnes gentilmente. – Era el palacio de Salomé, la gallarda, famoso por sus opulencias, grande como el templo de Sión y lleno de cuantos regalos cabe imaginar.

Salomé había sido, años antes, admiración de la Roma cortesana. La emperatriz Livia copió sus vestidos y sus peinados; la cómica Heboe imitaba su gesto airoso y sus andares de reina; y el propio Tiberio, encendido por un amor febril, la citó dos noches de luna á los misteriosos jardines del Palatino.

Al cabo, Salomé casó con un pretor licencioso, del cual enviudó á los pocos meses. Y harta y desabrida de aquel vivir, dejó á Roma y acogióse al retiro de su palacio de Cafarnaum. Allí hacía vida más espiritual y amable, atenta sólo al cultivo de su pasado y repasando en las horas de la siesta – bajo el entoldado peristilo de su patio con flores – las dulzuras de sus quince años. Entonces era la hija de un lapidario; no tenía un palacio, como ahora; pero tenía un amor... El amor de Noal, su siervo, muerto en la flor de la vida por la barbarie de un centurión.

Tenía Salomé el mirar sin brillo, la color muerta, el cuerpo sin garbo, tardío el hablar, cerca las lágrimas, y lejos, muy lejos, la risa.

Desabrida de todo, corría el palacio de luz á luz, perfumando las estancias con el aire de sus hondos suspiros. – En el baño, mientras las esclavas hermoseaban la suavidad de sus carnes morenas con ayuda de esponjas y de afeites, la gallarda judía estaba en ensimismamiento; y al suspirar con fuerza, tintineaban sus preciosos collares.

Los paseos que por el lago daba, remando en su canoa de cedro, llenábanla el ánimo de melancolía. Y cuando las bailarinas de Iberia sonaban sus crótalos en repiqueteos alegres, Salomé se ponía triste.

Solamente al anochecer, gustando en la soledad de su terraza los desmayos del sol, que transponía por los cerros de Cananea, la gallarda Salomé se reanimaba un poco.

Mirando los caminos por donde en otro tiempo, y montado en su yegua, venía aquel Noal tan llorado, Salomé pasaba las horas.

Por aquellos días, el Nazareno obraba milagros y las mujeres iban diciéndolos de casa en casa. – En Emaus sanó á un curtidor lunático; dos ciegos que le aguardaban en el camino junto á una viña cobraron la vista á la sola palabra de Jesús. Y días antes, en tierra de Genasar, había resucitado á la hija de un cestero.

Sobre esto y sobre su amor meditaba Salomé, sola y enamorada, en aquella terraza fresca, donde los nardos blanqueaban entre lo obscuro y desde la cual respirábanse los aires que venían del Jordán.

– ¿Y si el Nazareno tiene ese poder?.. ¿Y si es verdad que los muertos resucitan? ¡Noal, Noal! Por volver á oirte diera yo cuanto tengo. Porque me mirases me vendería esclava en Jerusalén. Porque me hablaras, ¡oh Noal!, me sacaría los ojos...

Y levantándose repentinamente, dejó la terraza, á tiempo que la luna, por entre el claro de los cinamomos en flor, derramaba su luz sobre el gallardo cuerpo de la joven.

II

Era la fiesta de los Azimos, y el pueblo preparaba sus panes sin levadura para dar cumplimiento al rito judaico.

Los caminos de Jerusalén llenábanse de devotos, y toda Galilea se alborozaba grandemente. De los pueblecillos del Sur venían, por fatigosas jornadas, pastores y vaqueros á vender sus reses en la fiesta. Las mocitas de Samaria y de la Idumea traían chales y vestidos, hechos en sus telares pobres. Y de los pueblos de la costa, desde Sidón á Tanis, un rosario de mujeres y de chiquillos llevaba á la gran ciudad pescados de salazón exquisita en grandes banastas de junco.

Aquellas legiones de traficantes y de devotos tardaban hasta cinco días en llegar á Jerusalén. – Llevaban sus bestias cargadas de comestibles y de odres con vino, y sobre el hato iban los enfermos y las recién paridas. Acampaban de día entre los palmares y por la noche encendían fogatas en los llanos.

Al volver un recodo divisaban otro grupo de peregrinos, y de una y otra parte salían gritos de entusiasmo: *¡Hosanna! ¡Hosanna!*

Por entonces dijo el maestro á sus discípulos que se llegasen hasta Bethania, y luego que entraran en el lugar, trajesen una pollina que verían atada á una reja. Y cuando ya venían trayéndola del ronzal, una turba de la plebe nazarena rodeó al maestro entre aclamaciones y vítores: *¡Hijo de David, salve!*

Entonces Salomé la gallarda abrióse trecho por entre los grupos, y como la cortesana de Magdala, se arrodilló á los pies de Jesús.

Fatigosa y rendida, había hecho á pie el camino desde Cafarnaum buscando al divino profeta. Traía la túnica empapada en sudor, y la cabellera, tendida sobre las espaldas, casi le llegaba hasta los pies.

El maestro miró á la gallarda judía y con su voz de piedad le dijo:

– Mujer, ¿qué es lo que quieres? Levántate y llora por tus culpas.

Salomé, entre sollozos, contó al Señor el poema de sus amores y acabó pidiéndole un milagro.

– ¡Señor, Señor, resucítame á Noal!

Jesús le dijo:

– Ve, vende cuanto tienes y dalo á los pobres. Y tendrás un tesoro en el cielo.

***

Sola y pensativa, la enamorada Salomé caminaba á Cafarnaum á cumplir el mandato del Señor.

Iba anocheciendo y aún no había llegado á tierras de Samaria, por lo que su ánimo endeble y su cuerpo delicado y garboso comenzaban á decaer en tan penosa jornada. Durante el día comió frutas y un panal de miel que le dieron unas mujeres cananeas; mas la fatiga y el cansancio comenzaron á traerle debilidad, y en aquellas solitarias llanuras no se divisaban ni casas ni hombres.

La alegre cortesana, hecha al regalo de una hermosura triunfante, padeció hambre y sed durante el camino. – Recordó entonces el bienestar de su palacio, el fastidio de sus harturas diarias, el enorme aburrimiento que le causara aquella mesa de mármol corinto, donde los peces de Tiberiades coleaban en salsas frías y los pavos reales eran servidos con el plumaje intacto y vistoso.

Pero hubo de pensar que era Jesús quien le enviaba aquella tentación dolorosa, y que por el ansiado milagro de la resurrección de su Noal ella estaba en la obligación de penitenciar sus gustos y domar sus deseos. Y ya, ante la evocación del hombre adorado, huyeron las tentaciones de su hambre y de su sed.

Hizo alto en un molino ruinoso, sentándose en el brocal de una cisterna, al rayo de la luna. Y allí, como una diosa sin culto, como una reina sin corona y errante, la gallarda Salomé se puso á orar en el suelo.

De pronto oyó como si le dijeran:

– Ve, vende cuanto tienes y dalo á los pobres.

Volvió la cabeza y no vió á nadie; pero su corazón brincaba de alegría.

De nuevo emprendió su camino llena de esperanza y cantando las oraciones de Esther. Su voz se perdía entre los barrancos, y era su respiración fatigosa y caliente.

Al clarear el día, cuando las tórtolas volaban de cedro á cedro y los hombres de labor uncían sus bueyes, Salomé vió á sus esclavas lavando en el arroyo. Y un suspiro de felicidad hinchó sus pulmones cuando respiró el aire sano que venía de los jardines en flor...

III

Salomé, la opulenta, no tiene ya ni almohada donde reclinarse. Obediente al Señor, vendió su palacio, sus joyas y sus vestidos, dió el dinero á los pobres y no guardó en su bolsa ni un denario.

Nuevamente la enamorada judía siguió las pisadas del maestro. Y una tarde, cuando se ponía el sol, aguardó el paso de Jesús sentada al borde de una viña y comiendo un mendrugo de pan.

Y se le apareció el Señor, en su figura de hijo del hombre, diciéndole:

– Mujer, tu fe te ha salvado, porque tomaste tu cruz y me seguiste. Ve, hija del hombre, que tu amante ha resucitado ya.

Y diciendo esto la bendijo y desapareció, dejando en su lugar á un mancebo fuerte, lleno de juventud y de amor, el cual, abrazando á Salomé, le dijo:

– Dios me llevó y Dios me trae. Dios te privó de tus riquezas y Dios te las devuelve. Ven, Salomé, mi reina, que nos aguarda tu palacio de Cafarnaum...

En el cielo de la Judea asomó la estrella de la tarde. Y sobre las cabezas de los enamorados cruzó, con piar bullicioso, una banda de golondrinas...

CRISTÓBAL DE CASTRO.

(Dibujo de Triadó.)





MATER DOLOROSA, CUADRO DE ADOLFO ECHTLER

NUESTROS GRABADOS

El drama del Calvario. Las Santas Mujeres camino del Calvario, cuadros de Domingo Morelli. – Estos dos lienzos del célebre pintor italiano son una nueva demostración de lo que se decía en el artículo que acerca de este artista publicamos en el número 1.030 de La Ilustración Artística. En ellos, efectivamente, los personajes aparecen en cierto modo pospuestos á la escena; el conjunto de ésta resulta acabado, la impresión que produce es completa; al paso que en aquéllos se observan una vaguedad y una indeterminación que, si en otros géneros pueden redundar en perjuicio del efecto de la obra mirada en sus detalles, se ajustan perfectamente á los asuntos que, como los de estos cuadros, han de hablar más al corazón que á los sentidos. Los momentos culminantes de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor no pueden ser tratados minuciosamente; su grandiosidad requiere procedimientos también grandiosos, siendo preciso que el que contemple las composiciones que en ellos se inspiran no pueda distraerse del pensamiento capital, que se conmueva más que por lo que vea por lo que sienta, por lo que la tela que tiene ante sus ojos le recuerde, más que por lo que le enseñe. Y en este concepto Morelli ha llegado á una altura que es difícil sobrepujar, esto aun prescindiendo de las cualidades técnicas que en ambas obras se observan y que justifican la fama universal de su autor.

Santa Teresa ante el Cristo de la Columna, escultura de Gregorio Hernández. – Este notable escultor y arquitecto español nació en Galicia en 1566 y aprendió escultura en Valladolid con alguno de los muchos y buenos profesores que allí había, aventajándolos en la dulzura de la musculación, en la quietud y decoro de las actitudes, en la amabilidad de los semblantes, en los partidos y pliegues de los paños y en otras partes del arte, sin dejar de haber dado grandiosidad á la forma. Su fama fué grande y merecida, y los principales templos y monasterios le encargaron importantes obras que aún hoy se cuentan en el número de las joyas de nuestra escultura religiosa. Entre estas obras citaremos, aparte de la que en el presente número reproducimos, el retablo mayor de la parroquia de San Miguel de Vitoria, el de la catedral de Plasencia, toda la escultura del retablo mayor del monasterio de las Huelgas de Burgos, multitud de estatuas de algunos pasos de Semana Santa y grupos escultóricos para diversos templos de Valladolid, varias estatuas para el monasterio de Sahagún y para una porción de parroquias y conventos de Rioseco, Medina del Campo, Nava del Rey, Aniago, Tudela de Duero, Salamanca, Avila, Zamora, etc. Gregorio Hernández murió en Valladolid en 1636.

Dejad venir á mí los niños, escultura de Gustavo Eberlein. – La hermosa figura del Salvador presentada tal como nos la describe el pasaje bíblico, rodeada de niños que se acercan confiados á Jesús y á quienes éste dirige los más dulces y cariñosos conceptos, constituye un asunto tan simpático y encantador, que no es extraño que los artistas enamorados del género idealista lo adopten como tema para alguna de sus composiciones. Gustavo Eberlein, el famoso escultor alemán de quien tantas veces nos hemos ocupado, se ha inspirado en él para la bellísima obra que en la página 205 reproducimos, y bien puede afirmarse que lo ha sentido muy hondamente, pues sólo así puede modelarse un grupo escultórico como el que nos ofrece, en el que tan admirablemente expresados se hallan el amor y la bondad del Redentor y el respetuoso cariño de las dos criaturas que acuden á su llamamiento. Eberlein ha prescindido por completo de esos efectismos en que tan á menudo suelen caer los que tratan escenas de esta índole, y su obra se caracteriza por su sobriedad y por la solidez de su factura.

Mater Dolorosa, cuadro de Adolfo Echtler. – El autor de este cuadro nació en Danzig en 1843 é hizo sus primeros estudios artísticos en Viena y en Venecia. Establecióse luego en Munich, y después de una larga permanencia en París fijó definitivamente su residencia en la capital de Baviera. Las costumbres populares observadas en Venecia y en Bretaña le han proporcionado los asuntos más interesantes para los cuadros de género, que han sido la base principal de su fama y que, serios unos y alegres otros, pintan todos de un modo en extremo pintoresco episodios de la vida íntima. Tales son, por ejemplo, sus lienzos titulados *El jugador*, *La ruina de una familia*, *Miércoles de Ceniza*, *La visita de pésame* y otros que sería prolijo enumerar. Mas no es este el único género que Echtler cultiva; también en el religioso ha producido algunas hermosas composiciones que acreditan la variedad de sus talentos y de sus aptitudes. Dígalo, si no, la *Mater Dolorosa* que en el presente número reproducimos: expresar el dolor de la Divina Madre al presenciar la pasión y muerte de su Hijo, constituye indudablemente una de las mayores dificultades que pueden ofrecerse en pintura; pues los medios de expresión de que el artista dispone han de resultar siempre deficientes para traducir un sentimiento tan sobrehumano. En estas condiciones, para que el artista logre despertar en nosotros una emoción que se acerque á la realidad, es preciso que tanto como su mano intervenga en la obra su corazón, que sienta hondamente el tema y que al desarrollarlo prescinda de cuanto le rodea y se eleve á más altas regiones en donde su inspiración pueda beber en la fuente ideal; y esto es lo que admiramos en la obra de Echtler, que tan profunda impresión ha de producir en cuantos la contemplen.

El sepelio de Cristo, cuadro de Francisco Kirchbach. – Como todos los asuntos inspirados en el drama del Calvario, el sepelio de Cristo ha sido tratado por multitud de artistas de todos los tiempos, en cuyas creaciones se advierte claramente la influencia de las ideas y tendencia de la época en que fueron pintadas. Unos han dado preferencia á lo que pudiéramos llamar elemento espiritual, y sin descuidar la forma, más que de otra cosa se han preocupado del sentimiento; otros, sin prescindir en absoluto de éste, han humanizado más los temas, buscando el efecto en la mayor aproximación posible de la realidad. No es este lugar á propósito para discutir cuál de estos dos procedimientos responde mejor á los fines del arte religioso; lo único que conviene hacer constar es que en uno y otro se han producido obras bellísimas, y que por cualquiera de ellos puede hacerse sentir la emoción estética, que es el objeto primordial que debe proponerse el artista. El lienzo de Kirchbach, que puede clasificarse de realista dentro de su género, es una prueba de lo que decimos: tal vez algunos echen de menos en él cierto espiritualismo; pero no puede negarse que es una página hermosamente concebida y ejecutada con un vigor y con un dominio de los recursos técnicos propios de los grandes maestros. Por esto, aun sin aquel elemento, despierta en nosotros verdadera admiración ese bellísimo grupo, cuyas figuras, magistralmente ejecutadas, se destacan maravillosamente sobre las rocas que les sirven de fondo.

Pietá, grabado original de Oscar, conde de Freiburg. – En la sección de grabados de la exposición celebrada el año último por los secesionistas muniquenses, llamó poderosamente la atención esta obra del conde de Freiburg. En realidad se trata de una composición notable bajo todos conceptos, en la que se admiran el talento del artista en presentar la escena que le ha servido de asunto, la habilidad en la agrupación de los personajes, la expresión que ha sabido dar á cada uno de éstos y la perfección con que está hecho el grabado.

Teatros. – *Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Eldorado *Los Timplaos*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros de D. Eusebio Blasco y D. Carlos Fernández Shaw, música del maestro Jiménez; y en el Principal *Condición humana*, comedia en un acto del Sr. López Marín. En el Liceo se han dado los tres últimos conciertos de la temporada de Cuaresma, bajo la dirección del eminente maestro alemán Panzner, quien ha conseguido grandes y merecidas ovaciones.



Las Santas Mujeres en el camino del Calvario, cuadro de Domingo Morelli

Necrología. – Han fallecido:

Pedro Geiregat, escritor belga, autor de numerosas novelas populares y obras dramáticas, presidente de la Asociación de Autores dramáticos flamencos.

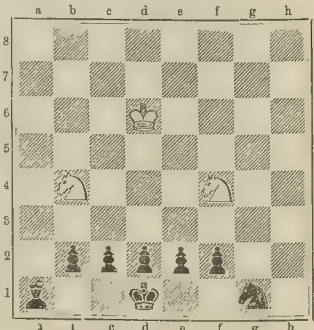
Edmundo Krenn, pintor austriaco, muy conocido por sus paisajes y cuadros arquitectónicos.

Carlos Morel, redactor del *Journal de Genève*, uno de los más distinguidos publicistas suizos, ex profesor de Literatura romana de la Universidad de Ginebra.

AJEDREZ

Problema número 274, por W. A. Shinkman.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (3 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema núm. 273, por W. A. Shinkman.

Blancas.	Negras.
1. Th5–h4	1. Cualquiera.
2. A ó C mate.	



EL SEPELIO DE CRISTO, cuadro de Francisco Kirchbach

EL PASADO DE UNA MADRE

Novela original de Henry Greville. – Ilustraciones de Cabrinety

(conclusión)

El verano transcurrió tristemente. La baronesa de Grandpré había soportado el último golpe que la hiriera con su resignación habitual; pero el resorte de orgullo que la había sostenido durante tanto tiempo, quedaba definitivamente roto. Su marido advirtió aquel cambio, aun cuando ella nada le había dicho; pero ya no rechazaba como antes las demostraciones de simpatía que le hacía el barón. Este convalecía rápidamente: la estancia prolongada en su dominio señorial y la temperatura magnífica que allí se disfrutaba habían robustecido algo aquel cuerpo cansado. Se decía, por otra parte, y con razón, que si Herminia era verdaderamente digna de la ternura de su hijo, sabría conservar su amor hasta la muerte de su abuelo, y este pensamiento le consolaba. El Sr. de Cerences tenía más de ochenta años, y no era, pues, aventurado prever un dichoso desenlace en un porvenir no lejano.

A pesar de la semiintimidad que se estableció entre su esposa y él, el Sr. de Grandpré no le había hablado nunca del matrimonio de Pablo, porque aquella intimidad era puramente superficial y se limitaba á las relaciones de la vida ordinaria. Una tarde lluviosa del mes de octubre, influído por ese no sé qué que invade la atmósfera de una habitación en que dos personas están solas, el barón comprendió que había llegado la hora de hablar libremente; el corazón de su mujer estaba bien dispuesto para oirle. En la penumbra gris del crepúsculo, la llamó por su nombre. En vez de volver simplemente la cabeza, como solía hacer, se levantó y fué á sentarse cerca de su marido.

– Marta, dijo, ya sabe usted que estoy mucho mejor.

Ella bajó la cabeza y murmuró:

– ¡Loado sea Dios!

Su pobre corazón había sufrido tanto y se sentía tan desgarrado por las mil heridas recibidas, que tenía necesidad de ternura. Estaba en una de aquellas horas en que la menor palabra de bondad calma el ansia más grande de amor.

– Marta, añadió el Sr. de Grandpré; me ha cuidado usted con una abnegación sin límites, como pocas mujeres lo hubiesen hecho. Es preciso que dé á usted las gracias por ello; ¡sí, querida Marta, gracias, mil gracias!

Los ojos de su esposa se llenaron de lágrimas, á un tiempo amargas y dulces y que por primera vez corrían en presencia de su marido.

– ¿No me contesta usted?, continuó, extrañando aquel silencio ¿La he ofendido acaso?



La baronesa abrió los brazos y le estrechó en ellos sin proferir una palabra

– ¡Dígame usted que me perdona!, exclamó de repente, inclinándose hacia la mano que se tendía hacia ella.

Aquellas palabras las dijo estremeciéndose. El la obligó á sentarse en el sofá, y allí le prodigó toda suerte de consuelos.

– ¿Perdonar á usted? Bien sabe que desde hace mucho, mucho tiempo, siento por usted únicamente cariño.

La baronesa lloraba sin sollozos, sin sacudidas; pero las lágrimas fluían de sus ojos como de un manantial inagotable.

– No le he guardado á usted nunca rencor, desde el día en que nuestro hijo... Ya sabe usted á lo que me refiero. Desde entonces he conocido que estaba usted castigada. La muerte que luego cayó sobre usted ha purificado toda culpa. Y crea usted que como expiación, Marta, ya basta.

Ella se levantó.

– ¡No, nunca es bastante!, dijo con vehemencia. ¡Vea usted lo que he hecho! La salud de usted arruinada; mi hija mal casada, mi hijo privado de dicha. ¡Ah! ¡Si se pensara en el mañana, si se mirara otra cosa que el propio egoísmo, si aparecieran de repente todas las lágrimas que una de esas faltas puede hacer derramar, las desesperaciones que engendra, los delitos que puede hacer concebir! ¡Se es egoísta de un modo feroz! Y una se mancha, y se deshonra á aquellos á quienes se quiere, se les deshonra en el presente y en el porvenir.

– No, Marta, dijo dulcemente el Sr. de Grandpré; no se les deshonra. Yo no me he sentido jamás alcanzado por la injuria.

Ella le miró con los brazos pendientes y el rostro transfigurado.

– ¡Gracias por esta palabra!, dijo. Acaba usted de darme ahora mi verdadero perdón.

– Cualesquiera que sean los pensamientos, crea usted que jamás me sentí deshonrado. Yo no había faltado, y esto me bastaba ante mi conciencia.

Ella suspiró.

– ¡Ah! Yo sí, yo he faltado y ahora padezco el castigo. Le padezco y le sufro. Resignada estoy con mi suerte; pero es horrendo tener que asistir, hora por hora, al espectáculo de las ruinas que la propia falta ha causado.

– No se acuerde usted más de ello, Marta. Los dos somos ya viejos. Acabemos de envejecer juntos, como amigos, como verdaderos amigos experimentados y que saben lo que vale el uno á los ojos del otro. Pablo llegará uno de estos días; hállenos de esta suerte, y esto será un ejemplo para él.

– No me perdonará jamás, dijo la baronesa.

– Ya lo verá usted. Si tuviese el corazón duro, no sería hijo de usted.

La baronesa no contestó. Se acordaba en silencio de cuán duro había sido su corazón y de las rudas pruebas que habían sido precisas para ablandarlo.

XXI

Pablo había almorzado en casa de su hermana; pues por muy poca simpatía que le inspirara su cuñado, no podía, de cuando en cuando, excusarse de aceptar una invitacion. Gilberta le guardaba rencor por el modo como había hablado; pero Egrigné no quería faltar de ninguna manera á sus deberes de pariente. Así como estaba resuelto á prescindir en absoluto de la señora de Grandpré, así también deseaba mantener cordiales relaciones con el barón y su hijo, porque las relaciones que aquél sostenía y el brillante porvenir de éste, le hacían pensar en que algún día sería posible recabar de ellos valiosos servicios.

Egrigné fué llamado á su gabinete, y los dos hermanos quedaron solos, cosa que no gustaba ni á uno ni á otro.

– ¿Está bueno papá?, preguntó Gilberta.

– Va tirando; desde que hemos vuelto de la Vernerie parece un poco más fatigado, pero en el fondo su salud es buena. No hubiera creído jamás, añadió, que pudiera convalecer tan pronto de la crisis que padeció.

Gilberta no contestó siquiera. La verdad es que desde que entró en su nueva familia, de la que no hacía ningún caso, había olvidado casi por entero la antigua. Las indirectas de la señora de Egrigné habían surtido efecto: la joven se había desprendido de los suyos y no se había ligado á los otros. Su orgullo herido le hacía casi renegar de su madre, y le

parecía que su padre había cedido á la debilidad llamando nuevamente á su casa á la señora de Grandpré. Gilberta estaría sola toda su vida porque no amaba á su esposo, pero esta soledad no la espantaba; ya procuraría llenarla con placeres y triunfos personales.

–¿Recibís muchas visitas?, preguntó de pronto.

–No; desde que te has casado ya no hay necesidad de dar reuniones, y por lo mismo no vemos á la mitad de la gente que antes.

–Me han dicho, continuó Gilberta, que el día que tiene señalado mi madre para las visitas apenas recibe ninguna, y si no fuera por mí, que no dejo de asistir un solo día, muchas veces se pasarían veinticuatro horas sin que resonara el timbre de la puerta.

La aserción no era exacta, y precisamente esto es lo que irritaba á Pablo, no tanto por lo que tocaba á su madre, como por el buen nombre de la casa.

–Es que escoges quizá para presentarte el momento en que los otros no están, pues sé que mi madre ha sido muy bien acogida al volver del campo.

–No sé, dijo Gilberta. Por mí puedo decirte que estuve el otro día y no me encontré allí sino con el indispensable Marsac.

Gilberta pronunció este nombre con una intención que Pablo comprendió. Aunque Marsac no se hubiera manifestado para él el mismo amigo seguro que había sido para su padre, el sentimiento de rectitud del joven se habría rebelado contra una insinuación del género de la de su hermana. Había dicho á la señora de Grandpré que jamás la perdonaría, y sin embargo la tenía en alta estimación: la idea de que su hermana, educada por su madre; de que aquella ingrata Gilberta, por la cual había ella realizado el doloroso sacrificio de orgullo de la esposa decaída, pudiera dudar de los sentimientos de Marsac y de su situación en la casa parecióle francamente odiosa.

Aquella insinuación vil y vergonzosa le irritó, y dijo á su hermana:

–Marsac es un amigo seguro, de esos que se encuentran pocos; mi padre y yo sabemos cuánto vale su afección.

–Recibidle, entonces, tanto como gustéis, respondió vivamente Gilberta; pero hacedle comprender que su asiduidad en visitar á mi madre es mirada con malos ojos.

–¿Por tu suegra quizá?, preguntó Pablo levantándose. Mi querida hermana, escucha un consejo que es una lección. Si la señora de Egrigné tiene el alma bastante baja para olvidar lo que debe á la familia de Grandpré, la que aquí representa á esa última familia debiera recordárselo. Por lo que á mí respecta, acuérdate, hermana mía, que ya me he batido por el honor de mi madre y que estoy dispuesto á volver á empezar.

–¿Conmigo?, dijo Gilberta con tono de burla.

–Con cualquier hombre, responsable ó no de tus acciones, que se permita una palabra ó una insinuación malévolas. Adiós, hermana mía.

–Hasta la vista, hermano mío, dijo tranquilamente Gilberta, á pesar del rubor que había subido á su rostro y del brillo que despedían sus ojos llenos de cólera.

Pablo salió.

Gilberta dió algunos pasos, presa de un violento acceso de mal humor; su lengua le había hecho traición; el afán de contradecir la había llevado más lejos de lo que quería, y se disgustó consigo misma por no haber sabido dominarse.

–Tanto peor, dijo al cabo, después de haber reflexionado un instante. Me parece que Pablo no va á repetir lo que yo le he dicho; y si acaso, nada me importa.

Olvidando el incidente, Gilberta volvió á sus placeres, no sin un secreto descontento de sí misma; pero este sentimiento debía borrarse muy pronto.

Aquella misma noche recibió Pablo una esquela de la señora de Cerences, á la cual escribía de cuando en cuando. Habitualmente no le contestaba, y quedó sorprendido al ver su letra. Desde hacía cuatro ó cinco meses no había visto á Herminia sino desde lejos, cuando ya no podía dominar su impaciencia; un saludo cambiado entonces bastaba para devolverle valor, pues la mirada que le acompañaba valía todo un mundo.

«He repetido á mi nieta todo lo que usted deseaba que supiera, escribía la abuela. Dice que siempre será usted el mismo á sus ojos. Quiere también que le diga á usted que no se desespere. El Sr. de Cerences la sorprendió ayer llorando y la acarició con mucha más ternura de la que acostumbra. No sabemos todavía si esa buena disposición continuará; pero mi nieta deseaba que usted fuese partícipe de ese rayo de esperanza.»



Silvino Marsac

Pablo estaba bastante acostumbrado al sufrimiento y había sabido vencer demasiado sus ilusiones para formárselas acerca de la importancia de aquel hecho. Pero la carta en sí valía más que todas las esperanzas y era una prueba patente de ternura.

Su alma angustiada se iluminó de repente. Después de tantos días amargos, una luz suave y dulce penetraba en él, cambiando el aspecto de todas las cosas. Se acordó entonces de su ingrata hermana, y casi al mismo tiempo de su madre calumniada; la piedad se abrió camino hasta su corazón y subió á sus labios un grito que jamás había exhalado: «¡Pobre madre mía!»

Desde que había hablado por última vez con la señora de Grandpré, había visto muchas cosas desconocidas para él. La manera distinta como su padre hablaba á la baronesa, el modo como ésta contestaba, le habían hecho comprender que no solamente la esposa rehabilitada ocupaba el puesto de honor que le correspondía en la familia, sino que también conservaba el papel moral de las esposas cariñosas y honradas.

La belleza del carácter de su padre había sido siempre para Pablo un motivo de gran admiración; pero aquella vez comprendió que para tratar como lo hacía á la baronesa, era preciso no solamente que le hubiese guardado por entero su cariño, sino que tuviera también estima hacia. la mujer que había faltado.

Una vez entrado en aquella vía, el joven no podía cerrar mucho más tiempo los ojos á la verdad. Su crueldad se mostró por su verdadero aspecto. ¿Es que acaso los sufrimientos propios habían despertado la compasión para los ajenos? Su alma, suavizada, juzgó severamente su conducta anterior: cuando Herminia olvidaba, ¿tenía él derecho á condenar?

Movido por una singular emoción, miró el reloj. Eran las diez apenas; en aquellos momentos sus padres debían hallarse en el gabinete del Sr. de Grandpré, donde pasaban la velada cuando no había visitas. Se levantó, sin saber todavía lo que iba á hacer, pero sus pies le llevaban hacia sus padres y obedeció su impulso.

Reclinado en un sillón, su padre escuchaba la lectura que le hacía en alta voz la baronesa. Por la mirada con que seguía los menores movimientos de la lectora, mirada en que había impresa una ternura y una compasión indecibles, se comprendía que el barón gozaba viendo y oyendo á aquella mujer.

El corazón de Pablo se estremeció. Nunca se había fijado cuán cambiada estaba desde su última entrevista. Era entonces una mujer en plena edad madura; sus cabellos grises adornaban su frente sin arrugas; viéndola se soñaba, no en la edad que tenía, sino en su belleza.

Ahora, en cambio, sus cabellos eran canos del todo; la orgullosa corona que formaban remataba sobre su rostro flaco y transfigurado, cuya expresión ya no parecía de esta tierra. Se le podían calcular setenta años ó cincuenta, á voluntad. Poco importaba; no tenía ya más que el alma, una alma desgarrada y con las alas rotas.

Al ligero ruido que hizo Pablo al entrar, volvió la cabeza. Viéndole, llevó la mirada de nuevo al libro, con la expresión humilde y resignada que tenía casi siempre en su presencia.

La había visto cien veces de aquella manera, y no le había causado efecto alguno; pero ahora quedó profundamente conmovido. El Sr. de Grandpré le miraba un poco sorprendido de aquella visita tardía á que no estaba acostumbrado; el joven se aproximó y puso una mano sobre el respaldo del sillón paternal.

–Padre mío, dijo, he de pedir á usted un favor: ¿quiere usted decir á mi madre que me perdone?

La baronesa le miró sin comprenderle. No era posible que quisiese decir aquello. Sin duda se engañaba... Pablo se aproximó lentamente, y cogiéndole la mano que ella no se atrevía á alargarle, dijo:

–¡Mamá!

Ella abrió los brazos y le estrechó en ellos sin proferir una palabra. Por encima de la cabeza inclinada de su hijo, miró á su marido con ojos dilatados por una dicha sobrehumana, luego los cerró de nuevo saboreando en aquellos momentos una alegría demasiado profunda para ser expresada con palabras ó sentida con lágrimas.

XXII

Tres meses habían transcurrido sin que Pablo hubiese hallado ocasión de hablar á Herminia; la veía ahora casi todos los domingos en la iglesia. El señor de Cerences, muy debilitado, no salía de casa, y á veces el joven se atrevía á pedir noticias suyas á su abuela. No era aquello sino una palabra ó una mirada, pero cuando se padece se puede causar mucha alegría con poca cosa. Un día tuvo una idea triunfante: fué á la misa de una con la señora de Grandpré. Aquel día no pudo aproximarse á la señora de Cerences; pero las dos mujeres se habían comprendido con una mirada. Volviendo á su casa, la abuela dijo á Herminia:

–No sé quién podría tirar la primera piedra á esa mujer. Si ha faltado, también ha sufrido, pues nunca he visto en un rostro vivo la expresión que tiene el suyo.

Aquel encuentro que había llevado todas las alegrías del paraíso al corazón de la señora de Grandpré, dió á Herminia fuerza para intentar un nuevo paso cerca de su abuelo. Desde que luchaba por su amor, había adquirido una fuerza que no había sospechado jamas; y tales palabras salían de su boca, que llenaban de admiración al abuelo.

–¿De dónde diantres saca esa chiquilla esos argumentos?, decía á veces.

–Se ha convertido ya en mujer por el corazón, respondía la abuela. ¿Sabes, amigo mío, que se casará con el Sr. de Grandpré cuando nosotros hayamos muerto?

–A lo menos no lo veré yo, gruñó el anciano.

Un día quedó todavía más sorprendido viendo que su nieta se sentaba junto á él en su gabinete muy grande y sombrío, que tenía todas las trazas de un pozo.

–Abuelito, dijo, poniendo la mano sobre sus de-

dos huesosos, es preciso que responda usted á una pregunta que le voy á hacer.

– Habla, dijo.

– ¿Por qué, abuelito, usted que me quiere tanto, impide que yo le llore cuando un día Dios le llame á sí?

¡Cómo!, ¡cómo!, dijo el abuelo de mal humor.

– Abuelo, yo tendré indudablemente una gran alegría en casarme con el Sr. de Grandpré, y le aseguro que la aguará usted si debo pensar en que tal dicha puede ser comprada á costa de su pérdida. En tanto que si consiente usted en bendecirnos, yo seré dichosa del todo ahora, y para lo porvenir se remos dos para llorar á usted en vez de uno solo.

El Sr. de Cerences había quedado mudo de indignación.

– ¡Ah, diablillo!, exclamó luego, ¿quieres, pues, hacerme entender que te alegrarás de mi muerte, que te permitirá casarte con ese joven?

– ¡Oh, abuelito, si así lo toma usted, le ruego que me dé un beso y que eche al olvido mis palabras!

Herminia le abandonó sin insistir, pero aquel argumento había hecho su efecto, y aun cuando no es de los más fuertes, produce, sin embargo, siempre el fin deseado.

– Yo no sé, decía un día á su mujer el anciano, de dónde saca el aplomo para hablarme así.

– ¡Qué quieres!, respondió la buena señora, las más inocentes tienen esas audacias.

Después de haber reflexionado durante ocho días, se decidió al cabo. El tiempo era hermoso, y dió orden de enganchar, y sin prevenir á nadie, fué á casa del Sr. de Grandpré.

La entrevista fué corta y satisfactoria. Al día siguiente, los dos jóvenes, aún deslumbrados por la imprevista felicidad comieron á la misma mesa en casa del Sr. de Cerences. El gabinete, suntuosamente alumbrado, no tenía ya trazas de pozo, y las dos mujeres, sentadas una al lado de otra, la que no había faltado jamás y la arrepentida, mostraban la misma expresión en su semblante al contemplar la dicha de sus hijos.

Durante algunos meses, la baronesa se creyó dichosa del todo; los nuevos esposos la rodeaban de cuidados y atenciones y procuraban atenuar las faltas de Gilberta, que se había lanzado á una vida de disipación, sin duda por haber hecho la atrocidad de casarse tan inconsideradamente. Pero aquella frágil dicha que reposaba sobre unas bases falsas, debía acabar muy pronto.

Hacia los primeros de junio, el Sr. de Grandpré, que se había expuesto imprudentemente al fresco de una noche tempestuosa, cogió una pulmonía, y después de tres días de lucha con la muerte, ésta se apoderó de aquel organismo cansado.

Con un valor y una energía superiores á todo lo que ya se le conocía, la señora de Grandpré luchó para arrancar á su marido de las garras de la muerte y no le abandonó ni por un instante; pero todo era inútil: murió estrechándole la mano, con una sonrisa que conservaba todavía después que la muerte le hubo tocado con su dedo.

Cuando hubo cumplido hasta el fin su tarea, la señora de Grandpré se negó á vivir con su hijo, que así se lo suplicaba. Sabía perfectamente que aquellas proposiciones que parecen naturales en los momentos de dolor, luego tan sólo son causa de disgustos. Por otra parte, su larga costumbre de dormir en silencio le hacía esquiva, y sólo deseaba, como los animales heridos, un rincón donde morir.

Vivió todavía dos años; olvidada de sus contemporáneos y de su hija, querida únicamente por Pablo y Herminia, que parecía que querían hacerle olvidar lo que había padecido por causa de su hijo.

Marsac la visitaba cada día, y desde que la vió sola le traía ramos de flores.

– ¡El enamorado de mamá!, decía Herminia con tan inocente tono, que ni el mismo Pablo podía enfadarse.

Cuando hubo muerto, Marsac siguió el carro fúnebre hasta la última morada; vió bajar el féretro en la huesa, y volvió á su casa en un estado de ánimo muy doloroso.

En lugar de trabajar, abrió un cajón del escritorio y sacó de allí las cartas de la baronesa, que releyó una por una y luego volvió á arreglar y á atar con una cinta descolorida.

– ¡El enamorado de mamá!, dijo con un débil suspiro. La señora Herminia de Grandpré quizá tenga razón... Esta mujer, que he conocido cuando era muerta para el mundo, quizá es la única que he amado de veras.

Abrió la ventana; las golondrinas volaban alrededor de la casa lanzando gritos de alegría.

– ¡Bien ha hecho en morir!, pensó; para una alma como la suya, este era el único medio de romper la cadena de lo pasado.

FIN

EL NOTABLE PINTOR FRANCISCO MASRIERA Y MANOVENS

En el corto período de un año han desaparecido del cuadro de la humana actividad un crecido número de artistas meritísimos, cuyo nombre, digno de respeto, representa una misión noblemente cumplida y una pérdida indiscutible por su significación en el movimiento artístico patrio y en nuestras caras afecciones. A la ya extensa lista de los que dejaron de existir y dar, por lo tanto, fehaciente muestra de su actividad é inteligencia, hemos de agregar hoy el nombre de Francisco Masriera y Manovens, pintor distinguido, excelente amigo, cumplido caballero y expresión viva de un espíritu culto y delicado. Perteneciente á una familia de honrados é inteligentes joyeros, presto brotaron, allá en sus juveniles años, los primeros rudimentos del arte, las primeras formas que habían de producir después la evolución artístico-industrial, entre las áureas limaduras y el brillo de las piedras preciosas. Dotado de inteligencia para utilizar acertadamente los elementos de que podía disponer, dedicóse, en unión de su hermano D. José, á obtener de los metales efectos admirables, arrancando á la naturaleza sus matices, á las aves sus colores y á las flores su delicadeza, combinándolo de tal suerte que se convertían en ricas preseas, y afectando diversas formas, ceñían la frente de la desposada, coronaban al genio y en emblemáticos laureles servían de premio al valor y de galardón á las manifestaciones de la inteligencia.

Alentado por los resultados obtenidos y colocado en situación especialísima para realizar aspiraciones noblemente alimentadas y concebidas, abandonó su labor de artífice para dedicarse por completo al cultivo del arte, alcanzando una reputación merecidísima. Su obra, su personalidad artística, podrá ser discutida, pero los más severos Aristarcos deberán reconocer en Francisco Masriera cualidades muy estimables y una suma de inteligencia y habilidad que sólo puede ser patrimonio de la maestría. Además, no puede desconocerse ni olvidarse la misión cumplida por el artista y la época ó período en que comenzó á manifestarse; período de trascendental evolución, á cuya influencia no pudo substraerse y dentro del cual desempeñó un cometido honroso, conquistó una reputación envidiable y tuvo energías y perseverancia para sostenerse sin descender de la altura en que sus cualidades de pintor distinguido y hombre culto le colocaron.



FRANCISCO MASRIERA Y MANOVENS, fallecido en Barcelona en 15 de los corrientes

Al examinar su copiosa producción, supónese que se hallaban en él armónicamente reunidas las dotes del artista y la habilidad del artífice. Sus cuadros, estudiados con admirable prolijidad, cautivan no sólo por la riqueza de sus pormenores y la belleza y elegancia de las líneas, sino por su encantadora plasticidad, por la finura y morbidez de las carnes, que nadie como él supo interpretar. Todas sus encantadoras figuras, como el todo que las atavía, enriquece y completa, revelan un singular conocimiento de la técnica del arte, exquisito gusto y sentimiento de lo bello. Si de algo pudiera motejársele, sería quizás por haber extremado algo la belleza, cual si en ella se cifrase el *summum* del arte. Pero aun así y dando como cierta esta propensión, este empeño del pintor, resultaría siempre que descolló en sus obras por su maestría, prefiriéndolo tal y como fué, más artista que asimilador, no convertido en servil copista, sino devoto adorador de la belleza, dejando en el lienzo indelebles huellas de su inteligencia. Sus composiciones revelan su carácter y tendencias, pues aun en las más brillantes, en las que más se distinguen por su plasticidad, obsérvase la delicadeza, la finura de su espíritu, dejando que el escorzo ó los velos cubran lo que aun no viéndose, se adivina, presintiéndose bello y lleno de encantos.

Su perseverancia en el estudio, sus cualidades como artista y su envidiable cultura facilitáronle medios para manifestar sus dotes y producir obras de reconocido mérito. A ellas debe su bien cimentada reputación y que su nombre figure entre el de los artistas que honran al país en que nacieron.

Vivo está el recuerdo de sus triunfos, del efecto producido por algunas de sus más notables producciones, desde la que representando una *esclava*, premiada en la Exposición Nacional de 1878 y adquirida por el rey don Alfonso XII, hasta la preciosa y sentida composición, que tantos aplausos mereció en el Certamen de 1890, titulada *Resignación*, admirablemente concebida y ejecutada. *Magdalena arrepentida*, *Odalisca*, *Una actriz*, *Fuga frustrada*, *Una bailarina* y otras y otras más cuya enunciación formaría un extenso catálogo, así como un considerable número de retratos, constituyen la labor gallardamente realizada por el que fué artista distinguido y pintor habilísimo, que retrata su personalidad y atestigua su indiscutible dominio de la técnica y su posesión, por lo tanto, de conocimientos especialísimos para representar el concepto que se fijaba en su imaginación.

Admiradores de su mérito, rendimos al artista el tributo de respetuosa consideración á que tiene derecho quien como él llenó cumplidamente su misión, y dedicamos al que fué amigo sincero y cariñoso el recuerdo de un afecto que no ha sufrido otra interrupción que la que todos lamentamos.

A. GARCÍA LLANSÓ.

EL GENERAL DELAREY

Es el héroe del día en Africa y en Europa. La prensa de todos los países en que la causa de los boers tiene simpatías le dedica extensos artículos, contando sus hazañas, sacando á relucir sus virtudes, haciendo su retrato de cuerpo entero. La personalidad de Delarey alcanza la mayor publicidad; él, que es el más modesto y obscuro de los boers, y á quien sus compañeros llaman por esto Delarey «el taciturno,» como le llaman también «el bueno.»

La derrota de lord Methuen no es la única gran hazaña que Delarey realiza. Otras muchas le han hecho ser considerado como el más heroico de los generales boers. Dewet es el más hábil, el de más talento para burlar á los ingleses; Delarey es el más bravo, el que mayores daños causa al enemigo

Comenzó su carrera sorprendiendo un tren blindado en la línea de Mafeking, cogiendo prisionero al capitán Nisbet y 30 soldados, y haciendo no pocas bajas. En el sangriento combate de Modder-River tuvo un comportamiento heroico: á su lado cayó muerto de un balazo su hijo, un niño de quince años, que combatía como un hombre. Delarey le vió caer, se inclinó sobre su cuerpo, permaneció algunos minutos contemplándole en silencio y al levantarse mandó serenamente: «Que me traigan á mi hijo menor...» Y el hijo menor, de trece años, substituyó al hermano en las filas de combatientes.

En Magersfontein mandó la línea izquierda de los boers; su hábil táctica produjo terribles efectos en los ingleses. Con Dewet tomó parte en los combates de Colesberg á principios de 1900. En la batalla de Sand River mandó el ala derecha.

Más adelante, eligió por campo de sus operaciones el Oeste del Transvaal, que conoce á palmos, llegando á dominar en el occidente de Magaliesberg, burlando la constante persecución de lord Methuen y descargando de cuando en cuando golpes terribles sobre el enemigo.



EL GENERAL BOER DELAREY

Nitral's Neck, Nooitgedacht, Vlakfontein, Moedwill, han sido sus hazañas más famosas, coronando últimamente sus éxitos con la destrucción de dos columnas inglesas en el transcurso de diez días: la del coronel Von Donop, cerca de Klerksdorp, y la de lord Methuen, en Taalbosch, campando hoy por sus respetos en el Oeste y Noroeste del Transvaal.

El golpe de Nitral's Neck costó á los ingleses 80 hombres, entre muertos y heridos, 200 prisioneros y dos cañones. La acción de Nooitgedacht tuvo por precedente la captura de un convoy de 120 vagones, cayendo prisioneres 150 hombres de la escolta; después Delarey, con Beyors, derrotó al general Clemens, á quien cogió casi todos sus efectos y 500 caballos.

En Vlakfontein derrotó por completo al general Dixon, causándole extraordinarias pérdidas, entre ellas 50 muertos y 120 heridos. Los boers llegaban á combatir con los mismos cañones de los ingleses, abandonados por éstos. Los triunfos de Delarey se ven coronados ahora por la victoria sobre lord Methuen.

Del mismo modo que Delarey es el general boer más bravo y activo, es el más bueno y piadoso. Jamás ha asociado su nombre á ningún acto sanguinario. Hace cuidar á los heridos enemigos como á los de su campo; á los prisioneros les da libertad, como á lord Methuen. Así entre los enemigos como entre los suyos, se le llama Delarey «el bueno.» Un día, en Nooitgedacht, visitó los prisioneros ingleses. Uno de ellos, que estaba herido, dijo, al verle pasar, á un compañero: «¿Es ese el buen Delarey?» El jefe boer lo oyó, habló al herido con palabras cariñosas, y al alejarse, con los ojos un tanto velados de lágrimas, exclamó: «Las palabras de ese hombre me han producido el placer más grande de mi vida; porque ser llamado *grande* por un enemigo es cosa frecuente; pero ser llamado *bueno*, es muy raro.»

DESCUBRIMIENTO

ARQUEOLÓGICO EN POITIERS

En Poitiers se ha realizado recientemente un descubrimiento arqueológico de gran interés.

Unos obreros que cavaban la tierra del patio de una nueva escuela de primera enseñanza, situada en la calle del Molino de Viento, en las antiguas dependencias del palacio de Lusignan, con objeto de plantar en él algunos árboles, han descubierto una hermosa estatua de mármol blanco, casi de tamaño natural, que, al parecer, representa a Minerva.

De momento no se encontró la cabeza, pero por fortuna fué hallada después, algo más lejos, y junto con el cuerpo de la estatua ha sido depositada en el gran vestíbulo de las Casas Consistoriales.

El tipo de la escultura es un tanto arcaico, pero su ejecución es notable, su conjunto resulta elegante y los ropajes sobre todo están dispuestos con mucho arte y propiedad.

Nada más delicado que los pliegues de la túnica que caen desde la cintura y la ornamentación del collar, en cuyo centro se ve una cabeza de Gorgona rodeada de serpientes.

La facultad de Letras de aquella universidad hizo sacar inmediatamente copias fotográficas de esa estatua, cuyo descubrimiento ha dado lugar á grandes discusiones entre los arqueólogos de Poitiers.

Según unos, la cabeza debió ser ejecutada por otras manos que por las del artista que modeló el cuerpo y en época distinta que éste; al decir de otros, existe una identidad absoluta de estilos entre ambos fragmentos de dicha estatua.

Hemos de hacer constar, sin embargo, que todos cuantos han examinado la estatua están conformes en atribuir la parte más considerable de la misma, ó sea el cuerpo, al siglo I de nuestra era, como asimismo lo están en ver en ella una reproducción de un modelo más antiguo.

En tanto que la ciencia dice la última palabra acerca de esta controversia entre sabios, el público, indiferente á estas discusiones arqueológicas, acude en masa á las Casas Consistoriales de Poitiers, y los simples aficionados, los que sólo piden á una obra de arte una impresión de belleza, sin preocuparse de conocer la fecha de la misma, se contentan con admirar en aquella hermosa estatua la más preciosa joya de las diferentes colecciones lapidarias de la ciudad y de la Sociedad de Anticuarios del Oeste.



PIETÁ, grabado original de Oscar, conde de Freiburg

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 31 de marzo de 1902 — Núm. 1.057

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ROSALIA, cuadro de Juan Brull (Salón Parés)

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Un escritor festivo, que ya tenía su nombre, ó mejor dicho, su seudónimo, muy acreditado, el señor Martínez Viergol *(Sastre del Campillo)*, se ha revelado como autor dramático en el teatro de Lara.

Caza de almas se titula su primera obra, que ha logrado gran éxito, porque está bien pensada, bien desarrollada y bien escrita. Entre el fárrago de piezas que al cabo del año se representan en los teatros de Madrid, ésta sobresale, y los aplausos prodigados al autor son muy legítimos.

Y hay que añadir que en esta obrita, como en todas las que en aquel teatro se estrenan, la ejecución es primorosa. Difícil es reunir un conjunto de actores más armónico y más completo. La Domus, la Suárez, Leocadia Alba, rodeando á la veterana Balbina Valverde; Rodríguez, Santiago, Montenegro, rodeando á Romea, forman una verdadera compañía modelo. Aun en las piezas que no son del agrado del público, la ejecución hace olvidar los defectos de las obras.

***

¡El Pastor! Era una gran novedad el estreno de esta obra simbólica del poeta Marquina, y yo aseguro que si se hubiese estrenado algunos años antes, habría gustado mucho; pero ahora ya no nos gusta nada, porque estamos tan estragados, tan distraídos, tan mareados con las escuelas nuevas y los modernismos al uso, que nadie sabe por dónde se anda; y el público, entre los horrores del género chico y las insulseces del género novísimo, acaba por ir al teatro, no á juzgar de las obras, sino á pasar la noche, y todo le coge de sorpresa y no le gusta nada.

El Pastor es la obra de un autor joven, imbuído de las modernas ideas de socialismo; un drama raro, algo estrafalario, pero de un verdadero poeta, de grandes vuelos y nobles aspiraciones.

Efecto, sin duda, de la confusión literaria en que vivimos, se ha juzgado á Marquina muy á la ligera, y aun se han burlado algunos críticos y colegas de frases y palabras que no merecían censura.

Por ejemplo, cuando el personaje de la obra desea que los suyos vivan con él

Comulgando en el sol,

no ha dicho ninguna tontería, y sin embargo, la frase se ha comentado con excesivo rigor.

Marquina ha dicho lo que quería decir. Para el vulgo, la palabra comulgar no tiene más que una significación, ó sea la de dar ó recibir la sagrada comunión.

Comulgar es *comunicar*, vivir en común, ser de la misma comunión ó comunicación de ideas, y recomiendo la aplicación de la palabra al amigo Pagés, que está publicando un notabilísimo Diccionario.

Millares de veces se dice en la prensa «ser de la misma comunión política.» Antiguamente se llamaba *comunicar* á lo que hoy se llama *comulgar*, ó recibir la sagrada forma. Al desear que los hombres vivan *comulgando en el sol*, el joven autor ha querido decir, «viviendo en común en el sol;» ¿no es esto, Sr. Marquina?

Sin fijarse en el verdadero sentido de la frase, se comentó ésta durante dos ó tres días en Madrid, y en círculos literarios, que es lo peor. Antes de reirse, vale la pena de observar si lo que censuramos merece la risa.

El Pastor pasó y desapareció; pero esto no debe desanimar al fogoso y entusiasta poeta, que tal vez en *Emporium* se desquite. Oí leer el libreto de esta ópera, que ha puesto en música Morera, y es un hermoso poema.

***

En el espacio de quince días, los hermanos Quintero se han hecho aplaudir dos veces. *Los piropos* y *El flechazo* son dos entremeses, ó diálogos, ó como quiera llamárseles, llenos de gracia, de viveza y de animación. En este género de obras de la tierra no tienen rival, y siempre van sobre seguro. Tienen muchos enemigos, más que de su gloria, de su dinero, porque desde que se empezó á decir que ganaban mucho, todos los que no tienen condiciones para ganar lo que ellos, les miran con malos ojos; pero eso debe serles indiferente mientras conserven la frescura y la gracia de aquella tierra de María Santísima donde nacieron. Mil enhorabuenas.

***

Es muy difícil hacer una buena refundición, y muy grave poner las manos en obras de autores inmortales. Hay en esto una responsabilidad literaria enorme, y es preciso que el que emprende trabajo tan ingrato y tan difícil, tenga, además de un conocimiento grande del teatro, una conciencia literaria muy estrecha.

La moza de cántaro es una de las comedias más hermosas de Lope. ¡Tiene tantas, ya casi olvidadas y apreciadas únicamente por los aficionados á la lectura de cosas antiguas!

Desenterrar una de esas obras, volverlas á la escena purgadas de las inverosimilitudes y dificultades que el público de hoy no toleraría, es obra meritísima, y D. Tomás Luceño la ha llevado á cabo con singular acierto. El éxito ha correspondido al trabajo, y *La moza de cántaro*, primorosamente interpretada por Carmen Cobeña, hace las delicias del público del teatro Español, incluso el de los días de moda, que es cuanto puede decirse, porque es público aparte, difícil en prestar atención y siempre dispuesto á que no le gusten las obras. Sin duda como paga muy caro, es muy exigente.

***

Otro poeta venido de Cataluña, como Marquina, ha estrenado en la Comedia un drama titulado *¡Libertad!*, escrito primero en catalán y traducido al español por Benavente. Este poeta es Santiago Rusiñol, que merece mención especial en esta crónica.

Santiago Rusiñol es un artista de cuerpo entero, pintor, poeta, escritor, autor dramático, amigo de la humanidad; vive por el arte y para el arte, y tiene una nota personalísima; en una palabra, es alguien, y sea lo que sea lo que pinte ó escriba, no se parece á nadie en la concepción ó en la factura.

Vuelvo á repetir lo que al principio dije: en Madrid vivimos distraídos, estamos demasiado acostumbrados á lo que se llama los viejos moldes y aun no enterados de lo que es la evolución; de donde resulta confusión en los juicios, atontamiento en el espectador, que hoy ve una zarzuela clásica detestable y muy aplaudida, y al día siguiente un drama á la moderna casi siseado. La población literaria es muy reducida, el vulgo muy numeroso, y todo el que intenta algo que sale de lo vulgar corre peligro.

Libertad les ha parecido á los madrileños un drama *extraño;* y aquí en diciendo extraño, ya no hay remedio; como si en toda novedad no hubiese algo que causara extrañeza.

Rusiñol es un artista; y como los artistas de veras son muy raros, con todos los defectos que tenga su drama hay que oirlo ó leerlo con respeto.

La manta zamorana se titula la zarzuela estrenada en el teatro de la calle de Jovellanos; y aunque el libro no tiene nada de particular, ha servido para que el viejo maestro Caballero nos pruebe una vez más su gran talento musical, la frescura que conserva á la edad en que otros ya no producen nada, la elegancia personalísima de este compositor con personalidad tan grande y sello propio. ¡Con qué gusto le aplaudió el público al verle aparecer en el palco escénico al final de la obra! Era algo así como un aplauso á maestro de tan gloriosa carrera, al autor eminentemente nacional de *Luz y sombra, El loco de la guardilla, Los sobrinos del capitán Grant, El dúo de la Africana.*

— ¡Estos hombres no deberían morirse nunca!, decía un espectador entusiasta.

— Don Manuel Fernández Caballero no morirá, le dije á mi vecino.

Podrá decir como el antiguo: *Non omnis moriar*, no moriré del todo...

***

Volvió de Barcelona Ceferino Palencia y nos anuncia una campaña artística de tres meses que promete ser muy lucida, porque este autor empresario es muy activo, muy inteligente, muy amante de todo lo que se refiere al teatro, y además tiene muchas obras en cartera. Y como las obras son las que hacen las temporadas, con una sola que resulte, la empresa Tubau-Palencia ó Palencia-Tubau no necesitará más.

Así en este teatro como en los demás, incluso el Real, se confía mucho en las fiestas de mayo, y creo que los empresarios se equivocan.

A mediados de aquel mes, hace ya mucho calor en Madrid, y al público no le gustará encerrarse en los teatros por las noches. Además, los forasteros preferirán ver las iluminaciones, la feria, todo lo que haya que ver al aire libre. El tiempo me dará la razón. No es el mes de mayo el más á propósito para oir comedias ó dramas. Es el mes de los circos y de los aguaduchos, de los teatros de verano y de las cenas en los Viveros.

***

Comienza á hablarse del veraneo de las compañías madrileñas. Se dice que la de Lara se irá á San Sebastián y la del Español á Barcelona.

Este último *se dice* puede convertirse en rotunda afirmación. Thuiller va al teatro de Eldorado á pasar los meses del verano y poner en escena las obras que ha estrenado la compañía del Español durante este invierno.

Hay una novedad, y es que Thuiller y la Cobeña se separan, y la primera actriz de la formación del verano será Matilde Moreno. Carmen Cobeña, con Agapito Cuevas, se va por otro lado. De Donato Jiménez no se sabe con quién se va; pero como donde quiera que esté será la cabecera, va siempre sobre seguro. Lo que hay que desear es que este actor, verdadera institución en el teatro Español, se una el año próximo á Fernando Díaz de Mendoza y María Guerrero, y no nos prive de su presencia en el primer teatro de España.

La señora Cobeña de Oliver ha pasado en la última quincena por una de esas terribles pruebas á que están constantemente sometidos los actores y actrices. Con su madre moribunda, con su madre muerta, ha tenido que trabajar y presentarse al público. *Cuarenta y ocho horas* nada más ha tenido de tregua su dolor. ¡Qué triste vida la del actor! Para él no hay probabilidad de llorar á solas la muerte de los seres más queridos. Recuerdo aquel año en que el popular gracioso Mariano Fernández perdió dos hijos en el espacio de veinticuatro horas, dos hijos mayores de edad..., y con los dos cadáveres de cuerpo presente tuvo que salir á cantar coplas festivas en una comedia de magia...

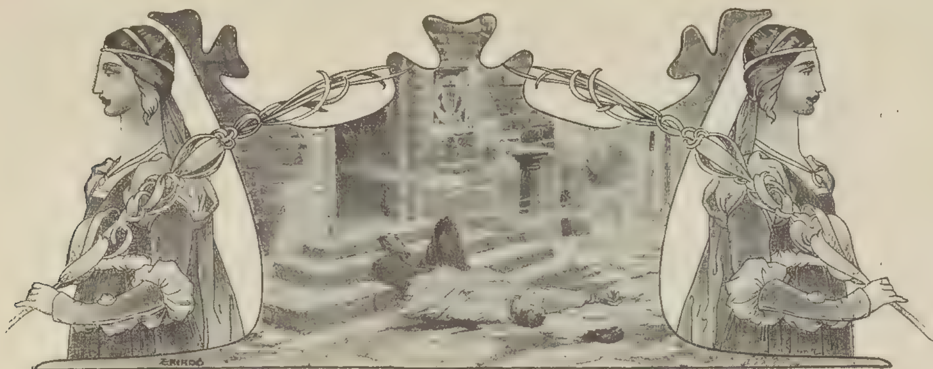
Y luego dicen que la vida del teatro es muy alegre, muy divertida... No conozco esclavitud más grande.

***

El homenaje á Vico en el teatro Español resultó muy solemne y muy delicado. Se representó un acto de *García del Castañar*, suprimiendo la figura del personaje que tan admirablemente interpretaba el inolvidable artista, y oyéndose á lo lejos la réplica. Los actores y actrices derramaron flores ante el busto de Vico, y los alumnos del Conservatorio cantaron un coro.

El teatro estaba lleno, y el público agradeció á la dirección el culto rendido á la memoria de actor tan grande y tan irreemplazable.

EUSEBIO BLASCO.



¡CRISTO!

En la fresca y alegre portada de la primavera, cuando los campos sacuden el amargo sopor del invierno y se coronan los setos de flores matinales y se pueblan los bosques de trinos y de arrullos, pasa sobre la tierra como un soplo de intenso lirismo la emoción de la tragedia angusta que abrió desde las cumbres del Calvario los horizontes de la redención y la misericordia.

Sobre la tierra que renace, créese ver discurrir al Hombre-Dios, llevando en la frente inspirada la melancolía sublime del martirio y en el corazón la ternura inagotable de su doctrina redentora.

Perfumes de nardos y de lirios le circundan, y gallardas palmas color de oro nuevo, que cimbran como el aleteo de los querubes, forman el regio palio de su frente.

La tierra entonces parece inundada por un himno, en el que se confunden rayos de un sol riente, aromas de pasionarias y violetas, églogas que entonan las golondrinas de tradición sagrada, y alientos poderosos de la tierra que se abre á la fecundidad del sol y de la vida.

Sobre las almas, ese arrogante reaparecer de la existencia vierte también consoladora influencia; diríase que en esa época, cuando en los altares y en los campos se eleva hacia la altura el incienso de la oración y de las flores, aquel angusto espíritu de redención y de perdón vierta otra vez un rocío de paz y de amor, que reciben los hombres en el alma. No, no creo equivocarme; en los alegres comienzos de la primavera es de otro modo la existencia, el sentimiento y el corazón de los hombres. Conozco una historia..

***

Siempre había sido Juan un obrero inteligente y honrado.

Quedó huérfano muy niño; su padre, el concienzudo maquinista de la fábrica, murió en una explosión de la caldera; su madre, enferma y anémica siempre, cayó un día en el camastro con un vómito de sangre, y de allí la sacaron muerta para llevársela en el furgón de los pobres.

Todos los viejos obreros de la fábrica recordaban la figura llorosa y pálida del pobre Juanín, con su larga blusa de luto y sus alpargatillas de obrerillo precoz.

Pero el amo de la fábrica era un buen hombre, un honrado trabajador que estaba contento con su gente, y desde el primer día tomó á su cuidado al huérfano.

Juanín no estuvo ya solo; contaba con el afecto de los obreros, que le habían visto nacer; con el de las obreras, que le querían, y con el del amo, que le enseñó á leer y le mantuvo, mientras aprendió concienzudamente su oficio. Al fin resultó un obrero inteligente y útil.

– Tiene á quien salir, decían los viejos trabajadores. Tan avispado es el chico como su padre. Como tornista de hierro y como ajustador había pocos tan firmes y tan duros, y si es para armar un motor de lo que fuere, se las puede haber el muchacho con un ingeniero.

Eran aquellos los buenos tiempos del trabajo, cuando aún no habían cruzado por la endurecida frente del obrero las trágicas ideas de rebelión y de venganza, cuando sobre la tierra se alzaba el himno de los talleres como una plegaria.

Entonces los viejos maestros de un taller daban la alternativa á los obrerillos inteligentes de modo pintoresco y poético; adornado el negro banco del trabajo con ramos de flores, se daba el grado de oficial al obrerillo inteligente con las herramientas de su oficio.

Fiesta gallarda y patriarcal que ha desaparecido y que merece la pena de recordarse.

El nuevo oficial, con su blusa nueva, recibía de los viejos maestros la ruda lima del trabajo, el martillo y la gubia con los mangos vestidos de flores y de lazos.

Le abrazaban después los viejos, entre ruidosas aclamaciones de la juventud trabajadora, y quedaba ya consagrado el nuevo trabajador.

Fué en Semana Santa, un Domingo de Ramos, escogido para la fiesta, cuando Juanín fué graduado por los maestros de su taller.

Terminaron las expansiones alegres, y nuestro héroe salió contentísimo de la fábrica, llevando aún en la correa que ajustaba su blusa nueva las herramientas floridas que recibiera.

Era feliz y andaba lentamente, mirando á la cara de los transeuntes, como si quisiera comunicarles su rebosante dicha.

Llevaba todavía en la callosa mano una pasionaria que recogió de su banco de trabajador y meditaba regocijadamente en su porvenir...

¡El grado! Esto suponía una vida nueva, la entrada en una fase vigorosa; ya él era un hombre, un ser útil á la humanidad y á sí mismo. Ya podía, como los otros, tener una esposa que alegrara la soledad de su casita con deleitoso charloteo de pájaro, y luego unos hijos que le esperaran bulliciosos y sonrientes á la vuelta del ímprobo y terrible trabajo diario...

¡Oh! ¡Necesitaba decírselo á alguien, depositar en algún espíritu bueno aquel torrente de ventura que le inundaba el pecho! Pero ¿á quién? Era huérfano...

Se detuvo, envuelta su frente dura y pensativa por la luz pura y radiante del Domingo sagrado, con su rosa pasionaria todavía en la mano callosa. Y volvió á ver á sus padres, al fuerte y honrado maquinista destrozado por la explosión del hierro candente, á su madre, muerta de anemia y de pena...

Pues á ellos: ¿á quién mejor comunicar lo que era, lo que hubiera hecho por ellos, si vivieran aún?...

Y guiado por un aroma de incienso que le penetraba el espíritu, entró en una iglesia... ¡Cristo, era la de su barrio!

Allí le llevó su madre siendo niño á todas las solemnidades del año; recordaba sobre todo los Domingos de Ramos; sobre las palmas numerosas y las olivas de paz, flotaban las nubes del incienso como velos de tisú y los cantos litúrgicos parecían hender la resonante bóveda como rasga un rayo de sol las plomizas nubes del otoño.

Trascendía el ambiente á incienso y á flores; y en lo más alto del altar, y esto no lo olvidaba nunca, un Cristo enclavado en la cruz, pálido y herido, parecía abrir sus brazos á la humanidad y perdonar el duelo y el delito con su boca entreabierta y agónica.

***

No se sabe de dónde, porque no fué de nosotros. Aquel trágico huracán de rebelión y de cólera vino de lejos; de aquellos sombríos países donde el sol no alumbra y donde el hombre se retuerce en desesperadas locuras.

Pero aquella ola negra lo invadía todo; los talleres se cerraron, la rebelión desmelenada rugía en las calles y sobre los muros de los palacios saltaban salpicones de sangre.

Juan, el inteligente obrero, no los entendía: «¿Qué quieren, adónde van por ese camino? ¡No son los de antes!»

Y era el Domingo Ramos, cuando él hacía como siempre su visita infantil al Cristo de los brazos abiertos y de la boca exangüe y perdonadora.

En la ciudad sonaban repetidamente las furiosas descargas de la tropa á los gritos de la rebelión enloquecida.

Entonces vió llegar hasta él á un obrero, casi un niño; la ropa desgarrada, los ojos hirientes, de fiera acorralada y perseguida.

– ¿Qué has hecho?

– ¡He matado, me persiguen!

En la puerta se agolpaba un piquete, vociferando y rugiendo.

Juan miró al Cristo, al Cristo de su niñez y de sus amores y dijo al obrero:

– Quédate.

Salió al vestíbulo, abrió los brazos; recibió una descarga en el pecho y cayó ante la puerta, con los brazos abiertos y con la boca entreabierta, agónica y perdonadora.

Aquel pobre Juan entendía así á su Cristo, entendía así la Semana Santa.

ADOLFO LUNA.

(Dibujo de Triadó.)

EL ANGEL DE LA MISERICORDIA

CUADRO DE HAL HURST

(Véase la pág. 220 de esta ILUSTRACIÓN)

El eminente pintor inglés Hal Hurst es, aparte de un gran técnico, un pensador profundo. Comenzó su carrera tratando escenas de costumbres irlandesas, y su permanencia en aquel país, la contemplación de tantos cuadros de miseria y sufrimientos como allí se desarrollan, le indujeron sin duda á pensar que el artista tiene una misión más elevada que la de recrear los sentidos y que su pincel puede emplearse en una obra más digna y más noble. Solicitado por varios editores norteamericanos, pasó á los Estados Unidos con ánimo de permanecer sólo una corta temporada; pero las proposiciones que aquéllos le hicieron fueron tan tentadoras, que se quedó en el Nuevo continente cinco años, regresando después á Inglaterra, en donde las principales galerías se enriquecieron con obras suyas, que también son muy estimadas en el extranjero. Su cuadro *El Angel de la Misericordia* es una prueba elocuente de lo que antes decimos acerca del modo de ser de este pintor: hay en él todo un drama y una hermosa enseñanza; el drama se adivina con sólo contemplar á aquella mujer que yace exánime junto al río, bajo cuyas aguas aparece la imagen del niño que le recuerda su culpa y tal vez su delito; la enseñanza está en la preciosa figura del ángel misericordioso, que acoge bajo su protección á la desdichada arrepentida, cuando el mundo la ha despreciado y la sociedad la ha arrojado de su seno, sin tener en cuenta que por encima de sus fallos hay un Juez Supremo que, si es eminentemente justiciero, es también eminentemente piadoso.

LA GOMBA

Así se llama un baile paraguayo que toma su nombre del instrumento con que se acompaña, no menos típico que la danza de referencia.

La *gomba* es algo así como un tronco hueco ó una barrica cubierta con una piel muy estirada; algo como nuestras zambombas de Noche Buena.

Se toca dando golpes sobre tan extraño instrumento con ambos puños en los más grandes y con unos palillos en los pequeños.

La *gomba* tiene su origen en las costumbres primitivas de los *guaraníes*, los primeros pobladores del Paraguay, los señores libres del campo, los indios que levantaban sus tolderías á orillas de la laguna Ipacaray, los arrogantes *mba ydes guazú* que corrían por aquellas cordilleras llenas de cocoteros y de palmeras, por aquellas hermosas orillas cubiertas de *amanbays* y de juncos, adonde iban á apagar la ardiente sed que sintieran en aquellos parajes, que parecieran caldeados por una inmensa hoguera que abrasase la tierra é hiciera sofocante la atmósfera, tantos *chajìas* y tantos *mutús*.

Mucho de la sangre hirviente, guerrera, de aquellos primeros pobladores del Paraguay se conservaba indudablemente en las venas de los hijos de aquel país que se batieron con tanta fe, con denuedo tan grande y tan delirante entusiasmo en la memorable lucha que se conoce en la historia de la América del Sur con el nombre de la *Triple Alianza*.

Por espacio de varios años, un puñado de paraguayos batalló con indescriptible empuje, haciendo frente á tres naciones, más poderosa y más fuerte cualquiera de ellas que el país pintoresco de la laguna Ipacaray: la Argentina, el Uruguay y el Brasil.

Y volvamos al baile del Paraguay que me ha movido á escribir estas líneas.

Las mujeres son tan sólo las que bailan la *gomba*; esas tentadoras americanas, con sus penetrantes miradas, que dominan y atraen, con su cuerpo flexible, que como las huríes del profeta se presentan en su hamaca con el *tipay* y la sábana de *ñanduty*, especie de encaje de espuma que cubre sus carnes, aunque no en su totalidad, y dejando entrever bellezas de formas que envidiaría para dejarlas grabadas con su buril el más exigente escultor.



El Angel de la Misericordia, cuadro de Hal Hurst

Las paraguayas en esos trajes, que se conservan todavía, siquiera no sea su número tan grande, semejan esas hadas que cantan en sus sueños de fantasía y de inspiración los poetas; mujeres vaporosas, llenas de toda la atracción del encanto; el idealismo más bello, realzado por una seductora verdad.

La *gomba* tiene mucho en sus movimientos de la danza india.

Las bailadoras saltan que es un primor, dan vueltas y se agitan de una manera extraordinaria.

Los hombres las contemplan con los ojos atentos á los menores movimientos de ellas, que rivalizan en resistencia.

Bailan sin más descanso que unos paréntesis, hechos para beber algunos tragos de caña, y prorrumpen de vez en cuando en vivas á San Francisco, el santo en cuyo honor se verifica la fiesta proverbial de la *gomba*, que tiene mucho seguramente de las antiguas religiosas de los pueblos paganos.

Substitúyase al ídolo por un santo; modifíquense un poco los movimientos de los bailes de aquellas fiestas sacras y semi-sacras del paganismo; trasládese el lector al patio de un rancho del Paraguay, y tendremos punto menos que aquellas solemnidades místicas de que nos habla la historia antigua.

De rato en rato se hacen los honores al *lunch*, vamos al decir, y los jóvenes ofrecen roscas de maíz á las pollas, alternándolas con un poco de caña y otras menudencias tónicas, y hasta si se quiere con algunas refrescantes también.

Y digo si es necesario esto último sobre todo, porque imagínense ustedes lo que será bailar y agitarse en una tierra abrasada por el sol de los trópicos, que apenas si permite que las damas de alcurnia lleven un ligero vestido de seda.

Y á las copas de caña siguen las de licor de vainilla, y á ésta las lisonjeras frases de los galanes y las miradas expresivas y prolongadas de las jóvenes, que entre la agitación del baile y la que experimentan á las veces por la presencia de algún dueño adorado, se emocionan tan grandemente.

Es muy de ver á las interesantes hijas del Paraguay, de tez trigueña y un tanto pálida, negros y hermosos ojos, abundante cabellera, labios sonrosados y frescos, bailar la *gomba* con un afán indescriptible, parecido al vértigo con que baila la europea el vals corrido.

El Paraguay es un país interesante por más de un concepto, y al viajero que lo visita, todo le atrae; su espléndido cielo; su sol tan radiante; sus costumbres; su corta, pero gloriosa historia, llena de rasgos de un heroísmo numantino; sus mujeres, llenas de



En la pradera, cuadro de D. Rafael Correa



Soledad, cuadro de Juan Kraus

fuego, de belleza y de vida; su rica vegetación; sus hermosos ríos, á cuyas orillas crece el bambú; sus fiestas, y su clásica *gomba*.

Nada por otra parte más fantástico que la leyenda de la laguna Tapaicuá, que la forma el riachuelo cuyas aguas descienden de las cumbres del cerro Ibu y la reunión de arroyos tan importantes como el de San Lorenzo y el Jukyry, que se extienden por un espacio de cuatro leguas desde Tacuaral hasta más allá de Areguá, donde nace el Salado, que va al Paraguay.

Dice la tradición que la laguna Tapaicuá, charco en un tiempo, creció una noche y sepultó en sus aguas á una porción de indios que vivían por allí entregados á los vicios más feos; catástrofe horrible que juzgaron los naturales del país como un justo castigo á la perversión de aquel pueblo, que sucumbió de pronto, de sol á sol, cuando dormía tranquilamente ó se entregaba tal vez á sus apetitos nefandos.

Y como quiera que se oyen de cuando en cuando por la noche ruidos y rumores muy raros, muy semejantes á la detonación lejana de un cañón, de ahí que la superstición de los indios se robusteciera y creciese, y que, tomando aquellos sonidos por la voz de los dioses indignados que profetizaban el exterminio próximo y total de los guaraníes, huyeran despavoridos, si por acaso alguno se acercaba á pescar en las fatídicas orillas de la laguna Tapaicuá.

Cuando el viajero, al visitar el Paraguay, pequeño por su extensión, grande por el aliento de sus hijos, gigante por sus hechos hermosos, mira una cicatriz, un miembro mutilado, un rostro curtido, una cabeza blanqueada en edad prematura, al acordarse de la última guerra experimenta una sensación inexplicable, y el primer movimiento instintivo es llevarse la mano al sombrero para saludar con veneración á un esforzado patriota, á un héroe legendario, que hermosea muchas veces una belleza femenil porque el soldado ha sido una mujer, de las que se formaron batallones completos; una mujer con toda el alma de los países americanos, con la misma que en la fiesta de San Francisco baila la *gomba* al son del instrumento de este nombre, con el mismo ardor con que se arrojó sobre el enemigo en la lucha, al sonido de los clarines y al estruendo de los cañones.

P. Sañudo Autrán.

EL DULCE ENEMIGO

El rey de Pimpinópolis, Bombonio V, era un modelo de príncipes: su reinado deslizábase plácido; los cronistas no tuvieron cosa mayor en que emplear sus plumas de ave, porque una paz octaviana y un bienestar ilimitado fueron los sostenes del trono.

Pero Bombonio era acérrimo partidario de la Estadística, hasta tal punto, que podría dar ciento y raya á su inventor el ilustre economista Archeval: pasábase las noches en claro registrando en libros enormes las notas que durante el día le facilitaban los encargados de fisgonear cuanto de notable ocurría en Pimpinópolis: labor agria y penosa para el soberano estadista, porque los balances repetían con pasmosa regularidad un día y otro día un número aproximado de cosas y casos idénticos.

Arrojaban una cifra deplorable por lo exigua los hechos heroicos y las acciones impulsadas por la virtud, el altruismo ó la abnegación.

En cambio, los crímenes, las ruindades del alma, los actos viciosos, crueles, originados por pasiones bastardas, tenían sumandos desconsoladores.

Bombonio, después de hacer más sumas, restas y multiplicaciones que un escribiente del Censo, concluía siempre, en vista de los resultados, por suspirar con mayor tristeza que dama despechada:

– Es horroroso lo que en mi reino ocurre, decíase mientras que su mano sostenía su realísima calva. Todos me consideran y estiman como un príncipe sabio y prudente; más aún, como un padre celoso del bienestar de sus hijos; yo me afano por dictar leyes humanas y previsoras: quiero que impere la virtud, que forzosamente ha de descansar en una moral catoniana; desterrar el vicio; arrancar de raíz las malas pasiones, cizaña que al enseñorearse del corazón mata en germen los más nobles impulsos; en una palabra, pastor de un gran rebaño, ansío encerrarle en el redil del bienestar, y no obstante, veo que á diario se me descarrían sinnúmero de ovejas y corderos.

Punto más, punto menos, tales vienen á ser las reflexiones que una noche y otra noche hacíase el buen rey, hasta que harto ya y apesadumbrado de lo inútil de sus esfuerzos en pro del bienestar de sus súbditos, quiso pedir consejo á Pilónidas, un filósofo que era tenido como el varón de mayor sabiduría, sagacidad y prudencia que había en sus estados.

Introducido en la regia cámara, previos los saludos de rúbrica, Pilónidas, que no era corto de genio ni de barbas, pues las tenía tan largas y cerdosas como crines de caballo, dijo:

– Señor, un criado parlanchín de tu palacio, siempre fueron parlanchines los criados, me ha dicho cuál es la causa de tu preocupación y el porqué de mi llamada: aquí me tienes, te escucho.

El filósofo tiróse bizarramente de las barbas, como si esto fuera cosa obligada para hacer más solemne el final de su lacónico discurso.

– Puesto que conoces el porqué de tu llamada, no ignorarás cuál es el enemigo que debemos combatir, indicó el soberano con benévola sonrisa.

– Señor, no lo ignoro: por algo se han quemado mis pestañas con la lectura de sinnúmero de pergaminos y librotes. La mayoría de las cosas que ocurren en este planeta, obedecen á un *alma mater* ó *Deus ex machina*, como mejor te parezca, que se llama Cupido, según los mitólogos, y Amor, según el vulgo. Por este amiguito hacen los mortales cien mil bobadas más ó menos reprensibles: por una pasión amorosa, se roba, se mata, se asesina, se llega á lo sublime, á lo heroico, á lo ridículo, á lo trágico, á lo bufonesco... Reyes y pastores, hombres talentudos como un Platón ó un Sócrates, y hombres con igual seso que el de los asnos, todos, como si fueran nueces de un mismo árbol, caen revueltos y confundidos en el saco amoroso

que contra muerte y amor
nadie no tiene valía,

que dijo un buen poeta de la tierra hispánica.

Aquí, el sabio largóse otro tirón de barbas.

– Mis trabajos estadísticos confirman, Pilónidas, tu aserto: la mayoría de los hechos graves que se registran en mis dominios...

– Y en todos los dominios de la tierra, interrumpió el filósofo.

– Bueno, y en todas partes, prosiguió Bombonio, tienen su origen en ese maldito niño vendado... Hora es ya de poner coto á sus desmanes.

– *Impossibilium obligatio nulla*, ó lo que es lo mismo, en vulgar romance, «nadie está obligado á lo imposible,» arguyó sentenciosamente Pilónidas; pero, en servicio tuyo, intentaré remediar el mal. Dame de plazo un año para resolver este asunto, y de poco ha de servirme mi ciencia si no hallo la solución.

Con estas palabras, dichas con la entonación enérgica del que tiene gran seguridad de cumplir lo que ofrece, dióse por terminada la conferencia; que en Pimpinópolis la gente gusta en su oratoria de una recomendable sobriedad.

Pilónidas, como si quisiera reconcentrar todo su espíritu en la prosecución del medio de que podía servirse para contrarrestar el poder del hijo de Venus, estuvo unas cuantas semanas encerrado en su gabinete de estudio. Un día, después de sonreirse satisfecho, salió de su domicilio, dispuesto á celebrar una entrevista con Bombonio V.

– Señor, dijo al verse en su presencia, no creo que los verdaderamente sabios gusten de alabanzas que no valen más que el tintineo de los cascabeles; pero has de prodigármelas al saber que he encontrado el medio de reducir á nuestro enemigo, el cual ha tenido la osadía de colarse en mi propia casa.

– ¿En tu casa?, preguntó el monarca.

– Señor, todo aquel que sea padre de una hija debe esperar tamaña osadía. Como no ignoras, mi Bertulia frisa en los diez y seis años: está en el hermoso instante de la vida en que las mujeres, como las flores, entreabren su virginal capullo para recibir el cálido beso del astro rey... Aquí el corazón ha empezado á hacer de las suyas y el sol es un apuesto mancebo de tu guardia... Pero esto es cosa secundaria para el asunto... Por ahora, lo importante es que autorices con tu firma esta orden.

El filósofo presentó al rey un papel escrito en el que se leía: «En Mi servicio y en el del reino, procédase á la detención de la persona que designará Pilónidas, encargado de ejecutar esta Mi Real Orden. – Dado en Palacio, etc.»

Firmó el rey, y Pilónidas, rebosante de gozo, recogió el documento y salió de la cámara para ir á avistarse con el Jefe de policía.

. . . .

El mismísimo Amor en persona fué aquella noche conducido á la cárcel entre una nube de polizontes, como si se tratara del más empecatado criminal: á la espalda llevaba el lindo mozo el carcaj, uno de los guardias el arco y otro las áureas saetas.

Habíanle dado caza ignominiosamente en el domicilio del filósofo.

Rondaba el hijo de Venus el jardín, donde á la desmayada y melancólica luz de la luna, la más grata y propicia para el Amor, iban á cambiarse por vez primera dulces juramentos entre la hija del filósofo y el apuesto mancebo de la guardia real.

Prevenido tenía su arco el más revoltoso rapaz

que al mundo asombrado tray,

según el clásico. Decidido era su empeño de dejar bien clavado el dardo mágico en el corazón de ambos jóvenes, empeño nobilísimo en quien tan grandes desaciertos y tracamundanas comete á diario, puesto que en tal ocasión parecían pintiparados el galán para la dama y *viceversa*.

En el preciso instante en que la cuerda del arco vibraba tensa, interrumpió el disparo y el idilio el antipático papá de la niña y los no menos antipáticos polizontes que le acompañaban, los cuales con la brutalidad con que se arrojarían sobre un osado bandolero, ¿qué saben los policíacos de achaques de Amor?, maniataron á Cupido y sopláronle lindamente en un calabozo, quedándose muy satisfechos y orgullosos de su hazaña.

Los novios, ¡infelices!, llenos de susto y sobresalto por la inesperada presencia de Pilónidas y sus secuaces, no pudieron comprender la sardónica risita con que el filósofo veía alejarse á Cupido, y menos aún esta frase: «La paz reinará sobre la tierra.»

Ocho días después de la famosa detención, Pilónidas visitó á Bombonio, el cual, en el punto y hora en que entró el filósofo hallábase como ensimismado en la lectura de un infolio cuyas páginas ofrecíanse llenas de guarismos.

– *¡Valete et plaudite!*, empezó diciendo Pilónidas acariciándose las ásperas y luengas barbas.

Y al observar el gesto con que Bombonio recibía sus palabras, murmuró en tono de amargo reproche:

– ¿Aún no estás satisfecho de mis gestiones?.. ¿No reina la paz en Pimpinópolis de ocho días á esta parte?.. Supongo que los sumandos de hechos reprensibles habrán aminorado de una manera portentosa...

– Sí, afirmó irónicamente el rey, no pasa nada en los ámbitos de Pimpinópolis... Todo quieto y pacífico, eso sí; pero tanta calma y tanta paz me aterran, porque ocultan algo insólito que ha de estallar violento y terrible. Desde que el Amor se halla encarcelado, recibo millares de solicitudes para que le devuelva la libertad; las mujeres ponen el grito en el cielo, los hombres vociferan: mi autoridad rueda por todos los pueblos y se mofan de mi previsión, que acusan de tiranía insoportable; los maridos empiezan á olvidarse de sus deberes conyugales, los jóvenes miran á las muchachas casaderas como tú y yo podríamos mirar á las estatuas de mi parque; empiezan á reemplazar al Amor el juego y la gula y se inician vicios espantosos. En una palabra, tú y yo hemos hecho una solemne tontería. Es preciso que lo reconozcamos así, aunque padezca algo nuestro amor propio. Muchos males ocasiona el hijo de Venus, pero son peores los que se avecinan suprimiéndole... Es un mal necesario... Está visto que sin él la vida se hace imposible, monótona; imperarán todos los vicios, y el globo terráqueo se convertirá en un montón de ruinas.

Pilónidas, que había escuchado estas amargas reflexiones de su soberano, dándose fuertes tirones de barbas, masculló:

– Efectivamente; peor que la dolencia es el remedio. Tú y yo, demasiado optimistas y crédulos, pensando hacer un gran bien hemos cometido una gran majadería... Y yo más que tú, porque he hecho víctima de ella á mi Bertulia. Hay que reconocerlo; suprimido el Amor, suprimimos el motor de la maquinaria humana.

– No quiero cargar con tamaña responsabilidad, indicó Bombonio. Vete á la cárcel y liberta al Amor.

Iba á cumplir Pilónidas la orden, cuando penetró en la regia cámara convulso y azorado, el alcaide de la fortaleza que servía de prisión al revoltoso rapaz.

– ¡Señor, estoy desolado!, dijo el buen hombre cayendo de rodillas á los pies de Bombonio.

– ¿Qué ocurre?..

– Que el Amor se ha escapado del calabozo... Aquí tienes, señor, un papel que el preso te ha escrito antes de su evasión.

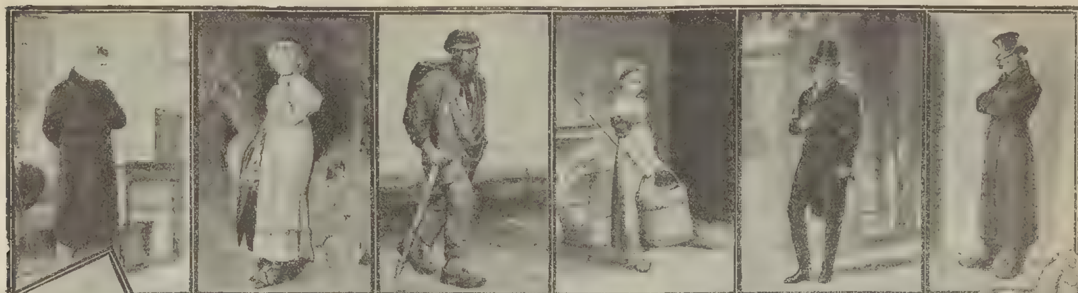
Pomponio leyó lo siguiente:

«Amado príncipe: Eres un bobo; el carcelero, á cambio de una de mis prodigiosas saetas para rendir el pecho esquivo de su adorada, me ha franqueado las puertas de mi prisión.

»Para mí no hay cárceles más seguras que el pecho de las mujeres hermosas. Tu servidor. – Cupido.»

A la conclusión de la lectura, Pilónidas tenía lágrimas en los ojos: tan furiosamente se había acariciado las barbas.

Alejandro Larrubiera.



TIPOS DE LA NOVELA «LOS MISERABLES,» DE VÍCTOR HUGO, dibujo de Brion

ALGUNOS JUICIOS

ACERCA DE VÍCTOR HUGO

Con motivo del centenario del natalicio de Víctor Hugo, el diario parisiense *Le Figaro* solicitó de los más ilustres literatos franceses y extranjeros su opinión acerca de la obra del inmortal poeta. Las primeras personalidades de la literatura europea contemporánea respondieron al llamamiento del popular periódico, el cual ha formado con los trabajos recibidos una información interesantísima, que ha publicado recientemente.

De ella tomamos los siguientes juicios:

«Imaginaos el siglo XVII sin Racine, el XVIII sin Voltaire y el XIX sin Víctor Hugo, y cada una de estas épocas literarias perderá su atmósfera propia. La obra de Víctor Hugo envuelve, sostiene y explica todas las de sus contemporáneos. – GABRIEL HANOTAUX.»

«Víctor Hugo no ha sido sólo el poeta más grande del pasado siglo; ha sido algo más que esto. Se ha consagrado siempre á las grandes causas desconocidas, amenazadas ó vencidas; siempre ha glorificado el derecho, la justicia, la libertad. Y cuando se mira desde lejos y desde lo alto esa obra inmensa, se ve que ha sido sobre todo una obra de paz, de misericordia y de bondad. Pablo de Saint-Victor ha dicho con razón que *la piedad fué la virtud del genio de Victor Hugo*. – LUDOVICO HALEVY.»

«Es el padre y el maestro, y ha realizado el problema de ser á la vez el jefe y el sostén, el que guía y el que consuela, aquel en quien se encuentra la fuerza y de quien se aprende la dulzura... A él debo el despertar de mi corazón, la explosión de mi piedad. La lectura de *Melancolía* hizo nacer en mí, siendo aún muy pequeña, un alma fraternal y ese mal divino del cariño hacia los débiles, los oprimidos, los que sufren. Hoy exijo la justicia, pero por él he soñado con la bondad. Y quisiera con lo mejor de mi vida formar un ramo para adornar su estatua. – SEVERINA.»

«No sin cierto espanto puede abordarse el estudio de Víctor Hugo, tan grande es, tan multiforme, tan completo, como el mismo siglo que ha ilustrado. Su voz parece llevar en sí el ruido del mar, ese sonido misterioso que nada podría interpretar. En principio, nuestra raza muéstrase desconfiada de todo efecto oratorio, y cuando un poeta extranjero, de un genio sobrehumano, grita como una tempestad y llora como un órgano, cuando sus cadencias tratan de entrar en lucha con los océanos y los campos de batalla y los torbellinos, el oído anglo-sajón, desagradablemente sorprendido, se aparta de él como ensordecido. Pero hoy reconocemos plenamente los títulos de Víctor Hugo para pasar á la posteridad. Con un ademán severo que abarca el mundo, álzase en medio del siglo XIX, encarnando en sí la figura capital de la poesía de la última centuria. – EDMUNDO GOSSE.»

«Víctor Hugo el pensador ya no existe; es más, nunca ha existido sino en la imaginación de algunos admiradores, malos jueces en materia de pensamiento. Pero Víctor Hugo el poeta es eterno, es realmente el coloso desnudo que Rodín ha soñado. Como en sus formas gigantescas no ostenta oropel alguno, los cambios de la moda no pueden afectarle. Su fórmula psicológica es única en literatura: Víctor Hugo es el visual más potente de cuantos conozco; tiene una megalopsia trastornadora; su mirada interior ilumina, abarca los objetos y los agranda en proporciones apocalípticas. Su emotividad es de tal modo violenta, que hace pensar en los terremotos; su amor y su odio, su dolor y su alegría se expresan, por decirlo así, catastrofalmente. No hay voz más formidable que la suya; es el bordón de la poesía lírica. – MAX NORDAU.»

«Cuando murió Víctor Hugo, Pablo Bourget escribió: «Crea seres más grandes de lo que son en la naturaleza, más penetrados de simbolismo y en los cuales se encarna la esperanza ó el sufrimiento de una *clase* entera.» Y yo me permito añadir: «Ha creado una obra en la cual se encarna la esperanza de los pueblos oprimidos. Leyendo á Víctor Hugo, ese gran héroe poético de la democracia militante, en cuyos versos se encarnan las ideas de la Revolución, se cree más firmemente en la próxima victoria de la causa de los pueblos. Leyendo á Víctor Hugo, el pueblo tcheque aprende á amar á Francia, esa gran Libertadora. – MANUEL DE CENKOV.»

«Víctor Hugo es uno de los más grandes poetas líricos de la humanidad. En cuanto á lo demás, es decir, como pensador, filósofo, moralista, crítico, novelista, poeta dramático, ocupa una categoría secundaria. – MAURICIO MAETERLINK.»

«Desde mi juventud me he acostumbrado á considerarle como á un semidiós del arte. Después, jamás he sometido su obra ni al análisis, ni á la crítica, porque me habría parecido una profanación. Le admiro; esto me basta. Cuando me siento demasiado atraído por las cosas de la tierra, acudo á Víctor Hugo para que me lleve hasta esas alturas infinitas adonde él se remonta, ora con el vuelo majestuoso del águila, ora con la formidable explosión del volcán. – JOSÉ DE ECHEGARAY.»

«Los grandes sacudimientos experimentados por la tierra han dejado huellas profundas que los siglos no borrarán jamás. Así del paso de Víctor Hugo al través de la humanidad se encuentran por doquier vigorosas señales que hasta el fin del mundo quedarán impresas en las almas. La humanidad es en el mundo como las aguas de un río caudaloso que pasan y pasarán siempre sin detenerse nunca; pues bien, Víctor Hugo ha sido en ese río el prodigioso empuje que haciendo salir las aguas de su cauce, ha inundado toda la tierra fecundándola y fertilizándola. Contemplando las pequeñeces del universo al través del espíritu de Víctor Hugo, todo se nos aparece más grande, más bello, más noble, más sublime, más divino, más infinito. – ANGEL GUIMERÁ.»

«He compuesto una oda pindárica á la gloria del Titán que va á escalar nuestro viejo Capitolio. Un poeta no puede tener sobre este asunto más que opiniones aladas. – GABRIEL D' ANNUNZIO.»



EN LA FRAGUA, cuadro de Federico Keller



INOCENCIA, cuadro de Simón Gómez, propiedad de D. Isidro Llovet

NUESTROS GRABADOS

La división naval austro-húngara en Barcelona.—Durante la semana última ha permanecido algunos días en este puerto la división naval austro-húngara, que manda el contraalmirante Ripper, compuesta de los buques *Monarch*, *Wienn* y *Buda-Pesth*. El *Buda-Pesth* desplaza 5.550 toneladas, su fuerza indicada es de 9.800 caballos y su velocidad de 17'8 millas por hora. Lo manda el capitán de fragata M. Lerch y lo tripulan 409 individuos. El *Monarch* desplaza 5.550 toneladas, sus máquinas desarrollan una fuerza de 8 900 caballos indicados, siendo su velocidad de 17'4 millas. Lo manda M. Frier y su tripulación consta de 464 hombres. El *Wienn* es de igual tonelaje que el anterior, su fuerza es de 8.500 caballos y un andar de 17'6 millas. Lo manda M. Piltrusni, constando su tripulación de 460 individuos. Cada uno



LA DIVISIÓN NAVAL AUSTRO-HÚNGARA EN BARCELONA
El «Buda-Pesth»

de los citados buques monta cuatro cañones Krupp de 24 centímetros; seis íd. de 15 íd., de tiro rápido; 16 íd. de 47 milímetros (sistema Skoda), también de tiro rápido, y dos ametralladoras. Poseen además cuatro tubos lanzatorpedos. Los cascos de dichos buques están pintados de color rojo obscuro; su arboladura consiste en un palo con dos cofas militares emplazado en la parte de proa y un mástil de señales, destacándose en cada uno de ellos, que son de tipo igual y de moderna construcción, una gran chimenea.

La oficialidad de estos buques ha sido objeto en nuestra ciudad de grandes obsequios, entre los que merecen especial mención la recepción en la Capitanía general y la recepción y el banquete dispuestos por el Ayuntamiento.

Rosalía, cuadro de Juan Brull.—La preciosa cabecita que figura en la primera página de esta Revista es digna compañera de aquellas muy justamente celebradas que tan gallardamente retratan el carácter y tendencia del pintor señor Brull y á las que debe, en gran parte, el lisonjero concepto que de la generalidad merece. *Rosalía* se titulaba también la primera que el artista produjo, y que, después de haber sido premiada en la Exposición de 1896, figura hoy dignamente en el Museo municipal de Bellas Artes. En la que motiva estos renglones, como en todas las que ha producido, manifiéstase el modo de ser de Juan Brull como artista y como pintor, ya que cada una de estas producciones revelan delicadeza de sentimientos, cierta ternura soñadora que significa la expresión de un concepto al que sólo puede dar forma quien vive de recuerdos y alienta por perdidos afectos. Y cuenta que las encantadoras cabecitas á que aludimos son infantiles representaciones de expresión ideal, símbolo de ingenuidad y pureza, que el pintor avalora con la suavidad de tonalidades delicadas, sostenidas por una gama que rechaza los efectismos y se armoniza y ajusta al concepto. *Rosalía* formó parte de las varias obras que exhibió en el Salón Parés, algunas de las cuales podremos dar á conocer á nuestros lectores, gracias á la galantería del distinguido artista, á quien felicitamos por la obra realizada, dándole al propio tiempo público testimonio de la consideración que nos merece.

En la pradera, cuadro de D. Rafael Correa.—Muestra de las aptitudes que residen en el ya distinguido artista chileno Sr. Correa ha de considerarse el recomendable lienzo que reproducimos en estas páginas, en cuyo género especialísimo ha logrado ya distinguirse y singularizarse. Su noble empeño de dedicarse al estudio del natural ha producido los lisonjeros resultados que podían esperarse de quien, como nuestro amigo, además de sus cualidades como artista, se distingue por su inteligencia y laboriosidad. El cuadro á que nos referimos es un bonito y acabado estudio, que el Sr. Correa ha sabido llevar á cabo venciendo no escasas dificultades. Así debió comprenderlo y apreciarlo el Jurado de las dos exposiciones en que ha figurado, entre ellas la última celebrada en la vecina nación, figurando actualmente en una de las principales galerías de Nueva York. Plácemes merece el artista chileno, y se los tributamos sin reserva, ya que tan dignamente figura en la pléyade de los que representan el movimiento moderno de su patria.

Soledad, cuadro de Juan Kraus.—De los pintores que se dedican á estudios de animales, unos se fijan únicamente en la parte externa, en la forma de los mismos, al paso que otros, ahondando más, buscan en ellos el elemento psíquico, perdónesenos la aplicación de esta palabra, reproduciendo en la tela los sentimientos que les animan, las pasiones que les agitan, los impulsos que les mueven. El artista alemán Juan Kraus ha adoptado este último procedimiento en el cuadro que en la página 221 reproducimos: perdidos entre nieves, después de haber abandonado la cuadra, esa yegua y su hijo han recorrido montes y valles hasta que el infeliz potro, rendido de fatiga, cae muerto á los pies de su madre. Tratándose de seres irracionales, era difícil encontrar la nota justa que expresara lo que el pintor se propuso decir; pero el autor de *Soledad* ha dado con ella, obteniendo en su bellísima composición el efecto que se propuso, á lo cual contribuye no poco la maestría con que está presentado el triste y solitario paisaje en donde la escena se desarrolla, paisaje que por sí solo encanta por su sencillez.

En la fragua, cuadro de Fernando Keller.—Nada de extraño tiene que los artistas contemporáneos escojan gustosos para sus cuadros asuntos como el del lienzo de Fernando Keller. No se necesita, en efecto, estudiar muy á fondo la sociedad moderna para comprender, dada la actividad industrial de nuestros días, la importancia que tiene todo cuanto se relaciona con el trabajo y con la vida del obrero. Esto aparte del carácter eminentemente pictórico que tales asuntos tienen, bien sea por las condiciones del medio en que se desarrollan, bien por los sentimientos de los personajes que en ellos intervienen. En el lienzo *En la fragua*, que con justicia llamó poderosamente la atención en la última Exposición de Dresde, está demostrado de una manera elocuente lo que dejamos afir-



LA DIVISIÓN NAVAL AUSTRO-HÚNGARA EN BARCELONA
El «Wienn»

mado: el lugar, la escena, los dos trabajadores, son otros tantos elementos á propósito para una obra artística, elementos que el autor ha sabido utilizar con gran talento para su vigorosa composición, poniendo en ella toda la grandiosidad, toda la rudeza de la existencia de los modernos cíclopes. Fernando Keller, director que ha sido durante muchos años de la Escuela de Bellas Artes de Stuttgart, cultiva con igual éxito los más diversos géneros, y así podemos citar, formando contraste con la obra que nos ocupa, un *Sepelio de Cristo* que adquirió la Asociación del Arte histórico de la citada capital y las muy notables pinturas murales que figuran en el Palacio de Justicia de Ulm.

Inocencia, cuadro de Simón Gómez.—Fué el malogrado pintor catalán un verdadero precursor de la pintura moderna: cuando todavía prevalecían los antiguos convencionalismos y el público en general conceptuaba como los mejores á aquellos artistas que más excitaban su imaginación con el efectismo de los asuntos ó más halagaban sus ojos con las brillanteces del colorido, Gómez produjo ya algunas telas en las cuales campeaba aliada con la belleza la verdad. *Inocencia*, cuadro ejecutado en 1879, parece obra de uno de los mejores adeptos del realismo de buena ley que hoy impera en el mundo del arte; hondamente sentida y sobriamente pintada, despierta en nosotros esa emoción estética, que es la prueba más convincente de que el autor ha realizado su misión artística, sin apelar para ello á otros recursos que, si de momento impresionan, en definitiva acaban casi siempre por descubrir toda su inconsistencia.

Cristo en el desierto, cuadro de Briton Riviere.—Hay asuntos que por su grandiosidad no pueden ser tratados de una manera minuciosa y uno de ellos es el que ha servido de tema al pintor inglés Briton Riviere para el cuadro que reproducimos. No hemos de buscar, por consiguiente, en este lienzo la perfección del detalle, sino el efecto del conjunto, y desde este punto de vista merece esta composición las mayores alabanzas, pues así la abocetada figura del Redentor como el paisaje, que el pintor nos presenta en toda su inmensidad, responden perfectamente al pensamiento del autor y á la idea que tenemos formada del episodio bíblico que éste nos presenta.

Bellas Artes.—BARCELONA. – En el concurso de carteles celebrado por la casa Eduardo Roca y Hermano, de Palma de Mallorca, de cuya convocatoria dimos oportunamente cuenta, han sido adjudicados los premios en la siguiente forma: primer premio, D. José Triadó y Mayol; segundo, D. José M.ª Tamburini; tercero, D. Juan Vallhonrat Sadurní. Además se han concedido los siguientes accésit de 150 pesetas á los carteles de D. Ramiro Lorenzale, de D. Francisco M. Roig, de don Manuel González Agreda, de D. Francisco Labarta y Planas y de D. Juan Cardona.

DRESDE. – Grato es para nosotros y para todos cuantos se interesen por el arte patrio hacer constar que en el transcurso del próximo mes de abril se celebrará en Dresde una interesantísima exposición de varios cuadros, verdaderamente notables, del distinguido pintor español José Benlliure. La circunstancia de efectuarse la exhibición en un centro artístico del extranje-



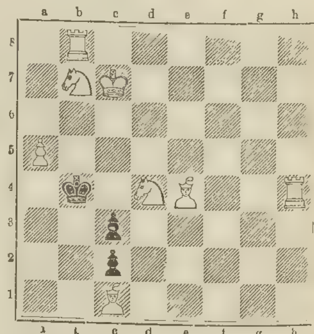
LA DIVISIÓN NAVAL AUSTRO-HÚNGARA EN BARCELONA
El «Monarch»

ro, demuestra el elevado concepto que merece nuestro compañero, el celebrado autor de *La visión del Coliseo*. Y ya que de José Benlliure nos ocupamos y hemos hecho mención de su obra más importante, recordaremos, á modo de confirmación de cuanto apuntamos, que recientemente ha publicado en Munich el conocido crítico de arte Gustavo Floerke una obra asaz curiosa é interesante, en la que figuran varias cartas del célebre pintor Bocklin, apóstol del modernismo alemán, en las que se emiten juicios y apreciaciones acerca de varios artistas, como Menzel, Lembach y otros, y entre ellos José Benlliure, á quien elogia y aplaude por el concepto, el sentimiento y la ejecución del gran lienzo de que hacemos mérito.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 275, POR B. G. LAWS.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 274, POR W. A. SHINKMAN.

Blancas.	Negras.
1. C f 4—d 5	1. R juega.
2. C b 4—d 3 jaque.	2. R juega.
3. C mate.	

VARIANTES

1...... b 2—b 1 ó c 2—c 1; 2. C d 5—e 3 jaque, etc.
1...... e 2—e 1 ó f 2—f 1; 2. C d 5—c 3 jaque, etc.
1...... C juega; 2. C b 4—d 3, etc.

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU

TRADUCCIÓN DE JUAN B. ENSEÑAT.

I

Las funciones de procurador del rey, cerca del tribunal de una gran ciudad del Este, acababan de ser confiadas, á raíz de los motines de 1830, al único descendiente de la linajuda familia parlamentaria de los Bucilly. Las ambiciones de este joven magistrado, bien servidas hasta entonces por su carrera, consistían en llegar á vestir la púrpura de los consejeros. Quizá alguna vez, en los momentos en que la ilusión vence todos los obstáculos, se había visto presidente de Sala. Pero apenas se atrevía á levantar su imaginación á semejante fortuna. Lo más que osaba esperar era un sillón tribunalicio, y después la jubilación, las ociosidades del hombre juicioso en la pequeña finca de Miserey, aldea famosa (en la comarca) por sus vinos incomparables; y finalmente el reposo definitivo en el rinconcito del cementerio en que dormía, desde hacía muy cerca de doscientos años, el hombre ilustre de la familia: Codoero de Bucilly, secretario de Estado de la ciudad libre é imperial, el mismo cuyo nombre se encuentra junto á la firma de Luis XIV, en el acta por medio de la cual Besançon declara someterse al rey de Francia.

Tales eran entonces las miras ambiciosas de un miembro de la magistratura de provincia. Pasar el final de su vida dictando justicia, vestido de toga encarnada, por doscientos luises anuales: he aquí el supremo fin á que habían tendido el esfuerzo del joven Bucilly, su trabajo y sus honradas intrigas cerca de sus jefes directos. No contaba ni con el reclamo de un proceso escandaloso, ni con el apoyo de los políticos, ni con las campañas de la prensa. Incorruptible sin pensar que alguien pueda no serlo, á nadie se le ocurría que pudiese ser corrompido. Sólo el decirlo hubiera sido una blasfemia que hubiese indignado á todo el mundo, sin exceptuar á los que acababa de condenar. En aquel entonces, en que muchas cosas pasaban aún por respetables, nada era tan respetado como la magistratura. En aquella veneración encontraba una razón de ser y una recompensa que hoy le faltan, lo cual constituye una de las desgracias más grandes que puedan sucederle á un pueblo.

Nadie daba tanta importancia á esta consideración como el Sr. de Bucilly, y nadie era más considerado que él. Todo el mundo le saludaba, algunos con cierto temor, pues su severidad en las requisitorias era proverbial. Su elevada estatura, su largo rostro austero y sus patillas cortas imponían hasta á los desconocidos. Fuera de su casa, no se le veía nunca sino revestido de gravedad. Sólo bajo el emparrado de su casa de campo se le oía reir en días determinados. Allí practicaba él los talentos de que estaba orgulloso: podaba sus árboles cuando hacía buen tiempo y traducía á Horacio en los días de lluvia. No satisfecho con traducirlo, le citaba de una manera abusiva. Era éste el único defecto que el peor de sus enemigos hubiera podido echarle en cara. El más venenoso de los periodistas de hoy hubiera buscado vanamente en su vida la más pequeña anécdota capaz de motivar un ataque. Desde su infancia, jamás había dejado de comulgar cada mes. En fin, á dar crédito al rumor público, ayunó á pan y agua el día que se ejecutó á un reo cuya pena capital había pedido.

Su nombramiento de jefe de estrados, puesto en el canastillo de boda de una muchacha pobre con la cual se había casado en la primavera de 1830, le prometía la toga encarnada antes de que cumpliese cincuenta años, cosa rara en aquella época. Pero al destronamiento de Carlos X, no vaciló en presentar su dimisión. Para poner su honor en salvo, consideraba indispensable el sacrificio de su carrera. Si hay quien encuentre inverosímiles semejantes escrúpulos, no tiene más que recordar que aquella bárbara época no conocía los ferrocarriles, ni la electricidad, ni el parlamentarismo. Si necesario fuese, el autor probaría, con documentos irrefutables á la vista, que no pone en escena ningún personaje fabuloso.

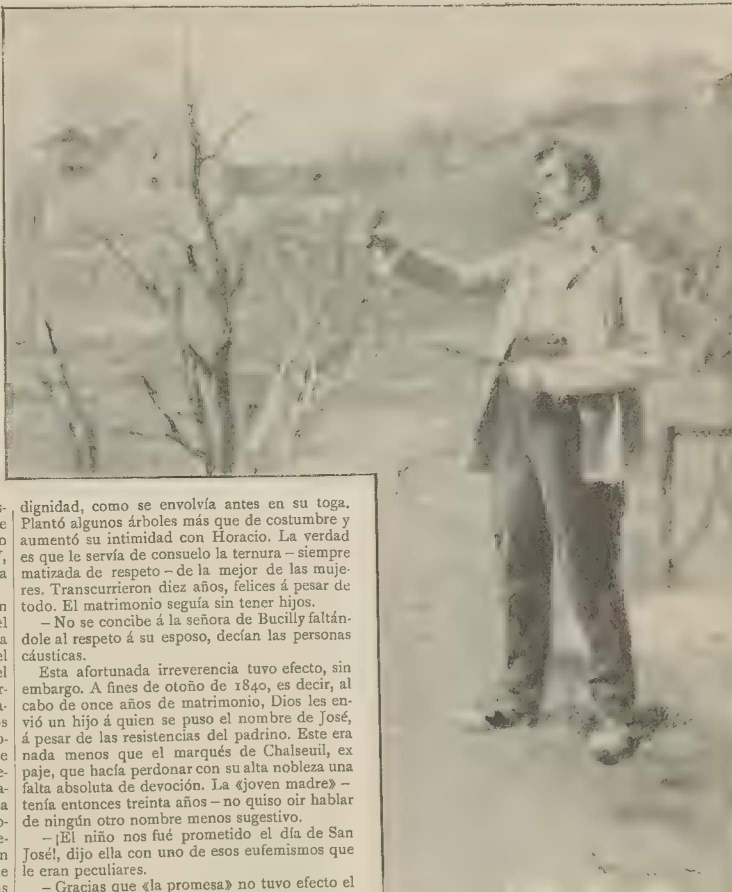
El Sr. de Bucilly, cosa que seguirá sorprendiendo, no escribió en los periódicos para demoler á la magistratura que acababa de abandonar, ni para presentarse candidato de oposición. Se envolvió en su dignidad, como se envolvía antes en su toga. Plantó algunos árboles más que de costumbre y aumentó su intimidad con Horacio. La verdad es que le servía de consuelo la ternura – siempre matizada de respeto – de la mejor de las mujeres. Transcurrieron diez años, felices á pesar de todo. El matrimonio seguía sin tener hijos.

– No se concibe á la señora de Bucilly faltándole al respeto á su esposo, decían las personas cáusticas.

Esta afortunada irreverencia tuvo efecto, sin embargo. A fines de otoño de 1840, es decir, al cabo de once años de matrimonio, Dios les envió un hijo á quien se puso el nombre de José, á pesar de las resistencias del padrino. Este era nada menos que el marqués de Chalseuil, ex paje, que hacía perdonar con su alta nobleza una falta absoluta de devoción. La «joven madre» – tenía entonces treinta años – no quiso oir hablar de ningún otro nombre menos sugestivo.

– ¡El niño nos fué prometido el día de San José!, dijo ella con uno de esos eufemismos que le eran peculiares.

– Gracias que «la promesa» no tuvo efecto el domingo después de Pascua, contestó el Sr. de Chalseuil, porque entonces se hubiera usted visto obligada á poner á la infeliz criatura el nombre de Cuasimodo.



Podaba sus árboles cuando hacía buen tiempo

Sin embargo, el marqués obtuvo que familiarmente se llamase á su ahijado Codoero, en memoria del ilustre antecesor.

Veintitrés años después, Codoero de Bucilly terminaba su carrera de leyes en Dijón, bajo la vigilancia de su madre, viuda desde hacía mucho tiempo. De él vamos á hablar en adelante.

La palabra vigilancia no es bastante enérgica para expresar cómo la más santa, pero la menos inteligente de las madres, comprendía sus deberes. Preservaba á su hijo de las tentaciones como el centinela preserva un polvorín del fósforo del transeunte. No hay que deducir de esto que el salitre dominase en la naturaleza del joven. Ni la edad de los autores de sus días, ni su educación, ni sus relaciones, le habían comunicado nada de especialmente explosivo. Tenía muy dulces modales, la cortesía un poco exagerada, que, en el momento de nacer, era tenida como base de toda distinción. Era guapo, pero su madre se las había arreglado de manera que él creyese que era feo, á fin de evitar mejor las asechanzas de Satanás. Del mismo modo se le había convencido de que se encontraba, respecto á la inteligencia, el raciocinio y la energía, á un nivel muy modesto. Esto produjo en él una falta de firmeza que esterilizó toda su vida, haciéndole aceptar, apenas salido de las emociones de su tesis de doctorado, un matrimonio combinado por dos confesores.

¿Quién no ha oído decir que, con frecuencia, los enlaces arreglados por curas son desgraciados? Sin embargo, parece que á nadie se le ha ocurrido investigar la causa de esas frecuentes decepciones. Quizá se la podría descubrir observando lo que son la mayor parte de las alocuciones sacerdotales dirigidas á los novios. La iglesia no ve, en el ser humano, más que el vicio y la virtud; raramente tiene en cuenta los caracteres; y sin embargo, los malos caracteres han causado más infortunios conyugales que las malas costumbres. Sólo ve en el matrimonio un sacramento, y no una crisis, ó sea una transformación de estados. San Bruno y Santa Teresa alcanzaron los límites de la perfección cristiana. Quién sabe si viviendo en sociedad y casados juntos, hipótesis que la cronología hace imposible, estas dos *perfecciones* individuales hubiesen formado una combinación detestable. Sobre el sacramento, sobre el matrimonio tal como debe ser, el más modesto cura de aldea sabe más que Balzac. Sobre el matrimonio tal cual es, es decir, sobre la transformación, química en cierta manera, que produce en los esposos, el menos inteligente de los maridos, después de unas cuantas desilusiones, sabe más que Bossuet.

El cura, encargado de una negociación matrimonial, se preocupa del valor intrínseco de las partes desde el punto de vista de las recompensas ó de los castigos eternos. Pero ese valor cambia con la fermentación, con el *cocimiento*, si así cabe decirlo, que resulta de la vida conyugal. Y el cura no puede saber lo que pasará en esa cocina misteriosa, donde nunca entró.

San Luis prefería, para sí mismo, la muerte al pecado mortal. La viuda del antiguo procurador del rey prefirió para su hijo, demasiado joven, el matrimonio á la única categoría de faltas graves que un adulto de buena familia estaba expuesto á cometer. El confesor de la señora de Bucilly opinó lo mismo. Perteneciente á una orden religiosa cuyas ramificaciones eran omnipotentes, aquel santo varón entró en correspondencia con algunos miembros de su instituto. Pronto el escudo que había de proteger á Codoero contra las flechas de las tentaciones, le fué ofrecido en forma de una joven huérfana recién llegada á la mayoría de edad detrás de las rejas de un convento de París.

Hacía tres años que allí la tenía encerrada su única parienta, la canonesa de Latour-Malet, con el pretexto de que la joven Beltrana iba á casarse «de un día á otro,» y que era, por tanto, inútil que la tía alterase todas sus costumbres para instalarla en su casa. En realidad, la canonesa, que conocía la naturaleza dominante de la joven, consideraba prudente evitar su roce, aunque éste no fuese más que interino. Varios curas, y entre ellos el confesor de aquella emperatriz en ciernes, buscaban al hombre destinado á abrirle las puertas de la sociedad, que ella nunca había visto.

Aquellos venerables medianeros hacía meses que buscaban en vano. Sin embargo, Beltrana de Latour-Malet, además de un adelanto notable en la senda de la devoción, poseía cierta fortuna y un físico, si no seductor, bastante regular. La dificultad estaba en que buscaban para ella esa *rara avis* (sobre todo en París) que se llama un novio *inocente,* es decir, que «ignorase el mal.» A la pensionista del convento de *** reservaban los Mandamientos el placer de enseñárselo.

Después de haber buscado en vano por todo París, se acudió á provincias por correspondencia. Pocas semanas después, Codoero se apeaba en el *Buen Lafontaine* con su madre y se veía admitido en presencia de la futura compañera de su vida. Este joven, que nunca había dicho *no* á la que le gobernaba, aceptó á Beltrana como había aceptado, por la mañana, el café con leche servido en su cuarto, merced á la solicitud materna. Por lo que toca á Beltrana, dijo *sí* sin vacilar y repitió aquel *sí* con voz muy clara, en el acto del matrimonio, en aquella capilla del convento del cual por fin iba á poder salir. Y salió de allí, no para ir á Italia ó á Suiza, sino para trasladarse á la fonda en que se hospedaba su suegra. Esta le dió, puesto que semejante papel no era propio de la canonesa, los consejos que toda joven bien nacida debe oir en el dintel de su nueva vocación.

Mientras tanto, en la habitación inmediata, Codoero, pálido de angustia, escuchaba otros consejos de una experiencia que su juventud, pasada lejos de las vicisitudes de la vida, no le había permitido adquirir. Aquí la madre era substituída por uno de los padrinos del novio y por uno de los convidados. El primero, que había llegado expresamente de orillas del Doubs, era el marqués de Chalseuil, su padrino espiritual, que á pesar de peinar ya canas, continuaba siendo hombre alegre y de lenguaje muy pintoresco. El segundo era un joven, hijo y nieto de los médicos que visitaban á los Bucilly desde varias generaciones. Estudiaba en París á fin de suceder á su padre, lo cual no hizo nunca, pues se quedó en la capital.

Guillermo Popinot (así se llamaba) asistía como «amigo de la familia,» y también porque, encontrándose en París, evitaba un gasto inútil. La señora de Bucilly le apreciaba por sus ideas políticas, aunque sospechando de su conducta. Por esto nunca había permitido que, en Besançon, Codoero saliese solo con él á la calle, con ser tan poco peligrosas las de la imperial ciudad. Pero aquella noche, Codoero, como buque anclado en el puerto, no necesitaba ya la vigilancia del piloto.

Hay que saber respetar ciertos misterios. La conversación que se entabló entre el marido ruboroso y el ex paje no será divulgada, á pesar de ser tan extraña como curiosa. Las paredes del cuarto de aquella fonda venerable no oyeron jamás nada parecido. La conferencia fué interrumpida por el ruido de una puerta que se entreabría discretamente. Los dos acólitos del joven caballero comprendieron que la corta vela de armas había concluído. Con un gesto de exhortación muda, pero expresiva, desearon buena suerte al joven paladín.

Una vez en la calle, Chalseuil hizo esta pregunta á Guillermo Popinot, á quien trataba familiarmente, pues le había visto nacer:

– ¿Qué opinas?

– Temo que me le haya usted asustado. Le falta entusiasmo para su nueva carrera. Hablar de degollinas, de combates y de heridas al recluta que entra en fuego, no es siempre la mejor manera de convertirlo en héroe.

– ¡Ah, nuestro amigo no lleva sangre de héroes en las venas!, suspiró el marqués. ¡Si hubieses conocido á su padre!.. ¡Pobre hombre! ¡Lástima que no viva! Le citaría á su querido Horacio: *Perfidum ridens Venus, et remisso Filius arcu.* Es el resumen de la situación. ¡Buenas noches! ¿Vendremos mañana á recoger noticias?

– No hay que contar con grandes novedades. Pero nos despediremos de ellos. Ya sabe usted que parten para Besançon los tres.

– ¡Sí, los tres! ¡Vaya un viaje de boda! ¿Le quisieras para ti?

– Señor marqués, me temo que la boda del pobre Bucilly no merezca mejor viaje.

Al día siguiente, los dos compadres se enteraron con asombro de un acto de insubordinación que estuvo á punto de causar la muerte por apoplejía á la infortunada viuda. Sus hijos la dejaron volverse sola á Besançon y se marchaban á Italia. Muy ocupados en sus preparativos, no podían recibir á nadie. Los dos visitantes dejaron sus tarjetas y se separaron, considerando que los novios no tenían ya necesidad de sus servicios.

– ¡Hum!, dijo el ex paje, parece que á la señora de Bucilly madre le ha salido la criada respondona. Su nuera tiene trazas de sacudir el yugo. En cuanto á Codoero, esa fuga de enamorado me hace creer que ha salido triunfante.

– Si no el premio, habrá ganado un accésit.

– El caso es que se lo llevan. Porque él no se atrevería á partir sin su madre.

– No hice más que entrever los ojos de Beltrana; sin embargo, me basta para temer un secuestro más bien que un rapto. Me pregunto por qué milagro su suegra no murió del golpe.

La viuda de Bucilly no murió del todo en el acto, pero había recibido una tremenda herida en el corazón al descubrir que no todo consiste en tener una santa por nuera. La joven rebelde había arrendado un piso en París. Hizo un rápido viaje al Franco-Condado, donde fué presentada á una infinidad de primos y primas, que la encontraron muy antipática. A su primer defecto de no ser del país, reunía la evidente intención de no querer vivir en él. Hay que reconocer que ella exponía sus razones con la franqueza de los caracteres enérgicos.

En una conversación con el ex paje, á quien consideraba capaz de comprenderla, pero también de contradecirla, hizo ella, en forma menos brutal, naturalmente, esta declaración de gobierno:

– Soy más inteligente y más rica que Codoero. A los veinte años y medio, una ya es mujer en el verdadero sentido de la palabra, mientras que todavía no se es del todo hombre á los veintitrés. Los Latour-Malet valen más que los Bucilly. ¿Por qué, entonces, me casé con su ahijado? Porque no tiene los inconvenientes del marido ordinario, que con una mano rompe nuestras cadenas de soltera, mientras con la otra nos echa lazos más pesados. He leído y reflexionado mucho en mi convento. Sé lo que quiero; quiero ser libre, pero para lo que usted cree. Soy mujer de principios muy severos. Con este excelente muchacho, que no tiene malos instintos, seré libre. Mas para eso, sobra la suegra, sobran los primos, sobran los amigos y hasta sobra el padrino del novio. Conclusión: pasaré los inviernos en París y los veranos en mi quinta á orillas del Loira, que apenas conozco, pero que puede ser una residencia más agradable que la casita de Miserey. Por si acaso no nos volvemos á ver, mi querido marqués, que Dios le haga á usted feliz en este y en el otro mundo.

Pocos meses después, la señora de Bucilly madre expiraba en una casita de campo en brazos de sus hijos, que habían acudido á su lecho de muerte. Beltrana fué un modelo de caridad, de solicitud y sobre todo de resignación. Toda la familia, que asistió á los funerales, no pudo reprocharle ni una palabra ni un gesto.

Codoero, agobiado de dolor, era sostenido por la compañera de su vida, á quien el dolor no abrumaba hasta el mismo punto. Cerrada la tumba, ambos esposos partieron, dejando al notario encargado de alquilar las dos casas, la de la población y la del campo, lo que parecía un insulto á la provincia.

La provincia, como es de suponer, se indignó. Unos compadecieron á Codoero; otros censuraron su debilidad. El ex paje opinó que era más digno de lástima que de censura.

– Su padre, añadió, era un hombre sin defectos. Mi ahijado fué un Luis de Gonzaga mientras la cosa fué posible. Si la progresión continúa, se extinguirá la familia, á la próxima generación, en la persona del ángel Gabriel.

La historia que sigue demostrará, si es que la quieren leer, lo que cabe pensar de esta profecía en particular, y en general, de las profundas teorías del atavismo.

II

Estas teorías, sin embargo, parecieron confirmadas desde luego por un hecho, ó más bien por la ausencia de un hecho: Codoero no conoció tampoco los frutos de la paternidad hasta después de haber saboreado, durante diez años, las flores amargas de una esclavitud conyugal llevada á los últimos límites. Para ser justos, hemos de reconocer que era menos digno de lástima de lo que puede creerse, puesto que nunca había conocido el estado libre. Después de haberle impedido su madre, por ejemplo, que á la edad de diez y ocho años saliese solo con Guillermo Popinot, no le había sorprendido extraordinariamente que su mujer le prohibiese, cinco años después, que frecuentase aquel amigo que no iba á misa y afectaba la independencia, lo mismo en sus ideas que en sus palabras.

En realidad, Codoero no tenía amigos. Todas sus amistades nacientes eran segadas en flor por la mano firme de Beltrana que, sin el menor interregno, se había apropiado la regencia, después de haber precipitado un poco el advenimiento de aquella sucesión.

Sin ser hermosa, era alta, esbelta, bien formada y dotada de bastantes atractivos para dominar por los sentidos á un joven novicio de veintitrés años, si se hubiese tomado la molestia de hacerlo. Pero la austeridad de su educación religiosa le hubiera impedido seguir á Codoero por ciertas sendas floridas de la luna de miel, aun en el caso de que él se hubiese propuesto seguirlas. Para mantener el reinado de su influencia, no empleaba ella más que dos medios. En primer lugar, tenía con frecuencia en los labios (y sin la menor hipocresía) una de estas frases: «Dios lo prohibe» ó «Dios lo ordena.» En segundo lugar, había nacido repensora.

Para un hombre educado en las buenas tradiciones, es difícil contradecir á una mujer resuelta á soportarlo todo antes que faltar al Evangelio. Pero el Evangelio, como el Código, tiene márgenes tanto más vastas cuanto más se le conoce. El Evangelio prohibe á una mujer que engañe á su marido y que se encolerice si él pretende hacer su voluntad. En cambio, el Evangelio autoriza prudentes reprimendas; no fija su duración; no determina la hora en que las reprimendas, lo mismo que el piano, se convierten en ruido nocturno pasible de castigo. Codoero, después de dos ó tres sermones «por su bien,» que habían durado desde media noche hasta los primeros albores del día, juró soportarlo todo antes que exponerse á una nueva experiencia.

Pronto su vida vino á ser una abdicación tan completa como la del fraile en su celda. Su humildad alcanzó las alturas de la perfección. Por haber oído repetir sucesivamente por dos mujeres que era débil é incapaz de gobernarse, el pobre ya no dudó de su inferioridad. Practicó diariamente esos actos de ignorada virtud que son propios de los grandes santos y de los maridos que temen las reprimendas de sus mujeres.

Se dirá que, para ser justo, habría que oponer á esta pintura el cuadro inverso: la mujer oprimida por el marido. Cierto es que el número de víctimas no es menos grande entre el sexo débil. Entonces, ¿cuál es la razón por que Codoero de Bucilly no será siquiera beatificado por haber soportado á Beltrana, cuando una Santa Isabel ó una Santa Radegunda (por no citar más que reinas) fueron colocadas en nuestros altares á causa del carácter infernal de sus esposos? ¡Ay! A pesar de las comedias y las novelas que tienen las mañas de inspirar á algunos ciegos de entendimiento, serán siempre las mujeres las que mejor libradas saldrán del juego de la vida, aun cuando la partida les sea contraria.

Llegó, sin embargo, el momento de confiar al lector un secreto ignorado de la severa Beltrana: su marido continuaba tratándose con Guillermo Popinot. Le veía raramente, tomando infinitas precauciones, á costa de deplorables mentiras. Pero le veía al fin.

Popinot, poco tiempo antes de la guerra, era doctor en medicina y uno de los alumnos más notables del profesor Gendrin. Ocupaba entonces, en una de las casas más viejas de la calle Jacob, una habitación microscópica, donde, de vez en cuando, Bucilly lograba pasar una hora con él, merced á toda clase de estratagemas. Guillermo, prevenido siempre de su llegada, procuraba estar solo, menos por evitar una indiscreción poco probable, que por ahorrar al tímido Codoero conversaciones poco á propósito para oídos de un hombre *tan casado.*

Aquellas visitas, únicos momentos de su vida en que disfrutaba un poco, fueron sin duda para el esposo de Beltrana el débil rayo de luz que alimenta la esperanza del cautivo. Allí, el infeliz podía quejarse, ó al menos – porque no se quejaba jamás – dejar ver las contusiones de sus cadenas Experimentaba también el consuelo, muy humano, de oir formular, sobre su tirana, verdades que el deber impedía brotar de sus propios labios. Hasta tenía la satisfacción, que los refinados comprenderán, de verse obligado á defender, en casa de Guillermo, á la que en todas partes oía citar como una criatura perfecta.

Habiendo perdido á su padre, Popinot realizó el proyecto que había tenido oculto por no contristar

al anciano: se estableció en la capital. Terminada su instalación, Bucilly fué á visitarle en su nuevo domicilio y quedó asombrado de su resolución.

– ¿Has podido renunciar á nuestro país, siendo libre de hacer lo contrario? ¡Ay! ¡Cómo echo de menos mi tierra natal! ¡Pasearme contigo bajo los árboles del paseo de Gravelle! ¡Ver jugar á las bochas á los capitanes retirados en el bastión de Chamars! ¡Fumar pipas bajo el emparrado de la vieja terraza de Miserey, desde donde se domina la carretera perpetuamente solitaria! ¡Qué dicha!

– ¡Ay, pobre amigo mío! Lo que echas de menos no son los olmos de Besançon, ni las sabandijas de tu terraza. Echas de menos el fantasma de tu libertad. Aquí, al menos, puedes fumar tu pipa, si tanto te gusta.

– Me imagino que me gusta, sin duda porque siempre me la han prohibido. El olor del tabaco mareaba á mi pobre madre. En cuanto á mi esposa, no es un síncope lo que debo temer, sino una conferencia de dos horas contra este hábito vulgar. Más vale abstenerse. Tiene un olfato terrible.

– Tiene muchas cosas terribles. ¡Qué descorazonado pareces hoy!.. Pero ¡si estás enfermo! A ver..., saca la lengua... Terrosa. ¿Tu pulso?.. Anémico. ¿Te duele algo?

– No. Pero he perdido el apetito y no puedo dormir. Tenemos una cocinera que no hace nada de que yo no esté harto. ¡Siempre con sus purés de ave y con sus cremas! ¡Cuánto no daría yo por un guiso de carnero con patatas ó habichuelas!

– Que te lo hagan, si te gusta. Nada más fácil.

– Es más difícil de lo que te figuras, mi querido Guillermo. *Ella* no puede soportar la cocina substanciosa. Pero no es nada la falta de apetito. ¡Si al menos yo pudiese dormir! O si, no durmiendo, pudiese encender una vela y distraerme leyendo. Pero ¡ay! el menor movimiento, el menor rayo de luz la despierta. ¡Dichoso tú, que duermes solo!.. Acabo de cumplir treinta años. Los hombres de mi edad empiezan á vivir. Yo me siento ya viejo. ¡Siete años de matrimonio! ¡Y sin hijos! Según las leyes ordinarias, aún puedo vivir otro tanto. ¿Y para llegar á qué? ¿No me abandonará antes mi inteligencia, ya tan cansada?.. ¿No seré uno de esos pobres viejos chochos que pasean en un carrito?.. Y no tendré el consuelo de ser cuidado por ti, puesto que ella te tiene un miedo atroz.

– ¿No has pensado jamás en el suicidio?, preguntó Popinot, medio en serio, medio en broma.

– Dios nos prohibe adelantar la hora de nuestra muerte.

– Está visto que en todas partes y para todo encuentras obstáculos. ¿Quieres que te diga una cosa? Tú y tu mujer desempeñaréis un gran papel en mi vida. Ella impedirá que me vuelva devoto, y tú impedirás que yo me case. Desde el momento que la religión puede hacer tales tiranos y el matrimonio tales esclavos...

– ¡Adiós! Se me hace tarde, dijo Codoero sin contestar.

La paternidad, sobrevenida tres años después, pareció causar en aquel viejo prematuro más espanto que alegría. Presentía, en su vida herizada ya de pruebas, nuevas complicaciones; pero sobre todo vislumbraba las graves responsabilidades que el papel de padre iba á hacer pesar sobre su conciencia tímida. Desde este último punto de vista, su inquietud era infundada. Carlitos mamaba todavía, y ya Beltrana había convencido á Codoero de su incapacidad en materia de educación. Y ella misma probó una vez más que las consecuencias lógicas son precisamente las que no se producen, cuando se trata de la mujer. Hubiera podido creerse que sería una educadora firme hasta la rigidez; sin embargo, su debilidad maternal superó, en lo absurdo, la debilidad conyugal de Codoero. No vaya á creerse, empero, que en aquella absorción de la madre por el hijo el esposo ganase alguna libertad. Sucedió lo contrario. Beltrana salió menos, lo que disminuyó de igual manera las salidas de Codoero, acusado de egoísmo si dejaba á Beltrana «llevar sola su carga.» Pero si quería tocar «á la carga» de la educación de Carlitos, se le decía que no comprometiese «la unidad de dirección.»



¡Vamos, muchacho, no se ruborice!, dijo ella acariciando el hombro de Carlos

En cuanto el niño tuvo una voluntad, y en esto, al menos, fué precoz, el infortunado Bucilly comprendió que su vida dependía de dos tiranos en vez de depender de uno solo. Nada más frecuente que una madre que mima á su hijo por exceso de ternura. La señora de Bucilly, en quien la naturaleza había desarrollado poco el lado tierno, mimó al suyo por exceso de admiración. No volvía del asombro que le causara la venida al mundo de aquel ser que ya no esperaba, que nunca había deseado con el loco ardimiento de ciertas pobres criaturas estériles. Recibido como un prodigio al nacer, conservó su aureola de prodigio, incomparable, indiscutido. Su madre sintió, durante mucho tiempo, no poder compartir aquella admiración casi supersticiosa. Acostumbrada á callar sus impresiones, se guardó muy bien de manifestar ésta. Fué una cohibición más en su vida.

Cuando Carlitos tuvo edad de asistir como alumno externo al establecimiento religioso donde desde mucho tiempo antes le tenían destinado su puesto, Beltrana decretó un cambio de domicilio y se mudó cerca del colegio. Codoero fué entonces elevado al cargo de acompañante. Cuatro veces al día, á la hora de las comidas y de las clases, cruzaba la calle con su hijo, misión poco difícil de que se le había considerado capaz, atendido lo corto del trayecto. Pero la vigilancia de los deberes del escolar en su casa, no había podido obtenerla. Carlitos había declarado, con un fin fácil de comprender, que trabajaba mejor en completa soledad. Aquel nuevo método produjo los resultados que eran de esperar. Un año antes de los primeros exámenes, queriendo los profesores disminuir la lista de los suspensos que el establecimiento podía tener, dieron á comprender suavemente á la señora de Bucilly que aquella planta delicada necesitaba un cultivo intelectual más intensivo. Carlitos fué puesto entonces en casa de un santo cura, que había sido misionero entre los antropófagos del Africa Oriental.

Escapado á las fuertes mandíbulas de sus catecúmenos, menos afortunado con las fiebres de las selvas, cuyos estragos habían dejado en su espíritu una originalidad á veces poco tranquilizadora, el padre Falloure tenía ideas propias y precisas sobre la educación de la juventud.

– Para muchos niños, decía, la disciplina del colegio es la piedra de toque de sus estudios. Para esos, el remedio está indicado: consiste en suprimir la disciplina. ¿Qué es la disciplina, si se la quiere analizar? Un conjunto de medidas de desconfianza. Las naturalezas elevadas soportan peor que las otras el verse objeto de sospechas. Dadles pruebas de confianza, ó lo que es lo mismo, de aprecio, y les habréis conquistado. Eso de no creer en los buenos instintos, es la antigua ley pagana; el contar con ellos es la ley de Cristo. El cristiano, una vez llegado á la edad viril, deberá obedecer á su conciencia y no á los gendarmes. ¿A qué imponerle el gendarme, en la época de la vida en que el ser físico y moral adquiere su molde definitivo?

Este razonamiento, cuya fuerza no hemos de discutir aquí, no convenía á los padres cuyo hijo se portaba bien en el colegio. Pero en los casos desesperados, algunos apelaban al sistema del padre Falloure, que pretendía «preparar para todas las carreras.» El desarrollaba su tesis y afirmaba sus promesas con talento raro y convicción profunda.

(Continuará)

NUEVO APARATO

PARA LA ESCRITURA DE LOS CIEGOS

ANOTACIÓN CIFRADA Y MUSICAL

Sabido es que la escritura de que ahora se sirven generalmente los ciegos es la escritura «anagliptográfica,» llamada escritura de Braille, del nombre de su inventor: consiste esencialmente en escribir de derecha á izquierda, es decir, en dirección inversa de la de la escritura habitual de los que ven, por medio de la regleta (fig. 1, á la izquierda) movible á voluntad en un marco que sujeta la hoja de papel, entre una placa de cinc con surcos horizontales y la plancha de cobre que forma la regleta. Esta tiene varios agujeros rectangulares, al través de los cuales la mano derecha del ciego introduce un punzón mientras la mano izquierda sirve de guía para trazar en cada uno de los agujeros que se suceden la línea de puntos en hueco que constituyen los signos del alfabeto particular de su escritura. Estos puntos hundidos, gracias á la presión del punzón sobre el papel (y gracias al rayado de la plancha de cinc subyacente), determinan en la otra cara, ó sea el dorso del papel, unos relieves cuyo tacto permite la lectura á los dedos de los ciegos, tan sensibles que reemplazan á los ojos.



Fig. 1. – Aparato para escribir y calcular los ciegos. – La niña de la izquierda escribe con su punzón y la de la derecha tiene levantados el punzón y la regla que le sirve de guía

Esta lectura no puede realizarse evidentemente más que á condición de retirar del marco la hoja escrita y volverla, efectuándose entonces dicha lectura de izquierda á derecha ó sea en el sentido contrario al de la escritura. De ello resultan cinco inconvenientes principales: 1.°, el ciego se ve obligado á aprender dos alfabetos, dos anotaciones cifradas, dos anotaciones musicales, una para la escritura y otra para la lectura, lo cual supone un trabajo largo, difícil y fatigoso para el alumno y para el maestro, sobre todo para éste; en efecto, al trazar sus letras en la cara del papel, el ciego no las escribe tales como las lee en el dorso; 2.°, el ciego se ve obligado á escribir de derecha á izquierda y á leer de izquierda á derecha, dos operaciones cerebrales que se contrarían, y la última letra escrita en la cara resulta la primera leída en el dorso; 3.°, el ciego, para repasar cualquiera palabra, hasta una letra de las que ha escrito, se ve obligado á sacar la hoja de papel de entre las planchas de cinc y de cobre y volverla del revés, y cuando luego sigue escribiendo, tiene que ajustarla exactamente en la primera posición que ocupaba; 4.°, el ciego, para corregir, aunque no sea más que una letra ó un punto, ha de sacar también la hoja de papel de entre las planchas metálicas, volverlo del revés, comprobar la falta con los dedos, colocar otra vez la hoja exactamente entre las planchas metálicas y hacer nuevamente la letra; 5.°, el ciego no puede calcular, porque para esto es preciso leer y escribir en la misma cara de la hoja.

Para calcular emplea el cubaritmo, es decir, unos cubos de metal en cuyas seis varas hay números en relieve, colocando esas piezas pesadas y molestas en un segundo marco con cavidades, y cuando ha concluído su cálculo, no queda de éste huella alguna, porque se han de quitar los cubos y colocarlos nuevamente en su caja.

Estos múltiples inconvenientes y estas imperfecciones han impresionado á muchos hombres que se preocupan de mejorar la suerte de los ciegos, algunos de los cuales han ensayado la realización de algunas mejoras en lo que concierne al sistema de escritura adaptable á la triste condición de los mismos.

Desde que está en uso la escritura Braille, es decir, desde 1829, nadie había logrado resolver de una manera satisfactoria una cuestión que, por otra parte, trae aparejada una serie de problemas que figuran entre los más difíciles y delicados de la mecánica; pues bien, la solución acaba de ser realizada por M. Dussaud, cuyos aparatos han podido ser vistos y apreciados y respecto de los cuales he sido yo su colaborador fisiológico: estos aparatos son también aplicables á la sordera y á la sordo-mudez.

M. Dussaud había inventado ya para los ciegos un cinematógrafo y un pantógrafo ingeniosísimos que oportunamente presenté á la Academia de Medicina de París. Hoy se trata de la creación de un procedimiento y de un aparato para la escritura que constituyen una verdadera revolución en la materia y que responden admirablemente á los múltiples *desiderata* antes mencionados. Con el procedimiento y el aparato Dussaud (figs. 2 y 3), el ciego está colocado en la misma posición que los que ven, su papel está suelto, no sujeto, y se escribe y se lee por el mismo lado. En efecto: 1.°, el ciego escribe las letras tal como las lee, y por consiguiente no ha de aprender más que un alfabeto, una anotación de cifras, una anotación musical, lo cual significa una economía de la mitad de tiempo y de fatiga en su educación; 2.°, el ciego escribe y lee de izquierda á derecha y por consiguiente no ha de someterse á dos operaciones intelectuales que, siendo contrarias, le imponen un trabajo cerebral largo y cansado; 3.°, á medida que va escribiendo repasa lo que escribe; 4.°, puede del mismo modo corregir; 5.°, puede hacer cálculos en el papel. Todo exactamente lo mismo que los que ven. De este modo se encuentra resuelto el problema paradógico, que se creía irrealizable, de obtener directamente puntos de relieve con un punzón ordinario en el lado mismo en que aprieta el papel sin necesidad de ajustar éste ni de mantenerlo derecho, lo cual no impide que los relieves presenten una limpieza, una regularidad y una consistencia no sospechadas hasta el presente, resultando de capital importancia para el ciego, puesto que lee con los dedos.

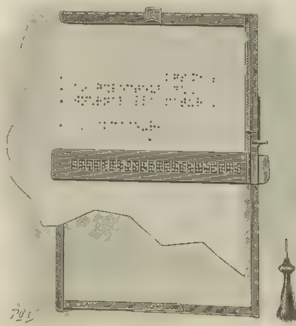


Fig. 2. El aparato de Dussaud cerrado

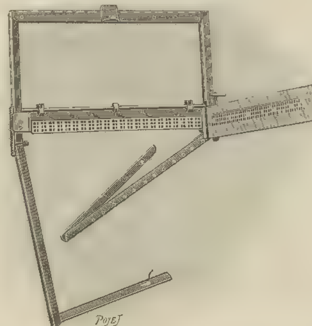


Fig. 3. – El aparato de Dussaud abierto

Este resultado es fácil de comprobar, comparándolo con el del antiguo sistema, en el trabajo realizado por los niños de la escuela Braille, bajo la dirección de una de sus abnegadas profesoras. Cinco ó seis lecciones bastan para poner al niño al corriente del procedimiento y del manejo del aparato.

Conviene añadir, ya que no puede ser indiferente el punto de vista económico, que el nuevo aparato permite emplear un papel dos veces más barato que el que requieren los otros sistemas, y además por su dimensión reducible y su poco peso, constituye un aparato de bolsillo, portátil, que no se descompone; al paso que los aparatos hasta el presente usados en las escuelas son pesados, ocupan mucho sitio, se estropean con facilidad y resultan mucho más caros.

Sería, en verdad, superfluo insistir acerca del alcance utilitario, y aun pudiéramos decir humanitario, de este invento: para apreciarlo, basta recordar que en la actualidad existen en el mundo civilizado más de dos millones de ciegos, y que la escritura es el primero y más útil instrumento de la instrucción y de la educación.

Al libertar, pues, al ciego de las dificultades de toda clase que se oponían, en cuanto á la escritura, á esta educación y á esta instrucción que con tanto éxito y tanta generosidad le dispensa la fundación Braille, M. Dussaud presta á esos desheredados tan dignos de compasión y de interés un servicio inapreciable que ellos serán los primeros en agradecer.

Dr. J. V. Laborde,

Miembro de la Academia de Medicina de París.

***

EL ARCO ELÉCTRICO QUE HABLA Y CANTA

RECEPTOR Y TRANSMISOR ELÉCTRICOS

La electricidad nos ha acostumbrado desde hace años á numerosas sorpresas, pero el curioso experimento de que vamos á dar cuenta sobrepuja, si es posible, á cuanto hasta ahora nos ha sorprendido. El arco eléctrico puede ser utilizado como receptor y aun como transmisor telefónico: basta ponerlo en un circuito de teléfono en el sitio del receptor ó del transmisor ordinarios y se oirán á distancia en el mismo ó en el receptor telefónico las palabras pronunciadas.

Tiempo hacía que los electricistas habían observado que las lámparas de arco transmitían sonidos que parecían proceder de las máquinas generadoras de las fábricas. M. Javaux, director de la Sociedad Gramme, ha manifestado á M. P. Janet que desde 1874 M. Gramme había observado que las lámparas de arco repetían el ruido que producen las escobillas al rozar con el colector. M. Leblanc, de la Compañía continental Edisson, había tenido ocasión de hacer observaciones análogas. Pero hasta 1898 no realizó M. Simon en Alemania una serie de experimentos para demostrar que la transmisión de corrientes eléctricas en el arco producía ondas sonoras. En Inglaterra verificáronse también algunos experimentos que reanudó en París en 1901 M. C. Leonard en el Laboratorio central de electricidad de París; y en julio de 1901, M. P. Janet presentó una comunicación á la Sociedad internacional de Electricistas, verificando varios experimentos muy interesantes.

Los Sres. Heller, Coudray y C.ª han continuado recientemente sus ensayos de telefonía por medio de la lámpara de arco, y en su domicilio hemos oído una lámpara que habla y canta, acerca de la cual podemos dar algunos detalles. El principio del expe-

rimento es siempre el mismo: consiste en producir variaciones en la intensidad de una corriente y cerrar el circuito telefónico por medio de un arco eléctrico. Un primer circuito está, pues, formado por una pila, un micrófono y el circuito primario de un carrete de inducción; el circuito secundario de este carrete está unido directamente á los carbones del arco, el cual está alimentado por un circuito empalmado en la red de distribución con una resistencia en circuito. Hablando delante del micrófono, las vibraciones de la membrana determinan variaciones de intensidad, y las corrientes inducidas secundarias vienen, á su vez, á obrar sobre el arco eléctrico y producen las ondas sonoras que se perciben claramente.

Como se ve, la disposición es sencilla y no exige ninguna capacidad; pero es necesario adoptar antes algunas precauciones especiales.

La calidad de los carbones empleados en el arco no es indiferente, como no lo es la distancia que media entre sus extremos: los mejores resultados se logran con carbones Siemens y una separación de dos á tres centímetros. Los sonidos agudos son transmitidos con gran claridad, lo propio que las palabras.



EL ARCO ELÉCTRICO QUE HABLA Y CANTA

El hecho se presta á nuevos experimentos muy curiosos é interesantes con la lámpara de arco eléctrico, y aun parece que podría hacerse una aplicación especial de las propiedades de la misma utilizando las que sirven para iluminar las grandes estaciones de ferrocarriles: en la cola de los trenes y en los andenes de salida, se pondrían micrófonos, y antes de dar la señal de partida, el jefe del tren podría gritar por última vez: «¡Señores viajeros para la línea de... al tren» señal que inmediatamente sería repetida en el interior de la estación por las lámparas de arco.

J. LEROY.

LIBROS ENVIADOS

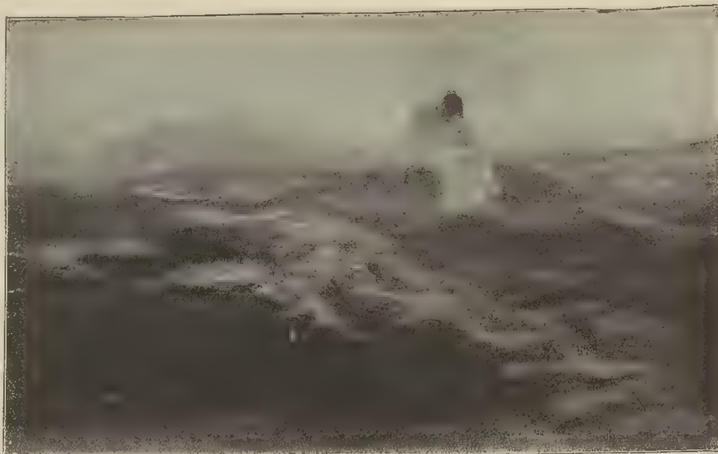
Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

LA VIDA ETERNA, por *Luis Calvo y Revilla*. – Obra en la cual el autor, inspirándose en elevadas ideas filosóficas, estudia el problema de la inmortalidad del alma. Un tomo de 208 páginas, impreso en Madrid en la imprenta de Felipe Marqués. Precio, tres pesetas.

BOCETO DE UN PROYECTO DE LEY SOBRE BENEFICENCIA PARTICULAR DE LA VEJEZ Y LA POBREZA, CON MOTIVO DE LA CORONACIÓN DEL REY D. ALFONSO XIII, por *J. D. G.* – Folleto impreso en Sepúlveda en la imprenta de Pedro Díaz Bayo.

EL HOGAR FRÍO, por *Francisco de A. Soler y Alberto Lozano*. – Interesante boceto dramático en un acto. Impreso en Madrid en la imprenta de Antonio Marzo. Precio, una peseta.



CRISTO EN EL DESIERTO, cuadro de Briton Riviere

ESCORZOS, por *J. Graterol y Morles*. – Colección de artículos sobre temas artísticos, literarios, históricos, etc. Un tomo de 213 páginas, impreso en Curazao en la imprenta de A. Bethencourt é hijos.

PARIS. – Folleto ilustrado del gran concurso universal de carteles de los cigarrillos «Paris.» Almanaque crónica del concurso, carteles premiados, retratos de los autores, el jurado, acta del fallo, las sociedades exranjeras, juicios de la prensa eatálogo, vistas de la exposición, facsímil del diploma, diarios de Buenos Aires. Impreso en Buenos Aires en la casa Gunche, Wiebeck y Turte.

PASIÓN SERRANA, por *Manuel Muro García*. – Novela corta de costumbres andaluzas, con personajes bien observados, escenas perfectamente tomadas del natural y escrita con mucha facilidad, ilustrada con algunas fotografías. Un tomo de 114 páginas, impreso en Ubeda en la imprenta de La Loma. Precio, dos pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 7 de abril de 1902 — Núm. 1.058

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL GOLOSO, acuarela de Jacinto Espinal

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el primer tomo de la presente serie de la **Biblioteca Universal**, que será el primero de la obra

LA ATMOSFERA

GRANDES FENÓMENOS DE LA NATURALEZA

obra escrita por Camilo Flammarión y traducida de la última edición francesa.

Esta obra ha sido revisada por D. Norberto Font y Sagué y va ilustrada con profusión de grabados.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La venta en subasta pública, en París, de todos los muebles y efectos pertenecientes á la señora viuda de Rute, más conocida por princesa Rattazzi, ha recordado nuevamente el nombre y la historia literaria de esta mujer, de cuyo fallecimiento no se habló mucho, acaso porque coincidió con el de otra mujer eminente é indiscutida: Clemencia Royer, que tradujo y prologueó á Darwin, como la *divina Emilia* de Voltaire había traducido y comentado á Newton.

María Leticia Bonaparte Wyse, de la familia imperial francesa, era muy conocida en España, donde contó entre sus amigos á personalidades tan señaladas como la reina Isabel II, el rey Alfonso XII, la reina regente Cristina, Cánovas del Castillo, Castelar y puede decirse que todos los hombres políticos, literatos y poetas que han figurado entre 1875 y 1890. Estaba condecorada con la Orden española de María Luisa; poseía casa abierta en Madrid, y daba continuamente fiestas, comidas y representaciones, cuando venía á pasar aquí temporadas de primavera ó de invierno. Su hermosura fué singular; sus joyas eran célebres, históricas y únicas algunas de ellas, como la famosa sirena obra de Benvenuto Cellini; sus trajes fastuosos y extraordinarios; sus salones se encontraban atestados de riquezas artísticas. Publicaba una Revista difundida por toda Europa, y libros que solían originar encarnizadas polémicas, como el titulado *Portugal á vista de pájaro*. Tenía ingenio, y algunas frases suyas se repiten aún. Fué, en suma, una de esas personalidades de marcadísimo relieve, que no durante un momento, sino toda su vida, preocupan la atención y tienen pendientes de sí la curiosidad, rara vez benévola, del público.

No sería yo quien emprendiese la tarea de escribir la biografía de una señora de la cual no podría hablar con entera imparcialidad, ya que la debí reiteradas y constantes atenciones y obsequios, desde el día en que procuró mi trato con el empeño especial que solía poner en granjearse relaciones de la jerarquía intelectual, y que sólo era comparable á la facilidad con que las perdía en otras esferas más solicitadas por el vulgo que rinde parias al *snobismo*. Nunca he pasado por París, que la directora de las *Matinées* (convertidas luego en *Nouvelle Revue Internationale*, y hoy suspensas al morir la Rattazzi), no me ofreciese, además de los magnos banquetes en que el *menú* llevaba al frente mi retrato y los platos el título de mis libros, la ocasión de conocer y ver de cerca á celebridades que tan difícilmente encuentra un extraño en el torbellino de París: Renán, Alejandro Dumas, Flammarión, Coppée, Severine – y cuenta que ya en estos últimos tiempos se había reducido mucho el círculo que frecuentaba el anchuroso piso del boulevard Poisonniere, donde abría la señora Rattazzi sus salones.

¿Por qué se despuebla un salón? Mil causas lo explican, siendo el éxito de un salón de las cosas más transitorias; pero en este caso, algunas razones plausibles se aducían desde luego. En primer término, sin duda, hay que contar la decadencia física de María Leticia Rattazzi, en otros tiempos, no muy lejanos relativamente, incluída en el catálogo de las *professional beauties* del mundo. El adorable cuerpo y rostro de aquella mujer no habían decaído de esa manera lenta y mansa que se parece á la invasión del otoño en un paisaje estival, y á la suave y melancólica substitución del otoño por un invierno frío, pero no agrio ni tempestuoso. – Habían decaído de pronto, arruinándose de una vez; incurable la sordera, vuelta ceguera casi total la miopía, ausente el cabello, arrugada la piel, deshecho el precioso edificio de un golpe. La sordera y la cortedad de vista robaron el encanto de la conversación, esa frescura del ingenio que desafía á los años, y así, alrededor de la que tuvo á sus pies dos generaciones, se formó, natural y sencillamente, el vacío, un vacío que disimulaban mal el constante ir y venir de *la gente*, y que agrandaba la muerte arrebatando implacable á *las personas* de aquel círculo ilustre de Aie les Bains...

***

Cuando yo vi de cerca á la señora Rattazzi, ya estaba consumada la destrucción de su beldad, y sólo se mantenía eso que llamamos *el aire*, las líneas del cuerpo, el modo de andar, la curva de los hombros, muy semejante, dicen, á la de otras princesas de la casa de Bonaparte. Aún no la habían despojado, los que ella con gracia llamaba «sus ladrones de cámara,» sino de una parte de sus regias joyas. A pesar del escarmiento de los dos primeros atentados – el de París, de resonancia europea, – el descuido y abandono con que aquellas joyas tan ricas se custodiaban, eran para alarmar á los prudentes. Algunas de las más bellas, artísticamente hablando, estaban en una vitrina de cristales, en el piso bajo de un hotel de la Castellana, en sitio bien solitario de noche y con ventanas que no defendía ninguna reja. La puerta del hotel solía dejarse abierta por costumbre, y realmente los ladrones de cámara fueron asaz considerados en no arramblar con todo hasta que se ausentó la propietaria, dejando allí objetos de tan alto valor y tan tentadores.

He perdido la cuenta de las veces que fué desbalijado el guardajoyas de María Leticia; pero es lo cierto que después de tanto saqueo, aún le quedaron prendas muy notables, verbigracia, el famoso collar de los brillantes de color, las grandes calabazas negras de las orejas, un aderezo de turquesas magníficas, y el servicio de oro, de tocador, con las armas imperiales. – Y ya que hablo de joyería, recuerdo el hecho de que cuando la Rattazzi se presentó en Madrid por primera vez exhibiendo sus pedrerías, hubo quien las juzgó falsas; y habiéndolo sabido la dueña, las envió á casa de Ansorena para que las limpiase, obteniendo así indiscutible testimonio de que no eran sino buenas y legítimas.

La cortedad de vista fué causa de que, sin mediar cacos, perdiese la Rattazzi muchos objetos de valor, entre otros los impertinentes cuajados de brillantes, regalo de Víctor Manuel I. Y no sé en virtud de qué talismán no perdería el raro y artístico sello de oro con una gruesa madreperla, dádiva de la reina Isabel II. Lo vi rodar sobre las mesas de la redacción de la *Matineé*, y me sorprendió agradablemente que el conde de Solms, hijo de la nombrada escritora, me asegurase haberle recogido después de la muerte de su madre.

***

En encajes, porcelanas, abanicos, autógrafos, podrían quedar un caudal á los herederos de la señora Rattazzi. De testas coronadas y de eminencias literarias y políticas, poseía esta señora mazos y mazos de cartas, verdaderos tesoros para la historia y para la crítica. Creo que vendió bastantes; al menos se lo he oído decir. Muchas debieron de sufrir extravío, ó desaparecer sin fruto para nadie. Daba pena considerar lo que pudo ser el archivo de una dama que intervino en tantos sucesos y se relacionó con tanto y tanto personaje, si el vértigo de una vida de continuos viajes y continua sociabilidad le hubiese permitido conservar y ordenar los manuscritos dispersos ó inutilizados.

***

De las obras de arte reunidas en sus residencias, algunas gozan fama universal. Citaré el retrato conocido por *Retrato del guante*, admirable lienzo firmado por Corolus Durán, y que representa á la Rattazzi en el ocaso todavía espléndido de su hermosura, sonriente, enguantada una mano y la otra desnuda sosteniendo el guante de piel de Suecia. El retrato pensó el original legarlo, como recuerdo, al Museo de Madrid; después, una acogida cariñosa que dispensaron á la Rattazzi en Amberes, la decidió á cambiar de parecer, y es el Museo de Amberes el que se enriquecerá con este legado, al cual acompaña el busto, en mármol blanco, de la Rattazzi igualmente, obra muy notable del escultor Clesinger.

Llamaba la atención en el boulevard Poisionniére otro retrato, atribuído á Bonnat, hoy perteneciente á la Sra. Viuda de Vilanova, hija de Rattazzi; una Ninfa, estatua de mármol; una cristalera toda de porcelana de Sajonia antigua, auténtica; veladores de Sévres; todo mezclado y confundido con modernos *bibelots* y con muebles que se rompían y que no se arreglaban nunca, y con montones de libros y periódicos que rodaban por todos lados, en bohemio y pintoresco desorden. La pluma de Alfonso Daudet era la única que podía describir aquel interior, uno de los más curiosos de París.

***

Y ya nada queda, de una existencia tan brillante en su primera mitad, enlazada estrechamente con los sucesos que determinaron la formación del reino de Italia y acaso la caída de Napoleón III. A decir verdad, ya poco quedaba, pero los restos proclamaban las grandezas desvanecidas. La actualidad parisiense, alada y siempre vibrante de impaciencia, ha pasado su dedo de nácar por la casa del boulevard Poisionniére, y es asunto concluído; hasta feneció la Revista, sostenida durante tantos años por la actividad y la tenacidad de la Rattazzi, bajo el seudónimo de *Barón Stock*.

Al substituir al brillo y el ruido al silencio total, frío, de la huesa, las reflexiones filosóficas son tan fáciles, que debemos desdeñar hacerlas. Si se mira bien, ¿qué día no tenemos ocasión y motivo para glosar los versos á «los infantes de Aragón» y aquellos otros á Itálica? ¡Qué de torres altas hemos visto caer, y no somos aún viejos, si por vejez se entiende el descenso de las fuerzas físicas!

Y la obra literaria de la señora Rattazzi tampoco sobrevive. Devorada por las circunstancias, esparcida en diarios, revistas y folletos, ó en libros publicados por diferentes editores, la posteridad difícilmente se orientará acerca de ella, y dentro de diez años pocos sabrán que la autora de *Portugal á vista de pájaro* fué un amenísimo cronista, un escritor atractivo y picante, un poeta tierno y fino. El ruido de su nombre perjudicó (¡extraño caso!) á su fama y labor literaria, sin permitir que nunca reposase y se consolidase en producción regulada y duradera.

¡Qué arduo es construir, qué laborioso cimentar, y qué presto se lleva el aire memoria, reputaciones, leyendas negras y doradas!

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

El médico, el explorador y el marino son los tres tipos perfectos del valor moderno.

PABLO ADAM.

Lo sobrenatural de hoy puede muy bien ser lo natural de mañana.

JUAN RAMEAU.

Mi larga existencia me ha enseñado que es preciso perdonar mucho y no olvidar nada.

GUIZOT.

Puede muy bien suceder que nuestro respeto á todas las convicciones venga á parar en la indiferencia y nos deje sin energías para defender las nuestras.

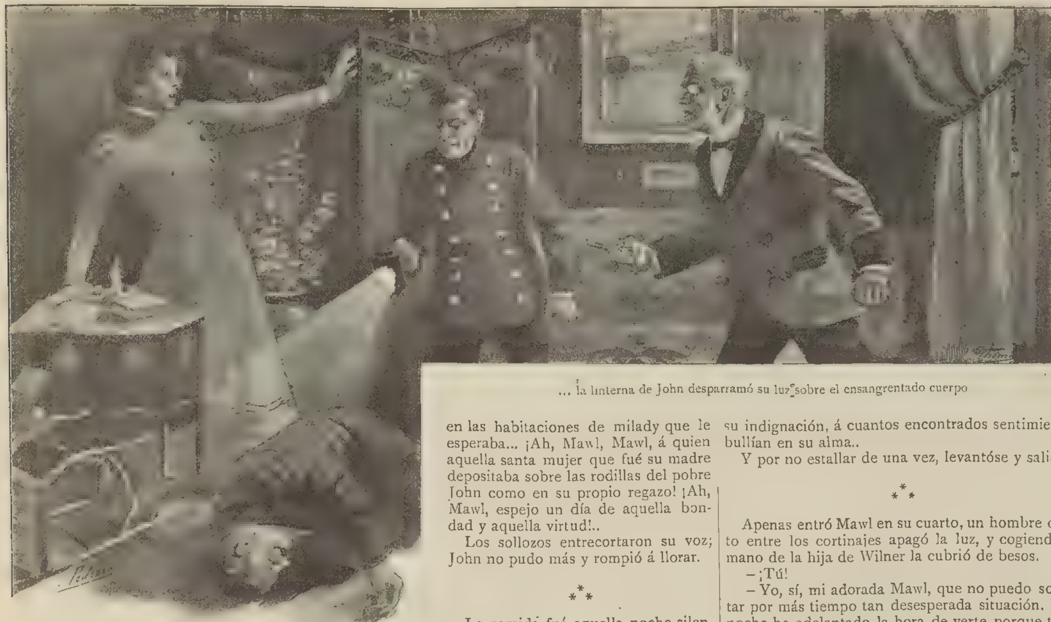
ENRIQUE SIENKIEWICZ.

Las paradojas son el desquite de las preocupaciones.

– Solidaridad social: poner en común las consecuencias de mi incapacidad ó de mis faltas con los frutos de la inteligencia ó del trabajo ajenos.

– La caridad obligatoria es el curso forzoso de la mendicidad.

G. M. VALTOUR.


... la linterna de John desparramó su luz sobre el ensangrentado cuerpo

EL AMOR Y EL HONOR

No sé si es cuento, historia ó leyenda; pero inventado ó sucedido, el relato del extraño y melodramático suceso que voy á haceros excitará de seguro vuestra curiosidad, como excitó la mía cuando oí referirlo en uno de mis viajes á Inglaterra. A mí me emocionó profundamente y lo tengo por muy verosímil, conociendo la rigidez de costumbres y el verdadero fanatismo del honor doméstico que aún conserva mucha parte de la rancia aristocracia inglesa.

Lord Wilner, antiguo oficial de la Armada de Su Majestad, pasaba la *season* en su magnífica quinta del Devonshire en compañía de su hija, la bellísima cuanto desgraciada lady Mewl.

– Tengo que hablar al señor de un asunto gravísimo.

Con estas palabras sorprendió una mañana á lord Wilner su viejo ayuda de cámara John, un criado de antiguo régimen, fiel como un perro, leal y abnegado hasta el sacrificio, que había expuesto cien veces su vida por la de su señor en las duras campañas del mar.

– De un asunto gravísimo, repitió John con firmeza ante la actitud entre sorprendida y enojada de lord Wilner.

¡Cómo! ¡Un criado iba á compartir un secreto, porque no podía ser otra cosa, con su señor! ¡Un *Shoking!*

Sin embargo, la curiosidad venció á la altivez, y como previniéndose el ánimo para algo desagradable, Wilner clavó su mirada en la de John y le dijo con voz queda, pero impregnada de cierto dejo de imperativa aspereza:

– ¡Habla!

El criado hizo un supremo esfuerzo, tuvo un sacudimiento interior del que se desprendieron sus últimos escrúpulos y exclamó con acento de convicción profunda:

– Señor, la casa de los Wilner está deshonrada.

Quedóse el viejo marino como petrificado; fijos sus ojos é inexpresivos, inmóvil su rostro... No tardó en rehacerse y en recobrar su sangre fría, al menos aparentemente.

– John – su voz era pausada y entera, – si uno de mis pares hubiese pronunciado tales palabras, no me habría sido posible contenerme, é igual me hubiese dado que fueran una verdad ó una impostura para castigarlas en el acto. Eres tú quien lo dice, y espero tranquilo las pruebas de tamaño baldón. Habla

– He visto entrar á un hombre por la puerta pequeña del jardín, deslizarse cautelosamente entre las sombras y los árboles, arrastrarse como un reptil, oculto el rostro por amplia capucha, penetrar, en fin, en las habitaciones de milady que le esperaba... ¡Ah, Mawl, Mawl, á quien aquella santa mujer que fué su madre depositaba sobre las rodillas del pobre John como en su propio regazo! ¡Ah, Mawl, espejo un día de aquella bondad y aquella virtud!..

Los sollozos entrecortaron su voz; John no pudo más y rompió á llorar.

***

La comida fué aquella noche silenciosa y triste. Wilner no despegó sus labios. John sirvió impasible. La niña Mawl parecía más preocupada que de costumbre. Algo siniestro se cernía en la atmósfera. Reinaba en la espléndida quinta del Devonshire ambiente de catástrofe.

Servido el te, el ayuda de cámara John salió, entornando la puerta.

– Mawl – tal era el acento de naturalidad que daba lord Wilner á sus palabras, que nadie hubiese sospechado la tremenda lucha que agitaba su espíritu. – Mawl, me había propuesto no volver á decir palabra sobre... esto, pero es necesario.

– ¿Qué tenéis que decirme de nuevo?

– Mawl, tú amabas á tu marido.

– Le amo aún, le amaré siempre.

Wilner se quedó un poco desconcertado. Luego prosiguió:

– Bien. Walter cautivó tu corazón virgen. Fué tu primer amor.

– Mi único amor.

– Tu único amor.

Wilner subrayó casi imperceptiblemente estas palabras, haciendo traición á su voluntad, que no quería que se dejara traslucir lo más mínimo su pensamiento.

Mawl, por su parte, no dió señal alguna de desconfianza.

– Puedes amarle, continuó el padre; perdonarle, no.

– Perdonarle...

– Perdonarle, no. Era un *gentleman*. Se olvidó de quien era él, de quien eres tú, de quien soy yo. Arrebatado por la pasión del juego, deshonró su nombre... Como lo expulsaron del club, lo expulsé yo de nuestro hogar. Un Walter no puede cobijarse bajo el mismo techo que un Wilner. Un tahur miserable...

– Señor, ¿á qué os complacéis en la tortura que me produce ese recuerdo? Ya me resigné. Vuestra voluntad se ha cumplido. Nuestra separación salva nuestro honor.

– Sí, vuestra separación eterna. Por fortuna, la Providencia no quiso concederos hijos que hubiesen sobrellevado, inocentes, el oprobio del nombre de su padre. Pero ¿me preguntas por qué renuevo ese recuerdo? Oyeme.

Mawl hacía esfuerzos por no perder la serenidad. Su emoción la vendía.

– Oyeme. Perdonarle, no. Respetarle, sí. Walter no merece tu perdón. Walter tiene un sagrado derecho á tu respeto. Es tu marido. Llevas su nombre. Y debes llevarlo con honor por tu honor mismo, por nuestro honor.

– ¡Ah!, respiró Mawl con un suspiro intenso, prolongado, como de satisfacción y desahogo.

– De lo contrario, ¡ay de ti!, ¡ay de todos!..

Wilner estuvo á punto de dar suelta á su cólera, á su indignación, á cuantos encontrados sentimientos bullían en su alma..

Y por no estallar de una vez, levantóse y salió.

***

Apenas entró Mawl en su cuarto, un hombre oculto entre los cortinajes apagó la luz, y cogiendo la mano de la hija de Wilner la cubrió de besos.

– ¡Tú!

– Yo, sí, mi adorada Mawl, que no puedo soportar por más tiempo tan desesperada situación. Esta noche he adelantado la hora de verte porque temo que nos espían. Es preciso acabar. Ayer me pareció distinguir un bulto acechando mi entrada por la puerta pequeña del jardín. Decídete. Huyamos. Ya no tengo más vida, ni más amparo, ni más felicidad en el mundo que tu amor.

– ¡Desdichada de mí! Huir será la muerte de mi padre.

– Quedarte será mi propia muerte. Sí. Yo me mataré.

¡No, no! ¡Te amo, te amo, te amo!

Mawl cayó desvanecida.

. . . .

– Sin duda, señor. He examinado la puerta del jardín. Ha entrado ya.

– Adelante.

John llevaba una linterna sorda. Wilner empuñaba con la mano crispada una pistola de dos cañones.

– ¡Miserables!, gritó Wilner irrumpiendo en la habitación.

Y descerrajó un tiro sobre el hombre, que se desplomó instantáneamente.

Cuando iba á disparar el segundo tiro sobre su hija, muda de espanto, la linterna de John desparramó su luz sobre el ensangrentado cuerpo que yacía en el suelo.

¡Era el de Walter!

JOSÉ DE LASERNA.

UN PERFIL DE TOLSTOI

Pocos hombres han ejercido en el mundo intelectual y social una influencia tan directa y tan honda como la que ejerce Tolstoi: pocos hombres también han suscitado tantas, tan enérgicas ni tan contrarias pasiones como las que él suscita. Su palabra, traducida en sus escritos, suena á través del mundo como un clarín de guerra. A su voz, las muchedumbres se enardecen y las sectas se agrupan. Y es que el ilustre maestro tiene en sus predicaciones el proselitismo del apóstol, la vocación del mártir y el entusiasmo del caudillo.

Pero este apóstol, este maestro, este caudillo tiene no sé si la suerte ó la desgracia de que no todos lo entiendan. Con ser su doctrina tan sencilla, tan pura en su origen, tan radical en su tendencia, cada cual la traduce á su modo y la aplica á su personal conveniencia. La aristocracia cree que Tolstoi es un desertor de sus filas, que arrojó el severo uniforme, vistiendo la blusa del aldeano, por el solo gusto de fustigar á las clases privilegiadas y lanzar contra ellas á los desheredados.

El pueblo que sufre, llora, amenaza y espera, ha hecho del venerable apóstol ruso, no su defensor, sino su panegirista. Cree que Tolstoi no solamente se confunde con él en odios y aspiraciones, sino que lo ha de llevar al asalto de todo lo que anhela.

El Santo Sínodo fulmina contra él sus rayos en la creencia de que el gran sociólogo labora contra la iglesia cristiana. Los espíritus exaltados creen que entre ellos y Tolstoi hay una conformidad, una comunidad de pensamiento, que lo erige en colaborador, director y jefe de los de abajo.

Tolstoi, entretanto, no está en la cima, ni tampoco al pie de la montaña. Es un creyente, es un místico; y cuando mira hacia arriba, sólo ve bullir y luchar por lo material, por lo terreno, á los mismos mercaderes que el Señor arrojó del templo, en tanto que allá, en lo profundo del valle, hormiguea la multitud hambrienta, pero injusta y apasionada, que pidió el martirio de Cristo y la libertad de Barrabás. Bastan dos, de las numerosas obras de Tolstoi, para la exposición de su doctrina, varia en apariencia, una en el fondo. La novela *Resurrección* es el anatema lanzado contra la aristocracia por los de abajo, por los humildes.

La heroína del libro es una mujer perdida... Perdida por un aristócrata; juzgada y condenada por un tribunal de aristócratas y antiguos seductores; conducida á Siberia por oficiales y soldados, instrumentos de aristócratas, que indiferentes empujan hacia las estepas heladas los rebaños humanos.

Los miserables, los desheredados, los perseguidos, se regocijan. Tolstoi es su vengador; su libro, su venganza.

Pero hay (en apariencia, no en realidad) otro Tolstoi: el autor de *Poder de las tinieblas*. El ogro aquí es el aldeano; la escena es la choza perdida en el bosque. La podredumbre es tanta abajo como arriba, acaso mayor. El aldeano aparece pervertido; todas las bajas y menudas pasiones combaten en él. Ganar dinero ó robarlo y esconderlo, he aquí su suprema aspiración. La avaricia domina, ahoga, todos los instantes... Entre los aldeanos también hay un D. Juan, un seductor brutal, más criminal, más fiero que el seductor aristócrata de *Resurrección*. El autor se complace en detallar los horribles refinamientos de la crueldad del aldeano. Arrebata al hijo de la mujer seducida y abandona su propio hijo, lo arroja á un foso, lo cubre con una tabla, se sienta encima y escucha crujir sus huesos.

Tolstoi no es ya el azote del aristócrata, ni el nivelador que hemos visto antes capitaneando las falanges de los de abajo contra los de arriba. ¿Es que Tolstoi se contradice? Eso creen los que han hecho del apóstol ruso ó su enemigo sistemático ó su obligado é incondicional colaborador. Pero en realidad, si existe contradicción hay que buscarla entre los discípulos del maestro. Tolstoi va derecho á su fin, á desarrollar su doctrina. Hace su camino sin torcerse á derecha ni á izquierda. Gentiles hombres ó rústicos paisanos todos son unos en esencia, todos necesitan reforma. Tolstoi sueña en una reorganización de la vida. No va al nihilismo, ni tampoco al cesarismo. No niega la fe, pero no la hace ciega. Tolstoi lleva dentro de sí un ideal divino de amor y de bondad que lucha á cada paso con el positivismo de la vida. Es nihilista para la perversión que nace de las imperfecciones sociales. Es conservador, mejor dicho, evocador de la verdad que él ve confundida con el cristianismo. Tolstoi es un místico de la anarquía. El va hacia la luz que brilla lejos, pero luz al fin. Los otros, los de arriba y los de abajo, los hartos y los desesperados, no saben adónde van.

J. P. Latorre.

SIN MADRE

En una de mis excursiones por los barrios pintorescos de París que han escapado á la piqueta demoledora de los Haussmann, y que forman aglomeraciones vetustas, perdidas en modernos ensanches, no pude resistir á la curiosidad que despertó en mí el aspecto de un caserón de la calle Maître Albert, que ostentaba encima de la puerta y en negros caracteres sobre un fondo gris indefinible esta extraña muestra:

Hotel-Restaurant de los Mendigos.

Deseoso de conocer aquel establecimiento, penetré en el comedor, cuyas mesas estaban aún casi todas desocupadas, y me presenté á una matrona de abultadas formas y plácida fisonomía, que estaba sentada, como en su trono, detrás de un ancho mostrador.

– ¡Ah, usted escribe en los papeles públicos!, exclamó al enterarse de mis deseos. Espere un instante... ¡Nicolás!

Un mozo que respondía á este nombre acudió al llamamiento de la matrona, que le dijo:

– Estate aquí... Yo debo ausentarme un rato con este caballero.

En el tono en que dió la orden, adiviné que era el ama de la casa.

– Yo misma voy á enseñar á usted lo más curioso de *mi* establecimiento, me dijo descolgando un manojo de llaves que pendía de un garfio al lado del casillero de las servilletas.

El inmueble es un edificio macizo, resto de algún hotel aristocrático ó de algún convento transformado después de la Revolución.

Mi guía asegura que fué una dependencia del castillo que la reina Blanca – Doña Blanca de Navarra, segunda esposa de Felipe de Valois – mandó construir en el siglo XIV, en la calle del Fer-à-Moulin. Puede ser; pero la aclaración de ese dato arqueológico no hace falta á mi relato.

Lo cierto es que la escalera, monumental, conserva algunas trazas de su pasado esplendor. La baranda es de hierro artísticamente forjado. En el remate de las pilastras y en el centro de las bóvedas, de estilo gótico, se ven delicadas esculturas. Las ventanas son ojivales, de una elegancia esbelta.

La casa contiene 104 camas, distribuídas en una docena de dormitorios. El edificio es vasto y no se ha desperdiciado ni un palmo de terreno. Un rincón entre el muro y la escalera se halla convertido en cuarto. En él veo una cama y en la cama un hombre, expuesto á las inclemencias del tiempo, entre un ventanillo sin cristales y un boquete de entrada sin puerta.

– ¿Los inquilinos de usted no tapan esas aberturas en invierno?, pregunto á la hostelera.

– ¡Bah! No son tan delicados, me contesta encogiéndose de hombros.

Entramos en un dormitorio de doce camas de hierro que casi se tocan. Los jergones de maíz están cubiertos con una especie de sábanas grises y una manta de lana pardusca. Casi todos los lechos están vacíos; sólo hay cuatro ó cinco individuos envueltos en sus andrajos; algunas ropas de uso, mugrientas y rotas, extendidas sobre los camastros, cubren los agujeros de las mantas.

– Esos duermen la mona, explica la dueña de la casa.

«O meditan alguna fechoría,» pienso yo, al ver la espantosa fisonomía de aquellos individuos. Sus rostros verdosos, como tumefactos, que no llegan á animar los ojos entreabiertos, recuerdan á los asfixiados tendidos en el cinc de la Morgue. El aire que respiran, cargado de fetidez, les amodorra, paraliza sus nervios, apaga en sus cerebros los débiles fulgores de sentimiento y de razón que aún brillarían quizás en una atmósfera menos malsana.

En este momento carecen de voluntad. La idea de sacudir su embotamiento, de desplegar energía, resolución y fuerza, no se les puede acudir. Experimentan la invencible impotencia de obrar que se apodera de los suicidas por el ácido carbónico, cuando las emanaciones del brasero han llenado las células de sus pulmones. Se hallan dominados por una estúpida pereza. Para sacarlos de su amodorramiento necesitarán la sacudida de un vaso de aguardiente.

Subimos á otro piso, luego al tercero y por último á las buhardillas, y en todas partes hallamos la repetición de aquellos focos de sofocante infección y de inaudita miseria.

– ¿A qué clase pertenecen generalmente sus inquilinos?, pregunto á la matrona.

– A todas, contesta, menos á la millonaria. Aquí hay mendigos, vagabundos, saltimbanquis, mozos de cordel, músicos callejeros, toda la plana mayor del arroyo.

– ¿Y cuánto pagan de hospedaje?

– Treinta céntimos por noche.

– ¿Tiene usted muchos?

– Todos los que caben en la casa. Los que no quieren quedarse á la luna de Valencia por falta de cama, la comprometen por la mañana, antes de salir; van á sus quehaceres y se retiran entre diez y doce de la noche.

– ¿Todos?

– Algunos hay que no se acuestan hasta que va á despuntar el día; pero tenemos huéspedes formales.

– ¿Qué entiende usted por huéspedes formales?

– Los tranquilos, que no se meten con nadie y pagan siempre al contado.

– ¿Y de qué viven esos prodigios de formalidad?

– ¡Vaya usted á saber! Vendiendo baratijas, pidiendo limosna, haciendo juegos de manos, ejerciendo toda clase de buenas y malas industrias.

Ya de retirada, me llamó la atención un cuartito de la planta baja, que contrastaba por su aseo con los demás del edificio.

– Este es el cuarto de los Valery, dijo la hostelera en un tono que excitó de nuevo mi curiosidad.

– ¿Quiénes son los Valery?

– Una familia muy interesante, que después de haber vivido en la opulencia, se ve reducida á ganarse el pan de cada día cantando y tocando el violín por la calle... Precisamente allí los tiene usted, en la esquina de la plazuela, donde todas las mañanas dan su última *audición* antes del almuerzo.

Un hombre de mediana estatura, de rostro enjuto y barba gris, con mucha tristeza en los ojos y mucha distinción en toda su persona, cubierta la cabeza con un sombrero hongo, negro y suave, y abrigado el cuerpo con ropas cortadas sin duda por un buen sastre, pero algo deformadas y raídas por un largo uso; un hombre en cuyo semblante resplandecían la bondad y la resignación, acompañaba en el violín á una muchacha de unos diez y seis años que con dulce voz y singular expresión cantaba una romanza sentimental.

La cantora era bonita, rubia, de ovalado rostro, blanco cutis, ojos claros, con mucho candor y mucha dulzura en la expresión. Vestía un sencillo traje de lana, á cuadritos blancos y azules, cuya holgura no acertaba á dibujar la robustez de las formas; llevaba al cuello una blanca pañoleta de algodón, y pendiente de un cinto de cuero una cartera de viaje.

Acompañaba á los dos concertistas callejeros una preciosa niña de unos diez años, morena, de facciones delicadas y expresión melancólica, vistiendo un tosco traje de lana pardusca y vendiendo ejemplares de la romanza que cantaba su compañera.

– Son padre é hijas, dijo la dueña del hotel. Hace tres meses que me tienen alquilado este cuartito que usted acaba de ver. Le tienen dividido en dos compartimientos por medio de una cortina; en uno duerme el padre, que se pasa las veladas escribiendo, y el otro sirve de dormitorio para las niñas, de cocina y comedor para los tres. Son de una pulcritud extraordinaria, y da gusto ver el aseo con que llevan su modesto hogar y sus personas. Se levantan temprano, salen á las ocho y vuelven á la hora de almorzar, para salir de nuevo á las dos y retirarse al anochecer.

– ¿Y cuánto les lleva usted por el cuartito?

– Ni más ni menos que á los otros: sesenta céntimos por las dos camas.

En esto la familia Valery había terminado su *audición*, como decía la robusta patrona, y se encaminaba hacia el hotel.

Al entrar nos saludaron cortésmente, y yo detuve á la niña para comprarle un ejemplar de la romanza. Púsele un franco en la mano, diciéndole que se quedase con la vuelta.

La romanza titulábase *Sin madre*, y se me figuró, desde luego, que entre su asunto y el caso de aquella desventurada familia había relación estrecha.

– ¿Conoce usted la historia de esta pobre gente?, pregunté á la hostelera.

– Me la contó el Sr. Valery al *refugiarse* en mi casa.

Deseoso de conocerla, entré en la sala del restaurant y supliqué á la dueña que me dispensase el honor de tomar conmigo *el aperitivo*. Ella aceptó gustosa, mandó servir dos copas de Madera y me refirió la siguiente historia:

«La familia Valery se componía del matrimonio y dos hijas. La mayorcita recibió una educación apropiada al rango y fortuna de sus padres, pertenecientes á la alta burguesía y poseedores de un grueso capital. A los catorce años, Alicia, que así se llama, no sabía pegar un botón ni freir un par de huevos, pero pintaba acuarelas, tocaba el piano y cantaba romancitas de salón.

»Mientras las niñas eran educadas para brillar en el gran mundo, los padres derrochaban el oro á manos llenas. Daban fiestas magníficas en su casa, puesta con un lujo asiático y llena de objetos artísticos de gran valor. Tenían soberbios caballos, numerosos coches, palco en la Opera y en el teatro Francés, y parecía que su fortuna era inagotable.

»El Sr. Valery había desempeñado en la Administración pública un elevado cargo que le permitía entregarse, sin riesgo alguno, á grandes especulaciones. Desposeído de su cargo, en un cambio de gobierno, jugó á la Bolsa con la esperanza de poder sostener su boato. La fortuna le fué adversa, y á medida que se arruinaba, iba aumentando la opulencia de su tren de casa para sostener su crédito.

»Llegó, sin embargo, el momento en que no pudo ocultar el estado ruinoso de sus intereses, y todos los acreedores se le echaron encima. El desastre fué tan completo como rápido. La señora de Valery murió del trastorno, y su esposo, de la noche á la mañana, se encontró en la calle con sus dos hijas. No tenían parientes que los ampararan; los amigos que habían ayudado á arruinarles, les volvieron la espal-



SIN MADRE, cuadro de María Berta Mouchel. (Véase el artículo ...)

da; sus antiguos tertulianos y comensales les cerraron las puertas de sus casas. El pobre señor, que no era mal violinista como aficionado, recurrió á su habilidad de instrumentista y á las facultades vocales de su hija mayor, para disimular bajo el cultivo del arte la mendicidad á que se veía reducido para no morirse de hambre. Una tarde vinieron á parar aquí por casualidad; me enteré de su desdicha y les albergué en la mejor habitación de mi casa, donde vegetan tranquilos y relativamente felices.»

Parecióme que la manera de expresarse y las amabilidades de la hostelera revelaban una educación superior al medio en que vivía.

– Usted ha nacido, señora, y se ha educado en una esfera distinta de esta en que ejerce su extraño comercio, le dije mirándola fijamente.

Ella se sonrió con amargura y contestó mientras sus ojos se velaban de tristeza:

– La historia del Sr. Valery es la historia de mi padre, con la diferencia de que era ya viudo cuando se arruinó en la Bolsa y de que en la desesperación se pegó un tiro. Huérfana de padre y madre á los diez años, acudí también á la mendicidad por no morirme de hambre. ¡Qué espantosos días aquellos en que sin hogar y sin familia me encontraba perdida en el inmenso París! Busqué trabajo; gané algún dinero ayudando á servir en las casas; uní mi suerte á la de un criado que tenía algunos ahorros; enviudé á los pocos años, y recordando mis angustiosos días de mendicidad, invertí mi pobre capital en instalar este hotel para albergue de mendigos

Llamé al mozo para pagarle el gasto, á lo que se opuso la patrona. Díle á ésta las gracias por sus bondades, y me fuí meditando sobre las grandezas y miserias de este mundo.

JUAN B. ENSEÑAT.

A MEDIA NOCHE

...Allá iban jinete y espolique envueltos en una nube de polvo.

La hora, el sitio, lo solitario del camino y el fondo sangriento de los celajes del ocaso hacia donde corrían aquellas dos sombras, todo parecía plagiar algo funesto. Los vencejos, semejantes á espíritus negros desprendidos por la muerte, atravesaban volando la llanura inhospital. En la encrucijada de dos malos caminos de herradura, si bien uno de ellos mucho más solitario y temeroso, tiró el jinete de las riendas al caballo y lo paró, dudando entre cuál de los dos eligiría; y el espolique, que corría delante, parándose á su vez y mirando alternativamente á una y otra senda, preguntó en dialecto:

– ¿Por qué mano echamos?

El jinete dudó un instante antes de decidirse: después contestó:

– Por donde sea más cerca.

– Como más cerca es por bajo; solamente que por Celtigos se evita pasar de noche la robleda del molino... ¡Tiene una fama!.. ¡Madre de Dios de Bradomín, qué fama tiene!

Volvió á dudar el de á caballo, y tras un momento de silencio á preguntar:

– ¿Cuánto más podrá haber por uno que por otro lado?

– Lo que hay... Por eso aún le es un buen pedazo.

– ¿Habrá tanto como de aquí al molino?

– Haberá bien.

El jinete dejó de refrenar el caballo.

– ¡Es mucho!.. ¡Es mucho!

Y sin detenerse echó por el más solitario de los dos caminos que atraviesan aquella llanura cubierta de hierba desmedrada y seca que le da un aspecto de triste monotonía, sólo interrumpida por los sauces que á lo lejos marcan la línea irregular del río. El mozo, que se había quedado un tanto atrás, observando el aspecto del cielo y el dilatado horizonte en donde aparecían ya muy desvaídos los arreboles del ocaso, corrió á emparejarse con el jinete.

– ¡Pique bien!.. ¡Pique bien!.. A ver si aún tenemos luna para pasar la robleda.

Pronto se perdieron en una revuelta, al bajar la trocha que desde allí sombrean hasta la «Calzada Vieja» añosos y copudos álamos que llegaban más allá de la casa solariega de unos hidalgos que llamaban los Balaños.

– Vaya prevenido por lo que puede saltar, dijo al jinete en tono quedo el espolique en el momento en que atravesaban el peligroso robledal del molino.

– No hay cuidado.

– Haile, y bien que le hay. Una vez, era uno así de la misma conformidad de usted, porque tampoco tenía temor, y en la misma puente le salieron dos hombres y robáronle todo, y no lo mataron por milagro de Dios...

– Esos son cuentos de una vez...

– ¡Tan cierto le es como que todos nos hemos de morir! Hará ahora de esto un suponer...

Y se interrumpió lanzando una exclamación de susto que hizo estremecer al jinete y le previno. Moviéronse las zarzas de un seto separadas con fuerza, y una sombra negra saltó en mitad del camino y dió el alto con voz bronca y de resuelta amenaza, enarbolando una hoz que, suspendida sobre la cabeza del jinete, brilló un momento con siniestro resplandor, sólo comparable con aquel tan rápidamente difundido por el inesperado fogonazo que se siguió inmediatamente, iluminando con azulada vislumbre el rostro zaino y barbinegro de un hombre que tenía asidas las riendas, y que se tambaleó y cayó pesadamente. Encabritóse el caballo, chispearon las piedras bajo las herraduras y se hablaron atropelladamente los dos hombres al emprender la huída. Pronto dejaron el camino de herradura por otro de ruedas, y junto á la iglesia de Bradomín, que está en la hondonada, se detuvieron para dejar paso á un arriero que iba medio dormido sobre su mula arrebujada en una manta.



ESTATUA DE D. AGUSTÍN ARGÜELLES, obra de José Alcoverro

– Puedes volverte con el caballo. Yo desde aquí bien me pongo del otro lado... Con pasar la barca..., dijo á media voz el jinete.

– Más mejor, salvo su parecer, es llegar hasta Bradomín y luego volver por la vereda, que es camino más cierto...

– No, no; si recelas algo, aún alcanzas á ése. Monta, si quieres: todavía se le ve.

Y señalaba al arriero, que lentamente subía por la honda trocha cubierta de hojas secas y llena de charcos, donde se reflejaba la luna. Obedeció el espolique, y una vez sobre la silla, se inclinó para escuchar al caballero, que le habló en voz baja. Terminado el coloquio, que fué breve, el caballero se hizo á un lado para dejar paso al rocín, y murmuró llevándose un dedo á los labios:

– ¡De lo de esta noche, ni esto!..

– ¡Descuide!, repuso el mozo alejándose.

Dió alcance al arriero á tiempo que empezaban á caer gruesas gotas de agua, que á los dos obligaron á espolear sus cabalgaduras

¿Quién era aquel hombre que quedaba parado en medio del camino? ¿Adónde iba? Yo no os lo podré decir. Tal vez fuese un emigrado. Tal vez huyese á Portugal. El caballo que montaba era overo, y de semejante color no había en toda aquella tierra otro alguno que el del abad de Framil, tío del famoso señorito del Pazo de Balaños, del cual se susurraba que pertenecía á la facción y que entonces andaba muy perseguido. Probable es que fuese él.

Soplaba en ráfagas el viento, estremeciendo los álamos del camino, que cabeceaban tristemente inclinando sus copas al suelo; y á un lado, en un claro del ramaje que iluminaba la luna, descubríase el molino. Era de aspecto sospechoso y siniestro, y estaba situado en una revuelta. Sentada al pie del postigo, que aún permanecía abierto en hora tan desusada, estaba una vejezuela rezando medrosamente.

– ¿Está Brión?, preguntó el arriero cuando estuvo cerca.

– No le está, contestó la vieja suspirando; salió poco hace en busca del rapaz, que se marchó anochecido y no pareció más.

– ¿Tendrá por ahí algún divertimiento?

– ¡Ojalá tuviera!

– Y diga, continuó el otro. ¿Han pasado estos días muchos arrieros?

– Pasaron bastantes.

– ¿El Ginesín también?

– También.

– ¡Me valga Dios!, dijo contrariado el arriero.

Y espoleando la mula otra vez y con mayor prisa emprendió el camino.

– ¡Si me halla por ahí á ese enemigo de hijo, mándemelo!, gritó apenada y por postrera vez la vieja.

Pesadas nubes encapotaban el cielo, sobre el cual recortaba su obscura silueta, allá muy en la hondonada, la iglesia de Bradomín cuya única campana sonaba lentamente con el toque del nublado. Percibíase de un modo vago y misterioso el rumor de la corriente que alimenta el molino, y en ocasiones semeja alarido de can que ventea la muerte ó gemido de hombre á quien quitan la vida; y el airoso creciente de la luna se dibujaba todavía en el cielo, cuando de pronto una de las cabalgaduras se detuvo espantada y poco faltó al jinete para dar en tierra. Tendido en mitad del camino y muerto á lo que parecía estaba un mocetón alto y moreno. Tenía una hoz asida fuertemente con la diestra; descalzos los pies, que parecían de cera; la boca llena de sangre; los ojos ya vidriados é inmensamente abiertos; desfigurado por una herida en el rostro y chamuscada la barba, que era muy negra.

– ¡Es el Chipén!, dijo azorado el arriero. ¡El hijo del molinero de ahí!

Y cambiando repentinamente de tono, preguntó al mozo, el cual estaba en extremo demudado.

– ¿A qué hora has pasado tú por aquí?

– Temprano, repuso el otro con voz no muy segura.

Miróle su compañero á la cara, y con sonrisa socarrona y pícara exclamó:

– ¡Estás tú bueno!

Y refrenó la mula para bajar la cuesta.

RAMÓN DEL VALLE-INCLÁN.

COSTUMBRES VALENCIANAS. - FALLES DE SEN JUSEPH

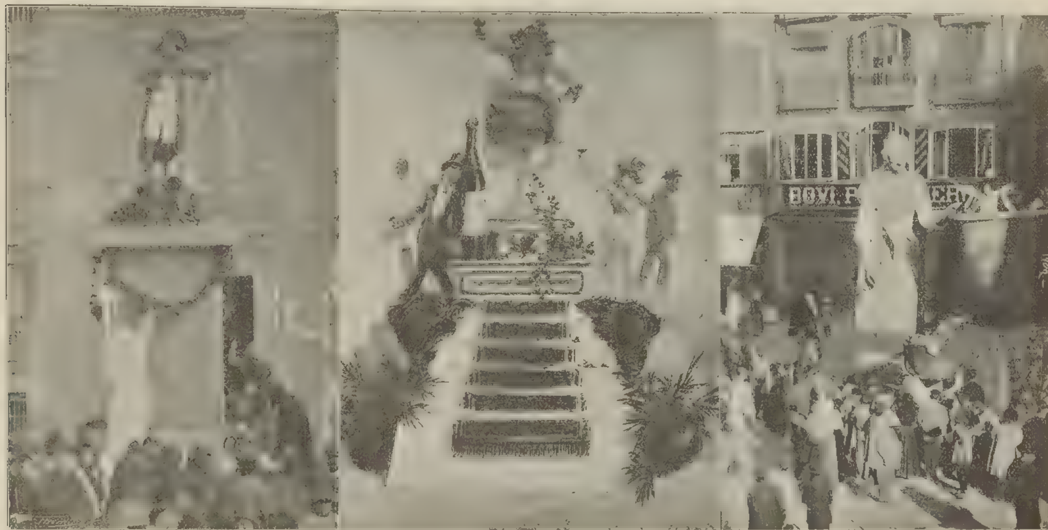
El centro de las cuatro esquinas donde se traspasan las dos calles, es el lugar destinado para la falla. Allí se levanta su pedestal de madera forrada con lienzo pintado, y sobre él las figuras inmóviles en su actitud de acción interrumpida.

Los usos, las tradiciones, el dialecto, las costumbres son la nota que caracteriza á los pueblos, que po; pero al fin se desistió del añejo argumento, y la *falla* tomó su asunto en la política.

Como parece que todos tenemos derecho á criticar y censurar á los políticos, sin ponerse nadie de acuerdo, viendo que aquello no originaba disgusto alguno, sino que, por el contrario, la *falla* que demostraba más satírico ingenio era la más ensalzada,

Una loca alegría saluda á la primera campanada de las doce con que termina el día de San José; la *falla* empieza á quemarse, el aire anima las llamas, sigue alborotando la multitud y después todo aquel artístico catafalco se convierte en una gran hoguera por la que saltan los chiquillos inexpertos.

Desde el Miguelete el efecto es sublime. Una al-



COSTUMBRES VALENCIANAS. — LES FALLES DE SEN JUSEPH EN 1902. — Falla de la plaza del Príncipe Alfonso, que ha obtenido el primer premio del Ayuntamiento y de la sociedad *L'Antigor.* — Falla de la calle de Ruzafa, que ha obtenido el premio de *Lo Rat Penat* — Falla de la plaza de la Reina, que ha obtenido el segundo premio del Ayuntamiento (de fotografías remitidas por D. Luis Zorahyta).

os diferencia. La calmosa Galicia, que entretiene su nostálgica pereza con los dulces gangueos de la gaita, y la ardiente Andalucía, que enardece su alegre bullicio con vibrante rasguear de guitarra é inquieto repiqueteo de palillos, serían una población más ó menos populosa en donde el clima haría agradable la estancia según el gusto de cada uno.

De las capitales españolas, Valencia es una de las que más se destacan en cuestión de fiestas populares.

Aunque el progreso va borrando mucho las clásicas costumbres, todavía conserva el pueblo valenciano bastante de sus árabes abuelos. La blanca *barraqueta* de los alrededores de la capital se repliega hacia la huerta como paloma medrosa que huye al ruido, y la pareja de labradores ya no visten el típico traje que tanto los embellecía; sin embargo, más ó menos adulteradas, las costumbres se siguen manteniendo.

La pólvora, el fuego, constituye la pasión más grande de este pueblo. No hay una sola fiesta en donde no se oigan los prolongados silbidos del cohete, en caso de faltar la estrepitosa *traca. Les falles,* aunque no tienen analogía con la pirotecnia, demuestran, sin embargo, la tendencia que dejo anotada.

Si alguno conociese las *fallas* sólo por su origen, se sorprendería seguramente al ver las que hoy se queman en la noche de San José, porque antiguamente sólo se prendía fuego á montones de leña y trastos viejos. Por aquella época, en la que dominaba el Santo Oficio, los carpinteros quemaban, la víspera de su patrón por la noche, maderas inservibles y virutas que amontonaban al barrer el taller, pero acostumbrados á presenciar la cremación de sus semejantes, ridiculizaban los autos de fe arrojando en las hogueras peleles que siempre tenían alguna intencionada significación. A veces colgaban de un palo al muñeco, imitando á los ahorcados, y más tarde estos peleles fueron representando escenas de la vida privada de algún vecino que servía de mofa y escarnio. Origen dió esto á graves disgustos y complicaciones peligrosas, que tenían, la mayoría de las veces, un final trágico y desastroso.

A pesar de los disgustos y colisiones que todos los años proporcionaba la *falla,* siguió ésta teniendo el mismo significado por espacio de muchísimo tiempo; los *falleros* procuraron que sus respectivas producciones resultaran superiores en todo á las demás. En vista del arte que se iba demostrando en ellas, se concedieron premios honoríficos y en metálico por el Ayuntamiento y sociedades particulares; desde entonces la competencia es notablemente agradable, y hasta hay *falla* que da verdadera compasión al recordar el final que le aguarda.

Una comisión de vecinos, entre los que figura el dueño del cafetín ú horchatería, son los encargados de recaudar entre el barrio la cantidad por la que cada uno se suscribe, con objeto de contribuir á los gastos que la *falla* proporciona.

A la puerta del cafetín empezó su dueño por colgar una rama que diese pronto á conocer el establecimiento; pero compitiendo con los del mismo oficio, fuéronla agrandando, agrandando, hasta tomar las proporciones de un árbol frondoso cortado á flor de tierra, que se sujeta á la entrada, y de sus horquilladas ramificaciones penden grandes buñuelos con cintas de color.

Los balcones se adornan con banderitas que tienen el doble significado de engalanar la calle y es carnecer el amor propio del que no contribuye á la fiesta, porque en su balcón no ondea la tela de colores nacionales.

Durante todo el día están las vías públicas animadas por la gente que circula visitando las *fallas;* pero cuando llega la noche crece la algazara y el bullicio.

En el cafetín no cabe un alfiler; las mesas están ocupadas; las camareras airosas, con el blanco delantal de peto, culebrean por entre las sillas llevando en la brillante bandeja los humeantes buñuelos que son ahogados en sendos tragos de transparente anisado, mientras el dueño contempla sonriente detrás del mostrador su establecimiento, en donde no es posible entenderse con el vocerío de los parroquianos y el estridente choque del cristal.

La juventud, que aprovecha todas las fiestas para rendir culto á Cupido, engalanada con *lo millor de la caxeta,* pasea alegre, gozosa, con todo el hermoso esplendor de los pocos años, mientras la música, desde el tablado próximo á la *falla,* despide armoniosas cadencias, que ejecutan entre *lo més vo* del repertorio.

fombra gris, con claros y obscuros en determinados puntos, se extiende á los pies de la histórica y elevada torre, y algunos picos prolongados traspasan la igualdad de la superficie informe De pronto suenan á una las campanas de multitud de relojes más ó menos débiles conforme la distancia que los aleja, y casi al mismo tiempo, de la masa jibosa que descansa inmóvil abajo, fluyen espirales de humo que se confunden con el nocticolor, y luminosos serpenteos de llamaradas van descubriendo, con luz rojiza, tejados, cimborrios, torres..., toda una ciudad que se vela en la obscuridad densa de la noche.

LUIS ZORAHYTA.

Valencia, marzo de 1902.

ESTATUA DE D. AGUSTIN ARGÜELLES,

OBRA DE JOSÉ ALCOVERRO

Madrid, que sirvió de campo de acción y presenció los esfuerzos y las extraordinarias dotes del eminente estadista D. Agustín Argüelles, á quien por sus excepcionales cualidades apellidaron *el divino* sus contemporáneos, dispónese á honrar su memoria, erigiéndole un hermoso monumento, gracias á la iniciativa de su alcalde D. Alberto Aguilera, en el cruce que forman la calle de la Princesa y el Paseo de Areneros.

Como se trata de una personalidad que casi corresponde á nuestra época y por lo tanto perfectamente conocida, sólo hemos de recordar la importantísima misión que le cupo desempeñar como tutor de la Reina D.ª Isabel II durante su menor edad, y de la influencia que ejerció en la política española en el transcurso de aquel difícil y luctuoso período en que dos partidos se disputaron encarnizadamente el trono y los destinos de la nación. A falta de tales antecedentes y de sus indiscutibles méritos, cabría siempre á Argüelles la gloria de haber trabajado en favor de la abolición de la esclavitud.

La estatua que representa al ilustre estadista es obra del distinguido escultor catalán D. José Alcoverro, ya ventajosamente conocido por otras producciones verdaderamente recomendables y á las que debe los triunfos obtenidos en su ya larga carrera artística. Basta examinar la reproducción que figura en la página anterior para apreciar el acierto y habilidad del artista.

La parte arquitectónica del monumento, que se inaugurará en el próximo mes de mayo con motivo de las fiestas de la coronación, ha sido proyectada por el arquitecto municipal de la coronada villa D. Francisco Andrés Octavio, midiendo ocho metros de altura, de los que corresponden dos metros ochenta centímetros á la estatua, que ha sido ejecutada en mármol blanco de Italia.





FLORES DE ORIENTE, cuadro de Conrado Kiesel

NUESTROS GRABADOS

El goloso, acuarela de Jacinto Espinal. – Nueva demostración de las relevantes cualidades que á este pintor adornan es la lindísima acuarela que en la primera página de este número reproducimos; en ella se ven confirmados una vez más los juicios que acerca del Sr. Espinal hemos en anteriores ocasiones emitido y que pueden resumirse diciendo que el artista observa perfectamente el natural y acierta en el empleo de los recursos técnicos para trasladarlo al lienzo, conservando la exactitud de líneas y proporciones y sobre todo reflejando la verdad y la fuerza de la expresión. *El goloso* pertenece á la categoría de aquellas obras que no exigen una contemplación larga y atenta para ser debidamente apreciada; sus méritos se comprenden sin necesidad de un detenido estudio. Basta para ello sentir la impresión que produce, y esta impresión no puede ser más favorable: aquellos ojos que relampaguean excitados por la idea del placer próximo, aquella boca que anticipadamente saborea la golosina, aquella cara, en suma, que por todos sus poros respira la alegría del niño que se halla en posesión del objeto codiciado, atraen poderosamente nuestra mirada, fijan nuestra atención y nos obligan á admirar y aplaudir al artista que de tal modo ha sabido pintar la realidad.

Flores de Oriente, cuadro de Conrado Kiesel. – Es éste uno de los pintores de género y sobre todo uno de los retratistas de señoras, predilectos del público de Berlín. Esto último se comprende perfectamente: pocos saben como él componer con tanta elegancia las figuras femeninas, rodearlas de los elementos que pueden comunicarles mayores atractivos, ponerlas en un medio que aumente ó por lo menos realce sus naturales encantos. Y aunque tratándose de retratos parece que todos estos accesorios son, si no inútiles, innecesarios, la verdad es que todo contribuye al mayor efecto de la pintura, especialmente si la persona retratada pertenece al bello sexo. *Flores orientales* es una prueba de lo que decimos: bellísima es la figura que en ella nos ofrece el artista; pero aun siéndolo tanto, si nos la imaginamos aislada perderá no poco de su belleza; en cambio, rodeada de esas flores que forman en torno suyo poético marco, sube de punto su valor estético y artístico y el efecto producido es infinitamente más intenso.

Ninfas y amorcillos, porcelana de la Fábrica Nacional de Sevres. – Como recientemente nos hemos ocupado de otras obras de la misma índole y procedencia de ésta, parécenos innecesario dar acerca de ella explicación alguna. Por otra parte, todo lo que de la famosa manufactura francesa sale, lleva en sí su mejor elogio, pues sabido es que la elegancia más exquisita y la ejecución más perfecta son las características de las producciones que de ella salen y que constituyen joyas tan preciadas y valiosas como las mejores que con piedras y metales preciosos pueden fabricarse.

Cecilio Rhodes. – En su quinta de Muizenberg (Colonia del Cabo) ha fallecido en 26 de marzo último Cecilio Rhodes, el verdadero causante de la guerra que tantos horrores ha producido en el Africa del Sur y tan terribles quebrantos y humillaciones viene costando á la poderosa y altiva Inglaterra.

El llamado *Napoleón del Cabo* era el hijo menor de un pastor protestante, nació en Bishops Storford (Inglaterra) en 5 de julio de 1853 y en 1869 fué al Natal á reunirse con su hermano mayor, propietario establecido en aquella colonia. Al iniciarse en Kimberley el febril movimiento que impulsaba á todo el



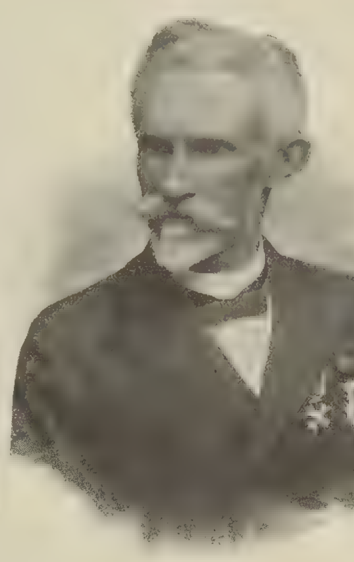
CECILIO RHODES
fallecido en Muizenberg en 26 de marzo último

mundo á la busca de diamantes, los dos hermanos se dirigieron allí con todos los empleados de su casa; pero una vez regularizados los trabajos de la nueva industria, Cecilio volvió á Inglaterra, ingresando en el colegio de Oxford. De regreso á Kimberley, fué presidente de la famosa compañía De Beers, dueña de la mejor mina del Sur de Africa, y gracias á su actividad y á sus talentos financieros, esta sociedad absorbió á todas las demás sociedades de aquella región, todas las cuales se fundieron formando la llamada *De Beers Consolidated Mines Limited.*

No se satisfizo Rhodes con este triunfo, sino que, estimulado por los descubrimientos de minas de oro del Transvaal, resolvió extender su influencia á las vastas regiones del Norte y después de varios viajes á Inglaterra logró un Real privilegio para la compañía inglesa del Sur de Africa, éxito que hizo de él la primera figura de la colonia del Cabo. Bajo su dirección se desarolló la política activa de la compañía y empezó la memorable marcha al través del Mashonaland, en donde muy pronto ondeó la bandera inglesa y se implantó en gran escala la industria minera.

Después de haber sido elegido miembro de la Cámara del Cabo, en 1890 fué nombrado gobernador de aquella colonia, comenzando entonces á realizar resueltamente el proyecto que había acariciado durante tantos años y que consistía en extender el poder de la compañía hacia el Norte en dirección á Zambezi, consiguiendo apoderarse de las tierras que rodean el Estado de Orange y la República Sud-africana y privando á estos territorios de comunicación con el Norte.

El fracaso del *raid* Jameson, empresa inicua por la cual pretendió conquistar el Transvaal, le obligó á dimitir el cargo de



EL DR. D. CARLOS BERG, sabio naturalista,
director del Museo Nacional de Buenos Aires, fallecido en 19 de enero último
(de fotografía remitida por D. Justo Solsona)

gobernador, y los alemanes, que hasta entonces le habían apoyado, le hicieron sañuda oposición; y como si todo se conjurase contra él, la Rhodesia atravesaba una situación muy precaria á consecuencia de una epidemia que diezmaba el ganado, y sus habitantes se rebelaron. En tan grave situación demostró Rhodes una vez más la firmeza de su voluntad y la energía de su carácter: repartió sin tasa el dinero para reconquistar y regenerar la Rhodesia y acabó por someter á los matabeles con la sola fuerza de su palabra.

Consecuente con sus planes, logró que Inglaterra emprendiese la guerra contra el pueblo boer; pero esta empresa, que se consideró de fácil logro, ha sido el obstáculo ante el cual se ha estrellado el poderío inglés, y Cecilio Rhodes ha muerto sin haber podido verla terminada, á pesar de los inmensos sacrificios que ha costado á su patria esa lucha, y en el momento en que una gran parte de la opinión de su país se revolvía contra la política imperialista por él preconizada para el Africa austral. Su muerte tal vez contribuirá poderosamente á que se firme la paz en condiciones honrosas para los beligerantes.

Deja una fortuna de quince millones de libras esterlinas, una buena parte de la cual, según dispuso en su testamento, habrá de emplearse en una fundación para extender y consolidar el imperio colonial de Inglaterra en el Africa del Sur. De este modo ha querido que le sobreviva la idea que persiguió durante su agitada existencia.

El Doctor D. Carlos Berg. – Era un eminente hombre de ciencia, consagrado en cuerpo y alma al estudio de la naturaleza. De origen ruso, nació en 1843 en Tuckum (Curlandia), y desde sus mocedades manifestó afición decidida á la Botánica y á la Zoología, que aprendió, por decirlo así, al mismo tiempo que las primeras letras. Sus aficiones naturalistas crecieron con la edad; pero falto de fortuna, fuéle preciso ganarse el sustento y entró de dependiente en una casa de comercio; mas al poco tiempo abandonó su empleo para entrar como auxiliar en una biblioteca pública, dedicándose entonces por completo á las ciencias y á las letras. Escribió por aquel entonces, es decir, cuando sólo contaba veinte años, algunos dramas y comedias, pero el escaso éxito de los mismos le hizo dejar la literatura y consagrarse exclusivamente á los estudios científicos. Sus artículos y conferencias comenzaron á llamar la atención de corporaciones doctas que le llevaron á su seno confiándole diferentes cátedras en Academias, hasta que una grave afección laríngea le obligó á cambiar el clima crudo de su patria por otro más benigno.

El sabio naturalista Burmeister propuso entonces, en 1873, al gobierno de la provincia de Buenos Aires llamarle para ocupar el cargo de reciente creación de Inspector del Museo Público de la capital, cargo que aceptó el Dr. Berg, el cual desde el primer momento estudió con gran pasión la flora y la fauna argentinas, efectuando para ello largos viajes de exploración á la cordillera de los Andes, sierras del Tandil, Patagonia, Misiones, provincia de Córdoba, Catamarca, Corrientes, San Luis, Mendoza y otras, y extendiendo sus investigaciones al interior de las repúblicas de Chile, Oriental y Paraguay. De vuelta de cada uno de estos viajes, traía consigo verdaderos tesoros de nuevas colecciones que fueron agrandando y enriqueciendo el Museo.

En los intervalos ordenaba sus apuntes y desempeñaba varias cátedras de Física y de Historia Natural en las Universidades de Córdoba y Buenos Aires y en el Colegio Nacional de esta última ciudad.

Desde 1892 hasta su muerte fué director del Museo Nacional, y su acción hízose sentir de tal modo, que en tiempo relativamente corto quedaron completamente reorganizadas todas las secciones, revisadas y clasificadas las colecciones y aumentadas con nuevas adquisiciones y hallazgos de verdadero valor científico. Mejoró asimismo el edificio y sus departamentos, procurando las mayores comodidades para el público.

Montevideo le debe también la organización de su magnífico Museo de Historia Natural.

Ha muerto muy pobre, porque todo cuanto ganaba lo empleaba en obras benéficas y en libros raros.

Poseía varias condecoraciones rusas y noruegas y medallas, diplomas y premios de distintas naciones, y era socio de mérito de gran número de corporaciones científicas americanas y europeas. Fué uno de los iniciadores de las conferencias públicas y populares sobre temas de Historia Natural propios para el sexo femenino, algunas de las cuales han sido publicadas en folleto, como *La vida de las abejas*, *la reina de las flores*, *La simbiosis*, *Vida y costumbres de los términes*, *Metamorfosis*, *Un capítulo de Lepidopterología*, *Generación alternante*, *Evoluciones*, *Cuestión de límites* y muchas otras más que le han dado gran fama, no sólo en la República Argentina, sino que también en el mundo entero. Deja además varios notabilísimos tratados de Zoología y Botánica que sirven de texto para la enseñanza secundaria y superior y que han sido traducidos á distintos idiomas.

Fué el doctor Berg hombre prudente y experimentado, de mirada penetrante é investigadora, dotado de mucha imaginación, inteligencia superior, concepción clara y rápida, carácter dulce, amable y atento, maneras atrayentes, trato afable y cariñoso y gran cultura.

La República Argentina ha perdido un verdadero sabio connaturalizado con todas las bellezas de su privilegiado suelo, muchas de las cuales sacó del olvido, de la indiferencia ó de la ignorancia, dándolas á conocer y haciéndolas apreciar en su exacto valor.

Por sus méritos, por sus sacrificios, por sus enseñanzas y por su labor inmensa y tan provechosa para el país, el Gobierno, las corporaciones científicas y los centros intelectuales y docentes de la República han tributado solemnes honras fúnebres y han organizado notables veladas necrológicas en honor del sabio eminente, del maestro insigne que ha dejado en el mundo científico un vacío difícil de llenar.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires.

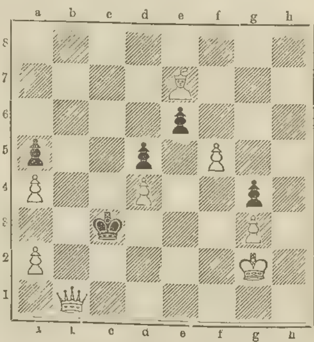
Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en Cluny *Les maris joyeux*, vaudeville en tres actos de Antony Mars y Alberto Barré; en los Bouffes-Parisiens, *Ordre de l'Empereur*, ópera cómica, letra de Pablo Ferrier, música de Justín Clerice; en el Palais-Royal, *Le reve d'Adéle*, vaudeville en tres actos de Andrés Sylvane y Juan Gascogne; en la Renaissance, *Le Quatorze Juillet*, comedia histórica de gran espectáculo en tres actos de Román Rolland, y *Preuve d'amour*, comedia en un acto de Fernando Bloch y Luis Schneider; y en el teatro Antoine, *Les petites*, drama en tres actos de Mauricio Biollay.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal, *Pajarita de las nieves*, comedia en un acto de D. Gabriel Merino, y *Canelo*, comedia en dos actos de los Sres Navas y Ramírez; en Romea, *Lo regiment de Malg at*, comedia en cuatro actos de D. Pablo Parellada; y en el Eldorado *La Trapera*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros, letra de don Luis Larra y música de los maestros Caballero y Hermoso, y *El sombrero de plumas*, zarzuela en un acto y tres cuadros, letra de D. Miguel Echegaray y música del maestro Chapí. En el Liceo se ha inaugurado la temporada con el estreno de la ópera en tres actos del maestro Puccini, *La Tosca*, en cuya ejecución han obtenido grandes aplausos la Sra. Bonaplata y el Sr. Blanchart, alcanzándolos también el maestro Goula (padre) por el talento con que la ha concertado y dirigido.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 276, POR A. DECKER.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 275, POR B. G. LAWS.

Blancas.	Negras.
1. C d 4 – b 3	1. R juega.
2. A 6 C mate.	

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Podía ser algo loco; pero, con seguridad, era un santo. La señora de Bucilly fué á verle y, entre santos, se entendieron. El orgullo maternal, dolorosamente herido por la despedida de Carlos, fué deliciosamente halagado por el elogio que el cura hizo del muchacho, después de haberle visto diez minutos. Beltrana fué seducida por la idea de que su hijo, tratado en otra parte como desaplicado, no era más que una naturaleza elevada cuyas delicadezas había lastimado la falta de confianza. El padre Falloure le alojó, siendo duodécimo alumno, en una habitación en que aquella juventud encontraba, según el prospecto, «el libre bienestar de la vida de familia, con el impulso vigoroso de profesores escogidos.»

Ninguna reja, ningún cerrojo daba á aquellas «naturalezas elevadas» la tentación de las escapatorias. Cada domingo iban á comer á sus casas, sin vigilancia deshonrosa. Según convenía á los padres, volvían al colegio el mismo día, antes de la queda, ó á la mañana siguiente para la oración, dicha en común á las seis. Algunos – la triste verdad obliga á decir que Carlos fué pronto uno de éstos – practicaban un método mixto. Para la familia, figuraba que respondían al llamamiento de la tarde, y el padre Falloure, con tan poco fundamento, les suponía durmiendo bajo el techo paternal. He aquí cómo el joven protagonista de esta historia fué conducido, sin premeditación, hay que reconocerlo, á usar de aquel subterfugio tan sencillo. Se verá que la aventura, si no fué tan lejos como vislumbró al principio, le proporcionó un amigo cuya influencia había de pesar sobre toda su vida.

El caballerito Carlos, que tenía entonces unos diez y seis años, se volvía á casa del padre Falloure, á pie, un domingo por la noche, después de haber comido en su casa. Todo fué bien hasta el *boulevard;* pero en aquellos pasajes peligrosos encontró á una señora que le pareció muy simpática, como lo declaró en el acto, sin falsa timidez. La dama no era de aquellas que el abuelo de Carlos hubiera podido acusar, con Horacio, «de ser más duras que el roble y más crueles que las serpientes de Africa.» Acogió bastante bien los cumplidos de aquel guapo joven, que decía cosas graciosas, devorándola con la vista. Hablaron largo rato y se les fué el tiempo. Pero como aquella larga conversación había engendrado la fatiga, madre de la sed y del hambre, Carlos propuso y ella aceptó sin rodeos un refrigerio que se había hecho necesario. Cinco minutos después se sentaban ambos en la sala posterior de un restaurant que la extranjera decía frecuentar.

Pronto la mesa se cubrió de variados alimentos Carlos, discerniendo los escollos á pesar del canto de la sirena, se declaró dispuesto á disipar su fortuna aquella noche; pero confesó lealmente que aquella fortuna se elevaba á seis francos. La dama no se enfadó, en vista de la gentileza de su caballero; pero se echó á reir de tal manera, que cierto número de clientes, que parecían ser muy amigos de ella, quisieron saber la causa de aquel humor jovial. La dama contó la historia, con la cordial sencillez que permitía la composición del auditorio, en que no figuraban ni Catón ni Cornelia. Su conclusión, llena de un desinterés poco común, fué una sorpresa para todo el mundo, porque todo el mundo la conocía.

– ¡Vamos, muchacho, no se ruborice!, dijo ella acariciando el hombro de Carlos. No siempre he tenido diamantes, y me he paseado, cuando tenía su edad, con amigos que no llevaban tanto como usted en el bolsillo. Coma y beba, que yo pago esta noche.

Una salva de aplausos saludó aquella peroración. Pero Carlos, comprendiendo que se burlaban de él, se puso furioso y abandonó su puesto. Un cliente, instalado solo á una mesa, había observado la escena con disimulado regocijo. Era un hombre de edad madura, casi el último *especimen* del noctambulismo expirante, conocido, entre aquella mitad de París que empieza á vivir después de las ocho de la noche, con el nombre de Norberto Leroy. Le gustaba llamarse á sí mismo parisiense de París, lo que él consideraba, según opinión de ciertos articulistas en boga, como un título de nobleza. En el vastísimo círculo de sus amistades se le había dado el apodo de *el Sibarita,* á causa de los principios que emitía y que practicaba con una fidelidad nunca desmentida.

Viendo que Carlos de Bucilly se retiraba en desorden, le llamó por señas. Tenía el aplomo de los hombres que han visto todo lo que hay que ver y á quienes ya no sorprende nada. Dominado por aquella



Carlos dormía como un tronco sobre los almohadones

mirada tranquila y profunda, el muchacho obedeció.

– ¿De modo que usted no quiere que las mujeres le conviden?

– No; mucho menos cuando se burlan de mí.

– Y si le convido yo, ¿aceptará usted?

– No, porque no le conozco á usted.

– Entonces, siéntese aquí y pida algo: puede usted hacerse servir una ración de pollo con los seis francos que lleva. Tendré mucho gusto en hablar con usted, porque me parece que es un tipo. ¿Qué edad tiene usted?

– Diez y siete años, contestó Carlos, echándose uno más de los que tenía.

– Muy joven es usted para tratar con actrices.

– ¡Cómo! ¡Es una actriz! Yo creía que todas arrastraban coche.

– Las grandes actrices no siempre lo tienen. Pero ésta, que es una actriz de pacotilla, tiene varios coches y hermosos caballos.

– Sin embargo, iba á pie.

– Le sucede raras veces; ha tenido usted suerte. ¿Qué le dijo usted para entablar conversación?

– Ya puede usted suponerlo.

– Y ella, ¿qué contestó?

– Se echó á reir. Creí que era una buena muchacha; debí no fiarme, porque llevaba guantes demasiado lujosos.

– ¡Cómo! ¿Le convida á cenar, y dice usted que no es una buena muchacha?

– No debió hacerlo en voz alta, contando mi historia á todo el mundo.

– Quizá obró con poco tacto, pero sin mala intención. Con el orgullo que usted tiene, para vivir en grande, necesita esperar á que sea más rico y á tener menos sueño cuando se acerca la una de la madrugada.

– La verdad es que me estoy cayendo de sueño.

– ¡Pues entonces, á dormir! Está usted viendo que su amiga de hace poco no se acuerda ya de usted. ¡Qué lección para su experiencia la de esta noche! ¡Vamos, muchacho, guárdese usted su escudo de seis francos y á casa de papá!

– ¡Imposible! ¡Mi familia me cree hace un par de horas en casa de mi pupilero!

– ¡Pues á casa de su pupilero!

– Tampoco puede ser, porque me cree en mi casa. No tengo más remedio que pasearme por la calle hasta las cinco y media, hora de la oración y del estudio. Prefiero esto á un interrogatorio á la puerta de un hotel.

– Me interesa usted de veras. Quiero sacarle á usted del apuro. Vaya usted á tenderse en aquel diván que ha quedado desocupado. Conozco á los camareros. Yo haré que le dejen echar un sueño. Cuando cierren el establecimiento, será la hora de marcharse.

– Gracias, caballero, me salva usted la vida. Tendría mucho gusto en volver á encontrarme con usted, dándome palabra de que no me delatará. ¿Quiera usted darme su tarjeta? – *Norberto Leroy.* Desconocido en el santuario de mi santísima familia. Tendré el honor de ir á darle á usted las gracias.

– El honor será mío. ¡Y usted irá lejos, joven; pero muy lejos!

Cinco minutos después, Carlos dormía como un tronco sobre los almohadones de terciopelo encarnado. A la mañana siguiente, presentóse en casa del padre Falloure á la hora exacta, siendo felicitado por su puntualidad.

III

Al cumplir diez y siete años, aquel guapo chico había experimentado en los exámenes, con suma constancia, fracasos bastante numerosos para abrirle las puertas de la única carrera por la cual sentía vocación: la de un holgazán resuelto á gozar de la vida. De ésta conocía ya ciertos goces ilícitos que su padre había ignorado siempre; y esta ventaja le inspiraba una profunda compasión para el autor de sus días.

En cuanto á su madre, la había reducido con habilidades de diplomático bajo su completo dominio.

Una de sus tácticas fué la de acentuar todavía más el papel modesto de Codoero en la familia, á fin de captarse la voluntad de Beltrana, única dispensadora de los fondos secretos. La señora de Bucilly, cuya administración había sido notable hasta entonces, había hecho economías. Su hijo obtuvo la instalación de la familia en un hotelito del barrio de la Estrella, donde no se ocupó más que de llevar una agradable existencia. Pronto debió á este régimen de vida el librarse del servicio militar por «insuficiencia de tórax.» Sin embargo, sabiendo que el patrimonio de la familia era limitado, predicó la economía .. para los demás. Sus padres mantuvieron menos relaciones que nunca; todo despilfarro fué suprimido. A los ojos de Carlos, todo dinero que no pasaba por sus manos era un despilfarro. Tenía una manera discreta y silenciosa de divertirse que dejaba á su madre en la calma de la adoración, ó al menos le permitía hacer la vista gorda. Hacía tiempo que ella había comprendido que aquel hijo de bendición no era, como su padre, ningún ángel de paciencia. Ya no armaba ninguna escandalera á su esposo, porque ya no las merecía, y menos á su hijo, porque no las hubiera soportado. En suma, la familia vivía en una paz deliciosa. Desgraciadamente se les presentaron ciertas cuestiones terribles con sordas amenazas.

La crisis, que tantas familias han conocido, se preparaba para los Bucilly. Por un lado, los colonos pagaban mal ó nunca; por otra parte, el millón que poseían en cartera producía treinta mil francos de renta, en vez de los cincuenta mil de la época de su matrimonio. Hubiera sido necesario ó disminuir en un tercio los gastos, ó hacer que la nueva generación ganase dinero; dilema terrible cuyo primer cuarto del nuevo siglo verá triturar á la burguesía y á lo que queda de nobleza. Pero el señorito Carlos, como muchos de sus congéneres, hubiera podido inscribir esta divisa en las paredes de su salón de fumar: «No pudiendo ser económico ni queriendo ser laborioso, pronto voy á ser pobre.»

En la categoría social conocida con el nombre de «personas decentes,» el primer síntoma innegable de la bancarrota se manifiesta generalmente en la época del vencimiento trimestral del alquiler de la casa. Durante meses, y aun durante años, los grandes proveedores esperan el pago de sus facturas, presentadas con discreción y sin insistencia al principio. Pero el 15 de cierto mes, antes del mediodía,

el portero ha subido el recibo del alquiler. El inquilino, con helado sudor en la frente, ha balbuceado una excusa. El portero saluda, y se retira volviendo á saludar; pero su saludo ya no es el mismo. Sin embargo, nada ha cambiado en el exterior. En la cuadra, los caballos siguen comiendo cebada. En torno de la mesa, varios convidados de la mejor sociedad atacan el almuerzo servido con lujo. Por la noche, la señora lucirá sus diamantes, pero no los verdaderos, sino una imitación. Todo aquello no es más que apariencia engañosa; los señores no han pagado el alquiler. Es la primera pausa del pulso que anuncia la catástrofe próxima á estallar. ¡Hermano, hay que morir!

Codoero de Bucilly, tenido en la ignorancia de los detalles, aun de los más considerables, del gobierno de su casa, no sabía que hubiese llegado á aquella etapa dolorosa del camino que conduce á la ruina. Su asombro fué grande, por consiguiente, cuando una carta certificada - sin esta circunstancia no la hubiera visto - vino á expulsarlo del hotelito de la calle Lapérouse. Preciso fué que su mujer diese explicaciones. El pobre hombre estuvo á punto de morir de angustia á la vista del abismo abierto á sus pies.

Por vez primera el señorito Carlos oyó de labios de su padre verdades mortificantes para su amor propio. Codoero hasta habló de expatriación y de trabajo para su hijo. Pero el joven tenía en su madre una aliada poderosa, y ésta no tardó en hacer callar al rey holgazán que pretendía reinar.

- ¿Y usted, preguntó ella, cuenta trabajar? ¿Quiere usted decirme donde encontrará un salario de tres francos al día? ¿En qué su hijo de usted se halla mejor preparado más especialmente designado para el trabajo, que el hombre inútil, incapaz y desarmado que tiene por padre?

Carlos no sólo contaba con la protección de su madre para cubrirle, sino que tenía además para guiarle la experiencia de un filósofo acostumbrado á las duras vicisitudes de la vida... en los demás. Norberto Leroy no sólo había llegado á ser, en el transcurso de los años, su amigo y confidente, sino que había sido nombrado ministro plenipotenciario cerca de la señora de Bucilly para los casos difíciles. ¡Cosa curiosa! Leroy había conquistado á aquella madre puritana por medio de los consejos que daba á su hijo, y de los cuales ella no veía más que el lado que había de gustarle. No notaba más que la primera parte de su moral, á saber, que *Todo es vanidad*, como está escrito en la «Imitación,» que añade, para ser exacto: *fuera amar á Dios y servirle á Él solo*. Norberto Leroy terminaba de otra manera la frase, cuando la señora Leroy no podía oirle. «Todo es vanidad, decía, excepto lo que hace real y sólidamente la vida agradable.» Veinte veces había dicho á Carlos delante de su madre:

- No busque usted una gran fortuna, ni la celebridad, ni el poder. No cuente con el amor, ni con la amistad, ni con la sociedad. La fortuna se convierte en una carga, en pasando de cien mil escudos de renta. La gloria no se obtiene sino por medio de algún martirio. El poder nos convierte en criados sin días de asueto; el amor, en burros de carga sin Ley Protectora, y la sociedad, en comediantes sin entreactos. En fin, no olvide usted que el placer no es más deseado en sí, por un claro entendimiento, que el trigo á los ojos de un labrador inteligente. La cuestión está en saber si el género vale la pena que cuesta.

La señora de Bucilly aprobaba esta teoría, austera en apariencia, sin investigar lo que encerraba en el fondo. Si se hubiese tomado este trabajo, *el Sibarita* se hubiese revelado á su vista en toda su perfección lógica de hombre que vivía con arreglo á su doctrina.

Provisto de un buen patrimonio, nunca había tratado de aumentarlo; pero, en cambio, tenía el mérito, bastante raro, de no haber perdido jamás un céntimo. Nunca se había comprometido á nada; nunca había puesto los pies en ningún salón político; nunca había amado, sino en broma. En fin, ni uno sólo de sus amigos hubiera acudido á Norberto Leroy en demanda de los cien luises que podían salvarle del suicidio.



Manipulaba los grifos del lavabo y de la bañera sin olvidar otras instalaciones hidráulicas

A muchos les asombraba que tal hombre se hubiese casado. No lo había hecho sin pensarlo mucho y sin vacilar; pero calculó que una casa que posee rentas considerables, se la lleva el diablo, si no hay en ella una querida legítima. Había dado una prueba de buen sentido en la elección de la guardiana del hogar. Era buena, algo fea, de pocas aspiraciones, sin gusto pronunciado por la sociedad. La pareja había vivido feliz, es decir, sin disputas, y virtuosa, es decir, sin escándalos. Ningún grito infantil turbó su reposo. En fin, la digna mujer murió precisamente en el momento en que, á causa de una enfermedad crónica, su existencia iba á ser una dificultad. De la noche á la mañana fué substituída - ¿se atrevería alguien á decir que ventajosamente? - por una respetable ama de gobierno, por el estilo de las que se ven en las residencias casi regias de los pares de Inglaterra.

Á los sesenta y cinco años, Norberto Leroy continuaba su carrera de sibarita con el legítimo orgullo del éxito. Sin la gota, que le molestaba de vez en cuando, podía vanagloriarse de no haber sufrido jamás seriamente, ni en lo físico ni en lo moral. Pocos hombres habrán conocido tan bien como él la sociedad parisiense y sus historias, como si algún Diablo Cojuelo fuese todas las mañanas á darle la lista de las aventuras de las últimas veinticuatro horas. Tenía la terrible especialidad de encontrarse, sin premeditación alguna, en el camino de las personas que tenían poderosas razones por desear no encontrar á nadie. Inútil es decir que compadecía profundamente á los infelices de la generación actual que se levantan temprano para hacer ejercicio. Y volviendo á los asuntos de los Bucilly, calcúlese con qué dulce alegría escuchó *el Sibarita* á Carlos, que fué á contarle que Codoero aconsejaba el trabajo como medio de salvación.

- Su padre comparte el error de muchos hombres de su edad y de su casta. Se imagina que todavía viaja en diligencia. El vehículo se para y él dice: «¡Apéate y empuja la rueda!» Pero lo que hoy nos arrastra es una locomotora. El tren se detiene sin poder andar. ¿Qué va usted hacer? No es usted maquinista. En vano empujará usted; nada se moverá. Lo que le hace falta es una locomotora de auxilio, es decir, una heredera. Búsquela.

- ¡Y aún no he cumplido treinta años!, suspiró Carlos con una desesperación que no hubiese halagado á la heredera, suponiendo que hubiera asistido á la entrevista.

- Cerca le andará. Hace trece años que tuve el gusto de sacarle á usted de un apuro en el establecimiento donde entró usted con una señora del brazo y seis francos en el bolsillo. Se encuentra usted á la misma altura que aquella noche. Hoy como entonces, no faltan damas, sino dinero.

- Sí; pero he perdido la costumbre de dormir en las otomanas.

- Una buena dote no es más que una cama cómoda. ¡Animo! Cuando se es buen mozo, como usted, una dote no deja de encontrarse.

- Mientras tanto, hemos de mudarnos, porque nos echan de casa. ¡Qué fastidio!

- Un fastidio tan grande, confesó *el Sibarita*, que no me atrevo á pensar en él.

- ¡Hombre feliz! Usted tiene su casa, que no es la de Sócrates.

- ¿Por qué?

- Porque es grande y porque sentiría usted mucho que sus numerosos amigos fuesen á trastornarla.

- Muchísimo, en efecto. Lo sentiría muchísimo.

IV

Año y medio antes, los habitantes de un barrio hasta entonces casi provincial habían seguido con estupor la construcción, y sobre todo el estilo arquitectónico, de un edificio, en la esquina de un nuevo *boulevard* próximo á la Muette y de una de las calles que se meten en el viejo Passy.

Formado de enormes sillares en bruto, el basamento se elevó, en pocas semanas, á la altura de un primer piso ordinario. Aquella mole ciclópea no tenía más que cinco aberturas, enteramente iguales, dos al *boulevard* y tres á la calle, terminadas á mucha altura en medio punto bajo una cornisa enorme. Parecían portales gigantescos. La amplitud de las líneas, el vigoroso aparato de la mampostería, podían hacer creer que el edificio tenía un destino oficial ó religioso. Entre los transeuntes domingueros que se paraban ante aquella construcción extraña, había discusiones. Unos decían que se trataba de un teatro, otros opinaban que había de ser un museo; la mayoría se empeñaban en que no podía ser más que una iglesia, haciendo notar la observancia rigurosa del descanso dominical impuesto á los trabajadores. Unicamente sobre un punto estaba todo el mundo de acuerdo.

- ¡Será horrible', decían los mirones continuando su paseo.

En suma, era bastante difícil saber nada; el arquitecto, su encargado, sus capataces, hablaban todos inglés, á lo que hay que añadir que eran poco comunicativos.

Cierto día llegaron á la obra enormes vigas metálicas. Empalmadas por los extremos, se alzaron pronto como los mástiles de un andamiaje desafiando á las nubes. Entonces la gente creyó que se trataba de la erección de una nueva torre Eiffel. Pero, con una increíble rapidez, las armaduras horizontales de los pisos se delinearon, y resultó una especie de jaula de fabulosas dimensiones, cuyos pájaros se hallaban reemplazados por una multitud de ajustadores haciendo un ruido formidable con sus martillos. El público se preguntaba qué clase de pájaros iban á ocupar en definitiva aquella pajarera. Pero ya el armazón de acero era envuelto en una mampostería ligera, con altas ventanas, en tan gran número que los pequeños burgueses se estremecían de pensar en la contribución que pagarían.

Después de haberse marchado los albañiles llegaron los carpinteros, que cerraron los portales, exceptuando uno, con maderas que anunciaban mostradores de tiendas, con su entresuelo encima. La casa – porque decididamente era una casa – terminaba con una azotea varios metros más alta que las veletas más altivas de la vecindad. Terminadas las obras interiores, una inmensa bandera azul tremoló en un ángulo de aquella azotea, llevando, en enormes letras blancas, estas palabras incomprensibles para el vulgo: *Maugrabin's Building*. Aquella bàndera, á causa de su semejanza con las que ostentan los grandes almacenes de novedades, causó noches de insomnio á todos los tenderos del barrio.

– ¿Apostamos, se decían, á que algún gran acaparador va á reducirnos á la miseria?

Afortunadamente, el vulgar letrero anunciando que *se alquilaban habitaciones* vino á calmar el terror de aquellos tímidos comerciantes. Al mismo tiempo, un tabernero de la calle de Mozart, que había sido *camarero* á bordo de un vapor transatlántico, dió explicaciones sobre el estandarte y su leyenda:

– En Nueva York se estila izar el nombre del casero en la azotea. Las palabras de esa bandera significan simplemente que esta casa pertenece á algún ricacho llamado Maugrabin y que con seguridad es hijo de América.

– ¡Todo eso en dos palabras!, repitió el mozo del ex camarero.

Pronto se propaló el rumor de que el interior del Building ocultaba maravillas. Con el pretexto de alquilar algún cuarto, varios curiosos visitaron la casa. Los recibía un hombrecito flaco é inquieto. Una barba casi enteramente negra todavía y muy recia le envolvía la parte inferior del rostro como la cáscara espinosa envuelve una castaña. Sus ojos brillaban bajo enormes cejas hirsutas. Tenía acento marsellés y todas las apariencias de un portero de casa rica, con la diferencia de que su amabilidad saltaba á la vista en seguida. Nada parecía poder alterar su buen humor, aunque se veía sometido á pruebas repetidas por los críticos, con frecuencia estúpidas, de un público de antemano mal dispuesto.

A partir del ascensor, que saltaba como movido por un resorte en medio de los gritos de terror de las mujeres, la oposición estallaba. En la azotea, á que se llegaba en un abrir y cerrar de ojos, el hombrecito empezaba su discurso explicativo, salvo los casos en que tenía que socorrer á alguna señora desmayada.

– Aparato americano, explicaba. Cien metros por minuto; la ascensión ha durado quince segundos. Verdad que tenemos un maquinista – y designaba un funcionario vestido de uniforme – constantemente en su sitio hasta la una de la madrugada. No hay peligro alguno.

Por regla general, la persona ilustrada del grupo se extrañaba de que el Prefecto de Policía autorizase semejante velocidad. Los otros manifestaban su intención formal de bajar por la escalera.

– ¡La escalera!, murmuraba el hombrecito. Supongo que hay una. Pero nunca la he visto, á fe de Pascal, que es mi nombre.

Las habitaciones no estaban decoradas con nada de madera. El estuco substituía el roble y el pino.

– En este edificio de un millón de francos, comentaba Pascal, no encontraríais ustedes madera bastante para hacer un palillo de dientes. Los bomberos no tendrán nada que hacer aquí jamás, ni siquiera para apagar un fuego de chimenea. No hay chimenea ninguna. Todo se calienta al vapor. Agua caliente ó fría á voluntad, por todas partes. Miren ustedes estos tocadores, uno para cada cuarto dormitorio, con baño y demás.

Manipulaba los grifos del lavabo y de la bañera, sin olvidar otras instalaciones hidráulicas puestas en evidencia, al alcance de la mano, si así cabe decirlo. Todos aquellos aparatos de limpieza exterior ó interior suscitaban invariablemente á los innumerables visitantes reflexiones más ó menos chuscas.



Cada domingo los municipales tenían que intervenir á fin de evitar desórdenes

– Esto no es una casa, es un balneario, decían las señoras.

– Es un retrete de seis pisos, murmuraban aparte los hombres burlones.

– Digan ustedes que es una revolución, corregía Pascal poniéndose serio. Es la morada americana con todas sus comodidades. Vean ustedes. En cada piso el teléfono, el buzón de cartas, el ascensor para el correo y los paquetes. Abajo encontrarán un patio cubierto de cristales, que no es más que un ascensor gigantesco, que puede aplicarse, según se desee, á cada uno de nuestros pisos; facilita al inquilino un salón de fiestas digno de un palacio. ¿Les sorprende á ustedes? ¡Paciencia! Verán ustedes cien Buildings copiados de este modelo antes de que el nuevo siglo sea destetado. ¡Ya verán ustedes!

Mientras tanto, continuaba habiendo algo invisible y hasta puede decirse que improbable, á juzgar por las disposiciones del público, y era el inquilino. Había transcurrido un mes sin que se hubiese alquilado una sola de las habitaciones de la casa. Los que no se asustaban del ascensor relámpago, presumían que los amigos más leales retrocederían ante una prueba temible para los nervios de mediana fuerza. La escalera existía, aunque Pascal fingiese ignorarla. Pero aquel pozo, estrecho y desnudo, alumbrado día y noche por lámparas eléctricas, no podía satisfacer á los parisienses, dispuestos siempre á transigir con los inconvenientes de la habitación íntima, con tal de que la entrada sea grandiosa y anuncie la riqueza.

Un solo piso, el más alto, indicaba con las cortinas blancas de las ventanas que había encontrado inquilino. Y ya el estandarte del Maugrabin's Building se deshilachaba al soplo del viento de otoño. Mientras tanto Pascal, firme en su puesto, continuaba recibiendo á los visitantes cada vez más numerosos. Cada domingo los municipales tenían que intervenir á fin de evitar desórdenes. Aquella ascensióu, cuyo espanto recordaba, después de todo, algunas diversiones de feria, tenía sobre las Montañas Rusas la inmensa ventaja de ser gratuita. Y en París nunca falta gente para las diversiones que no cuestan dinero.

Sucedió un día que Codoero de Bucilly, dando á pie su acostumbrado paseo, que procuraba variar descubriendo barrios desconocidos, desembocó en frente de la nueva casa. Como nunca había salido de Francia, le faltaban puntos de comparación para juzgar la arquitectura. Sin embargo, experimentaba una sensación de insólito, por no decir de monstruoso, que despertaba de su amodorramiento á su inteligencia de parisiense hastiado.

(*Continuará.*)

LAS MUJERES AERONAUTAS

Mucho se ha hablado recientemente de aerostación, y las proezas realizadas por M. Santos-Dumont han excitado muchas imaginaciones, habiendo sido, al parecer, en gran número las mujeres que han solicitado del intrépido aeronauta el peligroso honor de subir en su barquilla. El hecho, sin embargo, no es nuevo, pues el deporte del globo ha tenido entre el sexo bello varias adeptas durante el final del siglo XVIII y el XIX.

En los primeros tiempos de la aerostación, conmovió á toda Europa la hazaña llevada á cabo por los esposos Blanchard, quienes después de sus grandes éxitos en París, atravesaron la Mancha en globo.

Otras siguieron el ejemplo de madame Blanchard, y desde 1783 á 1849 cuarenta y nueve mujeres se distinguieron en ese deporte, que cada día estaba más de moda.

Entre 1810 y 1830, las ascensiones de mujeres habían sido tan numerosas y brillantes, que vaudevillistas y caricaturistas se inspiraron en este asunto: el miriñaque era representado como una máquina de aerostación, y una caricatura representaba á Mme. Poitevin, la más célebre de las aeronautas, cerniéndose en los aires gracias á aquella prenda que formaba paracaídas.

La primera aeronauta fué madame Thible, que salió de Lyón con M. Fleurand, en presencia del rey de Suecia; algunos años después, elevóse en globo con el joven duque de Brunswick, realizando una serie de aventuras que por poco le cuestan la vida.

Mme. Blanchard se hizo célebre, tanto por las circunstancias que concurrieron en su matrimonio cuanto por haber sido la profesional de la aerostación. M. Blanchard, durante la primera parte de su carrera, había prometido á una aldeana de La Rochela que en caso de tener ésta una hija él la haría su esposa. La buena mujer dió á luz una niña, y el aeronauta cumplió su palabra.

M. Fonvielle ha escrito «que Mme. Blanchard se dedicó á la aerostación desde 1805 á 1819, que había nacido aeronauta y que nació en globo. Era bonita y graciosa, y cuando su primera ascensión tenía veintiséis años. Uno de sus contemporáneos ha descrito la navecilla de su globo en los siguientes términos: «Parecía una cuna; el carro de Venus podía ser más gracioso, pero no era más aéreo.»



Miss Stock en el globo de Harris

Vincento Leonardi, que en 1784 hizo una ascensión con un gato, un perro y un palomo, llevóse consigo á Mr. Biggin y á la encantadora miss Sage, que tuvo el honor de ser la primera inglesa que se elevó en globo. Los periódicos de la época hacen una descripción de su sombrero adornado con plumas y de su chal que flotaba en el aire, y la pintan deliciosamente tranquila y bella en la navecilla. Los tres aeronautas salieron de Londres, permanecieron muchas horas en los aires y descendieron felizmente cerca de Harrow.



Miss Sage, la primera aeronauta inglesa con MM. Biggin y Lunardi (1785

El nombre de miss Stock excitó un triste interés á causa del accidente de que estuvo á punto de ser víctima esta señora. En un jardín situado en las inmediaciones de Londres, una multitud considerable esperaba, en una hermosa mañana de verano, la partida de Mr. Harris, el cual iba á partir solo, cuando una joven de diez y ocho años, atravesando la muchedumbre, le suplicó que se la llevara consigo. Iba vestida con un traje de muselina blanca; un sombrero de paja con una corona de rosas adornaba su cabeza y un ligero chal verde flotaba sobre sus espaldas. Mr. Harris, encantado de aquella graciosa figura, consintió, y todo el mundo felicitó á la joven por su valor. El *Royal George*, que así se llamaba el globo, elevóse en el espacio con aquella pareja feliz, y siete minutos después penetraba en la región de las nubes y se perdía de vista. Según todas las probabilidades, debían descender en Croyton dos horas después; pero se les esperó en vano, y hasta el día siguiente no se encontró á los aeronautas infortunados en Surrey. Mr. Harris estaba muerto; miss Stock respiraba todavía y se salvó. El globo se había enganchado, durante su carrera, en las copas de los árboles del parque de Lady Gee y los viajeros habían sido precipitados fuera de la navecilla.

Aquel trágico viaje no impidió á miss Stock repetir sus ascensiones. En 1845 aún vivía.

Una joven viuda francesa, Mme. Palmira Garneron, asombró á Europa con sus viajes aéreos, el primero de los cuales se realizó en 1851: salió de Cremorne (Inglaterra) y descendió en Dartford á las seis de la tarde, con gran espanto de dos aldeanas que aterrorizadas contemplaban aquel monstruo desconocido.

Igualmente intrépida fué Mme. Graham, esposa del célebre aeronauta de este nombre, que al año de matrimonio se decidió á compartir los peligros que su marido arrostraba. Con este motivo adornóse el globo con banderas de raso blanco. El descenso se verificó en Cuckfield, en el Sussex. Después realizó varias ascensiones, unas veces sola y otras acompañada de algunas damas. Pero la suerte no favoreció siempre á los esposos Graham: en 1851 partieron éstos alegremente de Londres en el *Victoria-and Albert*; mas el aeróstato, insuficientemente henchido, se elevó lentamente á la altura de cincuenta pies, flotando encima del Palacio de Cristal. Los aeronautas arrojaron lastre; el globo se enredó con el asta de la bandera y luego cayó en el estanque del Parque Verde; de pronto se elevó nuevamente para ir á caer entre las chimeneas de la casa del coronel North, y allí, sobre el tejado, fueron encontrados sin conocimiento los esposos Graham.

Mencionemos además las ascensiones de Mme. Poitevin, que con su paracaídas alcanzó altitudes extraordinarias: aquella valerosa dama ofreció sus servicios á su patria durante la guerra franco-prusiana.

M. Camilo Flammarión hizo su viaje de bodas en globo, entre París y Spa. «¿Qué hay preferible – decía – para un viaje de esta naturaleza á este medio de locomoción, el más agradable, magnífico y encantador de cuantos se conocen?» Una semana después del matrimonio, en el mes de agosto de 1874, Mme. Flammarión, confiándose á la frágil barquilla, elevóse por los aires con su esposo, verificándose el descenso en las mejores condiciones en un campo de los alrededores de París.

Los descensos más asombrosos fueron los que realizó Mlle. Alma Beaumont, quien ha relatado sus comienzos en 1888 confesando el terror que se apoderó de ella cuando se vió sola en el espacio arrastrada por su aerostato. Al principio gritó y creyó volverse loca; pero al fin el amor propio obró sobre sus nervios, y recobrando el valor descendió en Glascow, después de haber alcanzado una altura de mil quinientos pies.

En nuestros días, muchas mujeres se dedican á la aerostación, dando pruebas de un valor que podrían envidiar muchos hombres. Citaremos entre ellas: Mme. Besançon, que ha realizado varias ascensiones en compañía de su marido; Mme. du Gast, que se embarcó muchas veces en la navecilla de Capazza; Mme. Savary, que tomó parte en los concursos internacionales de la Exposición Universal de París



Ascensión de los esposos Blanchard, que atravesaron la Mancha en globo (1805)

de 1900; Mme. Surcouf y madame La Chambre. Sarah Bernhardt quiso también probar hace algunos años los goces de la aerostación, y ha hecho de su ascensión un relato pintoresco. Ultimamente Mme. Dugué de la Fauconnerie, en compañía de su marido y de M. de la Vaulx, hizo en París un accidentado descenso. Recordemos también que la duquesa de Aosta, después de una ascensión feliz, proclamaba esta manera de viajar como la más agradable de todas. Por último, el año pasado el archiduque Leopoldo Salvador de Austria no vacilaba en llevarse consigo, en una expedición aérea, á su esposa doña Blanca de Borbón, á la hija del príncipe regente de Baviera y á la hija de ésta la archiduquesa Margarita.

Y en la actualidad una española, cuyo nombre hace años que es conocido en todo el mundo, la bella Carolina Otero, hace construir un globo dirigible en los talleres de Pantin. Los planos del aeróstato son obra de un joven ingeniero belga, M. Lobec, y la graciosa bailadora se propone hacer sus primeros ensayos de navegación aérea en Trouville durante el próximo verano.

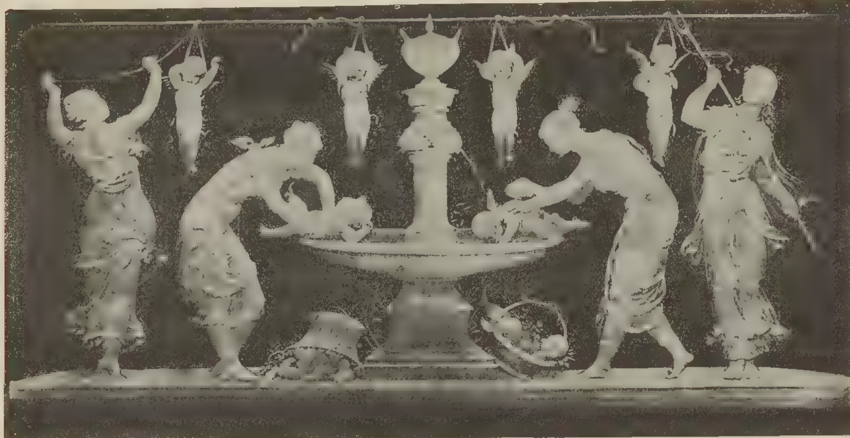
Bien es verdad que hoy en día todo esto sirve, más que de otra cosa, de reclamo; pero sea de ello lo que fuere, los ejemplos citados demuestran que el sexo bello no sólo no se arredra ante los peligros de la aerostación, sino que encuentra cierto encanto en aventurarse por los aires en una frágil barquilla, buscando nuevas sensaciones en este deporte que parece debería ser patrimonio exclusivo de varones fuertes. – B. de F.



Destrucción del globo de Miss Graham, el *Victoria-and-Albert*, encima del Palacio de Cristal de Londres







NINFAS Y AMORCILLOS, porcelana de la Fábrica Nacional de Sevres

PERIÓDICOS Y REVISTAS

enviados á esta redacción

Hojas Selectas, mensual ilustrada; *La Harmonía*, quincenal; *Crónica de Barcelona*, semanal; *La Opinión Postal*; *La independencia médica*, tres veces al mes; *La Instrucción Pública*, quincenal ilustrada; *Revista Homeopática Catalana*, mensual (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, mensual (Villanueva y Geltrú); *Bibliografía Española*, quincenal; *La Lectura*, mensual ilustrada; *La patria de Cervantes*, mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *La Fotografía*, quincenal ilustrada; *Sol y sombra*, semanario ilustrado; *El Mundo Latino*, semanal; *El Barberillo de Lavapiés*, semanal (Madrid); *Boletín de los Colegios de Médicos y Farmacéuticos de la provincia de Castellón*, quincenal; *Castellón Cómico*, *Ayer y Hoy* (Castellón); *Gaceta Médica de Granada*; *El Progreso Comercial*, quincenal (Santander); *Cataluña, Aragón, Valencia, Baleares*, semanal (Buenos Aires); *Pluma y Lápiz*, semanal; *La Revista Nueva*, semanal (Santiago de Chile); *El Peruano*, boletín oficial del Perú (Lima); *Revista Mensual de la Cámara Mercantil* (Barracas al Sur, R. Argentina); *Bolivia Filatélica* (La Paz); *Le Bulletin d'Oculistique*, mensual (París).

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 14 de abril de 1902 — Núm. 1.059

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LAS PRIMERAS MARGARITAS, cuadro de Emilio Haumont



REVISTA HISPANO-AMERICANA

La *Liga hispano-americana de Instrucción popular.* – El comercio entre España y los pueblos hispano-americanos. – Tratados de arbitraje con *España.* – El convenio de Corinto y el arbitraje obligatorio en la *América central.* – La guerra civil en *Venezuela* y *Colombia.*

Por iniciativa de D. Rafael Gutiérrez Jiménez, á quien han ofrecido su concurso ilustres personalidades de España y América, se está organizando la Liga hispano-americana de Instrucción popular, Asociación internacional cuyo objeto es, mediante procedimientos muy originales y prácticos, proporcionar á las ciudades y villas de las naciones en que se habla español, y aun á las comarcas más apartadas de los centros de cultura, libros en abundancia (unos escritos expresamente y otros reproducción de obras ya publicadas) que, repartidos con periodicidad (de 250 á 500 volúmenes cada año), formen, en el transcurso de poco tiempo, colecciones ordenadas con un plan educativo é instructivo definido y concreto; crear, en suma, Bibliotecas que, por lo bien surtidas y constantemente renovadas, sean fiel reflejo de lo más culminante en la ciencia moderna y de lo más útil para el progreso industrial, mercantil y agrícola.

Secciones especiales de estas Bibliotecas serán la colección de volúmenes expresamente dedicados á publicar el gran número de documentos históricos sobre América que se conservan en los Archivos de España, y con preferencia los del Archivo general de Indias, y el Registro hispano-americano, que contendrá monografías de los establecimientos agrícolas, industriales y mercantiles de las naciones de lengua española. Además, se trata de procurar que las Bibliotecas sirvan de base á la fundación de Sociedades de instrucción y recreo que, ofreciendo á los asociados lo útil juntamente con lo agradable, puedan hacer competencia á la taberna y á otros centros donde el obrero ó el aldeano no tiene más distracción que el vino y el juego.

Según el proyecto de estatutos, para el cumplimiento de los fines sociales se considerará como un solo territorio el de la República Argentina, Bolivia, Colombia, Costa Rica, Cuba, Chile, Ecuador, España, Filipinas, Guatemala, Honduras, México, Nicaragua, Paraguay, Perú, Puerto Rico, El Salvador, Santo Domingo, Uruguay y Venezuela. La Asociación se distribuirá en Cámaras autónomas que, unidas, formarán una Confederación. Bajo los auspicios de la Sociedad se creará una Compañía editorial, dedicada principalmente á imprimir y reimprimir las mejores obras escritas en lengua castellana y traducciones de libros extranjeros, con objeto de que dichas ediciones sirvan de base á las Bibliotecas populares. La misión de la empresa editorial será reproducir á bajo precio múltiples copias de la Biblioteca matriz y suministrar periódicamente los volúmenes que produzcan sus grandes talleres tipográficos á las Bibliotecas populares que se hayan fundado por iniciativa de la Asociación.

Si tales propósitos llegaran á cumplirse, es indudable que se habría dado un gran paso hacia la identificación de sentimientos é intereses entre todos los pueblos de lengua española. La Confederación moral é intelectual podría ser un hecho efectivo, una realidad en la vida hispano-americana y, dados los medios puestos en juego para obtener ese fin, resuelto quedaría el problema de la regeneración de España (generación, mejor dicho, pues no es que hayamos degenerado, sino que aún no hemos conseguido adaptarnos por completo á las condiciones de la vida moderna) y del desarrollo y engrandecimiento de las Repúblicas españolas de América; porque, como acertadamente indica el iniciador de la Liga, ese problema no es en primer término político, militar, económico, industrial ni agrídola; es sobre todo problema de educación, un problema pedagógico. Hay que elevar, en efecto, el grado medio de la cultura intelectual y del sentido moral en los españoles de Europa y de América; hay que establecer entre unos y otros cambio permanente de ideas y de noticias, datos y estudios geográficos, de tal suerte que podamos conocernos mejor los de aquí y los de allá.

En esas Bibliotecas populares deberían predominar los libros que vulgaricen – no sólo entre las clases populares, sino entre las clases directoras, entre las personas que pasan por doctas y están llamadas á tomar parte activa en el Gobierno y en la administración pública – el conocimiento del territorio y de las condiciones sociales y económicas en que viven los pueblos españoles.

***

Ese mutuo conocimiento, sin el que no podemos los unos formar cabal concepto de lo que son y valen los otros, es la base indispensable para ulteriores y constantes relaciones mercantiles; y acaso por ser hoy muy deficiente, sobre todo entre nosotros los españoles de Europa respecto de nuestros hermanos de América, han resultado ineficaces las excitaciones repetidamente hechas á los productores é industriales de la Península para que, en interés propio, tomaran mayor participación en los mercados del Nuevo Mundo.

Centenares ó millares de discursos y de artículos y muchos folletos y libros se han pronunciado ó escrito en estos últimos años, sobre todo desde 1892, para recomendar la conveniencia de estrechar relaciones con los pueblos americanos de origen español; y entre los medios propuestos era uno el desarrollo de nuestro comercio con aquéllos, de modo que aumentasen á la par la importación de artículos españoles en América y la de los americanos en la Península. América ha conseguido elevar sus importaciones en España desde 25 millones de pesetas en 1890 hasta 58 millones en 1900 (son estas cifras la suma del valor de la importación de las Repúblicas hispano-americanas en España, exceptuada Cuba). Pero los nuestros no han mostrado el mismo empeño ó no han podido competir ventajosamente con los importadores extranjeros en América, puesto que de España se recibieron en dichas Repúblicas, en 1890, mercancías por valor de 38 millones de pesetas, y en 1900 nuestra exportación á ellas fué menor, 35 millones escasos.

En vez de ganar vamos, pues, perdiendo en los mercados de América.

***

Desde el punto de vista político presentan las cosas mejor cariz. El Ministerio de Estado español ha hecho saber, por nota oficiosa, que aprovechando la estancia en Méjico de delegados de todos los países de América con ocasión de la segunda Conferencia internacional americana, el gobierno envió instrucciones á nuestro representante en aquella capital para la celebración de tratados de arbitraje entre España y cada uno de los Estados hispano-americanos.

Secundando esas instrucciones, el marqués de Prat firmó convenios con los representantes de la Argentina, Bolivia, Colombia, El Salvador, Guatemala, Méjico, Paraguay, Santo Domingo y Uruguay. Las Repúblicas de Costa Rica, Honduras y Perú suscribirán en breve tratados idénticos en sus respectivas capitales.

En dichos convenios se establece el arbitraje como medio de dirimir contiendas entre aquellos Estados y España. Las funciones de árbitro recaerán en un jefe de Estado hispano-americano ó tribunal compuesto de personas peritas españolas é hispano-americanas. Sólo en el caso de no ponerse de acuerdo las partes respecto á la designación de árbitro, se acudirá al Tribunal permanente de El Haya.

***

La reunión de presidentes de la América Central en el Puerto de Corinto, á que nos referimos en febrero último, dió ya los satisfactorios resultados que eran de esperar. Cuatro de las cinco Repúblicas centro americanas, Honduras, El Salvador, Nicaragua y Costa Rica, han suscrito convenio aceptando, en la forma de Tratado público, las conclusiones á que habían llegado los presidentes Excmos. señores D. Terencio Sierra, D. Tomás Regalado, D. José Santos Zelaya y D. Rafael Iglesias, en las varias conferencias que tuvieron en el citado puerto para mantener y asegurar, por todos los medios posibles, la paz de Centro-América.

Los gobiernos contratantes han establecido el principio del arbitraje obligatorio para dirimir toda dificultad ó cuestión que pudiera presentarse entre ellos, comprometiéndose, en consecuencia, á someterlas á un tribunal de árbitros centro-americanos. Sólo las cuestiones de límites podrán entregarse al conocimiento y resolución de un árbitro extranjero de nacionalidad americana. La presidencia del Tribunal se ejercerá alternativamente, por períodos anuales, por cada uno de sus miembros, siguiéndose el orden alfabético de los Estados que representen, correspondiendo ejercerla el primer año al árbitro costarricense, el segundo al de El Salvador y así sucesivamente.

El Tribunal arbitral se instalará en San José de Costa Rica el día 15 de septiembre próximo, aniversario de la Independencia. Y con deseo de que este convenio ligue á todos los Estados de la familia centro-americana, los gobiernos signatarios acordaron invitar conjuntamente ó por separado al gobierno de Guatemala para que se adhiera á sus estipulaciones.

***

En la parte Norte de la América del Sur reinan aún vientos de tormenta. Uno y otro día los telegramas y la prensa periódica nos hablan de combates: en Colombia, entre las tropas del gobierno y los revolucionarios liberales; en Venezuela, entre partidarios y enemigos del general Castro. Este, ya presidente constitucional de la República, procura asegurarse en el poder resistiendo al bando conservador ó clerical, más ó menos abiertamente apoyado por las autoridades colombianas, y pacta convenios de amistad con las potencias europeas, reanudando las buenas relaciones con Francia y dirimiendo el conflicto con Alemania, promovido por desplantes del director de la empresa alemana del gran ferrocarril de Venezuela, que obligaron al gobierno á suspender el servicio en dicha línea.

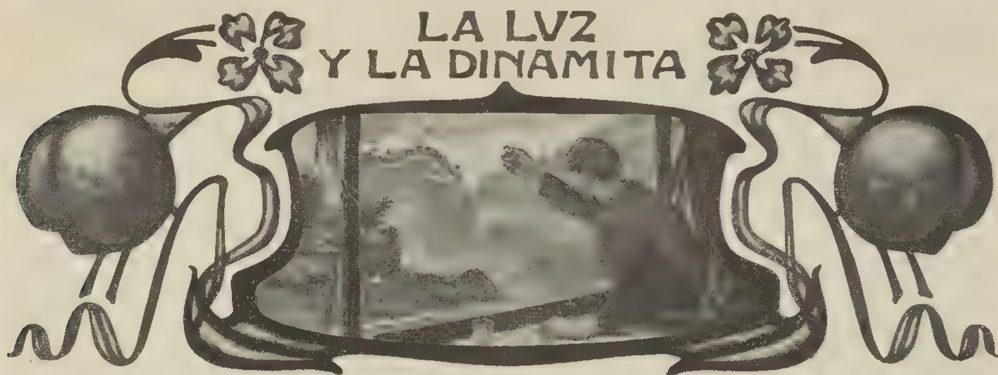
En Colombia se extreman tanto las precauciones contra el movimiento revolucionario, que algunos jefes ó gobernadores de departamento, como el de Bolívar, anuncian que, en uso de facultades extraordinarias, han dispuesto que la correspondencia se deposite abierta en las estafetas de correos, para que el gobierno pueda cerciorarse de que en ella no se trata de asuntos relacionados con la guerra.

No hay que consignar los comentarios que con este motivo hacen algunos periódicos de Europa: estas cosas, dicen, sólo suceden en esa desgraciada América del Sur, donde no hay seguridad personal, ni garantía de ningún derecho. Ven la paja en el ojo ajeno, y no la viga en el suyo, pues igual procedimiento ó peor aplica el gran Imperio Británico á la correspondencia que va al Africa del Sur ó de allí viene. Pocos días hace hemos recibido carta de Johannesburg; en el sobre se veía sello en tinta con la inscripción *Press Censor*, y sobre banda roja *Opened under the Martial law. On His Majesti's Service.* Esto es, que Inglaterra no se toma la molestia de advertir que no se cierren las cartas; las abre, viola la correspondencia para que el censor se entere, y declara paladinamente que ha sido abierta bajo la ley marcial en servicio de Su Majestad. Pues el mismo derecho que en estado de guerra tienen las autoridades inglesas para leer, en servicio de S. M. el rey, las cartas particulares, lo tienen, para hacer lo mismo, las autoridades de cualquier República en servicio de S. E. el presidente.

No terminaremos sin advertir que las descargas de los Mauser y el estampido de los Krupp y Maxim no acallan las voces de paz y concordia y las invocaciones á la alianza ó confederación de los tres Estados que formaron uno solo en los primeros tiempos de la independencia. Con motivo de la inauguración de las líneas telegráficas que enlazan al Ecuador con Colombia, el presidente de aquella República, Leónidas Plaza, recordó la obra de los ilustres patriotas que habían procurado fundar la unión colombiana, la gran confederación que ha de extenderse desde el Orinoco al Amazonas, desde el Atlántico al Pacífico.

R. Beltrán Rózpide.

LA LUZ Y LA DINAMITA



I

El ferrocarril de «Las Carbonerías» estaba ya á punto de enlazar con las grandes vías férreas de la península, y prometía ser muy en breve una empresa próspera y lucrativa. Aunque escasos, ya proporcionaba algunos rendimientos por ligar entre sí varias poblaciones agrícolas que hasta entonces, á causa de lo montuoso de aquella serranía, habían vivido casi como aisladas.

Los trabajos preparatorios para explotar las minas de carbón tocaban á su término; y si no estaban más adelantados, era por no haber medios todavía de conducir el combustible á los centros de consumo.

El ferrocarril, cuando estuviese concluído, resultaría formado por dos líneas casi rectas, situadas en la prolongación una de otra, aunque ahora se hallaban interrumpidas por un enorme pitón de piedra berroqueña, llamado «La Roca de los buitres,» por estar casi cortado á pico.

II

Dada la fragosidad de aquellos ásperos breñales, más intrincados aún y más llenos de anfractuosidades que las mismas Alpujarras, se había tenido durante muchos años por impracticable, ya que no por imposible, la construcción de una vía férrea y la consiguiente explotación de las minas. Pero lo impracticable se convirtió en relativamente fácil ante la vista perspicaz de un joven ingeniero, Rogundo Gardizábal, gloria de la Escuela de caminos y canales. Invitado á estudiar el terreno, vió dos profundos barrancos torrenciales, situados casi en la prolongación uno de otro, pero interrumpidos por la escarpada «Roca de los buitres,» especie de cono abrupto, que se elevaba á más de doscientos metros sobre la profunda cuenca de los barrancos.

Con tal observación, Gardizábal dió por hecho el ferrocarril. Las aguas torrenciales, con el transcurso de los siglos, se habían cavado, á no larga distancia de las rampas enormes de donde partían, dos lechos horizontales, por donde corrían impetuosamente en invierno y por donde se deslizaban en verano dos arroyones de muy pobre caudal, que avanzaban durante algunas leguas en direcciones contrarias desde «La Roca de los buitres.» Gardizábal pensó llevar las líneas férreas por el borde de estos arroyones á una altura superior al nivel que pudieran tomar las aguas torrenciales, y poner ambas vías en comunicación á través de «La Roca de los buitres.»

Pensó al principio practicar un tunel curvo; pero los cálculos de gabinete le demostraron que era menos costoso volar con dinamita la parte del peñón que impedía el enlace; y aunque en el Consejo de Administración había otros periciales que se opusieron enérgicamente á la idea, Gardizábal pudo al fin vencer todas las resistencias y obtener la aprobación de su atrevido proyecto.

III

La oposición de sus colegas picó de tal modo su amor propio, que resolvió consagrar todo su tiempo á la construcción de los pozos y galerías necesarios para colocar las cargas de dinamita que, por su explosión simultánea, habían de volar un día las enormes masas de piedra berroqueña interpuestas entre las dos vías.

Pero Gardizábal estaba en plena luna de miel. Hacía muy poco que había contraído matrimonio con la joven más hermosa de la serranía, y era preciso que Irene consintiera en abandonar su casa de campo para venirse á «La Roca de los buitres,» de la cual no quería separarse Gardizábal para inspeccionar constantemente y por sí mismo las obras, y con especialidad, la colocación oportuna de los explosivos y de los alambres eléctricos que habían de ponerlos en comunicación al llegar el momento decisivo.

Pero con gran sorpresa del esposo, Irene consintió sin resistencia en abandonar su casa.

Gardizábal, pues, al mismo tiempo que se empezaban á perforar los pozos y las galerías, edificaba en lo alto de la «Roca» una preciosa casita, llena de comodidades, á la cual se subía por una serie de cómodas rampas labradas en la peña.

La mañana en que llegó Irene, la bandera española ondeaba en lo alto de la casita. Y Gardizábal dió un banquete á los principales accionistas de la empresa.

IV

El ingeniero era, pues, feliz; porque tenía inmediatos los dos objetos de sus íntimos amores: Irene y la ejecución de su proyecto.

¡Qué satisfacción la suya cuando cada noche, al volver de las obras, se encontraba con su mujer, que le servía una cena apetitosa, preparada por ella misma; pues Irene despedía por la mañana á dos hombres que la servían, y estaban encargados de subirle el agua y los alimentos y de efectuar las faenas groseras de la casa.

– Pero, Irene, ¿por qué despides á esos hombres tan pronto todos los días?

– Porque quiero estar sola. Porque no quiero que venga aquí nadie que no sea de mi gusto.

– Pero, Irene, ¡siempre sola!

– Escúchame con atención, que no quiero engañarte. No es estar nunca sola el vivir una constantemente con sus más íntimos recuerdos, con sus amores fijos siempre en la memoria y en el corazón.

– Pero, Irene, ¡si yo no puedo estar aquí más que por la noche!..

– Y ¿piensas tú que no te tengo presente todo el día?..

– Pero..

– ¿Crees tú que dejo un solo instante de imaginar que pudieran dejarme viuda esos explosivos que estás manejando sin cesar? ¡Sola!.. Cuando estamos verdaderamente solos es cuando nos encontramos rodeados de personas que no comprenden nuestras miradas, que no adivinan nuestros pensamientos, que no desean lo que una desea, que no sienten lo que una siente, que no quieren lo que una quiere... ¡Eso sí, eso sí que es soledad! ¡Estar entre indiferentes, es hallarse en la más espantosa soledad! Cree que, si no te mato, es porque veo que no te soy indiferente... No: no me mandes aquí ni criados ni gentuza á quienes yo no pueda querer. Si yo quiero á alguien conmigo, yo me lo sabré buscar.

– Pero ¿tú piensas en mi muerte?

– Si no me quisieras, ya no vivirías...

V

La colocación de los depósitos de dinamita fué un portento de actividad y de inteligencia. Sin el menor accidente desfavorable, quedó todo preparado á los once meses para volar «La Roca de los buitres.» La empresa quiso solemnizar el acontecimiento convidando al gobernador de la provincia, al obispo, á los ayuntamientos de los pueblos comarcanos y á muchas personas notables, para que presenciaran la voladura del peñón.

Al efecto se estaba construyendo á toda priesa un espacioso tablado junto á la estación más próxima, adornado con los colores nacionales y multitud de gallardetes. En una próxima tienda de campaña se estaban también disponiendo las mesas para un suculento lunch.

VI

Gardizábal, á la noche, enteró de todo á su mujer con el entusiasmo y la satisfacción de quien, después de vencer multitud de dificultades, está seguro de obtener un éxito ruidoso.

Y en seguida agregó:

– Mañana, Irene, no puedes estar sola, porque es preciso que vengan varios operarios para llevarse todos los muebles de esta casita; pues pasado mañana volará el picacho. Tú no tienes que ocuparte de nada. Déjalo todo al cuidado del contramaestre, que él traerá los hombres necesarios para hacer bien la mudanza. ¡Ay!, desde muy temprano, en el coche que estará al pie de las rampas, te trasladarás á tu antigua casa de campo. Mañana al amanecer nos despediremos hasta el miércoles, en que, viéndome libre, correré á verte... Pero ¿por qué estás tan seria? ¿No te alegras de mis triunfos?

– No, Gardizábal. No... Quiero decir... sí, sí que me alegro de tu triunfo; pero me alegro solamente por ti..., por ti, por tu fama, por tu porvenir; pero..., francamente, lo siento por mí, porque tengo que abandonar esta casita donde he sido la mujer más feliz de las mujeres, donde he estado siempre rodeada de mis recuerdos de amores..., y últimamente, porque tendré que dejarla para volver á verme entre las indiferencias del mundo en la más espantosa soledad. Por eso es por lo que no quiero ir á ese convite que van á dar al gobernador y al obispo. ¡Aborrezco la gente!..

– ¡Qué rara estás, Irene mía!

– Pero que yo me entere bien. ¿La voladura es el domingo?

– Sí.

– ¿Y mañana sábado la mudanza?

– Sí.

– ¿A qué hora?

– Temprano.

– No: yo quiero saber la hora precisa.

– Pues á las siete de la mañana.

– ¿De modo que á las nueve ya no habrá nadie en esta casa?

– Nadie; porque vendrán todos los peones necesarios para hacer la mudanza de una vez.

– ¡Y tener yo que abandonar esta casita, donde he sido la mujer más feliz de las mujeres!..

VII

A la madrugada siguiente, Gardizábal se despidió de su mujer, dejándola en el coche que había de llevarla á la casa de campo. Y él volvió á la estación próxima, á terminar los preparativos de la recepción anunciada para el inmediato domingo.

Tan ocupado estuvo toda la mañana, que únicamente á mediodía se vió libre.

Pero, al fin, se encontró solo junto al conmutador, cuidadosamente preparado para cerrar el circuito eléctrico, que unía entre sí la innumerable multitud

de minas cargadas de dinamita, á cuya simultánea explosión había de volar «La Roca de los buitres.»

Resumió entonces Gardizábal en su memoria todo lo que le había sido preciso trabajar para llevar á término feliz tan colosal y arriesgada tarea, y el ingeniero se sintió satisfecho de sí mismo, pues se dijo con natural orgullo:

– Si mi vida hubiese de terminar ahora, indudablemente dejaría yo en el mundo algo grandioso y útil para el porvenir de mis semejantes.

Pero de pronto se le oprimió el corazón, porque hubo de pensar que también tenía que desaparecer la casita donde había pasado la luna de miel, y donde, junto á Irene, encontraba, al terminar cada día, el alivio indispensable á la enorme tensión de su espíritu mientras manejaba y distribuía tantas masas de explosivos, que, al menor descuido ó la más insignificante imprevisión, podían ocasionar la muerte á centenares de operarios.

– Voy á sacar la fotografía de esa casa encantada que, aunque está á seis kilómetros, saldrá en mi cámara obscura con todos sus detalles.

Meses atrás, obligado Gardizábal por la falta de tiempo, y deseoso de inspeccionar rápidamente y desde lejos los trabajos del ferrocarril, había utilizado el objetivo de un anteojo astronómico de gran potencia para sacar á grandes distancias vistas fotográficas de «La Roca de los buitres» y de los terrenos por donde tenían que pasar las vías férreas. Y tan buenos resultados obtuvo, que había llegado á estar en posesión de detalles minuciosos de objetos situados á ocho kilómetros de distancia.

– Voy á sacar la fotografía de mi nido de amor, se dijo nuevamente Gardízábal.

Y en el acto enfocó cuidadosamente el edificio.

– Revelemos la imagen.

Y al contemplar aquella fiel fotografía, Gardizábal lanzó un grito de muerte.

En el balcón de aquella casa estaba Irene con los lujosos cabellos sueltos al aire y abrazada á un joven de extraordinaria hermosura.

Por antojo criminal había vuelto allí la infiel esposa para pasar los últimos momentos que le fueran posibles en aquella casa, donde durante diez meses había podido recibir constantemente á solas al hombre por quien sentía la más frenética pasión.

Gardizábal miró de nuevo la fotografía. Sus ojos no querían creer; pero no era posible dudar; pues la luz, que nunca miente, había trazado los retratos de la adúltera y del amante con la mayor fidelidad.

El mísero ingeniero lo contempla nuevamente con ojos de insensato, inmóvil, cataléptico, loco... Mas de repente recobra el movimiento, vuelve en sí, mira el retrato, y convulso, en la mayor exacerbación de un frenesí homicida, con un golpe furibundo cierra el circuito eléctrico, tiembla la tierra y vuela en polvo «La Roca de los buitres.»

E. BENOT.

(Dibujo de Triadó.)



La noche, cuadro de José María Tamburini (Exposición Robira, calle de Escudillers)

LA BALADA DE LA ESPUMA

El río baja encajonado entre dos repliegues del terreno.

Las ramas de los sauces y de los álamos besan la líquida superficie, retratándose en su cristal.

El agua se desliza mansamente, copiando entre los guijarros del fondo el azul limpísimo del cielo. Se detiene en un remanso para saludar á los ramilletes de hojas que, sedientos, bajan á besar la corriente; se divide ante una presa para ir á reunirse más lejos, salvado ya el obstáculo; salta sobre las piedras, se desliza en un remanso, gana una altura, palmo á palmo, piedra á piedra, protestando de que se le cierre el camino. Desde lo alto se precipita deshaciéndose en cascada de espumas multicolores. Canta:

– Soy la espuma, la ira impotente, resuelta en cambiantes tornasolados, en facetas de un prisma sin igual, que retrata en sus cristales el nimbo de plata de una ondina.

Vengo del seno de la tierra; de aquella región maravillosa donde tienen su patria las hadas y los gnomos sus palacios, donde cada pensamiento es una nueva existencia y cada deseo una realidad y cada intento un triunfo.

Vengo del país del ensueño; de aquel país maravilloso, jamás soñado por la fantasía de los humanos; de aquel país de la belleza inmortal y de la eterna juventud.

Todo es allí magnífico, grande, eterno.

Es con los candentes y majestuosos trazos del volcán como se escriben los anales del tiempo en inmenso libro de piedra. Es con los incesantes besos de las aguas como se lapidan las rocas, tallándolas en facetas que enumeran las edades.

¡Gran libro éste, siempre abierto y siempre elocuente!

* * *

De las regiones misteriosas del ideal, vuelvo á la luz.

En loco torbellino floto sobre la superficie de las aguas, coronándolas, como penacho de blancas plumas.

El sol nos acaricia, el cielo azul nos sirve de dosel, la brisa nos besa.

Es la vida que mansa y dulcemente se desliza; la vida que pasa.

El placer y el dolor fueron piadosos.

Sobre mis cristales cae el sol, rómpense sus rayos entre las perlas del líquido manto, y un torrente de rubíes y esmeraldas cae cantando la música del ideal. Sus destellos quiebran la luz del sol de donde nacieron, y al correr sobre las ondas, van sonando los besos de la ondina que teje sus guirnaldas de pedrería en el lecho del río, mientras los gnomos arrancan las piedras preciosas de sus alcázares misteriosos.

* * *

Canto á la brisa que pasa, al cálido aliento de los campos que me saluda, al cielo azul que se retrata en mis ondas, á los árboles que al mojarse en mi corriente pregúntanme amorosos de dónde vengo y adónde voy.

Vengo de un lugar desconocido, de un antro mis-



VENDEDORA DE FLORES EN LONDRES, cuadro de la señorita G. H. Feud

terioso, donde nací á la vida al beso de una fuente con los jaspes de una roca.

Voy corriendo en busca de un lugar, recuerdo de aquel donde nací. Quiero morir al beso de la inmensidad.

La vida es para mí caminar sin tregua, torbellino sin descanso, ansia de vida, que sólo se aplaca con la muerte, tránsito hacia el ideal.

Cesó el canto.

El agua se detiene un momento; corre de nuevo, de prisa, más de prisa.

El abismo la atrae.

***

De pronto calla, ya no suena; parece temerosa y débil.

Llega, la espuma forma un nimbo tornasolado, bajo el cual corren de nuevo las aguas hacia lo grande, lo indescriptible, lo inmenso. Cantan roncamente:

– Quiero retroceder y no puedo.

Al choque de mis cristales, no suenan los ritmos y armonías de siempre.

La melodía infinita de los días serenos y de las noches plácidas, se ha trocado en sordo rumor de tormenta y de batalla.

Es la inmensidad en la que me precipito y me confundo.

¡El mar! ¡El mar!

Emilio Dugi.



El general boer Luis Botha

RECUERDOS DEL TRANSVAAL

I

LUIS BOTHA

El general Luis Botha no tendrá sin duda la gloria popular de Cristián Dewet, y la cualidad de su genio no ofrece ese brillante aparato que seduce las imaginaciones y conmueve los corazones sensibles á la magia de las aventuras.

Tal vez tampoco tiene esa inagotable variedad de invenciones, ese ingenio lleno de recursos, esa rapidez en la osadía y sobre todo esa manera de desafiar al destino que ha hecho entrar para siempre en la esfera de la leyenda heroica al famoso jefe de los ejércitos del Estado libre.

Pero Luis Botha, si no ha tenido ocasión de gastar su energía en brillantes proezas, ha debido realizar una misión quizás más difícil: la de sostener por un esfuerzo de cada día, una lucha á menudo obscura en la que se aliaban contra él las fuerzas de la naturaleza y el encarnizamiento de sus enemigos.

Mientras Dewet recorría los campos familiares del Estado libre, despertando el entusiasmo y encontrando abnegaciones en todas partes, Botha, contra quien se acumularon durante diez meses todos los esfuerzos de los principales militares ingleses, se encontraba acorralado en una región estéril y montañosa, acosado sin cesar por el grueso de las tropas, encerrado entre el ejército invasor y las fronteras de la colonia portuguesa.

Algún día se sabrá la existencia terrible y aflictiva que han llevado los soldados de Botha desde el día en que fué evacuada Pretoria, y la historia se preguntará cómo han podido esos hombres soportar durante tanto tiempo una situación semejante.

Botha era el hombre indicado para ese heroísmo paciente y sedentario, más penoso seguramente que el heroísmo de los movimientos accidentados, del mismo modo que lo es Dewet para las marchas atrevidas; porque Luis Botha posee hasta la abnegación esa virtud de tenacidad que caracteriza á la raza holandesa.

Además, es ante todo un dominador de almas, y únicamente el culto que le profesaban los jóvenes de la república invadida explica la resistencia formidable que durante tantos meses pudieron oponer á los ingleses los muchachos de quince á veinte años que componían el grueso de su ejército.

Luis Botha, como Krüger, como Dewet, como Steijn, es un místico; pero así como estos tres últimos son en cierto modo místicos *exteriores*, que en cualquier ocasión ponen de manifiesto su alma creyente en públicas plegarias, Botha es más bien un



El general boer Cristián Dewet

místico *interior*, que reserva las explosiones de su alma ardiente para las ocasiones solemnes, fuera de las cuales encierra su fe dentro de sí mismo.

Esto comunicaba, según parece, á su intimidad una fuerza atrayente de que algunos de sus oficiales me han hablado. Asimismo cuando Luis Botha, en un momento solemne había de despertar heroísmos, encontraba fuerzas á las cuales no resistían sus hombres.

No pudo conseguir victorias ruidosas; pero hizo más, pues con su energía comunicativa ganaba cada día una batalla sobre el tiempo y daba á Dewet ocasión para continuar sus guerrillas.

Gracias á esta fuerza interior, Botha fué en muchos casos un general incomparable. En la batalla de Belfast, con un ejército diez veces menor que el inglés, tuvo en jaque durante tres días al enemigo, y ordenó por sí solo una serie de maniobras que, al decir de muchos oficiales ingleses, fueron verdaderas obras maestras de estrategia.

Sus tropas estaban dispersas en comandos en un vasto espacio y él desde lo alto de una montaña, en un sitio muy visible, mandaba todos los movimientos por medio de un telégrafo óptico.

En aquella época había consumido tanta energía que cayó enfermo, y á fin de septiembre hubo de resignar el mando en el general Viljoen.

Me consta que los ingleses entonces le ofrecieron un salvoconducto para que pudiera volver á Pretoria á fin de atender á su salud, diciéndole que pronto terminaría la guerra y que siendo su enfermedad larga, podía serle perjudicial la permanencia en el campo.

Pero Botha rechazó con energía el ofrecimiento.

Su esposa le propuso ir á su lado para cuidarle; mas también á esto se negó el caudillo boer.

En cuanto se hubo restablecido, volvió á encargarse del mando del ejército transvaalense.

Cuando consideramos que ese hombre de treinta y ocho años, ese abogado literato, llevaba una existencia tranquila y modesta en su pintoresca quinta, no podemos menos de admirar con emoción ese espíritu de libertad y de patriotismo que por la virtud de una fe irresistible transformó en pocos días á los pacíficos ciudadanos de ayer en los héroes de hoy.

II

Cristián Dewet

La primera vez que oí hablar de Cristián Dewet fué en Bloemfontein, en junio de 1900.

El Estado libre acababa de ser declarado solemnemente colonia inglesa y Pretoria había caído en poder de lord Roberts.

Aquellos dos acontecimientos parecían señalar el fin de la guerra, y los vencedores celebraban ya ruidosamente el triunfo definitivo.

«Prepárese usted, me decían los oficiales ingleses; pronto se verificará en Pretoria la ceremonia de la anexión. No falte usted á esa fiesta.»

Pedí que me dejaran marchar y decidí en principio mi viaje con propósito de embarcarme un jueves. Pero de pronto, el miércoles por la mañana llega al club el capitán Crookshank, mi compañero de mesa, con una noticia que produce gran emoción entre los que allí estábamos: un tren procedente de Pretoria ha llegado á Bloemfontein acribillado de bombas.

– No podéis partir, me dijo el capitán; pues se ha dado orden formal de no dejar salir á nadie más que á las tropas.

– ¿Y la anexión?, le pregunté.

– La tranquilidad reina en las colonias de Su Majestad.

En todos los grupos oí pronunciar este nombre: «¡Dewet!»

Entonces supe que toda aquella alarma es debida á un tal Cristián Dewet, que se conquista de repente una gloria brillante y á quien los mismos ingleses no escatimaban su admiración.

Aquel Dewet ó de Wet, según unos carnicero de Pretoria, según otros abogado educado en Londres



Los habitantes del Transvaal sacados de sus granjas é internados en los campos de concentración

y al decir de algunos rico propietario del Estado libre, acababa de surgir como un meteoro en la Historia.

Unos decían que era muy joven; otros, que era un viejo de barba blanca, de la generación de Krüger; en cuanto á mí, acabé por creer que se trataba de un mito.

Sin embargo, un oficial inglés que fué hecho prisionero y se evadió milagrosamente, me afirmó que realmente existía, que era un hombre esbelto, moreno, de barba fina, ojos chispeantes, sonrisa á veces burlona y perfecto caballero, que ejercía una autoridad napoleónica sobre sus subordinados y que podía tener de treinta y cinco á cuarenta años.

Pero fuese quien fuere, viniera de donde viniese, lo cierto es que era una amenaza perpetua para los ejércitos y que su nombre repercutía en todo el weldt.

Hasta que él surgió, en efecto, se disfrutaba de una relativa seguridad, salvo los casos en que los dos ejércitos se encontraban frente á frente, y al llegar la noche los ingleses se dormían, fatigado el cuerpo y tranquila la cabeza, y hasta la aurora descansaban impunemente: pero desde su aparición, cuando se oían en la sombra rumores desconocidos, los soldados vigilaban, cesaban las conversaciones y sólo se oía murmurar: «¡Es Dewet!» Si aparecía en lo alto de los kopjes una luz inesperada, apagábanse los pálidos quinqués de las tiendas y todo el mundo exclamaba: «¡Dewet!» Y si el viento derribaba en algún camino las ramas de un árbol raro, todos buscaban la presencia de huellas que denunciaran á Dewet.

De modo que en aquel vasto desierto que se extiende á millares de leguas y en el cual surge de cuando en cuando una granja, un solo hombre seguido de algunos guerrilleros ha bastado para infundir un terror misterioso á todo un ejército diseminado, como si él solo fuese el alma invisible é impalpable de una patria que resucita.

Dewet tiene de treinta y cinco á cuarenta años, aunque parece más joven, y es moreno, de aspecto risueño.

Era granjero en el Estado libre, en donde poseía una de las tierras más fértiles. Al comenzar la guerra era un fieldcornet obscuro en quien nadie pensaba. En Kimberley se le confió la dirección de un comando, pero fuese porque su genio no se había revelado todavía ó porque no tuviera ocasión de manifestarlo á las órdenes de otro, continuó siendo desconocido.



M. REITZ



M. SCHALK BURGER



El general LUCAS MEYER

Oficiales boers encargados de negociar la paz con los ingleses



El campo de concentración del Winberg

Sin embargo, el imperio extraordinario que tenía sobre sus hombres, su audacia personal, su impulso comunicativo que le conquistaban á la vez autoridad y simpatía, hicieron que después de los desastres de febrero y de marzo fuese designado espontáneamente por los orangistas como su jefe.

El presidente Steijn, por su parte, que tan noblemente se ha conducido, había admirado á Dewet y le otorgó toda su confianza. Dewet dirigió la retirada con tal audacia y al mismo tiempo con tanta prudencia que le consagraron, á los ojos de los suyos, como el maestro para siempre indiscutible.

Después de las derrotas de Kronstad, mientras el ejército transvaalense se replegaba sobre Johannesburgo, Dewet desapareció, y durante mucho tiempo no se supo qué había sido de él. Había concebido la idea peligrosa y genial de replegarse en el Estado libre, de desaparecer, de dejar que el ejército inglés avanzara y de pronto inaugurar esa guerra inolvidable en la que su nombre se ha elevado al nivel de los más ilustres.

Enérgico y bueno, capaz de los actos más implacables y de los más generosos, bondadoso y suave, según las necesidades de la guerra, fastuoso con sus prisioneros y sencillo con sus propios hombres, con rasgos de César y de Cincinato á la vez, ¿de dónde ha sacado ese personaje obscuro hasta poco tiempo ha, propietario de rebaños, las llamas del genio en que aparecen envueltos en la Historia los más grandes caudillos populares?

Ha creído simplemente en el destino místico de su raza, ha dejado crecer y condensarse en su alma el alma de su patria, ha despreciado la infamia del oro que ha suscitado esa guerra y al despreciarlo se ha atrevido á atacarlo sin temor. Después ha elevado su oración á Dios y se ha lanzado á la lucha; y por virtud del esfuerzo de su conciencia, de la preocupación constante de la justicia, ha encontrado la autoridad que dirige las cosas y la habilidad que las realiza.

JUAN CARRERE.

Como complemento del anterior artículo del notable publicista francés, diremos algo de los delegados boers que actualmente están negociando la paz con los ingleses y cuyos retratos publicamos en esta página.

M. Schalk-Burger, presidente interino de la Repú-



El Comité rojo, cuadro de Luis Graner (Salón Parés)



Sopitas, cuadro de Luis Graner (Salón Parés)



LA ÚLTIMA HORA, cuadro de Luis Graner (Salón Parés)

blica Sudafricana, es hombre joven todavía, pero de consumada experiencia. Al comenzar las hostilidades era diputado; en 1898 presentó su candidatura á la presidencia de la República al mismo tiempo que Krüger y Joubet; durante el primer período de la guerra fué segundo comandante de Botha y tomó parte activa en las operaciones del sitio de Ladysmith, y al venir M. Krüger á Europa, asumió las funciones presidenciales.

M. Reitz, jurisconsulto distinguido, ha ejercido la abogacía en Londres, y durante catorce años ha ocupado el cargo de jefe de justicia en el Estado libre de Orange. Elegido presidente de la República, dimitió el puesto en 1895, siendo substituído por M. Steijn.

El general Lucas Meyer es un militar de grande y merecida fama, á quien debe el Transvaal, entre otras cosas, la incorporación de un territorio de más de 1.000 kilómetros cuadrados al Noroeste de Zululandia.

NUESTROS GRABADOS

Monumento á Goethe, boceto de Gustavo Eberlein.—El emperador de Alemania, queriendo dar una prueba de afecto al pueblo de Roma y con él á toda Italia, ha encargado al célebre escultor berlinés Gustavo Eberlein el proyecto de un monumento que habrá de erigirse en la Ciudad Eterna al inmortal poeta Goethe, que como pocos ha sentido y cantado las incomparables maravillas de la naturaleza y del arte italiano. Sobre una base de tres gradas álzase á modo de pedestal un capitel de columna corintia y sobre éste va colocada la estatua de Goethe; en los ángulos del zócalo hay tres grupos que representan la poesía lírica, la poesía dramática y la concepción filosófica del poeta, personificadas respectivamente por las figuras de Mignon y del viejo Lotario, de Ifigenia y Orestes y de Fausto y Mefistófeles. Todo es hermoso en este monumento, pero indudablemente lo que en él sobresale es la estatua del poeta, cuyo busto consideran los críticos alemanes como una de las obras más perfectas de Eberlein, con ser tantas y tan valiosas las que lleva producidas este artista durante su gloriosa carrera.

Monumento á Goethe
que el emperador Guillermo II de Alemania se propone regalar
á la ciudad de Roma, boceto de Gustavo Eberlein

Las primeras margaritas, cuadro de Emilio Haumont.—Impresionar con un asunto sencillo; lograr un efecto pictórico con una escena trivial en la forma; hacer sentir la fuerza del arte con una composición sobria, desprovista de toda gala, es labor sólo realizable por un artista que sienta hondamente, que aprecie en todo su valor la poesía que á veces se encierra en un tema al parecer insignificante. Y esta labor la ha realizado el pintor francés Haumont, cuyo cuadro *Las primeras margaritas* puede ponerse como modelo de ese género de pintura que, buscando la expresión del arte en toda su pureza, prescinde de artificios y traslada al lienzo lo que ve y tal como lo ve, cuidando, sin embargo, de no emplear su atención sino en aquello que por sus condiciones estéticas responde perfectamente á lo que debe constituir la verdadera finalidad artística.

La noche, cuadro de José M.ª Tamburini.—Sea cual fuere la obra que ejecute este distinguido pintor catalán, siempre llevará impreso el sello de su personalidad, distintiva por la delicadeza del concepto y de la gama especialísima de su paleta, que tan admirablemente se armoniza con los temas representados. Tan artista como pintor, aparecen sus producciones inspiradas en temas ó asuntos en que domina el sentimiento y la poesía, sin recurrir á efectismos y á rebuscamientos. Su hermosa alegórica representación de la Noche es expresión fidelísima de ese modo especial de ser del artista, que cautiva y encanta cual todas sus producciones, inspiradas, según decimos, en nobles ideales que responden á los elevados conceptos artísticos perseguidos por aquellos que, como Tamburini, preocúpanse de la misión que el artista debe cumplir en beneficio de la cultura general.

Vendedora de flores en Londres, cuadro de la señorita G. H. Fould.—El tipo pintado por esta distinguida artista responde perfectamente á la idea que tenemos formada de lo que debe ser una vendedora de flores: oficio es éste que sólo concebimos ejercido por muchachas bonitas, frescas, alegres, y así es en efecto, porque aun cuando haya excepciones, sabido es que éstas no hacen más que confirmar la regla general. Desde este punto de vista, pues, la figura del cuadro de la señorita Fould es digna de los mayores elogios, ya que en ella admiramos esa belleza, esa frescura, esa alegría que indudablemente forman la característica del género que personifica; pero además son de alabar en ella la naturalidad y la corrección con que está ejecutada, cualidades que avaloran no poco la belleza de una obra como la que reproducimos.

La última hora.—El Comité rojo.—Sopitas, cuadros de Luis Graner.—Es Luis Graner uno de los pintores de nuestra región quizás más discutidos y tal vez aquel cuyas obras han suministrado elemento para la crítica de menor cuantía. La causa determinante ha tenido, sin duda, origen en la rápida transformación del pintor, que en espacio brevísimo y desde modesta esfera pudo ascender al nivel de aquellos que cobran personalidad y se separan del montón anónimo. Que en las producciones de Graner pueden observarse deficiencias y defectos, no lo negamos, pero no cabe rechazar la afirmación de que por su solo esfuerzo ha podido alcanzar ese concepto que enaltece y glorifica, que el público concede y la crítica consagra. Cuando allá, en los albores de su carrera artística, dió á conocer sus interesantes cabezas de borrachos, se reveló por el concepto y por la tónica especial que tendía á singularizarse. Posteriormente, y á impulsos de la evolución, se ha ido convirtiendo en pintor de tendencia socialista, en el buen sentido de la palabra, y sus lienzos son trasunto fidelísimo de tipos y cuadros que constituyen el modo de ser de ese cuarto estado, que tan importante papel desempeña en nuestra época en los grandes centros de población, en donde la masa obrera es el factor principal de problemas que preocupan á los estadistas. Véase su producción, examínense sus numerosas obras, y en todas ellas hállase reflejada esa tendencia que tantos triunfos ha reportado al excelente pintor belga y amigo querido León Van Aken. Vivo está todavía el recuerdo de su gran lienzo *La herrería*, que figura en el Museo Municipal de nuestra ciudad y más latente el de la notable exhibición de varias de sus obras que figuraron en el Salón Parés. De aquella interesante colección formaron parte las tres que reproducimos, una de las cuales, *El Comité rojo*, ha sido adquirida por el Estado y actualmente se habrá colocado en el Museo Nacional. Entendemos que Luis Graner llena cumplidamente la misión del artista, que, como el escritor, deben legar á la posteridad el espíritu y el modo de ser de la sociedad en que vivieron, y por lo tanto es digno del aplauso y de la consideración general.

El coronel ruso Grimm.—Gran emoción ha causado en el mundo militar y diplomático, sobre todo en Rusia y Francia, el asunto cuyo protagonista es este coronel ruso acusado de delito de alta traición por haber entregado á Alemania importantes documentos relativos á la defensa nacional y á la movilización de los ejércitos de aquellas dos potencias aliadas. El coronel Grimm ingresó en el ejército ruso en 1876, cuando apenas contaba 16 años, conquistándose desde luego el aprecio de sus jefes por su inteligencia y laboriosidad. En 1885 entró en el Estado mayor y fué enviado á Varsovia, agregado al 15.º cuerpo, con la misión delicada de ponerse en contacto con personas sospechosas de espionaje, fingirse cómplice de ellas y obtener, á cambio de informes sin importancia ó falsos, noticias verdaderas. El gobierno, que le había dado carta blanca para el desempeño de esta misión, se mostró durante algunos años muy satisfecho de sus servicios; pero un día supo Rusia por sus espías que Alemania modificaba sus planes de movilización á medida que el ministerio de la Guerra ruso variaba los suyos, y comprendiendo que esto sólo podía ser consecuencia de una traición, el gobierno tomó tan bien sus medidas, que al poco tiempo era detenido el coronel Grimm, convicto y confeso de su delito.

Un oficial de gendarmería practicó un minucioso registro en el domicilio de Grimm, y habiendo encontrado en un cajón secreto las pruebas de su traición, pidió explicaciones al coronel, el cual solicitó media hora para reflexionar y coordinar sus recuerdos. Negóse el oficial á concederle este plazo, y entonces Grimm escribió en un pliego de papel toda la historia de su traición, enumerando al mismo tiempo los documentos que había entregado. En su relato confesó que si entregó estos documentos lo hizo obsesionado por la pasión que le había inspirado la viuda del coronel Bergstroem. «Para llegar hasta ella —ha dicho— necesitaba ser rico, y como carezco de fortuna personal, caí en la tentación en 1895. Todo el dinero que mis revelaciones me producían era para esa mujer que me servía de intermediaria con los agentes alemanes, con quienes se avistaba unas veces en Alemania y otras en Niza.»

Además del coronel Grimm y de la viuda Bergstroen, han sido detenidas más de sesenta personas complicadas en el asunto.

Se dijo que el coronel había sido fusilado, pero la noticia no resultó cierta y aun parece que no sufrirá la pena de muerte, pues el código militar ruso castiga el delito por aquél cometido con la pérdida de los derechos civiles y políticos y el destierro á Siberia.

Pescadoras de almejas, dibujo original de Rafael Senet.—A la galantería del distinguido artista Rafael Senet debemos la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores uno de sus dibujos que enriquecen sus carteras de apuntes, recuerdo de su prolongada estancia en la poética ciudad de las lagunas, que tantos atractivos ofrece para los artistas. El pintor á que nos referimos forma parte de esa pléyade de artistas que, establecidos en extranjero suelo, honran al arte patrio por sus especialísimas condiciones y laboriosidad. No es un pintor novel. Allí, en Venecia, ha logrado alcanzar una envidiable reputación, justamente merecida por sus cualidades de brillante colorista.

El coronel ruso Grimm
acusado del delito de alta traición

Teatros.—*Barcelona.*—Se ha estrenado con buen éxito en el Eldorado *Enseñanza libre*, zarzuela en un acto y cinco cuadros de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Jiménez. En el Liceo se ha cantado *Tanhauser*, en cuya ejecución han obtenido grandes aplausos la señora Carrera y muy especialmente el Sr. Blanchart. La sociedad Filarmónica que con tanto acierto dirige el Sr. Crickboom ha dado en el teatro de Novedades dos notables conciertos, en los cuales ha tomado parte el eminente pianista Rissler, que ha conseguido entusiastas ovaciones en todas las piezas que ejecutó. En el teatro Granvía funciona una compañía de declamación valenciana, dirigida por el conocido actor D. Manuel Lloreñs.

AJEDREZ

Problema número 277, por N. Sardotsch.

Negras (13 piezas)

Blancas (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema número 276, por A. Decker.

Blancas.	Negras.
1. R g 2 -f 2	1. R toma P d 4
2. R f 2—e 2	2. R d 4—e 5
3. R e 2—d 3	3. R toma P.
4. R d 3—d 4 mate.	

VARIANTES.

2.................. R d 4 —c 3; 3. Ae7—c5, etc.
R d 4 —c4; 3. Db1—d3 mate.
e 6—e 5; 3. D b1 d3 mate.
1... P toma P f5; 2. R f 2—e 3, f5—f4 jaq.; 3. P toma P, etc.
1... e 6—e 5; 2. R f 2—e 2, e5 —e4; 3. Re2—e3, etc.
1... R c 3—d 2; 2. D b 1—b 3, e6—f5:; 3. Ae7—g5 jaq. etc.
1... R c 3—c 4; 2. R f 2—e 3, cualquiera; 3. D mate.

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Olfateando un curioso de categoría más elevada que los visitantes domingueros, Pascal, que tomaba el aire en la azotea, bajó, ó mejor dicho, *cayó* á través de los seis pisos merced al ascensor-relámpago, y acercándose al desconocido, le preguntó si necesitaba una habitación.

– Sí, señor, dijo Codoero, algo desconcertado por aquella extraña manera de pescar inquilinos. Precisamente rescindí el contrato de alquiler de mi habitación la semana pasada.

– Caballero, dijo Pascal, tengo una docena á escoger; pero aun cuando ninguna le conviniera, le estimaré dé un vistazo á la casa. Cuestión de veinte minutos.

Bucilly, que no sabía en qué emplear las horas, aprovechó gustoso la ocasión de perder veinte minutos. Siguió á su guía, no sin preguntarse con angustia: «¿Quién será este personaje? ¿Le ofenderé dándole luego una propina? ¿Se pondrá furioso si no se la doy?» Todo el santo día, el tímido Codoero veía su vida envenenada por dilemas de esa especie, que parecían surgir delante de él por malicia.

Dos horas después, aún se hallaba en el Building. Decir que estaba maravillado, sería poco decir; estaba aturdido, porque en materia de progreso moral y material, su inexperiencia corría parejas con la de un niño.

– Lo que acabo de ver, confesó, es una de las curiosidades del París moderno. ¿Cómo es que los periódicos no han hablado de ella?

– No han recibido dinero, contestó Pascal. Nuestro principal objeto no consiste en encontrar inquilinos. Hasta diré que no nos corre prisa al tenerlos: el público no podría visitar habitaciones ocupadas y nosotros deseamos que el público vea y compare. La rutina parisiense, por sólida que sea, se dejará vencer por la evidencia. Entonces la revolución de que somos los apóstoles habrá empezado en nuestras costumbres, en el mecanismo de la vida. Nuestro programa se incluye en dos palabras: *¡vida rápida!* ¿Ha calculado usted el número de horas que el solo hecho de habitar esta casa ahorraría diariamente á usted, á su familia, á sus criados? ¡Sin fuego que encender, sin lámparas ni quinqués que preparar, sin cartas que llevar al correo, sin conversaciones interminables en las tiendas!.. Esto representa un criado ó una criada menos en su servicio. Usted mismo pasa un promedio de diez minutos cada día en subir y bajar la escalera de su casa. Lo cual equivale á una pérdida de cinco horas cada mes, de cinco días cada año y de un año en la vida de un hombre, pérdida que el ascensor-relámpago suprime. ¡Calcule el resultado en la vida de un pueblo!

– ¡Es positivo!, balbuceó Codoero aplastado por aquellas cifras. Son cosas en que uno no piensa.

– Pero, señor mío, continuó el apóstol de la *vida rápida,* animándose; el ascensor no es nada. ¡Cuántas cosas no le haría yo descubrir si penetrase con usted en el misterio de su vida íntima! ¿No ha tenido usted nunca lástima de la parsimonia de las instalaciones europeas, de la cohibición, de la molestia mutua?.. Sin hablar más que de su baño: aquí lo toma usted en cinco minutos, sin que le cueste un céntimo. Tomado fuera, implica la pérdida de una hora, con un gasto de dos francos. Si, como no dudo, le gusta tomar cada día su baño, tiene usted treinta ó cuarenta luises disponibles. Y si, como espero, tiene una numerosa familia, llegamos á una economía de varios miles de francos.

– ¡Parece mentira!, declaró Bucilly. Sin embargo, es aritmética pura. El hombre cuyo nombre flota allá arriba, el gran pensador Maugrabin, no es un ser ordinario; puede usted decírselo de mi parte, con mis plácemes.

– Acaba usted de decírselo á él mismo, dijo Pascal, con una modesta sonrisa. Soy Maugrabin en persona: Pascal Maugrabin. ¿Podré saber, á mi vez, el nombre de la persona inteligente que habrá comprendido todas las promesas de renovación social contenidas en mi Building?

Bucilly entregó su tarjeta, rebosando satisfacción. A veces habían elogiado la firmeza de sus principios, la regularidad de sus costumbres, su constitución sana, si no robusta, el honroso pasado de su familia. Pero nadie le había felicitado nunca por su inteligencia. Es más; gracias á las lecciones de modestia que había recibido, primero de su madre y luego de su



escribió en uno de los contratos: «Edmundo José Codoero de Bucilly»

mujer, había llegado á creerse sinceramente pobre de espíritu. Maugrabin, después de haberle deslumbrado, acababa de conquistarlo. Veinte segundos después, se encontraban en el sexto piso, el único ocupado – ocupado, como habrá adivinado el lector, por el propietario mismo. – Después de haber instalado á su visitante en un *rocking* cuyo subido balance le hizo dar un grito, el reformador de las costumbres parisienses continuó su conversación:

– Sí, señor, me llamo Maugrabin, soy oriundo de Marsella, de donde salí á los doce años de edad para la América del Norte y recién regresado á Francia, después de haber hecho mi fortuna. Soy viudo; tengo una hija casadera llamada Pascualina. No hace más que ocho días que nos hallamos instalados – á nuestro gusto por fin – en esta casa, copiada sobre los modelos más recientes de Chicago y Nueva York.

– ¡Instalados en el sexto piso!, dijo Bucilly con un gesto discreto.

– Habla usted como parisiense. ¿Qué era antes el sexto piso, con relación al primero? Una habitación á que se llegaba con seis veces más de trabajo. Con el ascensor, que suprime el trabajo, es una habitación en que se encuentra seis veces más aire y luz. Si hubiese un duodécimo, lo hubiera tomado para mí, como lo habitaba en América. Pero un reglamento de policía urbana, digno de la Edad Media, limitó mi elevación. La rutina hasta se encuentra en el poder.

Según eso y para ser lógico, dijo Codoero sonriendo, debiera usted poner sus pisos tanto más caros cuanto más próximos al cielo.

– ¡Pues eso es lo que hago! El primero relativamente, es de un precio inferior. No es, como en otras partes, el cuarto *chic* de la casa.

– ¡Yo me contentaría con él!, suspiró Bucilly. Pero el alquiler, por pequeño que fuese, no estaría seguramente al nivel de mi presupuesto.

– ¡Cómo! ¿Usted busca un piso? ¿De veras? ¿No era un pretexto para visitar la casa?

– ¡Yo no miento nunca, caballero!

– Ni yo tampoco, dijo Pascal... Es decir, enmendó riendo, no he mentido desde que soy viudo. Cuando vivía mi mujer, no me importaba decir alguna que otra mentira, no para disimular mi mala conducta, pues yo era modelo de maridos, sino por ahorrar discusiones y ganar tiempo. Pero volvamos á la cuestión. ¿Le gusta á usted el primer piso de mi casa?

– Mucho, afirmó cortésmente Codoero. Pero no hay que pensar en tal cosa, á causa del precio.

– Hablemos como hombres. ¿Cuánto paga usted ahora de alquiler?

– Pago demasiado, confesó Codoero, poniéndose encarnado como la grana, pues precisamente le despedían porque no pagaba lo bastante.

– ¿Busca usted la economía? Pues entonces, habrá medio de entendernos. Usted es el hombre que yo quisiera para primer inquilino de mi casa. Ya he dicho á usted que no la considero como un negocio. La he construído como otros compran un yate. Pongamos números.

– Es que... mi esposa, porque soy casado y padre de familia, mi esposa ha estado siempre... muy apegada á su manera de ver.

– Lo cual no impedirá que se alegre mucho de que le regale usted alguna sortija ó pulsera de mucho valor con motivo de tal ó cual cumpleaños. Será la primera en decir que alquilando mi primer piso le hace usted un regalo. Vamos á visitarlo otra vez; verá usted cómo es un regalo.

Se dirigieron al ascensor, que se precipitó en un abrir y cerrar de ojos. La baja estatura, el aire vivaracho y la mirada penetrante de Maugrabin formaban curioso contraste con la gran estatura de Bucilly, con su rostro afilado y aturdido, con su cuello largo y flexible. Cualquier observador que les hubiese visto en la jaula de cristales, hubiera pensado en el ave de rapiña que se deja caer hacia el suelo, agarrado á la garza torpe que se ha dejado coger en la altura. El mismo Codoero, asustado de verse dominado por un ser superior, hubiera querido huir; pero ya era tarde. Compréndase que, en el caso presente, entre el halcón y su presa no había más que una simpatía muy desinteresada. Pascal Maugrabin se había metido en la mollera que aquel hombre suave y bueno, abierto al asombro, de fácil admiración, nada desdeñoso para el plebeyo enriquecido, iba á ser su primer inquilino. Quería que fuese aquél y no otro, como había querido construir su casa americana, como había querido poseer algunos cuadros carísimos, sin reparar en el precio.

Y no sólo quería cerrar el trato con Codoero, sino que quería cerrarlo á la americana, es decir, en el acto. Por segunda vez y con mayor elocuencia que antes, exhibió su primer piso, puesto que Bucilly, apegado todavía á la rutina, se obstinaba en preferirlo. Maugrabin hizo maniobrar todos los grifos, todas las básculas del servicio de aguas, todas las tuberías de los caloríferos de vapor, todas las comunicaciones de las lámparas eléctricas. Hasta puso en movimiento el salón de fiestas, alumbrando todas las arañas con sólo apoyar el dedo en un resorte y obligando á Codoero á medir el espacio enorme: tantos pasos de largo por tantos de ancho, salón capaz para cien parejas.

Terminada la visita, volvieron ambos al despacho de Pascal, donde éste preguntó:

– ¿Cuánto puede usted pagar de alquiler?

Codoero calculaba que el piso podía rentar siete mil francos. Para escapar al encanto peligroso y tentador que le invadía, articuló una suma muy inferior, tres mil quinientos, esperando que esta cifra pondría fin á la conferencia.

Maugrabin se sonrió, muy contento al parecer.

– Caballero, dijo éste, no soy ningún especulador, ó mejor dicho, no lo soy ya. Si hubiese querido continuar acumulando dinero, no hubiera salido de Nueva York. Mi hija quiso ver á Francia. Cinco años atrás, no la hubiera escuchado. Entonces tenía yo un sobrino que pensaba ver convertido un día en uno de los *business men* más notables de los Estados Unidos. Mi esperanza se vió frustrada.

– ¿Murió?, preguntó Codoero con un compunción cortés.

– No, contestó Maugrabin, cuyo rostro adquirió súbitamente una expresión de dureza. Vive, al menos lo supongo. Pero se portó como un ingrato. No quiero volver á oir á hablar de él. Todos los que me

rodean lo saben... Dispénseme usted esta digresión y terminemos el asunto. Propuso usted tres mil quinientos francos. Probablemente será porque no puede pagar más. El piso vale el triple; pero aquí tiene usted mi contestación.

Esto diciendo, le tendió la mano. Codoero, en un segundo, como el hombre que se ahoga, desarrolló en su imaginación desesperada un mundo caótico de pensamientos diversos.

«¿Por qué he venido? – pensaba. – Hace dos horas que ese buen señor se molesta enseñándome su piso. Acepta mi precio. ¿Cómo irme? ¿Qué va á pensar de mí?» Al pobre le parecía que aquella ancha mano hacía media hora que solicitaba la suya. Cerró los ojos y *chocó*, colorado como una muchacha á quien acaban de hablar de amor por primera vez á solas. En el fondo esperaba, como todos los espíritus débiles, que algún milagro le libraría de las consecuencias de su debilidad. Pero con Maugrabin, los milagros no tenían tiempo de operarse. Ya estaba sacando del cajón de una mesa unos formularios impresos, y saboreó al fin, después de los sesenta años bien cumplidos, un placer nuevo en su existencia: el de hacer firmar un contrato de alquiler de uno de los pisos de aquella casa imaginada por él, construída por él, pagada por él. Codoero, al ver lo que se preparaba, sintió un sudor frío en las sienes.

– Quisiera, balbuceó..., pensarlo un poco...

Maugrabin, con severa mirada, preguntó:

– ¿Es una manera de desdecirse? Yo siempre había pensado que un apretón de mano, entre *gentlemen*, vale todas las firmas del mundo.

– Y así es, Sr. de Maugrabin. Sin embargo, ¿no nos precipitamos un poco para un asunto de tanta importancia?

– ¡Que nos precipitamos!, replicó Maugrabin riendo á carcajadas. ¡Y hace dos horas y veinticinco minutos que estamos aquí! En mi vida empleé la cuarta parte de ese tiempo para terminar un negocio, aunque se tratase de un millón de dollars.

– No sé lo que es un millón de dollars, suspiró Bucilly. Pero sé lo que es una mujer. Temo que la mía...

– ¿Teme usted que su señora le desapruebe, cuando le ponga esta noche en el plato el presente más útil que habrá recibido en su vida? Por una cantidad insignificante tiene usted alojamiento, calefacción, luz...

– ¿También luz?

– Claro que sí. Fabrico mi electricidad para mí y para mis inquilinos Si quiere, puede alumbrar sus habitaciones día y noche.

Codoero recordó las dificultades recientes que había creado la factura de un mes de alumbrado. Tomó la pluma balbuceando la palabra *gracias*.

– No me dé usted las gracias, dijo Maugrabin. Unicamente le suplico que no divulgue las condiciones del presente arrendamiento, porque habría aquí una verdadera invasión de pretendientes. Puede usted vanagloriarse de ser el hombre que á proporción paga menos de alquiler entre los dos millones de habitantes de la capital.

Con su letra lenta y esmerada, el primer inquilino del Building escribió en uno de los contratos duplicados: *Edmundo José Codoero de Bucilly*. Metiéndose el otro en el bolsillo, pudo al fin retirarse. Pero era incapaz de encontrar la puerta, y al pisar de nuevo la acera de la avenida, daba traspiés como un hombre ebrio.

Minutos después se dejó caer en un banco solitario del Ranelagh, sin saber cómo había ido á parar allí. En su caja ósea que, en aquel momento, le parecía de una magnitud desmedida, sentía flotar un cerebro sumamente pequeño. Aquel ascensor delirante, que había jugado á la pelota con su pobre cuerpo fatigado, aquel salón cuyo suelo móvil subía y bajaba, como la cubierta de un buque sacudido por las olas, aquel paso brusco de la luz de las lámparas eléctricas al sol de Dios, y sobre todo la facundia inspirada, rabiosa á veces, de Maugrabin, ponían á Bucilly en un estado que participaba de la embriaguez y del mareo.

En medio de aquel caos, subsistía un hecho tangible y real. Codoero sentía en su bolsillo cierto papel todavía húmedo de la letra de Maugrabin. Palpaba con un movimiento maquinal aquella hoja doblada en cuatro, preguntándose por qué desviación de su voluntad acababa de firmar, él solo, un arrendamiento por tres años, cuando nunca había tomado un palco de teatro sin que su mujer lo encontrase á su gusto.

En aquel momento, le tenía cierta tirria á Maugrabin por haber abusado de la superioridad de su fuerza moral. Tentado estuvo de ir á quejarse á la policía, cuya misión consiste en proteger al débil contra el fuerte. Experimentaba respecto á sí mismo una compasión tan profunda, que se le velaron sus ojos. «¡Por qué me dejan salir solo?» pensó. Pero, ¿de qué le servía quejarse? El mal estaba hecho.

Una especie de risa convulsiva sacudió sus hombros flacos, mientras veía de antemano, en su imaginación, todas las peripecias del drama. La situación era cómica por lo inesperada. Beltrana iba sin duda á experimentar el asombro más considerable de su existencia cuando su marido fuese á decirle: «No busques ya habitación; tengo una. Aquí está el contrato que firmé hace una hora...» Cerró los ojos, vislumbró la escena y pensó que no le dejarían dormir aquella noche cuyas sombras empezaban á flotar bajo los árboles.

Pero se le ocurrió una idea que por un momento volvió á infundirle ánimo. «A pesar de todo, ese Maugrabin es una excelente persona. Nadie podría decir que le domina el interés: el negocio que acaba de concluir no es muy brillante para él. Quizá me devuelva mi firma si se la voy á pedir cortésmente. Me pondré á su disposición para buscarle otro inquilino, aunque tenga que recorrer todo París.»

Corrió al Building; pero el cielo estaba contra él: Maugrabin acababa de salir. Como se acercaba la hora de regresar á su casa, se encaminó hacia el Arco de Triunfo, con el corazón oprimido y muy humilde en presencia de sí mismo. Sin embargo, su cerebro seguía trabajando, buscando un medio de salir del apuro. Quizá el contrato adolecía de algún vicio de forma que le eximiese de su cumplimiento. Conocía á fondo el Derecho. No pudiendo aguardar más, para formar concepto entró en un cafetín de la avenida Kleber, pidió un «aperitivo» que no probó y volvió á leer su contrato.

¡Ay! El compromiso, más corto, más desembarazado de fárrago que los contratos ordinarios, era firme como una roca; pero aquella roca tenía reflejos de piedra preciosa. El rostro de Bucilly se iluminó con una semisonrisa. Por más que dijese el mundo entero – y aún la misma Beltrana, – acababa de hacer un excelente negocio. ¡No más leña para la chimenea del salón! ¡No más hulla para el calorífero general, que consumía toneladas de combustible! ¡No más petróleo para los quinqués, siempre nauseabundos! Un piso más vasto que el antiguo, calefacción gratuita, alumbrado á discreción; Maugrabin iba á surtir de todo por una cantidad tan mínima, que Codoero sintió que se ponía otra vez encarnado; pero esta vez era de vergüenza. «Acabo de aceptar una limosna,» pensaba.

Menos agobiado, pagó sus cincuenta céntimos y continuó su camino. Pero al llegar cerca del domicilio conyugal, volvió á sentir la angustia del miedo. Viendo en un colmado un pastel de perdices, creyó oportuno y hábil comprarlo. A Beltrana le gustaban los manjares delicados, sin ser más golosa de lo que convenía á una buena cristiana. Acordóse de un verso francés de *Atalia*, que dice, traducido en prosa castellana: «Créí que su cólera se calmaría con presentes...» y pasó á la caja. Al verle tan turbado, la cajera aprovechó la ocasión para meterle en el cambio una moneda italiana, aquel día la mala suerte se cebaba en él.

Al ver llegar á su esposo, ligeramente perfumado, la señora de Bucilly miró la hora.

– Empezaba á pensar, dijo con aspereza, que no te acordabas de comer.

– No me olvidé de la comida, de la comida *tuya*, amiga mía, y te convencerás de ello cuando te sientes á la mesa.

Una sonrisa tan poco natural que causaba tristeza trató de animar el rostro del honrado Codoero. Pero su mujer, sin mostrar el menor interés por la sorpresa anunciada, hizo la pregunta de todos los días:

– ¿Qué has hecho toda la tarde?

– He visitado cuartos disponibles, dijo frotándose las manos como un atleta que va á entrar en lucha. Figúrate que cerca de la Muette...

– ¡La Muette!, interrumpió Beltrana con una carcajada despreciativa. ¿Por qué no Courbevoie ó Suresnes? Pero se me figura que pronto podrás evitarte esas molestias inútiles. Tengo entre manos una habitación mucho más cerca. Si hubiese escuchado á Carlos, sería cosa hecha. Sin embargo, no hemos dado una contestación definitiva.

«¡Ay! – pensó Codoero; – la contestación definitiva está dada, pero no lo sospecha. ¡Qué escena vamos á tener, dentro de un instante, cuando vea el contrato firmado... cerca de la Muette, más allá de la Muette!»

Y preguntó en alta voz:

– ¿En qué barrio se encuentra la casa que pensabas tomar?

– Que *pienso* tomar, querrás decir. En el barrio Marbeuf. Ya hubiera cerrado el trato, si no estuviese tan lejos de la iglesia

– Hay otra objeción, se arriesgó á decir Bucilly. El barrio Marbeuf está lleno de actrices, de... mujeres ligeras, en una palabra...

– ¿Qué sabes tú?

– Por lo que á mí toca, lo ignoro. Pero falta saber si Carlos ..

– ¡Ya me lo esperaba! No estás satisfecho si no acusas á Carlos.

– Amiga mía, he tenido varias veces otra satisfacción: la de pagar sus deudas. Precisamente por eso...

Con un gesto imperioso, Beltrana impuso silencio al orador imprudente. Un criado acababa de abrir la puerta.

– El señorito Carlos no ha venido todavía. ¿Se puede servir?

– Hay que esperarle, ordenó la señora de la casa.

– ¿Quieres saber una cosa?, continuó Codoero al volver á encontrarse solo con su mujer. Lo que más me preocupa no es la cuestión del cuarto. ¿Qué más tiene que vivamos en el barrio Marbeuf ó en la Muette? Nunca podremos ponernos á flote hasta que nuestro hijo se case.

Esta sabia diversión, cuyo motivo no podía adivinar la señora de Bucilly, coincidía con la manera de pensar de esta última. El joven Carlos, catequizado por su amigo Leroy, no sólo se resignaba á la idea de un matrimonio reparador, sino que fácilmente había convertido á su madre á la misma idea. Pero, según el sistema de gobierno establecido por Beltrana, era inadmisible que el cabeza de familia tuviese idea alguna.

– No tienes en cuenta que tu hijo es muy joven.

– ¡Muy joven!, repitió Bucilly con amarga sonrisa. Tiene veintinueve años. Yo tenía veintitrés cuando mi madre concibió temores – poco justificados – sobre mi porvenir. Para salvarme de los extravíos de la juventud, me dió una compañera. Era un preservativo; en el caso presente, tenemos necesidad de un remedio.

El parlamento hubiera tenido una elocuente respuesta de parte de la «compañera» de Codoero, si no hubiese parecido su hijo. Demasiado imbuído en las buenas formas para preocuparse de la hora que podía ser, entraba, volviéndose á poner las sortijas después de una rápida ablución. Como acababa de apearse de su *dog cart*, ni un salpicón del lodo de noviembre había manchado el charol de sus botas puntiagudas.

– ¡Me muero de hambre!, acentuó con voz lánguida y afeminada, que tenía el don de cautivar á muchas mujeres, empezando por su madre.

Como el *roatsbeef*, después de una larga espera perniciosa, estaba pasado, el señorito declaró que no podía comer aquella suela de zapato. A una señal de Codoero, fué servido el pastel de perdices, la sorpresa.

– ¡Como si hubiese previsto el mal éxito del asado!, dijo en broma el donante, estirando el cuello entre las agudas láminas del de su camisa.

Quiso trinchar él mismo su ofrenda.

Carlos leía con frialdad el nombre impreso por el molde en la tapa.

– ¿Dónde diablos ha encontrado eso mi padre?, dijo quitándose los lentes.

– En la Muette, contestó la señora de Bucilly. Tu padre hace sus provisiones en barrios muy excéntricos.

– No hay más que una casa en París para los buenos pasteles de ave, afirmó el señorito; Fulano de Tal, cerca de la Bolsa. Allí debió usted ir á comprarlo.

– ¡Bueno!, contestó mortificado Codoero. Cuando tenga un *dog-cart* y un buen caballo á mi disposición, no me importará ir lejos.

Después de haber tomado un bocado de pastel, Beltrana hizo retirar el plato.

– Te has dejado engañar como siempre, dijo ella con un ligero movimiento de hombros. No se puede comer. Te he dicho cien veces que no compres nada.

Codoero guardó silencio durante todo el resto de la comida. Su mujer y su hijo hablaron como si estuvieran solos.

Luego Carlos desapareció para vestirse é ir á pasar la velada en una atmósfera más ligera que la de su familia.

Beltrana, á su vez, salió á las nueve y media, en traje serio, pero elegante, para asistir á una de esas conferencias que, en ciertos salones diezmados por el fastidio, hacen las veces de la conversación ausente.

Codoero, en vez de dormirse con su libro en la mano, como hacía casi siempre, salió disimuladamente del hotelito sin cambiar de traje. Tomó asiento en un tranvía de la Magdalena, examinando cuidadosamente los pocos pasajeros que en él iban.

Diez minutos después enfilaba una de las calles inmediatas á la Capilla de Luis XVI, y mirando á su alrededor, como si hubiese temido divisar la sombra de algún agente de orden público, llamó á la puerta de su amigo el doctor Popinot.

–¡Buenas noches, Sócrates! ¿Cómo va?, preguntó el médico dejando la pluma.

Codoero, transformado, rejuvenecido, casi alegre, dijo sin contestar á la pregunta:

–¡Buenas noches, sepulturero!

–No hables mal de los sepultureros. A veces son útiles hasta á los vivos. Seis pies de buena tierra sobre una esposa insoportable... ¿Qué más hace falta para cambiar la suerte de un pobre diablo?

–¡Popinot!.. No admito semejantes bromas.

–No admites la verdad. ¿Quién la admite? Por no haber hecho creer á los sanos que estaban enfermos y á los incurables que les podía curar, no he hecho fortuna. Soy tu mejor amigo, ó más bien tu único amigo, y no tengo derecho á precisar mi opinión sobre tu mujer... ¡Cuando pienso que por escrúpulos no te atreves á engañarla!



Minutos después se dejó caer en un banco solitario del Ranelagh, sin saber cómo había ido á parar allí

–Sin hablar de la ley de Dios que lo prohibe, sería una injusticia humana. La conducta de mi mujer ha sido siempre irreprochable.

–Fué una crueldad más de su parte. Conociendo tu delicadeza, está segura de que su virtud cierra la puerta á tus consuelos. Pero ¿quieres que te diga de qué manera, sobre todo, cortó tus alas? Haciéndote desgraciado. El hombre que ve la vida color de rosa está más dispuesto que otro á coger todas las flores. Por esto mismo el marido de una mujer adorable asombra con frecuencia al mundo por su infidelidad. Es su manera de cantar el himno de gratitud á la Naturaleza. Nunca estuve de acuerdo con mi ilustre colega que dijo, en latín, que ciertos arrebatos de alegría traen en pos de sí la tristeza. Esa tristeza dura muy poco. ¿Crees que una disputa que se ha prolongado desde media noche hasta las cuatro de la madrugada deja menos abatido al hombre?

–Esa teoría no me gusta, ni es propia de mi edad. Ten en cuenta que soy viejo, que Carlos va á cumplir treinta años y que un día de estos voy á tener nuera.

–De todos modos, tus desdichas habrán redundado en bien de ese muchacho lleno de buen sentido. ¡A ese no le hubieran casado al destetarlo! De todas las leyes que rigen el mundo, la más infalible es la de las compensaciones. Con el padre que tiene, Carlos había de divertirse por dos, ser mimado por dos, ser egoísta por dos. Si se aplica la ley hasta el fin, es preciso que se case con una criatura deliciosa, que la engañe y la pegue. Así es que la inmerecida desgracia de un ángel servirá de compensación á la dicha no menos inmerecida del demonio con faldas que echó á perder tu vida. *Por lo demás,* ¿qué tal de salud?

–A las mil maravillas. No vine á consultar al médico.

–¡Claro! Si estuvieses enfermo, no tendría yo siquiera el derecho de asistirte. Arrostras toda clase de suplicios por venir á verme á escondidas. ¡Y hace treinta años que eso dura! Preciso es que tengas la amistad muy resistente.

–Escucha, Popinot; el tiempo vuela. Déjame hablar, en vez de tomarte la molestia de probarme que no soy feliz. Necesito tu consejo. ¿Conoces la casa americana recién construída detrás de la Muette?

–Pasé por delante; es horrible; debe ser inhabitable. Apuesto á que tu mujer quiere obligarte á vivir en ella.

–No; no es eso, contestó Codoero con una extraña sonrisa; precisamente es todo lo contrario. Soy yo el que va á obligar á la señora de Bucilly á instalarse en el *Maugrabin's Building*.

–¿Te has vuelto loco?, preguntó Popinot con inquietud.

–¡Muy posible es que pierda la razón! Sea como fuere, lo cierto es que esta tarde he firmado un contrato de alquiler. Deseo que lo leas.

Después de enterarse del contrato y de hacer un cálculo sobre las condiciones de la casa, Popinot pareció más turbado que antes.

–¡El loco es ese Maugrabin!, exclamó. Yo pago lo mismo por este piso, que no vale la tercera parte del que te alquilan.

En los ojos de Codoero de Bucilly brilló un poco de alegría.

–Por eso he firmado, dijo modestamente. Se me figuró que era un buen negocio. Eso representa para nosotros una economía de diez mil francos anuales, y la economía se impone.



Guillermo, al oir estas últimas palabras, se levantó de su sillón

–Gracias al señorito de quien hablábamos hace poco. ¡Alá aumente su sombra!

–La cuestión está en saber, continuó Bucilly, cómo va á tomar la cosa Beltrana. No sabe que yo haya firmado el contrato de alquiler.

Guillermo, al oir estas últimas palabras, se levantó de su sillón, alzó los brazos, se detuvo en medio de la estancia, se inclinó golpeándose los muslos, prorrumpió luego en risa, en una risa desordenada, estrepitosa, como aquellas paredes no la habían oído en muchos años, y al recobrar aliento, se apoyó de espaldas en la chimenea y miró fijamente á Codoero, que no tenía, al parecer, ninguna gana de reirse.

–Dispénsame, amigo mío, pero la cosa es tan chuscamente extraordinaria, que no puede uno menos de reirse. ¡Justo Dios! ¡Qué cara va á poner!.. Sin embargo, por primera vez en mi vida debo dar la razón á la dulce Beltrana. Te has excedido. Un hombre casado no firma esas cosas sin haber conferenciado con la carne de su carne, aunque no sea más que por la forma.

–Conforme. *Inter nos,* ese Maugrabin me encantó. Además, tú mismo lo reconoces, es una ganga. Pero falta convencer á mi esposa. ¿Qué harías tú en mi lugar?

–¿Yo? Me iría á dormir tranquilamente. Después de media noche, no hay más que dos cosas buenas, y tú no puedes elegir más que una de las dos. Después de un reposo bienhechor, iría á saludar á mi mujer, muy entrado el día, con la sonrisa en los labios; le preguntaría por su salud, porque siempre hay que ser cortés, y le diría finalmente: «¿Quieres venir á ver el nuevo piso que ayer alquilé?»

–¡El caso no es para broma!, dijo Codoero disgustado.

–¿Broma? Te hablo con toda formalidad. Me consultas un caso difícil y yo te indico la solución. Por lo que toca á la forma, no hay duda que se te puede censurar. Pero en cuanto al fondo, eres inatacable. Como jefe de la comunidad, tienes derecho á ir á vivir donde te dé la gana, con tal de que sea una casa decente. La ocasión era ventajosa; la aprovechaste; nada más cuerdo. Tu mujer puede criticar tu elección, pero está obligada á someterse á ella. En caso de resistencia, los gendarmes no aguardan más que una señal para ponerla en tus brazos. Ten firmeza una vez en tu vida. Tú mismo quedarás sorprendido de lo fácil de tu victoria.

Durante un minuto, Bucilly meditó en silencio.

De pronto, dando con mano nerviosa un puñetazo en la mesa, afirmó:

–Tienes razón; mostraré firmeza. Después de todo, Beltrana no me va á comer.

Y volvióse á su casa, cerca ya de las once, á pie, hendiendo el aire, en la semiobscuridad de la acera, y haciendo molinetes con su bastón.

VI

Aquel hombre firme tenía su manera de ser débil. Resuelto siempre á seguir el consejo del último que le hablaba, le seguía, bajando la cabeza, hasta el próximo obstáculo, condenado de antemano á desviar al primer choque. La vida de los hombres débiles, en general, puede representarse por medio de una línea curva; pero la línea gráfica de la vida de Bucilly era un zigzás.

La firmeza traída de casa de Popinot duró cerca de doce horas. Después de una noche muy diferente de la de Alejandro antes de la batalla, porque fué noche de insomnio, Codoero entró en liza, es decir, que entró en el tocador donde Beltrana acababa de tomar su desayuno.

–¿Qué hiciste anoche?, le preguntó ella. ¿Roncar en tu butaca? No tenías á nadie que te estorbase.

(Continuará.)

GLOBOS PORTAAMARRAS

El drama del vapor *Russie* no se ha borrado todavía de la memoria, y muchos serán los que recordarán la conmovedora aventura de aquella tripulación y de aquellos pasajeros que durante algunos días y á menos de medio kilómetro de la costa permanecían azotados por el viento y las olas, sin que el buque, encallado en la arena, pudiera avanzar ni retroceder y sin que los medios de salvamento (cañones lanzacabos y canoas) pudieran ponerles en comunicación con la tierra. Y no se habrá olvidado tampoco el drama más reciente y más trágico del *Kleber*, que se desarrolló en los mismos sitios del cabo Faramán.

La situación del *Russie* y del *Kleber* se ha presentado y se presentará aún muchas veces, lo cual nada tiene de extraño, porque el viento que arrojó los buques contra la costa levanta olas é impide que el bote salvavidas se haga á la mar; además paraliza la acción del cañón lanzacabos, cuyo proyectil presenta una superficie demasiado ancha, disminuye su alcance ó desvía su dirección. De manera que el viento, causa las más de las veces del naufragio, es también con frecuencia el principal enemigo del salvador.

¿Qué hacer para obviar estas dificultades? Tal es la pregunta que se ha hecho entre otros el coronel francés Renard, el cual, práctico como pocos en materia de globos, se ha preguntado además si los barcos del aire podrían, en determinadas circunstancias, especialmente en casos análogos al del *Russie*, acudir en auxilio de los barcos del mar. Y partiendo de esta idea, ha elaborado un proyecto á cuya ejecución asistió el autor de estas líneas, acompañado naturalmente de su fiel objetivo, que le permitió reproducir las fotografías adjuntas.

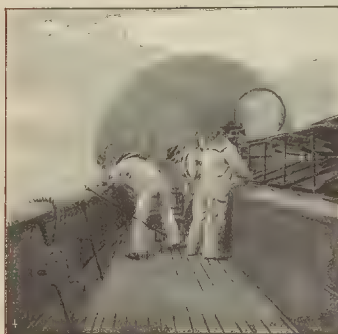
La prueba se realizó en Ostende durante la Exposición y el Congreso de Pesquerías. El coronel Renard había remitido su programa y su material á los representantes del Ministerio de Marina de Francia, los Sres. H. Durassier y P. J. B. Vincent, y el gobierno francés envió al comandante Carlos Garnier con su contratorpedero *Alarme* para prestar su concurso en el experimento. Este se llevó á cabo una tarde en que soplaba una ligera brisa, en un gran remolcador que facilitó el gobierno belga.

– Supongamos, dijo el coronel Renard, un buque que se encuentre en el caso del *Russie*, es decir, que haya encallado en la arena ó en las rocas á poca distancia de la playa: el viento se opone al empleo de los botes y de los lanzacabos, pero no al del globo.

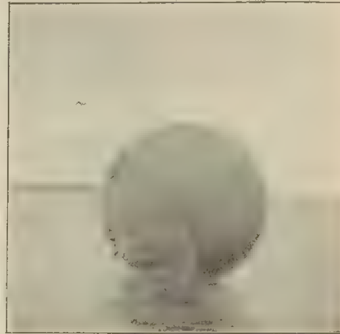
– ¡El globo!, exclamó uno de los presentes. ¿Acaso la tormenta no lo destruirá?

– No, replicó el coronel; el globo que yo propongo nada ha de temer, porque no flota en el aire sino en el agua. Estamos en un buque encallado cerca de la costa, ¿no es verdad? Pues bien: sacamos nuestro globo, lo henchimos en pocos minutos, lo arrojamos al agua retenido por una cuerda delgada y se va soltando ésta á medida que aquél es arrastrado por el viento, el cual lo lleva á la costa, desde donde será fácil enviarnos, gracias á la cuerda, un cable por medio del cual podrá establecerse la comunicación.

Y la cosa sucedió, no precisamente como el coronel había previsto, puesto que el viento era paralelo á la costa, en vez de ser perpendicular, pero sí de modo que resultara demostrado que el globo acuático puede, en efecto, prestar grandes servicios.







GLOBOS PORTAAMARRAS. – HENCHIDURA DEL GLOBO – LANZAMIENTO DEL GLOBO AL AGUA. – EL GLOBO FLOTANDO

Cuando el remolcador hubo llegado á 800 ó 1.000 metros de la playa, la tripulación del *Alarme* cogió un pequeño aeróstato de unos tres metros de capacidad y comenzó las operaciones. Primero se tendió el globo sobre el puente y luego se procedió á su henchidura por medio de un ventilador puesto en acción por dos manubrios movidos á mano. En menos de cinco minutos el globo quedó lleno y fué lanzado al agua; el viento se apoderó de él haciéndolo rodar sobre las olas, que apenas rozaba el aeróstato, y éste se alejó rápidamente arrastrando detrás de sí la cuerda. Cuando hubo recorrido una distancia de 500 metros, se dió la prueba por terminada.



EL GLOBO PORTAAMARRAS DIRIGIÉNDOSE Á LA COSTA

El experimento bastó para demostrarnos que en un caso como el del *Russie*, el globo habría llegado á tierra en un plazo muy corto, tal vez en un cuarto de hora, llevando á los salvadores una cuerda que podía servir para tirar, desde la costa ó desde el buque, un cable más sólido que permitiera establecer una comunicación entre los salvadores y los náufragos.

El globo fué nuevamente llevado á bordo, izado y deshenchido, y volvimos al puerto muy satisfechos y convencidos de que los aeróstatos pueden prestar grandes servicios en caso de naufragio, á condición de que la tela sea sólida y esté siempre en buen estado de conservación.

H. DE VARIGNY.

***

LOS PECES MOMIFICADOS DE EGIPTO

Los antiguos egipcios honraban un gran número de divinidades y profesaban especial veneración á un magnífico pez de la familia de los pércidos, el *Lates Niloticus*, que todavía habita en grandes cantidades en las aguas del Nilo en el alto y medio Egipto. Algunas ciudades, entre ellas Esneh, consagraban un culto particular á esta especie; de aquí que aquella célebre y populosa ciudad recibiera desde la ocupación de los romanos el nombre de Latopolis. Sus habitantes, no sólo veneraban como divinidad de primer orden al pez vivo, sino que además procuraban por procedimientos de momificación ingeniosos preservarlo de toda destrucción. Los señores Lortet y Hugounenq han estudiado recientemente esos extraños peces momificados, y M. Maspero, director de las Antigüedades Egipcias, ha mandado practicar para ellos excavaciones especiales en los alrededores de Esneh y les ha proporcionado un buen número de aquéllos. El resultado de las investigaciones de los señores Lortet y Hugounenq ha sido comunicado hace poco á la Academia de Ciencias de París, y de la memoria presentada por ellos tomamos los siguientes interesantes detalles.

Los peces momificados han sido enterrados en cantidades prodigiosas y á poca profundidad en la llanura arenosa que se extiende al Oeste de la ciudad hasta las estribaciones de la cordillera líbica y se encuentran también en gran número en la necrópolis humana de la última época de los Ptolomeos y de la época romana.

Esos animales reducidos al estado de momia, están cuidadosamente envueltos en tiras de lino teñidas de un color amarillo claro por el contacto del líquido conservador, y los hay de todos tamaños, desde algunos centímetros hasta un metro y medio de longitud. Al lado de los peces adultos, se encuentran también unas esferas extrañas de un tamaño doble de un puño, formadas con juncos entrelazados con fragmentos de tiras de lino. Estas esferas son huecas y cada una contiene centenares de lates diminutos, apenas salidos del huevo y de sólo unos milímetros de largo; algunas sólo encierran grandes escamas de lates

adultos, y son tal vez ofrendas de solicitantes desgraciados que no pudieron procurarse los animales necesarios para su acto de devoción.

Todos estos peces, grandes y pequeños, están admirablemente conservados, y muchos de ellos, al quitárseles el limo sagrado en que fueron sumergidos, parecen casi salir del agua; sus escamas presentan aún todo su brillo y á menudo también sus vivos colores; á veces el globo del ojo intacto deja ver en el interior el reflejo dorado y plateado de la membrana del iris. Todos los individuos de un tamaño algo considerable tienen en uno de sus costados un corte longitudinal destinado á dejar penetrar en el interior de la sección abdominal la salazón en que debieron de estar sumergidos.

¿Cuál era la composición química del líquido conservador de los peces sagrados? Este líquido era muy activo, puesto que ha preservado de todo daño durante tantos siglos á aquellos animales que, como es sabido, son en extremo corruptibles. Los egipcios no se han servido nunca de su preparación de asfalto para conservar esos peces, al paso que el betún desempeña un gran papel en la momificación del hombre y de los otros vertebrados.

Los análisis hechos por M. Hugounenq han demostrado que aquellos peces eran sometidos sencillamente á una maceración más ó menos prolongada en las aguas fuertemente saladas de los lagos de natrón situados en distintos puntos de Egipto, y luego rodeados de una capa de limo cargado de substancias saladas, mantenida por un vendaje hábilmente aplicado. A consecuencia de la sequedad del aire y de la acción protectora de una arena seca caliente y casi siempre muy salada, esas momias se han conservado, durante veinte siglos por lo menos, tan perfectamente, que algunas de ellas parecen contener todavía casi tantas materias animales como ciertos bacalaos que se venden en nuestros mercados.

En los profundos lagos formados por la primera catarata, el *Lates niloticus* alcanza un tamaño considerable. Los Sres. Lortet y Hugounenq han visto pescar cerca de Assuán algunos ejemplares de más de dos metros de longitud que no presentan ninguna diferencia morfológica comparados con los que capturaban los antiguos pescadores de Esneh, siendo hoy lo mismo que hace dos mil quinientos años.

De la composición química de los peces sagrados, en extremo rica en sales minerales (35 por 100), M. Hugounenq deduce que para asegurar la conservación tan perfecta de estos animales, los egipcios los envolvían en una mezcla de arcilla y arena impregnada de una fuerte proporción de sales alcalinas y particularmente de cloruro sódico. Esta tierra naturalmente salada procedía probablemente de los lagos salados ó lagos de natrón que, secos en sus márgenes, producen la arena arcillosa cargada de sales: estas últimas son las que, con ayuda de un clima seco, han asegurado durante tan largo período la conservación tan notable de los peces. – J. F. G.

***

EL SISTEMA MARCONI

Y LAS COLISIONES DE LOS FERROCARRILES

Marconi, el inventor de la telegrafía sin hilos, propone que se aplique ésta como medio de imposibilitar los choques de trenes, y los periódicos norteamericanos se ocupan con interés de esta aplicación inesperada del sistema que, según ellos, habría evitado la terrible colisión del New-York Central, que causó recientemente tan gran número de víctimas. Se recordará que este accidente se produjo en un túnel á la entrada de la estación de Nueva York, en donde un tren se arrojó sobre otro parado delante de él por no haber visto las señales de parada.

Marconi entiende que instalando en la garita de cada maquinista una estación telegráfica sin hilo, capaz de transmitir y recibir ondas eléctricas á una distancia de media milla (unos 800 metros) por delante y por detrás, todos los trenes que van por una misma vía podrían saber matemáticamente que hay otro tren delante, en el límite de la indicada distancia, y por consiguiente moderar su marcha ó detenerse para evitar todo choque.

La idea es evidentemente muy ingeniosa, y como su realización no requiere ninguna instalación fija en la vía, resulta por completo independiente de las señales y del «bloc-system.» El aparato imaginado por Marconi tiene por objeto responder á todas las objeciones relativas á la dificultad de canalizar las ondas eléctricas á fin de que la señal enviada por un tren sea transmitida con toda exactitud al tren que ha de recibirla y no á cualquier otro que se encuentre en las inmediaciones y cuya marcha, de no ser así, se encontraría inútilmente perturbada. A este efecto, la estación transmisora de cada máquina emitiría constantemente ondas que se propagarían únicamente á la trasera del tren en una distancia de 800 metros, de modo que hiciese las veces de un disco de parada, pero de una manera permanente. De este modo, en cuanto el tren siguiente entrara en esta zona, es decir, se aproximara al anterior á menos de 800 metros, su estación receptora, dispuesta para recibir las ondas en la parte de delante, entraría en acción poniendo en movimiento una señal de alarma, campana ó sirena, que llamaría la atención del maquinista, y si se quiere, podría determinar el funcionamiento de los frenos. Sería, en una palabra, una especie de «bloc-system» ideal que mantendría continuamente un espacio de 800 metros por lo menos entre dos trenes que circularan por la misma vía.

Otra dificultad está en la multiplicidad de vías en las inmediaciones de las grandes estaciones, lo cual podría producir una confusión entre los avisos procedentes de trenes que circularan en el mismo sentido por vías paralelas. Para evitar este inconveniente, Marconi se propone conjugar entre si los aparatos de cada línea á fin de que sólo puedan emitir y recibir ondas de una longitud determinada.

Finalmente, parece que la instalación de este sistema no costaría más de 2.000 francos por maquina, lo cual significa un gasto mínimo, comparado con las inmensas ventajas que la aplicación reportaría desde el punto de vista de la seguridad del público.

Falta saber lo que será este procedimiento en la práctica. Marconi se dispone á hacer experimentos en los ferrocarriles belgas. – X.



Pescadoras de almejas, dibujo original de Rafael Senet

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 21 de abril de 1902 — Núm. 1.060



EN LA TABERNA, cuadro de Brouwez que se conserva en el Museo de Haarlem



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE TODO UN POCO

Mucho se habla ahora del descanso dominical, y no existe campaña más justa, ni acaso, en el fondo, más moralizadora que esta. Las gentes que no se paran á considerar su objeto, creen que se trata de acortar el trabajo. No tengo inconveniente en afirmar que la natural consecuencia del trabajo es el descanso, y que en ninguna parte se trabaja menos que donde no se guarda el domingo.

En España, al menos en los dos puntos que yo conozco mejor, el país gallego y la capital, la gente obligada por la necesidad al trabajo se pasa el año inventando fiestas entre semana, fiestas que la Iglesia no prescribe, y que á veces, en determinadas épocas, se aglomeran de tal suerte, que interrumpen la labor una serie de días, y habitúan el cuerpo á la inactividad (hábito fácil de adquirir), alterando el ritmo. Baste para ejemplo San Isidro, el clásico San Isidro de Madrid. Son ocho días de juerga tendida, de borrachera, despilfarro, broma y excitación insana. El Santo sirve de pretexto, y en realidad, ¿quién se acuerda de él, del labrador honrado, incansable, del buen *pardillo* que fecundizó con su sudor la dura y amarillenta tierra castellana?

***

Y en mi aldea, ¡qué no discurren para darse una panzada de holgorio, no cada domingo, como sería regular y loable, sino todo junto, una semanita entera!

Ved ahí un santo poco famoso, San Mamed. En honor de San Mamed hay tres días laborables, en mi parroquia, en que no se unce el carro, ni se empuña la azada. Si les decís, á los pobres ignorantes, que pregunten al cura para convencerse de que no tienen semejante obligación con el bienaventurado San Mamed, les escandalizáis. ¡Arar ó cavar en semejante día! No lo hicieron sus padres, no lo hicieron sus abuelos; ellos no lo harán tampoco. Quitarles una costumbre, es quitarles la vida, es arrebatarles su ser; porque ellos no existen *en cuanto á sí*: son un fruto de la tradición, una especie de berruga que echa la tierra; carecen de espontaneidad.

***

Para fomentar el descanso dominical se ha formado en Madrid una «Liga» cuyo *Prospecto* he recibido. Por desgracia este prospecto no trae firma alguna, ni la menor indicación que pueda servir de guía para saber adónde conviene dirigirse para entenderse con dicha «Liga;» lo cual es, á mi ver, una demostración más de lo poco aptos que somos para las obras sociales. He aquí una obra interesante y simpática; que lo es doblemente para mí, pues recoge una idea vertida en los artículos que remití desde Bélgica al *Imparcial,* la de procurar descanso á los carteros agregando al sello de franqueo otro sello que diga: «No repartir en domingo;» y he aquí que esta obra, al dirigirse al público, al buscar el calor de la cooperación para desarrollarse y cundir, aparece de tal manera, que no aparecería de otra si tuviese que procurar el anonimato y la sombra de lo furtivo; y se recata tan bien, que yo no he podido todavía acertar con ella.

El mismo sello que la «Liga» emite, no me parece adecuado á su fin. El letrero «No repartir en domingo» lo lleva en forma circular, difícil de leer. Yo alabo la buena voluntad que ha inspirado la Liga y el sello; pero desearía ingenio, arte, eficacia en los procedimientos, de los cuales, más aún que del excelente deseo, suele depender el feliz resultado de toda empresa.

***

Ya empiezan á ponerse por las nubes los alojamientos en la villa y corte. Ya cada casa, modesta ó rica, aguarda sus correspondientes forasteros. Luis Taboada tendrá larga tela con las dificultades y embarazos que crea á las familias de la clase media la llegada del huésped, á ponerlo todo patas arriba, en días en que los artículos de consumo amenazan subir.

Tanto como se clama contra la explotación de los patronos, y á nadie se le ocurre clamar contra la de los intermediarios industriales, que recargan de un modo exagerado los artículos de consumo y necesidad, procurándose ganancias que oscilan entre el 25 y el 50 por 100. Por ejemplo: el aceite. Entra en Madrid (el mejor y más exquisito) á nueve pesetas arroba, y el consumidor lo paga á quince. La carne, el arroz, los garbanzos, el cerdo, el pan, todo sufre aumentos semejantes, en daño general y beneficio de pocos. En Bélgica los obreros lo han arreglado bien: tienen sus cooperativas, donde encuentran los artículos de consumo á precios justos y tolerables.

Habiendo encargado directamente á Alicante una arroba de almendra, recuerdo que me sorprendieron dos observaciones: la excelencia de la fruta y su baratura. Costó la mitad que cuesta la almendra rancia y aceitosa y de última clase en las tiendas de ultramarinos. No es la almendra artículo indispensable; pero sí sabroso y sano postre, y base de muchos dulces y platos de la cocina española. Debiera encontrarse á precios moderados. Si tuviésemos tiempo y paciencia para enterarnos detenidamente, encontraríamos en otros infinitos artículos las mismas desproporciones de precio de coste y precio de venta. La vida se hace mísera y la raza decae, cuando la alimentación grata y variada no es accesible á las clases populares, ni aun á clases en apariencia más elevadas, quizás en el fondo más menesterosas y ahogadas, por haber de sacrificar el decoro.

***

¿Qué comen los pobres en Madrid?, suelo preguntarme. Todo se ha nivelado de precio: ya no existen platos baratos. El bacalao, las manos y callos, las *chuletas de huerta,* que Parmentier legó á la humanidad con más apetito que dinero, van siendo *un mito,* como dice cierta ilustrada patrona. ¿Qué comen?, insisto en ello. ¿Qué leche beben los niños, qué nutritivo manjar restaura las fuerzas de los adultos?

¿Y el vino? No hay nación donde así se produzca, tan fuerte y tan barato, como la nuestra; y cátate que de trámite en trámite, de arriero á tabernero, el vino que se expende en Madrid es detestable. El vino – del cual se dicen pestes, y que yo no pruebo, me apresuro á declararlo, no me tomen por báquica – es, usado sin exceso, una de las cosas mejores para el trabajador. El aguardiente daña: el vino conforta, sostiene y alegra. ¿Por qué, si Dios lo da abundante y puro, no disfrutan de este beneficio el obrero y el jornalero matritenses?

***

Se proyecta una Exposición de cuadros del *Greco.* ¡Cómo ha subido esta firma en pocos años! Hará diez ó doce, los que profesábamos el culto de Domenico Theotocopuli éramos unos hasta un par de docenas, y nos dábamos tono y aire de iniciados en alguna misteriosa religión, y pasábamos, á los ojos de los no iniciados, por fanáticos sectarios, si ya no por contagiados de la locura que se atribuyó al maestro. El genial artista Santiago Rusiñol fué de los primeros devotos convencidos que se arrodillaron ante el ara. – Hoy (supongo que por ese *snobismo* artístico, que existe también) se cuentan por millares los admiradores confesos (quizás no convictos) del Greco, y sus cuadros se venden á precios mucho más altos – que es lo que los anticuarios y tratantes querían demostrar.

Nunca podrá ser popular ese insigne veneciano. Si la afición á su pintura cundiese sinceramente, creería yo que el gusto había sufrido alguna transformación inexplicable, rara, milagrosa. Afirmo que, de mil personas concurrentes á la Exposición del Greco, si llega á realizarse, una sola lo sentirá y comprenderá. No es natural sentir al Greco: se le siente cuando se ha adquirido suficiente afinación, la vibración especial de la madera en los instrumentos de música muy usados. Para la inmensa turba, ¿qué es el Greco? Un pintor lúgubre, obscuro, verde, azul, amarillo, en quien las carnes parecen carnes de muerto y las lacas rojas coágulos de sangre recién vertida. Una especie de Nin y Tudó del tiempo de Carlos V.

***

A poco tiempo de morir su esposa, dejó este mundo el marqués de Linares, opulentísimo y muy caritativo señor, dueño de un magnífico palacio que domina el punto más céntrico y hermoso quizás de Madrid. En construir este palacio tardaron veinte años los marqueses de Linares. No hubo refinamiento de lujo y suntuosidad (dentro del arte moderno) que no agotasen en él. Se hizo á todo coste y á conciencia. Se trajeron los mármoles más ricos de Italia; decoraron interiormente las estancias los artistas más ilustres. Los techos eran un asombro, los muebles una maravilla. El tocador, la alcoba, se vestían de punto de Venecia. Las sedas y los tapices que cubrían las paredes del palacio venían de las mejores fábricas, extranjeras por cierto. Hasta las cerraduras y las fallebas de las ventanas merecían allí que la vista se recreara en ellas. El palacio – en opinión de todos – era un tipo representativo de la gran morada, fastuosa y exquisita, de fines del siglo XIX, y algunas críticas de detalle no quitaban á la exactitud de este juicio.

Pero tan bella residencia casi no la disfrutaron los que la construyeron y se tomaron por ella mil afanes. Dedicados á cuidarla y á limpiarla y á evitar que entrase en ella un átomo de polvo, los dueños no la abrieron sino rara vez, y siempre con más temor de estropearla que placer en lucirla. Y ahí queda, nueva, flamante, sin tacha, para los herederos, que aún se ignora quiénes sean; ahí queda el regio nido, en que no acertará á posar la pareja. Siempre cerradas las ventanas, siempre solo y mudo, ese palacio parecía tan vacío antes como ahora. ¿Cuál será su destino?

Emilia Pardo Bazán.

NUESTROS GRABADOS

En la taberna, cuadro de Brouwez. – Nació este célebre pintor holandés en Haarlem en 1608. Comenzó dibujando pájaros y flores para su madre, que era una pobre bordadora, hasta que habiendo el famoso Franz Hals podido apreciar las felices disposiciones del niño, se encargó de enseñarle pintura. Hizo el discípulo en poco tiempo tales progresos, que su maestro tuvo buen cuidado de secuestrarlo encerrándolo en un desván y haciéndole pintar pequeños cuadros de los que él sacaba gran provecho. Esta explotación, pero sobre todo el mal trato que le daba su maestro, fueron causa de que cierto día se escapara y se marchara á Amsterdam. Contaba entonces diez y ocho años, y desde aquel momento comenzó para él una vida bohemia que transcurría entre el trabajo y los excesos y que había de terminar en el hospital. Sólo pintaba cuando su bolsa estaba vacía, y aun para ello escogía como taller las tabernas, trasladando al lienzo tipos de borrachos y jugadores y escenas orgiásticas. De allí pasó á Amberes, en donde, después de una existencia accidentada, murió en 1640. Los cuadros de Brouwez se distinguieron por su hábil composición, por su armonioso colorido, por su admirable originalidad y por su sin igual limpieza; el fondo de los mismos está tratado con tonos neutros, en cambio el primer plano es en extremo luminoso. Rubens y Rembrandt fueron grandes admiradores de este artista, cuyas obras son muy raras, y cuando alguna se pone en venta alcanza precio muy elevado. Algunas de las principales figuran en los museos de Haarlem, del Louvre, de Madrid, Dresde, Munich, Florencia, Londres, etc.

***

En tiempo de veda, dibujo de H. Torau. – ¡Cuán cierto es que nunca llueve á gusto de todos! Cuando se abre el período de la veda, los cazadores enfundan de mala gana las escopetas, encierran sus perros, guardan sus arreos de caza y se sienten abrumados por el hastío, suspirando por el momento en que, levantada la prohibición que las leyes han decretado á fin de no perturbar la obra de la naturaleza, podrán entregarse de nuevo á su diversión favorita. Pero esta medalla tiene su reverso: mientras el cazador se aburre y rabia, las perdices, los conejos y las liebres, libres de sobresaltos, se abandonan sin reserva á los placeres que el amor les brinda, vuelan y corren tranquilos, fabrican sus nidos ó sus madrigueras y se consagran al cuidado de sus pequeñuelos. Todo es calma y alegría en el mundo de aquellos animales; nadie los acecha, nadie los persigue, y en los sitios en donde á mayores peligros estaban expuestos, se reunen para retozar y divertirse, sin pensar en que aquel período de sosiego será de corta duración; en que antes de poco no hallarán lugar seguro ni tendrán momento de reposo, y en que ellos y sus crías serán objeto de la persecución más encarnizada.

Esta tranquilidad reflejan los conejos tan hábilmente agrupados por Torau en el dibujo que en la última página de este número reproducimos: el reputado artista alemán ha sabido no sólo trazar con gran talento las figuras de aquellos animales, sino además exteriorizar su alma, por decirlo así, expresando con raro acierto los sentimientos que les dominan.



La hermosa y jovial Amelia de Lasaulx estaba lejos de sospechar, en sus mocedades, que andando el tiempo llegaría á llamarse Sor Agustina.

Nacida en Coblenza en 1815, descendía de una antigua familia lorenesa establecida en las márgenes del Rhin.

Creció en libertad como las flores silvestres, y era encantadora con sus mejillas sonrosadas, con sus negros ojos, donde brillaba constantemente la alegría, y con su risa espontánea y sonora.

Adoraba á su padre, y su padre adoraba en ella.

No todos los días reinaba, sin embargo, la jovialidad en el hogar paterno. El Sr. de Lasaulx era distraído y su esposa era melancólica y taciturna.

Amelia tenía un tío, el consejero de justicia Longard, cuya hospitalaria vivienda era honra y alegría de Coblenza.

El bueno del consejero, amante de la vida regalada y de las manifestaciones de ingenio, estaba relacionado con los Mendelssohn, con la familia del pintor Cornelius, con Kaulbach, con Boissière...

Su casa estaba abierta á extranjeros distinguidos, sabios y artistas que de paso la honraban con su visita, como la honró un día el conde de Montalembert. Aquella casa era el paraíso de Amelia.

Allí saboreó ella todos los placeres de la juventud – excepto el del baile, – según declaración de ella misma.

Presentáronsele varios partidos, que ella rechazó con gran disgusto de su familia.

Castigósela con un silencio que duró meses, según costumbre local.

Siendo aquellas negativas atribuídas á orgullo, contestó ella con firmeza:

– No tengo nada de orgullosa. Alguna persona conozco á quien yo limpiaría gustosa los zapatos, si tal me pidiese.

El feliz mortal aludido nunca sospechó que fuese amado.

Amelia correspondió á las galanterías de un joven médico, creyendo amarle; pero una palabra bastó para hacerle ver claro y destruir sus ilusiones. Retiró su palabra, y al poco tiempo fué presa de una fiebre aguda que estuvo á punto de acabar con su vida.

Curó, no obstante; mas todo había cambiado en su vida y en su modo de pensar.

Amelia había tomado la resolución de hacerse monja. Pero teniendo demasiado temple de alma para ir á buscar en un convento el bálsamo que calma los dolores del corazón, la admirable joven resolvió consolarse en el ejercicio de la caridad.

Hallándose en casa de su hermano Ernesto, profesor de la Universidad de Wurtzburgo y vecino de un hospital, Amelia ardía en deseos de meterse á enfermera.

Durante el verano de 1838 practicó diligencias cerca de la superiora de las hermanas de San Carlos Borromeo, de Nancy, y partió sin despedirse de nadie.

Después de un noviciado de tres años, tomó el hábito y profesó bajo el nombre de Sor Agustina.

Mandáronla á Aquisgrán, y siete años más tarde, nombrada superiora, se trasladó á Bonn para dirigir el nuevo hospital, donde pasó veintidós años.

Uno de los hermanos de Sor Agustina, Ernesto de Lasaulx, escritor distinguido, corifeo ferviente del catolicismo liberal, aunque creyente lleno de fervor religioso, tuvo el disgusto de ver prohibidas sus obras.

Sor Agustina quería tiernamente á su hermano, aunque no opinaba enteramente como él en materia religiosa. La santa mujer se atenía al catecismo, que interpretaba con su corazón. Creía porque amaba, y amaba porque creía.

Poseía esa religión sencilla y elevada de las grandes almas que sólo respiran á sus anchas en las alturas. Por esto había que perdonarle el haber experimentado siempre una invencible repugnancia por las prácticas absurdas, por todos los entorpecimientos del espíritu.

Cuando profesó, las reglas y estatutos de la congregación de las hermanas de San Carlos eran muy sencillos. Consignábase en ellos que las mujeres cuya vocación consistía en servir á los pobres y cuidar á los enfermos, no podían consagrar mucho tiempo á los ejercicios de devoción.

De año en año, bajo extrañas influencias, Sor Agustina vió complicarse sus estatutos con prácticas superfluas y con observancias pueriles.

Sin embargo, aquella prisionera de Dios y de los pobres no se arrepintió jamás de la esclavitud á que se había obligado. Su alegría sobrepujaba á sus penas y abatimientos.

– Siento, decía, que mi profesión no sea un ser viviente, una persona, para poderla estrechar contra mi pecho. ¿No es mi mejor amiga? ¿No calmó mis sufrimientos con la deliciosa convicción de que todas mis horas son consagradas á Dios y á la humanidad?

A menudo exclamaba:

– Los enfermos son nuestros tesoros; los sufrimientos del alma y del cuerpo son nuestros dominios; la guerra misma nos enriquece.

Asistía á los enfermos con tierna solicitud; se ingeniaba para distraerles; los velaba con frecuencia. Ayudaba á los cirujanos en sus operaciones. Adorábanla las religiosas que estaban, más bien que á sus órdenes, bajo su custodia y protección. La bondad, unida á la superioridad de carácter y de espíritu, inspiran afectos apasionados y ternuras sublimes.

Lo que Sor Agustina había hecho en su hospital, Bonn lo sabía. Lo que hizo en las ambulancias durante las guerras de 1864 y 1866, lo pregonaron los cirujanos y los médicos, los heridos prusianos, austriacos y daneses.

La monja se multiplicó, llevando su abnegación hasta el heroísmo. Aquellos excesos de caridad, le fueron fatales, pues volvió de Bohemia con la salud quebrantada.

En una de sus visitas, el capellán de la congregación llegó á Bonn, refirió pomposamente los milagros que se habían operado en las demás casas de la orden, y abriendo su cartera, rogó á Sor Agustina que le enumerase los suyos para anotarlos.

Grande fué la sorpresa del capellán cuando la superiora le contestó que nunca había sucedido nada milagroso en el hospital de San Juan.

Desde entonces, éste dejó de estar en olor de santidad.

Sor Agustina era aficionada á las bellas artes, á las ciencias y á la poesía; pero sobre todo á las flores, «que brotan, decía, directamente de la mano de Dios.»

En los últimos años de su vida tuvo ocasión de pasar algunas horas á orillas del Rhin, recitando versos del Dante, mientras la hermana cocinera se entregaba á la lectura del breviario.

Su trato cautivaba, y la visitaban con frecuencia la princesa María de Wied y la anciana reina María Amelia, que nunca pasó por Bonn sin irla á ver, y le envió su retrato por conducto de su nieto el duque de Coburgo.

Lo que más sobresalía en ella era su absoluta tolerancia. En cada error, Sor Agustina veía la parte de verdad que éste podía contener; en cada culpable, buscaba los vestigios de un fondo de honradez. Tenía amigos en todos los credos y los quería á todos casi por igual. Rechazó siempre toda tentativa de proselitismo, y condenaba el celo indiscreto como un ultraje á la bondad de Dios.

Presa de una enfermedad mortal, contraída en las ambulancias, la superiora del hospital de San Juan fué el 7 de noviembre de 1871 bruscamente destituída de su cargo por la superiora de la congregación, por haber declarado que creía en la infalibilidad de la Iglesia, sin haberse pronunciado acerca de la infalibilidad del romano pontífice.

Fué relegada á Valleudar, en una enfermería confiada á las hermanas de San Carlos.

Al principio de su cautiverio, lo que más le apenaba era la privación del sacramento de la Eucaristía. Un cura resuelto le llevó después furtivamente el pan espiritual que saciaba su hambre divina Entonces recobró un poco de alegría y de fuerza. Aún se oyó otra vez aquella risa franca y sonora que tan comunicativa había sido en otro tiempo.

En sus horas de ocio contemplaba el Rhin, repasando la historia de su vida, dando sabios consejos á las monjas de Valleudar, prodigándoles los tesoros de su larga experiencia, y escribiendo á sus amadas hermanas de Bonn para suplicarles que quisiesen y respetasen á la superiora que la había substituído.

Pero aquella dura prueba acabó muy pronto con las fuerzas de Sor Agustina. Todos sus enemigos se confabularon para echarse sobre aquella noble presa. Consiguieron mantener su excomunión y adelantaron su muerte.

Lo que más condolía á la pobre mártir era la pena de la superiora de Valleudar.

– Sentís, indudablemente, le dijo un día, tener una excomulgada en vuestro convento y haber de asistir á su entierro. Tranquilizaos. Me encerraréis en un ataúd, y el barquero me transportará al otro lado del Rhin. En este papel va el precio de su trabajo. Allí están enterrados mis padres y mi hermano. No faltará quien me entierre junto á ellos.

La hora suprema se acercaba. Aquel corazón, que no había conocido más fiebres que la de la caridad, iba á cesar muy pronto de latir. El 28 de enero de 1872 Sor Agustina expiró diciendo:

– Jesús mío, en Ti he vivido y muero en Ti.

Después de su muerte, todo pasó como ella había previsto. La despojaron del hábito de su orden. Expidieron su cadáver á la orilla opuesta del río, bajo la custodia de los barquilleros, que amarraron su barca delante de una taberna donde entraron á beber. Llegó á aquel sitio la princesa de Wied en el momento en que varios chiquillos jugaban en torno de la difunta.

La princesa cuidó del cadáver, que fué colocado en la sala común del mesón, de cuyas paredes colgaban mustias guirnaldas de follaje y flores que habían servido de adorno para un baile.

Para conducirlo al cementerio se aguardó el tren de Bonn, en que eran esperados varios amigos y algunas monjas del hospital que á toda costa quisieron asistir al entiero de «su madre.»

Echáronse flores en la fosa y se recitaron piadosas plegarias, y al caer la tierra bendecida por la amistad, descendió el eterno reposo sobre aquella sepultura en que una santa iba á dormir el sueño eterno.

(Dibujo de Triadó.) JUAN B. ENSEÑAT.

EL GÉNERO ÍNFIMO

LA BELLE ETOILE

I

Un mes antes de aparecer en aquel tabladillo del salón cantante, de deslumbrar á los pretorianos de la casa, la flor de los clubs, desde aquel trono moderno de la musa báquica, ya se hablaba en todas partes de la *divette* y llamaba la atención de los transeuntes, en los grandes carteles pegados en las esquinas y en la puerta del teatrito, con su figura al cromo de chillones colorines y alborotada cabellera prerrafaelista, y debajo en titulares rojas enormes para que se distinguieran bien, el nombre de la estrella lírica, lo menos lírica posible, en francés, por supuesto: *la belle Etoile*.

La elegancia lánguida de la figura, su actitud provocativa, inclinada, como brindando al público su canción, el juego de palabras denominándola, cuanto constituía la característica de la mujer interpretado fielmente por el fotograbado, parecía corroborar los bombos de los sueltos de contaduría desparramados por los periódicos y cuanto decían los concurrentes asiduos al espectáculo.

Decían éstos, ante todo, que *la belle Etoile* era guapa, muy guapa, cualidad imprescindible en un género que, á pesar de bastardeado, perpetúa el culto helénico á la plástica; decían también que la *divette* era una especialidad en el *cupletismo*, en el que poseía verdadero estilo propio, cantando á través de un aguijón de abeja, y decían, por fin, que era una esfinge cosmopolita con la independencia de un gorrión, la fiereza de una gata, la altivez de una castellana antigua y el orgullo de una reina.

De su historia íntima de bacante se referían cosas estupendas.

Lores suicidados después de gastarse una fortuna en su obsequio; grandes archiduques reñidos con el emperador por su causa y empeñados en una boda morganática; potentados yanquis ofreciéndola un millón de dólares por una mirada, y ella sin quemarse en esta atmósfera de poder y pasión, como si su corazón fuera de amianto, riendo á carcajadas en una constante personificación de la burla y abrasándolos más con su desdén irresistible lleno de gracia diabólica.

El último episodio de que había sido protagonista revestía caracteres extraordinarios. Uno de los reyes del petróleo poniendo á sus pies sus minas enteras de nafta y sobre la mesa de su cuarto de hotel un collar de brillantes envuelto en un cheque de miles de pesos, y la cupletista, en guisa de elocuente respuesta y antes de volverle la espalda, echando por el balcón las alhajas que á la zazón tenía encima, dos sortijas con dos hermosos solitarios.

Las demás señas particulares completaban la excéntrica figura, concluyendo de rodearla de un nimbo de exotismo que contribuía á su fama. Tiraba á las armas, asegurándose que alguna vez había ido al terreno con cierta rival que se llevó un soberbio floretazo en el pecho; adoraba el automóvil, complaciéndose en seguir las calles á toda velocidad, sin parar mientes en atropellos y peligros, y bebía el champagne con una serenidad olímpica, sin perder jamás la cabeza, como una diosa. Por no sufrir imposiciones, no las sufría ni de los empresarios, y lo mismo rompía una contrata, que firmaba su prórroga. A la menor exigencia del amo ó del público, su voluntad de acero saltaba, y al expreso sin más explicaciones.

Libre siempre, el propio aire. He ahí su arrogante divisa.

Tenía otra, sin embargo: el culto de la bacanalía, al que sacrificaba cuanto poseía, pero sin soltar las riendas de su carro triunfal y atropellando impasible con la arrogancia de Tulia los cadáveres de los que vertían el oro á sus pies. Esta fama de seca é insensible contribuía no poco á su prestigio, según los comentaristas cínicos del salón cantante, y constituía quizás el mayor de sus atractivos. Era un mármol inmortal al que no animaba el divino fuego. A través de sus risas locas, de sus carcajadas diabólicas, de sus nerviosidades, descubríase la nieve, y la misma *divette* no ocultaba su frialdad, vanagloriándose de alimentarla.

Era lo que el hombre, el amo, el déspota, el que empuja siempre despiadadamente al abismo, se merecía.

Guerra al hombre, y guerra terrible, implacable, la guerra solapada de las miradas y las sonrisas, la guerra lenta de vampiro en que se le deja arruinado después de explotarle, en que se le mata despacio, sin compasión.

La musa que inspiraba sus aplaudidas *chansonnettes*, musa callejera, musa cínica del arroyo, que daba á su acento y á sus ademanes el interés de la procacidad contenida para hacer resaltar su malicia, había, al parecer, encallecido su espíritu, si es que éste había existido alguna vez bajo aquella cabeza blonda de león joven y dentro de aquella estatua de mármol pentélico.

Con tales antecedentes se comprenderá la impaciencia con que el empresario del salón cantante, un viejo *eogropnier* de casa de juego, esperaría el debut de la *belle Etoile* y con qué satisfacción se restregaría las manos en su despacho del teatrito, tan conocido del libertinaje artístico, la víspera de presentarse al público el astro *cupletista*.

II

Hasta las figuras que decoraban las paredes, toda una turba de *guechas* japonesas entregadas al más delirante de los bailes, parecían aquella noche más alborotadas y sus túnicas chillonas é intensas de tonos azules y verdes más inverosímilmente distendidas.

Diríase que los ojos de las bailarinas centelleaban como nunca bajo el resplandor sideral de los focos eléctricos.

No faltaba al *debut* de la *diva* ni uno solo de los habituales concurrentes al salón cantante. Allí estaban en su palco los abonados de la ópera, de frac y corbata blanca, escapados á la hora crítica de la platea de la gran dama para venir á conocer á «esa chica que debuta en el *Féerique concert;*» allí estaban los viejos verdes de risita sardónica y gran calva, cargados con sus gemelos que no cesaban de limpiar con el pañuelo, para que ni la más leve mota empañara la ansiada visión; allí estaban los estudiantes aturdidos que empeñan los libros para aplaudir á las *cupletistas*, y que son los que las jalean y animan con las mayores procacidades de palabra; allí estaba el banquero de las patillas blancas y gardenia en el ojal, que lleva un libro de caja sólo para las *divettes*, y el general de bélicos bigotes y perilla como las de los veteranos de los tercios, que las enamora con voces de mando, y el señor afeitado y discreto de juiciosa reputación, que á través de su moral estrecha y rígida echa de cuando en cuando su canita al aire, todos enardecidos, todos impacientes y todos fumando, mientras los acomodadores acoplaban en las localidades á los sátiros que iban acudiendo.

El pianista ocupó su sitio, preludió un acorde, un absoluto silencio en el que como si se advertían vuelos de anhelo reinó en la sala, y abriéndose las dos mitades de terciopelo verde del telón, surgió en la escena una forma blanca que se adelantó saludando hasta el límite del tablado. La sorpresa fué unánime y tan brusca, que un instante detuvo el aplauso que al cabo estalló atronador.

Todo el mundo esperaba ver aparecer una bayadera sensual, Cleopatra deslumbrando de oro, sedas y piedras, y salía un hada, Psiquis casta, pura y vaporosa, vestida enteramente de blanco, con zapatos blancos y un blanco lazo en los cabellos rubios; la media negra bajo la falda corta era la única nota fuerte de su traje.

Con justicia traía fama de exótica. Nada más extraño que su fisonomía, mezcla de ángel y de pillete, con unos ojos, ora acerados, ora dulces, que parecían fijarse en cada cual de los espectadores y que poseían una fascinación singular é irresistible. El cuerpo, delicado, fino, quebradizo, de niña, correspondiendo á la expresión de la cara. La canción libidinosa, picaresca, provocativa, cupidiscente, resultaba anacrónica saliendo de aquellos labios de apariencia casta, como un hilo de lodo resbalando por un caño de cristal.

Tenía poca voz, pero la modulaba con exquisita gracia, acompañándola del gesto, con el que expresaba cuanto no se podía decir, y eso que allí se podía decir todo.

Fué un éxito enorme, una tempestad que concluyó por ponerla orgullosa, y que al grajo del empresario le hizo volver á frotarse las manos de gusto en el cubil de su despacho.

III

Le descubrió una noche en la primera lateral de butacas, chocándole desde luego su atención recogida, tan poco consonante con la algazara habitual del público. Era un hombre como de treinta años, con toda la barba y con la frente despejada y anchurosa.

Con su costumbre de ver á la gente desde la escena, apreció en él un rostro de muy correctas líneas y muy expresivo, y unos ojos ávidos que se clavaban en ella con insistencia, pero sin descaro. Uno de tantos..., pero al acabar cada *couplet* le miró sin darse cuenta.

El cortejo de esclavos que se renovaba en torno suyo en todas las grandes poblaciones europeas también estrechó ahora su cerco con sus collares de brillantes y sus cheques y sus ramos de flores y sus pasiones imperiosas, y como siempre encontró unas veces el puntapié despreciativo que desparrama las piedras preciosas, otras la correspondencia transitoria y efímera que apaga la veleidad en seguida de satisfecha, ya la promesa que parece irse á cumplir á cada paso y que no llega jamás á realizarse, ya la fingida rendición terminada en un desplante, en una grosería ó en una bofetada. Lució su tren en las carreras de caballos, se paseó en automóvil, corrió en bicicleta, publicaron su retrato los periódicos ilustrados, hizo el ruido de una bola de billar que se escape de la mesa, y altiva é insensible como de costumbre, sólo tenía ojos por las noches, rodeada de sus protectores, para el joven de la lateral que continuaba escuchándola silencioso y correcto.

IV

Llegó la noche de su beneficio, la noche de la apoteosis.

La sala estaba llena de bote en bote, sin faltar ni uno de sus banqueros ni de sus aristócratas ni de sus estudiantes, de cuantos la habían abrumado con sus tarjetas, sus blasones y sus ansias juveniles. Su cuchitril de vestir del teatrito, pomposamente denominado *camerín*, hallábase abarrotado de alhajas cada cual con su tarjeta indicatoria, una joyería, un dineral que hacía abrir ojos como puños á sus compañeras de profesión, menos cotizables. Algunas tarjetas, precisamente las prendidas en los estuches más humildes, contenían sólo iniciales y eran de desconocidos atentos.

¿Sería alguna de su admirador silencioso de la lateral?

¡Ah, no! En seguida recordó su aspecto, su ropa pobre y vulgar.

El desconocido no pertenecía á la clase adinerada, era pobre.

Estuvo soberbia de belleza, de gracia y de intención.

Ya no era aquello una mujer cantando *couplets*, era el *couplet* mismo cobrando vida. Los estrepitosos aplausos apenas dejaron oirla, interrumpiéndola en cada frase.

Como nunca prodigó sus sonrisas, sus miradas; pero todo el mundo notó que sus ojos casi no se apartaron de la lateral izquierda de butacas, con tanta insistencia, que se diría que dedicaba á alguien la noche.

Y al concluir, no hubo nadie que no viera á un joven con barba negra, sentado en la primera de las susodichas laterales, incorporarse en su asiento, y llevándose una mano á la boca, lanzar en un arranque de entusiasmo silencioso á la *divette* un beso que ella recibió en plenas pupilas.

V

La belle Etoile, la *divette* de moda, la *cupletista* dictadora y única, la reina del *Féerique concert*, rodeada de joyas que la cercan de olas de piedras preciosas, todavía con su albo traje de Psiquis pura, escuchando aún los postreros aplausos de su beneficio y las últimas alabanzas estúpidas de sus galanteadores, llora de rabia en su *camerino*, dejándose desnudar por su doncella.

¡Ah, sí! Aquel beso ha sido la luz que rasga las tinieblas, la temida revelación, la realidad terrible. ¡Ama, ama, ama, por fin! Está vencida, ella, el mármol, la nieve, la insensabilidad, la que se ríe del corazón y lo pisa; ella, la bacante que odia al hombre, ante la que todo el mundo se prosterna para destrozarla entre todos; ella, á la que no se permite el amor; ella, que es indigna de sentirlo..., ¡ama, está perdida!

Y rompe con furia los tules en que se envuelve al quitárselos la doncella, arrojando las prendas encima de las alhajas y exclamando á borbotones iracundos:

–¡Amo! ¡Amo!

VI

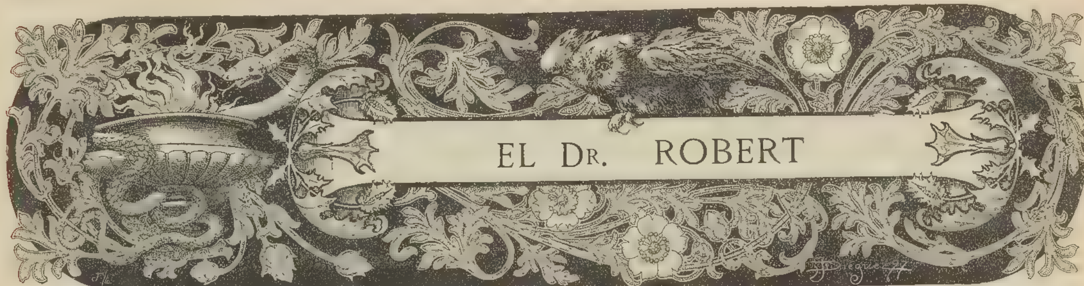
A la mañana siguiente el empresario recibió aterrado un billetito de la *divette* rescindiendo su contrata y anunciándole que cuando lo leyera estaría muy lejos.

No dejó huella de su fuga, ni se supo dónde fué á parar.

Alfonso Pérez Nieva.



LA BELLE ETOILE, dibujo de Méndez Bringa. (Véase el artículo de la página anterior.)



EL Dr. ROBERT

Surgen á veces en la historia de los pueblos figuras que de momento se imponen por sus talentos ó por sus audacias; pero pasa el tiempo, bórrase el recuerdo de las circunstancias que les hicieron sobresalir, y entonces sus grandiosos contornos se desvanecen, sus hechos se discuten y acaba por apagarse su memoria cuando no se les arroja violentamente del pedestal en que un día se elevaron.

Son también frecuentes los casos de personalidades no comprendidas ó combatidas en su época, que logran, cuando de este mundo desaparecen, la fama que sus contemporáneos les negaron y que, haciendo justicia á su obra, la posteridad les reconoce.

Pero son pocos, muy pocos, los ejemplos de hombres que habiendo saboreado mientras vivieron las dulzuras de la gloria, han conseguido que su nombre se transmita á las generaciones futuras envuelto en aureola cada vez más luminosa, cada día más grande.

Para ello se requieren cualidades y méritos que sólo á los seres privilegiados les es dado reunir.

En el número de estos pocos, de estos privilegiados, figurará sin duda el sabio eminente, el patricio ilustre cuya muerte, que constituye una pérdida inmensa para la ciencia, ha llenado de luto á Barcelona, á Cataluña entera, y causado honda impresión en toda España.

El Dr. Robert, en efecto, fué en vida por todos admirado por su saber, que le llevó á la cúspide de la fama médica, y por su abnegación y su desinterés, que le hicieron el ídolo de todo un pueblo; y después de muerto y á medida que los años transcurran, su figura moral, soberbiamente hermosa, se irá agrandando y su nombre, siempre pronunciado con veneración y con cariño, figurará en la historia al lado de los que han sido encarnación de ideas nobles avaloradas por acciones eternamente memorables.

Y es que en el Dr. Robert se juntaban en grado extraordinario esas cualidades y esos méritos á que antes nos referimos.

Fué médico eminentísimo, como eminentísimo habría sido en cualquier otra profesión á que se hubiese dedicado, porque en su cerebro había aptitudes para asimilarse con intensidad prodigiosa toda clase de conocimientos y en su corazón energías para descollar en todas las ramas de la actividad humana. Sus aficiones, su temperamento, lleváronle á la medicina, y en la cátedra, con su explicación clara, metódica y substanciosa; en las academias, con su elocuencia y su dialéctica admirables; en la revista, con su lenguaje sobrio y su erudición pasmosa, y á la cabecera del enfermo, con su portentoso golpe de vista clínico, fué el primero entre los más ilustres.

A impulsos de sus patrióticos sentimientos, heridos por las desgracias que á nuestra patria han afligido en estos últimos años, lanzóse á la política; y aquel hombre, poco menos que ignorante de cuanto se relacionaba con la cosa pública, que jamás había tenido para él atractivo alguno, de tal manera supo comprender los complejos problemas que la política entraña, de tal modo supo identificarse con un programa, en el cual tenían, en su sentir, solución estos problemas, que fué proclamado jefe indiscutible del partido defensor de tal programa y reconocido como verbo de la idea representada por este partido.



El Dr. D. Bartolomé Robert, fallecido en Barcelona en 10 de abril de 1902

Y en esta nueva fase de su vida demostró una vez más la pluralidad y la magnitud de sus talentos.

Nombrado, puede decirse que por aclamación popular, alcalde de Barcelona, su paso por nuestras Casas Consistoriales señaló el comienzo de una nueva era regenadora para la administración de la ciudad, comunicando al municipio sus grandes prestigios propios é indicando el verdadero camino que han de seguir las corporaciones municipales si quieren responder á su misión importantísima.

Fué á las Cortes por el voto de sus conciudadanos, y el que hasta entonces sólo se había manifestado orador académico, pronunció, ante un concurso, casi en su totalidad resueltamente hostil á sus doctrinas, una serie de oraciones, que adversarios y amigos han considerado con razón como modelos de oratoria parlamentaria. Allí, en el Parlamento, dijo cuanto quiso, pero nunca más ni menos de lo que se proponía; sin que los más diestros en esta clase de batallas y escaramuzas lograran arrancarle por sorpresa lo que creía necesario callar, y sin que consideración ni temor alguno le hicieran callarse aquello que estimaba preciso decir. Y aquel orador novel en lides parlamentarias, conquistóse desde el primer instante el respeto y la admiración de la Cámara y mereció que los más conspicuos de todos los partidos recogieran sus alusiones, y al discutir las doctrinas del jefe regionalista prodigaran sus alabanzas y expresaran su consideración al político convencido, al ciudadano integérrimo, al elocuente tribuno. Cuando quiso tratar la cuestión económica, acabó por dominarla de tal manera, que sus discursos sobre materia tan opuesta á sus estudios y á sus aficiones pudieran pasar por obra del más consumado hacendista.

Y es que, como hemos dicho, su talento podía abarcarlo todo: bastábale fijarse en cualquier problema para extraer del mismo la substancia, reunir, después de un minucioso análisis, sus elementos característicos y fundamentales en grandes síntesis, y exponer los principios desentrañados y las enseñanzas deducidas con riguroso método, con claridad pasmosa, con lógica abrumadora y contundente.

Al servicio de estas que pudiéramos llamar cualidades de fondo, ponía el Dr. Robert un lenguaje galano, pero nunca rebuscado ni florido, sobrio sin asperezas, elevado sin afectación, y sobre todo aquella voz dulcísima, aquella sonrisa bondadosa, aquella mirada suave y aquella mímica sencilla y expresiva que, si en su vida pública arrebataban á los convencidos, atraían á los indiferentes y desarmaban á los adversarios, en su trato particular, íntimo, le conquistaban en seguida la simpatía, el cariño, la veneración de cuantos le conocieron y con su leal y preciosa amistad se honraron.

Grande, poderosa, fué su inteligencia; pero fué más grande, si cabe, su corazón.

Hizo de su carrera verdadero sacerdocio, no oficio lucrativo. Pobres y ricos, más aquéllos que éstos, tuvieron en él al médico del cuerpo y del alma, que con su prodigioso saber devolvía la salud al enfermo y con su bondad sin límites llevaba el consuelo y la esperanza al afligido. Jamás quiso saber lo que podrían pagarle los que á él acudían para entregarse á ellos por completo. No ajustaba el esfuerzo á la magnitud de la recompensa probable: la muerte acechaba á un semejante suyo, y éste invocaba su auxilio, pues allá iba él á luchar con la muerte ferozmente, sin descanso, como luchan los héroes, como luchan los apóstoles de las grandes causas; y si después de la victoria le daban poco, con poco se contentaba, y si nada le daban, nada pedía, que para él el sentimiento del deber cumplido, la satisfacción de haber salvado una existencia ó calmado un sufrimiento, eran su mejor premio.

Con idéntica solicitud acudía al palacio del potentado y á la buhardilla del indigente; á todos trataba con igual cariño, con esa afabilidad que no olvidarán



BARCELONA. – ENTIERRO DEL DR. ROBERT. – PASO DEL CORTEJO FÚNEBRE POR LA RAMBLA DEL CENTRO (de fotografía de la casa Helius, objetivo Cooke)

nunca los que por él hayan sido asistidos, con esa dulce persuasión tan saludable como la misma medicina que luego recetaba. Su presencia en las casas de los enfermos infundía una confianza sin límites, y las familias, al perder á alguno de sus deudos, quedábanse más resignadas si podían decir que lo había visitado el Dr. Robert; con esto indicaban haber hecho todo lo humanamente posible para salvar al ser querido.

Siendo el médico de más numerosa clientela, era de los que más módicos honorarios percibían; habría podido ganar una fortuna trabajando poco, pero prefirió una medianía con mucho trabajo: aquélla tal vez habría sido amasada con lágrimas; ésta representaba un tesoro de bendiciones.

También fué su corazón el que le llevó á la lucha política. ¿Qué había de ganar en ella? Nada. ¿Qué se exponía á perder? Mucho. Fama, honores, consideración y respeto universales, todo lo había conquistado en el ejercicio de su carrera; pero llegó un día en que todo un pueblo cifró en él sus esperanzas, y un partido, invocando su patriotismo, le consideró como la personalidad más indicada para dirigirlo, y el Dr. Robert, atendiendo á que era un pueblo enfermo el que lo llamaba, acudió al llamamiento sin que le arredraran las dificultades que habría de vencer, ni el ímprobo trabajo que habría de realizar: su voluntad de hierro, su actividad maravillosa, hallaron modo de servir á la causa que en él se confiaba con la misma fe y el mismo entusiasmo que había puesto y continuó poniendo al servicio de la ciencia médica.

Y en el Dr. Robert encarnaron las aspiraciones de Cataluña, y ante la representación nacional describió los males que á la patria aquejan y señaló los remedios que curarlos podrían, con la misma seguridad, con el mismo convencimiento con que en la clínica diagnosticaba la dolencia del enfermo y dictaba la fórmula que había de devolverle la salud ó aminorar por lo menos sus padecimientos.

Los que sabemos cuánto trabajaba y cómo trabajaba el Dr. Robert antes de entrar en la vida política, los que hemos visto la suma de titánicos esfuerzos que hubo de hacer para atender á sus deberes de hombre público sin descuidar sus deberes profesionales, somos los que mejor podemos apreciar la magnitud del sacrificio que se impuso, no por ambición, sino por su amor entrañable á su tierra.

Pero aquella existencia vertiginosa, aquella labor ímproba eran superiores á las fuerzas humanas; y el Dr. Robert, que no quiso abandonar nunca á sus enfermos ni desatender jamás á sus partidarios, murió víctima de lo que él consideraba como deberes sagrados.

Su muerte fué digna coronación de su vida: rodeado de compañeros que veneraban en él al maestro y en él adoraban al amigo; entre un coro de alabanzas cuyos ecos habían de sonar pocos momentos después como honras fúnebres anticipadas, cayó, como herido por un rayo, en el instante en que con la sonrisa en los labios expresaba lo difícil que le era hablar cuando quería dar forma á lo que sentía su corazón... Y aquel corazón que tanto había amado cesó de latir para siempre.

La consternación de los barceloneses, al saberse la noticia de su fallecimiento, fué unánime: no hubo familia que no sintiera un vacío como si de la pérdida de uno de los suyos se tratara; no hubo ojos que no derramaran una lágrima ni labios que no murmuraran una oración por el Dr. Robert.





BARCELONA. – ENTIERRO DEL DR. ROBERT. – EN EL CEMENTERIO (fotografías de Serra y de Laureano)

Su entierro fué la manifestación más grandiosa é imponente que ha presenciado Barcelona. Las tiendas se cerraron, y la población en masa, despreciando la lluvia que caía, acudió á presenciarlo. Fué una explosión de dolor de toda una ciudad; el alma de todo el pueblo catalán daba el postrer adiós al hijo más querido y más ilustre.

¡Qué menos podía hacer para el que tanto por Barcelona y por Cataluña había hecho!

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, al dedicar este modesto recuerdo á la memoria del sabio, del patriota, del amigo inolvidable, envía su más sentido pésame á su familia.

¡Descanse en paz el Dr. Robert! – A.



FOTOGRAFÍAS DE D. HERNÁN CULLÉN, primer premio del grupo 5.°



FOTOGRAFÍAS DE D. W. A. NICHOLSON, tercer premio del grupo 5.°



EL DR. D. FRANCISCO AYERZA Y SUS FOTOGRAFÍAS PREMIADAS CON EL GRAN PREMIO ADSCRITO Á LA COPA DE HONOR



CONCURSO DE LA SOCIEDAD FOTOGRÁFICA ARGENTINA DE AFICIONADOS. – FOTOGRAFÍAS DEL DR. D. LEONARDO PEREYRA IRAOLA, tercer premio del grupo 2.°

REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES

CONCURSO DE FOTOGRAFÍAS

DE LA SOCIEDAD FOTOGRÁFICA ARGENTINA DE AFICIONADOS

La creación de esta clase de concursos ó certámenes fué una idea genial, porque en su círculo de acción tienen mérito parecido al de los juegos florales y al de los salones ó exposiciones de pinturas y esculturas. Si los unos procuran á los poetas y prosistas ocasión de mostrar en pública lid sus talentos, traducidos en ideas hermosas y originales, en pulidas frases y en conceptos fluidos; si las otras recrean nuestra vista con las creaciones del genio manifestadas en líneas y colores, los certámenes fotográficos impulsan también á los aficionados á aguzar todo su ingenio para probar su buen gusto en la elección de ideas, de ambiente, de luz, haciendo de la cámara obscura sólo el medio de obtener el fin perseguido.

Los resultados del concurso celebrado en Buenos Aires por la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados no han podido ser más satisfactorios, y demuestran de un modo elocuente el grado de perfección á que el arte fotográfico ha llegado en la República Argentina.

Las fotografías premiadas que en el presente número se reproducen son la prueba más elocuente de lo que afirmamos.

Séanos permitido decir algo sobre las mismas y sobre sus respectivos autores.

Fotografías del Dr. D. Francisco Ayerza. – Obtuvieron estas fotografías el gran premio adscrito á la Copa de Honor, pero el Dr. Ayerza no pudo disfrutar de su triunfo, pues falleció pocos días antes de que el Jurado dictara su fallo: la muerte le sorprendió cuando acababa de cumplir cuarenta y dos años y la vida le sonreía con todos sus atractivos. Las cualidades que sobresalían en D. Francisco Ayerza eran su carácter franco, abierto, caballeresco, que le conquistaba la simpatía de cuantos le trataban; su conversación agradable; la rapidez y claridad de concepto en todos aquellos asuntos relacionados con su carrera de abogado; la amplitud y la elocuente exposición de sus doctrinas político-sociales y la rectitud de su criterio en todas las manifestaciones del arte. Su biblioteca de obras de derecho era la más completa de la República Argentina, y tan exacto conocimiento tenía de ella, que para cada caso consultado por algún cliente ó colega tenía siempre á mano los libros que lo resolvían. Poseía una galería de cuadros verdaderamente notable, más por la calidad que por la cantidad, en la que figuran buen número de firmas de pintores españoles.

Pero en lo que mostraba un gusto exquisito, extraordinarios conocimientos y una paciencia y una laboriosidad sin límites, era en sus trabajos fotográficos, pudiéndose asegurar que en toda la República Argentina no hubo quien le aventajara en punto á la concepción del plan, á la idea, intención y estudio preliminar de la vista, ni en pulcritud y terminación de sus obras en los menores detalles, resultando verdaderos y acabados cuadros. Algunas fotografías le costaron horas y días buscando y esperando el momento oportuno para sorprender un grupo, una *pose* natural, un efecto de luz, una escena campestre ó los cambiantes de paisajes hallados entre recodos de misteriosas frondosidades, descubiertos en estancias ó en plena pampa y á toda luz en excursiones de artista enamorado de la naturaleza. La mejor confirmación de nuestros asertos la tienen los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA en los muchos y hermosos trabajos que en las páginas de esta Revista se han publicado y en los que en el presente número se reproducen.

El Dr. Ayerza, con sus preciosas producciones, elevó en la República Argentina la fotografía á la categoría de un verdadero arte, haciendo nacer entusiasta afición entre la juventud porteña y consiguiendo poner á una altura eminente la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados, de la que fué fundador, presidente en distintas ocasiones y *alma mater* en todo tiempo. A su asiduidad y á sus consejos se debe que dicha sociedad sea verdadero centro artístico, laboratorio de trabajo, cuyos miembros se complacen en vencer dificultades de técnica, de *pose*, de luz, y escuela de saber, de cultura y de buen gusto.

D. Francisco Ayerza, letrado de grande y merecida fama, era abogado consultor de la importante institución bancaria bonaerense el Banco Español del Río de la Plata, y el abogado de confianza de una gran parte del alto comercio español. En política figuraba en el partido radical intransigente, siendo enemigo de transacciones, acuerdos y componendas y habiendo rechazado cuantos ofrecimientos de cargos públicos, algunos de alta significación, le habían hecho los gobiernos. Carácter entero, firme y leal, esclavo de su palabra, estaba convencido de que sus ideales políticos llevados con rectitud á la práctica habían de ser los que proporcionaran el verdadero desarrollo comercial y la grandeza de su patria.

Fotografías de D. Hernán Cullén. – Con el estudio de la interesante viejecita, las naturalísimas actitudes, los detalles fisonómicos, la apropiada indumentaria y la tonalidad proporcional de la luz, ha dado muestras de ser un verdadero artista, conocedor á fondo de los secretos de la máquina y un operador pulcro y esmerado para hacer resaltar todas las bellezas, de conjunto y de detalle, de la modelo.

Trabajos como estos indican también el particular talento del fotógrafo en saber comunicar á la persona objeto del estudio su pensamiento y su idea, á fin de sacar de la composición el mayor provecho posible para la belleza y verdad de la obra. Este efecto lo ha conseguido á maravilla el Sr. Cullén, pues sus tres estudios son á cual más admirable.

Fotografías de D. W. A. Nicholson. – El busto del marino, tan bien estudiado como admirablemente detallado, de noble y vigorosa expresión, bastaría por sí solo para justificar el premio obtenido; pero además presentó al concurso otros estudios encantadores, dos de los cuales, los de la niña y el perro, demuestran, aparte de otras cualidades, una paciencia extraordinaria. Y lo mismo estas fotografías que las de la abuela y la nieta, portento de gracia, y la de la niña con el clavel, de una delicadeza sin igual, merecen entusiastas elogios por su naturalidad, por el buen gusto que su composición revela y por la perfección técnica que en su ejecución se admira.

Fotografías del Dr. D. Leonardo Pereyra Iraola. – Tiene indudablemente gran mérito tratar la naturaleza en campo abierto, sacando partido de un grupo de árboles, de un horizonte luminoso, de un efecto de luz, de una transparencia de agua, ó de un grupo de animales caprichosamente reunidos. Y resulta más meritorio todavía combinar todos estos elementos y obtener con ellos un hermoso paisaje que sea un verdadero cuadro por las bellezas de detalle y por lo artístico del conjunto. Estas cualidades ha sabido lograrlas el Sr. Pereyra, buscando algunos poéticos rincones apropiados para el caso en alguna de sus ricas y famosas *estancias*. Su exquisito gusto en la elección de asuntos y su dominio de la técnica le permiten obtener efectos tan bellos como los de las tres fotografías suyas que en esta página publicamos, en cada una de las cuales aparecen vencidas distintas dificultades.

Dadas estas ligeras explicaciones, sólo nos corresponde felicitar muy cordialmente á los vencedores y tributar desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA el más entusiasta y sincero aplauso á la Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados por el brillante triunfo que significa el mencionado concurso, digno coronamiento de la obra de cultura que ha acometido y que con tanto acierto y perseverancia ha llevado á cabo.

Buenos Aires. JUSTO SOLSONA.

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—BARCELONA. – *Salón Parés.* – Continúa este local destinado á la exhibición de producciones artísticas siendo uno de los medios utilizados por los pintores para dar á conocer las obras que realizan. En el espacio de algunos días hemos podido admirar varios grandes lienzos de flores, obra del distinguido pintor Ricardo Martí, frescos y jugosos, que producían la agradable impresión del natural, género especial en que tanto ha logrado singularizarse, y cuatro bonitos estudios de su aventajado discípulo Sr. Vidal Firmat, alguno de ellos muy recomendable.

El artista-poeta Ernesto Soler de las Casas, hijo del celebrado dramaturgo que escribió con el seudónimo de *Serafí Pitarra*, y que hace algún tiempo permanecía inactivo, ha exhibido también varias obras, una de las cuales, representando un pollino y el busto de su conductor, resulta magistralmente ejecutada; cerrando la lista de expositores el estudioso artista y profesor de la Escuela de Bellas Artes Félix Mestres, quien ha aportado varias obras verdaderamente notables, recuerdo de su excursión veraniega á las islas Baleares, en las que se evidencian sus cualidades de observador y hábil artista, dignas de aplauso y encomio por su castiza gama y esas tonalidades, reflejos del natural, resultado de concienzudos estudios de los grandes maestros españoles. De todos y cada uno de ellos nos ocuparemos particularmente si, como esperamos, podemos dar á conocer á nuestros lectores algunas de las obras á que nos referimos.

Círculo Artístico. – Se ha calificado como acontecimiento artístico la exposición que en estos momentos se halla instalada en el Círculo Artístico de esta ciudad de sesenta cuadros del meritísimo pintor Eliseo Meifrén. Como saben nuestros lectores, no se trata de un artista novel; conocida es su ejecutoria y vulgarizadas sus aptitudes y especiales condiciones para el cultivo del arte que tanta gloria y provechosos resultados le ha reportado. El conjunto resulta un canto de gloria á la naturaleza, puesto que el pintor la representa y reproduce en todos sus aspectos y en toda su grandeza, con la variedad de formas y matices, poetizada acertadamente por la elección de los temas reproducidos. Las sesenta producciones constituyen igual número de magistrales estudios, que el pintor ha debido ejecutar venciendo dificultades y resolviéndolos en forma galana y cumplida, tan bella que cautivan sin incurrir en exageraciones, puesto que ferviente devoto de la verdad, ríndele culto por medio del caudal de su privilegiada inteligencia.

LIMA. – En el concurso internacional celebrado en Lima (Perú) para erigir un monumento á Bolognesi, ha sido aprobado el proyecto del notable escultor catalán Sr. Querol, á quien se ha encargado la ejecución del mismo. El premio consiste en 500.000 francos en oro, que se han disputado más de 400 artistas que han tomado parte en el concurso.

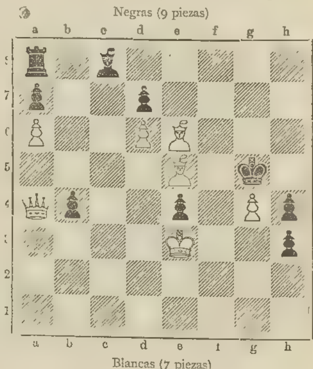
PARÍS. – El reputado pintor catalán D. Antonio Fabrés ha sido premiado con el diploma de honor en el *Salón lyonnais*, recientemente celebrado en París.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA tiene una verdadera satisfacción al poder consignar estos triunfos de sus distinguidos colaboradores y amigos Sres. Querol y Fabrés, á quienes felicita muy sinceramente.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 278, POR E. R. JAMES.

Negras (9 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 277, POR N. SARDOTSCH.

Blancas.	Negras.
1. T a 5 – a 4	1. Cualquiera.
2. T 6 D mate.	

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

– Efectivamente, contestó poniéndose encarnado hasta las orejas á la idea de que antes hubiera sufrido mil tormentos que confesar su escapada á casa del amigo Popinot.

Procurando entonces recobrar el valor que había sentido hervir en sus venas después del discurso de Guillermo, recitó de una tirada, cerrando los ojos:

– A propósito; alquilé el primer piso de la casa Maugrabin.

Y esperó el efecto de aquel «á propósito» discutible.

Como ningún trueno vino á turbar el silencio, Bucilly levantó los párpados y encontróse con una mirada de compasión algo triste fija en él. Beltrana pensaba: «Habrá tenido algún ataque... Mi deber será cuidarlo; cumpliré con mi deber. ¡Hágase la voluntad de Dios!»

Y levantando la voz, le reprendió con más suavidad que de costumbre:

– Haces mal, amigo mío, en calentarte la cabeza con la idea fija de esa mudanza. No pienses más en eso; todo irá bien; apenas te darás cuenta de ello.

– ¿Es decir, que crees que estoy loco?, dijo Codoero sacando un papel del bolsillo. Cuando hayas leído este contrato, no tendrás tales temores.

La señora de Bucilly, limpiándose una gota de chocolate en la barba, leyó el contrato con la atención de una mujer acostumbrada á ocuparse en persona de sus asuntos. Después de haber comprendido el verdadero alcance de las cosas, la compasión cedió el puesto á una de las cóleras más violentas de su vida.

– ¡Cerca de la Muette!, exclamó ella. Lo que tú decías, en efecto. ¿Y á eso llamas *ver pisos?* ¿Estás seguro de no haber alquilado más que uno?

– Estoy seguro de otra cosa, dijo Codoero; de haber disminuído nuestros gastos.

Beltrana conservaba su sangre fría. Lleno de sorpresa, el marido se acordaba de los consejos de Popinot. «Debí tener firmeza tiempo ha,» pensaba.

Pero su victoria le pareció menos segura cuando salió esta frase de labios de Beltrana, cuya sangre fría era terrible:

– ¿Quiere usted saber, señor mío, que es lo primero que voy á hacer dentro de un rato? Ir á casa de mi procurador.

– ¿Para un divorcio?, preguntó Bucilly, que perdió el tino al extremo de mostrarse irónico.

Beltrana se había levantado y llamaba á su camarera. Metiéndose el papel en el bolsillo de la bata, contestó:

– Dios prohibe el divorcio; pero no prohibe la interdicción. Tengo el deber de proteger la fortuna de mi hijo. En cuanto al pillo que para hacer firmar sus contratos de alquiler se aprovecha de la flaqueza de espíritu de las personas, yo iré á verle y tendrá que habérselas conmigo. Si se niega á rescindir el contrato, yo me encargo de él. Ahora, déjame sola, pues ya debiera estar vestida.



Levantóse y se acercó al retrato con los lentes en ristre

La doncella acababa de entrar; Codoero salió, mejor dicho, huyó á toda prisa. Temía las disputas en general, pero las reconvenciones que se le hacían en presencia de los criados – que eran muy frecuentes – le ponían enfermo de vergüenza y de indignación. Al volver á su cuarto, pieza obscura, mal amueblada, de aspecto desnudo y frío, toda la energía que le había infundido Popinot el día antes se disipó en un momento. El terror se apoderó de él, un terror más grande que todos los que había experimentado en su vida.

¡Interdicto! Esta palabra, que zumbaba aún en su oído, parecía ya impresa en su frente con caracteres de fuego. *¡Interdicto!* Estas cuatro sílabas le habían hecho estremecerse siempre, porque lo mismo son el estigma del desenfreno que el estigma de la locura ó el certificado de la imbecilidad. Aquello fué una obsesión que no le abandonó en toda una semana, causándole tal trastorno que cayó enfermo. Repuesto de la indisposición física, pero más ansioso que nunca, echó mano del *Código puesto al alcance de todos*, que tenía en su biblioteca junto á la *Medicina en casa*, aunque Popinot le hubiese prohibido conservar este último, cuya lectura le hacía imaginar que padecía todas las enfermedades. ¿Se hallaba, acaso, en el «estado habitual de imbecilidad, con intervalos de lucidez,» mencionado como una de las causas con que se contenta la ley para la *Interdicción?*

¿Quién podía asegurarle lo contrario? El loco ignora que lo esté. En cuanto á los imbéciles, la experiencia le decía que la mayor parte se creen inteligentes. Además, ni uno solo de los imbéciles que él conocía hubiera firmado un contrato de alquiler sin hablar de él antes, un día y otro día, no sólo á su mujer, sino que también á sus amigos, hasta cansarlos. Su acto, ahora que lo consideraba á sangre fría, le parecía monstruoso, hasta confundirse casi con el acto de demencia. Con profunda pena descubrió una vez más que era incapaz de gobernarse en la vida, como se lo habían dicho sucesivamente su madre y su esposa. Por esto la interdicción en sí no le repugnaba extraordinariamente. Era una salvaguardia definitiva contra las asechanzas que bordan el camino de un hombre honrado, como la elocuencia de un Maugrabin ó la fascinación de un pastel de perdices en un escaparate.

Ya se veía examinado por médicos, que palparían con sus manos frías las protuberancias de su cráneo. Se veía interrogado por magistrados, que desplegarían su malicia para hacerle hablar como un imbécil. Leía, en su imaginación y en la promiscuidad vergonzosa del diario de anuncios legales *Les Petites Affiches*, el nombre de Bucilly, aquel nombre que

figuraba al lado del de Luis XIV en su documento histórico. De su corazón quebrantado por la angustia, la oración de los días sombríos salía con un gemido: «¡Que este cáliz, oh Dios, se aparte de mis labios, si es posible!»

Codoero no salió en toda la mañana. Hubiera consentido en pesados sacrificios por no presentarse al almuerzo, en primer lugar porque no tenía apetito, luego porque preveía los ataques siempre combinados de su mujer y de su hijo. De su parte tuvo una agradable sorpresa. Evitóse toda alusión al Building, del mismo modo que, en un país de régimen absoluto, se guarda silencio sobre el motín de la víspera. Sin embargo, el señorito Carlos tenía en los labios una singular sonrisa. La aventura del alquiler, confiada por su madre una hora antes, le parecía prodigiosamente chocante. Después de haber tomado asiento en su *dog-cart*, su primera diligencia fué ir á visitar la casa de Maugrabin, que más tarde describió á su madre como la cosa más fea de París después de la torre Eiffel.

–¿Y qué hacer para desembarazarnos de un compromiso firmado en papel sellado?, dijo Beltrana.

El joven se sonrió de un modo velado que quería decir: «¡Ojalá el papel sellado no me hubiese servido nunca para firmar cosas más graves que un contrato de alquiler!»

–En lugar de usted, continuó en voz alta, iría á ver al alucinado que levantó ese edificio, á decirle que no cuente con nosotros. Naturalmente, hablará de armarnos un pleito. «Caballero, le contestará usted; una mujer tiene mucha fuerza cuando debe dos trimestres de alquiler y cuando su mobiliario sirve de garantía para el anterior casero.»

Esta consulta, dicha con una flema casi británica, tranquilizó á Beltrana, que de ordinario no se asustaba fácilmente. Sin embargo, no podía tragar el golpe de Estado intentado por su marido al cabo de un tercio de siglo de sumisión. Conocía demasiado al culpable para no saber que le devoraba el terror, hijo del silencio. Deliberadamente hizo durar el castigo. Al cabo de una semana, durante la cual toda alusión á su crimen fué cuidadosamente evitada, el infeliz Codoero había acabado de enflaquecer y envejecido años. Por medio de un cautiverio voluntario, esperaba demostrar su arrepentimiento por lo pasado y sus buenos propósitos para el porvenir.

Cierta mañana, trazando su itinerario del día, la señora de Bucilly encontró que tenía un sermón de caridad en una capilla de Auteuil y una visita al locutorio de la Asunción. Entre uno y otra apuntó en su lista: *Maugrabin*, reservando un cuarto de hora para aquella «diligencia» que no le causaba ninguna inquietud. Como buena cristiana, tenía por divisa: «Nada temo; Dios está conmigo.» En este caso, tenía otro motivo para no temer nada, como había insinuado su hijo: el mal estado de su fortuna. En fin, tenía en sí misma esa fe que tal vez no transporta las montañas, pero que en ellas abre túneles.

Divisó de lejos el Building, cuya bandera flotaba al viento. Las tiendas con sus mostradores de caoba y cristales ostentaban ya sus géneros. Arriba de todo, unas cortinas blancas revelaban la presencia del hombre. Lo demás estaba desierto, salvo que la palabra *alquilado*, puesta con ostensible orgullo detrás de los cristales del primer piso, anunciaba una instalación próxima, la instalación de los Bucilly.

«Allá veremos,» pensó Beltrana, más resuelta que nunca después de haber contemplado la casa.

El lacayo preguntó:

–¿Está en casa el Sr. Maugrabin?

A esta pregunta, el conserje contestó con otra:

–¿Tiene usted una tarjeta?

Aunque estaba acostumbrado á toda clase de impertinencias, el criado de Beltrana salió impresionado y al mismo tiempo curioso de ver «la cara que iba á poner la señora,» al verse tratada como una cualquiera. Debió sorprenderle la tranquilidad de su ama, que se sentía en una región desconocida en que el viajero no debe ya contar con los usos y costumbres de la civilización.

Dió su tarjeta, y el ascensor subió como un cohete. Minuto y medio después, el *elevator boy*, de vuelta del sexto piso, vino á la portezuela del cupé con una contestación afirmativa. Al sentirse elevada por los aires, Beltrana palideció ligeramente. Pero antes hubiera muerto que confesar su terror. Ni los rasgos de su fisonomía, ni los pliegues de su vestido acusaron el menor desorden cuando entró en el salón, en el umbral de cuya puerta Maugrabin le tendió la mano con una sonrisa de benevolencia.

–¿Cómo sigue usted?, le preguntó.

–Caballero, contestó ella con altivez, en toda mi vida he estado enferma un minuto.

Al aspecto de aquella gran señora, de fisonomía acentuada, no muy bella, pero imponente y de ademanes intrépidos, Pascal se hallaba más regocijado que asustado. Reprochaba á las francesas el ser demasiado melindrosas, y en justicia, no podía decirse que aquélla se le anduviese con melindres. Sentóse la señora de Bucilly en un sillón de caoba, frágil en la apariencia, tapizado de una tela sin igual, por su dibujo y color, aquende el Océano. La misma caoba había servido para la construcción del mobiliario, cuyo adorno y forma contemplaba con ingenua desesperación Beltrana, que pretendía ser inteligente en la materia.

Imposible fijar en cosas tan extrañas el número de un siglo ó la estampilla de una nación. Ni Napoleón ni Enrique II, ni Tokío ni Pompeya hubieran podido reivindicar la menor parte en la inspiración de aquel estilo. En una persona acostumbrada al Arte tal como lo entiende nuestra época, es decir, á una docena de rutinas sucesivas, soldadas por los extremos durante dos docenas de siglos, aquel salón producía el efecto de un capirotazo en la nariz de un juez.

Los cortinajes se reducían á ligeras tiras de telas en los marcos de las ventanas y á *portiers* sin elevación ni anchura. El temor americano del fuego y de los microbios se manifestaba en todo. Pegadas á la cornisa, en torno del techo, las lámparas eléctricas, durante el día, semejaban setas alineadas.

En materia de pintura, Maugrabin caía, sin embargo, en la vulgaridad, rindiendo culto á los dioses de las demás naciones. Varios lienzos, únicos adornos de las paredes, debían ser cosa buena, á juzgar por los reflectores destinados á inundar de luz los marcos. Para una de aquellas pinturas, cubierta de cristal á la moda inglesa, semejante distinción había parecido insuficiente. En una placa dorada podía leerse la explicación del asunto, la mención de lo que el lienzo había costado, el nombre del pintor, vivo todavía, pero pasado de moda después de haber hecho fortuna. Maugrabin, según la dirección de la mirada de Beltrana, muda de asombro, le dijo con evidente satisfacción:

–Supongo que mi Bouguereau le gusta.

La señora de Bucilly experimentaba la necesidad de castigar al malhechor que tenía delante, y contestó con una sonrisa francamente burlona:

–No miro el cuadro, sino la etiqueta. A nosotros nos gusta que el precio de las cosas se adivine por su calidad.

–¿De veras?, dijo Pascal sonriendo á su vez. Si envía usted bombones de chocolate á una amiga, cuidará de que el saquito lleve la etiqueta de un fabricante que venda caro, á fin de que no se dude del valor de su regalo. Usted hará con sus bombones lo que yo con mi cuadro, según costumbre frecuente en América.

–La iniciación en el Arte apenas empieza entre los americanos.

–Convengo, señora, en que la décima parte de las personas que vienen á Francia son capaces de determinar, á simple vista, si un cuadro ha costado quinientos francos ó quinientos luises. Las demás se encuentran en una situación embarazosa, sin saber qué decir, temiendo ensalzar un mamarracho ó mostrarse indiferentes ante una obra maestra. La idea de evitarles semejante apuro es demasiado sencilla para ser admitida en Francia.

–Tenga usted la bondad de no criticar á mi país.

–Pero, señora, si yo soy francés, francés de Marsella. Hasta dicen que he conservado el acento. Por consiguiente, tengo derecho á hablar de Francia con usted, sin herirla en su patriotismo.

–De todas maneras, le alarma usted con el entusiasmo que se manifiesta, hasta en su arquitectura, por todo lo ultramarino.

–Mi entusiasmo es gratitud. ¿Conoce usted muchos países donde un pobre diablo de muchacho, que parte con su madre viuda, en una expedición de emigrantes, pueda hallar una instrucción pasable y hacer honradamente su fortuna en menos de medio siglo?

–¿Cuánto vale usted, Sr. Maugrabin? Creo que así es como se expresan sus amigos los yanquis. ¿Es indiscreta mi pregunta?

Sin hacer caso de aquella impertinencia voluntaria, Maugrabin contestó:

–En manera alguna, pues la primera agencia de Wall Street le telegrafiaría: *A. 1. – Three Million Dollars*. En América, no es más que una fortuna mediana; pero es suficiente, en Francia, para mí y para mi hija.

–¿No tiene usted ningún hijo varón?

–No; no tengo más que una chica. Tenía yo un sobrino, que consideraba como á un hijo, pero hizo la calaverada de marcharse. Rompí con él toda relación y no podría decir á usted si á estas horas vive ó no.

La señora de Bucilly coordinaba aquellos detalles en su mente, con un interés poco explicable en una persona que había ido á romper un contrato de arrendamiento estipulado por sorpresa. Acababa de descubrir, sobre un caballete excesivamente dorado, el retrato de una morenita, vestida con un lujo exagerado, pero sin trazas de estar pagada de sí misma. Levantóse y se acercó al retrato con los lentes en ristre.

–Pensé que era su hija...

–Claro está que es mi Pascualina. ¿Quién quiere usted que sea?

–Como lleva diamantes...

–Es lo que me decía el Sr. Carolus: «Si le pongo diamantes, la tomarán por una señora casada.» A lo cual yo contesté: «Sr. Carolus, póngalos usted, puesto que son suyos. Si no, cuando haya encontrado un marido, tendré que molestar á usted por las joyas. En América, toda mujer, casada ó soltera, saca á lucir sus diamantes como saca á lucir sus ojos, cuando tiene la suerte de tenerlos bonitos.» ¿No contesté bien al pintor?

–Tanto más, cuanto es de suponer que no hubiera usted tardado en tener que molestar de nuevo al «Sr. Carolus.»

–¡Oh! Eso es cosa de Pascualina. Educada enteramente á la americana, ¿sabe usted? Que me traiga un duque ó un empleado de comercio, con tal de que sea un hombre honrado, les diré: «¡Buena suerte!» Aunque, á decir verdad, yo preferiría un duque.

La señora de Bucilly seguía coordinando, mostrando cada vez mayor interés.

–Sr. Maugrabin, dijo después de una pausa, tendría mucho gusto en que me presentase usted á la señorita Pascualina.

–El gusto será mío, contestó el padre acercándose á un diminuto teléfono que ponía en comunicación unas con otras las diversas piezas del vasto piso.

Después de haber llamado en varias direcciones por medio de diferentes clavijas, entabló un corto diálogo en inglés.

–Pascualina va á venir, anunció el padre dejando el aparato.

Un minuto después, la muchacha abrió la puerta.

–Señora de Bucilly, mi hija. Hija mía, la señora de Bucilly.

Terminada esta breve presentación, Pascealina alargó la mano y sentóse con naturalidad.

Llamaban la atención en ella, desde luego, sus cejas negras, gruesas y arqueadas, que sin lo pronunciado de su curva hubieran dado una expresión de dureza al rostro. Los cabellos, más finos de lo que suele acontecer en las morenas, se alzaban como una diadema sobre una frente despejada, y acompañaban las sienes en una semicircunferencia casi regular. Este peinado, que tanto gustaba á nuestras abuelas, dejaba al descubierto la oreja, pequeña y sonrosada; la mejilla, de sobrio contorno, y ese arranque del cuello algo largo, propio de las mujeres de raza. La nariz, más bien romana que parisiense, indicaba fuerza de voluntad y servía de transición entre la dulzura de la mirada y la firmeza de la boca, de pureza y precisión de dibujo, que revelaba, en reposo, un matiz de obstinación tranquila. Un cutis fino, un color de irlandesa, acababan de dar á aquel rostro más bien lo necesario para seducir que la seducción misma, á causa del carácter algo inmaterial de la cabeza, pequeña y altiva. A los ojos de un hombre ordinario, Pascualina había de resolverse á pasar por una beldad fría; pero un poeta no hubiera podido verla sin imaginarse la transfiguración que aquella fisonomía podía experimentar á ciertas horas, del mismo modo que, al pie de una colina castamente besada por rayos lunares, el viandante se figura el efecto de un sol luminoso en la verdura de los pámpanos, el oro de las mieses y el rojo de los tejados.

Beltrana, naturalmente, se había detenido poco en escudriñar el eterno enigma de un rostro humano. Examinaba ya el traje á la inglesa, cortado en el mismo Londres, no muy bonito, pero de un estilo inimitable, bien llevado, cosa más difícil de lo que cree la generalidad de las mujeres. Un cuello y unos puños de lienzo almidonado hubiesen dado al traje un sello de sencillez puritana, sin una corbata de hombre, de color granate vivo, que la desmentía en el conjunto. ¡Ay!, el anillo demasiado rico que sujetaba la corbata hizo fruncir las cejas á Beltrana. En resumen, la muchacha, sin disgustarla en absoluto, la inquietaba por el carácter no convencional de su persona. «Un poco provinciana,» pensó la viuda, que no había viajado más que por Suiza. «Un poco extranjera,» hubiera podido decir con más acierto. Pero observándola bien, hubiera encontrado que la nota extranjera de la persona física salía de dentro, que procedía de la manera *extranjera* de pensar, de

querer y de sentir, que distinguía á Pascualina de una muchacha francesa de su edad.

– Los Sres. de Bucilly vienen á vivir en el primer piso del Building, anunció Maugrabin á su hija.

Beltrana hizo un vivo movimiento de párpados, pues había venido precisamente para intimar su resolución de no habitar el Building. A la noticia dada por su padre, Pascualina contestó algo distraída:

– ¡Ah!, ¿sí?

Molestada por aquella indiferencia, y quizá también porque no quisiese entrar todavía en el fondo de la cuestión, la señora de Bucilly dijo:

– Parece que los asuntos paternos no la interesan á usted mucho.

– Mi padre no me habla jamás de sus asuntos, señora.

– ¿Pues de qué hablan ustedes, cuando están juntos?

– De todo..., excepto de negocios. Hablamos de música, de pintura, de viajes, de política, de teatros...

– ¿Van ustedes con frecuencia al teatro?, preguntó Beltrana, fatalmente impulsada á la pregunta típica de toda conversación, entre los habitantes de París.

– ¿Cómo quiere usted que pueda ir con frecuencia?, dijo el padre. Ya sabe usted las cosas que se representan en nuestros teatros.

– Creí que su hija de usted estaba educada á la americana.

– Efectivamente, es decir, sin mojigatería, pero con un profundo respeto de sí misma, correspondiente á una gran libertad.

– Paciencia, señorita. Cuando sea casada, podrá ver todo lo que se ponga en escena.

– ¿Verlo todo?, repitió la muchacha abriendo desmesuradamente los ojos. Pero, señora, si mi marido me llevase á *verlo todo*, dejaría de amarle, puesto que le habría perdido el concepto.

Beltrana pensó que la hija de Maugrabin y su Building distaban igualmente de los modelos franceses. Mientras tanto, se prolongaba la visita. La señora de Bucilly escuchaba un poco y reflexionaba mucho. La resolución que se trataba de tomar era muy seria. Por último, dijo:

– Sr. Maugrabin, no quisiera disgustar á su encantadora hija hablando á usted de negocios en su presencia. Sin embargo, debo decir á usted cuál era el objeto de mi visita. Según el contrato de alquiler, debemos entrar en la casa de usted el 15 de abril. Pero puesto que el piso está desocupado, supongo que nos autorizará usted á venir antes.

– ¡Pero, señora, vengan ustedes hoy mismo, si les place!

– Mi tapicero pondría inconveniente. Pero cuento instalarme muy pronto, y tendré mucho gusto en que usted y la señorita Pascualina vengan á vernos antes de la mudanza.

– ¡Toma! ¡Cortesía por cortesía!, dijo Maugrabin. Sí que iremos.

«¡Esa gente se imagina que vine á rendirles homenaje!,» pensó Beltrana mientras el ascensor parecía huir rápidamente bajo sus pies.

Y no tuvo tiempo de pensar más, pues se encontraba ya en el vestíbulo, donde hacía una hora que su criado la esperaba. Pronto corrió el cupé hacia un gran club, donde, en aquel momento del día, Norberto Leroy acostumbraba dormir la siesta.

VII

El *Sibarita* vino á la portezuela, asustado de aquella entrevista como de un chubasco que se nos viene encima. En sus ojitos de puerco espín brilló una vaga irritación, mientras preguntaba:

– ¿Qué ocurre, señora? ¿Me ha mandado usted á llamar?

Beltrana, que le conocía bien y que no por eso dejaba de quererle, contestó con una sonrisa irónica:



Pascualina Maugrabin

– No se alarme usted. Nada desagradable ocurre para usted..., ni para mí. ¿Puede usted subir? Hablaremos un momento mientras que mi caballo irá al paso.

Norberto se sentó á su lado y ella le preguntó:

– ¿Sin duda está usted enterado por Carlos de nuestra mala situación de fortuna?

– Sí; se mudan ustedes. Parece que Bucilly ha alquilado una casa grotesca. Contaba usted ir á ver al casero. Y como ha dicho Carlos: «Sin conocerle, le compadezco si quiere aguantárselas con mi madre.»

– Acabo de dejar á Maugrabin; por esto he querido ver á usted.

– ¿El asunto no queda arreglado?



– ¿Qué ocurre, señora? ¿Me ha mandado usted á llamar?

– Al contrario; nos trasladaremos á su casa lo más pronto posible.

– ¡Hombre! Entonces Bucilly no ha hecho ningún disparate. ¿Le gusta á usted el piso?

– No le he visto siquiera.

– Entonces, no comprendo...

– Va usted á comprenderlo todo. La casa es grotesca, como usted ha dicho; y no lo es menos el que la ha construído. Pero tiene quince millones y una hija única. Seremos vecinos.

– Y los muchachos se encontrarán en la escalera. Es usted muy hábil. ¿Viene usted ya á suplicarme que sea testigo de la boda?

– Vengo á pedirle que influya en Carlos para que sea amable con esa muchacha.

– ¡Diantre! ¿Es algún ángel de fealdad?

– Todo lo contrario; pero un ángel de preocupaciones, lo que me asusta mucho más.

– ¡El caso es que si lleva la preocupación al extremo de querer encontrar en el hijo lo que usted encontró en el padre!..

– Preveo, continuó Beltrana sin contestar, que querrá casarse por amor.

– ¿Ha sido educada entre pieles rojas? Pero no importa; en cuanto Carlos la haya saludado tres veces en la escalera, la conquista de los quince millones es segura, porque la muchacha se habrá enamorado de él.

– ¡Dios le oiga á usted! Pero querrá que Carlos esté enamorado de ella.

– Eso ya será algo más difícil. A partir de esta misma noche, voy á enseñar á su hijo de usted cómo se las tiene que arreglar para hacer creer á una colegiala que muere de amor por ella.

– Está usted en un error, señor mío. La colegiala en cuestión acaba de llegar de América, donde ha pasado toda su vida. A primera vista, Carlos tendrá miedo, pues es demasiado inteligente para no ver que se trata de una persona que vale. Lo que hace falta, lo que á usted suplico, es que le convenza de la necesidad de que se entregue en cuerpo y alma á la conquista de la americanita. Nuestra salvación está en ese matrimonio. La existencia tiene sus deberes. Usted puede hacer que Carlos realice mi proyecto.

– Si yo fuese Carlos, la señorita... como se llame, sería mi mujer antes de la Cuaresma.

– No pido más, contestó Beltrana satisfecha de sus negociaciones de aquel día.

Ella y *el Sibarita* se separaron.

Al día siguiente, Codoero, ignorante de lo que precede, iba á pie por el bulevar Haussmann. No se atrevía á subir al tranvía que va á la Muette, porque, en su conversación, Maugrabin le había dicho que frecuentaba mucho aquella línea. La idea de encontrarse con aquel hombre, enterado sin duda de la ruptura de los compromisos firmados entre ambos; la idea de los reproches, de los insultos quizá, que podían brotar de los labios del marsellés furioso, en presencia de los viajeros regocijados; la convicción de que tal afrenta, no por ser merecida, sería menos horrorosa, todo eso causaba al desdichado Bucilly un terror continuo.

Acostumbrado á ver los acontecimientos girar en torno de él con una abrumadora regularidad, la catástrofe se le aparecía como inevitable. Tarde ó temprano tenía que tropezar con su enemigo. El accidente sobrevino aquel mismo día. Maugrabin venía hacia él; pero aún se hallaba á unos doscientos metros y no parecía verle. Codoero viraba en redondo cuando vió llegar á Popinot por el lado opuesto. «Popinot va á detenerme, pensó, y el otro me va á alcanzar. No quiero que mi mejor amigo sea testigo de mi humillación, y mucho menos cuando dirá que yo me tengo la culpa.» Colocado entre dos fuegos, la vista de una mujer descotada y sonriente le sugirió un medio de salir del paso, porque la mujer era de cera y enseñaba su escote en el escaparate de una peluquería.

Codoero se precipita en aquel asilo abierto á todo el mundo; le señalan un sillón y él se apresura á tomar asiento. Como se necesita un pretexto para ocupar un sillón, lo mismo en una peluquería que en la Academia, el refugiado pide un «shampoong.»

(Continuará.)

ALGUNOS EXPERIMENTOS AERONÁUTICOS

Mr. Wilbur Wright, de Dayton (Ohío), ha leído últimamente una interesante Memoria ante la Sociedad de Ingenieros, titulada «Algunos experimentos aeronáuticos,» la cual ha sido publicada después en el Diario de aquella ciudad. La atención de Mr. Wright se fijó en el estudio de los problemas aeronáuticos algunos años hace, y su activo interés data desde la muerte de Lilienthal en 1896. Los experimentos de Pilcher y Chanute estimularon también á Mr. Wilbur y Mr. Orville Wright á practicar varios ensayos en 1900, los cuales se efectuaron á la orilla del mar en la Carolina del Norte. Estos señores tuvieron bastante audacia para intentar cosas que ni Lilienthal, ni Pilcher, ni Chanute osaron hacer, pues se sirvieron de superficies mucho mayores en extensión que las que hasta entonces se habían considerado seguras, y alcanzaron muy notables resultados. El plan de los Sres. Wright era deslizarse desde las cumbres de las colinas de arena, pues parecía razonable creer que si el cuerpo del operador se pudiera poner en posición horizontal en vez de estar derecho, como en las máquinas de Lilienthal, Pilcher y Chanute, la resistencia del viento se reduciría muy considerablemente, puesto que sólo se opondría un pie cuadrado en vez de cinco; y como por este cambio se ahorraba medio caballo de fuerza, trataron de probar esta innovación. La primera máquina tenía un área de 165 pies cuadrados solamente, y se ensayó primero como cometa, obteniéndose así datos de positivo valor; después se fijó la atención en tomar una serie de medidas sobre la elevación y velocidad de la máquina bajo varios pesos. Los resultados fueron asombrosos, pues vióse que la resistencia opuesta, llevando en el aparato 52 libras de peso, era menor que la que se encontraba antes tan sólo para el marco.

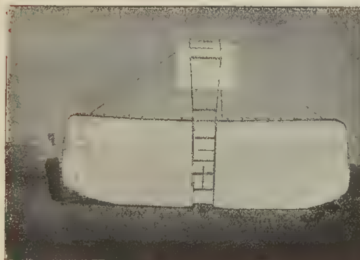
La atención de los experimentadores se fijó en una pequeña colina, desde cuya cumbre se proponían deslizarse, y que se elevaba á más de cien pies sobre el terreno llano, siendo su declive de diez grados de inclinación. Colocado el operador en posición horizontal, y soplando el viento con una velocidad de 14 millas por hora, se deslizaron doce veces en sesenta minutos; dos ayudantes pusieron en movimiento la máquina, y ni ésta ni el operador sufrieron el menor daño. El dominio del aparato fué aún más fácil, pues respondió al menor movimiento del timón. Con esto terminaron las pruebas del año 1900. La nueva máquina para 1901 era exactamente igual á la anterior, en cuanto á la teoría y el modo de operar; pero su fuerza de elevación se aumentó desde 165 pies cuadrados á 308, aunque nunca se había juzgado posible dominar una máquina tan grande. Se levantó una construcción especial para guardar el aparato; y un gran número de aficionados marcharon al Sur para presenciar los experimentos, que comenzaron soplando el viento con una velocidad de 13 millas por hora. Los operadores se deslizaron varias veces para buscar el centro de gravedad de la operación, y la máquina se elevó ondulando á poco más de 300 pies de altura. Para los espectadores, esto último significaba un buen resultado; mas el operador vió que se había necesitado toda la fuerza del timón para evitar que la máquina cayese á tierra ó que se elevase á demasiada altura. Las pruebas demostraron también que se había evitado uno de los mayores peligros de las máquinas con colas horizontales, por el uso de un timón colocado de frente, y los operadores escaparon de posiciones que habían sido muy arriesgadas en los anteriores experimentos. En otros que siguieron, la máquina, con su nueva curvatura, no dejó nunca de responder muy pronto á los menores movimientos del timón. Se repitieron muchas pruebas en condiciones favorables y el éxito fué satisfactorio.



La máquina aérea de Mr. Wilbur Wright en el aire



La máquina remontándose



La máquina en tierra



La máquina en el momento de emprender el vuelo



La máquina deslizándose por el aire

VAGONES BOERS

Desde que los múltiples episodios de la campaña del Transvaal han atraído en tan alto grado la atención del público, éste ha debido familiarizarse con una porción de nombres más ó menos extraños que nunca había oído pronunciar. Wagón, laager, kopje, trek, river, etc., son vocablos que se leen de continuo en las noticias de la guerra, y si el lector adivina á veces el sentido de los mismos, se forma más difícilmente idea exacta de las cosas que representan.

La palabra *wagon* (pronúnciese *uag-gon*), que tan gran papel representa en esta lucha, no es, como se creía en un principio, un carruaje de ferrocarril, sino simplemente un carromato, un furgón, algo así como uno de estos vehículos de bohemios que á veces vemos en las inmediaciones de las aglomeraciones urbanas.

El vagón boer se compone de un carro construído de peral salvaje, de 6'20 metros de largo por dos de ancho, cubierto por una baca de tela que descansa sobre unos cercos. Los radios de las cuatro ruedas son de acacia. Delante del carro hay un cofre y detrás ó en uno de los lados hay un tonel constantemente lleno de agua. Del fondo del vehículo pende una jaula de gallinas y en el interior se ve una especie de lecho de cuero colgado por medio de cuerdas. Las llantas de las ruedas tienen 15 centímetros de ancho y los aros de hierro tres centímetros de grueso. El peso de un vagón es de tres toneladas y su precio es de unos 3.000 francos; su duración es de unos cuarenta años; la carga que un vagón bien acondicionado puede llevar al través del *veld* se calcula en cuatro toneladas de peso.

El tiro se compone habitualmente de 18 bueyes enganchados por parejas *(span)*, cada una de las cuales vale de 500 á 800 francos y á veces hasta 1.000. Los animales son bueyes *(african oxen)* que ordinariamente andan al paso, pero que pueden tomar el trote cuando desempeñan un servicio de correos. Van enganchados por medio de una cadena de 21 á 22 metros que arranca del timón, y al engancharlos se procura intercalar las parejas jóvenes entre dos pares de animales adiestrados. Sus conductores los designan con nombres como *frenchman, englishman*, etc., y les dirigen frecuentemente la palabra.

Para guiar uno de estos tiros bastan dos ó tres hombres: el más importante por sus funciones es el *drawer* ó conductor que guía los animales sentado en el pescante del carro y tiene como ayudante al *fore-looper*, criado hotentote que guía especialmente los dos primeros bueyes, y á veces otro muchacho.

El *drawer* va armado de un látigo de piel de hipopótamo, flexible en su extremo más delgado y de dos metros de longitud, que le sirve para fustigar á los animales de varas; para fustigar á los demás emplea un látigo mucho más largo (pues tiene una longitud de quince metros) con mango de bambú, hecho de piel de jirafa y con la trencilla de piel de antílope. El peso de este instrumento es de cinco kilógramos y su precio de coste es de 15 chelines.

Los conductores de carros son á veces tan diestros en el manejo de esta gigantesca fusta que, según me contaba el boer que me ha proporcionado todos estos datos, decapitan al paso, de un latigazo, una perdiz oculta en la hierba, ó quitan un tapón colocado sobre una botella sin tocar el cuello de la misma.

Para enganchar, los mozos se colocan en el brazo los 18 collares, y llamando á cada buey por su nombre, se los colocan y cuidan luego de aparejar los animales. Con un personal práctico, bastan siete minutos para enganchar y cinco para desenganchar, lo cual explica la asombrosa rapidez con que los boers pueden levantar el campo al aproximarse el enemigo y desaparecer en cuanto se señala su presencia.

Cuando un campamento ha de quedar establecido durante algún tiempo, se toma la precaución de rodearlo de una valla de mimosas espinosas para ponerlo al abrigo de las fieras y de los merodeadores. Los bueyes de tiro son siempre desenganchados, dejándolos en libertad, excepción hecha de los de varas, que permanecen sujetos á la cadena.

Luciano Jacquot.

FERROCARRIL DE HANOI EN CHINA

INAUGURACIÓN DEL GRAN PUENTE METÁLICO

A fines del mes de febrero último se realizó en la colonia francesa del Tonkín un acontecimiento de la mayor importancia, así desde el punto de vista de la ingeniería como del puramente colonial: nos referimos á la inauguración del inmenso puente metálico que ha de dar paso á la línea férrea que pone en comunicación Hanoi con la frontera china y con las primeras ciudades de la provincia Konang-Si. Esta inauguración es tanto más interesante cuanto que dentro de un plazo breve se pondrá en explotación la línea á que dicho puente da paso.



El nuevo puente monstruo del errocarril de Hanoi

Las vías de comunicación son todavía muy escasas en el Tonkín, y á pesar de la proximidad de esta colonia á la frontera china, apenas se han desarrollado las relaciones entre la misma y las ricas provincias del Celeste Imperio. El río Rojo ofrece una vía de penetración relativamente fácil, pero su curso está sembrado de dificultades, y por otra parte los ingleses conocen tan bien las riquezas del Yunan, del Kuang-Si y del Kuang-Tung, que no sólo quieren establecer servicios de navegación en el río Si-Kiang, sino que además no reparan en realizar esfuerzos extraordinarios para ampliar su red de ferrocarriles de la Birmania superior, habiéndola ya extendido hasta Myit-Kina y Thibau. Debemos añadir que sus progresos han de ser forzosamente lentos á consecuencia de las mismas dificultades del terreno.

Desde 1895 los franceses se han preocupado seriamente de la cuestión de las líneas férreas en el Tonkín, y al tratar con China han determinado: «que las vías férreas existentes ó proyectadas en Annam podrían, previa inteligencia, ser prolongadas en territorio chino.» Como consecuencia de este tratado, el gobierno imperial firmó en 1896 un convenio para la construcción y explotación de un ferrocarril de Dong-Dang á Lang-Tcheu (ciudad del Kuang-Si), y posteriormente firmóse un convenio análogo para una línea de Laokay á Yunnan-Sen, decidiéndose al mismo tiempo la construcción en el Tonkín de diversas líneas que debían enlazar las fronteras y las secciones del territorio chino con la capital y los puertos de la posesión francesa indo-china: tales son las líneas de Hanoi á Lang-Sou y Lang-Tcheu, Hanoi á Laokay, Hanoi á Haiphong y Hanoi á Vinh.

El gran puente que el adjunto grabado reproduce, da paso sobre el río Rojo á la primera de las citadas líneas férreas, la que penetra en China por Lang-Sou. La longitud del mismo es de 1.683 metros y está construído según el sistema de «cantilever.» Los tramos, que son en número de 19, tienen alternativamente 76 y 106'20 metros de largo, aparte de los tramos extremos que son de 78'80. Las pilas han tenido que ser introducidas por medio del aire comprimido á una profundidad de 36 metros.

La construcción de este puente ha costado 6.200.000 francos. – B.



En tiempo de veda, dibujo de H. Torau

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 28 de abril de 1902 — Núm. 1.061

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ROSITA, cuadro de Juan Brull



CRÓNICA DE TEATROS

No diré ninguna novedad á mis lectores asegurándoles que el acontecimiento del mes ha sido el estreno de *Alma y vida.*

La última obra del gran escritor y novelista don Benito Pérez Galdós inspiraba gran curiosidad. El nombre del autor, el éxito aquel de *Electra*, la esperanza de que el nuevo drama fuese también de tendencias políticas ó sociales; las iras y rencores de los mil enemigos que Galdós adquirió el año pasado..., todo esto era gran parte á que el estreno tuviese excepcional importancia.

Como el año pasado, el autor tuvo la infortunada idea de invitar á mil personas al ensayo general.

Es esta una equivocación que Galdós no quiso ni quiere reconocer, y no me cansaré de repetírselo, porque de teatros tengo más experiencia que él, como él la tiene más que yo de novelas. ¡Llevar al teatro á mil personas más ó menos *del oficio!* Es entregarse completamente á la maledicencia de los envidiosos y á la mala intención de los colegas.

El ensayo general fué de resultado frío; invitados y todo, los espectadores de aquella prueba no aplaudieron con entusiasmo. La obra no les gustó, y salieron diciéndolo por todas partes. ¿Qué necesidad había de esta censura previa?

Ya fué el público del día siguiente, el público del estreno, el *que paga*, ya fué mal preparado, porque Madrid es un pueblo chico y todo se sabe.

Ya sé yo que si la obra hubiera sido de gran fuerza dramática, ni los malévolos concurrentes al ensayo general le hubieran hecho perjuicio alguno, ni los de la noche del estreno habrían tenido que decir nada; pero lo peor fué que *Alma y vida* no estaba á la altura de *Electra*, y nuestro público es siempre el mismo, pide siempre *más caballos.* Sin dejar de ser una obra muy notable, no conmueve ni entusiasma como la otra.

Cuando muera Galdós (y pido á Dios que sea muy tarde) se juzgarán severamente sus comedias y dramas, y entonces, libre de los apasionamientos de los contemporáneos, el dramaturgo será mucho más y mejor apreciado que ahora. La herida de *Electra* no está aún cicatrizada; los que le guardaban rencor al autor son en España legión, y es muy difícil acertar dos veces seguidas en el teatro.

En la ejecución de *Alma y vida* se han distinguido mucho Thuillier y la señorita Moreno, haciendo dos verdaderas creaciones.

* * *

Parece imposible que hombre tan conocedor del teatro como Carlos Arniches haya imaginado una cosa tan disparatada como *La muerte de Agripina*, estrenada en la Zarzuela.

Esto prueba que el teatro es la cosa más rara del mundo y que al más experto le suceden chascos como ese. No sabemos nada del arte de hacer comedias ninguno de los que lo practicamos, y allí donde creemos ver un éxito viene el fracaso, y viceversa. A los directores y empresarios les sucede lo mismo. Obra en que tengan muchas esperanzas, desdicha segura. De fijo que en los ensayos de *La muerte de Agripina* se reirían muchísimo los actores que iban á representarla...

Pero vino el público de la primera noche, y echó la obra abajo, y cayó para no levantarse más, en Madrid. Acaso en provincias les guste mucho.

Menos mala es *La divisa*, del mismo popular autor, estrenada en Apolo, pero tampoco es gran cosa. Sin embargo, esta zarzuelita se hará, y se hará mucho, porque en el género chico basta que las obras *pasen* para que luego se hagan centenares de noches. Es una verdadera mina. Con poco trabajo y unos números de música que repitan los pianos de manubrio se hace una renta.

Arniches es un verdadero autor dramático, podría hacer comedias, dramas, melodramas, zarzuelas grandes..., ¿qué digo podría hacer?, las ha hecho, y han sido grandes éxitos; pero su tendencia es ir á lo práctico, al teatro lucrativo.

Como él hay muchos, y por eso hay tanto teatro chico y tan pocos grandes. El arte dramático se convirtió en industria hace veinte años, y si no mató, hirió de muerte á las grandes creaciones. La nueva generación es esencialmente utilitaria.

* * *

Un estreno de Benavente es siempre interesante, y por eso acudió numeroso público á oir la primera representación de *El tren de los maridos*, que así se llama la última producción del ingenioso autor.

En esta temporada, Benavente ha producido mucho y ha dado obras á varios teatros. El éxito de *El tren de los maridos* ha sido el más franco. El público ríe desde el principio hasta el fin de la obra, que tiene dos actos; la sátira es fina, las frases son felices, es una comedia pintiparada para el teatro Lara.

En cuanto á la ejecución, un verdadero primor, como sucede siempre en aquella casa, en la que todos los actores son notables.

También ha estrenado allí Eusebio Sierra una pieza titulada *El señor de la torre*, que ha gustado mucho.

La temporada en dicho teatro se prolongará este año hasta fin de mayo ó principios de junio.

* * *

Los nenes, de Jackson Veyán, han tenido éxito regular; pero digo de ellos lo mismo que de *La divisa:* durarán mucho tiempo.

Este autor es de los más afortunados, ó lo que es lo mismo, de los que han hecho más fortuna con sus obras. Podrá ser más ó menos literario; eso á él le tiene sin cuidado, porque ha resuelto su problema. ¿Quién podrá creer que sus zarzuelas *Chateau-Margaux* y *¡Al agua, patos!* han producido más de cuarenta mil duros?

¿Y qué de extraño tiene que al saber estas cosas todo el mundo quiera echarse á autor dramático?

No es, sin embargo, cosa tan fácil hinchar un perro. Para haber hecho una fortuna con sus zarzuelas, ha necesitado tener Jackson Veyán un gran conocimiento de la escena, una práctica grande de la *ficelle*, como dicen los franceses. Pruébase también con tales resultados que se puede ser poco hombre de letras y muy hombre de teatro. En fin, que no nos faltaría más sino que Jackson Veyán hiciera escuela...

* * *

Continuamos esperando la apertura del teatro Lírico. El empresario-constructor lleva gastados ya más de treinta mil duros en pagar una compañía que aún no se ha presentado al público, una orquesta que ensaya hace seis meses y unas decoraciones que ya deben estar llenas de polvo.

Dicen que por fin se abrirá el teatro á principios de mayo, y que es magnífico, y que oiremos seis óperas nuevas, todo lo cual celebraré muy de veras, siquiera para no estar hablando de esto otro año.

* * *

Todo el mundo dice que es malo el negocio del teatro Real de Madrid, y todo el mundo quiere el tal teatro; por algo será.

Siete ú ocho personas han presentado solicitud para que se les adjudique el primer teatro lírico de la nación. ¿Pues no habíamos quedado en que no era posible defenderse allí? ¿No fué largo tiempo admirado Luis París *por haber tenido el valor* (así se repetía) de ser empresario de aquella casa?

Entre los solicitantes figura el Sr. Carmena Millán, que tiene su plan aparte. ¡Rendir culto á la ópera antigua, *á la melodía*, y cerrar las puertas á Wagner!

Esto es nuevo y sumamente atrevido; y acaso porque el Sr. Carmena no se parece á nadie, sea quien se quede con la empresa.

Proscribir á Wagner de un teatro lírico, en una capital europea, á principios del siglo XX..., esto no se le había ocurrido á nadie.

Es notabilísimo, y digno de que se sepa fuera de España. Bien dicen que nunca se acuesta uno sin haber aprendido una cosa nueva...

* * *

Pronto estarán de vuelta María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza. Las últimas noticias son de San Luis del Potosí. En junio llegarán los célebres artistas á la Coruña, adonde irán á recibirles sus autores fieles y predilectos.

La campaña que han hecho en América es de las más grandes que pueda registrar en su historia actor alguno.

Su actividad ha sido vertiginosa, su labor meritísima, la gloria que han dado al arte español, muy grande. Vuelven llenos de laureles y ricos. Pasa de un millón de pesetas lo que legítimamente han ganado.

¿Trabajarán en Madrid en la próxima temporada? Eso es lo que deseamos todos.

Se ha hablado de que pensaban arrendar el teatro de la Zarzuela; pero no hay nada de eso, y más vale así. Su puesto está en el teatro clásico, en el Español.

Y como el empresario actual ha faltado á varias cláusulas del contrato, y los contratos se hacen para que se cumplan, hay que rescindirlo; esto está en el ánimo de todo el mundo. El Ayuntamiento no puede continuar tolerando que el concesionario mande más que él y haga en el teatro lo que mejor le parezca, burlándose de lo tratado.

Preside la comisión de espectáculos del Ayuntamiento de Madrid el marqués de Tovar, un noble demócrata, que ha alcanzado en poco tiempo gran popularidad en Madrid y que es además un hombre honrado.

¿Cómo va á consentir que el concesionario del teatro Español no pague *ochenta mil pesetas* que debe de timbre? ¿Por qué ha de tolerar que la lista de la compañía se modifique, que se hayan representado obras extranjeras, que no haya habido en la temporada actual un director artístico autor dramático, según está acordado?

Forzosamente hay que rescindir ese contrato y ceder el teatro á María Guerrero, que ha dado en él las pruebas más grandes de amor al arte español.

La compañía Mendoza-Guerrero vuelve de América en condiciones tales, que si no hubiera en Madrid teatro para ella, habría que construirlo de planta.

* * *

La compañía de Blanca Iggius ha comenzado su campaña de primavera en el teatro de la Comedia.

Poco abono; muy poco. El público de Madrid empieza á cansarse de italianos anuales. Y como cada año nos envía Italia artistas menos importantes que el anterior, *on commence á en avoir assez*, según expresión de nuestros vecinos los franceses.

En Italia creen que con hacer una lista de compañía basta para asombrar á los madrileños. Ya estamos hartos de artistas esfullinadores, y dentro de un par de temporadas los cómicos de Boloña y de Catania hablarán para las butacas. Esta compañía de la Iggius es muy mala, dicho sea sin ofender á nadie.

EUSEBIO BLASCO.

PENSAMIENTOS

No creáis en las palabras de los hombres sino cuando los hechos correspondan á ellas.

NAPOLEÓN I.

A menudo hablan las cosas cuando los hombres se callan.

DUQUE ALBERTO DE BROGLIE.

Es más difícil impedir que el hombre crea que hacerle creer.

RENÁN.

Pasa con las censuras lo que con las suegras; nos acostumbramos á ellas, sólo que se necesita mucha paciencia y algún ingenio.

A. DUMAS (padre).

Nadie desearía ser ministro si supiera lo que cuesta dejar de serlo.

UN ANTIGUO MINISTRO.

Un orador que renuncia á la tribuna es como una joven bonita que renuncia al mundo.

PABLO BOURGET.

El progreso social no produce á menudo otro efecto que destruir, entre las clases, las barreras que les impedían llegar á las manos.

G. M. VALTOUR.

EL HIJO DEL HÉROE

POR JORGE DE ESPARBES. – ILUSTRACIONES DE H. DELASPRÉ

Habiendo el príncipe Carlos aprovechado la noche para entrar en Ratisbona, Napoleón quiso recobrar esta ciudad antes de marchar sobre Viena.

El enemigo tenía seis mil soldados: artilleros en las murallas y granaderos en los parapetos; para derrotarlo era preciso llenar de escalas un foso, bajar á éste fusil en mano y bajo una lluvia de bombas tomar por asalto enormes fortificaciones cuyos ángulos estaban flanqueados de piezas de artillería.



Así pasó revista á la primera fila

El emperador, situado en un montículo á tiro de bala de cañón, ordenó al mariscal Lannes que hiciera avanzar á la división Morand, y para poner á sus soldados al abrigo del fuego hasta el momento del ataque, colocólos detrás de una granja y mandó que se trajeran de las aldeas vecinas escaleras que puso delante de las tropas.

Los generales habían de pasar revista.

Uno de ellos, muy querido del mariscal que en Eckmuhl había sido nombrado barón del Imperio, era un joven de treinta años, rizado como una mujer, bondadoso en el vivac, severo en las marchas, bueno con sus soldados, y que siempre, al frente de sus hombres y con el puño en alto, acuchillaba al enemigo como un ruso azota á sus perros. Se llamaba Duclos, el «barón Duclos.»

Detuvo su caballo detrás de la granja, mandó tocar llamada, se pasó la mano por los cabellos, mordióse los labios como si tuviera que presentarse delante de la emperatriz y se dirigió hacia sus soldados.

Los primeros que vió eran granaderos: aquel regimiento de hombres barbudos había estado en Arcole, en Rívoli, en Castiglione, en las Pirámides, en San Juan de Acre, en Austerlitz. Podía asegurarse que donde estaban ellos estaba la victoria.

Cuando llegó delante de las filas, el general saludó el Aguila, y entonces, descubierta la cabeza, juntos los pies, delgado, esbelto, abrigado el busto por la pelliza de madgiar con galones de oro, aparecía ante sus soldados ingenuo, más frágil que una muchachita y fresco como una mañana de combate.

– ¡Abran filas!

Los coroneles, dirigiéndose á sus batallones, gritaron: «Segunda fila, ¡tres pasos atrás!»

Una línea de morriones peludos retrocedió.

Y Duclos avanzó seguido de su estado mayor.

Así pasó revista á la primera fila. El general conocía á todos sus hombres, puesto que al pasar por delante de ellos, con una palabra que les hacía ruborizarse, les recordaba una carga ó un asalto. Aquellos soldados parecían cadáveres en pie: viejos, atildados, coquetones bajo sus uniformes remendados, tenían de treinta á cincuenta años, y sus bigotes grises, atiesados por las lluvias y por el sol, caían en forma de crines curvas sobre sus barbas. Todas aquellas cabezas erguidas y enérgicas parecieron de granito cuando pasó Duclos. Una disciplina monacal, cuyos castigos eran la degradación y la muerte, habían infundido en ellos el respeto hacia los grados superiores y parecía haber hundido en su espalda una barra de hierro que, en los días de revista, los mantenía clavados en el suelo, con los pies en ángulo recto y los talones juntos. Los generales se disputaban para tenerlos á sus órdenes. Aquellos veteranos tenían la manía del heroísmo, esperaban durante veinte años la cruz y tuteaban al emperador: eran los abuelos del ejército.

– A ti te he visto en el Monte Tabor, dijo Duclos.

– Sí, mi general; entonces erais capitán.

– Y tú eres un furriel de Austerlitz.

El soldado se estremeció.

– Te hice condecorar por Le Tondu en Burgos, dijo á un tercero.

La revista se presentaba bien; el general estaba contento.

A veces Duclos enderezaba ó metía un morrión, registraba una mochila, arreglaba un correaje. En el centro de la cuarta fila, detúvose delante de un hombre é inmóvil y pensativo le contempló.

Aquel hombre era viejo; tenía la mirada clara de los animales bondadosos, y mirándolo atentamente, hubiérase dicho que cada arruga de su rostro era una campaña. Inclinado sobre el soldado del Viejo Ejército, tan pegado á él que su respiración le calentaba la cara, el general observó al granadero, y fijándose únicamente en su porte, indiferente á la persona, contó los botones, manejó sus armas y le inspeccionó desde las polainas hasta el cuello.

– Poca limpieza...

Puso un dedo sobre la cartuchera del granader y de pronto su voz tomó un acento de severidad.

– ¿Por qué no te conformas con la ordenanza? Tienes el honor de ser legionario y te presentas para un asalto con las armas sucias de barro.

El hombre palideció, abrió los labios para hablar y temblaron sus manos.

– Veamos, dijo el general sosegadamente; la cabeza un poco más alta..., el pulgar estirado sobre la primera abrazadera...

En silencio, nervioso, Duclos continuó la revista, y un cuarto de hora después ordenó el descanso

– ¡Miguel!, murmuró un granadero.

El hombre que acababa de ser amonestado se volvió.

– ¿Qué quieres?

– Tú conoces al general; no lo niegues. Hasta cuando te regaña, os miráis como buenos amigos.

El viejo soldado montó en cólera.

– No me gusta charlar.

– ¡Por vida de!, exclamó el cabo de la escuadra. Es inútil que protestes. Cuando vivaqueamos, os habláis á escondidas; Miguel por aquí, Miguel por allá... Delante de Zaragoza te hirieron y el general fué á verte en seguida...



Era el emperador

– La noche de Landshutt, añadió otro, te dió vino para que convidaras á tus compañeros.

– ¡No nos conocemos!, contestó el testarudo granadero. ¡Yo, amigo de un general, de un barón dotado por el emperador!.. Además, nunca deja de reprenderme. Ya habéis visto ahora mismo lo que me ha dicho á propósito de mi cartuchera.

– Esto es para disimular. Pero á mí se me figura que en otro tiempo habéis sido muy íntimos.

En aquel momento sonó el tambor.

Era la señal de ataque.

Las escaleras para el asalto de la ciudad estaban en el suelo delante de la granja.

Lannes pidió cincuenta hombres que clavaran aquellas escaleras en el foso; se presentaron muchos más y hubo que escoger entre ellos; mas apenas salieron de la granja, desde la muralla hicieron una descarga y los cincuenta voluntarios fueron cincuenta muertos.

A las voces de Lannes y del general Morand, otros cincuenta soldados cogieron las escaleras y corrieron hacia las murallas. Una lluvia de metralla los derribó á todos.

Morand se volvió, y lleno de rabia y espoleando á su caballo, gritó:

– ¡Duclos, apelad á los de Austerlitz!

El general, presentando su costado izquierdo á las bombas, púsose á galopar delante de sus tropas.

– ¡Soldados!

El viento que levantaba el caballo en su carrera, paseaba su voz por entre los regimientos.

– ¡Soldados! ¿Os acordáis de las jornadas de la Trebia, de Zurich, de Abukir, de Marengo?

Y volvió á pasar á escape por detrás de sus tropas.

– ¡Soldados!

No se oyó más que un rumor precipitado de pasos, y entre el ruido de las barbadas, la voz del general que mascullaba una arenga.

– ¡Soldados de Hohenlinden y de Jena! ¡Granaderos de Eylau y de Friedland! ¿Permaneceréis inmóviles delante del enemigo?

De un brinco se puso nuevamente delante de las filas; su caballo echaba humo.

– ¡Soldados!, gritó Duclos. ¡Sois franceses, el emperador os contempla y ahí está una ciudad que es preciso tomar!

Ninguno de los regimientos se movió. Sólo un granadero salió de las filas. Fué un espectáculo grotesco: un hombre solo, provisto de una escalera que marchaba al paso contra ocho mil hombres y doscientos cañones.

Duclos palideció.

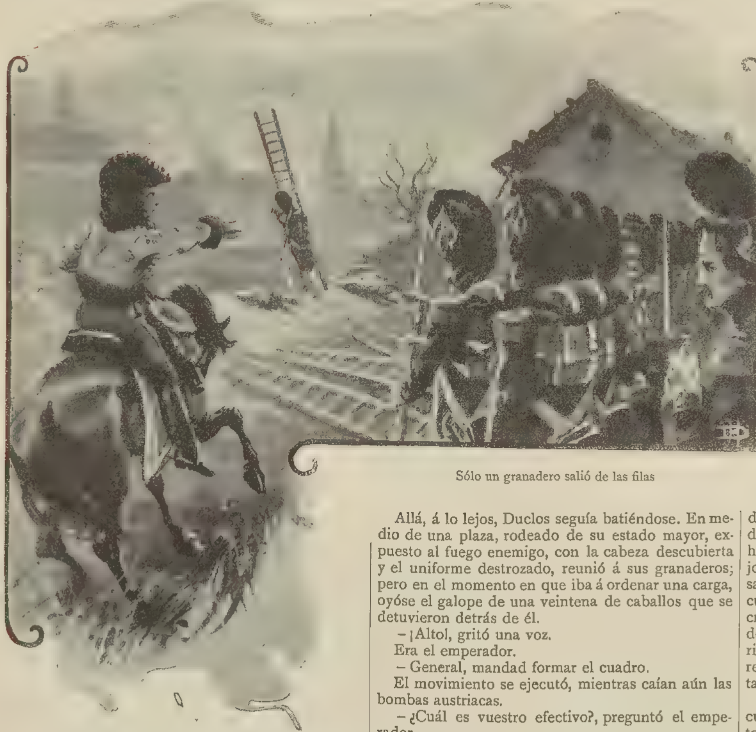
– ¿No habrá quien siga á ese valiente?..

No tuvo tiempo de concluir la frase. Los regimientos se agitaron.

– ¡Adelante!, gritó Duclos.

Ponía ya un pie sobre la escalera, y aquellos hombres, lanzando gritos salvajes, se arrojaron contra la muralla, siguiendo á su general. El viejo granadero disparaba ya desde la cresta del muro. Entonces comenzó la lucha. Una línea de relámpagos iluminó Ratisbona y las descargas enemigas se sucedieron sin interrupción; pero al cabo de tres horas de combate, los cañones austriacos, cansados de vomitar metralla, retrocedieron.

La ciudad estaba tomada.



Sólo un granadero salió de las filas

Allá, á lo lejos, Duclos seguía batiéndose. En medio de una plaza, rodeado de su estado mayor, expuesto al fuego enemigo, con la cabeza descubierta y el uniforme destrozado, reunió á sus granaderos; pero en el momento en que iba á ordenar una carga, oyóse el galope de una veintena de caballos que se detuvieron detrás de él.

– ¡Alto!, gritó una voz.

Era el emperador.

– General, mandad formar el cuadro.

El movimiento se ejecutó, mientras caían aún las bombas austriacas.

– ¿Cuál es vuestro efectivo?, preguntó el emperador.

– Unos quinientos hombres. Mis regimientos son los que más han sufrido.

El caballo de Napoleón dió vuelta hacia el lado de la brigada. Duclos dió un paso, y los dos hombres se hablaron en voz baja.

– Traédmelo, dijo al fin el emperador.

Las tropas habían presentado armas y reinaba un silencio absoluto... Allí estaban aquellos á quienes el general había visto por la mañana, pero no con el aspecto brillante que presentaban en la revista, sino cubiertos de sudor, manchados de sangre, harapientos, hermosos como verdugos. Sus ojos fueron recorriendo escuadra por escuadra; de pronto, por haber sin duda encontrado al que buscaba, levantó la espada y gritó:

– ¡En nombre del emperador! Que avance el soldado que primero subió al asalto.

Todavía caían sobre la ciudad algunos paquetes de metralla, pero lanzados desde lejos, porque el enemigo se retiraba precipitadamente. Un hombre salió de las filas y se acercó al general.

Era el mismo que había merecido una reprimenda de Duclos. Andaba con timidez y con la cabeza baja, molestado por una herida en la frente, de la que manaba sangre, lo cual le obligaba á enjugarse continuamente los ojos con la mano izquierda. Cuando estuvo en el centro del cuadro, á cuatro pasos del general, paróse bruscamente y presentó armas: el barón Duclos, pálido, de pie sobre los estribos, mandó que redoblaran los tambores. El soldado se estremeció ebrio de gloria.

– Estabas en Egipto, dijo el emperador, que le reconoció.

– Sí, sire.

– ¿Y tu cruz?

– La gané en Lodi.

– Está bien, dijo el emperador desviando su glacial mirada de aquel hombre. ¡Ahora, Duclos, ya sabéis lo que os toca hacer!

El general, petrificado, acercóse á las tropas y con voz de trueno que oyeron inmóviles todos los batallones, aun los más distantes, gritó:

– ¡Granaderos y tambores! De hoy en adelante reconoceréis como cabo al soldado Miguel Duclos, el primero en llegar á Ratisbona y herido en la frente, y le obedeceréis en todo lo concerniente al bien del servicio y á la ejecución de los reglamentos militares!

Dió una vuelta, y temblando de fiebre, en medio de un silencio mortal, mandó tocar descanso.

Después bajó del caballo, abrazó al granadero y las tropas pudieron ver cómo aquellos dos hombres lloraban.

– Señor barón, preguntó el emperador, ¿por qué ese valiente no es más que simple granadero?

– Estaba retirado desde la campaña de Italia, pero el año pasado le aconsejé que se reenganchara.

Duclos miró nuevamente al soldado.

– De esta manera nos vemos todos los días. ¡Ah, sire! En cinco años, sólo una vez he estado en mi casa. Una bala puede matarme; si esto sucede, por lo menos *él* estará conmigo. Nos hemos jurado morir por la Francia y por nuestro emperador.

– ¿Conocéis, pues, á ese hombre?

– Es mi padre, respondió Duclos.

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES. – EMPRESA DE NAVEGACIÓN FLUVIAL DE D. NICOLÁS MIHANOVICH

De lo que es capaz un espíritu observador, constante en el trabajo; de lo que es capaz un criterio acertado, un carácter firme y recto; de lo que puede la perseverancia y la fe en el porvenir, contando únicamente con el propio esfuerzo, es ejemplo viviente el armador don Nicolás Mihanovich.

Llegado á orillas del caudaloso Plata apenas cumplidos los diez y ocho años, y en los albores del año 1862, al contemplar la grandeza y majestad de este brazo de mar que impropiamente lleva el humilde nombre de río, germinaron en la mente del joven marinero ideas y anhelos de ambiciosa empresa que le impelieron á dejar el buque de vela de cuya tripulación formaba parte, y en el que había cruzado el Mediterráneo y el Atlántico trayéndole de las risueñas costas del Adriático á las hospitalarias playas argentinas y á trocar su patria, la pintoresca Dalmacia austro-húngara, por la adoptiva, la también pintoresca República Argentina.

Y empezó como empiezan todos los que sin recursos, pero con grandes esperanzas y muchos alientos, llegan á un nuevo país: trabajando desesperadamente, pero ahorrando siempre, economizando sobre las horas de descanso, haciendo dinero del sueño.

Pocos años después, la guerra del Paraguay le dió ocasión para reunir un modesto capital, debido á sus conocimientos prácticos de los grandes ríos, arterias de esta parte de América, como son: Paraná, Uruguay, Paraguay y de sus numerosos afluentes y múltiples canales; capital que sirvió para la compra del primer vaporcito remolcador, ensanchando paulatinamente su círculo de acción lo que permitió la adquisición de otros dos, hasta que en 1877 constituyó la actual Empresa Fluvial, creciendo su fortuna á la par que su nombre y fama como armador concienzudo, serio, activo, hasta llegar al estado actual. Su flota hoy en día es la más importante y poderosa, no solamente de esta parte de América, sino que también de Europa, teniendo en cuenta que está en manos de un solo hombre, que es á la vez fundador y director y único propietario, en edad relativamente joven, si se considera el cúmulo de trabajo ejecutado.

Aquellos primeros remolcadores se multiplicaron y seguramente continuarán multiplicándose, constando hoy dicha flota de muy cerca de doscientos buques; de ellos, treinta y cuatro son espléndidos vapores para pasajeros y carga, destinados al servicio de los puertos del alto y bajo Paraná, Uruguay, Paraguay y Río de la Plata, con todos los adelantos modernos para la navegación de los ríos y con todo el lujo y *confort* imaginables, resultando algunos de ellos verdaderos modelos de la moderna arquitectura naval, especialmente los llamados *París, Eolo, Tritón, Helios, Golondrina, Montevideo, Olimpo, Rivadavia, Urano, San Martín,* etc., etc.; nueve son grandes vapores exclusivamente de carga que hacen servicio fijo semanal entre los principales puertos del litoral; cuarenta y nueve vapores remolcadores, algunos de mucha potencia y con todas las instalaciones y materiales precisos y necesarios para toda clase de salvamentos; cuatro pontones ó depósitos flotantes para inflamables, explosivos, etc.; noventa y tres chatas y lanchones á vela para carga, algunas especialmente construídas para la conducción de ganado en pie; y dos grúas flotantes de gran poder, amén de otras naves en construcción en los grandiosos astilleros, también de propiedad de D. Nicolás

Modelo de los grandes vapores de la empresa
Comedor de "EL GOLONDRINA"

Modelo de los grandes vapores de la empresa
Salon de "EL PARIS"

NICOLAS MIHANOVICH

Modelo de los grandes vapores de la empresa
"EL TRITÓN"

Modelo de los grandes vapores de la empresa
"EL HÉLIOS"

Muelles del Astillero de "LA BOCA".

Astillero de "LA BOCA".

REPÚBLICA ARGENTINA. - BUENOS AIRES

Empresa de Navegación fluvial de D. Nicolás Mihanovich (fotografías remitidas por D. Justo Solsona)

Mihanovich. Son éstos el de «La Boca» en Buenos Aires y el del «Salto» en la vecina República Oriental, y en ellos, además de nuevas construcciones, se efectúa la limpieza, recorrido de fondos, arreglo de averías, composturas, transformaciones y cuanto es necesario para la conservación y aumento del valioso material flotante.

D. Nicolás Mihanovich ha formado una numerosa familia, hoy casi toda ella moza. A pesar de la gran riqueza, ha procurado dar á sus hijos una vastísima educación é instrucción lo más completa posible, pero propia para el trabajo, haciendo de ellos sus grandes é inteligentes colaboradores. Cada uno tiene á su cargo la dirección de una sección, según sus conocimientos y aptitudes; y todos, de común acuerdo con su padre y recibiendo sus inspiraciones, van aumentando, como por arte de encantamiento, la colosal fortuna. Es ejemplo digno de imitarse por las familias poderosas y opulentas argentinas y coloniales, que, escudadas en su riqueza, no se preocupan mucho de enseñar á los hijos el modo de conservar y acrecentar la fortuna propia, bastándoles el barniz de cultura social y nada más. Para el observador amante del porvenir de la República Argentina, es altamente satisfactorio ver á los jóvenes hijos del referido armador, cultivadores de la amistad en la más elevada sociedad porteña y guardadores de la más rigurosa etiqueta por la noche, ocupar por la mañana antes de abrirse para el público las oficinas respectivas, cada uno su despacho, atentos á sus deberes de jefes directores, dando ejemplo á sus subalternos, sin abandonar su exquisita finura, su amabilidad correcta, que tanto aprecio les conquista entre clientes y empleados.

D. Nicolás Mihanovich posee varias condecoraciones y está á su cargo el Consulado general del imperio austro-húngaro, cargo en el que se ha captado la merecida estimación de sus compatriotas por su sencillez y maneras afectuosas. La verdad sea dicha: este señor está connaturalizado con todos, propios y extraños, es decir, argentinos y extranjeros aquí residentes. Especialmente la colonia española, le tiene en la más alta estima por haberse adherido siempre á todos sus actos patrióticos ó particulares, á sus fiestas y á sus penas. A menudo ha puesto graciosamente alguno de sus hermosos vapores á disposición de las comisiones de la Asociación Patriótica y de otras entidades, cuando les ha sido necesario salir á la rada exterior, ya para dar la bienvenida, ya para despedir naves y personas de nuestra patria. Además, buena parte de sus marinos y empleados son españoles.

Y para dar fin á estos ligeros apuntes, diremos que el personal de la Empresa que nos ocupa, en todo tiempo excede del número de dos mil individuos; que el gasto diario sobrepuja á diez y seis mil pesos; que se eleva á más de ochenta mil toneladas el gasto anual de carbón, y que resulta ser una de las principales fuentes de trabajo, engrandecimiento y riqueza de la República Argentina.

Buenos Aires. JUSTO SOLSONA.

FLACO SERVICIO

Cierto día, con motivo de no recuerdo qué acontecimiento de índole académica, asistí á un banquete que se celebró en una de las grandes salas del manicomio de C***, perfumado por los aromas de los jardines de Aranjuez, conducidos por las brisas del Jarama.

La visita que después de la comida se giró á todos los departamentos de la casa me impresionó tristemente.

Cuando todavía las últimas oleadas del *champagne* bebido forjaban en mi cabeza panoramas coloreados de rosa, horizontes nacarados, fantásticas ilusiones de realización imposible y vagos contornos de doradas imágenes, los gestos sin motivo, las carcajadas sin razón, las muecas incomprensibles, las contorsiones ridículas, los saltos intempestivos, los gritos rabiosos, las lágrimas sin causa, los estrabismos en las miradas, las deformidades faciales, todos esos mil y mil detalles desconsoladores, imponentes, enervantes, que se ven en los patios de las casas de salud, vinieron á desbaratar las edificaciones del vapor, los castillos de naipes, los montes de humo que vibraban dentro de mí, como el éter vibra para producir la luz.

¿Quién hubiera podido adivinar lo que dentro de aquellos cuerpos vivió un día? ¿Cómo advertir el paso de la inteligencia por aquellos cráneos muertos?

¡Misterios indescifrables! Aquellos seres, dignos de nuestra envidia si en su locura encontraban su felicidad, habían sentido todo lo que ya no volvieron á sentir; quizá por ello rodaran hasta la fosa destinada á los que creen vivir pensando un día en sendas de flores, caminos de oro, metas de gloria! ¡Todo se hundió en un abismo sin fondo por la sola alteración de una de las ruedas del organismo cerebral!

Cuando penetramos en el edificio destinado á las mujeres, mi aplanamiento subió de punto.

Al principio, la presencia de las heroicas hermanas de la Caridad que por ella viven y por realizarla mueren, con sus candideces de vírgenes, sus burdos sayales, sus tocas blanquísimas como el alba de sacerdote, las flores de almendro ó los trajes de novia, bajo las que chispean ojos juveniles y rostros de azucena; la presencia, digo, de esos ángeles que cuidan de los enfermos y acuden á las guerras y colocan lazos azules en las colgaduras de batista de los hospitales y ponen velas rizadas en los ataúdes de los niños, suavizaron por un momento mi dolor, sin duda para tomar mayores vuelos y recrudecerse ante la presencia de las locas del manicomio.

¿Quién reconocería en ellas á la madre, á la hija, á la esposa que un día alegraron el hogar, ahora falto de su aureola, huérfano y desvalido de su apoyo y de su sombra?

¡Desdichadas! Para ellas no se ha hecho el amor, ni los goces, ni ninguna de las manifestaciones de la felicidad de que las demás disfrutan, sin conciencia de que hay quienes nunca las gustaron. Para ellas no cayó la lluvia de rosas que toda mujer merece.

Pues señor..., y hagan ustedes cuenta de que todo lo anterior no es más que un preludio, proemio, prefacio ó cualquier otro *pre* completamente innecesario para la substancialidad de mi cuento, entre los alienados que más llamaron mi atención figuraba uno que con sólo saber que se llamaba y hacía llamar *Su Majestad,* ya se podrá comprender qué locura padecía y el grado de desarrollo que la enfermedad había alcanzado.

Nadie puede concebir nada más estrafalario y ridículo; las majestades de verdad no han podido suponer jamás que se les puede hacer semejante caricatura. ¡Qué de cintajos, bandas y piltrafas de rasos y sedas! ¡Qué monumental corona de latón ceñía sus sienes apergaminadas! ¡Qué continente de estúpida seriedad en todo su ser!..



GUADALCANAL. CALLE DE LA MORERÍA, cuadro de José Pinelo

Como aun entre los locos los hay nacidos para constituirse en figura principal y quiénes para formar inevitablemente en el gran coro y comparsería, *Su Majestad,* que era de aquéllos, pudo dar pábulo á sus monomanías de grandeza y poderío, extendiendo su acción sobre unos fantásticos dominios, en los que encontraba súbditos de carne y hueso que obedecían sus mandatos, acataban sus órdenes, sufrían sus autocráticos decretos con la misma mansedumbre que los pueblos que no saben, pueden ó quieren sacudir los dogales de sus tiranos.

Y *Su Majestad* era feliz: sentado invariablemente en un antiguo sillón tapizado con restos de trapos de mil colores; empuñando una escoba á guisa de cetro y recibiendo de cuantos, locos ó cuerdos, pasaban por su lado los homenajes de su sumisión y acatamiento que el médico había previamente prescrito, ¿quién más feliz, contento y regocijado que él? Veía por completo realizados sus deseos, atendidos sus caprichos, plenas sus aspiraciones, ¿qué más podía ambicionar? Y en efecto, con esa olímpica indiferencia que los poderosos sienten por todo lo que no es suyo, sólo ambicionaba que le dejasen tranquilamente disfrutando de sus jerarquías, ejerciendo su pacífica dictadura en aquel mundo de locos que con resignación envidiable no oponía el menor obstáculo á la marcha progresiva de su reinado y á él había amoldado sus costumbres y género de vida, hasta el punto de que el soberano había llegado á ser dentro de la casa un artículo de primera necesidad.

En el manicomio, pues, había por lo menos una persona completamente feliz. Pero...

El director del establecimiento era sin disputa el alienista más afamado de aquella época. Se contaban de él curas maravillosas, y hay quien supone que tan generoso se mostraba con sus enfermos, que hasta llegó á darles parte de su razón á cambio de aliviarles un tanto de sus locuras.

Al tomar posesión de su cargo, con solicitud paternal se fué informando de todos y cada uno de los casos que en el manicomio se habían amontonado, proponiéndose corregirlos, estudiarlos, abrirles las puertas de la luz, de la razón, de la vida. Su talento, sus estudios, ¿en qué podía mejor emplearlos que en salvar de las negruras del idiotismo, de la imbecilidad, de la inconsciencia, á aquel plantel de hermanos desheredados, de semejantes preteridos en el reparto de la razón y la inteligencia?

Y consecuente con sus planes, de una bondad altruista admirable, puso mano en ellos, fijándose principalmente – como no podía por menos, dada la evidente significación de que en la casa disfrutaba – en el alienado arriba descrito á plumazo limpio, porque tampoco para el objeto de la narración presente merece el tal ni la labor detallada del repujador veneciano, ni la minuciosidad benedictina del platero cordobés.

Enteróse, pues, de los pormenores que concurrían en la locura de *Su Majestad,* y como la cosa más natural del mundo, como si en el bolsillo del chaleco guardase el frasco del suero de la locura y la jeringuilla llena del extracto condensado de la razón, de resultados infalibles, exclamó el galeno:

– A ese hombre, le curo yo.

Y se dedicó á estudiarle. Comprendió que las lesiones que padecía del centro nervioso pudieran muy bien resultar parciales; puso en práctica los ya conocidos experimentos de Haller y Soemering; repasó las metamorfosis á que puede estar sujeta la facultad

que alguien denominó «el encadenamiento de verdades que alcanza naturalmente el espíritu humano sin el auxilio de las luces de la Fe,» y convencido de que los locos no poseen distintas facultades que los cuerdos para tener que luchar contra ellas, sino las mismas de éstos, aunque ejercidas anormal, inarmónicamente y fuera de las reglas de la razón humana, consideró su tarea de encaminamiento de *Su Majestad* por el recto sendero del juicio relativamente sencilla y siempre hacedera. Todo consistía en talento, el antiguo caso del manicomio me decía lastimeramente:

– No sé por qué los hombres se meten á enmendar las decisiones de Dios. Allá dentro yo era feliz, completamente feliz con mi locura, y no envidiaba ni al emperador de la China. Ahora, ya ve usted; para sostenerme tengo que pedir limosna. Me han devuelto la razón; ¡pero bien me han fastidiado!..

CARLOS OSSORIO Y GALLARDO.

bulosas con exposición relativamente corta, gracias al considerable diámetro de la lente y á su corta distancia focal. La cúpula será giratoria, para poder dirigir la visual á todas las regiones del cielo.

El cuerpo de edificio sobre el que descansa la cúpula descrita es de planta octogonal, y en la crujía comprendida entre el muro exterior y el circular que le sirve de base inmediata, hay las escaleras necesarias para dar acceso á los distintos pisos de la edificación, y su cubierta la constituye una espaciosa terraza que rodeando la cúpula servirá para realizar todas aquellas observaciones que puedan y deban hacerse al aire libre.



BARCELONA. – OBSERVATORIO FABRA QUE SE HA DE CONSTRUIR EN LA CUMBRE DEL TIBIDABO, proyecto de D. José Doménech y Estapá

normalizar sus facultades perceptivas y reflectivas. El caso que estudiaba el director, por otra parte, no tenía nada de particular: no se trataba de un idiota ni un imbécil en el que hubiera negación completa de facultades intelectuales y afectivas; no se notaba en él una falta del desarrollo cerebral en el ejercicio de los instintos, de los sentimientos y de las facultades intelectuales; era más bien un ejemplo palpable de lo que puede llegar á ser una aberración de estas mismas cualidades del individuo, una obsesión de la grandeza considerada como término de la felicidad. Tenía remedio.

Detallar todos los sistemas, recursos y medios á que el buen galeno recurrió para lograr sus propósitos y hacer que en aquel cerebro extraviado se infiltrase de nuevo, como la luz del sol por el cristal, la luz de la razón, sería tarea demasiado prolija y árida para este trabajo. Baste saber que al cabo de no mucho tiempo desaparecieron de aquel manicomio aquellos ridículos trofeos de una monarquía ilusoria, y después de alguno más, la antigua majestad salía de aquella casa completamente curada de sus extravíos y en disposición de alternar con todos los hombres á quienes todavía no se ha querido descubrir el desequilibrio que siempre por unas ú otras causas y unas ú otras pasiones tienen todos los cerebros que no pertenecen á cretinos.

Pobre, solo, abatido, el infeliz restituído al mundo cayó desde el alto pedestal de sus fantasías risueñas al medio del arroyo, donde implorar de nuevo la caridad de sus hermanos para atender al sostenimiento de su cuerpo miserable, pedestal de una cabeza perfectamente regularizada.

La curación tuvo una resonancia fenomenal, y el ministro, enterado del hecho, se apresuró á recompensar con una brillante condecoración el talento del médico, quien desde aquel instante pudo ser considerado como un émulo de Berard y Montegre, de Pinel y Tiedemán.

Y el mismo día que el notable alienista estrenaba en el ojal de su levita la roseta que pregonaba su

EL OBSERVATORIO FABRA

La Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona ha visto por fin coronadas de éxito sus tentativas desde largo tiempo acariciadas de establecer en esta ciudad un Observatorio Astronómico y Meteorológico de primer orden, á la altura de los mejores del extranjero. Gracias á la munificencia del Excelentísimo Sr. Marqués de Alella D. Camilo Fabra, será, por fin, un hecho la realización de este proyecto que tantos servicios podrá prestar á la ciencia y que tanto redundará en el buen nombre de una población que aspira á colocarse por su cultura y actividad al nivel de las más importantes de la tierra.

El Observatorio pertenecerá á la Real Academia de Ciencias y Artes de Barcelona, la cual cuidará de su dirección é inspección técnicas. Se levantará el nuevo Observatorio en la cordillera del Tibidabo, en un montículo elevado unos 450 metros sobre el nivel del mar, cerca del ferro-carril funicular y en una situación admirable por su cielo despejado.

La dirección arquitectónica del edificio correrá á cargo del arquitecto Sr. D. José Doménech y Estapá, individuo de la Real Academia de Ciencias, y la dirección astronómica y meteorológica del mismo está encomendada al astrónomo Sr. D. José Comas Solá, académico también de la Real de Ciencias. Conforme aparece en el grabado que reproducimos, el aspecto del Observatorio Fabra será monumental, dentro de la sobriedad de sus líneas. Destácase en primer término la gran cúpula de 10 metros de diámetro, destinada á cobijar un ecuatorial doble, visual y fotográfico, de 37 centímetros de diámetro y 6 metros de longitud. Este instrumento será el mayor de España y comparable á los más potentes de Europa. Al mismo se adaptarán diversos accesorios para estudios especiales, como son el micrómetro con iluminación de hilos y de campo, espectroscopios para las observaciones espectrales del Sol y de las estrellas y la fotografía de las protuberancias solares. El gran objetivo fotográfico permitirá la fotografía del cielo estrellado y de las más pálidas ne-

De los ocho lados del octógono indicado, hay cuatro de ellos de 7 metros de amplitud, y emplazando ante uno de éstos el pórtico de entrada, pueden hacer de los tres restantes otras tantas crujías de aquella amplitud, que siendo posible darles una longitud relativamente muy grande, podrán permitir la instalación de multitud de servicios que en tales edificios han de realizarse.

De momento y ateniéndose, por ahora, la Real Academia á los medios con que cuenta, se proyecta construir sólo una de aquellas crujías, orientada de E. á O., para poder emplazar en ella y en su parte central el departamento destinado á sala meridiana, en donde se instalará el círculo del mismo nombre.

En el extremo de la crujía que describimos y que tendrá 15 metros de longitud se proyecta la construcción de una torre rectangular destinada á las observaciones meteorológicas y en cuya cima se instalarán variados instrumentos registradores.

La altura total del punto más alto de la cúpula que cobija el ecuatorial, sobre el terreno en que se levanta el edificio, es de 20 metros.

El Observatorio se completará con diferentes dependencias y pabellones importantes.

La ciudad condal no dejará jamás de incluir entre el de sus más ilustres patricios el nombre de D. Camilo Fabra, propulsor de una obra meritísima, como debe recordarse el de todos aquellos hombres que desinteresadamente se sacrifican para el mayor bien y progreso de su patria. Y los plácemes de toda persona culta se harán extensivos al dignísimo Presidente de la Real Academia de Ciencias Excelentísimo Sr. D. Silvino Thos y Codina, que con tanto acierto ha conducido á feliz término sus gestiones; á los Sres. Doménech y Estapá y Comas Solá, que con tanto entusiasmo acogen y realizan la idea; y en fin, á la Real Academia en pleno por sus desvelos é iniciativas en pro de la cultura de Barcelona y el progreso científico de España. – X.



UNA ARTISTA, cuadro de Alberto Edelfelt



LOS CALZONES ROTOS, cuadro de Souza Pinto



Rosita, cuadro de Juan Brull (Salón Parés). – Otra bellísima producción del distinguido pintor catalán Juan Brull nos cabe poder reproducir en estas páginas. Ha poco, y con motivo de publicar una de sus graciosas cabecitas, emitimos conceptos y apreciaciones que entendemos no debemos repetir, limitándonos, por lo tanto, á consignar que la obra á que nos referimos es digna compañera de las que han brotado de la paleta de aquel artista, y que ésta como aquéllas se recomienda por ese delicado sentimiento que constituye la característica del concepto artístico que interpreta el pintor.

Estudios de fotografía á plena luz, de W. de Gloeden.—Hace algunos años podía discutirse si la fotografía era digna de figurar entre las bellas artes; hoy esta discusión resulta ociosa, pues nadie negará que existen en número incalculable fotografías verdaderamente artísticas. Los frecuentes concursos de obras de esta índole, la atención que les dedican, no sólo las publicaciones especiales, sino que también las más acreditadas revistas en donde hasta hace poco únicamente reproducían cuadros, estatuas y monumentos, de tal manera han despertado la afición y hecho nacer la emulación en-



Estudio de fotografía á plena luz, de W. de Gloeden.

tre los aficionados, que en la actualidad bien puede afirmarse que lo que fué un día primordial y casi único objeto del invento de Daguerre, es decir, el retrato, ha pasado á ser casi secundario. El perfeccionamiento de los aparatos, los adelantos de la física y de la química, los descubrimientos maravillosos que en este terreno todos los días se realizan, han ensanchado considerablemente el campo de la fotografía y han popularizado este arte; pero han hecho algo más, han avivado el amor á la naturaleza, ya que en ella encuentran los que á la fotografía se dedican un tesoro inagotable de temas á cual más hermoso é interesante, que si desde el punto de vista pintoresco recrean los ojos y hacen sentir toda la belleza que la obra divina encierra, con sus cambiantes de luz, con sus transparencias aéreas, con sus variadas perspectivas, han obligado á los fotógrafos á aguzar el ingenio para resolver los difíciles ptoblemas que todos estos elementos integran.



Estudio de fotografía á plena luz, de W. de Gloeden

En distintas ocasiones hemos publicado en esta revista fotografías que demuestran la verdad de las anteriores afirmaciones; hoy reproducimos dos estudios á plena luz del aficionado alemán W. de Gloeden que le acreditan de consumado artista fotógrafo.

Guadalcanal. Calle de la Morería, cuadro de José Pinelo.—Una nueva página del interesante libro que acerca de la hermosa reina del Guadalquivir van llenando los artistas sevillanos, nos ofrece ocasión de dar á conocer á nuestros lectores al laborioso y discreto pintor José Pinelo, quien, al igual que sus compañeros, va dando á conocer cuanto ofrece temas y asuntos dignos de estudio en el bonito pueblo por él escogido como residencia. Guadalcanal presenta, como todas las localidades sevillanas, cierto carácter que la distingue, haciéndola agradable para el artista, que halla bellezas que reproducir y asuntos que estudiar. El Sr. Pinelo merece aplauso por su bellísima obra y por el propósito que persigue, digno de encomio, puesto que pone al servicio de su región el caudal de sus aptitudes é inteligencia.

Una artista, cuadro de Alberto Edelfeldt.—Podrá no ser una artista de profesión, pero tiene sin duda alguna un alma de artista que se revela en la inteligencia de su mirada y en la atención con que contempla los dibujos que va sacando de la cartera. Edelfeldt ha sabido encontrar la expresión justa del tipo que se ha propuesto representar: no es la joven frívola que mira la obra de arte con el mismo ó acaso con menos interés con que examinaría el último figurín del periódico de modas; no es tampoco la mujer sabihonda que se las echa de erudita y de crítica procurando extraer la quinta esencia del trabajo sobre el cual se digna fijar sus ojos. No; el personaje del cuadro que nos ocupa es la encarnación genuina de la verdadera artista moderna: ilustrada sin petulancias; reflexiva sin abstrusas ideologías, y sobre todo bella sin afeites y elegante sin exageraciones; que en nuestros tiempos el ser mujer, discreta, inteligente y hasta sabia no significa, por fortuna, la ausencia de naturales encantos ni el desprecio de mundanos atavíos.

Los calzones rotos, cuadro de Souza-Pinto. – El asunto de este cuadro, en el fondo, ya que no en la forma, se repite con sobrada frecuencia en todos los hogares en donde hay un chiquillo que va á la escuela. Cuando, terminada la hora de clase, salen los muchachos como bandada de pájaros puesta de improviso en libertad, lo primero que se les ocurre es correr, saltar, brincar, golpearse, como si la naturaleza les impusiera esta gimnástica rudimentaria en compensación de la inmovilidad á que durante tantas horas estuvieron condenados sus cuerpos. ¡Y qué ha de suceder! Que el uno se cae, que el otro se arrastra por el suelo, que dos se agarran para ventilar algún *asunto de honor* iniciado en el aula, y de ello resultan una descalabradura, una chaqueta estropeada, un pantalón roto, algo, en fin, que es la eterna desesperación de las madres, las cuales han de tener siempre á mano para reparar tales entuertos la botella de árnica y sobre todo el hilo y la aguja, amén de la mano para saludar con un par de moquetes al que llega á su casa malferido y con la ropa destrozada. Y entonces se produce, con más ó menos variaciones de detalle, pero en su esencia siempre la misma, la escena que tan admirablemente ha trasladado al lienzo el notable pintor francés Souza-Pinto, pintor cuyo elogio no hemos de hacer porque, aparte de ser su nombre muy conocido en el mundo del arte, los lectores de La Ilustración Artística han tenido ocasión de admirar varias de sus principales obras, publicadas en nuestras páginas.

Cartel anunciador, original de Alejandro de Riquer.—Alejandro de Riquer figura por derecho propio entre nuestros mejores cartelistas; fué de los primeros en cultivar en España esta especialidad, y con razón ha llegado á ser uno de los que con más éxito á ella se han dedicado, gracias á sus talentos artísticos y sobre todo á sus especiales conocimientos de cuanto con la pintura ornamental y decorativa se relaciona. Sus carteles son expresión clara y gráfica de la idea ó de la cosa á que han de responder; la parte de adorno en nada perjudica á la claridad del asunto, y sin ser obras detalladas, ya que la minuciosidad no armoniza bien con este género pictórico, tampoco son un conjunto de manchas informes, de cuerpos desdibujados, de líneas y contornos absurdos é inverosímiles. Riquer ha encontrado el justo medio, y gracias á esta condición, más difícil de lo que á primera vista parece, ha logrado el aplauso de todos y ha conseguido tener un estilo propio y además de propio bueno, uniendo en sus producciones la originalidad en la concepción y la bondad en la ejecución de lo concebido.

Al abrevadero, cuadro de Rafael Correa.—Recientemente, y con motivo de reproducir en las páginas de esta Revista otra producción del mismo género, consignamos apreciaciones y juicios respecto de las condiciones y aptitudes que reconocemos y aplaudimos del inteligente pintor chileno Sr. Correa. De ahí que hoy nos veamos obligados á llamar únicamente la atención de nuestros lectores acerca del hermoso cuadro que reproducimos, interesante estudio que atestigua las cualidades del artista para el cultivo de un género preñado de dificultades, que sólo es dable vencer á costa de paciente labor y cuidadosa observación. El lienzo á que nos referimos figuró en el Salón de París y llamó la atención de los inteligentes.

Teatros. – *Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Las bodas d'or*, cuadro dramático en un acto de don José M.ª Jordá; *Un condemnat á mort*, pieza en un acto de



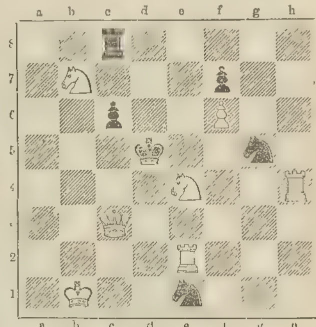
Cartel anunciador, original de Alejandro de Riquer

D. A. Ferrer y Codina; y *Las flors del desert*, drama en tres actos de D. Jaime Brossa; en el Principal, *Caza de almas*, comedia en un acto del Sr. Martínez Viergol, y en el Eldorado, *El tirador de palomas*, zarzuela dramática en un acto y cinco cuadros de los Sres. Fernández Shaw y Asencio Mas, música del maestro Vives. En el teatro de Novedades el renombrado pianista Sr. Vidiella ha dado un notable concierto, compuesto exclusivamente de las quince rapsodias de Listz, que ejecutó admirablemente, alcanzando entusiastas ovaciones.

AJEDREZ

Problema número 279, por A. Greenway.

Negras (6 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 278, por E. R. James.

Blancas.	Negras.
1. A c 5 - h 8	1. R juega.
2. D a 4 — a 1	2. P toma A ú otra.
3. D a 1 — g 7 mate.	

VARIANTES.

1......... P toma A ;	2. D a 4 — e 8, etc.
1 .... b 4 b 3 ;	2. D a 4 — d 4, etc.
1......... Otra jugada;	2. D a 4 — a 1, etc.

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Pronto una blanca espuma cubre los restos de su cabellera diezmada por la edad y los disgustos. Cierra los ojos; la operación continúa largamente. De pronto, á tres pasos de él, una voz conocida empieza á hablar:

- ¡No tan aprisa, caramba, que me desuella usted! Necesitaría usted ir á trabajar algún tiempo en Nueva York. Allí, amigo, se afeita al parroquiano tendido en un balancín, como en una especie de guillotina. Allí nadie se atrevería á emplear menos de veinte minutos en hacer una barba. La mayor parte de las veces, el parroquiano se duerme. Pero ¡diantre!, aquí tiene uno tantas ganas de dormir como en casa del dentista.

Bajo su espuma, Codoero tenía ganas de llorar. Pensaba:

«¡Luchando siempre con la mala suerte, la vida es muy pesada! Entro en una peluquería y resulta que es la de Maugrabin y la hora en que Maugrabin se hace afeitar. ¡Y quiere que empleen veinte minutos en servirle!»

El procuraba, á su vez, prolongar el «shampooing.» Entre él y su enemigo, era una carrera de lentitud. Después de la ablución del cuero cabelludo, las servilletas atadas á su cráneo le daban el aspecto de un beduíno; ni su propia madre le hubiera conocido. Quiso que le dieran una fricción para retrasar el momento en que el peinado le pondría fatalmente en estado de ser reconocido. Pero en aquel mismo instante, una exclamación, sonora como un grito, heló en sus venas la sangre del infeliz.

- ¡Calla! ¡Esta es buena! ¡No le había conocido!

- Yo... tampoco, balbuceó Codoero levantándose precipitadamente.

- He concluído; aguarde usted, saldremos juntos. ¿Sabe usted quién vino ayer á verme?

- No me es posible detenerme ahora. Voy á tomar el tranvía, que se me ha hecho tarde.

- ¡Bueno!, exclamó Maugrabin; no le quiero detener; pronto nos veremos de cerca.

Bucilly tomó al azar la primera calle que tuvo delante.

Para él, Beltrana, según su amenaza, había abordado al enemigo y presentado su ultimátum. Estaban en los cañonazos. Pero no era nada la guerra exterior. ¿Qué trinchera bastante profunda iba á poder abrigarle á él, causa de todo el mal, contra los furores de la guerra intestina, castigo justo, esta vez, de su inconcebible temeridad?

Casi á la misma hora, Beltrana explicaba á su hijo la suerte inesperada que se le presentaba. Su *dogcart* brillaba á la puerta, y al parecer, una hada irresistible le esperaba en algún sitio menos expuesto á todas las miradas. El momento era poco oportuno para hablar de matrimonio. Beltrana pudo convencerse de ello, al ver la actitud sordamente hostil - así la calificó ella misma - de su señor hijo. Pero ya no era cuestión de ser débil. Aquella misma mañana, un examen de conciencia, tanto más riguroso cuanto que venía después de un examen de la situación económica, había determinado á la señora de Bucilly á cumplir con su deber. «¡Dios lo quiere!,» pensaba; tal era su convicción. Carlos oyó un lenguaje á que estaba mucho menos acostumbrado que su padre. Y como, á pesar de todo, resistía á la descripción de los goces del paraíso conyugal, le hicieron vislumbrar las llamas siniestras del infierno de los arruinados.

- ¿Entonces, hijo querido, prefieres el Tonkín, con un empleo de vicerresidente en el río Rojo?

- ¡Y luego dirán que nuestras colonias no sirven para nada!, suspiró Carlos. En realidad, sólo sirven para arrastrar unos cuantos infelices al matrimonio por el terror. Pero ¿está usted segura de que la muchacha es tan rica?

- Yo no me equivoco fácilmente.

- ¿Dice usted que la casa es horrible?

- No importa; es necesario darnos prisa y lograr nuestro objeto antes de que Pascualina sea conocida en la plaza. Comprarás un hotel después del matrimonio. Y como el piso resultará demasiado grande para nosotros, después de haberte marchado tú, dejaremos el Building. Ten juicio, como es tu deber. La muchacha es más bonita que fea, sea dicho de paso.

Carlos abrió su portamonedas vacío.

- Negocio concluído, dijo. Pero solicito un anticipo.

En el momento en que marchaba, con una subvención de diez luises, su madre le encargó mucha discreción.

- Tu mismo padre ignora todo esto.

- Es la parte cómica del asunto, dijo el joven. Papá vislumbra dramas y no come. ¡Qué miedo le dió usted!

Y marchóse riendo.

Codoero estaba aún muy pálido cuando se sentó á la mesa. Una cosa le sorprendió sin alegrarle: Beltrana estaba de muy buen humor, y sin embargo había visto á Maugrabin. ¿Había cedido acaso el hombre del Building? ¿Qué significaban entonces aquellas palabras: «Nos veremos pronto de cerca?» Bucilly comió casi en silencio, no atreviéndose á preguntar nada, ni aun después de haberse retirado los criados. Uno de los rasgos de aquel carácter débil consistía en preferir la incertidumbre al conocimiento de la desgracia ó de la dificultad. Sin embargo, la incertidumbre le ponía enfermo, y Beltrana lo sabía. Pero la tortura de aquella angustia era uno de sus medios de gobierno. Enervar y achicar á su marido, dejándole en la ignorancia de las cosas, era la regla de su táctica, y el castigo que aplicaba en los casos graves, como el presente.

Al pobre Codoero le estaban reservadas otras sorpresas. Pocos días después, en el momento de salir de su casa, á eso de las tres de la tarde, se encontró al pie de la escalera con Maugrabin, acompañado de una linda mujer. «Teníamos ya doctoras en me-



- ¡No tan aprisa, caramba, que me desuella usted!

dicina, pensó. ¿Tenemos acaso también curialas?» Era imposible huir. Saludó cortésmente á su adversario y continuó su camino.

Pero el hombre del Building le gritó:

– ¡Hola! ¿Le asustamos á usted? Vamos á visitar á su señora; pero, naturalmente, no está usted obligado á volver atrás por nosotros. Unicamente deseo presentar á usted á mi hija.

Hecha la presentación, cambiados los apretones de manos de rúbrica, Codoero balbuceó, confuso por lo inverosímil de la situación:

– ¿Van ustedes... á visitar á mi mujer?

– Nos han dicho que está en casa. Pero, se lo ruego, vaya usted á sus quehaceres, si lleva prisa.

El primer movimiento de Codoero fué el de seguir el consejo de Maugrabin y de largarse, dejando que la batalla tuviese efecto sin él. No hubiera vacilado en hacerlo así si Maugrabin hubiese ido solo. Mas por un instinto caballeresco, cuyo mérito hemos de reconocer, Codoero no quiso abandonar á aquella muchacha en presencia de la borrasca que iba á estallar – así lo creía él – sobre ella y su padre.

– Acompaño á ustedes, declaró con cierta solemnidad, como hubiera dicho: «¡Voy á morir con ustedes!»

Modesto como era, no podía menos de sentir cierta admiración por su propio valor. En la escalera, que hizo subir lentamente á sus huéspedes para tener tiempo de serenarse, Maugrabin dijo:

– Parecemos caracoles subiendo por una pared. A los ocho días de haberse instalado en mi casa, se asombrará usted de haber podido vivir tanto tiempo sin el ascensor relámpago.

Bucilly tuvo miedo, en toda la acepción de la palabra. Sin duda Beltrana se había explicado mal, puesto que les esperaban en el Building. La idea del conflicto que estallaría arriba, al descubrirse el error, era capaz de hacer temblar al más valiente. Pero Codoero iba á experimentar una de las estupefacciones más grandes de su vida. Beltrana estuvo amabilísima con Pascualina y con su padre. Muchos, en el puesto de su marido, hubieran estado celosos de aquel rayo de sol que acariciaba á otros. A él no le tocaban más que los inconvenientes meteorológicos mencionados en el Salmo: el fuego, la lluvia, la nieve, el hielo y el espíritu de las tormentas. Pero ver á su mujer sonreirse, hacer los honores de la casa con graciosa cortesía, llevar el arte de decir cosas amables hasta la lisonja, era para el pobre señor, sobre todo comparado con la escena que esperaba, un placer como pocas veces lo había experimentado. Era como una de esas magias en que lo imposible resulta fácil, en que las cosas imprevistas son las que pasan, de modo que el juicio del espectador se adormece para ceder el puesto al ensueño.

De pronto, la señora de Bucilly llamó y dijo á un criado:

– Vaya usted á ver si mi hijo está en sus habitaciones.

– Ya sabes, mi querida esposa, que Carlos no está nunca en casa entre el almuerzo y la comida.

Esta observación imprudente fué contestada, por de pronto, con una contracción de labios que Bucilly conocía muy bien, y que presagiaba alguno de los azotes anunciados por el Salmista.

Deseando legitimar las ausencias de Carlos, su madre se apresuró á decir que era muy aficionado á los deportes.

– En América, hizo observar Maugrabin, los deportes sirven de distracción á las personas ocupadas; en Francia sirven de ocupación á los ociosos. Me permito esta expresión, señora, porque en este país decir de un joven que vive en la ociosidad es hacerle un cumplido.

– ¡Hum!, criticó Codoero. ¿Dirigiría usted un cumplido á un sordo-mudo colocándole en la categoría de los silenciosos? Nuestros hijos no hacen nada porque el órgano del trabajo se halla atrofiado por efecto de la raza.

– No lo creo, dijo Maugrabin. Tanto valdría decir que la raza de ustedes es inferior.

Beltrana hubiera querido poder recordar á su marido que era la hora de su acostumbrado paseo. El imprudente hablaba demasiado. No pudiendo hacer nada mejor, tomó la defensa de la joven generación.

– Nuestros hijos valen más que sus padres. Por no hablar más que del mío, ¿cree usted que le asusta el trabajo? Al contrario: le atrae. Pero ¿qué puede hacer en Francia el joven de buena familia que no tiene especialidad?

– Señora, repuso Maugrabin; en 1856, yo tenía la especialidad de vender naranjas en las calles de Marsella. Mi padre, descargador del puerto, acababa de matarse cayéndose en una cala; mi madre ganaba cuarenta y cinco céntimos diarios remendando sacos. Entonces nadie se ocupaba en pedir leyes, y mucho menos en votarlas, sobre los accidentes del trabajo. La Compañía de navegación al servicio de la cual murió mi padre, que en gloria esté, creyó pagar una indemnización suficiente transportándonos gratis á Nueva York á mi madre y á mí. Teníamos allí á mi tío, que era camarero mayor en el restaurant Delmonico. Nos acogió en su casa, y yo vendí la mar de naranjas. Entonces tendría yo doce años. Cuando estalló la guerra de Secesión, mi madre y yo teníamos una tienda en que se reunían los primores de todos los países del mundo. La derrota del Sur, en lo sucesivo sin esclavos, produjo una baja enorme en las propiedades de la Florida. Compré una casi regalada, sin verla, por consejo de mi tío. Esta finca estaba situada en las cercanías de un pueblo llamado San Agustín.

– ¡Ah, mi caro San Agustín!, suspiró Pascualina, que hasta entonces apenas había despegado los labios.

– Allí nació mi hija, explicó el padre. Al ir á visitar mi compra, me casé en el pueblo. Sucedióme con la finca lo que con mi mujer: ambas resultaron mejores de lo que yo esperaba. La tierra únicamente estaba limitada por el río San Sebastián; y si hubiese podido coger todos los limones, todas las naranjas, todos los plátanos, todos los dátiles que se pudrían en el árbol, hubiera podido llenar un pabellón del mercado central de París. En cuanto á mi pobre Alicia, una huérfana del Norte que la guerra había sorprendido en San Agustín, fué la mejor de las esposas, la más inteligente de las compañeras. Su hija se le parece mucho.

– ¿Tuvo usted la pena de perderla?, preguntó Codoero.

– ¡Naturalmente! Siempre sucede así. Si hubiese sido un diablo, aún viviría. Propietario de un ingenio, vendí *mis* productos, y no los vendí tan sólo en Nueva York. Hasta la inauguración del ferrocarril de San Francisco, fuí amo del mercado. Sin embargo, mi gran negocio fué el aumento de valor de los terrenos, al convertir á San Agustín en estación de invierno. Dispénseme esta larga historia, señora. Mi objeto fué demostrar que se puede llegar á algo en este mundo, al menos en América, sin tener ninguna especialidad.

– ¡Ah!, exclamó Beltrana, no me equivoqué en el juicio que de usted formé la primera vez que nos vimos. No vacilo en decir que la proximidad, las palabras y el ejemplo de usted pueden decidir del porvenir de mi hijo, si permite usted que le vea á menudo.

– Seré entonces más afortunado con él que con mi sobrino, contestó Pascal cambiando de fisonomía. Ni mi ejemplo ni mis palabras pudieron aficionarlo á los negocios serios.

Bucilly, relegado al papel de observador, pudo á duras penas contener la risa al enterarse de que su hijo se sentía inclinado al trabajo y que se alegraría de confraternizar con Maugrabin. Mientras éste hablaba de su sobrino, Codoero creyó observar una ligera alteración en las bellas líneas de las cejas de Pascualina. Juzgando que se sentía un poco desatendida, la cogió aparte, dejando continuar la conversación entre los otros.

– ¿Echa usted de menos la América, señorita?

Esta pregunta, que estaba segura de oir de labios de todo nuevo interlocutor escaso de ideas, hizo sonreir imperceptiblemente á la muchacha. Con voz algo lánguida y un aire de vacilación que chocaba en persona tan resuelta, contestó:

– ¡Ay, caballero, todo el mundo quiere saber si echo de menos á América! Y porque siempre he contestado que *sí*, me he acarreado la desconfianza y á veces la antipatía. Mi franqueza me cuesta ya, sin duda, muchas amistades.

– No le costará á usted la mía, dijo Codoero conmovido. Presumo que hace usted poco caso de las amistades adquiridas á costa de mentir.

Entonces Pascualina empezó á explicar por qué echaba de menos á América, sin querer dejar de ser buena francesa. Pero su interlocutor la escuchaba distraído. Lo que en aquel momento decía su mujer se salía de los límites de lo inesperado, hasta el punto de dudar de lo que estaba oyendo.

– He citado á mi tapicero para mañana en la casa de usted. Espero que mi hijo podrá acompañarme. Si va conmigo, subiré á presentárselo á usted.

– Muy honrado, señora. En cuanto al tapicero, pudo usted ver que no protejo mucho su industria. Las tapicerías, de que abusan ustedes en Europa, son nidos de microbios.

– ¿De modo que nos mudamos al Building?, dijo Codoero después de haberse cerrado la puerta tras de las visitas. No me habías dicho nada.

– ¿Me consultaste para alquilar ese piso?.. Pero pronuncia *Bilding*. Debieras hacer que *miss* Maugrabin te dé algunas lecciones de inglés. Me parece que os habéis hecho amigos.

Codoero se puso colorado, temiendo una repulsa. No ignoraba que el ángel de su hogar había refundido el antiguo proverbio, para transformarlo en este axioma de conducta: «Los amigos de nuestros maridos, son nuestros enemigos.» Y precisamente, acababa de sentir en su honrado corazón que Pascualina Maugrabin sería una amiga para él.

Al día siguiente, Carlos consintió en «hacer el sacrificio,» no sin haber gemido mucho. El sacrificio no fué grande. Maugrabin y su hija no estaban en casa y los de Bucilly dejaron sus tarjetas. Introducido luego en el redil, el leoncillo declaró la habitación chocante por lo horrible, pero ridiculamente barata. Opinó que sus amigos se negarían á visitarles en aquel establecimiento de hidroterapia, templada por la electricidad.

– Mejor, contestó Beltrana. Para lo que tenemos que hacer, prefiero que nos dejen tranquilos. El éxito es de la mayor importancia para nosotros.

– Del éxito no dudo. Es usted una gran diplomática, mamá. Y yo empiezo á estar cansado de luchar por el frac, amenazado de tener que ir á casa del quitamanchas.

La señora de Bucilly dedujo de las palabras de su hijo que Norberto Leroy había cumplido su encargo; pero no dijo nada.

Carlos eligió dos piezas independientes para su dormitorio y su salón de fumar; después de lo cual subió á su coche y se alejó, dejando á la gran diplomática que se las entendiese con el tapicero en cuanto se relacionaba con la difícil cuestión del crédito.

Por la noche, á solas con su madre, sacó él mismo á colación *sus* futuros millones, lo cual era un síntoma excelente. Y añadió riendo:

– Después de todo, deberé á papá el descubrimiento de una mujer rica.

– Sí, contestó Beltrana; de la misma manera que Cristóbal Colón descubrió á Nueva York.

VIII

Hay en la vida de muchos una especie de rejuvenecimiento que precede á la vejez, como el otoño al invierno, y que les dispone de un modo singular á la influencia de la mujer joven. Desdeñada, inadvertida durante la cálida estación de la existencia, esta flor, apenas entreabierta, les atrae. Buscan su amor, si son imbéciles ó viciosos; su amistad, si su alma es honrada y sana. La juventud femenina, por su parte, es indulgente con este último balbuceo de ternura. Le presta oídos de buena gana, agradecida, secretamente orgullosa de acelerar los latidos del corazón fatigado, con frecuencia herido, que va á ser pronto una rueda casi insensible de la máquina humana en su decadencia.

Bucilly, aunque apenas contaba sesenta y dos años, se había anticipado á esa edad crítica, de la misma manera que, siendo aún muy joven, se había anticipado á la del matrimonio. Después de una vida desgraciada, ó mejor dicho, desprovista de felicidad, llegaba al pálido y sereno sol de octubre sin haber conocido los ardores de julio. En una de sus conversaciones íntimas, resumió un día su triste carrera á su amigo Popinot, diciéndole:

– Hice muy mal en no meterme á fraile. Hubiera gozado de mayor reposo, sin menos pobreza ni obediencia. En cuanto al aislamiento del corazón, con seguridad no lo hubiera sufrido más grande.

Un hombre así estaba mejor preparado que cualquier otro para la adoración platónica de la muchacha. Varias de las que frecuentaban su casa con su familia, se habían burlado de él con más ó menos desenvoltura; otras se hubieran dejado conquistar por su bondad y sobre todo por la lealtad que en él se adivinaba. Pero, sin hablar del sistema de Beltrana, que consistía en la prohibición de toda relación amistosa, Codoero tenía un hijo en edad de casarse, lo que hacía la intimidad con el padre comprometedora para las muchachas casaderas.

Desde su primer encuentro con Pascualina, experimentó el flechazo de afecto más ó menos sentimental, pero al que no podía darse otro nombre que el de amistad. Intimidado por el recuerdo de otros flechazos parecidos, prontamente curados por el cauterio de los reproches y por las compresas de las conveniencias, se prohibió á sí mismo todo ensueño ilusorio. Sin embargo, se las arregló para ir solo, á devolver la visita á Maugrabin; y la casualidad hizo que pudiese hablar una hora á solas con Pascualina. Fué lo bastante para que estas dos naturalezas sencillísimas descubriesen muchos puntos de mutuo contacto.

Se separaron verdaderamente amigos. Poco des-

pués, Bucilly fué á ver á Popinot (á escondidas, como siempre), con el pretexto de comunicarle la noticia, tan importante como inesperada, de la adhesión de Beltrana á sus proyectos. Pero después de las primeras explicaciones acerca de su próxima instalación en el Building, abordó el asunto que más de cerca tocaba á su corazón é hizo de Pascualina una pintura casi entusiasta.

–¡Cómo!, exclamó el paisano de Bucilly sin escucharle. ¿Ese millonario tiene una hija? Entonces me explico por qué tu mujer le acepta como casero.

A estas palabras, el padre de Carlos se irguió, como sacudido por un choque.

–¿Crees tú?.., balbuceó. ¿Crees tú que mi mujer proyecta un casamiento?..

Popinot se echó á reir á carcajadas; luego se puso serio al ver la cara que ponía su amigo.

–¡Qué cándido eres!, contestó. Pero voy de nuevo á tomar la defensa de tu mujer. Dudo que se encontrasen muchas madres capaces de volver la espalda á semejante ocasión.

–¿Estás seguro de que esa... ocasión puede haber seducido á Beltrana? El mismo Maugrabin nos ha contado que vendía naranjas en los muelles de Marsella. Guárdeme Dios de decir que sea menos apreciable por eso, ni que su hija sea menos encantadora. Pero tú que conoces á mi mujer, admitirás que es muy quisquillosa en materia de genealogía.

–Un baño de oro calma desazones más graves que esa. Tú serás el primero en alegrarte de ese matrimonio. Y sin embargo, se podría creer que tienes celos, á juzgar por la cara que pones.

–No, Guillermo, no estoy celoso. Pero veo surgir ante mí un caso de conciencia. ¿Puedo permitir que mi hijo se case con una excelente y simpática criatura sin amarla? ¿Tengo derecho á consentirlo, cabiéndome la seguridad de que va á hacerla extraordinariamente desgraciada?

En los ojos de Popinot brilló una mirada maliciosa.

–La cuestión, contestó, es demasiado complicada para mí. Yo te haré otra pregunta. ¿Estás resuelto á impedir que tu hijo se case?

–Ya sabes que no.

–Entonces, amigo mío, puesto que ha de haber una mártir más en el mundo, á causa de ese muchacho, es preferible que esa mártir os salve á ti y á los tuyos. Si hace falta una víctima, ¿por qué no ha de serlo la heredera de Maugrabin?

–¿Por qué? Porque es mi amiga. Porque me regocija el corazón con su rectitud y su bondad. Porque tiene en mí mucha confianza. Porque me aprecia y creeré tal vez...

–...¿Que tu hijo se te parece? Tranquilízate. Ese error no es posible. En fin, tú me recuerdas á esas señoras que mandan asar una gallina, pero que no sea su favorita, la que come en la mano.

–No te creía cínico hasta ese punto, dijo Codoero levantándose para marcharse á su casa.

Desde aquel momento adquirió la costumbre de ir todas las mañanas á «ver los trabajos» de su habitación del Building, con la seguridad de no encontrar allí á su mujer, cuyo cupé no salía sino por la tarde. Circulaba de pieza en pieza durante unos cuantos minutos, haciendo chorrear agua caliente en las bañeras, calentándose las manos en los caloríferos de vapor, encendiendo, con sólo apoyar el dedo en tal ó cual resorte, varias docenas de lámparas eléctricas en un mismo techo. Con frecuencia, fingía haberse dejado olvidada una carta en el bolsillo, á fin de echarla en el buzón situado en su rellano de escalera, aplicando el oído para oirla deslizarse en su «conducto» de cristal opaco. Apenas dirigía la palabra á los operarios, sabiendo la que le esperaba si Beltrana le podía acusar de inmiscuirse intempestivamente en sus atribuciones. Si le consultaban sobre la manera de plantar un clavo: «Entiéndanse ustedes con la señora,» contestaba invariablemente.

En el fondo, lo que le atraía allí era la esperanza de encontrar á Pascualina, de ver sus ojos llenos de bondad y de franqueza, y su sonrisa de mujer feliz; de hablar con ella dos ó tres minutos, lejos de toda mirada recelosa. Pero el encuentro inesperado tardaba en llegar. No le extrañaba, porque sabía que en todo le perseguía la mala suerte. Se alejaba lentamente del Building, con una triste sonrisa, pensando una vez más para sus adentros: «Basta que yo desee una cosa para que no suceda.»



Habían tomado la dirección de la Muette

A mediados de febrero, tuvo al fin la inocente alegría que buscaba, después de haber espiado y disimulado durante muchos días. Una mañana en que iba á retirarse del Building, oyó el timbre de llamada del ascensor. Como no había más pisos ocupados que el suyo y el del dueño de la casa, la persona que iba á bajar no podía ser otra que Pascualina ó su padre.

Codoero, con un pretexto fútil, penetró en la portería, que con sus teléfonos, sus timbres, sus botones eléctricos, sus grifos de vapor, recordaba la torre central de un acorazado.

Cincuenta segundos después, el ascensor, ya de vuelta, depositó á Pascualina al nivel del suelo. A Bucilly no le costó trabajo alcanzarla en el momento en que salía. Al verle, la muchacha mostró una alegría tan sincera, que el excelente hombre sintió un calor suave en el corazón. Quizá hubiera encontrado un poco hombruna, en otra mujer, la manera con que le tendió la mano.

–¿Ha venido usted á inspeccionar los trabajos de instalación?, le preguntó. ¿Está usted satisfecho? ¿Vamos á ser pronto vecinos? Ya lo deseo, si he de serle franca. Esta casa vacía parece una tumba.

Estaban en el portal, prontos á salir á la calle. Mirando á Pascualina con paternal admiración, Codoero contestó:

–Ordinariamente, al borde de una tumba no se ve el Genio encantador de la Esperanza y de la Juventud. Calumnia usted su morada.

–Hemos de creer que la estatua no es tan... tranquilizadora como usted quiere suponer, puesto que la casa está vacía. Me temo que sea demasiado americana para los franceses.

–Para los franceses, tal vez. Pero ¿y para los americanos?

–¡Oh! Mi padre no quiere americanos en su casa. Su propósito es convertir á nuestros compatriotas á las costumbres transatlánticas. Me recuerda al predicador que decía desde el púlpito: «Los que creen pueden marcharse. Predico para los incrédulos.»

–No me atrevo á preguntar á usted, señorita, si tiene fe. ¿Encuentra usted su país natal tan superior á los demás?

–¿Qué contestación quiere usted que le dé?, preguntó Pascualina riendo. ¿La oficial ó la otra?

–La otra, naturalmente, si es que me juzga usted digno de su confianza, respondió Codoero.

Habían tomado la dirección de la Muette, sin consultarse, como si el paseo hubiese sido dispuesto de antemano. Pascualina iba al paso largo, ágil, un poco hombruno, de la joven de Londres ó de Nueva York, que marcha con marcado movimiento de caderas, mientras que la parisiense anda moviendo las rodillas. El primer sistema dá realce al cuerpo; el segundo comunica más gracia á las faldas. Las parisienses lo consideran sin duda más racional, porque es más fácil tener una buena falda que un buen cuerpo... Tales eran las reflexiones de Bucilly, observador mucho más profundo de lo que creía la gente en general y su mujer en particular. Pascualina no pensaba en su vestido, sino en las últimas palabras de Bucilly, pues no era de las que contestaban á tontas y á locas.

–Habló usted de confianza, dijo ella al fin. Me parece que usted la practica. Por tanto, usted comprenderá fácilmente lo que me hace querer y echar de menos mi patria adoptiva. En el poco tiempo que llevo de vivir en París, he podido ver que aquí la confianza es desconocida: hablo de la confianza en la dignidad femenina. De ahí una cohibición de cada instante, que es odiosa. Echa á perder nuestro clima, como hacen en Londres las nieblas y en Madrid los mosquitos. Si yo estuviese educada á la parisiense, el mosquitero, es decir, el aya, me envolvería en este momento con su protección. Pero mi padre tiene entera confianza en mí. Se reiría de buena gana si le dijesen que su hija, de veintiún años de edad, necesita una acompañante para ir á respirar el aire durante una hora.

–Señorita, declaró Bucilly, yo comparto, por lo que á usted toca, la confianza de su padre. Tiene usted dos personas, entre los dos millones de habitantes de la capital, que no dudarán nunca de usted, aunque el resto de la población la acusase. La cuestión está en saber cómo escapará usted á los mosquitos. Le aseguro á usted que aquí no faltan. Entiendo por «mosquito,» para el caso, un hombre educado fuera de ciertos respetos.

–Sinceramente, aún no he encontrado semejante hombre. Sin embargo, como usted ve, salgo sola. En la elección de mis amistades, mi padre me deja libre hasta la exageración. Un nuevo conocido, presentado por mí, es acogido como un amigo antiguo, por la sola razón de que le he juzgado digno de entrar en nuestra casa. ¿Comprende usted ahora que esté encariñada con esta vida y que eche de menos el país en que es admitida y practicada?

–Comprendo tanto más el encanto de esa libertad, cuanto que me permite el placer de hablar con usted. Hace... muchos años que no hablo más que con una sola persona, un amigo de la infancia. ¡Ah, cuánto celebraría que la conociese á usted!

–Nada más fácil.

–Nada hay fácil para mí, suspiró Codoero. Algún día lo sabrá usted mejor, cuando nos veamos más de cerca.

–Ya he visto, dijo Pascualina, que tiene usted el defecto de ser demasiado bueno. Una visita en casa de usted y una conversación en la mía han sido bastantes para que yo lo comprendiese. ¿Es posible que no tenga usted numerosos amigos?

(Continuará.)

AEROSTATO DIRIGIBLE

PROYECTO DE D. MIGUEL ESCUDER (HIJO)

En el local de la Asociación de Ingenieros Industriales de Barcelona se han verificado recientemente con resultado satisfactorio las pruebas de un aparato inventado por D. Miguel Escuder (hijo) para la dirección de los globos.


D. Miguel Escuder (hijo)

Después de la conferencia que dió el inventor, demostró prácticamente con su aparato, compuesto de dos juegos de palas muy curioso y sencillísimo, que se pueden hacer todas las evoluciones imaginables en el espacio y á la vez marchar á grandes velocidades.

El aeronauta, sin moverse de la barquilla, varía la posición de las palas que están colocadas á los lados del aeróstato y van contenidas por un armazón de *partinium*.

Por medio de un juego mecánico, que es el *clou* del invento, con gran facilidad se dirige el globo. Este sube y baja vertical y oblicuamente, avanza y retrocede, se para rápidamente, da vueltas de grande y pequeño radio, describe espirales y, en una palabra, toda clase de figuras geométricas en el aire sin variar su posición horizontal.

Lo singular del caso es que el aparato ejecuta todas estas maniobras sin timón y sin necesidad de tirar lastre ni de desalojar gas y funcionando las palas siempre en el mismo sentido y sin disminuir el número de revoluciones.

El aeróstato que ha empezado á construirse y que su autor se propone hacer evolucionar en breve plazo á la vista de nuestra ciudad, constará de cuatro juegos de palas, de seis aspas cada una, venciendo corrientes de aire de seis y ocho metros por segundo.

Marchará á una velocidad de 10 metros por segundo cuando las corrientes atmosféricas no sean contrarias ni favorables.

Las palas medirán cada una dos metros de largo por 60 centímetros de ancho y funcionarán á 60 revoluciones por segundo.

La fuerza necesaria para la resistencia que ofrecerá el aeróstato, marchando á una velocidad de 10 metros por segundo y para el funcionamiento de las palas es de 11 caballos teóricos; pero el motor de petróleo que se adoptará es de 16 caballos.

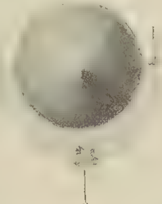
Tendrá cabida para dos aeronautas y su peso total será de 825 kilogramos.

El aeróstato medirá unos 30 metros de largo por siete metros de diámetro y será construído de seda francesa y conforme á todos los adelantos.

Las pruebas á que al principio nos referimos, verificadas con el aparato de pequeño modelo, demostraron efectivamente que la máquina avanza y retrocede, sube y baja y gira en todos sentidos á voluntad del que la dirigía, siendo el conjunto del aparato sencillo y al mismo tiempo elegante.

Asistieron á las pruebas muchas personas peritas, ingenieros, mecánicos, y todos salieron muy bien impresionados, felicitando al Sr. Escuder y haciendo votos para que el proyecto sea pronto una realidad.

Iguales votos hace LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, deseando que sea un compatriota nuestro el que logre resolver el problema que en todos tiempos, pero ahora más que nunca, preocupa á hombres de ciencia de todos los países, alguno de los cuales ha conseguido hacer avanzar un gran paso la solución del mismo, según han demostrado recientes experimentos. – X.


Proyecto de aeróstato dirigible de D. Miguel Escuder (hijo)


Proyecto de aeróstato dirigible de D. Miguel Escuder (hijo)

***

UNA NUEVA FUENTE DE ENERGÍA

EL CALOR TERRESTRE

La necesidad de producir energía industrial á un precio económico ha orientado las investigaciones de los ingenieros hacia la utilización práctica de las fuerzas naturales. Se ha sacado energía de los saltos de agua; se han perfeccionado las máquinas movidas por el viento y se ha tratado de aprovechar la fuerza de las olas y el fenómeno de las mareas. Ahora se trata formalmente de emplear, para producir vapor, el calor interno de la tierra.

Se ha discutido mucho acerca de la hipótesis del fuego central, pero se sabe que la temperatura del suelo aumenta á medida que se profundiza debajo de la superficie. Este aumento de temperatura ha sido calculado aproximadamente en un grado por cada 30 metros de profundidad. Esta regla, sin embargo, dista mucho de ser constante, puesto que depende de las localidades y sin duda también de la naturaleza de los terrenos. En los pozos de petróleo de Pittsburgo el aumento es de un grado por cada 16 ó 18 metros; en ciertas minas de hulla americanas el termómetro marca 50° á los 800 metros, al paso que sólo sube á 38 en Ronchamp, en el Pas-de-Calais, para una profundidad de 1.000 metros.

Aun cuando no se tiene la seguridad de que la ley de aumento del calor se continúe indefinidamente, la alta temperatura del suelo, á una distancia relativamente poco considerable de la superficie, es un hecho evidente, no siendo temerario suponer que en pozos bastante profundos superaría en mucho al punto de ebullición del agua: el fenómeno de los *geysers* lo demuestra.

Precisamente estudiando los *geysers* del distrito de Firehole River, en los Estados Unidos, concibió el profesor W. Hallock, de Nueva Yory, la idea de utilizar industrialmente el calor terrestre. Supónganse dos pozos perforados á muy poca distancia uno de otro, como dos perforaciones artesianas, y bastante hondos para llegar hasta las capas en donde, habida cuenta de la presión, la temperatura alcanza una elevación bastante para convertir el agua en vapor. Cualquiera que sea esta profundidad, se podrá, por medio de cargas de dinamita, bajadas al fondo, determinar una dislocación de la roca susceptible de establecer una comunicación entre los dos pozos. Este procedimiento se emplea ordinariamente para hacer comunicar pozos paralelos vecinos en las explotaciones petrolíferas de Pensilvania. Si se ha tenido cuidado en entubar los pozos durante la perforación para impedir que los invadan las capas de agua atravesadas, se habrá constituído en las profundidades del suelo un circuito de ida y vuelta que no será otra cosa que un elemento de gigantesca caldera de vapor tubular; logrado esto, bastará hacer circular agua fría en uno de los pozos para que esta agua vuelva á subir transformada en vapor por el otro.

Falta determinar cómo se recogerá este vapor para su utilización, sea para la calefacción, sea para el funcionamiento directo de los motores, y cómo se regularán el consumo y la presión. Estos son otros tantos problemas de mecánica que el profesor Hallock no ha hecho más que indicar; piensa, sin embargo, fundándose en el precio de coste de los pozos de petróleo de Pittsburgo, que una instalación de este género, que comprenda dos pozos de vapor de 4.000 metros de profundidad, no costaría más allá de 250.000 francos y proporcionaría una cantidad de energía capaz de amortizar rápidamente los gastos de establecimiento.

Por otra parte, pronto podrá conocerse el valor práctico del procedimiento Hallock, porque ya se anuncia que los propietarios de Pittsburgo se proponen ensayar el experimento sirviéndose de antiguos pozos de petróleo á los que, con este objeto, se dará mayor profundidad. – R.

***

EL FIN PARCIAL

DEL MUNDO

Un sabio americano, Mr. León Lewis, acaba de publicar una voluminosa memoria sobre los inmensos glaciares del polo Sur y sobre los cataclismos que pueden producirse algún día. Al revés del polo Norte, que forma un mar, el polo Sur está constituído por un vasto continente, de modo que así como los hielos de aquél pueden escurrirse hacia el Ecuador, los de éste se conservan y amontonan sin cesar.

Gracias á esto, los hielos antárticos forman un muro que tiene, según cálculo de Mr. Bordegrevind, 12.000 pies de altura en Robertson-Bay, por ejemplo; en otros puntos esta altitud es mucho más considerable. Mientras esta muralla, dice Mr. Lewis, que se denomina «Cabo de hielo,» permanezca in-

tacto, nada hay que temer; pero si algún día se rompe bajo la acción cada vez más considerable de los hielos del interior, ¿qué sucederá como efecto de esta súbita ruptura? ¿Y cuáles serían las consecuencias si aquella masa desembocara en el Océano Atlántico? Mr. Lewis calcula que al remontar hacia el Norte atravesaría el Ecuador é iría á chocar contra la costa de Africa en el Cabo Verde, daría la vuelta al continente africano, y continuando su marcha sumergirá la Gran Bretaña, Jutlandia, Suecia, Noruega, Finlandia y la Rusia septentrional, devastando todas estas regiones bajo un verdadero diluvio de hielo. Añade el autor que los *icebergs* del polo Sur al llegar al polo Norte formarían un círculo completo alrededor de éste y convertirían aquellos parajes en un mar cerrado, de lo que resultaría un regolfo de las aguas que entonces derramarían hacia el Sur, produciendo un segundo diluvio que de nuevo asolaría la Gran Bretaña y Noruega, y dejaría sentir sus efectos en otros países de Europa, especialmente en España y Portugal.

Es de suponer que no faltarán geólogos que, para tranquilidad de los amenazados con tan espantosa catástrofe, combatirán la opinión sustentada por el sabio yanqui. – X.

***

EL DIAMANTE HOPE

Recientemente ha circulado en Londres el rumor de que M. Francisco Hope había vendido el diamante (ó mejor dicho, zafiro) Hope á M, A. Weil, de Hatton Garden, y que así dicha piedra preciosa había pasado á América. Se dice que poco tiempo ha fué evaluada en 50.000 libras esterlinas (1.250.000 francos).



Proyecto de aeróstato dirigible de D. Miguel Escuder (hijo)

Su historia es muy interesante. Por espacio de muchos años fué la única en su género entre las conocidas. Su color es de azul zafir obscuro, de un brillo el más centelleante y de mayor pureza. Esta preciosidad está montada actualmente en un broche. Originariamente pesaba 112 quilates. Fué comprado en las Indias el año 1642 por Tavernier, conocidísimo viajero, más tarde barón de Aubonne, el cual lo vendió á Luis XIV; fué una de las joyas de la corona de Francia hasta 1792, en cuya época, cogiéndolo los revolucionarios, fué depositado en el Guardamueble. Algún tiempo después lo robaron, sin que fuera posible hallar indicio alguno de él. Sin embargo, en 1830, la piedra, que había sido tallada de modo considerable, cayó en manos de M. Eliason, reconociendo en ella los peritos una parte de la que fué comprada en las Indias. Más tarde M. Tomás Enrique Hope la compró, y hasta ahora ha pertenecido á la familia Hope. Acaba de ser vendida á un americano.

***

ACCIÓN TERAPEUTICA DE LA LUZ AZUL

Una revista clínica de Viena anuncia los notables resultados obtenidos por el Dr. Kaiser en el tratamiento de la tuberculosis humana por medio de la luz azul. Ha observado que los rayos emanados de una lámpara eléctrica de arco y concentrados por un objetivo al que se ha sometido á un baño, que le comunica un color azul, destruye el bacilo de la tuberculosis en unos 30 minutos. La aplicación de este tratamiento á los enfermos es posible, pues se ha reconocido que estos rayos azules atraviesan los tejidos humanos: en efecto, se han obtenido pruebas fotográficas de un clisé negativo iluminado por estos rayos al través de un cuerpo humano interpuesto.

Los resultados conseguidos en el tratamiento de dos tuberculosos llegados á un período avanzado de consunción, han revelado una notable mejoría en su estado y sancionado por completo las observaciones de laboratorio antes citadas.

Estas observaciones han permitido además comprobar las propiedades anestésicas de los mismos rayos azules, propiedades muy marcadas y utilizables, á condición de que no se les emplee mezclados con ningún rayo rojo, sino bien aislados previamente.



Al abrevadero, cuadro de Rafael Correa

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.
PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 5 de mayo de 1902 — Núm. 1.062

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



JOVEN MALLORQUINA, cuadro de Félix Mestres

(Salón Parés)

ADVERTENCIAS

Está terminada la impresión del tomo segundo de la presente serie de la **Biblioteca Universal**, que en breve repartiremos á los señores suscriptores. La obra que forma este tomo es la preciosa novela, clásica en la literatura francesa,

PABLO Y VIRGINIA

de Bernardin de Saint-Pierre, primorosamente traducida por el inspirado poeta y notable literato D. Melchor de Paláu.

La obra va ilustrada con profusión de preciosos dibujos de Mauricio Leloir, y por sus condiciones, tanto literarias y artísticas cuanto materiales, figurará indudablemente entre las mejores publicadas en nuestra Biblioteca.

El próximo número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA estará por entero dedicado á la conmemoración del fausto suceso de la jura de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, y contendrá un escogido texto é interesantes ilustraciones. Irá impreso en papel *couché*.

SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea. En vísperas*, por Emilia Pardo Bazán. — *Crónica parisiense. El baile Gavarni en el «Moulin Rouge,»* por Pedro Coll. — *El triunfo del amor*, por Rafael Ruiz López. — *El rey de la creación*, por A. Sánchez Ramón. — *S. M. el rey D. Francisco de Asís de Borbón*, por R. — *En la feria de Sevilla*, por X. - *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *La dote de Pascualina*, novela ilustrada (continuación). — *República Argentina. Buenos Aires. Nuevo edificio de la Biblioteca Nacional*, por Justo Solsona. — Libros recibidos.

Grabados. — *Joven mallorquina*, cuadro de Félix Mestres. — Dibujos de Gosé que ilustran el artículo *Crónica parisiense El baile Gavarni.* — *Un cuento interesante*, cuadro de J. J. Shannon. — *El triunfo del amor*, cuadro de Obiols Delgado. — *S. M. el rey D. Francisco de Asís de Borbón.* — *En la feria de Sevilla. Buñolerías y cantinas. La caseta del Centro de Bellas Artes. Interior de un café.* — *Un buen artículo*, cuadro de L. A. Tessier. — *Inocencia*, cuadro de H. Frauendorfer. — *Sillones para la coronación de Eduardo VII de Inglaterra.* — *Dimitrij Ssergiewitch Ssipjagin.* — *Inauguración de la Biblioteca Nacional de Buenos Aires. Fachada. Sala de lectura. Escalera principal.* — *Lavanderas*, cuadro de Juan García.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EN VÍSPERAS

¿De qué hablar sino de los festejos? Su obsesión es continua, y cuanto se dice, hace y piensa va guiado por una idea exclusiva; la de estas fiestas censuradas, comentadas, anunciadas pomposamente, traídas, llevadas, que serán causa de que se derrame sobre Madrid una ola de forasteros ansiosos de divertirse...

***

Las fiestas, en los pueblos, son lo mismo que en las casas: la primera condición que exigen es local, marco, fondo adecuado. — ¿Lo tiene Madrid? Podría discutirse, y hasta negarse. Dos grandes elementos decorativos para circunstancias señaladas posee Madrid: el Parque del Retiro y el Palacio Real, con sus nuevos jardines y su magnífica plaza de la Armería. Los otros pulmones de la villa — Florida, Moncloa, etc., — se encuentran en situación nada á propósito para localizar allí festejos de carácter general. Y claro es que ni el ameno Parque ni el soberbio Palacio hacen olvidar la falta de una bahía como la de Lisboa, de un río como el Sena, ni de plazas y vías monumentales como el Carrousel, la Concordia, la avenida de los Campos Elíseos, etc., en París.

Madrid tiene sus vías de comunicación, las que forman precisamente el corazón de la villa, tan ahogadas, tan mal dispuestas, que no ya en festejos magnos como los que se preparan, sino con cualquier ocasión de las que á cada paso ocurren — procesión, formación de tropas, hasta corridas de toros, — se obstruyen; se hace imposible transitar. La gente, por otra parte, no peca de amable ni de complaciente, y la masa humana, solidificada por la carencia de espacio, se aprieta más aún por la terca resistencia á dejar pasar á nadie, aunque el transeunte alegue la mayor urgencia, y aunque sea un ser débil, mujer ó niño, á quien aplastan con despiadada brutalidad.

Esta congestión ó infarto de las principales vías de Madrid es uno de los obstáculos más positivos y uno de los motivos de deslucimiento y descontento más fundados. Se aglomera la multitud y hay robos, sofocos, desazones. Calcúlese lo que sucederá si, como nos anuncian, se descuelgan aquí unos ochenta ó cien mil *isidros;* que con sólo echarse á la calle, sin más, bastan para que no se pueda dar un paso por ninguna parte. Con la vanguardia — los que ya están en Madrid á estas horas — empieza á hacerse difícil la circulación, á la caída de la tarde, por la Puerta del Sol y desembocadura de la calle de Alcalá. Preparémonos á quedarnos encerrados en casa; á vernos bloqueados por una muralla de carne.

***

Después de las condiciones de local, vienen las de alojamiento — que de local son realmente también. — Si creyésemos lo que oímos, los forasteros no tendrían más remedio que acampar al raso ó dormir en los pórticos (¿en cuáles?), sistema que adoptan los aldeanos de Compostela la víspera de la fiesta del Santo Apóstol, patrón de las Españas. Deficientísimos y escasos son los hospedajes en Madrid; no hay capital europea que en este particular se encuentre peor habilitada; pero sin embargo, me figuro que todo acabará por arreglarse y la gente encontrará cobijadero, mejor ó peor (en lo de la calidad habrá que ser poco exigente). En efecto, sólo sé de un hotel algo regular en Madrid, el de la Paix; los demás dejan bastante que desear; y ni el de la Paix (que es muy caro), ni ninguno, se hallan instalados en edificios construídos *ad hoc*, no existiendo á mi ver cosa más incompatible con la idea de lo confortable que un hotel que no ha sido edificado para hotel.

Y caigo en la cuenta de que estoy refiriéndome á la nata y flor, á los hospedajes costosos, para gente de riñón cubierto, que viene decidida á romperle la crisma á unos cuantos cientos de duros; pero esto será lo excepcional. La inmensa mayoría de los forasteros habrá de acomodarse incómodamente en casas de huéspedes, mesones, posadas y alojamientos ocasionales, improvisados, y pagar como si estuviesen á gusto.

***

De estas deficiencias saldrán muchas quejas, y más de las tres cuartas partes se volverán á sus casas llorando el dinero que soltaron en mal hora. No obstante, á los quince días apostaré que ya se tranquilizan y empiezan á persuadirse de que se han solazado mucho, mucho. En España tendremos poco dinero, pero no nos falta rumbo y humor para gastarlo, cuando se tercia.

A mi parecer, los festejos adolecerán de lo mismo que adolecen las calles de Madrid: de aglomeración, de dificultad circulatoria. Para que se me entienda: habrá demasiadas diversiones en pocos días.

Creíamos, allá en marzo, que todo el mes de abril sería ya un mes brillante, rebosando distracciones, una antesala de las fiestas; y he aquí que el mes de abril, sea por la muerte del rey abuelo, sea por el mal tiempo, sea por otras causas, ha transcurrido más desanimado y frío que suele transcurrir en cualquier año. Los salones, apenas entreabiertos, se cerraron, después de una espléndida fiesta de cuadros vivos que alborotó á la sociedad; los teatros serios se arrastraron trabajosamente, y poco á poco — obligado alguno de ellos por la tibieza del público — han ido dando fin á una temporada que soñaron prolongar al calor de los festejos; el Real no se ha atrevido á traernos á Bayreuth; y excepto en los colchones de muelles que vemos pasearse llevados en hombros por las calles, en los colchones de lana que vemos apalear (grave infracción de las ordenanzas municipales) á la puerta de las casas, y á la nube de modistas, corseteras y peluqueros que procedentes de París han caído sobre Madrid para beneficiar la situación, en nada se conoce que estemos ya abocados á una *season* tan excepcional.

***

El comercio espera vender; los fondistas y alquiladores de coches se las prometen felices; reinan, al parecer, la tranquilidad y el optimismo en los espíritus. Apenas extiende sobre ellos ligerísima, impalpable sombra, la noticia, publicada por los diarios, de que tal ó cual peligroso anarquista se ha colado por la frontera, con ánimo de aguarnos el vino...

Nadie piensa en ese coco moderno. Toda la atención está pendiente de cómo se organizarán y cómo saldrán los números innumerables del nutrido programa que todo él tiene que caber en unos cuantos días del mes de mayo.

Pierdo la cuenta de lo que en este corto tiempo van á zarandearse el vecindario de Madrid y sus huéspedes más ó menos ilustres, egregios y augustos. Bailes á tutiplén, algunos tan lucidos como se espera que será el de la Bolsa, por suscripción; baile y música en todas las instalaciones de los Círculos de recreo en el Retiro; kermesses; feria; batalla de flores; iluminaciones; *garden party* y recepción en Palacio; fiestas particulares, imposibles de prever y de recontar; funciones de gala en uno ó varios teatros; y lo puramente oficial, como el acto de la jura, al cual se cree que concurrirán, aumentando el esplendor, muchas y muy suntuosas carrozas de grandes que ejercen cargos palatinos... Se me olvidaban, ¡ahí es un grano de anís!, los anuncios de grandes corridas de toros, con caballeros en plaza, y los por ahora proyectos no más de torneos, *carrousel*, etcétera. No sé si incluir entre los festejos las revistas, paradas y simulacros militares, y el *tedéum*, solemnidad religiosa. Y estoy cierta de que se me olvida muchísimo de lo que tiene que entrar, venga estrecho ó venga ancho, en este mes de mayo bendito.

***

Así que empiece el bureo no se verán los forasteros en la incertidumbre de escoger entre soltar la bolsa ó la vida. Ambas cosas corren peligro. La bolsa tiembla cuando oímos decir que los hoteles han duplicado y triplicado y quintuplicado sus precios; que por un coche para el mes de mayo piden siete mil pesetas de alquiler, más del valor íntegro del tren si se vendiese; que las subsistencias son un problema pavoroso, alrededor del cual va formándose un lago de tinta y otro de saliva derrochadas... La vida no creo que la saquen salva los que lleguen aquí con el afán de *verlo todo* y de *ir á todo*, y de no regresar á su pueblo sin haber tenido el gusto de contemplar á los archiduques y enviados extraordinarios de las cortes extranjeras (muy señores míos y de mi respeto).

En cambio, muchos pacíficos moradores de la villa y corte están ya de un humor empecatado, y juran y perjuran que sería cosa de tomar el tren é irse á una aldea bien solitaria. Desde sus casas madrileñas suspiran por El Tomelloso ó por Majadahonda. Parafrasean la célebre *Oda* de Fray Luis y la *Silva* encantadora de Lope de Vega; repiten, sin advertirlo, las frases de Quevedo encareciendo el descanso y el goce puro de la existencia campestre. Pero... ello es que no se van. ¿Qué habían de irse? Sí, en eso estaban pensando.

Al que más y al que menos le pica la curiosidad de ver en qué parará todo esto, si las fiestas resultarán un colosal *timo* ó una magia deslumbradora, ó buenamente (es la opinión de los sensatos) una cosa entre merced y señoría, á ratos buena y á ratos detestable, como al fin organizada algo atropelladamente y en un pueblo que tiene poca costumbre de «recibir.»

***

No falta tampoco quien se alarme ante el trato que está sufriendo el bello, amenísimo, y (seamos justos) bien cuidado Parque del Retiro. Sus tranquilas y frondosas calles de árboles, sus frescas y lindas canastillas floridas, sus enarenados parterres, se encuentran estos días manchados, perturbados y ofendidos por legiones de trabajadores que renuevan el suelo, lo siembran todo de cascote, ladrillo y tablones, para erigir barracas, pabellones y quioscos, tribunas y palcos y demás tinglados de festejos. Hasta se murmura no sé qué de árboles cortados ó desmochados. Desde el punto de vista de la belleza del Parque, no cabe negar que están cometiéndose profanaciones. ¿Qué remedio? ¿Hay en Madrid acaso otro sitio donde armar fiesta? ¿No hacían otro tanto los monarcas de la casa de Austria, que alzaban sus teatros y tenían sus diversiones en el Retiro?

***

Y al presenciar tanto preparativo; al sentir en el aire la vibración de una alegría tumultuosa, próxima á desbordarse en calles, paseos, teatros, en cuanto ofrezca á los sentidos un aliciente y á los ojos un pasajero deslumbramiento; al percibir ya el rodar de los millones y el aroma de las flores y la claridad de las luminarias y el estruendo de las músicas y el estallido de la pirotecnia; al escuchar ya el traqueteo de los trenes de placer y las pisadas de esa muchedumbre ávida de goces y puerilmente afanosa de emociones, que se precipitará en breve sobre la capital española, ¿diría nadie que somos aquellos de las colonias perdidas entre desmayos del alma é interrupciones del pulso; aquellos que en 1898 no acertábamos ni á conocernos á nosotros mismos?

Esta facilidad de la expansión, este buen humor latente que se descubre á cada momento propicio, ¿son feliz síntoma, ó son nuevo indicio de debilidad orgánica?

Confieso que no lo sé.

EMILIA PARDO BAZÁN.

CRÓNICA PARISIENSE.–EL BAILE GAVARNI EN EL «MOULIN ROUGE.»

Artista de talento, dibujante de buena cepa fué aquel caricaturista que en la época de Luis Felipe levantaba ampollas con sus picantes litografías.



El pintor Gerome

Daumier fué un espíritu más agridulce; Gavarni era lo que ahora se llama un *noceur,* que gustaba de ir de baile en baile buscando aventuras y anotándolas en el papel. Era un espíritu alegre, á pesar de lo que de él ha dicho Goncourt, cuando lo ha pintado como hombre melancólico.

En aquella época sólo el arte apasionaba. Amando y dejándose amar, toda aquella pléyade de artistas y literatos iba á divertirse escuchando los trinos del violín de Musard y bailando cuanto podían en el Tívoli y en el Prado (nombres que se adoptaron en Barcelona), al Valentino, al Chateau Rouge, al Salón de Mars y á Mabille.



Carro de la Sociedad de Pintores Litógrafos

Un baile de estos fué organizado por el «Charivari» en 1843. En la noche del jueves lardero, el famoso Chicard, un bailarín de rigodones, de oficio curtidor de pieles, presentóse acompañado de Minon-Minard á bailar la *quadrille,* vestidos ambos con gran casco de cartón y botas altas: aquellos trajes habían sido dibujados por Gavarni. Daumier dibujó el programa de aquella fiesta que ha formado época.

Aquel artista que tanto se divirtió en su juventud volvióse sosegado cuando hubo cumplido los cuarenta.

A pesar de su talento, nadie se había acordado de que otros artistas de menos valía tenían en las plazas de París un monumento de que él carecía.

Gerome, el célebre pintor, se ha puesto al frente de la comisión organizadora de fiestas con que allegar recursos á la suscripción iniciada por los pintores litógrafos de París, para erigirle uno en plena plaza Saint-Georges, en aquel barrio de Nuestra Señora de Lorette, de donde había sacado todos los tipos que le han hecho célebre.

Comitiva de «Thomas Vireloque» organizada por Leandro y Abel Faivre

***

La primera de las fiestas con dicho objeto organizadas ha sido el baile que hace pocos días se celebró en el «Moulin Rouge.» La sala estaba decorada con flores y plantas, pero el principal adorno eran los palcos, en donde se admiraban todas las bellezas que París contiene.

Artistas y literatos, *demi mondaines* y gente alegre,



Baile Gavarni en el «Moulin Rouge.» Aspecto de la sala

todos con semblante risueño y vestidos todos con trajes de la época de Gavarni animaban aquel ambiente, esperando impacientes la cabalgata que en el jardín del mismo baile se estaba organizando en aquellos momentos.

Uno de los palcos estaba destinado al rey Luis Felipe y á su comitiva: el dibujante Villette representaba al *Rey burgués.*

Ocupaban los demás palcos los que para obtenerlos habían pagado precios elevados en la subasta que se había verificado. En uno estaba la bailarina Thylda que iba con la bella Otero, vistiendo las dos uniforme de oficial de la época; en otro, el novelista Willy, autor de *Claudine à Paris,* acompañado de su esposa; y en el del Jockey-Club se veía á las artistas de la Comedia Francesa, la hermosa Sorel y la Pierson.

De pronto, la orquesta anuncia la llegada del rey Luis Felipe, á quien recibe en la puerta el famoso artista y académico Gerome, vestido de *bourgeois* de París, de aquel tiempo, y en cuanto la comitiva regia ha ocupado su palco, sale del jardín del «Moulin Rouge» la cabalgata.

«Mr. Vautour chez les artistes» ó «Crimen y castigo.» Comitiva organizada por Abel Truchet

Iba delante el carro de los litógrafos, en el que se tiraban unas litografías de Gavarni con la misma piedra por éste dibujada: aquellas litografías se vendían á un franco.

Seguía luego la comparsa de «Thomas Vireloque» dirigida por Leandro y Abel Faivre, y detrás de ella la de los «Enfants Terribles» que tanta y tan merecida celebridad dieron á Gavarni cuando el «Charivari» los publicó.

Venía después la comitiva «Mr. Vautour chez les artistes» organizada por el pintor Abel Truchet, y cerraba la cabalgata el carro de los Románticos del taller Grasset, en el cual estaban representados Berlioz, Víctor Hugo, Alfredo de Musset, Balzac y otros de aquel período.

Terminada la ceremonia, todo el mundo descendió de los carros y comenzó una fiesta bulliciosa, en la que, sin embargo, no hubo una sola nota discordante.

Los trajes de la época sentaban admirablemente á todas aquellas caras rubias y morenas que llenas de juventud iban derramando alegría por todos los ámbitos del salón. Muchas modelos de pintores iban de pareja con éstos; hasta Gerome daba el brazo á una muchacha muy bonita que vestía de novia.

***

Gavarni nació en París en 1804 y murió allí mismo en noviembre de 1866. Desde 1820, en que fué el dibujante del esplendor pirenaico, hasta 1864 en que su temblorosa mano hubo de soltar el lápiz, no dejó un momento de trabajar. Sus litografías se cuentan por miles y el número de sus dibujos y acuarelas es incalculable. Y como si la fiebre fecunda de su arte, como si la labor incesante de su pincel no bastaran á satisfacer la actividad devoradora de su espíritu, aún encontró ratos de ocio para escribir novelitas de un corte animado y de mucho color literario, para rimar versos no más que regulares, por no decir malos, y para perder el tiempo buscando la dirección de los globos.



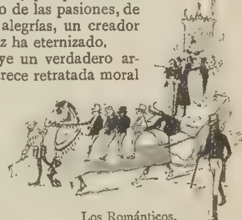
El pintor Villete en traje de Luis Felipe

Extraño y genial artista, ingenio chocante y agradable, como ningún otro observó y pintó las alegrías y las miserias, es decir, la vida toda. En la obra inmensa de Gavarni, la risa no tarda en ser ahogada por el ruido del llanto, llenándose de punzantes análisis. Los que suelen pintarlo como el tipo del dibujante alegre, se equivocan. Gavarni es ante todo el artista filósofo, y repasando su obra se encuentra en ella, bajo el aparente anacronismo de fechas y trajes, la humanidad tal como era ayer, como es hoy, como será mañana.

Lo que sí es cierto, es que su obra constituye para los historiógrafos una documentación preciosa de las elegancias pasadas, ya que fué un observador profundo de las pasiones, de los dolores, de las alegrías, un creador de tipos que su lápiz ha eternizado.

Su obra constituye un verdadero archivo en donde aparece retratada moral y físicamente la sociedad parisiense de una buena parte del siglo XIX.

El escultor que haya de hacer su monumento, podrá inspirarse en sus propios dibujos dándole carácter de época y también podrán encontrar su retrato y estudiar su modo de ser copiando fielmente algo de su colección «L'Homme à la cigarette.»



Los Románticos, comitiva del taller Grasset

PEDRO COLL.

Ilustraciones de GOSÉ.

París, abril, 1902.

EL TRIUNFO DEL AMOR

Cinco años hacía que el tío Curro se había quedado solo con su hija, y aquellos cinco años pasaron sin que sus ojos dejasen de llorar la pérdida de su mujer, de aquella compañera tierna que le había prestado su ayuda, dulce y cariñosa, en su afanosa peregrinación por la tierra. Y lloraba el tío Curro á raudales, porque su pasión había sido intensa y supieron conservarla día tras día hasta que cumplieron los cuarenta y cinco y ella cerró los ojos para no volverlos á abrir. ¡Oh, qué dolor tan agudo, tan dislocante, experimentó cuando, tras de agotar todos los recursos y someterla á todas las pruebas imaginables, la vió morir! Sin saber lo que hacía, salió al patio ahogándose de aflicción y cogió, destrozando las macetas, cuantas flores había, para echarlas después sobre el cuerpo de la inolvidable muerta.

De alegre habíase tornado brusco y huraño, y á no ser por Antonia, que con sus mimos de hija cariñosa le consolaba, habríase dejado morir en un rincón.

Encontrándose en el mundo sin otro arrimo y apoyo que el de Antonia, si como hija la había idolatrado antes, ahora la amaba con todos los amores. Cuando salían á la calle sentía celos de todas las miradas y experimentaba rudísimos sacudimientos al oir que requebraban tiernamente á *su* Antonia, y entraba en ganas de arremeter contra los golosos que rondaban su casa y molerles á palos por atreverse á disputarle su único tesoro.

Y se lo dijo á ella una tarde y se lo repitió muchas veces después:

– Si alguno de esos moscones se acerca á ti, y tú le quieres, y yo veo que me van á robar lo único que tengo en el mundo..., haré lo que no hice nunca, lo que jamás pasó por mi cabeza: ¡matar á un hombre!

Y decía esto con tal energía y firmeza, que Antonia llegó á tenerle miedo y le contestaba para aplacar sus nervios irritados:

– Pero, padre, si yo no *quedré* nunca á *naide* más que á *osté*.

No era aquello verdad; Antonia, como buena hija del Guadalquivir, estaba dotada de un corazón inflamable. Sus ojos, chispeantes y alegres, negros y rasgados, protegidos por largas y sedosas pestañas, desmentían sus palabras; la boquita fresca parecía estar hecha para conjugar el verbo amar, ese viejísimo verbo eternamente joven; su garganta suave, su tez morena, aterciopelada, su talle cimbreante y flexible, el contoneo incitante de sus caderas..., todo su cuerpo, en fin, parecía reclamar el amor-pasión, ese amor que tanto lleva á la felicidad como al crimen...

Y amaba; amaba con todas las fuerzas de su alma joven, con amor exclusivo y único, y estaba resuelta á sacrificarse por el muy amado si las circunstancias así lo exigían. ¿Hay nada más grande ni más heroico que sucumbir por aquellos á quienes amamos?

Antonia había acertado á poner su corazón en buenas manos; Juanillo era merecedor de la encantadora niña; honradote y bueno como el pan, era capaz de hacer la felicidad de la más exigente. A más, si Antonia le amaba, él correspondía cumplidamente á aquel amor, y dormía desasosegado, sintiendo un cosquilleo extraño dentro del pecho y un temblorcillo que no dejaba nunca sus nervios en quietud, pensando en ella á todas las horas y por ella suspirando en todos los instantes.

Cuando hablaban apasionadamente por la reja, á altas horas de la noche, aprovechando el sueño profundo y confiado del tío Curro, Antonia había dicho muchas veces:

– ¡Si mi padre supiera que te quiero con *toa* mi alma, nos mataba á los dos!

El, entonces, manifestaba los deseos que tenía de hablar seriamente con el tío Curro y de decirle todo lo que sus corazones sentían, enterándole de la honradez de sus intenciones y de la firmeza de sus propósitos, acabando por pedirle la mano de Antonia con todos los respetos que el caso requería. Pero la muchacha, que conocía muy bien las intenciones de su padre respecto al particular, le rogaba que nada dijese si en algo estimaba la tranquilidad de los dos. Y como Juanillo protestase diciendo que alguna vez se había de saber y que no debían pasar la vida de aquella manera, Antonia recomendábale paciencia y le rogaba, por lo que más quisiera, que no despegase los labios delante del tío Curro para hablar de tal cosa.

A regañadientes se conformaba Juanillo.

Aquel continuo sobresalto en que vivía la muchacha hacía su amor más potente y más firme; las contrariedades que sufría él daban por resultado el crecimiento de su pasión.

Cuando asuntos urgentes obligaban al tío Curro á permanecer algunos días fuera de Sevilla, Antonia consentía á Juanillo entrar en su casa, y en el patio pasaban horas felicísimas hablando del dichoso porvenir que les aguardaba. El escuchaba atentamente cuanto la muchacha decía, contemplándola embobado, comiéndosela con los ojos... Y de tanto en tanto, Antonia, no pudiendo apartar de su imaginación las serias y enérgicas amenazas del tío Curro, temblaba, pero más por él que por ella, y solía exclamar:

– *¡Mía* que si mi padre nos viera!

Fué un domingo. Hacía tres días que el tío Curro estaba ausente y no debía volver hasta dentro de ocho. Al irse había tornado á las amenazas y había vuelto á recomendar á su hija que no diese oídos á nadie. Pero con razón afirman que el amor es ciego.



Un cuento interesante, cuadro de J. J. Shannon

Juanillo se presentó en la casa como de costumbre. Aquel día iba engalanado con el traje de las fiestas. Daba gusto mirarle con su cara recién afeitada, su camisa limpia con bordados en la pechera, su chaquetilla corta, sus calzones color tabaco con botones de plata, las flamantes polainas de cuero con caireles de lo mismo y la faja encarnada que oprimía su cuerpo jacarandoso de majo. Llevaba al hombro la manta madroñera y andaba gallardamente, taconeando con energía, como satisfecho de sí.

Fueron al patio; envueltos por los mágicos perfumes de las acacias y de los tempranos claveles, que abrían sus hojas rizadas á la fecundante caricia del sol; rodeados de flores; escuchando el murmullo confuso de la ciudad, sentían estallar sus pechos de pasión. La Giralda, esa torre esbelta como las hijas de Sevilla, que se levanta con gallardía hacia las regiones de las nubes, vigilaba á los enamorados; dos palomos de pechuga azulada picoteaban en el suelo, arrullándose; las cúpulas de la catedral parecían empinarse para contemplar aquel poema de amor y de vida.

Antonia, encantadora siempre, adornada la cabeza de flores, tocaba suavemente la guitarra y sonreía á Juanillo, invitándole á cantar, pero quedo, muy quedo, para que los vecinos no le oyesen; las breves y ágiles manos de la niña arrancaban á la guitarra notas dulces y melancólicas, como suspiros, que la brisa recogía y se llevaba con orgullo entre los suaves aromas del patio. El entonaba sus cantares apasionados, y su voz, modulada con delicadeza, entrábale á Antonia por los oídos produciéndole delicioso cosquilleo.

Y así olvidados del mundo, sin pensar en nada que fuese ajeno á aquel momento, dirigiéndose ardientes miradas, no pudieron darse cuenta de que alguien había entrado en la casa y les veía.

Era el tío Curro, que en sus prisas por llegar á Sevilla al lado de Antonia, había dejado sus negocios resueltos á medias.

Al asomarse á la puerta del patio y contemplar la



EL TRIUNFO DEL AMOR cuadro de Obiols Delgado. (Véase el artículo de Rafael Ruiz López, pág. 300)

escena que en él se desarrollaba, experimentó un rudo sacudimiento y sintió que la sangre arrebolaba sus mejillas, quemándoselas. Apretó los puños con rabia viendo á su hija con un hombre, y quiso avanzar bruscamente hacia ellos; pero en aquel instante Juanillo cantaba una vieja copla con pasión infinita y se detuvo. Por su cabeza empezó á desfilar una procesión de recuerdos muy dulces, de tiempos muy lejanos... Y la rabia iba cediendo paso á una emoción profundísima, que acabaría por arrancarle lágrimas. Recordó su juventud feliz, cuando ella, la muerta inolvidable, era como Antonia una morena ardiente que se hubiera dejado matar por él; recordó sus amores que á nada hubieran cedido, y á su memoria vinieron escenas llenas de ternura, como aquella que veían sus ojos, en las que había representado el papel principal; acordóse también de Antonia, niña correteando por el patio, mientras ellos reposaban al atardecer de los días calurosos...

Entró en el patio casi tambaleándose de emoción. Antonia, al verle, lanzó un grito, dejando escapar la guitarra de entre sus manos y poniéndose muy pálida; Juanillo se puso en pie con viveza, como el que se apercibe á la defensa.

Pero en lugar de la escena violenta que aguardaban, el tío Curro dijo ahogándose de emoción:

– No asustarse; no es *naa*. Tú, Antonia, *güelve* á coger la guitarra y toca, toca, que me *paece* que acaba de entrar Dios en este patio.

La muchacha se arrojó en sus brazos conmovida. Y pasado un momento, aquel hombre terrible dijo á Juanillo con humildad:

– Niño, tú eres *güeno...*, tuya es..., pero... no me la quites del *too;* vente á vivir con nosotros.

Rafael Ruiz López.

EL REY DE LA CREACIÓN

Hoy ha sido un mal día para mí. Vuelvo á casa malhumorado, febril, calenturiento, sintiendo un gran disgusto de la vida y una indecible repugnancia hacia la humanidad.

El día era espléndido. El sol lucía, dorándolo todo, hermoseándolo todo con sus deslumbradores reflejos.

El sol es generoso, y distribuye su luz y su calor con prodigalidad de magnate. Todo cuanto toca, hasta lo más bajo y humilde, lo embellece. El lodo brilla con reflejos de diamante.

Salí á la calle alegre y satisfecho, sintiendo correr en mis venas el calor de aquella luz que llenaba los espacios. Hay días en que sin saber por qué, todo canta, todo ríe, todo acaricia. Las mujeres parecen más bonitas; los hombres, más gallardos; uno, más bueno.

Se desea hacer el bien; no se espera el mal... Y el mal, única realidad de la vida, acecha, sin embargo, con toda su interminable cohorte de pequeñeces y de fealdades.

Para conservar la ilusión de la bondad, de la belleza, es preciso aislarse. El contacto con la humanidad es áspero y mortifica todas las dulzuras, todas las benevolencias que duermen en nuestro corazón y en nuestra alma.

Cuanto más alegre está uno y más deseoso de vivir la vida, Gengiskan ó Atila, Harpagón ó Tartufo les salen al paso para amargarle la existencia y recordarle que no vive en las nubes, sino pegado, amarrado á la miserable corteza terrestre.

Hay hechos y sucesos insignificantes, ínfimos, en su escenario, en su trascendencia, en todo, que para la generalidad de los espectadores son sainetes, divertidísimos espectáculos, mientras que para otros revisten las proporciones de un drama y dejan para muchos días amargas horas en el fondo de su corazón.

Hoy ha sido un mal día para mí. A pesar del sol alegre, de la luz diáfana y de los primaverales efluvios que llenaban la atmósfera, he vuelto á mi casa muy triste y sintiendo una invencible repulsión hacia la innoble colmena humana.

Os vais á reir de la causa de mis desilusiones y de mi disgusto; pero ¿qué queréis? ¿Se han de medir las sensaciones por la magnitud de las luchas que las producen? Cada cual siente á su manera. El desastre de Waterloo no arrancó una lágrima al gran capitán del siglo... Al despedirse de Josefina, lloró.

Yo también, sin ser Napoleón, he estado á punto de llorar hoy de lástima, de indignación y de vergüenza, al contemplar á ese ser que á sí propio y con modestia que le honra se ha dado el título de *rey de la creación*, castigar, martirizar, complacerse en los dolores y en la agonía de esos otros pobres seres, mal llamados irracionales, que tienen la desdicha de caer bajo su férula.

Un cochero de punto dominaba como desde un solio, desde lo alto de su pescante, una multitud regocijada y alborotadora, que coreaba con sus risotadas y dicharachos los juramentos del automedonte y el restallar de su fusta sobre los escuálidos lomos del pobre caballo, impotente para arrastrar el vehículo.



S. M. el Rey D. Francisco de Asis de Borbón, fallecido en Epinay (París) en 17 de abril último. (De fotografía de Marius Neyroud, de París)

El miserable solípedo resoplaba con violencia, hacía esfuerzos por arrancar, y á cada esfuerzo, siempre inútil, la fusta trazaba en su piel sudorosa un surco de sangre.

Se desplomó el caballo, rendido, jadeante, ahogado. El cochero, congestionado de rabia, cayó sobre él, y á patadas, á latigazos, quiso levantarlo... El pobre animal lo miraba con mirada tan dulce, tan compasiva, tan humilde, que parecía pedir perdón. Hasta creí que en aquellos ojos había una lágrima.

¡Una lágrima!.. No la vi en los ojos hambrientos de crueldades de aquella imbécil patulea de reyes de la creación que rodeaba al pobre moribundo.

Cien pasos más allá, en una plazuela, debía ocurrir algo grave.

La gente corría, se agolpaba formando círculo.

Del centro de aquella aglomeración brotaban, entre un sordo rumor de colmena, gritos salvajes, gritos de guerra é interjecciones.

Me aproximé. Era lucha de perros. Los respectivos dueños estaban allí cerca para azuzarles y hacer que no se apagaran sus ardores. Los canes se habían mutuamente trabado con sus formidables colmillos. La sangre corría abundante, manchando sus maltratadas pieles. Sus bocas estaban espumosas; sus ojos encendidos.

Entre la gente aglomerada en torno de los luchadores, se cruzaban apuestas. Los perros, enfurecidos, mordían y callaban.

La gente aullaba.

Me aparté con ira, buscando un agente de la autoridad; no lo encontré, como era lógico, y huí de aquel sitio, yendo á dar por mi desdicha en una calleja, donde un mísero gato, refugiado entre los hierros y las maderas de una reja, sufría los combates de una horda de bípedos, que con palos, con escobas y con piedras lo hostigaban.

El felino bufaba, con el pelo erizado, y se ponía de uñas; y todo esto..., ¡qué encanto, qué placer producía en aquel ilustre senado de atormentadores!

He visto más, mucho más, en mi infausto paseo por la ciudad. He visto lo bastante para que se arraigue en mí la convicción, hace tiempo adquirida, de que lo peor de la creación, el resumen de todas sus imperfecciones y de todas sus fealdades, es el hombre..., con excepciones, sin embargo, porque no todos somos iguales, por más que digan, y resulta un insulto sangriento eso de que haya seres bípedos ó simplones que tengan derecho á llamarnos prójimos.

He vuelto á casa y han salido á recibirme á la puerta Chiquirriqui y Totó.

Chiquirriqui, mi hermosa gata rubia y blanca, que sonsoneando me daba topetazos y se restregaba, arqueando el lomo, contra mis piernas... Totó, mi grave y pacífico Terranova, que sacudiendo sus negras lanas y poniéndome las manazas en el pecho, á pique de tumbarme, quieras ó no me ha dado una lengüetada en la mejilla.

Chiquirriqui y Totó se han sentado frente á mí, con mucha gravedad en la actitud, con mucho cariño en la mirada y hemos hablado.

Los ojos verdes de la gata, los ojos azules del perro, tienen palabras, palabras de cariño, de fidelidad, de abnegación.

– Venid acá, amigos míos, les he dicho acariciando sus cabezas que descansaban sobre mis piernas. Venid acá; vosotros sois mejores; vosotros arañáis y mordéis porque os obligan... El hombre araña, muerde, mata y calumnia, que es peor, porque sí, por distraerse, por *sport*. Venid acá, amigos míos, y envaneceos si la vanidad cabe – que lo dudo – en vuestros inteligentes cerebros... Valéis más que el rey de la creación.

A. Sánchez Ramón.

S. M. EL REY D. FRANCISCO DE ASIS DE BORBÓN

El rey D. Francisco de Asís, que ha fallecido hace poco en Epinay, nació en 13 de mayo de 1822 en Aranjuez, en donde se hallaba la Corte de jornada. Fueron sus padres el infante D. Francisco de Paula y la infanta D.ª Luisa Carlota que tan decisiva influencia ejerció años después en los destinos del país y á cuya entereza de carácter debió en primer término la corona la reina D.ª Isabel, que luego había de ser la esposa de su hijo.

El infante D. Francisco fué sin duda el predilecto de su augusta madre, que bastante antes de que D.ª Isabel II estuviera en estado de contraer matrimonio y cuando ni en el gobierno ni en las cancillerías había comenzado á agitarse esta dificilísima y complicadísima cuestión, soñó con enlazar á su hijo con la heredera de Fernando VII, y puso en juego para conseguirlo todos los grandes recursos de que entonces disponía por su posición, su talento, su carácter atrevido y emprendedor y la indiscutible influencia que ejerció durante toda su vida.

Fracasado el proyecto de casar á la reina con el archiduque Federico Fernando, hijo del archiduque Carlos, siendo imposible llevar adelante la idea apenas esbozada del enlace de D.ª Isabel con el hijo de D. Carlos y no pudiendo armonizarse los deseos de Francia que patrocinaba la candidatura del conde de Trápani con los de Inglaterra inclinada á la del príncipe Leopoldo de Sajonia-Coburgo, quedaron reducidos los candidatos á los dos hijos de D.ª Luisa Carlota, D. Francisco de Asís, duque de Cádiz, y D. Enrique, duque de Sevilla. A pesar de que á este último le apoyó Inglaterra, el triunfo fué para su hermano, haciéndose la boda en Palacio, el 10 de octubre de 1846, al mismo tiempo que la de la infanta D.ª Luisa Fernanda, hermana de D.ª Isabel II, con el duque de Montpensier.

Más aficionado á la literatura y á las bellas artes que á la política, D. Francisco intervino muy poco en la cosa pública, habiendo sido, como su regia consorte, víctima de las intrigas y de las luchas de los partidos que produjeron la revolución de 1868.

Consumada ésta, vivió en París en el Bois de Boulogne hasta que se retiró definitivamente á su hotelito de Epinay. Después de la Restauración, sólo volvió á su patria en muy contadas ocasiones y siempre por muy pocos días: la última vez que estuvo en España fué en mayo de 1892, en que pasó una corta temporada en la Granja.

En Epinay vivía absolutamente retirado, alejado por completo del movimiento de la sociedad, rodeado de un número escaso de sus íntimos, libre de todo rencor, pues jamás se quejó de los hombres ni del destino, y soportando las tristezas del destierro con la mayor dignidad. Muy creyente y no menos piadoso, se le estimaba mucho por su manera tan generosa como discreta de ejercer la caridad.

El hotel en que residía se levanta en el centro de un hermoso parque que se extiende hasta la orilla del Sena, y en él había reunido hermosas colecciones y especialmente algunos tapices procedentes de la gran época de la fábrica de los Gobelinos.

Era el rey D. Francisco hombre sumamente instruído, de inteligencia despejada y afable trato, y cuando hablaba de España se animaba y había en su acento la amargura de la forzosa ausencia y la dulzura del cariño á la patria. En ésta habría querido vivir siempre y morir, pero no lo permitió la razón de Estado, que se sobrepone á todos los afectos, aun á los más íntimos.

¡Descanse en paz el que fué un día rey de España! – R.

EN LA FERIA DE SEVILLA

Los forasteros que este año nos han honrado con su visita habrán tenido ocasión de comprobar por sí propios que nada ha exagerado la fama con los relatos hechos por ella de una de nuestras más típicas fiestas; pues en el presente la Naturaleza y los hombres han puesto de su parte todo lo posible por aumentar sus esplendentes atractivos.



Buñolerías y cantinas

Por lo general, en estos días el sol suele acariciarnos demasiado, y tales caricias, que los sevillanos soportamos casi sin darnos cuenta, fatigan y molestan á los extraños, no acostumbrados á ellas; viéndoseles buscar las sombras de las casetas y de los árboles para esquivarlas.

Este año, por fortuna, hemos disfrutado de una deliciosa temperatura; pues sólo de vez en cuando brillaba el sol cuando las nubes se desvanecían, dejando ver trozos del cielo azul purísimo y diáfano.



La caseta del Centro de Bellas Artes

No es extraño, pues, que durante los tres días puede decirse que la animación no ha decaído un momento, y la muchedumbre de gentes ha sido tan extraordinaria, que costaba trabajo transitar por las anchas vías de los paseos, y en cuanto á las destinadas á los carruajes ocurría lo mismo, hasta el punto que tenían que detenerse largos ratos en su marcha para dar entrada á los que incesantemente iban llegando.

Las casetas de buñoleras y cantinas, los cafetines y cinematógrafos, las fieras, fenómenos y figuras de cera, los Tíos-vivos y circos, han hecho seguramente gran negocio, ofreciendo el vasto campo de San Sebastián un indescriptible conjunto, ya en las partes destinadas á diversión, como en las ocupadas por los ganados, que en extraordinario número han acudido.

***

Dos novedades se han ofrecido este año dignas de llamar la atención. La Caseta popular y la establecida por el centro de Bellas Artes.

La primera ha venido á satisfacer una necesidad y á aumentar los atractivos de la Feria, pues con muy buen acuerdo de la alcaldía se dispuso su construcción, destinándola al público todo, para que tuviese donde descansar y divertirse.

En ella reuniéronse, pues, centenares de criaturas, resaltando en el conjunto los brillantes colores de los mantones de Manila, que constituyen la gala más rica de la mujer sevillana.

Allí se bailó y se cantó, y el pueblo tendrá desde ahora en su caseta propia un lugar de cita, que seguramente en los años venideros será uno de los centros más típicos en que los aficionados podrán estudiar nuestras costumbres populares.

En cuanto á la caseta instalada por el centro de Bellas Artes, dirigida por su ilustrado y diligentísimo presidente D. Andrés Parladé, merece capítulo aparte.

Representaba un ventorrillo andaluz. Su fachada formábala una galería baja, y en la parte de la derecha un cuerpo superior con su balconcillo que imitaba un resto constructivo del siglo XVI perfectamente caracterizado. Tenía su guardapolvo, enjutas de polícromos azulejos, pilastras resaltadas de estilo gótico, celosías, todos los detalles, en fin, del risueño y originalísimo estilo mudéjar.

En cuanto á la planta baja, ofrecía en la misma fachada dos grandes vanos, cuyas cajas umbrales imitaban talladas viguerías platerescas, sostenidas por robustos canes moriscos.

A la izquierda del espectador, llamaba la atención un detalle muy artístico, el de una ventanita gótica con su celosía, y pendientes de la reja, macetas de claveles, no faltando el detalle de una jaula de cañas en que cantaba un jilguero.

El interior de este vestíbulo tenía su techo de viguería y de azulejos, zócalos de lo mismo y los muros enjalbegados de blanquísima cal.

En el testero llamaba la atención un antiguo cuadro de la Virgen con barroca moldura, y debajo una alacenilla con sus puertas de celosías, destinada al tallero, mueble andaluz por excelencia, en el cual, durante el verano, se guardan las famosas alcarrazas ó tallas de blanco barro de la Rambla, cuya cualidad de poroso enfría el agua notablemente.

Farolas y faroles de hojalata con sus enormes candilejas, jaulas de todas formas y tamaños con canarios y verdones, pendían del techo y de las paredes.

En el centro del salón había una gran mesa con sus riostras de hierro, encima de cuyo tablero veíanse alcarrazas y jarros vidriados de Triana y Talavera y un monumental velón de metal amarillo, de los que hicieron famoso al artífice constructor de ellos Manolito Gázquez, con sus mecheros en forma de cabezas de toscos leones, su mástil salomónico y por remate la imagen de San Miguel.

Arcos peraltados sostenidos por ligeras columnas daban vista al patio, en que se hallaba establecida la buñolería, servida por un numeroso grupo de gitanas, la cual vióse concurridísima, especialmente por las mañanas.

Allí, bajo pintoresco emparrado, formábanse alegres tertulias, animadas por las frases picarescas y oportunísimas de las gitanillas servidoras.

Dentro de esta instalación levantóse también otra caseta, en la que se sirvió leche y chocolate, que estuvo también muy concurrida.

***

Por las noches amenizaba la numerosa reunión una orquesta de bandurrias y de guitarras, que ejecutaron aires andaluces.

Las escenas que tuvieron lugar durante los tres días de Feria en estas instalaciones, no caben en los límites de una breve crónica como la presente. A cada minuto variaba el aspecto del conjunto, en todas partes reinaba la alegría y el buen humor, y aristócratas y plebeyos y gitanas y artistas, confundían sus aspiraciones en una sola, que era la de divertirse.



Interior de un café

Bien puede estar satisfecho el centro de Bellas Artes de Sevilla y su presidente el Sr. Parladé por haber ofrecido á los feriantes un punto de reunión tan ameno como pintoresco, y es seguro que en los años venideros habrá de alcanzar mayor auge esta instalación, la cual todavía se presta á ser enriquecida con otros detalles que contribuyan á determinar aún más su carácter andaluz.

En cuanto al aspecto general que ha ofrecido este año la feria, ha sido el de siempre, y ocioso nos parece, por ende, describirlo. Los que alguna vez han visitado Sevilla en estos días, no necesitarán que se les describa, porque el espectáculo que en otra ocasión presenciaron es de aquellos cuyo recuerdo jamás se borra, y por consiguiente fácil les será reconstruir la fiesta de hoy con los elementos que ayer acumularon en su memoria y con las impresiones que quedaron grabadas en su corazón.

Y por lo que hace á los que nunca han estado en esta ciudad en días tan señalados, es imposible que por una mera descripción puedan formarse idea, ni siquiera aproximada, de lo que es la feria sevillana: las esplendideces de este sol, la limpidez de este firmamento, la transparencia de esta atmósfera, los aromas de este aire perfumado, la hermosura de estas mujeres, las melodías de estos cantos, las voluptuosidades de estos bailes; en suma, esta riqueza de colores y armonías, esta exuberancia de vida, forman un conjunto maravilloso que la pluma y aun el mismo pincel no pueden reproducir: para comprenderlo es preciso presenciarlo, respirar este ambiente, embriagarse con este despertar de la naturaleza y participar de esta explosión de alegrías y placeres. – X.

Sevilla, Abril de 1902.



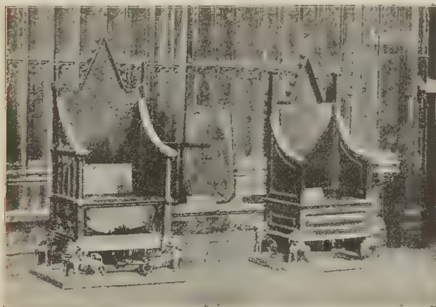
UN BUEN ARTÍCULO, cuadro de L. A. Tessier



INOCENCIA, cuadro de H. Frauendorfer

NUESTROS GRABADOS

Sillones que han de servir para la coronación del rey Eduardo VII de Inglaterra.—Estos sillones se encuentran en la abadía de Westminster; el de la izquierda ha de servir para la coronación del rey y ha sido utilizado en las coronaciones de los soberanos ingleses desde hace 600 años. Debajo del mismo se ve la famosa piedra sobre la cual eran coronados los monarcas de Escocia y que fué llevada á Inglaterra por Eduardo I en 1296. El otro sillón, en que ha de sentarse la reina para ser coronada, fué construído para la reina María en 1689 y lo usó por última vez la reina Adelaida en el año 1831.



SILLONES DE LA ABADÍA DE WESTMINSTER
que han de servir para la coronación del rey Eduardo VII de Inglaterra

Joven mallorquina, cuadro de Félix Mestres. (Salón Parés). – Resultado de su última excursión á las Baleares es el hermoso lienzo á que nos referimos, trasunto fidelísimo del natural. El tipo de la joven mallorquina, encuadrado en el blanco *rebocillo*, está naturalmente inspirado en el distintivo y característico de esas bellísimas palmesanas, que tanto sorprenden al que á su hospitalaria ciudad llega, puesto que ofrece un conjunto de rasgos que se armonizan de modo admirable, por más que puedan parecer antitéticos: la delicadeza de líneas con el vigor de una raza privilegiada.

El joven pintor, en cuya ejecutoria artística hállanse escritos varios premios noblemente alcanzados y el título de profesor de la Escuela Provincial de Bellas Artes, ha dado nuevas y fehacientes muestras de su valía en la exposición de algunas de sus obras efectuada recientemente en el Salón, de las que formaba parte el cuadro que mencionamos.

Dimitrij Ssergiewitch Ssipjagin.—El ministro del Interior de Rusia asesinado en 15 de abril último, nació en 1853. Terminados sus estudios en la Universidad de San Petersburgo, entró en 1876 al servicio del Estado y fué en 1882 miembro del Senado director (Tribunal Supremo). En 1886 nombrósele vicegobernador de Charkoff; después lo fué de Curlandia, y en 1891 pasó á desempeñar el gobierno de Moscou. En 1894 entró en el ministerio del Interior, siendo nombrado ministro en 1.º de noviembre de 1899: antes había sido presidente de la Cancillería para la recepción de memoriales dirigidos al emperador, y en este cargo tuvo ocasión de conocer los deseos y necesidades del pueblo ruso, siendo entonces muy elogiado por su celo y por su bondad.

Un cuento interesante, cuadro de J. J. Shannon.—¡Y tan interesante como debe ser el cuento cuya lectura escuchan esas dos niñas! Su actitud y la expresión de sus caras demuestran claramente la atención con que siguen el relato de maravillosas aventuras, y en sus miradas se refleja el proceso de sus infantiles imaginaciones y las sensaciones de sus almas, que se identifican con los héroes de la narración, comparten sus penas y sus alegrías, y desean llegar al final para gozarse en el castigo de los malos y en el triunfo de los buenos.

Un buen artículo, cuadro de L. A. Tessier.—Este hermoso busto del celebrado pintor francés puede considerarse como modelo, no sólo de factura, sino que también de expresión: contemplando la cara del lector, no hay necesidad de mirar el título del cuadro, pues desde luego se advierte la satisfacción que en aquél ha producido la lectura del artículo periodístico. Conseguir este efecto, hacer que la obra diga por sí sola lo que es, lo que el autor ha querido significar con ella, es el mayor triunfo para un artista.

Inocencia, cuadro de H. Frauendorfer.—Todo en este cuadro del notable pintor alemán Frauendorfer responde admirablemente á la idea que en él ha presidido: la figura de la niña, su bellísimo rostro, sus ojos dulcísimos, su actitud, las flores que lleva en la mano y la misma tonalidad del lienzo, todo se ajusta á la hermosa noción que traduce la palabra *Inocencia*.

Julio Dalou. – Este notable escultor, recientemente fallecido en París, nació en 1838 y fué discípulo de Abel de Pujol, Duret y Carpeaux. Sus primeros envíos al Salón de 1851 no tuvieron importancia, y aun después del éxito obtenido en el de 1870 con su *Bordadora*, siguió siendo poco menos que desconocido. Nombrado subdelegado de Bellas Artes durante el sangriento período de la *Commune*, logró salvar las colecciones artísticas del vandalismo de los revolucionarios, prestando inmensos servicios: á pesar de ello, hubo de refugiarse en Inglaterra, en donde trabajó con éxito en su arte. Reapareció en el Salón de 1873, y desde entonces su notoriedad fué tan rápida como justificada, habiendo expuesto sucesivamente el alto relieve *Mirabeau y M. de Dreux-Brezé*, el proyecto de monumento á la gloria del *Trabajo*, el *Triunfo de Sileno* y el *Monumento á Víctor Noir*, obras de vigorosa concepción y de significación grande. Actualmente estaba trabajando en un grandioso monumento á Gambetta para la ciudad de Burdeos. Dalou es considerado, con razón, como una de las personalidades más importantes del arte escultórico francés contemporáneo. Un crítico francés ha dicho de él: «Había extrañas oposiciones en aquella naturaleza de demócrata ardiente de carácter autoritario é imperioso, muy sencillo en sus costumbres y que perseguía un ideal artístico noble y fastuoso. Seducido por el énfasis de la alegoría, decía—resumiendo de este modo las contradicciones que sorprenden en su talento – que la misión del porvenir sería poner al servicio de la democracia toda la pompa brillante del arte del siglo de Luis XIV.»

Lavanderas, cuadro de Juan García. — Hermano del eximio pintor sevillano J. García Ramos, es el autor del cuadro que reproducimos en estas páginas uno de los artistas de aquel privilegiado país, que ha logrado distinguirse, al igual que su hermano, en la representación de tipos, escenas y cuadros de costumbres, que galanamente retratan el modo de ser de aquella región, que tantos atractivos ofrece. El bonito lienzo á que nos referimos, copia uno de los temas que al pintor ofrece el bellísimo pueblo de Alcalá de Guadaira, en el que han hallado los artistas sevillanos asuntos inagotables para producir esos preciosos cuadros, tan justamente apreciados por los aficionados y coleccionistas.

DIMITRIJ SSERGIEWITCH SSIPJAGIN,
Ministro del Interior de Rusia, asesinado en 15 de abril último

MISCELÁNEA

Bellas Artes.—DRESDE. – La Galería de Pinturas de Dresde se ha enriquecido con una valiosa donación, la del célebre cuadro de Arnoldo Bocklin *Día de verano*, que hasta ahora había pertenecido á un particular de Berlín. Dícese que el donador del cuadro es el rey Alberto de Sajonia, el cual ha pagado por el lienzo 80.000 marcos (100 000 pesetas).

ATENAS. – La comisión arqueológica de Atenas ha resuelto la reconstrucción del Erecteion en el Acrópolis.

Teatros.—En Berlín se ha estrenado con gran éxito por la compañía de Coquelin el mayor la comedia de Rostand *Cyrano de Bergerac*.

– En Bukarest se ha estrenado con gran éxito un nuevo drama, *Maiora*, de la reina de Rumanía (Carmen Sylva).

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *El jochs florals de Caraprosa*, comedia satírica en un acto de D. Santiago Rusiñol; y en el Eldorado *La venta Eritaña*, zarzuela en un acto y tres cuadros de D. Francisco Alfonso y D. Camilo Millán, música del maestro D. Federico Alfonso. En el Principal ha dado una corta serie de funciones una discreta compañía de declamación francesa, de la que formaban parte la primera actriz Mlle. Jane Even y el primer actor M. Valmont. En Novedades la Asociación Musical de Barcelona ha dado, bajo la dirección del maestro Lamothe de Grignon, un notable concierto, en el que tomó parte el famoso violinista Hugo Heermann, director del célebre cuarteto de Francfort, el cual consiguió una ovación tan grande como merecida por la maestría con que ejecutó varias piezas, entre ellas un concierto de Beethoven.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón, *Les trois glorieuses*, comedia en cuatro actos de G. Lenotre; en el Palais Royal, *Family Hotel*, vaudeville en tres actos de E. Heros y E. Millon; en el teatro Antoine, *Coeurs vernis*, comedia en cuatro actos de M. Marcel y M. Lauras; y en Nouvetés, *La princesse Bebé*, opereta en tres actos de Pedro Decourcelle y Jorge Beer, música del maestro Varney.

Necrología. – Han fallecido:

Godofredo Emilio Schuback, pintor de historia y de género alemán.

Koloman Tisza, notable estadista húngaro



JULIO DALOU, notable escultor francés,
fallecido en París en 15 de abril último

Alejandro Neustrojew, notable bibliógrafo de San Petersburgo, que hizo en vida cuantiosas donaciones á las bibliotecas públicas de Rusia.

J. Weber, reputado crítico musical francés, redactor del *Temps*, de París.

Francisco Reiff, pintor de historia alemán, profesor de la Escuela Superior Técnica de Aquisgrán.

Aureliano Scholl, escritor francés, autor de multitud de notables novelas y obras dramáticas.

Juan Pablo Flandrin, pintor francés, uno de los decanos del arte en Francia.

Hermán Plathner, pintor alemán, uno de los últimos representantes de la antigua y famosa escuela de Dusseldorf.

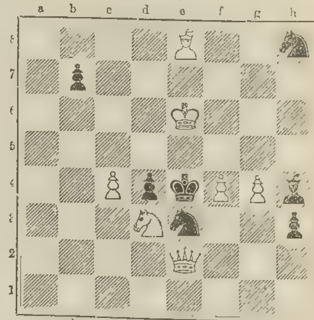
Carlos Potrin, escritor belga, miembro de la Academia de Ciencias y Bellas Artes de Bélgica y conservador del Museo Wiertz.

Carlos Constantino Tigerstedt, historiador y filólogo finlandés, ex profesor de Historia de la Universidad de Helsingfors y catedrático de Sueco clásico en el Liceo de Abo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 280, POR D. PAP.

Negras (7 piezas)



Blancas (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 279, POR A. GREENWAY.

Blancas.	Negras.
1. Dc3—f3	1. Cualquiera.
2. C, T 6 D mate.	

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

- Hablo poco, y la gente se ha acostumbrado á creer que pienso poco también. Pero ¿de qué hablar? Cada cual cuenta sus aventuras, sus triunfos, sus proyectos. Pues bien: á mí nunca me ha sucedido nada de interesante; no he triunfado en nada, y nada espero del porvenir.

Andando habían llegado á la zona peligrosa del Bosque, es decir, al sitio en que el *dog-cart* del señorito Carlos podía aparecer por una lastimosa casualidad. Y Codoero temía siempre las casualidades lastimosas. Lo menos que podía sucederle, si era sorprendido en compañía de una mujer, era ser ridiculizado por Beltrana, y hasta por su hijo. Sacando el reloj, fingió tener una cita y se separó de su compañera, no sin haberle preguntado, poniéndose colorado hasta las orejas, si salía «alguna vez» á dar su paseo á la misma hora.

- Sí, sí, contestó ella. ¿Quiere usted que lo repitamos mañana? Después de todo, ya usted ve que no es tan difícil hablar.

Codoero se daba cuenta de ello con inmensa alegría. Desde hacía una hora, sentíase otro hombre. Tenía una amiga, que le comprendía, y que, probablemente, adivinaba muchas cosas de su existencia. El excelente hombre se sonrió al pensar que, por primera vez, tenía un secreto en que se hallaba mezclado el nombre de una mujer.

«Esta es la primera infidelidad que hago á Guillermo Popinot,» pensó Bucilly.

Y aquella misma tarde, tomando sus habituales precauciones, fué á confesarse de ella á su viejo amigo, que le dió mucha broma sobre su «chica.»

Codoero se indignó contra esta expresión.

- ¿Pues cómo quieres que la llamemos?, le preguntó el doctor. ¿Tu *amiga?* Los escritores modernos prostituyen esta palabra, usándola en vez de *querida*, por no ofender á los oídos castos.

- Llamémosla mi hija, contestó Codoero.

Pero se interrumpió, y la alegría de su rostro desapareció súbitamente.

- ¡No!, suspiró. Ya conoces mi modo de pensar. Tengo el gran disgusto de no poder desear que esa muchacha se case con mi hijo.

Antes de separarse de Popinot, le comunicó una idea que no le abandonaba desde por la mañana, y que consistía en que su amigo se encontrase con Pascualina.

- ¿Para qué?, preguntó el médico.

- Es verdad, suspiró Bucilly desalentado. ¿Para qué?..

Y se fué á su casa, pensando que esta pregunta, en su dolorosa amargura, podía aplicarse á toda su vida.



Cogió un largo Colt, que tenía sobre la mesa, y tiró sin apuntar casi

El día siguiente tuvo su hora de paseo con la muchacha. Momentos antes de separarse de ella, como la víspera, en la «zona peligrosa,» le preguntó, algo celoso:

- ¿Cuántos amigos, más jóvenes y más divertidos que yo, la escoltarán á usted luego?

- ¿Quiere usted que le confiese una cosa?, dijo riendo Pascualina. Pues bien: yo tengo poca «escolta.» Mi padre frecuenta poca gente. Encuentra que los americanos, tan pronto como han cruzado el Océano, se las echan de *snobs*. Por otra parte, mi independencia exterior desconcierta á los jóvenes parisienses. Desconfían de esta persona extraña que se lanza por entre la muchedumbre, sola con su perro, y se entrega, por decirlo así, sin temor de que la roben como una niña extraviada.

- Voy á contar á usted una historia que le explicará ese fenómeno, dijo Codoero. El siglo pasado, un original se puso un día á ofrecer, en el Puente Nuevo, sendos escudos de seis francos por seis dineros. Los transeuntes miraban las hermosas monedas blancas, nuevecitas, y ufanos de no dejarse engañar, continuaban su camino sin comprar ninguna. Todos pensaban: «Eso es sin duda una engañifa.» Han transcurrido desde entonces muchas generaciones; pero la de usted, lejos de tener más confianza, es más desconfiada todavía, como afirmaba usted ayer.

- ¿Qué vale más? ¿Desconfiar toda la vida ó engañarse alguna vez?

- No sé. Mi vida ha sido tal, que nunca he tenido que elegir. Sin embargo, si quiere usted concederme su amistad á cambio de la mía, no vacilo. Para mí la moneda de plata y para usted la de cobre.

Con un apretón de mano sin palabras se cerró el trato.

Varias mañanas les vieron andar juntos por las avenidas que las heladas de un crudo invierno endurecían. Se reconfortaban uno á otro. Bucilly comunicaba á su joven compañera su experiencia de la vida, su práctica, no completa en verdad, del laberinto parisiense, y hasta ciertos matices de distinción que Pascualina se apropiaba con inconcebible rapidez. De su parte, ella ponía tal vez más; proporcionaba á aquel esposo, á aquel padre no comprendido, el placer de ser escuchado, apreciado y elogiado á veces. Su intimidad llegó á ser grande; pero nunca exhaló Codoero una sola queja contra los suyos. Su amigo Popinot le proporcionaba una de sus materias favoritas de conversación. Un día, Bucilly manifestó de nuevo su deseo, que sobrevivía al «¿para qué?» del rudo médico. Aquel deseo consistía en que su nueva amiga y su camarada de la infancia se conociesen, estimasen y admirasen.

- Porque usted le admirará; no desde el primer momento quizá, porque se mostrará un poco arisco, pero sí en cuanto le haya dejado á usted ver la profundidad de su pensamiento y la extensión de su ciencia. Sería el médico más famoso de París si no

tuviese horror al bombo. ¿Cómo haré yo para que ustedes se conozcan?

– Tráigamelo usted, dijo Pascualina.

Esta proposición hizo poner colorado á Codoero.

– ¡Ay!, balbuceó con penoso embarazo; es que... mi mujer le tiene tirria...; por consiguiente..., usted comprenderá... Si por casualidad...

– Pues entonces vayamos á su casa.

Así fué cómo pocos días después el caballero maduro y la joven heredera fueron á sentarse junto á la chimenea de Popinot, que se mostró mucho menos arisco de lo que había pronosticado Codoero. Hasta se excedió, en concepto de Bucilly, pues á la tercera frase declaró que detestaba la América.

– Es un país en que el dinero es antes que todo, lo reemplaza todo, hasta la vanidad que, en muchos franceses, ocupa el lugar de los venerables fantasmas de otros tiempos. Nos ridiculizan por nuestro amor á las condecoraciones. El americano ni siquiera tiene esta reducción, esta caricatura del ideal. Es la única nación en que no se conoce la satisfacción, infantil quizá, pero inmaterial en suma, de circular por entre sus semejantes con una cinta de cualquier color en el ojal.

– Si el dólar es antes que todo entre los americanos, contestó Pascualina sin agitarse, ¿cómo se explica usted que sus muchachos ignoren la vergüenza de los casamientos europeos por interés, y que sus muchachas, cuando son ricas, se casen tan á menudo con franceses pobres, por su título?

La conversación conservó este tono libre, sin que Pascualina se dejase vencer en ningún asunto.

Acabó de conquistar á Popinot hablándole de medicina, con una competencia que revelaba inteligentes estudios. A la hora de separarse, el médico dijo á la muchacha:

– Me ha convertido usted, señorita. Entiéndase que mi aversión á América se ha convertido en terror. Un país cuya enseñanza produce mujeres como usted, ha de absorber tarde ó temprano el resto del mundo.

– Me parece, dijo ella sonriendo, que una cosa debiera tranquilizar á usted, y es que «esta mujer» es francesa.

Bucilly acompañó á la señorita Maugrabin á su cupé y cerró la portezuela, sombrero en mano, lo que divirtió mucho á un señorito cuyo coche pasó casi rozando, inadvertido, el de Pascualina.

Aquel señorito pensó:

«Mi padre ha conservado los buenos modales de 1830. ¿Quién será esa princesa tapada, causa probable de un constipado paterno?»

Así fué que, á mitad de la comida, esta pregunta, hecha bruscamente por Beltrana, despertó á Codoero de una dulce meditación.

– ¿Con quién hablabas esta tarde delante de la puerta de tu amigo Popinot?

– Yo... ¿cómo?, balbuceó el pobre hombre encendido como una grana. ¿Estás segura?.. ¿Era un hombre ó una mujer?..

– Si era hombre, sería algún príncipe, pues le hablabas sombrero en mano.

Codoero, viéndose cogido, confesó la verdad, corrigiéndola lo mejor que pudo á fin de no parecer culpable. Encontró á la señorita Maugrabin; hablaron de medicina; ella mostró deseos de conocer un buen doctor...

– Y la llevé á casa de Popinot, terminó Bucilly, sudando la gota gorda.

– ¿Y hasta asististe á la consulta?

– ¡Oh!, protestó Codoero. No hicieron más que hablar, y me quedé á oirlos. Era una pirotecnia. La señorita Maugrabin declara que ha encontrado pocos hombres que le interesen tanto como mi amigo Guillermo.

– ¿Por qué no se case con él?, dijo Carlos mirando á su madre con una mueca de clown.

Después de un final de comida muy silencioso, el señorito salió, según costumbre. Bucilly, una vez solo con su mujer, aguardaba la explosión prevista. Pero también esta vez fallaron todas las leyes de las probabilidades humanas.

– ¿De modo, preguntó Beltrana después de una larga meditación, que tenemos á tu amigo Popinot médico de cabecera de la familia Maugrabin?

– Sí, contestó Codoero. Ya sabes que no es rico. Es demasiado independiente para hacerse una clientela. Sus amigos tienen que encargarse de darlo á conocer. Por eso... yo..

Beltrana, visiblemente absorta en sus propias reflexiones, interrumpió aquella defensa laboriosa.

– Guillermo Popinot, dijo ella, ha sido siempre descortés conmigo.

El cordero, acusado de arrogancia por el lobo, no quedó más asombrado de lo que lo estuvo Codoero en presencia de aquel reproche

– ¡Oh!.. ¿Estás segura?

– Vas á decirme que yo conté demasiado con él. Tal vez no tuve bastante en cuenta que no hay que exigir de un médico que visita sus enfermos lo que se exige de un hombre de sociedad, que gusta de hacer visitas para matar el tiempo. Hazme el favor de repetir mis palabras á tu amigo.

Codoero, en su asombro, no pudo articular una sílaba. Su muy diplomática esposa continuó:

– Pronto vamos á mudarnos. Apenas instalados, quisiera convidar á comer á algunos amigos íntimos. Aprovechemos la mudanza para restringir nuestras relaciones.

– Necesitamos hacer grandes economías, apoyó Bucilly. Por esto la nueva casa me gustó...

– Mi comida, continuó Beltrana sin oirle, sería de nueve personas solamente: tres Bucilly; dos Maugrabin; tu amigo Popinot; Leroy, que es un gran amigo de Carlos; el duque y la duquesa, á fin de acentuar, á los ojos de nuestros caseros, la clase á que pertenecemos.

Codoero, á pesar de que le habían abierto los ojos sobre los proyectos de su mujer, no la creía entrada ya en el período de acción. Sin comprender que se trataba de una maniobra de cerco, él objetó:

– Está bien. Pero Leroy no ha visto nunca á Popinot; ni uno ni otro se han encontrado jamás en sociedad con los duques; y Pascal Maugrabin no sospecha la existencia de ninguna de estas personas.

– Diríase, exclamó Beltrana encogiéndose de hombros, que no comes nunca en sociedad, en París.

IX

Aproximadamente en la época en que Maugrabin principiaba los fundamentos de su Building, una goleta de comercio, procedente del puerto de Freetown, en la costa occidental de Africa, remontaba el curso del Rokelle. A bordo no había más que negros, á excepción de un mulato, que era el capitán, y un pasajero blanco, natural de Francia, como lo indicaba su nombre, Emilio Candiac.

Este era un joven alto, de aspecto militar, aunque, al tomar pasaje, manifestó ser empleado de comercio. Hablaba poco, á menos que se quiera considerar como conversaciones los diálogos que procuraba entablar con los negros de la tripulación, con el propósito evidente de familiarizarse con los diversos idiomas del país.

A las cálidas horas de la siesta, desdeñaba el sueño para entregarse á la lectura de obras de geografía ó de tratados industriales. La única distracción que parecía agradarle era tirar, con una excelente carabina de Purdie, á los caimanes tendidos en el fango, cuando el barco se acercaba lo suficiente á la orilla del río. Su puntería poco común causaba el asombro de la tripulación de pelo crespo, y hasta del práctico, de color cetrino, condecorado con el pomposo título de capitán.

Cuando las riberas distaban demasiado – las separaba un promedio de media legua, – el joven hacía prodigios con su revólver en blancos improvisados.

– ¡Puntería de *cow boy!*, le dijo un día el mulato.

– Tal vez porque he sido *cow-boy*, contestó sencillamente.

Otro día en que, durante una escala, dió una cantidad bastante crecida por una estatuita de piedra, traída dos mil quinientos años antes por emigrantes fenicios, le dijo el capitán:

– Tira usted el dinero como un millonario.

– He sido millonario, dijo Candiac con la misma seriedad.

Y como en otra ocasión, el súbdito de la reina emitiese algunos juicios contaminados de galofobia sobre las «esferas de influencia» en el Sudán, el hábil tirador se le plantó delante, con las manos en los bolsillos, el cigarro en la boca y su casco blanco echado hacia atrás.

– ¡Ojo! He sido sargento de cazadores de infantería, anunció sin ahuecar inútilmente su voz de bajo profundo.

Y el «capitán» abrió el ojo, en efecto, hasta el día siguiente, que fué el día en que Emilio Candiac desembarcó en el muelle rústico de Kamato, á trescientos kilómetros más arriba de la desembocadura del Rokelle. Su equipaje propiamente dicho se componía de una maleta y de la carabina ya mencionada. Pero llegaba con un cargamento considerable de bultos, cajas, barriles y damajuanas, que fué sacado, bajo su inspección, de las estibas de la goleta. Cada uno de los bultos de los fletes llevaba la marca: *Sociedad Francesa de Caucho.* Descargado é inspeccionado todo, ocupóse Candiac en trabar mayor conocimiento con otro francés, gerente de la sucursal, que no parecía alegrarse mucho de la llegada de un compañero.

– Cuando haya pasado usted treinta y dos semanas sin recibir más visitas que las de los barcos de vela del río, dijo el residente al recién llegado, comprenderá la verdadera significación del substantivo *aburrimiento.*

– Tengo la seguridad de que viviremos en buena armonía, afirmó Candiac.

El otro francés, llamado Ernesto Jumonville, contestó con aire sombrío:

– Durante quince días, sí. Luego nos odiaremos: efecto del clima y de los nervios. Venga usted á comer algo. ¿Me trae usted periódicos?

– Periódicos, pero no cartas, á excepción de los papeles de la agencia.

– ¡Oh, cartas!.. No recibo nunca. En primer lugar porque nadie se acuerda de escribirme, y en segundo lugar porque no dejé mi dirección á nadie, excelente manera de no verme lastimado en el corazón por la indiferencia de mis amigos.

Era el mes de abril, es decir, que terminaba la estación calurosa. Los dos compatriotas, después de una comida en que faltaban muchas cosas, incluso el apetito, se separaron, el uno para proceder á su instalación y el otro para devorar los periódicos, publicados un mes antes en París. Candiac no llegó á emplear media hora en deshacer su equipaje, en el cuarto de paredes blanqueadas con cal, donde hacía tanto calor, que aquel ligero trabajo le hizo sudar.

Después de haber declinado el sol detrás del bosque inmediato, ambos jóvenes se encontraron de nuevo en el patio. Este se hallaba formado de dos líneas paralelas de tiendas, unidas al fondo por un modesto edificio cubierto de palastro galvanizado, y que servía de albergue á los empleados de la sucursal. El río, cuya anchura tenía más de un kilómetro en aquel sitio, formaba el cuarto lado de aquel cuadrilátero, cerrado en la parte no acuática de su perímetro por medio de un seto de eucaliptus de varios pies de espesor. Sentáronse á la sombra de un baobab, alto como un campanario, que crecía fuera del recinto, sirviendo de domicilio á varias familias de monos, cuyos gritos asordaban.

Después de encender los cigarros, Jumonville empezó un interrogatorio, en el cual, con una buena voluntad que no podía menos de reconocerse, supo conservar una cortés apariencia de discreción.

Como se perdiese en frases más ó menos tortuosas, Candiac le interrumpió con una sonrisa causada por sus esfuerzos:

– Oiga usted, Jumonville... ¿Me permite usted que suprima el tratamiento de *Señor,* que *pega* tan mal aquí como pegaría un sombrero de copa ó un gabán de pieles?

– Cuando ha suprimido uno hasta la camisa, contestó Ernesto acariciando su blanca chaquetilla de algodón, puede suprimir muchas cosas.

– Entonces voy á ahorrar á usted la fatiga de los trabajos de *aproximación,* doblemente penosos bajo esta temperatura. Usted se pregunta lo que todo francés cuando ve llegar á las colonias un compatriota: «Qué fechoría habrá obligado á ese infeliz á tomar el vapor?»

– Habla usted como hombre de experiencia, contestó Jumonville riendo. Pero nadie está obligado á contestar á esa pregunta impertinente, y sobre todo, hay derecho á no decir la verdad.

– Naturalmente. Pero yo he conocido, á pesar de todo, algunos originales que la dicen; y sepa usted que yo soy uno de estos. En el sentido usual de la palabra, yo no he cometido ninguna fechoría. Va usted á decir, probablemente, que he cometido al menos una enorme tontería, porque me he separado de un tío mío que poseía más millones que luises tengo yo ahora en el bolsillo.

– Hay muchas maneras de «separarse de un tío,» contestó el escéptico Ernesto contando las nervaduras de su abanico de palma. Es como lo de «separarse de una mujer.» La mujer de la cual yo «me separé» para venir aquí, me había echado de su casa...

– Mi tío no me echó de la suya, puesto que casi se arrodilló á mis plantas para impedir que me marchase. Nos encontrábamos en el extranjero; yo iba á cumplir veintiún años. «Déjame prestar el servicio militar, le decía yo. Después volveré. No quiero ser desertor...» No puede usted imaginarse un hombre más furioso. Anuncióme que practicaba diligencias para hacerme naturalizar en el país en que estábamos, á fin de que pudiese yo continuar más fácilmente sus negocios, que me cedería tarde ó temprano, por cuanto no tenía ningún hijo varón. Añadió que, salido de la nada, se lo debía á él todo, lo que era verdad. Sus instancias fueron inútiles. Yo no quería cambiar de nacionalidad. Desde entonces, estamos más reñidos que si me hubiesen condenado á presidio por monedero falso. Mi tío está muy afe-

rrado á sus ideas, y yo á las mías. Ya le había yo plantado una vez por una disputa menos grave. Entonces llevé durante año y medio una vida mucho más agitada que ésta. En un rancho del Texas aprendí algunas cosas buenas, como el manejo del revólver. ¿Ve usted aquel mono, colgado de una rama por el rabo, á cincuenta pasos de nosotros? Va usted á ver.

Cogió un largo Colt, que tenía sobre la mesa, y tiró sin apuntar casi. El mono cayó muerto.

– Será usted, para la Compañía, un empleado precioso á la primera sublevación de los negros, dijo Ernesto maravillado. Pero volvamos á su tío.

– Al contrario, no volvamos. Hace cuatro años que no he visto *letra* suya, ni de cambio ni de ninguna clase. Estará muy lejos de pensar que me encuentro á orillas del Rokelle, ocupado en matar monos, á falta de otra ocupación. En fin, serví tres años en infantería. Mi jefe fué el primero que tuvo la manía del ciclismo militar, y lo chocante es que mi venida aquí ha tenido por causa una bicicleta.

– ¡Mi venida tuvo por causa una biciclista!, suspiró Ernesto. Pero la historia de usted se comprende más fácilmente que la mía.

– Llegamos al epílogo. Como encargado del material ciclista, estaba yo en relaciones diarias con un fabricante de *pneus*, importante personaje que me había cobrado afecto. Un día comí en su casa con dos prohombres de la industria del caucho en Francia. Sabedor de que iba á ser licenciado del ejército, me dijo con una convicción de que hoy participo:

– Amigo mío, no olvide usted lo que le voy á decir: antes de que pase mucho tiempo, todo hombre que lleve un pedazo de caucho en el bolsillo estará seguro de no morirse de hambre. Traiga usted mucho al mercado y tiene su fortuna hecha.

– El hombre, continuó Candiac, es el principal accionista del *Caucho francés*. Habiéndole parecido que yo tenía ciertas disposiciones para las aventuras, obtuvo para mí este puesto que, según parece, resulta menos solicitado que el de tesorero general de Francia. Ya conoce usted mi historia como si hubiésemos pasado la vida juntos.

La conversación de los dos hombres recayó súbitamente sobre sus funciones inmediatas. Tres negros con el traje ordinario del país, el largo *bú-bú* de algodón y de mangas anchas, por encima del pantalón corto, de la misma tela, se acercaban cubiertos de sudor y de polvo. Dirigieron á los europeos el *Alikum Salam*, y se cuadraron, silenciosos, esperando que les preguntasen.

Emilio Candiac quiso saber quiénes eran aquellos hombres.

– Nuestros *coxeurs*, contestó Jumonville. Ya sabe usted que *coax*, en inglés, significa *agasajar*. El dialecto negro inglés nos sirve de idioma, necesariamente, en esta posesión británica. El oficio de estos tres hombres consiste en atraer á nuestro establecimiento las caravanas que llegan del interior, cargadas de caucho en bruto. Las compañías rivales hacen lo mismo; así es que los *coxeurs* tienen necesidad de recorrer el bosque y el río, á veinte leguas de aquí, á fin de que los demás no les ganen por la mano. A ver lo que éstos nos dicen.

Según los informes, había una caravana considerable, compuesta del jefe, sus cinco mujeres, una docena de hijos y veinte trajineros, entre mercenarios y esclavos, que llevaban seis semanas de marcha por entre el bosque. Probablemente llegarían al día siguiente.

– Las mujeres, dijo Jumonville á su colega, llevan á sus hijos demasiado jóvenes para andar. Los veinte hombres vienen cargados de caucho en bruto, unos treinta kilos cada uno. El único que no lleva nada es el jefe, y todo el beneficio será para él.

– Es en la empresa, hizo observar Candiac, lo que los accionistas de la Compañía relativamente á nosotros, agentes africanos.

A la mañana siguiente, en efecto, toda la caravana se hallaba en el parador de la factoría, vasta sala, de muros de argamasa de barro y paja y techo de rastrojo, preparada para las recepciones de este género. En el fondo, el jefe se destacaba sobre una estera. Su blanca túnica de algodón, con bordados de seda cuyo principal asunto consistía en un gran sol que le adornaba la espalda, dejaba ver el escapulario musulmán colgado al cuello. Sus mujeres, cuya edad variaba desde los catorce años á la prematura vejez del ser femenino entregado únicamente á los cuidados de la naturaleza, iban envueltas en largos taparrabos que la prominencia del busto sostenía con más ó menos solidez, según la hoja de servicios de la dama. La gente menuda se revolvía por el suelo, mientras los hijos mayorcitos, casi adultos, imitaban la actitud digna de su padre. Arrimadas á una pared había veinte cestas rústicas, alineadas, ocultando bajo una guarnición de hojas su contenido precioso. A lo largo de la pared opuesta, los porta dores esperaban, graves y dignos, las delicias largo tiempo deseadas del cogucho, el ron y el tabaco.


A la mañana siguiente, toda la caravana se hallaba en el parador de la factoría

Muy acostumbrado á semejantes funciones, Jumonville hacía los honores con toda la atención de que era capaz, sabiendo que el menor descuido en su hospitalidad ocasionaría la partida inmediata de la caravana hacia otra factoría de la región. Hacía preguntas al jefe sobre su salud y la de su familia, sobre su viaje y hasta sobre la marcha de los asuntos políticos del país. Mientras tanto, se había destapado el primer barril de cogucho, que se vaciaba pronto, aunque no tanto como las damajuanas de ron. El tabaco, distribuído generosamente, humeaba en las pipas. Varios esclavos del jefe degollaron y descuartizaron un carnero, mientras uno de ellos se ocupaba en cocer el arroz.

– Ahora podemos ir á almorzar nosotros, dijo Jumonville á su compañero. Hasta mañana, ó pasado, no estará bien que hablemos de negocio. La cortesía exige hacer como si recibiésemos á esa gente por su linda cara.

La tarde fué empleada en larguezas más importantes. El jefe y sus mujeres, conducidos al almacén, fueron admitidos á pasar revista á las seductoras maravillas que encerraba. En aquel momento se les hicieron regalos. El señor y amo recibió un fusil, un sable y pólvora; la favorita, un hermoso collar de ámbar; las damas que habían cesado de agradar, simple coral y pañuelos baratos. En fin, después de haber puesto á disposición de los viajeros otra cesta de arroz y otro cordero, se dieron las buenas noches.

El día siguiente, Jumonville trató de hablar de negocios; pero el jefe se mostró ladino como un normando. No corría prisa. El hombre fingía pensar que tal vez le convendría ir con sus mercancías un poco más abajo, donde, según decían, eran más ventajosos los precios. Gracias á sus habladurías, ganó otras veinticuatro horas de hospitalidad escocesa, con cogucho, ron y tabaco.

El tercer día, por fin, pudieron hablar, y por de pronto, necesitóse una hora para conseguir que se abriesen las cestas. El amo de la caravana aún fingía no estar resuelto.

Aparecieron las bolas de caucho en bruto, grandes como el puño. Unas veinte fueron partidas por la mitad; algunas de ellas contenían piedras voluminosas.

– Es la infancia del arte, dijo Jumonville á su alumno. Andando el tiempo, estos buenos africanos aprenderán á falsificar. Los campesinos franceses metían zanahorias en sus panes de manteca mucho antes de que se hubiese descubierto la margarina.

Faltaba ponerse de acuerdo sobre el precio. La moneda es desconocida en estas regiones; Jumonville ofreció, como de costumbre, un lote de varios objetos, que comprendía todo lo que puede satisfacer á un negro, desde las bujerías de vidrio hasta la escopeta de pedernal; pero los tejidos de algodón y las cajas de ginebra, objetos de cambio ordinario entre aquellos pueblos, constituían la parte principal del pago.

– Me encuentro, decía Jumonville á su camarada mientras reflexionaba el jefe, en presencia de la verdadera dificultad de nuestra brillante carrera. Si quiere usted adelantar, es preciso que sea un calculador tan extraordinario como Inaudi. Por un lado, ¿cuánto vale este caucho, ó mejor dicho, estos cauchos, puesto que los hay de diferentes calidades? ¿Qué valen, por otra parte, lo que el vendedor ha comido y bebido, los regalos que se lleva, los que va á extirparnos aún, y finalmente, la pacotilla que le ofrezco? ¿Qué valen estos objetos, de veinte industrias diferentes, comprados en la fábrica? ¿Qué cuestan sus fletes marítimos, su transporte fluvial y el almacenaje en nuestra factoría? Para ser un empleado útil, hay que saber todo eso. Es un trabajo que asustaría á cualquier alumno de la Escuela superior de Comercio. Y eso que no tendría que hacerlo de memoria, como nosotros.

Candiac no era hombre que se asustase fácilmente. Aplicóse durante los intervalos de reposo que dejaban las llegadas de las caravanas. Pronto se acostumbró á su nueva existencia.

Había empezado la estación lluviosa. Jumonville tuvo la fiebre. Su camarada vióse obligado á tomar la dirección del servicio, dar instrucciones á los *coxeurs*, recibir las mercancías europeas ó los productos en bruto, llevar la contabilidad y estar en correspondencia con el centro social. Los días le parecían cortos; pero las veladas empiezan pronto en los trópicos, y casi siempre un diluvio le impedía salir. Jumonville, cuidado por su joven negra, no parecía desear compañía más inteligente.

– ¿Por qué no compra usted una de esas negritas?, preguntó un día á Candiac. Acaba uno por acostumbrarse á ellas. La mía me costó cincuenta francos.

– No, dijo Candiac. Enseño á un loro, sin hablar de nuestros perros guardianes. Como compañía, me satisfacen más. Pero á propósito, ¿por qué no ladran nuestros gozquillos? ¡Qué cosa más lúgubre!

(Continuará.)



INAUGURACIÓN DEL NUEVO EDIFICIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL
El Director de la Biblioteca Sr. Groussac, leyendo el discurso inaugural

REPUBLICA ARGENTINA. BUENOS AIRES

NUEVO EDIFICIO DE LA BIBLIOTECA NACIONAL

Honores de palacio, y de palacio suntuoso, pueden concederse al nuevo edificio recientemente inaugurado y destinado á Biblioteca Nacional.

Por una de esas incomprensibles evoluciones de la opinión pública, de la mayor indiferencia apática pasó repentinamente al interés provechoso, despertada y sacudida por una idea vertida al acaso por persona competente y en momento oportuno, y esto hizo que el edificio empezado para un fin utilitario y poco civilizador, haya venido á servir á la antítesis de la idea primitiva.

Se estaba construyendo y ya terminándose para cobijar las dependencias y anexos de la Lotería, que bajo faz de Beneficencia encubre y explota una de las miserias y un vicio incurable de la humanidad, base y origen de infamias, relajamientos y crímenes.

Por suerte, hubo quien se doliera y lamentara, escribiendo que «daba vergüenza



Fachada

ver erigirse en la culta capital argentina, en la populosa Buenos Aires, en la ciudad pomposamente llamada «Atenas del Plata,» tan costosa casa dedicada al repugnante juego, siempre censurable aunque se diera destino benéfico á las ganancias, y que la gran Biblioteca Nacional estuviera todavía instalada tan pobremente en el mismo lugar y casa de su origen, allá por el último cuarto del siglo XVIII, sin comodidades de ningún género y con estrecheces agobiadoras. ¡Cuánto mejor no estarían en aquel edificio los tesoros de sus *cien mil* volúmenes.»

Se comentó el párrafo; la idea vertida hizo camino; se apoderó de ella la prensa; la acogieron con entusiasmo los centros docentes; se elevaron peticiones; se movieron influencias, y poco antes de terminarse las obras, se dictó el decreto por el gobierno de la nación, destinando el espléndido edificio á ser templo del saber cobijando la Biblioteca Nacional.

Un aplauso general, una especie de himno como entusiasta acción de gracias se elevó de todos los ámbitos de la República Argentina por el acto de justicia y civilización llevado á cabo.

El actual bibliotecario, el sabio escritor y publicista, el erudito historiador y cronologista, el crítico imparcial y justo, el siempre ameno conferenciante D. Pablo Groussac, director de la Biblioteca mentada diez y siete años ha, desde el momento de la buena nueva se transformó en obrero incansable, en alma y cuerpo consagrado á la terminación de tan saludable obra, dirigiendo las variaciones necesarias y el decorado propio al nuevo feliz destino.

La inauguración fué brillantísima. Asistió á ella lo más selecto de la intelectualidad porteña, amén del elemento oficial, presidente de la República y ministros inclusive. El director abrió el acto con un



Sala de lectura

estudio biográfico-crítico de la Biblioteca y sus directores desde su gestación hasta el momento de hacerse él cargo del valioso tesoro.

Si su trabajo pecó de largo por el lapso mayor de un siglo que había de describir, no pecó de minucioso al estudiar los hombres que dirigieron la institución y los múltiples sucesos en que actuaron, discurso de mayor enseñanza y verdad histórica que muchos tratados y trataditos vulgares y mentirosos que de historia argentina pululan, como de texto, en colegios, escuelas, liceos y academias de ensañanza primaria, elemental y superior. Fué escuchado con religiosa atención, y de sus imparciales opiniones podrían deducir los actuales gobernantes grandes consecuencias y sabias enseñanzas benéficas al porvenir de la nación. Fué aplaudido con justicia y contestado con elocuencia por el ministro de Instrucción Pública Dr. D. Joaquín V. González.

Con el *lunch* obligado y con las delicadas interpretaciones de Mozart, Grieg y otros grandes maestros de la música por una muy superior orquesta que contribuyó á amenizar el acto, dióse por hecha la inauguración oficial y pública.

El origen real de la Biblioteca referida se remonta al año 1784, en los buenos tiempos del virrey Vertiz, instalándose desde entonces en la parte edificada ex profeso sobre terrenos que fueron huerta del colegio de San Ignacio.

Fué consagrada como Biblioteca Pública de Buenos Aires, hoy Biblioteca Nacional, por decreto de la Junta gubernativa de las provincias del Río de la Plata el 7 de septiembre de 1810, á petición del



Escalera principal

secretario de la misma Dr. D. Mariano Moreno. De aquella fecha á nuestros días pasaron por su dirección las siguientes personalidades: Fray Cayetano Rodríguez, Dr. Saturnino Segurola, José Luis Chorroarín, Dámaso Antonio Larrañaga, Manuel Moreno, Ignacio Grela, Valentín Alsina, José M.ª Terrero, Felipe Elortondo, Marcos Sastre, Carlos Tejedor, José Mármol, Vicente Quesada, Manuel Ricardo Trellez, José Antonio Wilde y el actual D. Pablo Groussac, que la desempeña desde 19 de enero de 1885 con competencia superior; y quiera el cielo para bien y progreso de dicha institución concederle muchos años de vida para ejercer el elevado cargo que ocupa.

La base constituyóla la donación hecha por el obispo Azamor de los libros que formaban su biblioteca particular, agregados con los de la del colegio de San Carlos, á los que siguieron otras donaciones, citándose muy especialmente las de los Sres. Chorroarín, Belgrano, Laborden, Agüero, O'Gorman, etc., compras, canjes, suscripciones, aumentando paulatinamente hasta el presente, en que pasa de *cien mil* volúmenes, con algunos ejemplares únicos y otros sumamente raros.

Respecto á la parte arquitectónica, remitimos á nuestros lectores al conjunto de grabados que publicamos, los que dan idea acabada de la grandeza y magnificencia del establecimiento, sobresaliendo la fachada, de orden compuesto; el vestíbulo, muy suntuoso; la monumental escalera de honor; el des-

pacho del director, de lujosa severidad, amueblado con muy buen gusto y artesonado; el gran salón de conferencias, muy espléndido; pero la magnífica sala de lectura se lleva la palma por la belleza del conjunto y lo artístico de los detalles.

Resulta monumental, así la parte arquitectónica como la de ornamentación, que es muy apropiada, lo mismo que el sólido y cómodo mueblaje, la luz ampliamente repartida, respirándose un ambiente de reposada alegría, de bienestar, de satisfacción, á la par que de recogimiento, muy en concordancia con el uso á que está destinada. En la parte baja están el archivo, depósito, oficinas para el trabajo de clasificación y los talleres de encuadernación.

En una palabra, edificio que nació de baja estofa, pero que terminó su desarrollo dignificado; y lo que pudo ser obscuridad tenebrosa en vida, cobijando el vicio innoble del juego, será en lo sucesivo templo del saber, donde brillarán con fulgores brillantísimos las múltiples joyas, las galas infinitas, los incalculables tesoros de la inteligencia humana.

¡Gloria y honor al hombre que realizó el milagro!

Buenos Aires. JUSTO SOLSONA.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

FLORESCENCIA, por *Hortensio Güell*. – Colección de artículos literarios, notas críticas de arte, fragmentos dramáticos y trabajos varios, escritos en catalán. Un tomo de 200 páginas, impreso en Villanueva y Geltrú, en la imprenta de Oliva. Precio, dos pesetas.

EN LA ESTEPA, por *Máximo Gorki*. – Novela de costumbres rusas, traducida por A. Riera. Un tomo de 253 páginas, publicado en Barcelona por D. Luis Tasso. Precio, una peseta.

BASES DE PUERICULTURA, por *D. Juan Viura y Carreras*. – Discurso de turno leído en la sesión pública inaugural celebrada por la Real Academia de Medicina y Cirugía de Barcelona, el día 30 de enero de 1902. Folleto de 38 páginas, impreso en Barcelona, establecimiento del sucesor de F. Sánchez.

ANUARIO DEL COMERCIO, DE LA INDUSTRIA, DE LA MAGISTRATURA Y DE LA ADMINISTRACIÓN, ó Directorio de las 400.000 señas de España, sus colonias, Cuba, Puerto Rico, Filipinas, Estados Hispano-americanos y Portugal, con anuncios y referencias del Comercio é Industria Nacional y Extranjera. Ilustrado con los mapas de las 49 provincias de España y otro de Portugal. Obra considerada de utilidad por Reales órdenes. Dos voluminosos tomos publicados en Madrid por la casa Bailly-Baillière. Precio, 25 pesetas.

SIGA LA BROMA, por *Luis Taboada*. – Colección de artículos festivos del popular escritor. Un tomo de 186 páginas que forma parte de la Colección Diamante que con tanto éxito publica en Barcelona D. Antonio López. Precio, 50 céntimos.

REFLEXIONES Á PABLO, por *Ubaldo Romero Quiñones*. – Estudio de sociología. Un tomo de 162 páginas, impreso en Guadalajara, imprenta de Enrique Burgo. Precio, una peseta.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas Selectas, mensual ilustrada; *Revista Comercial Hispano-Americana*, mensual ilustrada; *La Opinión Postal*, tres veces al mes; *Crónica de Barcelona*, revista semanal; *Revista Homeopática Catalana*, mensual; *Luz*, revista ilustrada; *La Harmonía*, quincenal; *Recortes*, publicación ilustrada, tres veces al mes; *El protector*, mensual (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, mensual (Villanueva y Geltrú); *La Lectura*, mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *El Mundo Latino*, mensual ilustrada; *El Barberillo de Lavapiés*, semanario ilustrado; *Bibliografía Española*, quincenal; *Sol y sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*; *Boletín de los Colegios de Médicos y Farmacéuticos de la provincia de Castellón*; *El Pensamiento Latino*, quincenal; (Santiago, Chile); *El Ateneo Nicaragüense*, mensual (León, Nicaragua); *Boletín Meteorológico del Observatorio de Mons. Lasagna* (Buenos Aires); *Revista Mensual de la Cámara Mercantil* (Barracas al Sur, R. Argentina); *La Libertad*, diario (Córdoba, R. Argentina); *La Evolución* (Puebla, Méjico).



Lavanderas, cuadro de Juan García

Imp. de Montaner y Simón


LA
ILVSTRACIÓN
ARTÍSTICA
A
S. M. EL REY
D. ALFONSO XIII
CRIADO



A S. M. el Rey Don Alfonso XIII



La Ilustración Artística, al dedicar el presente número á la conmemoración del solemne acto de la jura de S. M. el Rey Don Alfonso XIII, ha querido, en los momentos en que va á inaugurarse un nuevo reinado, en el que tan grandes esperanzas tiene puestas el pueblo español, recordar los períodos más gloriosos de nuestra historia, y no sólo los que, como la *Reconquista* y el *Reinado de los Reyes Católicos*, representan nuestro poderío militar y político, sino que también aquellos otros que, como el *Siglo de oro de las Letras y de las Artes en España* y el *Gobierno de Carlos III*, fueron, por lo que toca á las ciencias, á la literatura, á las artes bellas, á la industria, al comercio y á la administración interior, fecundos en fama y en bienes para nuestra patria.

Para desarrollar nuestro plan, hemos tomado el texto de la Historia de España de D. Modesto Lafuente, escogiendo, así en el discurso preliminar como en el cuerpo de tan importante obra, los fragmentos que mejor sintetizan el cárácter de cada uno de estos períodos. A la misma idea responde también la parte de ilustración, constituída principalmente por retratos, de los cuales sólo publicamos aquellos que se consideran como auténticos, y por algunos dibujos, cuadros y monumentos célebres relacionados con las épocas respectivas.

A modo de introducción, y por estimarlos de indiscutible oportunidad, insertamos, entresacándolos de nuestros filósofos y políticos clásicos, algunos textos relativos al buen gobierno de los pueblos.

Mucho deben parar mientes los príncipes de quién fían la gobernación de sus reinos, á quién encomiendan sus ejércitos, con quién envían las embajadas á tierras extrañas, de quién fían el coger y guardar de sus tesoros; pero mucho más tienen que mirar y examinar á los que eligen por sus privados y consejeros, porque cual fuere la compañía que el príncipe tuviere en su consejo y casa, tal será la fama que tendrá en la tierra extraña y en la república propia. Si contra su voluntad oyen y saben cada día los príncipes la vida de todos los que residen en su república, ¿por qué de su voluntad no examinarán y corregirán á los de su casa? Sepan los príncipes, si no lo saben, que de la limpieza de sus criados, de la providencia de sus consejos, de la cordura de su persona y de la orden y concierto de su casa depende todo el bien de la república; porque es imposible, estando en el árbol las raíces secas, veamos en las ramas verdes las hojas.

Fray Antonio de Guevara.

(Filosofía moral de Príncipes.)

Debe asimesmo el príncipe, para no agravar á sus súbditos con muchos tributos y vejaciones, procurar que sus rentas se gasten fiel y limpiamente, y que su ducado valga un ducado, y su real un real; y para esto, que no pase su hacienda por muchas manos, porque por cuantas más pasare, tanto más se menoscabará. Y la experiencia enseña que la muchedumbre de tesoreros, contadores, comisarios, recetores, cobradores y otros ministros de las haciendas reales, las consume y acaba, y destruye á los pueblos de manera que buena parte de la hacienda del rey se va en los salarios y gastos de los ministros, y por diez que el pueblo ha de pagar al rey, le hacen de costa veinte y cinco ó treinta, con tanta violencia y rigor, que queda asolado y perdido, y siente más los daños de la cobranza que el principal que paga al rey.

. . . .

Esto debe considerar y proveer cualquier príncipe prudente y amigo de la conservación de su estado; y á los que le sirven fiel y limpiamente en la administración de su hacienda hacerles grandes mercedes, y castigar presto y con severidad y sin remisión, como á ladrones públicos y destruidores de la república, á los que hicieren lo contrario; porque, como decía Catón, y lo trae Aulio Gelio: *Privatorum fures in nervo et compedibus œtatem agunt; publici in auro et purpura visuntur:* los ladrones que hurtan á las personas particulares viven aprisionados y con grillos en las cárceles, y los que hurtan á la república los vemos triunfar, cargados de seda y oro.

Padre Pedro de Rivadeneira.

(Tratado del Príncipe cristiano.)

Conviene, por otra parte, que el rey recuerde su deber á los ciudadanos, más con el ejemplo de su propia vida que con leyes y preceptos. Largo es el camino cuando se ha de apelar á las palabras, breve y eficaz cuando al ejemplo; ¡y ojalá que fuesen tantos los que obrasen bien como los que bien hablan! No exija nunca el rey de los demás sino la sencillez, la equidad y la honestidad que él guarde; no ejerza nunca más severidad con los ciudadanos que la que ejerce consigo mismo y su familia.

. . . .

Alcanzará tanto más el rey ser el modelo de sus conciudadanos si sabe desterrar de su palacio á los aduladores, hombres perniciosísimos, que examinan atentamente el carácter del príncipe, alaban lo digno de vituperio, vituperan lo digno de alabanza, se inclinan siempre á lo que más puede halagar las pasiones de su dueño, y suelen llevar por harta desgracia de los demás tan buena suerte, que animan á muchos á seguir su ejemplo. En vez de aduladores buscará en todas las provincias del imperio varones honrados, sinceros, sin vicio ni mancha alguna, que podrán servirle de ojos y de oídos; les dará facultades para que le repitan cuanto digan de él, bien sea verdadero, bien sea falso; les incitará á que le refieran los vagos rumores del vulgo, hasta los infundados cuentos que inventa contra los príncipes la malicia. La utilidad pública, la salud de todo el reino compensará el dolor que puedan producir en su ánimo esa libertad de los que le rodean y esos vanos rumores del pueblo. Las raíces de la verdad podrán ser amargas, pero sus frutos son suavísimos.

Padre Juan de Mariana.

(Del Rey y de la institución real.)

Rey que duerme, y se echa á dormir descuidado con los que le asisten, es sueño tan malo que la muerte no le quiere por hermano, y le niega el parentesco: deudo tiene con la perdición y el infierno. Reinar es velar. Quien duerme no reina. Rey que cierra los ojos, da la guarda de sus ovejas á los lobos, y el ministro que guarda el sueño á su rey, le entierra, no le sirve; le infama, no le descansa; guárdale el sueño, y piérdele la conciencia y la honra; y estas dos cosas traen apresurada su penitencia en la ruina y desolación de los reinos.

. . . .

Los reyes nacieron para los solos y desamparados; y los entremetidos, para peligro, y persecución y carga de los reyes. De éstos han de huir hacia aquéllos. Quien solicita y pretende el cargo, le engaita, ó le compra ó le arrebata; quien se contenta con hacerse por la virtud digno de él, le merece. A estas cosas no se ha de acudir por relaciones y por terceros: los ojos y los oídos del rey han de ser los más frecuentes ministros. Los necesitados no han de buscar al rey ni á los ministros: esa diligencia su necesidad la ha de tener hecha; los ministros y los reyes han de salirles al camino; ese es su oficio, y consolarlos y socorrerlos, su premio. Para saber si gobierna Satanás una república, no hay otra señal más cierta que ver si los menesterosos andan buscando el remedio, sin atinar con la entrada á los príncipes.

Francisco de Quevedo Villegas.

(Política de Dios y gobierno de Cristo.)

La naturaleza puso puertas á los ojos y á la lengua, y dejó abiertas las orejas para que á todas horas oyesen; y así, no las cierre el príncipe, oiga benignamente. Consuele con el premio ó con la esperanza, porque ésta suele ser parte de satisfacción con que se entretiene el mérito. No use siempre de fórmulas ordinarias y respuestas generales; porque las que se dan á todos, á ninguno satisfacen; y es notable desconsuelo que lleve la necesidad sabida la respuesta, y que antes de pronunciada, le suene en los oídos al pretendiente. No siempre escuche el príncipe, pregunte tal vez; porque quien no pregunte, no parece que queda informado. Inquiera y sepa el estado de las cosas.

Diego de Saavedra Fajardo.

(Idea de un príncipe político-cristiano.)

Con varios nombres han querido las personas doctas significar el afecto con que los reyes deben atender al bien universal de los vasallos. El señor rey D. Alonso dijo que eran el corazón de la república, que, comunicando los espíritus vitales, da fuerza á los demás miembros. Y así como lo que más ama el hombre es á su corazón, así debemos amar á nuestros reyes, y ellos nos deben amar con amor recíproco, siendo esto lo que acarrea seguridad en las monarquías, que si falta el amor en el rey, destruirá en dos días el reino; y si en los vasallos, no habrá guarda de alabarderos que le asegure la vida: verdad de que tenemos suficientes ejemplos en las provincias vecinas. Y por esta razón, escribiendo al emperador Arcadio el filósofo Sinesio, dice que no hay otra potestad de mayor fuerza que la que está cercada de amor, y que ningún hombre particular goza de mayor seguridad que el rey á quien sus vasallos no temen, porque los ama y le aman.

Pedro Fernández Navarrete.

(Conservación de monarquías.)

Si los hombres se han asociado, si han reconocido una soberanía, si le han sacrificado sus derechos más preciosos, lo han hecho sin duda para asegurar aquellos bienes á cuya posesión los arrastraba el voto general de la naturaleza. ¡Oh príncipes! Vosotros fuisteis colocados por el Omnipotente en medio de las naciones para atraer á ellas la abundancia y la prosperidad. Ved aquí vuestra primera obligación. Guardaos de atender á los que os distraen de su cumplimiento; cerrad cuidadosamente el oído á las sugestiones de la lisonja y á los encantos de vuestra propia vanidad, y no os dejéis deslumbrar del esplendor que continuamente os rodea ni del aparato del poder depositado en vuestras manos. Mientras los pueblos afligidos levantan á vosotros sus brazos, la posteridad os mira desde lejos, observa vuestra conducta, escribe en sus memoriales vuestras acciones, y reserva vuestros nombres para la alabanza, el olvido ó la execración de los siglos venideros.

Gaspar Melchor de Jovellanos.

(Elogio de Carlos III.)



Ya no se vuelve á hablar de reino gótico: ya no hay godo-hispanos, ni hispano-romanos; la conquista ha borrado estas distinciones, que una fusión nunca completa había conservado por más de dos siglos.

Arabes y moros se derraman por todas las comarcas de la Península y la inundan como un río sin cauce. La nación ha desaparecido: ella resucitará.

Habíase detenido la inundación ante una cordillera de escarpadas rocas, á cuya espalda se escondía un pobre rincón de España, que los invasores ó no conocieron ó acaso al aspecto de su pobreza le menospreciaron. No había sin duda entre los sarracenos uno solo que supiera ni la geografía de lo presente, ni la historia de lo pasado. No hubo quien les dijera: «Mirad que detrás de esas breñas, y dentro de las estrechas gargantas y hondos valles que á vuestros ojos encubren, se esconde un pequeño pueblo que se atrevió á desafiar el poder de Roma cuando Roma era ya la señora del mundo; mirad que ese pequeño pueblo de montañeses no ha cesado de protestar por cerca de tres siglos contra la dominación de unos extranjeros que profesaban su misma fe, y que protestarán con más energía contra uuos extranjeros que vienen á quitarles su patria y á imponerles una nueva fe y una nueva religión.»

«Dios había querido, dice la crónica, conservar aquellos pocos fieles, para que la antorcha del cristianismo no se apagara de todo punto en España.» Y así fué. Mantuviéronse allí sin ser hostilizados los bravos astures, y los que de otras provincias acudieron á refugiarse al abrigo de sus riscos, el tiempo suficiente para recobrarse del primer aturdimiento y concebir el temerario plan de resistir á las huestes agarenas en ninguna parte vencidas, y de fundar allí una nacionalidad. Ofrécese á guiarlos en tan arrojada empresa un hombre de acción y de consejo, jefe atrevido y prudente, que nunca desesperó de la causa de su religión y de su patria. Poco importa que Pelayo fuese un noble godo, hijo de un duque de Cantabria y deudo de los monarcas destronados, como afirman las crónicas cristianas, ó que fuese Pelayo el Romano, *Belay el Rumí*, como le apellidan las historias árabes; puesto que ya no había diferencia entre godos y romano-hispanos, y todos eran cristianos y españoles, porque la patria y la fe los habían congregado allí.


LA CUEVA DE COVADONGA (de fotografía de D. Diego Terrero, de Oviedo)

Cuando el rumor de la reunión de aquellas pobres gentes llegó á oídos del valí El Horr, y cuando Alkhamán de orden suya penetró con una hueste sarracena por entre las quebradas y desfiladeros de Asturias, Pelayo y su pequeño pueblo se recogen á hacerse fuertes en la concavidad de una roca, en la cueva de Covadonga, ignorada del mundo entonces, y conocida y célebre en el mundo después. ¿Quién podía creer que aquella cueva encerrara una religión, un sacerdocio, un trono, un rey, un pueblo y una monarquía? ¿Quién podía creer que el pueblo cobijado en aquella cueva como un niño desvalido, habría un día de abarcar dos mundos como un gigante fabuloso? ¿Ni que aquella monarquía que se albergaba tan humilde con Pelayo en Covadonga se había de levantar tan soberbia con Isabel en Granada?

Los árabes dan principio al ataque contra aquella rústica ciudadela y se realiza el combate más maravilloso que se lee en las páginas de la humanidad. Que si los dardos agarenos no se volvían de rebote contra los mismos que los lanzaban; si las montañas y las rocas no se desplomaban contra ellos y el terreno no se hundía bajo sus pies; si no se realizaron todos estos milagros que los escritores cristianos consignan, realizóse un prodigio que los musulmanes no han podido desmentir, el de haber aniquilado un puñado de rústicos y mal disciplinados montañeses al numeroso, organizado y nunca vencido ejército musulmán. O el favor de Dios y la protección providencial no se manifiestan nunca visiblemente en favor de una causa y de un pueblo, ó no pudo ser más evidente su intervención en favor de aquella pequeña grey de fervorosos cristianos, restos de la monarquía católica pasada y principio de la monarquía católica futura.

En efecto, la fe es la que ha alentado á esos pocos españoles á emprender esa generosa cruzada contra los sectarios del Islam, que se inicia en Covadonga. Ella es la que va á enlazar la sociedad destruída con la sociedad que comienza á nacer. Así se enlazan las edades y los principios. La conversión de Constantino á la fe cristiana fué el eslabón que unió la vieja sociedad romana con las nuevas sociedades formadas de las razas septentrionales. La conversión de Recaredo al catolicismo fué el lazo que había de unir la España gótica con la España independiente. El espíritu religioso será el que la guíe en la lucha tenaz y sangrienta que ha inaugurado. La religión y las leyes fueron, ya lo dijimos, las dos herencias que la dominación goda legó á la posteridad, y estos dos legados son los que van á sostener los españoles en esta nueva regeneración social. Tan pronto como tengan donde celebrar asambleas religiosas, pedirán que se gobierne su iglesia *juxta Gothorum antiqua concilia;* y tan luego como recobren un principio de patria, clamarán por regirse *secundum legem Gothorum.* Así la España irá recogiendo de cada dominación y de cada edad los principios que han de ir perfeccionando su organización; y no parece sino que la Providencia estuvo deteniendo la invasión de los árabes, hasta que estuviera acabado el Fuero de los Jueces, y permitió que la invadieran á poco de haberse concluído, como si no hubiera querido privarla de su existencia pasada hasta dotarla del principio de su vitalidad futura.

Importa poco que á Pelayo le dieran ó no el título de rey antes ó después de su famosa victoria. La posteridad se le ha adjudicado, y el mundo se le ha

reconocido, puesto que ya no se interrumpió la sucesión de los que después de él fueron siendo reyes de Asturias, de León, de Castilla, de España y de los dos mundos.

Aquella congregación de militares, labradores, pastores, sacerdotes y artesanos, fué atreviéndose á descender de las empinadas sierras y á ocupar poco á poco los valles y los llanos, donde se ejercitan en las armas, apacientan ganados, desmontan terrenos, cortan maderas de los bosques y edifican primero templos y después casas; porque para aquellos piadosos montañeses primero es construir moradas para Dios que viviendas para los hombres. De todas partes confluyen cristianos á aquel asilo de la independencia, y llevando cada cual una industria, un oficio ó una espada, aumentan y fortalecen la población, fundan una pequeña capital correspondiente á la pequeñez del reino, y se preparan á mayores empresas.

¿Era toda la España sarracena? ¿Obedecía toda á la ley de Mahoma? ¿Era en todas partes el Dios de los cristianos tributario del dios del Islam? ¿Habían desaparecido todos los restos de la sociedad goda? ¿Había muerto la España como nación? No: aún vivía, aunque desvalida y pobre, en un estrecho rincón de este poco ha tan vasto y poderoso reino, como un desgraciado á quien han asaltado su casa y robado su hacienda, dejando sólo un triste y obscuro albergue, en que los salteadores con la algazara de recoger su presa no llegaron á reparar.

Desde la catástrofe del Guadalete y al paso que los invasores avanzaban por el interior de la península, multitud de cristianos, sobrecogidos de pavor y temerosos de caer bajo el yugo de los conquistadores, buscaron su salvación y trataron de ganar un asilo en las asperezas de los montes y al abrigo de los riscos de las regiones septentrionales, llevándose consigo toda su riqueza mobiliaria, las alhajas de sus templos y los objetos más preciosos de su culto. Obispos, sacerdotes, monjes, labradores, artesanos y guerreros, hombres, mujeres y niños, huían despavoridos á las fragosidades de las sierras en busca de un valladar que los pusiera al amparo del devastador torrente. Los unos ganaron la Septimania, los otros se cobijaron entre las breñas y sinuosidades de la gran cadena de los Pirineos, de la Cantabria, de Galicia y de Asturias. Esta última comarca, situada á una extremidad de la península, se hizo como el foco y principal receptáculo de los fugitivos. País cortado en todas direcciones por inaccesibles y escarpadas rocas, hondos valles, espesos bosques y estrechas gargantas y desfiladeros, una de las postreras regiones del mundo en que lograron penetrar las águilas romanas, no muy dócil al dominio de los godos, contra el cual apenas cesó de protestar por espacio de tres siglos, parecióles á aquellas asustadas gentes el mas á proposito para guarecerse con menos probabilidad de ser hostilizados, y para atrincherarse y defenderse en el caso de ser acometidos. Diéronles benévola acogida los rústicos é independientes moradores de aquellas montañas; y allí vivían naturales y refugiados, si no contentos, resignados al menos con su estrechez y sus privaciones, prefiriéndolas al goce de sus haciendas á trueque de no verse sujetos á los enemigos de su patria y de su fe. La fe y la patria eran las que los habían congregado allí. En el corazón de aquellos riscos y entre un puñado de españoles y godos, restos de la monarquía hispano-goda confundidos ya en el infortunio bajo la sola denominación de españoles y cristianos, nació el pensamiento grande, glorioso, salvador, temerario entonces, de recobrar la nacionalidad perdida, de enarbolar el pendón de la fe, y á la santa voz de religión y de patria sacudir el yugo de las armas sarracenas.

Los mahometanos por su parte habíanse cuidado poco de la conquista de un país que, sobre ser de difícil acceso, debió parecerles miserable y pobre en cotejo de las fértiles y risueñas campiñas de Mediodía y Oriente de que acababan de posesionarse, mucho más no sospechando lo que se ocultaba dentro de aquellas montuosas guaridas. Parece, no obstante, que bajo el gobierno del cuarto valí Ayub llegaron algunos destacamentos enemigos á la parte llana de Asturias, y que hallándola desierta, por haberse retirado sus moradores á lo más fragoso de sus bosques y breñas, se apoderaron fácilmente de las aldeas y puertos de la costa. Dejaron por gobernador en Gegio ó Gigio (hoy Gijón) á un jefe que nuestras crónicas nombran Munuza, y que fué sin duda el Othmán ben Abu Neza.



LA RECONQUISTA, dibujo inédito de José Luis Pellicer, propiedad de la Excma. Diputación Provincial de Barcelona

Faltábales á los cristianos allí guarecidos un caudillo de tan grandes prendas como se necesitaba para que los guiara en tan grande y atrevida empresa como la que habían meditado. La Providencia les deparó un noble godo nombrado Pelayo, hijo de Favila, antiguo duque de Cantabria, y de la sangre real de Rodrigo. Había sido Pelayo conde de los espatarios, ó sea de la guardia del último monarca; había peleado heroicamente en la batalla de Guadalete, y la fama de sus proezas, y la gallardía de su persona, y la nobleza de su alcurnia, todo contribuyó á que los asturianos se agruparan en derredor suyo y le aclamaran unánimemente por jefe y capitán de aquella improvisada milicia religiosa, de aquella grey de fervorosos cristianos, más provistos de entusiasmo y de fe que de armas y materiales medios para la defensa. Pelayo aceptó, á fuer de hombre religioso y de varón esforzado y amante de su patria, el difícil y honroso cargo que se le confiaba, y dióse principio á la obra derramándose aquellas gentes por las comarcas vecinas de Cangas de Onís, llamada entonces Cánicas.

A la extremidad de un estrecho y sombrío valle al oriente de Cangas, que torciendo un poco hacia Occidente forma una cuenca limitada por tres cerros, se levanta una enorme roca de ciento veintiocho pies de elevación, en cuyo centro hay una abertura natural que constituye una caverna ó gruta, entonces como ahora llamada por los naturales la cueva de Covadonga. Allí se retiró Pelayo con cuantos soldados podían caber en aquel agreste recinto, colocando el resto de sus gentes en las alturas y bosques que cierran y estrechan el valle regado por el río Deva, y allí esperó con serenidad al enemigo, contando más con la protección del cielo que con sus fuerzas. Noticioso Alkamah de la retirada de Pelayo, orgulloso y confiado, hizo avanzar su ejército encajonado por aquella cañada, no pudiendo presentar sino un frente igual al que oponían los refugiados en la cueva, quedando sus inmensos flancos expuestos á los ataques de los que en las colinas laterales se hallaban emboscados. Entonces comenzó aquel ataque famoso, cuya celebridad durará tanto como dure la memoria de los hombres.

. . . .

Cuando Alkamah vió sucumbir á su compañero Suleimán, intentó ganar la falda del monte Auseba y ordenó la retirada. Embarazábanse unos á otros en aquellas angosturas. Levantóse en esto una tempestad que vino á aumentar el espanto y el terror en los que iban ya de vencida. El estampido de los truenos, cuyo eco retumbaba con fragor por montes y riscos, la lluvia que se desgajaba á torrentes, las peñas y troncos que de todos lados sobre los árabes caían, el movedizo suelo que con la lluvia se aplastaba y hundía bajo los pies de los que habían logrado ganar alguna pendiente, y que caían resbalados por aquellos senderos sobre los que se rebullían confusos en el valle, y que perecían ahogados en las desbordadas aguas del Deva, todo contribuyó á hacer creer que hasta los montes se desplomaban sobre los soldados de Mahoma. Horrible fué la mortandad: hay quien afirma no haber quedado un solo musulmán que pudiera contar el desastre; de todos modos, el triunfo cristiano fué glorioso y completo; por mucho tiempo, cuando las crecientes del río descarnaban las faldas de las colinas, se descubrían los huesos y armaduras de los soldados sarracenos. En medio de la vega de Cangas, una capilla con la advocación de la Santa Cruz muestra todavía el sitio en que se atrevió ya Pelayo á atacar en campo raso á sus diezmados enemigos. Aconteció este famoso suceso en el año 99 de la hégira, 718 de Jesucristo.

Admiremos aquí los altos designios del que rige los pueblos y tiene en su mano los destinos de las naciones. El inmenso poder de aquellos godos, á cuyo pujante brazo no había podido resistir el coloso de Roma, de aquellos godos vencedores de cien pueblos, dominadores de España, de Africa y de la Galia, vióse reducido á un puñado de montañeses guarecidos en un rincón de esta península, dentro de una cueva, capitaneados por un caudillo, en cuyas venas corría mezclada y confundida la sangre goda y la sangre española. Y del corazón de aquella gruta había de salir un poder nuevo, que había de luchar con otro pueblo gigante, y había de ser el fundador de un Estado que con el tiempo había de dominar dos mundos. Pelayo, cobijado en la caverna de Covadonga, seméjasenos á la semilla desprendida de un árbol viejo cortado por el hacha del leñador, que encarcelada dentro del hueso ha de romperle, brotar, desarrollarse, crecer, fructificar y formar con el tiempo un árbol más lozano, robusto y vigoroso que el que le había engendrado y cuyas ramas se han de extender por todo el universo.



Bastaba ya de calamidades y de pruebas; bastaba ya de infortunios. Cuando más inminente parecía su disolución, por una extraña combinación de eventualidades viene á ocupar el trono de Castilla una tierna princesa, hija de un rey débil y hermana del más impotente y apocado monarca. Esta tierna princesa es la magnánima Isabel.

La escena cambia, la decoración se transforma; y vamos á asistir al magnífico espectáculo de un pueblo que resucita, que nace á nueva vida, que se levanta, que se organiza, que crece, que adquiere proporciones colosales, que deja pequeños á todos los pueblos del mundo, todo bajo el genio benéfico y tutelar de una mujer.

Inspiración ó talento, inclinación ó cálculo político, entre la multitud de príncipes y personajes que aspiran con empeño á obtener su mano, Isabel se fija irrevocablemente en el infante de Aragón, en quien por un concurso de no menos extrañas combinaciones recae la herencia de aquel reino. Enlázanse los príncipes y las coronas; la concordia conyugal trae la concordia política; y aunque todavía sean Isabel de Castilla y Fernando de Aragón, el que les suceda no será ya rey de Aragón ni rey de Castilla, sino *rey de España:* palabra apetecida que no habíamos podido pronunciar en tantos centenares de años como hemos históricamente recorrido. Comienza la unidad.

Gran príncipe el monarca aragonés, sin dejar de serlo lo parece menos al lado de la reina de Castilla. Asociados en la gobernación de los reinos como en la vida doméstica, sus firmas van unidas como sus voluntades; *Tanto monta* es la empresa de sus banderas. Son dos planetas que iluminan á un tiempo el horizonte español, pero el mayor brillo del uno modera sin eclipsarle la luz del otro. La magnanimidad y la virtud, la devoción y el espíritu caballeresco de la reina, descuellan sobre la política fría y calculada, reservada y astuta del rey. Los altos pensamientos, las inspiraciones elevadas vienen de la reina. El rey es grande, la reina eminente. Tendrá España príncipes que igualen ó excedan á Fernando; vendrá su nieto rodeado de gloria y asombrando al mundo: pasarán generaciones, dinastías y siglos, antes que aparezca otra Isabel.

La anarquía social, la licencia y el estrago de costumbres, triste herencia de una sucesión de reinados ó corrompidos ó flojos, desaparecen como por encanto. Isabel se consagra á esta nueva tarea, primera necesidad en un reino, con la energía de un reformador resuelto y alentado, con la prudencia de un consumado político. Sin consideración á clases ni alcurnias enfrena y castiga á los bandoleros humildes y á los bandidos aristócratas; y los baluartes de la expoliación y de la tiranía y las guaridas de los altos criminales son arrasados por los cimientos. A poco tiempo la seguridad pública se afianza, se marcha sin temor por los caminos, los ciudadanos de las poblaciones se entregan sin temor á sus ocupaciones tranquilas, el órden público se restablece, los tribunales administran justicia. Es la reina la que los preside, la que oyó las quejas de sus súbditos, la que repara los agravios. Los antiguos tuvieron necesidad de fingir una Astrea y una Temis que bajaran del cielo á hacer justicia á los hombres, é inventaron la Edad de oro. España tuvo una reina que hizo realidad la fábula.

Isabel encuentra una nobleza valiente, pero licensiosa; guerrera, pero relajada; poderosa, pero turbulenta y díscola. Primero la humilla para robustecer la majestad; despues la moralizará instruyéndola.

Ya no se levantan nuevos castillos: ya no se ponen las armas reales en los escudos de los grandes: las mercedes inmerecidas, otorgadas por príncipes débiles y pródigos, son revocadas, y sus pingües rentas vuelven á acrecer las rentas de la corona, que se aumenta en tres cuartas partes. La arrogante grandeza enmudece ante la imponente energía de la majestad, y el trono de Castilla recobra su perdido poder y su empañado brillo, porque se ha sentado sobre él la mujer fuerte.

Honrando los talentos, las letras y la magistratura, y elevando á los cargos públicos á los hombres de mérito aunque sean del pueblo, enseña á los magnates que hay profesiones nobles que no son la milicia, virtudes sociales que no son el valor militar, y que la cuna dorada ha dejado de ser un título de monopolio para los honores,



OBJETOS DE LOS REYES CATÓLICOS

ALTAR DE CAMPAÑA. – BANDERAS DE INFANTERÍA. – ESTANDARTES DE CABALLERÍA. – MISAL

(Conservados en la sacristía de la Capilla Real de Granada)

las influencias y la participación del poder. Los grandes comprenden que necesitan ya saber para influir, y que el prestigio se les escapa si no descienden de los artesonados salones de los viejos castillos góticos á las modestas aulas de los colegios á disputar los laureles literarios á los que antes miraban con superioridad desdeñosa. Aquellos orgullosos magnates que enamorados de la espada habían menospreciado las letras, van después á enseñarlas con gloria en las universidades, y obligan á decir á Jovio en el *Elogio de Lebrija* «que no era tenido por noble el que mostraba aversión á las letras y á los estudios.» Ha hecho, pues, Isabel de una nobleza feroz una nobleza culta; ha ennoblecido la nobleza.

Esos opulentos y altivos grandes maestres, señores de castillos y de pueblos, de encomiendas y de beneficios, de lanzas y de vasallos, que tantas veces han desafiado y puesto en conflicto la autoridad real con su caballería sagrada, ya no conmoverán más el solio, ni se turbará más la paz del reino en cada vacante de estas dignidades, porque ya no hay más grandes maestres de las órdenes militares que los monarcas mismos.

Hay revoluciones sociales que nos inducen á creer que no siempre las épocas producen los reformadores, no siempre los cambios de condición que sufre un pueblo han venido preparados por las leyes, las costumbres y las ideas. Por lo menos nos es fuerza reconocer que á las veces, siquiera sean muy contadas, un genio extraordinario puede bastar con escasos elementos á transformar una sociedad en el sentido que menos parece determinar las ideas y las costumbres que encuentra dominando en el Estado. Y esto es lo que aconteció en España.

Cuando más abocado se podía creer el país á una disolución social, aparece un genio, que sin deber á su primera educación sino la formación de su espíritu á una piedad acendrada, y á la escuela del mundo la reflexión sobre los infortunios que nacen del desorden y de la inmoralidad, acomete la empresa de hacer de un cuerpo cadavérico un cuerpo robusto y brioso, de una nación desconcertada una nación compacta y vigorosa, de un pueblo corrompido un pueblo moralizado, y lleva su obra á próspero término y feliz remate. Este personaje, con una actividad prodigiosa, con una perseverancia que causa maravilla y con una universalidad que hace cierto lo inverosímil, purga el suelo de malhechores, organiza tribunales y los preside, administra justicia y manda hacer cuerpos de leyes, derriba las fortalezas de los poderosos y va á buscar los talentos á los retiros, da ejemplos diarios de virtud y expide cédulas y provisiones para la reforma de las costumbres, enseña con actos propios de piedad y manda con severas pragmáticas, asiste á los templos y recorre los campos de batalla, ora de rodillas ante el altar y revista los campamentos sobre un soberbio corcel, socorre á las vírgenes del claustro y provisiona los ejércitos, erige santuarios y toma plazas de guerra á los enemigos, fomenta las escuelas y organiza la milicia, contiene la relajación del clero y hace cejar la corte pontificia en su sistema de invasión y de usurpaciones, restablece la buena disciplina en la Iglesia española y hace respetar á la tiara los derechos de la corona y las regalías del trono, celebra y preside cortes y también celebra y preside torneos, vigila la educación del pueblo, y cuida de la educación de los príncipes, se ejercita en labores de manos bajo el techo doméstico, y atiende al gobierno de dos mundos, y á diferencia del rey de las tablas astronómicas, no desatiende á la tierra por mirar al cielo, sino que atiende simultáneamente al negocio del cielo y á los negocios de la tierra.

Así brillaban bajo su benéfica protección jurisconsultos como Montalvo; prelados como Mendoza, Talavera y Cisneros; capitanes como Aguilar, Gonzalo y el marqués de Cádiz; literatos como Oliva, Pulgar y Vergara.

Las letras humanas adquieren un prodigioso desarrollo en este reinado feliz. Llega su fama á remotos climas, y desde el fondo de la Holanda deja oir el sabio Erasmo los acentos de admiración y de elogio que le arranca el vuelo y progreso de la literatura española. La ilustración se hace extensiva al bello sexo: una dama va á explicar los clásicos en Salamanca, y otra dama substituye á su padre en la cátedra de retórica de Alcalá. El movimiento literario se extiende desde el romance morisco y la leyenda caballeresca hasta los estudios graves de las aulas universitarias. Échanse los primeros cimientos del teatro español, que habrá de servir de modelo al mundo en los siglos que van á entrar. Fortuna es también de los esclarecidos Reyes Católicos que venga la invención de la imprenta en su siglo en ayuda de sus esfuerzos, á dar una vida permanente á los progresos de la razón y á centuplicar los medios de propagación de los conocimientos humanos. Merced al prodigioso invento, en el mismo año que se conquista el último baluarte de los moros, se da á la luz pública la primera gramática de la lengua castellana. A poco tiempo asombra la España al mundo con la edición de *La poliglota,* la empresa tipográfica más gigantesca del siglo.

Todo renace bajo el influjo tutelar de los Reyes Católicos: letras, artes, comercio, leyes, virtud, religiosidad, gobierno. Es el siglo de oro de España.

Una negra nube aparece, no obstante, en el horizonte español, que viene á sombrear este halagüeño cuadro. En el reinado de la piedad se levanta un tribunal de sangre. ¡Triste condición humana! Un príncipe ilustre y una princesa la más bondadosa que ha ocupado el trono de Castilla, son los que legan á la posteridad la institución más funesta, la más tenebrosa, la más opresiva de la dignidad y del pensamiento del hombre, y la más contraria al espíritu y al genio del cristianismo. Se establece la Inquisición, y comienzan los horribles *autos de fe.* Los hombres, hechos á imagen y semejanza de Dios, son abrasados, derretidos en hogueras, porque no creen lo que creen otros hombres. Es la creación humana de que se ha hecho más pronto, más duradero y más espantoso abuso. Los monarcas españoles que se sucedan, se servirán grandemente de este instrumento de tiranía que encontrarán erigido, y el fanatismo retrasará la civilización por largas edades. Apresurémonos á hacer la Inquisición obra del siglo, producto de las ideas que había dejado una lucha religiosa de ochocientos años, hechura de las inspiraciones y consejos de los directores espirituales de la conciencia de Isabel, á quienes ella miraba como varones los más prudentes y santos, de la piedad misma y del celo religioso de la reina. El siglo dominó en esto á aquel genio, que en lo demás había logrado dominar al siglo. Quiso, sin duda, hacer una institución benéfica bajo el conveniente pensamiento de establecer la unidad religiosa, y levantó contra su intención un tribunal de exterminio. Es imposible armonizar los sentimientos piadosos de la magnánima Isabel con las monstruosidades de Torquemada. ¿Era que reconocido el error le faltarían ya ó fortaleza ó medios de contener los brazos de aquellos freidores de carne humana?

Pero apartemos la vista de tan sombrío cuadro, y llevémosla á la pintoresca y magnífica vega de Granada. Frente á esta ciudad, abrigo formidable de los últimos restos del viejo imperio mahometano, se ostenta otra ciudad moderna, obra maravillosa de rapidez, para cuya construcción se han convertido los guerreros cristianos en artesanos y fabricadores. Esta ciudad-campamento es Santa Fe. Allí están Isabel y Fernando al frente de su ejército. Un día aparecen cortesanos y soldados vestidos de gala. General alborozo se nota en los reales de los cristianos. Despliéganse los pendones. Retumba en la vega el estampido de tres cañonazos disparados desde la Alhambra. Se levanta el campamento, y se encamina hacia los muros de la soberbia ciudad. ¿Es que sonó la última hora para el pueblo infiel?

Un personaje moro, seguido de cincuenta caballeros musulmanes, se dirige con semblante mustio hacia el Genil. Al llegar á la presencia de otro personaje cristiano, hace ademán de apearse de su palafrén, é inclinando su abatido rostro, «Tuyos somos, le dice, rey poderoso y ensalzado: éstas son, señor, las llaves de este paraíso; recibe esta ciudad, que tal es la voluntad de Dios.» Era el desgraciado Boabdil, el último rey moro de Granada, que entregaba las llaves de la Alhambra al victorioso Fernando, con arreglo á la capitulación. Pronto reflejaron los rayos del sol en la luciente cruz de plata que los reyes Católicos llevaban consigo á los campamentos, símbolo del cristianismo victorioso del *Alcorán,* y el pendón de Castilla ondeó luego en una de las torres de aquel alcázar donde tantos siglos tremolara el estandarte del Profeta. Era el 2 de enero de 1492.

Llegó á su desenlace el drama heroico de ochocientos años, la Ilíada de ocho siglos. La soberbia Ilión de los musulmanes está en poder de los cristianos. Consumóse el doble triunfo de la fe y de la independencia de España. Los orgullosos hijos de Mahoma, vencedores en el Guadalete, se han retirado llorosos, vencidos para siempre en el Genil. Las dos pobres monarquías que nacieron en los riscos de Asturias y en las rocas de Jaca, son ya un solo y poderoso imperio que se extiende desde el Pirineo hasta los dos mares; y á esta grande obra de religión, de independencia y de unidad, han cooperado Dios, la naturaleza y los hombres.

Aún esperaba otra mayor remuneración á la perseverancia española. El premio ha sido tardío, pero será abundoso.

Había un mundo que nadie conocía, y un hombre, que si no le había adivinado tal como era, llevaba en su cabeza el proyecto y en su corazón la esperanza de descubrir nuevas regiones del otro lado del Atlántico. Era el más grande pensamiento que jamás había concebido ingenio humano. Por lo mismo los príncipes y soberanos de Europa le habían desechado como una bella quimera, y tratado al atrevido proyectista como un visionario, merecedor sólo de compasión. Sólo hay una potestad en la tierra que se atreva á prohijar el proyecto de Colón. Es la reina Isabel de Castilla. Colón merecía descubrir un mundo, y encontró una Isabel que le protegiera: Isabel merecía el mundo que se iba á descubrir, y vino un Colón á brindarla con él. Merecíanse mutuamente la grandeza del pensador y la grandeza de la majestad, y el cielo puso en contacto estas dos grandezas de la tierra.

Atónito se quedó el mundo antiguo cuando supo que aquel temerario navegante, que desde un pequeño puerto de España había tenido la audacia de lanzarse en una miserable flotilla á desconocidos mares en busca de continentes desconocidos también; que aquel visionario despreciado de las coronas, convertido ya en cosmógrafo insigne, había regresado á España y ofrecido á los pies de su real protectora testimonios irrecusables de un nuevo mundo descubierto. Ya no quedó duda de que el *Nuevo Mundo* existía, y la fama de Colón voló por el *Mundo Antiguo,* que admiró y envidió la gloria del descubridor, y admiró y envidió la gloria de España, á quien aquel mundo pertenecía, y admiró y envidió la gloria de Isabel, á quien se debía la realización del maravilloso proyecto.

. . . .

El globo se ha agrandado; el comercio y la marina se extenderán por la inmensidad de un Océano sin riberas; los metales del Nuevo Mundo harán una revolución en la hacienda, en la propiedad, en las manufacturas, en el espíritu mercantil de las naciones, y las cruzadas para la conversión de idólatras reemplazarán á las cruzadas contra los mahometanos.

No se cansaba la fortuna de halagar en este tiempo á los españoles; y como si fuese poco haberlos libertado del yugo musulmán y haberles dado un nuevo mundo, les abre otro vasto campo de glorias en el centro de la Europa civilizada. Después de haber peleado ochocientos años dentro de su propio territorio, salen á gastar sus instintos guerreros en tierras extrañas. Los unos van á llevar su civilización á pueblos incultos del otro lado del Océano, los otros van á recibir otra civilización más culta del otro lado del Mediterráneo, venciendo y conquistando en ambos hemisferios. Porque mientras el sol de Occidente alumbra sus conquistas en la India, el sol de Oriente ilumina sus triunfos en Italia. Allá se agregan imperios inmensos á la corona de Castilla; acá las pretensiones de Carlos VIII y de Luis XII de Francia sobre la posesión de las Sicilias son atajadas por la espada de Fernando el Católico, que asegura para sí la dominación de aquellos países, que tan fértiles como son, no producen tantos laureles como ganan los tercios y los capitanes españoles. Sandricourt, Lafayette, Bayardo, la flor de los caballeros de Francia, son eclipsados por Antonio de Leyva, Pedro Navarro y García de Paredes. El duque de Nemours, el último descendiente de Clodoveo, recibe la muerte en Ceriñola por mano de Gonzalo de Córdoba, el solo entre tantos guerreros como han producido los siglos que goza el privilegio de ser conocido en todo el mundo con el nombre de *el Gran Capitán,* merecida distinción y digna honra del vencedor de Garellano. Si más adelante otros capitanes pasean la bandera victoriosa de Castilla por los dominios de Africa y de Europa al frente de la invencible infantería española, esos capitanes se habrán formado bajo los pendones y en la escuela del gran Gonzalo.

Mucho, y con sobrada justicia, lloraron los españoles la muerte de su adorada reina la magnánima y virtuosa Isabel, que vino á enlutar sus corazones en estos momentos de interior prosperidad y de exterior grandeza. Pero fué Isabel un astro que, á semejanza del sol, siguió todavía difundiendo las emanaciones de su luz después de haberse ocultado.

Al dorar los rayos del sol del 2 de enero de 1492 las cumbres de Sierra Nevada y los fertilísimos campos de la Vega, veíase á los capitanes, caballeros, escuderos, pajes y soldados del ejército cristiano, vestidos de rigurosa gala, con arreglo á una orden la noche anterior recibida, agruparse á las banderas para formar las batallas. A pena de muerte estaba condenado el que aquel día faltara á las filas. Los mismos reyes y personas reales vistieron de gran ceremonia, dejando el traje de luto que llevaban por

la inesperada muerte del príncipe D. Alfonso de Portugal, malogrado esposo de la infanta de Castilla doña Isabel. Todo era movimiento y animación en el campamento de los españoles, y una alegría inefable se veía pintada en el rostro de todos los combatientes. En esto retumbaron por el ámbito de la Vega tres cañonazos disparados desde los baluartes de la Alhambra. Era la señal convenida para que el ejército vencedor partiera de los reales de Santa Fe para tomar posesión de la insigne ciudad muslímica. le había quitado. En seguida sacó el rey Chico de su dedo un anillo, y ofreciéndosele al conde de Tendilla, nombrado gobernador de la ciudad, le dijo: «Con este sello se ha gobernado Granada; tomadle para que la gobernéis, y Dios os dé más ventura que á mí.» Despidióse el infortunado príncipe con su familia, dejando á todos enternecidos y profundamente afectados con esta escena. En las inmediaciones de Armilla se presentó la triste comitiva á la reina Isabel, que además de recibirla benigna y afable, restituyó á Boabdil su hijo, que formaba parte de los jóvenes nobles que se habían dado en rehenes en octubre. La desgraciada familia prosiguió escoltada hasta los reales de Santa Fe, donde ocupó Boabdil la tienda del gran cardenal, á cuyo hermano, adelantado que era de Córdoba, había encomendado el rey el servicio y esmerada asistencia del príncipe moro.



La rendición de Granada, cuadro de Francisco Pradilla

Diéronse al aire las banderas, y comenzó la marcha. Iban delante el gran cardenal de España D. Pedro González de Mendoza, asistido del comendador mayor de León D. Gutierre de Cárdenas, y de otros prelados, caballeros é hidalgos, con tres mil infantes y alguna caballería. Atravesó la hueste el Genil, y con arreglo al ceremonial acordado subía la Cuesta de los Molinos á la explanada de Abahul, al tiempo que Boabdil, saliendo por la puerta de los Siete Suelos con cincuenta nobles moros de su casa y servidumbre, se presentó á pie al gran sacerdote cristiano: apeóse al verle el cardenal y le salió al encuentro; saludáronse muy respetuosamente, apartáronse un corto trecho, y después de conversar un breve espacio, «Id, señor, le dijo el príncipe musulmán en alta voz y con triste acento; id en buen hora y ocupad esos mis alcázares en nombre de los poderosos reyes, á quienes Dios, que todo lo puede, ha querido entregarlos por sus grandes merecimientos y por los pecados de los musulmanes.» Y se despidió del prelado con ademán melancólico.

Mientras el cardenal con su hueste proseguía su camino y hacía su entrada en la Alhambra, el rey moro cabalgaba seguido de su comitiva y bajaba por el mismo carril al encuentro de Fernando, que esperaba á la orilla del Genil, junto á una pequeña mezquita, consagrada después bajo la advocación de San Sebastián. Al llegar á la presencia del monarca vencedor, el príncipe moro hizo demostración de querer apearse y besarle la mano en señal de homenaje, pero Fernando se apresuró á impedirlo y contenerle. Entonces Boabdil se acercó y le presentó las llaves de la ciudad diciéndole: «Tuyos somos, rey poderoso y ensalzado; éstas son, señor, las llaves de este paraíso; esta ciudad y reino te entregamos, pues así lo quiere Alá, y confiamos en que usarás de tu triunfo con generosidad y con clemencia.» El monarca cristiano le abrazó, y le consoló diciendo que en su amistad ganaría lo que la adversa suerte de las armas

Reinaba en Granada pavoroso silencio. La reina Isabel, que colocada en una pequeña eminencia no apartaba sus ojos de las torres de la Alhambra, sentía latir su corazón de impaciencia al ver lo que tardaba en ondear en el palacio árabe la enseña del cristianismo. En esto hirió su vista un resplandor que bañó su pecho de alegría. Era el brillo de la cruz de plata que Fernando llevaba en las campañas, plantada en la torre llamada hoy de la Vela A su lado vió tremolar el estandarte de Castilla y el pendón de Santiago. *¡Granada, Granada por los reyes don Fernando y doña Isabel!*, gritaron en alta voz los reyes de armas. El júbilo se difundió por todo el ejército. Salvas y vivas resonaron por toda la Vega. Isabel se postró de rodillas mirando la cruz; el ejército hizo lo mismo; los prelados, sacerdotes y cantores de la real capilla entonaron el *Te Deum laudamus*, nunca cantado con más devoción y fervor ni en ocasión más grande y solemne. Incorporáronse la reina y el rey, y dando á besar sus reales manos á los nobles y capitanes que les habían ayudado á terminar tan grande empresa, procedieron á posesionarse de la Alhambra, á cuyas puertas los aguardaban ya el cardenal Mendoza, el comendador Cárdenas y el alcaide Abén Comixa. El rey entregó las llaves de Granada á la reina, la cual las hizo pasar sucesivamente á las manos del príncipe D. Juan, del cardenal y del conde de Tendilla, nombrado gobernador de la ciudad y del alcázar. «Las damas y los caballeros, dice un erudito escritor, discurrían embelesados por aquellos aposentos de alabastro y oro, aplaudiendo los sutiles conceptos de leyendas y versos estampados en sus paredes, y explicados por Gonzalo de Córdoba y otros personajes peritos en el árabe.»

Todavía los reyes no entraron aquel día en la ciudad. Todavía volvieron á los reales de Santa Fe para disponer desde allí la entrada triunfal que se verificó el 6, día de la Epifanía. Esta entrada se hizo con la solemnidad correspondiente á tan gran suceso. Seiscientos cristianos arrancados á la esclavitud y sacados de las mazmorras, iban delante llevando en sus manos los hierros con que habían estado encadenados y cantando letanías y alegres himnos. Tras ellos marchaba una lucida escolta de caballeros, cuyas limpias armas y bruñidos arneses deslumbraban la vista. Seguía el príncipe D. Juan, vestido de toda gala y acompañado del gran cardenal Mendoza y del obispo de Avila, electo de Granada, Fr. Fernando de Talavera, ambos en mulas con sus ropajes sagrados. A los lados de la reina marchaban sus damas y dueñas con sus más ricos y vistosos paramentos; cabalgaba el rey en su soberbio caballo, circundado de la flor de la nobleza castellana y andaluza, y cerraba la marcha el grueso del ejército al son de marciales cajas, pífanos y trompetas, ostentando los estandartes de los grandes y de los concejos. Entró la solemne procesión en Granada por la puerta de Elvira, recorrió algunas calles y plazas, y subió á la Alhambra, donde los reyes se sentaron en un trono que en el salón de Comares les tenía preparado el conde de Tendilla, y terminó la ceremonia dando á besar sus manos á los nobles y magnates de Castilla y á los caballeros moros que quisieron rendir homenaje á los nuevos soberanos.

Así acabó la guerra de Granada, que nuestros cronistas no sin razón han comparado á la de Troya por su duración y por la variedad de hechos heroicos y de dramáticos incidentes que la señalaron. Y tal fué el feliz desenlace de la larga, penosa y admirable lucha sostenida por cerca de ocho siglos entre españoles y sarracenos, entre el *Evangelio* y el *Alcorán* entre la cruz y la cimitarra. Acabó el imperio de Mahoma en los dominios de Occidente; España es libre y cristiana, y los *Reyes Católicos* Fernando é Isabel han visto cumplidos sus deseos y coronada su obra.

«Así acabó, dice el autor arábigo, el imperio de los muslimes en España el día 5 de Rabie primero del año 897.»



Retratos de los Reyes de España de quienes consta la autenticidad de la imagen conservada

Los de D. Jaime I y D. Pedro III de Aragón están copiados de un retablo que se conserva en el Museo de Santa Agueda, de Barcelona



Retratos de los Reyes de España de quienes consta la autenticidad de la imagen conservada

EL SIGLO DE ORO DE LAS LETRAS Y DE LAS ARTES

Felizmente este mismo siglo de batallas y de sacrificios humanos es el siglo de las artes, es el siglo de oro de la literatura española, de que había sido preludio el reinado de los Reyes Católicos. Las guerras de Carlos V han puesto á los ingenios españoles en relaciones íntimas y frecuente trato con los que ya brillaban en la culta Italia. Aquellos palacios que decoraban las obras maestras de Leonardo Vinci, de Miguel Angel, de Rafael, de Ticiano y de Corregio, los estudios y talleres de aquellos insignes artistas, son otros tantos tesoros de que se aprovechan los pintores, arquitectos y escultores de España para formar su gusto, enriquecerse de conocimientos, traerlos después á su patria, y fundar más adelante escuelas propias, que comienzan por serlo de imitación y acaban por producir una vigorosa originalidad. Dos veces en el trascurso de los tiempos ha prestado también esa bella Italia á los genios españoles modelos literarios que imitar y escuelas en que aprender: la Italia de Augusto, y la Italia de León X, el Augusto sagrado del siglo XVI. Y ambas veces España se ha emancipado pronto de su maestra, creándose una literatura nacional independiente y propia, que había de transmitir luego á otros pueblos.



EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIXOTE DE LA MANCHA,

Compuesto por Miguel de Ceruantes Saauedra.

DIRIGIDO AL DUQUE DE BEIAR, Marques de Gibraleon, Conde de Benalcaçar, y Bañares, Vizconde de la Puebla de Alcozer, Señor de las villas de Capilla, Curiel, y Burguillos.

Año, 1605.

CON PRIVILEGIO, EN MADRID, Por Iuan de la Cuesta.

Vendese en casa de Francisco de Robles, librero del Rey nro señor.

PRIMERA EDICION
0'16 x 0'95

La poesía lírica y la dramática, la ligera sátira y la grave epopeya, la novela y la historia, el género didáctico, el místico y el festivo, todos los géneros, todos los estilos y todas las formas literarias tuvieron en el siglo XVI dignos intérpretes que al cabo de trescientos años sirven todavía de modelos. Muchas lumbreras derramaron la luz de las letras por el horizonte español. Es el siglo de Garcilaso, de Rueda, de Ercilla, de Herrera, de los Luises de Granada y de León, de Mendoza, de Zurita, de Arias Montano, de Santa Teresa, de Lope de Vega, de Mariana y de Cervantes. Y tal impulso recibe la literatura española en los reinados de Cárlos V y de Felipe II, que la veremos avanzar todavía majestuosa y rica por los reinados de los siguientes Felipes, conducida por Rioja y Calderón de la Barca, sirviendo de tipo á las demás naciones, hasta que comenzando á caer en manos del culteranismo con Góngora y Quevedo, degenerando de corrupción en corrupción, llegue á una anticipada decadencia y á una prematura decrepitud como la monarquía.

En medio de la postración en que Felipe II hizo caer la institución veneranda de las Cortes; en medio de la opresión y de la pobreza del pueblo, y del abatimiento á que el comercio, la industria y la agricultura del reino habían venido, por efecto de tantas guerras, de tantos errores políticos y económicos, consuela ver el progresivo desarrollo que tuvo el movimiento intelectual en España en la segunda mitad del siglo XVI. Con razón es llamado el siglo de oro de nuestra literatura; puesto que en él resplandecieron y brillaron en casi todos los ramos del saber humano multitud de ingenios que admiraron al mundo entonces, que la posteridad siguió y seguirá celebrando, y que honrarán perpetuamente á España.

Bajo las plumas de ilustres escritores se habían establecido ya y fijado las reglas de la gramática y de la prosodia de la lengua, y el idioma castellano alcanzó en este tiempo todo el vigor, toda la robustez y toda la riqueza y armonía que le distinguen. Las obras en prosa y verso salían ya revestidas de esa gala de dicción que tanto nos deleita todavía al leer las producciones de los autores clásicos de aquella época. Más español Felipe II que Carlos V, y más aficionado que él á los libros y á la literatura española, no extraño él mismo á ciertos conocimientos literarios, dado á escribir y aficionado á corregir lo que otros escribían, la cultura intelectual marchó más desembarazadamente todavía que en el reinado anterior, porque le dejaron también más libre y expedito el camino los ingenios que antes habían brillado, y que habían tenido que vencer las primeras dificultades. Y la Inquisición, que funcionó con más rigor en tiempo de Felipe II que en el de su padre; la Inquisición, que tanta presión ejercía en los entendimientos, y tan intolerante, inexorable y dura se mostraba en punto á doctrinas teológicas y filosóficas y en todo lo que perteneciera ó pudiera tocar á asuntos de religión, fué indulgente y otorgó amplia inmunidad á los estudios y producciones de la imaginación, y entraba hasta en el interés político del soberano que los ingenios se distrajeran con los entretenimientos inofensivos de la amena literatura.

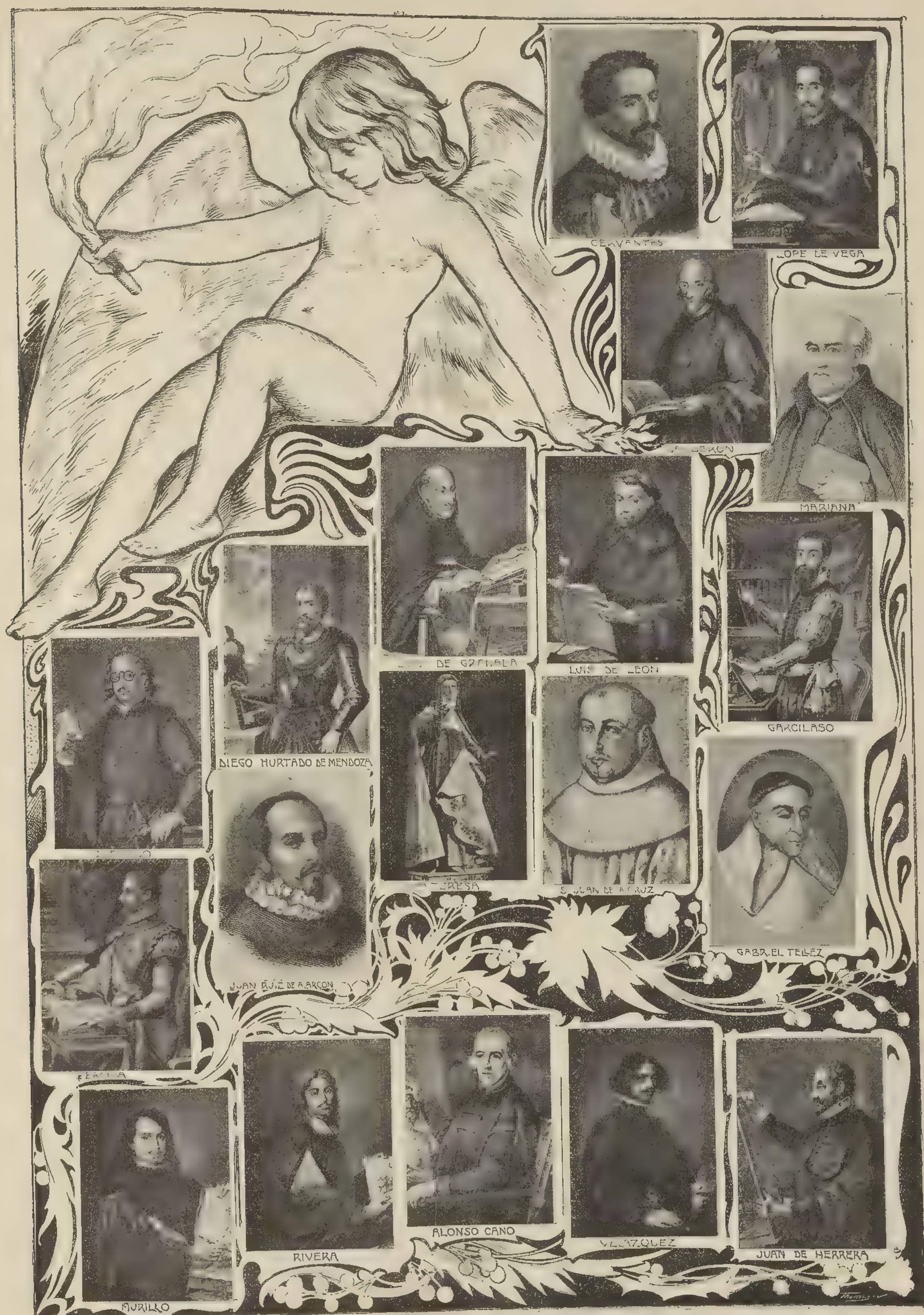
Así es que la poesía especialmente fué, según indicamos ya en otra parte, como el asilo á que se refugiaron las inteligencias, y campeando en él libremente hicieron florecer en todos sus géneros y en todas sus formas la poesía castellana, y la elevaron á un grado de esplendor del que difícilmente ha podido pasar después. Comenzando por la poesía *lírica*, el impulso dado por Garcilaso fué rápida y admirablemente seguido por otros aventajados ingenios, de los cuales solamente podemos citar algunos de los que sobresalieron por la elevación de sus pensamientos y por el mérito especial de sus producciones.

En esta galería de inteligencias fecundas descuella la dulce y venerable figura de fray Luis de León, dulce y venerable, por lo mismo que en sus obras, reflejo de su carácter, no se ve ni la pompa, ni el lujo, ni siquiera el aliño del arte, sino la sencillez en medio de la elevación, la modestia unida á la grandeza, y esa sublime naturalidad, y ese tinte apacible que respiran sus composiciones, tan en armonía con la virtud de su autor.

. . . .

Sencillo y tierno como él el bachiller Francisco de la Torre, sus canciones, sus endechas, sus composiciones á objetos campestres, son fáciles y flúidas y producen una agradable melancolía. Hasta sus odas en verso libre son armoniosas, y apenas se echa de ver la falta del consonante. – Menos flúido, aunque también á veces acertaba á serlo, pero más vigoroso que éstos D. Diego Hurtado de Mendoza, porque también era más severo su carácter, no fué poco mérito el de este insigne guerrero, embajador, diplomático é historiador grave, haber cultivado las musas y dulcificado con ellas su trato en términos de podérsele colocar, no al nivel, pero al lado de los mejores poetas.

La poesía, como todas las artes, cuando han alcanzado cierto grado de perfección, encuentran, al cabo de más ó menos tiempo, un genio que les dé cierto pulimento y las revista de ciertas formas y galas de buen gusto, de ciertos adornos que sin alterar su esencia le dan nueva belleza y agrado, nueva entonación, brillantez y colorido. El que hizo esta revolución en la poesía castellana, sacándola de su amable sencillez y de su modesta y elegante claridad, fué el sevillano Fernando de Herrera, llamado *el Divino*, por el fuego de su imaginación, por la grandeza y elevación de sus pensamientos, por la brillantez y magnificencia de sus imágenes, por la elegancia de su estilo, por la cultura, sonoridad y armonía de su dicción. En este sentido el divino Herrera formó una escuela distinta de la de Boscán y Garcilaso, y con tal facilidad que levantó la poesía lírica castellana á la mayor altura. Unas veces vivo,



El siglo de oro de las letras y de las artes

arrebatador y audaz; otras sensible, melodioso y tierno; pero siempre noble, siempre elevado y siempre florido, nadie le ha podido aventajar en esa analogía entre las imágenes y las palabras que llamamos armonía imitativa. Su oda *á D. Juan de Austria,* su himno *á la batalla de Lepanto,* su elegía *á la muerte del rey D. Sebastián,* aunque de diferentes géneros entre sí, son todas sublimes, todas obras maestras que pueden y deben presentarse como modelos.

. . . .

D. Alonso de Ercilla, autor de *La Araucana,* no se propuso hacer un poema, sino escribir en verso los acontecimientos que presenciaba y describir las batallas en que tomaba parte. Así no pudo ni pensó arreglar su obra á un plan épico ni á las condiciones de esta composición, ni el asunto lo permitía tampoco; y sin embargo de haber sido más historiador que poeta, describió con tal fuego las batallas, puso tan elocuentes y vigorosos discursos en boca de sus personajes, y en medio de los defectos de versificación tiene tantas bellezas, que *La Araucana* es el poema del siglo XVI más conocido entre los extranjeros, y el que goza de más crédito entre nosotros.

Balbuena, con muchas más dotes poéticas que Ercilla, con mucha más riqueza de imaginación, más elevación de ideas, más facilidad y soltura de dicción, dió en su *Bernardo* una muestra de sus felices disposiciones para la epopeya, y mostró, como dice uno de nuestros críticos, que jugaba con las dificultades del arte sin conocerlas, como un héroe se burla de los peligros; pero su obra es tan desigual, tan incorrecta y tan desarreglada, y está plagada de tan monstruosos defectos mezclados de incomparables bellezas, que se admiran las disposiciones del autor y sin embargo no se puede soportar su libro. Bellísimos trozos de poesía se encuentran también en la *Cristiada,* de Fr. Diego de Hojeda; en el *Monserrate,* de Virués; en la *Bética Conquistada,* de Juan de la Cueva; en las *Lágrimas de Angélica,* de Luis Baraona de Soto; pero ni estos ni otros muchos que pudiéramos citar prueban otra cosa que el ardor con que nuestros ingenios se esforzaron por alcanzar la corona épica, sin poder conseguirla, y que esta época tan fecunda en genios poéticos no produjo ni un Taso ni un Camoens.

En la poesía *sagrada,* moral y sentimental, se hallan notables composiciones de San Juan de la Cruz, de Santa Teresa, de Fr. Pedro Malón de Chaide, de Fr. José de Sigüenza, que parafraseó muchos salmos, y del mismo Lope de Vega, con quien tropezamos en todos los géneros. Pero entre todos sobresalió Fr. Luis de León, cuya alma tierna y afectuosa, dice con razón uno de nuestros modernos escritores, parecía nacida expresamente para esta especie de composiciones. «Siempre que pulsa la lira para objetos sagrados, añade, un dulce éxtasis le eleva á los campos de la contemplación, y prorrumpe en exclamaciones que salen del fondo de su alma; ó bien pinta la mansión celeste, describiéndola con expresiones místicas, que unidas á la suavidad de la versificación producen un encanto inexplicable, no pareciendo sino que se escucha la dulce armonía de los ángeles.»

. . . .

Por fin el arte y la poesía dramática española, que llevaba, por decirlo así, siglos de infancia, y la representación escénica, reducida á ejecutarse al aire libre, con pobrísimos trajes y aparato, por compañías ambulantes, salen de su rudeza y grosería en el reinado de Felipe II, y llegan á una época nueva de brillantez que les abren los privilegiados genios de Cervantes y Lope de Vega. Aunque en las treinta ó cuarenta comedias que escribió Cervantes, según dice él mismo, y de las cuales se han conservado pocas, no correspondió como poeta dramático á lo que se podía esperar de su gran talento, hizo provechosos esfuerzos por levantar y mejorar el teatro; y si en sus obras dramáticas no hay todavía el arte escénico que constituye el mérito de estas producciones, se ve en todas ellas el donaire, la agudeza y la lozanía propias de su ingenio. En la titulada *Los tratos de Argel,* en que se propuso presentar un cuadro de los trabajos y miserias que padecían los cautivos cristianos, se presentó á sí propio en el esclavo *Saavedra.* Su *Numancia,* aunque adolece de falta de intriga y enredo, tiene originalidad, y hay en ella cuadros y escenas interesantes y bellísimos. La *Confusa,* de la cual decía él ser una de las mejores de su género, parece haber sido en efecto de las que alcanzaron más boga. Pero sabido es que no fueron las obras poéticas las que dieron más gloria á Cervantes.

Este y todos los demás escritores dramáticos anteriores y contemporáneos quedaron eclipsados desde el momento que apareció el que él llama *monstruo de la naturaleza,* el gran Lope de Vega, de quien dice que «se alzó con la monarquía cómica, avasalló y puso debajo de su jurisdicción á todos los farsantes, llenó el mundo de comedias, propias, felices y bien razonadas; y tantas, que pasan de diez mil pliegos los que tiene escritos, y todas (que es una de las mayores cosas que pueden decirse) las ha visto representar, ú oído decir por lo menos que se han representado; y si algunos (que hay muchos) han querido entrar á la parte y gloria de sus trabajos, todos juntos no llegan en lo que han escrito á la mitad de lo que él solo,» etc. Y en efecto, bien podía llamar *monstruo de la naturaleza* al genio portentoso que produjo más de mil ochocientas comedias, que sepamos, con cuatrocientos autos sacramentales, fuera de innumerables poemas y composiciones épicas, didácticas y burlescas. No se sabe que haya existido en parte alguna un hombre de tan asombrosa fecundidad literaria.

. . . .

Siguieron á éstas las novelas *picarescas* ó festivas, de que había dado una muestra feliz, en medio de su carácter severo, D. Diego Hurtado de Mendoza con su *Lazarillo de Tormes.* En esta clase merecen especial mención *Las aventuras del escudero Marcos de Obregón,* de Vicente Espinel; la *Vida y hechos del pícaro Guzmán de Alfarache,* de Mateo Alemán, y otras que salieron más adelante, como *El Diablo Cojuelo,* de Luis Vélez de Guevara, y *La vida del gran Tacaño,* de Quevedo. El interés de estos libros estaba en la mayor ó menor gracia y chiste del estilo, y en la más ó menos exacta pintura de las costumbres de la sociedad. Mas como los héroes de éstas eran siempre gente de la ínfima y más abyecta clase, como criados, pilluelos, caballeros de industria y aventureros de mala especie, que hacían gala de sus vicios y travesuras y solían ir á parar á presidio, los cuadros de sus costumbres suelen ser repugnantes, y parecen como una parodia de mal género de los sentimientos exageradamente galantes de los héroes ideales de la caballería.

Otra cosa fueron las *Novelas ejemplares* de Cervantes, cuyo título les dió porque decía que no había ninguna entre ellas de que no pudiera sacarse un ejemplo provechoso. Y en efecto, de tal modo se propuso su autor dar en ellas ejemplos morales, al mismo tiempo que deleitar y entretener, que él mismo dijo que se cortaría la mano antes que dar sus novelas al público, si las creyera capaces de inspirar á alguno un pensamiento criminal. Su estilo y su tono es el que corresponde á la pintura de la vida real: ni demasiado alto, ni demasiado humilde.

Mas la obra de ingenio que ensalzó la reputación de Miguel de Cervantes á una altura á que ni nadie hasta entonces había llegado, ni nadie ha logrado llegar después; la que le dió una fama que lejos de menguar ha ido creciendo con el tiempo; la que le ha dado esa popularidad universal dentro y fuera de su patria; la que le inmortalizó en España y en todo el orbe, y ha hecho envidiar á las naciones extrañas la gloria del país que tuvo la fortuna de producir tan asombroso genio, fué, ya se sabe, *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha,* de cuya obra nada podríamos decir nosotros en este breve resumen que no fuese descolorido y pálido después de tanto como en elogio de ella se ha dicho; y la misma notoriedad de su mérito, confesado y encarecido por propios y extraños, y el ser tan conocida de todos los hombres y de todas las clases, desde el más erudito hasta el más rudo y plebeyo, nos dispensa de detenernos ni á encomiarla más ni á analizar sus infinitas bellezas y encantos. Diremos solamente que Cervantes acertó á hacer un libro para los hombres de todas las clases, de todas las edades, de todos los países y de todos los tiempos.

. . . .

Donde se ve el grado de riqueza y de perfección á que había llegado la lengua castellana en la segunda mitad de este siglo, es en los escritores de asuntos *sagrados, religiosos* y *místicos,* que acaso se aventajaron á todos en la facundia y la elocuencia. Al maestro Juan de Avila, llamado *el Apóstol de Andalucía,* que asombró y edificó á España con sus fervorosas y elocuentes predicaciones en los últimos años de Carlos V, sucedió su amigo y discípulo fray Luis de Granada, el príncipe de la elocuencia sagrada española. «Siempre en sus escritos resplandece, dice un crítico español hablando del padre Granada, sobre todas las otras virtudes de la elocuencia, la claridad, sencillez y propiedad; así es que entre tantos y tan variados tratados no se halla una voz forastera, desusada, latinizada ni afectada: con lo que probó que la lengua española tenía ya entonces bastante riqueza en sí misma, sin haber de mendigar las ajenas. Fué singular fray Luis, sobre todo en el escogimiento de los epítetos con que realza poderosamente las cosas y en la pureza y propiedad de la dicción. El venerable Avila (prosigue) había creado, por decirlo así, un lenguaje místico de robusto y subido estilo; y el venerable Granada lo hermoseó, lo retocó con lumbres y matices, y le dió número, fluidez y grandiosidad en las cláusulas, sin ser hinchadas, afectadas ni afeminadas. Tuvo también la habilidad de ser grande con la expresión sencilla, y de ocultar el arte, no habiendo casi período que carezca de arte. Este nacía de su facilidad, mas también esta facilidad le hizo verboso, y la verbosidad, redundante en muchas partes.»

Las obras en que Fr. Luis de Granada desplegó más erudición, más sublimidad en los pensamientos, más unción y piedad, y también más nervio y elocuencia, son: *La guía de pecadores,* la *Introducción al Símbolo de la Fe,* las *Meditaciones,* el *Memorial de la Vida cristiana,* la *Retórica* y los *Sermones.* No es extraño que se diga de él que jamás ningún escritor místico ha hablado con más dignidad de Dios, y que parece descubrir á sus lectores las entrañas de la Divinidad.

Hubo, no obstante, en su mismo tiempo una mujer admirable, una santa, escritora de obras místicas, dotada de un alma ardiente, de un corazón apasionado, de una dulzura encantadora, que de tal manera se embriagaba en los deleites del amor divino, de tal modo se arrobaba su espíritu en éxtasis celestiales, que en sus obras, escritas con claridad de talento y de juicio, en estilo castizo y propio, por lo común sencillo, pero muchas veces sublime, parece transportar consigo al lector á las mansiones de la gloria. Ya se entenderá que hablamos de Santa Teresa de Jesús. Sus principales escritos son: *El discurso de la vida,* el *Camino de perfección,* el *Libro de las fundaciones* y el *Castillo interior* ó *Las moradas.*

. . . .

Las artes liberales siguieron en este reinado casi las mismas vicisitudes de elevación y abatimiento que las buenas letras. Desde los tiempos del emperador había venido cultivándose y prosperando en España el noble arte de la pintura. Las causas las señalamos ya también en otra parte. Después de Carlos de Austria habían seguido favoreciéndola los Felipes II y III. Felipe IV no se mostró menos aficionado á la pintura y á los pintores que á la literatura y á los literatos, y era de aquellos monarcas que parecía consolarse, ya que olvidarse no, de las desgracias de su reino y de los errores de sus hombres políticos, entre los artistas y los hombres de letras. Y así como su vicio por las comedias fué una de las causas que hicieron florecer hasta el grado que hemos visto el arte dramático, así otro de sus defectos, el de la vanidad, ayudó no poco á dar á la pintura y á los pintores aquella consideración y aquel realce que alcanzaron en su tiempo: como quien tenía gusto y aun afán por que los mejores profesores de sus dominios, así españoles como flamencos é italianos, trasladaran al lienzo todos los rasgos de su persona en todas las edades y en todas las situaciones, por ver retratados todos los objetos de su amor y encomendados al pincel todos los asuntos, hechos ó empresas que pudieran lisonjear su orgullo ó su amor propio.

Así se ve la historia personal de este rey, con todas las alteraciones que en su fisonomía y en sus formas iba imprimiendo la edad, pintada por la mano del gran Velázquez; y obra de este hábil artista son también los retratos de toda la familia real y del favorito del monarca que decoran nuestro Museo Nacional. Felipe IV no reparaba en gastar los escudos de que necesitaba bien su tesoro para las primeras atenciones del Estado, en enviar á Velázquez á Italia para que comprara las mejores estatuas, medallas y cuadros que encontrara en aquel país de las artes. Los hechos de armas y las glorias militares de los primeros años de su reinado, las campañas del Monferrato y de la Alsacia, la hazaña y victoria de don Fernando Girón sobre la armada inglesa cerca de Cádiz, el triunfo de Nordlinghen, la famosa batalla de Fleurus, y otros sucesos célebres de las guerras de su tiempo, quedaron transmitidos á la posteridad por los delicados y expresivos pinceles de los insignes artistas Leonardo, Carducci, Velázquez, Rubens y Van-Dyck.

Con delicia y encanto se verán y contemplarán siempre los retratos y cuadros religiosos y místicos de Zurbarán, los severos é imponentes del Españoleto, las suavísimas vírgenes de Murillo, las hermosas flores de Arellano y Vender Hammen y las obras maestras de Alonso Cano, pintor, arquitecto y escultor, lumbreras artísticas de aquel reinado, junto con otros que figuran con honra al lado de estos preclaros genios, y de cuyas producciones inmortales están llenos nuestros museos y los palacios de nuestros reyes, como los palacios y los museos de otros monarcas y de otras naciones. Fué, pues, aquel el siglo de oro de la pintura, como lo fué de la literatura el de Felipe II.

———



No puede pronunciarse sin un sentimiento de amor respetuoso el nombre de Carlos III. A él viene asociada la idea de la regeneración española.

Si el talento de Carlos no rayó en el más alto punto de la escala de las inteligencias, tuvo por lo menos razón clara, sano juicio, intención recta, desinterés loable, ciego amor á la justicia, solicitud paternal, religiosidad indestructible, firmeza y perseverancia en las resoluciones. Si le hubiera faltado grandeza propia, diérasela y no pequeña el tacto con que supo rodearse de hombres eminentes, y el tino de haber encomendado á los varones más esclarecidos y á las más altas capacidades de su tiempo, y puesto en las más hábiles manos, la administración y el gobierno de la monarquía.

. . . .

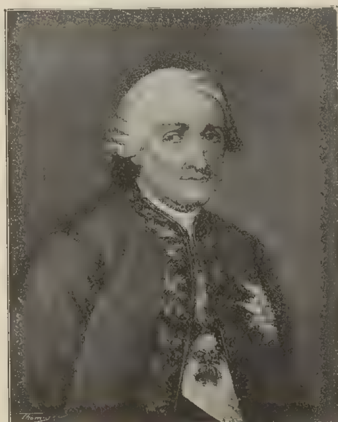
El ánimo fatigado con la perspectiva de tantos



cuadros sombríos como hemos tenido que bosquejar hasta ahora, siente un gustoso descanso al volver la vista al que presenta el gobierno interior de este gran príncipe. Vése á la España cobrar una animada existencia después de un largo marasmo, y entrar en el movimiento progresivo de la humanidad que parecía paralizado en ella. Se ve á los entendimientos ir sacudiendo las trabas de su esclavitud, y las doctrinas humanitarias erigirse en principio de gobierno.

Era, pues, el anuncio de una época de regeneración, ó más bien el principio de ella, iniciado con prudente mesura, como si el espíritu reformador que se desarrollaba se propusiera realizar su obra sin las violentas conmociones que habían señalado este tránsito en Inglaterra, y sin los terribles sacudimientos que amenazaban ya á Francia.

No se proclamó la libre emisión del pensamiento; pero se le libertó del poder censorio de la corte de Roma y de la Inquisición, que se le habían exclusivamente arrogado. Prohibióse la censura de las obras sin escuchar previamente al autor y oir la interpretación que daba á sus palabras. Los breves de Roma en que se condenara algún libro no eran admitidos ya sin el consentimiento de la potestad civil. Esta-



EL CONDE DE ARANDA
copia de un retrato auténtico que actualmente posee
D. Eduardo Caballero y Puga, de Madrid

bleciéronse garantías contra las arbitrariedades de la Inquisición, y muchas disposiciones emanadas de la autoridad real anunciaban á aquel tribunal terrible que no tardaría en caducar su omnipotente imperio. Hubiera caído derrumbado aquel baluarte del fanatismo al cumplirse los tres siglos de su existencia, si el prudente Carlos no hubiera creído más conveniente y más político irle demoliendo por grados que desplomarle con súbita y estrepitosa explosión. Cuando el ministro Roda le aconsejaba la supresión del Santo Oficio, «no me atrevo, le contestó el juicioso monarca, á arrostrar la resistencia de una parte del clero y del pueblo, que todavía no está bastante ilustrada para consentir en esta supresión.» Palabras que descubren la posición respectiva del monarca y del pueblo, y que revelan que no era Carlos III un ejecutor obsecuente de los dictámenes de sus ministros, sino que tomaba resoluciones y tenía ideas propias. Contentóse con allanar obstáculos y dejar al tiempo y á circunstancias más favorables la total destrucción del sangriento tribunal. No hizo poco en conseguir que perdiera su ferocidad primitiva, en cercenar su poder y poner coto á sus vejaciones. Escasísimos fueron ya los autos de fe, y sin el antiguo formidable aparato: cesaron de encenderse las hogueras, y la humanidad le quedó agradecida.

Las doctrinas sobre las regalías de la corona en la gran cuestión sobre los límites de las dos potestades, el sacerdocio y el imperio, defendidas en el reinado de Felipe IV por los ilustrados Chumacero y Pimentel, difundidas en el de Felipe V por Macanaz, el grande apóstol de los *regalistas*, ya más desarrolladas en el de Fernando VI, se desenvuelven completamente y fructifican en el de Carlos III. La corte romana ceja en sus antiguas pretensiones ante la enérgica actitud del monarca español y de sus hombres de Estado, y la autoridad real recobra el ensanche, y la potestad civil recupera gran parte del terreno que había venido perdiendo desde la Edad media. El proceso contra el obispo de Cuenca acre-



ditó que el soberano en este punto no toleraba oposición.

. . . .

Bastaría la feliz creación de las *Sociedades económicas de Amigos del país* para hacer la apología de un reinado. Aquellas asambleas nos parecían un fenómeno en un gobierno absoluto, si en pos de ellas no vinieran las *Escuelas patrióticas gratuitas* á advertirnos que aquel gobierno absoluto era al propio tiempo un gobierno paternal. Clero, grandeza, propiedad, comercio, capacidad, todo se apresuró á concurrir al sostenimiento y brillo de aquellas asociaciones humanitarias, pacíficas, inofensivas, laboratorios continuos de mejoras saludables y de ade-

lantos provechosos para la agricultura, la industria, el comercio y las artes, para la educación pública, para el establecimiento y organización de asilos de beneficencia, y donde se esclarecían hasta cuestiones científicas y puntos importantes de derecho público. Hasta las damas, que jamás se habían reunido sino en los claustros ó en las cofradías, fueron llamadas á formar parte de estas benéficas corporaciones. Allí eran enseñadas por distiguidas maestras las delicadas labores de la aguja, al propio tiempo que hombres laboriosos y entendidos daban lecciones sobre los rudos trabajos del arado, y mientras las unas enseñaban á bordar, los otros enseñaban á roturar terrenos. La real orden comunicada por Floridablanca para la admisión de señoras en la Sociedad de Madrid es de un género tiernamente sublime.



MUSEO DE PINTURAS (Madrid)

. . . .

Ciencias, administración, legislación, educación pública, todo recibe mejoras importantes. Las investigaciones históricas á que se habían dedicado ya con fruto en el reinado de Fernando VI los PP. Burriel y Sarmiento, el infatigable Flórez y los eruditos Mayans y Bayer, continúan siendo objeto de los desvelos de los Mohedano, de los Lampillas, de los Campmany, de los Masdéu, de los Risco y los Casiri y de otros esclarecidos talentos en el reinado del tercer Borbón. Y si en muchas de sus obras no resplandece gran luz filosófica ni refleja el más exquisito juicio crítico, menester es no olvidar que aquellos ilustres sabios escribían á la vista de la recelosa y asustadiza Inquisición, que aunque amansada ya, todavía condenaba á Olavide, y acusaba de herejes á los que habían aconsejado la expulsión de los jesuítas. La poesía y la elocuencia, subyugadas de largo tiempo á la tiranía de una insulsa hinchazón y de un depravado culteranismo, cuando no se abandonaban á una vulgaridad rastrera, resucitaban con las galas de una decorosa libertad y de una sencillez elegante. Moratín reformaba el teatro español, y Meléndez restauraba la poesía castellana, mientras los sabios prelados Climent y Tavira restituían á la oratoria del púlpito la conveniente dignidad.

Siguiendo las artes el movimiento de las letras, la Europa entera admiraba el fecundo pincel de Mongs, el restaurador de la moderna pintura, y el pintor filósofo, que decía el erudito Azara. Maella honraba á su digno maestro, y Goya se hacía célebre por aquella graciosa originalidad que no ha podido ser imitida después. El buril de Selma embellecía la magnífica edición del *Quijote* de Ibarra, honra del arte tipográfico. Y de los adelantos de la arquitectura y escultura certifican los magníficos y elegantes monumentos que en prodigioso número por todo el ámbito de la península á nuestra vista se ofrecen, y que si el gusto y estilo no los revelara bastante como obras de aquel feliz reinado, avisáraselo al menos entendido el *Carolo III regnante*, que en casi todos se lee.

. . . .

Nosotros, que tenemos la convicción profunda de que las verdaderas bases de la prosperidad y de la felicidad de los pueblos son la aplicación al trabajo y el empleo y ejercicio de la caridad cristiana bien entendida, no podemos dejar de aplaudir de corazón, y hasta con entusiasmo, el afán y la solicitud con que Carlos III y sus ministros cuidaron de moralizar la sociedad española sobre la base de la organización de esos dos saludables principios, verdadero y sólido cimiento del bienestar de las naciones.



PALACIO DE LA LONJA (Barcelona)

Confesamos haber visto con singular placer y consignado con especial fruición en nuestra historia las muchas providencias dictadas en este reinado á propósito y fin de desterrar la ociosidad y la vagancia, manantiales corrompidos de vicios y de crímenes, y de inspirar apego al trabajo y promover la laboriosidad y la aplicación, fuentes puras de moralidad y de virtud, y de orden y sosiego público. Y si en todos los países es conveniente y por desgracia necesaria la aplicación de este principio de buen gobierno, atendida la humana naturaleza, lo es más por especiales circunstancias en unos que en otros. Tres son los principales medios que puede emplear un soberano con seguridad de buen éxito para lograr tan plausible fin, y todos los emplearon Carlos III y sus ministros; á saber: el ejemplo personal, el castigo de los ociosos y el premio á los aplicados. La laboriosidad de aquellos ministros era un espejo en que tenían ocasión continua de mirarse los españoles de su tiempo; y el monarca mismo, aparte de las horas que tenía por costumbre dedicar al ejercicio de la caza y al recreo del campo, era una lección asidua, que enseñaba la ventaja incalculable del método, y resolvía el problema de la conveniente distribución del tiempo para que no sufrieran retraso los complicados negocios de la gobernación de un grande Estado, como en la descripción de su vida hemos visto. La famosa ordenanza de vagos, las levas, la aplicación al servicio de las armas de los ociosos y mal entretenidos que eran capaces de llevarlas, la reclusión en cárceles, galeras y hospicios para los hombres y mujeres que no podían ser destinados al servicio militar, eran los castigos que se imponían á los ociosos. Decretábanse al propio tiempo y se conferían premios á los que sobresalían en laboriosidad y aprovechamiento, en las letras ó en las artes y oficios, en las escuelas y en los establecimientos industriales.



PUERTA DE ALCALÁ (Madrid)

Imperfectas, sin embargo, habrían sido estas medidas é incompleto su beneficio, si al propio tiempo no se hubiera cuidado de remediar de la manera más conveniente y posible las necesidades inculpables, y de acudir al socorro y alivio de los verdaderos menesterosos y desvalidos, de los enfermos pobres, de los ancianos é imposibilitados, de los huérfanos sin apoyo, de las doncellas virtuosas y desamparadas, de las clases, en fin, que sin culpa suya gimen en la miseria y en el padecimiento, y necesitan y demandan el auxilio de una mano caritativa y protectora. Cumplidamente llenaron en este punto Carlos y sus ministros el sagrado deber que pesa sobre el supremo gobierno de un Estado, estableciendo un sistema general de beneficencia pública, discretamente organizado y celosamente dirigido. Al impulso vivificador del piadoso monarca y de sus sabios consejeros se ve formarse como por encanto diputaciones y juntas parroquiales y generales de Caridad, encargadas de distribuir oportunamente limosnas y socorros á los desgraciados, crearse y erigirse asilos benéficos, hospicios, hospitales, casas de Misericordia, seminarios y escuelas gratuitas, asociaciones filantrópicas y toda clase de establecimientos piadosos, en que encontraba socorro la indigencia, el desvalimiento amparo, alivio el sufrimiento, ayuda la orfandad, la ancianidad sustento y reposo, ocupación la holganza, escudo contra los peligros del mundo la juventud, todos educación é instrucción religiosa y moral.

. . . .

Cuando en la cabeza del gobierno se ve un sistema beneficioso, concebido con talento y seguido con perseverancia, la parte más influyente de la sociedad presta siempre gustosa su cooperación, y aun se afana por contribuir á la realización de aquel pensamiento. Vióse esto muy señaladamente en la solicitud

con que todos los hombres de posición, de valer y de fortuna se apresuraron á inscribirse en aquellas otras asociaciones patrióticas, llamadas Sociedades Económicas de Amigos del País, creación feliz y concepción fecunda, que se hizo pronto un auxiliar poderoso de la política administrativa, y que multiplicándose con maravillosa rapidez, dió vida á multitud de corporaciones, que fueron otros tantos focos de instrucción, de beneficencia y de laboriosidad, de fomento y desarrollo de la industria, de las artes, de la agricultura y del comercio, y hasta palenque pacífico de útiles discusiones y certámenes en puntos y materias económicos y políticos. Mérito grande fuera en Carlos III y sus ministros el solo hecho de permitir sin estorbo, cuanto más el de favorecer y fomentar con empeño, unas corporaciones populares, cuya existencia habría mirado con recelosa desconfianza cualquier otro gobierno absoluto menos ilustrado y menos seguro de sí mismo. Y no sólo las fomentaron y favorecieron, sino que lograron interesar diestramente en su aumento y prosperidad el talento, el saber, la fortuna, los sentimientos humanitarios, el amor á la gloria, la emulación y hasta la vanidad de las personas de uno y otro sexo que tenían algún influjo en la sociedad.

. . . .

No necesitaban otras de este apoyo, que por sí mismas se recomendaban, y no podían dejar de ser recibidas con gratitud y hasta con entusiasmo. La abolición de las trabas que tenían vergonzosamente atadas las manos del fabricante, del mercader, del artista y del agricultor; la supresión de tantos requisitos, gabelas y vejámenes como impedían el ejercicio y comprimían el desarrollo de las más útiles profesiones; el repartimiento de las tierras baldías y concejiles; la protección á los arrendatarios y colonos; la libertad de plantación y de mejora del cultivo en las heredades propias; la abolición de la tasa y la libre circulación de granos; el derecho de importación y exportación; las providencias contra el monopolio; la creación de alhóndigas y depósitos de cereales para el oportuno abastecimiento en los años de esterilidad y de escasez; el establecimiento de montes de piedad para socorro de los cultivadores; la notable diminución de la alcabala; la exención de derechos de las primeras materias para la fabricación, y la prohibición de introducir objetos manufacturados que perjudicaran al desarrollo de la industria nacional; el rompimiento de las cadenas que tenían entrabado el tráfico y comercio interior; la apertura de nuevos mercados para el consumo de nuestros productos; el arreglo del sistema de aduanas, y la modificación y nivelación de los aranceles; la construcción de arrecifes y vías públicas para facilitar las comunicaciones y abaratar los transportes; el paso gigantesco de declarar libre el comercio de Indias, que multiplicó tan maravillosamente las transacciones mercantiles entre los dos mundos; tantas y tantas reformas dictadas en pro de la agricultura, de la fabricación, del comercio y de las artes, en beneficio de las clases más productoras y de los oficios y profesiones más necesitados de protección; el ejemplo dado por el monarca y por los príncipes de ser ellos mismos agricultores, convirtiendo en huertos y jardines los terrenos incultos de su patrimonio, eran hechos visibles, que al propio tiempo que contentaban al pueblo y le alentaban á trabajar, estimulaban á los pudientes á ayudar en la grande obra de la regeneración económica al gobierno y al soberano.

. . . .

Seguramente no se nos tachará de parciales porque elogiemos las providencias de Carlos III encaminadas á conseguir uno de los bienes más positivos que pueden hacerse á la sociedad humana, la recta y pronta administración de justicia. Arreglo y organización de los Consejos y tribunales, regularizada distribución de los negocios en sus diferentes departamentos ó salas, reglas para dirimir las competencias de jurisdicción, condiciones legales y personales para el ejercicio de la magistratura, combinación de méritos y antigüedad para el escalafón de las promociones, sistema de informes para la debida clasificación, claridad en la prescripción de obligaciones y rigor para hacerlas cumplir, formularios para la uniformidad y facilidad de las operaciones, extinción de privilegios y fueros y estricta igualdad ante la ley; tales fueron las bases de las medidas y reformas dictadas por Carlos III en este importantísimo ramo; reformas y medidas muy propias de quien siempre y muy desde el principio se mostró tan amante de la justicia, y tan afecto á los letrados y jurisconsultos, que fueron los personajes más allegados suyos y en los que depositaba su confianza, prescindiendo para ello de la circunstancia de nacimiento y de linaje, y elevando á los hombres, siquiera fuesen de humilde cuna, sólo por su moralidad, su experiencia y sus conocimientos en el derecho. Así logró tener siempre en torno de sí aquellos insignes magistrados que hoy reconocemos y veneramos como honra y prez de la toga española.

. . . .

Llegamos á la parte que dió más esplendor y más brillo al reinado de Carlos III, al desarrollo del movimiento intelectual, al impulso que recibió la instrucción pública en todos sus ramos, á los rápidos progresos que hicieron las ciencias, las letras y las artes. «Las reformas literarias, ha dicho bien un escritor, empezaron en el reinado de Felipe V, continuaron en el de Fernando VI y produjeron la brillante época literaria del reinado de Carlos III.» Nosotros dijimos también al final del libro VII de esta tercera parte: «Los reinados de Felipe V y de Fernando VI, así en las letras como en la política, así en la economía como en las artes, así en la marina como en la agricultura, en el comercio como en la administración, en la índole del espíritu religioso como en la tendencia de las costumbres públicas, fueron una feliz y provechosa preparación, y sentaron los cimientos y las bases, y desembarazaron y allanaron grandemente el camino para el más ilustrado y más próspero reinado de Carlos III.»

Y así fué en verdad. Todos los ramos del saber humano que eran conocidos en aquella época, todos los grados de la enseñanza en su inmensa escala, desde los rudimentos de las primeras letras hasta las altas elucubraciones de la más elevada filosofía en todo lo que se alcanzaba en aquel tiempo, todos los establecimientos de instrucción, desde las escuelas primarias hasta las cátedras en que las profundas investigaciones del entendimiento humano se detienen ante los misterios impenetrables de lo sobrehumano y divino, todo recibió impulso, fomento, desarrollo, reformas, mejoras y adelantos hasta donde entonces se podía.

. . . .

Al terminar esta ojeada crítica sobre el reinado de Carlos III, parécenos que nada podemos hacer mejor que transcribir algunos párrafos de los que el ilustrado autor extranjero de la *España bajo el reinado de la casa de Borbón* pone por conclusión de la obra:

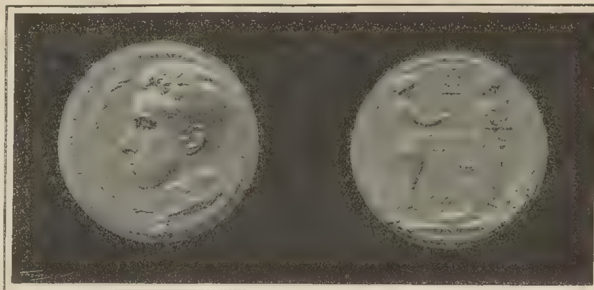
«La escena presenta á fines del reinado de Carlos III un cuadro totalmente diferente. Este mismo pueblo, debilitado, envilecido y desdichado al advenimiento de los príncipes de la casa de Borbón, recupera el lugar distinguido que merece entre las naciones de Europa. Un ejército de más de cien mil hombres, una marina como nunca había tenido España, ni en la época de la *Armada Invencible*, compuesta de setenta navíos de línea y un número proporcionado de buques menores; la monarquía, aunque se había visto empeñada en guerras que comprometían sus posesiones de Ultramar, señora, por un acaso feliz, de todo su territorio después de la paz de 1773; el soberano gozando de la más alta consideración personal con los reyes de Europa, y árbitro de las contiendas de todos, por sus virtudes, por su edad y su probidad; la hacienda en un estado bastante próspero, con medios poderosos para mejorar todos los ramos de la administración interior; abolidas muchas de las trabas que oprimían la agricultura, la industria y el comercio; la autoridad civil no esclavizada por el poder eclesiástico; los privilegios de la corte romana notablemente modificados; las prerrogativas del poder real fijadas y definidas clara y terminantemente; la Inquisición, tan atroz y cruel en otro tiempo, flexible ya, y hasta amedrentada ante el poder de la corona; las ciencias y las letras honradas, recordando los bellos días de la literatura del siglo XVI, y ofreciendo en algunas obras que producía un modelo de exquisito gusto, una perfección que jamás habían podido alcanzar los más de los autores antiguos; las artes alentadas con la protección de un gobierno bastante ilustrado para conocer cuánto valen; finalmente, una perspectiva de poderío, de paz y felicidad para los pueblos de la península, á la sombra de un poder paternal y tutelar: tal era el estado floreciente de España en 1789.»

MEDALLA

CONMEMORATIVA DE LA CORONACIÓN DE S. M. D. ALFONSO XIII

Conocidas son las excepcionales dotes que residen en Mariano Benlliure, cuyo nombre lleva consigo el elevado concepto de la maestría y generalmente apreciada por todos esa pasmosa aptitud que le caracteriza y distingue y que tan gallardamente se manifiesta para el cultivo del gran arte, como para la producción de esas piezas, verdaderas joyas, que inmortalizaron á artistas tan meritísimos como Benvenuto Cellini. No es este momento de enumerar las geniales producciones de Benlliure. Hemos de limitarnos á llamar la atención de nuestros lectores respecto de la hermosa medalla que para conmemorar la coronación de D. Alfonso XIII ha modelado con tan singular elegancia y distinción comparable á la de los artistas florentinos del glorioso período del Renacimiento. La hermosa obra á que nos referimos ha sido ejecutada en oro por los Sres. D. Alfredo Alvarez y C.ª, de Bilbao, quienes han hecho asimismo cuidadosas reducciones, del mismo precioso metal, aplicables á dijes, alfileres, etc., y grandes reproducciones galvanoplásticas de veinticuatro centímetros de diámetro.

Un ejemplar de cada modelo será ofrecido al joven monarca el día de su coronación.



Medalla conmemorativa de la coronación de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, modelada por Mariano Benlliure y ejecutada en los talleres de los Sres. D. Alfredo Alvarez y C.ª, de Bilbao

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Asociación Española de Socorros Mutuos de Buenos Aires. – Memoria y cuentas generales correspondientes al año 1901. Folleto de 31 páginas, impreso en Buenos Aires, en la imprenta y encuadernación de El Correo Español.

Arte gradual de lectura y escritura, por *Primitivo Sanmartí*. – Este libro, adoptado como de texto en muchos colegios del Perú, consta de 34 lecciones, desde la primera de las cuales aprende el alumno la lectura de los caracteres romano, español, inglés y francés. Vistosas láminas representan los objetos expresados por las palabras normales y hállanse designados también los sonidos de las letras por dibujos de cosas que los semejan. Un tomo de 95 páginas elegantemente encuadernado, publicado en Barcelona por D. Antonio J. Bastinos. Precio, una peseta.

***

El lirio del valle, por *H. de Balzac*. – Un tomo de 374 páginas, que forma parte de la Biblioteca que con tanto éxito publica en Barcelona D. Luis Tasso. Traducido por Joaquín García Bravo. Precio, una peseta en rústica y 1'50 encuadernado.

Modesta Miñón, por *H. de Balzac*. – Un tomo de 300 páginas que forma parte de la Biblioteca de obras completas de Balzac, que con tanto éxito publica en Barcelona D. Luis Tasso. La traducción, correctamente hecha, es de D. Joaquín García Bravo. Precio, una peseta en rústica y 1'50 encuadernado en tela.

***

Cristóbal Colón (rectificaciones ó hipótesis), por *R. Monner Sans*. – Conferencia dada el 10 de noviembre de 1901 en la Escuela Naval Militar de Buenos Aires, en la que se destruyen con gran acopio de datos y argumentos algunos errores consignados en historias del célebre navegante. Folleto impreso en Buenos Aires en la imprenta de Jacobo Peuser.

***

Cartilla castellana, por *Primitivo Sanmartí*. – Método racional para aprender en poco tiempo el abecedario leyendo palabras y frases. Folleto de 12 páginas, publicado en Barcelona por D. Antonio J. Bastinos.

***

Guía Comercial y Nomenclátor postal ferroviario vasco-navarro. – Un tomo ilustrado, de 528 páginas, que contiene interesantes y completos datos sobre las provincias de Navarra y Vascongadas. Publicado en Bilbao por la librería Elcano. Precio, dos pesetas.

***

Badalona, por *P. Sañudo Autrán*. – Folleto-álbum de 20 páginas, descriptivo de la ciudad de Badalona, estudiada bajo todos sus aspectos. Impreso en Barcelona en la imprenta de Fidel Giró. Precio, 50 céntimos.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 19 de mayo de 1902 — Núm. 1.064

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EN EL BOSQUE, cuadro de Eliseo Meifren

(Exposición del Círculo Artístico de Barcelona)

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

El equilibrio de razas. – Las razas latina y anglo-sajona en América y en el mundo. – La inmigración y la colonización en la América española. – *Méjico, Uruguay, República Argentina*. – *La República cubana:* el elemento español en Cuba: la fiebre amarilla. – ¿Quiénes son los americanos?

Diez años hace, en 1892, el autor de estas *Revistas*, en la Memoria que leyó como secretario general del Congreso Geográfico hispano americano, hacía notar que al sistema del equilibrio político entre las grandes potencias, clave de la Historia en los tiempos modernos, tendía á substituir el del equilibrio de razas.

Para el progreso y bienestar del género humano – escribe ahora Leroy Beaulieu – es un peligro la preponderancia de cualquiera de los grupos que forman la humanidad. A todo trance hay que establecer y conservar el equilibrio de razas en el mundo, y la reserva más poderosa para conseguirlo está en la América latina. «Es preciso, dice el ilustre publicista francés, que ésta continúe siendo latina, que conserve su tradición, su lengua, sus grandes concepciones, impregnándose á la vez del progreso, poblándose, desarrollándose y alcanzando de día en día mayor prosperidad. Sólo mediante la América latina las viejas razas del Occidente de Europa podrán seguir siendo uno de los factores importantes de la civilización humana, y mantener, por tanto, en ella la variedad de cultura y de aspecto sin la cual esa civilización caería en verdadera decadencia. Toda pérdida que sufra la América latina lo será también para la civilización del mundo.»

Hoy por hoy, los rivales de la raza latina y de todas las razas son los anglo-europeos y los anglo-americanos, es decir, los anglo-sajones de Europa y la raza mestiza del Norte de América que habla inglés. Unos y otros dominan fácilmente á razas ó pueblos inferiores; frente á los demás necesitan, para imponerse, hacer esfuerzo extraordinario con relación al fin. Esclavizan ó exterminan á indios y africanos; pero sufren derrota tras derrota en campaña contra los boers.

La experiencia les enseña que la guerra contra pueblos que pueden y quieren defenderse es peligrosa y cuesta muchos millones, aun tratándose, no ya de boers, sino de tagalos; por esto afirma Leroy Beaulieu que «la invasión de la América latina por la América anglo sajona no podría efectuarse por medio de la conquista brutal.» No teme, pues, la invasión armada; pero sí la infiltración de capitales y de emigrantes de la América del Norte en la América española. Para evitarlo, recomienda á las Repúblicas de origen latino «orden y buen gobierno en el interior, paz entre todas ellas y estrechas relaciones económicas y financieras con Europa, de la que nada tienen que temer.»

No hay que desatender, ciertamente, tan juiciosas recomendaciones; pero opinamos que tampoco es probable esa invasión de emigrantes anglos desde la América septentrional á territorios de la América latina. No llega á nueve habitantes por kilómetro cuadrado la población de los Estados Unidos del Norte, ni á cinco por kilómetro cuadrado si tomamos en cuenta además la extensión y población del dominio inglés del Canadá; tienen aún, pues, ancho campo para espaciarse. La emigración de la América del Norte hacia la del Sur señalará, cuando acontezca, la decadencia política y económica de la gran República y la consiguiente dispersión de sus pobladores. En tales condiciones, será inmigración aceptable y conveniente; los veinte millones de kilómetros cuadrados que constituyen el patrimonio de la raza latina en América necesitan poblarse y colonizarse.

En todo caso, ahora y después, vaya de donde fuere, la inmigración es la suprema necesidad de las Repúblicas hispano-americanas. Y si los inmigrantes aportan capitales, tanto mejor. No caerán sobre tierras vírgenes habitadas por gentes salvajes ó bárbaras; encontrarán raza vigorosa dominante y pueblos organizados á cuyas leyes, idioma y costumbres habrán de someterse. Emigrantes y capitales se infiltrarán en la América latina, como el agua se infiltra en la tierra, para aumentar su fuerza productiva. Y tráigase el agua de donde quiera, las plantas son siempre las propias del terreno y del clima.

Méjico, Uruguay, la República Argentina nos demuestran prácticamente el inmenso valor que tienen la inmigración y colonización como medios de progreso material y moral. A medida que aumenta la población, y se fomentan cultivos é industrias, y se desarrollan el trabajo y la riqueza, y se crean, en suma, intereses económicos, el orden se impone en la vida social y son menos frecuentes los disturbios políticos y movimientos revolucionarios. Por ley natural, el orden y la paz interior favorecen y estimulan el más rápido progreso de aquellos intereses.

Vastas haciendas y ricos distritos mineros antes abandonados se trabajan hoy en Méjico con gran actividad y acierto; numerosos colonos del Japón y de otros países se dedican al cultivo del hule y á las labores de los ingenios de azúcar; labradores del Idaho y otros Estados occidentales de la Unión norteamericana piden concesiones de tierras en Estados mejicanos; se van aprovechando las corrientes y los saltos de los ríos como fuerza motriz; se construyen y proyectan nuevas vías férreas, y capitalistas de Europa y de América forman sindicatos y compañías para explotar las múltiples riquezas naturales de aquel país, que no figura, sin embargo, hasta hoy, entre los preferidos por los emigrantes europeos.

En el Uruguay, una de las regiones de América más favorecida por la emigración y colonización latinas, la situación económica y financiera mejora de día en día, á la vez que en sus gobiernos y partidos políticos se impone el espíritu de conciliación. País agrícola y ganadero por excelencia, fecundo como pocos y con abundantes aguas, sus cosechas de cereales y los productos de su ganadería van aumentando prodigiosamente. Capitalistas franceses explotan las minas de oro del departamento de Rivera, y han tomado á su cargo las obras del puerto de Montevideo, magna empresa en que se invertirán unos 65 millones de francos.

La República Argentina, que ha sabido llevar á sus extensas tierras más de un millón de colonos extranjeros, italianos y españoles la mayor parte, ha desarrollado en poco tiempo importante riqueza en cultivos y en ganado, y normaliza su vida política. Si sus presupuestos están aún desequilibrados, débese á los enormes gastos que ha hecho y hace en previsión de conflicto bélico con Chile. El mensaje leído hace pocos días ante el Congreso por el presidente Roca refleja gran optimismo. La cuestión de fronteras con aquella República está en camino de arreglarse amistosamente, y se confirman, pues, anteriores noticias según las cuales el comisario inglés Sir Holdich, que ha tomado datos sobre el propio terreno objeto de la disputa, se proponía regresar á Inglaterra en julio y activar los trabajos del tribunal de arbitraje para que no terminase el año sin haber dictado sentencia. Por otra parte, personalidades de gran prestigio en Chile y la Argentina abogan en favor de un desarme general en ambas Repúblicas. Muy de desear es que así suceda y puedan realizarse las esperanzas de Roca, fundadas en el buen cariz que toma la situación económica; las rentas públicas van en aumento, la deuda interior y exterior se reduce, y prosiguen en auge los trabajos de colonización y las transacciones comerciales.

También los argentinos procuran crear puertos ó mejorar los actuales, y uno de los problemas cuya solución estudia su gobierno con mayor empeño es el establecimiento de fácil y cómoda comunicación fluvial entre los puertos del interior, la capital federal y el Atlántico. Según el ingeniero Foster, la resolución del problema depende principalmente del mejoramiento y corrección de los grandes ríos Paraná y Uruguay y, sobre todo, del Río de la Plata, cuyo estudio presenta doble interés, porque al científico que tiene el de uno de los estuarios más extensos del mundo, está unido el económico del desarrollo comercial y el engrandecimiento de las provincias argentinas. Mediante la rectificación del curso de los ríos y otras obras y correcciones propuestas, podrá llegar á ser fácil, segura y económica la navegación de los buques de Ultramar que van á Buenos Aires ó pasan á los puertos del Paraná; se facilitará la navegación fluvial, acortando lo más posible la ruta entre Buenos Aires y el interior del país; se mejorará, por último, el acceso al puerto de Buenos Aires.

Otro puerto que atrae la atención del gobierno argentino es el marítimo de San Blas, en el que no ha mucho estuvo el Presidente, y que tiene, por su situación y circunstancias especiales, excelentes condiciones para hacer de él un puerto militar y mercante de primer orden. Cierra y defiende el puerto, con otras islas, la llamada Gama ó Gamo, donde se dice que hay un tesoro, de 300.000 onzas de oro nada menos, que allí ocultó, hacia 1591, el famoso pirata inglés Tomás Cavendish. Según la tradición, tres pilares de ladrillo señalan el camino que conduce al tesoro. Se han encontrado dos de ellos; pero falta dar con el tercero, precisamente el de más importancia, pues es probable que bajo ese tercer pilar se encuentren las codiciadas onzas, que han buscado en vano aventureros procedentes del Norte de América, de Inglaterra y aun de Australia.

Ya se halla en tierra cubana el nuevo jefe del Estado. El 14 de abril publicó la *Gaceta*, en número extraordinario, la Constitución de la República y una orden del general Wood mandando disolver la Convención Constituyente, en suspenso ya desde 3 de octubre de 1901, y convocando para el 5 del corriente mayo el Congreso cubano. El día 20 se inaugurará el gobierno de la República de Cuba bajo la presidencia de Estrada Palma. Las defensas marítimas de la isla seguirán en poder de los Estados Unidos, y parece que además conservarán éstos algunas fuerzas en el interior hasta tanto que el gobierno haya organizado un buen sistema de impuestos. Dícese que Wood continuará por ahora en la isla, á modo de tutor de la joven República.

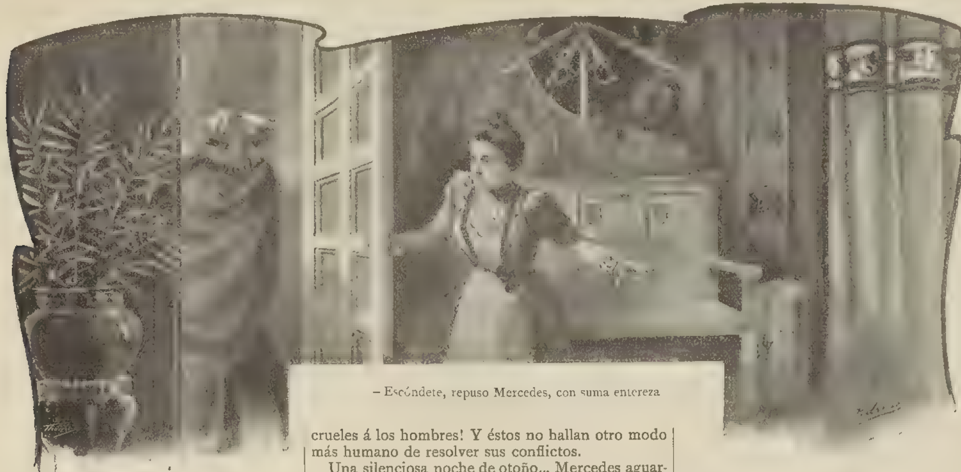
Los primeros actos y discursos de Estrada Palma confirman los propósitos que anunció desde los Estados Unidos. Acepta con regocijo solemnes festejos y banquetes que le ofrecen los españoles en Santiago, en Cienfuegos y en otras poblaciones, y en ellos proclama como una de las bases principales de su política la unión y armonía entre los elementos español y cubano. Aquél es, según Estrada, «factor indispensable para la felicidad de la República.» Bien avenidos unos y otros, Cuba podrá llegar á ser un país próspero, sin discordias interiores que den pretexto á los yanquis para intentar la conquista ó anexión de la isla.

Acaso, con la mira de atraerse, por gratitud ó conveniencia, amigos y partidarios que en su día pudieran secundar las aspiraciones de aquéllos, Wood ha lanzado un decreto por virtud del cual se declara inamovibles á los funcionarios que actualmente desempeñan cargos de la autoridad judicial ó fiscal. Tal decreto, dictado un mes antes de constituirse el gobierno independiente, ha producido pésimo efecto en los cubanos; lo consideran inoportuno, y es voz general en el país que la República de Cuba no queda obligada á admitir los nombramientos hechos por el interventor militar extranjero.

En cambio, algo bueno deja esa intervención que, seguramente, respetará el nuevo gobierno. Nos referimos á los trabajos de saneamiento que ha realizado y á los cuales se debe la diminución de mortalidad. El Departamento de Sanidad cree que la terrible fiebre amarilla está vencida. No conviene, sin embargo, confiar demasiado; en los últimos tres años las aguas han sido relativamente escasas, y las circunstancias sanitarias pudieran cambiar cuando sobrevengan lluvias abundantes. Tratando de este asunto, escribe el *Diario de la Marina:* «Hay que vivir prevenidos, no sea el diablo que ahora que los americanos nos entregan la Sanidad, si le da la gana al vómito de decir «¡aquí estoy!,» viendo reaparecer sus efectos con la misma fuerza que antes, digan ellos, lavándose las manos y atribuyendo á su arte lo que no fué más que un fenómeno natural: «¿Lo ven ustedes? Apenas dejamos nosotros de perseguirla, vuelvela epidemia... ¡Si es sabido! Cuba no puede ser feliz sin los americanos.»

¿Los americanos? Pase que entre ellos, entre los yanquis, y aun aquí en Europa se acepte la denominación de *americanos* para ciudadanos de una República americana que carecen de nombre gentilicio, y que por no tenerlo, se apropian el del Continente en que viven. Pero un *americano* de Méjico, de Cuba, de Venezuela, etc., no debe sancionar con el uso esa especie de privilegio. Verdad es que no hay nombre que exprese la gente, nación ó patria á que aquéllos pertenecen; mas adóptese cualquier otro que no sea el de americano. Aunque norteamericano, anglo-americano y yanqui no son denominaciones rigurosamente propias, por lo menos señalan con alguna mayor precisión la especie de hombres de que se trata.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



– Escóndete, repuso Mercedes, con suma entereza

EN CAMPO ENEMIGO

I

El marqués de Olaguibel toleraba muy á disgusto las relaciones amorosas de su nieta Mercedes con Simón Juncales; pero cuando al iniciarse la guerra carlista, supo que Simón figuraba en el ejército del pretendiente, su antipatía se convirtió en odio profundo; y llamando á Mercedes, le dijo con toda la solemnidad que sus canas y su carácter daban á sus resoluciones:

– Hija mía: no tienes más amparo que yo en el mundo, ni yo tengo más consuelo que tú; por ti sería capaz de todo: he aguantado á Simón, comprendiendo que le querías. Hasta hoy, era sólo un calavera de mal género; desde hoy, es un bandido, y mejor te vería muerta que mujer de tal hombre. Mira lo que decides; ya sabes que sólo tengo una voluntad y una palabra.

Mercedes conocía bien á su abuelo: no le replicó. La torpeza de Juncales había puesto fin á sus amores; ella le amaba mucho, pero no tardaría en olvidarle, porque todo lo subyugaba, como su abuelo, á una poderosa voluntad.

Dos años después, Mercedes Olaguibel se casaba con el coronel Briones, y el marqués moría en sus brazos al salir de la iglesia. Noche triste, que amargó el saludo cariñoso del marido, con la despedida cruel del abuelo.

Destinado Briones á mandar una columna. Mercedes fijó su residencia en las Caldas, para vivir en sitio próximo al campamento. Los carlistas no habían penetrado nunca en aquel villorio, y el coronel pasaba por allí con frecuencia, ya porque las circunstancias lo exigiesen, ya porque tomara pretexto en cualquier avance del enemigo para ver á su esposa.

Precisamente, su caserón de las Caldas había sido para ella refugio de su niñez, y guardaba muchos recuerdos. Allí murió su madre, allí había conocido á Simón...

Ya no se acordaba del cabecilla. En verdad, hubiera sido una locura casarse con él. Cuanta diferencia entre Simón Juncales, pendenciero, mentiroso, gozándose con atormentar á todo el mundo, y Briones, ordenancista, caritativo y bravo, eso sí, pero sin emplear su bravura en audacias caprichosas.

Y, en el fondo, aquella comparación era injusta. Mercedes había conocido á Juncales en su niñez, y á Briones, cuando los años comenzaban á ensanchar su frente, arrancándole pelo á pelo su rubia cabellera. ¡Quién sabe las travesuras que haría Briones de muchacho! Tal vez para nadie tuvo el respeto de Simón á Mercedes. Porque Simón sería un indisciplinado con todos; pero para ella fué dócil y obediente.

¡Pobre Simón! Acaso lo juzgaban con dureza los que le conocían desde niño. Los hombres adquieren otras costumbres, una idea más clara de la dignidad. El pobre abuelo tuvo más presentes las travesuras del niño que los entusiasmos del hombre. Se hizo carlista... ¡Bah! ¿No habría también con los carlistas muchas gentes honradas? ¡Maldita guerra, que hace crueles á los hombres! Y éstos no hallan otro modo más humano de resolver sus conflictos.

Una silenciosa noche de otoño... Mercedes aguardaba, como de costumbre, sumida en sus preocupaciones, que la casualidad ofreciera sucesos agradables; cuando en la terraza, muy cerca, oyó pronunciar su nombre.

Quedóse indecisa un instante.

«¡Mercedes! ¡Mercedes!,» repetía el de afuera con angustia. «Mercedes... Abre por caridad tu puerta... Mañana he de morir...»

Le había conocido. ¡Qué á deshora le arrojaba el cielo á buscar un refugio en la triste soledad campesina!

Morir mañana...

Mercedes abrió la puerta y Juncales dijo al entrar:

– ¡Me persiguen!

– Escóndete, repuso Mercedes con suma entereza.

Y salió á la terraza.

Ni un ruido, ni una luz. Estuvo largo tiempo atenta. Silenciosa y obscura la noche, ni el aire se movía.

Entrando, cerró.

– ¿Quién te persigue?

– Todos, todos contra mí. La derrota primero; la vergüenza después. He huído...

– ¡Has huído!

– No me desprecies, por caridad, no soy cobarde. Estaba resuelto á morir al frente de mi columna; pero tu recuerdo, tu imagen me turbaron... «¡Quiero verla!» No supe resignarme á morir sin verte... ¡Aquí estoy! Desertado, vencido...

– ¡Qué locura!

– Dijeras más bien ¡qué desgracia! No son mis locuras las que me hacen daño; son mis desgracias. ¿Por qué no me quisisteis? Yo era bueno, generoso, humilde para ti; hubiera sido para el marqués un esclavo... Mercedes, tú lo sabes: fué vuestra soberbia, no la mía... Todo acabó; mañana he de morir. Fusilado como enemigo; fusilado como desertor. En uno y otro campo la muerte me aguarda.

– ¡La muerte!..

– No la temo. A tu lado ¡soy tan dichoso! Mírame, ¡pobre ángel mío! ¿Cómo ha de asustarme la muerte ahora, si entonces fué cuando me disteis muerte?

La sorpresa, la compasión, todo un mundo soñado, recuerdos y alegrías, los ojos de aquel hombre que la fascinaba; todo, todo contra ella.

. . . .

II

Al amanecer, Juncales dormía tranquilamente, y ella, sin haber cerrado los ojos, lloraba.

¿Cómo salvarle? ¿Cómo redimirle? ¿Cómo resistir á tanto infortunio?

Sonaron clarines: Juncales despertó; su faz serena y sonriente no revelaba la menor angustia.

– ¿Oyes?, repetía Mercedes horrorizada.

– Sí: no hice más que anticiparme algunas horas; á uña de caballo. Son los míos.

Mercedes, irguiéndose como una loca, exclamó:

– ¿Qué dices?

– Que ayer derroté á la columna de Briones; que tu marido está preso, y que vine á engañarte.

Mercedes quedó inmóvil y silenciosa bajo la impresión de aquella horrible sorpresa. Luego dijo con implacable calma:

– Hoy habías de morir.

– Hice una comedia para seducirte, seguro de que sólo con engaños podría vencerte.

– Hoy habías de morir por traidor... Muere.

Y cogiendo el revólver del cabecilla que había quedado sobre la mesa, disparó seis tiros, ansiosa, viendo palpitar el cuerpo bañado en sangre...

LUIS RUIZ Y CONTRERAS.

(Dibujo de Pedrero.)

CON PERMISO...

In dubiis, libertas.

«Pero, señor, ¿no es muy triste
que lo llamen á uno bruto?»

Así dice, muy juiciosamente por cierto y muy cargado de razón, un personaje del saladísimo sainetero *Ricardo de la Vega*.

Sí, señor, es muy triste que á uno lo llamen bruto ó cualquier otra cosa peor, cuando tiene la desgracia de no coincidir en opiniones con los partidarios de la controversia á denuesto limpio y á insulto seco.

¿No piensas como yo? Pues eres un imbécil; ¿te permites el lujo, reservado á mí exclusivamente, de exponer opiniones propias? Pues hay que aniquilarte por protervo y destruir tu casa y negar el agua y el fuego á tu familia, por peligrosa, y quemar á tus amigos por majaderos ó por malvados.

Y esta es la forma que, para discutir, hemos adoptado como única aceptable en estos albores del siglo XX.

Imagínese, pues, si quien ni sabe ni quiere reñir con nadie se hallará cohibido, cuando sin el propósito soberbio de imponerse al curioso lector, trata de exponer lisa y llanamente su pensamiento.

Yo, por ejemplo, recibo hoy carta de un mi sobrino, hombre algo pusilánime y algo asustadizo, el cual no sabe cómo convencer á su esposa de que no es pecado asistir á representaciones teatrales, á pesar de lo que afirman algunos sacerdotes, entre ellos el confesor de la susodicha señora, la cual tiene (¿cómo no había de tenerlo estando en Santander?) su director espiritual correspondiente. El pobre sobrino me suplica muy encarecidamente que le proporcione argumentos contra esas afirmaciones eclesiásticas. Mi primer impulso al leer esa carta ha sido contestar al pariente que nada puedo hacer en obsequio suyo, y que cuando una persona tiene director espiritual, para algo lo tiene, y no hay sino dejarse dirigir por él y obedecerlo incondicionalmente.

Me ha parecido, no obstante, demasiado dura tal respuesta, y voy á enviarle, por si puede utilizarla, esta observación:

«Que la recreación jocosa es necesaria para la conservación de la vida humana; por tanto, todas las artes y oficios que pudieren ser de provecho para la tal recreación, como el danzar, el tañer y el baylar, son lícitos en la república, y así es lícito el oficio de los comediantes y lícitas sus comedias; por lo que se ordena para sólo dar solaz á los hombres trabajadores es lícito de suyo y no malo.»

Aunque temblando como azogado por los dicte-

rios que de una y de otra parte lloverán sobre mí, continúo mi proyectada contestación al sobrino:

«Cuando hayas leído eso á tu mujer, pienso decirle, replicará ella que esas son doctrinas de algún hereje ó de cualquier periodista de los que ahora organizan pecaminosas manifestaciones anticlericales. Cosas de los impíos modernos, en una palabra; pero á esto debes contestar que esas palabras fueron escritas hace ya muy cerca de *siete siglos*, y que no las escribió ningún periodista, sino el nombrado por todos *Doctor Angélico*, ó sea el sabio y virtuoso *Santo Tomás*. El de Aquino, se entiende; porque hay otro *Santo Tomás*, el apóstol, á quien llamó Narciso Serra

«el santo más cabezudo
de la corte celestial.»

y que era partidario de *ver para creer*, el cual es, como se comprende, mucho más antiguo que el otro, y no habló de teatros en su vida; hay que distinguir.

»Otros Santos Tomases hubo; el de Cantorbery, por ejemplo, á quien hizo asesinar el rey de Inglaterra, y el de Villanueva y Variá; pero no tengo para qué hablar de ellos en este caso.

»Suponiendo que opinión tan autorizada como la de Santo Tomás de Aquino fuese ineficaz para llevar el convencimiento al ánimo de tu señora, dile:

«Si por dar ocasión sola de pecado son ilícitos estos artes y oficios y por esta causa se han de quitar; quítense los ferrementos domésticos, los cuchillos, los asadores y también se quiten los instrumentos de labrar el campo; la azada, la hoz, el podón y el destral, porque puede suceder que el hombre ó se dé á sí mismo la muerte ó mate á otros con ellos. Y no se planten árboles en la tierra porque no se ahorque de ellos algún desesperado.»

»Y caso de que tan atrevidas conclusiones pareciesen heréticas á tu compañera, adviértele que no son obra de algún descreído volteriano de los que tanto abundan ahora, sino que las escribió hace muy cerca de *mil setecientos años San Agustín*, cuyas obras andan por ahí á disposición de quien quiera consultarlas, principalmente la mejor de todas, una en once tomos en folio, hecha por los Padres Benedictinos de París allá por los años 1579.

»Dile también que en defensa del teatro han escrito muy elocuentemente: Alberto el Magno, San Buenaventura, San Antonino, San Francisco de Sales, San Carlos Borromeo y San Felipe Neri, y agrega que en todos los martirologios figuran cómicos santos como San Ginés, San Dióscoro, San Porfirio, San Ardallón y algunos otros.

»Tampoco será malo enterarla, para que ella se lo recuerde al confesor, de que algunos Sumos Pontífices han defendido con entusiasmo los espectáculos teatrales.

»El Pontífice León X estimó y protegió el teatro, que juzgaba indiferente en lo moral y útil en lo político, siendo instructivo. Hacía ir todos los años á Roma una compañía de cómicos de Sena para oir sus representaciones, que se ejecutaban en la misma habitación del Papa.

»Después el mismo Santo Padre mandó erigir un magnífico teatro; para ello gastó el Tesoro de San Pedro á fin de que fuese dignamente representada una obra dramática del cardenal Bernardino Bibicoa. El mismo León X presenció, dando visibles muestras de contentamiento, esa representación.

»Lo cual, dicho sea entre paréntesis, enojó mucho á Lutero, dándole motivo para extremar sus censuras al Papado y sus anatemas contra los espectáculos teatrales.

»Aunque el Papa León X solamente ocupó ocho años la Sede Pontificia, y aunque es un hecho que fué cardenal á los trece años por obra y gracia del Papa Inocente VIII, que distinguió mucho á Juan de Médicis (después León X), el cual llegó á ser cabeza visible de la Iglesia á los treinta y ocho años de edad, no creo que estas circunstancias basten para que el confesor de tu mujer niegue autoridad á ese Papa, colocándose resueltamente al lado de Lutero, cuya abominable herejía nació en la enemistad á ese Santo Padre.

»Es posible que el director espiritual de tu cara mitad no se dé á partido, y que, en contra de esas opiniones de Santos y de Papas, presente otras opiniones de Papas y de Santos.

»Bueno. Pues eso demostrará que en el asunto no están de acuerdo los encargados de guiarnos; que el punto resulta, por lo mismo, dudoso, y que por lo tanto puede hacer cada uno lo que le parezca conveniente.»

. . . .

Y conste que, á mi juicio (aunque esto no voy á decírselo á mi sobrino), cuando se tiene y se acepta director espiritual, lo mejor es dejarse dirigir incondicionalmente por él; y para no hacerlo así, es preferible no tenerlo. Como en caso de enfermedad, si no se han de seguir, sin discutirlas, las prescripciones del médico, lo más lógico y lo más conveniente es no llamarlo.

Todo esto, por de contado, si ustedes no lo han por enojo y si no han de llamarme cosas feas; pues en este supuesto, nada hay de lo dicho. He dicho.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.



MONUMENTO Á BOLOGNESI QUE SE HA DE ERIGIR EN LIMA
Boceto de Agustín Querol que ha obtenido en concurso el primer premio

NUPCIAS EN LA NIEVE

Enriquillo lo había pensado ya profundamente. No había más que hablar: á casarse; así como así, comenzaba á experimentar una hartura de goces tan completa, que le hacía sufrir. El *champagne* no le proporcionaba nada más que borracheras tristes; el juego le aburría; el *sport* le daba pena; la carne bella, asco; las orgías eran para él algo así como danzas macabras, puesto que las columbraba á través del cristal esmerilado del esplín; la política le mareaba; la literatura ocasionábale sopor; los viajes le magullaban el cuerpo; las impresiones de la vida mundanal le desencantaban por completo; ¡es claro, había corrido de tal modo, que se le desbocó la juventud!

«Y nada más justo que sentar la cabeza, se decía; pues qué, ¿acaso no queda para mí un mundo oculto? ¡Ya lo creo! Y que debe ser encantador de veras... Las delicias del tálamo, los amores honestos, el poema del hogar...»

Y así pensando, y poniéndose grave - estudiadamente ante el espejo - calóse el sombrero de copa, se embutió las manos en los guantes, lanzó al aire un suspiro - que él «fabricó» á su modo - y bajó ¡muy serio! la escalera del hotel.

Enriquillo habíase hecho el formal propósito de ser en adelante «D. Enrique.» ¡Así como suena!

Ya en la calle, empezó á sentir en la inteligencia un cúmulo de dudas y una barbaridad de pensamientos; todos y todas barajados en ensalada, formando un *revolutum* entontecedor; bailoteándole en el magín un galop desenfrenado; porque nada hay que aturda tanto como una preocupación; hay que tener una firmeza de titán en el cerebro, como la tienen los filósofos, para poder jugar con los pensamientos saliéndose de la vulgaridad y del idiotismo sin ir á parar al manicomio.

Pero Enriquillo que, aunque con frecuencia se dejaba emborrachar por los amores y por el vino, jamás se dejaba emborrachar por las ideas, entró en la primera cervecería que encontró, pidió una chica de limón y se dijo:

- Pensemos despacio; el caso es arduo, ¡qué diantre!

Y pensó.

- A ti te conviene, Enriquillo, se decía, una mujer de tu clase; relativamente aristocrática, relativamente rica. Una niña que pase á ser gran señora con el soberano aplomo de una princesa cuando pasa á ser emperatriz. Es menester que la hampa la endiose, que en el gran mundo vaya dejando estela, como los grandes luceros entre la plebe dorada de las estrellas chicas...

Se atusó, con gesto de complacencia, la guía derecha del bigote, y continuó su monólogo así de esta forma:

- ¿Y por qué no habría de ser mi esposa una honrada mujer del pueblo? ¿Qué falta me hacen á mí más pergaminos y más dinero, cuando de pergaminos puedo forrar los desvanes de mi hotel y de dinero puedo empedrar los senderos de mi jardín? ¡Oh, qué dulce encanto debe tener una mujer plebeya, una hembra hacendosa, que desdeñe las plumas y la seda, que no eche de menos lo superfluo, ese lujo que insulta, que es una bofetada perenne estampada públicamente con guante blanco sobre el noble y sencillo semblante del pobre!

Y se atusó, con mayor complacencia que antes aún, la guía izquierda del bigote; y miró á la altura con desprecio, y volvió después la vista, con cariño, á la tierra humilde, al suelo, á las hendeduras del mosaico del pavimento, como si entre el polvo ruin del piso hubiese esperado encontrar el luminoso objeto de sus pesquisas mentales.

Luego hizo una larga pausa. Ya no pensaba en nada concreto; sin duda su magín, no muy repleto de luces, se había cansado de trabajar, de forjar cábalas y de resolver problemas. Sin embargo - ¡oh, una idea fija puede mucho!, - al poco rato volvió de nuevo á su tema, trató de orientar sus pensamientos y caviló así, esta vez con mayor gravedad que nunca:

- ¡Qué ingrato soy en mis reflexiones; qué poco galante! ¿Pues no me olvidaba de la clase media, de esa heroica clase media que por guardar la dignidad del exterior inmola el interior?.. ¡Qué admirable es esa gente, de pudor espartano, de regio decoro, de misterioso y plebeyo trato! Es la sublime aleación de los diamantes y de los guijarros; del hierro y del

oro; de las crisantemas y de las amapolas... Sus hombres, como los girondinos ante la muerte, levantan con orgullo la frente ante el hambre; sus mujeres, como María Antonieta en la capilla, miran por cima del hombro á sus verdugos.

Y esta vez Enriquillo, con muchísima mayor complacencia que las dos veces anteriores, se atusó la mosca nerviosamente.

Cuando salió del establecimiento, Enriquillo tenía ya formado su plan de conducta.

Por la noche, en el casino, invitó para el día siguiente en su casa á sus amigos íntimos de todas edades.

– Os daré un *lunch;* será una pequeña fiesta para hombres solos. Habrá su miaja de orgía; porque es – y se estiró con gravedad los puños de la camisa – mi última calaverada de soltero.

Hubo una carcajada general que duró cinco minutos. En esto Enriquillo, viendo que sus contertulios no acababan de reir, dió media vuelta amoscado y los dejó con la alegría en la boca.

Y esto fué lo único que dijo al salir cuando bajaba en el ascensor:

– ¿Habrá simples?..

Al día siguiente, veinte amigos y veinte hermosas mujeres del mundo galante ocupaban el hotel de Enriquillo.

La juventud, la risa y el amor rebosaban por las ventanas.

Silbó el tren. Baho como gasas salió por los caños de resuello de la máquina; recrujir de herrajes sonó con estrépito bajo la nave del andén, y lentamente, como una serpiente cuando se despierta, salió el ferrocarril al campo, atronando en la noche con su silbo medroso y reflejando en las sombras, con el reverbero rojo de su retina, una galopante luminaria triste.

Y reclinado sobre la colchoneta del *slipin,* fumando y abstraído en sus reflexiones, salió Enrique de Madrid con rumbo á Francia, el gran teatro del amor, del placer y de la juventud.

– ¡A vivir, sí, á vivir!, se dijo mirando por última vez, á través del cristal del coche, su querido Madrid que se alejaba. ¡Adiós, pueblecillo, adiós! ¡Me llaman los amores; me voy á su nido solemne!..

El tren se perdió en las sombras.

Llegó á los boulevares, vió, gastó, escogió y triunfó.

Llevaba el propósito de husmear amores de todos matices y lo consiguió; en todo un año vivió en pleno París toda una juventud, y en los palacios, en las buhardillas y en los pisos terceros de las casas modestas, dejó como Juan Tenorio la huella de su osadía; libó besos dulces de todas las cosechas y se guardó el muestrario en el magín.

La alta aristocracia le abrió su pórtico de oro y lo recibió en triunfo bajo su peristilo de flores; la clase media le mimó como á un gatito de Angola; la plebe, de blusa limpia, le hizo el homenaje de amor que era indicado de él, joven burgués lleno de risas y de monedas. Y en todas partes Enrique halló fácil la pasión; en crudo: ¡oh, París era impúdico como una heteral Azahar que él veía, se agostaba; Margarita que caía en sus manos, era al poco tiempo una margarita rota.

El oro y la virtud están riñendo en el mundo, constantemente, una batalla campal.

Pero el oro es la fuerza bruta; la dinamita de los idilios. Un cheque es una cédula de deshonor; la moneda tizna.

Un día, como un estudiantillo de tantos, se plantó Enrique en un merendero de las afueras. Vió una griseta que era un cromo; tenía en los ojos el imán de las grandes pasiones del alma.

Enrique entabló amistad con ella, que iba acompañada de sus padres, dos honrados sastres de portal. Bailó con ella, la requirió... y al final de la tarde quedaron citados para el siguiente.

Enrique hizo los imposibles por rendir aquella fortaleza; pero le fué imposible.

– ¡Oh, á veces también la roca tosca es inexpugnable!

A los tres meses Enrique estaba enamorado de la honrada obrerita lo mismo que un colegial cualquiera. Ella ignoró siempre la fortuna y calidad de su novio.

En un día de otoño, yendo juntos por el Bosque, ella sintió frío y tosió. Escupió sangre.

– ¡Dios mío!

Lloraron juntos. El la consolaba con sus cariños; pero inútilmente.

Aquello fué una tisis galopante. El invierno, helador y horrible, acabó con ella.

Una mañana de nieve apareció muerta en su cama: ¡como un pajarito!

Enrique adelgazó: la pena le consumía. Se puso luto en el sombrero y gasa en el corazón. Renunció á las fiestas, al mundo y... un día, ante el espejo, vió con horror en sus sienes la primera cana. ¡Oh!..

Por aturdirse y olvidar fué á Montecarlo y se arruinó. La fiebre de la tisis que se llevó al sepulcro á su amada, la tenía él en las venas también. Un día lo advirtió y empezó á sonreir con tristeza.

– El verdadero amor, el amor honesto, está visto, asesina.

Vino á poco el último grado de la tisis, empezaron los vómitos de sangre y... los médicos dejaron de recetarle. ¿Para qué?

Fué á París: al cementerio. Con el último luis había comprado violetas. Las depositó en el nicho de su virgen.

Y á la mañana siguiente, el guarda del campo santo descubrió sobre la nieve el cuerpo del romántico: tenía una sonrisa helada en los labios.

El mismo día recibieron en Madrid los amigos del joven una carta:

«Enriquillo es ya feliz – decía. – Se ha desposado esta noche. ¡Con el ensueño!»

FRANCISCO DE LA ESCALERA.



PLANCHA EN RELIEVE REGALADA AL EXCMO. SR. D. JUAN DE MORALES Y SERRANO, SUBGOBERNADOR DEL BANCO DE ESPAÑA, POR LOS EMPLEADOS DEL MISMO ESTABLECIMIENTO. Obra de Agustín Querol

MADAME LOUBET

La digna esposa del Presidente de la República Francesa no busca los honores, sino que los soporta, y podría adoptar como divisa la abnegación y la bondad. Las personas que la rodean saben que nadie con tanto empeño como ella procuró disuadir á M. Loubet de que aceptara la presidencia de la República; pero cuando el presidente creyó que era su deber aceptar, en 18 de febrero de 1899, la primera magistratura de su país en tan difíciles momentos, Mme. Loubet fué en el Elíseo lo que debía ser, lo que antes había sido en el palacio del Senado y en el ministerio del Interior, la colaboradora valerosa y abnegada de su esposo, en todos los asuntos ajenos á la política; la compañera que considera como su deber principal hacer amar á aquel cuyo nombre lleva.

En 1869, la joven, guapa y graciosa señorita María Picard se casó con su compatriota Emilio Loubet, á quien había conquistado con su gracia y con su ingenio: de este matrimonio han nacido la encantadora señora de Soubeyran de Saint-Prix, Pablo Loubet, abogado, y un precioso niño de nueve años, Emilio, que es la alegría y la dicha de sus padres.

Al lado de la antigua aristocracia y de la nobleza del Imperio, se ha creado en Francia, por la voluntad de la nación, un nuevo núcleo escogido que tan bien representan las familias Carnot, Casimiro Perier, Deschanel, Loubet, etc.

Mme. Loubet no quiere saber nada de la política, y cediendo á los impulsos de su alma generosa, dedica toda su actividad á las obras caritativas y patrióticas, á las cuales consagra su alta solicitud.

Apenas instalada en el Elíseo, otorga su protección á la Sociedad de Damas Francesas de la Cruz Roja, que la nombra presidenta de honor, y algunos días después preside la Unión de Mujeres de Francia.

Mme. Loubet ha visitado todas las casas de expósitos y todos los dispensarios fundados en Francia en estos últimos años, y en todas las visitas de caridad, en las cuales deja algo de su corazón, deja también discretamente un generoso óbolo que aliviará muchos infortunios. Mme. Loubet es la madre bondadosa que ampara siempre á los pobres niños.

Si el presidente de la República se ha conquistado el respeto de todos por su energía, por su cortesía y por su rectitud, la gracia sonriente de madame Loubet se ha atraído á todos los corazones; y es porque nadie ignora que no hay en Francia una sola obra de beneficencia que haya recurrido en vano á su extremada bondad. El día de Año nuevo hace distribuir numerosos socorros entre las viudas cargadas de familia.

Con exquisita finura y con toda la autoridad de la más experta dueña de casa, recibió á los soberanos extranjeros que fueron á Francia para asistir á la última exposición Universal de París; el rey de Suecia, el de Grecia, el de Bélgica gustaban de conversar con Mme. Loubet, y lo mismo que todos los grandes personajes que han estado en el Elíseo, quedaron encantados de sus relevantes prendas. Citaremos entre otras personalidades al bey de Túnez, al virrey de Egipto, al shah de Persia, al rey de Siam, etc.



Mme. Loubet, retrato pintado por Juan Patrico

Todavía me parece verla durante las fiestas franco-rusas dirigirse, con su rostro dulce y expresivo, del brazo del emperador de Rusia, al almuerzo de Betheny después de la inolvidable revista del ejército francés. Mientras duraron aquellas fiestas, fué objeto de las más delicadas atenciones por parte del tsar y de la tsarina: ésta y Mme. Loubet habían sabido encontrar un tema agradable de conversación y de inteligencia: la virtud familiar que ambas saben practicar tan bien, puesto que ambas son esposas y madres modelos, y bien puede afirmarse que esposas y madres felices.

Los habitantes de Compiegne regalaron á la esposa del jefe del Estado, en memoria de su presencia en el palacio con motivo de la estancia del emperador y de la emperatriz, una magnífica bandeja de plata con la siguiente inscripción: «A madame Loubet. Recuerdo de los 18, 19, 20 y 21 de septiembre de 1901.»

En la función de gala de Compiegne, en donde se lucieron hermosísimos trajes, Mme. Loubet llevaba con gran distinción un bellísimo vestido de baile de brocado blanco, con falda bordada de lentejuelas de oro y grandes rosas de tejido de oro, y cuerpo ricamente cubierto con verdadero encaje de Alenzón. Aquel traje llamó la atención de un modo extraordinario y le sentaba admirablemente.

Mme. Loubet no es indiferente, ni mucho menos, á las letras y á las artes; por el contrario, gústale acompañar al Presidente á los Salones y á los talleres de los artistas franceses. Recientemente ha visitado la exposición de las Mujeres Artistas, en donde fué recibida por la duquesa de Uzés y en donde se habló mucho de su excelente retrato expuesto en el Salón y pintado por Juan Patricot, que reproducimos en esta página.

La presidenta de la República, que tan bien sabe hablar con las personas mayores, sabe también ponerse al alcance de los niños, y todas las criaturas que frecuentan el Elíseo se acuerdan del *bonhomme Noel* que desde 1899 les distribuye con tanta prodigalidad juguetes y dulces.

Las invitaciones para los bailes, reuniones, recepciones y *garden-party* de Mme. Loubet son muy solicitadas. ¿Quién no recuerda las brillantes fiestas dadas en la presidencia, en las que se vió desfilar tantas personalidades ilustres de todos los países?

Cuando el presidente, guiando un elegante faetón, da su cotidiano paseo por el Bosque de Bolonia, si no le acompaña su esposa puede encontrarse á ésta en compañía de su hija Mme. Soubeyran de Saint-Prix, y de las señoras Combarien y Poulet, haciendo visitas ó acudiendo á casa de su modista.

Mme. Loubet, ante todo madre de familia, es también feminista: en noviembre de 1901 asistía á la boda de una de sus compatriotas y servía de testigo en las dos ceremonias civil y religiosa.

Cada año, el príncipe de Aremberg, presidente del Jockey-Club, ofrece su brazo á madame Loubet para llevarla á la tribuna de honor, el día de las carreras del gran premio de París; á su derecha se sientan las embajadoras, la marquesa de El Muni, la princesa Radolin, la condesa Tornielli, la princesa Oulrossoff, etc., y á su izquierda las señoras de Faillieres, Deschanel, Waldeck-Rousseau, etc.



Mme. Loubet, esposa del Presidente de la República Francesa, acompañada de las Sras. Combarien y Poulet visitando las Obras de Caridad (de fotografía)

Mme. Loubet no deja nunca de acompañar al presidente de la República en las diversas manifestaciones en favor del ejército francés, viéndosela en todas las fiestas militares, en el baile de los alumnos de Saint-Cyr, en el de los politécnicos y en todas las revistas.

En resumen, madame Loubet es tal como ha de ser la esposa de un jefe de Estado en una gran sociedad democrática, y dejará en el palacio del Elíseo el recuerdo de su bondad y de sus caritativos sentimientos.

LEÓN BONET.

EL SUFRAGIO UNIVERSAL

EN SUIZA

Mientras en Francia se verificaban recientemente las elecciones generales que tan enormes esfuerzos han costado y á tan reñidas luchas han dado lugar, esfuerzos y luchas que, por otra parte, constituyen la característica del sufragio universal en la casi totalidad de los pueblos que lo tienen establecido, el pueblo suizo procedía silenciosamente, con una calma metódica, á manifestaciones electorales, bastante más importantes para la Confederación Helvética.

En efecto, hace poco que se han reunido las *Landesgemeinde*, ó sean las asambleas generales de cada uno de los veintidós cantones, para proceder, no sólo á la elección de los miembros del poder legislativo, de los representantes del ejecutivo y de los funcionarios públicos, sino que también para discutir y admitir el presupuesto anual del Estado y para elaborar ó modificar leyes. Y esta labor considerable, en la que preside la más absoluta serenidad, se realizó en unas pocas horas.

La *Landesgemeinde*, rodeada de mayor ó menor ceremonial, comienza en todas partes con una plegaria invocando la protección del Todopoderoso, después de la cual las autoridades suben al estrado que sirve de tribuna y los asistentes se descubren.



EL SUFRAGIO UNIVERSAL EN SUIZA. - «LANDESGEMEINDE» DE GLARIS (de fotografía de E. Jeanvenaud)

Los millares de ciudadanos presentes aprueban la gestión financiera y administrativa del Estado que les presentan las autoridades cuyo mandato ha llegado á su término, y luego proceden á las elecciones. Concluídas éstas se entra en la discusión de los proyectos de ley, desde los más anodinos hasta los que pueden traer consigo modificaciones constitucionales, y por último los elegidos del pueblo y el pueblo mismo prestan juramento de fidelidad á la Constitución.

La *Landesgemeinde* de Appenzel, que se celebra en Trogen ó en Hundwyl, es la más importante de todas, y á ella asisten anualmente diez ó doce mil ciudadanos. Teniendo en cuenta que este mar humano se ve obligado, por no existir salón capaz para contenerlo, á deliberar el día señalado, lo mismo si llueve que si hace sol, al aire libre, se preguntarán algunos cómo puede oirse la voz de los oradores y cómo semejante asamblea puede estatuir con pleno conocimiento sobre asuntos á veces complejos y arduos, y por qué procedimiento práctico y expeditivo se cuentan los votos. A estas dudas contestaremos que la *Landesgemeinde* no discute propiamente, sino que rechaza ó ratifica las proposiciones que le presentan: todo lo que se somete al pueblo reunido aquel día ha sido previamente examinado y discutido por la prensa de los diferentes partidos y en reuniones públicas celebradas en las municipalidades, en los distritos ó en la capital.

La votación se verifica por el sistema de manos levantadas, y varios peritos de los distintos partidos son los encargados de apreciar si hay mayoría: los casos dudosos son muy raros. En Appenzel, en donde estos casos se han presentado algunas veces, se hace pasar por dos diferentes puertas de la iglesia á los que votan afirmativa ó negativamente, contándose su número á medida que pasan.

En dos ó tres cantones, como en Glaris, los niños asisten á la *Landesgemeinde*, agrupados en el centro al pie de la tribuna; de este modo aprenden desde su más tierna edad grandes lecciones y pueden muy pronto identificarse con los principios de democracia directa que con tanto fervor han querido conservar los más antiguos cantones de Suiza.

Este sistema es una demostración elocuente de la sencillez de costumbres y de la perfecta educación política de aquel pueblo, que puede servir de modelo á otros que se precian de más adelantados. - X.



La playa de Cadaqués, cuadro de Eliseo Meifrén. (Exposición del Círculo Artístico.)



ESCENAS BERLINESAS.—UN CONCIERTO DE LA FILARMÓNICA DE



BERLIN. EL PÚBLICO EN LA GALERÍA, dibujo del natural de E. Cucuel

NUESTROS GRABADOS

Monumento á la emperatriz Isabel de Austria-Hungría, proyecto de Jorge Zala, Balint y Jambor.—El pueblo húngaro ha querido honrar la memoria de la que fué su reina erigiéndole un monumento nacional en Budapest, y á este efecto celebró un concurso entre artistas de Hungría. Diez y ocho proyectos se presentaron, pero ninguno fué aceptado en definitiva; sin embargo se otorgaron tres premios de 10.000 coronas y siete de 3.000 á otros tantos bocetos. Entre los primeros, figura el del famoso escultor Jorge Zala y de los arquitectos Balint y Jambor, que reproducimos en esta página. En él domina el elemento arquitectónico y está proyectado, no para el centro de la plaza de San Jorge de la citada capital, sino para ser levantado al borde de una colina. En él, la reina, cubierta con su manto de armiño, está representada en el momento en que se dispone á bajar del trono para presentarse á dos grupos numerosos de súbditos que le prestan acatamiento. Detrás de la estatua de la soberana hay una grandiosa columnata con varias figuras de angeles.



Monumento que ha de erigirse en Budapest á la memoria de la emperatriz Isabel de Austria-Hungría.
Proyecto de Jorge Zala (escultor) y Balint y Jambor (arquitectos) que obtuvo uno de los tres primeros premios en el primer concurso

***

En el bosque.—Playa de Cadaqués, cuadros de Eliseo Meifrén.—No es Eliseo Meifrén un artista novel. Hace algunos años que goza de reconocida notoriedad y su nombre figura entre el de aquellos pintores que honran al arte patrio. Quien conozca sus excepcionales aptitudes y su pasmosa facilidad para trasladar al lienzo las impresiones que la naturaleza en su espíritu produce, no se habrá sorprendido al examinar la gallarda exposición de sesenta hermosos cuadros que en su honor organizó el Círculo Artístico de esta ciudad, atento, con plausible acierto, á honrar á aquellos que han llegado, por medio del esfuerzo de su ingenio, á gozar de la general consideración. Mas aun así, justo es consignar que la exhibición á que nos referimos ha de estimarse como manifestación de poderosas energías y muestra elocuente de un espíritu de asimilación envidiable, pero culto y depurado por el dominio de la técnica, ya que los preciosos paisajes y notables estudios, admirablemente ejecutados, avalóranse, por ese algo que el artista ha aportado, el inmenso caudal de su soñadora fantasía, la delicadeza de un sentimiento que poetiza cuando interpreta, sin renunciar á la verdad que la naturaleza ofrece, pero que inteligentemente selecciona, presentando temas, tonos y matices que revelan vigor ó encantan y seducen por su poesía. Bien haya Meifrén por sus nobles empeños. Justos y merecidos estimamos los aplausos que se le han tributado, haciendo fervientes votos para que prosiga tan hermosa labor, en la seguridad de que ha de hallar en ella la recompensa á sus afanes y á su inteligencia.

***

Monumento á Bolognesi.—Plancha en relieve, obras de Agustín Querol.—Oportunamente dimos cuenta, en nuestra sección de Miscelánea, del nuevo triunfo obtenido por nuestro querido amigo y colaborador Sr. Querol que en reñidísimo concurso ha logrado el primer premio por su proyecto de monumento conmemorativo de la gloriosa defensa de la plaza de Arica y el heroico sacrificio del coronel don Francisco Bolognesi y de sus compañeros en junio de 1880. El proyecto premiado, que reproducimos en la página 332, consta de un plinto general escalonado, sobre el cual se alza una masa mural acolumnada cuadrilonga, envuelta por numerosísimas figuras agrupadas artísticamente y destacadas desde la línea inferior hacia el pedestal, yéndose á perder en relieve en las caras del fondo y laterales, y alcanzando su composición la altura misma del capitel y plinto superior, sobre el que aparecen las figuras de Bolognesi y de sus compañeros More, Ugarte, Inclán, Zavala, Blondel y Vargas. La actitud de Bolognesi, principalísima figura del gran grupo, es aquella en que, entregado al sacrificio y teniendo como única idea la salvación del honor patrio, muere sosteniendo su bandera. Sobre el capitel del monumento, entrelazadas artísticamente y cubriéndole casi por completo, se ven las figuras de la Fama y de la Gloria, y en las cuatro caras inferiores del friso, ocupando los respectivos centros del pedestal, se destacan en artísticos medallones orlados de guirnaldas los retratos de los compañeros de Bolognesi. Rematan la composición que envuelve el capitel las cariátides de Minerva, Hércules, Marte y Lar, que representan la Sabiduría, la Fuerza, el Valor y la Patria. Sobre la base del pedestal se levanta en noble actitud la estatua del Perú, y en el primer tercio de la escalinata se ven los atributos guerreros. La cara inferior presenta en su parte más baja la estatua de la Historia, inspirada por un genio, en bajo relieve, y más abajo una matrona que personifica la Guerra. El monumento, en su conjunto, es grandioso y de bellísimas líneas, y en todos sus detalles responde admirablemente al pensamiento que en la obra preside, y para que se comprenda su importancia bastará decir que para la ejecución del mismo se destina la cantidad de 18.000 libras esterlinas.

La otra obra de Querol que reproducimos es una bellísima plancha en relieve, en forma de hoja de puerta de arca de caudales, que sirve de tapa al álbum regalado por los empleados del Banco de España al Secretario general D. Juan de Morales, con ocasión de su ascenso á Subgobernador segundo: en el fondo se ve el edificio del Banco en Madrid, y en primer término las figuras del Trabajo, de la Banca, del Comercio y de la Industria, presididas por la Fortuna. En el marco hay dos medallones, á modo de visagras de la puerta, en que están representadas la Vigilancia y la Fuerza. En lo alto van el escudo de armas de España y la fecha del nombramiento del Sr. Morales.

Por ambas obras envía La Ilustración Artística sus más entusiastas parabienes al Sr. Querol.

***

Escenas berlinesas. Un concierto de la Filarmónica de Berlín, dibujo de E. Cucuel.—El pueblo alemán es quizás el pueblo músico por excelencia, no sólo por los grandes maestros que ha producido, sino que también por el entusiasmo que todas las clases sociales, desde la más aristocrática hasta la más humilde, sienten por el divino arte. Allí se rinde verdadero culto á la música, y el público acude á los conciertos con el mismo recogimiento y con la misma devoción que al templo, sin que nada distraiga su atención, sin que nada pueda sacarle de su arrobamiento. Uno de los centros musicales más importantes de Alemania es Berlín, y en Berlín la institución más notable es sin disputa la Filarmónica, que actualmente dirige el eminente maestro Nikisch. El espectáculo que ofrece uno de los conciertos de aquella Sociedad está admirablemente reproducido en el dibujo tomado del natural que en el presente número publicamos. ¡Qué diversidad de caracteres se aprecian en esta obra! ¡Qué variedad de sensaciones revelan aquellos rostros y aquellas actitudes! Allí se ve al anciano que conoce al dedillo la historia de la música moderna, cuyo desenvolvimiento ha ido siguiendo paso á paso; allí está el técnico que aprecia en sus menores detalles las bellezas y las dificultades de las piezas que se ejecutan; allí el crítico que se satura de impresiones que al otro día aparecerán traducidas en letras de molde en algún gran periódico; allí el censor que con la partitura en la mano va anotando más que las perfecciones los que él estima deslices ó defectos de interpretación ó de ejecución; allí el músico incipiente que aprende lecciones prácticas; allí el pensador que pretende ahondar en lo más profundo de la obra musical desentrañando las más recónditas ideas que en ella pusiera el autor; allí, finalmente, esa masa de simples aficionados que, sin curarse de la técnica ni de la filosofía de la música, va á deleitarse escuchando las grandes creaciones de ilustres maestros, y se abandona á la emoción estética sin reservas, sin restricciones, sin cálculos, por propio impulso, por esa fuerza irresistible que la belleza ejerce sobre los corazones que de veras sienten. Todo esto vemos en el dibujo de Cucuel, que nos da idea acabada de lo que es una de esas solemnidades artísticas en la capital de Alemania.

***

Bestias de carga, cuadro de Andrés Solá y Vidal.—A título de respetuoso homenaje á la memoria del que fué inteligente artista y culto escritor Andrés Solá y Vidal, reproducimos en estas páginas una de sus más bellas y sugestivas composiciones, que tan favorables juicios mereció de la crítica en la Exposición Nacional de 1901, obteniendo la debida recompensa. El lienzo á que nos referimos, es indudablemente una de las obras que más enaltecen á su autor, ya que así por el concepto que entraña como por el procedimiento y escuela, se armoniza con las corrientes que informan el arte moderno y singularmente con el de nuestra región. Andrés Vidal formó parte del grupo ruralista, debido sin duda á la delicadeza de su espíritu y al medio en que vivía, en cuyo género logró distinguirse. Cupónos la suerte de contarnos en el número de sus amigos, pudiendo apreciar sus estimables cualidades y las circunstancias que en él concurrían. De ahí que aplaudamos la iniciativa del Círculo Artístico al organizar una Exposición de sus obras, y que por nuestra parte no titubeamos en rendir al que fué amigo querido un recuerdo cariñoso y el testimonio de nuestra respetuosa consideración.

Bellas Artes.—Barcelona. — La sociedad «Art y Patria» ha inaugurado en los salones del Ateneo Barcelonés la segunda exposición de cuadros y esculturas, en la que figuran notables lienzos de Ramón Casas, Meifrén, Borí, Urgellés, Ros y Güell, Tomás Sans, Junyent, Baixeras, Roig y Soler, Ciervo, Viver, Buxareu, Bonis y Antonia Farreras, y esculturas de Piquet, Cabanes, Carreras, González, Molina, Reverter y Enrique Soler.

Salón París. — Se han expuesto últimamente los originales de los carteles premiados en el gran concurso celebrado en Buenos Aires por D. Manuel Malagrida para anunciar los cigarrillos Paris de su fabricación. Como oportunamente nos ocupamos del concurso y de las obras recompensadas, nos limitaremos á felicitar una vez más al Sr. Malagrida y á agradecerle que haya concedido á nuestra capital la preferencia para dar á conocer dichos originales.

Teatros. — *Barcelona.*—Se han estrenado con buen éxito en Romea *Sol ixent*, drama en cuatro actos de D. José Pous y Pagés, y *Una modelo*, comedia en un acto de D. Manuel Rovira y Serra. En Novedades ha dado tres representaciones la notable actriz japonesa Sada Yacco, habiendo obtenido muchos aplausos. En el propio teatro la Filarmónica ha dado un concierto bajo la dirección del eminente maestro Weingartner, á quien se tributó una ovación entusiasta. En el teatro Principal es ha verificado un concierto por el notable pianista Enrique Granados, quien hizo gala, una vez más, de sus talentos como ejecutante y como compositor.

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

-La anemia les impide ladrar. Espere usted. Tampoco ladrará usted cuando haya pasado aquí dos años.

Pero, como decía Jumonville, lo más terrible del día... era la noche.

Apenas acostado sobre su colchón delgado y durísimo de fibras de coco, rendido de fatiga, Candiac se dormía. Al cabo de una hora abría los ojos, despertado por un fresquecito que parecía excesivo á veces, después de la abrasadora temperatura del día. Se levantaba entonces para coger una manta, procuraba dormir otra vez, dormía en efecto una media hora, despertaba de nuevo, con la sensación de lo inexorable que da el insomnio nervioso. Sin luchar más, encendía un quinqué para leer; pero su cerebro fatigado se negaba á seguir el sentido de las frases, Su libro le irritaba, como un hablador obstinado que dirige la palabra á un compañero deseoso de silencio. Apagaba la luz. Pero sus nervios no se calmaban con la obscuridad.

Entonces su cerebro sufría una invasión de tristes pensamientos. Veíase muerto, víctima de la fiebre. Se empeñaba en adivinar en qué punto del pantanoso bosque iban á cavar su tumba. Y franqueando el espacio, volvía á verse en la casa lujosa de su tío, en Nueva York, donde daba gusto trabajar, daba gusto comer y daba gusto - esto, sobre todo, le ponía furioso - daba gusto meterse en cama.

¿No era una locura haber sacrificado todo aquello á la ilusión sentimental del amor á su país? ¿Qué había ganado con ser un buen francés, con prestar el servicio de las armas, que tantos otros eluden ó acortan? ¿No tenía razón, después de todo, su tío cuando le decía: «En mi vida he visto hombre más loco que tú?»

La proximidad del día le hacía caer en un embotamiento que, al menos, le impedía pensar. A la hora de levantarse, se encontraba más quebrantado de cuerpo que la víspera. Y comprendía, como se lo había explicado Jumonville, «por qué no ladraban los perros.»

Afortunadamente la goleta hacía sus viajes con bastante regularidad. Todos los meses, á poca diferencia, traía los periódicos de Francia y una carta para Candiac. Jumonville no recibía ninguna jamás. Hay que decir, de paso, que este personaje misterioso no había dado á su compañero la explicación detallada de su presencia en las márgenes del Rokelle. Candiac, por su parte, no decía de quién eran las cartas que recibía. Sin embargo, no eran cartas de amor. He aquí una, para muestra:

«El Building adelanta; mi padre es el hombre más feliz del mundo, y sobre todo el más satisfecho de sí mismo. Está en la convicción de haber dotado á París de una cosa que le faltaba. En el fondo, creo que le extraña que no hayan copiado todavía sus planos. Pero voy viendo que, en nuestro país, están antes por lo bonito que por lo cómodo. En América se acepta sin discusión una cosa fea, si de ella resulta alguna comodidad. Creo que por uno y otro lado se exagera.

»A decir verdad, estoy desanimada por la lentitud de mis progresos en el *afrancesamiento*. Mi padre sólo frecuenta en su trato y relaciones con americanos, y yo no puedo meterme de cabeza, como tú, en lo desconocido francés haciéndome soldado. Mi pobre Emilio, eso no te será nunca perdonado. Mi padre parece haberse olvidado hasta de tu nombre. Cuando no puede evitarlo, confiesa que tenía un sobrino que se ha extraviado. ¡Ay, Dios, si supiese que yo te escribo!

»Sin embargo, me repite veinte veces al día que soy una «mujer libre» y no una «esclava,» como todas estas jóvenes parisienses privadas del derecho de salir solas, desde el momento que su padre es bastante rico para pagar una vigilante que las acompañe. Yo no podría soportarla, y mucho menos el no poder escribir al hombre á quien quiero como á un hermano, que gana su vida, solo, en una región maldita de Dios y de los hombres. Mi deber, si no fuese mi gusto, sería animarte y distraerte. ¿Qué mejor uso podría yo hacer de mi libertad?

»Me temo que mis cartas te distraigan poco. Las tuyas, por el contrario, son para mí en extremo interesantes. Los éxitos de tu empresa me llenan de alegría el corazón. No has querido recibir nunca un céntimo de «tu hermana;» pero no podías impedirme que hiciese lo que acabo de hacer, que es comprar una acción de la Compañía francesa de caucho. He querido que puedas decir que trabajas también para mí. ¿No te alegras de ello? ¡Ay, si pudiese hacerte regresar echando mi acción al fuego..., qué pronto ardería!

»Mi padre, que no sabe aún dónde paras, se ha reído mucho de la colocación de mi dinero, que califica de desdichada. Porque, según él, ninguna Compañía francesa ha prosperado en las colonias, de cincuenta años á esta parte. Deseo que se equivoque y que el caucho le sea tan provechoso como le eran las naranjas, cuando no se le ocurría hacerse *cow boy*.»

Candiac, en una carta del año siguiente, dió una gran noticia:

«¿Has empleado, por casualidad, tu acción en hacer fósforos? Me llaman á la residencia social. Parece que mi correspondencia ha revelado que yo era un hombre superior. Voy á ser un empleado de importancia considerable, de esos que llevan levita y sombrero de copa, bastante rico para almorzar á franco cincuenta en los restaurants de precio fijo. Y quizá, puesto que eres mujer libre, te podré ver de vez en cuando, mi señorita hermana.

»De esto al título tan codiciado de millonario, hay todavía gran trecho. Sin embargo, á pesar de los pronósticos de tu padre, prosperamos. Esto depende, á mi ver, de que somos una Compañía francesa establecida en una colonia *no francesa*. Las personas graves se preguntan por qué fracasan nuestros colonos. Simplemente á causa de la administración de nuestras colonias, para la cual el colono es una fuente de dificultades y de disgustos. Se queja siempre, mientras que el indígena paga los impuestos sin chistar. De ahí que ciertos sátrapas coloniales tengan la extraña idea de que el colono es el enemigo.

»Dispénsame esta conferencia, y acuérdate de mí cuando cobres tu dividendo - y hasta un poco más á menudo.»



Carlos y Pascualina patinaban

Algunas semanas después, Emilio Candiac se embarcó en la goleta del capitán mulato para desembarcar en Freetown, y de allí, trasladarse á Francia. Había permanecido poco menos de dos años en las márgenes del Rokelle. El correo interior había llevado á Pascualina la noticia de su partida. Su primo le decía al final de la carta:

«Si dispones de algunas horas de ocio y te divierte aún andar por París, ten la bondad de ver en qué barrio debo alojarme. Me encuentro en estado de tomar un pisito y vivir en «mi casa.» Instalación muy modesta, pero mucho aire y mucha luz; tal es mi programa. Viniendo del Ecuador, me sería imposible vivir en el fondo de un patio, en una calle estrecha; me moriría de tristeza y de fastidio. Me ahorrarías tiempo con un viajecito preliminar de descubierta. Bastante trabajo me costará encontrar el necesario para amueblar mi habitación. Ya ves que cuento con dos de las cualidades que reunes: la actividad de una yanqui y el cariño de una hermana.»

X

La instalación de los Bucilly en la casa de Maugrabin tuvo efecto hacia fines de febrero. Pero Beltrana había logrado presentar su hijo á Pascualina unas cuantas semanas antes. Justo es reconocer que, en aquella circunstancia, el señorito Carlos se portó bien. Habiendo ido con la intención de representar la comedia del flechazo, comprendió desde luego

que se las había con una muchacha inteligente, y que lo más seguro era no representar comedia alguna, al menos en aquella primera entrevista. Su falta, si falta cometió, fué tratar á Pascualina como perteneciente á la categoría de las americanas de exportación, única que se conoce en Francia, ó casi la única. Ella misma tuvo cuidado de pararle los pies cuando se desviaba, demostrándole que era tan francesa, en el fondo, como puede serlo una mujer.

– Entiéndalo usted bien, le dijo en la primera entrevista; soy como un barco cuyo casco, construído en nuestro país, no ha recibido más que la arboladura y su velamen en otro.

– ¿Y dónde toma usted el capitán?, preguntó Carlos, resuelto sin embargo á no perder el tiempo.

– Eso es un secreto de Dios, contestó Pascualina sin hacer hincapié.

A partir de aquel encuentro, se vieron con frecuencia, y simpatizaron mutuamente, por más que pueda parecer extraño. A Carlos le gustó «aquella chica» porque no era gazmoña; y á ella le divertía el muchacho, entre otras cosas, porque le enseñaba un refinamiento de galantería menos que ordinario en él, pero que estaba, á pesar de todo, en la educación y en la masa de la sangre.

Los jóvenes que ella había conocido, ya en su país natal, ya en Francia, la habían respetado y admirado siempre; ninguno había sabido dar aquel aristocrático sabor á su admiración y á su respeto. Otra se hubiera preguntado si había, en aquella actitud de Carlos, considerables elementos de sinceridad. Pero Pascualina, como hemos visto, preconizaba la confianza, y esta cualidad, más que ninguna otra, suele hallar correspondencia.

La señora de Bucilly parecía haber adoptado á la hija de su casero. Se las veía á menudo juntas. Hubo aquel invierno días propicios para los patinadores; Beltrana mostróse asidua en llevar á su pupila al Club, al cual se habían abonado. Mientras la madre se calentaba á los braseros, Carlos y Pascualina patinaban.

En cuanto á presentar á nadie á la heredera, no había que pensarlo. Pero ella, gran patinadora, no trataba más que de divertirse, sin intención alguna de crearse una corte.

Si los jóvenes que miraban de reojo á aquella «extranjera» hubiesen podido adivinar que sus patines costaban quinientos francos, en casa de Barney and Berry, de Nueva York, no hubieran dejado al pollo Bucilly continuar su galanteo tan tranquilamente.

El día escogido por Beltrana para la comida de que ya se ha hecho mención, Pascualina, acompañada de su padre, bajó de su sexto piso. Iba vestida como una novia de la estación anterior, y adornada con los diamantes reproducidos por el pincel del «Sr. Carolus.» Afortunadamente, aquella «muestra exterior de la riqueza,» como dicen los legisladores modernos, no podía ser evaluada sino por convidados nada peligrosos para las esperanzas de Carlos.

Esta vez las presentaciones pudieron efectuarse impunemente; pero fueron algo complicadas, pues la mayor parte de las personas presentes no se conocían; así es que la temperatura del Club de Patinadores hubiera parecido tórrida al lado del frío que reinó al principio de la reunión.

Popinot detestaba á Beltrana casi tanto como ésta detestaba, en el fondo, á Norberto Leroy; pero estos dos hombres no estaban allí para su propia satisfacción.

El viejo duque y su esposa habían ido simplemente para comer.

Esta pareja, de nombre ilustre, se había reducido poco menos que á la miseria á fin de que su heredero, simple oficial de caballería, pudiese casarse «sin desmerecer.» Opulenta bajo la antigua monarquía, muy empobrecida bajo la regencia por la disipación y el juego, arruinada algo más tarde por la Ley de los Sospechosos, esta familia luchaba, desde hacía un siglo, con las necesidades, soportando la carga de un castillo feudal, sin haberse querido agarrar jamás á la boya salvadora de un matrimonio desigual.

Para viejos hombros, todas las cargas parecen más pesadas, empezando por la de las privaciones. La venerable pareja comía, pues, de buena gana en casa ajena, utilizada por ciertas señoras como histórico adorno de mesa. De ahí, una resignación á las promiscuidades que ponía en los labios del viejo duque, poco favorecido por Dios en punto á inteligencia, una perpetua sonrisa de cortesía dolorosa.

La duquesa, que había sido muy fea siempre, parecía comprender aún con más amargura su decadencia; para soportarla, se apoyaba en los alientos de la Fe.

«¡Dios mío, os lo ofrezco!,» era una oración jaculatoria que la duquesa repetía, no siempre en voz bastante baja, varias veces al día, después de haberla repetido varias veces durante la noche, según murmuraban malas lenguas, en la época en que su marido, de quien estaba locamente enamorada, se olvidaba de retirarse á las horas canónicas. Indulgente y buena, se mostraba severa para un solo crimen: la infidelidad conyugal; y sobre todo, claro está, para la de su marido.

Sabe Dios que no tenía necesidad de salir de su clase para encontrar maridos infieles, pues el duque, sin duda como excusa retrospectiva, la tenía al corriente de todos los gatuperios de sus parientes y amigos capaces de infringir el mandamiento. Pero nunca había podido contar el menor pecado venial de Codoero; razón por la cual la duquesa tenía en alto aprecio á Bucilly.

Carlos se divertía mucho con la aristocrática pareja. Sin embargo, la duquesa le trataba con una afabilidad que podría parecer extraña, si no la explicásemos. Un día, la noble dama había oído decir á Carlos, hablando de ella: «Es la sola mujer, además de mi madre, de cuya virtud yo respondería con la cabeza en el tajo.»

Maugrabin saludó á aquellas nobles personas (no sospechaba que habían sido invitadas para deslumbrarle) con un respeto mezclado de emoción, que se creyó en el deber de justificar diciendo:

– Señor duque, tenemos en Marsella una calle que lleva el nombre de usted.

Norberto Leroy, que gustaba de poner en aprieto á los demás, hizo observar maliciosamente:

– También tienen ustedes la calle de Gambetta.

Sin desconcertarse, el hombre contestó:

– Es verdad; pero no he encontrado el nombre de Gambetta en los muros de Nueva Orleáns, ni de San Luis, ni de Quebec; mientras que el señor duque podría leer allí el suyo.

Esta réplica bastó para que el marsellés se granjease las simpatías de la aristocrática pareja, y Beltrana consideró de buen augurio aquel respeto de Maugrabin por la nobleza. Algo más tarde, ya sentados á la mesa, los comensales volvieron á traer la conversación al mismo terreno. Norberto la emprendió nuevamente con el marsellés:

– Decían que era usted gran admirador de América. ¿Puede usted conciliar esa admiración con la que hace un momento mostró por la aristocracia?

– La gente del pueblo es aficionada á las leyendas, contestó Maugrabin; y entre las leyendas humanas, la aristocracia es una de las más magníficas.

Con una sonrisa más amarga que nunca, el duque protestó suavemente:

– Pero, señor, la aristocracia es una realidad, á veces bastante dura para los aristócratas. Mi bisabuelo y su hija, de la misma edad que la de usted, perdieron la vida en el cadalso, por el sólo hecho de pertenecer á lo que llama usted una leyenda. ¿Le parecería á usted, señorita, que la aristocracia no es más que una palabra vana, si esa palabra hubiese de separar luego de sus hombros esa bonita cabeza que tan bien parece encontrarse en ellos?

Pascualina contestó:

– El Cristianismo es también una leyenda, en el sentido que mi padre da á esta expresión. Quiere decir: un ideal. Con la diferencia que separa la tierra del cielo, me alegro de ser cristiana y me hubiera alegrado de ser noble. Toda corona es envidiable, por el solo hecho de ser una corona.

Ante esta profesión de fe, Norberto Leroy y Carlos cambiaron una mirada, á la que respondió la de Beltrana. Desgraciadamente la satisfacción de los tres conspiradores fué al instante echada á perder por Maugrabin, que no había terminado con el duque.

– Si usted quiere, continuó, que la aristocracia sea una realidad, es decir, una raza particular, tengo derecho á discutir su conservación. La raza blanca es también una raza superior. Pero si hay en mí una gota de sangre negra, no soy ya un blanco tal como lo define la etnología; ¿no es verdad, doctor?

Popinot, con un movimiento de su voluminosa cabeza, se excusó de mantenerse fuera de aquel candente terreno.

– Yo, dijo con una sonrisa de buen humor, soy un negro de origen, puesto que mis abuelos manejaban el arado. Lo que me consuela es que el autor de los *Mosqueteros* era un mulato.

– He oído decir que no se consolaba de serlo, continuó Maugrabin sin perder el hilo de su razonamiento. Una gota de sangre plebeya basta también, si hemos de ser consecuentes, para poner fin al carácter de selección de una raza de nobles. El mestizo del pergamino y del costal continúa vistiéndose, hablando y pensando como aristócrata. Sin embargo, ha cesado de ser de una raza completamente distinta de la mía. ¿Tengo razón, señor duque?

– Quizá, admitió el viejo; pero ¿dónde quiere usted venir á parar?

– A esto: ¿cuántas son nuestras familias nobles que nunca se han malcasado?

– Conozco, al menos, una, caballero.

– Supongamos que sean ciento. Entonces mi admiración por la raza de usted se convierte en algo como el respeto de los antiguos griegos por los semidioses. Cubrían de flores sus estatuas, pero tenían raramente la ocasión de encontrarlas de carne y hueso. Por esto me permití decir que la aristocracia era una leyenda.

Norberto Leroy, vecino de la duquesa, le murmuró esta crítica:

– Nos han engañado. Este hombre no viene de América, sino de las márgenes del Danubio. «Los Inmortales, conductores de su lengua,» no le han dado el tacto.

– Caballero, contestó la santa mujer, oiga usted un versículo de la *Imitación* en cambio de su verso de La Fontaine: «¡No deis valor alguno á esa sombra que llaman un gran nombre!»

– Eso es, señora, en boca de usted, una hermosa frase. Esperemos, sin embargo, en interés de cierto joven, que la chica Maugrabin no abunde en las ideas de usted.

El joven en cuestión, al otro extremo de la mesa, hacía todo lo posible por divertir á Pascualina, convencido de que no era fácil turbarla, y mucho menos deslumbrarla. En cambio, se divertía con las cosas más insignificantes, como una niña, riéndose en grande, olvidándose de la duquesa, de los millones paternos y de su vestido nuevo, dibujado el día antes en casa de la modista por el corresponsal de un periódico de Nueva York.

– Hay que confesar, dijo entre dos carcajadas, que á los franceses nadie les gana á divertidos.

– ¿De veras?, exclamó Carlos. ¡Como si se nos aventajase en algo en este mundo!

– Nada debe igualar, para el corazón de un buen patriota, á la dulzura de semejante convicción. ¿Ha viajado usted?

– ¿Viajado? ¡Señor! ¡Cómo se ve que no conoce usted á mi familia!

– Pues no viaje usted nunca, y conservará la convicción de que nuestro país no sólo es el primero del mundo, lo cual es ya bastante halagador, sino el único, lo cual es tranquilizador.

– De buena fe, ¿para qué había de tomarme el trabajo de correr el mundo? Todo lo bueno y bello que contiene viene á mí. ¿He tenido necesidad de viajar para encontrar en mi presencia los ojos de una brasileña, la boca de una griega, el cutis de una irlandesa, la gracia de una parisiense?

– ¡Oh!, interrumpió riendo; gracias por haberme traído de nuevo á Francia, el país de los galanteos, donde una mujer está siempre segura de oirse decir bonitas cosas.

– ¿Querrá usted hacerme creer que nunca las oyó en América, el país del *flirt*?

– El *flirt* y el galanteo son dos cosas muy distintas.

– Hágame usted el favor de darme una buena definición del *flirt*. A decir verdad, no sabemos con exactitud lo que esta palabra significa, aunque siempre la tenemos en los labios.

Después de una corta reflexión, contestó Pascualina:

– Si no me equivoco, el *flirt* es una esgrima, más ó menos interesante según los adversarios, en que éstos no tienen una intención determinada de inferirse grandes heridas. Entre *flirt* y *florete*, como usted ve, hay mucha analogía.

– Me parece que lo que usted define es el *flirt* americano.

– A mi juicio, el *flirt* es imposible en Francia. He creído observar que los floretes se convierten aquí muy pronto en espadas puntiagudas. Entonces ya no es *flirt*. Al francés le gusta ver brotar un poco de sangre, ó acariciar, al menos, la idea de que brotará tal vez. Si está seguro de lo contrario, el asalto no le interesa.

– Apenas llegada á Francia, nos conoce usted ya muy bien.

– Por amigas que allí tengo y que, á su regreso de este país, me iniciaron en sus costumbres.

– Me parece que esas amigas son jueces severos para nosotros.

– ¿Habrá que dar á usted la comunión sin confesarle?

– Confiéseme tanto como quiera; no deseo otra cosa.

– ¿Sabe usted, siquiera, el catecismo? ¿Cuántos dioses hay?

– En la tierra uno solo: la mujer que amamos.

– Ese Dios no es eterno.

—A veces sería el primero en encontrar la eternidad un poco larga.

—¡Cómo se ve que es usted pagano!

—Espero un misionero.

—¡Vamos! No está mal. Practica usted la prosa del *flirt* sin saberlo.

—Molière no pretendió jamás que las bonitas marquesas sean las únicas que tienen bonitos ojos.

Dos horas después, Norberto Leroy decía á Carlos, llevándoselo en su cupé hacia las regiones menos austeras de un baile, en el barrio Monceau:

—Han hablado ustedes como dos cotorras, usted y esa chica. ¿Cómo van los negocios?

—Me divierto.

—Demasiado, á lo que vi. Hubiera preferido verle á usted más sentimental, es decir, menos ingenioso.

—No comprende usted mi táctica. Ligero y locuaz al principio, para volverme luego cohibido y taciturno. Eso la sorprende y quiere averiguar el motivo. Yo me niego á contestar. Pero el mejor día la ardiente verdad brota de mis labios como una lava. ¿Quiere amor sentimental? Lo tendrá; esté usted tranquilo.

—O mucho me engaño, ó con su sentimentalismo hace falta que le dé usted otra cosa; un título nobiliario. El de *señora* de Bucilly es algo mezquino para esa admiradora de «todas las coronas.» Hable usted de esto á su madre. ¡Condesa de Bucilly!.. Esto vendría como anillo al dedo.

—Esos anillos cuestan caros.

—Mucho menos desde que la política escatima el Dinero de San Pedro. De todos modos, sería dinero bien empleado.

Carlos nada contestó. Pensaba: «¿Este consejero va á ofrecerme acaso la cantidad necesaria para *condificarme?*»

Pero Norberto Leroy no estaba en edad de cambiar de costumbres. Se contentó con insistir nuevamente sobre la importancia del título.

—Le halagaría aún más á Maugrabin que á su hija. ¿No oyó usted su profesión de fe?

—Hablaré de esto á mi madre, dijo Carlos. Pero presumo su objeción... Henos ya delante de la casa en que se baila. Gracias á mi amable conductor.

Entre el gentío, muy cosmopolita, Carlos encontró una «hermosa» de la Quinta Avenida, algo desatendida por él y por otros varios, desde que había corrido la voz de que el *papá*, en punto á dote, se reservaba una libertad preñada de peligros.

—Miss Maud, le dijo Carlos, ¿cómo define usted el *flirt*?

—¿Para qué quiere usted saberlo?

—Para comparar. Estoy haciendo un nuevo diccionario.

—Pues véngase usted á Nueva York. Allí tengo mi pequeño *parlor* donde se puede hablar después de comer, hasta el momento en que *papá* quiere acostarse y manda apagar el gas. En París no se puede *flirtar*.

—Es lo que me habían dicho. En este caso, le doy á usted cita en Nueva York, en el pequeño *parlor*.

A un joven americano, afeitado como el Primer Cónsul, que encontraba á veces en su *bar* elegante, Carlos le preguntó:

—¿Cómo se explica que miss Maud, con su pequeño *parlor* y su padre que manda apagar el gas, no se haya casado todavía?



—Señor duque, tenemos en Marsella una calle que lleva el nombre de usted

El compatriota de miss Maud guiñó el ojo, y después de hacer un gesto significativo, contestó arrastrando las palabras:

—El viejo es atroz, ¿sabe usted? Vengan regalos, y después, seguridad ninguna. Y la chica, muy extravagante para vestirse, ¿sabe usted?

—Yo creía que nunca se casaban ustedes por el dinero.

—No nos casamos nunca con una mujer *porque tiene dinero*, ¿sabe usted? Pero sucede que no nos casamos con ella *porque no lo tiene*. ¡Es singular cómo los franceses comprenden ustedes difícilmente nuestras costumbres! Vamos á tomar una copa, ¿quiere usted?

Carlos retiróse á su casa bastante desanimado, opinando que el viejo y excelente sistema de la entrevista previamente dispuesta, después que los notarios han trabajado á cual mejor, es mucho más cómodo que aquel método salvaje y primitivo, que consiste en la caza directa de la presa, y al cual se veía condenado.

Su madre, al día siguiente, le tranquilizó un poco refiriéndole estas palabras que Pascualina había pronunciado, mientras los hombres se hallaban en el salón de fumar:

«No me casaré nunca con un americano.»

XI

Esta locución tan frecuente: «No sabe qué hacer de su dinero,» se aplicaba á Maugrabin en toda realidad, sobre todo desde que vivía en París, donde no conocía á nadie. No tenía vicios ni deseos, y ningún hombre hizo menos sacrificios al gusto de la ostentación. O al menos, satisfacía este gusto, á la americana, en la persona de su hija, que hubiera querido ver siempre ricamente ataviada, si ella no le hubiese llamado al orden.

El vestía con la mayor sencillez. Le gustaba ir á pie y se servía raramente del cupé que tenía alquilado por meses para Pascualina. La sociedad le aburría y no frecuentaba ningún salón, siguiendo en esto su costumbre de Nueva York. Era, en una palabra, el ser menos á propósito para gastar una gran fortuna, lo que causaba á Carlos Bucilly arrebatos interiores de violenta irritación. Desde las primeras entrevistas, el elegante joven mostróse asombrado del desdén que el «gran mundo» parecía inspirar al padre de tan simpática muchacha.

—¡Cuando pienso, decía, que ni siquiera tiene usted palco en la Comedia Francesa!..

—De cada diez veces, nueve, la moral de las obras que allí se representan, disgustaría á Pascualina.

—¿Y la Opera?

—Pascualina, acostumbrada á los artistas de la Opera de Nueva York, es muy difícil de contentar en materia de cantantes.

—En lugar de usted, tendría yo, al menos, un *mail*.

—En mi Building no hay cuadras, y es un engorro tener que cuidar de dos caballos.

—Sé quien se cuidaría de todo eso, sin molestia alguna para usted.

Pascualina, que estaba presente, declaró que le gustaría tener un *mail*.

—¿Quién le va á guiar?, preguntó el padre.

Carlos se ofreció, modestamente, aunque con un placer intenso. Ya se veía paseándose cada mañana por el Bosque, con su futura al lado, en el pescante del *mail*.

—Precisamente, añadió el millonario, he leído esta mañana en la *Tribuna* que uno de mis amigos, arruinado, vende sus caballos. Tiene la mejor cuadra de Nueva York. Su *mail* era magnífico.

—¿Haría usted traer un *mail* y cuatro caballos de Nueva York?

—¿Por qué no? Y los hombres también. Vería usted cómo se hacen allí esas cosas.

Carlos conocía al hombre á quien llamaba *in petto* su futuro suegro.

(Continuará)

EL DR. BARTON Y SU BARCO AÉREO

Entrevista con el inventor del nuevo barco aéreo inglés aprobado por el ministerio de la Guerra

El problema del barco aéreo se ha reducido ahora á una viva discusión entre el hombre del Brasil, el país de las nueces, y el hombre de Kent, donde aquéllas abundan también: el Sr. Santos Dumont y el Dr. Barton. Este último ha tenido el honor y la distinción de recibir del ministerio de la Guerra el pedido de una de sus máquinas, prueba suficiente de sus reconocidas ventajas. En breve comenzará la construcción del aparato, que debe concluirse antes de terminar el año.

Ultimamente visité al Dr. Barton en su residencia de Beckenham, y le encontré muy entusiasmado, como todos los inventores.

– ¿Pretende usted que su barco aéreo sea superior á todos los demás?, fué mi primera pregunta.

– Sí, contestó el doctor con énfasis, aunque no sin cierta reserva. No proclamo que sea perfecto, pues aún debo introducir en él algunas mejoras. Sin embargo, seguro estoy de que el barco aéreo del Sr. Santos-Dumont no tendrá nunca ningún valor práctico, por la sencilla razón de que no puede impedir la pérdida de gas, lo cual se consigue en mi máquina por medio de los aeroplanos, que obvian la necesidad de soltar aquél ó servirse del lastre. En resumen, la resolución del problema de la navegación aérea para los fines prácticos se obtendrá tan sólo cuando podamos dispensarnos del globo y no confiar más que en los aeroplanos. Esto se puede conseguir poco á poco, disminuyendo gradualmente la capacidad de aquél y aumentando el número de los segundos. Por este medio llegamos con seguridad á un conocimiento práctico de la fuerza y anomalías de los aeroplanos.

Suponiendo que no supiéramos nada del arte de nadar, al ver cómo lo ejecuta un pez, nos preguntaríamos por qué no ha de hacerlo el hombre del mismo modo. Si arrojamos á un individuo al agua, se hundirá, por supuesto; pero si fijamos una cuerda alrededor de su cuerpo y se le da un cinturón salvavidas, con el tiempo aprenderá á dispensarse de una cosa y otra; y lo mismo aprenderemos á prescindir del globo sin temor alguno.

– ¿Qué otras condiciones proclama usted como mejoras en su globo?

– Una red que se extiende desde una á otra extremidad, impidiendo que el globo se ponga en contacto con ningún metal situado debajo de él, y el depósito de agua á cada lado para conservar la máquina horizontal, por mucho movimiento que haya. La «tripulación» se compone de cinco hombres, uno en cada uno de los tres motores, otro para el timón y un aeronauta. Podríamos mantenernos en el aire cuarenta y ocho horas, tiempo suficiente para recorrer gran distancia; bajaríamos para renovar el petróleo, y en marcha otra vez.

Oído esto, hice mención de la magnífica recompensa de Sir Hiram Maxim, consistente en 50.000 libras esterlinas para el mejor barco aéreo. El doctor Barton no sabía nada de esto; pero me indicó su intención de enterarse.



El Dr. Barton, inventor del nuevo barco aéreo aprobado por el ministerio de la Guerra inglés

– ¿Trata usted de entrar en competencia al premio Pearson de 4.000 libras?, le pregunté.

– No, contestó Mr. Barton, no estaría dispuesto aún; pero si no fuera así, no tendría inconveniente en habérmelas con el Sr. Santos-Dumont en un viaje á Edimburgo.

Tal vez alguno ofrezca otra recompensa á la cual pueda optar el Dr. Barton, en cual caso la lucha sería de gran interés. Al despedirme, el doctor me dijo:

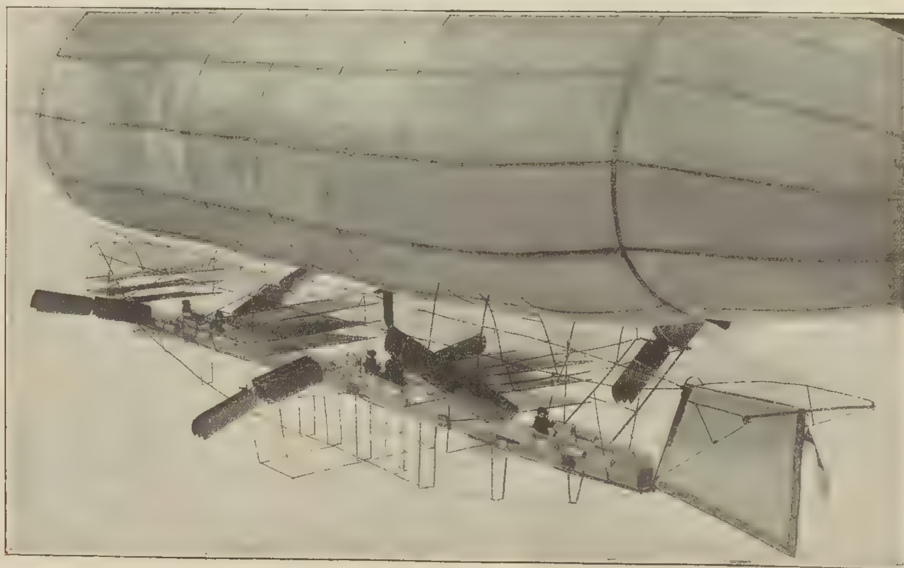
– Esta misma tarde, en una conferencia, voy á presentar uno de mis modelos en el Real Instituto. – X.

BOTÁNICA Y CREENCIAS

Las creencias populares, por extrañas que nos parezcan, se basan siempre en una observación exacta que luego la imaginación transforma hasta el punto de hacer desaparecer el origen. Remontar á éste no siempre es cosa fácil, y requiere conocimientos enciclopédicos muy vastos y una facundia deductriz digna de Edgardo Poé. Las dificultades de estos estudios hace que tengan muchos atractivos, pero son mucho más penosas de lo que *a priori* pudiera creerse; por esto merecen gratitud los sabios que, como Houssaye, Constantin, Layard, Fergusson y otros, se han esforzado en estos últimos tiempos en resolver ciertos puntos muy interesantes de la biología mitológica.

Es un hecho conocido que en muchísimas regiones se adora á ciertos árboles lo mismo que á un dios, presentándoles ofrendas de cigarros, pan y carne, cubriéndolos con trozos de tela y dirigiéndoles fervientes plegarias. Así encontramos árboles sagrados entre los ashantis, en el Dahomey, en el imperio de Burnú y hasta en Egipto, cerca del Cairo, en Persia, etc. En Francia los había también en el siglo IV en las inmediaciones de Auxerre y de Beauvais; y en 1262 todavía el concilio de Nantes condena á los que al culto de los árboles se consagran.

Los árboles sagrados pertenecen á los géneros más diversos, y no tienen, al parecer, relación alguna entre sí; pero examinándolos en detalle se acaba por descubrir en todos ellos notables particularidades, muy á propósito para herir la imaginación; particularidades, por otra parte, á menudo muy sencillas para los que se ocupan en historia natural, pero que asombran á los profanos. Entre ellas parece haber desempeñado un papel muy importante el parasitismo. El ejemplo más típico lo tenemos en el muérdago, adorado por los druidas. «A los ojos de los druidas, nada hay tan sagrado como el muérdago y el árbol que lo sustenta, si este árbol es un roble. El roble por sí mismo ya es el árbol con que forman sus bosques sagrados, y no practican ceremonia alguna si no es bajo el follaje del mismo. Todo muérdago procedente del roble es considerado como un enviado del cielo; creen que es un signo de elección hecho al árbol por el mismo Dios. El muérdago del roble es en extremo raro, y cuando lo encuentran lo recogen con gran aparato. Ante todo, la recolección debe hacerse en el sexto día de la luna, día que es el comienzo de sus meses, de sus años y de sus siglos, que duran treinta años. El nombre que dan á esa planta significa remedio universal. Después de haber preparado, conforme á los ritos, varios sacrificios y un banquete, hace que se aproxi-



Modelo del barco aéreo del Dr. Barton

men dos toros de color blanco; un sacerdote vestido de blanco sube al árbol y con una podadera de oro corta el muérdago, que es recogido en una tela blanca, hecho lo cual se inmolan las víctimas, rogando á Dios que les dé el don que concede á aquellos á quienes lo otorga. Créese que el muérdago tomado en bebida da la fecundidad á todo animal estéril, y es un remedio contra los venenos.» (Gaidoz). De modo que, según se ve, lo que impresionaba la imaginación era encontrar el muérdago en el roble, en donde es tan raro, que algunos botánicos han negado, aunque sin razón, su existencia en tales condiciones, cuando su parasitismo en otros árboles es bien conocido; pero así como en éstos el hecho resultaba simplemente maravilloso, en el roble era sagrado, pues se creía que había sido puesto allí expresamente por una divinidad.

Si nos trasladamos ahora á la India, encontraremos como árbol sagrado la higuera de las pagodas, que ofrece un aspecto curiosísimo: de las ramas nacen raíces adventicias que descienden hacia el suelo, penetran en él y luego se transforman en columnas enormes que no sólo alimentan las ramas, sino que además las sostienen. Gracias á estas raíces, las ramas se extienden á lo lejos y dan origen á raíces nuevas, de manera que el tronco principal puede morir sin que el vegetal muera, y hasta puede éste extenderse sobre superficies considerables sostenido por millares de columnas, y entonces, como dice la leyenda indostana, parece un árbol «que no tiene principio ni fin,» que tiene sus raíces arriba y «sus ramas abajo,» y sobre el cual descansan todos los mundos. Estas singularidades, tratándose de espíritus sencillos, bastaron para hacer de la referida higuera un árbol sagrado. Sin embargo, tales singularidades no son las únicas, y si se tiene en cuenta la biología extraña de la higuera de las pagodas y de las especies afines, se verá que el parasitismo, por otra parte aparente, representa en ella un papel importante. «Puede suceder con frecuencia que las semillas de estos árboles broten sobre el suelo, en cual caso dan al principio un árbol perpendicular que no tarda en producir ramas horizontales, de las que muy pronto penden raíces adventicias; cuando se ha formado un gran número de éstas, el tronco original no tiene señalado papel muy importante, puesto que ya no sirve para sustentar ó nutrir al vegetal; pudiendo, por consiguiente, desaparecer sin gran inconveniente, quedando todo el árbol horizontal. Sin embargo, algunas veces el desarrollo no se opera de este modo, sino que las semillas son transportadas de un árbol á otro; en este caso, el modo de vida en la higuera se parece mucho al de un parásito; en realidad se trata de un epifito situado simplemente sobre la planta que lo sostiene, puesto que no penetra en el interior de los tejidos de ésta. No es raro en ciertas especies ver salir del embrión aéreo raíces que anas tomosiándose alrededor del tutor, dan al conjunto un aspecto singularísimo. Fenómenos de epifitismo análogos á los que acabamos de describir pueden observarse á veces en la higuera de las pagodas, y se concibe que asombraran á los pueblos primitivos, los cuales atribuían un sentido místico á todos los fenómenos naturales. La continuación del desarrollo de la planta está en relación con la extrañeza de sus comienzos: en efecto, al cabo de poco tiempo el brote llega á ser mayor que el vegetal que le sirve de apoyo y que no tarda en desaparecer, ahogado en medio del bosque engendrado por su hijo adoptivo. En estas condiciones casi puede confundirse este modo de vida con el parasitismo, y es muy probable que los antiguos observadores que fundaron las religiones no establecieran distinción entre ambos modos de existencia. Las semillas que han sido transportadas á un árbol pueden ser depositadas igualmente sobre una pared ó en un templo, y en este caso parece que la higuera nace de la pagoda. Así se explican las esculturas encontradas por M. Fergusson en Sanchi (India), en donde se encuentran restos muy antiguos del arte búdico, porque en ellas se ve el árbol divino cuyas ramas salen por las ventanas del edificio sagrado.» (J. Costantin). Por otra parte, en la India se obtiene la llama sagrada haciendo girar rápidamente por un movimiento de vaivén un palo de higuera en un agujero practicado en el centro de un trozo de madera de acacia, árbol sobre el cual la higuera vive en epifito. Y este hecho puede relacionarse con lo que decían Teofrasto y Séneca, de que el mejor árbol para obtener el fuego, porque se enciende más pronto, será una rama de hiedra con un trozo de laurel como taladro. Ahora bien: la hiedra parece ser también un parásito.

El parasitismo, el epifitismo, la vida lianoide han impresionado á los antiguos. Otros árboles, en cambio, les han seducido por otros caracteres: por ejemplo, el árbol del pan, divinizado en Oceanía, por los servicios alimenticios que presta; el árbol Walleecher por su aislamiento en las sabanas, y los árboles maravillosos de que se trata en las leyendas del Edén, del jardín de las Hespérides, del Elíseo, de las islas Afortunadas, de la isla Ogigia, de la *última Thulé* y de la tierra de Juvencio. Uno de ellos merece especial mención, el cecropia, que antiguamente representó un papel religioso en la América del Sur. El aspecto de este árbol no tiene nada de notable y su vida es de las más insignificantes, por lo menos cuando se le observa superficialmente; pero si se le agita, se ven salir de él verdaderos batallones de hormigas que vivían en el interior de la medula del tronco, en donde habían penetrado por orificios expresamente practicados con este objeto. Preciso es confesar que esta salida intempestiva de los insectos es muy á propósito para impresionar la imaginación.

ENRIQUE COUPIN.



Bestias de carga, cuadro del malogrado pintor Andrés Solá Vidal. Exposición Nacional de Bellas Artes de 1901.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 26 de mayo de 1902 — Núm. 1.065



RETRATO DE LA ESPOSA DEL PINTOR FRANCISCO STUCK, pintado por este artista

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

UNA FECHA

No se puede hablar en estos momentos sino de las fiestas, y claro es que las opiniones andan divididas, y que unos lo ven todo de color de rosa y otros todo negro. Procuremos colocarnos en el ápice de la realidad, y examinar esta cuestión con un espíritu de justicia.

***

Lo primero de todo, yo reconozco que en estos festejos hacen el gasto la percalina, el cinc y el cartón. Los leones, castillos y figurones de la Carrera, los osos del madroño (que fué preciso retirar), los arcos de triunfo y en general todos los artilugios erigidos estos días en la villa y corte de Madrid para ornato, gala y señal del regocijo de su vecindario, son de los materiales menos sólidos y resistentes; cuando llueve se ablandan y destiñen, y si lloviese tres días seguidos se los llevaría la trampa. ¿Pero es que esto no sucede en todos los casos análogos? ¿Se van á emplear mármoles, bronces, sedas y terciopelos para lo que apenas durará cuanto dura una rosa?

Lo único que me parece muy de desear, es que los armatostes de madera destinados á tribunas, graderías, palcos, etc., sean sólidos y firmes y no nos den un disgusto. Cuando veo tanta madera negruzca, apolillada y vieja, que va á servir para aguantar el peso de tanta gente, de tantos cuerpos humanos, de tantos kilogramos de carne y hueso, me entra terror. A ver si ocurre aquí algo parecido al derrumbamiento del puente del Arno, que inspiró á Dante su *Divina Comedia*, ó para no buscar en tiempos tan remotos como el siglo XIII ejemplos, algo análogo á la reciente catástrofe acaecida en una de esas plazas de toros que se arman con cajones de pasas y luego se desbaratan en un segundo.

***

Y mientras Madrid se adorna y empavesa por todas partes, ostentando colgaduras más ó menos ricas y bellas, no pocas de zaraza y coco encarnado y amarillo, las menos blasonadas, con el carácter de los antiguos reposteros, la génte anda aturdida, loca, hecha una devanadera, en busca de *billetes*. ¡El billete! Esta palabra mágica es la que suena en todas las bocas y retiembla en todas las ondas del aire: esta palabra es el misterioso talismán que abre las puertas; talismán de cartulina con letras de purpurina... Billetes para la jura; billetes para los toros; billetes para las inauguraciones; billetes para el teatro Real y el Español, en los días de gala; invitaciones para palacio y los jardines del Campo del Moro; invitaciones para esto, aquello, lo otro y lo de más allá..., esto es la pesadilla del que ha venido para asistir á los festejos de la jura, tal vez desde un rincón de España, y encuentra que, sin el talismancito de cartón, no puede ver más que los adornos, de cartón también, de las calles y las plazas, y las atracciones de la feria del Retiro, que promete ser lo más animado, popular y espontáneo de cuanto aquí se va á celebrar.

Es por lo menos lo que se hizo sin carácter oficial, por buena voluntad de las Sociedades y Centros y de las industrias particulares. En tal sentido, es sincera la animación y alegría que revelan aquellos vistosos barracones y aquellas instalaciones más ó menos precipitadas, en las cuales se venderá y se exhibirá cuanto puede venderse y exhibirse sin faltar al decoro.

Nos hemos vuelto muy exigentes, muy quisquillosos, muy refinados en todos los terrenos. Antes, con cuatro tablones pintorreados se satisfacía el buen público. Ahora, se pide hasta elegancia á esas construcciones de un día; hasta belleza arquitectónica á tan efímeros edificios.

***

Vuelvo á coger la pluma después de haber presenciado el desfile de la regia comitiva en dirección al Congreso para la ceremonia de la jura. Plumas ágiles y acostumbradas á la instantaneidad de la prensa han descrito esa solemnidad pocas veces presenciada. Y debo añadir que es de las que tientan á la pluma á describirlas. Más bien que en la crónica, en la novela, donde cabe todo el detalle vivo y pintoresco de una página semejante, cabría intercalarla, después de cincelarla finamente.



MADRID. – Las fiestas de la jura de S. M. D. Alfonso XIII. — El rey en la ceremonia de la colocación de la primera piedra de la escuela que ha de construirse en La Florida (de fotografías de J. Cao Durán).

El día era espléndido. Después del crudo invierno y de la desapacible y agria primavera que hemos sufrido, acaso por primera vez el cielo se mostraba de un azul purísimo, sin la esfumadura de una nube, y el sol derramaba pródigamente luz y calor, no tanto que fatigase, sí lo bastante para animar y alegrar el aire y encender un rayo de fuego y oro en las telas amarillas y encarnadas que decoraban las tres cuartas partes de los balcones. Yo pensaba para mis adentros qué sería si el rey Alfonso XIII nace en diciembre ó en cualquiera otro de los meses feos y rigurosos del año. Mayo es un buen padrino, un patrono risueño y dulce. – ¿Y si, por ejemplo, nace en agosto el rey? ¿Qué fiestas de la jura iban á celebrarse, cómo y dónde?

Ello es que nació en mayo, y lo que nace en mayo trae ya su corona de flores, en vez de las duras espinas y las secas y mustias hojas que ciñen á otros meses. Y mayo – que al principio de sus treinta días venía tan desapacible que marcaba 2° bajo cero á la sombra – quiso, en honor de su ahijado, desarrugar el ceño y tender su manto de gasas doradas para prestar alegría á este Madrid que tan laboriosamente va convirtiéndose de destartalado poblachón, «el más grande de Castilla,» en moderna ciudad.

La comitiva, como un río de curso lento y majestuoso, bajaba por la Carrera de San Jerónimo, allí donde se ensancha y ya parece una vía moderna, y cegaban los resplandores de tanto bordado, entorchado, diadema, collar, el flotar imperceptible de tanto plumero blanco coronando los sombreros de gala, el brillo de tanta guarnición de plata y oro, la vistosa combinación de tanto color limpio, vivo, intenso, en telas nuevas y flamantes. Todo ello tenía ese aspecto Carlos IV, esa seriedad fastuosa y algo amanerada, que nos trajeron los Borbones franceses. Y es que á esa época corresponden las carrozas de corte en su mayor parte, las libreas, las guarniciones, los penachos. Quizás en ningún tiempo se supo combinar mejor la pompa decorativa con la elegancia y la delicadeza. El lujo de ese tiempo, *á la Federica*, ya no es el bárbaro derroche de la Edad media, con contrastes de opulencia y miseria, ni la artística y pagana ostentación del Renacimiento. Es un minueto correctamente bailado, con finuras y sólemnidades palaciegas – y nuestra época no ha sabido inventar nada mejor para el asunto.

Las carrozas, en su forma, tienden todas á ese estilo Carlos III y Carlos IV, con curvas aparatosas y adornos de artística gracia, *vernis Martin*, ó incrustaciones de oro sobre la concha. Interiormente, el *capitonné* de raso ó seda brochada *Pompadour* sirve de camarín á las damas ataviadas regiamente, á quienes vemos como en un relámpago de blancuras de raso y de fulguraciones diamantinas. Los caballos llevan un paso acompasado y digno, como cortesanos penetrados de su importancia. También en su pelaje castaño ó gris de plata riela el sol, y sus ancas gruesas, lucias y limpias, parecen vestidas de tela de *moirée*. El ruido metálico de las guarniciones se percibía entre el rítmico golpe de los cascos sobre el pavimento. Los grandes penachos de plumas oscilaban blandamente, con gentil balanceo.

La gente repetía nombres augustos: «Ahí va la infanta Isabel... ¡Aplaudirla!.. Ahora los príncipes de Asturias... La infanta Eulalia... ¡Qué bonita! ¡Qué cara tan encantadora! El coche de respeto... ¡Ahora los reyes! El rey va emocionado... – No, va sereno... ¡Ay, la infanta María Teresa!.. ¡Qué simpática, qué mona!..» Los diversos matices del sentimiento que despiertan tan altas personalidades se revelaban en estas diversas exclamaciones. ¡Qué cantidad de fluido psíquico desarrollan los reyes y las personas colocadas en muy alta situación! Si ellos supiesen el alcance de esta fuerza formidable de que disponen, la aprovecharían. Una palabra, un gesto, un movimiento, es *energía* positiva en un rey. Aun en momentos de tal decadencia para la idea monárquica como fueron los de la plenitud de la Revolución francesa, la sonrisa de una regia boca transformó en un instante los sentimientos de un acendrado revolucionario...

***

Yo pensaba en eso: es un problema muy curioso de psicología, que me ha preocupado siempre. – Sostengo una paradoja: no necesita un rey constitucional gobernar bien, pero necesita siempre ¡sonreir! Y su sonrisa, y su amable gesto, y la dulzura de su mirar, son un arma, más poderosa que los cañones y los fusiles. – La multitud se adelanta á los sucesos, y adivina y comenta hasta las intenciones de las personas reales: llega al extremo de compadecerlas, de sentir sus menores contrariedades, de ofrecerlas el bálsamo del cariño si cree que sufren, y ¡aunque no sufran! Ahí está el caso de la infanta María Teresa, que ciertamente, rodeada del amor de los suyos, en la primavera de la vida, en tan elevado lugar, no puede ser más que venturosa. Pues bien: hay en el pueblo madrileño un instinto romántico y una necesidad tal de emoción, que se ha dedicado á manifestar una piedad tierna á la dulce niña, y la llama afectuosamente «la pobre infanta Teresa...»

***

Y mientras yo pensaba en ésto, la comitiva desfilaba, el raudal de luz y esplendor descendía hacia el Congreso, bajo cuyo gigantesco baldaquino rojo iban á bajarse de sus carrozas los personajes llenos de entorchados y las damas nimbadas de tul y prolongada la figura por la inmensa cola del traje de gran etiqueta. – Y nadie, nadie sospechaba que justamente frente á los balcones desde los cuales presenciábamos el desfile, en el portal que veíamos abrirse á tantos metros de distancia como es el ancho de la calle, había encontrado la autoridad hacía un par de horas el depósito de cartuchos de dinamita que, á ser lanzados allí, nos hubiesen costado probablemente la vida...

Y mejor era ignorarlo. ¿Quién existiría si todo se supiese ó se presintiese?

La inconsciencia es el eje de nuestro espíritu.

Emilia Pardo Bazán.



EL PINTOR SUIZO EUGENIO BURNAND

El famoso pintor suizo Eugenio Burnand nació en Moudon (cantón de Vaud) en 1850 y se educó en el gimnasio de Shaffhausen hasta que en 1868 entró en el Politécnico de Zurich, en donde estudió la carrera de arquitecto, que terminó en 1871. Pero su afición decidida á la pintura le hizo abandonar su profesión y entrar en el taller de Bartolomé Menn en Ginebra. Este artista, hombre de ilustración vastísima y de ideas en extremo originales, discípulo de Ingres, cuyos severos principios no sólo supo mantener, sino que además trató de ampliar, le hizo comprender desde luego la importancia esencial del dibujo en el arte pictórico, con lo que sentó la base fundamental del modo de ser de Burnand.



EUGENIO BURNAND

En 1872 fuése el joven pintor suizo á París, en donde tuvo por maestro á Gerome en la Escuela de Bellas Artes. Allí admiró las obras de los grandes artistas que en el Louvre se conservan, entre las cuales excitaron su entusiasmo las de Rembrandt, Rafael y los primitivos. Hizo frecuentes excursiones al Sur de Francia, pasando casi todos los veranos en la propiedad que sus padres tenían en Sepey, junto á Moudon. Aquel apacible retiro con sus prados y sus bosques, aquellas pintorescas aldeas casi ocultas entre árboles frutales, le ofrecieron abundantes asuntos para sus cuadros. En Provenza trabó amistad con el famoso poeta Mistral y concibió la idea de ilustrar el magnífico poema de éste, *Mireio*. Durante el período de sus estudios en el taller de Gerome dibujó mucho para libros y periódicos, publicando en la importante revista «L'Illustration» notables dibujos que representaban generalmente escenas de la vida popular parisiense.

En los años de 1876 y 1877 residió en Roma, estudiando y admirando sobre todo las Estancias de Rafael, que le entusiasmaron por la intensidad del sentimiento religioso y por la belleza y armonía de expresión.

Después de su matrimonio, verificado en 1878, residió varios años en Versailles, en donde concibió la idea de su cuadro *La época de Luis XIV;* pero del mismo modo que este lienzo no llamó mucho la atención sobre el talento del artista suizo, tampoco fué Versailles el lugar en que más se desenvolvió este talento. Suiza y el Mediodía de Francia fueron los países en donde más amplio vuelo tomó el arte de Burnand, quien desde hace mucho tiempo pasa en ellos su vida, residiendo durante el verano en medio de las montañas suizas y durante el invierno en una quinta rodeada de jardines y situada en los paradisíacos alrededores de Montpellier.

Es verdaderamente notable la influencia que en las manifestaciones artísticas de Burnand ejercen respectivamente las dos distintas comarcas entre las cuales divide su existencia. Cuando vive en Suiza, siéntese dominado por aquella naturaleza grandiosa y pinta las deslumbradoras cumbres de sus nevados montes, sus bosques sombríos, sus verdes praderas; y fuera de Segantini, ningún otro artista ha sabido reproducir como él la grandiosidad de la naturaleza alpina, el aire puro y límpido de las altas montañas, los vastos panoramas que desde las cimas de sus cordilleras se dominan; y cuando vive en Provenza traslada al lienzo aquellos paisajes bañados de luz, aquellos vergeles deliciosos, aquellas poéticas colinas.

Mas no satisfechos sus anhelos artísticos con estos géneros pictóricos y movido por cierto sentimiento religioso, dedicóse casi involuntariamente á pintar algunos cuadros bíblicos, entre los cuales merecen citarse el *Hijo pródigo, Los apóstoles San Juan y San Pedro ante el sepulcro abierto del Salvador, Cristo en oración, Invitación á la fiesta.* De suerte que el pintor realista convirtióse en la tierra de los trovadores en simbolista y ferviente religioso, con la particularidad de que los lienzos simbólico-religiosos, especialmente los últimos, están pintados de muy distinta manera que los que un par de meses antes había producido en Suiza. Este dualismo es una de las características de Burnand, el cual al cambiar de temas se transforma, por decirlo así, en otro artista en cuanto á la factura.

Burnand comenzó en 1878 pintando su *Pompa de aldea,* un cuadro lleno de vida y movimiento que figura en el Museo de Neuchatel; en 1882 pintó la *Granja suiza,* que en cierto modo es una alegoría de aquel país; en 1883, *La vejez de Luis XIV;* en 1884, el *Toro de los Alpes,* hermoso paisaje montañoso; en 1885, el *Cambio de pastos,* que está en el Museo de Berna; en 1886, *El segador;* en 1887, *El huerto de frutales;* en 1888, *El descanso;* en 1889 el *Regreso de los rebaños,* que se conserva en el Museo de Basilea; en 1890, un cartel anunciador de la casa Nestlé que ha sido universalmente admirado; en 1892, junto con otros dos artistas, el famoso panorama de los Alpes berneses que todavía se admiró en la última Exposición Universal de París; en 1894, *Un labriego,* el *Descanso del pastor* y *La fuga de Carlos el Temerario después de la batalla de Morat:* de este último ha dicho el eminente crítico Hermán Grimm que debía llamarse simplemente *La fuga,* porque va mucho más allá del caso histórico que reproduce y contiene todo lo que la palabra *fuga* puede representar. En 1895 pintó su magnífico cuadro *Los Alpes berneses,* vistos desde St. Beatenberg, cuya aparición coincidió con la de su primera tentativa en la pintura religiosa, *San Francisco de Asís bendiciendo las ovejas,* que ejecutó en Fontfroide, cerca de Montpellier, donde ha pintado también sus demás obras de ese género. En el mismo año produjo el *Encierro del rebaño;* en 1896, el cuadro decorativo *Grupo de lansquenetes,* y en 1898 *El pastor,* que es un bellísimo problema de luz admirablemente resuelto y que con algunos excelentes retratos constituyen las últimas obras realistas de Burnand.



Dibujos de Eugenio Burnand

Estos cuadros, como se comprenderá, no son todos los que Burnand ha pintado durante su carrera, sino los que más han llamado la atención: algunos de ellos los reproducimos en las páginas del presente número de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

Como dibujante no es menos notable que como pintor, y sus ilustraciones de «Mireio,» de los «Cuentos» de Daudet, de las «Leyendas de los Alpes Valdenses» y de varias obras de Georges Sand y Urbano Olivier son trabajos dignos de las mayores alabanzas.

Lo que distingue principalmente á Burnand como artista es su sinceridad. Sus concepciones, con excepciones muy contadas, están tomadas del natural, y hasta en aquellas que tienen un fondo de idealismo se advierten sus tendencias realistas. Es ante todo un pintor del aire libre, y algunos de sus cuadros reproducen de una manera tan intensa la luz de un día claro, que el que los contempla cierra involuntariamente los ojos; las obras de este género serán siempre documentos interesantes de la pintura en *plein air.*

La significación y el efecto de sus lienzos están generalmente subordinados al paisaje que les sirve de fondo, aun cuando Burnand tiene aptitudes sobradas, como en varias ocasiones ha demostrado, para dar vida individual á sus figuras. La mejor de sus obras dentro de este género es el cuadro colosal que antes hemos citado, *La fuga de Carlos el Temerario,* que es tal vez la única inspirada en un gran espíritu histórico que el *pleinairismo* ha producido: el contraste entre la selva silenciosa iluminada por el sol y el grupo de jinetes que la atraviesa siguiendo al vencido caudillo borgoñón, en cuyo rostro se reflejan por modo admirable el furor y el deseo de venganza, produce una impresión hondísima.

Diremos para terminar que en la historia del arte contemporáneo el nombre de Burnand figurará dignamente al lado del de Arnoldo Böcklin como uno de los más grandes pintores de la escuela suiza. – H. R.

RECUERDOS DE LA EDAD DEL PAVO

Juntos iban Pedro y Juan por la carretera.

Ya no eran niños, y ¡ay del que les hubiera dicho que aún no eran hombres!

¿Por qué no creérselo?

Mundo, demonio y carne dábanles el primer latigazo enérgico y ardiente.

Cuando levantaban los ojos al cielo, ya no buscaban tras de él ángeles blancos y azules.

Si miraban á los campos, no sentían ya el anhelo de echar el sombrero sobre las mariposas, ni de prender entre los dedos las brillantes patitas del saltamontes.

Las niñas resistíanse á besarles.

Los más empingorotados caballeros les decían adiós con la mayor solemnidad.

Las señoras contestaban á sus sombrerazos con inclinaciones de cabeza.

Los muchachos de veinticinco y treinta no vacilaban en pasear con ellos, ofrecíanles cigarros ó se los pedían, y no escatimaban un codazo cada vez que pasaba cerca una mujer hermosa, para decirles picarescamente: «¡Vaya una hembra!»

No sólo fumaban, no sólo hablaban de mujeres, no sólo se ruborizaba un poco la doncella en su casa cuando la miraban demasiado.

Había algo más, y algo más grave. ¡Tenían novia!

Pedro y Juan iban al teatro, y allí cambiaban miradas con sendas chicuelas.

Escribían cartas de cariño y recibían contestaciones muy zalameras.

En la cartera guardaban un retrato chiquitín y un rizo de cabellos fragantes.

Entre las hojas de la *Metafísica* y de la *Historia de España* conservaban rosas y pensamientos disecados.

Paseaban la calle, haciendo el oso, metiéndose en los portales cuando algún conocido se detenía y para no llamar demasiado la atención.

En fin, eran felices...



Un labriego, cuadro de Eugenio Burnand

En los rayos del sol veraniego, en las bocanadas del aire bochornoso, en los efluvios del campo y de la calle, recibían á oleadas la primera savia del amor, las primeras ráfagas de la vida.

Juntos iban, muy entrada la tarde, por la carretera.

Era el último paseo que les reservaba la suerte en aquel verano.

Juan se había ya despedido de su novia para marchar á Madrid al día siguiente.

Pedro había reñido con la suya. ¡La primera riña! ¡La primera vez que un hombre pensaba en que las mujeres bonitas podían no ser siempre buenas!..

– Vamos á sentarnos ahí un rato hasta que anochezca, dijo Pedro.

– Vamos, contestó Juan.

Y separando con la mano las cañas de los maizales enhiestos y casi entretejidos, tumbáronse ambos á lo largo sobre la tierra húmeda.

No lejos del mar, llegaba á su oído el soñoliento rumor de las mansas olas.

Los grillos chillaban con estridente monotonía.

El viento convertía cañaverales y arboledas en instrumentos de música melancólica.

Los ruiseñores daban ya las buenas noches, recordando así ser gente formal, que se acuesta temprano.

¡El decantado silencio del campo es una de tantas mentiras de los poetas!

Juan tenía la mirada triste; Pedro, iracunda.

Charlaron, cuchichearon.

Anocheció, y pusiéronse en pie.

¡Era necesario tomar una determinación, porque «lo que Pedro decía» no podía ser!

Por lo menos, lo verdaderamente urgente era dar una vuelta por las montañas que servían de límite á la carretera, y pegados á las tapias que circundaban la casa donde, con sus padres, vivía Carolina...

– ¡Calle!, dijo súbitamente Juan; ¿pero es esta la huerta?

– Esta, sí. Al lado de los de Bermejo.

– Pues mira, chico, yo mañana no me voy hasta por la noche. ¡Como que aún pienso volver á despedirme de Aurora!

– ¿Y qué?

– ¿Quieres que sepa Carolina lo que me has dicho?

– Sí.

– ¿Y si yo mismo se lo cuento?

– Déjate de bromas. No la tratas.

– ¿Y eso qué importa? Mañana vengo á almorzar con los de Bermejo, me la presentan y...

¡No acabó! ¡El abrazo de Pedro apenas le dejó, no ya hablar, ni respirar siquiera!



San Juan y San Pedro ante el sepulcro abierto del Salvador, cuadro de Eugenio Burnand



Huída de Carlos el Temerario después de la batalla de Morat, cuadro de Eugenio Burnand

Y al otro día, después de almorzar en el huerto de los de Bermejo, recogía sonriente Carolina, la novia de Pedro, las flores que Juan, no sin arañarse los dedos, arrancaba de las vistosas plantas.

Y no hacía aún las veinticuatro horas de haber estado juntos los dos amigos tendidos en los maizales, cuando Juan, en la estación, se quitaba la gardenia del ojal y la entregaba á Pedro diciéndole:

– Toma. De su parte. Mañana te espera.

– ¡Qué bueno eres!.. ¿Y has hablado, por fin, á Aurora?

– Chico, no me he atrevido.

– Pero ..

– Una cosa es por ti y otra por mí...

– ¡Señores viajeros, al tren!, gritó una voz aguardentosa por segunda ó tercera vez.

– ¡Hasta el año que viene, Pedro!, exclamó el padre de Juanito alargando la mano al nombrado.

– ¡Que te vas á quedar, Juanito! ¡Sube, hijo, sube!, añadió una señora madura, envuelta en amplísimo cubrepolvo gris.

Un último apretón de manos; la máquina que silba; trepidación de ruedas sobre los rieles; el tren que toma carrera, y dos amigos que se dicen adiós.

¡Dos amigos, que acaso serán dos conocidos mañana!

Veranos é inviernos pasaron.

No volvía Juan por el pueblecillo.

Pedro no se casó con Carolina, sino con la antigua novia de Juan, con Aurora.

Puesto que se quieren y son dichosos, hicieron bien y no fueron traidores.

Son un matrimonio que da fiestas espléndidas.

A ellas asisten á veces Juan con su mujer, *con otra,* y Carolina con su marido, *con otro.*



El pastor, cuadro de Eugenio Burnand

¿Quién se acuerda ya de las lejanías de la adolescencia?

Los años amortiguaron la traición, si traición hubo.

Cuando las almas son todavía libros en blanco, cualquiera sombra parece una montaña. Obscurecidas y rugosas ya por el tiempo, mancha que caiga necesita ser muy obscura para que se note...

Las veladas se deslizan en paz y en fiesta.

Juveniles parejas pasan valsando; brillantes los ojos, jadeante el pecho, anhelosa la respiración, rojas las mejillas, los labios húmedos.

Carolina y Juan las ven y luego se miran, dando el brazo cada uno de ellos á su cónyuge respectivo.

Es cosa de un instante, y en la mirada brilla un relámpago, como rápido despertar de dormidos reproches.

¿Qué fué de aquellas almas puras, que encendido el sol del verano y sintiéndole caldear la naturaleza florida y lúbrica, permitieron que pasearan juntos un muchacho imberbe y una niña de corto, hablando él de *otro* y ella de *otra?*

¡Bah! En la adolescencia, todas las inocencias son lógicas, y en la madurez todas las traiciones son lógicas también.

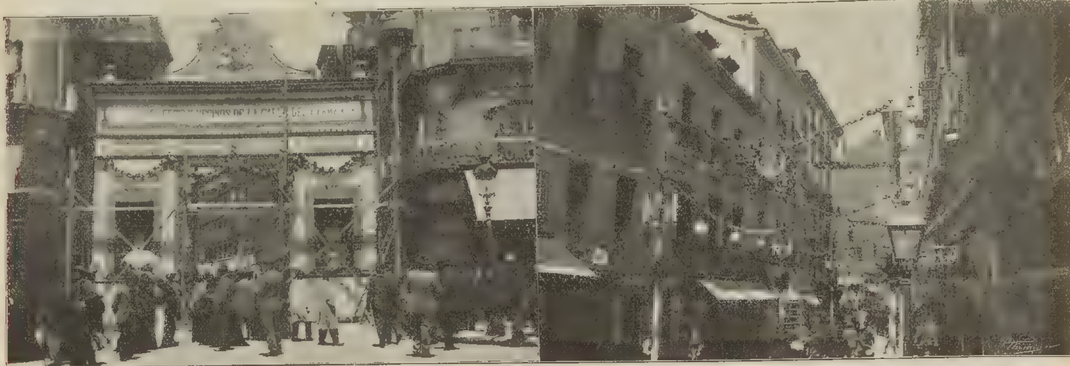
RICARDO J. CATARINEU.

LAS FIESTAS DE LA JURA

DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Si hubiéramos de describir detalladamente las fiestas que en Madrid acaban de celebrarse con motivo de la jura de S. M. el rey D. Alfonso XIII, necesitaríamos mucho mayor espacio del de que disponemos; por esta razón y por la circunstancia de haber dedicado la prensa diaria extensos artículos á tales festejos, sólo nos ocuparemos someramente de los principales.

No hemos de decir que la capital de España du-



MADRID. – FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. – Arco levantado por los vecinos y el comercio de la calle del Carmen. – La calle del Príncipe engalanada (de fotografías de J. Cao Durán)



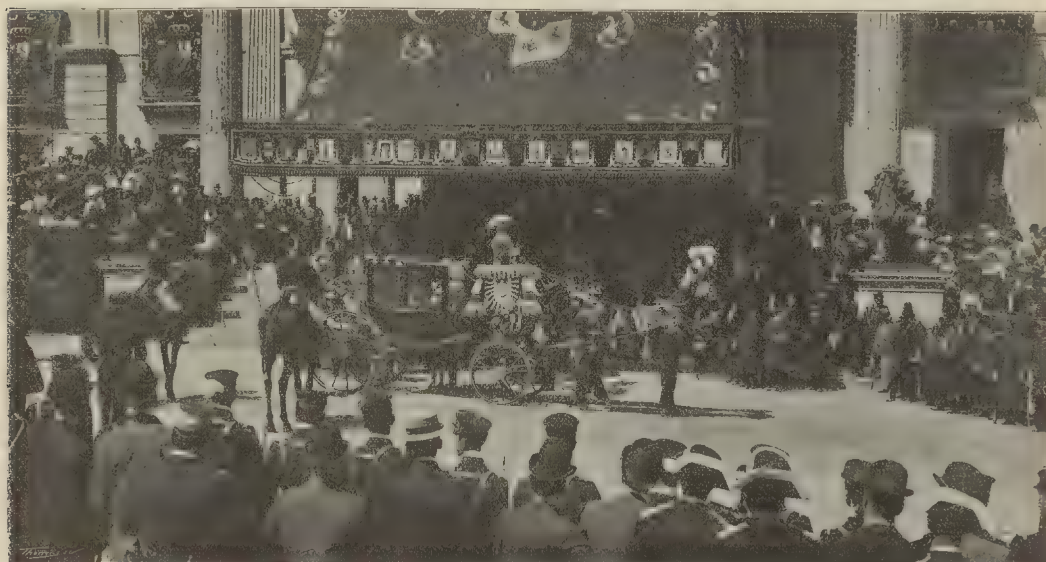
MADRID. – FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. – Vista de la entrada de «La feria» del Retiro durante los trabajos preparatorios. – El pabellón del Ayuntamiento en «La feria» del Retiro (de fotografías de J. Cao Durán)



MADRID. – FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. – La Carrera de San Jerónimo engalanada. – La Exposición del Círculo de Bellas Artes en el Palacio de Cristal del Retiro (de fotografías de Company)



MADRID. – FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. – La comitiva regia saliendo de Palacio en la plaza de Armas. – La carroza real á su paso por la Carrera de San Jerónimo, antes de llegar al Congreso (de fotografías de J. Cao Durán)



MADRID. – FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. – Llegada de SS. AA. las Infantas al Congreso (de fotografías de J. Cao Durán)



MADRID. – FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. – Aspecto de la calle Mayor antes de pasar la comitiva regia. – S. A. la Infanta D.ª Isabel saliendo del Congreso. Aspecto del Ayuntamiento al paso de la comitiva regia (de fotografías de J. Cao Durán)



LA SARDANA, cuadro de Juan Brull. (Salón Parés.)



LA TARDE, cuadro de Max Klinger

rante los días en que las fiestas se realizaron se llenó de forasteros de todas clases y categorías; que los vecinos y las corporaciones de la corte se esmeraron en adornar las calles más importantes, y que éstas, sobre todo de noche, ofrecían bonito aspecto.

Comenzaron los festejos con la colocación de la primera piedra de cuatro edificios destinados á escuelas graduadas, acto que se verificó con asistencia de SS. MM. y AA. RR., y que ha sido indudablemente uno de los más simpáticos y de los que más duraderos recuerdos han de dejar de cuantos con ocasión de la mayoría del rey se han llevado á cabo. Estas escuelas graduadas han de ser diez, una en cada distrito de Madrid, habiéndose inaugurado las obras de las que se han de levantar en los distritos de Palacio, del Hospicio, de Buenavista y del Congreso.

La jura de S. M. el rey en el Congreso y el *Tedéum* que se cantó después en San Francisco el Grande revistieron excepcional solemnidad. La regia comitiva resultaba verdaderamente espléndida. La servidumbre de palacio con sus lujosos uniformes y libreas; los magníficos carruajes de gala de las casas de Alba, Aliaga, Bailén, la Conquista, Fernán Núñez, Heredia Spínola, Miraflores, Medinaceli, Santoña, Sotomayor, Tamames y marqués de Tovar; los llamados coches de París ocupados por la alta servidumbre de las infantas, de los príncipes de Asturias y de los reyes; los coches de la real familia y la carroza real tirada por ocho hermosos caballos con riquísimas guarniciones, formaban un conjunto deslumbrador. En el Congreso, en donde se encontraban ya los enviados extranjeros, el gobierno y los senadores y diputados, fueron SS. MM. y AA. recibidos por las respectivas comisiones. El acto de la jura fué breve, habiéndose limitado al juramento que sobre los Evangelios prestó D. Alfonso XIII de guardar y cumplir fielmente la Constitución.

Desde el Congreso se dirigió la comitiva á San Francisco el Grande, en donde S. M. el rey fué recibido bajo palio por multitud de prelados. El templo estaba decorado é iluminado espléndidamente, y una orquesta de cien profesores y una masa coral de doscientos cantantes ejecutaron un *Tedéum* escrito *ad hoc* por el maestro Mateo y dedicado á don Alfonso XIII.

El primer acto oficial realizado por el rey después del juramento ha sido la inauguración de las obras del monumento que á la memoria de su padre, el malogrado D. Alfonso XII, se ha de erigir en el Retiro, á orillas del estanque. Acompañaron al rey en aquel acto su augusta madre, los príncipes de Asturias, las infantas, los príncipes extranjeros y un brillante concurso de invitados. La ceremonia se redujo á los discursos del Sr. Romero Robledo, presidente de la junta constituída para la realización de la obra, y de S. M.

En la noche de aquel mismo día verificóse la función de gala organizada en el teatro Real. Fué esta una fiesta brillantísima, superior á toda ponderación, según afirman á una los periódicos de la corte: el aspecto que ofrecía la sala del regio coliseo es de imposible descripción; las representaciones extranjeras, la alta aristocracia, todas cuantas personalidades de la corte pueden dar realce á esta clase de solemnidades, la belleza, el lujo, la elegancia de las mujeres, los vistosos uniformes, todo constituía un espectáculo de imponderable magnificencia. Cantóse admirablemente la preciosa ópera de Mozart *Don Giovanni*, que dirigió el celebrado maestro Mascagni, y en cuya ejecución tomaron parte, entre otros, la Sra. Paccini y los Sres. Blanchart, Navarrini y Bonci.

En la parada militar formaron unos 15.000 hombres de todas las armas, que se extendían desde el Prado al Hipódromo. El rey, vestido con uniforme de gala de capitán general, montado en un hermoso caballo de raza angloaustriaca alazán y careto y seguido de los príncipes Arturo de Inglaterra, Alberto y Joaquín de Prusia, Cristián de Dinamarca, de Siam, de Grecia y de Mónaco, del duque de Oporto, de los generales Florentín y Forestier, del duque de Wéllington, del conde Dubski, del ministro de la Guerra, de los capitanes generales López Domínguez y marqués de Estella, de los generales Ochando, Martitegui, Pacheco, Tovar, Coello, Prats, Escario y Peña, de los ayudantes de los príncipes, del cuarto militar y de la escolta real, pasó revista de las tropas acompañado por el capitán general interino de Castilla la Nueva. Terminada la revista, el rey y su séquito se situaron delante de la tribuna regia y comenzó el desfile de las fuerzas que habían formado en la parada.

Por la noche celebróse en Palacio la recepción, á la cual asistieron más de 6.000 personas. Poco antes de las diez entró en los salones la familia real: Su Majestad la reina iba del brazo del príncipe Alberto de Prusia, el rey daba el suyo á la princesa de Asturias, el duque de Connaught á la infanta Isabel, el



MADRID. – FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII.
Una barraca valenciana en «La feria» del Retiro

príncipe Cristián de Dinamarca á la infanta María Teresa y el archiduque Carlos Esteban á la infanta Eulalia. Las reales personas recorrieron todos los salones y conversaron con muchos de los invitados.

La batalla de flores celebrada en el Retiro fué una fiesta tan alegre como magnífica. De toda España, especialmente de Valencia, se enviaron á la corte enormes cantidades de flores que sirvieron para adornar los carruajes y para los millones de ramilletes que en la batalla se dispararon. Muchos y muy notables fueron los coches que en la fiesta tomaron parte, mereciendo especial mención por su riqueza y su buen gusto las diez carrozas del Ayuntamiento, arregladas por el Círculo de Bellas Artes de Valencia; una *corbeille* de la marquesa de Aguila Real (primer premio); un coche de palomas de la señora de Ursola (segundo premio); un *dorset* de la señora de Gilhou (tercer premio); un carruaje á la D' Aumont del marqués de Tovar (cuarto premio); un break que representaba un lavabo, de la marquesa de la Laguna (quinto premio); el carruaje del Sr. Bermejillo (sexto premio); una amapola, un caimán, una sombrilla japonesa, una carabela azul, una canastilla modernista, un ánfora griega, un tulipán, una carroza Luis XV, una falúa y los coches de la marquesa de Torrecilla, del Sr. Pruneda, de la marquesa de Amboage, de Mr. Presser, de D. Pablo Velarde, de los Sres. García de Arribas, de la marquesa de Santa Ana, de la vizcondesa de los Asilos y otros muchos.

Las fiestas de la jura han terminado con una corrida de toros regia con caballeros en plaza.

La feria del Retiro, que también ha figurado en el programa de festejos, presenta el aspecto de todos los espectáculos de esta clase.

Como nota dominante en todas las ceremonias en que ha intervenido el rey, merece señalarse el entusiasmo con que D. Alfonso XIII ha sido aclamado en todas partes por el pueblo madrileño.

La información gráfica que en el presente número publicamos y que completaremos en el próximo, ha sido hecha expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, bajo la dirección del conocido periodista madrileño D. M. Carretero, por los fotógrafos señores Cao Durán y Company. – X.

NUESTROS GRABADOS

Retrato de la esposa del pintor Francisco Stuck, pintado por este artista.— En presencia de esta obra resulta muy discutible la afirmación hecha por algunos críticos de que el famoso pintor alemán Francisco Stuck no es retratista. Cierto que si por tal se entiende al que se dedica exclusiva ó preferentemente á los retratos, no puede ese calificativo aplicarse á Stuck, puesto que son muy pocos los que de su pincel han salido, lo cual se debe tal vez á la poca afición que siente el artista al análisis del modo de ser moral de la persona que ha de ser retratada. Pero las pocas obras de este género por él producidas demuestran por modo elocuente que cuando el sujeto le interesa, cuando el conocimiento profundo de su alma le ahorra el estudio que de otra manera habría de hacer para atemperarse á las exigencias de este género pictórico, sus creaciones pueden considerarse como verdaderos modelos. El retrato de su esposa que hoy reproducimos es una prueba elocuente de lo que afirmamos: en él cautiva, no sólo la perfección de la forma, la belleza de aquel mórbido busto y de aquel rostro interesante, sino además la expresión que en éste se advierte y que es la verdadera manifestación de la vida, la exteriorización del elemento psicológico, sin la cual la figura mejor trazada resulta fría, pálida, muerta, por decirlo así. Francisco Stuck comenzó cultivando la pintura decorativa, y aun cuando hoy se ha apartado mucho de sus antiguas tendencias, nótase todavía en sus creaciones la influencia de sus aficiones primeras, que aparecen más ó menos claramente manifiestas en la composición y en la distribución de sus cuadros y sobre todo en el colorido: el mismo retrato de su esposa tiene algo de esto, que se observa en la forma de medallón que el pintor le ha dado, en el manto de pieles que en parte cubre los hombros y en la misma pintura del busto y de la cabeza.

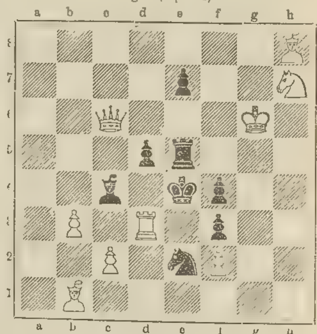
La sardana, cuadro de Juan Brull. – El cuadro que reproducimos es uno de los que más llamaron la atención del público en la exposición que en el Salón Parés organizó el distinguido pintor catalán Juan Brull. Y no debe ni puede sorprender que tal aconteciera, puesto que el asunto escogido por el artista, ya de suyo simpático y agradable, cobró nuevo atractivo por su feliz interpretación, presentándose como siempre delicado y sentido, saturado su espíritu de ese algo que dignifica y seduce por retratar la bondad del alma y sintetizar la expresión de afecciones y un sentimiento puro que ennoblece. El infantil grupo bailando la legendaria sardana, atrae y revela las tendencias del artista, así como los suaves tonos empleados dan á conocer al pintor.

La tarde, cuadro de Max Klinger. – Con el mismo talento cultiva este celebrado artista la escultura que la pintura. Como escultor ha producido, entre otras, la famosa estatua de Beethoven, que ha sido reproducida infinidad de veces en piedra, bronce y otros materiales; como pintor figuran en la larga lista de sus obras lienzos tan hermosos como *El juicio de Paris*, *Cristo en el Olimpo*, la *Crucifixión de Cristo* y *Pietá*. Una particularidad ofrece esta doble característica de Max Klinger, y es la de que mientras en el género escultórico ha seguido siempre la misma senda que en un principio emprendiera, en el pictórico ha variado distintas veces de tendencias. ¿Quién reconocería en el autor de los cuadros que dejamos mencionados al mismo que hace veinte años pintara el que en este número reproducimos? *La tarde*, en efecto, data probablemente del año 1882, de la época en que Max Klinger sentía todavía la influencia de la escuela de Gussow, y es una obra inspirada en los cánones del clasicismo, así por su asunto como por la manera de tratarlo; esto no obstante, adivínase ya en la firmeza con que están trazadas las figuras algo que se sale del convencionalismo tradicional y que puede ser considerado como tendencia hacia un realismo de buena ley. La impresión que en conjunto produce esta obra es sumamente simpática; despréndese de ella una poesía encantadora que responde admirablemente á la placidez del tema por el autor escogido y á la que contribuye poderosamente el contraste entre la suavidad de tonos del paisaje, envuelto en las primeras sombras del crepúsculo, y la brillantez del firmamento iluminado por los últimos resplandores del sol que desaparece en el horizonte.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 281, POR W. C. J. WAINWRIGHT.

Negras (8 piezas)



Blancas (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 280, POR D. PAP.

Blancas.	Negras.
1. R e 6—d 7	1. h 3—h 2
2. R d 7—c 8	2. h 2—h 1 (D)
3. A e 8—d 7	3. Cualquiera.
4. A mate.	

VARIANTES.

2.............. h 2—h 1 (C); 3. R toma P b7, etc.
2.... .... C h 8—f 7; 3. A toma C f 7, etc.
2.... .... Otra jug.ª; 3. A e 8 — d 7, etc.
1...... b7—b5; 2. R d 7—c 8, cualquiera; 3. A mate.
1.... Ch8—f7; 2. A toma C, cualquiera; 3. A mate.
1.... Otra jug.ª; 2. R d 7—c 8, etc.

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Comprendió que el gusto de exhibir á los parisienses un *mail* procedente de América en línea recta, vencería en él toda vacilación. En seguida apoyó su idea, y Pascualina hizo lo mismo, pues la regocijaba la perspectiva del nuevo carruaje. Maugrabin, que raramente veía á su hija encapricharse por nada, le concedió su *mail* como hubiera podido concederle una bicicleta nueva.

No tuvo más que alargar la mano para descolgar un aparato, y telefonear á la estación próxima un cablegrama á su agente de Wall Street. La noche misma recibió la contestación. El *mail* quedaba por su cuenta, lo mismo que los caballos, el picador y los dos hombres. Sus órdenes habían sido: «O todo ó nada.»



Contentóse Pascualina, al pasar por delante de una estación telegráfica, con rogar á su padre que no la esperase á almorzar

Quince días después, el nuevo jefe de las caballerizas de Maugrabin, víctima, como los cuatro caballos, de la bancarrota de su antiguo amo, avisó que el tren, coche, caballos y gente se encontraban instalados en el Tattersall

– ¡Bueno!, exclamó el marsellés. Daremos un paseo mañana.

– ¿Mañana? ¡Oh, no, señor! Imposible en ocho días. No se necesitan menos para que descansen los caballos, para limpiar, fregar, hacer las libreas y poner todo en orden.

Transigieron por cuatro días. Pero al tercero, por la mañana, el picador anunció que uno de los delanteros cojeaba.

– ¡Que compren otro!

– Desde luego, sería preciso encontrarlo. Después habría que emparejarlo con los otros. Esto exigiría un mes; y ya no sería un *team* americano.

Esta última consideración hizo ceder al fogoso propietario. Tranquilizáronle pronto acerca de la cojera del caballo y fijaron día para la primera salida. Pero la víspera cayó enfermo del tifus uno de los dos hombres.

El picador estuvo á punto de dimitir cuando el cándido Maugrabin le sugirió la idea de que supliese al lacayo enfermo. Casi con la misma energía se negó á contratar un nuevo subalterno en el corto espacio de veinticuatro horas. Era preciso algún tiempo de prueba, sin contar con que se necesitaba un hombre acostumbrado á las cuadras americanas.

Aquellos contratiempos sucesivos disgustaron mucho á Maugrabin.

– Venda usted los caballos y el *mail*; vuélvase *allá* con el hombre válido.

Tales fueron sus palabras, dichas en un tono que no admitía réplica.

Tres días después, el marsellés ya no tenía *mail*. Añádase que nunca había visto el carruaje, ni los caballos, ni al cochero, ni al lacayo. Después de tan desdichada tentativa, juró no tener nunca coche propio.

Aquella aventura, que ayuda á juzgar al personaje, fué una amarga desilusión para Carlos de Bucilly. Su madre lo sintió tanto menos cuanto que había desaprobado la idea.

– ¡Pasear en triunfo, á la vista de todo París, una heredera con la cual se desea uno casar! Tanto valdría, para un aficionado que acecha un Rafael ignorado de todos, fijar carteles en las esquinas anunciando su venta. Es preferible para ti que no guíes el *mail* de otro, por el momento, y guiar el tuyo más tarde.

– Acepto el pronóstico, suspiró Carlos. Si, al menos, los quince ó veinte mil francos que la operación cuesta á mi futuro suegro hubiesen entrado en mi bolsillo...

Pronto encontró Carlos una clase de paseos muy superior á las carreras en *mail*, si no como distracción, al menos como utilidad. Prestándose la estación á los largos paseos á pie, se le ocurrió tratar á la hija de su casero como á una prima provinciana y enseñarle París. Ella aceptó sin recelo, encontrando la cosa muy natural; de modo que se pasaron horas en recorrer, entregados á sí mismos, diferentes barrios que el elegante *cicerone* había afectado siempre ignorar. La ocasión era buena para conversaciones que Carlos dirigía, de vez en cuando, hacia el fin práctico.

Entonces propuso extender la exploración hasta las afueras, empresa muy sencilla, pues ambos eran excelentes biciclistas. Cierta mañana en que se habían puesto en camino muy temprano, el joven habló de ir á Fontainebleau, proposición que fué aceptada sin la menor vacilación por su compañera. Contentóse ésta, al pasar por delante de una estación telegráfica, con rogar á su padre que no la esperase para almorzar.

Antes de que anocheciera, estaban de regreso, encantados de su paseo como dos colegiales que han ido á ver el Jardín de Plantas.

Aquella noche hubo consejo privado, compuesto de la madre, del hijo y del juicioso Norberto, que desempeñaba el papel de Mentor cerca de aquel Telémaco, cuya ausencia iban á llorar pronto las ninfas – por algún tiempo al menos.

– Qué tal, preguntó *el Sibarita*, ¿gana usted terreno?

– Treinta leguas hoy. Pero adelanto poco por la senda que conduce á la fortuna.

– ¿Qué le detiene á usted? ¿Qué espera usted para «proponer,» como dicen *allá*, en América?

– Lo que me detiene es la prudencia más elemental. ¿Qué da Maugrabin? Con su americanismo agudo, se puede esperar lo peor. ¿Conoce usted á Saint-Véran? Se casó con una «rica heredera» de Baltimore: treinta mil de pensión desde luego y un capital fabuloso más tarde. «Casémonos, pensó el pobre; con paciencia todo se alcanza.» Lo único que el matrimonio ha alcanzado hasta ahora son cuatro hijos. El mayor sale de la Escuela militar de Saint Cyr, soldado de á pie, porque la caballería cuesta demasiado. Saint-Véran ha pasado los mejores años de su vida en renovar pagarés para fines de suegro. Y el suegro, viejo magnífico, no ha querido nunca dar un céntimo más de los ciento veinticinco luises mensuales. Dígame usted si Maugrabin no está cortado exactamente sobre ese patrón.

– Algo le conozco ahora, dijo Norberto Leroy. Yo podría preguntarle...

– ¿Lo que da á su hija? Una hora después lo sabrá Pascualina, y entonces ya sé lo que me espera. Ella me ha repetido cien veces que no puede hacerse á nuestras ideas mercantiles sobre el matrimonio. Por consiguiente, mi situación es muy clara. Si me caso, puede dolerme el no haberme informado antes. Si me informo, ya no me caso. Sáqueme usted de este dilema.

– Y sin embargo, gimió Beltrana levantando la sesión sin concluir, nuestra salvación está en ese matrimonio.

Codoero de Bucilly, como corresponde al papel de padre, había tenido que ceder al compañero más joven el puesto de acompañante de Pascualina. Seguía siendo, como se lo repetía ella á menudo, uno de sus mejores amigos. Pero no podía manejar la raqueta, ni calzar patines, ni montar en bicicleta, según las estaciones. En todos estos deportes, Carlos hacía rápidos progresos, tantos como su intimidad con la muchacha. Si se hubiese tratado de una francesa conocida en la alta sociedad, la alta sociedad se hubiera escandalizado un poco. Pero Pascualina tenía en Beltrana una rodrigona que se desvivía más por tenerla bajo su protección, que otras por lanzar á su protegida.

Pero un hecho considerable vino á sembrar la alarma en el campo de los Bucilly.

Codoero sentóse una noche á la mesa, ufano con la noticia que acababan de darle en el sexto piso, de que se había alquilado el segundo.

– Y en parte se me debe á mí, añadió con orgullo; porque he sido yo el que ha encontrado un inquilino á nuestro amigo, buscando para él una casa de campo. Porque como ustedes comprenderán, Maugrabin y su hija no van á pasar todo el verano en París.



El conde de Mugrón

Preguntado por Beltrana, cuyas cejas formaban dos barras amenazadoras, Codoero hizo su narración.

Ocho días antes, yendo al azar, le llamó la atención una fotografía expuesta en la vitrina de una agencia de inquilinatos. La fotografía representaba una hermosa quinta, situada á una hora de París. Maugrabin deseaba una casa de campo para el verano. Codoero lo sabía; por esto se fijaba en los anuncios relativos á casas para alquilar; porque era, por afición, procurador de habitaciones, como ciertas solteronas son casamenteras. Entró á informarse. En la oficina había una señora entrada en años, que parecía pertenecer á la buena sociedad.

En aquel momento, dicha señora decía al agente:

—No me sería posible vivir en eso que no tiene nombre. El Sr. Maugrabin no será nunca mi arquitecto. Después de haber visto la fachada, no me atreví á entrar.

—No defiendo el estilo, señora, contestó el agente; pero usted busca un piso para una familia numerosa, cerca del convento de la Asunción y del colegio de la calle de la Pompe. No conozco casa que responda mejor á esas condiciones. La disposición interior vale más que la arquitectura.

Incapaz de resistir á su pasión favorita, Codoero saludó y tomó la palabra.

—Dispénseme usted, señora, si intervengo en la discusión. Como inquilino del Sr. Maugrabin, no vacilo en decir á usted que la instalación de sus pisos es única. Al menos debiera usted visitarlos.

La señora, que no era tonta, tuvo una sospecha que otros hubieran tenido también en su lugar. La presencia de aquel desconocido, que tan á propósito ponderaba los méritos de la casa de Maugrabin, ¿era debida únicamente á la casualidad? Una mirada al interlocutor hizo desvanecer su desconfianza. Bucilly no tenía facha de compadre. Sin pedir explicaciones sobre el papel que el buen señor asumía, ella dijo:

—Me parece algo elevado el precio.

—¡Oh, señora, el propietario es el hombre más acomodaticio del mundo! Además, su casa ofrece ventajas que disminuyen el gasto.

Y repitió las explicaciones que seis meses atrás había dado á su mujer. Su convicción y su rectitud evidentes impresionaron á la señora, que se retiró declarando que iría á ver la habitación. Cuarenta y ocho horas después, firmaba un contrato de alquiler del segundo piso.

Tal fué el relato de Codoero, incapaz de comprender la enormidad de su conducta.

Los detalles que Maugrabin le había dado sobre la nueva inquilina parecieron, sin embargo, tranquilizadores. Era rica, viuda y vivía en un castillo de provincia. La educación de los hijos que vivían con ella, dos varones y dos hembras, era causa de su traslado á París. Se llamaba la condesa de Mugrón. El mayor de sus hijos, alumno externo del liceo Janson de Sailly, se preparaba para los exámenes de ingreso en una Escuela especial, lo cual excluía toda idea de competencia para Carlos. Aunque repuesta de tan viva alarma, Beltrana creyó oportuno poner á su marido en guardia contra futuras imprudencias. Codoero fué puesto al corriente del plan formado, al mismo tiempo que de los resultados obtenidos. Los negocios de Carlos iban por buen camino; el joven gustaba á Pascualina; era de esperar un buen resultado. Pero no había que tentar á la Providencia y hacer surgir rivales hasta entonces felizmente apartados.

Bucilly no replicó, según su costumbre; pero como aquella noche le dejaban libre, tomó el camino de la casa de Popinot, pues experimentaba la imperiosa necesidad de comunicar ciertos pensamientos que le atormentaban.

—¿No admites, le preguntó, que se puede tener una hipertrofia de la conciencia, como se puede tener una hipertrofia del corazón?

—Quizá, contestó el médico; pero es menos frecuente. Explícame de qué te quejas.

—Ya lo sabes. Pascualina Maugrabin es una buena, simpática y leal criatura. Cuando se sonríe, es como un rayo de sol que dora el paisaje. Nació para sonreirse, como el sol ha sido hecho para brillar...

—Ningún ser humano ha nacido para sonreirse siempre. Hay quien pretende que hemos nacido para llorar. Tenemos en el rabo del ojo un aparatito muy ingenioso para la secreción de las lágrimas, mientras que la sonrisa es una simple mueca nerviosa. Que las glándulas lagrimales de Pascualina Maugrabin estén destinadas á un servicio más ó menos copioso, cosa es que no depende de ti ni de mí. ¿A qué volver sobre este tema?

—Vuelvo porque creo que mi hijo está en vías de salirse con la suya.

—La naturaleza quiere que tu hijo perpetúe la especie. Siendo así que su compañera no puede ayudarle sin sufrir, tanto vale que sea Pascualina Maugrabin; y quizá vale más que sea ella, pues se resolverá más difícilmente á ciertas venganzas, deplorables para el honor de las familias.

—En mi vida he oído nada más espantoso como cinismo.

—¿Preferirías que volviese á decirte que estás enamorado de esa muchacha?

Bucilly se encogió de hombros, sin ponerse colorado siquiera.

—Diríase que estamos representando una obra del teatro moderno, dijo. Oyeme: si conociese al hombre que ha de hacer feliz á esa chica, mañana mismo correría yo en su busca. ¡Pero ver sufrir, en mi presencia, á esa dulce amiguita..., y verla sufrir porque he dado una mala educación á mi hijo!..

—No te adornes con plumas ajenas. Tú no le has educado bien ni mal. No es culpa tuya. Calma tu conciencia y vete á acostar. Si tu mujer no te encuentra en casa cuando se retire, ¡qué pelotera te va á armar! Cierto es que te permiten verme, desde que tengo el honor de ser el médico del padre y de la hija, quienes, sea dicho entre paréntesis, todavía no me han pedido una sola visita. Tienen una salud de bronce. ¡Hasta en esto tengo poca suerte! Admírame: no les he probado que están enfermos. Otro caso de hipertrofia de conciencia. ¡Ay de mí! Supongo que á estas horas tendrás ya el alma tranquila.

—¡No!, exclamó Codoero levantándose de su sillón con un sordo quejido.

XII

Algunos días después, la señora de Bucilly encontróse en el ascensor con un gallardo teniente de cazadores de infantería. Apeóse la primera y escuchó. ¡Loado sea Dios! El apuesto oficial se detuvo en el segundo piso. Era, sin duda, un amigo de los Mugrón. Beltrana preguntó á su doncella, que le quitaba el sombrero.

—¡Cómo! ¿La señora no sabe?.. Ese joven es el hijo mayor de la condesa. Tiene su habitación particular no sé dónde, cerca de la Escuela Militar, donde cursa sus estudios. Viene á menudo á comer con su familia, una familia muy unida, según se ve.

Codoero, que no hubiera podido decir otro tanto de la suya, presagió una tormenta. Durante la comida, los signos precursores de la conflagración de los elementos se manifestaron. Pero, contra su costumbre, Beltrana supo contenerse hasta que hubieron pasado al salón, fuera de la presencia de los criados. Y lo más asombroso fué que la escena tomó la forma de un largo gemido, más bien que la de una ruidosa invectiva. Es que, desde que vivían en el Building, el marido había venido á ser, si no una potencia, al menos una influencia con la cual tenía que contar. En aquel momento se le trataba de igual á igual.

En una homilía que á Carlos le pareció muy fastidiosa, Beltrana hizo una descripción patética de la situación. Desdeñando una falsa modestia, mostró el terreno ya conquistado por sus hábiles esfuerzos, sin olvidarse de hacer justicia al concurso asiduo que en su hijo encontraba. Todo parecía marchar á pedir de boca. Pascualina y Carlos, bajo un mismo techo, se veían diariamente. Es más; gracias á prudentes precauciones, Pascualina no veía á nadie más que á Carlos.

Pero la ciega imprevisión del jefe de la familia venía á echarlo todo á perder de nuevo, cuando todo parecía haberse salvado. Codoero era causa de que un joven, provisto del doble prestigio del uniforme y del título, circulase en la casa. Por su culpa acababa de surgir un rival — y un rival peligroso.

—Para mí, concluyó Beltrana, van á empezar de nuevo las noches de insomnio. ¡Ah! ¡Buena elección tienes para traer inquilinos al Building!

Cuando le fué posible decir algo, Codoero pidió explicaciones. Al enterarse de que la condesa de Mugrón era madre de un teniente, manifestó una sorpresa no fingida. Después, brilló en sus ojos de hombre honrado un extraño resplandor; pero no dijo nada. ¡Pobre hombre! ¡Ay, si Beltrana hubiese sabido qué pensamiento animaba de aquella manera su rostro melancólico!..

Carlos, cuyo instinto burlón no cedía nunca, ni aun en las circunstancias más graves, dijo:

—Se me figura que soy Robinsón en su isla, y que acabo de descubrir las huellas de *Domingo*.

Al día siguiente, Codoero subió á ver á Pascualina poco después del almuerzo. A tales horas, le permitían aquellas visitas, que estrechaban la amistad entre ambas familias. Después de haber hablado con su joven amiga en el tono paternal que acostumbraba, le preguntó en el momento de retirarse:

—¿Cómo le va á usted con los Mugrón?

—Son menos amables que usted. Parecen dispuestos á ignorar si existimos. Apenas los he visto á distancia. La señora de Mugrón está muy ocupada con sus cuatro hijos.

—¡Cinco!, corrigió Bucilly. Tiene un hijo, el mayor, que es militar; pero ese joven vive solo. Le he visto varias veces; yo le tomaba por visita de la casa. Solamente desde ayer sé que es su hijo.

—¡Numerosa familia!

—Sí. El cabeza de esa familia es un gallardo oficial.

Pascualina dejó caer la conversación, como hacía cada vez que no le interesaba el asunto. Bucilly no dijo más aquel día; pero no perdió de vista á *Domingo*, como le llamaba siempre Carlos con el desdén majestuoso de un hombre hablando de otro hombre.

Gracias á una voluntad paciente, á veces un poco ayudada por la astucia del esclavo oprimido, Codoero consiguió su objeto, que consistía en trabar conocimiento con el joven conde.

Un día se las arregló para salir al mismo tiempo que él y marchar juntos; como era natural, hablaron de la casa y del casero. Mugrón fué enterado de la existencia de Pascualina y de sus millones; pero pareció interesarse más por la pintura entusiasta de su belleza. Si Beltrana hubiese sorprendido aquella conversación, Codoero hubiera podido prepararse á ser víctima de rigores hasta entonces desconocidos.

Bastante satisfecho de no ser descubierto, supo muy pronto que sus palabras no habían caído en oídos sordos. El teniente había hecho por encontrarse con Pascualina; dos días después, le pareció oportuno hacer una visita de cortesía á Maugrabin. Y por no alargar el relato, diremos que la semana siguiente Beltrana recibió una sacudida. Invitada á comer en casa del propietario del Building, con su familia, lo que desde luego la había llenado de satisfacción, encontróse con otro convidado que no era de los suyos: el conde de Mugrón.

Antes de llegar á los postres, Beltrana no conservaba ilusión alguna sobre la extensión de su desgracia: *Domingo*, con toda evidencia, estaba muy enamorado de la heredera; no enamorado al modo de Carlos, sino enamorado sinceramente.

Resultaba que Carlos era brillante y animado, mientras que el otro no se distinguía por su conversación. Bucilly, cuyo interés por aquel joven oficial parecía no desmentirse jamás, salió en su ayuda haciendo recaer la conversación sobre el arte militar con lo cual se animó en seguida. Mugrón dió sobre el ejército de los Estados Unidos ciertos detalles que no se encuentran en los libros.

—¿Ha estado usted, acaso, en West-Point?, le preguntó Maugrabin.

—Todavía no, contestó el oficial. Pero al ingresar en Cazadores, encontré en mi compañía un tipo sumamente curioso. Siempre me acordaré de él; había venido de Nueva York expresamente para prestar su servicio militar. Contaba una infinidad de cosas curiosas, de las cuales apunté algunas. Ese joven, que se llamaba Emilio Candiac...

El nombre que acababa de oir, hizo saltar á Maugrabin. Con el brazo extendido, la cara encendida y los ojos brillantes de cólera, profirió este anatema:

—Suplico á las personas que tengo el honor de recibir á esta mesa, no me hagan recordar que Emilio Candiac ha existido nunca.

Siguió un silencio mortal. El oficial, sorprendido, no sabía qué decir. Pascualina se había puesto pálida. Beltrana y su hijo, por el contrario, cambiaban una mirada que significaba: «¡A ese no le invitarán con frecuencia!» Bucilly, causa de todo el mal, se prometió no volver á poner al ejército sobre el tapete, en aquella casa. El anfitrión, para terminar el incidente, declaró que existen pocas familias en que no se oculte algún disgusto, lo que hizo pensar á los convidados que el tal Candiac debía haber forzado algunas cerraduras en América.

La comida se acabó en medio de un malestar general; los convidados se retiraron temprano; Mugrón se había marchado el primero, excusándose con el deseo de abrazar á su madre antes de irse á su casa.

—¿Te has divertido?, le preguntó la condesa.

—No mucho. He hecho una plancha. El casero tiene un cadáver y yo le desenterré. Pero, en cambio, posee una hija encantadora.

—Tiene el aire un poco extraño esa muchacha, á juzgar por lo poco que la he visto.

—La verdad es que se sale de la cargante monotonía de nuestras señoritas que pasan por bien educadas. Habla poco, pero debe reservar sorpresas á quien la trate. ¡Buenas noches, mamá!

El oficial tardó en dormirse. Trataba de comprender el contenido de las miradas que Pascualina le había dirigido al final de la reunión. Al día siguiente, al salir de clase, encontró sobre una mesa una carta llegada por el correo; la primera de las sorpresas que le reservaba Pascualina.

«Caballero, quisiera hablar con usted á solas algunos minutos. Se trata de desempeñar un acto de simple justicia Como está usted más ocupado que yo, le aguardaré en mi casa á la hora que usted pueda venir y que espero se servirá indicarme.

»Sinceramente su amiga

»Pascualina Maugrabin.»

Leyó varias veces la firma, para cerciorarse de que aquella esquela, de estilo masculino, procedía de la linda muchacha que, desde hacía algunos días, no dejaba de perjudicarle algo en sus estudios.

«¡De esta sí que mi señora madre se extrañaría de su proceder!,» pensaba el joven.

Pero el hombre más fatuo del mundo no hubiera visto en aquellas líneas la menor traza de romanticismo.

El oficial contestó con un telegrama, redactado en la forma menos galante posible: de tal modo presentía que el caso no tenía nada de aventura amorosa.

Al día siguiente, á primera hora de la tarde, fué introducido en el saloncito de Pascualina.

– ¡Gracias por haber venido!, le dijo ella. Pero ¿qué habrá pensado usted? Me olvido siempre de que estoy en Francia, el país de la libertad..., para los hombres.

– Soy militar, y los militares obedecen sin tomarse el tiempo de pensar. Añadiré, si es necesario, que después de haberla á usted mirado en los ojos, no es posible pensar mal de usted.

– ¡Bien!, dijo Pascualina. Ese es el concepto que yo había formado de usted. Vamos á entendernos en seguida. ¿Qué piensa usted, desde anoche, de Emilio Candiac?

– Debo confesar que desde anoche he pensado más en otras personas que en Emilio Candiac. Su inteligencia y su energía me llamaron la atención. No dudé de su honradez mientras sirvió á mis órdenes. ¿Por qué razón su padre de usted, que es también muy honrado, *ejecutó* de aquella manera á dicho joven? Esta es la pregunta que me hice, á decir verdad.

– Y eso es, precisamente, lo que yo quería explicar á usted. Candiac todo se lo debe á mi padre, que es tío suyo; nos hemos criado juntos como hermanos. El había de encargarse de la continuación de nuestros negocios de América. Pero, á pesar de no conocer la Francia, le atormentaba el deseo de vivir en ella. Se consideraba como en el destierro. Es un muchacho dado á las aventuras, sin apego alguno al dinero. Una vez mayor de edad, partió, dejando á mi padre que, al contrario de su sobrino, está locamente apasionado por América. Tal es el crimen de mi primo, castigado con una completa caída en desgracia. Pero no hay en el mundo un hombre más digno de aprecio. Por esto, al ver que usted, que ha sido su jefe, dudaba de él, pensé que la amistad me obligaba á disipar aquella duda.

– Nada queda ya de ella, dijo Mugrón inclinándose. El caso es que su padre de usted tuvo anoche la mano algo pesada. Sin embargo, la partida de su sobrino no le arruinó, puesto que ha podido construir esta casa.

A Pascualina le divirtió la idea de que su interlocutor la creía hija de un padre simplemente «no arruinado;» y la halagó el pensar que aquel joven, en cuyos ojos se reflejaba la admiración, no se preocupaba de cuál fuese su fortuna. Los Bucilly habían sido más curiosos.

– Señorita, añadió el oficial, su primo tiene en usted una celosísima protectora; yo quisiera encontrarme en su lugar.

– ¿Para qué? Tiene usted hermanas; yo amo como una hermana á Emilio Candiac.

– Entonces, no quisiera encontrarme en su lugar.

– ¿Por qué?

– Porque no deseamos que ciertas mujeres nos amen como á hermanos. Desde anoche, he pensado más en esto que en Emilio Candiac.

– ¡Cómo! ¿Ni un recuerdo para la comida? ¿Tan mala fué?

– Creo que era buena. Pero cuando tengo el entendimiento y el corazón ocupados, soy de los comensales que no saben lo que comen.



Tranquilícese usted, señorita; en mi vida volveré á hablar á usted de amor

– ¿Y usted cree, después de esa confesión, que no voy á borrar á usted de mi lista? Quiero que se aprecien mis esfuerzos culinarios.

– ¿Y si aprecio en usted otra cosa, señorita?.. ¿Arruga usted el entrecejo á mis palabras? ¡Ay! ¿Qué es lo que se le puede decir á usted? ¿Qué es lo que no se le puede decir?..

– En primer lugar, no hay que echarme flores.

– Si le digo á Venus que es bella y á Minerva que es prudente, ¿pretenderán que les echo flores?

– Dejemos á Venus, á quien sentiría mucho parecerme. En cuanto á Minerva, ¿podría usted hablar de sus cualidades después de haberla visto cinco ó seis veces, la mitad de ellas en el ascensor del Olimpo?

– Yo la sigo viendo y oyendo á usted, aun después de habernos separado.

– Pues conociéndome tan bien, debe saber lo que no hay que decirme.

– «¿Y si se lo dijese?..,» como reza el verso de Musset... ¿Tiene usted las obras de Alfredo de Musset en su biblioteca?

– ¡Oh, si me recita usted versos de los buenos autores, la cosa varía! ¡Vamos! Ya le escucho.

– ¿Es usted burlona?

– ¿Cree usted que prefiero el papel inverso? Puesto que me compara usted á Minerva, preciso es reconocer que no soy tonta del todo.

– ¿Es demostrar á una muchacha que se la toma por tonta el decirle que se la ama?

– Eso no debe decirse sino á la muchacha que se toma por esposa.

– ¡Oh! ¡Qué palabra tan imprudente, si yo no tuviese rectitud de juicio!

De nuevo las cejas de Pascualina perdieron su curva graciosa. Pero, esta vez, no se trataba de bromear.

– Y si le faltase rectitud de juicio, ¿qué sucedería?, preguntó ella.

Mientras Mugrón buscaba una frase para salir del paso, Pascualina continuó:

– ¡Sea usted franco! Diga usted que tengo todas las apariencias de cazar un marido... Como no quiero dejarlo á usted en una creencia tan lastimosa como inexacta, debo advertir á usted que mi padre posee una gran fortuna, lo que me evita el tener que correr detrás de los pollos. Por lo que á mí toca, es más de temer el papel inverso.

– ¡Oh!, dijo Mugrón poniéndose muy colorado; dispense usted... No sabía... Tranquilícese usted, señorita; en mi vida volveré á hablar á usted de amor.

Se había levantado para despedirse.

– Me habían prevenido, dijo Pascualina, que la desconfianza reina en absoluto en este país. Hice mal en olvidarlo. La lección era justa.

– ¡Oh, señorita, si he tenido trazas de querer dar á usted una lección, yo acabo de recibir una formidable! La sombra misma del dinero echa á perder cuanto toca.

– El dinero, dijo Pascualina, es un déspota cuyo yugo hay que sacudir. Si es vergonzoso rendirle culto, es una cobardía temerle. Las almas nobles deben ignorar si existe.

– Y usted es un alma muy noble, dijo Mugrón besando la mano á la joven.

Separáronse sin rencor. Una vez sola, Pascualina hizo esta reflexión:

«¡Decididamente, no hay que *flirtar* nunca en Francia!»

XIII

Como todo general que empieza una campaña, la señora de Bucilly tenía su servicio de informes, confiado, gracias á ligeros subsidios, al *groom* del ascensor. Por él estaba al corriente de los menores movimientos del enemigo, un enemigo muy temible, puesto que poseía al menos dos ventajas de que carecía Carlos: un título nobiliario y una regular fortuna.

La señorita Maugrabin había dicho que no elegiría su esposo en América, lo cual ya era algo; pero el teniente Mugrón no pertenecía á la categoría eliminada.

Afortunadamente parecía eliminarse él mismo. Ni una sola vez, en sus visitas á su madre, se había hecho ascender al sexto piso.

Esta circunstancia hubiera sorprendido á Beltrana, sin ciertas palabras inoportunas pronunciadas por el oficial en la mesa de Maugrabin.

«Sin duda el marsellés le habrá cerrado las puertas de su casa,» pensaba la señora de Bucilly.

Esta conclusión optimista distaba mucho de la verdad. En pocas semanas, Pascualina y Mugrón se habían visto varias veces. Pero éste, sabiendo que su admiración por la joven vecina causaba cierta inquietud á su madre, disimulaba sus relaciones.

(Continuará.)

LOS JUEGOS FLORALES DE COLONIA (ALEMANIA)

Colonia entrega á España por entero el triunfo del día 4 de mayo, pues en los Juegos Florales del Rhin, que no son sino un reflejo de los de Barcelona, ha triunfado la poesía española por las composiciones de dos abogados hispanos que se inspiraban en la abogada de los pecadores, la Virgen; y ha obtenido un éxito lisonjero también la música española en el estreno del fragmento titulado *La corte de amor*, sacado de la trilogía *Los Pirineos*, siendo Colonia, la del Rhin, la tercera ciudad después de Barcelona y Venecia que saludaba con grandes aplausos la obra de Pedrell, que pudiera llamarse quizá el fundamento sólido del drama lírico español. No ha de llorar Barcelona la interrupción de su fiesta favorita, orgullo y prez de las letras catalanas, corona espléndida del Renacimiento catalán: puede reclamar como suyos los laureles de la fiesta de Colonia, la tierra clásica de los Juegos Florales; Barcelona era la señora de nuestros pensamientos, la reina de nuestros himnos fascinadores: hemos recordado la memoria del inolvidable campeón de Cataluña, el Dr. Bartolomé Robert, arrebatado á la ciencia y á la política por la despiadada muerte, el noble varón que en 1899 sirvió de lazo de unión entre Barcelona y Colonia ofreciéndonos una magnífica cinta, el médico insigne que devolvió á Cataluña á su vate predilecto, Jacinto Verdaguer, para que pudiese depositar en los altares consagrados á la Virgen flores de mayo. Hemos enviado un abrazo fraternal al presidente de los Jochs Florals de Barcelona, el inspirado autor del canto á la raza latina, Francisco Matheu, y hemos brindado por el joven rey de España, deseando que su reinado sea feliz, más duradero que el de su malogrado padre, el rey caballeresco D. Alfonso el Pacificador, y sea rico en hechos gloriosos, en hechos que son la pluma de oro que escribe la historia de los pueblos con caracteres divinos, porque los hechos son el lenguaje de Dios.

No necesitamos describir otra vez el grandioso espectáculo que presenta el salón del Gürzenich al celebrarse el primer domingo de mayo los Juegos Florales, escuchándose con deleite, como dice bien el Sr. Goteva Ravassa en la poesía laureada con la flor natural en los Juegos Florales de Sevilla:



La princesa Federico de Sajonia-Meiningen, reina de los Juegos Florales de Colonia, 1902 (de fotografía de W. Hoffert)

cánticos bellos de gaya ciencia,
en cuyas rimas los trovadores
á Dios elevan su inteligencia,
cantan la patria de sus mayores
y son las musas de su existencia,
los gratos sueños de sus amores.

¡A tales fiestas, honor egregio!
Reinando en ellas como una diosa
entre las flores de trono regio,
sus gracias luzca mujer hermosa.
¡Ellas! El brillo de sus miradas
luz es del arte, numen del verso;
ellas, las notas más inspiradas
son en el himno del Universo.

Admirábase en el vasto salón adornado de banderas y flores un cielo de mil mujeres: la hija del alcalde de Colonia, rodeada de veinticuatro jóvenes, sentada en trono regio como representante de la reina de la fiesta, la princesa Federico de Sajonia-Meiningen; tres hermosas arpistas en cuyas manos el arpa era un ser con alma produciendo mágicos efectos en la composición del mallorquín D. Miguel Capllonch, sirviéndole de texto una poesía de Carmen Sylva.

Uno de los últimos actos de la reina regente de España consistía en enviarnos un afectuoso saludo; no impidió el duelo causado por el fallecimiento de su padre el rey D. Francisco á la infanta doña Paz, nuestra adorada reina de la poesía en 1901, dirigirnos una cariñosa carta y entregarnos un premio extraordinario, y premios extraordinarios nos brindaron también la reina de la fiesta, el gobernador de la provincia del Rhin y la ciudad de Colonia, que ya se ha enamorado de su fiesta primaveral é irradia luz y alegría en sus queridísimos Juegos Florales.

Lo que en 1899 parecía una empresa dificilísima y arriesgada, el implantar en la metrópoli del Rhin la fiesta del Llobregat, ya es realidad brillante. El genio de nuestros Juegos Florales parecía tímido en el primer año de su existencia, pero ya es lozano y risueño como el que más.

En los numerosos saludos poéticos que recibimos de todas partes no faltaba Barcelona, remitiéndonos una preciosa poesía catalana el simpático redactor de *La Joventut* D. Rafael Nogueras y Oller.

La mayor parte de los poetas laureados residen en Colonia ó Berlín, en Dresde ó Leipzig. Dos poetisas son hijas de la encantadora Viena, donde suena la sugestiva música de los valses de Strauss, y un



Grupo de señoritas que formaron la Corte de Amor en los Juegos Florales de Colonia, 1902

novelista premiado habita el país de los Faraones.

Los premios extraordinarios que el «Felibrige latin» dispensó por primera vez á los proscritos de Francia y Piemont que desde hace dos siglos tienen un asilo en Wurtemberg, dió una nota característica á los Juegos Florales de 1902.

JUAN FASTENRATH.

***

MONUMENTO

Á LA REINA VICTORIA EN CALCUTA

Recientemente se ha inaugurado en la capital de las Indias inglesas el monumento que el adjunto grabado reproduce y que es obra del notable escultor, miembro de la Real Academia de Londres, Mr. Jorge J. Frampton.

El acto de la inauguración, presidido por el virrey lord Curzon, revistió gran solemnidad, habiéndolo presenciado una multitud extraordinaria y habiendo concurrido á él toda la guarnición de Calcuta y gran número de voluntarios. En el acto de descubrirse la estatua se disparó una salva de 101 cañonazos.

El monumento se levanta en el Red Road, delante del palacio del gobierno, y representa á la reina Victoria sentada en el trono y revestida de los atributos reales.



MONUMENTO ERIGIDO EN CALCUTA Á LA REINA VICTORIA DE INGLATERRA, obra de Jorge J. Frampton

***

FERROCARRILES ELÉCTRICOS

DE MILÁN

La multiplicación de vías férreas de tracción eléctrica tiene especial importancia en los alrededores de las aglomeraciones muy pobladas, pues este sistema de tracción se acomoda perfectamente á las necesidades de los arrabales y de los suburbios de una gran ciudad, proporcionando los medios de poner en circulación convoyes tan numerosos como se quiera. Sin entrar en detalles técnicos, recordaremos que desde el momento en que se dispone de una estación central eléctrica que distribuye la corriente á lo largo de la línea férrea, cuesta muy poco aumentar el número de coches que toman simultáneamente la corriente de los conductores.

Desde hace dos años realízanse en este sentido interesantísimas tentativas en Milán y en la comarca industrial que rodea á esa ciudad. Por la línea Milán-Monza circulan trenes ó por lo menos carruajes cuya fuerza motriz se obtiene por medio de acumuladores, y en la actualidad se está preparando la introducción de trenes eléctricos en la línea Milán-Gallarate y en los tres ramales que, partiendo de Gallarate, se dirigen á los lagos Mayor, Varese y Lugano y terminan en Arona, Laveno y Porto Ceresio.

Estos tres ramales, cuya longitud es de 25, 30 y 33 kilómetros respectivamente, son más bien ferrocarriles de montaña con pendientes de 20 por 100 y servirán particularmente para el servicio de los turistas durante el verano y el otoño. En cuanto á los 40 kilómetros de Milán á Gallarate, constituyen una importante arteria en un país muy poblado y serán recorridos por un gran número de pequeños trenes-omnibus y también por un servicio especial de trenes expresos que sin pararse salvarán en 30 minutos la distancia entre aquellas dos poblaciones.

En aquella región, el carbón es muy caro; pero en cambio abundan los saltos de agua, disponiéndose del río Ticino, que proporcionará una fuerza de 11.000 caballos. Actualmente se va á construir la estación hidro-eléctrica de fuerza motriz, y mientras ésta se termina funcionará una estación provisional de vapor. La corriente eléctrica se producirá en la estación á una tensión de 12.000 á 13.000 voltios, y esta corriente será transformada en continua. Los vagones que circulen por la vía férrea tomarán la corriente de un tercer riel dispuesto paralelamente á la línea. Cada uno de estos vagones, de 18 metros de largo por cuatro de alto y tres de ancho, estará dividido en compartimientos de primera y segunda clase á fin de que por sí solo pueda constituir un tren. La capacidad de los coches motores será para setenta y cinco personas y la de los remolcados para noventa. – D. B.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

EL DRAMA WAGNERIÁ, por *Houston Stewart Chamberlain*, traducción de *Joaquín Pena*. – Interesantísimo estudio de la teoría del drama wagneriano y análisis acabado de cada una de las obras del inmortal maestro, á quien el autor califica de uno de los más grandes poetas de la humanidad. La traducción al catalán está muy bien hecha. El libro, publicado por la «Associació Wagneriana de Barcelona,» consta de 222 páginas y se vende á tres pesetas.

CAÍN Y ARTEMIO, por *Máximo Gorki*, traducción de *A. Riera*. – Colección de novelas cortas del popular escritor ruso, cuyas obras no sólo agradan por su argumento, sino que obligan á pensar por la trascendencia que en el fondo entrañan. Un tomo de 253 páginas que forma parte de la Biblioteca que con tanto éxito publica el conocido editor barcelonés D. Luis Tasso. Precio, una peseta.

EL CONSULTOR FERROVIARIO, por *D. Jesús Jiménez*. – Obra de gran utilidad para el comercio y en general para todas aquellas personas que hayan de utilizar los medios de transporte por los ferrocarriles de España, basada en la legislación vigente del ramo. Contiene las disposiciones referentes á los servicios de viajeros y mercancías, debidamente comentadas y con útiles consejos. Un tomo de 98 páginas impreso en Madrid en la imprenta de Ambrosio Pérez y C.ª Precio, una peseta.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Revista Comercial Hispano-Americana, mensual ilustrada; *Crónica de Barcelona*, semanal; *La Opinión Postal*, tres veces al mes; *España Cartófila*, mensual ilustrada; *Boletín de la Tarjetr postal ilustrada*, mensual; *La Medicina Científica en España*, mensual; *Revista Homeopática Catalana*, mensual; *Luz*, mensual ilustrada; *El protector*, mensual (Barcelona); *La Lectura*, mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *La Fotografía*, mensual ilustrada; *Sol y sombra*, semanario taurino ilustrado (Madrid).



Invitación á la fiesta (Evangelio de San Mateo, cap. XXII), cuadro de Eugenio Burnand

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 2 de junio de 1902 — Núm. 1.066

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LEYENDO EL QUIJOTE, cuadro de Antonio Fabrés

premiado con medalla de honor en una exposición recientemente celebrada por la casa Georges Petit, de París

ADVERTENCIA

Con el número 1.068 repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo segundo de la presente serie, que lo forma la preciosa pastoral ó novela de Bernardino de Saint-Pierre

PABLO Y VIRGINIA

primorosamente traducida por el inspirado poeta y notable literato D. Melchor de Paláu, quien, como dice en el prólogo con que encabeza su traducción, ha procurado «no ser déspota ni esclavo, y conciliar el genio de la lengua castellana con el particular del autor, cuyo estilo cortado difiere no poco de la rotundidad periódica que caracteriza á nuestros clásicos.»

Esta famosísima y con razón encomiada novela, de la cual ha dicho D. Juan Valera «que en ella el pudor y el espiritualismo en los amores se levantan inmensamente por encima de lo que se pinta en *Dafnis y Cloe*,» va ilustrada con once preciosas láminas y más de cien primorosos grabados intercalados, dibujados unos y otras por Mauricio Leloir; está lujosamente encuadernada con una cubierta alegórica, composición de Triadó, y por sus condiciones, tanto literarias y artísticas cuanto materiales, figurará indudablemente entre las mejores publicadas en nuestra Biblioteca.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Soy enemigo de toda hipocresía, y por consiguiente, de fingir mentirosas humildades; así es que al decir ahora que me encuentro atajado y cohibido ocupando el puesto que acaba de dejar Eusebio Blasco, no hago uso de un artificio retórico, tan desacreditado y tan ridículo como suelen serlo los exordios de los discursos académicos, saturados de falsa y empalagosa modestia, sino que expreso un fundado temor, nacido de una convicción sincera.

Por fortuna, mi justificada desconfianza hállase compensada por una consideración que contiene evidente verdad. Por bajas que, comparadas con las de Blasco, queden mis crónicas, mi amor propio ha de sentirse libre de toda mortificación. Lo que duele, aunque sea cierto, es verse inferior á los medianos, no á los que tienen tan acreditado mérito literario como mi ilustre antecesor en las columnas de La Ilustración Artística.

Y con lo dicho basta de preliminares.

* * *

Forma contraste con la soledad de bancos que reina en el teatro de la Comedia las noches en que se representan «obras serias,» la animación que se advierte cuando la función es de aquellas que no sé por cuál motivo se ha dado en llamar verdes, cuando en justicia deberían designarse con el adjetivo de *rojas*, aunque no sea más que por el rubor que hacen subir á las más curtidas mejillas.

FF, traducción al italiano del *vaudeville* francés titulado *Le remplaçant*, ha sido, hasta ahora, la única obra del repertorio de la Iggius que ha logrado romper el hielo del público de Madrid. Todo el chiste de esta desvergonzada comedia estriba en lo atrevido de las situaciones y en lo libre del diálogo. La verdadera belleza cómica brilla por su ausencia; de arte, ni un grano. Esto no obstante, el segundo acto, que es el más indecoroso, hizo desternillar de risa al escogido público, en el cual, por más que parezca extraño, abundaban las señoras y no faltaban las señoritas.

Y no se crea que este regodeo de los espectadores y espectadoras es fingido y que no se enteran ó se enteran á medias de lo que en la escena se representa. Nada de eso. Sobre que el italiano es ya familiar al público que asiste á la Comedia, á causa de las muchas compañías que en estos últimos años han pasado por aquel teatro, en obras como *FF* lo de menos es lo que en ellas se dice. Su acción es todo lo expresiva que ha menester para disipar las posibles obscuridades del idioma.

Siendo esto así, no es maravilla que la compañía á cuyo frente figura Blanca Iggius, más digna de alabanza por su arrogante figura y por su lindo rostro que por los primores de su arte escénico, intente atraer al público representando, además del citado *vaudeville*, otros no menos desenfadados y atrevidos, como son *Il mio amore*, *La dame de chez Maxim*, *Le controleur de wagons lits* y alguno más de la misma laya. Al paso que van las aficiones de cierta parte del público, no será extraño que lleguen á ponerse de moda representaciones del género de los mimos y atelanas, que tanto gusto daban á los romanos de la decadencia.

* * *

Acontecimiento teatral de verdadera importancia ha sido la inauguración del *Teatro Lírico* con la ópera española *Circe*, música de Chapí y letra de Ramos Carrión. En honor á la verdad, el nuevo teatro es sin duda uno de los mejores de España: soberbio vestíbulo, anchurosa y magnífica sala, iluminación espléndida, escenario, aunque no muy grande, lo bastante espacioso para que puedan representarse en él obras de gran espectáculo; lujo y buen gusto en la ornamentación, y comodidad en las localidades, pasillos y dependencias.

Con todo esto, el teatro Lírico lucha con un grave inconveniente: el público de Madrid es excesivamente apegado á la rutina. Está acostumbrado á acudir á los teatros del centro, y no hay fuerzas humanas que le hagan abandonar el camino trillado. Hace algunos años que se inauguró en la misma calle en que se ha construído el nuevo coliseo el lindo y elegante de la Princesa (en donde días pasados la compañía de María Tubau estrenó con un *succès d'estime La Arlesiana*, de Daudet, traducida por Rodrigo Soriano), y á estas fechas aún no ha podido conquistar el favor del público. La gente opina acerca de este teatro lo mismo que Vico, el cual decía que el de la Princesa era el teatro de provincia más próximo á Madrid.

Por esta razón, principalmente, después de la noche de la inauguración, en la cual estuvo lleno de bote en bote el nuevo teatro, se ha visto en las funciones sucesivas poco menos que desierto.

Al hablar del Lírico, forzoso es decir algo de su fundador y dueño, Luciano Berriatúa. Seguramente que mis lectores tendrán cabal noticia de aquellos alquimistas de la Edad Media, que enloquecidos por el anhelo de encontrar la piedra filosofal, echaban en sus hornillos todo cuanto poseían, y si no se echaban ellos mismos á guisa de combustible, era por la sencillísima consideración de que arrojándose al fuego no hubieran podido proseguir sus infecundas investigaciones.

Berriatúa, á fin de ver construído y funcionando su teatro, ha hecho ni más ni menos que aquellos alquimistas. Para realizar su propósito no ha perdonado medio, ni recurso, ni arbitrio, ni sacrificio. Todo, absolutamente todo, lo ha puesto al servicio de su idea, y gracias á su tenacidad inquebrantable ha levantado el nuevo edificio, lo ha decorado regiamente, ha contratado un batallón de artistas, ha comunicado su entusiasmo y actividad á poetas y músicos, y ha logrado, por último, ver descorrerse el magnífico cortinaje de terciopelo y oro del escenario, para que lo más selecto del público madrileño presenciase el nacimiento de la ópera española. Representóse *Circe*, hubo aplausos para los autores, felicitaciones vehementes al empresario, elogios á los cantantes, bombos en la prensa para todos..., pero al día siguiente del estreno no había en el teatro ni doscientos espectadores.

Circe, aun en circunstancias menos atractivas que las que rodearon su aparición en el teatro, merecía ser vista y aplaudida. La música es hermosa y el libro de Ramos Carrión está escrito con arte: el autor lo ha sacado de la comedia de Calderón titulada *El mayor encanto amor*, inspirada á su vez en uno de los más famosos episodios de la *Odisea*. Pero como decían los latinos: *Habent sua fata libelli*. La obra calderoniana fué estrenada con mayor lujo que la de Ramos. Según escribe Pellicer, «se habían hecho en el Buen Retiro grandes prevenciones de fiestas para la noche del primer día de Pascua de Pentecontés (12 de junio de 1639): muchas tramoyas de Cosme Lotti, ingeniero; más de tres mil luces, y la susodicha comedia, dentro del estanque grande, en teatro que navegase. Su Majestad y señores de palacio, todo alrededor iban en góndolas oyendo y viendo la representación...» Pero fué el caso que tal máquina y tan gran fiesta viéronse deshechas por una furiosa tempestad... Como se ve, hay asuntos artísticos que tienen lo que los andaluces llaman mala sombra, y *Circe* es uno de ellos: en tiempos de Calderón la *mató* un nublado; en nuestro tiempo la deja morir la indiferencia del público.

Tampoco *Farinelli*, letra de Cavestany, música de Bretón, ha tenido más fortuna. Muchos aplausos la noche del estreno: desvío las noches siguientes. Sin embargo, así Chapí como Bretón han escrito para sus respectivas óperas páginas musicales que honran al arte español.

* * *

El público que faltaba en el Lírico sobraba en el teatro de la Zarzuela las noches en que la célebre Sada Yacco se ha dignado darnos á conocer las maravillas de la dramática y declamación japonesas.

Sada y su *troupe* traían el marchamo de París, cuya prensa los puso por las nubes; y es claro, ante aquellos elogios que venían hasta nosotros del otro lado del Pirineo, nos hemos creído en el deber de entusiasmarnos. Quizás sin tales antecedentes, la gente distinguida de Madrid habría pasado por delante de la puerta del teatro de la Zarzuela con la misma indiferencia con que pasaría por delante de una barraca de feria.

Claro es que tratándose de un espectáculo cuyo elemento principal es el literario, tengo por punto menos que imposible formar juicio, ni aproximado siquiera, sobre el mérito de las obras representadas ni acerca del poco ó mucho acierto con que los actores y actrices las representan. De lo único que puede juzgarse con algún fundamento es de la parte mímica, sobre todo cuando ésta expresa grandes pasiones, dolores violentos, peleas ó muertes. En todas estas cosas abundan los dramas con que nos ha obsequiado la compañía japonesa. En ellos hay puñadas, abanicazos, palos, sablazos y puñaladas, todo aderezado con revolcones, volteretas y saltos mortales más propios de saltimbanquis que de cómicos.

En medio de estos vapuleos y zapatetas, destácase la linda figurilla de Sada Yacco, cuyos ojos brillan con extraordinaria fuerza y cuya fisonomía posee asombrosa movilidad. Gracias á ella, logra dar á su cara la espantosa expresión de la agonía con un realismo tal, que la muerte fingida se confunde con la verdadera. A aumentar la trágica impresión que en esos momentos produce sobre el público el descompuesto semblante de Sada Yacco, contribuye el rayo de luz lívida que un poderoso reflector deja caer sobre su cara.

Cuando después de estas escenas de agonía la actriz se presenta en escena á recibir los aplausos del público, tiénese á milagro verla resucitada.

Aparte de este maravilloso modo de morir, todo lo demás del arte japonés que yo he podido apreciar, me parece bárbaro, primitivo y grosero.

* * *

Pocas novedades nos ha ofrecido en estos últimos días el género chico. Lo único que merece mención es la obrita en un acto, letra de D. Francisco Tristán y música de D. José Serrano, titulada *La mazorca roja*, con sus puntas y ribetes patéticos, según es uso y abuso de las obrillas en un acto que ahora se estilan, pero muy superior á tanto esperpento semibufo y semidramático como se representa en los teatros por horas y que dura en el cartel centenares de noches, á despecho de las más estrepitosas gritas.

Mas los autores de tales despropósitos no se apuran por silbido más ó menos, siempre que el trimestre marche; de modo que, como el personaje moratiniano, «escriben, los silban y vuelven á escribir; vuelven á silbarlos y vuelven á escribir.» Y entre chiflidos y protestas va pasando el fárrago de obrillas cuyos títulos embadurnan las anunciadoras de los teatros.

Ahora le ha salido al género chico un enemigo formidable. Cinco salones funcionan ya en Madrid dedicados á lo que los hermanos Quintero llamaron género ínfimo. «Esto matará á aquello.»

Zeda.



Sofía cayó de rodillas, fluyéndole de los ojos copioso raudal de lágrimas

EL MILAGRO DE SANTA CECILIA

I

Sin duda estaba dispuesto que D. Pascual de la Utrilla fuese el rigor de las desdichas, por cuanto al año de quedarse ciego, un resbalón que dió al bajar la inverosímil escalera de su casa privóle del uso de su mano derecha durante muchos meses. La rotura fué tan extraña y nunca vista, que tras de una complicación vinieron dos, y apenas atajadas éstas llovióle otra más grave que las anteriores, pues como cada vez se hallaba el pobre señor más abatido y débil, ocurríale que la pícara enfermedad se ensañaba en él de un modo que movía á lástima. Gracias á que la defensa de su mísero cuerpo estaba principalmente encomendada á su nieta Sofía, la cual no se daba punto de reposo para acudir á todos los sitios donde su presencia podía contener los avances de la dolencia y aun hacerla huir y desaparecer de su vista. Con un valor épico y una actividad infatigable, la pobre niña, que por entonces cumplió los diez y ocho, administraba á su abuelo alimentos y medicinas sin que ni por excepción se faltase un ápice á lo preceptuado por el médico, antes bien se adivinaba el pensamiento de éste y se anticipaban los cuidados á sus prescripciones con una adorable intuición de mujer previsora.

Con el alimento y medicación había que entreverar otra cosa de suma importancia para el ciego, cual era la conversación y lectura de libros y periódicos. Porque ocurríale á D. Pascual que con la rotura del brazo se le acabó su único solaz, más bien apetito espiritual: la música. Sí, señor. D. Pascual de la Utrilla era un gran violinista que antes de quedarse ciego perteneció á una sociedad de conciertos donde conquistara muchísimos aplausos. Por eso, cuando la ceguera le obligó á retirarse á la vida privada, agarróse á su stradivarius como á la única tabla de salvación capaz de irle sosteniendo en aquel gran naufragio de su vida. Con la música distraía el pobre hombre sus interminables ratos de quietud en el sillón de gutapercha, y así, cuando el maldito resbalón obligóle á guardar el violín, reducido á forzosa mudez, de sus ojos se desprendían amarguísimas lágrimas, mucho más amargas que las que le hizo verter la cruenta operación á que el médico le sometió.

Para endulzar la ausencia de la música hizo Sofía verdaderos prodigios. De la conversación pasaba á la lectura; de ésta volvía á la charla; y mezclaba con tal arte una y otra á fin de no producir hastío al abuelo, que en más de una ocasión sintióse éste verdaderamente admirado ante aquella sublime habilidad y hubo de traducir la admiración en inacabable besuqueo, bendiciendo á su nieta y jurando que la quería aún más que al stradivarius, lo que, tratándose del señor de la Utrilla, era querer incomparablemente.

Algunas veces sentía el hombre la nostalgia del valioso instrumento, pero no se atrevía á decir á Sofía que se lo trajera, porque no interpretase la niña aquella petición como aburrimiento de la charla. Entonces ella lo adivinaba, y sin decirle nada colocábale el artefacto sobre las rodillas. D. Pascual suspiraba con visible satisfacción; paseaba la siniestra mano por las dormidas cuerdas y disponíase á seguir escuchando á su nieta, feliz por completo al arrullo de aquellos dos amores.

II

Sofía era en aquella casa cajero, administrador, cocinera, doncella y señorita, sin que tan múltiples y variados cargos le produjesen confusión alguna, pues para todos ellos tenía especiales aptitudes. Del uno pasaba al otro con perfecta conciencia del cambio, y así ocurría que ni uno solo de los quehaceres inherentes al de cajero se enredaba por equivocación con los de cocinera, ni los de ésta con los de administrador de los exiguos bienes de la casa. Cuando se trataba de guisar, ponía la niña sus cinco sentidos en aquella operación, tan dedicada á ella en cuerpo y alma, que no parecía sino que no había nacido para otra cosa. Y asimismo, cuando se abstraía en la parte económica de sus menesteres, parecían su formalidad y buen acierto propios de tenedor de libros ó persona semejante.

Esta variada disposición hizo que durante los primeros tiempos de la ceguera de D. Pascual marchase la casa con seguro rumbo y tranquilo paso; mas cuando á la ceguera acompañó la rotura del brazo y los gastos subieron de punto, no pudo la buena voluntad de Sofía hacer cara al temporal económico, y empezó la nave á cabecear, á perder la ruta y á crujir como si de un momento á otro fuese á saltar en mil pedazos. De todo esto no se percató nunca D. Pascual, á quien el fragor de la borrasca llegaba endulzadísimo por las habilidades de Sofía. Alguna vez que el viejo preguntaba por el estado de las cuentas, acudía la nieta á calmar su zozobra con tan convincente demostración de que todo marchaba bien, que ni por asomo pudo sospechar la terrible y sorda lucha entablada á dos pasos de él entre el vil metal agonizante y la economía desesperada.

Mas, como hemos dicho, la batalla era cosa perdida para Sofía. Agotados los recursos que había en la casa, hubo que echar mano de cierta libreta del Monte de Piedad, y acabado el capital que ésta suponía fué necesario acudir otra vez al susodicho Monte, si bien esta vez llevando á él prendas y alhajas, de las cuales se despidió la niña llorando en un rincón de la cocina, para que el viejo no se enterase de aquellos supremos manoteos de náufrago perdido en la inmensidad del mar.

También ¡ay! se acabaron los trapos de Sofía y algunos de la pertenencia de D. Pascual, escogidos éstos entre los que él no usaba ni acaso usaría en su miserable existencia. A la nieta no le quedó más que lo puesto... El reloj, dos ó tres pulseras, un vestidito de seda que no había sacado á la calle arriba de tres veces en fiestas solemnes, esto y algo más tuvo que ir al bienaventurado Monte, y hubo un momento de horripilante perplejidad en que á falta de otros efectos, la inspiración de aquella deliciosa mujercita, siempre á caza de medios con que ir tirando, se fijó en un objeto verdaderamente salvador, pero sacratísimo: el stradivarius. Muchos días pensó en esto, es decir, no fueron muchos, porque la cosa apremiaba de un modo cruel, mas sí los bastantes para que padeciese tormentos indescriptibles. ¿Cómo sacar de casa aquel instrumento sin que D. Pascual se enterase? Porque enterarse y morir de pena, hubiera sido obra de minutos. Después de grandes dudas y silencioso lagrimeo sobre la costura, decidió Sofía vender el meritísimo artefacto y comprar en su lugar un violín de poco precio, con lo cual el mísero violinista no se enteraría del cambalache, ya que al tacto le era muy difícil distinguir al falso del verdadero stradivarius. Así como así, el médico no había dado ninguna esperanza de curación; el brazo seguiría roto toda la vida y D. Pascual no volvería á manejar el arco, único modo de poder enterarse de la trágica supercheria. Y dicho y hecho. De la venta del stradivarius encargóse una vecina corredora de alhajas, la cual compró un violín de idéntica forma, que ocupó el lugar del ausente sobre las rodillas del ciego y *manirroto* artista, haciéndose la suplantación con una rapidez y discreción maravillosas.

La primera vez que lo acarició, creyendo que era su viejo stradivarius, la faz de la nieta se contrajo con un gesto de sublime dolor, sólo comparable al de la madre de Jesús al pie del leño ensangrentado.

III

Una mañana, mañana inolvidable, dijo el galeno que D. Juan sanaría del roto brazo, y tan completamente, que, no tocar el violín, sino hacer ejercicios de fuerza podría sin ningún riesgo. Ello era sin duda un milagro de la ciencia, una casualidad, un caso nunca visto; mas de una ó de otra forma, muy pronto se verían sus resultados. A Sofía le sonó en los oídos aquella profecía como un trueno amenazador, y á despecho de su cariño por el abuelo, más le sobrecogió que alegróle. Es decir, quizás el mucho amor fué causa de su inquietud. Vió claro y cercano el día en que, restablecido D. Pascual, sintiese irre-

sistible el deseo artístico, y sólo de pensar la cara que pondría el viejo al escuchar la vibración agria del falso stradivarius se le erizaban los rubios cabellos y le acometían mortales congojas. En cambio el músico púsose tan contento, que apenas le faltó nada para bailar en medio de la sala. En lugar de esto abrazó á Sofía y la prometió buscarle un novio sin ejemplo, como escogido por él.

La curación fué desde aquel día rápida y feliz. Con la cicatrización del brazo volvióle á D. Pascual el buen humor y el apetito. Sentábase á comer muy cerca de Sofía, empeñado en ser él quien la sirviese, ya que durante tanto tiempo actuó la pobrecita de madre y niñera. Ya no cogía el violín; pero encarándose con el sitio en que le suponía colgado, le amenaraba con sonatas, nocturnos y melodías inacabables, para las cuales indudablemente habría acumulado grandes fuerzas durante la larga holganza á que estuvo entregado.

A todo esto, Sofía no encontraba hora de reposo. A medida que la curación adelantaba, íbase sintiendo cada vez más débil y enferma. Diríase que el temor de que el viejo pulsase un día las cuerdas del violín tenía en tensión todas las de su espíritu, sometiéndole á terrible tortura. Durante la noche se pasaba horas eternas de rodillas ante una imagen de Santa Cecilia, pidiéndole un milagro para enmendar aquel entuerto de la venta y cambalache del violín, pues no de otra manera podría arreglarse. ¿En qué había de consistir el milagro? No podía precisarlo Sofía, ni tenía fuerzas su cerebro para buscar forma á la anhelada solución divina... Un milagro, el que fuese, para salvarla del temido cuanto inminente trance.

Un día dijo el médico que D. Pacual estaba curado y que al siguiente podría tocar el violín, aunque sin abusar del brazo. Sofía pasó mortales horas de agitación, violentándose terriblemente para que el viejo no se percatase de ello; antes por el contrario, era preciso que la sintiese cantar y bullir por la casa como pájaro joven. La mañana del famoso día D. Pascual levantóse más temprano que de costumbre; peinóse y acicalóse con mujeril esmero y... pidió á Sofía el violín. Con trémulo ademán, como si entregase su cabeza al verdugo, acercóle la niña el instrumento, mientras con los ojos vueltos á la alcoba impetraba de la santa su divina intervención. D. Pascual sonreía con inefable ventura. Apoyó el instrumento en el hombro y se dispuso á templarlo. Sofía cerró los ojos y su rostro adquirió una palidez amarillenta. ¡Ea, ya estaba templado! En la estancia no se oía más que la respiración del viejo. De pronto, el arco corrió por las cuerdas, y del fingido stradivarius brotaron notas delicadísimas, limpias como de cristal. Haciendo una pausa para dar rienda suelta á su contento, murmuró el vejete con apasionada entonación:

– El mismo, el mismo siempre mi viejo compañero.

Y transfigurado de entusiasmo, prosiguió la sonata con igual limpieza y claridad de notas. Sofía cayó de rodillas, fluyéndole de los ojos copioso raudal de lágrimas, y así se estuvo largo rato, arrullada por el canto suavísimo del violín, que en algunos momentos parecía tener modulaciones celestiales.

(Dibujo de Gili y Roig.) J. MENÉNDEZ AGUSTY.



TIPOS DE MUJERES DE LA MARTINICA

LA CATÁSTROFE

DE LA MARTINICA

El Monte Pelado ha sido causa de la destrucción de San Pedro de la Martinica. A fines del mes de abril habíanse ya observado signos precursores de la catástrofe, y en la noche del 3 al 4 de mayo último entró el volcán en erupción, proyectando una cantidad enorme de lava y ceniza en los campos de las inmediaciones. El día 5, a la una de la tarde, continuó la erupción, y un torrente de fuego descendió por el valle del río Blanco destruyendo fábricas, causando víctimas y haciendo grandes destrozos.

Aquel volcán no había dado señal alguna de actividad desde el año 1851. La isla de la Martinica es de constitución volcánica, y está atravesada en toda su longitud por una cresta montañosa cuya cumbre principal, la del Monte Pelado, tiene una altura de 1.350 metros; este origen volcánico hace que la isla esté muy expuesta á terremotos, el más desastroso de los cuales fué el de 11 de enero de 1839, que destruyó casi completamente la ciudad de Fort-de-France. En 1851 la perturbación seísmica se manifestó con la producción en el Monte Pelado de dos cráteres, por los cuales se escapó gran cantidad de fango y de ceniza. El suelo de la Martinica es en unos puntos arcilloso, en otros aluvial, de toba, de piedra pómez ó de roca. Es, pues, probable que el lodo predomine en sus erupciones volcánicas. La isla está en este momento en su estación cálida y seca, que empieza en abril y termina en julio; después viene la estación cálida y lluviosa, que empieza en julio y termina en noviembre: esta última es generalmente la de las grandes perturbaciones atmosféricas, durante la cual sobrevienen las mayores vicisitudes meteorológicas y geológicas. Esta vez la exasperación vol-



MARTINICA. – VISTA GENERAL DE SAN PEDRO, LA CIUDAD DESTRUÍDA, Y DEL MONTE PELADO

cánica se ha producido en mayo. Tales han sido los pródromos de la catástrofe.

El jueves 7 de mayo, á las seis y media, según testimonio de un oficial del buque *Roraima*, el volcán arrojó de pronto llamas: una especie de huracán de fuego, de lodo y de agua hirviente cayó sobre la ciudad y sobre la rada, en donde estaban anclados diez y ocho buques, todos los cuales, excepto el *Roraima*, se incendiaron. Un oficial de servicio de este buque fué á tierra: la ciudad no existía; todo había desaparecido en menos de un minuto. Las cenizas fueron proyectadas hasta Fort-de-France, distante unos 20 kilómetros de San Pedro.

Al mismo tiempo se supo que había hecho erupción la sulfatara de San Vicente, pequeña isla inglesa, situada á 160 kilómetros de Barbados: las detonaciones del volcán se oían en Barbados y las cenizas cubrían una parte de la isla, formando una capa de algunos centímetros de espesor.

La catástrofe de la Martinica es de aquellas que jamás habría podido presumir la imaginación más exaltada. ¡Una ciudad que desaparece en algunos segundos, sepultando entre olas de fuego y bajo piedras ardientes unas 30.000 personas! Este siniestro hace retroceder el pensamiento hasta los períodos prehistóricos. Se ha querido oponer á los horrores de este acontecimiento el caso de Herculano y de Pompeya; pero el año 79 la catástrofe no fué tan repentina como ahora, habiendo podido salvarse una gran parte de sus habitantes. – G.



ROMA. – FIESTA PALILIA CELEBRADA POR EL CÍRCULO ARTÍSTICO INTERNACIONAL. – GRUPO DE MIMAS

FIESTA PALILIA EN EL PALATINO DE ROMA

El día 21 de abril de cada año los pastores romanos celebraban la fiesta palilia, en la que rogaban á la diosa Palés que protegiera é hiciera prosperar los rebaños: era una fiesta licenciosa, que se reputaba como celebración del aniversario de la fundación de Roma. En el presente año, el Círculo Artístico Internacional romano, centro de todas las geniales inventivas, ha organizado un fastuoso cortejo, con el que ha evocado la pasada grandeza de aquella fiesta. Los críticos han encontrado que las telas no eran auténticas y que los patricios no iban vestidos de verdadera púrpura, pero todos han admirado la gran fidelidad de la reconstrucción y reconocido la magnificencia del conjunto formado por jinetes númidas, pretorianos, trompeteros, portaestandartes, dacios, mímicos, cómicos, cantores, matronas, patricios, niños, sacerdotes, vestales, etc.



ROMA. – FIESTA PALILIA. – UNA LITERA

Abría la marcha un grupo de jinetes y trompeteros, seguido de soldados, mímicos, gimnastas y matronas, con guirnaldas de hiedra los hombres y de rosas las mujeres. Iban detrás de ellos los cantores y la directora de los coros, personificación del arte, colocada en una litera, los grupos de los patricios, de los esclavos y de las patricias romanas, un carro de heteras, los pretorianos y el cónsul en una biga tirada por esclavos, el portaestandarte, los sacrificadores conduciendo el becerro y los corderos, las vestales, los majestuosos sacerdotes, los jugadores y una multitud de damas y plebeyos. Cerraban aquel maravilloso cortejo, compuesto de 1.300 personas, los carros de provisiones.

Después de cruzar las ruinas del Palatino, dirigióse la comitiva al Estadio, en donde se había erigido el ara para el sacrificio, y situóse en torno de éste mientras los cantores entonaban el *Carmen Soeculare* de Horacio, con música de Cellini, y se soltaban centenares de palomas mensajeras que simulaban el rito de los arúspices.

En tanto, los sacerdotes habían subido las gradas del ara, acompañados de las vestales, verificando luego el simulacro del sacrificio, después del cual comenzaron los juegos gímnicos, que dieron fin á la fiesta, la cual fué presenciada por el ministro de Instrucción pública, el guardasellos, el alcalde de Roma y otras autoridades y por un público numerosísimo.

La reproducción histórica de los diversos grupos fué confiada á artistas tan distinguidos como Pío Piacentini, Ferrari, Héctor Ximenes, Cifariello, Apolloni, Alberici, Reyna, de Benedetti y otros.

La matrona que iba en la litera de los dacios era la hermosa señora Bice Reyna-Mililotti; en el carro tirado por bueyes estaban las señoras de Cifariello, Romagnoli, Mantegazza, Minati y Caselli; representaban las vestales las señoras Piacentini, Van Sterk, Santacroce, Brioschi y Goldschmiedt; la gran sacerdotisa era la señora Scalzi.

Los carros, las literas y las bigas fueron construídos bajo la dirección del pintor Simonetti, y la mayoría de los trajes eran los que expresamente se confeccionaron para la fiesta romana que hace algún tiempo organizó en Pompeya el comendador Fiorini. – X.

LA CASA SIN CASERO

Hace bastantes años, siendo joven todavía, me hallaba de registrador de la propiedad en Villahonda, una población de cinco á seis mil vecinos, á la cual, obedeciendo á exigencias de la lucha por la vida, me había enviado la influencia de un antiguo amigo de mi padre. Recién llegado allí, poco hube de tardar en contraer algunas relaciones, entre las cuales se contaban el notario, el médico y don Baldomero, un abogado viudo, sin hijos y ya entrado en años, que en posesión de una regular fortuna, había cerrado su bufete y despedido á sus clientes. Estos tres eran, entre mis amigos de la villa, los más íntimos, y juntos matábamos nuestros ocios de las tardes jugando al tresillo en casa del segundo. En el juego y en la mesa, según dicen, se conoce la educación de las personas, y D. Baldomero, si ello es cierto, resultaba el peor educado de los tres, pues no podía sufrir con paciencia que le diéramos un codillo, y su provocación, en cambio, rayaba en insolencia cuando conseguía darnos una bola. El médico y el notario, cuya consideración y afecto hacia él eran notorios, se reían de sus genialidades y arrechuchos, mientras á mí, sin ambages lo confieso, me resultaba el hombre algo antipático.

Una tarde, cuando más empeñada estaba la partida y cargado



ROMA. – FIESTA PALILIA. – GRUPO DE SOLDADOS

de puestas el platillo japonés, oímos en la plaza, donde se hallaba situada la vivienda del médico, desusada vocería de hombres y mujeres, á favor de la cual llegaron á nuestro oído estas palabras:

– La tía Miseria... Ya no pagará más alquiler... ¡Viva la tía Miseria! ¡Viva la amiga de los pobres!

Nos asomamos á la ventana y vimos una bulliciosa muchedumbre hormiguear á nuestros pies, y sartas y piñas de cabezas llenando los huecos de las ventanas de las casas vecinas á la nuestra. Abajo, el alcalde, empuñando su vara, precedido de una pareja de guardias y seguido de varios concejales, parecía acompañar á una pobre mujer de rostro simpático, pelo entrecano y labios sonrientes, á quien, á su vez, acompañaban dos niños modestamente vestidos, pero con aseo que dentro de su humildad no carecía de elegancia. Unos tras otros, hendiendo la multitud, cruzaron la plaza y se dirigieron á la casa de enfrente, un hermoso edificio de cuatro pisos con muchas ventanas, á cuyas aberturas se veían asomados hombres, mujeres y niños, pobremente vestidos, mas en el semblante de los cuales se pintaban la satisfacción y la alegría. Apenas la comitiva antes descrita se hubo internado en el portal, siguió voceando la muchedumbre:

– La tía Miseria... Van á darla posesión, ya no pagará más alquiler.

– ¿Qué significa eso?, pregunté.

– La casa sin casero, dijo el notario. ¡Ah, es toda una historia!

– Interesante sin duda alguna.

– ¿Quiere usted oirla?

– Lo deseo.

– ¡Por Dios, D. Anacleto!.., balbuceó D. Baldomero, que se había puesto encarnado como un pavo y parecía mirar con disgusto hacia la plaza.

La ceremonia, por lo visto, debió de ser muy breve, porque en aquel momento la comitiva volvió á salir de la casa indicada, y si bien notábase en ella la ausencia de la mujer y de los niños, fué acogida por la multitud con análoga vocería:

– La tía Miseria, la amiga de los pobres y sus hijos... Ya están dentro, ya no pagan alquiler.

– Eso ha terminado; vamos á continuar nuestra partida, observó el médico.

Cerramos la ventana y volvimos á sentarnos en torno de la mesa, sobre cuyo tapete yacían olvidados los naipes y las fichas.

– Pero ¿y la casa sin casero?, proferí.



MADRID. – Fiestas de la jura de S. M. D. Alfonso XIII. – Batalla de flores. Una de las carrozas premiadas (de fotografía de J. Cao Durán)

– ¡Ah, sí!, respondió el notario; se trata de una historia inverosímil, de una de esas historias que le reconcilian á uno con el mundo. Voy á contársela á usted, con permiso de estos señores.

– Y yo, con permiso de ustedes, me retiro, prorrumpió D. Baldomero levantándose bruscamente.

– ¿Y las puestas?, advirtió el médico. ¿Olvida usted que tenemos pendientes muchas puestas?

– Me es igual: renuncio á ellas.

– ¿Y la historia?, me aventuré á añadir. ¿Renuncia usted también á oir la historia?

– La conozco, la conozco y me encocora, respondió D. Baldomero con el mismo mal humor de cuando le dábamos codillo.

Y refunfuñando un *buenas tardes,* nos dejó á los tres plantados.

El médico y el notario se reían, pero á mí me resultó aquel hombre más antipático que nunca.

– Pues, señor, prosiguió el segundo, hará unos diez ó doce años, cierto abogado vino de la Habana á Villahonda, de donde era natural. Había conseguido, trabajando honradamente, reunir una fortunita y venía con deseos de fincarse y acabar aquí sus días. A poco de llegar, vió anunciada la venta de una casa. Nuestro abogado llamó á un arquitecto, mandóle reconocer la finca, y dada ésta por buena, fué á entenderse con el dueño. Puestos ambos de acuerdo y conformes con el precio de cuarenta y tres mil duros, pagaderos al contado, encargaron á un notario la redacción de la escritura. Extendida ésta, leída y conformes también con su contenido la partes contratantes, ya en el acto de firmarla, advirtió el notario un ligero error de copia, que alteraba el sentido de una cláusula, y rogó, en vista de ello, á sus clientes que dejaran para el otro día la formalización del documento, con objeto de mandar que nuevamente se copiase. «Es igual – dijo el abogado – la finca me pertenece desde hoy, y mañana firmaremos.» En ello convenidos, los tres se separaron. Y aquí entra, señores, lo peregrino de esta historia. Aquella misma noche sonó gran clamoreo en Villahonda y tocaron á fuego las campanas de la villa. La casa en venta, una de las mejores de la población, estaba ardiendo por sus cuatro costados. Debido á la malhadada vecindad de un depósito de petróleo, que hubo de arder también, los heroicos esfuerzos de los bomberos, hábilmente secundados por el pueblo y las autoridades, resultaron inútiles, y á la mañana siguiente no quedaba del edificio más que un informe montón de escombros humeantes. Sin embargo, á la hora señalada el vendedor y el comprador comparecieron ante el notario, el primero para declarar que, no existiendo la finca, quedaba sin efecto la escritura; el segundo insistiendo en firmar ésta y en hacer entrega de la suma en el público instrumento consignada. Que si, careciendo de firmas, nada significaba aquel papel; que si su palabra y su conciencia se hallaban por encima de todos



MADRID. – Fiestas de la jura de S. M. D. Alfonso XIII. – Batalla de flores. – La tribuna del Centro Gallego

los papeles inventados y por inventar; que vuelta, y dale, y tijeretas han de ser, pretendiendo cada cual que la casa quemada era la suya, no encontró el notario medio de poner de acuerdo á sus clientes. «Dé usted fe de que he cumplido,» terminó el abogado. Y firmando en un abrir y cerrar de ojos la escritura,



MADRID. – FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. – Revista militar. – Tribuna real en donde estaban S. M. la reina y SS. AA. los príncipes
El Rey y su Estado Mayor (de fotografías de J. Cao Durán)

sobre la mesa preparada, desapareció después de arrojar encima un enorme fajo de billetes. No quiso el otro recibirlos ni firmar, y se fué, dejando al notario frente á frente con una respetable cantidad de la cual no sabía qué hacerse. En vano intentó más tarde convencer á sus clientes para que llegaran á una transacción, pues firmes ambos en sus trece, ni uno ni otro quisieron escucharle. Pasaron días, semanas, meses, hasta que al depositario de la fe pública le ocurrió una idea: con el dinero del abogado, que conservaba en su poder, reconstruir la casa y regalársela á los pobres. Consultó el caso con varias personas de seso y arraigo, entre ellas el alcalde y los mismos interesados, y mandó, visto el parecer unánime de todos, poner manos á la obra. Esa que ha visto usted, amigo mío, es la casa reconstruída. Desde entonces, si así puede decirse, la administra el ayuntamiento, á cuyo cargo corre la conservación del edificio. Cada vez que en él, por defunción ú otra causa, se desocupa un cuarto, queda éste cedido, gratis y á perpetuidad, á la familia á un tiempo más necesitada y más virtuosa de la villa. Hoy le ha llegado el turno á la tía Miseria, llamada así por su indigencia, y la cual, á pesar de ello, trabajando día y noche, mantiene con decoro á dos hijos adoptivos, y cuando ve una lástima, un infortunio, se lo quita de la boca para dárselo á los pobres. Ya, como dicen esas buenas gentes, no pagará más alquiler; ya tienen ella y sus hijos casa gratuita para siempre, á no ser que, no lo permita Dios, se trocaran en vicios sus virtudes; pues el Ayuntamiento, con objeto de evitar cualquier engaño, se reserva el derecho de expulsión. Ahí tiene usted, concluyó el narrador, la historia de la casa sin casero. ¿Verdad que parece cuento? Pues tan cierto es lo que digo como que yo fuí el notario que intervino en el asunto.

– ¿Y el antiguo propietario?, pregunté, admirado, ¿quién fué el antiguo propietario?

– D. Pedro Rubiales... ¡Pobre D. Pedro! Ha muerto hace tres meses.

– ¿Y el abogado, el comprador?

– Acaba usted de verle, es D. Baldomero.

Ni un rayo que hubiera caído á mis pies me habría asombrado tanto. ¡D. Baldomero, aquel hombre de antipático carácter, á quien ponían de pésimo humor los cuatro ó seis reales de un codillo, había, fiel á su probidad, regalado cuarenta y tres mil duros á los pobres! Excuso decir que aquella antipatía se disolvió en mi concepto como el azúcar en el agua, y que la figura del abogado adquirió á mis ojos inconmensurables proporciones. Entonces me expliqué la brusquedad de su salida; entonces comprendí cuánto engañan las apariencias y la ligereza con que, en determinadas ocasiones, juzgamos á nuestros semejantes.

A la mañana siguiente, el recibo de una carta en la cual me enteraban de cierto desagradable asunto de familia, me puso en la precisión de ausentarme de Villahonda. Mi ausencia duró algunas semanas, y cuando, ya de regreso, volví á casa del médico, encontré á éste y al notario jugando al ajedrez.

– ¿Qué es eso?, dije, ¿y el tresillo?

– El tresillo..., respondió el notario; bueno, sí, ya somos tres, podemos jugar; pero de todas maneras habrá que buscar quien nos haga el cuarto.

– ¡El cuarto! ¿Y D. Baldomero?

– ¡D. Baldomero, dice usted! Ha trasladado su residencia á la capital para que no le hablemos más de *la casa sin casero.*

JUAN TOMÁS SALVANY.

NUESTROS GRABADOS

Las fiestas de la jura de S. M. el rey D. Alfonso XIII. – Como verán nuestros lectores, completamos en el presente número la información gráfica que de las fiestas celebradas en la corte con motivo de la coronación del rey don Alfonso XIII han hecho ex profeso para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA los fotógrafos Sres. Cao Durán y Company, bajo la dirección del conocido periodista D. M. Carretero. Nada nos resta que añadir á lo ya dicho en el número anterior, y la reproducción de una de las carrozas en forma de lindísima barca pescadora, con ocho bellas remeras, entre las que figuraban las señoritas de Tenorio, Val de la Fuente y de Hinestrillas, así como la de la tribuna del Centro Gallego, dan tan completa idea de la importancia y magnificencia de la batalla de flores librada en el paseo de carruajes del Retiro, en la tarde del día 20, como la dan de la revista militar, celebrada el 19 en el paseo que une el Hipódromo con la Puerta de Atocha, los tres grabados de esta página.



MADRID. – FIESTAS DE LA JURA DE S. M. D. ALFONSO XIII. – Revista militar. Desfile de la infantería por delante de la tribuna regia (de fotografía de J. Cao Durán)



LA LECTORA, cuadro de L. Emilio Adan



¡A LA SALUD DE LOS NOVIOS!, cuadro de Pablo Salinas

Leyendo el Quijote, cuadro de Antonio Fabrés. – El cuadro que reproducimos en la primera página puede formar digna pareja con *Un Quijote*, del mismo eminente artista, que reprodujimos en el número 942. Antonio Fabrés, como hemos dicho ya otras veces, ha logrado singularizarse de tan especial manera con sus tipos, que es difícil confundir con otro su personalidad artística. Sojuzgado como pocos por los encantos del color y la belleza de la forma, da con su pincel relieve y apariencia corpórea á sus figuras, en las que, si no á un imitador, se descubre por lo menos á un admirador de los grandes maestros de la escuela española. La vida y la expresión que distinguen á sus geniales composiciones ha sabido infundirlas tan concienzudamente á su regocijado lector, que á cualquiera que haya leído la obra del inmortal Cervantes le será fácil comprobar el acierto y la maestría con que, sin incurrir en amaneramientos, ha sabido trasladarlo al lienzo.

***

La lectora, cuadro de L. Emilio Adan. – La pericia con que el artista ha agrupado en la terraza á hija y madre, á ésta indolentemente atenta á la lectura de aquélla, y el acierto con que ha sabido comunicar á sus semblantes la tranquilidad de su espíritu, de que parece reflejo la calma del paisaje que las rodea, propia del atardecer de un día de otoño, hacen muy recomendable este lienzo, cuya reproducción creemos que nos han de agradecer nuestros lectores.

***

¡A la salud de los novios!, cuadro de Pablo Salinas. – El celebrado autor de *El banquete de boda* nos da con su nuevo cuadro otra brillante muestra de sus conocimientos y de su valía dentro de la escuela pictórica á que pertenece. La agrupación, actitudes y belleza de las figuras, el minucioso detalle de los recamados trajes y de los artísticos tocados, así como del lujoso mobiliario y del delicado servicio de cristalería y mantelería, todo se halla combinado con tanta verdad y armonía, que á la contemplación del deslumbrante lienzo se traslada uno á la época copiada y le parece asistir personalmente á una de esas fiestas familiares que, si hermosas siempre, parecen serlo más todavía en medio de un ambiente de riqueza y de arte como el reproducido por artista que, como Pablo Salinas, tanto ha sabido distinguirse en la escuela del ilustre maestro Fortuny.

***

La distinguida actriz italiana Blanca Iggius. – Blanca Iggius, que se halla actualmente en Madrid y que es muy probable que visite más adelante Barcelona, añade á su excelente dicción figura arrogante, expresivo rostro y fascinadora mirada: no es de extrañar, pues, que el público disimule la medianía de los actores y actrices que la acompañan, y logre llenar algunas noches, especialmente cuando representa *vaudevilles*, la platea del teatro de la Comedia.



Dibujo de Eugenio Burnand

Dibujo de Eugenio Burnand. – El presente dibujo del famoso pintor suizo se distingue por la misma naturalidad y corrección de líneas que sus otras ilustraciones para las obras de Mistral, Daudet, Olivier y Sand, de que ya tuvimos ocasión de hablar en el número anterior y que nos revelan á Eugenio Burnand como notable dibujante de escenas de la vida popular.

***

Un bautizo en la montaña, cuadro del malogrado pintor Joaquín Vayreda. – A la galantería del inteligente coleccionista y aficionado Sr. Llobet debemos la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores una de las más características producciones del malogrado pintor Joaquín Vayreda, el maestro y fundador de esa escuela ruralista olotense, que tan importante influencia ha ejercido en el renacimiento artístico de nuestra región. El lienzo á que nos referimos pertenece á un período en que Vayreda no se había dedicado á producir aquellos admirables paisajes que tan justos elogios merecen, y por más que ya se revela su tendencia, ofrece gran interés como documento biográfico y como manifestación artística.



Bellas Artes. – Granada. – El Ayuntamiento de Granada anuncia las fiestas que en aquella ciudad se verificarán durante la semana del Corpus, por medio de un vistoso y elegante cartel de grandes dimensiones, en el que las figuras, el paisaje y los elementos decorativos están hábilmente combinados, formando en conjunto una bellísima composición. El cartel, original del Sr. Sánchez Gerona, obtuvo el primer premio en el concurso celebrado por la casa litográfica granadina de Paulino Ventura Traveset y ha sido tirado por ésta á varias tintas con mucha pulcritud y muy buen gusto.

***

Madrid. – El número más saliente en materia artística de las fiestas reales celebradas en Madrid ha sido indudablemente la Exposición de retratos. Baste decir que se han reunido en ella 1.900 obras de las más insignes figuras del arte español y extranjero, como Goya, Velázquez, Murillo, Carreño, Vicente López, el Españoleto, Pantoja, el Greco, Moore, Esquivel, Claudio Coello, Ticiano, Pablo Veronés, Van-Dyck, Fragonard, Mengs, Bayeu, etc. Entre las colecciones particulares más importantes figuran las del marqués de Santillana, que ha enviado al certamen 150 notabilísimas miniaturas; la del duque de Sesto, la del marqués de Cerralbo, la del conde de Valencia de Don Juan, la del duque de Villahermosa, la de la duquesa de Uceda, las de los duques del Infantado, de Medinaceli, de Santo Mauro y de Valencia, las de los marqueses de Pidal, Hoyos, Flores Dávila, Mondéjar, y las de los condes de Casasola, del Asalto, de Aguilar de Inestrillas, y muchos otros. La Casa Real ha enviado un retrato ecuestre, de gran tamaño, del segundo D. Juan de Austria, pintado por el insigne Ribera, y las Salesas una colección valiosísima, no sólo por su mérito artístico, sino por ser completamente desconocida. También son muy importantes las colecciones del ministerio de Hacienda, de las Academias Española, de la Historia y de San Fernando, y la del Senado, que llama la atención con la serie notabilísima de los Grandes Maestres. La incalculable riqueza reunida en la sala de la Exposición, ni el crítico ni el aficionado podrían examinarla á conciencia más que en muchos días de estudio detenido.

***

Teatros. – En el teatro Valle de Roma se ha estrenado con buen éxito una comedia cuyo héroe es el maestro Verdi. Titúlase *Un opera buffo*, es original de G. Montaldi, el biógrafo del gran compositor, y tiene por argumento el siguiente episodio de la vida de éste. Verdi había prometido á un empresario, para una fecha fija, una ópera cómica titulada *El falso Estanislao*. Precisamente en la época en que Verdi trabajaba en esta partitura enfermaron gravemente su esposa y sus hijos, á pesar de lo cual el maestro terminó su obra, que el día del estreno fué mal acogida por el público. Presa de gran excitación, regresó Verdi á su casa, en donde encontró á su esposa muerta, y entonces prometió no escribir una nota más para el teatro; pero en aquel momento llegó su amigo Solero con el libreto de *Nabucodonosor*: cogiólo el músico, lo leyó y en el acto escribió una melodía que le inspiraron aquellos versos que empiezan *Un pensiero sull' ali dorate*, junto al lecho mortuorio donde yacía la que había sido su compañera.

***

París. – Se han estrenado con buen éxito: en la Opera Cómica, *Pelleas et Melisande*, drama lírico en cinco actos de Maeterlink, música de Claudio Debussy; en la Comedia Francesa, *La petite amie*, comedia en cuatro actos de Brieux; en el teatro Sarah-Bernhardt, *Francesca de Rimini*, drama en cuatro actos y un prólogo de Marion Crawford, traducido del inglés por Marcelo Schwob; en Cluny, *Papa veut un artista*, vaudeville en tres actos de Jorge Charaire y Camilo Audigier; en el Vaudeville, *Le Masque*, comedia en tres actos de Bataille, y *Le chat et le cherubin*, comedia china en un acto y tres partes de Bernac, según la versión de Chester Bailey Fernald; en la Renaissance, *Les perruches*, comedia en tres actos de Enrique Berteyle, y *Simonne*, comedia en dos actos de Pablo Benazet y Felipe About; en el Gymnase, *Lucette*, comedia en tres actos de Román Coolus, y en el teatro Antoine *Lendemain de premiere*, pieza en un acto de Adolfo Mayer; *Tiers Etat*, comedia en un acto de Luciano Descaves, y *Boule de Suif*, comedia en tres actos y cuatro cuadros tomada de la novela del mismo título de Guy de Maupassant, por Oscar Metenier.

***

Madrid. – En el teatro Lírico se ha estrenado con éxito la ópera española *Raimundo Lulio*, letra de Joaquín Dicenta con música del maestro Villa, y para la cual ha pintado seis decoraciones el escenógrafo Amalio Fernández. En el teatro de la Princesa se ha estrenado la comedia *Venalidades*, de Ricardo Catarineu, habiendo sido ovacionado su autor.

***

Barcelona. – En el teatro Principal sigue actuando la compañía que dirige M. Vast, habiendo puesto en escena la linda comedia de Emilio Augier *Le gendre de M. Poirier*, para beneficio del primer actor joven M. Hemery; el drama sensacional de Pablo Hervien *Les Tenailles*, y la deliciosa obra de Lavedan *Catherine*, para beneficio de la primera actriz mademoiselle Ninove. En Novedades ha debutado la compañía del teatro de la Comedia de Madrid con el juguete de los señores Abati y Reparaz *Tortosa y Soler*, habiendo cosechado muchos aplausos las señoras Rodríguez y Pino y los actores señores Rubio y Morano. En el Tívoli se ha estrenado con éxito *Las Parrandas*, zarzuela en tres actos de Flórez García y Gabriel Briones, con música de Apolinar Brull. En la Granvía ha debutado con *La moza de cántaro*, de Lope de Vega, refundida por D. Tomás Luceño, la compañía que dirige la señora Cobeña, y en el Eldorado (teatro de Cataluña) ha substituído á la compañía de zarzuela del Sr. Cerbón la compañía dramática de D. Emilio Thuillier, que ha puesto en escena el día de la inauguración el drama *Juan José* y la preciosa comedia del teatro antiguo *Entre bobos anda el juego*.



Blanca Iggius, distinguida actriz italiana que actualmente trabaja en el teatro de la Comedia de Madrid

Necrología. – Han fallecido:

Nicolás Schilder, historiador ruso, director de la Biblioteca Imperial de San Petersburgo.

Francisco Ricardo Stockton, escritor norteamericano.

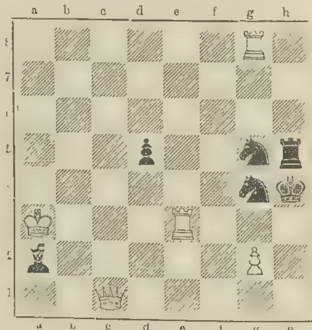
Gleb Ivanovitch Uspenskij, novelista ruso, gran conocedor de la vida popular rusa.

Dr. Martín Juan Julio Weibull, historiador y escritor sueco.

AJEDREZ

Problema número 282, por W. S. Pavitt.

Negras (6 piezas)



Blancas (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema n.º 281, por W. C. J. Wainwright

Blancas.	Negras.
1. T toma P d 5	1. Cualquiera.
2. P, A, D, T ó C mate.	

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

A este fin, subía por la escalera, en vez de tomar el ascensor, para ir del segundo al sexto piso. Además, como sus estudios le dejaban poco tiempo libre, había obtenido de Pascualina el permiso de ir á verla fuera de las horas ordinariamente consagradas á las visitas. Acostumbrada á una consideración particular para los hombres de trabajo, encontró ella la cosa muy sencilla. Por otra parte, Mugrón le inspiraba una simpatía poco común.

-¿Quién diría, le manifestó ella más tarde, que estuvimos á punto de reñir casi la primera vez que nos hablamos?

-Se riñe por menos. Usted pensó que yo la acusaba de cazar un marido.

-Y usted temió que yo le atribuyese miras interesadas. Ahora, gracias á Dios, nos conocemos mejor.

-Por lo menos, yo la conozco mejor á usted. Sé que no se ve usted reducida á tender lazos á los pollos. Pero yo no tengo medio alguno de probar que no perseguía una dote. Sin embargo... ¡Pero en qué conversación tan difícil de continuar me he metido yo!..

-Quizá le podría yo ayudar un poco, si supiese adónde quiere venir á parar.

-Quiero venir á parar... á conservar todo el aprecio de usted, sin el menor recelo, sin la menor desconfianza. Fatalmente se halla usted condenada á poner en cuestión el móvil secreto de todo hombre que busca ocasiones para ver á usted. Y mi alma es tal, que me es insoportable adivinar en usted esa... inquietud natural, sin sentirla.

-Pero no existe semejante inquietud. Poseo una cualidad cuya ausencia dificulta la vida en mi país; soy muy sencilla. ¡Y cómo bendigo la educación que me ha hecho así! Mi mejor amigo, Candiac, por no hablar más que de éste - y usted le conoce, puesto que le tuvo á sus órdenes, - no vió jamás en mí más que un camarada diferentemente vestido. Lo sé, lo creo y me congratulo de ello. ¿Por qué no había de tener usted conmigo la misma libertad de espíritu? ¿No hemos convenido en ello?

-¡Nunca!, dijo Mugrón jugando con la cruz que ostentaba sobre el pecho. Esta mala inteligencia tendría los mismos inconvenientes que la otra. Hemos convenido en que no tengo ya derecho á decir que la amo á usted. Y aunque la amo..., no se lo digo.

La muchacha guardó silencio ante aquel modo más ó menos correcto de observar el pacto. Sin dejarle hablar, Mugrón continuó:

-Mi confesión no ha terminado. No quiero, no puedo dejarla á usted creer que callo por indiferencia. Para callarme tengo otras razones, además de mi palabra empeñada. Su padre de usted emitió un día, delante de mí, una teoría sorprendente sobre la conservación de las razas... Mientras hablaba, me parecía estar oyendo á mi madre, que coloca ante todo, ante el amor mismo, el deber de esa conservación. Por no lastimar su corazón, he resuelto destrozar el mío. Continuaré mi camino sin pedirle á usted nada..., sino un puesto muy humilde en sus recuerdos y su perdón por mi excesiva franqueza. ¿Puedo creer que lo he obtenido?



Pascualina avanzaba con las manos extendidas

Pascualina le tendió la mano.

-Esta es mi respuesta, dijo la muchacha. No conozco hombre más leal que usted. ¡Dichosa su madre, que tiene tal hijo!

Mugrón, de pie, la envolvía con su mirada.

-¡Mi pobre madre!.., dijo con una sonrisa velada. ¡Si supiese usted el miedo que le tiene!..

Una vez sola, Pascualina no pudo menos de comparar á las dos madres: la que *temía* que su hijo se enamorase de una mujer de distinta clase que la suya, y la otra á quien no podía atribuirse semejante temor...

Efectivamente, al ver maniobrar á Beltrana, hubiérase creído que lo que temía era que el amor no llegase á tiempo.

Se les había venido encima el verano; pero la señora de Bucilly hacía los honores de París á su joven amiga... llevándola mucho al campo.

El mayor número de veces se trataba de excursiones campestres en que no tomaban parte más que tres personas, lo cual no hubiera sido el colmo de la diversión para muchachas estragadas. Pero Pascualina no pedía más, pues sentía por el campo una admiración entusiasta. A veces iban á merendar ó á comer en algún castillo, donde no había que temer el fantasma amenazador de ningún soltero.

«La señorita Maugrabin,» presentada sin largas frases, podía pasar por la hija de alguna amiga pobre. La joven no llevaba ya vistosas joyas, desde que Beltrana la había iniciado en las distinciones de la elegancia. Aquella vida, en suma, le gustaba; Carlos empezaba á convencerla de que estaba enamorado de ella. Las miradas fijas del joven Bucilly y los largos suspiros que de vez en cuando se le escapaban, le daban patente de enamorado discreto.

Para una muchacha provista de todo lo que pasa por deseable, es un complemento de dicha el saberse amada de dos hombres muy simpáticos, cada uno en su género y de diversa manera.

Pascualina se hacía cargo del estado de las cosas con una mirada tranquila y segura. Sin embargo, si su corazón hubiese hablado, hubiera sido por Mugrón. Para dudarlo sería preciso no conocer á las mujeres; ¡Mugrón era el fruto prohibido!

Más de una muchacha menos fuerte por naturaleza y por educación, se hubiese vuelto loca por él, ó se hubiera empeñado en volverlo loco, tanto más cuanto que seguía viendo á Pascualina, dejando adivinar sus penas bajo el velo de un delicioso buen humor. Sus visitas eran cortas; pero no podía menos de notar que eran bien recibidas. Un día le dijo al marcharse, después de algunos minutos de conversación con ella:

-Yo soy como esas personas que dan un rodeo á fin de pasar por el mercado de flores y contentarse con lo único que pueden gozar de la primavera. ¡Estoy tan ocupado! ¡Tengo tantas obligaciones! ¡Deberes de militar, deberes de hijo, deberes de cabeza de familia!..

La palabra *deber* se repetía en sus labios con gran insistencia.

Carlos de Bucilly no hablaba nunca de sus deberes; pero era por cortesía, pues se consideraba á sí mismo como un modelo de abnegación. Visitar las gargantas de Franchard ó el castillo de Pierrefonds, entre su madre y una muchacha de excelente humor, pero de rigurosos principios, era una inmolación meritoria para un joven que hubiera podido encontrar pasatiempos menos apacibles en París. Por esta razón no le costaba á Carlos ningún trabajo suspirar todo lo que requería el papel que representaba, más bien por obediencia que por vocación, porque él hubiera optado por una acción decisiva, que condujese á un desenlace cualquiera.

La señora de Bucilly le suplicaba que esperase aún para jugarse su última carta; porque en vano buscaba en Pascualina síntomas de pronta capitulación.

La diplomática decía gimiendo:

«¿Por qué esa muchacha parece tan á menudo pensar en *otra cosa?*»

Y hubiera gemido mucho más si hubiese sabido que Pascualina, hasta en presencia de Carlos, pensaba en el *imposible* Mugrón.

Es de creer que, sin la casualidad que había hecho surgir aquel fantasma de rival en su camino, Carlos de Bucilly hubiera conseguido, en aquellos días de verano, la palabra de la graciosa heredera.

Para el destino, todos los medios de embrollar las cosas resultan buenos.

De pronto, en medio de los síntomas favorables que buscaba Beltrana, ésta notó con terror cambios singulares en la existencia de Pascualina.

La muchacha, hasta entonces dispuesta á seguir á su noble amiga, pareció convertirse en una persona muy ocupada y rehusó invitaciones sobre invitaciones. Salía sola, cada día, sin revelar el motivo. En cuanto á interrogarla sobre sus actos, cuando quería tenerlos secretos, cosa era que Beltraba había intentado una vez, pero que no se atrevió á repetir.

La verdad es que Pascualina estaba ocupada en una empresa difícil y misteriosa: la instalación de un piso. Y como quería un piso agradable y modesto á la vez, la tarea era muy difícil, como saben los parisienses.

Después de haber visto casas á docenas, que se parecían poco al Building, acabó por encontrar un piso que se acercaba al ideal requerido, en los altos de una casa limpia y ventilada de la avenida Trudaine.

Pero este piso, compuesto de tres piezas y de una cocina microscópica, no había de desocuparse hasta dos meses después. Pascualina lo obtuvo inmediatamente cubriendo de oro al joven matrimonio que lo ocupaba. En cambio desplegó una gran economía en la instalación, llevada á cabo con inteligencia y buen gusto. El papel de las paredes, las cortinas, los muebles, de precio módico, eran de muy buen efecto; prodigio que en ninguna parte se puede realizar mejor que en París.

Varias acuarelas brotadas de su pincel y unas cuantas labores salidas de sus propias manos esparcieron por aquellas reducidas piezas el lujo delicioso que únicamente puede emanar de la intervención femenina.

La ropa blanca había sido colocada por ella en el armario con coquetería; sus dedos habían trabajado en los lazos de los transparentes y cortinillas; el te contenido en el bote de brillante metal, era *su te;* los libros de la biblioteca giratoria eran *sus libros;* sobre la mesa escritorio, su fotografía semejaba la firma de la obra entera, llevada á cabo con ese refinamiento de idea que es el lujo de la abnegación, cuyo monopolio es casi exclusivo de la amistad femenina.

Cierto día de junio, el pisito de la avenida Trudaine tomó el aspecto de casa habitada. Los jarros se llenaron de flores. Encendióse la hornilla en la diminuta cocina, y mientras que una *ayudanta,* reclutada después de buenos informes, espumaba el puchero, Pascualina ponía dos cubiertos en la mesa del comedor.

Poco después de las seis, la hija de Maugrabin empezó á impacientarse. Cada minuto salía al balcón y echaba una mirada por la avenida. A las seis y cuarto paró delante de la puerta de la casa un ómnibus que parecía aplastado por un cargamento de aspecto colonial, en que llamaba particularmente la atención un loro de vistoso plumaje. El vehículo, rápidamente descargado, desapareció. Poco después, resonaron pasos hombrunos en la escalera; sonó la campanilla; la señora Genestout se apresuró á abrir la puerta, en tanto que Pascualina se ocultaba detrás de un cortinaje.

Algo incierto, el recién llegado preguntó:

– ¿En casa de quién estoy?

– El señorito está en su casa, contestó la señora Genestout, que creía representar una escena de Julio Verne.

– ¡Caramba! ¡Qué lujo, qué elegancia!, exclamó.

Sin salir de su sorpresa, iba de una pieza á otra, con el loro en la mano. Este no parecía experimentar asombro alguno. Guiñando alternativamente un ojo, soltaba pequeñas carcajadas, como si hubiese sabido que había una señorita observando desde un escondite todos los movimientos de su primo.

Al ver dos cubiertos servidos en el comedor, el viajero volvió á dudar.

– Aquí hay error, exclamó. Yo me llamo Emilio Candiac; aún no tengo cocinera; y, sobre todo, no espero á nadie á comer.

– ¡Te equivocas!, dijo en inglés una voz que no era la de la señora Genestout. Tienes cocinera, y vas á comer conmigo. *Welcome, dear old boy!*

Pascualina avanzaba con las manos extendidas. Candiac se desembarazó al fin de su pájaro tropical y abrazó á su prima.

– ¡Ay, qué magnífico regreso!, exclamó el joven. Tu telegrama, que recibí en Marsella, causóme ya una sorpresa muy agradable: «¡Tienes piso!..» Pensaba hallar las cuatro paredes... y me le encuentro todo amueblado..., ¡y tú comes conmigo!.. ¿Lo sabe tu padre?

– No. Mi buen padre, que hace alarde de americanismo, tiene por cosa muy elegante el no saber dónde come su hija. Hasta ignora que estés en París.

– Entonces no ha cambiado nada. Tu padre sigue no teniendo más que un enemigo en el mundo: su sobrino. Esta casa es la única donde te prohibiría venir.

– Lo cierto es que tú no eres *mi* enemigo. No turbes mi alegría, que es muy grande. ¡Al fin te veo de vuelta!.. ¡Cinco años sin verte!.. Desde tu salida de Nueva York...

– Yo me alegro aún más que tú. Pero que el diablo me lleve si te hubiese reconocido. Te dejé una niña y te encuentro una señorita... Veo que tendré que buscarte un marido. Pero no esta noche. ¡Tengo un hambre!..

– ¡Mejor! Cambia de traje. Te doy media hora. La señora Genestout está á tus órdenes; yo me encargo de vigilar el asado.

XIV

Daban las ocho en el colegio Rollin. En el balcón, bañado aún por el sol próximo á desaparecer, Pascualina había colocado una mesita entre dos sillas. Emilio acababa de saborear el café, y fumaba su pipa, escuchando á su prima que le rendía cuentas, pues se había mostrado impaciente por liquidarlas.

– ¿De veras?, decía él. ¿Para instalarme en este palacio has gastado tan poco?

– En este paquete tienes las facturas, contestó ella poniéndose colorada, pues disimulaba un gasto, que era la cantidad entregada á los últimos inquilinos para que desocupasen la habitación sin demora.

Candiac sacó la cartera y puso billetes de banco sobre la mesa, exhalando luego un suspiro de satisfacción.

– Ahora puedo decir que tengo un *home,* lo que es una delicia, sobre todo haciéndote á ti los honores de la casa. Pero hay una cosa que no puedo pagarte, mi buena Lina, y es la terrible molestia que te has tomado. Cuando yo te pedía informes preliminares, no sospechaba que ibas á asumir todo el trabajo.

– ¡Bueno estás con tus informes preliminares! A tu llegada, te hubieras metido en algún horrible cuarto amueblado, *interinamente,* y sabe Dios lo que esa interinidad hubiese durado. Mientras tanto, yo hubiera tenido que abstenerme de visitarte, porque hay casas donde no puede entrar una mujer que estima en algo su reputación.

– ¿De modo que cuentas volver?

– Sin duda, puesto que tú no irás á mi casa. ¿Piensas que voy á abandonarte, ahora que te tengo cerca? Sin embargo, tendremos que separarnos por unas cuantas semanas. Mi padre me lleva fuera de París.

– ¿Adónde?

– Aún no lo sé; algo lejos. Nada de baños de mar en las costas normandas. Necesito dejar de ver las mismas caras durante algún tiempo.

– Los pretendientes deben perseguirte.

– No. No voy á reuniones, ni tengo ganas de ir. Soy casi tan desconocida como si habitase tu quinto piso de la avenida Trudaine.

– Entonces, ¿qué caras son esas que quieres dejar de ver?

– Las de dos inquilinos del Building.

– ¿Dos rivales que se disputan tu corazón y sobre todo tu dote? ¡Vamos, confiésalo! Ya peino canas.

– ¿Cuántas?

– Una docena al menos. Tres años de guarnición y dos de Africa envejecen á un hombre sin darle más gravedad de la que necesita. Por consiguiente, pierde cuidado... ¿De modo que tienes los novios á pares?

– Dispense usted, mi Reverendo Padre; en rigor, ¿qué es un novio?

– No lo sé, porque nunca he amado á nadie.

– ¡Vaya un confesor!.. Pues yo estoy en el mismo caso que tú. En fin, llamémosles «novios,» para mayor comodidad del discurso. Señas personales del primero: treinta años, buen mozo, de noble cuna, pero pobre, gracioso, divertido, hombre de mundo consumado. Tiene una madre muy simpática, aunque á veces le falta naturalidad. Su símbolo sería una rosa montada en un alambre.

– ¡Hum!.. ¿Y el otro «novio?»

– No tengo necesidad de describírtelo, puesto que le conoces. Es uno de tus admiradores.

– No sé que tenga admiradores sino entre los negros de la Costa de Marfil.

– ¿No te acuerdas de tu antiguo jefe, el teniente Mugrón?

– ¡Mugrón!.. ¡Mugrón te hace la corte!.. ¡Cásate con él en seguida!

– Hay un inconveniente, y es que él no quiere casarse conmigo.

– ¿Tú qué sabes?

– Me lo ha dicho él en persona. Parece que en su familia no quieren matrimonios desiguales.

– ¡No me extraña en él! Y apuesto á que te adora. Tú eres, precisamente, la mujer que ha de gustarle á Roberto de Mugrón.

– Entonces, como antes te decía, mis ideas sobre el amor son muy confusas. He ahí un hombre que me ama, y se aparta de mí por la única razón de que mi padre vendió naranjas. Al otro, seguramente, no le asustan mucho las naranjas. Hasta me parece, á veces, que no le asustan bastante, lo cual me inquieta un poco. ¿Comprendes ahora mis ganas de irme de viaje?

– ¿Y á eso se reduce la corte? ¿Sin ningún duque por medio? ¿Ni siquiera un marqués? Yo esperaba verte más rodeada de pretendientes.

– Entonces hubiera tenido menos tiempo disponible para ocuparme del mobiliario de usted, señor ingrato.

– Es verdad; pero la felicidad, en el matrimonio, estriba en saber escoger el marido; y no se puede escoger si no se tienen varios pretendientes. ¿Por qué no se quedó tu padre en América? En ningún país del mundo encuentran las muchachas las mismas facilidades para ver, conocer y comparar á los jóvenes.

– ¡Me gusta la censura en tus labios, cuando tú lo sacrificaste todo por venirte á Francia!

– Porque quería vivir y morir francés.

– Pues yo quiero vivir y morir francesa. Tú me diste el ejemplo: le seguí, con menos dificultades que temer para mi porvenir.

– ¡Ojalá tu porvenir fuese tan claro como el mío! No hay peligro de que yo acabe por redorar el escudo de alguna familia averiada. Mi mujer me amará por mí mismo.

– ¿Te casarás pronto?

– Lo deseo. ¿Sabes por qué? Porque aún soy un pobre diablo. La que hoy me aceptase por esposo sería una verdadera mujer, amante, valerosa, resuelta. Y más tarde, después de haber hecho fortuna, porque yo la haré, ¡con qué satisfacción diré á mi compañera: «Descansa ahora: vístete bien; toma coches; no te canses trabajando: todo va á cambiar en nuestra vida, excepto el amor!..»

La voz de Emilio Candiac se había vuelto vibrante. Miraba lejos delante de sí, como si hubiese buscado, en aquellas innumerables casas, la que albergaba á la joven heroína de aquel sueño hecho en alta voz. De pronto una voz cascada, vejentona, gritó desde un rincón de la sala que se iba quedando á obscuras:

– ¡Pascualina!..

Sacudida por un estremecimiento, Pascualina buscó con la vista al intruso que venía á sorprenderla en aquel coloquio irreprochable, pero clandestino.

– Tranquilízate, dijo Emilio riéndose. Mi loro sabe tu nombre; pero no sabe nada más. ¡Búrlate, si quieres! En Kamato, las noches son largas y las distracciones pocas; y más pocas aún las conversaciones con una encantadora prima. Concluído mi trabajo, hablaba de ti con mi loro. Y ya ves que ha conservado la costumbre. La hora en que estamos se lo recuerda. Sí, lorito mío; Pascualina está aquí hoy; pero no estará mañana, y volveremos á encontrarnos solos tú y yo, como en Kamato. Mañana no te verás abandonado como esta noche.

– Amigo mío, dijo la muchacha tristemente emocionada, no podemos vivir separados de este modo. Deja que te reconcilie con mi padre.

– Más tarde, niña, si es que la cosa es posible. Todavía soy demasiado pobre; parecería que mendigo. ¿Podrás venir de vez en cuando?

– ¡Ay, amigo mío! Yo quisiera venir cada día. ¡Me es tan grato hablar contigo! Observo, sobre todo desde hace un par de horas, que mi vida es un castillo en el aire, donde todo son inconsecuencias. Mi educación ha hecho de mí un tipo aparte en este país, un ser en discordancia con todo el mundo por sus ideas y su conducta. Aparentan tratarme como á una mujer de la alta sociedad; pero, en el fondo, no soy más que una advenediza, sin esa sed de encumbrarse que devora á las intrigantes. Empiezo á estar cansada de esta situación. Estoy cansada de esos dos hombres que me trastornan diversamente, sin que yo pueda dar un nombre á este trastorno. ¡Dios mío, qué triste es la vida!

– Permíteme decir: ¡Qué buena es la vida! Y serías de mi opinión si vinieses de donde yo vengo. ¡Qué delicioso regreso! En un minuto he vuelto á encontrar lo que hace la existencia agradable. Has hecho un hombre feliz. No te quejes.

– Nunca me hubiera figurado que fuese tan fácil hacer feliz á un hombre, dijo Pascualina con cierta amargura.

Serían apenas las diez cuando volvió á casa de su padre. La señora de Bucilly estaba en el salón hablando con Maugrabin.

– ¿Sabes lo que me estaba diciendo nuestra vecina?, preguntó el marsellés.

A Beltrana se le puso el rostro encendido. Era fácil de ver que no esperaba tan pronto á su «amiguita.» Esta, de bastante mal humor, dió á entender con un gesto que renunciaba á adivinar el asunto de la conversación.

– Parece, continuó Maugrabin, que cometes una enormidad yendo á comer sola en casa de amigos. Esto me decía la señora.

– Para mí, lo importante, mi querido papá, es saber cuál ha sido la contestación de usted.

– Iba á contestar cuando has entrado. Señora, no solamente mi hija sale sola, sino que no le pregunto adónde va. Con este sistema se inspira allá á las muchachas el *self-respect* y el *self defence*. ¿He dicho bien, niña?

Pascualina tendió la mano á su padre.

– El que hable de otra manera, no es mi amigo, añadió.

Al oir estas palabras, pronunciadas con firmeza, la señora de Bucilly se deshizo en protestas.

– Hija mía, ¿puede usted creer que yo la censuro? La conozco á usted demasiado. ¡Ojalá todas las muchachas fuesen como usted!

– Quizá habría muchos que saldrían perdiendo.

«¿Qué le pasa?, se decía Beltrana hundiéndose en el pozo del ascensor. Se ha puesto hecha una fiera. Algo ocurre; ¿pero qué? Los vientos han cambiado. Hasta ahora habían corrido en favor nuestro... Tomaré informes mañana.»

Los informes fueron fáciles de obtener, de criado á criado; falta saber si eran los que necesitaba Beltrana. Mugrón, de vez en cuando, iba á ver á Pascualina. Sus visitas eran cortas; pero casi siempre se efectuaban á solas con la muchacha. En cambio, la condesa de Mugrón no mantenía relación alguna con su casero.

«¿Será más hábil que yo?,» pensó Beltrana, incapaz de suponer que pudiese haber una madre bastante poco «hábil» para no desear tan rica presa.

Norberto Leroy, consultado sobre el caso, opinó que el misterio que rodeaba á las visitas del oficial no significaba nada bueno. Declaró además haberlo encontrado en conferencia con Codoero, lo que acabó de hacer pasar á Bucilly por sospechoso á los ojos de su mujer.

Sin embargo, Norberto aconsejó á Beltrana que no se querellase con su marido. Era necesario apretar en el juego ocultando bien las cartas, puesto que el adversario – porque había un adversario – ocultaba las suyas.

De pronto, Beltrana se dió un golpe en la frente diciendo:

– ¡Va á comer sola fuera de su casa, sin decir dónde! ¿Sería americana al extremo de aceptar la invitación de un muchacho?

– Es muy posible, declaró Norberto. Yo lo averiguaré.

– Pero en fin, si quiere ser condesa de Mugrón, ¿quién se lo impide? Para conseguirlo, no tiene necesidad de correr la aventura como una institutriz.

– ¡Cómo se ve que nunca ha corrido usted aventuras, señora! Es más divertido de lo que usted cree. Me pregunto si no está usted haciendo representar á Carlos el papel de enamorado aterido.

– Caballero, por todos los millones del mundo no aceptaría yo ciertas taras. Si esa señorita lleva su excentricidad al extremo de...

– Señora mía, puede usted darse por satisfecha con que lleve su excentricidad al punto de vivir como una pequeña burguesa, á pesar de sus millones. Saque usted partido de ello. Tarde ó temprano vendrán los duques y los príncipes, oliendo la dote. Entonces será tarde para Carlos. Puesto que á la señorita le gustan las aventuras, que se las proporcione. Deje usted, que yo le voy á sermonear.

XV

La aventura, muy bien combinada, tuvo efecto la semana siguiente.

Carlos había sometido á Pascualina el plan de una excursión que tenía por objeto principal la visita á la antigua abadía de Vaux-de-Cernay, en el valle de Chevreuse. Los dos viajeros habían de tomar, ellos y sus bicicletas, el tren de la línea de Limours y apearse en Saint-Remy. Ir de allí en sus máquinas al pintoresco desierto de los antiguos frailes, era un paseo. Terminada la visita, habían de salir del delicioso valle en dirección contraria, hacia una estación próxima á Rambouillet, donde tenían á su disposición numerosos trenes para su regreso á la capital. Un tiempo admirable favoreció la excursión.

En Chevreuse almorzaron en una hostería que servía de cuartel general á una legión de pintores.



Sí, lorito mío, Pascualina está aquí hoy

Cuando Pascualina salió del comedor, dejaba, sin saberlo, en media docena de álbums, su testa de graciosa morenita con los cabellos algo desordenados por la carrera.

Por la tarde, los excursionistas llegaron temprano á la abadía, que sería una de las curiosidades más frecuentadas de las cercanías de París, y hasta de Francia, si estuviese abierta al público.

Pero las puertas que protegen aquella maravilla contra la afluencia de curiosos, se abren con una dificultad extrema. Sin embargo, la señora de Bucilly, insinuante hasta lo inverosímil cuando se proponía algo, había obtenido para su hijo, sabe Dios cómo, la autorización necesaria.

Como aquella morada, única en el mundo, no estaba habitada entonces, los visitantes fueron acogidos por el administrador, que les enseñó, desde luego, las piezas de recepción.

Pascualina, que había leído mucho y que conocía las poblaciones de la vieja Inglaterra en que hay hermosas catedrales, se extasió, como persona competente, en presencia del espectáculo que se ofrecía á sus ojos.

Para ella, un convento de la Edad Media, aun bien conservado, no era ninguna novedad. Pero allí encontraba algo más que la conservación; encontraba la vida. Aquellas ojivas, en que no faltaba ni una piedra; aquellas maderas limpias y brillantes como en la época en que el cuidado de su conservación pertenecía á los frailes cillereros; aquellas mesas macizas en que aún se veía el cacharro de estaño y el blandón de cera; aquellos enormes antifonarios de pergamino abiertos en su atril, todo parecía esperar la vuelta de los frailes, ausentes por obediencia á la santa regla. Parecía que iban á desfilar, silenciosos en sus largos hábitos blancos, graves, pero regocijados por el aire puro del valle y la satisfacción de vivir en medio de obras maestras. Se figuraba uno oirles salmodiar los oficios divinos en la capilla inmediata, divisada á través del ventanal de cristales y plomo del refectorio. Bastaba una imaginación muy ordinaria para olvidar los siglos pasados, las tempestades desencadenadas, las ruinas amontonadas sobre ruinas.

Y sin embargo, cuando una mujer estuvo allí, veinticinco años antes, los escombros elevaban el suelo á la altura de los capiteles.

De pronto, la presencia de alfombras hechas para calzados más finos que las groseras sandalias de los frailes; los retratos de mujeres colgados de los muros; el lujo de los terciopelos y de las sederías; la riqueza de los muebles, traían al espíritu la realidad de nuestra época, al mismo tiempo que la admiración por el genio especial del autor de aquella magna empresa, que consistía en hacer vivir juntos, en buena armonía, sin discordancia alguna, sin la menor ridiculez, dos épocas separadas por cuatro siglos.

Aquel triunfo del gusto y de la paciencia hubiera valido á un artista ambicioso brillantes recompensas. Pero allí el artista no tuvo más que una ambición, gloriosamente conseguida: hacer de Vaux-de-Cernay una cosa única en el mundo, y terminada la obra, ocultarla á los ojos indignos de tal espectáculo.

El alma sencilla y vigorosamente sana de Pascualina estaba hecha para comprender semejante obra. La joven examinaba cada detalle sin perder nada de él, haciendo, de vez en cuando, una pregunta casi en voz baja.

Cuando se encontró en el parque con su compañero, dijo con los ojos brillantes de entusiasmo:

– ¡Oh, encontrar unas ruinas como estas; consagrarlas toda mi vida, todos mis recursos!.. ¡Hacer lo que se ha hecho aquí!..

No podía esperarse que Carlos impulsase á la joven heredera hacia empresas tan poco prácticas. Pero no era el momento de exponer sus objeciones.

– Vamos á visitar el antiguo claustro, dijo sin contestar.

Del patio, inundado de luz solar, salieron por la izquierda y llegaron en dos pasos á la majestuosa galería gótica, á la que se bajaba por medio de unos cuantos escalones.

Oculto bajo árboles seculares, iluminado apenas por largas y estrechas aberturas ojivales, aquel vasto edificio era sombra dentro de sombra. Allí, gracias á un gusto supremo, la restauración parecía no haber restaurado nada. Curados por mano discreta, los viejos muros heridos por el tiempo murmuraban su queja solemne y melancólica.

En la semiobscuridad se adivinaban restos de arquitectura arrimados á la pared, como si una mano cuidadosa los hubiese apartado, aquella misma mañana, de los pies de los viajeros.

Aquel paso brusco, sin preparación, de la luz á la obscuridad, de la temperatura ardiente del exterior á una frescura deliciosa, de la vida más moderna al pasado dormido en el eterno reposo, fué para Pascualina la impresión más fuerte del día.

La muchacha avanzaba lentamente bajo las nervaduras entrelazadas de la doble nave. La solemnidad del sitio le impedía hablar. Le asombraba que los pájaros hiciesen oir sus gorjeos en las ramas que penetraban hasta el interior por los ventanales abiertos.

– ¡Ah! Esto es mucho más hermoso que todo lo demás, suspiró ella al fin. Nunca olvidaré la hora presente.

– ¿Cree usted que yo la olvidaré?, dijo una voz casi á su oído.

Al mismo tiempo, la mano de su compañero buscó su mano, que ella no retiró, no viendo en aquella demostración más que un arranque de entusiasmo igual al suyo.

Estaba entonces ella á cien leguas de altura sobre toda peripecia vulgar de novela y á mil leguas de distancia de Carlos. Todas las preocupaciones de la existencia de cada día habían desaparecido de su espíritu. No se acordaba de que poseía una fortuna, de que tenía veintiún años, de que algún día se casaría... si llegaba á amar á un hombre.

(Continuará.)

EL GLOBO DIRIGIBLE DE SEVERO

La conquista del aire acaba de causar dos nuevas víctimas, y no ha habido en París, en donde ha ocurrido el suceso, ni en todo el mundo, quien no se haya enterado con pena de la catástrofe que ha destruído el globo *Pax*, ocasionando la muerte de su inventor, Sr. Severo, y de su maquinista, M. Sachet, que le acompañaba. Brasileño como Santos-Dumont y diputado en el Parlamento de su país, la actividad del Sr. Severo se dirigió desde hace unos veinte años á la conquista del aire, y después de una incursión infructuosa en los dominios de la aviación, concibió y construyó un globo dirigible. El primer ensayo no debió dar resultados muy favorables, cosa natural, pues es muy raro que una primera tentativa tenga éxito satisfactorio; pero el inventor, sin desanimarse, había modificado y perfeccionado su obra, y á pesar del mal tiempo, pudo intentar algunas pruebas, manteniendo su aeróstato en estado cautivo, en el parque aerostático de M. Lachambre, el conocido constructor. Faltaba sólo dar al globo el bautismo del aire y realizar la prueba decisiva, lo que debía demostrar que podía elevarse, marchar á una velocidad conveniente y dirigirse en condiciones suficientes de estabilidad.



M. Severo, inventor del globo *Pax*, fallecido en París víctima de un desgraciado accidente.

Conocido es el fin trágico de la ascensión intentada el 12 de mayo, á las cinco y media de la mañana. El globo habíase remontado sin dificultad, tal vez algo rápidamente. Su conductor quería dirigirlo hacia el campo de maniobras de Issy-les-Moulineaux, en donde habría podido evolucionar cómodamente; pero aunque el viento era muy débil, era evidente que el aparato no conseguía vencerlo: el hélice trasero no funcionaba, y Severo, que se encontraba en la máquina de delante, cambió de sitio para inspeccionar lo que en la parte de atrás sucedía; entonces pudo verse cómo el globo se enderezaba un poco, aunque sin tomar una inclinación alarmante. Marchaba el aeróstato en dirección á París y encontrábase á una altura de 350 ó 400 metros sobre la avenida del Maine, cuando de repente los espectadores que lo observaban desde el parque de M. Lachambre, y entre los cuales estaba la esposa de Severo, vieron una llama á la altura de la barquilla, y en el mismo instante oyóse el ruido de una explosión, seguido inmediatamente de una detonación más fuerte: el buque acababa de estallar por la acción del fuego, y los restos sólidos del aparato caían con una rapidez vertiginosa. Entre los trozos del armazón de lo que había sido barquilla, yacían los cadáveres de los dos aeronautas: Severo había caído de pie y su cuerpo presentaba numerosas fracturas sin ninguna huella de quemadura; el maquinista Sachet, por el contrario, estaba horriblemente quemado y no tenía forma humana.

Se han formulado diversas conjeturas para explicar esta horrible catástrofe; pero antes de tratar por nuestra parte de explicar las causas probables de la misma, es necesario describir el globo *Pax*.

He aquí la descripción que teníamos redactada antes de que el acontecimiento fatal viniera á destruir el resultado de tantos años de esfuerzos.

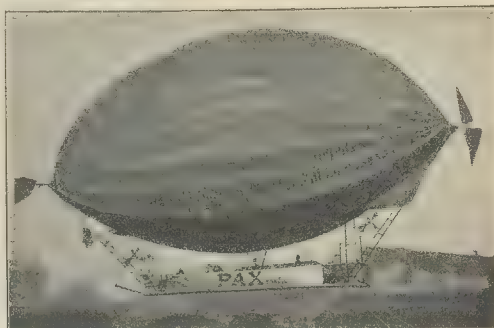
Suponiendo elevado el aeróstato propiamente dicho, el aparato afecta la forma de un caballete estrecho y alto compuesto de bambúes sólidamente ligados. La distancia de punta á punta es de 30 metros, y la misma longitud tiene el eje máximo del globo: la parte inferior del caballete constituye la navecilla, en cuyos extremos están los motores de petróleo de cuatro cilindros, el primero, de 24 caballos, situado en la popa, y el segundo, de 16, en la proa, pudiendo el aeronauta pasar libremente de uno á otro por el paso que forma el fondo de la barquilla.

Estos motores, por mediación de engranajes de fricción, obran sobre árboles verticales de tubo de acero, que á su vez, y por medio de engranajes en ángulo, comunican el movimiento de rotación á dos árboles horizontales, también de tubo de acero, que van á parar en las dos hélices propulsoras, dispuestas en los dos extremos del caballete. Cada motor pone además en movimiento un par de hélices, montadas sobre el mismo eje perpendicular al plano longitudinal de simetría.

Estas hélices laterales, según el sentido de su movimiento, imprimen al aeróstato una rotación en el plano horizontal, de modo que sirven en definitiva de timones.

Constituída de este modo la navecilla, y por tal entendemos todo el armazón que acabamos de describir, suspéndese encima de ella la envoltura del globo por medio de un sistema de poleas fijado en la armadura del cobertizo y todo está dispuesto para el henchimiento. Ahora bien, á medida que se dibuja la forma del globo, se ve que no presenta el aspecto de una superficie de revolución completa: es una pera prolongada á la cual se hubiese quitado una tajada, y este hueco, situado en la parte inferior y limitado naturalmente por dos tabiques de seda barnizada como el resto de la envoltura, está exactamente dispuesto para que al descender el globo lleno de gas cubra con precisión las partes altas del armazón de bambú sobre las cuales cabalga y que desaparecen en los flancos del monstruo.

En aquel momento el aeróstato presenta su aspecto definitivo. El globo propiamente dicho tiene 30 metros de largo; su mayor diámetro, que primitivamente debía tener sólo 12 metros, ha sido aumentado hasta 13 por la adición de dos piezas suplementarias; no es completamente simétrico, sino que la cuaderna maestra está ligeramente aproximada á la proa. Sus dos extremos cónicos van fijados á los extremos del armazón de bambú, de modo que su longitud se mantiene constante, cualesquiera que sean los esfuerzos á que la envoltura esté sometida en las grandes velocidades. Las hélices propulsivas están exactamente colocadas en las dos puntas del eje mayor á fin de disminuir mucho el cabeceo, suprimiendo la cuaderna de enderezamiento, que se produce cuando la propulsión obra al nivel de la barquilla, es decir, á menudo á unos diez metros debajo del eje.



El globo *Pax*, inventado por M. Severo

El diámetro de las hélices es de cinco metros la de proa y seis la de popa, y giran con una velocidad de 150 vueltas por minuto en marcha normal: su forma es apropiada á las funciones algo distintas que el inventor les atribuye; la de proa abre camino y aparta el aire delante de la masa del globo; la de popa, que deja el espacio libre detrás de ella, desempeña el papel y tiene el aspecto de las hélices ordinarias.

El volumen total del gas encerrado en el globo es de 2.300 metros cúbicos, que dan una fuerza ascensional total de unos 2.600 kilogramos con el hidrógeno, y siendo el peso total de la envoltura, de la barquilla, del armazón, de los motores y de los varios mecanismos de 2.100 kilogramos, quedaban sólo de 400 á 600 kilogramos para el lastre y los aeronautas.

Tal era el aparato que Severo iba á lanzar á los aires con una confianza temeraria. Las disposiciones adoptadas podían sugerir graves objeciones á personas experimentadas; pero ¿qué inventor presta oídos á las críticas? Podía observarse que si las armazones de bambú ofrecen una solidez mayor cuando tienen



Restos del globo «Pax» en la avenida del Maine después del accidente (de fotografías)

cierta elasticidad, las deformaciones que experimentan se prestan mal á la instalación de transmisiones en escuadra como las de este aparato. Desde los primeros ensayos Severo reconoció que las mesetas se calentaban de una manera peligrosa, inconveniente que salvó organizando rodaduras con bolas. Digamos, sin embargo, que el fuego no ha debido ser provocado por un calentamiento de esta naturaleza, porque las partes de madera que tenían las mesetas no están carbonizadas.

Pero el defecto capital del sistema estaba en la proximidad demasiado grande de los motores y de la envoltura llena de gas. Por poco que sea de temer el fuego con motores de esta naturaleza, es preciso preocuparse de todos modos de este peligro, pues ya se recordará el deplorable accidente ocurrido en 1897 al globo *Woelfest*, cuya navecilla y cuyo motor estaban aproximados en el estremo de la envoltura, y que ardió en el aire.



MONTAÑA RUSA EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE WOLVERHAMPTON (INGLATERRA)

Ahora bien: ¿cuál ha sido la causa inicial de la catástrofe? ¿Hay que suponer, como creen algunos, que la envoltura del globo reventó á consecuencia de la tensión exagerada debida á la dilatación en una ascensión demasiado rápida y bajo la acción de un sol algo fuerte? No lo creemos. El globo estaba provisto en su parte inferior de dos válvulas automáticas, colocadas casi debajo de cada uno de los motores. Una de estas válvulas había sido condenada por Severo, pero la otra había de bastar para evacuar el exceso de gas. Además, el desgarro que esto hubiera producido no habría vaciado el aeróstato tan instantáneamente.

Parece bien demostrado, por el contrario, que la culpa del accidente la tuvo el fuego; en efecto, está demostrado que se vió primeramente una luz en la navecilla, y se ha comprobado que con exclusión de las demás partes de ésta, el motor de popa y las piezas que lo rodean eran los únicos que llevan las huellas del incendio; asimismo se ha podido ver que mientras el maquinista estaba horriblemente quemado, el cadáver de Severo no presentaba ninguna quemadura. De modo que el foco primitivo que provocó la explosión del globo estaba muy cerca del motor de popa, y sólo falta determinar cómo estalló el fuego.

Pudo suceder que el motor ardiera, como acontece á veces en los automóviles, y prendiera fuego á la mezcla detonante formada por el aire y el hidrógeno evacuado por la válvula de seguridad, lo cual produjo la primera detonación que se oyó. Por otra parte, precisamente debajo del motor se encontraba la chimenea vertical por donde el árbol de transmisión penetraba hasta el centro del globo y que era un camino fácil por donde los gases inflamados han podido introducirse para incendiar la envoltura y provocar la segunda explosión.

Para hacer esta explicación más plausible, puede notarse que uno de los fondos del depósito de esencia está desoldado, al mismo tiempo que se observan huellas de carbonización en el bambú al cual estaba fijado. Sin embargo, una visita minuciosa del motor ha permitido comprobar que la flama no había ido al carburador.

Es más probable que la explosión del depósito fué consecutiva. A consecuencia de la proximidad del motor y de la válvula de seguridad, el gas proyectado en el aire, encendido por la rotación de la hélice y por las evoluciones del globo, al mismo tiempo que por el movimiento ascensional, bañaba necesariamente toda esta parte de la barquilla y pudo incendiarse al contacto del motor, tanto más fácilmente cuanto que por una imprudencia inconsciente Severo había suprimido el enrejado de seguridad con que el inventor había rodeado el aparato de encendimiento.

Tales son el estado de la cuestión y las conclusiones que de él pueden sacarse, esperando que un examen más profundo de los restos pueda permitir sentar una opinión definitiva.

Sea ésta cual fuere, hay que deplorar la loca temeridad de los inventores que se lanzan á las aventuras sin adoptar todas las garantías que la experiencia enseña y sin siquiera haberse ensayado en la conducción de un globo ordinario. Severo, según tenemos entendido, había realizado tres ó cuatro ascensiones libres, lo cual es insuficiente para dominar la técnica; y si la conducción de una ascensión sencilla es tan difícil, ¡cuánto más lo será la de un globo dirigible! – G. E.

⁂

MONTAÑA RUSA

El palacio construído para la Exposición universal de Wolverhampton ha sobrepujado por su desarrollo á las esperanzas de los promovedores de aquélla en beneficio del interés público. Con su espaciosa entrada y su conjunto lleno de atractivo, es ademas único por muchos de sus caracteres, y tiene vistas magníficas. Situado en un espacioso terreno del magnífico Parque del Oeste, sus principales construcciones son: el Salón de la Industria, que mide 377 pies de longitud por 172 de anchura; el Salón de la Maquinaria, con 350 por 170; el Salón de Conciertos, que tiene cabida para 2.000 personas; varios espaciosos restauranes; un departamento para la prensa, y varios establecimientos de recreo. Los arquitectos que han dirigido estas obras son los señores Walker y Ramsay, de Glasgow. La puerta principal, de excepcionales dimensiones, está franqueada de torres de 120 pies de altura, con terrados, doradas cúpulas y minaretes verdes. Los puntos de vista más notables se hallan, por su mucha elevación, en el Salón de la Industria y en el de la Maquinaria.

Muy cerca de una magnífica cascada, que funciona movida por la electricidad, y que desde una altura de 100 pies se desliza con espantosa rapidez por un plano inclinado á la distancia de 625 pies, se levanta una espiral ó montaña rusa, con cómodos coches que, movidos también por la electricidad, dan vueltas como un torbellino en torno de una construcción cilíndrica de 300 pies de circunferencia, al principio muy despacio para que la vista pueda disfrutar del paisaje de los alrededores, y después con mucha velocidad.

Esta montaña rusa es la reproducida en el adjunto grabado.



Un bautizo en la montaña, cuadro del malogrado pintor Joaquín Vayreda, propiedad del Sr. Llobet

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 9 de junio de 1902 — Núm. 1.067

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA LECCIÓN DE BANDOLÍN, cuadro de Pablo Thomas

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo segundo de la presente serie, que lo forma la preciosa pastoral ó novela de Bernardino de Saint-Pierre

PABLO Y VIRGINIA

primorosamente traducida por el inspirado poeta y notable literato D. Melchor de Paláu, quien, como dice en el prólogo con que encabeza su traducción, ha procurado «no ser déspota ni esclavo, y conciliar el genio de la lengua castellana con el particular del autor, cuyo estilo cortado difiere no poco de la rotundidad periódica que caracteriza á nuestros clásicos.»

Esta famosísima y con razón encomiada novela, de la cual ha dicho D. Juan Valera «que en ella el pudor y el espiritualismo en los amores se levantan inmensamente por encima de lo que se pinta en *Dafnis y Cloe*,» va ilustrada con once preciosas láminas y más de cien primorosos grabados intercalados, dibujados unos y otras por Mauricio Leloir; está lujosamente encuadernada con una cubierta alegórica, composición de Triadó, y por sus condiciones, tanto literarias y artísticas cuanto materiales, figurará indudablemente entre las mejores publicadas en nuestra Biblioteca.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DESPUÉS DE LAS FIESTAS

Ya desmontan las tribunas, enrollan las percalinas, guardan en el almacén de accesorios los figurones de cartón... Ya se puede hablar francamente de las fiestas, sin «perjudicar» al comercio ni á la industria, ni á nada perjudicable. – Es tiempo: las fiestas han durado bastante, lo suficiente para que todas las deficiencias hayan resaltado y se hayan estimado los aciertos; la hora de la crítica ha venido. ¿Que es estéril? ¿Que es crítica de asno muerto y de cebada al rabo? No. Es la manifestación de la experiencia que sale á la pluma; es el sedimento que ha quedado en nosotros y sube á la superficie un instante, para volver á depositarse en la memoria y dejarnos útiles avisos que recordaremos cuando vuelva la ocasión. En las bodas reales, verbigracia, que mucha gente considera próximas, pues para los monarcas se adelanta todo, todo madruga, como si sus fuerzas físicas é intelectuales fuesen distintas y superiores á las de los demás hombres nacidos de mujer.

***

Empezando por la parte decorativa, diré que es difícil desacertar más. La Carrera de San Jerónimo, especialmente, fué la nata y flor del desatino. Hubo una manada de osos de cartón, con su madroñero correspondiente, que tuvieron que emigrar de los mástiles donde se ostentaban, corridos por la rechifla del respetable público. Pero al recogerse al cubil estas fieras quedaron otras, una manada de leones que parecían gatos tísicos, trepando por una pared en busca de sustento. Alternaban con los leones palmeras de guardarropía, y la estrecha calle donde se agolpa el gentío madrileño presentaba, confesémoslo, el aspecto más desastroso que cabe imaginar. Cierto arco, inferior á cuantos telones se ven en los teatros por horas, agravaba la situación, y si yo soy el joven rey, lo que es bajo tal arco no me convencen de que pase ni frailes teatinos.

***

Las iluminaciones, en cambio, muy bonitas y alegres. En este particular, la luz eléctrica ha venido á resolver el problema. Con luz eléctrica no hay iluminación fallida. Ni el viento ni el agua la estropean. *Ce n'est pas bien malin,* como dicen nuestros vecinos. – Y sin embargo, hay quien echa de menos otra cosa, la arcaica y grave iluminación de hachones de cera, que todavía algunas casas aristocráticas conservaron, pero que ya parece funeraria y doliente como una elegía, ante esas vivas seguidillas de notitas rojas, anaranjadas y verdes. La calle del Príncipe fué un verdadero túnel de luz, un enrejado primoroso de hilos lumínicos que rayaban con brillantes líneas la negrura de la noche. La casa del marqués de Alcañices presentó una fachada dibujada por la luz, hecha un ascua de fuego; el cuartel de la montaña también incendió regiamente el horizonte. Había calles donde la claridad era mayor que de día.

***

En el ramo de colgaduras hubo de todo. Abundaron la percalina y el satín pesetero, y fué verdadera peste, epidemia que se extendió desde lo más alto á lo más bajo, la bandera española. Esto prueba que la gente no tiene gran originalidad é inventiva. Ha encontrado el tema de la bandera, y lo glosa, y lo comenta en todos los estilos; pero no descubre otro, igualmente adaptable al objeto de adornar los balcones. Y así, lo único que se ha destacado sobre el fondo sin término de tela roja y gualda, ha sido el blasón de los reposteros de las casas nobiliarias, ó las letras entrelazadas de algunos edificios, en que los dueños parecían haber tendido una docena de pañuelos con cifra, después de teñirlos en una disolución de añil ó de caparrosa.

Siempre es un progreso sobre las clásicas colchas de zaraza con riquísimo fleco de bellotas de algodón, gala antaño del día de Corpus y demás ocasiones señaladas; pero aún cabe que demos grandes pasos en este camino de la colgadura, y que variemos algo de tocata, ideando novedades. Hay ahí un porvenir artístico: la colgadura puede llegar á ser arte, como lo es la tapicería.

***

Las solemnidades oficiales han salido bien. No hubo disturbios; todo marchó con bastante orden, lo cual no es tan fácil de conseguir como á primera vista parece. No sucedió en la calle nada desagradable: no se registraron atropellos, ni riñas, ni se hundió ninguna tribuna de las muchas que, alzadas aprisa y construídas según fama con madera vieja, soportaron el peso de mucha gente en el trayecto. – La batalla de flores fué un número de los más afortunados, y un espectáculo de los más cultos... Es decir, entendámonos, *culto* de vallas adentro. Porque de vallas afuera, de todo hubo en la viña del Señor. Al pasar por las calles y al atravesar entre la multitud agolpada desde la de Alcalá al recinto donde la batalla había de librarse, creíamos encontrarnos rodeados de kabilas. Con furia insolente el pueblo arrancaba las flores que decoraban carrozas y carruajes, por lo cual los vehículos engalanados llegaron al *stand* con la mitad de su decoración. Los policías contemplaban este cuadro de salvajismo cruzados de brazos. ¡Es preciso que el buen pueblo se divierta, siempre que no sea diversión subversiva! Y el rasgo de barbaridad resultaba más antipático, de puro inútil. ¿Para qué querían aquellos zulúes aquellas flores? Por fin, si el coche fuese guarnecido de panecillos y roscones, comprendo que los arrebatasen y no dejasen uno. Pero ¿rosas? No; era hacer daño por hacer daño, por estúpido y neto vandalismo. Veían una cosa bella, fresca, bien oliente, delicada... ¡A destrozarla! ¡Y váyales usted con educaciones estéticas! La belleza les excita la animalidad; nada más.

***

Ahora bien: ¿cómo extrañarlo? Ciertos impulsos vienen de arriba, de *nosotros* (no quiero excluirme, á pesar de mis méritos de remera y luchadora constante por el mejoramiento de nuestras costumbres), y *nosotros* no hacemos lo bastante para romper la costra secular de ignorancia y rudeza. Casi diría que con frecuencia contribuímos á solidificarla. Pues qué, ¿han sido los golfos de la calle quienes organizaron tanta y tanta corrida de toros? En este mes que acaba de transcurrir, hasta los periódicos diarios, fieles cronistas de la actualidad taurina, que la consagran la nata y medula de sus columnas más visibles, que no perdonan pase ni estocada sin comentarlas cual no comentaran los escoliastas á Homero; hasta los periódicos diarios, digo, se han escandalizado del número de pares de cuernos que salieron al ruedo de la plaza de Madrid.

***

Una de las mejores cosas que debimos á las fiestas fué aplaudir de nuevo – después de mil años – el *Don Juan* de Mozart. La deliciosa ópera está casi proscrita; dicen que su *spartitto* ofrece dificultades serias á los cantantes. En cuanto puede juzgarse al través del ruido y de la brillantez aturdidora de una función de gala, el *Don Juan* se cantó muy bien y produjo en mi espíritu la misma impresión de alta belleza que cuando formaba parte del repertorio del Real.

***

Algo hemos visto que en su género compite con la ópera de Mozart: los jardines del Campo del Moro, que se abrieron para la *garden party* de Sus Majestades.

Era aquel lugar, no ha mucho, madriguera de malhechores, refugio del hampa madrileña; y es hoy un parque soberbio, con agua y árboles á voluntad, y aterciopeladas *pelouses* donde el césped fresco verdea, alegrando los ojos. – Yo veía allí una especie de simboloquio, una dulce lección de la Naturaleza al joven soberano que aún no peina bigote.

Parece que le decía el parque: «La nación está como yo estaba: seca, inculta, polvorienta, infestada de gente *non sancta* ó de gente que carece de orientación hacia el trabajo y la vida civilizada y moderna. La voluntad de una reina me transformó en jardín; la voluntad de un rey puede transformar en jardín á la nación española...»

***

Dicen que los reyes constitucionales no están facultados para realizar nada de lo que es preciso que se haga, y hay quien reprocha á la Unión Nacional que haya recurrido al trono en demanda de regeneración. ¡Ah! El formulismo será el que se quiera: la realidad es que el rey, aun sin proponérselo, pesa extraordinariamente, influye de un modo decisivo en nuestra vida nacional. Hablo de España: hablo de esta nación donde la monarquía tiene profundas raíces y está *restaurándose* incesantemente, por una especie de evolución natural. Aquí, los grandes movimientos de cultura, obra de reyes han sido. Todavía, cuando vemos un camino ancho y hermoso, un edificio grandioso y noble, una institución duradera, murmuramos el nombre de Carlos III, pensamos en aquellos Borbones que se trajeron en sus tabaqueritas de oro y esmalte tantas cosas. – Y no importa que las apariencias de nuestra organización política hayan cambiado; no importa que hoy aparezcan restringidas constitucionalmente las facultades y prerrogativas omnímodas de que antes disfrutaba la corona. En realidad no hay forma de la actividad social en que el rey no pueda influir de un modo enérgico, casi fulminante. Sería halagüeño y sorprendente para el rey ensayar su fuerza en cualquier terreno; de tal cantidad de fluido se encontraría poseedor. Y entonces diría, como Cristo al realizar uno de sus milagros: «Una virtud ha salido de mí.»

***

Volviendo á las fiestas, diré que se ha atribuído excesiva importancia á su efecto escénico ante los ojos de los extranjeros que nos han venido á visitar con tal motivo. No creo que por eso se hayan ido maravillados y abierta de un palmo la boca, como suponía mucha gente cultivadora del optimismo barato. A semejanza del gallo de Lafontaine, los extranjeros preferirían un grano de trigo. El grano de trigo aquí es la obra humilde y modesta de la pedagogía, de la instrucción, de la orientación hacia los ideales de los pueblos modernos. Buenos son estos

regocijos populares,
fiestas múltiples y varias,
músicas, danzas y antares...

pero un esfuerzo varonil hacia la regeneración (palabra *cursi y latera*, según los doctores), abriría en el ánimo de cualquier Mirza Riza una huella por lo menos tan favorable y grata.

Emilia Pardo Bazán.



¡Oh dioses, cuán crueles castigasteis la vanidad de mi hermosura!..

LA FLOR QUE LLORA

(HISTORIA INVERISÍMIL)

I

Bajo el purísimo cielo del Atica, y en los alegres y heroicos tiempos en que se creía que Orfeo quejumbroso, armado de áurea lira, había descendido á la mansión infernal en busca de la infortunada Eu ridice, habitaba en la inmortal ciudad de la Palas Atenea una joven llamada Zelia, que en lo hermosa podía competir con Venus, en lo discreta con Minerva, y con Júpiter en lo de ser adorada.

Disputábanse los hombres la posesión de aquella mujer excepcional de diez y seis años: su casa era templo y su dueña la divinidad que congregaba á lo más florido, rico y noble de la ateniense juventud.

Todos quemaban el incienso de la adulación ante el ídolo, todos se creían con sobradas condiciones para su conquista; que siempre pecaron los pretendientes de hinchazón presuntuosa: los más ricos fiaban en el cebo de sus caudales; los más pobres, en su belleza; los más feos, en su gracia; los más sabios, en su talento: entre todos estos, sólo había un tal Cleóbulo, enano ridículo, negación de la estética, filósofo cínico, que, aunque adoraba locamente á la diosa, comprendía que si se propasaba á entonarle la canción de sus amores, sólo alcanzaría una burlona sonrisa, cuando no alguna muestra más mortificante de desprecio.

Zelia sentíase á ratos molesta por el zumbar continuo de galantes ditirambos, por el aluvión de hipérboles con que regalaba sus oídos la turbamulta de adoradores; á ratos, destellaba en sus ojos el orgullo de verse cercada por aquella legión de hombres que, á porfía y uno á uno, habíanla jurado por sus dioses tutelares estar dispuestos á acometer la más arriesgada y heroica de las empresas, con tal de conseguir que los labios de Zelia, más rojos que la amapola y más dulces que la miel del Himeto, murmurasen una promesa de amor.

La diosecita no exigía que emulasen la hazañas de Hércules: ¿para qué?.. Su corazón, recién despierto al encanto del vivir, era como espejo que mira al cielo: pasan las nubes y las refleja sin que la imagen de ninguna quede fija en su mágico cristal. Recordaba á sus devotos mientras los veía; después... nada, sentíase muy sola y en su pecho palpitaba el ansia insólita de amar y de ser amada: momento psicológico en la mujer donde corre peligros innumerables, tanto más funestos cuanto más ocultos se ofrecen á su inocencia.

II

Zelia impetró de los dioses que iluminasen su espíritu en la difícil selección que debía hacer entre tanto rendido galán.

Y los dioses – ¡todo hay que decirlo!, – más atentos á la esplendidez de las fiestas y sacrificios ofrecidos, que al fervor de la súplica, atendieron al ruego de la encantadora muchacha.

¡Oh, aquellos dioses eran más comerciantes que todos los mercaderes de Cartago!

En el atrio de casa de Zelia presentóse cierta tarde una mujer toda vestida de blanco, cubierto el rostro con un velo de espesísima urdimbre que no dejaba traslucir de su fisonomía más que los ojos animados de un brillo extraordinario.

Preguntó por Zelia, y un esclavo la condujo al gineceo en donde en aquellos instantes se encontraba su señora.

– Los dioses, empezó diciendo la misteriosa mujer con voz que vibraba armoniosa y grave, han escuchado tu ruego, y aquí me envían para hacerte depositaria de una flor nacida en el Olimpo y de méritos tan excepcionales, que jamás se marchita, y siempre que palpite en torno suyo la maldad y el engaño, sus hojas se humedecerán como si llorase la perfidia humana. Acepta, pues, el presente de los dioses.

Y entregó entonces á Zelia, que, emocionada y confusa, había seguido el relato de la desconocida, una flor roja, semejante en su estructura á una siempreviva.

– Lleva siempre prendida al pecho esa flor, continuó la tapada, y sea ella la que te aconseje en todos los momentos.

Dijo, y sin dar tiempo á que la joven la manifestara su gratitud por hallazgo tan estupendo, la misteriosa portadora, tras leve inclinación de cabeza, salió del gineceo.

. . . .

III

Han transcurrido veinte años.

Zelia se encuentra en el cenit de su hermosura: es el codiciado fruto maduro; pero, en su casa solitaria, no zumba como antaño la letanía del amor: se encuentra sola; la corte de adoradores huyó para siempre de su lado, y la ola pasional no ha inundado un corazón amante: continúa debatiéndose en el suyo propio amenazando constantemente destruir cárcel tan deleznable.

Los dioses, al hacerla poseedora de la maravillosa flor, tuvieron una ironía propia de dioses: mataron en aquel espíritu virgen la fe, la amiga más solícita de los mortales, la artífice mágica de las ilusiones: la mitad de nuestra existencia.

Aquella flor lacrimosa, roja como la sangre, hizo ver á su dueña en toda su desnudez la falsía y el egoísmo humanos: sus criados la adulaban, mostrábanse solícitos y cariñosos: mentían: en el fondo de su ser, protestaban de su servidumbre, de la desigualdad social que mientras á los privilegiados les entrega el látigo, á los parias les hace encorvar las espaldas para ser azotados: sus adoradores protestaban de un afecto tierno y puro, de su ansia de conquistar á costa del mayor sacrificio tesoro tan codiciado: la engañaban: en lo más recóndito de sus pechos, el amor puro era un deseo sensual, un espolazo de la propia vanidad: su ternura, un ansia de domeñar á la que tan altiva se les ofrecía; el sacrificio á que se mostraban prontos era un alarde que sólo á la suposición de que se les exigiera les hacía temblar como azogados: declamaban las compañeras de la hermosa lo sincero y firme de su amistad y la diputaban como dechado de perfecciones: eran tropos del lenguaje: la odiaban todo lo más cordialmente posible: sentían celos terribles de su extraordinaria belleza y la acusaban de que en vez de mujer fuera estatua: su virtud era sólo consecuencia de su frialdad.

Y así por este orden, la flor implacable, siempre que alguien se acercaba á su dueña, vertía lágrimas: Zelia, sorprendida, emocionada, herida en lo más íntimo de sus creencias, también lloraba. Cuanto más firme era su convicción en la lealtad de una persona ó de un afecto, mayor era también la angustia que le ocasionaba la silenciosa negación de aquel talismán de los dioses: el *vitam impendere vero* de Juvenal, era en el mundo una frase hermosa: nada más.

Sólo la flor roja permanecía impasible en presencia de Cleóbulo; pero ¡ay!, era tan terriblemente feo y ridículo aquel enano filósofo...

La madeja del tiempo devanábase para la diosecita bien cruelmente.

Zelia vióse envejecida: su belleza era ya la del sol que se hunde en el ocaso, y como en él, también ardía en su interior un fuego inextingible: el de una pasión jamás correspondida.

Llevada de un supremo desaliento, Zelia maldijo la flor, y arrojándola al suelo musitó con lágrimas en los ojos.

– ¡Oh dioses, cuán crueles castigasteis la vanidad de mi hermosura, regalándome la flor que llora y que ha asesinado todas mis alegrías, todas mis esperanzas y en mi corazón ha hecho fermentar el odio y el desprecio hacia todos!.. ¿Por qué habéis quitado de mis ojos la venda rosada que oculta á los mortales el egoísmo que encierran todos los actos de la humanidad?.. Con esa venda habría sido felicísima y habría amado porque creería ser amada... La antorcha de Himeneo habríase encendido en mi hogar, y á sus áureos reflejos hubiera podido tal vez contemplar mi propia ventura en las pupilas de mis hijos...

En el paroxismo de la desesperación, Zelia golpeaba rabiosamente con sus diminutos pies la flor roja de los dioses, la flor que llora...

Alejandro Larrubiera.

(Dibujo de Triadó.)

SUEÑO DE AMOR

(POEMA)

Carmen abandonó el lecho muy temprano. Había dormido intranquila, despertándose á cada momento. ¿Por qué? No hubiera sabido decirlo... ¡Es un problema, muy difícil de resolver, todo lo que tiene origen y desarrollo en el corazón humano!

Mientras se peinaba, pasaron por su imaginación imágenes confusas, indefinibles: unos ojos negros y muy brillantes que se acercaban, mirándola con pasión infinita; unos labios que sonreían, moviéndose, como si hicieran una promesa... Después... los ojos que se iban alejando, contemplándola tristemente; los labios que dejaban de sonreir y quedaban entreabiertos, con amarga expresión de desencanto, como los labios de los que vivieron mucho y sufrieron infinitas penas de amor...

Eran las mismas imágenes que había visto durante su sueño intranquilo, sueño que quería descifrar buscando en él un augurio... ¿Por qué miraban aquellos ojos? ¿Por qué reían aquellos labios? ¿Qué decían al moverse temblorosos, como hojillas de almendro agitadas por la brisa?

La respiración de Carmen era anhelosa como la de un calenturiento; su corazón palpitaba con fuerza, llevando sangre hirviente á las venas... En el espejo reflejábanse su tipo de virgen árabe y sus ojos melancólicos de color verde-obscuro, como el mar irritado. Su boca, roja y encendida, estaba entreabierta, plegada por un gesto de ansiedad; sus mejillas, arreboladas, ardían.

Cuando hubo puesto fin á su tocado, tomó asiento junto á la ventana y puso el bastidor sobre sus rodillas. Pero sus finas y delicadas manos permanecieron inactivas, como si se negasen á continuar el bordado que ellas solas sabían hacer.

Carmen empezó á sentir un ahogo extraño; el ambiente de aquella habitación la sofocaba. Por eso, soltando el bastidor, con aire de fastidio, se encaminó lentamente hacia el jardín.

La Primavera derramaba sus esplendores sobre la tierra, que hacía su sagrada promesa de abundancia; el jardín estaba cuajado de rosas, y una oleada de perfumes habíase apresurado á saludarla; los claveles, doblando con su peso los débiles tallos, parecían inclinarse respetuosamente ante Carmen, como rindiendo homenaje á su hermosura...

Se detuvo para aspirar ansiosamente el aire perfumado y abrió sus ojos soñadores, como queriendo llenarlos de aquella luz suave de Aurora, que caía dulcemente sobre la tierra. Su pecho sintió un bienestar inexpresable.

Dió unos paseos distraída, mirando al suelo, como si quisiera contar los granitos de arena que iban crujiendo bajo la dulce presión de su pie diminuto; luego levantó su cabeza y fijó su mirada en los rosados celajes que cortaban la monotonía del terso azul... Su pecho continuaba agitado; por su cabeza desfilaban las imágenes de su sueño.

Cansada de caminar por las vereditas arenosas del jardín, fué á sentarse indolentemente en el banco de piedra situado á orilla del estanque, y permaneció mucho tiempo inmóvil, contemplando la superficie del agua que la ligera brisa rizaba tan dulcemente, que dijérase que el lago sonreía, agradeciendo aquella caricia.

Los peces del estanque, que nadaban tranquilamente, subieron casi á flor de agua para verla...

Carmen, contemplando el apacible lago, soñaba, soñaba como la noche anterior, como había soñado al despertarse, entornados sus bellísimos ojos de virgen árabe, como si mirasen hacia dentro y quisieran estudiar el estado intranquilo de su corazón. ¿A qué venía aquella tristeza melancólica?

Otras veces – casi todos los días – había bajado al jardín, y estaba alegre como las golondrinas que fabricaban el nido bajo el alero del tejado, cantando dulce y amorosamente; como los palomos que se arrullaban; como el lago que sonreía; como las flores al recibir el beso de la luz...

Dos palomos blancos jugueteaban á orillas del estanque, arrullándose, uniendo sus picos amorosamente. Carmen apenas los veía á través de sus pestañas; pero sin saber por qué, sus ojos se abrieron, solicitando la caricia de la luz, y vió claramente á la enamorada pareja, quedándose extática, contemplándola.



VÍSPERAS SICILIANAS, cuadro de Domingo Morelli

A sus labios rojos, encendidos como la grana, vino una pregunta que, como las anteriores, quedó sin respuesta:

«¿Por qué se besarán los palomos?»

Y Carmen continuó pensativa contemplando con ojos muy abiertos, en los que se leía una interrogación, el idilio de aquellos animales, sin comprenderlo...

El cálido ambiente primaveral la envolvía; la sangre circulaba bulliciosa por sus venas; su corazón seguía intranquilo, palpitando con desorden; su respiración era fatigosa...

Ensimismada en la contemplación de aquella escena de ternura y de amor; escuchando el melodioso canto de las infatigables golondrinas que fabricaban su nido, Carmen no se daba cuenta de lo que á su alrededor ocurría.

Y Federico, el muchacho más gentil y gallardo de la ciudad, pasaba una vez y otra por delante de la verja del jardín, contemplando á Carmen con místico arrobamiento de creyente, dirigiéndole miradas de pasión infinita.

Todas las mañanas se levantaba cuando aún no había recibido la Tierra la caricia fecundante del padre Sol, é iba á pasearse ante la reja, aguardando con ansiedad á que la virgen árabe fuese á aumentar con su presencia los esplendores de la Naturaleza riente.

Y la miraba, la miraba con atención profundísima, queriendo grabar en su retina la imagen de la idolatrada, y sonriendo, cuando sus miradas se cruzaban, mientras sus labios se movían musitando algo ininteligle semejante á oración fervorosa.

Allí estaba siempre, y cuando se alejaba, volvía la cabeza, mirando con tristeza infinita al notar que su amor potente no era bastante á abrasar el corazón de la virgen, que proseguía indiferente sus paseos, cuidando sus plantas y echando miguitas de pan á los peces de colores, que se rebullían nadando vigorosamente, tropezándose, empujándose y riñendo por coger aquel pan que sus manos tocaron.

Carmen no había fijado sus ojos en el constante Federico, porque su corazón dormía y estaba cerrado aún á las asechanzas del amor. Su pecho no anhelaba otra cosa que el aire embalsamado que la vigorizaba, y sus ojos no necesitaban ver más que flores y luz; y estaban alegres como los colores que bordaban el jardín, como los rayos del sol que llevan á la tierra el bullicio de la vida.

Pero aquel día estaba triste; su corazón había recibido la primera sacudida, se había despertado y vigilaba, aguardando con ansia la hora bendita en que los anhelos y zozobras habían de convertirse en ternuras dulcísimas...

Y tras de haberse preguntado muchas veces el por qué se besaban los palomos y de haber contemplado ensimismada aquel idilio, sus ojos miraron con sobresalto hacia la verja... Había creído escuchar un ruido extraño...

Sus ojos tropezaron con los ojos de Federico; eran negros y muy brillantes y la miraban con pasión infinita; vió su boca que sonreía con dulzura... Lentamente se iba alejando, volviendo la cabeza, mientras su cara perdía la alegre expresión.

Carmen se puso en pie maquinalmente, como obedeciendo á una fuerza misteriosa. Diríase que era nuevo Lázaro que acababa de escuchar la voz imperativa de Cristo; su bella carita se puso pálida, su corazón palpitó con fuerza, sus piernas temblaron, sus piececitos se negaban á sostenerla...

¡Oh, sí, aquellos ojos negros y brillantes, aquellos labios... eran los de su sueño, ojos y labios que parecían perseguirla por todas partes!

Y sintió deseos de gritar, de llamar á Federico, de quien tantas veces no había hecho caso, porque estaba dormida.

Deseaba que aquellos ojos la siguiesen mirando con pasión infinita y que aquellos labios repitiesen á su oído una promesa de amor inacabable, musitando dulcemente...

RAFAEL RUIZ LÓPEZ.

VÍSPERAS SICILIANAS

CUADRO DE DOMINGO MORELLI

En medio de los alegres bailes con que los habitantes de Palermo celebraban fuera de la ciudad la solemnidad del lunes de Pascua, 30 de marzo de 1282, realzada por un espléndido sol de primavera, algunos palermitanos, profundamente irritados por la insolencia de los dominadores, se trabaron de palabras con los servidores y familiares franceses de la justicia de la provincia, cuya presencia, y acaso su libertad con las mujeres, turbaban la fiesta: pronto se pasó de las palabras á los golpes, y en breve los sicilianos, á quienes estaba prohibido llevar armas, amenazados de un registro por sus opresores, sacaron unos los puñales que ocultaban bajo sus ropas, y otros se proveyeron de piedras, y el grito de «¡Mueran los franceses!» resonó al momento en todo Palermo. La nueva del alzamiento de los sicilianos contra su riguroso dominador Carlos de Anjou, extendió la matanza al resto de la isla, como chispa que propaga un incendio, y transcurrido un mes, no quedaba un francés en Sicilia, que se entregaba voluntariamente á Pedro III de Aragón, cuyo concurso había sido solicitado desde un principio por Juan de Prócida, Alecimo de Leutini y otros.

El momento en que algunas mujeres, sorprendidas por la terrible explosión de la cólera de los palermitanos, huyen del lugar de la alegre fiesta, convertido tan súbitamente en teatro de desapiadada carnicería, para llevar el grito de alarma á la ciudad, es el escogido por el ilustre pintor italiano para trasladar al lienzo todo el horror de las llamadas *Vísperas sicilianas*, horror que con realidad tan pasmoso se manifiesta en los semblantes de las tres fugitivas, que, preciso es confesarlo, no tienen la vaguedad é indeterminación que otras figuras de Domingo Morelli. La escena que les sirve de fondo parece copia de la realidad, y bien podría ser que al abocetarla hubiese este pintor tenido presente la del levantamiento revolucionario de Nápoles de 15 de mayo de 1848, en que, muy joven aún, pues contaba apenas veintidós años, se lanzó á la calle, y mezclándose entre los combatientes, fué herido y hecho prisionero.

Vísperas sicilianas fué producido en la misma época que el *Conde Lara con su paje*, el *Baño pompeyano*, *Tasso leyendo su poema á Leonora* y otros asuntos semihistóricos, de que ya nos ocupamos en el número 1.030 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.



SUEÑO DE AMOR, cuadro de F. Obiols Delgado. (Véase el artículo del mismo título en la pág. 380.)



RECUERDOS DE ESPRONCEDA

Privilegio inherente al genio es el de avalorar todo aquello que con él se relaciona, en las diferentes situaciones y momentos de la vida. El relato de un rasgo de carácter, de una frase, de un detalle cualquiera de sus costumbres públicas ó íntimas, despierta siempre gran interés en los que lo escuchan, y en extremo nos complace el conocimiento de sus gustos, aficiones, caprichos ó extravagancias, tan frecuentes en los hombres que vivieron fuera de los límites de lo vulgar.

Por eso creo que estos renglones, que íntimamente se enlazan con los dos momentos capitales de la vida del inmortal vate extremeño, esto es, con el de su nacimiento y con el de su muerte, tendrán para los lectores de La Ilustración el aliciente de esa curiosidad que, como antes dije, sentimos siempre que se trata de la existencia de los hombres ilustres que sobreviven al transcurso de los siglos rodeados de la brillante aureola de la inmortalidad.

Hace sesenta años que sus restos mortales yacían en el rincón de un cementerio, confundidos con los de la multitud. Hoy la patria le ha destinado un honroso albergue al lado de otros dos genios, Larra y Rosales, cumpliendo con los tres sagrada deuda de gratitud.

El nombre de Espronceda es al presente popularísimo; y si muchos lo desconocen como el de un apóstol de las ideas liberales, hállanse con él encariñados como fogoso y sentimental poeta. Sus sacrificios políticos podrán haberse olvidado, pero no las hermosas octavas de su *Canción á Teresa,* su atrevido y grandioso *Himno al Sol,* su *Canción de El Pirata,* y otras muchas poesías.

No hay estudiante que en los años juveniles haya dejado de grabar en su memoria la inimitable composición *A Jarifa en una orgía,* ó que no recite de corrido trozos enteros de *El estudiante de Salamanca,* especialmente los que describen «la muerte de amor de la desdichada Elvira.»

En la edad juvenil, en que el calor de las pasiones crea en la mente imágenes tan fuera de la realidad, y despierta sentimientos utópicos y dichas irrealizables que sólo existen en la fantasía; en los cuales basta un ligero soplo de pueril desilusión para hacer brotar las amarguras de ilusorios desengaños, con toda la fuerza y la intensidad del verdadero apasionamiento; entonces, repetimos, ¿quién no se ha sentido escéptico (¡á los diez y ocho ó veinte años!) y ha encontrado alivio á sus tristezas repitiendo con el poeta

¿Por qué volvéis á la memoria mía
Tristes recuerdos del placer perdido?
. . . .

Por eso es y será Espronceda el poeta de la juventud, de los eternos soñadores. Porque ha sorprendido y fotografiado en sus versos, de admirable modo, las constantes luchas entre las ilusiones del alma y las realidades de la vida.

En cambio de esto, ¡qué pocos son los que pueden apreciar sus sacrificios por la libertad; los que no ignoran que se batió en el puente de las Artes en París y en las barricadas de la plaza Mayor de la coronada villa! Estos hechos de su vida, así como sus arengas políticas y sus amarguras en la emigración, no le hubiesen ellas solas valido para la posteridad lo que una octava, una décima, un romance de sus hermosos versos, pedestal eterno de su fama.

Cierto que sus entusiasmos, su fogosidad, sus atrevimientos, los desórdenes de su vida, causa determinante, sin duda, de su prematura muerte, son otras tantas circunstancias que le hacen en extremo simpático á los espíritus artistas y soñadores.

Después de lo dicho, ¿no ha de interesar todo cuanto se relaciona con el gran vate?

Por eso creo que han de ser vistas con agrado algunas minucias que conozco relativas á su nacimiento y á su muerte.

Fijan los biógrafos la fecha en que aquél tuvo lugar en mayo de 1810, en la villa de Almendralejo, y con ocasión de que su padre, coronel de caballería que mandaba un destacamento, al cual seguía su esposa, hubo de detenerse en el mencionado pueblo. Sintióse aquella señora próxima á su alumbramiento; y en tan apurado trance, la Providencia le deparó los auxilios necesarios por la generosidad del Excmo. Sr. Marqués de Monsalud y de Villamarín, títulos que ostentaba el general D. Juan José Nieto Aguilar, marido de doña María de la Concepción Solano Ortiz de Rozas, hija del capitán general de la Armada marqués del Socorro. Aquellos próceres, que por su jerarquía gozaban de la exención de alojados, brindaron al matrimonio Espronceda con un albergue en su magnífica casa-palacio, destinándole la habitación baja con puerta al zaguán, á mano derecha entrando, en la cual el actual marqués de Monsalud, digno académico de la Real de la Historia, tiene actualmente instalada su interesante colección de objetos protohistóricos y romanos.



Espronceda en su lecho mortuorio, boceto del natural por Francisco Gutiérrez de la Vega

Todavía consérvanse en dicha casa las dos camas

que se destinaron á los huéspedes: muebles de caoba del tiempo de Carlos IV, á juzgar por sus patas en forma de estípides que terminan en jarroncitos de bronce y sus altos tableros que rematan en cornisas con embutidos adornos de maderas claras, en una de las cuales vino al mundo el ilustre poeta.

Debido á estas circunstancias, tuvieron desde entonces muy buena amistad los marqueses de Monsalud con los Espronceda, recordando aquéllos que el padre del poeta llevaba á éste siendo niño, vestido de uniforme, de visita á casa de dichos señores, cuando moraban en la calle de la Montera, 22, principal, la misma casa que ocupó durante años el Ateneo, hasta su traslación á la en que hoy se halla establecido.

Hubiera deseado completar estos pormenores, que debo á la bondad de mi queridísimo amigo el actual marqués de Monsalud, con la partida de bautismo del poeta; pero según aquél me manifiesta, cuantas investigaciones se han efectuado con tal propósito en los libros parroquiales de Almendralejo, han resultado estériles, por lo cual es de suponer que deberá de existir en algún registro de la jurisdicción castrense.

Pocos años ha que visitando al Dr. D. Manuel Gutiérrez de la Vega, que desempeñaba por entonces en esta ciudad el cargo de administrador de Correos, y con el cual me unía antigua amistad, hubo de llamarme la atención un cuadrito que en lugar preferente tenía en su estudio.

Aquel ligero boceto representaba á Espronceda en su lecho fúnebre, como acreditaba un letrero escrito por su autor en la parte inferior de la derecha.



VIAJE DE M. EMILIO LOUBET Á RUSIA.
Salón de M. Loubet en el palacio Krasnoé Selo



VIAJE DE M. EMILIO LOUBET Á RUSIA.
Dormitorio de M. Loubet en el palacio de Krasnoé Selo

Más que el mérito de la pintura, llamó mi atención la verdad que resaltaba en el conjunto. Aquella *mancha* era, ciertamente, *una instantánea*, como hoy decimos, hecha por lo tanto del natural mismo y aprovechando acaso breves momentos.

El Sr. Gutiérrez de la Vega me dijo que el interesante cuadrito había pertenecido á su hermano, el Excmo. Sr. D. José, y como aparecía en la firma, fué obra del acreditado pintor, tío de entrambos, don Francisco, autor de un retrato del insigne *Fígaro.*

La espontánea sinceridad con que estaba ejecutado, la sencillez de las pinceladas, la seguridad de los toques, eran cualidades reveladoras del realismo de la verdad (si se permite la frase) de lo que el artista tenía ante sus ojos. Nada, pues, había allí que fuese convencional ó lujo de la fantasía.



VIAJE DE M. EMILIO LOUBET Á RUSIA. – Palacio de invierno de San Petersburgo

¡Qué deseos tan grandes tuve de pedirle el cuadrito á mi amigo! Sirvióme de freno la convicción que abrigaba de que él me lo hubiese regalado.

Pasó tiempo. Supe un día por los periódicos que había muerto el Sr. Gutiérrez de la Vega; hice todo género de pesquisas para averiguar el paradero del retrato, y supe que había sido vendido con libros y papeles, pero nadie me daba razón de quien lo poseyera. Acudí entonces al Sr. D. Guillermo de Vera, pariente de mi difunto amigo, y por su diligencia y finísima amistad logróse, no sólo su rescate, sino la graciosa donación que de él me hizo. A él, pues, se debe que por lo pronto se haya salvado de pérdida ó destrucción, confundido con miserables cachivaches, esta interesante memoria de uno de los más preclaros ingenios españoles, cuya reproducción exactísima acompañamos.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

LARRA Y ROSALES

Nacido el segundo casi á raíz de la muerte del primero, sorprendióles, como á Espronceda, una prematura muerte. Rosales era artista en el verdadero sentido de la palabra, como Mariano José de Larra fué una precocidad literaria de alto vuelo; y si nadie igualó á éste en el arte de decir lo que quería y como quería, pocos, muy pocos han igualado al primero en seguridad para trasladar al lienzo la nota ó línea que observaba. Los pesares y quebrantos, una dolencia moral, acibararon la existencia del escritor fluido y castizo; cruel y terrible enemiga, una enfermedad física, amargó la vida del genial artista. Querido de cuantos tenían la dicha de tratarle, no pudieron inequívocas muestras de amistad desterrar la melancolía constante del autor de *La muerte de Lucrecia,* como no pudieron las preciadas amistades que rodearon á *Fígaro* mitigar la amargura que refluía sobre su alma y le atormentaba de continuo. A Rosales lo acabó la tisis, á Larra lo mató el amor, esta tisis del alma verdaderamente enamorada. Escritor y artista, aun en la producción se asemejaron: crítico y pintor de costumbres, desarrolló el primero su poderoso talento en multitud de famosos artículos; Rosales, pintor monumental por naturaleza, ejecutó cuadros de pequeñas dimensiones con mayor grandiosidad que su tamaño requería. El pintor no dejó al morir riquezas ni bienes temporales; tampoco los dejó Larra; pero en cambio legaron ambos á su patria nombres gloriosos que serán siempre pronunciados con respeto y admiración por todos los amantes de lo verdadero, de lo bello y de lo bueno.



VIAJE DE M. EMILIO LOUBET Á RUSIA.
El tsar y M. Loubet esperando el paso de las tropas



VIAJE DE M. EMILIO LOUBET Á RUSIA.
El tsar revistando las tropas



LA OFRENDA, cuadro do Eugenio Buland



ACOSTANDO AL NIÑO, cuadro de Mlle. Isabel Nourse

VIAJE DE M. EMILIO LOUBET A RUSIA

La visita del presidente de la República francesa al tsar de Rusia ha hecho revivir de nuevo los entusiasmos despertados entre los súbditos de las dos potencias cuando el viaje del anterior presidente M. Félix Faure en 1897. Ambas recepciones han sido igualmente afectuosas y delirantes, y sólo la gran diferencia de los dos presidentes en el modo de apreciar las cosas y de conducirse diversifica sus caracteres: quizás haya sido esta vez menos aparatosa, menos solemne, pero preciso es confesar que han reinado mayores cordialidad y confianza: este es por lo menos el sentimiento que se deriva de las conversaciones de todos cuantos intervinieron de cerca en la manifestación ya terminada.

El martes 20 de mayo, 7 según el calendario ruso, tuvo lugar en la rada de Cronstadt esta primera entrevista del tsar con el presidente de la República sobre el puente del yate imperial *Alexandria*. Después de un caluroso apretón de manos y de las presentaciones obligatorias, el emperador condujo al presidente á la popa del yate, trabando con él un amigable diálogo que continuó hasta que llegaron al desembarcadero de Peterhof, en donde un destacamento de marinos ejecutó la *Marsellesa*, mientras eran presentados á M. Loubet los grandes duques y los miembros de la comitiva imperial.

El jefe de Estado francés, después de descansar un momento en el palacio Catalina, en Tsarskoé, adonde le condujo el tren imperial, pasó á ofrecer sus respetos á la emperatriz Alejandra Feodorovna, obsequiando con magníficos juguetes á sus hijas las grandes duquesas Olga y Tatiana. M. Loubet marchó después á Gastchina, con objeto de saludar á la emperatriz madre, María Feodorovna, la invariable, la más fiel amiga de Francia, regresando en seguida á Tsarskoé para asistir al banquete de gala con que se le obsequió en la sala de fiestas del palacio Catalina, en donde la víspera se había celebrado el trigésimo cuarto aniversario del nacimiento del emperador. Iluminada por seis mil lámparas eléctricas, reproducidas infinitamente por los espejos, cubiertas de rosas pálidas las blancas mantelerías, á través de los deslumbrantes cristales, la inmensa galería ofrecía á los ojos un espectáculo incomparable.


Panteón de la Sociedad Española de Socorros Mutuos de Ayacucho, provincia de Buenos Aires (República Argentina)

El tsar brindó por M. Loubet y por la grandeza y prosperidad del país amigo y aliado. El presidente de la República francesa dijo que sentía gran satisfacción al hacerse intérprete de los sentimientos de sus conciudadanos, que los corazones franceses y rusos latían al unísono y que brindaba por la familia imperial y por la fiel aliada de Francia.

La jornada del miércoles fué exclusivamente militar, y todos cuantos asistieron al campo de maniobras de Krasnoé-Selo guardarán imperecedero recuerdo de la gran revista en él efectuada. M. Loubet llegó en carruaje tirado por cuatro caballos blancos, y á la derecha del mismo cabalgaba el tsar en un brioso corcel de batalla. Las tropas maniobraron operando todos los movimientos militares de guerra y parada. Después se verificó una carga de caballería en que tomaron parte 65.000 jinetes, lanzándose éstos á todo galope y parando en firme en el momento en que el tsar alzó su espada.

Al regresar á Tsarskoé M. Loubet fué invitado á una comida íntima, en la que conversó largamente con los tsares, la gran duquesa Sergia y el gran duque heredero. El tsar brindó por el ejército francés y consignó la fraternidad entre los ejércitos de los dos países, añadiendo que ambos imponen la paz general. M. Loubet contestó que la fuerza imponente de los dos ejércitos no es una amenaza para nadie, pero garantiza el derecho de las dos naciones y ofrece un punto de partida en el camino de su poderío y su influencia.

El día siguiente M. Loubet, acompañado de la familia imperial, trasladóse á San Petersburgo, adonde llegó á las nueve de la mañana. Su primera visita fué para la catedral de los santos apóstoles Pedro y Pablo: á la sombra de su aguda aguja de oro reposan todos los tsares desde Pedro el Grande, á excepción de Pedro II. M. Loubet se detuvo un momento ante la tumba del último tsar Alejandro III. Después el cortejo presidencial visitó la casa de Pedro el Grande, en las riberas del Neva, y el Asilo francés, en donde M. Félix Faure había puesto la primera piedra de un hospital y en donde puso M. Loubet la primera de un pabellón aislado.


D. CLEMENTE FIGUERAS,
inventor del generador de su nombre (de fotografía de Luis Ojeda y Pérez, de las Palmas)

Por la tarde el presidente visitó á los grandes duques, el convento de San Alejandro Newsky y San Isaac, y á las siete regresaba de nuevo á Tsarskoé-Selo, asistiendo por la noche á la representación de gala dada en su honor en el teatro Chino del parque Alejandro. M. Loubet entregó 100.000 francos para los institutos benéficos de la capital y de otras poblaciones.

M. Loubet partió de Tsarskoé para Peterhof en la mañana del 23, siendo acompañado á bordo del yate *Alexandria* por el tsar y las emperatrices Alejandra y María, para transbordar al *Montcalm*, que debía conducirle á Francia. El puente superior de este magnífico crucero, desembarazado de los botes, había sido dividido en dos en toda su longitud: á un lado, á babor, se habían dispuesto salones de descanso para las emperatrices, las pequeñas grandes duquesas y el emperador, con precioso mobiliario; á estribor, un comedor capaz para ochenta cubiertos, tapizados las paredes y el techo de seda de color oro viejo en anchos pliegues. Los últimos brindis de este viaje, pronunciados en torno de la mesa del *Montcalm*, adornada con hermosas canastillas de flores, confirmaron las esperanzas de cuantos los escucharon, y los votos del tsar por «la Francia, amiga fiel é invariable, aliada de Rusia,» hallaron eco en todos los corazones. Terminado el banquete, M. Loubet acompañó al emperador á bordo de su yate, regresando de nuevo al *Montcalm*. Pocos minutos después levaba anclas el *Alexandria*, y así que hubo desaparecido, la escuadra francesa se puso en movimiento, singlando con rumbo á Copenhague, con rumbo á Francia. – G. B.

NUESTROS GRABADOS

La lección de bandolín, cuadro de Pablo Thomas.—Es el cuadro de Pablo Thomas que reproducimos en la primera página representación exacta de una escena íntima del hogar. Ambas figuras, la pianista y la bandolinista, ofrecen un conjunto admirable de verdad y de minuciosidad, así como una fuerza de expresión digna del mayor encomio, y en su agrupación atinada muestra el artista habilidosa observación á la vez que gusto exquisito.

La ofrenda, cuadro de Eugenio Buland.—Impregnado de dulce sentimiento está el cuadro que de este eximio artista reproducimos en la pág. 384. Se traslucen en el rostro de la joven serenidad tan pura, tal hombría de bien en el del anciano, que sólo á quien ha logrado dominar todos los secretos del arte es dable producir un lienzo como el de que hablamos, en que á lo bello del asunto se une una acabada ejecución.

Acostando al niño, cuadro de Mlle. Isabel Nourse.—La escena es harto conocida para que nos detengamos á describirla. ¿Quién no la ve ó no la ha visto repetirse en su hogar todos los días? El cariño y perfección con que la distinguida artista americana ha sabido tratar á madre é hijo, patentizan que no sólo sabe ver la realidad y copiarla fielmente, sino además sentirla de un modo intenso. El cuadro de Mlle. Nourse figura en el Salón de la Sociedad Nacional de Bellas Artes de París, recientemente inaugurado.

Panteón de la Sociedad Española de Socorros Mutuos de Ayacucho (República Argentina).—El día 3 de febrero de 1901 fué bendecido é inaugurado solemnemente en Ayacucho este Panteón, cuyas fachadas, de estilo gótico, miden la principal veinte metros de largo y diez las laterales, siendo su altura hasta la cúspide del cimborrio de quince metros. Trazó los planos y fué director de la obra el joven ingeniero argentino D. Juan Ochoa. La colectividad española que ha construído este Panteón puede estar satisfecha de esta obra, que es en su clase una de las mejores de la Provincia de Buenos Aires.

D. Clemente Figueras.—El nombre del celoso é inteligente ingeniero, Inspector de montes de Canarias, es hoy universalmente conocido, gracias á las noticias publicadas por la prensa acerca del generador de su invención, destinado á producir trascendentales consecuencias, ya que aporta un elemento valiosísimo en la mecánica moderna, resolviendo problemas que han de influir poderosamente en la mayor parte de las industrias.

Dice el meritísimo ingeniero, en un trabajo recientemente publicado. – «Con persistente empeño guarda la naturaleza sus secretos; pero la inteligencia del hombre, don el más preciado que debe al artista divino autor de todo lo creado, permite que poco á poco y aun á costa de estudios y trabajos mil, venga la raza humana dándose cuenta de que la obra de Dios es más perfecta y más armónica de lo que parece á primera vista. No se necesitó crear un agente para cada clase de fenómenos, ni variar fuerzas que produzcan los múltiples movimientos, ni tantas substancias como variedades de cuerpos se presentan ante nuestros sentidos; que al obrar así, fuera proceder digno de un artífice menos sabio y poderoso que aquél, que con una sola materia y un solo impulso dado á un átomo, puso en vibración toda la materia cósmica, según una ley de la cual son las demás consecuencias lógicas y naturales.»

Y más adelante, agrega:

«El siglo XX nos ha hecho la merced de descubrirnos su programa en líneas generales. Abandona el manoseado sistema de las transformaciones, y toma los agentes allí donde la naturaleza los tiene almacenados. Para producir calor, luz ó electricidad, se ampara del movimiento vibratorio que le convenga, porque los almacenajes de que dispone se renuevan incesantemente y no tienen término jamás. Para la generación que nos sigue, las máquinas de vapor serán una antigualla, y á las negruras del carbón de piedra, substituirán las pulcritudes de la electricidad, en las fábricas y talleres, en los trasatlánticos, en los ferrocarriles y en nuestros hogares.»

Así se expresa el Sr. Figueras, quien consecuente con su credo científico, ha basado su trascendental invención en el aprovechamiento de las vibraciones del éter, construyendo el aparato, que denomina *Generador Figueras*, con la potencia necesaria para poner en marcha á un motor, asimismo de su invención, que desarrolla una fuerza de veinte caballos. Hay que advertir que la energía que se alcanza puede aplicarse á toda clase de industrias y que su costo es nulo, puesto que nada se gasta para obtenerla. Todas las piezas se han construído aisladamente en diversos talleres bajo la dirección del inventor, quien ha mostrado el aparato movido en su domicilio de la ciudad de las Palmas.

Sostiene el inventor que su *generador* resolverá una porción de problemas, entre ellos los que se derivan de la navegación, porque en poquísimo espacio pueda llevarse una gran potencia, afirmando que el secreto de su invento se asemeja al *huevo de Colón*.

Con el *generador* puede obtenerse el voltaje y amperaje que precise, lo mismo en corrientes continuas que en alternativas, produciendo luz, fuerza motriz, calor y todos los efectos de la electricidad. Dícese que en breve marchará á París el Sr. Figueras, para constituir un sindicato encargado de la explotación de su invento.

A la galantería de nuestro buen amigo el distinguido fotógrafo de las Palmas D. Luis Ojeda, debemos la ocasión, que agradecemos, de dar á conocer á nuestros lectores el retrato de D. Clemente Figueras, á quien felicitamos por su invento, haciendo votos fervientes para que produzca los beneficiosos resultados que desea, en provecho de la humanidad, en bien de la ciencia y honra de nuestro país, que ha de enorgullecerse contándole en el número de sus ilustres hijos.

Efecto de sol en una huerta, cuadro de Gonzalo Bilbao.—El hermoso lienzo que reproducimos es digno compañero de los que exhibió Gonzalo Bilbao en la Exposición Nacional del año último, que nos cupo la suerte de poder dar á conocer á nuestros lectores. Sobradamente conocido y respetado el nombre del notable pintor sevillano, no estimamos pertinente consignar las apreciaciones y juicios que nos merecen sus obras, pues sería repetir lo que ya hemos consignado en estas columnas y recordar á los que nos lean lo que ya conocen. De ahí, pues, que nos limitemos á llamar la atención acerca del cuadro que motiva estos renglones, gallar da manifestación de la moderna escuela sevillana y del esfuerzo é inteligencia de un artista meritísimo. Los violentos contrastes que la luz produce y la franqueza y robustez de esas pinceladas, que transportan á la vez que una gama castiza y razonada, el aliento de un pintor de temperamento reconocidamente español, mas saturado de los modernos cánones, merecen los honores del aplauso y el respeto que infunde el mérito.

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. - ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Así distraída, no pensaba que la mano que estrechaba la suya pudiese tener un sexo; que se le pudiese ocurrir á alguien hablar de amor en aquel sitio, lo que prueba que ella no amaba.

Alentado por aquella acogida, que atribuía á causas más lisonjeras para su persona, Carlos se hincó de rodillas y recitó un pequeño discurso bastante bien hecho, en que declaraba que no podía callar por más tiempo, á pesar del sello que había puesto en sus labios. Pero sentía sus dos corazones palpitar al unísono en presencia de aquellas maravillas...

– Y ahora, concluyó, queda roto el sello.

Desde las primeras palabras, con una tranquilidad exenta de indignación, pero también de esa turbación que infunde esperanzas á los enamorados, Pascualina había retirado su mano.

Lo que muestra un lado curioso de su educación extranjera, es que la hija de Maugrabin se consideraba obligada á contestar á una petición de matrimonio, aunque Carlos había tenido el cuidado de no pedir nada.

Pero no se le ocurría la idea de que un joven bien nacido pudiese hablarle de amor, sin solicitarla para esposa. Por esto objetó, visiblemente disgustada:

– Estamos en un claustro. Hablar de cosas de este mundo en medio de las sagradas sombras que vagan bajo estas bóvedas, es una profanación. No me pregunte usted nada del porvenir terrestre donde tantas almas han buscado el olvido de la tierra.

– ¿Se hubieran olvidado de la tierra esos monjes, si hubiesen tenido al lado á la más seductora de las criaturas?

Los ojos de la muchacha se habían acostumbrado á la obscuridad, y Pascualina vió que el brazo de Carlos que seguía postrado á sus pies, subía hasta su cintura con un gesto de buen actor en armonía con la declaración amorosa.

– Tengo frío; ¡salgamos!, dijo ella poniéndose fuera de su alcance antes de que hubiese podido terminar el gesto.

Un minuto después, se encontraba de nuevo en el patio de la Abadía, en pleno sol.

– ¿Tendrá usted la bondad de ir á buscar nuestras bicicletas?, preguntó sin otro comentario. Vamos á partir.

– El aire quema, hizo observar Carlos. ¿Por qué no nos quedamos á la sombra de estas grandes encinas, hasta que empiece á refrescar?

– Nos refrescaremos en París.

Aquel regreso precipitado no entraba en la cuenta del conquistador. Este se figuraba que Pascualina quería huir porque la había trastornado, cuando no había hecho más que disgustarla.

Interrumpir la aventura en medio del capítulo, era una falta indigna de un hombre de su experiencia. Así es que insistió con ternura:

– ¡Por favor!.. ¡Concédame usted una hora más!..

– Me gusta que me obedezcan, dijo fríamente la muchacha. Vaya usted por las bicicletas; aquí le espero.



Carlos se hincó de rodillas y recitó un pequeño discurso bastante bien hecho

Carlos se alejó, resuelto á retrasar la marcha, aunque fuese por medio de la astucia. Poco después, volvió con las manos vacías.

– Uno de los pedales de la bicicleta de usted ha perdido el tornillo. Telefoné al pueblo inmediato pidiendo un coche.

Su compañera le miró fijamente, fiándose cada vez menos de él.

– Y en el pedal de usted, ¿falta también algún tornillo?, preguntó ella.

– No... que yo sepa, balbuceó el impostor.

– Entonces, yo tomo su bicicleta.

– ¡Una bicicleta de hombre, con sus faldas! Tenga usted juicio y paciencia. Ya debe venir el coche.

Pascualina contestó dando una patadita:

– Usted no me conoce. Cuando quiero hacer una cosa, la hago. Quiero partir y partiré.

Volvió al castillo, sin decir nada más, y suplicó á la mujer del administrador que la acompañase á su cuarto. Allí cogio unas tijeras, partió su falda en dos, y la transformó, con ayuda de la complaciente señora, en una especie de anchos pantalones, como los que usan muchas ciclistas.

Media hora después, montó en la bicicleta de Carlos, que le dijo sin poder disimular su mal humor:

– Va usted á extraviarse en el bosque.

– No tema usted. Seguiré la línea telegráfica. Yo no me extravío tan fácilmente.

Y se alejó.

Carlos de Bucilly pudo entonces pasearse solo, á la sombra de las grandes encinas, esperando el coche de alquiler que le condujo á la estación, con la *Columbia* de Pascualina.

Así terminó su aventura, y con ella sus esperanzas, ó mejor dicho, las esperanzas de su madre.

Una exclamación de Carlos prueba que tenía más de un plan matrimonial en perspectiva:

– ¡Vamos! Héteme reducido á la *otra*. Mientras tanto, ésta me ha dado codillo... ¡Pero me la ha de pagar, como hay Dios!

XVI

Beltrana fué puesta al corriente, aquella misma noche, de los acontecimientos de la jornada, salvo ligeros detalles que el héroe creyó prudente guardarse para sí.

La señora de Bucilly ignoró que cierto tornillo,

dado por perdido, se encontraba en la faltriquera del narrador, y que Carlos había forzado un poco la nota de la seducción en la obscuridad de aquel claustro que precisamente sirvió de modelo para una de las decoraciones de *Roberto el Diablo*.

Los más grandes hombres se jactan de una astucia ó de una audacia... cuando ha tenido éxito.

Llena de admiración por el fruto de sus entrañas, aquella tierna madre no podía creer fácilmente en su derrota.

– No hay que arrepentirse de haberte declarado. Mejor hubiera sido, indudablemente, que se te echase al cuello. Pero está visto que no es su manera de proceder. Te tuvo miedo, lo cual no es lo peor que podía suceder. Después de todo, no dijo que no.

– Se burló de mí, ni más ni menos, contestó Carlos furioso. ¡Si usted hubiera visto su mirada en el momento de partir montada en mi bicicleta!.. ¡La aborrezco! ¡Y ella se figura tal vez que la amo, que tengo destrozado el corazón!.. Quiero que sepa á qué atenerse, ¡y lo sabrá, como hay Dios.

– Cálmate. Los consejos de la cólera nunca son buenos. No lo dés todo por perdido. He visto realizarse muchos matrimonios cuando se les consideraba fracasados. Iré mañana á hablar con esa amazona. Si vengo á decirte que te adora, supongo que te dignarás perdonarla... y casarte con ella.

– Casarme con ella, sí. En cuanto á perdonarla, allá veremos.

Aquella misma noche, Carlos tuvo una conferencia con Norberto Leroy. Esta vez no ocultó nada de lo ocurrido.

– Le faltó á usted serenidad, juzgó *el Sibarita*. Se propasó usted, ó no se propasó bastante. Había que escoger entre dos papeles: el de Fausto, que escala el balcón, ó el de Siebel, que coloca tímidamente en él su ramo de flores. A las mujeres no les gusta un semi-respeto ni una semi-audacia.

– Hubiera querido yo verle á usted en mi lugar.

– No me hubiera visto, puesto que, según acaba usted de decir, se hallaban á obscuras. Con las mujeres...

– ¡Pardiez! Habla usted siempre de *las mujeres*, como si todas las mujeres fuesen parisienses. Hay otras, que no sabe uno por dónde cogerlas. Yo he tropezado con una de estas. No conservemos ilusiones, como mi madre; se acabó.

– Me lo temo. ¿Qué va usted á hacer ahora?

– Prepárense todos para una sorpresa. Conozco una viuda... que quizá es menos viuda de lo que dice, pero que está loca por mí.

– ¿Rica, entonces?..

– Tantos miles de francos de renta como años de edad; es decir, lo bastante para hacerme vivir con un lujo... que las personas severas calificarán de mal adquirido.

– ¿Distinguida?

– En su clase, no se puede pedir más.

– ¿En su clase?..

– Mi viuda no pertenece precisamente á la alta nobleza.

– Su papá de usted, con sus ideas, se morirá del disgusto.

– Si los disgustos pudiesen matar á mi padre, hace ya tiempo que mi madre le hubiese enterrado.

– ¡Da pena oirle á usted esta noche!

– Las lecciones de usted me han aprovechado, desde aquella otra noche en que me ofreció hospitalidad... en una otomana de restaurant. De todos mis amigos, usted es el que me ha dado más consejos y prestado menos dinero.

– Porque no quería reñir con usted.

– Mil gracias por esa prueba de amistad. Entonces, ¿continuará usted viniendo á mi casa, después de haber hecho yo mis intimaciones respetuosas, roto con mi familia y tomado por esposa á mi Providencia?

– ¿No excusa uno siempre los crímenes pasionales?

– Supongo que me hará usted el honor de creer que la pasión no entra por nada en mi caso.

– ¿Está usted, pues, tan atrasado como los doce buenos burgueses del Jurado que absuelven á las heroínas del vitriolo? ¡Pobre gente! Aún creen que la pasión por excelencia es el amor, cuando, en nuestra época positivista, es el amor al dinero. ¿No tuvo usted ganas de matar á Pascualina? ¿Y por qué? ¿Porque su hermosura le escapa? No; porque se le van á usted sus millones de las manos.

– ¡Buenas noches!, dijo levantándose Carlos.

– ¿Tan pronto? ¿Me deja usted para irse á echar en brazos de la Providencia?

– ¡A las doce! Calumnia usted su virtud... y las luces de mi entendimiento. El lazo matrimonial desde luego. Hasta después de la bendición, no doy nada.

– ¡Si Pascualina supiese qué amigo pierde!, dijo Leroy con una sonrisa que valía páginas enteras de novela pesimista.

– No sabe probablemente qué enemigo gana, contestó el héroe vencido alejándose.



Media hora después, montó en la bicicleta de Carlos

A la mañana siguiente, Pascualina se acordaba apenas de la aventura de la Abadía. En cambio, pensaba mucho en la comida que había de hacer aquella tarde con su primo.

Aquellas comidas, de una sencillez casi monacal, seguidas de una hora de conversación seria, convertíanse para la muchacha, cada vez más, en momentos aparte en su vida. Allí, y sólo allí, no tenía necesidad de representar el papel de «gran señora,» que la molestaba como una armadura demasiado estrecha. Allí, y sólo allí – ¡cosa extraña! – encontraba ella su alegría, su juventud, el placer de vivir, en casa de un hombre que luchaba, sin embargo, día por día, á fin de asegurarse la subsistencia. Encontraba en él la comunidad de raza y de ideas que en vano buscaba en Mugrón y en Bucilly, sin dejar de apreciar lo agradable de su educación más refinada. Continuaba confesándose con Emilio Candiac, sin notar quizá que empezaba á estudiar su confesor mucho más de lo que ella se ofrecía á su examen.

Aquella tarde le contó su aventura del día anterior, como una experiencia que nunca había hecho.

– ¿Qué impresión te queda?, preguntó su primo, más nervioso de lo que convenía á sus graves funciones.

– El descontento de mí misma. No habiendo tenido la sangre fría de burlarme de una astucia miserable, debí tener la energía de formalizarme y de romper. En vez de eso, me marché como una tonta. La verdad es que me encontraba apurada; como una extranjera que no entiende claramente el sentido de ciertas palabras. ¿Qué significa, en Francia, con exactitud, la palabra *amor?*

– ¿Qué te importa, puesto que no amas á ese caballero?

– Me importa mucho. En primer lugar, yo hubiera podido amarle, y entonces ¡cuál no sería hoy mi decepción! En segundo lugar, puede suceder que yo ame á alguno de sus semejantes... ¡Ay, qué espantoso se me presenta el porvenir! ¡Y yo que le creía tan sencillo!..

– Pues yo le encuentro sencillísimo, como una cosa que hace uno mismo, pieza por pieza. Ya tengo asegurada la subsistencia de cada día. Ningún palacio vale á mis ojos lo que este rinconcito que me encontraste, sobre todo cuando vienes á embellecerlo. He visto bailes de millonarios, en la época de mi privanza cerca de mi tío. ¿Qué era aquello, comparado con una velada como la que pasamos... cuando no estás desanimada, como ahora? El año que viene podré darte dos principios en vez de uno. Falta saber si tu marido será un gran señor, poco satisfecho de tener un primo comerciante en caucho. No hay duda que estarás casada el año que viene.

– No es probable. Todo me aparta del matrimonio, en vez de inclinarme á él. Tú te casarás antes que yo, con tus disposiciones. Entonces todo habrá cambiado. Ya no me estará permitido ir á tu cocina á ver si todo va bien, ni abrir tu armario para asegurarme de que tu ropa está puesta en orden, ni poner flores en tus jarros. Tu mujer se pondrá celosa.

– *¡Pascualina!*, gritó el loro en el forillo

Y los jóvenes guardaron silencio durante un rato.

– ¡Pobre loro!, dijo al fin la muchacha. No tendrás más remedio que regalármelo. La señora de Candiac no soportaría que otro nombre que no fuera el suyo turbase los ecos de su morada.

– ¡La señora de Candiac ya me encocora furiosamente! ¿Por qué no la dejamos un poco tranquila? Puedes llevarte el loro hoy mismo. A veces me pone nervioso.

– ¿Cuando repite mi nombre? Gracias por tu amabilidad.

– Mi querida prima vino hoy muy *cross*. ¿Vamos á disputarnos? ¿De qué proviene tu mal humor?

– De oirte decir que encuentras la vida muy sencilla. Diríase que eres el hombre más feliz del mundo.

– ¿Qué inconveniente hallarías?..

– Vergüenza debiera darte ser feliz, cuando yo sufro.

– ¿Tú sufres? ¿Con dos hombres encantadores que suspiran por ti?.. ¡Vamos! ¡Pues no llora!..

Pascualina no era de esas coquetas que lloran para que las consuelen. Enjugóse vivamente las lágrimas que apenas habían tenido tiempo de brotar, se levantó y se puso el sombrero delante del espejo, con una inflexión de talle que «el Sr. Carolus» hubiera aprobado.

Sin darse cuenta de que fumaba una pipa apagada, Candiac la seguía con los ojos.

– ¿Es decir, que nos separamos reñidos?, preguntó á su prima cuando ésta hubo concluído de aviarse. ¿No debo convidarte á comer para la semana que viene?

Ella contestó sonriendo:

– No; ¿sabes por qué? Porque soy yo la que te convido. No olvido tu cumpleaños.

– ¿Tú me convidas? ¿En casa de mi tío? ¡Mejor!

– No despiertes una de mis grandes tristezas. ¡Ah! En otro tiempo, ¡cómo celebrábamos tu cumpleaños! ¿Te acuerdas?.. Al menos no estarás solo este año. Te convido... en tu casa; iba á decir en nuestra casa. Me prestarás tu cocina y tu cocinera. Lo demás corre por mi cuenta. Vendré hecha un brazo de mar. Quiero que me veas tal como vestiría si comieses en mi casa.

– ¿Y haremos las paces?

– Las paces están hechas. ¡Hasta la semana próxima!

Al pasar cerca de la jaula del loro, se detuvo.

– ¡Buenas noches, lorito! Haz compañía á tu amo.

El loro, inclinando la cabeza con aire pensativo, rióse con una risita expresiva que había aprendido de la propia Pascualina. Fué toda su respuesta. Quizá no carecía de oportunidad. Conozco seres humanos que hubieran hecho exactamente lo mismo.

En cuanto á Emilio, nunca se había sentido con tan pocas ganas de reir como cuando volvió á su casa, después de haber acompañado á su prima hasta el coche.

Cinco ó seis días después, Carlos de Bucilly, haciendo cierta compra en una gran confitería del *bulevard*, vió á la señorita Maugrabin bajar del coche á la puerta del establecimiento. No habiendo vuelto á encontrarla desde el día del paseo á Vaux-de-Cernay, no se había encontrado en el caso de determinar su nueva actitud. Manifestar su despecho con

un rompimiento, no era el mejor medio de salir airoso. Conservar sus relaciones (admitiendo que se lo permitiesen), era una comedia superior á las fuerzas de un hombre devorado por el rencor. Aquel día no quiso aún resolver la cuestión. Aprovechóse de que la tienda tenía dos piezas, fué á sentarse en el fondo, diciendo que esperaba á alguien. Separado del despacho por la simple cortina que cubría un arco, oyó á Pascualina hacer un encargo: pastelitos, un mantecado para dos personas y una botella de Rœderer helado.

– ¿Dónde hay que llevarlo, señora?, preguntó la cajera.

– A casa del Sr. Candiac, esta noche misma, contestó Pascualina.

Y añadió un número de la avenida Trudaine, que el joven Bucilly grabó en su memoria, lo mismo que el nombre del destinatario.

Si hubiese tenido mejor memoria, se hubiera acordado de que Mugrón nombró á Candiac en su presencia, meses atrás.

Pascualina salió, sin sospechar que uno de sus pretendientes acababa de encontrarse á tres pasos de ella.

Carlos observó que el cupé se alejaba en dirección opuesta al Building. Tomó un coche de punto, se hizo conducir á Passy y subió á casa de Maugrabin, donde, naturalmente, le contestaron que la señorita no estaba en casa. Dejó su tarjeta, por cuanto necesitaba conservar relaciones diplomáticas en previsión de ciertas eventualidades probables é interesantes. Al mismo tiempo, y éste era su objeto principal, se enteró de que Pascualina comía fuera – en la avenida Trudaine, sin duda.

No le faltaba más que ir allá á interrogar á la portera del afortunado Candiac. Se le contestó que aquel personaje no volvía á casa más que para comer y dormir. Durante el día, únicamente estaba visible en su oficina, cuyas señas obtuvo el policía de lance.

Candiac no era, pues, como desde luego había caritativamente supuesto Carlos Bucilly, un seudónimo empleado por Mugrón, con el objeto de crearse una existencia oculta, en un nido de amor, ignorado de todo el mundo.

Carlos volvió á subir al coche, con la fisonomía radiante. Era poseedor del secreto de Pascualina y tenía segura su venganza. Además, podía reirse del descalabro de un rival, que su espantoso escepticismo le hacía ya ver completamente feliz. Y sobre todo, podía despreciar á una mujer más. Pascualina Maugrabin, tan severa en apariencia, no era una excepción de la regla general de la indignidad femenina, descubierta y profesada por él, desde tantos otros. Era también una nueva prueba de esa hipocresía de la educación anglo-sajona, perpetuamente estigmatizada en el casino. ¡Qué triunfo le esperaba luego, cuando contase la historia entre dos cigarros!

– Mamá, dijo al entrar en su casa, ¿le gustaría á usted tener por nuera á una señorita que come á solas en casa de empleados de comercio, al pie de la colina de Montmartre?

– ¿Qué quieres decir?, preguntó la señora de Bucilly sin atreverse á comprender.

– Quiero decir que el proyecto Maugrabin era desdichado. Pascualina se burla del público.

– Pruébamelo, y mañana mismo rompo ruidosamente con esos yanquis.

– No corre prisa; necesito algo mejor que un rompimiento. Tengo más de una cuenta que saldar. Mi padre, en más de una ocasión, me ha demostrado que me consideraba indigno de poner los ojos en una santa como esa. Aun á su edad, conviene que cure de semejantes ilusiones. Le haré esta cura de un modo radical. ¡Paciencia! ¡Ya verán ustedes! El mismo Maugrabin sabrá á qué atenerse sobre las ventajas del americanismo universal. Me río, desde ahora, de la idea de mi desenlace.

– Yo no me río, dijo Beltrana. ¿Qué vamos á hacer? Se nos escapa la salvación.

– La salvación vendrá por otra parte; no tema usted. Pero aquí viene papá; callemos.

XVII

Mientras tenía efecto esta conversación, Pascualina salía de su casa en traje de fiesta. Su padre había salido antes. Desde que su hija era mayor de edad, y sobre todo desde que tenía una rodrigona fiel en la persona de Mad. Bucilly, el buen hombre se entregaba mejor y gozaba más de ciertos placeres honestos que su independencia le permitía. Uno de estos placeres consistía en ir á comer la *bouillabaisse* en un pequeño restaurant de cierto pasaje mal oliente, donde la prepara un ex pescador de las costas provenzales.



Uno de estos placeres consistía en ir á comer la *bouillabaisse* en un pequeño restaurant

Para saber lo que es una verdadera *bouillabaisse*, hay que haberla comido en la cubierta de un falucho de pesca, como Pascal Maugrabin lo había hecho cincuenta años atrás. Pero Pascualina manifestaba una fuerte aversión por aquel plato especial: no hay ser humano perfecto.

Además de las delicias del gastrónomo, el *Café de Saint-Tropez* proporcionaba al millonario una diversión más delicada: la de encontrarse, durante un par de horas, mezclado con humildes burgueses de su país natal, que le daban golpecitos en el abdomen ó en el hombro, con epítetos subidos de color, tomándole por un comerciante en comestibles meridionales que ha hecho fortunita en América.

No sospechaban que la fortunita de aquel cliente, que ponía pesadamente veinticinco céntimos en la mano del camarero, valía diez veces todas sus fortunas reunidas.

Poner los codos sobre la mesa, desabrocharse el chaleco en verano, quedarse con el sombrero puesto en invierno, son placeres que no puede tener en su casa el padre de una «señorita» capaz de ser duquesa algún día.

Cuando la señorita comía fuera de su casa, Maugrabin se apresuraba á ponerse la más vieja de sus levitas y tomaba el ómnibus. Una velada en *Saint-Tropez* le consolaba de otras, pasadas en un salón «que apestaba á pomada,» en medio de una avalancha de colas que está uno seguro de romper al menor paso.

Las «señoras» de aquellos pequeños burgueses, cuando honraban el humilde restaurant con su presencia, no llevaban vestidos de cola y no desprendían perfume alguno, salvo el de ajo después de la *bouillabaisse*.

En medio de aquella sociedad inferior, que le costaba trabajo no considerar como la suya, Maugrabin tenía un amigo más querido que los otros, porque conocía Nueva York. Este amigo había ido á la gran ciudad americana ocho ó diez veces, cuando navegaba en calidad de tercer teniente á bordo de un transatlántico; pero por falta de dinero – todo su sueldo iba á parar á manos de su esposa para el sostenimiento de la familia, – Claudio Rastoul apenas había salido de á bordo durante las escalas. Pero, al menos, había podido admirar los *ferry-boats*, transportando, de una á otra ribera del Hudson, trenes enteros.

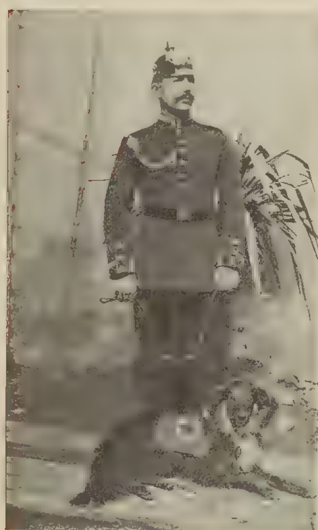
Esto bastaba para darle de aquel país una idea casi fabulosa, y por esta razón, Maugrabin le había cobrado afecto.

(Continuará.)

EL SERVICIO DE PERROS PARA LOS HERIDOS EN LA GUERRA

Experiencias de la Cruz Roja en Alemania, en Holanda y en Italia

Ante los nuevos medios de destrucción cuyos efectos son tan terribles, con los vastos campos de batalla que hoy se necesitarían para el sangriento duelo de dos naciones en Europa, con el sentimiento de humanidad cada vez más desarrollado en el mundo y con la nueva confirmación del sagrado derecho (proclamado sólo en los últimos años) de la neutralidad de los heridos en la guerra, los espíritus buenos imaginan toda clase de medios para socorrer á los heridos, á los moribundos en los campos de batalla. Inútil y penoso es recordar que aun en la guerra franco alemana de 1870 fueron deficientes los médicos y los socorros: Prusia los había llevado al campo en mayor número que Francia, la cual no estaba preparada para la guerra; sin embargo, ni aquellos médicos ni aquellos socorros bastaron á la espantosa necesidad. En la guerra turco-rusa de 1877 el gobierno de San Petersburgo había dispuesto todo lo suficiente para disminuir los destrozos y los peligros de muerte de los heridos; mas Turquía se lanzó á la guerra sin sombra de socorros en favor de sus heridos, tanto que los mismos enemigos, los rusos, se vieron obligados á prestar auxilios, en cuanto les era dable, á los heridos turcos.



El servicio de perros para los heridos en la guerra. — Un perro de sanidad, perteneciente al ejército alemán.

La Cruz Roja, santa institución europea, está organizada de modo que puede disminuir los horrores de la guerra: en caso necesario, pueden reunirse á la Cruz Roja compañías de voluntariosos ciudadanos para ir en busca de los heridos así que la lucha haya terminado; mas sucede á veces que los heridos, haciendo sobrehumanos esfuerzos, se retiran del campo donde granizan los proyectiles y van á guarecerse detrás de cualquier árbol, en sitio remoto, para escapar al mayor peligro: ocultos allí, no siempre son descubiertos por las ambulancias y no pueden levantar la voz ni pueden pedir socorro, ya por hallarse exhaustos á causa de la sangre perdida, ya por ser víctimas de un desvanecimiento.

De ahí la idea de añadir á los auxilios humanos los de perros pacientemente adiestrados al objeto. Todos conocemos los prodigios de heroismo que los legendarios perros del San Bernando realizan entre los ventisqueros y entre las avalanchas en pro de los caminantes sepultados por las nieves. En Alemania edúcanse para la rebusca de heridos en los campos de batalla perros de raza especial; mas todos sabemos, por los espectáculos que hemos visto de perros amaestrados, que cualquiera raza canina es capaz de doblegarse á la voluntad del hombre.

***

En 1893 se instituyó en Lechenich (provincia del Rhin) la Liga alemana para los perros de sanidad *(Deutscher Verein für Sanitätshunde)*, la cual tiene por objeto amaestrar los perros para la rebusca de los heridos en los campos



El servicio de perros para los heridos en la guerra.
El capitán Ciotola y sus acompañantes

de batalla. M. Bungartz, presidente de la Liga, y los Sres. Römmele, Plueskow, Borcherding, etc., rivalizan en celo por extender cada vez más la eficacia de su iniciativa. Un egregio oficial italiano, Ernesto Ciotola, capitán de infantería, obtuvo de sus superiores permiso para ir á aprender en Lechenich el método para adiestrar á los amigos del hombre en el delicado servicio de los heridos; y de vuelta de su viaje de instrucción, el capitán Ciotola dió una interesante conferencia sobre este asunto, en la cual repitió las palabras escritas por M. Bungartz, en 1899, en un relato sobre la acción de los «perros de sanidad.»

«El perro – dice este benemérito filántropo, – provisto de vendas y de substancias reconfortantes, avanza silencioso por el bosque, registrándolo minuciosamente, y cuando encuentra á un herido, se agacha junto á él. Si el herido es dueño todavía de sus manos, puede sacar inmediatamente de la alforja del perro un cordial, y el animal vuelve presuroso hacia su dueño y le acompaña hasta donde está el herido: de este modo puede aquél con urgencia ponerle un vendaje y el herido ser socorrido. Si es de noche, se cuelga del cuello del perro una campanilla y se pone encima de su pequeño equipaje una linterna para que pueda seguirle más cómodamente su dueño, quien también lleva una linterna con un reflector.»

***

Ciertamente que en los campos de batalla se emplean en la actualidad los reflectores eléctricos para descubrir de noche los heridos; pero no siempre sus fúlgidos rayos pueden penetrar á través de los matorrales ó en los tortuosos terrenos ó bosques adonde se trasladan instintiva y trabajosamente los heridos para escapar de la lluvia del mortífero plomo.

Los resultados de la «Liga alemana para los perros de sanidad» son hasta ahora satisfactorios. Mas no puede pretenderse demasiado de estos perros: no puede hacérseles á un mismo tiempo portadores de despachos y rebuscadores de heridos. En una de las recientes guerras de los ingleses (contra los matabeles) un perro que debía llevar un aviso á determinado punto, encontró en su camino á un herido, y entonces soltó el pliego y lo abandonó para asistir al soldado. En Holanda los perros de la Cruz Roja están dedicados exclusivamente á los heridos.



El servicio de perros para los heridos en la guerra.
Un perro de la Cruz Roja auxiliando á un herido

El adiestramiento de un perro reclama paciencia infinita. Para conseguir el objeto, es preciso abandonar en absoluto los latigazos y emplear, por el contrario, halagos y caricias: conviene *hacer interesante* al perro su deber benéfico: conviene hacérselo amar. En Lechemich se han instruído hasta la actualidad cuarenta perros, que han sido alistados en el ejército alemán, destinándolos á varias «columnas de sanidad.» Háseles instruído gradualmente, simulando heridos ocultos aquí y allá. M. Bungartz, Presidente de la Liga alemana, describe de este modo en su relato la primera experiencia nocturna en un batallón alemán, el n.° 8:

«El señor mayor De la Terosse, comandante del 8.° batallón, me comunicó, el 1.° de agosto de 1899, que la prueba de los perros debía tener lugar á las nueve de la noche del 7 de agosto, con motivo de las maniobras nocturnas, y á las ocho del 8 en el Harthause. Iba, pues, á cumplirse nuestro ardiente deseo de hacer la primera presentación oficial de nuestros perros con ocasión de un gran simulacro militar. Fácil es juzgar con qué ánimo nos encontramos en el Harthause con cuatro perros, muy cerca del anochecer, el suscrito (M. Bungartz), mi hijo, el Sr. Moers, de Hilden, y el subalterno Henn: mucho, si no todo, dependía de tal ensayo. Y éste debía satisfacer, como satisfizo, de un modo completo.»

En Italia se efectuaron también experiencias á principios de 1893 y 94, y suspendiéronse á principios de este año por orden ministerial. Pero el capitán Ciotola, que posee ya seis perros *Collie*, semejantes á los empleados en Alemania, vuelve á intentar las pruebas, parece que con feliz resultado.

CHIMENEA DE FÁBRICA EN MADERA

En principio los americanos emplean los materiales que tienen á mano, porque resultan más baratos y permiten emprender una obra inmediatamente, y lo mismo construyen en madera puentes, acueductos, tubos y aceras, que emplean este material en la construcción de las grandes chimeneas de fábricas. Este último caso se presenta en Mapimi, provincia de Durango, no precisamente en territorio americano, sino en Méjico, en donde, desde el punto de vista industrial, son ley los procedimientos americanos.

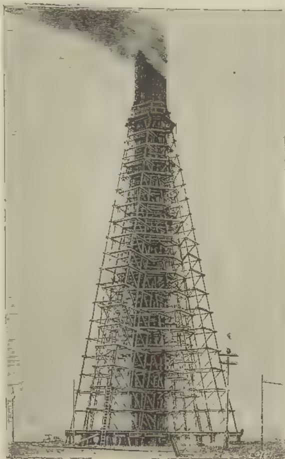
Esta chimenea ha sido construída por la Compañía minera de Peñoles, hará aproximadamente cuatro años, por la modesta suma de 10.000 dólars mejicanos: la madera se imponía por no existir ladrillales en toda la región; por otra parte, el coste de semejante obra en ladrillo no hubiera bajado de 40.000 dólars. Esta chimenea mide 54 metros de altura, y una escuadria (si se nos permite esta palabra) de tres metros: constitúyenla fuertes tablas de 2'50 metros, pero todo el interior está revestido de hojas de acero ondulado para impedir que los gases calientes carbonicen la madera. Es conveniente advertir que, para evitar toda probabilidad de un incendio total, á cada doce metros se ha dispuesto una plataforma de observación con una toma de agua: ésta sirve también para combatir un amago de incendio, que se patentizaría indudablemente por el humo que se produciría. Estas plataformas descansan sobre arbotantes de carpintería que están dispuestos en torno de la chimenea, siguiendo los vértices de un triángulo: estos arbotantes estriban en la base sobre estacas hincadas en el suelo. Los humos de los hornos llegan á la chimenea por un conducto construído en ladrillo y hundido en parte en tierra.

La chimenea de la Compañía minera de Peñoles, de que damos en esta página una reproducción exacta, presta servicio hace más de tres años, y su revestimiento resiste á los vapores arsenicales. La construcción se llevó á término en seis semanas por obreros indígenas, dirigidos solamente por el maestro de obras y un capataz. – C. N.

NUEVO SERVICIO DE PARIS A LONDRES

LOS FERROCARRILES MÁS RÁPIDOS DEL MUNDO

La Compañía francesa del Norte, de acuerdo con la del camino de hierro inglesa del South Eastern y Chatam, ha inaugurado este mes un nuevo servicio



CHIMENEA DE FÁBRICA EN MADERA

desde París á Londres y viceversa, de una velocidad excepcional. Se sale de París á las 4, para llegar á Londres, por Boulogne-Folkestone, á las 10'45, ó sea en 6 horas 45 minutos, y á la vuelta se sale de la estación de Charing-Cross á las 2'20, para llegar á París á las 9'15, ó sea en 6 horas 55 minutos.

En el recorrido francés, entre París y Boulogne, el tren consagrado á este servicio es uno de los más rápidos de las redes francesas. Su velocidad comercial, la correspondiente al tiempo empleado para efectuar el recorrido total, comprendidos paradas y retrasos, es de 90 kilómetros por hora.

La siguiente estadística bastará á demostrar que la nación vecina lleva gran ventaja sobre Inglaterra y sobre América en la cuestión de la velocidad de los trenes.

En los Estados Unidos el ferrocarril de largo recorrido más rápido es el que va desde Nueva York á Búffalo (708 kilómetros) en 8 horas 7 minutos, ó sea, á razón de 87'200 kilómetros por hora.

En Inglaterra el primer lugar corresponde al rápido de Londres á Edimburgo (635 kilómetros en 7 horas 29 minutos), ó sea 84'800 kilómetros por hora.

En Alemania sólo merece mencionarse el de Berlín-Hamburgo (286 kilómetros en 3 horas 22 minutos), ó sea 80'900 kilómetros por hora.

En Francia los ferrocarriles de mayor velocidad, después de los nuevos horarios de 1902, son, partiendo de París: el rápido de Marsella (863 kilómetros), á 70 kilómetros por hora; el rápido del Havre (228 kilómetros), á 76 kilómetros por hora; el Oriente-Expreso, entre París y Nancy (353 kilómetros), á 78 kilómetros por hora; el Sur-Expreso, entre París y Burdeos (585 kilómetros), á 85 kilómetros por hora; el tren directo de Colonia, entre París y la frontera belga (238 kilómetros), á 90 kilómetros por hora; el nuevo rápido de Boulogne, servicio de Londres (253 kilómetros), á 90 kilómetros por hora; y el expreso de Lilla (251 kilómetros), á 91 kilómetros por hora.

«Se nos objetará, dice un periódico francés, que en América, sobre recorridos más cortos, se obtienen aún mayores velocidades: el ferrocarril desde Filadelfia á Atlantic-City franquea en 59 minutos la distancia de 96'600 kilómetros que separa á ambas ciudades, lo que implica una velocidad comercial de 98'300 kilómetros por hora; pero nosotros podemos contraponerle victoriosamente el ferrocarril de lujo Mediterráneo Calais, que va de París á Amiéns (130'600 kilómetros) en 1 hora 17 minutos, ó sea con una velocidad de 102 kilómetros por hora.»



Efecto de sol en una huerta, cuadro de Gonzalo Bilbao

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 16 de junio de 1902 — Núm. 1.068

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Sociedad de artistas franceses. - Salón de 1902



EMBRIAGUEZ, cuadro de E. Artigue

La monotonía de los largos días, la soledad en el silencio del harén, el tedio de una existencia ociosa, aficionan á la mujer oriental á las sensaciones en que se extingue la voluntad, en que se embota el pensamiento. Entre los vapores grisáceos del perfumador y la fragancia de las flores esparcidas en torno de ella, procúrase una especie de embriaguez sutil y refinada, un desfallecimiento del cuerpo, del alma, del espíritu. Abatida en marmóreo asiento, cerrados los ojos, asomando á sus labios misteriosa sonrisa, invadida de languidez voluptuosa, evocará después entre los ligeros vapores incoherentes visiones.

SUMARIO

REVISTA HISPANO AMERICANA

La República de Cuba: Estrada Palma en la Habana: fin de la intervención anglo-americana: la colonia española: el problema económico en relación con la actitud y política de los Estados Unidos. — La revolución en *Santo Domingo.* — La guerra civil en *Venezuela* y *Colombia:* el canal de Panamá. – Acuerdo entre *Chile* y la *República Argentina.* — *La mujer española en Indias.*

La Historia consignará en el mes de mayo de este año dos hechos de importancia en la vida de los pueblos españoles; en América, la constitución definitiva del primer gobierno de la República cubana; en Europa, la entrada en mayor edad del rey de España.

Ambos hechos casi han coincidido; el 17 solemne juramento de Alfonso XIII ante las Cortes del Reino; el 20 entrega del gobierno á Estrada Palma como primer presidente constitucional de la República de Cuba.

Aquí y allá, festejos. En la Habana, como en Madrid, diana y bandas de música en calles y plazas, espectáculos públicos y gratuitos, banquetes oficiales al gobierno, á las autoridades y á las representaciones extranjeras, inauguración de estatuas ó monumentos, salves y triduos religiosos, banderas, colgaduras, fuegos de artificio, iluminaciones en todas partes.

El 11 de mayo llegaba Estrada á la Habana. Numerosas embarcaciones salieron á esperarle, y es de notar que entre las banderas de Cuba y de los Estados Unidos y sobre un remolcador que conducía á la comisión del Centro filipino flotaba un pabellón desconocido; era la República filipina que daba la bienvenida al presidente de la República cubana. En el espigón de la Luz esperaban á éste y le recibieron entre aplausos y vítores hermosas doncellas rodeadas de niñas con cestos de flores que iban arrojando al paso del Presidente; representaban á las Repúblicas americanas de origen latino.

El día 20, al amanecer, todas las casas de la ciudad estaban ya engalanadas, todos los buques del puerto empavesados. En el Parque cae de su pedestal Isabel la Católica y se alza en él la estatua de la Libertad. A mediodía cesa el Gobierno interventor, se arría el pabellón de los yanquis y tremola la bandera cubana. Wood entrega á Estrada el gobierno de la isla y una carta autógrafa de Roosevelt felicitándole por haber obtenido la primera magistatura de la República. Después, el Ayuntamiento de la Habana, los Delegados de los demás municipios de Cuba, las Corporaciones oficiales y las fuerzas cubanas se reunen en la plaza de Armas para despedir al Honorable general Leonardo Wood y sus tropas, acompañándole con bandas de música hasta más allá del Morro en la flotilla del puerto organizada al efecto.

No quedó, pues, Wood en Cuba, según algunos temieron, como tutor ó protector de la República. El *Brooklyn* se lo llevó á sus tierras, y pudo marchar satisfecho, pues la manifestación de despedida fué grandiosa, imponente. La alegría rebosaba de todos los corazones cubanos.

Prosiguieron los festejos en los días siguientes; regatas, procesiones cívicas, concurso de carrozas, festines, bailes, etc. El 21 se puso la primera piedra del Arco del Triunfo en la avenida de la Indepencia, nuevo nombre de la avenida de Carlos III.

Desaparecen de la Habana el nombre y la efigie de ilustres reyes de España; los reemplazan el nombre y el símbolo de Independencia y Libertad. Y los españoles de allá no protestan. Residen en Cuba; como los cubanos, quieren que esa República en que viven sea independiente y libre, están dispuestos á cooperar en la política de concordia que proclama Estrada Palma, y la colonia española de la capital y de todas las ciudades de la isla contribuye á los festejos con sus donativos y con su adhesión personal. En Santa Clara se unen en estrecho abrazo, entre aplausos y aclamaciones, el presidente de la República y el presidente del Centro español; en Colón se engalana el pueblo con los colores de Cuba y de España; en Matanzas, Estrada, Méndez Capote, Freire de Andrade y Betancourt se sientan con los españoles en fraternal banquete bajo las banderas de España.

Pasaron los primeros momentos, en que todo fué regocijo y entusiasmo. Estrada nombró su gobierno y empieza la labor política y administrativa. En el interior, conseguida la concordia entre cubanos y españoles, la tarea no ha de ofrecer grandes dificultades. El peligro está en las relaciones exteriores, principal, mejor dicho, únicamente en las relaciones con los Estados Unidos.

Se ha expresado el temor de que esa potencia pueda exigir á Cuba la compensación de los gastos que ha hecho durante el período en que ha actuado como interventora ó protectora. No es de presumir que á tanto lleguen sus exigencias. La acción de los Estados Unidos contra España y en favor de Cuba se llevó á efecto porque desde los puntos de vista político y económico les convenía expulsar á los españoles de aquella isla y de Puerto Rico. Acometieron la empresa en beneficio propio y la realizaron con fortuna. Si es cierto que Cuba sin el auxilio de los Estados Unidos aún no habría logrado sus aspiraciones, también lo es que sin el concurso activo de los cubanos y pasivo de los portorriqueños, seguro hubiera sido el fracaso de los yanquis en el supuesto de que se hubiesen aventurado á entrar en campaña en tan desfavorables condiciones. Por otra parte, desde el doble punto de vista á que nos referimos, bien compensados se hallan los Estados Unidos con la ley Platt y consiguiente decisiva influencia que así han obtenido en las Antillas y en el golfo de Méjico. Y en último término, ya se han cobrado sus servicios, á costa de España.

Realmente, quien tiene derecho á pedir indemnización es Cuba. Dado el nuevo estado de cosas allí creado, la isla no tiene salida para sus principales producciones. Deberá á los Estados Unidos su independencia, pero también su ruina. La rebaja del 20 por 100 en los aranceles yanquis para los productos cubanos que importan aquéllos nada significa en favor de la reconstitución de la riqueza de Cuba, sobre todo respecto del azúcar y el tabaco. Sin un 50 por 100 de reducción, Cuba, á la que se han cerrado antiguos y buenos mercados, caerá en la mayor miseria, y los hechos entonces darán la razón á los que hoy afirman que la isla no está en condiciones económicas para convertirse en nacionalidad independiente.

El problema económico, en relación con los Estados Unidos, es, pues, el problema más grave que ha de estudiar y resolver Estrada Palma. Se recela que por ese lado vengan los ardides y añagazas del gobierno de Wáshington.

En Santo Domingo ha triunfado el movimiento revolucionario dirigido por el vicepresidente de la República Vázquez. A principios de mayo las tropas leales al presidente Jiménez, se habían concentrado en Puerto Plata, cuyo gobernador, Deschamps, estaba dispuesto á la defensa. Pero el día 2 capituló la ciudad de Santo Domingo, y derrotadas aquéllas, rindiéronse también Puerto Plata y Montecristi, y los vencidos se dispersaron buscando refugio en los consulados y buques extranjeros. Jiménez ha renunciado sus derechos, y se ha constituído gobierno provisional bajo la presidencia de Horacio Vázquez.

Confusas y contradictorias son las noticias que nos llegan de Venezuela y Colombia. En una y otra República, cuando las fuerzas rebeldes parecen vencidas, se las ve rehacerse y tomar posiciones ventajosas contra los respectivos gobiernos. Pudiera creerse que hay mano oculta que las ampara, valedor generoso que las proporciona recursos con deliberado propósito de impedir que se restablezca la paz en esos países.

Castro, presidente de Venezuela, obtiene del Congreso plenos poderes para combatir á los revolucionarios; Matos, el jefe de éstos, nombra gobierno provisional; Marroquín, en Colombia, hace esfuerzos extraordinarios para rechazar las continuas acometidas de Uribe; los partidarios de éste, expulsados del interior del país, mantienen la guerra en Panamá, y entretanto se paralizan ó aplazan obras y proyectos de importantísimas líneas de comunicación en Venezuela, tales como los ferrocarriles del golfo de Maracaibo á Barquisimeto y de Barranquitos á las llanuras de San Ignacio, obras que habrían de atraer numerosos inmigrantes, y aumentan las dificultades para construir el canal de Panamá sin intervención de los yanquis, como conviene á Colombia y desea su actual gobierno.

No está aún resuelta en Wáshington de modo definitivo la cuestión del canal. En la comisión del Senado hay una minoría respetable que hace valer todos los argumentos á favor del Panamá, y pide que los Estados Unidos adquieran de la Compañía francesa derechos, acciones, material y obras. Colombia, de acuerdo con entidades financieras de Europa y de América, procura formar nueva compañía para construir ese canal que cruza su propio territorio. No ha mucho, una importante publicación de Barcelona, *Los Negocios*, pedía una acción común de España y las Repúblicas hispano-americanas para constituir sociedad que construyera el canal, y recomendaba el asunto al estudio de «los nobles patricios que tienen hoy á su cargo el gobierno de la nación.» Seguro puede estar el mencionado periódico de que á los nobles patricios que nos gobiernan no les ha de preocupar tamaña empresa; más podría valer, ciertamente, la asociación de bancos, sociedades y banqueros españoles é hispano-americanos, que también solicita, para llevarla á cabo. ¡Qué adecuado empleo tendrían aquí, por ejemplo, los capitales de ese Banco hispano americano que funciona en Madrid!

De Chile y la Argentina hay buenas noticias. Para tratar del desarme parcial en ambas Repúblicas han tenido varias conferencias en Santiago el presidente Riesco, el ministro de Asuntos extranjeros Vergara y los ministros representantes de la Gran Bretaña y de la República Argentina. Los resultados de estas entrevistas han sido bien satisfactorios. Convienen las dos Repúblicas en limitar sus fuerzas navales y en someterse á un tratado de arbitraje que impida toda apelación á la guerra. En consecuencia, argentinos y chilenos hacen alto en sus gastos para aprestos bélicos, y anulan acuerdos anteriores para adquisición de material de guerra y de acorazados y cruceros.

Muy de desear es que estos convenios sean definitivos y pongan fin á rivalidades que desde hace ya tantos años impiden la buena amistad entre las dos Repúblicas más poderosas del Sur de América, y cuya cordial inteligencia tanto habrá de beneficiar á sus respectivos intereses y á los de la raza latina en el Nuevo Mundo.

En el primer día de este mes de junio hubo solemne sesión pública en la Real Academia de la Historia. Se adjudicaron los premios concedidos á la virtud y al talento, y se leyó un precioso y original estudio redactado por el Secretario perpetuo de la Corporación y presidente de la Sociedad Geográfica D. Cesáreo Fernández Duro. El ilustre y doctísimo historiador y geógrafo, que á las cosas de América ha dedicado mucha parte de su extraordinaria labor científica y literaria, nos ha ofrecido ahora un hermoso cuadro de «La Mujer española en Indias.» En la época de nuestras grandes aventuras apenas hubo jornada militar, empresa larga ó corta, llana ó peligrosa, en que la mujer española no tomara parte. Viajeras y navegantes audaces, caudillas esforzadas de tierra y mar, gobernantes y políticas hábiles, de todo hubo en América y en Oceanía. María de Estrada hace maravillas con espada y rodela en la salida de Méjico y en la batalla de Otumba; María de Nidos reclama para las mujeres el derecho de defender la ciudad de la Concepción que los hombres abandonaban; Lorenza de Zárate pretende ponerse al frente de los vecinos de Panamá para rechazar á los piratas ingleses; la virreina María de Toledo gobierna las Antillas con poder de su marido el almirante D. Diego; Juana de Zárate obtiene título de adelantada de Chile; Isabel Manrique y Aldonza de Villalobos son gobernadoras de la isla Margarita; Beatriz de la Cueva rige á Guatemala por elección del cabildo; la mujer de Hernando de Soto gobierna la isla de Cuba; se concede á Catalina Montejo el adelantamiento de Yucatán, y una española es la única almiranta efectiva que ha habido en el mundo, Isabel Barreto.

Aquellos españoles para quienes – según escribe un moderno pensador francés, Chevalier – no había obstáculo en los ríos, en las montañas ni en los desiertos; que, juntos unos cuantos, creaban escuadras, conquistaban imperios y discurrían el modo de unir los mares y los climas, y que parecían engendrados por gigantes ó semidioses; aquellos españoles, exclama Fernández Duro, eran... ¡los hijos de tales madres!

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



EL ÁNGEL DE LA FE CONSOLANDO A LA DESOLACIÓN HUMANA, escultura de José Llimona

EL GOSING (1)

(TRADICIÓN FILIPINA)

Juan y Pedro eran primos hermanos.

Una de esas epidemias que afligen de vez en cuando á los pueblos, arrebató á sus padres cuando apenas contaban aquéllos diez y ocho años de edad.

Pero, al quedar huérfanos, la posición del uno era muy distinta de la del otro.

La fortuna amasada por su abuelo Quicoy en fuerza de inteligencia y de trabajo y transmitida luego por igual á las dos hijas de aquél, Tula y Nengay, no prosperó de la misma manera en poder de ambas.

La suerte, que entra por mucho en la vida de las criaturas, favoreció decididamente á Tula, y los bienes heredados se triplicaron con el tiempo.

Nengay, tan laboriosa é inteligente como su hermana, vió disminuir su capital por circunstancias insuperables, y al morir su esposo en un naufragio en el que perdió ademas barco y carga, restos de su fortuna, llegó á verse punto menos que en la miseria.

Por eso al quedar huérfanos de madre los dos primos, Juan se encontró poseedor de pingües riquezas, y Pedro se halló atenido á los productos de una pequeña sementera y sin otros elementos de vida que un pobre bahay (2), un carabao y algunos aperos de labranza.

Pero la adversidad no significa siempre la desgracia en las familias, como el soplo de la suerte no constituye en todos los casos la ventura de los hombres.

Juan, criado en la opulencia, no previó nunca la desgracia ni pensó que ésta pudiera sobrevenirle algún día; así es que sólo aprendió á divertirse, á vivir con ostentación y á satisfacer sus caprichos.

Pedro, por el contrario, estimulado por el aguijón de la necesidad y aleccionado por la triste experiencia de sus padres, se dedicó desde niño al trabajo y empleó las horas que éste le dejaba libre en estudiar y adquirir instrucción relativa y conocimientos útiles.

Pasaron cinco años. Pedro y Juan venían á ser de una misma edad: iban á cumplir la de veintidós años. Aquel lustro no había tenido para ambos la misma duración. Esto consiste en que varía la unidad con que medimos el tiempo. No es idéntica la hora de placer á la hora de angustia. No es igual el día de satisfacciones al día de desengaños y de fatigas.

En aquel período, apenas notó Juan el paso del tiempo. En alegres bailes, en continuas enfrentadas (3) y en frecuentes catapúsanes (4), haciendo hoy el amor á ésta y mañana á aquélla sin fijarse en ninguna, su vida avanzaba con la misma rapidez con que su fortuna disminuía. Atento sólo á la satisfacción de sus caprichos y cuidándose poco ó nada de su hacienda, ésta iba desmoronándose rápidamente sin que Juan se diera cuenta de ello.

Pedro, por el contrario, trabajador asiduo é incansable, é inteligente al mismo tiempo, no concedía al reposo y á la expansión más que los días festivos.

Poniendo en práctica los conocimientos adquiridos y utilizando cuantas ocasiones se le presentaron, reconstituyó la hacienda de sus padres sobre la pequeña base que de ellos heredara, y hasta que lo hubo conseguido no se permitió pensar en una compañera con quien compartir los azares de la vida.

No era Narvacán (5) en aquellos tiempos lo que es hoy, pero ya figuraba como uno de los mayores grupos de población de la región ilocana.

Tendido en frondosa vega á corta distancia del mar y no lejos del ancho collado que da ingreso á las abruptas vertientes de las montañas del Abra, sobresalía, entre los demás centros de población, por el número y la comodidad de sus viviendas y por el orden y la limpieza de sus calles.

En una de las más céntricas y en la casa de mejor apariencia de la misma vivía Yang, la hechicera Yang (1). Apenas contaba diez y ocho años: alta, morena, elegante y graciosa, era Yang la muchacha más envidiada de las jóvenes, la más obsequiada por los mozos y la más rica del pueblo. Pero Yang era tan juiciosa como recatada, y hasta que Pedro, conocido por el sobrenombre de *Il-ló*, no la requirió de amores, no sintió su corazón inflamado por el fuego de la pasión, ni dió á mozo alguno esperanzas de fortuna.



El guitarrista, cuadro de Luis Graner. (Salón Parés.)

Pero cuando *Il-ló*, ardido en los negros ojos de Yang, entonó debajo de su ventana el *dal-lot, danio* (2) con voz armoniosa y apasionada, sus ecos repercutieron en su alma y su corazón latió al compás del de Pedro. Desde entonces se les veía juntos en todos los fiestahanes (3) bailando juntos el salamantika (4), y las improvisadas frases que en él cruzaban brotaban de sus labios impregnadas de dulce y amoroso sentimiento.

—¡Oh, tú!, decía *Il-ló*, ¡vaggak! (5), ¿quién tendrá la dicha de poseer tu hermosura, superior á la de Bugau? (6).

Y ella le contestaba en dulce arrobamiento, transparentando en sus frases el fuego en que ardía su corazón.

Contando con el permiso de Yang, pidióla Pedro por esposa á sus padres, quienes se la otorgaron sin dificultad alguna.

Celoso de su dicha, aceleró Pedro los preparativos para la boda é hizo edificar á media falda de los montes vecinos una lindísima vivienda, á la que se fué á disfrutar la dicha con su amada Yang en los primeros meses de su enlace.

Vivienda que tomó el nombre de *Templo del amor*, con el que aún se recuerda entre los vecinos de Narvacán.

Juan continuaba en su vida de disipación y de abandono. Su fortuna tocaba á su término, y la pobreza batía sus alas tristemente sobre aquel hogar que algunos años antes respirara relativa opulencia.

Juan abrió un día los ojos ante la miseria y el infortunio, y no encontrándose con fuerzas para la lucha, ideó el medio de evadirlos enlazándose con Charing (7), hija única de otra familia rica del pueblo.

Pero los antecedentes de Juan no eran los mejores: su vida de disipación se presentó como un obstáculo; su ruina fué un inconveniente, y por la primera vez de su vida se vió contrariado en sus pretensiones.

Esta contrariedad para quien no estaba acostumbrado á ellas, fué de consecuencias terribles: el carácter voluntarioso de Juan se irritó por todo extremo, y lo que empezó por ser un proyecto de conveniencia, se trocó en cuestión de orgullo y de amor propio ofendido.

Su insistencia se hizo mayor, y á medida que aumentaban los obstáculos, acrecía su irritabilidad.

Y como suele ocurrir siempre, al perder la serenidad de juicio, sus pasos iban de desacierto en desacierto.

Y en vez de orillar dificultades y de aproximarse á su amada, íbase separando de ella cada vez más.

Una tarde en que cierta familia pudiente celebraba con baile y regocijos el nacimiento de una niña, recibió Juan el golpe de gracia ante los mozos y las mozas del pueblo.

Al invitar á Charing para una danza, fué secamente desairado por ella.

Rugió como fiera herida, y retirándose de la zambra, salió del pueblo sin dirección preconcebida.

Anduvo, anduvo y cuando quiso darse cuenta del sitio en que se encontraba, se halló en la cima de una montaña, á orillas de un tajo de horrible profundidad.

El crepúsculo de la tarde envolvía tristemente valles y alturas; á lo lejos y envuelto, casi, en las sombras, extendíase el mar como un inmenso sudario. La soledad del sitio, lo imponente de la hora y el furor de la tempestad que rugía en su pecho enviaban olas de sangre desde el corazón á la cabeza del desgraciado Juan.

De pronto y rasgando el silencio que le rodeaba, llegó á sus oídos el eco débil de dulces y alegres carcajadas.

Aquellas risas fueron para Juan un insulto, un sarcasmo en su situación y le hirieron vivamente.

Fijó su vista extraviada en el sitio de donde venía el eco, y á algunos centenares de pasos, á un centenar de varas por bajo del nivel á que se encontraba y en pintoresco oasis, columbró vagamente el *Templo del amor*, que en aquellos momentos era el templo de la felicidad para Pedro y para Yang.

Sordo rugido se escapó de su pecho; mascada maldición brotó de sus labios, y lanzando histérica carcajada, abrió los brazos y se precipitó en el abismo.

Todo el mundo buscaba á Juan por el pueblo al siguiente día.

Su desaparición, atendidas las causas que la habían originado, dejaban presentir una catástrofe.

Súpose por un pastor que la víspera, en las últimas horas de la tarde, había trepado por el monte á corta distancia de la feliz vivienda de Pedro.

Reconocieron con escrupulosidad el terreno, y dieron con su cadáver, completamente destrozado.

Aquella carcajada histérica que lanzó al precipitarse en el abismo, se había prolongado más allá de la muerte, y se conservaba estereotipada en su cadáver.

Pero la pérdida de algunos dientes al chocar contra las puntas salientes de las rocas, la hacía más terrible y más repulsiva.

Sí: al descender en tumbos por las breñas, Juan quedó horriblemente mellado.

Y desde entonces el monte aquel se denomina el monte Gosing; y como si la naturaleza hubiese querido tomar parte activa y trascendental en aquellos acontecimientos y confirmar el bautismo hecho por los vecinos de Narvacán, una conmoción geológica varió luego la forma de la montaña, marcando en su cima las profundas hendeduras que hoy llaman la atención de todo el que las mira desde la tierra ó desde el mar, y que están en armonía con el nombre dado á la montaña.

Camilo Millán
(Pero Nuño.)

(1) Gosing significa *mellado* en lengua ilocana.
(2) Casa rústica de caña y nipa.
(3) Serenatas.
(4) Bailes de candil.
(5) Pueblo importante de la provincia de Ilocos Sur.

(1) Margarita.
(2) Canción ilocana.
(3) Bailes familiares.
(4) Antigua danza ilocana.
(5) Lucero de la mañana.
(6) Antigua diosa de Ilocos.
(7) Rosario.



LA FERIA DE CÓRDOBA

Tras una larga ausencia de diez años, y desde mi cortijada de la sierra, adonde me ha traído la calentura de mi cuerpo enfermo, vine ayer á la feria de la Salud, á este gran mercado de mayo, famoso ya entre las fiestas andaluzas.

Mal de salud y todo, y entre afectos de la infancia y abrazos de una juventud que con sus corpachones me hace viejo, aquí estoy hecho uno de tantos forasteros de los que lo corretean todo y lo visitan todo, porque para mí el detalle más insignificante me interesa, me resulta nuevo.

Por eso desde que caí en manos de estos antiguos camaradas, no salgo de la feria, del café, del círculo, del teatro, y estoy entregado á esa grata y pacífica *juerga* que constituye una larga cadena de emociones.

Lo primero que hice ayer fué zamparme en la plaza de toros y atracar mis ojos de sol y de luz, y de esa alegría bullanguera cuyo ritmo entre duro y suave parece un himno de quejas y besos, una rapsodia de carcajadas eróticas y gritos sentimentales.

El cuadro de la plaza, tantas veces descrito por artistas meridionales, presentaba á mi vista una perspectiva soberbia. Difícilmente podrían armonizarse más tonos de color bajo la caldeada capa de un sol que quebraba sus rayos sobre el oro repujado de las chaquetillas flamencas, contra el rojo fuerte de los pañolones de flecos grana y entre el encaje calado y brilloso de las mantillas blancas. Aquello era una anarquía de destellos, un torrente de luz desbordada en fragmentos multicolores, que acariciaban, con mimoso centelleo de reflejos, los hombros, los pechos, las cabezas, las altivas figuras de estas mujeres cordobesas de ojos grandes, negros y soñolientos, las altivas figuras de estas moras cristianas que parecen reinas por la majestad de sus miradas y diosas por la suprema belleza de sus rostros.

Después de apuntadas mis ricas impresiones de la plaza de toros, he vuelto á la feria.

Insensiblemente me he internado en el mercado de ganados, grupo en el cual el ingenioso y clásico gitano ejerce de monarca. Unos cuantos labriegos y varios chalanes *tratan* sobre la venta de un par de mulas y un pollino escuálido que se cae de viejo.

El gitano de por acá es hombre listo y experto conocedor de toda clase de ganado, y en el ejercicio de su profesión tiene su *ciencia* ingeniosísima para ganar la voluntad del tratante y hacer una alhaja de un burro muerto.

El negocio está á punto de tronar. Todo se vuelve correr el pollino de acá para allá, y para que se engalle, tocarle con la varita en los pechos. Pero hay diez duros de diferencia que no pasan por las buenas hechuras del burro.

Al fin, tras una apología brillante del animalejo y unas cuantas historietas aplicables al caso, el chalán comienza á dar *coba*, pero una *coba* magistral que á mí me encanta por lo fina y graciosamente dada. Como siempre acontece, el tratante cede y el gitano *tira* de los diez napoleones. Hombres al parecer rudos, morenotes por su raza y vestidos con cierto descuido, estos tipos interesantes parécenme hombres de mundo y filósofos á su manera. El peor de ellos tiene más talento que cualquiera de los muchos mortales que andan por ahí tirándola de genios. Su gramática parda y sus *salidas* á tiempo valen más que todo un tratado de sociología.

Y riendo las agudezas del viejo y varilarguero vendedor de caballerías, me doy una vuelta por el *Club Guerrita,* tienda la más flamenca y alegre de las levantadas en la feria. Aquello es una *juerga* constante.

Allí están los viejos y los nuevos toreros. Bebiendo vino y piropeando á todas las arrogantes mujeres que pasan, se discute la estocada del Montes y el gran volapié del *Machaquito.* Este rincón de la torería cordobesa no será muy culto ni muy de los tiempos modernos, pero es muy típico, muy de *aquí,* y si el escudo del Club es una hermosa cabeza de toro, no importa, los toros simbolizan la alegría y la legendaria leyenda española.

Luego, ya muy tarde, todo el mundo acude á las clásicas buñolerías, las casetas medio tabernas y medio restaurants, pintarrajeadas de arabescos azules y vestidas por dentro con banderas y trozos de percalina.

En la nuestra no se cabe de gente. Las bandejas de dorados buñuelos desaparecen instantáneamente. Y en seguida á beber aguardiente y apartar á un lado las mesas. Todos hacen corro. Las castañuelas repiquetean ya en las manos de dos cordobesas que tienen un torrente de luz en sus ojos y un puñado de flores en su cabeza. Un bastialón guapo y peinado de tufos agarra la guitarra y preludia unas *sevillanas* que corona estridente palmoteo. A las sevillanas siguen las *malagueñas* de Juan Breva y las *carceleras* de Cádiz; y si luz y flores tienen los rostros de las *bailaoras,* la moza que con sus cantos tristes aletea en nuestros corazones es una hembra con ojos de infierno y cabellos de terciopelo... De allí á la gloria. La fiesta sube de punto hasta que viene el día, y cuando más hondo es el sentimentalismo que el lloriqueo de la guitarra y los labios de la *cantaora* arrancan á nuestros espíritus, por las rendijas de los cortinajes grana nos damos de cara con la Aurora, repleta de un nimbo de luz azul pálida, que viene á refrescar nuestras mejillas y acariciar nuestros ojos adormilados...



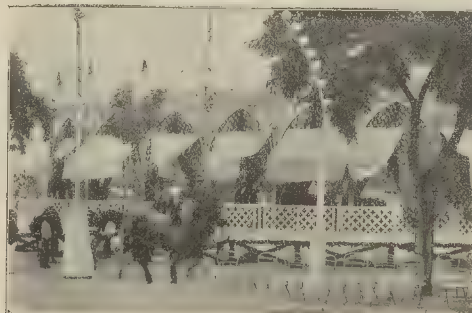
EN EL MERCADO DE GANADOS



CALLE LATERAL DE BUÑOLERÍAS



CASETA DE LA EXPOSICIÓN DE GANADOS



CLUB GUERRITA



MÉJICO. – Maniobras militares. – El Presidente de la República á su llegada al campo de la revista (de fotografía de D. Ramón de S. N. Araluce)

Y á poco más el día, y con él el desfile callado y triste de los que se separan después de muchas horas de alegría.

Ya el sol pugnaba por romper el velo de sutiles nieblas que le teje la noche, y en las casetas próximas proyectábanse como sombras claras las siluetas de los feriantes que abrían de nuevo sus tiendas.

Y allá á lo lejos relinchaban los potros en las piaras, y cual un ¡ay! que resonara á intervalos, parecióme escuchar el eco ronco y ensordecido de un pobre clown que durante toda la noche estuvo sobre el tablado de su barraca llamando al público con risotadas de epiléptico y muecas de neurasténico...

E. Alberto Carrasco.

Córdoba, 20 mayo 1902.

EL GENERAL D. BERNARDO REYES
Y LAS MANIOBRAS DEL EJÉRCITO MEJICANO

Acaban de realizarse en Méjico importantes maniobras militares que han puesto una vez más de manifiesto el grado de progreso alcanzado por aquel ejército, que puede parangonarse por su excelente organización, por su instrucción militar, por su disciplina y por su armamento, con los mejores ejércitos europeos.

No describiremos detalladamente las maniobras, porque esto requeriría un estudio técnico que no encaja dentro de los moldes de La Ilustración Artística; por otra parte, de ellas dan perfecta idea las bellísimas fotografías que en estas páginas reproducimos y que nos han sido remitidas por nuestro inteligente y celoso corresponsal de la República mejicana D. Ramón de S. N. Araluce, á quien damos las más expresivas gracias por su interesante envío.

En cambio, creemos de justicia conceder en nuestras columnas algún espacio á la biografía del eminente general D. Bernardo Reyes, organizador y alma, por decirlo así, de las maniobras, ministro de Guerra y Marina de Méjico, una de las personalidades más ilustres de aquel país á cuyos talentos se debe en gran parte el florecimiento militar de aquella nación, y que si es admirado en su patria, no lo es menos en Europa, en donde son bien conocidos sus notables libros *Cartilla de ejercicios militares* y *Manual para reservistas*.



El general de división D. Bernardo Reyes, Ministro de Guerra y Marina de la República Mejicana (de fotografía remitida por nuestro corresponsal en Méjico D. Ramón de S. N. Araluce).

Nació D. Bernardo Reyes en Guadalajara (Méjico) en agosto de 1850, y desde su infancia mostró gran inclinación por la carrera de las armas. Cuando la invasión francesa de 1864, quiso unirse á sus compatriotas, que en las serranías luchaban por la independencia de su país; pero hecho prisionero, vió entonces frustrado su intento. En 1866 consiguió unirse á las fuerzas republicanas del general Leocadio Solís, sentando en ellas plaza de alférez y ascendiendo al poco tiempo á teniente por su comportamiento en la toma de Calvillo. Tomó parte luego en multitud de importantes acciones, entre ellas en la toma de Querétaro, en donde fué herido, en la batalla de San Lorenzo y en la toma de Méjico, que puso término á aquella guerra.

Triunfante la República, D. Bernardo Reyes figuró en la división que en 1869 fué á combatir á los revolucionarios de Sinaloa, así como entre las fuerzas leales que en 1870 sofocaron las rebeliones de Zacatecas y San Luis, siendo entonces nombrado capitán.

Después hizo toda la campaña de Tepic, á las órdenes del general Corona, contra el cacique Lozada, ascendiendo entonces á comandante, y en 1875 á teniente coronel por su heroico comportamiento en Santiago Ixcuintla. Es imposible enumerar detalladamente los hechos de armas en que intervino el Sr. Reyes, por lo que nos limitaremos á decir que sucesivamente y siempre por acciones de guerra ascendió á coronel en 1876 y á general de brigada en 1880.

En 1881 fué nombrado jefe de la 1.ª zona militar de la República, y después de una afortunada cam-



MÉJICO. – Maniobras militares. – El Ministro de la Guerra, su Estado Mayor y los agregados militares á las legaciones extranjeras



MÉJICO. – Maniobras militares. – Líneas de artillería y caballería (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)

paña contra los apaches, dominó una sublevación local que había derrocado al gobierno de Sonora, mereciendo el título de ciudadano sonorense y el nombramiento de gobernador interino.

En 1883, siendo general en jefe de la 6.ª zona, sofocó un movimiento socialista de San Luis de Potosí. En 1885 venció un movimiento revolucionario que había estallado en Nueva León, siendo luego nombrado gobernador provisional de aquel Estado, cargo que desempeñó con gran acierto, habiéndose distinguido su administración por los progresos materiales y por la moralidad y el orden, y habiéndole concedido, al terminar su gobierno, los ayuntamientos votos de gracias y la Legislatura el título de ciudadano nuevoleonés.

En 1886 fué nombrado gobernador de Nueva León, habiendo desempeñado aquel gobierno hasta 1900. Puso término á difíciles y añejas cuestiones de límites con Taumalipas y Coahuila, abrió caminos, construyó puentes, calzadas, jardines, ferrocarriles, edificios para escuelas, cárceles, una notable penitenciaría, palacios municipales y el del gobierno local, y atendió con igual solicitud á la administración de justicia, á la seguridad, á la hacienda y á la instrucción pública. En resumen, durante los trece años que gobernó el Estado de Nueva León cambió de un modo radical la situación del mismo hasta llegar á ser citado como modelo en el país.

En 1900 pasó á ocupar el puesto de ministro de Guerra y Marina, al mismo tiempo que el presidente de la República le extendía el nombramiento de general de división, en premio de sus relevantes méritos y de los importantes servicios prestados á su patria. En el elevado cargo que aún actualmente desempeña ha realizado una completa evolución en el ejército, modificando los reglamentos de maniobras en el sentido de hacerlas más expeditas y darles una unidad que antes no tenían, y formando con su ley orgánica de 31 de octubre de 1900 la planta de un verdadero ejército nacional, que teniendo 26.000 hombres en pie de paz, puede alcanzar un efectivo de 76.000 en el término de cuarenta y cinco días al ponerse en pie de guerra. Y toda esta evolución para dar consistencia á los elementos armados la ha realizado sin pretender reforma alguna constitucional, siempre dentro de las leyes existentes y casi sin alterar los presupuestos, pues se advierte en él manifiesta tendencia á economizar los gastos nacionales. Además, para que no sea ilusoria la formación de fuertes efectivos de tropas, cuida muy especialmente de todo cuanto á armamento se refiere y de mejorar los servicios que permitan producir en el país mismo lo necesario para atender á un grande ejército y al sostenimiento de éste en caso de guerra.



MÉJICO. – Maniobras militares. – Artillería montada en línea desplegada (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)



MÉJICO. – Maniobras militares. – Formación concentrada del Cuerpo de ejército (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)



MÉJICO. – Maniobras militares. – Tropas de las tres armas maniobrando (de fotografía remitida por D. Ramón de S. N. Araluce)





SANTA ISABEL, CUADRO DE C. DE SPANYIK

Terminaremos estos ligeros apuntes diciendo que el general Reyes jamás se ha apartado de la senda del deber, y siendo soldado desde la edad de diez y seis años, no cuenta un solo desliz en su carrera ni siquiera una sedición de tantas como registra la historia militar mejicana. Es finalmente el general Reyes hombre de laboriosidad incansable, de grandes iniciativas, de inteligencia no común, de constantes anhelos por la ilustración y de excepcionales dotes políticas y administrativas, cualidades todas que hacen de él uno de los principales colaboradores del ilustre jefe del Estado mejicano D. Porfirio Díaz, á quien debe Méjico la situación brillante en que se encuentra y cuyo largo y sabio gobierno puede ser citado como modelo en toda la América latina.-A.



PLANCHA CONMEMORATIVA DEL JUBILEO DEL GRAN DUQUE FEDERICO DE BADEN, modelada por Rodolfo Meyer

NUESTROS GRABADOS

Monumento funerario, obra de Emilio Dittler. – La escultura funeraria tiene un campo de acción aparentemente muy limitado; pero si se examinan bien los asuntos que por medio de ella pueden desarrollarse, se verá que esta limitación se circunscribe puramente al fondo, ya que en la forma es infinita la variedad de manifestaciones á que se prestan los sentimientos en que el artista ha de inspirarse. El dolor, la resignación, la fe, la esperanza, en una palabra, las ideas que á la imagen de la muerte y como consecuencia de ésta á la de otra existencia van unidas, admiten infinidad de modalidades de expresión que permiten al escultor hacer alarde de su modo propio de sentir y de pensar y de su originalidad en la manera de exponer plásticamente sus creaciones. De aquí que los verdaderos artistas no vacilen en desarrollar temas que otros antes que ellos trataron, en la seguridad de que no han de faltarles medios de acreditar su talento en concebir y su habilidad en ejecutar. La obra escultórica del malogrado muniquense Emilio Dittler, muerto hace poco en la flor de su juventud, es prueba evidente de que aun por las sendas más trilladas puede el genio llegar á producir una labor meritísima: su estatua, que en esta página reproducimos, es una bellísima representación del Dolor, notable por su sentimiento no menos que por la corrección con que está modelada.

* * *

El ángel de la fe consolando á la desolación humana, escultura de José Llimona. – La grandeza plástica de las dos figuras, un ángel y una mujer, que forman este grupo, destinado al panteón de la familia Maristany en el cementerio de Masnóu (provincia de Barcelona), es verdaderamente excepcional, y cuantas personas han podido admirarlo en el Salón Parés, se han sentido profundamente conmovidas ante el doncel alado, de musculatura bien entendida y de cabeza espiritual sombreada por crespa cabellera, que consuela de los amores terrestres perdidos, con los celestes imperecederos, á la apesadumbrada mujer de voluptuoso cuerpo en quien ha personificado el artista todos los placeres de la tierra. La representación no es nueva, pero José Llimona ha sabido imprimirle la misma personalidad que distingue á sus otras estatuas *Resignación*, *Recuerdo de los muertos* y *Angel Custodio*, y que le coloca en preeminente lugar entre los escultores catalanes modernos.

* * *

El guitarrista, cuadro de Luis Graner (Salón Parés). — Recientemente y con motivo de reproducir en las páginas de esta Revista algunos lienzos de Luis Graner, que figuraron en la exposición que organizó en el Salón Parés, expusimos el favorable juicio que nos merecieron é hicimos constar las cualidades y merecimientos de tan distinguido artista. Hoy al dar á conocer á nuestros lectores el cuadro titulado *El guitarrista*, que fué digno compañero de los anteriores, hemos de referirnos á lo que ya manifestamos, limitándonos únicamente á llamar la atención acerca de la nueva obra, que resulta un notable *estudio*.

* * *

Plancha conmemorativa del jubileo del gran duque Federico de Baden, modelada por Rodolfo Meyer. – El pueblo badense ha celebrado recientemente con grandes festejos el quincuagésimo aniversario del advenimiento del actual gran duque Federico, uno de los príncipes más queridos y respetados del Imperio alemán. Cuenta hoy setenta y seis años, y su largo gobierno ha sido en extremo beneficioso para su país, pudiendo con razón citársele como modelo de gobernantes sabios y prudentes. Adorado por su pueblo, distinguido y colmado de honores por los emperadores de Alemania, en recompensa de sus grandes servicios en pro de la unidad nacional bajo la dirección de Prusia, se ha mostrado siempre grande, lo mismo en los días prósperos que en los de adversidad, y en las numerosas campañas en que ha tomado parte ha probado ser militar tan experto como valiente. Entre los varios obsequios que con motivo de su jubileo se le han hecho, figura la artística plancha que en esta página reproducimos y que ha sido modelada por el notable escultor de Karlsruhe Rodolfo Meyer: representa la figura de Badenia ciñendo con laureles la frente del noble anciano, cuya efigie se destaca en un medallón en donde se leen las dos fechas 1852 y 1902; en el fondo y hacia el centro de la plancha se ve entre las dos figuras el antiquísimo castillo de Zahringen, una de las residencias del gran duque.

MONUMENTO FUNERARIO, obra de Emilio Dittler

Santa Isabel, cuadro de C. de Spanyik. – Conocida es la historia de la piadosa reina de Hungría que la Iglesia ha canonizado: casada á la edad de catorce años con el landgrave Luis IV de Thuringia, quedó al poco tiempo viuda con tres hijos, siendo entonces objeto de las persecuciones de su suegro Enrique Raspe, que quiso impedirle el ejercicio de la caridad, que constituía todo el anhelo de la santa dama. Cierto día en que, como de costumbre, llevaba ocultas en la falda algunas provisiones para sus pobres, fué sorprendida por los esbirros de Enrique, y al pretender éstos ver qué era lo que ocultaba entre sus ropas, salieron de entre sus vestiduras fragrantes rosas. En este milagro se han inspirado multitud de artistas, entre ellos el notable pintor húngaro Cornil de Spanyik, cuyo cuadro reproducimos. Es esta una pintura bajo todos conceptos bellísima, pues el autor ha sabido hermanar admirablemente lo ideal con la realidad, imprimiendo en la figura ese carácter místico por virtud del cual los rasgos puramente humanos llegan á ser reflejo de un alma sustraída por completo á las impurezas del mundo y entregada en absoluto al amor divino. Desde el punto de vista técnico, el lienzo de Spanyik es también digno de los mayores elogios por la solidez del dibujo, por la delicadeza del colorido y por la acertadísima combinación de todos los elementos que contribuyen al mejor efecto de una obra de arte.

MISCELÁNEA

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en Nouveautés *Loute*, comedia en cuatro actos de Pedro Veber; en la Porte-Saint-Martin *La guerre de l'or*, drama en cinco actos y seis cuadros de A. Dubout, inspirado en la guerra anglo-boer; en la Opera Cómica *La troupe Jolicoeur*, comedia musical en tres actos y un prólogo, tomada de una novela de Enrique Cain, letra y música de Arturo Coquard; en la Academia de Música *Orsola*, drama lírico en tres actos, letra de P. B. Gheusi, música de Pablo y Luciano Hillemacher; en el teatro del Chateau d'Eau la ópera de Wagner *El ocaso de los dioses*, puesta en escena por iniciativa de la Sociedad de Grandes Audiciones musicales de Francia; en l'Oeuvre *Monna Vanna*, drama en tres actos de Metterlinck; en la Renaissance *Le marchande de pommes*, *Le coeur a des raisons* y *Daisy*, comedias en un acto de Hugo Delcrme, Robert de Flers y A. de Caillavet, y Tristán Bernard respectivamente; y en el Ambigú *Sans mère*, melodrama en cinco actos y seis cuadros de Miguel Carré y Jorge Mitchell.

* * *

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Lo cursi*, comedia en tres actos de D. Jacinto Benavente, *Las flores*, comedia en tres actos de los Sres. Alvarez Quintero, y *Las vírgenes locas*, comedia en tres actos arreglada del francés por los Sres. G. Llanas y Francos Rodríguez; en el Eldorado *Alma y vida*, drama en cuatro actos y en prosa de D. Benito Pérez Galdós, y *Aurora*, comedia en tres actos de D. Joaquín Dicenta; y en la Granvía *Casa de muñeca*, drama en tres actos de Ibsen. En el Tívoli ha comenzado á funcionar una discreta compañía de ópera bajo la dirección del maestro Baratta.

* * *

Necrología. – Han fallecido:

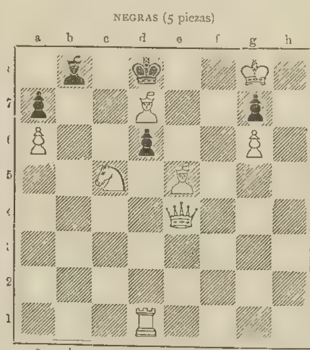
Francisco Bret Harte, notable poeta y novelista norteamericano.

Javier Aymon de Montepin, popular novelista francés.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 283, POR H. VON GOTTSCHALL.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 282, POR W. S. PAVITT.

Blancas.	Negras.
1. Dc1 – c8	1. C toma T
2. Dc8 – h3 jaque	2. C toma D.
3. g2 — g3 mate.	

VARIANTES.

1...... T, A ó P juega; 2. T e3 — h3 jaque, etc.
1...... C g5 juega; 2. D ó T mate.

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Poco á poco los dos hombres habían descubierto que eran de la misma edad, que habían nacido en el Puerto Viejo en dos casas vecinas, y que sus padres *habían debido conocerse.*

Claudio Rastoul, de la categoría de los marinos poco afortunados, había tenido la especialidad de encontrarse en el derrotero de los ciclones irresistibles, ó de descubrir, embarrancando en ellos, los «adoquines» de la ruta que no figuran en las cartas de navegación. Nombrado capitán de cargo-boat, era autor de un imponente número de naufragios. Los tribunales marítimos le habían absuelto siempre como irresponsable de las catástrofes. Pero, convertido en terror de las Compañías, había tenido que buscar empleo en tierra firme. Era perito en una casa de seguros marítimos, donde no hacía fortuna.

– Porque, decía él, ahora que los naufragios me harían ganar dinero con los peritajes consiguientes, diríase que los buques asegurados en nuestra compañía hacen á propósito de ni siquiera abollarse una plancha. La mala suerte me ha perseguido siempre.

Aquellos rigores de la suerte, soportados con paciencia, atraían á Pascal Maugrabin, el hombre afortunado en todo, por el contraste con su propia vida. Cuando encontraba á Claudio en el *Saint-Tropez,* se podía tener la seguridad de que se les vería sentados á la misma mesa, contándose sus historias y cambiando algunas cifras de uno y otro lado, el uno para aumentar el número de sus ahogados y el otro para disminuir la cuantía de sus rentas. Desde el momento que los tribunales le habían declarado inocente, Rastoul prefería unir su nombre á «siniestros» de primera clase que á mezquinas aventuras que no habían costado la vida más que á un grumete.

Pascal, por su parte, preveía que el *Saint-Tropez* se le haría imposible el día en que sus parroquianos supiesen que trataban con un príncipe disfrazado. No sospechaba, al encargar su *bouillabaisse* aquella noche, que su incógnito estaba seriamente amenazado. Al ir á separarse, Claudio le dijo:

– En poco ha estado que se encontrase usted aquí con otro paisano, un joven, empleado en una casa que pidió á la mía un contrato de seguros. Vino á la oficina, y con sólo oirme conoció que yo era marsellés. Hablamos; nos volvimos á ver; me invitó á ir á su casa, y estuve el domingo. Mis historias le entretienen. «Venga usted al *Saint-Tropez,* le dije; conocerá usted á otros paisanos.» Al decirle esto, me acordaba de usted. El muchacho es simpático y conoce Nueva York: se llama Candiac.

– He conocido un Candiac, dijo Maugrabin sin dejar ver su turbación. Yo le creía millonario.

– Cumplió el servicio militar y se marchó luego á Africa, á la Costa de Marfil. Ahora está colocado en París.

– ¿Donde vive?, preguntó el millonario con viva inquietud.

– En la avenida Trudaine.

– ¿Por la parte de Passy?

– ¡Por la parte de Passy! Como la Buena Señora de Marsella está al lado de la Joliette. Cuatro millas del uno al otro cabo.

– ¡Bien!, dijo Maugrabin menos intranquilo. Avenida Trudaine: ¡Mozo!.. ¡El Bottin!

Consultó el famoso anuario de comercio y después de haberse cerciorado de que su sobrino vivía, en efecto, al extremo opuesto de París, Maugrabin preguntó:

– ¿Ese Candiac gana para vivir?

– ¡Zambomba! ¡Si usted viese cómo tiene puesta su casa! Limpia como una cámara de oficiales y casi tan lujosa. No me extrañaría que ese muchacho ganase trescientos francos al mes. Calculo á primera vista. Porque en mi vida he visto joven menos hablador. ¡Es un tipo! Hay momentos en que uno cree que va á tragar el anzuelo, y luego resulta que es él quien se lo ha hecho tragar á usted. De todo está enterado. Al oir mi nombre, exclamó: «¿Usted es quien embarrancó el *Villa de Bayona* en el bajo Rastoul, delante de Tenerife, hace siete años?» Hasta me citó el número de muertos. Es una satisfacción el ver que á uno le conocen en todas partes, sin tener culpa. Por más que digan, sin mí tal vez se ignoraría aún la existencia del bajo Rastoul, bautizado con mi nombre.



Candiac le quitó su largo abrigo

Maugrabin separóse de su amigo con una profunda melancolía, juzgando que no habían de volverse á ver. El *Saint-Tropez* le estaba vedado, desde el momento que se exponía á encontrarse allí con Emilio Candiac. A la melancolía siguió la irritación. Aquel sobrino refractario, á quien quería olvidar, pero que parecía pegársele como una lapa; amenazaba hacerle la vida insoportable, después de haberla trastornado por completo. ¿Por qué no se había quedado en el Texas, siendo *cow boy* en algún rancho? O bien, ¿por qué él mismo no se había quedado en Nueva York, en vez de ceder á su hija?

Regresó al Building muy trastornado. Cuando Pascualina, que había tenido tiempo de desvestirse, fué á darle las buenas noches, según costumbre, vió que su padre no tenía ganas de conversación.

Lo mismo le pasaba á ella.

El que lea las páginas que siguen, comprenderá que la muchacha deseara aislarse con sus pensamientos en el silencio de la noche.

Al mediar la tarde, Pascualina había ido á casa de su primo, sabiendo que no encontraría allí á nadie. Llevaba un cargamento de flores, principalmente de rosas *Francia,* que había pagado carísimas y que distribuyó por las habitaciones, reservando las necesarias para adornar la mesa con ese cuidado meticuloso y al mismo tiempo con esa profusión que las señoras americanas llevan á un extremo todavía desconocido en París.

La Genestout ejecutaba en la cocina parte del *menu* trazado por la «señorita.» Algunos de los platos habían sido encargados fuera. Antes de retirarse, Pascualina pasó revista á todo, destapando los cazos, probando las salsas y dando consejos basados en profundos conocimientos culinarios. Segura de que todo marcharía bien, fué á vestirse, lo que representaba otra carrera de seis kilómetros. A pesar de todo, á la hora convenida, llamaba á la puerta de Emilio, que le abrió, soberbiamente vestido de frac.

Su prima ocultaba bajo un abrigo muy sencillo, por consideraciones al barrio, un traje que había recibido aquel mismo día de un modisto ilustre.

La falda, de crespón de seda color de rosa, presentaba una profusión de pequeños volantes bordados. El aire lo rizaba todo como la borrilla de una gran orquídea infinitamente preciosa. Los brazos y el cuello, de purísimos contornos, salían de un corpiño muy sobrio, cuyas realidades encantadoras formaban contraste con lo idealmente nebuloso del vestido.

Para visitar á aquel trabajador pobre, Pascualina había tenido el buen gusto de dejarse en casa los diamantes y las perlas. Su hermosura, que nunca había parecido tan grande, era de esas hermosuras verdaderas en que todo adorno resulta inferior.

En el único *recibimiento,* que hacía las veces de comedor y de sala, Candiac le quitó su largo abrigo. Después guardó silencio. Menos interesada en los aprestos de la fiesta, Pascualina hubiera podido ver que palideció ligeramente. Suspiró y dijo casi en voz baja:

– ¡Qué bonita es usted!

– ¡Qué bonita es *usted!,* repitió la muchacha con franca alegría. ¿Estamos reñidos, que ya no nos tuteamos?

– ¡Dispensa! Nunca te había visto así. Cuando nos separamos, Pascualina tenía diez y seis años. Iba de corto; aún no era mujer. ¡Oh!, pero ahora es toda una mujer. ¡Y como nos separa todo! ¡Se me figura que has venido á despedirte!

– ¡Ingrato! He venido á decirte que nada nos separará jamás. He venido á prometerte el éxito, la felicidad, la fortuna, en este primer día de tu año veintiséis. ¡Esperé traerte la alegría... y te veo triste! ¿Qué te falta? ¿No tienes la casa llena de rosas? ¿No estoy yo aquí, color de rosa también? Francamente, si no ves la vida color de rosa, ¿qué es lo que quieres?

– Es verdad, me has cubierto de flores y llenado de perfumes, como si fuese un príncipe. Al entrar aquí, hace poco, he experimentado una de las más dulces sensaciones de mi vida. Conoces mi pasión por las flores. ¡Pero qué locura! ¡Qué despilfarro!

– Todo es poco para mi convidado – porque soy yo la que convido, no lo olvides. En este momento, estás en mi casa... y espero que mi comida no valdrá menos que mis rosas. *¡Chear up!*

Candiac, con frialdad aparente, estrechó la linda mano que se extendía hacia él.

– Eres la mejor de las criaturas, dijo suspirando de nuevo. Pero no puedes hacer milagros; mañana tus rosas habrán muerto; dentro de dos horas habrás salido de aquí... ¡y yo no tengo apetito!

– Mañana, Dios nos dará otras flores; yo vendré aquí con frecuencia; y en cuanto al apetito, allá veremos. ¡A la mesa! De Passy á Montmartre hay gran trecho, y ya lo anduve tres veces esta tarde.

– ¡Oh, Pascualina! ¿Cómo decirte todo lo que experimento? Me colmas de obsequios... cruelmente.

Pascualina se olvidó de contestar. Estaba atenta á sus deberes de señora de casa, recargados por la insuficiencia de la servidumbre. Sin embargo, todo marchó bien. Candiac había recobrado en parte el apetito. La conversación, gracias á los esfuerzos de Pascualina, había tomado un sesgo más alegre. A los postres, un lindo brazo anduvo la mitad del camino para el choque de las dos copas. Se pronunció la vieja fórmula americana:

«¡Ojalá sea este día el más desgraciado de nuestra vida!»

– Me temo, dijo él, que sea el más feliz de los que me restan... En suma, ¿fué feliz para mí el acontecimiento cuyo vigésimo sexto aniversario celebramos hoy?

– ¡Bueno!, suspiró Pascualina. Ya volvemos á las ideas sombrías. ¡Vamos á ver! ¿Qué pasa? Estás desconocido. ¿Donde está tu valor? ¿Sientes haberte separado de mi padre? ¡Parecías tan entusiasmado por vestir el uniforme!..

– Lo estaba. No se me hacía pesado el sacrificio. Separarme de mi familia, abandonar mis costumbres, mi dulce existencia, renunciar á mi porvenir para ser un buen francés, ¡todo eso no era nada, de lejos! ¿Qué sucedió? Que todos mis compañeros de armas, salvo uno ó dos, me trataron de loco. Todos, casi todos, se dolían de haber abandonado algo ó alguna persona. Todos decían: «Morir en defensa del país amenazado, no es nada; pero perder los mejores años de su vida en jugar á los soldados, en vez de abrirse camino en cualquier carrera, es muy duro.» ¿Hemos de admitir que tenían razón?

– No. Yo te admiré y te admiro. ¡Paciencia! Mi padre acabará por ver claro un día ú otro.

– ¡El, que se hizo naturalizar americano á fin de prosperar más en su comercio! ¡El, que quería que yo hiciese lo mismo! ¿Qué puede haber de común entre nosotros?

– En todo caso, estoy yo. Siempre seré el lazo de unión entre vosotros dos.

– ¡Hasta el día que seas el lazo de unión entre él y su yerno!

No hablemos del porvenir; si no, tendremos que cambiar de papeles, y tú habrás de consolarme de haber nacido.

– El día de tu nacimiento dió al mundo el modelo completo de una criatura feliz.

– ¡Ay! Hace algún tiempo que se me figura que aún no he nacido. Una mujer nace, propiamente hablando, el día de su matrimonio. ¡Oh, qué terrible día, sobre todo en este país!

– No para las que tienen dote.

– ¿Te figuras? Las que no la tienen, se quedan para vestir santos y nada más. Las que tienen dote... Ahora descubro á qué se hallan expuestas. ¡Ah, si supieses qué vergüenza me da el observar que en ningun país del mundo el matrimonio es lo que en el nuestro! Sin embargo, como quiero ser francesa, será preciso que me case con un francés.

– Aún los hay excelentes, por más que ellos mismos pretenden lo contrario.

– ¿Dónde están esos *excelentes?*

– Puedes buscar, puesto que tu padre te deja libre.

– ¡Buscar!.. ¡Ah, qué cansada es la vida!

– Es lo que procuro demostrarte.

– Nunca has sido tan pesimista conmigo.

— Porque no estoy *contigo.* Porque estoy con una persona que no había visto nunca y que no sabe el esfuerzo que me cuesta el tutearla.

– De modo que esta noche todo marcha de mala manera. Porque me he puesto un bonito traje, en obsequio á ti, paso al rango de *otra,* de una desconocida, ó poco menos... Aquí se ahoga una. ¡Vamos á respirar!

Abandonó la mesa y fué á sentarse en el balcón, donde dos grandes linternas venecianas acababan de simbolizar la fiesta. Candiac siguió á su prima, y la contempló un rato, de pie cerca de ella; luego habló:

– ¡Escúchame bien, Pascualina! No te arrepientas de ninguno de tus actos ni de ninguna de tus palabras de hoy. En mi vida, ocupada hasta ahora por el trabajo, esta velada acaba de poner algo que le faltaba: la ilusión.

Hablaba sin hacer un gesto y sin acercarse más á ella. Pero ella se sentía envuelta en una mirada febril, como, días antes, bajo las bóvedas sombrías de la Abadía.

Sin embargo, aunque la expresión fuese análoga en su naturaleza, producía resultados opuestos.

Una semana antes, Pascualina había tenido miedo y sólo había pensado en huir.

Esta vez, aunque algo temblorosa, sentíase mecida en una confianza sin límites.

Aquella secreta turbación, dormida en un reposo delicioso, aquel vago instinto de peligro corrido tras de la certeza de la seguridad absoluta, aquella pena de ver sufrir á un amigo, aquella satisfacción de una victoria cuyo deseo le acudía en el momento de haberla alcanzado, todos aquellos sentimientos, diversos como los metales de una pila eléctrica, hacían circular por sus venas una corriente nueva.

Moralmente, se hallaban los dos en ese estado de tensión en que el menor átomo de aire que vibra puede determinar la chispa eléctrica.

El perfume de las rosas salía á bocanadas del saloncito. Candiac lo absorbía con sus narices dilatadas, como absorbía con sus ojos la hermosura de aquella gran rosa que parecía ofrecérsele.

Pero la educación extranjera, la larga costumbre de la voluntad triunfante, le hacían fuerte entre los fuertes. Nuevas palabras acudían á sus labios; pero reprimía toda locura.

Y cada segundo de aquella lucha claramente adivinada daba á comprender á su prima que no volverían á ser jamás, uno enfrente del otro, lo que habían sido antes, cuando se amaban como hermanos, separados del amor, como ellos creían, por una anchura de Océano.

– ¡Quizá no sea bueno hacerse ilusiones!, dijo ella al fin, demostrando con esto que también acababa de descubrir un ideal.

– Es atrozmente cruel y deliciosamente cruel, contestó Candiac sin sentarse. Tan bueno, tan delicioso, que yo quisiera vivir eternamente tal como me encuentro. Y es tan cruel, que quisiera morir. Pero si la hora suprema hubiese de llegar, quisiera saberlo á tiempo para decirte... lo que entonces te diría...

Los ojos de Pascualina, antes de que ella pudiese impedírselo, hicieron una pregunta. Y le sorprendió la contestación de Emilio que dijo:

– ¡No! Mi vida no ha terminado. Será preciso volver mañana del país de las ilusiones. Mañana habrá que luchar contra las fuerzas puramente materiales. Mañana, tú y yo continuaremos nuestras rutas tan divergentes. Pero no olvidaremos esta hora en que nuestros dos barcos se han encontrado juntos durante una corta deriva. ¡Oh! No temo que me olvides. He hecho esta noche, bien lo sabes, lo que ningún hombre hubiera hecho en mi lugar: he callado.

Un silencio, que parecía contener todo un raudal de palabras ardientes, continuó, por decirlo así, aquella altiva declaración. Pascualina se sonreía de un modo extraño. Reflexionó un momento, y dijo luego, hablando para sí, con voz apenas perceptible:

– ¡A esto llama callarse! Ningún hombre me ha dicho tanto.

Emilio dió con el pie un golpe de impaciencia en el suelo:

– Yo no te he dicho nada, puesto que no te he dicho lo que lo es *todo.* ¡Pero vete! ¡Ya es hora!

– Estoy en mi casa, contestó ella. ¿No convinimos en que tú eras mi convidado?

– Entonces me voy á marchar yo.

– ¿Para ir al lado de otra á quien quieres más que á mí?

Un sollozo hinchó el pecho de Candiac. Ello fué toda su contestación; pero Pascualina se contentó con ella. Como se alejase algunos pasos, á fin de serenarse, oyó que su prima le llamaba.

—¿Qué es lo que temes de mí?, preguntó Pascualina. Amar á una mujer y huir de ella á causa del dinero que posee, también es despreciable. Es otra manera de anteponer el dinero al amor.

– ¡Ah!, gimió Candiac; yo saldré loco de esta prueba. ¿Pero no lo comprendes?... Tu padre no está ya sometido á la ley francesa. Puede desheredarte; y yo sé, por experiencia propia, que es capaz de hacerlo. ¿Proponerte que seas mi mujer en estas condiciones?.. ¿Qué hombre sería yo?..

– ¡El hombre que espero, el hombre que busco, el hombre que ya no tenía esperanzas de encontrar!..

El la estrechaba contra su pecho, sin tener en cuenta que podían verles.

– ¡Te amo!, decía. ¿Qué importa que se hunda el mundo? ¿Qué importa lo que va á ser de nuestra vida, con tal de que la pasemos juntos?..

– ¡Cuidado!, dijo ella. En este balcón pueden vernos.

En el momento de marcharse, mientras se ponía el abrigo, Pascualina preguntó:

– ¿Piensas ahora que hicimos bien en nacer?

– Hace dos horas aún no habíamos nacido. Y me estremezco á la idea de que hemos corrido el riesgo de quedarnos para siempre en el limbo. Sin esta fiesta íntima, hubiéramos podido ignorarnos eternamente.

– Ha sido el milagro de las rosas, dijo tendiendo sus labios por última vez.

En la acera de la avenida Carlos de Bucilly estaba, á aquellas horas, de centinela, fumando un cigarro sin saber qué gusto tenía.

En el balcón, muy alumbrado, de la casa que vigilaba, sus ojos habían distinguido la blancura de una pechera y la nube de un vestido claro.

Los dos interlocutores hablaban con animación, pero al aire libre.

Carlos se asombró de que una comida entre un joven y una muchacha, á solas, rociada con champaña – había oído á Pascualina encargarlo, – pudiese acabar de un modo tan poco misterioso. El beso de desposorios había sido tan corto, que él no lo había visto.

Momentos después de haber dado las diez en el colegio Rollín, el balcón quedó desierto, y el espía se acercó á la puerta para examinar la salida.

Pascualina no tardó en aparecer. Su largo abrigo gris, mal abrochado, dejaba ver un elegante traje color de rosa. Seguíala un desconocido, de estatura regular, flexible, moreno y atezado. En vano trató Carlos de recordar. Aquel hombre, de apariencias nada vulgares, pero poco mundanas, le era desconocido. Aquel tercer ladrón ignorado lastimaba menos su amor propio. Hasta preveía cierto placer, añadido á otros, ante la contrariedad del oficial cuando llegase el día de la justicia.

Satisfecho, pues, de su espionaje, se alejó, no sin haber seguido á Pascualina hasta la plaza de Amberes, donde su compañero la metió en un coche, al que subió también, después de haber dado al cochero la dirección del Building.

«Bajará un poco antes de llegar, se dijo Carlos. Conozco el sistema. Pero tarde ó temprano vamos á reir.»

XVIII

Al día siguiente Pascualina salió temprano de su casa. En vez de ir al bosque, como de ordinario, se internó en la ciudad y entró en casa de su joyero, que, á su ruego, le enseñó varias sortijas; después habló confidencialmente con el industrial, urdiendo un pequeño complot, cuyo fin no tardará en descubrirse.

Sacando luego el reloj, se dió cuenta de que eran cerca de las doce. Apenas tenía tiempo de llegar con puntualidad al sitio en que había de esperarla Candiac para hacer su primera comida de «novios pobres.»

Una inmensa alegría brilló en los ojos del joven al ver á su prima.

– ¡Temía!.. dijo él.

– ¿Qué temías?

– ¡Todo! Se me figura que el enjambre de genios maléficos y celosos que flotan en el aire se ha amotinado contra mí. Desde anoche les oigo repetirse uno á otro: «Ese es demasiado feliz. Hay que poner término á esa anomalía...» ¡Pero ya estás aquí! Por consiguiente, aún no he dejado de ser el hombre más feliz del mundo... Ahora te llevo á almorzar á franco cincuenta por barba, como ha sido tu voluntad, para «ver lo que es.»

– ¡Almorzar! ¡Así sois los hombres! ¡Almorzar sin tener puestos los anillos de esponsales! Vamos de prisa á escogerlos. A estas horas no encontraremos ningún conocido

El aspecto de la tienda suntuosa á que le llevó su compañera, hizo retroceder á Candiac.

– Nunca entraré yo en este palacio, dijo él, para comprar una miseria de diez ó quince luises.

– Vente. Yo conozco la casa. Te robarán menos que en ciertos tenduchos de baja estofa.

El caso es que por una cantidad proporcionada á su fortuna, Emilio pudo ofrecer una sortija muy sencilla, pero adornada con un rubí sin defecto alguno á su prometida, que se puso algo colorada al ver al joyero sonreirse detrás de sus anteojos.

Por su parte, ella escogió una sortija de hombre de cuyo precio no se habló.

Después de lo cual, ambos novios se fueron á almorzar á franco cincuenta el cubierto.

A guisa de platillo, tuvieron el placer de ponerse recíprocamente al dedo, por debajo de los manteles, las arras de su promesa.

El beso clásico fué substituído por un fuerte apretón de manos y una mirada en que se leía la fuerza indomable de su ternura.

Comiendo hablaron de cosas serias.

– De hoy más, dijo Pascualina, mi único fin consistirá en reconciliarte con mi padre. No quiero perder su amistad al casarme contigo. Sufriría yo mucho si tuviese que abandonarlo. Tengo confianza en el porvenir. Vamos á viajar juntos, él y yo. La ocasión será oportuna para conquistarlo, y espero hacerlo entrar en razón. Si á mi regreso no he adelantado nada, no tendremos más remedio que esperar.

– ¡Esperar! ¡Ay, sí!, suspiró Emilio. ¿Ves cómo yo obraba cuerdamente al querer callar?

– Yo no veo más que mi inmensa dicha. Estar unidos, aunque el mundo deba ignorarlo por algún tiempo, vale más que una fortuna. Me dijiste que el año que viene van á subirte el sueldo.

– Sí. ¿Y si me envían otra vez á Africa?

– Precipitaremos los acontecimientos, pues tendré que casarme contigo para seguirte.

– No seas niña. Hablas sin saber la vida que te esperaría allí. Acuérdate de mis cartas.

– ¡Ya me acuerdo! Ellas son las que mantuvieron mi constancia en reservarme para ti. Gracias á ellas no me dejé seducir por la «gran vida» que trataba de hacerme vislumbrar. Gracias á ellas no he olvidado esta lección aprendida en América: el amor al trabajo y el respeto á los que trabajan. ¡Cuando pienso que hoy podría ser la esposa de algún noble ocioso!.. Pero, sobre todo, al leer tus cartas sentía cernerse sobre mí la sombra de algo que no podía definir, pero que era nuestro amor, que se acercaba en silencio.

La media hora que les quedaba se pasó hablando de amor. Y el mismo almuerzo pasó... inadvertido. Convengamos en que era lo mejor que podía sucederles. A la hora debida Candiac entraba en su oficina y Pascualina en su casa, donde encontró á Mugrón que la esperaba

– ¡Está usted resplandeciente!, dijo después de haber saludado á la muchacha.

Los paganos decían que toda mujer se vuelve irresistible después que Venus le ha prestado su cintura. Este talismán no es más que el amor que abrasa el corazón, anima los ojos y flota en toda la persona. Pascualina llevaba el guantelete divino desde la víspera. Como ha sucedido á tantas mujeres, iba á hacer la experiencia de su tremendo poder.

– ¿Cuándo se marcha usted, huyendo de este calor?, preguntó Mugrón, sin cesar de admirarla.

– ¡Ay!, dentro de tres semanas, contestó ella, estaré lejos de París.

– ¡Parecía usted abandonarlo tan á gusto!..

– Héteme en flagrante delito de inconsecuencia femenina. Ya no dirá usted que no tengo defectos.

– Es por los defectos por lo que nos seducen las mujeres.

Ella se sonrió mirando su sortija flamante y preguntándose: «¿Son mis defectos los que me han puesto este anillo al dedo?» Y continuando su pensamiento, añadió en voz alta:

– ¡Dios nos libre de que tenga usted razón! Pero probablemente no estamos de acuerdo sobre el significado de la palabra seducir. Siempre la he tomado en el sentido de extraviar, y yo no tengo el menor deseo de extraviar á nadie. Esto, naturalmente, me hará pasar, á los ojos de usted, por una buena burguesita de escaso interés.

– ¿Sinceramente cree usted ser de «escaso interés» para mi corazón?

El cambio súbito de la voz de Mugrón era tan extraño, que Pascualina fijó la vista en su interlocutor. Estaba pálido y se retorcía febrilmente el bigote.

– ¡Basta de vanos tormentos!, exclamó él al fin. Cada uno de nosotros no vive más que una vez. ¿Quién tendrá en cuenta mis luchas, mi sacrificio, cuando mis huesos se hayan convertido en polvo? Va usted á partir... y yo no puedo más. Señorita, ha sido en mí una locura el luchar tanto tiempo. ¿Quiere usted perdonarme y... consultar su indulgencia para saber si me acepta?

Desprevenida, Pascualina trataba de dulcificar la pena que iba á causar su contestación. A fin de ganar tiempo, añadió:

– ¿No se acuerda usted de su madre en este momento?

Estas palabras podían pasar por el efugio que precede á una confesión. Mugrón, transportado de esperanza, hizo esta promesa:

– Mi madre me sacrificará sus preocupaciones, como me sacrificaría su vida. Dentro de una hora vendrá á suplicarle que sea su hija, si sus instancias pueden decidirla á usted.

El corazón de Pascualina, aunque enteramente ocupado por otro hombre, era demasiado bueno para no abrirse á una profunda piedad. En el rostro franco de aquel militar se podía leer una pasión noble y sincera. ¡Qué amargura iba á pintarse en él dentro de un instante!

«¡Oh, destino!, pensó la muchacha. La suerte de tres seres humanos sería quizá muy diferente á estas horas, si las palabras que acabo de oir hubiesen sido dichas un día antes. Doy gracias á Dios que ha sellado los labios de este hombre... todo el tiempo preciso.»

En la triste mirada de Pascualina, Mugrón empezaba á leer la cruel verdad. Ella misma podía comprender el valor de la ofrenda que rehusaba. Con voz algo trémula contestó:

– Voy á probar á usted cuánto le aprecio. En el mundo nadie sospecha un secreto que confío á su honor de usted: estoy prometida á Emilio Candiac.

Con el valor de un hombre preparado á los azares del campo de batalla, Mugrón soportó el golpe. Sin embargo, tardó algunos segundos en proferir esta queja que no pudo contener:

– ¡Decía usted que le amaba como á un hermano!

Más encarnada que la rosa que se mustiaba en su pecho y que Candiac había besado la víspera, Pascualina murmuró:

– ¡Todo ha cambiado desde hace poco!

– ¡Desde hace poco!.. ¡De modo que tal vez sería usted mía á estas horas, si yo hubiese tardado menos! ¡Ah! Ha sido una crueldad el decírmelo.

– Se lo he dicho – perdóneme este grande egoísmo – porque quiero, porque imploro su amistad. Necesitaré de ella, y sé lo que vale.



Carlos de Bucilly estaba, á aquellas horas, de centinela

– ¡Ah, sí!.. ¡La amistad!.. Ustedes siempre exigen esto... ¡Como si fuese fácil!

– Yo también me hallo en presencia de cosas difíciles, Sr. de Mugrón. ¿Quiere usted prometerme que puedo contar con usted? Tal vez llegue el momento en que usted será mi único apoyo. Preveo amargas pruebas, entre muchas alegrías.

– ¡Usted! Hermosa, rica, feliz...

– Mi padre aborrece á mi novio, y con una sola palabra puede hacerme más pobre que el mismo Candiac. La lucha será dura... ¿Cuántos amigos tendré yo entonces?

– ¡Oh!, exclamó Mugrón. ¡Luego es verdad que tales mujeres existen!.. Y si yo me hubiese casado con usted, mi familia, la sociedad, hubiera calificado esta unión de *desigual*.

– Emilio no está expuesto á semejante contrariedad. Ya es algo. Pero puede tenerlas más graves. ¿Le tendremos á usted á nuestro lado?

– Sí, palabra de honor. No tiene usted más que llamarme; estaré á sus órdenes.

Ella le tendió la mano, que el oficial estrechó, en vez de besarla como tenía por costumbre.

Después aquellos dos seres generosos se separaron.

Durante una semana, las cosas marcharon de la manera más tranquila, en apariencia.

Ya había pasado el mes de junio.

Los Maugrabin hacían sus preparativos para un viaje por los confines de Europa.

Los Bucilly estaban quietos. Carlos, no solamente había cesado de pedir subsidios á su madre, que se encontraba en la imposibilidad de dárselos, sino que la tranquilizaba diciendo que tenía asegurado su porvenir, gracias á un casamiento «de que se ocupaba él mismo,» sin querer divulgar nada.

Codoero, según costumbre, vivía al día, evitando la presencia de Pascualina, que le atormentaba. Porque, á pesar de los escrúpulos confesados á Popinot, no podía decir á la muchacha: «¡No se case usted con mi hijo!»

En esto Maugrabin, siempre demasiado ocupado para ver lo que pasaba en torno de él, quiso obsequiar con una reunión de despedida á sus amigos del Building y á otros varios.

Las señora de Bucilly quería abstenerse, no teniendo ya nada que esperar de los Maugrabin. Carlos sostenía, no sin alguna apariencia de razón, que aquel desaire sería mezquino. Tenía motivos, que sólo él conocía, para desear el mayor número de testigos posible á cierto golpe teatral que preparaba.

Norberto Leroy, sabiendo que iban á reir, contaba no faltar.

Popinot, médico todavía honorario de la familia, no quería perder aquella ocasión de encontrarse con su viejo amigo y su joven amiga.

Mugrón, por grande que fuese su fuerza de voluntad, no podía evitar la presencia del ángel de su ilusión irrealizable.

Todos llegaron al sexto piso del Building antes de las diez, en aquella noche de julio que algunos de ellos conservan aún grabada en la memoria.

Ciertas reuniones anuncian el aburrimiento desde el principio. Aquélla era una de tantas, á causa de la cohibición que flotaba, por decirlo así, en la atmósfera del salón.

La señora de Bucilly, única mujer presente, procuraba en vano desplegar cierta naturalidad en su conversación con la heredera que se le escapaba.

Codoero filosofaba con Popinot en un rincón, y Carlos hablaba con Norberto.

Mugrón, aunque había cesado de ser «Domingo,» puesto que Robinsón había cambiado de isla, causaba á éste, con su sola presencia, una impresión poco agradable. No pudiendo elegir su interlocutor, hacía todo lo posible para alimentar su conversación con el señor de la casa, que daba pruebas de un sorprendente mal humor, desconocido en él.

Aquella mala disposición de Maugrabin, notada por su hija, existía en nuestro hombre desde el día en que había estado á punto de encontrarse de manos á boca con su sobrino en el *Saint-Tropez*. Es inútil decir que desde entonces no había vuelto á poner los pies en el modesto restaurant, donde Claudio Rastoul esperaba en vano verle reaparecer.

Por más que se esforzaba en ser liberal, Maugrabin no podía olvidar que Mugrón había hecho en su presencia el elogio de Candiac. Mostrábase con el oficial todo lo cortés posible, pero distaba mucho de desplegar aquel buen humor socarron con que antes divertía á todo el mundo.

El reloj – eléctrico, naturalmente – parecía dormitar, cuando de pronto los convidados tuvieron con qué distraerse.

– ¡Qué bonito vestido color de rosal, acababa de decir Beltrana, no sabiendo ya de qué hablar. ¿Lo estrena usted esta noche en obsequio nuestro?

Antes de que Pascualina, á quien no gustaba mentir, hubiese encontrado una contestación, Carlos se había acercado, ajustándose los lentes. Había llegado la hora de su venganza.

– Señorita, dijo muy alto, yo la he visto á usted otra vez con ese delicioso traje.

– ¡Oh! En eso, contestó Pascualina, le engaña á usted su memoria. No puede usted haberme visto con él.

– Le repito á usted que sí. Y le diré á usted dónde. ¿Apostamos algo?

– Apostado.

– ¿En qué va á consistir la apuesta?

– En una *prenda*.

A través del tono animado de Pascualina, Carlos adivinó una ligera angustia. Pero Maugrabin, que entre sus manías americanas tenía la de apostar sobre todo, se acercó al grupo. Carlos, con mano segura, lanzó el dardo envenenado.

– Tuve la dicha de verla salir á usted de una comida la semana pasada. Subía usted á un coche en la avenida Trudaine, y llevaba usted ese vestido. ¿He ganado?

– ¿En la avenida Trudaine?, rugió el padre. ¿Estuviste, por ventura, en casa de Emilio Candiac? Sé que vive allí.

Pascualina palideció, porque preveía una escena terrible. Pero contestó sin vacilar ni bajar los ojos:

– Estuve en su casa.

Maugrabin apretó los puños. Sin acordarse de que no estaba solo con su hija, gritó:

– ¿Cómo te atreves á visitar á ese hombre, cuando te he prohibido que le nombres en mi presencia?

– Obedecí. Su nombre parece olvidado entre nosotros. Pero si tuvo la desgracia de disgustar á usted,

nunca ha mancillado ese nombre; sino que, por el contrario..

–¡Cállate! Exijo la promesa de que toda relación con él cesará completamente.

Norberto Leroy cambió una mirada con Carlos, su amigo y su discípulo, y aquella mirada, sorprendida por la muchacha, era un ultraje que no pudo soportar. Olvidando todo consejo de prudencia, proclamó altivamente la verdad.

–No puedo hacer á usted la promesa que me pide, papá. Tengo dada palabra de casamiento á Emilio Candiac.

Los espectadores de la escena, salvo pocas excepciones, tenían el corazón oprimido por una fuerte angustia. Maugrabin abría la boca. Todos esperaban una de esas palabras que nada puede borrar. Codoero, el tímido Codoero, fué el único que tuvo el valor de intervenir. Su fisonomía abierta contrastaba con las demás.

–¡Por favor, conténgase usted! ¡Luego se arrepentiría! Sé lo mucho que quiere usted á su hija.

–Y yo, mi querido padre, repuso Pascualina presa de una viva emoción, siento por usted la ternura más grande y el respeto más profundo. He admirado siempre lo fiel que es usted á los principios de su vida. ¡Séalo usted hoy! ¿Qué me ha repetido usted, casi todos los días, desde que dejé de ser una niña? «Sé buena y honrada, porque eres libre. No quiero hacer de ti una esclava, al estilo de las muchachas francesas. Tu corazón te pertenece. Cuando ames á un hombre, únicamente te preguntaré si es digno de ti. Y entonces no impediré que sigas tu sentimiento...» ¿No son estas sus palabras?

–Son las palabras que todos los padres dicen á las muchachas, allá. Pero Emilio Candiac, para mí, está fuera de la ley.

Pascualina, con voz vibrante, interpeló á Mugrón, que nunca la había admirado tanto:

–Usted conoce al hombre á quien mi padre condena. ¿Le considera usted digno de mí?

–Por mi honor, así le considero, contestó el oficial. Creo que es merecedor de usted por lo que ha hecho y por lo que vale. ¡Afortunado el hombre de quien puede hacerse semejante elogio!

Sin añadir más, Pascualina se inclinó ante su padre, como para rogarle que sacase él mismo la conclusión.

Maugrabin sentía fijos en él los ojos de todas las personas presentes. Era una solemne ocasión de afirmar sus doctrinas, de mantener su reputación de hombre fiel á sus principios y á su palabra, reputación merecida, á decir verdad.

–Eres mayor de edad, dijo. Eres responsable de tus actos. Te dejo cargar con el peso de la resolución. Cierto es que tienes en tu favor las costumbres de América; pero yo tengo en favor mío la legislación. Eres libre de casarte con ese hombre. Yo soy libre, enteramente libre, de emplear mi fortuna como me dé la gana. No esperes nada de ella, salvo lo necesario para que abandones esta casa, provista de lo que mi hija debe llevarse al domicilio de su marido. Asistiré á la boda. No dirá nadie que el viejo Maugrabin se oculta para sufrir. Luego te...

–¡Padre mío!, exclamó ella poniéndole la mano sobre la boca que temblaba de cólera.

–¡Está bien!, dijo él desprendiéndose de los brazos de su hija. Me conoces. Juro que mi sobrino no pasará jamás los umbrales de mi puerta. Si podéis ser felices sin mí, mejor para vosotros.

Los convidados consideraron que su presencia era, al menos, inútil. Carlos de Bucilly se levantó el primero, con la mirada torva. Su rostro, en que el placer de la venganza realizada se mezclaba con la repugnancia de sí mismo, tenía una expresión de vergüenza que los acontecimientos posteriores de su vida no iban á disminuir. Ciertos actos, como ciertas enfermedades, marcan á un hombre para siempre.

En el momento en que se disponía á salir, después de haber saludado á Pascualina con un respeto insolente, ésta le llamó, con una voz en que el desprecio y el disgusto ponían una nota que no volvió á tener jamás.

–¡Se va usted demasiado pronto!, exclamó. Perdí la apuesta y debo pagarla, antes de que me falten medios.

Carlos retrocedió como desafiándola. El mismo Norberto Leroy, que ya estaba en la puerta, se detuvo á ver el último episodio, que prometía ser curioso. La muchacha continuó:

–Le debo á usted una «prenda;» pero voy á elegir yo misma el recuerdo que conservará usted de esta reunión. De cuanto poseo, he aquí el objeto que más merece usted.

De encima de un mueble, acababa de coger su látigo; y sus ojos flameaban de tal modo, que Carlos no pudo contener un movimiento hacia atrás.



De cuanto poseo, he aquí el objeto que más merece usted

–¡Oh!, añadió la joven con una sonrisa desdeñosa. ¿Qué esperaba usted, pues?..

Carlos había girado sobre sus tacones, sin pronunciar una palabra, y sin ver la mirada de Mugrón, fija en la ballena flexible, que la joven amazona acababa de arrojar sobre la alfombra. Aquella mirada significaba: «¡Oh, quién pudiera castigar á ese espía odioso!»

Codoero lo comprendió sin duda, pues dijo á Pascualina, despidiéndose de ella:

–Hace mucho tiempo que sé lo que es sufrir. Esta noche sé lo que es sentir vergüenza. ¡Pido á usted humildemente perdón por tener tal hijo!

–Cierre usted los ojos á todo lo demás para no ver sino mi amistad profunda, díjole la muchacha en voz baja y en tono de súplica. Yo también voy á pasar por dolorosas pruebas. ¡No me abandone usted!

Una vez sola con Maugrabin, hizo una postrer tentativa:

–Padre, ceda usted. Devuelva su afecto al que va á ser su hijo.

–*Era* mi hijo y dejó de serlo por su culpa. No digas que soy implacable é injusto. ¿Te he negado mi consentimiento?

–¡Ah! Si usted lo negara, esperaríamos que tuviese á bien cambiar de resolución.

–¿Me tomas por un padre francés? ¿Crees que me dí á América únicamente porque en ella hacía mi fortuna? Lo que en ella me sedujo, fué su verdadera libertad. ¡Eres libre! Cásate con ese hombre; cásate en seguida. Asistiré á la ceremonia porque es mi último deber paternal. Muchos no harían tanto. Por lo demás, acuérdate de lo que te he dicho. Lucharéis por la vida, como luché yo.

–Como usted quiera, papá. ¡Lucharemos!, dijo Pascualina con un resplandor de entusiasmo en sus ojos.

XIX

Al día siguiente, Candiac, avisado por teléfono, regresó á su casa sin pérdida de momento, tan pronto como pudo abandonar el trabajo. Su prometida llegó casi detrás de él. A la primera mirada, comprendió el joven que su prima era portadora de malas noticias.

–¿Malas?, contestó ella á su pregunta. La mayor parte de los hombres, en tu lugar, dirían que son malas. Nosotros nos amamos lo suficiente para encontrarlas buenas. Mi padre lo sabe todo; vamos á casarnos.

Emilio la abrazó, loco de alegría.

–¡Aguarda!, dijo ella. No me dejas hablar... Te casas con una mendiga. *Cut off with a shilling!* Es la ley de *allá*, como dice mi padre.

Candiac se hizo explicar lo ocurrido la víspera. Terminada la historia, gritó agitando los dedos:

–¡Guarda tu látigo! ¡No dejes de traerlo! Me serviré de él algún día,

–¡Ay, mi pobre amigo! Será casi todo lo que traiga. ¿Qué vamos á hacer? Yo no creo que mi padre ejecute todas sus amenazas. Pero ya conoces su alma de bronce. Nos esperan años durísimos. ¿Quieres que pida á mi padre que me deje pasar unos cuantos meses más en casa?

–¡Ni una hora! ¡Ni un minuto! No pidamos siquiera esa limosna... Pero yo pierdo la cabeza. Olvido que lo pierdes todo, mientras que yo no pierdo nada – ¡y te adquiero á ti!

–Más tarde mi amor echará sus cuentas. Mientras tanto, si quieres botar al agua nuestra pobre barca, estoy dispuesta y te lo he venido á decir. Ahora, me voy. Es preciso que me encuentre en el Building á la hora de comer, y en adelante, debo calcular mi tiempo con arreglo á la marcha de los ómnibus. Desde hoy, no vuelvo á tomar coche.

–Sí; pero yo ahora te puedo acompañar. No tememos que nos sorprendan.

En la imperial de los grandes tranvías, entre obreros y modistillas, aquellas afortunadas víctimas del amor hicieron un trayecto delicioso. Aquella noche, Pascualina anduvo hasta la puerta misma de la casa paterna orgullosamente apoyada en el brazo de Candiac.

–¿No tienes miedo?.., le preguntaba él sonriéndose.

–Sí; temo encontrar á Carlos de Bucilly. ¿Qué pasaría entre vosotros dos?

–¡Bah! Se me figura que le saltaría al cuello para abrazarlo. Porque, después de todo, le debo la infinita dulzura en este momento.

Se separaron, después de haber convenido que se verían diariamente. Pero hasta el día del matrimonio, Pascualina no dejó á su padre comer solo una vez siquiera.

–De los tres, es el más digno de lástima, decía la muchacha á su futuro.

Y era verdad; Maugrabin sufría cruelmente. En todo veía sus teorías vencidas por las realidades. Nadie cuidaba de copiar su Building, que seguía con tres pisos sin alquilar. ¡Y su hija se le escapaba para hacerse francesa! Pero disimulaba, poniendo un orgullo estoico en seguir el programa que él mismo se había trazado. Pascualina tuvo carta blanca para su ajuar, que compuso como el de una burguesita. Cuando Maugrabin pagó las facturas, no pudo contener un gemido.

–¡Si me hubiesen profetizado, hace dos meses, que el casar á mi hija me costaría seiscientos miserables dólars!..

Tuvo que hacerla pensar en llevarse sus ricos diamantes.

–Algún día celebrarás el poderlos vender, le dijo el padre.

–¡Nunca! Son un recuerdo de usted y del tiempo feliz en que usted me quería.

¡Yo te sigo queriendo!

–A medias, nada más, puesto que no quiere la otra mitad de mí misma. ¿Qué tiene usted que decir de Emilio? ¿La libertad no existe también para él?

–Candiac era mi socio, y un socio no es libre de abandonar el negocio que debe sostener un día. ¡Y ese hombre cree ponerme en ridículo quitándome á mi hija!.. ¡Al freir será el reir!

(Continuará.)

MONUMENTO ERIGIDO EN TURÍN

á la memoria del príncipe Amadeo de Saboya, duque de Aosta

Hace poco se ha inaugurado en Turín el grandioso monumento erigido á la memoria del que fué rey de España D. Amadeo I, príncipe de Saboya y duque de Aosta. Esta obra del eminente escultor italiano David Calandra álzase en el parque de aquella ciudad, y se distingue no sólo por la perfección de su modelado, sino que también por la expresión de la estatua del príncipe y por la vida y el movimiento de los distintos grupos escultóricos que lo componen.

El autor ha representado al noble Amadeo en el momento en que al frente de sus tropas dirige la famosa carga de Monte Croce, y ha sabido imprimir en la actitud del príncipe el arrojo y la bravura de que dió muestras en aquella memorable jornada.

Notabilísimos son también los altos relieves en que están representados en fantástica cabalgada los más ilustres príncipes de la casa de Saboya: Humberto, el fundador de ésta, Pedro I, Amadeo V, Amadeo VI, el príncipe Eugenio, Víctor Amadeo II, Fernando de Génova y Víctor Manuel, el creador de la unidad italiana. Todas las relevantes cualidades de aquella dinastía, aparecen admirablemente personificadas en estos relieves.

En la cara anterior del monumento, un árbol genealógico, del que pende el escudo de España, indica el corto reinado de D. Amadeo en nuestra patria.

Alrededor del pedestal corre una inscripción que dice: «Héroe por el ideal y á ejemplo de sus antepasados, noble y bondadoso, tan grande en el sacrificio como en la dignidad.»

La estatua ecuestre tiene unos cinco metros de altura, pesa 5.500 kilogramos y ha sido admirablemente fundida en bronce en Turín por la casa E. Sperati. La longitud total de los altos relieves es de 28 metros y su altura de cinco. – X.



MONUMENTO ERIGIDO EN TURÍN
á la memoria del príncipe Amadeo de Saboya, duque de Aosta

EL TATUAJE

El *tatuaje*, como es sabido, está muy generalizado entre muchas tribus del Pacífico y es frecuente también entre los marinos y los presos. Hállase asimismo muy extendido en una parte de la aristocracia británica De estos hechos podemos deducir que esta costumbre se encuentra en las más diversas clases sociales. Las razones que mueven á los marinos, á los criminales y á los grandes señores á tatuarse son muy varias, si bien en general puede señalarse como una de las principales el deseo de singularizarse.

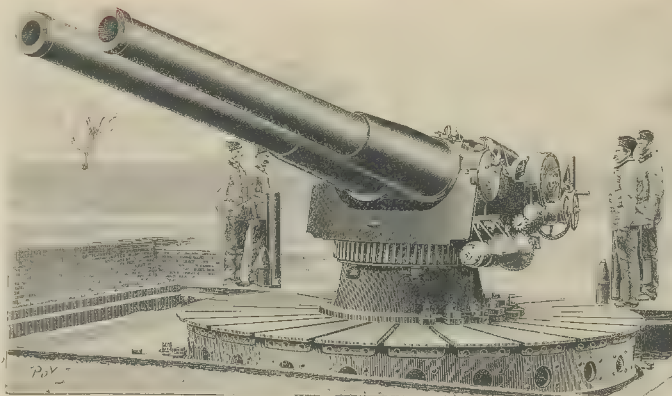
También entre los salvajes son diversos los móviles que les impulsan, siendo uno de ellos el sentimiento religioso: tal sucede en distintas islas de la región indo-pacífica y en particular en las islas de Nada, cerca de Nueva Guinea. Allí, la mayoría de las mujeres llevan en una gran parte de su cuerpo tatuajes con dibujos angulares y en las piernas con dibujos concéntricos.

Esta rara costumbre procede de que, según la teología local, las almas de los difuntos van, después de la muerte, á una isla vecina, pero para llegar á ella han de pasar por encima del cuerpo de una gran serpiente de mar; pues bien, esta serpiente no deja pasar las almas sino á condición de que éstas les abandonen su tatuaje, lo que ellas hacen de buen grado. Una vez cerrado el trato, la serpiente se cubre con el tatuaje y luego se estira y se ensancha, pudiendo entonces el alma caminar con seguridad por encima del animal, que le sirve de puente. Si el alma no estuviera tatuada, la serpiente se reduciría á las dimensiones de un hilo y aquélla caería al agua. – R.

LOS CAÑONES GEMELOS

El interés de economizar peso en los buques de guerra ha inducido á MM. Schneider y C.ª á construir un sistema de artillería que permite disparar dos cañones sobre una misma cureña: así resulta que las dos piezas ocupan el menor espacio posible, y pueden, por consiguiente, colocarse en una torrecilla de dimensiones mínimas y bajo una sola cubierta. Estas ventajas no son únicas, sino que hay otra de importancia más considerable. Los dos cañones están montados, en efecto, en un mismo manchón en acero, y así asegurados, necesitan una sola puntería.

Los «cañones gemelos» son del calibre de o'15 metros. De una longitud de ánima de 42 calibres, pesa cada uno 4.700 kilogramos y lanzan un proyectil de 40 kilogramos á la velocidad de 740 metros. Están provistos de un cierre de culata de caracol á un solo movimiento, y la disposición adoptada permite disparar uno solo ó los dos cañones á la vez. Merced á los frenos, el retroceso es de o'375 metros. El volante que dirige la puntería á lo alto está colocado al alcance del artillero, lo mismo que el que maniobra para la puntería directa.



Cañones gemelos de 15 centímetros, sistema de MM. Schneider y C.ª

Con el sistema de cañones gemelos que MM. Schneider y C.ª han ideado se obtiene una grande economía en el peso disponible á bordo y permite aumentar en notables proporciones la eficacia del tiro.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 23 de junio de 1902 — Núm. 1.069

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



AL POETA MOSEN JACINTO VERDAGUER

ADVERTENCIA

Con el número último repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo segundo de los de la presente serie, que lo forma la preciosa novela de Bernardino de Saint Pierre

PABLO Y VIRGINIA

primorosamente traducida por el inspirado poeta y notable literato D. Melchor de Paláu.

Esta famosísima y con razón encomiada novela, de la cual ha dicho D. Juan Valera «que en ella el pudor y el espiritualismo en los amores se levantan inmensamente por encima de lo que se pinta en *Dafnis y Cloe,*» va ilustrada con once preciosas láminas y más de cien bellísimos grabados intercalados en el texto, originales de Mauricio Leloir, y está lujosamente encuadernada con una cubierta alegórica, composición de Triadó.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

POETAS. – AERONAUTAS. – TRAPALONES

Ha muerto un gran poeta al morir Jacinto Verdaguer: no un gran poeta épico – lo digo con mi sinceridad acostumbrada, – pero sí un lírico de exquisito sentimiento, de un misticismo natural y sincero, fruto espontáneo del alma, no resultado del *acarreo* de ideas sugeridas por el crepúsculo que envuelve los espíritus en horas de duda, ansiedad y sequedad.

Mucho diría yo de Verdaguer – porque mucho tengo pensado, y algo inquirido respecto á este curioso ejemplar de la raza poética, – si no supiese que es tiempo perdido y prosa malgastada la que se dedica á aquilatar los merecimientos y el carácter de un muerto ilustre, mientras persiste y flota en el aire el olor á la cera de sus blandones. La hipérbole es entonces tan de rigor, como lo fué acaso en vida la indiferencia, la desgana de lectura y el silencio. Además, hoy, cuando se habla de Verdaguer, no se hace rigurosamente crítica literaria: se hace tal vez algo de política, algo de personalización, mucho de romanticismo; nada de estudio anatómico. Esperemos, pues; que si nos dura la vida, podremos tratar de esto y de otras infinitas cosas.

***

Lo que no quiero omitir es un recuerdo, mejor diría una especie de remordimiento, que evoca en mí el nombre de *Mosén Cinto.* Voy á contarlo.

No sé lo que dirá ese famoso testamento de *Mosén Cinto,* que nos anuncian tan preñado de revelaciones; pero mi convicción es que el autor de *San Francisco* fué un creyente, y que su fe de cristiano y de sacerdote católico no tenía grieta ni mácula. La hermosa unidad de sus creencias era como esas fajas de Persia, de gasa y oro, que se tejen cerrándolas sobre sí mismas; y su filial sumisión á la Iglesia fué, en hombre de inteligencia tan clara y fantasía tan arrebatada y brillante, caso digno de nota, algo que pertenece á la Edad Media, á los tiempos en que la llanura de Vich se cubría de flores al paso del pobrecillo de Asís.

Por lo mismo, debió de ser muy sensible á Verdaguer la suspensión de licencia para decir misa, y todo el tiempo que la sufrió debe figurar en primer término entre los días de prueba. Así lo creía yo, y se confirmó mi suposición cuando, allá en los Carnavales de 1899 (si la memoria no me engaña, que en esto de fechas suele engañarme), recibí un corto y apremiante billete de Verdaguer, invitándome á su primer misa después de la interdicción y alzada ya ésta. Me daba las señas de la iglesia y de su casa, añadiendo, naturalmente, la hora. El billete, que andará entre mis papeles, respiraba gozo: era un transporte, era un *verso* más, una flor del Calvario ó un místico idilio. Se traslucía allí el júbilo de la reconciliación con la *Amada,* la ventura del buen sacerdote á cuyas manos vuelve á descender la augusta Víctima... Formé el propósito de madrugar, que es el más heroico de los propósitos que en Madrid puedan formarse, y de acompañar al poeta en ocasión tan solemne.

La casualidad quiso que justamente la víspera del día señalado por Verdaguer, se celebrase en la Embajada italiana un baile muy nombrado, *de cabezas,* que traía revuelta á la sociedad matritense. Eché mis cuentas y resolví no acostarme aquella noche: el plan era práctico, porque de la Embajada saldríamos al amanecer. Pero al volver á mi casa y pensar en el cambio de traje, en vestirme el más sencillo que tuviese, en cubrirme con un velo negro, me miré al espejo y vi mi peinado de época, un *poudré* cuyas señales iban á notarse por más que hiciese – tan hondas eran las marcas de las tenacillas y los encañonados peluqueriles. – ¿Quién va así á una misa?.. Y rendida de cansancio me dirigí en busca de las sábanas y los colchones...

Pero quedó en mí un pesar, un reconcomio de no haber acompañado á Verdaguer á su reconciliación con la Iglesia, de la cual nunca su voluntad había andado desviada, seguramente... Y me acordé de una palabra divina que solemos echar en olvido, acaso porque nada de cuanto nos rodea nos la recuerda jamás: «Nadie puede servir á dos dueños...»

***

Con la desaparición de Verdaguer se reduce el número, ya tan escaso, de los poetas españoles vivientes que disfrutaban de nombradía innegable y general. Porque muchos escriben en verso; no es que esa casta se haya extinguido, no; lo que sucede es que nadie se ocupa de lo que *cantan...,* ó para servirnos de una locución familiar, es *como si cantaran.* Tal vez si eso mismo que nos dicen varios poetas que no han llegado á hacerse escuchar, nos lo hubiesen dicho hace treinta ó cuarenta años, se lo hubiesen dicho á otra generación, para algunos de ellos irradiaría espléndida la notoriedad y sonaría estruendoso el aplauso.

Hay así muchos, no sólo poetas, sino artistas de todo género, que llegan retrasados y ya no ocupan puesto en el banquete. Pintores impresionistas que no impresionan; músicos wagnerianos... sin Wagner; novelistas á lo Galdós, á lo Goncourt, á lo Pereda; buenos alumnos de grandes maestros..., pero que se rezagaron, dando tiempo al caprichoso público de cansarse y pedir *otro toro...,* ó no pedir nada y retirarse indiferente. ¡Inmensa tristeza de lo malogrado, en todos los órdenes del sentimiento y en todas las esferas del deseo!

***

Misteriosa afinidad paréceme que existe entre las tentativas artísticas que no dan resultado y los reiterados ensayos de los aeronautas, intrépidos y sin fortuna. ¡Qué de ilusión supone el acto de *hinchar un globo!* Cálculos interminables; noches de desvelo; días de fiebre; y como prenda y oferta en aras del destino, la vida... ¿Quién dijo que faltan en nuestra edad abnegaciones, sacrificios heroicos, rasgos con que el espíritu afirma su dignidad por encima de la materia? Pensad en los aeronautas. Pensad en Nansen, en los exploradores del Polo. Tal vez la mayor parte de los actos sublimes que registra la historia antigua no pudieron equipararse á estas acciones que ya casi no se tienen en cuenta, á fuerza de repetirse. Porque la falange es numerosa, el estímulo constante; la breve tragedia en el aire y la interminable tragedia entre el hielo se representan muy á menudo, y no parece sino que la terrible suerte de los exploradores de esas regiones que se niegan á sufrir el dominio del hombre, es aliciente para otros exploradores resueltos á arrostrarla.

***

Ahí está la reciente aventura de Severo, el aeronauta que acaba de ser, desde una altura de cuatrocientos metros, precipitado sobre las losas de un boulevard parisiense. – Toda la fortuna del infeliz sabio se había gastado en construir el dirigible; pero no era Severo lo bastante millonario para prescindir, en la construcción del aparato, de ciertos cálculos de economía. En vez de motores eléctricos, Severo tuvo que contentarse con motores de petróleo, de los más perfeccionados, eso sí, pero que desarrollan un foco de calor. Tal fué la causa de la combustión repentina y espantosa del dirigible *Pax,* y de la catástrofe que costó la vida á Severo y á Saché, su acompañante. – Dos circunstancias merecen consignarse, por curiosas. La primera, el desconsuelo de Alvaro Reis, que no pudo acompañar á Severo por querer éste disponer de más cantidad de lastre que arrojar; la segunda, la resolución de la esposa de Severo, determinada á rebuscar fondos aquí y allá..., ¿para qué? ¿Para vivir, para endulzar con algo de bienestar su soledad y su viudez? No: para construir un nuevo dirigible, esta vez con motores eléctricos en regla, que demuestre la exactitud de los cálculos de su marido y vindique póstumamente su honra de inventor.

***

La buena fe, y aun mejor diría la credulidad, de tanto banquero y tanto pez gordo parisiense como cayó en las redes del asunto Humbert-Crawford, han soliviantado el amor propio de los franceses, y les han movido á traer á la colada los trapos sucios de la credulidad norteamericana. Y en verdad que los tales trapos merecen sacarse un ratito al sol, para regocijo y consuelo de nosotros, pobrecitos crédulos, que hemos padecido á doña Baldomera, revoltosa de menores pretensiones, aunque tal vez de no menores facultades, que los Humbert-Crawford y los James Addison Reavis, que tanto gusto dieron en Francia y los Estados Unidos.

***

Addison Reavis nos interesa más que los hábiles timadores franceses, porque es un estafador de asunto español, como la ópera *Carmen.* Este listo mozo presentó, ante los tribunales de los Estados Unidos, una demanda reivindicando una sucesión que decía correspondiente á su mujer, y que importaba la bicoca de unos cien millones (agarrarse) de dólars, ó de duros, en castellano. Los documentos que presentó en apoyo de su reclamación satisficieron plenamente á los mejores abogados yanquis, y á consecuencia de esto, los banqueros más opulentos franquearon su caja para adelantar fondos á los futuros archirremillonarios. Un rey de la banca instaló á Reavis y á su mujer en un hotel espléndido, abriéndole crédito ilimitado, empezando por darle de propina cincuenta mil francos. Y joyeros, modistas, sastres, perfumistas, dueños de coches, etc., se apresuraron á facilitarles toda clase de servicios, cobrables el día en que Reavis, ó mejor dicho su mujer, entrasen en posesión de su fantástica herencia....

***

La novela forjada por Reavis era una donación de Felipe V á un don Miguel Silva de Peralta de Córdoba, grande de España, caballero del Toisón, de Santa María de Montesa, con otras muchas hierbas españolas igualmente, de inmensos territorios en Nueva España. – Esta donación, que todavía muchos creen auténtica, se la aplicó Reavis, como muchos se aplican los méritos de Nuestro Señor Jesucristo, á una niña expósita mejicana, convertida en hermosa mujer, con quien se había casado. Los auténticos Peraltas (responda mi amigo Manuel de Peralta, que desciende del famoso *Mosén Pierres* y que ojalá pudiese reivindicar con títulos positivos esta enorme fortuna, de la cual haría excelente uso); los auténticos Peraltas, repito, se dice que son una familia extinguida del todo. Esto animó á Reavis á la osada suplantación, que por mucho tiempo revistió apariencias de verdad histórica irrefutable, confirmada hasta por indagaciones prolijas y serias en los archivos de Madrid... (¿Qué dice de esto mi otro amigo Bethancourt?..) Hasta que un día, el día fatal que siempre llega, tiró el diablo de la manta, y se descubrió, con estupefacción de la gente yanqui, que todo era falso, todo, y Reavis un falsario más, en la lista de artistas eminentes de la letra contrahecha...

Pero ¡que les quiten á él y á su esposa lo bailado!

Emilia Pardo Bazán.



EL GAITERO

CUENTO INÉDITO DE MOSÉN JACINTO VERDAGUER

(Traducido del catalán)

Voy á dar el adiós á la compañera de mi vida, la dulce poesía. ¿Para qué cantar? ¿Para qué escribir más? Mis dedos se han envejecido sobre las cuerdas del arpa y ya se cansan de servir: el arpa misma, la última vez que la he pulsado entre murmullos y suspiros impacientes, me pareció que me decía: «Basta.» Voy, pues, á darle el último abrazo y á colgarla donde espere que vayan á desvelarla dedos más tiernos é inspirados.

Basta ya de versos místicos; basta de poesías guerreras; basta de himnos á la patria; basta de cánticos á la fe. Adiós, canciones de primavera: ya no endulzaréis otra vez mis labios, ya no haréis batir las alas de mi corazón: mayo y abril volverán mil y mil veces, pero no volverán para mí. Traerán aún muchos cestos colmados de bellas y olorosas flores, pero todas las vaciarán en otros huertos. Los árboles de mi jardín no volverán á florecer, los gorriones que en ellos anidaban cada primavera no volverán á anidar, y los ruiseñores que en ellos cantaban no volverán á cantar.

El gris otoño ha deshojado mis robles y mis almendros, y las arboledas se han vestido de luto, y las montañas enfrondadas hoy con alguna brizna de escarcha, esperan asustadas la nieve del invierno que se avecina. Las coplas de *caramellas,* los siete gozos de la Virgen que canté de puerta en puerta ha tantos años el Sábado Santo después del toque de Gloria, volaron lejos, muy lejos y para no volver: mi Pascua ha pasado hace tiempo, y sólo espero celebrar en el cielo aquella Pascua que no ha de acabarse jamás. Si allí se canta, allí volveré á cantar. Adiós para siempre, canciones y poesía.

***

Esto me decía hace un rato, amargado por las oleadas de la existencia, doblegado y abatido por los vientos de la tribulación. He salido de mi cuarto cerrado y estrecho, y atravesando la Rambla, esa grande y rumurosa arteria de Barcelona, me metí por la calle de Tallers, hacia el lado de la ciudad en que más cerca se ven el verdor de los campos y el azul de las montañas, y sobre todo el del cielo. Deseaba respirar aires puros y libres, y alejar el esplín que, proveniente de diversas causas que quería olvidar, iba enseñoreándose de mí y me ataba de pies y brazos, de cuerpo y de espíritu.

Al pasar, calle arriba, por delante de la de Valldoncella, vi salir de ésta un gallego de barba cana y figura venerable, coronada por la montera, tocando magistralmente la flaqueada cornamusa, con los cañutos ó flautas sobre los hombros, como se estila en las riberas del Miño. Parecióme que salía poco satisfecho de aquel barrio obrero en que sus tocatas habrían sido poco comprendidas y á duras penas escuchadas. Cuando, al doblar por la calle de Tallers arriba, vió en las ventanas del Hospital militar gorras de cuartel, su fisonomía se animó, sospechando que tal vez habría allí dentro quien le comprendiese. Hinchó la cornamusa que enflaquecía por momentos y bajaba languideciente sus sonidos, y tocó uno de aquellos aires que, hermanos de la muñeira, hacen llorar á los hipocondríacos hijos de Galicia.

No sé si en el Hospital habría alguno á quien en el hueco del lecho llegase aquel dulcísimo recuerdo de la patria. No sé si habría alguno que llorase; pero á mí aquella extraña y melancólica armonía me hacía retornar á los tiempos dichosos de mi infancia, me recordaba los sencillos contrapases de la plaza de mi pueblo, y al viejo gaitero de gambeto y barretina colorada que cerró los ojos sin que nadie quisiese aprender su profesión: recordóme á mis padres y hermanos, Dios los tenga en su gloria, y á mis compañeros que yacen cerca de ellos en el mismo cementerio, y asomaron á mis ojos las lágrimas.

El pobre juglar, después de tañer quizás la mejor tocata de su repertorio, dirigió la mirada á las ventanas del Hospital en la esperanza de que bajase, si no la paga, una muestra de agradecimiento, y si no una muestra de agradecimiento, una limosna, que, por pequeña que sea, anima á esperar otra á los pobres de Jesucristo. Mas en vano: ni del Hospital ni de las casas vecinas cayó una triste moneda de cinco céntimos. Lo que bajó fué un grito de «¡Fuera, fuera!,» que hizo volverse extrañados á unos niños que venían de la escuela y sonreir á unos faquines que cargaban un carro, y que á mí me ha hecho estremecer de indignación y de pena.

El gaitero no es de madera, y habrá advertido el insulto, que ha caído como una piedra sobre su cabeza, y lo habrá sentido como una punzada en lo más hondo de su alma; pero, avezado á la lucha de la vida y acostumbrado desde niño á las malas añadas, ha seguido calle arriba hinchando la cornamusa y sin cambiar de tocata, lo mismo que si hubiera oído llover, esperando quizás que al volver de la esquina se le volvería también el viento de la fortuna.

***

Aquel acto de firmeza era una reprensión para mi debilidad. Aquel hombre sencillo, que probablemente no sabía leer, tiene mayor conocimiento del mundo que yo, y por esto le trata con el menosprecio que se merece. Su serenidad imperturbable me dejó avergonzado y confuso, mucho más que si me hubiese leído un capítulo de la *Imitación de Jesucristo.*

Yo he tomado esta inesperada lección como venida de las manos de la Providencia, y sin necesidad de ver campos ni montañas, he regresado á casa curado del esplín, arrepentido de haberme querido despedir de la Poesía, inocente compañera de la vida que tanto bien me ha hecho, y con deseos de reconciliarme con la lira, si algún rayo de inspiración me envía Dios en mi ancianidad. «Animo, pues; adelante y fuera, me he dicho á mí mismo. Sigamos cantando: quien canta, sus males espanta. *Exurge gloria mea; exurge psalterium et cithara.*»

(Dibujo de Mas y Fontdevila.)

MOSEN JACINTO VERDAGUER

¡Tarde triste la del 10 de junio para Cataluña y para las letras patrias!

El sol, rasgando por un momento las plomizas nubes que lo habían velado durante el día, iluminó con sus dorados rayos las cimas del Tibidabo, «gigantesco pedestal desde donde, como desde un púlpito que tuviera por plaza el llano de Barcelona, muestra Santa Eulalia á los barceloneses la redentora Cruz;» del Montjuich, «en que se metamorfoseara el colosal Alcides para guardar entre sus brazos á la hija nacida de su costado;» del Montserrat, de ese «Tabor de Cataluña, monte de oro aserrado por amoroso Angel con argentada sierra para edificar en él, próximo al cielo, un templo á la Estrella de la mañana;» del lejano Montseny, «el titán formidable de mi tierra,» y del remotísimo Pirineo, «el monumento á la Divinidad, que no lograrán derribar el huracán ni la borrasca, el odio ni la guerra.» Y desde el fondo del pintoresco valle que es el más bello atractivo de los contornos de Barcelona, salmodiaba un ruiseñor la siguiente estrofa:

Lliri blanch y Rosa vera
del jardí del Criador,
María de Vallvidrera,
floriu en lo nostre cor;

mientras la amarilla retama parecía escribir con sus flores de oro sobre las vertientes que circuyen el valle:

Per aquexos cims de serra
lo vostre olor escampau,
fent sentir á nostra terra
los efluvis del cel blau.

Así, en medio de la visión apoteósica de sus montañas predilectas y mecida por las armonías de sus versos póstumos, subía á Dios el alma del poeta.

***

Jacinto Verdaguer y Santaló, ó *Mosén Cinto*, como se le llama familiarmente, nació en Folgarolas, pueblecillo de la alta montaña de Vich (Cataluña), el 17 de mayo de 1845. A los quince años de edad, enamorado, como Dante, de San Francisco de Asís, resolvió tomar su hábito; mas «como entonces no había frailes menores en España (son palabras del poeta), resolví ir en su busca á los conventos de la América española, para donde, ya con un pie en el estribo, estaba examinado y admitido y aun tenía el permiso de mi buena madre, arrancado con lágrimas del corazón; pero no debía tener el de Nuestro Señor, cuando mi confesor me impidió que partiera. No siendo merecedor de contarme entre sus hijos de la primera orden, me hice terciario, y habiéndome venido á un mismo tiempo la vocación franciscana y la vocación poética, quise seguirlas entrambas haciéndome su trovador.» Sucedía esto en 1860. Un año después obtenía ya en los Juegos Florales de Barcelona, adonde se presentó vestido de campesino, calzando alpargatas y con la roja barretina en la mano, un prémio extraordinario y un accésit al ordinario de Patria. Desde entonces, y mientras cursaba en el Seminario de Vich la carrera sacerdotal, fueron varios los premios que en dicho certamen obtuvo; mas en 1877, siete años después de haberse ordenado sacerdote, fué cuando alcanzó el más colosal triunfo que se ha registrado en los anales literarios de Cataluña con motivo de su magistral *Atlántida*, obra que emprendió el poeta, según confesión propia, «cuando no conocía más mundo que el que limitaban las montañas del llano de Vich y no había visto el mar sino en pintura.» Hasta 1890, sonreido por los triunfos y por la opulencia, fué camino de rosas el seguido por Verdaguer: de oprobios, de burlas y menosprecios fuélo en lo sucesivo. «No encontrando dónde posar los ojos sobre la tierra, los elevé al cielo, y apropiándome las cristianísimas palabras que van repitiendo los limosneros al recibir una moneda en la colecta de la iglesia, esforzábame en decir á cada nuevo contratiempo: Por amor de Dios sea.» En ese infortunio, de que en vano se esforzaron por sacarle sus mejores amigos, pues se vanagloriaba, con el P. Lacordaire, de que «es el vestido más hermoso que puede ponerse un hombre, y no saben lo que hacen los que no se lo ponen;» en ese infortunio deseado, que arrancó á su lira tan desgarradoras como inspiradas notas, le sorprendió, á los cincuenta y siete años de edad, despiadada muerte.

La labor literaria de Mosén Jacinto Verdaguer es asombrosa. Además de *L'Atlántida*, ya mentada, de que se han hecho siete ediciones y que ha tenido tres traductores castellanos, D. Melchor de Paláu,

La Font de Jesus

Al peu del Passeig de Gracia
entre un roure y una acacia
rajava una fontanella
com la fusada del fus:
com la fusada argentina
escumosa y cristallina
descapdellava ses aygues
la dolsa Font de Jesus.

No hi havia aygua tan bona
en lo Pla de Barcelona;
la mes dolsa era que l llavi
de la terra beu dessus.
Los bons lo cantir hi umplian,
los Sants a beure hi venian,
que era la flor de les aygues
la de la Font de Jesus.

Los rossinyols y les merles,
com qui desenfila perles
hi esgranavan aquells himnes
que fan batre l cor il·lus.
La dolcissima canturia
ressonava en la boscuria
al murmuri barrejada
de les aygues de Jesus.

Vora la Font hi lluhia
l altar del Fill de Maria,
que per alguns sens deixebles
era l Castell d Emmaus
hon derrera l cortinatge
d un mur de pedra o brancatge,
vora ses aygues divines
apareixia Jesus.

Mes ay! per aquell que hi vaja
ja es una Font que no raja!
¿ni aquell nectar, oh canella,
perque á la terra no n duus?
¡Oh Font dolsa, pura y clara
perque no vessas encara?
¿Que s fou ta càndida limfa
sagrada Font de Jesus?

En lo camí com suava
molts cansats passan encara,
y alguns qui cauhen exanims,
y alguns qui no s alsan pus.
Ah! jo so dels qui sedejan:
que mos ulls, oh Font, te vejan,
que t pugan beure mos llavis,
aygua dolsa de Jesus.

Jacinto Verdaguer Pbre.

Autógrafo de una poesía póstuma de Mosén Jacinto Verdaguer, que forma parte de su volumen inédito *Barcelona*.

D. J. M. de Despujol y el Sr. Díaz Carmona; dos franceses, MM. Pepratx y Savine; uno inglés, Mr. Bonaparte Wyse; dos italianos, los Sres. Sugeri y Nevatti, y dos provenzales, MM. Monné y Mistral, ha publicado Verdaguer, entre otras de menos importancia, las siguientes obras: *Canigó*, que ha sido bellamente traducido al castellano por el Sr. Conde de Cedillo y al italiano por los poetas María Licer y Luis Bussi; *Idilis y Cants místichs*, la obra más personal del poeta, también traducida al castellano; *Caritat; Patria; Lo somni de Sant Joan*, de que se han traducido al portugués y al castellano varios fragmentos; *Jesús Infant*, refundición de *Bethlem, La fugida á Egipte* y *Nazaret*; *Excursions y Viatges; Nerto* (traducción del poema de Federico Mistral), y *Dietari de un peregrí á Terra Santa*, acabadísimos modelos de prosa catalana; *Montserrat*, refundición de *Llegenda de Montserrat* y *Cansons de Montserrat*, á las que adicionó *Odes; Róser de tot l' any; Sant Francesch*, comenzada en su juventud y terminada en «días nebulosos y tristes, negro preludio de la tempestad que se aproximaba;» *Santa Eularia* (en colaboración); *Flors del Calvari; Ayres del Montseny* y *Flors de María*, publicada durante su última enfermedad. Además deja tres obras manuscritas: la traducción de la *Pasión* de los cuatro Evangelistas, que posee su constante amigo el notario D. Ricardo Permanyer y Ayats; una colección de *Eucarísticas*, en poder de M. Vassal, de Perpiñán, y otra dedicada á Barcelona, que nos entregó pocos días antes de morir para que la expurgáramos y limáramos, y la publicáramos en todo ó en parte, á nuestro humilde juicio, y á la que pertenece la adjunta poesía autógrafa, que hemos procurado verter al castellano con la mayor fidelidad posible:

La Fuente de Jesús

«Inmediata al Paseo de Gracia, entre una acacia y un roble, manaba una fuentecilla como mana del huso la husada: como la husada argentina, espumosa y cristalina, desdevanaba sus aguas la dulce Fuente de Jesús.

»No había agua mejor en el llano de Barcelona, y era la más dulce que de debajo la tierra bebe el labio. Los buenos llenaban allí su cántaro, los santos acudían á beber de ella: era la flor de las aguas la de la Fuente de Jesús.

»Los mirlos y los ruiseñores, como desensartando perlas, desgranaban aquellos himnos que hacen latir el corazón engañado, y la dulcísima canturía resonaba en el boscaje entremezclada con el murmurio de las aguas de Jesús.

»Cerca de la Fuente resplandecía el altar del Hijo de María, que para algunos discípulos suyos era el castillo de Emaús, en donde á través de la cortina de un muro de piedra ó de ramaje, cabe sus aguas divinas, aparecía Jesús.

»Mas ¡ay!, para el que vaya ahora es una fuente ya exhausta. ¿Por qué, oh cañizuelo, no traes ya aquel néctar á la tierra? ¡Oh Fuente dulce, pura y clara!, ¿por qué has dejado de manar? ¿Qué fué de tu cándida corriente, sagrada Fuente de Jesús?

»Como hasta hace poco, pasan todavía por el camino muchos que sienten fatiga, y algunos que caen exánimes, y algunos que no vuelven á levantarse. ¡Ah! Yo soy del número de los sedientos. Véante mis ojos, ¡oh Fuente!, y puédante beber mis labios, agua dulce de Jesús.»

***

Con motivo de haber hecho trizas Mosén Jacinto Verdaguer, pocos días antes de morir, un paquete de manuscritos, alguien ha osado suponer si su pluma cristiana y purísima se había alguna vez mojado en sangre ó en cieno. Nada más lejos de la verdad. Los papeles destrizados por el inmortal poeta no eran suyos ó, aunque letra suya, eran sólo copias hechas por él en época triste.

Para que se vea adónde llegaba la delicadeza de su alma, voy á referir una anécdota. Con motivo de la última edición de *L'Atlántida* hubo quien sugirióle la idea de trocar su antigua dedicatoria por otra dirigida, para evitar maledicencias, á la Virgen de Montserrat. Verdaguer nos la leyó, como todo lo suyo, y como le hiciésemos alguna observación en contrario, ya en máquina el primer pliego, retiró la dedicatoria á la Virgen y volvió á quedar el poema como estaba. Que no se arrepintió de lo hecho, lo demuestra el haber insertado en su última obra, *Flors de María*, una composición que databa de la citada época y en que aludía muy claramente al que creía causante de su infortunio, corrigiéndola de modo que sólo quien conserva el original primitivo podrá indicar en dónde la alusión estaba.

E hizo más todavía con la dedicatoria de su libro *Montserrat*, aun precediéndole, como le precede, favorable censura. Porque aludía en aquélla á la época en que «los hombres le habían arrebatado el cáliz, cáliz que María le había devuelto,» nos ordenó que la suprimiéramos, y así lo hemos hecho en la nueva edición que se está imprimiendo del libro, á pesar de haberse tirado ya el primer pliego. Es de suponer que también cumplirán su voluntad los que recibieron el encargo de considerar totalmente ó en parte por no escritos, si el Ordinario totalmente ó en parte no los aprobara, sus dos únicos libros, *Sant Francesch* y *Flors del Calvari*, que por haberlos pu-



El eminente poeta Mosén Jacinto Verdaguer, fallecido en Vallvidrera (Barcelona) en 10 de los corrientes

Retrato dibujado por Ramón Casas

blicado en época aciaga no fueron examinados por el censor competente!

***

Mosén Jacinto Verdaguer era un verdadero poeta. La obra de quien tan magistralmente ha cantado el incendio de los Pirineos, el hundimiento de la Atlántida y el paso de Aníbal; la obra de quien ha logrado despertar con sus vibrantes notas en el corazón de un pueblo el sentimiento patrio adormecido; la obra del sacerdote que tan dulcemente ha sabido cantar en *Canigó* los hechizos del amor profano; la obra de quien, sobrepujando á San Juan de la Cruz y á Santa Teresa, ha llegado á inflamar en el fuego de la caridad divina á almas indiferentes ó apocadas; la obra de quien, enamorado de la Pobreza y del Dolor, al extremo de llamarlos «locura santa,» nos ha hecho respetar y aun amar, si no desear como él, el Dolor y la Pobreza, sólo puede desaparecer con los hombres.



Casa del pueblo de Folgarolas (Vich) en donde nació Mosén Jacinto Verdaguer (de fotografía)



Villa Juana (Vallvidrera), propiedad de D. Ramón Miralles, en donde falleció Mosén Jacinto Verdaguer (de fotografía de *La Esquella de la Torratxa*)

Mas quien consideraba ruiseñores á los poetas, y á los ruiseñores «trovadores del mes de mayo;» quien, amante, como ave, de la libertad, dejó la propia familia para crearse otra adoptiva, y abandonó la casa de sus padres por otro extraño hogar, y su propia patria por otra que «ya quería como suya,» la montaña por el llano, Folgarolas por Barcelona, ha muerto, ¡oh irrisión de la suerte!, próximo á esta última, es verdad, pero en un rincón de montaña, solo; sin amigos cuando tantos se disputaban su amistad, sin médicos cuando tantos durante su enfermedad le asistían, sin familia cuando había acudido solícita á su lado; creyéndose pobre cuando más pródigamente la caridad se ejercitaba, y tomando por persecución la asistencia y por prisión el hospedamiento, y por esbirros á aquellos *minyons den Veciana*, ó mozos de las Escuadras, por él en su juventud tan diestramente cantados, y quién sabe si evocando aquellos versos que en 1897, precisamente desde Vallvidrera, nos dirigía:

«No vayas á la ciudad,
su población es ingrata:
dice estimar á las aves,
dice querer regalarlas,
y á las que cantan mejor
las pone dentro una jaula.»

¡Dios haya acogido en su seno su alma sencilla, y la inmortalidad inscrito su nombre en sus imperecederas páginas! – L. C. VIADA Y LLUCH.

LA CAPILLA ARDIENTE. – EL ENTIERRO

El Excmo. Ayuntamiento hízose cargo del cadáver de Mosén Jacinto Verdaguer (1), el cual, después de embalsamado, fué conducido á Barcelona desde Vallvidrera en la madrugada del día 12 para ser depositado en la capilla ardiente dispuesta en las Casas Consistoriales: una vez en ésta, colocóse el cadáver en un magnífico ataúd de roble con ricas y artísticas aplicaciones de hierro.

La capilla ardiente se instaló en el Salón de Ciento: en el centro de aquella histórica sala se tendió un paño de terciopelo negro con franjas de oro, sobre el que se montó un sencillo túmulo en forma de plano inclinado. En cada ángulo de la alfombra había un gran candelabro de bronce y en los lados otros cuatro de hierro; en la cabecera del ataúd alzábase una hermosa cruz de hierro, procedente del Museo de Reproducciones, copia de la que se guarda en la iglesia de San Ambrosio de Milán. En el fondo del salón un gran paño de terciopelo negro con una cruz dorada cubría el retrato de Su Majestad la reina regente y á ambos lados de éste dispusiéronse dos altares en donde se celebraron varias misas.

Daban guardia de honor cuatro municipales de gran gala, varios otros de media gala y algunos individuos del cuerpo de bomberos.

Durante el tiempo en que estuvo expuesto el cadáver, desfiló por delante de él una multitud inmensa, calculándose en más de 60.000 personas las que visitaron la capilla ardiente.

El entierro, que se verificó en la tarde del día 13, fué una de las más grandes manifestaciones de duelo que ha presenciado nuestra capital. La mayoría de las tiendas de las calles por donde pasó la fúnebre comitiva se cerraron durante el triste acto; muchos balcones ostentaban negras colgaduras y todos los faroles del tránsito estaban encendidos y cubiertos con crespones.

Presidieron el entierro el Excmo. Sr. Ministro de Instrucción Pública conde de Romanones, que vino expresamente en representación del gobierno y de S. M. la reina viuda, el obispo cardenal Casañas, un delegado del Capitán general, el gobernador y el alcalde: enumerar todas las entidades que allí estuvieron representadas, sería punto menos que imposible, pero bien puede afirmarse que en el cortejo figuraban representaciones de Cataluña entera y de varios importantes centros y ciudades de otras regiones españolas. El aspecto que presentaba aquella tarde Barcelona era imponente; una compacta muchedumbre llenaba todo el curso, y en religioso silencio y con muestras de hondo dolor presenciaba el paso del entierro y contribuía con su actitud grave, recogida y apesadumbrada á la mayor solemnidad de aquella triste despedida que á *Mosén Cinto* dedicaba la ciudad por él cantada en una de sus más inspiradas poesías.

En la ancha plaza del cementerio, el cadáver, seguido de numeroso acompañamiento, fué recibido por el personal de la necrópolis, el clero con cruz alzada, la Junta municipal de cementerios y un público inmenso que se calcula no bajaría de cien mil personas. Conducido el féretro en brazos, fué enterrado provisionalmente en una tumba sencilla, en tanto que se dispone la que ha de guardar definitivamente los restos del inmortal poeta.

Para su sepelio definitivo se ha escogido una enorme roca que hace dos ó tres años se desgajó de la parte superior de la montaña, y que será horadada por el centro.

Sintetizando las impresiones del fúnebre acto, diremos que el espectáculo además de grandioso resultó altamente consolador, porque en él se unieron



BARCELONA. – El público en la plaza de San Jaime formando cola para entrar en la capilla ardiente en donde estaba expuesto el cadáver de Mosén Jacinto Verdaguer (de fotografía de Serra)

(1) El retrato de Mosén Jacinto Verdaguer que publicamos en la anterior página está tomado del que tan admirablemente dibujó el eminente pintor Ramón Casas, á quien damos las más expresivas gracias por habernos autorizado á reproducirlo en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.



BARCELONA. – LA CAPILLA ARDIENTE DURANTE LA EXPOSICIÓN DEL CADÁVER DE MOSÉN JACINTO VERDAGUER, apunte del natural por Nicanor Vázquez

todas las clases sociales, desde las más altas representaciones del Estado hasta las más humildes de nuestro pueblo, para rendir un homenaje, de sublimidad pocas veces vista, al modesto sacerdote que con su inspiración portentosa se ha conquistado un puesto preeminente en el templo de la gloria y cuyo nombre, escrito en letras de oro, formará época en los anales de nuestra literatura.

Pero Cataluña, España entera, están obligadas á algo más de lo que han hecho; no han de limitarse á llorar la pérdida del vate ilustre, sino que deben perpetuar su memoria, erigiéndole un monumento digno de su genio. *Mosén Cinto* merece que sus contemporáneos transmitan á la posteridad su recuerdo esculpido en mármoles y bronces, diciendo á las generaciones venideras, á imitación de lo que en la tumba del vate italiano se lee:

«¡Honrad al altísimo poeta!» – A.



BARCELONA. – ENTIERRO DE MOSÉN JACINTO VERDAGUER. – SALIDA DEL FÉRETRO DE LAS CASAS CONSISTORIALES (de fotografía de Serra)



JESÚS Y LA MAGDALENA, cuadro de Alberto Edelfeld



MISERIA [illegible]



BARCELONA. - TUMBA DEL CEMENTERIO DEL SO. EN DONDE HA SIDO PROVISIONALMENTE ENTERRADO EL CADÁVER DE MOSÉN JACINTO VERDAGUER (de fotografía de Serra)

NUESTROS GRABADOS

Henry Greville. — La célebre novelista francesa que con este seudónimo tanta y tan legítima fama había conquistado, llamábase Alicia Fleury y había nacido en París en 1842. Hija de un profesor, bajo la dirección de su padre aprendió ciencias, latín y varios idiomas extranjeros; más tarde recibió de Chevé lecciones de solfeo y de armonía, haciendo tales progresos, que Feliciano David le predijo un gran porvenir musical. A la edad de quince años se marchó á Rusia con su padre, que fué profesor de literatura francesa en la Universidad y en la Escuela de Derecho de San Petersburgo, dedicándose entonces á completar sus conocimientos lingüísticos y á estudiar las costumbres de las distintas clases sociales rusas. Después de haber escrito una porción de cuentos, que en su mayoría han quedado inéditos, resolvió en 1869 cultivar el género dramático, y escribió hasta una docena de comedias y dramas en prosa y en verso que en vano trató de que leyeran, durante sus excursiones á París, los directores de los teatros de aquella ciudad. Convencida de que sus gestiones serían infructuosas mientras



La célebre novelista francesa HENRY GREVILLE (Alicia Fleury de Durand), recientemente fallecida en París

residiera en el extranjero, en 1872 abandonó San Petersburgo con su esposo M. Durand, profesor entonces de francés en la Escuela de Derecho de San Petersburgo, y se estableció en la capital de Francia. En 1876, el «Journal des Debats» publicó su novela *Dosia* y un mes después la «Revue des Deux Mondes» *La expiación de Savelí*, que firmó con el seudónimo de Henry Greville y que fueron entusiastamente acogidos por el público. Desde entonces no cesó de dar á la estampa sus obras con éxito siempre creciente, y su nombre merece figurar con razón entre los de los novelistas franceses más notables, más fecundos y más celebrados. Entre sus novelas merecen especial mención: *Un misterio*, que se publicó en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA; *Sonia*, que publicaremos en breve; *Dosia, La princesa Ogheroff, Los Kumiassine, Las pruebas de Raissa, La herencia de Xenia, La segunda madre, La hija de Dosia, Una traición, El voto de Nadia, Perdida, Ariadna* y otras. Su literatura fué siempre sana y consoladora, porque creyó que, aun en medio de las pruebas más duras de la vida, se encuentran corazones honrados y bondadosos, y porque trató siempre de hacernos amar esta existencia tal cual es y de alejar de nosotros las peligrosas quimeras que la hacen ver bajo aspectos inverisímiles y desconsoladores, procurando luchar contra el pesimismo á que tan aficionados se muestran muchos y muy famosos escritores modernos.

***

Jesús y la Magdalena, cuadro de Alberto Edelfeldt. — Encontrar una forma de expresión nueva para un asunto gastado es ya cosa meritoria para un artista; pero el mérito sube de punto si además de la originalidad se admiran en la obra de arte otras cualidades que demuestren el talento técnico del autor. Esto es lo que sucede con el cuadro de Edelfeldt: el arrepentimiento de la Magdalena, tal como este pintor lo ha tratado, presenta un aspecto de novedad que en nada afecta á los rasgos fundamentales de la tradición, y por otra parte, así las figuras como el paisaje están pintados de mano maestra.

***

Miseria, cuadro de Luma Flesch-Brunningen. — El mejor elogio que de este cuadro puede hacerse está en la impresión que sentimos al contemplarlo, impresión intensa, terrible, aplastante, de esas que dejan en el alma honda huella y que llegan á sobrecoger el ánimo. El sentido grupo que forman la madre y el niño, extenuados por las privaciones, la figura espectral de la Miseria que detrás de ellos surge, el tinte sombrío de la pintura, todo contribuye al efecto sorprendente del lienzo.

***

Guatemala pintoresca. Guatemala moderna. Composiciones y fotografías de Alberto G. Valdeavellano. — De verdaderas labores artísticas pueden calificarse estas dos obras del fotógrafo de Guatemala Sr. Valdeavellano: en la primera se representan varios tipos de indígenas, ruinas de templos, ídolos antiguos, es decir, los principales elementos que perpetúan el modo de ser de las gentes y de las costumbres primitivas de aquel país; en la segunda están reproducidos varios de los principales sitios, edificios, monumentos y quioscos de la capital. El contraste entre ambas composiciones, que sintetizan la Guatemala antigua y la moderna, es altamente curioso é interesante; y la habilidad y el buen gusto con que aparecen combinados los distintos componentes de las mismas honran á su autor, á quien felicitamos por sus bonitos trabajos.

Bellas Artes. — FIGALIA (Grecia). — El gobierno griego, que hace algún tiempo decretó la reconstrucción del Erecteión de Atenas, ha dispuesto recientemente la del templo de Apolo de Figalia, la mayor parte de cuyo friso en mármol fué robada en 1812. Varios fragmentos esparcidos alrededor del arruinado monumento y los que se espera encontrar en las excavaciones que van á emprenderse, se conceptúan materiales bastantes para la realización del plan proyectado.

Teatros. — *París.* — Se ha estrenado con buen éxito en el Gymnase *Pepit Cadet*, vaudeville en tres actos de Enrique Pagat.

Barcelona. — Se han estrenado con buen éxito: en Novedades *Amor de amar*, bellísima comedia en dos actos de don Jacinto Benavente; y en el Eldorado *El leoncillo*, cuadro histórico en tres actos y en verso de D. Juan Antonio Cavestany.

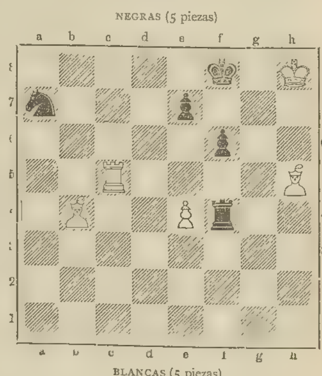
***

RECTIFICACIÓN. — El pintor Souza Pinto, autor del cuadro *Los calzones rotos*, que publicamos en el número 1.061 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, no es francés, como decíamos en la descripción de los grabados, sino portugués.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 284, POR W. GRIMSHAW.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 283, POR H. V. GOTTSCHALL.

Blancas.	Negras.
1. De4–b4	1. Cualquiera.
2. C ó D mate.	

LA DOTE DE PASCUALINA

(AU COIN D' UNE DOT)

NOVELA DE LEÓN DE TINSEAU. – ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONCLUSIÓN)

Pascualina tenía pocas ganas de reirse; pero seguía adelante, con la tranquila firmeza que debía á la educación y á los ejemplos de América. Mientras Candiac trabajaba con furioso ahinco, ella lo preparaba todo para su entrada en funciones de ama de casa y para la ceremonia nupcial, que había de verificarse en una humilde capilla del barrio.

La mañana en que abandonó la casa paterna, apoyada en el brazo de su padre, la muchacha suspiró, con una lagrimita en los ojos:

– ¿Cuándo volveré yo aquí?

– ¡Jamás!, le contestó Maugrabin furibundo.

Pero añadió en seguida, viéndola palidecer:

– Ya no tienes nada que hacer en el Building, pues lo vendí ayer y salgo de él mañana. Donde yo viva en lo sucesivo, la puerta estará abierta... *para ti.*

– ¿Para mí solamente?

El silencio reinó entre los dos. Se habían comprendido. Pero Pascualina dominó su pena. No quería que Candiac la viese llorar, cuando iba á unirse á él para siempre.

La ceremonia fué corta.

Maugrabin saludó á Candiac, sin hablarle, cuando, según la pintoresca habla inglesa, le «abandonó» su hija.

El marsellés, en el momento en que iban á subir al coche, metió en la bolsa de raso blanco que llevaba la novia el último dinero que ésta podía esperar de su padre: diez billetes de cien dólars cada uno.

Era toda la fortuna de la desposada, con la acción de la Compañía Francesa del Caucho, que había comprado tiempo atrás, á fin de que Emilio pudiese decir que «trabajaba para Pascualina.»

En tales condiciones, con un porvenir lleno de inquietudes, los recién casados no pensaron en viaje de boda. Aunque era ya casi un viaje el ir desde la capilla de un convento de Passy hasta la avenida Trudaine.

La alegría les embargaba demasiado para que echasen de menos la Engadina ó la Escocia, ni el servicio lujoso de su hotel, cuando se sentaron, uno enfrente del otro, en aquel pisito que Pascualina había escogido y alhajado, sin saber que trabajaba para sí misma.

– Espero, decía ella al día siguiente, que no seremos nunca bastante ricos para dejar este paraíso.

Pocos días después, obsequiaron con «una gran comida» á sus padrinos. Juntando dos mesas, Candiac llegó á hacer puesto para seis personas. Codoero y Popinot habían apadrinado á la novia, y los padrinos de Emilio habían sido el director de la compañía y el teniente Mugrón.



Esta vez su padre no pudo contenerse. Saltó del coche y corrió hacia ella

Los cuatro convidados habían enviado tantas flores á la señora de la casa, que ésta no tuvo necesidad de más para adornar la mesa.

Aparte de la joven pareja, Popinot era el único que presentaba un semblante exento de cuidados. Muy jovial desde el segundo plato, dió broma á Pascualina sobre sus buenos colores.

– El mejor colorete para las morenas..., es un buen marido.

– El mejor colorete de las morenas – y de las rubias – es vigilar personalmente el asado, contestó ella riendo.

– ¡Cómo! ¿Sabe usted cocinar?

– Mi padre quiso que aprendiese, porque, decía él, una muchacha no sabe nunca lo que le espera. ¡Pobre papá!..

Suspiró, y todos comprendieron su pensamiento. Aquello era un concierto de suspiros. Popinot lo hizo notar, declarando que el anfitrión suspiraba más que nadie.

– Pero yo sé por qué, añadió. Suspira usted por el momento en que se marcharán los convidados.

Este momento no tardó en llegar. Una atmósfera de malestar pesaba sobre la reunión. En la avenida, los cuatro hombres se detuvieron un instante, hablando dos á dos. Codoero decía á Popinot:

– Hice, para venir á contemplar su dicha tan noble, un esfuerzo que no sospechan, ni tú tampoco. La vergüenza me abruma...

– ¿Te acuerdas todavía de aquella noche en que tu hijo... apresuró, sin quererlo, el matrimonio de Candiac? ¿Qué quieres? Tu hijo puede reclamar cincunstancias atenuantes. No es el primer amante desdeñado que juega una mala partida á la bella desdeñosa.

– ¡Todo lo que mi hijo había hecho hasta ahora, es nada!.. Mi hijo se casa con una aventurera, amigo mío, y lo que es peor, con una aventurera rica. Esta tarde misma me ha notificado lo que él llama «su resolución irrevocable.» ¿Comprendes lo que acabo de sufrir durante esta comida, al contacto de esos dos seres tan nobles y tan buenos? Era una especie de adiós al honor y á la paz. Mañana va á empezar el asco y la amargura de todos los cálices preparados para mis labios. El día empezará con una ejecución: ¡voy á arrojar á mi hijo de mi casa!.., á menos de que escuche mi último llamamiento al respeto de su nombre.

– ¡Tú!, exclamó Popinot, más sorprendido que consternado. ¡Tú!... ¿Tú arrojarás á tu hijo?...

– ¡Sí, yo! Yo, ¡el gaznápiro que durante trienta años se ha dejado dominar por su mujer! ¡Si les hubieses visto temblar, palidecer de espanto al oir lo que al fin tuve la energía de gritar!.. He podido ser estúpido, débil; todo he podido soportarlo mientras no se trató de mancillar mi nombre. Pero veo de pronto el lodazal en que va á caer para siempre este nombre venerable... ¡Ah! Esta vez me he sublevado.

El bandido de mi hijo tiene doce horas para reflexionar. Si mañana persiste en su crimen, oirá la maldición paterna... ¿Comprendes ahora por qué suspiraba yo durante la comida?

– ¿Y tu mujer?

– ¿Mi mujer? Gritaba más fuerte que yo contra ese desgraciado á quien echó á perder. ¡A buena hora!..

Codoero se exaltaba cada vez más. Algunos transeuntes suspendían su marcha para observarle. Popinot, inquieto, le metió en un coche, y los dos amigos de la infancia marcharon hacia el Building, que el dueño, con la rapidez de acción que le era propia, acababa de vender y desalojar en el espacio de ocho días.

Mientras Bucilly se alejaba, completando á Popinot el relato de la primera reprimenda que había dado en su vida, Mugrón, vencido por emociones de otro género, se estremecía de angustia á las revelaciones del Sr. Ribeauval, director de la Compañía del caucho.

– Mi teniente, decía aquel buen sujeto, en quien el champaña aumentaba la sensibilidad natural, líbreme Dios de otra comida como esta. ¿Ha visto usted á esos dos locos?.. Digo locos, y aún no digo bastante. Los manicomios están llenos de locos veinte veces más cuerdos que ellos.

– Lo cual no impide que esta noche sean muy felices.

– Sí, esta noche se les aparece como un océano de felicidades. ¡Pero mañana!.. Mañana, caballero, cuando ese pobre diablo llegue á la oficina, ¿sabe usted con lo que se va á encontrar?.. No he querido amargarle el placer de hoy. Pero dentro de unas cuantas horas le notificaré que el Consejo de Administración le manda otra vez á Africa. Le dan una buena plaza, eso sí. Pero se trata de reemplazar á un pobre muchacho, muerto en pocas horas de la fiebre hematúrica. ¡Qué situación! ¿Irá solo Candiac? ¿Se llevará á esa deliciosa mujer?.. ¡Ay, caballero, cada bocado se me atragantaba!

– Si Candiac se niega á ir, ¿qué va á suceder?

– Nada, sin duda, sino que se echará encima una mala nota. Y entonces, ¡adiós aumentos de sueldo! Pues con lo que hoy gana, yo le desafío á que dé á su mujer más de lo estrictamente necesario. ¿Quiere usted saber lo que yo pienso de Maugrabin? Es una fiera.

– ¿Una fiera? No será tanto, dijo Mugrón despidiéndose de su interlocutor.

En su interior, había ya resuelto ir á hablar á Maugrabin en favor de Pascualina.

Al día siguiente, por la tarde, Candiac regresó á su casa descompuesto, llena la cabeza de preocupaciones.

Pascualina leyó en sus ojos el anuncio de una prueba que amenazaba su dicha. Interrogado, prorrumpió en quejas.

– ¡No me hables de Compañías!.. Para ellas, un hombre no es más que una máquina. Con el pretexto de que he descansado seis meses – ¡bonito descanso! – quieren mandarme otra vez á Freetown.

Como digna hija de Maugrabin, la joven preguntó:

– ¿Con qué condiciones?

Las condiciones eran buenas. Su mujer lo hacía observar, cuando Emilio murmuró:

– ¡Claro! ¡Como me necesitan!..

– Eso es grave, dijo ella. Si verdaderamente te necesitan, una negativa de tu parte te hace desmerecer á los ojos del Consejo, que te la hará pagar.

Aquella noche fué para ellos muy distinta de la anterior; la pasaron enteramente en discutir sobre la menos mala de las soluciones. Pascualina estaba resuelta á partir.

– Llevarte conmigo sería un crimen, decía Candiac.

– ¿Por qué razón? Viviríamos en una ciudad, porque Freetown es una ciudad; tú mismo lo has dicho.

– Sí, Freetown es una ciudad; pero ¡qué ciudad! Por toda vivienda encontrarías una cabaña de negros; por sociedad una manada de mulatas; por clima una estufa húmeda que en pocos meses te haría envejecer.

– ¡Más aprisa envejeceré lejos de ti!

Ya muy tarde, suspendieron la discusión, resueltos á consultar el asunto con la almohada. Pero la almohada no está hecha para dar consejos á dos esposos que se adoran. Al día siguiente, al separarse, nada habían resuelto. Candiac vió á su jefe y logró que le concediesen ocho días para tomar una resolución.

Al enterar á Pascualina del plazo concedido, le ocultó el mal efecto que aquella sola indecisión había producido, y le ocultó sobre todo la causa de la vacante.

– De todas maneras, tenemos ocho días para pensarlo. ¡Aprovechémolos para amarnos!

El día siguiente al de la comida de casa de Candiac, Mugrón fué á encontrar á Maugrabin, que se instalaba en su nueva habitación de los Campos Elíseos.

– Caballero, le dijo sin más exordios, pasa algo que usted ignora sin duda. Su hija de usted se halla en peligro de muerte.

– Corro á su casa, dijo Pascal palideciendo.

Ya se había levantado de su sillón cuando el teniente le detuvo con un gesto.

– Quizá no es á su casa donde hay que ir desde luego. Escuche. Envían á Guinea al hombre cuyo nombre no se puede pronunciar en presencia de usted. Su mujer quiere ir con él...

– ¡Eso nunca! ¡Yo se lo impediré!

– ¿Está usted seguro de poderlo hacer? Francamente, lo dudo.

Pascal, repuesto de su emoción, concentraba toda su inteligencia en el fin práctico que había que conseguir. Un minuto le bastó para ver adónde tenía que acudir.

– Tiene usted razón, dijo al oficial. Ni Dios ni el diablo impedirían la marcha de Pascualina. ¿Sabe usted el nombre de la Compañía en que está empleado su marido?

Después de haber anotado los informes que le hacían falta, apartó de sí el *block-notes*. Ya se sonreía entreviendo un asunto divertido.

– ¡Gracias, caballero!, añadió. ¡Ah, esa gente se figura que la hija de un millonario de Nueva York va á arriesgar la vida por unas cuantas toneladas de su caucho!.. ¡Cualquier día!.. ¡No va á ser mala la lección que les voy á dar! En materia de *bluffing*, Pascal Maugrabin les da quince y raya. Supongo que es inútil recomendar á usted el silencio. La menor indiscreción trocaría los papeles.

– Esté usted tranquilo, dijo Mugrón retirándose muy sosegado á su vez, porque conocía al hombre.

– Es que quiero que usted me prometa no decir nada, ni siquiera á esos dos locos..., que creyeron poder prescindir de mí. Media docena de noches de insomnio les servirá de experiencia.

– Le doy á usted mi palabra, prometió Mugrón. Nada les diré. Conozco yo alguien cuyos insomnios me mueven más á compasión que los de ellos.

Después de haber empleado la tarde en recoger informes sobre la *Sociedad Francesa del Caucho*, Pascal fué al restaurant de *Saint-Tropez*, donde había creído no volver en su vida. No tardó en ver llegar allí á Claudio Rastoul, con quien estuvo hablando misteriosamente durante dos horas. El marino retirado, mientras regresaba á su domicilio, se palpaba el cráneo, como para cerciorarse de que no había perdido el seso. Y palpaba también en el bolsillo un libro de cheques, hablando en voz alta por la calle:

– ¡Demonios! ¡Y qué fortuna ha hecho ese Maugrabin!

Dos ó sres días después, los administradores del *Caucho*, reunidos para preparar la próxima junta general, se enteraron, no sin alguna contrariedad, que un «grupo» compraba las acciones de la Sociedad «á puñetazos,» doquiera podía adquirirlas.

Semejante maniobra, en vísperas de una junta de accionistas, da siempre que pensar á un Consejo de administración, porque indica generalmente un golpe de Estado contra los directores.

Después de medio día de investigaciones, se descubrió que el «portavoz» del «grupo» sospechoso se llamaba Claudio Rastoul; él era quien pagaba al contado los títulos adquiridos.

El Sr. Ribeauval, el mismo que había sido padrino de Candiac, se las arregló para avistarse con Claudio, explorando el terreno con el celo de un hombre que teme perder su situación.

– Desearíamos saber si nos encontramos en presencia de amigos ó de enemigos. ¿Tiene usted alguna proposición especial que presentar á la junta? Siendo así, á todos puede convenir una inteligencia previa.

Rastoul, que esperaba con impaciencia aquella visita, desempeñó su papel como buen marsellés. Además, estaba bien instruído por Maugrabin.

– No tenemos ningún proyecto misterioso, afirmó en un tono que parecía revelar, por el contrario, un gran misterio. Creemos que las empresas de ustedes son muy interesantes; y hasta ahora, nada prueba que estén mal dirigidas. Estudiamos la Memoria de usted antes de determinar una línea de conducta.

Todo esto, dicho en palabras pesadas y medidas, no dejaba de ser amenazador.

El director juzgó conveniente y útil conciliarse con «el grupo.»

– ¿Entra en las intenciones de usted obtener un puesto en la Junta? Podríamos ponernos de acuerdo para la elección del candidato.

– No se trata aún de eso. Puesto que le veo animado de tal espíritu de conciliación, me será permitido pedirle á usted un favor sumamente personal. Tienen ustedes un puesto vacante en Freetown; ¿está ya provisto? En caso contrario, me permitiré proponer á usted mi candidato.

– Uno de nuestros empleados iba á partir. Pero celebraremos ver á su recomendado de usted, propuso el director, encantado de salir del paso á costa de tan poca cosa.

– Si el empleado de ustedes tuviese que perder un ascenso, yo retiro mi petición. Después de todo, ¿por qué no se lo había yo de decir á usted? Nos interesamos por Emilio Candiac.

– Siendo así, tenga usted la seguridad de que va á mejorarse la situación de ese joven. Queremos granjearnos las simpatías de nuestros nuevos accionistas. ¡Ojalá no encontremos en ellos más que amigos! Falta saber el nombre de su candidato para el Africa.

– Le tiene usted delante.

– ¡Cómo!, exclamó el director sin poder creer lo que oía. ¿Usted quiere ir á Freetown? Es... es una vida muy... muy nueva, para un hombre de su edad. El clima...

– Conozco Freetown, caballero. Allí pasé unos cuantos meses después de un nau..., después de un incidente de viaje. En cuanto al clima, me tiene sin cuidado. He tenido la fiebre amarilla, tal como usted me ve, con un buen mazo de acciones de la Compañía en el bolsillo, concluyó Rastoul guiñando el ojo. Mi interés les responde á ustedes de mi celo.

– Me inclino, formuló precipitadamente el director. Irá usted á Freetown. El sueldo...

– El sueldo no ofrecerá dificultad. (Maugrabin había sido previsor). Otra condición, la última, pero rigurosa. Nadie, absolutamente nadie, fuera de nosotros dos, ha de saber nuestra conversación.

– Iba á suplicar á usted lo mismo, contestó el director. El prestigio de mi cargo se resentiría á la vista de mi personal. Después de lo que acabamos de hablar, creo que votará usted con nosotros... y por nosotros.

– Esté usted tranquilo. Enviaré personas que le seguirán á usted con los ojos cerrados.

Mientras tanto había transcurrido la semana concedida á Candiac para tomar una resolución; semana que fué, sin duda, la más terrible de su vida.

En la mañana del último día, se fué á la oficina, decidido á notificar á su jefe que estaba dispuesto á ir al Africa.

Pascualina había ganado el pleito, é iban á partir juntos.

Aquella mañana, al despedirse de su mujer, el infeliz no había podido reprimir un gemido:

– ¡Quién habría de decirme que llegaría un momento en que sintiese haberme casado contigo!

Ella le había empujado suavemente hacia la escalera, murmurando al mismo tiempo que le daba un beso:

– ¡No blasfemes!

Después de lo cual, Pascualina había escrito á su padre, manifestándole sus deseos de verle antes de partir para Freetown.

Al atardecer, esperaba, como todos los días, en el balcón, la vuelta de su marido.

Este apareció, casi corriendo, algo más temprano que de costumbre.

Un minuto después, como si los ascensores americanos fuesen conocidos en la avenida Trudaine, había subido los cinco pisos y se arrojaba en brazos de su mujer.

– ¡Qué alegría!, exclamó Candiac cubriéndola de besos. Nos quedamos. Ahora es el jefe quien no quiere que yo vaya á Freetown. ¡Ay, Pascualina! Me parece que, á la hora de partir, me hubiera faltado valor; no hubiera podido aceptar el sacrificio de tu vida, después de tantos otros. ¡Exponerte á morir! ¡Tú, mi dicha, mi esperanza, mi todo!..

– ¿No has caído en desgracia?, preguntó ella algo inquieta aún.

– ¿En desgracia? Al contrario. Me han prometido «una compensación.» ¡Una compensación por no ir á Freetown!.. Es tan chocante, que el excelente Ribeauval, viéndome próximo á reirme, sintió la necesidad de justificarse. «Señor mío, dijo con su aire oficial, no hago más que ejecutar las órdenes del Consejo de Administración.»

Aquella noche, bajo los artesones poco dorados del joven matrimonio, no se pareció mucho á las anteriores.

El día siguiente, que era domingo, lo pasaron deliciosamente en el campo, donde los frutos habían

sucedido á las flores, en la rica abundancia de fines de septiembre.

Nunca habían saboreado tan bien su dicha como durante aquel día, que les veía libres de una mortal angustia.

Después, su existencia volvió á seguir su curso laborioso.

Una idea amargaba la felicidad de Pascualina: su padre no había contestado á su carta. Guardó para sí aquella amargura; Candiac no había de ver más que sus sonrisas. Así es como una mujer que ama comprende la comunidad de la pena y la alegría.

De modo que el viejo Maugrabin continuó pasando, según su deseo, por un «hombre de bronce.»

XX

El nuevo propietario del Building quería amoldar en lo posible su adquisición á las exigencias del gusto francés, principalmente con la construcción de una escalera conforme á los usos del país. Negoció para obtener que sus inquilinos desocupasen sus habitaciones, lo que evitó á Beltrana el pago de dos trimestres de alquiler, en que había quedado atrasada en medio de tantas catástrofes.

El matrimonio Bucilly desapareció de la sociedad. Carlos había empezado las intimaciones legales para casarse con su «Providencia.» La señora de Mugrón y sus hijos menores pasaban las vacaciones en una finca de su propiedad. Norberto Leroy paseaba su gota por Italia. Popinot descansaba en sus montañas. A causa de su servicio, Mugrón, ascendido á capitán, se veía retenido en París. A principios de octubre recibió una carta de Pascualina, rogándole que fuese á su casa. No se habían vuelto á ver desde la «gran comida» de los padrinos.

Llegó, todavía triste, aunque se esforzaba por no parecerlo. Pascualina le reprochó el haber rehusado varias invitaciones de su marido.

—¿Así es como cumple usted su promesa de seguir siendo siempre nuestro amigo? ¿Sabe usted que he estado á punto de partir para Africa? Era cosa resuelta.

Mugrón no dijo nada, pero su fisonomía habló por él.

—¡Lo sabía usted!, exclamó Pascualina, y ¡no se movió! Es usted tan duro como mi padre, que ni siquiera ha contestado á mi carta. ¡Nunca creí que pudiese llegar á tenernos odio!..

Gruesas lágrimas corrían por sus mejillas. Mugrón, incapaz de contenerse por más tiempo, le cogió las manos:

—Por primera vez en mi vida voy á faltar á una palabra dada. Pero no puedo verla á usted llorar, sobre todo cuando puedo hacer cesar sus lágrimas. Usted juzga mal á su padre. No la ha contestado, porque *sabía*, como yo, que no iría usted á Africa. Calculo que se ha gastado medio millón para retenerla aquí.

Mugrón describió entonces su entrevista con Maugrabin y las medidas tomadas por éste á fin de ser dueño de los destinos de Candiac. Pascualina continuaba llorando; pero esta vez sus lágrimas eran muy dulces.

—Vaya usted con cuidado, concluyó el capitán, porque su papá tendría derecho á llenarme de oprobio, si supiese que he hecho traición á su secreto. Finja usted ignorarlo todo. No espere usted que cambie su conducta con usted. No ha querido que su hija corra peligro de muerte; pero no cuente usted con su ayuda directa.

—No cuento con ella, dijo Pascualina recobrando la calma. Conozco á mi padre. Precisamente por esto supliqué á usted que viniera... sin que lo sepa mi marido. Necesito que me haga usted un favor, otro favor, puesto que ya nos prestó uno, ¡el mayor que podía hacernos el más generoso de los amigos!.. No echamos la casa por la ventana, como usted ve, puesto que me encuentra zurciendo los calcetines de Emilio. Sin embargo, le procuro una vida algo cómoda, pero tengo empeño en no tocar á nuestros fondos de reserva, que ascienden á cinco mil francos. Por consiguiente, yo también quiero ganar algo.

Mugrón abrió la boca. Pascualina, adivinando que iba á compadecerse de ella, le interrumpió con un gesto.

—Tiene usted, sin duda, entre sus conocidos alguna madre de familia que necesita una aya «para paseo,» es decir, una persona decente y bien trajeada, que vaya á buscar á los niños, á la hora convenida, y se entregue con ellos al deporte higiénico de la marcha. ¿No le parece á usted que yo serviría para el caso, sobre todo pudiendo hablar un idioma extranjero á los angelitos confiados á mi tutela?

—¿Sufriría eso Candiac?

—Candiac no sabría nada. En cuanto á mí, yo no puedo hacerme á la idea de que él sea el único que trabaje. Procure usted encontrarme una ó dos clientes, amigo mío.

—Todavía no conoce usted bien la Francia, dijo Mugrón con una sonrisa melancólica. No creo que ninguna de las señoras á quienes puedo hablar de usted admitiese mi desinterés, sobre todo después de haberla visto. El único medio sería encargar la cosa á mi madre. De ella no hay que temer ninguna pregunta embarazosa, porque hace tiempo que adivinó lo mucho que yo á usted la...

Mugrón la miraba, con el rostro alterado por una gran lucha consigo mismo.

—Sí, interrumpió ella; sé que usted me aprecia.

El se inclinó sobre la mano que la mujer de Candiac le tendía.

—¡Ah!, murmuró, me muero de «aprecio» por usted.

Pocas semanas después, Pascualina *paseaba*, con condiciones relativamente ventajosas, dos encantadoras niñas de diez ó doce años. Para estas expediciones llevaba un espeso velo; pues con todo y estar orgullosa de trabajar para ayudar á su marido, no tenía ganas de que la conocieran.



¡Viva Francia! ¿Estás contento ahora?

Candiac, ocupado en su oficina todo el santo día, ignoraba la parte que había tomado su mujer en el equilibrio de los presupuestos. Una sola persona, aparte de Mugrón, estaba iniciada en el misterio: esta persona era Popinot, convocado, á su regreso del campo, por la señora de Candiac. Después de haber recibido confidencias de otro género, había exclamado con alegria:

—¡Por fin va usted á tener necesidad de mí! Soy médico de cabecera de la familia desde la primavera pasada, y todavía no le he tomado el pulso á su papá de usted, ni á su hija.

Popinot no solamente había permitido los paseos, sino que además los había aprobado. Sin embargo, anunciaba que antes de que llegase el verano, Pascualina tendría que despedirse de sus alumnas. Pero entonces podría continuar sus funciones de educadora á domicilio, por cuenta propia.

Un día Maugrabin vió á su hija, muy modestamente vestida, que andaba en compañía de dos niñas, cuyo traje elegante formaba contraste con el de Pascualina. Todo lo adivinó, y el orgullo herido, no menos quizá que la piedad paterna, le oprimió dolorosamente el corazón. Pronto dominó aquel movimiento de debilidad.

«¡Peor para ellos!, pensó. Lo dicho, dicho. Tenía edad de saber lo que se hacía.»

Sin ser visto, siguió al trío durante algunos centenares de metros. De pronto, sintiendo que la tentación de acercarse á Pascualina estaba á punto de vencer, subió á un coche que pasaba.

Desde entonces, cada vez que salía á la calle, no podía menos de buscar á su hija con los ojos.

Solo, en su inmenso piso de los Campos Elíseos, se aburría mortalmente, sobre todo desde que Claudio Rastoul había marchado á Freetown.

No le costó gran trabajo descubrir el nombre y las señas de las alumnas de su hija, y menos sus horas de salida. Seguirlas á pie de lejos, ó de más cerca detrás de las cortinillas de un coche, fué uno de los intereses de su vida; mejor dicho, no tenía otro. Admiraba á Pascualina, diciéndose con orgullo: «Ni más ni menos que el *pluck* de allá. Una verdadera americana no lo haría mejor.» Al mismo tiempo procuraba estar orgulloso de sí mismo. «¡Libertad para todo el mundo! Era libre de casarse con Candiac. Por su parte, el viejo Maugrabin no es ninguna veleta. ¡Que se las arregle!»

Llegó el invierno; mas parecía evidente que la madre de las dos niñas no quería criarlas como plantas de estufa. Tanto si el tiempo era bueno cuanto si era malo, el paseo se verificaba.

Mientras tanto, el talle de Pascualina perdía su esbeltez... Maugrabin llamó á Popinot y le interrogó.

—Sí, sí, contestó el médico. Usted, el hombre libre por excelencia, no tiene más remedio que reconocer en esos muchachos la libertad de hacerle á usted abuelo.

Esta vez, el hombre de bronce fué acometido de una tos repentina que desde luego le impidió contestar.

—¿No teme usted que esos largos paseos?.., preguntó al fin.

—Soy partidario del ejercicio, en tales circunstancias, dijo Popinot. A una futura madre le conviene cansarse algo y alimentarse bien, cosa que puede hacer gracias al dinero que así gana.

—Doctor, no escatime usted las visitas. Todo corre por mi cuenta... Pero guárdeme el secreto profesional.

—¿Se figura usted que le cobro las visitas á un amigo como?.. ¡Dispense usted, iba á escapárseme el nombre!

A principios de abril, el termómetro subió de repente. La temperatura se hizo pesada, casi tormentosa. Siguiendo un día á Pascualina y á sus alumnas, por uno de los paseos de los Campos Elíseos, Maugrabin observó por primera vez en su hija señales de fatiga y vió que se sentaba en un banco. Al proseguir su camino, se notaba que cada paso le costaba un esfuerzo. No pudo ir lejos sin sentarse de nuevo. Desde el fondo de su coche, presa de una angustia que jamás había experimentado, Maugrabin la espiaba, temeroso de que ocurriese una desgracia. Veía á su desdichada hija extenuada, llevarse las manos al pecho, mientras las dos niñas, con afectuosa piedad, la llenaban de caricias.

Pascualina, en presencia de aquella bondad de corazón, mostrada por personas extrañas, no pudo reprimir por más tiempo su angustia y se echó á llorar. Esta vez su padre no pudo contenerse. Saltó del coche y corrió hacia ella.

—¿Quieres matarte?, gritó fuera de sí.

—Creí ser más fuerte, contestó Pascualina; veo que es preciso renunciar al trabajo en adelante.

Enjugábase las lágrimas, llena de sorpresa, hasta un poco asustada de la ruda voz de su padre.

Este la contempló un momento, sacudido por la agitación de una lucha interna.

«¡Abuelo!»

Acordábase de las palabras de Popinot.

Pascualina volvía á llorar silenciosamente, dándole golpecitos en la mano, como hacía tiempo atrás, cuando estaba muy enfadado.

Viendo que las niñas contemplaban la escena con asombrados ojos, les dijo ella, procurando sonreirse:

—Nada temáis, es mi papá. Porque yo también tengo un papá.

Las dos sílabas infantiles terminaron la derrota de Maugrabin.

—¿Un papá? No; un viejo loco, exclamó, próximo á sollozar... Pero basta de tonterías. ¡Vamos!

Quería hacerla subir al coche, sin tener en cuenta que cuatro personas no cabían.

—Padre, ¿piensa usted que voy á abandonar á estas criaturas que me han sido confiadas?..

En aquel momento, Maugrabin no pensaba en las criaturas de los demás. Ahogó entre dientes una exclamación inglesa, porque si algún *terno* echaba solía ser en este idioma. Luego, con esa energía de voluntad que le había hecho quince veces millonario, buscó el medio de salir del apuro.

Pasaba un landó particular, afortunadamente vacío. Con la agilidad de un joven, echóse á la cabeza de los caballos.

—¿Cuánto quiere usted por llevar á mi hija enferma hasta mi casa?, gritó al cochero.

Indignado de semejante proposición, no menos que de la violencia con que era acompañada, el cochero contestó:

—¿Va usted á soltar mis caballos?.. ¡No creo que mi coche parezca de alquiler!

—Por eso no lo pago como tal. ¡Cien francos la hora! ¿Convenido?

La indignación se había evaporado; pero el cochero vacilaba todavía. Arriesgaba su empleo.

—*Les* dirás que la mujer se había desmayado y que la tomaste por compasión, le murmuró el lacayo. Sabes que á la señora le gustan estos lances.

—Pago adelantado, añadió Maugrabin echando mano de la cartera.

El landó fué á detenerse desde luego delante de la casa en que vivían los padres de las dos niñas. Pascualina quería apearse; pero su padre se lo impidió.

El mismo entregó las niñas en manos de su madre, con explicaciones que ésta hubiera comprendido más fácilmente si el que las daba se hubiese encontrado más tranquilo.

Maugrabin volvió á subir al coche, que continuó á trote largo para meterse pronto en el ancho portal de una casa de los Campos Elíseos.

Pascualina, que había hecho el trayecto sin ver nada, á excepción del rostro de su padre, sentado á su lado, pareció despertar de un sueño.

– ¿Dónde estamos?, preguntó.

– En mi casa. Ya sabes que dejé el Building.

– ¡Padre mío, perdóneme si le parezco ingrata! Pero... no puedo abandonar á mi marido... y menos ahora.

– ¡Vente por de pronto! Tengo teléfono en casa. Candiac estará aquí dentro de un cuarto de hora.

– Es que... no le he dicho que yo ejerza el oficio de aya.

– Le dirás al mismo tiempo que yo te prohibo continuarlo. Tu oficio me cuesta demasiado caro. ¡Y el suyo! ¡Si supiese lo que me he gastado para que no vaya á Freetown! ¡Mil diablos! Con vuestra manera de ganar dinero, me hubierais arruinado en menos de seis meses.

Candiac no tardó en entrar, fuera de sí, temiendo toda clase de desgracias. Tranquilizóse pronto, viendo á Pascualina sentada á la mesa, delante de una merienda copiosa.

– Muchacho, le dijo Maugrabin, te he demostrado siempre que soy un hombre de bronce. No vayas á figurarte que me he convertido en un monigote de hoja de lata, que gira al menor viento. Juré solemnemente que mi sobrino sería siempre un extraño para mí.

– ¿Entonces?.., preguntó Candiac suspendiendo los besos que daba á su mujer.

– Pero, bien mirado, nada juré por lo que toca á mi yerno. ¡Abrázame! El susto ha sido demasiado grande. La casa bastará para tres... y hasta para cuatro.

Candiac se dejó abrazar por Maugrabin; pero conservaba el aire un poco arisco de un hombre que no puede olvidar ciertos resentimientos.

– ¿Quieres satisfacciones?, dijo el viejo. Voy á dártelas en una sola palabra. ¡Viva Francia! ¿Estás contento ahora?

Emilio Candiac estrechó en sus brazos al hombre que lo había criado.

– Papá, le dijo; no concibo mayor dicha para una criatura humana. Sin embargo, cuento en mi existencia un día más feliz que éste.

Viendo que Maugrabin no adivinaba, añadió:

– El día en que su hija se hizo pobre por mí.

Y arrodillándose junto al sillón de Pascualina, murmuró:

– ¡Amor mío!.. ¿Te acuerdas?

FIN

LA MONTAÑA DE SAL EN CARDONA

A diferencia de los famosos yacimientos de sal gema de Bochnia y Wielicza (Galizia) y de Berchtesgaden (Baviera), cuyas profundas galerías son todos los años visitadas por millares de turistas, las salinas de Cardona están enteramente explotadas al aire libre y solamente son frecuentadas por un pequeño número de curiosos. Y sin embargo de esto, son una de las maravillas naturales de Europa y su acceso no tiene nada de difícil. El viaje desde Manresa es relativamente fácil y el permiso para visitar las salinas, que son propiedad del duque de Medinaceli, se logra allí mismo, sin otra formalidad que la compañía de un vigilante muy pintorescamente vestido y armado de un viejo fusil destinado, según parece, á espantar á los merodeadores que incurriesen en la tentación de robar la útil substancia.

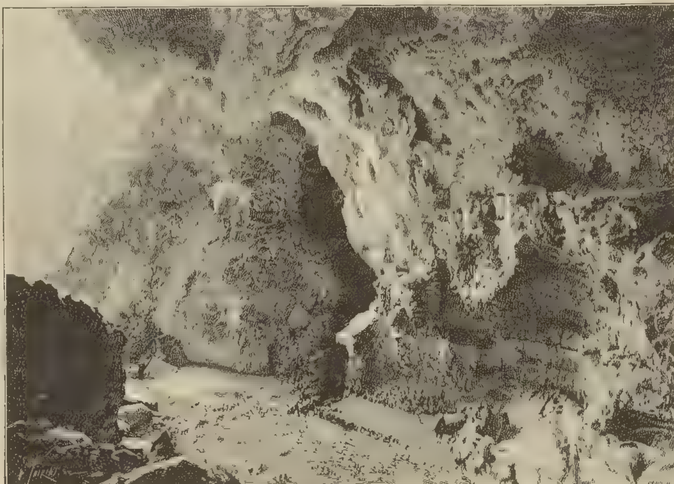


Fig. 1. – Gruta natural formada debajo de la montaña de sal de Cardona

La montaña de sal de Cardona, que así se la llama ordinariamente, no lleva un nombre engañador: en el fondo de un valle tributario del Cardoner, que á su vez lo es del Llobregat, y al pie de una roca escarpada sobre la que se levanta, á 450 metros sobre el nivel del mar, la débil pero pintoresca fortaleza construída por Carlos V, las erosiones atmosféricas han puesto al descubierto una masa enorme de sal pura. En un anticlinal practicado en medio del terreno eoceno, la masa de sal gema aparece primero cubriendo los dos flancos del valle y luego cerrando completamente el fondo del mismo (fig. 2), en una altura vertical de 80 á 150 metros; el contorno del plano al nivel del suelo mide un desarrollo de cuatro á cinco kilómetros. Se ignora, sin embargo, la verdadera extensión del yacimiento, lo mismo en dirección horizontal que en profundidad, y la explotación, que se hace, no en galerías, sino al aire libre y en la misma montaña, ó por medio de pozos verticales abiertos en gradas (fig. 3), no ha llegado todavía al límite del yacimiento, á pesar de que data de una remota antigüedad, puesto que ya Estrabón la menciona.

Por no haberse encontrado fósiles en las capas arcillosas intercaladas, no están de acuerdo los hombres de ciencia acerca del origen y de la edad de la salina de Cardona: D. L. M. Vidal, ingeniero de minas, cree que es terciaria, á consecuencia sobre todo de la concordancia de estratificación y de la analogía de los pliegues y acantonamientos que existen entre las capas de sal y los bancos de yeso, margas y maciños oligocenos; las formaciones de la sal en ángulos muy agudos son, en efecto, en extremo sorprendentes y están en absoluto subordinadas al gran accidente anticlinal que trastornó toda la región; M. Carez, por el contrario, se inclina á creer que la sal es triásica, porque encuentra que los pliegues están mucho menos acentuados en las capas oligocenas que en las de la masa salina y también á causa de la localización de la sal. Los Sres. Bergeron y Deperet comparten esta opinión, al paso que los Sres. Dollfus y Stuart Menteath opinan como el señor Vidal. La cuestión sigue en pie.

De todos modos, la particularidad más notable del yacimiento de sal de Cardona es un régimen hidrológico que ha producido en él verdaderas grutas naturales: un arroyo subterráneo circula por el interior de la masa, provocando en ella con mucha frecuencia, á causa de los desmoronamientos interiores á costa de la sal, derrumbamientos que repercuten hasta en la superficie del yacimiento en forma de embudos cónicos llamados *bofias:* en la cima de la gran muralla de sal que cierra el valle, toda la superficie de la montaña está llena de excavaciones de este género que le dan el aspecto de un ventisquero grietado, especialmente en aquellas partes en donde la sal se conserva muy blanca. Pero allí donde la arcilla ha introducido zonas listadas, ó fajas rojas, amarillas y negras, la configuración caótica, los contornos y los colores matizados del yacimiento hacen de él una escena fantástica, absolutamente indescriptible cuando el sol ilumina con irisaciones imprevistas los millones de facetas de la roca de sal. Si colocándonos de espaldas al marco exterior del yacimiento fijamos la vista únicamente en las bofias, sentimos la expresión de algo ultraterrestre que con nada puede ser comparado. El espectáculo es único é inolvidable.

Créese que esta circulación de agua por debajo de la montaña de sal procede de las lluvias y escorrentías infiltradas en su parte superior; pero como las bofías se manifiestan también hacia arriba en los terrenos yesosos y arcillosos que cubren una parte de la masa de sal, podría ser que el origen del arroyo subterráneo hubiera de buscarse á cierta distancia más atrás, en alguna pérdida ignorada de la corriente externa. De todos modos, Cardona presenta un tipo completo de grutas de *disolución*, caso especial y bastante raro del origen de las cavernas, puesto que sólo se observa en los terrenos de yeso y de sal gema, cuya solubilidad da la preponderancia á la acción química del agua, á la *corrosión* que *come* y derrite la roca como azúcar (Eisleben y Mansfeld en Turingia, balsas de Meurthe et-Moselle; desmoronamientos de Cheshire, embudo de Ain-Taíba, Sahara, en cuanto á la sal; campanas de las canteras de Taverny y Montmorency; Krauss, gruta cerca de Gams en Estiria, etc., en cuanto al yeso).

Por otra parte, la continuidad y la facilidad de la disolución modifican constantemente la forma tanto interior cuanto exterior de los acueductos subterráneos de la montaña de sal de Cardona, exactamente como en las raras grutas de fusión que se han observado en ciertos glaciares (Arolla, Valais, Ruens-Brae, Noruega, etc.). En 25 de abril de 1901 no había más que una gruta visible en Cardona; el arroyo que de él sale á la temperatura de 13° 2 centígrados y salado hasta la sobresaturación, por supuesto, no ha abierto allí un túnel muy ancho (dos á cuatro metros de diámetro.) Ignórase su extensión, porque la frecuencia de los desmoronamientos resultantes de la inconsistencia de las paredes y del suelo y del trabajo de disociación de la sal por la humedad, hace muy peligrosa, por no decir imposible, toda tentativa de exploración profunda: la longitud de 1.500 metros que algunos le han atribuído, es ciertamente exagerada y no resulta de ningún dato serio. He podido, sin embargo, fotografiar por medio del magnesio el interior del *canal de sal* (fig. 1), cuya bóveda está llena de verdaderas *estalactitas* de sal, formadas, como las de calcita de las cavernas calizas, por las infiltraciones que penetran en las quiebras de la masa salina.

Hacia abajo, el mencionado arroyo serpentea, siempre entre sal, á través de las ruinas de otra gruta recientemente desmoronada y de la que únicamente quedan dos ó tres puentes naturales en bloques de sal.

Mucho después de haber recibido el arroyo á la salida del valle, el Cardoner todavía contiene gran dosis de sal.

En el exterior, la montaña sufre también los des-

gastes producidos por la lluvia, existiendo absoluta semejanza entre las regueras anchas y profundas de algunos milímetros unas y de muchos centímetros otras, que los hilos de agua abren paralelamente y contiguas unas á otras en toda la altura de los escarpes salinos, y las ranuras de corrosión análogas que aguas subterráneas muy cargadas de ácido carbónico ó húmico han practicado mucho más lentamente en los suelos ó paredes de ciertas grutas, por ejemplo en el Tindoul de la Vayssiere (Aveyron) y en Adelsberg (Austria).

Es muy notable ver que el proceso de la acción química no difiere más que por la duración, no por la forma, ejercida sobre rocas de tan distinta resistencia como la sal de una parte y de otra la caliza tan compacta.



Fig. 2. – MONTAÑA DE SAL DE CARDONA
Gran muralla en el fondo del valle



Fig. 3. – MINAS DE SAL DE CARDONA
Explotación por medio de pozos á cielo abierto

En Cardona, el conjunto de estos surcos de corrosión da á las paredes el extraño aspecto de una pasta blanda sobre la cual hubiesen impreso las huellas de sus púas inmensos rastrillos, no siendo esta una de las menores extrañezas de aquella prodigiosa localidad, digna bajo todos conceptos de ser visitada, no sólo por los hombres de ciencia, sino que también por los simples aficionados á curiosidades y maravillas.

E. A. MARTEL.



Guatemala pintoresca, composición y fotografía de D. Alberto G. Valdeavellano, de Guatemala



Guatemala moderna, composición y fotografía de D. Alberto G. Valdeavellano, de Guatemala

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 30 de junio de 1902 — Núm. 1.070



MONUMENTO ERIGIDO EN MONTREUX Á LA EMPERATRIZ ISABEL DE AUSTRIA, obra de Antonio Chiattone



CRÓNICA DE TEATROS

Los actores del género grande, al contrario que las golondrinas, emprenden el vuelo y se alejan de Madrid en cuanto «el céfiro blando,» «el huésped eterno del abril florido» y del no menos florido mayo, empieza á regalarnos con sus suaves caricias. Los últimos que nos han dejado han sido los que formaban la compañía ó semicompañía de Thuillier y su lugarteniente Donato Jiménez, y en la cual figuran en calidad de estrellas (sabido es que según los astrónomos las hay hasta de décimasexta magnitud) Matilde Moreno y la señorita Ferri.

De la breve campaña que estos artistas han hecho en el Español, durante las fiestas de la jura, poco hay que decir. Como quienes son cumplieron. De su repertorio eligió Thuillier las obras de más ruido, de modo que una gran parte de la masa de forasteros que nos visitó durante la segunda quincena del mes de mayo, pudo admirar las gallardías de aquel primer actor en el *Don Juan Tenorio* y en *Juan José*, la excelente labor de Donato en *Don Lucas del Cigarral*, las ingenuidades de Matilde Moreno en *Electra* y la belleza de la señorita Ferri en cuantas obras ha intervenido.

Pasaron las fiestas, extinguiéronse las luces de las iluminaciones, desaparecieron paramentos y bordaduras, flámulas y gallardetes, y Thuillier y los suyos partieron camino de Barcelona... Creímos entonces que las puertas del corral de la Pacheca no volverían á abrirse hasta que María Guerrero y Fernando Mendoza entrasen en el «clásico coliseo» en calidad de indiscutibles. Nos equivocábamos. En el teatro Español empezaba á funcionar una compañía *juvenil* de género dos veces chico; chico por las obrillas de su repertorio y chico por la edad de los actores, entre los cuales hay alguno que no pasa de los doce años.

Tal espectáculo era impropio del primero de nuestros teatros. Así hubo de comprenderlo el alcalde, y tras de dos representaciones, la compañía juvenil se fué con la música á otra parte, dejando el puesto á Perrín y á la Calderón, que con algunos apreciables artistas luchan en aquellas gloriosas tablas, como César en la batalla de Munda.

***

Poco más de lo que dura la vida de las flores ha durado en el Lírico la compañía de ópera española. La ha derrotado la indiferencia del público, que en muy poco ó en nada ha estimado los titánicos esfuerzos del empresario y el noble entusiasmo de libretistas y compositores. Ni las óperas *Circe* y *Farinelli*, de las cuales hablé en mi crónica anterior, ni *Raimundo Lulio*, de que hablaré en esta, lograron atraer la atención hacia la elegante sala del flamante y lujoso teatro construído por Berriatúa. La empresa se ha visto obligada á cerrarlo, y si es cierto lo que se dice por cervecerías y saloncillos, el 1.° de julio empezará á funcionar en él la compañía de género chico que al presente actúa en el teatro de la Zarzuela...

Yo no sé si era ó no demasiado ambicioso el intento de crear la ópera española. Quizás falten entre nosotros los elementos artísticos necesarios para dar cima á tan encumbrado pensamiento; pero sea de esto lo que quiera, lo cierto es que causa pena profunda ver en el breve espacio de unas cuantas semanas fracasados los grandes sacrificios que se han hecho en pro de una idea tan noble como, por lo visto, irrealizable.

Y dicho esto, justo será dedicar algunos renglones á la ópera (libro de Dicenta y música de Villa) titulada *Raimundo Lulio*.

Como el poema de Núñez de Arce, el libreto de Dicenta está tomado de la repetida tradición de los amores del doctor iluminado, antes de ser iluminado y doctor, con cierta dama mallorquina llamada doña Blanca de Castelo (Dicenta, no sé por qué, ha cambiado el nombre de Blanca por el de Catalina).

Fué el caso que Raimundo, encendido en amores por la susodicha dama, la perseguía con tenacidad tan rayana con la violencia, que una vez penetró tras ella á caballo en el templo, con gran escándalo y susto de los fieles que en él oraban. La dama dióle al fin cita para una entrevista, y Raimundo, trémulo de amor, acudió á ella; mas cuando creía tocar el logro de sus deseos, vió con espanto que el seno de la mujer amada estaba destruído por horrible cáncer. Aquel desengaño y aviso de lo deleznable de las cosas humanas, hizo que el atrevido amador, arrepentido de sus locuras juveniles, se retirara á un convento y emprendiera su vida religiosa tan fecunda para la ciencia española.

Esta leyenda fué desarrollada en hermosísimos tercetos por D. Gaspar Núñez de Arce; y ateniéndose, por lo que á mí se me alcanza, al plan de la composición del autor del *Idilio*, ha escrito Dicenta su libreto, dando plasticidad á las diferentes situaciones del poema.

Aunque lo de menos en las óperas – excepción hecha de las de Wagner – es la parte literaria, Dicenta ha puesto en su *Raimundo Lulio* mucha más literatura de la que es uso y costumbre poner en los llamados dramas líricos. En el diálogo abundan réplicas y rasgos felices que es lástima que se pierdan ó queden por lo menos obscurecidos entre las armonías musicales. Quizás se eche de menos en el carácter del protagonista algo de aquel hondo misticismo que sin duda existía en germen en la juventud desordenada del futuro autor de *Blonquerma*. El Raimundo de Dicenta es una especie de Juan José de cota de malla y casco. Pero vuelvo á decirlo, tratándose de una ópera trazada según el patrón corriente para tales composiciones, aquellos reparos tienen mucha menos importancia de la que tendrían si el *Raimundo Lulio* fuese un drama en vez de ser un «libreto.»

La música del maestro Villa, joven que «empieza por donde otros acaban,» ha sido muy elogiada por los inteligentes, aunque señalando en ella reminiscencias de las obras de los grandes músicos, cosa que no es de extrañar ni merece severa censura en un compositor que se encuentra en los comienzos de su carrera y que por fuerza ha de conservar vivo en su espíritu el influjo de los grandes modelos.

***

La claque es una institución admirable, y desde el punto de vista teatral, uno de los inventos más útiles de nuestro siglo. Antes, el público silbaba ó aplaudía las comedias sin más cortapisa que la de su propio gusto, y el autor y el actor se entregaban, sin más defensa que su ingenio, al juicio definitivo del ilustre senado. Hoy, gracias al socorrido invento, autores y cómicos cuentan con un zaguanete de alabarderos que rechazan las acometidas del público á la manera que los alabarderos de verdad rechazan al toro en las corridas reales. Este zaguanete de alabarderos de teatro es la claque: ella aplaude los mutis y latiguillos de los representantes, impone silencio al espectador que intenta protestar, y crea cada noche, un «éxito extraordinario.»

Por su parte el público, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos para rechazar la obra que no le gusta, deja hacer á la claque, y los susodichos alabarderos llaman cien veces á los autores y á los actores al palco escénico con «frenéticos» aplausos y bravos rabiosos. No fueron, de seguro, aplaudidos *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, ni el *Tanto por ciento*, de Ayala, ni *Un drama nuevo*, de Tamayo, con el ruidoso palmoteo ni con «las delirantes aclamaciones» con que cada lunes y cada martes es celebrada cualquier quisicosa de las muchas cuyos títulos llenan con letras de colorines los carteles de las anunciadoras.

En el éxito de la zarzuela *Lola Montes*, estrenada poco ha en el teatro de Jovellanos, no tuvo poca parte la institución alabarderil. Los aplausos de la claque hicieron repetir algunos números, celebraron chistes ó conatos de chiste y «ovacionaron» al autor del libro llamándole á escena, en medio de la representación, por una letrilla ni mejor ni peor que las innumerables composiciones en verso que publican los periódicos con monos. Lo dicho no quita para que yo reconozca de buen grado que la zarzuela de los Sres. Iraizoz y Vives habría pasado sin dificultad aunque la claque se hubiera mantenido en los límites de lo prudente. *Lola Montes* es entretenida y vistosa, tiene decoraciones bonitas y trajes caprichosos; en ella se canta, se dicen versos y se baila... ¿Qué más puede pedirse?.. Distraer á dos mil personas durante cinco cuartos de hora no es poco.

***

Ha servido de diversión y chacota estos días cierta luminosa orden del gobernador relativa al teatro de la Comedia. Fué el caso que la compañía de Blanca Iggius, viendo que las únicas obras que atraían al público eran las libres y atrevidas, adoptó, á guisa de reclamo, el anunciar esta clase de funciones con el calificativo de verdes. Este nombre y el color correspondiente en los títulos de las comedias eran el ajenjo con que los cómicos italianos estimulaban el apetito de ciertos estragados estómagos. El verde producía su efecto: la gente, y por cierto no la menos distinguida, acudía al reclamo...

Pero el gobernador de Madrid tuvo una idea. ¿Prohibir los *vaudevilles* excesivamente libres? No. Suprimir el calificativo *verde* en los carteles. Las comedias ó lo que sean del género del *Tacchino*, *La mosca*, *Il biglietto d'alloggio*, etc., siguen haciendo las delicias de una gran parte del público... En cambio la moral se ha salvado, si no en el teatro, por lo menos en las anunciadoras.

La orden dictada por la primera autoridad de Madrid es un signo muy elocuente de la moderna hipocresía social. El toque está en guardar las apariencias: en que la forma sea correcta, aunque tras de ella haya sapos y culebras. Se consiente el garito si en vez de llamarle francamente casa de juego se le da el nombre de círculo político; se deja correr el libro pornográfico si lleva á modo de disfraz un título honesto; se permite la representación de las más innobles farsas, pero no se consiente el signo que anuncia su inmoralidad... En una palabra, se tolera la venta del veneno con tal de que el veneno vaya, por decirlo así, de incógnito.

***

Mientras aquí van lenta, pero continuamente cerrando sus puertas los teatros, de tal modo que pronto tendremos por único solaz y esparcimiento la compañía de ópera barata que ha empezado á funcionar en los Jardines del Retiro y el teatrillo recientemente inaugurado en el Parque de Madrid, nuestros más afamados actores consiguen honra y provecho en los teatros de provincia. La compañía de María Guerrero y Fernando Mendoza, después de haber recorrido triunfalmente las principales capitales de la América española, está siendo objeto en la Coruña de constantes y entusiastas ovaciones.

María y Fernando, como cariñosamente los llama el público, son dos temperamentos artísticos apasionados por el arte dramático, cuya vida viven intensa y yo creo que exclusivamente. Hasta llego á creer que las decoraciones de selva tienen para ellos más realidad que los bosques verdaderos, y que son su cielo las bambalinas de la escena. De esta compenetración de su vida con el teatro nace la perfección con que presentan las obras, el esmero con que las estudian y ensayan y el amor con que las representan. En su largo viaje por América han estrenado muchos dramas y dado á conocer no pocos de nuestro antiguo y moderno repertorio. *Malas herencias*, obra en que Echegaray – por lo que dicen la prensa y corresponsales de la Coruña – hace alarde de su fuerza y vigor dramáticos; *Los tres galanes de Estrella*, comedia de Cavestany, al estilo de las de capa y espada del siglo XVII; *La pecadora*, drama de Guimerá, del corte y tendencia de *La dama de las camelias*; *La mujer de Loth*, de Sellés, con vistas al simbolismo ahora tan en boga, y *La musa*, idilio representable de Rueda, son las novedades que Fernando Mendoza y María Guerrero han dado á conocer – hasta la fecha en que escribo estas líneas – en la capital de Galicia.

Como se ve, con la llegada á España de los dos insignes artistas está de enhorabuena el arte dramático español.

ZEDA.



BENJAMIN CONSTANT

† en París en 26 de mayo de 1902

El eminente pintor francés que ha fallecido recientemente había nacido en París en 10 de junio de 1845. Hizo sus estudios en Tolosa, frecuentó los cursos de la Escuela de Bellas Artes de aquella ciudad, en donde obtuvo el premio anual, y fué admitido en la Escuela de Bellas Artes de París, entrando al propio tiempo en el taller de Cabanel.

Sus primeros envíos al Salón datan de 1869 y 1870, y después de haber hecho la guerra franco-prusiana, realizó un viaje por España, visitando Madrid, Toledo, Córdoba y Granada, pasando luego á Marruecos como agregado á la embajada francesa. Desde 1873 se dedicó á pintar asuntos orientales, habiendo enviado aquel año al Salón una *Mujer del Riff* y al año siguiente dos calles de Tánger, de ejecución muy luminosa. «Su cuadro *Prisioneros marroquíes*, expuesto en el Salón de 1875 – dice Julio Claretie, – á pesar de cierta sequedad de modelado, tiene un valor considerable.» «Y quizás – añade el mismo crítico – preferiría á esta tela de grandes dimensiones su cuadro de caballete *Mujeres de harén en Marruecos*, que es una hermosa nota de luz. Las telas, las alfombras, el cielo, el blanco deslumbrador de las paredes, están pintados con gran brillantez.»

Después de haber expuesto en 1877 algunos retratos, reapareció en el Salón de 1878 con dos cuadros importantes, *La sed* y el *Harén marroquí*. A propósito de esta obra dice M. Paul de Saint Victor: «La mirada se desparrama sobre una multitud de accesorios, fijándose en un gran tapiz demasiado bien hecho... Además de esto, mucho talento, figuras bonitas y picarescas, una destreza sorprendente en el trabajo de las telas y trozos de color brillante. Lo que falta allí es enlace.»

Si la crítica se mostraba un tanto reservada á propósito de las obras de este pintor, el público, en cambio, las acogía con gran entusiasmo, y la mayoría de sus telas han sido reproducidas por el grabado. Una de las que más ha popularizado este procedimiento es la titulada *En las azoteas á la caída de la tarde:* sobre una alfombra está muellemente tendida una mujer que contempla la azulada superficie del Mediterráneo que á lo lejos se extiende; una de sus compañeras está sentada en la barandilla con las piernas colgando; á la derecha se ve una parte de la ciudad, en donde vemos reproducidas otras análogas escenas de *dolce far niente*.

Al mismo tiempo que este último cuadro había enviado Constant al Salón otro titulado *Favoritas del Emir*, en el que se veían dos panteras de manchada piel, que sujeta por medio de una cuerda un guardián vestido con rico traje oriental.

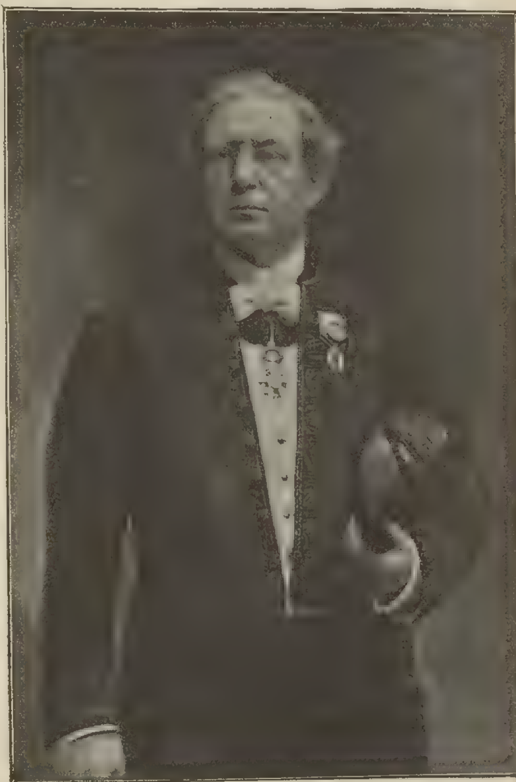
Cuando se celebró el Salón de 1880, todo el mundo convino en que el cuadro *Ultimos rebeldes*, presentado por Constant, era muy superior á todo cuanto hasta entonces había pintado: el carácter siniestro del asunto forma el más singular contraste con la magnificencia de los trajes y los colores brillantes que el autor ha tenido que prodigar para ajustarse á la realidad. Esta pintura fué adquirida por el Estado con destino al Museo del Luxemburgo.

En el Salón de 1881 expuso *Un pasatiempo de un califa en Sevilla*, que confirmaba una vez más su talento de orientalista y era una composición muy luminosa, muy acabada y muy exacta en los detalles. La figura *Herodiada* que presentó aquel mismo año, marcaba una nueva etapa en la carrera del artista, pues en ella se veía un mayor cuidado en la finura de los tonos y en el modelado de las encarnaciones y una mayor armonía en la gama de las sedas rosadas y del oro mate de la cabellera.

Los envíos al Salón de 1882, *Cristo en el sepulcro* y *Al día siguiente de la victoria de la Alhambra*, fueron poco importantes; en cambio, del cuadro expuesto en 1883, *El caíd marroquí Tahamy*, pudo decir Edmundo About: «Es un diamante negro más en el maravilloso escriño de Benjamín Constant.»

En 1884 expuso *Las Jerifas*, que representa el interior de un harén y es una de sus obras capitales.

En 1885 fué muy celebrado su lienzo *La justicia del jerife*, y en 1886 mereció entusiastas elogios su *Justiniano y su corte*, que reproducimos en este número y que se considera como uno de los mejores de Constant. En el centro del cuadro y sentado en un trono de mármol está el emperador rodeado de varios personajes, todos ricamente vestidos; en primer término, un anciano vestido pobremente lee un rollo de pergamino que tiene entre sus manos. «No sabemos – dice un ilustre crítico – qué discusión teológica absorbe en aquel momento la atención de Justiniano y de sus consejeros; parece como que hayan desaparecido los cuidados del imperio; todo ha sido olvidado y de todas las contiendas de Bizancio una sola tiene en aquel instante sumidos en profundo recogimiento á aquellos hombres á quienes debieran preocupar las zozobras de un poder quebrantado. Pero sea cual fuere el asunto que se discute, se ha apoderado por completo del pensamiento del emperador: la actitud de éste, sus miradas, en las que brilla un fuego sombrío, indican su pasión por las cuestiones religiosas; pasión de la que participa su corte, no tanto por convicción



El eminente pintor francés BENJAMÍN CONSTANT

cuanto por deferencia á la voluntad imperial. A falta de historia, tenemos en esta obra el deseo y la investigación históricos: la mente del que contempla esta pintura se encuentra por algunos momentos desprendida de las innumerables anécdotas fútiles, sintiendo revivir en él algo de las emociones evocadas en otro tiempo por el estudio de una época de perturbación todavía desconocida.»

Es imposible seguir desde entonces paso á paso la triunfal carrera de este artista; y por lo mismo, sólo diremos que después de haber obtenido varias recompensas en distintos Salones, ganó la medalla de honor en el de 1896.

Benjamín Constant pintó también varias obras decorativas para el Hotel de Ville de París, para la Sorbona, para la nueva Ópera Cómica y para el Capitolio de Tolosa, y varios notables retratos, entre los cuales merecen citarse especialmente los de Arago, de la reina Victoria, de la princesa de Gales, de León XIII, de Saint Saens, del duque de Aumale, de lord Dufferin, de Mme. van Derwies, de lord Saville y de Blowitz.

Era caballero de la Legión de Honor y miembro de la Academia de Bellas Artes. – S.

MARIUCHA

Todas las tardes la veía surgir del suelo como una aparición espectral, subiendo la escalerilla que desde aquel quinto piso daba acceso al estudio.

Todas las tardes, puntual, con puntualidad de fantasma, al sonar las dos en el inmediato colegio de los Escolapios, se oían sus pasos ligeros é isócronos y aparecía su cabeza por el hueco practicado en el suelo como la entrada de una cripta funeraria.



Mariucha, apoyados los codos en el marco del ventanón, seguía con sus grandes ojos verdes el vuelo de las aves

Una cabeza pálida terrosa, de pobre cabellera teñida de rubio rojo, tocada con negro manto, de labios exangües, de moradas ojeras.

Después, á medida que subía escalones, iban apareciendo lentamente sus débiles hombros, su pecho flácido, sus estrechas caderas, su cuerpo entero, en fin, un pobre cuerpo escuálido.

El pintor la esperaba ya con la paleta cargada de color y los pinceles en la mano, y en seguida comenzaba el trabajo.

Cada vez que sonaba una hora en las Escuelas Pías, descansaba el modelo, el artista dejaba paleta y pinceles en la silla de tijera, y mientras cargaba la pipa juzgaba su labor. Después corregía, raspaba, modelaba con el dedo pulgar, en tanto que Mariucha, apoyados los codos en el marco del ventanón, seguía con sus grandes ojos verdes el vuelo de las aves ó los giros blandos del humo de las lejanas fábricas.

Pocos minutos después se reanudaba la tarea.

Y reinaba otra vez el silencio, interrumpido antes sólo por el crujido del vestido de ella ó por los pasos de Felipe.

A veces llovía, y el ruido del agua azotando la montera de cristales aumentaba la melancolía de aquellos días grises.

Fué un invierno triste, triste. El sol apareció rara vez durante sus largos meses. Constantemente las nubes rodaban por el cielo plomizo, y la lluvia descendía monótona y cansina horas enteras sobre la masa de tejados rojos y brillantes que se dominaba desde el taller.

Era un invierno que convenía perfectamente á Felipe.

Estaba satisfecho de todo: del tiempo, de su trabajo, de su modelo. ¡Oh, de su modelo sobre todo!

***

Al principio del otoño anterior anduvo correteando Madrid en busca de una mujer cuyo tipo armonizase con sus ideas.

Todas las muchachas que trabajaban en los estudios eran frescas, jóvenes, sonrosadas. El no sentía la pintura que se podía hacer con ellas. Experimentaba por temperamento, por convicción, la necesidad de crear obras sombrías, fondos vagos donde vivieran figuras de otros mundos, espíritus desolados, carnes mustias, mujeres malsanas de bocas perversas, cabezas viciosas y manos abrasadas por la calentura.

Y buscó. Buscó sin descanso.

Recorrió hospitales, casas hediondas y obscuras, y halló hembras anémicas sin expresión ó con expresión de idiotez ó de descoco.

Una tarde se encontró en una calle extraviada con uno de esos espectáculos que los hombres modernos con todas sus flamantes teorías no han sabido aún evitar. Uno de esos hechos que la ley autoriza y que mientras no desaparezcan quitarán á la sociedad el derecho á exigir de uno de sus individuos que sea honrado y que la respete.

Se verificaba un desahucio.

Algunos muebles viejísimos y unos tísicos jergones iban siendo colocados en el arroyo por dos hombres, indiferentes al llanto desconsolado de un niño enfermizo y á las imprecaciones de una anciana.

Felipe se paró enternecido contemplando la tremenda escena.

Los hombres, cuando hubieron acabado su misión, se unieron á otros señores que esperaban en el zaguán y se marcharon con ellos.

Entonces salió á la calle una mujer joven que caminaba con lentitud. Atrajo á sí al niño y á la anciana, que lloraba ahora amargamente, y los abrazó con ternura y angustia infinitas, pero sin derramar una lágrima.

El pintor había encontrado su modelo.

Acercóse á la joven y le hizo su proposición. Aceptó ella contenta de encontrar un medio decoroso de mantener á su abuela y á su hermano; Felipe dió algún dinero adelantado, y aquella noche la atribulada familia durmió con sus pobres trastos en una nueva casa.

Al día siguiente acudió al estudio y empezaron las sesiones.

El se puso á trabajar en un cuadro que hasta entonces no había podido ejecutar por falta de modelo.

Lo titulaba *Una lectura de Baudelaire*. Dos mujeres como las que describe el autor francés, en una habitación de paredes desnudas y agrias; leyendo, la una, en actitud enervada; escuchando la otra, con el codo apoyado en la rodilla y la barba en la mano, los ojos absortos en la contemplación de un mundo interior. .

Esta obra produjo una admiración profunda entre los inteligentes. El espectador sentía el influjo de aquellos ojos, de aquellas posturas relajadas, de aquel ambiente de desolación.

Se habló mucho del artista, de su temperamento extraño, de la intensidad de su alma, y se vendió el cuadro en buen precio.

Felipe siguió trabajando con ardor y produjo dos obras más, que obtuvieron éxito semejante al de la primera.

Dió principio en seguida á un cuadro, «Aspiración,» en el que una mujer, espíritu superior mal avenido con la miserable envoltura material, pretendía desligarse de la Tierra y subir á fundirse en lo infinito con sus gemelas las grandes almas.

Cuando dió á conocer esta nueva tela, llevó un gran desengaño. No gustó. Encontrábase la figura pesada, mofletudo y poco espiritual el rostro; en una palabra, demasiado humana, demasiado carnal; una mujer así no debía tener grandes deseos de abandonar este mundo, en donde por lo visto no le iba del todo mal.

Felipe comprendió al punto la causa del fiasco. Preocupado con sus ideas, no había observado que Mariucha iba reponiéndose poco á poco de su debilidad, que la idea de tener asegurado el pan del día siguiente le daba un aspecto de bienestar que antes no tenía.

Durante dos ó tres meses que había asistido al taller ganando doce reales diarios, fué arreglando su casa con lo poco que podía ahorrar después de los gastos indispensables. El pintor le había suplicado que no trabajara con ningún otro, y para ella eran órdenes los deseos de su bienhechor.

Le juró que no pisaría más taller que el de él. Felipe en cambio le prometió que no le faltaría trabajo allí. Por eso ella estaba contenta y su alegría se reflejaba en sus grandes ojos verdes.

Pero un día, el pintor, durante un descanso, empezó á quejarse de su mala suerte, del público que no sabía apreciar el arte y no lo quería pagar. De los gastos excesivos de la vida en Madrid y de la dificultad de pagar un modelo él solo. Ella espontáneamente le propuso que rebajase su sueldo. Se arreglaría con dos pesetas, si era preciso; todo antes

que acudir á otro estudio, puesto que tal cosa le había de disgustar.

Felipe asintió, y transcurrió otra semana.

Mariucha, efectivamente, hacía milagros y en su casa apenas se notó la diferencia.

El artista pintó entonces una pequeña tela; una cabeza paciente de simulada sonrisa, á la que acariciaba una mano de hombre, fuerte y nervuda, apretándole suavemente la cara, cogida por debajo de la barba.

Titulaba esta producción «El halago.»

Tampoco quedó satisfecho: el rostro aquél, más que la resignación del fingimiento, espresaba la alegría del sensualismo. Tampoco era aquello. Todavía la sangre circulaba con demasiada fuerza, la piel no era transparente como al principio, las ojeras no eran tan obscuras ni tan profundas, los labios estaban rojos y las mejillas no se hundían mustias y exangües como cuando empezaron á trabajar.



Flores primaverales, cuadro de G. H. Broughton

Sin embargo, este cuadrito gustó algo más. Ya sabía, pues, el procedimiento; ya conocía el camino de la celebridad.

Aquella vez fué él quien hizo la rebaja. Una peseta; no podría dar más que una peseta diaria por entonces; pero sólo durante una temporada; después vendrían mejores tiempos y la resarciría con creces. No siempre había de durar la escasez de dinero. Ella aceptó.

Tampoco su abuela ni su hermano notaron esta rebaja en los ingresos. Salvo que ella no comía nunca en casa, alegando que lo hacía en el estudio para no perder tiempo. El pequeño siguió yendo al colegio de pago y á la pobre vieja no le faltó su vaso de leche para desayunarse; ahorraban algunos céntimos para pagar el cuarto y nada cambió en la reducida familia.

Solamente Mariucha adelgazaba á ojos vistas. Otra vez sus mejillas fueron hundiéndose mustias y exangües, otra vez palidecieron sus labios, se obscurecieron sus ojeras, la piel se tornó más transparente y la sangre circuló despacio por las venas azules.

Felipe comenzó en seguida su gran cuadro. Una estancia amueblada con restos de grandeza. En un diván, un niño demacrado, de ancha frente y mirada noble, acurrucado en un ángulo, y cerca de él, una joven aplanada por el dolor. A un lado, de pie, otra mujer, joven también, apoyada la mano izquierda en el alféizar de una ventana contemplando á lo lejos una gran ciudad con sus altas chimeneas y sus apiñados edificios; la gran ciudad que los había de devorar hasta borrar su nombre. El nombre ilustre de su padre, muerto en los últimos días de la catástrofe de la casa, en las horas de miseria y de vergüenza. Todos enlutados, tristes, horriblemente tristes.

El hermanito de Mariucha sirvió de modelo para el huérfano.

El pobre niño no necesitaba del ayuno para aparecer escuálido, minado como estaba de la anemia que engendra la miseria.

En cuanto á la modelo había llegado á la situación que necesitaba el pintor, mucho antes de lo que éste hubiera pensado: no podía figurarse Felipe el sacrificio que á sí propia se había impuesto en favor de los suyos.

* * *

Y todas las tardes seguía viéndola surgir como una aparición espectral por el hueco de la escalerilla.



Crepúsculo cuadro de David Moré

Todas las tardes con puntualidad de fantasma, al sonar las dos en las Escuelas Pías, oía sus pasos cada vez más leves y veía aparecer su cabeza cada día más terrosa, de escasa cabellera teñida de rojo, y sus débiles hombros y su pecho cada vez más hundido...

Y así todas las tardes de aquel invierno gris, mientras golpeaba la lluvia sobre la montera de cristales y chisporroteaba el carbón en la estufa, mientras las bocanadas de humo de las lejanas fábricas se fundían con las nubes hasta des aparecer como las esperanzas de los hombres...

Un día no fué.

Y nunca más.

J. SÁNCHEZ GERONA.

(Dibujo de Mas y Fontdevila.)

MONUMENTO Á LISZT

Se ha inaugurado recientemente en Weimar el monumento á Liszt, del que forma parte la estatua que en esta página reproducimos, obra del escultor muniquense Hermán Hahn, y para cuya erección se venían recaudando desde hace diez años fondos mediante exposiciones y conciertos organizados por los admiradores del compositor eminente.

Francisco Liszt nació en Raiding (Hungría) en 22 de octubre de 1811, y habiendo dado desde muy niño muestras de gran precocidad como pianista, varios magnates húngaros le costearon la educación artística, que recibió en Viena, siendo sus profesores Czerny, de piano, y Salieri, de composición. A la edad de doce años presentóse en París, en donde fué muy pronto el héroe del día, y dos años más tarde debutó como compositor en la Gran Opera con la obra *Sancho*. A pesar de tales éxitos, continuó estudiando composición bajo la dirección de Reichas. En 1835, llegado al apogeo de su fama como ejecutante, realizó un viaje por Europa, dando conciertos en las principales ciudades y obteniendo en todas partes ruidosos triunfos.

Recibido doctor en la Universidad de Koenigsberg, nombrado consejero áulico por el príncipe de Hechingen y caballero de la orden *pour le merite* por el rey de Prusia, abandonó en 1848 su carrera de concertista y se estableció en Weimar, en donde trabajó como director de orquesta y como compositor, rodeado de una verdadera corte de discípulos y partidarios que hicieron de aquella pequeña capital un centro musical importantísimo.

En 1861 trasladóse á Roma, en donde tres años después recibió órdenes menores, y en 1870 fué nombrado director del Conservatorio Provincial de Música de Pest. Desde entonces vivió alternativamente en Roma, Weimar y Pest, falleciendo en 31 de julio de 1886 en Bayreuth.

«La habilidad de Liszt en la ejecución de las mayores dificultades – ha dicho un crítico – ha sobrepujado á la de cualquier otro pianista, porque á una velocidad incomparable de dedos unió la aptitud para expresar todos los acentos; Liszt fué el intérprete más ideal de las obras de Beethoven y Chopín, y su inspiración ardiente produce una impresión tal que llega á creerse que toca realmente producciones propias. Sus obras del primer período sólo sirvieron para manifestar su fabuloso tecnicismo, y encierran arreglos para piano, fantasías sobre las obras de los más conocidos compositores, como los *Lieder* de Schubert y de Mendelssohn, el *Don Juan* de Mozart, las sinfonías de Beethoven, la *Norma*, etc., y por fin, paráfrasis de concierto y transcripciones de melodías húngaras. En medio de las fluctuaciones de su gusto, puede señalarse el segundo período de su residencia en Weimar, en el que se consagró á la música instrumental al modo de Berlioz. La música de programa de éste sirvió de modelo á las composiciones de Liszt para orquesta, llamadas por él los *Poemas sinfónicos*, siendo sus títulos: 1.°, *Lo que se oye en las montañas;* 2.° *El Tasso;* 3.°, *Los Preludios;* 4.°, *Orfeo;* 5.°, *Prometeo;* 6.°, *Mazeppa;* 7.°, *Rumores de fiesta;* 8.°, *Herodiada fúnebre;* 9.°, *Hungaria;* 10°, *Hámlet;* 11.°, *La batalla de los hunos;* 12.°, *El Ideal;* á los que se deben añadir las sinfonías *Faust; La Divina Comedia,* del Dante; la *Gran misa,* de Grau; la *Misa de la coronación húngara;* los oratorios *Isabel de Hungría, Cristo,* y varios conciertos para piano. Todas las obras de Liszt tienen el sentimiento de grandeza y encierran verdaderas bellezas; pero los inmensos efectos de su inteligencia no pueden reemplazar el encanto de la melodía sencilla que le falta, ó que por lo menos indica sólo por cortos fragmentos en la agitación nerviosa de sus medios y formas. En su colección de piezas de piano titulada *Años de peregrinación,* lo mismo que en sus *Rapsodias húngaras,* su superioridad es evidente. Como escritor, tiene ingenio y aun estilo elevado, y ha escrito diversas obras y gran número de artículos de periódico acerca del arte musical.»

Al acto de la inauguración del monumento, que ha sido solemnísimo, han asistido las principales notabilidades musicales de Alemania. – R.



ESTATUA DE FRANCISCO LISZT DEL MONUMENTO RECIENTEMENTE INAUGURADO EN WEIMAR, obra de Hermán Hahn

DIVAGACIONES

– Pues, sí..., hoy por hoy me dedico al aguardiente. Es un buen amigo; un amigo que no engaña; á veces mata; no diré que no; pero mata lealmente, proporcionando en cambio en la muerte que infiltra en las venas, una felicidad sólida, indiscutible, puesto que concede la embriaguez, el olvido, el bienestar físico y moral. Además si concluye por matar, y aun sobre eso habría mucho que decir, ¿no hemos de ver en ello una prueba de su bienhechora influencia?... La muerte no es un mal; es un bien; permíteme que te lo afirme, aunque sea soltar una vulgaridad: las verdades vulgares son siempre las mejores: dos y dos son cuatro; cuatro y cuatro, ocho; el vivir es una desdicha; el morirse una ventura. Entonces ¿por qué no te suicidas?.., preguntarás; pues sencillamente porque no tengo valor para pegarme un tiro; para echarme de una azotea abajo; para ahorcarme de un árbol; porque tengo un alma cobarde y llena de contradicciones: la vida me da asco, pero carezco de la suficiente osadía para expulsarla de mi organismo fisiológico; la muerte me sonríe, pero me falta aliento para ir francamente en su busca.

Y por otra parte, ¿á qué negarlo?.., la existencia guarda aún ciertos encantos: me gustan ciertas cosas: por ejemplo, los días lluviosos como hoy; el espectáculo de ese barro infecto que lo cubre todo, calle, casas y seres humanos; á mí me gusta el lodo; ¡armoniza tan bien con el aspecto de la sociedad humana! Esta se halla dentro de su marco propio, natural, cuando se agita en la espesura del fango...; está, vive, se mueve donde la corresponde. Ayer vi algo que me gustó extraordinariamente. ¿Conoces al banquero Todoya?.

¿No?.. Sí, hombre; tienes que conocerle... Un tipo grasiento, de carne fofa, abdomen desvergonzado, pico de loro y ojos de buitre. Un bandido encerrado dentro del pellejo de un ciudadano, socialmente respetable. Tiene quince ó veinte millones ganados con la usura más descarada; con el timo legal; con la estafa á cubierto de responsabilidades penales; quince ó veinte millones amasados á fuerza de robos y de raterías y de envenenamientos. Ha sido, además de prestamista, proveedor de cuarteles y de hospitales. Con todo ha traficado: hasta con su propio decoro, admitiendo por un momento que gentes de esa calaña puedan tener decoro, aunque sea simplemente nominal. Pues bien: ayer, mientras caía esa hermosa lluvia, le vi á ese bandolero bajar de su carruaje delante de la Bolsa; faltóle el pie y se fué de bruces; se le hundió el rostro innoble y se aplastó su panza asquerosa en el espeso y negruzco barro. Quedó tendido: á existir en el mundo el sentimiento de justicia, se le habría dejado allí á aquel ser dañino, tumbado en su elemento natural. Pero no; corrieron en seguida gentes para levantarle; cogiéronle en brazos y entonces él lanzó un chillido horroroso; tenía una pierna rota. No puedes figurarte la exquisita fruición que me proporcionó el eco de aquel lamento agudo. Me pareció que del cielo plomizo destilando sin cesar agua y más agua, del ambiente preñado de humedad, de los árboles goteantes y llorosos, del suelo pringoso, brotaba una inmensa sonrisa de alegría, una sonrisa de justicia. Y frotándome gozoso las manos, exclamé: «¡Qué hermoso día!»

Sí: también tengo yo, en medio de mis amarguras, instantes de profunda dicha. Mira: hará cosa de ocho días..., ocho ó quince..., no recuerdo bien, me sentí hondamente feliz. ¿Sabes por qué?.. No: no lo adivinarías nunca. Figúrate que Joaquín... ¿Tampoco conocías tú á Joaquín?.. Siento que no lo conocieras: has perdido una de las pocas ocasiones que se ofrecen de tener delante un corazón de oro, un alma de luz, de luz pura y radiante. Ejerció la medicina, y á pesar de su juventud era ya un sabio, un verdadero sabio, que no había encontrado todavía ocasión de abrirse paso. Para eso le faltaban las necesarias condiciones, si no científicas, sociales. El hombre de carrera ha menester de la mundología. Y Joaquín desconocía absolutamente ese arte superior. Era tímido, era modesto; tenía una conciencia rígida y ninguna noción del industrialismo. Además cometió la imperdonable tontería de casarse con una mujer pobre y de tener dos hijos. Ejerció la medicina como si fuera un apostolado, con una convicción, un entusiasmo y una fe estupendas, casi diría estúpidas. Si creía necesario pasar una hora, dos horas á la cabecera de un enfermo grave, espiando cada síntoma, cada latido de la enfermedad, lo hacía. Si el paciente llegaba á sucumbir, Joaquín no se creía con derecho para cobrar un céntimo de honorarios. Mira tú si es posible llevar más adelante el quijotismo..., es ridículo, ¿verdad?.. Pues bien: hace seis meses, se fué Joaquín á Madrid pora tomar parte en unas oposiciones á una cátedra. En lo mejor de los ejercicios, recibe telegráficamente una noticia terrible: sus hijos, los dos, han caído atacados de la difteria. Joaquín lo abandona todo; se pone en camino, y llega demasiado tarde ¡ay! para combatir eficazmente el mal. En el espacio de veinticuatro horas mueren los dos angelitos, y al cabo de ocho días la mísera madre, presa de convulsiones espantosas, se va tras los hijos. Joaquín queda solo en el mundo, abrumado por un dolor sin consuelo, contra el que no tiene ni quiere tener fuerzas para luchar. El único rayo de dicha que penetra en su alma es la seguridad de que aquellas violentas palpitaciones, aquel agudo sufrimiento que siente en el corazón, son síntomas infalibles de un fin próximo. Pero en tanto la hora de la libertad se acerca, entra en el triste hogar la miseria con toda su brutal realidad. Joaquín no puede ya trabajar; imposible subir las empinadas escaleras de las humildes casas donde anida su habitual clientela: ¿cómo hacerlo si á cada peldaño la asfixia le dice: si das un paso más te dejo aquí difunto? Y el desdichado médico agoniza; pero ¡con qué larga é interminable agonía!.. Inmóvil en su sillón, se muere poco á poco solo, abandonado, sin recursos; ya no queda una peseta en el cajón de la cómoda; todo el dinero se fué como se fueron las esperanzas, los seres queridos, la salud. Si no fuera por la caridad de unos vecinos que luchan también desesperadamente por la ley de la subsistencia, ni caldo tomaría el mísero Joaquín...

No tuve noticia de su estado hasta hace quince ó veinte días..., no recuerdo bien: puede que haga ya más..., en fin, no sé... Fuí á verle y me pareció tener delante un cadáver: un cadáver que respirara todavía y hablara con voz de ultratumba. Me explicó, como mejor pudo, ahogándose, oprimiendo con ambas manos el pecho, su terrible desventura. Y acabó diciéndome con su adolorida sonrisa: «Afortunadamente me muero..., me muero..., me falta poco ya...» No quise prodigarle esos consuelos vulgares que se estilan en semejantes casos; consuelos que no consuelan más que á las almas adocenadas; no quise apartar de su mente la idea de esa muerte bienhechora, á la que sólo puede dirigirse un reproche: el de hacerse esperar demasiado. «Tienes razón, amigo mío, le dije; á ti te conviene morir; debes morirte, cuanto antes mejor. ¡Qué felicidad tan inmensa la tuya, cuando sacudas y rompas esta innoble cadena de la vida y te reunas con tu mujer, con tus hijitos, cuya inefable dicha sólo turba una ansiedad: la de no verte llegar á ellos todavía!.. Sí, querido Joaquín, muérete pronto...» Y él, sonriendo esta vez con expresión de indecible ventura, me apretó la mano con sus dedos que abrasaba la calentura.

No me separé ya desde entonces de su lado. Al tercero ó cuarto día, al caer de la tarde, me dijo con voz apenas perceptible: «Dame un abrazo..., el último..., me voy, ¡adiós!..» Le abracé estrechamente, y ¿lo creerás tú?.. Sí, puedes creerlo; tenía la imaginación muy clara, muy despierta y no había entrado en mi cuerpo ni un sorbo de aguardiente desde tres días antes: no era, pues, el alcohol lo que me hizo distinguir perfectamente á la Muerte entrando en la pobre estancia y acercarse á la cama donde expiraba Joaquín. La vi..., ¡vaya si la vi!.., tan bien como ahora te veo; pero no era esa Muerte de aspecto tétrico, aborrecible, horripilante, que una tradición estúpida nos pinta; no era la vieja de siniestra catadura, descarnada faz y órbitas vacías, cuya diestra espectral empuña una guadaña homicida. No; era una hermosísima mujer, una diosa de belleza sin par, de dulce sonrisa, en cuyos ojos azules como el infinito cielo reflejábase la inmortalidad de la dicha. Y vi al adorable fantasma inclinarse sobre la cabeza de Joaquín, posar un beso en su frente ya sin color y luego desvanecerse. Contemplé á mi amigo; estaba ya muerto. Le abracé de nuevo, y en medio del profundo sentimiento de gozo que me embargaba había una dosis de verdadera envidia.»

Calló el poeta; en su semblante que antaño irradiaba la inspiración y el aliento, pero en donde sólo aparecían ahora las huellas de la bohemia, del alco-



D. TOMÁS ESTRADA PALMA, Presidente de la República de Cuba





REPÚBLICA DE CUBA. – LLEGADA DEL PRESIDENTE Á SANTIAGO DE CUBA EN 1.º DE MAYO ÚLTIMO. – LA BANDERA CUBANA IZADA EN LO ALTO DEL CASTILLO DEL MORRO DE SANTIAGO DE CUBA, SALUDADA POR EL PUEBLO (de fotografías de D. Pablo Benaprés, de Santiago de Cuba).



JUSTINIANO Y SU CORTE, CELEBRADO CUADRO DEL EMINENTE



pintor Benjamín Constant, recientemente fallecido en París

hol y la amargura del hombre vencido, asomó una sonrisa extraña. Luego llamó con un gesto al mozo del cafetucho, reposó la cansada testa sobre el pringado respaldo del diván y dijo:

– Pues sí: hoy por hoy no escribo ni versos, ni prosa, ni dramas, ni novelas. ¿Para qué?.. No me dedico más que al aguardiente. Es el gran amigo...

Juan Buscón.

NUESTROS GRABADOS

Enriqueta Marcé. – Hace pocas semanas, el público filarmónico barcelonés pudo admirar una notabilidad musical, una excelente concertista, en la persona de la Srta. Enriqueta Marcé, discípula del eminente pianista Sr. Vidiella. Niña todavía, pues apenas cuenta quince años, reune todas las cualidades que han de juntarse en un verdadero artista del piano; mecanismo perfecto, aplomo, cuadratura musical, sentimiento y facilidad de asimilarse los más diversos y difíciles estilos; y no las reune en grado relativo, es decir, teniendo en cuenta su corta edad, sino en grado absoluto. Hállanse además avaloradas estas cualidades por un rostro agraciadísimo y de expresión viva, por su elegante figura y por su despejo, dotes muy estimables para acabar de atraerse las simpatías del público. El programa que ejecutó no podía ser más escogido ni más á propósito para poner de relieve todas y cada una de las cualidades de la joven concertista: de Beethoven, Bach, Brahms, Schumann, Scarlati, Chopin y Liszt eran las composiciones que en él figuraban; y estos solos nombres bastan para demostrar la gran altura á que ha llegado la Srta. Marcé, la cual supo dar á cada una de las obras la interpretación adecuada, con un gusto exquisito y con aplomo de maestro, sin efectismos de mala ley y venciendo con facilidad maravillosa las inmensas dificultades de mecanismo ó de expresión de aquellas distintas piezas. La ovación que obtuvo fué tan ruidosa y entusiasta como merecida.

Enriqueta Marcé es más que una esperanza, es una realidad, y bien puede decirse de ella que ha empezado por donde muchos acaban. La Ilustración Artística, al felicitarla muy sinceramente por el éxito alcanzado, se complace en rendirle el más caluroso tributo de admiración, que hace extensivo á su eximio profesor Sr. Vidiella, cuyas enseñanzas y cuya escuela tan bien ha sabido asimilarse la joven pianista.

***

Monumento erigido en Montreux á la emperatriz Isabel de Austria, obra de Antonio Chiattone. – En el pintoresco pueblo de Montreux-Territet, en donde tan á menudo residía la infortunada emperatriz de Austria y desde donde emprendió en 18 de septiembre de 1898 la funesta expedición á Ginebra, en donde fué villanamente asesinada, han erigido los suizos un bellísimo monumento que ha sido recientemente inaugurado y que es obra del escultor tessinés Antonio Chiattone, cuyas obras tanto apreciaba aquella soberana. La esbelta y elegante figura de la emperatriz está sentada en reposada actitud en un banco de piedra cubierto de enredaderas, con un



Dibujo de Eugenio Burnand

libro cerrado en la mano derecha y la cabeza apoyada en la izquierda; su mirada comunica una expresión triste y melancólica á su bello semblante. La falda que viste cubre en abundantes y graciosos pliegues casi toda la plataforma del pedestal; un adorno de encajes rodea el busto de la emperatriz y un corto manto pende sobre su espalda. Esta delicada é interesante estatua produce en conjunto una impresión de reposo y de dignidad.

***

Dibujo de Eugenio Burnand. – En el número 1.065 de La Ilustración Artística publicamos un detallado estudio sobre este notable artista suizo y en él hicimos notar las excepcionales dotes que como pintor y dibujante le adornan. Para no incurrir en repeticiones nos referiremos, por consiguiente, á lo que entonces dijimos, concretándonos á llamar la atención sobre el estudio adjunto, digno de alabanza por la firmeza y corrección de líneas que le caracterizan.

***

Flores primaverales, cuadro de G. H. Boughton. – Para apreciar la valía de un cuadro del género de *Flores primaverales*, basta examinar si existe relación íntima entre lo que el pintor se propuso y la impresión que su obra produce en quien la contemple. Desde este punto de vista, el lienzo del notable pintor y académico inglés G. H. Boughton responde admirablemente á la verdadera idea del arte: en efecto, sólo mirando el busto de esa graciosa joven, nos parece recrearnos en la frescura de esa hermosa estación del año en que todo respira alegría, en que la naturaleza ostenta sus mejores galas, en que el aire, el cielo y la tierra se juntan para entonar el grandioso himno á la obra de la creación que despierta á nueva vida. Completan el efecto de este lienzo las flores que lleva en las manos, y sobre todo la delicadeza con que el cuadro está pintado.



Enriqueta Marcé, notable pianista

***

Crepúsculo, cuadro de David Mosé. – Quien recuerde el espectáculo que ofrece el campo en esa hora melancólica en que el sol, oculto ya en el horizonte, envía sus últimos reflejos á la tierra; el que conserve todavía en su alma algo de la emoción que sintiera al contemplar aquel momento solemne en que la naturaleza se dispone al descanso; quien haya una vez siquiera sentido la dulce poesía del crepúsculo, cuando el cielo empieza á obscurecerse y las aves tornan á sus nidos y los trabajadores regresan á sus hogares en busca del necesario reposo, y los ganados vuelven al aprisco, no podrá menos de reconocer que el notable pintor David Mosé ha sabido interpretar por modo admirable esa apacible calma, esa impresión suavísima, que caracterizan aquellos poéticos instantes. Todo en su cuadro respira la vaguedad y el misterio del crepúsculo vespertino, y así en el paisaje envuelto en sombras como en las figuras, en cuya actitud se adivina la fatiga de la ruda labor diaria, se refleja la verdadera impresión que el asunto por él trado ha de expresar.

***

República de Cuba. – El pueblo cubano ha solemnizado la constitución de la República de Cuba con grandes festejos, á los cuales se ha asociado cordialmente la colonia española, deseosa de demostrar al presidente Sr. Estrada Palma su agradecimiento por las manifestaciones de amistad y concordia que ha venido haciendo desde que desembarcó en Gibara. En efecto, en Santiago, en Cienfuegos, en todas las ciudades que visitó antes de verificar su entrada en la capital, el Sr. Estrada no sólo ha aceptado con regocijo los banquetes y fiestas con que le obsequiaron los españoles, sino que además ha declarado que éstos constituyen un factor indispensable para la felicidad de la República.

No describiremos los festejos que con motivo de la proclamación del nuevo Estado se han celebrado en la Habana, ni haremos tampoco comentario alguno á este hecho tan importante para la historia del Nuevo Mundo, porque nuestros lectores han podido leer la descripción de aquéllos en las revistas del Sr. Beltrán Rózpide publicadas en los números 1.064 y 1.068 de La Ilustración Artística y apreciar las atinadas consideraciones que acerca del suceso que nos ocupa expuso en ellas nuestro distinguido colaborador. Únicamente nos limitaremos á desear al pueblo cubano toda suerte de acontecimientos prósperos y felices en esta nueva época de su historia que ahora comienza, y á hacer votos porque se estrechen cada día más los lazos de unión y armonía entre la joven república y nuestra patria.

***

En la huerta, cuadro de Félix Mestres. (Salón Parés.) – Formó parte, el interesante estudio que reproducimos, de la exhibición de varias obras que ha poco tiempo organizó en el Salón Parés el distinguido pintor Félix Mestres; y aunque el fotograbado no puede conservar la coloración del cuadro reproducido, adivínase y sin esfuerzo puede apreciarse la labor realizada por el artista para lograr, á plena luz, efectos y entonaciones perfectamente razonados, sin incurrir en exageraciones. Así, pues, y á pesar de resultar un cuadro en la genérica expresión de la palabra, es ante todo el lienzo á que nos referimos un hermoso estudio, que atestigua las cualidades que felizmente posee su autor, á quien vemos, afortunadamente, avanzar en la senda que con tanto acierto empezó á recorrer en los comienzos de su carrera artística.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – París. – Se ha inaugurado en los jardines de los Campos Elíseos el monumento á Alfonso Daudet, obra del notable escultor Saint-Marceaux.

Munich. – En la exposición que actualmente se celebra en Munich por los secesionistas, y en la que figuran 225 cuadros y dibujos, 40 esculturas y 20 trabajos gráficos, llaman poderosamente la atención los lienzos de nuestros compatriotas Zuloaga y Gándara.

Teatros. – En el teatro Popular Alemán, de Viena, se ha representado con gran éxito *La Arlesienne*, de Daudet, habiéndose repetido todos los bellísimos intermedios que para dicha obra escribió Bizet y que fueron admirablemente dirigidos por el conocido maestro parisiense Eduardo Colonne.

– En el Queen's Hall, de Londres, se ha puesto es escena con gran aplauso la ópera *Manfredo*, de Byron, con música de Schumann. La *mise en scene*, dirigida por Possart, ha resultado magnífica y la orquesta ha estado admirable bajo la dirección del ilustre Ricardo Strauss.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Granvía *El tren de los maridos*, comedia en dos actos de D. Jacinto Benavente, y *Los piropos*, entremés en un acto de los Sres. Alvarez Quintero; en Novedades *El amor en el teatro*, capricho literario en un acto y cinco cuadros de los Sres. Alvarez Quintero; y en el Eldorado *El Pastor*, poema dramático en tres actos y en verso de D. Eduardo Marquina.

Necrología. – Han fallecido:

Pablo Merwart, pintor austriaco hace tiempo residente en París y fallecido en la catástrofe de San Pedro de la Martinica.

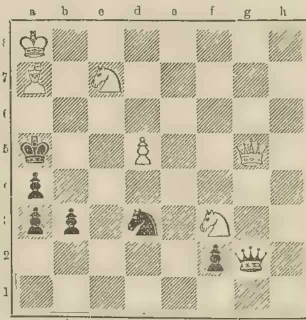
Víctor Barvitius, pintor bohemio, ex director del Museo de Pinturas de Praga.

Otón Eckmann, pintor alemán, profesor del Museo de Industrias Artísticas de Berlín, uno de los fundadores de la notable revista artística muniquense «Jugend.»

AJEDREZ

Problema número 285, por E. Ferber.

Negras (7 piezas)



Blancas (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema núm. 284, por W. Grimshaw.

Blancas.	Negras.
1. Ab4—d2	1. e7—e6
2. Ad2—b4	2. Cualquiera.
3. Tc5—c8, d5 ó c6 mate.	

Variantes.

1....... e7—e5; 2. T toma P, etc.
1..... Ca7—c6; 2. T toma C, etc.
1....... f6—f5; 2. T toma P jaque, etc.
1..... Tf4—g4; 2. Ad2—h6 jaque, etc.

EL FILÓN

NOVELA ORIGINAL DE M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.— ILUSTRACIONES DE S. AZPIAZU

I

Si al mediar de un día de principios de junio, un día caluroso, como el más caluroso de la canícula, se hubiese el lector encontrado en la huerta del *Limón*, ó en la de *Marrubiales*, allá, en la sierra de Córdoba, hubiera podido oir un diálogo singularísimo. Sostenían el diálogo un viejo y una joven; él, de cabellos blancos y ojos negros, pequeñines, muy vivos; ella, de cabellos castaños y ojos negros, hermosos, como la tierra cordobesa los sabe dar, y rostro ovalado, blanquísimo, con una mezcla de candidez y malicia, que hubiera vuelto loco al más prudente observador. El viejo tendría setenta años, tal vez pasara; la joven diez y ocho, tal vez no llegase. El viejo parecía de un humor horrible; la joven estaba alegre, como el sol cuando brota después de la lluvia. No se ha visto jamás contraste mayor entre un hombre y una mujer.

El viejo vestía como un labrador acomodado de la sierra; la joven, una *toilette* de gusto exquisito, propia del campo y de la estación. En los ademanes, lo mismo que en las palabras, el viejo era rudo, viril, á pesar de sus años; la joven mostrábase altiva y risueña á la vez; no obstante su juventud, nadie hubiera dudado en tomarla por una gran señora, sin estorbar para esto el candor de aquel rostro de blancura ideal, y la malicia de aquellos ojos que centelleaban con relámpagos de vida é inteligencia. Veíase en uno al burgués orgulloso de su vida de trabajo y de su obra terminada; y en la otra, la tranquila desenvoltura de la damisela de salón, flor exótica en la sierra cordobesa, donde tantas y tan hermosísimas flores crecen. Conocíase al punto; los dos estaban en la sierra, pero no estaban los dos en su sitio.

– ¿Y el diálogo?, preguntará el lector.

Va inmediatamente; pero antes quisiera decirlo: aunque están juntos el viejo y la joven, están separados; el viejo está en el fondo de la huerta del *Limón*; la joven está en el fondo de la huerta de *Marrubiales*; los separa una tapia; esta tapia separa las dos huertas... Dos huertas que son dos portentos de arte natural, de flores que hacen sonreir, y de infinita hermosura, que hace pensar en Dios. ¡Oh sierra de Córdoba, sultana de Occidente, maravilla del mundo!..

El viejo vivía siempre en su finca del *Limón*; la joven estaba por vez primera en su finca de *Marrubiales*... El viejo era un maestro de obras, muy popular en la sierra cordobesa y en Córdoba, y aun en toda la provincia; la joven, cierta marquesita, muy pagada de sus pergaminos, huérfana y con tutor de quien oportunamente hablaré. El viejo era propietario de una gran fortuna que, aunque parezca mentira, adquirió haciendo casas y vendiéndolas con productos de un mil por ciento; ella era riquísima también, fortuna heredada de padres á hijos durante muchas generaciones y administrada siempre, por milagroso don, con una equidad que ya no se usa. La joven se llamaba Matilde y era un partido soberbio; el viejo se llamaba... *el tío Claudio*, y era un ricachón corriente y campechanote.

El diálogo adquiere interés grandísimo – tú juzgarás, lector, – pero quisiera repetirte todavía que las posesiones están juntas, limitándose por un bonito tapial, de caballete revestido de azulejos, tapizados, á su vez, de hiedras.

El viejo, de pie, junto á un banco rústico de la huerta del *Limón*, apoyábase en la muleta que llevaba por costumbre, más que por necesidad – pues era un viejo bien resuelto y erguido, – ó accionaba con ella cuando le parecía, chispeantes de cólera los ojillos negros, de enormes cejas grises. La joven, subida en una escalera de manos, se asomaba desde su huerta á la del viejo, dejando ver su cabeza gentil y parte del primoroso busto; y así asomada, hablando y riendo, era la desesperación de su vecino. ¡Reía la joven, reía de todo corazón oyéndole! Ella, riendo, en su huerta, en su plinto, y medio oculta por la tapia; él, vociferando en la suya, exasperadamente; él, abajo, ella, arriba; el uno con sus cabellos blancos y su humor negro, la otra con sus cabellos castaños finísimos y su risa sonora, formaban, como dije, singular contraste..., y para realzamiento de las dos figuras, en un lado y otro de la tapia – en la finca de la aristócrata y en la finca del burgués – árboles frondosos, bancos rústicos, artísticos pabellones de hojas verdes, fresquísimas, fuentes que murmuran, arroyos que serpentean, y flores en todas partes, muchas flores... ¡Oh, flores! ¿Qué almas divinas son las vuestras, que sabéis haceros querer á una por toda esa humanidad, que sólo cambia entre sí rencores y desprecios?

La marquesita exclamó de pronto, entrecortadamente, porque la risa le impedía hablar:

– ¡Lo que es eso, lo veríamos!

El tío Claudio, creciendo en indignación y accionando con la muleta, repitió coléricamente:

– ¡Lo veríamos, sí; yo conseguiré que no fisgonee usted más mi huerta!

– ¡Haré lo que se me antoje!, repuso la marquesita con esfuerzos graciosísimos para aparecer iracunda. ¡Para eso estoy en la mía!

– ¡Levantaré más esa tapia!

– ¡Pondré la escalera más alta, para asomarme!

– ¡Levantaré más la tapia todavía!, gritó el viejo.

– ¡Haré alargar la escalera!, contestó la marquesita, imitando cómicamente la voz y los ademanes del tío Claudio.

– ¡Es escandaloso! ¡Intolerable!

Y el viejo golpeaba la pared con la muleta. La joven, como si temiese exasperar demasiado á su enemigo, añadió en tono conciliador y mimoso:

– Pero ¿qué culpa tengo yo, pobrecita de mí, de que le hayan robado á usted sus claveles? ¿Por qué ha de pagar usted el coraje conmigo?



... y así asomada, hablando y riendo, era la desesperación de su vecino

– ¿Le gustaría á usted que le robasen sus tulipanes?, preguntó el viejo, como si arrojara al rostro de su rival una razón suprema.

– De ningún modo, pero no pagaría con usted, si me los robaran.

– ¡Según! Porque si usted sospechara de mí, ya procuraría hacerme blanco de sus iras.

– ¡Cómo! ¿Conque es de mí de quien usted sospecha? ¿Conque presume usted que yo soy la ladrona de sus claveles?

Y ahora fué cuando la joven rió de verdad; era una risa tan franca, tan argentina, tan sin asomo de concluir, que desconcertó al viejo completamente.

Pero todo concluye; también acabó la risa, y el tío Claudio entonces, como si hubiese tomado fuerzas de pronto, añadió en tonillo de mofa, para atacar, sin duda, con otra clase de armas á enemigo tan temible.

– ¡Conque se burla usted de mí, señora marquesa! ¡Voy convenciéndome de que no habrá modo de meter á usted en cintura!

– Y yo me convenzo también de que no hay modo de que sea usted más comedido.

El tío Claudio no podía resistir que aquel lindo pimpollo, sin años y sin experiencia del mundo, le devolviese, con prontitud aterradora, golpe por golpe.

– ¡Yo soy lo que soy!, exclamó destempladamente.

– Eso; ahora lo ha dicho usted; usted es... lo que es; ¡un oso de la Siberia disfrazado de hombre!

– ¡Y usted un figurín intrigante, huero y quebradizo, con apariencia de mujer!

– Gracias. ¡Qué respetuoso con las señoras!

– Gracias, digo yo; ¡qué respetuosa con la ancianidad!

– ¡Y qué modales!, añadió la marquesa con un aire delicioso de pedantería, que era lo que había que ver. ¡Sangre plebeya al fin! ¡No puede usted negarlo!

—¡Sangre plebeya, sí! ¡Sangre colorada!, respondió el tío Claudio con terrible explosión, arremetiendo á la tapia con la muleta, como si alancease á su enemigo. ¡Sangre colorada... y muy caliente..., aunque mis cabellos estén blancos! ¡Sangre colorada y no como la de usted, que es azul! ¡De añil! ¡De lo que usa mi lavandera para blanquear la ropa!

—¡Horror!, gritó la marquesa ante aquel tiro, asestado cruelmente á su orgullo de dama linajuda. ¡Páselo usted bien, señor mío!

—¡Abur... y hasta nunca!

La marquesa, indignadísima, había desaparecido detrás del muro; pero cuando el viejo empezaba á disfrutar el encanto de su victoria, asomó de repente otra vez la linda cabeza, con gesto de burla y gran expresión de risa, y gritó como un estallido:

—¡Monstruo!

El tío Claudio levantó la muleta, como para defenderse de aquella deliciosa y trágica visión; pero la cabeza había desaparecido, oyéndose detrás de la tapia aquella risa del diablo, como un tropel de notas sonoras.

II

Poco antes de que Matilde hubiese desaparecido la primera vez, se había presentado donde estaba el viejo otra persona; era Agustín, su criado de confianza. Este Agustín era viejo también y vestía como el tío Claudio, con poca diferencia. En la casa se le amaba y respetaba por su bondad y su buen humor constantes. La servidumbre decíale *Padrecito;* he de advertir que la servidumbre era antigua en la casa, tan antigua casi como su dueño. El tío Claudio, conviene advertirlo también, pedía poco á su servidumbre; que se hablara siempre de su difunta mujer como de una santa, lo que á las buenas gentes les era facilísimo, porque la pobre muerta fué, en realidad, una santa en vida; y que se pensase en el hijo único que su mujer le había dejado como se piensa en un ser sobrenatural que esté por encima de nosotros; tal era la adoración del viejo hacia su hijo; pero la gente de la casa tampoco tenía reparo en poner al hijo en los cuernos de la luna, porque el hijo era un portento. En realidad, el tío Claudio fué mimadísimo por la suerte; reunió grandes riquezas con lo que otro cualquiera se hubiese estrellado, por mucho saber y actividad que desplegara; había tenido una mujer de educación perfecta, de gustos exquisitos, que amaba al esposo y al hogar, que adoraba á su hijo, en quien supo inculcar en hora oportuna sentimientos de honor y principios de saber, preparando su inteligencia de niño y de adolescente para estudios graves, á los que se lanzó en su juventud con verdadera vocación y avidez de sabio. El tío Claudio, que era ante todo hombre cabal y honradísimo — no obstante su gramática parda, con la que sabía substituir muy diestramente el talento que le faltase, — sufrió el dolor de la pérdida de su mujer, pero hasta en eso le mimó la fortuna; porque la honrada esposa, modelo de inteligencia y de virtud, se alejó de su lado para siempre cuando Alfonso, el hijo adoradísimo de los dos, tenía la savia divina que ella, prudente y noble, habíale sabido prestar. Fué una madre como no abundan. Dió á luz un hijo y luego supo dar á la sociedad un hombre.

Muerta la mujer, lanzado el hijo á su carrera, viajando, estudiando, trabajando siempre, haciendo, en fin, su nombre famoso, el feliz viejo pasaba en el *Limón* la vida, acordándose siempre de su mujer como si viviese, soñando en aquel hijo á quien adoraba, y derramando favores á manos llenas entre aquellos que á su casa llamaban, y aun los que no llamaban, porque sabía acudir oportunamente — que es una gracia milagrosa — allí donde las grandes desdichas estuvieran, para remediarlas pronto y bien, con *enérgicos* reactivos.

Su amistad, su distracción, era Agustín; con él charlaba de su mujer; con él charlaba de su huerta, de sus flores, de los triunfos de su hijo, de sus proyectos para cuando el hijo volviese — aquel hijo, sabio ya, é ingeniero de gran renombre. — Agustín era, por último, el depositario de sus cuitas desde hacía algún tiempo... ¡Desde que se presentó en la huerta de *Marrubiales* la linda marquesita que tanto le hacía padecer!

Estaba Agustín delante del viejo, sin hablar, limitándose á oirle, respetuoso y afable. El tío Claudio quedó con los ojos fijos en la tapia, como hablando aún con Matilde, después que ésta hubo desaparecido. «¡Echarle en cara á él su condición plebeya! Porque eso, y nada más que eso, era lo que acababa de hacer la impertinente damita. Bueno. ¿Y qué? Con aquella condición humilde y sin faltar á nadie, había sabido hacerse hombre... Y se atiborró de dinero... Eso; dinero honradamente ganado, para hacer después muchos beneficios á los pobres. Y dió de comer á muchas familias...»

—¿Es verdad, Agustín?

Y Agustín sonreíase con bondad, asintiendo silencioso.

—¡Porque no soy un mano muerta! Porque lo que es mío es de los demás, y no estos hidalgotes que se envuelven en su túnica de papeluchos viejos para tratarnos con la punta del pie... ¡Vanos! ¡Egoístas! Más útil he sido yo á la humanidad, cargándome los ladrillos á cuestas, en mis obras, que todos esos gentiles cargándose la conciencia de pecados, en otras obras — ¡y no pías! — de que no quiero hablar siquiera. ¿Es verdad, Agustín? No, y eso no lo digo yo solamente....Lo dice él también: ¡mi Alfonso! ¡Mi gran hombre!

Las últimas palabras las pronunció el tío Claudio temblorosamente; el recuerdo de su hijo bastaba en cualquier ocasión para calmar su ira, si estaba iracundo; para hacerle desistir de un mal pensamiento, las poquísimas veces que su conciencia honrada lo abrigase.

—Del señorito quería hablar á usted, exclamó Agustín prontamente, con la esperanza de que se calmara del todo. ¿Qué habitaciones va á ocupar? ¿Las de la planta baja ó las que ocupó hace dos años, junto á las de usted?

—¡Conmigo, conmigo siempre!

Y el tío Claudio estremecíase de felicidad, pensando en lo cerca que iba á tener á su hijo después de dos años de ausencia, y de los grandes triunfos que había recientemente conquistado. Pero no habiéndosele ido aún del pensamiento aquella cabecita risueña y burlona, que poco antes desapareció de la tapia, añadió por lo bajo con viva expresión de encono, única vez que estuvo de mal humor en su vida después de haber pensado en su hijo:

—¡No sabes tú, cabecita loca, lo que vale la nobleza de un plebeyo! El cuarto de arriba, ¿oyes?, prosiguió después prontamente, volviéndose hacia Agustín. No hay más que quitar un poco el polvo, porque se limpia con frecuencia. Sus libros, sus armas de caza... Que todo quede tal como ha estado desde que él se marchó.

Retirábase Agustín, pero el tío Claudio le encargó todavía con grandes miramientos:

—¡Sobre todo, hijo, la caja del stradivarius! ¡Que no se le toque, por Dios!

Y con una volubilidad propia de la infancia y de la vejez solamente, añadió conmovido:

—Di, Agustín: ¿te acuerdas de cuando su pobre madre le daba la lección de música?

—Ya lo creo, respondió Agustín suspirando; ¡era una gran profesora!.. En el violín particularmente.

—¡Y la afición que sacó el chiquillo!, exclamó el tío Claudio orgulloso. ¡Si es un portento!

—No, pero en estos dos últimos años, pocas ganas habrá tenido el pobre de música.

—¡Cállate!.. ¡Cállate y no me lo recuerdes!, murmuró el viejo como si el alma le faltase. ¡Y yo sin saber!..

—¡Es un hombre..., todo un hombre!, añadió Agustín sacando el pañuelo para enjugarse las lágrimas.

—Pero mira, Agustín, saltó de pronto el tío Claudio. ¿Te parece bien que dos hombres como nosotros se echen á llorar ahora como dos mozolejillas? Hablemos de otro asunto. ¿Dónde está ese mozo de cuadra que hemos admitido anoche?

—En Córdoba; no tardará mucho.

Y Agustín guardaba el pañuelo con rostro seráfico.

—Bien; cuando venga, le dices que estoy esperándole; un encargo le di, y como lo haya hecho á conciencia, quizás descubriremos al ladrón de los claveles antes de mucho; todas las noches están faltándome los claveles; luego todas las noches entran aquí para llevárselos. ¿Sí? Pues verás; esta noche pongo unas trampas y cae .. ¡Y que no sepa yo quién es! Es cosa de perder el juicio. De ahí al lado, añadió reflexivamente, aludiendo á la huerta inmediata, no puede ser el ladrón... Porque yo querré poco á esa marquesilla insubstancial y frívola, pero no hasta el punto de caer en una sospecha así, sin desecharla inmediatamente.

El tío Claudio siguió haciendo deducciones: «Si no era la marquesita, ¿no podría ser alguien de su casa?» Hablaron bastante aún... Se fué Agustín, y el tío Claudio, sentándose nerviosamente, sacó una carta del bolsillo del pecho. ¡Era una carta del *gran hombre!* Iba á leerla por centésima vez. Aquel rincón de la huerta estaba silencioso, un silencio dulce, interrumpido vagamente por el murmullo del agua y el susurrar de las hojas. Allá fuera, el campo parecía arder; las cigarras cantaban con furia.

Por un instante creyó que aquellos murmullos imperceptibles casi del agua y de las hojas, era la respiración contenida de Matilde, que se asomaba otra vez al bardal. Volvió la cabeza con inquietud y respiró tranquilamente; no, no había nadie. Preparóse á leer; la quietud era entonces absoluta; nada se oía, ni el murmullo de la fuente — así lo creyó el viejo, — ni el canto de las cigarras, ni el susurrar de las hojas siquiera; pero el tío Claudio miró otra vez atrás; la tapia era su pesadilla; tenía siempre clavada en el corazón, como un puñalito de oro, la mirada risueña y maliciosa... No, en la tapia no vió á nadie. En aquel momento, detúvose un pajarillo en el caballete, allí donde estuvo apoyado el pecho de la marquesita; y el tío Claudio se tranquilizó del todo. El pájaro, con sus ojillos negros y brillantes, de cuentecillas de cristal, y su piquito á medio entreabrir, parecía decirle gravemente:

—Vaya, hombre, empieza á leer, que yo estoy alerta.

III

Pero no leyó aún; quedóse con la carta en la mano, profundamente reflexivo. «¡Dos años de ausencia... y en los dos años, cuántas zozobras al pensamiento de que podría morir sin ver más á su hijo! ¡Si le pudiera ver su madre! ¡Pero estaría viéndole!» El viejo confiaba. «Hay un mundo mejor para las almas buenas; un mundo divino donde todo se ve... Donde todo se sabe...» Interrumpiendo su monólogo, miró la carta y continuó después en alta voz, con alegría de niño:

—Aquí está... No me canso de leerla... ¡La carta de mi ingeniero! ¡De mi inventor! ¡De mi gran hombre! ¡Al pensar alguna vez que *ese hijo* es hijo mío, se me figura que voy á morir de orgullo!

Como había leído la carta mil veces, leyó ahora al azar en el primer párrafo en que sus ojos se fijaron: «Y gracias á Dios, podré abrazarte ya, dentro de unos días.»

—¡Unos días que están pareciéndome siglos!, exclamó el viejo; pero todo llega y llegará también la hora del abrazo.

Leyó otra vez: «Terminantemente prohibido venir á Córdoba á recibirme: y como mi señor padre es un poco testarudo, no diré el día de mi llegada; de modo que me presentaré en el *Limón,* Dios mediante, como llovido del cielo.»

—Sí, eso, murmuró el tío Claudio compungidamente, y yo aquí, penandito, sin saber qué hacerme. Vamos, leeré, que es mejor, porque si lo pienso mucho voy á enfadarme otra vez, y bastante me enfadé ya con esa muñequita de biscuit.

Miró á la tapia con recelo, pero la cabeza luminosa de la muñequita no estaba allí; allí sólo vió al centinela, con su piquillo entreabierto y las cuentecillas brillantes de sus ojos.

«No, no vayas á la estación; quiero que nuestro primer abrazo sea en nuestra casa, en nuestro hogar, rodeado de tus flores y de mis recuerdos, viejo mío. Quiero besar tus canas por vez primera, después de dos años increíbles de lucha, ahí, donde nació y murió mi madre, donde pasé mi niñez, mientras tú trabajabas como un negro para asegurar el porvenir de tu hijo...»

El viejo no podía más; se ahogaba; por las mejillas llenas de arrugas caíanle unos lagrimones como puños.

—¡Vamos, dijo, leer estas cosas es morirse de alegría!

Se enjugó las lágrimas temblorosamente, y siguió leyendo: «¡Qué lucha! ¡Qué triunfo! Descubierto el filón, á mí solo me cupo esa gloria... ¡Y cuando ya nada esperaba! ¡Si no lo hubiese conseguido! ¡Me aterra pensarlo! Yo era responsable de todo... Hubiera muerto, créelo... ¡Tantos capitales comprometidos! ¡Se hubieran arruinado muchas casas!.. ¡Sí, mi muerte!.. Mi deshonra... Y sin el consuelo tuyo, para más amargura, porque nada te decía. No quise que participaras de mis terrores. Pero vencí... Vencí, porque pensaba en mi padre; porque recordaba el ejemplo de su perseverancia y de su fe. ¡A ti te debo mi triunfo!.. ¡Triunfa también conmigo, viejecito adorado!»

No pudo continuar; el papel le temblaba entre los dedos; el llanto cegábale los ojos; aunque tantas veces leyó la carta, en ocho días — desde que llegó á su poder, — siempre le produjo su lectura igual impresión... En tal estado hallábase cuando sonó detrás de él cierta risita que le hizo el efecto de una campanada tremebunda. Después de la risa, salió una voz... ¡Ay, cómo conocía el viejo aquella voz antipática! Sí, era la voz de Matilde, la odiosa marquesita, que estaba allí otra vez para su tormento. El tío Claudio miró desoladamente á la tapia. No

era ficción; Matilde estaba allí; el pajarillo había volado... ¡Ah, traidor! ¿Era eso lo que habías prometido?

Guardó la carta y enjugóse el llanto calmosamente. La voz resonaba implacable; el puñalito de oro hundíase hasta la cruz. ¡Dios mío, qué tono de admiración burlona el de la damita de *Marrubiales!*

– Pero ¿qué es eso?... ¿Está usted llorando?... Pero ¿usted llora también?

– No debe extrañarle, respondió el viejo, con una dignidad que le sentaba á maravilla. Eso de llorar es cosa muy plebeya y baja; el llanto, el verdadero llanto, es de gente inferior. Si usted... con la pureza de su sangre, llorara alguna vez, lo ocultaría por orgullo; mis lágrimas puede verlas quien quiera, lo que tal vez no diría yo á todos, y á usted mucho menos, es el motivo de ellas.

El viejo había hablado de todo corazón; la joven mirábale sin sorpresa; conocíase que estaba acostumbrada á estos discursos de su enemigo; pero lo que el viejo no podía observar, era el interés afectuoso que había siempre detrás de aquel tonillo burlón de aparente frivolidad, que le indignaba tanto.

– ¡Qué cosa más rara!, díjole con mucho mimo. ¿Y por qué á mí me lo diría usted menos que á nadie?

– Porque no lo merece usted... Porque una niña que se burla de un viejo, no tendrá corazón bastante para llorar con ese viejo sus penas ó sus alegrías.

– ¡Burlarme yo!, repuso la joven, ocultando difícilmente la emoción que le produjo la voz conmovida del tío Claudio. ¡Pobre viejecito mío! ¿Ve usted? Pues ahora mismo le diría yo á usted un secreto de buena gana.

«¡Viejo mío!» ¡Así le decía el *gran hombre!* El tío Claudio se afectó profundamente: aquella cabecita de luz que asomaba por la tapia, no le pareció entonces tan odiosa; pero disimuló también y dijo agriamente:

– Yo no soy confesor; guárdese usted su secreto para esos frailecitos de la grandeza, que os educan sin enseñaros un lenguaje del cielo: el lenguaje del corazón.

– Vaya, tío Claudio; lo mejor es irme.

La joven no reía ya; su voz era de niña voluntariosa y mimada.

– Usted lo pase bien.

Hizo Matilde demostración de bajar la escalera; descendió un peldaño; iba á desaparecer, veíase solamente el rabito del moño detrás de la tapia; pero cambió de idea, sin duda, porque apareció la cabeza otra vez, rápidamente, y amonestó así al viejo en una lamentación cómica:

– Pero hombre, ¿por qué no dice usted que me quede?

– Porque no la necesito á usted para nada.

– Ea; pues voy á quedarme contra la voluntad de usted... Y voy á decirle... Pues voy á decirle que tiene usted muy mal genio.

Y no reía, no; su voz era como antes, mimosa y dulce. El viejo pensó irse á la casa, pero deteníase á su pesar, sugestionado, sin comprenderlo.

– Sí, señor, seguía ella; un genio muy malo; por eso reñimos á cada instante; verá usted lo que me pasa; cuando reñimos, me separo de usted irritadísima, creyéndole una fiera sin domar; y me prometo no mirarle á usted más á la cara; pero pasa tiempo, un poquitín, sólo un poco; y ya va usted pareciéndome de otra manera; creo entonces que la voz de usted se suaviza, que la mirada de usted se endulza... y no sabe usted de lo que me acuerdo. ¡Lo que son las distancias! Pero me aproximo á usted otra vez, como incauta mariposilla... y sus primeras frases ¡ay! me prueban que todo ha sido un sueño.

Y al hablar así, había que ver el mimo, la coquetería, la expresión adorable de aquel rostro juvenil, aquella mirada, acariciadora y pura, de aquella boca, como tierno capullo de flor entreabriéndose. El viejo murmuró, taimadamente, casi vencido:

– ¡No, lo que es á gitana, no hay quien le gane!

Matilde había callado; pero inmediatamente, acordándose quizás de sus últimas palabras, añadió entre un suspiro, mitad cómico, mitad serio:

– ¡Ay... soñar!

– ¡Qué!.., preguntó el viejo muy admirado. ¿Suspiritos ahora?

– Tío Claudio, añadió la marquesita con verdadero ensañamiento. ¿Y si yo le dijera que es usted quien me pone á soñar algunas veces?

– ¡Demonio!.. ¡Si se habrá enamorado de mí esta loca!

Y el tío Claudio, al tener esta ocurrencia, se echó atrás asustadísimo.

– Tío Claudio..., ¿usted cree en los presentimientos.

– ¿Ahora sale usted con esa tontería?

– Pero hombre, para usted todo es tonto y frívolo. Yo quisiera que me explicase usted qué entiende por sensatez y qué entiende por seriedad.

– No se lo explico á usted, porque no se entería.

– Gracias, respondió Matilde con un principio de aquella risita burlona que tanto exasperaba al tío Claudio. Eso será como el llanto del plebeyo... Como si cada criatura del mundo, los de arriba... ó los de abajo, aristócrata... ó plebeya, rica... ó pobre..., no tuviese su corazón en su sitio... para reir... y para llorar... y para perder la cabeza.



Aquí está... No me canso de leerla...

El viejo oía y miraba á la joven como dudando, pero después tuvo que rendirse á la verdad; el acento de la marquesita quiso aparecer al pronto indiferente, pero á las dos ó tres palabras se hizo tembloroso, luego entrecortado... Concluyó de hablar. ¡Dios!, ¿era ficción lo que el viejo veía? ¿No era llorar aquello? ¡Sí, llorar! ¡Llorar! El tío Claudio tomó glorioso desquite, exclamando en tono de burla, exageradamente admirativo:

– Pero ¿qué es eso, señora marquesa? ¿Está usted llorando? ¡Usted también llora!

– ¿Quién... yo? ¡Llorar yo!, dijo la joven riendo y enjugándose las lágrimas. ¡Qué tontería! Pero ¿de dónde sacó usted eso, tío Claudio?

El viejo gritó entonces ufanamente:

– ¿Lo ve usted? ¿Lo ve usted? ¡Oculta usted que llora! ¡Eso, eso es vanidad! Y detrás de ella, todo lo que sigue en las grandes damas de hoy.

Y poniéndose las manos en la boca á guisa de pantalla, como para decirlo misteriosamente, añadió marcándolo mucho:

– Ignorancia... y mojigatería.

Y golpeando en el suelo con la muleta, se alejó en triunfo.

– ¡Qué viejecito este!, exclamó Matilde compungida. ¡Es una bala rasa!

Y alzó la voz para decir suplicante:

– ¡Tío Claudio, se porta usted muy mal conmigo!

El viejo se alejaba sin volver la cabeza, y la marquesita clamó otra vez, desoladamente:

– ¡Pero... tío Claudio! ¡Tío Claudio!

IV

El tío Claudio sintióse de pronto con deseos de afirmar su triunfo; volviéndose á Matilde, la interrogó elocuentemente, entre burlón y airado:

– ¡No me porto bien con usted! ¿Por qué? ¿Porque á su orgullo no le llamo dignidad? ¿Porque á su ignorancia no le llamo ilustración? ¿Porque no llamo á su mojigatería beatitud?

– Vamos, dijo Matilde de muy mal humor. ¡Cuando yo digo que me pone usted á soñar! Bueno, puede usted ya irse.

– ¿Sí?, gruñó el viejecito, pegando en el suelo fuertemente con su muleta. ¡Pues ya no me voy!.. No me voy, no; y si la pongo á usted á soñar, no será, sin duda, por el afecto que yo la inspire.

El rostro de la joven se dilató con una sonrisa deliciosa; sus labios moviéronse para decir mimosamente, como una verdadera niña:

– ¡Y usted qué sabe, vamos á ver!, añadió en el mismo tono; dígame usted por qué estaba llorando y yo le diré... mi secreto.

– Pues bien: lloraba de satisfacción..., porque tengo un hijo, ¿usted lo sabe?; tengo un hijo que es mi orgullo y mi alegría. Un hijo á quien estoy aguardando de un momento á otro, después de dos años crueles de ausencia.

Y el viejo hizo entonces esfuerzos grandes, que no se le escaparon á Matilde, para no llorar otra vez.

– ¡Un hijo!, exclamó ella muy admirada, será como usted..., ¡con unas manazas llenas de vellos!.. ¡Con unas espaldotas para cargarse á cuestas los ladrillos!.. ¿Es verdad, tío Claudio?

Y Matilde se echó á reir con mucha bondad, quitando con la dulzura de su entonación lo que sus palabras pudieran tener para herirle.

Pero el viejo no entendía de argucias; se indignó nuevamente. «¡Era el colmo! ¡Burlarse de su hijo! ¿Y no había de conseguir que aquel diablo de marquesita, hinchada y vanidosa, se las pagase juntas?» Quedó mirándola un momento, como si con los ojos la hubiera querido matar, y gritó de repente volviéndole la espalda:

– ¡Usted lo pase bien!

– ¡Ay... espere usted, tío Claudio! ¡Espere usted, por Dios!, gritaba Matilde en voz lamentosa. ¡Venga usted, que ya no lo haré más!

Y le tendía los brazos desde la tapia, riéndose.

– Vamos, ¿qué ocurre?

Y el viejo se aproximó otra vez receloso. «¡Haberse burlado de su hijo!»

– Quiero decirle á usted..., añadió ella con mucho misterio, cuando le tuvo próximo.

Pero con una flexibilidad sorprendente, que hubiera aturdido al hombre de más calma, cambió de entonación y agregó quejumbrosa:

– ¡Pero hombre de Dios, sea usted galante! ¡No me tenga usted así, en la escalera, que se me clavan los pies en estos palos afiladísimos! Invíteme usted amablemente..., así, verá usted.

Y añadió en tonillo pedante, de dignidad y mesura, como para enseñar al viejo formas de sociedad:

– Señora marquesa, estará usted incómoda; pase usted á mi huerta..., á mi casa, que es la suya; yo tendré mucha satisfacción en hacerle los honores...

Se hubiese reído cualquiera de la seriedad cómica – así puede decirse – con que la marquesita habló y accionó para aleccionar al viejo; pero éste, desde que volvió atrás, llamado por la joven, parecía preocupadísimo por algún pensamiento tenaz; notábase bien, porque no lo disimulaba. Cuando ella acabó su discurso, mostróse satisfecho de repente, como si hubiese dado al fin con la solución de algún grave problema. No se sabe de dónde sacó el viejo de pronto una actitud y un tono tan dignos, tan amables, tan llenos de caballerosidad y cortesanía.

– Señora marquesa, dijo inclinándose, perdone usted las extravagancias de un pobre viejo; somos vecinos desde hace dos meses, y cometí la falta – ¡que no tiene perdón! – de no haberla visitado para ofrecer á usted mis respetos... Mis achaques sean mi disculpa... y la buena fe con que le brindo este modesto rincón... ¿Será usted tan generosa que quisiera favorecerlo?

A medida que el tío Claudio hablaba, iba Matilde manifestando exageradamente su asombro y satisfacción; cuando acabó él, empezó ella á palmotear gritando y riendo:

– ¡Ay..., pero... qué bien le ha salido á usted! ¡Si parece increíble! ¡Digo, y sin ensayarlo ni nada!

– ¡Señora marquesa!, gritó el viejo, furioso. ¿Usted necesita un payaso para su recreo, ó una persona de educación para su sociedad? Pues ha de saber usted que nosotros, los que pasamos una vida entera de trabajo, tenemos tiempo, generalmente, de aprender también formas cultas; pero entre vosotros, los del privilegio divino, habrá alguno que aprenda educación, es posible; pero á trabajar no aprende nadie.

(Continuará.)

CRÓNICAS PARISIENSES

EL SALÓN DE 1902. – RECUERDOS DEL «VERNISSAGE»

El día es hermoso: los árboles que llenan la Avenida de los Campos Elíseos están cubiertos de hojas; aquí y allí grupos de flores admirablemente combinados; los surtidores arrojan agua con profusión; los pajarillos dejan oir sus alegres cantos; pues los mirlos, los palomos y los gorriones anidan en aquellos frondosos árboles que fueron plantados á principios del siglo XVIII y que formaban parte de los jardines del palacio de la Pompadour, hoy morada del presidente de la República. Todo es alegría en torno del Gran Palacio cuyas puertas se abren al público para mostrarle el trabajo de tantos artistas, el resultado de los desvelos de aquella multitud de jóvenes y viejos que va en busca de laureles.

Antes de entrar en el edificio he de pasar por el restaurant Ledoyen, en donde aquel día almuerzan los artistas y sus modelos, los pintores y sus amigos, y los que tienen pocas ganas de andar demasiado y desean estar cerca del Salón para ir por la tarde á ver los trabajos y á murmurar un rato de arte y algo también de modas. Todos están bajo el gran sauce frondoso cuyas caídas y tristes ramas se bañan en el alegre estanque que allí al lado se encuentra: aquel árbol que ve á su alrededor la alegría de los favorecidos admitidos en el Salón del presente año, hace pensar también en los pobres pintores que han sido rechazados y que, valiendo acaso más que muchos otros, no han tenido influencia bastante para que el Jurado de admisión aceptara sus trabajos.

Roybet, Juan Pablo Laurens, Juana Romaní, Rochegrosse y otros miembros ilustres del Jurado están reunidos en varias mesas saboreando el aromático borgoña y el espumoso champaña. Los manjares más exquisitos se mezclan con el sano biftec y los grandes fresones se riegan con la famosa nata de Isigny. A pesar de la gente, á pesar de la alegría, no se oyen gritos; aquello más parece un comedor de invitados que una reunión de gente de buen humor y que paga. Allí se aprecia la diferencia de costumbres entre los pueblos bien educados y los que no lo son: los jóvenes se hacen cargo de que hay entre ellos gente poco amante del ruido, y se contienen.



PARÍS. - Recuerdos del «vernissage» Una elegante

Un pueblo así es merecedor de libertades y digno de tener museos y monumentos que honren á sus sabios, y de encontrar hombres que se desvelen por las artes y la historia y se vayan, como Morgán, á Sussa á practicar excavaciones y traigan á su patria documentos que reconstituyen todas las dinastías de aquel reino de Oriente. La exposición que de los objetos procedentes de esas excavaciones se ha organizado en la planta baja del Gran Palacio, es digna de ser visitada. M Loubet, al ir á inaugurar el Salón, detúvose allí mucho rato escuchando al explorador Morgán, que le relató el origen de su descubrimiento y los trabajos ímprobos que en servicio de su patria ha realizado.

***

No haré la crítica del Salón de este año, ni discutiré si el de los Artistas Franceses es mejor que el de la Sociedad Nacional; mi misión no es esta.

¿Qué hay de notable en el Salón?

Entremos por la grandiosa puerta de la hermosa avenida de Nicolás II, tantas veces descrita; subiendo la amplia rampa y atravesando el atrio, lo primero que se ofrece á la vista es la gran roca en cuya cima está el águila francesa, herida de muerte en los campos de Waterloo y que agonizante sostiene entre sus garras la bandera francesa. Este monumento, que será colocado en la llanura donde ocurrió la derrota del gran César del siglo XIX, significa para los franceses algo más que un recuerdo á los muertos allí enterrados; representa en el alma de Francia, su gran potencia á pesar de la desgracia. El águila lanza un grito, no de dolor por la herida que una bala de cañón ha causado en su ala, sino de desesperación porque allí entierra todas las energías y todo su poderío. El estandarte que yace en tierra lleva inscrito en una cinta el nombre de Austerlitz, como queriendo demostrar que si es cierta la derrota de aquel momento histórico, lo es también una gran victoria como la conseguida sobre los dos emperadores de Austria y Rusia.



PARÍS. – Recuerdos del «vernissage.» – El vestíbulo del Gran Palacio

Alrededor de aquel peñasco lleno de flores y cubierto por sencilla hiedra, hay bancos y sillas para las elegantes que cansadas de recorrer los salones, respirando el polvo malsano que la gente levanta allí aquel día, buscan descanso en aquel agradable sitio. Las señoras llevan trajes de colores indefinidos, no atreviéndose todavía á lucir los vestidos de colores claros; los trajes son todos *tailleur*, algunos de *tafetás* negro con cintas de terciopelo.

La escalinata que arranca del crucero está llena de bote en bote; vista de lejos parece un hormiguero de gentes que suben y bajan, hablando unas con otras. Todo aquel gentío sube ávido de contemplar *La jugadora de bolos*, obra que da la impresión más viva de la forma, porque el artista ha impreso en el mármol la tonalidad de la carne, ha animado los ojos con destellos brillantes y ha teñido de rojo los labios de aquella hija de la antigua Grecia.

***

Apenas se penetra en el salón, la atención se fija en los cuadros de mayores dimensiones destinados á los Gobelinos. Las mujeres se miran unas á otras, y los elegantes trajes van levantando aquella nube de polvo que hace imposible la respiración.

Como curiosidad, son dignas de notarse las joyas de Lalique, las admirables obras de ese cincelador y creador de piezas que un día formarán parte de un museo; por seguro puede tenerse que cuando muera este artista, el Louvre se dará por muy satisfecho si puede colocar en sus vitrinas alguno que otro de estos objetos al lado de las riquezas del Renacimiento.

Las secciones de decorado y mobiliario y sobre todo la de vidriería son muy visitadas, porque cada día estas industrias artísticas van tomando forma, abandonando los convencionalismos, rindiendo culto á la verdad y utilizando las combinaciones químicas para dar á los objetos hermosos tonos y relieves.

No todos los visitantes se fijan en los dibujos para alfombras, telas y otras cosas similares; sus miradas se sienten atraídas por la *toilette* de una de las damas más elegantes de París: el traje que ésta viste es de tafetán bordado á festón y con volantes que acentúan la esbeltez de su talle.

***

Son las cinco y el café instalado en los bajos que dominan el gran *hall* de la escultura se llena; allí se toman innumerables *bocks* servidos en vasos más ó menos limpios; limonadas, que los consumidores chupan con sin igual ligereza por medio de pajitas para humedecer las gargantas por el polvo secadas; naranjadas heladas á centenares, y en medio de aquel ruido de platos, copas y cucharitas que se entrechocan, óyese el incesante murmullo de la gente comentando lo visto y aun lo que no ha podido ver y criticando sin ton ni son: allí no se respeta á nadie; quién encuentra que el Salón está lleno de *croûtes*, quién considera los mejores los lienzos como dignos de los *independientes*, al paso que otros los ponen por las nubes para que rabie el vecino que los ha censurado. Aquello es un verdadero tribunal de la Inquisición, y las hogueras que allí se encienden podrían abrasar á muchos inocentes, que sin apelación serían condenados.

Las personas sensatas escuchan, pero son pocas. El que tiene allí un amigo ó un protegido, no encuentra nada tan bueno como lo suyo, y así se pasa la memorable tarde del *vernissage*.

***

Y á un año sucederá otro año, y todo el mundo esperará el día de la fusión de los dos salones, día que no vendrá nunca, porque los artistas no se han hecho para seguir todos un mismo camino y marchar como borregos por la senda que los caudillos les señalan.

El artista es autónomo por naturaleza, y aunque á veces procure imitar el sistema del pintor de moda, cuando se ve desligado de prejuicios, toma vuelo y se deja llevar en absoluto por su inspiración; y si es artista de verdad, llega á la deseada meta, mas no sin antes sufrir mil privaciones y pasar por peripecias y miserias sin cuento, corriendo afanoso en busca del comprador que casi nunca parece y cayendo al fin en manos de usureros sin entrañas que diez ó doce años después revenden sus cuadros á precios fabulosos.



PARÍS. – Recuerdos del «vernissage.» – El restaurant Ledoyen

Así es la vida y así será siempre.

Pedro Coll.

(Dibujos de Gosé.)

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCION

POR AUTORES Ó EDITORES

EL AHORRO NACIONAL Y LA REFORMA POSTAL EN ESPAÑA, por *D. Francisco de Asís Gutiérrez*. – Conferencias dadas en el Teatro Principal y en el Salón de sesiones del Excelentísimo Ayuntamiento de Santander sobre importantes temas de reforma postal enlazados con el ahorro, en las que el señor Gutiérrez explica multitud de proyectos regeneradores y verdaderamente prácticos. Folleto impreso en Santander en la imprenta de S. Roiz.

LOS CAÍDOS, por *Máximo Gorki*, traducción de *A. Riera*. – Esta novela, como todas las del eminente escritor ruso, es de las que no sólo entretienen por el interés del asunto, sino que mueven á la meditación por la trascendencia del fin que se propone. Un tomo de 260 páginas, editado en Barcelona por D. Luis Tasso; precio, una peseta.

LABOR PERDIDA, por *Federico Sáenz de Tejada*. – Colección de cuentos y narraciones del joven escritor guatemalteco Sr. Sáenz de Tejada, interesantes por sus asuntos y escritos en el estilo de los modernos cuentistas franceses. Un tomo impreso en Guatemala en la Tipografía nacional.

EL CURIOSO IMPERTINENTE, por *Miguel de Cervantes*. – El último tomo de la «Biblioteca Mignon,» que con éxito creciente publica en Madrid el Sr. Rodríguez Serra, lo forma esta novela de Cervantes que figura en su inmortal *Quijote*. Como tratándose de tal obra huelgan los elogios, nos concretaremos á decir que el elegante tomito está ilustrado por L. Valera y se vende á 75 céntimos.

CÉSAR BIROTTEAU, por *H. Balzac*. – La biblioteca de obras de Balzac, que con tanto éxito publica en esta ciudad D. Luis Tasso, se ha aumentado con esta bellísima obra en la que brillan todas las cualidades de fondo y de forma que tanta y tan justa fama han valido al clásico autor frances. Un tomo de cerca de trescientas páginas; precio, una peseta.

SATIRICÓN, por *Tito Petronio Arbiter*, traducción de *Menéndez Novella*. – Petronio, el simpático personaje de *Quo vadis?*, es un personaje real, un escritor satírico y agudo de la época de Nerón. Su principal obra, *Satiricón*, pintura exacta de las costumbres del imperio romano en decadencia, ha sido muy bien traducida del latín por el Sr. Menéndez Novella y publicada en Madrid por el Sr. Rodríguez Serra. Véndese á dos pesetas.

LA SAMARITANA, novela de *Laura García de Giner*. – Bellísima novela de costumbres andaluzas, escrita en estilo elegante, que forma parte de la «Colección Diamante» que con excelente éxito publica en Barcelona el editor D. Antonio López. Precio, dos reales.

NARRACIONES Y CUENTOS de *Guy de Maupassant*. – Basta el nombre del ilustre escritor francés, para hacer innecesarios los elogios de las siete narraciones contenidas en este libro. La traducción de las mismas está esmeradamente hecha y las condiciones materiales nada dejan que desear, resultando un tomo elegantemente impreso en magnífico papel. Esta obra, de la que sólo se han impreso 450 ejemplares, ha sido editada por la casa «Iber,» de Madrid, y se vende á dos pesetas.

EL BAILE, por *Carlos Ossorio y Gallardo*. – Además de una historia del baile, en que el autor demuestra su erudición sobre la materia, contiene esta obra una serie de capítulos dedicados á las principales danzas, escritos todos con el gracejo y en el estilo elegante que caracterizan al distinguido literato, nuestro querido amigo y colaborador Sr. Ossorio y Gallardo. Es un libro que se lee con verdadero deleite y cuyos atractivos aumentan las composiciones musicales que para cada uno de los artículos han escrito los maestros Alfonso, Borrás de Paláu, Costa Nogueras, Cotó, Guiteras, León Yáñez, Liñán y Sadurní. Un tomo de 172 páginas, impreso en Barcelona en el establecimiento de Pertierra, Bartolí y Ureña. Precio, tres pesetas.

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

El Trabajo Nacional, quincenal; *Crónica de Barcelona*, semanal; *Revista Comercial Hispano-Americana*, mensual ilustrada; *Revista Homeopática Catalana*, mensual; *La Opinión Postal*, tres veces al mes; *Revista Políglota; El Protector*, mensual (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca Museo Balaguer*, mensual (Villanueva y Geltrú); *La Lectura*, mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *La patria de Cervantes*, mensual ilustrada; *La mujer en su casa*, mensual ilustrada; *Sol y sombra*, semanario ilustrado; *La Fotografía*, mensual ilustrada; *Artes é Industrias*, quincenal ilustrada; *La Razón*, semanario (Madrid); *Málaga Moderna*, quincenal ilustrada; *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *Boletín de los Colegios de Médicos y de Farmacéuticos de la provincia de Castellón*, quincenal; *El Heraldo*, semanario (Linares); *Juvenilia*, semanario (Segovia); *La Libertad*, diario (Córdoba, R. Argentina); *Revista Mensual de la Cámara Mercantil* (Barracas al Sur, R. Argentina); *El Popular*, semanario (Baradero, R. Argentina); *Revista del Centro Universitario de la Plata*, mensual; *Chile ilustrado*, mensual; *Pluma y Lápiz*, semanario ilustrado (Santiago de Chile).



En la huerta, cuadro de Félix Mestres. (Salón Parés.)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 7 de julio de 1902 — Núm. 1.071



RETRATOS DE LOS NIÑOS L..., grupo en mármol de Eusebio Arnau (Salón Parés)

REVISTA HISPANO AMERICANA

Méjico: sus progresos: empresas de colonización: datos estadísticos. – *Guatemala:* los terremotos. – Elecciones presidenciales: *Honduras, El Salvador, Costa Rica, Uruguay, Paraguay*. – *Colombia:* la paz. – *Venezuela:* la guerra. – *Bolivia:* el Acre y la Compañía anglo-americana de explotación. – *Uruguay:* el tratado de arbitraje con España.

El progreso de Méjico continúa siendo tema predilecto de importantes publicaciones financieras y mercantiles de Inglaterra y los Estados Unidos. Fíjanse ahora con interés ingleses y yanquis en las nuevas comunicaciones que se establecen en aquel país para facilitar el comercio transcontinental. Sin preocuparse gran cosa de la competencia que en su día pueda hacer el canal interoceánico, procuran los mejicanos abrir caminos al tráfico, por medio de ferrocarriles, entre sus costas del Golfo y las del Gran Océano. La actividad industrial no cesa, y el corresponsal de un periódico de Nueva York que ha visitado la exposición de productos agrícolas é industriales de Puebla nos dice que «aquella gente puede enseñar algo á los Estados Unidos en el ramo manufacturero.»

Prosiguen también las empresas de colonización. Capitalistas de Berlín piden enorme concesión de tierras en la costa del estado de Jalisco y estudian y preparan los medios de establecer en ellas colonos alemanes; numerosos emigrantes de Guatemala entran en Chiapas para trabajar en las plantaciones de café; familias japonesas van por su propia cuenta á establecerse en el litoral del Pacífico. Hay esperanzas muy fundadas de pacificar por completo la península del Yucatán sometiendo de modo definitivo á las rebeldes tribus mayas, cuyo país, ya convertido en el nuevo «Territorio Quintana Roo,» ofrece gran porvenir por la fertilidad de sus campos, por la abundancia de preciosas maderas y por la situación y condiciones de su costa, donde pueden abrirse puertos que faciliten el desarrollo del comercio con las Antillas y con la vecina colonia de Belice.

Por todos estos motivos, Méjico ejerce hoy más atracción de emigrantes y capitalistas extranjeros que en pasados años, y legaciones europeas, como la de Bélgica, informan detalladamente desde la capital de la República para que los suyos sepan á qué atenerse respecto á las circunstancias de la vida, del trabajo y de las relaciones sociales en campos y ciudades. Por cierto que en ese informe se llama la atención de los belgas acerca de la conveniencia de evitar litigios por las dificultades y complicaciones que ofrecen los procedimientos judiciales en Méjico; «se necesitan, dice, mucha paciencia y muy buen humor para soportar todas sus minucias.» Lo mismo que en España.

Según una reciente estadística, hay en Méjico 18 bancos, 118 fábricas de hilados y tejidos de algodón, 2.211 fábricas de alcohol, 721 de cigarros y 72 de cerveza. Los ferrocarriles construídos suman 14 850 kilómetros. El valor fiscal de la propiedad urbana es de 350.524.000 pesos oro; el de la rústica 424.000.000. Hay 11.925 escuelas, 33 museos, 139 bibliotecas, 49 sociedades científicas y literarias y 702 periódicos.

***

Los temblores de tierra han destruído ciudades y aldeas en Guatemala. San Marcos, San Pedro, Totonicapán, Mazatenango, Quezaltenango están en ruinas. De la última ciudad citada puede decirse que nada queda en pie; el desastre fué completo. Durante muchos días las familias tuvieron que acampar al aire libre ó bajo tiendas, en torno de grandes fogatas por la noche, y los más afortunados ó más ricos, los que podían pagar 10 pesos diarios, vivían en el interior de los carruajes de tranvías. Casas, maquinarias, plantaciones, todo ha desaparecido; las pérdidas materiales se calculan en 200 millones de pesos. El gobierno ha dispuesto que se proceda inmediatamente á reedificar la ciudad de Quezaltenango hacia el Norte del lugar que ocupaba, y se han donado terrenos á los propietarios de las casas destruídas.

***

En este año y en el próximo hay que proceder á elección de jefes de Estado en varias Repúblicas. En octubre termina el período presidencial de Terencio Sierra; ha comenzado, pues, la campaña electoral en Honduras, y son tres los candidatos, el general Bonilla, el general Rosales y D. Juan Angel Arias Se dice que Sierra no aspira á la reelección El Salvador habrá de elegir presidente en enero de 1903. En Costa Rica hay ya nuevo presidente, don Ascensión Esquivel. También en el próximo año acaban los poderes del presidente de la República oriental del Uruguay Dr. Cuestas; como candidatos probables se citan á D. Eduardo Mac Eachen y al presidente del Senado Dr. Juan Carlos Blanco. En el Paraguay son candidatos á la presidencia D. Cecilio Báez, del partido liberal radical, y D. Juan C. Ezcurra, del partido nacional republicano.

***

Por fin parece que se restablece la paz en la desgraciada Colombia. Se habían entablado negociaciones en Nueva York entre los bandos enemigos, representados los liberales por el general Vargas Santos, y el gobierno por el general Reyes y el doctor Concha. En Bogotá no estaban de acuerdo los ministros, pues unos exigían la sumisión incondicional de los revolucionarios y otros se hallaban dispuestos á transigir. Han predominado los temperamentos de concordia, acaso gracias á los buenos oficios del gobierno de Wáshington, á quien ahora conviene la normalidad para pactar sobre el asunto del canal, y en principio se ha convenido la pacificación sobre la base de amplia amnistía para los llamados delitos políticos.

El nuevo estado de cosas en Colombia ha de influir, seguramente, en Venezuela, donde la guerra y el apasionamiento de los partidos llegan á su período álgido. Castro, siempre dispuesto á resistir á sus enemigos, modificó el Gabinete en mayo último y dejó en suspenso todas las garantías constitucionales. Matos, actuando ya como jefe de gobierno provisional, lanza proclamas contra Castro, «contra la infame tiranía, dice, del hombre que ha arruinado y deshonrado la República.» ¿No habrá algún medio de conciliación, como en Colombia?

***

Un explorador inglés, Conway, un banquero neoyorquino, Pierpont Morgan, se pusieron de acuerdo para constituir un gran sindicato destinado á explotar los ricos territorios del corazón de la América meridional, de la zona del Amazonas superior donde coinciden los dominios del Brasil, del Perú y de Bolivia. Se trata de la famosa región del Acre que no ha mucho casi llegó á ser un Estado independiente y sobre la cual alegan derechos las tres citadas repúblicas. La riqueza de ese país es colosal; allí están los innumerables gomeros que dan el caucho y que jamás se agotan, y tanto pueden rendir que hay quien asegura que, bien organizado el servicio de aduanas, sólo de derechos habrían de recaudarse 20 millones de pesos al año. Lo cierto es que, á pesar de que el 80 por 100 de los colonos contraen pertinaces y muchas veces mortales fiebres, de todas partes acuden inmigrantes ansiosos de hacer fortuna.

El gobierno boliviano pactó con el Sindicato la concesión de esas tierras; unos 50 000 kilómetros cuadrados, algo así como media Andalucía. La Compañía obtiene el derecho exclusivo de explotación del suelo y subsuelo, percibe los derechos de aduana y no paga impuestos, pero abona un tanto por ciento de los que percibe el gobierno de Bolivia. Se encarga de la policía del territorio, es decir, puede organizar, por su cuenta, fuerza pública. Se obliga á establecer servicio postal y á construir ferrocarriles. Es, en suma, un Estado casi soberano; lo rodean otros y no tiene salida al mar más que por el Amazonas, por territorio brasileño; pero no sería difícil buscarla por el Sur yendo del Amazonas al Plata por el Madera y el Paraná, salvando divisorias y cataratas por medio de canales ó ferrocarriles.

El Brasil protesta y se niega á aceptar la opción con que le brinda Bolivia. Teme la ingerencia de elementos extraños y peligrosos en la explotación de las fértiles comarcas del Amazonas. Los derechos de soberanía que el Sindicato adquiere se consideran incompatibles con los derechos del Estado en cuyo territorio ha de ejercerlos. El gobierno boliviano, al confiar á la Compañía la organización de fuerzas militares, condición esencial de la soberanía real y efectiva, transfiere de hecho parte de sus derechos soberanos, de suerte que, en caso de abuso, el gobierno brasileño se encontrará en presencia de autoridades que no debe reconocer y que, por tanto, no reconocerá. Así habla el Brasil, y amenaza romper las relaciones diplomáticas con Bolivia si persiste en mantener la concesión. Según las últimas noticias, esta República parece dispuesta á complacer al gobierno brasileño; mas por su parte, el Sindicato no renunciará con facilidad al negocio que se proponía realizar, y trata de ganarse el apoyo de banqueros alemanes para hacer más fuerza en las negociaciones pendientes con el Brasil.

***

El tratado hispano-uruguayo de arbitraje ha sido objeto de polémica en la prensa y en el Senado de Montevideo. Debatióse en primer término si las cuestiones de derecho internacional privado quedaban ó no fuera del convenio. «Todas las cuestiones de cualquier naturaleza» serán objeto del arbitraje; así dice el art. 1.° del tratado. Temían, pues, algunos que el Tribunal arbitral pudiera llegar á ser un tribunal de revisión de las sentencias de los Tribunales de la República. Por otra parte, si no había avenencia entre España y el Uruguay respecto á la designación de árbitro, venía á serlo el Tribunal de La Haya. «Nosotros vamos, decía *El Siglo*, de Montevideo, atados de pies y manos á someter todas nuestras cuestiones al tribunal de La Haya, sin excluir aquellas que, como las de derecho internacional privado, están de antemano resueltas contra nuestro país por la opinión unánime de los internacionalistas europeos.»

Como se ve, había cierta desconfianza, y sobre todo mala voluntad hacia esa conferencia de La Haya, á la que no fueron invitados, los Estados del Centro y Sur de América. Recordemos que en el acta del Convenio para el arreglo pacífico de los conflictos internacionales no firman más plenipotenciarios de Repúblicas del Nuevo Continente que los de los Estados Unidos mejicanos y los Estados del Norte.

En el Senado se hizo constar que las cuestiones de derecho internacional privado no son ni han sido nunca materia de reclamaciones diplomáticas y, por consiguiente, jamás han podido abocar á un conflicto armado. Al arbitraje se acude precisamente para evitar estos conflictos, y no habiendo posibilidad de llegar á ellos, claro es que no son de la naturaleza de los que pueden hacer necesario el arbitraje. En cuanto á la suspicacia de que apelando al Tribunal de La Haya no pudiera haber árbitros designados por el Uruguay, se recordó que, según el art. 32 del Convenio de dicha ciudad, las funciones arbitrales pueden ser conferidas á un árbitro único ó á varios árbitros designados libremente por las partes.

El tratado hispano-uruguayo se votó al fin sin modificación ninguna. Tratándose de España, no había ni hay que temer interpretación ó aplicación con daño de la República del Uruguay. Como decía el senador Sr. Vázquez Acevedo, no hay ningún conflicto pendiente entre ambos pueblos. «Están ya satisfactoriamente arregladas con la madre patria por el tratado de 1882 la cuestión sobre reconocimiento de nuestra independencia, la de la deuda por obligaciones de la época colonial y la de ciudadanía de los hijos de españoles que nacen en el territorio de la República, cuestiones graves aún pendientes con algunos otros Estados del mismo origen que el nuestro. No hay tampoco probabilidad alguna de que se suscite con España en muchísimo tiempo ningún conflicto de importancia, ya que la gran distancia que separa á los dos países suprime muchas diferencias y evita muchos rozamientos de intereses á que están expuestas las naciones vecinas. La Comisión de Legislación no vió por eso en el tratado con España más que una nueva y feliz oportunidad de prestigiar con la adhesión de la República el gran principio del arbitraje de que es y viene siendo la América el paladín más entusiasta y decidido.»

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

AMOR DE ARTISTAS

Los marqueses de Guzmán sucumbían al dolor de la mayor desgracia.

El hijo único, heredero de timbres nobiliarios que seguramente acrecentarían sus talentos y de caudales fabulosos con que sostener la magnificencia proverbial de ilustres antepasados, apenas cumplidos los quince años, edad de las más atrevidas esperanzas, fué víctima de enfermedad gravísima cuyos efectos alcanzaron al más preciado de los sentidos.

La ciencia logró, no sin esfuerzo, arrebatar á la muerte una segura presa; pero el mal hizo grandes estragos en la vista del joven marquesito, y á la progresiva debilidad sucedió un triste amanecer en que el sol no consiguió impresionar aquellos ojos nacidos para la contemplación de una felicidad segura.

Desde ese día, el palacio de Guzmán cerró al mundo sus puertas, reduciéndose los padres amantísimos de Alfredo al exclusivo cuidado del hijo querido, á mitigar con la solicitud del verdadero cariño la desdicha indescriptible que supone vivir condenado á las tinieblas quien gozó una vez de la contemplación de la naturaleza.

La que hasta entonces fué mansión favorita de la dicha, convirtióse rápidamente en templo del dolor. Y ya no pensaron los infortunados padres sino en ocultar su llanto y distraer cuanto posible fuera la vida de su hijo, sin renunciar jamás, por supuesto, á la esperanza de que la ciencia lograra devolver á la cámara obscura de aquellos ojos mortecinos la impresionabilidad retentiva que va enviando incansablemente al álbum de la memoria cuantos clisés produce la contemplación de la naturaleza y de la vida.

Alfredo aceptó resignadamente su desdicha, y como gran aficionado de la música, encontró en el divino arte alguna compensación á los placeres que le robara la ceguera.

Alternando con el constante ir y venir de los más eminentes oculistas del mundo entero, reunióse en torno del marquesito una corte de maestros y compositores, artistas famosísimos, que pronto hubieron de considerarle camarada. Como siempre, el arte superó á la ciencia, y sus consuelos pródigos ahuyentaban á veces del espíritu de Alfredo el triste recuerdo de lo perdido.

A cada desahucio médico correspondía un sensible progreso en el manejo del violín, que satisfacía la pasión artística del ciego. Las notas substituyeron á los rayos del sol, la armonía al colorido, los motivos á los cuadros plásticos de la vida, los grandes poemas musicales á los sublimes espectáculos de la naturaleza. El sonido triunfó de la luz, contra la ley física que consigna mayor vibración del éter en este segundo fenómeno, y Alfredo llegó á considerarse feliz cuando con el arco improvisaba melodías dulcísimas y pasajes épicos, inspirados á veces en el recuerdo de su misma desgracia.

Consagrado en absoluto al estudio pasó todo el primer invierno de la eterna noche de su vida, y apenas algunas flores anunciaron la proximidad de la primavera, los marqueses de Guzmán determinaron fortalecer al cieguecito obligándole á la actividad corporal en la más hermosa de sus residencias veraniegas.

Trasladáronse á un antiguo castillo, recuerdo histórico de la nobleza del apellido, situado á orillas del Océano, entre bosques cuya espesura creyérase buscada para ocultar á la profanadora curiosidad la irreparable desgracia de inspirar compasión quien hasta entonces sólo despertó la envidia de todos los campesinos comarcanos.

Aun allí, alejado de sus relaciones artísticas, continuó Alfredo consagrado á su pasión favorita. Durante las horas de calor repasaba en el piano las óperas que oyó cantar en el Real á los más célebres artistas de la época en aquellos tiempos que como sueños se representaban á su imaginación, juzgándolos, cuando más, recuerdos de otra vida ya extinguida que por transmigración sin duda del espíritu encarnaba ahora en su ser. Y á la caída de la tarde solían padre é hijo hacer largas expediciones por los lugares inmediatos, bien á orillas del mar, bien por los bosques que abundaban en la comarca, deteniéndose frecuentemente para rendir Alfredo algún tributo á su delirio artístico, pues ni aun en aquellos momentos consentía separarse del violín, único consuelo de su desdicha.

Era entonces cuando su inspiración llegaba á más felices concepciones, improvisando bellísimas armonías en que combinaba los sublimes ruidos de la naturaleza con el estado de su espíritu entristecido: cantos de amor de un ruiseñor que aun ciego quisiera saludar el despertar del día.

Una tarde hicieron alto en las frondosas cercanías de antigua casa solariega, convertida en finca de alquiler por sus modernos y plebeyos propietarios.



Allí, como en todas partes, Alfredo buscó en el violín alguna expansión á su alma, y comenzó á tocar el dúo de *Lohengrin*

Allí, como en todas partes, Alfredo buscó en el violín alguna expansión á su alma, y comenzó á tocar el dúo de *Lohengrin*. ¡Cuál no sería su sorpresa cuando á sus oídos llegaron ecos de lejanos acordes de un piano en que, como cosa de sueños, Elsa respondía á las demandas de amor del fantástico personaje!

Fué extraordinaria la emoción que á Alfredo produjo aquella inesperada y gratísima conjunción artística.

En vano el padre intentó calmar la excitación nerviosa del cieguecito, reduciendo el suceso á las más modestas proporciones de la realidad.

Alfredo tan sólo replicó que adivinaba un gran artista. Pero quedóse, para sus adentros, con la segura impresión de que era una mujer, sin duda hermosa y de poéticas inclinaciones, quien tan oportunamente había respondido al protagonista de su ópera favorita.

Aún más, adivinaba que aquella mujer también sufría, y también como él buscaba un amor que ocupara el vacío de su alma. Y no fué necesario más para que esta pasión, hasta entonces para él desconocida, bajara del cerebro al corazón de Alfredo, violentando la resignación de su espíritu.

Durante varias tardes repitió la misma prueba, siempre con igual halagüeño resultado. Al canto de *Rahul* respondióle *Valentina;* al de *Radamés, Aida;* al de *Sansón, Dalila;* al de *Hámlet, Offelia*...

Y una tarde hubo un momento en que *Margarita* y *Fausto,* salvando las distancias, llegaron á confundir sus melodías con precisión verdaderamente matemática. Las notas semejaban invisibles emisarios de amor que iban á encontrarse en el espacio, las ondas sonoras se cruzaban en abrazos de infinita pasión, dirigiendo sus vibraciones al corazón aún más que á los oídos; y los desconocidos amantes, excitados por el indescifrable misterio de su inespe-

rada conjunción artística, tuvieron instantes de esa fiebre que inmortaliza á los elegidos.

Pero Alfredo, dichoso en sus conversaciones musicales con la mujer adivinada, al regresar al castillo sentía en su espíritu, cada día con mayor violencia, el deseo de verla, estériles protestas sugeridas por el recuerdo de más felices días.

Los padres, alarmados, hicieron venir al lugar á los más reputados oculistas extranjeros, en tanto calmaban la febril impaciencia del hijo con la esperanza de una próxima operación que había de reintegrarle la plenitud de los sentidos.

Mientras este día llegaba, Alfredo no faltó una sola tarde á la cita tácitamente convenida entre los amantes artistas. Iba ya seguro de que la imaginación no le engañaba.

Por referencias de la servidumbre sabía que habitaba la antigua casa solariega un aristócrata matrimonio inglés, cuya hija, de diez y ocho bellísimos abriles, buscaba en las playas meridionales algún alivio á la tisis inicial que minaba su débil naturaleza.

La imaginaba rubia, fina, esbelta, tipo ideal de una raza en que la mujer encarna la suprema elegancia, y artista además, artista de corazón ardiente y grande fantasía, revelados en la facilidad de acomodarse á la diversidad de emociones estéticas á que él la había sometido como prueba de la impresionabilidad de su temperamento.

– ¿Cuándo es la operación?, preguntaba sin cesar, desde entonces, Alfredo.

– Pronto, hijo, pronto, replicaba el padre casi automáticamente, violentando la sinceridad de su corazón desengañado para sostener la esperanza de aquel otro pedazo de corazón, esclavo irredimible, al parecer, de la desgracia.

Y así transcurrían pesadamente días y semanas, renovándose padre é hijo las mismas fantásticas esperanzas.

Por fin, á las constantes demandas de los padres, presentóse un día en el castillo un oculista inglés, más sabio ó más audaz que otros especialistas igualmente famosos, cuyas promesas llegaron á inspirar absoluta confianza.

El milagro lo realizaría una operación sencillísima que en pocos días devolvería la vista al infeliz enamorado.

– ¡La veré! ¡La veré! ¡Podré buscarla!, repetíase sin cesar el cieguecito.

Idea fija que hubiera acabado con su razón á prolongarse la esperanza.

Y así aguardó encerrado en su gabinete, convertido en cámara obscura, ocho días de impaciencia mortal exigidos por el médico para asegurar el éxito de la operación que restituiría la felicidad á aquella familia entristecida.

El padre constituyóse en incansable enfermero. La madre vivió aquella semana en la capilla. Y el oculista dedicó sus diarias visitas á conservar el fuego sagrado de la esperanza.

***

A la inglesita, que ignoraba en absoluto la suerte de su soñado amor, parecíale eterna la ausencia del artista desconocido.

Pasaba las noches asomada á los balcones del jardín, castigando su débil pecho con la férrea dureza de la barandilla, clavada la cabeza en las manecitas con frecuencia ocupadas en enjugar las avenidas de su corazón desbordado por los desengaños, atenta á cuantos rumores llegaban á su oído, esperando en vano el eco de un amor ideal en que cifró todas sus esperanzas.

A veces iniciaba en el piano alguna de las melodías favoritas, tanto como gritar: «¿Estás, bien mío?» Pero se asomaba de nuevo, y el solemne roncar de la naturaleza parecía responder á sus oídos de tísica: «¿Quién piensa en románticas fantasías?»

Una madrugada pasó cerca del jardín la ronda de mozos tocando los guitarros. «¡Ya está!,» se dijo. Saltó de la cama, se asomó... y llorando su decepción quedóse en el balcón medio dormida, sin darse cuenta de la frialdad del viento tempestuoso que azotaba los árboles, ni de la lluvia torrencial que empapaba su débil ropaje. Pasó así largo rato, hasta que un brusco escalofrío la volvió á la realidad, y calenturienta cerró el balcón mecánicamente y se acostó murmurando entre sollozos: «¡Me ha olvidado!»

***

Pocos días después en el castillo de Guzmán todo era dicha.

Los padres tiritaban de emoción ante la gran seguridad del doctor famoso; éste preparaba con orgullosa calma, atento á los más nimios detalles de la *mise en scene,* la solemne demostración de su gran triunfo; y Alfredo repetíase aún en las convulsiones de su esperanza incierta: «¡Por fin podré verla! ¡Iré á buscarla!»

Quitó el doctor las vendas al cieguecito, levantó-



La sonámbula, estatua de Alfonso Canciani (del «Deutsche Kunst un Dekoration,» editado por Alejo Koch en Darmstadt)

le los recortes azulados que tapaban sus ojos, y abriendo tímidamente la ventana le dijo con imperio:

– ¡Mira!

Gritó el vidente, loco de alegría; cerró en seguida los ojos como miedoso del mundo ya olvidado, y al volver á abrirlos, intentó volcar en ellos de una vez el universo, por si acaso de nuevo se cegaban.

Un espectáculo tristísimo vino casualmente á contrarrestar la alegría del increíble triunfo.

En aquel momento atravesaban la carretera varios sacerdotes entonando el fúnebre pregón de la muerte, seguidos de una carroza del color de la inocencia.

Al marquesito se le saltaron violentamente las lágrimas, y un fatal presentimiento le obligó á preguntar:

– ¿Entierran á una joven?

– Sí, contestó el médico. Una infeliz compatriota mía, gran artista; estaba tísica. ¡Pobre Lady Betty!

– ¡Lady Betty!, rugió Alfredo.

– ¿Acaso la conocías?, exclamaron los padres sorprendidos.

– No, les replicó cayendo desvanecido. ¡La adoraba!

A. Aguilera y Arjona.

(Dibujo de Mas y Fontdevila.)

TIERRA CALIENTE

LOS TIBURONES

Hace bastantes años, como final á unos amores desgraciados, me embarqué para Méjico en un puerto de las antillas que fueron españolas. Era yo entonces mozo y algo poeta, con ninguna experiencia y harta novelería en la cabeza, pero creía de buena fe en muchas cosas de que dudo ahora, y libre de escepticismos dábame buena prisa á gozar de la existencia. Sin que lo confesase, y acaso sin saberlo, era feliz con esa felicidad indefinible que da el poder amar á todas las mujeres. Sin ser un donjuanista he vivido una juventud amorosa y apasionada, pero de amor juvenil y bullente, de pasión equilibrada y sanguínea; los decadentismos de la generación nueva no los he sentido jamás. Todavía hoy, después de haber pecado tanto, tengo las mañanas triunfantes, como dijo el poeta francés.

El vapor que me llevaba á Méjico era el *Dalila,* hermoso barco que después naufragó en las costas de Bretaña. Aun cuando toda la navegación tuvimos tiempo de bonanza, como yo iba herido de mal de amores, los primeros días apenas salí de mi camarote ni hablé con nadie. Cierto que viajaba para olvidar, pero hallaba tan novelescas mis cuitas, que no me resolvía á ponerlas en olvido. En todo me ayudaba aquello de ser yanqui el pasaje...

¡Cuán diferente mi primer viaje á bordo del *Masaniello,* que conducía viajeros de todas las partes del mundo! Recuerdo que al segundo día ya tuteaba á un príncipe napolitano. No hubo entonces damisela mareada á cuya pálida y despeinada frente no sirviese mi mano de reclinatorio. Érame divertido entrar en los corros que se formaban sobre cubierta á la sombra de grandes toldos de lona, y aquí chapurrear el italiano con los mercaderes griegos de roja tez y fino bigote negro, y allá encender el cigarro en la pipa de los misioneros mormones. Había gente de toda laya: tahures que parecían diplomáticos; cantantes con los dedos cubiertos de sortijas; comisionistas barbilindos que dejaban un rastro de almizcle, y generales americanos, y toreros españoles, y judíos rusos, y grandes señores ingleses. Una farándula exótica y pintoresca, cuya algarabía causaba vértigo y mareo.

El amanecer de las selvas tropicales, cuando sus macacos aulladores y sus verdes bandadas de loritos saludan al sol, me ha recordado muchas veces la cubierta de aquel gran transatlántico con su feria babélica de tipos, de trajes y de lenguas; pero más, mucho más me lo recordaban las horas untadas de opio que constituían la vida á bordo del *Dalila.* Por todas partes asomaban rostros pecosos, cabellos azafranados y ojos perjuros. ¡Yanquis en el comedor, yanquis en el puente, yanquis en la cámara! ¡Cualquiera tendría para desesperarse! Pues bien: yo lo llevaba muy en paciencia. Mi corazón estaba muerto; tan muerto, que no digo la trompeta del Juicio, ni siquiera unas castañuelas le resucitarían. Por no ver aquella taifa de usureros yanquis, apenas salía de mi camarote ni hablaba con nadie; solamente cuando el sol declinaba iba á sentarme á popa, y allí, libre de importunos, pasábame las horas viendo borrarse la estela del *Dalila.* El mar de las antillas, cuyo tremendo seno de esmeralda penetraba la vista, me atraía, me fascinaba, como atraen y fascinan los ojos verdes y traicioneros de las hadas que habitan palacios de cristal en el fondo de los lagos.

También algunas veces venía á sentarse en la popa del *Dalila* una singular mujer, especie de Salambó, á quien sus criados indios, casi estoy por decir sus siervos, llamaban dulcemente Nina Chole. Era una belleza bronceada, exótica, con esa gracia extraña y ondulante de las razas nómadas; una figura hierática y serpentina que evocaba el recuerdo de aquellas princesas hijas del Sol que en los poemas indios resplandecen con el doble encanto sacerdotal y voluptuoso.

Vestía como todas las criollas yucatecas, albo hi-



LA PEQUEÑA ESCLAVA, cuadro de Antonio Fabrés

pil recamado con sedas de colores – vestidura indígena semejante á una tunicela antigua – y zagalejo andaluz, que en aquellas tierras ayer españolas llaman todavía con el castizo y jacaresco nombre de fustán. El negro cabello caíale suelto, el hipil jugaba sobre el clásico seno. La Nina Chole tenía esas bellas actitudes de ídolo, esa quietud estática y sagrada de la raza maya; raza tan antigua, noble y misteriosa, que parece haber emigrado del fondo de la India...

Era ya de noche cuando el *Dalila* dió fondo en aguas de Yucatán. Hallábame yo entonces en mi camarote tendido en la litera y fumando una pipa, cuando se abre la puerta y veo aparecer á Julio César – un rapazuelo mulato con que el año anterior habíame regalado en Jamaica cierto aventurero portugués, que andando el tiempo llegó á general y ministro en la República Dominicana. – Julio César se detiene en la puerta, bajo el pabellón que forman las cortinas.

– ¡Mi amito! A bordo viene un moreno de marinero que mata lo tiburone en el agua con el trinchete. ¡Suba, mi amito, no se dilate!

Y desaparece velozmente como esos etíopes carceleros de princesas en los castillos encantados. Yo, espoleado por la curiosidad, salgo tras él. Heme en el puente que ilumina la plácida claridad del plenilunio. Un negro colosal, con el traje de tela chorreando agua, se sacude como un gorila en medio del corro que á su alrededor han formado los pasajeros, y sonríe mostrando sus blancos dientes de animal familiar. A pocos pasos, dos marineros encorvados sobre la borda de estribor halan un tiburón medio degollado que se balancea fuera del agua, al costado del *Dalila*. Mas he ahí que de pronto rompe el cable, y el enorme cetáceo desaparece en medio de un remolino de espumas. El negrazo musita apretando los labios elefantíacos:

– ¡Pendejos!

Y se va, dejando como una estela en la cubierta del navío la huella húmeda de sus pies descalzos. Una voz femenil le grita desde lejos:

– ¡Che, moreno!..

– ¡Voy horita, niña! No me dilato.

La forma de una mujer blanquea sobre negro fondo en la puerta de la cámara. Yo reconocí á Nina Chole. El marinero se acerca.

– ¿Mandaba alguna cosa, niña?

– Quiero verte matar un tiburón.

El negro sonríe, con sonrisa de salvaje, y pronuncia lentamente, sin apartar los ojos de las olas que argenta la luna:

– No puede ser, mi amita... Se ha juntado una punta de tiburones, ¿sabe?

– ¿Y tienes miedo?

– ¡Que va!.. Aunque fácilmente como la sazón está peligrosa... Vea su merced no más...

La criolla no le dejó concluir.

– ¿Cuánto te han dado esos señores?

– Veinte tostone; dos centine, ¿sabe?

Oyó la respuesta el contramaestre que pasaba ordenando una maniobra, y con esa concisión ruda y franca de los marinos curtidos, sin apartar el pito de los labios, sin volver la cabeza, apuntóle:

– Cuatro monedas, y no seas guaje.

El negro pareció dudar. Asomóse al barandal de estribor, y observó un instante el fondo del mar donde temblaban amortiguadas las estrellas.

– Cuatro centine. ¿Le apetece á mi amita?

La Nina Chole, con ese desdén patricio que las criollas opulentas sienten por los negros, volvió hacia él su hermosa cabeza de reina india; y en tono tal que las palabras parecían dormirse cargadas de tedio en el borde de los labios, murmuró:

– ¿Acabarás? ¡Sean los cuatro centenes!

Los labios hidrópicos del negro esbozaron una sonrisa de ogro avaro y sensual. Seguidamente despojóse de la camiseta, desenvainó el cuchillo que llevaba en la cintura, como un perro de Terranova tomóle entre los dientes, y se encaramó sobre la borda. El agua del mar relucía aún en aquel torso desnudo que parecía de barnizado ébano. Inclinóse el negrazo sondando con los ojos el abismo. Luego le vi erguirse negro y mitológico sobre el barandal que iluminaba la luna, y con los brazos extendidos echarse de cabeza y desaparecer buceando.

Tripulación y pasajeros, cuantos se hallaban sobre la cubierta del *Dalila*, agolpáronse á las bordas. Todas las miradas quedaron fijas en un remolino de espumas que no tuvo tiempo de borrarse, porque casi incontinenti salió á flote la testa chata y lanuda del marinero. Nadaba ayudándose de un solo brazo, mientras con el otro sostenía entre aguas un tiburón degollado por la garganta, donde aún traía clavado el cuchillo. Tratóse en tropel de izar al negro; arrojáronse cuerdas ya para el caso prevenidas, y cuando levantaba medio cuerpo fuera del agua, rasgó el aire un alarido horrible, y le vimos abrir los brazos y desaparecer sorbido por los tiburones...

No tuviera yo tiempo á recobrarme, cuando sonó á mi espalda una voz que decía en inglés:

– Sir, présteme usted cuatro libras.

Al mismo tiempo alguien tocaba suavemente mi hombro. Volví la cabeza y halléme con la criolla. Rogóme con cierto misterio que la dejase sitio; y doblándose sobre la borda, arrojó al mar, lo más lejos que pudo, cuatro monedas de oro. En seguida volvióse á mí con gentil escorzo de todo el busto.

– ¡Ya tiene para el flete de Carón!..

Yo debía estar más pálido que la muerte; pero como la criolla fijaba en mí sus hermosos ojos y sonreía, vencióme el encanto de los sentidos, y mis labios aún trémulos pagaron aquella sonrisa cruel con la sonrisa humilde del esclavo que aprueba cuanto hace su señor...

R. del Valle-Inclán.



Un patio de Cadaqués, cuadro de Eliseo Meifrén (Exposición del Círculo Artístico)

EL HOSPITAL DE ALCOHOLIZADOS

de Santa Ana, de París

(Véase el grabado de la página 449.)

La mejor descripción que podemos hacer del hermoso cuadro de Mencina Krzesz que en el presente número publicamos, la encontramos hecha en la interesante novela de Adolfo Brisson *Florise Bonheur*, recientemente publicada en París por la casa Ernesto Flammarión, de la que traducimos el siguiente fragmento relativo al tema del lienzo citado.

«Santa Ana... Mansión de horror, infierno en donde el hombre sano de espíritu no puede entrar sino temblando. Sólo por lo que de él había leído conocía aquel hospital, y nunca sospeché que había de visitarlo en tan extrañas circunstancias. Por otra parte, la locura me inspira un horror invencible, así es que tenía prisa por huir de aquellos terribles lugares; pero el doctor Joffroy y su jefe de clínica M. Fursac me retuvieron, prometiéndome atender solícitamente á mi protegido, y con gran amabilidad me invitaron á visitar las salas donde éste sería albergado.

»¡Qué excursión! De ella guardaré memoria mientras viva. Al trazar estas líneas, observo centenares de ojos que me acechan, me vigilan, me contemplan, me anonadan y me imploran. Ojos furibundos, ojos suplicantes, ojos fúnebres, ojos tiernos y ojos alegres, estos últimos los más desgarradores de todos.

»¡Los ojos de los locos! ¡Poema incomprensible, tragedia viviente! M. Fursac me llevó á la cama de un personaje de aspecto agradable, de semblante lozano, de barba monacal, de porte majestuoso.

– »Presento á usted, me dijo, á M. Godin, que próximamente ha de suceder á San Pedro.

»Y M. Godin me confió gravemente su secreto: Dios le reveló que subiría al trono de Pedro, á la muerte de León XIII. Y me resumió en sus grandes líneas la historia del pontificado sin olvidar un nombre, ni una fecha, empleando frases escogidas, expresándose con unción discreta, con elocuencia y elegancia. Y cuando me separé de él, me dió su bendición, dominándome con su augusto ademán é impresionándome con su dignidad serena...

»De pronto se oyeron gritos estridentes y acercóseme un hombrecito regordote, jovial, familiar, que, tuteándome como á un antiguo amigo, me dijo:

– »Mi querido Richelieu, mañana presideré el consejo á las nueve en punto; sé puntual.

– »¿Quién es usted, caballero?

– »¡Que quién soy, gran imbécil! Soy el tsar, el tsar Nicolás...

– »Tú eres el tsar, dijo otro sujeto mezclándose en nuestra conversación, yo soy Rothschild... ¡Perfectamente! ¡Rothschild!

»Y viendo que yo guardaba silencio, se incomodó, hincháronse sus narices y apretáronse sus mandíbulas.

– »¡Sí, Rothschild! ¡Sí, Rothschild! ¿No quieres creerme, ladrón, asesino? ¡Hola! ¡Que me traigan mis botas de montar!

»Los guardianes acuestan de nuevo á aquel furioso. Y de la otras camas sale un coro de conmovedores lamentos.

– »¡Caballero, quiero salir! ¡Quiero marcharme! ¡Doctor, doctor!

»Pero el doctor está lejos y me arrastra consigo.

»Ahora son mujeres las que nos rodean. Dos viejas amables se me acercan haciéndome grandes reverencias; una de ellas, sacándose del bolsillo un retrato de un oficial de cazadores me dice:

– »Es mi hijo.

»Y besa amorosamente la fotografía.

»Su compañera la interrumpe exclamando:

– »¡Ay! ¡Yo no tengo hijo! ¡No tengo esposo! ¡No tengo nadie que me defienda! Por esto me han encerrado.

»Y cuando nos retiramos, aquellas larvas se precipitan y se oye un aullido prolongado, formado por cincuenta voces.»

CRÓNICAS ANDALUZAS

LAS REJAS

POR JOSÉ GESTOSO Y PEREZ. – ILUSTRACIONES DE S. AZPIAZU

De todas las ciudades andaluzas, es sin duda Sevilla la que posee mayor riqueza y variedad de éstas, ya aplicadas á ventanas ó balcones, ya á las características cancelas, que dejan ver al transeunte, á través de artísticas combinaciones de cintas, balaustres y tiradillos de hierro, los peregrinos conjuntos de nuestros famosos patios.

Para los que habitan en poblaciones en las cuales desconócese por completo la manera de construir que se usa en Andalucía, que tanto tiene de romana como de árabe; para los que están acostumbrados á ver los estrechos y obscuros zaguanes de las casas de pisos, ocupados casi por los cuchitriles que sirven de portería, desde los que arranca la interminable escalera, apenas si por descripciones, aun cuando sean muy exactas, puede formar concepto del conjunto tan alegre y original, como eminentemente artístico, que ofrece la mayoría de las casas sevillanas, con sus patios inundados de luz, que rodean arquerías de medio punto ó peraltadas sostenidas por robustas columnas; revestidos sus muros, así como las tazas de sus fuentes, de polícromos azulejos moriscos, alrededor de las cuales, formando á manera de esmaltada canastilla, muéstranse en ordenado círculo numerosas macetas de claveles y de azucenas, de jacintos y alhelíes, que embalsaman el ambiente con sus fragancias.

Este aspecto es el de nuestras casas en general, que si lo hiciésemos extensivo á algunas señoriales mansiones, como las de los duques de Alba y de



LAS REJAS. – Pelando la pava

Medinaceli, es tan notablemente grandioso y rico y ofrecen tales atractivos por sus espléndidos ornatos de mármoles, yeserías mudéjares y riquísima variedad de azulejos, que bien pueden ser citadas como magníficas páginas del arte sevillano.

Pues bien, tan pintorescos conjuntos ofrécense á la vista del visitante como velados á través de los finos y delicados encajes de las cancelas, avivando así la curiosidad con el misterioso efecto que aquéllas producen, pues las intrincadas y artísticas labores de sus verjas vienen á formar como una especie de calada celosía que impide, como hemos dicho, apreciar el original conjunto de los patios al primer golpe de vista.

La tradición árabe olvidóse, con respecto al uso de las cancelas, ya en el siglo XVIII; pues sabido es que nuestros dominadores fueron siempre avaros de las preciosidades artísticas que enriquecían sus casas, ocultándolas detrás de los espesos muros de aquellas fachadas, tan sólo perforadas con los reducidos vanos de la mezquina puerta de ingreso, más bien llamado postigo, ó por algún que otro ventanillo abierto en las partes más altas, defendido con tupida celosía y obscurecido por las densas sombras que proyectaban los volados aleros de los tejados ó de los guardapolvos; siendo, por lo tanto, imposible al transeunte registrar con la vista el interior de las misteriosas moradas.

Tales costumbres fueron aceptadas por los castellanos, y todavía nuestros antiguos caserones con honores de palacios conservan aquellas trazas; pues penétrase en ellos por amplio zaguán, bastante á dar entrada á las enormes carrozas, y ya á un lado ó á otro encuéntrase el ancho portón con sus clavos de bronce ó de hierro, el cual franqueado, deja ver los hermosos patios en que un día crecieron las adelfas y los naranjos, los cipreses y laureles, bojes y arrayanes, hoy substituídos por exóticas plantas.

***

Los innumerables rejeros sevillanos de los siglos XV y XVI, cuyos nombres van poco á poco saliendo á luz, no pudieron manifestar su pericia tan completamente en aquellos tiempos como luego más tarde, cuando aplicaron su inventiva y buen gusto á la hechura de las cancelas.

Cierto que al sentir las influencias italianas y al experimentar nuestras costumbres radical transformación, las obras de rejería tomaron grandísimo incremento, al emplearlas en las ventanas, balcones, balaustradas de escaleras y sobre todo en las suntuosas verjas destinadas al ornato de los templos.

Si la aplicación de las cancelas á los patios, como hoy se usa, hubiese entonces comenzado, ¡qué composiciones tan peregrinas y artísticas habrían brotado de los peritísimos artífices, que tan original como caprichosamente supieron combinar los recuerdos moriscos con las fantásticas creaciones del estilo plateresco, y que tan hábilmente manejaban el hierro fundido como el forjado!..

Oponíanse entonces para ello, como hemos dicho, las costumbres de nuestros abuelos; y si bien el lujo de las grandes casas sevillanas hízose extensivo á todas las industrias artísticas, y entre ellas ocupa señalado puesto la de la rejería, es indudable que con sus obras enriqueciéronse los templos y las opulentas viviendas, en muchas de las cuales aún se conservan muestras de tan esmerada labor como de exquisito gusto; cualidades que bien se acreditan por las magníficas que posee nuestra catedral y por las que existen en la escalera de la casa de los Pinelos y en el palacio de los duques de Medinasidonia, conocido vulgarmente por casa de Pilato, de la cual acompaña á esta crónica exacta reproducción, debida al ilustrado artista Sr. Azpiazu.

Los artífices rejeros del siglo XVIII manifestaron su ingenio, especialmente, en la labor de las cruces de grandes dimensiones que por entonces se colocaron en esta ciudad, tan profusamente, que no hubo encrucijada, plaza ni plazuela que careciese de ellas, ya elevadas sobre pedestales, ya en retablos colocados en los muros.

Estos símbolos religiosos, los brocales de pozos y las cancelas de los patios que desde entonces empezaron á fabricar, nos muestran claramente el revesado gusto de una fatal decadencia, así como el influjo del gusto francés, que dió lugar á una labra especial y genuinamente sevillana, pues con tiradillos de hierro retorcidos en mil caprichosos sentidos combinaron dibujos no exentos de inventiva ni de gracia, los cuales adornaban con infinitas rosas de menudas hojas, pequeñas pomas y otros motivos, produciendo finos encajes más ó menos tupidos, pero todos originalísimos.



Reja de la casa de Pilato. Sevilla

De tal manera extendióse este gusto, que todas las casas sevillanas construídas desde entonces cambiaron los pesados portones de madera por las filigranadas cancelas; y cuando ya en este siglo el eclecticismo artístico invadió todas las esferas artístico-industriales, vemos resucitar lo mismo las tradiciones platerescas como los geométricos trazados de las moriscas lacerías.

Las muchachas sevillanas acogieron con gusto la innovación, pues por las cancelas *pelábase la pava* mejor y más cómodamente que por las ventanas, cuyas tupidas celosías las asemejaban á locutorio de monjas. En cambio, por la cancela del patio no había tales estorbos, y los amantes podían gozarse mutuamente en su contemplación. ¡Cuántas historias alegres y tristes podrían referirnos sus hierros! ¡Cuántas promesas, juramentos y esperanzas que no se realizaron!.. ¡De cuántos ensueños é ilusiones fueron mudos confidentes, como también de los desencantos é ingratitudes en que vinieron á parar los unos y las otras!..

¡Pelar la pava por una cancela sevillana en una noche de verano!.. ¡De allí al cielo!.., dicen los que han experimentado tan íntimo placer. Y acaso, acaso tengan razón.

Hoy que ya no se usan celosías en las ventanas, hay enamorados que prefieren éstas á aquéllas, siempre que su gentil dueña haya cuidado de entrelazar en los hierros, formando con ellas tupida red ó cortinaje de verdura, ramas de jazmines, de pasionarias ó de aquellas campanillas que, como dijo el inmortal Bécquer, «sin saber por qué, tienen sus hojas la forma de un corazón.»

Todavía existen en los moriscos barrios de nuestra ciudad ventanas así entretejidas, formando el más pintoresco y poético conjunto; todavía por ellas se pela la pava; y ¡cuántas veces al pasar por delante de alguna, ¿por qué no confesarlo?, hemos experimentado el aguijoncillo de la envidia, al contemplar la amante pareja que en aquel solitario y apartado lugar hallaba sintetizada la mayor ventura de la tierra en el reducido espacio de un palmo de terreno!



EL MINUÉ (ESCENA CAMPESTRE), cuadro de Watteau



EL HOSPITAL DE ALCOHOLIZADOS DE SANTA ANA, DE PARÍS, cuadro de José Mencina Krzesz. (Véase el artículo de la página 446.)

NUESTROS GRABADOS

El general colombiano D. Rafael Reyes. – Uno de los trabajos más importantes presentados á la Conferencia Internacional Americana recientemente celebrada en Méjico, ha sido la memoria del general D. Rafael Reyes, delegado be Colombia, relativa al viaje de exploración que por espacio de varios años realizó, en compañía de sus hermanos Enrique y Nestor, por la gran región fluvial llamada Amazónica de Sur América.

Esta exploración, que bien puede calificarse de heroica, costó la vida á los hermanos Nestor y Enrique, los cuales murieron, el primero devorado por los salvajes indios antropófagos que pueblan aquellas lejanas é ignoradas comarcas, y el segundo víctima de la fiebre amarilla en el seno de aquella virgen y mortífera natura eza.

La narración de este viaje hecha por el general Reyes es altamente conmovedora cuando se refiere á estos y á otros tristes episodios, y cuando relata los trabajos, los sufrimientos, las privaciones que los valientes exploradores tuvieron que afrontar, ora viviendo entre salvajes, ora careciendo de alimentos y temiendo que procurárselos por medio de la caza y de la pesca, ora durmiendo sobre candentes arenas y desafiando los rigores de una temperatura de 45° centígrados.

Y la labor realizada por aquellos intrépidos exploradores resulta más asombrosa y meritoria, si se tiene en cuenta que para llevar á cabo su empresa no percibieron de ningún gobierno subvención alguna, sino que de su peculio particular gastaron 150.000 pesos.

En el relato del general Reyes hay, además de lo ameno y conmovedor, algo muy importante, pues se trata de una exploración que da á conocer un nuevo mundo para la industria y el trabajo, según dijo el presidente de los Estados Unidos Roosevelt al general cuando éste le refería la historia de su viaje. Nada menos que cuatro millones de millas en terrenos incultos, vírgenes y ricos en producciones, son los que forman la región explorada, que cuenta con grandes saltos de agua que bastan para satisfacer las necesidades del riego en los lugares lejanos de las riberas del río y para producir la fuerza motriz necesaria para poner en movimiento toda la maquinaria que con el objeto de explotar aquella tierra de promisión quieran llevar allí el espíritu emprendedor y el capital del mundo civilizado.

En los tres reinos de la naturaleza son ricas é inmensamente explotables aquellas regiones, donde, según refiere el general Reyes, se encuentran minerales preciosos, prados capaces de contener millones de cabezas de ganado, maderas ricas, cereales, legumbres, plantas tintóreas y textiles, caucho, etc.

El explorador enlaza todas las observaciones que ha recopilado en viajes tan azarosos como de positiva utilidad para todo el continente con la idea ya aprobada del ferrocarril intercontinental, y en plano cuidadosamente trazado señala la dirección que, á su juicio, debe seguir la línea principal á fin de que por medio de ramales queden unidos los centros de aquellas regiones desconocidas y puedan entrar en el concierto del progreso y de la civilización que impera en el rico continente americano.

Los resultados de este viaje de exploración ya han comenzado á tocarse, pues gracias á los datos recogidos por el general Reyes se han establecido muchas líneas de navegación fluvial que hacen un comercio de varias decenas de millones: solamente de caucho se extrae por más de veinte millones de pesos oro para todos los mercados del mundo.

Los ríos de aquella región son navegables para buques de gran calado en una extensión de 15 000 millas.

El objeto del general Reyes al hacer el relato de su viaje es un digno coronamiento de sus afanes de explorador sabio y animoso y de gran patriota, pues desea que la humanidad entera recoja opimos frutos del sacrificio de dos héroes, mártires de su idea civilizadora, y de sus propias y grandes abnegaciones. A este efecto propuso á la Conferencia Internacional Americana las siguientes proposiciones:

1.ª Que se declare libre para todas las banderas del mundo la navegación fluvial en aquella zona que ha recibido el nombre de Mediterráneo de Sur América, reservándose sólo cada una de las naciones unidas por los ríos navegables sus correspondientes derechos de aduanas para las mercancías que en ellas se descarguen para el consumo;

Y 2.ª Que se complete esta red natural de comunicaciones por medio del ferrocarril panamericano que pueda unir con ramales los brazos del río y los ríos que no están en contacto directo, para lo cual los diversos países por donde ha de pasar el ferrocarril deberán subvencionar á la empresa con terrenos baldíos de la zona amazónica.

Estas dos proposiciones han de ser objeto de un convenio especial que habrá de celebrarse entre los representantes de las repúblicas americanas en la conferencia.

A la relación de su viaje acompaña el Sr. Reyes un plano explicativo que comprende la América del Norte, la Central y la Meridional y en el que están marcados:

1.° La línea del proyectado ferrocarril intercontinental de Nueva York á Santiago de Chile;

2.° Las exploraciones hechas por los hermanos Reyes en el Amazonas y sus afluentes;

3.° La extensión navegable por vapores de mar y de río del Amazonas y de sus afluentes que, según hemos dicho, es de 15.000 millas;

4.° La comunicación posible entre la hoya del Amazonas y la del Río de la Plata y la que existe entre el primero de estos ríos y el Orinoco;

5.° La región que contiene caucho, cacao y otros valiosos vegetales;

6.° La cordillera de los Andes en la cual están indicados los puntos que contienen minas de oro, plata, cobre, hulla, etc.;

7.° La región de praderías de pasto natural para crías de ganado;

Y 8.° Los lugares habitados por tribus salvajes.

El general Reyes mereció los más entusiastas plácemes de todos los delegados en la citada Conferencia, y es indudable que los Estados americanos interesados en su proyecto le concederán todo su apoyo para que pueda ser en todas sus partes una realidad dentro de breve plazo. Asimismo merece bien de cuantos aman la civilización, porque gracias á sus heroicos esfuerzos y á sus inmensos sacrificios no tardarán en convertirse en inagotables fuentes de riqueza vastísimos territorios hasta ahora desconocidos.

Nuestro estimado corresponsal en Méjico D. Ramón de S. N. Araluce está haciendo actualmente una edición de este interesante viaje en cuatro idiomas, español, francés, alemán é inglés, que no dudamos tendrá extraordinario éxito.



El general colombiano y célebre explorador D. RAFAEL REYES (de fotografía remitida por nuestro corresponsal en Méjico Sr. de S. N. Araluce)

Retrato de los niños L..., grupo en mármol de Eusebio Arnau (Salón Parés). – Confesamos sin rebozo que el precioso grupo compuesto de una niña y un niño, sentados en una banqueta, con los pies apoyados en mullido almohadón, unidos, juntitos, hojeando un álbum, nos produjo especialísimo encanto cuando presenciamos su colocación en el testero principal del Salón Parés. Conocíamos la valía de Eusebio Arnau, sabíamos hasta dónde podía llegar su habilidad para modelar y dar al barro ó al mármol apariencia de realidad, pero no se nos había alcanzado todavía que produ ese un conjunto que tan admirablemente entrañara distinción, delicadeza y sentimiento; porque todo ello rebosa en la producción, y se adivina que esa nítida representación evoca el recuerdo de dos ángeles, bellos y encantadores, tan puros como sin mancha se presenta el bloque que el escultor ha logrado convertir en obra de arte. Muchos plácemes merece Arnau, extensivos al Sr. Bechini, por haber sabido interpretar en el mármol el modelo de un artista meritísimo.

La sonámbula, estatua de Alfonso Canciani. – El autor de esta escultura tiene muchos puntos de contacto con los dos famosos escultores franceses Meunier y Rodin: parécese al primero por su dominio del movimiento y al segundo por el vigor con que sabe agrupar las figuras. No obstante este parecido, Canciani tiene personalidad propia, que se manifiesta de un modo elocuente en *La sonámbula*, que en la página 444 reproducimos, y que fué muy celebrada en la última exposición de los secesionistas de Viena. En esta obra ha sabido expresar el artista por modo admirable ese estado morboso que la ciencia explica y la superstición explota, y durante el cual el individuo dormido ejecuta algunas funciones correspondientes á la vida de relación exterior, sin que al despertar conserve el menor recuerdo de tales movimientos. La sonámbula de Canciani es en realidad la durmiente que se mueve como por automatismo, sin darse cuenta del acto que realiza; su rostro refleja su inconsciencia y en su actitud se marca de una manera evidente la pasividad que al sonambulismo caracteriza: la sobriedad con que está modelada la figura contribuye no poco á la impresión que la estatua produce. Canciani ha ejecutado en estos últimos tiempos multitud de modelos para la Fundición Imperial, en todos los cuales se admira el talento con que ha sabido armonizar la verdad natural con el objeto decorativo para el cual han sido hechos la mayor parte de estos modelos.

La pequeña esclava, cuadro de Antonio Fabrés. – Acostumbrados nos tiene Fabrés á reconocer su habilidad, maestría y exquisito gusto y distinción; mas preciso es confesar que cada una de sus nuevas producciones es para nosotros nueva causa de sorpresa y medio para producir nuestra admiración. Ejecutando con precisión y justeza pormenores y minucias, no puede aplicarse al distinguido pintor el calificativo de detallista, como no cabe tampoco el de efectista, puesto que las líneas y el color los utiliza como elementos, jamás como recursos. Quien haya estudiado las más importantes obras de nuestro querido amigo, podrá apreciar la exactitud de las consideraciones que exponemos y convencerse, cual lo estamos, de que es un artista sincero, de indiscutible temperamento y maestro siempre en el trazo y en la aplicación del color. Véase el lienzo *La pequeña esclava*, gallarda producción, que aporta un nuevo timbre á su ejecutoria artística, que recientemente ha sido adquirido por la suma de 8.000 francos por un inteligente coleccionista de los Estados Unidos de la América del Norte.

Un patio de Cadaqués, cuadro de Eliseo Meifrén (Exposición del Círculo Artístico). – Al ocuparnos ha poco de la gallarda exhibición de un considerable número de producciones de Eliseo Meifrén en los salones del Círculo Artístico de esta ciudad, consignamos juicios y apreciaciones. Hoy no cabe repetirlos, poro sí hacer constar una vez más que el inteligente y laborioso artista catalán ha patentizado nuevamente su valía indiscutible y la variedad de sus aptitudes. De aquel hermoso conjunto de obras forma parte el lienzo que reproducimos, uno de los más notables, á nuestro modo de ver, ya que ha de estimarse como concienzudo estudio y un medio de que el pintor se ha valido para demostrar que puede ejecutar producciones de un género que, como aquel del cuadro á que nos referimos, exigen poder asimilativo y maestría, pues de otra suerte no es posible obtener tan cumplidos resultados.

El minué (escena campestre), cuadro de Watteau. A propósito del autor de este cuadro, el famoso pintor francés, han escrito los hermanos Goncourt: «El gran poeta del siglo XVIII es Watteau. De su cabeza ha salido una creación, toda una creación de poema y de ensueño que llena su obra de la elegancia de una vida sobrenatural sacada por el pintor de las encantadas visiones de su imaginación. Este artista ha renovado la gracia; la gracia de Watteau no es la gracia antigua, es decir, un asunto vigoroso y sólido, la perfección marmórea de Galatea, la seducción enteramente plástica de la gloria material de las Venus; la gracia de Watteau es la gracia, ese algo que comunica á la mujer un atractivo, una coquetería, una belleza superior á la belleza física; es esa cosa sutil que parece la sonrisa de la línea, el alma de la forma, la fisonomía espiritual de la manera. Todas las seducciones de la mujer en reposo, la languidez, la pereza, el abandono, el descuido, la cadencia de las actitudes, la gracia de los perfiles, las morbideces de los senos, las esbelteces del cuerpo femenino, el juego de los largos dedos sobre el mango de los abanicos, las indiscreciones de los tacones altos que por debajo de las faldas asoman, la coquetería de los gestos, el movimiento de las espaldas y todo este arte, la mímica de la gracia que los espejos del siglo XVIII han enseñado á la mujer, todo revive en Watteau con su flor y su acento propios. ¡Y qué decoración! Una tierra cómplice, bosques galantes, campos llenos de música, sotos propicios á las fiestas de Eco, árboles formando glorietas de donde penden cestas de flores; desiertos lejos del mundo envidioso, refrescados por fuentes y poblados de mármoles y de estatuas; surtidores que surgen en medio de los patios de las granjas, soles de apoteosis, bellas luces que duermen sobre los céspedes; verduras translúcidas, delicias campestres, decoraciones murmuradoras y engalanadas, jardines poblados de zarzas y de rosas, paisajes de Francia plantados de pinos de Italia...»

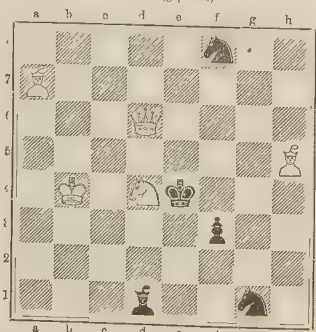
Después de este juicio de los ilustres escritores franceses, sería pálida, y por esto la omitimos, cualquiera descripción que hiciéramos del bellísimo cuadro de Watteau que en este número publicamos.

Teatros. – *Barcelona.* – Se ha estrenado con buen éxito en el teatro de Novedades *La gobernadora*, comedia en tres actos de D. Jacinto Benavente. En el Tívoli se ha cantado la ópera *Faust*, de Gounod, habiéndose ejecutado por primera vez en España el cuadro de la Noche de Valpurgis, y habiendo obtenido muchos aplausos la Sra. De-Roma y los Sres. Pagani, Sabellico y Clavería.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 286, POR O. WURZBURG.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (5 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 285, POR E. FERBER.

Blancas.	Negras.
1. Cf3—e5	1. Cualquiera.
2. C ó D mate.	

EL FILÓN

NOVELA ORIGINAL DE M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.—ILUSTRACIONES DE S. AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

–¡Bravo, bien, tío Claudio!, exclamó la joven en tono que no puede decirse si era burlón ó serio. ¡Y gracias mil por la invitación! Me arreglaré un poco; no es cosa de que me presente en su casa de cualquier manera... ¡Adiós, tío Claudio..., adiós, hasta luego!..

Y dejando de reir de pronto, las mejillas encendidas, frotándose suavemente las guedejas de las sienes, húmedos los ojos de vida y juventud, radiante, luminosa, le arrojó un beso con un ademán lleno de gracia, y el encanto deshízose inmediatamente. La visión había desaparecido.

–¡Anda con Dios, cabecita de pájaro! ¿Pensabas que el pobre viejo iba á ser la distracción de tus ocios, sin tomarse su desquite? Ya verás..., ya verás lo que te preparo... ¡Qué mujeres... y qué raza! ¿Y de estas muñequitas de cristal, y de esos lechuguinos esmirriados de los salones, va á venir la generación que nos redima?

El viejo movió la cabeza melancólicamente, en sentido de duda.

–Y es una lástima, añadió preocupado; porque está muy malita; padece de sangre azul... y de mojigatería aguda. ¡La epidemia de la raza privilegiada! ¡Pobres! ¡Si supieran el daño que hacen á los demás y el que se hacen ellos mismos! Pero no; dicen que el mal lo hacemos nosotros... ¡Los liberalotes!.. ¡Los bárbaros!.. ¡Los renegados!.. ¡Renegar yo, Dios misericordioso!, murmuró apagadamente, fija la mirada en el cielo, rebosando ternura y emoción. ¡Renegar yo de ti, que me colmas de felicidades y que me bendices en mi hijo!

Quedó así un momento, en actitud grave, llena de melancolía. No se acordaba de Matilde. Pensaba en su mujer y en su hijo, uniéndolos en su imaginación como dos suaves y serenas figuras luminosas. De aquel grave y silencioso recogimiento le sacó la presencia de un singularísimo personaje. El tío Claudio le miró de mal humor; había motivo; nada más opuesto que la persona que se había presentado, por su cabeza enorme, su frente estrechísima, de idiota, sus ojillos grises saltones, su bocaza descomunal de perro de presa y su cuerpo grandullón y destartalado, con aquellas dos figuras unidas por un nimbo de luz donde tenía puesta su alma el viejecito del *Limón*, cuando tan inoportunamente le interrumpieron.

–¿Qué *mandasté*, mi amo?, preguntó el sujeto con un vocejón que hizo estremecer toda la campiña. *Man* dicho que viniera... y vengo.

–Tenía que hablarte; esta mañana te dí un encargo. ¿Lo hiciste?

–¡Digo!

Este «digo,» por si el lector no lo sabe, quiere decir: «sí.»

–Bien, después hablaremos de eso; ahora voy á darte otro.

–*Güeno*, mi amo, *güeno*.

–Pero á todo esto, preguntó el tío Claudio distraídamente, ¿de dónde eres tú?



–¿Qué *mandasté*, mi amo?, preguntó el sujeto con un vocejón que hizo estremecer toda la campiña

–¿Yo? *Pos* de Cabra. *¿Osté* se entera? Ya me lo preguntó el *señó Ajustín* anoche. *¿Osté* se entera?

–Sí que me entero. ¿Y qué hacías en Cabra?

–*Tamién* me lo preguntó el *señó Ajustín*. *¿Osté* se entera?

–Sí que me entero; y yo te lo pregunto ahora. ¿Qué hacías allí?

–*¿Ayí? Pos* tiraba de una noria.

–¿Pero qué oficio es ese?

–*Osté* verá; como oficio, yo era hortelano; pero no había en la *güerta na* más que una *cabayería*.

–¿Y eras tú esa caballería?, preguntó el viejo gravemente.

El individuo soltó una risa descomunal, estupenda, increíble; una risa como un trueno, que trepidó formidable en los cielos y en la tierra.

–¡No, yo era otra!, exclamó en las últimas convulsiones de la risa. Es *decí*, yo era yo. *¿Osté* se entera? (Y acabó de reir con un largo *jipío*.) Pero no había *na* más que un mulo, que servía *pa to; po* la mañana, *pa yevá* la hortaliza al *mercao; ar* medíodía, *pa dí po* agua á la fuente; *po* la tarde, *pa sacá* á paseo *ar* señorito... *¿Osté* se entera? Y como la hora de *sacá* el agua *pa regá*, era la de *sacá ar* señorito..., *pos* yo tiraba... y *er* señorito salía.

–Muy bien; tiras..., digo, hablas de un modo maravilloso.

–¡Ay, con mi amo!

Y el sujeto soltó otra vez su espantosa risotada.

–¿Y hace mucho tiempo que estás en Córdoba?

–Poco; *mu poquiyo*. *Fartó* en Cabra el trabajo... y me vine.

–Perfectamente; llegaste aquí anoche; de manera que no conocerás á la señorita de la huerta inmediata, ni ella te conocerá á ti.

–¿A mí?.. ¡A mí, no!

Y el mozo de cuadra – ya habrá supuesto el lector con quién estamos tratando – soltó por tercera vez su risa, tan espantosa, tan fuera de tino, que el mundo pareció hundirse.

–Pero, desgraciado. ¿por qué te ríes de ese modo?, preguntó el viejo calmosamente.

Al viejo sólo le exasperaba su vecina.

–Es mi *maña*.

–¡Vaya... con la mañita, hombre! Dime; pero tú ¿cómo te llamas?

El mozo lanzó su horrendo *jipío* para atajar la risa, y contestó muy ufano:

–¿Yo?.. *¡Pos Troncho!*..

–¿Qué dices, criatura?

–Y por mal nombre, Frasquito.

–Bien, prefiero el mal nombre; mira, Frasquito: presta mucha atención, que voy á decirte una cosa importante. Oyeme bien; tú .. eres mi hijo...

El viejo no pudo seguir; *Troncho* se echó de rodillas, como un costal, á sus pies, y gritó lastimosamente, con las manos cruzadas:

–¡Hijo de *osté*! ¡Quién había de figurárselo! ¡Qué diría mi padre si se enterara!

–Levántate y déjame hablar.

Se levantó Frasquito, y fué calmándose cuando el tío Claudio se explicó; no era que fuese su hijo, sino que quería que pasase por tal á los ojos de la marquesita; además, Frasquito iba á fingir que llegaba de fuera, del extranjero.

–¿Oyes bien? ¿Entiendes?, insistió el tío Claudio marcándolo mucho. Del extranjero. Y en fin, vas á declararte á ella.

–Y ¿qué es *declarase?*, preguntó *Troncho*, intrigado.

–Hacerla el amor; decirla que te quieres casar con ella.

–¡Ah, *güeno güeno! Echámela po* novia.

Y *Troncho*, muy divertido con el papel que iba á representar, soltó su risa, aquella gran risa que siguió su curso hasta concluir en el famoso *jipío*.

–Eso, eso mismo, decíale el tío Claudio, cuando terminó. Echártela por novia; y á ver cómo te conduces, que luego tendrás una gran propina.

–¿Pero *eya quedrá?*, preguntó *Troncho*, apuradísimo.

–¿A ti qué te importa? Tú haces lo que te dije y será suficiente.

–¿Y tengo que *dí* á su casa?, preguntó *Troncho* de nuevo, con no menor apuro.

–No, que vendrá ella aquí: ¡mira, mira!, añadió vivamente, ¡allí asoma! ¿La ves? Corre y dile á Agustín que te vista con un traje del señorito. ¿Entiendes?

–Entiendo.

–Y le dices además á Agustín, pero explicándo-

selo muy bien, que cuando te haya vestido, se ponga donde esté viéndome, pero sin que la señorita le vea; y cuando observe que yo meto la mano en el bolsillo y saco el pañuelo, que me llame como si fuera cosa muy urgente; se quedará la señorita sola, y entonces apareces tú: ¿te has enterado bien?

– Sí, sí, mi amo.

– ¿Te acordarás de todo?

– Sí que *macordaré; osté* lo verá.

– Vete, vete; escóndete, que ya se acerca.

Se fué *Troncho,* y poco después apareció la marquesita. El tío Claudio salió á su encuentro, galantemente.

V

¿Qué tramaba el tío Claudio contra su temible enemigo?.. Como en estos momentos el lector se expone á extraviarse en la opinión que pueda formar de mi heroína, conviene decirle, para guiar su juicio, algo de importancia.

Matilde nació en Córdoba, de padres nobles, pero de gran riqueza; perdona, lector, ese *pero,* que te parecerá ahí descaballado; en Córdoba, con algunas salvedades, naturalmente, decir noble es lo mismo que decir ruina. Sería un libro muy curioso y de mucha enseñanza el que se escribiese de las grandes casas y los grandes nombres arruinados de este país hermosísimo, donde, como en ninguno de la nación, se ve la decadencia de las razas privilegiadas. El autor conoce... ha conocido algunos de estos hogares: entró en ellos, hizo curiosas observaciones de esas espantosas caídas, que producen vértigo, no ya en los mismos desgraciados que las sufren, sino en el pensador que las estudia y reflexiona en el destino de ciertos seres; podrían citarse casos inauditos, desde el título, grande de España, de primera clase, que agoniza y muere en el mal lecho de inmundo tabuco, debido á la caridad de alguna pobre mujer, vecina de la misma plaza donde erguíase la gran casa solariega del mísero – en poder ya de otro dueño, – hasta la pudibunda, altiva educanda de convento aristocrático, de sangre ilustre, orgullo y prez de los salones, que carece de pan, que se queda sin comer un día y otro, que tiene hambre... ¡hambre feroz!, y que se prostituye para no morir.

¡Qué espanto! ¿Cómo llegué á este punto? De casas grandes arruinadas hay ejemplos frecuentes; los otros, que hacen estremecer, son contadísimos, y aun así, puede decirse que esos ejemplos aterradores se evitarían con el gran sistema del tío Claudio: «¡La educación de la mujer!» Pero ¿es, en resumen, que á todo desequilibrio, á toda desdicha, á todo desastre nacional, social, individual, hay que decir tristemente, como único remedio para prevenirlo, para evitarlo: eduquemos á la mujer?

¿A qué seguir? ¿Un viejo y una niña deben ser motivo para estas elucubraciones? Porque Matilde, marquesita de Nervión, era una niña adorable y leal, con grandes y hermosas ideas, que hacían enorgullecer. Estableciéronse sus padres en Madrid cuando ella tenía diez años, y unió la suerte en ella, para más gala, el pronto gracejo andaluz y el finísimo donaire madrileño. Empezaron á educarla en un convento... ¿Cómo era posible de otro modo, tratándose de la hija de un matrimonio rico y aristócrata? El destino de Matilde quiso, no obstante, que saliese del convento cuando su educación no estaba, ni con mucho, concluída. Este gran suceso se efectuó por una causa muy triste: por la muerte de sus padres, cuando hacía tres años á lo sumo que la joven entró de educanda. Murió la marquesa, y por una ley misteriosa y fatal, que influyó extraordinariamente en el destino de su hija, el marqués murió al poco tiempo. El tutor de Matilde fué un antiguo servidor en quien tenía el marqués confianza absoluta. No he de hablar aquí de los comentarios y cabildeos de los parientes – eran muchos, aunque no en primer grado – cuando se supo la disposición del padre de Matilde; pero no había más remedio que aguantar y consentir en lo que el difunto dispuso. El tutor fué mucho tiempo mayordomo de la casa y habíase retirado, dueño de una pequeña fortuna, á disfrutarla en paz con su mujer, durante los últimos años de su vida; aceptó el legado delicadísimo, y al encontrarse los viejos servidores, padres, puede decirse, de una linda marquesita de trece años, creció en ellos el amor que ya de antiguo le profesaban, sintiendo á la vez gran zozobra por la responsabilidad que habían contraído. Después de pensarlo mucho, y viéndose el tutor dueño de hacer su voluntad omnímoda, la niña fué sacada del convento, con grave escándalo de los parientes, sin que nadie se pudiera oponer; la disposición del padre fué así; su viejo servidor y amigo era el único, sin consejero de ninguna especie – respondiendo á Dios en su conciencia, que podía hacer y deshacer en lo tocante á la educación de su hija. ¿Qué iba á aprender la marquesa con las monjas? Se enteró muy bien el tutor; perfectamente; pues aquello mismo lo aprendería en su casa, con profesores afamadísimos; teniendo él, de este modo, facilidad inconcebible para estar siempre al cuidado de la educación de la joven.

Salió del convento sin desolarse, en contra de lo que dicen que ocurre á estas señoritas, cuando vuelven al hogar después de recibir educación en esos santos retiros. Tal vez los *teólogos* conceptúen esta tranquilidad de Matilde, al salir del convento, como pecado gravísimo; pero sumisamente, por mi gran respeto á las casas de Dios y á las benditas madres también, me atrevería á decir en descargo suyo que era merecedora de alguna indulgencia. Con seguridad, hubiese sufrido mucho al alejarse de las monjas de haber estado más tiempo con ellas, y en otra edad en que ciertas amistades..., ciertas afecciones tienen más ocasión de ser verdaderamente cimentadas.

No quiere decir esto que no se afligiera un poco; pero inmediatamente mostróse en su espléndida casa, como una reinecita, feliz de su poder, teniendo como sus esclavos más sumisos á los buenos tutores, ancianos venerables que la habían visto nacer en Córdoba la famosa.

No fué refractaria al estudio; lo hizo de buena fe; si en alguna ocasión tenía pereza, la voz del viejo, haciéndola cargo de su responsabilidad si su hijita no resultaba un portento de ilustración, era tan dulce, tan humilde, que la muchacha, por complacer á su amigo, se aplicaba al estudio con nuevo afán. Algunas veces pedía al viejo que le pagase el trabajo de estudiar que por él se tomaba, á fin de que su *honra de tutor* no padeciera; y para cobrar..., ponía la mejilla graciosamente. El viejo la besaba llorando.

El respeto, la grave sumisión de todos en aquella gran casa llena de servidores, hiciéronla comprender y apreciar lo ilustre de su cuna; por otra parte, pasaba el tutor junto á ella muchos ratos, contándole la historia de su familia, para que la joven la conociese y por hallar motivo de enseñanzas, que desterrasen de Matilde todo orgullo, con ejemplos de aquella misma historia, que el viejo siempre sabía encauzar de modo que resultasen en el plinto la modestia y el honor. Le hablaba mucho también de sus padres, muertos tan jóvenes con la pena profunda de dejar á la niñita huérfana y sola... ¡Sí, sola! Por mucho que abunden los parientes – lo afirmaba el tutor, – no hay compañía para un hijo, si sus padres le dejaron para irse al cielo.

Los parientes, porque no podía ser de otro modo, mordían, rabiando, al pobre tutor y á su buena mujer; pero Matilde oíalos en calma perfecta, compenetrándose lo suficiente para poder admirar la disposición de su padre, de que fueran ellos los que guardaran su orfandad... Sus tutores humildes y su parentela de grandes personajes fueron, por decirlo así, el primer capítulo que pudo leer, con triste admiración, del libro de la vida; capítulo que le enseñó á deslindar, con tristeza, sí, pero por suerte suya, lo malo de lo bueno.

Fué, en fin, la joven que ya conocéis. Llegó á los diez y ocho años sin haber sufrido una pesadumbre; lo dejaba comprender en su calma plácida, en aquella dulce jovialidad perenne, que era su más fino encanto. No por eso vayáis á creer que desconocía el dolor del mundo; el viejo amigo había hecho pasar por su corazón, susceptible del bien, el espectáculo humano, con toda su miserable tramoya, prudentemente, con tacto feliz, y vivía sin desconfianzas, pero con un sentimiento de prevención, centinela vigilante que siempre iba á su lado. En su carácter, frívolo en apariencia, había un fondo de seriedad y rectitud, tal vez no comprendido ni apreciado por todos... El viejo tutor, á su manera, había sido un mentor muy severo, sencillamente, sin afectación, con una humildad de efecto singularísimo en el ánimo de Matilde. Si Matilde cometía una ligereza propia de sus pocos años y de una niña que sabe que todos sus caprichos han de realizarse, el tutor no la reprendía; pero ella adivinaba en la tristeza del viejo una reconvención tan dulce, que le hacía bastante más efecto que un castigo durísimo.

Su educación fué muy esmerada, sin que esto sea decir que la que le daban las benditas monjas no lo fuese también... De la santa casa trájose con ella, aunque sólo estuvo allí tres años y aunque sólo tenía trece, un orgullo desmedido de su nacimiento. No supo el tutor á qué atribuirlo, como no fuese al trato con las otras niñas. Confió, sin embargo, en que esta propensión al orgullo del linaje desapareceria con el tiempo junto á él, pensando – y tú juzgarás, lector, si con poca ó mucha cordura, – que lo que más ennoblece á un poderoso es la sencillez y el olvido completo de su condición privilegiada en el trato con sus inferiores. Con secreta alegría vió su afán realizado; podía creerlo así, ante aquella tranquila posesión de sí misma que empezó á demostrar la joven, en aquella calma jovial que no le hacía perder su condición de gran señora, en su trato sencillo y en su corazón franco, propenso á la lealtad y á la ternura. No era una romántica, ni una modernista; era una mujer. ¡Oh, dulce nombre, que tan gran tesoro de armonías encierras en ti!

Pero llegó un tiempo en que la influencia del tutor sobre la joven no fué tan directa ni sugestiva. Matilde se lanzó al gran mundo – era lógico; – lo pensó el viejo suspirando; estaba en la edad. Entre sus parientes había una duquesa viuda, joven, hermosísima, oráculo de la moda en ese gran mundo, la más altiva, la más bella, la más admirada y envidiada mujer de Madrid. Presentó la duquesa á Matilde, y Matilde alcanzó un gran triunfo; no lo extrañéis; Matilde, por su gran fortuna, era un partido soberbio para los egoístas; pero lo era también para los hombres de corazón por sí misma, aparte de su mucha riqueza y su gran nombre. Había algo indefinible, pero que atraía lentamente, hasta subyugar, en su cuerpo menudito y esbelto, de formas purísimas; en su rostro oval, blanco, con una blancura que tenía algo de celeste; en aquellos ojos grandes, negros, de transparencias inconcebibles en su misma negrura, como esos lagos tranquilos en cuyo fondo, allá, muy profundo, se ve copiado el cielo, y en aquella boca primorosísima de donde jamás salió palabra dura para rico ni para pobre, valvulilla misteriosa y admirable, dispuesta siempre á dejar irse aquel dulce humorismo de su inteligencia profunda, velada por una tranquila modestia, sin alardes estúpidos, en donde veíase á leguas la marca especial del viejecillo tutor, que tan cumplidamente lo había sabido hacer.

Pero llegó una hora bien crítica para Matilde; se debió este instante psicológico al influjo grande que empezó á ejercer en su ánimo la duquesa de que ya tenéis noticia, contrarrestando la del tutor; fué un pugilato increíble, del que nadie se percataba, el que se entabló entonces entre el tutor y la gran señora. Supo hacerse ésta indispensable al lado de Matilde; en todas partes las vieron juntas, en los teatros, en los salones, en los paseos, en las iglesias; á la una, con su aire frío y desdeñoso, mirando desde su carruaje, desde su palco – desde el primer lugar siempre – á los demás humanos como un Faraón á las multitudes; la otra, bella, serena, con su cuerpo de tallo de flor, su mirada profunda y dulce y su calma plácida de ángel y de mujer.

Se unieron de tal modo, que los pobres viejecitos casi estaban olvidados; nunca el tutor había hecho uso de su autoridad para con Matilde, y le hubiera sido muy penoso hacerlo entonces; pero observó con dolor que su obra paciente y sufrida la estaba destruyendo aquella gran dama, que creía que Dios hizo el mundo expresamente para que ella lo esclavizase. ¡Gran Dios! ¿Y no podía decirse que la pobre niñita era para la soberbia señora un esclavo más? El viejo lo veía con tristeza profunda; Matilde, sin perder nada aún de aquel fondo de sencillez y rectitud, dejábase influir demasiado por la duquesa; la duquesa se burlaba finamente de su elevación de pensamiento, de la jovialidad tranquila, que era su más fino encanto, de aquella propensión á la sencillez, particularmente en el trato con seres inferiores, que era en lo que el tutor había puesto principal ahinco; todo, en fin, lo que embellecía y engrandecía su carácter, fué asunto de sátira en su parienta y amiga, pareciéndole cosa baja y de mal gusto. ¡No fué estéril la obra de gusano en la fruta sanísima! Matilde hallóse en ese gran momento crítico de su existencia, llevado á él por dos fuerzas impulsoras, bien aquilatadas: la de la duquesa y la de su tutor. Hallábase Matilde como un viajero ágil, fuerte, ansioso de ver mundo, detenido en una senda que se bifurca de pronto y no sabe cuál de los dos nuevos caminos ha de seguir, época peligrosísima que el viejo tutor lloraba silencioso, con lágrimas de sangre. De aquellas dos nuevas sendas, una, la que había seguido hasta entonces, era la mejor; así lo pensaba el viejo dolorido; otra, la mala, la que tan sencillamente iba á emprender, cogida de la mano de la mujer funesta que en mal hora se atravesó en su camino. Los dos primeros alarmantes retoños que el tutor aterrado vió brotar en aquella finísima rama llena de jugo y hermosura, fueron aquel orgullo del linaje que ya el viejo había tenido ocasión de observar otra vez, y una afición que él encontraba irritante á las cosas de iglesia, amalgamadas, como en el gran mundo se estila, con las diversiones de teatros, bailes y otros variadísimos *sports,* que son á la iglesia

y aun á las cosas de iglesia, lo que á Dios el diablo.

¡Cuán verdad es que para el estudio de un carácter no habría suficiente en ocasiones con varios volúmenes! Todo lo que dejé dicho no son más que apuntes, en fin, pero creo que bastan para que el lector forme idea justa del estado moral de Matilde. Matilde era el imán donde venían á converger las oscilaciones de aquella gran batalla, misteriosa y singularísima, que entablaron la arrogante duquesa y el modesto tutor... ¿Qué camino seguiría Matilde? ¿De quién sería el triunfo?

Pero, de pronto, Matilde mostróse preocupada y pensativa; algunos accesos melancólicos, á los que siempre fué refractario su temperamento igual y equilibradísimo, llenaron de inquietud el corazón del tutor; esto duró un mes; de repente, aquel estado de preocupación y melancolía entró en un período que pudiéramos llamar agudo, y Matilde se encerró en sus habitaciones, sin ganas de ver ni hablar á nadie. ¡Oh caso estupendísimo!, ni á la *gran* duquesa tampoco; ni á esta sin igual señora, que había logrado ser el alma, el pensamiento, la esencia, en fin, de la vida de Matilde. Inútil es deciros que la resolución de Matilde de no ver tampoco á la duquesa, fué un alivio para el viejo tutor, dentro de la gran alarma que aquel estado de ánimo de su pupila logró inspirarle.

Como Matilde pareciese decidida á no salir de sus habitaciones, el tutor, creyéndola enferma, tembloroso, tímido, con lágrimas de amor y ternura, le propuso llamar á un médico .. Matilde contestó sonriéndose:

– No, no.

– Pero ¿qué te pasa, entonces?

Y el viejo la contemplaba admirado.

– Me pasa que es preciso que me ordene usted irme á esa huerta de Córdoba, que tantas veces he oído á usted alabar y que no conozco. Y yo, añadió mirándole con maliciosa coquetería, como soy tan obediente, hago al punto lo que usted me ordena; arreglo las cosas y parto mañana mismo... con la madrecita..., si usted no puede acompañarme.

– ¿Pero qué es esto?, repitió el tutor, cuya alarma crecía.

– Esto es lo que ya le dije. ¡Corriendo..., corriendo!.. ¡Mándeme usted que me vaya á mi huerta de Córdoba!.. ¡Pero ande usted, y no se quede así, como caído de las nubes!

Y Matilde, al hablar, reía de un modo adorable, el medio más seguro y rápido de que el tutor la complaciera.

– No me dices por qué quieres abandonar á Madrid, exclamó él preocupado; respeto tu silencio, pero júrame que este viaje no obedece á cosa alguna seria, que luego nos haga sentir... No, no..., he hecho mal, añadió de pronto muy conmovido; perdóname. Confío en ti.

Matilde repuso gravemente:

– Haría el juramento, pero es mejor decirte la verdad y cumplo así mi deber contigo.

Le echó los brazos al cuello, y añadió muy bajo y en voz temblorosa algunas palabras que el viejo oyó conmovido.

La besó después en la frente, diciéndole:

– Hija mía, mañana te irás á tu huerta de Córdoba.

Al otro día se presentó la duquesa como un torbellino en casa de Matilde. Iba á arrancarla de su clausura – frase textual. – El tutor salió á su encuentro, é inclinándose profundamente, exclamó en tono helado que cortaba como un cuchillo:

– La señora marquesa se ausentó esta mañana de Madrid por bastante tiempo.

– ¿Adónde fué?, preguntó la gran señora soberbiamente.

– No lo ha dicho.

Miráronse un momento los dos mantenedores...; ella, feroz de orgullo; él, rebosando alegría. Volvió ella la espalda de pronto y salió sin hablar. Volvió él la espalda asimismo, frotándose las manos de satisfacción y murmurando en tonillo de triunfo:

– ¿Y ahora? ¿Y ahora?

VI

Hasta mucho más tarde no se supo qué secreto fué el que Matilde reveló á su anciano amigo. No tenía casa en Córdoba, y dirigióse desde la estación á *Marrubiales*. Las fincas del *Limón* y *Marrubiales* estaban juntas, pero aisladas las dos en la sierra. La vecindad de Matilde era sólo la del tío Claudio, y aún no le satisfizo; hubiera deseado un aislamiento total, como si su alma necesitara reposo absoluto.

No tenía así trato con nadie; la esposa de su tutor, excelente mujer que la amaba con delirio, no pecó nunca de comunicativa; su doncella limitábase á desempeñar sus funciones. Los criados que allí había hablaban con pocas personas, sin que llegase *el eco* á oídos de Matilde, como supondréis. Le agradó mucho esta soledad, que contrastaba tanto con su anterior existencia, agitadísima.

Necesariamente tuvo que conocer al tío Claudio, por estar las dos huertas unidas, limitadas sólo por una pared de poca altura. La curiosidad femenil pudo más que su deseo de aislamiento; una tarde se asomó á la tapia, y con quien primero tropezaron sus ojos fué con el tío Claudio. Matilde se acordó inmediatamente de su tutor; era el tío Claudio un viejecito venerable como él, pero sin la timidez, sin la dulzura de su fiel amigo. En los ojitos negros, de vivo mirar, del tío Claudio, en la decisión de sus ademanes, en su palabra breve y segura, halló ella un atractivo que fué cautivándola poco á poco. Bien distinto era el tío Claudio de su tutor, pero no podía pensar Matilde entonces, hasta qué punto iba á ser el uno continuador de la obra del otro.



Matilde al leer los periódicos púsose pálida como un muerto

Cuando se conocieron, el tío Claudio tenía ya noticias de ella; sabía que en Madrid estaba *el ama* de *Marrubiales*, una damita que nunca salió de la corte – para visitar á Córdoba, á lo menos, – lo que era ya para él un precedente malísimo. «Quien no guarda amor en su alma por la tierra en que nace, no merece nacer.» Este cargo que el viejo le hacía ya sin conocerla, era precisamente lo que menos podía preocupar á Matilde, y mucho menos entonces, acabada de salir de manos de la soberbia tía... ó prima – no se conoce bien ese detalle, – que tan tristes gérmenes había sabido arrojar en aquel surco, barro dispuesto, que no les fué posible moldear del todo á las benditas monjas porque se interpuso el tutor; que no acabó de moldear el tutor por haberse interpuesto la duquesa; que no acabó de moldear la duquesa por un suceso misterioso, de gran importancia en la vida y el destino de Matilde.

El tío Claudio había intentado por segunda mano comprar á *Marrubiales*, pero halló siempre una negativa seca, y no contribuyó poco esto á que la damita le pareciese más antipática.

Marrubiales estaba en poder de un jardinero. No iba nadie nunca, á no ser algun curioso, á quien se le diera permiso para visitar aquella admirable posesión, cuya huerta constituía su más hermoro y principal atractivo; aquella huerta, donde se admiraban flores maravillosas, como los tulipanes de que ya oísteis hablar, que eran la desesperación del tío Claudio. – ¡Ay, él había tenido ocasión de ver estas flores varias veces, lo que no es de extrañar, siendo vecino y residiendo siempre en el *Limón*.

Si él estaba prevenido contra la damita de *Marrubiales*, no quiero decir nada cuando la marquesa, después de haber tenido con él el primer encuentro, y haber *obtenido* de él un saludo frío y ceremonioso, supo que era un ricacho, antiguo maestro de obras; ¡ella, que estaba tan acostumbrada á los obsequios y adulaciones de todo el mundo! Ni el apellido del buen señor se sabía... ¡Ni hacía falta! ¡¡¡El tío Claudio!!! Llamábanle así solamente, sin que ningún nacido se cuidase de otra cosa... ¡Y que no mostraba el viejo mucho orgullo porque le llamasen así! «Era un nombre que no lo había heredado de nadie. Se lo conquistó él solo.»

Se halló Matilde bien en la sierra. Al principio, sus discusiones con el tío Claudio fueron una distracción; después, una necesidad. Encontraba en el viejo un atractivo inexplicable; un poco aficionada á indagar el porqué de las cosas, aquella inclinación al tío Claudio solamente podía atribuirla á su completa soledad, y á ser el viejo la única persona de su trato desde que llegó á la huerta. – Quería encontrar otra causa, en el parecido, hasta cierto punto, del tío Claudio con su tutor, á quien ella amaba sinceramente. – Lo que no podía resistir, eran las ideas espantosas de radicalismo que el viejo complacíase en esparcir á los cuatro vientos con osadía feroz y desdén absoluto á todo cuanto tuviese que ver con privilegios de raza y demás puntos relacionados con divinos orígenes. ¡Vaya un tonito agrio y ferozmente irónico el del viejo contumaz refiriéndose á tan sagradas cosas!

Menudearon las entrevistas, y el lugar de sus encuentros fué siempre el mismo: la tapia, el viejo en su huerta y la joven asomada á la tapia de la suya. Concluían siempre por tirarse los trastos á la cabeza, asustada la joven de aquel jacobino furioso (así llamaba al viejo), y el viejo indignado contra aquella almita dañada con el virus de preocupaciones aborrecibles.

Lo que en primer lugar combatió el tío Claudio, sin saber el juego singular que al tutor hacía, fué aquel *mal retoño* de rancios privilegios – palabras del tío Claudio – que la duquesa acababa de reverdecer en el corazón de Matilde. La odiosa muñequita feudal – así la llamaba también el tío Claudio – hallábase completamente desahuciada; era un fruto podrido. Matilde oyó los primeros días estas cosas, y retirábase de la tapia, haciéndose cruces, muerta de horror; pero volvía otra vez... para oir lo mismo y retirarse con gran enojo, sin perjuicio de volver de nuevo y volver siempre, para oir la eterna cantinela que tanto la horrorizaba y tanto la atraía.

Concluyó por hallar una diversión en aquellas rociadas tremebundas del viejecito, y alejábase riendo cuando le había hecho rabiar á su gusto. ¡Ah, no se daba cuenta, de este modo, de lo que el tío Claudio iba llevando con lentitud, insensiblemente, al parecer, á su corazón; pero fué, en resumen, la última y más portentosa de las *obras* de este maestro.

Eran horrores tan espantosos los que el tío Claudio lanzaba algunas veces, que la muchachita echábase á temblar, y se santiguaba con una devoción, para vista y no para que se explique, lo que hacía estallar toda la máquina nerviosa del viejecito. Entonces había que oirle. Ella reía, poníase á meditar luego á solas, y se acordaba, al fin, riéndose de nuevo, de su intransigente parienta. «A propósito; la tengo que escribir,» pensaba sin apelación en estos momentos; y siempre, sin apelación también, dejábalo para el otro día. No la escribió nunca.

A todo esto, de la vuelta á Madrid no se hablaba. Contra lo que la buena esposa del tutor figuróse al principio, la estancia en la huerta iba á prolongarse no poco. Matilde no pensaba en Madrid, ni en sus fiestas, ni en ninguno de los atractivos que allí la podrían llevar. Para colmo de estupor, empezó á escribir á sus amigos y parientes y cayó sobre *Marrubiales* una lluvia de cartas de parientes y amigos, lamentándose de su ausencia é incitándola con mil historias sugestivas á que volviese. Pero ella parecía querer echar raíces en *Marrubiales*.

(Continuará.)

ESTUDIO BACTERIOLÓGICO

DEL MONT BLANC (SUIZA)

En julio primero y luego en agosto y septiembre de 1900 hice, á petición de M. Janssen, un estudio de la flora microbiana de la cordillera del Mont Blanc. Este estudio microbiológico puede dividirse en tres capítulos: análisis de los glaciares, análisis de las aguas y análisis del aire, y todos estos análisis, en número de 121, practicados, en lo posible, en un mismo punto, son, por consiguiente, comparables entre sí. En distintos puntos de la cordillera del Mont Blanc, recogí nieve reciente, nieve antigua, hielo superficial, hielo profundo, hielo expuesto al sol y hielo al abrigo de los rayos de éste. Por último, he recogido muestras de hielo en capas de diferentes edades.



Fig. 1. – Llegada á la cumbre del Mont Blanc

En las paredes verticales de ciertas grietas puede seguirse perfectamente la estratificación anual de las nieves. M. Janssen, que había hecho esta observación, creyó que de este hecho podrían deducirse consecuencias interesantes desde el punto de vista de la conservación de gérmenes en el hielo. A fin de evitar los gérmenes de la superficie y de llegar á una profundidad en donde la temperatura varía poco cuando las capas se substraen á la acción del sol, practiqué agujeros en cada capa por medio de instrumentos esterilizados, siguiendo una técnica especial destinada á evitar la extracción de gérmenes extraños, y he recogido muestras de hielo á una profundidad de 50 á 60 centímetros en cada capa.

Los gérmenes que se encuentran en la cumbre del Mont Blanc han sido arrastrados allí por los vientos de las montañas cubiertas de bosques y de los valles subyacentes. Una parte de estos gérmenes ha quedado adherida sobre la superficie del glaciar, y por la acción de la gravedad los gérmenes en suspensión se fijan en el hielo ó en la nieve antigua, que contiene uno ó dos de aquéllos por centímetro cúbico. En la nieve reciente, en cambio, el número de gérmenes es infinitamente pequeño: en tres ocasiones distintas he podido recoger ocho centímetros cúbicos de nieve recientemente caída sin encontrar en ellos un solo microbio.



Fig. 4. – Análisis del aire. Plano de la Aguja

El sol es uno de los más poderosos agentes naturales de destrucción de los gérmenes, y los análisis practicados dan una nueva prueba de ello en el hecho de que, en un mismo sitio, una pared vertical al abrigo del sol contiene generalmente más microbios que la que recibe los rayos solares.

Si se examinan los resultados obtenidos de los análisis de las capas anuales, se ve que la primera capa contiene muchos menos gérmenes que la superficie. Los microbios poco resistentes, las especies desprovistas de esporos de la superficie, han desaparecido en gran parte destruídos por los agentes físicos naturales. En las capas dominan las bacterias esporuladas, los fermentos, los estreptotriceos y algunas mucedineas de esporos resistentes. Analizando las capas más antiguas, se ve decrecer de una manera regular el número de gérmenes.



Fig. 2. – Interior del Observatorio. M. Hansky y el Dr. Binot

Al pie de los glaciares el número de gérmenes de la superficie es mucho más considerable: de 6 á 65 por centímetro cúbico en el Mar de Hielo y de 9 á 27 en el glaciar de Bossons, etc.

Las aguas de los glaciares son muy puras. y su pureza está en relación con la cantidad de gérmenes contenidos en el hielo que al fundirse las produce. Al igual que este hielo, esas aguas contienen un gran número de fermentos y estreptotriceos. Una muestra de agua tomada de la Jonction, contenía sólo tres gérmenes por centímetro cúbico; uno del plano del Plan Glacier, ocho, al paso que un arroyo del pie del Glaciar de los Bossons contenía 95 y el agua del Arve en Chamonix puede contener hasta 7.550.

El aire de la cumbre del Mont Blanc contiene un número muy pequeño de gérmenes. He podido practicar el análisis de 100 litros de aire sin comprobar la existencia de ningún microbio, y el número de gérmenes varió entre 4 y 11 por metro cúbico.

Por el contrario, en el interior del Observatorio de M. Janssen, construído en el punto culminante de la cumbre del Mont Blanc, en donde pasé cinco días, dos análisis practicados en dos habitaciones distintas han dado 540 y 260 gérmenes, siendo evidente que estos numerosos microbios habían sido importados por las personas que en el observatorio se albergaban temporalmente. Por esta razón, las tomas de aire de la cima de la montaña las hice lo más lejos posible de aquel edificio y teniendo cuidado de colocarme del lado de donde venía el viento.



Fig. 5. – Análisis del aire en la cumbre del Mont Blanc

En general, puede afirmarse que el número de gérmenes es tanto más considerable cuanto más nos acercamos al valle: 6 por metro cúbico en la Gran Meseta, 8 en los Grands Mulets, 14 en el Plano de la Aguja, etc. En el Montanvert he encontrado 49 gérmenes y en el Mar de Hielo 23 por metro cúbico. En presencia de estas cifras se comprende cómo M. Pasteur, en sus memorables experimentos, había podido abrir en estos dos últimos sitios, un cierto número de balones de 200 á 250 centímetros cúbicos de capacidad, sin que el líquido nutritivo que contenían se alterara. Es preciso, sin embargo, tener muy en cuenta la naturaleza del terreno barrido por el viento antes de llegar al sitio en donde se procede á la toma del aire para el experimento.

Leyendo los detalles de mis análisis se podría comprobar que, no sólo el número, sino que también la naturaleza de los gérmenes hállase en extremo modificada por esta circunstancia; así el análisis practicado en el Montanvert, cuyas vertientes hállanse cubiertas de vegetación, da una cifra mucho más elevada, sobre todo por la gran proporción de las mucedineas, que el verificado en el Mar de Hielo el mismo día, al abrigo de todo viento.



Fig. 3. – Extracción de hielo de las capas

En todos estos análisis he contado los gérmenes haciendo la numeración de las colonias aisladas en cultivo sobre placas. Para hacer estos aislamientos he empleado medios artificiales especiales, particularmente adecuados al cultivo de los diversos gérmenes saprofitos. He estudiado la mayor parte de estas colonias haciendo con ellas una preparación colorada y trasplantando todas las que ofrecían un interés directo y no habían podido ser determinadas directamente. De esta manera he conservado en cultivo puro, merced á estos aislamientos, más de 300 especies microbianas nuevas ó de difícil determinación. Después he podido identificar una tercera parte de estos cultivos; el resto lo tengo aún en estudio. Esta colección ofrece tipos muy interesantes desde los puntos de vista biológico y morfológico y hasta desde el patógeno.

En el hielo de la cumbre pude aislar una raza virulenta del bacilo pcociánico. Un vibrión encontrado en las aguas ha resultado excepcionalmente patógeno para los animales de laboratorio.

En el agua cristalina y de admirable pureza de una fuente del camino del Montanvert, he encontrado doce colonias del *bacterium coli* virulento por centímetro cúbico. La presencia de estos gérmenes es debida ciertamente á la filtración insuficiente del agua al través de las capas arables poco espesas que cubren el suelo granítico de aquella montaña sobre la cual viven algunos rebaños.

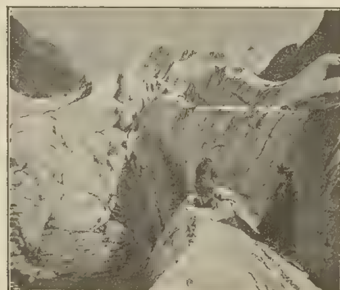


Fig. 6. – Análisis del aire en el Mar de Hielo

En primer término debo expresar todo mi agradecimiento á M. Janssen, que me ha inspirado este trabajo y me ha facilitado los medios de ejecución con una benevolencia extremada; á mi maestro M. Roux, que ha tenido la bondad de seguir estos estudios y dirigirlos, y por último á M. Miquel, que me ha permitido aprovecharme de su excepcional competencia en estos asuntos.

DR. JUAN BINOT,
Jefe de laboratorio del Instituto Pasteur.

(De *La Nature.*)

LA LONGEVIDAD

SEGÚN LAS PROFESIONES

¿Cuáles son las profesiones en las cuales los que las ejercen viven más tiempo? Esta cuestión ha sido planteada varias veces, y el resultado ha sido encontrar que hay muchas profesiones que por su índole acortan la existencia. Un médico inglés se la ha planteado nuevamente, y he aquí las conclusiones á que le han llevado sus investigaciones:

Ante todo, nada menos sano que vivir en la indolencia y en la riqueza; la vida de los ricos ociosos es breve por varias razones, y es infinitamente mejor la existencia del propietario rural. En ésta indudablemente se gastan muchas energías y la fatiga es grande, pero en cambio el sistema de vida es sano y el ejercicio y el aire libre aseguran generalmente una vida larga. Más corta es ésta en las profesiones liberales, como la eclesiástica, la médica y la jurídica, en las que la existencia es más sedentaria y fatiga más los nervios. El eclesiástico, sin embargo, vive más que el abogado y éste más que el médico.



Fig. 7. – Análisis del aire en la cumbre del Mont Blanc

La política es una buena ocupación, porque en ella el cuerpo trabaja tanto como la cabeza. La literatura y la ciencia son buenas igualmente; el hombre de bufete ó de laboratorio llega á viejo.

La industria es mala, en el concepto que nos ocupa: las inquietudes y las preocupaciones gastan muy pronto á un hombre y dañan el corazón y el sistema nervioso Es asimismo muy mala la profesión de viajante de comercio; la higiene de esta profesión es detestable.

Para vivir mucho tiempo, los que no pueden ser literatos, sabios ó agricultores, deben adoptar la profesión de municipal ó cartero; en ambas profesiones, que requieren el ejercicio al aire libre, se vive muchos años, á pesar de los reumatismos que con frecuencia aquejan á los que las ejercen. También gozan de larga existencia los músicos. – X.

ALIMENTACIÓN FORZADA

DE UNA SERPIENTE PITÓN

En la familia de las boas se cuentan 35 especies de serpientes, de las que las dos principales se conocen con el nombre de pitón. Estas son siempre de gran tamaño, alcanzando algunas una longitud de unos 10 metros, y se distinguen por su extraordinario apetito y por su voracidad. En la cautividad se observa que esta voracidad disminuye de tal manera en estas serpientes, que para que no se mueran de hambre hay que alimentarlas á veces á la fuerza.



Alimentación forzada de una serpiente pitón en el Jardín Zoológico de Nueva York

Hace tiempo que hay en el Jardín Zoológico de Nueva York un pitón que mide 8'90 metros y que se guarda en la galería de los reptiles. Sabido es que los pitones pueden vivir mucho sin tomar ningún alimento, pero todo tiene un término, incluso el ayuno de una serpiente: habiendo pasado el pitón del citado jardín zoológico el período habitual en que debía tener necesidad de comer, parecía que cada día se amodorraba más y no hacía esfuerzo alguno para ejecutar el menor movimiento. El guardia trataba algunas veces de excitarle, pero el reptil se negaba á tomar alimento y permanecía indiferente á todos los ofrecimientos que se le hacían; en vista de lo cual los directores del jardín se vieron obligados á adoptar algunas medidas para vencer la repugnancia del animal, para salvarle la vida.

Al efecto escogieron dos conejos y tres pequeños conejos de Indias, víctimas de antemano designadas para el pitón. Nueve guardianes sacaron al reptil de su jaula y lo llevaron al centro del palacio de las serpientes; y cuando se tuvo la seguridad de que el pitón no podía escaparse, uno de aquéllos abrióle violentamente la boca mientras otro le introducía delicadamente por medio de un bastón los conejos que la serpiente tragaba, según se ve por el adjunto grabado.

Durante esta ceremonia, el pitón hizo esfuerzos para escapar de los brazos de sus guardianes, pero no logró su intento. Después, el reptil fué nuevamente colocado en su caja. – ALBERTO TISSANDIER.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXI ← Barcelona 14 de julio de 1902 → Núm. 1.072



PRELUDIO DE AMOR.—EN LAS LAGUNAS DE VENECIA, cuadro de L. M. J. Ridel

(Salón de París. Sociedad de Artistas franceses. 1902)

ADVERTENCIA

En el próximo número publicaremos un interesante estudio sobre FRANCISCO DE QUEVEDO, original del eximio escritor y académico *D. Juan Valera.*

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

NOTAS

Esto de los crímenes sensacionales ofrece una inapreciable ventaja, que no estimarán en su valor los burgueses, pero que no desdeñan los artistas y los jornaleros de la pluma: ser un asunto de crónica caído del cielo – digo, ¡no!, venido de donde sea, del satánico abismo, del pozo de la iniquidad, – pero siempre oportunamente cuando no se halla á mano otro tema más del agrado de S. M. el público, que suele pirrarse por lo espeluznante y lo sangriento.

***

El crimen de actualidad, el «nuevo crimen de la calle de Fuencarral,» según rezan los diarios, se presta á las mismas observaciones que ya hice á propósito de otros análogos, y presenta el mismo cuadro de síntomas, revelando igual estado de corrupción profunda en lo que es moda conceptuar muy sano y poner en contraste con las clases elevadas: el pueblo. – Estos crímenes *ancillarios*, cometidos por la servidumbre, delatan cuáles son, con bastante frecuencia, las relaciones de amos y criados, cuál el criterio moral que á semejantes relaciones preside, y cuáles las costumbres de gentes que figuran en las filas de esa clase media y de esas clases inferiores donde se desenvuelve la vida normal de una nación.

***

¿Se acuerdan ustedes de doña Luciana Barcino, la víctima del primer crimen de la calle de Fuencarral? Poseedora de una bonita fortuna, perteneciente á una familia distinguida, aquella señora vivía indecorosamente. No la repugnaba admitir bajo su techo, con título de servidora, á la concubina de su hijo; no tenía muebles, ó punto menos, y ella en persona se traía á casa el pescado para el guiso, perfumando ropa y coche con las emanaciones que el lector supondrá. Desorden y falta de dignidad parecidas encontramos en la víctima del crimen segundo. ¿Qué clase de conexiones eran las suyas con sus criadas? ¿Qué género de serrallo incesantemente renovado el que desfilaba por su cocina? ¿Qué significaba, en hombre tan acaudalado, la carencia de mobiliario, y en hombre de pensar algo culto el hecho de pasearse con su doncella en coche todos los días, y de bajar él á recoger los dulces quedándose ella repantigada? ¿Qué mucho si sus servidoras venían de los focos de inmoralidad consentida y tenían que parar, más tarde ó más temprano, en asesinas y ladronas?

No se reflexiona lo bastante en la gravedad que entraña el acto de recibir y dar alojamiento y mesa, en la mayor intimidad del hogar, á una persona enteramente desconocida, criado ó criada de servir. Si los registros policíacos fuesen una verdad, podrían prevenirse muy desagradables lances. Pero ni los registros, ni los *informes* se revisten de la honrada seriedad que les daría algún valor. Y entran el desconocido ó la incógnita en el seno de la familia, y es un asombro que no causen en ella mayores perturbaciones, que no sean más frecuentes de lo que son los atentados contra la seguridad y la propiedad. Se vive de milagro, porque tomar criados, en las nueve décimas partes de los casos, es como abrir la puerta de la calle y permitir á quien pasa por la acera que entre á habitar con nosotros.

***

En el caso especialísimo del Sr. Pastor, es algo más serio: es ir admitiendo, ex profeso, mujeres de vida alegre y antecedentes borrascosos, y fiarles no sólo la casa, sino el cuidado de la débil salud de un achacoso y de la gabeta de un millonario. – La plancha expiatoria tardó en hacer su oficio. Estaba, desde el primer momento, indicada; cerníase en los aires, vengadora, contundente y brutal. Cayó aplastando una cabeza vacía de meollo, ó que lo tenía ya seco por los excesos y los vicios. Yo no sé qué pasa con estos crímenes *ancillarios*, que es imposible interesarse por las víctimas, á pesar de lo muy antipáticos que son los asesinos.

***

En vano la prensa y el vulgacho aspiran á rodearles de una aureola de falsa y bastarda poesía. Cuando se trata de mujeres, lo primero es declararlas guapas, aunque la hermosura no exista sino en las pervertidas imaginaciones de los perseguidores de emociones patibularias. Se ve después el retrato y se comprueba que la cara guarda relación con el alma; se ve después, si llegan á ser presas, la cara y el cuerpo y el mirar y el hablar, y aún es mayor el desencanto. Sin embargo, por espacio de algunos días el romanticismo de baja ley ha hecho su oficio, y no ha faltado quien dibuje en su mente una Euménide angelical, suelto el blondo cabello y tintas las manos en sangre...

***

La nueva asesina de la calle fatídica sólo presenta un rasgo que la distingue de sus compañeras de *sport*, de las que «aprovechando la ausencia de sus amos» violentan los armarios, destripan los baúles y cargan con las joyas, ó más suaves en el procedimiento, se guardan diariamente un par de duros de sisa, amén de llevarle al caro soldado el azúcar, el café y el rico jamón del puchero. – El rasgo distintivo de la Aznar es lo bien que supo escamotearse. Dijérase que se ha filtrado por el suelo ó que se ha evaporado en el aire. Y no hay cosa más difícil tal vez que esconderse, en esta época de reporterismo, de telégrafo, de gobernadores celosos, de jueces que fían á un proceso su buena fama; en esta época en que la gente se ha aficionado á las novelas policíacas y gusta de atisbar y pone sus comunicados género Montepin y Gaboriau. En este particular, la asesina no carece de mérito. El crimen en sí no encierra elemento dramático alguno; la desaparición, en cambio, vale oro. A los proscritos políticos nunca falta quien les auxilie, quien les proporcione medios de ocultarse; recuérdese el caso de D. Salustiano Olózaga, el del pretendiente Estuardo. A los proscritos por el crimen, en cambio, no les será fácil encontrar en su camino abnegaciones ni complicidades desinteresadas. Si la Aznar logra *no ser habida*, tendremos que declararla, en su clase, una mujer superior.

***

Hacía tiempo que el rayo no ejecutaba su prestigioso y terrible poder, semisobrenatural. Casi se le había perdido el respeto. Sólo por costumbre, por esas rutinas del lenguaje que tanto perseveran, repetían aún los malhablados: «Así un rayo me parta.» «¡Rayos y truenos!,» y escribían los novelistas de á real la pieza: «Un rayo cayendo á sus pies no le hubiese aterrado más...» «Con la velocidad del rayo...» y otras frases parecidas.

Y las velas benditas dormían en el cajón del oratorio; y el Santo Trisagio ya no se les enseñaba á los niños... Fué preciso este año de perturbaciones meteorológicas y geológicas, este año en que los volcanes se pusieron á desperezarse y á gruñir, como viejos titanes que se despiertan de un sueño secular, y en su desperezo y su escupir reiterado, catarroso, hicieron desaparecer millares de seres humanos en una hora, para que también el rayo se acordase de que era uno de los terrores de la Edad Media, uno de los «azotes» que agrupaban á la multitud penitente y humillada bajo las bóvedas de las catedrales, y escogiese, para reivindicar sus fueros de «ministro de la cólera divina,» una pobre iglesia de aldea, donde unos míseros labradores se arrodillaban rezando por un difunto las preces fúnebres.

Con gran inteligencia escénica el rayo eligió, para caer, el momento en que el sacerdote entonaba las tremendas cláusulas de la *secuentia:*

Dies iræ, dies illa...

Y con una fuerza que no creo que Echegaray ni nadie sea capaz de medir por *amperios* ni por *voltios*, el rayo penetró, Dios sabe de qué manera – la iglesia continúa en pie, – y de una sola vibración mató á veinticinco personas y malhirió á ciento ocho. De estas ciento ocho, hay diez y nueve que morirán, de seguro, porque no se sobrevive con el vientre carbonizado ó con los muslos hechos ceniza.

***

Yo creo que lo que más aterra del rayo es la imposibilidad de calcular sus efectos, lo inesperado de su acción. Diríase que el rayo es un ser consciente y se divierte en caprichos extraños, en jugarretas de bufón loco. Cuando cayó en la catedral de Santiago, se llevó los clavos del zapato de un hombre y los grabó en las espaldas de otro, sin causarle dolor alguno; arrancó los tachones de una puerta enorme y los trasladó á un muro; fué, en suma, un rayo bromista, que no señaló su paso con huella de lágrimas. Si se creyese que siempre había de proceder así, la gente miraría hasta con cariño al rayo. Sólo que de pronto saca las uñas, y se conduce como en Piñeiro, del modo más inconsiderado y atroz, amén de injusto, porque recayó la furia sobre una gente humilde, sencilla, creyente, reunida para practicar un acto de religiosidad, el último deber para con un prójimo.

Cuando acaecen cataclismos inopinados y que todo el poder del hombre no alcanzaría á evitar, como el de la Martinica y el de Piñeiro, la superstición gana terreno en las almas; se cree en presagios, surgen las leyendas de lo maravilloso.

Uno de los míseros *electrocutados* de Piñeiro es fama que le dijo á su mujer, momontos antes de salir de casa para dirigirse á la iglesia donde le esperaba fin tan... ¿qué sabemos?, quizás tan dulce:

– Mujer, dame un trago de vino, que tengo el cuerpo no sé cómo...

Y á los pocos momentos añadió:

– Dame dos en vez de uno...

– ¿No sería mejor á la vuelta de la iglesia?, preguntó la hacendosa y económica aldeana.

– ¡A la vuelta! ¡Déjate de vueltas! Me avisa el corazón que no vuelvo, respondió el marido.

Y ella, santiguándose, murmuró al estilo del país:

– ¡San Silvestre! ¡Brujas fuera!

***

También sale á relucir, con motivo de la enfermedad penosa del rey Eduardo, la conseja – que en efecto es antigua y popular en la Gran Bretaña – de que nunca se coronará este rey.

Si mejora y llega á coronarse, Eduardo VII dará un mentís á todos los agoreros de sus Estados. Lo cual demuestra que no es el Mediodía, Italia, ni España donde florecen las creencias en presagios y fechas fatales, sino que también los anglosajones (raza fuerte) poseen un rincón en la fantasía donde teje su tela la araña del miedo á lo desconocido. ¿Hay nadie que pueda considerarse completamente exento de esos pavores sin objeto y esas aprensiones sin raíz? El poeta tenido en concepto de escéptico; el filósofo y pensador que escribió las *Doloras*, nunca quiso sentarse á una mesa en que hubiamos de ser *trece*. Fué preciso traerle un número *catorce;* si no, en el rincón se queda, acurrucado y triste, viendo ya venir la muerte, guadaña en mano. No por echarla de espíritu fuerte (detesto á esos que hacen alarde de racionalismo barato), – sino porque realmente lo de los *trece* no me asusta, á menos que sólo haya comida para doce, – traté de convencer á Campoamor de que eso de los trece se deriva de la Cena de Cristo, de Judas, etc., y es una idea de la Edad Media, que ya no hay razón para que nos preocupe. Y recuerdo sus palabras.

– Cuando uno es el más viejo de todos, hija mía..., cuando uno tiene ya tantos años..., el premio de la lotería negra le cae de seguro...

– Entonces, D. Ramón, ¿qué más da? Si de todas suertes el premio había de caer...

– ¡Por si acaso!, declaró moviendo la hermosa cabeza blanca.

EMILIA PARDO BAZÁN.

UN HOGAR

POR MATILDE SERAO DIBUJOS DE G. DUTRIAC

Marido y mujer viven en la misma casa, por conveniencia.

La madre habita en el piso bajo, el padre en el primero y el hijo está instalado en el segundo.

Los tres comen juntos, pero la señora lee un libro y su esposo un periódico.



Los tres comen juntos, pero la señora lee un libro y su esposo un periódico

El niño, sentado entre los dos, tan pronto mira á su madre como á su padre, con los ojos muy abiertos y asombrados, y come silenciosamente.

El niño tiene un aya y un preceptor.

De cuando en cuando, la madre se digna asistir á las lecciones de su hijo, vestida con una bata adornada con encajes, calzada con chinelas bordadas en oro, y encuentra que el niño estudia demasiado y explica al profesor por qué no debe trabajar tanto. El chiquillo mira de soslayo.

Cuando en algunas ocasiones se siente acometida de impulsos de maternidad, quiere tener consigo á su hijo desde la mañana hasta la noche; y el niño ve cómo su madre se pinta los ojos, cómo se cubre con polvos de arroz la garganta y los brazos y cómo se da colorete en las mejillas.

Algunas veces, en broma, la madre *arregla* la cara al niño, el cual se ríe halagado y turbado por aquellos perfumes.

Para llevarle á paseo, la madre le encuentra torpe y mal vestido, y presa de verdadera rabia natural le anuda á la cintura una ancha faja de mujer, le pone en el cuello una magnífica corbata de encaje, y así adornado se lo lleva en coche algunas horas, sin abrigo, á pesar del frío que se deja sentir. Y al pobre niño se le pone la nariz encarnada y el aburrimiento hace asomar las lágrimas á los ojos.

Aquella mujer saluda á todo el mundo, exhibe á su hijo, le pregunta si quiere un dulce ó un juguete y se da tono de madre amante.

En la villa Borghese hace parar el coche y entabla conversación con algunos jóvenes, los cuales le dicen palabras picantes que la hacen reir, en tanto que el niño escucha tratando de comprender aquellas frases.

A menudo sube á casa de una amiga, en donde permanece una hora, dejando al niño solo en el coche. La pobre criatura espera con los ojos llenos de lágrimas y se aburre, mientras el cochero, que sabe á qué atenerse, murmura algunas groserías.

Después, la madre olvida al hijo durante quince días; le da distraídamente un beso por la mañana, se muestra poco cariñosa con él si está nerviosa y dice á la camarera que se lo lleve cuando el niño llora.

En determinadas horas le está absolutamente prohibido al hijo penetrar en el salón de su madre. «No se puede entrar,» dice el aya sonriendo.

La madre tiene la bondad de mostrarse al niño vestida de baile, escotada; pero en vano el chiquillo tiende sus brazos á aquella hermosa figura; la señora tiene miedo de descomponer su traje y se va sin besar á su hijo, recomendándole que sea bueno.

En ciertas épocas, un movimiento inusitado de fiesta pone la casa en revolución: modista, sastre, criados, flores, todo lo invaden; nadie come y nadie duerme. Después, la señora se abandona á un reposo completo, no quiere ver á nadie, está nerviosa, parece medio loca.

El padre está fuera de casa todo el día y á veces toda la noche.

Cada tres ó cuatro meses prodúcese entre el padre y la madre una escena violenta, terrible, en presencia del niño, con acompañamiento de palabras malsonantes, de muebles rotos y de amenazas de separación definitiva.

Y el niño oye en la antesala y en la cocina todas las conversaciones de los criados sobre su padre y su madre.

MATILDE SERAO.



y el niño ve cómo su madre se pinta los ojos...

LA CONVALECENCIA. – PAISAJES DE INVIERNO

Convaleciente... Una larga alameda, aún no seca de los últimos aguaceros. Las hojas titilan al menor movimiento del aire. Un sol tímido. Tal ha de ser mi primer paseo. El alma lo ha emprendido ya. Véome andar entre ambas filas de árboles, el paso vacilante, la cabeza cargada aún de ensueños de fiebre. En un espejo que no hay, contemplo mis ojos con la pupila dilatada, el mirar cobarde. Mi frente es pálida, blanquísima; y mis cabellos, peinados por vez primera después de tanto tiempo, se retraen indóciles sobre mis sienes... Me siento

muy chiquito y muy frágil, de cristal, como el licenciado Vidriera, y el más leve ruido me sobresalta, el menor movimiento me atemoriza... La vida va volviendo á mí con mucho cuidado después que yo y todos la diéramos por perdida... Un olvido caliginoso y turbio ha esfumado los recuerdos de la gran catástrofe, y en vano trato de representármela claramente.

Todo es de una voluptuosidad agridulce que me encanta y me mantiene en un recogimiento semejante á un éxtasis muy vago y muy diluído como el escalofrío de una fiebre ligera.

Y los crepúsculos de la vida, ¡cómo se parecen! Cuando en las grandes crisis la alta calentura me aletargaba y yo sentía venir la muerte con aquel sueño, un placer inefable me hacía temblar en el lecho, que se convertía en tumba; un hálito de infinito me oreaba la frente. Así ahora en este despertar de la vuelta á la vida... En verdad sólo puedo consignar sensaciones. Vibro como la cuerda mejor templada ó el más sonoro de los metales... Ideas, no. Toda esa parte de mi alma ha muerto..., ha muerto...

El otoño va de capa caída. Cárdenas nubes, cada vez más tristes, nos dicen el adiós de la luz, del calor y de la vida que mira al cielo. Ya la ciudad parece el obscuro rebaño inmenso de enormes monstruos con los lomos enarcados y mil ojos rojizos que pintó no sé qué artista fantasmagórico. La vista vuelve al suelo. Todas las luces están encendidas, menos la del sol. El invierno... Y es la estación de las confidencias, el reinado del hogar. Las armas cuelgan ociosas de las panoplias dormidas sobre los muros; hay paz y un santo temor.

La vida interior que preside la lámpara, amiga íntima. Cuentos referidos al amor de la lumbre que pestañea.

Fuera los aullidos del viento, la monotonía de agua, los grandes sudarios de nieve... Cantos de Noel y maldiciones. Cruza de nuevo los yermos la desesperada figura de Lear con los cabellos sueltos.

Sí. El invierno. Se han apagado los tonos fuertes en los colores y en los sonidos. Ni amapolas ni besos ruidosos. Los campos están aún verdes, mojados por una lluvia fresca y menuda; pero el sol no los hiere y parecen descansar tendidos, tendidos á lo lejos. El cielo blanco.

La casita del Valle se prepara á invernar. Se han acabado las expansiones al aire libre y los baños de luz. Puertas y ventanas comienzan á cerrarse. La fachada principal tiene el aspecto de una casa seria y pacífica. Un vaho caliente y una luz serena se desprenden del interior. La vida se ha reconcentrado y calla religiosamente. Empiezan á despertar los espejos de la sala; y los viejos cuadros de familia, los retratos de los abuelos oyen en silencio las voces conocidas.

Me han prohibido todavía la vuelta á la ciudad. He de quedarme aquí durante las largas noches. Me olvidarán. Nadie sabrá el camino para llegar á la casita del Valle... Los que me rodean me quieren; pero mi alma está todavía tan débil que no puede devolverles su cariño.

El cielo está completamente limpio de nubes, pero su azul es pálido. Los rayos oblicuos del sol lamen la tierra endurecida sin conseguir arrancarle su costra de escarcha, y coloran los árboles cuya vida se ha parapetado detrás de la corteza. En la diafanidad del aire está el frío suspendido como un inmenso grito sin voz que lo llena todo... Un pastor golpea con la cayada el hielo de un arroyo muerto la noche anterior y me habla vagamente del lobo y de los astros. No le oigo. Tengo los sentidos puestos en algo que va á pasar en mi alma...

De pronto siento frío y me arrebujo en el capote de monte. Estoy en el fondo de mi coche y sé que corremos hacia la casa. Siento las cuádruples pisadas de las mulas sobre el terreno duro y blanco; al entrar entre unas gargantas que limitan el horizonte me parece que nos lanzamos á un viaje de ensueño por países maravillosos.

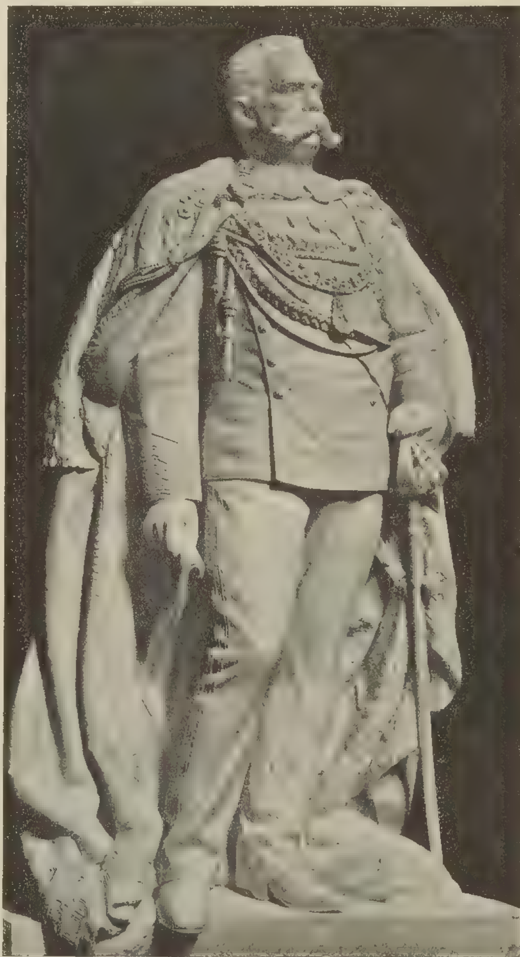
Al llegar me miran... Debo tener un aspecto extraño que yo creo adivinar en sus caras. Una punzada agudísima... Pero no es el recuerdo todavía.

Nada rompe la monotonía invernal, á través de los cristales de mi ventana. Ahora es la nieve. Y el día no más que un largo crepúsculo, un largo llanto de luz inútil y mortecina... Humean las cabañas bajo el cielo plomizo y todo se va borrando en la noche que llega. Lejanos puntos de luz roja anuncian unos ojos abiertos, una vigilia al lado del fuego. Un pequeño mundo primitivo... El padre que distribuye pan rodeado de los hijos, y la madre que alimenta el hogar... La primera sociedad apenas emancipada de la caverna, tiranizada aún por el lobo que aulla de frío y de hambre en torno de la choza. He aquí todo..., todo.

Ha cerrado la noche. Sólo arde la lámpara rosa de mi cuarto.

Pesadilla.

Las cajas lucientes de los carruajes; el impermeable de los cocheros, sus sombreros de hule; el asfalto de las calles, las maderas barnizadas y las vidrieras de las tiendas brillan con el agua que corre sobre ellas y sobre el agua los regueros de luz del alumbrado público. El suelo refleja, salpica, aparece y desaparece bajo el lodo. Al cielo, imposible mirar. Un vapor negro del que se desprenden largos y estrechos los canutillos de cristal que forman el aguacero. Parece que el turbión quisiera borrar la ciudad, arrasarla, llevársela.


ESTATUA EN MÁRMOL DE HUMBERTO I DE ITALIA, obra del profesor Tadolini

Los días blancos. Un sol débil de calor, pero clarísimo, inunda el paisaje. Han cesado los vendabales, la savia comienza á despertar en las blancas venas de las plantas.

La naturaleza pensativa siente germinar en sí la primera sonrisa. Pero todavía es preciso esperar... Leo en mi libro la oración de la paz:

«Poesía de los jardines y de las cosas tranquilas; calma poesía blanca de líneas griegas, estatua del parque, lucero de la tarde; tierna amiga de la sencillez que te contentas con la rama del olivo de Minerva y con los olores sanos del tomillo y romero; que estás en la frente de Homero el ciego y de los profetas serenos..., tiende en mi alma la tersura y la paz, y que todo lo que yo ame se te parezca con la dulce semejanza de los hermanos.»

Deshielo. Rápidas cataratas de los alturas al valle. Han despertado las aguas. Los árboles cabecean jugando con los jirones de plata que les cuelga el sol. El aire comienza á traer aromas, todavía muy vagos aromas de tomillo y romero. La vida es aún algo indeciso entre color y sonido. El verde incipiente de los tallos y yemas, la sombra aún tenue de los árboles se van acentuando. La luz empieza á ser valiente y la sangre que afluye á mi corazón trae un ritmo mejor. Abro los ojos con gusto y siento el placer de respirar, como á la salida de un largo túnel. He dejado un momento el libro. He abierto el balcón, y al recibir la oleada de fuera me ha venido una sonrisa involuntaria más fuerte que yo. Desearía ver á alguien, hablar... Pero todavía me dan miedo las personas. Es temprano.

¡Oh, la dicha de ver! La luz, mi grande amiga, ha venido hoy muy de mañana á mi cuarto y me ha despertado. Es preciso que salga, que ande, que corra. Un traje de campo y mi caballo favorito. Heme aquí sobre el camino, á todo galope, buscando la fatiga, respirando el aire á pleno pulmón, saturándome de verdor los ojos ansiosos, corriendo, corriendo. Los árboles pasan á mi lado como soldados que vuelven á una formación... Un repecho, luego un bosquecillo y allá una caseta muy blanca y muy limpia. ¿Conque había gente por estos contornos? Les dejo mi caballo. Que lo cuiden bien hasta mi vuelta. Yo sigo á pie.

He aplacado la sed bebiendo de bruces en uno de estos arroyos nuevos... Ahora lo que siento es un cansancio saludable y voluptuoso. Busco la sombra de un árbol y me tiendo en tierra, con el hermoso cielo por techo. La naturaleza es mujer. Un hervor de vida naciente sube hasta mí y parece que un corazón inmenso late contra el mío. Es la tierra que levanta su seno. Ebrio dejo caer en él mi cabeza...

Apenas veo nada de mí. Mis pies con sus largas botas de camino desaparecen entre el césped y me dan la sensación de no pertenecerme; y poco á poco todo yo voy desapareciendo en aquella ola de vida inmensa. Los tallos se entrecruzan por encima de mí, me envuelven, me penetran y ya mis venas son también raíces por donde corre la savia nueva. Sí; en este abrazo de hiedra mis contornos se borran, mi ser entero desaparece en brazos de la naturaleza en celo...

El frío del crepúsculo me ha despertado. Me levanto de un salto y con el sombrero en la mano, porque el aire acabe de desvelarme, llego á la caseta donde guardaban mi caballo. El noble animal relincha de contento. De nuevo á la casita del valle; pero despacio en medio de la calma de la primer noche de primavera.



FRUTA SABROSA

reproducción directa del cuadro de Juan Brull

Las heridas se han cerrado por completo. Soy un hombre nuevo. La vida ha vuelto y su fuego me lanza otra vez á la lucha. Al poner el pie en la ciudad he sentido toda mi fuerza, y he presentido la victoria. Ahora, sí...

Pero ni una sola figura humana en toda la historia de mi convalecencia.

... Habían querido matarme, y sólo la tierra me ha devuelto la vida.

... Porque yo lloré con ella su invierno.

Manuel Machado.

CARRERA DE AUTOMÓVILES DE PARÍS Á VIENA

La carrera de automóviles verificada recientemente entre París y Viena ha sido uno de los acontecimientos que más han llamado la atención en el mundo de los deportes de mucho tiempo á esta parte. Esta prueba de velocidad y resistencia se realizó en los días 26 á 29 de junio último y comprendió cuatro etapas: Champigny-Belfort, 407 kilómetros; Belfort-Bregenz, 281; Bregenz-Salzburgo, 337, y Salzburgo Viena, 336. Estas dos últimas etapas se han realizado por caminos malísimos, bordeados de precipicios, con pendientes cuyo máximo llegó al 18 por 100 en el Areberg y llenos de otra porción de obstáculos y peligros.

La verdadera prueba de velocidad se ha hecho en el trayecto de París á Belfort; el resto de la carrera ha sido más bien una prueba de resistencia.

Los vehículos fueron clasificados, según su peso, en cinco categorías: 1.ª los grandes que no pasaban de 1.000 kilogramos, sin carga alguna; 2.ª los ligeros de menos de 650; 3.ª los cochecillos de menos de 400; 4.ª los motociclos de menos de 250; y 5.ª los motociclos de menos de 50.

Inscribiéronse 216 automóviles, de los que sólo se presentaron 117, de los cuales 25 funcionaban con alcohol y cuatro con vapor.

La clasificación oficial ha sido la siguiente:

1.° Marcelo Renault (carruaje ligero), en 26 horas, 10 minutos, 17 segundos.

2.° Enrique Farman (carruaje), en 26 horas, 32 minutos, 32 $^1/_5$ segundos.

3.° Edmond (carruaje ligero), en 26 horas, 46 minutos, 16 segundos.



Mme. Schoenborn esperando la llegada del vencedor para ofrecerle el premio (de fotografía de Mauricio Branger, París)



Carrera de automóviles de París á Viena. – Llegada del vencedor, Marcelo Renault, á Viena (de fotografía de Mauricio Branger, París)

4.° Mauricio Farman (carruaje), en 26 horas, 51 minutos, 33 $^2/_5$ segundos.

5.° Zborowski (carruaje), en 26 horas, 58 minutos, 33 $^3/_5$ segundos.

6.° Teste (carruaje), en 27 horas, 29 minutos, 8 segundos.

7.° Baras (carruaje ligero), en 27 horas, 41 minutos, 50 segundos.

8.° Hemery (carruaje ligero), en 27 horas, 56 minutos, 58 segundos.

9.° Marcellin (carruaje ligero), en 28 horas, 13 minutos, 3 segundos.

10.° De P. Crawhez, en 28 horas, 33 minutos, 30 segundos.

Los vencedores en cada categoría han sido: coches ligeros, Marcelo Renault; coches grandes, Enrique Farman; coches pequeños, Guillaume (en 19 horas, 19 minutos, 28 segundos); motociclos, Osmont (en 24 horas, 41 minutos, 16 segundos), y motocicletas, Bucquet (en 26 horas, 10 minutos, 38 segundos). – R.

KERDONEZ

Recorriendo, el otro día, uno de los sitios más pintorescos de la costa de Bretaña, en busca de un rincón donde poder veranear tranquilo á orillas del Océano, me propusieron para alquilar, como en extremo ventajoso, tanto por sus comodidades cuanto por su módico precio, un caserón antiguo situado en las inmediaciones de Quimper.

– Esta finca, me dijo el cura á quien yo iba recomendado, pertenece al vizconde de Halguier, que la alquila casi gratis á fin de que no esté deshabitada, ínterin encuentra quien se la compre.

– ¿Por qué no viene él mismo á veranear en ella?

– Porque se lo impide una reciente historia que le pasó en el país.

– ¿Historia ha dicho usted?.. ¿Se puede saber?..

– No es ya un secreto para nadie.

– Entonces me la va usted á referir, mientras visitamos la casa.

– Con mucho gusto, contestó el bondadoso cura.

Y sin más preámbulos me refirió lo siguiente:

El vizconde de Halguier – un elegante calavera de París – despertó una mañana en Kerdonez, es decir, en esta quinta, y el canto del gallo le obligó á abrir los ojos.

Soñoliento, saltó de la cama y abrió la ventana de su cuarto. La casa estaba silenciosa y el día apenas empezaba á despuntar.

– Héteme levantado, dijo el joven encendiendo un cigarrillo, á la hora en que acostumbro acostarme en París.

Era á principios de septiembre. Los días eran aún calurosos; pero la temperatura refrescaba por las noches, y á la hora aquella soplaba una fresca brisa á través de los árboles del jardín, donde los pájaros saludaban á la aurora con suaves gorjeos. Una ligera bruma envolvía el paisaje.

Hacía escasamente un año que el padre de Ivo Halguier había muerto, dejándole único heredero de una gran fortuna y del castillo de Kerdonez.

Ivo no había vuelto aquí desde su infancia. Su madre murió en esta residencia; su padre, en los últimos años de su vida, parecía haberle tomado aversión y no hablaba de ella sin una visible repugnancia.

El joven vizconde, una vez propietario de la quinta, parecía resuelto á tenerlo abandonado, cuando una circunstancia fortuita vino á hacer cambiar sus proyectos.

Poniendo en orden ciertos papeles de familia olvidados en el fondo de una arquilla, encontró una carta de su padre, bajo un sobre que decía: «Para mi hijo, después de mi muerte.»

En aquella carta, el Sr. de Halguier confesaba haber tenido amores secretos con una campesina de estos contornos, de la cual había tenido una hija. Murió la madre, siendo aún muy joven, y el Sr. de Kerdonez, afligido por aquella muerte prematura, no volvió á Bretaña.

Al sentirse próximo á morir, se apoderaron de él los remordimientos. Y en la carta aludida suplicaba á su hijo que buscase á su hermana y asegurase su porvenir.

«Si vive, decía en su escrito el viejo, tiene ahora diez y siete años. El doctor Lelong, que ejerce en el país desde hace muchos años y está en el secreto, te dará todos los informes necesarios.»

Y ahí tiene usted explicado el por qué Ivo de Halguier presenciaba desde una de esas ventanas la salida del sol, una mañanita de septiembre, pensando en el doctor Lelong y aquella hermana que le llovía del cielo.

El horizonte encendióse á los rayos del sol naciente. La masa de los bosques parecía surgir de una rosada neblina, como en una apoteosis de magia. El castillo dominaba el valle, en el fondo del cual se desliza mansamente el río entre sauces y álamos. Frente á la casa y en la orilla opuesta, rocas graníticas se destacaban sobre el fondo nacarado del cielo. Por entre las rocas serpentea un sendero.

Ivo dió un grito de admiración. Por aquel sendero acababa de aparecer una muchacha. Alta, flexible, graciosa bajo su sencillo traje de campesina, le pareció extraordinariamente hermosa. Ligera como un gamo, bajó hasta el río y entró en aquel molino, cuya turbina rodaba como ahora.

El vizconde vistióse á toda prisa. Cogió la escopeta, y so pretexto de ir de caza, corrió al encuentro de la campesina.

Esta salió del molino y volvió á tomar el mismo sendero de antes, después de haber pasado por el lado del vizconde, saludándole como es costumbre en el país.

Ivo emprendió también la escarpada senda, admirando las delicadas facciones y la natural distinción de la muchacha.

En lo alto de la cuesta, adelantó el paso hasta juntarse con la campesina, con la cual trabó conversación. En el campo y sobre todo en esta tierra, los conocimientos se hacen fácilmente, sin reserva ni mala intención. La muchacha se puso un tantico colorada, porque se trataba de un buen mozo forastero, pero contestó sin fingimientos á las insinuaciones de Ivo.

– Soy el vizconde de Halguier, señor de Kerdonez, dijo éste presentándose á sí mismo; y usted ¿es del país? ¿Cómo se llama usted?

Ella le miró con sus grandes ojos negros, que contrastaban con su pelo rubio, y dijo lentamente, algo confusa:

– Me llaman Simona y sirvo en la granja que usted ve delante de nosotros y que pertenece al Sr. Maquard. Tengo diez y ocho años y soy huérfana de padre y madre. Es todo lo que puedo decir á usted, señor vizconde.

«¡Criada de granja!, pensó Ivo, deslumbrado por la hermosura de la campesina. ¡Obligada á ejecutar los groseros trabajos del campo! ¡Qué lástima!»

Separáronse en los cuatro caminos. Ella se alejó despacio y el vizconde quedóse en éxtasis, contemplando, hasta que hubo desaparecido, la silueta graciosa de la joven.

Volvió á la quinta encantado. De esta hecha, había olvidado el objeto de su viaje, el doctor Lelong y su hermana desconocida cuyo paradero tenía que averiguar. Estaba prendado de Simona.

Los días siguientes levantóse con el alba, y armado de su escopeta, en busca de una caza imaginaria, recorría estos contornos con el objeto real de encontrarse con la criada del Sr. Maquard. Y la encontraba á menudo.

Hubiérase dicho que Simona se hacía la encontradiza.

Ambos jóvenes sostenían animadas conversaciones á lo largo de los senderos escabrosos. Ivo lo olvidaba todo mirándose en los negros ojos de la campesina y escuchando su voz lenta y grave.

– El hijo del Sr. Maquard, Claudio, quisiera casarse conmigo, dijo un día la muchacha; pero sus padres no quieren que se case con una pobre...

El vizconde sintió celos.

– Naturalmente, eso le causará á usted pena, porque sin duda ama á Claudio...

– A decir verdad, no acierto á comprender el estado de mi corazón. A veces se me figura que amo á Claudio, y en otras ocasiones sospecho que mi cariño por él se entibia por momentos. Antes me gustaba mucho, y ahora le encuentro algo necio y vulgar.

El corazón de Ivo latió con más violencia. Si ella no amaba ya á Claudio, era, quizá, porque prefería á otro. Entonces procuró ser más persuasivo, y á la vuelta de algunas entrevistas obtuvo de la muchacha una cita para las ocho de la noche, en un pabellón abandonado, que había servido de pabellón de guardia y dependía de la quinta de Kerdonez.

De vuelta á su casa, Ivo encontró á un caballero que le esperaba. Era un anciano de aspecto bondadoso.

– Soy el doctor Lelong, dijo al vizconde. He tenido noticia de la llegada de usted y vengo á presentarle mis respetos.

Estas palabras recordaron al joven el objeto de su viaje.

– Celebro conocer á usted, contestó Ivo; tanto más cuanto que tenía que ir á verle á fin de dar cumplimiento á una de las últimas voluntades de mi padre. Se trata de una muchacha por la cual se interesaba... Usted lo sabe todo, doctor... Si vive, yo quisiera asegurar su suerte...

– Vive, en efecto; la niña ha crecido y es ahora una gallarda muchacha de diez y ocho años; buena, inteligente y graciosa. La he educado, pero sin hacer de ella más que una campesina..., como su madre. Yo quisiera casarla, porque tiene gustos é ideas superiores á su posición; pero desgraciadamente carece de fortuna y yo no soy bastante rico para dotarla. Si hubiese podido hacerlo, hace ya un año que Simona sería la mujer de Claudio Maquard ..

– ¡Simona!, murmuró el vizconde palideciendo como un difunto.

– ¿La conoce usted?

– Me encontré con ella sin saber quién era. Tiene usted razón; lo mejor que puede hacer es casarse con Claudio...

Por la noche, Simona acudió á la cita.

Ivo no faltó á ella; pero su tristeza y gravedad contrastaban con la alegría de la muchacha.

– He reflexionado mucho sobre sus confidencias, dijo á Simona. He visto al doctor Lelong, que la quiere á usted... como un padre y le he prometido dotar á usted. De hoy más, nada se opone á su casamiento. El Sr. Maquard se alegrará infinito de tenerla á usted por nuera.

– ¡Que me case con Claudio!.., murmuró la muchacha con voz ahogada por un sollozo. ¡Y es usted quien me lo aconseja!..

– Se lo aconsejo... y se lo suplico..., porque es conveniente..., porque es necesario...

A través de las tinieblas, la acompañó hasta la granja del Sr. Maquard, hablándole suavemente como á una niña á quien se trata de consolar.

– Usted amará á Claudio, que es honrado y bueno, según mis informes, y será usted una esposa honrada y una buena madre de familia. Y yo tendré la dicha de haber contribuído á su felicidad.

En esto habían llegado á la granja. Ivo se inclinó hacia Simona y depositó un largo beso sobre sus grandes ojos húmedos de lágrimas, murmurando:

– ¡Adiós!.. ¡Adiós!..

El día siguiente el vizconde abandonó la Bretaña.

Un mes después, Simona se casó con Claudio, y fijóse el cartelón que dice «Se alquila ó se vende» en la reja de Kerdonez.

JUAN B. ENSEÑAT.



BARCELONA. – APEADERO DEL PASEO DE GRACIA RECIENTEMENTE INAUGURADO
VISTA EXTERIOR DEL EDIFICIO (de fotografía de Serra)

EL APEADERO DEL PASEO DE GRACIA

La estación-apeadero recientemente inaugurada en el Paseo de Gracia y construída por la Compañía de Madrid, Zaragoza y Alicante, consta de un cuerpo de edificio de elegante construcción, levantado sobre sólidas bóvedas y destinado á sala de espera y despacho de billetes. Dos amplias escaleras de mármol conducen desde allí á los andenes, que son todo lo espaciosos que consentía el espacio de que podía disponerse.

De estos dos andenes, el de la izquierda está destinado á los pasajeros de los trenes de partida, y en él se encuentran el restaurant, la cocina, la despensa, el salón de descanso y una sala de espera. En el de la derecha, para los viajeros de los trenes de llegada, están instalados el cuarto del electricista, el despacho del jefe de estación, el cuarto de las agujas, el lavabo para el personal de la Compañía y algunas otras dependencias. Ambos andenes están cubiertos, en la parte destinada á los pasajeros, con una montera de cristales de seis metros de ancho protegida por una espesa alambrera. Para trasladarse de un andén á otro se ha abierto un paso interior, el primero que se ha construído en España: por medio de una ancha escalera se desciende hasta debajo del nivel de la vía, y por un amplio corredor, iluminado eléctricamente, se llega á la escalera del andén opuesto.

Todos los departamentos de esta estación-apeadero son muy espaciosos, y el decorado de toda la obra, compuesto de mayólicas, azulejos, vidrios de colores y maderas labradas, resulta tan sencillo como elegante.

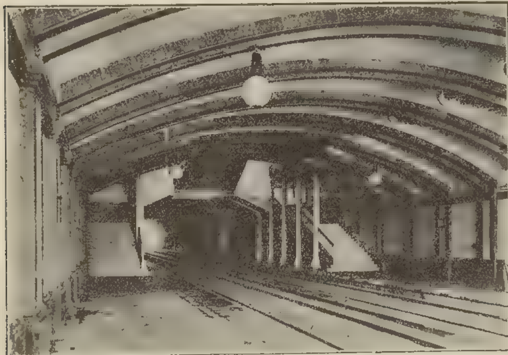
Entre las vías ascendente y descendente están colocados los aparatos para las agujas, los semáforos, el servicio de discos, el de distribución de energía, de luz, etc.

A ambos lados de la zanja, y en una extensión de dos manzanas, se ha colocado una artística y sólida verja de hierro labrado.

La Compañía se propone, cuando obtenga para ello el competente permiso, ampliar las dependencias de la estación-apeadero, entre otras, con una sala para despacho de equipajes, pues por ahora dicha estación sólo sirve para el servicio de viajeros.

No estaría de más tampoco, en nuestro concepto y en el de mucha gente, que se instalara un reloj en la fachada del edificio.

La obra realizada, sin perdonar gasto alguno y con una rapidez y una inteligencia que honran á quien la ha dirigido, ha de ser de gran comodidad para los vecinos de la pobladísima zona de nuestro ensanche y ha de ser también de resultados beneficiosos para la empresa, porque además del natural aumento de ingresos, le permite aligerar el servicio de la estación central. – S.





BARCELONA. – APEADERO DEL PASEO DE GRACIA. – VISTAS DE LOS ANDENES (de fotografía de Serra)
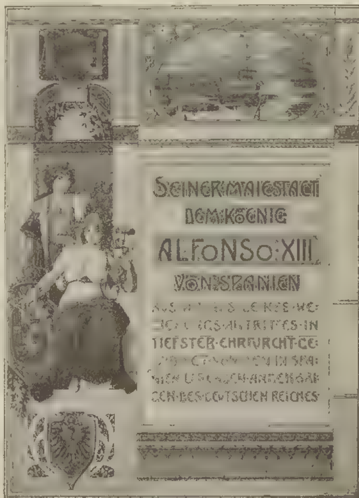


CANTO DE LA TARDE, cuadro de Wagrez



RETRATO DE REMBRANDT PINTADO POR EL MISMO

NUESTROS GRABADOS

Portada y tapa del álbum regalado por varios alemanes residentes en España á S. M. el rey D. Alfonso XIII, obra de Juan Kolb.—Con motivo de la jura del rey D. Alfonso XIII, los alemanes residentes en España regalaron á nuestro joven monarca un precioso álbum, cuya parte artística ha sido ejecutada por Juan Kolb, director de la Escuela de Industrias Artísticas de Stuttgart. La portada, dibujada sobre pergamino, contiene una miniatura con la vista de Barcelona, un grupo que representa á Germania, con los atributos del comercio en la mano izquierda, y á España con la diestra apoyada en la corona y en el escudo de nuestra patria, y la dedicatoria. Las hojas del álbum, todas con orlas decorativas, contienen las firmas de los 800 alemanes que han costeado el regalo, y la tapa, confeccionada también en Stuttgart en la fábrica de cueros de Alberto Feucht, tiene 60 centímetros de alto por 45 de ancho, y en ella se destacan debajo de la real corona las iniciales del rey entre una ornamentación tan rica como elegante, hecha á varios tonos y con algunos dorados.



Portada y tapa del álbum regalado por varios alemanes residentes en España á S. M. el Rey D. ALFONSO XIII, con motivo de su mayoría de edad, obra de Juan Kolb, director de la Escuela de Industrias Artísticas de Stuttgart

Preludio de amor. En las lagunas de Venecia, cuadro de L. M. J. Ridel.—Los personajes que ha puesto en escena en este cuadro el notable pintor francés Ridel, son *dilettanti* refinados que van en busca de sensaciones extrañas y complicadas. «Bajo las rojas claridades del crepúsculo que incendian la laguna ha dicho un crítico ocupándose de esta pintura - y que vienen á extinguirse á sus pies, aquellos dos amantes, fatigados de amarse simplemente, procuran hacer vibrar su alma con un estremecimiento nuevo, crear una sabia armonía en la belleza del atardecer; y aquella mujer cubierta de ondulantes gasas, evoca languideces suaves, voluptuosas...» Y en realidad, para gozar de esas misteriosas sensaciones que el artista quiso atribuir á los héroes de su lienzo, nada más á propósito que la sin par Venecia, en donde la fantasía menos propensa á exaltaciones excítase produciendo nerviosos sacudimientos en la contemplación de aquellos lugares que de tan novelescos sucesos fueron teatro, y recordando las historias de amores tristes, de horribles venganzas, de dulces idilios, de espantosas tragedias que se desarrollaron en las poéticas lagunas, en los sombríos canales, en los misteriosos palacios que constituyen la perla del Adriático. Ridel ha sabido en su obra reproducir algo más que un trozo de la ciudad; ha impreso en ella ese sentimiento especial vago, melancólico, á ningún otro comparable, que experimenta todo aquel que visita Venecia y la contempla y la estudia, más que con los ojos, con el alma.



EL DIBUJANTE, relieve de Teodoro Charlemont

El dibujante, relieve de Teodoro Charlemont.—Esta obra es de corte verdaderamente clásico. De una corrección perfecta, de una sobriedad admirable, de extraordinaria expresión, merece este busto las mayores alabanzas bajo todos conceptos. La escultura en relieve tiene grandes dificultades, porque los recursos de que para ella dispone el artista son muy limitados; por esto es más meritorio quien con reducidos medios consigue un efecto tan impresionante como el que ha obtenido Charlemont en la obra que nos ocupa. No es, pues, de extrañar que la crítica vienesa dedicara grandes elogios á *El dibujante*, que figuró en la última exposición de Bellas Artes celebrada en la capital austriaca.

Estatua en mármol de Humberto I de Italia, obra del profesor Tadolini.—Reservado estaba al distinguido escultor Tadolini, de quien es también obra el hermoso monumento erigido en Perugia al rey Víctor Manuel, ejecutar el que en breve se levantará en el gran salón del palacio Vantini de la Ciudad Eterna, en donde reside el Consejo Provincial. Si el artista á que nos referimos no fuera ya ventajosamente conocido por otras producciones notables, algunas de las cuales sirven de preciado ornamento de algunas ciudades mejicanas, aquella á que nos referimos bastaría para cimentar su reputación. La actitud, el parecido y cuanto puede expresar el espíritu del rey caballero y soldado, vilmente asesinado en Monza, ha sabido interpretarlo admirablemente el profesor Tadolini, de tal suerte, que el hijo del malogrado monarca no pudo substraerse á la profunda emoción que le produjo la obra cuando recientemente la examinó en el estudio del meritísimo artista. La estatua y monumento á que nos referimos es el primero que se acordó erigir á raíz del doloroso acontecimiento de Monza.

Fruta sabrosa, cuadro de Juan Brull.—Tantas veces hemos tenido ocasión de ensalzar las obras de nuestro querido colaborador, que nada nuevo podemos añadir á lo que acerca de sus talentos pictóricos hemos expuesto. Pocos artistas han logrado dar mayor dulzura y mayor expresión á las caras infantiles, que constituyen el tema de la mayoría de sus cuadros; pocos consiguen imprimir en esos alegres rostros una frescura tan sana, tan simpática; las sonrisas de los niños que Brull pinta no son simples contracciones musculares más ó menos exactamente copiadas en la tela, sino verdaderas expansiones de sus almas inocentes; sus ojos son reflejo de su corazón y de su inteligencia, y en sus actitudes admírase esa gracia y esa elegancia naturales, comparables tan sólo con la elegancia y la gracia de los movimientos de los pájaros. De aquí el encanto sin igual que sus obras ofrecen, de aquí la sensación gratísima que su contemplación produce, encanto y sensación á los que contribuye no poco la maestría técnica que todos admiramos en sus obras.

Retrato de Rembrandt pintado por él mismo.—La mayor parte de los retratos de Rembrandt que pintados por él mismo se conservan en los más importantes museos del mundo y que el grabado se ha encargado de popularizar, nos presentan al ilustre maestro flamenco en su juventud, vestido de ricas telas, adornado de joyas ó cubierto de armas y entregado á los placeres. El que hoy publicamos, y que constituye una de sus obras maestras, nos muestra, por el contrario, al inmortal artista en la edad madura, cuando los desengaños, los duelos y la ruina han comenzado á surcar de arrugas su rostro, á apagar el fuego de su mirada, á borrar la sonrisa de sus labios. Los años y sobre todo la desgracia han impreso sus indelebles huellas en aquel cuerpo, y el artista que tantas veces se complaciera en trasladar al lienzo su efigie de los días de alegría y de prosperidad, quiso dejarnos también su imagen de los tiempos difíciles y tristes que hubo de atravesar en el último período de su existencia.

Canto de la tarde, cuadro de Wagrez.—Todo en este cuadro respira poesía: el jardín frondoso cuyos murmullos parecen percibirse, la fuente con el monótono susurro de su agua, el cielo con sus dulces tintas crepusculares y ese bellísimo grupo que atenta, arrobadamente, escucha á la cantora, son otros tantos elementos poéticos que el pintor ha sabido juntar en una armonía admirable de sentimientos, de formas y colores. Asuntos como el tratado por Wagrez son muy expuestos para los artistas que quieren tratarlos, no tanto por las dificultades materiales que entrañan, cuanto por el peligro de incurrir en cursis sensiblerías; pero el autor de *Canto de la tarde* ha vencido con gran acierto este escollo, colocándose en un justo medio, igualmente apartado del idealismo exagerado que del prosaico realismo, y el resultado ha sido esa obra llena de atractivos y avalorada por una ejecución cuidada sin pecar de amaneramiento y detallada sin ser excesivamente minuciosa.

Escultura de Othmar Schimkowitz.—Las cualidades salientes de esta escultura son la vida y el movimiento; de aquella boca abierta parece escaparse un grito agudo, un llamamiento tal vez desesperado, y aquellas manos dispuestas á modo de portavoz parecen agitarse nerviosamente. La vida palpita en aquel busto; casi se adivinan la sangre circulando por las venas y los nervios en contracción; y la dura piedra, por virtud del genio del artista, está transformada en músculos flexibles. En suma, la obra de Schimkowitz es un prodigio de realismo, y por esta razón produce en quien la contempla una impresión tan honda y tan intensa.

Necrología.—Han fallecido:

Alberto, rey de Sajonia.

Juan Emeric Eduardo Dalberg Acton, Lord de Aldenham, historiador inglés, profesor de Historia moderna en la Universidad de Cambridge.

Gaspar José Brambach, compositor alemán.

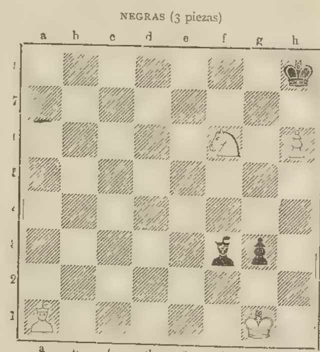
Carlos Kleiber, compositor austriaco.

Jacobo Mahly, filólogo suizo.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 287, POR KOHTZ Y KOCKELKORN

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (4 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cinco jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 286, POR O. WURZBURG.

Blancas.	Negras.
1. Ah5 g4	1. f3 f2
2. Ag4—f5 jaque	2. Re4—e3
3. Dd6—h6 mate.	

VARIANTES.

1....... Re4—e3; 2. Cd4 toma Pf3 jaque, etc.
1....... Re4—d3; 2. Dd6—f4, etc.
1....... Cg1—e2; 2. Cd4 toma C, etc.
1....... Otra jug.ª; 2. Cd4—b3, etc.


El tío Claudio habíase aproximado á las violetas, é inclinándose cogió algunas

El filón

Novela original de M. Martínez Barrionuevo.—Ilustraciones de S. Azpiazu

(continuación)

Se levantaba y hacía su visita al viejo; oía siempre la andanada feroz y ya tenía tema para meditar ó para reir, según estuviese su ánimo. Lo repito; había una simpatía misteriosa en el corazón de Matilde para aquel viejo que tan cruelmente la fustigaba. ¿Qué tenía su vecino para que ella le considerase y estimase de un modo tan extraordinario, cuando tan poco hacía él por merecerlo? Esta misma pregunta hacíase Matilde, y concluyó por no estar satisfecha de las explicaciones que se daba para justificar su inclinación misteriosa.

De noche, encerrada en su habitación, era cuando solía entregarse á melancólicas ideas...

Un suceso, de que el tío Claudio no había tenido noticia, ocurrió una semana antes del día en que los habéis conocido. Matilde, al leer unos periódicos, púsose pálida como un muerto. La buena mujer estaba á su lado; vió que desfallecía y corrió á ella. Matilde la abrazó para no caer, y así, abrazadas, permanecieron un momento. Después la acometió una crisis nerviosa; salió de ella, llorando mucho. Después... nada; guardó los periódicos cuidadosamente, y siguió en su vida de la sierra, tan monótona al parecer, con el atractivo único de su inaguantable censor.

Desde el día de los periódicos y la crisis misteriosa, pareció buscar Matilde con más insistencia el trato del viejo, como si quisiese olvidar de este modo alguna tristeza oculta. Hacíale rabiar, mareábale, aturdíale, concluyendo por conseguir que el pobre tío Claudio estallara.

El viejo no estuvo nunca en *Marrubiales;* no la había visitado; era lógico que Matilde no fuese tampoco al *Limón.*

Pero aquella misma tarde se había propuesto Matilde *estrechar* las distancias, valiéndose de todos los medios que su imaginación le sugiriera. Ya visteis que lo consiguió. Yo también conseguí, con mucho trabajo, dar todos esos detalles. Perdóname, lector, si no fuí más breve. No pude... No supe.

VII

Nunca, hasta entonces, había visto el tío Claudio á su temible enemigo tan cerca; la examinó con curiosidad, y pronto aquella curiosidad convirtióse en admiración; nada más gracioso y señoril que aquella damita blanca y risueña, de ojos negros dulcísimos, acariciadores, y serena frente. Observábase tanta nobleza y majestad en su cuerpo de niña, tanto candor y dulzura en su boca perfecta, de sonrisa ideal, que el tío Claudio, sin dar á entender sus impresiones en un gesto ni en una mirada, sintióse bien junto á ella. Ella mirábale tranquila y feliz, como si aquel paso dado para obtener la intimidad del viejo lo considerara cual una grande aspiración que se realiza.

Aunque no se lo demostrasen el uno al otro, ella por su orgullillo de hembrita linajuda y él por su soberbia de plebeyo, que es la más terrible soberbia que se conoce, cuando se trata de un plebeyo encumbrado por *sus obras,* establecióse entre los dos una atracción inexplicable, esa afinidad que une con frecuencia las almas de los viejos y de los niños.

El gestillo irónico, imperceptible casi, de la marquesita, apareció nuevamente al decir al tío Claudio con su voz de timbre delicioso:

–Accedí á su atenta invitación... y aquí me tiene usted.

–¡Gracias..., señorita! Aquí, siéntese usted aquí.

Y el viejo la llevó hasta un banco que había á la sombra de unas acacias; el sitio era delicioso; una brisa juguetona parecía salir como soplo fresco de las verdes enredaderas de campanillas blancas y azules y de los frondosos árboles; el agua caía en el pequeño pilar de mármol de la fuente, bulliciosa como nunca, destrenzando, al caer, sus cordones de cristales como de regocijo de contemplar á Matilde – aquella flor delicada de estufa, – y desbordándose del pilar, deslizábase por la canalilla del apisonado arrecife como ancho festón de plata con que se ornamentara el suelo.

–No dirá usted que me hice rogar..., dijo ella echándose á reir.

Pero no se sentó. No acabó de expresar tampoco su pensamiento; quedóse como suspensa al ver en aquel instante, entre un macizo de claveles, unas cuantas matas tronchadas, y añadió con un airecillo impertinente de burla, pero tan suave, tan sutil, que el tío Claudio, que las cogía al vuelo, como suele decirse, quedó dudoso.

–¡Ah! ¿Aquellas matas tronchadas son las de los claveles que le han quitado á usted?

–Aquéllas, sí, repitió el viejo con los ojillos chispeantes, conteniéndose á duras penas. ¡Tres! ¡Tres noches seguidas!

–¡Jesús..., qué lástima!.. ¡Pero mire usted que el atrevimiento!..

–¡No, atrevimiento no: robo! ¡Un robo indigno! Al pobre tío Claudio le faltaba poco para estallar.

Y la terrible niña, disimulando su malicioso juego con una capa de candor y de inocencia, añadió en tono admirativo:

–¡Le parece á usted!

«¡Estará burlándose!,» pensó el viejo con ganas de disparar de repente y de una vez todas sus baterías.

Pero Dios tuvo piedad de Matilde, inspirándola el buen pensamiento de mudar en seguida de conversación.

–¡Ay, qué violetas!.., ¡qué cosa tan linda!, dijo de pronto, verdaderamente admirada, fijándose en un macizo de violetas que había junto al de los claveles.

–No tanto como los tulipanes de usted... ¡Esas..., esas sí que son flores!, contestó el viejo suspirando; ¡yo no los tengo así!

–Son muy hermosos... Pero ¿qué hace usted?

El tío Claudio habíase aproximado á las violetas, é inclinándose, cogía algunas, mientras hablaba.

–¡Violetas!, añadió contestado indirectamente á la pregunta de Matilde; símbolo de la modestia, de la ternura y de la seriedad.

Había hecho un diminuto bouquet y se aproximaba á Matilde.

–Yo me complazco en ofrecer á usted estas humildísimas flores... Acójalas usted..., aunque sea un viejo quien se las ofrece... y aunque el orgullo, la dureza de corazón y la frivolidad... de usted contrasten con tan delicado símbolo.

«¡Anda, pensó el viejo, por si era burla!»

Matilde había escuchado sonriente hasta donde el lector puede suponer; pero cuando el viejo disparó su cañonazo á quemarropa, dió un salto como si la tierra fuese á estallar, y exclamó enojadísima:

–¡Pues me ha puesto usted de oro! ¡Y cuando menos lo creía!

Y con una sal y un desparpajo propios de andaluz injerto en madrileño, añadió seguidamente:

–¡Pero, hijo..., usted las da traperas!

Y el tío Claudio repuso con una risita de garduño, relamiéndose:

–Quien quiera honra, que la gane.

Y le alargaba el ramo.

–¡Digo! ¿Le parece á usted? ¡Tío Claudio, que me voy á enfadar! ¡Tío Claudio, que va á haber aquí una muy sonada!

Y el tío Claudio seguía con el brazo extendido y las violetas en la mano... Ella le miró un instante y añadió riéndose francamente:

–Y sin embargo, para que vea usted: tomo sus

flores... Con tanto reñir, es la verdad que he concluído por tener á usted afecto.

– Y no es eso lo peor, murmuró el viejecillo aparte, ya desarmado, sino que á mí me pasa lo mismo.

Matilde, aspirando distraídamente el perfume de las violetas, quedó como absorta en un pensamiento melancólico; fué un minuto en que pareció olvidarse de cuanto la rodeaba; inconscientemente, sin pensar que había próximos, muy próximos, dos ojillos astutos debajo de unas enormes cejas grises espiándola atentos, imperceptible casi dejó escapar un suspiro.

– ¿Suspiritos ahora?, preguntó el tío Claudio con su feroz risilla.

Recobró ella su jovialidad de costumbre y repuso en tonillo de queja:

– ¡Lo raro es que no haya dicho usted ya que sólo suspiran los pobrecitos plebeyos!

– Lo iba á decir.

– Pero entonces, ¿usted cree que yo soy un alma estoica?, ¿una inteligencia nula?, ¿un ser inútil? ¡Ay, viejecito mío, qué equivocado está usted!

Y el tono de Matilde se hizo lamentoso y desconsolado, con un mimo y una pedantería adorables.

– Usted mismo va á juzgar. ¡Ea!, le voy á contar á usted minuto por minuto mi vida de Madrid.

– ¡Vaya, vamos á ver!.. Porque la vida de usted en Madrid será cosa interesante de verdad.

Y el viejo deslizaba aquella risita que hubiese desconcertado á otra que no fuera la damita de Nervión.

– Despierto á las siete.

– ¡Hombre, buen principio!

El viejo la contempló admirado. Efectivamente, para él era cosa de admirarse. ¡Un aristócrata despertando á las siete de la mañana!

Ella prosiguió en tonillo doctoral, que contrastaba con su personita delicada y juvenil:

– Llamo, me traen el desayuno, lo tomo en la cama..., y para digerir bien el desayuno, otro sueñecillo hasta las diez...

El viejo la miró compungido. «¡Y él que había empezado á elogiarla!» Matilde seguía hablando: A las diez no despertaba nunca; era cuidado de su doncella el hacerla despertar. Perfectamente: levantábase á las diez. ¿Qué menos de una hora para la *toilette?* A las once, á misa á San Jerónimo... A la misa era imposible faltar: ¿qué hubieran dicho los buenos frailes de San Jerónimo? A las doce, de vuelta, en casita... Otra vez á la *toilette*... Estaba en su tocador hasta las trece...

– ¡Hasta las trece!, repitió el viejo admirado.

– La una, hombre, la una; pero ¡qué atrasadísimo se vive en estos montes!

– ¡Ah! ¿Pero usted también trastocó sus horas?, exclamó el viejo impasible. ¡Parece mentira!.. ¡Usted, que nunca se sale de su esfera!

Matilde se echó á reir. ¡Vaya con el viejecito, si era malo!

– Verá usted; á las trece, el almuerzo; después, lectura de alguna novela..., de algún periódico de modas... Un poco de piano... No sabe usted lo insensiblemente que llegan las catorce. A las catorce y media, poco más ó menos, al tocador otra vez... A vestirme... pero sin correr mucho... El coche está esperándome... Alguna visitita..., algo de paseo, un ratito de sermón en la iglesia donde predique el fraile de moda. ¡Curas no, nada de eso!... Pero la misa por la mañana y el sermón por la tarde si lo hay, lo que es eso no ha de faltar... ¡Lo primero es cumplir con nuestros deberes religiosos!

– ¡Oh, sí!, declamó el tío Claudio, admiradísimo. Pero ¡qué religiosidad tan digna de ejemplo, la de algunas damitas españolas!

– ¡Qué algunas, tío Claudio!, repuso la marquesa con perfecto candor, como si no hubiese comprendido; ¡todas, absolutamente!

El viejo mirábala con la boca abierta. Prosiguió Matilde con aquel aire cándido que tan inquieto ponía á su enemigo.

– Con esto, llega la hora de la comida; después de la comida, los teatros, las reuniones, según..., morder allí á todo bicho viviente... A casita luego... A la cama... ya tarde, muy tarde... En fin. ¿Y qué más? Dígame usted si una existencia puede estar más ocupada.

El pobre tío Claudio quedó mudo, absorto, como si esperase oir algo todavía. Pero como ella quedó también silenciosa, mirándole, exclamó sarcásticamente:

– Bien, me parece muy bien. ¿Y eso es todo?

– ¿Pues qué más quiere usted?, preguntó la marquesa sorprendida.

Y el viejecillo contestó airadamente:

– ¡El argumento! ¡Eso es lo que ignoro! ¡El argumento, que no ha salido todavía!

Se echó á reir la joven y el viejo añadió amargamente:

– ¡Es verdad!, ¡qué voy á pedir! Las señoras del gran mundo no tienen argumento; si lo tuvieran, algo más valdríamos los de arriba y los de abajo; en esta sociedad, no es el hombre el que forma á la mujer; es la mujer la que forma al hombre. La mujer, con mucho corazón quizás, pero sin inteligencia generalmente, equivoca su destino..., y vuelvo á lo de antes: la superstición, la ignorancia, son su rémora; con la mejor buena fe se abandonan á exterioridades deslumbradoras que las cautivan; y este abandono de sus nobles facultades de pensar y de sentir, se refleja en todo lo que á su alrededor vive; en el hogar, en el esposo, en los hijos. Con la doble impulsión de su idea errónea – porque todo error es apasionado – y de su influjo indiscutible de mujer, de esposa y de madre, esta influencia, pesando primero sobre la familia, imprime después su sello en la sociedad. Viéndose todo desde un punto equivocado, la nación marcha arrastrándose sobre su pecho, como si sobre ella hubiese caído la maldición que Dios lanzó á la serpiente tentadora...

El tío Claudio interrumpióse de pronto para pensar en su mujer; sus ojos llenáronse de lágrimas, que no pudo ni quiso ocultar. Pensó en su hijo, aquel joven dueño de la vida, por su gran ciencia, y la despreocupación que su madre le supo infundir de todo lo que no fuese la idea de Dios de verdad... ¡de Dios y el trabajo!, y dijo tristemente, para concluir:

– ¡Oh, sabios!.. ¡Oh, pensadores del mundo! Bueno es, si queréis regenerarnos, que hagáis todo lo que á vuestros grandes talentos les sugiera para conseguirlo; pero haced una cosa ante todo: educad, conseguid que se eduque á la mujer.

VIII

Matilde no pareció haberle oído; olía, como absorta, las violetas. Sin ser un gran observador, notábase al instante cuán lejos estaba entonces de allí su pensamiento. El tío Claudio sorprendióse de no haber oído la contestación pronta, rebatiendo aquellas que, sin duda, la muñequita feudal consideraba como herejías. Quedó mirándola un instante, y cambiando de idea, preguntó súbitamente:

– ¿Por qué no se casa usted?

Matilde, á esta pregunta intempestiva, se puso encarnada hasta el blanco de los ojos y miró al viejo con cierta vacilación.

– Tío Claudio, que se quema usted, dijo después riéndose. Que va usted á dar con mi secreto antes que yo se lo revele.

– ¡Ah, conque aquel secretito!.. ¡Vaya, hombre, vaya!

– ¡Ay, tío Claudio, si usted supiera!

Y Matilde clavó en él sus ojos hermosísimos, acariciadores, tímidos, llenos de un encanto y una luz, nuncios de la fuerza física y moral de aquella vida.

– ¿Qué voy á saber yo?, preguntó el viejo con cierta alarma, pensando otra vez en cosas estupendas...

Ella pareció sumergirse en su absorción anterior. Miró vagamente á todas partes, como buscando con los ojos alguna cosa que el alma ambicionara, y dijo bajo, muy bajito, sin mirar al viejo y aspirando dulcemente sus violetas:

– ¡Ay, tío Claudio de mi corazón!.. ¿Querrá usted creer que si no me caso es porque no me quieren?

«¡Eso, sí! – iba á decir el tío Claudio. – A usted no la querrá nadie por burlona y pérfida; porque vive usted de añejas tradiciones en este principio de siglo de trabajo y de luz, en que los ojos y el corazón siempre miran hacia adelante.» Pero la miró cuando iba á decir todo esto, la miró... y díjose á sí mismo: «No, la verdad es que será un pillo ese que no la quiere.»

– Al salir de la iglesia una tarde, con los ojos muy bajos..., advertí que me miraba. Aquella tarde le vi por vez primera. ¡Qué gallardo!, ¡qué apuesto! Le vi después otras veces; hablamos... ¡Oh, estoy segura! Mi corazón no se equivoca, ¡era un alma leal! Con una ilustración vastísima. ¡Con una distinción que sólo puede observarse en ciertas razas, por más que usted lo dude, viejecito mío! ¡Qué amenidad en su trato! ¡Qué pensamientos! ¡Qué alteza de miras!. ¡Oh, sí..., no lo dude: quedó bien prendida en la red la muñequita feudal, tío Claudio!

Matilde hablaba lentamente, como absorta en un pensamiento penoso, mezcla de dolor y ternura; no miraba al tío Claudio: olía las violetas ó jugueteaba con ellas entre sus dedos; los ojos, húmedos entonces de emoción, se fijaban, sin ver, en la temblorosa trenza de cristales que del arroyo corría con ruidillos sutiles...

– Estas florecitas traen á mi imaginación sus últimas palabras..., también me dió un manojito de violetas... No – añadió de pronto con su graciosa coquetería de niña, – pero no me dijo al dármelas lo que usted me dijo dándome éstas, viejecito malo... Verá usted Parece que estoy oyéndole.

El tono de Matilde tomó una inflexión dulce de vaguedad y melancolía, como imitando el de la persona á quien estaba refiriéndose.

– «Matilde: una gran empresa me obliga á marchar; se juega mi porvenir en ella... Más que eso; se juega mi honra..., y tengo que alejarme de usted... en el preciso momento en que sus ojos me dicen que no, para...» Y era verdad, añadió ella en un tonillo, mitad cómico, mitad serio, sin poder ocultar la gran emoción de su alma en aquel instante. Era verdad que yo le decía aquello con los ojos... ¿Ha visto usted?..

– Dice usted que una empresa, preguntó el tío Claudio con interés, á su pesar, porque se había propuesto hacer el desdeñoso cuando llegase la hora del secretito.

– ¡Colosal! Por los periódicos lo supe hace una semana; que lo que es él, si te vi no me acuerdo. Ni me dió explicación ninguna, ni me ha escrito... Yo sólo sé que al darme las violetas y al decirme lo que usted ya sabe, acababa de tocar un vals que me había vuelto loca; sus palabras, el tono en que las pronunció, hicieron lo restante... Aquel vals y aquellas sencillas violetas decidieron mi suerte, tío Claudio.

Y la pobre muñequita feudal, se echó á reir con los ojos llenos de lágrimas.

Recogióse en sí, de pronto, como turbada. Tal vez se le ocurrió pensar en lo importuno de aquella relación al viejo... Quedó mirándole, temerosa, inquieta. Una burla hubiera sido entonces para ella peor que la muerte...

Pero ¿por qué hizo aquella revelación á un hombre que tal vez no la sabría comprender? He ahí una pregunta á la cual el autor no sabe contestar; le queda el consuelo de que Matilde no hubiera sabido contestar tampoco.

– Siga usted... ¿Qué más?, preguntó vivamente el tío Claudio.

– ¡Cómo!, exclamó ella admirada. ¿No me riñe usted? ¿No halla usted en lo que le he dicho asunto para una reprensión grave?..

– ¿Quién piensa en eso? Pero siga usted, ¿qué más? ¿Qué clase de empresa era la de ese genio... nunca visto?, repitió el viejo ardientemente.

– Empresa de minas..., respondió Matilde más animada; pero una cosa monumental, atroz. Dicen que hay allí tesoros inconcebibles... ¡Y en cobre! Figúrese usted... ¡En calderilla! ¡Para que vea usted el valor que tienen algunas cosas!

Pobre Matilde; quería en vano dar á sus palabras en aquel momento su expresión jovial de costumbre; pero del fondo de su corazón subían á sus ojos destellos de pasión y lágrimas, mal velado todo con su frivolidad aparente. Siguió así, con gran entusiasmo:

– Ha hecho enloquecer á medio mundo con las dichosas minas. ¡Un triunfo! ¡Un delirio! Pero ¿ha visto usted? Un hombre..., un solo hombre, con su inteligencia soberana..., con su voluntad poderosa, hacer que surjan de una tierra mezquina, estéril, fuentes inagotables de riqueza. Porque descubrirlas, añadió, chispeantes los ojos de entusiasmo y alegría, es lo mismo que hacerlas brotar, ¿no es cierto, tío Claudio?

– Sí, cierto, repetió el viejo anhelante. ¡Gracias á Dios que pensamos una vez del mismo modo!..

Pero Matilde no le escuchaba, no le veía, en el paroxismo de su felicidad. Seguía hablando, como si el viejo no hubiese dicho una palabra...

– ¡Luchar contra todo! ¡Vencer obstáculos que aterrarían al más batallador!.. ¡Y sobreponerse! ¡Y subir! ¡Subir á la cumbre!

– ¡Eso, eso!, gritó el viejecillo, con frenética alegría. ¡Subir á la cumbre, tremolando su bandera! ¡La bandera de los hombres libres! Porque esos triunfos los arranca sólo quien lucha desde niño; quien cultiva su entendimiento sin vanidades ni preocupaciones. ¡Libre el corazón! ¡Libre la voluntad!.. Pero ¿qué está usted haciendo? ¿Se ha vuelto usted loca, exclamó el tío Claudio interrumpiendo su discurso y quedándose con la boca abierta.

Fué una transición tan rápida la de la ardiente peroración del viejo y su pregunta á la muñequita feudal, que hubiera hecho reir con toda el alma al hombre más huraño.

Lo que hizo la marquesita fué una cosa muy usual en ella; la aprendió en el convento con otras muchas cosas *utilísimas*, y no había podido ni querido desechar tan sana costumbre.

Era esta costumbre la de santiguarse siempre que

leía ó se pronunciaba al lado suyo la palabra *libertad* y aun cualquiera de sus derivadas. Figuraos el efecto que produjo en el tío Claudio verla santiguarse con gran devoción cuantas veces sus labios pecadores deslizaron la dichosa palabra y cuando vió que la boquita de flor movíase para decir á cada signo de la cruz con ligera modulación nada más, pero que el viejo lo entendía como si lo lanzaran con todos sus más horribles sones las trompetas del Apocalipsis: «¡Pecado! ¡Pecado!»

Se apagó de pronto la hoguera entusiástica del caballero del *Limón*. Quedó frío, suspenso. Matilde respondió á su pregunta con gran reposo:

– ¡Dice usted unas cosas! ¿Qué tiene que ver *eso* de *libres*... ni de *libertad* – y se santiguó dos vecos la muy taimada, y dijo dos veces más: «¡Pecado! ¡Pecado!,» muy contrita – con lo que yo estaba hablando del triunfo del... minero?

Y después, exaltándose:

– ¡Tío Claudio, va usted derecho á los profundos!

– ¡Señora marquesa!, gritó el tío Claudio con un arranque feroz. ¡Es usted insufrible! ¡Usted lo pase bien!

Volvió la espalda y alejóse sin hablar más.

– ¿Pero me deja usted así, tío Claudio? ¿Así... y en su misma casa?, exclamó Matilde consternadamente. ¡Tío Claudio, tío Claudio!

Y el tío Claudio gritaba, sin dejar de andar y sin volver el rostro:

– ¡No quiero conversaciones con cabezas hueras!

¡Se iba..., se iba de verdad! Matilde gritó entonces en tono mimoso, de diablillo juguetón:

– ¡Venga usted, tío Claudio!.. ¡Venga usted..., que ya no lo haré más!

¡Y el viejo se iba..., se iba!.. Y Matilde añadió de veras, como con ganas de llorar:

– ¡Tío Claudio!.. ¡Pues ya no le diré lo más importante de mi secreto!

– Ni falta, gritó el viejecillo, inquebrantable ahora como nunca. ¡Con lo que ha dicho usted... y ha hecho, tengo suficiente!..

Pero ¿qué dijo entonces Matilde? ¿Qué palabras fueron aquellas y qué modulaciones dió á sus palabras, que hizo volver el rostro al viejo, que le hizo detenerse después, que le hizo retroceder al fin, admirado ahora de verdad, conmovido, absorto. Sí, estaba seguro. ¿No era aquello el alma de Matilde, desbordándose de sus ojos en lágrimas divinas y de su boca en frases como gritos ahogados de amor, de fe y ternura?.. Arrullos dolorosos de avecilla solitaria, quejas suaves de corza moribunda que expira sin tener á su lado al amante fiel que bese sus heridas...

– ¡No, no, tío Claudio! ¡Ya no le diré mi secreto! ¡Ya no le digo que si me pone usted á soñar algunas veces, es porque usted, sin pensarlo, sin quererlo, trae á mi corazón la memoria de aquel hombre genial y fuerte! ¡Que le oigo hablar á usted, aunque sea con su tono gruñón y cavernoso, y me acuerdo de su voz! ¡Que he venido aquí, á mi huerta de la sierra de Córdoba, donde nadie me viera, donde á nadie viera yo, para que nada ni nadie me conturbe ni pueda substraerme de su recuerdo..., á vivir á solas con su imagen y con sus promesas, que no viene á cumplir... Y para olvidarle, si me es posible... Olvidarle ya, puesto que él me olvida, y es aquí cuando con más insistencia le recuerdo. ¡Que quiero olvidar..., olvidar siempre, hablando con usted, única persona con quien hablo, aparte de la buena mujer que me acompaña desde que estoy en la sierra, y es precisamente cuando menos olvido! ¡Que deseé venir aquí, á su misma casa, por un afán que no me explico... y por distraerme tal vez de los pensamientos que me torturan, y es aquí donde más me combate el misterioso enemigo! ¡Aquí, donde me parece que le tengo más cerca!.. Como si esta casa... y este jardín... y esos ojos de usted, que me miran burlones y maliciosos..., y hasta las matas tronchadas de sus claveles... y hasta las violetas que me dió usted... (¡y usted siempre! ¡Usted, antes!.. ¡Usted, cuando me las daba!.. ¡Usted ahora), contribuyesen más á la tortura de mi ánimo... y á que no olvide!.. ¡A que recuerde! ¡A que recuerde más!.. ¿Cree usted que los pobres..., los desgraciados, son los que lloran de veras?.. ¿Y yo?.. ¿No soy yo desgraciada?.. ¡Sin padres!.. ¡Sin amigos desinteresados!.. ¡Tan solita en el mundo!.. ¡Ya ve usted!.. ¡Ya ve usted cómo también lloro! ¡Ya ve usted cómo no oculto mis lágrimas! ¡Ya ve usted cómo no soy ni tan dura ni tan frívola!

Su voz extinguíase; lloraba, lloraba ahogadamente... Tenía los brazos extendidos... El viejo llegó hasta ella, la cogió en los suyos y sólo dijo, porque las lágrimas impedíanle hablar también:

– ¡Pobre!.. ¡Pobre!.. Y yo que la creía sin corazón... ¡Dios mío!

IX

¡Oh, cuán lejos estaba el tío Claudio de las complicaciones que llevaría á su hogar la dichosa damita de *Marrubiales!* ¿Qué era aquello? Porque era imposible la duda. Aquel á quien Matilde se refería..., aquel á quien amaba, era su hijo... ¡Su Alfonso, su gran hombre! Y el orgullo y la emoción le volvían loco. Se había hecho amar de Matilde, de aquella marquesita preciosa, de aquel diablo sin igual, superior á todos los ángeles... ¡Ah, no le pareció entonces Matilde la marquesilla insubstancial y frívola! La muñequita feudal desapareció un instante de sus ojos, para ver en ella solamente una dulce niña enamorada y amante, que había dejado su existencia de fausto deslumbrador en el gran mundo, donde era la más adorada y la más envidiada, para vivir con su recuerdo, adorando la imagen de aquel Alfonso – de aquel hijo, que era su orgullo, – adorándola en su corazón, guardándola, conservándola allí como una luz bendita y perenne. El viejo se explicaba la grandeza de aquel corazón de Matilde, quizás mejor que ella misma. Explicábase lo mismo aquella inclinación de Matilde hacia él, por una secreta afinidad cuyo lazo era el amor de su hijo. ¡La sangre, el alma, el pensamiento del uno, que era el del otro!..

«Sí, sí, pensaba el tío Claudio. ¿Acaso mi hijo y yo no somos un mismo ser, una vida misma?..»

Llevó á Matilde al banco rústico donde antes estuvo sentada; la colocó suavemente, y mientras, otros pensamientos asaltáronle de pronto. «¿Sería de verdad su hijo el hombre á quien la marquesita amaba?» ¿Lo creeréis? Y al pensamiento de que no fuera su hijo, poníase ya de un humor negro. «Bien; ¿y si era su hijo, efectivamente, y él no correspondía á este amor, como la muñequita feudal necesitaba y era justo? Nuevas zozobras é inquietudes del tío Claudio. Y todo esto se le borraba de la imaginación para preguntarse: «Y si se unen, ¿serán felices?»

Ella enjugábase el llanto silenciosamente, con la cabeza baja, como si no se atreviera á arrostrar después de su confesión la presencia del tío Claudio. Pero hubo un momento en que alzó los ojos, velados aún de lágrimas; las dos miradas encontráronse, y Matilde exclamó entonces, queriendo reirse como de costumbre:

– ¡Tío Claudio!.., ¿ha visto usted?

Pero lo que al tío Claudio le removió de veras las entrañas, en una conmoción terrible, fué el tono con que añadió la muñequita feudal, sonriéndose melancólicamente:

– ¡Tío Claudio, qué cosa más buena será tener padres!

«¡Desde hoy vas á tenerlo, descuida!,» fué á gritar de ese modo el tío Claudio en una explosión de sentimentalismo; pero se contuvo, limitándose á decir en un tonillo de gravedad cómica, que logró reanimar á la joven:

– ¡Conque tan solita!..

– ¡Tan solita!.. Para que usted vea...

Y se echó á reir del rostro que presentaba el viejo. Pero no era un hombre el tío Claudio á quien duraba mucho al sentimentalismo, lo que se comprende en un sujeto tan práctico de la vida. Bien pronto empezó el nuevo trabajo de exploración á que quería entregarse en el alma de la muñequita feudal. Arduo se presentaba el negocio... Eran muchos los puntos adonde aquella exploración tenía que dirigirse.

– Vamos á ver, preguntó con aire de inocencia, ¿y cómo se llama... ese gran hombre?

– Alfonso.

«¡Vaya una noticia!,» pensó el viejo; y dejando ver aquella risilla malvada, preguntó nuevamente:

– ¿Y qué más?

¡Aquel sí que fué un trance amargo para Matilde! ¡Y qué más!.. Bajando los ojos, como ruborizada por lo vulgar del apellido de su héroe, contestó con modestia:

– ¡Jiménez!

Pero no conformándose con aquel estúpido Jiménez, añadió al punto con volubilidad y pedantería extraordinarias:

– Yo no sé, pero debe de ser un Jiménez de Cisneros ó cosa por el estilo... Porque Jiménez á secas... ¡Ya ve usted..., un hombre de tanto mérito no va á ser un Jimenillo de cualquier clase!

– ¡Ea!, gritó el viejo, dado á todos los demonios. ¡Ya salió con sus humos! ¿De modo que ha de ser aristócrata por fuerza? Nada, que no hay medio de corregirla. Pero ¿no le he dicho á usted mil veces que el apellido del hombre toma lustre ó se denigra por sus actos solamente? Mire usted: yo soy el *tío Claudio;* nadie conoce mi apellido – y el tío Claudio clavó en Matilde sus ojillos brillantes y escudriñadores – y si conocen mi apellido, no se acuerdan de él... ¿Usted lo oyó en boca de alguien?

Matilde, sonriéndose, movió la cabeza en sentido negativo.

– Pues bien, añadió el viejo en tono de triunfo; pregunte usted en la sierra y en Córdoba y en toda la provincia por el tío Claudio, mondo y lirondo, y lo que le digan á usted cuando pregunte por mí, eso..., eso precisamente es lo que *ilustra* y lo que honra á *este tío*.

Como Matilde moviera la cabeza de nuevo en ademán de duda, añadió el tío Claudio, resignadamente al parecer, pero siguiendo en su exploración disimulada:

– ¿No se convence usted? Bueno; pero es la verdad que usted, como todo el mundo, se conforma con mi nombre histórico «tío Claudio.» ¡Pero qué bien suena!, ¿es verdad? Vamos á ver: ¿á que no ha necesitado usted todavía oir mi apellido para apreciarme un poco... y hasta para quererme también, aunque tanto le haga rabiar?

Matilde se echó á reir.

– Tío Claudio, dijo, ¿va usted á darse importancia ahora?

– ¿A que no tuvo usted necesidad de saber mi apellido?, insistió el viejo imperturbable. Porque usted no lo conoce, ¿no es así?

Y le clavó en el corazón sus ojillos agudos, ansiosos de la verdad.

– Cierto, tío Claudio, respondió Matilde inocentemente. No lo pregunté ni hablé con nadie por casualidad que pudiera decírmelo. Esta es la ocasión para que usted me lo diga.

– ¿Ni cuando estuvo usted en Córdoba ó en la sierra en otras ocasiones?, añadió el viejo taimado insistiendo en su pregunta, como si no hubiese oído á Matilde.

– ¿Pero no sabe usted que yo nunca estuve en Córdoba, y que no había estado nunca en la sierra cuando vine?

Así habló la muñequita feudal, y añadió después volviendo inconscientemente á la idea que la esclavizaba:

– Nací en Córdoba, fuí con mis padres á Madrid, chiquita..., muy chiquita. Murieron mis padres y viví siempre al lado de mi tutor, que es un viejecito como usted, ya se lo dije muchas veces – como usted de presencia, que lo que es de genio, ya quisiera usted igualársele... – Hasta que conocí... al gran hombre. Entonces, cuando le conocí, fué cuando me acometió el deseo de venirme á mi huerta de la sierra. Se fué... el minero. Yo esperaba..., esperaba siempre noticias suyas... Pero como no supe del dichoso minero por ninguna parte y tenía siempre muchas ganas de llorar, «Adiós, Madrid,» dije, se quedó Madrid sin gente y yo me vine... á honrar la sierra cordobesa.

– ¿Y por qué no se casó usted con otro?

– ¡Y dale!, repuso Matilde con impaciencia. No crea usted..., los pretendientes, así.

Y para expresar bien la multitud de pretendientes, unía y separaba con rapidez las puntas de sus delicados dedos, que semejaron bulliciosos duendecillos de nieve.

– Muchos..., muchos aspirantes, sí... Pero ¿y *el minerito?* ¡Seis meses de esta manera! ¡Ingrato! Esos son los hombres. ¡Ay, viejo de mi vida!, exclamó de pronto con desolación cómica. Déme usted un remedio para no pensar más en él.

– ¡Qué remedio ni qué ocho cuartos! Vamos á ver, la verdad: ¿y usted se casaría con... ese gran hombre?

– ¿Que si me casaría?

La muñequita bajó los ojos, y así, con los ojos bajos añadió, bajo al igual, muy bajito:

– No lo sabe usted bien.

Y el viejo decíase, mirándola de reojo: «¡Pero qué guapaaa!.. ¡No, y lo que es como partido!..»

– Vamos á ver, exclamó el pérfido muy lenta, muy dulcemente. ¿Y si el gran hombre fuera... así... como yo, vamos, de sangre colorada?..

– ¡Qué cosas tiene usted!, contestó la marquesita.

– Pero... ¿y si lo fuera?

– Yo le digo á usted que no es posible.

– ¡Quién sabe!

– ¡Que no lo es; yo se lo digo!

– ¡Pues lo es, ea!, gritó el viejo coléricamente.

– ¿Qué..., qué dice usted?.. ¿Usted le conoce? ¿Usted sabe á quién yo me refería?

Y Matilde le miraba anhelante. De pronto, como si una rápida idea cruzase por su cerebro, añadió abatida:

– ¡Pero qué tonta!.. ¡El tío Claudio!.

(Continuará.)

LOS HÉROES DEL NIÁGARA

Los héroes del Niágara son los que sobre las aguas de la gran cascada americana han realizado actos de atrevimiento tan maravillosos como inútiles, desde los que ejecutaron saltos increíbles como Sam Patch, que murió en uno de ellos, hasta los que se han dejado arrastrar por la corriente encerrados en barriles de madera.

Entre estos héroes uno de los más celebrados fué el francés Blondin. En 1859 tendió éste entre la cascada y el Whirlpool Rapids una cuerda bastante delgada y de unos 400 metros de largo, y caminando sobre ella recorrió aquella distancia. Cuando hubo recorrido los cien primeros metros, sentóse en la cuerda, tendióse de espaldas, volvió á incorporarse, se apoyó sobre una sola pierna y prosiguió su camino. Llegado á la mitad, volvió á sentarse, tiró un cordel á un vapor que debajo de él estaba, subió por este medio una botella de champaña, se la bebió, se puso nuevamente de pie sobre la cuerda sin tocarla con las manos y concluyó su carrera, en la cual empleó diez y ocho minutos. Después volvió atrás, deteniéndose una sola vez, haciendo el recorrido en siete minutos.

Después de esta prueba hizo otras más asombrosas: una vez, estando en la cuerda, se quitó el sombrero, sobre el cual el capitán Travis, célebre tirador, disparó una pistola, atravesándolo por el centro; otra, pasó Blondin la cuerda empujando una carretilla de una sola rueda; otra, atravesó la catarata llevando en hombros á un compañero; otra, la pasó con los ojos vendados, y otra sobre zancos.

Un día llevóse consigo una silla y probó de sentarse en ella; la silla se cayó, pero Blondin pudo recobrar el equilibrio.

Después de Blondin, otros funámbulos hicieron del Niágara teatro de sus hazañas. Primero el italiano Farini pasó la cuerda con las piernas metidas en un saco y llevando consigo un cubo de agua en el cual lavó algunos pañuelos; después de él, hicieron otras proezas análogas el americano Harry Leslie, el italiano Balleni, María Spelterini, etc., siendo digno de notarse que á ninguno de los equilibristas que se arriesgaron á atravesar el Niágara le ocurrió el menor accidente desgraciado.



MAUD WILLARD, víctima del Niágara

No puede decirse lo mismo de los que acometieron la empresa por el agua y aun por el aire, si bien algunos consiguieron realizarla con feliz éxito.

El capitán Robinsón, con el vapor *Maid of the Mist,* lanzóse á toda máquina por el Whirlpool Rapids; el barco perdió el camino y fué cogido por el remolino, pero pudo salir de él y llegar sin grave daño al sitio de las aguas tranquilas.

Transcurrió cerca de un cuarto de siglo antes de que otros intentasen semejantes empresas. En 1883, el capitán Matthew Webb, famoso nadador inglés, atravesó el Océano para ensayarse á fin de cruzar la catarata del Niágara, y en 24 de julio de aquel mismo año, en una pequeña lancha de remos, dirigióse, acompañado de Jack Mc Cloy, hacia un punto peligrosísimo. Cuando estuvo á unos centenares de pasos de la catarata, echóse al agua y en traje de baño púsose á nadar vigorosamente, hasta que llegado al punto en donde la fuerza del agua era más violenta, desapareció entre las ondas. Cuatro días después fué encontrado su cadáver siete millas más lejos.



LA SEÑORA TAYLOR, última heroína del Niágara

El triste fin del capitán Webb, en vez de desalentar estimuló á otros á intentar la misma empresa. Un tal Carlisle Graham, de Filadelfia, anunció que pasaría por la catarata encerrado en un tonel. Al principio, nadie creyó en tal anuncio, pero un día presentóse en el Niágara con el tonel preparado y atravesó la cascada en treinta y cinco minutos, sin incidente desagradable alguno. Después de esto anunció que repetiría la prueba, pero en lugar de estar encerrado en el tonel, permaneció con la cabeza al aire. Así lo hizo, mas una ola violentísima le dejó casi completamente sordo. Desde entonces, Graham, sin desanimarse por aquel contratiempo, repitió el experimento varias veces, en una de las cuales estuvo á punto de morir ahogado.

Graham tuvo muchos imitadores, entre ellos Guillermo Potts y Jorge Hazlett: este último, después de haber realizado el viaje solo, lo repitió en compañía de una mujer, Miss Sadie Allen, encerrados ambos en un tonel.

La idea del tonel sugirió otra más perfeccionada, la de la «lancha de seguridad.» En una de estas embarcaciones hizo Carlos Percy el viaje de la catarata tres veces, una de ellas acompañado de Guillermo Dittrich.

A Percy le salió un rival en la persona de Roberto Guillermo Flack, que propuso una carrera en competencia al través de la catarata. El día 4 de julio de 1888 fué la fecha fijada para el experimento. El barco de Flack era sumamente ligero, tanto que muchos aconsejaban al navegante que no intentara la prueba; pero Flack no quiso ceder. Sin embargo, antes de comenzar la lucha quiso ensayar el viaje solo; mas á poco de estar la barca en el agua, una ola formidable arrojóla al aire, lanzándola á gran distancia y destrozándola.

Percy, el adversario de Flack, que desde tierra presenciaba la escena, trató de salvar al desgraciado que había caído debajo de la embarcación, pero cuando llegó á él no encontró más que un cadáver.

Al año siguiente, Walter C. Campbell, acompañado de un perro, metióse en una barca para atravesar el Niágara. Quiso la suerte que la embarcación quedara detenida en los escollos antes de llegar al punto crítico. Campbell logró con grandes trabajos ganar la orilla; el perro murió.

El capitán Nissen construyó, precisamente para cruzar el Niágara, un barco que pudiera cerrarse herméticamente, y se dejó arrastrar dos veces por la corriente: la primera, la embarcación salió de la prueba bastante malparada; la segunda, el barco corría directamente á su perdición, y fué un milagro que Nissen y un tal Rich que le acompañaba pudieran saltar á tierra antes de encontrar la muerte.

El viernes 6 de septiembre de 1901, una mujer, Marta Wagenfuhrer, repitió el experimento de Graham encerrándose en un tonel y todo salió perfectamente. Miss Maud Willard quiso seguir su ejemplo, acompañada de un perro: el tonel resistió á las olas y al remolino, pero estuvo á merced de las aguas muchas horas, antes de que pudiera ser arrastrado á tierra.

Cuando se abrió el tonel, el perro saltó alegremente, pero Miss Maud había perecido asfixiada. Quizás si no hubiese ido con el perro habría tenido aire bastante para respirar y se habría salvado.

La última travesía, la más peligrosa de todas ciertamente, fué la de la señora Taylor, única hasta ahora que ha afrontado, no sólo la corriente, sino además la mayor cascada del Niágara. Antes de llegar á la cascada había de atravesar más de un kilómetro de corriente. Escoltado por una embarcación, el tonel se aproximó al precipicio. A poca distancia del gran salto, un golpe dado al tonel advirtió á la mujer encerrada dentro que había llegado el momento crítico. La multitud que asistía á la prueba no respiraba: en el borde de la cascada se vió desaparecer en el abismo el tonel, después de haber sido empujado de un lado á otro por las aguas. Pocos minutos después, veíase el tonel incólume al pie de la catarata; llevado á tierra, fué abierto y de él salió la señora Taylor con algunas contusiones, pero salva. – X.



BLONDIN atravesando el Niágara llevando en hombros á un compañero

UN CIEGO QUE APRENDE Á VER

Un periódico médico de Viena ha publicado recientemente los resultados de un experimento muy interesante, hecho por M. Heller, director de una institución de ciegos de las inmediaciones de aquella capital. Ese hábil profesor ha realizado el prodigio de dar la vista á un ciego de nacimiento mediante ejercicios apropiados y muy largos.

Hace tres años enviáronle de Hungría dos hermanos de cinco y siete años, á fin de que les preparara para recibir la enseñanza en su establecimiento. M. Heller llevó á los dos niños á un médico, el cual declaró que sus ojos no presentaban ningún defecto aparente y parecían absolutamente normales, deduciendo de su examen que la ceguera era de origen

cerebral y que de ninguna utilidad podía ser un tratamiento médico.

Entonces M. Heller, lleno de esperanza en el éxito, emprendió el siguiente experimento: instaló una cámara obscura y en ella hizo colocar un disco perfectamente iluminado por una lámpara dispuesta al efecto. Por medio de este disco movible enseñóse á los dos ciegos, Ernesto y Bela, á distinguir la obscuridad de la luz, cosa que no habían podido hacer hasta entonces. Un discípulo de M. Heller, de más edad, dirigió aquellos ejercicios. Pronto se observó que el más pequeño, Bela, hacía progresos mucho más rápidos que su hermano; cuando pudo ver el disco iluminado, colocóse delante de éste un objeto conocido del ciego desde hacía mucho tiempo, una llave con la cual había jugado á menudo en su primera infancia, diciéndole lo que aquel objeto era y haciéndole la descripción del mismo. Por el mismo procedimiento le hicieron ver una bola y varios objetos usuales que distinguió perfectamente sin confundirlos nunca más. Después le mostraron sobre el disco líneas rectas, ángulos, circunferencias y otras formas geométricas y más adelante le enseñaron las letras del alfabeto y la lectura.

Durante este primer período de ejercicios, Bela seguía siendo completamente ciego fuera de la sala de experimentos y no podía ver nada, ni en plena luz solar. Pero en la cámara obscura se consiguió hacerle distinguir los colores, para lo cual se puso un cristal encarnado delante de la lámpara que iluminaba el disco, y cuando el niño entró en la habitación notó el cambio y dijo: «Hay otra luz.» El profesor apresuróse á confirmar la verdad de la observación y le dijo que aquella luz era encarnada. Y así se procedió para los demás colores.

En octubre de 1900 M. Heller llevó á Bela al oculista que antes lo examinara, el cual no quiso al pronto creer en la mejoría de la vista del niño, pero hubo de convencerse de ello después de un examen.

En lo sucesivo, Bela consiguió distinguir objetos colocados, no ya delante del disco, sino simplemente en un cuarto cualquiera é iluminados por la luz natural.



ESCULTURA DE OTHMAR SCHIMKOWITZ

(Del «Deutsche Kunst und Dekoration,» editado por Alejo Koch, en Darmstadt)

El primer examen de los ojos no había revelado, según hemos dicho, nada de particular; pero otro, tal vez más minucioso, demostró la existencia de un defecto en la retina. A pesar de ello, el médico persistió en su creencia de que la ceguera debía ser, por lo menos parcialmente, de origen cerebral.

Bela debió poseer en un principio, según parece, un campo de visión apreciable aunque muy reducido, y por esto, afirma el Dr. Cohn, de Breslau, fué posible en este individuo el aprendizaje de la vista. Sin esta especie de residuo visual no habría podido obtenerse tal resultado, ni aun después de largos y perseverantes esfuerzos, porque cuando el ojo está enteramente destruído, nadie puede hacerlo apto para recibir la luz. Según el doctor Cohn, el campo visual del niño debió ser probablemente en su origen demasiado pequeño para prestarle servicios apreciables, y de aquí que aquél se descuidara de servirse de su ojo encontrando más cómodo recurrir al tacto. Gracias á pacientes esfuerzos y á ejercicios numerosos y frecuentemente repetidos, se consiguió extender la capacidad visual de Bela en cuanto era posible.

Lo que se consiguió en este niño, ¿no podría lograrse en otros ciegos, por lo menos en aquellos en quienes la visión no está totalmente abolida? En otros términos, ¿no sería posible devolver la vista á una categoría determinada de ciegos, como se devuelve el oído á ciertos niños sordo-mudos, considerados por su familia como absolutamente sordos? Sabido es, en efecto, que en muchos sordos la sordera es parcial y que gracias al empleo de instrumentos especiales ó simplemente de la voz, se consigue despertar un sentido que estaba solamente dormido. Así por ejemplo, hay individuos que sólo percibían los ruidos ó los sonidos más intensos, sin llegar á diferenciar las vocales, y que al cabo de algún tiempo consiguen distinguir éstas y aun las consonantes y, lo que es mucho más sorprendente, oyen las palabras si se pronuncian en voz bastante alta ó muy cerca del oído.

Los experimentos de M. Heller son muy curiosos y al mismo tiempo muy consoladores, y es de desear que sean continuados por ese profesor distinguido y aun ensayados por todos aquellos á quienes interese la suerte de los ciegos. Y así como los mudos ya empiezan á hablar y los sordos á oir, tal vez esté próximo el día en que vean los ciegos, cumpliéndose de este modo las palabras de la Escritura.

E. DROUOT.

LA PAZ

EN EL AFRICA DEL SUR

Inglaterra ha demostrado una vez más que es una nación en donde el sentimentalismo nunca llega á sobreponerse á la razón y á lo que el espíritu práctico aconseja.

Siempre que se hablaba de firmar la paz con los boers, los imperialistas británicos mostrábanse intransigentes y no querían oir hablar más que de una sumisión absoluta é incondicional de los rebeldes.

Pero poco á poco el partido de los sensatos se ha impuesto á la opinión, y al fin el gobierno, tal vez cediendo á elevadas indicaciones, comprendió que una paz honrosa había de ser más conveniente á los intereses del Reino Unido que la prosecución de una lucha cuyo término no podía preverse y que tantos y tan grandes sacrificios en hombres y en dinero venía costando.

Y desde aquel momento comenzaron las negociaciones con los boers, reconociéndoles de este modo la beligerancia y pactando con ellos las condiciones bajo las cuales la paz debía firmarse.

Para ello se concedieron salvoconductos á los principales caudillos, los cuales celebraron varias conferencias con los delegados ingleses, y comunicaron luego á sus gentes en armas los resultados de tales entrevistas.

Al fin firmóse la paz, y si bien ésta no concede á los transvaalenses y orangistas todo cuanto ellos deseaban, tampoco es para ellos tan dura como querían los radicales ingleses. Cierto que los boers se someten y reconocen la soberanía de Inglaterra; pero no lo es menos que ésta les reconoce ciertos derechos y les da cierta participación en el gobierno de la colonia, además de prometerles mayores ventajas para un porvenir próximo.

Y si á esto se añade que la Gran Bretaña destina una cantidad muy importante para la reconstrucción de las granjas destruídas en el curso de la guerra, lo cual constituye una verdadera indemnización, se comprenderá que vencedores y vencidos han puesto de su parte todo lo necesario para hacer olvidar lo más pronto posible las tristes consecuencias de la lucha.

El grabado adjunto representa á los que han negociado esta paz: entre ellos figura el general boer Cristián De Wett, que si como militar ha conquistado imperecedera fama, como diplomático merece bien de sus compatriotas, porque ha sabido obtener para ellos todas las ventajas posibles dentro de la situación un tanto difícil en que se encontraban al comenzar las negociaciones.

Thunisson
De Wett (hijo) (Oficial ordenanza de De Wett) Teniente Mangles Capitán Master



Mayor general Wilkinson General C. De Wett General E. O. F. Hamilton Comandante Olivier
Capitán Tufnell Capitan Craig

La paz en el Africa del Sur
Delegados boers y oficiales ingleses encargados de las negociaciones de paz en Heilbron

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PÍLDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 21 de julio de 1902 — Núm. 1.073

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA PASTORCITA, dibujo de J. Pinós

CRÓNICA DE TEATROS

La temporada de ópera en los Jardines del Buen Retiro es el mayor atractivo que Madrid ofrece á la gente que no puede permitirse el lujo de veranear. Las familias modestas que no conocen del teatro Real más que la fachada y el vestíbulo, y á lo sumo aquellas regiones altas é incómodas á las que por antífrasis, sin duda, se les da el nombre de *paraíso*, pueden en estas noches de verano, por poco dinero, deleitarse, no sólo con la música, según los inteligentes ya anticuada, de Donizetti y Bellini, sino con la más moderna de Meyerbeer y Verdi y hasta con la modernísima de Wagner.

Sería pedir gollerías exigir que cantasen en el teatro de los Jardines tiples y tenores de esos que por cada nota cobran media docena de francos. Los que en las noches del estío hacen competencia á los ruiseñores que tienen sus nidos en las frondosas alamedas de aquel en otro tiempo real y hoy democrático sitio, no pasan de la categoría de lo mediano. En cambio, cantan con toda su alma y con todos sus pulmones; y aunque en el trabajo artístico no basta con la intención, no está de más que la intención sea buena, como lo es la de los susodichos cantantes veraniegos.

Tampoco pueden considerarse como maravillas el vestuario, el *atrezzo* y la *mise en scene;* pero sabido es que además de ser «en el teatro todo convencional,» suele la propiedad escénica brillar por su ausencia, no solamente en las funciones de ópera barata, sino en nuestros principales teatros, sin excluir el «regio coliseo.» Cuéntase, á propósito de indumentaria, que en cierta ocasión, Gayarre, el gran tenor, decía á uno de sus compañeros, artista como él del Real:

– Déjate de propiedad histórica: lo más bonito, eso es lo más propio... Sigue mi consejo; terciopelo y raso...

Hasta ahora, la única novedad que ha ofrecido al público la compañía de los Jardines es el estreno de *Andrea Chenier*, libro de Luis Illica y música de Umberto Giordano. Entre las muchas figuras interesantes que muestra á la posteridad el sangriento cuadro de la revolución francesa, destácase, no por su importancia política, sino por su sublime inspiración poética, la de Andrés Chenier. Hijo de un cónsul francés de Constantinopla y de una joven griega de singular y clásica hermosura, heredó de su madre el amor á la belleza helénica, no superada ni igualada nunca por los literalucos posteriores. Los versos de Safo y de Teócrito, de Píndaro y Corina, de Byon y Mozco, arrullaron la infancia y la juventud de Andrés Chenier, infundiendo en su alma el arte supremo que había más tarde de manifestarse en sus inmortales composiciones *El ciego* y *La joven cautiva*... Envolvióle, como á todos los hombres de su tiempo, el torbellino revolucionario, apasionóse por la libertad, se indignó contra los que la deshonraban con sus crímenes y lanzó contra ellos sus famosos versos á Carlota Corday. Fué esta poesía la causa principal de la muerte del poeta. Arrestado y conducido á la prisión de San Lázaro, conoció allí á la señorita de Coigny, á la que dedicó su hermosísima canción *La joven cautiva.* Ni la juventud (treinta y dos años) ni el genio de Andrés Chenier encontraron piedad en el tribunal revolucionario: el día 25 de julio fué conducido á la guillotina. Al poner el pie en el trágico tablado, golpeóse la frente en uno de los palos de la terrible máquina, exclamando: «¡Es lástima!.. ¡Yo pensé que había aquí algo!..» La señorita de Coigny fué menos infortunada: se libró de morir en el cadalso.

El drama de Luis Illica no se ajusta rigurosamente á la verdad histórica (la señorita de Coigny murió veintiséis años después que el poeta); pero en él se reflejan las pasiones y parece sentirse el ambiente huracanado de la Revolución. ¿Cómo ha interpretado musicalmente este asunto Umberto Giordano? Según los inteligentes, de todo hay en *Andrea Chenier.* Convienen la mayor parte de los críticos en que lo mejor de la ópera es el tercer acto, en el cual, á decir verdad, se evoca con gran fuerza sugestiva el frenesí revolucionario del pueblo de París en los espantosos días del Terror.

El éxito de la ópera no ha correspondido á la expectación que su anuncio había despertado. La gente profana salía del teatro de los Jardines, la noche del estreno de *Andrea Chenier,* diciendo: «Esta podrá tener mucho mérito; pero nos gusta más *La Marsellesa*, de Caballero.»

Desde que la *Electra* de Galdós paseó por todos los teatros de la península sus malandanzas, al son de la Marsellesa y del himno de Riego, se le han dado ya en el teatro varios golpes á la cuestión religiosa. El último se lo asestó, noches pasadas, en el Español, el célebre y aplaudido autor Marcos Zapata con el drama en un acto y en verso titulado *María Teresa.* El teatro estaba lleno; hubo muchos aplausos é interrumpióse la representación varias veces para que el veterano autor saliese á escena; mas á pesar de tan «extraordinario» éxito y de los bombos publicados por los periódicos, al día siguiente del estreno, es lo cierto que el drama no volvió á representarse y que la compañía de Perrín, ejecutora ó ejecutante de la obra de Zapata, puso fin con el estreno de ella á su breve estancia en el Español.

Contaba el último drama del autor de *La capilla de Lanuza* con elementos de sobra para entusiasmar á la galería: arranques de patriotismo, versos rimbombantes, entre los que no faltaba la obligaba relación en quintillas, apóstrofes violentos contra las órdenes religiosas, el correspondiente traidor en hábito de fraile y la muerte violenta de éste á manos de la protagonista. En comparación con tales recursos dramáticos ó melodramáticos, parecían pálidos los desplantes de *Las hormigas rojas* – drama que «alborotó» el invierno pasado en el teatro Martín, – los dicterios de Máximo á Pantoja y las trastadas y picardías del redomado jesuíta en la ruidosa comedia de Galdós.

Pero como dijo el otro: *habent sua fata libelli*, y el de Zapata vino al mundo con la mala suerte que dejo indicada.

Más interesante que la obra «que los comicos tuvieron aquella noche el honor de representar,» era para mí el aspecto que ofrecía el público. Habían acudido á ver y aplaudir el drama de Zapata cuantos sobreviven de aquella generación que aplaudió *La capilla de Lanuza* y *El castillo de Simancas.* Parecía que el tiempo había dado un salto atrás y que estábamos en los días de D. Amadeo. En los pasillos del teatro, momentos antes de levantarse el telón, se hablaba, como de cosa presente, de la manera admirable con que Vico declamaba el papel de protagonista en *La capilla* ó del brío con que recitaba las quintillas del *Castillo de Simancas.* Veíanse allí redactores de *La Igualdad,* poetas de los que escribían en *El Cascabel,* compañeros de Roberto Robert y de Luis Rivera; muchos espectadores, en fin, de los que por el año 73 se entusiasmaban viendo á la Rivas hacer de Gran Duquesa ó aplaudían á rabiar á Orejón y Castilla cuando cantaban el dúo de los civiles en *Genoveva de Brabante.*

Pero el tiempo no pasa en vano para nadie, y los mismos que antes de empezar la función estaban decididos á entusiasmarse y que aplaudieron todas las escenas de la obra, salieron un si es no es tristes y cariacontecidos del teatro. El drama de Zapata había, sin duda, evocado recuerdos de su juventud; pero al propio tiempo les había hecho sentir algo de lo que experimentamos cuando tras largos años vemos el rostro de una mujer á quien hemos conocido joven y hermosa. «¡Dios mío, solemos exclamar, ésta es aquélla!..» Y en efecto, la musa de Zapata, tan rozagante en otro tiempo, tiene ya muchas arrugas. ¿Qué se dirá dentro de treinta años de las obras que ahora calificamos de maravillosas y estupendas?

En muy poco tiempo los hermanos Alvarez Quintero han logrado colocarse á la cabeza de los autores cómicos españoles. Con rigurosa exactitud puede decirse que han hecho su carrera «por sus pasos contados.» Se dieron á conocer escribiendo primero piececillas ó sainetes que retrataban, principalmente, costumbres andaluzas; más tarde, comedias en uno ó dos actos regocijadas é ingeniosas que revelaban bien á las claras las dotes que ambos hermanos poseen de observadores de la realidad y pintores de la vida y milagros de la gente del pueblo. Después de estos primeros trabajos, acogidos por el público con aplausos y por las empresas con los brazos abiertos, acometieron obra de mayor empeño. Me refiero á *Los Galeotes,* comedia por la cual desfilan varios tipos madrileños admirablemente retratados, y cuya acción abunda en situaciones en las cuales, por lo general, se mezcla y combina con arte lo cómico de buena ley con lo tierno y patético, sin incurrir en sensiblerías cursis ni en falsedades melodramáticas.

Fué el estreno de *Los Galeotes* la confirmación de las esperanzas que habían hecho concebir los dos jóvenes hermanos y su patente, por decirlo así, de verdaderos autores. La Academia Española ha confirmado recientemente el juicio del público y el de la crítica, otorgando á los dos notabilísimos escritores un premio tan justo como bien recibido por la opinión.

No se durmieron los Quintero sobre sus laureles tras de aquel brillante triunfo. *Las flores,* aunque muy inferior á *Los Galeotes,* demostró una vez más la fecunda laboriosidad de los dos hermanos; y pocos días ha, el público de Barcelona ha aplaudido y la prensa de la ciudad condal celebrado la obra titulada *El amor en el teatro*, en la cual no sé por qué creo ver ciertas afinidades, en cuanto al plan, con un capricho dramático de Sudermann, titulado *Morituri.*

A última hora, ayer como quien dice, se ha representado en Apolo un sainete de los Quintero con música del maestro Chapí, titulado *Abanicos y panderetas* ó *A Sevilla en tren botijo*, que á pesar de que los espectadores lo recibieron con marcada hostilidad, y aunque es demasiado largo y á ratos fatigoso, lleva en algunas escenas el sello de fábrica de sus ingeniosos autores. *Abanicos y panderetas* es una sátira contra los que no conociendo de Sevilla más que las pinturas abigarradas de panderetas y abanicos, creen que la ciudad del Guadalquivir es una especie de gran colmado en el que no se piensa más que en *juergas,* amoríos y borracheras.

Hay en esta obrita ¿y cómo no? conocimiento de las costumbres andaluzas, escenas graciosas, cuadros pintorescos y chistes espontáneos é ingeniosos; pero todo ello está demasiado diluído, todo se prolonga con exceso... En una palabra, los autores «se duermen en la suerte,» lo que fué causa de que el público de la primera representación demostrara en varias ocasiones su impaciencia.

De todas maneras, con ser *Abanicos y panderetas* inferior á otros sainetes de los Quintero, supera con mucho á la mayor parte de las quisicosas que resisten los espectadores en los teatros por horas. Y en prueba de lo que acabo de decir, ahí están el juguete, ó lo que sea, que acaba de estrenarse en el Eldorado con el título de *San Juan de Luz,* cuyo solo atractivo estriba en la frescura con que las tiples (?) se presentan ante el respetable público, y el melodrama comprimido titulado *El tío Juan,* estrenado no ha mucho en la Zarzuela.

Como se ve, por lo que queda dicho, las novedades teatrales que el verano nos ofrece son pocas y de escaso valor. Por esto la gente, mirando con cierto desdén lo que en el actual momento histórico le ofrecen los teatros, hace cálculos acerca de la temporada próxima. Por de pronto, es un hecho ya que la compañía de María Guerrero y Fernando Mendoza, que ahora recorre las principales ciudades de Galicia de triunfo en triunfo, vendrá al teatro Español, «casa solariega» de los dos eminentes artistas, y en donde, además de dar á conocer las obras nuevas que han ido estrenando por esos mundos de Dios, representarán otras muchas que les han ofrecido los más renombrados autores.

También el teatro Real, especie de sirena cuyos cantos halagadores han atraído á tantos empresarios sumiéndolos luego en la ruina, tiene ya uno nuevo que se propone, según él mismo ha manifestado, hacer maravillas para levantar el decaído prestigio de aquella escena y vencer el desvío del público aristocrático, el cual desde los tiempos de Gayarre frecuenta con poca asiduidad la sala del regio coliseo. Los lunes de moda del Español y los viernes de la Comedia han perjudicado mucho á las diferentes empresas que han tratado de explotar el primero de nuestros teatros líricos.

Es el nuevo empresario del Real el «popular» Arana, famoso en San Sebastián como contratista de toros, el cual contratista, harto sin duda de lidiar con toreros, se siente con bríos sobrados para habérselas con músicos y cantantes.

– Este Sr. Arana, me decía hace pocas noches un amigo muy baqueteado en achaques de bastidores, sin duda ignora que corre más peligro un «caballo blanco» entre tenores y tiples, que un caballo de los otros en el ruedo de un circo taurino.

ZEDA.



DON FRANCISCO DE QUEVEDO

Sin fingida modestia y con toda la sinceridad de mi alma aseguro que no peco de confiado ni me considero apto para muchas tareas literarias, pero no sé decir que no ni desairar ruego alguno de que yo escriba, teniéndolo siempre por lisonja, á la que por gratitud me considero obligado. Así se explica que prometa yo á veces escribir sobre asuntos que hallo después harto difíciles, que contraiga compromisos y que acometa empresas de las que apenas juzgo posible salir airoso. Esto me ocurre con el breve juicio que he prometido dictar sobre las obras de D. Francisco de Quevedo. ¿Cómo juzgar en poquísimos renglones, ya que hasta la extensión de mi escrito se me señala, á un polígrafo tan fecundo y de tan complicada índole? ¿Cómo decir acerca de él cosas de novedad é importancia sin estudiar detenidamente todas sus obras, sin desentrañar el sentido de ellas y sin penetrar con tino, y ahondando bien, en la mente del autor, que vivió en época tan distinta de la que ahora vivimos y en una sociedad tan otra de la del día, y sobre cuyos defectos y excelencias hay tan encontradas opiniones, tanto se disputa y en realidad tan poco se sabe?

Al querer hablar sobre Quevedo, no ya sólo sobre este singular ingenio, sino sobre el siglo en que vivió y sobre su historia política y literaria, se ofrece á mi pensamiento multitud de problemas que para mí están por resolver y son otros tantos enigmas. Sin duda floreció Quevedo en el siglo de oro de nuestra literatura. Nació en 1580 y murió en 1645. Fué contemporáneo de Cervantes, de Lope, de Tirso, de Mariana, de Góngora, y, en suma, de nuestros más gloriosos autores. Y sin embargo, puede también decirse que vivió Quevedo en una época de corrupción y decadencia, cuyos síntomas ominosos hacían prever que iba pronto á marchitarse aquel pasmoso florecimiento de nuestras letras y artes, así como en la esfera de la acción política nos amenazaban con hundimiento y ruina.

¿Por qué duró tan poco la hegemonía de España entre las demás naciones europeas? Con extraordinaria rapidez se elevó nuestra nación hasta ser la primera del mundo. Formó el mayor imperio que se había conocido hasta entonces; descubrió nuevos continentes é islas remotas; extendió su dominio por tierras vastísimas y sobre naciones y lenguas ignoradas antes; y en Europa, en el mismo centro del mayor poder humano, de la cultura expansiva y de la potencia civilizadora, prevaleció su consejo y se impusieron su voluntad y sus propósitos. Arrojó el islamismo de nuestra península y le humilló también venciendo en su mayor auge á los otomanos.

¿Se debió acaso la postración súbita de España á la magnitud pasmosa del esfuerzo empleado en adquirir precipitadamente tanto poder y tanta gloria y en realizar tan altos destinos? España y sus hijos pusieron un dique á la Reforma, pelearon heroicamente para reanudar el lazo que unificaba la civilización europea, defendieron y sostuvieron en Trento las sublimes doctrinas que hasta entonces la habían informado, y difundieron esas doctrinas y las ciencias y las artes y los adelantos materiales de Europa entre las naciones y tribus bárbaras de los ingentes países recién descubiertos. Tal vez pueda explicarse así la precipitada consunción de nuestros bríos empleados en tan inmensa tarea, y algo á modo de perversión y maleamiento del espíritu nacional; pero yo no me atrevo á formular sobre el caso ninguna proposición categórica. No pocas dudas acuden á impedírmelo. Noto, por ejemplo, que los mismos ó muy semejantes defectos que afligían á los españoles de aquella era, estaban también en los hombres de otras naciones, las cuales han prosperado y crecido al compás que ha menguado España, por donde no hallo razonable atribuir tan diferentes efectos á las mismas causas. No puedo persuadirme de que los españoles del tiempo de Quevedo fueran ni más fanáticos, ni más intolerantes, ni más crueles, ni más inmorales que los franceses ó los ingleses de la misma edad. ¿Por qué, pues, se elevaron Inglaterra y Francia, y descendió España de la cumbre adonde había subido? ¿Cómo la corrupción y los vicios que se extendieron por el imperio español como gangrena, fueron para el francés y para el britano á modo de fermento y germen fecundo de futuro poderío?

Yo imagino á veces que hay en el estilo de casi todos los escritores de la época á que nos referimos, ya prosistas, ya poetas, un no sé qué de hiperbólico, de exagerado y de enormemente ponderativo que pinta y presenta á nuestra vista las cosas todas con cierta deformidad fantástica muy distinta de la realidad verdadera, y extremadísima, así en lo bueno como en lo malo. En los escritores españoles del tiempo de Quevedo, los hombres y sus actos se reflejan como en un espejo de aumento y además torcido, que no sólo los engrandece, sino que también los desfigura. Acaso el modo de ser de los hombres de acción influyó en los que escribían; acaso la exageración de los escritos influyó en los actos; acaso el influjo fué mutuo. De todos modos, así en lo imaginario y fingido como en lo real é histórico, se advierten los más contrapuestos extremos. Todo ello está hiperbólicamente representado en las obras literarias, pero todo ello hubo de tener, sin duda, un fundamento en la vida de entonces. La honestidad y pureza de las mujeres y el culto de la honra, que en ella se sostiene, impiden tal vez á nuestros autores dramáticos que presenten madres en sus comedias, porque con madres no podía menos de ser tan austero el recogimiento de las damas, sus hijas, que no diese lugar á la menor intriga amorosa. Era menester que las damas no tuviesen madre, y que hallándose bajo la custodia de padres y hermanos, fieros y celosos guardadores de su virtud, tuviesen que andar éstos, casi de continuo, á cintarazos y estocadas con los galanes y novios, y si la dama pretendida era casada, ella se exponía, al menor desliz, á que le diera muerte su marido, el cual, con aplauso del poeta y del público, limpiaba su honra, no sólo de la mancha del delito probado y consumado, sino hasta de la mera sospecha, del conato y aun del intento, y esto no siempre en combate singular y cara á cara, sino á puñaladas y con premeditado asesinato. Culto, aunque tan feroz, nobilísimo y sublime de la honestidad y de la honra, se contrapone en la literatura, queremos creer que con mayor exageración aún que en la realidad, á la suma desvergüenza de la muchedumbre de maridos consentidos, que *comen de su cabeza,* que venden á sus mujeres y que incurren en la más vil de las infamias, si hemos de creer á Quevedo. El amor á la patria y la lealtad á los reyes llega en los escritos heroicos á extremos absurdos y dignos de reprobación, á algo de monstruoso y perverso, como verbigracia en Sancho Ortiz de las Roelas, que por mandárselo el rey mata á su excelente amigo, hermano de su amada, á lo que no se prestaría el peor de los rufianes. Y en contraposición á tanta lealtad, también según Quevedo, no había personaje en la corte de su tiempo que no se dejase sobornar ó comprar por unos pocos ducados. Tal vez el mismo escritor ó poeta pondera, cuando toca el registro heroico, el recato y la honestidad de las damas como si fueran ángeles, y luego, tal vez en seguida, tocando el registro cómico ó dominado por el humor satírico, las disculpa y halla naturalísimo que se rindan y pequen, sobre todo si están pobres y si los galanes dan dineros, joyas, vestidos y hasta meriendas y confites.

Es asombrosa la simultánea aparición de los más opuestos caracteres, así en la ficción literaria como en la vida. España es entonces fecunda madre de santos, de mártires, de misioneros, de varones sabios y piadosos, que hacen prodigios de caridad, domando con su dulzura, cristianizando y beatificando á las gentes más bárbaras, rudas y remotas; que en Trento reforman la iglesia y defienden la libertad humana; y que, uniendo en fecundo y santo consorcio á la ciencia y al arte con la fe más viva, fundan, como Ignacio de Loyola y José de Calasanz, brillantes escuelas para la educación del linaje humano; y es madre al mismo tiempo, no menos fecunda, de los Lazarillos, Monipodios y Rinconetes, y de una larga cáfila de desalmados bribones. Y el escritor, sin duda espejo de aumento en aquella sociedad, nos pinta con igual hipérbole y entusiasmo las virtudes y la santidad de los unos y los vicios y desafueros de los otros. Así Quevedo, ya escribe las vidas del apóstol San Pablo y de Santo Tomás de Villanueva, ya la vida del Buscón.

Se me dirá que esta contraposición entre la virtud y el vicio, la maldad y la bondad, la sublimidad y la vileza, es de todas las edades y se da y aparece en todos los pueblos. No he de negar yo que es así; lo que me choca en ello es lo extremado. Y me choca también la perversión del juicio, de sentido moral y de la recta conciencia, con que no pocas veces actos dignos de los héroes de las novelas picarescas, se atribuyen sin reprobación y como donosa travesura á nobilísimos y denodados caballeros. De ellos hay que toman dinero de sus queridas, que son tahures y que mienten y estafan con la mayor desfachatez y frescura.

Con frecuencia combinan nuestros autores en un mismo personaje la perpetración de los crímenes más horrendos y la santidad luego, gracias á la conversión y á la penitencia. Aparece así representado el mundo como abominable infierno, donde bullen y hierven los vicios todos, pero sobre el cual difunde su consolación y vierte su esperanza la divina luz del cielo. De aquí tantas comedias de monstruosos pecadores, que, por virtud de la inagotable misericordia de Dios, no sólo se salvan, sino que son canonizados y adorados en los altares. La cruz todo lo transforma y purifica. El mundo es una ciénaga de impurezas y de atroces pecados; pero sobre esta ciénaga se levanta

El madero soberano
Iris de paz, que Dios puso
Entre las iras del cielo
Y los delitos del mundo.

También esta concepción del universo y del hombre, concepción inmanentemente pesimista y trascendentalmente optimista en grado sumo, consigue inspirar algunas de las más hermosas y extrañas creaciones poéticas de que la mente humana puede jactarse: *La devoción de la cruz* y *El condenado por desconfiado*.

No faltará quien diga al leer lo que hasta aquí llevo escrito que estoy divagando, pero es harto difícil no incurrir en esta falta al querer definir y juzgar á un escritor como Quevedo, tan característico y tan fiel representante de su siglo y de su patria. En mi mente surgen innumerables cuestiones. Apenas acierto á ponerlas. ¿Cómo, pues, he de acertar á resolverlas, y menos aún en breves palabras y con poco ó con ningún previo estudio? Concienzudo, detenido y eruditísimo es el que hizo sobre dicho autor don Aureliano Fernández-Guerra en la «Biblioteca» de Rivadeneira; pero yo no me conformo con seguir servilmente á D. Aureliano. Al prólogo, á la biografía y á las notas que puso á las obras de Quevedo, remito al curioso que quiera saber á fondo el concepto que el Sr. Guerra había formado de aquel notable personaje. Dentro de poco además vendrá á ilustrar y á completar el trabajo de D. Aureliano el más notable crítico que vive en España hoy, descollando entre todos por su diligencia, despreocupado juicio, elevación de pensamiento y facilidad y elegancia de estilo. Me refiero á D. Marcelino Menéndez y Pelayo, á quien ha sido encomendada la hermosa edición de las obras completas de Quevedo, que va á publicar en Sevilla la *Sociedad de bibliófilos andaluces*.

Posible es que Menéndez y Pelayo aclare muchas dudas y resuelva muchas cuestiones. Yo, entretanto, me limitaré aquí á exponer algunas, aunque este escrito, que aspiraba á ser juicio, no pase de ser interrogatorio.

¿Hay sistema, hay novedad de pensamiento, hay hondas especulaciones en la parte metafísica, psicológica y moral de las obras de Quevedo, ó es todo alambicada retórica, sutil discreteo, pomposa declamación y primoroso bordado sobre las doctrinas cristiana y estoica, irreflexivamente amalgamadas? ¿Qué se proponía, qué pensaba Quevedo sobre los públicos asuntos? ¿Cuáles eran, valiéndonos, para expresarnos con claridad, de los términos que ahora se usan, sus opiniones políticas? ¿Cuál su filosofía de la historia? Gran paciencia, mucha calma y reposo y completa carencia de prejuicios, favorables ó adversos, se necesitan para examinar, pongo por caso, *La Política de Dios y Gobierno de Cristo*, y decidir si hay allí algo de sistema, ideas nuevas y profundas, alguna mira y plan sobre el destino de España y de las otras naciones, ó si es todo una larga serie de lugares comunes realzados con la pompa, acicalados con la primorosa agudeza del ingenio y autorizados por la sentenciosa gravedad del estilo.

En la misma práctica, en la vida de Quevedo, rica de actividad y de aventuras, confieso que no veo claro, y hasta que me da poca luz, acaso por culpa mía, el trabajo del Sr. Fernández-Guerra. ¿A qué aspiraban Osuna y Bedmar en Italia? ¿Hasta dónde y cómo fué Quevedo agente de sus intrigas? No es razonable creer que la conjuración de Venecia fuese una falsía. Por muy sin entrañas que supongamos al tribunal de los Diez y á los demás patricios de la Señoría, parece inverosímil y hasta absurdo que se condenen á muerte centenares de personas para dar apariencia de verdad, ó al menos mayor importancia, á una conjuración amañada, de la que, á fin de competir con Salustio, compuso el abate de Saint-Real tan novelesca y elegante historia. La conjuración, á no dudarlo, fué verdadera é importante. ¿Qué participación activa tuvo en ella Quevedo, que se hallaba en Venecia entonces y que logró escapar, por su serenidad y rara presencia de ánimo y por su milagrosa astucia, de entre las garras de los esbirros? Fernández-Guerra niega casi la importancia de la conjuración y niega con más ahinco que Bedmar la fraguase, de acuerdo con Osuna y valiéndose de Quevedo. A mí, no obstante, no acaba de convencerme D. Aureliano.

La misma obscuridad é incertidumbre advierto yo en toda la vida política de Quevedo, en sus relaciones con los favoritos de Felipe III y de Felipe IV, en los motivos del valimiento de que gozó y en las causas de las crueles persecuciones de que fué víctima.



Estatua de D. Francisco de Quevedo que forma parte del monumento recientemente inaugurado en Madrid, obra de Agustín Querol

Según mi gusto y para mi completa satisfacción, no hay todavía una vida clara de Quevedo. Para conocer bien su carácter sería menester examinar profunda y detenidamente todos sus escritos, así como, incurriendo al parecer en un círculo vicioso, el mejor y mayor conocimiento del ser moral de Quevedo podría servirnos de guía para interpretar sus escritos con la rectitud y la claridad debidas. Tal y tan somero como es mi entender en esta materia, yo no acierto á marcar, en las obras de Quevedo, el límite ó la raya que separa lo que está sinceramente sentido de lo que sólo está retórica y pomposamente declamado. No he de negar por esto, antes he de aplaudir la noble hermosura de muchas sentencias y de no pocos dichos del prosista y del poeta. A veces, como en la famosa *Epístola al Conde-Duque de Olivares*, Quevedo se eleva al nivel de la *Epístola moral*, que por largo tiempo se atribuyó á Rioja, y ya parece competir con el más elocuente y austero de los predicadores cristianos, ya con el propio Epicteto ó con otros estoicos.

Pero en todo, sin excluir en las moralidades, es Quevedo contradictorio. En la *Epístola al Conde-Duque* reprueba el lujo, el regalo y la lascivia, y en no pocas de sus otras obras se manifiesta harto propenso á todo ello hasta con cinismo, que sería más claro si no le encubriese ó solapase un tanto el tono de burla que toma el autor y el desenfado jocoso con que escribe.

En su estilo Quevedo suele ser alambicado, conceptuoso y muy dado al culteranismo. Y sin embargo, Quevedo es acérrimo enemigo de esta corrupción, así como de otras, y para defender el buen gusto y restaurar la elegante sencillez de nuestro idioma, en poesía y en prosa divulgó egregios modelos. A él debemos no pocos versos de fray Luis de León y todos los del bachiller Francisco de la Torre.

Mayor contradicción se nota aún en Quevedo como hombre de ciencia. Había estudiado mucho; sabía de historia, de teología, de filosofía y de jurisprudencia; conocía varias lenguas vivas y algunas lenguas antiguas, como el latín, el griego y el hebreo; estaba en correspondencia con varones doctísimos de entre sus contemporáneos, verbigracia con Justo Lipsio; había residido bastante tiempo en Italia y había peregrinado por algunas otras regiones de las más adelantadas de Europa. Y sin embargo, yo sospecho, aunque no me atrevo á afirmar, que no veía la progresiva y nueva dirección que tomaba el espíritu humano, y que sus ideas sobre la marcha de las sociedades y sobre el universo visible, no eran muy distintas, ni más claras ni más altas que las que pudieron tenerse en la Edad Media. Escribo de priesa, me falta tiempo para cerciorarme de la cronología y temo caer en error, pero se me antoja que antes ó en tiempo de Quevedo escribieron Copérnico, Galileo, Descartes, Keplero, Bacon, Montaigne, Kircher y cien otros, sin que llegasen al oído de nuestro polígrafo el sonido de sus nombres y sin que se presentasen á su consideración sus descubrimientos, sistemas y teorías. En mi sentir, España entonces iba quedándose aislada, apartándose de la universal corriente civilizadora, y sorda y ciega á toda novedad y progreso. Y no era culpa de la Inquisición y de su cautelosa vigilancia, como tantos suponen, sino de nuestro engreimiento y de nuestra tenaz y arraigada persistencia en el puro pensamiento castizo, el cual, á manera de árbol sano, robusto y fértil, pero apartado del aire libre, no es de extrañar que se secara en flor y que por largo tiempo no diese luego sazonado fruto.

Como quiera que sea, yo no rebajo el mérito de las obras serias de Quevedo. Dejo sólo de calificarlas, como si fuesen para mí terreno inexplorado; denso y sombrío matorral, frondosa é intrincada selva, donde tal vez penetre sujeto más curioso, de mayor perspicacia y persistencia que yo en el estudio, y descubra tesoros de filosofía y de otras altas especulaciones. ¡Quién sabe si puesto en claro y patente dicho tesoro, vendrá á aparecer Quevedo como filósofo original y castizo, merecedor de figurar al lado, ó al menos en no muy inferior altura, de Suárez, Vives, Victoria, Melchor Cano y Domingo de Soto! Puede ser también que examinadas con detención sus obras políticas, se descubran en ellas profundidades especulativas ó de observación que las pongan al nivel de las de Mariana, Gracián y Saavedra Fajardo. Yo mismo, muchos años ha, allá en mis mocedades, intenté hacer este trabajo, y aun escribí y publiqué parte de él en una Revista titulada *La América*. Hoy considero la empresa muy por cima de mis bríos y de mis facultades. Me arredra además y hasta confieso que repugna algo á mi natural condición lo enmarañado, escabroso y difuso del estilo serio de Quevedo, que tanto

se opone á la sobriedad y mesura de los antiguos clásicos, lo cual se advierte más que en nada en la *Vida de Marco Bruto,* donde se destaca y disuena el candoroso y sencillo texto de Plutarco.

Limitémonos ahora á hablar de las obras satíricas de Quevedo. La exageración en el estilo, la hipérbole de que ya hemos hablado, producen en ella, según mi modo de sentir, un efecto estético, calmante y grato. Quiero significar con esto que en dichas obras, más que la verdadera sátira que nos afligiría y compungiría, se ve la burla, el chiste, el juego libre de la fantasía, y no el fiel retrato de una sociedad horriblemente desmoralizada y viciosa. Dichas obras, así en prosa como en verso, más que satíricas deben llamarse festivas y jocosas. En este género Quevedo no tiene rival en nuestra literatura, y no creo que en las extranjeras haya quien se le adelante. Entiéndase que pongo aparte al autor del *Quijote,* cuya gracia es incomparable y única y de más fina y elevada naturaleza. En Cervantes, hasta en lo más cómico y ridículo se ve siempre algo de noble, de delicado ó de hermoso que nos lo vuelve simpático; Quevedo, por el contrario, propende á la caricatura. Cervantes penetra y escudriña los más hondos centros del alma humana, mientras que Quevedo apenas pinta nunca sino lo superficial y exterior. Su hábil manejo del idioma, su riqueza de vocablos, frases y giros, sus retruécanos y equívocos y sus agudezas y discreteos constituyen el principal encanto de sus escritos alegres y hacen que persista en ellos la rara virtud de mover á risa. Nada hay menos persistente que esta virtud en los escritos de los ingenios más celebrados. El pasmo que inspira lo sublime y el terror mezclado de deleite que infunde lo trágico, lo mismo se sienten aun leyendo una tragedia de Esquilo ó de Shakespeare que el *Don Alvaro,* por ejemplo, del Duque de Rivas. Pero lo chistoso pasa, se esfuma ó no se comprende ni se sabe en qué consiste cuando pasa algún tiempo. Menester es que el chiste tenga poderosa vitalidad y fuerza para que viva siglos encerrado en la palabra escrita. Aristófanes y Luciano fueron muy graciosos, hicieron reir mucho á los hombres de su edad, mas los que ahora los leemos solemos quedarnos fríos y reirnos poquísimo con sus gracias. En este punto Quevedo es un ingenio poderoso y sólida y fundadamente inmortal. Sin duda que las gracias de Quevedo son mil veces más difíciles de trasladar á extraño idioma que las de Cervantes; pero mientras dure y se entienda la lengua castellana, las gracias de Quevedo serán reídas, celebradas y admiradas por toda persona medianamente culta, sin que las haya superado hasta el día ningún otro prosista ó poeta español ó extranjero. No tienen la trascendencia y la hondura, por ejemplo, de las de Voltaire; pero en el artificio de la expresión, en la abundancia y lozanía del lenguaje y en lo imprevisto y caprichoso de las imágenes y comparaciones, Quevedo vence á los demás escritores festivoss. Poco enseñan ó moralizan sus sueños, pero siempre nos divierten y nos maravillan. *La visita de los chistes* y



La noche, cuadro de Eugenio Burnand

Las zahurdas de Plutón, pongamos por caso, tienen hoy para toda persona entendida la misma frescura que cuando se compusiéron. Y tienen además la inestimable ventaja de que hoy, si son fáciles de entender, serían difíciles ó casi imposibles de escribir si ya no estuviesen escritas, porque el pensamiento humano y el habla en que puede expresarse han variado de dirección y de forma.

El desenfado y el donaire de Quevedo en algunas de sus más breves obrillas apenas pasan, en el fondo, de lo más vulgar y somero; pero esto mismo los hace más populares, más al alcance de toda clase de gente y menos expuestos á promover en nadie el disgusto ó la ira. Así, las *Cartas del caballero de la Tenaza,* el *Libro de todas las cosas y otras muchas más* y *La culta latiniparla,* en prosa, y en verso innumerable cantidad de sonetos, sátiras, letrillas, jácaras y romances.

A pesar de las faltas que hemos notado en Quevedo al hacer este rápido bosquejo del carácter de sus obras, no puede negarse que es uno de los mejores escritores y de los más originales ingenios que hubo en España en el siglo xvii. Sus poesías líricas, no jocosas, son estimables á pesar de la afectación y rebuscamiento del estilo y del descuido con que fueron impresas. En algunas, como en la ya citada *Epístola al Conde-Duque de Olivares,* se eleva hasta la más digna gravedad en las sentencias, y suele, desechando el mal gusto en moda, hallar la más feliz y pintoresca expresión para sus sentimientos é ideas. Quizás por culpa de mi ligereza y poquísimo estudio, le juzgo yo desfavorablemente al hablar de sus obras en prosa. Espero que el Sr. Menéndez y Pelayo, en la edición que hará de ellas pronto, nos manifieste y ponga de realce su verdadero mérito.

Entretanto, donde este mérito está claro, resplandece con brillo inextinguible y no ha menester manifestación ni demostración alguna, es en la parte jocosa de sus poesías, y más aún si cabe en las sátiras en prosa, donde á pesar de lo que sienten algunos, y Ticknor entre ellos, de que se nota honda acritud y el pesimismo y la misantropía de su alma, agriada por tantas injustas persecuciones como tuvo que sufrir, veo yo más bien el concepto cristiano del mundo, valle de lágrimas y semillero de pecados, realzado este concepto, más bien que sentido, por la hipérbole y por el ansia de llamar la atención y de excitar la admiración de los lectores con imágenes, frases y sentencias extraordinarias y nuevas. Esto le arrastra á veces hasta la más extremada y grotesca caricatura, como sucede en la *Vida del Buscón* y en *Las locuras de Orlando.*

Dicen que Quevedo imitó á Luciano. Yo creo que no le imitó, sino que se inspiró en él. Si quiso imitarle, no lo consiguió y salió otra cosa. Más vale así. Así tenemos dos grandes escritores harto distintos en todo: Luciano y Quevedo. Y aunque me exponga á equivocarme, por estar Luciano en griego y ser más antiguo, y por estar Quevedo en castellano, ser más de nuestros días y entenderle yo mejor, todavía me atreveré á decir que Quevedo me parece mejor que Luciano y más divertido.

Los ya citados sueños de *Las zahurdas de Plutón* y de *La visita de los chistes,* así como *El sueño de las calaveras,* y por su ingeniosa invención *La hora de todos y la Fortuna con seso,* son riquísimas joyas de nuestra literatura nacional y de las que más la realzan y la hacen descollar entre las de otros pueblos y lenguas.

Juan Valera.



El mirador de Cadaqués, cuadro de Eliseo Meifrén (Exposición del Círculo Artístico de Barcelona)



PARÍS. – La carrera del Grand Prix. – Salida de Longchamps. La D'Aumont del Presidente de la República

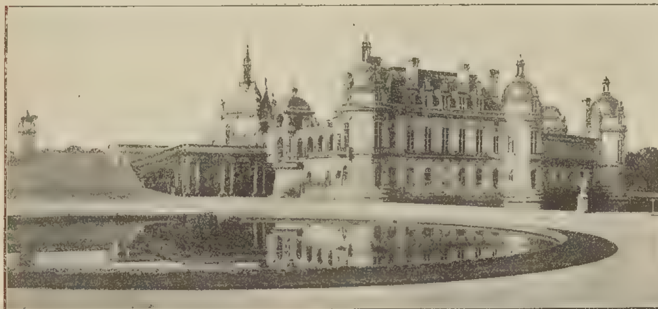


PARÍS. – La carrera del Grand Prix. – La tribuna presidencial. Entrada por la parte del «pesage»

CRÓNICAS PARISIENSES. – Las grandes semanas

La *season* en París. – Derby de Chantilly. - El palacio. – El parque. – La concurrencia á las carreras. – El bosque de Bolonia por la mañana. – Los grandes premios. – El día de los *mail-coachs*. – Gran premio de Auteuil. – Dos artistas. - La fiesta de las flores. – El día del Gran Premio de París. – De la mañana á la noche. – Hacia Trouville y Ostende.

París tiene también su *season*, considerándose como tal las dos semanas que preceden al Gran Premio.



El palacio de Chantilly

Durante esos quince días todo sale á relucir: trajes magníficos, forasteros escogidos, fiestas en los grandes hipódromos de Chantilly, Auteuil y Longchamps, batalla de flores en la avenida de las Acacias. La gente, desde que despierta, sólo piensa en lanzarse á la calle en busca de distracciones, y las señoras van de modista en modista para probarse trajes y comprar sombreros.

Inaugura las fiestas el Derby de Chantilly: allí, á aquel hermoso campo de carreras en donde puso su sello la mano del hombre más *chic* de Francia; allí, á la antigua residencia que del gran Condé heredó el duque de Aumale, allí va el público parisiense.

El palacio de Chantilly se compone de dos alas unidas entre sí: el «Pequeño Palacio» y la «Capitanía,» construídos por Juan Bulland para el duque de Montmorency, y el «Gran Palacio» propiamente dicho.

El primitivo palacio ó castillo fué edificado en el siglo XIII y reconstruído en el siguiente; el otro, situado á su lado, lo fué en el XVI. Más adelante el gran Condé se hizo dibujar los jardines por el célebre Le Notre, que fué también el arquitecto de los jardines de Versalles, gastando considerables sumas en la conducción de aguas para los surtidores. De todos estos jardines el más poético es la «Isla del Amor,» construída en el siglo XVIII, con una glorieta en su extremo y la estatua en mármol de la Venus Calipige. El verde césped del prado está bordeado de arena de río y ésta limitada por los macizos de boj; y á trechos, alegres surtidores arrojan espumosas aguas que, cayendo en el tranquilo lago que rodea la isla, interrumpen la calma de aquel lugar poético.

Más allá, hay un laberinto, y en aquella misma parte del parque está la «Casa de Silvia,» que en 1724 fué teatro de una amorosa novela entre madame de Clermont y M. de Melún.

El bosque es de lo más encantador que existe en los alrededores de París. Los robles y tilos, que perfuman el ambiente, álzanse entre lirios silvestres, helechos y violetas, mezclados con pinos y grandes castaños.

El estanque de Comelle está cerca del palacio de la reina Blanca, sitio en donde se encuentran los cazadores después de las grandes jornadas de la caza del ciervo, que ha sido allí acorralado por los perros y cuya agonía presencian desde aquel lugar los concurrentes á la fiesta.



PARÍS. – La Avenida del Bosque de Bolonia

Estos son los parajes que desde las tribunas contemplan las regocijadas muchachas y los *sportmen* que todos los años asisten al Derby, que copiado del que en Inglaterra se celebra en el hipódromo de Epson, se verifica todos los años en Francia quince días antes del Gran Premio.

Nunca había acudido á Chantilly tanta gente como este año. Bien es verdad que todo contribuyó al mayor esplendor de la fiesta: el tiempo fué magnífico, ni muy fresco ni muy caluroso, y los que apuestan tenían una ocasión



PARÍS. – En las carreras de Auteuil. – Un grupo de artistas. Lianne de Lancy y Clemence de Pibran



PARÍS. – El día de los Dracks. – La gente de los mail-coachs atravesando la pista de Auteuil

única de probar fortuna sobre los caballos concurrentes á esas carreras primaverales.

Las inmediaciones de la estación del Norte estaban invadidas por los carruajes que conducían á los aficionados; y en Chantilly ocurría otro tanto, y los ómnibus y *char-á bancs* llenábanse de pasajeros que se dirigían al *pesage*. A cada llegada de tren ofrecíase un cuadro diferente, pero siempre pintoresco: aquel conjunto de trajes y sombreros masculinos en que dominaban los colores negro y gris, estaba fantástica y alegremente salpicado por los tonos claros de los vestidos femeninos y de esos poemas de la coquetería, llenos de lazos y flores, bajo los cuales cubren las mujeres sus colores de camelia y de rosa.

¡Chantilly! Nada más bello y grandioso que ese hipódromo visto al sol de un hermoso día de junio que inunda de luz aquella multitud atareada: el cielo sembrado de nubes *mordorées;* el paisaje encendido, sediento; el verde subido de las *pelouses* y de los bosquecillos; los coches de los castellanos vecinos junto á la valla; los automóviles formando simétricas hileras detrás del *pesage;* las sombrillas multicolores, los sombreros de paja de todas formas adornados con muguetes, rosas de todos colores, violetas de Parma y hojas; los trajes de tonos delicados de las señoras, y la multitud que se sube á los coches ó á las sillas para poder discutir las peripecias de la carrera, constituyen un conjunto de belleza indescriptible.

¿Quién había en el hipódromo? Necesitaría copiar buena parte del almanaque Gotha y del *armoirié* de Francia para poder dar una lista completa; añádanse la alta banca, los *sportmen* y lo más selecto del contingente extranjero que actualmente se encuentra en París, y resultará que llenaríamos columnas y más columnas sólo para citar nombres.

La carrera fué en extremo emocionante, habiendo ganado el premio de 100 000 francos el caballo *Retz*, propiedad de M. Camilo Blanc, uno de los propietarios del Casino de Mónaco.

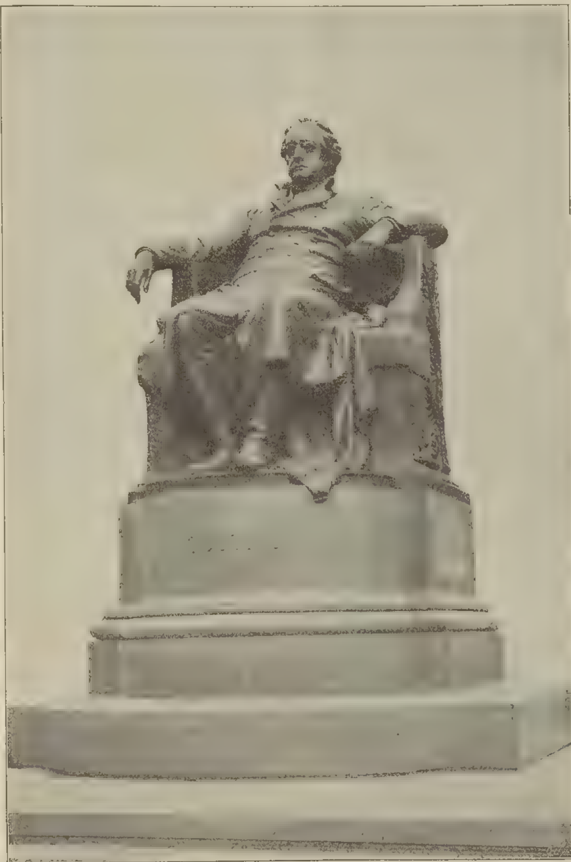
***

Aquí en París, la gente *chic* va por la mañana al Bosque de Bolonia: allí, en aquella avenida que desde el arco de la Estrella conduce á la puerta Dauphine, van y vienen á caballo generales en activo servicio, caballeros de cierta edad que acompañan á sus hijas, señoritas al lado de sus hermanos y señoras seguidas á cierta distancia por su lacayo, vestido con librea corta, pantalón claro y botas con vueltas de cuero. Ese hermoso paseo denominábase antes Avenida de la Emperatriz, porque la emperatriz Eugenia fué una de las iniciadoras de aquellos sitios de esparcimiento y una de las que con más entusiasmo fomentaron la obra del nunca bastante alabado barón Haussmann, el cual tenía como lugarteniente al repoblador del arbolado de París M. Alphand, cuyo monumento modelado por Dalou levántase en esa misma avenida.

Entrando por la verja dorada y de hierro de la puerta Dauphine, encontramos el Café Chino y á la derecha el paseo que nos ha de conducir á las Acacias. Muchos conocen este paseo, pero sólo por la tarde, porque los forasteros que dedican la mañana á compras ó á descansar en la cama de las fatigas de la noche anterior, no piensan que París se levanta temprano. Desde las ocho de la mañana está lleno de gente, sobre todo de señoras que guían en *tonneau* su pequeño poney, que trota por los bien arreglados caminales, ó su victoria tirada por briosos *cobs*.

A un lado está la avenida de los jinetes y á otro la de los peones con hileras de sillas en donde la gente se sienta á tomar el fresco, respirando el perfume de las olorosas acacias que en este tiempo y movidas por el viento dejan caer sus flores delicadas que cubren el suelo de blanca alfombra. También se ve alguno que otro ciclista, pero no muchos, pues el automóvil ha matado la bicicleta, relegándola al campo y á ciertos servicios urbanos.

En las extraviadas avenidas del interior del Bosque, como el camino de los Postes, que llega hasta cerca del Pre Catelan y de allí á la rotonda llamada la *Pattinnière* (sinónimo de chismografía), se dan cita los jinetes para hablarse, contarse sus impresiones de la víspera, sus proyectos para el día siguiente, para platicar del asunto de actualidad, para indagar cuál caballo ganará la carrera próxima, averiguar los secretos de cada cuadra y criticar á los vecinos que les están mirando.



MONUMENTO Á GOETHE EN VIENA, obra de Edmundo Hellmer

Las señoras regresan á su casa á las once, pero las artistas y *demi mondaines* se van á almorzar á Armenonville, en donde se reunen con sus amigos.

Por la tarde, después de las dos, comienza la gente á afluir á las carreras. Sin hablar más que de las grandes reuniones, citaré el Gran Premio de Auteuil para *steeple-chasse*, el Gran Premio de Vallas que se corre el miércoles siguiente, el Gran Premio de los *Mail-Coachs* y el Gran Premio de París que se verifica en Longchamps. Todos son grandes premios, pero de verdad, puesto que sólo estos cuatro citados importan la respetable suma de seiscientos cincuenta mil francos.

El día en que el hipódromo de Auteuil presenta un aspecto más elegante, es el de la carrera de *Drachs* ó *Mail-Coachs*. Este año, veintiséis coches de éstos salieron de la plaza de la Concordia, frente al casino de la calle Real, en donde reside la Sociedad de los Steeple-chasse de Francia, y era realmente un espectáculo maravilloso ver aquel continuo ir y venir de carruajes particulares que dejaban á sus dueños en el punto de reunión, en donde damas y caballeros se encaramaban por escaleras de hierro á las alturas de aquellos vehículos, que guiaban los mejores *guides* de París, como el príncipe de Troubetzkoi, el duque de Noailles, etc.

Los trajes claros, las sombrillas de vivos colores y los sombreros llenos de flores eran admirados por todo el mundo.

No se crea que es cosa fácil distribuir los asientos de un *mail-coach;* se necesita para ello más diplomacia que la empleada por todos los embajadores reunidos. La señora de más respeto ha de ocupar la izquierda del dueño del carruaje, que lo guía; siguen luego otras señoras casadas mezcladas con caballeros y algunos jóvenes, y detrás, dando la espalda al guía, las dos muchachas más guapas del mail, lo cual es más natural y más agradable á los peones que las ven pasar al trote largo y en quienes produce impresión más grata encontrarse con caras bonitas que con fisonomías varoniles ó de jamonas.

Al llegar al campo de carreras, atraviesan la *pelouse* dirigiéndose al *pesage*, y después de haber corrido la del Gran Premio de los *dracks*, amenizado por una música militar, vanse á merendar en los coches, convidando á los amigos con quienes se han dado cita, y entonces no se oye en aquel sitio más ruidos que taponazos de las botellas del champaña y sonoras carcajadas.

Las *toilettes* son aquel día sobrias y elegantes, obsérvandose en seguida la diferencia entre las damas del *faubourg* y las que sólo de tales tienen el nombre.

***

En el Gran Premio de Auteuil venció el caballo *Gratin*, cuya propietaria, Mme. Riccotti, ha pertenecido durante algunos años al cuerpo de baile de la Opera, en donde, á pesar de su belleza, de su gracia y de su talento, no habría ganado en un año lo que su caballo le ha producido en un día.

Coincidencia rara: durante dos años la gran carrera ha sido ganada por caballos pertenecientes á mujeres artistas, pues el año pasado ganó esta misma carrera *Solitaire*, propiedad de la célebre Luisa Marsy, de la Comedia Francesa, conocida por sus novelescas relaciones con el infortunado *petit sucrier*.

Es costumbre que el presidente de la República haga subir á su palco al dueño del caballo vencedor, para felicitarle; pero ni este año ni el pasado pudo hacerlo, porque el Protocolo no permite que el jefe del Estado reciba en su residencia mujeres artistas, como no sea para que representen comedias ó bailen contradanzas en el teatro de su palacio.

El día antes de Auteuil, la gente va á la batalla de flores, que se celebra en el paseo de las Acacias, adornado con mástiles y gallardetes. Esta fiesta casi siempre fracasa, porque por la mañana suele llover á cántaros; y este año sucedió lo que en los anteriores, es decir, una lluvia torrencial primero y á las dos de la tarde un sol espléndido.

Los coches fueron muchos, pero pocos adornados; únicamente las artistas de café concierto, casi todas guapas, se mostraron en sus carruajes guarnecidos de lirios, rosas y orquídeas. Un coche de madreselva, de las hermanas Marconnier, ganó el primer premio.

El día del Gran Premio de París, además de gozarse del espectáculo de los otros días, se tiene la ventaja de poder admirar un resto de los esplendores del Imperio. M. Loubet va á las carreras en coche á la D'Aumont, precedido de un piquete vestido á la francesa, con el cabello empolvado y llevando al cinto un cuchillo de monte.

La vigilancia que alrededor del presidente se ejerce es extraordinaria, así es que el que lanza un grito ó emite una opinión sediciosa, es al instante detenido como si fuera un ladrón. Ladrones no faltan en el hipódromo, abundando especialmente los carteristas

Por la noche se celebra la gran fiesta en los res-



EN LOS MONTES DEL LACIO, cuadro de Enrique Serra



SANSÓN EN EL MOLINO, cuadro de P. Vasarri

tauranes del Bosque, como el Pabellón de Madrid, el de Armenonville, etc., y en los de los Campos Elíseos, donde se cuentan en primera línea los de Laurent, Chevillard, Paillard y Embajadores.

Más tarde la reunión se traslada al Jardín de París, terminando la fiesta en casa Maxim.

Al día siguiente, todas las elegancias se fueron á Londres para la coronación; pero tadas regresaron muy pronto por haber sido suspendidos los festejos de aquélla á causa de la enfermedad del rey Eduardo, y ahora se disponen á dirigirse á Trouville, á Ostende ó á Aix.

PEDRO COLL.

(Fotografías de José M.ª Boada, hechas expresamente para LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA).

NUESTROS GRABADOS

Hansel y Gretel, dibujo á la pluma de Enrique Vogeler. — ¿Quién no conoce el bonito cuento popular que ha inspirado á Humperdink su bellísima ópera, aplaudida en los principales teatros del mundo? ¿Quién no ha sentido emoción hondísima y hasta cierto sufrimiento al ver á los dos pobres niños caer en manos de la vieja hechicera que ha de comérselos? El notabilísimo artista alemán Enrique Vogeler nos presenta en su dibujo á los dos hermanitos en el momento en que la bruja se les acerca engañándoles con sus halagos para mejor apoderarse de ellos. La obra de este dibujante recuerda las composiciones de los antiguos grabadores al agua fuerte y tiene un sello de sinceridad infantil perfectamente adecuado al asunto; pero en medio de esta aparente sencillez, se advirten una corrección, una firmeza y un dominio de la técnica que justifican plenamente la reputación tan grande como sólida de que su autor goza en Alemania.



HANSEL Y GRETEL, dibujo á la pluma de Enrique Vogeler (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejo Kock, Darmstadt)

La pastorcita, dibujo de J. Pinós. — Figura el autor de este dibujo entre nuestros más celebrados ruralistas, y la fama que como tal ha conquistado no puede ser más legítima. Pinós se ha empapado de la naturaleza de nuestra tierra catalana, y ora con el lápiz, ora con el pincel, traslade al papel ó á la tela los tipos payeses endurecidos por el rudo trabajo, las masías bañadas por el sol, los campos de alforjón oreados por la brisa, ó los rebaños pastando en las verdes praderas, siempre vemos en él al ferviente adorador de la vida rústica, tan ferviente que sistemáticamente huye de disfrazarla con inoportunas galas y nos la presenta tal como es, en toda su sencillez y sobriedad, dando á figuras y paisajes su valor verdadero, reproduciendo los colores en toda su infinita gama y sobre todo imprimiendo en sus obras el espíritu, la fisonomía propios de esta región. Este artista busca el efecto de la impresión real en el sentimiento intenso que en nuestro ánimo despiertan las bellezas naturales, no en la complicación de las composiciones ni en la resolución de problemas técnicos; dígalo, si no, *La pastorcita*, ese bellísimo dibujo tan simple y á la vez tan poético, en que vemos retratada la simpática personalidad de Pinós.

D. Francisco de Quevedo, estatua de Agustín Querol. — Es verdaderamente asombrosa la laboriosidad de nuestro querido y distinguido colaborador, el afamado escultor tortosino. Cuantos siguen con alguna atención el movimiento artístico de nuestra patria, ven continuamente citado el nombre de Querol en concursos y exposiciones, y saben que su inteligencia y su brazo no se dan punto de reposo, pasando del busto retrato al clásico relieve, de la elegante estatuita al grandioso monumento, dando la última mano á una obra y casi al mismo tiempo modelando el boceto de una futura composición. Esta productividad, perdónesenos la palabra, es tanto más sorprendente cuanto que Querol no sólo produce mucho, sino que produce bien, siendo pocos los artistas que puedan igualarse á él, no ya por el número de sus trabajos, por el de obras que merecen el calificativo de maestras y que tantos y tan legítimos triunfos le han proporcionado en su brillantísima carrera. La estatua de Quevedo que en la página 476 reproducimos, es una de las últimas producciones que de su taller han salido y es digna de contarse entre las mejores por él modeladas, pues en ella se admiran, así la perfección técnica, como el talento con que el artista ha sabido hacer revivir la figura del gran satírico español.

La noche, cuadro de Eugenio Burnand. — Del autor de este cuadro nos ocupamos extensamente en el número 1.065 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y por consiguiente sería ocioso repetir ahora los conceptos que entonces emitimos acerca del famoso pintor suizo. El lienzo que hoy publicamos es una composición en extremo sugestiva: este hombre de luenga barba, envuelto en negro manto que, seguido de dos zorros, avanza por un paisaje por donde comienzan á extenderse las sombras del crepúsculo, es una originalísima personificación de la noche; al mirarla, comprendemos que se acercan esas horas tristes en que la naturaleza se entrega al reposo y la tierra se cubre de tinieblas, esas horas de misterio en que el ánimo más sereno se siente sobrecogido, en que las fieras más repulsivas abandonan sus cubiles en busca de su presa y en que el malvado pone en práctica sus planes más siniestros.

El mirador de Cadaqués, cuadro de Eliseo Meifrén. — Una nueva joya de las que logró reunir Eliseo Meifrén y constituyeron la exposición por aquel artista organizada en los salones del Círculo Artístico de nuestra ciudad damos á conocer á nuestros lectores. Al ocuparnos, ha poco tiempo, de aquella gallarda exhibición, expusimos el lisonjero juicio que nos merecieron y la grata impresión que nos produjo, uniendo nuestros plácemes á los que le tributó la crítica. Hoy, pues, no nos cabe más que llamar la atención de nuestros lectores acerca de la hermosa obra cuya copia figura en este número, trasunto fidelísimo del natural, excelente estudio que significa un título más en la ejecutoria de tan distinguido artista, á quien, por medio de estos renglones, ofrecemos el testimonio de nuestra simpatía y consideración.

Monumento á Goethe, en Viena, obra de Edmundo Hellmer. — Innumerables son los monumentos que en honor de Goethe se han erigido, no sólo en su patria, sino que también fuera de ella. En la capital de Austria álzase el que reproducimos en el presente número y que llama la atención bajo todos conceptos: en él, la figura del ilustre autor de *Fausto* está sentada en amplio sillón que se alza sobre un sencillo pedestal: la grave expresión de su rostro y su reposada actitud reflejan por modo admirable el carácter del filósofo-poeta, que parece abstraído en esas meditaciones precursoras de sus poemas inmortales; su mirada perdida en el vacío es la mirada del genio; su frente amplia es la frente del pensador en cuyo cerebro se engendran las más trascendentales ideas. La estatua tiene vida, y el escultor, como si quisiera que sólo en ella se concentrara la atención, ha prescindido de cuantos accesorios pudieran distraerla, y en su zócalo, de sobrias líneas, no ha puesto sino un nombre, más elocuente por sí solo que las más encomiásticas inscripciones, el nombre de Goethe.

En los montes del Lacio, cuadro de Enrique Serra. — Bella, agradable y sentida es la producción que damos á conocer en estas páginas, obra del distinguido artista Enrique Serra, quien establecido en extranjero suelo, da continuas muestras de su valía y laboriosidad, contribuyendo con su esfuerzo é inteligencia á enaltecer el arte patrio. Quien conozca á nuestro estimado amigo y haya tenido ocasión de admirar sus obras, no escaseará sus aplausos, ya que á ellos tiene derecho por su maestría é inteligencia. La belleza es la característica de sus producciones, avalorada por un sentimiento siempre intenso y delicado, puesto que sus hermosos paisajes han de estimarse como un fervoroso canto á esa tierra romana tan preñada de recuerdos y de dulces encantos. El lienzo á que nos referimos es otra nota felicísima que ha brotado de la fecunda paleta de Enrique Serra, adquirida recientemente por el inteligente director del Museo de Baden-Baden José T. Schall.

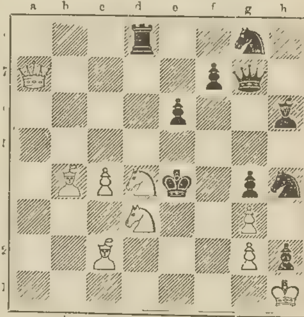
Sansón en el molino, cuadro de P. Vasarri. — Los episodios de la vida del juez de Israel han servido de tema á muchos artistas para sus composiciones. Vasarri ha tomado como asunto del suyo la cautividad de Sansón entre los filisteos después que Dalila, cortándole la cabellera, despojóle de sus fuerzas extraordinarias y lo entregó indefenso á sus implacables enemigos: éstos le arrancaron los ojos y lo emplearon para mover la piedra de un molino. En el cuadro que nos ocupa vemos á Sansón rendido, encadenado, y á sus guardianes haciendo burla del que con sus hazañas tantos daños les había causado; todas las figuras de este lienzo están perfectamente estudiadas: las irónicas sonrisas de los unos, los atrevimientos de los otros, que acosan al desdichado que ya no puede valerse, la actitud de abatimiento de éste, dan cabal idea, así del episodio reproducido, como de los sentimientos que animan á cada uno de los personajes que en él intervienen.

El puente más alto del mundo: los viaductos antiguo y moderno del ferrocarril en la garganta de Albula. — La Engadina, esa pintoresca región suiza de los Alpes Réticos, ha sido abierta al ferrocarril merced á la terminación del túnel de Albula que atraviesa el glaciar. Entre las grandes obras de esa línea merece especial mención el puente tendido sobre la garganta de aquel nombre y encima del viaducto que se construyó en 1868 y que se consideraba como el más alto de Europa; el puente nuevo está situado á mucha mayor altura todavía, según puede verse en el grabado que publicamos en la última página de este número, y constituye un brillante triunfo de la ingeniería moderna: ha sido proyectado por el ingeniero suizo Ricardo Coray.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 288, POR M. FEIGL.

NEGRAS (10 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N. 287, POR KOHTZ Y KOCKELKORN.

Blancas.	Negras.
1. A a 1 — c 5	1. A f 3 — h 1
2. A e 5 toma P g 3	2. Cualquiera
3. A g 3 — d 6	3. Id.
4. A d 6 — f 8	4. Id.
5. A f 8 — g 7 mate.	

NOTA. — A primera vista podrá parecer que el problema se resuelve en cuatro jugadas, siendo la 1.ª A a 1 — b 2, ó c 3, ó d 4, para alcanzar en la 3.ª la casilla f 8 y dar luego mate en la 4.ª jugando A f 8 — g 7. Pero las negras frustran este plan del modo siguiente: sea, por ejemplo, la 1.ª jugada A a 1 — b 2; la solución sigue así: 1..... A f 3 — h 1; 2. A b 2 — a 3, g 3 — g 2; 3. A a 3 — f 8, las negras no tienen jugada; la posición es de tablas, y por lo tanto las blancas no pueden continuar.

EL FILÓN

NOVELA ORIGINAL DE M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.— ILUSTRACIONES DE S. AZPIAZU

(CONTINUACIÓN)

—¡Es verdad, no le conozco!, repuso él pasando de su cólera á un sentimiento amargo que conmovió á la joven. ¡Un pobre viejecillo que pasó la vida acarreando mezcla, no va á conocer ni á tratar á esos señorones de la sangre y del saber!

—No se enoje usted, tío Claudio.

Y Matilde le sonreía para calmarle.

—¿Yo? ¿Enojarme yo? ¡Si es una verdad!

Diciendo esto el tío Claudio, compungidamente, pensaba:

¿Qué será que sólo las acciones honradas presentan inconvenientes en su desarrollo? No, el plan inicuo seguía desarrollándose en la sombra con suavidad siniestra. ¡Apareció *Troncho!*

¡Y qué *Troncho,* cielo piadosísimo! Era un *Troncho* de pantalón ancho hasta lo inconcebible, que le llegaba, no obstante *su capacidad,* á los tobillos solamente; de botas negras, de becerro, con muchos pespuntes y corchetes negros también, que iban con el roce poniéndose dorados; botas sin rival, las mismas que *Troncho* usaba los días de fiesta, que habían parecido á Agustín las mejores; chaquet de moda atrasadísima, corto de faldón, corto y estrecho de mangas, de bordes ribeteados con cintas; chaleco de piqué amarillo, largo, tan largo como la cola de la otra prenda era corta, teniéndose que allá se iban las dos prendas históricas en majestad; corbata roja, que parecía un incendio, sobre la pechera blanca de la camisa, debajo de aquella enorme carota, negruzca, y sombrero que no se pudo descubrir jamás cómo había llegado á la huerta del *Limón.* Las grandes manoplas de *Troncho,* saliendo de aquellas mangas—cómo pudieron entrar es otro problema,—parecían más grandes aún. Agustín, poseyéndose de su papel de ayuda de cámara, adobó muy singularmente la carota estúpida y grandaza de labios gordos y dientes enormes, blanquísimos, de tal modo, que hacía la cara *pendant* muy notable con la ropa y con el tipo de aquel bruto perfecto.



... y la muñequita feudal se alejaba por el camino enarenado

«¿Pero cómo le daría yo una lección que no la olvidase nunca?»

Se acordó entonces de Frasquito, de lo que habló con él. ¡Ah, y lo había olvidado! Con más motivo que antes, resolvió llevar á término lo que se propuso. Pensó que Agustín y Frasquito estarían esperando la señal suya... y á la vez que contestaba á Matilde, sacó el pañuelo indiferentemente.

—¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!, gritó Agustín al punto.

—¡Ay!, exclamó el viejo al oirse llamar, con esta conversación tan tirada y con *las historias* de usted, no le dije que mi hijo había venido...

—¡Cómo!, y Matilde le miró sorprendida, ¿vino ya?

—Llegó cuando usted se retiraba de la tapia..., casi al mismo tiempo. No almorzó siquiera; le hice acostar, porque venía muy cansado. Se levantó y quizás me busca.

—¡Ah! ¡Me voy entonces, me voy! Pero ¿por qué no me lo advirtió usted, tío Claudio?

—De ningún modo; no se vaya usted... Volveré al momento... Le hablé de usted... Dice que la conoce... Quizás anda por ahí y no se atreva á presentarse. ¡Es tan tímido! Vuelvo, vuelvo.

Y se alejó... Se alejó pensando:

«¡Anda, muñequita feudal, anda, que yo te daré humos!»

X

Se alejaba el tío Claudio, y Matilde decíase viéndole ir:

«¡Pobre viejo! La verdad es que le tomé cariño sin saber cómo.»

Y cumpliéndose una ley de la vida, la más humana de todas las leyes—la de la ingratitud,—el tío Claudio cometía mientras con la pobre muñequita feudal una horrible traición. ¡Ah, monstruo, si Matilde lo hubiese sabido!

¡Y que no hubo obstáculos de ninguna clase!

¡Allí estaba! ¿Habéis pensado bien en lo que parecería esta figura al lado de la de Matilde?

Ella no le vió; al volverse para seguir con la vista al viejo, había dado la espalda á *Troncho.* Entró él cautelosamente; y con grandes esfuerzos para no lanzar su espantosa risotada, pensó, relamiéndose:

«¡Ahora..., ahora es la mía!»

Tengo que contar la escena que siguió; no hay más remedio; algo daría por poder seguir la dulce costumbre de los noveladores de á cuartillo de real cuando afirman muy serios, en los trances dificultosos, que no hay pluma para describirlos...

Decir *Troncho* «¡Ahora es la mía!» y avanzar hacia Matilde, todo fué uno; pero verla un poco de perfil solamente—no la había visto hasta entonces—y quedarse parado como un bruto, más bruto aún que ya lo era antes, todo fué uno también. Había que verle, altos los hombros, la cabeza hundida entre ellos, los labios contraídos apretadamente por la admiración y saliendo hacia fuera de un modo horrible, los brazos como dos listones rectísimos pegados al cuerpo, las manos abiertas, los dedos tiesos, abiertos también, los ojos salientes, el sombrero hacia atrás, el chaquet flotándole con pérfida coquetería, la corbata echando fuego, y relamiéndose, en fin, con la descomunal lenguota de buey, diciendo muy bajito:

—*¡Jesúuu...,* qué *jembra!*

Aproximóse de pronto á Matilde, y dándola un empujón con el codo, abrió á la vez la esclusa de su risa y salió ésta despeñándose y atronando los espacios.

Matilde, asustada, se retiró vivamente. Miró entonces al que se había permitido tan descortés acción, y contuvo con gran trabajo un grito de miedo á la vista de aquel monstruo. Pudo dominarse y el miedo fué dejando paso á la admiración.

—Señor mío, ¿pero usted quién es?, preguntó con poca seguridad.

Y le miraba de arriba abajo, una vez y otra, sin acabar de comprender que aquello era un hombre.

—¿Qué quién soy?, contestó *Troncho* placenteramente, dejando ver con la sonrisa su dentadura de perro de presa. ¿Pero *osté* no me lo conoce en la cara?

—No..., no tengo el gusto.

Y la pobre Matilde no sabía ya qué hacerse.

—*¡Andosté* ya!.. *¡Paese* mentira que me *digasté* esas *cosa!*

Fué á dar otro cariñoso empujón á Matilde, pero ella pudo evitarlo retirándose prontamente.

—Pero ¿de *vera* que no *sabosté* quién yo soy?

—Ya le dije que no, señor mío.

Troncho disparó la ametralladora de su risa, y exclamó entrecortadamente, entre el convulso reir:

—*¡Pos* yo!.. *¡Pos* yo, soy yo!

—Enhorabuena; quedo enterada.

—Yo..., yo soy... *¡Pos* soy el hijo!

—¡Ah!, exclamó Matilde de repente; usted es el que ha venido. ¡El hijo!..

El estupor impedíale hablar, como á *Troncho* se lo impedía la risa.

Matilde, entonces, no pudo resistir: fué una tentación tan loca de reir á su vez la que le acometió, que hubiera estallado si se contiene. Reíase hasta llorar... Lloraba de risa, realmente. No había razón ni poder que la contuviera; iba á concluir y empezaba de nuevo con más brío. A *Troncho* no le pareció mal esto, y reía doblemente de ver la risa de Matilde. Reía, reía como un demonio, retorciéndose descoyuntándose, con las manos en las rodillas unas veces y en el vientre otras; y á su risa hueca, tonante, cavernosa, acompañada del resoplido de buey,

uníase siempre, constante, como dulce compañera, aquella otra risa de Matilde, sonora, de timbre delicioso.

Se sentó ella rendida, pero siguió riendo aún. *Troncho*, calmándose un poco, y viéndola reir con tanto ardor, díjose aparte:

– ¡Cómo se ríe! ¡Me *paese* que estoy dando golpe!

«¡Pobre tío Claudio!, pensaba Matilde calmándose también al fin. ¡Tan orgulloso de su hijo!.. Pero ¿es posible que el amor paternal ciegue de esa manera? No, añadió mirando á *Troncho* más atentamente. ¡Si es que pasa de la raya!»

«¿Qué estará mirándome?,» pensó *Troncho* mirándose también de arriba abajo, como Matilde lo hacía.

Ella le miraba entonces con un sentimiento de piedad, no por él precisamente, sino por el tío Claudio, persona á quien profesaba afecto. No, en adelante no le daría más bromas con su hijo; era necesario respetar las desdichas ajenas... Porque realmente, un hijo como aquel, ¿no era una desdicha?

Y entretanto, viéndose objeto de una atención tan profunda, *Troncho*, relamiéndose el hocico, pensaba ufanamente:

«¡Pero cómo me mira! ¡Si siempre me pasa lo propio en cuanto le echo el ojo á una!»

– ¿Conque ha venido usted ya?, exclamó la marquesita afablemente.

– Sí..., sí que vine.

– Perdón, señor... ¿Tuviera usted la bondad de decirme su gracia? Se me olvidó preguntárselo á su señor padre.

– ¿Qué gracia?

– Su nombre, quise decir.

– ¿Mi nombre? *Pos* yo me *yamo*..., me *yamo*... *Pos Troncho*.

– ¿*Troncho*? ¡Avemaría purísima!

Matilde no quería reirse más. Pero *Troncho* no era de la misma opinión y soltó por cuarta vez su andanada. Le preguntó Matilde:

– ¿Y de dónde viene usted ahora? ¿De Madrid?

– ¡Ca..., no *ceñora!*, respondió *Troncho* sujetando la risa con el *jipío* para poder hablar. Vine... *pos* de Cabra... Es *decí*..., añadió.

Quería decir del extranjero, como le indicó el tío Claudio, pero no acordándose de aquella palabra, quedó pensativo, con un dedo en la boca, sin ocuparse de Matilde.

«¿Pero de dónde..., de dónde me dijo que dijera?»

– ¿Y qué hacía usted en Cabra?

«Hombre, pensó *Troncho* un poquito amostazado; ¡que *to* el mundo ha de *queré* enterarse de lo que yo hacía en Cabra!»

– Recuerdo que en Cabra hay un buen instituto. Estudiaba usted, ¿es verdad?

– ¿Yo? No, *ceñora;* yo no hacía eso; yo... *pos* sembraba nabos... Y coles... Y *to* lo que caía... Y tiraba de la noria.

Matilde no pudo contenerse y exclamó muy afable:

– Pues siga usted tirando, señor mío... ¡Qué hombre tan original!, añadió disponiéndose á salir. En mi vida vi otra cosa.

Hizo una inclinación pronunciadísima, como si se hallase en un besamano... y *Troncho* quedó mirándola suspenso.

Salía ya Matilde, é interponiéndose él, de repente, exclamó confundido:

– Pero ¿se *vasté* á *dí*?

– A no ser que usted me detenga, contestó Matilde con una graciosa sonrisa; pero le creo á usted bastante amable para no hacerlo... Ya tendrá usted la bondad de despedirme de su señor padre.

Dió un paso; pero *Troncho*, sin entender *aquel galimatías*, cerrándole el paso, dijo consternadamente:

– Pero ¿se *vasté* á *di* de *verdá* ahora que iba yo á *decile asté* una cosa tan *güena*?

– ¿Que va usted á decirme una cosa buena?, repitió ella sorprendida.

– ¿A que se la digo *asté*?

Soltó su gran risa, y riéndose, añadió, meciendo los brazos cadenciosamente:

– ¡Que se lo digo *asté!* ¡A la una!.. ¡A las *dó!*

«¡Pero qué hombre!, pensaba Matilde hecha un mar de conjeturas. ¿Y de qué me conocería á mí *esto?*»

– ¿Pero no *ma entendío osté toavía?*, preguntó *Troncho* de repente llevándose las manos al corazón y mirándola con horrorosos visajes.

«¡Dios mío!.., ¿estará loco?, decíase Matilde. ¡Y no me deja salir!.. ¡Y el tío Claudio que no viene!»

Troncho había entrado en situación, y caminaba muy á gusto en su machito. Quería hablar, pero se ruborizaba como si fuese de veras.

– *Mirosté*, lo que es yo...

Tomó resuelto, acordándose de pronto de la propina que le ofreció el tío Claudio, y se lanzó con esta declaración, á quemarropa, de carretilla, en tonillo de ciego de romance:

– En fin, *po ayá* voy: *dende* que la vi *asté*, siento una cosa que me *jase cosquiya* y que me trae medio muerto. ¿*Osté quié casase* conmigo? Yo voy con *güen* fin.

– ¡Insolente!, gritó Matilde encendida de cólera. ¡Déjeme usted pasar!

– ¡Ay, *co nesta!*, dijo *Troncho* muy picado. ¿Es que no *ma salío* bien? *Po* lo *jaré é* nuevo.

– ¡Quítese usted de mi vista!

– ¡*Andosté, so escastá!*

Iba á empujarla galantemente al decir esto, pero ella se retiró de un salto como si fuera á tocarla un bicho inmundo.

– ¡Esto es bochornoso!, y gritó con lágrimas de rabia: ¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!

Seguía *Troncho*, con sus amantes y fieles protestas, sin dejarla salir. Quizá el desdichado se excediera un poco, porque Matilde gritó de nuevo angustiosamente:

– ¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!

El viejo pérfido presenciaba la escena escondido detrás de unos ramajes. Hizo apurar á Matilde la copa todo cuanto pudo. Pero creyendo, con razón, que era peligroso dejar al admirable Frasquito en su papel de Adonis, acudió apresuradamente á los últimos gritos de Matilde.

– ¿Qué es eso?, preguntó pacíficamente.

Hizo como que veía á *Troncho* y añadió muy satisfecho:

– ¡Hola..., conque estabas aquí! ¡Hombre, apenas si te hemos buscado!

Matilde exclamó entonces, hermosísima de soberbia:

– ¡Tío Claudio, tiene usted un hijo que le honra extraordinariamente! Con razón está usted orgulloso.

– ¡Ha visto usted!, contestó el viejo muy ufano fingiendo no comprender el tono en que ella le hablaba.

– ¡Páselo usted bien!, gritó Matilde, y dé usted á su señor hijo lecciones de urbanidad, alternadas con sus graves estudios... alrededor de la noria.

Fué tremenda la ironía con que pronunció estas palabras; las pronunció gozando anticipadamente del efecto que iban á producir; pero se confundió, se exasperó doblemente cuando oyó decir al viejo, con honda satisfacción, muy conmovido:

– Gracias, señora marquesa; continuaré amaestrándole para que pueda seguir alternando con personas tan ilustradas como usted.

Era atroz aquel hombre. ¿Pero estaba loco ó había entontecido también de la felicidad de tener á su lado al portento de su hijo después de tan larga ausencia?

El viejo añadía con un tono que pareció por primera vez á Matilde de una ironía espantosa:

– ¿Ha visto usted? ¡Qué gallardo! ¡Qué noble! ¡Oh..., es el consuelo y la gloria de mi vejez! ¡Y qué lenguaje tan expresivo!

– ¡Muy expresivo!, contestó Matilde airadamente. ¡Expresivo sobre todo!

Pensaba, roja de indignación, en los achuchones de *Troncho*.

– ¡Ha visto usted!

Y el tío Claudio, al repetir aquella frase, estaba á punto de llorar de dicha.

– Pero tío Claudio, gritó ella loca de coraje, ¿hasta cuando va á durar esta burla? Su hijo de usted es un animal feroz. ¡Ea!

– Vamos, repuso el viejo calmosamente con su risita fisgona. ¡Quién sabe las vueltas que puede dar el mundo!

Matilde avanzó hasta él, sin saber lo que hacía.

– Pero ¿está usted en su juicio, tío Claudio?, exclamó desesperada.

Y el viejo contestó con una flema que estuvo á punto de volver loca verdaderamente á la muñequita feudal:

– ¡Quién sabe si no se casará usted todavía con mi pri...mo...gé...ni...to!

– Pero ¿lo dice usted de verdad, tío Claudio?

Matilde comprendió al fin que era una locura sostener aquella conversación en serio. Las últimas palabras del viejecito habían disipado su cólera; fué un viento fuerte que barrió todas las nubes; nunca, ni en los momentos más terribles de cólera, le había parecido el viejo tan gracioso. Pero el viejo contestó á su pregunta con un estoicismo admirable:

– ¿A que se casa usted con mi hijo?

Estas locas palabras fueron así como otro gran barrido de nubes que el tío Claudio le dió al cielo entoldado del buen humor constante de la muñequita feudal. Al fin apareció el sol; al fin brotó la risa, iluminándolo todo.

– ¿Pero va usted á casar á su hijo con una aristócrata? ¿Va usted á rebajarse y á rebajar á su hijo hasta ese extremo?

– ¿A que se casa usted con él, y á que me suplica usted antes que lo consienta?

– ¡Ay, Dios mío!.. ¡Tío Claudio..., pero usted nunca me ha hecho reir como esta tarde!

Efectivamente: ¡quién le hubiera dicho á Matilde hacía un momento, que iba á reir tanto aún y que tendría fuerzas, después de lo que la hizo reir el sin par *Troncho!* Pero el tío Claudio prosiguió como un augur singularísimo:

– Y aunque usted me lo suplicará, ¡estoy seguro!, ¿á qué no daré mi permiso, mientras usted no ofrezca solemnemente renunciar á todas esas antiguallas de la sangre?.. ¿Mientras su espíritu no se liberalice?..

– ¡Pecado!, exclamó la muñequita santiguándose con rapidez asombrosa.

– Mientras no pronuncie usted conmigo, pero despacio, muy despacio, para que yo las entienda bien, estas hermosas palabras: «¡Vi...va la li...ber..tad!»

– ¡Pecado! ¡Pecado! ¡Pecado!

Y santiguóse Matilde otra vez, velozmente.

– Lo veremos, muñequita feudal.

Y la voz de la muñequita feudal sonó armoniosa y dulce, pero con un feroz dejillo burlesco:

– ¿Y tardará mucho la boda, tío Claudio?

– ¡Quién sabe! ¡Quizás sea muy pronto!

– ¡Vaya..., pues lo veremos! ¡Usted lo pase bien, viejecito mío!

Y como un refinamiento de crueldad puramente femenil, añadió al alejarse, poniendo el dedo en la más dolorosa de las llagas:

– ¡Y memorias á sus claveles!

– ¡También veremos eso!, gritó el tío Claudio encolerizándose de pronto.

Matilde reíase y se alejaba.

– ¡Tío Claudio, buenas tardes!

– ¡Buenas tardes, querida... nuera!

Sonó á lo lejos la última risa; las notas alegres iban perdiéndose en los aires, y la muñequita feudal se alejaba por el camino enarenado, destacándose su silueta gentil entre los verdes bojes, como con líneas vigorosas de luz. Allá iba... Allá iba... y se perdió al fin... Se perdió como una raya de oro fundida de repente en el sol que caldeaba los campos.

XI

Fué una tarde de mayo, ardiente – ya lo dije, – como la más ardiente de la canícula; el viejo, sin arredrarse por el calor, iba de acá para allá, muy feliz por la lección que había empezado á dar á la muñequita, y más feliz aún por lo que restaba. Pero toda su satisfacción por ese motivo, no era suficiente para calmar la inquietud nerviosa que le produjo el recuerdo de los claveles, evocado por la odiosa personita. ¿Era, en resumen, que las hostilidades se habían roto otra vez?

Se sabe positivamente que apenas perdió á Matilde de vista, llamó á Frasquito, el mozo de cuadra, y que Frasquito, con cierta confianza presuntuosa, preguntó á su amo, cuando estuvo en su presencia:

– ¿Me porté bien, mi amo?

A lo que el viejo contestó iracundo:

– Si no te quitas de mi vista, te rompo la cabeza.

– ¿*Pos* que *queriasté?*, repuso Frasquito con gran decoro, porque la ofensa le llegó al alma. ¿Que apretara de *verdá*? ¡*Po*... por qué no lo *dijosté!*

– ¡Silencio!

– *Güeno*, me *cayo*.

– ¡Silencio he dicho!

– ¡Pero si yo no digo *na!*

– Hombre... ¿No te digo que calles?

– ¡Pero *po* la *Vigen* santísima, mi amo, si yo no digo una *palarba!*

– Vamos, pensó al fin el viejo resignadamente. Cederé yo, porque de otro modo no se acabará nunca.

Y dijo á *Troncho* con cierto tonillo de misterio:

– Te acordarías de mi otro encargo, ¿es verdad?

– ¿*Pos* no había de *acordarme?*, contestó *Troncho* ufanamente; puse *laz trampa*, pero *mu* requetebién, sin que me viera ningún *nasío:* están con *muncho isimulo*, mi amo; *naide jurgará* en los *clavele*, sin que caiga en *arguna*.

– *Troncho*..., ¿puedo fiarme?

– ¡*Vengasté!*, ¡*vengasté!*

Siguió el tío Claudio á *Troncho* hasta el macizo de los claveles y le enseñó las trampas; eran como á especie de cepos, con unos resortes á propósito,

que al más leve contacto cerrábanse cogiendo apretadamente aquello que lo había movido, máquinas muy primitivas que, dicho sea sin ofender, cogen bonitamente y del mismo modo á un animal que á una persona. Había buen número de las infernales máquinas alrededor del macizo. Era lo que decía *Troncho:*

– *Mirosté* con qué *cuidao* están á *to el reor;* y como *encima* es de noche cuando el ladrón viene..., *pos* no se ve. Si esta noche viniera, cae, mi amo, yo le digo *asté* que cae.

El tío Claudio quedó satisfecho; encargó mucha reserva á *Troncho,* que se la ofreció cumplida. Entretuvo esto al buen señor algo, pero le abrasaba el deseo de que llegase la noche. Desde que recibió la carta de su hijo anunciándole su próxima presencia en el *Limón,* no podía resistir á nadie, ni resistirse él mismo; sus polémicas con la muñequita feudal distraíanle un poco de aquella tensión nerviosa, pero se necesitaban emociones muy fuertes para absorber un poco aquellas energías. Era un viejo de complexión poderosa.

Declinó al fin la tarde. El sol iba á su ocaso; allá, en el cielo, como rozando con la cúspide de breñoso monte, parecía una gran bola de oro detenida en la coronación por milagro y próxima á rodar la vertiente para incendiar la sierra; frescas brisas empezaron á orear las flores, estremeciéndolas de placer al soplo vivificante; oíanse en el fondo de las cañadas las esquilas de los rebaños ó los cantares de algún pastor; allá en la altura resonaba también, de vez en cuando, una caracola; las golondrinas volaban á cobijarse en sus nidos, y el soplo fresco, embalsamado con los perfumes campestres, parecía traer hasta el *Limón* y *Marrubiales* ecos vagos de campanas de otras regiones misteriosas.

De pronto, pareció que algunos de aquellos sones vagos de campanas se fundían con otros más agudos y argentinos, viniendo en el aire sus alegres notas; creció aquel ruidillo mágico, creció más; el oído sutil del viejo apreció ya las notas alegres, como sones de campanillos muy lejanos; aquellos campanillos serían seguramente de los collares de unas mulas; aquellas mulas tirarían con seguridad de un coche; en aquel coche vendría tal vez... El tío Claudio sintió una cosa fría en la sangre... Quedó inmóvil, sin voz, sin aliento... «¿Y por qué no había de ser?» Sus labios temblaban ligeramente cuando se hizo esta reflexión. El rumor de los campanillos aumentaba. ¡Qué repiqueteo, Dios grande! Pero ¡qué prisa llevaban las mulas... ó lo que fueran! Se oyeron ya las herraduras con el sonar de los campanillos; se oyó también el rodar de un coche... Pero ¿sería posible? Señor, ¿es cierto que hay dichas que hacen sufrir, como los dolores más hondos? ¿Era, pues, la hora de sufrir aquella dicha?.. Y el tío Claudio no se movió, no pudo; sus músculos habíanse aflojado; quizás por primera vez en su vida, se apoyó aquella tarde en la muleta que siempre le sirvió de adorno... Un sudor helado bañaba sus sienes. «¿Y si no era?.. ¡No, no era!» Y de pronto, sin que el coche se hubiese detenido aún, pero escuchándose muy cerca herraduras, campanillos, rodaje y restallar de látigo – de pronto, dije, – una voz nerviosa, la voz de Agustín, que gritaba:

– ¡Ay!.. ¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!

Y el tío Claudio creyó sentir una fuerte mano en el cuello, apretándoselo para que no hablara. Y la voz de Agustín repetía desencajadamente:

– ¡Que es verdad! ¡Que es verdad!

¿Dónde? ¿En qué lugar de la finca resonaba aquella voz? Quería ponerse entonces el tío Claudio á dilucidar aquello... Pero no fué posible; su pensamiento no le obedecía, se le desmandaba. Permaneció inmóvil aún, sin hablar, sin respirar... El coche se detuvo; se oyeron voces conmovidas de los sirvientes; después, pasos rápidos y otra voz, otra voz vigorosa, de hombre en la plenitud de la vida; otra voz que pareció resucitar al viejo, como la de Jesús resucitó á Lázaro:

– ¡Padre! ¿Dónde estás, padre?

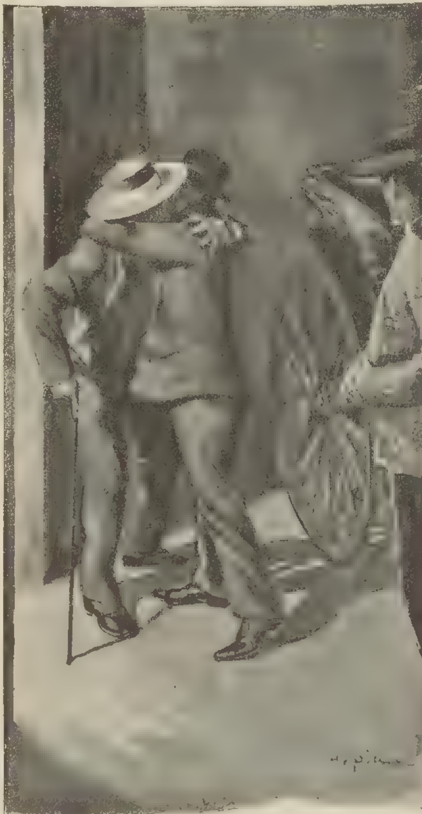
– ¡Aquí, hijo, aquí!, respondió el tío Claudio apagadamente.

Lanzóse hacia él Alfonso con los brazos tendidos, extendió los suyos el padre, y apoyándose sobre el robusto pecho la venerable cabeza blanca, permanecieron inmóviles, abrazados, sin hablar unos segundos. Agustín, algo apartado, se enjugaba las lágrimas; la servidumbre detrás de él, permanecía silenciosa. La luna inundaba la sierra con pálida caricia.

Después de una solemne pausa, separó el tío Claudio la frente del pecho de Alfonso y exclamó con grave acento:

– Bien venido á este hogar que santificó una madre y una esposa buena, que hoy lo ennoblece el hijo... Un sabio y un hombre de bien.

– ¿Y tú, padre?, contestó Alfonso ardientemente. Sin ti, ¿qué sería de este hogar... y de este hijo? Sin



... permanecieron inmóviles, abrazados, sin hablar unos segundos

estas canas venerables que eran mi sostén y mi amor, ¿hubiese yo triunfado?

Y como había ofrecido en la famosa epístola, las besó religiosamente.

– Déjame ahora, Agustín, dijo el viejo en voz ahogada.

– ¡Bien venido!, exclamó Agustín queriendo besar las manos de Alfonso; pero él las retiró riéndose y le dió un abrazo.

El viejo decía impaciente:

– Ven, siéntate... Siéntate aquí... Quiero hablarte, quiero oirte.

Agustín se fué con los otros, y el tío Claudio, tirando con suavidad de su hijo, condújole á un banco – el mismo precisamente donde aquella tarde estuvo sentada la muñequita feudal. – Miró con orgullo aquel rostro noble, de rasgos acentuados, que se destacaban perfectamente á la luz de la luna. Alfonso decía:

– ¿Qué me quieres oir y qué he de decirte? Te lo conté todo en mi última carta. Lo que no te conté, te lo habrás figurado.

– ¡Y no habérmelo dicho!

El viejo habló en un tono de queja tan dulce, que conmovía.

– Porque tu tranquilidad era para mí antes que todo. Cuando yo, con los datos que me habían dado, visité detenidamente los terrenos, cuando hice mis experiencias y sostuve que estaba la riqueza allí, ¡entonces, entonces empezó mi calvario! Yo estaba convencido; yo tenía fe... Pero ¿cómo llevar la fe, la convicción al alma y al cerebro de los demás? Poner en práctica mis planes por mí solo, era imposible; mi fortuna personal, la que heredé de mi madre, hubiera sido una gota de agua en el mar inmenso.

– ¿Y no me tenías á mí?

– Hubiera sido una gota más, padre... Y desde el primer momento, me había jurado no turbar tu reposo en esta gran lucha que iba á sostener. Era preciso, primeramente, adquirir aquellas inmensas planicies; después, máquinas de todas clases, con todas las perfecciones; mantener, por último, Dios sabía cuánto tiempo, á infinidad de familias obreras, un mes, un año... ¿Quién lo hubiera podido decir? Hasta que el filón se hallase; hasta que la tierra pródiga compensara con su producto el trabajo ímprobo, las infinitas penalidades y zozobras de quien tuviera valor para arrostrarlo todo. Era necesario, en fin, la reunión de muchos capitales para emprender la gran obra.

– ¡Hijo mío! Hiciste bien en no contarme nada; hubiera muerto de inquietud pensando en ti.

Y al pobre tío Claudio parecíale un sueño, un dulce y hermoso sueño, que todo hubiese pasado ya, y que su hijo estuviera allí, en el *Limón,* rodeado de flores, como en sus cartas decía.

– Sin embargo, había añadido Alfonso, cuyo acento vibraba nerviosamente al recordar aquellas horas de enconadas luchas, no fué eso lo más difícil; convencer á un hombre, á dos, á ciento, reunir todas esas voluntades; hacer sentir á estos hombres todo lo que yo sentía; hacerles confiar en todo lo que yo confiaba, ese trabajo no es de hombres, es de colosos, ahora lo sé, padre... Pero se consigue... Se consigue como Dios quiera; pisando zarzas... Dejándose en las zarzas el corazón, las energías... Pero se consigue. ¿Qué importa dejarlo todo, si las creencias, la fe, van siempre con uno?

– ¡Bien, hijo, bien!, exclamó el tío Claudio henchido el corazón de lágrimas.

– ¡Yo lo conseguí!, añadió Alfonso; pero cuando estuvo conseguido, empezó la segunda parte, la parte más gigantesca de la lucha; la lucha contra la envidia, contra la calumnia, contra la indiferencia, porque la indiferencia, padre, yo te lo digo, es el mayor, el más temible obstáculo de las aspiraciones nobles. ¡El filón!.. ¡El filón hacía falta!, añadió Alfonso, chispeantes las pupilas de poder y fiereza. El filón era mi único argumento, mi arma única para vencer... Yo la buscaba, y mientras tanto, el enemigo esgrimía todas las suyas. Mientras tanto, aquellas galerías inmensas, aquellos fosos profundos, eran abismos donde iban hundiéndose las fortunas de los seres que se habían confiado á mí. Yo pedía *más*... ¡Siempre *más!* Y más se me daba. Y todo y más se hundía en los abismos insondables. El enemigo, mientras, revolvíase feroz sin tener enfrente á nadie que le contrarrestara. Y mi continuo grito «¡Más!.. ¡Más!,» era como puñal que yo mismo hundiera en mi cuello al lado de los que contra mí combatían. Se inició con esto la duda, empezó la desconfianza, y á mi grito doloroso respondióseme ya con la mofa y con el insulto... ¡Oh, padre! ¡Y yo estaba convencido! Allí, bajo mis pies, al alcance de mis manos, las entrañas de la tierra, estériles hasta entonces, iban á convertirse en raudal infinito de tesoros. ¡Y ya no tenía á nadie! ¡Con nadie contaba ya! ¡Solo! ¡Era el descrédito!.. ¡Era la muerte!.. ¡Algo peor que la muerte! La deshonra, padre, la deshonra, en la cual yo pensaba, loco de terror, atravesando, como una visión maldita, con la lámpara en una mano y la piqueta en otra, aquellas galerías solitarias, en lúgubre silencio... Aquellas galerías, donde antes resonaba imponente la voz del trabajo como la voz de Dios.

Habíase levantado y accionaba fieramente, como en la hora inmensa del combate; descubierta, erguida la cabeza, brillando en su frente poderosa y pálida y en sus ojos ardientes y avasalladores la inspiración y la verdad. Mirábale el viejo absorto, como sobrecogido de tanta grandeza y hermosura... Y él proseguía:

– Y allí, en mi soledad, en el corazón de la tierra, corría frenético pensando en mi madre, pensando en ti, pensando en otra visión dulce que parecía deslizarse, silenciosa, delante de mis ojos..., y pensando en todo esto, y en mi deshonra, y en mi muerte, veía girar en torno mío la felicidad, el amor, el trabajo, figuras simbólicas que nunca hasta entonces había yo entrevisto en mis sueños...

(Continuará.)

TRABAJOS SUBTERRÁNEOS

CONSTRUCCIÓN DE LA TABERNA DEL «MOULIN ROUGE»

Lo primero que debe hacerse en una construcción es extraer las tierras en cantidad suficiente para construir los cimientos. Por regla general se practica un gran hoyo á cielo abierto, y por un plano inclinado para los chirriones, se quitan las tierras; pero este procedimiento no siempre es posible, y aun siéndolo, á menudo es más cómodo operar por galería como en una mina.

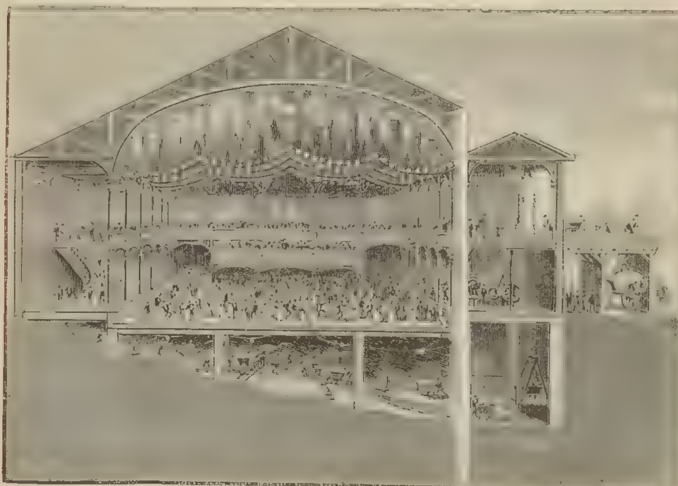


Fig. 1. – Construcción de unos sótanos en una sala de restaurant sin interrumpir la explotación del establecimiento. Una galería de 42 metros pone en comunicación el obrador subterráneo con el departamento de la cabria

La construcción del Metropolitano nos ha familiarizado con los trabajos subterráneos; pero hace unos diez años se consideró como una innovación el sistema empleado por el Sr. Oller para la construcción de las montañas rusas del Bulevar de los Capuchinos, por el que se quitaban 6.000 metros cúbicos de tierra mientras se trabajaba en la superestructura. Recientemente el mismo señor ha repetido el mismo modo de trabajo en condiciones más importantes y más difíciles, que le hacen particularmente interesante. Tratábase de construir debajo del actual salón de baile del *Moulin Rouge,* de París, un gran restaurant de más de siete metros de alto y unos 1.000 metros de superficie. El edificio dista 42 metros del bulevar, del que está separado por una casa de alquiler; mas este detalle no era bastante para amedrentar al señor Oller, el cual, con la seguridad y el golpe de vista de un ingeniero, y fundándose en los resultados ya obtenidos, dirigió al arquitecto y á los contratistas. Todas las tierras, más de 10.000 metros cúbicos, han sido extraídas pasando por debajo de la casa citada y casi sin interrumpir la explotación del salón de baile; éste, que tiene unos 1.200 metros cuadrados, únicamente se cerró durante algunas semanas. En este tiempo, se quitó el piso del salón y se practicaron de trecho en trecho 25 pozos, cuya profundidad varió entre siete y quince metros, según la naturaleza del terreno, para encontrar un buen suelo de fundación. Cada pozo tenía 1'30 metros de lado, de manera que un hombre pudiera moverse en él y trabajar en los cimientos y en la construcción de un pilar de cemento armado. Estos pilares están constituídos por una serie de barras de hierro verticales, alrededor de las cuales se dispone un molde de madera en donde luego se echa el betún, después de lo cual se terraplenaron los pozos y se colocó en lo alto de las columnas así formadas, un armazón de viguetas, también de cemento armado, destinadas á formar el techo de la futura sala subterránea. Hecho esto, volvió á colocarse el piso del salón y volvió á reanudarse el servicio del mismo (fig. 1).



Fig. 2. – Extracción de tierras alrededor de las pilastras de cemento armado



Fig. 3. – Cabria de maniobra de las vagonetas. – Estacada que cubre la acera y una parte del arroyo para la carga de los chirriones

Para la extracción de tierras, comenzóse por abrir una galería (que no figura en nuestros grabados) de 42 metros para poner en comunicación el bulevar con la futura sala del restaurant, habiendo sido preciso sacrificar temporalmente los locales de la planta baja y del primer piso de la mencionada casa de alquiler, y al nivel de este primer piso, se construyó una estacada de madera sobre la acera y una parte del arroyo, de anchura suficiente para dejar paso á un chirrión (fig. 3). A lo largo de la galería y á medida que iban avanzando los trabajos, se instalaron dos vías férreas Decauville, por las que circulaban las vagonetas cargadas de tierra: éstas, al llegar á la estacada, pasaban por una plataforma (fig. 3) que podía contener dos de ellas, y desde allí eran elevadas por medio de una cabria, movida por un motor eléctrico de 20 caballos, á la altura del primer piso, en donde se las empujaba hasta ponerlas encima del chirrión. Esta disposición permitía maniobrar 300 vagonetas al día, lo que representa un total de 150 metros cúbicos de tierra. Después de terminada la galería, se atacó la masa situada debajo del salón de baile, entonces en plena explotación, y poco á poco se fueron descubriendo todos los pilares previamente hundidos, así como las viguetas del techo (fig. 2). De manera que una vez extraída toda la tierra, quedaba en sus partes principales el armazón de la futura sala.

Falta ahora levantar las paredes, proceder á la ornamentación, instalar todas las dependencias, etc., lo cual exigirá algún tiempo, porque el arquitecto M. Bouvard se propone realizar maravillas, á juzgar por los bocetos que hemos visto. La situación y la organización de las cocinas, repostería y lavaderos han sido combinadas de manera que el servicio pueda hacerse fácil y rápidamente.

Las obras quedarán probablemente terminadas del todo en la fecha de la apertura de la sección del Metropolitano que ha de hacer el servicio de Montmartre, y el restaurant subterráneo será el complemento del ferrocarril subterráneo que tan ventajoso es para los parisienses.

G. CHALMARÉS.

(De *La Nature.)*

***

TELEGRAFÍA SIN HILOS

NUEVO RECEPTOR MARCONI

En una comunicación recientemente remitida á la «Royal Institution» de Londres, M. Marconi ha dado á conocer un nuevo receptor para la telegrafía sin hilos, receptor basado en principios enteramente nuevos y distintos de los principios utilizados en los diversos receptores conocidos y empleados hasta el presente (coherador de Branly, oscilador de Herz, etcétera). Según «L'Industrie Electrique» que ha publicado un extracto de la comunicación de Marconi, los principios utilizados son los siguientes:

Una substancia magnética sometida á una fuerza magneto-motriz periódicamente variable, presenta retardos de imantación y desimantación perfectamente determinados y conocidos con el nombre de histéresis. Si al mismo tiempo esta substancia magnética está sometida á la acción de ondas eléctricas de mucha frecuencia, como las que intervienen en

la telegrafía sin hilos, la experiencia demuestra que los fenómenos de histéresis quedan reducidos á proporciones que dependen de la amplitud y de la frecuencia de las ondas eléctricas.

Este resultado de experimentos es el que ha utilizado Marconi en los aparatos siguientes. Un carrete lleva un circuito que está atravesado por una intensidad constante; en el centro del carrete se encuentra un núcleo de alambres encorvados en forma de semicírculo, el cual núcleo está imantado, tendiendo la imantación á mantenerse constante. Pero por encima de este núcleo se hace girar con movimiento uniforme un imán ó un electro-imán, estando tomadas las disposiciones para que los polos Norte y Sur de este imán se presenten alternativamente delante de los estremos del núcleo. Resulta de ello que la fuerza magneto-motriz del sistema magnético giratorio se agrega ó se cercena de la fuerza magneto-motriz que obra ya sobre el núcleo. Este último está, por consiguiente, á una fuerza magneto-motriz periódicamente variable y siempre del mismo sentido; de aquí que su estado magnético varíe según la frecuencia correspondiente á la velocidad con que cambia de sitio el imán.

Entonces se hace poner en acción ondas eléctricas de gran frecuencia, á consecuencia de lo cual son más considerables las variaciones de imantación y desimantación. Para revelar estas variaciones de imantación Marconi emplea un carrete especial colocado sobre el primero, en cuyo interior está el núcleo de hierro; este carrete especial está enlazado con un teléfono magnético, y al pasar por él corrientes inducidas, el teléfono emite un sonido.

Marconi ha hecho algunas observaciones sobre los sonidos que emite el teléfono, á consecuencia de las modificaciones instantáneas de magnetismo producidas por las ondas eléctricas, según acabamos de indicar. Las modificaciones que intervienen son muy notadas cuando hay aumento de imantación, más débiles cuando hay desimantación y nulas cuando el imán está inmóvil y no hay en el núcleo ninguna variación de imantación.

Marconi ha adoptado también otra disposición que le ha inspirado el telegráfono de M. Poulsen, y en el cual varias fajas de alambres, formando un circuito cerrado, imantado por un electro imán permanente, reemplazan el núcleo de hierro. El electro imán es fijo y las fajas de alambre son las que se mueven animadas de un movimiento uniforme. Estas fajas de hierro son arrastradas por dos poleas sobre las cuales descansan, girando una de ellas bajo la acción de un movimiento de relojería.

La faja de hierro, al penetrar primeramente en el carrete de imantación, está sometida en el campo magnético á un aumento de imantación, y por el contrario, al salir, está sometida á una imantación decreciente. Estas fajas de hierro, sometidas á acciones sucesivas, son muy sensibles á las acciones demagnetizantes bruscas é instantáneas de las ondas eléctricas. Estas variaciones obran inmediatamente sobre el carrete inducido colocado en aquel sitio y enlazado con el teléfono magnético receptor. El receptor eléctrico, en cuanto se producen ondas eléctricas de gran frecuencia, da señales Morse acústicas.

Todavía no se tienen resultados bien completos del funcionamiento de este aparato; sin embargo, según parece, se ha podido telegrafiar hasta ahora con una velocidad de 35 palabras por minuto. El inventor, empero, promete resultados muy superiores para un porvenir no lejano.

Nos ha parecido interesante dar á conocer, aunque sea someramente, este receptor nuevo y original.

J. L.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Arbol cronológico-histórico de los reyes de Aragón y condes de Barcelona, por *D. Jerónimo Borao*. – Nuestro estimado corresponsal en Méjico D. Ramón de S. N. Araluce ha publicado en esta ciudad este trabajo que bien merece el calificativo de notabilísimo. El árbol cronológico-histórico que nos ocupa comprende, además de los reyes de Aragón y de los condes de Barcelona, los condes de Aragón, de Ribagorza, de Cerdania, de Ampurias, de Urgel, del Rosellón, de Besalú y de Provenza, mientras la gobernaron los Berengueres, así como las conquistas de Mallorca, Sicilia y Nápoles, fuera de cuyos dominios y de los indicados en las ramas y en el catálogo de incorporaciones, todavía son de citar los condados de Peralada y Berga y Osona, Pallás, Bearne, Rodes, Beces, Agades y Caorz, Albi y Celano y algunos otros que pertenecieron temporalmente á la corona. Señálanse con una corona los hijos de nuestros reyes que reinaron en otros países y con un escudo los pretendientes al trono, y están marcados los hermanos con círculos tangentes, los hijos con línea de enlace, los nombres de reyes, condes, duques, etcétera, con las iniciales, los de hijos con la inicial y los de hermanos con la inicial y final. Contiene además otra porción de indicaciones y datos de gran interés que sería prolijo enumerar. Ha sido tirado en la litografía barcelonesa de Font y se vende en Barcelona, Mallorca, 406, y Bailén, 135.

La angustia. – Los tres, novelas por *Máximo Gorki*. – El conocido editor barcelonés D. Luis Tasso ha publicado estas dos interesantes novelas del célebre novelista ruso que es hoy en día una de las figuras más salientes de la literatura y cuyas obras han sido traducidas á los principales idiomas. Los dos tomos, traducidos por A. Riera, se venden á una peseta cada uno en rústica y á 1'50 encuadernados.



El puente más alto del mundo: los viaductos del ferrocarril en la garganta de Albula

La obra de Dios, novela por *J. Menéndez Agusty*. – La firma del Sr. Agusty es bastante conocida de nuestros lectores para que necesitemos encomiar el último libro que su pluma ha producido. *La obra de Dios* es una novela de las que podemos llamar *galdosianas* (permítasenos el vocablo), pues hay en ella algo más que asunto de entretenimiento; tiene no poco fondo, y así el argumento como los elementos que lo constituyen representan gran caudal de estudio humano y de observación. Unase á esto un estilo elegante, castizo y sobrio y se tendrá una idea de lo que vale esta última producción de nuestro querido colaborador, que ha sido editada en dos tomos en Barcelona por Lezcano y C.ª y se vende á dos pesetas.

Anuario estadístico de la República Oriental del Uruguay. – Como modelo en su género pueden citarse los trabajos estadísticos que publica el gobierno de aquella República. El anuario último corresponde á los años 1899 y 1900, y contiene perfectamente clasificados y agrupados con admirable método cuantos datos puedan desearse sobre territorio, población, agricultura, comercio, navegación, hacienda, riqueza pública, propiedad, bolsa, instrucción pública, beneficencia, justicia, ferrocarriles, correos, telégrafos, teléfonos, legislación, administración, etc., etc. El anuario, que forma dos tomos de 568 y 1.248 páginas, es una publicación que honra al Uruguay y al director de Estadística Honoré Roustan.

Dos meses en Italia, por *José Sanchis Sivera (Lázaro Floro)*. – El distinguido escritor valenciano Sr. Sanchis Sivera ha reunido en esta obra las impresiones y recuerdos de un viaje á Italia, y á pesar de haberse escrito mucho sobre este mismo asunto, el libro que nos ocupa tiene verdadera originalidad por el carácter personal que en sus páginas ha sabido imprimir su autor, reflejando en ellas su corazón de creyente, de poeta y de artista, y describiendo no sólo la parte externa, sino el alma, por decirlo así, de las bellezas de aquel país. *Dos meses en Italia* lleva un prólogo del obispo de Jaén Dr. D. Salvador Castellote y está ilustrado con multitud de grabados; forma un tomo de XVI-456 páginas, editado por D. Angel Aguilar en Valencia, y se vende á tres pesetas.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 28 de julio de 1902 — Núm. 1.074

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Sociedad de Artistas Franceses. — Salón de 1902



JUNTO AL ARROYO, cuadro de A. V. Thomas

Pintura decorativa para las Casas Consistoriales de Tours

El celebrado pintor parisiense A. V. Thomas deja volar su imaginación por los paisajes silenciosos durante las horas grises del amanecer ó del crepúsculo vespertino, cuando la niebla flota en el horizonte, cuando la luz, todavía indecisa ó ya amortiguada, alumbra los primeros reflejos de las aguas de los arroyos ó se extingue en los linderos del bosque, sumido ya en las sombras. Parece como si la naturaleza, presintiendo al poeta y al artista, desplegara para él todas sus seducciones y ostentara todas sus melancolías. ¡Y qué visión tan delicada la de esas dos figuras de mujeres graciosas y graves que llenan sus jarras en el límpido arroyuelo, y cuya belleza deliciosamente modelada se armoniza tan bien con la poesía y la placidez del paisaje!



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SÍNTOMA

Puesto que estamos sentenciados á literatura criminal, á emociones jurídico-patibularias, ¡adelante! Ese asunto es feo, ¿pero hay muchos asuntos bonitos, sobre todo desde que el Transvaal ha depuesto sus armas mil veces laureadas? ¿Es asunto bonito la enfermedad y pasión del rey de Inglaterra? ¿Es asunto bonito la explosión del polvorín? ¿Es lindo asunto la trata de blancas? ¿Es muy estético el suplicio «del agua,» que dan los yanquis á los filipinos, porque aspiran á aquella independencia en nombre de la cual los mismos yanquis nos embistieron á nosotros, por amor, claro, á la humanidad y á los derechos de los pueblos?

***

Ya que lo bonito anda por las nubes..., vamos á lo que tiene impresionada y conmovida á esta España que, desde el mismo instante en que perdió las Filipinas y las Antillas, ni volvió á preguntar por ellas, como si se le hubiese perdido un alfiler de á ochavo: de suerte que parecemos curiosos impertinentes los que solemos repetir á deshora: «Y de Aguinaldo, ¿qué?» «Hombre, sólo por gusto, ¿qué ocurrirá en Cubita?»

De *la* Cecilia, en cambio, ¡cuán maravillosa información! Aquella escuela del *documento*, ya mandada retirar por los imperiosos decretos de la voluble crítica, ¡vaya si ha dejado rastro en el periodismo! Decíase de los novelistas naturalistas que recogían, como los traperos, cuanto les salía al paso, ó cuanto descubrían revuelto en el montón de los desperdicios. Habrán cometido los novelistas este pecado; lo peor es que hicieron prosélitos, y los prosélitos siempre se dejan á los maestros en mantillas.

Ahí tienen ustedes un crimen de los más vulgares, el crimen y delito *ancillario* por excelencia: el robo doméstico. Entre los sujetos que pueden cometer tal crimen, el más fácil de combinar (para el ladrón de casa no hay llave, dice el adagio), algunos son, si no interesanses, al menos extraños, y merecen estudio. En Santiago de Compostela, hace muchos años, hubo un criado que le robó á su ama todas sus valiosas joyas y bastante dinero en oro. Para conseguir dar este golpe, y que se le fiasen las joyas, á fin de no necesitar ejercer violencia ni forzar muebles, el tal servidor se pasó cinco años rezando diariamente una hora ante el sepulcro del apóstol, con los brazos en cruz. Logrado su propósito, tenía dispuesta con tal arte la fuga, á Portugal de seguro, que desapareció como si se lo hubiese bebido la tierra: de él nunca se supo más, ni de las benditas alhajas.

«Ami, cache ta vie, et répands ton esprit...»

que dice el poeta. Denme ustedes, digo yo, individuos así, profundos en el disimulo, discretos en el modo de poner por obra un designio; de estos que andan con zapatillas de fieltro y saben adónde van. Stendhal, el gran psicólogo, se alegraría de conocerles, y les estudiaría como estudió á Luciano Sorel y á Fabricio del Dongo, que tenían *carácter*.

Pero ¡esta sultana favorita que la prensa y la opinión se han echado en España..., hay que reconocer que está á la altura de nuestra condición peculiar!

No es comparación odiosa: es observación, con ánimo de que pueda aprovecharse. – También *nosotros*, la colectividad, somos *así:* arrebatados, imprevisores, codiciosos con codicia impulsiva, derrochadores, cándidos, *infelices*, juerguistas, «abiertos incautamente» al cartaginés, ó sea al *gancho* que nos explota, mientras le guiña un ojo su compadre el platero, que vende las cosas por doble de lo que valen...

¡Qué de amarga psicología nacional chorrea el asunto Cecilia!

***

Reconociéndose nuestras ignaras muchedumbres en varios rasgos de los que distinguen á esa hurí del fogón, se han prendado de ella; ya tiene una aureola como la que antaño (y obsérvese la diferencia del tipo popular, y reconózcase que aquél era infinitamente más simpático, encajaba en la *leyenda dorada)* cercó la frente de los Josés María, Candelas y otros guapos trabucaires.

***

Y á decir verdad, los crímenes, en sí, como caso aislado, ninguna importancia revisten. Sólo adquieren significación al revelar un estado general de las costumbres y por consiguiente de los espíritus. Entonces, cuando expresan el ideal rebajado y grosero de la multitud, son un síntoma. Veinticinco hombres fulminados por el rayo; cien mutilados ó muertos por la explosión de un polvorín; treinta mil á quienes se traga la tierra al irrumpir un volcán; doscientos mil que se lleva una pestilencia..., ¿qué? ¡Caso fortuito! ¡Suerte común de la especie! Morir habemos, de un modo ó de otro. – Lo único que merece consignarse es lo que, al suceder, rasga el velo que encubre el santuario del alma. De ahí se deriva el valor de ciertos actos, insignificantes á primera vista.

***

¡La sociedad puede tanto! ¡Es tan ilimitada la fuerza que desarrolla, y haría tanto bien si se respetase á sí misma! – Ya sé que es pedir cotufas en el golfo... Y sin embargo, ¡cuán fácilmente se dan los ejemplos y las lecciones, queriendo darlos! – No me precio de retraimiento; soy tan aficionada á espectáculos como cualquiera; pero no veo sacrificio en abstenerse de algunos, y declaro que no saldría á una estación ni á una calle para ver á una criminal tan adocenada, tan insulsa, tan estúpida, y recalquemos la palabra: tan *irresponsable*, por esa misma estupidez, como la que estos días trae revuelta á España.

Mientras creí que esa mujer había tenido el arte de ocultarse, reconocí en ella cierta estratégica disposición, que no carecía de mérito; porque al fin, una mujer sola contra policía, guardia civil y todos los agentes de la ley, es lucha desigual. Cuando pusieron á precio su captura, me creí en el siglo XIII, y el interés aumentó. – Y después... ¡si ya me parecía á mí! ¡Qué diantre! ¡Milagro fuera otra cosa!.. Resultó que no se ocultaba, al contrario; que se enseñaba, que se lucía, que no le faltó más que colgarse en la espalda un letrerito, – y que su presunta destreza no era más que la probada inepcia de los *otros...*

***

¡Ea, se acabó el chiste! El toro acosado que se revuelve y se defiende, ¡bueno! El buey que se deja degollar vilmente..., triste diversión.

Y desde que los hechos demuestran que una criminal ni es inteligente, ni hábil, ni hermosa, ni la han guiado móviles novelescos, ni se diferencia de las demás *menegildas*, ¿se justifica esa aglomeración de gente, esos artículos con inventarios de efectos y ropa y recuento de gestos y estornudos, esta neurosis epidémica, coincidente con los primeros calores del tardío verano?

La más negra es la complicidad de los elementos semicultos ó cultos – gobiernos, prensa – en estos movimientos torpes del populacho. A los gobiernos les viene bien; ¡como que distrae! Mientras se habla del *crimen*, no se habla de otra cosa, y los gobiernos aquí son los eternos mal vestidos, que rehuyen la luz solar y detestan que nadie fije en su cara sucia y en su ropa mugrienta una mirada investigadora. «Música, música,» repiten con el profesor de Joaquinito Rodajas. Y todo lo sensacional, sea del género que sea, es *música*. En cuanto á la prensa, es la esclava de sus culpas, añejas ya. Ha contribuído á estragar el paladar del público, y cuando se echan especias á puñados en los guisos, es preciso aumentar la dosis, ó viene la inapetencia. Así es que un crimen, muy repulsivo, con pimienta sexual y guindilla sangrienta, y con un *misterio* burdo, que se claree, es una lotería. ¡A hinchar el globo! ¡A lanzarlo á las regiones del aire vano, para que estalle y se desinfle después de haber hecho abrir la boca y alzar la jeta á millones de papanatas!

***

Como soy, no justa, pero sí amiga de la justicia, diré que esta malsana apoteosis del crimen también en Francia hizo estragos. Y pongo *hizo* porque se me figura que el mal ha entrado en un período de remisión. – ¿A qué creerán ustedes que atribuyo el descenso de la popularidad de los criminales en Francia? A una cosa muy natural: al surco que abrió el asunto Dreyfus. Pensemos como pensemos; seamos clericales, militaristas, aristócratas, monárquicos, nacionalistas, antisemitas, ó todo lo contrario; afirmemos ó neguemos la culpabilidad del célebre oficial de artillería, ¡ah!, no podemos dudar que las pasiones puestas en juego por su proceso son de un orden tan distinto de las que suscitó el crimen de la plancha y de las que arrastran á la muchedumbre tras las huellas de su autora.

Corrientes profundas de opiniones y de sentimientos; cuestiones de altísima trascendencia, que afectan á lo más íntimo y delicado de la estructura y de la organización social; un impulso innegable, erróneo ó no, del patriotismo; otro impulso, no menos evidente, hacia la equidad y la piedad; todo esto se veía y se demostraba en la agitación Dreyfus. ¿Qué importa que en tan amplio movimiento, en tales corrientes de aire, fuesen envueltas partículas de polvo y espuma rojos de odio, vahos de mentira? Esa es levadura y lastre que no puede faltar en lo humano. Mirad el conjunto, y repetiréis lo que yo repetía entonces: envidio á Francia ese asunto Dreyfus que, en opinión de muchos, tanto la perjudica; quisiera recogerlo para hacer de él un elemento de la regeneración de España.

Desde que una emoción semejante, grave, alta, espiritual, intelectual, verdaderamente *jurídica*, problema del derecho si los hubo, se impuso á la atención de esos franceses á los cuales, no sé por qué, prodigábamos el dictado de *ligeros* (¡en esta tierra del corcho!) (¡entre centenares de miles de *tapones!)*, los crímenes perdieron atractivo. Se habla de ellos moderadamente; se distrae la atención un momento, como sucedió con el horrendo drama de Corancez y las depredaciones de los *Apaches;* pero el romanticismo de la guillotina también ha sido guillotinado. ¡Séale la tierra grave!

***

Como estamos tan divinamente informados, que no habrá menudencia que ignoremos, sábese que la criminal de moda leía cuando fueron á prenderla y sigue leyendo en su prisión. La noticia no me ha complacido; al contrario. Mejor fuera que, cuando la capturaron, la joven planchadora de cráneos se dedicase á bailar seguidillas. ¡Tan desacreditada como está ya en España la operación de leer, y todavía han de venir los asesinos á demostrar prácticamente que esa mala maña de la lectura es compatible con los mayores excesos, y que se avienen perfectamente quehaceres en apariencia heteróclitos y aficiones divergentes, como la de descrismar al prójimo y llevarse lo que tiene y la de ilustrarse empapándose en unos *Trozos selectos!*

Un solo consuelo nos queda á los que nos consagramos á dar á luz puñados de hojas impresas bajo una cubierta, con nuestro nombre al frente. Cecilia leía en sus soledades bulliciosas de Puigcerdá *Trozos selectos*, y lee un libro del Padre Coloma en la cárcel. ¡Si de ésta también nos dicen que la perdieron las malas lecturas!

Emilia Pardo Bazán.

DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

El concepto que informa el arte moderno se ha impuesto: la razón y la filosofía han subordinado el procedimiento á la imaginación, el pincel al pensamiento, y los artistas en general, cual si se hubieran puesto de común acuerdo, representan en sus obras escenas, dramas, hechos y conceptos que se comprenden y admiran por ser la gráfica representación de la vida de nuestra época y de las pasiones que agitan á la humanidad, sin acudir para producir efectos á los recursos de guardarropía, completamente olvidados por considerar como escénico atavío el floreado casacón y la férrea malla.



DOMINGO FERNÁNDEZ Y GONZÁLEZ

Los contrastes ofrécense con espontaneidad, como consecuencia, no como recurso y factor indispensable; y la sencillez de tonos, realzada por la gallardía del esbozo, se antepone á los efectos de las combinaciones del colorido.

Aunque por causas distintas, reprodúcense todavía en la época actual los mismos efectos é iguales consecuencias que las que en la historia española significan y representan verdaderos períodos de indecisión artística. Lo raro es que nos envanezcamos con el recuerdo y la fama que para nuestra patria lograron Juanes, Velázquez, Rivera, Murillo, Zurbarán, Goya, Jordán, Rosales, Fortuny y otros no menos ilustres pintores, puesto que no se trata de cultivar sus respectivas escuelas, cuajadas de bellezas, recogiendo, las más de las veces, lo que en ellas pueda existir de defectuoso, sin tener, en cambio, la iniciativa de la enmienda.



UNA CALLE DE VENECIA, estudio de Domingo Fernández y González (Salón Parés)

Algunas respetables personalidades han intentado, en distintas ocasiones, encauzar la desbordada corriente: Lucas, Zamacois, Domingo, Jiménez Aranda, Vera, Gisbert, Mercader, Plasencia, Pradilla, han ensayado iguales esfuerzos que en los pasados siglos dedicaron á la regeneración del arte Jordán, Mengs, Tiepolo y Goya; y si bien han logrado hallar inteligentes y entusiastas imitadores en el género que á cada uno de ellos distinguiera, la mayoría sigue aún su incierto camino, desvirtuando la verdad histórica por el desconocimiento de las épocas y la falta de ilustración, vulgarizándose entre la revuelta confusión de espingardas y yataganes, pañuelos de crespón y tapices turcos, hatos de gitanas y toreros, inspirándose en el pataleo de la *flamenca* sobre el tablado de un café, y sumiéndose en las crudezas del naturalismo más duro, sin tener en cuenta, por último, que el concepto del arte es sinónimo de belleza.

Hoy, así los artistas del pincel como los de la pluma, prefieren á la fineza la realidad, sea ésta fea ó hermosa, simpática ó repulsiva, elocuente ó muda, ejemplar ó rebosando crudezas. El mejor mérito es la exactitud del natural, sin que el crítico ni el artista acudan á la poesía para embellecer su obra. Color y natural, este es el lema en que algunos cifran el concepto del arte. «El areópago del día – decía á este propósito el malogrado crítico y amigo querido Luis Alfonso – no admira la belleza, sino la realidad: prefiere la crudeza á la perífrasis, la carne á los velos, y si volvieran á presentarle á Friné, no la absolvería por hermosa, sino por desnuda.» Y que la corriente arrastra todavía consigo á privilegiadas inteligencias, es tan innegable, que basta para atestiguarlo recordar que escritores insignes, honra de la literatura patria, enderezan su ingenio por escabrosas veredas, y que pintores de recomendables cualidades presentan cuadros con fondos grises ó abetunados, tipos verdes y antipáticos.

Cierto es que algunos artistas de talento pugnan por establecer la pintura de género, produciendo obras de indiscutible mérito: que otros, como Pradilla, llegan por medio de la pintura histórica á inspirar respeto y admiración, representando una personalidad saliente en el mundo del arte, y que en el paisaje y en la marina logran también algunos no escasos triunfos en los concursos internacionales; mas la generalidad no se asume un calificativo que para disputarlo exige un conjunto, una reunión de cualidades, una sucesión de nexos que están muy distantes de poseer.

Todos los pintores, y con especialidad los de nuestra patria, han de tener muy presente que «los tiempos que hemos alcanzado reclaman del arte lo que el arte les debe,» y que según dice Stewens, «el pintor que pinta su tiempo pinta para la historia.»

La presencia accidental en nuestra ciudad del distinguido pintor sevillano Domingo Fernández y González y la exhibición de varias de sus obras, nos han sugerido las consideraciones que anteceden, ya que su personalidad artística ofrece puntos de contacto y presenta rasgos que se amoldan y ajustan á esa evolución á que nos referimos.

En posesión de esas cualidades distintivas y características de la escuela sevillana, dueño de esa riquísima gama que sólo se amasa en la paleta de aquellos artistas que beben las aguas del Guadalquivir, ha logrado substraerse á los efectismos de la coloración y á la influencia de la entonación bituminosa, que tan perjudicial es para nuestros pensionados en la Ciudad Eterna, á pesar de hallarse en ella establecido hace ya algunos años. Cuando en 1891 nos cupo la satisfacción de conocerle, pudimos apreciar en su justo valor sus indiscutibles merecimientos, adivinar sus aspiraciones y presentir adónde le conduciría su deseo de amoldarse á la evolución que se iniciaba y presentía. Y cuenta que entonces era más de aplaudir su propósito porque no podía haberse borrado de su espíritu el éxito alcanzado por su gran lienzo *Santas Justa y Rufina*, último envío de su pensionado en Roma y que fué adquirido por un acaudalado coleccionista de Boston.

Desde aquella época le hemos seguido paso á paso, y siempre le hemos visto, ya en sus cuadros de costumbres españolas, paisajes y estudios, dueño de sí mismo, ajeno á corrientes no sentidas, enemigo de efectismos, sobrio, atinado y fiel intérprete de cuanto ha tratado de representar.

No ha sido, pues, para nosotros causa de sorpresa que la crítica barcelonesa haya aplaudido sin reserva la colección de estudios y lienzos que ha expuesto en el Salón Parés, como resultado de su reciente estancia en la poética ciudad de los Duces y de las lagunas.

Todas aquellas producciones traducen fielmente y retratan con propiedad el modo de ser, el temperamento del artista sevillano, á quien circunstancias especiales han obligado á fijar su residencia en extranjero suelo. Real y positivamente, la Venecia que ha dado á conocer nuestro amigo no es, como afirma un crítico, la que de vez en cuando nos dan á conocer, rebosando efectismos y reveladora de amaneramientos. Es más verdadera, más intensa y sentida, mejor observada y sobre todo, interpretada con gallardía y sinceridad. Los interiores de iglesia, los canales, los efectos de luz, revelan un espíritu de observación, una facultad asimiladora y un pincel habilísimo que sabe conservar íntegramente los mágicos cambiantes de las aguas, edificios y hasta del ambiente, saturándolos con el sello de la verdad y de la poesía.



UN CANAL EN VENECIA, estudio de Domingo Fernández y González (Salón Parés)

Nosotros, á quienes ha cabido la suerte de ocuparnos varias veces en las páginas de esta Revista de varias obras del artista á que nos referimos, no ocultamos la gratísima sorpresa que sus estudios nos han producido, lamentando que á ellos no acompañe algunos de los lienzos que tantos aplausos le reportan.

Grato es para nosotros dedicar al amigo y al artista estos renglones como testimonio de la simpatía y de la consideración que nos merece, y lo es más todavía porque podemos unir nuestros plácemes á los que la crítica y el público le tributan.

A. GARCÍA LLANSÓ.

¡SIEMPRE IGUAL!

Como un reguero de pólvora se fué propagando de taller en taller, de fábrica en fábrica, la palabra de orden. Había que declararse en huelga. Había que enseñar á esos cochinos burgueses que el trabajador, que el obrero, no es carne de cañón, como sin duda se habían figurado. Había que protestar contra la tiranía del capital. El periódico de la Agrupación lo decía; el periódico que pasaba de mano en mano y cuya lectura, hecha por el capataz, era escuchada con avidez, en la media hora de asueto concedida para el almuerzo, por todos los obreros agrupados á su alrededor.

El periódico lo decía: «Hay que protestar, hay que alzarse contra tanta humillación y tan indigno comercio de la carne humana. Hay que enseñar al rico que sin el obrero él no sería nada. ¡Compañeros! Hay que jugar el todo por el todo, pues para morir reventado y escarnecido por el patrono al pie del telar, al lado de las máquinas, vale más morir de inanición en la casa, entre los suyos, ó en la calle, arrancando ojo por ojo y diente por diente, peleando contra los viles explotadores que viven á costa del sudor de nuestra frente.

»A la huelga, pues, y no cejar, que el triunfo es nuestro si sabemos sostenernos.»

Y así seguía el periódico revolviendo y avivando con enérgica y pintoresca frase el fuego que yacía, mal encubierto por la ceniza de la necesidad y de la resignación, en el fondo de aquellos corazones lacerados.

* * *

La huelga fué acordada, y en un día, en una hora, en un instante, todas las faenas se paralizaron.

La ciudad parecía muerta. Las chimeneas dejaron de escupir su humo; cesaron los martillos en su golpeteo, apagóse el tric trac de los telares...

Grupos de huelguistas recorrían las calles para hacer manifestación de su miseria é impedir que los *traidores*, compañeros tímidos ó necesitados, volvieran al trabajo. Hubo algunos alborotos y colisiones, y la autoridad tuvo que adoptar medidas para impedir coacciones.

Hubo choques entre los soldados y los huelguistas, hijos del pueblo todos, hermanos todos y todos parias y desheredados. Hubo muertos y heridos, pero los huelguistas no cedieron, y aunque reprimidas las públicas manifestaciones, aunque desiertas las calles, también continuaron desiertos los talleres y las fábricas.



Un puente en Venecia, estudio de D. Fernández y González (Salón Parés)

Hubo una reunión de patronos porque la huelga se prolongaba, y aunque los obreros se veían sitiados por hambre, preferían morir á someterse, y entretanto, la clientela emigraba, la maquinaria se perdía, se desmoronaban las fábricas.

Había que hacer concesiones y se hicieron, pero no todas las que los obreros pedían; así es que éstos permanecieron inflexibles.

Al mismo tiempo, el periódico de la Agrupación seguía circulando y diciendo: «¡Compañeros, firme! ¡No hay que desmayar, que el triunfo es nuestro!..»

Esto, unido á algunos socorros enviados de las demás Agrupaciones y sobre todo del extranjero, hizo que los huelguistas, en lugar de ceder, formularan nuevas pretensiones que los patronos juzgaron inadmisibles.

* * *

¿Cuánto tiempo pasó? No se sabe. ¿Cómo vivieron los obreros durante este tiempo? Se ignora. El caso es que á fuerza de resignación y de sacrificios, repartiéndose las cargas y auxiliándose mutuamente, los huelguistas llegaron á constituir una cooperativa y á trabajar por su cuenta, transformándose de obreros en patronos y de auxiliares del capital en administradores de sus propios bienes.

Los nuevos patronos, los nuevos burgueses, fueron ensanchando paulatinamente sus negocios. Ya no se bastaban á sí propios. Necesitaban auxiliares, necesitaban obreros para sus talleres y para sus fábricas, y fueron reclutándolos entre la *turba multa* de los desheredados que ni fábrica ni talleres tenían aún, y que dígase lo que se quiera y hágase lo que se haga, siempre estarán en mayoría.

* * *

Y llegó un día – ¡quién había de pensarlo! – en que los antiguos huelguistas, transformados en patronos y burgueses, se sintieron más burgueses y más patronos que aquellos contra los cuales se habían rebelado. Por un lado, la realidad que se les imponía, la realidad del dos y dos son cuatro, que no admite interpretaciones ni enmiendas, y por otro, la natural avaricia del hombre que atesora, fueron parte á que se convirtieran á su vez en explotadores de sus obreros.

Y estalló la huelga, y...



Un bautizo en Venecia, estudio de Domingo Fernández y González (Salón Parés)



EL VIÁTICO, cuadro de Domingo Fernández y González (Salón Parés)

Vuelta á empezar; las resistencias, las coacciones, los atropellos, los choques con la tropa, los días sin pan, la mujer que llora desconsolada y los hijos que se acercan hambrientos.

***

Y es lo que les decía un antiguo trabajador, un viejo marrullero, que había leído mucho y corrido mucho y visto mucho:

– Convenceos, hijos míos. Vosotros tenéis razón y los patronos también. Los burgueses os explotan y vosotros no queréis dejaros explotar. Aquéllos hacen bien y vosotros no hacéis mal; pero aquéllos están más en lo cierto que vosotros. ¿Por qué no habéis nacido duques?

Convenceos de una vez para siempre de esta verdad que tengo muy bien aprendida. Anarquistas, socialistas, burgueses, los de arriba, los de abajo y los de en medio, todos andan equivocados. Hágase lo que se haga y mientras el mundo sea mundo, siempre los peces grandes se comerán á los chicos... Ya podéis variar las condiciones del trabajo... Será lo mismo, porque el mal está más hondo... ¡Mientras no variéis la naturaleza humana..., siempre igual!

A. Sánchez Ramón.

EL TRIUNFO

I

Y Félix Romero saltó de su asiento con los ojos muy abiertos por el espanto y dibujada ya en su frente la línea de las contorsiones.

– ¿Que no me ama usted?, la interrogó mirándola fijamente con sus grandes ojos de loco visionario.

– Usted lo ha dicho: que no le amo..., replicó Rosario Medina sin estremecerse, sin inmutarse, con una serenidad aterradora.

Hubo una pausa, durante la cual los dos se miraron silenciosos, escudriñándose hasta lo más recóndito de sus corazones. Después, Félix Romero, volviendo á su asiento, dijo á aquella divina cruel:

– Rosario, juega usted con mi vida, con todo mi ser, como los niños veleidosos con un juguete de porcelana. Hábleme usted en serio y no prolongue por más tiempo esta angustiosa duda que me ciega y ahoga.

– Si no le engaño á usted, Félix, añadió ella con la misma sonrisa cruel; ¿cómo quiere usted que finja lo que no existe, lo que no siento, lo que no ha nacido en mí?..

Petrificado, absorto, Félix Romero la miraba sintiéndose herido en lo más delicado, en lo más sensible de su amor propio. Aquella derrota echaba abajo su brillante reputación de galanteador afortunado, su envidiable aureola de habilísimo mujeriego.

– Es decir, añadió levantándose, que ha dicho usted la verdad; que, contra lo que yo me había imaginado, no me ama usted...

Rosario levantóse también de su asiento asintiendo con la cabeza, y mientras le alargaba su linda mano de duquesita, exclamó:

– Pero en cambio, y para desagraviarle, le exijo á usted su amistad más sincera que nunca.

Y tras una despedida fría y ceremoniosa, Félix Romero abandonó aquella casa, donde, cual en un cementerio de honores muertos, quedaban enterrados sus blasones de monarca dominador de voluntades femeninas, y su larga historia de mozo avasallador, de hombre de irresistible persuasión en la palabra y maravillosa sugestión en el triunfo...

II

A decir verdad, Félix Romero no había amado nunca; había comenzado á vivir muy joven, y á los treinta años era ya un maestro de amor entre las mujeres más ingeniosas del gran mundo. Escéptico por el estudio y por la experiencia, aceptaba el amor por su lado exterior; nunca por *dentro*, por su cara interna. Para él las lágrimas de las mujeres eran un arte que le maravillaba, que le seducía, pero un *arte* al cual se entregaba por *fuera*, por toda su exterioridad.

Dentro de su espíritu volteriano, impenetrable para la mitad de la sociedad que le rodaba, llevaba un poderoso acicate que le conducía siempre al logro de sus deseos: su profundo conocimiento del corazón humano y su táctica exquisita para con la mujer. Con estas armas poderosas, de invariable eficacia, venció siempre, y de ahí que sus derrotas pudieran contarse, pero no sus triunfos, que le habían erigido un nombre y creado una atmósfera de hombre superior á los demás.

Ahora lidiaba con Rosario Medina, mujer que le hacía estudiar más que las anteriores. Indudablemente, Rosario Medina era un ser enigmático, obscuro, sobre el cual la sonda de sus experiencias no encontraba el fondo, no marcábale con certeza los grados, el temperamento, la sensibilidad y volubilidad, el sentimiento psicológico dulce ó amargo, todo, en fin, lo que tan discreta y magistralmente ocultaba la personalidad excepcional de aquella mujer.

Tenía indicios seguros, irrefutables, de que ella le amaba; pero á veces, como la última en que se vieron, le desconcertaba su imperturbable actitud.

Mucho pensó Félix Romero, durante un mes de ausencia, en Rosario Medina, y algo que no era fácil presumir preparaba el mozo para un nuevo y último sondeo en el corazón de la enigmática duquesita. El no la amaba, ni la amaría nunca; pero pendiente de la voluntad de ella todo el *nombre* de su nombre, preparábase á jugar la última carta, y estaba casi seguro de su triunfo.



Banquetes populares celebrados en Londres y costeados por el rey Eduardo VII. - El banquete de Marylebone (de fotografía de Rushell)

Durante aquel mes de separación, Romero planeó el primer cuadro de una de las varias obras que preparaba para el teatro.

Entretanto, Rosario Medina, viviendo en público en una impasibilidad absoluta, en sus intimidades, á solas en sus largas noches, lloraba la ausencia de Félix Romero. ¿Le amaba? ¿No le quería?.. Sí y no, se decía para sí. Le quería, pero le quería rendido, sin reservas, sin aquellas dudas que le arrancaban sus burlas; le quería desnudo de alma, abiertos y á la luz todos los secretos que él, Félix Romero, guardaba en el pecho; le quería amante fervoroso, arrodillado ante ella como ante una virgen, echado á sus pies como un esclavo, como un perro... Así le quería, y así sería suya. Pero aquel hombre era un antro insondable, á cuyo fondo era ella la que no había podido llegar, á pesar de los grandes puntos de contacto (creía ella) que había observado asimilaban sus temperamentos y caracteres. Félix Romero guardaba dentro de sí á otro Félix Romero, es decir, vivía con dos naturalezas, y así se explicaba Rosario que tras un arrebato pasional, tras la tantas veces recitada oración de su amor por ella, siguiera su carcajada glacial, risa que no era de doloroso despido, sino de insolente y agresiva burla á sus honrados sentimientos de mujer indefensa. Le amaba mucho, pero no le creía nada, y de ahí que en aquel amor viera ella lo ineluctable, lo imposible, para la posesión, para la fusión de sus espíritus.

III

Transcurrido el plazo de aislamiento que él mismo se impusiera, Félix Romero acudió una tarde á casa de Rosario Medina.

El artista, porque Romero era un artistazo, un genial pensador, un cerebro repleto de vigorosas concepciones, llegó perplejo, borracha de ideas su imaginación: tal era el revoltijo de pensamientos,

de sospechas, de dudas é ideas que revoloteaban en su cabeza.

Rosario le recibió con una mal disimulada frialdad; él notó instantáneamente la emoción por ella sentida.

– ¿Viene usted á hablarme de amor?.. ¿No? Pues entonces, ¿cómo justificará usted su larga ausencia? Empiece usted, Félix.

El, sintiéndose ya casi dueño de aquella mujer, y ansioso de cobrar á alto precio su desdeñosa generosidad pasada, dijo así:

– Se equivoca usted, Rosario; quedamos en que



VENECIA. – La plaza de San Marcos y el campanile que se ha derrumbado recientemente (de fotografía)

ya no la amaría... Mi ausencia tiene honrosa justificación: anuncié á usted mi propósito de encerrarme unos días para planear una obra, y comenzada ya, vengo á ofrecer á usted las primicias...

Tales palabras no hicieron en Rosario todo el efecto que Félix se proponía; pero sí encendieron en ella de nuevo el rescoldo mal apagado de sus dudas, y sus mejillas parecieron colorearse de un paño rojizo. Rosario buscó amparo en la tela finísima de su abanico.

– Bravo, mi buen amigo; así le quiero á usted, dócil y razonable... Y vamos á ver: ¿cuál es el asunto de su comedia?.. Me interesa el desenlace de las novelas bien pensadas, y el de la de usted, por ser de usted, lo espero con mayor impaciencia.

Félix, por toda contestación á tal galantería, movió la cabeza y exclamó:

– El asunto de mi comedia es el AMOR. Su desenlace... no está hecho, no está planeado, aunque lo presiento, lo *veo*...

Rosario sintió que se le desvanecía la vista, y creyó ver que la figura de Félix Romero se agigantaba ante ella.

Hallábanse solos en un amplio gabinete que miraba al jardín, de cuyas plantaciones olorosas subían fuertes perfumes de rosa y violeta que embalsamaban aquel lujoso recinto de mujer rica y discreta.

– ¿Se enojará usted si le digo que el tema es muy viejo y por consiguiente vulgar?, dijo Rosario un tanto serenada y mirando fijamente á su interlocutor, cual si intentara recrearse en el efecto de su lancetazo.

Félix Romero habíase levantado y la contemplaba recostado, en pie, sobre los bordes de una consola, en el mismo estado de perplejidad y preocupación que cuando salió de su casa.

Aquel reto salido de los labios de Rosario Medina hizo el efecto por ella buscado, y como si un hilo eléctrico hubiese rozado los nervios de Félix Romero, éste se adelantó hacia ella, y con un tono de quejumbrosa ironía (esta es la frase), comenzó diciendo:

– ¡El tema del amor es viejo y anticuado!.. ¿No ha dicho usted eso?.. ¿Y por qué ha dicho usted eso, Rosario?.. ¿Dónde lo ha leído usted? ¿Quién se lo ha dicho?.. Nadie... Eso no puede decirse, ni menos escribirse. El amor es la misma vida, y la vida siempre es nueva, el día no envejece nunca; siempre es nueva la luz, nuevo el sol y nuevo el ritmo con que las horas regalan nuestros oídos... Y puesto que esa música, ese canto divino y ese poema de luz es la vida, es el AMOR, éste no envejece, no, Rosario; lo que envejece, lo que esteriliza, lo que muere, son los seres; el alma, la savia, la poesía de esos seres, subsistirá siempre.

Rosario le escuchaba con indiferencia primero, con atención después; ahora parecía sugestionada, pendiente de las palabras de Félix Romero.

El, el artista, y no el amador, el creador, y no el enamorado, seguía ante ella accionando, gesticulando, moviéndose, en un círculo de tres metros, de acá para allá, hablando con una verbosidad nerviosa, cual si un raudal de palabras, de ideas, bajasen atropellándose á sus labios.

– A usted, pobre solitaria de la vida, pobre huérfana de amor; á usted, que vive sin *vida*, viene mi amor á ofrecérsela, mis ilusiones á dorársela, mi fe á prestarle calor, mis labios á cantarle la dicha, mis ojos á acariciarla, mis brazos á defenderla...

Y como poderosos imanes, los ojos grandes y negros de Félix Romero parecían atraer hacia sí la figura hermosísima de Rosario que, anhelante, temblorosa, parecía ceder á aquella fuerza removiéndose en su asiento.

– Yo venceré, Rosario, yo venceré... Yo rasgaré esa nube de dudas que vela su rostro; esa valla que sus dolorosas inquietudes han levantado entre los dos... En vano me dirá usted que no siente el amor, que no ha nacido en usted; sí ha nacido, sí ha brotado; usted no puede, no sabe ocultarlo; lo sacrifica usted, lo acalla, le hace enmudecer; pero flota, herido, dolorido y todo, sube á sus ojos y viene á saludarme cuando nos encontramos, cuando nos despedimos..., ¡ah! entonces, cuando nos separamos, á trueque de que le maltrate usted con menos piedad, se le escapa á usted por los ojos y viene á despedirme hasta lo hondo de la calle...

De los ojos de Rosario pugnaba por salir un borbotón de lágrimas.

Rojo el semblante, alterada su voz y sus facciones, Félix Romero avanzaba en su obra.

– Nada puede alterar la ley divina: el mar, con sus gigantes olas, rompe las duras rocas que le atajan sus pasos... El amor, con su divina fuerza, con su poder supremo, pasa por encima de las creencias y de las dudas, agosta religiones escépticas y tala de raíz cuantos brotes de sentimentalismo desilusionado encuentra al paso... Es una planta nueva, una alborada de emociones, un plantel de esperanzas que llena de tallos azules la savia vivificadora y espléndida de nuestros espíritus... Abra usted, Rosario, la puerta de su pecho; abra usted á ese germen divino que golpea con fuerza por salir á la luz y abrazarse á estos brazos que le esperan abiertos... Míreme usted bien, Rosario, míreme usted bien: simbolizado en mí, mírelo usted palpitando de emoción, anhelante, tembloroso; mírelo usted en mis ojos, en mis labios, en el eco ronco de mi voz, en todo mi ser..., es él, es el amor supremo que le lla-



VENECIA. — LA LOGETTA DE SANSOVINO, AL PIE DEL CAMPANILE DE SAN MARCOS (de fotografía de T. Filippi, Venecia, remitida por Carlos Abeniacar)



VENECIA. – ASPECTO DE LAS RUINAS DEL CAMPANILE DE SAN MARCOS (de fotografía de T. Filippi, remitida por Carlos Abeniacar)



LA VIOLETA, cuadro de G. Schrodter



A ORILLAS DEL MAR, dibujo de J. Francés

ma, que le espera, que le bendice y le ofrece vida por vida, alma por alma... Venga usted, Rosario, venga usted á mis brazos...

Y con la grandiosa inspiración del genio iluminado, dibujaba en su frente la línea de las contorsiones, y empapada de sudor su hermosa cabeza de artista, Félix Romero, abiertos los brazos, avanzó un paso hacia Rosario.

Ella entonces, cual si el espolazo de la sangre le hubiese estremecido con más fuerza, levantóse de su asiento, y con una sonrisa llorosa exclamó recogiendo los brazos de Félix Romero:

– Ese es..., ese..., ese es el amor de mis amores...

Apenas los brazos de Rosario cayeron sobre los del artista, éste retrocedió instantáneamente, y con una sonrisa de suprema alegría y un tono que aunque parecía cariñoso era de soberbio y velado desdén, dijo así á Rosario Medina mientras se enjugaba su empapado rostro.

– ¡Basta, mi querida Rosario!.. Creo que triunfaré... Obediente al mandato de mi inspiración, ha hecho usted perfectamente el *papel* de la dama.... ¿Qué tal, qué tal le ha parecido á usted el primer cuadro de mi comedia?..

. . . . !

E. ALBERTO CARRASCO.

NUESTROS GRABADOS

Banquetes populares en Londres. – Con motivo de la coronación de Eduardo VII de Inglaterra, preparáronse varios banquetes populares monstruos para cuatrocientas mil personas. La enfermedad del rey fué causa de que se suspendieran todos los festejos dispuestos, exceptuándose únicamente los expresados banquetes, los cuales se celebraron en diferentes locales al aire libre transformados en una especie de tiendas de campaña. Inútil es describir la alegría que reinó en aquellos ágapes, tanto más cuanto que el mismo día en que se verificaron publicóse el parte oficial de los médicos que asistían al monarca, diciendo que éste se hallaba fuera de peligro. Los príncipes de Gales recorrieron muchas de aquellas tiendas, siendo en todas ellas aclamados con entusiasmo. El grabado que publicamos en la página 494 reproduce uno de esos banquetes, el que se celebró en Marylebone, y da perfecta idea de lo que debieron ser y del pintoresco espectáculo que ofrecieron.

***

Lord Arturo Balfour. – El sucesor de lord Salisbury en las funciones de primer ministro de Inglaterra es su propio sobrino, lord Arturo Balfour, primer lord de la tesorería y *leader* del partido ministerial en la Cámara de los Comunes. Nació en 25 de julio de 1848 y forma parte del Parlamento desde 1874. Entró en el Ministerio de Negocios Extranjeros como secretario de lord Salisbury, durante el período difícil de 1878 á 1880, época en que se negociaba el tratado de Berlín. Fué ministro por primera vez en 1886, como secretario para Escocia, puesto que desempeñó hasta mayo de 1887, y en noviembre se le nombró secretario de Estado para Irlanda. En 1898, durante la enfermedad del primer ministro, encargóse de la dirección de los negocios extranjeros, demostrando en aquella ocasión las dotes de tacto y de habilidad á que debe su nombradía. No sólo como político, sino además como gran orador, como filósofo y como erudito, se ha distinguido el actual primer ministro inglés, y su obra reciente *Los fundamentos de la fe*, traducida ya á varios idiomas, ha sido uno de los libros de filosofía religiosa que más han llamado la atención en estos últimos tiempos. En cuanto á la política que adoptará lord Balfour, es opinión general en Inglaterra que no variará esencialmente la orientación seguida por su antecesor.



LORD ARTURO BALFOUR, nuevo primer ministro de Inglaterra

Pedestal y estatua del monumento á Cecilio Rhodes. – El pueblo inglés, ó por lo menos una parte muy importante del mismo, ha hecho de Cecilio Rhodes un ídolo y un héroe. No discutiremos la mayor ó menor razón de los que en tan alta estima tienen al causante de una de las más injustas guerras que los anales de la historia registran; pero sí debemos decir que después de su muerte, más que durante su vida, se ha podido apreciar que en medio de sus errores; de sus ambiciones, de sus egoísmos y si se quiere de sus crueldades, el llamado Napoleón del Cabo supo inspirarse siempre en una idea levantada, el engrandecimiento de su patria, el predominio de Inglaterra en el Africa del Sur. En aquellas lejanas regiones está enterrado Rhodes, y sobre su tumba, situada en la cumbre de Matoppo Hills, se ha de erigir un monumento que perpetúe su memoria. El pedestal que ha de servir para este monumento había sido encargado por Cecilio Rhodes para el que proyectaba erigir al mayor Wilson, y está modelado por John Tweed, autor también de la estatua que sobre aquél ha de alzarse.





PEDESTAL Y ESTATUA DEL MONUMENTO QUE SE HA DE ERIGIR Á CECILIO RHODES EN MATOPPO HILLS

***

Venecia. Derrumbamiento del campanile de San Marcos. – El *campanile* de San Marcos, que se derrumbó á las nueve y media de la mañana del día 14 de los corrientes, era uno de los más interesantes monumentos de Venecia; sus cimientos databan de fines del siglo IX y hasta 1150 su altura no era más que la mitad de la que tuvo después; habiendo quedado terminado, en la forma que últimamente tenía, en 1510. Al pie de la torre estaba la famosa *logetta* de Sansovino, edificio de elegancia suntuosa y de una riqueza de tonos admirable, abierto sobre una terraza baja rodeada de una balaustrada, con preciosos bajos relieves en mármol y las estatuas en bronce de Palas, Mercurio, Apolo y la Paz. Esta joya artística ha quedado también destruída, y milagro ha sido que al venir abajo el campanile no haya ocasionado inmensos daños á la portada de la iglesia de San Marcos, de la que sólo le separaba una distancia de diez metros.

***

La violeta, cuadro de G. Schrodter. – A pesar del realismo hoy imperante, la alegoría y el símbolo no han muerto; lo que han hecho ha sido sufrir una transformación radical. En nuestros tiempos sólo como excepción y casi únicamente en el género decorativo se producen las composiciones imaginativas que en otras épocas prevalecieron y en las que la idea aparecía expresada en formas puramente convencionales; los artistas modernos buscan la verdad, aun para los asuntos que menos á propósito parecen, y el símbolo, la alegoría se presentan ante nuestros ojos encarnados en personajes de carne y hueso, que entre nosotros y como nosotros viven. *La violeta* del notable pintor alemán Schrodter es una muestra excelente de este género: la flor que simboliza la modestia está perfectamente personificada por una bellísima joven, en cuyo rostro y en cuyo continente se reflejan las cualidades de la florecilla que se oculta á las miradas indiscretas, pero cuya fragancia la vende descubriendo su presencia por mucho que se esconda.

***

A orillas del mar, dibujo de J. Francés. – La medicina, la higiene y la moda de consuno han hecho de los baños una costumbre poco menos que universal, y ya no son únicamente las personas acomodadas las que á esta costumbre rinden culto, sino que hasta las clases más humildes hallan medio de satisfacer en verano la necesidad de poner sus cuerpos en remojo. Esto ha hecho que las playas se clasifiquen en aristocráticas y democráticas, según la concurrencia que las frecuenta; pudiendo asegurarse que en las primeras el baño es lo de menos, ya que á ellas va la gente, más que á otra cosa, á ver y á ser vista, á lucir trajes y adornos, y no pocos á pescar..., en el sentido figurado de la palabra. La linda joven que el distinguido artista madrileño J. Francés nos presenta en su dibujo no parece preocuparse gran cosa de la acción saludable del agua marina, ni siquiera de la belleza incomparable de la inmensa superficie azulada; su atención está fija en la tierra, donde tiene tendidos sus anzuelos, en los cuales no será difícil que se prenda algún pez, porque el cebo de su sonrisa graciosa, de su expresiva mirada, de su figura gallarda es de los que atraen irresistiblemente y se muerden con deleite.

***

En la terraza del balneario, dibujo de Angel Huertas. – Francamente confesamos que no comprendemos la manera de veranear de cierta gente: para nosotros el veraneo debería significar un período de descanso de las fatigas del trabajo ó de las preocupaciones y cuidados de la vida social activa de las grandes ciudades, y para ello nada más á propósito que un lugar tranquilo, ameno, apacible, en plena naturaleza, donde el ánimo se repose y el organismo recobre el vigor perdido, respirando á plenos pulmones el aire embalsamado del bosque ó las salobres emanaciones del mar. Hacer lo que los protagonistas del dibujo de Huertas, dejar la capital para proseguir, corregida y aumentada, la existencia que en aquélla llevaran, pendientes de las exigencias de la moda, mudando á cada hora de traje, pensando en la función de hoy, en el baile de mañana, haciendo vida de casino, acostándose con el alba y levantándose á medio día, será todo lo *smart* que se quiera, pero maldito lo que con ello ganan el alma y el cuerpo y maldito lo que tiene todo esto de común con el veraneo en la buena acepción del vocablo.

***

La Primavera poniendo en fuga al Invierno, pintura mural de Enrique Lefler. – Recientemente se ha inaugurado en Viena una cervecería en cuya decoración han intervenido notabilísimos pintores. Entre las varias pinturas murales que en ella se admiran figura la bellísima composición que en la última página reproducimos y que es una alegoría del triunfo de la Primavera sobre el Invierno, muy bien concebida y ejecutada con una corrección y elegancia admirables.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – TURÍN. – Con el producto de algunas veladas artísticas celebradas en el Teatro Regio de Turín por los artistas torineses, se ha constituído un capital cuyos réditos importan cada cuatro años la suma de 5.000 liras, que ha de ser entregada á la mejor obra de escultura ó de pintura que concurra á las exposiciones cuadrienales que en aquella ciudad se verifican. Este año ha sido concedido dicho premio por unanimidad al escultor David Calandra, autor del hermoso monumento al príncipe Amadeo de Saboya que reprodujimos en el número 1.068 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

***

Teatros. – *París.* – Se ha estrenado con buen éxito: en la Comedia Francesa *Le Passé*, comedia en cuatro actos de G. de Porto Riche.

***

Necrología. – Han fallecido:

Guillermo Engelhard, decano de los escultores alemanes, discípulo de Thorwaldsen y Schwanthaler, ex profesor de la Escuela Superior Técnica de Hannóver.

Hervé Augusto Faye, célebre astrónomo francés, presidente permanente de la Comisión internacional de geodesia, decano de la Academia de Ciencias de París.

Alejandro de Reinholdt, notable literato ruso.

Hermán Schiller, notable pedagogo é historiógrafo alemán, autor de importantes obras históricas, sobre todo de la antigüedad romana.

Augusta Schmidt, una de las más ilustres propagadoras del movimiento femenino en Alemania, fundadora de la «Asociación para la ilustración de la mujer,» de Leipzig, presidenta de la «Federación alemana femenina»

EL FILÓN

NOVELA ORIGINAL DE M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.—ILUSTRACIONES DE S. AZPIAZU

(CONCLUSIÓN)

Quedó Alfonso silencioso durante breves momentos, como si contemplara aquellas figuras simbólicas, y después continuó:

– Y allí, en el corazón de la tierra, golpeaba entonces, furioso, desesperado, y saltaban las chispas del acero al cochar contra el terruño, como del rayo de mis ojos hubiera yo querido que saltase fuego para abrasar á la tierra que me repelía... ¡Y entonces lo conseguí!.. Lo conseguí porque la fe, porque la perseverancia no me abandonaron. ¡Era el filón! ¡El manantial inagotable! ¡La espada vencedora que al fin podría ser esgrimida para destruir de un solo golpe la calumnia, la envidia, la indiferencia! ¡Para destruir los desalientos y las desconfianzas! ¡Para destruirlo todo! ¡Era el filón! ¡Era la verdad! ¡Allí estaba! ¡Y después, la fortuna, el poderío!.. ¡Y mi honra, padre! ¡La honra de tu hijo, que quedó incólume y subió alto, muy alto, cuando iba á morir sepultada en la última, en la más honda capa de la tierra!



... las apoyó juntas en el muro, subió lentamente por una y se asomó á la huerta del *Limón*

Fueron sus últimas frases secas, desgarradas, como crujir de tronco que el rayo hiende por en medio. Al decirlas, cayó en los brazos de su padre como sin vida. Le acogió el viejo sin decir nada entonces; ni una palabra, ni un ademán, ni un suspiro. Todo, hasta la misma demostración de su sentimiento, de su entusiasmo, le hubiera parecido una impiedad en aquel instante; la naturaleza pareció callar también todos sus misteriosos ruidos ante aquel grupo hermoso, representación de la vida; las flores inclinábanse en sus tallos como diminutos, misteriosos seres, ávidos de oir aún en boca del hombre aquel himno ardiente al trabajo, Dios grande que le redime; las brisas parecieron oir también, calladas entre las frondas, aquel canto singular, nunca oído; hasta las aguas del pilar borbotaron y deslizábanse por el diminuto canalillo con recogimiento singular para no interrumpir el solemne reposo de aquellas dos almas que se fundían; la luna, en la inmensidad silenciosa, apagando con su brillo el de los otros mundos más lejanos, vertía su luz sobre la tierra como una bendición santa, y los montes, los arroyos, los árboles, la naturaleza, en fin, parecían doblar la frente alabando á Dios con esas mil plegarias misteriosas del silencio.

XII

– ¡Ea ¡No hay que sufrir por lo pasado, exclamó al fin el viejo calmosamente. ¿Será preciso inspirarte valor ahora?

– No, padre, no, contestó Alfonso como si saliera de un sueño penosísimo; tienes razón, ya pasó todo.

– Bien; hablaremos de este asunto aún; puedes suponer que no voy á satisfacerme tan pronto... ¡Ea! Ahora á cenar y luego á dormir; estarás muy cansado... Mañana te enseñaré la huerta; verás qué flores, y mira, añadió de pronto con mucha naturalidad; ahora que me acuerdo, te haré una pregunta... Es cosa de mucha importancia, no creas.

– Me pones en cuidado. ¿Qué es ello?

– No es tampoco para alarmarse; pero oye: en tu historia entrecogí algunas palabras... Una peregrina visión, como otro imposible, iba deslizándose ó escondiéndose delante de ti en los rincones y las encrucijadas, como el genio misterioso de las minas.

– ¡Oh, padre!, murmuró Alfonso confundido.

– ¿Hay, pues, en el mundo una mujer que es para ti tanto como la vida, cuando en trances tan supremos piensas en ella?

– No te engaño, es verdad, contestó Alfonso apenadamente.

– ¿Por qué esa pena? ¿Tanto la amas?

– No sé decírtelo; pero el triunfo, la misma vida, todo es inútil para mí sin ella... ¡Y ella!..

– ¿Qué vas á decir, muchacho? ¿Que ella no te quiere? No seas tonto. A un hombre como tú le quiere todo el mundo.

Y el viejo se echó á reir, pensando en la singular coincidencia que le hacía tener en sus redes á los dos más bellos tórtolos que cantaran amor en el mundo.

El *gran hombre* decía reflexivo:

– Tengo mis dudas; no todos han de pensar de mí como tú, padre... Se trata de un espíritu superior; bajo una apariencia frívola, hay allí un carácter pensador y fuerte...

Y el viejo, mirando con disimulo hacia la tapia, murmuró aludiendo á Matilde:

– ¡Ya verás!.. ¡Ya verás, muñequita!

Alfonso continuaba:

– Pero hay algo que me atormenta, padre; orgullosa de su nacimiento, no es lógico que quiera unir su destino al mío. No sabes hasta qué punto la absorbe esa estúpida preocupación de las razas...

– ¡Dímelo tú á mí!, exclamó el viejo ingenuamente.

– ¿Qué dices?, preguntó Alfonso admirado.

– Nada, nada, continúa, repuso el viejo con fingida impasibilidad, disimulando así su indiscreción.

– Sin embargo, prosiguió Alfonso absorbiéndose otra vez en su pensamiento, creí entrever al despedirme de ella una concesión tácita; la vi llorar, y me lo dijo besando unas flores que yo acababa de darle...

– Sí, el ramito de violetas, exclamó el viejo sin poder contenerse.

– Pero, padre, ¿qué dices?

Le miró aturdido, de un modo tan cómico, que hubiese hecho reir á cualquiera en aquel momento. Pero el tío Claudio, sin ganas de reir, renegando interiormente de sus indiscreciones, añadió con mucha candidez:

– Bueno, sigue..., anda.

– ¡Pero es que fué un ramo de violetas lo que le di!

– ¡Ah..., conque fueron violetas! «¡Válgame Dios, qué apuro!»

El viejecillo salió de él añadiendo admirativamente:

– ¡Para que veas, hombre; para que veas lo que es la experiencia de un viejo! Hasta adiviné la clase de flores que le diste... Vamos, anda... ¿Qué te dijo?

Le pareció al *gran hombre* que la experiencia de su padre era ya mucha; pero sin fijarse más en este detalle, exclamó melancólicamente:

– ¡Me parece oirla! «Tenga usted fe; vencedor ó vencido, le espera un alma honrada, con alegrías para sus alegrías; con lágrimas sinceras, de pesadumbre, para sus pesadumbres.»

El tío Claudio pensó al oir lo que antecede:

«¡Digo, supo engancharmelo bien, la muy gitana!»

– En medio de mis triunfos, prosiguió Alfonso entregado á sus recuerdos, contigo iba ella en mi corazón y en mi memoria. No me atrevía á escribirla algunas veces... No pude otras, en el mortal conflicto en que vivía... La busqué ansioso al regresar á Madrid y no pude verla; me recibió su tutor; creí morirme cuando me dijo que estaba ausente... Aunque le vi vacilar, no quiso decirme su residencia. ¡Ella se lo encargó, es seguro!.. Inútilmente he buscado... ¡Ya ves, padre! Si al despedirnos pude abrigar alguna esperanza, lo que es á mi regreso no puede estar peor el asunto... No, no me es posible vivir en esta incertidumbre. Me aguardabas y he venido; pero eres bueno y me dejarás partir otra vez, me dejarás ir en su busca, añadió exaltadamente; me dejarás cumplir mi gloria, ¡padre!, buscando ese otro filón más bello y más rico que ninguno... Agua cristalina, de la que mi corazón sediento quiere beber, para no vivir ahogándose.

— ¡Muy bonito!, exclamó el tío Claudio en el tono que usaba para hacer rabiar á Matilde. Esto es lo malo que tienen los grandes hombres, señor; en enamorándose, son unos simples como todos los demás.

— Sí, sí, padre, ya lo sé... Pero me dejarás ir, ¿no es cierto?

— ¡Calma, hombre, ten calma..., que ya parecerá *tu marquesa!*

— ¿Qué dices?, clamó el pobre ardientemente. Repítelo... ¡Habla por Dios! ¿Por qué has dicho *mi marquesa?..* ¿Por qué lo has dicho en ese tono?

— Pero ¿dónde vas á parar, muchacho? Dije tu marquesa porque es lo menos que tú te mereces. Lo que es por mí, ni con una reina tendrías bastante.

Alfonso quedó abatido; el viejo proseguía animándole:

— ¡Ea, á cenar ahora, y á descansar seguidamente! Mira, antes que te duermas iré á darte un ratito de compañía como en otros tiempos.

— Sí..., sí, dijo el *gran hombre* resignándose.

Se dieron otro abrazo. El joven alejábase.

— Y no te apures, añadió el tío Claudio socarronamente.

— ¡Pero me admiras, padre!, gritó Alfonso deteniéndose como sobrecogido.

— ¡Silencio!

— Pero ¿qué pasa? ¿Quieres explicármelo, por Dios?

Y volvía otra vez hacia su padre.

— ¡Silencio... y á la camita en cuanto cenes!, contestó el tío Claudio en un tonillo que intrigaba al *gran hombre* de un modo profundo.

— Bien, hasta luego.

Y alejábase otra vez resignadamente.

— Tardaré poco; mientras doy algunas órdenes nada más.

Y prosiguió en seguida alzando la voz, porque Alfonso estaba ya algo distante.

— En tu cuarto hallarás una cosa de muy dulces recuerdos.

— ¿De dulces recuerdos?, repitió Alfonso como si tratase de adivinar y deteniéndose nuevamente.

— ¡Tu Stradivarius! ¡El regalo de la pobrecita que murió!

— ¡Ah..., voy..., voy!, gritó Alfonso conmovido.

Y avanzó apresuradamente hacia la casa. El tío Claudio le habló aún.

— ¿Te acuerdas del vals de la vida?

Y se oyó lejana la voz de Alfonso, dejando en el silencio de la noche un eco dulce, de suspiro.

— Me lo enseñó mi madre... ¿Quieres que lo haya olvidado? ¡Ya verás! ¡Ya verás!

Necesitaba el viejo quedarse solo para reflexionar bien en aquel asunto magno en que se había metido; no era de cualquier cosa, era de la felicidad de Alfonso de lo que se trataba. Sin creer en augurios, aquella coincidencia que había reunido allí á la muñequita feudal y al *gran hombre,* teníale encantado; por lo pronto, lo primero que pensó, no menos feliz, fué que el *gran hombre* correspondía al amor de Matilde noble y lealmente, como era de esperar por su índole caballerosa, y por merecerlo ella. ¿Eran dignos el uno del otro? ¿Serían felices?.. El tío Claudio no estaba intranquilo. Bajo el exterior de aquella joven ligera y bulliciosa, sabíalo él demás, había un alma fuerte y pura. ¡Ah, su hijo la conocía bien!

Las preocupaciones de Matilde, referentes al nacimiento, le inquietaban un poco; pero concebía cierta esperanza pensando que Matilde no pasó junto á él algunos meses inútilmente; llevó muy duras lecciones; y el carácter de la muñequita no era de los que dejan pasar las lecciones sin aprovecharlas. Inspirábale desde luego bastante tranquilidad la lección última, cuyos resultados iba á saber muy pronto, puesto que su hijo estaba ya en el *Limón.* ¿Qué diría Matilde cuando supiera que el hombre de su amor, el genial, el fuerte, el alma generosa, el *gran hombre,* en fin, admiración de su época, era el hijo del tío Claudio? Comparó la figura monstruosa de *Troncho,* envuelto en su ridícula indumentaria, con el tipo noble de Alfonso, su belleza varonil, sus ademanes llenos de gracia y distinción, y gozaba como un niño al pensar en el efecto que la estupenda nueva iba á producir á la odiosa muñequita.

Paseábase absorto en sus reflexiones. Bien, pero ¿cómo dispondría las cosas para el primer encuentro? Era importantísimo prepararlo bien; que pareciese todo muy natural. Era la prueba grande y única á que el amor de Matilde iba á ser sometido.

Detúvose en esto junto al macizo de claveles; se acordó entonces de las trampas. Si hubiera dado un paso más, cae. Para evitar este peligro sentóse en un banco. Pensó en los claveles... ¿Quién sería el ladrón? Estaría bueno que se presentara aquella noche.

La noche era hermosísima; un vientecillo húmedo, saturado de perfumes, henchía los pulmones del viejo, alegrándole y rejuveneciéndole. Sonreíase de su fortuna; confiaba siempre en Dios.

Cerró los ojos un momento y pensó en su mujer; las figuras de Matilde y Alfonso uniéronse á ella en su cerebro, girando allí como chispitas brillantes.

«¡Qué noche!, pensó profundamente conmovido. Llegan hasta mi corazón, fortificándole, estas brisas balsámicas de nardos y claveles; induce á los pensamientos graves esa inmensidad silenciosa poblada de mundos... Esa luz de la luna, ¡de eterno misterio!.. El ruiseñor canta.»

— ¡Oh, sierra, sierra cordobesa mía!, dijo, descubriéndose y mirando al cielo con inefable quietud. A estas horas, y en tus solitarias cumbres, es cuando mejor se comprende la grandiosa comunidad de Dios con el hombre.

Y en el silencio misterioso, los ruidillos del agua borbotando del pilar, parecieron decir suavemente una vez y otra: «¡Amén! ¡Amén! ¡Amén!»

XIII

A la hora en que se pronunciaron estos *amenes,* soltó Matilde la pluma; acababa de escribir una carta, era para su tutor, contestando á otra que había recibido aquella tarde. Cogió después la carta del tutor; le interesaría mucho uno de sus párrafos, porque lo leyó y releyó algunas veces aún... Guardó al fin la carta, sonriéndose... ¡Ah, bien haya el tutor cuyo pupilo, sea mujer ú hombre, sonríe al leer una carta suya, guardándola luego con solicitud! No lo dudéis: ese tutor es un hombre de bien.

¿Qué hora sería?, miró el reloj; las diez. Las diez de la noche en el corazón de la sierra, es una hora que no se concibe; nadie la conoce; á esa hora el mundo duerme... En *Marrubiales* á lo menos, dormían todos, á excepción de Matilde.

Abrió una puertecita del fondo del comedor, y descendiendo dos ó tres peldaños, hallóse en la huerta. Anduvo hacia la tapia famosa, y conforme iba aproximándose, su paso se hizo más sigiloso. Tendidas al pie de la tapia, había dos pequeñas escaleras de mano; las apoyó juntas en el muro, subió lentamente por una y se asomó á la huerta de el *Limón* despacito, con gran cuidado... «Qué, ¿me venderás tú?,» pensó, mirando á la luna; y la gran cara de madrota complaciente, sonreíale sin hablar. Si la luna la vendía, ¡bueno lo iba á hacer entonces! Subió otro peldaño y detúvose, para observar... ¡Si no hubiese tenido que escribir aquella noche! Si se hubiese asomado antes, ¡cuántas cosas, gran Dios hubiera descubierto!

No vió á nadie. El banco donde el viejecito estaba aún, no se distinguía, medio oculto por una pared de enredaderas, que daban sombra y frescura á este sitio.

Quedó un momento como indecisa; inclinóse después, de pronto; cogió la otra escalera, y pasándola al *Limón,* sin el más ligero roce en el caballete, sin el menor ruido, la apoyó bien sobre la tapia, encontrándose, hecho esto, en el minuto verdaderamente peligroso de tener que pasar ella asimismo. ¡Qué apuro! Latíale el corazón con rapidez; en aquel momento sentía una inquietud regular, como si de veras fuese á cometer un robo. Salió al fin del empeño con menos trabajo del que hubiera podido pensarse. ¡Ah, muñequita! Conocíase bien; no era la vez única que había pasado aquel Rubicón. No se había sentido ni el roce siquiera de la falda.

Descendiendo por la escalerita, entregábase á reflexiones muy graves, temblando y sonriente; gozando con anticipación del mal humor del viejo al otro día, y temerosa de que la sorprendieran. No sabía explicárselo aún, pero llegó á tomar verdadero cariño al tío Claudio, ¡aquel viejecito de arranques tan feroces... y de corazón tan bondadoso!.. Le divertía hacerle rabiar como se les hace rabiar á los niños: para colmarles después de caricias. Sí, aquella noche, se los llevaba también y serían los más hermosos; los había visto perfectamente por la tarde. Acabó de bajar y anduvo con gran cuidado el trecho que la separaba de los claveles... Pero al otro día, muy tempranito, cuando estuviera el viejo con el sofoquín, le mandaría los tulipanes, todos aquellos tulipanes que á él tanto le gustaban, y un billete muy perfumado, diciéndole: *Obsequio á su mortal enemigo.* Y la firma: *La ladrona de sus claveles.*

Le faltó poco para soltar la risa, pensando en la escena; pero contúvose á tiempo. Se había detenido junto al macizo, en la espesa sombra formada por unos árboles. ¡Ah, muñequita feudal! Ella no sabía que un momento de descuido puede perder al batallador más famoso. «¡Ea! ¡Manos á la obra! Dió un paso... Dió otro paso... En el silencio augusto de la noche, únicamente sentíase el ruidillo del agua, borbotando del pilar... ¿Estaría diciendo amenes todavía? ¿Estaría tal vez aconsejando á la incauta que retrocediera?

Dió otro paso... ¡Cielos! La punta del menudo piececito, tocaba ya una horrible trampa de aquellas... Pero quedó inmóvil, extática, con una palidez de muerte. Había llenado los aires de pronto un raudal divino de notas. Eran las notas de un violín... No, no fué la seguridad, la maestría de la mano que arrancaba aquellas notas, lo que la dejó paralizada como muerta, trastornando en un segundo todas sus facultades; fué la música. ¡Era *el vals de la vida!* ¡Dios poderoso! ¿Había enloquecido de repente? ¿Qué le pasaba? ¡Era el vals, sí, aquel vals tocado por Alfonso en otra ocasión; aquel vals compuesto por una madre para su hijo, que solamente su hijo lo sabía, que su hijo solamente lo tocaba! Pero ¿no era un delirio aquello? Quedó transpuesta, sin respirar, con las manos en el corazón... Sí, era el vals, no dudaba... ¡Ay!.. Pero ¿quién podía tocar allí, en la casa del tío Claudio, con tanta precisión y ternura?.. ¿Y quién podría tocar aquel vals, escrito por una santa mujer ya muerta y sólo conocido por Alfonso, que estaba cumpliendo entonces su gran misión redentora, de trabajo, en cualquier parte, la más lejana tal vez del mundo?.. ¡Oh, Alfonso, Alfonso!.. Pero ¿qué zozobras eran aquellas?.. ¿Qué presentimientos los de su alma?.. Y el vals seguía mágico, sugestivo, enloquecedor, imponente de tanta hermosura, más imponente y más bello en la quietud santa de la noche. Las notas llenaban el espacio, sollozantes, risueñas, como ansias sin realizar, como gritos ardientes de amor á la vida y al mundo... ¡Oh, mujeres! Aquel vals fué primero el himno lanzado por una mujer joven que expiraba, y después de muerta, la madre saliendo de su tumba para llorar de amor junto al hijo adoradísimo... El vals seguía... seguía... Pero de pronto se oyó un grito inmenso; la música cesó súbitamente, como copa finísima que se quiebra; el tío Claudio empezó á dar voces; dentro de la casa oyéronse voces también; el jardinero abrió su ventana para disparar desde ella; fué una confusión espantosa. Alfonso, desde un balcón, llamaba á su padre, alarmado. «¡El ladrón! ¡El ladrón! — decía el viejo, — ¡ya ha caído!..» Corría todo el mundo... Agustín se presentó con una espada formidable; *Troncho,* con un tranco como un demonio... El *gran hombre,* lanzóse también á la huerta... Y en aquel concertante singularísimo, se destacaba la voz llorosa de la muñequita feudal, pidiendo clemencia al caballero del *Limón.* ¡Ay, sí! La pobre muñequita, que al primer movimiento que hizo cayó, porque era inevitable, en la emboscada que el viejo había preparado al ladrón de sus claveles.

— ¡Tío Claudio! ¡Tío Claudio!

Y la muñequita feudal gemía desolada.

¿Qué era aquello? ¿Quién nombraba al tío Claudio?

Se aproximó el viejo cautelosamente al macizo, y soltó una risa estrepitosa. ¡Había conocido al ladrón!

— ¡Tío Claudio, decía ella, que no lo haré más! ¡Sáqueme usted de aquí! ¡Sáqueme usted, por Dios!

— ¡Conque era usted! Digo... ¡Y la carita mansa que ponía esta tarde hablando de mis pobres claveles! ¡Ah, pérfida!

— ¡No, no soy pérfida, tío Claudio!, clamaba la culpable en tonillo mimoso y doliente. ¡No soy pérfida! ¡No le dije á usted la verdad cuando le hablaba de mí! ¡Era todo broma, como esto de robarle los claveles! ¡Yo no duermo tanto!.. ¡Ni paseo tanto!.. ¡Ni estoy en el tocador tanto!.. ¡Ni hablo tan mal de nadie!.. ¡Yo trabajo mucho en mis labores!.. ¡Yo estudio mucho! ¡Yo hablo mucho de cosas útiles con mi tutor, el otro viejecito bueno!.. Me gusta más eso que todo lo que le dije. ¡Ay, tío Claudio de mi alma! ¡Pero por Dios, sáqueme usted de aquí, que si yo venía en broma por sus claveles, ya era la última vez, y mañana muy tempranito iba á descubrirme yo misma y á mandar á usted todos, todos mis tulipanes ¡Ay, tío Claudio! ¡Tío Claudio! ¡Sáqueme usted de aquí!

— La saco á usted, pero con una condición... ¿Se casará usted con mi hijo?

— ¡Oh, eso nunca!, exclamó la muñequita feudal horrorizada.

— Pero ¿qué ocurre aquí? ¿Qué es esto?, decía Alfonso llegando apresuradamente.

— ¡Alfonso!, gritó Matilde (le reconoció al instante). ¡Dios..., Dios mío!, ¿qué pasa aquí esta noche?

Fué ésta una exclamación inmensa: el asombro y la alegría estuvieron á punto de volverla loca.

¡Divinos cielos!.. ¡Y sin que la sacasen de allí! ¿Qué iba á pensar el *gran hombre?..* Pero el *gran hombre,* ¿qué hacía en la huerta del *Limón?* ¡Ay, sí!.. ¡Enloquecía! Figuraos por otra parte lo que pasó por Alfonso al conocer á Matilde, la criatura adorada á quien tan lejos y tan oculta creía.

— ¡Matilde!.. ¡Matilde!

Y estrechaba las manos que ella le abandonó inconscientemente, con un feliz aniquilamiento de todas sus facultades.

– Pero ¿qué hace usted aquí, Matilde?

– Cállate, dijo el tío Claudio de repente.

Alfonso detúvose mudo de sorpresa; y el viejo, hablando entonces á la muñequita feudal, añadió riendo con pavorosa perfidia:

– ¿Se casará usted con mi hijo?

«¡Pero padre!,» iba á gritar Alfonso.

¡Ay!, no pudo; le impidió el habla y aun el aliento la respuesta de Matilde.

– ¡Horror! ¡Nunca!, había gritado prontamente la triste damita de *Marrubiales*.

¡De buena cosa le iban á hablar! ¡Y estando allí él!.. ¡Su adorado Alfonso! ¡Era feroz aquel viejecillo! Pero Alfonso, el ingrato, salió entonces con un discurso que fué la última y más desacompasada nota.

– Señorita, dijo ahogadamente, no sé qué causas han motivado aquí nuestro encuentro, por parte de usted; tampoco las pregunto; lo que no creí de gran necesidad, era que demostrase usted tan vivamente el horror que la inspiro... Y mucho menos... delante de mi padre.

– ¡Su padre!, repitió la Matilde medio loca. Pero ¿no oye usted esto, tío Claudio?

El tío Claudio reía..., reía delante de la muñequita feudal con toda su alma, como ella había reído por la tarde delante de Frasquito. El *gran hombre* los miraba á los dos anonadado, confuso, creyendo á su vez que se habían vuelto locos.

– ¡Mi hijo! ¡Sí! ¡Mi hijo!, exclamó al fin el viejo en voz triunfante. ¡Oh, qué desquite!

– ¡Alfonso hijo de usted! Pero... ¿y *Troncho*?

Y el terrible *Troncho*, que había estado absorto en la contemplación de la escena, adelantó hasta Matilde, sin encomendarse á Dios ni al diablo, en una mano la tranca y la otra mano en el pecho, y dijo ufanamente:

– *Pa servila;* en la cuadra, *to* lo que sea *menesté*.

– ¡Fuera de este sitio!, le gritó el tío Claudio. ¡Llévatelo, Agustín!

Salieron. Matilde había inclinado la cabeza. Alfonso quiso hablar...

– ¡Cállate!, volvió á decirle el viejecito cómicamente, poniéndose un dedo en la boca.

Y sin reir ya, muy serio, como nunca le había visto Matilde, añadió dirigiéndose á ella:

– A ese que va ahí, que es mi mozo de cuadra, se lo hice pasar á usted por mi hijo..., ¡por mi Alfonso!.., ya ve usted qué herejía. Pero fué una lección que se impuso..., que no tenía usted más remedio que recibir... ¡Usted lo creyó sin dificultad! Lo creyó por la idea que tienen ustedes, los del linaje *glorioso*, de que los hijos de un pobre diablo como yo – y valga el ejemplo – no pueden ser otra cosa que pobres diablos, ordinariotes..., vulgarísimos. Con toda intención le hice vestir de manera tan ridícula, para asegurarme en mi creencia con ese dato más, tan elocuente. ¡No le extrañó á usted que fuera mi hijo un jayán, idiota, vestido de payaso!.. Hablándome usted de la distinción, del talento de este Alfonso que tiene usted delante, decía que eso era propio, aunque yo lo pusiese en duda, de las razas privilegiadas. Y yo reía amargamente; porque sé muy bien que la distinción, el talento, no lo da el haber nacido de estos ó los otros padres, que lo da Dios. ¡Ya ve usted, señora marquesa, lo que es mi hijo!.. Acuérdese usted, en cambio, sin ceguedad, con mucha sangre fría, de los miles de hijos de casas grandes que están en el mundo para risa y ludibrio de los humanos, por ser horribles, mucho más horribles, física... y aun moralmente, que mi pobre mozo de cuadra. Ya ve usted si la lección es profunda, acabó el tío Claudio con tono de gran bondad. ¿Servirá esta vez? Casi lo creo, pues esa linda cabecita está inclinándose más de lo justo, señora marquesa.

Alfonso no intentó hablar ahora, sumamente emocionado; su clara inteligencia concibió, por el discurso del viejo y por la actitud de Matilde, mucha parte de lo que entre los dos había ocurrido. Quería saberlo todo, pero guardó silencio profundo, esperando anhelante la respuesta de Matilde. El viejo esperaba también con la misma ansiedad.

Levantó al fin la cabeza; la luna iluminó entonces con vigor su cara de rasgos purísimos; sus ojos centelleaban misteriosamente bajo las sombras de sus pestañas. Sólo habló esto:

– ¡Conque era hijo de usted, tío Claudio!..

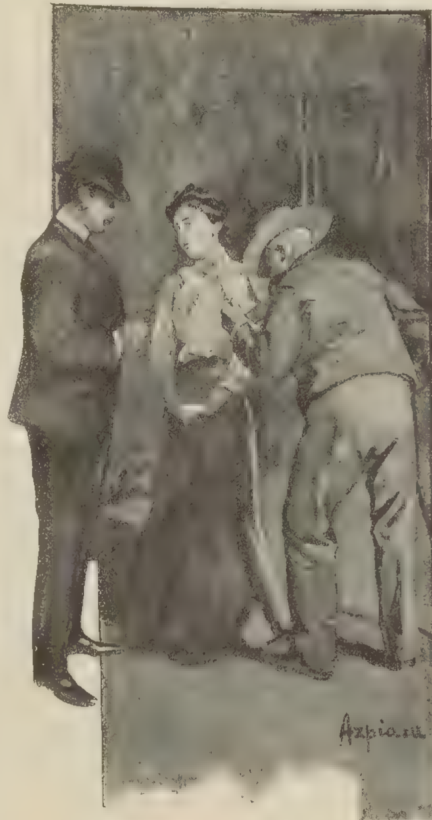
Quedó suspensa... ¿Qué más iría á decir? Los dos, el viejo y el joven, esperaron anhelantes. Ella añadió de pronto en una explosión tierna y alegre propia de niña:

– ¡Ay, tío Claudio, ya lo descubrí! ¡Ya sé por lo que le quería á usted tanto! ¡Por eso! ¡Porque era usted su padre!

El viejo no contestó; no pudo; le ahogaban las lágrimas. ¡La muñequita feudal vencía siempre!.. ¡Aun estando vencida!

Alfonso pudo respirar; el pecho iba á estallarle...

– Pero ¡por Cristo crucificado!, gritó de repente.



Pues la carta era de su tutor...

¡Saquémosla de aquí; esto es sumamente inicuo!

– ¡Ay, sí..., sí!, exclamó ella compungida.

– ¡Quieto!

Y el tío Claudio contuvo á su hijo, que se inclinaba para hacer la buena obra. Dirigiéndose á Matilde, le preguntó con una solemnidad que hacía reir:

– ¿Se casará usted con mi hijo?

Ella inclinó los ojos, respondiendo sumisamente:

– Sí, señor... Me casaré.

Alfonso escuchaba con nuevo estupor.

– No es bastante; ¿me suplica usted el consentimiento para que ese matrimonio se efectúe?

– ¡Pero, padre!, gritó Alfonso escandalizado.

– Mira, tú, á callar, dijo el viejo impasiblemente.

Y después repitió, dirigiéndose á Matilde:

– ¿Me lo suplica usted?

– ¡Sí, se lo suplico, respondió ella en voz temblorosa de rubor y alegría ¡Se lo imploro... de todo corazón, tío Claudio!

– ¡Oh, gracias, Matilde gracias!

Y Alfonso la miraba, llenos de lágrimas los ojos.

– ¡Qué te calles!, gritó impaciente.

Y después preguntó á Matilde:

– ¿Reconoce usted que la sangre es colorada en todo el mundo – ¡del color de la vergüenza! – y que un plebeyo puede levantarse y ennoblecerse por sus obras?

– ¿No he de reconocerlo, viejecito mío? Si lo dudase aún, el ejemplo de ustedes, ¿no me lo haría ver aunque yo no quisiera?

– ¡Bien muy bien! Pues ahora, diga usted conmigo, pero despacio, muy despacio..., para que yo lo entienda perfectamente: ¡Vi... va la li...ber...tad!..

– Eso no, padre, exclamó Alfonso con noble ímpetu. Hacerla decir viva la libertad teniéndola en prisiones, ¿no es una tiranía? Si ha de decirlo, que lo diga libre y con su voluntad independiente.

«¡Oh, Alfonso!, pensó la muñequita envolviéndole en una mirada inmensa de ternura; á pesar de todo, siempre diré que eres de raza de privilegiados.»

– Bien, había dicho el viejo; la dispensaré de esa condición. Le vale el padrino. ¡Alfonso, rompe sus cadenas!

En un segundo quedó la marquesita libre. Dió algunos pasos pareciéndole mentira.

– ¡Gracias á Dios!, dijo.

Cogió una mano de Alfonso, otra del viejecito, y añadió muy despacio, riendo, mirándoles, ora al uno, ya al otro, destellándole, en fin, vida y luz los ojos y el alma:

– Y ahora... *¡Vi...va la li...ber...tad!*

El viejo y el joven lanzaron una exclamación alegre, como dos chiquillos.

– Pero con una condición, añadió ella.

– ¡Condiciones!, exclamaron á la vez llenos de alarma.

– Una sola... La de ser siempre... vuestra prisionera.

¡Oh, felicidad! Respiraron los corazones.

En aquel momento, una duda cruel nubló la dicha de Alfonso: la manifestó al instante. ¿Y el tutor? ¿Acaso Matilde no le debía obediencia?

Matilde entonces, riéndose de su misma oportunidad, sacó una carta: era la de su tutor.

– Señor mío, decía en tanto, ¿tendrá usted vista suficiente para leer cierto parrafito á la luz de la luna?

– ¡Sí, sí!, contestó él ansioso.

Ella señaló el párrafo con un dedo. Alfonso leyó: «Si tienes esa suerte, yo moriré feliz...»

No pudo leer más. Le arrancó ella la carta con un gracioso movimiento. ¿Que de quién era aquella carta? ¿Que á quién se refería? Pues la carta era de su tutor, y en aquello de la suerte referíase á lo de poder casarse con Alfonso... ¿Qué creían el tío Claudio y su señor hijo? ¿Que el tutor no iba á ser cosultado... y no iba á dar el consentimiento?

Era ya mucho; el tío Claudio no pudo resistirlo, y abrazó llorando la adorable cabecita.

– Bien, hijos míos, exclamó. Tú, Alfonso, descubriste un filón riquísimo, que llevará caudales inmensos á muchas arcas y bienestar á muchas familias. Has descubierto otro filón en Matilde; el de su amor, que llena tu alma y llenará tu existencia... Pero ¡no lo olvidéis nunca, hijos! ¡La libertad! ¡El amor! ¡El trabajo! ¡Ese..., ese es el filón único! ¡El filón de donde brota la alegría de los hogares! ¡La paz y la fortuna de los pueblos!

XIV

Por haberles cogido en el primer sueño, sin duda, nada se pudo oir en la huerta de Matilde. Cuando la mujer del tutor fué enterada, hacíase cruces. Matilde la dejó en esta tarea para escribir al viejo amigo, que se presentó en *Marrubiales* á los tres días.

La boda se efectuó muy pronto: la luna de miel la pasaron en el *Limón* y *Marrubiales*. Las dos huertas se fundieron en una, como se habían fundido en uno los corazones de sus dueños. ¡Fuera tapias!

Cuando la gran duquesa tuvo noticia del *contubernio* aquel, rasgó sus vestiduras. «¡Triste destino el de Matilde!»

Del tío Claudio, ¿qué diré? Era completamente feliz con sus hijos, con sus claveles... y con *sus* tulipanes.

Al poco tiempo, cuando el *gran hombre* volvía á la dirección de las minas, viéronse en Madrid la gran duquesa y Matilde. La gran duquesa mostróse magnánima al oir decir á Matilde que ya no podría alternar como antes con sus antiguas relaciones.

– ¡Qué ocurrencia!.. La verdad, mucho has bajado con ese matrimonio desdichadísimo; pero no dejarán de tratarte por eso; no van á ser tan intransigentes.

– No, si no es porque he bajado, respondió Matilde con su risa sonora. Si es porque he subido. Dejé de ser marquesa y soy reina. ¡Reina de las minas!

A las minas se fué, y allí está como una reina de veras, con su Alfonso adoradísimo, que es su rey, y un infante tirano, pequeñín y rubio como una rosa besada por el sol.

FIN

CEREMONIA CELEBRADA EN PRETORIA

EN ACCIÓN DE GRACIAS POR LA PROCLAMACIÓN DE LA PAZ

En la plaza de la Iglesia de la que fué capital de la república transvaalense, celebróse el día 8 de junio último una imponente ceremonia, medio militar medio religiosa, en acción de gracias por la proclamación de la paz que ha puesto término á una lucha que tantas víctimas y tan inmensos perjuicios ha causado á los boers y á los ingleses.

En el centro de la plaza formaron 6.000 soldados pertenecientes á todas las armas; á las nueve de la mañana, las fuerzas estaban en su sitio, y poco después llegó lord Kitchener, que fué recibido por una guardia de honor del primer regimiento de guardias escoceses.

Delante de la Casa de gobierno habíase construído un tablado en donde se situaron coros de Pretoria y de Johannesburgo.

Inmediatamente después de su llegada, lord Kitchener entregó las insignias de la orden de la Cruz Roja á once enfermeras.

Hecho esto, comenzó el servicio religioso; el coro, situándose en el centro de la plaza entonó el canto «¡Adelante, soldados cristianos!,» que fué coreado con entusiasmo por las tropas allí presentes. Rezadas las preces por el obispo de Zululandia, el arzobispo de Cape Town pronunció un sermón, y luego se entonó el himno favorito de lord Kitchener «Más cerca de ti, Dios mío,» y el «¡Dios salve al rey!, que por primera vez cantaron unidos ingleses y boers. – X.



Ceremonia celebrada en Pretoria en acción de gracias por la proclamación de la paz

* * *

LOS ANIMALES QUE BAILAN

La alegría, el placer de vivir, la necesidad de hacer ejercicio, pueden á veces manifestarse en los animales, como en los hombres, por medio de danzas más ó menos regulares. Las aves son las más aficionadas á estos pasatiempos coreográficos. Hudson observó en la Plata que la rupícola ó gallo de las rocas tiene una sala de baile al aire libre, consistente en un terreno llano, musgoso, rodeado de matorrales y cuidadosamente purgado de piedras y de ramitas que podrían entorpecer las evoluciones del alado bailarín. Allí se reunen los pájaros en circunstancias que no han podido todavía ser elucidadas, y cuando la reunión está completa, un macho de plumaje y moño de color anaranjado fuerte se adelanta en el espacio libre del centro, y con las alas extendidas y la cola pendiente comienza una serie de movimientos parecidos á un minué. Poco á poco el bailarín se anima cada vez más y salta y gira sobre sí mismo del modo más extravagante, hasta que fatigado se retira y de actor se convierte en espectador, mientras uno de sus compañeros ocupa su puesto.

Algo análogo encontramos en el *tetras phasianellus*. En la América del Norte, dice Darwin, grandes grupos de aves se reunen en la época de la pollazón todas las mañanas en un sitio determinado, y corriendo describen círculos de 4'50 á 6 metros de diámetro, de manera que el suelo queda pelado como en los elfos. En estas «danzas de perdiz,» como dicen los cazadores, las aves adoptan las posturas más extrañas y corren circularmente unas hacia la derecha y otras hacia la izquierda.

M. Bigy-Wither ha referido un caso no menos curioso. Un día en que paseaba por los bosques del Brasil, llamó su atención el canto melodioso de un pájaro, hecho raro en aquellas comarcas; los indígenas que le acompañaban reconocieron en seguida la casta de músico de que se trataba, é invitaron á M. Bigy-Wither á que les siguiera, prometiéndole un espectáculo curioso. Después de haberse deslizado silenciosamente al través de las lianas, la caravana llegó á un claro en donde presenciaron una escena interesante. Sobre las piedras y las ramas de los matorrales estaban reunidos unos pequeños pájaros de plumaje azul con puntos encarnados, todos presa de una especie de baile de San Vito: mientras uno de ellos, el músico, permanecía inmóvil sobre una ramita lanzando al aire su canción más alegre, los bailarines seguían el compás con sus alas y sus patas, como si se «zarandearan,» y acompañaban el canto de su compañero con gorjeos en sordina. M. Bigy-Wither afirma que en presencia de aquel espectáculo podrá creerse uno delante de un baile con concierto en el que todos los asistentes se divertían en grande. Habría sido muy interesante ver cómo terminaba aquella fiesta; pero por desgracia los pájaros son de carácter muy tímido, y habiendo visto que les observaban emprendieron el vuelo en todas direcciones y no reaparecieron.

Ciertos rascones argentinos, y sobre todo el ypecaha, merecen ser también mencionados. El punto de reunión de estos pájaros es generalmente una isla rodeada de juncos en medio de un aguazal: uno de ellos, tomando la iniciativa, lanza al aire una especie de invitación, repetida tres veces, é inmediatamente se ve que los juncos se agitan y acuden á toda prisa los rascones. Cuando se han reunido quince ó veinte, comienzan un concierto de gritos ensordecedores, muy parecidos á voces humanas que expresaran dolor; á un grito prolongado y penetrante suceden notas más bajas, como si á la primera explosión de su voz el animal hubiese, por decirlo así, agotado sus fuerzas. Mientras lanzan estos gritos los ypecahas saltan en todas direcciones como acometidos de un ataque de locura, con las alas extendidas y vibrantes y el largo pico muy abierto y puesto en línea vertical. La representación dura tres ó cuatro minutos, transcurridos los cuales se disuelve pacíficamente.

Los jacanas, tan extraños á causa de sus alas en forma de espolón y de sus largos dedos, se entregan

también á un ejercicio del mismo género: reunidos en un grupo compacto y emitiendo notas cortas, agudas y repetidas, despliegan sus alas y danzan batiéndolas rápidamente ó imprimiéndoles un movimiento cadencioso y lento de arriba abajo.

Pero todo esto no es nada, comparado con el ejercicio único en su género del avefría de alas espolonadas. Su danza, así la han designado los mismos indígenas, requiere tres personajes, y les gusta de tal manera que se dedican á ella casi todo el año, sobre todo durante el día y las noches de luna. Macho y hembra viven aparejados en un espacio especialmente reservado para su uso; en un momento determinado se ve llegar otra avefría, que penetra en el domicilio conyugal como si fuera su propia casa. En vez de expulsarlo, como haría si se tratase de otro pájaro, la pareja la recibe con cantos de alegría y manifestaciones de satisfacción, y adelantándose al mismo tiempo hacia el visitante, los amos del nido se colocan detrás de él y los tres comienzan una marcha rápida, lanzando notas roncas y acompasadas con sus movimientos. El pájaro que va delante emite, á intervalos regulares, notas aisladas en un diapasón alto, mientras los dos que le siguen producen una especie de redoble de tambor. Cuando este singular desfile ha durado bastante, el forastero endereza las alas y se para, permaneciendo derecho é inmóvil y lanzando notas agudas; entonces los otros dos engrifan sus plumas y se alinean correctamente de frente. Para terminar la ceremonia, los tres bajan la cabeza hasta tocar el suelo con el pico y permanecen un momento en esta actitud y cantan muy bajito, produciendo sólo un ligero murmullo: es su manera de despedirse.

Un gran número de pájaros ejecutan danzas curiosas que, al revés de las anteriores, no tienen analogía alguna con las nuestras. Tal es el caso de un pinzón al que se da el nombre de oscilador: este pájaro describe volando una curva perfecta de unos veinte metros, y al llegar al extremo de su carrera se vuelve y pasa de nuevo por la línea imaginaria que antes ha trazado, repitiendo esta evolución varias veces, de modo que parece un péndulo que se balancea en el espacio suspendido de un hilo.

Los ibis de cara negra de Patagonia tienen unas costumbres más retozonas todavía. Por la tarde, después de la cena, se reunen en bandada para dirigirse al lugar en donde han de pasar la noche; pero antes de emprender el vuelo, parecen atacados de pronto de demencia, precipitándose simultáneamente contra el suelo con gran rapidez y haciendo resonar en los aires sus gritos roncos y metálicos que se oyen desde muy lejos. Diríase que van á reposar sobre la tierra, pero en el momento de tocar á ésta se remontan verticalmente para descender de nuevo un instante después.



EN LA TERRAZA DEL BALNEARIO, dibujo de Angel Huertas

Análogos ejemplos abundan entre los pájaros y han llamado la atención de todos los observadores. El príncipe heredero Rodolfo de Austria describe desde este punto de vista al milano. En la primavera, ó sea en la época del aparejamiento, es cuando se puede formar idea de la belleza de su vuelo: la pareja asciende por los aires hasta considerable altura describiendo círculos; de pronto uno de los dos, con las alas colgando, se deja caer hasta muy cerca de la superficie del agua, vuela horizontalmente trazando ziszás; muy pronto retrocede, sacúdese como el cernícalo y ejecuta movimientos extraños.

Brehm ha observado los mismos hechos en el busardo San Martín. Así como en tiempo ordinario sólo se ve volar á uno de los individuos aparejados, en la época de los amores se les ve volar á los dos juntos y tan cerca, á veces, uno de otro, que parecen querer ayudarse en la caza, describiendo á menudo en un mismo sitio círculos que se entrecruzan. De pronto, el macho sube casi verticalmente con la cabeza enderezada, vuela más de prisa de lo que hubiera podido creerse de él, da una voltereta, se deja caer con las alas medio recogidas, describe un círculo y se remonta de nuevo para volver á empezar. Esta ave puede continuar este juego durante muchos minutos, repitiéndolo diez ó doce veces en media hora. La hembra prueba de ejecutar ejercicios análogos, pero siempre los realiza con más moderación que el macho.

Idénticos hechos observamos en el goirán. Naumann dice que es muy divertido verle jugar, cuando hace buen tiempo, por encima de su nido: la pareja asciende por los aires describiendo grandes círculos sin batir las alas, y luego el macho se remonta á más altura que la hembra y vuelve á descender á su lado con las alas puestas casi verticalmente y agitándolas rápidamente con un movimiento especial, para subir de nuevo, volver á bajar y continuar este juego gracioso durante algunos cuartos de hora.

Citemos también al casuario macho, que danza delante de la hembra ejecutando fugas rápidas y vueltas de admirable agilidad; la cornejamacho, que saluda bailando á la hembra á quien hace la corte, y al cóndor que, extendiendo las alas y doblando violentamente el cuello hacia el suelo, da vueltas pausadamente sobre sí mismo como si bailase un vals lento.

En el número de las danzas pueden incluirse también, hasta cierto punto, los saltos que ejecutan tantos mamíferos, desde el perro alegre de ver á su amo, hasta las marsopas que juguetean en las olas en torno de las barcas pescadoras. – S.



La Primavera poniendo en fuga al Invierno, pintura mural de Enrique Lefler, para la Cervecería de las Casas Consistoriales de Viena

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 4 de agosto de 1902 — Núm. 1.075

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL ORÁCULO, cuadro de César Pattein



REVISTA HISPANO AMERICANA

América central: fomento de las obras públicas. – *El Salvador:* injusto fallo de un tribunal de arbitraje influído por los yanquis. – *República Argentina y Chile:* los pactos; proyectos de alianza y de conferencia diplomática. – El divorcio en la *República Argentina.* – Los pampas de Río Negro y la reina Bibiana. – Organización militar de América.

Los gobiernos de la América central no pierden de vista el preferente objeto de su política, que es procurar el acrecentamiento de la riqueza pública mediante el desarrollo de cultivos y de vías de comunicación.

Con el laudable propósito de favorecer á los propietarios de fincas rústicas, facilitándoles los recursos necesarios para dar mayor impulso á sus labores, se va á fundar en El Salvador un Banco Hipotecario con capital inicial de dos millones de pesos, bajo la garantía del Estado.

Se llevan á cabo con gran actividad las obras del ferrocarril de San Salvador á La Unión, cuyo contrato se ultimó en enero.

En la República de Guatemala la Asamblea legislativa ha aprobado también un contrato para la construcción y explotación del ferrocarril entre Coatepeque y Caballo Blanco.

Capitalistas yanquis prestan á Nicaragua tres millones de dólars que el gobierno necesita para fomentar las obras públicas.

Muy pronto debe terminarse el ferrocarril central que enlaza el puerto de Corinto con el lago de Nicaragua.

Asimismo, en este año quedará completa la línea férrea interoceánica que, en Costa Rica, une á Puerto Limón, en el Atlántico, con Puntarenas, en el Pacífico, obra de gran importancia, puesto que pone en comunicación directa los dos principales puertos de la República.

***

Los yanquis han dado un gran disgusto á los salvadoreños.

Hacia el año 1894 el gobierno de El Salvador concedió á una compañía el privilegio de trasbordar pasajeros y mercancías en el puerto del Triunfo. Un tal Burrel constituyó en San Francisco de California otra sociedad, «the Salvador Commercial Company,» que suscribió 500 acciones de la del Triunfo, con lo que el citado yanqui y un su hermano consiguieron dirigir, de acuerdo con otros compatriotas suyos, los asuntos de esta última empresa. Pero la dirección fué desastrosa, la compañía se arruinaba y hubo necesidad de declarar la quiebra.

Se procedió en todo con arreglo á lo que prevenían los estatutos de la sociedad y disponen las leyes del país. No obstante, los accionistas norteamericanos se propusieron hacer bueno para ellos el negocio á costa de los salvadoreños, y reclamaron, apoyados por su gobierno, que tuvo la osadía de pretender que las autoridades judiciales de El Salvador anularan sus propias decisiones, que se reconstituyera la empresa y que se diese á los reclamantes los cargos que en ella tenían. Como era natural, el gobierno de aquella República se opuso á tales exigencias; el de Wáshington pidió entonces 448.000 pesos oro para los suyos, no se avino tampoco El Salvador, y al fin se sometió la cuestión á un arbitraje.

Y en la actualidad los árbitros reunidos en Wáshington tienen á bien condenar á la República de El Salvador al pago de 523.000 pesos oro, con lo que Burrel y sus colegas hacen negocio redondo; bajo su administración se consumió la mayor parte del capital de la Compañía del Triunfo, se llevaron el vapor de ésta, impidiendo así que pudiera continuar el tráfico á que estaba obligada por la concesión y arrebatando ese importante activo á la sociedad en quiebra, y además van á embolsarse los 523.000 pesos.

Se comprende la afición de los yanquis á colocar su dinero en empresas en la América española; no se pierde nunca, porque en último término se obliga á que paguen los respectivos gobiernos, cuando son débiles.

Pero el mundo da muchas vueltas... Vayan, vayan comprometiendo allí capitales, que bien los necesitan esas Repúblicas. Día llegará en que alguien aproveche las lecciones que ahora dan los maestros del *business*.

El fuerte de hoy es el débil de mañana.

***

Persevera la tendencia pacífica afortunadamente iniciada en Chile y en la República Argentina. El presidente de la República chilena, en el mensaje que dirigió al Congreso con motivo de la apertura de las sesiones, declaraba que el objetivo único de la política exterior de su gobierno era mantener la paz sobre bases sólidas y duraderas. El conflicto con el gobierno de Buenos Aires se ha evitado; queda en pie el problema respecto al Perú y Bolivia, y se trata de resolverlo conforme á los tratados y con toda la diligencia posible, puesto que los aplazamientos habrían de perjudicar al progreso económico de los países interesados.

Como una empresa patriótica se estimó en el Senado de Chile la aprobación de los pactos convenidos con la República Argentina; era preciso – se dijo en la Cámara – anular todas las causas de discordia con ese pueblo hermano, del que Chile había permanecido distanciado con visible detrimento de su misma prosperidad, puesto que las desconfianzas ó los recelos impedían el desarrollo de relaciones comerciales entre ambas Repúblicas.

Por unanimidad fueron aprobados los pactos, y justo es decir que á ello contribuyó en gran parte un elocuente discurso del ministro Vergara Donoso, que recordó el noble proceder de los argentinos en los días de la guerra con el Perú y Bolivia. Empeñados los chilenos en esta contienda, las circunstancias habían sido entonces muy propicias á la República Argentina, que hubiera podido poner á Chile en el duro trance de ceder á todas sus exigencias.

Cuando el secretario del Senado dió cuenta de la aprobación unánime, se oyeron vivas á la República Argentina y á la alianza de los dos pueblos hermanos.

En Buenos Aires ha habido cierta oposición á los pactos, y la prensa ha publicado artículos en pro y en contra. En estos últimos se expresa desconfianza hacia Chile, República á la que algunos argentinos suponen «siempre dispuesta á faltar á la letra y espíritu de los tratados que ha hecho.» En el Senado la oposición se concretó principalmente á las cláusulas sobre neutralidad y sobre renuncia de expansión territorial, y á otras algún tanto ambiguas que en lo porvenir podrían acaso interpretarse de modo distinto y ocasionar desavenencias.

Pero así en la Argentina como en Chile se impone la necesidad de la concordia, y aun se habla ya de una alianza entre ambas Repúblicas. Más todavía: parece que hay en proyecto una conferencia diplomática, para dar solución al problema del Pacífico, con delegados de Chile, Perú, Bolivia y la Argentina.

Puestas de acuerdo las cuatro repúblicas, podrían fijar las bases de una cordial inteligencia, resolver de modo definitivo las cuestiones de límites y decidir cuanto conviniera á todas en punto á las relaciones comerciales entre ellas y con las demás potencias...

¡Qué gran pensamiento! Si se llevara á cabo con fortuna, motivo habría para decir que asomaba ya la aurora de los Estados Unidos de la América del Sur.

***

La cuestión del divorcio está en tela de juicio en la República Argentina. Presentó el proyecto el diputado Olivera. La pretendida reforma ha hecho mayor impresión en el elemento femenino que en el sexo feo.

Las damas argentinas han celebrado varias reuniones en son de protesta contra el proyecto, y se hallan muy decididas á hacer uso de todos los medios legales para defender la indisolubilidad del lazo matrimonial. En cambio, en el Centro socialista femenino se dan conferencias públicas á favor del divorcio; las mujeres llenan el salón y aplauden y aguantan discursos como el de un orador italiano que estuvo hablando desde las ocho hasta las once de la noche.

***

Al Sur y no lejos de Buenos Aires, en las orillas é inmediaciones del Arroyo Azul y al pie de pequeñas sierras que se alzan en los partidos de Azul y Olavarría, vivían años hace los arrogantes indios pampas.

A mediados del pasado siglo XIX era uno de sus principales jefes ó capitanes el famoso Catriel, muy amigo y devoto de Rosas. Después, invadidas sus tierras por los colonos argentinos y extranjeros, divididos en parcialidades que combatían unas con otras en defensa de sus respectivos caciques, los pampas fueron desapareciendo ó dispersándose.

En 1870, cuando luchaban los hijos de Catriel con el cacique Lucio, todavía disponían de 3.000 lanzas. Vencido Lucio, aparece como jefe de los pampas la hija de una Catriel y de un español, Florencio García. Joven y hermosa, adivina y médica, Bibiana García ejerció y ejerce sobre los suyos prestigio extraordinario; la consideraban como un ser casi sobrenatural, y la mayor parte de los grupos dispersos vinieron á reunirse bajo sus órdenes. Mujer de inteligencia muy clara, comprendió que era imposible hacer frente á la civilización de los blancos; transigió con ella, reconoció la soberanía eminente del gobierno argentino y de él obtuvo la concesión de extensos terrenos en Río Negro. Casi todos los pampas la siguieron; los menos quedáronse en Azul, donde viven en barrio aparte, en chozas de barro y paja, entregados á faenas agrícolas y á pequeñas industrias manuales.

Los indios de Río Negro adoran á su reina, que ahora tiene de cincuenta á sesenta años de edad. De vez en cuando Bibiana, acompañada de sus íntimos, que hacen alarde del respeto y consideración que les merece, se presenta en alguna de las villas ó partidos del territorio que fué patrimonio de los Catriel.

En junio último, según dijo la prensa de Buenos Aires, estuvo en Azul; vestida de amplio traje de seda color claro, adornada con largos pendientes y collares de perlas y monedas de oro, cubiertos de anillos los dedos, con aires de majestad y de gran señora, se dignaba dar audiencia á los que pedían el honor de saludarla.

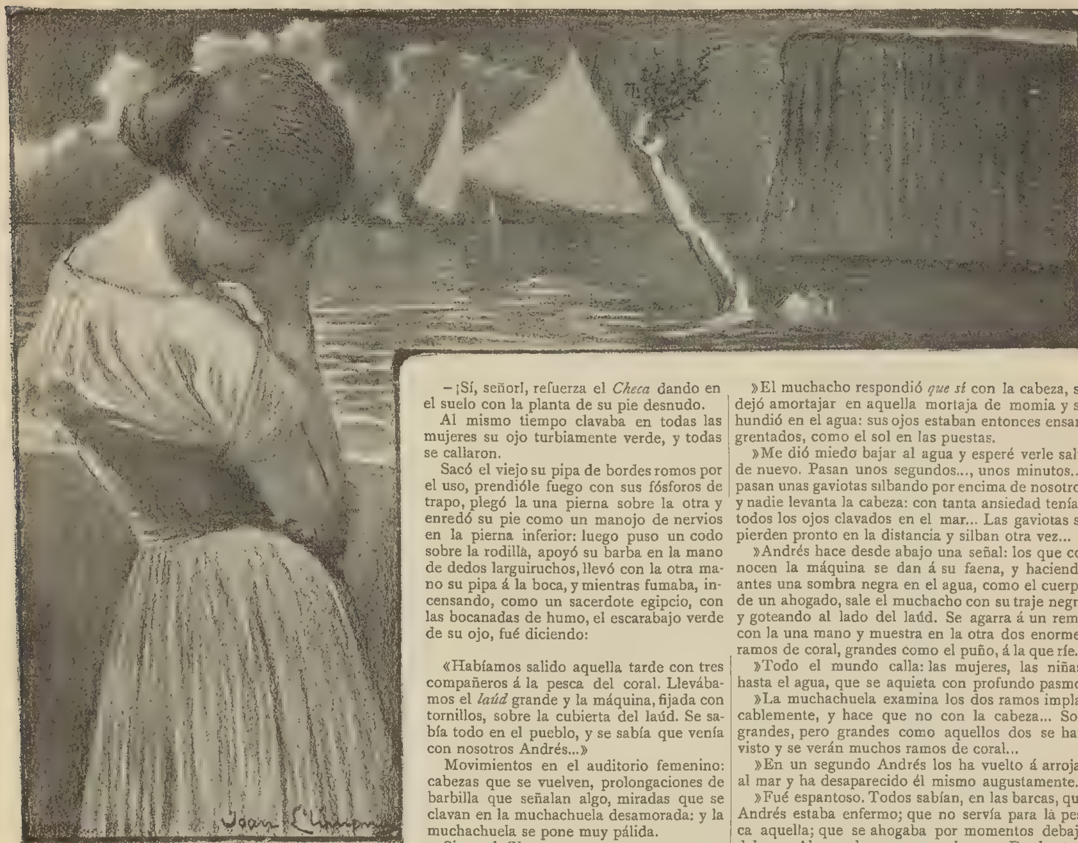
***

A la obra de difusión y propaganda de los conocimientos sobre las Repúblicas hispano-americanas contribuye con gran acierto un ilustrado oficial del Ejército español, el capitán D. Antonio García y Pérez, en prácticas de Estado Mayor. Se dedica al estudio de la organización militar de América, y los folletos que hasta hoy ha publicado *(Ecuador* y *Guatemala)* son la única fuente que tenemos para formar cabal concepto de cómo están organizados los servicios militares en esas repúblicas. Ni en estas mismas es fácil encontrar reunidos y sistematizados todos los datos é informes que constan en la obra del Sr. García Pérez sobre constitución de los ejércitos, instrucción militar, parques y fortificaciones, retiros y montepíos, divisas y uniformes, justicia militar, marina etc.

Del mismo autor son los «Reflejos militares de América,» publicados con motivo de la mayoría de edad de S. M. el Rey D. Alfonso XIII, conjunto de brillantes resúmenes de los hechos que más honran y enaltecen á los pueblos hispano-americanos. En ellos, y á grandes y felices rasgos, se recuerdan las causas del engrandecimiento de Chile y de los triunfos y progresos de Méjico; los héroes de la homérica campaña del Paraguay; el patriotismo y la abnegación de los hijos del Perú; el talento, la prudencia y el valor del gran Morazán, y la ciencia del ilustre marino guayaquileño Rodríguez, primero en plantear el problema de la navegación bajo las aguas (1).

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

(1) En 1842 Manuel Rodríguez ideó y dirigió la construcción de un pequeño barco, el *Hipopótamo*, que se sumergió á bastante profundidad en las aguas del Guayas y corrió considerable distancia desde Guayaquil hasta La Punta.



EL RAMO DE CORAL

El *Checa* lo contaba de una manera un poco siniestra, que hacía estremecer. Porque el *Checa* era un viejo lobo de mar, un Peer Gint embustero de aquel pueblecito de rocas, que odiaba á las mujeres.

Caía la tarde; en el fondo de la callejuela estrecha y tortuosa, con casas blancas, pintadas de cal, á uno y otro lado, había un pasadizo, una especie de agujero entre dos casas, por donde entraba bufando el aire, con olor de marina, y en cuyo fondo, según las noches, azuleaba ó blanqueaba el mar.

A la entrada de este callejón, húmedas de agua pulverizada por el viento, había unas cuantas piedras amontonadas, donde se agrupaban los vecinos del barrio, casi los del pueblo, á escuchar las narraciones del marino viejo, tuerto, enjuto y embustero.

– Y esta noche, ¿qué nos dice?, ¿qué predica?, ¿qué se ha visto, *Checa*?..

Una de las muchachuelas de la calle decía estas palabras, y era una muchachuela rubia, fina, sacudida de cuerpo, muy poco mujer, muy desamorada, que tenía á su hermana casi en la agonía y no se acordaba de su hermana.

El *Checa* sabía todo esto, y sabía además que aquella muchachuela le tenía por un embustero.

Más de una tarde – en aquel mismo sitio – á la luz de la luna, al murmurio del mar, contando cosas, se había fijado en ella: la había visto acoger con una sonrisita impertinente y fría sus estupendas narraciones.

Y el *Checa* era, ante todo, un hombre serio; que sabía respetar á los demás y quería que los demás le respetaran.

La muchachuela, disparada su pregunta, se había quedado quieta, con la cabeza ladeada y con los ojos burlones y diminutos clavados en el *Checa*.

– Mucho se dice, mucho se predica, contesta el viejo lobo; pero todo inútil, todo en balde. Las mujeres seréis siempre así...

Murmullos en el auditorio femenino, como de aguas claras que tropiezan de repente en una roca negra.

– ¡Sí, señor!, refuerza el *Checa* dando en el suelo con la planta de su pie desnudo.

Al mismo tiempo clavaba en todas las mujeres su ojo turbiamente verde, y todas se callaron.

Sacó el viejo su pipa de bordes romos por el uso, prendióle fuego con sus fósforos de trapo, plegó la una pierna sobre la otra y enredó su pie como un manojo de nervios en la pierna inferior: luego puso un codo sobre la rodilla, apoyó su barba en la mano de dedos larguiruchos, llevó con la otra mano su pipa á la boca, y mientras fumaba, incensando, como un sacerdote egipcio, con las bocanadas de humo, el escarabajo verde de su ojo, fué diciendo:

«Habíamos salido aquella tarde con tres compañeros á la pesca del coral. Llevábamos el *laúd* grande y la máquina, fijada con tornillos, sobre la cubierta del laúd. Se sabía todo en el pueblo, y se sabía que venía con nosotros Andrés...»

Movimientos en el auditorio femenino: cabezas que se vuelven, prolongaciones de barbilla que señalan algo, miradas que se clavan en la muchachuela desamorada: y la muchachuela se pone muy pálida.

Sigue el *Checa:*

«Venía con nosotros Andrés, el enfermizo, el poca lacha, el escuchimizado, que hablaba siempre con palabras grandes. Todos lo conocíais: de esto hace pocos años todavía...

»Del pueblo habían salido para seguirnos muchas barcas, porque la pesca podía ser una bendición del cielo, la salvación del barrio; la alegría y la riqueza para muchos años. En todas las barcas había mujeres que reían, que cantaban, que cogían los remos, que metían los brazos desnudos en el agua y se mojaban hasta el codo.

»Hacía sol. El mar azul parecía, con el viento, un campo sembrado de florecitas blancas.

»Habíamos llegado al sitio señalado de antemano. Hice que dos compañeros mantuvieran quieta la barca con los remos. Los que conocían la máquina se dieron á su faena, y Andrés y yo comenzamos á ponernos los vestidos... Todas las barcas curiosas estaban á nuestro alrededor, como abrazándonos... Realmente daba gusto hundirse en el mar, dejando afuera aquel montón de buenas voluntades pendientes de vosotros. Ahora todas las mujeres callaban y diríais que rezaran...

»Pero en la barca más próxima á la nuestra, en la primera que había salido del pueblo para seguirnos, en la que anduvo tan de prisa en nuestro seguimiento, que más bien parecía empujarnos, había sólo una mujer, una mujer muy joven con su padre viejo y casi ciego. Era la única que no estaba blanca, ni asustada entonces...

Tenía sonrosadas las mejillas, los ojos brillantes y le temblaban los velillos de la nariz nerviosamente...

– »¡Andrés!, grita de pronto dirigiéndose á mi pobre compañero, que acababa de vestirse. ¡Andrés, quiero un ramo de coral, el ramo de coral más grande y más hermoso que se haya visto nunca!

»La voz de la mujer había atravesado, fina como la punta de una espada, el aire limpio de aquel día.

»Andrés quería á aquella mujer, para la cual decía siempre sus palabras grandes; y aquella era la primera vez que la cruel le hablaba sonriendo.

»El muchacho respondió *que sí* con la cabeza, se dejó amortajar en aquella mortaja de momia y se hundió en el agua: sus ojos estaban entonces ensangrentados, como el sol en las puestas.

»Me dió miedo bajar al agua y esperé verle salir de nuevo. Pasan unos segundos..., unos minutos..., pasan unas gaviotas silbando por encima de nosotros y nadie levanta la cabeza: con tanta ansiedad tenían todos los ojos clavados en el mar... Las gaviotas se pierden pronto en la distancia y silban otra vez...

»Andrés hace desde abajo una señal: los que conocen la máquina se dan á su faena, y haciendo antes una sombra negra en el agua, como el cuerpo de un ahogado, sale el muchacho con su traje negro y goteando al lado del laúd. Se agarra á un remo con la una mano y muestra en la otra dos enormes ramos de coral, grandes como el puño, á la que ríe...

»Todo el mundo calla: las mujeres, las niñas, hasta el agua, que se aquieta con profundo pasmo.

»La muchachuela examina los dos ramos implacablemente, y hace que no con la cabeza... Son grandes, pero grandes como aquellos dos se han visto y se verán muchos ramos de coral...

»En un segundo Andrés los ha vuelto á arrojar al mar y ha desaparecido él mismo augustamente...

»Fué espantoso. Todos sabían, en las barcas, que Andrés estaba enfermo; que no servía para la pesca aquella; que se ahogaba por momentos debajo del mar. Algunas barcas se marcharon... Desde otras gritaba la gente llamando al mozo con desesperación... Y pasó tanto rato que el día se fué haciendo gris: soplaba un viento frío.

»Volvió á cubierta Andrés con su enorme ramo.

»Le quitaron en seguida el traje negro, y el mozo estaba frío y sudaba y se ahogaba y se moría...

»Pidió que se entregara á la muchacha el ramo de coral, grande y hermoso como nadie los había visto nunca...

– Y vivió todavía algunas horas...

«Partió la muchachuela con su barca negra, su padre medio ciego, sola en medio del mar y besando el ramo enorme de coral...

»¡Son malas las mujeres!»

El *Checa*, había terminado con su frase favorita. Un silencio absoluto daba la medida de la impresión que había causado aquella tarde en sus oyentes: á lo lejos, por el mar, cantaban unos hombres que pasaban en una barca.

La muchacha desamorada y burlona estaba seria y dijo:

– *¡Checa!* ¡Has hecho mal!, no has contado verdad.

El viejo enmudece mirándola: ella se ha levantado; es alta, esbelta en medio de la obscuridad y tiene gestos estatuarios.

– Andrés murió; todos le conocíais: me quería y yo le quería á él; pero le quería grande, le quería ilustre, le quería fuerte: hoy es sagrada y noble en este pueblo su memoria: pescadores, mujeres, hombres y niños hablan de él como de un santo... Nadie ha vuelto á pescar un ramo de coral como el que le costó la vida...

No son malas las mujeres..., *Checa:* ¿quién te dice que no les cuesta lágrimas ver que son débiles los hombres?

Y sin que nadie le contestara, comenzó ella á andar con pausa grande, por el callejón estrecho, en busca del mar..., á pasarse la mano por la frente, á mirar las olas... y á llorar.

EDUARDO MARQUINA.

(Dibujo de Juan Llimona.)

EL ESCULTOR ITALIANO

LEONARDO BISTOLFI

En Italia, sobre todo en la Alta Italia, en el Piamonte y en Lombardía, ha alcanzado la escultura un grado tal de desarrollo, que desde el punto de vista del arte plástico se ha conquistado aquella nación uno de los primeros puestos en el mundo artístico europeo moderno. Disputánse allí la supremacía dos escuelas, el realismo y el idealismo, caracterizándose aquél por su impresionismo emocionante y éste por su espíritu poético, por la profundidad de la idea y la intensidad del pensamiento.

Al frente de la escuela idealista figura hoy Leonardo Bistolfi, oriundo de Casale Montferrato, población cercana á Turín, en donde nació en 1859. La carrera de este artista no ha sido accidentada; Bistolfi estudió en la Academia de Milán primero y en Turín después, y avanzando siempre, ha llegado á la meta de sus aspiraciones y al lugar preeminente que actualmente ocupa.

Lo que más se admira en la obra de Bistolfi es que todas sus producciones son hijas, no del amor á la forma puramente, sino de la necesidad de exteriorizar un sentimiento lleno de poesía, pudiendo afirmarse que en este terreno pocos son los escultores que han logrado ponerse á su nivel. Pero estas excelencias del orden psíquico en nada perjudican á la belleza material de sus creaciones, las cuales se hallan por entero substraídas á las influencias del estilo académico y se distinguen por su originalidad, por su delicadeza, por su sinceridad y por su lógica. Dotado de un temperamento de sensibilidad extraordinaria y de un alma apasionada, y bien penetrado de los más profundos problemas de la vida, ha podido infundir un nuevo espíritu en el arte plástico. Comenzó, influído por el gran pintor milanés Cremona, por rendir culto al realismo sentimental, y atravesó luego un período de realismo crudo en el que produjo su grupo *Lavanderas*, que algunos llegaron á calificar de repulsivo; pero ya entonces modeló una porción de composiciones inspiradas en asuntos rurales, en las que se revelaba la cualidad que luego había de ser distintiva de su arte.

Para Bistolfi la forma plástica es inseparable del aire que la rodea y hasta del color que la adorna; por esto procura siempre concebirla en su propio medio, en su atmósfera, en su vida, y no se limita en sus bajos relieves á distribuir las formas en sus correspondientes escorzos, ni á estrechar las distancias de las superficies, sino que mediante una bien calculada tonalidad de los contornos y una vigorización de los efectos que en ellos determina la luz, consigue producir la impresión de la realidad.

Se ha dicho que con esta tendencia «pictórica» traspasa los límites del arte plástico; pero tal reproche es injusto, porque si la escultura ha de ser algo más que una imitación de lo antiguo, acaso no cuente sino con este recurso para entrar en el camino del progreso que las demás artes han emprendido.

A Bistolfi se le denomina el «escultor de la muerte,» porque en efecto ha consagrado principalmente su genio á los monumentos funerarios. Todas las composiciones de este género por él producidas son grandiosas y decorativas en la acepción más noble de la palabra, y en todas ellas preside la idea de que la Muerte no es el enemigo execrable de la humanidad, sino el complemento de la vida, idea consoladora y levantada que ha sabido expresar con intensidad extraordinaria en alegorías tan hermosas como *La belleza de la Muerte* y *La Muerte confortada por los recuerdos,* que en el presente número publicamos.



Fragmento de «La belleza de la Muerte,» monumento funerario para Sebastián Grandis en Borgo S. Dalmazzo (Piamonte), obra de Leonardo Bistolfi. (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejo Koch, de Darmstadt.)

En el arte de Bistolfi el simbolismo se nos presenta tan admirablemente combinado con la armonía y la gracia, que forzosamente impresionan aún á los espíritus más refractarios á la plástica alegórica.

No se crea, sin embargo, que Bistolfi sólo se ha dedicado á esta clase de esculturas Sus proyectos de monumentos á Garibaldi, al duque de Aosta y á los hermanos Cairoli ocasioanron una verdadera revolución en la estatuaria en Italia, pues señalaban rumbos completamente nuevos á la plástica monumental: poéticos en su pensamiento, armónicos en su estructura, modernos en sus formas ornamentales, inspirados en la naturaleza y no en los modelos clásicos, significaban un progreso tal, que con razón pudo hablarse en presencia de ellos de un arte nuevo.

Este poeta de graves y profundas ideas es también artista decorativo notable, habiendo salido de su taller bellísimas planchas, medallas, tapas de libros é ilustraciones; es asimismo pintor muy discreto, y posee no comunes conocimientos en música y literatura, de modo que bien puede decirse de él que su alma está abierta á todas las formas de lo bello y su talento manifiéstase potente y vigoroso en todas las ramas del arte. – E. T.

LA ILUSIÓN DE LO NUEVO

– ¿Que no puedes creer que yo esté tan enamorado de ti?, decía Eduardo Robledo á su novia Isabel Villaverde ocho días antes de casarse; ¿que no es posible que te quiera tanto, porque tú no tienes nada de particular?..

– Y es verdad, dijo con sencilla naturalidad Isabel.

– Bueno .., eso es modestia tuya, replicó Eduardo. Si no tuvieras también esa gracia..., no las tendrías todas.

– ¡Ay! ¡Cómo estás esta noche!

– Lo mismo que siempre... Pero ¡decir que tú no tienes nada de particular!.. Mira, tienes tanto, tanto, como que todo es particular en ti; como que yo no he visto nada como tú en mi vida, ni espero verlo. Porque en primer lugar eres hermosísima...

– No seas loco.

– Sí, hermosísima; á mí me pareces hermosísima... y además todos me lo dicen.

– Hombre, de cumplido, naturalmente... Los que te hablen de mí, sabiendo que te vas á casar conmigo, ¿te han de decir que soy fea?

– No, pero bien se conoce cuando se habla de cumplimiento y cuando se habla de verdad. Para decirle á uno por cortesía que tiene buen gusto, no se necesita hablar con el fervor con que me dicen á mí todos que eres una mujer encantadora, que...

– Mira, si sigues hablando así, me voy á mi cuarto y tendrás que acercarte como mirón á una de las mesas de tresillo ó ir á tomar parte en la conversación de mi madre y las demás señoras mayores.

– Pero si es la verdad, si te diré una cosa... Y eso que por otro lado no te la había de decir, no sea que vayas á enorgullecerte y...

– Bueno, no me la digas... Mejor es que no me la digas... Porque será alguna bobada regularmente.

– ¡Gracias, amor mío! ¡Gracias por la franqueza! Es decir, que de mí no se puede esperar otra cosa que...

– No, hombre, perdona: no he querido decir eso; sino que como estás esta noche empeñado en decirme bobadas...

– Bueno, pues verás lo que te iba á decir, que eres hermosísima...

– ¿Otra vez?..

– Y que eso solo, ese rostro escultural animado por esa sonrisa embriagadora, es bastante y sobra para explicar perfectamente que esté yo tan enamorado de ti... Pero te diré más. Si te dieran unas viruelas...

– ¡Jesús, hombre! ¡Mejor lo hará Dios!..

– ¡Claro que sí! No es más que un suponer. Pero si, lo que Dios no permita nunca jamás, te dieran ahora unas viruelas y te dejaran pintada, ennegrecida, desfigurada, en fin, horrorosa, seguiría yo tan enamorado de ti como ahora lo estoy, sólo porque siguieras mirándome con esos ojos tan hermosos, tan enloquecedores, tan dulces... Y si además te quedaras ciega...

– ¡Ave María Purísima!.. ¡No lo quiera Dios!

– No, ni yo lo quiero tampoco..., lo digo para pintarte lo que siento por ti y el atractivo irresistible que para mí tienes por muchísimos conceptos... Si además de dejarte las viruelas desfigurada y ho-



EL DOLOR CONFORTADO POR LOS RECUERDOS, obra de Leonardo Bistolfi

Bajo relieve que figura en el monumento funerario de la familia Durio en el cementerio de Turín. (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejo Koch, de Darmstadt.)

rrorosa te dejaran ciega, todavía te querría lo mismo que antes y seguiría tan enamorado de ti, por oirte hablar, y me casaría contigo para que regalara constantemente mis oídos el metal de tu voz, ese acento tan atractivo, tan cariñoso, tan simpático y tan dulce, como no es posible que haya otro...

– ¡Qué exagerado eres!

– No; y todavía te diré más... Aun cuando también te quedaras muda...

– ¡Virgen Santa!

– Ya te he dicho que hablo solamente en el supuesto de que eso sucediera... Si te quedaras muda ó afónica de modo que no se te pudiera oir una palabra, continuaría yo perdidamente enamorado de ti por tu modo de andar, por esa gracia y esa elegante sencillez que no tiene nadie más que tú...

– No seas adulador: ya te lo he dicho.

– No te adulo: déjame que acabe... Si por último también llegaras á perder ese encanto irresistible, si te quedaras tullida...

– ¡Dios mío!

– No, no te asustes: ya sabes que no es más que estar cerca de aquella alma escogida de Dios, puesto que pasa lejos de ella todo el tiempo que puede.

Eduardo es ingeniero de montes.

Hijo de una familia noble y piadosa, fué educado cristianamente, y en su juventud se conservó sano. Cuando salió del Escorial, después de haber sido algunos años profesor de la Escuela del cuerpo, todavía era un buen muchacho.

Pero después de casado y destinado al ministerio, dió en ir al Casino, contrajo allí ciertas amistades, y por aquello de que quien con lobos anda á aullar se enseña, fué perdiendo la afición á la vida de familia y el cariño á su mujer, de manera que en cualquier parte le gustaba estar más que en casa.

Todavía no se atrevía á decir á su mujer al marchar que se iba al Casino, no se atrevía á decirla que le aburría estar á su lado, pero trataba de engañarla con pretextos.

La comisión de repoblación de montes, á que pertenecía, debía de estar poco menos que en sesión permanente, porque á cualquier hora del día tenía Eduardo que ir á tomar parte en sus tareas... Por la parará poco en casa, pues de otro modo no me lo explico... Porque él te quiere, conozco yo que te quiere, pues cuando le hablo de ti ponderándote, me oye con mucha atención y se anima y se esponja y lo agradece... Anteayer, que estuvo en casa un momento, le dije que el día antes había ido contigo de compras, y añadí á propósito: «Me gusta mucho ir con Isabel, porque como es tan simpática y tan buena y tiene ese agrado, parece que nos sirven en todas partes con más amabilidad y con más esmero... Ayer, en cuanto entramos en casa de Escolar, tres ó cuatro dependientes dejaron lo que estaban haciendo para venir á ponernos sillas y á ver qué deseábamos, como si el comercio fuera para nosotras solas.» ¡Y si vieras con qué alegría y con qué gusto me escuchaba!..

La pobre Isabel contestaba á estos optimismos de su cuñada comunicándola con sinceridad sus observaciones, no tan lisonjeras ni con mucho, pero más aproximadas á la realidad desgraciadamente.

Eduardo no pasaba todavía de ser un pecador *tebrico*, digámoslo así. Pecaba ordinariamente de








REPÚBLICA ARGENTINA. – Buenos Aires. – Concurso de la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados.» La pompa de jabón, fotografías de Ernesto Dubourg, que obtuvieron el tercer premio del grupo tercero, remitidas por D. Justo Solsona

suposición... Si te quedaras tullida, sin poder moverte, todavía seguiría igualmente enamorado de ti y uniría contento mi vida á la tuya por tus virtudes, para poder estar siempre cerca de esa alma pura y bendita y escogida de Dios, porque yo creo que no hay en el mundo una alma como la tuya...

. . . .

Cuatro años hace que se casaron Eduardo é Isabel, que han tenido en ese tiempo un niño y una niña, ambos muy hermosos.

Y por supuesto, á Isabel no la han dado las viruelas, gracias á Dios, ni se ha quedado desfigurada, ni ciega, ni muda, ni tullida, afortunadamente.

Está tan hermosa como antes de casarse, ó algo más si es posible; tiene la misma belleza escultural en su semblante animado por la misma embriagadora sonrisa; tiene los mismos ojos hermosos con la misma dulzura en la mirada; tiene el mismo timbre de voz, agradabilísimo efectivamente; la misma esbeltez, la misma gallardía, la misma gracia en el andar..., y en cuanto al alma, no es menester decir que también es la misma, con la misma sencillez, la misma modestia y todas las demás virtudes.

Lo que hay es que su marido se ha acostumbrado á todos aquellos encantos y ya no le llaman la atención como antes... Ni le embriaga ya aquella sonrisa, ni le enloquecen aquellos ojos, ni aquel metal de voz le atrae, ni le hace la gracia que antes aquel modo de andar, ni estima ya como una felicidad el noche reclamaba su presencia el Círculo de Bellas Artes, donde había entrado hacía años como socio, porque era algo poeta, y donde ahora decía que era vocal de la Junta directiva...

La pobre Isabel conocía su desvío y le lloraba á solas y pedía á Dios el remedio, porque en el mundo apenas tenía á quien volver los ojos. Su madre había muerto tranquila y feliz poco después de haberse ella casado. La quedaba su tío el conde de Carbajal (título que había de heredar Isabel); pero ¿qué le iba á contar ella á aquel santo varón que no pensaba ya más que en prepararse para la muerte? ¿Cómo iba ella á amargar con sus quejas los últimos días de aquel pobre anciano que la quería muchísimo y que estaba en la creencia de que era muy dichosa?

Para tener á quien contar sus cuitas, quiso intimar con una hermana de Eduardo, algo mayor que él, casada hacía ya bastantes años y á la cual Isabel apenas había tratado hasta entonces, porque Clara, que así se llamaba, había vivido fuera de la corte. Era Clara mujer de buen corazón y muy discreta, de suerte que no tardó en conocer á fondo la sincera bondad de Isabel y pronto se quisieron como las mejores hermanas.

Contaba Isabel á Clara los tristes indicios del extravío de Eduardo, y trataba Clara de consolarla y de disuadirla de sus amargas sospechas.

– Estará de veras ocupado, la decía, y por eso pensamiento y á veces también de palabra, tomando parte en las conversaciones obscenas del Casino. Todas las mujeres que veía en la calle le parecían mejor que la suya, y se le iban los ojos tras de cualquier talle un poco airoso ó tras de cualquier palmito medio agraciado. A veces, no solamente los ojos, sino él mismo en persona se iba también tras de alguna costurerilla, la decía á media voz cuatro chicoleos y de ahí no pasaba... No era todavía lo que se llama un perdido; pero estaba en camino de perderse...

Llegó un día en que hubo de entrar en cuentas consigo mismo y... decidió seriamente mudar de vida... Pero ¿ustedes creen que para mejorarla? Pues no, sino para empeorarla todo lo posible.

«La verdad es – vino á decirse – que si me muriera ahora y me llevara el diablo, que sería lo más fácil, me llevaba de la manera más tonta del mundo..., porque no se puede negar que la vida que estoy haciendo es mema del todo... Esto no debe seguir así... Hay que irse al vado ó á la puente... ¿Tengo aliento para subir el repecho y pasar el puente separándome por completo de mis amigos de ahora que me quieren hacer un perdido como ellos?; es decir, ¿tengo valor para ser bueno del todo?.. No..., creo que no... Pues para no ser bueno del todo..., de perdido, al río; á ser malo y á divertirme como los demás...»

Tan extraña y desastrosa resolución no quiso

Eduardo que se le apolillara en proyecto, y decidió en seguida ponerla por obra.

Aquella misma noche había baile de máscaras en el teatro Real, y allá fué Eduardo empapado en el mal pensamiento de hacer lo que en el vocabulario del pecado se llama una conquista.

Pretextó, como otras veces, tener que asistir á Junta en el Círculo de Bellas Artes, y apenas había concluído de comer se marchó de casa como quien dice con el bocado en la boca.

Y luego desde el Círculo se marchó al baile cuando le pareció que era hora conveniente.

A poco de entrar en el teatro se encontró con un amigo y se paró á saludarle.

– ¿Cómo va esa repoblación?, le dijo el amigo inmediatamente después de haberle preguntado por su salud y la de su familia.

– Mal, contestó Eduardo. ¿Cómo quieres que vaya? El ministro de Hacienda no quiere darnos dinero, y sin dinero no se puede hacer nada... Y lo peor es que no solamente no nos da dinero para repoblar los montes destruídos por la mala administración, por la venalidad de los capataces, ladrones..., sino que trata de vender ó destruir también los pocos que aún quedan poblados... Pero, entre paréntesis, ¡qué dos máscaras más monas esas de los pañuelos negros de Manila!.. Lo que es la que le lleva bordado con flores encarnadas... ¡Qué talle y qué andar y qué!..

– Sí; es una andaluza muy graciosa, le dijo el amigo.

– ¡Ah! ¿La conoces?

– No; pero pasaron hace poco por junto á mí que estaba distraído y me dijo en andaluz cerrado: «*Adió, zerio.*»

Eduardo se despidió de su amigo y se fué en seguimiento de las dos máscaras de los pañuelos negros.

Estas habían abandonado el salón, y cuando estuvieron solas en un pasillo, la de las flores encarnadas dijo á su compañera:

– ¿Qué tal manejo el andaluz?

– Admirablemente, la contestó.

– ¿No se me conocerá?..

– ¡Quiá! Nada. A mí misma me pareces andaluza de veras.

– ¡Mira tú que una andaluza de León!

– Pues, hija, lo dominas...



Oficial del tiempo de Luis XIII, cuadro de Meissonier

En cuanto volvieron á entrar en el salón se les acercó Eduardo, que andaba desbautizado buscándolas, y que ya desde entonces no las volvió á perder de vista.

Se puso al lado de la del mantón bordado de flores encarnadas y comenzó á decirla cosas al oído, sin acertar á separarse de ella. Toda la noche anduvo, como suelen decir, cosido á los autos.

– ¡Qué hermosa eres, mascarita!, comenzó diciéndola sin reparar en que tenía la cara tapada.

– ¡Vaya!, le contestaba ella. ¿Cómo lo *haz notao?..* ¿Me *haz echao lo rayoz equí?*

– No; pero conozco yo que eres muy hermosa...

Y así estuvo siempre diciéndola lisonjas y haciéndola juramentos de amor y todo género de ofrecimientos generosos, desde el inmediato y sencillo de pagarla la cena, hasta el remoto y grave de ponerla casa.

La máscara no acepta ninguno, ni aun el de la cena, porque no se podía quitar la careta porque había dado palabra á aquella amiga y compañera de no descubrirse.

Por fin, tras de mucho embromar al ingeniero de montes, se fueron como distraídas hacia el *restaurant* y entraron en un departamento reservado, con lo cual vió el galán los cielos abiertos.

Se sentaron y acudió en seguida un camarero, que no reconociendo á Eduardo por parroquiano antiguo, no recordando haberle visto nunca, se le acercó muy alegre con la esperanza de cobrarle una buena cuenta, por aquello de que «al ave de paso, cañazo.»

– ¿Quieren los señores la lista?, dijo presentándosela.

– Todavía no; ya *avizaremo,* contestó la del pañuelo con flores.

Eduardo estaba como loco rogando á su mascarita predilecta que se descubriera el rostro y llamándola hermosa á cada instante.

– ¿Y *zi* luego *rezutaze* fea?, le dijo ella una vez.

– No, tú no puedes ser fea, replicaba Eduardo; me da el corazón que no eres fea, sino guapísima... Pero... ¿qué quieres?.. Aunque fueras más fea que



CADAQUÉS. – Cala Culip, cuadro de Eliseo Meifren. (Exposición del Círculo Artístico.)



EL HIJO DEL BUZO, cuadro de K. Storch



BUSTO DE ESTUDIO, cuadro de H. Rondel

Picio no dejaría de quererte, porque me enamora ese timbre de voz atractivo y suave, y la elegancia y la distinción de tu modo de andar, y en fin, te juro, mascarita, que sería capaz de hacer por ti cualquier calaverada, y que por llegar á poseerte daría gustoso toda mi fortuna y lo menos la mitad de mi vida...

–¡Tonto!.. ¡Si me estás poseyendo tranquilamente hace cuatro años!, dijo Isabel quitándose la careta.

Eduardo se quedó asustado y cayó de rodillas á los pies de su mujer, diciendo:

–¡Perdóname, bien mío, perdóname!..

Y cogiéndola las manos se las cubría de besos... sin cesar de decir: «¡Perdóname, perdóname!»

Al cabo de unos instantes reparó en la presencia de la otra máscara, que permanecía cubierta y silenciosa, y dijo á Isabel:

–¿Quién es esa señora?

–¿Quién ha de ser, perdido?... ¿Quién ha de ser?.. Tu hermana, le dijo Clara destapándose; tu hermana que ha venido á ser testigo de tu maldad y de tu vergüenza...

–De mi vergüenza..., dices bien, de mi vergüenza, porque mayor no la he pasado ni pienso pasarla en mi vida... Perdonadme... Confieso que he sido un villano y un loco!.. Perdonadme, perdonadme.

ANTONIO DE VALBUENA.

NUESTROS GRABADOS

Exposición Internacional de Artes decorativas de Turín.— La última Exposición universal de París demostró de una manera evidente que esta clase de certámenes no tienen ya razón de ser, en primer lugar por la imposibilidad material de dar cabida en ellos á todo lo que la actividad humana produce en los diferentes países del globo, y en segundo por las dificultades que en tales condiciones ha de encontrar el que los visita con ánimo, no de curiosear, sino de aprender, para orientarse siquiera en medio de aquel caos laberíntico. De aquí que lo que fué en su origen fuente de enseñanza para el hombre estudioso y trabajador, se haya convertido en espectáculo de diversión, en feria de placeres para el desocupado turista; y de aquí la necesidad cada vez sentida con más fuerza de las exposiciones especiales de carácter internacional, que en cada caso han de responder mejor al verdadero objeto de estas manifestaciones de la inteligencia y del trabajo de los pueblos. En Turín se celebra actualmente la primera de estas exposiciones dedicada á las artes decorativas, y el éxito alcanzado es la mejor demostración de lo que antes decimos, porque en ella se puede estudiar y se estudia realmente de una manera tan fácil como completa todo cuanto con aquellas artes se relaciona. La exposición se divide en tres grandes secciones: la casa moderna y sus elementos decorativos, la habitación moderna y su aspecto decorativo, y la casa y la calle en su conjunto decorativo, figurando en todas ellas objetos de los más variados y elegantes géneros y de las más distintas procedencias. Los edificios, de estilo moderno, han sido construídos según los planos de Raimundo D'Aronco, arquitecto del Sultán de Turquía, y están situados en el hermoso Parque Valentino. Al mismo tiempo que ésta celébranse en aquella ciudad otras notables exposiciones, tales como la cuadrienal de Bellas Artes, las de Fotografía, Automóviles, Vinos y Aceites, en la que España ha ganado la *copa de honor*, y otras.

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTES DECORATIVAS DE TURÍN. – Puerta principal

EXPOSICIÓN INTERNACIONAL DE ARTES DECORATIVAS DE TURÍN
Puerta de ingreso del pabellón de Bellas Artes

El oráculo, cuadro de César Pattein. – En la naturaleza humana existe un fondo de superstición que la razón no logra destruir y que encontramos en todas las edades de la vida y en todas las clases sociales. Son pocos los espíritus fuertes que se hallan completamente libres de él, y aun si escarbáramos un poco en el alma de los que de más despreocupados alardean, tal vez nos quedaríamos asombrados al ver que debajo de la corteza de su pretendida despreocupación anidan los más absurdos prejuicios. Una de las formas más comunes de la superstición consiste en pretender adivinar el porvenir por los medios más extravagantes, ya tomando por oráculo una flor, ya consultando á las modernas pitonisas que, baraja en mano, abren las hojas del libro del destino á los incautos que de ellas se fían y se hacen pagar á buen precio sus misteriosas predicciones. En el bellísimo cuadro de Pattein, la superstición se nos presenta en su aspecto más simpático: esas tres niñas que consideran como prueba cierta de felicidad el desparramiento de los algodonosos pétalos de la flor silvestre, no merecen propiamente hablando el dictado de supersticiosas, incompatible con su infantil inocencia y con la pureza de las ilusiones de sus pocos años, ya que obran, no por reflexión, sino por instinto, movidas por esa excitación de la fantasía que en plena naturaleza hace surgir ante los ojos del poeta las más seductoras imágenes y sonar en los oídos del músico las melodías más inefables.

La pompa de jabón, fotografías de Ernesto Dubourg.— Esta serie de fotografías fué premiada en el gran concurso celebrado hace poco en Buenos Aires por la «Sociedad Fotográfica Argentina de Aficionados,» del que varias veces nos hemos ocupado en las columnas de esta revista. El premio obtenido por el Sr. Dubourg es merecidísimo, pues su obra nada deja que desear desde los puntos de vista artístico y técnico; pero justo es consignar, y no creemos que al decir esto rebajemos el mérito del inteligente aficionado, que la tarea de éste debió resultar relativamente fácil, gracias al modelo que tuvo la suerte de encontrar ó acaso el talento de escoger. En efecto, la pequeña colaboradora del artista está perfectamente posesionada de su papel, y la expresión de su rostro y sus actitudes acompañan con tan admirable naturalidad todas las fases de la operación que realiza, que no parece expresamente requerida para ponerse delante de la máquina fotográfica, sino más bien sorprendida por ésta en los momentos más culminantes de su infantil diversión. En suma, hay en ella esa espontaneidad tan difícil de obtener, no ya de los niños, sino de las mismas personas mayores, cuando han de retratarse, y que tan poderosamente contribuye á los éxitos de los operadores. Las fotografías que reproducimos nos han sido remitidas por nuestro querido y celoso corresponsal en Buenos Aires D. Justo Solsona.

Oficial del tiempo de Luis XIII, cuadro de Meissonier.— Los que conocen poco á fondo las obras del eminente Meissonier, creen que éste fué sólo pintor de delicadezas y detalles y que las cualidades distintivas de sus cuadros son la minuciosidad y perfección con que están ejecutados; y sin embargo, no es este ni mucho menos el juicio que de la crítica imparcial han merecido. El autor de *La retirada de Rusia*, *¡Viva el emperador*, 1807 y de tantas otras joyas inestimables de la moderna pintura francesa, es algo más que el técnico que sólo se preocupa de la factura, es el artista de imaginación poderosa, de grandes alientos, que busca la verdad y sabe trasladarla al lienzo, y al conjuro de cuyo pincel todo se anima con la misteriosa vida del arte, hasta aquellos tipos y aquellas escenas que sólo pudo ver con los ojos de la imaginación y transportándose con el pensamiento á tiempos que no por lo lejanos pudieron escapar á su talento investigador. Como prueba de nuestras afirmaciones puede verse el *Oficial del tiempo de Luis XIII*, que en la página 511 publicamos, figura en la que se admiran, no sólo la ejecución perfecta, sino además la expresión notable y el carácter de época, no ya de la indumentaria, del personaje mismo.

Cadaqués. Cala Culip, cuadro de Eliseo Meifrén.— Por sus dimensiones y grandiosidad descollaba el lienzo que reproducimos en uno de los testeros del gran Salón del Círculo Artístico de esta ciudad, en donde organizó la interesantísima y valiosa exposición de un considerable número de sus obras el distinguido pintor Eliseo Meifrén. Algunas de ellas hemos podido dar á conocer á nuestros lectores, emitiendo cada vez los juicios y consideraciones á que se presta el examen de las obras del genial y fecundo pintor catalán. Así, pues, nos limitamos hoy á referirnos á cuanto hemos consignado y á aplaudir una vez más al artista por tan gallardas manifestaciones de ese temperamento que todos le reconocen para ejecutar obras que imponen por su grandiosidad.

El hijo del buzo, cuadro de K. Storch.— Con ser el personaje más pequeño de cuantos en la graciosa escena intervienen, atrae desde luego el chiquillo que ha dado título al cuadro la atención de cuantos contemplan la original composición de Storch. ¡Con qué fuerza de expresión, con qué naturalidad está trazada su simpática figurita! Mirando su rostro, vemos admirablemente reflejado en él el terror y nos parece oir los berridos que de su boca se escapan. Y la verdad es que el pobre niño tiene motivos sobrados para desesperarse viéndose cogido entre los brazos de aquel ser extraño, en quien imposible ha de serle reconocer á su padre y que más bien ha de figurársele uno de esos monstruos espantosos que la fantasía ha creado para meter en cintura á los nenes malos. Si del examen del protagonista pasamos al de los demás personajes del lienzo, habremos de reconocer que todos y cada uno de ellos están en carácter, amoldados perfectamente á la situación, mostrando en sus semblantes y en sus actitudes el regocijo que en ellos produce el lance y que contrasta por modo notable con la desesperación de la infeliz criatura.

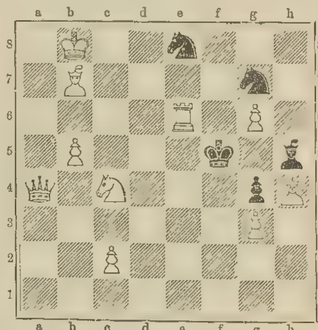
Busto de estudio, cuadro de H. Rondel.— No admiramos en este lienzo solamente la corrección de líneas, la armonía y suavidad de tonos, la morbidez de las carnes y el talento con que el pintor ha logrado vencer las dificultades del desnudo presentándolo de tal modo, que ninguna idea sensual venga á turbar la verdadera emoción estética; tanto como esto nos cautiva en él la expresión dulcísima de ese delicado rostro, esos ojos de vago mirar en cuyas pupilas se refleja el pensamiento, ese ambiente de melancolía que parece flotar en torno de toda esa cabeza bellísima, y que bien pudiera ser la manifestación del pudor herido de una modelo novata en su profesión, que por vez primera se ve obligada á descubrir sus encantos á los ojos del desconocido artista.

Teatros. – *Barcelona.* – Don Alberto Bernis, empresario del Gran Teatro del Liceo, ha escriturado hasta ahora para la próxima temporada á los artistas siguientes: sopranos, Hariclée Darclée, Cesira Ferrani, María D'Arneiro y Carmen Bonaplata; soprano lírica, Stanislava Michalska; mezzo sopranos, Enriqueta Pagnoni y Wanda Borissoff; tenores, Emile Cossira y Angelo Marcolin; barítonos, Mario Sammarco, Delfino Menotti y Giuseppe La Puma; bajos, Luigi Rossato y Giuseppe Sorgi; maestro director, Edoardo Mascheroni; maestro de coros, Gioachino Marin. Además ha obtenido autorización de la casa Ricordi para poner en escena la grandiosa ópera *Cristoforo Colombo*, del maestro Franchetti.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 289, POR J. BERGER.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 288, POR M. FEIGL.

Blancas.	Negras.
1. Da7 -a1	1. Dg7 toma Cd4
2. Cd3—f2 jaque	2. R juega.
3. C ó D mate.	

VARIANTES.

1....... Td8 toma Cd4;	2. Cd3—c5 jaque, etc.
1... ... Re4—e3;	2. Cd3—f2, etc.
1....... Otra jugada;	2. Cd3—f2 jaque, etc.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

I

¡Un día de primavera en el Mediodía de Europa! ¿Qué pincel, qué pluma, sería capaz de pintar ó describir aquel esplendoroso cielo, aquel mar azul, en una atmósfera de luz y de sol? ¡Quién podría repetir aquel murmullo misterioso íntimo, aquella música penetrante, suave, de las olas, al acariciar dulcemente las playas de la Riviera! ¡Oh mágica Riviera, donde el sol dora con sus rayos las blancas *villas*, las casas de variados colores, donde yerguen orgullosamente sus copas las palmeras, donde verdean los laureles y los mirtos, donde entre el verde follaje asoman infinidad de camelias, blancas unas de color de púrpura otras, donde el suelo se cubre de violetas, donde todo es verdura, flores, perfumes, mientras en el Norte sucédense amenazadoras las tempestades y las nieves!.. En los montes que forman una corona álzanse vetustos conventos, modestas capillas circundadas de gigantescos cipreses; en los bosques de pinos y olivos anidan pintorescas aldeas, y allá en el fondo, á lo lejos, casi perdidos entre los rayos del sol, los Alpes azules elevan sus cumbres, cubiertas de nieves eternas...

Era uno de los días de la *Fiesta de las Flores*, y Niza rebosaba de gente.

La multitud de pescadores y aldeanos, mezclada con aquella otra multitud heterogénea de los forasteros, se agolpaba en las calles bajo las palmeras, ávida de ver, mientras interminables hileras de coches movíanse lentamente por debajo de las ventanas y balcones repletos de espectadores.

La batalla de flores estaba en todo su apogeo; los olorosos proyectiles, flores hermosísimas consideradas en los países septentrionales como preciosas rarezas, hendían el aire, cruzábanse y caían como perfumada lluvia entre gritos de júbilo; el viento agitaba las colgaduras de las terrazas, y las músicas resonaban alegres fascinadoras... ¡Mágico espectáculo, digno verdaderamente de aquella fúlgida luz primaveral!

En la azotea de una fonda, tres caballeros alemanes que la casualidad había reunido en un mismo hospedaje, asisten desde hace un buen rato al característico espectáculo: los dos más jóvenes presencian por vez primera la fiesta de las flores y toman parte en ella con interés, con entusiasmo, al paso que el tercero, hombre de edad madura, mira con ojos indiferentes el espectáculo y ahora se levanta para marcharse.

– Me voy, dice consultando su reloj; tanta confusión, tanta gritería me aturden, y siento la necesidad de estar en un sitio tranquilo. ¿Se quedan ustedes?

Los dos jóvenes se sonrieron, y el más alto y esbelto de ellos, que tenía todo el aspecto de un oficial en traje de paisano, contestó por él y por su compañero:

– ¡Ya lo creo que nos quedamos! Wittenau y yo no tenemos la manía de la quietud. ¿No es cierto, Wittenau? ¡Qué quiere usted, Sr. de Stetten; para nosotros, hombres del Norte, es este un espectáculo mágico!.. ¡Hola, ahí viene Wildenrod! ¡Eso se llama buen gusto! El coche desaparece bajo las flores y la hermosa Cecilia parece el hada de la primavera.


La batalla de flores estaba en todo su apogeo

En efecto, el carruaje que pasaba en aquel momento llamaba la atención por la belleza y el número de camelias que lo cubrían por entero, desde las ruedas hasta los sombreros del cochero y del lacayo. Iban en él un caballero elegante, imponente, y á su lado una señorita vestida con un traje de seda de color de rosa tornasolado y con un sombrero de rosas que dejaba asomar sus negros cabellos; enfrente sentábase un joven ocupado en recibir la continua lluvia de flores que caía sobre el coche desde todas partes, en forma de ramos preciosos que aquél amontonaba en el asiento vacío y que constituían otros tantos homenajes rendidos á la beldad que desde su florido trono miraba en torno suyo y sonreía con los ojos radiantes de placer.

El oficial cogió un ramo y lo arrojó diestramente al carruaje, pero habiendo caído sobre las rodillas del joven, éste, sin mirarlo siquiera, lo puso en el montón con los demás.

– ¡No iba ciertamente destinado al Sr. de Dernburg!, exclamó el oficial irritado. Pero ¿por qué este hombre acompaña siempre á Wildenrod?

Wittenau que, silencioso y taciturno, había seguido con la vista el coche, echó en la cesta que junto á él estaba el ramo de camelias que hasta entonces había guardado en su mano.

– Sí, murmuró; desde que se ha presentado ese Dernburg todas las demás amistades han llegado á ser superfluas.

– ¿También usted lo ha notado?, preguntó el oficial irónicamente. Ya se sabe, los millonarios ocupan siempre el primer lugar, y el barón de Wildenrod sabe estimar esta cualidad en sus amigos, tanto más cuanto que en Mónaco la fortuna le es frecuentemente adversa.

– ¡No puede ser!, exclamó Wittenau. El barón se presenta y obra como un perfecto caballero y se trata con la mejor sociedad.

– Esto nada significa, querido Wittenau, repuso el otro encogiéndose de hombros. Aquí en Niza no está muy bien definida la separación entre la gente decente y los aventureros; nunca se sabe dónde acaban los unos y empiezan los otros; y francamente, respecto de Wildenrod no está la cosa muy clara. Si su nobleza es auténtica...

– En cuanto á su nobleza, respondo de ella: es indiscutiblemente auténtica, contestó Stetten interviniendo por vez primera en la conversación.

– ¡Ah! ¿Conoce usted á esa familia?

– Hace algunos años frecuentaba la casa del viejo barón, hoy difunto, y allí conocí á su hijo. De éste nada sé en concreto, pero lo que sí puedo afirmar es que tiene derecho al nombre y al título que ostenta.

– ¡Tanto mejor!, exclamó el oficial. Aparte de que se trata de un conocimiento pasajero, sin ningún interés especial.

– Ciertamente, ya que estas relaciones se rompen con la misma facilidad con que se establecen. Pero ahora sí que les dejo á ustedes. Señores, hasta la vista.

– Voy con usted, dijo de pronto Wittenau, á quien al parecer ya no entretenía el espectáculo. Los coches empiezan ya á desfilar, pero todavía será difícil atravesar entre la multitud.

Y saludando al compañero, que sin preocuparse de aquella deserción volvía á lanzarse á la batalla de flores, Stetten y Wittenau abandonaron la azotea. No les costó poco trabajo abrirse paso entre el gentío, pero al fin se encontraron fuera de aquel bullicio.

Hasta entonces la conversación de los dos caballeros habíase reducido á unos cuantos monosílabos; pero cuando estuvieron en sitio tranquilo, el joven volvióse de pronto á su compañero y le dijo:

—¿Conque usted conoce á los Wildenrod? ¿Y hasta hoy no lo ha dicho? ¿Por qué no va nunca á saludarles?

—No me visito con ellos y hubiera querido que tampoco usted los visitase, respondió Stetten fríamente. Así se lo he advertido varias veces; pero usted, Wittenau, no ha querido hacerme caso.

—Fuí presentado á un compatriota y llevado á su casa, y no podía, por consiguiente, rechazar su trato; además, usted no me ha dicho nunca nada en concreto.

—Porque nada concreto sé. Mis relaciones con dicha familia se refieren, según hace poco le he manifestado, á diez años atrás, ¡y suceden tantas cosas en diez años! Su amigo de usted tiene razón, Wittenau; aquí, en Niza, confúndense á menudo los límites que separan á la buena sociedad y á los aventureros, y á decir verdad ignoro á cuál de estas agrupaciones pertenece Wildenrod.

—¿Pero no le cree usted rico?, preguntó Wittenau sorprendido. Y sin embargo, lo mismo él que su hermana viven con gran lujo, aparentan disfrutar de una posición muy elevada y es positivo que cuentan con grandes recursos.

—Pregúnteselo al casino de Mónaco, repuso Stetten encogiéndose de hombros. Wildenrod pasa allí con frecuencia días y noches enteros, y se dice que casi siempre tiene una fortuna loca..., ¡mientras dure! Y se dicen cosas aún más graves... No sé lo que habrá en ello de verdad; pero de todos modos, no me he creído obligado á reanudar las antiguas relaciones que con esa familia me unían y que ciertamente eran bastante íntimas, pues las antiguas fincas de Wildenrod lindaban con las tierras de mi casa que por muerte de mi padre vinieron á mis manos.

—¿Las antiguas fincas de Wildenrod?, repitió el joven. ¿Acaso ahora no son suyas?.. Pero me parece que le disgusta hablar de este asunto.

—Con las personas extrañas, sí; pero á usted le daré todos los informes que pueda, porque me consta que la cosa le interesa muchísimo. Por supuesto, que todo quedará entre los dos.

—¡Ciertamente!, repuso el joven con acento débil.

—Es una historia corta y triste, pero por desgracia bastante común. La familia Wildenrod vivía fastuosamente; pero sus propiedades estaban gravadas con multitud de hipotecas. El anciano barón se había casado en segundas nupcias cuando su hijo era casi un hombre; aquella segunda esposa era una mujer joven y caprichosa á quien su marido no sabía negar nada. Y eso que la baronesa exigía mucho, demasiado. El hijo había emprendido la carrera diplomática y vivía á lo gran señor... Sobrevinieron pérdidas de todo género, y al fin ocurrió la catástrofe. El barón murió repentinamente, víctima de un accidente, según se dice...

—¿Fué un suicidio?, preguntó él joven á media voz.

—Es probable, pues aunque con certeza nada se sabe, cabe suponer que no quisiera sobrevivir á la vergüenza, al desastre de aquella ruina. Salvóse el nombre de la vergüenza porque los Wildenrod pertenecen á la más antigua nobleza de su país, y la corte intervino para salvar el honor del barón. El castillo y las tierras pasaron á ser propiedad del rey, y de esta suerte se pudo pagar á los acreedores y los extraños pudieron creer que la venta había sido voluntaria; pero á la familia no le quedó un céntimo, y la viuda y su hijo se habrían encontrado en la miseria de no haberles concedido el rey una pensión anual y permiso para vivir en el castillo. Poco después, murió la baronesa.

—¿Y el hijo?

—Dadas estas circunstancias y la absoluta falta de recursos, no podía continuar en la carrera diplomática, por lo que presentó la dimisión. Debió ser un golpe durísimo para aquel joven orgulloso y lleno de ambición que probablemente había ignorado siempre la situación de su casa y que de repente se veía entonces violentamente arrancado del camino emprendido. Había, es verdad, otras carreras honrosas entre las cuales hubiera podido escoger una que indudablemente le habría proporcionado una buena posición; pero esto significaba descender de la sociedad en la cual había ocupado un puesto importante, y significaba además un trabajo serio y comenzado en condiciones modestas, lo cual no se avenía con el modo de ser de Oscar de Wildenrod. En efecto, éste rechazó todos los empleos que se le ofrecían y se marchó al extranjero, dejando de existir desde entonces para su patria. Ahora, después de tantos años, me lo encuentro aquí en Niza con su hermana, convertida en una joven muy guapa, pero nos tratamos como si nunca nos hubiésemos conocido.

Wittenau había escuchado en silencio, caminando con la cabeza baja, y aun después que Stetten hubo terminado su relato permaneció absorto en su profunda meditación. Stetten le miró, y poniéndole cariñosamente una mano sobre el brazo, le dijo á media voz:

—No considere usted á Dernburg como un enemigo, pues su llegada le ha salvado de cometer una locura, una gran locura, créalo usted, querido Wittenau.

El joven se estremeció y volvió hacia su compañero su rostro, en el que se pintaba una honda emoción.

—Pero usted cree..., dijo.

—Yo no creo nada ni le censuro porque se haya fijado demasiado en un par de ojos hermosos; á su edad, esto es natural; pero la cosa habría podido formalizarse, y en este caso yo pregunto si una muchacha educada bajo aquella influencia y en aquel medio, es la más á propósito para esposa de un simple propietario rural. Esto aparte de que difícilmente habría sacado algo de esa señorita, porque el hermano es quien manda en ella y el barón necesita un cuñado millonario.

—En efecto. Dícese que Dernburg heredará algunos millones y por ende es digno de tal honor, exclamó Wittenau con acento de amargura.

—No sólo *se dice*, querido Wittenau, sino que es así en realidad. Las herrerías, las fábricas de acero de Dernburg, son las más importantes de Alemania y están hábilmente dirigidas... Pero... ahí están de vuelta los Wildenrod.

El carruaje del barón había abandonado el paseo y se dirigía á su casa. Los caballos, frenéticos por haberse visto obligados á caminar despacio durante tanto tiempo, se indemnizaban ahora corriendo velozmente, así es que el coche pasó rápido por delante de los dos amigos, envolviéndolos en una nube de polvo.

—¡Qué lástima!, murmuró Stetten. Si la suerte no le hubiese tratado tan mal, arrojándole de la posición para la que había nacido, Oscar de Wildenrod habría llegado á ser un personaje importante, porque á la verdad no es un hombre vulgar... ¡Pero Wittenau! ¡No tome usted la cosa tan á pechos! Es un desencanto, pero pronto pasarán sus efectos. Siga usted mi consejo; márchese de aquí, vuelva á su casa á trabajar, y cuando estará en sus tierras, entre sus gentes, acabará por dar gracias á Dios porque todo esto no haya pasado de la categoría de un sueño.

Mientras, el carruaje, terminada su rápida carrera, habíase detenido delante de uno de esos lujosos hoteles destinados exclusivamente á los forasteros adinerados. Las habitaciones que en él ocupaba Wildenrod eran de las mejores y por consiguiente de las más caras, y reunían todas las comodidades y toda la elegancia que pudieran exigir los viajeros acostumbrados al lujo; pero en aquella magnificencia convencional faltaba naturalmente en absoluto la impresión de la vida íntima.

Cecilia, apenas llegada, retiróse á su cuarto para quitarse el sombrero y los guantes, mientras los dos hombres salieron al terrado del salón, desde el cual se disfrutaba de una vista espléndida sobre el mar y sobre una parte de Niza.

Dernburg era un joven de veinticuatro ó veinticinco años, de aspecto insignificante, flaco, algo encorvado, con ojos obscuros de apagado mirar. Su rostro pálido, colorado sólo en los pómulos, indicaba que se encontraba en la Riviera no para divertirse, sino para atender á su salud, y nadie al ver su aire tímido habría pensado que fuese el futuro propietario de algunos millones y de toda una comarca.

El barón de Wildenrod era el tipo opuesto al del joven millonario: aunque frisaba en los cuarenta años, hallábase en la plenitud de la vida y de la belleza varonil; alto, imponente, tenía las facciones regulares, severa la frente surcada de arrugas profundas y un par de ojos que miraban á su alrededor tranquilos, escrutadores, despidiendo á veces de pronto rayos de fuego. Perfecto caballero, elegante, tenía el barón todo el porte gracioso del hombre de mundo, unido al orgullo del descendiente de una ilustre familia.

—¿Pero de veras piensa usted seriamente en marcharse, Dernburg? Es muy pronto todavía, y nuestra querida Alemania le recibiría con sus tempestades de nieve y de lluvia que allí se llaman primavera. Ha pasado usted el invierno en el Cairo y hace seis semanas que está usted en Niza; créame, si no quiere perder todo lo que ha ganado y comprometer gravemente su salud, renuncie por ahora á nuestro pérfido clima.

Decía esto el barón de pie, junto al balcón, y el joven le escuchaba con la cabeza baja.

—No, no partiré ciertamente hoy ni mañana, pero no puedo permanecer aquí mucho tiempo más. ¿No sabe usted que desde hace un año vivo en países meridionales? Ahora me encuentro perfectamente y mi padre tiene gran impaciencia por verme de nuevo en Odensberg.

—Debe de ser muy imponente Odensberg, por lo que he oído decir. Su padre de usted es una especie de pequeño soberano, con un poder bastante más ilimitado del que suelen tener los príncipes, ¿no es verdad?

—Es cierto, pero también tiene todas las preocupaciones y la enorme responsabilidad de su posición. ¡Si supiera usted lo que es estar al frente de una empresa semejante! Se necesita ser un hombre de hierro como mi padre para llevar sobre los hombros aquel peso colosal.

—Pero de todos modos, ello significa poder y el poder es la felicidad, exclamó Wildenrod mirando al cielo con ojos encendidos.

—Para usted y para mi padre, tal vez; pero yo soy de condición muy distinta, repuso el joven sonriendo con cierta turbación. Mi ideal de felicidad sería una vida tranquila, modesta, en una de esas paradisíacas ciudades del Mediodía... Y sin embargo, no me es dado elegir según mi gusto, pues como hijo único he de ocuparme de Odensberg.

—¡Pero Dernburg!, es usted un monstruo de ingratitud. El destino le ha dado desde la cuna una suerte que miles y miles de personas quisieran tener á cualquier precio, y usted la soporta suspirando.

—Porque comprendo que mi modo de ser no se aviene con esta suerte. Aseguro á usted, barón, que cuando veo todo cuanto hace mi padre y pienso que un día me tocará continuar aquella obra gigantesca, se apodera de mí un desaliento, un espanto que no sé dominar.

Wildenrod lanzó una mirada extraña sobre aquel rostro pálido y flaco del joven heredero.

—¡Un día!, exclamó. ¿A qué pensar en el porvenir lejano? Su padre de usted vive, está en la plenitud de sus fuerzas y seguramente vivirá aún muchos años, y como el día en que se encuentre usted sólo tendrá empleados inteligentes educados en la escuela de aquél, no ha de apurarse usted por lo que entonces pueda suceder. Siento en el alma que piense usted formalmente en marcharse, porque le echaremos mucho de menos.

—*¿Le echaremos?*, repitió Dernburg en voz baja. ¿Lo dice usted también por su hermana?

—Ciertamente que Cecilia sentirá separarse de su fiel caballero, á pesar de que no faltará quien la consuele de tal ausencia. ¿No sabe usted? Ayer casi me disputé con Marville porque ofrecí á usted un puesto en nuestro carruaje y él había creído que se lo reservaríamos.

Esta última frase indiferente hizo palidecer aún más al joven Dernburg.

—Ya lo sé, dijo éste irritado; el vizconde de Marville quiere estar siempre al lado de la baronesa y sólo piensa en suplantarme.

—Y usted, ¿por qué lo consiente? Hasta ahora Cecilia se inclina al compatriota, pero ese francés tampoco le disgusta... y con las muchachas el ausente es siempre el que tiene menos razón, repuso el barón riendo.

Pero Dernburg no tomó á broma aquellas palabras; al contrario, permaneció un rato agitado, luchando consigo mismo, hasta que al fin, incierto, balbuciente, exclamó:

—Barón, tengo algo que decirle desde hace tiempo, pero hasta ahora no me había atrevido...

El barón volvióse lentamente y le miró con aire interrogador; por fortuna el joven no vió la expresión irónica y compasiva de aquellos ojos que parecían decirle: «¿Tienes millones que ofrecer y no te atreves?»

—Hable usted, dijo al fin Wildenrod, y disponga de mí.

—Creo que para usted no será un misterio mi amor por Cecilia, repuso Dernburg excitado; mas á pesar de ello, debo decirle que si pudiera obtener su mano sería el hombre más feliz de la tierra y me consagraría por entero á su felicidad... Pero ¿puedo esperar tanta dicha?

El barón no se mostró sorprendido ante aquella confesión; únicamente se sonrió como para animar á su interlocutor.

—Esto hemos de preguntárselo á Cecilia, dijo; las jóvenes son sumamente caprichosas en este punto y mi hermana lo es más que cualquier otra, de lo que tal vez tengo yo la culpa por haber sido demasiado indulgente con ella. La sociedad la ha acostumbrado mal, y usted mismo habrá visto cómo la obsequian y agasajan.

—Es verdad, replicó Dernburg con acento con-

movido; y por esto precisamente no he tenido valor para hablar con la baronesa.

—¿De veras? En este caso yo ayudaré á usted, y aunque nuestra princesita es caprichosa, no creo que conteste á usted con una negativa.

—¿Lo cree usted así realmente, barón? ¿Sería posible? Y usted ¿qué diría á ello?, preguntó con ansiedad el joven cogiendo entre sus manos la de Wildenrod.

—¿Yo? Pues le confiaría tranquilo mi hermana, porque veo cuánto la quiere usted y porque mi única aspiración, querido Dernburg, es la felicidad de la que considero casi como una hija.

—¡Gracias, gracias, barón!, balbuceó Dernburg. ¡Si supiera usted cuán feliz me hace con su consentimiento y con la esperanza!..

—Con la esperanza de un consentimiento aún más importante, ¿no es cierto?, preguntó riendo Wildenrod. Con mucho gusto facilitaré á usted una ocasión para hablar de este asunto con Cecilia; pues, á pesar de mi simpatía y de mis deseos, dejaré á mi hermana en completa libertad y no trataré en lo más mínimo de forzar su voluntad propia. En cuanto á usted, querido Enrique, tenga valor y atrévase.

Y sonriendo amigablemente, entró el barón en el saloncillo. Enrique Dernburg le siguió y permaneció de pie en medio de la estancia contemplando todos los ramos de flores que un criado había sacado del coche y colocado encima de la mesa y que eran otros tantos trofeos de la jornada de la hermosa reina de la sociedad de Niza. Sí, no cabía duda; todos los hombres se postraban ante Cecilia de Wildenrod; y siendo esto así, ¿cómo podía esperar ser el preferido entre tantos adoradores?

¿Qué podía ofrecerle? Sólo la riqueza; pero también Cecilia era rica; bien se veía por la vida que hacían ella y su hermano. Y por añadidura era la descendiente de una antiquísima familia noble... Y pensando en esto Enrique Dernburg se olvidaba de las frases que para darle ánimo le había dicho el barón, y palidecía.

Wildenrod, en tanto, después de haber atravesado la estancia contigua al salón, había entrado en el cuarto de su hermana. Esta se hallaba delante del espejo y apenas se volvió.

—¡Ah! ¿Eres tú, Oscar? En seguida voy; no hago más que ponerme una flor en la cabeza.

El barón contempló las magníficas rosas de color amarillo pálido que estaban encima del tocador y preguntó secamente:

—¿Son estas las flores de Dernburg?

—Sí, me las ha llevado al Corso.

—Está bien, póntelas.

—Lo habría hecho aun sin tu reverenciado permiso, porque son las más bonitas que tengo, repuso riendo la joven, que después de haberse prendido una rosa entre sus cabellos se miró al espejo con un ademán lleno de gracia delicada y no inconsciente.

Cecilia de Wildenrod, que contando sólo diez y nueve años se imponía ya por su belleza, no se parecía á su hermano más que por el color de sus ojos y de su cabello; sus ojos eran negrísimos y á veces centelleaban como los de Oscar; su cabello negro también y brillante, su cutis moreno pálido y sus dientes blanquísimos y diminutos; tenía, en una palabra, un tipo oriental fascinador, de una seducción irresistible.

Había cambiado de traje, y vestida ahora de blanco con un ramo de rosas amarillas en el pecho y dos capullos de estas mismas rosas en la cabeza, estaba guapísima. El barón la contempló satisfecho y después, mirando en torno suyo, se le acercó y en voz muy baja, aunque estaban cerradas todas las puertas, le dijo:

—Cecilia, Enrique Dernburg acaba de hablarme; quiere ofrecerte su mano.

La joven no se mostró sorprendida; volvió la cabeza para ver en el espejo el efecto de los capullos de rosa y luego exclamó con indiferencia:



Cuando cogía el último ramo para colocarlo sobre la chimenea ..

—¿Ya?

—¡Cómo *ya!* Tiempo hace que yo lo esperaba y me parece que si le hubieses animado habría hablado antes.

La frente de Cecilia se arrugó apareciendo en ella dos surcos profundos como los que presentaba la de su hermano.

—¡Si no fuera tan pesado!, murmuró.

—Es que deseo que tal matrimonio se realice, Cecilia, lo deseo vivamente; y por consiguiente espero que sabrás portarte como corresponde, dijo el barón con acento de quien no admite réplica.

La joven estrujó con impaciencia las rosas que habían quedado sueltas.

—Pero ¿por qué ha de ser precisamente Dernburg? Marville es mucho más simpático...

—Mas no piensa en casarse contigo, como no lo piensan tampoco todos los demás que te hacen la corte; no te ofendas por esto que te digo, Cecilia; entre nosotros puedo hablarte claramente y confiarte mi parecer; ya sabes que conozco á los hombres. En cambio Dernburg pide tu mano, y casándote con él te aseguras una posición envidiable, pues Dernburg es muy rico.

—¿Y qué importa? ¿Acaso nosotros no somos ricos también?

—No, respondió el barón bruscamente.

La joven le miró estupefacta.

—No, Cecilia, añadió Oscar cogiéndola por un brazo y hablándole al oído; no somos ricos; me veo precisado á hacerte esta confesión para que medites seriamente acerca de tu porvenir. Conque deja á un lado tus caprichos y cásate con Dernburg.

Cecilia le contempló entre incrédula y atemorizada y no resistió más; se veía que estaba acostumbrada á doblegarse ante la voluntad de su hermano.

—¡Como si alguna vez me hubiese atrevido á decir que *no* cuando mi señor hermano me manda decir que *sí!*, exclamó riendo. Pero que no se figure Dernburg que haya de llevarme á vivir en su aburrido Odensberg. ¡Vivir entre aquellas hordas de obreros, junto á las fraguas cubiertas de polvo y de orín! ¡Oh, me horroriza sólo pensarlo!

—Ya verás cómo se conforma con todo, repuso Wildenrod. Por otra parte, no sabes lo que significa ser dueña de Odensberg y la posición que ocuparás en la sociedad al lado de Dernburg; cuando te habrás hecho cargo de ello, me darás las gracias por mi eleccion. Y ahora ven, no hagamos esperar más á tu futuro esposo.

Cogidos del brazo, los dos hermanos entraron en el salón en donde Dernburg se paseaba agitado. El barón fingió no advertir su agitación y comenzó á hablar con desenvoltura de la batalla de flores, de los carruajes y de otros insignificantes sucesos del día, hasta que á pretexto de que la puesta del sol era hermosísima y de que el espectáculo, visto desde fuera, debía ser magnífico, salió al terrado cerrando detrás de sí la puerta de cristales.

—¡Parece esto un mercado de flores!, exclamó Cecilia riendo y señalando á la mesa llena de ramos. Francisco las ha amontonado de cualquier modo, pero yo quiero ponerlas en orden; ¿quiere usted ayudarme, Sr. Dernburg?

Y con gracia infinita comenzó á colocar los ramos en los diversos jarros y copas del salón, en tanto que Enrique la seguía, ayudándola muy poco, pues toda su atención estaba fija en la hermosa joven vestida de blanco y con las rosas prendidas en el pecho. ¡Eran *sus* rosas! Dernburg lo había notado desde que Cecilia entrara en el salón y este detalle le había complacido en extremo. Después se le ocurrió la idea de que tal vez Wildenrod hubiese hecho alguna indicación á su hermana..., pero no, ¡era imposible! Cecilia se mostraba desenvuelta, chancera como de costumbra, se burlaba de sus distracciones y se reía de sus torpezas. No, Cecilia no sabía nada.

La hermosa baronesa no experimentaba timidez ni emoción alguna ante el compromiso que estaba á punto de contraer: tenía cerca de veinte años, y en la sociedad que frecuentaba había visto siempre que las jóvenes aceptaban sin vacilar los maridos elegidos por sus familias. No tenía ningún reparo que oponer contra el matrimonio; al contrario, comprendía todas las ventajas del mismo, la mayor libertad de que podría disfrutar cuando estuviera casada, el derecho de permitirse los mejores trajes, de entregarse á todos los lujos y de salir de la dependencia de un hermano que á veces se manifestaba tiránico con ella... Lo único que la preocupaba era pensar que el vizconde de Marville era más simpático que Dernburg, quien, á pesar de sus millones, no ostentaba un título nobiliario. ¡Una baronesa de Wildenrod obligada á tomar un nombre plebeyo!

Cuando cogía el último ramo para colocarlo sobre la chimenea, oyó pronunciar con profunda ternura su nombre.

—¡Cecilia!

(Continuará.)

BALDOMERO GALOFRE

Otro pintor meritísimo ha dejado de existir. El destino, con su cruel é implacable poder, ha extinguido los vivos fulgores de una inteligencia privilegiada, gloria legítima del arte contemporáneo y honra de nuestra patria. El que fué distinguido artista y amigo querido, Baldomero Galofre, ha desaparecido de entre nosotros. Aquel que á costa de su pujante esfuerzo y de su indiscutible genialidad había alcanzado la meta de su carrera, se ha agotado, precisamente cuando apenas reposado su espíritu y su fatigado organismo de las titánicas luchas que había sostenido, saboreaba el resultado de sus afanes, las ventajas de sus triunfos, y cuando, completamente formada su personalidad artística, convertido en maestro, podía ofrecer á su patria nuevas y quizás más espléndidas creaciones de su fecunda é inspirada imaginación. Mucho podía esperarse todavía de Galofre. Sus últimas producciones, aquellas que ejecutara presa su espíritu de punzante angustia y ahogando los dolores de mortal dolencia, demuestran la pujanza de su ingenio, la delicada ternura de sus sentimientos y la luz que destellaba su privilegiado cerebro.



Baldomero Galofre, fallecido en Barcelona en 26 de julio de 1902 de fotografía de A. y E. Fernández (Napoleón)

Todos los conceptos que sintetizan los ideales de la humanidad, creencias, patria, afectos, cobraban cuerpo, se agrandaban al darles forma el artista, imprimiéndoles con los colores de su paleta ese algo que en su interior existía, que le elevara y engrandeciera, y que, al separarse de su deleznable envoltura, ha ido á morar en las puras regiones de lo bueno, lo grande y lo justo.

Narrar su historia artística sería empresa harto difícil, que precisaría más serenidad para nuestro espíritu y mayor espacio del que podemos disponer. Bastará decir que cuanto fué, que cuanto pudo alcanzar, lo debió única y exclusivamente á su personal esfuerzo, y que gracias á sus indomables energías, á su pasmosa laboriosidad y á ese admirable entusiasmo de que siempre se halló poseído y que el arte le inspiraba, pudo singularizarse y distinguirse. Como hombre, preciso es tributar respetuoso recuerdo al que fué hijo amantísimo, esposo ejemplar y cumplido caballero, presto á practicar el bien, refractario á cuanto pudiera significar la ejecución de un acto censurable, ya que en su corazón no pudieron anidarse jamás mezquinas pasiones ni debilidades profesionales.

Como pintor, como artista, revelóse como tal, poseedor de especialísimas condiciones, reuniendo la cualidad inapreciable de avalorar todas sus obras con el sentimiento y la poesía. Sentía el arte como pocos, y cuando con el pincel trataba de transportar al lienzo el tropel de ideas y el conjunto de impresiones que rebosaban en su corazón, cantaba estrofas tan sencillas como la de su notable cuadro *El Avemaría*, gallarda representación de las aptitudes del artista y de la inspiración del poeta.

Galofre no militó en escuela determinada. Su arte fué personal, exclusivo, distinguiéndose por el apasionamiento que le inspiraba la realidad, pero embellecida y vigorizada por el arte y el ingenio. A semejanza del poeta y del novelador contemporáneos, fijaba la atención en todo lo que cerca de él vivía y accionaba, interesándole y conmoviéndole, para reproducirlo por medio del lápiz, del carbón ó del pincel tal cual lo comprendía, con los caracteres que le imprimía su fantasía, avalorado, enriquecido con la prodigiosa fuerza de su imaginación. Si nos fijáramos únicamente en sus poderosas condiciones de asimilación para reproducir, le consideraríamos como un distinguido campeón de la escuela realista; mas como esta cualidad resulta una de las circunstancias que en él concurrían, ya que no se limitaba á copiar la naturaleza fría y muda, sino embellecida con sus gérmenes de vida, con todas



REGRESO DEL TRABAJO. Recuerdo de Castell de Aro, por Baldomero Galofre

sus energías ó con su severa grandeza, no titubeamos en distinguirle con el merecido calificativo de artista-poeta.

Si bien fué sincero y devoto admirador de su paisano el malogrado Fortuny, así como de Rosales y de otros no menos ilustres pintores, no cultivó el género en que aquéllos lograron triunfos y celebridad.

Al igual de todos los artistas que huyen de la vulgaridad ó de conocidos moldes, procuró tener carácter propio, y buscando en su patria y en cuanto le rodeaba el medio de su acción, produjo admirables cuadros de costumbres y tipos nacionales que vienen á ser, por su constante labor y no interrumpida producción, la historia contemporánea pintoresca de nuestra patria, ya que la representó con los caracteres que ofrece el ayer y la actualidad, con la diversidad de tipos, con los varios tonos de los trajes, las telas, los rasgos de provincialismo y sobre todo ese conjunto reunido y dispuesto con arte, en acción, con movimiento y vida.

Galofre dibujaba con seguridad y corrección, agrupaba como pocos y sentía la composición, distinguiéndose sus cuadros por sus brillantes tonos, por su finura y transparencia. Como verdadero artista, embellecía el natural sin falsearlo jamás, devoto de la sinceridad.

Mucho ha legado el artista, mucho queda inédito en sus innumerables carteras de esa obra colosal que tituló *España*, y á cuya realización febrilmente se dedicaba, derrochando su inagotable fantasía y su habilidad, utilizando todos los procedimientos y formas conocidos. Esta es la que pudiéramos titular su obra póstuma: aquella que á nuestro juicio ha de revelar, cuando se conozca, todo lo que valía el artista y lo que podía esperarse de su genialidad.



PESCADOR DE SAN FELIU DE GUÍXOLS, apunte por Baldomero Galofre

Con haber sido tan celebradas sus obras y tan reconocidos sus merecimientos, creemos que no ha sido aplaudido y ensalzado cual merecía. El supuesto de que se hallaba en condiciones de ofrecer nuevas y más importantes creaciones, motivaba tal vez que no rebasaran las manifestaciones de justa admiración; mas hoy, que, por desgracia, tenemos el triste convencimiento de que ha desaparecido de entre nosotros y que de él no nos quedan más que un grato recuerdo y sus obras admirables, hemos de apresurarnos á rendir un homenaje al artista, un aplauso al pintor y un tributo de respetuosa consideración al amigo cariñoso.

El nombre de Baldomero Galofre significará una gloria española: el arte ha perdido uno de sus inteligentes adalides, uno de sus fervientes adoradores.

Si el sentimiento general que su muerte ha producido ha sido causa para que se dedicaran á su memoria sentidos recuerdos, séanos lícito tributar al insigne artista y al bondadoso amigo la expresión del que nos domina, tan sincero é intenso cuanto inesperada ha sido para nosotros la certidumbre de su pérdida.

A. GARCÍA LLANSÓ.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

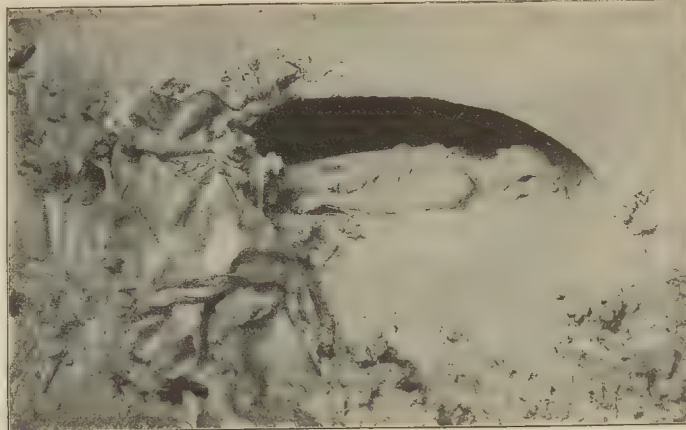
El acetileno y el carburo de calcio, por *Francisco Carles*. – El desarrollo cada día mayor que ha adquirido el uso del acetileno es la mejor justificación de la oportunidad de este libro, en el cual se encuentran datos muy curiosos é interesantes acerca de las propiedades y de la producción de este gas y de sus empleos para el alumbrado, calefacción y motores de distintos sistemas, y detalladas descripciones de gran número de aparatos. Una buena parte de la obra está dedicada al estudio del carburo de calcio, materia no menos importante y muy relacionada con el acetileno. Editado en Barcelona por D. Francisco Puig, se vende á dos pesetas.

* * *

Magnetismo universal, por *José Gallegos*. – El inteligente telegrafista guatemalteco Sr. Gallegos ha reunido en un folleto varios artículos publicados en «El Telégrafo» de Guatemala y en los cuales estudia la mecánica del éter, que evolucionando eternamente encierra todas las leyes físicas y produce la variada forma de los cuerpos naturales, deduciendo de este estudio interesantes teorías. El folleto, que lleva algunos grabados, ha sido impreso en la tipografía de Arturo Siguere y C.ª, de Guatemala.

* * *

El burro del tío Antón, por *Rafael Ruiz López*. – Es esta obra una novela sentimental y realista; pero ni el sentimentalismo se nos presenta en ella como sensiblería, ni el realismo se aparta nunca de la verdadera belleza. Su argumento, interesante en alto grado, es la vida de un hombre admirablemente vista y hondamente sentida, y en todos sus capítulos hay un fondo de esa poesía que brota espontáneamente en los corazones que adoran las bellezas de la naturaleza y rinden fervoroso culto al bien y á la verdad. Un estilo elegante avalora este libro, que editado en Barcelona por Lezcano y C.ª, se vende á una peseta.



La belleza de la Muerte, monumento funerario para Sebastián Grandis en Borgo S. Dalmazzo obra de Leonardo Bistolfi. (Del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejo Koch, de Darmstadt.)

Ben-Hur, por *Luis Wallace*, traducción de *Luis Carlos Viada y Lluch*. – Aunque del género de la popular novela *Quo Vadis?*, esta producción del escritor anglo-americano es, en sentir de muchos críticos, superior á la obra del autor polaco, pues conteniendo como ésta hermosas descripciones, abundando en elevados conceptos, demostrando los mismos conocimientos arqueológicos é históricos, resulta más ajustada á la verdad cronológica y topográfica y trata más grandiosamente los personajes que intervinieron en la génesis de nuestra religión, y sobre todo la figura sublime del Redentor. La traducción del Sr. Viada y Lluch es digna de las mayores alabanzas por lo castizo y elegante del lenguaje. *Ben-Hur*, editada en Barcelona por «La Hormiga de Oro», forma un tomo de 422 páginas y se vende á diez reales.

* * *

El teniente de los Gavilanes, por *Rafael de Zayas Enríquez*. – En la literatura americana ocupa un puesto eminente el inspirado poeta D. Rafael de Zayas, pudiendo afirmarse que su nombre figura entre los de los primeros poetas mejicanos. Mas no sólo brilla su talento en el género poético; también como periodista y como novelista goza de merecido renombre. *El teniente de los Gavilanes* es una interesantísima novela cuyo argumento se enlaza con curiosos episodios de la historia de Méjico; ha sido editada por la casa Appleton de Nueva York y está además ilustrada con algunos grabados originales de Rafael y Marius Zayas, hijos del autor.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 11 de agosto de 1902 — Núm. 1.076



Una partida empeñada, cuadro de Joaquín Agrassot. (Salón Parés.)



La entrada del pueblo, cuadro de Joaquín Agrassot. (Salón Parés.)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

PARLAMENTARISMO

Ha sido estos días la actualidad, y lo es aún, por los subsiguientes *meetings*, el Congreso católico celebrado en Santiago de Compostela. Y ante todo, recordemos que sería imposible idear ciudad más sugestiva, ó como dicen algunos escritores modernistas, más *sugerente*, para una solemnidad de esa índole.

Santiago de Compostela es pueblo cuya substancia íntima la forman sus recuerdos y su borrada grandeza. Cuando el autor de *Brujas la muerta* se propuso demostrar que las ciudades imprimen carácter á los que en ellas habitan y que el alma de las piedras se comunica al hombre, no pensó en Santiago, porque no la conocía; pero si conociese Rodenbach la vieja metrópoli de la Edad Media española y pudiese estudiar cómo en su recinto se desarrolla la vida, encontraría la tesis plenamente demostrada, no por un solo hecho saliente, sino por la enlazada serie de los hechos de cada momento y de todas las horas, los días, las semanas, los meses, los años, que no parecen transcurrir, para Santiago, en lo que se refiere á infusiones del nuevo espíritu.

***

Y añadiré que el libro de Rodenbach no muestra bien el carácter de esos pueblos amarrados á la tradición, porque su *Brujas la muerta* es un oasis de paz, donde la unanimidad de criterio se revela en la identidad de ocupaciones y de modos de emplear el tiempo y desenvolver las actividades morales. En *Brujas la muerta*, el triste enamorado de un recuerdo, que es el héroe de la novela, forma una excepción, porque hay en sus costumbres algo de desorden y de aventura romántica; y la ciudad, en cambio, aparece como un lago tranquilo, uno de esos remansos del río en que geométricas y perfiladas se reflejan las sombras de los altos olmos y de los largos puentes. - Mucho se engañaría quien tratase de asimilar, en este concepto, á Compostela con Brujas. La calma de Compostela es engañosa. Compostela es como la Edad Media, en la cual, superficialmente, suele verse una época de unidad, y que estudiada despacio, con documentos y con analítica ojeada, descubre un hervidero de enconadas y violentas pasiones, una madeja inextricable de tendencias opuestas que se disputan el terreno palmo á palmo, y una efervescencia intelectual, origen de investigaciones incesantes, que hacen madurar la ciencia y ejercitarse el pensamiento.

Dormida sólo en apariencia, al abrigo de los seculares muros de sus grandiosos templos y conventos, Compostela *piensa* más que los pueblos fabriles é industriales, donde lo especulativo á nadie preocupa ni importa. Estimula el cerebro aquella inacción corporal, aquella monotonía majestuosa de la existencia que en Compostela se advierte. La tradición, visible en los monumentos, dueña de la ciudad, se presenta como un problema, y fuerzas innovadoras, elementos críticos, actúan é inducen á analizar y discutir. Nunca como en Compostela he visto que apasionasen cuestiones del orden religioso y metafísico; en ninguna parte la neutralidad y el indiferentismo fueron más difíciles de arraigar. Sin duda que allí, lo mismo que en todas partes, mueven al individuo intereses egoístas; pero hay un soplo, hay corrientes, hay ambiente para los problemas que en el día propendemos á arrinconar y que son, sin embargo y bien mirados, de más noble filiación que los sociales. Estos se derivan de la economía, de la necesidad material; los otros, de la intelectualidad y el sentimiento.

***

Como á veces las corrientes generales y avasalladoras nos dictan una protesta, á los que sentimos alguna vocación artística; como no sólo de pan se vive, encuentro que somos injustos con Bizancio al echarle en cara sus disputas teológicas, y que seríamos ininteligentes al extrañar que Compostela se haya alborotado y se alborote aún por lo que nada tiene que ver con los sindicatos agrícolas, la jornada de ocho horas, el trabajo de las mujeres y los niños, etcétera. En Compostela recuerdo que las ceremonias del culto, los ritos en ciertas funciones, los disentimientos de cabildo y arzobispo, la forma de una barandilla de la catedral, traían revuelto al pueblo. No sé si esto era muy trascendental; sé que en una ciudad más práctica, cuajada de fábricas, con docks y muchos tranvías de vapor, nadie se preocuparía de ello; pero en cambio la calidad del algodón ó la elevación de una tarifa nos traerían vueltos locos. Por lo menos, en lo que agitaba á Compostela, cuando yo vivía allí, se discernía algo de pintoresco y de romántico, que removía, en todos los circunstantes, el sedimento del pasado, el poso de la historia. Y la mejor parte de mí misma encontraba mayor goce en esto que en los algodones y las tarifas y la resistencia al producto extranjero.

***

Y ¡qué telón de fondo, qué marco maravilloso, para un Congreso católico, el que Compostela ofrece! Como la casa antigua y señorial que no necesita adornarse con *bibelots* ni derrochar coquetería para manifestar su grandeza, bastándole abrir la puerta y mostrar los tesoros que acumuló el tiempo, Compostela no ha menester sino decir: «Aquí estoy, ved lo que fuí y lo que aún sigo siendo, porque mi gloria se ha desvanecido, pero sus testimonios perduran.»

Si hay un nombre expresivo para España, es el de *Santiago*. Cada letra de ese nombre es un siglo de historia. Con él rechazamos al Africa; con él atrajimos á Europa, haciendo competencia á las Cruzadas. Ese sepulcro jacobeo fué para nosotros manantial de vida. Observadlo: desde que se cierra el período de las peregrinaciones á Compostela, ciérrase también España, se repliega sobre sí misma - como una gran flor enferma que languidece - y surge nuestro aislamiento y nos vamos desviando del resto del mundo. Quien nos comunicaba con él era Santiago Apóstol. Hoy, que poseemos ferrocarriles (no muchos), vienen á España menos «francos, britanos, dinamarqueses, teutones,» que allá cuando en la catedral compostelana había confesores para administrar, en todos estos idiomas, el Sacramento de la penitencia. Hoy nuestro dinero pierde el 38 por 100. Entonces tenía Santiago su cofradía de *Caballeros cambiadores*.

***

Sí, el Congreso Católico estuvo allí en su atmósfera natural. En cuanto á los resultados de ese Congreso, sería prematuro lo que pudiera decirse. Acaso - y en tal hipótesis disiento de la opinión general - sea éste más provechoso que los anteriores. Dos buenos síntomas peculiares de él son la tendencia á reprobar la intrusión de la política en las cuestiones religiosas y la atención consagrada á las sociales. No cabe duda: hace cinco años *todavía* no se pensaba así, y si se pensaba, no se decía muy alto. Estas influencias sanas vienen de Europa: son otras peregrinas que, esclavina al hombro, bordón en paño, llegan de Italia, del Vaticano, llegan de Bélgica, llegan de Alemania... y también de más lejos, de los países nuevos, democráticos, donde el catolicismo brota fuerte, libre y sin *oidium* ni *mildew*, como las cepas americanas, jóvenes. Aquí el *oidium* y el *mildew*, fatales á la viña del Señor, son esos partidos políticos que hacen suyo solo lo que es de todos cuantos recibieron el agua y escucharon la palabra de vida. Cien años de desgarramientos profundos y convulsiones de epilepsia furiosa ha sufrido España, por culpa de esos exclusivismos dementes, empeñados en realizar el milagro de Josué, pero no con el sol, pues lo que intentaban detener, para que alumbrase con perpetuas claridades de nostalgia nuestro cielo, era la luna, era el astro de la noche y de las apariciones fantásticas.

***

No puede, sin embargo, considerarse este Congreso verdadero recuento de las fuerzas de que dispone en España el catolicismo. Si en la lista de los congresistas encontramos nombres respetables, otros se echan de menos, y señalan un hueco que desde lejos se ve. - Han brillado por su ausencia del Congreso Católico - á lo que puedo recordar ahora, y si me equivoco en algún punto queda rectificado el involuntario error - el entendido marqués de Cerralbo; el doctísimo Gil Robles; Menéndez y Pelayo; los novelistas Padre Coloma y Pereda; el insigne publicista Arturo Campión; varios Agustinos del colegio del Escorial que tienen cartel y nombre; el muy excelente cardenal Sancha; el abad de la colegiata de la Coruña, polemista notable; el eruditísimo Hinojosa; el eminente estadista D. Antonio Maura, personalidades todas significadas en sentido católico, y que por la misma diversidad de sus aptitudes y tendencias darían al Congreso un matiz y un relieve singular, sin que hablemos de otras muchas que en este instante no acuden á mi memoria, pero que con algo más de tiempo y reflexión acudirían, y prescindiendo de las abstenciones sistemáticas de políticos como Mella y Nocedal. - Y no deja de ser curioso, á título de observación, que en el día la forma parlamentaria, tan maldecida y reprobada por los elementos que han alardeado oficialmente de católicos en el mundo entero, venga á ser la que adoptan de preferencia esos mismos elementos para comunicarse y reconocerse, afiliarse, estrechar sus lazos de unión, concertar sus planes de porvenir, adoptar sus acuerdos, formular homenajes y ovaciones á sus figuras relevantes, y demostrar sus condiciones retóricas - ni más ni menos que lo que pasa en el hemiciclo del Palacio aquel de Madrid á cuya puerta se inmovilizan dos leones y en cuyas sesiones hacen la guardia dos maceros y en cuyos pasillos se fragua la impura política...

***

Y es que nadie, ninguna colectividad sobre todo (el individuo es más dueño de conducirse como le place) puede evitar lo que el tiempo da de sí. - Los que lanzan anatema sobre ateneos y congresos paran en congresistas y ateneístas; el Congreso ocupa el lugar del Concilio, hoy que está definido el dogma y establecida la doctrina... Y los que reprueban con mayor ó menor pesimismo los adelantos de la era moderna - que en ella no son cosa accidental, sino algo esencialísimo, que la caracteriza, - instalan en su casa el teléfono, no viajan en galera ni á lomos de macho, usan y abusan de la prensa periódica sin dejar de considerarla verbalmente «un basurero» y «una sentina,» construyen con cemento portland, se curan por las duchas eléctricas, y tienen en el médico más fe - si á mano viene - que en el confesor...

***

Santiago de Compostela, sin embargo, es un argumento admirable en pro de la estabilidad de las cosas. Ha cambiado muy poco; aún persiste por dentro y fuera muy semejante á como sería, no precisamente en aquel siglo XII que marca su período de esplendor, pero en el XVII y XVIII, cuando numerosas familias de la más granada nobleza gallega vivían allí con dignidad y ostentación modesta - aunque al parecer estas dos palabras no se hermanen. - Y apenas me doy á imaginarme el Santiago del siglo XVIII, según las referencias que hasta mí han llegado, ya noto, más que las analogías, las transformaciones. Las damas del XVIII vestían de cúbica, llevaban hábito, pero tenían litera, pajes, un escudero que las acompañaba por la calle con espada desenvainada; en sus oratorios había cueros de Córdoba, sabanillas de Flandes, reliquias de Roma y cirios; en su mesa, que bendecían antes de comer, se presentaban sencillos manjares... Las damas de ahora llevan sedas, fulares y sombreros de fantasía; aspiran á saber hacer bien la gallina trufada y el *roastbeef;* salen á la calle sin pompa; rezan en la iglesia... si acaso; encargan á París trapos y moños, y en el Congreso Católico ven un pretexto para sacudir la modorra y pasearse y solazarse una quincena... ¡Ah! El tiempo corre, la rueda gira; cambiamos, mal que nos pese..., y los católicos militantes no aciertan á traernos la Cruzada, ni siquiera la guerra de partidas, y por graciosa ironía de los hechos, nos traen un acontecimiento parlamentario.

EMILIA PARDO BAZÁN.



Los tres contendientes titubeaban en comenzar la riña

JUAN EL BUENO

(CUENTOS DE ANTAÑO)

I

– ¿Por qué no pescas, por qué no cazas? Cualquiera al oirte supondría que eras un mandria sin alientos; tú, el primer ballestero del país, que pones la jara donde pones el ojo; tú, dotado de fuerzas tan extraordinarias que detuviste la cuadriga de la carroza del preboste del rey, á riesgo de que te hubieran atropellado los caballos; tú, que has matado al oso más grande y más fiero que se ha visto en la comarca, ¿qué tienes, por qué estás triste y cabizbajo como un buho en su agujero?

– Mira, madre, si yo socorrí al preboste y maté al oso, fué por hacer el bien. Por lo demás, me repugna matar ni á una hormiga; los ejercicios del campo no son para mí, porque á nada conducen más que á arrastrar una vida miserable. Por otra parte, me da grima verte cargada con tus sesenta y siete años trabajando sin cesar en la casa y lavando ropas ajenas. Así, pues, he determinado irme cuanto antes á Toledo y dedicarme á la profesión que más me guste, para que tú y yo lo pasemos mejor que hasta ahora...

Los interlocutores de este diálogo eran la anciana Petra, llamada Petrona por razón de su corpulencia, y su hijo Juan, conocido con el sobrenombre de *Bueno,* porque éralo en efecto á carta cabal. Tenía Juan diez y nueve años de edad, era guapo y bien formado sobre toda ponderación, y además poseía el don de inspirar simpatías á todo el mundo. Vivían madre é hijo en una casucha propia, situada en la cercanía de Ocaña, y aunque el mancebo había heredado de su padre, antiguo ojeador, cuatrocientas libras tornesas, que administraba el alcalde de Ocaña, el exiguo rédito que producían era motivo de que aquéllos vivieran con mucha estrechez.

Aunque á Petrona le dolía mucho separarse de su hijo, comprendió que éste tenía razón. Además, en su cariño maternal se decía: «Es imposible que mi Juan, tan arrogante mozo, no haga fortuna en el mundo.»

Así, pues, quedó acordado el viaje á Toledo. Juan se llevaría la mitad de la cantidad que el alcalde tenía en su poder, para tomar pie y establecerse del modo más conveniente; y en efecto, una mañana se aseó lo mejor que pudo, empuñó una cachiporra con regatón puntiagudo de hierro, que en sus manos era un arma terrible, y de la que colgó su madre un pañuelo de hierbas con alguna ropa blanca, y enderezó por una senda al lado de Petrona, que le acompañó un trozo de camino. Llegado el momento de separarse, arrodillóse Juan y besó la mano á su madre; ésta le puso ambas sobre la cabeza, lo cual era el signo de bendición en aquel tiempo, y el mancebo siguió andando mientras se enjugaba las lágrimas.

La mañana, por lo hermosa, era de buen augurio. Mediaba el mes de abril, el cielo estaba radiante y el campo verde matizado de margaritas. Los vencejos y las perdices revolaban en lo alto, las golondrinas casi rasaban la tierra y las mariposas blancas de la primavera posábanse en los tomillares, en que abundaba la comarca, para matizarse con los colores del verano.

Juan sentía efluvios de alegría y de esperanza; aunque humilde y modesto como era, no podía substraerse á los ardores y fantasías de la juventud.

La senda por la que caminaba conducía al *Pradillo,* que era una pradera de corta extensión rodeada de castaños de Indias, situada al lado de la *cuesta de Yator,* muy empinada y fragosa. Al aproximarse á este sitio, que tenía que atravesar para volver á tomar la senda, sintió el muchacho un ruido como de espadas que se chocasen, y al desembocar en el Pradillo quedóse asombrado, porque vió un hermoso caballo negro tendido sobre la hierba, y dos soldados que acuchillaban á un caballero vestido de negro, que en el preciso momento de llegar Juan cayó al suelo atravesado de una estocada.

– ¡Infames!, gritó; ¡dos contra uno!

Y luego, acercándose al caballero, trató de socorrerle. Pero estaba rígido; la muerte había sido instantánea.

– ¡Cobardes, asesinos!, ¿por qué habéis matado á ese hombre?, ¿qué os ha hecho?

– Oye, muchacho, agradece á que eres muy joven y muy simpático; pues de no, no hubieras acabado de proferir esos insultos. Este hombre nada nos ha hecho, ni siquiera le conocemos; pero le hemos matado porque se ha resistido.

– Entonces, ¿por qué?..

– No seas impertinente, interrumpió el otro soldado; nosotros somos ostrogodos y ejercemos nuestro oficio.

Juan conocía el significado de la palabra ostrogodo. Los ostrogodos invadieron España; los visigodos, que vinieron después, casi los exterminaron, hasta que á su vez fueron exterminados por los godos, que se apoderaron por completo del país. Pero muchos ostrogodos habíanse salvado refugiándose en cordilleras y sierras, y siguieron siendo aventureros que vendían sus servicios, reuniéndose á veces en cuadrillas para cometer fechorías.

– ¿De suerte, dijo Juan, que habéis matado á ese hombre por cuenta ajena?

– ¡Claro! Estábamos en las afueras de Toledo, llegóse á nosotros uno al parecer faraute y nos dijo: «¿Queréis ganaros doscientas libras tornesas? – A eso estamos, le contesté yo. – Pues seguid á un hombre que camina hacia la cuesta Yator; va vestido de negro, monta un caballo negro y lleva á ancas una mujer. Traedme aquí á esa mujer y os daré esta bolsa con la susodicha cantidad,» y nos enseñó una por entre cuyas mallas asomaba la plata de las monedas. Seguimos al hombre, le alcanzamos á la bajada de la cuesta, y como has visto, le matamos en la pradera porque se resistió.

– ¿Y la mujer?

– ¿No la ves ahí tendida en el suelo?

En efecto, había una bajo un árbol, pegada la cara al musgo del prado.

– ¿Está muerta también?

– No creo, sino desmayada; nadie la ha tocado. Y basta de explicaciones. Ahora vamos á llevarnos á esa mujer...

– ¡Nunca, estando yo aquí!, exclamó Juan poniéndose de dos zancadas al lado del bulto tendido en el suelo.

II

– Mira, muchacho, tengamos la fiesta en paz, dijo uno de los soldados; á nosotros no nos gusta matar de balde, pero tendremos que hacerlo contigo si sigues metiéndote en camisa de once leguas.

– Ya veremos, replicó Juan blandiendo la cachiporra.

Los soldados á su vez sacaron las espadas que habían envainado.

Los tres contendientes titubeaban en comenzar la riña. Los soldados pensaban: «Es lástima que matemos á este guapo mozo, que nada nos ha hecho, á riesgo de que nos suelte un buen lapo.» El mancebo, á su vez, se decía: «Son dos, llevan capacetes de hierro y corazas de argirodamas, que pueden resistir á mi cachiporra.» Además, sabido es que á Juan le repugnaba matar ni á una hormiga.

Estando en esta indecisión, proyectáronse tres sombras sobre la hierba del *Pradillo,* inundado de sol, y el muchacho vió tres buitres que volaban bajo, atraídos sin duda por el olor del cuerpo muerto.

Juan tuvo de repente una idea.

– Oíd, dijo á los soldados; ¿os han ofrecido doscientas libras porque os apoderéis de esta mujer?

– Así es.

– Pues bien: yo os las doy porque me la dejéis, juntamente con ese muerto.

– ¿Tienes tú doscientas libras?

– Las tengo, puesto que las ofrezco.

Miráronse los soldados como consultándose, y uno de ellos dijo:

– Hecho el trato; á nosotros no nos importa la procedencia del dinero.

– Habréis de marcharos de aquí en seguida.

– Por supuesto.

Juan entonces sacó precavidamente un bolsón de cuero, contó las doscientas monedas para que las viesen los soldados, volvió á guardarlas y dijo:

– Pues envainad las espadas, tomad, y la del humo.

Los soldados tomaron el bolsón y se alejaron repartiéndose el dinero, Juan los siguió con la vista hasta que transpusieron las estribaciones de la cuesta de Yator. Entonces oyó sollozos y vió que la mujer

estaba llorando, sentada en el suelo, y vió también que los buitres, reforzados con otros dos, volaban casi tocando las copas de los árboles.

El muchacho acudió al muerto, que representaba á un hombre de edad, con la barba y cabellos grises. Buscó un sitio en la linde del *Pradillo,* y comenzó á cavar una fosa con el regatón de su cachiporra. Como era muy vigoroso y trabajó sin descanso, pronto abrió un hueco suficiente para que cupiese el muerto; enterróle en él, apisonó la tierrra, esparció sobre ella guijarros y cascotes de la falda de la cuesta, y sentóse á descansar.

La mujer seguía llorando, los buitres habían desaparecido.

Después de unos minutos de reposo, Juan aproximóse á la mujer, que era muy joven y estaba horriblemente marcada de viruelas.

– ¿Quién eres? ¿Cómo te llamas?

– Me llamo Silvana.

– ¿Dónde ibas con ese hombre que acabo de enterrar?

– Huía de mi madrastra, que me maltrataba y que preparaba bebedizos para envenenarme.

– El hombre con quien huías ¿era tu novio, tu amante ó tu padre?

– Ninguna de las tres cosas, aunque bien hubiera podido ser lo último por lo mucho que desde niña me quería.

– ¿Qué piensas hacer?

– No lo sé.

– ¿De dónde eres?

– De Huelves.

– ¿Quieres que te lleve á tu pueblo?

– ¡Nunca! Sería como llevarme á la muerte; prefiero morirme en mitad del campo.

– Eso no, vente conmigo.

La muchacha, pues lo era, se puso en pie con trabajo; apenas podía andar.

– Apóyate en mí.

Ella se apoyó, y ambos jóvenes tomaron la senda por donde había venido Juan.

Lástima era que aquella muchacha estuviese tan desfigurada por la viruela, pues difícilmente hubiera podido hallarse un cuerpo tan gallardo y un talle tan gentil. Cuando llegaron á casa de Juan, su madre estaba hilando á la puerta, y fué tal la sorpresa de la anciana, que dejó caer el rocadero.

– Juan, exclamó, ¿cómo vuelves tan pronto?, ¿quién es esta mujer?

– Ya te contaré, madre. Ahora socorrámosla, pues está medio muerta de susto y quizá de hambre.

III

Más de un mes hacía que Silvana hallábase en casa de Juan. Era tan viva, tan cariñosa y tan trabajadora, que pronto se apoderó del ánimo de Petrona, que no podía pasarse sin ella.

Transcurrían los días, y el muchacho, indeciso, no se decidía á emprender un segundo viaje á Toledo, hecho en peores condiciones y mermado el pobre peculio con que contaba.

Una mañana muy calurosa de principios de junio, Juan y su madre á la puerta de su casa tomaban el fresco, y Silvana entregábase á las faenas domésticas, asomándose de vez en cuando á la puerta para respirar el aire. Súbito oyeron ruido de bocinas y pisadas de caballos, y vieron aproximarse una bizarra cabalgata. Venían primero cuatro pajes con bocinas que hacían sonar con frecuencia, detrás de ellos dos voceros ó pregoneros del rey, y en pos de todos diez hombres de armas, todos á caballo y llevando todos un lazo negro atado al brazo izquierdo. Al ruido de las bocinas salió mucha gente de Ocaña, pues era día festivo y todo el mundo hallábase en la calle.

Viendo la gente detúvose la cabalgata, separáronse los pajes, y adelantándose uno de los pregoneros dijo en voz muy fuerte:

– Oíd, oíd el pregón que el noble rey Ervigio nos manda publicar.

«El rey se muere de melancolía porque acaba de fallecer la reina Brunilda, su esposa. Además, su hija la princesa Oderai ha desaparecido del techo paterno desde hace dos meses. A la persona que le informare del paradero de su hija endonará el rey trescientos cornados, y el que la condujere á Toledo recibirá quinientas libras tornesas, otorgándole juntamente la mano de la princesa, si él fuere soltero y no hubiese cumplido cuarenta años de edad, y ella fuere gustosa.

»El rey manda á todos sus vasallos que propalen este pregón, para bien de estos reinos y señoríos.»

Petrona y Juan no advirtieron que desde que vió á los pajes, Silvana se ocultó detrás de la puerta de la casa, desde donde oyó el pregón, entrándose después apresuradamente en el interior. Como no la vieran ni oyeran, Petrona llamóla á voces, á lo que ella contestó desde dentro: «Ya voy, madre Petrona; estoy aseándome.» En efecto, presentóse poco después, dejándoles atónitos de sorpresa. Traía un frasco en la mano, su rostro estaba blanco como el marfil y arrebolado como la cáscara del melocotón.

– ¡Muchacha, muchacha!, pues ¿y las viruelas?

– Eran postizas, madre Petrona, y me las he quitado con esta agua canforada. Me las pinté cuando huí de mi casa para no ser conocida y por si me topaba á algún malandrín; mas ya, muerta mi madrastra, nada tengo que temer. Yo soy la princesa Oderai.

– ¿Tú?, exclamó Juan asombrado. ¡Ah! Voy á avisar á los pregoneros...

– No hagas tal, interrumpió la princesa, yo quiero volver al lado de mi padre, mas no que me lleven ellos, sino tú para que te ganes las recompensas prometidas...



Parecía una estatua ecuestre de piedra

Al día siguiente, la princesa, montada en un jumentillo que servía á Petrona para llevar al pueblo la ropa lavada, y Juan conduciéndole del ronzal, seguían la senda del *Pradillo de los Castaños.* Ella miraba cariñosamente al muchacho; pero éste, aunque la devolvía tímidamente sus miradas, caminaba pensativo y cabizbajo. Preocupábanle dos cosas: primero una cláusula del pregón del rey, que decía «que el que presentase en Toledo á la princesa obtendría su mano, *si ella fuere gustosa.*» ¿Cómo había de ser gustoso á una princesa el unirse á un rústico como él? Además, estaba humillado con su pobre traje de campesino. Entraron en el *Pradillo,* donde esperaba á Juan una nueva sorpresa; pues vió parado en su comedio á un caballero á caballo. Todo en él era blanco, el bonete, el rostro, que tenía una palidez espectral, el cabello, la barba, el traje y finalmente el caballo; parecía una estatua ecuestre de piedra. Cuando el mancebo atravesaba la pradera, quitándose la caperuza para saludar, preguntó el caballero:

– ¿Adónde va la buena gente?

– A Toledo, señor.

– Vais en mala sazón; los toledanos están tristes porque el rey se muere de melancolía.

– Ya lo sabemos, señor; hemos oído el pregón que publica la muerte de la reina Brunilda.

– No es por el fallecimiento de su esposa por lo que el rey está melancólico y padecido, sino por la desaparición de su hija.

– ¡Oh! Pues entonces pronto se consolará; esta doncella es la princesa Oderai.

– Y este mancebo el que me lleva al lado de mi padre.

– Enhorabuena para ambos, dijo el caballero; mas paréceme que una princesa no debe tener un jumento por palafrén, ni un palafrenero con caperuza, sayo y abarcas.

– ¡Qué remedio, señor!, balbuceó Juan. Ya procuraremos entrar de noche en Toledo.

Iba á seguir andando; el caballero le detuvo.

– Mira, muchacho, te propongo un trato.

– ¿Un trato?

– Tú y yo tenemos poco más ó menos el mismo cuerpo; yo te presto mi traje y mi caballo mediante doscientas libras que me darás cuando recibas las quinientas prometidas por el rey.

– Acepta, Juan, dijo la princesa.

– Acepto, señor. Veníos con nosotros y os las daré así que las reciba.

– No, yo no puedo moverme de estos lugares. Pasado mañana, cuando el sol llegue al cenit, te aguardo en este sitio.

– Convenido.

Los dos hombres metiéronse detrás de un grupo de árboles para mudar de traje. La princesa apeóse del jumento. A poco volvieron aquéllos, Juan con el traje del caballero y éste en jubón y calzas.

– ¿Verdad, princesa, que este mozo está soberbio así vestido?, dijo el caballero dando á Juan un cariñoso espaldarazo.

– Pero le faltan las espuelas, que yo voy á calzarle, contestó la princesa.

Y tomándolas del mancebo se las calzó á éste con gentil destreza; lo cual, unido al espaldarazo, equivalió á armarle caballero.

Juan montó á caballo y Oderai en el arzón trasero. Como la princesa se abrazaba á su busto para no caerse, hubiera aquél deseado que el viaje fuera tan interminable como el del Judío Errante.

IV

El rey Ervigio hallábase en su palacio de Toledo, recostado en un canapé, pensando tristemente en sus desgracias de familia pues como ha dicho muy bien el poético historiador padre Isla,

Fué un buen rey y un mal padre de su casa.

De repente oyó vocerío, salió á la puerta del palacio á ver lo que era, y vió á un hombre y á una mujer que se apeaban de un caballo, en el umbral, mientras una turba de gente los aclamaba sin cesar. La mujer aproximóse á él gritando: «¡Padre, padre mío!,» y él sintióse desfallecer de alegría al ser abrazado por su hija. Cuando la emoción permitióle hablar, exclamó:

– ¡Hija, hija mía!, ¿por qué huíste de mí?, ¿dónde has estado?, ¿qué genio benéfico te vuelve á mis brazos?

– Padre, contestó Oderai, yo no huí de ti, sino de otra persona que el respeto á la muerte me impide nombrar; he estado en casa de este mancebo y él me trae á tu lado en la esperanza de las recompensas por ti ofrecidas.

– ¿Qué no daré yo al que me devuelve mi bien perdido?, exclamó el rey. ¡A ver, maestresala, traed al punto aquí quinientas libras tornesas.

– Señor, si son para mí, no necesito más que doscientas, dijo Juan.

– ¿Y nada más, Juan?, preguntóle la princesa.

El muchacho bajó los ojos y se puso muy encarnado.

– Mira, padre, repuso aquélla, tú has hecho además la oferta de mi mano.

– Y cumpliré mi real palabra.

– Pues siendo así, mañana me caso con este mancebo. ¿Te agrada?

– Sí, contestó el rey mirando con fijeza á Juan.

Arrodillóse éste y besó la mano al rey.

– Mañana la boda.

– Nadie la desea tanto como yo, pero mañana tengo un deber que cumplir.

– Bueno, Juan, dijo Oderai. Será pasado mañana.

Entretanto el maestresala había traído las quinientas libras. Juan guardóse doscientas, dió ciento para los criados del rey y las restantes para los pobres de Toledo.

Aquella noche el rey mandó encender luminarias en su palacio; todos los vecinos de Toledo imitaron su ejemplo, de suerte que la ciudad parecía un inmenso foco de luz.

Al día siguiente, Juan montó en el caballo blanco, llevando en el arzón trasero un maletín con un vestido completo. Encaminóse al *Pradillo,* entró en

él y vió al caballero que habíale prestado su traje, sentado sobre la fosa en donde él había enterrado al hombre muerto por los ostrogodos, que se levantó diciendo:

– ¡Bravo, Juan, eres exacto! El sol acaba de llegar al cenit.

– Mucha prisa tienes.

– Ya lo creo, como que solamente por veros he podido separarme de la princesa.

– Juan, tú tienes un corazón generoso y leal; has enterrado á un muerto, has amparado á una mujer, has cumplido una palabra empeñada; mereces la

llero negro y el blanco habían sido una misma persona.

Estando tan cerca, quiso ver á su madre; corrió de un galope hasta su casa y hallóla cerrada. Llamó repetidas veces, á los golpes acudió un huertano vecino suyo, y le dijo que dos horas antes habían



Junto á la fuente, cuadro de F. Stuck

– Aquí os traigo vuestro vestido, vuestro caballo y las doscientas libras del trato.

– Bueno, hombre, tengo una satisfacción en volver á verte.

El caballero estaba en pie sobre la fosa del muerto; Juan desmontó y alargóle un bolsón diciendo:

– Tomad.

felicidad que te está reservada. Guarda todas esas cosas que me traías, te las endono; yo nada necesito. ¡Adiós!

El caballero golpeó el suelo con el pie y hundióse en la tierra, que volvió á quedar en su prístino estado.

El muchacho, absorto, comprendió que el caba-

venido cuatro pajes con una hacanea y se habían llevado á Petrona. Juan supuso que sería por orden de la princesa, y no reventó el caballo para volver más de prisa á Toledo, porque por no hacer mal sabía refrenar sus deseos. Lo primero que vió al llegar al palacio del rey fué á su madre y á Oderai que tomaban el fresco en un mirador bajo; Petrona es-

taba vestida de joyante seda azul y tenía al cuello una sarta de corales; la princesa... ¡oh!, la princesa estaba hermosísima con su traje de brocado, que valía una ciudad, y cuajada, digámoslo así, de brinquiños y joyeles.

Al día siguiente celebróse el matrimonio de la hija del rey y de Juan. Después hubo un soberbio banquete, en el cual, entre los sesenta convidados y la servidumbre palaciana, se consumieron cuarenta corzos, cincuenta faisanes, ochenta garrafas de hidromel, sesenta arrobas de vino y cien cestones de fresa de Aranjuez.

Terminado el festín, la corte y todo Toledo encamináronse á la plaza, que entonces no se llamaba de Zocodover, porque aún no habían invadido España los moros africanos, para presenciar los festejos públicos. Estaba la plaza llena de gente y colgada de paños de grana. Había en ella un tablado para que en él tañesen ministriles, y un catafalco para el rey, los novios y la corte. Sentóse el rey á la derecha, Juan á la izquierda y pusieron á la princesa en medio.

Comenzó la fiesta.

Hubo primero danzas de pastores y botargas, luego batalla á vejigazos entre gigantes y cabezudos, y después sacaron á la plaza el testaferro. Era éste un juego, prueba ó como quiera llamarse, que los lombardos habían introducido en España, y consistía en una mesa de roble, sobre ella un busto de madera que tenía una cabeza de hierro con una cara grotesca, y encima de la cabeza una almohadilla á guisa de bonete. Era la prueba hundir la cabeza entre los hombros, de suerte que no volviera á salir. En la peana tenía el siguiente letrero: «*El que hunda la cabeza ganará cien cornados. Pueden darse hasta tres puñetazos.*»

Tomaron parte en esta prueba cuantos presumían de forzudos, que eran muchos en Toledo y cercanías. Llovieron sobre el testaferro vigorosos puñetazos, pero la cabeza no se hundía, ó si se hundía, volvía á salir de entre los hombros por no haber aflojado lo suficiente los muelles que hacíanla moverse. Los que la golpeaban en balde se retiraban, entre la rechifla de los espectadores.

La prueba quedó desierta. El preboste del rey, que organizaba los festejos, mandó retirar el testaferro; pues aún tenían que correr sortijas una cuadrilla de caballeros; pero Juan se levantó gritando: «Esperad.» Bajó del estrado, atravesó la plaza, alzóse los vuelos de hilo portugués que asomaban por la bocamanga de su jubón, y alzando el codo descargó un puñetazo sobre la ferrada cabeza. Hundióse ésta, esperaron el mancebo y los espectadores á ver si volvía á salir, mas no salió, y Juan volvióse á su sitio entre el palmoteo de toda la plaza.



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – Undécima Exposición de pintura contemporánea española. – «Mi modelo,» por Raimundo Madrazo

–¡Pardiez, Juan, díjole el rey, que eres grandemente forzudo! Serás un gran mílite. Sintiéndome viejo y achacoso, había pensado dar la lugartenencia de mi reino á mi sobrino Gundemaro, mas ya veo que de derecho te pertenece. ¿Quién mejor que tú guiará á mis guerreros á la victoria?

–No, señor, replicó Juan. Yo no he nacido para mandar á los hombres ni para destruirlos. No temo la muerte, pero me repugna darla. Nombrad lugarteniente á vuestro sobrino, que á mí me basta para ser feliz cuidar á mi madre, que es muy vieja, serviros á vos como vuestro primer vasallo que soy y adorar de rodillas á mi gentil esposa la princesa.

F. MORENO GODINO.

(Dibujos de Azpiazu.)

REPUBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

UNDÉCIMA EXPOSICIÓN ARTAL DE PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA

Ignoramos si la presente Exposición será un triunfo pecuniario. Seguramente que no. La crisis es muy honda, y nuestro compatriota D. José Artal tiene que luchar con ella á brazo partido, no con el tesón del que busca un provecho, sino con la fe del convencido que busca la gloria en el triunfo con armas de buena ley. Las suyas son las más nobles: las maravillosas obras del arte moderno español, en cuyos conjuntos procura amalgamar, como en la paleta los colores, todos los gustos con todas las bellezas surgidas de los privilegiados pinceles de esa pléyade de artistas mimados del genio, que llevan nombres tan ilustres como el de Madrazo, Galofre, Sorolla, Huertas, Morillo, Alvarez, Tusquets, Serra, Navarro, Domin-



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – UNDÉCIMA EXPOSICIÓN DE PINTURA CONTEMPORÁNEA ESPAÑOLA, ORGANIZADA POR D. JOSÉ ARTAL

A ORILLAS DEL MANZANARES, cuadro de Francisco Domingo

go, Cusachs, Benlliure, Sala, Muñoz, Puig, Barbudo, García Rodríguez y Unceta, autores de las obras magistrales que admira el público bonaerense en los elegantes salones de la espléndida fotografía de A. S. Witcomb, instalada en el número 364 de la aristocrática calle de la Florida.

No aseguramos, pues, que dicha Exposición, encanto de los ojos y recreo del alma, sea un triunfo financiero; pero sí podemos asegurar, sin miedo á equivocación, que ha sido un gran triunfo artístico, uno de los éxitos más asombrosos que en esta clase de exposiciones haya contemplado la moderna Atenas sudamericana; una de las victorias que más justamente puede envanecer á su organizador y constante propagandista don José Artal, *amateur* de fibra, inteligente y convencido, á quien no arredran crisis económicas, abatimientos comerciales, parálisis ganadera, cosechas medradas, y por lo tanto, estancamiento de la natural riqueza y ahorro de la personal fortuna, para presentar anualmente una nueva Exposición siempre en grado ascendente en grandiosidad, belleza general y nuevas y más numerosas firmas que resultan de nuevos maestros poseedores del secreto de trasladar á sus lienzos la verdad de la naturaleza y su hermosura, con todos los cambiantes de la luz, del aire, del ambiente y del espíritu genérico de todas las cosas que las alienta y vivifica.

Y para que se vea que no hay exageración en nuestras apreciaciones y que nuestra admiración, quizá algo ditirámbica, sólo es hija del encanto producido en nosotros por la contemplación de tan variadas como múltiples bellezas, bastará remitirnos á la docena y media de esclarecidos nombres anteriormente citados, y hacer una ligerísima enumeración de sus obras, sin pretensiones de inteligentes, ni ínfulas de críticos; porque si tal hiciéramos, ó pecaríamos de difusos ó de pedantes. Vale más dejarse arrastrar por la sensación producida en nuestro sentimiento artístico, y decir sencillamente tal y como lo hemos sabido apreciar: todo es agradable, todo impresiona, todo es escogido y en todo se refleja talento superior. De lo contrario, sólo alcanzaríamos prolongar indefinidamente nuestra crónica. Bastará para que se den idea los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, amantes de nuestros pintores y conocedores de sus obras, con decirles que el brillante Barbudo tiene tres óleos: *La fiesta de las Marías*, de regulares dimensiones, y algo menores, *Monseñor* y *Un cortesano*, y además una acuarela que titula *Soñando proezas;* que D. José Benlliure tiene un cuadrito al óleo, *Afueras de Tánger*, del que hablé en otra ocasión; que del difunto D. Luis Alvarez hay dos óleos primorosos, *Primavera* y *Sobre la pista;* que Galofre tiene dos de sus inimitables temperas, *En la feria* y *Carreta asturiana;* que de Madrazo es el magnífico estudio *Mi modelo*, que reproducimos; que de Sorolla son un cuadro al óleo de regulares dimensiones, *Castellano viejo*, con la guitarra á la espalda, y una delicada acuarela, *Bordadora valenciana*, llena de detalles superiores; que de Unceta son cuatro tablitas de tipos militares, como lo son las dos de Cusachs; que de Sala es un boceto decorativo y de Muñoz Lucena un óleo primoroso que lleva por nombre *Camino de la fuente;* que de Navarro son ocho cuadritos muy recomendables por su luz y factura, unos inspirados en las caldeadas tierras de Marruecos, otros en la poética Venecia y los demás en la típica Valencia; que del personalísimo Serra son cuatro cuadros, dos de regulares dimensiones y los otros menores, llamando poderosamente la atención, además de *Ultimo beso del sol*, el *Mercado de Terracina*, muy bien concebido y de justa tonalidad gris; que del genial Tusquets son cinco cuadros preciosos, tres recuerdos de Roma, y los otros dos, los más hermosos, *Salida al campo* y *La pastorcilla*, todos dentro de la escuela italiana correcta; que Puig y Roda tiene un boceto y varias acuarelas representando magistralmente mujeres de distintas regiones españolas, con propiedad y elegancia de estilo y forma; que de Morillo hay siete óleos representando tan distintas escenas como distintos los títulos; que de García Rodríguez son siete lindísimos paisajes, inspirados en la tierra clásica andaluza, que recuerdan á Sevilla y su pintoresca campiña; que de Domingo es *A orillas del Manzanares*, óleo que reproducimos, amén de tres pasteles con tipos de D. Ramón de la Cruz y majas de Goya, hechos con la maestría que le es característica; y por fin, que Huertas también tiene un pastel, una acuarela y cinco óleos representando tipos y paisajes de la ciudad de los canales y de las góndolas, la nunca agotada Venecia.

Con lo dicho creemos bastará para comprender la importancia de la undécima Exposición que nuestro amigo Artal ha presentado á la admiración de las gentes de la gran capital argentina con el celo y entusiasmo del verdadero apóstol del arte pictórico moderno de nuestra patria, que por misión se ha impuesto la de traer la buena nueva á orillas del caudaloso Plata, implantando la enseña del buen gusto, del conocimiento del arte, del verdadero arte, como guía de las almas selectas, predicando la supremacía de nuestra patria en la artística religión.

Y los adeptos aumentan año tras año. Que Dios, ya que no los hombres, premie su fe y su constancia.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, julio 1902.



ESTATUA DE APOLO QUE FIGURABA EN LA «LOGGETTA» DE SANSOVINO DE VENECIA, RECIENTEMENTE DERRUMBADA. (De fotografía remitida por Carlos Abeniakar, de Roma.)



VERJA DE BRONCE DE LA «LOGGETTA» DE SANSOVINO DE VENECIA, RECIENTEMENTE DERRUMBADA, obra de Antonio Gai. (De fotografía remitida por Carlos Abeniakar, de Roma.)

LA ULTIMA CANCIÓN

Manuel moría lentamente, sin ruido ni sacudimientos, como muere el último rayo de sol entre las brumas de la tarde ó entre los obscuros picos de la sierra: moría tranquilo y sin dolores, sin darse cuenta de su estado, así, quieto, mudo y triste, fija la mirada en el cielo y su pensamiento allá, muy lejos, en aquella casita blanca oculta entre los altos maizales de sus viejas montañas gallegas, canturreando siempre con voz de melancólica dulzura aquel *¡alalá!* de sus amores, aquellas notas suaves, cadenciosas y lentas que arrullaron sus sueños de niño, que expresaron sus ansias de mozo, y que ahora, en aquella tierra americana seca, amarilla, calcinada por el sol abrasador de los trópicos, acompañábanle fieles y tristes como funeral prematuro de una vida que se extingue, en aquel trance supremo de muerte, en aquel acabamiento nostálgico de su laboriosa existencia llena de privaciones y amarguras.

¡Pobre Manuel! Lejos de la *sua terriña* que le viera nacer, de aquella pobre *chouza* oculta entre los altos robledales del vallecillo fresco á los albores de la mañana y lleno de encanto infinito al declinar la tarde, recordaba con honda pena el día ya lejano en que su triste suerte dejóle huérfano y pobre, muy pobre, sin más bienes que su hatillo, sin más consuelo que la fe de su corazón generoso, sin más esperanza que la loca ilusión de un viaje temerario, sin más compañía que las dulcísimas notas de la linda canción gallega á su tierna y enamorada *Maruxa:*

«Cando se pon a lua
tras dos penedos
choran as estreliñas
todas, do ceo.
Eu tamen choro
cando no me alumey an
esos teus ollos.»

Y el pobre Manuel lloraba, lloraba y moría, y mientras los latidos de su corazón debilitábanse con invencible tenacidad, dentro de él, muy hondos, pero muy vivos, brotaban con fijeza siniestra los adorables recuerdos de su niñez: de aquellos prados siempre verdes, de aquellas rías siempre azules, de aquellas notas siempre frescas, vibrantes y dulces de su linda canción gallega.

Ya retorna el emigrante.

Lejos aún, muy lejos del barco, envuelta entre la bruma, se ve una tierra que amarillea al sol naciente, que á la caída de la tarde se esfuma en la nebli-



EN LA PLAYA, cuadro de H. Gervex



EN PLENO ESTÍO, cuadro de Mlle. Svana Kobilca

na velando sus contornos, y cuando la noche la oculta por completo para dormirse en el regazo de la mar en calma, enciende la luz de su faro, á ratos roja, á ratos blanca, para indicar al marino la ruta de su tranquilo hogar.

Allí está para el pobre Manuel la *sua terra,* la única dicha que ansía, su tierra de promisión que le ofrece generosa amor y paz; allí la dicha sin tasa, la loca hartura de sus castos amores, la realidad de sus ensueños, el término de su invencible *mourriña.*

Allí estará su *Maruxa* alegre é impaciente, esperándole con los brazos abiertos para renovar, después de la horrible ausencia, los juramentos de siempre, para realizar por fin las honradas promesas.

Apenas da fondo el barco y Manuel salta á la lancha que ha de conducirle á tierra.

Sobre el muelle, agitando el rojo pañuelo, está *sua nena.*

–¡Ya voy, ya voy!, grita con agónica alegría el infeliz. *¡Levaime, levaime* pronto!..

Y cuando por fin su vacilante pie quiere apoyarse en la escala del muelle, un violento estertor corta en su garganta las últimas palabras; su inerte cabeza dóblase con enérgico movimiento, quiere extender los brazos y cae desplomado en los de su *Maruxa,* mientras la brisa del mar lleva hacia las pampas brasileñas que el muerto regó con su sudor el eco de las últimas notas de la linda canción gallega:

. . . . . .
no me alumeyan
esos teus ollos.

Ramiro Sierra.

NUESTROS GRABADOS

Manuel Herrmann.—El inventor de la tarjeta postal, de este sistema de correspondencia hoy vigente en todo el mundo, nació en 1839 en Klagenfurt (Austria), estudió jurisprudencia en las universidades de Graz, Praga y Viena, y fué profesor de Economía Nacional en el primero de estos centros docentes y luego en la Academia Militar de Neustadt. En 1869 publicó en el diario *Neue Freie Presse* el memorable artículo que fué el punto de partida de su importante invento, y el entonces Director de Correos de Austria adoptó inmediatamente la tarjeta postal en la forma por Herrmann propuesta, no tardando las demás naciones civilizadas en seguir aquel ejemplo. En 1870 fué nombrado consejero en el ministerio de Comercio, y en 1880 volvió al profesorado, explicando la asignatura antes citada en la Escuela Superior Técnica de Viena y la de Legislación de Hacienda en la Escuela Superior de la misma capital. Herrmann ha podido presenciar en vida el triunfo universal de su genial invención, habiendo merecido distinciones honrosísimas y condecoraciones de diversos países. Y ¡cosa extraña!, entre tantas condecoraciones como podía ostentar en su pecho, no había ninguna austriaca; su patria se mostró con él menos generosa, en este punto, que los Estados extranjeros. Herrmann, que falleció en Viena el día 15 de julio último, dió gran impulso á la organización de las escuelas industriales y deja escritas varias notables obras de ciencias sociales, especialmente de economía.



Manuel Herrmann, el inventor de la tarjeta postal, fallecido en Viena en 15 de julio último

La locomotora más rápida del mundo. — El vagón eléctrico que en esta página reproducimos ha batido el *record*, como ahora se dice, de la velocidad, pues en las pruebas verificadas en la pequeña línea férrea que va desde los suburbios de Berlín hasta Zosen se ha demostrado que podía recorrer 110 millas inglesas por hora. Este vehículo, cuyos techo y paredes están construídos de manera que ofrezcan la menor resistencia posible al aire, está dividido en tres compartimientos; la corriente tomada por medio de troles, pasa por unos transformadores y de allí á los motores, cada uno de los cuales puede desarrollar 250 caballos de fuerza.



La locomotora más rápida del mundo

Una partida empeñada. – La entrada del pueblo, cuadros de Joaquín Agrasot. — Consecuente y firme en sus propósitos, continúa el maestro valenciano produciendo hermosos cuadros de costumbres de su región, que avaloran la ya copiosa serie de los que han brotado de su fecunda paleta. A ser posible reunirlos, llamaría la atención la labor realizada y se apreciaría su interesantísima finalidad, ya que el distinguido artista puede envanecerse de haber realizado una misión nobilísima, cual es la de dar á conocer en una forma agradable y simpática, que atrae y cautiva, cuanto significa y representa el modo de ser de Valencia, con sus tipos, trajes y costumbres y hasta con todos los atractivos de su exuberante y hermosa naturaleza. Los dos lienzos que ha poco expuso en el Salón Parés y que reproducimos en estas páginas, lo son de esa obra, digna de aplauso, que pudiera titularse *Valencia pintoresca*, compendio y resumen de las aspiraciones de un artista meritísimo y de un amante del país en que nació.

Junto á la fuente, cuadro de F. Stuck.—El notable pintor muniquense autor de este cuadro tiene muchos puntos de analogía con el famoso Bocklin; como éste, deja volar su imaginación por el mundo de la mitología, y en las ninfas y en los faunos busca los modelos para no pocas de sus composiciones. Mas no se crea por esto que Stuck sea un simple imitador del artista suizo; al contrario, aun dentro del mismo género, hace gala de su originalidad, así en la concepción como en los procedimientos técnicos, y en todas sus obras aparece perfectamente marcada su personalidad, una de las más salientes del mundo del arte alemán contemporáneo. Su lienzo *Junto á la fuente* es de una belleza de expresión y ejecución indiscutibles, y el contraste entre la bestial figura del fauno que en lo alto de la roca sopla en la flauta de Pan, y la encantadora ninfa que arrobada escucha las dulces melodías, es de un efecto extraordinario, como lo son también la energía y la grandiosidad con que están tratados el agreste paisaje y el cielo cubierto de nubes, sobre los que se destacan tan vigorosamente aquellos personajes.

Estatua de Apolo y verja de la «Loggetta» de Sansovino de Venecia.—De entre las ruinas del *campanile* de la plaza de San Marcos de Venecia, de cuyo derrumbamiento nos ocupamos en el número 1074 de La Ilustración Artística, ha podido ser extraída casi intacta la preciosa verja de bronce que cerraba la *loggetta* de Sansovino; asimismo se espera poder sacar de entre los escombros las bellísimas estatuas fundidas por Sansovino que constituían uno de los más preciados adornos de esta *loggetta.* Una de estas estatuas, la de Apolo, es la que reproducimos en la página 527 junto con la citada verja: por estas reproducciones podrán juzgar nuestros lectores que no es exagerado el dictado de joyas artísticas que la crítica de todos los tiempos les ha concedido.

En la playa, cuadro de H. Gervex.—Muy hermosa ha de ser la figura con que Gervex ha llenado el lienzo titulado *En la playa*, para que ante su belleza queden relegadas muy en segundo término las bellezas del mar y del cielo que le sirven de fondo. En realidad, este es el efecto que nos produce el cuadro: nuestra atención se fija casi exclusivamente en esa niña deliciosamente pintada, y no por el tamaño, sino porque su linda carita de dulces facciones y expresiva mirada nos atrae con fuerza irresistible, haciéndonos prescindir casi por completo del resto de la composición, con ser éste uno de los temas más grandiosos que puede ofrecernos la naturaleza.

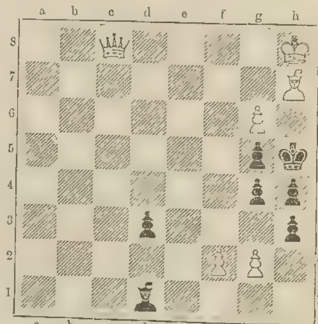
En pleno estío, cuadro de Mlle. Svana Kobilca.—La celebrada pintora austriaca ha demostrado tan buen gusto en la elección de asunto para su cuadro, como talento en la manera de desarrollarlo. El verano, con su exuberancia de luz y de vida, con sus campos esmaltados de flores, con sus árboles de espeso follaje llenos de frutos, con su cielo luminoso, es indudablemente fuente fecunda de inspiración para quienes más que con los ojos del cuerpo con los del alma saben apreciar aquel desbordamiento de la naturaleza que se traduce en una riqueza de colores y en una variedad de formas indescriptibles. Pero no basta que el artista sienta todas estas bellezas; es preciso que su mano consiga trasladarlas al lienzo con todo el vigor, con toda la armonía con que la realidad nos las muestra; y en este punto bien puede afirmarse que Svana Kobilca ha producido una obra perfecta, pues difícilmente podrían sintetizarse tales bellezas mejor de lo que lo están en su cuadro *En pleno estío.*

El duelo, cuadro de Tomás Couture.—El autor de este cuadro nació en Senlis (Francia) en 1818, fué discípulo de Gros y de Delaroche, ganó en 1837 un segundo premio en el Instituto, expuso por vez primera en el Salón de 1840, obtuvo una medalla en 1844, y en 1847 su vasto lienzo *Los romanos de la decadencia*, que señaló el triunfo de aquella exposición, le valió una primera medalla y la cruz de la Legión de Honor. Murió en 1879 en Villers-le-Bel, adonde se había retirado desde hacía muchos años. Cultivó la pintura de historia y de género, y muy pronto conquistó merecida fama de artista original y hábil colorista. *Un duelo* figura en el número de sus mejores obras, y es realmente una composición bellísima por la naturalidad con que está pintada la interesante escena del desafío entre el pierrot y el arlequín á consecuencia del baile de máscaras, por la espontaneidad con que aparecen trazadas las figuras y por las cualidades de ambiente y de luz que se admiran en el paisaje.

AJEDREZ

Problema núm. 290, por W. F. v. Holzhausen.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

Solución al problema número 289, por J. Berger.

Blancas.	Negras.
1. D a 4 — a 8	1. Cualquiera.
2. A ó T mate.	

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.— ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Volvió la cabeza y se encontró con los ojos de Enrique que la contemplaban.

– Cecilia, no se ocupa usted más que de las flores, ¿no tiene para mí una mirada siquiera?

– ¿Tanta necesidad tiene de que le mire?, preguntó la joven en tono de broma.

– ¡Oh, si la tengo! Una mirada suya me daría valor para hacerle una confesión..., ¿quiere usted escucharme?

– ¡Qué tono tan solemne!, exclamó Cecilia sonriendo y dejando el ramo que en la mano tenía. Corriente, le escucho. ¿Se trata de algo muy importante?

– Se trata de la felicidad de mi vida, Cecilia. La amo á usted, la he amado desde el primer día que la vi..., harto lo debe usted haber comprendido, ¿no es cierto? Y sin embargo, nunca me he atrevido á hablar. ¡La veía siempre tan agasajada! Y además, no hacía usted nada para animarme. Pero ahora se acerca mi marcha y no puedo partir sin saber qué suerte me está reservada. Cecilia, ¿quiere usted ser mi esposa? Todo cuanto poseo se lo ofrezco á usted; no tendré en la vida otro pensamiento que hacerla feliz, satisfacer todos sus deseos, usted será mi reina... Cecilia, pronuncie una palabra, una sola que me dé alguna esperanza..., pero no me responda *no*, pues no podría soportarlo.

Y al decir esto le tenía cogidas las manos y la miraba con ojos suplicantes; tenía el rostro encarnado y le temblaba la voz. No era aquella una declaración poética tempestuosa; pero cada una de sus palabras respiraba tanta sinceridad, tanta ternura, tanto y tan sincero amor, que la joven, acostumbrada á las adulaciones y á las galanterías, quedóse hondamente impresionada ante aquella expresión, nueva para ella, y escuchaba la voz de Enrique absorta y casi fascinada. No había creído que fuera capaz de tan profundo sentimiento aquel joven tímido de quien tan á menudo se había burlado, y cuando Dernburg repitió, más conmovido aún, su petición, accedió á ella sin la menor repugnancia.

Enrique, en el colmo de la felicidad, abrió los brazos para estrechar sobre su corazón á Cecilia, pero ésta le rechazó con un gesto de aversión que habría desanimado y ofendido á cualquier otro que no fuera Dernburg; mas éste, por el contrario, lo atribuyó al pudor natural en una señorita, y cogiéndole las manos murmuró:

– ¡Cecilia mía, si supieras cuánto te amo!

Aquel acento de amor tan sincero produjo su efecto, y Cecilia comprendió que no tenía derecho á mostrarse dura con un hombre á quien ella misma había aceptado como novio.

– En este caso, también yo habré de amarte un poquito, dijo con una sonrisa llena de gracia que enloqueció á Enrique, quien cogiéndola entre sus brazos la besó tiernamente.

Wildenrod continuaba en el terrado y no se volvió hasta que oyó los pasos de los jóvenes que se le acercaban. Dernburg, radiante de felicidad, le anunció el consentimiento de Cecilia, y el barón, demostrando su contento, abrazó á su hermana y á su futuro cuñado.

Después, bajo aquella suave luz primaveral, comenzó una conversación animada, chispeante: el sol, próximo al ocaso, inundaba de oro las olas, teñía de rosa los montes y cubría el horizonte de púrpura; era una de aquellas orgías de colores que sólo se ven en el Mediodía de Europa... Luego, poco á poco, el globo ígneo del sol llegó al límite del horizonte, sumergióse en el mar y desapareció casi insensiblemente.

Enrique tenía cogida por el talle á su prometida y murmuraba á su oído frases ternísimas... Aquel resplandor de oro y de fuego que brillaba en el horizonte parecíale el luminoso presagio de su porvenir al lado de la bellísima joven.

Wildenrod contemplaba con ojos centelleantes el grandioso espectáculo de la naturaleza: un hondo suspiro se escapó de su pecho y sus labios murmuraron: «¡Finalmente!»



Los empleados permanecieron sorprendidos y se inclinaron llenos de curiosidad sobre el dibujo

II

– Lo siento mucho, señores, pero debo confesarles que sus proyectos son, en mi concepto, inaceptables. Se trata de traer aquí el agua de Radefeld por el camino más corto y con los menores gastos posibles, y los planes de ustedes, por el contrario, son tan complicados y tan costosos, que no hay que pensar siquiera en realizarlos.

Everardo Dernburg, el dueño de Odensberg, rechazaba de esta manera resuelta los proyectos que sus empleados le habían presentado. Estos se encogieron de hombros y se quedaron mirando todos los dibujos y croquis esparcidos sobre la mesa. Al fin uno de ellos dijo:

– Considere, Sr. Dernburg, que se ha de luchar con dificultades de toda clase; las condiciones del lugar no pueden ser más desfavorables, pues en toda la línea no hay más que montes y bosques.

– Y es preciso que la conducción esté asegurada contra cualquier accidente, añadió otro, mientras un tercero decía á su vez:

– Las construcciones exigirán grandes gastos, es indudable; pero tales como están las cosas, es imposible evitarlos...

Los tres individuos, el director de las minas de Odensberg, el de las oficinas técnicas y el ingeniero jefe, eran todos de la misma opinión. La junta se celebraba en el despacho de Dernburg, en donde éste recibía siempre á sus empleados; aquel día estaba también allí su hijo.

Aquel despacho era una estancia grande, sencilla, con las paredes enteramente cubiertas de estantes de libros: en el centro, una gran mesa cubierta de mapas y papeles de toda especie, y sobre otra mesa cercana, planos y croquis que también llenaban las grandes carpetas que en el armario abierto se veían. Aquella habitación era el centro desde donde se dirigía la colosal empresa, un foco de energía inagotable, de trabajo constante.

– De modo, señores, que no creen ustedes posible otra solución, dijo Dernburg sacando de una cartera un pliego que desdobló encima de la mesa. Pues bien, miren ustedes este otro proyecto: en él también la conducción arranca de arriba, pero atraviesa el Buchberg y resuelve el problema sólo con la perforación de esta montaña.

Los empleados permanecieron sorprendidos y se inclinaron llenos de curiosidad sobre el dibujo; á ninguno de ellos se le había ocurrido aquella solución; y por consiguiente, ninguno la acogió favorablemente.

– ¿Perforar el Buchberg?, preguntó el director. He aquí una idea muy atrevida que ofrece muchas ventajas..., pero que en mi concepto es irrealizable.

– Soy de la misma opinión, añadió el ingeniero;

mas de todos modos, para tratar de esta soluoión se necesitarán grandes estudios preparatorios. El Buchberg...

– Se atravesará, dijo Dernburg interrumpiéndole. Las pruebas preliminares ya se han hecho. Runeck, que estuvo allí para practicar las mediciones, concibió el pensamiento y me lo propuso, acompañando los croquis y explicaciones que ven ustedes.

– ¿De manera que los planos son suyos?, preguntó el director de la oficina técnica.

– Sí, son de Egberto Runeck.

– Me lo figuraba.

– Permítame una pregunta, Sr. Winning, dijo Dernburg volviéndose bruscamente. ¿Qué quiere usted decir con eso?

El interpelado se apresuró á manifestar que en sus palabras no había segunda intención y que únicamente, como superior que era de Runeck, se interesaba en el asunto.

– Me he decidido por el proyecto de Runeck, añadió secamente Dernburg, porque responde perfectamente á mi criterio y porque el coste no llegará á la mitad del que ustedes presuponen en los suyos. Y como deseo que comiencen en seguida las obras, pronto hablaremos de los detalles. Conque, señores, hasta la vista.

Dijo estas últimas palabras levantándose, como para indicar el término de la conferencia. Los empleados se inclinaron y salieron, y cuando estuvieron en la antesala, el director se detuvo y preguntó á sus compañeros en voz baja:

– ¿Qué les parece á ustedes?

– No comprendo francamente al Sr. Dernburg, dijo también en voz baja el ingeniero. ¿Es que no lo sabe ó que no quiere saberlo?

– Lo sabe, sí, lo sabe; yo mismo se lo he dicho. Además de que el señor socialista no hace misterio de sus opiniones, sino que las confiesa sin reparo alguno.

– Si otro que no fuera él se atreviese á tanto en Odensberg, sería inmediatamente despedido; en cambio, porque se trata de Runeck, el Sr. Dernburg ni siquiera piensa en ello, y antes al contrario acepta desde luego sus planos y nos dice en buenas palabras que no servimos para nada. Esto francamente...

– ¡Oh! Espere usted, que ya veremos..., dijo tranquilamente Winnburg interrumpiéndole.

– Nuestro jefe no admite burlas en lo tocante á ciertas cosas, y si le dice algo fuerte á Runeck y éste no se doblega, entonces ¡adiós Runeck! Todo habrá concluído, aunque cien veces fuera el salvador y el amigo de infancia del hijo del Sr. Dernburg. Ténganlo ustedes por seguro.

– Esperemos, pues, dijo el director. Pero á propósito de Enrique, ¿han observado ustedes cuán pálido y abatido está? Durante la conferencia no ha dicho ni siquiera diez palabras.

– Porque no entiende de nada de lo que hablábamos, repuso el ingeniero. Le han atiborrado de ciencia, pero ha digerido muy poca. No se parece á su padre ni física ni moralmente... ¡Ea, señores, hasta luego!; voy á Radefeld.

Padre é hijo habíanse quedado solos en el despacho; el primero se paseaba por la estancia, el segundo permanecía silencioso en un sillón. Everardo Dernburg frisaba en los sesenta años, pero estaba aún en la plenitud de la fuerza y de la vida; su rostro se conservaba fresco, atrevido; su mirada era viva y penetrante, su cuerpo alto y derecho y su paso firme y rápido. Algunas arrugas en la frente y los cabellos grises eran los únicos signos de la edad en aquel hombre de hierro, acostumbrado á ser obedecido y á imponer á todos su voluntad enérgica.

El hijo, en cambio, en nada parecido á su padre, era la copia exacta del retrato de tamaño natural que estaba colgado detrás de la mesa de Dernburg; Enrique tenía las facciones diminutas é insignificantes, la mirada incierta, el aire tímido de su difunta madre.

– ¡Ya ves!, exclamó el Sr. Dernburg con acento irritado. Hace un mes que esos señores se ocupan del problema de la conducción de las aguas de Radefeld, y después de todo este tiempo no han hecho nada que valga la pena; mientras que Runeck, á quien yo nada había encargado y que se encontraba allí para practicar ciertas mediciones, hizo sus estudios en silencio, y en menos tiempo del que se dice ha trazado un proyecto que es una perfección. ¿Qué te parece?

Enrique, que recostado en la butaca había examinado los dibujos de Runeck, colocólos sobre la mesa y respondió con cierta vacilación:

– Si tú los encuentras excelentes, figúrate cómo los encontraré yo; confieso, sin embargo, que todavía no entiendo gran cosa en todos estos asuntos.

– Enrique, yo creí que lo encontrarías clarísimo; además, desde ayer te estoy hablando de ello y has podido estudiar el plano que te dí para que lo examinaras. Si necesitas tanto tiempo para comprender una cosa tan claramente explicada, ¿cómo te las compondrás para adquirir ese golpe de vista rápido, necesario en quien un día ha de estar al frente de Odensberg?

– Pero, papá, hace un año que falto de casa, y en todo este tiempo los médicos me han prohibido ocuparme de cualquier trabajo. Ten paciencia y deja que vuelva á orientarme.

– ¡Hum!, murmuró el padre arrugando la frente. Ha sido para mí una gran pena el retraso de tus estudios motivado por el estado de tu salud y el tener que renunciar á verte trabajar activamente... Había fundado tantas esperanzas en tu regreso, y ahora... ¡No pongas ese semblante tan contristado, Enrique! No es mi ánimo censurarte, porque la culpa no es tuya; pero de todos modos, es una desgracia, dada la posición que has de ocupar.

Enrique dió un suspiro. ¡Qué peso tan grande era para él aquella posición que tantos le envidiaban!

– ¿Qué sucederá cuando yo falte?, prosiguió diciendo el padre, impaciente. Es verdad que tenemos buenos empleados, pero todos dependen de mí, de mi dirección. Estoy acostumbrado á hacerlo todo, á tener las riendas en la mano. ¿Sabrás tú empuñarlas? Había pensado asegurarte una ayuda, y precisamente ahora Egberto se deja atraer en las redes del socialismo. ¡Hay para volverse loco!

Enrique miró tímidamente á su padre y luego se atrevió á decir:

– Quizás no sea tanto como parece; el director puede haber exagerado.

– No, no ha exagerado; mis informes coinciden por completo con los suyos. Aquellos estudios en Berlín han sido fatales para ese muchacho, y hubiera debido percatarme de ello cuando, transcurridos los primeros meses, me escribió que no tenía necesidad de los recursos que yo había puesto á su disposición, porque para mantenerse ganaba lo bastante dando lecciones de dibujo y haciendo otros trabajos análogos. Satisficiéronme su orgullo y su independencia y accedí á su indicación, pero ahora veo claro: aquello era el principio de su aberración; aquellos eran los primeros efectos de las compañías que frecuentaba.

– Y ahora, ¿dónde está? ¿En Radefeld? Desde que he vuelto no le he visto.

– Hoy debe de haber regresado y precisamente le estoy esperando.

– ¿Y le hablarás?

– ¡Ya lo creo! Bastante he callado.

– ¡Por Dios, papá, no te muestres duro con él, acuérdate de que!..

– ¿Le debo tu vida? Lo recuerdo siempre; pero en cambio Egberto olvida que desde aquel día ha sido tratado como un hijo... No insistas, Enrique, porque tú no entiendes de estas cosas.

El joven guardó silencio sin atreverse á contradecir á su padre, el cual continuó sus paseos por el despacho.

– Y como si todo esto no fuera bastante, ahora sales tú con eso del amor y del matrimonio. ¡Qué prisa has tenido en comprometerte antes de contar con mi consentimiento!, exclamó deteniéndose de repente delante de su hijo.

– Estaba seguro de que me lo darías, y lo mismo opinaba Wildenrod al otorgarme la mano de su hermana. ¿Qué reparo puedes poner á mi elección? Te proporciono una hija guapa, buena..., ¿no has visto el retrato?.., rica, noble, de una antigua familia...

– Todo esto me tiene sin cuidado, dijo el señor Dernburg interrumpiéndole bruscamente. Por muy perfecta que fuese tu elección, debías esperar mi consentimiento, antes de prometerte y de dar conocimiento de ello á toda la sociedad de Niza. Cualquiera creería que se trata de hacer inevitable mi permiso.

– No, papá, no fué esta la razón: lo cierto es que en Niza la gente se había fijado en nosotros y hablaba de nuestras relaciones, en vista de lo cual Oscar me dijo que por consideración á Cecilia y á fin de evitar falsas interpretaciones convenía declarar la verdad.

– De todos modos, fué una ligereza. Pero lo importante ahora es que los informes que he recibido son satisfactorios.

– ¡Ah! ¿Te has informado?

– ¡Naturalmente! Se trata de emparentar con otra familia y es preciso obrar con cuidado. No me dirigí, por supuesto, á Niza para informarme, porque un centro de extranjeros como aquél no es fuente muy digna de crédito, sino que pregunté al país mismo de Wildenrod. Las antiguas propiedades de esta familia pertenecen hoy al rey, y el mariscal de la corte me ha dado las noticias que deseaba.

– Era un paso superfluo, inútil, dijo el joven con acento de reproche.

– Para ti tal vez; yo en cambio lo consideré necesario, respondió el padre secamente. Los Wildenrod son realmente una antigua familia noble; el viejo barón era algo pródigo, pero, aparte de esto, persona respetabilísima, y á su muerte sus bienes fueron vendidos al rey por un precio bastante elevado y á condición de que la viuda tuviera asegurado un alojamiento en el castillo. Todo coincide con cuanto te ha referido ese señor barón, que me es tan poco simpático.

– ¡Pero si no le conoces! Oscar es un hombre inteligentísimo, verdaderamente superior.

– Puede que sea así; mas ¿qué quieres?, un individuo que apenas muerto su padre vende á toda prisa las propiedades de la familia, aunque sea por un precio alto, y abandona su carrera y hasta su país para correr mundo, me merece poca estimación. Esa vida de bohemios sin patria ni hogar me repugna, y no me parece que el barón dé pruebas de buenos sentimientos haciendo partícipe de esta clase de vida á su hermana.

– Oscar adora á Cecilia, y ésta no ha tenido á nadie más que á él en el mundo; es natural, por consiguiente, que prefieran estar juntos. Por otra parte, el barón no se sentía con fuerzas para dejar á su hermana en manos extrañas.

– Y sin embargo, mejor habría sido esto: privar á una niña de la vida de familia es como minarle el suelo bajo los pies... Pero dejemos esto; Cecilia encontrará aquí esa existencia familiar, y si de veras te ama...

– ¿Cómo me habría aceptado por esposo si no me amara?, exclamó Enrique con energía. Ya te he dicho cómo la cortejaban y la adoraban; todos los hombres se rendían ante ella, que habría podido escoger entre muchos, y sin embargo me ha elegido á mí.

– Y me asombra su elección, porque no tienes ninguna de esas cualidades brillantes que en sus maridos exigen las señoritas acostumbradas á la vida de sociedad. Mas, sea de ello lo que fuere, haremos lo que te he dicho: para mejor conocerles invitaremos á Wildenrod y á su hermana á pasar algunos meses en Odensberg, y luego veremos. Mientras, hazme el favor de no dar más publicidad al asunto, que bastante ha tenido ya.

Dicho esto, el Sr. Dernburg entró en la biblioteca y su hijo se quedó en el despacho, oculto el rostro entre las manos y lanzando un suspiro que parecía un lamento. La manera como su proyecto de boda había sido acogido en su casa le había desilusionado, abatido: habíase imaginado que su padre aceptaría con regocijo su elección, y en vez de esto se había encontrado con un descontento frío, con una inquisición llena de dudas y de sospechas; y el pobre muchacho se sentía desfallecer pensando en la especie de prueba á que su padre se proponía someter á su novia adorada y al orgulloso barón de Wildenrod, antes de consentir en que aquélla entrara en la familia. De modo que su padre se reservaba la resolución definitiva.

El ruido de una puerta que se abría distrajo á Enrique de sus tristes pensamientos.

– ¡Oh, Egberto!, exclamó corriendo al encuentro del que entraba.

– ¡Enrique! ¡Bienvenido!, repuso éste tendiéndole las manos. ¡Después de tanto tiempo!

– Sí, es verdad; hace tanto tiempo que falto de aquí, que todo me parece extraño. ¡Cuántos días sin verte!

– También yo he estado ausente dos años, en Inglaterra, y hace poco que he vuelto. Pero ante todo, ¿cómo estás?, dijo acercando á Enrique á la ventana.

Egberto Runeck era un hombre que no podía pasar inadvertido; llamaba la atención por su aspecto y se imponía por el sentimiento de fuerza y de superioridad que en él se adivinaba. No era guapo, pero sí de elevada estatura, tanto que Enrique para mirarle la cara tenía que levantar la cabeza; parecía más viejo que su amigo, aunque ambos eran de la misma edad; su cabellera era espesa, su barba rubia con reflejos rojizos, y su rostro bronceado, lleno de expresión y de energía; y bajo su amplia é inteligentísima frente brillaban dos ojos de un color gris obscuro, fríos y penetrantes como una hoja de acero. Era un hombre que de la vida sólo conocía y buscaba las luchas, no los placeres; pero en aquel momento su expresión, generalmente dura y áspera, había desaparecido y con profunda dulzura contemplaba á Enrique, mirándole de pies á cabeza.

– ¡Oh!, exclamó Dernburg. Estoy completamente

curado. Es verdad que el viaje me ha fatigado algo y que el cambio de clima me molesta un poco; pero esos son achaques pasajeros.

– Sí, pasajeros, repitió Egberto emocionado. Ya te irás acostumbrando nuevamente al Norte.

– ¡Me cuesta tanto! ¡Si supieras lo que me tenía encadenado en aquella hermosa Riviera!

– Ciertamente que tus últimas cartas me daban á entender algo de esto; pero si se trata de un secreto...

– Para ti no, respondió Enrique con el semblante animado por una sonrisa de felicidad. Mi padre no quiere que por ahora se hable de ello, pero á ti ya puedo decírtelo: allí, en la maravillosa Riviera, he encontrado la dicha, una dicha mágica, embriagadora como nunca la había soñado. ¡Si vieras á mi Cecilia con su belleza de ángel, con su gracia divina!.. ¡Hola! Ya dejas asomar esa acostumbrada sonrisa suave con que acoges todo sentimiento vivo, todo entusiasmo... Eres el Catón de siempre; no has conocido el amor ni quieres conocerlo y no crees en él.

– Siempre he tenido que trabajar, replicó Runeck encogiéndose de hombros; y en una existencia como la mía no queda espacio para el romanticismo. Los hombres de mi clase no tienen tiempo para eso que tú llamas amor.

– ¡Ya sales con tus teorías invariables!, exclamó Enrique con cierto enfado. En tu concepto, el amor no es sino un pasatiempo para los ociosos; no crees en esa fuerza misteriosa, omnipotente, que irresistiblemente atrae y une para siempre á dos criaturas humanas.

– No creo en ello, ciertamente, dijo Egberto con aire de superioridad; pero comprendo que, dado tu corazón sensible, necesitas amar y ser amado. Para ti es esta una cuestión vital, al paso que yo siento y pienso de muy distinta manera y tengo otras miras que nada tienen que ver con los sueños de amor... Conque decías que tu novia se llama Cecilia.

– Sí, Cecilia de Wildenrod... Pero ¿qué te pasa? ¿Conoces este apellido?

Egberto, que efectivamente se había estremecido al oir aquel nombre, clavó en su amigo una mirada extraña, penetrante.

– Paréceme haber oído hablar en alguna parte de un barón de Wildenrod.

– Mi cuñado. Es heredero único de una familia antiquísima... Pero ante todo ven á contemplar á mi Cecilia, cuyo retrato he traído.

Y diciendo esto, presentó á su amigo la fotografía que estaba sobre el escritorio de su padre. Era una fotografía grande, de exacto parecido, y aunque por la ausencia de los colores no reproducía toda la gracia del original, permitía apreciar por completo la belleza de las facciones y la mirada profunda de aquellos hermosísimos ojos que se clavaba en el que examinaba el retrato. Runeck contempló en silencio aquella imagen, y luego, al encontrarse con la mirada interrogadora de Enrique, le dijo:

– ¡Hermosa joven!

Estas palabras fueron pronunciadas con frialdad; á Enrique le parecieron de hielo, pues aun conociendo la insensibilidad de Egberto para los encantos femeniles, creía que la singular belleza de Cecilia produciría en él alguna impresión. En vez de esto, Egberto se acercó á la mesa para dejar el retrato, cuando sus ojos se fijaron en otra fotografía más pequeña puesta sobre unas tarjetas, y de nuevo brilló en su semblante aquella expresión que había mostrado al oir el nombre de Wildenrod y que se tradujo por una contracción repentina que duró lo que un relámpago.

– ¿Es el hermano de tu novia?, dijo. Se adivina por el parecido entre ambos.

– Sí, es Oscar de Wildenrod, pero no existe semejanza alguna entre Cecilia y su hermano; son dos fisonomías completamente diferentes.

– Pero tienen los mismos ojos, observó Egberto mirando fijamente las dos fotografías.

Después las echó sobre la mesa y miró á otro lado.

– ¿Pero no me das la enhorabuena?, preguntó Enrique molestado por tanta indiferencia.

– Perdóname, estaba distraído; pero ya puedes suponer si te deseo tanta felicidad como mereces. Y ahora permíteme que me despida de ti; tu padre me espera, y bien sabes cuán riguroso es en materia de puntualidad.

– Espera, dijo Enrique pensando en lo que aguardaba á Egberto en la entrevista con su padre. Papá se encuentra ahora en la biblioteca, y no ignoras que cuando está allí no quiere que le estorben; tienes tiempo, por consiguiente. ¿Sabes por qué te ha hecho venir de Radefeld?

– Lo supongo. ¿Te ha hablado de ello?

– Sí, y sus palabras han sido las primeras que he oído sobre este asunto. ¡Egberto, por Dios, piensa bien en lo que haces! Conoces á mi padre, y por esto debes comprender que jamás toleraría dirección semejante en su empresa.

– Porque no admite más dirección que la suya. Y no concibe ni concebirá que el muchacho por él educado é instruído ha llegado á ser un hombre que se permite tener opiniones propias y quiere andar por su propio camino.

– Paréceme que este camino se aparta mucho del nuestro, murmuró Enrique á media voz. En tus cartas nunca me has hablado de esto.

– ¿Para qué hablarte de ello y excitarte inútilmente? Al fin y al cabo tampoco me habrías comprendido. Siempre has evitado estudiar las cuestiones del día, las exigencias, las luchas del presente; yo en cambio las he estudiado sin cesar y últimamente he vivido en medio de ellas. Si se ha abierto un abismo entre los dos, no es mía la culpa.

– ¿Entre los dos? No, Egberto; nosotros seremos siempre amigos y nada podrá separarnos. Yo te querré siempre, porque mientras viva pensaré que si vivo á ti te lo debo. Todavía me parece sentir aquella caída en el agua helada del río, aquel espanto mortal cuando me vi arrastrado por la corriente, y después la alegría de verme rodeado por tu brazo... Recuerdo, pobre Egberto, cómo me tomaste sobre tus hombros, cómo impedía casi tus movimientos poniendo en peligro tu propia vida... Otro en tu lugar habría abandonado tan peligrosa carga, pero tú conseguiste ponerme en salvo. ¡Qué fuerza hercúlea! ¡Qué heroísmo! ¡Y á los diez y seis años!

– Mejor harías en decir ¡qué baño!, repuso Egberto como molestado por aquellas palabras de gratitud. En resumen, salimos del agua, me sequé y no volví á acordarme más de ello, mientras que tú, después del frío y del espanto, tuviste aquella enfermedad que te puso á las puertas de la muerte, pobre Enrique... Buenos días, Sr. Dernburg.

Este entraba en aquel momento, llevando un libro en la mano, y saludó al joven ingeniero como si nada hubiese sucedido.

– ¿Estabais celebrando vuestra reunión después de tanto tiempo? ¿Cómo encuentras á Enrique, Egberto?

– Parece algo fatigado del viaje y tal vez habrá de cuidarse todavía durante algún tiempo, contestó Runeck contemplando el pálido semblante de su amigo.

– Lo mismo dice el médico. Hoy te encuentro más abatido, Enrique, y lo mejor que puedes hacer es retirarte á tu cuarto á descansar.

Enrique vaciló: pensaba que su intervención podría quizás ser útil en caso de que la conversación entre su padre y Egberto tomara un sesgo demasiado violento; pero el Sr. Dernburg repitió la orden en tono resuelto y el mismo Egberto murmuró:

– Vete á tu cuarto, Enrique; sé complaciente.

Era preciso obedecer; pero Enrique salió apesadumbrado por la idea de su ineptitud y humillado por todas aquellas miradas compasivas que no se dirigían sólo al cuerpo. Ni su padre ni su amigo le consideraban como su igual, sino que le mandaban que se fuera á descansar para evitarle el tener que presenciar una discusión seria, una escena penosa..., y él obedecía agobiado por el peso del convencimiento de su inutilidad.

Quedaron solos Dernburg y Runeck; el anciano industrial habíase sentado para examinar los planos de la conducción de aguas de Radefeld; el joven ingeniero permanecía de pie detrás de la mesa.

– He resuelto adoptar tu plano, Egberto, dijo Dernburg; es el mejor de cuantos me han sido presentados y resuelve todas las dificultades de un modo sorprendente. Tiene algunos pequeños detalles que te haré modificar, pero en conjunto es un proyecto excelente y quiero que las obras empiecen en seguida. ¿Quieres encargarte de su dirección? Te la confío por completo.

Runeck estaba asombrado: esperaba que la conversación empezaría de muy distinto modo, y aquellos elogios de un jefe inteligente, generalmente parco en alabanzas, llenábanle el alma de tan satisfacción, que el contento se reflejaba en su rostro.

– Con mucho gusto, respondió al fin; pero, según tengo entendido, se ha encargado ya de las obras el ingeniero jefe.

– Mas si ahora dispongo otra cosa, el ingeniero tendrá que obedecer, repuso Dernburg con acento resuelto. Sólo de ti depende dirigir la ejecución de de tu plan, ya te lo he dicho. Te otorgaré plenos poderes, pero antes hemos de hablar de otro asunto para que la situación quede bien despejada.

La conversación tomaba al fin el sesgo previsto por Egberto. Este enderezó el cuerpo y con aire serio y altanero se volvió hacia su jefe. ¿Dónde estaba la dulzura que había embellecido aquel semblante á la vista de Enrique? ¿Qué se había hecho del orgullo que las lisonjeras palabras del anciano habían hecho centellear en sus ojos?

– Egberto, hace tiempo que observo en ti un cambio, siguió diciendo Dernburg. Hasta cierto punto paréceme esto natural: has estado tres años en Berlín y dos en Inglaterra, y tus horizontes se han ensanchado; precisamente yo mismo lo he querido así, y por esta razón hice que vieras mundo, para que aprendieses á ver y á juzgar. Pero ahora han llegado á mi oído cosas acerca de las cuales desearía de ti una explicación, y como sabes que no me gustan los circunloquios, vamos al grano. ¿Es cierto que mantienes frecuentes relaciones con los socialistas de la capital? ¿Es cierto lo que éstos van diciendo por ahí, que eres de los suyos? ¿Es cierto que tienes grande intimidad con su jefe Landsfeld?

– Sí, es cierto, respondió sencillamente Egberto.

Dernburg, que no esperaba una confesión tan clara, frunció la frente y mirando á Runeck exclamó:

– ¡De veras! ¿Y me lo dices cara á cara y con esa tranquilidad?

– ¿He de negar lo que es cierto?

– ¿Y desde cuando estás afiliado á ese partido?

– Desde hace cuatro años.

– De modo que la cosa empezó en Berlín; me lo figuraba. ¿Y cómo fué que te dejaras coger en esas redes? Es verdad que eres muy joven, pero te creía más prudente.

El tono en que hablaba Dernburg irritaba al joven; pero á pesar de ello, supo conservar la calma y sólo su voz expresó cierta dureza.

– Esta es la opinión de usted y siento que la mía difiera de la suya.

– Por esto, en tu concepto, no debiera ocuparme de ella; pero te equivocas. Las ideas políticas de mis empleados me importan mucho, sólo que jamás discuto con ellos: cuando no me convienen, les despido. El que no quiera estar en Odensberg, que se vaya en buena hora, que á nadie tengo por fuerza, pero el que se quede ha de doblegarse enteramente á mis leyes: ó fuera ó dentro, no admito términos medios.

– Entonces tendré que marcharme, dijo Egberto fríamente.

– ¿Y nos dejarías así, con esa facilidad?

– Ya sé, repuso Runeck con cierta emoción, que soy deudor á usted...

– A mí no me debes nada. Si te he dado educación é instrucción, tú en cambio me has dado la vida de Enrique. Sin ti, mi hijo no existiría; de modo que mirada la cosa desde el punto de vista de los negocios, estamos en paz, y si prefieres marcharte, no tengas escrúpulos, dímelo y asunto concluído.

– Sr. Dernburg, me juzga usted mal, y ya es para mí bastante duro tener que estar contra usted.

– ¿Y quién te obliga á ello, hijo mío, sino esas ideas absurdas en que te has extraviado? ¿Crees que no me costaría un verdadero sacrificio dejar que te marcharas? Considera que no te hablo como jefe, pues con este carácter tiempo ha que habría resuelto el asunto, sino como padre, pues hace años que en mi casa eres como un hijo.

Aquel tono entre paternal y tiránico no produjo el efecto que el anciano esperaba, pues el joven ingeniero respondió, levantando altivamente la cabeza:

– Si esas ideas que usted califica de absurdas me han perdido, á mi perdición me atengo. Hasta los niños salen un día de la tutela, y este día también ha llegado para mí. He aprendido á obrar por mi propia cuenta y no admito ya la tutela de nadie. Cuanto pida usted al ingeniero, estoy pronto á dárselo, pero sólo como ingeniero; mas en lo que toca á esa sumisión ciega que aun de los hombres usted exige, esa ni puedo ni quiero darla. Mi existencia necesita la vía libre.

– ¿Y conmigo no la tienes, acaso?, preguntó Dernburg irritado.

– No. Usted es un padre para sus empleados siempre y cuando se le sometan sin reservas; pero en Odensberg no hay más que una ley, la voluntad de usted, y desde el director hasta el último obrero, todos han de doblegarse sin permitirse nunca tener una opinión suya: en Odensberg no se vive una vida propia; todo el mundo ha de seguir la senda por usted trazada; todos los demás caminos están cerrados.

– ¡Perfectamente! ¡De modo que según tú, soy un tirano! Y sin embargo, tú has hecho siempre cuanto has querido; te he dejado más libertad á ti solo que á todos los demás juntos, y lo he hecho porque..., pero dejemos el porqué.

(Continuará.)

INDUSTRIA ARTÍSTICA MODERNA

PLANCHITAS EN RELIEVE DE ALEJANDRO CHARPENTIER

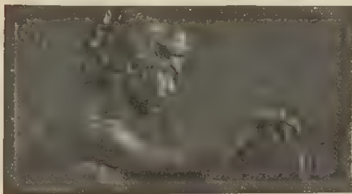
En una época que se preocupa de merecer el dictado de artística y de introducir el arte en todas partes, resulta pedante discutir si las planchitas deben ser consideradas como obra de arte ó producto de la industria artística. Y sin embargo, dada la definición de la planchita ó *plaquette*, como dicen los franceses, se ve que tal cuestión no puede ser rechazada de plano por ociosa.

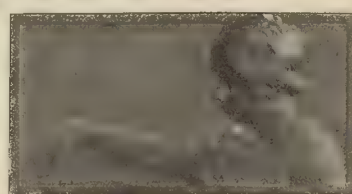
Con el nombre de *plaquettes* desígnanse en Francia las planchitas en relieve en bronce ó estaño fundidos que como objetos de ajuar ó de adorno se colocan en pequeños altares domésticos, tabernáculos, arquillas, puños de espada, broches, tinteros, candelabros, lámparas, jarrones, campanillas, etcétera. Con más frecuencia, empero, las encontramos como tablitas sueltas y no pocas veces sirven de modelos para múltiples reproducciones en varios metales. Hace cosa de medio siglo, llamó la atención la finura de los relieves de tales objetos, y la historia del arte descubrió en ellos una verdadera mina para el conocimiento del pequeño arte ó de la «industria artística.»

La inmensa mayoría de planchitas que conocemos, y que en todos los museos son solícitamente coleccionadas, datan de los siglos XV y XVI. Los más ilustres artistas, como por ejemplo Donatello, han dejado, además de sus grandes obras plásticas, multitud de estas planchas. Estas planchitas son, en su mayor parte, rectangulares, pero muchas son también redondas ó de forma caprichosa, según el sitio, mueble ú objeto que con ellas ha de adornarse; y los asuntos de las mismas varían según el carácter del utensilio á que se aplican: son, por consiguiente, religiosos ó profanos, y durante los primeros tiempos del Renacimiento contribuyeron en alto grado á la propaganda del arte antiguo. También vemos en muchas de ellas alegorías y no pocas veces cuadros.

Este es el punto de contacto de las planchitas con el arte de las monedas conmemorativas ó medallas, sucediendo que no sólo los profanos consideran como una misma cosa las medallas y las planchitas, sino que también en más de un monetario vemos coleccionadas asimismo esas planchas y en más de una colección de industrias artísticas plásticas aparecen juntos en un mismo grupo ejemplares de una y otra clase. Y en realidad unos y otros objetos coinciden en su modo de ser artístico; todos son piezas pequeñas de marcado carácter industrial, puesto que no pretenden la gloria de ostentarse de una manera abstracta y á cierta altura, como sucede, por ejemplo, con las estatuas.

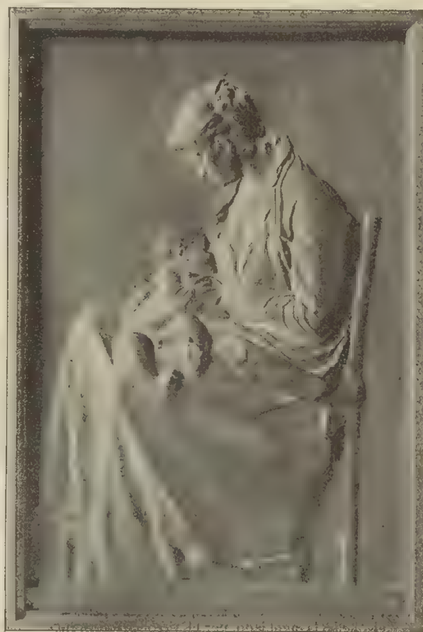
Si de las anteriores observaciones queremos sacar una deducción para saber el lugar que han de ocupar estas pequeñas y bellísimas labores, cuyos mejores ejemplares, los del Cuatrocento y del Cinquecento, se pagan hoy á precios elevadísimos, diremos que, en nuestro concepto, han de ocupar un puesto preferente en todos los llamados Museos de Industrias Artísticas que quieren dar una verdadera idea del arte. Aquellas antiguas obras merecen esto tanto como los preciosos ornamentos japoneses que en tales museos se coleccionan, no por mero deporte etnográfico, sino más bien por su condición artística.





El Ajedrez. – La Escultura. – El Dominó, planchitas en bronce fundido de Alejandro Charpentier

Son extraordinarias las enseñanzas que en las antiguas planchas y medallas pueden aprenderse, tales como la manera según en ellas está tratado el relieve y la perfección con que están fundidas, hasta el punto de que raras veces han tenido que ser retocadas, el modo como en ellas está grabada la leyenda y el procedimiento para darles la pátina.



Amor de madre, planchita en bronce fundido de Alejandro Charpentier

Todas estas cualidades hacen que estos objetos tengan gran importancia desde el punto de vista industrial, y por lo mismo que pueden ser tomados por modelo, gracias al arte admirable que encierran, han estimulado después de muchos, muchísimos años, á los artistas contemporáneos y han determinado el renacimiento de las medallas modernas. De aquí que todo cuanto han producido los Roty, Chaplain, Dupuis, por muy original, por muy independiente que sea, aparece siempre como eco del período de los grandes medallistas y planchistas italianos.

Las obras de Alejandro Charpentier que nos han inspirado las anteriores consideraciones, tienen, en verdad, un espíritu moderno. La concepción plástica de este artista no parece haber buscado gran apoyo en el pasado, y sin embargo Charpentier, ese escultor casi impresionista, ha estudiado en los antiguos maestros, si bien parece más libre en la composición. En un punto se ha acordado de la antigua significación de la planchita como arte industrial; en efecto, multitud de sus numerosas labores de este género han sido concebidas y ejecutadas como guarniciones ó incrustaciones para muebles, arquillas y toda suerte de espacios; á esta clase pertenecen las que en esta página reproducimos.

Es admirable la habilidad de Charpentier para dar los debidos tonos al bronce y al estaño y el talento con que sabe poner en armonía el tono, el relieve, los grupos, con el objeto que han de adornar. Las formas de sus creaciones son unas veces grandiosas y enérgicas, y otras sutiles y delicadas, y sus figuras demuestran el más profundo y completo estudio de la realidad; el más ligero examen de las planchitas que publicamos, será la mejor confirmación de lo que dejamos indicado. – Z.

***

DESARROLLO

DE LA INSTRUCCIÓN TÉCNICA EN ALEMANIA

Ninguna nación puede rivalizar con Alemania desde el punto de vista de la instrucción técnica. Desde principios del siglo pasado, el desarollo de esta instrucción ha seguido paso á paso los progresos de la industria manufacturera, con la cual ha estado constantemente enlazada. Hace sesenta años, el célebre Liebig había formado ya una escuela de química anexa á sus fábricas, en la cual cincuenta estudiantes se familiarizaban con la práctica de la industria; y ya en 1827 todas las universidades poseían su laboratorio de química. En la actualidad, 10.000 químicos están empleados en las fábricas alemanas, en donde trabajan en la solución de los problemas que tienen por objeto el perfeccionamiento de los procedimientos y la diminución del precio de coste.

La industria azucarera puede ser considerada como el tipo de la manufactura alemana que mejor se ha aprovechado del desarrollo de la instrucción técnica. En 1840, las 150.000 toneladas de remolacha tratadas producían 8.000 toneladas de azúcar en bruto, ó sea una producción de 5½ por 100; veinte años después, 1.500.000 toneladas de remolacha dieron





El Violín. – La Pintura. – El Canto, planchitas en bronce fundido de Alejandro Charpentier

128.000 toneladas de azúcar, ó sea un 8 por 100 aproximadamente; y el año pasado, 12.000.000 de toneladas de remolacha han dado 1.500.000 de azúcar, es decir, un 13 por 100. Este aumento de producción se debe enteramente á los progresos del procedimiento científico.

La fabricación de colores y la tintorería presentan análogo desenvolvimiento. Desde 1874 á 1898, la cifra de negocios de la industria tintórea alemana ha subido de 30 á 150 millones de francos, gracias al constante trabajo de sus químicos. Otro ejemplo tenemos en la fabricación del añil artificial, procedimiento descubierto en Alemania hace treinta y cinco años: esta fabricación ocupaba al principio á unos cuarenta obreros; hoy cuenta 6.000 con un estado mayor de 150 químicos. Sabido es que vendiendo el añil artificial á bajo precio, los alemanes han arruinado casi por completo la industria india del añil natural.

Hace un siglo, los ingleses y los franceses llevaban considerable ventaja á los alemanes en punto á fabricación de instrumentos científicos; pues bien, esta industria ha más que triplicado de quince años á esta parte en Alemania, en donde ha llegado á ser casi un monopolio, acusando las más recientes estadísticas una cifra de exportación de 1.600.000 francos de instrumentos, fabricados por 14.000 obreros.

El departamento del Comercio y de la Industria, que ejerce la inspección de la enseñanza técnica, es un gran auxiliar de la industria manufacturera alemana, á la que proporciona de esta suerte inteligente personal. – X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

LA PROCESIÓN DEL CORPUS, sainete en un acto y en prosa, original de *Antonio Casero y Alejandro Larrubiera.* – Esta obra, estrenada con buen éxito en el teatro de Lara de Madrid, es un animado cuadro de costumbres madrileñas, con tipos bien estudiados, hábil movimiento escénico y muchos chistes de buena ley. Ha sido editada por la Sociedad de Autores Españoles.

EL SACRIFICIO DE ELISA, por la *señorita Braddon.* – Novela de costumbres, de argumento dramático, abundante en escenas tiernas y conmovedoras que despiertan el interés del lector desde el primer momento. La Srta. Braddon es maestra en la pintura de tipos, que resultan perfectamente observados y que se retratan por sí mismos, por sus palabras y por sus actos sin necesidad de que la autora los describa. El libro, correctamente traducido por Alfredo Elías y Pujol, ha sido editado por la casa Appleton y C.ª de Nueva York.



EL DUELO, cuadro de T. Couture

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas selectas, revista semanal ilustrada; *Revista Comercial Hispano-americana*, mensual ilustrada; *Revista Hortícola*, mensual; *Boletín de la Tarjeta postal ilustrada*, mensual; *España Cartófila*, quincenal; *La Opinión Postal*, tres veces al mes (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, mensual (Villanueva y Geltrú); *La Lectura*, revista semanal ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *La Fotografía*, revista mensual ilustrada; *Bibliografía Española*, revista quincenal; *La mujer en su casa*, revista mensual ilustrada; *Sol y sombra*, semanario taurino ilustrado; *La Razón*, periódico semanal (Madrid); *Gaceta Médica de Granada;* revista quincenal; *Boletín de los Colegios de Médicos y Farmacéuticos de Castellón*, revista quincenal; *El Serrano*, semanario (Fregenal de la Sierra); *El Heraldo*, semanario (Linares); *El Peruano*, boletín oficial del Perú; *Revista del Centro Universitario de la Plata*, mensual (La Plata, R. Argentina).

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 18 de agosto de 1902 — Núm. 1.077

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



ENSUEÑO, cuadro de Gustavo T. Toudouze

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tercer tomo de la presente serie, que será el segundo y último de la notabilísima obra LA ATMÓSFERA.

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

No tiene vuelta de hoja aquella sentencia de no sé qué célebre cocinero, la cual asegura que para guisar una liebre lo primero que hace falta es la liebre. Por la misma razón, para escribir una crónica de teatros es menester, lo primero, que haya teatros, ó mejor dicho, que los teatros funcionen. Al presente, fuera de la compañía de ópera barata, que, como dije en mi crónica anterior, canta que se las pela en los Jardines del Buen Retiro, nada hay en Madrid, respecto al arte escénico, que valga la pena de ser *cronicado*. Ni *San Juan de Luz*, ni *Las grandes cortesanas*, zarzuelitas estrenadas recientemente en el teatro Eldorado, son otra cosa que «obras de verano,» cuyo principal atractivo es la frescura de las tiples que en ellas exhiben sus encantos. Por lo demás, ambas zarzuelas se muestran tan ligeras de ropa como de literatura.

Pero si el arte escénico duerme, los artistas se agitan sin descanso, preparándose para las próximas campañas. Ahora, como siempre, actrices y actores están influídos por esa tendencia á la disgregación, que tanto perjudica al arte como á los mismos artistas. De aquí que sea punto menos que imposible formar una buena compañía: en cuanto una actriz ó un actor oyen algunas palmas y se ven elogiados por los fáciles bombos de la prensa, no se contentan con menos que con ser cabeza, siquiera sea de ratón.

Y lo peor de este fraccionamiento, que hace pensar en las monteras de Sancho, es que no tiene remedio. Cuantas tentativas se han hecho hasta ahora para agrupar en un mismo cuadro artístico á varios actores de verdadero mérito, han resultado infructuosas, y si por acaso la reunión se ha realizado momentáneamente, pronto ha quedado destruída, acabando, en muchos casos, como el rosario de la Aurora. Forzoso es aceptar los hechos como son y resignarse á ver, en lugar de compañías, por lo menos regulares, en las que cada cómico interpretase su papel en conformidad con lo que el autor imaginara, «arias coreadas,» ó para decirlo en términos aritméticos, unidades seguidas de ceros y á veces ceros sin ninguna unidad...

Acontece en ocasiones que una autoridad artística, como la del inolvidable D. Emilio Mario ó como la de Rafael Calvo ó como en la actualidad la de Mendoza y María Guerrero, logra, á fuerza de inauditos esfuerzos, formar compañías aceptables y aun excelentes; pero aun en estos casos, rara es la temporada en que no hay importantes desprendimientos en esas mismas compañías. El más amanerado y ruin – desde el punto de vista artístico – de nuestros cómicos, piensa, á semejanza del propio César, que es mejor ser el primero en una cabaña que el segundo en Roma, ó lo que viene á ser lo mismo, primer actor en un barracón de feria que segundo en un teatro de primer orden.

Mucho se habla y se escribe ahora acerca del Español, con motivo, principalmente, de la cláusula de arrendamiento en la que se establece que sólo podrán representarse en «el clásico coliseo» obras españolas. Sobre este punto ha abierto discusión *El Heraldo de Madrid*, y con tal motivo se han expuesto ya en el importante periódico diversas opiniones. Hay quien afirma que dicha cláusula ha de cumplirse á raja tabla, y que, por consiguiente, no deben entrar en el famoso corral más obras que las españolas antiguas ó modernas. Con mayor amplitud de criterio opinan otros críticos, consultados por *El Heraldo*, que si bien á los autores contemporáneos extranjeros deben cerrárseles las puertas del Español, han de abrirse éstas de par en par para aquellos grandes autores ya fenecidos que conquistaron con sus dramas fama universal é imperecedera. Según los que apoyan esta opinión, los dramas de los grandes genios de la escena, desde Esquilo hasta Víctor Hugo, no son patrimonio exclusivo de tal ó cual nación; pertenecen á la humanidad, sin distinción de razas ni fronteras. Tan colosal es su estatura, que desde todas partes se les ve y se les admira.

Entre estas dos opiniones está la autorizadísima de D. Juan Valera, quien después de reconocer la dificultad que existe para designar como *supernacionales* á algunos autores extranjeros, «cuyas cenizas están calientes todavía, y cuando, por consiguiente, el capricho, la moda, la prepotencia de unos pueblos sobre otros y el ímpetu de las pasiones políticas pueden deslumbrarnos y arrastrarnos á ser muy poco equitativos,» opta porque se conceda al teatro Español cierta libertad, «permitiendo que por cada diez, doce ó veinte dramas se represente uno extranjero.» Añade D. Juan Valera, y esto sí que está fuera de toda duda, que sólo deben aceptarse «traducciones muy fieles, elegantes y perfectas hasta donde cabe en lo humano, ya que sería crueldad y traición traer á nuestro país y presentar al público peregrinas bellezas, estropeándolas y ensuciándolas groseramente.»

Trátase ahora, según parece, de inaugurar la próxima temporada del Español con una tragedia de Sófocles. No sé cuál de las siete que se conservan del poeta griego se quiere representar. En castellano tenemos una excelente adaptación del *Edipo tirano*, hecha por Martínez de la Rosa, y de la cual dice Menéndez Pelayo «que excluídas la *Virginia* de Tamayo y *El César* de Ventura de la Vega, en consideración á otras obras suyas más altas, queda el *Edipo* como única tragedia aprovechable.» ¿Es este arreglo el que va á representarse? ¿Es la traducción de *Filoctetes*, hecha por el Sr. Estala, ó el *Ayax furioso*, que pergeñó Juan de la Cueva? ¿O se ha escrito *ad hoc*, quizás, alguna traducción, adaptación ó arreglo de cualquiera de las tragedias citadas ó de las otras cuatro, siete en junto, que de Sófocles se conservan? Repito que no lo sé. Pero sea la que fuere, es de desear que la tragedia que se elija esté traducida ó se traduzca con el arte y el esmero que tales trabajos requieren, y por persona conocedora de la literatura y lengua griegas. Aspirándose, como parece que se aspira, á celebrar una verdadera solemnidad artística, sería una triste gracia que en vez de una traducción fiel y bella, como lo son, por ejemplo, las de *Los siete contra Tebas* y el *Prometeo encadenado*, de Esquilo, hechas por Menéndez Pelayo, se enjaretase un burdo arreglo en que no quedase de Sófocles más que los nombres de los personajes, ó una traducción de cualquiera traducción inglesa ó francesa.

Aparte de esto, la representación anunciada – caso de verificarse – ha de resentirse, por fuerza, de las condiciones materiales de nuestros teatros, tan diferentes de los teatros griegos. La tragedia griega, en la cual domina, por decirlo así, cierto carácter estatuario, necesita del aire libre y de la luz del sol. Edipo ciego refugiándose en el sagrado bosque de las Euménides; las quejas de Filoctetes en la isla de Lemnos; la muerte de Clitemnestra á manos de Orestes, mientras Electra le instiga con sus gritos á no tener piedad de la madre culpable; Ayax furioso porque no se le han entregado las armas de Aquiles; Antígona muriendo de hambre en espantosa caverna; Hércules en Trachina arrancándose las vendas que cubren las horribles llagas causadas en su carne por la túnica de Neso; el carácter heroico de todos estos personajes; la violencia de sus pasiones, no opuesta á cierta grave serenidad; lo exótico, para nosotros, de las costumbres que en esas tragedias se pintan..., todo ello exige marco muy distinto que el del teatro moderno con sus lienzos pintados, sus bambalinas figurando el cielo y sus candilejas fingiendo la luz del día.

Recuérdese lo que eran los teatros helénicos, en donde, como en el de Epidauro, cabían hasta 150.000 espectadores. Nada de techo: desde las graderías del teatro de Baco en Atenas, construído en la falda de la Acrópolis, divisábanse las colinas pobladas de olivares y viñedos, la plateada corriente del Iliso, la blancura del templo de Teseo, las azuladas aguas del mar surcadas por bandadas de ligeras naves... El arte parecía confundirse, y de hecho se confundía, con la naturaleza. Cuando las Oceánidas consolaban á Prometeo amarrado en su roca, el rumor lejano de las olas acompañaba las estrofas del coro. Cuando Ayax, momentos antes de atravesarse el pecho con la espada, se despedía del sol y de su patria, la tierra sagrada de Atenas, el espectador tenía ante su vista los objetos mismos á que el héroe se dirigía... Por otra parte, el uso del coturno, que acrecentaba la estatura de los representantes, y de la máscara, que cuadruplicaba la potencia de la voz, aumentada todavía por ingeniosos aparatos acústicos esparcidos por galerías y gradas, comunicaban al espectáculo grandeza sobrehumana, muy en armonía con el carácter de la tragedia clásica.

Todo esto, que era esencial en el arte escénico de los griegos, ¿cómo ha de ser reproducido en el teatro Español? Podrán repetirse allí, mejor ó peor traducidos, los versos de Sófocles; podrá, con el auxilio de hábiles pintores escenógrafos, presentarse algo parecido á la escena griega; podrá tal vez el aficionado á las literaturas clásicas evocar durante breves instantes algo de la belleza del arte helénico; pero mucho temo que para el gran público la representación de una tragedia de Sófocles resulte un espectáculo aburrido y más ocasionado á hacer dormir que á provocar entusiasmo y admiración. Y no se crea que esto es calumniar al público. Shakespeare, que comparado con Sófocles es casi nuestro contemporáneo, fué poco menos que silbado en el teatro Español cuando María Guerrero y Fernando Mendoza pusieron en escena el drama *Cleopatra*, refundición del *Marco Antonio*, hecha por Sellés... Si tan maltratado fué el gran dramaturgo inglés, ¿qué no harían con el pobre Sófocles los abonados de los lunes?

Otro intento que merece ser alentado es el que va á acometer el Sr. Hompanera, abogado madrileño que únicamente por amor desinteresado al arte cambió el pasado invierno el papel sellado por los papeles de comedia, dando en el teatro Martín una larga serie de representaciones. Propónese ahora el Sr. Hompanera organizar una compañía con el principal objeto de poner en escena las obras más celebradas de los escritores modernos extranjeros: Ibsen, Bjornson, Meterlinck, Gorki, etc., etc. Si la idea cuaja, será la tentativa del Sr. Hompanera algo así como los comienzos de un teatro libre, institución que considero muy beneficiosa para España; pues si bien es cierto que debemos, como el doctor Pangloss, cultivar nuestro jardín, no estará de más que traigamos á él, para aclimatarlas, las plantas y árboles mejores del cercado ajeno.

En literatura, como en todo, el aislamiento ocasiona gran retraso en la cultura de los diversos países. Como dice elegantemente doña Emilia Pardo Bazán en su libro titulado *Por la Europa católica*, España es como aquella beldad ciega de cierto drama de Echegaray, *La esposa del vengador*, si no recuerdo mal, para la cual beldad va su rendido amante á buscar en extrañas tierras el medicamento ó filtro que ha de devolver la luz á las amadas pupilas. Yo no diré que el arte escénico español esté ciego del todo; pero sí que le conviene no recrearse, nuevo Narciso, exclusivamente con su propia belleza, y fijar sus ojos en las modernas literaturas. Del mutuo comercio de ideas procede en gran parte la evolución del arte. Nuestra poesía evolucionó primero con la influencia general del Renacimiento, y poco después con la italiana, gracias principalmente á Boscon, el amigo de Navagiero. Moratín estudiando á los autores franceses y particularmente á Molière, abrió nuevos caminos á la musa dramática española, como Corneille, influído por nuestro teatro, dió nueva dirección al teatro francés. Los románticos alemanes, que tanto influyeron sobre los franceses, á su vez se nutrieron con la savia de nuestras comedias. ¿Por qué, pues, encerrarnos en un casticismo absurdo y sin precedentes? Lo bello en literatura debe ser como el oro: por todas partes circula, cualquiera que sea el cuño que lleve impreso. Bien venidas, pues, las obras extranjeras, siempre que al verterlas ó adaptarlas á nuestro idioma no se las estropee ó ensucie, como dice D. Juan Valera. No debe olvidarse tampoco que muchas de las joyas más preciadas de nuestra literatura son adaptaciones, imitaciones ó traducciones. Fray Luis de León, el príncipe de nuestros poetas líricos, tradujo é imitó á Horacio; Jáuregui tradujo el Aminta y se igualó en su traducción al Taso; Herrera fué un imitador de los poetas hebreos; las coplas de Jorge Manrique son una imitación; algo de imitación hay también en *La Celestina*, y Shakespeare, Lope, Calderón, Goethe, Schiller, Moratín..., los más grandes artistas imitaron y hasta copiaron á sus antecesores, lo que no quita para que cada uno de esos grandes genios supiera imprimir á aquellas obras en que pusieron mano el sello imborrable de su sublime personalidad.

ZEDA.



¡Una limosna, señorito!.. Para pan..., que estoy criando á este pobre hijito mío enfermo

EL PRIMER BESO

Esta historia es un idilio, y, como en todo idilio digno de tal nombre, figuran en éste, que se desarrolló hace poco en Madrid, dos protagonistas de distinto sexo.

El es un joven de veintitrés á veinticinco años, llamado Juan Cea, que estudia leyes.

Ella es una morenita de unas veinte primaveras, llamada Luisa Pontejos, que estudia, desde hace un lustro, el corazón de los hombres.

El es de elevada estatura y vigoroso cuerpo, de tez morena y pelo negro como la pez. En su fisonomía abierta, en su mirada franca, en lo expresivo de sus grandes ojos se reflejan la bondad y la nobleza de su alma.

Ella, por el contrario, es de constitución delicada. Su talle flexible tiene ondulaciones de junco. En su afilado rostro, de palidez de lirio, resalta la viveza de sus grandes ojos azules, sombreados por largas pestañas. Su boca, graciosa y diminuta, forma como un toque de carmín en la blancura de la tez.

Juan es un prodigio de orden administrativo y de previsión económica.

El día primero de cada mes, día en que cobra en el Giro Mutuo la libranza mensual de ciento veinticinco pesetas que su padre le gira desde Albacete, paga el pupilaje á la Providencia que en forma de patrona de huéspedes le alberga y mantiene á satisfacción por tres pesetas diarias; da á cuenta tres duros al sastre que le viste á plazos; hace provisión de diversos objetos que necesita en el transcurso del mes; compra de lance el último tomo de poesías que va á parar á la reventa, y de los treinta ó cuarenta reales que le quedan, aparta un fondo especial, compuesto de tantas *perras grandes* como días tiene el mes corriente.

Estas piezas de diez céntimos tienen su destino rigurosamente señalado, y por nada de este mundo operaría nuestro estudiante la menor transferencia de crédito en menoscabo de este sacratísimo fondo especial.

Cada una de estas *perras* va á servirle á Juan para comprar, en el puesto de flores de la plaza de Santo Domingo, el ramillete que regala diariamente á Luisa, en la visita que le hace de cinco á seis de la tarde.

En cambio del ramito del día, Luisa le devuelve el de la tarde anterior, después de haberlo llevado larguísimas horas prendido al pecho.

Y Juan besa devotamente tan preciosa reliquia, impregnada del virginal perfume de su novia.

***

Hace tres meses que el dulce trueque de flores se verifica todas las tardes, sin interrupción ni variante alguna.

Este lenguaje mudo acaba por parecerle á Juan poco elocuente.

El enamorado joven aspira á ese cambio de la pasión del hombre con el tímido candor de la virgen, á ese maridaje de los labios que es la conjunción de dos almas, al primer beso.

Todas las tardes, Juan se aleja de su novia con un fondo de tristeza en medio de su felicidad.

Antes de abismarse en el estudio del Derecho Romano y del fárrago de materias que constituyen el intrincado laberinto de la legislación vigente, Juan había leído muchas novelas en que las pasiones amorosas no se contentaban con semejantes platonismos; los protagonistas de aquellas aventuras amorosas obtenían generalmente favores más positivos de sus amadas; y aunque nuestro héroe no podía pasar por libertino, creía poder aspirar siquiera á alguna de esas efusiones amorosas que los confesores más severos castigan á lo sumo como pecados veniales.

Juan contaba de antemano con la absolución de su conciencia, que era la censora más rigurosa de sus actos.

Llega el 30 de abril, y á pesar de todo su orden administrativo y de toda su previsión económica, el pobre estudiante se encuentra sin más dinero que la última *perra grande* del fondo especial destinado á la compra de los cotidianos ramilletes.

No por esto se halla triste.

El día anterior, al devolverle sus flores, Luisa ha estado más tierna y más expansiva que nunca; le habló tan de cerca, que él sintió en la mejilla el roce de sus cabellos; si los labios no se habían tocado, los alientos se habían confundido.

¡Faltó tan poco para el beso!

Todo indicaba que éste iba á tener su vencimiento aquella misma tarde, como un pagaré amoroso á último de mes.

***

Erguida la frente, como Tenorio á punto de realizar una conquista, llega á la plaza de Santo Domingo, donde vive su novia.

Se acerca al puesto de flores para comprar su acostumbrado ramillete con la última *perra* que le queda.

Junto á la florista, tropieza con una pobre mendiga que lleva un niño enfermo en brazos.

Dolorosamente impresionado, Juan aparta los ojos de la infeliz mujer, se acerca al puesto de flores y escoge el ramo para su novia, el más vistoso, el más frescamente conservado por el rocío.

Pero en el momento de ir á dar los diez céntimos á la florista se le acerca la mendiga implorando:

– ¡Una limosna, señorito!.. Para pan..., que estoy criando á este pobre hijito mío enfermo, y no he comido nada en todo el día!..

Juan vuelve el rostro y se siente conmovido hasta el fondo del alma por el espectáculo de aquella infeliz madre, pálida y demacrada, que abriga en miserables andrajos á su tierno hijo, más pálido y demacrado que ella.

Apodérase del estudiante una inmensa pesadumbre.

Duda un instante.

Si emplea sus últimos diez céntimos en socorrer á aquella pobre madre, su novia se queda por primera vez sin ramo de flores.

Y sin ramo, no hay que pensar en el ansiado beso.

Pero puede más en él la caridad que el egoísmo.

Devuelve el ramillete á la florista y pone la moneda en la mano de la mendiga.

Luego, no sin un secreto pesar, mezclado con la satisfacción íntima de haber hecho una buena acción, sube la escalera de enfrente y llama á la puerta del segundo piso.

Abrese la puerta, y antes de que Juan salga de su asombro, la casta Luisa le recibe en sus brazos, dándole un beso.

Y como el joven parezca buscar la causa de tan inesperada dicha, le dice su novia:

– He presenciado desde el balcón la escena del ramo y la mendiga.

– Entonces...

– Mi beso es el premio de tu buena acción.

JUAN B. ENSEÑAT.

(Dibujo de Mas y Fontdevila.)

LA FERIA DE VALENCIA

La «despertá.» – Juegos florales. – Grupas. – La «traca» – Bailes populares. – La cabalgata. – Batalla de flores.

La feria por la noche

Por las antiguas torres de Serranos y de Cuarte entran en la capital la mayoría de los huertanos que



Cartel anunciador de la feria, original de José Mongrell. (Concurso de 1901.)

pasan el año entero empleados en la ruda faena del campo. Con el cuerpo inclinado trabajan en la tie-



Pabellón de la sociedad «La Agricultura»

rra seca y endurecida por el sol; muchas fatigas les cuesta, pero al fin consiguen que cada gota de sudor sembrada en los paralelos surcos se convierta más tarde en frutas sazonadas, en dorados trigos, y así van transmitiendo á la fecunda vega la substancia de su juventud, de su vida, para darle nueva savia, para mantener su lozanía, como la madre amorosa saca de su seno el jugo que hace medrar al pequeñuelo, que mañana hombre, esprimirá su cuerpo con la fatiga del trabajo para dar alimento á sus hijos.

¡Poema hermoso! ¡Himno sublime! Si los hombres estudiasen en los principios más rudimentarios de la naturaleza, irían más directamente hacia la fraternidad universal.

Justo es que cuando llega el mes de julio, cuando en la capital se preparan los más atractivos festejos, abandonen los hijos del campo su blanca barraca, su pedazo de huerta, y acudan á Valencia para distraer por unos días la monótona existencia.

Procuran los novios casarse por esta fecha, y así, la enamorada pareja de *novensans* entra en la ciudad montada en el *haca* que luce con airosos bríos los flamantes arreos que la enjaezan. Estas son las vistosas grupas que toman parte en la carrera de *choyes* y van vestidas á la antigua usanza del país...

Desearía poder ocuparme de todos los festejos porque los creo dignos de recordarlos; pero al pensar en el extenso espacio que ocuparía una información tan detallada, juzgo prudente nombrar sólo los más notables.

Desde primeros de julio, se hallaba en las paredes fijado el cartel de la feria. Se debe al pincel de don José Mongrell, artista que va aumentando sus triunfos notablemente. Ganó el primer premio en el concurso de «El Liberal» y obtuvo el mismo éxito en el de la coronación del rey... Es de los que han entendido bien el modernismo, y usándole como arte decorativo, produce obras dignas de felicitación, entre las que incluyo el cartel anunciador de las fiestas valencianas.

Estas empezaron como los años anteriores, con la gran *despertá*. Todos los dulzaineros y tamborileros de los pueblos inmediatos, que suman un crecido número, recorren las calles tocando á un tiempo la singular diana. ¡Cualquiera sigue durmiendo! Los chiquillos se lanzan á la calle formando corro alrededor de los músicos tempraneros, y el bullicio anormal que se nota es el despertar alegre de la capital que se prepara á las fiestas.

***

Los dos mejores números del programa son: la batalla de flores y los juegos florales.

Siguiendo la costumbre, en el teatro Principal se verificó la fiesta de la poesía. D. Juan Bautista Pont, aplaudido autor dramático é inspirado poeta, alcanzó el honroso premio de la flor natural, bien merecido por cierto, pues su composición, que llevaba



Pabellón del Ayuntamiento

por lema *Amor*, es lo mejor que se ha escrito de algunos años á esta fecha en lemosín. Hay en ella estrofas valientes, elevadas; pero donde se demuestra la exquisita sensibilidad de su alma es en los pasajes amorosos: cada verso de cadencioso ritmo hace pensar..., sentir hondo.

El Sr. Pont eligió como reina de la fiesta á la bellísima señorita Mercedes Silvestre Sabater. Las valiosas joyas y el magnífico traje con que adornaba su hermosura y la elegancia que la distingue, hacíanla digna soberana de la poética fiesta.

Como de la batalla de flores también tengo que ocuparme ligeramente, me concretaré á decir que resultó una de las mejores. Fué una lástima que el tiempo lluvioso desluciese algo el festejo, pues la



Arco de la Diputación

muchedumbre que invadía pabellones, tribunas, graderías y paseo, era mayor que en años anteriores.

Se presentaron un crecido número de carruajes, pero de ellos los más salientes fueron:

Primer premio: una mecedora confeccionada con dalias blancas; en el respaldo había un felino en actitud graciosa y debajo del mueble una pelota de grandes dimensiones.

Segundo premio: un pavo haciendo la rueda; la cabeza, cuello y moco del animal estaban figurados con agaratos y amarantos; el cuerpo con dalias de diversos colores, resaltando las plumas en acertada disposición, y la cola, formando abanico, la imitaban con gran propiedad dalias y jazmines.

Los demás premios fueron adjudicados respectivamente á veintitrés carruajes más, que no describo



Pabellón del Ateneo Mercantil

por lo que al empezar dije; mencionaré, sin embargo, las carrozas de las sociedades «Lo Rat Penat» y «Casino Universal.»

***

Estoy en el apeadero del tranvía eléctrico junto al puente del Real.

La noche es clara, serena, hermosa..., noche de estío valenciano; un vientecillo suave refresca el bochorno que dejó el sol al partir; buscando al mar, murmurando al tropezar en los pedruscos del puente, van deslizándose las aguas del río, en cuyas orillas se adivinan á las ranas por la canturia gutural y monótona que se escucha; el vacío celeste, sublime, inmenso, se extiende sobre todo; en él brillan temblorosas las estrellas, semejantes á multitud de pinchazos hechos en su manto azulado, por donde se escapa la luz misteriosa de otros mundos, y á *l' atra vora del riu*, á la otra orilla, del fondo obscuro de la noche se destaca el recorte luminoso de la feria.



D. JUAN BTA. PONT, poeta premiado con la flor natural en los Juegos Florales de Valencia



SRTA. D.ª MERCEDES SILVESTRE SABATER, Reina de los Juegos Florales de Valencia

claveles reventones de los huertos valencianos; ahora es cuando juzgo que ellas dan la envidiable y merecida fama á los festejos de la ciudad del sol.

Pasando el puente, dejando á la izquierda las *montañitas* donde fué asesinado el general Elío y torciendo hacia el paseo, lo primero que se encuentos de refrescos, resaltados por una línea de luces que va dibujando la figura de aquel hermoso conjunto.

Frente al paseo y junto al palacio de Ripalda están los bailes populares. Encima del extenso tablado se levanta una barraca. La techumbre de paja gris, la blancura de las paredes, la parra que teje su toldo á la puerta, las sillas con asiento de esparto donde descansan los tocadores mientras arrancan de la guitarra aires moriscos, las parejas de huertanos vestidos con el clásico traje del país bailando la antigua danza del *hu y el dos*, componen un cuadro valenciano lleno de vida y de sabor local.

A intervalos detiene el curso de la sonata la voz del cantador que entona la copla, una copla de armonía extraña; aun oyéndola cerca, parece que llega de lejos impregnada del azahar de los naranjos, suave al principio, potente al final como el canto del labriego que se aproxima á su barraca cuando el atardecer pone término á la faena cotidiana.







FERIA DE VALENCIA. – LA CABALGATA. – CARRO DE LA FAMA. – CARRO DEL TURIA Y RÍOS AFLUENTES. – CARRO DEL CANCERBERO INFERNAL

Hacia ella se dirige la multitud, la marea humana, ese conjunto de seres que constituye la vida de una capital. Hacia la feria se dirigen todos, guiados por una misma idea, pero abrigando cada uno un deseo diferente. Hacia allí desfilan todos; los que hablan de teatros, de modas, de toros, de política..., de conquistas y de persecuciones amorosas.

Para estos últimos se hizo la feria. ¡Cuántas ilusiones, cuántas esperanzas en cada juvenil corazón de mujer!.. ¡La mujer valenciana! Ahora que la veo pasar y confundirse en el tráfago de la feria cuyos murmullos llegan hasta mí; ahora que la veo pasar recogiéndose con un pellizco coquetón el vaporoso vestido que se ajusta á las correctas formas de su cuerpo cimbreante; ahora que contemplo su tez ligeramente pálida, que me hiere el brillo de sus ojazos negros circuidos de un livor tenue que los agranda y los ahonda; ahora que siento el respirar de su seno exuberante que amenaza romper los encajes que le aprisionan, imitando á los

tra es el busto de Aser, iniciador de la feria, y el arco de la Diputación construído en 1888 cuando vino doña María Cristina á Valencia.

Desde allí se ve esa perspectiva fantástica, las fuentes, los elegantes pabellones y los establecimien-



FERIA DE VALENCIA. – BATALLA DE FLORES. – UNA ROSA, carroza del Casino Universal

Un fuerte de instrumentos de metal apaga la última cadencia de la copla; cesan éstos, y son reemplazados por las castañuelas, que marcan, con repiqueteo monótono, un compás lento acompañado del rasguear de las guitarras, hasta que la voz del que canta vuelve á interrumpirlo.

El paseo, las horchaterías y los pabellones están profusamente iluminados. Cada lugar ocasiona un motivo diferente.

En el paseo, ¡cuántas miradas ansiosas buscan algo que el corazón espera!.. ¿Volverá el de las noches anteriores á insistir?.. ¿Vendrá la que rifa numeritos en la tómbola?..

¡Las horchaterías! En ellas el espectáculo es muy diferente. No hay otro remedio, si el novio no quiere pasar por tacaño, que convidar á su amada y... á la futura familia. «¿Qué va á ser?,» pregunta la airosa camarera vestida con el traje de labradora, descotado el blanco seno, cortas las mangas que terminan en espumoso encaje, fresca la hermosa cara y con los cabellos prendidos con agujas y

adornados con claveles, que forman un canastillo de flores. Y vuelve al momento, dejando sobre el velador los vasos de sólida horchata, clavada en ella la pajita para absorber su frescura.

En algunos pabellones se dan bailes de sociedad. ¡De cuántos idilios, de cuántas desazones son silenciosos testigos aquellas maderas con artísticos decorados y aquellos globitos de luz blanca!..

Pero donde mejor se pasa la noche es en la parte baja del Pabellón Municipal. Aquellas grutas de espeso follaje dan á la estancia una frescura deliciosa. Desde allí, sentado en la semiobscuridad, se puede contemplar todo perfectamente, nadie molesta.

La gente, repartida en los sitios mencionados, pasa la velada tranquila, esperando á que den las doce. Entonces varía por completo el aspecto de la feria; van á quemar la *traca*. La de la noche última es la *monumental*, la que da vuelta á todo el paseo con sus 1.600 metros de longitud.

Algunos cohetes anuncian con silbidos prolongados la hora esperada; en los postes de electricidad se encienden las luces de bengala; su cabellera de humo rojizo se enreda en el ramaje y parece que ardan los árboles; varían los colores que tiñen á las personas, dándoles una expresión extraña, y después se oye el ruido estrepitoso de la traca que se acerca.



Feria de Valencia.--La batalla de flores. – Un almanaque, carroza de la sociedad Rat Penat.



Mecedora y pelota, carroza del Sr. Guay, primer premio



Un pavo, carroza del Sr. Laureano, segundo premio

Parece un monstruo infernal que avanza iracundo entre rugidos espantosos y escupiendo espumarajos de fuego al verse aprisionado. El *cueter* y un grupo decidido de curiosos, en el que abundan los chiquillos, van siguiendo al último cartucho que estalla. Los demás se apartan para dejar libre el paso al que de tal manera lo solicita. Hay que alzar la voz para lograr entenderse, hay que buscar el mejor sitio para ver bien el impresionable espectáculo, y entonces sí, entonces todo es animación, bullicio, algazara... Conforme se aproxima hacia el final, son más potentes los estampidos, como si el *monstruo de fuego* luchase rabioso con la impotencia que le domina; mientras, tapándose los oídos, aguardan todos que reviente la *canterella*, el último petardo, que retumba estruendoso, ensordecedor... Después, algunas *salidas* estallan sobre el fondo celeste, como si fuesen los estertores de la *fiera* que agoniza.

Esta es una fotografía muy velada de lo que ocurre por la noche *á l'atvora del riu*, donde está la feria, de la que regresa la gente fatigada. Después Valencia se queda tranquila como nunca; sus habitantes se marchan á los pueblecitos inmediatos y allí pasan la temporada de calor, reclinados en la cómoda mecedora á la puerta de la alquería, aspirando las agradables emanaciones de la huerta y adormecidos por el bienestar de estas noches estivales.

Julio de Hoyos.

Valencia, agosto de 1902.

SUGESTIÓN

– Verá usted, dijo Enriqueta sonriéndose; cuatro años hace de lo que voy á contar; cuatro años, y no lo olvidé un momento: conocía yo á Luis Andújar desde mi niñez; tenía Andújar un carácter noble, fogoso: encantaba con sus aspiraciones y sus ideas. Llegó un día en que Luis Andújar se enamoró de Angela: ella conocía su generosidad, su elevación de sentimientos; le estimó primeramente y acabó por amarle con locura. La verdad es, añadió Enriqueta pensativa, que no hay seres perfectos; la verdad es que, en el mundo, cada hombre procura estudiar y conocer al que tiene más cerca, sin que se estudie ni se conozca á sí mismo el que trabaja por conocer á los demás: esa es la causa de que no seamos como debemos ser; gran parte de nuestras desperfecciones nos las debemos á nosotros mismos...

Luis, el buen Luis Andújar, novio rendido, generoso y apasionado de Angela la sin par, presentó de pronto un nuevo carácter, no esperado, que hizo sufrir á los que de veras le amaban y reir á sus conocidos. ¡El defecto de Luis era amar demasiado!

Al principio, en sus relaciones con Angela, se mostró discreto para ciertas pequeñeces, que no merecían mencionarse siquiera; esas nubecillas que son como auroras blancas, que se deshacen en gotas de rocío sobre el corazón de los enamorados; pero conforme fué apoderándose de él aquella tensión inmensa..., aquel cariño que era ya locura, inconscientemente, sin comprenderlo, sin darse cuenta, empezó por aislarse á sí mismo y aislar á Angela de los otros; sufría cuando ella hablaba con alguien, cuando iba al teatro, cuando iba al paseo, cuando la miraban, cuando miraba. Ella comprendió que todo aquello que emanaba de él, aunque pudiese contrariar á otros, eran pruebas de amor, y por esto, como era leal y generosa, no quiso, no pudo defenderse de aquella sugestión singularísima que la locura de amor del hombre ejercía sobre ella, aunque sufriendo y lamentándola.

Llegó un punto en que tuvieron que mediar los padres de Angela: idolatraban á su hija, amaban á Luis entrañablemente, pero tarde ó temprano tendría aquello un desenlace fatalísimo. Andújar no trabajaba, á Andújar no se le veía; dejó á sus amistades, dejó sus relaciones todas; no había para Andújar más mundo que aquel de su cerebro donde flotaba una imagen, sólo una imagen: la imagen de Angela. ¡Vivir por ella y para ella solamente! Y la envolvía, la fascinaba en aquel aluvión inmenso, tan feliz, tan desgraciado á la vez de lo que sufría y lo que gozaba en aquel cariño de celos é inquietudes, que Angela no pensó y no habló y no hizo nada ya que no fuese con la voluntad, con el pensamiento, con la palabra de Andújar.

¿Cómo – dirá usted, amigo mío – aquel hombre generoso, reflexivo, lleno de respeto á la sociedad, y siendo respetado y admirado, conducíase así, mostrando de aquel modo intolerable la evolución de su cerebro, hasta contraer una enfermedad que daba risa unas veces, compasión otras é impaciencia siempre? ¿Cómo llegó al extremo de hacerse ridículo y ridiculizar á la mujer á quien amaba, haciéndola morir entre congojas y haciéndola llorar desconsideradamente por un detalle cualquiera? ¿Sabe usted por qué?, repitió Enriqueta melancólicamente; porque ella fué tan mezquina y cobarde de espíritu como él; porque ella, con todo su talento – pues lo tenía y mucho, – no comprendió que aquel camino era el de la desgracia; porque se dejó deslizar, sin detenerse ni detener al mismo Andújar con la palanca del prestigio que sobre él ejercía.

Pero los padres de Angela vieron el abismo abierto y los vieron á los dos al borde del abismo; la hablaron categóricamente; todo concluía si aquella situación no terminaba al punto... Llorando me contó Angela aquello y no supe qué decir; me conmovía su desgracia por lo amiga que era de los dos. Una noche – me lo contó Angela después – habíase acostado ella; leía un poco para quedarse dormida, y no sé qué idea le sugirió alguna otra del libro: á la mañana siguiente se levantó resuelta, llamó á su madre y le dijo tranquilamente que se iba á casa de una amiga.

– Pero ¿y Luis?, se atrevió á decir la pobre señora, aterrada de lo que iba á suceder.

Angela se encogió de hombros, muy pálida; bajó, metióse en el coche y se fué.

Llegó Luis... ¿Qué era aquello? ¡Angela no estaba allí para ser la primera en verle! ¡Angela no estaba allí para dirigirle una sonrisa de saludo antes que él entrase siquiera! ¡Angela no estaba allí para escuchar temblando las quejas de su novio, que nunca tenían fundamento! ¿Dónde estaría Angela? Angela no le quería ya. Angela le estuvo engañando. Angela no merecía su amor, ni su respeto, ni sus consideraciones.

– ¿Y Angela?, preguntó al fin.

– Le dí permiso para que fuese á visitar á una amiga de colegio.

No contestó, no habló una palabra; quedó sentado, inmóvil, con los ojos fijos, como si fuese de piedra.

Angela no volvía y él salió silencioso. ¿Adónde iba?.. ¿Qué ideas fueron las suyas? Nadie lo supo jamás. A la otra noche llegó á casa de su novia pálido, frío como un muerto. Angela tuvo valor para acogerle con indiferencia: se puso á leer; no le dirigió la palabra en todo el tiempo que estuvo á su lado. Hubiera querido Luis estallar, reconvenirla, insultarla, quejarse á gritos de aquella traición. ¡Confundirla! ¡Matarla!.. Angela no le hacía caso. Contenía Luis unos rugidos de fiera herida que le subían del corazón..., y al fin estalló como torrente que se desborda... Pero ella cerró el libro, impasible, lo puso sobre la mesa y dijo, levantándose, con dignidad de reina:

– No es digno de ti ni de mí este espectáculo. Voy á dormir; tengo sueño.

Y se retiró.

¿Qué sucedió á Luis? No ha podido saberse. No contestó, no dijo una palabra, quedó lívido, silencioso, inmóvil. Un mundo inmenso, desprendido no sabía él de qué otros mundos lejanos, pareció caer de pronto sobre su cabeza y sobre su corazón para aplastárselos. Mantúvose en silencio y se fué sin hablar con nadie, jurando no volver á casa de Angela.

– ¿Y no volvió?, pregunté á Enriqueta, verdaderamente interesado.

–¡Ojalá no hubiera vuelto!, contestó ella con dulzura.

A la noche siguiente estaba allí, cariñoso, solícito, bueno, respetándola, adorándola tiernamente... ¡Pobre Luis!

Pasaron muchos días sin que una nube eclipsara aquel nuevo idilio. Luis parecía otro, y Angela era, al parecer, muy feliz con esto; pero ¿lo creerá usted?, se notaba en ella una inquietud, un malestar indescriptible. Yo se lo dije riéndome: «¿Será, en resumen, que tu condición es de esclava, y que si no te pisan y no te humillan no vives?» Y se puso muy encarnada y quedó muy pensativa.

Una noche se disgustó Luis, y Angela ideó *hacer otra* para afianzarlo de una vez. El disgusto de Luis fué porque ella iba á salir al día siguiente con su madre. «¿No quiere que salga ni aun con mi madre? Pues saldré sola.» ¡Era cruel!

Se marchó Luis aquella noche, y al volver á la tarde siguiente encontró á su novia en la escalera. Iba sola, elegante, guapísima. ¡Qué diálogo!

–¿Adónde vas?, preguntó Luis con terror.
–A la calle.
–¿A la calle?
–A la calle.
–¿Sola?
–Sola.
–Pero ¿adónde vas?
–De tiendas.
–¿Y no te acompañan?
–¿Para qué? Ya no se estilan los rodrigones.

Y se alejó sin decir más.



EN EL BOSQUE, dibujo original de José Masriera

–¿Y qué ocurrió?, pregunté ansioso.

–¡Oh, amigo mío!, una cosa que le hará á usted daño; que le hará comprender un poco mejor lo que es la mujer, lo que es la humanidad, lo que es la vida.

–Pero ¿qué fué?

–Que Luis pidió perdón á Angela; que Angela se lo concedió; que él se corrigió de veras con aquella conducta de Angela; que desapareció aquella debilidad; que fué otra vez el hombre correcto, generoso, sencillo, de amplios ideales, de seguro juicio, capaz de hacer feliz á la mujer amada.

–¡Y Angela sería dichosa al fin!, exclamé respirando ya libremente.

–Amigo mío, contestó Enriqueta en voz temblorosa, Angela había sido feliz hasta entonces... Pero ya no lo fué.

–¿Es posible?, grité con una exclamación de sorpresa.

–Sí, posible. ¡No quiso ya á Luis! Lo que le dije, riendo, en cierta ocasión, era una gran verdad. Hay mujeres que para amar con locura, para ser verdaderamente dichosas con su amor, necesitan en el cuello el pie del hombre. Angela, que tantas cosas grandes había hecho por el amor de Luis cuando él la subyugaba y la esclavizaba, se arrepintió grandemente, sin ella misma saberlo, de haber procurado su emancipación y haberla conseguido. De tal manera le fué imposible *soportar su dicha*, que buscó un pretexto fútil para terminarlo todo.

Un año después se casó con otro hombre. Casada está y su vida es un puro martirio. El hombre de su corazón, su ídolo, no es ya un déspota como lo era Luis antes de corregirse, para su desgracia; es un infame.

–Bien; pero... ¿y Luis?, pregunté ahogadamente.

–Ha muerto.

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO.



Remordimientos, grupo escultórico de Fernando Lepcke



MERIENDA CAMPESTRE, cuadro de P. Outin



LA COMIDA DE LOS ESPIGADORES, cuadro de P. Baudouin

NUESTROS GRABADOS

La catastrofe de Camargo.—Cerca del pueblo de este nombre y en el sitio llamado el Hayuco, existía un depósito formado por una depresión natural del terreno y cerrado con un terraplén artificial de arcillas y caliza, adonde iban á parar las tierras y las aguas procedentes de las minas de hierro de la sociedad «William Bair and Company, Limited.» Hace dos años, los vecinos de aquel pueblo pidieron que se adoptasen algunas medidas en evitación de un peligro que consideraban seguro, y que se reconociera el depósito; pero sus peticiones fueron desoídas, y aun parece que un ingeniero que reconoció el depósito declaró que no existía razón alguna que justificara aquellos temores. A pesar de esto, notáronse recientemente en el terraplén señales evidentes de que la presión ejercida interiormente sobre él por los 80.000 metros cúbicos de fango en el depósito acumulados determinaba un riesgo grave, y en seguida se comenzaron las obras de robustecimiento necesarias; mas viendo que ni aun así cesaban las filtraciones, el ingeniero encargado de los trabajos ordenó que se suspendieran las faenas en las minas y en los lavaderos, y procedió á extraer por medio de bombas el agua de aquel pantano.

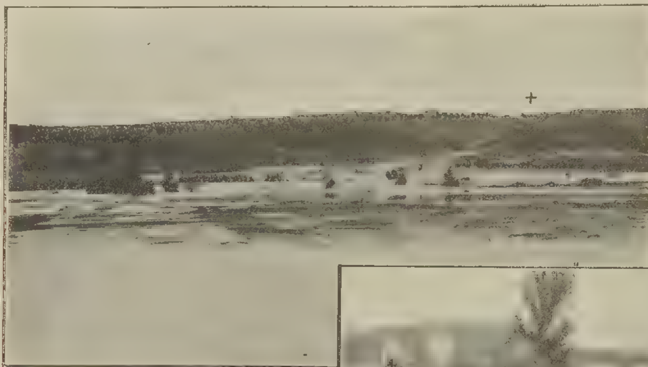
A la una de la madrugada del día 6, bajó dicho ingeniero á reconocer el estado de la obra, y en vista del peligro inminente que amenazaba, dió orden de que se retiraran todos los obreros y de que el capataz avisara la proximidad de un derrumbamiento á los habitantes del cercano barrio de las Amedias, los cuales se limitaron á adoptar algunas precauciones y á poner en salvo sus ajuares y sus ganados. A la hora y media, se oyó un estruendo formidable, y una ola de cieno se precipitó sobre el poblado, arrasando casas, tronchando árboles y arrastrando con ímpetu irresistible cuanto á su paso encontraba. Se había reventado el terraplén abriéndose en él un boquete de 15 metros, por donde salió una masa de fango que no bajaría de 30.000 metros cúbicos.

Al amanecer, la ladera y el llano y todo el valle, en una extensión de un kilómetro y medio, aparecían cubiertos de lodo, entre el cual asomaban restos de árboles, animales muertos, aperos de labranza, carros y escombros de toda clase.

Los obreros de las minas comenzaron á trabajar con ardor para salvar á los vecinos sorprendidos por la inundación y extraer los cadáveres.

Las casas hundidas fueron siete, los muertos doce y numerosos los heridos.

Las fotografías que en esta página reproducimos y que nos han sido remitidas por el reputado fotógrafo de Santander señor Duomarco, dan perfecta idea de la magnitud de la catástrofe.



LA CATÁSTROFE DE CAMARGO. – Aspecto de la vega inundada por el fango. – La cruz marca el sitio en donde estaba el depósito, cuya rotura causó la inundación. (De fotografía de Duomarco, de Santander.)



LA CATÁSTROFE DE CAMARGO. – Mineros buscando los cadáveres sepultados en el fango. (De fotografía de Duomarco, de Santander.)

Ensueño, cuadro de Gustavo Toudouze. — No es necesario dejar volar la fantasía para encontrar asuntos poéticos; la realidad los brinda pródigamente al artista, el cual, si sabe sentir la verdadera belleza, ha de encontrarse más bien que falto de temas de ese género, perplejo en la elección de los muchos que á su pincel se ofrecen. Dondequiera que haya cielos diáfanos y azules, bosques frondosos, jardines floridos, hallará el pintor elementos de sobra para componer un conjunto encantador; y si en la combinación de tales elementos agrega la figura de alguna mujer que á su juventud y hermosura junte una expresión hondamente sentida, el cuadro que de todo ello resulte habrá de ser forzosamente bello, por poco diestra que sea la mano del artista en trasladar al lienzo estos componentes. El notable pintor francés autor de *Ensueño* es de los que verdaderamente sienten el arte en su modo de ser más puro; y sin dejarse arrastrar por las veleidades de la moda, pero también sin permanecer aferrado por sistema á los antiguos cánones, toma de lo nuevo y de lo viejo lo que mejor á su temperamento se amolda, y gracias á esto produce obras tan deliciosas como la que en este número reproducimos y de la que bien puede afirmarse que es la obra de un pintor poeta.

En el bosque, dibujo original de José Masriera.—Bien conocen nuestros habituales lectores hasta dónde llega el buen gusto y maestría de este distinguido artista, puesto que su constante galantería nos ha permitido reproducir en estas páginas varios de sus preciosos dibujos. Su nombre, respetado y conocido, nos releva esta vez de emitir juicios y consideraciones, limitándonos, por lo tanto, á llamar la atención acerca del estudio que en este número publicamos y ofrecerle una vez más el testimonio de nuestra simpatía y consideración.

Remordimientos, grupo escultórico de Fernando Lepcke.—El criminal ha buscado en el sueño el tan ansiado reposo que por unos instantes aleje de su mente la terrible imagen que le persigue. Concilió el sueño, mas no logró el reposo, que aun dormido se le aparecen en forma corpórea sus propios remordimientos, mostrándole la ensangrentada cabeza, blandiendo contra él el mismo puñal con que cometió el crimen y amenazando aplastarle con enorme piedra. Los tormentos que destrozan su alma están admirablemente reflejados en su cara y en su actitud; en ésto y en las tres figuras que personifican sus remordimientos con vigor extraordinario, se manifiesta por modo elocuente el talento del escultor berlinés Fernando Lepcke: la impresión profunda que su grupo escultórico produce es su mejor elogio

Merienda campestre, cuadro de P. Outin. — Para los enamorados de la naturaleza que forzosamente han de vivir la existencia agitada de las grandes ciudades, ¡cuán envidiable resulta la escena que en este cuadro se reproduce!, ¡cuán felices se presentan los personajes que en ella figuran! Sentados sobre la fresca hierba, á la sombra de frondosos árboles, junto al manso riachuelo, teniendo ante sus ojos el hermoso espectáculo del campo circundado por pintorescas colinas, y después de haber dado buena cuenta de la merienda, cuyos restos se ven todavía en el blanco mantel y en la verde alfombra, levantan las copas, dando suelta en sencillos brindis á las gratas emociones que de su alma se desbordan. ¡Qué hermoso espectáculo! ¡Cuánta dicha en aquellos semblantes! ¡Cuánta armonía entre la alegría apacible de aquellos personajes y la amenidad del lugar pintoresco que le sirve de escenario! Preciso es confesar, sin embargo, que á esa dulce emoción estética que la contemplación del cuadro despierta en nosotros, contribuye en buena parte la maestría con que el pintor ha sabido ver y reproducir todos estos encantos, maestría que se advierte, así en la composición en general, como en las figuras, en el paisaje y en todos los detalles de la pintura.

La comida de los espigadores, cuadro de P. Baudouin.—¡Cuán triste contraste ofrece este lienzo con el de Outin que acabamos de describir! No alegra aquí el paisaje el murmullo de ningún arroyuelo; ni un árbol mitiga con su sombra el ardor de los rayos solares; ni puede descansar la vista en ningún accidente del terreno: la inmensa llanura seca, abrasada, se pierde en el horizonte, y flota en la atmósfera el fuego de un mediodía canicular. Y en vez de los personajes de aquél, que respiran felicidad por todos sus poros y en cuyo porte se descubre una existencia holgada, vemos en la obra de Baudouin á unos pobres espigadores cuya vida es un tejido de fatigas, de privaciones, de miseria. No se refocilan estos infelices con la suculenta merienda, capaz de satisfacer los caprichos de los estómagos más exigentes; su comida se reduce al más modesto alimento, que apenas puede acallar su hambre. Este hermoso cuadro por sí solo impresiona profundamente, pero más nos conmueve puesto al lado del de Outin, porque ambos nos recuerdan que esta contradicción no es obra de la fantasía de los artistas, sino copia fiel de la realidad.

Repatriación de prisioneros boers.—Como consecuencia de la paz firmada entre Inglaterra y los representantes de los que fueron República Sudafricana y Estado libre de Orange, han sido reintegrados á su patria la mayoría de los prisioneros boers que los ingleses tenían distribuídos en algunas de sus colonias y posesiones. El grabado que publicamos en la página 552 representa el acto de despedirse el gobernador de Santa Elena de los que estaban confiados á su custodia en aquella isla, los cuales inmediatamente después emprendieron el viaje al Transvaal.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – VIENA. — En un antiguo comercio de objetos artísticos de Viena se ha hecho recientemente un descubrimiento importante. Con ocasión de realizarse algunas reformas en el edificio que ocupa, se ha encontrado un lienzo arrollado que hacía treinta años estaba en el almacén, sin que nadie se hubiese ocupado en examinarlo, y que ha resultado contener tres grandes pinturas decorativas de Tiépolo. Estas pinturas, que han sido hábilmente restauradas y que en otro tiempo adornaron un salón de la *villa* Girola, representan el *Triunfo de Anfitrite*, la *Expulsión de Selene por Hera* y el *Encuentro de Baco y Ariadna*, y miden: la primera, 4'22 metros de ancho por 1'88 de alto, y las otras dos 2'31 por 2'13.

PARÍS.—La venta pública de la galería de la tristemente famosa familia Humbert, que comprendía 150 piezas, en su mayoría de maestros franceses modernos, ha producido francos 1.187.950. Los cuadros que han alcanzado más elevados precios han sido los de Gustavo Moreau: su *Rey David* y su *San Sebastián* se han vendido en 51.000 y 39.000 francos respectivamente.

VENECIA. – Para la reconstrucción del «campanile» y de la «loggetta» de Sansovino recientemente derrumbada, el municipio de Venecia ha votado 500.000 liras y la Caja de Ahorros 100.000. Además, el rey ha dado 6.000, y en Trieste y en todas las poblaciones de la llamada Italia *irredenta*, especialmente en Istria, se promueven con grande entusiasmo suscripciones públicas con el mismo objeto.

Necrología. – Han fallecido:

Mistris Alexander, notable novelista inglesa.

Carlos Gerhardt, célebre médico alemán, catedrático y director del segundo hospital de la Caridad de Berlín.

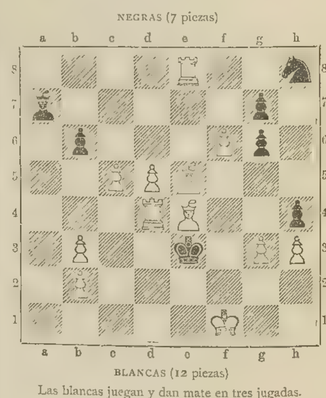
Enrique Hofmann, compositor alemán, miembro de la Academia de Bellas Artes de Berlín, autor de algunas aplaudidas óperas.

Alejandro Kowalski, célebre astrónomo ruso.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 291, POR A. F. MACKENZIE.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (12 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.° 290, POR W. F. v. HOLZHAUSEN.

Blancas.	Negras.
1. f2—f4	1. g4 - f3 tomando al paso.
2. g2—g4 jaque	2. h4—g3 íd. íd.
3. Dc8—h3: mate.	

VARIANTES.

1....... g5 toma Pf4;	2. Rh8—g7, etc.
1....... Rh5—h6;	2. Dc8—d8, etc.
1....... Otra jugada;	2. Dc8—f5, etc.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E WERNER.—ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

El Sr. Dernburg calló durante unos momentos, y después con tono severo y cariñoso á la vez continuó:

—«¡La vía libre!» Esta es una frase de aquella gente y tú la has adoptado, ¿no es verdad? ¡Ya lo creo! La vía libre para poder rodar al abismo, que es adonde se va á parar, hijo mío, con esas palabras vacías de sentido.

El anciano industrial paseábase agitado por la habitación; de pronto se detuvo delante del joven y mirándole irónicamente le dijo:

—Según tengo entendido, á pesar de tus pocos años ocupas ya un puesto importante en el partido: todos esperan tener en ti uno de los futuros caudillos, uno de esos que les conducirá á la gran emancipación, ¿no es verdad? No hay que decir que esa gente es astuta y conoce á los hombres; por esto ha comprendido que para atraerte se necesitaba un buen cebo.

—¡Sr. Dernburg! ¿Me cree usted capaz de obrar por cálculo?

—Por cálculo, no; por ambición, sí, respondió el anciano fríamente. Apuesto á que tú mismo no sabes qué es lo que te ha empujado hacia ese partido; pero yo te lo diré. Ser un ingeniero inteligente, trabajar para llegar á ser un ingeniero jefe, es una carrera honrosa, pero demasiado modesta, demasiado limitada para un carácter como el tuyo; en cambio, estar al frente de millares de hombres, dirigirlos con una palabra, con un signo, lanzar en el Parlamento discursos de fuego que toda la nación escucha, oponerse á un régimen social establecido, luchar contra él, ser llevado sobre el pavés como general, como creador de nuevas ideas, de nuevas vías, ¡este es el poder que te fascina, que te embriaga! No lo niegues, porque te conozco.

Runeck no negó ni asintió, sino que permaneció con la cabeza inclinada, fruncida la frente y apretados los labios.

—Pero aquí no quiero novedades; díselo á tus señores socios si quieren saberlo. Y tú, ¿cómo te has atrevido á venir con esas ideas nuevas? ¿Por qué no te quedaste en Inglaterra ó en Berlín, declarándome la guerra desde lejos?

Egberto continuó guardando silencio, pero un estremecimiento sacudió todo su cuerpo y sus mejillas se enrojecieron. El Sr. Dernburg, que no apartaba de él los ojos, se serenó y sonrióse; y luego con acento más tranquilo prosiguió diciendo:

—Corriente, supondremos que has vuelto á impulsos del cariño que á mí y á mi familia nos profesas. Verdaderamente Enrique y Maya te consideran como hermano. Oye: por ahora te encargarás de la dirección de los trabajos de Radefeld, y después... después veremos. Antes de perderte definitivamente, espero que pensarás en el porvenir que con tus locuras perderías.

Runeck alzó la cabeza y miró á Dernburg con expresión interrogadora: no acertaba á explicarse adónde iba á parar aquel discurso.

—¿Qué quiere usted decir?



Señor doctor, dijo Maya sin dejar de reirse, ponga en libertad al reo

—Quiero hablar de la salud de Enrique, que tanto me preocupa. El cambio de clima ha alejado el peligro inminente, pero no ha curado á mi hijo, el cual necesitará siempre cuidados y atenciones y no podrá jamás fatigarse, trabajar, aparte de que..., no me hago ilusiones sobre ello, tan enfermo está moral como físicamente. Todas estas circunstancias le hacen poco á propósito para el puesto que un día habrá de ocupar, y yo quiero que, después de mi muerte, mi obra, mi creación, esté en manos capaces de continuarla. Enrique será mi sucesor nominal, pero mi sucesor efectivo ha de ser otro, y yo... había contado contigo, Egberto.

Runeck dió algunos pasos hacia atrás y su rostro expresó angustiosa sorpresa.

—¿Conmigo?, exclamó. Y habría yo de...

—Habrías de empuñar las riendas de Odensberg el día en que falte mi dirección, dijo Dernburg terminando la frase. De todos aquellos á quienes he educado en mi escuela, uno solo posee las cualidades necesarias para reemplazarme, para continuar mi obra; y éste quiere ahora precisamente destruir todos los planes que tenía yo formados para el porvenir. Mi Maya es todavía casi una niña y no puedo, por consiguiente, prever si su futuro esposo será tan á propósito como yo deseo para ocupar tal situación. No soy de los necios que con su dinero quieren hacer de su hija una condesa ó una baronesa; yo sólo pienso en el hombre sin preocuparme de la clase á que pertenezca..., con tal de que cuente con la simpatía de mi hija.

Aunque velada, era aquella una promesa deslumbradora para el joven ingeniero: éste lo comprendió así, acercóse algunos pasos al anciano, y pálido como un muerto, con los labios convulsos y la voz sofocada por la emoción, dijo:

—¡Sr. Dernburg! ¡Arrójeme usted de esta casa!

El Sr. Dernburg sonrióse conmovido, y poniendo una mano sobre el hombro del joven repuso:

—No, hijo mío, no te arrojaré de mi lado; antes, procuraremos volver á entendernos mutuamente. En el entretanto, te encargarás de esas obras de Radefeld y en otoño habrás terminado este trabajo, ¿no es verdad?

Egberto luchaba consigo mismo y transcurrieron algunos segundos antes de que pudiera hablar. Al fin con voz ahogada contestó:

—Esta proposición es un peligro para entrambos.

—Tal vez sí, pero tratándose de ti lo acepto gustoso. No creo que la felicidad de tu partido sea cosa tan urgente que no te permita demorarla por dos ó tres meses. Consideremos esto como una tregua. Y ahora ve á reunirte con Enrique, que estará impaciente por saber el resultado de nuestra entrevista. También Maya estará contenta de volver á verte después de tanto tiempo como has estado en Radefeld; por consiguiente, hoy te quedas á comer con nosotros. ¿Estamos de acuerdo?, dijo presentando su mano al joven como poniendo término á la conferencia.

Runeck vaciló un instante, pero al fin cogió aquella mano entre las suyas.

Dernburg había de momento triunfado: sin exigir promesas ni sacrificios que le habrían sido negados, otorgaba ciega confianza y plenos poderes á su favorito, á quien de este modo desarmaba.

III

Las grandes herrerías y fábricas de acero de Dernburg figuraban entre las más importantes de Europa y gozaban de fama universal. El padre del actual propietario había fundado una sencilla herrería en aquel valle de Odensberg poblado de bosques, entre aquellos montes llenos de tesoros minerales inagotables, y andando los años, aquel pequeño establecimiento se había ido agrandando hasta que Eve-

rardo Dernburg dió tal impulso á la obra de su padre, que parecía imposible que un solo hombre hubiera sido capaz de tanto. Por su solo esfuerzo reunió en sus manos todas las fraguas, fundiciones y minas de los alrededores, agrupó bajo su dirección á todos los operarios, y de aquella empresa colosal formó la vida industrial de toda una provincia.

Para tal empresa requeríanse una inteligencia y una energía no comunes, y Everardo Dernburg era el hombre á propósito para realizarla. El por sí solo llevaba los complicados hilos de sus negocios y dirigía la falange numerosa de ingenieros, técnicos y administradores; tenía fama de rígido y severo; pero igualmente era conocida su justicia, porque si tenía plena conciencia de su poder, poseía también alto concepto de sus deberes.

Los cuidados que dedicaba al bienestar de sus operarios no eran inferiores en magnificencia á la grandiosidad de sus empresas, y sólo podía prodigarlos un hombre que dispone de millones y que no economiza sus riquezas cuando se trata del bien de sus subordinados. Pero á cambio de esto, exigía Dernburg la más ciega obediencia, la más completa pasividad: sus dependientes eran máquinas que ejecutaban sus ideas y no les estaba permitido tener opiniones propias. En Odensberg no se conocían las agitaciones, las disidencias, las luchas tan frecuentes en otros centros industriales: las ideas nuevas, subversivas, penetraban, sí, en aquel centro, pero no conquistaban terreno, y si en casos aislados eran escuchadas, no tenían consecuencia alguna.

Aquel hombre, personificación de la fuerza, no tenía sino un hijo varón, sin energía, sin vigor, sin salud: desde su infancia, Enrique había estado delicado; pero su caída en el río, debida á su imprudencia, le había producido una enfermedad que si no le mató, quebrantó sus órganos más vitales, dejándole una tos á causa de la cual había tenido que huir de los rigores del clima de su país natal.

El salvador del joven Dernburg ocupaba en aquella casa una posición que era la envidia de todo Odensberg: Egberto Runeck, hijo de un obrero de la herrería, había pasado sus primeros años en las pobres condiciones de sus progenitores, entre sus modestísimas costumbres, aprovechándose con pasión de las excelentes escuelas establecidas por Dernburg para los hijos de sus empleados. El muchacho, dotado de una inteligencia superior y de una voluntad de hierro, había llamado ya la atención de su patrono, y cuando salvó la vida al hijo de éste, su porvenir quedó asegurado; desde aquel día, el hijo del pobre obrero fué admitido á compartir la instrucción que recibía el hijo del amo, siendo tratado como otro hijo y enviado finalmente á Berlín para completar su educación.

La casa que habitaba Dernburg estaba un tanto apartada de las fábricas; alzábase sobre una colina que dominaba el valle, y habría merecido el nombre de castillo si Dernburg no hubiese preferido que se la designara con el antiguo nombre de casa de los amos. Era un edificio elegante al par que imponente, con un vasto terrado, largas filas de ventanas y una gran galería con columnas encima de la puerta de entrada. El parque era inmenso y pintoresco, porque en él habían sido incluídas las vertientes de los montes poblados de bosque, que con sus árboles seculares formaban un fondo magnífico.

La familia Dernburg pasaba en Odensberg la mayor parte del año, á pesar de que poseía otras muchas propiedades y una casa en Berlín; pero el poderoso industrial visitaba muy de tarde en tarde sus otras haciendas y sólo iba á la capital cuando á ello le obligaban sus deberes parlamentarios. Odensberg era su residencia predilecta, no sólo por su extensión y por su importancia, sino también porque allí era donde más falta hacían su dirección superior, su privilegiada inteligencia. La vida de familia de Dernburg era perfecta, como todo lo que él hacía: había vivido feliz con su dulce esposa, por completo á él consagrada, y cuando ésta murió no quiso substituirla ni en su corazón ni en su hogar, prefiriendo llamar á su lado á su única hermana, la viuda de Ringstedt, para que dirigiera la casa y cuidara de sus hijos.

Terminaba el mes de abril, pero bajo aquel cielo gris del Norte no se veía señal alguna de primavera: en los países meridionales, las flores cubrían la tierra desde hacía dos meses; pero allí, apenas si asomaba algún tímido botón en los árboles, y en vez del luminoso esplendor del mediodía, todo era opaco, obscuro.

En casa de Dernburg se esperaba la llegada de algunos huéspedes; los cuartos de los forasteros, situados en el segundo piso, estaban dispuestos, y el saloncito que separaba las habitaciones tenía un aspecto de fiesta, pues todos los jarros, copas, ánforas y vasos rebosaban de flores, las más delicadas del invernadero, que con sus perfumes habían de dar la bienvenida á la hermosa Cecilia.

Dos mujeres había en el saloncito: la de más edad examinaba todos los rincones, mudando de sitio una silla, arreglando una cortina, disponiendo mejor las flores; la más joven, en cambio, se divertía en azuzar un perrito blanco, bailando y saltando con él.

– Maya, hágame el favor de no traer el perro á todas partes, dijo al fin la primera con acento de desaprobación. Hace un momento cogió con los dientes el tapete de aquella mesa, y si no llego á estar allí, habría tirado al suelo aquel jarro de flores.

– Le había encerrado, pero se ha escapado y ha echado á correr detrás de mí, respondió la joven riendo. ¡Puck, basta! ¡Sé bueno! La señorita Friedberg te lo ordena severamente.

Y sin dejar de reirse, Maya comenzó á perseguir al perro, dándole con el pañuelo y divirtiéndose con los esfuerzos que hacía el animal para coger el pañuelo con los dientes.

La señorita Friedberg lanzó un hondo suspiro.

– Piense usted, Maya, que ya no es usted una niña. Se lo digo siempre al Sr. Dernburg que no hace usted ningún caso de mí y que está siempre discurriendo alguna travesura. ¿Cuándo empezará usted á ser formal?

– Espero que aún tardaré mucho. ¡Hay demasiada seriedad aquí, en Odensberg! Papá, la tía, usted, señorita Leonia, y últimamente hasta Enrique, que se pone insoportable suspirando continuamente por su novia. ¡Uf! ¿Y quiere usted que también yo esté seria? ¡Ah, esto no lo consentiremos de ningún modo! ¿Verdad, Puck? Nosotros, al menos, queremos estar alegres.

Y cogiendo al perro por las patas comenzó á bailar con él, á pesar de los gruñidos de protesta que lanzaba el pobre animal.

Maya Dernburg, que se negaba á ser formal y razonable, era en realidad poco más que una niña; contaba diez y siete años, y era una de esas criaturas frescas y alegres que regocijan el corazón como un rayo de sol, como el canto de un pájaro. Tenía un rostro sonrosado que respiraba salud y viveza, dos ojos obscuros, brillantes, que, al revés de los de Enrique, miraban con atrevida franqueza, y una cantidad enorme de rubios cabellos que llevaba siempre sueltos sobre los hombros y que cubrían su frente de ligeros ricillos. De modo que con la cabellera suelta, el semblante casi infantil y la figura delicada y aún no desarrollada del todo, más tenía la apariencia de niña que de mujer.

La señorita Leonia Friedberg, institutriz y compañera de Maya, era una joven de treinta años, alta, esbelta, de aspecto enfermizo, finas facciones y ojos y cabello de color obscuro.

– ¡Ah, Maya, Maya!, dijo suspirando.

Y luego, mirando en torno suyo, añadió:

– Aquí dentro hay demasiadas flores. ¿Por qué ha puesto tantas? ¿No siente qué olor tan fuerte? Casi marea.

– ¡Oh! Una novia va siempre cubierta de flores. Quiero que Cecilia encuentre bonita su futura casa, y como papá no ha querido preparar una gran recepción, hemos de contentarnos con festejarla de este modo.

– ¿Ya sabe usted que su papá no quiere que se sepa todavía oficialmente el noviazgo?

– Corriente; esto quiere decir que primero tendremos la fiesta de los esponsales y después la del matrimonio, exclamó Maya. ¡Si supiese usted cuánta curiosidad tengo por conocer á esa novia! Debe ser de una belleza sin igual. Enrique me habla siempre de ella. ¡Pobre Enrique! ¡Qué gracioso es! Sueña con su Cecilia hasta en pleno día, lo que tiene muy disgustado á papá, el cual ayer me dijo: «¿No es verdad que tú serás más formal cuando estés prometida?» ¡Ya lo creo que lo seré!

Y como para confirmar sus palabras, cogió en brazos á Puck y se puso á dar vueltas por la habitación.

– ¡Oh, sí, es probable!, exclamó la institutriz descorazonada. Pero ahora, Maya, procure ser más comedida cuando estén aquí esos forasteros. ¡Por Dios, no empiece usted á hacer locuras! Piense lo que dirían de su educación el barón de Wildenrod y la baronesita si la vieran saltar como una cabra cuando está usted á punto de cumplir diez y siete años.

Maya, que había dejado de bailar, soltó al perro y se plantó solemnemente delante de la señorita de Friedberg.

– ¡Ya verá, ya verá usted cómo sabré portarme de modo que todo el mundo esté satisfecho de mí! Ya sé cómo se hace esto; me lo enseñó miss Wilson, el aya inglesa de cara amarilla, nariz afilada y ciencia infinita. . No se incomode usted, señorita, que á usted no me refiero. Miss Wilson era, en verdad, muy fastidiosa, pero me enseñó la reverencia de corte: mire usted, así (y con un ademán graciosísimo, Maya se hundió en su falda de color de rosa). ¿Verdad que de este modo produciré un gran efecto á mi futura cuñada? Primeramente me mostraré muy ceremoniosa, pero luego le echaré los brazos al cuello y la besaré así, así...

Y se puso á acariciar arrebatadamente á la pobre señorita, que no esperaba aquella acometida.

– ¡Pero Maya! ¡Que me va usted á ahogar!, gritó furiosa desprendiéndose de la joven no sin trabajo. ¡Oh, Dios mío! ¡Las doce! Déjeme que vaya á dar un vistazo al dormitorio.

La señorita Friedberg salió, y Maya descendió corriendo la escalera, seguida del fiel Puck.

Las habitaciones de la familia Dernburg estaban en el piso bajo y el gran salón de ingreso había sido magníficamente adornado, en honor de los huéspedes, con hermosas plantas de laurel y naranjo que lo habían convertido casi en un invernadero. En medio de aquellos esplendores del reino vegetal estaba un joven que sin duda esperaba á alguien y que al ver á la señorita de la casa se inclinó profundamente con ademán respetuoso. Maya le saludó ligeramente con la cabeza.

– Buenos días, Sr. Hagenbach, ¿está aquí todavía el doctor?

– A sus órdenes, señorita, respondió el interrogado haciendo otra reverencia no menos profunda que la primera. Mi tío está en el despacho del señor Dernburg dándole el parte semanal de los enfermos, y yo... aquí le espero..., con permiso de usted.

– Usted lo tiene, repuso Maya, mientras Puck comenzaba á manifestar en su lenguaje la antipatía que le inspiraban los pantalones de cuadros del señor Hagenbach.

Este era muy joven, con cabellos de un rubio claro y ojos celestes, y aire tímido y embarazado. Delante de Maya mostrábase confuso y torpe, tenía el rostro encarnado y hablaba balbuceando; y sin embargo, trataba de aparecer desenvuelto, de presentarse como un hombre acostumbrado á la sociedad. Por fin, después de varios esfuerzos inútiles, logró expresar felizmente su pensamiento.

– ¿Puedo... puedo permitirme preguntarle por su salud?

– Gracias, mi salud es excelente, contestó Maya conteniendo la risa.

– Me alegro de todo corazón, dijo el joven.

Después quiso decir algo ingenioso; pero todo lo que se le ocurrió fué añadir:

– No puedo expresarle cuánto me alegro, y... ¿está asimismo bien la señora de Ringstedt?

Maya logró responder sin soltar la carcajada, y el muchacho, continuando su caza de frases felices, prosiguió preguntando, tras una breve pausa:

– ¿Y su hermano de usted, el Sr. Dernburg?..

– Ha ido á la estación, contestó Maya sin poder ya contenerse; pero si quiere pedirme noticias de su salud y de la de mi padre, pídamelas sin reparo y le diré que toda la familia le agradece el placer que usted experimenta sabiendo que todos estamos buenos.

El Sr. Hagenbach, cada vez más confuso, se inclinó para acariciar á Puck, que continuaba observando con ojo crítico los famosos pantalones de cuadros.

– ¡Qué animalito tan gracioso!, exclamó.

El «animalito gracioso» no se conmovió con aquellas caricias, sino que, por el contrario, abalanzóse ladrando á las piernas del joven. Este se echó hacia atrás, pero no pudo impedir que el perro clavara los dientes en sus calzones; entonces retiró con fuerza la pierna para librarse de Puck y esconderse detrás de un jarrón gigantesco, mientras el animal seguía acósandole, y Maya, en vez de llamar al perro, lanzaba sonoras carcajadas.

Afortunadamente el muchacho recibió socorro cuando menos lo esperaba: abrióse, en efecto, la puerta del despacho de Dernburg dando paso á un caballero de mediana edad que sin encomendarse á Dios cogió al perro por el pescuezo y lo levantó en alto diciendo con acento irritado:

– ¿Qué es esto, Dagoberto?

Este, viéndose libre, fué á colocarse debajo de un laurel y respiró.

– Doctor, dijo Maya sin dejar de reirse, ponga en libertad al reo. Esté usted tranquilo, que la vida de su sobrino no corría peligro alguno. En este primer año de su vida, Puck no ha devorado todavía á nadie.

– ¡Pero han peligrado esos pantalones, unos pantalones tan elegantes!, repuso el doctor soltando al perro y riendo de buena gana. Señorita Maya, buenos días. Creo inútil informarme de su salud...

– Tanto más cuanto que hoy me han pedido ya

bastantes noticias sobre el particular, respondió la joven mirando burlonamente á Dagoberto. Y ahora, señores, queden ustedes con Dios y hasta la vista, que mi padre me espera.

Y saludando alegremente, entró en el despacho del señor Dernburg.

El doctor Hagenbach, médico de Odensberg y de la familia Dernburg, era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de cabello gris, alto y un tanto grueso; un verdadero contraste con la figura de su sobrino.

—¡Te has portado como un héroe!, dijo á éste en tono de burla. ¡Los ladridos de un perrito te han puesto en fuga!

—Es que no quería hacer daño al animal, respondió Dagoberto mirando con cierta ansiedad sus pantalones, que afortunadamente no habían sufrido daño alguno.

—Arréglate un poco, repuso el tío encogiéndose de hombros, mientras voy á hablar con la señorita Friedland; y no te entretengas, que están para llegar los parientes de Niza, y todos los de la casa han de salir á recibirles.

El doctor encontró á la institutriz en el descanso de la escalera, y aunque la joven veía casi diariamente á aquel amigo íntimo de la familia, acogióle con frialdad. El médico aparentó no percatarse de ello, y después de preguntarle por su salud le dijo:

—Señorita, vengo á pedirle un favor. Comprendo que la ocasión no es oportuna porque tendrá usted mucho que hacer para recibir á los forasteros; pero mi súplica es breve, y por esto le ruego que me permita dirigírsela desde luego.

—¿Una súplica á mí?, preguntó Leonia sorprendida.

—¿Le extraña, porque generalmente ordeno y prescribo? ¡Qué quiere usted! Un médico ha de saber mantener su autoridad hasta con los supuestos enfermos nerviosos..., y acentuó esta última palabra.

—¡Oh! Su autoridad es indiscutida, respondió la institutriz vivamente. Sabe usted hacerse obedecer con sus *bellas* maneras.

—A veces es preciso prescindir de contemplaciones, porque con ciertos enfermos el tratarlos con cariño es perder el tiempo, respondió Hagenbach sin turbarse por la ironía de las palabras de Leonia. Pero vengamos á la súplica. ¿Ha visto usted á mi sobrino, que está en Odensberg desde hace veinte días?

—¿El hijo de su hermano? Sí le he visto. ¿Es huérfano de padre y madre?

—Por desgracia, y yo soy su tutor y debo asegurarle una pensión, porque sus padres no le dejaron un céntimo. Tal vez pensaron que yo, como solterón, necesitaba un heredero.

La joven hizo ademán de escandalizarse; el doctor lo advirtió, pero siguió adelante.

—Dagoberto ha terminado sus estudios de colegio y se ha examinado en el Instituto; eso sí, á fuerza de trabajos, porque no tiene ciertamente un gran cerebro; ahora está cansado y aun se imagina estar nervioso, pero de esto ya le curaré yo con mi sistema.

—Es de esperar que el muchacho resistirá este régimen, dijo bruscamente la institutriz, aunque los medios que usted emplea son violentos.

—Cuando es necesario, no hay más remedio. Pero esté usted tranquila, que no lo mataré: le haré descansar durante todo el verano antes de enviarlo á la escuela superior. Pero mientras, no tiene nada que hacer, y los muchachos cuando están ociosos no hacen más que cometer tonterías; por esto he pensado que se ejercite en algunos idiomas, y no el latín ni el griego, que ya ha estudiado bastante, sino algo de inglés y de francés, que conoce muy poco, y á este objeto vengo á preguntarle á usted si tendrá la bondad de ayudarle, puesto que usted conoce perfectamente ambas lenguas.

—Si el señor Dernburg no tiene inconveniente en ello...

—Con él acabo de hablar y sólo de usted depende. Sé que no me profesa usted muchas simpatías...

—¡Por favor!, repuso Leonia con alguna frialdad. Celebro infinito, por el contrario, que me ofrezca usted una ocasión para demostrarle mi gratitud por sus cuidados...

—Cuando le dan los ataques de nervios, corriente. Dagoberto, hijo mío, ¿dónde estás? Sube en seguida, gritó el doctor asomándose á la escalera.

—Pero ¿por qué le trata como á un niño?, preguntó la señorita Friedberg, extrañada de aquellos procedimientos.

—¿Acaso he de gastar cumplidos con él? ¡Es un tipo delicioso! Quiere echárselas de hombre; mas apenas se encuentra delante de un extraño, balbucea, se pone encarnado... ¡Hola, aquí está! Dagoberto, la señorita tendrá la bondad de darte lecciones; dale las gracias.

—Señorita, estoy agradecidísimo..., me considero muy dichoso..., extraordinariamente dichoso..., hasta el punto...

Y de aquí no pudo pasar. Afortunadamente Leonia acudió en su ayuda.

—No seré una maestra severa, díjole sonriendo, ya verá qué bien nos entenderemos, señor Hagenbach.

—Llámele usted Dagoberto, ya que tiene este maldito nombre, exclamó el doctor interrumpiéndola sin miramiento alguno.

—¿No le gusta este nombre? Pues yo lo encuentro muy bonito.

—Yo no, repuso el doctor sin preocuparse del aire ofendido de su sobrino. Debiera haberse llamado Pedro, como yo, que fuí su padrino; pero á mi cuñada no le pareció bastante poético, y por esto tenemos en la familia un Dagoberto Hagenbach.

—Opino que su cuñada tenía razón, dijo Leonia con una sonrisa casi imperceptible. El nombre de Pedro no es muy poético.

—¿Y qué importa la poesía?, replicó el doctor dispuesto ya á discutir. Pedro es un nombre honrado, célebre, bíblico, creo que el apóstol San Pedro es un personaje bastante grande.

—Pero entre usted y el apóstol no hay más semejanza que la combatividad, observó Leonia.

Y cambiando el curso de la conversación añadió:

—Conque señor Dagoberto, venga mañana y fijaremos la hora y el plan de nuestros estudios.

El pobre muchacho, conmovido por tanta cordialidad, volvió á expresar su dicha, y Dios sabe hasta cuándo habrían durado sus manifestaciones de gratitud si su tío no le hubiese interrumpido.

—Ven, Dagoberto, ya hemos molestado bastante á la señorita. Vámonos, porque si nos detuviéramos seríamos espectadores no invitados de la recepción de familia.

Cuando estuvieron en la escalera, el sobrino se volvió hacia su tío diciéndole:

—Es muy simpática y muy bonita la señorita Friedberg.

—¡Pero es tan nerviosa, tan exagerada!, murmuró el doctor. ¡No le gusta el nombre de Pedro! ¡Siempre con sus tonterías! Si tus pobres padres te hubiesen llamado Pedro, habrías desde luego dado idea de otro individuo, al paso que así pareces una muchacha clorótica, llamada por equivocación Dagoberto, terminó diciendo en tono despreciativo.

Al salir á la terraza, tío y sobrino se encontraron con Egberto Runeck. El doctor quiso pasar de largo, limitándose á dirigir un saludo frío al joven ingeniero, pero éste le detuvo.

—Vengo de su casa, doctor; uno de mis trabajadores ha sufrido algún daño á consecuencia de un accidente; y aunque la cosa no es, en mi concepto, de mucha gravedad, necesita asistencia. Lo he hecho conducir á Odensberg, al hospital, y se le recomiendo á usted.

—Voy á verle en seguida, respondió Hagenbach. Y usted ¿va á visitar al Sr. Dernburg? Tenga en cuenta que esperan de un momento á otro á los parientes de Niza, y por esta razón no sé si...

—Ya lo sé. He venido expresamente de Radefeld. Hasta la vista, doctor.

Y dirigiéndole un saludo se alejó, mientras Hagenbach, siguiéndole con la mirada exclamaba:

—¡Esto es demasiado!

—¿Has visto, tío? Llevaba traje de etiqueta debajo del sobretodo, observó Dagoberto. Se conoce que está invitado.

—Así parece, refunfuñó el doctor. ¡Invitado á esa fiesta exclusivamente de familia! ¡Qué cosas se ven en Odensberg!

—Todo Odensberg habla de lo mismo, dijo Dagoberto mirando con prudencia en torno suyo; y todo el mundo censura y compadece unánimemente esa debilidad del Sr. Dernburg.

—Y tú ¿qué sabes de esto, mentecato?, exclamó el doctor. En Odensberg no se censura ni se compadece al amo, sino que se le obedece. El señor Dernburg sabe lo que hace, y hará lo que más convenga cuando su favorito le fastidie. El joven, por su parte, tiene también una voluntad de hierro, y si esas dos cabezas chocan entre sí, saltarán chispas. Pero basta ya; vete á casa mientras yo voy á ver al minero de Radefeld.

Y dicho esto, se dirigió al hospital, dejando al sobrino muy satisfecho de verse libre del tiránico tío.

IV

Apenas entró en la casa, encontróse Runeck con la señorita Friedberg, la cual, en vez de corresponder á su saludo, se quedó como petrificada mirándole. El ingeniero sonrióse irónicamente y con mucha amabilidad le preguntó si el Sr. Dernburg estaba en su despacho; pero la institutriz no tuvo necesidad de contestar, porque en aquel momento se abrió la puerta y se presentó Dernburg, acompañado de su hija, que corrió al encuentro del joven con grandes demostraciones de regocijo.

—¡Al fin estás aquí!, exclamó Maya. Creíamos que no llegarías á tiempo para recibir á los forasteros. Dentro de un momento llegará el coche.

—Me ha entretenido un incidente que me ha obligado á andar despacio, respondió Egberto: he venido acompañando á un herido; de lo contrario, habría llegado antes.

Y volviéndose á Dernburg, le enteró minuciosamente de lo ocurrido, mientras Leonia, que había visto con horror la acogida dispensada por Maya al ingeniero, murmuraba al oído de la muchacha:

—Pero, Maya, ¡qué inconveniencia! Ya no es usted una niña. ¿Cuántas veces he de rogarle que se acuerde de su edad y de su posición? ¿Tendré que apelar á la intervención de su señor padre?

Maya no le hacía caso: esperaba impaciente que Egberto acabase de hablar con su padre y que éste se hubiese tranquilizado al enterarse de la poca gravedad del accidente. Terminado su relato, Runeck se dirigió á Maya diciéndole:

—¿Ha oído usted, señorita? El retraso no fué culpa mía, por esto no ha de reñirme.

—Te reñiré si te obstinas en llamarme «señorita» y en tratarme de usted, exclamó Maya fingiéndose encolerizada. Ya me hartaste de señorita y de usted la última vez que estuviste aquí, y ahora te declaro que no quiero, no quiero absolutamente que la cosa se repita. ¿Lo oyes, Egberto?

Y estas últimas palabras las dijo golpeando el suelo con el pie.

La señorita Leonia volvióse hacia el Sr. Dernburg... Era el momento oportuno de que éste interviniera con toda su poderosa autoridad..., ¡pero no! ¿Era posible?.. El Sr. Dernburg se sonreía y decía á Egberto contemplándole bondadosamente:

—Me parece que ya que Maya lo quiere, podrías darle gusto; además, eres de la familia.

La institutriz no daba crédito á lo que oía; aquel permiso era tan monstruoso que no pudo contenerse.

—¡Pero Sr. Dernburg!, exclamó. Le parece...

—¿Qué hay, señorita?

Aquella sencilla pregunta fué tan fría, que á la señorita Leonia no le quedaron ganas de proseguir y creyó prudente cambiar de tema.

—Decía que..., si le parece, podríamos hacer que un criado desde el terrado nos avisara cuando se acercase el carruaje.

—Me parece muy bien; dispóngalo así. Nosotros, en tanto, nos vamos al salón.

Maya, antes de seguir á su padre, volvióse riendo á Egberto para decirle:

—¿Ha oído, ilustrísimo señor ingeniero? Hasta los altos poderes imponen el *tú*. ¿Obedecerás ahora?

—Como quieras, respondió Runeck haciendo una cortesía burlona, vencido por la gracia irresistible de aquella voz y de aquella mirada picaresca.

Maya batió palmas como una niña por la victoria conseguida sobre su testarudo amigo de infancia, y Dernburg se sonrió mirando con profundo cariño á la criatura vivaracha que estaba á su lado. Aquel hombre, severo y rígido para todos, se transformaba al tratarse de su hija predilecta.

La paciencia de los que esperaban no fué puesta á prueba mucho tiempo, pues al poco rato el carruaje estaba á la vista. Los criados abrieron el portal, y Dernburg se colocó en el umbral de la puerta, teniendo á un lado á su hermana, personificación de la dignidad y de la rigidez, y al otro á Maya, que no conseguía refrenar la inquietud que le producían la curiosidad y la impaciencia. Egberto y Leonia se habían quedado en el salón.

El coche se aproximaba rápidamente: era un hermoso landó tirado por magníficos caballos. Detúvose delante del terrado, el criado abrió la portezuela y Enrique se bajó para ayudar á su prometida. Detrás de ellos surgió la imponente figura del barón.

Dernburg permanecía inmóvil: en aquel momento en que iba á recibir en su casa á los orgullosos representantes de una antigua nobleza, sentía toda la altivez del hombre que ha conquistado una posición eminente por el solo esfuerzo de su trabajo, de su inteligencia. Permanecía inmóvil y con el aire altivo y severo de quien concede un honor; y en efecto, un honor creía conceder, no recibirlo, admitiendo en su familia á la baronesa de Wildenrod.

Enrique, conmovido y llevando del brazo á su novia, acercóse á su padre.

(Continuará.)

VIAJE DE S. M. EL REY DON ALFONSO XIII Á ASTURIAS

Cediendo á un natural deseo, ha querido D. Alfonso XIII que uno de sus primeros actos, después de llegado á su mayor edad, sea un viaje por las provincias de su reino, y ha comenzado la serie de excursiones que, según parece, se propone realizar,


Arco levantado en la estación de Infiesto


El «Giralda» en la dársena de Avilés


Arco levantado por la Diputación Provincial, Oviedo

por el principado de Asturias, que tan principalísimo papel ha representado en la historia de España.

El espacio de que disponemos no nos permite extendernos sobre este asunto, así es que nos limitaremos á hacer una ligera enumeración de los sitios que hasta ahora ha visitado.


Su Majestad en el monte Naranco


Visita de Su Majestad á la fábrica de armas, Oviedo


Su Majestad subiendo al monte Naranco

Salió de San Sebastián el día 31 de julio último á bordo del *Giralda,* al que daban escolta el crucero *Río de la Plata* y el torpedero *Temerario,* llegando en la mañana del 1.° de agosto á Gijón, en donde asistió á un *Tedéum,* que se cantó en la catedral, concurrió á un banquete del Ayuntamiento, y visitó varias fábricas, entre ellas la Algodonera y la de aceros de Morera.

En la mañana del 2 salió de Gijón y por ferrocarril marchó á Infiesto, y desde allí en coche, por Cangas de Onís y Rienda, á Covadonga, adonde llegó á las cinco de la tarde. El día 3 por la mañana visitó la cueva y santuario de Covadonga, y por la tarde entró en Oviedo, dirigiéndose en seguida á la catedral y luego al Ayuntamiento, en donde se celebró la recepción, que fué muy brillante. Por la noche se verificó un banquete oficial.

El día 4 visitó la fábrica de armas, examinando con minuciosidad las máquinas y enterándose de muchos detalles curiosos relativos á aquel establecimiento; la visita, suspendida al mediodía, se reanudó por la tarde. El director y el personal de la fábrica fueron calurosamente felicitados por el monarca.

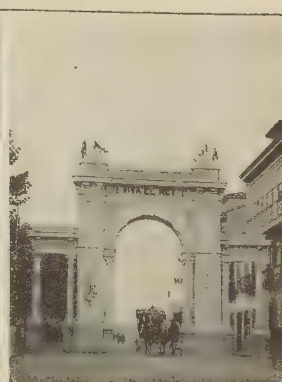
El día 5 inspeccionó los cuarteles, subió al monte Naranco en el ferrocarril minero, y por la tarde marchó á Avilés á despedir á la princesa de Asturias que retornaba á San Sebastián, regresando por la noche á Oviedo.

El día 6 visitó por la mañana la Universidad y el Instituto, y por la tarde la importantísima fábrica La Felguera, que ofrecía un espectáculo precioso. Después de haber recorrido los altos hornos, los talleres, la escuela y la iglesia, subió S. M. á un tren del ferrocarril minero, en el que recorrió varios poblados hasta Sotodrio, estando de regreso en Oviedo á las siete de la tarde.

A las nueve de la mañana del día 7 salió de Oviedo y llegó á las dos de la tarde á León, dirigiéndose á la catedral y de allí, después de oir el *Tedéum,* á la Diputación Provincial, en donde tenía su aloja-


Bendición del obispo en la catedral, Oviedo


Entrada de la comitiva regia en la calle de Campomanes



Arco de triunfo levantado en Avilés

miento. Por la tarde hizo una nueva y detenida visita á la basílica, examinando las preciosidades artísticas que sus capillas contienen, y se dirigió luego al cuartel y depósito de sementales de San Marcos y de allí al Museo Provincial y á la antigua iglesia. Por la noche se verificó una bonita retreta.

El día 8 visitó el templo de San Isidoro, en donde pudo ver el cuerpo de este santo, que se guarda en el altar mayor, las reliquias de Santa Sabina, un *Lignum Crucis* de oro y el cuerpo de doña Sancha. En la Biblioteca admiró una Biblia del siglo XI y varios incunables. Después del almuerzo, visitó la Papelería Leonesa, deteniéndose á examinar todos los trabajos para la elaboración del papel. Por la noche celebróse un banquete oficial, terminado el cual emprendió el viaje de regreso á Oviedo.

El día 9 se verificó la excursión á la fábrica de cañones de Trubia, cuyos talleres recorrió, presenciando las diversas operaciones que en ellos se verifican. Dirigióse luego al Parque de Artillería, en donde examinó una magnífica batería de trece cañones de tiro rápido, de 15 centímetros, sistema Argüelles Munaiz, y después de comer volvió á la fábrica y encaminóse luego al probadero de cañones, en donde disparó varias piezas. Aquella misma tarde regresó á Oviedo, asistiendo por la noche á la función de gala dispuesta en el teatro Campoamor, en donde actúa la compañía Guerrero-Mendoza.

El día 10 hubo por la mañana recepción oficial en palacio y por la tarde verificóse en la plaza de toros el *carroussel*, que resultó de un efecto grandísimo, llamando principalmente la atención la figura con que terminó el espectáculo y que consistió en formar varios jinetes sobre la arena las cifras de Alfonso XIII.

El 11 hizo por la mañana una nueva visita á la fábrica de Trubia, en donde inspeccionó especialmente los talleres en que se hacen preparaciones de máquinas, la escuela de aprendices, los talleres de fragua y construcción de proyectiles y la enfermería, y presenció el zunchado de un cañón y el disparo de otro cargado con 55 kilogramos de nitrocelulosa pura y un proyectil de 170 kilogramos. Por la tarde visitó la fábrica de Mieres.



OVIEDO. – Tribuna de las Industrias, levantada en honor de Su Majestad y Altezas Reales

El 12 marchó á Avilés, en donde hubo *Tedéum*, recepción oficial en el Ayuntamiento y banquete, terminado el cual visitó la azucarera de Villa Alegre, desde donde se dirigió al puerto de Avilés, embarcándose en el *Urania*.

El día 13 desembarcó en Santander, dirigiéndose á la catedral y de allí al Gobierno Civil, en donde se celebró una recepción, terminada la cual visitó algunos buques de la Compañía Transatlántica. Por la noche se quemó un castillo de fuegos artificiales y se simuló la erupción de un volcán, produciendo uno y otra un efecto soprendente.

El día 14 salió de Santander con rumbo á San Sebastián, adonde llegó por la tarde, terminando aquí la primera parte del viaje regio.

Después de descansar algunos días en la capital donostiarra, se propone el rey visitar Pamplona, Victoria y Burgos, algunas poblaciones gallegas y por último Bilbao. También se dice que en breve emprenderá una excursión por las provincias de Mediodía y Levante.

El rey ha sido en todas partes recibido con grande entusiasmo, aun por aquellos elementos de quienes se temía que se mostraran poco afectuosos con el monarca. Las poblaciones todas se han engalanado suntuosamente y han aclamado al joven soberano, arrojando flores y palomas á su paso, erigiendo en su honor arcos de triunfo y dándole las más inequívocas pruebas de simpatía.

Ha acompañado durante todo el viaje á S. M. D. Alfonso XIII, S. A. R. el príncipe de Asturias.

Las fotografías que en esta y en la anterior página publicamos, nos han sido remitidas por nuestro celoso y activo corresponsal en Oviedo D. Juan Martínez. – X



REPATRIACIÓN DE PRISIONEROS BOERS. – EL GOBERNADOR DE SANTA ELENA DESPIDIÉNDOSE DE LOS PRISIONEROS EN LA PLAZA DE JAMESTOWN

(De fotografía)

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 25 de agosto de 1902 — Núm. 1.078

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA MUÑECA PREDILECTA, cuadro de O. Piltz

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tercer tomo de la presente serie, que será el segundo y último de la notabilísima obra LA ATMÓSFERA.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

ARROYUELOS

De todos los pecados y malas mañas que origina el trato de gentes, el más frecuente es la murmuración, «costumbre de arroyuelo,» que dice un conceptista actual; y muchas veces he reflexionado en que la murmuración, cuando se exagera, se convierte en inofensiva. Veré de explicar este concepto, porque la murmuración forma parte integrante de la vida contemporánea. Es el dato más revelador, más psicológico; descubre los pensamientos, las pretensiones, las aspiraciones, como un aparato de rayos Roentgen la estructura de los huesos; y es además el pasatiempo general y barato, lo mismo ahora, en casinos, hoteles, playas, balnearios, fiestas campestres y jiras, que será luego, cuando el invierno reconcentre la vida en las grandes ciudades y apriete la malla floja de la murmuración convirtiéndola en fina red semipoliciaca.

***

Que se murmura en todas partes; que la vida se invierte en murmurar, es observación tan evidente, que asusta. Pero antes de asustarnos (el tiempo que en asustarse se invierte suele ser tiempo perdido), miremos bien y discretemos dónde empieza la murmuración propiamente dicha: la que puede atentar al crédito y al honor del prójimo. — No vacilo en afirmar que esta clase de murmuración es rara, al menos en los círculos sociales; y si se produce es más bien de oreja á oreja que en alta voz. No por bondad, indudablemente, sino porque ciertas frases estallan como un petardo, se evita pronunciarlas, y sobre todo delante de personas ajenas al círculo íntimo. He aquí otra indicación que debe tenerse en cuenta: en sociedad se habla siempre según con quien se está, lo cual quita mucha fuerza á la murmuración, impidiendo que sus asertos vayan por el conducto auditivo á germinar en inteligencias mal preparadas. Donde la murmuración hace estragos es en los inferiores, porque están predispuestos á la envidia y no sitúan cada acción en su medio, que *relacionan*, por lo cual todo lo echan á mala parte.

***

A cada instante se escuchan ingeniosidades y mordacidades, que ningún daño pueden causar si se toman como se dicen; si se comprende su sentido cómico, su índole de *caricatura*, es decir, de *recargo*, de exageración del rasgo por el cual una fisonomía ó una figura se caracterizan. Os dirán, por ejemplo, de un avaro, que á sus criados «los mata de hambre» y que recoge del suelo las colillas para fumar: descontaréis lo descontable, y resultará que el susodicho Harpagón les da á sus servidores poca carne y mucho arroz y garbanzo, y que fuma un tabaco nada selecto. Afirmarán, entre maliciosos esguinces, que una mujer tiene trescientos sesenta y cinco amigos íntimos; pero los que la tratan y conocen su modo de vivir, no se horrorizan, porque están enterados de que tiene, á lo sumo y pensando mal, un amigo los trescientos sesenta y cinco días del año. De un político asegurarán que parte con su secretario los rendimientos de un vergonzoso negocio; de un personaje, que aceptó regalos... que no se aceptan; de otro, que expolió á quien no debía expoliar; de aquél, que su propia familia se lucra donde no cabe lucro sin ignominia inmensa; del de más allá, que se ha cubierto el riñón desriñonándonos..., y no quiero ni indicar lo que se murmura de quienes más inaccesibles debieran aparecer á la murmuración, porque ya sería murmuración el indicarlo, dado que estos renglones los pueden leer gentes que no estén en el secreto íntimo de vidas y aventuras sociales, y no vaya á añascar el diablo que transparentase la referencia, no pudiendo ponerse la balanza en el fiel. *¡Vade retro!*

***

Tales enormidades de palabra, lo repito, ningún efecto perjudicial vemos que produzcan cuando se quedan entre los iniciados. Una prueba de lo inofensivo de ese puñal relumbrante y mortífero cuando se ve de lejos, es que los esgrimidores no temen esgrimirlo contra sí propios. Sea por lujo de ingenio, sea por una especie de humorístico desenfado que no carece de atractivo, los murmuradores murmuran de sí; se atribuyen defectos imaginarios, y hasta maldades que son incapaces de cometer. Nadie ignora que existen fanfarrones del vicio, como existen farsantes de la virtud. A mí estos últimos me son especialmente antipáticos y repulsivos.

Pónense, pues, á sí mismos de hoja de perejil, á menudo, los que al prójimo ponen de cogollo de escarola, y demuestran así que no hay fondo de verdadero veneno en cuanto chismorrean. Hablan también, libre y desembarazadamente, de su parentela y de su familia, y no dejan títere con cabeza en su retablo. Y estos murmuradores aún perjudican menos. Son como cierto linaje de críticos literarios ó artísticos, que á todo el mundo ponen reparos y defectos; igualando así, ante la censura y la trituración, á las diferentes categorías, donde resulta que viene á quedar cada cual en su sitio y á nadie se le quita ni se le pone una línea respecto de su altura. Y es que todo lo que se extrema pierde fuerza, y ática moderación, que Horacio recomendaba á todo lo aplicable.

***

Resta igualmente energía á la murmuración, entre los iniciados, el conocimiento de los móviles que al murmurador impulsan. Voltaire decía, refiriéndose á cierto abate con quien andaba siempre á la greña: «No creáis lo que el abate diga de mí ni lo que yo diga del abate, porque estamos reñidos.» El aviso, en la mayor parte de los casos, sería ocioso, cuando se murmura en determinados círculos. Presentes tiene el auditorio los agravios, los resquemores, los rozamientos de amor propio ó las heridas más profundas aún, que alzan la espuma de la murmuración en la saliva de las bocas. ¡Valor entendido! Se escucha, se asiente, se ríe, se comenta, se celebra..., pero se explica, se entiende, se deduce lo que corresponde deducir... «No creáis lo que yo os diga del abate...» Es como si en el aire flotase el inmortal espíritu del gran burlón á quien Unamuno tanto detesta...

***

Por otra parte, la murmuración no es difamación cuando versa sobre defectos y faltas muy públicas, muy conocidas de todos. Podrá, en tal caso, ser pesadez, carecer de novedad y de gracia; y casi siempre se incurre en estos defectos al insistir en algo excesivamente notorio.

«Lo que todos sabemos
no hay que decirlo...»

pero ¿conciben ustedes que quepa robarle á alguien lo que no tiene, y que desacreditan las hablillas al que ya envió su crédito á hacer compañía, en las regiones de la luna, á la razón del paladín Astolfo?

Otro muy peregrino error común es el que forma la base de ese que llaman *día de las alabanzas*, ó sea la tregua de la murmuración ante el fenómeno, previsto y natural, de la muerte. ¿Qué patente de virtud da el morirse? ¿Qué delitos borra, en qué puede modificar el juicio que nos merece un hombre?

Me repugna mucho menos una murmuración ajustada y medida, la cual no suele ser sino una apreciación exacta, que ese panegírico embustero y abofeteador del sentido común, que leemos ó escuchamos cuando sale la papeleta con orla en la cuarta plana. En día tal, mientras la iglesia, muy lógica, sólo á la misericordia divina atribuye el perdón y á la justicia el castigo, nosotros, en vez de rezar por el alma del muerto, que eso ya sería harina de otro costal y nos calificaría de cristianos, le soltamos un pestífero *botafumeirazo* de mentiras, que sólo nos califica de embusteros solemnes ó desmemoriados lelos. No habiendo logrado poblar de eminentes patricios, de integérrimos varones, de Lucrecias impecables, el mundo de los vivos, suscitamos toda esa generación heroica y ejemplar en el cementerio. Gritan las acciones y los recuerdos contra las palabras, pero no importa: el rito se ha cumplido, al difunto se le ha hecho, como en Córcega, un bonito *vocero*... Sólo que en Córcega no tienen *vocero* sino los que sucumben sin haberse deshonrado.

***

¿Y qué pensar de la suspensión de los fueros de la crítica intelectual, artística, literaria, cuando está reciente el fallecimiento del intelectual, del artista, del escritor? ¿Hay nada menos justificado que eso?

Para que al fallecer un individuo sepa la patria cuánto ha perdido ó si algo pierde, conviene aquilatar los méritos con justicia, con conocimiento de causa, sin empalagosas hipérboles y golpes de incensario. Los extranjeros, si leen nuestra prensa, supondrán que cada año desaparece aquí una generación de titanes y de colosos, en todos y cada uno de los ramos de la actividad humana. En los raros casos en que efectivamente se nos va un progenerado; cuando la muerte se lleva á un Castelar, á un Campoamor, ya es imposible hinchar más el globo de lo que se hinchó para la mediocridad ó la insignificancia. A tal benevolencia póstuma, hija del más burdo indiferentismo, prefiero la murmuración, prefiero su mostaza y su ajenjo y sus zarzas piconas.

***

Crece lo absurdo de tal idea de benevolencia póstuma si la aplicamos á los personajes históricos y políticos. De lleno cae sobre éstos la luz del examen. Sus actos trascienden al interés general, y no puede disimularlos la fácil compasión de ultratumba. No ya después de su muerte; durante su vida, están bajo la fiscalización de la multitud. Con más razón cuando ya se ha reposado el polvo que levantaron, disipándose el estruendo de su paso triunfal ó combatiente.

Y á los artistas y á los escritores, hágaseles sin miedo y sin reparos la autopsia. No duele como la vivisección. Ya ni el amor propio, ni la vanidad, ni aun el interés, pueden gritar y retorcerse bajo el escalpelo.

¡Hay que enterrar á tanta gente! No le podemos dispensar á la posteridad mayor favor que adelantarle un poco esa penosa y fúnebre tarea. Enterrar lo que, en cierto sentido, nunca vivió; lo que ya ni aun posee la vida ficticia que le prestaban sus esfuerzos por parecer algo, por atraer la atención é imponerse á las generaciones... Y esto puede hacerlo esa murmuración póstuma y por escrito — la crítica.

***

¿Qué es la crítica, qué es la historia, bien mirado, sino un extracto de murmuraciones, un confuso rumor de arroyuelos?

Lo que hoy leemos de Cleopatra, de María Estuardo, de Isabel de Inglaterra, es lo que se murmuraba antaño de estas grandes señoras en los vestíbulos y en las salas de sus palacios. Figuras casi contemporáneas — la de Napoleón, por ejemplo — van conociéndose merced á la reconstrucción histórica de las murmuraciones pasadas y dormidas. Los documentos oficiales son la mentira: la murmuración, el eco y el roce de la túnica de la misma realidad.

Dejemos, pues, que corran esos arroyuelos tal vez fangosos. Sepamos filtrar sus aguas y sacar de ellas arena dorada. Oir murmurar, ¡qué estudio tan interesante! Si sólo se escuchasen elogios, encomios, panegíricos; si no resollase por la murmuración la verdad asfixiada, ¿quién toleraría la relación con seres humanos? Y en cuanto á los efectos de la murmuración, recordemos la frase de una persona muy genial: «Dos venenos conozco que ni matan, ni corroen, ni manchan siquiera: la saliva y la tinta.»

EMILIA PARDO BAZÁN.

EL PINTOR ARGENTINO MARTÍN A. MALHARRO

Este artículo habríamos de encabezarlo así: «El arte pictórico argentino en París.» Porque si el celebrado pintor Malharro es natural de la República Argentina, se ha hecho artista completo en la capital de la de Francia.

Por cierto que pocos habrán sufrido una evolución tan completa como él, y pocos, desde su infancia, habrán subido la áspera cuesta del arte con mayor fatiga, más solo, más triste, más pobre, más desesperado que el joven Martín A. Malharro, hoy tan festejado por propios y extraños, á su regreso á la madre patria, en donde unos se disputan sus cuadros y otros los juzgan y critican, pero todos los admiran.



MARTÍN A. MALHARRO

Malharro, hijo de padres vascos, nació en 1868 en el pintoresco pueblo del Azul, al Sur de la provincia de Buenos Aires, y desde sus primeras mocedades respiró el aire embalsamado de la tierra pampeana, pudo saturarse del ambiente soberano lleno de sol, de luz, de transparencia, batalla de colores indefinidos, de espacio y de llanuras infinitas. Abrió los ojos en plena naturaleza y la vivió en la sugestiva pampa argentina.

Su origen explica su carácter y su modo peculiar de ser.

Vino á la capital federal solo, y le tocó en suerte trabajar y luchar siempre solo, formándose sin ninguna ayuda de nadie. Niño, empezó su carrera ganando el pan de vendedor callejero de diarios; ascendiendo después á tipógrafo, luego á grabador, litógrafo más tarde, y por último, dibujante; pasando, como consecuencia de sus gustos, de sus instintos, de su fuerza de voluntad y de su perseverancia, de los lápices á los pinceles; con fortuna varia al principio, pero adelantando siempre, y siempre trabajando con fe, con tesón, con fervor, sin desmayar un momento, á pesar de las muchas decepciones que sufriera.

Cansado del ambiente que le rodeaba, ambiente aplastador para él, en un momento de malhumor, de impaciencia, más que de premeditación, resolvió marchar á París con su mujer é hijos, embarcándose en un vapor de tercer orden y en tercera clase, sin otra fortuna que sus pinceles, pues los pocos francos que en su bolsillo llevaba, escasamente bastaban para pasar un par de meses en la populosa ciudad, con la economía más rígida, pero con gran acopio de ideales en la mente y gran caudal de energías en el corazón.

Allí luchó con furia con todo el vigor de su carácter. Sufrió muchas miserias; pero á fuerza de constancia y perseverante trabajo, llegó á una situación modesta que le permitió estudiar, cultivando libremente sus gustos y sus ansias de pintor, con independencia absoluta. Dióse á sí mismo, sin intervención directa de maestro, una educación artística que constituye su fe ardiente en el porvenir y su convicción profunda en el arte, ideas que podrán ser ó no equivocadas, pero que son honda y honradamente sentidas.

La base la adquirió en Buenos Aires, estudiando de noche cinco años seguidos en el «Estímulo de Bellas Artes,» siendo uno de los discípulos más perseverantes. Los continuó después por espacio de algunas semanas en una academia parisiense, pero él mismo confiesa que necesitó tres años de libre ambiente para olvidar los convencionalismos académicos de que se había impregnado su cerebro. Comprendió que no era aquel su camino, y rompió con todo lo que podía representar renunciamiento de su voluntad, de su propia y natural manera de sentir, de ver el arte, no aceptando escuelas preconcebidas, sino la que enamorara su alma con firme amatividad.

Tal es en su carácter: brusco, pero bueno; independiente, reñido con toda clase de convencionalismos, lo mismo de arte que sociales. Algo parecido á sazonado fruto de especie agridulce.

De esa época puede decirse que data el verdadero principio de su obra de artista. El tiempo de que disponía lo repartía por igual entre los museos y la naturaleza.

En casi todas sus pinturas se adivina el estudio preferente de la escuela romántica francesa que floreció en el primer tercio del siglo pasado con Juan Corot, Teodoro Rousseau, Amado Millet, Fernando Delacroix, Constante Troyón y otros; y seguramente siguió los principios artísticos de aquellos pintores, por cuanto se nota bastante su influencia en sus obras, sobre todo la de Millet, de quien parece enamorado.

En la Exposición Universal de 1900 pudo Malharro darse cuenta de la importancia de la escuela impresionista, escuela que desde 1870 con Manet, Monet, Sisley, Pizarro, Degás y otros, viene haciendo tantos prosélitos; resultando ser uno de los conquistados el joven Malharro, que evolucionó y entró de lleno en ella. Aunque á nuestro modo de ver, no tanto como parece, por cuanto sus cuadros últimos también recuerdan á los artistas primeramente citados.

Más bien ha tomado de la impresionista todo lo que es soltura, individualidad, sentimiento, emoción, sinceridad, temperamento, sugestionado quizá por la ardiente prédica y ejemplo del alemán Helmoltz, del americano Dodds y del francés Chevreul, que tanto trataron sobre principios científicos de color y leyes que le rigen en la naturaleza.

De todos modos, la técnica le pertenece por completo, porque es su individualidad misma. Quien le conozca y le trate íntimamente, quien estudie su carácter y su idiosincrasia, quien analice sus cuadros y la gama de su paleta, convendrá en que sus obras pictóricas no pueden ser de otra manera que como son, porque, de lo contrario, sería falsear su personalidad.

En el modo de trasladar á la tela sus paisajes vibrantes de luz, de aire, de sol, dañando la vista, obligando á cerrar los ojos, algo repelentes á la primer mirada, pero que luego al estudiarse, al detallarse su factura, siempre severa, van atrayendo y subyugando paulatinamente, concluyendo por conquistar el gusto del espectador inteligente y desapasionado, está, pues, el alma de Malharro.

Como la mayoría de los impresionistas modernos, huye de la figura y de las situaciones buscadas; sólo ve la naturaleza en su modo de ser real, á tal punto, que por no hacer desmerecer un efecto general de sol intenso, deja algo desdibujadas sus obras.



«La Argentina,» cuadro de Martín A. Malharro

No puede quejarse Malharro del regreso á su patria. Llegó; y tan pronto como abrió su exposición, todo lo más importante de la capital en intelectualidad artística pasó por ella á ver y á juzgar sus trabajos, que en número de 56, la mayoría de pequeño tamaño, adornan las paredes de los salones de la espléndida fotografía de A. S. Witcomb, apareciendo el letrero «vendido» en más de la mitad á poco de inaugurada.

Malharro es un artista que no persigue el favor del público; produce lo que está dentro de sus convicciones, guste ó no guste, y seguramente marchará impertérrito por ese camino hasta vencer ó morir; con ó sin resultado pecuniario, olvidado ó con gloria. Porque todavía no se ha dado cuenta de la parte práctica de las cosas, y seguramente no se la dará nunca. En riña eterna consigo mismo y con los demás, guarda, sin embargo, en su alma tesoros inapreciables de ternura, de entusiasmo, de orgullosa y honrada altivez. Conoció todas las fases de la miseria y no abatieron su entereza, al punto de pasar días en que, por todo alimento, comió un corazón de vaca asado por él mismo. En esa indigencia supo hacer el milagro del ahorro constante de algunos centavos para comprar tablitas, telas, pomos y no interrumpir sus estudios.

Una anécdota que le pinta de cuerpo entero.

En vísperas de su partida para Francia y sabiendo sus amigos que Malharro se embarcaba con su familia en tercera á bordo del vapor «Don Pedro,» viejo cascajo cargado de ganado, iniciaron entre ellos una suscripción que en pocas horas y sin salir de la intimidad produjo una suma bastante apreciable. La indiscreción de un amigo le dió conocimiento de lo que se hacía en su favor, y aguó el buen propósito. Agradeció la iniciativa, pero se negó rotundamente á aceptarla, diciendo: «Hasta el presente he vencido solo las miserias de la vida y espero vencerlas en adelante. Quiero tener el orgullo de debérmelo todo á mí mismo. Nada me asusta; y si el hambre me espera en París..., ella ha sido mi compañera en Buenos Aires.»

Tal es el artista argentino Martín A. Malharro.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires.

MOVIMIENTO DE VIAJEROS

– Necesito poner á prueba ese amor tan grande y tan profundo que le he inspirado.

– No deseo otra cosa, mi querida Laura.

– Ya sabe usted que soy una mujer perversa; un caso de histerismo, si usted quiere. Mis caprichos son verdaderamente terribles y gozo con el sufrimiento ajeno. Esto será brutal, pero es evidente: ¡no puede usted tener idea del placer que me produce martirizar á alguien! Y mientras más inocente sea la víctima, ¡mejor! Yo debí nacer en otros tiempos. ¡Oh! Le aseguro á usted que, de haber podido disponer á mi antojo de la torre de Nesle, la celebridad mía hubiese llenado el mundo más aún que la de aquella infeliz Margarita de Borgoña, vulgarizada ridículamente en las novelas por entregas. El ideal para mí, como esposo, hubiese sido el marqués de Sades, aquel noble francés que asesinaba á sus mujeres clavándoles en el pecho un punzón de oro...

– ¡Por Dios, Laura, no sea usted así! Creo firmemente que en el fondo de todo lo que me dice no hay más que una *pose* especial. Afortunadamente, los tiempos en que vivimos no son los más á propósito para aventuras como las que usted sueña, y mal de su grado, ha de conformarse con ser lo que es: una mujer bellísima, encantadora, de imaginación brillante y de exquisita sensibilidad. No se haga usted la mala, porque no lo es.

– Bien; le perdono la ofensa que me infiere suponiéndome una mujer como las demás. Pero, por lo mismo, quiero convencerle de lo contrario; y puesto que usted se ofrece á realizar la prueba que yo le exija...

– ¡No tendrá usted la ocurrencia de pedirme un imposible!

– Nada de eso; la cosa es llana como la palma de la mano, y fácil y hacedera para un hombre que, como usted, cultiva con tanto éxito el arte de la galantería.

– Esa alabanza me obliga más aún; sepamos de lo que se trata.

– ¿Ve usted aquella pareja de jovencitos enamorados que huye siempre de los demás grupos y se pasa las horas muertas en la barandilla de la terraza, admirando desde allí el paisaje en dulce contemplación?

– Sí, la veo. Todos los huéspedes del balneario nos hemos fijado ya en la parejita. Ella es una criatura deliciosa; una niña casi.

– Él es otro niño; ambos gozan, indudablemente, las primicias del amor mutuo.

– Lo sé; la baronesa, que, como usted no ignora, es el registro del balneario y lleva al dedillo el *movimiento de viajeros*, me ha dicho que son novios; sus familias piensan casarlos cuando regresen á Madrid con las primeras brisas otoñales.

– Pues bien: usted va á romper esa felicidad que se inicia tan plácidamente.

– ¿Yo?..

– Sí; usted, haciendo que esa niña se enamore de su persona y olvide al otro.

– ¡Por Dios, Laura! Voy á creer que es usted tan pérfida como asegura.

– Es la prueba definitiva que exijo para que yo pueda creer en ese amor que viene usted declarándome al oído hace un par de meses.

– ¿No puede ser otra la prueba?..

– ¡Ha de ser esa! ¿Está convenido?

– ¿Qué remedio? ¡Convenido!

A los dos días.

– Y bien; ¿qué hay?

– Aprovechemos este instante en que nadie nos ve, para ponerle á usted al tanto de lo que ocurre.

– Ya le he visto hablar con ella y sacarla á bailar anoche: estoy contenta.

– Sí; la cosa marcha; pero necesito que usted me ayude en algo.

– ¿Cómo?

– Entreteniéndole á él.

– Perfectamente: eso corre de mi cuenta.

– Hace seis días que ni siquiera me dirige usted la palabra.

– Perdón, Laura; es de tanto empeño la labor en que puse todas mis habilidades, que no puedo desperdiciar ni un minuto si he de salir airoso.

– Pero ¿confía usted en el éxito?

– Juzgue usted misma leyendo este último párrafo de la carta que esa criatura me escribe.

(Leyendo.) «... Y si es cierto lo que usted me dice y mis padres le conceden mi mano, le juro que sí le quiero y que vivía engañada creyendo amar á quien ya no amo.»



Orillas del Sena, cuadro de Martín A. Malharro


EL VENERABLE FRANCISCO FERNÁNDEZ PÉREZ DE ARANDA, obra de Carlos Palao, fundida en los talleres de Masriera y Campins

ESTATUA DEL VENERABLE FRANCISCO FERNÁNDEZ PÉREZ DE ARANDA, OBRA DE CARLOS PALAO. – ESTATUA DE D. JUAN BRAVO MURILLO, OBRA DE MIGUEL A. TRILLES.

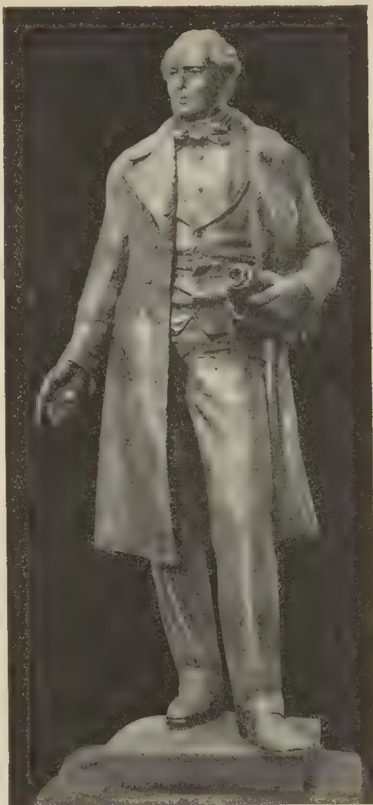
Recientemente se ha inaugurado en Teruel el hermoso monumento que aquella ciudad dedica á uno de sus hijos más ilustres, un apóstol de caridad, el venerable Francisco Fernández y Pérez de Aranda, quien renunció á sus galas de caballero y á las ventajas de una posición envidiable para dedicar todos sus bienes y su personal esfuerzo en favor de los desgraciados y menesterosos. Teruel ha pagado la deuda de gratitud que había contraído, y aunque el piadoso caballero ejerció su noble misión en una época anterior á la nuestra, sus conciudadanos al glorificarlo muéstranse dignos discípulos de aquel santo varón.

A un aragonés débese la artística representación, y aunque ya conocíamos los merecimientos del distinguido escultor Carlos Palao, nos complacemos en consignar que la obra á que nos referimos justifica la fama de que goza, ya que revela aptitudes estimables y estudios muy dignos de aplaudirse y celebrarse.

***

En una de las últimas exposiciones de Bellas Artes celebradas en esta ciudad, tuvimos ocasión de admirar y aplaudir un hermoso relieve de grandes dimensiones que exhibió el en aquella sazón pensionado en la Ciudad Eterna Miguel A. Trilles. Entonces no titubeamos en alentar al novel escultor, porque adivinamos en él temperamento de artista y cualidades muy estimables. La estatua y relieves que figuran en el monumento erigido ha poco en Madrid en honor del que fué ilustre patricio y estadista D. Juan Bravo Murillo, justifican las apreciaciones que entonces emitimos, á las que sólo nos ha de ser permitido agregar que el Sr. Trilles, si prosigue la senda emprendida, alcanzará la honra y provecho que indiscutiblemente merece.

Réstanos agregar que el monumento á que nos referimos forma parte de los que la coronada villa ha levantado en honor de algunos varones ilustres, y fué inaugurado durante las fiestas celebradas con motivo de la coronación de D. Alfonso XIII. – Ll.


D. JUAN BRAVO MURILLO, obra de M. A. Trilles, fundida en los talleres de Masriera y Campins

¡Bravo, amigo mío! Esto merece el leve anticipo de dar á usted á besar mi mano.

– Gracias, Laura. Falta aún el golpe decisivo, y para darlo confío en que seguirá usted distrayendo á mi inocente rival.

– ¡Ah, descuide usted! No se preocupe de ello. ¡Se lo juro solemnemente!

Diez días después.

LAURA. – Venga usted acá, amigo mío; es preciso casi secuestrarle para poder hablar con usted.

ÉL. – Es cierto, sí; faltaba una oportunidad...

LAURA. – Ninguna como la presente. Acaba de decirme la baronesa en secreto, siguiendo su costumbre de llevar al dedillo el *movimiento de viajeros*, que le han concedido á usted la mano de su cortejada.

ÉL. – Certísimo.

LAURA. – Ha vencido usted en toda la línea.

ÉL. – Sí; pero...

LAURA. – ¿Qué quiere decir esa incertidumbre, ese tono dubitativo?

ÉL. – Que... ¡lo siento mucho!, pero me caso con *ella*. Por esta vez, usted perdone, querida Laura; pero el placer *sádico* con que soñaba, le ha salido *un poquito desigual.*

LAURA. – ¡Infeliz! ¿No sabe usted que yo también me caso con *él*?

Telón rápido.

FÉLIX LIMENDOUX.




RELIEVES DEL MONUMENTO DE D. JUAN BRAVO MURILLO, obra de Miguel A. Trilles, fundido en los talleres de Masriera y Campins, Barcelona

LADRÓN...

Se paseaba agitado, nervioso, la mirada confusa, gacha la cabeza y con el paso incierto. Acababan de dar las doce; el aire cortaba, los transeuntes eran escasos, ninguno iba menos abrigado que Benito Marsal; pero ninguno tampoco sentía menos el frío. La llovizna había puesto el piso hecho un asco; aquel suelo fangoso del paseo, tapizado de hojas secas que un viento fuerte había arrancado de los añosos árboles, daba grima. Los rayos de la luz eléctrica parecían alumbrar un inmenso estercolero.

Marsal iba abstraído. Un estremecimiento súbito pareció volverle á la realidad. Aquel fangal le recordó otra vez una idea maldita que poco antes pasó por sus mientes. Estuvo en el muelle lo menos una hora dándole vueltas á una atrocidad que por fortuna no llevó á cabo. Pensó en echarse al mar, terminando así una existencia miserable. Le repugnaba el suicidio, pero llegó á aceptar el fundamento de muchas enormidades, él, que era todo discreción é inteligencia. Junto á aquellas aguas que se removían inquietas, impulsadas también ó á merced de las ráfagas, creyó ver algo así como un símbolo de su precaria vida; un vaivén continuo en un ambiente glacial insoportable.

Su buen criterio no lograba vencer en la lucha con la realidad, no podía. ¡Su vida!... ¿qué era más que un cúmulo de contrariedades?... Bien que se agarró muchas veces de la sensatez para no caer en el pesimismo; pero el

aguante era asaz difícil con aquella tanda de penalidades y contratiempos. Huérfano de padre, un modesto empleado cuyo patrimonio quedó en proyecto, los estudios se habían ido á la porra por no poder apechugar gastos con ingresos. Le quedó su madre, y era esta una suerte que traía aparejada otra decepción. ¡Cuánto no hubo de hacer la pobre para tirar adelante y vivir honradamente con su pequeño!.. Vivieron, sí, ¡vaya si vivieron!.., sabe Dios con qué penuria y estrechez. A Benito Marsal, pequeñín y todo, se le alcanzaba la medida del sacrificio y la magnitud del esfuerzo de aquella infeliz que, en llegando la noche, rendida, agotaba sus mermadas fuerzas besándole y estrechándole contra su pecho. Entonces ya veía él la existencia á través del prisma labrado por las penas. Estas aguzan el entendimiento, y al aguzarle, lo torturan. No hay como no entender para no padecer. La inteligencia precoz es casi siempre una cualidad negativa, un don que tiene trazas de sambenito.

Marsal pronto vió claro. Para ver claro no hay como estar en las tinieblas: los ojos se acostumbran á la obscuridad y llegan á percibir los objetos al más tenue resplandor. En la desgracia, el menor rayo de luz es una aurora. Y lo que vió ó distinguió pronto Marsal fué la necesidad de moverse, de aguzar el ingenio, de serle útil á su madre, y no una carga. ¡Con qué afán soñó en ser hombre, y hombre de provecho!.. ¿Qué no haría él por aquella mujer?.. Se lo decía en los primeros balbuceos de la infancia, provocando una carcajada de satisfacción, casi la única que disfrutaba la buena señora. Y se lo siguió repitiendo á medida que creció, hasta el instante de añadir á la intención el hecho.





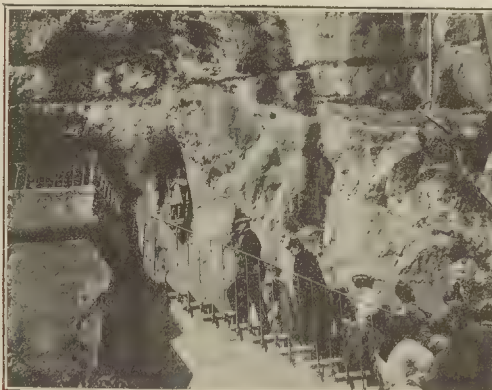
Viaje de S. M. el Rey D. Alfonso XIII. – Gijón. – Falúa que conduce á S. M. y AA. RR. al desembarcadero en la tarde de su llegada
S. M. y AA. RR. saliendo de la iglesia de San Pedro después del *Tedéum* (de fotografías de Peinado)





Viaje de S. M. el Rey D. Alfonso XIII. – Covadonga. – Casa abacial donde se hospedó S. M. – Camino de la catedral

Había en Benito Marsal un amador de lo bello, un *soñador* y un creyente convencido. Aspiró á la gloria, sin pensar que *la tal* anda poco por las veredas del medro. Sus fantasías eran vertidas en el papel, y comerciando con las ideas venían pocos rendimientos; la música del elogio sonaba bien, pero .. no llena-





Viaje de S. M. el Rey D. Alfonso XIII. – Covadonga. – S. M. y AA. RR. en el camino de la gruta de la Virgen
S. M. y AA. RR. en la gruta de la Virgen (de fotografías de Peinado)

ba el estómago. El desaliento no cundía, pero la fatiga sí. Todo un fárrago de ilusiones desvanecíase de improviso á veces, y volvían los sacrificios á invadir el lugar que ocuparan las quimeras, borrando así la esperanza. ¡Si conocía él el mundo!.. Era ya un joven-viejo que creyó en la felicidad y se llevó chasco; un fervoroso devoto lleno de fe y de fatigas, con la faz cruzada á latigazos por la befa y el corazón traspasado por el duelo. En el fondo de tanta adversidad vislumbraba una injusticia. Mas ¿iba á quejarse? ¿Cuándo atendió quejas el mundo? Su bagaje intelectual valía tal vez á peso de oro; pero ¿lo iba á pregonar así sin caer en la inmodestia?.. ¿Podía acaso imponerlo á los indiferentes, que son siempre los más?.. ¿Se alcanza mejor la fortuna con el chillido? ¿Viene por ventura la recompensa con el alarde ó la rebeldía?.. Lo sensato era callar, y se calló. Aquello de no alcanzar la meta, sólo le apuraba por su madre. Esta no pudo con tanto. Murió, dejando á Marsal sumido en un dolor indecible.



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. – León. – Arco levantado en honor de S. M. (de fotografía de G. Gracia).

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. – León. – S. M. saliendo de la Diputación y saludando al pueblo (de fotografía de G. Gracia)

* * *

Aquel día era el segundo aniversario de tal desgracia. Hacía dos años que enterraron á aquella viejecita, su ídolo, y la suerte de Benito Marsal no había variado sino para empeorar en ese tiempo. En medio de sus desdichas, hallaba un placer singular yendo á menudo á rezar ante el nicho de su madre, aquel nicho que pudo arrendar... Dios sabe cómo. El primer año pagó con algún esfuerzo el precio del arriendo; pero esta vez la penuria era tanta, que de antemano comprendió la imposibilidad de llenar tal requisito. No le quedaba nada absolutamente; ni ropas que vender ó empeñar, ni libros con que sacar algunos cuartos. Recurrió á algunos amigos inútilmente, ofreció un manuscrito á un editor sin resultado... ¡Ahora acababa de convencerse de su insignificancia! Y estuvo en el cementerio, y vió á un empleado..., se enteró, rogó... ¡Todo en vano! El reglamento no consentía ciertas cosas..., era imposible acceder á ciertas demandas... En una palabra, que de no satisfacer pronto el correspondiente canon, aquellos restos queridos pasarían á confundirse con los de otros mil en la fosa común, último lugar de los desheredados de la fortuna. Por eso anduvo él errante, de acá para allá, horas y horas, sin pensar siquiera en satisfacer las necesidades del estómago. Ni el hambre podía evitar la obsesión. Entonces, y sólo entonces, empezaron á brotar de su imaginación las más disparatadas ideas; entonces, y sólo entonces, comenzó la tanda de imprecaciones y rencores contra todo y contra todos. Así llegó la noche sin terminar la indecisión y el desconcierto; una noche cruel, fúnebre, como hecha adrede para el estado de ánimo del infeliz.

Se había alejado maquinalmente, con paso tardo, absorbido en un solo pensamiento. Enfiló por la derecha al tiempo que de los teatros salía mucha gente; unos arrebujándose en los abrigos, otros subiendo á los coches. Los grandes ventanales de un café contiguo aparecían chorreando agua; otro, algo más distante, con su iluminación espléndida parecía un inmenso foco de luz. El contraste era brusco, cruel: chocaba la desesperación con el indiferentismo. Había seres que se divertían, y él, Benito Marsal, carecía de todo... Fué andando más de prisa y cerró por un momento los ojos como huyendo de unos fulgores que le hacían daño. Ahora temblaba de frío y de coraje á un tiempo. Dobló al fin por una calle y se paró de repente. Una idea terrible, una verdadera locura acababa de cruzar por su imaginación... Aquellos restos queridos no debían ser profanados..., no lo serían, no; por cima de todo. ¡Era lo único á que se creía él con legítimo derecho, con derecho incuestionable!..

* * *

De una de las travesías próximas vino un caballero taconeando firme. Benito se adelantó cerrándole el paso.

– Déme usted cuatro duros, caballero; cuatro duros..., ¡los necesito!, exclamó con voz ronca, indefinible, mitad súplica, mitad imprecación.

El caballero retrocedió un paso, y con azoramiento, horriblemente sorprendido, sacó el portamonedas y se lo tendió con mano trémula. En el acto echó á andar precipitadamente.

Marsal no quería tanto, se quedó perplejo... ¡Con qué facilidad encuentra la villanía lo que no logra la honradez algunas veces!.. Algo así pensó de súbito... Y llamó á aquel hombre, andando tras él y diciéndole:

– Tome!.. ¡Oiga usted, oiga usted!..



León. – Llegada de S. M. á la catedral

Pero el aludido echó á correr como si le llevaran las furias, y á Benito le paró de repente una sensación extraña. El rencor, el odio y la ira contra la humanidad en peso, cedían el paso al asombro de sí mismo. «¡Ladrón!,» creyó oir en las profundidades de su cerebro con el fragor de un cañonazo...

Y se fué á su tugurio tambaleándose como un beodo, y se acostó sin poder conciliar el sueño, sintiendo unas sacudidas enormes por todo su ser...

A las primeras horas del día tomó una determinación: se presentó en el Juzgado y refirió lo ocurrido sin omitir detalle, torpe la lengua, el semblante lívido, demudado por completo, la mirada vaga, hecho todo él una calamidad.

– No quiero más que para la sepultura de mi madre... Eso, que se me conceda, lo quiero... Y luego, venga el castigo...

El caso era absurdo. Le tomaron por loco, y en buenas formas le mandaron á paseo. – SEBASTIÁN GOMILA.



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. – León. – Comisión de maragatos que salió á recibir á S. M. (de fotografía de G. Gracia)



MERCADO EN ANTICOLI, cuadro de Mariano Barbasán



EL MÉDICO DE ALDEA, cuadro de Teniers. (Museo Real de Bruselas.)

NUESTROS GRABADOS

La muñeca predilecta, cuadro de O. Piltz.— Es verdaderamente asombroso el grado de adelanto á que ha llegado la fabricación de juguetes. Al visitar cualquiera de los grandes establecimientos á la venta de éstos dedicados, no ya los niños, las mismas personas mayores quédanse suspensas ante las maravillas que en sus aparadores se ostentan y para cuya confección se ha requerido casi siempre el trabajo de verdaderos artistas y se han utilizado no pocas veces las aplicaciones de los últimos descubrimientos científicos. Y sin embargo, no suele ser esta clase de juguetes la que mayores goces proporciona á la gente menuda, porque aparte de que muchos de ellos son, por decirlo así, confiscados por los padres, temerosos de que el niño los haga trizas, todos van á parar á manos de criaturas tempranamente acostumbradas á tales preciosidades y que por ende sólo les hacen caso el primer momento, relegándolos luego al olvido, cuando no al desprecio. ¡Cuán distinta la suerte de los juguetes por su modestia destinados á las clases humildes! La más ordinaria muñeca de cartón, el batallón de soldados de plomo de más ínfimo precio, proporcionan una larga serie de intensos placeres á los niños pobres, en quienes la ilusión se prolonga mientras queda un pedazo de la una ó una pieza del otro. Contémplese el bellísimo cuadro de Piltz que reproducimos y que es reflejo exacto de la realidad, copia fiel de lo que todos hemos visto, y dígase si ninguna hija de potentado ha gozado nunca con la posesión del más hermoso *bebé* lo que esa pobre chiquilla disfruta estrechando entre sus brazos y besando efusivamente á su muñeca informe. ¡Cuántas niñas ricas sentirán compasión por la que con tan poco se satisface! Pero ¡á cuántos padres de estas mismas niñas no causará envidia y pena ver que con tan poca costa han logrado otros para su hija una felicidad que ellos no han podido jamás proporcionar á las suyas con todas sus riquezas!

* * *

La expulsión de las congregaciones en Francia.— Las últimas leyes votadas por el Parlamento francés sobre las congregaciones religiosas han introducido grave perturbación en la vecina república, y los decretos y actos del gobierno para darlas cumplimiento han originado serios disturbios. Casi en todas partes, los agentes encargados del cierre de los establecimientos congregacionistas han tenido que vencer más ó menos resistencia, pues así en París como en los departamentos, los católicos han hecho ostensibles manifestaciones de protesta contra una disposición atentatoria á la libertad de enseñanza y al derecho de los padres en punto á la educación de sus hijos: en unas partes, las protestas han sido pacíficas; en otras han tocado los límites de la violencia, y en todas, la salida de las hermanas de las escuelas y de los institutos benéficos que durante tanto tiempo habían dirigido ha ido acompañada de demostraciones de simpatía de las numerosas familias, especialmente de las clases humildes, que en aquellos establecimientos encontraban instrucción para sus hijos ó cuidado para sus enfermos. Al frente de este movimiento de protesta figuran personalidades notables en todos los ramos de la actividad humana, siendo una de las que más parte han tomado en los acontecimientos el ilustre poeta Francisco Coppée, que ha organizado en París varios *meetings* y conferencias, al salir de una de las cuales fué arrestado por la policía, mientras el público le aplaudía y aclamaba á los gritos de ¡viva la libertad!



La expulsión de las congregaciones religiosas en Francia. – París. – La policía rodeando la escuela de Hermanas de la calle de Bacón



La expulsión de las congregaciones religiosas en Francia. – París. – Demostración popular en el momento de ser arrestado por la policía el ilustre poeta Francisco Coppée

* * *

Mercado en Anticoli, cuadro de Mariano Barbasán.— Los pintores que viviendo en extranjero suelo quieren dar idea del modo de ser del país en que residen, necesitan algo más que copiar fielmente los tipos, paisajes ó escenas que ese país ofrece á sus ojos. Es preciso, para cumplir bien su cometido, que se identifiquen con el alma del pueblo, que al par que la forma sientan el fondo de los asuntos, que se compenetren con el espíritu característico de cada raza y de cada nación. Esto es lo que ha hecho nuestro distinguido compatriota Mariano Barbasán, que desde hace muchos años reside en Italia; y buena prueba de ello es el cuadro que hoy publicamos y que viene á aumentar la larga y notable serie de sus lienzos dedicados á retratar las costumbres de aquella península. En esta obra admiramos la identificación y la compenetración á que antes nos referimos; hay en ella verdadero color local y toda ella respira sinceridad; pero además de estas cualidades admírase en un *Mercado en Anticoli* la factura, el talento con que el artista ha sabido formar su composición, la habilidad de que ha dado muestra agrupando y combinando las numerosas figuras y todos los otros elementos que entran en la misma, la seguridad con que están tratados los menores detalles y el vigor con que aparecen reproducidos esos hermosos efectos de luz y de colorido que tanto abundan bajo el cielo y en medio del paisaje de las regiones meridionales.

* * *

El médico de aldea, cuadro de Teniers. - El ilustre pintor flamenco, que constituye una de las más grandes y legítimas glorias del arte pictórico del siglo XVII, vivió durante mucho tiempo en la miseria, y lo que es peor, vió despreciadas sus obras, que Luis XIV de Francia llegó á calificar de mamarrachos. Y sin embargo, aquel artista acabó por imponerse, y sus cuadros, reproducciones de escenas de aldea, de pobres interiores, de bebedores humildes, de gentes y costumbres rústicas, en una palabra, le valieron honra y provecho no escasos y son hoy preciado ornamento de los más importantes museos. Teniers estudió como pocos han estudiado la naturaleza; y para mejor observar y sorprender la vida de los campesinos, se estableció en una casa de su propiedad, situada en las inmediaciones de Malinas, y en ella pasó casi toda su existencia, compartiendo la de los labradores á cuyas fiestas asistía y cuyas moradas visitaba. Fué, en suma, un realista en toda la acepción de la palabra, y esto aumenta el valor de sus producciones, porque cada una de ellas es un documento auténtico, reflejo fiel de la verdad no alterada en lo más mínimo por la fantasía. Por esto ha podido decir de él un notable crítico que su manera es tan natural, que, contemplando sus cuadros, casi no se concibe que se pueda pintar de otro modo.

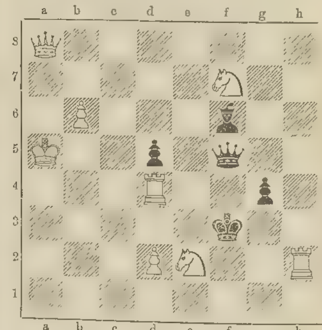
* * *

Flor campestre, cuadro de Fausto Zonaro.— A la consecuente galantería de nuestro excelente amigo y distinguido pintor Fausto Zonaro debemos la ocasión de poder dar á conocer á nuestros lectores una de sus últimas producciones. El honroso cometido que desempeña en Constantinopla como pintor del sultán y organizador de los estudios artísticos, no le impide producir y dedicar al arte la suma de su actividad é inteligencia. Muestra de ello es el bonito cuadro que figura en estas páginas, que resulta un notable estudio al aire libre, que adquirido por un coleccionista italiano, figura en una de las galerías particulares de aquel país.

AJEDREZ

Problema núm. 292, por N. Maximow.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

Solución al problema n.° 291, por A. F. Mackenzie

Blancas	Negras
1. c5—c6	1. Aa7—b8
2. Ae5—c7	2. Cualquiera.
3. A ó T mate.	

VARIANTES.

1 ..... b6—b5: 2. Ae5 [illegible] b8, etc.
1 ..... h4 × g3: 2. Ae5 × g3, etc.
1 ..... [illegible] × [illegible]: 2. Ae5 × f6, etc.
1 ..... [illegible] 5: 2. Ae4—f5, etc.
1 ..... C [illegible] 7: 2. Ae4 × g6, etc.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.—ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Cecilia se levantó el velo y se inclinó profundamente delante del anciano, clavando en él sus magníficos ojos. La juventud y la belleza unidas han logrado siempre fáciles victorias, hasta sobre los viejos: Cecilia lo sabía y conocía demasiado su poder fascinador, para que de él dudara en aquella ocasión. Y efectivamente, Dernburg, después de haber examinado con su mirada escrutadora el bellísimo rostro que delante de sí tenía, puso sus manos sobre los hombros de la joven y la besó en la frente.

–Sé bienvenida á mi casa, hija mía, dijo cordialmente.

Enrique respiró. ¡Su padre renunciaba á su oposición! ¡Cecilia era acogida como hija!

La hermosa joven había vencido sólo con su presencia.

La señora de Ringstedt volvióse afectuosamente á la bella prometida, mientras Wildenrod saludaba al jefe de la familia. Maya, en tanto, olvidándose del solemne saludo de corte y del discurso ceremonioso que tenía preparado, quedóse de pronto extática contemplando á su hermosa cuñada; pero no tardó en volver en sí de su admiración y se arrojó al cuello de Cecilia, gritando:

–¡Oh, Cecilia, no creía que fueras tan guapa!

La baronesa sonrióse conmovida: aquella ingenua espontaneidad le llegó al alma más que todos los cumplidos y que todas las adulaciones á que tan acostumbrada estaba. Así es que con verdadero cariño estrechó entre sus brazos á la niña, murmurando:

–¿Me querrás, no es verdad? ¡Enrique me ha hablado tanto de nuestra pequeña Maya!

–Además de tanta amabilidad para mi hermana, espero que tendrá también un saludo para mí, dijo de pronto una hermosa voz junto á Maya.

La muchacha volvió la cabeza y se encontró con la mirada de dos ojos negros, fijos en ella con una expresión que la molestaba, sin dejar de reconocer toda la admiración que revelaban; y no pudiendo vencer cierto sentimiento de opresora angustia, dijo vacilando y con acento muy distinto de su viveza acostumbrada:

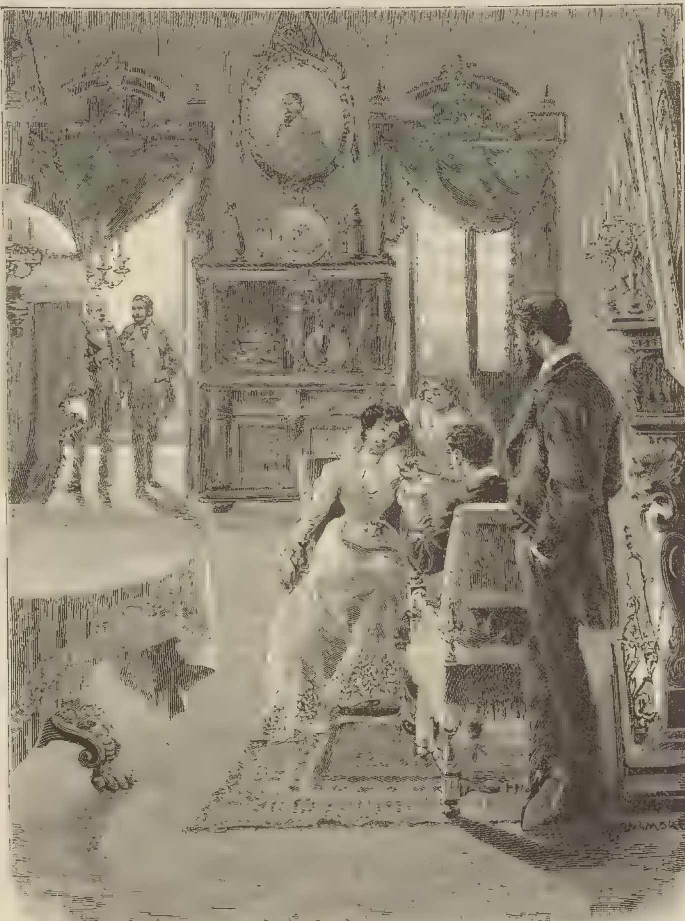
–¿El barón de Wildenrod?

–Oscar de Wildenrod, que espera le dará usted la mano en señal de bienvenida.

Era un pequeño reproche merecido, porque Maya no había ofrecido aún la mano al barón; entonces se la dió, pero con una vacilación extraña, completamente nueva en ella, y cuando aquél se la acercó á los labios, la retiró con presteza, estremeciéndose.

Dernburg había ofrecido el brazo á su futura nuera; el barón ofreció el suyo á la señora de Ringstedt y Maya se apresuró á cogerse del de Enrique, el cual, contento, conmovido por la acogida que á Cecilia había dispensado su hermana, oprimió á ésta cariñosamente.

–¿Conque te gusta Cecilia?, le preguntó. ¿Eran exageradas mis alabanzas?



Sólo Egberto Runeck permanecía extraño á aquella admiración.

–¡Al contrario! ¡Es mucho más guapa que el retrato! Así, como ella, me he imaginado siempre á las princesas de los cuentos de hadas.

–¿Y qué te parece Oscar?, añadió Enrique después de haber acariciado la mano de Maya. ¿No es verdad que su figura es la de un verdadero caballero?

–No lo sé, respondió Maya lentamente. ¡Tiene ese señor barón unos ojos tan extraños!.. Y su mirada no me gusta.

–Qué, ¿te da miedo? No me explico en ti esta impresión que, por cierto, es bien poco lisonjera para Oscar. Pero cuando le vayas tratando, verás que es un hombre muy agradable y que tiene una conversación seductora.

Maya se quedó un momento pensativa.

¿Miedo? Pues bien, sí, había experimentado una sensación de miedo; pero ahora se avergonzaba de ello, y lanzando una mirada á su tía y al barón, que iban delante, sacudió la cabeza en ademán de reto, sonrióse con desenvoltura y dijo con su viveza acostumbrada:

–¡Oh! El miedo y yo todavía hemos de encontrarnos, como los héroes de las novelas maravillosas.

V

El tiempo, lluvioso por la mañana, aún había empeorado: habían caído torrentes de agua durante todo el día, la niebla espesísima había ocultado los montes y un viento fuerte, constante, agitaba los árboles del parque.

La familia Dernburg, después de comer, habíase reunido en el amplio salón. ¡Qué bien se estaba allí! ¡Cuán simpática era aquella estancia con el gran fuego que ardía en la gigantesca chimenea de mármol negro! ¡Qué aspecto de riqueza ofrecía con sus blandas alfombras orientales, con sus gruesos cortinajes de color rojo obscuro, con sus retratos de familia colgados de las paredes!

Los jóvenes habíanse agrupado delante de la chimenea y charlaban con animación; la señora de Ringstedt habíase sentado con la señorita Leonia en un sofá de un ángulo, y el dueño de la casa sostenía con el barón de Wildenrod una conversación importante. Hablaban de las minas de Odensberg, y el barón mostraba, no sólo un interés inteligente, sino además un conocimiento del asunto mucho más profundo de lo que supusiera Dernburg.

–No creía, barón, que estas materias le fuesen familiares, decía el anciano. Un campo de acción como el nuestro solamente interesa por regla general á la gente del oficio, y nunca hubiera creído encontrar un profano que entendiera de esas cosas como usted.

–He tenido siempre una pasión por los estudios de metalurgia y orografía y he leído mucho sobre el particular, respondió Wildenrod sencillamente. El que, como yo, no tiene ocupación fija, estudia varias materias para pasar el tiempo, pero por desgracia no hace más que estudiarlas superficialmente, como profano. Durante el tiempo que permaneceré en Odensberg, espero que me permitirá usted profundizar un poco mis conocimientos.

–Le serviré gustoso de guía, repuso vivamente Denburg. Entretanto, si quiere formarse del conjunto de mis fábricas una idea más completa que la que pueda haberse formado viéndolas desde el carruaje, venga conmigo al terrado. En este momento no llueve.

Y abriendo uno de los grandes balcones que daban luz al salón, salieron fuera. La niebla no había desaparecido, pero se había replegado sobre los montes, dejando libre la vasta extensión del valle entre la casa y la falda de la montaña. En aquella inmensa superficie hervía la vida de un pequeño mundo: los

dominios de Dernburg extendíanse desde el parque de la casa al monte, y aquella vida colosal, incesante, ruidosa, de las oficinas de la dirección á las minas y de las fraguas á los laminadores, subyugaba á los extraños con su grandiosidad.

El mismo barón pareció hondamente impresionado: durante algunos minutos guardó silencio, y después de haber mirado lentamente á un lado y á otro del valle, exclamó con respetuoso acento:

– ¡Qué obra tan grandiosa esta de Odensberg! Es una verdadera ciudad lo que ha hecho usted surgir en medio de los bosques y en la soledad de las montañas. ¿Aquellos gigantescos edificios del fondo son?..

– Las fundiciones, los hornos modelo; aquellos de allí los laminadores.

– ¿Y aquellos caseríos de la derecha? ¡Qué bonitos son! Parecen una colonia de quintas de recreo.

– Son las habitaciones de mis empleados. Las casas de los demás obreros están al otro lado. Pero, como usted comprenderá, he podido alojar á muy poca gente en Odensberg. La mayor parte de los trabajadores viven en las vecinas aldeas.

– Ya lo sé; me lo dijo Enrique por el camino. ¿Cuántos operarios tiene usted?

– Aquí en los talleres, nueve mil; pero además hay los obreros y los empleados de las minas.

Wildenrod miraba asombrado á aquel hombre que con tanta desenvoltura describía delante de él un poder y una riqueza capaces de dar vértigos. Cada una de aquellas minas, de aquellas herrerías que Dernburg nombraba tan sencillamente, significaba por sí sola una fortuna; y aun en aquel momento no hablaba de sus demás propiedades, que eran de las más fructíferas de la provincia. Y sin embargo, en las palabras de aquel potentado no había la menor ostentación: daba simplemente las explicaciones que le pedían y nada más. El barón se apoyó en la baranda de piedra y dijo lentamente:

– Había oído hablar á Enrique y á muchos otros de su Odensberg; pero de esta grandeza colosal sólo se puede formar idea viéndola. ¡Ha de ser un sentimiento embriagador el de sentirse dueño absoluto de un mundo semejante, dirigir por sí solo más de diez mil personas!

– Pero se han necesitado más de treinta años para llegar á este resultado, repuso Dernburg con calma. Quien ha debido conquistar este suelo, este *mundo*, paso á paso, no puede experimentar un sentimiento de embriaguez... A esta posición van anejos pesos gravísimos, pesos que seguramente no aceptaría usted, barón, que ha encontrado demasiado pesada la administración de los bienes paternos y ha preferido desprenderse de ellos.

Wildenrod no se ofendió por aquellas palabras pronunciadas con cierta aspereza; antes al contrario, preguntó tranquilamente:

– ¿Me lo reprocha usted, Sr. Dernburg?

– ¿Yo? ¿Con qué derecho? La elección de la manera de vivir es cosa que sólo al individuo atañe. Hay quien busca satisfacciones en el trabajo, hay quien las busca...

– En el ocio, ¿no es esto?

– No, quería decir en los goces de la vida.

– Lo que acabo de decir lo había pensado yo mismo, y por lo tanto encuentro justa su observación. La actividad me ha gustado siempre, pero en proporciones grandiosas, y mi patrimonio no era bastante importante para permitirme desarrollarla en las condiciones que yo deseaba. Me asustó la perspectiva de sepultarme en la modesta vida del campo con sus diarias pequeñeces y de perderme entre las minucias de una pequeña administración que cualquier procurador habría llevado mejor que yo. No me sentía nacido para aquella existencia.

– ¿Y por qué no permaneció en la carrera diplomática? Este sí que es un campo á propósito para la ambición.

La boca de Wildenrod se contrajo por un instante; pero fué como un relámpago.

– Había tenido algunos disgustos en el servicio. Me puse en pugna con mi embajador y me consideré tratado con poca justicia. Y ante aquel primer contratiempo, presenté mi dimisión... Entonces era joven, y el mundo y la libertad adorada me atraían. ¡Cómo se cambia con los años! Hace tiempo que siento el vacío, la inutilidad de mi vida..., ¡una vida sin raíces! Y más lo sentiré cuando me separe de Cecilia. ¡Qué existencia tan poco agradable!

– Por su culpa, dijo Dernburg. Un hombre en la plenitud de sus fuerzas, con una posición independiente, ha de tomar una resolución.

– Es cierto, pero yo no sé tomarla. Hasta ahora la vida del trabajo me ha parecido mezquina, fatigosa... Aquí, delante de su Odensberg, es donde por vez primera comprendo lo que hasta el presente no había comprendido, es decir, todo el poder, toda la grandeza del trabajo y todos los resultados gigantescos, increíbles, que con él pueden conseguirse. Esta labor sí que me atraería y me induciría á consagrarle todas mis fuerzas, lo confieso. Sr. Dernburg, ¿quiere usted permitir al *ocioso* que eche una mirada más profunda á su obra? Quizás la lección le aprovechará.

En aquel acento había algo que cautivaba, algo que conmovía de tal manera, que el Sr. Dernburg se sintió interesado, y respondió con más cordialidad y más calor de los que hasta entonces había manifestado en su fría amabilidad de amo de casa:

– Será para mí una dicha que mi Odensberg le sirva de enseñanza... Cierto que no hube de comenzar por el principio, por lo pequeño y fatigoso; pero si no hubiese puesto á contribución mi cabeza y mis brazos, no habría aquí probablemente más que la herrería que me dejó mi padre. No todos empiezan por el primer escalón, sino que cada cual ha de realizar en el mundo la parte que le corresponde; esta es la verdad.

Un nuevo torrente de lluvia echó del terrado á aquellos dos hombres. Wildenrod había obtenido una victoria donde más difícil era lograrla: en el señor Dernburg habían desaparecido todas las prevenciones contra el futuro cuñado de su hijo.

Los cuatro jóvenes continuaban charlando junto al fuego y Cecilia constituía el centro de aquel pequeño grupo. Fuese por la excitación que en ella produjera la impresión de encontrarse en aquella casa como miembro de la familia, fuese por el ansia en ella innata de fascinar á cuantas la rodeaban, Cecilia prodigaba tesoros de gracia y de ingenio en la conversación animada que sostenía con Enrique, quien sentíase feliz viéndola tan irresistible en medio de los suyos y viendo á Maya fascinada, subyugada por su prometida. Sólo Egberto Runeck permanecía extraño á aquella admiración y apenas había pronunciado en toda la conversación algunas palabras: sus ojos habían estado siempre fijos en el terrado, y cuando Dernburg y Wildenrod volvieron al salón, clavó su mirada sobre la baronesa frunciendo las cejas.

– No, no, decía Cecilia riendo. Di lo que quieras, Enrique, pero no lograrás convencerme de que en tu país se conozca la primavera. En la Riviera, tiempo hacía que estabamos entre flores y perfumes; aquí, en cambio, encuentro todo el frío, todo el hielo del invierno. ¡Y qué invierno! ¡Cuán melancólico ese verde obscuro de los abetos! ¿Y la niebla? ¡Qué aplastante! Y luego, para variar, esa simpática lluvia helada. ¡Brrr..., siento que se me hielan hasta los huesos! ¡Qué glacial es tu Alemania!, terminó diciendo, y se arrellanó en la butaca con un movimiento de coquetería.

– ¿*Tu* Alemania?, repitió Enrique en tono de dulce reproche. ¿Acaso no es también tu patria, Cecilia?

– ¡Dios mío, es verdad! Pero ya sabes que he de hacer un esfuerzo para recordar que yo también soy hija de este horrible Septentrión! Por otra parte, me sirve de excusa la circunstancia de que no lo conozco, no he estado nunca aquí. Cuando murió mi padre, tenía yo siete años, y no había cumplido aún nueve cuando perdí á mi madre. Inmediatamente después, fuíme á Austria, á casa de unos parientes, y luego á un colegio de Lausanne, de donde salí algunos años después cuando Oscar fué á buscarme para tenerme á su lado; desde entonces hemos vivido siempre en el Mediodía de Europa... ¡Qué delicia! Roma, Nápoles, Florencia, la Riviera, hasta en Suiza hemos estado, pero en Alemania no hemos puesto el pie nunca.

– ¡Pobre Cecilia! ¡Has vivido siempre sin casa!, exclamó Maya compadeciéndola.

Cecilia la miró asombrada: era la primera vez que se veía compadecida. Hasta entonces había creído digna de envidia aquella vida variada con su continuo cambio de lugares y de relaciones...

...¿Casa? Era aquella una palabra nueva para ella, y al oirla dirigía su mirada en derredor. Sí, no había allí el lujo frío de las fondas, en donde hasta entonces había vivido. Aquellas ricas alfombras, aquellas gruesas cortinas, los muebles de roble de tanto valor artístico, los cuadros preciosos, los retratos de familia, toda aquella comodidad grande y sencilla de la vida del hogar, ¡cuán distinto todo de lo único que antes había conocido! Pero todo aquello se veía al través de una luz gris, melancólica, oprimente como todos los habitantes de Odensberg..., sí, como todos, menos Maya..., y la joven, crecida sin afectos y hábitos de hogar ni de familia, viciada por aquella existencia vacía y borrascosa del gran mundo, sintió algo entre repugnancia y rabia contra la casa de su prometido.

– ¿Vivís realmente todo el año en Odensberg?, preguntó al fin tras una larga pausa, durante la cual Maya le había acariciado la mano. ¡Qué vida tan monótona! Sin embargo, Enrique me ha dicho que poseéis en Berlín un magnífico palacio, en donde sólo pasáis dos meses al año. ¿Y por qué tan poco?

– Porque papá dice que no tiene tiempo para frecuentar la sociedad, respondió Maya. Además ¡me gusta tanto estar en Odensberg!

– Maya no ha estado aún en sociedad, dijo Enrique; pero la frecuentará este invierno cuando haya cumplido los diez y siete años. Hasta ahora, la pobre ha tenido que estarse encerrada en su cuarto, siempre que ha habido en casa grandes recepciones.

– ¡Oh, yo á los diez y siete años ya iba á todas todas partes!, exclamó Cecilia en tono compasivo. ¡Pobre Maya! ¡Cuánto te hacen esperar! ¡Es imperdonable!

– No, si á mí no me importa, repuso la joven riendo. Al contrario, cuando estoy en sociedad he de reportarme, como dice la señorita Friedberg; he de estar grave, seria, no puedo bailar con Puck, y esto no nos gusta, ¿verdad, Puck? Pero ¡qué es esto, Puck! ¿No te avergüenzas de dormir en pleno día?

Y diciendo esto, levantóse del sofá y corrió hacia el rincón en donde el perro, aprovechando la distracción de su ama, echaba un sueñecito, tendido sobre un taburete. Egberto y Enrique la siguieron con la mirada sonriendo, mientras Cecilia contraía los labios con desprecio.

– ¡Qué chiquilla!, murmuró.

Y luego, dirigiéndose á su hermano, le dijo:

– Qué, ¿la lluvia te ha obligado á refugiarte en casa?

– Sí, pero he podido admirar el conjunto de Odensberg á vista de pájaro, desde el terrado, y el Sr. Dernburg me ha prometido dejarme visitar otro día su estado por dentro.

– También Cecilia ha de aprender á conocerlo, dijo Enrique. Y más adelante tendremos que ir á Radefeld, en donde ahora están trabajando en la perforación del Buchberg. ¿Lo oyes, Egberto? Desde ahora te anuncio nuestra visita.

– No creo que nuestros trabajos puedan interesar al barón de Wildenrod, replicó Runeck, pues nada ofrecen de particular y no hemos llegado todavía á la apertura.

Oscar se volvió hacia el joven ingeniero. Se lo habían presentado á su llegada, y además sabía por Enrique la posición excepcional que aquel «amigo de la infancia» ocupaba en casa de Dernburg; y sin embargo, su presencia en aquella reunión íntima le producía un efecto extraño que, sin salirse de la más correcta urbanidad, no había dejado de manifestar con su mirada fría, que parecía decir á Egberto: «¿Qué haces aquí?»

– ¿Es usted quien ha hecho los planos, Sr. Runeck?, le preguntó. Me lo ha dicho Enrique, y con este motivo he tenido el placer de conocer á un excelente ingeniero.

Las palabras eran amables, pero aquel «excelente ingeniero» fué dicho en un tono que no admitía duda: notábase en aquella frase de tal manera pronunciada toda la diferencia que debe existir entre el hijo del herrero y la familia del millonario, aun cuando esta diferencia no se observara en Odensberg. Egberto se inclinó cortésmente y repuso:

– Antes había ya tenido el gusto de conocer á usted, señor barón.

– ¿Sí? No me acuerdo de haberme encontrado nunca con usted.

– Me hago cargo de ello, porque fué hace tres años en una gran reunión que se celebraba en casa de la señora de Sarewski.

Wildenrod prestó atención y miró al joven como si quisiera leer en su pensamiento, y después sonrióse con expresión irónica.

– ¿Me vió usted en casa de la señora de Sarewski? Creía que no frecuentaba usted esos círculos.

– No es mi costumbre verdaderamente; un cúmulo de circunstancias extrañas me condujeron allí por casualidad aquella noche. Tal vez se acordará usted mejor si le digo la fecha: era el 20 de septiembre.

La mano que el barón tenía apoyada en el respaldo de la butaca de Cecilia tembló ligeramente, y aquellos ojos obscuros lanzaron una mirada sospechosa, amenazadora, sobre el rostro impasible de Runeck. Fué cosa de un segundo, pasado el cual Oscar dijo con aire indiferente:

– Es pedir demasiado á mi memoria. En estos últimos diez años he visto tantos lugares y tantas personas, que no me es fácil recordar esos detalles. ¿A qué se refiere usted?

– ¡Oh! No vale la pena de ello, puesto que usted lo ha olvidado, respondió Egberto con frialdad. Sólo le diré que desde aquella noche han quedado

impresos en mi memoria el nombre y la fisonomía de usted.

– Lo cual me lisonjea mucho, respondió Wildenrod saludando con altivez, volviendo la espalda á Runeck y dirigiéndose al extremo opuesto del salón, en donde Maya, arrodillada sobre la alfombra, acariciaba á Puck, que se mostraba muy disgustado porque le habían interrumpido la siesta.

La joven, al ver que el barón se acercaba, se levantó resuelta á mostrarse fría y digna para hacerle olvidar las niñerías con que lo había recibido y dispuesta á vengarse con un continente agresivo, no incierto ni tímido. Ignorante de estas disposiciones hostiles, el barón empezó á acariciar al perro, y valiéndose de los derechos de alianza de familia, se puso á bromear con Maya hablando de mil cosas en tono frívolo, pero tan atrayente, que la muchacha, á pesar suyo, le prestó atención, é involuntariamente halagada por la gracia con que Oscar trataba á Puck, acabó por sentarse en el sofá y permitir que aquél se sentara á su lado. Interesada por aquellos mil temas, para ella nuevos, que Wildenrod exponía con tanto arte, Maya olvidó la actitud agresiva que se había impuesto, y se dejó arrastrar hasta responder y preguntar con su natural viveza. Seguía la conversación muy animada, cuando de pronto el barón se interrumpió para preguntar sonriendo:

– ¿De modo que ya no le inspiro miedo?

– ¿A mí?, exclamó la chiquilla queriendo negar, pero sintiendo que el rubor la invadía.

– Sí, á usted, señorita. Lo conocí en seguida..., ¿pretende usted negarlo?

Maya se puso todavía más encarnada, no tanto por el despecho de ver adivinados sus sentimientos, cuanto por el malestar que la mirada fija del barón le producía.

– ¿Se burla usted, barón?, dijo irritada.

Wildenrod se sonrió: la sonrisa embellecía su rostro borrando en él las arrugas y dulcificando su expresión.

– ¿Le parece á usted si soy capaz de burlarme?, preguntó en voz baja. ¿Puede creer de mí tal cosa?

Maya alzó los ojos y le miró. No, aquella mirada no era burlona; pero era una mirada incomprensible que la tenía como aprisionada y le causaba una sensación de inquietud y de sobresalto. No pudo responder y movió la cabeza en ademán de negación.

– ¿No? Entonces, para demostrarme que el huésped que hoy ha llegado á su casa no le da miedo..., acceda á la súplica que voy á dirigirle... ¿Lo hará usted, señorita?

– Primero sepamos de qué súplica se trata, respondió Maya procurando recobrar su tono caprichoso.

Wildenrod, con el codo sobre la rodilla y la cabeza apoyada en la mano, miraba á la joven que estaba á su lado.

– Todos la llaman á usted por su nombre, murmuró acercándose aún más á la niña sin quitarle los ojos de encima; un nombre tan dulce como no hay otro igual en el mundo; todos, hasta ese Sr. Runeck, pueden llamarla Maya, y ¿seré yo el único que en esta casa habré de llamarla *señorita?* No me atrevo á reclamar el derecho de hermano de Cecilia, que la tutea, pero... ¿me será permitido llamarla Maya?, preguntó cogiéndole la mano.

No era una petición extraña tratándose de un hombre de edad madura y de una joven de tan pocos años, sobre todo teniendo en cuenta el parentesco que pronto existiría entre ambas familias; y sin embargo, Maya vaciló tanto, que Oscar le preguntó en tono de reproche:

– ¿Se niega usted?

– ¡Oh, no! Es usted hermano de Cecilia, barón.

– Sí, y el hermano de Cecilia tiene otro nombre que quisiera oir pronunciado por sus labios, Maya: me llamo Oscar.

No obtuvo respuesta; la pequeña y regordeta mano de la joven tembló en la mano grande y flaca del barón, y trató de retirarse, pero en vano: el barón la tenía cogida demasiado fuertemente.

– ¿No quiere?, preguntó Wildenrod.

– ¡No..., no puedo!, respondió Maya con acento angustioso.

– ¿Tan difícil le es?, exclamó Oscar sonriéndose. Paciencia; me contentaré por ahora con el permiso que me ha concedido y por el que le doy las gracias, Maya.

Y soltó la mano de la joven después de haberla oprimido suavemente.

¡Maya! ¡Cuán extraño sonaba aquel nombre en boca del barón! Lo pronunciaba éste de tal manera, que la pobre niña sentía vértigos al oirlo.

En esto se acercó Enrique, y Maya respiró con satisfacción.

– ¿Qué haces, Oscar? ¿Te dedicas á hacer la corte á mi hermana?, preguntó alegremente colocando una mano en el hombro de la joven.

– Por ahora me aprovecho del parentesco futuro, respondió también riendo el barón. He solicitado y obtenido de tu hermana permiso de llamarla por su nombre; supongo que nada tendrás que oponer á ello.

– ¡Figúrate! Será divertido verte hacer el papel de tío con nuestra pequeña; ten cuidado de que no te falte al respeto.

Oscar guardó silencio; sólo su semblante, al oir esta interpretación ingenua, tomó una expresión extraña. Maya no había oído las últimas palabras, porque había echado á correr para abrazar á su padre, el cual estaba sentado con su hermana y la institutriz. La joven se arrojó sobre el pecho del anciano, como si un instinto la impulsara á buscar en él un refugio contra un peligro ignorado todavía, pero que, sin embargo, comenzaba á extender su sombra sobre el límpido presente.

Cecilia se había quedado junto al fuego; también seguía en su puesto Runeck, *el hombre de piedra,* como había murmurado riendo Cecilia al oído de Enrique. Este y Maya estaban admirados del silencio y de la frialdad de Egberto; en cambio, la baronesa, que no lo conocía y participaba de las ideas exclusivistas de su hermano, encontraba naturalísimo que el joven ingeniero se sintiera más bien intimidado que satisfecho de verse en una sociedad que no era la suya y á la que, por su humilde origen, se consideraba indigno de pertenecer. Lo mismo que el barón, Cecilia apenas se había fijado en Egberto, pero no había dejado de notar que éste la observaba continuamente, y atribuyendo aquella insistencia á admiración, se dignó benévolamente hablarle.

– ¿Conque conoció usted á mi hermano en Berlín, Sr. Runeck? ¡Qué casualidad!

– En una gran capital nada tiene esto de particular, respondió el joven tranquilamente. Por otra parte, fué un encuentro momentáneo, del que su hermano de usted, según acaba usted de oirlo, ya no se acuerda.

– ¿Hace tres años, no es verdad? ¡Ah, sí, ya me acuerdo! Oscar fué luego á Lausanne para sacarme del colegio. No creo que á mi hermano le guste mucho la capital. ¿Ha estado usted allí mucho tiempo, Sr. Runeck?

– Varios años; he hecho en ella mis estudios.

– ¿Ah, sí? Yo en cambio no la conozco. En el próximo invierno iremos con Enrique. Me figuro que la vida de sociedad debe ser allí muy animada, sobre todo en los meses fríos.

– Sobre esto nada puedo decir á usted: estaba en Berlín para estudiar y trabajar.

– Pero el estudio y el trabajo no le ocuparían todo el tiempo.

– Sí, señorita, todo.

Aquella respuesta brusca, casi grosera, disgustó á Cecilia, y más aún le disgustó el que la había pronunciado. Ahora que le veía de cerca, ¡cuán antipático le parecía aquel amigo de Enrique! Tenía un aire imponente, es cierto, pero ¡tan rígido, tan de una pieza, por decirlo así, tan poco á propósito para un saludo! Y además, aquel rostro irregular, duro, no adquiría una expresión más dulce y más amable ni siquiera cuando se trataba de darle conversación. ¡Qué respuesta tan áspera! ¡Casi parecía una lección! ¡Y con qué ojos la miraba aquel hombre! Cecilia lo comprendió de pronto: no era admiración lo que indicaban aquellos ojos grises y fríos como el acero; no era turbación por el honor de encontrarse entre gentes á él superiores; no, de aquel hombre irradiaba una corriente de antipatía, de enemistad. Cecilia se sonrió: lo que en otra joven habría producido una impresión desagradable, interesaba y exaltaba, por el contrario, á la bella prometida que, desde aquel momento, resolvió continuar el coloquio. Apoyó sus diminutos pies en los morillos de la chimenea y con un ademán lleno de gracia se arrellanó mejor en la butaca. El sitio en donde se hallaban estaba casi obscuro: la hora avanzada de la tarde y la escasa claridad exterior dejaban aquella parte del salón en una penumbra iluminada á intervalos por los destellos de la chimenea, que parecían jugar con la joven, ora arrancando reflejos de su vestido, ora encendiendo las rosas que en la cintura llevaba prendidas, ora inundando de luz ó envolviendo en sombras su hermosa cabeza hundida en el encarnado almohadón.

– ¡Dios mío!, dijo Cecilia suspirando. ¿Cómo lo haré para vivir en Odensberg? El santo y seña es aquí *¡trabajar!* No se vive para otra cosa, y yo, pobre muchacha atolondrada, tiemblo sólo de pensar en esto y estoy segura de que caeré en desgracia de mi futuro suegro, que debe ser el genio del trabajo, ¿no es verdad?

Runeck permaneció insensible ante aquel tono petulante, provocativo, que los admiradores de Cecilia encontraban irresistible.

– Es cierto, respondió tranquilamente; el señor Dernburg es nuestro mejor ejemplo. También yo opino que no se hallará usted bien en Odensberg, baronesa; pero supongo que Enrique le describiría todo esto antes de que usted se decidiera á venir.

– ¡Oh! Enrique tiene los mismos gustos que yo, replicó Cecilia; como yo, siente gran pasión por el Sur y no sueña más que con una quinta en aquellos países llenos de sol, á orillas del mar azul, entre palmeras y laureles.

– Es natural que Enrique sienta tantas simpatías por los países meridionales en donde ha recobrado la salud y que por ahora los prefiera al clima rudo de su tierra, que también le gusta mucho, pero que le hace sufrir tanto. Enrique, sin embargo, es bastante rico para seguir viviendo en cualquier lugar de Italia hasta que esté completamente curado, si bien considerando siempre Odensberg como su residencia fija.

– ¿Cree usted que esto último es indispensable?, preguntó Cecilia.

– Ciertamente; es hijo único y algún día habrá de dirigir todas esas grandes minas. Es un deber al cual no podrá substraerse, y tanto él como su futura esposa deben prepararse para cumplirlo.

– ¿Un deber? ¡Ah! Veo que esta es su palabra favorita, Sr. Runeck; la emplea usted á cada momento. En cambio, yo no puedo sufrir esta palabra fastidiosa, y creo que nunca me acostumbraré á ella.

Se veía claramente que Egberto no encontraba atractivo alguno en aquella conversación, y si acerca de ello pudiera caber alguna duda, la habría disipado su respuesta impaciente, casi irritada:

– Mejor será que no discutamos, baronesa; pertenecemos á dos mundos diferentes y habrá de dispensarme usted que no comprenda el suyo.

Cecilia sonrió con aire de triunfo. ¡Al fin había conseguido hacer salir á aquel hombre de su calma impenetrable, casi tan ofensiva como un insulto! No estaba acostumbrada á que le negaran la admiración ni á oir hablar de *deber;* por esto le era odioso aquel hombre.

El fuego se avivó, y mientras Runeck permanecía en la sombra, la joven quedó iluminada en medio de aquella obscuridad, apareciendo casi como una visión fantástica. Y en aquel momento clavó sus hermosos ojos hechiceros en Egberto y le dijo en tono de broma:

– Pero habrá sin duda algún puente que una á esos dos mundos; y si nos encontrásemos en aquel terreno neutral, tal vez podríamos llegar á comprendernos, ¿no le parece? ¿O cree que no vale la pena de que nos comprendamos?

– Creo que no lo vale.

Al oir aquella respuesta glacial, Cecilia se incorporó, y apoyando sus manos en los brazos del sillón, inclinóse hacia adelante y miró á Egberto con expresión de rabia.

– ¡Es usted muy sincero, Sr. Runeck!

– No interprete usted mal mis últimas palabras, baronesa. Creo que para usted no vale la pena de descender á un mundo inferior; esto es lo que quise decir.

Cecilia se mordió los labios. Su adversario sabía parar admirablemente todos los golpes; y sin embargo, ella había comprendido todo el sentido amargo de su respuesta, toda la ironía de sus palabras.

Pero ¿por qué era enemigo suyo aquel hombre? ¿Enemigo de la prometida de su amigo de infancia, de la futura dueña de Odensberg, de aquella casa que tantos beneficios le había dispensado? Indignada, furiosa, sentía que su alma se rebelaba contra aquel señor ingeniero en quien al pronto no se había fijado, pero que en lo sucesivo debía purgar la falta, no sólo de no haberla admirado, sino de haberla irritado, por añadidura. De momento, lo mejor era plantarle en seco; y en efecto, sin decir una palabra, levantóse bruscamente y se dirigió hacia donde Enrique y Oscar estaban hablando juntos.

Egberto lanzó una mirada á aquel grupo y exclamó:

– ¡Pobre Enrique! ¡En qué manos has caído!

Aquella noche, la reunión de familia se disolvió antes de la hora acostumbrada, para que los viajeros pudieran retirarse pronto á descansar. Sin embargo, Oscar y Cecilia, una vez en sus habitaciones, no se acostaron en seguida. De pie, en medio del saloncito lleno de flores, Cecilia no mostraba las sonrisas, la amabilidad, la gracia que durante todo el día desplegara, sino que disgustada, furiosa, hablaba casi convulsivamente.

(Continuará.)

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Continuando la información gráfica del viaje regio que comenzamos en el número último, publicamos en el presente varios grabados relativos á la expedición á Covadonga, á la estancia de S. M. en León (véanse las páginas 558 y 559), á la visita del rey á la fábrica de armas de Trubia y á su excursión á Santander. Como explicación de estos grabados, ampliaremos la somera descripción que en el pasado número hicimos del itinerario de este viaje.

D. Alfonso XIII visitó el día 3 el santuario de Covadonga, oyendo misa en la cueva de la Virgen, acompañado de los príncipes de Asturias y de numeroso público. Las reales personas se suscribieron por cantidades importantes para la continuación de las obras del santuario. En el álbum que allí le presentaron escribió S. M. lo siguiente:

«Seré fiel continuador de la devoción de los Alfonsos á la Virgen de Covadonga. – *Alfonso.*»

A continuación escribieron SS. AA. RR.:

«Siempre conservaremos un gratísimo recuerdo de nuestra primera visita al santuario de Covadonga.»

El día 7 verificóse la expedición á León, cuyas calles estaban engalanadas con banderas, colgaduras y guirnaldas, ofreciendo el aspecto más pintoresco. A su llegada, dirigióse el rey á la catedral, en donde después de cantado el *Tedéum* el obispo dió la bienvenida al monarca en nombre del cabildo, clero y fieles de la diócesis, le invitó á tomar posesión en el coro de su sillón de canónigo honorario, prebenda que desde tiempo inmemorial tienen los reyes de España en aquel cabildo. Accedió á ello el monarca, y bajo palio se dirigió al coro á los acordes de la Marcha Real, ocupando el primer sitial de la izquierda, denominado el sillón del rey, el cual estaba cubierto con rico dosel. El prelado le dió posesión con la fórmula de ritual y luego dióle el parabién por su nueva investidura. La ceremonia resultó solemne, y al terminar, el pueblo que llenaba el templo prorrumpió en entusiastas aclamaciones y vivas á D. Alfonso XIII. Más tarde el rey hizo una nueva y más detenida visita á la catedral, recorriéndola pausadamente, admirando sus reliquias y sus innumerables bellezas artísticas y haciendo elogios de las obras de restauración que se están realizando.

El día 8 visitó S. M. la Papelería Leonesa, en donde acompañado por el Sr. Merino, hijo político del Sr. Sagasta, recorrió todos los departamentos de la importante fábrica y presenció todos los trabajos de la elaboración del papel. En el patio del establecimiento una comisión de operarios le presentó una exposición del Centro Obrero de León pidiendo al rey que á su regreso á Madrid influyera con el gobierno para combatir las injusticias sociales, inspirándose en el amor á los obreros y dando solución á los problemas que se refieren al bienestar de la clase trabajadora. S. M. mostróse muy amable con la comisión, y expresó su deseo de que así como á su padre se le llama rey pacificador, pueda llamársele á él rey de los obreros.

Uno de los detalles más característicos y pintorescos del recibimiento de S. M. en León fué la comisión de maragatos que vistiendo sus típicos trajes salió á recibir á D. Alfonso.

El día 9 verificóse la expedición á Trubia; la fábrica de cañones que allí existe es una de las instituciones que más honran al cuerpo de Artillería, y así se explica que la visita de S. M. á la misma fuese larga y minuciosa. El rey se dirigió en primer término al taller de fundición y forja de acero, en donde presenció la forja de un bloque de 16 toneladas y el templado de un tubo de 15 centímetros. En el taller de montajes vió funcionar todas las máquinas, fijándose en las garlopas y remachadoras; presenció luego la operación de picar limas á máquina y á mano y las de fabricación de cartuchos metálicos, y visitó el Parque, en donde vió cañones



Viaje de S. M. el Rey D. Alfonso XIII. – Trubia. – El tren real. – S. M. examinando un cañón Argüelles-Munaiz de 15 centímetros (de fotografías de Anselmo del Fresno)


Viaje de S. M. el Rey D. Alfonso XIII. – Trubia. – El rey y el príncipe de Asturias en el tren de vagonetas que les condujo al probadero de cañones (de fotografía de Anselmo del Fresno).


Viaje de S. M. el Rey D. Alfonso XIII. – Trubia. – El rey y el príncipe de Asturias examinando la máquina de fabricación de cartuchería (fotografía de Anselmo del Fresno).



Viaje de S. M. el Rey D. Alfonso XIII. – Santander. – Llegada de la escuadrilla y buques que salieron á esperarla. – El rey y el príncipe de Asturias dirigiéndose á la catedral (de fotografías de Duomarco)



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. – Santander. – Arco formado con las escalas de los bomberos municipales y voluntarios
Aspecto de la plaza en donde está situado el Gobierno Civil, durante la recepción oficial (de fotografías de Duomarco)

de 6.000 metros de alcance y la grúa de 60 toneladas que elevó un cañón con su montura.

Después del almuerzo, que se celebró en el pabellón de la Biblioteca, adornado con mucho gusto, S. M. presenció el punzonado de un bloque de 16 toneladas para manguito de cañón de un obús de 15 centímetros, y desde aquel taller subió en un tren formado por vagonetas al probadero de cañones, situado á media hora de la fábrica. Allí examinó el rey un cañón Ordóñez de 24 y disparó otro Argüelles, desde la caseta, con el disparador eléctrico, regresando luego á la fábrica, presenciando la colada del acero y la reducción de lingotes á cables de pequeño diámetro, y orando breve rato en la capilla.

Al despedirse el rey, los obreros le entregaron un mensaje pidiendo que se construyan casas cerca de la fábrica y que no se rebaje el jornal á los operarios antiguos.

S. M. felicitó al coronel Sr. Díaz Varela y al personal de la fábrica, cuyos talleres están en realidad á la altura de los mejores del extranjero, introduciéndose en ellos cada día nuevas mejoras y adelantos.

A las once de la mañana del día 13 fondeó en Santander el *Urania*, que conducía á S. M. y que entró en el puerto escoltado por multitud de vaporcitos y otras embarcaciones. A poco de fondeado el yate real celebróse á bordo del mismo el banquete con que el rey obsequió á las autoridades y á varias personalidades notables, y terminado el cual desembarcó el monarca, dirigiéndose á la catedral. Volvió después al muelle, en donde desde una tribuna presenció un simulacro de salvamento de un buque, que practicaron algunas brigadas utilizando los cañones Spandau y Lyle.

Concluído el simulacro, trasladóse la regia comitiva al Gobierno Civil para celebrar la recepción de autoridades y corporaciones, y luego, accediendo á la invitación del marqués de Comillas, visitó el rey el buque de la Compañía Transatlántica *Alfonso XII*, que estaba lujosamente engalanado.

Por la noche verificóse la fiesta náutica, que resultó lucidísima. En la bahía encontrábanse innumerables embarcaciones iluminadas, sobresaliendo entre ellas la del Ayuntamiento, que figuraba una góndola arrastrada por un cisne y una trainera de pescadores artísticamente adornada. A lo largo de los muelles, en las casas del Bulevar y en muchas del interior se quemaban bengalas. Varias bandas de música y el orfeón Cantabria, embarcados en vapores, amenizaron la velada, durante la cual los reflectores del *Urania* y del *Cataluña* enfocaron el paseo del muelle, iluminándolo á todo lo largo. La fiesta nocturna terminó con un hermoso castillo de fuegos artificiales y durante ella verificóse el banquete oficial á bordo del *Urania*.

Entre los varios arcos que en las calles de Santander se levantaron, llamó muy especialmente la atención el formado con varias escalas de salvamento del cuerpo de bomberos, delante del cual S. M. mandó detener el coche para sacar una fotografía. Este arco es el que reproduce el primero de los grabados que figuran en esta página.

Las fotografías cuyas reproducciones publicamos en este número nos han sido remitidas por los reputados fotógrafos Sres. Peinado, de Gijón; Gracia, de León; Anselmo del Fresno, de Oviedo, y Duomarco, de Santander.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

Breve reseña histórica del benemérito cuerpo de la Guardia Civil. – El inteligente editor barcelonés D. Luis Tasso ha publicado en forma de portfolio esta interesante reseña, ilustrada con profusión de autotipias, reproducciones de fotografías instantáneas que representan en todas sus fases la vida y los importantes servicios del benemérito cuerpo. El precio de este álbum, esmeradamente impreso en papel mate, es de una peseta.

El Pastor, por *E. Marquina*. – Se ha impreso este poema dramático de nuestro distinguido colaborador Sr. Marquina, cuyas representaciones en Madrid y en Barcelona dieron lugar á tan apasionadas críticas y de cuyo estreno se ocupó oportunamente La Ilustración Artística, en la crónica de teatros que entonces escribía D. Eusebio Blasco. Ha sido impreso en Barcelona, en la tipografía de *La Campana* y *La Esquella*.

Anales de las Obras Públicas del Perú. – Importantísima publicación oficial, cuyos dos últimos tomos de 602 y 797 páginas contienen detallados é interesantes datos acerca de las obras públicas de aquella República en los años 1897 y 1900, clasificados en tres secciones, administrativa, técnica y estadística, é ilustrados con numerosos planos y vistas de edificios. Esta publicación honra al gobierno peruano y á los centros administrativos de donde han salido los trabajos. Ambos tomos han sido impresos en la imprenta de Torres Aguirre, Lima.



Flor campestre, cuadro de Fausto Zonaro

Los niños que sufren, por el *Dr. F. Calatraveño*. – Este es el título del nuevo tomo que acaba de publicar la elegante y selecta «Biblioteca Mignon,» que con tanto éxito edita en Madrid el Sr. Rodríguez Serra. Su autor, el Dr. Calatraveño, ha condensado en cuatro preciosos trabajos, arrancados de la realidad, la dolorosa vida de los niños humildes, de las bajas capas sociales, víctimas del ambiente en que se crían. El tomo, ilustrado por el reputado artista Sr. Sánchez Gerona, se vende, como todos los de la biblioteca, á 75 céntimos.

Colección completa de formularios burocráticos, por *Enrique Martín y Guix*. – Contiene este libro todos los formularios de los documentos de más frecuente aplicación en todas las oficinas, cuidadosamente corregidos y puestos en armonía con la legislación vigente y los modernos adelantos, y dispuestos de forma que puedan servir de base para redactar todos aquellos documentos que no tienen modelación especial. Esta obra, de utilidad evidente, ha sido editada en Madrid por la casa Bailly-Bailliere é hijos y se vende á una peseta.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas selectas, revista semanal ilustrada; *Revista Comercial Hispano-Americana*, mensual ilustrada; *Revista Homeopática Catalana*, mensual; *La Medicina Científica en España*, mensual (Barcelona); *Revista Contemporánea*, quincenal; *La patria de Cervantes*, mensual ilustrada; *La mujer en su casa*, mensual (Madrid).

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 1.° de septiembre de 1902 — Núm. 1.079

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



BUSTO DE LA EMPERATRIZ ISABEL DE AUSTRIA, obra de Roberto Weigl

SUMARIO

REVISTA HISPANO AMERICANA

La cuestión del Pacífico: estado actual: negociaciones entre *Chile y Bolivia.* – *Paraguay:* legación en Wáshington: un programa de gobierno: los latifundios paraguayos. – *Colombia* y *Venezuela:* la guerra civil: información norteamericana. – *Honduras:* las islas de la Bahía: elección presidencial. – *Méjico:* el nuevo ejército revolucionario. – Un español en los páramos de la Tierra del Fuego.

Aprobados ya los convenios ó pactos que garantizan, por ahora, las buenas relaciones entre la República Argentina y Chile, la atención de los políticos sudamericanos se fija preferentemente en la llamada cuestión del Pacífico.

Veinte años hace que dura el estado provisional creado como consecuencia de la guerra de 1882. Provisional continúa siendo la situación de las provincias de Arica y Tacna y del departamento marítimo que poseyó Bolivia. De hecho, Arica, Tacna y la Bolivia litoral son territorios chilenos.

Ineficaces han sido las gestiones que en diferentes épocas hicieron los gobiernos peruano y boliviano para conseguir que, mediante tratados definitivos y con las compensaciones que se convinieran en favor de Chile, volviesen aquellos países á formar parte de las respectivas nacionalidades.

Hubo momentos en que el difícil problema pareció que estaba á punto de resolverse. Recordemos á este propósito que, según acuerdo de 16 de abril de 1898, la reina regente de España debía fijar las condiciones exigidas para tomar parte en el plebiscito que había de decidir entre el Perú y Chile la propiedad y soberanía de la provincia de Tacna y Arica. El Estado que la conservase pagaría al otro una indemnización de diez millones de pesos. Se consultó al gobierno español, y éste se manifestó dispuesto á aceptar el honroso encargo.

Surgieron, como siempre, dificultades de última hora; este, como otros acuerdos ó proyectos, no llegó á ratificarse ó realizarse, y las Sinopsis estadísticas y geográficas de Chile siguieron señalando como límite Norte de dicha República el río Sama. Todo el territorio en cuestión continuaba, pues, en poder de Chile. Lo provisional llevaba trazas de convertirse en definitivo por la fuerza de los hechos, sin respeto á compromisos anteriores.

Perú y Bolivia llegaron á tener alguna confianza en los buenos oficios de la República Argentina. Cierto es que ésta podía alegar como motivo de su intervención la conveniencia de establecer base permanente de relaciones amistosas entre los pueblos hermanos de la América del Sur; pero esa intervención hubiera lastimado, seguramente, el amor propio nacional de los chilenos.

Ahora las circunstancias han variado: la Argentina no es el pueblo rival de Chile que se dispone á la guerra contra él. Ha reducido sus armamentos marítimos y no ha lugar á suponer imposiciones. La República Argentina está en mejores condiciones para manifestar á Chile sus vivos deseos de que se resuelva pronto la cuestión del Pacífico, y Chile queda en completa libertad de acción para convenir, sin mediación directa de potencia extraña, los pactos definitivos con Perú y Bolivia.

Ya indicamos en la *Revista* anterior que el presidente de Chile había declarado que se aspiraba á resolver el problema con la mayor diligencia posible. La prensa sudamericana nos habla, en efecto, de negociaciones secretas entre Bolivia y Chile, y aun se citan los nombres de los plenipotenciarios que nombraría el gobierno boliviano cuando llegue el momento de dar á aquéllas carácter oficial y público, los Sres. D. Adolfo Ballivián y D. Claudio Pinilla.

El resultado de dichas negociaciones no deja de preocupar á la prensa boliviana. Aspírase en esta República á recuperar todo lo que fué su departamento litoral, y se teme que el gobierno ceda y llegue á sancionar la pérdida de parte de aquél á cambio de alguna indemnización.

***

En el mensaje que presentó á la Cámara el vicepresidente de la República del Paraguay Sr. Carvallo se daba noticia de los principales actos de la Administración pública durante el año 1901-1902. Uno de ellos ha sido el establecimienso de Legación en Wáshington.

Era el Paraguay el único estado americano que no tenía representación diplomática en los Estados Unidos del Norte. Ahora, como los capitales de este país empiezan á buscar empleo en el Paraguay y conviene estimular en cuanto sea posible el desenvolvimiento de relaciones comerciales entre ambas repúblicas, el gobierno paraguayo creyó oportuno acreditar un representante en Wáshington, y se promete muy felices resultados de la gestión encomendada al nuevo ministro, el ciudadano Dr. Alejandro Audibert.

Por su parte, los Estados Unidos norteamericanos han de hacer también cuanto puedan para fomentar esas relaciones. De día en día van necesitando más mercados para su producción, porque los de Europa, que pretenden conquistar, no son tan accesibles como suponían. Las últimas estadísticas han debido causar un gran desencanto á los yanquis: en el año económico que terminó en 30 de junio, los Estados Unidos han exportado á Europa mercancías por valor de 100 millones de dólars menos que en el año anterior. En cambio, sus importaciones han aumentado en unos 60 millones de dólars.

Y como los grandes centros industriales y productores de Europa, sobre todo de Alemania, ponen resuelto empeño en aumentar su tráfico con la América española, los Estados Unidos no pueden descuidarse, so pena de exponerse en los sucesivos años á sorpresas aún más desagradables que la de ahora.

La interinidad de Carvallo como presidente en ejercicio va á cesar pronto. El candidato para la presidencia que más probabilidades tiene es el señor Ezcurra, factor principal que fué en el movimiento revolucionario que ocasionó la caída de Acebal. En su programa de gobierno ha declarado aquél que se propone hacer un llamamiento á la juventud intelectual paraguaya para que le ayude en la empresa que más importa al país, que es desarrollar sus fuerzas económicas. Los *latifundios*, que allí, como en otros países, han hecho y hacen gran daño, corren peligro. Cree Ezcurra que «el pueblo más patriota y más trabajador es aquel en donde la propiedad está más repartida.»

En las actuales condiciones de la propiedad en el Paraguay, es punto menos que imposible resolver el problema de la colonización nacional y extranjera.

***

No se ha conseguido todavía la completa pacificación de Colombia.

Los convenios acordados entre conservadores y liberales han surtido efecto en todo el país menos en el departamento de Panamá, donde hace quince días aún peleaban con encarnizamiento las huestes de uno y otro bando.

Cartas particulares que acabamos de recibir de Bogotá nos aseguran que la paz en aquella república quedará en breve restablecida. Los revolucionarios del interior han depuesto las armas, acatando la autoridad del gobierno, que les ha ofrecido toda clase de garantías. Sólo se mantienen en actitud belicosa las guerrillas del citado departamento, contra las cuales envió el gobierno nacional un ejército de 6.000 hombres al mando del general D. Pompilio Gutiérrez.

Hay confianza en que dichas guerrillas se sometan pronto, obedeciendo la voz de los principales jefes de la revolución, quienes, convencidos de la impotencia de sus medios, trabajan actualmente por poner término á esa guerra fratricida que tantos males ha causado á Colombia.

Dado el mutuo auxilio que se prestan los bandos políticos en Venezuela y Colombia, la paz en ésta contribuiría á restablecer la tranquilidad en aquélla, donde los partidarios de Castro y de Matos redoblan sus esfuerzos para lograr el triunfo.

En Venezuela la guerra civil ha tomado caracteres más graves. Ciudad Bolívar y otras poblaciones han sido ocupadas por las fuerzas enemigas del actual presidente, y fué preciso declarar bloqueados las bocas del Orinoco y algunos puertos. Los revolucionarios se han apoderado también de Barcelona, donde, si hemos de dar crédito á las informaciones de Nueva York, los invasores han maltratado á mujeres y niños y saqueado la población.

Pero ya saben nuestros lectores que conviene estar prevenidos contra tales informaciones. Hay siempre en la República yanqui verdadera complacencia en denostar á los hispano-americanos, y no se pierde allí ocasión de recargar las tintas cuando se da noticia de los trances ó incidentes de estas contiendas. Y lo grave del caso es que las tales referencias se toman como artículo de fe aquí en España y en Europa, y ni se tiene en cuenta tampoco que si en épocas de guerra civil, cuando las pasiones se exacerban, los ciudadanos de esas repúblicas americanas pueden acaso olvidar deberes de humanidad, en tiempos normales muestran mayor civismo y cultura y más nobles sentimientos que muchos de los ciudadanos de la república que se ha dado en estimar como modelo, donde hay grandes comarcas que permanentemente se encuentran en tan desordenada condición como lo más desolado y anárquico, hoy, de Venezuela y Colombia; allí, nos dice *Las Novedades* de Nueva York, se dan batallas, corre la sangre, se aplica de continuo la ley marcial; allí se ha trasladado la Sierra Morena tradicional de España y bandas de forajidos roban y asesinan al viajero; allí hay poblaciones como Lexington (Kéntucky) en que la rivalidad ó los odios de familia crean un estado permanente de lucha que en pocos meses ha causado ya 36 víctimas; en las calles y en las casas se abrasan á tiros y nadie va á la cárcel... Es el caciquismo de España llevado á sus últimos perfeccionamientos; sin duda los yancófilos considerarán estos hechos como una prueba más de la superioridad de aquellas gentes.

***

Inglaterra ha renunciado al fin á todas sus pretensiones sobre las islas Roatan y demás que Honduras, con perfecto derecho, venía considerando como suyas y con las que se había formado el departamento hondureño de Islas de la Bahía.

Continúa preocupando en esta República la próxima elección presidencial. Además de los candidatos que citamos en la *Revista* de julio (Bonilla, Rosales y Arias), se presenta el Dr. D. Marco Aurelio Soto, que ya ejerció este elevado cargo.

***

Nueve mil hombres reclutados en varios Estados de la Federación se hallan actualmente esparcidos á lo largo de las líneas férreas que están construyendo las empresas del «Nacional de Méjico,» «Central Mejicano,» «Coahuila y Pacífico» y «Chihuahua y Pacífico.»

El presupuesto diario de todas estas obras para pago de jornales y compra de material fijo y móvil se calcula en 80.000 pesos, cantidad que ha de triplicarse dentro de pocos meses cuando empiecen á colocarse los nuevos carriles del Nacional y el Central en los tramos que se preparan para recibirlos. Entonces ya no serán 9.000, sino 20.000 los hombres ocupados en estos trabajos.

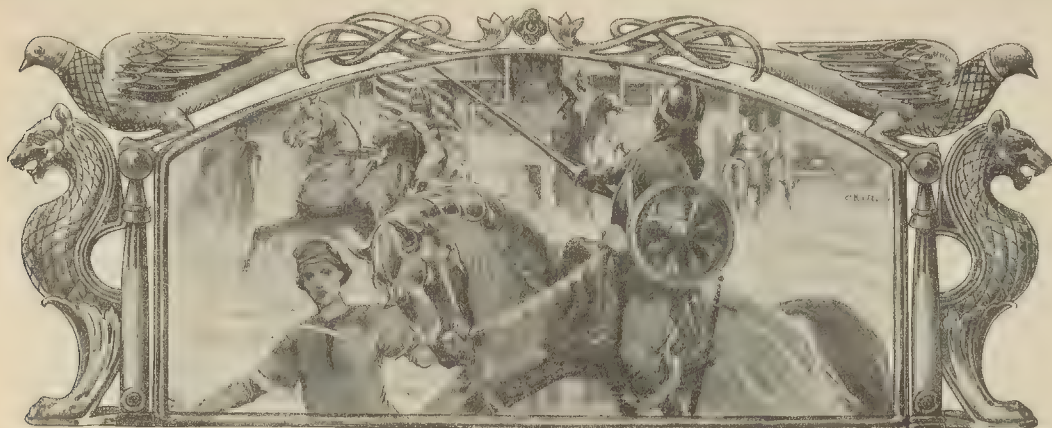
«¡Ese es – exclama *El Economista Mejicano* – el ejército revolucionario de Méjico, el ejército que va á operar una verdadera revolución en los destinos económicos de la República!»

***

No ha muchos días leíase en la *Gaceta de Madrid:* «El cónsul de España en Buenos Aires participa el fallecimiento del súbdito español Antonio Rey, ocurrido en el paraje denominado El Páramo, en Tierra de Fuego, el 7 de marzo último, dejando, entre otros bienes, 1.500 gramos de oro.»

Allí, pues; en aquellas desoladas tierras del extremo meridional de América, donde el Nuevo Mundo acaba con islas áridas y sombrías, con enormes rocas y masas de nieve; bajo aquel cielo triste, siempre gris, con frecuencia negro y tempestuoso; en un ambiente helado por las nieblas que caen de la montaña, allí hay españoles á quienes la miseria ó la desventura arrancaron de su patria, y que con el cuerpo doblado días y días sobre la orilla del torrente que arrastra las preciosas arenas viven, trabajan y ahorran, y pueden morir legando á sus desconocidos herederos, con otros bienes, 1.500 gramos de oro, una cincuentena de nuestras antiguas peluconas.

R. Beltrán Rózpide.



LA GRAN PROEZA DEL CONDE BERENGUER D BARCELONA

(LEYENDA CATALANA)

Erase un conde Berenguer de Barcelona, apuesto y gentil, leal y cortés y valiente, y de grandes prendas como otro tal no hubiese en todos los reinos cristianos. En las fronteras de su marca había batido á los alarbes, haciéndoles retroceder allende el Ebro. Y era amado y bienquisto, no sólo en toda la Marca Cathalánnica, sino también en Provenza y en Tolosa, y hasta en las mismas tierras del Imperio de los francos.

E hizo una gran proeza, como tal no hayan visto más los siglos; tanto que los trovadores la cantaron en mil tonos en discretos *serventesios;* y no había fiesta en castillo, villa ó campo en que no se cantara durante mucho tiempo la tal hazaña de tan esforzado conde cristiano.

***

Había en Alemania una emperatriz hermosa y discreta, honesta y recatada, que tuvo la desgracia de inspirar pasión violenta á uno de los gentiles hombres de la corte del emperador su esposo, llamado Wolfgango.

El tal cortesano era un menguado, y además traidor, malsín, astuto y desleal, aunque bravo, belicoso y diestro en el manejo de toda clase de armas, así de mano como de asta, ya fuese á pie, ya á caballo, teniendo gran agilidad en los ejercicios de cuerpo y gran industria en inventar falsedades y mentiras.

La emperatriz sufrió prudente las deshonestas miradas de tan mal caballero; pero éste insistió en sus torpes propósitos de modo tal y de manera tan ruda, que de las miradas pasó á las palabras, y á tanto la honesta emperatriz le viera decidido, que se vió obligada á significarle que se alejara de la imperial corte si no quería sufrir el merecido castigo del emperador, su señor y amo. Por lo cual él se fué.

Y una vez lejos, el malvado hizo correr voces de que se había marchado de la corte por no poder ya aguantar más los amorosos ataques de la reina; y tales fueron las villanas calumnias que hiciera correr sobre tan excelsa dama, y tan graves y tan precisas fueron las acusaciones, que la reputación de la soberana de Alemania empezó á sufrir de ello.

En tanto el malsín había prestado pleito homenaje á un rey no sujeto al emperador, y le servía como capitán; y así había podido evitar el que el emperador, antes su soberano, un día mandara prenderle y le aplicara ejemplar castigo.

Al principio de haber desaparecido el cortesano Wolfgango, el emperador no se enteró de nada. Pero no faltaron damas envidiosas de la virtud, donosura y belleza de la su soberana que hablaran tanto de las supuestas predilecciones amorosas de la emperatriz por el caballero prófugo, que el emperador hubo mientes de ello, y dudó, y por fin tuvo la debilidad de creer posible aquello que jamás existiera. Tan fuerte fué el viento de calumnia que desencadenó el mal nacido, que pronto pareció á los ojos de todos realidad lo que sólo era mentirosa imputación de un malnacido vil é infame.

Aconsejóse el emperador, en muy mal hora, con un amigo del ausente Wolfgango, y éste le indujo á que se resolviera á hacer juzgar á su esposa, y á condenarla á muerte si es que resultaba culpable, según la usanza de aquellos tiempos.

Y el *Juicio de Dios* fué decidido.

El tribunal nombrado, expidióse directo cartel al caballero para que compareciera á formular la acusación en toda regla, prometiéndosele la vida salva si resultaba favorecido por el poder de la Divina Providencia en el combate.

Llegado el día, el tribunal se reunió, y compareció entre guardias la infeliz soberana. El acusador, con la ayuda del diablo, fué elocuente y contundente; por malas artes habíase procurado prendas de la infeliz señora, que presentó como prueba de los presentes que ella le hiciera para seducirlo. Y el tribunal, compuesto de sabios y prudentes varones, decidió que se emplazara la liza, y que el caballero acusador estuviera presente cada tarde en ella durante doce días, á partir de tres meses de la fecha, y si al cabo de este tiempo no se hubiese presentado otro caballero que defendiera la inocencia de la gentil dama acusada, ganando en buena lid y con las armas en la mano la causa de ella, sería decapitada por adúltera, y su cuerpo echado á un estercolero.

Hiciéronse rogativas en todos los conventos de Alemania y de los demás estados cristianos, y varios emisarios partieron para proclamar el fallo en todas las comarcas de Alemania y en las demás Marcas cristianas, así de países francos, como septentriones ó mediterráneos. Y diz que el tal edicto hasta fué fijado en la capital alarbe de Córdoba, con permiso de un califa, hombre prudente y honesto, aunque no de nuestra ley.

Y esta nueva sonó por todas partes; mas como el acusador menguado era un tan feroz guerrero y terrible espadachín, nadie se presentaba.

Y pasaron días y más días sin que ningún gentilhombre, barón ó conde viniera á tomar la defensa de tan gentil y honesta dama. Y ya estaba á punto de expirar el plazo de los doce días, cuando llegó un fraile de luengas tierras, que hablaba en latín rústico, y dijo ser portador de la nueva de que había un esforzado caballero, que estaba ha poco combatiendo á los infieles muslimes, que ya se había puesto en viaje para defender á la excelsa emperatriz y demostrar la su inocencia; y pedía prórroga tan sólo de dos días para que el dicho caballero llegase, pues él montado en un mulo le había precedido. Y además pidió al tribunal que le dejara confesar á la alta señora que estaba presa. Y el tribunal accedió á tal demanda, viendo que el fraile traía pergaminos en regla que lo autorizaban como á experto teólogo, expedidos por el prior del su convento de San Cucufate Vallense.

Y el tal fraile no era otro que el buen conde Berenguer, que de tal se había vestido, habiéndole prestado su propio confesor las licencias que él al tribunal presentara.

En cuanto en la prisión hubo entrado, halló á la pobre emperatriz bañada en lágrimas. Y le dijo: «No temáis, señora, que pronto un caballero de marca y pendón viene en vuestra ayuda.» Y en tanto la exhortó á la piedad y á la plegaria con un tal fervor y unción tanta, que la gentil emperatriz, tomándolo por un santo, pidió confesión, y contrita y de rodillas se puso á confesarle los pecados de que la conciencia le acusaba, que por cierto eran bien pocos y veniales.

Y así, en confesión, pudo cerciorarse el buen conde de que ella era inocente de todas veras, y cuál era el móvil de tanta calumnia.

Retirado que fué de la mazmorra, sin haber descubierto á su penitenta quién él fuese, y sí sólo haberle encomendado que rezara con fervor por el éxito de la lucha entre el fellón malsín y el leal caballero que para llegar estaba, fuése á vestir con su propio traje, revistiendo la su armadura y montando el su caballo, embargando escudo y empuñando lanza y llevando hacha y espada en el arzón, á más de la que colgaba de su cintura.

Y ya tocaba á su término el último día del nuevo plazo concedido, cuando se presentó al son de clarines y añafiles, con un heraldo que le precedía llevando el pendón con las cuatro barras rojas sobre campo de oro.

Y fué esto en el mismo momento en que delante del tribunal formado y de pie el acusador, el verdugo ya se disponía á ejecutar la sentencia.

En cuanto vió á tan apuesto caballero entrar en liza, el menguado Wolfgango dióse priesa á montar el su caballo, embargó su escudo y se preparó al ataque. La gentil presencia y el bizantino esplendor del traje del buen Berenguer, del su caballo y de sus gentes, le hicieron sonreir creyendo estar enfrente de adversario poco temible por lo lleno de molicie. Así, á la somación del heraldo, aceptó el acusador el reto, y ambos partieron con las lanzas enristradas. Dió Berenguer en el escudo de su adversario, y éste en el de Berenguer, y saltaron las lanzas hechas astillas. Echaron mano ambos á las hachas de combate, y Berenguer cortó la del su contrario por el mango al ir éste á parar el golpe con ella; pero tan tremendo fué el golpe que le diera, que se le desmontó el hierro, cayendo al suelo junto con el de su adversario. Tiraron entonces de las espadas, y la lucha se prolongó por algún tiempo, tanta era la destreza de ambos, hasta que Berenguer, dando una vuelta ligera con su caballo, pilló á su adversario por detrás del flanco izquierdo, y sin darle tiempo para revolverse, le hundió la espada en el costado. Y una vez en el suelo, con la espada corta en la garganta, le hizo declarar su felonía.

El mal caballero, expirante, fué ahorcado. Y la emperatriz rehabilitada á son de clarines y entrada en triunfo en el imperial palacio.

Y cuando el emperador y la emperatriz quisieron conocer quién era el bravo caballero que había hecho prevalecer los derechos de la inocencia, Berenguer había ya desaparecido. Sólo mucho tiempo después supieron que era el noble conde de Barcelona quien ejecutara tan gran proeza. Y ambos vinieron á la condal villa á darle las gracias, siendo recibidos con gran regocijo en el palacio.

POMPEYO GENER.

(Dibujo de Triadó.)

LA CORONACIÓN DE S. M. EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA

A pesar del delicado estado de salud de Eduardo VII, verificóse el día 9 de agosto último la ceremonia de su coronación con todos los requisitos de la etiqueta palatina.


S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra

Desde las primeras horas de la mañana, no obstante el tiempo lluvioso, una muchedumbre enorme invadía las calles que conducen á la abadía de Westmínster, y á las ocho y media comenzaron á llegar á este templo magnates y pares, á quienes el gran chambelán recibía, designándoles los puestos que debían ocupar.

A las diez y media salió del palacio de Buckingham la primera comitiva formada por los príncipes ingleses y extranjeros; poco después apareció la segunda, la de los príncipes de Gales, y detrás de ésta la gran carroza ocupada por los reyes, cuyo paso por las calles era saludado en todas partes con aclamaciones de frenético entusiasmo. El espectáculo que ofrecían aquellas comitivas era deslumbrador.

A las doce llegó á la abadía la carroza real, de la que se apeó primero la reina, la cual entró en el templo mientras los niños del coro entonaban el *Vivat Regina;* tres minutos después entraba lentamente por la gran nave el rey, siendo saludada su presencia con el himno *Vivat Rex Eduardus.* Delante del monarca iban el deán y los canónigos, los lores del Consejo y los obispos, precedidos por el arzobispo de Cantorbery, y los condestables y los pares, portadores de las insignias reales.

Los reyes ocuparon dos tronos en el estrado levantado en el centro del templo, al que subieron también el arzobispo de Cantorbery, el gran canciller, el gran chambelán, el gran mariscal y el gran condestable, y después de la presentación del monarca, hecha por el primero, los reyes se arrodillaron, dando entonces comienzo la ceremonia religiosa. El rey contestó á las preguntas del ceremonial y firmó el juramento, hecho lo cual le quitaron el manto carmesí que llevaba y le pusieron otro recamado de oro; sentóse luego en el trono de San Eduardo, en donde fué ungido por el arzobispo, recibiendo después solemnemente los símbolos del poder, que son el cetro, el globo, las espuelas, la espada, el cinturón y la daga, y los ornamentos imperiales. Finalmente el arzobispo le ciñe la corona, y en el mismo instante los duques, pares y nobles del reino se ponen las suyas, que unos pajes sostenían, mientras resuena en el templo un clamor inmenso del *¡God save the king!* (¡Dios salve al rey!), y se repiten fuera los cañonazos y el repique de campanas.

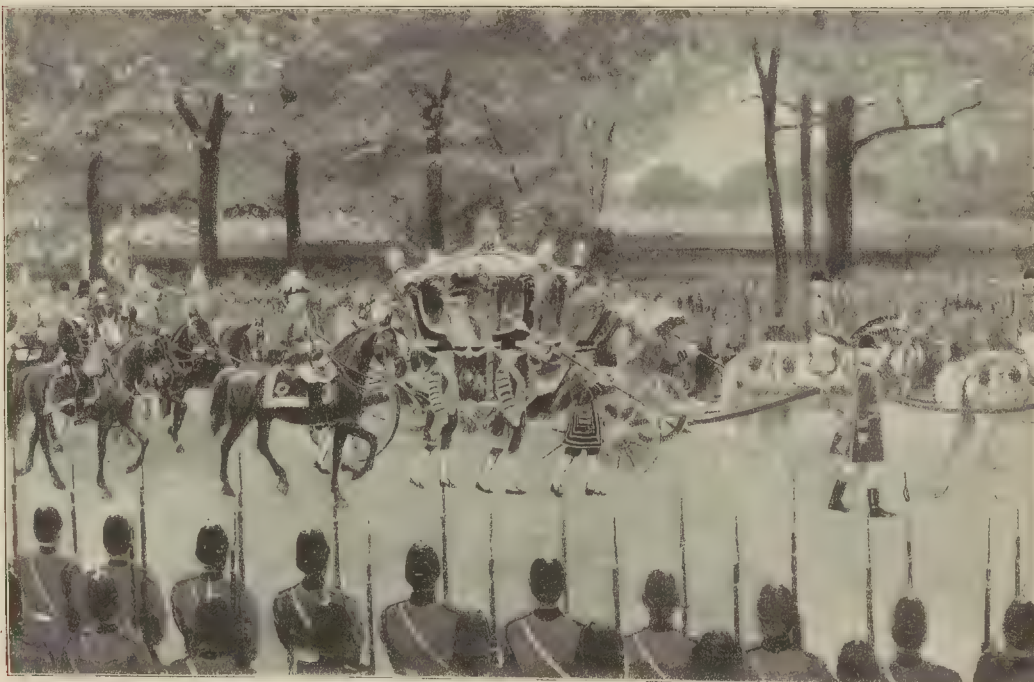
Inmediatamente recibió el rey de manos del deán la Biblia, que besó con respeto; entonóse á seguida el *Tedéum,* terminado el cual todos los presentes, hincadas las rodillas, prestaron juramento de fidelidad al monarca.

El acto de la coronación de la reina se hizo en forma más breve y sencilla, y á las dos de la tarde concluyó la ceremonia.

El regreso de la regia comitiva al palacio fué una verdadera marcha triunfal: los cañones dispararon innumerables salvas, las músicas militares tocaron el himno *God save the king,* las personas que ocupaban las tribunas saludaban agitando sombreros y pañuelos, y la multitud aclamaba á los soberanos, tributándoles una ovación delirante.


S. M. la reina Alejandra de Inglaterra

Por la noche hubo espléndidas iluminaciones y se quemaron varios castillos de fuegos artificiales, multitud de músicas recorrieron las calles y la muchedumbre se entregó en todos los barrios de Londres á demostraciones de regocijo y entusiasmo. – X.


Los reyes de Inglaterra dirigiéndose á la abadía de Westmínster para la ceremonia de la coronación



La abadía de Westminster en el momento de ser coronado S. M. el rey Eduardo VII de Inglaterra por el arzobispo de Cantorbery (dibujo del natural, por S. Begg)

ESPOSA Y AMANTE

No era el marqués un mal marido, un libertino desenfrenado; mas distaba mucho de ser modelo de fidelidad conyugal. Las tentaciones á que frecuentemente se hallaba expuesto; la facilidad que sus cualidades físicas, su nombre y su fortuna le daban para satisfacer pasajeros caprichos, el ejemplo de sus amigos y compañeros, la moda, el temor á un falso ridículo, constituían otras tantas causas de que olvidara con lamentable frecuencia el juramento ante Dios prestado el día en que contrajo matrimonio con su prima Laura.

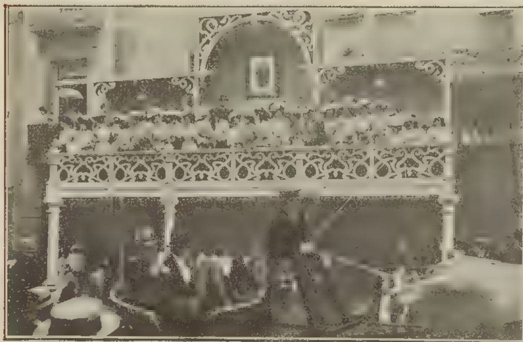


VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII.. – Avilés. El rey y el príncipe de Asturias al entrar en la población (de fotografía de R. G. Duartex).

La marquesa debía estar al corriente de la conducta de su esposo, primero por lo múltiple de los deslices de éste, y luego porque si nunca faltan buenas almas encargadas de referirnos lo que nos convendría ignorar, es de suponer que el número de almas tales allá se fuese con el de las del Purgatorio, tratándose de una mujer joven, hermosa, rica, y por lo tanto envidiada de muchas y de no pocos codiciada; pero es lo cierto que Laura no se daba por entendida, y que si bien se mostró cada vez más fría é indiferente con su marido, no salió de sus labios una sola palabra de queja, ni menos de reproche. Cuando alguien pretendía ponerla en autos de alguna nueva proeza del marqués, interrumpíale sonriendo con estas ó parecidas palabras:

– ¡Bah! ¡Tonterías!.. ¡Pasajeros devaneos á los que no debe concederse importancia alguna!

Así lo fueron durante algún tiempo: hasta que Mina Salvatori, la famosa soprano, la bella cantante aclamada por los públicos de las principales ciudades del mundo, logró fijar, al parecer, con sus encantos aquel voluble corazón. El marqués hizo locuras por lograr la preferencia entre cuantos adoradores



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. – Avilés. – Tribuna del Bothing Club en la calle de la Cámara (de fotografía de R. G. Duartex)

asediaban á la diva, y cuando consiguió el triunfo consideróse el más feliz de los mortales. Durante ocho meses, no sólo renunció á toda otra conquista y rompió con las antiguas, sino que desatendió en tal grado sus obligaciones conyugales, faltó de tal manera á las más rudimentarias conveniencias, que el escándalo fué colosal.

Y Laura impasible; oyéndolo todo, enterándose de todo y sin salir de su indiferencia y su mutismo. Sólo una vez habló: el día del beneficio de Mina, para manifestar á su marido que aquella noche deseaba ir á la Opera. El marqués consintió, no sin tomar la precaución de indicar que se vería obligado á dejarla sola en los entreactos, pues tenía que tratar con un amigo cuestiones perentorias y de gran interés. Inútil es decir que su propósito consistía en pasar el mayor tiempo posible en el cuarto de su amante. Esto tenía para el marqués tanta mayor importancia cuanto que trataba de conseguir que Mina, su adorada Mina, como la decía y se complacía en decirse á sí propio, rompiera ulteriores compromisos y se consagrase á él, á él por entero.

Aquella noche el teatro se llenó de bote en bote; allí se había dado cita lo más selecto de la sociedad, ansiosa de tributar una ovación á la célebre soprano en su *serata d'onore*, que era también la de su despedida. Representábase *Aida*, una de las inmortales creaciones de Verdi; la compañía era de *primo cartello*, y los aplausos, los bravos, las llamadas á escena, fueron innumerables durante los tres primeros actos.

El último intermedio fué largo, pues todos los cantantes, y en especial la beneficiada, estaban fatigados. Los admiradores de Mina habíanse apresurado á visitarla durante los dos primeros entreactos, y tanto por ello como en virtud de orden expresa de la cantante, sólo al marqués fué permitida la entrada al cuarto de ésta.

– ¿Cómo estoy esta noche, *mio caro?*, preguntó la diva al esposo de Laura echándole los brazos al cuello, después de haber tomado la precaución de cerrar la puerta.

– ¡Inimitable cual siempre y para mi desesperación!, repuso él.

– ¿Pero por qué?

– ¡Porque yo no quiero que nadie te admire, que nadie te aplauda, que nadie te alabe más que yo, yo solo!.. Por eso te pido una vez más, y de rodillas, que me pruebes la verdad de tu amor renunciando al teatro, renunciando al arte para siempre... Quiero que huyamos del bullicio, que nos aislemos del mundo, que no me roben ni una de las inflexiones de tu voz, ni un gesto tuyo, ni una mirada...

– ¡Loco!, exclamó Mina con zalamería.

– ¡Sí! Loco, loco estoy, es cierto... Mira: durante el pasado acto no se podía apartar de mí la idea de que si me dieran á elegir muerte, escogería la de Radamés: ser enterrado en vida con la mujer amada, contigo, pues por ti daría, no una, sino mil existencias que tuviera...

Abría la boca Mina para contestar á las ardientes frases del marqués, cuando se vió interrumpida por insólito desorden promovido en el escenario y seguido de estas alarmantes palabras pronunciadas por cien voces:

– ¡Fuego! ¡Fuego en la platea!

El marqués se puso en pie de un salto. Mina se dirigió á su tocador, abrió



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. – Avilés. - Arco de la Industria y el Comercio en la calle de la Cámara (de fotografía de R. G. Duartex)

el cajón y sacó apresuradamente los estuches que contenían sus alhajas; volvióse para huir en unión de su amante... ¡y se encontró sola!

Entonces no el temor, sino el despecho, arrancóle esta exclamación:

– ¡Cobarde!..

¡No! ¡Mil veces no! ¡No era cobarde el marqués!

Lejos de emprender la fuga por la puerta del escenario que daba á la calle, lanzóse con la rapidez del rayo á la puertecilla que ponía aquél en comunicación con la platea. Una fuga de gas, consecuencia de alguna rotura en la cañería, había iniciado el incendio en un palco próximo al del amante de Mina; las llamas habían tomado rápido incremento y el pasillo estaba convertido en una hoguera. A ella se arrojó el marqués, chamuscándose los cabellos y la ropa; penetró como una exhalación en su palco; apoderóse de Laura, que se había desmayado, y sosteniéndola con uno de sus robustos brazos, precipitóse en busca de la salida, para alcanzar la cual hubo de emplear enérgicamente la mano que le quedaba libre, pues la muchedumbre, alocada, presa de indescriptible pánico, se aglomeraba hacia las puertas, convirtiendo en obra de titanes lo que es habitualmente cosa tan fácil como breve.



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. – Avilés. Tribuna del Casino y tribuna japonesa en la calle del Marqués de Teverga (de fotografía de R. G. Duartex).

Tras algunos minutos de lucha, hallóse el marqués en la calle con su preciosa carga, la depositó en el carruaje que estaba esperando y dió al cochero orden de volver á casa. Mina se había borrado por completo de su imaginación, á la que acudían en tropel un mundo de recuerdos. Pensaba en el día de su boda, cuando Laura, con el blanco traje, símbolo de su pureza, pronunció, ruborosa y sonriente á través de sus lágrimas, el sí que á los dos primos había unido en lazo indisoluble; cuando luego la madre de la desposada, llorando también, se había separado de la gentil pareja, diciéndole á él: «¡Es la hija de mis entrañas!.. Te la entrego confiando en que la harás feliz...» El lo juró así por su honor... ¿Cómo había





VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. – Pamplona. – Tribuna de la Cámara de Comercio. – Arco erigido por el Ayuntamiento. – Arco erigido por el Ejército (de fotografías de D. Antonio García Peña)

cumplido su juramento?.. Olvidando sus deberes, posponiendo su esposa á cien mujeres que valían infinitamente menos que ella, dejándola sola, entregada á sí misma, expuesta á las seducciones de una turba de calaveras como él, á toda clase de peligros... Y así había pasado un año y otro; en tal conducta había persistido hasta aquel momento... Pocos minutos antes, mientras él disfrutaba las impuras caricias de la cantante, ella, Laura, la honrada esposa, corría el riesgo de recibir la más horrible de las muertes...

Imaginábase el marqués aquel hermoso cuerpo que tantas veces había estrechado entre sus brazos, convertido en una masa informe; aquellas delicadas facciones ennegrecidas por el humo, contraídas por el dolor; decíase que el último pensamiento de Laura hubiera sido, en tal caso: «¿Dónde está el hombre que juró ser mi amparo? ¿Dónde está que no acude á protegerme, á salvarme?..» ¡Y acaso hubiera muerto despreciándole, porque su alma era demasiado piadosa para maldecirle!

Al cruzar tales ideas por la mente del marqués, éste se estremecía, inclinábase afanoso hacia Laura, cogía sus manos, las oprimía suavemente y la llamaba en voz queda, prodigándola los más dulces epítetos, reconociendo sus culpas y prometiendo la enmienda... ¡Era aquello una verdadera resurrección moral! El amor y el honor, dormidos en el fondo de un alma noble, acababan de despertar.

Paró el carruaje, y el marqués no quiso ceder á nadie el cuidado de conducir á su esposa hasta su lecho; en él la depositó y apresuróse á enviar en busca de un médico; pero no fueron necesarios los auxilios de éste. Despojada de las prendas de ropa que la oprimían, la joven no tardó en volver en sí; al ver á su lado á su marido, tendióle una mano que él se apresuró á estrechar, y á la vez que su semblante tomaba inefable expresión de dicha, murmuró:

– ¡Ah! ¡Eres tú!.. ¡Ya estaba yo segura de que acudirías en mi auxilio!

El marqués premió estas palabras, reveladoras de inquebrantable confianza, con un apasionado beso.

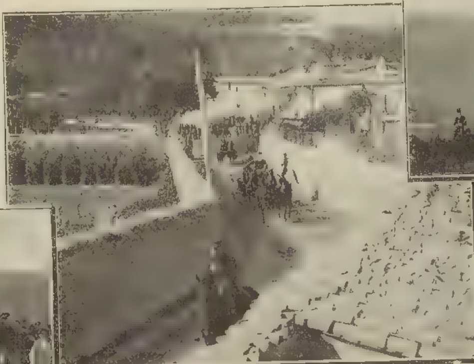
. . . .

Mina partió al día siguiente á San Petersburgo; pero antes trató de vengarse refiriendo á cuantos de ella fueron á despedirse la *cobarde conducta* de su amante. Las palabras de la tiple llegaron á oídos de éste, que respondió encogiéndose de hombros:

– Es posible que tenga razón; pero entre la que lleva mi apellido y la que me ayudaba á deshonrarlo, la elección no podía ser dudosa.



El rey en el campo del tiro (de fotografía de D. Antonio García Peña)



PAMPLONA. – El rey dirigiéndose al gran fuerte de Alfonso XII (de fotografía de D. Antonio García Peña)



PAMPLONA. – S. M. el rey visitando las fortificaciones de la ciudad (de fotografía de D. Antonio G.ª Peña)

. . . .

La nueva luna de miel de los marqueses promete *ser eterna*, y Laura dice á las *buenas amigas* que en realidad la habían hecho pasar ratos crueles:

– Conozco á mi esposo desde que éramos niños y estaba segura de que en su ánimo no arraigarían las malas pasiones, de que acabaría por reconocer que sólo en el cumplimiento de nuestros deberes y en el seno de un hogar honrado y tranquilo reside cuanta felicidad nos es permitido disfrutar en la tierra.

EDUARDO BLASCO.



PAMPLONA. - Palacio de la Diputación Foral de Navarra, donde se alojó S. M. el rey D. Alfonso XIII La fachada Este, donde está el Archivo, adornada y dispuesta para la iluminación (de fotografía de D. Julio Altadill)



EL REGRESO DEL AMANTE, cuadro de Marcos Stone [illegible]



EN EL JARDIN, cuadro de E. Toudouze

NUESTROS GRABADOS

Busto de la emperatriz Isabel de Austria, obra de Roberto Weigl.—Desde que hace cuatro años murió villanamente asesinada en Ginebra la emperatriz Isabel de Austria, se han levantado á su memoria multitud de monumentos y se han modelado innumerables bustos y estatuas para perpetuar el recuerdo de la infortunada soberana. Una de las más recientes es la del escultor vienés Roberto Weigl, que publicamos, bellísima por su factura y por su originalidad: en ella, el rostro de la emperatriz, de hermosas y nobles facciones, se nos ofrece como aparición celeste, envuelta entre nubes, en medio de las cuales brilla una estrella; en el pedestal hay un bajo relieve que representa un buque hundiéndose en el mar y el sol desapareciendo en el horizonte. El emperador Francisco José de Austria posee el original policromado de esta obra, de la cual ha hecho su autor multitud de reproducciones para la reina Isabel de Rumanía, para los archiduques Rainer y Luis Víctor, para el Ministerio de Instrucción Pública y para muchos individuos de la alta nobleza austriaca.

***

El regreso del amante, cuadro de Marcos Stone.—La ausencia del ser amado ha impreso hondas huellas en el rostro de esa hermosa joven y llenado de tristeza su alma: indolentemente sentada en el banco donde tantas veces se juraron amor eterno, á la sombra de aquellos árboles, testigos mudos de momentos de felicidad inefables, todo allí le recuerda al ausente. Su mirada vaga traduce sus pensamientos, que no se apartan un punto de la idea única que por completo la absorbe, y su semblante melancólico es fiel reflejo del sufrimiento que tortura su corazón... Pero al fin su amante ha llegado inesperadamente y se acerca silencioso al sitio en donde sabe que ha de encontrarla; sólo unos pocos pasos le separan de ella; dentro de un instante la estrechará entre sus brazos, y este instante bastará para trocar la pena en alegría, en risa el llanto, la muerte en vida. El notable pintor inglés Marcos Stone ha tratado esta escena con verdadera maestría: la actitud y expresión de la linda muchacha; la figura del amante, que parece detenerse un momento para mejor gozarse en la contemplación muda de su amada; el bosque, el estanque, el cielo, todo está intensamente sentido y admirablemente pintado, formando un conjunto que encanta y emociona, que habla tanto como á los sentidos al sentimiento.

***

En el jardín, cuadro de E. Toudouze.—En el número 1.077 de La Ilustración Artística, á propósito del cuadro *Ensueño*, del mismo autor que *En el jardín*, expusimos las excepcionales cualidades que adornan al notable pintor francés Toudouze. El lienzo que hoy reproducimos es una nueva y elocuente prueba de lo que entonces afirmamos: Toudouze siente de un modo poderoso la belleza y es poeta tanto como pintor. Para sus obras acude principalmente á la inagotable fuente de la naturaleza, buscando en ella lo que emociona á los espíritus escogidos; es realista, sí, pero no elige más que la realidad bella, y apartándose de los procedimientos extremos, así de las minuciosidades de los detallistas, como de las manchas y deformaciones de los impresionistas, adopta un justo medio, y así puede ofrecernos figuras tan hermosamente concebidas y con tanta perfección pintadas como la que admiramos en el lienzo que en el presente número reproducimos.

***

Meditación, cuadro de Carlos Pellicer.—El bonito cuadro de caballete cuya reproducción figura en estas páginas, ha de considerarse como un discreto estudio del joven pintor catalán Carlos Pellicer, quien atestigua cada vez más los adelantos y progresos que realiza y su cualidad de aventajado discípulo de uno de los más distinguidos pintores de la vecina nación, á quien con tanta justicia se considera como meritísimo maestro. Nuestros lectores conocen ya otras producciones del artista á que nos referimos, por cuyo motivo creemos estimarán exactas nuestras apreciaciones y merecidos nuestros plácemes.

***

S. M. la reina D.ª María Cristina en Munich.—El adjunto grabado es una nota íntima del viaje de S. M. la reina D.ª María Cristina y S. A. la infanta D.ª María Teresa, que creemos verán reproducida con gusto nuestros lectores. En él la augusta madre y la hermana de Alfonso XIII aparecen rodeadas de la infanta D.ª Paz, del esposo de ésta y de otros individuos de su familia, formando un grupo interesante. En Alemania, lo mismo que en Austria y en Francia, las ilustres viajeras han recibido marcadas pruebas de simpatía de parte no sólo de los elementos oficiales, sino del pueblo en general, habiéndose visto agasajadas y aclamadas dondequiera que han ido.



S. M. la reina D.ª María Cristina en Munich (de fotografía de M. Dietrich)

1. S. M. la reina D.ª María Cristina. – 2. La princesa Luis de Baviera. – 3. S. A. la infanta D.ª Paz. – 4. S. A. la infanta D.ª María Teresa. – 5. El príncipe Luis Fernando de Baviera. – 6. La princesa Adelgunda. – 7. La princesa Alfonso. – 8. El príncipe Luis de Borbón. – 9. El príncipe Francisco. – 10. La duquesa de Calabria. – 11. El duque de Calabria. – 12. El príncipe Alfonso.

BARCELONA. – FIESTAS DE LA MERCED

PROGRAMA OFICIAL

Día 23. – *Noche.* – Iluminaciones. Festivales en la Plaza de Cataluña y Plaza de la Constitución.

Día 24. – *Mañana.* – Solemnes oficios en la Merced. Reparto de bonos á los pobres.
Tarde. – Solemnidad taurina en la Nueva Plaza de Toros.
Noche. – Concurso de gigantes, enanos, etc... – Iluminaciones.

Día 25. – *Mañana.* – Solemne distribución de premios á la virtud por la Sociedad económica de Amigos del País en el Salón de Ciento.
Tarde. – Inauguración de la Exposición de Arte antiguo y salas del Museo Provincial. – Concurso de *Sport* á cargo de la Federación Gimnástica Española.
Noche. – Iluminaciones. – Fuegos artificiales.

Día 26. – *Mañana.* – Reparto de premios á los alumnos de las Escuelas Municipales.
Tarde. – Concurso de floricultura. – Fiesta Gimnástica.
Noche. – Conciertos por las bandas Municipal y Militares.

Día. 27. – *Mañana.* – Concurso de coplas ampurdanesas.
Tarde. – Bailes populares, sardanas, rondallas, etc...
Noche. – Concurso de automóviles.

Día. 28. – *Mañana.* – Revista y reparto de premios del Concurso de bomberos. Constitución de la U. N. de Bomberos.
Tarde. – Corrida de toros.
Noche. – Simulacro de incendio por el cuerpo de bomberos.

Día. 29. – *Mañana.* – Fiesta ciclista á cargo de la U. V. E.
Tarde. – Regatas á cargo del Real Club.
Noche. – Iluminaciones. – Fuegos artificiales.

Día. 30. – *Tarde.* – Regatas.
Noche. – Cabalgata Artístico-Industrial.

Día. 1.º – *Tarde.* – Fiesta hípica. – Regatas.
Noche. – Fiesta marítima. – Fuegos artificiales.

Día 2. – *Tarde.* – Regatas.
Noche. – Gran Retreta militar.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. Venecia. – La reconstrucción del *campanile* está dando lugar á grandes discusiones, pues mientras unos quieren que se reedifique tal como era antes, otros sostienen que debe hacerse una construcción dentro del estilo moderno. Mientras esto se discute, son cada día más numerosas las señales de que muchos monumentos de la ciudad de las lagunas están amenazados de ruina; así se observa que se van agrandando las grietas de la pared del palacio real y últimamente, después de una tempestad, han caído una ventana lateral y varias columnas de la iglesia de San Juan y San Pablo.

San Petersburgo. – Se ha inaugurado recientemente el monumento de la emperatriz Catalina, última obra monumental del famoso escultor ruso Antokolsky, recientemente fallecido en París.

Atenas. – El gobierno griego se propone proceder á la restauración del famoso león de Queronea, habiendo encargado á la Sociedad Arqueológica que indique el escultor á quien podría confiarse esta obra. También ha acordado practicar grandes excavaciones en Eleusis, en el sitio en donde se levantaba el templo de Ceres, famoso por los misterios que en él se celebraban.

Dusseldorf. – En la exposición de bellas artes últimamente celebrada, se han vendido obras por valor de 395.000 marcos (493.750 pesetas).

Viena. – Para la adquisición de obras con destino á la Galería Moderna han señalado el Estado, el Ayuntamiento y la provincia de la Baja Austria pensiones anuales de 60.000, 30.000 y 20.000 marcos respectivamente.

Teatros. – En el teatro Lessing, de Berlín, se ha puesto en escena con éxito grandísimo *La dama duende*, de Calderón, traducida al alemán por Adolfo Wilbrandt.

– En el antiguo teatro romano de Orange se ha representado con gran aplauso la tragedia de Sófocles *El rey Edipo*, habiendo desempeñado el papel de protagonista el famoso actor Mounet-Sully.

– En Turín se estrenará en la próxima temporada una ópera en un acto de Carlos Cordara, titulada *La tentación de Cristo*, en la que sólo figuran dos personajes, Jesús (tenor) y Lucifer (barítono).

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Cluny, *Pour ne pas l'être*, vaudeville en tres actos de Mauricio Darcy; en el Ambigú, *La fleuriste des Halles*, melodrama de Enrique Demesse.

Necrología. – Han fallecido:

D. Jerónimo Roselló, notable poeta y escritor mallorquín.

Marco Antokolski, célebre escultor ruso, miembro de la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo.

Jorge Genschow, pintor alemán.

Wieczislaw, conde Ledochowski, cardenal, prefecto general de la congregación *De propaganda fide.*

Juan Guillermo Mackay, millonario norteamericano á quien se conocía con el nombre de «rey de la plata.»

Luis Beckmann, pintor y escritor alemán.

Fernando Maas, pintor austriaco, ex profesor de la Escuela Real de Viena.

Cayetano Negri, historiador italiano.

Luis Sturz, pintor de género muniquense.

Jorge Vibert, pintor francés, muy conocido por sus retratos de cardenales y escenas de claustro.

Taco Mesdag, pintor holandés.

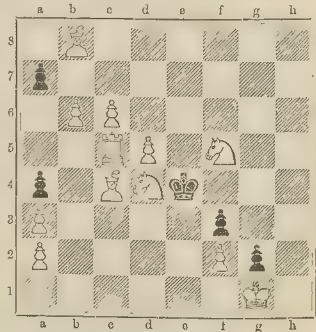
Geskel Salomón, uno de los más eminentes pintores y eruditos artistas de Suecia, profesor de la Academia de Artes Libres de Estokolmo, fundador de varias colecciones notables y de la Escuela de Dibujo del Museo de Gothenburg.

James Marshall, pintor de historia alemán.

AJEDREZ

Problema núm. 293, por F. Hofmann.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (12 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema n.º 292, por N. Maximow.

Blancas.	Negras.
1. Da8 – f8	1. Cualquiera.
2. C mate.	

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

– ¿Quieres decirme qué debo hacer? Creía haber hecho todo lo posible para contentarte, y sin embargo, me agobias con tus quejas.

– Has estado imprudente en grado sumo. No has procurado ni un momento ocultar tu antipatía por Odensberg, cuando tan sentido y quisquilloso se muestra siempre sobre este punto el padre de Enrique. Y ten en cuenta que es hombre que no perdona.

– Entonces, según tú, habré de hacer la comedia durante todas estas semanas y extasiarme ante este sitio horrible, más insoportable aún de lo que creía. Me parece que estamos en una sepultura, á muchos millares de millas del mundo civilizado, enterrados entre montes y bosques... Y después... ¡vivir en medio del estrépito de las fábricas, entre los obreros y con la gente de esta casa! ¡Brrr!.. Ya has visto que son todos gente imposible, menos aquella niña... Mi señor suegro me parece un tirano que tiene á todo el mundo metido en un puño. Delante de él siento miedo. Cuando hemos llegado, me ha mirado como si quisiera leer en lo más hondo de mi corazón... ¡Qué hombre! ¡Y aquella fastidiosa tía de Ringstedt, con sus cumplidos y su dignidad! ¡Parece de piedra! Y luego la institutriz con su aspecto tétrico, y finalmente el tal amigo de infancia de Enrique, que me ha dicho cosas...

Y se calló en seco, arrojando el abanico sobre la mesa.

– ¿Qué te ha dicho?, preguntó Oscar con inquietud que contrastaba con la indiferencia con que hasta entonces escuchara á su hermana.

– ¡Oh! Con los labios nada, pero bien he comprendido aun aquello que no me decía. Si no fuese esta la vez primera que lo vemos, diría que nos conoce y que nos odia á entrambos; cuando me hablaba, su mirada tenía una expresión de hostilidad... ¿Has visto con qué ojos te miraba al decirte que os habíais encontrado en Berlín? Parecían dos puñales.

Wildenrod contempló estupefacto á su hermana; no había creído nunca que tuviese tanto espíritu de observación.

– Veo que lo has estudiado mucho; pero tienes razón, Runeck es muy fastidioso y acaso peligroso; es preciso tenerle á raya.

– ¡Pero yo aquí no resisto!, exclamó Cecilia cada vez más irritada. Me habías dicho siempre que Enrique me haría vivir en el gran mundo y me parece que aquí nadie piensa en ello. Se da como cosa convenida que viviremos en Odensberg, y así me lo han hecho entender en todos tonos. ¿De modo que casándome habré de renunciar á lo que hasta ahora ha sido mi vida? ¿Tendré que resignarme á aprender la vida casera y las virtudes domésticas bajo la simpática dirección de la tía Ringstedt y la sublime vigilancia de mi suegro, que en premio de mi buena conducta me obsequiará con un paseíto por los talleres? Una revista á los armarios de ropa blanca, una visita á las fraguas, ¡he aquí las orgías de esta existencia!



Al otro lado de la zanja estaban Enrique Dernburg y Cecilia de Wildenrod, que iban á caballo

– No se trata ahora de tu gusto, Cecilia, se trata de una necesidad, dijo Oscar con aspereza. Creo habértelo dicho bastante claramente cuando aceptamos la invitación: se trata de vivir. Te lo dí á entender cuando te prometiste, aunque habría dado cualquier cosa por ocultarte la verdad; pero ha llegado el momento de que conozcas nuestra situación. Hemos perdido cuanto teníamos, sin que ahora importe que sepas cómo ni cuándo; hasta aquí he logrado sostener una existencia brillante, y yo solo sé á costa de qué sacrificios; pero estamos en el instante en que carecemos de todo, en que la ruina nos mira frente á frente. Sí, en este punto nos encontramos, Cecilia; y si por capricho rechazas el porvenir de riqueza que te he procurado, pues he sido yo quien te ha conquistado ese novio, si pierdes este porvenir, también pierdes todo derecho á lo que llamas tu existencia; si desprecias la vida casera de Odensberg, considera que te aguarda una vida de privaciones, de miseria: acuérdate de esto que te digo.

La amenaza produjo su efecto. ¡Privaciones, miseria!.. Sólo estos nombres hacían estremecer á Cecilia, aunque únicamente de nombre conociera lo que aquellas palabras significaban. A la sola idea de tener que renunciar á la vida regalada, elegante, que era su segunda naturaleza, la joven sintió que la sangre se le helaba en las venas y de repente faltóle el valor para oponerse, para resistir, é inclinó la cabeza, mientras su hermano proseguía:

– Hasta el presente he podido contentarte como se hace con los niños malcriados; pero ahora debo obrar de distinta manera: ahora exijo, ¿entiendes, Cecilia?.., *exijo* que te sometas á cuanto te diré que hagas. Todavía no estás casada, y el viejo Dernburg es hombre muy capaz de deshacer lo hecho si las cosas no le gustan; por esta razón has de procurar conquistarte su simpatía. Enrique es un hombre sin carácter que se doblega ante la voluntad del padre. Sé, pues, prudente. No quiero que por tu terquedad fracasen mis planes, que son mucho más importantes de cuanto puedas figurarte. Conque, Cecilia, ¡mucho cuidado! ¡Ya me conoces!

Cecilia miró tímidamente á su hermano; no era la primera vez que éste le imponía su voluntad, pero nunca lo había hecho con tanta seriedad, con tanta energía. La joven se sentía atemorizada y no pensó en replicar: sentóse junto á la mesa, y con los dedos se puso á golpear nerviosamente un libro que tenía cerca.

Después de una breve pausa, Oscar añadió con voz más dulce:

– La suerte que te espera volvería locas á millares de mujeres, y tú, en cambio, no tendrías reparo en rechazarla como si fuera un juguete que no te gustase... Ciertamente, no tienes un carácter calculador.

– En cambio el tuyo lo es, repuso Cecilia repentinamente y con enfado.

– ¿El mío?, exclamó Windenrod con el semblante anublado. Has de saber que me he visto y me veo ahora mismo obligado á hacer muchas cosas que repugnan á mi carácter. El que como yo lleva doce años luchando con la vida, no tiene más que una mira, mantenerse á flote. Da gracias á Dios que te ha ahorrado esta existencia, y dámelas también á mí, que antes de hacértela conocer te conduzco al puerto á salvo. Entras en una familia respetabilísima; serás dueña de incalculables riquezas, y para tu futuro marido no hay mayor felicidad que satisfacer todos tus deseos: me parece que es bastante.

– ¿Y tú qué harás cuando yo esté casada?, exclamó Cecilia, que no había comprendido bien la primera parte del discurso de su hermano.

Este volvió el rostro, iluminado de pronto por una sonrisa ligera, extraña, y mirando á Cecilia respondió:

– ¡Ya lo verá! Pero está tranquila; no pienso vivir

de la limosna de mi hermana, pues este papel no se ha hecho para mí. Y ahora, hija mía, buenas noches; sé prudente en adelante y no digas que estás á disgusto en Odensberg. Espero que no necesitarás una segunda advertencia.

Y besando en la frente á la joven, entró en su cuarto, que estaba junto al salón.

Era una habitación grande, ricamente amueblada y alumbrada como toda la casa con luz eléctrica. Oscar miró en torno suyo, y luego se dirigió á la ventana y la abrió. Un silencio profundo reinaba alrededor del edificio; el aire se había calmado, pero allí abajo, en los talleres, no dormía completamente la vida poderosa, incesante, que se agitaba durante el día. En medio de la noche silenciosa, oíanse distintamente los ruidos de las fábricas, que ni siquiera en aquella hora interrumpían su trabajo: distinguíanse resplandores de fuego y chispas que se escapaban de las gigantescas chimeneas, y sobre los hornos de fundición se veía alzarse subiendo al cielo sin estrellas las inmensas nubes de humo iluminadas por las rojizas claridades del fuego de los hornos. Todo aquello formaba un conjunto imponente.

Así lo juzgaba Oscar de Wildenrod mientras de pie y con los brazos cruzados contemplaba aquel espectáculo. La admiración por él manifestada al dueño de Odensberg no era fingida, sino que expresaba sinceramente su pensamiento.

– ¡Ser dueño de todo esto!, murmuraba entonces. ¡Gobernar por sí solo hombres y cosas! Aquel hombre parecía un príncipe cuando esta mañana nos recibió en la puerta de su casa. ¡Y lo es en realidad, príncipe y señor!.. Pero este poder no le da la embriaguez que yo sentiría, añadió irguiéndose altivamente.

Después una expresión más dulce animó su semblante.

– ¡Qué hermosa criatura es Maya! Pura, ingenua... Y en su mano está la otra mitad de este poder, de esta riqueza.

Y al decir esto apoyó los codos en el alféizar de la ventana y con las manos se oprimió la cabeza, que le ardía.

Pensamientos inquietos, atrevidos, agitaban el alma del hombre ambicioso; el jugador temerario no se sentía satisfecho con una sola jugada afortunada; la segunda, el golpe maestro, se lo reservaba para sí. Ciertamente Oscar de Wildenrod no era hombre para vivir de la limosna de su hermana.

Tampoco Cecilia se había acostado todavía, sino que se había quedado en el saloncito, echada en la butaca, sin mover más que las manos para deshojar las rosas amarillas que se había quitado del pecho. Aquellas flores que á su llegada le había dado Enrique eran hermosas, de un amarillo pálido, y recordaban el día en que se habían prometido en Niza... Las hojas arrancadas, marchitas, cubrían el vestido de la joven y la alfombra; pero Cecilia no se fijaba en ello, absorta como estaba en sus pensamientos. Miraba en el vacío como si ante ella surgiese una triste visión; quizás una visión tétrica, porque abría un surco profundo ante sus ojos y comunicaba á su mirada una llama salvaje. En aquel momento, Cecilia de Wildenrod se parecía á su hermano.

VI

La próxima boda de Enrique Dernburg con la baronesa Cecilia de Wildenrod fué anunciada oficialmente, sorprendiendo en gran manera á los amigos y conocidos de la familia, los cuales habían creído que también en esto el Sr. Dernburg habría escogido por sí mismo la novia de su hijo, imponiéndosela á éste, y se enteraban ahora de que Enrique había obrado por su propia voluntad, sin pedir permiso ni consejo. Pero cuando hubieron admirado la belleza de la noble desposada y conocido sus cualidades financieras, todos encontraron muy aceptable el partido, y por ende, natural el consentimiento del padre.

Por de pronto Cecilia no podía acusar á Odensberg de alejamiento del mundo civilizado: el solo anuncio de su boda llevó á la tranquila casa de Dernburg un gran movimiento de vida mundana. Los dos novios hubieron de visitar á los grandes propietarios de la provincia, y hubo invitaciones, recepciones y fiestas en honor de la hermosa Cecilia, la cual en todas partes obtenía triunfos entusiastas. Era una suerte que Enrique no tuviera el defecto de ser celoso; al contrario, experimentaba gran satisfacción viendo á su prometida contenta, radiante de gozo. Aquella criatura frívola no echaba entonces de menos la vida que había dejado y disfrutaba de todas las ventajas de su nueva posición.

También el barón estaba satisfecho: su noble aspecto y su conversación excepcional le conquistaban á todos aquellos á quienes quería conquistar, y en aquella sociedad era acogido, en su cualidad de futuro pariente de los Dernburg, más cariñosamente de lo que acostumbraba á serlo. En poquísimo tiempo supo alcanzar un puesto elevado entre aquella gente, y Oscar de Wildenrod sabía conservar el puesto conseguido.

En el entretanto, los trabajos de Radefeld avanzaban, gracias al empleo de todos los medios posibles. Los obreros estaban alojados todos en la aldea, y allí había ido á establecerse, para no perder tiempo, el ingeniero, director de las obras, el cual no salía de Radefeld sino dos veces á la semana para ir á Odensberg á llevar sus informes al Sr. Dernburg.

Radefeld es una pequeña aldea situada entre bosques, con pocas casas y sin comodidad alguna. El alojamiento de Egberto era muy primitivo, constando únicamente de dos pobres y reducidas habitaciones en casa de unos labriegos, apenas provistas de lo más estrictamente necesario; pero el joven ingeniero no era nada exigente, y con tal de tener consigo sus libros, sus planos y sus dibujos, en todo lo demás se acomodaba como podía.

Generalmente Runeck se iba muy temprano al sitio de las obras; una mañana, sin embargo, encontrábase todavía en su casa porque había recibido una visita de la capital. El visitante era un hombre de unos cincuenta años, de facciones enérgicas y ojos negros; estaba sentado en el viejo sillón, único lujo de aquella estancia, y hablaba con Egberto. La conversación debía de haber sido muy grave é importante.

– He de preguntarte además, decía el forastero, por qué vas tan pocas veces á la capital; hace algunas semanas que no pareces por allí, y cuando hemos de decirte algo tenemos que venir á buscarte.

– ¡Tengo tanto que hacer!, respondió Enrique, que con el semblante anublado estaba delante de la ventana. Ya ves cuán metido estoy en el trabajo.

– ¿Trabajo?, preguntó el otro irónicamente. Yo creía que nuestro trabajo era más necesario que estas excavaciones en los bosques. Veo que el plano lo has hecho tú. ¿Quieres todavía hacer ganar á tu principal otro millón para que lo añada á los muchos que ya tiene?

– No se trata de esto, sino de un deber que debo cumplir, respondió Runeck secamente. Es un trabajo que habría correspondido al ingeniero jefe; por esto he de mostrarme digno de la confianza del que me ha llamado en su lugar.

– Para tenerte encadenado en Radefeld y para que no fueras peligroso en Odensberg. Hay que confesar que el viejo no es tonto y que sabe arreglarse bien las cosas.

– ¡Landsfeld, dejemos esto!, exclamó Egberto con impaciencia. Dernburg está enterado por mí mismo; me llamó para tener una explicación y le expuse francamente mis ideas, y cuando creía ser despedido de la casa, me confían, por el contrario, los trabajos de Radefeld.

Landsfeld se estremeció y clavó su mirada penetrante en el joven ingeniero.

– ¡Es extraño! ¡No me parece cosa del viejo! ¡Hum! O está locamente enamorado de ti ó te prepara una emboscada... Y tú, ¿por qué has tenido esa explosión de sinceridad tan inoportuna? Ya verás como ahora no te dejan estar libremente en Odensberg. Te has portado como un niño.

– ¿Acaso he de negar la verdad?, preguntó Egberto frunciendo la frente.

– ¿Por qué no, si es conveniente?

– Entonces buscad á otro más experto que yo en mentir. Considero una vileza ocultar las propias opiniones, negar al partido á que se pertenece, y por esto obro según este criterio.

– Es decir, que haces lo que se te antoja y mandas al diablo todas las prescripciones. Amigo mío, tu campo de operaciones ha de ser Odensberg; has de ponerte en contacto con los compañeros que allí tenemos; y en vez de esto, te vienes aquí á dirigir la conducción de aguas y te dejas engañar por tu amo. Sin embargo, bien sabes por qué te hemos enviado á esta comarca.

– Y tú sabes también que siempre me negué á venir y que no habría venido ni siquiera ahora, si á ello no me hubiese obligado una orden de la Dirección de la sociedad.

– ¡Ya lo sé! ¿También le has contado esto á tu jefe?, preguntó Landsfeld bruscamente.

– No, respondió Runeck con frialdad. No, Dernburg atribuyó mi regreso á otros motivos y le dejé en su error. Pero ten la seguridad de que por mi voluntad no habría vuelto, y ahora veo que no puedo permanecer en Odensberg. Mi posición es insostenible, imposible, ya lo preveía.

– Y sin embargo, has de quedarte, repuso Landsfeld secamente. Este Odensberg es una fortaleza inexpugnable que resiste á todos los ataques. Aquel viejo tunante ha domado á toda su gente á fuerza de escuelas, hospitales, y cajas de pensiones, y ahora todos temen perder estas ventajas y sobre todo tienen un miedo terrible á su amo ¡Viles! Cuantas veces hemos probado, siempre ha sido inútil... El viejo les ha puesto en guardia contra nuestros agitadores y no hay modo de convencerles. Pero tú eres hijo de obreros como ellos, entre ellos has crecido y al mismo tiempo estás en excelentes relaciones con el jefe; por esto á ti te escucharán, y cuando llegue el momento oportuno te seguirán sin vacilar.

– ¿Y con qué objeto?, preguntó Runeck taciturno. Ya os lo he dicho más de una vez: es inútil que contéis con Odensberg. Dernburg no es hombre que se deje imponer, le conozco; es bastante rico para poder soportar cualquier pérdida, y antes que ceder un ápice cerrará todos los talleres.

– Por esto es preciso destruir en él la fe que tiene en su propia infalibilidad y hacerle ver que mientras él, el dios del oro, está en grato coloquio con sus millones...

– ¡Eso no es verdad!, exclamó con energía Enrique interrumpiéndole. ¡Demasiado sabes que es mentira eso que dices! Dernburg trabaja ahora más que tú y más que yo, y tiene una fuerza, una resistencia enorme, hasta el punto de dejar atrás á los jóvenes. Su descanso, sus diversiones, los busca en el seno de la familia; su vida se reduce á estas dos cosas: familia y trabajo. Y te lo digo por última vez: no tolero que en mi presencia se calumnie á ese hombre.

– ¡Ah! ¡Qué lenguaje es este!, exclamó Landsfeld también irritado; ¿te pones de su parte y en contra nuestra? Se ve que la vida de señor, una vez gustada, hace á los hombres muy mansos.

– Ten cuidado Landsfeld, y procura que no haya de demostrarte que esa mansuetud no reza conmigo, respondió Enrique más tranquilo, pero siempre con acento amenazador. Te repito que no tolero estas cosas, porque nada tienen que ver con las nuestras; por consiguiente, ó te callas estos ataques personales contra Dernburg, ó...

– ¿O qué?

– O no voy más á tu casa y sabré impedir que en la mía se emitan conceptos que no quiero oir.

– En buenas palabras, me arrojas de aquí, dijo Landsfeld encogiéndose de hombros. ¡Eres muy amable! ¡Te portas como un buen compañero! Pero no reñiremos por esto, que entre nosotros no es costumbre gastar cumplidos. Y ahora dime: ¿asistirás á nuestra próxima reunión?

– Sí, respondió Egberto con rabia.

– Bueno, confío en ello. Se tratarán asuntos importantes; esperamos á dos correligionarios de Berlín, y habrán de tomarse muchas resoluciones. Además se te interrogará acerca de las causas de tu inercia. Conque, hasta la vista; hasta la semana que viene.

Y con un ademán de cabeza salió; pero cuando estuvo fuera, volvióse para lanzar una mirada terrible hacia la casa.

– ¡Ah, si no nos fueras necesario!, murmuró. ¡Si no fueses indispensable aquí por lo que se refiere á Odensberg! Pero ¡aguarda, muchacho, que no te ha de salvar tu altivez!

Egberto, solo en su habitación, de pie, con los puños apretados y el rostro contraído, sostenía en su interior una lucha terrible. De pronto, dió una patada en el suelo, como si con ello quisiera dominar el tumulto de su alma y exclamó:

– ¡Lo he querido y debo soportarlo!

En el valle de Radefeld, antes tan tranquilo y silencioso siempre, resonaba ahora el estrépito de los obreros en pleno trabajo. Por todas partes había hombres excavando, abriendo zanjas y minas; aquí se derribaban árboles seculares, allí se arrancaban malezas y matorrales y se hacían saltar rocas. Los trabajadores habían llegado ya al pie del Buchberg y se disponían á comenzar la perforación del túnel.

Runeck, aquel día, se había retrasado, pero se puso en seguida á trabajar, dirigiendo desde una altura á un gran número de mineros. A una orden suya, los obreros se retiraron de la boca de la mina; se oyó una explosión sorda y la roca quedó partida, siguiendo una parte en pie, mientras la otra se precipitaba con gran estrépito haciendo temblar la tierra á su alrededor bajo el peso inmenso de aquella mole que rodaba por la pendiente.

Disolvióse el grupo que formaban los obreros en torno de Runeck, y éste se disponía á abandonar su puesto para ver de cerca la obra destructora, cuando se le acercó un viejo trabajador diciéndole:

– Señor ingeniero, ahí vienen los señores de Odensberg.

Egberto levantó los ojos esperando ver el coche de Dernburg, quien á menudo se presentaba allí para inspeccionar la marcha de los trabajos; pero de pronto se estremeció tan brusca, tan violentamente, que el anciano obrero le miró asombrado.

Al otro lado de la zanja estaban Enrique Dernburg y Cecilia de Wildenrod, que iban á caballo; el criado que les acompañaba había echado pie á tierra, y tenía de las bridas á los dos hermosos alazanes que con la explosión del barreno se habían asustado. Egberto, repuesto de su sorpresa, salió al encuentro de los novios; Enrique le tendió la mano afectuosamente.

– Ya lo ves; hemos cumplido la promesa y hemos venido á sorprenderte sin anunciarnos. ¿Nos permites dar un vistazo á tus dominios?, preguntó saltando de la silla.

– Estoy á sus órdenes, respondió Egberto, inclinándose delante de Cecilia, que descabalgaba ligeramente, sin apenas tocar la mano de su prometido.

– Por el camino nos hemos detenido en Radefeld y nos hemos tomado la libertad de mirar su casa desde la ventana, dijo Cecilia. ¡Dios mío, qué horror! ¿De veras piensa pasar en ella todo el verano?

– ¿Por qué no? Nosotros los ingenieros estamos acostumbrados á una vida errante y por esta razón nos adaptamos á todo.

– Pero en Odensberg tienes tu casa cómoda y puedes disponer del carruaje. ¿Por qué, pues, no vives en Odensberg y vienes aquí sólo á las horas del trabajo?, preguntó Enrique.

– Porque yendo y viniendo perdería tres horas cada día. Tengo en Radefeld todos mis papeles y mis libros; lo demás no me importa

– Ya lo sé, repuso Enrique suspirando. Eres un verdadero espartano en lo físico y en lo moral. Quisiera parecerme á ti..., pero es inútil pensar en ello: la Riviera me ha acostumbrado mal y ahora lo pago, añadió estremeciéndose.

La excursión á caballo le había fatigado más de lo que él quería confesar, y su rostro pálido y abatido indicaba claramente que sufría.

Tal vez por el contraste, la hermosa joven parecía á su lado más fresca y más bella que de ordinario. Por el camino se había aburrido, porque, acostumbrada á las carreras desenfrenadas en compañía de su hermano, el paso lento á que la obligaba la debilidad de Enrique habíala fastidiado; pero ahora volvía á estar animada, graciosa, radiante y se dirigía afablemente al ingeniero sin que nada en ella recordase el choque de la primera entrevista.

Los obreros saludaron respetuosamente al hijo del amo y á su novia, á quien todos contemplaban admirados: aun entre ellos lograba un triunfo solemne la belleza de Cecilia. Sólo Egberto permanecía insensible. El joven ingeniero, con la mayor tranquilidad, sirvió de guía á los dos jóvenes, explicándolo todo minuciosamente, pero dirigiéndose casi siempre á Enrique, el cual, indiferente como de costumbre á todas aquellas cosas que tan de cerca le tocaban, apenas le prestaba atención. Sin embargo, al fin no pudo menos de exclamar verdaderamente admirado:

– Parece increíble que en tan pocas semanas hayas podido hacer tanto. ¡Aquí me gustaría ver á Oscar, que se ha convertido en acompañante de papá y se pasa el día en los talleres! Nunca hubiera dicho que esto le apasionara tanto.

Runeck no respondió, pero hizo un gesto de desprecio del que no se percató Enrique, el cual continuó diciendo:

– ¡Ah, escucha Egberto!, hace unos días hicimos una excursión por los montes, y alguien de la comitiva afirmaba que el nivel de la gran cruz de Albenstein ha bajado. Papá desea que se vea si es verdad, á fin de que no ocurran desgracias. ¿Hay entre tus obreros alguno capaz de subir hasta allí?

– Realmente podría ser esto que dices un peligro, respondió Runeck. Si la base no es muy sólida, la cruz podría caer algún día sobre la carretera que pasa por debajo. Mañana iré yo mismo á inspeccionarlo.

– ¿Al Albenstein?, preguntó Cecilia que había prestado atención al diálogo. ¿No dicen que es poco menos que inaccesible?

– Lo es para los míseros mortales, contestó Enrique sonriéndose; pero Egberto es el hombre á propósito para los paseos más peligrosos por nuestros más difíciles peñascos y ha estado ya tres veces en el Albenstein.

– Soy práctico en estos montes, dijo Runeck con indiferencia. Los conozco desde niño. Esto aparte de que no es cierto que el Albenstein sea inaccesible; todo el que tenga sangre fría y no sufra vértigos puede ir allí.

– ¡Por Dios, Egberto! No hables de ello con esa desenvoltura, exclamó Enrique riendo, pero algo inquieto. Tus palabras podrían hacer renacer en la mente de Cecilia aquel proyecto loco que tanto me asustó... ¡Figúrate! ¡Cecilia quería subir á toda costa al Albenstein!

Runeck, asombrado de aquella idea inverosímil, miró á la joven, la cual se encogió de hombros con su acostumbrada petulancia, diciendo:

– ¡Y bien, sí! ¿Qué mal hay en ello? Quisiera encontrarme allá arriba, junto á la cruz, á aquella altura vertiginosa, teniendo á mis pies el abismo... Debe ser una impresión horriblemente bella. Enrique, en cambio, se espanta sólo oyendo hablar de ello.

– Cecilia, calla; con estas bromas exageradas se me hiela la sangre.

– ¿Bromas? ¿Exageraciones? Y si quisiera hacerlo de veras, ¿me acompañarías?

– ¿Yo?, respondió Enrique como si le hubiesen propuesto que se precipitara desde la cima del Albestein.

Su prometida dejó asomar á sus labios una sonrisa de compasión ó de desprecio, y encogiéndose de hombros exclamó con acento firme:

– Tranquilízate; jamás exigiría de ti esta prueba de amor, porque iría sola.

– ¡Cecilia mía! ¡Por Dios te lo ruego!, exclamó Enrique verdaderamente aterrado.

Egberto le puso una mano en el brazo.

– ¡Oh! Por este lado puedes estar tranquilo, dijo, que una cosa es hablar y otra hacer. Aquel camino no está hecho para los pies de una señora: la baronesa no intentará siquiera la ascensión; mas si la intentara, á los cinco minutos retrocedería.

Cecilia echó la cabeza atrás y con mirada centelleante y extraño acento preguntó:

– ¿Está usted seguro de ello, Sr. Runeck?

– Sí, baronesa, porque conozco el Albenstein.

– Pero no me conoce á mí.

– ¡Quién sabe!

Cecilia se estremeció; pero fijando su mirada en su prometido, se sonrió irónicamente.

– ¡No pongas esa cara, Enrique! Está tranquilo. Todo esto ha sido una broma, pues no pienso subir al Albenstein ni romperme el alma... Sr. Runeck, dígame: ¿cómo lo hacen para minar á esos colosos?

Enrique respiró. Estaba acostumbrado á verse atormentado por los caprichos y extrañezas de su adorada novia y sabía que aquellas extravagancias eran casi siempre infundadas y sin consecuencias, pues la variedad distraía á Cecilia. Enrique se dirigió al viejo Mertens, que permanecía á su lado en espera de una palabra suya; aquel anciano había servido al padre del actual propietario de Odensberg y ocupaba ahora el puesto cómodo y lucrativo de inspector jefe de los trabajos de Radefeld. El joven Dernburg, que se acordaba, de cuando era niño, de aquel hombre, hablóle largamente preguntándole por su familia, y se volvió luego, con su aire bondadoso, á los demás obreros. Quien le hubiese visto tan tímido entre su gente, encorvado, vacilante en el hablar, pálido el rostro y opaca la mirada, no habría creído que fuera aquél el futuro dueño de todo Odensberg. ¡Inspiraba lástima!

Esta fué quizá la impresión que sintió Cecilia, que se había vuelto para mirarle; y en efecto, frunció la frente con impaciencia y dobló el látigo entre sus manos.

– ¿Quiere usted enseñarme sus dominios, señor ingeniero?, preguntó mirando fijamente á Runeck, que se había quedado inmóvil y silencioso.

Egberto, vestido con su chaqueta de pana gris de cazador y con sus altas polainas, tenía un aire especial; sí, aquel traje sencillo – y así lo pensaba también la joven – sentaba á su simple altivez mejor que el traje de etiqueta, y en aquel sitio, en donde se sentía en terreno propio y capaz de ejercer el mando, revelábase en toda su imponente grandeza; á su lado, la insignificante figura de su amigo de infancia desaparecía por completo.

Al oir la pregunta seca de la baronesa, Egberto se inclinó y la condujo, sin decir palabra, hacia un barreno ya preparado.

– ¿Desea usted saber cómo se minan esas masas?, comenzó diciendo con su voz igual, tranquila y con los ojos fijos en la roca intacta, sin dirigir una mirada siquiera á Cecilia.

Y se puso á explicar el procedimiento de la obra del mismo modo que si se tratara de una conferencia científica.

La joven le escuchaba con los ojos bajos y una extraña sonrisa en los labios, y cuando hubo terminado su explicación, volvióse hacia él y sonriendo francamente exclamó:

– ¡Oh, es un espectáculo imponente! Hemos visto desde allí la explosión de un barreno y parecía cosa sobrenatural. Usted estaba en aquella altura; tenía el aspecto del espíritu dominador de los montes; todas las demás personas que había á su alrededor, más abajo, semejaban los espíritus de la tierra, esclavos á sus pies. Y luego... el espíritu soberano levanta el brazo y con sordo estrépito la montaña se abre y cae á pedazos... ¡Una leyenda en acción!

– Qué, ¿conoce usted la leyenda? ¿Conoce las antiguas fábulas de nuestros montes?, preguntó Egberto. No me lo imaginaba.

– Todo el mérito es de Maya; ella es quien me ha revelado el mundo de las leyendas de su país, y lo ha hecho con tanto entusiasmo y pasión, que la sospecho capaz de creer en ellas todavía. ¡Es tan niña!

La bella amazona con su traje de paño de color de plata, con su sombrerito de paño gris sobre sus obscuros cabellos, con su látigo de rico puño en la mano y el codo apoyado en la roca, no podía ostentarse ya como una niña: era una gran señora de la sociedad elegante, que para divertirse se dignaba descender hasta los hijos del trabajo. Sabía que era bella, irresistiblemente bella en aquella actitud llena de gracia, y la sorprendía, la mortificaba, la exasperaba la indiferencia de aquel hombre hacia una fascinación hasta aquel momento jamás desmentida.

– Y á decir verdad, continuó diciendo en tono burlón, aquel espectáculo parecióme la realidad de una de esas leyendas, la de la varita encantada. ¡Qué deliciosa es aquella varita mágica á cuyo contacto todas las puertas se abren, caen todas las rocas y se cruzan todos los abismos! Y quien posee esa varita puede hasta penetrar en las profundidades donde yacen sepultados los preciosos tesoros destinados sólo al elegido, al poseedor de aquel talismán que los hará salir de la noche, de la tumba en que duermen... Al ver cómo las peñas se rompían á sus pies, parecióme que usted tenía en su mano la encantadora varita y me acordé de los versos de la leyenda...

Y apoyándose mejor en la roca y procurando dominar á Egberto con su mirada y su sonrisa, recitó lentamente:

Y arranca del abismo que lo encierra
El cofre que contiene gemas y oro.
¡Rindióse á su poder la avara tierra!
¡A él solo pertenece aquel tesoro!

– ¿Eh, qué tal? ¿Soy digna discípula de Maya?

El joven había permanecido impasible: tal vez un observador profundo habría notado que su rostro bronceado había palidecido y que se habían decolorado sus labios; pero su voz no revelaba emoción alguna cuando respondió:

– Baronesa, en nuestros días no hay varitas encantadas; en cambio, existe la dinamita que las substituye admirablemente; y si no, vea usted la prueba.

– Sí, veo ruinas, fragmentos, pero los tesoros permanecen en el abismo.

– El abismo está vacío y mudo; ya no hay tesoros escondidos.

Era una respuesta brusca, dada con voz áspera, llena de desaliento. La joven no se dió por entendida y replicó:

– Quizá se ha perdido la palabra mágica sin la cual es impotente la varita encantada, ¿no lo cree usted así, Sr. Runeck?

– Lo que yo creo, baronesa, es que el mundo de las leyendas y de los acontecimientos está demasiado lejos de nosotros, que ya no lo entendemos ni queremos entenderlo, señorita.

Cecilia, resentida por aquella respuesta casi amenazadora, avanzó un paso y lanzó sobre el joven una mirada hostil; pero de repente recobró su alegre amabilidad y soltó una carcajada.

– ¡Qué ferocidad! Los pobres gnomos y los enanos de la fábula tienen en usted un gran enemigo. ¿No oyes, Enrique, cómo trata tu amigo al mundo de las leyendas?

– Tratándose de cosas poéticas es inútil hablar de ellas á Egberto, respondió Enrique acercándose á su novia; para él la poesía es algo superfluo... Todavía no le he perdonado la compasión con que acogió la noticia de mi boda. ¡Ah, qué rabia me dió! Y cuando le hablé del amor que puede inspirar una mujer, ¿sabes qué me contestó? «No creo en él.»

– ¿No cree en él?, repitió Cecilia, cuyos ojos despedían en aquel momento un extraño destello diabólico. ¿De veras no cree usted, Sr. Runeck, en el amor que puede inspirar una mujer?

Runeck vaciló algunos segundos; después alzó su semblante palidísimo, y cruzando su mirada firme y segura con la de la joven, respondió:

– De veras, baronesa, no creo en él.

(Continuará.)

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Después de dos días de descanso en San Sebastián, reanudó el rey su viaje por las principales poblaciones del Norte, saliendo en la mañana del 16 de agosto último de la capital donostiarra y llegando á las dos de la tarde del mismo día á Pamplona. Dirigióse primeramente á la catedral, en donde se cantó el *Tedéum* del maestro Eslava, y de allí al palacio de la Diputación, desde cuyos balcones presenció el desfile de las tropas. A las cuatro verificóse en dicho palacio la recepción oficial, que resultó brillantísima, y por la noche el banquete con que S. M. obsequió á las autoridades. La ciudad lució espléndidas iluminaciones y se quemaron bonitos fuegos artificiales.



LA VIRGEN DE RONCESVALLES, la más antigua que existe en Navarra (de fotografía de D. Julio Altadill)

En la mañana del 17, después de haber oído misa en San Lorenzo, visitó el rey la catedral, admirando las obras de arte que allí se conservan y examinando las reliquias y curiosidades que en el templo se guardan, y entre las cuales llama principalmente la atención el precioso relicario y el arca de plata en donde están los restos de las santas Nunilo y Alodia. Desde allí fué S. M. á visitar las murallas, la ciudadela, el parque de Artillería y el cuartel nuevo. Después de almorzar, verificóse la recepción de los alcaldes navarros, que constituyó una de las notas más interesantes y pintorescas del viaje regio, por la variedad de trajes, entre los que se destacaban particularmente los de los alcaldes del valle de Roncal y de Aezcoa. Terminada la recepción, dirigióse el rey á caballo al Campo de Tiro, situado á más de tres kilómetros de la capital en el lugar denominado Aiñoain, en donde S. M. revistó los regimientos de América, Constitución y Cantabria, el de caballería de Arlabán y el 4.° de artillería de plaza, y presenció los ejercicios de concurso de tiro, que resultaron muy lucidos. Hechos los disparos fijados, el jurado hizo la clasificación y D. Alfonso entregó á los vencedores los premios, consistentes en un reloj de oro, otro de plata y otro de níquel. Por la noche hubo banquete oficial en el palacio de la Diputación, y durante el mismo una nutrida rondalla situada en la plaza tocó y cantó varias piezas y bonitas coplas.

A las ocho de la mañana del 18, la comitiva regia salió de Pamplona para Huarte-Araquil con objeto de realizar la excursión al santuario de San Miguel de Excelsis, que se levanta en el monte Aralar, una de las cumbres más elevadas de la cordillera que cruza los fértiles valles de la Borunda. El santuario primitivo, que data del siglo XI, se encuentra dentro de otro de más reciente construcción, aunque antiguo también, y ocupa en él el lugar que en muchas iglesias ocupa el coro. La tradición atribuye la fundación del santuario al caballero navarro Teodosio Goñi, que hoy cuenta la Iglesia en el número de los venerables.

La ascensión á San Miguel, que se realizó en caballerías, es algo difícil y en algunos puntos peligrosa, pues el camino de herradura, de cinco kilómetros de extensión, ofrece grandes pendientes y está en su mayor parte abierto en la peña viva. El rey fué siempre delante de la comitiva, muy gozoso y satisfecho de la pintoresca excursión, y llegó el primero al santuario, á cuya puerta le recibieron el patrono de la ermita, D. Pedro Romero, chantre de la catedral, el arcipreste y el ministro del santuario, nombre que se da al sacerdote que de él cuida. Don Alfonso recorrió el templo examinando las obras de arte y las reliquias de arte, de las cuales la más preciosa es el famoso retablo que constituye una verdadera maravilla, casi única en su género, por lo que creemos oportuno hacer una descripción detallada del mismo.

El retablo, regalado al santuario por el rey de Navarra Sancho el Mayor, fué antes frontal ó tablero, según los eruditos. Forma un rectángulo de cuatro pies navarros y tres pulgadas de altura por siete pies y cinco pulgadas de ancho. El tablero va cubierto de planchas de cobre dorado á fuego, sobre las cuales van fijados los notables esmaltes.

En el rectángulo se ve una aureola de forma ovalada, dentro de la cual se desarrollan dos órdenes de arcos de medio punto y sobre ellas diez y ocho grandes chatones.

Las figuras esmaltadas en blanco en las planchas son veintiuna; las cabezas son de relieve sin esmaltar. En el centro está la Virgen María, dentro de cuya aureola hay cuatro enjertos con figuras que simbolizan á los cuatro Evangelistas, el toro de San Lucas, el león de San Marcos, el águila de San Juan y el ángel de San Mateo.

Ocupan los ángulos superiores del cuadrilátero las figuras de los Apóstoles, y en los ángulos inferiores están los Reyes Magos, en un lado, y en otro San Miguel y dos personajes que, según la tradición, son el rey Sancho el Mayor y su esposa D.ª Elvira.

El rico esmalte de colores hállase avalorado con profusión de pedrería.

Este magnífico retablo debe pertenecer á la escuela de Colonia ó á la de Verdún, y las autoridades en materia de antigüedades y bellas artes afirman que es la mejor pieza de esmaltes que se conoce del estilo bizantino; sólo puede comparársele al que existe en Santa Sofía de Constantinopla, que, sin embargo, resulta muy inferior.

Cuando hace poco tiempo estuvo en San Sebastián el gran duque Wladimiro de Rusia, ponderáronle tanto aquella hermosa obra de esmalte del retablo de San Miguel, que quiso visitar el santuario, preparando á este efecto una excursión el conde de Guendulain; pero cuando todo estuvo dispuesto, el gran duque tuvo que marchar á Rusia y la excursión no pudo verificarse. Después envió S. A. desde su país á un distinguido pintor para obtener una copia del retablo, por tratarse de una obra de carácter bizantino, que es el que domina en el imperio moscovita. El pintor, que residió en Alsasua, empleó un mes en cumplir el encargo, tomando en San Miguel sus apuntes, que luego, en Alsasua, trasladaba al lienzo. La copia, que fué la más notable que del retablo se ha hecho, resultó admirable.

Terminada la visita del santuario, el rey y la comitiva descansaron en la planicie, admirando el grandioso panorama que desde aquellas alturas se descubre, y después del almuerzo verificóse el descenso, llegando el rey á Huarte-Araquil á las cuatro de la tarde y á Pamplona á las seis.

Poco después de las ocho de la mañana del día 19, dirigióse D. Alfonso al fuerte de San Cristóbal, que se halla situado sobre un monte bastante alto y á pocos kilómetros de la población. Por la tarde recibió á los senadores y diputados y á varias comisiones, y después de la recepción asistió á la corrida de toros: la plaza estaba engalanada con mucho gusto; en los palcos se habían colocado ricos mantones de Manila por colgaduras; guirnaldas de flores y follaje rodeaban el circo y adornaban las columnas, y en el centro del redondel se había formado un gigantesco letrero que decía: «A S. M. el rey don Alfonso XIII, Pamplona.»

A las ocho de la mañana del 20, salió el rey de la capital de Navarra, llegando á Vitoria á las diez y dirigiéndose á la iglesia de San Miguel, en donde se cantó el *Tedéum*. Celebróse luego la recepción en el palacio de la Diputación Provincial y después el almuerzo en el del Ayuntamiento, y á las cuatro de la tarde, después de haber revistado las fuerzas de la guarnición en el Campo del Prado, salió para Burgos, adonde llegó á las siete de la noche, habiendo sido obsequiado con una serenata por el Orfeón Burgalés y el de Santa Cecilia.

El día 21 asistió S. M. al *Tedéum* de la catedral y luego á la recepción popular que se celebró en el Ayuntamiento, y que resultó un acto brillantísimo. Después visitó las Casas Consistoriales, en donde vió la caja que contiene los huesos del Cid y de su esposa D.ª Jimena, y la catedral, admirando las innumerables bellezas artísticas que en ella se encierran y recorriendo detenidamente las capillas que tantas preciosidades guardan. Por la tarde estuvo el rey en el famoso monasterio de las Huelgas, en la Cartuja de Miraflores y en el teatro, en donde se celebró un concierto de gala. Por la noche celebróse en la Diputación el banquete oficial y se verificó una retreta militar.

El día 22 hizo el rey una visita á los cuarteles, y después de almorzar revistó en el Campo de Gamonal los regimientos 3.° y 13.° de artillería, el de lanceros de España y los de infantería de la Lealtad y



SALÓN DEL TRONO DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN DE NAVARRA, en donde se han celebrado las recepciones oficiales de S. M. el rey D. Alfonso XIII (de fotografía de D. Julio Altadill).

San Marcial, formados en columna de honor. Después de la revista, la fuerzas ejecutaron varias maniobras, en orden abierto la infantería, por columnas y secciones la caballería, y en línea y en batería la artillería. Luego se verificaron en el Campo de Tiro de Villafría ejercicios de tiro al blanco, habiendo concedido S. M. varios premios á los soldados que más se distinguieron. Por la noche se repitieron las iluminaciones y los fuegos artificiales.

El 23 salió Su Majestad de Burgos, llegando á San Sebastián en la tarde de aquel mismo día.

En Pamplona, en Vitoria y en Burgos el rey ha sido objeto de las manifestaciones más entusiastas.



Retablo de San Miguel de Excelsis (de fotografía de D. Julio Altadill)

Los grabados referentes á la estancia de S. M. en Pamplona, que publicamos en esta página y en la 575, son reproducciones de fotografías que nos han remitido los distinguidos aficionados pamploneses Sres. García Peña y Altadill, á quienes damos las más expresivas gracias por su atención.

También se las damos al fotógrafo de Avilés Sr. Duartex, autor de las que reproducimos en la página 574, y que se refieren á la excursión verificada por D. Alfonso XIII á aquella población el día 12 de agosto. – X.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

Discurso acerca de la vocación especial de Su Santidad León XIII, por *Francisco Elguero*. – Es un trabajo bien pensado y elegantemente escrito, en el que se describen y ensalzan las virtudes y el talento de León XIII, demostrando la misión importantísima que su pontificado ha venido á realizar en este mundo, así desde el punto de vista religioso como bajo los conceptos político y social. Ha sido impreso en Marbella en la imprenta del Sagrado Corazón de Jesús.

Tres maestros, por *Alejandro Dumas*. — La biblioteca de obras de Dumas que con tanto éxito publica en esta ciudad el inteligente editor D. Luis Tasso, se ha aumentado con este interesantísimo libro del eminente novelista francés, que contiene detenidos estudios biográficos y críticos de Miguel Angel, Ticiano y Rafael. Tratándose del escritor cuya fama crece cada día más, ocioso es decir con qué deleite se leen las páginas de este libro, que si interesa por su asunto, cautiva por la forma en que el autor lo desarrolla. Véndese el tomo á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado.

Anuario estadístico de la ciudad de Buenos Aires. – Año xi. 1901. - Contiene este tomo interesantes y completos datos sobre las siguientes materias: observaciones climatológicas é higiénicas, crecimiento de la población, demografía, alimentación pública, locomoción, movimiento económico, comercio especial exterior de la ciudad de Buenos Aires en 1901, correos, telégrafos y teléfonos, asistencia pública, movimiento criminal, movimiento carcelario, instrucción pública, diversiones y juegos, y otras varias. Es una publicación que honra á la Municipalidad de Buenos Aires y á la Dirección general de Estadística Municipal, que desempeña Don Alberto B. Martínez, y que puede servir de modelo á los municipios que verdaderamente se interesan por el desarrollo de las poblaciones y el fomento de los intereses cuya administración les está encomendada. El libro ha sido impreso en la imprenta de la Compañía Sud-Americana de Billetes de Banco, de Buenos Aires.



Meditación, cuadro de Carlos Pellicer

Tratado práctico para aprender á cortar y confeccionar toda clase de vestidos, por *María Forrera, viuda de Roura*.—El objeto de este libro consiste en dar á conocer las reglas del corte y confección sin necesidad de recurrir al estudio de procedimientos geométricos y fórmulas difíciles; las cualidades que en el mismo predominan son la sencillez, la novedad y la claridad, así es que con la lectura de este tratado puede cualquier señora cortar los más difíciles patrones y hacer los vestidos más complicados, que hasta ahora sólo podían confeccionar las modistas. Esta obra, que ilustran multitud de dibujos que representan modelos, patrones, etcétera, ha sido editada en Barcelona por la casa Maucci y se vende á seis pesetas en rústica y á ocho encuadernada en tela y planchas doradas.

Sesión necrológica en honor de Mr. Rolin Jacquemyns. – La Real Academia de Jurisprudencia y Legislación de Madrid celebró en 18 de mayo último una sesión científica para honrar la memoria del eminente jurisconsulto belga Mr. Rolin Jacquemyns, fundador y director del Instituto de Derecho Internacional. El discurso necrológico fué encomendado al eminente hombre público D. Rafael M.ª de Labra, el cual hizo un trabajo por todos conceptos notabilísimo, que constituye un estudio acabado de aquel eminente jurisconsulto y de su influencia en la marcha política de Bélgica. Este discurso, así como el de gracias con que contestó el señor ministro de Bélgica en Madrid, han sido impresos en forma de folleto en la imprenta madrileña de la Revista de Legislación.

Venus Adorata, por *L. Rodríguez Figueroa*. – Poema en que el autor canta en inspirados versos el amor á la belleza plástica, rindiendo culto á la Gracia, á la Juventud y á la Belleza, que constituyeron la religión de la antigüedad pagana. Ha sido impreso en Santa Cruz de Tenerife en la imprenta de A. J. Benítez.

Nociones de Botánica, por el profesor *J. D. Hoocker*. – Formando parte de la colección «Nuevas cartillas científicas,» ha publicado la casa Appleton y C.ª, de Nueva York, este notable tratado de Botánica, en el que el reputado profesor Hoocker, ex presidente de la Real Sociedad de Londres, explica de una manera metódica y clara todo cuanto se refiere á la vida de las plantas. El libro va ilustrado con varios grabados.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 8 de septiembre de 1902 — Núm. 1.080



MADRE, cuadro de Luis Deschamps



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EVOCACIONES

En esta época del año, París — que según opinión general *está triste* y donde sólo se encuentran ingleses de Inglaterra — me gusta lo mismo que cuando la alegría mundana le rebosa, con el bullicio de sus fiestas primaverales. Verdad es que aquí las fiestas, que serán un encanto para quien reside habitualmente, son para el turista curioso y que quiere traerse la ropa necesaria una complicación.

¿A qué venimos aquí? No á presentarnos en un *raout* más, sino á estudiar y mirar despacio lo bueno que esta metrópoli encierra. Cada año, nuevas adquisiciones, manantiales afluentes al Sena, acrecen el caudal que podemos llamar *nuestro;* como que lo disfrutamos sin trabas y sin esos mil obstáculos que en países menos adelantados se interponen entre el aficionado y el objeto de arte.

***

En un Museo tan conocido como el del Louvre, siempre hallo mucho nuevo. Va mejorando la distribución y arreglo de sus cuadros, cristalerías y escaparates, el decorado de sus salas, y sin interrupción lo enriquecen legados y donativos de particulares, amén de lo que adquiere á veces con los fondos que ponen á su disposición generosos é inteligentes millonarios, y con buen gusto y tino, por lo general. La prosperidad, el tacto y celo de su administración, llaman por el dinero, y aquí (no tanto, á pesar de todo, como en los países sajones) va aclimatándose la contribución voluntaria de los poderosos, en beneficio de la educación y el goce artístico de la colectividad.

***

Este año encuentro en el Louvre, ya debidamente instalada, la herencia de un individuo de la opulenta familia Rothschild. Esta familia había hecho ya al Louvre el regalo inestimable del célebre tesoro de Bosco Reale, una de las más importantes colecciones que conozco, y dicen que de las más auténticas (en tales cuestiones, á pesar de mi afición, prefiero hablar por referencia). Es el tal tesoro (compuesto de objetos de plata cincelada, que se encontraron en Pompeya y que formaban la colección griega de un *amateur* latino) una pura maravilla, conjunto de piezas tal vez únicas, y que demuestra, si demostrarlo hiciese falta, cómo en arte nada podemos idear que la antigüedad no haya realizado. Los plateros modernos se dedican ahora á reproducir los modelos de Bosco Reale, incapaces de emularlos, porque no cabe superar su perfección, ni crear en argentería mayor hermosura. Cuando esta colección salió al mercado, el Museo no disponía de la suma, relativamente mínima, de medio millón de francos, que pedían por ella. Acudió á la caja de Rothschild, y la halló dispuesta á sufrir la sangría: aflojaron el medio millón, con la propina de veinticinco mil francos, destinados á arreglar, remontar y limpiar como corresponde los objetos, quitándoles la suciedad secular y dejándoles la dulce pátina que da todo su sentido á las líneas y á las formas.

Después, á su muerte, Rothschild legó algo más personal, la colección que ahora veo colocada, y en la cual figuran bastantes joyas españolas. De verdaderas joyas se trata; lo que llena la gran vitrina central son en su mayoría objetos de plata, oro y esmaltes, enriquecidos con perlas y pedrería. Siempre oí susurrar en Madrid, á los anticuarios, que Rothschild era un parroquiano incomparable, pero que era preciso llevarle el objeto antes que nadie lo conociese — y se lo llevaban, es decir, como escribo desde París seré más exacta diciendo que se lo traían. — Si la odalisca merecía ingresar en el harén, aquí se quedaba, fuese cual fuese su precio. A poblar de beldades españolas el harén de Rothschild, del cual hoy disfruta gran parte del público, contribuyeron la ignorancia y el abandono consuetudinarios en iglesias y conventos, la ruina de familias ilustres, la codicia de los chamarileros, la penuria é indiferentismo del Estado, todas las causas que, como nadie ignora, van despojándonos de las ricas preseas que el pasado nos dejó, y dispersando por el mundo el polvo áureo de nuestra grandeza.

***

La colección nuevamente instalada en el Louvre á que vengo refiriéndome, se compone de portapaces, rosarios, efigies, navetas, broches, collares, incensarios, relicarios y tapas de libros. Aunque tan escogida, tan fastuosa y, en su género, á la mayor altura que cabe alcanzar, no creo que pueda compararse en rareza al tesoro de Bosco Reale; pero de fijo representa mucho más dinero. Cada una de estas preciosidades del Renacimiento y de la Edad Media le costaría un sentido al generoso legatario, el cual, no satisfecho aún, consignó en su testamento el bonito pico de un millón de francos para decorar la salita en que había de instalarse la colección. Parece que se quiso cumplir la voluntad del magnate de la banca, pero se tropezó con la imposibilidad física de gastarse esa cantidad en el decorado de un reducido aposento, cuyo techo además estaba ya adornado con hermosas pinturas. Se revistieron las puertas con madera tallada; se colocó un friso también de maderas... y ya no se supo qué hacer, aunque yo creo que algo pudo haberse hecho, especialmente en las puertas, para invertir la suma. A fin de liquidar el remanente, se compró un tapiz gótico, de gran mérito, que representa «el milagro de los panes y los peces,» y se fijó sirviendo de fondo al aposento, frente á la ventana. En la mayor parte de las salitas del Louvre se ven tapices, colocados así, armonizando con los objetos expuestos.

***

De los Rothschild procede también una colección de antigüedades árabes y chipriotas que llenan otra sala, y que he registrado con el interés, difícil de justificar en quien no posee conocimientos especiales, pero efectivo y creciente, que me inspira este aspecto del arte. No es, por cierto, muy común mi inclinación. De cien personas que entren en el Louvre, noventa y ocho se van á los salones llenos de cuadros, joyas y esmaltes, y dos toman el camino de las salas egipcias, persas, asirias, caldeas y griegas. Yo, con suma frecuencia, prescindo de la pintura y me voy hacia los extraños restos de las civilizaciones fenecidas y de los pueblos olvidados. Cuanto más los miro, más se me figura que los interpreto á mi modo, no científico, sino imaginativo. Y ya no es poco lograr que el mundo antiguo despierte y exalte nuestra imaginación.

***

El Louvre reune, en arqueología, riquezas incalculables. La constancia del gobierno, siempre atento á estimular, costear y recompensar los esfuerzos de los exploradores, es digna de esta gran nación, determinada á no decaer, en ningún terreno, ante el mundo. Dondequiera que Francia puede sentar el pie, enviar misiones, delegar sabios, lo hace con provecho, y como este impulso se comunica, los particulares á su vez ofrecen á la nación, que sabe estimarla, contribución espléndida.

Ahora mismo está funcionando en Egipto el eminente orientalista Maspero, por cuenta del gobierno francés. No le basta al gobierno la cantidad de antiguallas egipcias que posee, y entre las cuales descuellan preciosidades como la estatuita en madera de la *Sacerdotisa,* la de la *Reina* envuelta en un espléndido traje de oro, y la célebre del *Escriba,* derechado de realismo, insuperable, que ningún artista moderno podrá ponerle la ceniza en la frente al ignorado artista faraónico que la modeló. No le bastan, digo, y quiere continuar la tradición que procede de la memorable expedición de Bonaparte, ahondando el conocimiento, entonces iniciado, del misterioso Egipto. Y Maspero, desde las orillas del Nilo y al pie de las Pirámides, escribe muy satisfecho de sus trabajos, y alabando la buena voluntad de los ingleses, que no sólo le ayudan en su faena, sino que le regalan dinero, fuertes sumas, para cooperar al buen resultado.

***

Porque todo ello cuesta mucho: es un ramo del presupuesto..., un ramo correspondiente á la sección de *ideal,* creerán algunos... Verdaderamente lo que indica es buena circulación del dinero, sangre de las naciones. Tener siempre disponibles, para tales empresas, fondos suficientes, es decoro y es blasón. Las naciones fuertes, bien constituídas, se conocen en esto; en esto y en la pedagogía, muy principalmente.

Nunca podré consolarme de que España, donde el suelo está preñado todavía de revelaciones, haya dejado dispersarse su hacienda arqueológica; y menos mal cuando la recogieron manos inteligentes, para conservarla y lucirla. Visitando el Museo de Tarragona, decíame quien me lo enseñaba: «Lo que ve usted aquí es la milésima parte de lo que existe aún y que se descubriría excavando y rebuscando. Y esto, después de que, por espacio de ocho largos años, fué arrojada á las aguas del puerto, para formar la escollera, la Tarragona romana, en carretas que iban llenas de fragmentos de estatuas, de tiestos de cacharros, de pedazos de bronces, de trozos de lápidas inscritas...»

***

En el Louvre, como se saluda á antiguos conocidos, saludo á los objetos *nuestros,* donde encuentro grabada la huella de nuestra alma peninsular... La perla del arte ibero fenicio es la cabeza de mujer, el famoso busto de Elche. Uno de los más exquisitos marfiles es la arquita hispano-árabe, un tiempo perteneciente á D. Juan Facundo Riaño. El busto de Elche, como todos saben, pudo quedarse en nuestra patria por una friolera. Verdad es que acaso entonces permanecería en el olvido que rodea á los monumentos encontrados en el Cerro de los Santos, y que tan curiosos me parecen.

Se ha discutido su autenticidad; y recorriendo el Museo del Louvre, recuerdo mucho esa colección de figurones, ídolos, fetiches solares, estatuas sacerdotales, ó lo que sean; porque en el Louvre se conservan cuidadosamente, sin soñar en eliminarlos, objetos que los inteligentes tienen, sin género de duda, por supercherías modernas. La conocida tiara de oro de Satafarnés — fabricada ayer, en Odessa — es el más claro ejemplo de este criterio conservador. Allí está, bajo un mismo fanal, con los pendientes y el collar, auténticos, y que sirvieron para inspirar tan bella falsificación. Porque la tiara será moderna y contrahecha, pero no puede ser más linda, elegante y artística.

***

Como á los remansos y huecos trae el mar los despojos de naufragios, así en este inmenso Museo, que tengo enfrente del cuarto que ocupo en el Hotel, van confluyendo despojos de todos los tiempos y de todas las vicisitudes humanas. Lo que inspira el conjunto es, lo repito, el convencimiento invencible de que el arte no progresa, ó mejor dicho, de que la palabra *progreso* carece de sentido aplicada al arte. El arte llega á lo más hondo siempre, de una vez, con rapidez fulmínea. En este punto no podemos atribuirnos superioridad alguna sobre las edades pasadas. Nuestra vida es más grata... ¡quizás!.. que la de un contemporáneo de Ramsés ó de Amenofis; pero ¿qué joyero de la calle de la Paz, en París, ideará cosa más *modernista* que las cucharas y los espejos egipcios que acabo de ver? ¿Qué arquitecto ó qué adornista actual vencería al arquitecto de ese templo de Apolo Dídimo, cuyos fragmentos se ostentan en la sala de Rothschild?

***

Y ya que he nombrado tantas veces á esta familia israelita acolchada de billetes de banco, no quiero dejar de decir que millonarios así me agradan; sus millones no están ocultos; contribuyen á proporcionarnos ratos muy buenos... Diariamente nos convidan los Rothschild. ¡Gracias, oh inteligentes é ilustrados judíos!

EMILIA PARDO BAZÁN.



Tenía entre sus secas manos uno de los cráneos

POR SI ACASO...

– Voy á contarte una cosa verdaderamente extraña que me sucedió hace pocos meses.

Ya sabes cómo adoramos Emilia y yo á nuestro Fernandito: es el único hijo que nos queda, de los tres que han nacido de nuestro matrimonio. La difteria causaba estragos en los contornos, cuando un día empezó el niño á dar señales de hallarse atacado por esta cruel enfermedad. Mis dos hijos mayo res habían muerto de ella; puedes figurarte el pánico que se apoderó de su madre y de mí.

Obscurecía cuando emprendí el camino del pueblo para avisar al médico. No quise confiar al mozo de labranza este cuidado, y por no hallar caballería á mano, partí á buen paso, esperando salvar en una hora el trozo de carretera que separaba mi casa de la del doctor. Cuando llegué, estaba ausente; había ido á un cortijo de la sierra para cumplir su misión cerca de otro enfermo.

Después de encargar eficazmente á la criada que no dejara de decir á su amo la urgente necesidad que teníamos en casa de sus servicios, volví sobre mi marcha, lleno de angustia por la suerte del enfermito.

Era ya noche cerrada; un viento helado hacía crujir las escuetas ramas de los árboles. El cielo estaba cubierto de espesos nubarrones; cuando cayese el viento, era seguro que comenzaría á nevar. Llevaba andada la mitad del camino cuando sentí, algunos metros detrás, una tos seca y violenta; y que unos pasos fuertes y desiguales seguían los míos.

A pesar de que mi andar era rápido, parecíalo más el de la persona que me seguía.

En el silencio del campo percibíase el ruido de sus zapatos sobre el suelo duro de la carretera, al par de un rumor sordo y acompasado que me infundió un terror inexplicable. Apreté el paso; pero los de mi seguidor se escuchaban cada vez más cerca, y también el extraño ruido que los acompañaba.

Pocos segundos después sentí en el suelo el retemblar de sus pisadas rápidas, desatentadas, y que una voz de mujer, cascada y ronca, me decía:

– Buenas noches, señor.

La examiné cuanto me lo permitía la obscuridad de la noche, y vi que era una vieja de seis pies de estatura, á pesar de hallarse bastante encorvada, delgada en extremo, pero vigorosa, á juzgar por su poca fatiga después de tan acelerada carrera. Llevaba al hombro una guadaña ó dalle de los que se usan para segar las mieses, y colgando del brazo izquierdo un saco abultado, cuyo contenido hacía, al ser agitado, el ruido que me había llamado la atención. Entonces se oía claro y distinto á cada movimiento del cuerpo, pero continuaba siendo para mí un misterio lo que lo producía. Era un sonido como el del chocar entre sí varios cocos vacíos ó inmensas nueces huecas.

Contesté á la salutación de la vieja de mala gana, y ella en seguida se puso á contarme, entre masculleos y suspiros, que tenía necesidad de estar al otro día en la capital; pero que la nevada, de la que ya caían los primeros copos, le iba á impedir llegar á tiempo, porque tendría necesidad de dormir en alguna casa de labor. Durante un cuarto de hora fué hablando sola, lamentándose del frío y de los sinsabores y molestias que le procuraba su maldito oficio.

Yo marchaba á su lado sin oirla apenas, preocupado como iba con la dolencia de mi hijo.

Algunas veces me sacaba de esta preocupación el continuo cencerreo del costal, que me hacía olvidarlo todo para pensar lo que podría ser aquello que hasta tal punto crispaba mis nervios.

Entonces pensaba en la extraña figura de mi adlátere. En verdad que había para despertar la atención del más indiferente. Su edad, su traje, la hora de viajar, su prisa y, sobre todo, el dalle corvo y brillante que empuñaba su diestra, hacíanla parecer la visión de un calenturiento, la... ¡vaya!, te lo diré de una vez: se me había metido en la cabeza una idea que no podía desechar; creía ver en ella la imagen de la muerte.

Las últimas palabras que pronunciara me dieron pie para interrogarla.

– ¿Y cuál es su oficio de usted?

– ¡Ah! La ocupación que Dios me ha deparado es muy triste...

No dijo más, y yo no me atreví á preguntarle temiendo que añadiese: «Es la de cortar la vida de los mortales.»

La nieve caía con más abundancia y nuestro caminar era cada vez más precipitado. Yo sudaba debajo de mi capote; la vieja debía sentir el frío colarse por entre sus guiñapos.

Varias veces experimenté el deseo de invitarla á que pasara la noche en mi casa, y siempre una invencible repugnancia me había impedido hacerlo.

Comprendía lo infantil de mi terror hacia una pobre mujer que, sin mi auxilio, iba quizá á perecer entre la nieve que blanqueaba á todo lo largo del camino, y haciéndoseme cargo de conciencia que tan desatinada idea fuera causa de una próxima desgracia, hice un esfuerzo sobre mí y la brindé con un albergue para pasar la noche.

– Dios se lo pagará á usted, caballero, me dijo con voz quejumbrosa. ¡Si usted viera cuánto trabajo me cuesta ganar la vida!

– ¿Pero en qué se ocupa usted?, le pregunté nuevamente sin poderme contener.

Titubeó un poco y luego me contestó con su acento llorón.

– Compro cosas usadas y luego las vendo en la capital, señor.

¡Bah! ¡Qué cosa más sencilla! ¡Cómo era posible que me hubiese dado tanto que pensar semejante bobería!

Esto explicaba el que caminase cargada con una guadaña, cuando nadie pensaba en segar: la habría adquirido en cualquier caserío del camino..., pero ¿y el saco?

– ¿Qué es lo que lleva usted en el costal?

Entonces sí que se turbó la viajera. Lo noté claramente en el rato que tardó en contestarme y en que cesó el ruido de lo que dentro llevase. Sin duda cuidaba de no agitarlo por temor de que el sonido la delatara.

– Son calabazas, señor.

La miré á la cara y se me figuró verla sonreir en la sombra de un modo espantoso.

Ya no volvimos á hablar hasta que llegamos á la puerta de la alquería. Dí orden al mozo de que la alojase en una habitación baja, pero abrigada, donde se guardaba heno, sobre el que podría dormir cómodamente, y subí á la alcoba del enfermo. Su madre le velaba, enjugándose de vez en cuando las lágrimas que se escapaban de sus ojos.

– ¿Cómo está?, le pregunté.

– Ahora duerme, pero parece más fatigoso. ¿Y el médico?

– Vendrá en seguida. Acuéstate; si ocurriese alguna novedad, te llamaré.

Después de bastante resistencia se retiró á descansar algo, para poder pasar la madrugada junto á la cuna.

El más profundo silencio reinó en la casa; sólo se oía allá á lo lejos el ladrido de los perros de ganado. Algunos minutos transcurrieron así. La lamparilla chisporroteó y la alcoba quedó solamente alumbrada por la llama ondulante de la chimenea.

De pronto llegó á mis oídos un ruido sordo que parecía provenir del piso bajo; un ruido monótono, apagado por la distancia, pero continuado, sugestivo, como lo es el cuchicheo de dos personas que se hablan en secreto cerca de uno.

Escuché con atención. Sonaba debajo de nosotros, en la sala donde dormía ó debía dormir la vieja huéspeda.

Me descalcé, cuidando de no rer sentido, y bajé la escalera, dirigiéndome cautelosamente á la puerta de la improvisada alcoba.

Dentro había luz y su resplandor se filtraba por las rendijas de la madera. A través de una de ellas miré al interior y quedé horrorizado.

Sobre el pretil de la ventana había encendida una mugrienta vela de sebo que alumbraba el espeluznante cuadro, digno del pincel de uno de esos artistas ingleses que se complacen en representar simbolismos de ideas terribles y horripilantes escenas.

Sentada sobre un haz de heno se encontraba la extraña viajera, á cuyos pies se veían seis ú ocho calaveras y unos cuantos huesos, contenido indudable del misterioso costal, vacío ya, abandonado en un rincón.

Tenía entre sus secas manos uno de los cráneos, del que arrancaba las últimas briznas de carne podrida, rascando pausadamente sobre él con un pedazo de hierro.

Aquel monótono ludir era el que se percibía desde arriba

Detrás de ella, apoyada en la pared, la guadaña lanzaba su siniestro brillo, dándole al conjunto el fatídico aspecto de una verdadera aparición de la Parca.

Luego que se me pasó la primera impresión, pues me había quedado inmóvil de espanto, levanté el picaporte y entré, resuelto á aclarar el misterio.

La vieja, al sentir abrirse la puerta, dió un grito y trató apresuradamente de ocultar los espantosos restos humanos.

Me acerqué á ella y sacudiéndola por un brazo le pregunté con severidad:

– ¿Qué es esto? ¿Quién es usted?

Yo se lo diré, señor. ¡No me pegue!... Ahora se lo diré todo, caballero.

Y con voz temblona, que quería hacer persuasiva, estremeciéndose con repeluznos de perro ratonero, comenzó su relación.

– Mire usted, buen señor: yo tengo que vivir... Ya ve usted..., los tiempos están malos... y ya, á la edad que una tiene... ¡Créame! Ya no puede una dedicarse más que á estas industrias que nadie quiere practicar..., que espantan á las personas honradas. Luego, en la capital, están los osarios tan vigilados... Porque los sepultureros son unos canallas..., unos malvados sin corazón que, si me sorprenden recogiendo huesos, me golpean. Los alumnos de anatomía pagan el género regularmente; y... ya usted ve..., es un modo de vivir como otro cualquiera... Yo vendo más barato que el conserje del cementerio..., y... ¡claro está! necesito gran surtido... Ahí tiene usted por qué tengo que ir por las aldeas... Unas veces á escondidas, otras con permiso del guarda del camposanto, desentierro lo que puedo... Mire el buen caballero qué colección: cuatro fémures, otros cuatro húmeros y de costillas...

– ¡Basta!, interrumpí con asco viendo cómo me iba enseñando los hediondos despojos. Entonces, ¿por qué me engañó diciéndome que comerciaba en cosas usadas?

– Porque sé la repugnancia que mi industria inspira á todo el mundo. Por otra parte, añadió con una sonrisa helada, ¿le parece á usted que esto está poco usado?, y golpeaba con sus nudillos sobre una de las calaveras. La guadaña la he comprado por cinco reales á un chico que la llevaba, y espero sacar por ella lo menos diez en cualquier tienda de trapero.

Me daba asco y lástima la pobre mujer; así que me alejé cuanto antes de su presencia, después de recomendarle que no hiciera más ruido.

Volví junto á la cuna de Fernandito, encendí luz y le encontré despierto. Respiraba con más dificultad que antes; sus labios hinchados se agitaban como queriendo recoger el aire que necesitaban sus pulmones y en su carita amoratada se veían los síntomas de la congestión. Aquello era horrible.

Ya no se oía nada dentro ni fuera de la casa. Aquel silencio me zumbaba en los oídos y me parecía escuchar frases que no comprendía, pero que penetraban en mi cerebro sobreexcitado con la persistencia de una pesadilla, isócronas unas veces, como el tic-tac de un péndulo, otras atropellándose tumultuosamente; cada vez con mayor estruendo, cada vez más agudas, revueltas, con sonoridades cavernosas, hasta convertirse en trueno formidable, como el que produciría el Océano despeñándose desde el infinito sobre su alvéolo de peñascos.

Y entre el horrísono batallar y el nervioso cuchicheo que fingía el zumbar de mis oídos, danzaba una idea fúnebre que nada podía borrar, una idea que me apretaba el corazón y me atenazaba la garganta: que la muerte, encarnada, estaba allí, debajo de nosotros, y que era yo, ¡yo!, el que la había conducido hasta aquel sitio y el que la albergó cerca del hijo único cuya vida segaría la implacable guadaña...

El crujir del vestido de Emilia, que volvía junto á la cuna, me sacó de estas febriles lucubraciones.

No tuvo más que acercarse al pobre niño para comprender lo que se había agravado en una hora.

– ¡Mi hijo se muere!, gritó como una loca.

En vano quise tranquilizarla. No se puede persuadir á nadie de lo contrario de lo que se siente.

El pobre enfermito respiraba apenas. Su garganta, casi obstruída, no daba paso más que á un soplo de aire que entraba en su pecho con débil ronquido.

Hubo un momento en que pareció que todo se acababa. Emilia se abrazó á mi cuello sollozando:

– ¡Nuestro hijo! ¡Se muere nuestro último hijo! ¡Como los otros!

En medio de tanto dolor, volvió á mi mente la idea de antes. Recordé, sin saber la causa, las frases de la anciana: «El oficio que Dios me ha dado es muy triste...» ¡La muerte! ¡Estaba abajo!

Me separé de los brazos de la atribulada madre y bajé á saltos la escalera. Abrí de un puntapié la puerta, detrás de la que descansaba la misteriosa viajera.

– ¡Fuera! ¡Ahora mismo!, grité levantándola de los hombros. ¡Tome usted sus trebejos asquerosos y afuera!

Mirábame ella con los hundidos ojos llenos de espanto; pero mi aspecto no debía dar lugar á vacilaciones, porque me obedeció sin replicar y salió.

La fatídica vieja se echó al brazo el costal; y requiriendo la guadaña, comenzó á andar con su paso largo y desquiciado por la blanca carretera.

Y al volver yo á la alcoba del niño, respiraba ya éste con más libertad.

J. SÁNCHEZ GERONA.

(Dibujo de Gili y Roig.)



EN LAS RIBERAS DEL GUADALQUIVIR, cuadro de García Rodríguez



CAMINO DE ALCALÁ DE GUADAIRA, cuadro de García Rodríguez



La bailadora no cesa en sus movimientos

CRÓNICAS ANDALUZAS

CANTADORES Y BAILADORAS

Todos los pueblos, desde la antigüedad más remota, han hallado singular complacencia en ejecutar las dos acciones que se comprenden en el epígrafe de esta *crónica*.

Puede decirse que ambas son inherentes á la naturaleza humana: como lo es el sentimiento musical que sirve de base á las dos, el cual se ajusta y acomoda, de manera admirable, á la expresión de los distintos afectos del alma, reflejando á maravilla el estado de aquélla, ya al sentirse poseída de júbilo, ya al experimentar el peso del dolor.

Todavía en algunos países, y aun en regiones españolas, los cantos y bailes denotan, á la simple vista, su antiquísimo origen por sus cadencias monótonas, sus guturales gritos, su sonsonete lento y acompasado, y sus variadísimas y difíciles inflexiones de voz, parecidas, si no semejantes, á las que brotan de los labios de hombres que viven aún en estado casi salvaje.

Pero no es nuestro intento el de bosquejar siquiera la historia de uno y otro arte, ofreciendo al lector el cuadro interesantísimo de las transformaciones que en ellos han venido ocurriendo para acomodarse al desenvolvimiento de las sociedades, reflejando como era natural el grado de cultura de los pueblos. Vamos sólo á emborronar el cuadro de típicas costumbres con que nos brinda el numeroso grupo de cantadores y bailadoras *flamencos* que á diario brotan, por decirlo así, en esta ciudad ó en otras andaluzas, desde donde se esparcen para lucir sus singulares facultades, transponiendo muchas veces nuestras fronteras. Bien puede decirse de ellos y de ellas que para llegar á la celebridad, para obtener envidiable reputación, han necesitado primeramente poseer la gracia natural, don de la Providencia, que no se aprende, que en ellos es innata, espontánea, porque sabido es que el artista (valga la palabra aplicada en esta ocasión) «nace y no se hace.» Contando ya con aquella cualidad, unos y otras proceden del mismo origen, son hojas del mismo árbol y se forman y desarrollan casi de la misma manera.

Sus aptitudes y facultades empiezan á manifestarse desde la infancia; y así vemos frecuentemente al desarrapado y andrajoso chicuelo de doce á catorce años, de bronceada tez, de negros ojos, de nariz aguileña, pómulos salientes y gruesos labios, rasgos que delatan su origen gitano, el cual, abandonando su triste é infecto hogar, busca el sol que le caliente y aire más respirable que el del tugurio, y parado en la esquina de alguna calle de las de mayor tránsito, entona con vibrante voz esos cantares aprendidos en la cuna, modulando sus acentos con los tonos más melancólicos y expresivos, que sólo enseñan la desgracia y la miseria. Ellas fueron sus maestras y ellas las inspiradoras de sus cantos; así, en vano será que los favoritos de la suerte traten de imitar sus tristes acentos, los cuales, como no sentidos, serán falsos y, por consiguiente, sin el encanto de la verdad.

Las gentes forman corro en derredor del mozalbete, y es cosa de ver cómo aquél se crece y cobra alientos, y se esmera y afina la voz, produciendo arpegios tan originales, tan variados, que la escala musical no puede trasladar á las inflexibles líneas del pentagrama. ¿De quién los aprendió? De nadie. Brotaron de su innato sentimiento musical. Con él solamente dió forma á las mil combinaciones que se le ocurrían, semejantes á los gorjeos y trinos de las aves.

Como ellas libre, inconsciente, ignorando todo principio y toda regla, saltando por encima de las leyes armónicas, produjo, sin embargo, armonías á su manera, acomodando las inflexiones de su voz á la letra de sus cantos, las más de las veces por él improvisados.

Amores que por su edad no pudo sentir, pero que su pasmosa precocidad adivinó; desdenes y desengaños, tristezas de la muerte, de la miseria, de la cárcel...

Tales son los temas de sus cantares, que llevan en el fondo, ora la melancolía de irrealizables aspiraciones, ora el sarcasmo del escepticismo, ora el peso abrumador de la desdicha.

He aquí el origen del cantador *neto* y *castizo*, del verdadero, del genuino, del que hace brotar lágrimas en el corro de espectadores, del que llega á *lo hondo*, hiriendo con sus frases y con sus acentos las fibras del corazón de aquellos que como él sienten, porque como él se criaron, y como él, puede decirse, que saltaron desde la cuna al fango del arroyo.

Así le aplauden y le jalean; y tales muestras de simpatía y de elogios despiertan su orgullo de *artista*, estimulándole á perfeccionarse, hasta adquirir popularidad en todo el barrio y fuera de él. Entonces le llaman en las tabernas, en las reuniones de la gente alegre y en las *juergas*, donde se derrocha el vino, se ahogan las penas y se olvidan las tristezas de lo presente y se desprecian las amarguras de lo porvenir.

En el estrecho camaranchón de la taberna, de muros y techos ennegrecidos, respirando la viciada atmósfera del alcohol y del tabaco, que se mezcla y confunde con los penetrantes perfumes de las mujeres y de la manzanilla derramada sobre las mesas; en medio del palmoteo de los jaleadores y de los acordes de la guitarra, encuéntrase el cantador en su elemento; y sentado en un banco, apenas cubiertas las carnes con miserables harapos, lleva el compás de sus cantos con una varilla ó un bastón en su diestra mano, medio entornados los ojos y alardeando de su maestría, acompaña á la mozuela que baila encima de las blanquísimas tablas de la mesa.

También ella habíase formado como él en el arroyo; después, de taberna en taberna, viviendo constantemente entre la crápula y la licencia, llegó á alcanzar fama de *artista*, de incomparable bailadora; siendo solicitada por la gente del bronce, por los sempiternos adoradores de Baco, que hacían del tiempo no interrumpida saturnal, llamándola siempre, pues con ella iban la desenfrenada alegría hasta el extremo del frenesí.

Cuando aparecía en medio del corro, que anhelante la esperaba, recibíanla los hombres con atronadoras exclamaciones.

—¡Ole!.. ¡Ole.., ¡las mujeres de gracia!.. ¡Viva la sal de Dios!.. ¡Bendito sea tu cuerpo, *mare* mía de mi alma!..

—Ahora sí, decía uno, que vamos á ver la *verdá*

—¡Valiente *gachí!*.., exclamaba otro.

—¿No ves qué ojos y qué boca se *trae* la niña?..

Mientras tanto las mujeres mirábanse á hurtadillas, con marcada expresión de despecho y de coraje al sentirse de aquella manera postergadas.

Comienzan á sonar las guitarras, con sus rasgueados y traspuntes, y el estrépito acompasado de las palmas y el taconeo con que se acompañan los cantadores, va aumentando cada vez más, y el vino se esparce y se derrama y el entusiasmo llega al delirio cuando de pronto, saltando agilísima sobre la gran mesa colocada en el centro de la sala, aparece la elegante figura de la bailadora. Echada atrás la cabeza, comienza á mover vertiginosamente sus menudos pies, que deja al descubierto la almidonada falda de percal blanco salpicada de lunares rojos, taconeando con singular presteza, haciendo estremecer las baterías de cañas de vino aprisionadas en relucientes bandejas de metal. La bailadora no cesa en sus movimientos, unas veces rápidos y otras cadenciosos; retuércese y se cimbra su cintura como flexible junco, tiemblan sus caderas, y sus brazos ya rodean la cabeza, ya se bajan hasta tocar las rodillas, y al levantarlos de nuevo, asiendo suavemente los pliegues delanteros del vestido, éstos suben y dejan ver hasta la mitad de las pantorrillas, al tiempo mismo que esparce sus miradas expresivas, de voluptuosos deseos, por todos los concurrentes, dominados ya por el influjo de los vapores del vino.

Así había alcanzado su fama; así Manuela la de Triana fué por algún tiempo el ídolo de los barrios sevillanos; así también aquel cuerpo de niña, con pasiones de fiera, corrió desenfrenadamente desde el arroyo á la taberna, desde ésta al tablado del café cantante y desde aquél al escenario de algún teatro extranjero; y cuando parecía llegada á la meta de sus aspiraciones, cuando vislumbró enloquecedores triunfos y soñó con tesoros, y su vanidad y su amor propios veíanse satisfechos y penetraba por un sendero de flores seguida de enloquecidos adoradores, halló el término de su carrera en un obscuro rincón del suntuoso cementerio de Génova, quedando de ella como único recuerdo una ya borrosa lápida en la cual difícilmente se lee:

Manuela Sánchez, bailarina sevillana, de 22 años de edad. — 14 *de febrero* 1878.

J. GESTOSO Y PÉREZ.

(Dibujos de Azpiazu.)



Las gentes forman corro en derredor del mozalbete

EL ÚLTIMO DÍA

I

El lo había querido y era cosa decidida. El 17 salía de Cádiz el vapor y con él abandonaría Fernando aquella odiosa vida de privaciones.

¡Apenas había costado berrinches y sinsabores la resolución! Nada había podido para el chico el amor de su madre, en la que no veía él sino una mujer pusilánime, dotada únicamente de ese cariño mal entendido, tan funesto á veces al porvenir de los hijos; nada sino exasperarle habían conseguido las reflexiones de su padre, á quien sólo consideraba como un infelizote, incapaz de sacar á su familia de la estrechez y cuya vida se consumía obscuramente entre su casa y la oficina.

Fernando aspiraba á más: sentíase con vocación de millonario. Lo que su padre no había sabido darle, iríalo á buscar él allende los mares, en esa América que se le representaba brindando desde lejos numerosos tesoros á todo el que se atreviera á ir por ellos.

– ¡Bueno, pues que se vaya!, dijo al fin el pobre viejo. Cuando la experiencia le desengañe, ya veremos de hacerle volver; y si por casualidad le fuera bien..., ¡quién sabe!

Y al decir esto, se le atragantaba la voz y volvía la cara para que no le vieran á su edad hacer pucheros.

La madre, abatida, pero sacando fuerzas de flaqueza, iba arreglando el equipaje de su hijo, le marcaba cuidadosamente la ropa blanca, y cada pieza que ponía en el baúl le costaba un hondo suspiro.

En la mesa solía reinar un silencio que partía el alma. A veces la hermanita menor lo rompía, haciendo inocentemente alguna pregunta sobre el próximo viaje, lo cual era renovar las heridas de todos los corazones. Fernando no contestaba ó sacaba otro tema de conversación.

Sus amigos estaban con él más cariñosos que nunca, se lo disputaban á cada momento para llevarlo á echar unas cañas ó al freidor por la noche, y le buscaban cada cual por su lado todas las recomendaciones posibles.

El chico se iba impresionando con todo esto, sus ideales palidecían y sentía en sus adentros escarabajearle un algo que le tenía sin apetito y desazonado, y despertársele por sus pobres padres, por sus amigos, por aquella humilde casucha que desde la infancia le había albergado, por su tierra toda, un cariño ternísimo.

Hasta las muchachas parecía que se esforzaban en verlo y hablarle con frecuencia los últimos días. Sobre todo Carmen. Con los pretextos más fútiles, para hacer á la madre de Fernando cualquier pregunta sobre vestidos ó novenas, allí se plantificaba la doncellita.

– Pero ¿será por mí?, se preguntaba él. ¿Por qué entonces se me ha mostrado siempre esquiva? ¿Por qué no ha sido conmigo alegre, decidora, vivaracha, como con los demás?

Fernando había sido siempre corto con las mujeres: verdaderos amores no los había tenido nunca, y vivía entre las gaditanas como Tántalo en el agua muriéndose de sed. Rubia ó morena, acaramelada ó fogosa, cualquiera le habría hecho feliz. Y ahora que iba á dejarlas á todas, resultaba que la que más había atraído sus miradas ¡le ofrecía á torrentes el agua de vida! No; ahogaría en la cuna aquel sentimiento loco: no se haría la partida más penosa de lo que ya iba á ser.

II

La víspera del último día fué á despedirse de la familia de Carmen. La muchacha se sentó á su lado, y Fernando cada vez que la miraba sorprendía clavados en él los hermosos ojos de la niña como estrellas que le llamaran al portal de su redención. La despedida fué un tormento: los rostros sonreían, los corazones se ahogaban de pena, había que hablar y las palabras morían en la garganta. Carmen y sus padres se asomaron á la galería hasta que Fernando, saludándolos por última vez, dobló la esquina. Poco después volvió sobre sus pasos para mirar de nuevo, pero sólo vió los deslumbradores reflejos del sol del mediodía en los cristales cerrados.

Por la tarde fué á bordo con su padre á ver el vapor, uno de esos de carga de la compañía italiana de «Las Pullas,» que llevan también algún pasaje á precio mucho más módico que los grandes transatlánticos.

Cuando el bote llegó al costado del *Messapia*, funcionaban en éste picos y cabrestantes cargando sal de unas gabarras á él atracadas y que el escarceo de las olas encrespadas por el levante mantenía en rudo balanceo. La cubierta estaba ennegrecida de carbón y atestada de cadenas, fardos, cajones, madera de respeto y cabullería. El olor de la brea, el vaho del vapor y el humo de la cocina de á bordo mezclábanse al aire viciado que subía de las bodegas y provocaban á náuseas. Los marineros y cargadores iban y venían, atareados, sudorosos y sucios. Los oficiales no mostraban tampoco gran aseo. Tres ó cuatro pasajeros, que á Fernando le fueron irresistiblemente antipáticos, charlaban en italiano, fumando en sendas pipas un tabaco fortísimo. Vieron el camarote: el reducidísimo espacio que dejaban libre sus cuatro literas hallábase obstruído por maletas y otros bultos; á pesar de estar la lumbrera abierta, la atmósfera era allí pesada y el calor sofocante. Tal había de ser durante un mes la habitación de Fernando.

Cuando volvió á cubierta y subió á la toldilla, se le ensanchó el corazón al respirar de nuevo la brisa pura del mar. Jamás le había parecido tan hermosa la espléndida bahía, en cuyas aguas, azules como el cielo que reflejaban inquietas, rielaba el sol estival. En redor Cádiz, San Fernando, los Puertos, Rota y graciosamente encaramada sobre los lejanos cerros Medina-Sidonia, bebían ávidamente sus rayos de oro, y parecían invitar á porfía á gustar la ambarada manzanilla que atesoran sus bodegas.

El bote volvió á tierra; y al pisar las resbaladizas piedras del muelle, Fernando consideró con fruición que aún le quedaban algunas horas que pasar en Cádiz.

– ¡Todavía podría ver una vez más á Carmen!, pensó Fernando.

III

Tomaron la calle de San Francisco, entraron en la agencia y pagaron el pasaje.

Ya no había remedio.

Cogió el papel y le pareció que iban á faltarle las fuerzas; un sudor frío le bañaba la frente, un ardor angustioso le devoraba el pecho.

La comida fué triste como una visita de duelo. En vano se había querido hacer un pequeño banquete de familia para honrar al que se iba. Nadie podía pasar bocado.

– ¡Quién sabe cuándo nos volveremos á ver, hijo mío!, decía la madre.

La niña dejaba los platos casi intactos diciendo:

– Mamá, no tengo ganita.

El Jerez se bebió haciendo grandes esfuerzos. Todos intentaban consolarse mutuamente, pero cada cual sentía la necesidad de estar solo para desahogarse llorado.

A las nueve llamaron á la puerta: era Carmen, que venía con pretexto de acompañar á la madre de Fernando. Al ver á la que adoraba sintió éste un vuelco en el corazón. Hubiera querido lanzarse hacia ella con la palabra de amor en los labios, pero había que respetar la presencia de su pobre madre, que bien claramente veía su cariño inmenso relegado á segunda fila.

Pasaron á la galería á tomar el fresco á la luz de la luna. Se habló muy poco.

– ¿Por qué se va usted?, dijo repentinamente Carmen. ¡Tan bien que está aquí entre tantos que le quieren! ¿Por qué se va usted?

Dieron las once y Carmen tuvo que retirarse. Bajó la escalera lentamente, muy lentamente; á cada peldaño se volvía para saludar con el abanico, haciendo esfuerzos heroicos para sonreir.

Al fin se oyó el ruido de la cancela que se cerraba y que á Fernando le sonó en el alma.

Necesitaba estar solo: dió las buenas noches y se encerró bruscamente en su alcoba, se desnudó apresurado y se echó de golpe en la cama. El cariño de los pobres viejos que lloraban desconsolados en la habitación inmediata, se había borrado de su mente ante la imagen de la mujer querida.

– No la olvidaré nunca, pensaba; trabajaré mucho para volver pronto á hacerla feliz.

Y entregándose á los más locos fantaseos, se abrazaba á la almohada cubriéndola de besos como si fuera el mismísimo cuerpo de su adorada; y sentía unos resquemores y unos cosquilleos y unos escalofríos que le subían por el pecho y al llegar á la garganta se le convertían en nudos tan apretados que le hacían saltar las lágrimas.

Así pasó la noche.

IV

Cuando empezó á alborear sintióse los ojos hinchados, la cabeza pesada, la boca seca, el pecho oprimido, y siempre la misma desazón, la misma angustia. Bebió un vaso de agua y la encontró desabrida. Se tiró de la cama y abrió los postigos; el cielo amanecía sin una nube; un sol espléndido asomaba tras el risueño paisaje del otro lado de la bahía y doraba ya las azoteas y galerías más altas de Cádiz. Era el sol del último día.

– ¡Si pudiera verla aún!, pensó.

Y abrigando esta esperanza se vistió á escape y salió á la calle.

No le había engañado el corazón; y al ver aparecer tras la reja del piso bajo, entre la rubia cabellera en desorden, aquel rostro pálido y bello cuyos grandes ojos azules le miraban amorosos y tristes, el lenguaje de la pasión, tanto tiempo reprimido, brotó de sus labios como un reguero de lava.

– No, yo no quiero dejarte; ¿por qué no me has querido antes?

– ¡Yo!.. Pero ¿tú sabes el tiempo que hace que me consumo en silencio? Y por ti, ingratón, por ti. ¡Si supieras lo que he llorado!

– ¿Tú, mi alma, tú llorar por mí? ¡Y yo te dejo! ¡Si tú vales más que todos los tesoros! ¡Si no hay felicidad como el querernos!

Y sintiendo rebullir toda su sangre, encendido, trémulo, saltándosele el corazón del pecho, se apartó bruscamente de la reja, entró en la casa y llamó; y apenas vió aparecer á la mamá de Carmen, le soltó á borbotones, como si temiera que una mano les fuera á cerrar el paso en la garganta, estas palabras:

– Yo adoro á Carmen con toda mi alma. Yo no quiero irme. Démela usted; trabajaré cuanto pueda para hacerla feliz.

La buena señora corrió á llamar á su marido.

Momentos después abría éste los brazos á Fernando diciéndole:

– ¡Ven acá, hombre! Te la daré, pero cuando se te haya sentado la cabeza y no pienses más en locuras. Trabaja, que ya se te ayudará en lo posible y... aquí la tienes.

Fernando, loco de alegría, echó mano al bolsillo y sacando un papel que allí le abrasaba el pecho, lo rasgó en mil pedazos.

– Pero hombre, ¿qué haces? ¡Si se podía haber vendido! ¡Cuando digo que eres un atolondrado!

Era el pasaje comprado á costa de los ahorros y sacrificios de su padre.

. . . .

Aquella noche la madre de Fernando, estrechando á Carmen en sus brazos, le decía:

– Bendita seas y bendita tu cara de gloria que ha podido más que mi cariño, porque ella me ha conservado al hijo de mi alma.

Y juntando ambas los rostros, mezclaban sus lágrimas de alegría.

Emilio H. del Villar.

Dr. D. FEDERICO RUBIO

El eminente cirujano que acaba de fallecer en Madrid había nacido en Puerto de Santa María (Cádiz) el 7 de agosto de 1827. Hijo de padres modestos que apenas pudieron costearle los primeros estudios, cursó Humanidades; desterrado su padre por el gobierno absoluto, hubieron de costearle el bachillerato algunos buenos amigos de la familia compadecidos de la situación precaria en que quedó su madre, sola, sin recursos y al cuidado de varios hijos, todos pequeños.

Matriculóse en 1842 en la Escuela de Medicina de Cádiz, terminando en 1850 la carrera, durante la cual se distinguió notablemente como disector. Entonces se estableció en Sevilla, en donde ganó por oposición la plaza de primer cirujano del hospital Central, no tardando en extenderse su fama por toda España.

Deportado ó fugado á Inglaterra por sus ideas políticas radicales, permaneció una larga temporada en Londres, y allí conoció y trató al ilustre Fergusson y se empapó de los progresos de la cirugía contemporánea.

Volvió á España y en 1860 practicó la primera ovariotomía y al año siguiente la primera extirpación de la matriz.

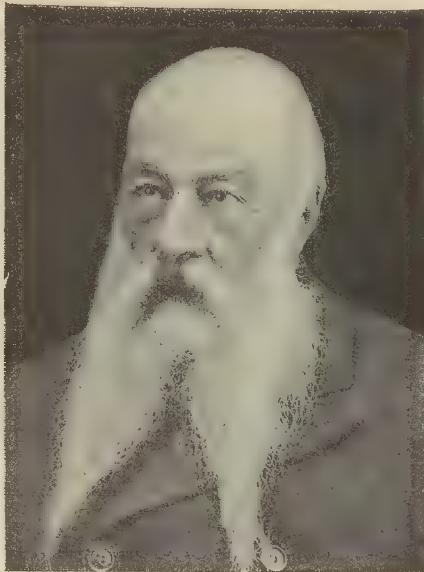
En 1868, triunfante la Revolución, fundó la Escuela Médica de Sevilla y en 1869 fué á Madrid como diputado de las Constituyentes. Después de la proclamación de la República representó á España en Inglaterra, donde su fama como médico eclipsó á la de embajador. Visitó luego los Estados Unidos, estudiando los progresos que la ortopedia realizaba en manos del gran Sayre, y al regresar á España fundó, con otros amigos y discípulos, el primer laboratorio de histología, haciendo importantes investigaciones sobre el cáncer y el pus.

En 1880 ingresó en la Academia de Medicina y en 1895 fundó el célebre Instituto operatorio de su nombre que se alza en la Moncloa y que por sí solo bastaría para inmortalizar la memoria del médico y del filántropo. Como complemento de esta institución, es decir, para poder contar con el personal femenino idóneo que necesitaba, creó la *Escuela de enfermeras de Santa Isabel de Hungría*, en la que se admiten alumnas internas y externas, las cuales, á los dos años de estudios teóricos y prácticos, reciben un certificado de aptitud para ser enfermeras de Medicina y Cirugía. En 1899 fundó la *Revista Ibero-Americana de Ciencias Médicas*, publicación por todos conceptos notable.

En suma, fué el Dr. D. Federico Rubio una verdadera eminencia, una de las más legítimas glorias en la ciencia médica, y su nombre ocupará lugar honrosísimo en los anales de la medicina española.

Por esto, creyendo que su personalidad merece algo más que estos ligeros apuntes biográficos, copiaremos algunos de los conceptos que acerca de ella publicó hace un año en el Almanaque de *El Imparcial* de Madrid otra eminencia científica, otra de nuestras glorias, el sabio doctor Ramón y Cajal:

«Cirujano, él fué quien popularizó en España la alta intervención quirúrgica y los métodos de la antisepsia y la asepsia, que habían revolucionado en el extranjero el arte operatorio; él se adelantó entre nosotros á disipar ese supersticioso temor que inspiraban las cavidades orgánicas, y sobre todo el peritoneo, arca santa en cuyas paredes se detenía miedoso el bisturí, enseñándonos que cuando el operador lleva la anatomía por antorcha, la asepsia por escudo y la ejecución rápida y artística por método, el organismo, tan avaro de la integridad de sus órganos viscerales más nobles, se resigna á perderlos, entregándonos sin protestas y como tributo rendido á los exquisitos miramientos del arte y á las sabias presunciones de la ciencia pedazos tan importantes de la gran máquina vital como la laringe, el riñón y el ovario; él inauguró en España los estudios histológicos, que aplicó con tino singular al diagnóstico de los tumores, evitando así los errores de aquellos cirujanos á la buena de Dios que antaño se estilaban; él, en fin, fundó y desarrolló las especialidades quirúrgicas con sus inolvidables enseñanzas de la Escuela de Terapéutica operatoria del hospital de la Princesa, plantel lucido de peritísimos oculistas, ginecólogos, laringólogos y cirujanos generales.



DR. D. FEDERICO RUBIO, fallecido en Madrid en 31 de agosto de 1902

»D. Federico es también orador, y orador brillante. En sus sabias lecciones, el pensamiento tiene á su servicio una palabra elocuente, precisa, reflexiva, á veces pintoresca y nunca olvidada del decoro que pide la exposición de la ciencia.

»Cuando discute parece tener siempre razón, porque en él, como en todos los grandes oradores, la sugestión completa la obra del argumento y va más allá de la lógica.

»En su boca las hipótesis parecen verdades y las verdades dogmas.

»Como escritor es castizo, fácil, correcto, posee el don de hermosear cuanto toca y de ennoblecer lo pequeño, de hallar lo precioso en lo baladí; su estilo abarca todos los tonos, plegándolo maravillosamente á la índole del asunto; posee además el arte de contar primorosamente prestando vida y color á la narración, cuyo vigor aumenta con toques emocionales de gran efecto. Por raro maridaje, júntanse en D. Federico dos cualidades que suelan andar separadas; la palabra y la acción. Posee voluntad y perseverancia para producir y crear, y es dueño además de una memoria y una imaginación que le permiten exponer primorosamente el fruto de su labor, combinación feliz de talentos; porque la acción y el pensamiento originales autorizan la palabra, y á su vez la palabra realza y embellece el pensamiento.

»Por último, en D. Federico, el *hombre*, sobre todo el *patriota*, supera quizás al cirujano y al orador. Con ser grande como sabio, vale más como carácter. Yo admiro mucho en D. Federico el dictador del bisturí, el zahorí del diagnóstico quirúrgico, el mágico prodigioso á quien el organismo abre dócilmente las junturas de los órganos más recónditos; le admiro cuando, oficiando de pontifical, rodeado de sus apasionados discípulos, esculpe con el bisturí los límites de maligno tumor, y salva



El primer juguete, cuadro de Esteban Novo



TRISTE HOGAR, cuadro de Luis Deschamps



EL MEMORIALISTA, cuadro de Beaury Saurel

de muerte segura á un desgraciado; pero le admiro y le venero mucho más al recordar la generosidad con que en el apogeo de su soberanía quirúrgica abrió á sus discípulos las puertas de la notoriedad, sacrificándoles lo más brillante de su propia clientela; cuando le contemplo, anciano ya, erigir exclusivamente para la caridad y para la enseñanza ese admirable hospital de la Moncloa, modelo de nosocomios y síntesis de una experiencia quirúrgica de cincuenta años; cuando, llegado á la edad en que no queda tiempo para cosechar el fruto de las arduas iniciativas, le miro empeñado con juvenil ardimiento en la publicación de su hermosa *Revista Ibero Americana,* archivo del pensamiento médico español, revista destinada á desarrollar entre nosotros el espíritu de investigación y de crítica, y á señalar á la juventud el verdadero camino de nuestra emancipación intelectual y de nuestro renacimiento político, renacimiento que no vendrá por ministerio de un imposible poderío militar, sino por el trabajo intensivo, por el pensamiento original, exportando tantas ideas como mercancías, compensando, en fin, la pequeñez en que ha venido á parar la Geografía patria con el ensanche de nuestra Geografía moral, con la colaboración, cada día más honda y grande, en la obra común de la civilización europea.»

NUESTROS GRABADOS

Amor de madre, grupo escultórico en mármol. – En el hermoso parque de Sans Souci (Potsdam) se ha colocado recientemente el bellísimo grupo escultórico que adjunto reproducimos y que ha sido encontrado por el Dr. Pablo Seidel, director de los Reales Museos, en un rincón de la Galería



AMOR DE MADRE,
grupo en mármol recientemente colocado en el parque de Sans Souci (Potsdam)

de Pinturas de Federico el Grande, escondido entre multitud de trastos viejos. Cuando se hubo limpiado la escultura convenientemente, vióse que era una obra bellísima y digna de ostentarse en público; por esto fué sacada de aquel lugar en que permanecía ignorada y puesta á la entrada del antedicho parque. Ignórase quién es el autor de este grupo, pero se supone que es obra de algún artista holandés.

***

En las riberas del Guadalquivir. Camino de Alcalá de Guadaira, cuadros de M. García Rodríguez.—Otros dos bellísimas producciones del distinguido paisajista sevillano Sr. García Rodríguez podemos dar á conocer á nuestros lectores, que ya en esta Revista han tenido ocasión de aplaudir y admirar con nosotros varias obras, de igual género, de este laborioso y notable artista. Siguiendo la misma senda de otro paisajista meritísimo, el Sr. Sánchez Perrín, ha logrado el pintor á que nos referimos singularizarse hasta el extremo que no cabe confundir sus cuadros con las producciones similares de los demás paisajistas sevillanos. No es nuestro propósito establecer puntos de comparación, pero sí observar que los lienzos de García Rodríguez, todos ó casi todos son trasunto fiel de las encantadoras campiñas que baña el poético Guadalquivir, trasladadas al lienzo con habilidad é impregnadas de un sello de poesía y distinción que los avalora. A estas circunstancias debe el buen concepto de que goza y la estima que merecen sus obras de los aficionados é inteligentes.

***

El primer juguete, cuadro de Esteban Novo. –¡Con cuánto interés, con cuánto afán siguen las madres el desenvolvimiento de la inteligencia de sus pequeñuelos! La primera mirada consciente, la primera sonrisa, el primer balbuceo del niño, son otras tantas alegrías inefables para la que le dió el ser; y no digamos cuando el chiquitín comienza á fijar en las cosas una especial atención que denota ya un notable grado de adelanto en el proceso mental, cuando ya «se entretiene solito,» según la expresión con que se indica claramente esa fase de la vida psíquica del infante. Entonces las madres rebosan de satisfacción é interpretan como destellos de genio los actos más insignificantes, más indiferentes, á los ojos de los demás, y complaciéndose en formar castillos en el aire, nunca más justificados que en este caso en que el amor maternal los edifica, deducen de aquellos actos las aptitudes de su hijo y se lo imaginan en el puesto más eminente de la profesión á que *in mente* lo destinan. El bellísimo cuadro de Novo nos ha inspirado las anteriores consideraciones, porque realmente la mirada y la sonrisa de esa madre al contemplar cómo su niño se divierte con el primer juguete, expresan de un modo elocuente las más halagüeñas ilusiones, los planes más seductores para el porvenir.

***

El memorialista, cuadro de Beaury-Saurel.—La escena que este cuadro representa tiene algo de la que tan maravillosamente ha descrito nuestro genial Campoamor en su popular cuanto bellísima dolora; pero así como en la imaginada por el poeta, el bondadoso cura frunce el ceño, reprende y hasta llega á enfadarse al oir los acentos, más apasionados que conformes con la religión, que la niña le pide traslade al papel, en el lienzo de Beaury-Laurel, el malicioso memorialista se sonríe escuchando las amorosas expansiones de la joven que ante él descubre su corazón por entero, á fin de que interprete bien sus más recónditos sentimientos y empapándose bien del asunto encuentre las palabras más oportunas, los conceptos más expresivos, las frases que lleguen más al alma. La carta no hay que decir para quién es; por consiguiente, no es extraño el empeño que pone la muchacha en que sea una misiva redactada con especial cariño; y es de suponer que el secretario á cuya pluma acude, acabará por hacerse cargo de la situación, y abandonando su sonrisa burlona procurará esmerarse en la redacción de tan importante documento y pondrá sus cinco sentidos en reflejar fielmente todo lo que la enamorada ha confiado á su discreción y á su talento. Obras como el lienzo que nos ocupa no necesitan alabanzas: de la sola contemplación de los mismos nace el mejor elogio, pues la impresión que produce es la que el pintor quiso causar, lo cual demuestra que el artista ha estado felicísimo en la forma con que ha exteriorizado su pensamiento.

***

Boadicea excitando á los bretones á vengar el ultraje inferido á sus hijas, relieve de C. J. Pibworth. – Prasutagus, rey de los icenios legó, al morir, á Nerón todos sus Estados con la condición de que su viuda Boadicea le sucedería como reina y transmitiría luego el cetro á sus dos hijas, creyendo que de este modo su reino podría librarse de la invasión de los ejércitos de Roma.

El emperador aceptó el legado; pero en vez de proteger á la reina, abandonóla á las violencias de los generales y de los soldados romanos; el territorio de los icenios fué asolado como país de conquista y Boadicea, á pesar de estar al amparo de las romanas leyes, fué sometida á los mayores suplicios y hubo de presenciar cómo eran violadas sus hijas por aquella soldadesca brutal. Al tener conocimiento de tales horrores la nación entera se levantó para vengar la afrenta que en la persona de su reina se le había inferido, poniéndose al frente de ellos Boadicea, que les guió en cien combates, excitando su odio y su furor. La persecución de la colonia romana establecida en Bretaña fué terrible, habiendo perecido, según Tácito, 70.000 ciudadanos ó aliados, hasta que Paulino Suetonio acudió con su legión. Ambos ejércitos se encontraron frente á frente: Boadicea, revestida de sus insignias reales y montada con sus dos hijas en un carro de guerra, recorrió las filas de sus soldados, excitando su valor con palabras ardientes, y luego dió la señal del combate, que terminó con la victoria de los romanos, cuya disciplina triunfó del valeroso ímpetu de los bretones. Boadicea no quiso sobrevivir á la derrota y se envenenó junto con sus hijas.

Este interesante episodio histórico ha sido el tema escogido este año por la Real Academia de Londres para el concurso entre los alumnos de las clases de escultura; entre los varios relieves que se presentaron llamó muy justamente la atención el de Pibworth, que en la última página de este número reproducimos y que revela en su autor notables disposiciones para el arte á que se dedica.

***

Madre. – Triste hogar, cuadros de Luis Deschamps.—El notable pintor francés Luis Deschamps, que ha muerto recientemente en Montelimar, había nacido allí en 25 de mayo de 1846. Fué alumno de la Escuela de Bellas Artes de París y alumno de Cabanel, en cuyo taller trabajó en 1872, y en 1873 debutó en el Salón, obteniendo cuatro años después una medalla y consiguiendo con sus envíos sucesivos atraerse el favor del público, á quien sedujeron la amplitud de ejecución y la escuela personal, independiente, del artista, y mereciendo en 1889 una medalla de oro. En 1891 fué uno de los que más contribuyeron á la fundación de la Sociedad Nacional de Bellas Artes. Muchos de sus cuadros fueron adquiridos por el Estado, figurando actualmente en los museos del Luxemburgo, de Marsella, de Aviñón, de la Rochela, de Carcasona, de Montelimar y de otras importantes poblaciones de Francia. Su especialidad fué la pintura de niños, que figuran en casi todas sus composiciones; pero no solamente trató estos asuntos, sino que su talento se ejercitó en otros, especialmente en los religiosos. Sus obras de este último género se distinguen por un realismo admirablemente armonizado con la nobleza de estilo y la elevación de sentimientos, mereciendo en este concepto especial mención las tituladas *Bethleem, El sueño de Jesús, Cristo en la Cruz* y *La Virgen de la Consolación.* Una de las cualidades más salientes de Deschamps fué la de colorista, que le daba cierta afinidad con los maestros de la escuela española; mas á pesar de esta afinidad, fué un artista tan original, que sus cuadros se reconocen á primera vista, sin necesidad de consultar la firma. Los dos que en este número reproducimos son de una intensidad dramática y de una solidez de ejecución admirables, y constituyen dos pruebas indiscutibles del talento de su autor.



El notable pintor francés LUIS DESCHAMPS, recientemente fallecido

Necrología. – Han fallecido:

Lucas Meyer, general boer que tanto se distinguió en la última guerra contra los ingleses.

Carlos Vadnay, novelista húngaro.

Juan Emanuel, notable actor italiano.

A. C. Ferris, norteamericano, inventor de la lámpara de petróleo.

Mehmed Beg Kapitanowitsch-Ljubuscheck, escritor bosniaco.

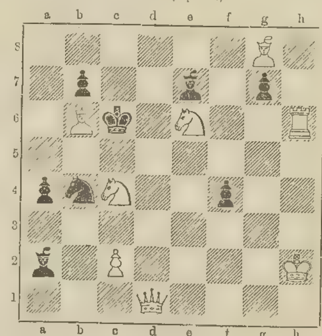
Jaime Tissot, notable pintor francés, autor de las 350 hermosas acuarelas que ilustran la obra «Vida de Jesús,» editada por la casa Mame, y para pintar las cuales permaneció algunos años en Palestina, haciendo allí profundos estudios.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 294, POR H. W. BARRY.

Primer premio del Concurso de «La Stratégie,» sección A.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.º 293, POR F. HOFMANN.

Blancas.	Negras.
1. Ac4—a6	1. P toma Pb6
2. Aa6—b5	2. P toma Tc5
3. Ab5—c4	3. P toma Cd4
4. Cf5—g3 mate,	

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.—ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

—¿Lo has oído?, exclamó Enrique algo picado. ¡Es más duro que estas rocas!

—Puede ser, replicó Cecilia golpeando con el látigo la peña que delante de ella se alzaba. Pero también las rocas caen. ¡Cuidado, Sr. Runeck! ¡Póngase en guardia! Ha negado usted la existencia de esa fuerza mágica; se ha burlado del poder misterioso que derriba los peñascos..., ¡tema una venganza!

Cecilia hablaba en tono de broma, pero Runeck permaneció callado. Enrique los miró á ambos sin comprender el significado de las palabras de su novia.

—¿De qué fuerza habláis?, preguntó.

—De la varita mágica que rompe las rocas y descubre los tesoros escondidos... Pero creo que podemos marcharnos, ¿no te parece?

Enrique asintió inmediatamente, y dirigiéndose á Runeck le dijo:

—Veo que aún habéis de disparar algunos barrenos; espera para ello que nos hayamos alejado, porque la otra vez se espantaron los caballos y al criado le costó mucho trabajo contenerlos.

La sonrisa despreciativa de poco antes se dibujó nuevamente en los labios de Cecilia: ésta había visto á su prometido temblar cuando estalló el barreno y le había oído llamar con voz convulsa al doméstico para que acudiera en su ayuda. También su caballo se había encabritado, pero su mano bastó para sujetarlo. No hizo, sin embargo, objeción alguna á lo que acababa de indicar Enrique.

—Sr. Runeck, dijo amablemente al joven ingeniero que les acompañaba hasta el sitio en donde esperaban los caballos, doy á usted las gracias por su compañía y por sus explicaciones. ¡Le parecerá mentira verse al fin libre de estos visitantes que han venido á estorbarle!

—¡Por favor!, replicó Egberto inclinándose. Enrique viene á ver lo suyo, y por consiguiente su visita no es un estorbo.

—Y sin embargo, cuando hemos aparecido en el fondo del caminito, se ha quedado usted como aterrorizado.

—¿Yo? ¿Tan buena vista tiene usted, señorita?

—Sí, Enrique dice que tengo ojos de halcón.

—Pero esta vez los ojos de halcón se han equivocado. Me preocupaba verles por estos sitios, porque aquí nunca se sabe lo que puede ocurrir.

Cecilia sacudió un latigazo sobre los pliegues de su falda. Aquella «peña,» ¿no ofrecía verdaderamente ningún punto vulnerable?

Al llegar adonde estaban los caballos, montaron en ellos los dos prometidos. Cecilia saludó con la cabeza, fustigó duramente á su hermoso alazán, y el animal fogoso, después de haberse encabritado, partió al galope, dejando muy atrás al otro caballo con su jinete. Durante cinco minutos todavía vióse volar por la carretera de Radefeld al animal y encima de él á la esbelta joven, agitadas por el aire las plumas de su sombrero y henchida la falda de color



Maya corrió á refugiarse debajo de un abeto

plateado. Volvió á vérsela en un recodo del camino, pero después desapareció en el bosque.

Egberto, inmóvil en su sitio, tenía clavados los ojos en la carretera y contraídos los labios para sofocar un grito de dolor ó un alarido de rabia. Al fin se echó á andar, pero sus pies tropezaron en una cosa blanca como un copo de nieve. El joven se estremeció, inclinóse lentamente y recogió aquel objeto: era un pañuelo finísimo que despedía un perfume sutil, delicado. Egberto lo contempló largo rato, y luego, con un movimiento que parecía una caricia, lo oprimió entre sus dedos.

—Señor ingeniero, dijo una voz á su espalda.

Runeck se volvió: era el viejo Mertens quien le hablaba.

—Señor ingeniero, la gente espera las órdenes para disparar los barrenos; todo está á punto.

—Bueno, allá voy... Oiga Mertens, ¿va usted esta noche á Odensberg?

—Sí, señor ingeniero, voy á pasar el domingo con mis hijos.

—Pues en ese caso...

Mertens miró á Runeck que parecía no poder respirar; pero aquello fué pasajero, y el joven, vuelto en sí prontamente, terminó la frase interrumpida:

—...hagáme el favor de dejar este pañuelo en casa del Sr. Dernburg. Es de la baronesa de Wildenrod, á quien se le ha caído aquí.

Mertens cogió el pañuelo y se lo metió en el bolsillo, mientras Egberto se reunía con los obreros que le esperaban.

Dada la señal, la varita mágica de los tiempos modernos hizo su efecto. Oyóse el apagado estampido de la explosión, y la roca colosal, altiva, abrióse, y arrastrando plantas y árboles, precipitóse á los pies de Runeck.

VII

—Créame usted, señorita; los nervios son una costumbre, una excusa, una de las peores cosas del mundo. Desde que las señoras han descubierto los nervios, nosotros, los médicos, somos las víctimas más atormentadas de la tierra. Será una invención útil respecto de los maridos, pero un solterón como yo no tiene nada que ver con ello.

Así terminó el doctor Hagenberg su filípica contra la señorita Leonia, que le había mandado llamar porque se sentía *nerviosa*. Esta palabra exasperaba al doctor, que también aquella vez perdió, como de ordinario, los estribos, sin hacer el menor caso del rostro pálido y abatido de la institutriz.

—Es usted el primero y el único doctor que niega la existencia de los nervios, replicó la joven. La ciencia...

—Me inclino ante lo que la ciencia llama nervios, pero los nervios á que se refieren las señoritas no existen. Sométase usted á los cuidados de los médicos de ciudad, que tienen un cumplido y una receta para cada nervio femenino..., ó bien llame usted á un jovencito tímido que crea en todo; pero yo no gasto ceremonias.

—Ya lo sé, repuso Leonia disgustada. Pero ahora le ruego que me recete algo.

—Para hacer luego lo que mejor se le antoje, ¿no es cierto? ¡Oh, pero ya tendré buen cuidado! Entretanto, pensemos en renovar el aire en esta habitación, porque aquí se ahoga uno. Abramos la ventana.

—¡No, doctor, por caridad! ¡Sopla viento de poniente que me hace tanto daño!

—El aire es saludable, dijo el doctor abriendo. ¿Salió usted ayer al aire libre?

—No, porque hubo tempestad, ¿no se acuerda?

—¿Y para qué sirven los zapatos de goma y los impermeables? Tome ejemplo de su discípula. Aho-

ra mismo está amenazando tormenta, y mire usted cómo corre Maya, allá en el fondo del parque, empujada por el viento y seguida de Puck, que parece una pelotita.

—Maya es joven, es feliz; de la vida sólo conoce las alegrías y las sonrisas, por esto es fuerte y despreocupada. ¡Dichosa ella que ignora todos los dolores, las lágrimas, las amarguras, las luchas que el destino impone á algunos, destruyendo su vigor!

E involuntariamente su mirada se fijó en una fotografía colgada de la pared, sobre su escritorio: debía ser algún recuerdo querido y doloroso, porque en torno del marco había arrollada una cinta de crespón negro y delante estaba un jarrón lleno de violetas. El doctor siguió la dirección de aquella mirada y se levantó; luego, acercándose como por casualidad al escritorio, comenzó á mirar los retratos que encima de éste estaban, al tiempo que decía:

—Cada ser tiene su destino, pero lo soporta mejor alegremente que con lágrimas y suspiros... ¡Ah! ¡El retrato de la señorita Maya! Es preciosísimo. Y éste el de su hermano. ¡Qué extraño! ¡Cuán poco se parece á su padre!.. Y ese otro, ¿de quién es?, dijo señalando al que estaba enlutado.

Aquella pregunta inesperada turbó á Leonia, la cual se sonrojó y murmuró con voz insegura:

—De un... pariente.

—¿Su hermano, quizás?

—No, un primo, un pariente lejano.

—¿Ah, sí?, preguntó Hagenberg, interesado por aquel parentesco lejano y observando minuciosamente el rostro pálido y flaco del joven retratado, con los cabellos alisados y los ojos abiertos con mirada de visionario. Y sin embargo, esa cara no me es desconocida; la habré visto en alguna parte.

—Es imposible, exclamó Leonia con tembloroso acento. ¡Hace muchos años que murió en los desiertos africanos!

—¡Dios le haya perdonado! ¿Y en calidad de qué estuvo en Africa? ¿Como explorador?

—No, murió mártir de una causa santa. Se había unido á algunos misioneros y fué víctima del clima.

—Habría podido hacer algo mejor.

Leonia, profundamente conmovida, se pasaba un pañuelo por los ojos; pero al oir aquella observación irreverente, cesó en aquella operación y exclamó con rabia:

—¡Doctor!

—No puedo menos de pensarlo y decirlo, querida señorita: creo cosa de todo punto superflua ir á civilizar á los negros, á los paganos, cuando en nuestro país tenemos tantos paganos blancos que á pesar de estar bautizados no son verdaderamente cristianos. Si su señor primo hubiese continuado ejerciendo sus funciones de párroco entre sus feligreses...

—Es que no era sacerdote, era maestro.

—¡Tanto mejor! Habría podido enseñar á los niños el temor de Dios. ¡Es tan necesario en estos tiempos!

Leonia, exasperada, estaba á punto de contestar ásperamente, cuando se oyó ruido en la puerta y entró Dagoberto, el cual, al ver á su tío, se quedó inmóvil y vacilando en medio de la estancia.

—¡Puedes marcharte!, le gritó el doctor con su voz amenazadora. Hoy no hay lección de inglés. La señorita dice que está nerviosa, y los nervios y la gramática son cosas que no se avienen juntas.

El joven pareció sorprendido y descontento; pero Leonia exclamó rápida é impetuosamente:

—No, querido Dagoberto; quédese usted á dar lección. No quiero que nuestros estudios de inglés paguen la culpa de mis nervios. Espere sólo que vaya por los libros, añadió entrando en la habitación inmediata.

—¡Vaya una enferma rebelde!, exclamó el doctor siguiéndola con los ojos, en los que brillaba una mirada de despecho. Es la contradicción en persona... Oye, Dagoberto, tú que aquí eres de confianza..., ¿quién es ese que está ahí colgado?

—¿Colgado? ¿Dónde?, preguntó Dagoberto espantado mirando los árboles del parque.

—¡Imbécil! No se trata de un ahorcado; hablo de ese retrato de la gasa negra.

—Es un pariente de la señorita, un primo...

—Lejano, sí, ya lo sé, me lo ha dicho, pero no lo creo. Debe ser algún novio muerto; tiene todo el aire antipático de tal... ¿Sabes cómo se llama?

—Espere, la señorita me lo dijo un día..., ¡ah, sí! Engelberto.

—Tiene un nombre tan antipático como su cara. ¡Engelberto! Sí, Engelberto y Leonia..., ¡qué bien suenan! Pero cuando estuvieran juntos debían parecer dos sauces llorones.

—Pobrecito, murió.

—Pero en vida no debe haber hecho grandes cosas. Se me figura que antes de ir á Africa debió padecer hambre... Tiene un aspecto de funeral que enamora. Pero basta ya; he de marcharme. Saluda en mi nombre á la señorita y ¡que te diviertas mucho con la lección nerviosa!

Si Leonia estaba nerviosa, el doctor no estaba más sosegado que ella: cogió con ímpetu el sombrero y el bastón y se precipitó hacia la puerta; pero de pronto se detuvo como si vacilara, echó otra mirada al retrato y salió murmurando:

—¡Y sin embargo!.. Yo conozco esa cara; la he visto, no así como en la fotografía, pero la he visto... Pero ¡dónde diantre la habré visto!

El tiempo no estaba nada agradable; era uno de esos días tempestuosos de primavera como tan á menudo se ven en las montañas. Durante las últimas semanas había ocurrido un gran cambio; el tinte sombrío de la naturaleza había desaparecido; los árboles se habían cubierto de un follaje verde pálido y en los campos comenzaban á asomar las primeras flores; pero todo se hacía lentamente, todo estaba apenas en su principio, porque faltaba el sol.

Aquel día amenazaba una tempestad en regla: el cielo habíase poblado de grandes y negros nubarrones, los árboles se doblegaban á impulsos del viento; esto no obstante, Maya y Puck seguían corriendo por la senda del bosque. Maya sabía perfectamente que su padre no quería que anduviera sola en largos paseos, y en realidad había salido con intento de llegar solamente al fondo del parque; pero una vez allí, Puck había echado á correr por el prado y la joven había tenido que seguirle, y Puck se había metido luego en el bosque y ella no había tenido más remedio que correr detrás de él. Y ya en el bosque, ¡qué bien se estaba debajo de los abetos, entre el susurro de su follaje! ¡Qué deliciosa era aquella soledad! ¡Con qué gusto disputaba con Puck á quién corría más! Maya no pensaba ya en regresar á su casa, y seguía corriendo, alejándose..., cuando de pronto se dió cuenta de la realidad. Los negros nubarrones se habían obscurecido aún más, sin que la muchacha se hubiese percatado de ello, y habían caído algunas gotas en las que no se había fijado; las nubes se abrieron y del cielo cayó un torrente con violencia de tempestad.

Maya corrió á refugiarse debajo de un abeto; pero fué un remedio de corta duración, porque muy pronto las ramas comenzaron á llover como fuentes, y estar debajo de ellas era lo mismo que estar debajo de una cascada. Y en el entretanto, el cielo se ponía cada vez más negro; no se trataba desgraciadamente de una lluvia pasajera, y por consiguiente, no quedaba más recurso que dirigirse hacia la cabaña, distante unos diez minutos, y buscar en ella refugio seguro. Y poniendo en ejecución el pensamiento, Maya, empapada en agua, echó á correr sobre las rocas y sobre la hierba, por debajo de los árboles que crujían; pero al llegar á un claro, asaltáronla con tal furia el viento y el agua que, cegada por la lluvia y con las ropas pegadas al cuerpo, le fué imposible por un momento seguir adelante, hasta que habiendo calmado un poco la tormenta, prosiguió su carrera, y calada hasta los huesos, sin aliento, pero siempre sonriente, pudo precipitarse en la choza, seguida de su fiel cuadrúpedo.

Aquella choza, distante media hora de la casa forestal de Odensberg, estaba situada en medio del bosque: durante el invierno, cuando había mucha nieve, destinábanla á guardar las provisiones para los animales y para servir de cebo á los famélicos; pero en la primavera quedábase vacía y no se la utilizaba. A los dos fugitivos, sin embargo, parecióles un asilo bendito, tanto más cuanto que con su techo resistente y con sus dos ventanitas cerradas ofrecía un refugio seco y seguro.

Maya se sacudió el agua, que mojó el suelo á su alrededor, y luego se quitó el sombrero. El impermeable no se había calado, pero el sombrero, con las plumas y las cintas, habíase convertido en una masa informe, irreconocible. También el pobre Puck se hallaba en un estado lastimoso; por todas partes chorreaba agua, y con su pelo, que había perdido todo el brillo y se le había pegado al cuerpo, tenía un aspecto tan lamentable y lastimoso que su dueña, al mirarle, lanzó una alegre carcajada.

—¡Ah, Puck! ¡Cómo nos hemos mojado!, exclamó. ¡Cómo nos reñirá papá! ¿Por qué no nos hemos quedado en el parque? La culpa fué tuya, que te escapaste hacia el bosque, obligándome á seguirte. Pero no hablemos más de ello y demos gracias á Dios por estar bajo techado; pues, de lo contrario, habríamos tenido que ir á nado hasta Radefeld y Egberto habría tenido que hacerse cargo de nosotros.

Y decía esto riendo y persiguiendo á Puck con el pobre sombrero en la mano.

Después de dar algunas vueltas por la pequeña cabaña, Maya se detuvo jadeante, tiró el sombrero sobre el banco adosado á la pared, cubrióse la cabeza con la capucha del impermeable y se sentó mirando desde la ventanita cómo diluviaba.

El agua seguía cayendo con tal violencia y el viento agitaba con tanta fuerza los árboles y la cabaña, que no era cosa de pensar en volver todavía á casa. Maya, pues, se resignó á pasar quién sabe cuántas horas distraída con la ventana y con el perrito, que con la nariz asomada á la gatera de la puertecita contemplaba la lluvia que caía.

De pronto apareció entre los árboles un hombre que, deteniéndose un instante, miró en torno suyo como para orientarse, y luego se lanzó á paso de carga hacia la cabaña, salvando de un salto el pequeño lago formado delante de ésta y abriendo la puerta con tal furia, que el curioso Puck retrocedió despavorido, si bien luego, recordando su deber, avanzó ladrando hacia el forastero.

—¡Calma, calma, animalito!, exclamó éste riendo. ¿Eres tú el amo de esta casa encantada, ó es el hombrecillo gris de los bosques, que está recostado en aquel banco?

Y se bajó para coger al perro; pero Puck se refugió junto al banco, de donde salió una carcajada armoniosa, acompañada de una vocecita que decía:

—El hombrecillo gris le da las gracias.

El recién llegado quedóse sorprendido: aquella no era la voz de un hijo de labriegos ó de carboneros, como había creído en un principio. Trató entonces de ver mejor; pero entre la poca luz de la cabaña y la capucha echada sobre la cara, no pudo distinguir más que una boquita sonrosada, una naricita graciosa y dos ojos obscuros que le miraban con curiosidad.

El intruso era un joven de unos veinticuatro años, guapo, de cara alegre, leal, con ojos claros y cabellos obscuros y rizados. El temporal lo había puesto como nuevo: no llevaba impermeable y el traje gris de viaje estaba empapado, y cuando se quitó el sombrero para saludar, cayeron de las alas dos chorros de agua.

—Ruego á usted, dijo sombrero en mano, que permita descansar un momento á un pobre viajero extraviado y calado por la lluvia. Soy un simple mortal, no un ser acuático, como podría suponer cualquiera al verme. ¿Puedo acercarme?

—¡No pase usted la puerta!, exclamó la voz del rincón. Los hombres del bosque y los espíritus del agua no pueden estar juntos; hasta las fábulas lo dicen.

—¿Ah, sí? Entonces no me queda más recurso que declarar mi nombre, condición y todas mis otras cualidades terrenales características, para probar que no pertenezco al mundo sobrenatural. Pues bien: soy el conde de Eckardstein, teniente de infantería, hermano del propietario de Eckardstein; me encamino hacia el castillo de mi hermano y he dejado el carruaje en Radefeld para atravesar á pie el magnífico bosque de Odensberg; pero me ha sorprendido este nublado que se ha deshecho sobre mí en duchas gigantescas, poniéndome en tal estado que cualquiera podría creer que pertenezco al mundo de la fábula. ¿Me he legitimado bastante?

—Sí. ¿De modo que, después de seis años de ausencia, Víctor de Eckardstein vuelve al fin á su casa?

El joven se estremeció, y á pesar de la prohibición avanzó un paso, preguntando:

—¿Me conoce usted?

—Los hombres del bosque son omniscientes.

—Pero no permanecen invisibles cuando consienten en hablar con los pobres mortales. ¿No puedo ver quién se esconde debajo de esa capa gris?

E hizo un movimiento, una nueva tentativa para ver el rostro del ser misterioso; mas fué en vano, porque surgió rápidamente una manecita sonrosada que todavía bajó más el capuchón, hasta el punto de dejar visible solamente la punta de la nariz. Otra carcajada como el trino de una alondra salió de debajo de la capucha y la vocecita dijo:

—¡Adivínelo, señor conde!

—¡Imposible! ¿Cómo puedo adivinar? ¿Quién puede ser de Eckardstein ó de Odensberg..., porque estamos en tierra de Odensberg... ó...

Y se detuvo esperando una respuesta; pero sólo le contestaron:

—¡Adivínelo, señor conde!

El conde comprendió que de este modo nada descubriría; la risa argentina y la voz fresca le habían convencido de que estaba hablando con una muchacha muy joven que jugaba con él al escondite. Por esto recurrió á otro medio é hizo un profundo saludo, ocultando con esta actitud una sonrisa maliciosa.

—Creo haber adivinado; me parece reconocer la voz y la figura. Si no me equivoco, tengo el honor de hablar con la baronesa Corona de Schmettwitz.

El hombre de los bosques, lanzando un grito de despecho, dió un brinco, se quitó el capuchón dejando escapar una cascada de cabellos de oro que se esparció sobre la capa gris, y de aquel marco luminoso surgió, rojo de indignación, el bellísimo rostro de Maya. ¡Parecerse á Corona de Schmettwitz, á aquella vieja solterona de cuarenta años, alta de hombros y de voz ronca! Maya miró al conde como si quisiera matarlo con los ojos. El joven no había creído ni por un momento encontrarse realmente en presencia de la vieja antipática; pero tampoco había sospechado que la capa gris escondiera á una muchacha tan encantadora; así es que se quedó petrificado, como la imagen de la admiración, con la mirada fija en la visión poética que aún se le ofrecía más vaga y luminosa en aquel rincón sombrío. De pronto brilló en sus ojos un recuerdo y con voz llena de júbilo exclamó:

–¡Niña Maya!, pero añadió en seguida corrigiéndose: perdone, señorita, que la haya llamado así, pero me he acordado de repente de cuando era niño.

–Sí, repuso Maya riendo alegremente, cuando iba vestida de corto y con las largas trenzas colgando por la espalda. Usted entonces me tiraba de ellas..., pero aquello no era nada comparado con lo que acaba usted de hacer. Ahora estoy furiosa con usted. ¡Cómo! ¡Creer que yo fuese Corona de Schmettwitz!

–Ha sido una estratagema de guerra que espero me perdonará, porque era el único medio de descubrir la verdad. ¿De veras cree que la he tomado por Corona de Schmettwitz? Me acuerdo bien de aquella vieja antipática, angulosa de figura y de voz, con aquellos hombros subidos... ¡Pobrecita! Siempre que la veía echaba á correr... ¡Ea! No esté enfadada con el compañero de Enrique... que también lo era de usted.

–Sí, se dignaba usted á veces jugar con «niña Maya;» pero ahora este nombre es lo único que le ha quedado presente en la memoria, dijo la joven, echándose atrás el cabello.

–No, me ha quedado presente algo más; de lo contrario, ¿cómo habría podido reconocerla en seguida, apenas se quitó la capa misteriosa?, preguntó el conde mirando fijamente aquel lindo semblante. Por otra parte, pensaba ir mañana mismo á Odensberg; sé que ahora está allí Enrique.

–Sí. Y ¿ya sabe usted que mi hermano se casa?

–He recibido la participación hace pocos días y aún no le he mandado la enhorabuena; pero no importa, iré á felicitarle de palabra. Entretanto, dígame..., tengo que hacer á usted tantas preguntas, quiero saber tantas cosas, y precisamente ahora... que tenemos tiempo...

–¡Qué hemos de tener!, exclamó Maya mirando por la puerta abierta. ¿No ve? Comienza á despejarse y ya no llueve..., ha pasado la tormenta.

El conde se asomó á la puerta y miró al cielo con gran desaliento. El diluvio de antes habíale parecido despiadado, pero más cruel aún le parecía aquel cambio.

–Es verdad, en este momento no llueve, pero ya verá dentro de poco cómo vuelve á diluviar, dijo lleno de esperanza. Esperemos á que pase ese otro aguacero.

–No, de ningún modo; aprovecharé este intervalo para echar á correr hacia mi casa. Ven, Puck, corramos.

–En este caso también correré yo, dijo el conde riendo. ¡Ah! ¿Se llama Puck ese enemigo mío que quería negarme la hospitalidad en la cabaña? Ven, gritón, ven que nos conozcamos.

El perro hasta entonces no sabía si debía considerar al conde como enemigo ó amigo y había estado contemplándole con cierta altanería; pero ahora que el joven le llamó por su nombre y con la mano, no vaciló, y tomando valientemente una resolución, se le acercó confiado y se dejó acariciar como si de un antiguo conocido se tratara.

Maya, en tanto, púsose nuevamente la capucha, cogió el sombrero mojado, y seguida de Víctor y del perro salió de la cabaña. Había cesado la lluvia, pero seguía soplando el viento que agitaba los árboles sobre las cabezas de los dos jóvenes, arrojándoles una ducha continua que caía de las ramas. La senda habíase convertido en arroyuelo, de modo que Maya y el conde prefirieron abrirse camino entre los árboles pisando el musgo húmedo y saltando por encima de las raíces de los viejos troncos, hasta que llegados al torrente del bosque lo encontraron tan crecido, que cubría los puentecillos de tablas, lo cual les obligó á pasarlo por las rocas que por encima del agua asomaban. Pero en la travesía, el torpe Puck perdió el equilibrio y cayó en el agua lanzando un grito de espanto, al que respondió otro grito no menos doloroso que desde la otra orilla dió su dueña, grito tan conmovedor, que el conde se metió en el torrente, agarró á la pobre bestezuela que se agitaba en el agua y se lo llevó á Maya, que acogió al valeroso salvador con vivo agradecimiento.

Aquel paseo fué una serie de aventuras. Un corpulento árbol caído en mitad del camino les obligó á desandar algunos pasos; Puck, que en un momento dado quiso descansar un poco entre los árboles que goteaban, puso á prueba la paciencia de ambos jóvenes, y algún tiempo se empleó también en sacar el impermeable de Maya de entre las ramas en donde había quedado cogido. Al llegar á un claro del bosque encontráronse de pronto delante de un manzano silvestre en plena florescencia; aquel árbol cubierto de flores en medio de la selva era una visión poética. Maya dió un grito de admiración y se detuvo delante del manzano, y el conde, queriendo hacer gala de sus habilidades gimnásticas, dió un brinco para coger una rama florida, pero quedóse colgado y no pudo volver al suelo sino á costa de una manga rota. La ramita llena de flores pudo ser salvada; el joven miró á su compañera, pero se guardó el florido cetro... Y cada vez más alegremente continuaron su camino corriendo, saltando, riendo entre un fuego graneado de preguntas y respuestas, de recuerdos y exclamaciones, que hacían revivir los pasados tiempos de la infancia, de la primera juventud. A su alrededor la niebla envolvía los abetos; el cielo seguía obscurecido por negras nubes; todo era sombrío, todo triste, y sin embargo, á aquellos dos jóvenes les parecía atravesar una atmósfera luminosa, dorada... Si llevaban en el corazón el sol de la juventud, el sol de la felicidad, ¿qué les importaba del viento ni de la tormenta?

Así llegaron al parque de Odensberg: Maya se dirigió á la puertecita por donde había salido pocas horas antes; pero en el momento en que levantaba la mano para abrirla, asomó impetuosamente por ella Oscar de Wildenrod.

–¡Maya! ¿Cómo se ha atrevido á salir con este tiempo y sola?..

Mas al decir esto se detuvo viendo que con la joven iba un desconocido.

Maya reíase alegremente.

–¿Ha creído, por ventura, que Puck y yo nos habíamos perdido en el naufragio? Pues no, señor, hemos salido con vida y aun hemos encontrado compañía. ¡Pero ahora caigo en que no se conocen ustedes! El conde Víctor de Eckardstein, el barón de Wildenrod, futuro cuñado de mi hermano.

El barón correspondió con cierta gravedad al cordial saludo de Eckardstein, el cual dijo sonriente:

–Tengo mucho gusto en conocer á usted, barón, por más que me presente en condiciones poco regulares; pero crea usted que tengo la costumbre de estar más seco. No esperaba hoy ser presentado á nadie y pensaba únicamente acompañar á la señorita Dernburg hasta la entrada del parque y luego despedirme de ella.

–¿No quiere usted entrar á saludar á papá y á Enrique?, preguntó Maya.

–No, señorita; en este estado no puedo entrar en casa Dernburg; vendré mañana... si puedo, añadió tratando de encontrar la mirada de la joven, quien repuso en tono de chanza:

–¿Teme usted que yo se lo prohiba?

–¡Quién sabe! Los hombres de los bosques y los espíritus del agua no están bien juntos, usted misma me lo ha dicho. Sin embargo, me atreveré. En tanto, acepte usted este símbolo de paz; ya sabe usted á qué precio lo he obtenido.

E inclinándose ligeramente, le ofreció la rama de flores de manzano.

Wildenrod escuchaba silencioso, pero sin apartar la vista de los dos muchachos, y parecía sorprendido del tono de confianza de la conversación. Cuando el conde se despidió, no tuvo para él más que unas pocas palabras frías, y cuando hubo entrado con la joven en el parque, dejó que la puerta se cerrase por sí misma, y volviéndose hacia aquélla le preguntó:

–¿Tiene usted mucha intimidad con ese caballero, Maya?

–¡Ya lo creo!, respondió ésta sencillamente. Víctor era el compañero, el amigo de Enrique y hemos jugado muchas veces. Hasta hace cinco ó seis años estábamos siempre juntos, y ahora he tenido una gran alegría de volverlo á ver.

–¿Ah, sí?, repuso el barón volviéndose para contemplar la esbelta figura del conde, que desaparecía por entre los árboles.

Maya mientras proseguía ingenuamente:

–¡Si pudiese llegar hasta mi cuarto sin que me descubrieran! ¡Cómo se enfadaría papá si me viese!

–Sí, la reñiría... y yo también debo reprenderla, Maya. ¡Qué imprudencia! Cuando estalló la tormenta bajé al jardín á buscarla, y el jardinero me dijo que hacía una hora que se había usted marchado al bosque. ¡Oh, Maya, Maya! ¿Cómo se le ocurrió tal idea? ¿No pensó que su familia estaría inquieta,.., que yo mismo sentiría gran angustia?

Al oir esta pregunta, la joven se ruborizó.

–¡Oh! No había motivo para ello. Aquí todo el mundo me conoce.

–No importa; no debe usted alejarse sin ir acompañada. ¿Me lo promete usted, Maya?.. Y en prenda de su promesa, déme esto, dijo cogiendo como en broma el ramo florido.

Maya le miró asustada.

–¿Mi ramo? ¿Por qué?

–Porque se lo ruego.

Pero aquel no era el acento de la súplica; era un mandato en regla, y Maya se sintió de pronto impulsada á rebelarse.

–No, Sr. Wildenrod; estas flores son mías.

Los ojos del barón centellearon de rabia; no esperaba que aquella «niña» se negase á obedecerle, y por esto decidió vencer á toda costa.

–¿Tanto le interesa?, preguntó con amarga ironía. También al conde le interesaba... ¿Acaso ese «signo de paz» tiene un significado secreto para ustedes dos?

–Es una broma y basta. Víctor es un amigo tan antiguo...

–Al paso que yo soy un extraño: esto es lo que usted quiere decir, lo comprendo.

Los dos bellos ojos negros se alzaron hasta fijarse en el rostro del barón y le miraron entre suplicantes y sobresaltados.

–No, Sr. de Wildenrod, no quería decir eso, se lo aseguro á usted.

–¿No? Y sin embargo, Víctor es Víctor á secas, en tanto que yo soy siempre «el Sr. de Wildenrod.» ¡Cuántas veces le he rogado que pronunciara siquiera una vez mi nombre! Pero nunca he podido oirlo de sus labios.

Maya se quedó suspensa con las mejillas encendidas y los ojos bajos, sintiendo la mirada de fuego que por entero la envolvía.

–¿Tanto le cuesta llamarme por mi nombre? Y sin embargo, pronto seremos casi parientes... ¿De veras le cuesta tanto, Maya? Pues bien: si algo le impide llamarme así, renunciaré á mi deseo; pero ahora, quiero oir mi nombre pronunciado por usted... ¡Vamos, Maya!

Hubo una pausa de un segundo, y luego la joven murmuró con acento tembloroso y apenas inteligible:

–¡Oscar!

Radiante de felicidad el barón hizo ademán de coger á Maya entre sus brazos; pero se contuvo y sólo le cogió la mano que temblaba.

–¡Al fin! Y ahora un segundo ruego.

–¡Sr. de Wildenrod!..

–Déme ese ramo que otro le ha dado y que por esta razón no quiero ver en sus manos. Se lo ruego, ¡démelo usted!

Maya no se resistía ya; inconscientemente, fascinada por aquellos ojos y por aquella voz, le entregó el ramo.

–¡Gracias!, exclamó Oscar encerrado en esta única palabra tesoros de ternura.

En aquel momento asomóse á una ventana la señorita Friedberg, la cual viendo á su discípula en aquel estado exclamó juntando las manos:

–¡Maya, por amor de Dios! Venga usted en seguida. ¡Salir con este tiempo! Qué, ¿no sabe que así se puede pillar una enfermedad mortal? ¡Pronto, pronto, venga á cambiarse de ropa! ¡Oh, Sr. de Wildenrod!..

–Eso le estaba diciendo, replicó sonriendo Oscar. ¡Pronto á casa!

Cuando se quedó solo, alejóse el barón lentamente, con semblante sombrío y fruncida la frente, contemplando con torva mirada el ramo que en su mano tenía. Por vez primera surgía un peligro en la marcha de su proyecto. La inesperada llegada de aquel joven podía ser fuente de nuevos é imprevistos acontecimientos que redundaran en daño... ¿de quién? De Oscar de Wildenrod... ¿Y qué hacer en tanto? Wildenrod comprendía que las simpatías de Dernburg no eran bastante seguras para que pudiera hablar... Dernburg no habría vacilado en negar la mano de su hija adorada á un hombre mucho más viejo que ella... ¡Y precisamente ahora se presentaba aquel «Víctor,» aquel amigo de infancia con todos los recuerdos comunes de los primeros años! Wildenrod, sin embargo, irguió la cabeza; sus ojos brillaban con expresión de triunfo. Maya merecía una lucha. Y él se reía de aquel jovencito de ojos dulces. ¡Ay de Víctor si le estorbaba en su camino!

(Continuará.)



Viaje de S. M. el Rey D. Alfonso XIII. – Burgos. – El rey saliendo del palacio de la Diputación. – El rey dirigiéndose á la catedral. – El rey á la salida de la catedral. – Comisiones saliendo de la catedral. – El rey saliendo de la visita de los cuarteles. – El rey y el príncipe de Asturias sacando fotografías de los gigantones y enanos. – El rey dirigiéndose al campo de Gamonal. – El público aclamando al rey en el campo de Gamonal (de fotografías de D. Alfonso Vadillo).



VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII. – Burgos. – En el campo de Gamonal. – El rey y su Estado Mayor revistando las tropas. – El rey ordenando un movimiento de infantería. – El rey en el campo de tiro. – El rey presenciando los ejercicios de tiro al blanco (de fotografías de D. Alfonso Vadillo)

S. M. EL REY D. ALFONSO XIII EN BURGOS

Como en el número último describimos la estancia del rey en Burgos, estimamos ocioso acompañar con una explicación detallada las interesantes fotografías que en esta y en la anterior página reproducimos y que dan perfecta idea de los principales episodios de la visita de D. Alfonso XIII á aquella capital.

Varias de las vistas que publicamos son de la revista que el joven monarca pasó de las tropas en el campo de Gamonal, en donde dirigió varias maniobras y presenció los ejercicios de tiro al blanco.

Las fotografías nos han sido remitidas por don Alfonso Vadillo, á quien enviamos la expresión de nuestra más sincera gratitud por la atención dispensada á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA.

SEGURO

CONTRA LOS ACCIDENTES EN LOS FERROCARRILES

Los ferrocarriles pertenecientes al Estado francés, de acuerdo con una compañía de seguros, han ensayado desde hace algún tiempo un sistema de seguros contra los accidentes, que tiene mucha analogía con las que funcionan en otros países y especialmente en Inglaterra.

Un simple ticket de seguro, que por 10 céntimos puede adquirir todo viajero portador de un billete, de una tarjeta de abono ó de cualquier título de circulación, da derecho, en caso de accidente, á una de las siguientes indemnizaciones:

Muerte: un capital de 10.000 francos, pagadero á la viuda ó á los hijos, y en defecto de éstos, á los ascendientes, hermanos ó sobrinos á quienes mantuviera el fallecido.

Heridas: de primer grado (pérdida de la vista, ó de dos miembros ú otra similar), 10.000 francos; de segundo grado (pérdida de un miembro, de un pie, de una mano), 5.000 francos; de tercer grado (pérdida de un ojo ó de varios dedos), 2.500 francos. Además, por incapacidad temporal, recibe el herido 5 francos diarios mientras dura la incapacidad con un máximo de 180 días.

El que desea obtener, en caso de una desgracia, una indemnización más cuantiosa, puede tomar varios tickets hasta el máximo de 10, teniendo entonces derecho á una de las indemnizaciones indicadas multiplicadas por el número de tickets que ha adquirido. Únicamente la indemnización por incapacidad para el trabajo es siempre la misma, es decir, 5 francos diarios.

Para los viajes de larga duración y para los abonos de obreros hay establecidas condiciones especiales

Los tickets se pueden adquirir en las estaciones de importancia, en donde se facilitan en un despacho especial.

Esta innovación ha sido tan bien acogida por el público, que es de esperar que pronto la adoptarán las demás compañías ferroviarias francesas.--X.



Boadicea excitando á los bretones á vengar el ultraje inferido á sus hijas, relieve de C. J. Pibworth

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 15 de septiembre de 1902 — Núm. 1.081



BRUJAS.—Exposición de Arte flamenco antiguo.—Urna de Santa Úrsula con pinturas de Memling
que se conserva en el Museo del hospital de San Juan, de Brujas

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Podrá ser cierto que el arte dramático, en lo que se refiere á la parte puramente literaria, se halle entre nosotros en la espantosa decadencia que algunos escritores aseguran. Yo, con perdón sea dicho de tan respetables autoridades, no creo que aquélla sea tan grande. No existe ahora – es verdad – un florecimiento dramático como el que gozó España allá por el año 37 del siglo pasado, ni menos, nada que se parezca al colosal desarrollo de nuestro teatro en el siglo de Lope, Tirso y Calderón; pero siendo esto así, no faltan en nuestra escena muy estimables tentativas que bien pudieran ser preparación de un glorioso renacimiento teatral. Tengo fe en la potencia artística de la raza española, y lo mismo respecto del teatro que de las demás direcciones de la actividad, confío en el porvenir.

Pero si ahora no es nuestra literatura dramática lo que ha sido y lo que debiera ser, en cambio en las artes auxiliares de ella se están realizando constantemente muy importantes progresos. En la *mise en scène, atrezzo* é indumentaria se ha adelantado mucho en estos últimos tiempos. Sin recordar aquellos remotos en los cuales «todo el hato de una compañía de cómicos se componía de un pellico, un laúd, una vihuela y una barba de zamarro,» ni la época más cercana de la nuestra en que «Semíramis se presentaba al público peinada á la papillota, con arracadas, casaca de glasé, vuelos angelicales, paletina de nudos, excusalí, tontillo y zapatos de tacón; Julio César, con su corona de laurel, peluca de sacatrapos, sombrero de plumaje debajo del brazo izquierdo, gran chupa de tisú, casaca de terciopelo, medias á la virulé, su espadín de concha y su corbata de encajes, y Aristóteles, como eclesiástico (¡!), con su vestido de abate, peluca redonda con solideo, casaca abotonada, alzacuello, medias moradas, hebillas de oro y bastón de muletilla...,» sin recordar, digo, aquellos dichosos tiempos, suelen en los nuestros cometerse disparates casi tan grandes como los que enumera Moratín.

Pocos años ha vi representar en el teatro de la Princesa – y no por cómicos de la legua, sino por una compañía dirigida por el más famoso actor de entonces – el célebre drama de Fernández y González titulado *Cid Rodrigo de Vivar*. Aquello parecía una caricatura tan chusca como las graciosísimas con que Gustavo Doré ilustró *Les contes drolatiques* de Balzac, y que, dicho sea de paso, tan á menudo suelen *fusilar* algunos de nuestros dibujantes. La cámara en donde el rey recibía al Cid era un salón del gusto de los de Versalles; los moros prisioneros que seguían al héroe burgalés dejaban ver, bajo las sábanas que les servían de alquiceles, botas de elásticos, en menos que mediano uso, y salía además en la comedia un obispo, con mitra y todo, que enseñaba, bajo la amplia capa episcopal, unas viejísimas alpargatas.

Algo semejante solía pasar en los demás teatros de la corte. A lo mejor, en obras cuya acción pasaba en los tiempos del rey que rabió, veíanse en la escena panoplias con espadas y espadines modernos y muebles y decoraciones aún más anacrónicos. En los dramas y comedias «de época» no había variación en los vestidos y modas durante un período de tres ó cuatro siglos. Lo mismo vestía Wamba que D. Pedro el Cruel, y Doña Urraca que la Beltraneja. Eso de examinar estampas, códices, medallas y de recorrer museos para reproducir con la mayor verdad posible la vida de las remotas generaciones, cosas eran que no les pasaba por las mientes á los más avisados directores de escena. Bien es verdad que los autores tampoco guardaban gran respeto á la Historia ni á la Geografía; y si no llegaban á la ignorancia, en este punto, de nuestros clásicos, cometían no pocos desatinos. Todavía, recientemente, un autor puso en boca del poeta Lucano nada menos que una balada...

En general, aparte de algún desliz disculpable, ahora, en los teatros de primer orden, se cuida con bastante esmero de no faltar á la propiedad arqueológica. En algunas obras poco ha representadas se han hecho muy exactas reproducciones de trajes, armas y muebles antiguos: en *La corte de Napoleón*, traducción de la comedia de Sardou titulada *Madame Sans Gene*, la compañía de María Tubau copió escrupulosamente la época napoleónica. En *Locura de amor*, María Guerrero y Mendoza presentaron con exquisita propiedad y lujo verdaderamente fastuoso la corte de Doña Juana la Loca. Algo también muy estimable hizo Calvo y ha hecho Thuillier en obras de aparato como *Don Alvaro* y *Don Juan Tenorio*. Esta feliz tendencia va acentuándose cada vez más, y ya se habla, con motivo de las obras que preparan las compañías que han de actuar durante la próxima temporada en los principales teatros de Madrid, de decoraciones encargadas *ad hoc*, de vestuarios copiados de los cuadros de los grandes artistas y de muebles y objetos artísticos, ó bien auténticos, cedidos por sus dueños, ó bien construídos á la vista de modelos excelentes.

Claro es que la exageración en el aparato de la escena suele á veces sobreponerse al fin principal del arte dramático, que es el literario. Dramas hay, en efecto, cuyo éxito más se debe al *atrezzista* y al sastre que al dramaturgo. Pero no debe confundirse el uso con el abuso. El verdadero y más alto ideal del arte dramático es armonizar, bajo la unidad del asunto ideado por el autor, todos los múltiples elementos – cada cual en su debida proporción – que componen la obra teatral.

Con verdad se ha dicho que los actores son los colaboradores del autor. Para que el teatro prospere hace falta, no sólo que se escriban buenas comedias, sino que los actores se perfeccionen en el arte difícil de la declamación. En España no falta la materia prima. Actores y actrices de talento hay muchos; pero forzoso es decirlo, muy pocos poseen la debida preparación artística. «Cogen y se hacen cómicos,» como D. Eleuterio Crispín de Andorra cogió y se hizo poeta. Su talento natural les permite imitar con exactitud y expresar las grandes pasiones..., tienen, sí, momentos de inspiración; pero ni la inspiración ni el talento brotan cuando faltan la instrucción previa y el estudio constante... Nace de lo dicho que el sainete suele ser en España mejor interpretado que los dramas y comedias. Y se explica fácilmente que así suceda. El guardia de orden público, el sereno, la comadre parlanchina, la chula descocada, el valentón, el tabernero sentencioso..., todo ese mundo de la calle que tantas veces hemos visto desfilar por los escenarios de los teatros de género chico, puede ser fácilmente copiado y estudiado del natural: abundan los modelos. La copia de tales tipos por nuestros cómicos se confunde con la realidad. No creo que en este género popular aventaje á nuestros actores ninguno extranjero.

En cambio hay que echarse á temblar cuando representan (hay excepciones, aunque pocas) papeles de personajes del gran mundo ó de épocas remotas.. ¡Qué de marqueses con todo el aire de camareros de restaurant barato; qué de grandes damas con aspecto de modistillas ó de amas de huéspedes! ¿Pues y cuando hacen de reyes, magnates y cortesanos? Allí son de ver el furioso manoteo, el hacer – como dice Hámlet – trizas y harapos la pasión que interpretan, el cantar con insufrible tonillo los versos, el solicitar el aplauso de la galería con el *mutis* aparatoso ó con el socorrido latiguillo.

A corregir estos defectos podría contribuir en gran manera el *Conservatorio de declamación*. Consta éste de sólo dos clases, una para alumnas y otra para alumnos, regentados, respectivamente, por una actriz y un actor de reconocido mérito. (Hoy por muerte de Vico está vacante la cátedra destinada á los alumnos, y la solicitan varios distinguidos artistas.) Doy por supuesto que así el profesor como la profesora de las dos citadas cátedras hacen maravillas; pero ¿es posible que los discípulos puedan con tan escasas enseñanzas adquirir la suma de conocimientos teóricos y prácticos que son menester para dominar el arte de la escena?

En España esta enseñanza, como todas las demás, necesita reformas urgentes. Y no se crea que el arte escénico es, desde el punto de vista social, inferior á la pintura, la música, la escultura... El teatro es, entre todas las manifestaciones artísticas, la que ejerce mayor influencia social. Una gran parte del público español solamente en el teatro se pone en contacto con el arte. Para muchas personas, y no todas de las clases humildes, el teatro es museo, libro y hasta cátedra. Nada hay que ejerza mayor influencia sobre las multitudes. Aumentando el valor artístico de aquél, se aumenta en los públicos el amor á la belleza, el gusto estético y el deseo tal vez de estudiar las cuestiones que en la escena se planteen. Aun cuando el teatro no tenga por objeto enseñar, si es artístico, si no es una farsa soez y grosera, ilustra y perfecciona y ennoblece los sentimientos del espectador.

En estos momentos, en los que ya las frescas auras otoñales empiezan á hacernos pensar en la proximidad del invierno, la prensa nos da noticias de los propósitos, todos ellos excelentes, de las empresas de teatro, de las compañías ya formadas ó á punto de formarse y de las obras que los autores han escrito, están escribiendo ó tienen intención de escribir. En la calle de Sevilla, especie de bazar de cómicos «á disposición de las empresas,» pululan los actores de todo género en expectativa de la anhelada contrata, y algunos teatros abren ya ó entreabren sus puertas cerradas á piedra y lodo durante el estío. La compañía que este año, como en otros anteriores, ha roto la marcha, es la del teatro Cómico, en donde sienta sus reales la saladísima Loreto Prado. No hay en Madrid actriz más popular ni más querida del público, lo mismo el empingorotado y aristócrata, que el más ínfimo y callejero. Loreto, además de una intuición maravillosa del arte y una gracia capaz de desarrugar el ceño del espectador más misántropo, tiene el talento de hacer tolerable lo absurdo y de convertir en algo artístico los mayores desatinos y las más soeces chocarrerías. En el teatro de que ella es el alma suelen representarse monstruosos engendros; los actores que la rodean son de lo más modesto de la moderna farándula, el decorado de su teatro, el cuerpo de coros, todo, en fin, lo que compone el espectáculo en que Loreto representa la primera figura, es, vuelvo á decirlo, modestísimo. Sin embargo, el teatro Cómico es uno de los más favorecidos del público.

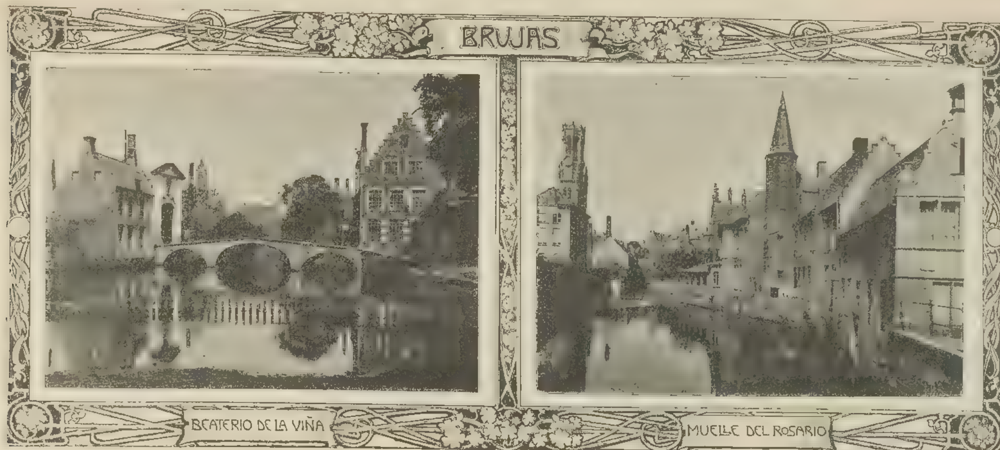
Loreto Prado es la que hace este milagro. Con su cuerpo menudo, su cara picaresca, su voz velada, se lleva de calle á los espectadores, hace que se destornillen de risa, los entusiasma y les hace tragar obras que en otro teatro no pasarían de la primera escena. Y no se crea que Loreto abusa ni usa siquiera de ese descoco que suele ser el secreto de la boga que algunos artistas alcanzan. La notabilísima actriz ennoblece los más repugnantes tipos; sabe mantenerse en el límite que el arte no debe transponer, y hechos por ella los papeles de golfo, de colillero, de vieja borracha..., resultan, no sólo tolerables, sino artísticos.

En su género Loreto Prado no tiene rival, y no creo que en su tiempo Pepita Hijosa, á quien yo sólo he visto trabajar muy contadas veces y siendo ya anciana, aventajaría á la popularísima Loreto. En cualquier teatro ocuparía si quisiera puesto importante; pero prefiere ser indiscutible y soberana absoluta, como antes en el humildísimo de Romea, en el teatro Cómico, última metamorfosis del antiguo salón de Capellanes.

Con la apertura del Cómico ha coincidido la del teatro de Price que, como es sabido, hace á lana y á pelo, esto es, que en unas temporadas sirve para circo acrobático y ecuestre y en otras para zarzuela grande con vistas á la ópera. La inauguración se verificó con la representación de *Marina*. A las obras de arte verdaderamente inspirado les pasa lo contrario que á las personas. Parecen más hermosas á medida que van teniendo más edad. La linda zarzuela de Arrieta, convertida en ópera, es oída cada vez con más gusto por el público madrileño. Y buena prueba es de ello la multitud que en la noche del 30 de Agosto *asaltó* el enorme circo de la plaza del Rey. Cerca de cuatro mil personas ocupaban las localidades de aquel teatro, que así por su forma como por su capacidad puede compararse á una plaza de toros. Hay que advertir que casi tanta gente como logró entrar se quedó fuera por falta de billetes. La obra de Arrieta es quizás la más á propósito para que el público juzgue del mérito de los artistas. Los espectadores se la saben de memoria; así es que no pasa, como suele decirse, por movimiento mal hecho, apreciando hasta los más leves pormenores del canto y del trabajo de la orquesta. La palma entre todos los artistas llevósela el barítono Sr. García, que por primera vez se presentaba ante el público madrileño y que con razón puede decirse que cantando la parte de Roque en la obra de Arrieta, «tomó la alternativa» entre los más aplaudidos cantantes de zarzuela grande.

Con las dos inauguraciones citadas, y con las de Apolo y la Zarzuela verificadas recientemente, hétenos ya en plena temporada teatral y en espera de la apertura de los grandes teatros.

ZEDA.



EXPOSICIÓN DE ARTE FLAMENCO

ANTIGUO

La exposición de los primitivos flamencos y del arte antiguo que actualmente se celebra en Brujas es una fiesta, no sólo para los ojos, sino que también para el pensamiento. El espíritu descansa deliciosamente en medio de esas obras sinceras, inspiradas por una idea vigorosa y profunda, de las que se desprende el genio artístico de los antiguos maestros y algo de su alma creyente y plácida, orientada hacia otras regiones y, sin embargo, singularmente observadora de las cosas de este mundo.

Ayuda á completar el efecto de esta exposición la circunstancia de verificarse en el mismo sitio en que los primitivos pintaron sus cuadros, de tal manera que si estos artistas resucitaran, se encontrarían en las mismas calles estrechas, en las mismas casas pintadas de encarnado vivo y de blanco-ocre, con el mismo Beaterio, con las mismas industrias y los gustos mismos de su tiempo: la inmovilidad árabe reina en esta ciudad del Norte, en sus gustos, en sus costumbres, en su modo de ser.

Los delicados encajes que confeccionan las mujeres en medio de la calle deben de inspirarse en los ventanales de los palacios y de las iglesias góticas que pueblan «Brujas la Muerta.»

Los templos están llenos de gente que siguiendo las costumbres de sus antepasados y fiel á la tradición, acude á ellos á orar, á pedir tal vez á Dios que les envíe otros hombres que den á la ciudad tanta fama como los Van Eyck y Memling, los Metsys y los Gerard David, y cantores que la ensalcen como Rodenbach.

Al volver cualquiera calle, al doblar cualquier esquina, al desembocar en cualquiera plaza, ofrécense á nuestra vista edificios coronados por esbeltos piñones, medio escondidos entre los árboles, un cielo gris plateado que se refleja en los canales, y puntiagudos campanarios, bañados en una luz azulada, todo tal como en su época lo pintaron los antiguos.

Cierto que el paisaje, entre los antiguos, no era más que un accesorio; pero ¡cuán exquisito! Y ese paisaje estaba inspirado en los mismos lugares que hoy nos cautivan. Lo propio sucede con las figuras: cualquiera mujer de las de hoy, que cubierta con su capa negra, reza inmóvil con las manos cruzadas bajo las bóvedas de San Salvador, nos ofrece un trasunto vivo de las *donatrices* que, en actitud ferviente y de recogimiento, han inmortalizado Memling y sus contemporáneos.

Es, pues, una exposición encerrada en un marco ideal la que actualmente atrae á Brujas millares de viajeros; y es además una exposición por sí misma rica é interesante.

Desde el siglo VII, pero sobre todo desde el VIII, varios grandes monasterios de los Países Bajos eran los más importantes centros de la civilización y de la cultura intelectual, sobresaliendo en este concepto las célebres abadías de Echternach, Fosses, Stavelot, Saint-Troud, Lobbes, Tournai, Cambrai, Gante y Lieja.

La iglesia de Maeseyck conserva todavía dos evangeliarios manuscritos, con iluminaciones y miniaturas de ejecución bastante notable; son obra de dos santas religiosas, Harlinda y Relinda, discípulas de la abadía benedictina de Valenciennes, que fundaron el convento de Aldeneyck, del cual fueron las primeras abadesas.

Carlomagno fué, sin embargo, quien dió impulso á las artes llamando artistas de Bizancio, de Inglaterra y de Italia para decorar los templos de este país.

Hasta el siglo XII el arte estuvo casi siempre bajo la tutela de las órdenes monásticas, viviendo los artistas á sueldo de los monasterios. Pero después los artistas comprendieron que su arte podía emprender otros vuelos y salir de la tutela en que se encontraba, y entonces fuéronse á las ciudades, en donde no tardaron en convencerse de que para avanzar era preciso ponerse bajo la protección de una cofradía, al ingresar en la cual juraban ante Dios «trabajar concienzuda y honradamente y ejecutar el trabajo con buenos materiales.» De las obras de este período figuran en la exposición varias y muy notables, mereciendo preferente mención un tríptico de Melchor Broederlam, de la ciudad de Ipres, que representa al Padre Eterno sentado en un trono de piedra y sosteniendo con ambas manos una cruz en la que está clavado Jesucristo; el Espíritu Santo, en forma de paloma, vuela desde la boca del Padre á la cabeza del Hijo; junto á él se ven cuatro ángeles que llevan los instrumentos de la Pasión. Este cuadro, como otros muchos que hay en la exposición, están pintados con clara de huevo.

Los grandes Van Eyck introdujeron y puede decirse que inventaron el procedimiento de la pintura al óleo, simplificando y perfeccionando el que algunos quisieron antes de ellos intentar. Su descubrimiento produjo grandes cambios, ya que desde aquel momento la pintura pudo substraerse á la dependencia de la arquitectura en que hasta entonces había vivido, y en vez de limitarse á la ornamentación de paredes tuvo por objeto crear una ilusión, gracias al perfeccionamiento de la perspectiva lineal y aérea, haciendo olvidar al espectador la existencia de una superficie plana. El arte pictórico se convertía en imitador y, por decirlo así, en rival de la naturaleza.

Se comprende, pues, que en esta exposición sea Van Eyck objeto de especial atención por parte de los inteligentes. Su *Virgen gloriosa*, pintada en 1436, es una de las obras más grandiosas que en el mundo se han ejecutado; es la última palabra de la pintura, y eso que data de los comienzos de este arte. La Virgen no es guapa, el divino Infante tiene cara de viejo y la actitud de San Jorge levantando el casco es poco cuidada; pero Van Eyck buscaba más la verdad que el ideal; la belleza en sus creaciones está en lo acabado, en la precisión, en la transparencia de tonos, en el vigor y luminosidad del colorido. En el cuadro citado, la mayor belleza está en el gran realismo del canónigo Jorge Van der Palen, arrodillado al pie de la Virgen: su cara ancha y arrugada, sus ojos serios, sus manos gruesas y surcadas de arrugas, pero tan vivas que difícilmente sostienen los anteojos y el misal, en el que casi podrían leerse los caracteres, las pieles grises, sedosas, de su muceta, todos estos detalles forman un conjunto de una verdad pocas veces igualada.

Esta preocupación de la verdad se revela también en el retrato de la esposa del artista, pintado en 1439 y una de las pocas obras firmadas por el maestro: de una finura admirable nos presenta una figura simpática, no guapa; entre su conciencia de artista y su amor propio de marido, Van Eyck no vaciló.

Este maestro ha llevado la realidad á un punto extremo, siendo de ello buena prueba el políptico que el Museo de Bruselas ha enviado á la exposición de Brujas, en el que las figuras de Adán y Eva que en él se admiran distan mucho de ser hermosas; y en cuanto á la pintura del modelo en toda su crudeza llega á un grado tal, que si hoy en día se presentase en cualquier exposición una obra como la que nos ocupa, sería rechazada por indecente. De esta misma opinión debió ser Carlos V, quien la mandó retirar del templo.



BRUJAS. – EXPOSICIÓN DE ARTE FLAMENCO ANTIGUO. – EN EL CALVARIO, obra de autor desconocido de la primitiva escuela flamenca, que se conserva en la iglesia de San Salvador, de Brujas



BRUJAS. – EXPOSICIÓN DE ARTE FLAMENCO ANTIGUO. – LA LEYENDA DE VAN GODEBERTA, cuadro de Pedro Christus, propiedad del barón de Oppenheim, de Keulen

El único pintor que puede ser considerado como discípulo de Huberto Van Eyck, es Pedro Christus, natural de Baerle (Brabante septentrional). Su cuadro más importante es el de la leyenda de Van Godeberta: la escena pasa en la tienda de un platero, vista desde la calle; detrás del mostrador está sentado San Eloy, que tiene en la mano derecha una sortija y en la izquierda unas balanzas con pesos y una sortija adornada con un rubí. A un lado, un hombre, en la plenitud de la vida, haciendo avanzar á Godeberta hacia el santo platero; á otro, junto á la ventana, un espejo convexo refleja las imágenes de dos personas que pasan por la calle. Este cuadro procede de la Corporación de Joyeros de Amberes, que lo vendió á M. Sybet, de Bruselas.

Junto á este cuadro hay otros de Roger Van der Weyden, en los cuales el Niño Jesús aparece siempre tendido, más que como infante, como Cristo muerto, cual si el pincel acostumbrado á representar á la Augusta Víctima se adaptase difícilmente á otros asuntos menos austeros. Siguen luego varias pinturas de Thierry Bouts, maestro de enérgica y viril pincelada, cuyas obras son muy dignas de estudio.

El célebre tríptico de Hugo Van der Goes *La adoración de los Reyes Magos*, es una de las mejores piezas que este pintor tiene en la exposición; pero de todos los primitivos flamencos en ésta representados es de los que menos tienen que agradecer á los organizadores de la misma.

El gran maestro Memling es el que ocupa un lugar preferente en la exposición, ya que por el número considerable y por la excepcional importancia artística de sus obras, constituyen éstas el *clou* de aquélla. Aquí se han reunido más de la mitad de sus obras conocidas, faltando únicamente las que poseen los museos de Lubeck y de Dantzig, *Los gozos y dolores de la Virgen* de los museos de Munich y Turín y los cuadros que se guardan en nuestro Museo de Madrid, para que el visitante pueda formarse idea completa de su genio.

Con gran pesar he visto que el gran tríptico que decoraba el órgano de Santa María la Real de Nájera ha salido de España para entrar en el Museo de Amberes: representa á Cristo en la gloria rodeado de ángeles. En el centro del tablero central está Jesús revestido de capa magna abrochada con una gran joya redonda; ciñe corona imperial, y su mano izquierda descansa sobre un globo coronado por una cruz. A cada lado, un grupo de tres ángeles que cantan las alabanzas al Señor. En los tableros laterales hay diez ángeles que tocan instrumentos músicos.

Las bodas místicas de Santa Catalina es una de las obras más culminantes de esta serie de retablos: la santa desposada tiene una deliciosa expresión de ternura; no menos notable es la figura de Santa Bárbara, que está á su lado. La composición de este cuadro se parece mucho á la del retablo del hospital de San Juan, pero en él la escena pasa en un jardín cercado por una elevada tapia. El trono de la Virgen con su dosel y sus colgaduras está colocado sobre un emparrado en medio de un cuadro de jardín lleno de flores. La colocación de la Virgen es diferente; la Divina Madre lleva una dalmática encima del alba y toca el arpa. Las dos santas que figuran á su lado son las mismas que en aquel otro retablo, pero el brazo que Santa Catalina extiende sobre el místico Cordero es mejor. Arrodillado delante de la Virgen está el donador del cuadro: es un joven vestido de negro y de luengos y negros cabellos que le caen hasta los hombros, que reza el rosario. La torre que se alza detrás de Santa Bárbara es de estilo más severo. El fondo es del todo distinto; en el extremo de la derecha se ve una colina poblada de árboles. Varias figuras á pie y á caballo completan el fondo. Es esta una obra maravillosa: su actual propietario es M. Goldschmidt, de París.

En el centro del salón, dedicado casi por completo á este maestro, está la célebre urna de Santa Ursula, que el hospital de San Juan de Brujas ha facilitado á la exposición y que es una maravilla de ejecución: tiene la forma de edículo gótico, terminado á cada extremo por un piñón y sostenido por contrafuertes adornados con estatuitas; las cuatro caras ostentan cuadros pintados por Memling. Los seis tableros principales representan toda la historia de la peregrinación de aquella santa: la llegada de los peregrinos á Colonia, á Basilea y á Roma, su regreso á Basilea, acompañados del papa, y el martirio de Ursula. Es una joya sin par; dícese que las monjas del hospital, cuando se desprendieron de ella para que figurara en la exposición, lloraban, pues ese objeto de arte no había salido nunca de aquella casa desde que Memling lo pintara.

Hans Memling era de origen alemán, é hizo, según parece, su aprendizaje con un pintor de Colonia; así lo cree Weale, que ha hecho grandes estudios sobre los maestros de Brujas. El carácter de su pintura revela una influencia mixta: la técnica, el colorido, el sentimiento sobre todo que se admiran en sus cuadros, tienen notable afinidad con las pinturas del maestro Lochner y con varias obras de autores anónimos de la escuela colonesa, encontrándose también en ellos el influjo marcado de Roger de la Pasture. Hacia 1467, cuando contaba treinta años, vino á Brujas y pintó el retablo del célebre grabador de medallas italiano Nicolás di Forzore Spinelli, obra que se admira en la exposición que me ocupa. Desde entonces pintó siempre en esta ciudad, inspirándose en los tipos de mujeres de la misma, según se ve por la frente alta y despejada de todas sus Vírgenes, pues en aquel tiempo era este un signo de belleza, hasta el punto de que las que no tenían la frente en tales condiciones se la procuraban haciéndose arrancar los cabellos.

De los demás maestros que en la exposición figuran me ocuparé en un segundo y último artículo.

Brujas, agosto de 1902. PEDRO COLL.

EL HEREDERO

Un hijo, vástago tardío de la sazón matrimonial, vino á interrumpir la concordia en que vivían D. Fernando Bonaire y su esposa. El nacimiento del chiquillo fué una sorpresa para su madre, que ya empezaba á resignarse, al cabo de ocho años de esterilidad, á no tener prole que le sucediera.

Durante la convalecencia de doña Rosario, que fué larga, solía Bonaire decir á su mujer:



BRUJAS. – EXPOSICIÓN DE ARTE FLAMENCO ANTIGUO. – LA DECOLLACIÓN DE SAN JUAN. VISIÓN DEL APOCALIPSIS

Puerta de un tríptico de Memling, que se conserva en el Museo del hospital de San Juan de Brujas

– Este niño, que no ha querido venir al mundo hasta que le asegurásemos con ocho años de amor conyugal que podía contar con nosotros, se me antoja demasiado escamón. Sus desconfianzas encubren egoísmo, y aun estoy por decirte que mala índole...

La madre, embargada de la dicha que aquel suceso la trajera, limitábase á contestar:

– Fernando, no blasfemes. Si el niño no ha nacido hasta ahora, es que Dios lo tenía dispuesto de ese modo. Los hijos son un premio del cielo, y no se dan sino sobre largos merecimientos.

– No me contraría tu respuesta. Eso me prueba que Dios ha medido fielmente el cariño que te tengo. Se me figura, sin embargo, que el premio ha venido con algún retraso. ¿No te parece?

– Atente á lo que dice el pueblo. «Nunca es tarde si la dicha es cierta.» Y después de todo, agregó la señora en tono de reproche, ¿qué vas ganando con rebelarte? Las cosas vienen á su tiempo, y si el niño ha nacido ahora, es que la gloria de Dios lo pedía así...

Sin ser ateo, ni haberse metido nunca á sondear en el dogma, era D. Fernando Bonaire hombre poco celoso del prestigio providencial. Reverenciaba á Dios en las ocasiones que la iglesia ha establecido, los domingos y fiestas de guardar, en la Cuaresma y durante las épocas calamitosas. Su señora, que era todo piedad cristiana, solía echarle en cara aquellas intermitencias en el fervor religioso, y hasta se alargaba á motejarle de hipócrita rutinero, esclavo de la costumbre. A esto callaba el doctor, enemigo de disputas, y menos cuando versaban sobre puntos de fe y era el adversario mujer. Si su consorte se excedía en la vehemencia, tomaba D. Fernando su sombrero y se plantaba en la calle.



BRUJAS. – EXPOSICIÓN DE ARTE FLAMENCO ANTIGUO. RETRATO DE LA ESPOSA DE VAN EYCK, PINTADO POR ÉSTE, obra que se conserva en el Museo de la Academia de Brujas

Cuando el pequeño hubo alcanzado la edad adecuada para recibir las primicias de la educación, suscitáronse muy serios conflictos en el matrimonio. Su padre quería, naturalmente, acaparar las funciones de director intelectual del niño y señalarle pautas que le guiaran con provecho. Leyó á este fin el doctor cuanto se ha escrito hasta la fecha sobre extremos de educación, y luego de enterarse de los sistemas docentes que recomiendan Froebel, Pestalozzi, Monseñor Dupanloup y otros sabios, optó por someter á su hijo al régimen spenceriano, que recomienda el desarrollo de los músculos, á la par que se cultiva la inteligencia.

Su madre, asediada de la misma preocupación, disputaba con su marido para lograr que éste le confiase enteramente el cuidado del niño. Escéptica doña Rosario respecto de las ventajas que trae la cultura científica, resolvió prevenir á su hijo contra las asechanzas del materialismo, y guiada de ese propósito, consultó con su confesor sobre lo que convendría hacer del pequeño.

Resultado de aquella gestión, fué que doña Rosario pensase en los padres escolapios primero y en los jesuítas después, para transferirles de un modo expreso toda su maternal autoridad cerca de su hijo.

– ¿Has resuelto acaso que el chiquillo entre en candidatura de santo?, preguntaba con aspereza D. Fernando.

– He resuelto lo que mejor conviene á la gloria de Dios. A los niños les hace falta un freno, y si mi hijo se había de criar hecho un pillete en la calle, más le valiera no haber nacido.

– ¡Pero qué prisa te das en sacar las cosas de quicio, mujer!, replicaba el doctor. Yo no he sostenido nunca que se deba prescindir de ese freno. Lo que dije, y me afirmo en lo dicho, es que me siento con fuerzas para educar á mi hijo cristianamente. ¿Quieres que separemos las jurisdicciones? Pues bien: deja que yo ensaye en nuestro hijo el procedimiento de educación que aconseja ese sabio inglés de que te he hablado, y encárgate tú de sembrar en su alma la doctrina de Cristo, que ha sido siempre la nuestra. Yo no veo incompatibilidad entre lo uno y lo otro.

Doña Rosario, terca en su acuerdo, no se dió á partido. Tanto se exacerbó la disputa una vez, que la señora concluyó por recusar á su marido como autoridad para decidir en materias de educación.

– El zapatero á sus zapatos, y el médico á sus enfermos, dijo amostazada.

Y punto concluído, porque el doctor guardóse de replicar.

El niño, dócil y callado, permanecía indiferente á las disputas de sus padres. Por las trazas, el que lo sometiesen al plan de Spencer ó que le destinaran como interno á un colegio religioso, le interesaba en el mismo grado.



BRUJAS. – EXPOSICIÓN DE ARTE FLAMENCO ANTIGUO. – LA VIRGEN GLORIOSA, cuadro de Juan Van Eyck que se conserva en el Museo de la Academia de Brujas

– Ahí tienes lo que me escribe el padre rector, dijo D. Fernando á su esposa, dejando una carta sobre la mesilla del gabinete.

Estaba la señora muy ocupada en disponer una combinación de retales, de la que debía resultar una colcha pintoresca, y así que vió la carta, apresuróse á suspender la tarea.

– Léemela tú, anda; ya sabes que sin las gafas no distingo palotada.

Leyó el doctor los párrafos substanciales, que venían á decir en concreto:



BRUJAS. – EXPOSICIÓN DE ARTE FLAMENCO ANTIGUO. – BODAS MÍSTICAS DE SANTA CATALINA, tablero central del tríptico de Hans Memling que se conserva en el Museo del hospital de San Juan, de Brujas

«El niño no adelanta, es perezoso de memoria, muy holgazán y tiene el genio áspero. Lleva perdidos tres años, y á ese paso le llegará el grado de bachiller con las canas. Se hace todo lo posible por reducirle al buen camino, pero él se obstina en lo contrario. El mes pasado estuvo en cuarto de corrección por diferentes raterías que denunciaron sus compañeros de clase, y hoy ha sido menester reprenderle. ¿Sabe usted por qué? Pues porque hemos puesto en claro que ha sido él quien ha dado muerte á los pichones que teníamos en la huerta. Ese síntoma de crueldad me ha entristecido mucho.»

– ¡Aquel hijo mío! ¡Aquel hijo mío!, interrumpía la madre con la voz velada.

D. Fernando, implacable, continuaba leyendo.

«Me temo que este niño se nos tuerza. Luego es tan reservado, que ni se rebela ni cede ostensiblemente. No se sabe nunca lo que piensa. He creído prudente comunicarle á usted, que es su padre, cuanto llevo escrito, á fin de que le reprendan y se enmiende.»

– ¿A quién sale ese hijo, Fernando?, preguntó doña Rosario con desolado acento.

El padre, taciturno, callaba. Por la primera vez en su vida atrevíase el atribulado doctor á protestar de las perfidias de la naturaleza, sorda á los anhelos maternales, impasible en su gestación rutinaria, y se preguntaba, en su afán de escudriñar lo futuro, cuál podría ser la suerte de aquella criatura, fruto del amor y educada cristianamente en su infancia.

Su esposa, entretanto, no cesaba de repetir en voz baja, monologando desesperadamente:

– ¡Es un castigo! ¡Ese hijo es un castigo!..

MANUEL BUENO.

EL PESO DE UNA LÁGRIMA

«¡Arre, caballo!» Pero el pobre rocín, fatigado de larga caminata, con barro hasta la barriga y chorreando agua por todas partes, no hacía caso de palabras ni espolazos que marcaban en su vientre surcos de sangre; él bien querría salir, más que corriendo, volando, como en sus buenos tiempos; pero muchos años de vida y trabajo habían dado fin de su vigor; ya no era aquel potro fogoso que al sonido de clarines y tambores piafaba impaciente y se arrojaba al combate echando espuma por la boca y por los ojos fuego.

La nevisca seguía adicionando capas sobre la sierra, y el viajero, tapujado por completo, apenas podía sostener las riendas entre sus dedos entumecidos; el caballo por su parte no salía de su *traca, traca tra,* desesperando al jinete con tan lenta marcha y arrancándole blasfemias y juramentos.

La noche se echaba encima; algunos relámpagos alumbraban de vez en cuando la blancura del paraje; un trueno formidable repercutió por las fragosidades de la sierra, haciendo temblar jinete y cabalgadura. Los picos salientes de enormes peñascos, los árboles desnudos de follaje y cubiertos de nieve, el fuerte zumbido del huracán y el ruido de las herraduras del caballo, todo, en fin, tenía algo de imponente, algo de siniestro.

El caballo se encabritó de repente y enderezó las orejas; un trueno más ronco que el anterior dejóse oir y una chispa eléctrica cruzó el espacio. El viajero temblaba, no de frío, sino de miedo. Una nube de sangre pasó ante sus ojos; ¡sí..., cien espectros amenazadores le rodeaban!.. El conocía aquellas caras..., ¡eran víctimas suyas!..

Picó espuelas al caballo, que por fin arrancó, y dijo, después de pasado el susto: «¡Bah, aprensiones mías!»

Desesperaba ya el jinete de hallar dónde pasar la noche, cuando distinguió, allá lejos, una lucecilla.

Hincó de nuevo las espuelas en los ijares del pobre jamelgo, y llegó, al poco rato, á una tapia en donde había enorme y vieja puerta adornada con infinidad de cabezas de clavo. Llamó, y como no le contestasen, hubo de repetir, mirando al propio tiempo por el ojo de la cerradura, por el que distinguió un bulto negro que llevaba un farolillo.

– ¿Quién llama á estas horas?, dijo una voz malhumorada.

– Un caminante que pide hospitalidad, sorprendido por la tormenta.

Refunfuñaron dentro no sé qué; pero al poco rato abrióse la puerta y el viajero entró llevando de las riendas el caballo.

– Perdone usted la molestia, pero sorprendido en el camino por tan recio temporal, me he atrevido á llamar en esta casa. Un techo que me resguarde de la lluvia me basta.

– Sígame usted, dijo el encapuchado por toda contestación.

Grande era el asombro del caminante al notar que seguía estando á la intemperie, sin techo que le resguardase de la lluvia. «Sin duda es un corral esto,» pensó; pero la luz de un relámpago sacóle de su duda, erizando sus cabellos y agitando su cuerpo con nervioso temblor. ¡Un cementerio! Sí; era un cementerio con sus cruces clavadas en el suelo, cuyos brazos extendidos parecían perdonar y brindar clemencia, sin otra ofrenda que el rastro de las lágrimas con que habían sido regadas, rocío bendito que produce flores; allí se veía el sombrío ciprés, símbolo de la inmortalidad, siempre verde, siempre esperando, siempre rígido, como dedo misterioso, señalando constantemente el cielo, quizá como único puerto de salvación en los naufragios de la vida.

– ¿De modo que esto es un cementerio?

– Ya lo ve usted.

– Y ¿falta mucho para el pueblo?

– Unos tres cuartos de legua. Pero vamos adentro, porque me parece que esto va á ser otro diluvio. Traiga usted el caballo, le ataré aquí en este rincón para que no se moje.

El caminante, aterrorizado, seguía al sepulturero.

– Aquí tiene usted su habitación. Está junto al *patio;* pero ya sabe usted que los muertos no se levantan, y además... que no hay otra. ¡Buenas noches!



MELANCOLÍA, estatua de Mlle. M. A. Demagnez

Y sin dar tiempo á réplica del viajero desapareció, dejándole casi en disposición de que lo enterrasen.

¡Cómo era posible que él durmiese allí! ¡Al lado de los muertos!, ¡qué horror! Carne de gallina le ponía solamente pensarlo. Nada, era preciso coger el caballo y marcharse de tan tétrica casa sin que se enterase el sepulturero; es verdad que la lluvia era abundante, pero prefería mil veces á dormir en aquel sitio.

Salió, dispuesto á practicar sus propósitos. Anduvo unos cuantos pasos... y... ¡qué era aquello!, ¡espectros que danzaban por el aire!, ¡sí! Pero no estaban completos; allá veía dar vueltas un cráneo, más lejos una pierna..., después un brazo. Luego, aquellas piezas se unían bruscamente, produciendo un ruido terrible, y aparecían esqueletos, muchos esqueletos, que en larga hilera se dirigían hacia él; hizo un supremo esfuerzo y echó á correr..., pero aquellas osamentas le seguían..., sus calaveras se rellenaban y se transformaban, convirtiéndose en rostros animados, y uno por uno fué recordándolos el viajero. «¡Asesino!,» gritaban los espectros, y «¡asesino!,» repetía lúgubremente el aire en el silencio de la noche. Toda su vida pasó ante sus ojos, ¡y qué negra!

El viajero, en su vertiginosa carrera, penetró en una galería, y distinguiendo una lucecilla, se dirigió hacia ella. Era la capilla; en el altar había un Cristo crucificado; los ojos del viajero se fijaron en él. ¡Algo le decía aquella tosca figura de barro! Pensó en Dios, cuya existencia había olvidado tanto tiempo.

– Sí, dijo, hay un Dios justo que premia y castiga; conozco mi error, aunque tarde. ¡Perdón, Dios mío, perdón! Pero he sido tan miserable, que no podéis perdonarme.

Quiso rezar y no recordó ninguna de aquellas oraciones que su madre le enseñara de niño. Sin embargo, pronunció unas palabras, dictadas espontáneamente por su conciencia, tan llenas de fe y arrepentimiento, que llegaron hasta Dios.

– ¡Dios mío, yo me arrepiento, aunque no podéis perdonarme!

Y por la mejilla del viajero rodó una lágrima, una sola, pero de arrepentimiento verdadero. El Cristo inclinó la cabeza haciendo una señal afirmativa y sus brazos se desclavaron, adelantándose hacia el viajero como diciéndole: «¡Ven, yo perdono al más miserable, si su arrepentimiento es verdadero.»

Después, el caminante vióse envuelto en una nube blanca y subió sin querer... y llegó á una mansión donde todo era luz, todo armonía, y vió..., ¡sí!, ¡el Cristo del cementerio! Estaba rodeado de un nimbo de luz; en una mano sostenía una balanza; un ángel depositó en uno de los platillos los crímenes del viajero... y el platillo se hundió; después depositó en el otro una lágrima y, ¡sería posible!, su



LOS GENERALES BOERS EN LA EXPOSICIÓN PROBOER DE SCHEVENINGEN



CAMINO DE LA FUENTE, cuadro de Francisco Thiele



ROMEO Y JULIETA, cuadro de Vicente Palmaroli

lágrima pesaba más que sus maldades. Después oyó una armonía vaga, suave, un coro de voces argentinas que cantaban preces al Señor...

. . . .

A la mañana siguiente el sepulturero encontró al viajero estrechamente abrazado á los pies del Cristo. Tocóle en el hombro, y como no contestase, le cogió por un brazo y lo separó con algún trabajo de la imagen. El cuerpo del viajero, falto de apoyo, se desplomó rígido.

Estaba muerto.

JUAN TORAL.

NUESTROS GRABADOS

Melancolía, estatua de Mlle. M. A. Demagnez.—La autora de esta estatua, que llamó mucho la atención en el último Salón de la Sociedad de Artistas franceses, es discípula del notable escultor Mercié, y bien puede afirmarse que ha sabido aprovechar las lecciones de tan sabio maestro, pues *Melancolía*, así por la intensidad del sentimiento como por sus bellezas de ejecución, es una obra digna de los mayores elogios. El estado de ánimo que la artista ha querido reproducir está perfectamente expresado, no solamente en el rostro, sino en la actitud de la figura, en la que se admiran además la finura y la sobriedad del modelado.

Enrique Siemiradzki.—El célebre pintor polaco que después de larga y terrible enfermedad falleció en 23 de agosto último en su quinta de Strzalkow (Polonia rusa), había nacido en 15 de noviembre de 1843 en Pieczniegi, de familia ilustre, y estudió en Charkow Ciencias naturales; pero á los veinte años revelóse de una manera tan brillante su talento artístico, que con asentimiento de sus padres dedicóse por entero á la pintura, ingresando al año siguiente en la Academia de Bellas Artes de San Petersburgo, en donde permaneció seis años, obteniendo una medalla de plata, otra de oro y una pensión del gobierno para viajar por las ciudades artísticas del extranjero. Estuvo en Munich en 1870 y 1871, pintando entonces sus primeros famosos cuadros *Orgía romana y Cristo y la pecadora;* de allí pasó á Roma, en donde encontró cuantos elementos podían satisfacer sus aspiraciones artísticas, un clima hermoso y abundantes restos de grandiosos monumentos de la antigüedad romana, cuyo estudio de tanta utilidad había de serle para la composición de sus obras. Roma fué su segunda patria, y en ella se estableció y residió hasta dos meses antes de su muerte. En Siemiradzki se juntaban de un modo admirable la fantasía, el talento de las grandes composiciones, que le permitía encerrar en un conjunto armónico y rítmicamente



El célebre pintor polaco ENRIQUE SIEMIRADZKI, fallecido en 23 de agosto último

ordenado las masas numerosas de figuras que se mueven agitadas por la vida y por la pasión con un vigoroso sentimiento del colorido y una potencia técnica extraordinaria. Uno de sus primeros y más famosos cuadros fué *Las antorchas vivas de Nerón*, lienzo de colosales dimensiones que pintó en Roma á la edad de veintitrés años; no menos celebridad han alcanzado *Alejandro y su médico Filipo, La danza de las espadas, La canción de la esclava, La plegaria de los náufragos, Persecución de cristianos en las catacumbas de Roma, Friné en las fiestas de Eleusis* y *Cremación del cadáver de un caudillo eslavo.* Pintó asimismo varios cuadros inspirados en pasajes bíblicos, prefiriendo entre estos asuntos los que se desarrollan al aire libre, en los cuales hizo gala de ser un colorista de primera fuerza y de dominar en absoluto los efectos de luz y los contrastes de ésta con manchas de sombra, consiguiendo en este género no menores triunfos que los que le valieron sus obras inspiradas en la antigüedad clásica.

Monumento á Víctor Hugo, obra de J. Becquet.—Durante las grandes fiestas que en Besanzón, ciudad natal de Víctor Hugo, se han celebrado recientemente para conmemorar el centenario del nacimiento del vate ilustre, se ha inaugurado el monumento que adjunto reproducimos: la figura del poeta, sentado, con el busto desnudo y el resto del cuerpo envuelto en un manto, es de un vigor y de una expresión admirables; en ella revive con toda su fuerza el genial pensador, el maestro que constituye una de las bases más poderosas de la literatura moderna. La estatua se asienta sobre un pedestal de mármol verde, en cuya cara principal se leen unos versos de las *Hojas de otoño;* en una de las caras laterales



MONUMENTO Á VÍCTOR HUGO, recientemente inaugurado en Besanzón, obra de J. Becquet

hay los títulos de las principales obras de Víctor Hugo y en la posterior el nombre de éste y las fechas 1802 y 1885, correspondientes á su nacimiento y á su muerte.

Los generales boers en la exposición proboer de Scheveningen.—La acogida que Inglaterra ha dispensado á los heroicos caudillos que tan valerosamente han luchado por la independencia de su patria, ha sido verdaderamente cariñosa y entusiasta; el pueblo inglés, con sus manifestaciones de simpatía y de admiración hacia el pueblo boer, ayer su adversario y hoy hermano suyo, pues á los dos les cobija ya la misma bandera, ha demostrado una grandeza de miras que muchos no esperaban, tratando á sus huéspedes, no como enemigos vencidos, sino como adversarios cuyas hazañas han sido el asombro del mundo entero. Así se conducen los pueblos realmente fuertes. Si entusiasta fué el recibimiento que á esos generales se hizo en Inglaterra, calcúlese lo que sería en Holanda, de donde descienden los boers y cuyas costumbres, idioma y religión han conservado éstos al través de los años en las remotas regiones del Africa del Sur, que tan bien han sabido colonizar. El grabado que en la página 607 reproducimos representa á los generales Delarey, De Wet y Luis Botha (los tres que están sentados y por el mismo orden que los mencionamos) en la exposición que para auxiliar á los boers se ha organizado en la ciudad holandesa de Scheveningen. Los demás personajes que en el grabado figuran son, de izquierda á derecha: los célebres pintores holandeses H. W. Mesdag y José Israels; el Dr. Ridder, presidente del comité proboer; M. de Korck, secretario de dicho comité; M. Wessels, Mr. Wolmarans y el barón Beclaerts von Blokland, tesorero del comité.

Camino de la fuente, cuadro de Francisco Thiele.—No hay que preguntar á qué raza ni á qué pueblo pertenecen esas tres muchachas que á la fuente se encaminan; si sus trajes característicos no lo dijesen con bastante claridad, sus ojos que despiden fuego y sus mal peinados cabellos, negros como el azabache, que sirven de marco á sus rostros tostados, más que por el sol, por la ardiente sangre que por sus venas circula, nos dirían que son hijas del corazón de Italia. En los tipos hermosos que allí tanto abundan se ha inspirado el autor de este lienzo, y á fe que ha estado acertadísimo en la reproducción, así de las figuras como del paisaje en que se mueven; pues huyendo de idealismos, que si podrían dar más color poético al asunto, de fijo lo desnaturalizarían, nos presenta unas y otro tales como son, lo cual basta, tratándose de modelos como los por él escogidos, para producir una obra bella.

Romeo y Julieta, cuadro de Vicente Palmaroli.—Sobrado conocido es el nombre de Palmaroli para que sus cuadros necesiten ser encomiados: el que fué discípulo predilecto de Federico Madrazo, director de la Academia española de Bellas Artes en Roma, presidente del Círculo Artístico internacional de aquella capital y director del Museo Nacional de Madrid, adquirió en vida y ha conservado después de muerto una celebridad tan general como merecida. Cultivó con igual éxito la pintura histórica, la de género, la religiosa, la decorativa y los retratos, y en todas estas especialidades produjo obras notabilísimas, en el número de las cuales se cuenta el lienzo que reproducimos en la página 609 y que está inspirado en la escena final de la sublime y famosa tragedia shakespeariana.

Paisaje de invierno, fotografía de Alfredo W. Hill.—No repetiremos á propósito de este grabado lo que tantas veces hemos dicho acerca de la fotografía considerada como arte en el mejor sentido de la palabra; bastará que nos limitemos á llamar sobre él la atención de nuestros lectores para que éstos se hagan perfectamente cargo de que la máquina que un tiempo no remoto lo fué todo, es hoy más que un auxiliar poderoso para exteriorizar un temperamento artístico.

Bellas Artes. —BARCELONA.—*Exposición de Arte antiguo.*—La próxima exhibición de obras de arte antiguo, que bajo los auspicios del Ayuntamiento de esta ciudad organiza en el Palacio de Bellas Artes la Comisión especial encargada de los Museos Municipales, revestirá los caracteres de un verdadero acontecimiento, puesto que podrán verse reunidas un considerable número de obras ejemplarísimas, manifestación gallarda y elocuente de á cuanto llegaron los artistas de otras épocas y testimonio irrefutable del adelanto de las artes en nuestro país. Producciones casi desconocidas figurarán en la exposición, y no dudamos que al examinarlas se apreciará en su justo valor el merecido concepto del movimiento artístico que alcanzó nuestro país en las pasadas centurias; debiendo advertir que si bien la mayor parte de las obras debieron producirse en España, llaman asimismo la atención algunas otras pertenecientes á autores extranjeros y que forman parte de las riquezas que poseen algunas antiguas casas señoriales. A sus actuales poseedores, así como á los cabildos catedrales, parroquias, particulares y coleccionistas, debemos agradecer la hermosa ocasión que nos ofrecen para poder admirar obras meritísimas y estudiar el movimiento y tendencia artística de otros períodos, y especialmente el de nuestro país, tan espléndidamente representado por la pintura.

Sin perjuicio de ir dando cuenta á nuestros lectores de todas las agrupaciones que constituirán la exposición á que nos referimos, consignaremos á título de noticia que la sección de pintura constará de más de trescientas obras, la mayor parte compuesta de tablas de grandísimo mérito. Si bien no se han abierto todavía todas las cajas recibidas en el Palacio de Bellas Artes, reservando algunas de ellas nuevas y agradables sorpresas, haremos mención de aquellas que á nuestro juicio son notabilísimas y que han de llamar poderosamente la atención de los inteligentes.

El Museo Arqueológico Municipal exhibe una interesantísima tabla románica: otra el coleccionista D. Baudilio Carreras, representando á Jesús crucificado; tres muy notables el Gremio de Revendedores, especialmente la que representa á la Virgen de las Mercedes; otra la Sra. Viuda de Rius y Badía, que recuerda la célebre de Dalmáu; varias la iglesia parroquial de Sarriá; dos más la de Santa María del Mar, siendo digna de mencionarse la que representa la Resurrección del Señor, y un crecido número la catedral de Barcelona, entre las que descuella la muy importante del pintor cordobés Bartolomé Bermejo.

De nuestro famoso Viladomat figurarán un crecido número de lienzos, pertenecientes á la iglesia de Santa María del Mar y á los coleccionistas Sr. Martí Cardeña y D. Baudilio Carreras, constituyendo una interesante colección. Lo mismo puede decirse de la formada por varias obras del popular Flauger, entre ellas un retrato pintado por el mismo célebre pintor de costumbres de nuestra ciudad, en los comienzos de la pasada centuria.

Curiosísima y digna del mayor encomio resulta también la colección de retratos de todos los presidentes y directores que se han sucedido en la Academia y Escuela de Bellas Artes de esta capital.

De Velázquez, ó atribuídos al gran maestro, figuran una serie de bodegones y dos hermosas cabezas, propiedad de don Bernardino Martorell; completando la exhibición algunos bocetos de Lucas Jordán, un cuadro de Theniers y otro atribuído á Rubens, así como un considerable número de retratos; de suerte que, según hemos dicho, resultará una exposición muy notable, mereciendo aplausos todos los que han contribuído á realizarla y muy especialmente la Comisión que concibió el proyecto.

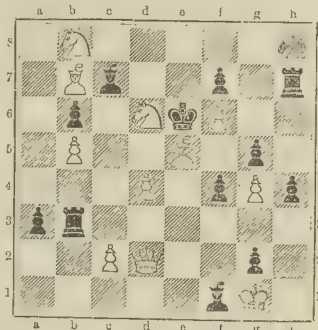
A. GARCÍA LLANSÓ.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 295, POR VALENTÍN MARÍN.

Primer premio del Concurso de «La Stratégie,» sección B.

NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA N.° 294, POR H. W. BARRY.

Blancas.	Negras.
1. D d 1 — g 4	1. Cualquiera.
2. T, D, A ó C mate.	

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. - ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Maya, en tanto, de pie delante de la ventana, todavía con el impermeable puesto, miraba el cielo lleno de nubes y se sonreía inconscientemente. Mas no pensaba la joven en el encuentro del bosque; no veía en el vacío el rostro gracioso y lleno de admiración del compañero de infancia, no; oía únicamente aquella voz baja, vibrante de pasión; veía tan sólo la mirada ardiente de dos ojos negros que la fascinaban y sentía una dulzura extraña, inquieta, que la invadía por entero y que no sabía si significaba dolor ó felicidad.

VIII

¡Al fin ha llegado la primavera! También aquí, en el Norte, han desaparecido la tempestad y la niebla, el hielo y el frío, y todo renace á nueva vida, en medio del esplendor de la naturaleza llena de flores.

Es á primera hora de la mañana; el valle está envuelto todavía en los azulados vapores que del suelo se levantan; el rocío cubre la musgosa tierra y el silencio de aquella solemne alborada es sólo interrumpido por los murmullos de los pájaros del bosque. Todo está tranquilo, desierto; por el monte, sin embargo, camina un hombre: es Egberto Runeck, que cumple su promesa y va en persona á visitar la cruz del Albenstein.

Al salir del bosque, el joven ingeniero se encuentra en la pequeña planicie donde toda vegetación cesa y comienza la parte rocosa del monte, una verdadera muralla de granito. Entre los obscuros abetos que rodean su base surge aquella mole desnuda, escarpada; sólo algunos árboles enanos crecen penosamente entre sus cortaduras y entre las quiebras de sus peñas asoma un poco de césped; y allá en la cima álzase la cruz, visible desde larga distancia.

Aquella roca colosal representa un papel importante en las leyendas de la comarca: su historia arranca de la época de los genios de los bosques y de los espíritus de los montes, cuya vida misteriosa está llena de aventuras que todavía viven en las supersticiones del pueblo, amante siempre de lo sobrenatural. Según estas poéticas leyendas del pasado, el Albenstein encierra tesoros preciosísimos que, ocultos en las profundidades de sus rocas, esperan al que de allí ha de sacarlos. Muchos habían intentado levantar aquella peña colosal, pero habían pagado su atrevimiento con la vida. Unicamente el que encuentre la varita mágica podrá abrir el abismo para los demás impenetrable: el afortunado mortal ha de golpear tres veces la roca con la varita

Y arranca del abismo que lo encierra
El cofre que contiene gemas y oro.
¡Rindióse á su poder la avara tierra!
¡A él solo pertenece aquel tesoro!

¡Cosa extraña! Estas palabras suenan continuamente en los oídos de aquel hombre que se detiene en el prado al pie de la roca amenazadora. Son los últimos versos de una antigua canción popular que también él, siendo niño, había aprendido, pero que hace tiempo ha olvidado por completo. Para él no existen tesoros ocultos, y sin embargo, aquellas palabras le acompañan á todas partes, repetidas por la voz que hace poco se las recordara. ¡Oh, cómo odia á la sirena que ha cogido á su pobre amigo en las redes de sus seducciones para llegar á ser la dueña de Odensberg! ¡Cómo odia á la mujer que le persigue con el recuerdo de su imagen seductora, con el sonido de su voz melodiosa, con el fuego de su mirada maléfica!.. ¡Ah! ¿No le librarán de aquella obsesión ni su voluntad de hierro ni el continuo trabajo?

Egberto se pasó una mano por la frente y miró la cruz. El peso de las nieves del invierno y las recientes tempestades podían tal vez haberla movido; y sin embargo, parecía fuerte y soldada á la roca... De pronto Egberto se estremeció y quedóse como petrificado; á pesar de la distancia, acababa de reconocer la esbelta figura que se movía allá arriba, cerca de la cúspide.



Cecilia volvió la cabeza y se sonrió

¡No había sido, pues, una vana jactancia, un capricho pasajero! ¡La imprudente joven había osado acometer la temeraria empresa, sola, sin compañía de nadie! Egberto se estremeció; pensó en volverse atrás..., mas ya era tarde; también él había sido visto. Alzó, por consiguiente, el bastón con punta de hierro y continuó lentamente su ascensión.

Aquel trozo del camino sobre la roca desnuda, cortada á pico, es la parte peligrosa de la excursión; y para subir por él se necesita mucha sangre fría, ojo seguro y pie firme: el sendero se desarrolla siempre junto al abismo espantoso y á veces se interrumpe, siendo entonces preciso agarrarse, como los cazadores, á las peñas, hasta que vuelve á encontrarse la senda practicada sobre la roca viva.

El joven alpinista había perdido su calma acostumbrada; por primera vez en su vida su pie oscilaba y tenía que andar muy despacio, casi vacilando. Llegó, por fin, como Dios quiso á la cumbre, y jadeante todavía, aunque no había corrido, detúvose delante de la hermosa Cecilia, iluminada por la luz divina de aquella plácida mañana.

—¡Ya ve usted, señor Runeck, cómo nos encontramos en el Albenstein!, exclamó la joven con su graciosa petulancia. Pero usted ha tardado un siglo en subir; yo he subido mucho más aprisa.

—Es que conozco los peligros del camino y por esto no los desafío, respondió tranquilamente Egberto.

—¿Peligros? ¡Ni siquiera he pensado en ellos! Y usted que aseguraba que no me atrevería á verificar esta ascensión, que á los cinco minutos volvería atrás, ¿qué dice ahora?, preguntó mirándole con aire de reto y esperando que de la boca helada del ingeniero saldría una palabra de admiración.

Pero en lugar de esto, Runeck contestó con otra pregunta:

—¿Tienen noticia, en Odensberg, de su excursión?

—¡No faltaría más!, exclamó Cecilia riendo. Me habrían encerrado en mi cuarto y puéstome centinelas de vista... Nada de esto. Esta mañana, cuando todo y todos dormían, me levanté, mandé enganchar y me hice conducir á Kronwald; desde allí no podía equivocar el camino, y en efecto, como usted ve, lo he encontrado.

—¡Venir sola! Ha sido más que una imprudencia. Si hubiese dado un paso en falso, si hubiese resbalado..., nadie habría podido socorrerla...

—¡Por Dios, no empiece á sermonearme! ¡Bastante sermón tendré á mi regreso á Odensberg!

—No tengo el propósito ni el derecho de *sermonearle*, baronesa; este derecho corresponde á Enrique.

—Por eso precisamente no se le concederé.

—¿A su futuro marido?

—A mi futuro marido; pienso reservarme el mando.

—No será difícil, porque Enrique tiene un carácter débil, docilísimo, y no tratará de defenderse.

—¿Defenderse?, repitió Cecilia entre irritada y divertida. No parece sino que considere usted mi próximo matrimonio como un estado de guerra. ¡Vaya un cumplido lisonjero para mí!

—Baronesa, permítame que examine la cruz, dijo Egberto interrumpiéndola. He venido para esto, pues se trata de prevenir la posibilidad de un desastre.

Cecilia se mordió los labios y lanzó una mirada fulminante sobre aquel hombre que se atrevía á rechazar y menospreciar el tono cordial que ella creía haber adoptado. Runeck, sin preocuparse de ello, aproximóse á la cruz que se alzaba sobre el abismo, y con la cara vuelta hacia el lado del valle, púsose á examinarla minuciosamente, con atención profunda. Así transcurrieron diez minutos antes de que terminara y volviese la cabeza.

—Esos señores se han equivocado, dijo tranquilamente: la cruz está segurísima y nada hay que temer. Mañana iré expresamente á Odensberg para decirlo; pero puede también manifestarlo usted si, como supongo, no hace un misterio de su atrevimiento.

—¿Yo? ¿Hacer un misterio? ¡Al contrario! Me vanagloriaré de ello. No me mire con ese aire de asombro, Sr. Runeck, y oiga mi proyecto. Este velo de gasa no forma parte de mi traje de alpinista, pero lo he traído á posta para que sirva de prueba de que he subido realmente hasta el Albenstein. Como no creía encontrar á usted aquí, no contaba con su testimonio.

Y diciendo esto, Cecilia desató la banda de gasa que llevaba cruzada al pecho y ceñida á la cintura, y se aproximó á la cruz.

—¿Qué quiere usted hacer?, preguntó Egberto que no comprendía la intención de la joven.

—Creo habérselo dicho ya: dejar aquí arriba una señal visible para que en Odensberg no duden de mis palabras. Mi velo ondeará sobre la cruz.

—¿Sobre la cruz? ¡Pero esto sería una temeridad, una locura! ¡Retroceda usted!, exclamó Egberto presa de gran angustia.

Mas Cecilia no le hizo caso. Erguida al borde del precipicio, lanzó el velo sobre la cruz con un gesto rápido. Fué un momento de tremenda ansiedad; el más ligero movimiento imprudente habría precipitado á la obstinada joven al abismo.

—¡Señorita! ¡Venga usted, se lo ruego!, repitió la voz de Runeck, ahogada por angustia mortal.

Cecilia volvió la cabeza y se sonrió.

—¿Qué? ¿Usted sabe rogar, Sr. Runeck? Voy en seguida, pero antes quiero mirar el fondo del precipicio.

E inclinándose, pasó el brazo alrededor de la cruz y se estuvo impertérrita contemplando la sima desde aquella altura vertiginosa.

Egberto se movió involuntariamente y extendió el brazo como para substraerla al peligro; mas no se acercó á ella, y cuando Cecilia bajó de la cruz y volvió hacia él, estaba inmóvil, con el semblante blanco como un cadáver.

—¿Y ahora no cree usted que no tengo miedo de nada?

—No se necesitaba esta locura para convencerme, dijo Runeck amargamente.

Y después de haber respirado con satisfacción, la contempló de pies á cabeza y añadió en voz baja:

—¡Un pie en falso y estaba usted perdida!

Cecilia se encogió de hombros diciendo:

—¡Oh! No padezco vértigos y quise probar una vez aquella terrible dulzura de estar allá arriba mirando al precipicio. ¡Cómo se siente atraído uno al abismo! Es cosa diabólica; parece que sólo con mirar se rueda al fondo de la sima ¿No es verdad? ¿No lo ha probado nunca?

—No; es preciso tener tiempo que perder para pensar en sensaciones semejantes.

—¿Y le parecen á usted reprobables esas sensaciones?

—Las considero poco sanas. El que ha consagrado su propia vida al trabajo, no piensa en exponerla sino en aras del deber.

Si esta lección se la hubiese dado otro, Cecilia habría vuelto la espalda al «descarado;» en cambio entonces permaneció un minuto en silencio mirando fijamente el rostro bronceado del joven, en aquel momento palidísimo, y luego se sonrió.

—Gracias por su lección; mas usted y yo no nos entendemos, Sr. Runeck.

—Creo habérselo dicho ya, baronesa: pertenecemos á dos mundos distintos.

—Y sin embargo, nos encontramos tan juntos en la cima del Albenstein, repuso Cecilia irónicamente. Pero ya he disfrutado bastante del placer de la excursión y ahora empezaré el descenso.

—Permítame usted que la acompañe; la bajada es más peligrosa que la subida, y si la dejara ir sola, me consideraría responsable ante Enrique de cualquier accidente que pudiera ocurrirle.

—¿Ante Enrique? ¡Ah, sí!

Y la joven, oyendo pronunciar el nombre de su prometido, hizo un mohín desdeñoso con los labios; después, alzó los ojos hacia la cruz, en donde el aire de la mañana hacía ondear el velo, y añadió:

—La vieja cruz no ha tenido jamás un adorno semejante: se lo dedico á los espíritus del Albenstein, que quizás en recompensa, me otorgarán el favor de mostrarme los tesoros escondidos.

Y dichas estas palabras riendo, emprendió el camino de bajada, precedida de Runeck, que andaba en silencio.

Era verdad: el peligro de aquella senda estaba en el descenso: no era posible sentar el pie con seguridad, porque el más pequeño tropiezo, el más ligero resbalón, hacía de repente oscilar el paso, y era sumamente fácil para el viandante inexperto de la montaña perder el equilibrio, atraído por el abismo que debajo se abría.

Runeck iba delante caminando lenta y silenciosamente. De cuando en cuando, en los sitios más peligrosos, arriesgaba alguna advertencia, y una vez hasta se atrevió á ofrecer el brazo, que no le fué admitido. Su hermosa compañera bajaba por la escarpada pendiente con paso seguro, ligero, con aire desenvuelto, como si caminara sobre una alfombra; allí donde el paso pesado de Egberto no encontraba punto de apoyo, la leve pisada de Cecilia se apoyaba con seguridad, sin mover una piedrecita, y en los sitios más escabrosos, sin más ayuda que la del bastón con punta de hierro, saltaba como un pájaro de piedra en piedra.

Habían recorrido ya la mayor parte del difícil camino y comenzaban á ver la pequeña planicie cubierta de hierba cuando Cecilia, sin advertirlo, puso el pie sobre un pedrisco movedizo, que cedió y rodó al precipicio, y la joven, sintiendo que le faltaba el terreno, perdió el equilibrio, vaciló, vió el abismo á sus pies, agitó los brazos, dió un grito agudo y no vió nada más. En aquel mismo momento, dos brazos vigorosos la enlazaban sosteniéndola; con la rapidez del rayo, Egberto, al ver el peligro, había dejado caer el bastón y apoyándose en la roca había llegado á tiempo de coger á Cecilia.

Esta recobró pronto el sentido, y la primera sensación de que se dió cuenta fué el latir tumultuoso, violento del pecho sobre el cual tenía apoyada la cabeza; entonces abrió lentamente los ojos y vió inclinado sobre ella el rostro pálido, descompuesto, de su salvador.

¡Ah! ¿De modo que el peligro que ella había corrido había sido para él una angustia mortal?..

En aquella actitud permanecieron un instante; luego Runeck dejó caer poco á poco los brazos.

—Apóyese en mis hombros, murmuró; apóyese con fuerza..., no mire á derecha ni á izquierda; ya haré yo por levantarla.

Y cogiendo del suelo el bastón, acercóse nuevamente á la joven cuyo cuerpo enlazó con su brazo derecho. Cecilia le dejó hacer sin oposición alguna: el espanto había quebrantado toda su resistencia y ahora se apoyaba fuertemente en el joven, sintiendo que le temblaban las piernas y que vacilaba su cabeza. Bajaban cautelosamente, despacio, en silencio, ella con el rostro pálido y los ojos entornados, él con el semblante encendido, jadeante como si llevara un peso enorme... Y sin embargo, la sutil Cecilia no podía ser grave carga para el joven

Llegados al fin á la pequeña planicie, Egberto soltó el brazo de la baronesa y se alejó algunos pasos; Cecilia levantó hacia él su blanco rostro, trató de sonreir y le tendió la mano.

—¡Señor Runeck, le doy las gracias!, dijo con voz profundamente conmovida.

—No hay de qué, baronesa, respondió el ingeniero con su acento glacial. Es un deber socorrer á todo el que se encuentra en peligro. Ahora lo que conviene es que se reponga usted del susto y luego la acompañaré á Kronwald hasta su carruaje. Falta mucho que andar todavía; por esto, es preciso que descanse usted bien.

Cecilia le miró sorprendida. ¿Cómo se había operado aquel cambio?, ¿dónde estaba el hombre que poco antes se había inclinado sobre ella con el semblante contraído por la angustia, y jadeante y tembloroso la había llevado entre sus brazos monte abajo?, ¿cómo podía ser el mismo hombre de cara impasible que ahora la hablaba con su acostumbrada indiferencia? ¡Y sin embargo!, ¡la joven había adivinado el secreto!

—¿Me cree tan poco animosa para seguir temblando al recuerdo de un peligro pasado?, preguntó Cecilia en voz baja. No estoy más que cansada y tengo el pie dolorido; pero dentro de un cuarto de hora estaré mejor.

Miró después en torno suyo, y viendo surgir del suelo las grandes raíces cubiertas de musgo de un viejo abeto, que formaban un cómodo asiento, dejóse caer sobre ellas lanzando un suspiro. Se veía que estaba muy cansada; pero Egberto no tuvo para ella ni una palabra ni una mirada de compasión: su rostro permaneció impenetrable.

El prado, de color verde claro, iluminado por el sol, se destacaba sobre la obscuridad del bosque; detrás alzábase amenazador el blanco Albenstein; delante extendíase el amplio horizonte de montañas que los rayos solares bañaban con su luz matutina, mientras el valle seguía aún sumergido en azuladas sombras, y alrededor el vasto panorama formaba como un inmenso mar de verdura, interrumpido aquí y allí por una roca desnuda, por una espumosa cascada. No era uno de aquellos espléndidos paisajes del Sur rutilantes de oro y de colores; no el grandioso espectáculo de los Alpes con las altísimas cumbres cubiertas de ventisqueros, coronadas de nieves eternas; pero en aquel sencillo conjunto de montes y valles estaba todo el encanto de las leyendas montañesas, profundo, penetrante, como la misma música de los bosques.

El murmullo de los árboles gigantescos, misterioso, lejano, aproximábase rápidamente y luego alejábase para volver á susurrar el lenguaje de sus ondas sonoras.

Era domingo, y al par del susurro de las hojas ascendía del valle otra música, el sonido de las campanas de varias aldeas que anunciaban el servicio divino. Aquel concierto de tañidos argentinos uníase á las misteriosas armonías del viento y del follaje, y la extraña melodía llegaba al oído, ya límpida y sonora como concierto humano, ya débil y lejana como un sueño.

Cecilia se había quitado el sombrero y tenía la cabeza apoyada en el tronco del árbol y entornados los ojos; Egberto, de pie delante de ella, no podía, á pesar de todos sus esfuerzos, apartar la mirada de aquella delicada figura femenina que con su traje sencillo y sus dorados cabellos anudados sobre la nuca, parecía una criatura distinta de la que de ordinario era, cien veces más hermosa, mil veces más peligrosa con la fascinación de la sencillez.

Después de algunos minutos de silencio, Cecilia alzó los ojos, y en voz baja, incierta, murmuró:

—¿No me riñe usted?

—¿Yo? ¿Y por qué he de reñirla?

—Derecho tendría para hacerlo..., por mi locura. Ha expuesto usted su vida... y poco ha faltado para que lo arrastrara conmigo al abismo... Crea que estoy verdaderamente avergonzada.

Su acento, como su aspecto, era también distinto del acostumbrado: incierto, tímido, casi suplicante. Egberto se avergonzó, pero respondió con su frialdad habitual:

—No conocía usted el peligro; otra vez será usted más prudente.

—¿No quiere aceptar ni siquiera mis excusas? ¡Antes ha rechazado ya mi agradecimiento!, exclamó Cecilia en tono de reproche. Y sin embargo, es innegable que usted me ha salvado la vida con riesgo de la suya, y ahora... parece como que se arrepiente amargamente de ello.

—¿Yo?, gritó Egberto.

—Sí, usted, usted; tiene un semblante como si debiera defenderse á muerte ó á vida contra un enemigo terrible. ¡Dios mío! ¿Dónde está este enemigo? ¡Aquí no hay nadie más que yo!

En aquel momento, en la paz solemne de aquel lugar, surgió nuevamente el concierto de los sonidos: del valle subía clara, sonora, la armoniosa cadencia de las campanas que tocaban á fiesta, y de muy lejos, murmurante, sibilante, formando un conjunto de murmullos y susurros, acercábase, haciéndose cada vez más fuerte, la eterna melodiosa armonía de los bosques y del viento. Y los vibrantes tañidos de las campanas, unido al murmurar misterioso de las selvas, elevábanse como himno sublime entonado á Dios, sobre las cabezas de los dos jóvenes que se hallaban solos en el prado iluminado por el astro del día.

Sí, pertenecían á dos mundos distintos; un abismo separaba sus ideas, sus sentimientos, y sin em-

bargo, la música sublime á entrambos fascinaba, teniéndolos igualmente sujetos bajo su extraño yugo. La joven elegante que sólo para las diversiones había vivido y á la cual habíale parecido la soledad sinónimo de muerte, estaba inmóvil, vencida, escuchando aquel nuevo lenguaje..., y aquel hombre cuya existencia se había hasta entonces desenvuelto en la plena realidad de la vida, toda de luchas y de peligros, y que siempre había ignorado los sueños, la poesía, sentíase también subyugado por aquel encanto, por aquella nueva fascinación, y oía, como si soñara, una voz que murmuraba en su oído: «¿Contra quién te defiendes? ¡Aquí no hay nadie más que yo!»

Egberto, haciendo un esfuerzo, sacudió la pesadez que le invadía y se pasó la mano por la frente como para arrojar de su mente las ideas angustiosas.

– Perdone mi seriedad, baronesa; estaba pensando en ciertos disgustos que he tenido con mi gente en Radefeld. Ya lo ve usted; el que sólo piensa en su trabajo está mal en sociedad.

– ¿Acaso le he pedido que me diera conversación?.. Pero usted es así. ¡Tiene razón Enrique! Es usted duro, inaccesible, como sus peñas, como el Albenstein. Cuando se imagina uno haber encontrado la palabra mágica, cuando por un instante se abre el misterioso abismo, usted lo cierra de pronto y no se encuentra ya más que hielo.

Runeck guardó silencio. ¡Helo aquí al fin el peligro que hacía tiempo temía! Aquel momento de ansia mortal le había arrancado su secreto, y ahora su enemiga, orgullosa del descubrimiento, quería gozar especialmente de su triunfo. El hombre que había rechazado hasta entonces las cadenas que otros llevaban gustosos y felices, estaba ahora vencido, encadenado, ¡y ella quería verlo á sus pies!

– Enrique se lamenta de que se deje usted ver tan poco en Odensberg, siguió diciendo Cecilia. Y en efecto, hasta cuando va usted allí... ó cuando supongo que va usted, se encierra en el despacho del Sr. Dernburg y nadie más de la casa logra verle... ¡Radefeld! ¡Las obras de Radefeld! ¡Los obreros de Radefeld! ¡Todo pretextos! Yo sé el verdadero motivo que de allí le aleja: mi presencia y la de mi hermano.

– ¡Señorita!..

– No lo niegue usted: desde el primer momento he sentido la muda enemistad de usted hacia nosotros, y á menudo me he preguntado la causa de esta hostilidad..., pero no he podido nunca dar con ella.

– Pregúntesela al barón de Wildenrod; él podrá decírsela.

El acento con que fué dicha aquella respuesta, debiera haber advertido á Cecilia la inconveniencia de proseguir por aquel camino; pero la joven no hizo caso de ello y continuó diciendo:

– ¿De modo que de aquel encuentro en Berlín ha quedado cierta hostilidad entre ustedes? Y sin embargo, ¡han pasado tantos años! Oscar ha olvidado el suceso; ¿por qué usted se mantiene tan irreconciliable? Y luego, ¿de qué se trataba? ¿Quiere usted decírmelo?

Egberto retrocedió algunos pasos: sentía que su fuerza, su voluntad, se desvanecían bajo la acción fascinadora de aquella voz dulce y persuasiva, de aquellos ojos que le miraban suplicantes..., pero más que su derrota le aterraba la idea de que aquella gracia, aquella dulzura, eran artificios y engaños de aquella hermosa hechicera sin alma para mejor envolverle en sus redes y gozar plenamente del triunfo de su vanidad. Egberto, con una mirada desesperada, abarcó esta situación y resolvió hacer un esfuerzo sobrehumano para romper sus cadenas.

– ¿Acaso habla usted por encargo de su hermano, baronesa?, preguntó bruscamente.

La joven se estremeció y miró á Runeck asombrada.

– ¿Cómo?

– Quiero decir que al barón debe importarle mucho asegurarse de hasta qué punto pueda yo estar enterado de sus cosas, y tal vez crea que su hermana es el instrumento, el medio más á propósito para esta... exploración.

Cecilia se irguió con rabia. No era aquella la victoria esperada; no era aquel el lenguaje de un hombre enamorado, no. Aquellas palabras iban envueltas en una ola de odio y de desprecio.

– No le entiendo á usted, Sr. Runeck, exclamó temblándole la voz. Comprendo únicamente que quiere ofender á mi hermano, y después de este insulto debe usted decirme qué ha pasado entre usted y Oscar..., ¡quiero saberlo!

– ¿Es necesario que lo diga?, preguntó Egberto con acento vibrante. Creía que su hermano la habría enterado de todo minuciosamente... Está bien: dígale que de su pasado sé mucho más de lo que á él pueda gustarle.

– ¿Qué?, gritó Cecilia echando fuego por los ojos. ¿Qué significan estas palabras? Mire que Oscar puede pedirle una explicación.

Egberto no la oyó. El hombre reservado, frío, que jamás en otra ocasión habría faltado al respeto á una dama, estaba ahora fuera de sí. Era la reacción de los tormentos mudos de aquellos últimos tiempos. La lucha secreta, cruel, que hacía varias semanas consigo mismo sostenía, le impulsaba ahora á tomar venganza en aquella mujer fatal que se había apoderado de todos sus pensamientos, de sus sentimientos todos, de toda su alma, y á quien, á pesar de esto, había de odiar, quería odiar, porque la despreciaba... Sí, quería ofenderla, ofenderla mortalmente..., cuanto mayor fuese la ofensa sería mayor el abismo que les separaría... ¡Esto quería! Que no fuera posible entre ellos ni una palabra, ni una mirada... ¡Así se destruiría el maleficio! ¡En esto estaba precisamente la salvación, el término del sufrimiento!

– ¿El barón de Wildenrod pedirme una explicación?, exclamó con sarcasmo. ¡Oh, esté usted segura de que esto es imposible! No es el barón quien puede pedirme á mí explicaciones. Hasta ahora he callado porque mi convencimiento, aun siendo tan firme como es, no habría sido suficiente ante la pasión de Enrique, ante el sentimiento de justicia del Sr. Dernburg. Para Enrique y para su padre se necesitan pruebas que no tengo todavía; pero las tendré dentro de poco tiempo, y entonces ¡no habrá perdón para nadie!

– ¿Pero está usted loco?, gritó Cecilia.

Egberto prosiguió cada vez con más vehemencia:

– Veo todo el horror que ante mí se ofrece... Enrique sufrirá cruelmente por el golpe que habré de asestarle; pero vale más sufrir cuando hay esperanzas de salvarse de este golpe que cuando se está unido indisolublemente á una mujer que se ha burlado indignamente del amor, de la felicidad de aquel hombre, como se ha burlado de cuantos se han acercado á ella. Es usted hermana de su hermano, baronesa, y ha aprendido de él á barajar los naipes. ¿Creen ustedes ya ser dueños de Odensberg? ¡No se regocijen tan pronto! Todavía no lleva usted el nombre de Dernburg, señorita, y antes de que esto suceda..., ¡ah, ya sabré yo defender ese nombre y Odensberg antes de que sean presa de dos... aventureros!

La terrible palabra salió de sus labios. Cecilia, que había escuchado en silencio, pálida como una muerta, con los ojos dilatados y los labios temblorosos, dió entonces un grito y extendió el brazo para agarrarse al tronco inmediato... Parecíale que soñaba, que deliraba... ¿Cómo? Aquel hombre que ella había creído encadenado á su fascinación poderosa, infalible, lejos de esto ¿se revelaba enemigo suyo despiadado, inhumano, loco?.. Cecilia no podía comprender la desesperación terrible que laceraba el corazón de su *enemigo;* no podía saber que el odio á su propio amor, no á la mujer adorada, ponía fuera de sí á su acusador; no podía imaginar que cada palabra injuriosa para ella caía como plomo derretido sobre el corazón del mismo que la pronunciaba...

No, Cecilia no oía ni comprendía otra cosa que el insulto mortal.

Al silencio de Egberto, siguió el grito desgarrador de la joven.

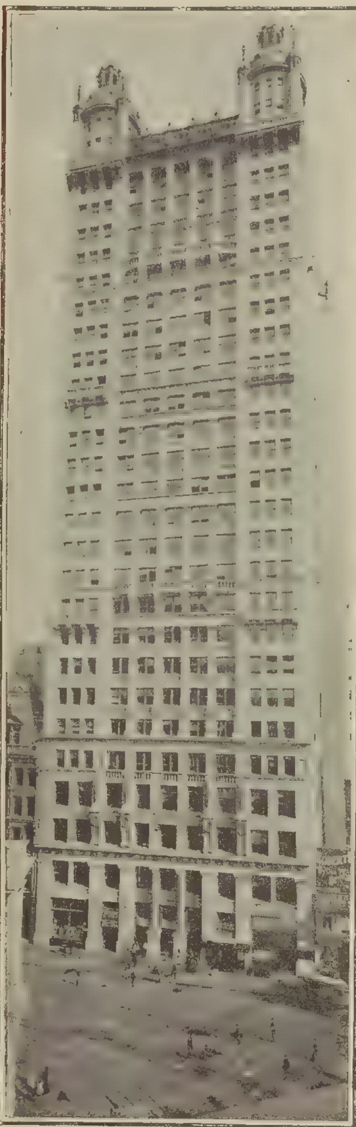
(Continuará.)



abrió lentamente los ojos y vió inclinado sobre ella el rostro pálido, descompuesto, de su salvador

EDIFICIOS COLOSALES EN NUEVA YORK

A las mayores extrañezas nos tienen acostumbrados los yanquis en materia de edificación; el precio



El edificio más alto de Nueva York

exorbitante que han alcanzado los terrenos situados en los puntos céntricos de las grandes ciudades ha obligado á los propietarios á dar á sus casas proporciones de altura inverosímiles, á fin de poder sacar un regular interés del capital empleado. Por esta razón y gracias á los adelantos que la ingeniería moderna ha logrado en las construcciones metálicas, vemos hoy levantarse en los Estados Unidos esos *Sky-scrapers* que encierran una población numerosa y cuya existencia nos parecería imposible si no los viéramos con nuestros propios ojos, ya en la realidad, ya por medio de reproducciones fotográficas.

Los dos edificios de este género que en esta página publicamos son el más alto y el más raro de los muchos que en Nueva York existen. Los grabados que los reproducen nos relevan de toda explicación y de las consideraciones que de ésta se desprenderían: nuestros lectores, contemplándolos, podrán hacerse una y otras y dejar volar su fantasía, entregándose á las más atrevidas suposiciones respecto de lo que será la arquitectura del porvenir, en la casi seguridad de que lo que su imaginación forje será algún día un hecho real, pues el *non plus ultra* parece en nuestros días una frase sin sentido que sólo pueden pronunciar los espíritus apocados ó aferrados excesivamente á la tradición.

***

EL PRECIO DE LOS CABALLOS

A pretexto de fomentar y mejorar la raza caballar, las carreras de caballos han alcanzado un desarrollo extraordinario y como consecuencia de ellas las apuestas han llegado á ser una verdadera llaga social, por más que algunos gobiernos hayan querido moralizarlas y hacer de ellas una especie de institución pública aplicando sus productos á fines benéficos. No necesitamos demostrar que las apuestas en las carreras de caballos no son otra cosa que un juego de azar que puede arruinar á los que á él se entregan, á pesar de la base relativa de apreciación que ofrecen los triunfos obtenidos por los caballos en carreras anteriores. Además es bastante dudoso que esta clase de concursos hípicos den resultados positivos desde el punto de vista del mejoramiento de la verdadera raza equina y del desenvolvimiento de las cualidades que deben exigirse de un animal destinado á un servicio regular de silla ó de tiro.

Pero no es esta discusión el objeto que nos proponemos en el presente artículo, en el que queremos únicamente examinar lo que pueden valer ciertos caballos de carrera excepcionales, bien por el precio á que se venden como caballos reproductores, bien por las cantidades que han ganado como vencedores de los grandes premios.

Citaremos en primer término el caballo cuyo precio de venta después de un triunfo ha sido el más elevado de cuantos se conocen: nos referimos á *Flying Fox,* propiedad del rey de Inglaterra y que en 1900, después del Derby, fué vendido en pública subasta por 39.375 libras esterlinas á M. Blanc. Esta cifra es verdaderamente fantástica y no es de extrañar que, hasta el presente, constituya el máximo.

El famoso caballo francés *Ormonde* fué vendido por su primer propietario, el duque de Westminster, sólo en 300.000 francos, y únicamente en una segunda venta alcanzó el precio no despreciable, ni mucho menos, de 789.000.

Los demás caballos que pudiéramos citar, comparados con éstos, se vendieron baratos: *Saint Blase,* el vencedor del Derby de 1883, se vendió en 530.000 francos; *Galte Moore,* que ganó el Derby de 1887, obtuvo poco más ó menos el mismo precio.

Si consultamos los estados hechos por M. Lavalard y presentados á la Sociedad nacional de Agricultura de Francia, veremos que el peso medio de un caballo de caballería de línea oscila entre 450 y 480 kilogramos, de modo que un caballo de carreras no debe pesar más de 400. Como, por otra parte, el valor actual del oro debe estimarse en tres francos el gramo, sería preciso que un caballo de carreras se vendiera en 1.200.000 francos para que valiese su peso equivalente en aquel metal. No sucede lo mismo respecto de la plata: este metal, en otro tiempo precioso y hoy algo vil, no vale más que cien francos el kilogramo, á consecuencia de la depreciación enorme que de algunos años á esta parte ha sufrido; así es que si se quisiera pagar en lingotes de plata un caballo como *Flying Fox,* sería precisa una cantidad de plata de un peso más de veinte veces mayor que el del animal.

Ciertos caballos valen á sus propietarios más que su peso en oro si se considera solamente el importe de los premios por ellos ganados. Así, el caballo *Isinglass,* hijo de una yegua llamada *Deadlock,* que fué comprada á un cultivador, ha obtenido en el curso de su existencia premios por un total de 57.455 libras esterlinas, de manera que puesto en un plato de una balanza ese animal y en otro en monedas de oro los premios por él alcanzados, el plato del metal habría pesado más que el otro.

Podríamos citar otros ejemplos, como *Donovan,* que ha ganado premios por más de 1.300.000 francos, ó el ya citado *Flying Fox,* cuyas ganancias ascienden á un total de más de un millón; y aun cuando estas ganancias no equivalgan al peso en oro de los animales que las consiguieron, no puede negarse que la cifra es muy apreciable.

Y si añadimos que un caballo como *Match-Box,* que no ganó efectivamente el Derby, pero que llegó en segundo lugar, pudo ser vendido al gobierno austriaco para la reproducción en 382.000 francos, después de haber producido más de 300.000 de premios á su afortunado propietario, se comprenderá que muchos busquen la fortuna en la cría y preparación de caballos de carrera.

Mas no se eche en olvido que por un caballo que gane sumas fantásticas como las que acabamos de citar, hay cientos y miles que no producen siquiera lo que cuestan. – P. de M.

***

NUEVO FERROCARRIL DE MONTAÑA

Constrúyese actualmente en Suiza un ferrocarril de montaña que ofrece gran interés, así por la altura á que se eleva como por las dificultades con que para su construcción hay que luchar; este ferrocarril es el de Thusis á Saint-Moritz.

Esta nueva vía se abre en ese cantón de los Grisones de suelo tan accidentado, de cumbres admirables en donde se encuentran ya otras líneas atrevidas, como la de Landquart-Davos, cuyo punto culminante alcanza en Wolfgang una altura de 1.634 metros. Thusis, esa hermosa estación de montaña que también se denomina Tosanna, está servida por una línea férrea que parte de Landquart, y tiene por consiguiente una comunicación fácil con los lagos de Zurich y de Constanza por el ferrocarril que se bifurca en Sargans; es además el camino natural para dirigirse á la estación tan célebre de Saint-Moritz, pero hasta el presente los transportes entre ambos puntos se efectúan en diligencias que emplean doce horas en el trayecto.

La línea de Thusis á Saint-Moritz tendrá un desarrollo de 63 kilómetros; su punto de partida está á 700 metros y el de llegada á 1.774, elevándose además á una altura de 1.825 metros en el túnel del Albula, cuya perforación se verifica actualmente y que le permite atravesar la línea divisoria de las aguas del Rhin superior y del Danubio.

Aunque por el lado de la cuenca del Inn el trazado es relativamente fácil, esto no obsta para que, á pesar de declives de 35 por 100 y de curvas cuyo radio no pasa de 100 metros, haya 16 kilómetros de túneles y 2.700 metros de viaductos entre ambas estaciones. Entre Thusis y Tiefenkasten es donde se acumulan las dificultades; el 33 por 100 de esta sección se compone de túneles y el 15 por 100 de



La llamada casa «Flat iron» (hierro plano) recientemente construída en Nueva York

viaductos; en cambio las pendientes no pasan del 25 por 100, lo cual, sin embargo, es bastante respetable. En la sección siguiente, entre Tiefenkasten y Filisur se encuentran viaductos con pendientes de 20 y 25 por 100 que coinciden con curvas de 100 y 140 metros de radio. Entre Filisur y Bergin hay



EL PALACIO DE OSBORNE REGALADO Á LA NACIÓN POR EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA CON MOTIVO DE SU CORONACIÓN

pendientes de 30 por 100 en túnel, y algo más allá, hacia Preda y la entrada del subterráneo del Albula, ha sido preciso ganar artificialmente un desarrollo suplementario de más de cinco kilómetros por medio de caminos y túneles helizoidales sobrepuestos de la manera más fantástica. La longitud del citado túnel es de unos 6.000 metros y se ha de abrir casi únicamente en granito compacto; su coste se calcula en unos seis millones.

El coste total de la línea, que algún día enlazará por medio de un ramal con la de Sargans, vendrá á ser de unos 22 millones; resultando, por consiguiente, á 350.000 francos por kilómetro, precio que, aun tratándose de un ferrocarril cuyo ancho de vía será sólo de un metro, no resulta excesivo para una línea férrea de montaña. – D. L.

EL PALACIO DE OSBORNE

CEDIDO Á LA NACIÓN

POR EL REY EDUARDO VII DE INGLATERRA

Con motivo de su reciente coronación, Eduardo VII ha regalado á la nación inglesa el magnífico palacio que el grabado adjunto reproduce. En la carta que con este motivo ha dirigido á Mr. Balfour, dice el monarca: «Siendo Osborne sagrado para la memoria de la difunta reina, quiere el rey que, excepción hecha de las habitaciones que estuvieron destinadas especialmente al uso de Su Majestad, pueda el pueblo tener ingreso en la residencia á la cual va asociado su amado nombre. En cuanto al resto del edificio desea el rey que se dedique á algún objeto de carácter nacional, como por ejemplo á casa de convalecencia para oficiales del ejército y de la armada que han perdido la salud sirviendo á su patria.»

El suntuoso palacio de Osborne fué adquirido por la reina Victoria y el príncipe consorte en el año 1845. Es un edificio de estilo italiano construído por Cubitt.

Además de ser un edificio grandioso y de construcción elegante, embellecido por los vastos jardines que lo rodean, tiene para el pueblo inglés inapreciable valor de afección por ser la residencia en donde murió su querida y venerada soberana, la reina Victoria.

CONCURSO

DE NAVEGACIÓN AÉREA

Uno de los grandes atractivos de la exposición universal que el año que viene se celebrará en San Luis (Estados Unidos) serán los concursos de navegación aérea, para los cuales se cuenta ya con la suma de un millón de francos. El concurso para el gran premio de 500.000 francos será accesible á todo el mundo, sin limitación en cuanto á la potencia empleada ni en cuanto á los principios mecánicos aplicados; sin embargo, no se dejará tomar parte en él sino á los que demuestren haber hecho un recorrido de 1.600 metros, por lo menos, ida y vuelta, con un mecanismo análogo al que se proponga utilizar en el concurso. La longitud que se recorrerá no bajará de 18 kilómetros ni excederá de 24, contados á vista de pájaro de centro á centro de tres globos cautivos que marcarán el camino que habrá de seguirse. El gran premio se otorgará al concurrente que en tres viajes haya alcanzado mayor velocidad media. La velocidad mínima admitida será de 32 kilómetros por hora, incluso el tiempo para la partida y el descenso. El concurso se celebrará en una fecha que se fijará entre el 1.º de junio y el 13 de septiembre.



Paisaje de verano, fotografía de Alfredo W. Hill

Se ofrece un premio de 12.500 francos á la máquina voladora no tripulada que recorra 1.600 metros en línea recta y vuelva á su punto de partida en menos tiempo. Esta máquina deberá llevar un peso de cinco kilogramos.

Se otorgará un premio de 10.000 francos á la máquina deslizante tripulada por un operador que avance, con tiempo de calma y contra el viento, en el ángulo más agudo con relación al horizonte: esta máquina habrá de hacer veinte trayectos de 120 metros por lo menos cada uno.

Se concederá un premio de 15.000 francos á la dirección de un motor de aeróstato por medio de energía transmitida en forma de radiación eléctrica ó de cualquier otra forma análoga de energía eléctrica.

Por último, se distribuirán cuatro premios de 25.000 francos al aeronauta que alcance mayor altura, al que permanezca más tiempo en el aire, al que descienda más cerca del monumento de Wáshington y al que realice más largo recorrido en una dirección.

Es de suponer que todos cuantos se dedican á buscar solución al problema de la navegación aérea acudirán á este concurso, puesto que en él, además de gloria, pueden encontrar provecho no escaso, dada la importancia de los premios que se adjudicarán á los que resulten vencedores. – X.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 22 de septiembre de 1902 — Núm. 1.082





BRUJAS.—Exposición de Arte flamenco antiguo.—Tableros de un díptico de Gerard David

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

EN PARÍS

Ayer asistí á la función del teatro de la *Comedia francesa*. Se representaba *Hernani*, que, como ustedes ven, es toda una novedad. Más añejos son, sin embargo, Corneille, Racine, Regnard y Molière que Víctor Hugo, y sin embargo estos trágicos y cómicos pelucones parecen muchachos de la escuela al lado del autor de *Hernani*. Ciertos dramas de Hugo han enranciado menos y conservan su aureola: verbigracia, *Ruy Blas, Marion Delorme;* pero *Hernani*, visto desde nuestro siglo XX, aparece por demás absurdo y descabellado. No extraño la indignación de los clásicos. Había para darse al diablo viendo aplaudir y celebrar, en concepto de programa de una escuela nueva y triunfante, esa obra sin pies ni cabeza.

Lo peor de *Hernani* es que los personajes no parecen locos, sino, muy á menudo, tontos; dejan perder las ocasiones y toda la fuerza se les va por la boca. Hernani, desde el primer acto, anuncia que Carlos V se las pagará y que le ha de dar muerte; se pasa cuatro actos pudiendo ejecutarlo y nunca lo ejecuta. Carlos V se pasa los mismos enamorado de D.ª Sol, raptándola, y D.ª Sol defendiéndose del tirano con un puñalito que sale á relucir sin interrupción en trances críticos. Carlos V habla sin cortesía, de un modo impertinente y altanero, impropio de tan gran señor; Silva es una especie de esfinge; y su papel, desairadísimo, casi ridículo, mientras á su presencia se envenenan los recién casados. Hay monólogos interminables y diálogos imposibles. Hay frases que son ingenuas con vistas á la bobería. Y entre col y col, hay rasgos geniales y escenas sabrosas.

***

De la representación podría decir mucho y no todo bueno. Desde luego, la compañía española Guerrero-Mendoza tiene mejor vestuario y atrezzo del que aquí veo que emplean para el teatro de Hugo. No me persuado de que incurrirían en tan chocantes impropiedades como la de presentar, en el primer acto de *Hernani*, candeleros con arandelas de cristal, que parecen compradas ayer en los almacenes del *Louvre*, y con bujías esteáricas. Tampoco está bien que cuando Hernani revuelve el cofrecillo de los regalos de boda de D.ª Sol, lleno de «perlas y brillantes,» según él mismo dice, salgan del tal cofrecillo unas sartas de coral falso y de vidrio azul, de las que se venden en las ferias de aldea. No es verosímil que D.ª Sol, el día de su enlace, vista un traje que parece que fregó la cocina. Menudencias..., bueno; todo lo menudencias que ustedes gusten. ¿No ha de diferenciarse en absoluto el *Hernani* de París del *Hernani* que pudiera representar en Villaoscura una compañía de la legua?

Ni me cautivaron los actores. *Silva* tiene tipo de honrado tendero: fáltale lo único que hace disculpable al figurón de Silva: la dignidad, el aire de gran señor. D.ª Sol es tan flaca, tan feíta, y tan desgreñada se presenta, que sube de punto la inverosimilitud de que se la disputen á rabiar tres galanes, entre los cuales se cuenta todo un rey de Castilla y futuro emperador de Alemania. Hernani sale de calañés con moños, pañuelo atado á la cabeza, y no sé por qué no saca patillas de boca de hacha y trabuco naranjero. ¡Ah! Se me olvidaba la característica mantilla blanca, de blonda, en que se envuelve D.ª Sol!

***

A todo esto, el público encantado. A mi alrededor los espectadores se entusiasmaban, aplaudían – y no era *claque*. – El teatro, rebosando, á pesar de que, siendo las butacas de terciopelo, en esta época del año no se está ni medio á gusto en la «casa de Molière.» No es la primera vez que observo la benevolencia, el optimismo del público en Francia, y lo raro que es oir una palabra de desaprobación, sea contra el autor ó contra los actores. Cosa tanto más de notar, cuanto que el teatro aquí es caro, incómodo y difícil; si no se compra el asiento en contaduría, con recargo no despreciable, es preciso hacer unas colas... que yo no haría por todos los bandidos generosos de la España romántica.

***

Un diario parisiense publica una caricatura; los males que afligen al pobre: el hambre, el alcohol, el embargo, la fecundidad..., y al pie, un automóvil hecho trizas, y esta leyenda: «Pero el rico tiene el automóvil.» En efecto, estos días andan sueltos los diablos del automovilismo. Y su parte diabólica hay en el asunto; de antiguo sabemos que el diablo es muy expeditivo, y para decir de alguien que va aprisa, decimos que va «como alma que lleva el diablo.» Estos ricos de automóvil al canto se han propuesto suprimir las distancias. A no ser por los *records*, el automovilismo no causaría víctimas. A velocidades relativamente moderadas desaparece la mayor parte de las contingencias de peligro. Sino que justamente lo embriagador es *eso*, volar. Quitarle al automóvil el vértigo de la carrera es quitarle su chiste.

La pareja Fair había venido á París alegre, enamorada, dispuesta á gozar, á liquidar parte del trigo que les sobraba. A estas horas, en dos ataúdes, navegan con rumbo á la América del Norte los brillantes esposos. Otro automóvil acaba de lanzar sobre el camino real polvoriento una hornada de gente *chic;* tal *sportman* se rompió tres costillas, cuál se desbarató la cadera. Ayer, un perrito hizo saltar un automóvil con su tripulación, y descansando en el fondo de un precipicio se quedó el artefacto y los que iban en él. Es una moda, pero moda que demuestra hasta qué punto anda mal distribuído el dinero y qué uso absurdo hacen de él los que lo tienen á patadas. Suponed á un hombre poseedor de esa palanca magnífica, de ese *arréglalo todo* que se llama capital, y estudiad después á qué lo destina y cómo lo gasta. En vez de hacer á su alrededor dulce la vida, sólo trata de perderla pronto, de destrozarse contra un árbol, un poste ó un pretil de puente. Su tesoro no le ha servido más que para estrellarse. Su riqueza le compra un instrumento de muerte. Y sus aspiraciones, en materia de goces, se reducen á ir aprisa..., aprisa..., más aprisa aún..., como en los cuentos de aventuras fantásticas ó en las angustiosas pesadillas.

***

Y ¿qué se ve, qué partido se saca viajando así? Ninguno, sobre todo cuando, llevado á su perfección el *sport*, es el mismo archimillonario quien se encasqueta la gorra del *chauffeur* y ejerce oficio tan comprometido y arduo.

No puede el *chauffeur* distraerse un segundo. Cubiertos los ojos con recios cristales, en tensión los nervios, inclinado el cuerpo, inmóviles y juntos los pies, ocupadas y sujetas las manos, dominado el espíritu por la convicción de que un insignificante movimiento indebido acarrearía consecuencias espantosas, va el *chauffeur* á esas velocidades sobreagudas de 120 y 130 por hora, atravesando como en un vértigo regiones que no ve, y que desfilan y se borran y confunden, identificadas como los colores en una rueda cromátropa. Atrás van quedando las lindas aldeítas, los *chalets* enramados de viña virgen, los esbeltos campanarios, las ruinas pintorescas, los ríos de apacible curso, las florestas que convidan á reposar á la sombra, los jardines donde gustaría cortar una flor..., y el automóvil cruza, visión del infierno, engendro de calenturientas horas, capricho de locura, llevando en su seno á los judíos errantes, á los millonarios condenados, que á derecha é izquierda sólo ven una confusión informe, que requeriría, para ser descrita, la pluma de Campoamor cuando retrataba en felices imágenes al tren expreso, aquel «león con melena de centellas,» á quien hoy se mira como á inválido gotoso que renguea apoyado en un bastón, y que se persigna cuando cruza el automóvil...

***

Por segunda vez ha visitado á París el Cha de Persia. Este no es aquel Nazaredino de quien referí muchas cosas y que sucumbió bajo el puñal de un sectario babista, porque el rey de reyes se había entretenido en alumbrar las calles de Teherán con candelas que iban clavadas en el cuerpo de los afiliados á esa secta, y las candelas, al quemarse, derretían la grasa y chupaban la sangre de aquellos pobres cuerpos de creyentes. – Este es su hijo, Muzaferedino, de quien no sabemos que haya cometido crueldades parecidas; – aunque Persia está muy lejos, el poder del Cha es muy absoluto, y pudiera suceder que aquí nos chupásemos el dedo creyendo que la lección de la muerte del padre fué provechosa al hijo y sucesor.

Los periódicos parisienses, que describen día por día las ocupaciones y recogen hasta lo más insignificante de la estancia del Cha, notan unánimes que el rostro del poderosísimo soberano está velado por una nube de honda y singular tristeza. – Las filosofías que esto sugiere pertenecen al género barato, y creo que pueden hacer juego con las que acaban de dictarme los automóviles. A Muzaferedino no le falta en este mundo sino sarna que rascar, como dirían nuestros abuelos. Saciado está de goces de todo género, y es posible que su mala salud no se deba sino á hartazgos de miel. De su hacienda privada, que debe de formar un solo cuerpo con la hacienda pública de Persia, sólo podré decir que el soberano sacó para la vueltecita que está dando diez millones de francos, pico redondo, y al llegar á la capital de Francia ya casi nada le resta: tendrá que hacer otro giro... Y no obstante, y á pesar del respeto fanático que le rodea y de la acogida más que cordial que Francia le tributa, sus ojos revelan, al unánime decir de la prensa, tristeza infinita, inconsolable...

***

Ha sido detenido, juzgado y sentenciado á quince días de arresto un trovador. Sí, un trovador; aunque la palabra disuene. Los trovadores, troveros y juglares eran, como nadie ignora, gentes que iban de casa en casa y de plazuela en plazuela y calle en calle, recitando ó cantando al laúd poesías, satíricas á veces; con esta industria y habilidad se sostenían. Aquí les recibían bien, acullá les soltaban los perros..., pero echarles á la cárcel no era costumbre, á menos que algún poderoso señor se ofendiese de sus chirigotas ó se celase de los atractivos que su canto revestía para la castellana. – El trovador de París era (y es, pues no le han guillotinado) un pobre diablo que vivía de la muy inofensiva y hasta simpática industria de improvisar (trovar) coplas y cantares en la vía pública, sobre asuntos de actualidad palpitante: el timo Humbert, la catástrofe Fair, el cierre de escuelas congregacionistas... Quién le soltaba un sueldo, quién dos, quién veinte; y no hacía mal á nadie, ni molestaba siquiera. Cuando le interrogaron, el pobre diablo dijo cosas sensatas. «Cada cual tiene su modo de vivir y su profesión. No soy un vago: soy un poeta. ¿Es que se prohibe la inspiración? ¿Puede saberse de qué vivía Víctor Hugo? De sus versos. Yo, de los míos. No me parece justa tanta benevolencia para él y tanto rigor para mí. Déjeseme, pardiez, versificar, y si los ciudadanos gustan de mi musa y la premian con unas monedillas, no se me trate como á los malhechores.»

Y á mi ver decía verdad el jilguero de encrucijada. Eso no es mendigar. Este hijo de Apolo ni siquiera tendía la mano como su colega de la Edad Media, que repetía plañideramente: *Dade al de Villasandino.* A cada paso, en el bulevar, encontramos mercaderes ambulantes; venden cortaplumas, cabos de pluma, conejitos que saltan y brincan, agendas, el diablo... ¿Por qué no ha de comer el que, incapaz de pregonar baratijas de hueso y palo, pregona las chucherías del pensamiento y rima los sucesos y las preocupaciones diarias de París?

Y si á ese le prenden, ¿qué guardan para los apaches y demás tatuados que tanto gusto dan á las altas horas en los bulevares exteriores?

EMILIA PARDO BAZÁN.



De pronto, uno y otro divisaron á través de los matorrales la silueta de un cazador

EL AMOR Y LA MUERTE

En uno de los puntos más pintorescos de la costa de Bretaña, á un par de kilómetros de Concarneau, ese curiorísimo pueblo de marinos y fabricantes de conservas, de cuyo puerto salen diariamente, en verano, seiscientas velas, entre blancas, azules y rojas, para la pesca de la sardina; junto á la aldea de Beuzec, se alza en medio de un extenso parque amurallado el castillo de Kergolé, que fué residencia señorial de una de las familias más linajudas de la Bretaña y hoy se halla convertido en Museo provincial arqueológico y etnográfico, por disposición testamentaria de su última dueña la señora viuda de Morlán, que lo legó, para rehabilitación de la execrada memoria de su marido, al departamento de Finisterre, con la condición que se estableciese en el Museo una cuota de entrada á beneficio de los pobres de la jurisdicción, á quienes se distribuyen igualmente los rendimientos de los extensísimos huertos y tierras de labor que rodean el castillo.

Este es una verdadera joya del arte gótico.

Pero no se trata aquí de describir tan soberbio edificio ni las preciosas colecciones que encierra, sino de referir una dramática historia que á su recuerdo va unida, y que el verano pasado oí de labios de un viejo bretón con quien visité el Museo.

El plazo fijado por la Asamblea legislativa para la repatriación de los emigrados sospechosos de conspiracion contra la primera república francesa, hacía un mes que había expirado.

Los bienes patrimoniales de la familia de Kergolé iban á ser convertidos en bienes nacionales.

¿Qué patriota iba á ser el primero en mostrar, con la adquisición de aquellos bienes, su confianza en la Revolución?

El ex intendente de los marqueses de Kergolé era, en la comarca, el único plebeyo bastante rico para comprar la finca de sus antiguos amos.

Pero no se presentó.

No porque no tuviese ganas de adquirir en propiedad el castillo y las tierras que habían sido el origen de su fortuna, sino porque ante todo era hombre práctico y sabía conciliar sus entusiasmos con sus intereses.

Para realizar su propósito, el ex intendente esperaba ocasión más propicia.

La primera subasta resultó desierta.

Bajóse el tipo en un diez por ciento y tampoco hubo postor.

A la tercera, rebajado el tipo de subasta á menos de la mitad del valor real de la finca, el hombre creyó llegado el momento de hacer acto de patriotismo, y compró el castillo de Kergolé con su parque, sus granjas, sus magníficos huertos y sus extensas tierras de labor.

De intendente se convirtió en propietario.

Y desde aquel momento se dió aires de gran señor.

El país le pareció más grandioso, el panorama más risueño, el espectáculo todo de la naturaleza más apropiado á su nueva condición de castellano de Kergolé.

Abierto el corazón á la poesía de la vida, enamoróse de una linda muchacha de Quimper y la tomó por esposa.

Morlán frisaría en los cuarenta cuando se casó con Carlota Balty, que apenas había cumplido diez y siete.

Desde aquel momento el ex intendente compartió su existencia entre su mujer y su fortuna.

A fuerza de exacciones llenaba sus arcas de oro, en tanto que la ternura de Carlota le llenaba el alma de felicidad.

Explotando á los lugareños, á quienes hacía trabajar mucho y pagaba poco, no tardó en aumentar el valor y rendimientos de la finca. Pero la satisfacción que esto le causara no podía compararse con la dicha que le proporcionaba la vida íntima del hogar, en compañía de su joven esposa, cuya hermosura y delicioso carácter mantenían su amor en una exaltación perenne.

Para ella quería acumular riquezas, y su ambición de dinero sólo era comparable á su pasión por Carlota.

Pero asustada de los odios que su marido recogía con su oro, la joven castellana procuraba poner coto á la codicia y á las exacciones de Morlán.

El ex intendente de los marqueses de Kergolé era el terror de la comarca.

Los pobres no se atrevían á recoger ni una rama seca en los extensos dominios donde antes les estaba permitido hacer provisión de leña para el consumo de sus humildes hogares.

Aislada en el castillo con su esposo, Carlota abogaba constantemente por los pobres del lugar, procurando que se compadeciese de su miseria.

Morlán resistía á todas las súplicas de su compañera, encaminadas á la práctica de generosidades y larguezas, y continuaba oprimiendo y explotando á los pobres sin piedad y sin tregua.

– ¡Pero no ves que creas en torno tuyo una atmósfera de odio que tarde ó temprano puede serte fatal!

Cuando esto le decía Carlota entre temerosa y tierna, su marido se encogía de hombros, contestando:

– Esa canalla nos devoraría si no la tuviésemos á raya.

Cruzaban la comarca murmullos de descontento; sordos rumores que partían de las chozas diseminadas por las colinas de Rosporden, daban la vuelta por los pueblos y aldeas de los contornos y parecían encerrar al castillo en un círculo de cólera, que amenazaba hacerse justiciera.

Carlota presentía alguna desgracia. Cuando salía con su esposo, ya no la saludaban los campesinos con las muestras de respeto y de simpatía de antes. Algunos aldeanos cedían el paso al carruaje de Morlán con tal lentitud, que parecían dispuestos á hacerse atropellar á fin de dar motivo á la rebelión para estallar de pronto como un incendio.

Un día Carlota modificó su frase habitual diciendo á su esposo:

– ¡Pero no ves que por culpa tuya me aborrecen!

El marido reflexionó.

Aquella idea pareció impresionarle profundamente.

– ¿Qué temes?, preguntó á su esposa.

– Todo..., ¡todo!.. No me atrevo ya á salir.

– ¡Ah! Si algún daño te hiciesen, pasaría yo la comarca á sangre y fuego!

El advenedizo señor se creía omnipotente.

– ¿Con qué derecho?, le objetó su mujer con dulzura. Te haces ilusiones sobre tu poderío. Contra tus ambiciones de señor feudal están las leyes que te condenarían. Sé más bien caritativo y bené-

volo. Sé bueno, si no por ti, por tu esposa que tanto te ama y que teme una desgracia para los dos.

Aquella escena determinó un cambio en el carácter de Morlán.

Pero ya era tarde. Una conspiración de campesinos había llegado á una solución. Los conjurados habían decretado la muerte del ex intendente de Kergolé.

El que más agravios había recibido de él se encargó de ejecutar la terrible sentencia.

Era una clara mañana de abril. El sol asomaba por encima de la cordillera de Pont-Aven con un calor suave que trocaba en tenues vapores el rocío de los campos.

Carlota tuvo el antojo de ir á dar un paseo á caballo; sentíase invadir por la anemia en las salas ojivales del castillo, y necesitaba aire libre y actividad vivificantes.

Morlán accedió gustoso.

Entonces era costumbre en Bretaña que el jinete llevase á la mujer en la grupa de su caballo. La conversación era así más fácil y más íntima, pues los senderos de los bosques eran demasiado estrechos para que las cabalgaduras pudiesen ir á dos de fondo.

La enamorada pareja volvía de su paseo, por una umbrosa senda de espeso bosque. El marido había aflojado las riendas del caballo, que iba al paso. La mujer apoyaba de vez en cuando la cabeza en el hombro de su esposo para escuchar ó decir alguna terneza.

De pronto, uno y otro divisaron á través de los matorrales la silueta de un cazador que les seguía como su sombra.

Carlota, inquieta, se incorporó para ver mejor.

Sin duda era el momento esperado por el desconocido, que no quería herir á la mujer, pues brilló en la espesura un chispazo seguido de una detonación.

El caballo se encabritó dando un relincho.

Carlota se agarró al cuerpo de su esposo, cuyas piernas adquirieron súbita rigidez.

El caballo salió á galope tendido en dirección al castillo.

–¿Estás herido?, preguntó ella, temblando, á su esposo.

Morlán no contestó.

–Yo he salido ilesa, añadió la mujer, que había comprendido que el disparo fué contra ellos. Pero tú estás muy pálido. ¿Te hirió? ¡Contesta!

Morlán tampoco contestó esta vez.

Ella se asomó por encima del hombro para verle la cara.

El, sujetas las riendas con mano firme, fijos los ojos, apretados los labios, parecía dominado por la idea de huir y llegar pronto al castillo.

De pronto Carlota dió un grito.

Acababa de ver una mancha de sangre en el costado de su esposo.

–¡Cielos! ¡Morlán!.., exclamó alocada.



BRUJAS. – Exposición de Arte flamenco antiguo. – Tablero del díptico «Historia del juez prevaricador,» obra de Gerard David que se conserva en el Museo Municipal de Brujas

Mudo y rígido, el jinete continuaba mirando fijamente hacia delante, con los dientes muy apretados, las manos agarradas á las riendas y los pies á los estribos.

Aquella carrera desenfrenada y lúgubre duró todavía cinco minutos.

Por fin el caballo se detuvo jadeante en el patio del castillo.

Entonces Carlota sintió desmayar en sus brazos el inanimado cuerpo de su esposo.

Una energía sobrehumana, un milagro del amor había hecho comprender en un instante á Morlán que el menor grito de dolor podía asustar á Carlota y ocasionarle una caída mortal.

La bala atravesó el corazón, pero el pensamiento imprimió al cuerpo una suprema voluntad. El amor sobrevivió á la vida, venciendo un instante á la muerte.

JUAN B. ENSEÑAT.

(Dibujo de Mas y Fontdevila.)

BRUJAS

EXPOSICIÓN DE ARTE FLAMENCO ANTIGUO

II

Son tantas las maravillas que encierra la exposición, que para hacerse bien cargo de ella no basta dar un largo paseo por dentro del palacio del Consejo Municipal y abandonar en seguida la Ciudad muerta. No; es preciso para ello descansar, respirar este aire, aunque sea poco sano el ambiente de los estrechos canales, y tomar posesión, por decirlo así, de esta vieja urbe que en la época de su poderío contaba 200.000 habitantes y hoy tiene sólo 40.000, de ellos 11.000 pobres.

El Muelle Verde, el Lago de Amor, el Beaterio, la Puerta de Ostende, el Muelle del Rosario, son puntos de vista que no se cansa uno de admirar y de recorrer por espacio de muchas horas.

De cuando en cuando, una bandada de cisnes se desliza sobre las negras aguas, nadando tranquilamente sobre alfombras de nenúfares en flor y dejando en pos de sí ondulaciones que hacen mover las imágenes reflejadas de los rojizos edificios y monumentos del siglo XIII, que parecen entonces agitados por intensos terremotos y próximos á desplomarse.

Cada uno de los monumentos de Brujas es una página histórica; cada una de sus piedras grises, carcomidas, ostenta una fecha heroica y lleva impreso el sello de los siglos desaparecidos. Su enorme campanario parece la voz de las pasadas edades que repercute de siglo en siglo al través del choque de las armas y de los gritos de guerra.

Para penetrarse bien de este carácter medioeval, es preciso haber oído el *carillon* durante la noche, en medio del profundo silencio poblado de fantasmas, mientras se examinan los viejos archivos del conde de Flandes y mientras la luna, cuyos rayos han resbalado antes por los arruinados muros del antiguo burgo, muévese lentamente en el firmamen-



BRUJAS. - EXPOSICIÓN DE ARTE FLAMENCO ANTIGUO. - TABLERO DEL DÍPTICO «HISTORIA DEL JUEZ PREVARICADOR,» obra de Gerard David que se conserva en el Museo Municipal de Brujas

to purísimo, desde la torre romana de la catedral hasta la torre gótica de Nuesta Señora. Entonces revive en torno nuestro toda la ciudad muerta, la Brujas del siglo XIII, y nos parece escuchar el ruido de las armaduras, la caída de los puentes levadizos, el chocar de cadenas, los gritos de los centinelas en las murallas, y ver las heroicas sombras de los Balduinos, que envueltos en luz fantástica pasan galopando por delante de nuestros ojos.

El encanto incomprensible de Brujas constituye uno de esos recuerdos que nunca más se borran de la memoria. Hay en esta ciudad rincones deliciosos que conmueven, saturándonos de una suave tristeza, al recordarnos tiempos remotos; plazas silenciosas con nombres históricos, rodeadas de casas con esbeltos piñones y tapizadas de hierba, de entre la cual surge una estatua evocadora de siglos que fueron; donde ningún ruido turba la paz profunda de la ciudad muerta; y sobre todo, esos canales verdosos y floridos con infinitas perspectivas, siempre variadas, que dan á Brujas su fisonomía de Venecia del Norte.

El lago de Amor es de lo más imponente que imaginarse pueda: el ánimo se siente sobrecogido al contemplar desde el pie del Beaterio aquel puente de cuatro arcos, detrás del cual asoma la cima de un campanario; en primer término, á la derecha, un grupo de frondosos árboles refleja su verdura en las tranquilas aguas cubiertas de hierba; y en el fondo, al otro lado del puente, la torre que presenció tantas luchas y en cuyos muros crece la hiedra, ocultando bajo sus hojas las manchas de la sangre flamenca y española que se derramó junto á ellos. Después de esta impresión espérale al viajero otra no menos intensa en el Beaterio, lugar de recogimiento para damas que viven en él en comunidad, aunque ocupando cada una su casita propia en el barrio que allí se levanta. Esas damas, que desde su retiro pueden gozar del hermoso espectáculo que la naturaleza les ofrece, pertenecen á una institución que data del siglo XIII y que fué muy protegida por Juan de Constantinopla. Detrás de unas cortinillas blancas y bien planchadas asoma el busto de una de aquellas retiradas haciendo encajes; más allá se abre una puerta, y por ella sale otra dama que con paso firme va á dar órdenes á otras beatas que tienden ropa sobre la pradera: es la Gran Dama, que antes de entrar á rezar en el pequeño templo cuida de la buena marcha de la orden.

Todo esto, visto en aquel medio ambiente sin que nada distraiga la vista ni el pensamiento, produce una sensación que tiene mucho de mística y prepara el ánimo para volver á la Gran Plaza á fin de admirar á los grandes maestros del arte primitivo.

La capilla de la Santa Sangre que mandó construir en el siglo XIII el conde Thierry de Alsacia á su regreso de los Santos Lugares, es una maravilla del arte ojival; el Palacio de Justicia ó Casa Dorada y la fachada de las Casas Consistoriales son también dignos de admiración por su estilo. Todos estos edificios poseen cuadros de los pintores primitivos; pero actualmente estas pinturas se encuentran en la exposición.

Allí me dirijo para contemplar las obras de Gerard David.

Nació éste en Oudewater, estudió pintura en Harlem, ciudad cercana á Amsterdam, y se estableció en Brujas en 1483, siendo admitido en 14 de Enero de 1484 en la Corporación de San Lucas. Sus dos obras más antiguas son el *Juicio de Cambises* y el díptico del *Juez prevaricador*, que fueron comenzados en 1488 y terminados diez años después. La composición y el colorido de ambas obras, así como varios detalles que en ellas se observan, hacen creer que David había viajado por Italia antes de instalarse en Brujas; si el color y la manera de agrupar las figuras revelan una influencia veneciana, los amorcillos, las guirnaldas de flores y frutas y los camafeos de estilo Médicis demuestran que también pasó el maestro por Florencia.

David era un iluminador y un miniaturista admirable; su esposa y su hija le ayudaban en sus trabajos de este género, y todos juntos realizaban verdaderos prodigios. *La predicación de San Juan* y el *Bautismo de Cristo* son de mano de Gerard; el tríptico es la única obra que puede atribuirse con seguridad á su esposa. Las tres miniaturas que hay en la exposición proceden de la abadía de San Dunes.

Los pintores de Tournai gozaron de gran fama. En aquella ciudad episcopal, en donde hacía tiempo que florecían las artes, nació Roberto Campín, que fué maestro de Jaime Daret y uno de los principales artistas que se ocuparon de las decoraciones para las fiestas del Toisón de Oro y de las bodas de Carlos el Temerario, celebradas en 1468.

Daret está representado en la exposición por un tríptico procedente del hospital de San Julián de Brujas y que ahora pertenece al Instituto Real de Liverpool.

Metsys, cuyos tapices posee la Casa Real de España, es hoy en día uno de los maestros más celebrados: de él hay en la exposición dos cuadros importantes, cedidos por el príncipe de Lichtenstein y el barón de Oppenheim. El de este último es *La Virgen y el Niño;* la Virgen, de tamaño natural, está sentada y tiene en su falda al Divino Infante, el cual alarga la manecita para coger el racimo de uvas que tiene su Madre; en el extremo del primer término de la izquierda, se ven en el suelo dos manzanas y algunas uvas más lejos, San José sacando agua de un pozo y un asno; en el fondo, un paisaje muy accidentado con un río; más allá, una ciudad y montañas; á la derecha, casas y rocas. Este cuadro por sí solo bastaría para hacer célebre á un pintor, cuyas hermosas creaciones adornan muchos y muy importantes museos que no han querido desprenderse de tan valiosas joyas.



LOPE DE VEGA, estatua de Mateo Inurria, fundida en bronce en los talleres de los Sres. Masriera y Campins

El famoso Pedro Bruegel, cuyos cuadros se conocen sin necesidad de mirar la firma, por lo fantástico y extravagante de los asuntos, se nos presenta en la mayoría de sus obras con el estilo bufonesco que más tarde cultivó Teniers; pero sus composiciones son más ingenuas que las de éste y no tienen por objeto casi exclusivo hacer reir al público y ridiculizar la vida de los campesinos. Entre sus lienzos más típicos puede citarse *El país de Jauja.*

Su padre, llamado el Viejo, ocupa también un lugar principal en la exposición con su *Adoración de los Reyes Magos,* cuadro pintado con mucho arte, aunque con cierta exageración en algunos fragmentos.

Con lo dicho puede formarse idea de lo que es la exposición de Arte flamenco antiguo que actualmente se celebra en Brujas.

Al mismo tiempo que ésta celébrase otra en el palacio Grunthunse, en la cual figuran los más bellos libros miniaturados por grandes artistas, una colección de planos y cuentas desde 1421 y otros objetos de valor artístico é histórico, como un delantal de D.ª Juana la Loca, un cuello de encajes de Margarita de Austria y otro de Carlos V, escasas reliquias salvadas de las catástrofes que tantas veces han conmovido al país flamenco.

PEDRO COLL.

Brujas, agosto de 1902.

LA COPA Y EL VASO

El capricho de una mujer bastó para que bruscamente cambiara el lugar de la orgía. Habíase desarrollado la primera parte en el palacio del duque de Liévanes. Una docena de hembras aturdidas y locas había comido con otros tantos jóvenes de moda de lo más empingorotado del Madrid aristocrático. Al destaparse las botellas del champagne, el ruido era ensordecedor, y la alegría bulliciosa y desenfrenada estallaba en gritos, cantos y carcajadas. Aquel banquete íntimo tomaba matices que mucho desdecían de la exquisita corrección con que la juventud masculina allí reunida acostumbraba á producirse en lugares públicos en que continuamente exhibía su descuidada elegancia, su fausto y su riqueza.

De pronto, una de las hembras propuso ir á terminar la noche á la quinta que el de Liévanes poseía en Carabanchel, hacía años cerrada y al cuidado de un criado jardinero. Las dificultades que envolvía para tanta gente el hacer el impensado trayecto, fueron hábilmente vencidas por quienes hallaban en la extravagante idea algo nuevo con que satisfacer sus gustos estragados. La idea de llegar al hotel abandonado y escudriñar sus habitaciones, preparadas para numeroso personal hacía ya tantos años, cuando la familia de Liévanes celebraba allí sus renombrados festejos; el pensamiento de verse en aquel lugar libres de servidumbre, pues habían decidido despedir cocheros y lacayos apenas llegasen; el capricho de cargar ellos mismos con víveres y bebidas, para pasar en soledad placentera el resto de la noche... y el día siguiente si venía al caso, les pareció de perlas. El plan se realizó en el acto, y como tromba tempestuosa que se aleja, desapareció del ancho y lujoso comedor la juventud alegre y divertida. La mesa, cubierta de loza y cristalería, quedó sola y muda, con la visible huella del desorden que había precedido á la calma y el reposo.

Apenas se había extinguido el ruido de los carruajes en que el duque y sus convidados se alejaban, cuando los criados de la casa, dirigidos por el mayordomo, un mocetón de treinta años, listo y vivaz como una centella, comenzaron el arreglo del desordenado comedor. El mayordomo vigilaba atento; decíase que aquel cuidado y esmero, con que se había ganado la voluntad de su amo, le servía para fomentar su propio peculio á costa de las prodigalidades ajenas. El caso es que la servidumbre hallaba en él un guía severo y una voluntad de hierro, ante la cual tenía que humillarse y ceder. El servicio de mesa fué alzado con prontitud pasmosa y la cristalería trasladada al ancho fregadero de piedra de la cocina.

Por azar de la suerte, una copa de champagne quedó junto á un vaso tosco, grosero, que un marmitón ebrio había traído de la taberna.

La casualidad les había reunido. La copa aristocrática, orgullosa, finísima, rehuyó en un principio el contacto con el vaso, basto, humilde, grosero, asustado de su aproximación á la altiva compañera que la suerte le deparaba en el fondo del ancho fregadero. El azar de una colocación desordenada los había apartado del montón informe que platos, fuentes y botellas formaban á su lado, constituyendo sobre el lecho de piedra elevada pirámide, mientras ellos, caídos por capricho de la suerte en un ángulo apartado, veían transcurrir solos las horas lentas de la noche, alumbrados por la luz eléctrica que encendida se había dejado el pinche en la amplia cocina, cuando, cansado de retozar con sus compañeros, ahito de vino y hecho un leño, se había marchado á dormir á su camastro, sin preocuparse de cumplir con su obligación, consistente en limpiar la loza y cristalería confiada á su cuidado.

La intimidad creada por horas y horas de forzosa aproximación, hizo que aquellos dos seres de tan distinta jerarquía rompiesen la muda hostilidad

con que en un principio se habían mirado. Las palabras casi sueltas y sin engarce cambiadas en un principio, se trocaron en diálogo animado y vivo, y tras las exterioridades de conversación superficial, nacieron las confidencias, y copa y vaso se relataron su historia respectiva, sus días de goce y de pesar, una vez roto el convencionalismo que antes les había separado.

No tardó en advertir el vaso que el respeto que su compañera le había inspirado se desvanecía lentamente, porque detrás de aquella finura, gracia y sublimidad, sólo veía amarguras, pasiones y sentimientos muy semejantes á los que él mismo había experimentado en su azarosa existencia.

No escapó este cambio á la excelsa copa, y al ver que su amigo del momento observaba que no era merecido el buen concepto que de ella había tenido en un principio, le dijo con voz melodiosa y suave, tenue, como la frágil materia que la constituía:

– A la primera azadonada disteis en el agua.

Confesión tan explícita satisfizo al vaso, alentándole á proseguir el comenzado diálogo, en que alternando con el timbre delicado y sutil de la dama, dejábase oir el son brusco, fuerte y violento del grosero interlocutor.

Síntesis de la conversación fueron dos historias harto distintas en su forma, pero de asombroso parecido en el fondo, porque idénticos sentimientos habían agitado á aquellos dos seres en el proceso de su respectiva vida.

– Yo, dijo la copa, he pasado en relación inversa por los azares que algunas veces he oído contar de aquel buen mozo sevillano que se llamó D. Juan de Mañara. El pasó del vicio á la virtud, y yo, que he visto transcurrir los primeros tiempos de mi vida en la quietud y el sosiego, en los goces apacibles y tiernos de la más sencilla rectitud, me veo hoy lanzada á la orgía y al desenfreno. Materia inerte, voy donde me llevan, y sigo los vaivenes de la noble casa de Liévanes. Me adquirieron con muchas



EN EL PALCO, cuadro de Manuel Cusí (Exposición Robira, calle de Escudillers)

compañeras mías, sacándome del almacén de la fábrica, para solemnizar el primer vestido largo que usaba Elvira, que con Luis, eran únicos hijos del egregio duque de Liévanes. Por primera vez en su vida, recién salida del colegio, saboreó en mí el vino espumoso para que fuí creada. Aún conservo el recuerdo del roce de aquella boca purísima que un año después selló implacable la muerte. Durante aquel año, en festines de familia gocé la existencia noble y elevada que hasta en sus actos más mínimos eran característica del ilustre prócer. Después... tras la muerte de Elvira vino la de los duques, y el actual, bajando de escalón en escalón, malgasta y disipa en locuras sin cuento el caudal laboriosamente conservado por sus antepasados. Las mismas paredes que presenciaron las decorosas fiestas del hogar, ven hoy el escándalo y la profanación de su nombre preclaro. ¿Qué más? En mí misma reposan los labios de impura cortesana. Ahora, en el dejo amargo de la orgía, reconozco mi envilecimiento; pero cuando el festín se anima y vibran en el aire las canciones de amor y de locura y bulle el líquido espumoso en mi seno transparente, poseída de la embriaguez que mando á oleadas al que me coge con trémula mano, me complazco en un goce insano que me aturde y me fascina, haciéndome olvidar mis horas de virtud y el roce tímido de los labios de la celeste Elvira.

– Yo, dijo el vaso, viví también en hogar honrado. Un obrero me adquirió y me colocó en su mesa. Noble jugo de vid me llenó mil veces, y yo mandaba fuerza restauradora al músculo fatigado por el trabajo de aquel atleta que empleaba la potencia entera de su cuerpo en ganar el pan para su familia. Un día la desgracia le hirió y cambié de dueño. De lance me adquirió el vil propietario de un figón inmundo, antro adecuado de ladrones y mujerzuelas. Mezclas sin nombre substituyeron en mi seno el rojo vino, y en mí germinaron, para mandarlos al cerebro y al corazón de los malvados, los instintos



La vaca herida, cuadro de G. H. Mosler (Salón de París de 1902)



LAFAYETTE RECIBIDO POR WÁSHINGTON, cuadro de A. Gatti



UNA LIMOSNA, cuadro de E. Noir

crueles que surgen en las frentes de los ladrones y arman los brazos de los asesinos. Y más de una vez volé por los aires, sin que al choque se rompiera mi fuerte constitución, precediendo al golpazo brutal del matón ó á la puñalada certera del malsín artero.

La copa, disgustada, herida, orgullosa y altiva, guardó silencio. El vaso comprendió el movimiento de repulsión que animaba á su compañera eventual, y un acceso de ira se apoderó de él.

– ¿Qué tienes que echarme en cara?, preguntó encolerizado. Tú lo has dicho en un principio; nuestra historia es la misma, y los dos desde la altura hemos caído en el abismo. Somos iguales.

– ¿Igual tú á mí?, dijo la copa con desdén. ¡Tú eres grosero y vil, y yo fina, tenue, casi impalpable!

– Olvidas, repuso el vaso, que los dos fuimos hechos de un soplo; nacimos en idéntico crisol de arcilla, y eres, como yo, miserable arena.

– Pero tu cuerpo toca en la tierra, y el mío se yergue siempre, distanciado de ella, sobre el pie.

– Y eso mismo te hace débil, rugió el vaso, apartándose de repente de la copa que en él se apoyaba.

Oyóse un tic tenue y débil como un suspiro; el pie rompió su enlace con el cáliz cristalino, y éste, al rodar por la piedra, se deshizo en fragmentos. Y mientras el vaso, arrepentido ya de su violencia, lloraba una lágrima roja, hez del líquido que había contenido, una gota de champagne rodaba entre los pedazos de la rota copa, como última sangre de ámbar de aquel ser que, constituído todo por la forma, para siempre había dejado de existir.

Enrique Corrales y Sánchez.

NUESTROS GRABADOS

El Dr. Rodolfo Virchow. – El profesor Virchow, uno de los sabios más eminentes de Alemania y una de las más grandes y legítimas glorias de la Medicina moderna, acaba de fallecer en Berlín, víctima de una congestión pulmonar. Nacido en 13 de octubre de 1821 en Schwelbein (Pomerania), recibióse de doctor en Medicina en 1843, y en 1847 fué nombrado profesor del hospital de la Caridad de la capital de Prusia. Encargado del servicio de las piezas anatómicas, comenzó á dedicarse al estudio de la anatomía patológica, fundando con Reinhard los *Anales de Anatomía y Fisiología patológicas*, una de las más importantes revistas médicas que en el mundo se publican. Virchow hizo numerosos y profundos estudios sobre la patología celular, la noción general de la individualidad de las células, sus manifestaciones patológicas y el papel que representa en las enfermedades. Débense además á Virchow un gran número de notabilísimos trabajos, especialmente sobre la trombosis, el embolismo, los tumores, el tifus, las pneumonías, las flebitis, etc. En 1873 publicó una Memoria general sobre las obras de la ciudad de Berlín, en la que prescribía las reglas de la organización sanitaria de aquella capital. Fundó en Wurzburgo una escuela de Anatomía patológica que dirigió desde 1849 á 1856, fecha en que regresó á Berlín para encargarse de la cátedra de Anatomía



El eminente profesor Dr. Rodolfo Virchow, fallecido en Berlín en 5 del presente mes

patológica, que ha conservado hasta su muerte. En octubre de 1901, con motivo de cumplir los ochenta años, todo el mundo científico tributó al sabio ilustre solemne homenaje de respeto y admiración. Fué asimismo un gran antropólogo y etnógrafo, y sobre todo un profesor eminentísimo.

Lope de Vega, estatua de Mateo Inurria, fundida en bronce en los talleres de los señores Masriera y Campins. – Obra del laureado escultor cordobés Mateo Inurria es la estatua de Lope de Vega que sirve de digno remate al monumento inaugurado en la Glorieta de San Bernardo de la coronada villa, durante los festejos celebrados con motivo de la coronación de D. Alfonso XIII. La simplicidad es la característica de la producción á que nos referimos, logrando el artista representar atinadamente al personaje, con limitación de recursos y teniendo muy en cuenta la índole monumental de la obra. No es Inurria un artista novel. Sus obras *La vuelta de la pesca* y *El naufragio*, que tan justamente llamaron la atención de los inteligentes en la Exposición Nacional de 1890, atestiguan su valía. Por eso aplaudimos su última y reciente producción, convencidos de que nos ha de procurar nuevas ocasiones para poder ofrecerle nuestros plácemes y el testimonio de la consideración que nos merece.

En el palco, cuadro de Manuel Cusí (Exposición Robira, calle de Escudillers). – Otra bellísima producción de Manuel Cusí podemos dar á conocer á nuestros lectores, distintiva por el esfuerzo que representa, ya que el artista se propuso, al ejecutarla, obtener los maravillosos efectos de luz que se observan en los cambiantes de las sedas, de los adornos y de las carnes. Desde este punto de vista es el cuadro del señor Cusí un buen estudio, que se avalora más y más por ese sello de distinción, peculiar del artista, elegante en el trazo y devoto de la belleza, á la que rinde culto, sin renunciar por ello á ese natural que tantos encantos ofrece cuando las aptitudes del pintor se hallan robustecidas por las cualidades del artista.

Lafayette recibido por Wáshington, cuadro de A. Gatti. – Cuando los Estados Unidos comenzaron la heroica lucha de su independencia, muchos europeos acudieron á engrosar las filas del ejército americano. Los primeros voluntarios que allí marcharon fueron franceses, lo cual se explica porque Inglaterra era la tradicional y odiada enemiga de Francia. Poco antes, la nación francesa había visto arrebatada por los ingleses la más importante colonia, el Canadá, y eran por consiguiente recientes la ira y el odio que aquel hecho había despertado. Inmediatamente después de la declaración de la independencia de los Estados Unidos, en 1776, inicióse en la aristocracia de Francia un movimiento favorable á una alianza con ellos. El marqués de Lafayette, joven de veintidós años, de alma noble y corazón apasionado, no quiso esperar á que la corona cediera á las vivas instancias de la opinión amiga de América, y con sus propios recursos armó un buque y marchó al nuevo mundo para poner su vida y su hacienda al servicio de la causa de la libertad de aquel pueblo. El cuadro de Gatti que reproducimos representa la primera entrevista entre el joven aristócrata y Wáshington: el desconfiado caudillo americano recibió de momento con cierta reserva al francés entusiasta; mas no tardó en convencerse de que tenía delante á un hombre en quien podía confiar en absoluto. Lafayette justificó plenamente esta confianza, no sólo combatiendo durante la guerra, sino además en París, siendo uno de los que más contribuyeron á la alianza entre ambos Estados.



BARCELONA. – El crucero de la marina italiana «Liguria,» del que es comandante el duque de los Abruzzos (de fotografía de Serra)

La vaca herida, cuadro de G. H. Mosler. – Este cuadro, de asunto que algunos calificarán tal vez de trivial, es de un sentimiento y de una verdad admirables; su autor ha sabido agrupar las figuras con tanto acierto y dar á sus movimientos y á sus fisonomías tal expresión, que la escena, siendo como es tan sencilla, resulta ciertamente conmovedora. Basta mirar las caras de esos dos viejos: el cuidado con que el uno venda la herida de la vaca y la atención con que la otra sigue aquella operación, para comprender que hay en su solicitud algo más que el interés material; que existe entre ellos y la pobre bestia un lazo más fuerte que la idea egoísta; que á todos les une, no sólo la costumbre, sino también el afecto.

El príncipe Luis Amadeo en Barcelona. – Durante los días de su permanencia en esta capital, habrá podido convencerse el príncipe Luis Amadeo, duque de los Abruzzos, así de las simpatías que su personalidad ha despertado en todas las clases, como de la buena memoria que aquí se conserva de su padre, el que fué por breve tiempo rey Amadeo I de España. El Ayuntamiento, en nombre de Barcelona, ha obsequiado al ilustre huésped con aplauso de todos los barceloneses, porque el duque de los Abruzzos, á sus cualidades



S. A. el príncipe Luis Amadeo, duque de los Abruzzos

de príncipe nacido en España y de miembro de la familia real italiana, reune la de ser eminente hombre de ciencia, cuyo viaje al Polo Norte llena una de las páginas más gloriosas de la historia de las expediciones polares. En la actualidad desempeña el cargo de comandante del crucero *Liguria*, en el que ha visitado nuestro puerto, y que es un buque de acero de 2.300 toneladas, 80 metros de eslora y 12 de puntal, con máquinas de triple expansión que imprimen al barco una velocidad de 18 millas por hora. Su artillería se compone de seis cañones Armstrong de 15 centímetros, nueve cañones Hotchkins de 57 milímetros, dos de tiro rápido de 37, dos ametralladoras y cuatro tubos lanzatorpedos.

Una limosna, cuadro de E. Noir. – Hay obras artísticas que, sin necesidad de ser analizadas, se imponen desde el primer momento y cuyas bellezas no ha de señalar la crítica, porque harto las revela la impresión que su contemplación produce. A este género de obras pertenece el cuadro de E. Noir. No es menester fijarse en lo acertado de la composición, ni en la hábil ejecución del paisaje y de las figuras; estas cualidades, que realmente encierra el cuadro, significan poca cosa al lado del sentimiento que del lienzo se desprende: aquellos dos niños pobres que dan el pedazo de pan, único recurso con que para acallar su hambre contaban, al perro más pobre y más hambriento que ellos, nos emocionan profundamente y casi hacen asomar las lágrimas á nuestros ojos.

Pasando el rato, cuadro de Luis Graner (Salón Parés). – Otro lienzo, que forma parte de la interesante colección que exhibió el Sr. Graner, damos á conocer á nuestros lectores. Este, como sus compañeros, hállase inspirado en un cuadro de costumbres. Representa el interior de un cafetín al atardecer, en donde un grupo de obreros pasa el rato jugando al dominó ó á la malilla. Los tipos, las actitudes y los pormenores todos del cuadro que se destacan ó dibujan en esa misteriosa penumbra que produce el declinar del día, están perfectamente estudiados y habilísimamente interpretados.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.—ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

—¡Es demasiado!, ¡es demasiado! ¡Son mentiras, calumnias, infamias! No comprendo sus alusiones, pero siento que son falsedades horribles, tremendas, vergonzosas, de las cuales tendrá que responder... ¡Ah! ¿Porque soy mujer ha creído que podía de este modo insultarme? Pero todo se lo diré á mi hermano, todo, palabra por palabra, y será él quien le responda.

Aquella ardiente explosión de furor, aquella rebelión tempestuosa ante la deshonra inmerecida, no permitían abrigar la menor duda sobre la veracidad de las palabras. Egberto comprendió toda la sinceridad de aquella sorpresa llena de horror, y en su mirada brilló un rayo de esperanza. Aproximóse á la joven y con voz alterada le dijo:

—¿No me comprende? ¿Es verdad lo que dice? ¿No es usted la confidente de su hermano? ¡Contésteme!

—No..., no..., rugió Cecilia temblando de ira, pero obligada, á pesar suyo, á responder.

Egberto clavó en ella una mirada sostenida, larga, como si quisiera leer en el fondo de su alma, y luego se le ensanchó el pecho y lanzó un hondo suspiro.

—¡No, murmuró, no sabe nada!

Hubo un momento de silencio. Las campanas del valle callaban; sólo una dejaba oir sus leves tañidos, lejanos, perdidos casi entre el murmullo del viento que hacía estremecer las ramas.

—Siendo así, dijo Runeck en voz baja, debo pedir á usted perdón. Pero no puedo retirar nada de cuanto he dicho del barón: repítaselo usted punto por punto, mírele en los ojos mientras se lo repita y ¡verá usted cómo no he mentido!

Aquel acento resuelto impresionó á la joven de un modo extraño: asaltábale una inquietud misteriosa, el terror de lo desconocido... Aquel hombre parecía dispuesto á confirmar sus palabras ante el mundo entero... ¡Si realmente no hubiese mentido!.. Pero avergonzada de sí misma, Cecilia desechó aquel pensamiento.

—¡Déjeme usted!, dijo con acento tembloroso. ¡Váyase!

Egberto le dirigió una larga mirada é inclinó la cabeza.

—No puede usted perdonarme la ofensa que le he inferido..., lo comprendo; pero crea usted que para mí también ha sido un tormento horrible..., el más horrible que en mi vida he sufrido.

Cuando Cecilia levantó la cabeza estaba sola: Egberto había desaparecido entre los árboles. Allá, en la cruz del Albenstein, agitábase violentamente su velo de gasa, como si sintiera torturas y sufrimientos; en torno suyo, murmuraba el bosque agitando sin cesar las ramas de los árboles. Todo era desolación, y á lo lejos sonaba el último tenue tañido de la campana del valle.

IX

El Sr. Dernburg y el barón de Wildenrod paseábanse por el amplio terrado que delante de la casa se extendía, enfrascados en una discusión política: el anciano estaba excitado y hablaba con animación, pero Oscar, contra su costumbre, hablaba poco y escuchaba distraído, dirigiendo, en cambio, continuas miradas al gran prado en donde Maya y el conde Víctor de Eckardstein estaban jugando al croquet.



... pero Oscar, contra su costumbre, hablaba poco y escuchaba distraído...

—¡Ya verá usted qué lucha en la próxima campaña parlamentaria!, decía Dernburg. Antes se verificarán las elecciones, y desde ahora preveo que en el próximo invierno habré de sacrificarlo casi todo á las sesiones del Parlamento.

—¿Está usted seguro de la reelección?, preguntó Wildenrod distraído.

Dernburg le miró asombrado.

—Veinte años hace, dijo, que represento el mismo distrito y siempre he tenido todos los votos; pero me bastarían los de Odensberg para asegurarme el triunfo.

—Precisamente por esto he formulado mi pregunta. ¿Está usted seguro de estos votos? ¡Han cambiado tanto las cosas en tres años!

—Pero no aquí, respondió Dernburg tranquilamente. Mis hombres y yo nos conocemos desde... hace una infinidad de años. Sé que también aquí se ha tratado de sembrar cizaña; pero les vigilo y no abrigo recelo alguno, porque si estas insinuaciones, estas tentativas de excitación han encontrado eco, son casos aislados: la masa me es leal.

—Esperemos que así sea, repuso con acento de duda el barón, quien en tan poco tiempo parecía haberse puesto al corriente de todo. Pero... los socialistas de estos alrededores se mueven mucho, predican, azuzan, incitan, y hasta aquí podría llegar el mal.

—Mi querido Wildenrod, aquí estoy yo y creo ser alguien, replicó Dernburg con la seguridad tranquila del hombre acostumbrado á contar con su omnipotencia y con su infalibilidad.

Una sonora carcajada que se oyó en el prado del croquet cortó la respuesta que Wildenrod tenía en los labios, haciéndole volverse rápidamente hacia aquel lado.

Era una escena graciosa la de aquellos dos jóvenes guapos, alegres, con el rostro encendido, la voz alegre atentos á su juego, disfrutando cada uno con las jugadas torpes del otro y armando una gritería como si fueran dos niños.

Dernburg había seguido la mirada del barón y al contemplar aquella sencilla alegría juvenil, se sonrió.

—¡Qué par de chiquillos tan atolondrados! ¡Paciencia por Maya, que realmente es una niña..., pues no ha cumplido aún diez y siete años! Pero el señor teniente podría acordarse de que no tiene en su favor esta atenuante, dijo en tono de broma.

—¡Hum! El conde difícilmente aprenderá á ser formal; tiene un carácter simpático, pero muy ligero.

—¡Oh, barón, no es usted justo con él! Sí, Víctor es, por desgracia, ligero, y ha dado algunos disgustos á sus padres; también aquí, en Odensberg, podríamos contar algunas de sus fechorías; pero ha tenido siempre un corazón excelente, y sin ser ningún genio, es inteligente, honrado, leal y ciertamente un oficial bonísimo.

—Tanto mejor para él... y para Maya.

—¿Para Maya?, repitió Dernburg volviéndose bruscamente hacia el barón. ¿Por qué? ¿Qué quiere usted decir con esto?

—No me parece que sean necesarias grandes explicaciones, ya que no puede decirse que el conde oculte sus intenciones; se ve que no le ha costado mucho aceptar el plan de su hermano.

—¿Qué plan?, preguntó Dernburg con voz alterada y frunciendo la frente.

El barón se encogió de hombros.

—¿Qué quiere usted? El conde Víctor me parece

bastante ligero, y usted mismo acaba de decirme que lo ha sido siempre. Es muy natural que un jovencito de su edad, un oficial elegante, contraiga muchas deudas; pero también es natural que cuando se depende de un hermano mayor, esta situación no pueda durar mucho tiempo, y no podremos censurar al conde Conrado de Eckardstein, porque encontrando que el hermano se propasaba, haya recurrido á un medio violento para salvarle.

– Y este medio sería...

– Un matrimonio rico. Según parece, el conde Víctor ha venido, obedeciendo á los deseos y á las órdenes de su hermano, para reanudar las antiguas relaciones entre Odensberg y Eckardstein con un objeto fácil de adivinar... ¿Se extraña usted de que yo esté tan bien informado? ¡Fué pura casualidad! Hace algún tiempo, cuando nos invitaron á Eckardstein, pude oir casualmente la conversación de dos caballeros que, de haber sabido que estaba yo en la habitación contigua, no habrían de fijo hablado tan francamente; pero hablaban del matrimonio como de cosa hecha.

Dernburg, cuyo rostro había ido tomando una expresión cada vez más sombría, respondió con voz vibrante:

– Pero en esta cosa hecha me corresponde á mí decir la última palabra... Maya es demasiado joven, es una niña, para que pueda hablarse de matrimonio... ¡Hola, Enrique! ¿Estás aquí? ¿No ha vuelto todavía Cecilia?

– Todavía no, respondió Enrique agitado. He ido á las caballerizas á informarme, pero nadie ha sabido decirme dónde había ido. Esta mañana, cuando todos dormían, ha mandado enganchar el carruaje y se ha marchado sin más compañía que la de Beltrán... No comprendo.

– Habrá sido uno de sus caprichos acostumbrados, dijo Oscar. Cecilia es muy caprichosa y tiene siempre extravagancias cuando menos se espera. Querido cuñado, será preciso que te acostumbres.

– Creo, por el contrario, que Enrique haría mejor en corregirla, repuso Dernburg con cierta aspereza. Los caprichos y las extravagancias no hacen la felicidad de un matrimonio.

El pobre Enrique, que no tenía ciertamente el aspecto de poseer la fuerza ó la voluntad de corregir á nadie, quedóse mudo y mortificado, mientras el barón apresurábase á añadir:

– ¡Oh, se trata seguramente de una broma! Apuesto á que Cecilia con esta excursión nos prepara una sorpresa agradable.

En tanto, la partida de croquet seguía animadísima. Había surgido entre los dos jugadores una discusión que terminó entre gritos de alegría y carcajadas. Dernburg miró hacia allí, pero esta vez sin sonreirse, y exclamó con impaciencia:

– Paréceme, Maya, que ya es hora de dejar el juego. ¡Ven aquí!

La joven obedeció, y con el rostro encendido á causa del ejercicio y de la risa, corrió al lado de su padre, seguida del conde.

– ¡Oh, Sr. Dernburg!, dijo éste con tono franco y simpático. Mi hermano me ha encargado que transmita á usted una súplica de su parte. El miércoles es el cumpleaños de Conrado, y con este motivo se reunirán en casa algunos amigos... ¿No faltarán ustedes, no es verdad?

La pregunta fué formulada como si la respuesta no ofreciera duda; sin embargo, la contestación no correspondió á esta creencia.

– Lo siento, conde, pero el miércoles esperamos forasteros de la capital y no podremos movernos de casa.

– ¿Forasteros, papá? ¿Quién? preguntó Maya sorprendida y curiosa. No había oído hablar de ello.

– Pues ya lo oyes ahora; de todos modos, sentimos no poder aceptar la invitación.

No cabía réplica; era una negativa en toda regla. El joven, que ya se había quedado petrificado al oirse llamar ceremoniosamente conde, no supo qué responder á aquellas palabras tan frías y resueltas como inesperadas, y permaneció con los ojos clavados en la cara impasible del barón, como si presintiera de parte de éste una influencia siniestra.

Pero los jóvenes se sobreponen pronto á las impresiones desagradables: Maya fué la primera en recobrar el buen humor; y reanudada la conversación con su viveza acostumbrada, invitó á su hermano y al conde á que fueran con ella al invernadero para ver las orquídeas.

Cuando se fueron, quedáronse un rato silenciosos Dernburg y el barón, hasta que éste dijo en voz baja:

– Sentiría, Sr. Dernburg, que lo que he referido á usted pudiera influir en sus sentimientos y perjudicar al conde; pero he creído que era un deber mío referirle lo que había oído.

– Al contrario, se lo agradezco á usted; mas como no acostumbro á juzgar á las personas por las habladurías de salón, procuraré informarme de lo que haya de verdad en el asunto.

– Hará usted bien, respondió Wildenrod tranquilamente. Por otra parte, en lo que se refiere á la demasiada juventud de Maya, sucede con frecuencia en nuestra clase que las señoritas se casan á su edad, y me parece que si estuviera interesado el afecto de Maya...

– ¿El afecto de Maya por un hombre que procura pescar á la heredera para poner en orden sus negocios?, preguntó Dernburg con una amargura que demostraba claramente cuán bien asestado había sido el golpe que Wildenrod le dirigiera. ¡Ah, no, de ningún modo! Ya me cuidaré yo de salvarla de semejante suerte. ¡Pobre niña mía!

– Dada su posición, no es cosa fácil, Sr. Dernburg. Sería preciso que se presentara un pretendiente libre, independiente, bastante rico para que no pudiera sospecharse en él ninguna mira codiciosa; pues quien no reuniera estas condiciones podría ser acusado de ir en busca de los millones.

– ¡No todos!, exclamó Dernburg con energía. Un hombre conozco yo que es pobre, que no posee más que su cabeza..., pero es una cabeza que vale por todos los millones y que le asegura el porvenir.

– ¿A quién se refiere usted?, preguntó Oscar estremeciéndose.

– A Egberto Runeck... ¿Le causa asombro? Yo, por el contrario, ¡hace tanto tiempo que pienso en ello! Conozco, y no de ahora, que Enrique no será nunca capaz de ponerse al frente de Odensberg y de dirigirlo por sí solo. Para esto se necesita un hombre de mi temple, como Egberto. ¡Ese muchacho no en vano ha sido educado en mi escuela! Pero esos socialistas de Berlín de tal manera le han envuelto en sus redes, que á veces llego á temer que no podré librarlo de ellas...

– ¿Y lo ha intentado usted, á pesar de cuanto sabía?

– Sí, á pesar de todo lo que sabía, porque estoy cierto de que vendrá un día en que Egberto abrirá los ojos.., con tal de que no sea demasiado tarde para ambos.

Pronunció estas últimas palabras lentamente, como si hablara consigo mismo, y con los ojos fijos en el vacío, á lo lejos.

El barón apretó fuertemente los labios cual si quisiera reprimir una respuesta violenta, y luego dijo con voz sosegada:

– Es esta la primera vez que no comprendo á usted, Sr. Dernburg.

– Es muy posible que así sea: admito que no todo el mundo pueda comprender mis sentimientos hacia Egberto Runeck; pero conozco á éste á fondo, sé de qué madera está hecho, y adivino todas las promesas que en sí encierra. Cuento con él para mi Odensberg, pero precisamente por esto no quiero arruinar por él mi obra. Si Egberto no quiere renunciar á sus ideas..., entonces todo habrá concluído entre los dos; pero Egberto cambiará, estoy seguro de ello. Quiere la vía libre delante de él; quiere avanzar, sobresalir á toda costa; quiere luchar, edificar, hacer, mandar, y un carácter como el suyo no se doblega mucho tiempo bajo el yugo de un partido que exige obediencia ciega, que no admite esfuerzos aislados. Mi único temor es que se dé cuenta de ello cuando ya sea demasiado tarde para su felicidad.

Al barón hubiera debido lisonjearle el recibir las confidencias que Dernburg no había hecho nunca á su hijo; y sin embargo, no sólo parecía poco satisfecho de aquella prueba de confianza, sino que, además, convulso, palidísimo, no podía estarse quieto, y la voz le temblaba cuando con gran esfuerzo logró decir:

– Paréceme que tiene usted una idea demasiado elevada de su favorito... Usted da á entender con ello algo que...

– ¿Por qué no prosigue usted?

– Porque... es una cosa imposible.

– ¿Imposible? ¿Tal vez porque Egberto es hijo de mineros? Los padres de Egberto murieron, pero aunque viviesen... estoy muy por encima de estas preocupaciones.

Wildenrod no respondió; cruzó los brazos detrás de la espalda y se clavó las uñas en las palmas de las manos.

– Veo que somos de muy distinta manera de pensar, siguió diciendo Dernburg, y me lo explico. Usted es el aristócrata que encuentra el caso inaudito; yo pienso de muy diverso modo: he dejado que Enrique escogiera á su gusto; pero á la dicha de mi hija quiero proveer yo mismo. Mi Maya, exclamó con acento conmovido y los ojos húmedos, me la ha dado Dios tarde, pero es el rayo de sol de mi existencia. ¡Cuántas veces en mis momentos más difíciles, en las horas de desaliento, sus ojos tan límpidos y su risa tan dulce me han dado fuerza y valor! ¿Y habría yo de consentir que este tesoro mío llegara á ser presa del cálculo, de la codicia? No, quiero que sea apreciada y amada y que la hagan feliz como se merece; y hasta ahora sólo he encontrado un hombre á quien la confiaría con seguridad: estoy persuadido de que la ama, y sé que ese hombre no calcula; me lo ha demostrado.

El barón seguía silencioso: estaba muy pálido y sus ojos brillaban con expresión tan terrible, que era gran suerte para él que Dernburg, atento á mirar en el vacío, no pudiera verlos.

Apenas había acabado de hablar el Sr. Dernburg, cuando un criado se acercó para anunciarle que el director estaba en su despacho y deseaba hablarle.

– ¿En domingo? Debe ser algo muy grave, exclamó Dernburg, añadiendo en voz baja: Barón, lo que le he dicho, que quede entre los dos: considérelo como confidencia para usted solo.

Cuando el anciano se hubo marchado, Oscar levantó los brazos con un gesto desesperado; pero luego, comprendiendo por instinto que podía ser visto, se contuvo, y haciendo un esfuerzo enorme, cruzó los brazos sobre el pecho y se apoyó en la baranda del terrado. Ardía un volcán en su cabeza á consecuencia del descubrimiento inesperado... ¡Runeck!, ¡Egberto Runeck surgía de pronto en su camino como un obstáculo imprevisto, colosal! Enfrente de este peligro, el conde Eckardstein, á quien tanto había temido, convertíase en una cosa insignificante, en una broma... ¿Pero Dernburg creía que existía realmente una simpatía entre su hija y Runeck? A esta idea una sonrisa sarcástica, una expresión de superioridad iluminaron el rostro del barón. ¡El corazón de Maya estaba en sus manos! La misma joven lo ignoraba; pero él sabía que bastaba una sola palabra suya para despertar en ella la correspondencia á su pasión... No, aquel frío adversario, aunque poderoso, no era temible, como había temido el poder de los recuerdos de la infancia y la fascinación afectuosa y agradable del joven conde. No, nada había de temer; pero tampoco debía vacilar. No podía entretenerse ni reflexionar; era preciso obrar.

Oscar se irguió resueltamente: era un jugador arriesgado, mas no era aquella la primera vez en su vida en que se jugaba el todo por el todo, y ahora el triunfo significaba un porvenir inesperado.

X

En el fondo del parque de Odensberg, al pie del monte, hay un pequeño lago, llamado el lago de las Rosas, rodeado de juncos y cañas, sombreado por el espeso follaje de un haya gigantesca y encerrado entre verdes matorrales floridos.

Sentada en el banco rústico debajo del haya, está Maya Dernburg; tiene la falda y las manos llenas de flores que había cogido para hacer un ramo; pero ahora no piensa ya en ello. Junto á ella está sentado Oscar de Wildenrod, el cual la ha encontrado «casualmente,» y la distrae tan bien, que le ha hecho olvidarse de las flores y de cuanto la rodea.

El barón habla de sus viajes al Norte y al Sur; no hay rincón de Europa que no haya visto, y con su raro talento descriptivo hace revivir ante la joven los variados paisajes, las costumbres extrañas, los diversos acontecimientos ante sus ojos desarrollados. Maya le escucha casi sin respirar; todo parece extraordinario, increíble, mágico á aquella sencilla criatura que hasta ahora no ha conocido más mundo que la casa paterna, ni más gente que su propia familia.

– ¡Cuántas cosas ha visto usted! ¡Cuántas cosas le han sucedido!, exclamó al fin llena de admiración. ¡Qué mundo tan diferente de Odensberg!

– Diferente pero no mejor. Esa libertad, esa mutación continua de lugares, de personas, de impresiones me deslumbraron un día; pero ahora veo las cosas de distinto modo. Viene un momento en que uno despierta para sentir que todo está vacío, para encontrarse solo en medio de la humanidad, completamente solo en medio de esa libertad tan envidiada.

– Pero tiene usted á su hermana, dijo Maya con acento de reproche.

– ¿Y por cuánto tiempo? Dentro de unos meses Cecilia se separará de mí y pertenecerá á su marido, no á su hermano. Créame, Maya; me inspira horror la idea de volver solo á aquella vida sin objeto, sin razón de ser... ¡Oh, si supiera usted cómo envidio á su padre! ¡Qué hombre tan feliz! Vive en el lugar de su trabajo, de su triunfo; proporciona el pan, la vida,

á millares de personas, y la estimación, el cariño, la admiración que le rodean ahora le acompañarán hasta la tumba. En cambio, si yo echo la cuenta de mi existencia, ¿qué resulta?

Maya le miró sorprendida, espantada: Oscar se revelaba á ella como un hombre nuevo, distinto del hombre de mundo elegante y del hombre entrado en años que protege á una jovencita, esos dos aspectos bajo los cuales hasta entonces lo había visto. Y la ingenua criatura, hondamente emocionada, murmuró:

– Yo creía que era usted feliz con esa vida que describe tan llena de encantos.

– ¿Feliz? No, Maya, no lo he sido nunca, ni un día, ni una hora.

– ¿No? Entonces, ¿por qué ha seguido usted viviendo de esta manera?

Oscar encontró la mirada purísima que la joven fijaba gravemente en él y bajó los ojos.

– ¿Por qué? Entonces diremos ¿por qué se vive? Para buscar esa dicha de la que nos hablan cantando en la cuna, esa dicha que en la juventud creemos encontrar allí... en el mundo, en el porvenir; y la perseguimos, corriendo detrás de esa quimera que retrocede y se aleja..., hasta que al fin se desvanece como una sombra..., hasta que renunciamos á ella y con ella á la esperanza.

Aquellas palabras amargas, desalentadas, eran pronunciadas con todo el acento de la verdad: Oscar conocía mejor que nadie aquella vida afanosa en pos de la felicidad que hacía años buscaba... ¿por qué caminos?, sólo él lo sabía. Aquella declaración llena de amargura producía un contraste extraño, hecha en medio de aquel mundo primaveral, en donde todo respiraba belleza, paz y esperanza. La superficie del pequeño lago brillaba herida por la luz del sol, que se filtraba al través del follaje del haya; las mariposas de variados colores, las libélulas de alas transparentes revoloteaban ligeras; el florido saúco perfumaba el aire y cubría con sus pétalos dorados el suelo alfombrado de hierba, y todos los rosales estaban atestados de flores. Era aquel conjunto una armonía de colores y aromas, de vida y de paz, y allá en el fondo la alta muralla de los azulados montes contemplaba severa aquel pequeño Edén.

Wildenrod miró á su alrededor, y su pecho se dilató en un hondo suspiro, como si hubiese querido absorber toda la paz, toda la pureza que en torno suyo reinaba; después inclinó los ojos sobre el rostro encantador de la inocente criatura, que ignoraba hasta el más leve soplo de aquella vida que él había apurado hasta las heces. La miró y vió sus dulces ojos obscuros llenos de lágrimas, mientras con temblorosa voz le decía:

– ¡Es horrible lo que está usted diciendo! ¿De veras no cree usted en la felicidad?

– ¡Sí, ahora sí que creo en ella!, exclamó Oscar apasionadamente. Aquí, en Odensberg, he aprendido de nuevo á esperar. Parece una fábula, ¿no es cierto?, la fábula de una joya que el hombre busca en el mundo por mil diversos caminos y que permanece escondida en el bosque silencioso hasta que llega el afortunado que la encuentra..., ¡y tal vez sea yo ese afortunado!

Diciendo esto, cogió entre sus manos la de Maya. Aquellas palabras, aquel ademán, arrancaron la venda de los ojos de la joven, la cual brusca, imprevistamente leyó lo que su corazón le revelaba; una sensación de felicidad desconocida invadióla por completo, pero al mismo tiempo sintió el mismo sobresalto que había experimentado en su primer encuentro con Oscar, el terror de aquella mirada ardiente que sabía hechizarla contra su voluntad.

– ¡Barón!..., murmuró temblando.

– ¡Me llamo Oscar!, repuso él impetuosamente.

– ¡Oscar..., déjeme usted!

– ¡No, no te dejo!, siguió diciendo Wildenrod con acento apasionado. He encontrado mi joya y no la dejaré mientras viva. Maya..., hay entre los dos una diferencia de muchos años..., no puedo ofrecerte juventud, y sin embargo te amo con el ardor de un joven. Desde el momento en que te me apareciste á la puerta de tu casa, comprendí que eras mi destino, mi felicidad... Y tú también me amas, lo sé; pero deja que lo escuche de tu boca. ¡Habla, Maya! ¡Dime que serás mía! ¡No puedes formarte idea de lo que salvarás en mí, de lo que de mí harás con esta promesa!

La tenía ceñida con su brazo, y aquel torrente de palabras de fuego caía en los oídos de la joven que, con la cabeza apoyada en el pecho de Oscar, le miraba sin miedo; los ojos de Wildenrod, llenos de ternura infinita, ya no le causaban espanto, y aquella confesión de amor destruía todo temor, todo presentimiento.

– ¡Sí, murmuró, te quiero, Oscar; te quiero tanto, tanto!..

– ¡Maya mía!, exclamó Wildenrod estrechando entre sus brazos á la joven y cubriendo de besos su cabeza y su rostro.

Una nueva vida ofrecíase al hombre maduro; el pasado con sus obscuras sombras quedaba sepultado en el olvido, y una voz regocijada cantaba en su corazón el himno de la naturaleza en aquel esplendente mayo, y le decía: ¡he aquí la primavera!

De pronto Maya se desprendió de sus brazos y alzó el rostro enrojecido.

– Pero Oscar... ¿y mi padre?, ¿consentirá?

Wildenrod se sonrió: sabía que la diferencia de edad entre él y Maya sería por sí sola un grave obstáculo á los ojos de Dernburg; sabía que no le sería fácil obtener el consentimiento de éste; pero todo esto no le arredraba.

– Tu padre me ha dicho que te quiere amada y feliz, dijo con infinita ternura, y Maya mía, Maya adorada, yo te aseguro que serás feliz y amada.

Mientras se desarrollaba en el jardín esta escena, el Sr. Dernburg estaba en su despacho, sentado delante de la mesa, ocupado en examinar los papeles que le había dejado el director. De pronto abrióse la puerta, y el conde Víctor entró sin hacerse anunciar, como antiguo amigo de la casa.

– He visto salir al director, dijo el joven. Perdone que le distraiga un momento, pero vengo á despedirme de usted.

– ¿No se queda á comer con nosotros?

– No, muchas gracias; he de regresar á Eckardstein... Dígame, Sr. Dernburg, ¿he de llevar á mi hermano una respuesta negativa? ¡Si supiese usted cómo contábamos con su presencia y con la de su familia!

– Lo siento, pero ya le he dicho á usted que para aquel día esperamos visitas.

El joven sintió toda la frialdad de aquella respuesta, y avanzó dos pasos, diciendo en voz baja:

– Sr. Dernburg, ¿qué tiene usted contra mí?

– ¿Yo?, nada. ¿Por qué dice eso, conde?

– ¡Si hasta me llama de otra manera que antes! Esta mañana todavía me llamaba usted Víctor y me ha recibido con su acostumbrada bondad; y en pocas horas soy para usted el conde y me trata como á un extraño. Aquí hay alguna influencia que creo adivinar.

Dernburg se puso serio; la alusión clarísima á Wildenrod le irritó, pero estaba acostumbrado á ir por el camino recto. ¿Por qué estudiar el modo de descubrir la verdad cuando se le presentaba tan buena ocasión para conocerla? Miró el semblante agraciado y franco del joven, y dijo lentamente:

– No me dejo influir por nadie, y á nadie suelo juzgar mal, y mucho menos á usted, Víctor, á quien conozco de niño. ¿Me permite que le haga algunas preguntas?

– Hágalas usted, yo se lo ruego.

– ¿Por qué ha permanecido tantos años lejos de su casa?

– Por razones personales, de familia.

– Que desea usted callar, á lo que veo.

– No, Sr. Dernburg, á usted no se las callaré... Nunca he estado en buenas relaciones con mi hermano, y desde la muerte de nuestro padre la situación se ha hecho todavía más difícil Conrado es el primogénito, el propietario del mayorazgo; yo, en cambio, sin su ayuda no podría sostener mi rango militar. Pues bien: esta ayuda me la ha dispensado de una manera tan ofensiva, que he preferido estar lejos de él.

Se veía que aquella confesión era penosa para el joven, y sin embargo nada decía que el Sr. Dernburg no supiera. Todo el mundo conocía la tirantez de relaciones que existía entre ambos hermanos, y la culpa principal estaba de parte del primogénito que, algunos años mayor que Víctor y soltero, era mal visto por su avaricia y por su orgullo.

Dernburg se limitó á decir:

– Y sin embargo, ha vuelto usted.

– Porque así lo ha deseado mi hermano.

– El cual ha concebido sus planes respecto de usted.

Víctor se estremeció y su semblante comenzó á cubrirse de rubor. El Sr. Dernburg, mirándole fijamente, continuó diciendo:

– Veo que adivina usted lo que quiero decir. Oiga, Víctor, seré franco con usted, pero espero que me contestará usted con la misma franqueza: se dice que Conrado le ha hecho venir para... explotar sus antiguas relaciones con Odensberg.

– ¡Sr. Dernburg!, exclamó Víctor dando un paso atrás.

– Diga, Víctor, ¿es cierto eso?

– Me hace usted la pregunta de una manera... respondió el joven turbado y bajando los ojos.

– Que no hay manera de contestarla en términos ambiguos: dígame sí ó no.

– No parece sino que considere usted esto como una ofensa, repuso el joven sin levantar los ojos del suelo. ¿Es acaso un delito pretender reanudar las relaciones de los primeros años? Pues bien: sí, vine atraído por la esperanza de ver realizado el sueño dorado que acariciara en los albores de mi juventud. ¿Qué mal hay en esto? Usted en mi lugar habría hecho lo mismo.

– Pero no obedeciendo á órdenes de otro, exclamó Dernburg con acento enérgico. Y eso que yo habría podido ofrecer una posición mejor que la suya, señor teniente.

El conde reprimió el impulso furioso que le acometió, y dijo procurando no perder la calma:

– Sr. Dernburg, este es un modo bastante duro de echarme en cara que soy pobre.

– No, porque la pobreza á mis ojos no es un obstáculo. La posición de usted es la de todos los segundones de las familias en donde existe el mayorazgo; pero se dice que su hermano de usted ha tenido otras razones para insistir sobre lo que se llama un buen partido. Siento ofender á usted, conde; pero es usted quien ha querido esta conversación, no yo.

– ¡También le han contado eso! ¡Y usted me lo dice así!, exclamó Víctor con amargura. Si he cometido algunas ligerezas, mi hermano me las ha hecho expiar bastante, y en este momento las estoy expiando diez veces más... Pues sí..., con los escasos recursos de que dispongo... contraje deudas... A Conrado le habría costado muy poco librarme de ellas, pero no ha querido hacerlo y me ha hecho ver la posible necesidad de que hubiera de presentar mi dimisión..., y entonces...

– Entonces aceptó usted el proyecto del hermano, dijo Dernburg con acento de desprecio. Lo comprendo, pero también comprenderá usted que yo no entrego á mi hija para esas... operaciones financieras.

El joven, cuyo semblante tan pronto palidecía como se ruborizaba, no pudo contenerse y lanzando un grito sordo levantó la mano en actitud amenazadora.

– ¡Conde!, exclamó Dernburg, ¿pretende acaso desafiarme porque tengo la franqueza de decirle mi opinión?

Víctor, confuso, dejó caer la mano.

– Sr. Dernburg; me ha profesado usted siempre un afecto casi paternal; Odensberg ha sido para mí un segundo hogar, y es usted padre de Maya, á quien yo...

– A quien usted ama, ¿no es esto?, preguntó el anciano sarcásticamente.

– Sí, á quien amo, exclamó Víctor animándose y fijando su mirada leal en la del anciano. La he amado desde el primer momento en que volví á verla... Sí, vine obedeciendo á mi hermano, sin repugnancia, esta es la verdad; pero cuando encontré á Maya, no ya niña, sino joven, bella, agradable, llena de gracia, un ángel, en una palabra, me olvidé de mi miseria y de su riqueza y me enamoré de ella con todo mi corazón, con toda mi alma, y... contaba con su antiguo afecto, Sr. Dernburg. Sí, la he amado y la amo por ella misma, por su belleza, por su gracia, por su inocencia; la amo porque... porque Dios lo ha querido. Pero después de lo que acaba usted de decirme, Sr. Dernburg, no me queda más recurso que salir para siempre de esta casa. Sólo una cosa le pido antes de marcharme, un favor sólo: que crea en la sinceridad de mi amor por Maya... Sí, amo á su hija de usted, aun cuando comprendo que la he perdido para siempre.

– Yo no debo juzgar sus sentimientos, conde, repuso el anciano con tono glacial, pero me hago cargo de que después de esta explicación prefiera no volver á Odensberg. Siento que hayamos de separarnos así; pero dadas las circunstancias, no puede ser de otro modo.

Víctor no contestó; inclinóse y salió del despacho. Dernburg le siguió con mirada sombría y suspiró murmurando:

– ¡El también! ¡Un joven tan honrado y tan leal ha aprendido á calcular! ¿Pero es que esta caza del dinero mata todo sentimiento? ¡Y á esto llaman felicidad!

XI

Cuando regresaba del parque, Wildenrod encontró á Enrique al pie de la escalera que conducía al piso superior, y hubo de detenerse para escuchar las lamentaciones de su cuñado.

(Continuará.)

CARTELES

DE LA EXPOSICIÓN DE ARTE ANTIGUO

Y DE LAS FIESTAS DE NUESTRA SEÑORA DE LAS MERCEDES

He ahí dos producciones que por causas diversas ofrecen la particularidad de llamar poderosamente la atención del público y de los inteligentes. La primera, obra del pintor meritísimo D. Ramón Casas, ha de estimarse como la continuación de su labor, una página más de su amplio álbum de estudios, una hoja de su copiosa cartera, siempre interesante y atractiva, porque cada esbozo, cada trazo, es el resultado de un estudio del natural, ejecutado con esa gallardía y facilidad propias y exclusivas de quien de modo admirable maneja el lápiz y sabe dar forma y cuerpo á cuanto se halla sujeto á su observación. El cartel á que nos referimos, considerado como manifestación pictórica, es digno de encomio, y según decimos, es un nuevo testimonio de un pintor tan laborioso como dotado de felicísimas cualidades y aptitudes.



Cartel anunciador de las fiestas de la Merced, obra de José Triadó que ha obtenido el primer premio en el concurso celebrado por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona.

Cuanto al cartel anunciador de las Fiestas de Nuestra Señora de las Mercedes, obra de nuestro cariñoso amigo y distinguido colaborador artístico José Triadó, sólo hemos de decir que fué premiado por un Jurado compuesto de notables artistas, en el concurso abierto por el Excmo. Ayuntamiento de nuestra ciudad. La distinción de que fué objeto demuestra que el Jurado lo consideró superior á los demás, y en este concepto lo reproducimos, ya que como consecuencia de tal veredicto ha sido adoptado por la corporación municipal.

Nuestros lectores conocen ya las especiales aptitudes que concurren en el Sr. Triadó, por haber podido admirar algunas de sus producciones decorativas en las páginas de esta Revista, por cuyo motivo hemos de limitarnos á felicitar á nuestro amigo por este nuevo triunfo, que es el tercero alcanzado en el transcurso del presente año.

***

LOS ALUVIONES AURÍFEROS

DE COLOMBIA

La República de Colombia es rica en yacimientos auríferos; y á no ser por el clima y por las dificultades del transporte, aquel país sería desde hace tiempo una pequeña California. Explótase allí una cantidad de oro bastante considerable por medio de procedimientos rudimentarios, y el día en que el gobierno se decida á construir algunas líneas férreas, la extracción del oro tomará gran incremento.

En Colombia, como en otras partes, el oro existe en filones y en aluviones; de estos últimos nos ocuparemos exclusivamente, á fin de mostrar de qué modo se han formado á expensas de los filones.

Allí se encuentran en menos cantidad que en California los aluviones antiguos, es decir, depósitos de oro rodado anteriores á las erupciones del período geológico llamado terciario; sin embargo, ciertos aluviones colombianos corresponden á antiguos lechos de ríos que ya no existen á consecuencia del trastorno orográfico de sus inmediaciones, producido por una erupción volcánica, por un terremoto ó por una serie de conmociones seísmicas. De este género son algunos aluviones de la provincia de Tolima.

Mucho más frecuentes son los depósitos de arenas auríferas que se encuentran, bien á la orilla de los ríos actuales, bien á cierta altura sobre los lechos de dichos ríos; pero cualquiera que sea la posición de estos depósitos, es evidente que los ríos actuales son los que han contribuído á su formación de la manera que vamos á explicar.

Hace miles de años, los ríos tenían una pendiente y un caudal mayores que en la actualidad, y arrastraban grandes elementos, bloques enteros de roca y árboles inmensos, arrancados del suelo con sus raíces. Aun hoy en día se ve descender algunos árboles por el río Magdalena. Por razón de estos arrastres considerables del río y quizás también por efecto de una conmoción volcánica, el valle quedó un día obstruído en un punto en que era más estrecho, y entonces ¿qué sucedió? Como el valle estaba cerrado y las aguas seguían afluyendo en gran cantidad, formáronse lagunas inmensas, de las que todavía se ven algunas cerca de los ríos que corren junto á las costas y que no tienen la fuerte pendiente de los que bajan de las montañas. De estas lagunas las hay que tienen una extensión de muchos kilómetros, como por ejemplo la de Chimbuza, junto al río Patín, en el Océano Pacífico.

De esta manera, á un período de torrentes sucede otro de aguas tranquilas y las más de las veces muy profundas, en cuyo fondo se descomponen las rocas que forman el substracto del valle. Ahora bien: este substracto se compone generalmente de antiguos esquistos, y estos esquistos contienen á menudo pequeñas impregnaciones de cuarzo que encierra sulfuros de diversos metales mezclados con oro. Bajo la acción de las aguas, ha habido primero corrosión de la roca y oxidación de los sulfuros, y después los óxidos se han separado en el momento en que el agua volvía á ser corriente, porque eran más ligeros. El oro, en cambio, se concentró en una arena azul *(caliche)* que constituye la base de casi todos los aluviones y que es siempre la parte más rica de los mismos. De modo que el oro no se movió del sitio en que estaba, y en efecto, se encuentran en esas arenas pepitas, muy pequeñas, es cierto, pero que no han sido rodadas, puesto que tienen bien conservadas sus aristas.

Las aguas han vuelto, pues, á ser corrientes con una pendiente menos fuerte que antes, porque el relieve del suelo ha sido algo modificado bajo la influencia tal vez de una débil conmoción seísmica, reanudándose entonces el régimen de los arrastres de rocas, procedentes de mayor altura, que han sido arrancadas de los filones mismos ó de los terrenos en que estos filones están encerrados. Los guijarros arrastrados y mezclados con arcilla, que no debe ser muy abundante en los conglomerados, puesto que ocasiona grandes pérdidas de oro en los canales de lavado, se depositan en la arena azul ya existente y forman conglomerados *(veneros)* de gran espesor. Después, con el tiempo, el tamaño de los guijarros disminuye y llega á la consistencia de las arenas, arenas análogas á las que depositan los actuales ríos y que contienen, además de oro, del platino y del óxido de hierro magnético, cierta cantidad de hierro cromado, hecho interesante digno de consignarse.

Así se han formado los depósitos aluvionales que, por otra parte, se encuentran especialmente en los puntos en que el río cambia bruscamente de curso, en donde su lecho tuerce á veces en ángulo derecho. Esto se explica fácilmente: estos puntos son probablemente cercanos á aquel en que se ha realizado la reapertura del lecho; allí debía acumularse todo lo que arrastraba el río, encontrándose todavía en aquellos codos bruscos los troncos de árboles y los restos de toda especie por el río arrastrados. En estos codos se recoge también una arena fina y rica que puede lavarse siempre con beneficio.

Al final del período del depósito de las arenas y de los conglomerados, hay que admitir que un movimiento geológico más importante determinó la submersión general de toda la región, habiendo habido tal vez hasta una incursión del mar; así se justifica el depósito de arcilla que por lo general cubre los aluviones y que los oculta á la vista, ayudada por la espesa vegetación de los bosques vírgenes.

Más adelante, el país recobró su aspecto primitivo, corriendo nuevamente las aguas hacia el mar; entonces los ríos se abrieron el cauce que actualmente tienen, bien al través de la arcilla, bien al través de toda una capa de aluviones que revelan á los ojos del buscador de oro formaciones auríferas de ocho y diez metros de espesor, y á veces más.

Sobre estos aluviones se forman aún hoy en día nuevos depósitos, que son la repetición en pequeña escala de lo acaecido en otro tiempo.

En la actualidad, á causa del régimen muy lluvioso bastante especial y común á los países tropicales, los ríos tienen muy fuertes crecidas que pueden alcanzar tres y cuatro metros de diferencia de nivel; entonces la corriente desgasta las playas de los aluviones más antiguos ó se lleva la parte superior de un filón de cuarzo anteriormente descompuesto y oxidado por la humedad del clima. En el transporte el contenido de oro se enriquece, habiendo en cierto modo un enriquecimiento industrial por lavado en grandes extensiones.

El enriquecimiento, por otra parte, es siempre el mismo, y si las cantidades de oro contenidas en los aluviones no son muy elevadas, en cambio son constantes, más constantes que en otros países auríferos, como por ejemplo la Guayana. Para una explotación industrial esto no constituye una desventaja, y con un contenido medio de cuatro ó cinco francos de oro por tonelada, pueden instalarse, ó bien una exportación hidráulica, si hay una presa de agua fácil, ó excavadores con canales de lavado de las arenas, ó dragas en los lechos de ciertos ríos.



Cartel anunciador de la Exposición de Artes antiguas que se celebrará en Barcelona durante las próximas fiestas de la Merced, obra de Ramón Casas.

Los dos primeros métodos de explotación se con-

ciben por el modo de formación de aluviones que hemos explicado. Lo propio sucede respecto de los dragados en determinados puntos: en efecto, todos los valles deben de contener aluviones en mayor ó menor cantidad; si estos aluviones han sido arrancados han tenido que serlo por los ríos, por consiguiente ha podido quedar cierta cantidad de aluviones en el fondo de éstos, y la capa más profunda de los mismos es precisamente la parte que contiene mayores cantidades del precioso mineral.

FÉLIX COLOMER.



MEDALLA CONMEMORATIVA DE LA INAUGURACIÓN DEL PUERTO DE TÚNEZ, obra de Bottée

MEDALLA CONMEMORATIVA

DE LA INAUGURACIÓN DEL PUERTO DE TÚNEZ,

OBRA DE BOTTÉE

El autor de esta medalla figura entre los más notables artistas que en Francia se dedican á esta especialidad, y se cuenta en el número de los que como Chaplain, Roty, Vernou y Patey rinden culto á los más levantados ideales, cultivando casi exclusivamente el género de los símbolos y de las alegorías, en contraposición á los que como Charpentier, Yencesse y otros buscan en sus obras la expresión de la realidad.

Que Bottée es artista de altos vuelos y al mismo tiempo de una ejecución intachable, lo demuestra elocuentemente la medalla que adjunta reproducimos; la habilidad con que en el anverso de ésta ha vencido las dificultades de perspectiva, representando de una manera admirable en tan limitado espacio la figura que simboliza la República Francesa y la ciudad y el puerto de Túnez, el acierto en la colocación de la leyenda, la inspiración que revela la composición del reverso y la delicadeza y corrección con que aparecen modeladas las figuras y los menores detalles, son cualidades que revelan á un gran maestro. – X.

* * *

LA CURA DE LA OBSCURIDAD

Existen numerosas curas de luz, natural ó artificial, y hay enfermedades que se tratan por medio de luces de varios colores; ¿por qué, pues, no ha de haberlas que se curen con la obscuridad? Esto es lo que se habrá preguntado sin duda un médico norteamericano, Mr. A. P. King, que por medio de la obscuridad se dedica á tratar la malaria.

¿Y por qué solamente la malaria? ¿Qué conexión existe entre la luz y la fiebre palúdica? El doctor King va á explicárnoslo. En primer término hace observar que las razas muy pigmentadas, de piel bronceada, son menos susceptibles con relación á la fiebre palúdica que las que tienen la piel más blanca; pues bien, en aquellas razas la luz penetra á menos profundidad al través de la piel. Por otra parte, dos observadores italianos, Celli y Tachini, han notado que los años en que la malaria causa mayores estragos son, no los más calientes, sino aquellos en los cuales la iluminación solar es más intensa, en que las nubes son más raras. En la Jamaica, otro médico americano, el doctor Jackson, ha comprobado que los campos frecuentemente envueltos por la niebla presentan menos casos de malaria que los más iluminados por el sol. Y en general, el mal tiempo influye favorablemente en los enfermos atacados de fiebres palúdicas. Finalmente, Flint hace observar que los paroxismos nocturnos son muy raros, y que cuando en el ciclo los accesos que se presentan cada día con algún retraso, habrían de presentarse de noche, sucede las más de las veces que faltan y no se presentan hasta la mañana siguiente.

En todos estos hechos que, dicho sea de paso, tienen muchas excepciones, funda Mr. King su nuevo tratamiento de la malaria, es decir, la escototerapia ó tratamiento por la obscuridad. Por otra parte, es muy admisible que la luz pueda ejercer directa ó indirectamente una influencia sobre el parásito diseminado en la sangre. Para evitar que esta influencia se produzca, Mr. King aconseja que los enfermos permanezcan en la obscuridad durante los accesos de fiebre y que en los intervalos vistan trajes de color obscuro, negros, que no dejen pasar la luz.

El principio del método es muy sencillo; pero para que pueda merecer entera fe es preciso que además de las razones teóricas anteriormente expuestas, nos ofrezca Mr. King observaciones clínicas que constituyan la demostración del valor práctico de su tratamiento. – R.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

Viaje á la luna, por *Cyrano de Bergerac*. – El editor barcelonés D. Antonio López ha obrado con muy buen acuerdo incluyendo en su popular «Biblioteca Diamante» esta obra del célebre escritor festivo francés del siglo XVII, digna por sus condiciones literarias y por su fina sátira de ser vulgarizada. Precio, 2 reales.

***

Cantos rodados, por *José María Vélez*. – Este libro es una colección, más bien que de artículos, de impresiones sentidas por un poeta ante la contemplación de la naturaleza. En ellas se desborda el alma del Sr. Vélez, de suerte que el lector no sólo ve los espectáculos que el autor describe con elegante estilo, sino que aprecia toda la poesía que de ellos se desprende. *Cantos rodados* ha sido impreso en Buenos Aires, en la imprenta de J. Peuser.

***

Nietzsche-Emerson-Tolstoy, por *Enrique Sánchez Torres*. – El autor de esta obra analiza las doctrinas de estos tres filósofos contemporáneos, estudiándolas minuciosamente, criticándolas desde un punto de vista eminentemente católico, haciendo resaltar los errores de las unas, lo que puede haber de bueno en las otras y haciendo en suma de todas ellas un detenido examen y un juicio basado en justas observaciones. El libro ha sido impreso en Gracia (Barcelona) en la imprenta de la viuda de J. Miguel.



Pasando el rato, cuadro de Luis Graner. (Salón Parés.)

***

Parsifal, por *Miguel Doménech Español*. – La índole especial de esta sección no nos permite ocuparnos con la detención que se merece de esta obra notable é interesante, digna de figurar entre las mejores que sobre Wagner y su música se han escrito. Á pesar nuestro, pues, hemos de limitarnos á decir que en ella se analizan y demuestran de un modo claro la significación y el simbolismo musicales de *Parsifal*, esa colosal creación del genio de Bayreuth, que constituye la verdadera apoteosis musical de la religión católica, estudiando uno por uno los motivos de la ópera y desentrañando su sentido, no con relación á la letra, sino por su propia estructura. Al final hay varias notas para la mejor comprensión del texto, y se reproducen multitud de fragmentos de la partitura, gracias á lo cual y al método y claridad con que está escrita, puede la obra ser comprendida aun por aquellas personas que no tengan instrucción musical alguna. Este libro, traducido del catalán al francés por Jules Villeneau, ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Fidel Giró, y se vende á cinco francos.

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 29 de septiembre de 1902 — Núm. 1.083



MARÍA ANTONIETA Y SUS HIJOS,

cuadro de Mme. Vigée-Lebrún. que se conserva en el Museo de Versailles

SUMARIO

REVISTA HISPANO AMERICANA

Los boers en América: tentativas hechas para atraerlos como inmigrantes á la *República Argentina:* escasas probabilidades de conseguirlo. – El divorcio vencido en el Congreso Argentino. – *Bolivia:* situación del Acre: el ferrocarril del Madera-Mamoré. – *El Ecuador:* la Comisión geodésica francesa: las vías de comunicación: ferrocarriles en construcción y en proyecto. – *Nicaragua:* intentos revolucionarios y supuesta intervención de Colombia. – *Honduras:* la elección presidencial y las damas hondureñas.

Desde los días en que lord Roberts, con sus millares de hombres y centenares de cañones, pudo invadir el Orange y el Transvaal, muy pocos dudaron ya del total vencimiento de los boers, y suponiendo que no habrían de soportar el yugo inglés y que abandonarían el territorio en que habían vivido independientes, varios gobiernos de América, ávidos de ganar inmigración útil, pensaron en la conveniencia de atraérselos. Con inmigrantes de tal valía, no desprovistos de recursos propios, y maestros en las artes y trabajos de la labor de tierras y de la cría de ganados, seguramente podría darse extraordinario impulso á la colonización y población de América.

En Méjico y la Argentina principalmente se puso empeño en ofrecer terrenos á los boers, y aun se logró, por lo menos en la segunda de dichas repúblicas, que algunos comisionados de aquéllos fueran á estudiar las condiciones del país y de las tierras que podían entregárseles. Se concedía á los nuevos colonos un lote de 60 leguas cuadradas, y en julio último había esperanza de llevar á los territorios del Sur numerosa población surafricana.

Habían llegado tres boers, y uno de ellos llamado Baumann, persona de buena posición, recorrió á caballo durante 25 días gran extensión del país, y resolvió establecerse en el paraje que les había sido asignado y que se halla entre el puerto Comodoro Ribadavia y el puerto Malaspina, con 6 leguas de frente al mar por 10 de fondo hacia el interior. Esperábase la llegada de buen número de familias, la mayor parte de las cuales podían aportar un capital no menor de 10.000 pesos cada una.

¿Se hallan ya estas familias en América ó en camino del Nuevo Mundo? Lo ignoramos; pero no creemos aventurarnos mucho al afirmar que esa inmigración tan conveniente para la República Argentina no se realizará, al menos en las proporciones que se suponía.

Los boers no han sido vencidos. A raíz de uno de los mayores desastres que han sufrido los ingleses, la derrota y prisión de Methuen, extremaron éstos sus gestiones para conseguir la sumisión aparente de aquéllos, y con toda urgencia la pedían, pues les interesaba sobre manera obtenerla antes de los días señalados para la coronación del rey.

Sacrificaron los boers algo del amor propio nacional y de raza para lograr ventajas positivas mediante compromisos de que no hay noticia exacta y completa.

El tratado público satisfizo á medias al orgullo británico; las demás condiciones mediante las cuales los boers se decidieron á deponer las armas, hay que deducirlas de los hechos, y éstos nos dicen, por ejemplo, que los supuestos vencidos envían sus generales á Inglaterra en actitud tal, que no parece sino que han ido á recordar y á exigir al mismo monarca inglés el cumplimiento de los pactos convenidos, y con éxito tal que la cantidad prometida por la Gran Bretaña para reedificar las granjas que destruyeron sus soldados ó para indemnizar á los boers arruinados por la campaña, es decir, esa peregrina indemnización de guerra que el supuesto vencedor paga al vencido, casi se ha duplicado.

Podrán, pues, los boers restaurar en el propio país y con el oro inglés sus fuerzas económicas. Desde el punto de vista político quedan poco más ó menos como no ha muchos años estaban, independientes de hecho bajo la soberanía nominal del Rey de Inglaterra, y *además* podrán intervenir en los asuntos de la Colonia del Cabo, si se les da participación en los Consejos y gobierno de ésta, bajo el supuesto de que el Orange y el Transvaal son parte de los dominios ingleses del África del Sur.

Los boers han admitido estos supuestos para restablecer la paz. En la realidad, su prestigio y su influencia en África han ganado terreno; hay ahora experiencia más cabal y completa de lo que valen y pueden, y han de ser mucho más respetados y temidos que antes de la guerra.

En tales circunstancias, no es verosímil que emigren. ¡Siempre los ingleses funestos para la raza española! Demasiado positivistas, les ha faltado constancia y patriotismo para imponerse á los boers obligándoles á que se sometieran á discreción, y la América española pierde ese refuerzo, que tanto necesita, de colonos ricos, vigorosos y emprendedores (1).

***

La cuestión del divorcio en la Argentina se ha resuelto á favor de los antirreformistas. Muy apasionados los ánimos, casi por asalto entraba el público en el Congreso, ávido de escuchar todo cuanto se ha dicho en pro y en contra de la indisolubilidad del matrimonio. En la Cámara la opinión estaba muy dividida, y el resultado era dudoso: amigos y adversarios del divorcio extremaron sus esfuerzos para conseguir el triunfo; pronunciáronse buenos discursos, y cuando llegó el momento de votar, sólo por dos sufragios (50 contra 48) quedó desechado el proyecto.

***

En los primeros días de julio último salió de La Paz la cuarta expedición militar al Acre, á las órdenes del coronel Rosendo Rojas.

Esta noticia que nos traen los periódicos de América prueba que aún no está pacificado ese país. Los aventureros del Acre no aceptan de buen grado la autoridad de Bolivia, y han de aprovechar la primera ocasión que se les presente para suprimir la aduana que les estorba.

Para asegurar su dominación en esa zona central de América, el gobierno boliviano no sólo envía tropas, organiza una administración completa en toda clase de servicios y hace imprimir un periódico, *El Acre*, cuyo primer número declaraba que su propósito era dar á conocer esa región en el interior y el exterior, familiarizar á sus habitantes (casi todos de origen extranjero) con los hábitos nacionales, demostrarles la bondad de las leyes é instituciones de Bolivia, y en suma, *bolivianizar* el Acre.

Pero así en esta empresa como en la concesión del país á Sindicatos, Bolivia corre peligro de chocar con el Brasil. Son brasileños la mayor parte de los colonos que explotan las gomas del Acre, y no están bien determinados los confines entre ambas repúblicas por esa parte.

Pudiera en su día contribuir á la solución del probable conflicto el ferrocarril del Madera-Mamoré, proyectado por ingenieros brasileños, vía férrea que, abriendo á los productos de Bolivia fácil camino al Atlántico por la cuenca del Amazonas, obligaría á los dos Estados á pactar alianza por mutuo interés.

***

La República del Ecuador, en cuyo territorio Bouguer, La Condamine y Godin midieron, en el siglo XVIII, el arco de meridiano ecuatorial, atrae de nuevo la atención del mundo científico.

Francia también ahora, por iniciativa de la Asociación geodésica internacional, acomete y renueva estos trabajos, á los que ya nos referimos en anterior *Revista* (2).

Geodestas franceses realizan en los mismos lugares operaciones análogas á las que cumplieron los sabios de aquel siglo; pero midiendo arco de mayor amplitud, y con aparatos y mediante procedimientos mucho más perfectos que los que hubieron de utilizarse hace 160 años. Hasta fines de 1904, probablemente, no se terminará tan importante tarea.

Entretanto, el jefe de la misión, comandante Bourgeois, no limitándose al cumplimiento estricto del encargo que recibió de su gobierno, estudia el país, y especialmente sus elementos de producción y riqueza, y comunica interesantes datos á las Sociedades y Revistas geográficas de Francia.

Expresa gran confianza en el porvenir de El Ecuador, cuya región interandina tiene excelentes condiciones de habitabilidad. El único obstáculo que se opone (como en la mayor parte de la América meridional) al progreso económico es la falta de vías de comunicación. Desde este punto de vista, El Ecuador, en 1902, se halla casi en el mismo estado que bajo la dominación española, es decir, en la época en que allí estuvieron los académicos franceses del siglo XVIII. El antiguo *camino real*, que atraviesa la república de N. á S., y un par de sendas que van desde Guayaquil hasta la meseta andina, constituyen toda la red de caminos por los que las provincias del interior pueden comunicar con la costa y, por consiguiente, con el resto del mundo.

De Guayaquil parte hacia la Cordillera un ramal de ferrocarril. Por éste ó por vía fluvial llegan las mercancías á Puente de Chimbo ó á Bobahoyo ó Bodegas; desde aquí, los arrieros se encargan de transportarlas á lomo de mulos hasta Quito. Y los tales arrieros son los árbitros del tráfico; bultos muy pesados ó de forma poco adecuada para cargarlos sobre las caballerías, no pasan. Nos cuenta Bourgeois que hace años está en Bobahoyo la caja desmontada de un landó destinado al presidente de la República.

Compréndese, pues, la gran importancia que tiene la construcción del ferrocarril proyectado entre Guayaquil y Quito. La primera parte, ya terminada, es el ramal que antes se citó, y se están construyendo los 90 kilómetros de vía que hay entre Chimbo y Guamote, en la meseta. La compañía concesionaria asegura que se concluirá esta segunda sección á fines de 1902.

Hay otro proyecto, la línea directa de Quito al Pacífico en la bahía de Caracas ó Caraquez por los valles de los ríos Imbana, Toachi y Chone. Bourgeois es partidario de esta línea, entre otras razones porque la patrocina la colonia francesa de El Ecuador. Tiene en contra la circunstancia muy atendible de que no hay puerto en la citada bahía, y sería preciso construirlo.

Lo indudable es que con la llegada del ferrocarril á la meseta, la República ecuatoriana tomará nueva fase económica, modificándose profundamente las condiciones de vida en ese país, pues se calcula que, aparte la rapidez de los viajes, mediante la vía férrea el precio de ciertos artículos de comercio bajará en la proporción de diez á uno.

***

Al gobierno colombiano tienden á hacer responsable los nicaragüenses de las tentativas de insurrección contra el presidente Zelaya. Los descontentos pudieron fletar un vapor para hacer desembarco en la costa oriental, en la zona de Blewfields; vencidos, tuvieron que rendirse, y casi todos los invasores quedaron prisioneros.

Aparte el auxilio que, según recelan los conservadores de Colombia, presta Nicaragua á los liberales en armas en aquella República, podría acaso darnos la clave de la intervención colombiana en esos movimientos revolucionarios de Nicaragua el propósito de debilitar á ésta para, en su día, insistir en los derechos históricos que alega Colombia á todo el litoral atlántico hasta el cabo de Gracias á Dios, como lo hizo constar en documentos que presentó al árbitro con motivo del litigio sobre límites con Costa Rica, no ha mucho resuelto por el presidente de la República francesa.

***

Los periódicos de Honduras revelan todo el interés que allí se pone en la campaña electoral para renovar la presidencia. Hasta las mujeres intervienen. La prensa publica largas listas de adhesiones á tal ó cual de los candidatos, y abre «Sección de Honor» para dar en ella puesto especial á las actas y manifestaciones que suscriben las damas hondureñas. Uno de los candidatos más favorecido por éstas es el Dr. D. Marco Aurelio Soto.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

(1) Compuesta ya esta *Revista*, que nos remitió el autor con fecha 19 del mes actual, ha publicado *El Imparcial* de Madrid del día 23 un artículo del Sr. Vera, en el que da cuenta éste de la conferencia que tuvo con el Dr. Reitz en Scheveningen. Las declaraciones del Sr. Reitz demuestran la exactitud de las apreciaciones y juicios del Sr. Beltrán Rózpide respecto de la paz anglo-boer y sus consecuencias. «La persistencia de nuestro núcleo nacional está asegurada...» «Los boers no piensan en emigrar en masa;» así afirma rotundamente el secretario del Estado del Transvaal. *N. de la R.*

(2) En LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA correspondiente al 17 de junio de 1901.



PARQUE DE VERSAILLES. – EL ESTANQUE DE APOLO

LAS NUEVAS SALAS DE VERSAILLES

Y EL PEQUEÑO TRIANÓN

Cuando cree uno haber visto todas las bellezas de Versailles, resulta que al visitar de nuevo aquella residencia encuentra muchas en que antes no se fijara, ó abiertas puertas hasta entonces cerradas, y admira nuevas preciosidades de las que el rey Sol había acumulado en aquel palacio.

Las nuevas salas eran en tiempo de Luis XVI las habitaciones del Gran Delfín; más tarde fueron ocupadas por el regente Felipe de Orleáns, y después por el Delfín, hijo de Luis XV, para quien se arreglaron tal como están hoy, conforme al más puro estilo de aquella época, confiándose su instalación á los más célebres ebanistas, que las llenaron de obras de arte.

En el gran gabinete se admira la más hermosa colección que en el mundo existe de cuadros del famoso Nattier, el cual nació en 1685 y obtuvo, á la edad de quince años, su primer premio en la Academia.

Cuando pintaba, procuraba embellecer los retratos; mas, á pesar de esto, cuando se examinan sus pinturas no puede menos de admirarse su semblanza con los originales.

Mucho pintó y mucho dinero ganó Nattier, pues sus cuadros estuvieron muy en boga, pero con la misma facilidad con que lo ganaba lo gastaba. Su retrato de Mme. Adelaida, la hija de Luis XV, es una verdadera maravilla: el cabello empolvado contrasta con aquellos ojos negros que, sombreados por grandes pestañas, se destacan sobre el rostro blanco y sonrosado; y el traje de brocatel con el corpiño muy acentuado, todo cubierto de estrellas y pedrería, dan á este cuadro un aspecto encantador que halaga por mucho rato los ojos. La minuciosidad de los detalles del vestido no es la que hoy se observa en las obras de quienes no saben hacer otra cosa que labor de chino, por decirlo así, sino que en cada pliegue, en cada reflejo de la tornasolada tela se ve un admirable estudio de luz.

Otro tanto podemos decir del retrato de Mme. Sofía: de cara expresiva y bondadosa, con ojos azules y rubias pestañas, sin parecerse á su madre, la reina María Leczinska, tiene cierto aire de familia que cautiva; el vestido está tratado de un modo distinto que en el anterior retrato, los valores de la pintura aparecen más buscados y los detalles están hechos con precisión, pero algo más ligeramente y procurando imprimir en el conjunto un sello de modestia. En la misma actitud de la mano que recoge el velo, prendido en la frente con un grueso brillante, se ve el modo de ser reposado de aquella princesa que fué una de las mujeres más hermosas de su tiempo. Las rosas de la guirnalda están pintadas con el cariño del hombre que no ve en ellas sino un detalle cuya tonalidad haga resaltar el matiz aterciopelado de la cara.



PEQUEÑO TRIANON. – EL TEMPLO DEL AMOR

El retrato de Luisa de Lorena, princesa de Turena, pintado por el mismo Nattier, es una muestra del tercer estilo de tan gran artista: en él ya no procura en manera alguna imponerse al público, ni pretende que todo el mundo vea en aquellas princesas de Francia la majestad de su linaje; su pincel obedece únicamente á la inspiración, y en el traje no aparece ya la profusión de detalles, imperando en todo él la sencillez. La mirada de la princesa de Turena, que ningún adorno lleva en la cabeza ni en el escote, viene á corroborar lo que el artista se propone, es decir, que sabe pintar damas ilustres sin apelar á otros recursos que á la reproducción de su belleza personal.

Otros cuadros podría citar de este maestro, como por ejemplo, el de Mme. Victoria y el de Josefina, de Sajonia, sencillos de composición y de factura, pero no son tan interesantes como los anteriormente mencionados.

En la sala contigua tiene Vanloo un retrato de Felipe V de España, que se impone desde el primer momento. Vanloo fué llamado á España por el nieto de Luis XIV, por recomendación del célebre pintor Rigaud, que no quiso moverse de Francia y que, conociendo lo mucho que aquél valía, no vaciló un instante en proponerle en su lugar. En Madrid impresionóle profundamente la solidez del arte de Velázquez, y enamorado de la escuela española, empapóse de ella, sin que por eso tratase nunca de ser un simple copista de la misma.

Al lado del retrato de Felipe V hay otro de madame Boucher d'Orsay, pintado por Raoux, que es una obra encantadora, sorprendiendo en él la sencillez, las delicadas tonalidades de las telas grises y la finura del rostro de aquella belleza del siglo XVIII. Juan Raoux era hijo de Montpellier, en donde nació en 1674; Felipe V quiso llevarlo á España, cuando ya era conocido como gran pintor; pero el artista no quiso aceptar la invitación por motivos de salud. Raoux pintaba en todos los retratos alegorías, substituyendo al natural gracias convencionales; de el puede decirse que fué el precursor de Boucher.

Recorriendo las habitaciones del Delfín, se pasa por el dormitorio, cuya chimenea con su marco es obra de Caffieri y representa á Flora y á Cupido; en el centro de la misma hay un mármol de Houdón. En la cámara del fondo se ve un cuadro que domina toda la sala y que atrae todas las miradas: representa á María Antonieta rodeada de sus hijos y es obra de Mme. Vigée-Lebrún. La figura de la reina, vestida con traje de terciopelo encarnado y teniendo en su falda á un infante vestido de blanco, es de un efecto altamente simpático y causa una impresión subyugadora, sobre todo para el que recuerda lo mucho que en aquellos mismos lugares gozó y padeció la infortunada soberana, de la que vive un recuerdo en cada árbol y en cada planta y

sobre la cual cayeron todas las calumnias y villanías de una corte crapulosa, acostumbrada á todos los desórdenes y escándolos de los tiempos del Regente y de Luis XV, que no podían ser del agrado del bondadoso Luis XVI ni de la sencilla hija de María Teresa.

Los cortesanos no se avenían con que la reina jugara á la campesina y á la jardinera; no, querían placeres más libres, y sobre todo lo bueno que allí se hacía caía la baba de la calumnia para decirle al pueblo que los reyes derrochaban su dinero, cuando todos los males eran hijos de las prodigalidades de la Pompadour y de la Du Barry.

Mme. Vigée-Lebrún pintó á la reina en todo el esplendor de su belleza, y no fué aquél su único retrato de María Antonieta, sino que de su pincel salieron otros muchos que se conservan en museos y galerías célebres. Esta artista era hija de un famoso é inteligente tratante en cuadros, y aprendió casi por sí sola las primeras nociones del arte; posteriormente, J. Vernet le dió consejos que le sirvieron de mucho. Su marido era jugador, y cuanto ella ganaba gastábalo él en mujeres de la peor calaña; de modo que al partir para la emigración, Mme. Vigée-Lebrún apenas tenía quinientos francos. Más adelante regresó á París, residiendo en el hotel Lubest, de la calle de Clery.

En la Academia Francesa ocupóse de ella Lahargue, quien en un discurso sobre el talento de las mujeres decía hablando de esta célebre artista:

Lebrun, de la beauté le peintre et le modèle,
Moderne Rosalba, mais plus brillante qu'elle,
Joint la voix de Favart au soucis de Vénus.

Un día estaba Mme. Vigée-Lebrún pintando el retrato del que fué más tarde Luis XVIII, el cual cantaba y desafinaba horrorosamente.

—¿Cómo os parece que canto?, le preguntó éste.

—Como un príncipe, respondióle con mucha gracia.

Su salud se resintió de tanto trabajo, y como no salía casi nunca de su casa, comenzó á dar bailes, comidas y reuniones. Sus cenas artísticas eran objeto de grandes comentarios, y en sus conciertos cantaba Garat, acompañado por la dueña de la casa, y tocaban Viotti, Jarnowich, el príncipe de Prusia y Gretry. En aquellas fiestas artísticas reinaba la mayor modestia, por no decir miseria, habiéndose dado el caso de que muchos invitados hubieran de sentarse en el suelo por falta de sillas. Y sin embargo, el público y los que no estaban invitados la criticaban diciendo que derrochaba de una manera horrorosa: había quien decía que cada cena le costaba 20.000 francos; las gacetas de Prusia afirmaban que 40.000 y aun las de San Petersburgo aumentaban esta suma hasta 80.000, cuando ninguno de aquellos *banquetes* le costó nunca más de 100 libras.

***

No es posible ir á Versailles y ver el retrato de María Antonieta, sin que se sienta uno impulsado á visitar el Pequeño Trianón y el encantador *Hameau.*

Al salir del palacio, siguiendo la gran avenida en donde los jarrones de mármol alternan con los grupos escultóricos de los más grandes maestros, nos encontramos con el estanque de Apolo, cuyo grupo principal de plomo fué ejecutado por Tuby según los dibujos de Lebrún. El carro del dios del Sol, á quien la mitología griega hacía surgir todas las mañanas del Océano para iluminar la tierra y hundirse todas las noches entre las ondas, es una alegoría de Luis XIV, que se hacía llamar Rey Sol, y á quien los poetas y cortesanos comparaban con aquella divinidad. De aquel surtidor salen verdaderos ríos de agua con tal arte dispuestos, que hacen de este lago una de las maravillas de aquellos jardines.



PEQUEÑO TRIANÓN. – La casa del señor

Pasados el Gran Trianón y los jardines de la reina, nos encontramos en el Pequeño Trianón.

María Antonieta había sido siempre aficionada al arte de la jardinería, y cuando vió al duque de Chartres trazar el jardín de Monceau, según la moda inglesa, faltóle tiempo para imitarlo. «Desde hace muchos años – escribía á María Teresa el conde de Mercy-Argenteau, embajador de Austria en Francia – y cuando la señora archiduquesa era todavía delfina, deseaba mucho tener una casa de campo para ella sola y en este sentido había formado varios proyectos.»

El rey le regaló Trianón, y las flores del Jardín Botánico fueron transportadas á París, al Jardín de Plantas, en donde Bernardo de Jussieu las utilizó para sus *parterres.* María Antonieta dirigióse al jardinero Richard, que había visitado Inglaterra, y le pidió los planos del jardín por ella soñado; pero el proyecto, en el que se acumulaban los más disparados edificios, no gustó á la reina, la cual recurrió entonces al conde Caramán, que le había sido recomendado por la princesa de Beauvau. Tampoco se hizo todo lo que el conde propuso, aunque en principio se aceptó su pensamiento, y el arquitecto Mique trazó un nuevo plan.

Posteriormente, desde 1778 á 1782, los arquitectos construyeron parques y casitas pastoriles, y el escultor Deschamps edificó un templo con doce columnas corintias que sostienen una cúpula, debajo de la cual se cobija una estatua del Amor, modelada por Bouchardón en 1746. A su alrededor, los hermosos manzanos alternan con los rosales bola de nieve y con cajones de olorosas flores.

El belvedere, la gruta, los caminos que en graciosas curvas suben hasta las alturas, el lago lleno de peces y las góndolas de la reina con pabellón azul y blanco datan también de aquella época.

Inmediatamente concibe María Antonieta la idea de construir un *Hameau* (caserío) como el del príncipe Condé de Chantilly, y los trabajos comienzan en 1783: el proyecto consiste en rodear el lago de casitas rústicas, las cuales forman dos grupos, compuestos el uno por el molino, el tocador, el *manoir* ó casa de la reina y varios edificios para la servidumbre, y el otro por las casas del guarda y del jardinero, las granjas, gallinero y lechería.

En 1784 amuéblanse aquellas casitas; el agua es conducida al molino y mueve la muela; las fachadas se cubren en 1786 de vid silvestre; las ventanas se adornan con jarrones de loza; en los cuadros del huerto cercanos á las casas crecen las legumbres, y en el jardín inglés, con sus caprichosos meandros, con sus rocas, cascadas y riachuelos, prosperan árboles exóticos, de China, de Arabia, del Tirol, del Líbano.

A otro lado del parque hay un mirador rodeado de rosas, jazmines y mirtos, guardado por varias esfinges, embaldosado de mármol rosa y con las paredes estucadas: en este mirador hay una mesa con pie de bronce, en la que la reina almorzaba, contemplando desde allí sus dominios.

En aquel *Hameau,* el conde de Provenza hacía de maestro de escuela, el rey de molinero y la reina de lechera; era aquello un verdadero idilio de Florián puesto en acción. En 1785, la reina instaló en aquel caserío doce familias pobres.

La vida en aquella explotación rural era muy activa, viéndose ir y venir continuamente al colono friburgués Valy, á los pastores, segadores, guardas, criadas, mozos de labranza, etc.; los rendimientos ascendían á 30.000 libras y los gastos á 36.000.



PEQUEÑO TRIANÓN. – Cuarto de María Antonieta

La reina gozaba allí de una existencia tranquila y modesta; vestía un sencillo traje adornado con encajes; llevaba en la cabeza una gorra de las llamadas *fanchon,* y se divertía recibiendo como forasteros al rey y á los cortesanos, éstos en número muy reducido y escogidos con gran escrupulosidad. Sólo

Mme. Sophie.
hija de Luis XV, (1734-1782), por Nattier.



Luisa de Lorena.
princesa de Turena,
por Nattier.





Maria Adelaida
de Francia, por Nattier.



Mme. Boucher d'Orsay,
por J. Roux.

RETRATOS NOTABLES QUE SE CONSERVAN EN EL MUSEO DE VERSAILLES

ella y sus más íntimas amigas eran las dueñas de aquel ameno lugar, y las supuestas funciones allí celebradas por el rey, el cardenal de Rohán y el duque de Artois son invenciones de novelista.

Después de recorrer el *Hameau* volví al Pequeño Trianón para contemplar una vez más la morada íntima de María Antonieta, que hacía en ella vida de familia, lejos de la gente y de la corte y rodeada de sus amigos y de sus hijos. Su cuarto es del más puro estilo Luis XVI; la cama tiene un dosel de gro de Tours, bordado á mano; las paredes son de madera esculpida por los mejores ebanistas de la época, y los muebles ostentan la firma de Gouthiere. Todo se conserva tal como estaba en tiempo de la infortunada soberana, y encima de la chimenea se ve todavía el reloj que en 5 de octubre de 1789 señaló la hora en que la reina abandonó aquellos lugares tan queridos y que no había de ver nunca más.

PEDRO COLL.

Versailles, septiembre de 1902.

EL JAMÓN DEL CÓNSUL

I

Si sois amigos de oir cuentos creados por la Musa popular – incorrecta acaso, pero siempre intencionada y pintoresca – prestadme atención.

Sin quitar punto ni coma voy á contaros el que yo oí de labios de una viejuca, en un cortijo andaluz, adonde me llevó el azar de la caza, una noche de invierno.

Habéis de saber, hijos míos, que cuando el señor San Pedro iba por el mundo predicando la buena nueva, entró cierta noche en una posada á descansar de su fatigoso viaje.

El posadero, que era, como todos los de aquel tiempo, un hereje de marca mayor, así que vió entrar por las puertas de su casa á un caminante tan pobretuco, puso cara de pocos amigos, y encarándose con el huésped le preguntó altanero:

– Buen hombre, ¿traes blanca?..

Y como callara el santo, gruñó:

– Porque si no hay de qué, puedes seguir adelante, que no están los tiempos para regalar cama ni cena al primero que asome las narices.

San Pedro, sin replicar palabra á semejantes groserías, registróse la túnica y sacó de ella una moneda de plata que con gran humildad entregó al posadero.

Este la recogió avaricioso, y tirándola contra una piedra del zaguán, satisfecho del son y del «salto,» dijo con dulzura hipócrita:

– Entra, señor, y honra con tu presencia esta casa, en la cual encontrarás cuanto de gusto se te antoje pedir.

– Con bien poco he de contentarme, replicó el santo: con una modesta colación satisfaré mi apetito; cama no he menester: dormiré en un banco.

Dicho esto, penetró en la cocina, en donde se encontraba la mujer del posadero y un hombre ya entrado en años y que por la facha parecía ser criado de algún señorón romano de aquellos que en tal época mandaban en todo el mundo.

– ¡Te digo que á mi marido es á quien debes entregar eso!, decía la mujer al hombre, señalándole á un hermosísimo jamón del propio Trevelez que se encontraba sobre la mesa.

– Y yo te digo, replicaba con gran flema el criado, que no basta que tú afirmes que tu marido es más juicioso que Minerva y más fiel que Orfeo... Júpiter con ser Júpiter..., pues...

– Bueno, bueno, dejemos á los dioses en paz: puedes preguntar á cuantos nos conocen...

– Difícil es encontrar testigos en casos como este.

– ¿De qué se trata?, intervino el posadero lleno de curiosidad.

– Has de saber, marido...

– Antes de que prosigas, permíteme que yo le hable á solas un momento, atajó el criado.

Y llevándose el posadero á un rincón de la cocina, le preguntó:

– Dime, amigo, por Juno nuestra madre, ¿después de casado te ha parecido alguna mujer más hermosa que la tuya?..

– ¡Ay, sí!, suspiró el interrogado.

– ¡Eso me dicen todos!, replicó gozoso el criado.

Y volviéndose hacia la posadera añadió con aire de chunga:

– ¿Ves como no puedo regalar el jamoncito á tu esposo?

La aludida miró con ojos de furia al posadero.

El del jamoncito, vista la perplejidad de los que allí estaban, prosiguió, mientras se sentaba en un taburete al lado del fuego:

– Desgracia grande es ser criado de un cónsul, y digo desgracia porque mi amo y señor es hombre dado á caprichos y rarezas por demás extravagantes. Y la que ahora me obliga á ir de mazo en calabazo por donde Mercurio quiera llevarme, es de las más peregrinas que puede ocurrírsele á un hombre tan sobrado de sestercios como de buen humor. Figuraos que de sus posesiones en la Iberia ha recibido una buena partida de estas sabrosas piezas (y el criado señaló al jamón que había sobre la mesa) y figuraos también que se le antoja regalar la más hermosa al casado que nunca haya sentido admira-



LA PRIMAVERA, escultura de A. Drury

ción por otra mujer que no sea la suya, es decir, que siempre le haya sido fiel en obras y pensamientos. Y aquí está Curcio el criado de su confianza visitando lugares y lugares á caza del prototipo de los maridos... Muchos días han pasado desde que salí de casa de mi amo y aún estoy con el jamoncito á cuestas.

– Y seguramente se te echará á perder sin que mortal alguno le hinque los dientes, afirmó con risa irónica el posadero.

La declaración de Curcio sirvió de tema aquella velada: la mujer, el marido y el servidor del cónsul afirmaban que era una locura buscar lo que no era posible se encontrase: el señor San Pedro, con su hermosísima fe, sostenía lo contrario que los gentiles.

El sueño vino á igualar todas las opiniones.

En la posada todo dormía aquella noche en dulce paz, excepto un gatazo rubio que se la pasó en vela rondando el rico jamón, sin que ¡ay! pudiera gustar su apetecida carne.

II

Al amanecer salieron juntos de la posada el señor San Pedro y Curcio con el jamón consabido al hombro.

Y fué el caso que hablando, hablando, aficionóse de tal modo el gentil á lo que le decía el santo, que llegó á suplicarle le aceptara en el número de sus adeptos.

Recibió el apóstol gran contento de la conversión, y al indicarle su nuevo discípulo que debían comerse el jamón, puesto que él no pensaba ya volver junto á su amo, le replicó:

– No podemos disponer de lo que no es nuestro: debes cumplir la palabra que diste á tu amigo de entregarlo al que él te designó.

– Pero ¿y si no le encontramos?..

– No dudes nunca de la virtud y de la bondad de los hombres: seguramente no ha de transcurrir mucho tiempo sin que hallemos un marido digno de ese regalo tan substancioso, objetó sonriente el señor San Pedro.

Pues, señor, que el jamón del cónsul fué una pesadilla para el pobre Curcio, que en ocasiones en que el hambre le apretaba tanto ó más que á su maestro, hubiera dado buen fin del de Trevelez, pero deteníanle las justas observaciones del santo varón á quien acompañaba.

Y pasaban días y días, y Curcio maravillábase de que el jamón se ofreciera cada vez más apetitoso, y el señor San Pedro de que no se encontrara un casado que mereciese el obsequio.

Así transcurrieron días, que sumaban meses, y meses, que componían años, y el jamón sin sufrir menoscabo alguno, siempre á hombros de Curcio.

Como sabéis, hijos míos, el bueno del señor San Pedro fué bárbaramente martirizado en Roma.

Y con él conquistó también Curcio la palma del martirio.

. . . .

Al llegar á este punto, interrumpióse la narradora y guardó silencio como si hubiera terminado el relato.

– Y del jamón, abuela, ¿qué fué?, hube de preguntarla curiosamente.

Sonrióse la aludida y acabó el cuento con estas palabras:

– Malas lenguas aseguran que aún lo conserva intacto en la portería del cielo el bueno de Curcio...

ALEJANDRO LARRUBIERA.

¡RECHAZADO!

El trabajo fué ímprobo; el esfuerzo intelectual titánico. En inexpresable agitación pasó Alcácer seis meses, luchando desesperadamente para darle los últimos toques á su cuadro *Caridad;* aquel cuadro en que ponía toda su voluntad poderosa, toda su alma de artista joven. *Caridad* era la obra de sus esperanzas; indudablemente por ella, su nombre, ignorado hasta entonces, empezaría á figurar entre los de más prestigio... ¿Acaso no podía aspirar á tan alta gloria? Otros *llegaron* que tenían menos voluntad y sabían menos...

Julio Alcácer contaba veinticuatro años y llevaba un mundo de ilusiones en la cabeza, ilusiones entretejidas con laurel y oro. Si á esto se añade que Julio amaba intensamente, con cariño incomparable, á María, comprenderáse el empeño que ponía en el triunfo, con el que esperaba conseguir el laurel glorioso que ciñe la cabeza de los genios, las ardientes caricias del amor y el oro indispensable para hacer un nido, nidito modesto en el que al lado de María pudiera disfrutar de esa felicidad intensa que sólo puede encontrarse en los brazos débiles de la mujer amada.

En las soledades de su estudio, frente á aquel lienzo al que hubiera querido trasladar su alma entera, Alcácer trabajaba sin descanso. La figura principal del cuadro era una mujer, que simbolizaba la Caridad, de mirada piadosa y expresión angélica, y aquella mujer era semejante á María: alta, delgada, cimbreante, como las vírgenes con que sueñan los poetas, tipo espiritual de ojos verdes de náyade, rasgados y dulces.

De la mano de Alcácer brotaba vigorosamente la belleza; la composición del cuadro, al que sólo faltaban algunos toques, era admirable: una niña preciosa desarrapada, de rizada cabecita rubia cubierta de nieve, cuya blancura contrastaba valientemente con el acarminado color de sus mejillas; cerca de la niña un árbol, árbol que parecía representar la desnudez, las miserias y los dolores de la vida, con su color negruzco y sus ramas sin hojas, elevándose como brazos retorcidos por la desesperación que

implorasen gracia al cielo. Aquel árbol, símbolo del eterno dolor, y aquella niña de color sonrosado, como la inocencia, habían sido trazados con acierto magistral y despertaban las ideas que habían animado al artista: el árbol hacía pensar en la muerte; aquel ángel de cabecita rubia, en la vida. Entre uno y otro había de levantarse brillante y sonriente la Caridad; la Caridad, que tantas lágrimas enjuga y tantos dolores mitiga, sonriendo con dulzura infinita, ofreciendo un abrigo de pieles á la desarrapada criatura, mientras su cuerpo de náyade quedaba cubierto sólo por las vaporosas gasas de su vestido...

Y luchaba Alcácer con infinitas dificultades, casi invencibles. El cuadro, para ser lo que él soñaba, había de tener tres tonalidades distintas: una negruzca y obscura, como las ideas de desesperación y de muerte; otra gris y opaca, como las nostalgias de los angelitos transportados del cielo á la tierra, y por último, otra brillante y risueña, como la bendita Caridad, que acaricia bondadosa á los hombres...

Julio comprendía que la gran dificultad de su obra estaba en aquella unión; de los elementos pudiera haber hecho tres magníficos estudios, pero no se conformaba con esto; había que luchar hasta hacer de aquellos elementos un todo armónico.

Cuando tras horas de fiebre alejábase del caballete, andando hacia atrás lentamente, para ver mejor, un gesto de amargura plegaba sus labios. Aquello tenía en sí algo raro; las distintas tonalidades formaban un algo brusco, y en conjunto veía en su obra una dureza que hería cruelmente sus ojos delicados de artista.

La Exposición se acercaba, y los últimos días fueron de martirio inmenso para Alcácer... Quería triunfar; poder ofrecer á la delicada María, á más de su corazón apasionado, de su alma grande, una corona de laurel; anhelaba el triunfo por ella y para ella, y esto le quitaba el sueño, haciéndole pasar las noches desasosegado. Con afán inconcebible trabajó hasta el último día, hasta la última hora, y por fin, aunque no satisfecho del todo, cogió el cuadro y fué á entregarlo para someterlo al juicio de los encargados de admitirle. Mientras caminaba volvíase más optimista, acariciaba su obra con la imaginación y parecíale buena. Realmente, la niña, sonrosada como los sueños de poeta joven, era un prodigio y simbolizaba claramente el agridulce de la vida, en que los dolores se encadenan con las alegrías; el árbol, seco y sin hojas, despertaba ideas tristes, como los ancianos que llegan á la muerte sin dejar sobre la tierra frutos benditos de sabrosos amores; y luego la Caridad, alzándose entre una y otra gallarda, compasiva y bondadosa, semejante al alma misericordiosísima de Cristo que hubiera encarnado en aquel cuerpecito grácil y se asomase á aquellos ojos verdes de cariciosa náyade...

¡Oh, sí!; todo aquello estaba muy bien; Julio lo creía así, y yo te lo aseguro, lector amigo, y en esa creencia lo dejó, alejándose con el alma llena de esperanza.

María le recibió con la sonrisa en los labios y la alegría en los ojos. ¡Jesús, cuánto se alegraba de que hubiese llegado el momento de entregar el cuadro! En lo sucesivo iba á prohibirle trabajar de tal manera; se iba á matar; en pocos días se puso pálido como si acabase de salir de una enfermedad.

– No te apures; todos mis afanes, todos mis trabajos, me saben á poco, dijo él mirándola con amor infinito; y me saben á poco porque los dedico á ti, y tú mereces, no ya el sacrificio de un hombre, sino el de la humanidad entera.

Bueno, bueno; pero había que ser más juicioso. Ella no había de quererle más por muchos lauros que consiguiera... Después continuó riñéndole, dulcemente, suavemente, como riñen las madres piadosas á los hijos que trabajan mucho, y luego se quejó: ¡No había visto el cuadro! ¡Ni un boceto de él siquiera! ¡Aquello no estaba bien hecho! No conocía del cuadro más que lo que él había querido decirle, y él ¡le había dicho tan poco!.. ¿Y tendría que esperar hasta que se abriera la Exposición?

Alcácer la escuchaba sonriente, disfrutando de una ventura de que no había disfrutado jamás.

Quedó convenido: María salía aquella tarde para el campo; pero el domingo irían ella y su madre al estudio, y allí lo revolverían todo hasta poderse formar idea, con apuntes y bocetos, de aquella obra que para ella sería magistral por ser de Alcácer...

A las diez de la mañana del domingo, Julio, sentado ante el caballete, contemplaba con sombría expresión de desaliento su cuadro *Caridad*, que el Jurado rechazó, no creyéndolo digno de figurar en la Exposición. De lo alto caía sobre la frente del artista una luz suave iluminándola. Alcácer miraba su obra sin apartar de ella la vista, como fascinado. La fiebre que había experimentado al ejecutarla se apoderaba de él con intensidad de delirio.

Hubo momento en que creyó que las figuras se movían dirigiéndose á él amenazadoras al principio, burlonas más tarde, sarcásticas luego. Creyó ver las ramas del árbol, secas, nudosas, retorciéndose desesperadamente, alzarse al cielo airadas, para maldecir el nombre del artista que había sido causa de que rechazasen aquel árbol añoso, símbolo de la vejez desamparada; el ángel, aterido por el frío, perdía su color de nácar y rosa, poniéndose densamente pálido y abriendo los ojos desmesuradamente, como aterrorizado á la vista de Alcácer. En su agitación febril creyó ver también la *Caridad*, personificada en la adorable María, ocultando el abrigo y alejándose, volviendo la cabeza para mirarle despreciativamente.



¡RECHAZADO!, cuadro de Francisco Barraud. (Véase el artículo de Rafael Ruiz López.)



CLEOPATRA, cuadro de B. Offor



MAÑANA DE OTOÑO, cuadro de Teófilo Mayan

Por la cabeza del pobre Julio desfilaba un mundo desordenado y caótico que le crispaba los nervios, produciéndole agudos dolores.

Todos sus sueños de gloria caían estrepitosamente, derrumbando á la par los castillos que días antes había levantado con su rica imaginación de soñador.

Lo que él creyó principio de gloria era casi principio de vergüenza y de vencimiento. ¡Oh, todo aquello era para volverse loco!

En tal situación se encontraba Julio cuando dieron unos golpecitos en la puerta, mientras una voz melodiosa y suave preguntaba:

– ¿Se puede?

Era María, que no teniendo paciencia para aguardar contestación, penetró en el estudio con desenfado encantador, como ráfaga de alegría.

Alcácer procuró en vano reponerse; la presencia de ser tan adorado vino á recordarle su derrota, aumentando su tristeza.

– ¡Oh, maravilloso, maravilloso! ¡Boceto admirable, premio seguro!

Se había adelantado y contemplaba el cuadro, sintiendo satisfecho su orgullo de mujer.

– María..., te engañas, gimió dolorosamente el artista; no habrá premio, porque ese no es el boceto, sino el cuadro, que han rechazado.

– ¡Rechazado!

Quedó anonadada un momento. También ella tenía esperanzas en el triunfo y pensaba gozar de él. Pero fijándose en las arrugas de la frente de Alcácer, que le daban un aspecto sombrío, se sintió invadida por piedad infinita, y sonriendo alegremente dijo:

– ¡Bah, no te apures; esos señores son unos mentecatos que no pueden sentir las grandezas del arte!

Y luego, con movimiento rápido, lleno de gracia, cogió entre sus manos la cabeza del artista, y besando su frente con pasión agregó:

– ¡Yo te premio por este cuadro con primera medalla!

Y Julio sintió regocijada su alma, y pensó que hay derrotas que valen más que un triunfo.

Rafael Ruiz López.

NUESTROS GRABADOS

Interior, cuadro de Adalberto Niemeyer. – En cuadros como este del notable pintor muniquense, no hay que buscar el mérito en la habilidad con que el pintor ha sabido vencer las dificultades de composición, sino en el talento con que ha logrado dar al asunto tratado ese tono simpático



Interior, cuadro de Adalberto Niemeyer

que tantos atractivos tiene para aquellos que en la obra de arte buscan, más que lo que obliga á pensar, lo que hace sentir. Bajo este concepto, Niemayer tiene verdadera personalidad artística, pues en la mayoría de sus producciones campea la misma intensidad de sentimiento que en el *Interior*, que adjunto reproducimos.

La Primavera, escultura de A. Drury. — Esta estatua del célebre escultor inglés Drury, miembro de la Real Academia de Londres, cautiva por la elegancia de líneas y por su perfecta ejecución; su belleza está, no en la grandiosidad, sino en su misma sencillez, en la naturalidad de la actitud, en la verdad de la expresión, en la delicada poesía que se desprende de esta figura y que tan bien responde á la idea que con ella ha querido representar el artista.

Cleopatra, cuadro de B. Offor. — Cuando se trata de trasladar al lienzo un personaje cuyos rasgos fisonómicos no hemos podido conocer directamente, preciso es mirar si la creación del artista responde á la idea que de ella nos hemos formado por lo que nos dice la historia acerca de sus condiciones físicas, de su carácter y de sus hechos. Aplicando este criterio á la obra de Offor, bien podemos afirmar que su Cleopatra es la misma que los historiadores nos pintan, la mujer hermosa y perversa que cautivó á César y á Marco Antonio, que envenenó á su hermano para apoderarse del trono, que, sin fe ni religión, ambiciosa y egoísta, no vaciló en violar templos y sepulcros, ni respetó las cosas sagradas ni profanas para aumentar con iniquidad sus adquisiciones; en una palabra, la mujer que, como han dicho algunos historiógrafos, tenía las formas de ángel y el alma de demonio.



Boadicea excitando á los bretones á vengar el ultraje inferido á sus hijas, relieve de S. Nicholson Babb

Boadicea excitando á los bretones á vengar el ultraje inferido á sus hijas, relieve de S. Nicholson Babb. — En el número 1.080 de La Ilustración Artística explicamos el episodio histórico á que este relieve se refiere y que sirvió de tema este año para el concurso entre los alumnos de la clase de escultura de la Real Academia de Londres. En alabanza de la obra de S. Nicholson Babb, sólo diremos que fué premiada con medalla de oro y que su autor obtuvo la bolsa de viaje que en el concurso se disputaba.

Mañana de otoño, cuadro de Teófilo Mayán. — Para apreciar el valor de un cuadro, lo mejor es ver si la impresión que su contemplación produce en nuestro ánimo responde al pensamiento del autor, si la obra despierta en nosotros el sentimiento mismo que guió la mano del artista; en caso afirmativo, bien puede decirse que la pintura ha llenado cumplidamente su objeto. Esto es precisamente lo que sucede con el lienzo de Mayán: no es menester examinarlo con mucha atención para sentir la melancólica poesía del otoño, de esa estación en que la naturaleza, como cansada del esfuerzo de vitalidad que hiciera durante el verano, empieza á desprenderse de sus galas y se prepara al reposo del invierno.

Un toro, cuadro de Eduardo Manet. – El estilo de este cuadro está perfectamente ajustado al asunto: el toro, ese animal bravo, vigoroso, de noble é imponente aspecto, no puede ser pintado con trazos delicados y suaves matices; á su modo de ser corresponde una factura enérgica, sobria, hasta un tanto dura, si se quiere, tal como lo ha hecho el notable pintor francés Eduardo Manet.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – Barcelona. – Bajo la dirección del reputado escenógrafo D. Salvador Alarma se ha inaugurado con el nombre de «Diorama animado» un espectáculo altamente artístico y en extremo interesante, constituído por cuatro cuadros corpóreos que representan un desfile de tropas boers en el Transvaal, un naufragio á la vista de un puerto, un buque en el fondo del mar y una corrida de toros. La perspectiva de cada cuadro resulta admirable y las numerosas figuras que en ellos intervienen están ejecutadas con una propiedad y una riqueza de detalles dignas de los mayores elogios, produciendo el conjunto una ilusión completa.

El local en que está instalado el diorama ofrece impresión muy agradable, así por la belleza de los adornos y por las delicadas tonalidades del decorado, como por la esplendidez de la iluminación.

Para anunciar el espectáculo se ha publicado un bonito cartel original del conocido artista Sr. Labarta, que es una obra notable por su composición, por la corrección del dibujo y por su colorido.

– El Excmo. Sr. Marqués de Alella, recientemente fallecido, ha legado al Museo Municipal de Barcelona su colección de pinturas, compuesta de 105 cuadros, entre los cuales hay tres de Madrazo, dos de Simón Gómez, cuatro de Pradilla, uno de Mas, tres de Urgell, dos de Van Beers, tres de Sala, nueve de Benlliure, dos de Carbonell, uno de Francés, cuatro de Miralles, uno de Morera, uno de Moragas, dos de Planella, uno de Ribera, dos de Lucas, uno de Battistuzzi, dos de Amell, cinco de Lizcano, uno de Serra, dos de Teixidor, uno de Urgellés, uno de Agrassot, uno de Galofre, y algunos más de Casals, Codina, Contreras, Sanz, Franco, Ferrándiz, Acosta, Denís, Giménez Gomar, Peiró, Perich, Ramírez, Rincón, Pérez Rubio, Reynés, Catabat, Cala, Sisteré, Castro, Olavide, Larrocha, Martín, Mani, etc.

Teatros. – *Barcelona.* — Han inaugurado la temporada de otoño los teatros Romea, Principal, Granvía, Novedades y Eldorado. En el primero actúa la notable compañía catalana de costumbre, que ha estrenado con muy buen éxito *La Gallarda del Roser*, bonito cuadro de costumbres catalanas en un acto del Sr. Bori y Fontestá. En el Principal la compañía que dirige la aplaudida actriz María A. Tubau de Palencia ha puesto en escena obras de repertorio. En la Granvía la eminente actriz italiana Sra. Vitaliani consigue muchos aplausos interpretando las principales producciones del repertorio antiguo y moderno. En Novedades se ha estrenado *El anillo mágico*, obra de gran espectáculo en tres actos y 21 cuadros, arreglada del francés por D. Joaquín Arqués, con música de los maestros Giménez y Cotó, que ha sido puesta en escena con gran lujo. En el Eldorado, donde funciona una compañía de zarzuela del llamado género chico, dirigida por D. Enrique Gil, se ha estrenado con regular éxito *La buena ventura*, zarzuela en un acto y cinco cuadros, inspirada en *La gitanilla*, de Cervantes, letra de los Sres. López Ballesteros y Fernández Shaw y música de los maestros Vives y Guervós. En Novedades ha dado el «Orfeó Catalá» un concierto notable, como todos los que esta institución organiza; todas las piezas del programa, de Palestrina, Clavé, Pedrell, Nicolau, Millet, Comes, Mas y Serracant, Pujol, Montes y Grieg, fueron admirablemente ejecutadas y valieron sendas ovaciones al orfeón y á su genial director D. Luis Millet.

Necrología. – Ha fallecido:

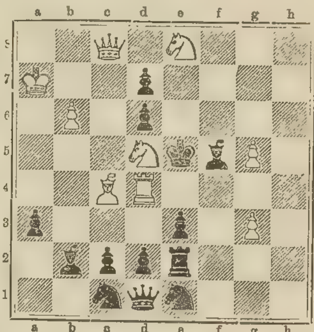
Leopoldo Schenk, célebre fisiólogo austriaco, profesor de la Universidad de Viena, autor de varias importantes obras.

AJEDREZ

Problema núm. 296, por E. Pradignat.

Primer premio del Concurso de «La Stratégie,» sección C.

NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

Solución al problema núm. 295, por V. Marín.

Blancas.	Negras.
1. Dd2—a5	1. b6 × a5
2. Cd6—e4	2. Cualquiera.
3. P ó C mate.	

VARIANTES.

1....... Af1 × b5; 2. Ab7 — c8 jaque, etc.
1....... Ac7 × d6; 2. Da5 × b6, etc.
1....... Tb3 — c3; 2. Da5 × c3, etc.
1....... Otra jug.ª; 2. Ab7 — c8 jaque, etc.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

– Créeme, decía éste, Cecilia no está bien; dice que le duele mucho la cabeza, pero me ha prohibido que llame al doctor, y asegura que un par de horas de descanso absoluto bastarán para reponerla, sin necesidad de otra cosa. Y es el caso que no ha querido decirme dónde ha estado.

– ¿Y por eso estás tan exaltado?, exclamó Oscar riendo. – Ya te he dicho mil veces que nuestra princesita está viciada y es caprichosa, y cuando está de mal humor se echa en un sofá y pone mala cara á todo el mundo. Afortunadamente, estos accesos le duran poco. Tu padre querría que tú la corrigieras; pero déjale con su empeño, que no eres hombre para tal empresa. Lo que has de hacer es resignarte con santa paciencia y ejercitarte desde ahora para ser el marido modelo que serás sin duda alguna.

Enrique, aunque preocupado, observó algo anormal en el semblante de Oscar.

– Pero ¿qué te pasa, Oscar?, le dijo. Estás radiante de alegría. ¿Te ha sucedido algo bueno?

– ¿Quién sabe?, respondió Wildenrod con los ojos centelleantes, y quizás por esto me siento dispuesto á ayudarte; no quiero verte con este aire tan desesperado. Voy á ver á Cecilia, sobre quien tengo más ascendiente que tú, y le haré comprender que no es justo hacerte padecer desde ahora los dolores del matrimonio; más adelante tendrá derecho á ello, pero al presente no lo tiene. ¡Está alegre, hombre! No te apures así por un capricho de niña. Ya verás cómo Cecilia vendrá á comer alegre y satisfecha. Hasta luego.

Y subió la escalera saludando afablemente á Enrique, el cual le vió marchar moviendo la cabeza con expresión de asombro. Oscar, tan dichoso y animado, estaba desconocido. ¿Qué le habría ocurrido?

En el saloncito de Cecilia el barón fué recibido por la camarera de su hermana, que le dijo:

– La señora baronesa me ha prohibido terminantemente que entrase, y dice que no puede recibir á nadie.

– Esta orden no reza conmigo, Nanón, repuso Oscar bruscamente: quiero hablar con mi hermana; abra usted la puerta.

Nanón obedeció sin replicar, pues sabía perfectamente que tratándose del barón no había más que obedecer sin decir palabra.

Oscar entró directamente en el cuarto de su hermana, y se acercó al sofá donde ésta estaba tendida, con los ojos cerrados y la cabeza apoyada en los almohadones.

– ¿Qué tienes, Cecilia?, ¿estás de mal humor?, dijo en tono chancero. Has tratado á ese pobre Enrique de un modo tan indigno, que ha venido á quejarse á mí.

Cecilia no se movió; ni siquiera abrió los ojos. Oscar perdió la calma.

– ¿Quieres, al menos, hacerme el favor de mirarme? Además, te ruego...

Mas no pudo seguir: Cecilia se irguió de repente, y sentándose pausadamente mostró un semblante tan pálido y tan desencajado, que le inspiró miedo á su hermano.



Wildenrod, pálido, apretando los puños, quedóse mudo, inmóvil

– Tengo que hablarte, Oscar, dijo á media voz. Pero antes di á Nanón que se vaya del saloncito.

Oscar arrugó la frente, algo incomodado, pero sin sospechar que se tratase de cosa seria; por otra parte, estaba en buena disposición y por ende inclinado á tolerar algún capricho de su hermana. Así es que abrió la puerta, dió un encargo cualquiera á Nanón y volvió á situarse junto al sofá.

– ¿Se puede saber de qué se trata? ¿Dónde has estado toda la mañana?, ¿y por qué has salido tan temprano? El Sr. Dernburg se ha enterado con disgusto de tu salida, y me parece que no deberías ignorar que Odensberg no es sitio á propósito para estas aventuras.

Cecilia no se defendió; dijo únicamente:

– He estado en el Albenstein; y se puso en pie apoyándose en una silla.

– ¿En el Albenstein?, exclamó Oscar. ¡Qué temeridad! ¡Vaya una locura!

– No te preocupes de esto. Se trata de algo más grave... En el Albenstein me encontré con... el amigo de Enrique, que me ha dicho cosas... Oscar, ¿qué pasó entre ti y Runeck la primera vez que os visteis?

– Nada, respondió fríamente el barón. Puede ser que yo le viera aquella noche, pero de personas como él se olvida uno fácilmente: lo que sí te aseguro es que no le hablé é ignoraba que hubiese sido testigo de un suceso desagradable que ocurrió aquella noche.

– ¿Qué suceso?

– No es cosa que te interese, por esto sentiría que Runeck te hubiese hablado de ello. ¿Y qué te ha dicho?

La pregunta era indiferente, pero ¡con qué ansiedad fué formulada! El barón esperaba con impaciencia la respuesta.

– Creía que yo estaba enterada del asunto, y por esto no me hizo más que alusiones que yo, naturalmente, no comprendí, pero... ¡encerraban algo tremendo!

– ¿Cómo? ¿Se atrevió?..

– Sí, se atrevió á sospechar de tu honor; me llamó tu cómplice.., dice que conoce de tu vida más de lo que pueda satisfacerte, y hasta nos llamó... aventureros..., ¿lo oyes?, aventureros, exclamó retorciéndose las manos; pero tú le exigirás cuenta de sus insultos, nos vengarás...

Wildenrod, pálido, apretando los puños, quedóse mudo, inmóvil. Cecilia le miraba, esperando en vano una explosión de furor, de indignación...

– ¿Eso te ha dicho?, preguntó tranquilamente.

– Sí, te he repetido sus mismas palabras..., pero... ¿no dices nada?..

Wildenrod, que había recobrado su aplomo, se encogió de hombros irónicamente.

– ¿Qué quieres que diga? ¿Quisieras que tomase en serio estas locuras?

– ¿Estas locuras? Runeck estaba perfectamente lúcido y hablaba formalmente..., y si hasta ahora le faltan pruebas, dice que...

– ¡Ah! ¿Sí?, exclamó Oscar con acento de triunfo, dilatado el pecho por un profundo suspiro de satisfacción. ¡Pues que las busque esas pruebas! ¡No las encontrará!

Cecilia, apoyada en la silla, temblaba: aquel suspiro no había escapado á su atención, y ahora tenía clavados los ojos en su hermano, como si esperase la sentencia final.

– ¿No se te ocurre decir otra cosa cuando se ataca á tu honor? ¿No pedirás una reparación de esas ofensas?

– Esto es de mi incumbencia. Ese hombre corre de mi cuenta... ¿A ti qué te importa de todo ello?

– ¿Qué me importa que un hombre nos ofenda á mí y á ti mortalmente?, gritó Cecilia fuera de sí. Un hombre puede llamarnos aventureros, decir que Odensberg será nuestra presa, ¿y este hombre puede

quedar impune? ¡Oscar! ¡Mírame frente á frente! Tú no *puedes* castigar á ese hombre; ¡tienes miedo á Runeck! ¡Oh, Dios mío!..

Y con un ademán desesperado se cubrió el rostro con las manos y estalló en violentos sollozos.

–¡Cecilia!, exclamó Oscar en voz baja, pero con violencia. ¡Cecilia!, repitió cogiéndola por el brazo. ¡Sé razonable! ¿Estás loca? ¿Qué te ha sucedido de esta mañana acá?

–¿Qué me ha sucedido?, repitió la joven con pasión. Que he despertado de un sueño; pero ¡qué horrible despertar, Dios mío! Escucha, Oscar; me has dicho siempre que habíamos perdido nuestra fortuna, y yo he sido bastante estúpida para no pensar nunca en preguntarte cómo hemos podido vivir tan en grande... ¿Cuándo la perdimos? ¿Por qué la perdimos? Ahora quiero saberlo.

Wildenrod la miraba fijamente con aire sombrío; aquel tono de amenaza era nuevo en Cecilia, nuevo como todo su modo de proceder. No era ya posible tratarla como una niña ó como una muchacha.

–¿Quieres saber cuándo perdimos nuestra fortuna? ¿Quieres saberlo? Fué cuando se arruinó nuestra casa y nuestro padre... se suicidó.

–¿Nuestro padre?, gritó la joven abriendo los ojos con expresión de terror. ¿Nuestro padre no murió... de un?...

–Así se le dijo á la gente; así te lo dijeron á ti que no tenías más que ocho años;... pero yo supe la verdad. Nuestra fortuna estaba perdida y nuestra ruina era sólo cuestión de unos días, y así pasó algún tiempo hasta que la ruina se consumó... y nuestro padre se pegó un tiro y nos dejó sin un céntimo.

Aquellas palabras eran despiadadas, pero impregnadas de un dolor amargo, vivo todavía después de doce años: aquel hombre aún sentía el tormento de aquel recuerdo cruel.

Cecilia no se desmayó, ni gritó, ni lloró: parecía que no tenía ya lágrimas que derramar, ni voz para hablar; así es que pudo murmurar apenas:

–¿Y después?

–Y después... El honor de nuestro nombre se salvó gracias al soberano, quien rescató nuestros bienes, pagó á los acreedores y señaló una pensión á tu madre..., una limosna allí donde había sido señora, y yo... fuime por el mundo en busca de fortuna.

Cecilia se había dejado caer en la silla y ocultaba el rostro entre sus manos. Oscar se detuvo un instante, y luego añadió:

–¿Sufres? Lo creo; pero entonces yo sufrí más que tú. No tenía la menor idea de nuestra situación y me vi de repente arrancado á una posición espléndida, privado de riquezas que creía seguras y enfrente de la pobreza, de la miseria... Tú no sabes lo que esto significa... Ofreciéronme empleos en provincias, en el ministerio de Correos, en el de Hacienda..., ¡á mí que había ambicionado ardientemente los puestos más elevados de la sociedad! No, comprendí en seguida que aquel trabajo me habría matado física y moralmente, y preferí guardar las apariencias... Presenté las dimisiones, que se creyeron voluntarias, como voluntaria se había creído la venta de nuestros bienes... y salí de Alemania.

Cecilia había dejado caer lentamente las manos y miraba á su hermano con expresión extraña.

–Y sin embargo, dijo, en estos tres años que hace que vivo contigo, hemos estado siempre rodeados del mayor lujo.

Wildenrod vaciló, no sabiendo qué responder á aquella observación, que sonaba en sus oídos más dura que un reproche, y procurando no encontrarse con la mirada de su hermana.

–¡Qué importa esto, Cecilia! Para sostener esta posición he tenido que luchar; esto es lo único que puedo decirte; pero no quería renunciar á ella de ningún modo... y no he podido escoger los medios de sostenerla... Han sucedido cosas que mejor sería que no hubieran ocurrido..., pero se trataba de vencer ó de naufragar. ¡Basta!, añadió respirando con fuerza. Ahora todo esto esto pertenece al pasado...; tú eres la desposada de Enrique, y yo... he de comunicarte una buena noticia.

Mas no pudo comunicarla, porque en aquel momento llamaron suavemente á la puerta del saloncito, y se oyó la voz de Enrique que preguntaba:

–¿Puedo entrar?

–¿Enrique?..., no quiero verle..., murmuró Cecilia como fuera de sí.

–Al contrario; debes verle y hablarle, ordenó Oscar en voz baja. Siquiera por pocos minutos.

–¡No, no, imposible! Dile que duermo, que estoy enferma; dile lo que quieras, pero ¡que no entre!

E hizo ademán de huir, pero su hermano la obligó á sentarse por fuerza, exclamando con alegre acento:

–¡Entra, entra, Enrique! Hace ya media hora que estoy con la señorita.

–Me lo ha dicho Nanón, dijo Enrique en tono de queja, entrando en el salón. Cecilia, ¿por qué recibes á Oscar y á mí me tienes desterrado? Pero ¡Dios mío! ¡Qué pálida y descompuesta estás! Cecilia mía, dime qué te ha sucedido en esa excursión; ¡dímelo, yo te lo ruego!, exclamó cogiéndole las manos y fijando en ella una mirada suplicante.

Aquellas manos temblaban entre las suyas, pero los ojos permanecían clavados en el suelo y los labios mudos.

–Regáñala, Enrique, regáñala, porque lo merece. Hasta ahora la he estado riñendo. ¿Sabes dónde ha ido esta mañana?... Al Albenstein.

–¡Oh, Dios mío, al Albenstein!, repitió Enrique aterrado. ¿Es cierto, Cecilia?

–Cierto, certísimo, dijo Oscar. Y naturalmente, al volver tuvo vértigos y llegó medio muerta, y ahora se siente desfallecida de cansancio y de susto. ¡Ya ves lo que ha hecho la señorita! Cuando regresó, dióle vergüenza confesártelo, y por esto no ha querido que llamaran al doctor.

–¡Ah, Cecilia mía! ¿Por qué has hecho eso?, exclamó Enrique con acento cariñoso y dolorido. ¿No has pensado en mi terror, en la desesperación que de mí se habría apoderado si te hubiese sucedido alguna desgracia? Creí que lo que el otro día dijiste hablando con Egberto y conmigo era una broma..., pero ¿qué tienes, Cecilia?

Al oir el nombre de Egberto, la joven prorrumpió en un sollozo y una ola de lágrimas inundó sus ojos, mientras sus temblorosos labios murmuraban:

–¡Perdóname, Enrique, perdóname!

Enrique, que no había visto nunca llorar á su novia ni nunca la había oido pedir perdón, arrodillóse delante de ella conmovido, agitado, y besándole dulcemente las manos le dijo:

–Mi Cecilia adorada, no te riño, no; sólo te ruego y te suplico que pienses en mí antes de exponerte otra vez á semejantes peligros. Me lo prometes, ¿no es verdad? Y ahora...

–Ahora dejémosla descansar, dijo Wildenrod levantando del suelo á su cuñado. Ya ves que lo necesita. Cecilia, procura dormir algunas horas; es el único remedio que te conviene. Vamos, Enrique.

Enrique obedeció de mala gana; mas no se atrevió á rebelarse, porque también la joven le pedía que la dejara. Oscar le acompañó hasta la escalera, entrando luego en su propia habitación; pero cuando dejó de oir los pasos de Enrique, volvió al cuarto de su hermana, cuya puerta cerró con llave.

–Ha sido una suerte que estuviera yo aquí, dijo en voz baja. No sabes dominarte, ni cómo conducirte; confesar tu excursión era el único recurso que te quedaba. Pero ahora es preciso conjurar otro peligro. Runeck, sin pruebas, no se atreverá á hacer nada contra nosotros, y mientras tanto, se preparan acontecimientos que han de producir una ruptura entre él y Dernburg. De aquí á entonces..., ¡oh! he triunfado en circunstancias más graves, terminó diciendo aquel hombre acostumbrado á jugárselo todo en una carta y á ganar.

Cecilia, de pie, miraba á su hermano con expresión extraña.

–¿De aquí á entonces?, repitió. Es que entonces no estaremos ya en Odensberg. ¡No atices el fuego, Oscar! Yo no quiero saber lo que me ocultas; me basta con lo que me has dicho. Quieres conjurar el peligro con que Runeck te amenaza..., luego Runeck no ha mentido, Runeck puede acusarte... ¡No somos personas honradas! En tal caso, no quiero ser la aventurera que se insinúa bajo falsas apariencias entre los hombres decentes, para ser luego arrojada entre la vergüenza y el desprecio..., ¿lo oyes? ¡No quiero, no quiero! ¡Quiero marcharme en seguida, en seguida!, ¿lo oyes, Oscar? Hemos de marcharnos de aquí irremisiblemente... Busca un pretexto cualquiera, ¡pero partamos, vayámonos!

–Cecilia, ¿estás loca?, gritó Wildenrod cogiéndola violentamente por el brazo como si quisiera realmente impedir su fuga. ¿Partir? ¿Para ir adónde? ¿Crees que podremos reanudar nuestra pasada existencia? ¡Imposible! Yo no puedo ya seguir adelante; todos mis recursos están agotados.

–Tus recursos me inspiran horror. ¡Por Dios, partamos, Oscar!.. Cuando estaremos lejos de aquí, trabajaré.

–¡Trabajarás!, dijo el barón sonriéndose irónicamente. ¡Con esas manos! ¿Y qué harás? ¿Sabes lo que significa ganarse el pan de cada día? Es preciso estar acostumbrado á ello.. Hermana mía, la gente como nosotros se muere de hambre.

–No me importa..., antes morir de hambre que permanecer aquí... Ahora que me han abierto los ojos, no puedo estar aquí ni una hora más siquiera. No puedo vivir entre personas á quien engañamos sabiendo que las engañamos: es inútil que trates de contenerme..., si lo intentas, voy á buscar inmediatamente á Enrique y á decirle que no le amo, que nunca le he amado, que nuestra boda es obra tuya para salvarme y salvarte á ti mismo de la miseria, de la vergüenza.

Oscar palideció. Cecilia estaba transformada; resistía sus órdenes y no temía sus amenazas; era, pues, preciso apelar á un último recurso.

–Hazlo, dijo fríamente; ve, cuéntaselo todo; arruínate y arruina á tu hermano; sí, á mí también, porque se trata también para mí de una cuestión de vida ó muerte: hace una hora me he prometido con Maya.

–¿Con quién?, exclamó Cecilia mirándole como si no le hubiera entendido.

–Con Maya, que me ama, faltando sólo el consentimiento de Dernburg. Si deshaces tu boda con Enrique, ó descubres la verdad de los hechos..., Odensberg resulta también perdido para mí, y en tal caso... seguiré el ejemplo de nuestro padre.

–¡Oscar!, gritó Cecilia horrorizada.

–Lo haré, te lo juro. ¿Crees, acaso, que me ha sido fácil llevar la vida de los aventureros, á mí, á un Wildenrod? ¿Sabes lo que he sufrido antes de acostumbrarme á ella? ¡Cuántas veces he querido rehabilitarme! ¡Siempre en vano! Pero ahora se me ofrece la redención, la salvación, por mano de un ángel..., pues Maya es un ángel; vuelve, pues, á brillar mi estrella que durante tantos años se había apagado y que ahora pone á Maya en mi camino... Y cuando estoy cerca de la felicidad, con la que tanto he soñado, que he deseado tanto, ¿habré de dejarla escapar y caer de nuevo en el abismo? ¡Imposible! ¡Antes morir!

Aquellas palabras no eran vanas amenazas, sino que expresaban una resolución firme, profunda: nadie habría podido dudar de ello, pero menos que nadie la joven pálida que temblando y tendiendo las manos murmuró dejándose caer con los ojos cerrados en la butaca:

–¡Eso no!

Cecilia no cayó desmayada: ciertas naturalezas sufren los dolores más agudos sin perder el conocimiento. Quedó hundida en el sillón, agitada por un fuerte temblor que le hacía dar diente con diente y la sacudía de pies á cabeza. Wildenrod la contempló un rato en silencio; después, viendo que su palidez aumentaba, fué á su cuarto, cogió un frasco de amoníaco y volviendo al lado de su hermana se lo hizo oler.

–No, gracias, murmuró Cecilia apartando el frasco con la mano.

–No te desconsueles de este modo, Cecilia, dijo Oscar con su acento más dulce é inclinándose sobre ella. ¿Te pido, acaso, una cosa tan terrible? No has de hacer sino callar y olvidar esa hora maldita. He querido salvarte de la existencia á que me habría visto obligado á condenarte, y ahora me salvo contigo: el pasado ha muerto y puedo comenzar una nueva vida. Odensberg me brinda un campo de trabajo vastísimo y Dernburg tendrá en mí lo que jamás podrá ser su hijo; tú serás la esposa adorada de Enrique, el cual sólo pensará en hacerte dichosa, y no más que con querer serlo, lo serás en absoluto.

Cecilia le miró con expresión de dolor y de sufrimiento tan profundos, que Oscar no pudo sostener su mirada y se levantó.

–Pero ¿cómo podré soportar el cariño de Enrique, ahora que sé la verdad?, dijo Cecilia juntando las manos en ademán desesperado. Y si encuentro á Runeck, habré de leer en sus ojos el mismo desprecio mortal de esta mañana sin poder rebelarme... Dios mío, ¿cómo podré tolerar el desprecio de Runeck?

Wildenrod se sorprendió de aquel grito desesperado.

–¿Tanto miedo te inspira su desprecio?, preguntó. Está tranquila; después de vuestra conversación, Runeck no tratará de volver á verte y no vendrá más á participar de la intimidad de la familia. Lo demás corre de mi cuenta; ten calma y no hables, ¿me lo prometes?

–Sí, murmuró apenas Cecilia.

Oscar se inclinó y le besó en la frente, diciéndole:

–Gracias, y ahora te dejo sola porque veo que realmente tienes gran necesidad de descanso y aun sería conveniente que te acostaras.

Pero antes de salir se detuvo en la puerta y volvió á mirar fijamente á su hermana con extraña expresión.

–Egberto Runeck es nuestro enemigo, nuestro enemigo mortal, contra quien he de combatir puñal en mano; acuérdate de esto.

Cecilia, sola, de pie en medio del cuarto, volvía á temblar y los dientes le castañateaban como si tuviese calentura..., miraba en torno suyo asustada, sin saber en dónde apoyarse...; el mundo brillante de alegría y de placeres, único que hasta entonces había conocido, yacía á sus pies convertido en un montón de ruinas..., la roca se había hendido..., pero ¿qué había en aquel abismo?

XII

Habían transcurrido algunas semanas y el verano reinaba en todo su esplendor cuando en Odensberg se activaban los preparativos para las bodas del joven Dernburg, que debían verificarse á fines de agosto. Se había determinado que el día del casamiento habría gran fiesta, terminada la cual los novios partirían para el Sur de Europa; en aquella fiesta habían de tomar parte todos cuantos tenían relaciones con la familia, y de ella debían participar hasta los obreros y mineros de Odensberg. El director había tomado á su cargo la dirección de los preparativos y organizaba una serie de diversiones que habían de hacer inolvidable, entre aquellas tranquilas montañas, el gran acontecimiento.

A pesar de estos preparativos de fiesta, una nube de tristeza, de preocupación, pesaba sobre toda la familia Dernburg: el padre estaba de malísimo humor, irritado; se acercaban las elecciones, y aunque no quisiera demostrarlo, no podía menos de comprender que las insinuaciones, las agitaciones del partido socialista, habían conseguido no sólo penetrar en su Odensberg, hasta entonces exclusivamente suyo, sino además dejar allí su influencia malsana, sin que él pudiera oponerse á ello.

La salud de Enrique le preocupaba también muchísimo: el joven estaba siempre delicado y necesitaba cuidados continuos; al pobre padre habíale costado gran trabajo persuadirse de ello; pero ahora, con gran dolor suyo, veíase obligado á renunciar á la esperanza de ver algún día á su hijo seguir sus pasos en la senda de trabajo, de actividad.. El único objetivo de Enrique había de ser estudiar la manera de conservar su existencia, no emplear esta existencia en su propio bien y en el bien ajeno, como había soñado el anciano...

Y por añadidura, precisamente en aquellos momentos de tristeza le habían sido confesados los amores de Wildenrod y Maya para llenarle de estupor, de irritación.

El mismo día de su amorosa conversación con Maya, el barón había ido á hablar con el Sr. Dernburg, pero había encontrado en éste una oposición más resuelta de lo que podía haberse figurado. Las primeras impresiones del Sr. Dernburg respecto de Wildenrod habíanse ciertamente modificado de pronto, sintiendo ahora hacia él una profunda simpatía; pero entre esto y darle á Maya por esposa, mediaba un abismo. ¡Dar su hijita de diez y seis años á un hombre que por su edad podía serle padre! La sola idea de tal enlace le parecía inadmisible, como le parecía inexplicable que Maya correspondiera á esa pasión. Si se hubiese dejado llevar por su propia inclinación, Dernburg habría contestado con una negativa rotunda, inapelable; pero ¿cómo resistir á las súplicas de su hija? La joven supo de tal manera conmoverle, que obtuvo de él una transacción: por ahora era Maya demasiado joven todavía para casarse; no había, pues, que hablar de ello. Dentro de dos años se trataría nuevamente el asunto, y en tanto los enamorados podían esperar.

¡Esperar! ¡Qué palabra tan cruel para el hombre que había de contar los minutos!.. Y sin embargo, no le quedaba más remedio, tanto más cuanto que le habían separado de Maya y él había tenido que someterse. El Sr. Dernburg le había dado á entender de un modo delicado que, dadas aquellas circunstancias, no era conveniente continuar la vida en común; pero Wildenrod no se había dado por entendido. Comprendía que si abandonaba Odensberg perdería la partida, y por consiguiente que era preciso quedarse para ahuyentar el peligro que, después de la amenaza de Runeck, pendía sobre su cabeza como la espada de Damocles. Además, no era posible dejar sola á Cecilia, que tan gran transformación había experimentado desde aquella mañana fatal; la extraña criatura abandonada á sí misma habría podido olvidar la promesa que él le había arrancado. Wildenrod pensó en todo esto y se quedó; pero Dernburg, con su carácter resuelto, no había perdido tiempo, y con la excusa de que Maya hiciera una visita á unos antiguos amigos la había alejado con ánimo de que no volviera hasta la época fijada para la boda de Enrique.

Egberto Runeck había llegado de Radefeld para dar al Sr. Dernburg su acostumbrado informe semanal. Hacía varias semanas que sólo para esto iba á Odensberg; entraba directamente en el despacho del jefe, y una vez terminada la conferencia, se marchaba en seguida sin tratar de ver á nadie de la familia. Parecía haberse convertido en un extraño. Aquel día, sin embargo, apenas llegó fuése á ver á Enrique, que le recibió sorprendido, dichoso, pero llenándole de reproches.

—¡Qué extraño que te dejes ver! Creí que habías olvidado mi existencia. ¿Qué tienes que decir de nuestra familia? ¿Qué te hemos hecho? Hace tiempo que huyes de nosotros, ¿por qué? ¿Por qué no vienes, y si vienes es sólo para ver á papá?

—Tengo tanto qué hacer, balbuceó Egberto; las obras...

—Sí, sí; las obras te sirven de pretexto, ¡esta es la verdad! Pero ahora que estás aquí, charlemos un poco. ¡Estoy tan contento de tenerte un rato para mí solo!

Y haciendo sentar á su amigo en el sofá, á su lado, empezó á hablar, á hacerle preguntas y á contarle sus cosas; pero era el único en sostener la conversación, pues Egberto estaba distraído y silencioso, y sólo prestó atención cuando Enrique comenzó á hablar de su matrimonio.

—Nos marcharemos inmediatamente después del banquete, decía sonriendo de felicidad; estaremos algunas semanas en Suiza, y luego nos iremos al Sur, al calor, al sol. No puedes formarte idea del significado de dicha, de bienestar que tienen para mí esas palabras: «¡al Sur!..» Mira, esos montes obscuros, ese cielo tétrico, frío, esa vida tan activa, me matan..., aquí no podría curarme nunca. Hagenbach acaba de verme y me ha dicho que habré de pasar todo el invierno en Italia..., no bastan uno ó dos meses y será preciso que papá se convenza de ello.

—¿Te sientes peor?, preguntó Egberto examinando atentamente el rostro pálido de su amigo.

—¡Oh, no es nada! Efecto, como te decía, de este clima que no me sienta bien... Hagenbach ha exagerado: figúrate que me ha prohibido montar á caballo y pasear; no quiere que me canse en manera alguna y pretende finalmente limitar las fiestas del matrimonio porque teme que puedan fatigarme. ¡Exageraciones! No hace más que repetirme: «Evite usted cualquier agitación, Enrique, la emoción más leve, sea de la índole que quiera: el menor cansancio, una simple impresión moral, podrían tener consecuencias desagradables.» ¡Estos son los inconvenientes de ser un personaje importante como yo! Porque soy hijo del amo, se atribuye una importancia exagerada á todo cuanto á mí se refiere, y me fastidia mucho, créelo, verme tratado como un enfermo grave á quien la más pequeña conmoción puede matar.

Enrique se calló; Runeck, con el semblante anublado, le contemplaba pensativo, y cuando aquél cesó de hablar, le dijo con voz agitada:

—¿El doctor Hagenbach te ha prohibido toda conmoción?.. Tal vez hace bien..., aquel vómito de sangre...

—¡Pero si fué hace dos años, y tiempo ha que estoy completamente curado!, exclamó Enrique con impaciencia. Pero no es esta la razón; es el aire de Odensberg, créelo, que no me prueba, ni prueba tampoco á Cecilia. Mi Cecilia ha nacido para vivir al sol, en medio de la luz, para el esplendor, para la alegría, y esta atmósfera gris, esta vida pesada, prosaica, laboriosa y severa, me la matan. Y si no, ¿qué se ha hecho de mi Cecilia de hace seis meses, tan alegre, radiante y llena de vida y de gracia adorable hasta en sus caprichos? ¡Si la vieras cómo ha cambiado en estas últimas semanas! No se la ve ni siquiera sonreir; ya no habla, apenas responde, permanece casi siempre en su cuarto, no come y se ha vuelto pálida, demudada, con unos ojos extraños que... á veces hasta llego á figurarme que existe algún otro motivo además del aire, y pienso: ¿estará arrepentida de la palabra que me dió? ¿Querrá volverse atrás?.. ¡Ah, Egberto! Créeme, veo espectros en todas partes y siento siempre una opresión, Dios sabe por qué; y por la noche no puedo dormir, me ahogo.

—Pero Enrique, por caridad, cálmate, dijo Egberto conmovido y procurando tranquilizarle. ¿Esta es la manera de seguir las recomendaciones del médico? Me parece que te exaltas sin motivo.

—¡No, no!, gritó Enrique con un ímpetu y una pasión nuevos en él. Lo veo, lo presiento, Cecilia me oculta algo... Anteayer ella misma se hizo traición: cuando le hablaba de nuestro viaje á Italia, exclamó: «¡Sí, Enrique, vámonos, vamos donde quieras, con tal de que salgamos de aquí! ¡No puedo resistir más!» ¿No puede resistir más? ¿Y qué es lo que no puede resistir? No ha querido decírmelo, pero aquel era un grito desesperado. ¡Dios mío, Dios mío! ¡Me siento morir, me vuelvo loco!

En su exaltación Enrique se había levantado; también se había levantado Egberto, retirándose al rincón más obscuro de la estancia, lejos del sol que entraba por la ventana.

—¿De modo que quieres mucho á tu novia?, preguntó desde aquel sitio.

—¡Que si la quiero!, exclamó Enrique con el rostro inflamado y los ojos centelleantes animados por una ternura ardiente. Si supieras qué es el amor, no me harías esta pregunta. Oye, si Cecilia me hubiese rechazado cuando la solicité, tal vez habría podido soportar el golpe; pero si debiese perderla ahora, me moriría.

Egberto guardaba silencio: de pie, con la cara vuelta hacia la pared, fingía mirar un cuadro; pero en su alma entablábase una lucha fiera, cruel, á juzgar por la expresión de su semblante. De pronto se volvió, acercóse á su amigo, y poniéndole una mano sobre el brazo, dijo con voz firme, pero con labios temblorosos:

—No, no la perderás; vivirás y serás feliz.

—Egberto, hablas como si esto dependiera de ti, como si dispusieras de la vida y de la muerte, dijo Enrique mirándole.

—Pues bien; toma mis palabras como una profecía que se cumplirá. Y ahora, deja que me vaya; he venido á despedirme de ti, porque mis trabajos en Radefeld estarán terminados mucho antes de lo que creía.

—Mejor, así volverás á Odensberg y estaremos siempre juntos hasta el día de mi partida.

—Es difícil; tengo otros proyectos que no me permitirán permanecer en Odensberg, y precisamente necesito hablar hoy de ello á tu padre.

—¡Tienes un carácter envidiable!, exclamó Enrique suspirando. Siempre avanzas, siempre te elevas, sin descansar, sin pararte. Apenas terminada una obra, empiezas otra y preparas una tercera... ¿Qué planes tienes?

—Te lo dirá tu padre; ahora no estás en disposición de saberlo. Conque ¡adiós, Enrique!

Y conteniendo á duras penas la emoción que le embargaba, le tendió la mano, que Enrique estrechó.

—No es un adiós definitivo, ¿verdad? ¿Por ahora vuelves á Radefeld?

—Sí, pero probablemente saldré de allí dentro de pocos días, y ¡quién sabe dónde habré sentado mis reales cuando tú vuelvas de Italia!

—¿Pero vendrás á la boda?

—Si puedo...

—¿Cómo, si puedes? ¡Has de poder! Si no me lo prometes, no te dejo partir. No puedo prescindir de ti aquel día, y por consiguiente has de venir, cueste lo que cueste; sobre esto no admito ni la sombra de una duda. Y ahora vete, si tanta prisa tienes, pero ¡hasta la vista!, ¿lo oyes?

—Sí..., ¡adiós Enrique!

Y estrechándole la mano con fuerza, convulsivamente, salió precipitadamente de la habitación, como si temiera que le detuviesen. Cuando estuvo en el corredor se paró y murmuró, pasándose la mano por la frente:

—Sí..., sería tu muerte...; mas no morirás por culpa mía..., no puedo echar sobre mí esta responsabilidad.

Dernburg, en tanto, sentado como de costumbre en su despacho, escuchaba con aire preocupado el discurso del doctor Hagenbach, que estaba enfrente de él.

También se encontraba allí Oscar de Wildenrod, quien escuchaba con atención vivísima, aunque sin tomar parte en la conversación, y permanecía con los brazos cruzados, apoyado en la ventana.

—No se preocupe usted más de lo justo, decía el doctor, que, á pesar de esta recomendación, tenía una expresión poco tranquilizadora. Enrique sufre todavía las consecuencias de nuestra primavera tan cruda. Debiera haberse quedado algún tiempo más en el Mediodía y no someterse á un cambio tan brusco. Ahora, que se vaya á Italia á pasar todo el invierno; acabo de hablar precisamente de esto con él. Enrique quisiera ir á Roma para dar gusto á su esposa; pero yo aconsejaría más bien Sorrento, ó si prefiere una ciudad grande, Palermo.

Al oir esto, anublóse aún más el rostro de Dernburg, quien exclamó impaciente:

—¿Tan necesario cree usted, doctor, que Enrique permanezca todo el invierno en el extranjero? Había acariciado la esperanza de tenerle aquí con su esposa siquiera por Navidad.

—No, Sr. Dernburg, respondió el doctor con voz vibrante, pues esto equivaldría á perder todo lo ganado durante el pasado invierno.

(Continuará.)

VIAJE DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII Á BILBAO

El día 4 del corriente y á bordo del acorazado *Pelayo* salió D. Alfonso XIII de San Sebastián, acompañado de su augusta madre y de su hermana la princesa de Asturias, llegando á media tarde del mismo día á Bilbao. Daban escolta al buque que conducía al rey los cañoneros *Temerario* y *Doña María de Molina*. La bahía del Abra, surcada por centenares de embarcaciones engalanadas, presentaba un soberbio golpe de vista.

A las seis desembarcó la familia real, dirigiéndose á la iglesia de Santiago, en donde se cantó un solemne *Tedéum*, terminado el cual celebróse en el Ayuntamiento una brillante recepción. Después de ésta las reales personas asistieron á la fiesta éuskara, que se verificó en el frontón Euskalduna y que resultó muy lucida.

Por la noche hubo grandes iluminaciones en la ciudad, cuyas calles ostentaban magníficos arcos y en cuyas casas lucían ricos y artísticos adornos, en las orillas de la ría y en los pueblecillos inmediatos. También estaban profusamente iluminadas las embarcaciones surtas en la ría.

El día 5 desembarcó el rey en Luchana, subiendo inmediatamente al tren real que debía conducirle á las minas de la Orconera y que marchó por la vía central escoltado por cuatro locomotoras vistosamente engalanadas que marchaban por las dos vías laterales. En la estación de la Orconera, la Compañía explotadora de las minas había dispuesto un túnel de ramaje y flores construído sobre seis locomotoras que recibieron al tren real en el centro, marchando aquéllas luego paralelamente á éste y formando sobre el mismo un dosel. El espectáculo resultó original y fantástico.

Al llegar á las minas Conchas, donde se verifican los trabajos de explotación, se dispararon más de seiscientos barrenos que derrumbaron inmensas masas de mineral.

En el almacén de la Compañía celebróse un espléndido banquete, después del cual los expedicionarios se dirigieron á Gallarta y desde allí regresaron en coches á Ortuella y en ferrocarril al Desierto con objeto de visitar la fábrica de Altos Hornos.

El rey visitó detenidamente todas las dependencias de la fábrica, que estaba engalanada con mucho gusto, y presenció diversas operaciones, entre ellas la sangría de los hornos para la formación del lingote, la laminación y otras. Terminada la visita á los talleres se sirvió un *lunch*. A las cinco de la tarde embarcóse D. Alfonso en el *Vasco Núñez de Balboa*, con el ministro de Marina y las personas de su comitiva para regresar al *Pelayo*.

El día 6 por la tarde desembarcó la familia real y visitó el nuevo Hospital civil que se construye en los terrenos de Basurto, y la Escuela de Ingenieros industriales, que recorrió detenidamente.

Celebróse después en el palacio de la Diputación provincial la recepción de alcaldes, que estuvo concurridísima, y terminada la cual las reales personas se dirigieron á la Gran Vía para presenciar la batalla de flores. Presentaba aquella hermosa calle un aspecto deslumbrador; todas las tribunas, entre las cuales llamaban la atención especialmente las del Club Náutico, de la sociedad El Sitio y las cinco de la Diputación, estaban deco-



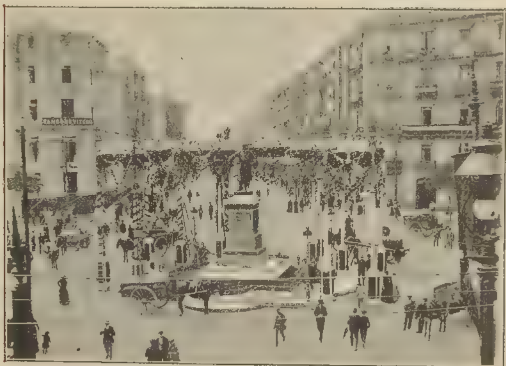
BILBAO. – TRIBUNA DEL CLUB NÁUTICO (de fotografía de M. Marcoartú)



BILBAO. – TRIBUNA DE LA SOCIEDAD BILBAÍNA (de fotografía de M. Marcoartú)



BILBAO. – LLEGADA DE SS. MM. AL PALACIO DE LA DIPUTACIÓN PROVINCIAL (de fotografía de M. Marcoartú)



BILBAO. – PLAZA CIRCULAR. – ARCO DE LA ESTATUA DE D. DIEGO LÓPEZ DE HARO (de fotografía de M. Marcoartú)



BILBAO. – LA GRAN VÍA DURANTE LA BATALLA DE FLORES (de fotografía de M. Marcoartú)



BILBAO. – VISITA DE S. M. AL NUEVO HOSPITAL CIVIL, EN CONSTRUCCIÓN (de fotografía de M. Marcoartú)

radas con mucho lujo y exquisito arte; la de la familia real, engalanada con banderas y guirnaldas y cubierta por rico dosel, era una preciosidad.

El día 7 por la mañana visitó el rey el acorazado francés *Dupuy de Lome* y por la tarde colocó el último bloque del puerto exterior. Este acto, al que además de D. Alfonso XIII asistieron la reina madre y la princesa de Asturias, fué presenciado por millares de personas y resultó en extremo grandioso, pues en el momento de descender el bloque, todos los buques surtos en la bahía hicieron sonar sus sirenas, los cañones del *Pelayo* dispararon salvas, lanzáronse desde tierra y en el mar millares de cohetes y la multitud prorrumpió en gritos de entusiasmo.

El puerto de Bilbao es una obra magna por varios conceptos, por su coste, por la aplicación exacta de los maravillosos recursos de la ingeniería y por las inmensas dificultades de su ejecución, vencidas á fuerza de inteligencia, de resolución y de constancia. En nuestro próximo número nos ocuparemos más detenidamente de él y reproduciremos dos vistas del mismo.

Digna coronación de los festejos organizados por Bilbao en honor de sus regios huéspedes fué el simulacro del regreso de los barcos balleneros, que se verificó en la noche del día 7 y que los reyes presenciaron desde el *Pelayo*. De la dársena de Axpe salió la galera del *Consulado*, que tripulaban 40 remeros y en la que iban el prior, doce cónsules, dos secretarios, cuatro pajes, cuatro heraldos, cuatro trompeteros, dos capitanes, seis artilleros y varios marineros y soldados; seguían luego la barca indoasiática, decorada á estilo oriental, varios barcos pequeños, dos embarcaciones romanas y un enorme dragón de 50 metros de largo puesto sobre varias traineras y botes, y cerraba la comitiva una colosal concha arrastrada por cuatro enormes caballos marinos, sobre la cual alzábase una matrona de grandes proporciones que figuraba «Bilbao en la paz.» Esta mascarada se unió en la boca de la ría con otra compuesta de balleneras, y después de saludarse con grandes salvas, colocáronse en los costados del *Pelayo*. Cuatro marineros transportaron una lengua de ballena que, según la tradición, solían entregar para contribuir con su producto á las cargas del puerto, y el prior del *Consulado* saludó á los recién llegados, invitándoles á beber en una ánfora de oro, mientras los orfeones cantaron coros alusivos. Acabada la ceremonia, se encaminaron las dos escuadrillas á la dársena de Axpe, en donde anclaron, con lo que terminó aquella original fiesta marítima.

El día 8 por la mañana salieron los reyes de Bilbao, y llegaron á San Sebastián á las cinco de la tarde.

El recibimiento dispensado por los bilbaínos á las reales personas ha sido tan cariñoso como entusiasta. – X.

LIBROS ENVIADOS

Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

GEOMETRÍA ELEMENTAL Y SUPERIOR CON EJERCICIOS DE CÁLCULO Y DE DIBUJO LINEAL, por *Miguel Arriaga*. – Hállase dividida esta utilísima é interesante obra en cinco partes, á saber: 1.ª Elementos de los cuerpos; 2.ª Nomenclatura y clasificación; 3.ª Problemas gráficos; 4.ª Propiedades y problemas numéricos; 5.ª Geometría descriptiva. Por esta simple enunciación se ve el método acertado que el autor ha seguido para que el alumno pueda adquirir gradualmente desde las nociones más elementales hasta los conocimientos más difíciles, llegando al final de sus estudios á dominar los problemas que con la ciencia geométrica se relacionan. Las definiciones del libro son claras, el sistema en él seguido es sumamente práctico y la profusión de grabados que lo ilustran permite hacer el estudio ó consulta sin pérdida de tiempo y con gran comodidad. Por todas estas cualidades merece incondicionales elogios la obra del profesor mejicano D. Miguel Arriaga; merécelos también el editor del libro, nuestro inteligente corresponsal en Méjico D. Ramón de S. N. Araluce. El libro ha sido impreso en Barcelona en la imprenta de Pedro Ortega.



Un toro, cuadro de Eduardo Manet

***

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas selectas, revista mensual ilustrada; *Boletín de la Tarjeta postal ilustrada*, mensual; *Revista Comercial Hispano-Americana*, mensual ilustrada; *La Opinión Postal*, tres veces al mes (Barcelona); *Boletín de la Biblioteca-Museo Balaguer*, revista mensual (Villanueva y Geltrú); *Revista del Centro de Lectura*, quincenal (Reus); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, quincenal; *Bibliografía Española*, semanal; *La patria de Cervantes*, revista mensual ilustrada; *La mujer en su casa*, revista mensual ilustrada; *Sol y sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, quincenal; *Boletín de los Colegios de Médicos y de Farmacéuticos de Castellón*, quincenal; *La Frontera*, semanario (Irún); *El Heraldo*, semanario (Linares); *Archives de Medicine et de Chirurgie specialles*, revista mensual (París); *Brisas Andinas* (Oruro, Bolivia); *Pluma y Lápiz*, semanario ilustrado (Santiago de Chile); *Revista de la Sociedad Jurídico-literaria*, mensual (Quito, Ecuador).

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona [illegible] de [illegible] de 1902 — Núm. [illegible]



EL SUEÑO, escultura de Gustavo Eberlein



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DE VUELTA

Por lo intenso del contraste me agradó detenerme en Avila, la más castellana de las ciudades, y rozar con mis ropas, impregnadas de los olores á cocina con manteca y á esencia de *white rose* del bulevar, las piedras mohosas de los severos palacios y de los solitarios templos.

¡Avila! ¡Tierra de cantos, tierra de santos! Y de santas, especialmente... Yo soy aficionadísima á historias de santas; hallando en ellas mayor interés que en las nueve décimas partes de las novelas... *non sanctas*, escritas supongo que con objeto de interesar, y que suelen producirme efectos enteramente contrarios. De éstas me traje unas cuantas para distraerme en el tren, y no pude pasar de las primeras páginas..., yo, golosa de lectura. Golosa, sí: ya no *glotona*... El paladar se hace exigente á medida que almacena, allá en los obscuros depósitos de la memoria, sensaciones. Y el cerebro también sufre hastío, y rechaza el alimento insípido ó mal guisado. Guardé las novelas en el saco y preferí mirar el árido paisaje.

***

Además, me gustan las historias de santas porque cuando las escribo y publico hay mucho revuelo en el campo negro y en el campo rojo. (El negro y el rojo se combinan, en mefistofélica combinación.) No siendo roja ni negra, estoy en mejores condiciones para saborear una impresión artística dondequiera que se me proporcione. Las historias de santas encierran una sutil psicología y esa magia de juventud que se halla en los monumentos literarios, artísticos, arquitectónicos, de la Edad Media. Muchas santas son anteriores ó posteriores á esta época de fantasía creadora y de realismo sencillo; pero la hagiografía ostenta siempre caracteres medioevales. La hagiografía, para ser encantadora, tiene que recordar los vidrios pintados de las iglesias. El siglo XVIII es fértil en historiógrafos de santos, y no se pueden leer, ni sufrir, porque llevan consigo el prosaísmo de su centuria.

***

En Avila sólo hay la dificultad de no saber qué santa se elige. Santa Teresa, con su gran nombre, llena los ámbitos de la ciudad. Pero de Santa Teresa no se puede escribir poco. Pide volúmenes, como los dos que le dedicó mi amiga Gabriela Cunninghame Graham, con quien pasé en Avila varios días enteramente teresianos. Esta vez, recorriendo sola las callejuelas y las singulares plazas que con su sombra protege un convento ó una iglesia, se me ha ocurrido pensar en las santas olvidadas, casi desconocidas, que no fueron literatas, ni fundadoras, ni mártires siquiera... Y dediqué las horas disponibles á evocar el recuerdo de la obscura Santa Barbada, que debe este nombre á un singular prodigio.

Me atrajo Santa Barbada como atrae un bello retablo ó una curiosa efigie encontrados en un lugar donde nadie contempla ni admira; en algún poblacho por el cual no cruzan arqueólogos, ni siquiera viajeros. Esto no significa que Santa Barbada carezca enteramente de devotos en Avila misma. Si hay ciudades, comarcas, regiones enteras que respiran paganismo — por ejemplo, Nápoles, — otras exhalan religiosidad. De estas últimas es la grave Avila. Así que sentamos el pie en ella — á pesar de que va poniéndose de moda como punto de veraneo, — nos parece que se aleja el mundo, que las formas y colores de la naturaleza se borran y apagan, y sólo quedan el tono grisiento del granito y el amarillento de la arcilla, contrastando con el azul claro y puro de un cielo que nos señala el camino del ideal. ¡Y cómo mantiene la ciudad su íntegro aspecto de otros días! Intactas la cercan las sombrías murallas del período repoblador, las que presenciaron los asaltos de la morisma y las luchas intestinas de *serranos* y *ruanos*. La catedral, en vez de adornarse con los calados joyeles de filigrana y con los vuelos de encaje de otras basílicas españolas, se corona de torreones: es, á la vez que templo, fortaleza. A la revuelta de cada calleja yerguen su mole conventos de benedictinos, de dominicos, de carmelitas. El espectro de Torquemada vaga sin duda aquí, en noches de luna, llamado por el sonido grave y profundo de las viejas campanas cuando doblan á la oración. En mis paseos, las altas rejas de los conventos me atraen: miro con los gemelos de teatro que la miopía me obliga á llevar siempre á mano en la bolsa, y suelo entrever una cara pálida, orlada por las tocas: una monja que, al través de los hierros, mira... ¿qué? ¿A los que pasan? ¿A las lejanías del horizonte?

***

Las alamedas de altos olmos están desiertas, lo mismo que las pedregosas extensiones que rodean á la ciudad. Diríase que la soledad y el silencio tienen aquí su patria: la región entera es muda. Silencio imponente y monotonía que no carece de majestad; llanuras de dilatados términos, que sólo ondulan imperceptibles lomas. La variedad y la belleza dícenme que se encuentran en lo alto de la serranía, como si en este país Dios quisiese significar al alma que es preciso ascender á las cumbres para hallar algo que sea digno del interés humano. En la serranía de Avila hay valles amenos y frescos oasis de arbolado, pinares y cañadas, prados dignos de la musa del maestro Berceo, arroyos de cristal, tapices de flores de cantueso, de encendida color, y tomillares de agreste aroma.

***

Las llanuras se extienden hacia la parte del Norte, y en la propia dirección, distante como dos leguas de Avila, se encuentra el pueblecillo de Cardeñosa, del cual eran naturales los labriegos padres de *Santa Barbada*, y donde nació la santa misma. Este recuerdo sería el único de un lugarcito de sesenta vecinos, á no haber acaecido en él el fallecimiento del niño Alfonso, hermano de Isabel la Católica; fallecimiento causado, según fama, por el veneno que le dieron en una trucha. Suceso ocurrido en un rincón de España, que tanto influyó sin embargo en su historia.

No aciertan los cronistas á fijar en qué época vivió Paula, Santa Barbada después, ni á qué labores se dedicaba, ni nada concreto, pues realmente esta santa pertenece, más que á la historia documentada, á la tradición. La aventura á que se reduce su biografía demuestra que era hermosa; pero lo único que logramos rastrear es que Paula solía venir de Cardeñosa á Avila muy á menudo, con objeto de visitar la tumba del mártir San Segundo, primer obispo y patrono de Avila, que había confesado la fe y ganado la corona en la ciudad misma, y cuyo cuerpo fué inventado á orillas del río Adaja, al demoler dos arcos antiquísimos del templo de Santa Lucía, allá por los años de 1519. Este dato aumenta las confusiones. Algunos suponen que el caso de Santa Barbada ocurrió en el siglo VI, otros que en el XI. No pudo ser sino antes de que se perdiese la tradición del sepulcro de San Segundo, á menos que fuese después de su descubrimiento. La veneración á este sepulcro era una devoción popular en Avila; Felipe II solicitó una reliquia de San Segundo para el monasterio del Escorial. Si creemos que el suceso de Barbada es posterior al descubrimiento, Paula pudo ser contemporánea de Santa Teresa. En el llano abulense, los siglos XVI y XVII hay florescencia de santos.

Iba, pues, la joven paleta de Cardeñosa, lozana como unas flores, á sus rezos acostumbrados, cuando reparó en ella un caballero de la ciudad, en la cual abundaban, y muy calificados en nobleza, viéndose hoy todavía sus casas fuertes, con arrogantes blasones. El caballero, según las crónicas mozo y libertino, buscó modo de hablar á Paula. Sin duda le entró, como al capitán D. Alvaro de Atayde en *El alcalde de Zalamea*, uno de esos caprichos súbitos y desordenados, que exaltados por una casta y firme repulsa, pueden ascender á violenta pasión; y acaso, al convencerse de que Paula, voluntariamente, nunca se prestaría á sus deseos, exclamó como D. Alvaro:

> «La vida me has de costar,
> hermosísima villana »

Debemos suponer que antes de llegar al desesperado propósito de matar á Paula en último extremo, agotaría aquel caballero todos los medios persuasivos para ganar la voluntad de una doncella. Es verosímil que la requebraría, que la rondaría, que hasta la daría música en Cardeñosa (facilitando el galanteo lo corto de la distancia, que bien se podía recorrer á caballo), que la ofrecería dádivas y obsequios, y que acaso llegase hasta ofrecerse á recibirla por esposa. Todo lo cual no sirvió de nada, pues Paula hizo saber al apasionado mancebo que tenía ofrecida á Cristo su virginidad.

***

Lleno entonces de despecho y furia, el mozo esperó á Paula apostado en el camino por donde sabía que la paleta había de pasar forzosamente, en dirección de la iglesia de San Segundo. Llevaba daga en cinto, y la resolución rabiosa de pasar el pecho á Paula, si resistiese. Paula le vió desde lejos. Atemorizada, se refugió en la ermita de San Lorenzo, uno de los muchos humildes oratorios que rodeaban á Avila. Allí se echó de rodillas y alzó al cielo una plegaria fervorosa, pidiendo verse libre de aquella hermosura malhadada, que la ponía en tales riesgos. — Y al punto mismo sintió brotar rápidamente en su cara, lisa y rasa como la seda, una barba pobladísima, negra, que cubría el rostro y descendía ondeante hasta el pecho.

***

Al precipitarse el caballero en la ermita, apretando el puño de la daga, no conoció á la Barbada, y la preguntó atónito si no había visto entrar allí, momentos antes, á una villana muy hermosa. Paula respondió negativamente: el mozo se fué confuso; y la joven, de rodillas, agradeció á Dios el socorro prestado, y suplicó que no la quitase las barbas que habían sido su escudo. Desde aquel día Paula no se apartó más del sepulcro de San Segundo, dedicada á cuidarlo, á adornarlo con lámparas cuyo aceite renovaba, á hacer vida eremítica, hasta el punto de la muerte. Quizás fuese la Barbada la primera de las famosas emparedadas que cerca de San Lorenzo asombraron á la comarca con sus penitencias.

Este oratorio de San Lorenzo, donde un retablo «ni antiguo ni bueno» describe Quadrado lacónicamente — era el único monumento que confirmaba la tradición de la Barbada, — fué derribado en 1835. El retablo se trasladó á la vecina parroquia de San Andrés. Y es cuanto se sabe acerca de la virgen cuyo rostro se pobló de barba...

***

Singularísimo parece, después de unas horas pasadas en Avila, meterse en el tren. Salimos como de la sombra sugestiva de una catedral, y entramos en la estación, que aunque poco animada, estación es al fin, y huele á carbón de piedra. Y no sé por qué, de pronto doy en asociar estos episodios de santidad con la agitación religiosa de Francia. Diríase que ya nadie piensa en la fe..., y el caso es que se piensa, de otro modo, pero tanto como en los siglos de las santas — á pesar de que las santas se han agotado, se han secado las azucenas todas...

O al menos, tienen tal aspecto que es imposible conocerlas. Acaso la baronesa de Reille, una señora que acaba de dar una conferencia en Montmartre para protestar contra los decretos que cierran las Escuelas de las Sores, allá en 1500 sería una santa. Hay que creerlo al escucharla gritar: «¡Nuestro derecho ó el martirio!»

Pero eso de las conferencias tiene tan poco de vidrio de colores...

Emilia Pardo Bazán.



I

Iduela era una niña que desde la edad de un año había dejado de crecer, así es que medía escasamente un metro de estatura. Pero ni en los cuentos de hadas pudo imaginarse una enana más linda; parecía una *bebé* animada y escultural, no de esas *bebés* gabachas insulsamente rubias, de pómulos salientes, de ojos espantados y sin expresión; sino con una fisonomía rebosando gracia, con ojos que se asemejaban á rayos de sol y con una boca que se plegaba en una muequecita encantadora. Pues ¡y luego, cuando cumplidos los ocho años, su madre vistióla de pastora, con sombreros de paja de Esmirna, *peplums* de seda pérsica y sandalias de cuero fino masajetal ¿Quién vió jamás pastora más elegante? No diré yo que se igualara á las aristocráticas zagalas de la corte de Versalles, pero sí que superaba á las de Cervantes y Florián.

Iduela y su madre habitaban una espaciosa alquería situada á dos tiros de saeta de la ciudad de Turrisblancas, capital de la *feliz Arisba*, como la llaman las crónicas antiguas, que formaba parte del poderoso imperio de Licia. Iduela era hija única, y su madre, viuda bien acomodada, poseía entre otros bienes un ganado lanar de cincuenta cabezas, que producía una leche riquísima y especial, con la cual la hacendosa mujer confeccionaba unos quesos acanelados, que constituían la principal golosina de los sibaríticos habitantes de Turrisblancas. La vanidosa ganadera no había querido abrir tienda ni puesto en la ciudad, por aquello de que *el buen paño en el arca se vende*, y de esto resultaba que el paseo que mediaba entre la alquería y la población parecía una romería de siervas y esclavos que venían á comprar leche y quesos para sus señores, y los gañanes de ambos sexos que servían á la viuda tenían pocos ratos de holganza.

Así, pues, por distraerla, no por necesidad, vistió ésta á su hija de pastora y la encargó del rebaño. Porque la niña, si no en cuerpo, crecía en inteligencia y vigor, proporcionados á su edad, y era de ver á aquella zagala guiando el rebaño con un cayadito de ébano, casi siempre coronado de flores.

Como no hiciese mal tiempo, y en Arisba casi nunca le hacía, Iduela salía al campo y permanecía en él durante muchas horas, entretenida en esos pequeños incidentes que tanto sorprenden á los niños. Veía á las aguzanieves andando á saltitos tríplices como si fuesen á bailar la bolancheira, á las ardillas columpiándose en las ramas de los árboles, á los tábanos zumbando en derredor de los tulipanes como si quisieran provocarlos, y llamaba «feas» á las ranas que la miraban con sus ojos saltones.

No hay que decir que se desvivía por el ganado. El ganado tenía tres perros, por autorizarle, no porque fuesen necesarios, pues en todo el territorio de Licia no se conocía ni siquiera la sombra de un lobo ú otra cualquiera alimaña. En la mitad del día Iduela volvía á la alquería para almorzar; pero las más de las tardes sesteaba en un bosquecillo muy frondoso que estaba no lejos de su casa, y entonces un gañán traíala el almuerzo, que ella compartía con los corderos, perros, algunas palomas y otras aves que se daban por convidadas; y en esta existencia apaciblemente campestre se la fueron pasando los años hasta que cumplió los catorce de edad.

Una tarde hallábase en el bosquecillo, sentada como de costumbre bajo una ceiba, acariciando á un recental y viendo corretear á los perros, que estaban muy juguetones, cuando entróse por la espesura una mujer desconocida, y aproximándose á ella le dijo:

—¡Buenas tardes, niña! Te agradecería mucho que me dieses un poco de leche, porque vengo de camino y estoy algo desfallecida.

Aquella mujer alta, un tanto acartonada, de cabellos grises y de facciones diminutas, lo mismo podía tener treinta que cincuenta años de edad. Vestía una túnica blanca y un faldellín verde, llevaba una varita en la mano derecha y pendiente del brazo izquierdo un cestillo de mimbre en el que había unos frasquitos de cristal. Iduela, que se había puesto en pie, porque respetaba mucho á las mayores y porque además la mujer tenía un aspecto muy fino, le contestó:

—Señora, podéis tomar cuanta leche os plazca; voy á ordeñar un par de ovejas.

Y sacó del bolsillo un vaso de suela.

—¡Muchas gracias, monina!, dijo la mujer. Yo las ordeñaré, me gusta mucho ordeñar.

Y en efecto, ordeñó con mucha soltura dos de las mejores ovejas y se bebió tres ó cuatro vasos de leche.

¡Cosa rara! Los perros, que eran algo ariscos, olieron en silencio á la desconocida.

Luego ésta é Iduela sentáronse á la sombra de la ceiba, y entonces supo la pastorcita que aquella señora era española, que se llamaba doña Batmendi Buenavoluntad, que era viuda del capitán mercante Requeséns, que con su viudez había venido á menos y que se buscaba la vida vendiendo un licor de su invención muy sabroso y muy estomacal; y para probar este aserto, destapó uno de los frascos que llevaba en la cesta y diósele á beber mezclado con leche á la niña, á la cual supo muy bien.

Desde aquella tarde no se pasaban dos sin que doña Batmendi viniese al bosquecillo á charlar con Iduela. Tenía una conversación muy agradable, y se la ocurrían chistes referentes á los animalejos que allí pululaban.

Además había viajado mucho en compañía de su marido; había estado en China, en el Japón y en el Indostán, y contaba de aquellos países cosas estupendas. Contaba que el Mikado del Japón no usa dos veces la misma ropa ni la misma vajilla; que los militares llevan dos espadas, y que hombres y mujeres varían de nombre según su edad y estado. Refería que á los médicos de Pekín se les obliga á encender un farol por cada enfermo que se les muere, de lo cual resulta que esta ciudad es la mejor alumbrada del mundo; que en las riberas del Ganges hay unas culebras tan inteligentes, que sirven de carteros, atravesando el río con la correspondencia y repartiéndola en ambas orillas, por lo cual algunas de ellas están condecoradas.

Estas verídicas narraciones se parecían tanto á cuentos, que entretenían á Iduela. Pero dejemos á ésta con su nueva amiga doña Batmendi, porque reclama nuestra atención un personaje mucho más importante.

II

Como que era nada menos que el gran Oroondates, emperador de Licia, doblemente grande por su jerarquía y por su estatura, que medía trescientos veintisiete metros, algunos más que la torre de Eiffel. Pero el ser tan descomunal no era óbice para que fuera admirablemente hermoso y bien proporcionado. Desgraciadamente sus fieles vasallos no podían ver de cerca su fisonomía, y eso que para obviar en parte este inconveniente inventó la óptica Bursurcumbur, un sabio que era presidente de la *Academia Eléctrica* y además eminente químico, físico y mecánico. Por tanto, no había liciense que no estuviese provisto de un anteojo de larga vista. El monarca de Licia tenía veintiséis años de edad, y era bondadoso, cortés y bien educado; debió ser ascendiente ó descendiente del gigante Morgante, de quien, según Cervantes, D. Quijote decía *mucho bueno, puesto que perteneciendo á aquella raza desaforada y soberbia, él era comedido en sumo grado.* Pero aunque bueno, joven, poderoso, amado de los propios y temido de los extraños, el emperador Oroondates no era feliz y sufría un sinnúmero de contrariedades. En primer lugar, era el único soberano sin palacio, porque ¿cómo construir en aquel tiempo uno que tuviera cuatrocientos metros de altura?

Bursurcumbur, que fué la providencia de aquel imperio, también subsanó en parte esta contrariedad, y ayudado de Angel Miguel, arquitecto de cámara, construyeron cuatro cobertizos altos de cien metros, bajo los cuales se guareciese el emperador del sol y de la lluvia, y además una especie de túnel de quinientos metros de largo, tapizado de plumón, en donde el monarca descansaba, pero pasando por la humillación de entrar y salir á gatas de su dormitorio.

Pues bien: estas incomodidades y otras muchas que no refiero, como, por ejemplo, la de no poder entrar el emperador en su hermosa capital de Florestania, por no caber en sus calles, eran pequeñeces, comparadas con los profundos sinsabores que le aguardaban, según verá el lector si sigue leyendo.

Oroondates recibió un mensaje con dos millones de firmas de sus vasallos de la comarca de Arisba, rogándole que les honrase con su presencia, supuesto que hacía algunos años que no tenían la inmensa satisfacción de verle; y como el emperador era bondadoso y agradecido, accedió á esta demanda y dió las órdenes para el viaje. Para ir á Arisba había que atravesar el Hidaspes, río de los más anchos y caudalosos del mundo, y á consecuencia se mandó venir á cinco navíos de la escuadra que guardaba sus bocas, para transporte de la comitiva y equipaje del emperador; pues éste, para honrar á los arisbos y honrarse á sí propio, quiso hacer la jornada con toda ostentación. Embarcáronse, pues, más de seiscientas personas con muchas provisiones, y especialmente con un sinnúmero de toneles de vino (pues en Arisba no le había, por lo cual yo creo que era *feliz)* y Oroondates se bebía dos arrobas diarias; y cuando todos estuvieron embarcados y atravesando la corriente, el monarca metió en el río un bastón de cuatrocientos metros de largo, obra también de Bursurcumbur, y apoyándose en el fondo, trasladóse á la otra orilla por medio de un salto de garrocha.

III

Una mañana, Iduela y doña Batmendi hallábanse sentadas en el pilón de una fuente, mientras que el ganado pacía el húmedo citiso que en torno de la fuente florecía. La señora española contaba á la pastorcita sus interminables impresiones de viajes, y la hablaba de unas ratas que hay en el territorio de Calcuta, que se reunen en grupos de nueve y cantan unos coros tan ajustados á la melopea, que ni los de Clavé, cuando la niña la interrumpió exclamando:

– ¿Qué es eso? ¿Cómo se nubla el sol si no hay ni una nube en el cielo?

– ¡Calle, pues es verdad!, dijo doña Batmendi.

Pronto se explicaron la causa. Por la zona de Oriente avanzaba un nublado, ¡cosa rara!, vertical y producido por la sombra que proyectaba el inmenso cuerpo del emperador Oroondates. La señora y la niña se sorprendieron, mas no se asustaron, pues sabían que el gigante monarca viajaba por Arisba; antes bien saliéronle al encuentro para verle más de cerca, y unieron sus aclamaciones á las de millares de personas que le seguían. El emperador tenía una vista de águila, reparó en seguida en Iduela, y queriendo ver más de cerca á aquella muñequita tan linda, tomóla en una de sus manos y alzóla con mucho mimo al nivel de su cara. El innumerable gentío que rodeaba á Oroondates, con sus potentes anteojos no pudieron ver lo que yo sé, y fué que al contemplar á la pastorcita púsose aquél densamente pálido (según frase de los folletines franceses), señal evidente de que la sangre le afluía al corazón. En efecto, Iduela impresionóle profundamente, lo cual prueba, como dice Víctor Hugo, que la *flecha de Cupido* es un mito verdadero. Hablando muy bajito para no aturdirla, el monarca preguntó á la niña «quién era y cómo se llamaba,» y ella, no temerosa, sino alegre de verse tan en alto, le informó de todo con infantil charla, que parecía el gorjeo del ruiseñor.

Oroondates besó á la pastorcita en la frente y en las manecitas, dejóla en el suelo con mucho cuidado y prosiguió su camino hacia la capital de Arisba, en donde, por la misma causa que en la de su imperio, tampoco pudo entrar.

Abreviemos este relato, que metido en el terreno psicológico sería inacabable.

Al emperador, que hasta entonces no había pensado en mujeres, le llegó su hora, y quedó profundamente enamorado de Iduela; y ésta, cariñosamente predispuesta hacia el monarca por lo que había oído decir de su magnanimidad, cuando vió de cerca su varonil semblante lleno de majestad y de dulzura, quedó también prendada, y sintió la divina explosión del amor virgen.

Pero entre el amor virgen y el amor viril hay una inmensa diferencia.

Iduela pensaba constantemente en el emperador, ansiaba verle, y le veía con frecuencia. Cuando él la alzaba en sus manos y la miraba con sus ojazos tan tiernos y tan expresivos, acariciándola castamente, era feliz, y no deseaba más... Pero él, ¡pobre emperador, cuánto sentía los tormentos de la pasión no satisfecha! Y ¿cómo satisfacerla si luchaba con el imposible de la naturaleza? ¿Cómo resolver aquel terrible problema? ¿De qué le servían su diadema imperial y su ilimitado poderío? Quería huir de aquella estrella que no podía alcanzar, y un poder invencible reteníale en Arisba. Su gran canciller le avisó que el río Termodonte se había desbordado, y que todos los panaderos de Licia habíanse declarado en huelga; pero él, tan solícito del bien de sus vasallos, apenas prestó atención á aquellas calamitosas noticias.

Buscaba á Iduela, se sentaba junto al tajo de una alta montaña, próxima á Turrisblancas, tomaba á la pastora en sus manos ó la sentaba en la cresta de aquélla, y se pasaba horas y horas contemplándola, oyendo su graciosa charla y devanándose los sesos, como vulgarmente se dice, para hallar la solución de aquel imposible.

¡Pobre emperador!

A todo esto doña Batmendi Buenavoluntad había desaparecido de la comarca; sin duda andaba por otras expendiendo su licor estomacal; por lo que fueron grandes la sorpresa y alegría de la niña, cuando una tarde que estaba sentada en el borde de la montaña, sostenida por la mano de su imperial amante, vió venir por el declive á la buena señora, sin cesto, pero con su varita en la mano. Dió un grito de gozo, púsose en pie y corrió á su encuentro. Se abrazaron ambas y doña Batmendi se aproximó al emperador haciendo una profunda reverencia.



Tomóla en una de sus manos y alzóla con mucho mimo

– Pero, señora, ¿dónde habéis estado tanto tiempo sin acordaros de mí?, preguntaba la pastorcita.

– Tanto me he acordado, que vuelvo por causa tuya, y eso que al otro lado del Hidaspes vendía mis frascos como pan bendito.

– ¡Cuánto os lo agradezco!

– Sí, monina; pero vamos al grano, que tengo prisa.

Y luego, encarándose con el emperador, repuso:

– Señor, en todas esas tierras se susurra que estáis enamorado de una pastora.

Oroondates exhaló un suspiro que espantó á una bandada de vencejos que por allí atravesaba.

– Y por lo que veo, prosiguió diciendo doña Batmendi, esa pastora bien pudiera ser Iduela.

Éste bajó los ojos, el emperador siguió silencioso.

– Creo que he acertado; pero este amor es imposible, tales como están las cosas.

A los ojos del desesperado amante asomáronse dos lágrimas que parecían dos manantiales.

– Señor, siguió diciendo doña Batmendi mirando con fijeza al emperador, si no existiera obstáculo físico, ¿os casaríais con esta pastorcita?

El gigante contestó con ímpetu:

– Daría tres partes de mi imperio por lograrlo, pues la otra la necesitaría para coronarla emperatriz.

– Bueno, bien: permaneced ahí, señor, y cuando volváis á vernos poneos en pie. Ven, Iduela.

Y cogiendo á la niña en brazos bajó por el declive de la montaña. El emperador quedóse inmóvil de sorpresa. Algunos minutos después, viendo á la señora y á Iduela que estaban á su lado, al pie del tajo, se levantó. Doña Batmendi entonces comenzó á trazar en el aire con su varita figuras y rombos, murmurando al mismo tiempo frases incomprensibles, por lo cual yo supongo que además de licorista debía ser hada ó maga, y de las más morrocotudas, puesto que, ¡cosa estupenda é inaudita!, al influjo de aquella especie de conjuro el emperador iba menguando en estatura y la pastora creciendo con rapidez. Cuando tuvo ésta una regular, la señora trazó una circunferencia en el aire é Iduela dejó de crecer; pues aquélla sabía que las mujeres altas suelen ser desgarbadas.

La niña, transformada en joven, gritaba y palmoteaba de alegría.

La reducción de Oroondates fué más lenta, y cuando bajó á la estatura de un buen mozo, la maga trazó en el aire un segundo círculo y... se acabó.

Los dos amantes, estupefactos, quedáronse mirando cara á cara; y véase lo que es la mujer virgen; la pastora fué la primera que echó los brazos al cuello á su imperial amante, y de esto resultó el beso mutuo más intenso y prolongado de cuantos se han dado en el mundo.

IV

¡Válgame Dios, cómo entró Oroondates en Florestania, la hermosa capital de su imperio! Pero antes que él entraron más de tres mil personas que constituían su comitiva. Primero juglares, corifeos, pantomimos y músicos de flauta y orabín. Luego aldeanos con ramos de agabanzo, que en Licia es símbolo del triunfo. Después delegados de todas las comarcas, Bursurcumbur á la cabeza de los electricistas que llevaban sobre la toca una llamita, magnates de todos los los Estados, ¡la mar de gente!, y en pos de todos el emperador, en un carro romano tirado por seis poderosas alfanas.

Pero el monarca no iba solo en el carro. Tenía éste dos testeros; en el de atrás y en el sitio de preferencia, sentábase la princesa de las Trece Florestas, á su lado Iduela y enfrente de ellas el emperador. El lector se preguntará. ¿Quién es la princesa Trece Florestas? Pues era la madre de la ex pastorcita, á la cual el emperador, de golpe y porrazo, había conferido este título.

Los futuros esposos y la princesa madre instaláronse en el palacio imperial de Florestania, en donde el emperador no había cabido hasta entonces. Ocho días después celebró éste sus bodas con Iduela. Yo me declaro insuficiente para describirlas, y sí sólo diré que fueron un derroche de lujo y de alegría, y que demostróse en ellas que la flamante princesa de las Trece Florestas era, no sólo hábil confeccionadora de quesos, sino que también gran maestra de ceremonias, pues en las que se verificaron en la corte cuidó al pelo de la etiqueta, poniendo á cada persona y cosa en el sitio que la correspondía. Con motivo de su enlace, el emperador otorgó muchas mercedes; á Bursurcumbur, que estaba muy ensimismado en resolver el problema de sorber y soplar al mismo tiempo, le agració con el título de marqués de la Combustión.

El soberano de Licia estaba frenético de gozo; ya podía departir con sus ministros, ver de cerca á sus vasallos, montar los airosos caballos españoles, llamados por los romanos *dives equis*, y sobre todo dormir con Iduela en un lecho de alabastro.

¡Jamás existieron esposos más felices! Jóvenes, hermosos, archipotentes y adorándose mutuamente, el emperador y la ex pastora hallábanse, no en una luna, sino en un sol de miel, resplandeciente.

Sólo sentían un pequeño disgusto.

El día en que doña Batmundi, la maga licorista, había encogido á Oroondates y estirado á Iduela por medio de un conjuro, embelesados ambos en mirarse, no repararon en que la buena señora habíase escabullido entre la multitud de gente que rodeaba al emperador. Posteriormente, y viendo que no se daba á luz, mandaron á todas partes emisarios para que la buscasen; pero nada, eclipse completo; como si se la hubiera tragado la tierra; por lo cual los augustos cónyuges, que eran muy agradecidos,

sentían el resquemor de no poder demostrarla su gratitud, recompensándola por el incomparable bien que habíales proporcionado.

Una mañana los emperadores iban á salir de palacio para volar la cetrería, y con este motivo esperaban en el extenso parque un sinnúmero de servidores; pajes y escuderos teniendo caballos del diestro, halconeros al lado de las pihuelas en las que se posaban los halcones encapirotados, y ojeadores con una jauría de perros tracios atraillada. A la puerta de palacio, cuatro esclavos nubios tenían de las riendas la hacanea de la emperatriz y el soberbio alazán tostado del emperador. Presentáronse éstos, precedidos del montero mayor, que tenía el privilegio de ayudar á montar á caballo á la emperatriz, y con efecto, hincó una rodilla en tierra, Iduela apoyó en la otra su piececito, y se colocó gentilmente en la silla. El emperador hizo lo propio, y cuando estaban poniéndole en su punto las aciones de los estribos, todos cuantos allí se hallaban quedáronse sorprendidos oyendo una voz que gritaba: «¡Arre, borrico!,» y viendo una mujer montada en un burro tordo con ronzal de estambre que se entraba por la puerta del parque.

Era doña Batmendi Buenavoluntad.

Los augustos esposos prorrumpieron en una exclamación, acercóse á ellos la señora, sin apearse hizo una profunda reverencia y devolvió á Iduela las caricias que ésta le prodigaba.

Entonces dijo el emperador:

–¡Gracias al cielo, señora, os volvemos á ver! Nos habéis aliviado de un gran peso. Espero que ya no nos dejaréis, y que á nuestro lado nos daréis ocasión de pagaros nuestra felicidad.

–Esa soy yo, señor, y eso significa Batmendi en vascuence antiguo, que es un dialecto de mi país; y como soy *felicidad*, procuro repartirla entre los que la merecen, y como en todas partes hay desgraciados á quienes acorrer, agradeciéndola mucho no puedo aceptar la generosa oferta de Vuestra Majestad.

–Pero, señora...

–Ahora, por ejemplo, tengo que volver apresuradamente á España, porque hay allí un reyecito que acaba de empuñar las riendas del Gobierno, y quiero ver si cojea de algún pie para enderezársele, si fuere necesario. Así, pues, me despido de Vuestras Majestades, y ¡Dios quiera que nunca me necesiten! ¡Arre, borrico!

F. MORENO GODINO.

(Dibujos de Triadó.)



En el monte, cuadro de Adolfo Thomann

VENCER Ó MORIR

Hay épocas singularísimas, únicas en la historia de los pueblos, que al trazar profunda y luminosa huella, son manantial perdurable de inspiraciones para el escritor y fuente no menos fecunda que enriquece, puebla y engalana con múltiples corrientes el vastísimo campo de los siglos, sirviendo de enseñanza práctica y provechosa para aquellos que se agitan y brillan en el campo de la política.

En todas las crónicas y anales de las diversas nacionalidades menciónanse con orgullo sucesos y nombres que en circunstancias determinadas han tenido trascendental influjo en la organización moral y en la marcha política social de cada país.

Refiriéndonos al Nuevo Mundo, ya en su descubrimiento, en la conquista ó en la independencia, no escasean las proezas, los heroísmos y culminantes episodios que hacen recordar los homéricos tiempos, la Grecia ó Roma, no sólo por el arrojo temerario, por el estoicismo espartano, por la abnegación y el sacrificio, sino también por ese menosprecio de la vida que en aras de la patria ó de la idea ha dado páginas de oro á la historia universal, grabando los nombres de los héroes y de los mártires.



¡Qué hermoso es!, cuadro de T. B. Kennington

Las tres hermosas centurias de gloria y de conquistas fueron precursoras de una era iniciadora de ideales y de reformas progresistas, pero eslabonada con el tiempo viejo, por el idioma, por la religión, por los grandes templos, por la tradición, así como también por los vínculos de familia, por la alteza de sentimientos y por el valor, mancomunado en los conquistadores y en sus descendientes, que, en los campos de batalla, escribían con sangre la primera página de su historia contemporánea.

Allí ejerció su influencia, sobre aquellos hombres inmortales, lo soberbio del escenario, la plétora de la rica naturaleza, el sol de fuego que hacía circular por las arterias ardiente lava y raudales de enérgica bravura.

Una voluntad indomable, un cerebro gigante y un brazo invencible crearon en 1819 un todo colosal.

Colombia, Ecuador y Venezuela se unieron bajo una misma bandera, formando una sola nación de inmenso territorio, señora de dos mares, el Pacífico y el Atlántico, y rica, riquísima, por sus grandiosos productos naturales.

Aquel acto político fué recibido con fervoroso entusiasmo, por más que la radical evolución tuviera que luchar con principios enteramente opuestos á las ideas palpitantes, que pugnaban por entronizarse en todo el continente americano.

Aún no se había calmado la efervescencia de las pasiones producida por la lucha magna entre España y sus colonias.

Todavía el verbo libertad y emancipación no identificaba razas, ni unía por completo los corazones, cuando ya los partidos encarnizábanse con mayores bríos, desarrollando rencores y haciendo impotentes los esfuerzos para consolidar la situación.

Durante algunos años, las postreras campañas, que dieron su total independencia á las colonias americanas; la expectativa de los ánimos que fluctuaban alarmados por las variadas combinaciones políticas; las dificultades que encontraba el gobierno en un camino cuajado de abrojos, y el prestigio, la aureola que ceñía la victoriosa frente de Bolívar mantuvieron el equilibrio de un edificio que amenazaba ruina prematura, merced á ideas que cundían favorables para el rompimiento de la Unión Central de Venezuela y Colombia.

Por entonces surgió la cuestión de monarquía, rechazada enérgicamente por Simón Bolívar, tanto para sí propio, cuanto para ceñir corona á sienes extranjeras.

En tal estado estaban las cosas en el año de 1829.

Entre los caudillos de mayor nombradía, por los servicios prestados á la independencia, por los laureles inmarcesibles recogidos en los campos de batalla, por los dones de la naturaleza y de la fortuna, figuraba el general José María Córdoba, joven aún, dotado de espíritu ambicioso y abrigando la aspiración de ser el paladín de la libertad, que él creyera amenazada por los proyectos monárquicos apadrinados por algunas entidades políticas y diplomáticas.

Idólatra de Bolívar, tornóse adversario del egregio caraqueño al creerse por éste desairado, fuera de servicio activo y con empleo y puesto pasivo.

El *bravo entre los bravos de Colombia* lanzóse á la revolución para combatir la dictadura, declarándose desde luego en abierta y franca rebelión.

Estaba acostumbrado á dictar órdenes y á ser obedecido.

Su lema era triunfar.

Desconocía los reveses en la guerra, y como principales condiciones albergaba valor é intrepidez á toda prueba, perseverancia sin rival y fe ciega en su propósito.

Tal vez su carácter inquieto le hizo no madurar su plan para que el golpe hubiera sido certero, pues la idea tenía carácter patriótico, y desarrollada con destreza y diplomacia, habría obtenido éxito feliz.

El partido exaltado buscaba un jefe y Córdoba podía serlo, y esto hizo pensar que la revolución se propagaría como chispa eléctrica.

Cincuenta soldados le acompañaron en la toma de Medellín y en breve fué dueño de toda la provincia antioqueña.

Los hombres influyentes se mantuvieron neutrales y la plebe se internó en los bosques para no empuñar el fusil.

Entretanto aprestábase el gobierno para sofocar la insurrección.

Aquel célebre y denodado irlandés, que largo espacio fué edecán de Bolívar, Daniel Florencio O'Leary, se hizo cargo de la difícil misión de batir á Córdoba y apagar el incendio de la guerra civil.

Con ochocientos soldados descendió por el río Magdalena, y al llegar á Naré, se internó por las fragosidades y asperezas de Juntas y por los bosques que tienen quince leguas de extensión.

En un sitio llamado el Santuario aguardaba el soldado de Pichincha y Ayacucho.

Su fuerza no pasaba de trescientos hombres, mal vestidos, mal pertrechados para la guerra, faltos de disciplina y por completo bisoños para la pelea.

Tenían, sí, las energías juveniles y estaban dispuestos á morir con su caudillo.

El general O'Leary inició proposiciones de paz. Fueron valerosamente rechazadas.

– ¿Qué piensa usted hacer?, preguntó á Córdoba el coronel Manuel Montoya, enviado por el jefe contrario.

– Triunfar ó morir, contestó lacónicamente.

– El triunfo es imposible.

– ¿Por qué?

– Nuestras fuerzas doblan las de usted, y repito que es imposible la victoria.

– Pero no la muerte.

Poco después se trabó el combate. Fué reñidísimo: Córdoba se batió como un león y sus soldados como veteranos aguerridos; uno á uno cayeron en torno de su jefe, ya bañado en sangre y acribillado de heridas.

Exánime y sin poderse sostener, cayó dentro de una casa inmediata al funesto campo del Santuario: unos pocos de los suyos le acompañaron.

Allí lo encontraron moribundo las tropas del gobierno.

Allí murió el intrépido colombiano...

La baronesa de Wilson.



Ensueños, dibujo á la pluma de Enrique Vogeler
(De «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejo Koch, Darmstadt)

LA GLORIA

Vicente Cortés era el último vástago de una ilustre familia de artistas.

Su abuelo fué hombre de ricos y variados conocimientos, que falleció dejando cuatro hijos: Vicente, célebre pintor, muerto en París á la edad de veintinueve años; Baltasar, actor dramático de extraordinarias facultades, á quien la locura arrebató prematuramente del escenario del mundo; Fernando, escritor de poderosas facultades, que cometió la indiscreción de suicidarse por una actriz que no le quería, y cuyo espíritu debe de estar refiriéndole á la sombra ensangrentada de *Fígaro* el interminable poema de las veleidades femeninas; y Gabriel, que siempre vivió fuera de España, dedicado al estudio de la música, y que había llegado á viejo antes de triunfar.

Gabriel murió dejando un hijo que se llamaba Vicente, como su tío el pintor, y que era el último descendiente de aquella insigne familia de artistas.

Vicente Cortés empezó á luchar desde muy joven, entregándose á esa labor devoradora y anónima de los periódicos diarios: el artículo relativo á cualquier acontecimiento notable, el telegrama que es necesario ampliar, la sucinta narración del último crimen...; todo eso, en fin, que los periodistas escriben de madrugada, con sueño y con frío, sentados alrededor de la ancha mesa de la redacción, oyendo el nervioso escarabajeo de las plumas que corren sobre las blancas cuartillas, bajo los yertos efluvios luminosos de las lamparillas eléctricas.

El combate fué duro: la primera novela del joven autor no se vendió; la segunda, tampoco. La colaboración en las revistas literarias era difícil: un combate horrible de enemistades, de envidias, de voluntades batalladoras que concurrían al mismo punto, disputándose rabiosamente unas migajas de gloria, y en el cual los menguados de espíritu quedaban en la sombra, vencidos y pobres.

Vicente Cortés no decayó en aquel sañudo torneo: le sostenían su legítimo orgullo de artista y el ejemplo de aquellos progenitores ilustres que lucharon como él y cuyo recuerdo glorioso custodiaba su ánimo, infundiéndole ante la adversidad estoica perseverancia y bizarría.

A veces, no obstante, experimentaba desfallecimientos dolorosos: cuando le devolvían un artículo donde puso girones de su alma, ó medía el poco éxito de sus obras; aquellos libros tan bien meditados, tan queridos, que arrojaba á la cabeza del público indiferente, y que desaparecían sin llamar la atención ni suscitar controversias, tristemente, como piedra que se hunde en el mar.

Entonces Vicente Cortés sentía que su orgullo y su amor á la gloria flaqueaban.

– ¿Para qué luchar, decía, si el día del triunfo no ha de amanecer para mí? Y aunque llegase, ¿qué?.. ¿Acaso la gloria de Voltaire merece una vida de sacrificios y de vigilias dolorosas?..

Y discurriendo así, vacilaba y sentía resurgir de sus profundos una laxitud invencible, un abandono de todas sus fuerzas, cual si sus nervios, cansados de vibrar, se distendiesen, colgando como cuerdas rotas.

– Si quiere usted estrenar ese drama, había dicho

á Vicente un literato amigo suyo, procúrese la protección de Pedro Gómez-Urquijo. Las recomendaciones de Gómez-Urquijo lo pueden todo.

El joven vaciló mucho antes de aceptar tan juicioso consejo, porque conocía á Urquijo y recelaba que éste, tasándole en poco, no se dignase apadrinarle.

Al fin se decidió.



BILBAO. – VISTA DEL PUERTO INTERIOR CUYA ÚLTIMA PIEDRA HA COLOCADO RECIENTEMENTE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII (de fotografía de M. Marcoartú)

Aquella noche Vicente llegaba á casa del célebre escritor momentos antes de las nueve.

– D. Pedro, dijo la criada que salió á recibirle, está concluyendo de cenar. Pase usted al despacho.

Era una espaciosa habitación rectangular, con las paredes cubiertas de armarios atiborrados de libros; la mesa de escribir, una verdadera mesa de trabajo, ancha y sólida. Un quinqué recortaba sobre el tapete verde una sombra circular; el suelo estaba al-



BILBAO. – VISTA DEL PUERTO EXTERIOR (de fotografía de M. Marcoartú)

fombrado, las puertas cubiertas por cortinajes obscuros, entre cuyos pliegues profundos morían ahogados los ruidos exteriores; sobre la chimenea, encerrado en un marco negro, aparecía el retrato de Gómez-Urquijo, con su semblante largo y enjuto, su ancha frente atormentada por el trabajo mental y su venerable melena apostólica; los bustos de artistas célebres, colocados en las cornisas de los estantes, proyectaban sobre la pared sombras inmóviles, de un antropomorfismo quimérico...

Insensiblemente Vicente Cortés iba abandonándose al recogimiento hierático de aquel estudio silencioso y severo como un santuario. Allí vivía un gran hombre, que trabajaba sobre aquella mesa ancha y fuerte, y manejaba los libros amontonados en aquellos armarios, y meditaba delante de la chimenea encendida, apoltronado en un sillón muelle y profundo... Todo aquello lo había ganado Gómez-Urquijo con su esfuerzo: la alfombra que cubría el suelo, los muebles, los cuadros y los ricos cortinajes que embellecían y autorizaban la habitación... Y pensando en esto Vicente Cortés volvía los ojos hacia el retrato colocado sobre la chimenea, creyendo adivinar en aquella frente y en la expresión melancólica de sus ojos, duros y pensativos, las huellas de un cansancio inexpresable.

Otra vez surgió en la imaginación del joven el concepto frío de lo que es la gloria, ese acicate implacable de los hombres de genio. ¡Luchar! ¿Y para qué?.. ¿Acaso compensaba aquel modesto vivir el largo catálogo de dolores que abrevia la vida de los artistas?..

Pasaban los minutos; el reloj colocado en el hueco de una ventana, sobre un velador, bajo el pabellón de dos cortinas, continuaba restándole segundos á la eternidad, tic-tac, tic-tac... Los ojos de Cortés se habían fijado en un diccionario enciclopédico, olvidado sobre una silla.

«Ahí estará mi tío,» pensó. Y cogió el libro.

Ante él empezaron á pasar multitud de hombres famosos: guerreros, legisladores, cantantes, pintores, filósofos, viajeros audaces, literatos ilustres, cortesanas célebres... La crema y flor, en fin, de todas las civilizaciones y de todos los siglos; y había tantos, tantos..., que formaban legión, vulgo; ¡un vulgo de notabilidades!..

El joven no se había equivocado: allí estaba su tío.

«Cortés (Vicente) célebre pintor español. Nació en 1850. Murió en 1879.»

¡Nada más!..

Un nombre perdido entre millares de nombres, era cuanto quedaba de aquel gran artista que tanto luchó.

Allí, medidos por el mismo implacable rasero, dormían el sueño eternal del olvido cuantos seres privilegiados sirvieron de enseñanza ó de recreo á millares de generaciones anónimas. La voz de Gayarre había dejado un eco de tres líneas; la belleza de Cleopatra, pasmo del mundo antiguo, cupo en doce palabras; la gloria de Napoleón, ¡oh prodigiosa concisión de la indiferencia!, cabía en cuatro renglones...

– ¿Para qué luchar?, volvió á preguntarse Cortés: ¿para merecer dos líneas en las columnas de un diccionario enciclopédico, esas necrópolis ambulantes donde los editores encierran el recuerdo de los grandes hombres?

Y Vicente tuvo miedo; estaba viéndose muerto, encerrado entre dos renglones de letras pequeñitas...

¿Para qué atormentarse? ¿Para qué solicitar de Gómez-Urquijo la protección que había de empujarle á nuevos combates, esos combates estériles, ignorados, cuyo glorioso resultado la posteridad suele perpetuar con un epitafio?

Y Vicente Cortés, automáticamente, obedeciendo al repentino desmayo de todas sus fuerzas, se levantó, cogió su sombrero y se fué...

EDUARDO ZAMACOIS.

NUESTROS GRABADOS

El puerto de Bilbao.— Esta grandiosa obra, que oficialmente inauguró S. M. el rey D. Alfonso XIII el día 7 de septiembre último, fué iniciada en 1872 por la Junta de Comercio de Vizcaya, la cual consiguió del gobierno la creación de una Junta especial de obras de la ría y puerto de Bilbao, pero la guerra civil que estalló en 1873 paralizó los trabajos preparatorios que se estaban verificando. Terminada aquella lucha, constituyóse definitivamente la junta en 1876 y al año siguiente D. Alfonso XII aprobó el reglamento por que ésta debía regirse y la tarifa de arbitrios por ella solicitada para procurarse recursos con que realizar las obras, y fué nombrado ingeniero director D. Evaristo de Churruca. Si este nombramiento fué acertado lo demuestran los resultados obtenidos en la ría, en la barra y en el puerto, que son realmente asombrosos. Por la ría apenas podían subir antes á Bilbao un bote en baja mar y en pleamar un buque con ocho pies de calado; ahora suben por ella vapores de 5.000 toneladas; la barra ya no existe, merced al dragado de su cauce y á la construcción de un muelle de hierro; y el puerto abarca una extensión de 280 hectáreas y en él pueden anclar los mayores trasatlánticos y los acorazados más poderosos. El coste de las obras asciende á 50 millones de pesetas, que se han obtenido del producto de los arbitrios y de las subvenciones del gobierno, de la Diputación de Vizcaya y del Ayuntamiento de Bilbao.



El otoño en el campo, cuadro de F. Petiti



Campiña romana, cuadro de F. Petiti



Escogiendo el mantón, cuadro de Domingo Fernández y González



La lección de guitarra, cuadro de Domingo Fernández y González

Emilio Zola.—No trazaremos la biografía del eminente novelista cuya trágica y repentina muerte ha producido dolorosa sorpresa en el mundo literario, ni intentaremos siquiera hacer el juicio de sus obras. Ni son necesarios una y otro; la biografía, porque no hay quien no sepa que la existencia de Zola fué la del luchador que, arrostrando contrariedades, venciendo obstáculos, despreciando odios y sobreponiéndose á calumniosos ataques, avanza resuelto por el camino que se ha señalado para hacer triunfar la idea que él estima redentora; el juicio de sus obras, porque, sin esperar el fallo de la posteridad, sus contemporáneos han proclamado al autor de los *Rougon Macquart* maestro eminente y creador de una escuela que hizo una verdadera revolución en el campo de la literatura. No hace mucho, en el número 996 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, publicamos una semblanza de Emilio Zola, debida á nuestro distinguido colaborador Eusebio Blasco: en ella estaban admirablemente retratados el hombre, el pensador, el novelista, y á ella nos referimos, porque sería en nosotros empeño inútil y gran atrevimiento desfigurar con nuestros conceptos aquella hermosa instantánea del ilustre escritor aragonés.


EMILIO ZOLA, fallecido en París en 29 de septiembre último

Emilio Zola es el ejemplo más elocuente del hombre que por su propio esfuerzo, por su talento, por su laboriosidad, llega desde la situación más miserable á una posición elevada: en efecto, el que deja al morir una fortuna, el que se ha conquistado un nombre universalmente famoso, el que ha visto sus obras publicadas en millones de volúmenes y traducidas á todos los idiomas, conoció en su juventud las mayores privaciones y desempeñó los más humildes empleos. Pero animado siempre por sus aficiones literarias y por su amor al estudio y al trabajo, puestos constantemente los ojos en la meta que desde sus primeros años fijara á sus deseos y á sus ambiciones, logró en vida entrar en el templo de la gloria y ver su nombre venerado por sus adeptos y respetado hasta por sus adversarios. Zola forma época en la historia de la literatura, y sea cual fuere el juicio que puedan merecer sus tendencias y sus procedimientos, nadie podrá negar, sin pecar de notoria injusticia, que su obra es la obra de un genio.


LA REINA MARÍA ENRIQUETA DE BÉLGICA, fallecida en Spa en 19 de septiembre último

La reina María Enriqueta de Bélgica.—María Enriqueta Ana, reina de Bélgica, archiduquesa de Austria, hija del archiduque José, palatino de Hungría, y de la archiduquesa Dorotea, princesa de Wurtemberg, nació en Pest, en 23 de agosto de 1836, y á los diez y siete años se casó con el duque de Brabante, hijo de Leopoldo I rey de los belgas. Bella y bondadosa, pronto se conquistó el afecto de sus súbditos, afecto que más tarde había de aumentar ante las penas que amargaron la existencia de la soberana, tales como la muerte de su hijo el príncipe Leopoldo, duque de Brabante, acaecida en 1869; el triste fin del archiduque Rodolfo de Austria, casado con su hija la princesa Estefanía, y la locura de su otra hija, la princesa Luisa, actualmente recluída en una casa de salud. Nadie extrañó, pues, que la reina se alejase de la corte, pasando una buena parte del año en Spa, en su *villa* de la avenida Marteau, en donde vivía acompañada solamente de dos damas de honor, de su secretario y de su intendente, M. Van Severdonck, que era á la vez su pintor favorito. La reina María Enriqueta era muy aficionada á las bellas artes y al deporte hípico. Su muerte ha causado en Bélgica profundo dolor.

El sueño, escultura de Gustavo Eberlein.—Entre los escultores alemanes que, rompiendo con la tradición, han buscado en la escultura efectos que antes se consideraban patrimonio exclusivo del arte pictórico, ocupa lugar preeminente el célebre artista Gustavo Eberlein, bien conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA por los muchos y muy notables trabajos suyos que en estas páginas hemos reproducido. *El sueño* es en este género una obra maestra, y si en los rostros del durmiente y de la gentil figura que estampa un beso en sus sienes se admira, aparte de la alta inspiración del autor, toda la pureza de líneas de los clásicos, en el modo como los bustos se van esfumando, por decirlo así, hasta perderse en el bloque marmóreo de donde surgen, tenemos una muestra bellísima de ese estilo que podemos llamar modernista y que ha abierto dilatado campo á la plástica.

Smith Pigott, el pretendido nuevo Mesías.—Hace cincuenta años que un tal Prince fundó en Saxton (Inglaterra) una secta denominada de los agapemonitas, los cuales creen en una segunda venida de Jesucristo. A la muerte de Prince, acaecida en 1899, sucedióle Smith Pigott, párroco que había sido de varias iglesias protestantes y que había figurado en el famoso «Ejército de Salvación,» del cual salió para entrar en la citada secta. El día 7 de septiembre último Pigott anunció desde el púlpito á sus fieles que él era Jesucristo y que el domingo siguiente proclamaría en público sus doctrinas; y en efecto, el día 14 presentóse en el templo de Clapton, en las inmediaciones de Londres, en donde le esperaba una multitud compuesta de 3.000 personas que le recibió con gritos hostiles. No se inmutó por esto el supuesto Mesías, sino que sonriente y saludando con el sombrero entró en la iglesia, que fué invadida por la muchedumbre, y allí se anunció como el Hijo de Dios hecho hombre: al oir esto, fué tal el escándalo que se produjo, que el pobre Pigott tuvo que huir por una puerta de escape y escoltado por la policía, que á duras penas pudo librarle de las iras y de las burlas del pueblo.

En el monte, cuadro de Adolfo Thomann.—El autor de este cuadro, á fuer de buen suizo, siente verdadera pasión por la naturaleza; y se comprende que así sea, porque aquel delicioso país con sus azules lagos, sus verdes praderas, sus elevadas montañas, muchas de ellas coronadas por eternas nieves, sus frondosos bosques, sus imponentes cascadas y sus temibles ventisqueros son elementos más que suficientes para hacer vibrar intensamente las fibras de todo corazón artista. No es, pues, de extrañar que Thomann, compenetrado en absoluto con las naturales bellezas de su patria y dotado de indiscutible talento, encuentre la nota justa cuando traslada al lienzo sus impresiones y produzca obras tan simpáticas, tan verdaderas, como *En el monte*, que figuró dignamente en la última exposición celebrada por los secesionistas de Munich.

¡Qué hermoso es!, cuadro de T. B. Kennington.—Es esta una obra en la que no sabemos qué admirar más, si el delicado sentimiento que toda ella respira y que cautiva nuestro ánimo, ó las bellezas de ejecución que en las figuras y en los menores detalles se observa y que es poderoso encanto para nuestros ojos. Desde el primer punto de vista, causa emoción gratísima la tierna expresión de la niña que se extasía contemplando á su hermanito y la de la madre que se goza en aquella explosión del amor fraternal; bajo el segundo concepto, merecen incondicionales alabanzas la suavidad de líneas, la dulzura de tonos, el cariño con que el pintor ha tratado el asunto, gracias á lo cual ha conseguido que la finura y la elegancia de la forma armonicen perfectamente con la delicadeza del tema en que se ha inspirado.

Ensueños, dibujo á la pluma de Enrique Vogeler.—Pocos artistas tendrán la variedad de aptitudes que al alemán Vogeler caracteriza: lo mismo dibuja á la pluma un ex-libris de estilo arcaico, que pinta un paisaje ó una marina modernista; con igual talento produce con su buril composiciones que recuerdan las de los más célebres grabadores, que concibe modelos para muebles y utensilios de los más diversos géneros; y tan admirable se nos presenta cuando ilustra cuentos populares en que campea la fantasía, como cuando traza en la tela retratos y figuras que se honraría firmándolos el más decidido campeón del modernismo. El dibujo suyo que en la página 654 reproducimos es digna pareja del que publicamos en el número 1.073 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, y pueden, por ende, aplicársele los mismos conceptos que acerca de éste expusimos.

El otoño en el campo.-Campiña romana, cuadros de F. Petiti.—Bien puede llamarse á este artista el pintor de los paisajes italianos, pues sus aficiones por este género pictórico le han llevado á recorrer casi todas las regiones de su patria, y de todas ellas ha sacado bellísimas notas que han aumentado sin cesar su bagaje artístico. En todas sus composiciones aparece marcada su personalidad, que consiste en una sinceridad exquisita y en un respeto extremado á la verdad, lo que no le impide poner en sus cuadros un sello de distinción que realza sus naturales atractivos. Las dos obras suyas que reproducimos son la mejor confirmación de nuestras apreciaciones.

Escogiendo el mantón.-La lección de guitarra, cuadros de Domingo Fernández y González.—Recientemente, y con motivo de haber expuesto el señor Fernández y González algunos interesantísimos estudios en el Salón Parés, resultado de su estancia en Venecia, emitimos juicios y consideraciones acerca de este distinguido artista. De ahí que hoy nos creamos obligados á llamar la atención de nuestros lectores respecto de los dos cuadros que reproducimos, ajustados á un concepto que tantos aplausos reportó á varios pintores españoles y que aún tiene el privilegio de llamar la atención en el extranjero, ya que en esta clase de obras se retratan y reproducen escenas y cuadros de costumbres peculiares de nuestras provincias meridionales. Hay que advertir, sin embargo, que los lienzos de nuestro amigo ofrecen una particularidad que los avalora, cual es la de que se separan de cierta clase de convencionalismos, y que los tipos, trajes y accesorios son los que aún pueden observarse, avalorado todo por la brillante paleta del artista y por su buen gusto é inteligencia en combinar los elementos que componen el asunto que se ha propuesto desarrollar.

Apercibidos á la defensa, cuadro de H. Tischler.—Aprovechándose de la ausencia de su dueña, posesionáronse los tres falderos del cómodo sofá con ánimo sin duda de echar en él tranquilamente una siestecita; de pronto, sintiéronse alarmados por el ruido de pasos que se acercaban, y comprendiendo que iban á ver perturbada aquella injusta posesión, dispusiéronse á defender el puesto tan fácilmente conquistado. ¡Pobres ilusos! En vano adoptan actitudes amenazadoras, lanzan débiles ladridos y muestran sus colmillos diminutos; su pretendido valor se desvanecerá como el humo en cuanto les suelten un grito, y corridos y cabizbajos se irán á su rincón acostumbrado, y tendiéndose sobre blanda alfombra, acariciados por la suave mano de su ama, olvidarán sus pujos de independencia y se considerarán muy dichosos en una esclavitud que les proporciona cuantos goces puede un perro apetecer en este mundo.


SMITH PIGOTT, el pretendido nuevo Mesías

Bellas Artes.—BARCELONA.—En el Círculo Artístico se ha inaugurado una exposición en la que figuran notables pinturas de Tamburini, Ribera, Lorenzale, Moreno Carbonero, Alvarez, López Cabrera, Jiménez Aranda, Urgellés, Coll, Galofre Oller, Carlos Pellicer, Leopoldo Roca, Trías, Luis Masriera, Cusachs, Ros, Larraga, Capdevila, Casals, Agudo, Durán, Pelegrí, Cullell, Borí, Gibert, Grau, Ricart, Freixa, Roig y Soler, Meifrén, Manzano, Alperiz, Larraga, Raurich, Risueño y Thorn. En la sección de escultura hay obras de Marinas, Querol, Montserrat, Atché, Escaler, Suñol, Tasso, Bañuls, González, Bilbao, Arnau y Borras; en la de fotografía hay expuestas producciones de Massó, Planella, Torras, Napoleón, Casas Abarca, Nadal, Armengol, Puntas, Rosés, Calvo, Artiñano, Chalaux y Labielle.

En el mismo local se ha instalado el diorama del conocido cuadro de Galofre Oller *Boria Avall*, que produce un efecto bellísimo.

—El día 19 de septiembre último, varios artistas, amigos y admiradores del distinguido escultor D. Agustín Querol ofreciéronle un banquete en el restaurant Pince como muestra de afecto y consideración por el reciente triunfo obtenido en Lima, con motivo del primer premio alcanzado en el público concurso para erigir un monumento al coronel Bolognesi, y por la muy honrosa distinción concedida al eximio escultor por nuestro soberano, consistente en la Gran Cruz de Alfonso XII. Mas de ciento fueron los que se reunieron para aplaudir á nuestro querido amigo, figurando entre ellos el Alcalde de nuestra ciudad, concejales, escritores, artistas, periodistas, etc., resultando un acto sumamente agradable, ya que tuvo por objeto rendir tributo de admiración á una de las glorias artísticas de nuestro país.

BRUSELAS.—El gran escultor belga Meunier hace años que está trabajando en un monumento al Trabajo que constituye el pensamiento predilecto de su carrera artística; el gobierno de Bélgica, deseando que esta obra, que á juzgar por lo que de ella hay hecho será una de las más importantes de la plástica moderna, sea propiedad de la ciudad de Bruselas, se la ha comprado al autor, para cuando la tenga terminada, por la cantidad de 250.000 francos.

SAN LUIS.—El comité de la Exposición que habrá de celebrarse en San Luis (Estados Unidos) en 1904 ha convocado un concurso para un cartel en el cual habrá de estar simbolizada la cesión de la Luisiana á los Estados Unidos en 1803. En el concurso podrán tomar parte los artistas de todas las naciones; el plazo de envío termina en 5 de noviembre próximo y el premio que se adjudicará es de 10.000 francos.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.—ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

–¿Y qué hemos ganado? Una curación á medias con la cual no puede contarse apenas transcurridos unos pocos meses... Sea sincero, doctor, ¿cree usted que mi hijo no puede soportar ya este clima?

–Por ahora sería...

–No hablemos de «por ahora.» Dígame toda la verdad, no más que la verdad: doctor, ¿cree usted posible que Enrique pueda estar algún día en condiciones tales que le permitan vivir siempre en Odensberg, llegar á ser, primero mi auxiliar y después mi sucesor, como esperé cuando en la primavera le vi regresar aparentemente curado?

Y con ansiedad infinita, el anciano padre miraba fijamente al doctor, y esperaba temblando la respuesta. Wildenrod se había separado de la ventana; el doctor vacilaba..., le costaba demasiado contestar á aquellas preguntas categóricas.

–¿Quiere usted, señor Dernburg, que le diga la verdad? Pues bien: voy á exponer á usted la situación con toda franqueza, dijo Hagenbach con acento grave. Una larga permanencia en los climas cálidos es cuestión de vida ó muerte para su hijo; no obro por capricho prescribiéndole esto. Durante el verano podrá venir á pasar algunos meses en Odensberg; pero el invierno entre nuestras montañas no es para él, como tampoco es para él... la vida de trabajo, de ocupación... Enrique no debe ocuparse en nada; este es mi firme convencimiento..., compartido y apoyado por otros muchos que pueden ser mis maestros.

Wildenrod hizo un gesto involuntario al oir esta declaración hecha con tanta sinceridad. Dernburg nada dijo, y se limitó á dejar caer la cabeza sobre la mano, anonadado por aquella sentencia final.

–Esto significa, dijo al fin como hablando consigo mismo, dar un adiós á todos los sueños, á todos los planes de mi vida... A pesar de que todo me indicaba lo contrario, alentaba todavía alguna esperanza..., pero ¡qué le hemos de hacer!.., con tal de conservar la vida á Enrique..., ¡es mi único varón!.. Renunciaré á todas mis ilusiones, á todo..., ¡que se vaya á Italia!, ¡que se construya allí una casa, que la embellezca! Puedo dejarle hacer todo esto, con tal de que viva, terminó diciendo, lanzando un suspiro que indicaba cuán duro para él era el sacrificio.

Después, volviéndose al doctor, le dijo tendiéndole la mano:

–Doctor, gracias por su sinceridad; sé lo mucho que debe haberle costado tener que hablarme tan crudamente; pero aun tratándose de la verdad amarga, es mejor conocerla y decidirse á aceptarla... Volveremos á ocuparnos de ello cuando sea ocasión oportuna para escoger el sitio más indicado para Enrique.

Hagenbach se levantó y despidióse.

Después de un largo silencio, Wildenrod dijo en voz baja:



Dernburg nada dijo, y se limitó á dejar caer la cabeza sobre la mano

–¿No esperaba usted esta respuesta tan absoluta, Sr. Dernburg? Yo sí, desgraciadamente. Pero se trata del bien de su hijo, y así usted como Enrique habrán de resignarse más fácilmente con la separación.

–Enrique se resignará pronto fácilmente, exclamó Dernburg con profunda amargura. Enrique ha mirado siempre con terror la vida de trabajo que le esperaba, ha odiado siempre este inmenso movimiento del cual habría algún día tenido la dirección, la responsabilidad, los deberes. No, Enrique será feliz viviendo ocioso junto á su mar azul, ocupándose de su *villa* y de sus cosas y como sumido en un sueño..., y yo habré de permanecer aquí solo, trabajar sin descanso, ¿y para qué ¡Para que un día mi Odensberg, la obra de mi existencia, pase á manos extrañas! ¡Es muy duro esto!

–¿Pero será preciso que Odensberg pase á manos extrañas?, dijo Oscar con tono insinuante. Por medio de su hija puede conquistarse un hijo..., ¿por qué no quiere usted concederme los derechos filiales?

–No, no, exclamó Dernburg moviendo la mano con un ademán negativo. Por ahora no... No hablemos de eso.

–Al contrario, quiero hablar ahora de ello. Acogió usted mi petición de una manera que no esperaba ni merecía, y me la reprochó como si hubiese cometido una mala acción.

–Y realmente la cometió usted. No debía usted hablar de amor á una niña de diez y seis años; no debía ligarla á usted con una confesión amorosa antes de haber consultado con su padre. Puede perdonarse á un muchacho que se deje arrastrar por una impresión, por una pasión de momento; pero no se perdona á un hombre de la edad de usted, barón.

–Aquel momento me proporcionó la felicidad más grande de mi vida..., no me lo eche en cara, exclamó Oscar con calor. Aquel momento me dió la certeza del amor de Maya... Maya y yo esperábamos que usted nos acogería benévolamente y nos daría su consentimiento, y por el contrario, nos vemos condenados á esperar indefinidamente. Y aun no contento con esto, nos separa y se priva usted mismo de Maya con tal de que no esté cerca de mí.

–¿Y qué otra cosa podía hacer? Después de la declaración intempestiva de usted, era imposible que usted y Maya siguieran viviendo bajo el mismo techo, no consintiendo yo inmediatamente en contraer formal compromiso.

–¡Consienta ahora, Sr. Dernburg! El corazón de Maya es mío, y ni el tiempo ni la separación podrán modificar estos sentimientos. ¡Consienta, ahora que su hijo ha de marcharse lejos! ¡Déjeme ocupar su puesto! He tomado cariño á Odensberg y puedo dedicarme á él con toda la fuerza del hombre cansado de su propia inutilidad y ávido de comenzar una vida nueva. ¿Por qué se obstina usted en decir que no? ¿Sólo porque entre Maya y yo media una diferencia de edad de veinte años? Bien sabe Dios cuánto daría por poder rescatar estos años, pero ¿habremos de ser por esto infelices?

Wildenrod hablaba con acento suplicante, ardiente, y no habría podido escoger un momento más propicio para hacerse escuchar y llegar al alma de aquel hombre que estaba sentado allí, con el semblante sombrío, contemplando con mirada dolorida la ruina de sus castillos en el aire, herido en las más caras esperanzas que sobre su hijo cifrara, en los sueños que acariciara acerca del joven fuerte y altivo á quien había esperado ver al lado del hijo débil

é inepto... Hasta este último sueño se desvanecía desde el instante en que el corazón de Maya no era ya libre... Y ahora se le presentaba una ocasión de no separarse de la hija amada concediéndola al hombre por ella elegido; y este hombre estaba dispuesto á compensarle, con sus dotes vigorosas, de todo cuanto perdía... Dernburg vacilaba, pero su resolución no estaba lejos.

– Es un paso muy grave y precisa pensar en las consecuencias, dijo al fin. Aun admitiendo que usted esté dispuesto á cambiar radicalmente su sistema de vida, la tarea que le espera no es ligera, y ahora quizás le atrae precisamente porque es nueva para usted. Pero la actividad constante, continua...

– La adquiriré, la conquistaré. Ya que tantas veces me ha llamado usted en broma su ayudante, sírvame ahora seriamente de maestro, de guía, y yo le prometo que no tendrá por qué avergonzarse de su discípulo. Trabajaré, sí, trabajaré asiduamente, con toda el alma, porque veo que el trabajo trae consigo la dicha... Consienta, Sr. Dernburg, y no se arrepentirá usted. Ha concedido usted á Enrique que sea feliz á su modo, ¿por qué negarnos esto mismo á Maya y á mí?

– Veremos, dijo Dernburg en tono conciliador. Dentro de tres semanas se celebrará la boda de Enrique y para entonces Maya vendrá á Odensberg.

– ¿Y entonces nos desposaremos?, exclamó Oscar con ímpetu. ¡Gracias, gracias! Es usted un padre severo, pero bueno.

Dernburg se sonrió, y si bien no aceptó, tampoco rechazó aquellas muestras de agradecimiento.

– Ahora, basta; de lo contrario, con su furiosa insistencia me haría usted hacer cuanto usted quisiera. Y es preciso que piense en los negocios... Dentro de un rato vendrá Egberto para presentar su informe semanal.

La expresión radiante desapareció del rostro de Wildenrod y por un instante asomó á sus labios una sonrisa irónica. Después dijo con aire indiferente:

– Tendrá mucho que hacer ahora el Sr. Runeck por otras razones: su partido se agita mucho.

– Sí, respondió Dernburg tranquilamente sin recoger la indirecta. Se agita mucho: los socialistas se mueven porque parece que por vez primera quieren presentar un candidato en nuestro colegio.

– Parece que sí. ¿Y sabe usted cuál es el candidato en quien se han fijado?

– No, pero supongo que será Landsfeld, que siempre actúa de jefe. ¡Oh! Landsfeld es un agitador vulgar capaz sólo de azuzar, de exaltar á la gente, pero es demasiado ignorante. Naturalmente aspira á que le designen como candidato, pero el partido conoce á sus individuos; y cuando llegue la hora, ciertamente no lo propondrán. Por otra parte, los socialistas no piensan combatirme.

– ¿Lo cree usted así?, dijo el barón mirando al anciano de una manera extraña. El Sr. Runeck debe, sin embargo, estar enterado de ello.

– Ya lo sé que Egberto tiene ahora que decidirse, repuso Dernburg, impaciente y encogiéndose de hombros. Pero si se pone al lado de su partido y, por ende, en contra mía, todo habrá terminado entre los dos.

– Runeck se ha decidido ya, replicó Wildenrod fríamente. Usted no conoce todavía el nombre del candidato socialista, Sr. Dernburg; pues bien, yo le conozco y sé que se relaciona con Odensberg y con usted: se llama... Egberto Runeck.

El anciano vaciló en la silla como si hubiese recibido un violento golpe en la cabeza; después miró fijamente al barón como para ver si se había vuelto loco, y por fin exclamó con energía:

– No es verdad.

– Dispense usted, pero lo sé de un modo segurísimo.

– No es verdad, repito; le han enterado á usted mal.

– No es probable; pero usted mismo podrá averiguarlo con certeza, ahora que va á venir Runeck.

Dernburg se levantó y comenzó á dar paseos por el despacho. ¡Era inútil! Cuanto más pensaba en ello, tanto más imposible le parecía la cosa.

– ¡Qué locura! Egberto no se presta á esas farsas; sabe demasiado qué clase de adversario soy yo; y Egberto no se pone en contra mía.

– ¿Por qué?, preguntó Oscar irónicamente. Runeck está muy por encima de ciertas anticuadas preocupaciones de gratitud, de sumisión, de dependencia... Estos sentimientos han pasado ya de moda... Pero volviendo á la elección del Sr. Runeck, ¿quién le dice á usted que su triunfo sea incierto y dependa de una lucha? Runeck hace algunos meses que está en Radefeld solo, sin que nadie le vigile, con dos ó trescientos obreros á sus órdenes, y naturalmente, no habrá desperdiciado esta ocasión propicia y se habrá asegurado el voto de sus subordinados, cada uno de los cuales le habrá proporcionado diez, veinte más entre los compañeros de Odensberg. ¡Oh! Créame usted, Runeck no ha perdido el tiempo.

Dernburg callaba, pero seguía paseándose cada vez más violentamente y con el semblante más agitado, mientras Wildenrod continuaba diciendo:

– ¡Y usted ha colmado de beneficios á ese hombre! ¡Y á usted debe Runeck su educación, su instrucción, su posición, todo cuanto es! Todo el mundo le envidia, y él esgrime secretamente sus armas contra usted y quiere derrotarle con los votos de su propia gente de Odensberg. ¡Es inaudito!

– ¿Pero usted lo cree posible?, preguntó Dernburg con aspereza. Yo creo que ni siquiera hemos de pensar en ello.

– ¡Allá veremos! Pero de todos modos es indudable que lo intentarán..., y esto es ya mucho. Runeck, ciertamente, ha callado hasta ahora...; pero no hablemos más, veo que usted no da crédito á mis noticias.

– No; mas de todos modos, hablaré de este asunto con Egberto.

– Sí, porque usted le obligará á explicarse; pero sufro sólo de pensar que pasará usted un mal rato..., veo que la sola idea de la posibilidad le hace daño.

– Oscar, váyase usted ahora, se lo ruego, dijo Dernburg interrumpiéndole. Egberto puede venir de un momento á otro, y por lo mismo que no sé el sesgo que tomará la conversación, prefiero estar solo.

El barón saludó, estrechó con afectuosa expansión la mano del anciano y salió. Sus ojos brillaban con expresión de triunfo. ¡Al fin, al fin ponía el pie en el suelo del que un día llegaría á ser dueño absoluto! Muerto Dernburg y viviendo Enrique siempre en el extranjero, ¿quién sería el amo de Odensberg? ¡Al fin, al fin se realizaban los antiguos sueños ambiciosos de poder y de riqueza y se añadía á ellos el dulce inesperado encanto de un amor ardiente correspondido!.. Dentro de poco alcanzaría la suspirada meta, y el pasado quedaría borrado para siempre.

Mientras Wildenrod atravesaba la antesala, abrióse la puerta y entró Egberto Runeck: involuntariamente el barón retrocedió un paso y el mismo Runeck se estremeció y se quedó inmóvil en la puerta, como si quisiera impedirle la salida. Durante algunos segundos se miraron fijamente uno á otro; luego Oscar preguntó bruscamente:

– ¿Tiene usted algo que decirme, Sr. Runeck?

– Por ahora no, respondió el joven con frialdad; tal vez más adelante.

– Falta saber si tendré tiempo y ganas de escucharle.

– ¡Creo que tendrá usted tiempo sobrado para ello, Sr. de Wildenrod!

Las miradas de aquellos dos hombres encontráronse nuevamente, la del uno llena de odio, llena de tremenda amenaza la del otro. Al fin Oscar dijo con altivez:

– Mientras llega ese día, le ruego que me deje pasar, porque quiero salir.

Runeck se apartó lentamente y el barón pasó por su lado con la misma sonrisa sardónica y triunfante de poco antes. No, ya no temía el peligro que hasta entonces le amenazara; estaba seguro de su suerte y de que aunque Runeck hablase nadie daría crédito ni oídos á sus palabras. No, la escena que iba á desarrollarse en el despacho de Dernburg había de destruir á su enemigo.

Cuando Runeck entró en el despacho de su principal, encontró á éste sentado al escritorio y se vió acogido como de costumbre. Pero cuando cogió la cartera y la abrió, Dernburg le detuvo.

– Deja esto; ya me darás el informe luego. Ahora debo hablarte de cosas más importantes.

– Dispénseme usted; pero ¿quiere antes concederme unos minutos de atención?, preguntó Egberto sacando varios papeles de la cartera. Las obras de Radefeld están casi terminadas, como usted sabe; la perforación del Buchberg se ha realizado con éxito satisfactorio y todo el caudal de agua es conducido á Odensberg: aquí tiene usted el croquis. Se trata ahora de enlazar esta conducción con las minas, y este es un trabajo que, si yo me retiro, podrá llevar á cabo cualquier otro en mi lugar.

– ¿Si te retiras? ¿Y por qué? ¿No quieres terminar las obras?

– No, y precisamente he venido para despedirme.

Egberto hablaba con voz extraña, procurando no mirar á su jefe; éste no hizo el menor ademán de asombro, sino que se limitó á cruzarse de brazos y á apoyarse en el respaldo de la silla.

– Tú sabes lo que te conviene: si quieres marcharte, no seré yo quien te detenga; pero creí que antes terminarías la obra comenzada, pues no acostumbras á dejar las cosas á medio hacer.

– Precisamente por esto me marcho; me llaman para cumplir otro deber.

– ¿Que hace tu permanencia en Odensberg imposible?

– Sí.

Una expresión de dolor intenso sombreó el rostro de Dernburg. Aquello era la confirmación de lo que no había querido creer.

– ¿Te refieres á las elecciones?, preguntó con calma glacial. Conque es cierto que los socialistas presentan un candidato y que estás resuelto á votarle; así me explico que quieras marcharte: tu puesto de confianza en Radefeld y tu posición en mi casa son insostenibles, porque..., no nos engañemos, os preparáis para combatirme.

Egberto miraba fijamente al suelo: la confesión le resultaba dificilísima, y el Sr. Dernburg no le allanaba el camino con ninguna palabra, con ninguna ayuda. De pronto se irguió y con acento resuelto dijo:

– Sr. Dernburg, he de decirle todavía algo que... quizás usted interpretará mal..., pero que es forzoso que usted sepa. El candidato de mi partido... soy yo.

– ¿Y te rebajas hasta el punto de venir á decírmelo con tus propios labios?, preguntó el anciano lentamente. Nunca lo hubiera creído de ti; sin embargo, la sorpresa habría sido más completa si hubiese sabido la noticia por los diarios.

– Pero usted sabía ya...

– Lo que hasta hoy has tenido á bien callarme. Sí, lo sé, y te auguro buena suerte. No se dirá que eres tímido: á los veintiocho años pretendes un honor al que yo sólo he creído poder aspirar después de una vida de trabajo asiduo, después de haberme hecho conocer en mi país, cuando ya tenía canas... Tú, por el contrario, saltas por encima de los años de noviciado y te eriges en tribuno del pueblo. ¡Magnífico!

Egberto escuchaba, ora pálido, ora con el rostro encendido, y su voz temblaba cuando respondió:

– Ya temía que tomaría usted la cosa de este modo, y ahora que veo realizados mis temores, se me hace aún más penosa la situación en que me encuentro por virtud de los acuerdos de mi partido. He luchado hasta el último momento, y al fin me han...

– ¿Obligado, no es esto?, interrumpióle Dernburg lanzando una amarga carcajada. Naturalmente, eres una víctima de tus opiniones; ya me figuraba que vendrías con esta excusa; pero no te preocupes por esto; comprendo perfectamente el estado de las cosas.

– No tengo costumbre de mentir, bien lo sabe usted, dijo Runeck con acento sombrío.

Dernburg levantóse y se acercó á Egberto.

– ¿Por qué volviste si sabías que no podríamos marchar de acuerdo? No lo comprendo..., no tenías necesidad del puesto que te ofrecía..., tenías delante amplios horizontes... Pero ¿qué te pregunto? ¡Ahora me explico, ahora veo el porqué! Has venido para preparar la lucha contra mí, para minarme el suelo bajo los pies, para prepararme la traición en mi propia casa, y derrotarme y destruirme...

– ¡No, no he hecho tal cosa!, gritó Egberto. Cuando vine, nadie pensaba en mi elección; al contrario, se hablaba de Landsfeld. Hasta el mes pasado no se echó á volar mi nombre y en estos últimos días ha sido cosa resuelta..., pero no he podido hablar antes porque se trataba de un asunto secreto.

– ¡De veras! Han calculado bien, porque ni Landsfeld ni ningún otro habría tenido la menor probabilidad de éxito tratándose de derrotarme á mí; se ve que antes han tanteado el terreno y han visto que no era prudente arriesgarse. En cambio tú, hijo de obreros, crecido entre mi gente, llegado tan joven á tan alta posición, eres el orgullo de estos trabajadores, y si además te encargas de explicarles que yo soy un tirano, un opresor que desde hace años los atropella y los explota; si les prometes la edad de oro como consecuencia de una transformación de las cosas, ¡oh, ya lo verás!, les persuadirás en seguida, les convencerás á todos. Eres ciertamente un gran orador y no te faltarán medios de verter tus ideas de la manera más á propósito. Y si el hombre que en mi casa ha sido como un hijo se pone al frente de ellos para guiarlos contra mí, será para ellos prueba segura de que su causa debe ser la justa, la verdadera y lo jurarán todos.

Egberto soportaba con la cabeza baja aquel torrente de palabras, que no eran sino repetición de las pronunciadas pocos meses antes por Landsfeld.

Dernburg, erguido, altivo, prosiguió clavando en él sus ojos penetrantes:

– Pero ¿qué resultará al final? ¡Ya veremos si mis obreros pueden olvidar que desde hace treinta años trabajo siempre con ellos y para ellos! ¡Ya veremos si pueden romperse en un instante los lazos formados durante la vida de un hombre! ¡Prueba á ver si vences! Cierto que si alguien puede vencer, ese alguien eres tú que, educado en mi escuela, sabrás por dónde has de herirme.

Egberto, pálido como un cadáver, con el semblante descompuesto por la lucha que en su interior sostenía, levantó los ojos.

– Me condena usted, dijo, y acaso si estuviera en mi lugar obraría como yo. Usted mismo me ha dicho repetidas veces que la disciplina es la primera, la suprema ley de toda gran empresa; yo he tenido que someterme á esta ley de hierro, y sólo yo sé lo que me ha costado.

– Sí, la disciplina es la ley principal en esta casa; pero si yo exijo obediencia á mis gentes, no la empleo para servicios de traición, dijo Dernburg fríamente.

Egberto se estremeció y fijó en el anciano sus ojos, en los cuales brillaba un relámpago misterioso.

– Sr. Dernburg, es verdad que de usted puedo soportar muchas cosas, especialmente en este instante; pero semejante palabra es demasiado dura para que pueda tolerarla.

– Pero debes tolerarla. ¿Qué has hecho, si no, allá en Radefeld?

– Nada de que no pueda responder ante usted y ante mí mismo.

– En tal caso has cumplido mal tu misión y te lo harán expiar. Pero inútil que hablemos del pasado; vengamos al presente. ¿Conque eres el candidato de tu partido? ¿Y has aceptado la candidatura?

– El partido así lo ha resuelto y por esto he debido aceptar.

– ¡He *debido!* Esta es la palabra que á cada momento repites; antes no *debías, querías* tan sólo. Me considerabas como un tirano porque no aprobaba inmediatamente tus ideas *para el bien del pueblo,* rechazabas mi mano que quería guiarte...., ¡querías la vía libre en la vida! ¡La vía libre! ¿Y á esto llamas tú vía libre?, á estos obstáculos con que tus pies tropiezan, á ese yugo que atrofia tus ideas y tu voluntad, que te hace destruir y olvidar el pasado y todo cuanto debiera ser sagrado para ti, que te rebaja hasta convertirte en traidor... ¡No te incomodes Egberto, que es tal como te digo! No debías volver á Odensberg si sabías que había de llegar un instante como éste; no debías permanecer aquí en cuanto supiste que te querían poner en contra mía; pero lejos de esto, viniste y te has quedado porque te lo han impuesto. Llámalo como quieras, mas para mí esto es una traición. Y ahora, vete, todo ha concluído entre los dos, terminó diciendo y volvió la espalda al joven.

Pero éste se le acercó, diciéndole:

– Sr. Dernburg, no me despida de este modo..., no puedo separarme de usted así..., usted ha sido para mí un verdadero padre y yo...

Era verdaderamente conmovedora, en un hombre reservado y frío como Runeck, aquella explosión de angustioso dolor; pero el anciano, ofendido, no lo vió así ó no quiso verlo, y exclamó, como para acentuar su reproche:

– ¿Y el hijo levanta la mano contra su padre? Sí, es verdad; con todo mi corazón te habría dado el nombre y el lugar de hijo y habrías llegado á ser dueño de Odensberg. En cambio, ¡ve á ver si tus colegas sabrán recompensarte el sacrificio que por ellos haces!. Pero basta ya; todo ha terminado, ¡vete!

Con paso lento, sin pronunciar una palabra más, atravesó Egberto la estancia; al llegar á la puerta, se detuvo, fijó una mirada dolorida en el anciano, que le volvía la espalda, vaciló un instante y salió cerrando la puerta.

Dernburg se dejó caer entonces en una silla y ocultó el rostro entre las manos; aquel sufrimiento era el más cruel de todos cuantos había padecido. ¡Hacía tantos años que amaba á Egberto con cariño profundo! Lleno de orgullo por el desenvolvimiento de aquella potente naturaleza, tan parecida á la suya, había pensado tenerlo á su lado durante el resto de su vida; y ahora le parecía perder con el joven para siempre la mejor parte de su ser.

A Runeck parecíale que el suelo ardía bajo sus pies, mientras atravesaba la vasta antesala; no veía el momento de encontrarse al aire libre, solo con su sufrimiento..., porque sufría, sí, sufría lo indecible, sintiendo en toda su intensidad cuán caro le era aquello que había perdido, comprendiendo toda la magnitud del sacrificio que hacía... ¿á quién? ¡Ay! Había pasado el instante de entusiasmo ardiente en que no se pregunta nada ni de nada se duda... Ya no era dueño de sus acciones, de sus resoluciones; ya no podía *querer* sino que *debía*.

Estaba ya casi en la puerta cuando un roce de seda le hizo levantar los ojos y se encontró con la baronesa de Wildenrod, cuyo rostro estaba más blanco que el blanco traje que llevaba. Egberto hizo ademán de saludar y salir, pero la joven extendió el brazo para detenerle y murmuró:

– ¡Sr. Runeck!

– ¡Baronesa!

– He de hablar á usted.

– ¿A mí?, preguntó Egberto creyendo haber oído mal.

– Sí, he de hablarle á solas, se lo ruego.

– Estoy á sus órdenes.

Cecilia lo condujo á una salita en donde en aquella hora nadie seguramente les sorprendería y en donde, caso de que alguien entrara, podía parecer casual el encuentro de los dos jóvenes. La baronesa no se sentó; apoyóse en la chimenea, vuelta de espaldas á la espléndida luz del sol que por las amplias ventanas penetraba en la habitación, y en esta actitud permaneció un rato silenciosa. Runeck, de pie junto á ella, callaba también y la contemplaba. Tenía razón Enrique. ¿Dónde estaba la hermosa prometida, llena de vida y de animación y radiante de alegría, de pocos meses atrás? ¿Qué había hecho para convertirse en la criatura pálida, delgada, de grandes ojos hundidos y con la boca siempre contraída dolorosamente, que estaba delante de él, temblorosa y tratando de encontrar la voz que le permitiera hablar?

– Quería escribirle, dijo al fin con acento fatigado, pero he sabido que había usted venido á ver al Sr. Dernburg, y he preferido hablarle. Es preciso que tengamos una explicación.

Callóse esperando tal vez una respuesta; pero el joven se limitó á inclinar la cabeza. Entonces prosiguió, haciendo para ello un gran esfuerzo:

– He de recordarle nuestro encuentro en el Albenstein, aunque creo que no lo habrá usted olvidado; en cuanto á mí, recuerdo aún las palabras, las amenazas que lanzó usted aquel día contra mí. Aquellas palabras y aquellas amenazas, ni las comprendí entonces ni las he llegado á comprender todavía; pero desde entonces sé que usted es enemigo mío y de mi hermano...

– De usted no, señorita, exclamó Runeck interrumpiéndola. Había incurrido en un grave error del que entonces me dí cuenta, y le pedí perdón, sin conseguir que me lo otorgara. Mis palabras, mis amenazas iban dirigidas á otra persona.

– Esta otra persona es mi hermano, dijo Cecilia alzando lentamente los ojos suplicantes y angustiados, y todo lo que á él afecta me afecta á mí. Si usted le hablase como me habló á mí aquella mañana, la conclusión sería tremenda, sangrienta..., por esto tiemblo desde aquel día y ahora no he podido resistir más... Quiero tener una certeza... ¿Qué piensa usted hacer?

– ¿Se ha enterado su hermano de usted de nuestra conversación en el Albenstein?

– Sí.

Esta palabra apenas se oyó, pero Runeck comprendióla y no preguntó qué había dicho Wildenrod: la mirada descompuesta de Cecilia era bastante clara.

– Esté usted tranquila, dijo. El choque que le da tanto miedo no se verificará: mañana parto de Radefeld y de Odensberg; y cuando usted se haya casado con Enrique y haya emprendido el viaje á Italia, el Sr. Wildenrod ya no tendrá motivo alguno para permanecer aquí, con lo cual desaparecerá toda ocasión de que nos encontremos. En cuanto á usted..., sé que no es usted peligrosa para Odensberg ni para la familia Dernburg.

Runeck no sabía todo el daño que sus palabras hacían á Cecilia; ésta conocía los proyectos temerarios de Oscar y la manera como preparaba el terreno para llegar á hacerse dueño de Odensberg, pero se calló á fin de no empeorar la situación.

Reinaba en la estancia un silencio profundo, uno de esos silencios que dominan la naturaleza y á todos los seres; únicamente se oía el tic tac del reloj que marcaba los segundos. ¡Cuán rápidos vuelan los minutos en la hora de la despedida!

Egberto dió un paso hacia la joven, que tenía la vista fija en el suelo y con el codo puesto sobre el mármol de la chimenea apoyaba la mejilla en la mano.

– Señorita, dijo con voz temblorosa, he sido injusto con usted, muy injusto hablándole como le hablé despiadadamente, y esta injusticia no puede usted perdonármela... Pero yo no sospechaba que la hubiesen tenido á usted ignorante de cuanto la rodeaba... Señorita, ¿quiere usted escuchar mi última súplica?

La joven hizo con la cabeza un signo afirmativo.

– Su matrimonio la libra de esta posición, del yugo de su hermano: líbrese también de su influencia, cueste lo que cueste; no le dé poder sobre usted para su porvenir, pues es un poder desastroso que conduce á la ruina. Ahora tengo la seguridad de todo cuanto antes sospechaba: la senda que sigue el barón conduce á un abismo... que sólo Dios sabe dónde acaba.

Cecilia se estremeció violentamente: aquellas palabras le recordaban la amenaza de Oscar cuando ella se había negado á continuar en Odensberg y parecíale tener delante de sus ojos al padre muerto por su propia mano...

– ¡Basta, Sr. Runeck!, exclamó levantando las manos en ademán suplicante. ¡Es mi hermano!

– Sí, es su hermano; pero usted no me contradice, usted sabe...

– ¡Yo no sé nada!, gritó la joven volviéndose de cara á Runeck con los brazos extendidos. ¡No quiero saber nada! ¡Oh, Dios mío! ¡Tenga usted compasión de mí!, suplicó cubriéndose la cara con las manos.

Egberto la vió vacilar, y como aquel día en el Albenstein, acudió solícito á socorrerla; rodeó con su brazo el cuerpo de Cecilia, y como aquella otra vez, el hermoso rostro pálido se dejó caer sobre su hombro.

Entonces, una palabra salió de los labios severos de Runeck, una sola:

– ¡Cecilia!

Pero aquella palabra era tan ardiente, tan apasionada, que Cecilia abrió sus grandes ojos; sus párpados se alzaron lentamente y las pupilas de los dos jóvenes se encontraron por un instante..., que fué como una eternidad.

El reloj dió las doce. Egberto dejó caer los brazos y Cecilia se irguió.

– ¡Haga usted dichoso á Enrique!, murmuró Runeck con voz ahogada. ¡Adiós, Cecilia!

Y salió. En la estancia resonó un llanto desgarrador: la joven, con la cabeza apoyada en el mármol de la chimenea, lloraba como si el corazón le estallara en pedazos.

XIII

Las habitaciones de los innumerables empleados de Odensberg constituían una especie de pequeña ciudad, de la cual formaba también parte la casita suiza del doctor Hagenbach.

Era una casa construída para una familia numerosa, pero el doctor, solterón empedernido, vivía en ella hacía muchos años solo con su vieja sirviente, á la que últimamente se agregó la compañía de su sobrino.

Gozaba el doctor de mucha fama, no sólo en Odensberg, sino también fuera de allí; de todas partes le llamaban á menudo, y cuando estaba en su casa no le faltaban nunca visitas. Aquel día, en la sala de consultas, había un nuevo paciente que, á decir verdad, no tenía el aspecto de enfermo. Era un hombre de unos cuarenta años, bastante corpulento; estaba sentado, con las manos cruzadas sobre una gran barriga, y los ojos pequeños ocultos por las gruesas y sonrosadas mejillas, y enumeraba una porción de enfermedades de todas clases. De pronto Hagenbach le interrumpió diciéndole con tono de impaciencia:

– Pero todas estas cosas me las ha contado usted ya tantas veces, que me las sé de memoria. Mi querido Sr. Willmann, le diré lo de siempre: se cuida usted demasiado de su persona, y hasta que no siga mis consejos, moderándose en la comida y en la bebida y haciendo ejercicio, todos los remedios que le recete serán inútiles.

– ¿Moderarme?, repitió Willmann con acento quejumbroso. ¡Si soy la moderación en persona! Pero sucede, señor doctor, que un posadero es muchas veces víctima de su profesión..., de cuando en cuando se hace preciso charlar y beber con los parroquianos; esto es inevitable y...

– Y usted acepta con gran resignación el martirio, ¡naturalmente! Pues continúe usted así; pero luego no venga á pedirme ayuda. Además de que estoy tan ocupado con los enfermos de Odensberg, que no tengo apenas tiempo para ocuparme de otros enfermos. ¿Por qué no consulta usted con los otros colegas míos, que tienen más tiempo que yo?

– Porque no me inspiran confianza, respondió Willmann sin alterarse por aquella brusca pregunta. En cambio, ¡tengo tanta en usted, señor doctor!

(Continuará.)

ESCULTURA DECORATIVA

Si grande fué la influencia que la escultura ejerció en el que pudiéramos llamar arte íntimo durante el glorioso período del Renacimiento, justo es consignar que en los tiempos actuales no ha permanecido el arte plástico ocioso, sino que, por el contrario, desempeña importantísimo cometido dentro de aquella esfera, aportando á la decoración su valioso y bello concurso.

La actividad artística, que ha sucedido al letargo característico de ese lapso de vacilación é incertidumbres, refléjase en todas las manifestaciones. El deseo de embellecer, de decorar, se vulgariza, por fortuna; y aunque no siempre se inspira en conceptos razonables y admisibles, preciso es aplaudir tan provechosos impulsos, puesto que revelan mayor suma de cultura y perfección. Abandónase el rutinarismo y la inocentona trivialidad, para obtener efectos de la combinación de líneas y tonos, ofreciéndose al artista vasto campo para dar muestra de su fantasía. La prosaica simetría ha pasado á formar parte de la lista de los recuerdos, y el artista la ha reemplazado por la ponderación. Y tal es el poderoso influjo que ejerce, que la moderna evolución realiza nuevas y positivas conquistas, invadiendo desde el estudio del artista al taller del artífice, para instalarse en la vivienda. Véanse las bellísimas obras de orfebrería, fundición, cerrajería, mobiliario y cuantos elementos concurren para procurarnos en el hogar utilidad y solaz al espíritu; en todos, hoy, obsérvase el poderoso influjo que el arte ejerce. Al calor de este movimiento adquieren creciente vida y desarrollo todas las industrias, contribuyendo al embellecimiento de todo cuanto utilizamos, desde lo más trivial á lo más importante.



MASCARILLA DECORATIVA, obra de Lamberto Escaler



MEDALLÓN DECORATIVO, obra de Lamberto Escaler

En este armónico conjunto, que en nuestra ciudad puede observarse más que en otro centro peninsular, brilla y se destaca una especialidad, creada, por así decirlo, con carácter personal y de localidad. Nos referimos á las preciosas esculturas decorativas, apropiado adorno de los salones, que ejecuta el joven artista Lamberto Escaler. Hace algunos meses, pudimos dar á conocer á nuestros lectores algunas de sus obras, exponiendo con tal motivo las consideraciones que nos sugirió su estudio. Hoy hemos, pues, de referirnos, al reproducir otras producciones, no menos interesantes, á los conceptos que entonces emitimos; permitiéndonos únicamente llamar la atención respecto del buen gusto y originalidad del artista, quien con aparente facilidad logra ejecutar tan agradables obras.

A. G. LLANSÓ.

***

LOS INSECTOS DE LOS LIBROS

M. Hiriart, bibliotecario de la ciudad de Bayona, presentó en el congreso de bibliotecarios celebrado en 1900 una comunicación muy interesante acerca de los insectos que tantos destrozos causan en las bibliotecas. De los debates á que dicha comunicación dió lugar resultó que los insectos peligrosos para los libros son tantos y tan diferentes unos de otros, que entre los remedios preventivos ensayados ya contra ellos (naftol, bencina, sublimado corrosivo mezclado con cola, estantes de madera impregnados de sulfato ó acetato de cobre), ninguno es de una eficacia general, y que sería preciso estudiar de cerca las costumbres de cada categoría de insectos para descubrir la precaución especial que á cada uno conviene oponer. Al mismo tiempo se hacía constar que los procedimientos en la actualidad empleados para limpiar los libros infestados (sacudidura de los tomos, vapores de sulfuro de carbono), ofrecen no pocos inconvenientes para la conservación de los libros impresos y las más de las veces son inaplicables á los manuscritos.

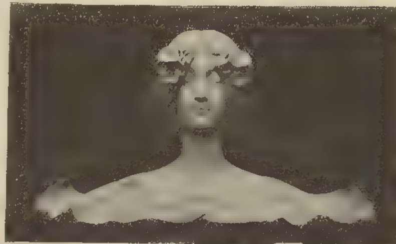


MASCARILLA DECORATIVA, obra de Lamberto Escaler

En vista de esto, acordó el congreso que se hicieran estudios experimentales con todo el rigor de los métodos científicos y mediante el concurso de bibliotecarios, químicos y naturalistas, acerca del modo de producción y propagación de los distintos insectos nocivos á los libros, acerca de los medios de remediar sus destrozos y acerca de las precauciones que debieran recomendarse á los fabricantes de papel y de cuero destinados á la impresión y encuadernación de los volúmenes, así como á los arquitectos que escogen los materiales para los pisos y estantes de las bibliotecas.

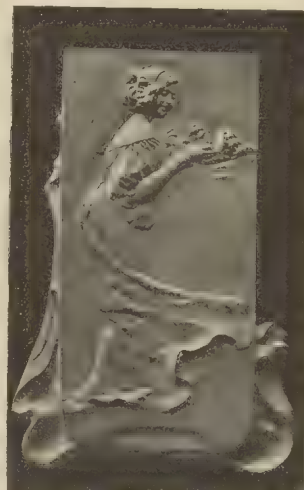
Mlle. María Pellechet, bibliotecaria honoraria del departamento de impresos de la Biblioteca Nacional que había tomado parte en la discusión, instituyó inmediatamente en favor de estos estudios dos premios, uno de 1.000 y otro de 500 francos; otro individuo del congreso, habitante en Argel, en donde son tan frecuentemente devastadas las bibliotecas, fundó asimismo un premio de 1.000 francos para el autor del mejor estudio especialmente dedicado á los insectos que destruyen las encuadernaciones; este último fué denominado «Premio del Congreso de Bibliotecarios.»

Según las condiciones del concurso, que fueron determinadas antes de la clausura del congreso, las memorias debían ser dirigidas antes de 31 de mayo de 1902 al Secretario general, M. Enrique Martín, conservador adjunto á la biblioteca del Arsenal. El Jurado lo formaban la mesa del congreso y los señores Edmundo Perrier, Alfredo Giard, E. L. Bouvier, miembros de la Academia de Ciencias; Julio Kunckel d'Herculais, auxiliar del Museo de Historia Natural, y el Dr. Marchal, profesor de Zoología del Instituto Nacional Agronómico.



BUSTO DECORATIVO, obra de Lamberto Escaler

Las veintitrés memorias presentadas fueron cuidadosamente examinadas por los químicos, bibliotecarios y miembros del Jurado, el cual ha concedido el citado premio del Congreso de Bibliotecarios á M. Juan Bolle, director de la estación de ensayos químico-agronómicos de Goritz (Austria), quien ha indicado contra los insectos de las encuadernaciones, de los cuales ha hecho un estudio profundo, medios de destrucción muy prácticos y de carácter á propósito para dar los mejores resultados. Entre otros medios propone M. Bolle el empleo del sulfuro de carbono, habiendo construído un aparato gracias al cual puede procederse á la destrucción de los insectos sin temor á los peligros de incendio, tan frecuentes con el sulfuro de carbono, que se inflama á los 46 grados.



PRIMAVERA, bajo relieve decorativo de Lamberto Escaler

La memoria de M. Bolle iba acompañada de pruebas que demostraban que el empleo del sulfuro de carbono no altera los colores: en efecto, el autor ha cortado en dos pedazos varias láminas de colores, ha sometido al experimento un solo trozo, y aproximándolo luego á la otra mitad correspondiente, no se ha observado diferencia alguna entre las dos partes.

El premio María Pellechet de 1.000 francos no ha sido adjudicado; el de 500 se ha concedido á M. Constant Houlbert, doctor en Ciencias naturales, profesor del Liceo de Rennes. En su memoria estudia M. Houlbert, en el orden sistemático, unas cincuenta especies de insectos y arácnidos, representándolos en sus diferentes estados, citando los principales caracteres de las larvas y de los adultos, resumiendo todo lo que conoce de sus costumbres, de sus hábitos y del régimen de cada especie, ex-

tendiéndose sobre los hechos concernientes á los estragos cometidos en los libros y en las bibliotecas y examinando con cuidado extremo todos los medios de destrucción. Contra la tijereta de los libros, coleóptero de tres ó cuatro milímetros de largo, á lo sumo, pero muy temible por sus mandíbulas muy duras y terminadas por tres dientes agudos, M. Houlbert recomienda, como M. Bolle, el empleo de los vapores de sulfuro de cárbono en fumigaciones. La operación es muy sencilla: basta encerrar los tomos infestados en una caja provista de una hoja metálica en su interior y cerrada herméticamente; y en un ángulo de esta caja, hacia la parte superior, porque los vapores del sulfuro son más pesados que el aire, se coloca un frasco de ancho gollete que contiene algunos centímetros cúbicos de sulfuro de carbono. Según M. Houlbert, este sistema de destrucción es preferible al empleo de aire caliente, porque bajo la acción del calor el cartón se dilata de una manera desigual y los libros se deforman; además, el papel se vuelve friable y quebradizo. También es preferible al empleo del cloro gaseoso, que tiene el inconveniente de descomponer las materias orgánicas apoderándose de su hidrógeno. En cuanto á los vapores de formaldehido, no le han dado, al parecer, resultados más enérgicos que el vapor de agua pura. – L. R.

LA LUZ ELÉCTRICA Y LA VISTA

A menudo se oye decir que la luz eléctrica fatiga la vista; sin embargo, un oftalmólogo ruso pretende que esta luz es de todas las luces artificiales la menos perjudicial para los ojos. Ese médico basa su afirmación en el hecho de que las enfermedades y la fatiga de los ojos están en proporción directa de la frecuencia del parpadeo. Pues bién: contando los movimientos de parpadeo de un mismo ojo con diferentes luces, ha encontrado que la oclusión de los párpados se repetía por minuto: siete veces con una bujía, tres con el gas y algo menos de dos con la luz eléctrica. Con la luz solar, el mismo observador ha contado algo más de dos oclusiones por minuto.



MASCARILLA DECORATIVA, obra de Lamberto Escaler

EL FERROCARRIL DEL CABO AL CAIRO

Inglaterra prosigue con sorprendente perseverancia la realización de la obra que había constituído el sueño dorado de Cecilio Rhodes, á saber, la construcción de una línea férrea continua que, extendiéndose entre el Cabo y el Cairo, formaría la gran arteria central de la red ferroviaria africana.

La sección que unirá Buluwayo con el Zambezé progresa muy rápidamente: en la actualidad ya la recorren las locomotoras de un extremo á otro, y el año que viene podrá hacerse seguramente el viaje hacia el Norte en una extensión de 2.800 kilómetros, saliendo del Cabo, sin bajar del vagón.

Los trabajos de este ferrocarril son además muy importantes desde el punto de vista técnico; una de las obras más notables bajo este concepto será un viaducto de acero de 170 metros de largo que se construirá cerca de Victoria Falls.



Apercibidos á la defensa, cuadro de H. Tischler

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 13 de octubre de 1902 — Núm. 1.085



LA CUNA VACÍA, cuadro de Andrés Solá y Vidal

(Salón del Círculo Artístico)

CRÓNICA DE TEATROS

La literatura dramática española está de luto con motivo de la muerte de Enrique Gaspar. Él fué el iniciador entre nosotros de la escuela realista francesa. Cuando el escritor que acabamos de perder dió á la escena su primera obra de importancia, aún dominaba en el público español el gusto sensiblero que tantos aplausos valió á Camprodón, cuya *Flor de un día* llenaba de lágrimas los ojos de las bellezas de mediados de siglo; á Eguílaz, que enternecía los corazones con *La cruz del matrimonio* y *Los soldados de plomo;* á Luis Mariano de Larra, que con *La oración de la tarde* obtuvo ruidoso triunfo, un tanto amargado por las reminiscencias que alguien creyó encontrar entre esta obra y *El cura de aldea*, de Escrich, y á todos los demás que á imitación de los autores citados surtieron de comedias, desde el 1850 hasta 1870, los teatros españoles.

También por entonces «se daban» con nociva abundancia dramas seudo-históricos en los que actores y actrices pasaban por la escena haciendo estremecer telones y bambalinas con el *tunturuntún* de los endecasílabos ó con el tintineo de cuartetas y quintillas. Todo se volvía allí valerosos guerreros que al frente de su mesnada habían escalado enriscadas fortalezas; caballeros que como premio de su victoria en el torneo recibían bordada banda de manos de su adorado tormento; monarcas adustos, escuderos fieles, dueñas barbudas y doncellas desventuradas, personajes en la mayor parte de los casos sin verdad histórica ni en los caracteres, ni en las pasiones, ni en las costumbres, ni en el lenguaje. El público iba ya cansándose de las ñoñeces de los unos y del averiado romanticismo de los otros, cuando Enrique Gaspar comenzó á escribir para el teatro.

Claro es, y en la memoria de todos está, que entre el fárrago de autores que por aquella época florecían y cuyas obras están ya florecidas, descollaban Ayala y Tamayo. (Había en rigor pasado el tiempo de Bretón, Serra, Ventura de la Vega, García Gutiérrez, Hartzenbusch y Duque de Rivas.) El primero, digno émulo de nuestros grandes poetas dramáticos del siglo XVII, supo vaciar en el castizo molde de la dramática de Ruiz de Alarcón las ideas y sentimientos modernos; y Tamayo, el autor de mayor fuerza teatral del siglo XIX, fué también el más violento impugnador de los vicios sociales de su tiempo. *(Lo positivo, Lances de honor, Los hombres de bien.)*

La misma tendencia satírica y pesimista de estos dramas de Tamayo se advierte en las comedias de Gaspar. Lo que el autor de *La levita* pensaba acerca del arte dramático, bien claro lo dice en el prólogo de *Las personas decentes:* allí se aboga en pro del más exagerado realismo; se señala como condición de la literatura dramática que sea ésta una fotografía de la sociedad moderna; se quiere que los caracteres, la acción, el diálogo, el lenguaje se confundan con la realidad, y se proscriben, en fin, como juguetes infantiles, los trapos, el lirismo, las imágenes y los versos. Ocasión hubo, sin embargo – inconsecuencia propia de los verdaderos artistas – en que Gaspar movió sus personajes escénicos al son de la lira. Y ahí está para no dejarme mentir el drama *Amor y arte*, con su intriga romántica, su idealización de los personajes Ghirlandajo, Miguel Angel, Savonarola, sus poéticos arranques y su variada versificación.

En honor á la verdad, *Amor y arte* es una excepción en el teatro de Gaspar. En sus demás obras, por lo menos en las que conozco, fué austeramente fiel á los preceptos que él mismo se impone, preceptos muy en armonía con los sustentados y practicados por Alejandro Dumas (hijo). La comedia en que Enrique Gaspar expuso con más perfección su realismo pesimista fué la titulada *Las personas decentes*, cuyo pensamiento capital, aunque distinto en su desarrollo, coincide con el de *Los hombres de bien*, de Tamayo. «La tesis de *Las personas decentes* – escribe su autor – es de una trascendencia abrumadora..., me la ha dado la manera de ser de nuestra sociedad, que en su tendencia igualitaria ha echado un puente entre el hombre de bien y el bribón, para que todos puedan circular por él confundidos, mediante un derecho de portazgo de camisa limpia.» Tan negra concepción de la sociedad moderna logróla encerrar Gaspar dentro del marco de una excelente comedia, mostrando con extraordinario vigor y fuerza incomparable esa solidaridad insana, esa tolerancia corrosiva, causa de que se mezclen y confundan el bribón y el hombre honrado, la mujer adúltera y la buena madre de familia.

Claro es que la tesis de *Las personas decentes* puede discutirse, y muy discutida fué cuando se estrenó la comedia en enero de 1890. Pero aun concediendo que el autor, para probar su aserto, cargó la mano en los tonos negros de su pintura, no puede desconocerse que desde el punto de vista artístico, es aquélla una de las obras más perfectas, quizás la más perfecta, de cuantas se escribieron en España después del estreno de *Consuelo.*

En *La levita*, representada el año 68, como antes en *Las circunstancias* y después en *D. Ramón y el Sr. Ramón, La cancanomanía, El estómago, La lengua, Moneda corriente, Huelga de hijos* y *La eterna cuestión*, Gaspar no dejó la ida por la venida para poner á la sociedad moderna la ceniza en la frente.

Y no se limita solamente su privilegiada pluma, cultivadora también de la novela y del cuento, en sus obras teatrales á la comedia de costumbres. En la larga lista de producciones escénicas de Gaspar hay de todo: tragedias como *Atila*, pasillos como *Las sábanas del cura*, traducciones en prosa como *Serafina la devota*, y traducciones en verso como la de *Mar y Cielo*, original de Guimerá.

La última producción escénica de Enrique Gaspar, hasta ahora inédita, es *Pepita Tudó*, comedia de la cual se ha hablado mucho y que hasta ahora no ha obtenido los honores de la representación.

Por el número de sus obras, por haberse opuesto á la corriente sensiblera y seudo romántica que invadía el teatro, por el denuedo con que abogó y luchó por los fueros de la moral y por su maestría en el difícil arte de hacer comedias, merece Gaspar que su nombre figure entre los más ilustres del siglo XIX.

Está ahora como quien dice sobre el tapete la cuestión de las refundiciones de comedias del teatro antiguo. Desde que han sido pegados en las anunciadoras los carteles para la próxima temporada con las listas de las compañías y títulos de las obras que han de representarse, entre las cuales figuran algunas refundiciones, ha empezado á rebullir la cuestión antigua, como que ya estaba no poco manoseada en tiempo de Moreto, de si es ó no una especie de sacrilegio poner mano en las creaciones de nuestros clásicos. Supónese por algunos que refundir una comedia antigua es cosa tan desaforada y vandálica como lo sería meterse á refundir una estatua ó un cuadro. Nadie las mueva, se dice con aparatosa declamación; respétense como cosa intangible las comedias de nuestros clásicos; y caso de representarse, represéntense tales como salieron de las plumas privilegiadas de sus grandes autores.

Para replicar á tan solemnes afirmaciones, nada mejor que recordar lo que Bretón de los Herreros escribe al frente de una de las obras por él refundidas: «De cuantas tareas puede imponerse quien dedique sus ocios á la literatura dramática, ninguna tan ingrata y estéril como la de refundir comedias antiguas, y no porque sea una profanación, como entienden algunos, el meterse á enmendar la plana á Lope, á Calderón, á Rojas, á Moreto. Aquellos insignes poetas no fueron perfectos en todas las dotes que requiere el arte escénico, aunque en algunas fuesen ciertamente inimitables. De ordinario se advierte suma irregularidad en sus planes, poca cohesión en los infinitos incidentes de sus fábulas, redundancia y sobrado conceptismo en los diálogos y en las relaciones, descuidos ó incorrecciones en el estilo, y en la versificación, locuciones y giros desusados que no todos comprenden. El literato sabe disimular tales defectos en gracia de los primores de otro género que saborea y admira; pero el público, en general, es menos complaciente. Hay pocos dramas de aquel tiempo que en nuestros días puedan representarse tales como se escribieron; y habilitarlos para la escena, dándoles, sin desfigurarlos, algunas de las condiciones que les faltan y exige la buena crítica, es hacer honor, no injuria, á la memoria de sus célebres autores. Pero el ímprobo trabajo que esto requiere, si se ha de hacer con tino y con conciencia, ni está al alcance de todos ni obtiene en ningún concepto proporcionada recompensa. Al contrario, si el refundidor mejora la obra primitiva, ningún lauro adquiere; todo es siempre para el poeta á quien refunde, al paso que se le hace responsable, no sólo de las propias culpas que en la refundición cometa, sino de los desaciertos que no haya sabido ú osado corregir.»

Poco hay que agregar á las anteriores palabras del más fecundo é ingenioso de nuestros autores cómicos. Sin embargo, bueno será recordar que, desde Lope acá, han refundido obras antiguas los más egregios escritores, y que si la invención de los asuntos, la creación de los caracteres, el contraste y lucha de los afectos son algo en el teatro, muy cerca están de poderse llamar con exactitud refundiciones *Los amantes de Teruel*, de Hartzenbusch, *Don Juan Tenorio* y *El zapatero y el rey*, de Zorrilla, para no citar más que obras famosas.

Además del teatro Cómico, de la Zarzuela y de Apolo, tenemos ya funcionando el de Eslava. El género que se cultiva en este teatro es lo que pudiéramos llamar un puente entre el *género ínfimo*, bautizado con este nombre por los hermanos Quintero. Obrillas tan ligeras de música como de ropa, á propósito para que las tiples luzcan más las notas de pecho ó de pechos que las de garganta, exposición de femeninas redondeces, tangos aderezados con chistes picantes y movimientos provocativos, es todo lo que como novedad nos presenta el teatrillo del callejón de San Ginés.

Estas obrillas nos ofrecen un fenómeno bastante curioso, y al hablar de fenómenos no me refiero á las artistas que allí trabajan, que todas ellas son guapas y gentiles; el fenómeno á que me refiero es el siguiente: se estrena una obrilla cualquiera, el público la grita... Mas ¿qué importa? La empresa no sólo no la quita, sino que la representa dos veces en una misma noche... Al que no quiere caldo... Y lo raro es, y aquí aparece el fenómeno, que después de una serie de seis ú ocho representaciones, acompañadas de bastoneo, *pateo* y otras cultas manifestaciones por el estilo, la revista, sainete, zarzuela ó pieza bastoneada ó gritada, acaba por imponerse y figurar de tanda en el cartel por centenares de noches...

Esto ha sucedido, y sucederá sin duda, con la revista titulada *El respetable público*, obra de cinco ingenios, y en la cual hay un cuadro satirizando los melodramas comprimidos, ahora al uso, de no poca intención y gracia.

De otro género es la zarzuelita que como primicias de su talento teatral nos dió la otra noche en el teatro de Jovellanos el Sr. Sáenz, secundado por los músicos Sres. Guervós y Barrera. Aunque la obrita del novel escritor tiene una cantidad de argumento infinitesimal, diluído en multitud de escenas en su mayor parte episódicas y cuya representación dura bastante más de una hora, es lo cierto que revela por parte del autor observación bastante exacta, desde el punto de vista cómico, de las costumbres y tipos malagueños. No le falta tampoco su poquito de poesía y, entre buenos y medianos, cantidad considerable de chistes.

Mientras los teatros de género chico procuran atraer el público – Eslava, como queda dicho, con sus *frescuras*, la Zarzuela con estrenos, el Cómico con melodramitas y Apolo con obras de repertorio, – los teatros grandes preparan sus campañas de invierno, que, á juzgar por los anuncios, han de ser fecundas en emociones. La empresa del Real, armonizadas ya las diferencias que habían surgido entre el nuevo empresario y los profesores de la orquesta, propónese vencer el retraimiento del público; la compañía del Español revuelve museos y estudia antigüedades á fin de presentar sus obras con artística propiedad, y en la Comedia, con emulación digna de aplauso, se trabaja con entusiasmo verdadero á fin de responder al favor que el público de Madrid ha mostrado siempre hacia el lindo teatro de la calle del Príncipe. Ortega, por su parte, con una escogida compañía empezará pronto á funcionar en el antiguo teatro de la Alhambra, y Lara *destapará* muy pronto su elegante bombonera.

Como se ve por el anterior puñado de noticias teatrales, Madrid puede divertirse en grande durante la próxima temporada. La capital de España cuenta á proporción con más teatros que París. Lo malo es que en esto, como en todo, muchos son los llamados y pocos los elegidos. De temer es que muy pocas de las compañías que van á empezar sus tareas en la corte puedan subir la fatigosa cuesta de enero.

ZEDA.



PILITA

Aunque al bautizarla le pusieron el simpático nombre de Pilar, era Pilar de las muchachas cuyas condiciones físicas y morales pedían una contracción, una modificación en el nombre; desde que sus ojos adquirieron expresión y cobraron sus labios las artísticas líneas que más adelante no hicieron otra cosa que agrandarse, siempre armónicamente; unos llamaron á Pilar *Pilita*, otros *Pila*, y su primer novio encabezaba sus cartas escribiendo: «Lita mía.»

La «variación» que prosperó fué la primera; Pilar fué desde la edad «del pavo» *Pilita*, diminutivo que, entre otras ventajas, tiene la inapreciable de evitarme el describir á quien lo llevaba, porque en Pilita nadie verá, seguramente, más que una niña lindísima, juncal, rubia, de ojos traviesos, boca fresca y diminuta..., el sueño de una tarde de mayo.

Hija de un coronel de caballería, no sólo tenía adoradores en la «vía pública,» sino también en la privada, en su propia casa. Un ayudante de su padre, el coronel, estaba loco perdido por su coronelita, como él decía; y sabiéndolo los compañeros del enamorado oficial, hacían combinaciones para que éste fuera diariamente á recibir la orden del jefe del regimiento.

Un día, después de intentar, con diferentes pretextos, prolongar la estancia en el despacho del coronel, pues Pilita no concluía su lección de piano, despidióse el ayudante de su jefe en el preciso momento de escucharse las últimas notas del piano. Abrió la puerta del despacho y el oficial se encontró frente á Pilar. Los dos jóvenes se miraron con insistencia, saludáronse con el afecto acostumbrado, y mientras la muchacha entraba en la habitación de su padre, el oficial, emocionado, bajó las escaleras de la casa diciendo:

–¡Sí..., venía corriendo! ¡Y me miró de una manera!.. ¡Pero qué reteguapísima que estaba!

Llegó al portal, y al ver en uno de la acera de enfrente á un joven muy peripuesto y mirando al balcón del despacho del coronel, recibió el ayudante de éste como un latigazo en el corazón.

–¿Qué hará ese mequetrefe ahí?, se dijo.

Y sin atreverse á mirar á los balcones de la casa de Pilita, se dirigió al cuartel, envuelto su pensamiento en un mar de confusiones.

Al recogerse por la noche Pilar en su dormitorio y mientras daba vuelta á la llave que permitía se iluminara de resplandores color de rosa la estancia, exclamaba la joven:

– Santiuste (el oficial) me quiere y á mí no me disgusta, ni mucho menos..., pero ese muchacho que se pone en el portal de enfrente es tan constante, viste tan bien... ¿Quién será?

. . . .

El coronel ascendió á general y más tarde fué nombrado gobernador militar de una capital de provincia.

En las fiestas que daba el capitán general, Pilita era la muchacha que más lucía, la más linda, la más obsequiada, proporcionando no pocos disgustos «tanta monería» á la capitana generala, cuyas hijas eran unos retacos muy cursis y á las que apenas hacían caso los tertulianos.

Durante esta etapa, el encanto de los salones tuvo sucesivamente varios novios; pero al llegar al cuarto quiso sostener relaciones con un comandante de artillería y el hijo de un opulento banquero, y la broma terminó en tragedia. Al conocer su desgracia el enamorado paisano se disparó un tiro en la cabeza «cabe los muros» de la infiel, y el militar pidió, echando bombas, su traslado á Cuba, en donde murió del vómito. Pilar abandonó los salones durante una breve temporada; pero su reaparición excitó tanta curiosidad y fué tal el efecto que su *ángel* produjo en la capitanía, que todos la perdonaron, y aquella misma noche trastornó el seso, con su charla de pájaro enamorado, á tres ó cuatro jóvenes, todos los cuales, independientemente, claro está, prometieron comenzar el asedio.

Al siguiente día se encontraron dos pretendientes en la calleja á la que se abrían algunos balcones de la casa de Pilita, y aunque eran amigos los *osos*, tras muy breves palabras, las bastantes para convencerse ambos de que los dos buscaban los quereres de la misma dama, la emprendieron á bofetadas. Llegaron amigos de los dos galanes, obligáronles á estrecharse la mano y reanudar la amistad brevemente interrumpida por sendos moquetes, y á los pocos momentos, repitiendo cada cual palabras de Pilar, embozadas promesas hechas á los dos, ambos decidieron ir á un café para celebrar el haberse convencido de que la causante del disgusto era una coqueta.

Al conocer á los pocos días el suceso la mamá de Pilita, se encaró con su hija para decirla casi irritada:

– Pero ¿qué te propones hacer, chiquilla? Ya me tienes loca con tus noviajos; cada cuatro días ronda la calle uno nuevo y con ninguno te conformas... Pues deja pasar esta época de encantos y verás cómo te sucede lo que á la garza de una fábula de... no sé quién, que después de despreciar las truchas que se ponían al alcance de su pico, tuvo, al fin, que contentarse con un caracolillo que encontró medio escondido bajo una pedrezuela del arroyo..

Pilita rió mucho el lance de la garza; pero buena estaba ella para tales filosofías en aquellos momentos.

Indecisa ante un tremendo problema que tenía que resolver, no pensaba en otra cosa que en encontrar la *fórmula*, que no aparecía por parte alguna.

Por tercera ó cuarta vez hallábase indecisa, sin saber á quién preferir. Dos distinguidos jóvenes la asediaban en todas partes, requiriéndola de amores, y á los dos había dicho, en un baile, que pasasen por frente á sus balcones; pero á uno le indicó los que daban á la calleja antes mencionada y al otro los que se abrían á la fachada principal de la casa; mas tuvo la poca precaución de citarles para la misma hora: el anochecer.

El recuerdo de aquel pobre muchacho que se suicidó por su culpa atormentó todo el día á Pilar.

– Dios mío, lo que he hecho... Si se ven tenemos otro disgusto... Hay que evitarlo á todo trance.

Tocó el timbre, acudió la doncella, y al verla entrar en el gabinete, Pilita la miró atentamente.

– No, tú, no; di á Eugenia que venga.

La doncella que acababa de despedir era gordinflona y baja; no servía. Eugenia era más delgadita; no era su tipo, el de Pilar, claro está; pero en la obscuridad podía substituirla.

Pilita, la espiritual Pilita, tuvo que confesarse á su cocinera. El caso era grave y no se sentía con ánimos para decidirse por uno de los dos pretendientes y ambos acudirían á la misma hora, con seguridad, y era preciso *dividirse*, tenía que atravesar el gabinete, donde estarían sus padres, para ir de un balcón á otro, y les chocaría, y además era un jaleo atroz.

Resolvió por fin que Eugenia se colocaría detrás de los cristales del balcón de la calleja, subida sobre unos estudios de piano, pues la cocinera no era gran moza, que no encendiera la luz, que se arreglase un poquito el tocado y que no dejase ver más que como una sombra. Pilita se *encargaría* del balcón de la fachada.

Todo salió á pedir de boca; los dos enamorados jóvenes permanecieron como unos tontos largo rato mirando al respectivo balcón y tropezando con cuantos transeuntes seguían camino opuesto al suyo.

La atolondrada muchacha abrevió la escena cuanto pudo, y prometió solemnemente decidirse por uno ú otro, consultando al corazón... ó á la cabeza... ó á la suerte, en último caso.

Pero á la cocinera le hizo gracia la pantomina que había representado y refirió todo lo ocurrido á los asistentes de casa; éstos se encargaron de contarlo á sus compañeros y éstos á sus amos, y los dos distinguidos aspirantes á la blanca mano de Pilita la dieron el primer disgusto presentándose cogidos del brazo frente al balcón de la alocada joven, pues aunque no de los primeros, llegaron á saber el triste papel por ambos inconscientemente representado.

Ese triste papel hizo descender considerablemente el papel-Pilita, en el preciso momento en que sentía deseos de ser formal.

El gobernador militar vióse al fin precisado á solicitar su traslado para otra plaza, y el cambio de clima despertó alifafes antiguos, muriendo el general, sin haber logrado su aspiración constante: ver á su hija casada con un hombre formal.

¡Pobre Pilita! De aquellos esplendores, de aquellos bailes en los que el *carnet* suyo se cubría de nombres antes del preludio del primer vals, de aquellas combinaciones que despertaban fiebre en la gentil cabeza de aquel primor de salón, sólo quedaban los caprichosos trajes, chafados, los *carnets* con los nombres de los admiradores, varios retratos de Pilar en traje de Carnaval, muchos recuerdos y una paga muy reducida de viudedad...

«Y la garza comenzó á mirar con afán á través de las cristalinas aguas del arroyo y ya no veía truchas, sólo, sí, pececillos pequeños, cada vez menores...»

La viuda del general y su hija abandonaron la localidad en donde el sol, brillante un día, se ocultara entre celajes, y en el reposo de una más silenciosa capital de provincia despertó Pilita de su sueño..., viendo un día, en la acera de enfrente á sus balcones, un joven que la miraba extasiado, que aún poseía la niña mimada seducciones, aunque algo ajadas por la mayor de las tristezas, la que nace del desencanto.

Enteróse Pilar de quién era el pretendiente; un modesto, pero digno funcionario del Ayuntamiento, con dos mil pesetas de sueldo.

En sus soledades derramó algunas lágrimas recordando épocas que ya no podían reproducirse; pero al considerar que si él, el empleado, supiese lo del suicidio y sus coqueterías sería posible que desistiese de aceptar una cabeza tan ligera, procuró, después de corresponderle, abreviar todos los preparativos de la boda, porque la hubo, con sus lagrimitas en el hombro de mamá después de la ceremonia, lagrimitas que madre y novio interpretaron de bien distinta manera...

– Desde entonces, nos dijo el amigo que refería esta sabrosa historia, he encontrado en la sociedad varias Pilitas, á las que bautizo con el nombre genérico de *Heron*, recordando á mi amiga Pilar y la hermosa y filosófica fábula del gran Lafontaine.

FIDEL PÉREZ MÍNGUEZ.

(Dibujo de Triadó.)

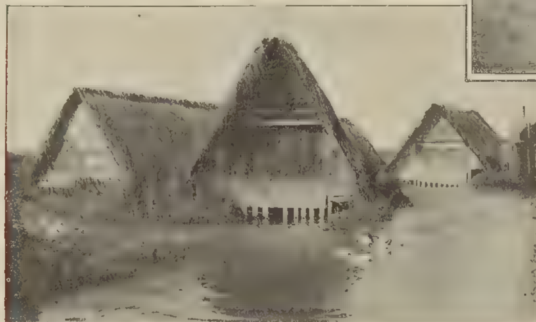
ALREDEDORES DE VALENCIA

UNA EXCURSIÓN Á LA ALBUFERA

No es mi intención describir el famoso lago, ni científica ni siquiera geográficamente. Desconocía estos alrededores de mi país natal, y antes de abandonarle nuevamente decidí hacer un viaje por estos parajes que tanta nombradía tienen; pero faltábame un práctico que me guiara para no ir al azar por entre bancales de arroz y marjales peligrosos, y enterados algunos amigos de mi propósito, entusiasmáronse con mi idea y se propusieron acompañarme, convirtiéndose de este modo mi visita de observación y estudio en excursión amistosa y alegre.

Nos reunimos hasta siete, todos muchachos jóvenes, menos D. Juan, quien nos servía de práctico y al que le dimos, por unánime acuerdo, el honroso cargo de director de la expedición, con lo cual marchaba nuestro hombre ufano y satisfecho. Él nos dió las necesarias instrucciones; él lo dispuso todo, y obedeciéndole sumisos, á las seis de la mañana estábamos acomodados en los asientos de una diligencia que aguardaba en la calle de Ruzafa.

Los tres caballotes que arrastraban el repleto vehículo iban trotando por un suelo llano ya y sombreado por doble hilera de chopos que alargaban á veces la simétrica distancia que los separaba, para dejar



La Albufera de Valencia. – Últimos *vivers* cercanos al lago

lugar á pocas casas y bastantes barracas. Al tiempo que avanzábamos, noté que el camino se animaba con el movimiento de la vida que despierta.

Se abrían las puertas de las viviendas, y las hacendosas huertanas, aún impresas en sus ojos las huellas de la pasada soñolencia, luego de barrer bien el trozo que les pertenecía, lo regaban con media calabaza hueca, ajustada á un palo largo que les permitía sacar el agua de la acequia y verterla sobre la tierra polvorosa sin inclinar el cuerpo. A derecha é izquierda se divisaban los campos de arroz medio ocultos por los árboles que orillaban la carretera señalando su curso; pararon al fin los caballos, echamos pie á tierra y nos encontramos en el embarcadero del *Pont de Peransa*. Allí comenzaba el canal.

Había muchas barcas de diferentes tamaños, todas con la quilla plana para poder navegar en poco fondo, amarradas algunas, varadas en las orillas la mayor parte.

El tío *Tropes* nos aguardaba con la suya, que era de las mejores; nos embarcamos en ella, y *Tropes* y su hijo empuñaron las perchas, hincáronlas en el fondo fangoso de las aguas, y al impulso recibido, la rústica góndola ennegrecida con brea se deslizó lenta canal adelante.



La Albufera de Valencia. – *Vivers* en las riberas del Palmar

La Albufera, cuyo nombre es una corrupción del árabe *Al-Bugira*, que significa el lago, ha dado origen á versiones equivocadas.

Un antiguo cronista asegura que «Ecneo Scipión, después de labrada la ciudad, hizo un estanque para mejor provisión de la tierra, al que los moros llamáronle después Albufera, donde se crían pescados, entrando en cierto tiempo de la mar, y es lugar de gran pasatiempo, por las muchas aves que en esta laguna se crían y están todo el tiempo frío hasta que viene el calor. Hállanse Gallinas marinas, que por acá llaman *Fojas;* Gallos marinos de muy lucido color azul todas las plumas y el pico y pies vermejos; Flamencos, que son unas aves grandes, blanquísimas, con algunas plumas encarnadas de un color ardiente, que hacen muy lindo parecer, y, en fin, muchos géneros de aves extrañas. Hizo esto Scipión, á la forja que en Nápoles é Italia se hallan muchos de estos estanques.» (Beuter. Crónica general de toda España y especialmente del reino de Valencia. Lib. primero, cap. XVII.)

Y aún podría citar otros datos que, si despiertan interés, no valen la pena de ser consignados, puesto que todos falsean la verdad.

No hay nada de artificio; la extensa laguna, obra exclusiva de la naturaleza,



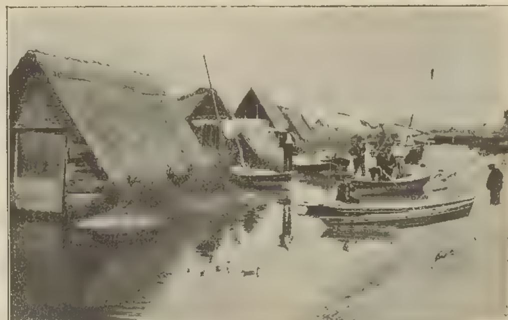
La Albufera de Valencia. – Un *viver* junto al bosque de *senill*

sirve de desagüe á la vasta llanura que riegan el Jucár y el Turia al Mediodía de Valencia.

Por espacio de una hora navegamos en un canalizo estrecho, contemplando el uniforme panorama de los campos de arroz, que se pierden en la lejanía hasta confundirse en el horizonte; y como la medrada vegetación oculta el agua de los canales inmediatos, cuando alguna barquichuela pasa por ellos parece que surca los mismos arrozales ondeados al suave impulso del viento. Las amarillentas espigas, dobladas al peso de la sazón más robusta, aclaran el verdoso color de la planta, que desaparece en el inmenso charco del marjal.

A este tiempo llegamos al Saler, centro de la casa donde se distribuyen los *puestos*. Es un caserío en el que antes entraba el agua, pero que en la actualidad se encuentra sobre tierra seca, y tiene á sus espaldas la verde pinada de la Dehesa, que separa la laguna del mar. Desde el Saler conducen los barqueros en botes á los cazadores, en la época de las tiradas, para ocupar sus *puestos* y estar preparados cuando comienza el amanecer. El *puesto* es como medio tonel sujeto con estacas plantadas en el lago y cubierto con hierbas, entre las que se oculta el cazador. Por delante flotan los fingidos y traidores patos de corcho que atraen á sus semejantes de carne y hueso, y aunque la espera es penosa y molesta, bien se recompensa cuando, á los resplandores del alba, suenan los primeros disparos que animan el espacio y siembran el pánico en las compactas bandadas de aves que, llenas de aturdimiento, ruedan al agua heridas por los mortíferos perdigones.

El canal por donde se deslizaba á fuerza de perchazos nuestra barca, se fu-



La Albufera de Valencia. – *Vivers* en las riberas del Palmar

sionó con la acequia del Oro, que conduce á Alfafar, aumentando su amplitud; el viento soplaba suave, izaron la vela, que se hinchó al instante, y la marcha fué desde entonces más rápida.

A nuestra derecha se percibía el diminuto panorama de Sollona, Sueca, Cullera, Játiva y Catarroja.

Los *parots* y *marotetes* ó caballitos del diablo no cesaban de pasar zumbones, animando la vista con sus aletas transparentes y sus cuerpos larguiruchos de subido color rojo ó verde. Pasamos bordeando la *mata del fanc*, extensión fangosa que mantiene espesos bosques de *senill* (carrizo ó caña vera), foco de paludismo, donde aseguran que se reproducen los ánades. Alguien ha tenido la desgracia de caer en sus riberas y fué absorbido por la gredosa arcilla, en la que se hundía cuanto más se esforzaba por salir.

Aún continuaba la *mata* cuando entramos en el lago, amplio y hermoso; al volver, y siéndonos favorable el viento, tardamos dos horas en cruzarle.

A más de mediodía llegamos al Palmar. Es una isleta cuando suben las aguas de la Albufera, y pequeña península cuando descienden. En él hay un número muy reducido de casas y bastantes barracas, redondas por un lado y todas enjalbegadas con blanca cal; allí se dedican á la pesca, como en el Saler



EN EL HARÉN,

copia de un cuadro de Federico Bridgman

á la caza. En las riberas del canal tienen los pescadores los *vivers*, especie de barracas casi á flor de agua que hacen las veces de depósitos donde conservan en grandes banastas de caña las verdosas y escurridizas anguilas que no cesan de retorcerse. Allí desembarcamos y comimos, y terminada nuestra comida, volvimos á nuestra barca cuando ya comenzaba á declinar la tarde. El viento no era suficiente para hinchar la vela, y como navegábamos por un canal estrecho cuyas orillas eran de tierra firme, nuestro buen *Tropes* desde una de ellas arrastraba la barca tirando de la cuerda que se anudaba en la proa, consiguiendo más rapidez con menos fatiga; pero á poco tuvo que volver en compañía nuestra, porque se ensanchó considerablemente el canalizo.

El espectáculo del paisaje me sugestionaba; ya no me acordé de que iba acompañado, y tendiéndome á lo largo de la popa, me abismé en su contemplación. El círculo de fuego que iba cayendo como un globo incendiado sobre el diminuto caserío de la lejanía, luchaba por seguir iluminando la tierra, y en su impotencia, sólo lanzaba resplandores vivísimos, hiriendo y ensangrentando con la luz de sus rayos rojizos los celajes que se interponían. Como un nublado que avanza, iban aproximándose las sombras, en las que surgía la luna por la parte contraria á la que moría el sol, bañando el lago con su luz suavísima que, al tamizarse por el *senill*, llegaba como lluvia multicolor á las cristalinas aguas de la ancha boca por donde el lago se comunica con el mar junto al Perelló.

¡La luz y las tinieblas frente á frente! ¡Eterno combate ó infinito convenio de la naturaleza! Todos los días al amanecer vence la luz y al atardecer las sombras.

Éstas cada vez se acercaban más densas con la bandada de murciélagos, heraldos de la noche que á poco dominaba completamente, haciendo resaltar con mayor brillo el boquete de luz que la luna figuraba en el cielo y la serpentina noctiluca que se retorcía sobre las ondulantes aguas.

Después de cenar en el Perelló, pasamos la noche en el vientre de la barca. Al despertar por la mañana siguiente, nos dirigimos hacia el mar, cuyo rumor cercano escuchamos la noche anterior; el sol aparecía en lontananza; aquellas playas no podían ser más tranquilas. Como el potente respirar de un pecho gigante, levantábanse blandas montañas de agua que descendían para volver después á elevarse, pero tan suaves, que ni espuma conseguían formar. En una barraca, construída con cañas y abandonada en la arena, dejamos nuestras ropas y nos lanzamos al agua, que nos recibió en su tibio seno.

Y... en fin, al mediodía regresamos al Palmar, porque cambió el aspecto del cielo y amenazaba tormenta. Serían las cinco de la tarde cuando, esperando la diligencia que había de conducirnos á la capital, cayeron las primeras gotas, y al abandonar el embarcadero del *Pont de peransa*, el viento de Levante, acumulando nubes, azotaba la tierra con lluvia copiosa. Al poner pie en Valencia, el aguacero había encharcado las calles que, cristalizadas, devolvían el recorte de las imágenes como espejos empañados.

JULIO DE HOYOS.

Valencia, septiembre de 1902.



PAN, pintura decorativa para un órgano, obra de Miss Anita McLeish



ORFEO, pintura decorativa para un órgano, obra de Miss Anita McLeish

LA VIDA SARCÁSTICA

I

Teodoro, el apasionado bohemio de la armonía, el hombre niño de mundo, el gran romántico de la juventud artista, desde que conoció á Rafaela, sola y triste en la Moncloa, puede decirse que halló una idolatría más; antes de eso solamente tenía una: el violín, su íntimo, su alma, su sentir, su todo: luego, su querido arte compartió el tálamo dorado de sus grandes ensueños con el cariño de la pobre niña.

Teodoro y Rafaela se comprendieron, se compenetraron; sus cuerpos y sus almas habían nacido para pertenecerse mutuamente; los dos eran solos en el mundo, huérfanos y jóvenes, y la desgracia, la casualidad, la ola de la vida, los desposó en el misterio. Ambos se amaron pronto locamente, y como los dos eran pobres, obreros artistas, niños idílicos y luchadores de la tierra, la compenetración íntima de sus afecciones fué tan sólida, que sin llegar á caer jamás en el prosaísmo de la posesión ilegal, compusieron un lindo maridaje de almas, digno tan sólo de un tálamo sagrado.

Él tocaba en un café de la calle de la Luna; ella era bruñidora de alhajas; y así como las notas musicales al pasar por las cuerdas del violín de Teodoro se clarificaban y brotaban sublimes, así las joyas de brillantes que bruñía Rafaela en los nocturnos solitarios y tristes de su bohardilla salían de entre sus dedos, pequeñitos y blancos, faceteando como soles.

Y el amor entre los dos llegó á ser colosal. Llegaron á quererse con el frenético delirio de las más grandes pasiones legendarias. Sus momentos de hambre, de rabiosa lucha con la vida, de esa lucha cuerpo á cuerpo y alma á alma que sostienen atléticamente en el mundo los desheredados de los dioses, eran momentos divinos, angélicos, blancos: sus cuerpos iban atravesando la tierra por una senda de espinas; es verdad, ¡pero sus almas andaban sobre una alfombra de flores!

Las dos Grandes Vías de la tierra: la del Amor, la del Dolor...

II

Una infame tarde de invierno en que Rafaela, ya al ennegrecerse el cielo, al apuntar la noche, salía del establecimiento de la Carrera de San Jerónimo en donde de día trabajaba, sintió que una racha de ventisca traidora del Guadarrama se le coló por los labios y la envolvió en un escalofrío espantoso.

Teodoro no había ido aquella tarde á esperarla, como de costumbre, y la niña, además de la gran pesadumbre moral que la falta de su amado le produjo, llevaba en la mente un problema prosaico y aplastante que la abrumaba: la carencia de recursos. Con motivo del fallecimiento del dueño de la joyería, no había podido cobrar la semana, y como sus atrasos eran muchos y grandes, aquella noche ni cenar podría. El tendero de comestibles no fiaba ya absolutamente un céntimo.

Todas estas cosas, de un peso poderoso en el alma de un hombre de mundo, pesaban en el espíritu de la desdichada niña como un problema formidable. Aquella noche se acostó muertecita de debilidad y de frío, y al día siguiente se despertó con una fiebre de horno.

¡Estaba mala! Tosía mucho; le dolía el pecho; las sienes le martilleaban...

¡Bah! Quiso no hacer caso. Cogió una joya, la gamuza, las tiras y empezó á trabajar apenas salió de la cama. Pero pronto sintió que le flojeaba la muñeca, que le daba fatiga, que le aumentaba el dolor de la espalda y que se desvanecía..., y cayó sobre la silla, quejándose y llorando.

«¡Pobre de mí! – pensaba. – Solita, enferma... Teodoro no viene... Sin nadie en el mundo...»

Llamó á la portera, que refunfuñando subió; se acostó Rafaela, y cuando llegó el médico de la casa de socorro, dispuso que la joven, en vista de su gravedad y carencia de parientes y recursos, pasase al hospital aquella misma tarde.

III

Teodoro, cuando á la noche, extrañado de no verla, fué á casa de Rafaela y supo la amarga novedad, sintió en el alma la oleada de dolores arrolladores propios de las grandes tormentas de la vida.

– ¡En el hospital!, dijo con terror.

Salió, anduvo, gestionó, y á los dos días, ¡dos siglos!, consiguió la gracia extraordinaria de visitar á la enferma.

La entrevista fué culminante. Teodoro llegó de puntillas; le cogió la mano; la besó; notó ardor terrible en los labios y se le saltaron las lágrimas. Rafaela al contacto del beso, abrió los ojos: estaban cargados, brillantinos; como diamantes negros. Sonrió tristemente mirándole, y le dijo con voz como un susurro:

– Ya lo ves: malita.

Quedó de nuevo amodorrada por la fiebre. Él la envolvía en su mirada de amor inmenso, como en un foco de cariños colosales. A poco ella volvió á entreabrir sus párpados, blancos como cascarillas de nácar, y le dijo de nuevo con voz sutilísima:

– ¿Dónde has estado?

Teodoro, para animarla, le contó la verdad.

– Perdóname; ha sido el único día; pero ¡si tú supieras! Un famoso médico, una eminencia, que me oyó ayer tocar, quiso contratarme para una fiesta en su casa: fuí y produjo mi violín una mágica influencia poderosa: todos se pusieron de pie para aplaudirme: un diplomático costeará en adelante mi educación artística; entonces..., entonces que ya estarás tú mejorcita..., ¡nos casaremos!..

Ella le apretó la mano con mucho cariño. Y contestó como un eco lejano:

– ¡Nos casaremos!..

Sus miradas se dormían una en otra. Algo incognoscible las eslabonaba.

Vino el médico, separó á Teodoro á la fuerza y...

Cuando salió á la calle, aturdido, entontecido, tenía fiebre también. ¡Hay miradas que asesinan!

IV

A los dos días Rafaela murió. A Teodoro no le permitieron ni ver el cadáver. El alma la sentía el pobre bohemio desgarrada á girones.

Precisamente aquella noche tenía el joven que asistir á un gran concierto en casa del famoso doctor, dado únicamente en honor suyo, para revelarle al mundo dorado de los laureados artistas.

– ¿Qué hago, Dios mío?, se preguntaba llorando como un niño, pensando en sus amores muertos, en su gloria sarcástica, en *su necesidad de asistir*...

Porque, sí; tenía necesidad de asistir forzosamente al concierto. Iba la infanta, la alta crítica, la aristocracia; de allí dependía su carrera; además, si no asistía, no tendría ni dos pesetas para comprar una corona para la muerta; ¡y él quería comprar la corona, llevársela él mismo al campo santo!..

Y asistió.

V

Los salones, regios, solemnes. Todo el Madrid dorado y grande llenaba el hotel. Teodoro entró y sonó un aplauso.



Recuerdo de Caldas de Malavella, dibujo original de José Masriera

Fué presentado á la infanta.

Empezó el concierto: cogió el artista el violín y arrancó de él una melodía inmensa, divina, de una grandiosidad apocalíptica: las notas, limpias y cristalinas, surgían del arco mágico como ritmos encantados; sentíase latir una alma femenina entre el cordaje sutil del instrumento: ora estallaba el rumor como un beso pasional de tálamo, ora brotaba opaco y hondo, finísimo y dulce, como un suspiro misterioso... La música y el genio forman simultáneamente, al desposarse, una nupcia de amores maravillosos.

Cuando acabó el artista sonó una ovación formidable. Todos, en pie, aclamaban al joven. Él sintió entonces una oleada homicida de ilusiones que le subían á la garganta, una congoja que le asfixiaba...

Agarrándose á los amigos salió del salón, fué al *buffet*, y allí, arrinconado y solo con sus dolores inmensos, dió rienda suelta al llanto, á las congojas, á la tragedia...

VI

Cuando reapareció en el regio salón del concierto, iba abotargado, convulso, tambaleándose. Volvió á pulsar su querido violín, la caja misteriosa de sus poemas, y se hizo de nuevo el silencio. Pero en lo más hondo, en lo más trágico del poema, Teodoro sintió un bahido y cayó al suelo como una mole: abrazado convulsamente al violín. Y un *sportman* del concurso, levantándole y riéndose, exclamó en son de mofa:

– Estos artistas son incorregibles. ¡Excesos del *buffet!*

FRANCISCO DE LA ESCALERA.



El cementerio de Perpiñán, dibujo o iginal de José Masriera



FLORES CAMPESTR



...S, CUADRO DE A. SALINAS

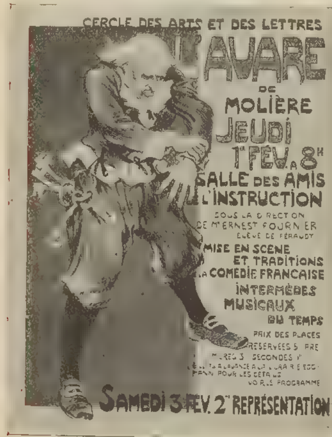
NUESTROS GRABADOS

La cuna vacía, cuadro de Andrés Solá y Vidal.—Al ocurrir el fallecimiento del que fué artista meritísimo y amigo querido Andrés Solá y Vidal, quiso el Círculo Artístico honrar su memoria, organizando una exposición de algunas de sus producciones. En sitio preferente destacaba la obra que reproducimos, la última que ejecutó aquel pintor distinguido, en la que se retrata de modo admirable su especial manera de ser, y se revela el delicado sentimiento que rebosaba en su alma noble, la que sólo alentaba por los verdaderos ideales del arte. El concepto á que dió fama el malogrado artista, hállase expuesto y representado con extraordinaria simplicidad, y sin embargo impresiona hondamente, porque existe en la producción un raudal de sentimiento, el más santo y sublime de todos los afectos, el mayor de los desconsuelos. Faltos de otro medio, séanos lícito tributar al artista este testimonio de la consideración que nos mereció y un recuerdo á su buena amistad.

En el harén, cuadro de Federico Bridgman.—El artista tiene un talismán de poder maravilloso que abre las puertas más sólidamente cerradas y le permite penetrar en los lugares mejor defendidos contra las asechanzas ó la curiosidad humanas: este talismán es su imaginación, gracias á la cual con los elementos que la observación directa le ha proporcionado, puede reconstruir escenas de los más remotos tiempos, componer creaciones que sólo en la fantasía tienen vida ó reproducir gentes, sitios y costumbres jamás vistos por él. Preciso es, sin embargo, para que tales composiciones produzcan el debido efecto, que el pintor sepa utilizar los elementos de que antes hemos hecho mérito, que su obra corresponda perfectamente al pensamiento que en ella ha presidido, que exista, en suma, una verdadera armonía entre la índole del asunto y los medios empleados para darle forma en el lienzo. Tal sucede en el cuadro de Bridgman: quizás si pudiéramos ver con nuestros propios ojos lo que el artista ha querido representar, encontraríamos notables diferencias entre la realidad y la obra de arte; pero es innegable que ésta responde á la idea que de un harén y de las odaliscas tenemos formada; pues, de una parte, los motivos ornamentales se ajustan exactamente al estilo de la decoración oriental, y de otra, esa figura interesante que anima aquella misteriosa estancia tiene toda la expresión de resignada melancolía, reflejo de la añoranza que deben sentir las infelices mujeres allí recluídas.

Orfeo.—Pan, pinturas decorativas de Miss Anita McLeish.—La pintura decorativa, para llenar cumplidamente su fin, debe reunir ciertas condiciones de amplitud y de vigor distintas de las que en otros géneros pictóricos se requiere. El artista ha de atender en ellos más al conjunto que á los detalles, acentuando la nota que mejor responda á la idea representada, y teniendo en cuenta sobre todo el lugar y el objeto á cuya decoración ha de servir. La reputada pintora inglesa Miss Anita McLeish ha demostrado conocer perfectamente las exigencias de esta clase de obras y disponer de recursos, así de imaginación como técnicos, para satisfacerlas: sus dos figuras mitológicas, ambas relacionadas con la música, están bien concebidas y trazadas con firmeza, y el medio en que se nos presentan armoniza con el carácter de cada una de ellas.

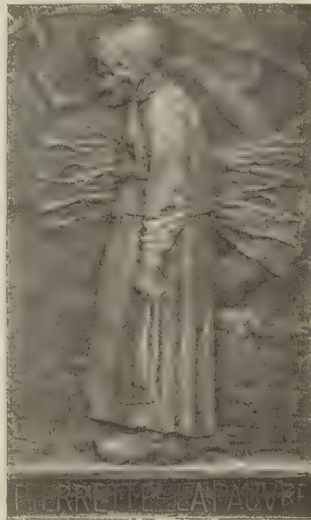
Cartel artístico, original de G. Viollier.—Gran renombre se ha conquistado como cartelista el pintor suizo

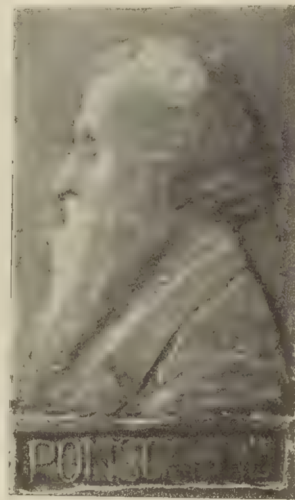


CARTEL ARTÍSTICO, original de G. Viollier

Viollier, y á juzgar por la obra que adjunta reproducimos, su celebridad está perfectamente justificada, pues en ella se advierten todas las condiciones que se requieren para que el cartel responda á los fines á que ha obedecido la creación de esta especialidad artística. Aparte de su labor individual, Viollier ha sido uno de los que más han contribuído en su patria á fomentar la afición á esta rama del arte fundando en 1899 en Ginebra la Sociedad suiza de Carteles Artísticos, de la que forman parte pintores notables y que recientemente ha celebrado una exposición en extremo interesante.

Planchas en relieve, obras de Yencesse.—Las cualidades distintivas de este artista son la sencillez y la delicadeza: en todas sus obras, incluso en sus retratos, consigue emocionar profundamente con la sobria simplicidad de lo que pudiéramos llamar *mise en scène* y con la eliminación de todos los detalles superfluos. Yencesse generaliza lo accidental y convierte, por decirlo así, en símbolo cuanto pasa á su alrededor; esto por lo que hace al fondo de sus obras. Y en cuanto á la forma, sus relieves ofrecen cierta vaguedad de líneas que contribuye poderosamente á aumentar la impresión de sus composiciones.





PLANCHAS EN RELIEVE, obras de Yencesse

Cementerio de Perpiñán.—Recuerdo de Caldas de Malavella, dibujos originales de José Masriera.—Tratándose de un artista que tan alto concepto merece, hasta el punto de que su nombre figure entre los primeros que honran al arte patrio, sólo nos cabe llamar la atención de nuestros lectores acerca de los dos hermosos dibujos que gracias á la galantería de su autor podemos reproducir en estas páginas. Ambos son testimonio fehaciente de su maestría, puesto que además de la habilidad que revelan, por lo que respecta á procedimiento son acabados estudios, verdaderamente exactos, que el artista ha avalorado, no concretándose á un simple apunte que le recordara sitios por él visitados que le impresionaron por su belleza y apacibilidad.

Flores campestres, cuadro de A. Salinas.—El nombre del autor de este cuadro, que ocupa lugar eminente en el mundo del arte contemporáneo, es bien conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, quienes en distintas ocasiones han podido apreciar la maestría con que Salinas trata los más diversos asuntos, poniendo en todos ellos su alma de artista enamorado, sí, de la verdad, pero de la verdad bella, de esa verdad que la naturaleza nos ofrece pródiga envuelta en la poesía más exquisita. *Flores campestres*, como todas las obras del celebrado pintor, es un dechado de bellezas que se admiran, no sólo en el conjunto de la composición, en ese grandioso paisaje de la hermosa Italia, sino en los detalles que la avaloran, en ese cielo de luminosas transparencias, en esos montes cubiertos de exuberante vegetación, en esas garridas mozas que regresan del campo cargadas de flores, en cuyos ojos negrísimos brillan miradas de fuego, en cuyos esbeltos cuerpos se advierte la gracia de las razas meridionales y por cuyas venas corre una sangre ardiente que enciende en su pecho las más exaltadas pasiones.

Otoño, cuadro de Hann D. Holz.—Todas las estaciones tienen sus encantos especiales: risueñas las unas, como la primavera y el estío, melancólicas las otras, como el otoño y el invierno, hay en todas ellas elementos de belleza á propósito para despertar en nuestro ánimo la emoción estética, que lo mismo se produce ante el campo cubierto de flores é iluminado por los ardientes rayos del sol, que ante un paisaje nebuloso de árboles sin hojas sobre el cual se extiende un cielo de tonos grises. Esto sentado, cualquier artista que sepa sentir hondamente estos espectáculos naturales y tenga suficiente dominio de la técnica para trasladar con toda sinceridad al lienzo la impresión sentida, puede tener por seguro que obtendrá un éxito completo: así lo demuestra la obra de Hann D. Holz, que reune todas las condiciones indispensables para causar el efecto que el autor se propuso, y que no es otro que transmitir á los que contemplen su cuadro la sensación agradable que él experimentara contemplando la realidad de la cual el cuadro es copia.

La fuente, cuadro de F. Petiti.—En el número último nos ocupamos de este celebrado pintor italiano que, enamorado de los paisajes de su patria, consagra casi exclusivamente su talento á trasladarlos al lienzo con cariño y maestría tales, que bien puede afirmarse que en sus cuadros pone toda su alma de patriota y de artista. *La fuente*, que hoy reproducimos, es de imponente belleza: aquel espeso bosque, cuyas sombras contrastan con las claridades del firmamento, aquellas rocas amontonadas en desorden, aquella fuente cristalina que por entre las peñas se desliza, son de un efecto admirable, formando un conjunto grandioso que justifica la fama de su autor.

Teatros.—El hijo del compositor italiano Ponchielli ha encontrado entre los papeles de su padre la partitura completa de una ópera por éste compuesta en 1879, titulada *Los moros de Valencia*.

—Camilo Saint-Saens ha terminado la música para la famosa tragedia de Racine *Andrómaca*.

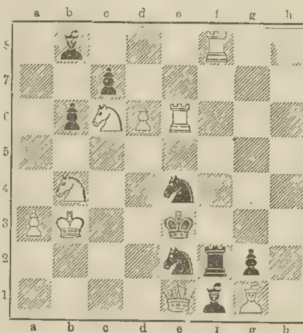
Barcelona.—Se han estrenado con buen éxito: en Romea *Vocació de Sant*, comedia en tres actos de Pablo Parellada; en el Principal *Mi nuera*, comedia en tres actos arreglada del francés; y en el Eldorado *San Juan de Luz*, humorada cómico-lírica en un acto y tres cuadros, letra de Carlos Arniches y José Jackson Veyan, y música de los maestros Valverde (hijo) y Torregrossa. En el teatro Granvía actúa una compañía dramática italiana dirigida por la aplaudida actriz Blanca Iggius.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 297, POR M. FEIGL.

Primer premio del Concurso de «La Stratégie,» sección D.

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y se hacen dar mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 296, POR E. PRADIGNAT.

Blancas.	Negras.
1. Ce 8 × d6	1. Re 5 × d4
2. Cd 5—c 7	2. Rd 4—c 3
3. Cc 7—a 6	3. Cualquiera.
4. C ó D mate.	

VARIANTES.

	2......... Rd 4—c 5;	3. Cc7—a6jaq., etc.
	2......... Rd 4—e 5;	3. Cc7—b5, etc.
	Otra jugada;	3. Cc7—b5jaq., etc.
1... Ce1—d3;	2. Cd5—c 7, Dd 1—h 1;	3. Dc8—h8jaq., etc.
	2......... Re 5 × d4;	3. Cc7—b5jaq., etc.
	2......... Ab 2 × d 4;	3. Cd6—f7jaq., etc.
	2......... Otra jugada;	3. D ó T mate.
1... Te2—h2;	2. Cd5—c 3, Re 5 × d 4;	3. Cc3—b5jaq., etc.
	2......... Cc 1—b 3 ó d 3;	3. Td4—d5jaq., etc.
	2......... Dd1—f3;	3. Dc8—c5jaq., etc.
	2......... Otra jugada;	3. Dc8—c5jaq., etc.
1... Ab2 × d4;	2. Dc8—f8, Ad4 × b6jaq.;	3. Ra7 × b6, etc.
1... a3 a2ú; Otra jugada.	2. Dc8—h8jaq., Re5 × d6;	3. Dh8—f8jaq., etc.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E WERNER. - ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

– Sí, cuando se habla bruscamente se inspira confianza, ya lo sé. Pero volvamos á nuestro tema: ¿quiere seguir mis prescripciones, sí ó no?

– ¡Sí, señor! Estoy dispuesto á hacer cuanto usted me diga... ¡Si supiera usted lo que he sufrido en estos últimos días!

– Esto es efecto de las salsas y de los guisados.

– ¿Y el ahogo? ¿Y los vértigos?

– Efecto de su buena cerveza, Sr. Willmann. Oiga usted, si quiere formalmente curarse, suprima la cerveza, limite la comida á lo estrictamente necesario y á las formas más sencillas y...

Y siguió enumerando una lista de prohibiciones que aterró al pobre posadero.

– ¡Pero señor doctor! ¡Esta es la cura por el hambre!, exclamó lloriqueando. Estoy seguro de que me moriré si sigo ese régimen.

– ¿Prefiere usted morir víctima de su profesión? Por mí, haga lo que quiera, pero déjeme en paz.

El enfermo dió un suspiro que parecía arrancado de lo más hondo de su corazón, cruzó las manos sobre el vientre, levantó los ojos hacia el techo... y cedió á las genialidades del doctor.

– ¡Si así lo quiere Dios, así sea!, murmuró hondamente conmovido.

El doctor le miró fijamente y le preguntó de pronto:

– Sr. Willmann, ¿tiene usted algún hermano?

– No, señor, soy hijo único.

– ¡Es extraño! Me ha sorprendido encontrar en usted un parecido..., es decir, no, no es parecido, mejor dicho, no se parece en nada...

El Sr. Willmann movió suavemente la cabeza como para indicar que no entendía aquellas palabras obscuras.

– ¿Ha tenido usted, prosiguió diciendo el doctor, algún pariente que haya estado en Africa, en Egipto, en el Sahara..., no sé dónde?

El rostro terso y rubicundo del Sr. Willmann perdió algo de su hermoso color.

– Sí, un primo, respondió jugando con la cadena del reloj.

– ¿Misionero?

– Sí, señor doctor.

– ¿Que se llama Engelberto? ¡Perfectamente. Y usted, ¿cómo se llama?

– Pan...cra...cio, respondió el posadero marcando las sílabas y sin dejar de jugar con la cadena del reloj.

– ¡Bonito nombre! Pues bien, Sr. Pancracio Willmann, vuelva usted dentro de tres semanas, y si en este tiempo tengo ocasión de pasar por el «Cordero de Oro,» entraré á saber de usted. Hasta la vista.

Willmann salió dando humildemente las gracias al doctor, el cual, cuando se quedó solo, empezó á hablar consigo mismo.

– ¡Primo de Engelberto! ¡Del querido Engelberto, el del lazo de crespón! Tienen ambos la misma mirada beatífica..., ¡será cosa de familia! ¿Si se lo contara? ¡Líbreme Dios de ello! En seguida enviaría á buscar á ese pariente y el recuerdo del pasado renacería con mayor fuerza... No, no, más vale callar. Ahora le mandaré la receta que le he prometido; se la llevará Dagoberto, que debe ir á dar su lección.



... y luego besó tiernamente á Cecilia

Dagoberto se disponía á salir; había puesto el sombrero y los guantes sobre la mesa cerca de un gran cuaderno, y de pie delante del espejo, estaba terminando el arreglo de su persona. Anudado el lazo de la corbata, pasóse una mano por sus rubios cabellos y trató de retorcerse graciosamente el naciente bigote; y satisfecho de sí mismo, dió algunos pasos atrás, llevóse la mano al corazón y comenzó á murmurar palabras que el doctor, de pie en el umbral de la puerta é inmóvil á causa de la sorpresa, no acertaba á comprender.

– ¡Chico! ¿Te has vuelto loco?, exclamó al fin disgustado.

Dagoberto se estremeció y se puso encarnado como la grana.

– ¿Quieres decirme qué es lo que estás mascullando?, preguntó el doctor.

– ¿Yo?.. Estoy aprendiendo algunas frases inglesas.

– ¿Frases inglesas?.. ¿Con esos suspiros de enamorado primerizo? ¡Vaya un modo extraño de estudiar la lección!, replicó el doctor moviendo la cabeza con aire de incredulidad.

– Era una poesía inglesa...; pero tío, deja esto, son mis temas!, exclamó el muchacho precipitándose sobre la mesa, aunque demasiado tarde, porque el doctor había cogido el cuaderno y lo estaba hojeando.

– ¿Qué te pasa? ¿Por qué te avergüenzas de tus trabajos? Paréceme que debieras, por el contrario, estar contento de tus progresos. La señora Friedberg te ha enseñado muy bien y has de estarle agradecido.

– Sí, me ha enseñado muy bien y le estoy muy agradecido, balbuceó Dagoberto sin saber lo que decía, atento como estaba á seguir con no poco sobresalto la mano del doctor que continuaba hojeando el cuaderno.

– Pero si le das las gracias de este modo... ¡Oh!, ¿qué es esto?, exclamó de pronto el doctor cogiendo una hoja de papel suelto entre las páginas del cuaderno.

Dagoberto se quedó petrificado.

– *A Leonia,* leyó el doctor. ¡Versos!

No me rechaces
Si aquí á tus pies...

– ¿Qué significa esto?

Y continuó leyendo á media voz la más ardiente declaración amorosa que jamás había visto, escrita toda en verso, llena de pasión volcánica y de juramentos solemnes y dirigida á la profesora de inglés. De momento, el doctor no comprendió qué significaba aquello; pero cuando se dió cuenta de la cosa, parecióle tan absurda, que se deshizo en denuestos contra el pobre Dagoberto. Éste, con la cabeza baja, recibía aquella avalancha de vituperios, de invectivas, de burlas; pero hubo un instante en que no pudo contenerse y trató de protestar.

– Tío, dijo solemnemente, te debo cuanto soy y por esto te estaré siempre sometido, con tal de que no hieras los más sagrados sentimientos de mi corazón. Sí, amo á Leonia, la adoro; mas no creo que este amor sea un delito.

– ¡Pero esto es una idiotez, una tontería sin igual! ¡Un muchacho apenas salido de la escuela, que no es todavía alumno de Universidad..., enamorarse de una mujer que por sus años podría ser su madre! ¿Estas eran las frases inglesas que estudiabas delante del espejo? ¡Ah! Ya le abriré los ojos á la señorita Friedberg y le diré quién es su discípulo y ¡Dios te valga!, ya verás cómo monta en cólera.

Dicho esto, el doctor dobló el papel y se lo metió furiosamente en el bolsillo; Dagoberto, al ver des-

aparecer en manos de aquel tío despiadado los versos que á fuerza de tantos sudores acababa de componer, sintióse valiente como un león.

– Tío, dijo con energía, ya no soy un niño. Tú no comprendes los sentimientos que agitan el pecho de un joven, pues tu corazón hace tiempo que está muerto; cuando las nieves de la edad cubren la cabeza...

Mas no pudo proseguir y, antes al contrario, hubo de refugiarse detrás de un sillón, porque el doctor, al oir la poética alusión á sus cabellos grises, se abalanzó contra él.

– ¿Las nieves de la edad? ¿Pero cuántos años te figuras que tengo? ¿Crees que pronto vas á regocijarte con mi herencia? ¡Nada de esto, amigo mío! Puedes estar seguro de que habrás de esperar todavía un buen rato. En el entretanto, llevaré á la señorita Friedberg tu bellísimo trabajo y tú te quedarás aquí con el pecho agitado por los sentimientos de la juventud.

– Tío, no tienes ningún derecho á mofarte de mi amor, murmuró Dagoberto sin salir de detrás del sillón.

Pero el doctor había salido ya del cuarto y atravesado la sala, cogiendo allí su bastón y su sombrero.

– ¡Las nieves de la edad!, murmuraba, ¡pedazo de animal! ¡Ya verás si mi corazón está muerto desde hace tiempo! ¡Te vas á quedar con la boca abierta, estúpido!

Y á grandes pasos encaminóse hacia la casa de Dernburg.

Cuando entró el doctor, Leonia Friedberg estaba en su cuarto, sentada junto al escritorio, ocupada en terminar una carta.

– ¿Es usted, doctor?, dijo alzando los ojos sorprendida. Creía que era Dagoberto; es siempre tan puntual.

– Hoy no vendrá.

– ¿Por qué? ¿Está acaso indispuesto?

– No, pero le he arrestado en casa.

– ¡Pobrecito! Doctor, le trata usted con demasiada severidad; piense que Dagoberto tiene veinte años, y por consiguiente, me parece que no es un niño.

El doctor se sentó sin escucharla y siguió diciendo con acento colérico:

– Mejor sería que me callara delante de usted; pero, por otra parte, me creo obligado á decírselo todo.

– ¡Dios mío! ¿Qué ha pasado? Supongo que nada grave.

– ¡Lea usted!, exclamó el doctor con terrible solemnidad entregándole la hoja de papel con el desahogo poético de Dagoberto.

Leonia comenzó á leer, y con gran asombro del doctor llegó tranquilamente hasta el fin, sonriéndose de cuando en cuando. Hagenbach creyó necesario acudir en ayuda de la inteligencia de la señorita.

– Es una poesía..., dijo.

– Ya lo veo.

– Dirigida á usted.

– Así parece; está á mi nombre. ¿Es de Dagoberto?

– ¡Y le agrada!, gritó irritado el doctor. ¿Le parece acaso natural que ese muchacho se ponga á sus pies como dice en esa sarta de disparates?

– Deje que su sobrino se entregue á estos entusiasmos juveniles, repuso Leonia encogiéndose de hombros; al fin y al cabo no son peligrosos y en mi concepto no merecen ser censurados.

– No es esta mi opinión. Si ese necio se permite otra vez endilgarle otros versitos y poner á sus pies los sentimientos que se agitan en su pecho juvenil, yo le...

– ¿Y á usted qué le importa?, preguntó Leonia extrañada de aquel furor cuya causa no se explicaba.

– ¿Qué me importa? ¡Ah, sí! Es verdad que usted no sabe...

Y el doctor se levantó y se puso delante de la institutriz diciéndole:

– ¡Señorita, míreme usted!

– No veo en usted nada de extraordinario.

– Ciertamente que no soy extraordinario, pero á mi edad creo ser por lo menos pasadero, replicó el doctor ofendido.

– Es cierto, doctor.

– Tengo una posición que me produce mucho; tengo un patrimonio no insignificante, y tengo una bonita casa que tiene el defecto de ser demasiado grande para mí solo.

– No lo dudo, pero...

– Y mi rudeza es puramente externa, prosiguió el doctor sin fijarse en la interrupción, pues en el fondo soy un manso cordero.

Leonia permaneció callada con aire de incredulidad.

– Soy bajo todos conceptos un hombre con quien se puede vivir perfectamente. ¿No lo cree usted así?

– Sí, pero...

– Pues bien, diga que sí y es cosa hecha.

– ¡Pero, doctor! ¿Qué está usted diciendo?, exclamó Leonia ruborizándose y golpeando el suelo con los pies.

– ¿Qué estoy diciendo? ¡Ah! ¿Conque usted quiere la petición en toda regla? Señorita, ofrezco á usted mi mano y le ruego que la acepte: aquí está.

Leonia, en vez de coger la mano que le tendían, retrocedió unos pasos.

– Perdone mi sorpresa, dijo con sequedad; no esperaba el honor de su petición.

– ¿Ha sido una sacudida para sus nervios? No importa, soy médico y la curaré.

– Siento no poder proporcionarle esta ocasión de curarme, respondió con una frialdad que hizo estremecerse al doctor.

– ¿Cómo debo interpretar estas palabras? ¿Como una negativa?

– Como usted quiera: de todos modos, esta es mi respuesta á su petición tan afectuosa y delicada.

El doctor se quedó turbado: sabía perfectamente que, á pesar de sus cabellos blancos y de su edad madura, era un buen partido y que más de una señora de las que conocía, no sólo estaría dispuesta, sino que se consideraría feliz pudiendo compartir su casita suiza y su bonita fortuna. Por esta razón no esperaba una negativa, máxime si su demanda era, considerada desde el punto de vista de la fortuna inmensa, inesperada para una mujer como Leonia. Creyó, pues, haber oído mal. ¿Era posible que sus maneras poco elegantes y su rudeza fueran causa de la destrucción de su ensueño más querido?

– ¡Señorita! ¿De veras rechaza usted mi ofrecimiento?

– Lo siento, doctor, pero debo rechazar el honor que quiere dispensarme.

Siguióse una pausa, durante la cual el doctor miraba, ora á Leonia, ora el retrato enlutado que estaba encima de la mesa.

– ¿Por qué?, preguntó al fin Hagenbach.

– Esta es cuenta mía.

– Perdone usted, pero más bien es mía, porque soy yo quien recibo la negativa y por esto quiero saber la razón de la misma. ¿Tengo, acaso, en mi contra un recuerdo, un primer amor..., en una palabra, ese individuo que está ahí?, dijo señalando el retrato.

Leonia no respondió, pero sus ojos se llenaron de lágrimas.

– ¡Me lo figuraba!, exclamó el doctor furibundo. Mas yo no me contento con esto, señorita; quiero saber quién era ese supuesto primo, dónde vivía y si realmente se marchó á Africa.

Y á cada una de estas preguntas el doctor se iba aproximando al retrato, tanto que Leonia, espantada, se interpuso entre éste y Hagenbach.

– Si tanto le interesa, dijo enjugándose las lágrimas, oiga usted. Sí, Engelberto era mi novio, el novio á quien lloraré eternamente, y daba lecciones en la misma casa en donde yo estaba de institutriz. Nuestros corazones y nuestras almas se comprendieron...

– ¡Qué conmovedor es todo esto!, murmuró el doctor.

Pero Leonia, por fortuna, no le oyó y prosiguió diciendo:

– ...Y nos prometimos. Pero Engelberto hubo de partir como compañero de viaje de los niños de aquella familia, y se marchó á Egipto, en donde tuvo como una especie de revelación y decidió consagrarse por entero á la conversión de los paganos. Quiso devolverme generosamente la palabra empeñada, pero yo no acepté y por el contrario le escribí que estaba dispuesta á compartir con él su santa misión... Esta dicha, sin embargo, no me fué concedida. Escribióme otra vez antes de partir para el interior, y luego... no he vuelto á saber de él.

Y diciendo esto prorrumpió en sollozos.

Hagenbach contemplaba aquel dolor desesperado sin compartirlo; antes al contrario, alegrándose con la idea de que aquel llorado novio y catequizador de paganos había desaparecido para siempre del mundo de los vivos. Y como el sentimiento de Leonia quitaba á su negativa todo lo que podía tener de ofensiva para el doctor, éste sintióse dispuesto á una mayor benevolencia hacia todos, incluso hacia su rival.

– ¡Descanse en paz!, dijo. Pero usted no puede llorarlo toda la vida: esto podía pasar en la época de Werther; pero ahora la costumbre es llorar al muerto en los primeros tiempos y luego casarse con otro..., en cuanto este otro se presente..., y en nuestro caso, aquí está ese *otro*, el cual repite su demanda... Conque, Leonia, ¿sí ó no?

– ¡No!, gritó Leonia exasperada. Si no hubiese sabido antes lo que era el amor delicado, la adoración de mi Engelberto, lo sabría ahora por la diferencia que la declaración de usted pone de relieve. Bien se me alcanza que usted no se habría presentado á otra señora del modo como se ha presentado á mí..., sin ceremonia alguna; pero tratándose de una solterona, sola en el mundo, dependiente, todas las maneras son buenas. Una pobre institutriz debe considerarse dichosa cuando se le ofrece una buena posición, sea cual fuere el modo como se le ofrezca. ¡Muchas gracias! Tengo formado un concepto demasiado alto del matrimonio para no preferir mi miseria á la dependencia, aunque sea matrimonial, de un hombre que carece de delicadeza en todos los actos de su vida, incluso cuando trata de buscar esposa. Y ahora, paréceme que nuestra entrevista ha terminado.

Y haciendo un saludo, Leonia salió de la habitación.

– Esto se llama enviarle á uno á paseo, murmuró Hagenbach siguiendo á la señorita Friedberg con la mirada. ¿Y he de soportarlo con calma? ¡Pero qué graciosa es! ¡Nunca me había causado la impresión que ahora, con su rostro encendido y sus ojos llameantes!.. ¡Ah, esos modales bruscos de un viejo célibe! ¡Soy una verdadera ruina!

Cogió el sombrero y se disponía á salir, cuando su mirada tropezó con el retrato de su rival.

– ¡Ese muerto de hambre!, exclamó. ¡Ese sauce llorón! ¡Ese estúpido Engelberto! ¡Por él se rechaza á un hombre que ofrece posición y fortuna! ¡Qué locura! ¡Qué insensatez!

Y dió un puñetazo tan fuerte sobre la mesa, que hizo temblar al pobre Engelberto con su velo negro.

– Y sin embargo, me gusta esa firmeza..., y quiera ó no quiera, Leonia será mi esposa.

XIV

Odensberg está en plena fiesta: los morteretes disparan en las alturas, ondean las banderas por todas partes, todas las casas están adornadas con guirnaldas de ramaje y las calles con arcos de triunfo y el suelo cubierto de flores.

En aquel momento el cortejo nupcial regresaba de la parroquia en donde se había celebrado el matrimonio, ante el mismo altar donde hacía treinta años habían sido bendecidos los desposorios de los padres de Enrique. La larga fila de coches, precedida del magnífico carruaje de los novios, avanzaba despacio por entre la doble fila de obreros que aplaudían, y el espléndido sol de agosto iluminaba aquel alegre cuadro.

El coche en donde iban los recién casados pasó por debajo del último pabellón de ramas y banderas y se detuvo delante de la escalinata del terrado. Enrique ofreció la mano á su esposa, la cual, al bajar, sumergió sus pies en un mar de flores, tanta era la abundancia con que de ellas estaba cubierto el suelo. Multitud de plantas y flores adornaban también la casa, cuyas puertas estaban abiertas de par en par para recibir á su nueva dueña.

Detrás de los novios iba Dernburg dando el brazo á su hermana. El noble anciano hallábase profundamente conmovido: había realizado un gran sacrificio resignándose á separarse por mucho tiempo de su único hijo varón; pero en parte veía compensado este sacrificio contemplando el semblante de Enrique, que respiraba placer, y á Maya, su hija querida, radiante de felicidad, del brazo de Wildenrod. Dernburg pensaba que el destino le ofrecía con Oscar una compensación de todo lo que perdía.

Apenas hubieron llegado á la casa, Maya se arrojó al cuello de su hermano y luego besó tiernamente á Cecilia. También el barón abrazó á los novios; pero al inclinarse sobre su hermana la miró con aire tan preocupado y amenazador, que la joven se estremeció y se desprendió rápidamente de sus brazos.

Iban llegando, en tanto, los coches de los invitados, así es que el grupo de familia quedó en seguida disuelto. Cecilia y Enrique formaban el centro de la reunión: estaban de pie, en medio del salón, rodeados de la muchedumbre de convidados y atentos á contestar á las enhorabuenas y á los felices augurios. Enrique estaba completamente transformado; parecía que la felicidad le hubiese devuelto la salud: erguido, con el rostro encarnado y los ojos brillantes, mostrábase lleno de vida, de ardor, y acogía á los invitados con una animación enteramente nueva en él, sin dejar, por esto, ni un instante de mirar á su hermosísima compañera. ¡Le parecía imposible que se hubiera realizado su sueño y que Cecilia fuese realmente su esposa!

Cecilia, vestida de novia, estaba imponderablemente bella: el rico traje de raso blanco, los precio-

sos encajes, los brillantes magníficos, regalo de Enrique, todo contribuía á completar su maravillosa belleza. La blancura marmórea de su cara, la frialdad de su sonrisa, el tono de cansancio de su voz, se explicaban por la emoción natural propia de tan solemne día.

De pie junto á una ventana estaban el doctor Hagenbach y el director de las minas, que era también el organizador de los festejos dispuestos por los obreros en honor de las bodas del hijo del jefe. El director estaba satisfecho porque todo había ido perfectísimamente: arcos de triunfo, pabellones, salvas, músicas, presentación de pergaminos, versos y regalos á los novios, todo había superado á las esperanzas; y ahora contaba aquél con un verdadero triunfo cuando desfilara el cortejo de los trabajadores que pasaría dentro de un momento.

En ello estaba pensando precisamente y no sin cierta inquietud, ya que se trataba de un cortejo tan numeroso cuyo efecto podía destruir el menor descuido; así se lo decía al doctor, el cual le escuchaba distraído y con la mirada fija en la joven pareja que seguía rodeada de sus amigos.

– Mejor hubiera sido que este cortejo se hubiese verificado ayer, dijo al fin el doctor. Siento mucho que Enrique haya de estar una hora en el terrado viendo desfilar. Es una jornada capaz de rendir al hombre más sano..., ¡qué diantre! La ceremonia nupcial, la recepción, el cortejo, luego el gran banquete y por último la partida..., ¡es un horror! Yo no quería tantas ni tan grandiosas fiestas; pero todos se me echaron encima y hasta el Sr. Dernburg quiso que se hiciese todo con la mayor solemnidad posible.

– Es natural; se trata del hijo varón único. Y además, ¿cómo negarse á los deseos de los operarios de festejar la boda? ¡Ah! El cortejo con este tiempo espléndido resultará deslumbrador. Por otra parte, no sé por qué hemos de preocuparnos tanto por Enrique..., nunca le he visto tan animado y alegre como hoy.

– Precisamente esto es lo que me disgusta y me preocupa; esa exaltación febril que, de prolongarse mucho, podría causarle grave daño. La más pequeña agitación es un veneno para ese joven, y siglos se me hacen las horas que ha de pasar hasta que se encuentre tranquilamente en su carruaje solo con su mujer.

Un camarero anunció al director que el cortejo estaba dispuesto; entonces aquél se acercó á los novios y les rogó, en nombre de los obreros de Odensberg, que aceptaran aquel homenaje. Enrique, sonriente, dió las gracias y ofreció el brazo á su esposa para conducirla al terrado. Dernburg y los invitados les siguieron.

Entonces se ofreció á sus ojos un espectáculo grandioso, imponente, que se desarrollaba en aquel magnífico día de verano. Los empleados superiores estaban al pie del terrado, mientras los subalternos capitaneaban las secciones de operarios que se extendían hasta las minas. Apenas los señores aparecieron en el terrado, el cortejo se puso en marcha á los acordes de las músicas. Los niños de la escuela fundada por Dernburg, vestidos con sus trajes de fiesta y llevando en las manos ramos de flores, apenas vieron á la novia levantaron sus caritas radiantes de júbilo, y agitando los gorros y las flores, prorrumpieron en un alegre ¡viva! Seguían las brigadas de obreros, todos con sus mejores ropas y banderas en las manos, que alternaban con grupos de bellísimas niñas vestidas de blanco y sosteniendo guirnaldas de flores.

Todas las miradas se dirigían á la blanca figura de la novia; á ella se dedicaban los vivas y los aplausos, y delante de ella los trabajadores se descubrían y agitaban las banderas: para ella eran todos los homenajes, cual si se tratara de una princesa. Y ella, infatigable, saludaba inclinando graciosamente la cabeza; pero sus ojos miraban sin ver, como si buscase á lo lejos algo muy distinto de lo que ante su vista desfilaba. Enrique, en cambio, se interesaba vivamente, contra su costumbre, con el espectáculo; lo examinaba todo, hacía observar á Cecilia los detalles del cortejo, se volvía á cada momento hacia el director para expresarle su admiración, su contento, y por vez primera en su vida sentíase feliz y orgulloso ocupando un puesto preeminente, pero era feliz por su esposa.

Dernburg, al lado de su hijo, seguía el desfile con gran satisfacción. ¿Quién podía censurarle si en aquel instante se henchía de orgullo su pecho? Aquella multitud que aplaudía era gente suya; hacía treinta años que era señor y padre de ella; él proporcionaba el sustento á aquellos millares de hombres, á aquella multitud de mujeres que llevando en hombros á sus pequeñuelos, se apretaban para ver pasar á sus maridos, y él era el porvenir de aquella infinidad de chiquillos... Y aquella población que hacía suya la alegría de su amo, de su bienhechor, ¿era la que en un momento dado había de abandonarle para seguir el señuelo de otro, otras opiniones, otro jefe, para convertirse, en suma, en su enemiga?... Una sonrisa de desprecio asomó en los labios de Dernburg. ¿Quién podía creerlo posible? Nunca como en aquel día había considerado Everardo Dernburg tan sólida é inquebrantable su posición, tan seguras á sus gentes.

En el terrado, bajo los naranjos puestos en colosales macetas, otro hombre miraba con ojos brillantes y el corazón palpitante de alegría. También á él nunca como en aquel instante se le había aparecido en todo su poder la fuerza, la importancia de la posición de Dernburg: ¡y ese poder estaba á punto de ser suyo! Hacerse dueño de aquel mundo, dirigirlo con una palabra, con una señal, tal era el sueño que había cruzado por su mente el primer día de su llegada, estando en el terrado..., ¡y estaba próximo á ver aquel sueño realizado! Sus ojos se posaron en Maya, y á la expresión de orgulloso triunfo sucedió otra de ternura profunda. La joven llevaba con cómica dignidad el primer vestido de cola, y con su traje azul celeste y su lindo rostro sonrosado y feliz, estaba encantadora; seguía con interés de niña las varias fases de la fiesta, y se sentía dichosa, aliviada de un gran peso, ahora que su padre había retirado su negativa á su enlace con el barón.

– ¡Qué guapo está y qué feliz es Enrique!, exclamó alzando los ojos radiantes de placer.

– Pues yo conozco á un hombre, dijo Oscar sonriendo, que aún será más dichoso el día que pueda tener á su lado á su adorada esposa.

– ¡Más bajo, Oscar!, exclamó Maya con el rostro encendido. Ya sabes que papá no quiere por ahora que se sepa.

– Nadie nos oye, murmuró Wildenrod. Además tu padre no es tan severo como quiere aparentar, y aunque es cierto que esta mañana no ha consentido en anunciar oficialmente nuestras relaciones, ahora que estás tú aquí no dirá que no. Mañana se lo pediremos los dos juntos, ¿quieres?

Maya respondió sólo con los ojos; pero el barón quedó satisfecho de aquella respuesta, y á impulsos de su cariño oprimió la manecita que se apoyaba en su brazo, sin que le disgustara que la gente adivinase lo que todavía no era oficialmente conocido.

El cortejo había desfilado y la muchedumbre se agolpó ruidosamente detrás para acompañarlo. El director recibió las gracias de Dernburg y de Enrique y las felicitaciones de todos los asistentes por el éxito perfecto de la fiesta, después de lo cual todos pasaron al comedor. Dernburg, aunque enemigo del fausto, había querido en aquella ocasión ostentar todas las magnificencias de la casa; así es que verdaderos tesoros de argentería se amontonaban sobre la mesa cubierta de flores, de cristalería hermosa, de preciosas porcelanas.

Terminado el banquete, después de los brindis y discursos de rúbrica, dió principio el baile, que la gente joven esperaba con impaciencia.

Los novios tomaron parte en el rigodón de honor y luego se retiraron.

– ¿Por qué se van Enrique y Cecilia?, preguntó Maya á Wildenrod que la conducía á su asiento. Falta todavía una hora para la marcha.

– De ello tiene la culpa el doctor, que teme que Enrique se haya fatigado demasiado; á mí, por el contrario, me parece que nunca ha estado Enrique tan bien como hoy.

(Continuará.)



Apenas los señores aparecieron en el terrado, el cortejo se puso en marcha

LOS CONTADORES ELÉCTRICOS

Los contadores eléctricos dan actualmente resultados completamente satisfactorios para la industria, pudiendo afirmarse que son aparatos muy precisos y exactos. En febrero de este año, M. Gastón Roux, director de la Oficina de comprobación de las instalaciones eléctricas de París, consignaba en su memoria anual los resultados de las pruebas á que habían sido sometidos en el curso de 1901 un total de 2.390 contadores en París y de 400 en provincias. En los de París encontró una proporción de 74 por 100 de contadores exactos, de 6 por 100 que adelantaban más de 5 por 100 y 18 por 100 que retardaban más de 5 por 100. En los de provincias, la proporción de los que retardaban llegó á ser de 75 por 100. Para dar más fuerza á estas cifras hemos de decir que los ensayos se han efectuado siguiendo un método muy riguroso y muy preciso y á variadas potencias, no considerándose como contador exacto más que al que sale bien de todas las pruebas.

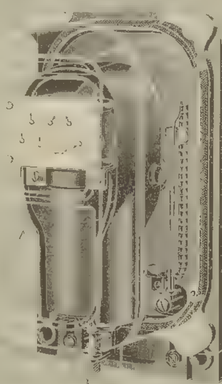


Fig. 1. – Contador O'K, modelo Z



Fig. 2. – Contador Thomson, modelo A

Yo mismo he podido, en diferentes ocasiones, proceder á ensayos análogos y he comprobado que la mayoría de los contadores funcionan con rigurosa exactitud. Es más, si alguna observación hubiésemos de formular, sería la de que el arreglo de los contadores se hace en demasiados casos con un retardo algo elevado. Y todas estas observaciones no pueden ser más exactas, porque el contador eléctrico, al revés de los contadores de agua y de gas, se examina y comprueba en el sitio mismo, después de instalado en la red eléctrica cuyo consumo ha de registrar.

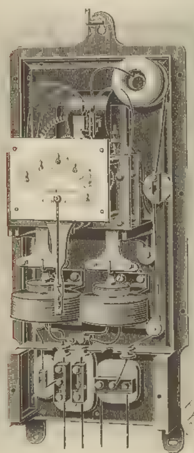


Fig. 3. – Contador Aron que se remonta automáticamente, para distribución de dos hilos

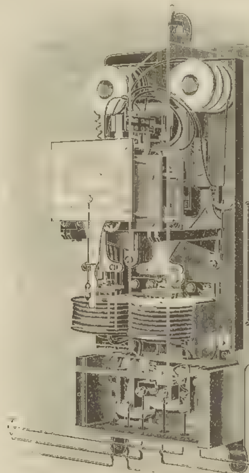


Fig. 4. – Contador Aron que se remonta automáticamente, para distribución de tres hilos

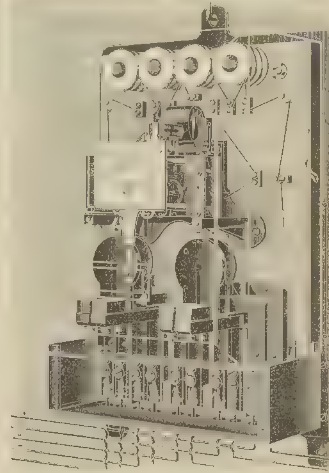


Fig. 5. – Contador Aron que se remonta automáticamente, para distribución de cinco hilos

Los contadores eléctricos cuyos primeros modelos presentados en el concurso de la ciudad de París de 1890 daban ya resultados muy satisfactorios, se han ido perfeccionando incesantemente, y en la actualidad podemos mencionar nuevos perfeccionamientos introducidos en los contadores Thomson y Aron, cuyo empleo es universal.

La figura 2 representa un contador Thomson del nuevo modelo A que construye la Compañía para fabricación de contadores. Este aparato, como todos los contadores de este género, está formado por un motor con freno, pero el disco A va colocado en la parte superior. El número de vueltas del inducido es registrado por un movimiento de relojería, y el conjunto de todas las piezas está encerrado en una caja exterior que se ve figurada en el grabado. En la parte inferior de la caja, en B, hay una abertura que atraviesa el árbol que lleva el colector, sobre el cual se efectúa el frotamiento de las escobillas. En esta parte esencial del contador, sometida á limpias periódicas, es en donde los constructores han introducido varios perfeccionamientos.

El colector está formado por pequeñas láminas de plata montadas en hélice, á fin de regularizar el roce de las escobillas, y cuyos extremos están recortados de modo que entre unas y otras queden intervalos bastante grandes para evitar los cortos circuitos establecidos á consecuencia del polvo. Las escobillas están formadas por una lámina metálica que gira alrededor de un árbol, y cada una de ellas está dispuesta de modo que evite los sobresaltos debidos á los choques; un muelle flexible, fijado en el árbol por su parte inferior y en las escobillas por la superior, asegura el contacto de éstas con el colector. Se ha adoptado además un dispositivo especial para calzar el inducido cuando se ha de transportar el contador.

El colector, las escobillas y el sustentáculo inferior del árbol van colocados en una caja B que se cierra independientemente, de modo que quitando esta caja puede procederse á la limpia del colector y de las escobillas sin tocar los inductores ni el disco del contador. Esta modificación es muy acertada y será muy útil para la conservación de los contadores.

Las mismas mejoras han sido introducidas por la citada compañía en la fabricación de los contadores O'K, modelo Z (fig. 1). El colector y las escobillas, á los que se han aplicado también los perfeccionamientos que acabamos de indicar, van asimismo colocados en una caja especial B, fijada en la parte inferior del aparato, en la caja principal que cubre las demás partes, y puede quitarse separadamente con toda facilidad. Finalmente, se ha variado la forma del imán, el cual ha sido prolongado en la parte inferior, de manera que el inducido A quede enteramente colocado en el campo magnético de dicho imán.

El contador de energía eléctrica sistema Aron, construído por la Compañía francesa de los contadores, ha sido también objeto, desde hace algunos años, de una serie de perfeccionamientos que hacen de él en la actualidad un aparato casi perfecto. El principio sigue siendo el mismo, es decir, que se sigue utilizando la influencia de la corriente que se ha de medir sobre la duración de oscilación de un péndulo; pero se han adoptado ciertos dispositivos para su montaje automático con gastos de energía eléctrica muy pequeños. Los volantes actualmente utilizados tienen sólo una longitud de 10 centímetros y efectúan unas 12.000 oscilaciones por hora: son dos y cada uno de ellos va provisto de un movimiento de relojería distinto. Los dos movimientos tienen su rueda de escape en relación con las ruedas dentadas de un tren diferencial cuya rueda planetaria permanece fija ó gira alrededor de un eje, según que las ruedas de los movimientos se muevan con la misma velocidad angular ó con velocidades diferentes. Los volantes llevan carretes de hilo fino que son atravesados por derivaciones tomadas en las bornas de la tensión que se ha de medir; estos carretes se mueven delante de otros carretes colocados en el circuito principal. Las conexiones de los carretes están establecidas de manera que aumenten el número de oscilaciones de uno de los volantes y disminuyan el número de oscilaciones del otro; la influencia de la corriente eléctrica interviene para hacer avanzar uno de los volantes y retardar el otro. La energía eléctrica que se ha de medir es proporcional á la diferencia de los números de oscilaciones

efectuadas por los volantes. La rueda planetaria gira entonces arrastrando el minutero del contador proporcionalmente á esta diferencia, y la energía eléctrica queda registrada. La figura 3 reproduce la vista interior para un contador de dos hilos.

La diferencia de los números de oscilaciones es proporcional á la energía eléctrica que se ha de registrar, á condición de que esté asegurado el sincronismo de los volantes. Esta condición es difícil de llenar con volantes de tan reducida longitud. Para anular el error, M. Aron ha tenido la idea de invertir periódicamente sus funciones, de modo que los volantes avanzarán y retardarán nuevamente, uno después de otro, de modo que el error final resulta nulo. Además, el empleo de dos volantes influídos en sentidos alternativamente opuestos, pone á los carretes del contador al abrigo de todas las influencias magnéticas exteriores.


Otoño, cuadro de Hann D. Holz

La inversión de corriente se verifica cada 10 minutos automáticamente por medio de un pequeño conmutador eléctrico, gobernado por un muelle motor, el cual lleva una rueda que se pone en rotación por el movimiento del contador. El montaje automático se obtiene por medio de un electro-imán que funciona merced á un interruptor automático y se verifica cada 45 segundos aproximadamente.

El contador Aron se utiliza también en distribuciones de tres y cinco hilos: las figuras 4 y 5 indican las disposiciones adoptadas en estos casos.

Todo lo que llevamos dicho se refiere únicamente á modelos de contadores de corrientes continuas; pero hay también contadores de los mismos modelos para corrientes alternativas y polifasias. Hay igualmente varios otros contadores admitidos por la ciudad de París y que están instalados en las redes de distribución; pero en la imposibilidad de describirlos todos, nos limitaremos á mencionar para las corrientes alternativas y continuas los contadores Vulcain, Japy y Le Mars.

De las anteriores consideraciones es fácil deducir que los contadores de enegía eléctrica son actualmente aparatos muy buenos cuyo funcionamiento práctico nada deja que desear en cuanto á su exactitud.

(De *La Nature.*) J. LAFARGUE.



La fuente, cuadro de F. Petiti

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 20 de octubre de 1902 — Núm. 1.086

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



EL ZAGAL, cuadro de Andrés Solá y Vidal

(Salón del Círculo Artístico)

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

REFLEXIONES. – ZOLA

Parece que al fin alguna, mínima parte de la opinión, empieza, no hace más que empezar, á alarmarse, tímidamente, ante el incremento de la criminalidad en España. A tal incremento vienen refiriéndose (con la constancia que permite el deseo de dar amenidad y variedad á la sección) estas crónicas mías. No ha faltado quien las tilde de pesimistas. Contesten los hechos.

***

¿Cómo explicar el fenómeno? Alguien lo achacará á falta de religión y creencias firmes. Alguien á falta de instrucción y cultura. Alguien á falta de represión y ejemplaridad. Y todos tienen razón, porque el fenómeno es complejo. Aquí se han rebajado muchas cosas, otras no han germinado, y otras se han llenado de orín y no funcionan. España es á la vez tuberculosa y artrítica. Gasta demasiado y gasta poco; quema aprisa su sangre y forma también residuos, depósitos de herrumbre, de esos que revelan imperfecta asimilación. En este sentido dicen bien los reaccionarios, que eran preferibles los tiempos de nuestros abuelos: al menos entonces se sabía á qué atenerse.

***

No es difícil comprobar, en la larga y fúnebre lista de los crímenes y delitos de estos últimos meses, la dualidad á que me refiero. Los hay que indudablemente proceden de la lectura de periódicos: los hay que proceden de no saber leer, ni periódicos, ni nada. Los hay tan sin objeto, tan gratuitos, que sólo pueden achacarse á lo que en un tiempo famoso Sunyer y Capdevila llamaba «instintos salvajes del hombre primitivo,» añadiendo con desengañada melancolía: «Me consta que no los han perdido mis correligionarios.»

¿Qué me dicen ustedes, verbigracia, de los dos individuos que se asestaron navajazos definitivos, por si el uno cortaba mejor que el otro una raja de melón? ¿Qué de los dos en quienes el origen de la disputa con resultados mortales fué la apreciación técnica de un par de banderillas al cuarteo?

En Galicia, antaño, apenas se cometían esta clase de crímenes. Caracterizaba la criminalidad de las cuatro provincias el ir contra la propiedad. Las riñas, las guapezas, los desafíos de matones, no menudeaban. Hoy son el pan nuestro. – Aquí de lo dicho antes. Los adelantos modernos, para esta pobre gente, toman forma de revólveres y puñales baratos. Antes no poseían más que su garrote, su hoz. Con el revólver y el puñal se encuentran como los aschantis si les dan fusiles. Siéntense guerreros. En un sitio llamado *El Espíritu Santo,* á corta distancia de mi aldea, libróse el mes pasado una batalla campal: muchas de las que reseñan los libros y que dejaron huella en la historia, fueron, de seguro, reñidas entre menor número de combatientes: como que los del Espíritu Santo eran unos ochenta, bien armados, animosos, y que tenían la ventaja de batirse sin sospechar ni remotamente por qué, con lo cual su ardor bélico y su fe entusiasta no se resfriaron un punto. Y en efecto, la empeñada lid duró cosa de tres horas, á tiros, cuchilladas, palos, puñadas y puntapiés, y se acabó por cansancio y falta de municiones. Fué algo homérico, que se repetirá apenas sea preciso reconcentrar la Guardia civil á las ciudades con motivo de alguna huelga, y las romerías queden entregadas á los majos.

***

Por supuesto que el *record* de la criminalidad lo *baten* (¡qué castellano tan lindo que escribimos en estos tiempos del automóvil!) los románticos del honor, los asesinos de mujeres, los suicidas en combinación, que primero despachan á su novia y luego se vuelan la tapa de lo que no tienen. La Edad media sólo recuerda algunas parejas dignas de girar en el remolino de Dante: en el día son legión. Se necesita pecar de rutinario para hablar de la bancarrota de la poesía. Más que nunca el amor clava su dardo de oro y fuego en las almas; lo que hay es que ya nadie inmortaliza á esos desesperados líricos, que se precipitan á la muerte como los chicos de los puertos de mar á las olas – con la cabeza baja, los ojos cerrados...

***

Sería pretensión peregrina y extraña la de que un sentimiento cardinal, como el amor, decrezca porque existan ferrocarriles, automóviles, bicicletas, máquinas de escribir, repartidores automáticos y demás inventos. Es como si supusiésemos que por existir impermeables de caucho no llovería más.

Enamórase la gente ahora lo mismo que en tiempos de Hero y Leandro. Y si cabe, con más ahinco. ¿Por qué? Sencillamente porque en el fondo de la memoria colectiva de la humanidad existe mayor depósito de esos recuerdos y esas impresiones que luego el arte aviva y exalta hasta lo sumo, y que aumentan, no la capacidad física, sino la sentimental, que es la que importa. Cuando la mujer ni había sido idealizada ni cantada; cuando era una oveja más en el rebaño del pastor errante, una prenda más en el botín, no determinaba lo que hoy determina; no causaba lo que hoy causa. En nuestra semi-civilización, sujeta aún la mujer, atribuída todavía al hombre como propiedad, pero ya resguardada por infinitas formas nacientes de las costumbres, y por algunas, relativas, de la ley, es cuando solivianta el espíritu y los sentidos, hallándose expuesta á sufrir la violencia y á originar la desesperación. El archiduque ó príncipe ruso (no estoy muy cierta de cuál era su categoría social) que acaba de matar de un tiro de revólver á una cantante, hallándose ella en escena, por haberse negado á entablar relaciones amorosas con él, partía, tal vez sin darse cuenta, de este principio: la cantante es mujer, luego es sierva; tengo derecho de vida y muerte sobre la sierva; me resistía... y el resto de la frase de Antony.

***

No son sólo los príncipes y archiduques los que practican por instinto la idea adquirida y arraigada. – El hombre del pueblo supone también que la mujer anhelada le pertenece, y que al negársele, pena de la vida. – Es preciso que los juristas penalistas estudien el problema del *ginecicidio* (¿puede decirse así?). Es preciso que el jurado lo estime tan punible, al menos, como el robo de una gallina ó de un mantón. Hay toda una serie de crímenes que ya no se castigan y por lo tanto arrecian; pues, digan lo que gusten los termómetros de la filosofía benigna y generosa, el miedo al presidio y al garrote no deja de producir cierta moderación saludable...

No se moraliza con el castigo; se evita, se reprime; la moralización es de otra suerte. Estimo la higiene más que la medicina, el régimen diario más que el remedio heroico; pero hay ocasiones en que es preciso enviar á escape por el remedio á la botica más próxima, y tragarlo á puñados...

***

Ha muerto en París Emilio Zola á consecuencia, según parece, de un accidente casual, no tan imprevisto, sin embargo, que no se repita con alguna frecuencia: la asfixia por el ácido carbónico, contingencia posible de las estufas y aparatos de calefacción alimentadas con carbón vegetal ó mineral. Un descuido dió á Zola el género de muerte que de seguro hubiese preferido si le permitiesen elegir: la *repentina, inopinada,* que deseaba Julio César. Breves instantes de aturdimiento, de una especie de embriaguez paralizante; un inconsciente esfuerzo hacia la vida... y el desvanecimiento final, la pesada caída al suelo, como una masa inerte. – ¡No más! Es bastante para cualquier individuo de nuestra raza, para Zola, para el emperador de Alemania, para Nansen... Un vaporcillo mefítico que llega al cerebro... y se acabó todo.

Cinco ó seis años tendría yo cuando un brasero mal encendido pudo dejarme huérfana: mis padres estuvieron á pique de pasar del sueño á la muerte casi sin notarlo. – Acaso este recuerdo confuso de la niñez ha sido causa de que me repugne infinito la calefacción. El sol en la calle, un ligero abrigo dentro de casa, me bastarían, y cuando enciendo una estufa es por evitar que se les hiele la respiración á los que me visitan. El aire puro es para mí una divinidad benéfica y adorada. El brasero me infunde una repulsión instintiva.

***

Para el arte, Zola, á mi entender, ya había muerto hace años, y especialmente desde el proceso Dreyfus. Yo he sido el primer crítico que en España analizó y se atrevió á ensalzar, como artista, no como pensador, á Zola, cuando su nombre era pronunciado con horror y su trabajo enteramente desconocido; todavía hace pocos días, á propósito de una novela de Zola, *Verité,* en publicación, recordaba en *El Imparcial* el Sr. Gómez de Baquero la justicia que á Zola tributé, contra viento y marea y á capa y espada. El Sr. Gómez de Baquero se equivoca al decir que traduje á Zola: no le traduje, ni le traduciría, por varias razones, entre ellas porque Zola, que fué un gran artista, no fué un artista de la forma, exquisito, raro, refinado como los Goncourt, y traducir á Zola... sería traducir, y no más. Repito que otras varias causas me lo impedirían también. Nunca se me pasó por la imaginación hacerlo.

Pues bien; con toda mi admiración á Zola, debí reconocer su decadencia, absoluta, irremediable, de los últimos tiempos, y deplorar que no hubiese cesado de escribir antes de *Roma, París, Fecondité* y otros evangelios más ó menos humanos. Hay quien los encuentra de perlas, pero... No quisiera ofender á nadie, y ello es que no puedo estimar en un ardite, literariamente hablando, á esos admiradores de la última etapa de Zola; y sería imposible que después de reconocer su mérito al Zola genuino, al del *Assommoir* y *Germinal,* encontrase en mí misma elementos de entusiasmo para el Zola satélite y pálido reflejo de Víctor Hugo – el Zola evangelista.

***

¿Qué más da? Nunca una vida artística entera honra á un artista. Balzac empezó por rapsodias; por rapsodias acabó Zola. Los dos son grandes. Medirles comparándoles será fácil dentro de algún tiempo, cuando los apasionamientos contra Zola se apacigüen y comience la labor depuradora.

Y apenas escrita la afirmación que precede, acude á mi memoria un ejemplo que parece desmentirla. Recuerdo á Maupassant, ese artista *neto,* sin aleación antirreligiosa ni política, sin *evangelios* de ninguna clase..., y veo que Maupassant fué tan excelente al principio como al fin, á pesar de la locura que invadió su espíritu. Maupassant crece cada día. Es el gran hablista, el gran observador. – En vida se le contó, generalmente, entre los *discípulos* del que acaba de sucumbir. Eran dos maestros, el uno que puede servir de modelo; el otro que sería un modelo funestísimo, porque sus cualidades y defectos le pertenecían y formaban un conjunto indivisible; de suerte que aislar los unos y las otras sería mutilar un ser vivo, producir un monstruo.

***

En la carencia de pormenores acerca de la muerte de Zola, no sabemos si lega á alguien su biblioteca, sus objetos de arte, ó si todo será vendido y dispersado, borrando así el recuerdo de un interior muy típico, de intelectual y de solitario. – El autor de *Fecondité* no tenía hijos, ni aun sobrinos; si muere su esposa, también gravemente enferma á consecuencia del mismo accidente, ¿quién recogerá el fruto de una existencia de asidua labor, el producto, no escaso, de tantos libros ruidosos y célebres, quién conservará la memoria familiar del discutido, ultrafamoso y odiado artista?

A su nombre va unida una fase literaria entera, una evolución del arte, un concepto estético, si no nuevo, al menos presentado con novedad retórica é impuesto con bríos de atleta. Su huella es profunda, dura, ancha, como los surcos abiertos por el arado en el hermoso cuadro de Rosa Bonheur *Labourage nivernais.* Pero es surco en la tierra, no obra en mármol y bronce.

Emilia Pardo Bazán.



BARCELONA. – FIESTAS DE LA MERCED. – CABALGATA HISTÓRICO-ARTÍSTICA-INDUSTRIAL. – CARROZA DEL CÍRCULO DE LA UNIÓN MERCANTIL (primer premio)

BARCELONA. – LAS FIESTAS DE LA MERCED

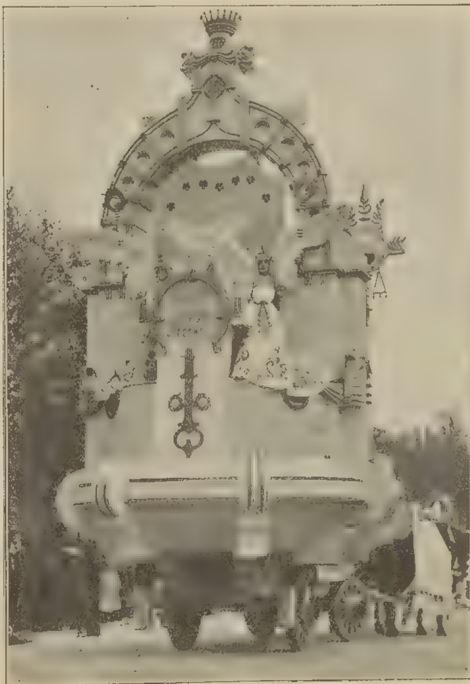
Pocos acuerdos de nuestro cabildo municipal han sido recibidos por el pueblo barcelonés con tanto entusiasmo como el que dispuso se reanudaran en el presente año los festejos que en otras épocas se organizaron en esta ciudad en conmemoración de la fiesta de nuestra patrona excelsa, la Virgen de la Merced.

Barcelona entera se asoció á la idea, y á pesar de la premura del tiempo y de las circunstancias excepcionales en que nuestra capital se encuentra, el vecindario en masa se dispuso á secundar la laudable iniciativa de sus representantes en el municipio, y todos los elementos que podían aportar su concurso para el mayor lucimiento de las fiestas proyectadas, no sólo pusieron en ello su mejor voluntad, sino que rivalizaron á porfía, y sin perdonar esfuerzo, sin escatimar recursos, hicieron más, mucho más de lo que, dadas las circunstancias á que antes nos referimos, podía de ellos esperarse.

Gracias á esta unanimidad, bien puede decirse que los festejos este año celebrados han sido muy superiores á los de otras veces, así por su variedad y por su carácter como por el buen gusto y la magnificencia que en ellos han presidido; y aun puede afirmarse más, y es que Cataluña entera y otras provincias hermanas han respondido al llamamiento que en esta ocasión les dirigió Barcelona, no sólo enviando un contingente de forasteros cual nunca se había visto, sino además facilitando valiosísimos elementos de colaboración para el mayor éxito de lo que Barcelona se proponía hacer.

No es posible, dentro de los límites que nos impone la índole de esta revista, describir detalladamente los espectáculos de todo género que en estos días han podido admirarse en nuestra ciudad, por cual razón no haremos sino dar una ligera idea de los mismos.

En el adorno de las calles que se disputaron los no despreciables premios del Ayuntamiento, la nota dominante ha sido la variedad. La de Fernando, verdaderamente suntuosa, con sus artísticos medallones, sus elegantes guirnaldas de hierro dorado y su profusión de banderas; las Ramblas, cuya iluminación con lámparas incandescentes figurando flores, colocadas entre los árboles, era de un efecto maravilloso; la de la Unión, con su inmenso velárium con las cuatro barras catalanas, sus columnatas en que se apoyaban enormes canguros, sus plantas tropicales, sus heraldos y sus escudos; la de la Boquería, convertida en inmenso bazar japonés, con su bellísimo quiosco de entrada, sus jarrones y su profusión de sombrillas, abanicos, carátulas y figuras grotescas, todo extraordinariamente típico; la de la Puertaferrisa, con la reproducción exacta de la antigua puerta á que debe su nombre, sus tederos, sus tapices, sus escudos y emblemas heráldicos; la del Carmen, con su monumental y originalísimo arco de entrada; la del Conde del Asalto, con sus característicos arcos de entrada y salida simulando puertas de fortaleza, sus arcos de follaje, sus gallardetes y guirnaldas; la de la Canuda, con sus paños de estilo Luis XV y sus medallones en que estaban pintados todos los medios de locomoción, desde los más primitivos á los más modernos; la de Santa Ana, con sus tapices medioevales; la de Escudillers, con sus farolas de hierro forjado figurando escudos heráldicos y sus artísticos medallones; la de Tallers, con su bonito arco alegórico del pasado de esta calle; la Condal, con sus bellísimos arcos de entrada y salida; la calle Ancha, con sus elegantes veláriums y salomones y su grandiosa corona imitación de la de la Virgen de la Merced; la de la Platería, con sus cartelas figurando artísticas y magníficas joyas de estilo modernista; la de Mercaders convertida en una riera bordeada de árboles y con una pequeña cascada en el fondo; la de Barbará, con sus salomones góticos; la de Poniente, simulando una fábrica; la de Brossolí, convertida en pasaje en cuyo fondo se veían diminutas reproducciones exactas de las Casas Consistoriales, de la cascada del Parque y de la estatua de Nuestra



Parte posterior de la carroza del Círculo de la Unión Mercantil



BARCELONA. – Fiestas de la Merced. – Cabalgata histórico-artística. – Carroza del Fomento de la Producción Nacional (de fotografía de Laureano)

Señora de la Merced que corona la cúpula de la iglesia de su nombre; la del Hospital, con su esbelto arco de entrada, sus escudos, banderas y guirnaldas; la de San Ramón, con su profusión de guirnaldas, banderas y gallardetes; la del Correo Viejo, convertida en jardín con una bonita cascada; el pasaje de la Virreina, con sus alegorías de la industria y del comercio; las de Sadurní, Espalter, Robador, Montserrat, Arco del Teatro, Claveguera, Baños Nuevos, Sitjas, Carders, Corders, Bot, Dou, Fortuny y muchas más, caprichosamente adornadas con toldos de papeles recortados unas, con follaje otras, todas estas calles espléndidamente iluminadas producían grandísimo efecto y acreditaban, cada una en su género, el buen gusto de los que habían dirigido su ornamentación.

Por su originalidad y por su propiedad llamó la atención particularmente la plaza de Sepúlveda, convertida en *masía* catalana, con su huerto, su era, su noria, sus corrales, su gallinero, su cocina, es decir, con todos los detalles que pudiera desear el payés más exigente.

La mayoría de edificios públicos y gran número de particulares adornaron é iluminaron sus fachadas; entre los que más llamaron la atención citaremos la Diputación Provincial, el Ayuntamiento, el Casino Mercantil, el Banco Hispano-Colonial, la Catalana del gas, el gas Lebón, el Fomento del Trabajo Nacional, el Banco de España, el Credit Lyonnais, los grandes almacenes de El Siglo, la casa del marqués de Comillas, la camisería de Francisco Aurigema, la tienda de hierros artísticos de los Sres. Santamaría, «La Veu de Catalunya,» las fotografías de Napoleón, Puig y Mateos, las joyerías Isla de Panay y El Regulador, el Club Velocipédico, Centro de Panaderos, el Hotel de Inglaterra, el Palacio episcopal y las iglesias de la Merced, San Jaime, Pino y Santa María.

Hubo fiestas de todas clases y para todos los gustos. La Unión Velocipédica, la Federación Gimnástica y el Real Club de Regatas organizaron distintos espectáculos deportivos en el parque y en el puerto; el Orfeó Catalá dió dos notables conciertos que obtuvieron un éxito extraordinario; la Federación de los Coros de Clavé celebró dos festivales, consiguiendo grandes aplausos; verificóse un concurso de bomberos, en el que se demostró una vez más la buena organización de este cuerpo en nuestra ciudad; celebráronse concursos de coplas ampurdanesas y de sardanas, retreta militar y festival infantil en el Parque, y se dispararon varios magníficos castillos de fuegos artificiales.



BARCELONA. – Cabalgata histórico-artística. – Carro del Club de Regatas (de fotografía de Laureano)

Durante los días de las fiestas hizo las delicias de la gente menuda el batallón infantil de voluntarios de Africa, perfectamente equipado y organizado militarmente, que ejecutaba con gran precisión distintas evoluciones y maniobras.

Para los amantes de las bellas artes han tenido grandísima importancia la inauguración de la Exposición de Arte antiguo y la del Museo de Artes decorativas. Hállase instalada la primera en el Palacio de Bellas Artes y en ella se han reunido numerosos y valiosísimos ejemplares, facilitados por corporaciones y particulares de toda Cataluña, que forman un tesoro artístico de una riqueza y de un valor histórico incalculables. Como nos proponemos ocuparnos detalladamente de esta exposición más adelante, omitimos entrar en pormenores acerca de la misma.

El Museo de Artes decorativas se ha instalado con carácter permanente en el Palacio Real del Parque y contiene gran número de objetos, originales unos, reproducciones otros, nacionales y extranjeros, de cerámica, vidriería, metalistería, indumentaria, tapices, armaduras, medallas, monedas, muebles, marfiles; constituyendo un conjunto tan



BARCELONA.—Fiestas de la Merced. - **La cabalgata histórico-artística-industrial,** composición y dibujo de Nicanor Vázquez.

notable y tan interesante, que aunque de las pasadas fiestas no quedara como cosa definitiva más que la fundación de este museo, merecería el aplauso y la gratitud de los barceloneses la comisión que ha llevado á cabo tan levantada idea.



BARCELONA. – Fiestas de la Merced. – Cabalgata histórico-artística-industrial Carroza del «Niu Guerrer» (de fotografía de Laureano)

En la Galería de Catalanes ilustres se colocaron los retratos del prelado Excmo. Sr. D. Félix Torres Amat, el sabio filósofo y escritor que cuenta en el número de sus obras la importante traducción de la Biblia, y el de D. Antonio Franch, jefe de los somatenes de Igualada que tanta gloria alcanzaron durante la guerra de la Independencia y sobre todo en la memorable jornada del Bruch. Las memorias necrológicas escritas por D. Mariano Batllés y Beltrán de Lys y D. Francisco Barado respectivamente, son dos trabajos notabilísimos que fueron con justicia muy aplaudidos.

En extremo interesantes resultaron los festivales celebrados en el Palacio de Bellas Artes: en ellos, las comparsas valencianas, aragonesas y catalanas ejecutaron varios espectáculos típicos de sus respectivas regiones, como el baile mímico *Un casament en la horta*, la jota, las sardanas y *El ball del ciri*; la banda municipal, el orfeón «Catalunya Nova» y la «Societé Philarmonique» de Mirande tomaron también parte en estos festivales, que fueron indudablemente una de las notas más simpáticas de las fiestas de la Merced.

En el propio palacio de Bellas Artes, se celebró el baile de etiqueta organizado por el Ayuntamiento: el salón central estaba rica y elegantemente adornado, y la concurrencia fué numerosa y distinguida.

El concurso de gigantes fué una fiesta en extremo típica, habiendo acudido al mismo los gigantes, cabezudos, monstruos y comparsas del castillo de los Muntaners de Santa Florentina de Canet de Mar, Tárrega, Badalona, La Bisbal, Igualada, Arbós, Sitjes, Lérida, Villanueva, Mataró, Valls, Vich, Berga, Olot, Manresa, Tortosa y Villafranca. Los premios fueron adjudicados en la forma siguiente: medalla de oro y 1.000 pesetas al grupo de Canet de Mar; medallas de oro á los de Manresa y Berga; medalla de oro y gran diploma de honor al de Villanueva; medalla de oro y 200 pesetas á los gigantes del Ayuntamiento de Olot; medallas de plata á los de Mataró, Arbós, cofradía de la Santa Infancia de Lérida, y á los de la «Associació de Sant Lluch del Art Cristiá» de Olot; medalla de oro y 250 pesetas á los de Vich; medallas de plata á los de Sitjes y de la ciudad de Lérida, y accésit con diploma á los de Valls.

Digno remate de las fiestas fué la suntuosa cabalgata histórico-artística-industrial organizada por el Ayuntamiento bajo la dirección de D. Miguel Utrillo y con la cooperación de las más importantes sociedades y de varios industriales de esta capital. Este número del programa, en su conjunto y en sus detalles, fué de imponderable magnificencia, de un gusto y de una riqueza extraordinarios, no siendo aventurado afirmar que pocos espectáculos análogos se habrán celebrado en parte alguna con tanto lucimiento como el que puso término á los festejos de la Merced.

En la imposibilidad de describir detalladamente los numerosos elementos que componían la cabalgata, nos habremos de concretar á hacer de ellos una enumeración somera.

La parte histórica, que corrió á cargo del Ayuntamiento, abarcaba desde los tiempos primitivos hasta la Edad moderna. La Edad de piedra estaba representada por treinta hombres vestidos con pieles, armados con toscas armas y tocando cuernos marinos de gran tamaño. Seguían numerosos guerreros cartagineses con varios elefantes, dos de ellos montados por Aníbal y Amílcar Barca; luego un centurión romano, el carro de la loba que, según la leyenda, alimentó á Rómulo y á Remo, una cuadriga, dos literas con damas romanas conducidas por esclavos, otra litera con Escipión, y una catapulta con varios guerreros. Como representación de la Edad media figuraban un centenar de almogávares, el emperador Carlomagno bajo palio, que sostenían ocho caballeros nobles, y acompañado de veinticuatro caballeros, todos rica y propiamente vestidos, la notabilísima comparsa de Canet de Mar y una carabela catalana.

Después de esta sección histórica, iba el dragón de *La Veu de Catalunya*, de 35 metros de largo, precedido de un guerrero cubierto con rica y auténtica armadura, tras del cual y conducida en una litera se veía una doncella, figurando ser la que el caballero libertó de las garras del monstruo.

Seguían luego las carrozas que simbolizaban la época moderna y que se distinguían por su originalidad unas, por su carácter artístico otras, por su belleza todas. Entre ellas llamaron especialmente la atención la del Fomento de la Producción nacional, grandioso globo terráqueo con atributos de la industria y del comercio, tirado por gigantesco monstruo; la del Círculo de la Unión Mercantil, con símbolos del trabajo, de la industria y del comercio, representados por hermosas jóvenes ricamente ataviadas, é iluminada con profusión de luces eléctricas; la del «Niu Guerrer,» una alegoría del Teatro; la del Club de Regatas, gran embarcación con numerosas bombillas eléctricas y un poderoso reflector; la de la Asociación cooperativa de amos fondistas, adornada con artículos de comer y beber; la del champagne Mercier, una colosal botella de champagne y la figura de Baco coronado de pámpanos; la del Instituto Agrícola Catalán de San Isidro, hermosa alegoría de la agricultura; la de la Liga de Defensa Industrial y Comercial, con atributos de la industria y del comercio; las del semanario satírico *¡Cu-Cut!*, del Anís del Mono, del gremio de confiteros, de los Sres. Esteve y Subirana, J. Casanovas, C. Pons, P. Bordas, S. Mas y J. Gallart.

Cerraba la cabalgata, en la que figuraban además multitud de comparsas y trofeos, la carroza de Barcelona, de grandioso y artístico aspecto, en la que se veían el busto del inolvidable Rius y Taulet y una estatua colosal que personificaba nuestra ciudad separando unas rocas, tras de las cuales aparecía la Barcelona del porvenir.

En resumen, las fiestas han sido dignas de nuestra capital y han merecido unánimes y entusiastas aplausos, de los que buena parte corresponde á la comisión organizadora, á la cual, como á todos los que al mayor esplendor de los festejos han contribuído, se complace en felicitar muy sinceramente La Ilustración Artística. – X.



Fiestas de la Merced. – Cabalgata histórico-artística-industrial Carroza del «Anís del Mono» (de fotografía de Laureano)



BARCELONA. – Fiestas de la Merced. – La «masía» catalana de la plaza de Sepúlveda (de fotografía de Laureano)

EL CIGARRO PROPIO

(recuerdos de un curial viejo)

Fernández, aquel que cuando yo estudiaba el segundo año de la carrera de Leyes ya me había enseñado á doblar el papel sellado en tres dobleces y lo que es más, todo el formulario forense de viva voz; aquel hombre chiquirritillo y vivaracho, que á cinco metros leía un escrito puesto de frente á quien lo escribía, esto es, del revés; aquel viejecillo con apariencias de jovencito meritorio de alguna escribanía mal dotada, y que sin embargo, ó quizás debido á los muchos embargos y ejecuciones que había realizado, tenía buena renta aunque pareciese un pobrete, si no hubiera sido por los dos magníficos brillantes solitarios que lucía en sus manos, era un sujeto «con más conchas que un galápago,» como decía la *señá* Paca, «fiadora» á la sazón de lo más renombrado y florido de la ciudad.

Pues bien: Fernández, me parece que lo estoy viendo, aquella noche del 1.° de enero estaba dado á Satanás, que es á lo que peor puede darse un curial viejo.

¡No poder él, todo el señor Fernández, ir á festejar la entrada de un año yendo de broma con sus amigos ó amigas, que él buenas las tenía del juzgado y era además soltero; no poder apurar buen Valdepeñas de aquel que tanto le gustaba y que á veces le hizo torcer el renglón de una providencia que iba saliéndole como litografiada, y tener que estar allí en el estrecho cuartucho del juzgado de guardia esperando que «cayese pieza!..»

Aquello era para desesperarse; pero al juzgado del distrito del Sur correspondió aquel año esperar en funciones á coger por su cuenta al primer delincuente que inaugurase la nueva estadísticacriminal, y allí estaba mi hombre dando cabezadas y refunfuñando entre dienes, parte por el fastidio, parte por el exceso que en honor del día había efectuado en la cena, cuando tuve que zarandearle porque el señor juez le llamaba con toda urgencia.

Pronto estuvo tan despierto como yo y pasó al despacho del magistrado.

Poco después, y tras de oir idas y venidas, fuertes pisadas de guardias y agentes en el entarimado del lóbrego pasillo, Fernández se despidió de mí diciéndome, al tiempo que malhumorado se restregaba los ojos soñolientos:

– No te necesito; es una muerte repentina, natural, la más natural del mundo.

Y luego añadió con intención:

– La de D. Manuel..., me lo figuro. ¡Hasta luego!

Partió solo con el alguacil en el coche de dos caballos que siempre teníamos dispuesto, y yo, por no aburrirme, comencé á coser unos sumarios.

No habría transcurrido media hora, cuando Fernández, que no entró á ver al juez porque «Su Señoría» roncaba como un bendito, regresaba á nuestra habitación con un rollo de papeles sellados en la mano, garrapateados con su lápiz.

– Lo que yo te decía, exclamó arrojando encima de la mesa los papelotes que luego había yo de copiar en limpio y con tinta. Nada, muchacho, el prestamista D. Manuel que al fin ha reventado.

– ¿Y á qué se atribuye?, pregunté á Fernández.

– A nada, hijo, me contestó con su tono protector: los médicos, entre ellos el de la casa de Socorro que yo he mandado ir, dicen que de apoplejía fulminante, pero yo tengo mis sospechas y creo que no ha muerto.

– ¿Está vivo?

– No, es que pienso que le han asesinado.

– Entonces, no es el caso tan baladí como pensaba usted.

– Sí; pero es que el asesino es irresponsable, y además ha cumplido inconscientemente una gran justicia.

– No comprendo.

– Pues lo entenderás todo: mira una prueba que no se puede unir á los autos, pero que yo he descubierto, aún caliente, junto al cadáver de ese maldito prestamista.



BARCELONA. – Cabalgata histórico-artística-industrial. – Carroza del Champagne Mercier (de fotografía de Laureano)



BARCELONA.-FIESTAS DE LA MERCED. Composición y dibujo de J. Passos



BARCELONA.—FIESTAS DE LA MERCED. Composición y dibujo de J. Passos

— ¡A ver, á ver!

Y me enseñó una colilla, como cerca de medio cigarro puro habano, con su vitola intacta.

— Explíquese usted, Sr. Fernández, le dije.

Y él por toda respuesta me endilgó este discurso:

— D. Manuel era un usurero, tenía un capitalazo del que ahora nos enteraremos; era riquísimo, y esto no obstante, fué siempre miserable, muy miserable, hasta el extremo de que, ¡pásmate!, no fumaba más que de colillas, de los restos babosos y repugnantes que arrojábamos los demás: una vez que vino á entregarme una demanda por pago de doce mil duros, se fumó la punta de un pitillo de un guardia de la Veterana... Hoy ha querido hacer un exceso en celebración de su santo; se sentía ya muy viejo, sin herederos, quiso ser gastador, empleó en este cigarro cuatro reales vellón, y este puro, el primero que ha fumado suyo y de precio, le ha matado. ¡Bien muerto está!

Y empezó á dictarme sonriente y satisfecho las anotaciones que en el papel sellado traía apuntadas.

P. Gómez Candela.

LA CATÁSTROFE DEL «BRADSKY»

Dos nuevas víctimas han venido á aumentar el martirologio de los aeronautas: el barón de Bradsky, inventor del globo de su nombre, y M. Morin, ingeniero electricista que le acompañó en su desgraciada ascensión.



El barón de Bradsky

A las siete de la mañana del lunes último abriéronse las puertas del cobertizo en que estaba el *Bradsky* y que es el mismo de donde el 12 de mayo salió el *Pax*, cuyos infortunados tripulantes, Severo de Alburqueque y Saché, perecieron en aquella prueba. M. Bradsky, que hacía ocho días esperaba un tiempo calmoso para realizar sus primeros ensayos de navegación aérea, subió al globo en compañía de M. Morin, y después de haber examinado cuidadosamente todas las partes del aparato, hizo evolucionar el aeróstato, antes de soltar las amarras; satisfecho del resultado obtenido, dispúsose á lanzarse á los aires, abrazando entonces á su esposa y estrechando las manos de sus amigos.

Libre el globo y bajo la acción de la hélice ascensional, elevóse majestuosamente tomando la dirección Sur; de pronto una corriente, que no pudo vencer, arrastróle hacia el Nordeste, y el *Bradsky* comenzó á describir círculos sucesivos que hicieron creer á los curiosos que maniobraba á voluntad de los pilotos. Llegado á la altura de la plaza de la Opera, torció de repente oblicuamente, dirigiéndose hacia Saint-Denis y Stains, en donde comenzó á descender con lentitud. Indudablemente los aeronautas buscaban un sitio á propósito para tomar tierra; cuando estaban á cierta altura del suelo pararon el motor, y mientras el globo se cernía, preguntaron á un individuo que por allí pasaba el nombre de la localidad y le pidieron que les indicara un punto favorable para el descenso. Contestó aquel sujeto á sus preguntas, y el globo elevóse de nuevo en el espacio en demanda del lugar que para el descenso cómodo había sido indicado.

Eran poco más de las nueve: apenas había recorrido el *Bradsky* 300 metros, vióse de pronto desprenderse violentamente la barquilla, y mientras el globo, libre de aquel peso, se remontaba rápidamente, aquélla caía con velocidad vertiginosa y se estrellaba contra el suelo aplastando á los dos aeronautas.

Cuantos fueron testigos de la terrible escena sintiéronse de pronto presa del más profundo estupor, mas no tardaron en correr hacia el lugar de la catástrofe: en medio de un campo de patatas, cerca del ferrocarril y junto á la carretera de Gonesse, yacía rota en cien pedazos la navecilla; el armazón, todo él de acero, estaba torcido y los depósitos reventados y únicamente se conservaba intacto el motor.

Los dos aeronautas estaban espantosamente mutilados, con todos los miembros rotos y cubiertos de sangre, habiendo costado no poco trabajo sacar el cuerpo del barón *Bradsky*, que se hallaba debajo del motor, cuyo peso habíale aplastado el pecho. El ingeniero Morin, lanzado más lejos, parecía haber sufrido menos los efectos del choque.

Conducidos los cadáveres al comisariado de Saint-Denis, fueron pocas horas después reconocidos por los señores barón de Meyer y Besançon, miembros del aero-club. La noticia de la catástrofe fué comunicada con las debidas precauciones á la esposa del barón Bradsky, que en el despacho de M. Lachambre, constructor del globo, esperaba el resultado de la ascensión y que se vió acometida de una terrible crisis nerviosa cuando supo el desgraciado fin de su esposo.

El barón Bradsky era de origen alemán, había sido secretario de embajada y había estado en la India, en la China y en el Japón; era una inteligencia cultivada y de educación brillante y había hecho su primera ascensión en 1901 y su segunda hace un mes, en el *Aero-Club* n.º 2. Dueño de una fortuna considerable, y apasionado por la aerostación, deseaba dedicar sus rentas á los descubrimientos aeronáuticos; pero falto de los necesarios conocimientos y de experiencia suficiente, ha sido víctima de su ignorancia.

M. Morin era un temperamento ardiente y entusiasta; había realizado más ascensiones que M. Bradsky, pero en los centros aeronáuticos se le tenía sólo por un buen piloto.

El aeróstato *Bradsky*, de forma cilíndrica, medía 34 metros de longitud y tenía seis metros de diámetro; la proa terminaba en un cono de ocho metros de alto y la popa en otro de cuatro metros. La viga armada, de 17'50 metros de largo, era de tubos de acero y sostenía una barquilla de cinco metros, cuyo centro de gravedad variaba con los movimientos de los aeronautas que iban en ella. El peso de esta armazón, inclusos los árboles de transmisión, era de 150 kilogramos. Un motor de 16 caballos, de cuatro cilindros, hacía mover la hélice propulsora, cuyo diámetro era de cuatro metros y que daba 350 vueltas: esta hélice estaba colocada en la popa del globo, lo mismo que el timón de eje vertical, cuya superficie era de 4'50 metros cuadrados. El equilibrio vertical del aeróstato estaba asegurado por una hélice fijada debajo de la navecilla, que daba de 400 á 500 vueltas y que tenía un diámetro de 2'50 metros. Debajo del ecuador del globo había fijados unos planos de 12 metros de largo por 1'50 de ancho que servían para hacer variar á voluntad, simultáneamente con la hélice de eje vertical, el equilibrio del aeróstato. Toda esta armazón estaba suspendida del globo por cables de acero, cuya resistencia no ha respondido á la confianza que en ella tenían los aeronautas, los cuales habían establecido la suspensión á capricho, por decirlo así, cuando en estas cosas hay que proceder geométricamente y después de muchos cálculos y ensayos. De ello resultó que los alambres trabajaron de una manera desigual soportando en unos puntos excesivo peso y en otros demasiado poco.

Además de esta imprudencia grave, los aeronautas cometieron durante la ascensión varias faltas que demostraban su inexperiencia. Cuando pasaban por encima del liceo Condorcet, se les vió de pronto colocarse en la popa; el globo se inclinó con la proa levantada y se elevó oblicuamente, y la navecilla deslizóse hacia atrás, con lo que las cuerdas de suspensión de la popa hubieron de sostener todo el peso y resistir á todo el esfuerzo, quedando sometidas á tracciones y torsiones extraordinarias, bajo la acción de la hélice fijada en la barquilla y del timón que llevaba el globo. Entonces comenzaron á romperse los alambres y se produjo la catástrofe final.

La caída de los dos desgraciados debió durar cuatro ó cinco segundos.

El globo, al desprenderse la barquilla, elevóse rápidamente, quedó un rato como inmóvil sobre el sitio de la catástrofe, hasta que, empujado por una corriente, pasó por encima de París, yendo á caer á las diez de la mañana en Ozoir-la-Ferriere.

El barón de Bradsky contaba 36 años; M. Morin, cuarenta y cinco.

La noche misma del día del funesto accidente, el conocido aeronauta Santos-Dumont, hablando con un redactor del *Fígaro* de París, le decía:

— «Desgraciadamente esta catástrofe estaba prevista. M. de Bradsky no era aeronauta y estableció la suspensión de su barquilla á ojo, falta que ha pagado con su vida. ¿Servirá esto de lección á los que se lanzan á resolver el problema de la dirección de los globos, antes de haber aprendido el oficio de aeronauta en globo libre? Así debemos esperarlo.

— »¿Será causa esta catástrofe de que aplace usted sus proyectos?, preguntóle el periodista.

— »¿Y por qué?, respondió Santos-Dumont extrañado de tal pregunta. Dentro de quince días estaré dispuesto á partir, y partiré del mismo cobertizo de donde ha salido el barón de Bradsky. Entonces se verá si es que ese cobertizo tiene mala sombra.» — R.



La baronesa de Bradsky



París. — La catástrofe del aeróstato «Bradsky»

NUESTROS GRABADOS

El zagal, cuadro de Andrés Solá y Vidal.— En el número anterior dimos á conocer á nuestros lectores una sentida producción del malogrado pintor y amigo querido Andrés Solá y Vidal, que figuró entre las que constituyeron la exhibición que en su honor se organizó en el Salón de exposiciones del Círculo Artístico de nuestra ciudad. Entre ellas figuraba también la que hoy reproducimos, que perteneciente á diverso género que la anterior, ofrece la ventaja de ser una de las más bellas manifestaciones de la escuela ruralista, en que tanto se distinguió aquel artista, que tantos triunfos le reservaba el porvenir.

Jarrones de mayólica de la fábrica Villeroy y Boch.— La cerámica ha figurado en todos tiempos en el número de las más importantes industrias artísticas, y los pintores más ilustres no se han desdeñado de adornar con admirables composiciones los objetos que esta industria produce. En la actualidad, gracias á los progresos que en esta como en todas las fabricaciones se han introducido, la cerámica artística se ha vulgarizado extraordinariamente, y aun las piezas más modestas y más al alcance de todas las fortunas tienen un sello de elegancia y de buen gusto que las hace dignas de los mayores elogios. Entre las más importantes fábricas de fundación moderna cuéntanse las que la casa Villeroy y Boch tiene establecidas en Dresde, Schramberg, Mettlach y Wallerfangen: los ejemplares que reproducimos en la página 696 demuestran el grado de adelanto que han alcanzado, así en la perfección de la factura como en punto á la ornamentación.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.— ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

– Es verdad; en cambio, ¿has visto cuán pálida, seria y silenciosa estaba Cecilia? Una recién casada feliz debe tener otro aspecto muy distinto del suyo.

Wildenrod, que con la mirada había seguido á su hermana hasta la puerta, tenía el semblante hosco, pero al oir la observación de Maya encogióse de hombros y con tono indiferente repuso:

– Está fatigada y nerviosa..., ¿sabes que ha sido muy largo el cortejo? Y la pobre Cecilia no ha podido moverse hasta el final.

– No, dijo Maya poniendo cara de niña seria. Enrique dice que se trata de alguna otra cosa que tratará de averiguar.

– ¿Qué es lo que quiere averiguar Enrique?, preguntó Oscar tan bruscamente que la joven le miró sorprendida.

– Tal vez diré una tontería, pero á mi regreso se lamentó del cambio experimentado por Cecilia en estas últimas semanas. Díjome que tu hermana parecía agobiada por algún padecimiento moral, y me encargó que la interrogase y que procurara descubrir algo. Lo he intentado para darle gusto, pero no he conseguido saber nada, pues no he podido sacarle una palabra. ¡Y á Enrique le ha dolido esto tanto!

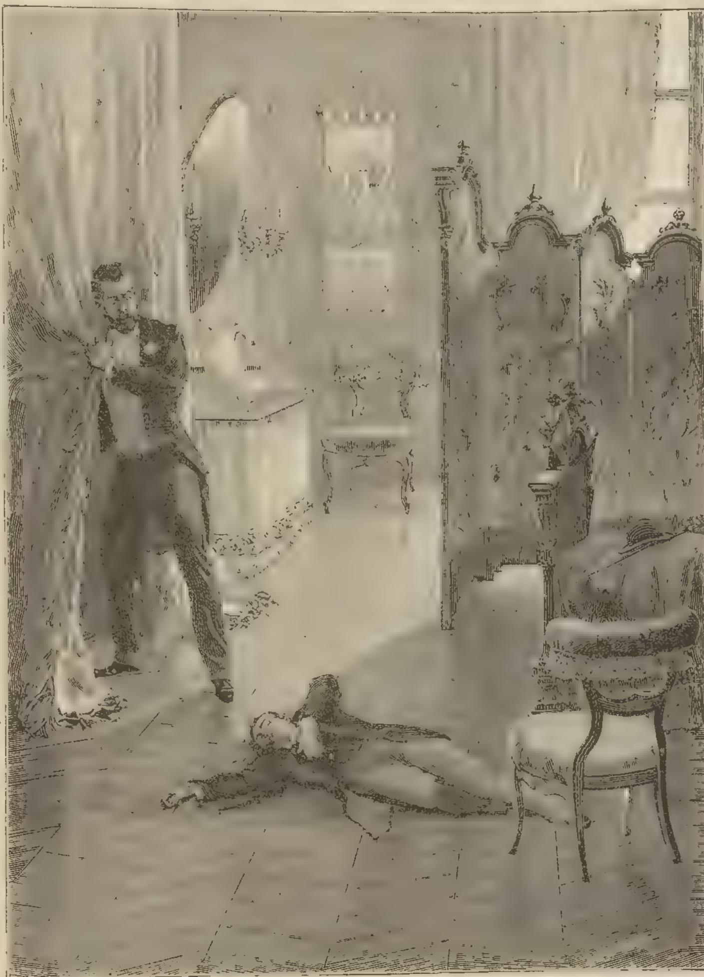
Oscar se mordió los labios y puso un semblante que asustó á la joven; pero cuando observó la interrogadora mirada de Maya echóse á reir.

– Con este cariño exagerado y suspicaz Enrique hará desgraciada á la pobre Cecilia. Afortunadamente mi hermana es superior á estas exageraciones y sabrá reirse de los enfados de su esposo.

La música del primer vals interrumpió el diálogo: un joven oficial que tenía comprometido el baile con la señorita de la casa, fué á buscar á su pareja, y Maya se alejó gozosa, si bien dirigiendo á menudo la mirada al sitio en donde había dejado al barón. Poco después, empero, ya no le vió y le buscó en vano con los ojos por el salón: Oscar había desaparecido.

Enrique había acompañado á Cecilia á su cuarto y se había dirigido luego al suyo para ponerse el traje de viaje; cuando estuvo listo, vió que faltaba todavía media hora para la marcha y pensó aprovecharla yendo á charlar un rato libremente con su mujer, pues desde la mañana no había podido estar un momento á solas con ella.

Impaciente, feliz porque se encontraba bien, salió apresuradamente de su habitación; pero al llegar al pie de la escalera se detuvo para contemplar, al través del vestíbulo, aquel magnífico paisaje iluminado por los rayos del sol poniente... De las minas, en donde celebraban gran fiesta los obreros, llegaban los acordes de las músicas, los vivas de la alegre muchedumbre; y de la sala de baile, en donde la orquesta callaba en aquel momento, oíanse explosiones de risa y animadas conversaciones.



Enrique estaba tendido en el suelo, exánime, con los ojos cerrados y arrojando sangre por la boca

Enrique respiró con satisfacción. El día de su boda era para todos día de fiesta. Y ahora se abría para él la nueva vida, la vida feliz, dichosa, al lado de la esposa adorada, á orillas del mar azul, bajo un cielo de zafiro, allá en el Sur..., un paraíso sobre la tierra. Era demasiada felicidad, y el joven, desde lo más profundo de su corazón, elevaba una acción de gracias al cielo, que le había colmado de los bienes más preciosos.

Subió rápidamente la escalera y quiso entrar en el saloncito que separaba el cuarto de Cecilia del de su hermano, pero la puerta estaba cerrada por dentro con llave y nadie respondió á su leve llamamiento. Presa de impaciencia, encaminóse á la puertecita excusada que daba á la habitación de Oscar y que ninguno utilizaba; abrióla y entró en el cuarto de su cuñado, que estaba vacío. Disponíase á llamar, cuando oyó la voz de Wildenrod y entonces se detuvo unos instantes en medio de la estancia.

Los dos hermanos querían probablemente despedirse sin testigos y Enrique no quiso estorbarles en aquel momento. ¿Pero qué ruido era aquél? Oíase la voz de Oscar, áspera y amenazadora y luego una explosión de sollozos desesperados... ¿Era la voz de Cecilia? ¡Oh, no; no podía ser su mujer la que tan desconsoladamente lloraba!.. Enrique palideció, sintiendo correr por sus venas el hielo del presentimiento de una desgracia.

Las palabras de Oscar llegaban claramente al través de la puerta á los oídos de Enrique.

– ¡Vamos, cálmate, Cecilia! ¡Sé razonable, procura dominarte! Piensa que has de volver entre la gente; piensa que Enrique puede venir de un momento á otro. ¡Vamos, cálmate!

Nadie le contestó: no se oyó más que aquel llanto convulso, desconsolado.

– Ya me temía algo semejante, y por esto he venido á buscarte; pero no esperaba esta escena. Cecilia, ¿me oyes? ¡Cálmate!

– No puedo, respondía la joven ahogándose. Déjame, Oscar. He tenido que sonreir, que mentir todo el día... y ahora habré de fingir de nuevo, sola con Enrique... ¡Oh, Dios mío, Dios mío! Me muero si ahora al menos no lloro.

El hermano comprendió que con el tono imperioso nada conseguiría, y cambiando de voz prosiguió diciendo con dulzura:

– He aquí el defecto de tu carácter, tu habitual impetuosidad exagerada; y has de comprender que no es este el momento oportuno para desoir las razones. He hecho todo lo posible para asegurar tu felicidad y tú...

– ¡Mi felicidad!, repitió Cecilia con profunda amargura. ¿A qué mentir, Oscar? Estamos solos y podemos una vez siquiera hablar claro. Has podido engañarme mientras he sido una muchacha atolondrada, pero bien sabes el día en que me abrieron los ojos. ¿Quieres saber la verdad? Cuando pusiste tanto empeño en prometerme á Enrique, no tenías otra mira que preparar el camino de tu fortuna..., querías llegar á ser dueño de Odensberg y yo fuí tu instrumento..., tu víctima.

– Admitamos que tuviera yo esa mira; pero no la tenía para mí solo, sino que, encumbrándome, te encumbraba á ti. Ya te dije que se trataba para ambos de una cuestión de vida ó muerte, de ser ó no ser. ¿Te crees un instrumento, una víctima? Pues hoy la

víctima ha recibido los homenajes que podría envidiar una princesa; y me parece que cuando pasaron por delante de ti aquellas masas imponentes de hombres, pudiste formarte una idea de la importancia colosal del nombre que llevas. Te espantaba vivir en Odensberg y hasta este sacrificio se te evita: Italia te espera, Enrique te adora, está pendiente de tus labios y no tendrá más ley que tu deseo..., nadarás entre riquezas... ¿Qué más puedes exigir de tu matrimonio? Esta sí que es felicinad; y ya verás como habrás de agradecérmela.

– ¡Jamás, jamás!, gritó la joven fuera de sí. ¡Ah, si hubiese podido huir de esta felicidad!.. Pero tú me aterrorizaste con la tremenda amenaza de seguir el ejemplo de nuestro padre, y yo... hube de resignarme para salvarte. Tú no sabes las torturas que desde entonces he padecido á cada prueba de bondad, de cariño de Enrique..., me sentía hipócrita, falaz, traidora... Nunca le he amado; siempre me ha sido indiferente, siempre me ha inspirado compasión; pero esperaba que con el tiempo me acostumbraría mejor á él... Por el contrario, ahora que mi cadena está soldada sin remisión, sin posibilidad de libertarme de ella, siento que me oprime, que no podré jamás acostumbrarme á vivir con ese hombre, y que no sólo no podré amarle, sino que le odiaré. Y puesta en esta situación, preferiría, te lo juro, la muerte á tener que estar con él, con mi marido.

De pronto se calló.

– ¿Qué ha sido esto?, preguntó ansiosa. Parecía un suspiro

– ¡Alucinaciones! Estamos solos, he cerrado todas las puertas... Pero ¿á qué viene tu desesperación? ¿Necesitabas estar casada para comprender que amas á otro? ¿No sabías la verdad ó no querías saberla? Yo la sospeché desde el día en que encontraste á Runeck en el Albenstein, cuando regresaste medio loca á la sola idea de que Egberto te despreciara y de pasar á sus ojos por una aventurera... Sin embargo, no quise reñirte, no quise espantarte..., á los sonámbulos no se les despierta mientras caminan por el borde de un precipicio; pero ahora es tiempo de despertarte... Desde que Runeck se cruzó en tu camino...

– ¡No, no!.., interrumpióle Cecilia con acento suplicante.

– Sí, replicó Oscar fríamente. ¿Crees que hoy, cuando has bajado del coche y te he dado el brazo para conducirte á la iglesia, no he sentido cómo temblabas y no he notado cómo palidecías y mirabas azorada detrás de los árboles? Era que le habías visto á él, esta es la verdad. Había venido para verte una vez más y estaba escondido lejos..., pero yo también le vi. A aquella distancia no se reconoce sino á un enemigo mortal ó al hombre á quien se ama; y en efecto, tú y yo le hemos reconocido.

La joven callóse y no negó: su silencio era una confesión. Pero ahora fué el barón quien se asustó; le había parecido oir el rumor levísimo de una puerta que se abría, é impulsado por un presentimiento extraño, lanzóse fuera de la estancia. Se había equivocado: el salón estaba vacío. Una mirada al reloj que estaba encima de la chimenea le hizo ver que era hora de poner término al coloquio y volvió apresuradamente al lado de Cecilia.

– Debo marcharme, dijo, á fin de que la gente no extrañe mi ausencia, y tú has de prepararte para la partida. Ya has llorado bastante: ahora anímate y piensa en lo que me debes á mí y en lo que á ti misma te debes. Eres la esposa de Enrique y mañana cien millas te separarán del hombre á quien nunca más verás volver á Odensberg, y le olvidarás, porque tu deber es olvidarle.

Dicho esto abrió la puerta, tocó el timbre para que acudiese la camarera, á la cual había hecho salir á fin de poder hablar más libremente con Cecilia, y salió sin preocuparse de los ojos enrojecidos de su hermana, detalle que á cualquiera podía parecer natural después de la despedida de ambos.

En el vestíbulo encontróse el barón con un criado que llevaba la maleta y la manta de viaje de Enrique.

– ¿Está en su cuarto todavía el Sr. Dernburg?, preguntó Oscar.

– No, señor barón; el señorito está en la habitación de la señora.

– No está, porque ahora vengo de allí y no le he visto.

– Dispense, señor, pero yo mismo he presenciado cómo el señorito Enrique subía, hará cosa de media hora, la escalera y entraba en el cuarto del señor barón por la puertecita de servicio.

Wildenrod se puso pálido como un cadáver: no había pensado en aquella otra puerta. ¡Si Enrique hubiese estado realmente en el saloncito, si hubiese oído!.. Oscar no quiso pensar en tal cosa, y dejando al doméstico se dirigió apresuradamente al cuarto de su cuñado.

En la sala no había nadie, pero cuando levantó el cortinón de la alcoba, el barón retrocedió horrorizado: Enrique estaba tendido en el suelo, exánime, con los ojos cerrados y arrojando sangre por la boca.

No se necesitaban explicaciones..., al joven esposo le había sido arrancada la venda de los ojos en el momento en que más seguro se creía de su felicidad. Había tenido que oir de labios de la mujer adorada que prefería la muerte á vivir con él..., el golpe había ido directamente al corazón, y así como otros en su lugar se habrían lanzado furiosos sobre su esposa, él no tuvo fuerza ni valor para ello y prefirió retirarse silenciosamente y morir solitario.

Oscar quedó algunos instantes como petrificado, luego volvió en sí, agitó la campanilla, y cuando se presentó el criado, levantó á Enrique y ordenó al sirviente que llamara inmediatamente al doctor, aunque sin dar escándalo ni decir á nadie una palabra de lo ocurrido.

Acudió el médico en seguida, y mientras Wildenrod le explicaba cómo había encontrado á su cuñado, examinó rápidamente al enfermo, le auscultó el corazón y se incorporó luego murmurando:

– Llame inmediatamente á su hermana, barón, y prepárela... para todo; yo mandaré llamar al señor Dernburg y á Maya.

– ¿Teme usted?.., preguntó Oscar.

– En el caso presente, respondió el buen doctor moviendo la cabeza y pasándose la mano por los ojos, no hay nada que temer ni que esperar; es cuestión de minutos. Barón, vaya en seguida por su hermana; tal vez antes de exhalar el último suspiro podrá volver en sí ese pobre muchacho.

Pocos minutos después, la funesta nueva, difundida con la velocidad de un relámpago, era conocida en toda la casa: todo el mundo sabía que Enrique Denburg, á quien pocos momentos antes habían visto todos radiante de felicidad, yacía en aquel instante en su lecho de muerte... En el salón de baile callóse la música de repente, y todos los invitados, sobresaltados, tristes, reunidos en grupos hablaban en voz baja. La servidumbre corría de un lado á otro desolada; reinaba un silencio de muerte, interrumpido por el ruido de pasos precipitados y de puertas que se abrían y se cerraban. El rayo había caído en medio de la dicha en pleno esplendor.

Toda la familia estaba reunida en torno del lecho del moribundo. El doctor Hagenbach recurría á todos los remedios que su arte le sugería, pero se veía que nada esperaba. Arrodillada junto á la cama, con el semblante pálido y los ojos desencajados y sin lágrimas, estaba Cecilia, vestida todavía con el traje de novia; al otro lado, sollozaba Maya con la cabeza reclinada sobre el pecho de su padre, el cual, presa de un dolor mudo, inmenso, con los ojos anegados en llanto, contemplaba al hijo por quien había hecho toda suerte de sacrificios con tal de salvarle la vida, y al que, á pesar de ello, la muerte le arrebataba tan de improviso... Wildenrod no se atrevía á acercarse á la cama y permanecía sombrío y pensativo en el fondo de la alcoba, sin apartar su mirada del que se moría, llevándose consigo á la tumba el secreto de su fin trágico.

El doctor soltó suavemente el pulso del moribundo que hasta entonces había tenido entre sus manos. Cecilia vió aquella acción y adivinó lo que significaba.

– ¡Enrique!, gritó inclinándose sobre el lecho.

Aquel grito desgarrador, desesperado, tuvo poder bastante para hacer volver por un momento á la tierra el espíritu que se disponía ya á entrar en una nueva vida. Enrique abrió lentamente los ojos al oir aquella voz querida, y con la mirada casi apagada buscó todavía el rostro de la mujer á quien tanto había amado. El alma habíase ya desprendido de las miserias de la vida terrestre, pues olvidando el golpe mortal que le había sido asestado inconscientemente, Enrique sonrió por última vez á su Cecilia. Después dejó caer la cabeza sobre la almohada, siempre con la sonrisa en los labios, hizo una leve respiración y...

– ¡Todo ha concluído!, dijo Hagenbach.

Maya se arrojó sollozando sobre el cuerpo de su hermano, y Dernburg, apoyada la cabeza en la almohada de su hijo, vertió lágrimas de fuego que rodaron por sus mejillas, inclinóse luego sobre el rostro sonriente de Enrique, lo besó, y dirigiéndose después á la joven que había caído de rodillas con la cabeza oculta entre las manos, la levantó y la estrechó entre sus brazos, diciéndole con acento desesperado:

– Este es tu puesto. Eres la esposa de mi hijo..., eres mi hija .. y yo seré para ti un padre.

XV

En la pequeña ciudad en donde estaba la estación del ferrocarril que servía á Odensberg y á los lugares vecinos, había una posada llamada del *Cordero de Oro,* establecimiento modesto, pero muy limpio, muy bien servido y concurridísimo. Su proximidad á la estación ferroviaria y las relaciones continuas con las minas, eran para la posada fuentes de gran afluencia, y todos los que iban ó venían de Odensberg, en el *Cordero de Oro* solían detenerse.

El antiguo propietario de éste hacía tiempo que había muerto, pero su viuda habíase apresurado á darle un sucesor en la persona del Sr. Pancracio Willmann, el cual, habiendo estado una vez de paso en la posada para buscar un empleo en aquella ciudad, consideró preferible hacer la corte á la rica viudita y convertirse en amo de aquel cómodo nido. Y no tuvo por qué arrepentirse de ello: su vida no podía ser más feliz, y mientras su esposa atendía á la cocina y en la bodega, él conversaba con los parroquianos y con su aspecto demostraba las excelencias del trato que en el *Codero de Oro* se daba.

Un día de octubre, sombrío y ventoso, la calesa del doctor Hagenbach habíase detenido delante de la hostería; el doctor estaba en el primer piso, en el saloncito reservado á los huéspedes distinguidos, sentado á la mesa con su sobrino Dagoberto, el cual partía en el primer tren para Berlín, adonde iba para terminar sus estudios. No podía decirse que las maneras duras y severas del tío hubiesen perjudicado á la salud del joven; al contrario, éste se marchaba muy sano y muy fuerte, contrastando su aspecto de entonces con la delgadez y el aire triste que tenía cuando llegara algunos meses antes.

Con ellos estaba también el Sr. Willmann: el rubicundo posadero no cedía nunca á otro la honra de servir al doctor, y aquel día, mientras tío y sobrino hacían los honores á la cocina de la señora Willmann, les contaba con voz plañidera que las recetas y el régimen del doctor le habían ido muy bien, pero dejándole extenuado, muerto de hambre.

– No hay más remedio, mi querido Willmann, dijo al fin Hagenbach, que había escuchado tranquilamente hasta el fin las lamentaciones del gordo glotón; ó seguir mis prescripciones y encontrarse mejor, ó volver á abusar de la comida y largarse prontamente al otro mundo... Y hablando de otra cosa, dijo de pronto viendo que el posadero al oir sus palabras ponía una cara más espantada que nunca, veo que hay gran concurrencia hoy en esta casa. El comedor de abajo está lleno como una colmena. Son todos electores socialistas, ¿no es verdad? ¡Corriente! Pero habiendo elegido por punto de reunión una posada que se titula el *Cordero,* dan á comprender que sus intenciones son pacíficas.

– ¡Ah, señor doctor, señor doctor!, gimoteó el Sr. Willmann cruzando las manos sobre el pecho. ¡Ah, señor doctor! ¡No me hable usted de esto! El año pasado hice renovar la sala, que es la más grande de la ciudad, con intención de que sirviera para reuniones inocentes, instructivas, edificantes; y ahora, por el contrario, he de ver cómo la utilizan los socialistas, los revolucionarios, los anarquistas... ¡Oh, qué horror!

– Pues si tanto horror le causan, ¿por qué los recibe?

– ¿Y cómo puedo negarme? Me arruinarían y quizás también me volarían el establecimiento, y á mí con él, con dinamita, exclamó Willmann estremeciéndose. Cuando vino Landsfeld á pedirme la sala, créame usted, no sólo no supe decirle que no, sino que además temblaba como la hoja en el árbol.

– Lo cual es muy lisonjero para el Sr. Landsfeld, observó el doctor bebiendo un gran trago de cerveza, mientras Willmann proseguía:

– Pero ¿cómo me presentaré delante de mis otros parroquianos? ¡Me lo harán pagar caro! Y... ¿qué dirá el Sr. Dernburg?

– ¿Qué quiere usted que le importe al Sr. Dernburg que los socialistas se reunan en el *Cordero de Oro* ó en cualquier otro sitio? Por otra parte, no puede usted perder como parroquiano al Sr. Dernburg, porque no creo que nunca se haya detenido en esta posada.

– Es cierto, señor doctor. ¿Cómo quiere usted que los señores de Odensberg vengan á mi pobre casa? Pero en cambio todos los señores empleados se detienen siempre aquí, y no quisiera perder mis relaciones, mi clientela, para... para...

– ¿Arruinarse por un partido? Lo comprendo. Es cuestión de negocios, tiene usted razón. Hoy hablará Runeck, ¿no es verdad? En la sala no habrá seguramente un sitio vacío y usted sacará un buen beneficio sin duda alguna.

—¿Beneficio? ¡Ni siquiera pienso en ello!, exclamó el Sr. Pancracio alzando los ojos y las manos al cielo. Pero tengo que considerar que los negocios, en la época que corremos, no van muy bien que digamos; es mi deber, pues al fin y al cabo soy padre de familia..., tengo seis hijos... Y los tiempos son difíciles...

—¡Vamos! Que hasta ahora los tiempos difíciles no le han hecho adelgazar... ¿Sabe que cuando alza usted los ojos al cielo se parece de un modo asombroso á su pobre primo, al hombre del desierto?... Ven, Dagoberto; en marcha, pues de lo contrario perderás el tren.

Y bebiendo el último sorbo de cerveza salió. El Sr. Pancracio le acompañó hasta la puerta, rogándole humildemente que dijera al Sr. Dernburg que él pertenecía al partido del orden; pero que como padre de familia y con los tiempos difíciles...

—Le diré que es usted víctima de su oficio, repuso el doctor interrumpiéndole. Y mientras tanto siga usted temblando y embolsándose los cuartos: la cerveza de usted es excelente; aquellos señores lo saben, y en gracia á su cerveza respetarán el *Cordero de Oro*, por mal que se presenten las cosas.

El posadero movió tristemente la cabeza, como para desaprobar que se tomase la cosa tan á la ligera, y abriendo la puerta á sus parroquianos, inclinóse profundamente y entró de nuevo en la casa.

La estación distaba cien pasos de la posada, y cuando llegaron á ella tío y sobrino, el tren estaba ya á punto.

El doctor puso una mano sobre el hombro de su sobrino diciéndole:

—Dagoberto, una cosa exijo de ti, y es que tengas en cuenta que vas á Berlín para estudiar, no para hacer el tonto como Runeck. Egberto fué siempre un buen muchacho hasta el día en que se fué á Berlín y se metió entre revolucionarios. Si hicieras una cosa semejante, te aseguro que...

—No, no, tío, apresuróse á decir Dagoberto, asustado por la cara tremenda del doctor. Te prometo que no iré con los revolucionarios.

Y diciendo esto, el joven rubio púsose la mano sobre el pecho para dar mayor fuerza á su promesa.

—¡Hum! Por otra parte, serías para ellos una adquisición bien poco valiosa; pero de todos modos, te he avisado, porque como tienes tanta disposición para cometer imbecilidades... Espero que aquella maldita poesía «A Leonia» será la primera y la última, y creo haberte dicho ya mi opinión sobre este particular. Y ahora, sube al vagón, que es hora de partir. ¡Adiós y buen viaje!

El doctor cerró la portezuela y se apartó un poco. El tren se movió, y la máquina, después de dar un resoplido, dejó oir el silbato y echó á andar, mientras Dagoberto respiraba con satisfacción, considerando segura en lo sucesivo la nueva poesía que llevaba escondida en el pecho, el nuevo desahogo poético que se proponía enviar desde Berlín á la dama de sus pensamientos, y en la cual le aseguraba que su amor subsistiría á pesar de la separación, de la distancia, del tiempo y del mundo despiadado.

El mundo despiadado, representado por el doctor, permaneció en el andén saludando al sobrino, que se alejaba, y luego se dirigió al despacho del jefe de estación para enterarse de si llevaba retraso el expreso de Berlín.

—No, señor doctor, le dijo el empleado, dentro de diez minutos estará aquí. ¿Espera usted á alguien?

—Al conde Víctor de Eckardstein.

—¿Regresa á Eckardstein el conde Víctor?, exclamó el jefe sorprendido. En la pasada primavera se dijo que había tenido algunos disgustos con su hermano y que no volvería más por aquí... ¿Está acaso peor el conde?

—Tan mal está, que ha sido preciso avisar al conde Víctor, único pariente íntimo.

—Es verdad, ellos dos son los únicos de la familia. ¿Quiere usted entrar en la sala de espera, señor doctor?



Entre aclamaciones y aplausos le arrastraron fuera de la estación

—No, gracias; siendo cosa de pocos minutos, prefiero esperar fuera.

Hagenbach no era el único que esperaba, pues al poco rato entró Landsfeld con un grupo de obreros que se situaron en el andén y comenzaron á hablar á gritos de las reuniones motivadas por las elecciones próximas. En tanto, el tren entró en la estación y se detuvo; iba lleno, y los viajeros, tratándose de una parada larga, se dispusieron á bajar.

Hagenbach pasaba revista de los vagones buscando al conde, cuando se encontró frente á frente de un viajero que descendía del tren en aquel momento: era Runeck. Ambos se quedaron sorprendidos y el joven iba á dirigirse al doctor; pero ya Landsfeld le había descubierto y se lanzó hacia el ingeniero, el cual se vió en seguida rodeado por la multitud de mineros que entre aclamaciones y aplausos le arrastraron fuera de la estación.

—El tribuno del pueblo navega en buenas aguas, murmuró el doctor. ¡Qué gran sorpresa para el señor Dernburg! ¿Y qué harán los de Odensberg? Allá veremos, dijo acercándose á Víctor, que bajaba del último vagón en compañía de un caballero de cierta edad.

—¿Ha ocurrido alguna novedad?, preguntóle Víctor yendo á su encuentro.

—No, señor conde, el estado del enfermo es siempre el mismo; pero cómo me encontraba en la estación, me he quedado para recibir á usted.

—El doctor Hagenbach, dijo el joven dirigiéndose á su compañero. Mi tío, el Sr. de Stetten.

Hagenbach saludó: conocía aquel nombre y sabía que aquel caballero anciano era hermano de la difunta condesa de Eckardstein. Stetten le tendió la mano.

—¿Es usted quien asiste á mi sobrino, señor doctor?

—Sí, Sr. de Stetten; fuí llamado en consulta por el médico de cabecera, que quiere compartir la responsabilidad.

—Hizo bien. Eran tan alarmantes las noticias que recibimos, que me he decidido á acompañar á Víctor. ¿Conque la cosa es grave?

—Una pulmonía siempre lo es, contestó el doctor evasivamente. Es cierto que quizás... la naturaleza robusta del enfermo. De todos modos, hemos creído que debíamos advertir al señor conde...

—Y por ello le doy las gracias, repuso Víctor en voz baja.

El joven estaba pálido y emocionado ante la idea de ver tal vez en el lecho de muerte á su hermano, de quien se había separado después de acerbas disputas. Este pensamiento le tenía tan trastornado que guardó silencio, dejando que fuera su tío quien hiciese las preguntas al doctor.

Fuera de la estación esperaba un coche de los Eckardstein; el doctor saludó á los dos recién llegados, prometiéndoles que al día siguiente muy temprano estaría en el castillo, y se encaminó luego directamente al *Cordero de Oro* para decir á su cochero que estuviese dispuesto para partir.

Al entrar en la hostería, el doctor se encontró de nuevo con Runeck, quien se había librado de los obreros, y solo con Landsfeld pedía al hostelero un cuarto retirado en donde poder hablar tranquilamente.

Egberto saludó á Hagenbach y dió un paso hacia él con ademán vacilante. Landsfeld subió la escalera, y cuando estuvo arriba gritó con voz áspera y acento más de mando que de invitación:

—¡Eh!, ¿qué hacemos?

Aquel tono desvaneció la vacilación del joven ingeniero, el cual sacudió la cabeza con gesto de desafío y se aproximó al doctor diciéndole:

—Dispense, doctor; una palabra..., ¿cómo están en Odensberg..., en casa de Dernburg?

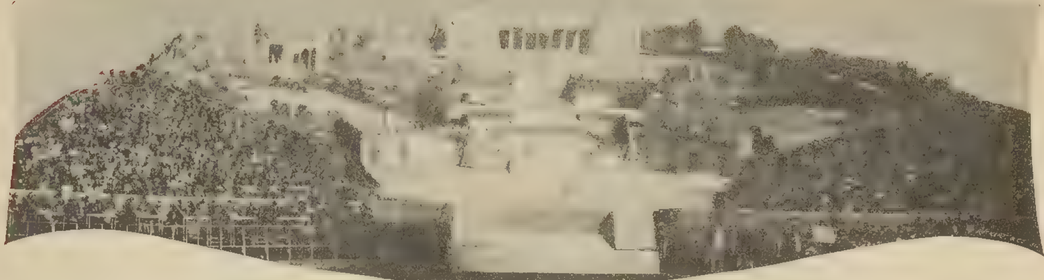
Hagenbach respondió fríamente á la pregunta:

—Están como se puede estar en una casa en donde la muerte ha entrado de una manera imprevista y cruel. ¿Está usted enterado de la muerte de Enrique Dernburg?

—Sí, contestó Egberto con voz profundamente conmovida. ¿Sufre mucho el Sr. Dernburg?

—Más de lo que quiere aparentar; pero tiene una naturaleza de hierro que resiste los golpes más tremendos, y por otra parte no le queda mucho tiempo que dedicar á su dolor. La situación de las cosas de Odensberg le ocupa más que de ordinario: usted debe saberlo mejor que yo, Sr. Runeck.

(Continuará.)



BEZIERS. – Representación del drama lírico «Parysatis.» – En el fondo se alza el palacio de Artajerjes. A derecha é izquierda el público en las gradas. La orquesta está situada á la derecha. Los coros se colocan en el centro del circo

EL DRAMA LÍRICO «PARYSATIS»

REPRESENTADO EN LAS ARENAS DE BEZIERS

Con excelente éxito se cantó hace poco el drama lírico *Parysatis,* letra de Mme. Dieulafoy y música del maestro Saint-Saens, en las Arenas de Beziers, en aquel grandioso escenario en donde se representaron en 1898 *Dejanire,* de Luis Gallet y Saint-Saens, y en 1900 y 1901 *Prometeo,* de Juan Lorrain, A. F. Herold y Gabriel Fauré.

Mme. Dieulafoy, que tanta celebridad se ha conquistado por sus expediciones y sus descubrimientos en Persia, desde 1881 á 1887, no es solamente una mujer erudita y una notable arqueóloga, sino que además es una excelente escritora que ha publicado varias celebradas novelas, históricas unas, de costumbres contemporáneas otras, y dado con gran éxito una porción de conferencias sobre el teatro clásico.

El drama lírico *Parysatis* está sacado de una de sus novelas, inspirada en un episodio de la historia de Persia. La acción se desarrolla en aquella Susiana cuyos secretos ha arrancado Mme. Dieulafoy y hace revivir ante los ojos de los espectadores á esos personajes históricos que se llaman Parysatis, Artajerjes, Ciro y Darío, cuyas pasiones constituyen la trama de la obra.

Dejemos ahora la palabra á madame Dieulafoy, quien al explicar los motivos que la indujeron á escribir el drama se expresa en los siguientes términos:

«Si la gestación fué larga, por lo menos terminó satisfactoriamente. Cuando hube ayudado á mi esposo á instalar en el Louvre las preciosas colecciones que habíamos sacado de los túmulos de Susa y cuando hube pagado á Persia mi deuda de gratitud, ¿iba á dejar de escribir? Había yo exhumado un palacio y un acrópolis; ¿sería imposible resucitar á sus habitantes? Por otra parte, no hubo en mí cálculo alguno; fué un deseo espontáneo, inconsciente.

»¡Cuántas veces en aquellas lejanas regiones mientras recorría las escarpadas pendientes de los túmulos y apartaba las malezas que sobre los sepulcros crecían para mejor ocultar el secreto que éstos encerraban, interrogando á los cimientos de las puertas y de las murallas fuí siguiendo con el pensamiento á la reina Parysatis! Por aquí pasó la madre de aquel Artajerjes cuyo palacio allí se levanta; delante de estos pórticos se congregaban á modo de serviles rebaños, sátrapas, generales, magos, los adoradores del Elegido de Dios; por esta puerta aparecían los embajadores que de la apartada Grecia y de toda el Asia acudían á rendir homenaje al Rey de los Reyes; encima de estas murallas estaban los Inmortales, centinelas vigilantes que, como el velador de Esquilo, interrogaban día y noche al horizonte.

»Y por la mañana cuando la aurora enviaba sus rosadas tintas á los ventisqueros de las montañas, y por la noche cuando las cumbres, inflamadas por los últimos rayos del sol poniente se dormían en el seno de la noche, llegada sin crepúsculo, pensaba que el mismo radiante espectáculo había sido el encanto de las miradas del Señor del mundo, como eran entonces el encanto de mis ojos. Existía entre nosotros un lazo, como un parentesco establecido por la naturaleza al través de los siglos. Y luego, por un espejismo de la imaginación, la llanura desierta y estéril, cubríase de plátanos y de palmeras, y veía yo reflorecer los jardines, alzarse de nuevo los ribazos de los canales y circular por éstos el agua fecundante que regaba los campos cubiertos con espléndidas cosechas.



Mme. Jane Dieulafoy en el salón de su casa de París

»Estas impresiones tan vivas y con tanta frecuencia renovadas grabáronse demasiado profundamente en mi espíritu para que con facilidad pudieran borrarse; así es que aun hoy en día conservo de ellas un recuerdo tan claro, que cuando pienso en Susa, más bien evoco el palacio en pie y en todo su esplendor, que pienso en las ruinas que de él han quedado.

»En cuanto tuve algunos ratos libres los consagré á Parysatis y escribí la novela de su vida, porque hacía tiempo que la terrible reina se había enseñoreado de mi pensamiento. No diré que esta obra carezca de defectos; pero es sincera, y algunas buenas cualidades debe tener cuando la Academia Francesa le ha otorgado un premio. En ella hacía revivir la corte de los grandes reyes en toda su magnificencia, en el apogeo de su esplendor, sin ocultar ninguna de las manchas de sangre que la deshonraban; á ella aporté todo cuanto había recogido en los autores griegos ú orientales, y en ella celebré algunos oficios de la antigua religión mazdea, tan pura, tan benéfica, á pesar de su extraño y desconcertador ritual. El público leyó con interés esa novela, y muchos críticos me escribieron diciéndome que encontraban en ella condiciones escénicas y que podría de ella sacarse un drama conmovedor: mi antiguo y querido amigo Luis Gallet, á cuya memoria me complazco en tributar un homenaje, insistió mucho al darme este consejo.

»*Parysatis* representaba el período aqueménida en el siglo v antes de nuestra era y correspondía á los tiempos prósperos en que fué construído el palacio cuyas ruinas hemos descubierto. Para llegar hasta él hubimos de atravesar algunas capas contemporáneas de los grandes reyes Sassanidas, los Cosroes y los Chapur, que llevaron el terror á Roma é hicieron prisionero á uno de sus emperadores. La inspiración siguió las excavaciones en orden inverso, es decir, después de haber descendido con *Parysatis* al punto más profundo adonde llegaron nuestros picos, remontóse á la superficie, cuando escribí *Rosa de Hatra,* otra novela histórica que apareció por vez primera en el *Temps.* Por último, los griegos, que se habían mezclado á menudo con los persas, lo mismo en las luchas de la guerra que en las alegrías de la paz, hablaron á su vez, y con voz tan imperiosa, que se hicieron escuchar; entonces escribí *El Oráculo.*

»*Rosa de Hatra,* á pesar de su título, es una obra sombría; *El Oráculo* se desarrolla bajo el hermoso cielo de la Hélade, junto á las olas de blancas espumas que engendraron á la madre de Eros. También me dijeron que estas dos obras se distinguían por sus cualidades dramáticas. Acabé por dar crédito á mis consejeros, y fijándome en *Parysatis,* corté, suprimí personajes episódicos y no conservé de la novela más que las escenas movidas por la pasión y los combates en que entraban en lucha el deseo y el amor.

»El drama estaba hecho; era, pues, cuestión de hacerle representar. Pero el hombre propone y Dios

dispone; sin duda la hermosa reina de Persia se mezcló en el asunto, y después de haber sido árbitra del mundo antiguo y de haber gobernado el Asia, quiso salir del olvido en que los siglos la sepultaran.»

Después de describir la hondísima impresión que le causaron las representaciones de *Dejanire* y de *Prometeo* en las Arenas de Beziers, añade:

«La noche de la última representación, díjome Saint-Saens: «Habéis comprendido perfectamente el carácter de nuestras representaciones. ¿Tenéis algún asunto persa que pueda representarse en las Arenas? M. Castelbon lo aceptaría. Escribid una tragedia ó un drama y yo compondré la música.» La proposición me deslumbró, y excuso decir si la acepté gustosa.

»Vacilé entre *Parysatis* y *Rosa de Hatra*, y al fin la reina venció á la princesa. Cogí entonces mi drama, y sin introducir en él grandes modificaciones, me limité á desarrollar las situaciones musicales; por esto el primer acto comprende, además de los coros y de la música de escena, una marcha fúnebre y una entrada triunfal; el segundo, un lamento amoroso, un baile, un regreso de una cacería y un himno á la diosa Anaíta; y el tercero, la llegada de una embajada, la proclamación de Darío como príncipe hereditario y un final grandioso.



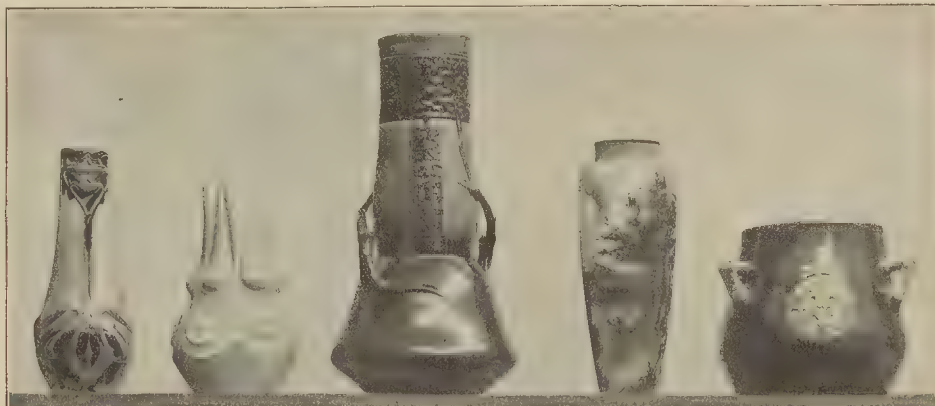
Los esposos Dieulafoy en su despacho de París

»Si en el conjunto de la obra me esforcé por acercarme á la forma griega, débese esto á que las Arenas ofrecen grandes analogías con el teatro antiguo.

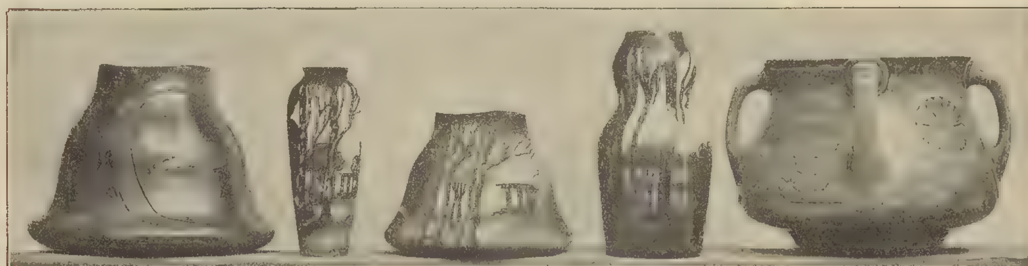
»En octubre de 1901 aseguróme Saint-Saens que mi obra le convenía, y poco tiempo después partió para El Cairo. Allí, perdido en la muchedumbre que de todos los países de Oriente acude, sintió la influencia dominadora del medio ambiente, escuchó los cantos populares transmitidos de generación en generación y oyó tocar los primitivos instrumentos de música á cuyo son se agitan los derviches y danzan las almeas, y su oído, tan delicado, ha recogido extraños y encantadores ritmos que dan á la partitura una originalidad sorprendente.

»Parysatis está satisfechísima de su músico; ella misma me lo ha dicho. ¿Tiene motivos para estarlo también de la que le ha servido de guía en el mundo moderno? Pregunta es esta que no me toca contestar.»

Los aplausos del público y de la crítica han contestado elocuentemente por Mme. Dieulafoy. – X.



JARROS DE MAYÓLICA DE LA FÁBRICA VILLEROY Y BOCH, DE SCHRAMBERG



JARROS DE MAYÓLICA DE LA FÁBRICA VILLEROY Y BOCH, DE DRESDE

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 27 de octubre de 1902 — Núm. 1.087

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DOS BUENOS AMIGOS, cuadro de Francisco Schommer

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

Mensajes presidenciales. – *Méjico:* confirmación de sus progresos: Méjico y los Estados Unidos ante el tribunal de La Haya: la Iglesia Católica de la Alta California y sus reclamaciones. – *Perú:* cuestión con Chile. – *Bolivia:* el Acre y el contrato con el Sindicato anglo-americano: actitud del Brasil: modificaciones en la concesión. – La revolución en el Acre: su carácter: expediciones de aventureros. – Consideración sobre las condiciones en que habrá de operar el Sindicato.

El informe leído por el presidente de la República Mejicana al abrirse el primer período de sesiones del XXI Congreso de la Unión, el 16 de septiembre último, da perfecta idea de los progresos realizados en ese país, de «los continuos adelantos que se observan en los diversos ramos de la administración pública, adelantos logrados no solamente por los esfuerzos del Ejecutivo, siempre deseoso de corresponder á la confianza del pueblo, sino muy principalmente por el movimiento general y progresivo con que la nación señala los beneficios de la paz y del trabajo.»

Obras de saneamiento y estudios y servicios especiales para evitar la propagación de epidemias; reformas en las escuelas con arreglo á los mejores modelos pedagógicos; adquisición de costosas maquinarias para atender con el mayor empeño á la enseñanza industrial; entrega á la propiedad particular y al cultivo de miles y miles de hectáreas de terreno nacional; desarrollo extraordinario de la minería; aprovechamiento de agua para riegos y para fuerza motriz; construcción de puertos, ferrocarriles, puentes y líneas telegráficas; aumentos en la recaudación fiscal; establecimiento de nuevas instituciones de crédito; refuerzo y renovación en los armamentos de tierra y mar; todo esto se viene haciendo ó logrando en Méjico año tras año; y de todo ello se habla en el Mensaje presidencial, conciso documento que puede, ciertamente, estimarse como testimonio de la perseverante y patriótica labor y del sentido práctico de los hombres de Estado que rigen el gobierno de aquella República.

En la parte ó capítulo que trata de las relaciones internacionales, se consigna un hecho que merece consideración especial.

Por mutuo consentimiento acaba de someterse al tribunal permanente de Arbitraje instituído en La Haya el primer caso internacional contencioso, siendo las partes contendientes Méjico y los Estados Unidos de América. Proviene este caso de una reclamación entablada por la Iglesia Católica de la Alta California contra Méjico y sostenida por el gobierno de los Estados Unidos, demandando el pago de ciertos intereses de un fondo que, en la época colonial, fué instituído para las misiones en aquella antigua parte del territorio mejicano.

Primitivamente este fondo fué confiado á los jesuítas para sus misiones en las Californias; mas en virtud de la real orden que los expulsó de los dominios españoles, los bienes que lo constituían pasaron á la Corona de España, la que encomendó su administración á una comisión real, en cuya guarda se encontraban cuando se consumó la independencia de Méjico.

El gobierno mejicano fué desde entonces el administrador de aquel fondo, cuyos productos se invertían en la reducción de los indios bárbaros y su conversión al cristianismo.

Segregada la Alta California, en 1848, de la Federación Mejicana, y apoyado principalmente en el artículo 14 del tratado de paz con los Estados Unidos que declaró fenecidos y cancelados todos los créditos y reclamaciones que pudieran alegar los ciudadanos de los Estados Unidos contra Méjico, el gobierno mejicano se consideró libre de todo compromiso con los representantes de la Iglesia de California, quienes, si con algún derecho se creían para reclamar, debieron hacerlo al gobierno á cuya soberanía había pasado la Alta California con todos los derechos y obligaciones anexos.

La referida Iglesia recurrió, no obstante, á la comisión mixta de reclamaciones establecida en Wáshington, pidiendo el pago de réditos vencidos hasta la fecha. No hubo acuerdo entre los comisionados, y se sometió el caso á un árbitro ó tercero en discordia, que condenó á Méjico al pago de cierta suma. El gobierno mejicano cumplió la sentencia.

Después pidió la Iglesia que la República siguiera pagando los réditos posteriores. Cambiáronse notas entre el representante de los Estados Unidos y el secretario de Relaciones exteriores del gobierno de Méjico, y como no hubo acuerdo, se convino en someter el caso á la decisión del tribunal de La Haya. Ambos gobiernos nombraron sus respectivos árbitros, que se reunieron en la citada ciudad y eligieron el superárbitro que debía fallar en caso de desacuerdo.

El tribunal ha dictado, en 14 del corriente octubre, su sentencia admitiendo la deuda, pero no su pago en oro, aunque Méjico negaba aquélla, alegando que no debía nada á una asociación religiosa extranjera, que ni siquiera tenía existencia legal en la época de que hacía datar la deuda. Por lo tanto, Méjico tendrá que entregar á los Estados Unidos 1.420.683 dólars en moneda mejicana.

El tribunal de arbitraje ha dispuesto además que la parte condenada tendrá que pagar indefinidamente una anualidad de 43.051 dólars á la Iglesia de la Alta California.

Ante las respectivas Cámaras habían expuesto anteriormente los presidentes del Perú y de Bolivia la situación del país y los actos, propósitos y aspiraciones de sus gobiernos.

Respecto á relaciones internacionales, el del Perú declara que la cuestión pendiente con Chile ocupó constantemente su atención, sobre todo en cuanto concierne al porvenir de Tacna y Arica. Chile había rechazado todas las proposiciones, incluso la de arbitraje. Y el Perú continúa esperando á que Chile tenga á bien proponer bases para reanudar las negociaciones, y está siempre dispuesto á tratar y discutir con la mejor voluntad para establecer inteligencia amistosa y llegar á una solución justa y conforme con el tratado de Ancón.

Consignábase también en el mensaje presidencial la protesta del Perú contra la concesión acordada por Bolivia á favor de un Sindicato extranjero, puesto que dicha concesión comprendía territorios sobre los cuales alega derecho la República peruana.

A esta cuestión, es decir, al asunto del Acre, referíase pocos días después en su mensaje el presidente de Bolivia.

El contrato que el gobierno pactó con el Sindicato anglo-americano del Acre (1) para la administración fiscal de ese territorio, provocó resistencia por parte del Brasil, que insinuó á Bolivia la conveniencia de rescindirlo. Aquella República no dió á conocer, según el general Pando, las razones perentorias y concretas que podían justificar la rescisión del contrato y la anulación del acuerdo relativo al tránsito del comercio boliviano por los afluentes del Amazonas; sólo alegó peligros que no exponía con claridad, y se opuso por medios indirectos á la ejecución del contrato.

El gobierno boliviano insiste en que ha procedido correctamente, y declara que su principal objetivo ha sido asegurar la organización de una sociedad anónima capaz de tomar á su cargo el desarrollo de aquellas regiones desiertas y mortíferas, y establecer en ellas una administración regular y justa para los colonos, sin participaciones de ningún gobierno extranjero, como falsamente se ha dicho, ni con el objeto preconcebido de fundar en el corazón del Amazonas, en el centro de la América meridional, una compañía norteamericana, es decir, extranjera.

Así se expresaba el presidente de Bolivia. Y tratamos el asunto con algún detenimiento, porque al presente la cuestión se complica y acaso pudiera dar origen á una de las páginas más interesantes de la historia contemporánea en la América del Sur.

En efecto, las últimas noticias revelan gravedad en la situación del Acre.

El Brasil había denunciado el tratado de navegación con Bolivia, y como los ríos del Acre son afluentes del Amazonas, ese territorio podía quedar sin comunicaciones y á merced del Brasil.

Díjose luego que esta última república estaba dispuesta á aceptar el contrato de arrendamiento á condición de que se modificaran ciertas cláusulas, y que Bolivia, para satisfacer al Brasil, se reservaba la inspección y la administración fiscal, y habría de nombrar dos interventores, uno civil y otro militar, de tal suerte que no pudiera nunca la compañía considerarse como soberana de un país que seguía siendo boliviano. La tal compañía, pues, no sería más que una sociedad de colonización y explotación que funcionase bajo la soberana inspección ó vigilancia de las autoridades de Bolivia.

En este sentido, como hemos visto, se expresaba ya en su mensaje el presidente Pando.

Parece, sin embargo, que en el Brasil y en el mismo territorio del Acre no se acepta ni esta solución, y surge ahora un movimiento revolucionario acaudillado por Gálvez, aventurero español *brasileñizado*, que fué presidente ó jefe de la efímera república del Acre y á quien muchos atribuyen la improvisación de ésta. Es jefe del partido brasileño del Acre y á sus órdenes peleó Carbalho, que después sostuvo la resistencia contra Bolivia.

¿Se trata de nueva tentativa para crear el Estado independiente del Acre, ó se aspira á incorporar este país al Brasil? Manaos, capital del Estado brasileño de Amazonas, es la población que más relaciones tiene con los Acrenses, y protesta resueltamente contra el propósito de entregar á una compañía la explotación de los gomeros. Se sospecha, pues, que la revolución se ha preparado en dicha ciudad, ó que, por lo menos, los manaenses ayudan á ella con todas sus fuerzas.

Por otra parte, los informes oficiales niegan la participación de aquéllos en el movimiento contra Bolivia, y el concurso que se disponen á prestarle gentes extrañas al Brasil indica que se trata de otro esfuerzo para constituir una nueva república.

De la Argentina principalmente han salido muchos aventureros que van á tomar parte en la contienda. Son hombres – nos dice un diario bonaerense – decididos á todo: predominan las caras que exteriorizan el hambre y la desesperación. Otros van por deporte, ávidos de emociones. «Gente *cruda* que expone el *cuero* con mucho gusto.» Los hay también instruídos, hombres de estudio y de carrera que han luchado por la vida con desgracia hasta ahora; acaso alguno sueñe con una cartera ministerial en el Estado del Acre.

Sea lo que fuere, lo cierto es que la agitación ahora reproducida ha de retrasar el aprovechamiento de las grandes riquezas naturales que atesora esa disputada comarca. Desde los puntos de vista agrícola, industrial y mercantil, la acción de la compañía, soberana ó no, habría de ser, seguramente, la más beneficiosa.

Los que se oponen á la concesión de soberanía ó de privilegios que en cierto modo equivalgan á ella, aducen como ejemplo ó antecedente con que pretenden justificar sus temores, el caso de la famosa *Chartered* del Africa Austral, y suponen que algo análogo á lo que allí ha sucedido podría acontecer en América.

Pero hay gran disparidad de condiciones geográficas, que son las capitales para determinar el rumbo y porvenir de pueblos y razas. En Africa, Inglaterra y la *Chartered* rodeaban, envolvían á los Estados del Orange y Transvaal. En América, la Bolivia, el Perú y el Brasil envolverán por todas partes el territorio del Sindicato anglo-americano. Allí, las condiciones estratégicas y comerciales, derivadas de las geográficas, favorecían á ingleses y á negociantes de la compañía inglesa (y aun así no han logrado imponerse y han sufrido enormes pérdidas bajo el aspecto económico); aquí, en América, podrá el Sindicato tener todos los privilegios que quiera y pida, y escritos quedarán en la concesión; pero de hecho estará siempre á merced de los vecinos, por cuyo territorio tendrá que salir al mar. El éxito de la compañía y los beneficios de sus accionistas dependerán de la buena voluntad de los gobiernos entre cuyos dominios se halla enclavado el de aquélla.

¿Que estas mismas circunstancias constituyen el peligro, porque pudieran en un día servir de pretexto á ingleses ó yanquis para tomar territorio á las Repúblicas americanas? ¡Arriesgada sería la empresa!

R. BELTRÁN RÓZPIDE.

(1) Véase la *Revista hispano-americana* inserta en el número 1.071 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA del 7 de julio de 1902.

EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA CONTEMPORÁNEA,

ORGANIZADA EN EL SALÓN «CASTILLO» DE BUENOS AIRES POR EL LAUREADO ARTISTA JOSÉ PINELO

No era desconocido en Buenos Aires el pintor gaditano D. José Pinelo. El año último hizo un viaje á esta metrópoli, trayendo algunos lienzos acompañados de otros de artistas compañeros, obras que en



El laureado artista JOSÉ PINELO

buena parte se colocaron en las mejores condiciones.

Viaje fué aquel que el Sr. Pinelo no tomó como de negocio, pero sí de estudio, y de estudio concienzudo del mercado y de los gustos que privaban entre la gente adinerada, más ó menos afecta al arte pictórico, ó simplemente compradora de cuadros. Pronto se dió cuenta de que el mercado argentino está todavía en gestación, pero que empieza á despertarse el buen gusto, gracias á los esfuerzos titánicos de algunos artistas residentes en el país y de las exposiciones periódicas que de unos años á esta parte ha organizado con tanta constancia como competencia nuestro paisano D. José Artal, secundado por otros particulares, nacionales y extranjeros, que unos tras otros han depositado su grano de arena para elevar un monumento á las artes plásticas, complemento indispensable á todo centro de riqueza, cultura y bienestar.

Hemos de confesar que, en tiempo relativamente corto, el adelanto intelectual ha sido muy grande; y mayor hubiera sido el progreso en gustos artísticos si, á consecuencia de despilfarros y locuras pasadas, no estuviéramos sumidos en una agobiadora crisis económica, que á lo caro de la vida une la escasez de trabajo, poca confianza en el porvenir por razones políticas y el malestar lógico que sigue á continuadas pérdidas de cosechas; pero á pesar de tantas calamidades pasadas y de las que están amenazando, ha crecido el amor á las bellas artes, aumentando el buen gusto y los conocimientos para juzgar del mérito de las obras, resultado que ha dado gran preponderancia á la pintura española en el naciente mercado argentino.

Con clara visión dióse cuenta el Sr. Pinelo de las buenas cualidades ya conquistadas por el público porteño; y despreciando temores y preocupaciones emprendió su segundo viaje con un bien surtido y hermoso bagaje artístico.

Perplejos nos encontramos al decir que la exposición abierta en el salón «Castillo» es de pintura española, con serlo de verdad y muy soberanamente, porque entendemos que para merecer semejante nombre los artistas debieran pertenecer, en cierta proporcionalidad, á todas las regiones de España. El que le cuadraría sería de «escuela sevillana.»

Viéndola y estudiándola con detención, se deleita el espíritu con los tesoros naturales de aquella privilegiada tierra, de ambiente tan superiormente sugestivo, trabando conocimiento con la pléyade de notables artistas andaluces que cultivan el sublime arte de la pintura con tal encanto y discreción, que sin salirse del terruño, sin querer olvidar cuanto ha impresionado su retina durante los deliciosos años de la infancia y mocedades, lo trasladan al lienzo con toda la virtualidad del sentimiento, con toda la poesía del alma, con todo el amor de los recuerdos, combinando colores en gama misteriosa y pasándolos al lienzo para hacer vivir tipos, usos y costumbres, y hacer suyas las bellezas de la naturaleza en cármenes llenos de flores, en paisajes pletóricos de luz, en panoramas de inconmensurable inmensidad, en rincones llenos de misterioso encanto: todo con calor, con vida, con movimiento, pero todo de la tierra, de la tierra propia, de la clásica tierra andaluza. Por esto la Exposición que nos ocupa tiene en su misma variedad de asuntos cierta uniformidad de procedimientos; y se equivocarían cuantos creyeran que queda dañada por tales semejanzas. Nada de eso.

Los asuntos son agradables, simpáticos, atrayentes, y en su elección ha presidido una mano maestra; aunque creemos que, conociendo el saber y gusto del organizador artista, y artista de larga historia, sus compañeros le remitieron lo que realmente valía de sus respectivos estudios ó talleres.

Por las afirmaciones hechas podrían creer los lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, que en la exposición sólo figuran pintores andaluces. No, en absoluto. Pero sí que de los 46 expositores que figuran en el catálogo hay 32 que lo son con 122 obras; en contra de cinco valencianos con 10 cuadros, cuatro castellanos con 15, dos catalanes con 20, un aragonés con 2, un extremeño con 6 y un murciano con uno. De fijo que no será culpa del Sr. Pinelo si las otras regiones no han estado con mayor abundancia representadas; sobre todo, las de Levante. La apatía en unos, la indiferencia en otros y la desconfianza en muchos, habrá hecho que bastantes firmas queden desconocidas en un punto donde serían bien apreciadas, siempre que mandaran trabajos hechos con temperamento artístico, sin necesidad para ello de salirse de las cosas de la tierra.



EXPOSICIÓN PINELO. – NIÑOS DE CORO DE LA CATEDRAL DE SEVILLA, cuadro de Gonzalo Bilbao

De nuestros apuntes poco diremos, porque la tarea sería larguísima. A la ligera pasaremos ante las maravillas del pincel reunidas por el Sr. Pinelo y colocadas, sin marcos, en alturas proporcionadas, como para convencer de su mérito real y verdadero.

Uno de los primeros cuadros que al entrar llaman la atención es de Agrasot: *La trilla en Aragón*, con mucha luz y preciosos detalles de dibujo y colorido. Del propio autor son otros tres lienzos que acreditan bien el experto pincel que los ha trazado: unas floristas valencianas uno; y los otros, asuntos aragoneses.

De Ferrant es una preciosa acuarelita, única de ese autor, que nos impresionó grandemente tan pronto la vimos, juzgándola de valor: *Un tipo de gitana*, llena de lozanía, de expresión y de rasgos trazados



EXPOSICIÓN PINELO. – FIESTA ONOMÁSTICA, cuadro de José Jiménez Aranda

valientemente, con seguridad y conocimiento de causa, resultando cabeza y busto magistrales.

Nuestro paisano Sr. Brugada tiene tres óleos y una acuarela: asuntos granadinos, sobresaliendo *En la venta* y *Una calle de Granada*. Y ya que de pintores catalanes hablamos, diremos que el Sr. Llaverías, además de dos óleos notables, *Un pastorcillo* y *Desembarque*, tiene catorce acuarelas de asuntos marítimos, seguramente tomados del natural en el puerto de Barcelona y alrededores. Como son de muy buena factura y bien ejecutadas, le felicitamos por ello.

Del aragonés Sr. Pradilla es un lienzo de escasas dimensiones, muy significativo: *La carga de la vida*, que, si no nos equivocamos, fué el primero que ostentó el cartelito «vendido.» Del mismo autor es la tablita *Regreso á la aldea*. Ambos son crepúsculos de la campiña romana.

El requiebro del estudiante es una tela muy simpática de Sala, bien entonada de color y con mucha expresión truhanesca en el mozo. Tiene este pintor otras dos: *Las hijas del cortijero* y *Cogiendo amapolas*, que hacen honor á la firma.

Garnelo sólo tiene un cuadro de regulares dimensiones. *Gratos recuerdos* lo titula: una elegante señora, en traje de reunión, mirando complacida sus muñecas de la infancia. En este lienzo, en el que todo es agradable y simpático, falta algo de vida, efecto, sin duda, de la suavidad de los tonos.

Muñoz Degrain sólo tiene un boceto de su celebrado cuadro *Otelo y Desdémona*, que figura en el museo de Lisboa.

Como *clou* está el ya muy conocido cuadro de García Ramos *¡Hermanos, sálvese el que pueda!*, tan justamente admirado y celebrado. Del mismo señor son unos paisajes de la sierra de Córdoba, y *Una sevillana* y *El preferido de la casa*, todo muy digno de la fama de su autor.

Los Jiménez Aranda están superiormente representados. D. José tiene *La esclava en venta*, un estudio de desnudo, admirable por la entonación de las carnes y la posición de la modelo. El pintor quiso vencer dificultades y lo consiguió. Pero para nuestros gustos encontramos muy superior en mérito la tabla *Fiesta onomástica*, que al asunto encantador une una riqueza de detalles, un vigor y un colorido propios de un gran maestro. D. Luis tiene dos tablas, sobresaliendo *Un mercado en Pontoise*. D. Manuel, una: *La granja*.

El gaditano Sr. Jiménez Martín, entre lienzos, tablas y acuarelas, está representado por trece cuadritos; y ese apreciable artista buscó su inspiración en las costas, siempre verdes, de la pintoresca Galicia. Sus paisajes y marinas tan primorosas han sido compradas, buena parte de ellas, por un acaudalado hijo de Pontevedra.

En cambio, otro gaditano, el Sr. Ruiz Luna, con su lienzo *Tertulia á bordo*, de mucho mérito, y sus pasteles representando escenas marítimas, inspiróse en la propia bahía de Cádiz.

De Gonzalo Bilbao son cuatro preciosos lienzos de asuntos sevillanos, resultando superiores *Patio de una casa de gitanos* y *Niños de coro de la catedral*, especialmente el último por la verdad de expresión de los monaguillos cantores.

El organizador del certamen, D. José Pinelo, se quedó parco. Trajo poco de lo suyo. Tres tipos de mujeres sevillanas, un hermoso paisaje de Alcalá que titula *De careo* y cinco paisajes de Guadalcanal. Se conoce bien que en aquel rincón tiene el Sr. Pinelo todas sus afecciones y muchos recuerdos. ¡Con qué amor están hechos! Por eso resultan tan atrayentes, sobre todo *Arroyo de la Cava*.

De Alpériz hay un solo cuadrito de mucha delicadeza en el dibujo. Lo titula *En el Museo Arqueológico*, y también fué de los primeros en ser vendidos.



Exposición Pinelo. – En el Museo Arqueológico, cuadro de Nicolás Alpériz

Villegas (D. José) tiene dos lienzos: *Mi modelo* y *Una sevillana*. El segundo nos gusta más por el gracejo y por el colorido.

No queremos terminar esta mal pergeñada reseña sin hacer mención de la bonita tabla *En marcha*, del Sr. Parladé, paisaje ameno, con sol, con alegría y con una entonación sobria que recuerda algo de nuestra tierra. Son de dicho señor también otros tres de asuntos sevillanos.

Para terminar, diremos que el Sr. García Rodríguez remitió cuatro cuadritos primorosísimos; dos óleos y dos *gouaches*, sobresaliendo, por su factura y ambiente, el que lleva por título *Conducción de un preso*.

Figuran además obras apreciabilísimas de Alcázar, Arizmendi, García Mencía, Cortés, Castro, Cáceres, González Santos, Gallango, Hidalgo, López Cabrera, López García. Megías tiene cinco preciosas acuarelas de diferentes tipos bien estudiados y un lienzo, *El primer desnudo*. Hay obras notables de Mellado, Pinazo, Pedraza, Zuloaga, Villalobos, Turina, Tirado, Rosa, Roma, Rico y Ramírez. Este último tiene en la exposición cuatro lienzos, entre los que sobresale *Niños vendimiando*.

Francisco Ramos es el artista que está mejor representado por la cantidad, buena calidad y variedad. Tiene veintiséis cuadros entre acuarelas y óleos. Todo de Granada, Córdoba y Sevilla, destacándose entre tanto bueno *El cántaro roto*, *En la fuente*, *Un rincón de Granada* y otros.

El arte español en general, y en particular la escuela sevillana, están de enhorabuena con la aceptación franca y entusiasta que tienen sus obras en la populosa Buenos Aires.

Justo Solsona.

Buenos Aires, septiembre 1902.

EL DESENFADADOR

Desde su excelso trono, que es la cúspide de la pirámide universal, Dios cogió un enorme lente y miró al mundo. Vió que la mayor parte de los hombres estaban enfadados con él y descontentos de su suerte, que á excepción de unos pocos que por hipocresía ó extremada sencillez bendecían su santo nombre, los demás no cesaban de vomitar maldiciones y blasfemias, y aun le amenazaban con el puño. Entonces llamó á un ángel de su confianza y le habló de esta manera:

– Los hombres se consideran desgraciados y están que trinan contra mí. Van á tomarme por un monstruo, cuando soy la suma bondad y la única justicia, cosa que á mi divina reputación no es conveniente. Revístete, pues, de omnímodas facultades, baja al mundo, averigua las causas del enfado de los hombres y desenfádales á todos.

– Mas ¿cómo conseguir?..

– Pregunta á cada cual lo que desea y dáselo.

– ¿Y si piden gollerías?

– Dáselas también; no quiero que por mí les falte cosa alguna.

El ángel hizo acatamiento al Criador y emprendió su raudo vuelo.

Al aproximarse á la tierra, reflexionó que si se presentaba á los hombres con todo el esplendor de su espiritual belleza, éstos quedarían deslumbrados y con dificultad acertarían á pedir lo que á su dicha juzgasen conveniente. Entonces se vistió á la europea, calóse un lustroso sombrero de copa, plegó y embutió, porque arreciaba el frío, sus fuertes alas en rico gabán de pieles, de suerte que parecía un gran señor, y resueltamente afirmó en el planeta su ligera planta.

Pero á los pocos pasos volvió á reflexionar que al verle en tal traje y compostura, al oir sus preguntas y ofrecimientos, quizás le tomasen por un intrigante ó por un candidato á la diputación á Cortes; en vista de lo cual, determinó hacerse invisible y recorrer el mundo palmo á palmo, único modo de sorprender, sin mácula ni engaño, las aspiraciones y deseos de los hombres.



Exposición Pinelo. – Tertulia á bordo, cuadro de Justo Ruiz Luna



Calle de una aldea de Aragón, cuadro de Joaquín Agrasot



Tipo de gitana, cuadro de Luis Ferrant



Gratos recuerdos, cuadro de José Garnelo



Conducción de un preso, cuadro de Manuel García Rodríguez



De careo, cuadro de José Pinelo



Un mercado en Pontoise, cuadro de Luis Jiménez

BUENOS AIRES. – Exposición de pintura española contemporánea, organizada en el Salón «Castillo» por el artista José Pinelo

Así pudo el ángel enterarse de que no existía un solo mortal que se conformara con su suerte: el enclenque y diminuto quería ser robusto y alto; el enfermo, naturalmente, anhelaba la salud; el pobre, la riqueza; el rico ardía en sed de mando; el potentado, no bastándole su propio dominio, codiciaba el ajeno; el soltero luchaba por casarse y el casado echaba de menos su perdida soltería; el niño deseaba llegar á hombre, el hombre recordaba con amargo placer las dichas de su infancia; las mujeres sentían no tener pantalones y los pantalones envidiaban á las faldas. Sólo el malo no quería ser bueno, aunque pugnaba por alcanzar, sin comprenderlas, las satisfacciones de que goza éste; sólo al tonto no apenaba la falta de talento, mas era por creer que ya lo tenía, y rabiaba juzgándose postergado.

El bueno del ángel, sin ser visto y en el uso de sus omnímodas facultades, fué remediando estas y otras muchas deficiencias de la dicha humana, ofreciendo á cada cual, con mano pródiga, cuanto solicitaba su deseo, hasta dejar el mundo convertido en una inmensa balsa de aceite, y volvió al cielo á dar cuenta á Dios de su misión.

– Está bien, dijo el Criador; vete á descansar.

Y él en persona descansó también, satisfecho de haber labrado la felicidad de sus criaturas.

Al cabo de algún tiempo, deseoso de gozarse en su obra, volvió á coger el lente. Miró al mundo, frunció el ceño y el descontento comenzó á pintarse en sus facciones. Acababa de ver que los mortales, lejos de hallarse satisfechos, seguían tan enfadados como antes. El ayer enclenque y diminuto, no contento hoy con ser buen mozo, ambicionaba honores; el enfermo de antes, poco satisfecho ahora de verse sano, codiciaba la riqueza ajena; el rico envidiaba al potentado; el potentado, teniendo en poco su poder, soñaba con ceñirse la corona universal; el soltero, que se había casado, anhelaba enviudar; el viudo bebía los vientos tras una segunda esposa; el médico se metía á literato, el literato á rentista ó mercader, y así sucesivamente, descontentos todos, pugnaba cada cual por salirse de su esfera y cambiar de posición, y como no lo consiguiesen en el acto, era cada vez más espantoso el coro de maldiciones y blasfemias, más agresivas las amenazas y mayor el descontento de los hombres.

En vista de todo ello, Dios volvió la espalda al mundo, se encogió de hombros y dijo para su divino sayo:

– El hombre es descontentadizo por demás. Con su pan se lo coma y ¡ruede la bola!

Desde entonces el mundo sigue descompuesto y es probado que no tiene compostura.

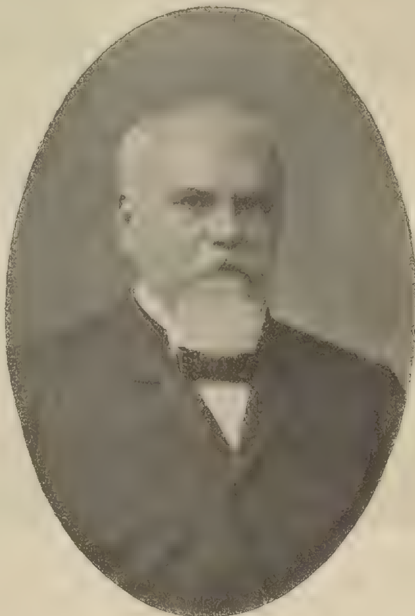
JUAN TOMÁS SALVANY.

GENTES Y COSAS DE MÉJICO

JUSTO SIERRA

Grande, enorme, con algo de la vieja raza sacerdotal de los mayas y mucho de la prole castellana en la poderosa cabeza; expresión que fluctúa entre la de un caudillo de esos que construyeron los asombrosos palacios y fortalezas del Yucatán arcaico y la de un viejo general español; mucho de esfinge en el rostro; los ojos pequeños de mirada fija y como interrogadora, radiando bajo la firme ceja, sobre el saliente pómulo; imponente, esquivo y seco, al parecer; ingenuo, dulce, noble y amoroso en realidad, tal es Justo Sierra. – Pluguiérame haber escrito con antelación este artículo, cuando el hoy personaje era sólo *el maestro* venerado y querido; porque ahora el miedo á la lisonja sofrenará mi pluma, y ayer el justo elogio habríala dejado libre y ágil para decirlo todo. Negarle, empero, un lugar y de los primeros en esta serie, más sería injusticia, y palmaria, que prudente recelo de una falsa interpretación de lo que escriba. Tan malo sería, en efecto, escatimar la loa á un hombre de valer porque es ya un fuerte, como loar sin reserva porque es fuerte á un hombre de parco mérito; tanto más, cuanto que es mi propósito ocuparme en mis artículos de todo aquel que en mi concepto lo merezca, sin parar mientes en su posición social y política. Y esto dicho, y como á manera del signo de la crúz, trazando aquí aquello que el rey Eduardo III dijo al crear la orden de la Jarretiera: *Honni soit qui mal y pense,* continúo mi silueta.

En Justo Sierra hay como unidas y amalgamadas muchas personalidades, muchas aptitudes y muchas tendencias, y sin duda ninguno ha cumplido mejor que él el precepto artístico al cual Gabrielle D'Anunzio ha dado reciente celebridad: *Renovarse ó morir.* La ductilidad de su cerebro es pasmosa: si ayer comió el pan y bebió el vino con los *hugueanos* que en estas tierras bañaron sus espíritus en el reflejo divino de ese sol francés que iluminó el orbe, hoy conoce todos los matices de esa musa refinada, aristocrática, exquisita, de un suave tono de neomisticismo, que hace sonar las liras modernas; si ayer glosó con amable aticismo el *Incipe Menalios mecum mea tibia verens* de Virgilio, más tarde pudo y supo verter de sus ánforas líricas la inquieta y aguda melancolía de la leyenda de «Calasans.» Si ayer escribió los *Cuentos románticos,* escribió más tarde *En tierra yankee,* y fué en aquéllos vigoroso, sentimental y elocuente, y fué en este último libro observador perspicaz y erudito. Y es aquel libro modelo de narraciones románticas, y es este libro modelo de crónicas de viaje.



Ldo. D. Justo Sierra, Subsecretario de Instrucción Pública de Méjico

Tal es el literato y el poeta; mas he aquí que en el hombre aparece una nueva faz: el historiador. Este historiador es un claro y gran sintetizador. Se coloca de manera que abarca grandes conjuntos y abraza extensos panoramas. Juzga una época con una palabra; tiene el don de las definiciones precisas, de las dicciones justas; es florido al propio tiempo, al revés de algunos de nuestros concienzudos, pero ¡ay! áridos historiadores, en que el estilo bosteza... Se lee su historia con la sorpresa de encontrar aunados á cada paso, en maridaje delicioso, al historiógrafo y al literato. El pensador, el sociólogo, viste amable ropaje. Se acuerda uno de Michelet, de Paul de Saint-Víctor y de Castelar, el altísimo maestro español que fué tan amigo de Sierra.

Y he aquí que el hombre nos muestra otra nueva faz: la de maestro. «Yo soy un maestro de escuela,» dijo en cierta ocasión con dulce orgullo paternal. Aún le veo con su libro debajo del brazo dirigirse pausadamente, por las tardes, á la Preparatoria. En aquella sazón muchos que no estaban inscritos iban á oir sus clases de historia. Hay cerebros que no aciertan á difundirse, que no tienen ese don divino de dosificar la compacta substancia de su saber, para que, ya desmenuzada, podamos asimilárnosla los pequeños; hay otros que son como á manera de esas aves solícitas que no alimentan á sus polluelos sino después de haber desmigajado el pan ó suavizado el grano. D. Justo Sierra es de estos últimos. Oir una de sus clases era una fiesta. Sus explicaciones, salpicadas de donosuras, *de imprevisto,* como hoy se estila decir, eran de una profunda diafanidad, como su espíritu, ese nobilísimo espíritu, venero tan hondo y tan claro que por hondo parece alma cenar más cielo y por claro parece reflejar más estrellas..

Y se nos muestra otra faz aún: la de tribuno. Harto conocida es ésta en España desde que se celebró el ya histórico Congreso. En la tribuna Justo Sierra es siempre un vencedor. Se impone desde luego con su presencia, se impone en seguida con la sonoridad y potencia de su voz, se impone después con la opulenta magia de su palabra. Apenas si necesitamos verle ahí, ante las masas, erguido, sereno, adusto y poderosamente sugestivo por la mirada amplia y el gesto sobrio, para sentir que somos suyos, que haremos nuestro cuanto nos diga, que el convencimiento aguarda sólo su palabra en los umbrales de nuestro espíritu, para ser vida y esencia de nuestro criterio.

Y se nos muestra todavía otra faz: la del funcionario. Reposábase el maestro y solazábase en Europa, paladeando las delicias y el bienestar de la cultura latina á que incesantemente aspiramos los expatriados hijos intelectuales de aquella madre santa que se llama Francia, cuando nuestro gobierno le llamó para que desempeñase el alto cargo de subsecretario de Instrucción Pública. En la conciencia del país y de quienes lo gobiernan estaba la necesidad de reorganizar la enseñanza, de modernizarla, sobre todo; de rehacer métodos, destruir rutinas y facilitar el aprendizaje, y la opinión indicaba hacía tiempo á D. Justo para esta inmensa y nobilísima tarea. Vino el maestro á desempeñarla, y pronto se vió que así el país como el Gobierno tenían razón. En este asunto todo estaba por hacer y todo ha comenzado á realizarse. La actividad que Sierra ha llevado al Ministerio es incalculable; enorme el gasto de energía que ha hecho, y empiezan á palparse los resultados de su presencia en uno de los puestos más importantes de la República por la trascendencia de sus gestiones para el adelanto de la nación.

No es esto todo: una nota simpática en extremo ha venido aún á acrecentar la popularidad de D. Justo y el cariño de que es objeto, á saber, la decidida y amplísima protección á la literatura y á los literatos, de tal suerte fecunda que, gracias á él, adviértese como un renacimiento y una dignificación de las Bellas Letras, gala y ornato de los pueblos cultos, dulcificadoras eminentes de las costumbres, vergel sereno y perfumado de los espíritus. De trapillo ó capa caída solía ir, socialmente diremos, la poesía entre nosotros, y como si esto no bastase, prenda segura era su cultivo de malandanza y de inopia. Enaltecer al poeta, demostrar que es digno de respeto y de ayuda; empezar esta demostración ayudándole, procurarle un escenario decoroso, facilitar la producción poética estimulándola, he aquí algo de lo mucho que ha hecho D. Justo en este sentido y mucho de lo que le acreditará en lo futuro como uno de los espíritus más cultos y generosos de este tiempo.

Tal es el hombre; tales son las diversas fases bajo las cuales se nos muestra, y hay como un hilo de luz que las une todas, como un fondo luminoso en el que todas se proyectan, como un nexo de diamante que las enlaza ó como un metal precioso en el que están engastadas, y es la bondad, una bondad inagotable y perseverante, que no discute ni se fatiga, que arroja sobre todas las miserias el misericordioso manto de Jafet; bondad que no han sido bastantes á mellar todos los desengaños de la vida y que es la gloria y la presea mayor de ese carácter excepcional; bondad, en fin, que al nombre de *maestro* que todos le damos, añade el calificativo aquel que un joven del Evangelio aplicaba á Jesús cuando iba hacia Él para decirle: *«Maestro bueno,* ¿qué debo hacer para ganar la vida eterna?»

AMADO NERVO.

ABSUELTO

Entresacamos algunos párrafos de uno de los periódicos que trataban del interesante proceso:

«EL HECHO DE AUTOS. – En la mañana del 4 de junio del pasado año, hallábase el hoy procesado Manuel Pradas trabajando en la descarga del vapor *Julieta,* atracado al muelle de la fábrica «Altos Hornos» en Baracaldo. Su mujer, Teresa Vaquero, agraciada joven de veinticuatro años, habíale llevado el almuerzo y aguardaba que sonase la hora departiendo tranquilamente con Luciano Casals,

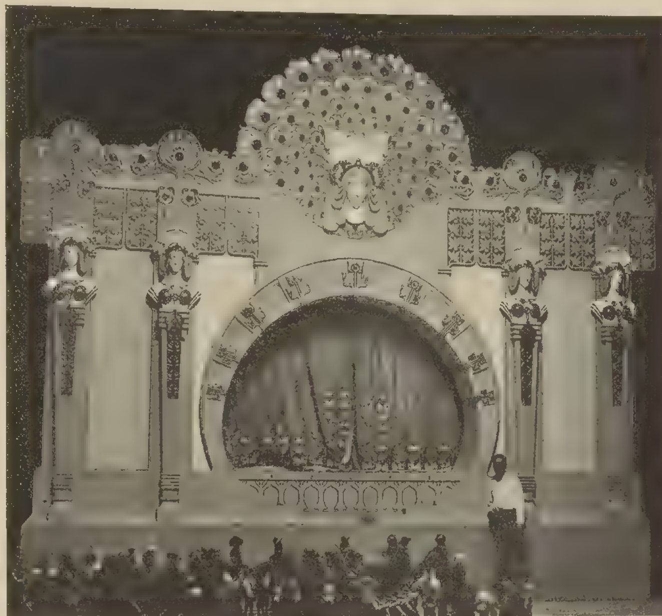
empleado también de la fábrica y vecino del matrimonio.

»Cuando la grúa que manejaba el acusado pasaba sobre la mujer y Casals transportando un balde cargado con algunos quintales de carbón, dejó Manuel correr la cadena que sostenía el enorme peso, y éste cayó encima de ellos, matando instantáneamente á Teresa y causando al Casals heridas que le produjeron la muerte pocas horas después.»

. . . .

«El abogado defensor es un joven que hace sus primeras armas en el foro. Dueño de cuantiosa fortuna, estudió la carrera por pura afición, creyéndose en el deber de emplear las altas dotes de talento y de elocuencia con que la naturaleza le favoreciera en algo útil á sus semejantes, no viendo en el ejercicio de esta profesión más que una manera de favorecer á los débiles ó á los desgraciados.

»Toma la palabra en medio de la expectación de la sala, invadida por inmenso gentío. Con fácil palabra empieza probando plenamente la infidelidad conyugal de la interfecta y sus relaciones con Luciano Casals, apoyándose en los datos, algo vagos, aportados por los testigos. Describe fogosamente la ira que debió de apoderarse del procesado viendo á la adúltera conversando con el falso amigo delante de él, en pleno día, arrastrando su honra á la vista de los compañeros.



BARCELONA. – DIORAMA ANIMADO. – EMBOCADURA DEL ESCENARIO

»La reyerta – añade – que sostuvo la mañana del día de autos con su esposa antes de marcharse al trabajo, de la que los vecinos percibieron el ruido, prueba más aún la certeza de mi afirmación. ¡Quién sabe si en aquel momento había encontrado alguna prueba del adulterio!

»El reo, que durante todo el proceso se ha negado á hablar y á responder á una sola pregunta de sus jueces, manifiesta gran desasosiego desde que toma la palabra su defensor, y al llegar el discurso á este punto, se levanta airado y con voz terrible exclama: «¡Mentira! ¡Mentira! ¡Disputábamos sobre cosas sin importancia!»

. . . .

«Y termina la hermosa oración de la defensa pidiendo para el acusado la libre absolución.

»Muestras de conformidad en el público. Los jurados se retiran á deliberar.»



BARCELONA. – DIORAMA ANIMADO. – DESFILE DE UN DESTACAMENTO BOER

* * *

Manuel Pradas salió aquella noche de la cárcel tambaleándose como un borracho y se dirigió á casa de su defensor.

Se hallaba éste cenando con su madre cuando le pasaron recado de que su defendido deseaba hablarle.

– Querrá darme las gracias, el pobre...

– Que pase aquí mismo, ordenó la madre del abogado.

– Vengo á preguntar á usted, dijo el excarcelado con voz temblorosa, si es cierto lo que afirmaba esta tarde, que mi Teresa era una mala mujer, ó lo dijo usted solamente para salvarme...

– ¿Pero usted no lo sabía? ¿Entonces por qué la mató? Se ha negado usted á dar explicación del hecho á todo el mundo, aun á mí...

– ¿Que si yo lo sabía? ¡Yo creía en ella como en Dios! No he querido dar ninguna disculpa porque deseaba que me condenasen á garrote para expiar mi torpeza dejando escapar la palanca de la grúa y matándola. Era el castigo que yo mismo me imponía por haber destruído mi única felicidad. ¿Que si yo lo sabía? ¿La hubiera rezado, entonces, todas las noches desde el abismo de mi prisión como á una santa? ¡Como á una santa de las alturas!

Roncos sollozos cortaron las palabras en la garganta del obrero. Luego siguió:

– ¿Por qué la maté?.. No me lo he podido explicar aún. Cuando pasaba sobre ella la mole de carbón, sentí que mi mano se aflojaba, vi que el balde caía á plomo sobre los dos, que iba á aplastarlos, y no sé qué me impidió desviar la grúa. Fué Dios, Dios el que los mató por mi mano; Dios que no quiso que yo sufriera con la certeza de mi infamia. Además, El sabía que aun constándome que era adúltera, quizá no hubiese tenido valor para castigarla. ¡La quería tanto!.. Y lo que Dios no quiso que yo supiera me lo ha hecho usted saber. ¡Yo que hubiera perecido á manos del verdugo tan dichoso! Me da usted una vida que no deseaba conservar, y me la da usted amargada, sumiéndome hasta la muerte en la desesperación más espantosa. Antes no aborrecía á nadie, y ha hecho usted que odie con todas mis fuerzas: ¡odio la memoria de ella y le odio á usted!

. . . .

Al día siguiente, el defensor de la causa de Baracaldo, después de su envidiable triunfo, se daba de baja en el Colegio de Abogados de Bilbao.

J. SÁNCHEZ GERONA.

EL DIORAMA ANIMADO

Con este nombre se exhibe desde hace un mes en esta ciudad un espectáculo digno de elogio bajo muchos conceptos, pues no sólo es un interesante entretenimiento, sino que además tiene un carácter eminentemente artístico que le diferencia notablemente de todo cuanto hasta ahora habíamos visto en este género.

Constituyen dicho espectáculo cuatro cuadros corpóreos perspectivos, animados con figuras de movimiento y en los cuales se ha propuesto su autor, el reputado escenógrafo D. Salvador Alarma, dar una idea aproximada de lo que debiera ser, en su concepto, el teatro moderno, eliminando por completo de la escena bambalinas, bastidores y muchos otros accesorios que recuerdan el teatro antiguo. El resultado de esta tentativa reformadora no puede ser más satisfactorio, pues el efecto conseguido es verdaderamente admirable.

Los cuadros están perfectamente dispuestos; en el primer término empiezan los grupos de rocas, arquitectura, empalizadas, etc., etc., á su relieve natural hasta perderse en los planos perspectivos y unirse á las telas circulares del fondo, que distan de la embocadura 1'65 metros, medida máxima. La ilusión que en conjunto y en sus detalles producen es completa.

El cuadro primero representa el desfile de un destacamento boer custodiando algunos prisioneros ingleses, los cuales aparecen primero en el fondo de las escabrosas montañas del Transvaal y después en primer término.

El cuadro segundo, naufragio de «El Cometa,» se desarrolla junto á las costas de Noruega, dibujándose en primer término y á la izquierda el bote salvavidas con sus remeros dispuestos para el salvamento del buque que en el fondo reclama auxilio. En segunda línea se destaca el faro, cuya luz va cambiando de colores con pausadas intermitencias, y junto al cual aparecen unos marineros que provistos de farolillos encendidos hacen las señales convenidas. Después, se ve á lejana distancia la barca luchando con las agitadas olas y dirigiéndose á prestar auxilio al buque náufrago.

En el cuadro tercero se ve el buque sumergido en el fondo del mar; dos buzos reconocen el casco de la embarcación, é infinidad de peces y algas completan el efecto del misterioso cuadro.

En el cuadro cuarto se reproduce con acertada disposición de perspectiva y luz una corrida de toros en las Arenas de Barcelona, que comienza con el desfile de la cuadrilla y termina con la cogida de un banderillero.

Las figuras que en los cuadros intervienen, y cada una de las cuales resulta una bellísima obra de arte, tienen 0'51 metros de alto y se mueven por medio de mecanismos adecuados, en los cuales se ha procurado imprimir toda la verdad y precisión posibles.

Uno de los atractivos que ofrece el Diorama Animado es la combinación de luces que se realiza en todos los cuadros por medio de una bien entendida graduación en el colorido de las bombillas eléctricas, que permite pasar de una manera lenta y apropiada desde el crepúsculo matutino á un esplendoroso día de sol y desde la luz mortecina de la tarde á la de una noche borrascosa en las costas de Noruega.

Los cuadros van montados en una plataforma de seis metros de diámetro, que gira por medio de la electricidad para facilitar la mutación de los mismos, verificándose ésta mediante





ALEGRE LECTURA, cuadro de A. Piot

un sencillo mecanismo, sin necesidad de correr la cortina que abre y cierra la embocadura del pequeño escenario. El marco de éste llama la atención, así por su artístico decorado como por el buen gusto de la iluminación, consistente en multitud de bombillas eléctricas de varios colores y diferentes combinaciones.

La ornamentación de la sala, vestíbulo y fachada, de estilo



BUENOS AIRES. – EXPOSICIÓN PINELO. – MI MODELO, cuadro de José Villegas

moderno y completamente original, es obra también del señor Alarma.

Los trabajos preparatorios, confección de bocetos, dibujos de mecanismos, ampliación de proporciones é instalación definitiva han durado dos años y medio: este dato y el de que han colaborado en el Diorama Animado cerca de setenta artistas y operarios demuestran elocuentemente la importancia del espectáculo y explican el éxito que ha obtenido y por el cual nos complacemos en tributar al Sr. Alarma nuestras más calurosas felicitaciones. – A.

NUESTROS GRABADOS

Buenos amigos, cuadro de Francisco Schommer. – Si esta obra no se recomendara ya por su ejecución acabada, por la corrección de líneas, la armonía de tonos y la



BUENOS AIRES. – EXPOSICIÓN PINELO. – REQUIEBRO DEL ESTUDIANTE, cuadro de Emilio Sala

suavidad del claroscuro, siempre sería notable por la expresión de ese rostro infantil, reflejo de un alma cándida y de una inteligencia no turbada por malos pensamientos ni abrumada por los cuidados que consigo trae la lucha por la existencia. Reproducir en la tela esos matices del sentimiento que no aparecen con el vigor con que las pasiones alteran el semblante y violentan las actitudes, es tarea dificilísima para un artista; así es que cuando un pintor consigue el efecto deseado, como sucede con Francisco Schommer, bien puede afirmarse que es un consumado maestro.

Alegre lectura, cuadro de A. Piot. – Cuando sin necesidad de leer el título de un cuadro adivinamos lo que el autor se propuso representar y con facilidad podríamos estampar al pie del lienzo lo mismo que estampó aquél para expresar su idea, el artista ha conseguido un verdadero triunfo, puesto que ha logrado transmitir á los demás la impresión por él recibida y con igual intensidad con que él la recibiera. ¿Quién, al ver la obra de Piot, no comprenderá que la sonrisa de esa linda muchacha es efecto de la lectura que está realizando? Y aun se comprende más, y es que no se trata de una lectura pecaminosa en ningún sentido, sino simplemente de un libro inocentemente picaresco, de esos que hacen asomar á los labios una risa franca, sin malicia, y que regocijan el ánimo sin destruir ninguna de las ilusiones de una imaginación sana y sin alterar la calma de un alma pura.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – ROMA. – El gobierno italiano ha destinado la cantidad de 130.000 liras para la compra de obras del gran pintor napolitano Domingo Morelli, que se instalarán en una sala especial de la Galería Nacional de Roma.

BARCELONA. – Para anunciar el diorama *Boria avall*, instalado en el Círculo Artístico, ha pintado el conocido artista señor Cidón un notable cartel en el que figuran como elementos principales dos de los personajes del célebre cuadro de Galofre Oller, vigorosa y sobriamente apuntados. El cartel ha sido muy bien tirado por la casa Barral hermanos, de esta ciudad.

Salón Parés. – Recientemente ha expuesto en este salón el conocido artista Sr. Junyer-Vidal veintitrés cuadros al óleo y al pastel, resultado de su última excursión á la isla de Mallorca. Son impresiones perfectamente sentidas de aquellos hermosos paisajes, de aquellas calas luminosas, de aquellas poéticas playas de la Isla dorada, notas de aquella luz admirable que es el encanto de los turistas y la admiración de los pintores, y que el Sr. Junyer ha sabido trasladar al lienzo con gran fidelidad.

⁂

Teatros. – En el teatro de la Residencia de Munich y en el de la Comedia de Dresde se ha puesto en escena con gran éxito la comedia de Tirso de Molina *Don Gil de las calzas verdes*, traducida al alemán por Federico Adler.

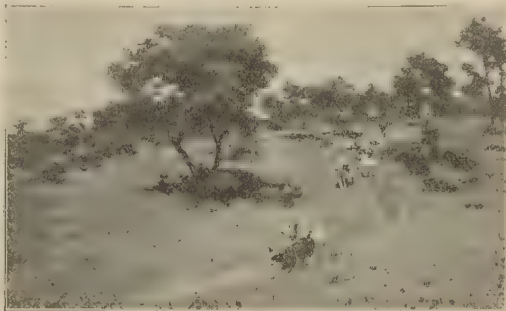
– En el teatro Verdi de Vicenza se ha estrenado con gran éxito una ópera en tres actos, *Cecilia*, del maestro Giacomo Orefice.

– El maestro Humperdinck, autor de la tan popular ópera *Hansel y Gretel*, ha terminado la partitura de una ópera nueva, titulada *La bella en el bosque durmiente*, que se estrenará próximamente en el teatro de la Ópera de Francfort.

– En el teatro de la Opera de Viena se ha estrenado la ópera *Zaida* de Mozart, que no se había hasta ahora representado porque su inmortal autor la dejó sin concluir. Para ponerla en escena se ha variado algo el texto y el maestro Hirchfeld ha completado la partitura con algunos trozos de música del propio Mozart.

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Vaudeville *La maîtresse*, drama en cuatro actos de Enrique Bauer, y *La visite de maman*, comedia en un acto de M. W. Canaple; y en la Comedia Francesa *Gertrude*, comedia en cuatro actos de M. Bouchinet.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *L'escolanet de la Pobla*, drama en tres actos de A. Ferrer y Codina y F. Giraldos, y *El malalt cronic*, sainete en un acto de Santiago Rusiñol; en el Eldorado *La manta zamorana*, zarzuela en un acto de los Sres. Perrín y Palacios, música del maestro Fernández Caballero; y en el Principal *La Arlesiana*, drama de Alfonso Daudet, admirablemente traducido por don Rodrigo Soriano: los inspirados números musicales que para esta obra compuso Bizet, fueron ejecutados á la perfección por una nutrida orquesta dirigida por el maestro Crickboom.



BUENOS AIRES. – EXPOSICIÓN PINELO. – EN MARCHA, cuadro de Andrés Parladé

Necrología. – Han fallecido:

Dr. Ernesto Dummler, notable historiador alemán, miembro de la Academia de Berlín, profesor de la Universidad de Halle y autor de muchas é importantes obras.

Dr. Enrique Wild, célebre físico y meteorólogo, profesor de la Universidad y director del Observatorio central de San Petersburgo.

Sir James Bailey, decano de los poetas ingleses.

Gustavo Keleti, pintor y crítico artístico húngaro.

Pablo Parmentier, pintor belga.

Emerico Steindl, notable arquitecto húngaro, autor de los principales edificios públicos de Budapest.

Paula Bonte, pintora berlinesa.

Fedor Andrejewitsch Bronnikow, pintor de historia ruso, establecido desde 1854 en Roma.

Gustavo Wertheimer, notable pintor de origen austriaco, residente desde hacía muchos años en París.

Carlos Otto, notable pintor alemán.

Jorge Rawlinson, historiógrafo inglés, autor de la grandiosa obra «Las cinco grandes monarquías del mundo antiguo.»

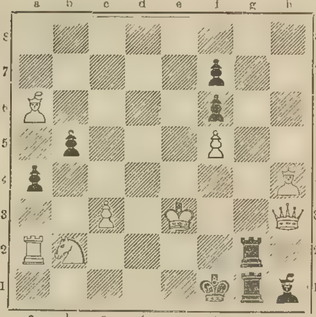
Antal Tahi, celebrado pintor húngaro.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 298, POR DR. H. ROHR.

Primer premio del Concurso de «La Stratégie,» sección E.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y se hacen dar mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 297, POR M. FEIGL.

Blancas.	Negras.
1. Rb3—c4	1. Ab8—a7
2. Rc4—b5	2. Cualquiera.
3. De1—c3 jaque	3. Ce2 × c3 mate.

1.... b6—b5 jaq.; 2. Rc4—b3, Cualquiera; 3. De1—c1 jaq., etc.
1.... c7 × d6; 2. Rc4—d5, Cualquiera; 3. De1—c3 jaq., etc.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. - ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Este no se dió por resentido del golpe que acababa de asestarle el doctor y siguió preguntando:

- ¿Y Maya?... ¡Quería tanto á su hermano!

- La señorita Maya es muy joven y á su edad los dolores se desahogan con el llanto y no tarda uno en consolarse. En cambio, la señora Dernburg sufre mucho más de lo que yo hubiera podido imaginar.

- ¿La... viuda?, preguntó Egberto en voz baja.

- Sí; en los primeros días estaba tan abatida, en un estado tal de postración que llegó á preocuparme seriamente, y todavía no está bien del todo. A decir verdad, no la creía dotada de tan profunda sensibilidad.

Egberto no respondió; si el doctor le hubiese mirado, habría visto que le temblaban los labios.

- ¡Hasta la vista, doctor!, dijo al fin. Salude en mi nombre á la señorita Maya..., ella tal vez aceptará mi saludo... ¡Hasta la vista!

Y bruscamente se lanzó á la escalera, donde le esperaba Landsfeld. El doctor llamó á su cochero y subió á su coche.

El Sr. Willmann volvió á saludar al doctor, y luego, con toda la ligereza que su corpulencia permitía, se apresuró á reunirse con los otros dos huéspedes. Pero el digno hostelero no temblaba, ni mucho menos, sino que con un saludo más profundo que nunca rogó á los señores que se dignaran utilizar el saloncito, donde estarían seguros de que nadie les estorbaría, pues él cuidaría de evitarlo, como era su deber. Y si los señores deseaban algo más, no tenían sino mandarle, que la cocina, la bodega, toda la casa estaba á su disposición.

- No, por ahora no necesitamos nada más, dijo Landsfeld. Pero procura que esta noche no falte nada, porque vendrá mucha gente.

El gordo posadero, después de manifestar que todo estaba dispuesto, se dirigió satisfechísimo al gran salón para atender personalmente á algunos preparativos. El Sr. Pancracio Willmann conocía á la perfección el arte de servir á dos amos.

Landsfeld cerró la puerta de la estancia y Runeck se sentó apoyando la frente en la mano; estaba pálido y flaco y parecía cansado, extenuado: el honor de la candidatura no le había procurado alegría ni salud.

- ¿Al fin puedes ocuparte de nosotros?, preguntó Landsfeld acercándosele.

- Paréceme que siempre lo he hecho así.

- Siempre no; ahora mismo me has dejado en la escalera como á un chiquillo para hablar con el doctor.

- ¿Y por qué te has detenido á escucharnos? Podías seguir tu camino.

- Porque me divertía ver que no sabes substraerte á la fascinación de tus antiguas relaciones y observar cuán sentimental te mostrabas preguntando por toda aquella gente.



De pronto, dos brazos rodearon su cuello

- ¿Y á ti qué te importa? Esta es cuenta mía.

- No del todo: eres nuestro candidato y no puedes tener relaciones en el campo enemigo. Has de pensar en tu popularidad, al paso que con todas estas cosas te haces aborrecible y sospechoso.

Runeck se encogió de hombros con gesto despreciativo.

- Te agradezco el consejo, pero sé mejor que tú lo que debo hacer.

- ¡Hola, hola! ¡Hablas con mucha altanería, querido! Te consideras ya jefe del partido, personaje importante en el Parlamento, ¿no es verdad? Es evidente que hay en ti ciertas ínfulas peligrosas de señor que has aprendido maravillosamente del viejo de Odensberg, á quien te pareces muchísimo; pero esto con nosotros no cuela, te lo he dicho tantas veces que debieras saberlo de memoria. Si continúas así, te doy mi palabra de que acabarás por hacerte imposible.

Egberto se levantó, y frunciendo la frente se plantó con arrogancia delante de Landsfeld.

- ¿A qué viene toda esta charla? Dí francamente que me envidias la posición á que me ha llamado el partido; habías contado con ella y la creías tuya, y ahora no me perdonas que haya sido yo el preferido. Y sin embargo, tú sabes mejor que nadie que esta posición me ha sido impuesta y que por mi parte te la habría cedido... ¡y con qué gusto!

- Lo que yo quería ó esperaba nada tiene que ver con esto, repuso fríamente Landsfeld. Yo no tengo probabilidades de ser elegido y en cambio tú las tienes; por esto he de dejarte libre el campo y lo hago sin resistencia alguna. Conozco la disciplina y á ella me atengo. ¡Ojalá todos hicieran lo mismo!

Runeck no contestó; se había apoyado en la ventana y miraba hacia fuera. De pronto preguntó:

- ¿Cómo están los asuntos en Odensberg?

- Bien ó por lo menos mejor de lo que se creía. El viejo (Landsfeld usaba siempre este epíteto porque sabía que así irritaba los nervios de su compañero) se cree inexpugnable en su castillo, pero el día de la elección abrirá los ojos y verá cómo se ha engañado. Hemos tenido que trabajar mucho, te lo aseguro, y nuestra labor no ha sido fácil, debo decirlo en honor de la verdad; pero hemos andado mucho camino y ahora lo demás depende de ti, de tu discurso de hoy. Una parte de los trabajadores de Odensberg es todavía fiel á Dernburg; otros vacilan y á éstos es á quienes hoy has de convencer y atraer á nuestro partido.

- Cumpliré con mi deber, respondió Egberto sombríamente sin volverse, pero dudo del resultado.

- ¿Por qué? ¡Parece imposible!.. Desde que te pusimos enfrente del viejo de Odensberg parece que te han cortado las alas y ya no te mueves. En Berlín has hablado como si estuvieras fatigado, hastiado: al principio eras fogoso, arrastrabas á todos..., y ahora, en cambio, hablas sin convicción, te falta el fuego sagrado. ¿Por qué? ¿Estás tú también loco por el viejo como él lo está por ti? Apuesto á que la muerte del hijo le ha disgustado menos que tu deserción... ¡Qué conmovedor será veros luchar uno contra otro en ese duelo de vida ó muerte!

- ¡Basta, Landsfeld!, exclamó exasperado el joven ingeniero. Te he suplicado ya que no te ocupes de mis asuntos particulares; ahora te lo prohibo, de una vez para siempre. ¡Cállate!

- ¡Sí, sí! En Radefeld me amenazaste con echar-

me de tu casa, dijo Landsfeld con ironía divirtiéndose con la rabia de Runeck. Pero aquí estamos en terreno neutral y no puedes hacerlo. Y ahora vengamos á lo nuestro: acuérdate de que esta noche has de dejar á un lado los recuerdos del pasado y los absurdos del sentimentalismo; acuérdate de que tu discurso *debe* producir efecto. Ya sabes lo que el partido espera de ti.

– Sí... lo sé.

– ¡Conque ánimo! Necesitamos de la gente de Odensberg porque ella es la que da la mayoría, por esta razón has de combatir á Dernburg y todo cuanto éste ha hecho; has de demostrar á tu auditorio que las escuelas, los hospitales y las pensiones con que Dernburg trata de engañarles no son sino céntimos de limosna que arroja á sus obreros mientras se guarda para sí los millones. Si esto lo decimos nosotros, esos ignorantes no nos creen; pero si lo dices tú, lo creerán... «¡Demontre! – dirán – ¡Si así piensa quien ha sido educado por el mismo amo, figurémonos si será verdad!..» Saben que debías suceder al viejo en la dirección de las minas y que eras la primera autoridad después de la suya y que lo has abandonado todo por amor á nuestra causa; esto te hace omnipotente á los ojos de esos hombres, y sólo por esta razón te hemos escogido para candidato. Cuida, pues, de hablar como conviene; no te limites á generalidades; al contrario, tírate á fondo.

Egberto se volvió con el semblante alterado, de expresión casi feroz.

– ¡Sí!, murmuró con sarcasmo. *¡Debo, debo!* Yo que había de dominar, ya no tengo voluntad. ¡Vamos!

XVI

La tranquilidad, el contento, la animación que durante todo el verano reinaran en la mansión señorial de Odensberg, se han desvanecido. La familia, enlutada por la muerte del joven enterrado ha poco más de dos meses, está triste, desolada, como los días tétricos del otoño.

Sólo Maya constituye una excepción. Razón tenía el doctor Hagenbach: á los diez y siete años el dolor se desahoga con el llanto, y por muy profundo é intenso que fuera el que sintió por la pérdida de su hermano, ya empieza la joven á recobrar sus fuerzas y á sonreir en medio de aquella atmósfera de abatimiento y de lágrimas. Bien es verdad que Oscar ha sido un gran apoyo, un tierno consuelo para la pobre muchacha, que al propio tiempo, trocado el llanto en sonrisas, sintióse feliz con los cariñosos cuidados, con el afecto ardiente en que aquél supo envolverla. El noviazgo no era oficial, pero Dernburg no había sabido impedir que Oscar permaneciera en Odensberg, y el barón, dulcificado, tranquilizado por aquella felicidad que le conducía á la soñada meta, sentía que su corazón, todo su ser renacían á nueva vida.

Dernburg soporta el dolor de la pérdida del hijo como ha soportado las contrariedades de la existencia, es decir, silencioso, recogido en sí mismo, buscando consuelo en el trabajo, al que se consagra con mayor celo aún que antes. Desde la muerte de Enrique se ha formado entre él y su nuera una unión íntima, inesperada: la señorita ligera, caprichosa, había sido extraña, indiferente para el hombre severo, esclavo del deber; pero la joven viuda, con su dolor desesperado primero y con su abatimiento profundo después, ha conquistado su amor de padre: desde el momento en que junto al lecho de muerte de Enrique la estrechó entre sus brazos, abrióle también su corazón.

Naturalmente, Dernburg no puede sospechar que aquel dolor desesperado de Cecilia fuera producido por el remordimiento; pero la pobre joven con sus sollozos y con su mudo recogimiento no llora al hombre adorado, á la mitad de su alma, no; sino que se arrepiente, se echa en cara sin compasión aquella hora en que, esposa ya de Enrique, había dicho ser preferible afrontar la muerte á tener que ir del brazo del marido que en aquel mismo instante precisamente se moría. Por fortuna, por verdadera piedad divina, Cecilia ignora que sus palabras fueron el golpe mortal para su esposo; pero su alma, templada por el sufrimiento y purificada por el dolor, sabe que al pronunciarlas faltó á su deber, cometió casi una monstruosidad, dada aquella coincidencia... Y á impulsos de este doloroso afán, Cecilia siente horror hacia su hermano y se refugia en el afecto seguro y leal del suegro, á quien prodiga sus más solícitos cuidados, cuyos pensamientos adivina y cuyas nobles aspiraciones comprende, y de está suerte, señalando á su vida un objetivo santo, le parece también cumplir un sagrado deber.

Dernburg, sin embargo, no puede dedicar mucho tiempo á su familia, porque, además del trabajo habitual, ha de atender á las exigencias de las elecciones que solicitan sus esfuerzos. Su partido había considerado siempre segura su reelección, como lo había sido en cada nueva legislatura; pero esta vez descubrióse á última hora que la victoria no sería fácil, porque los adversarios habían trabajado impunemente en minar el terreno. Era, pues, preciso defenderse palmo á palmo, y á ello se consagró Dernburg con ahinco, habiendo encontrado un inesperado apoyo en Oscar de Wildenrod, quien, después de haberse puesto al corriente, con rapidez asombrosa, de los asuntos políticos, tomaba parte en todas las reuniones y conferencias, se multiplicaba dondequiera que consideraba útil su presencia, y entusiasmado, dedicado en absoluto al negocio que llevaba entre manos, suscitaba con su certero golpe de vista y con la seguridad de sus juicios la admiración de Dernburg, sobre el cual ejercía cada vez más influencia y de cuyo lado no se separaba nunca.

Llegó por fin el día de la batalla en las urnas. En las oficinas de la dirección reinaba desde la mañana una actividad extraordinaria y en el salón del consejo directivo estaban reunidos los empleados superiores, ocupados en recibir los telegramas de la ciudad y los mensajes de los suburbios. Aquella sala, siempre tranquila, parecía un campo de batalla y era un continuo ir y venir de la dirección á la casa de Dernburg.

Después de mediodía compareció el doctor Hagenbach, á quien aquellos señores recibieron con grandes quejas por haber llegado con retraso.

– ¿Dónde ha estado usted hasta ahora, doctor?, exclamó el director irritado. Mientras nosotros estamos aquí como sobre ascuas, usted se va á hacer sus visitas.

– ¿Qué quiere usted? No puedo prohibir á la gente que se ponga enferma ó que se muera el día de las elecciones. He estado toda la mañana en Eckardstein y no me han dejado marchar hasta que todo ha concluído.

– ¿Ha muerto el conde?, preguntó el director pensativo.

– Hace dos horas.

– ¡Qué cambio para el conde Víctor!, observó el ingeniero jefe. Ayer, un pobre teniente, sin un céntimo y dependiendo del hermano, y hoy, dueño de la gran propiedad de Eckardstein. El conde Conrado no se había mostrado nunca muy bondadoso con su hermano.

– No, pero estos últimos días había variado mucho; se conoce que se había arrepentido y estaba muy cariñoso con su hermano... Y ahora, señores, ¿me dispensan el retraso involuntario?.. Díganme, ¿cómo van las cosas?.. Supongo que bien.

– No mucho, respondió el ingeniero. Las noticias de los suburbios son satisfactorias, pero en la ciudad los socialistas llevan ventaja.

– ¡Oh!, exclamó Winning. ¿Y esto qué importa? Odensberg decide y la mayoría no puede aquí faltarnos.

– Si pudiésemos contar con esto..., pero temo..., dijo el director.

– ¿Qué teme usted?, exclamó Hagenbach, impresionado por aquella interrupción.

– Que hayamos calculado mal. El partido de Runeck es, según parece, mucho más numeroso de lo que creíamos..., y desgraciadamente no nos hemos percatado de ello hasta ahora.

– Runeck es orador por naturaleza y su último discurso en el *Cordero de Oro* trastornó, al parecer, á todos aquellos estúpidos... Y sin embargo, me han dicho que no estuvo á la altura de siempre; en opinión de personas inteligentes, en los anteriores discursos de Runeck, sosegados, concisos, profundos, se notaba convencimiento y estudio de la cuestión desde un punto de vista verdaderamente elevado, al paso que la otra noche parecía un caballo desbocado, sin finalidad, sin objetivo alguno, como un orador de plazuela.

– Habrá sido á causa de la emoción producida por la proximidad del momento decisivo, repuso el ingeniero en tono de chanza. Pero aquí viene Helm, que trae quizás noticias importantes.

Helm, uno de los jóvenes empleados, entraba, en efecto, llevando en la mano un telegrama, que el director abrió, pasándolo, luego que lo hubo leído, al doctor, que estaba á su lado. Hagenbach echó una ojeada al papel é hizo un movimiento con la cabeza.

– ¡La cosa es seria! Nuestros amigos de la ciudad creen que el triunfo será de los socialistas. El asunto es grave.

El telegrama pasó de mano en mano, mientras el director se ponía al teléfono que comunicaba con la casa de Dernburg.

– Ahora todo depende de Odensberg, dijo el ingeniero. ¡Ah! Fué un gran error dejar partir á aquel obrero Fallner poco antes de las elecciones. La expulsión de ese hombre ha irritado á la gente y nos costará centenares de votos. Pero el Sr. Dernburg no quiere atender á razones...

– No era posible que conservara en su casa á aquel trabajador que públicamente peroraba contra él y á todos azuzaba, repuso Winning. Habría sido un ejemplo de debilidad imperdonable, nunca visto en Odensberg.

– En mi concepto, todo ha sido una maniobra electoral; el partido ha utilizado á Fallner precisamente para obtener este resultado. Era uno de los últimamente admitidos, de modo que perdía poco con que le despidieran, pero el suceso impresionó á la gente. El Sr. Dernburg le amonestó y él le contestó con dureza. «No admito rebeliones, dijo el jefe, y es preciso que ese hombre sea inmediatamente despedido.» Y de este modo hemos dado un arma á nuestros adversarios.

Winning guardó silencio, incomodado porque nada tenía que replicar. En tanto, el director volvía pensativo del teléfono.

– ¡Y si sólo se tratase de la pérdida de votos!, exclamó gravemente. Pero ayer me dijeron que se había excitado á los obreros á que intercedieran por Fallner y pidieran la revocación de su despido. Si lo hacen, tendremos lucha.

– Esté usted seguro de que no lo harán, porque conocen al amo y saben que no cede aunque hubiese de cerrar los talleres durante un año. No, no, la gente de Odensberg no cometerá semejante locura.

– Aun cuando se tratase de una locura cien veces mayor, ¿qué se le daría de ello á Landsfeld y á su partido?, exclamó el ingeniero. Esa gente quiere la lucha, el desorden á todo trance y cueste los sacrificios que cueste. Sigo, pues, afirmando que fué un error despedir á Fallner, tanto más cuanto que este hombre no ha dejado todavía su puesto y no partirá hasta pasado mañana... En el entretanto, ¡quién sabe lo que puede suceder! Si la elección va mal y las pasiones siguen exacerbadas, es posible que tengamos alguna desagradable sorpresa.

– ¡Tonterías! ¡Usted siempre ve visiones!, exclamó Winning en tono de censura.

– ¡Quisiera que hubiese terminado la jornada!, replicó el director.

En casa del Sr. Dernburg esperábase con emoción creciente el resultado de las elecciones. Sólo Dernburg conservaba su calma y se enteraba sin alterarse de las noticias que á cada momento le llevaban. Para él no se trataba ya de ambición personal: había experimentado todas las satisfacciones posibles de verse elegido y reelegido, y ahora empezaba á sentir el peso de sus labores parlamentarias que, unidas á los trabajos de Odensberg, constituían una carga demasiado grande para su avanzada edad. Si no se hubiese ventilado una cuestión de partidos, habría cedido de buen grado su mandato á persona digna de sucederle, á un hombre que participara de sus ideas y de sus sentimientos; pero se trataba de su partido, y en este caso, debiendo Odensberg decidir el resultado de la lucha, la cosa se convertía para el orgulloso industrial en cuestión de honor.

Estaba en su despacho solo con su nuera que, pálida, triste y vestida de negro, permanecía apoyada en la ventana. El conocimiento profundo que la joven tenía del noble corazón de Dernburg le revelaba claramente lo que conturbaba el ánimo de éste. No, el anciano no se preocupaba por la derrota que, por otra parte, consideraba imposible; la amargura que le torturaba era que su adversario se llamase Egberto Runeck.

– Oscar está agitado como si se tratara de su propia elección, dijo Dernburg después de haber leído algunos telegramas.

– Me ha sorprendido ciertamente verle ocuparse tanto de política, repuso Cecilia volviendo el rostro. Hasta ahora, jamás se había ocupado de ella.

– Porque ha estado tanto tiempo fuera de su patria. Es una lástima que haya permanecido tantos años ocioso, cuando, según he podido observar en estos últimos meses, puede hacer mucho teniendo á su disposición un campo bastante vasto para su actividad.

– Sí, yo también creo que Oscar puede hacer mucho cuando quiere, y aquí, en Odensberg, comienza para él una nueva vida; así me lo ha prometido.

– Será una suerte para él y para mí. Hija mía, te confieso que hasta hace poco miré con cierta prevención á tu hermano, pero ahora he variado; en estas últimas semanas, Oscar ha sido para mí un auxiliar fiel, inteligente, valiosísimo..., y por ello le recompensaré.

La joven no respondió, absorta en la contempla-

ción de la niebla. En tanto, había casi obscurecido y un criado entró con luces en el despacho, seguido de Wildenrod y de Maya. El barón tenía un aire agitado, preocupado; Dernburg se volvió rápidamente hacia él preguntándole:

– ¿Y bien, qué noticias trae usted, Oscar? Ninguna buena, lo adivino en su semblante. ¿Se ha sabido algo nuevo?

– Sí, de la ciudad; nuestros temores se han confirmado. Los socialistas tienen mayoría.

– ¿Sí?, exclamó Dernburg con vehemencia. ¡Pero ya verán aquí! Con los votos de Odensberg triunfaremos.

Los ojos de Cecilia se dirigieron ansiosos á su hermano, pero en seguida sus párpados se cerraron dolorosamente. ¡Oscar no participaba de aquel convencimiento!

– Sí, respondió el barón vacilando. Sí..., Odensberg decidirá la victoria en favor nuestro. Esperémoslo, pero... hay que prever todas las contingencias.

– ¿Hasta la de que mi gente me abandone? ¡Ah, bah, de esto no son capaces! Se ve que es usted novicio en estas cosas, Oscar; pero esté tranquilo; todo tiene un límite.

Y levantándose de la butaca se puso á pasear por la estancia, mirando á cada momento el reloj y en manera alguna tranquilo, como quería aparentar. Mientras se paseaba inquieto, vió que Maya, que había entrado tímidamente, habíase refugiado en silencio al lado de su cuñada.

– ¡Pobre niñita mía!, exclamó mirándola cariñosamente. ¡Cuán pérfida es la política, que nos domina hasta el punto de no dejarnos pensar en otra cosa! Ven aquí, Maya.

La joven corrió á abrazarle.

– ¡Ah, papá mío, entiendo tan poco de política, que á veces hasta me avergüenzo de ello, dijo Maya como asustada.

Dernburg se sonrió, acariciando la hermosa cabecita que se apoyaba sobre su pecho.

– No te fatigues con estos pensamientos; deja estas cosas para Oscar y para mí.

– ¡Pero será preciso que aprenda algo de esto!, repuso la joven dando un gran suspiro. Mira cómo Cecilia entiende de estas cosas, y de ello estoy celosa, porque Cecilia es tu confidente y á ella se lo dices todo, mientras que de mí no haces caso, como si fuera una estúpida.

– ¿De modo que soy un monstruo?, preguntó Dernburg en tono chancero y lanzando una mirada afectuosa á su nuera, la cual le correspondió con su acostumbrada sonrisa triste, resignada.

– Pero decidme por qué á todos os preocupan tanto estas elecciones, siguió diciendo Maya fingiéndose enfadada. Papá será elegido, como de costumbre, no tengo de ello la menor duda.

– Así lo creo yo también, dijo Dernburg tranquilamente.

– Y entonces, ¿por qué apuraros tanto? Es verdad que ha sido una mala acción la de Egberto...

– ¡Basta, Maya!, exclamó bruscamente el anciano. Bastante harto estoy del nombre de Runeck y no quiero oirlo pronunciar en mi casa. Sus relaciones con nosotros han concluído para siempre.

Maya enmudeció, impresionada dolorosamente por la expresión de su padre, y durante un rato nadie dijo nada. De pronto entró un criado que se acercó al barón y le habló en voz baja; Oscar hizo un movimiento de cólera y salió.

En la antesala le esperaban el director y Winning.

– ¿Qué ocurre? ¿Qué noticias hay?, preguntó Oscar impaciente.

– Malas noticias, muy malas, señor barón, contestó el director. El Sr. Dernburg debe prepararse á sufrir un gran desengaño.

– ¿Cómo? ¿Han llegado las noticias definitivas?

– Runeck ha sido elegido, dijo el director bajando la voz; ha tenido las tres cuartas partes de los votos de Odensberg.

El barón palideció, apretó los puños y exclamó indignado:

– ¡Imposible! Pero ¿y la montaña, y las minas y las oficinas? ¿Se tienen ya noticias?

– No, pero no pueden variar el resultado; la mayoría de Runeck es tan considerable, ¡figúrese toda la ciudad y todo Odensberg!, que nada puede hacérsela perder. ¿Ve usted?, aquí están las cifras.

El barón cogió el pliego de papel y lo leyó en silencio. ¡Era evidente! Dernburg y su partido habían sido derrotados.

– ¿Y cómo dar al jefe esta noticia?, dijo Winning. No la espera y...

– Iré yo á comunicársela, respondió Wildenrod doblando el papel y guardándoselo en el bolsillo. Pero antes oigan un último encargo. Es probable que apenas se conozca el resultado de las elecciones, esa gente embriagada haga demostraciones en favor del elegido; y como tales manifestaciones serían una ofensa para el jefe, es preciso impedirlas á toda costa. Por esto, señor director, encargo á usted que las evite; no hemos de guardar consideración alguna y podemos proceder con dureza. Creo haber dicho lo bastante.

Y salió haciendo un signo con la cabeza.

Los dos empleados se miraron y luego el director dijo en voz baja:

– Quisiera saber quién es el amo, si el Sr. Dernburg ó el barón de Wildenrod.

– Parece que es el barón, respondió Winning irritado. Manda que es un gusto y dicta órdenes que podrían tener graves consecuencias; de seguro que habrá demostraciones, pues ya cuidarán de que las haya Fallner y sus compañeros.

La misión que se asumió Wildenrod no era ciertamente envidiable. Apenas entró en el despacho de Dernburg, el barón vaciló y se detuvo; el anciano salióle al encuentro con aire colérico.

– ¿Qué querían? Diga usted á todos que no vengan á fastidiarnos con otros asuntos, que esta no es ocasión oportuna para ello. Y ahora quisiera saber qué significa este silencio..., ¿por qué no vienen noticias?

– Según he oído decir, las noticias han llegado, respondió Wildenrod.

– ¿Sí? Pues ¿por qué no vienen á comunicármelas?

– El director y Winning no se han atrevido á entrar y me han hecho llamar...

Dernburg se estremeció y con los ojos desmesuradamente abiertos y una expresión de angustia miró al barón; por primera vez sentíase atormentado por una duda.

– ¿Le han hecho llamar? ¿Y por qué? ¿Qué querían?

– No se atrevían á presentarse á usted y me han confiado á mí el encargo de...

Dernburg se puso pálido, pero su cuerpo se irguió.

– ¿A qué viene hacer comedias conmigo? Dígame la verdad.

– Runeck ha triunfado en la ciudad..., empezó á decir Wildenrod con alguna vacilación.

– Lo sé, ¡adelante!

– Y también en Odensberg.

– ¡En Odensberg!, repitió Dernburg mirando al barón como si no hubiese entendido bien. Mis obreros...

– En su mayoría han votado por su adversario y Runeck ha sido elegido.

Oyóse un grito apagado y Cecilia se apoyó en la mesa de dibujo. Maya miró á su padre: estaba aterrada pensando en el sentimiento que aquel terrible golpe debía producirle. Dernburg nada dijo, ni se movió. Siguióse un silencio sepulcral y luego el anciano tendió la mano para coger el papel que Oscar se sacaba del bolsillo.

– ¿Es el resultado de las elecciones?

– Sí.

Dernburg lo cogió y se acercó á la mesa para leerlo, sin abandonar su calma rígida; pero cuando estuvo debajo de la lámpara, pudo verse su mortal palidez. Silencioso, inmóvil, contempló largo rato las cifras tan elocuentes y despiadadas en su mudo lenguaje.

– Perfectamente, dijo con frialdad. Las tres cuartas partes de mis operarios le son favorables y me abandonan...

– Es una verdadera deserción, una traición, exclamó Wildenrod. Pero hacía meses que se estaba preparando, y usted con su generosidad, con su ilimitada confianza, ha permitido que se consumara. Usted conocía las opiniones, las relaciones de ese hombre, y sin embargo dejaba á su disposición Odensberg, de lo que él ha sabido aprovecharse, preparándose los electores á su gusto, y ahora ha bastado una señal suya para que todos acudieran á las urnas á votar por él... Usted le ha tratado durante muchos años como á un hijo, y ahora él se lo paga de este modo.

– ¡Oscar, basta!, exclamó Cecilia en voz baja y estrechando suplicante la mano del barón.

Comprendía la joven viuda que cada una de aquellas palabras penetraba como hierro candente en el corazón de Dernburg, ya herido de muerte en su orgullo.

Pero Oscar no podía contenerse, y desahogándose contra el hombre á quien odiaba, prosiguió con vehemencia creciente:

– Runeck está satisfechísimo y con razón. Ha obtenido una victoria brillante que si en cualquiera circunstancia hubiera sido un triunfo, ahora lo resulta mucho más habiendo derrotado á tal adversario. El solo hecho de haber vencido le convierte en hombre ilustre. Y apenas en Odensberg se conozca el resultado, ¡qué de fiestas se celebrarán! ¡Cuánto entusiasmo habrá! Hasta aquí llegarán los ecos.

– ¡Ah, eso no!, exclamó Dernburg dando un paso atrás. Enhorabuena que ellos tengan la libertad del voto, pero yo habré de tener la libertad de mi casa. No quiero demostraciones con motivo de la elección. Oscar, diga al director que cuide de que no las haya.

– Ya he pensado en ello y al efecto he dado las necesarias disposiciones. He creído que en este caso podía permitirme esta extralimitación.

En otras circunstancias Dernburg se habría resentido altamente de esta intervención, pero entonces sólo vió en el acto de Oscar una prueba de cariñosa solicitud y no se le ocurrió lamentarse de él.

– Está bien, dijo fríamente. Ruego á usted, Oscar, que hoy haga mis veces..., no puedo ver á nadie; quiero estar solo.

– Papá, deja que me quede contigo, murmuró Maya cogiéndole del brazo.

Pero Dernburg la separó suavemente diciéndole:

– No, hija mía; tú tampoco. Oscar, hágame el favor de llevarse á Maya... Quiero estar solo.

Wildenrod murmuró algunas palabras al oído de su novia y rodeando sus hombros con su brazo se la llevó fuera.

Cuando se hubo cerrado la puerta y Dernburg se creyó solo, perdió toda la serenidad que á costa de tanto esfuerzo había conservado, y oprimiéndose las sienes con las manos, dejó escapar un ronco gemido. En aquel momento, no era, no, la humillación de la derrota lo que le destrozaba el alma; no era la ambición herida lo que hacía sangrar su corazón: aquel dolor agudísimo reconocía una causa más noble. ¡Abandonado, olvidado, traicionado por sus obreros, cuando después de treinta años de paternales cuidados creía haber conquistado su gratitud! ¡Abandonado por aquel á quien él había educado, querido como á un hijo..., traicionado por él! Este golpe era demasiado duro hasta para un hombre del temple de Everardo Dernburg. Así es que con el cuerpo caído sobre la mesa y la cabeza oculta entre los brazos, aquel anciano que tan grandes tesoros de afecto encerraba bajo su rústica corteza, sufrió la amargura más terrible de toda su vida.

De pronto, dos brazos rodearon su cuello. Alzó Dernburg la cabeza bruscamente y se quedó asombrado viendo inclinado sobre él el semblante palidísimo de su nuera, cubierto de lágrimas y descompuesto como no lo había visto nunca.

– ¡Cecilia! ¿No has oído que quiero estar solo?, preguntó con voz ronca. Los demás se han ido...

– Pero yo no me voy, repuso Cecilia temblando. ¡No me rechaces, deja que esté á tu lado ahora que sufres!.. En el momento más terrible de mi vida me estrechaste entre tus brazos, sobre tu corazón... Ahora eres tú quien atraviesa un instante de sufrimiento, y yo... ¡quiero compartirlo contigo!

El hombre rígido, apesadumbrado, no pudo resistir, y en vez de repetir la orden brusca, abrazó á la joven, y al inclinarse para besarla, dos lágrimas ardientes cayeron sobre la frente de Cecilia. La joven estrechóle sobre su pecho y prorrumpió en doloridos sollozos. ¡Sabía por quién derramaba el anciano aquellas lágrimas!

XVII

Eckardstein tiene un nuevo amo. Hace quince días que Conrado, conde y señor de Eckardstein, yace en la grandiosa tumba de familia y su puesto en el castillo está ocupado por Víctor.

El joven oficial está confuso, aturdido con aquel cambio, y se encuentra desorientado en su nueva posición de rico propietario. Ha hecho siempre vida de guarnición, y después de tantos años de ausencia había vuelto al castillo, casi como huésped, sólo durante aquella desgraciada visita de la primavera. Por esto ahora todo le parece nuevo, todo le confunde y se encontraría completamente perdido si el tío Stetten, que ha sido su tutor, no hubiese prolongado su permanencia ayudando con sus consejos y con sus actos al joven propietario, que no demuestra interés alguno por nada: parece como que se ha roto para siempre un muelle en aquella naturaleza, ya tan elástica y vivaz.

A la niebla de la semana anterior había sucedido un día seco, sereno y tibio. El sol de otoño brilla sobre los bosques que se extienden entre Odensberg y Eckardstein, y la campiña presenta un aspecto menos desolado.

(Continuará.)

LOS INDOSTANOS

DEL JARDÍN DE ACLIMATACIÓN DE PARÍS

Hace algún tiempo, la Administración del Jardín de Aclimatación de París solía contratar de cuando en cuando caravanas de indígenas de los países más



Fig. 1. – Industrias indostanas



Fig. 2. – La escuela infantil

variados, hotentotes, somalis, fulguinos, etc., y aunque no se trataba de tentativas de aclimatación y por ende de un fin científico, no por esto era menos interesante el objetivo que se perseguía. Si es bueno para la masa del público trabar conocimiento con la fauna y la flora de las regiones lejanas, aún es más



Fig. 3. – El grupo de los indostanos

Fig. 4. – Las bailarinas

útil para ella ver con sus propios ojos representantes de aquellas poblaciones que viven en otros climas y de las cuales se forma las más de las veces una idea extraña; esto sin contar con que aun entre los mismos á quienes las cuestiones etnográficas interesan hay muchos que no pueden viajar.

Por esto nos regocijamos viendo al Jardín de Aclimatación reanudar sus exhibiciones etnográficas. Actualmente hay allí reunidos una porción de habitantes de la India inmensa, á los que se da comúnmente el nombre de caravana india, pero que nosotros designaremos con el de indostanos, para evitar toda confusión con los indios de la América del Norte.

Todos estos indígenas han sido traídos por un empresario, M. Hagenbeck, y proceden de la vasta región que se conoce con el nombre de Costa de Malabar; pero aunque todos ellos son naturales de la India (designación que no tiene ningún valor etnográfico preciso), sus tipos difieren mucho entre sí y pertenecen positivamente á distintas razas. Por otra parte, nada ofrece tantas mezclas como la población de la India, no habiendo podido todavía dilucidarse el problema de su composición y de sus orígenes. En este conjunto numeroso de hombres, mujeres y niños que han desfilado ante nuestros ojos durante nuestra visita al Jardín de Aclimatación, hemos reconocido tipos muy diferentes, y sobre todo esa característica étnica que permite suponer con grandes probabilidades de acierto que en otros tiempos llegaron por mar á la costa de Malabar negros africanos. Mas como no nos proponemos hacer en este artículo un estudio etnográfico de la India, nos limitaremos á indicar las cosas interesantes ó curiosas que hemos tenido ocasión de ver.

Todos esos indostanos han sido alojados, aunque sólo durante el día, en chozas que reproducen los procedimientos de construcción local, que están formadas por una armazón de bambú cubierta de hojas y en las cuales puede asistirse á la vida cotidiana de sus habitantes. Por supuesto que no todos éstos están ocupados y muchos de ellos aprovechan las pocas palabras francesas que han aprendido ó el inglés bastante desnaturalizado que hablan á veces para cerrar tratos con la muchedumbre que les rodea. Pero hay allí, por ejemplo, un bordador que decora una tela con un adorno sobrio y elegante, trabajando por medio de una especie de ganchito que introduce perpendicularmente en aquélla y por medio del cual saca á la superficie del tejido el hilo de seda que tiene debajo, procedimiento enteramente análogo al punto de cadeneta de las máquinas de coser ó bordar, siendo curioso comprobar que esos primitivos habían inventado esta disposición mucho antes de que se



Fig. 5. – Los acróbatas

realizara mecánicamente. Mas allá vemos á un decorador de objetos de loza que aplica á voluminosos jarrones esos colores de tonos brillantes y sin embargo armoniosos, cuyo secreto se han transmitido los indios al través de los siglos. En estos procedimientos industriales no encontramos ciertamente el espíritu creador en constante actividad, que caracteriza á nuestras industrias, y sí únicamente las tradiciones, que se conservan casi inmutables; pero no puede menos de reconocerse que los primitivos creadores de esos temas decorativos, de esos procedimientos, han sabido alcanzar un alto grado de perfección. También merecen la atención de los visitantes que deseen hacerse cargo de la industria indígena el joyero que ejecuta labores repujadas, la mujer que hace encajes en el bolillo y en cojín, al igual que los habitantes del Oberland bernés ó de la región francesa de Mirecourt. Pasamos por delante de la escuela en donde varios chiquillos de distintos tipos estudian, si es que puede llamarse á eso estudiar, bajo la férula del maestro: toda aquella chiquillería andan muy escasos de ropa, pero sus padres, por lo menos los hombres, no van mejor trajeados que ellos; además soportan valientemente la temperatura poco estival que actualmente se disfruta en París, porque están acostumbrados, en la región montañosa que habitan, á diferencias de temperatura considerables. A nuestro olfato llegan olores de kari y de guisos con especias, procedentes de la cocina, que está instalada al extremo de la aldea y que nos inicia en los misterios de la cochura del carnero con arroz.

Hay entre esos indígenas una serie de individuos pertenecientes á lo que llamamos histriones y saltimbanquis: son los titiriteros, prestidigitadores, magos, acróbatas y bayaderas, que ejecutan ejercicios propios de un circo ecuestre. Las bayaderas con sus actitudes y sus pasos hieráticos recuerdan algo las famosas danzas javanesas y bailan al son de una música extraña y quejumbrosa que tiene algo de las modulaciones de las músicas de los cafés árabes ó moros. Los titiriteros resultan muy curiosos, sobre todo cuando ponen en movimiento, en lo alto de una varita, un gran trompo que parece obedecer sus órdenes: en realidad, sacan partido de leyes físicas, especialmente de la inercia, cuya fórmula ciertamente no conocen, pero que ellos ó sus antecesores en el oficio han sabido observar, las cuales leyes determinan fenómenos sorprendentes. Los acróbatas que forman parte de la compañía también saben utilizar estas mismas leyes, y merced á la que regula la descomposición de fuerzas, consiguen, gracias á la presión oblicua de una ó de ambas piernas, mante-

nerse en una posición que no podrían guardar sin este artificio. Los problemas del centro de gravedad y del cambio del mismo no son para ellos ningún misterio en la práctica, y la práctica les basta. De esta manera, uno de ellos, suspendido por una pantorrilla al extremo de un largo bambú flexible que él mismo hace oscilar, consigue permanecer agarrado con una solidez á toda prueba y ejecutar evoluciones complicadas, simplemente porque con la punta del pie de la otra pierna hace un esfuerzo en sentido oblicuo sobre el bambú y al propio tiempo cambia el centro de gravedad de su cuerpo bajándolo todo lo posible en relación con el extremo de la pértiga.

Hemos hablado de prestidigitación y magia, que son ciertamente una diversión muy apreciada por las muchedumbres indias: los representantes de la prestidigitación india á quienes hemos visto trabajar en el Jardín de Aclimatación, practican con habilidad consumada sus ejercicios, entre los cuales llama la atención especialmente el de la desaparición de una muchacha en un cesto.

Completan, por último, la exhibición el individuo que presenta un oso luchador y sobre todo un encantador de serpientes, que al son de su primitiva flauta, consistente en una caña fijada en una calabaza vacía, hace salir de una cesta á una verdadera cobra-capela, que se pone á oscilar siguiendo casi el compás.

PEDRO DE MERIEL.

(De *La Nature.*)



Fig. 6. – Encantadores de serpientes y prestidigitadores



Fig. 7. – Titiriteros y equilibristas

* * *

EL COMBUSTIBLE LÍQUIDO

Muchas veces se ha hablado de la substitución de la hulla por el petróleo para la calefacción de las calderas de vapor, y sabido es que actualmente, gracias al descubrimiento de las nuevas minas de petróleo en Tejas, esta aplicación nueva, que había estado casi reducida á las inmediaciones de los lugares de extracción, en América y en la Rusia meridional, va á tomar gran desarrollo.

Lo que de momento se busca es la calefacción por petróleo de las calderas de los buques de vapor; pero es indudable que la importancia de las huelgas de los mineros de carbón en los Estados Unidos y en Francia hará que la substitución de la hulla por el petróleo se extienda, no sólo á las locomotoras de ferrocarriles, sino además á las calderas fijas de la industria.

La cuestión no es tan sencilla como pudiera creerse; su éxito depende de dos elementos esenciales: la baratura del combustible líquido y la creación de hogares especiales para su empleo.

En efecto, no se puede quemar en Francia el aceite de petróleo á 170 francos la tonelada, aunque dé 10.700 calorías, cuando una tonelada de hulla de primera calidad sólo cuesta en tiempo normal 25 francos, y si bien no produce más que 7.500 calorías, todavía la ventaja está de su parte.

El petróleo para la calefacción industrial es el residuo que en el Cáucaso se designa con el nombre de *astatki*, que tiene la doble ventaja de ser muy barato y de constituir un notable combustible que contiene una gran proporción de carbono y de hidrógeno.

En cuanto al procedimiento empleado para asegurar la combustión en los hogares, consiste en inyectar el aceite por pulverización, por medio de aire comprimido ó aun mejor por medio de una mezcla de aire y de vapor. Puede objetarse que este sistema requiere que haya previamente vapor disponible antes del funcionamiento; pero siempre será cosa sencilla proporcionar esta pequeña cantidad de vapor mediante una calefacción previa con un poco de carbón en las parrillas del hogar. Si se trata de una instalación importante, nada será más fácil que disponer de una pequeña caldera auxiliar que dará el vapor necesario para empezar.

Las ventajas económicas del empleo del combustible líquido son innegables y aparecen más manifiestas en los países productores de petróleo. En Rusia se ha comprobado que 40 ó 50 kilogramos de *astatki* dan el mismo efecto útil que 100 de antricita. En Inglaterra, que no produce petróleo, pero en donde este artículo está libre de derechos de aduanas, los ensayos han demostrado que cuatro barriles y medio de petróleo aseguran el mismo efecto que una tonelada de hulla, que cuesta aproximadamente cinco veces más. Además, el calor desarrollado en el hogar alcanza más rápidamente una gran intensidad, bastando una hora, por ejemplo, para obtener en la caldera una presión que exigiría una hora y media con la calefacción por la hulla.

Conocidos son los múltiples servicios que el empleo de los combustibles líquidos puede prestar á la navegación por vapor; lo que dejamos expuesto demuestra que sería también conveniente adoptarlo para las locomotoras y las calderas fijas de la industria, el día en que el *astatki* y los productos de Tejas llegaran á nuestros puertos á buen precio.

Creando de este modo una seria competencia á la hulla, la industria estaría al abrigo de las amenazas de huelgas, tanto más cuanto que ciertos dispositivos de hogares empleados ya con éxito, permiten la calefacción mixta, es decir, el empleo á voluntad de la hulla ó del petróleo.

La generalización de los combustibles líquidos tendría además la ventaja de hacer reflexionar á los organizadores de ciertas huelgas en las minas de carbón sobre la poca eficacia de sus tentativas. – X.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

por autores ó editores

POESÍES, per *Joseph Falp Plana*. – Las composiciones reunidas en el tomo que acaba de publicar el conocido médico-poeta catalán Sr. Falp Plana, están divididas en cuatro grupos que su autor titula del espíritu, del corazón, de la naturaleza y de la región, con lo cual queda perfectamente marcado el carácter de cada género. En todas las poesías que forman la colección imperan la inspiración y sobre todo el sentimiento: las ideas más levantadas, los amores más puros, las aspiraciones más nobles hállanse expresados en armoniosos versos esmaltados de bellos pensamientos, de suerte que su lectura emociona dulcemente y produce en el ánimo impresión gratísima. *Poesíes*, impreso en Barcelona en la tipografía La Industria, se vende á 2 pesetas.

LOS MARANAS, por *H. de Balzac*. – Además de la narración que sirve de título al libro, comprende éste *Adiós*, *El Quinto*, *El Verdugo*, *Un drama á orillas del mar*, *La posada roja*, *El elixir de larga vida* y *Maese Cornelio*, todas originales de Balzac. El nombre del ilustre novelista basta por sí solo para acreditar la valía de las obras contenidas en el tomo, por lo que nos limitaremos á decir que éste forma parte de la Biblioteca de Obras completas de Balzac, que con tanto éxito publica el editor barcelonés D. Luis Tasso, y se vende á una peseta en rústica y 1'50 encuadernado en tela.



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – EXPOSICIÓN PINELO. – PATIO DE UNA CASA DE GITANOS EN SEVILLA, cuadro de Gonzalo Bilbao

EL TENORIO Y EL POETA, por *Juan Fábregues y Sintes*. – Drama en cuatro actos y en prosa, dividido en dos partes, real y fantástica. Impreso en Mahón en la imprenta de B. Fábregues.

BAYAMO. SU TOMA, POSESIÓN É INCENDIO. 1868-1869 Por *Antonio M. Alcover*. – Relato detallado de estos interesantes episodios de las guerras de Cuba, acompañado de algunos documentos y comentarios é ilustrado con varios grabados. Obra premiada con mención honorífica en el certamen celebrado en 1902 por el Liceo de Villaclara, é impreso en la Habana en la imprenta La Australia. Precio, tres pesetas.

SOCIEDAD COOPERATIVA DE LIBREROS EDITORES DE MÉJICO. – Hemos recibido los estatutos de esta sociedad recientemente constituída en Méjico, uno de cuyos fines principales es sostener y fomentar los intereses generales de las profesiones, industrias y comercio que concurren á la formación del libro y de las obras de Literatura, Ciencias y Artes.

PERIÓDICOS Y REVISTAS

Hojas Selectas, revista mensual ilustrada; *Revista Comercial hispano-americana*, mensual ilustrada; *La Opinión Postal*, tres números al mes; *El Tipismo*, revista mensual (Barcelona); *La Lectura*, revista mensual ilustrada; *Revista Contemporánea*, revista quincenal; *La pluma y la espada*, revista mensual ilustrada; *La Música ilustrada hispano-americana*, revista mensual; *El Jardín*, revista mensual ilustrada; *Sol y Sombra*, semanario ilustrado (Madrid); *Gaceta Médica de Granada*, revista quincenal; *Boletín de los Colegios de Médicos y Farmacéuticos de la provincia de Castellón*, revista quincenal; *El Heraldo*, semanario de Linares; *El Regional de Castellón*, diario; *El Heraldo de la Rioja*, diario.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 3 de noviembre de 1902 — Núm. 1.088

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Museo Municipal de Bellas Artes de Barcelona



LA MUERTE, cuadro de José Triadó y Mayol

(Premiado en la Exposición de Bellas Artes de 1896)



LA VIDA CONTEMPORÁNEA

FRA DIAVOLO. – PROYECTO

He visto morir leyendas, he visto nacer otras. Sí; aquí mismo, ante mi vista, en el aire que respiro, brotaron y se extendieron, como las telas brillantes tejidas por la escarcha, las ramificaciones y arborescencias sutilísimas de la leyenda, donde la fantasía derrama y cuaja lágrimas de cristal. ¿Quién sería capaz de escribir *historia* con el convencimiento de ser verídico, si se fija en cómo los hechos ayer mismo presenciados cambian de color y forma en las narraciones, que no los conociera ni la madre que los parió? A veces entran ganas de repetir con Pablo Luis Courier: «Esa cadena de necedades y atrocidades llamada *historia* no merece que una persona sensata fije la vista en ella.»

***

Ahora, ahora justamente, mientras las hojas caen, caen, anunciando el invierno amenazador, la leyenda se cubre aquí, no de flores, de ortigas y abrojos, de superstición y pavura. Y en este país dulce, melancólico, en apariencia tan apacible, surge la dramática silueta del bandido ante quien tiemblan las comarcas y son impotentes la justicia y la ley.

Yo lo siento por la estética y la poesía; pero debo confesar que el «bandido generoso» gallego cuyo nombre está actualmente en labios de todos, ni es generoso, ni bandido casi, ni roba á los ricos, ni socorre á los pobres, ni hace, en fin, nada de lo que nos cuentan (¿será leyenda también?) de los Candelas y demás héroes trabucaires. Este malhechor, llamado Mamed Casanova, es buenamente un criminal vulgar que se ha escapado de la cárcel y vaga por montes y vericuetos, si es que, á estas horas, no surca ya el Océano para llevar á América una escoria más del viejo continente. Sus fazañas y tropelías se reducen al asalto de una rectoral y al asesinato de una pobre criada indefensa; porque nadie llamará fazaña, sino repulsivo delito, la profanación de una sepultura á fin de robar unas ropas. Lo único que distingue á este foragido es una gran fuerza muscular y una agilidad de fiera montés, que le permite saltar y huir como un gamo y tirotearse triunfalmente con los civiles, menos ligeros de piernas y no muy familiarizados con las fragosidades donde el perseguido busca refugio... Y lo que le ha salvado de volver á caer en las uñas de la justicia, es sencillamente aquello que, según Lucrecio, creó primero los dioses en el mundo: *el miedo,* el temor de la gente aldeana, que antes se deja hacer picadillo que decir por dónde anda Mamed y cómo se le podría echar el guante.

***

Es cosa que siempre me hace reflexionar esto del miedo en la gente de aldea. Hay ocasiones en que se me figura que su miedo no es más que un autosugestión. Creen tener miedo, y consiguen tenerlo, á los peligros mal definidos, á lo desconocido, á aquello que su razón no abarca; y en cambio se exponen indiferentes á toda clase de riesgos positivos. Métense en el agua cenagosa sudando; súbense á los árboles de ramas quebradizas; entran sin asomos de aprensión en las habitaciones donde hay enfermos de males infecciosos; comen y beben allí, sin adoptar precaución alguna; envían á sus hijas adolescentes, con un mandado, de noche, por los caminos; cargan pesos enormes y se revientan; andan en las romerías, sin causa alguna, por *sport,* á tiro seco, navajazo limpio, garrotazo firme y guadañazo redondo; van á la guerra resignados y se baten resueltos. ¿Dónde está el miedo, pues? En la fantasía inculta y frondosa, en la maravillosidad fácil, en el misterio – en el instinto, – que es donde todo se elabora...

Y ahí, en esos rincones obscuros, la leyenda del supuesto bandido se forjó y el temor que inspira adquirió proporciones extraordinarias. Cual si tuviese el don de ubicuidad, se le supone á un mismo tiempo en varias parroquias; cual si pudiese volar, se le hace salvar diariamente distancias que ni en automóvil se recorrerían tan presto; y cual si fuese brujo, se le cree enterado de todas las estratagemas de sus perseguidores, gracias á los avisos que le da una pega, un pájaro familiar y por lo visto agorero como la *sinistra cornix* de los romanos... La invención más reciente recuerda una escena muy linda de *Fra Diavolo:* el bandido, disfrazado de mendigo, fingiéndose mudo y yendo á pedir limosna al sargento de la guardia civil que, compadecido, le hace servir comida, y le acompaña mientras la despacha en la taberna...

***

Lo dicho: es lástima que este salteador no se parezca á los de Andalucía é Italia. ¿Dónde hay entretenimiento, en el campo, cuando octubre desnuda el bosque y las castañas crujen en el fuego, como la obsesión de un bandido legítimo, de esos que se prestan á la novela y visten de un modo pintoresco? Al recorrer los caminos ya endurecidos por las tempranas heladas, ¿no causa emoción pensar si el pordiosero que nos tiende la mano y reza plañidera, interminable letanía, será un José María, un Vitorio, un Pascual Bruno, y bajo sus harapos llevará faja de seda y pistolas incrustadas de marfil?

¡Bah! En bandidaje, como en todo, escasea lo interesante, lo estético, y abunda lo plebeyo y lo insignificante. Es la falta de bandidos serios, de alta posición antisocial, lo que da importancia al herrero Mamed. ¿Que no logran cogerle? ¡Pues vaya una rareza! Con las nueve décimas partes de los criminales está sucediendo lo mismo. ¡No parece sino que hay para asombrarse del caso insólito! No se les coge á tres tirones, ni aun cuando ellos ponen de su parte la mejor voluntad – como la Cecilia, como Solé – para que se les haga pronto el favor de detenerles. A un mozo de la casta de Mamed, robusto, astuto, deseoso de salvar el pellejo y la libertad, fértil en tretas, decidido, con un instinto semianimal para olfatear la asechanza y burlarla, cualquier día nos le traen atado codo con codo los civiles. Si viene, será atravesado en un caballo y con una bala de Mauser en el cuerpo; pero sospecho que ni así, porque el mundo es muy ancho y los buques que tocan en nuestros puertos para algo sirven...

***

Por contraste con este sujeto notable en el arte de escurrir el bulto, acude á mi memoria, aun cuando el suceso lleva ya varios días de fecha, la conducta del falsificador que consiguió estafar al Banco de mi pueblo una suma respetable: setenta mil y pico de pesetas, si no me engaño. Para realizar tal estafa paréceme que se requiere una habilidad suprema. El mecanismo de los Bancos es de una precisión matemática y de una complicación sabiamente clara (si así puede decirse) con objeto de que no salgan perjudicados nunca en un ochavo los intereses del establecimiento de crédito. Las formalidades que hay que llenar, las precauciones adoptadas, desalientan por anticipado, se me figura, al estafador más mañero y atrevido. Pues bien: hubo uno que por medio de un procedimiento á la vez audaz y sencillo, con arte é inspiración, consumó la estafa, de la cual no se dieron cuenta los empleados hasta hora y media ó dos más tarde, á la del arqueo.

El estafador, entretanto, ya dueño del fruto de su diestra maniobra, aturdido al ver realizado lo que ni él mismo juzgaba factible, se sintió acometido de inquietud singular. Puede asegurarse – estudiando bien el especial estado que los actos del delincuente revelan – que hasta recoger la suma obedeció al cálculo, y después á un ciego impulso, que le aconsejó precisamente lo contrario de lo que hacer debía. – Era de presumir que le perseguirían y que donde hay tan contadas salidas, estarían vigiladas todas. La más elemental prudencia le ordenaba, á no tener medio seguro de evadirse, esconderse y permanecer quieto, sistema casi infalible de que nadie le descubriese. En vez de agazaparse, ó al menos de adoptar un disfraz, ya que quería huir, salió con día y sol, con el traje y barba que usaba al efectuar la estafa, y alquiló un coche en el sitio más público, advirtiendo al cochero, con muestras de agitación, que le urgía mucho llegar á B.*** Ya en B.***, cabría que intentase ocultarse; pero – y aquí entra lo más peregrino – en vez de tratar de perderse en el campo ó de cobijarse en algún tabernucho – donde acaso le descubrirían, pero tenía probabilidades en su favor, – no se le ocurrió cosa más oportuna que irse á la estación del camino de hierro «á ver si la guardia civil le buscaba.» ¡Un conejo que sale de su madriguera y se acerca á ver si andan por allí los cazadores!

A pesar de su excelente propósito de ahorrar molestias á la guardia, todavía ésta no le atrapó hasta otra estación, en la cual se asomó igualmente por si la guardia civil se decidía al fin á hacerse cargo de él. El oficial que iba en su seguimiento y que llevaba sus señas, experimentó sorpresa grata. El conejo se colocaba ante el cañón de la escopeta... ¿Verdad que es asunto digno de estudio y nota curiosa para un criminalista?

***

Acabo de leer el proyecto de ley contra la difamación, y al ver que lo combaten Romero Robledo y Canalejas, comprendo que tendrá gran trascendencia política. A primera vista, y prescindiendo de lo que la política pueda intervenir en él, que de cierto es mucho, y de ciertos artículos, no me parece mal del todo una represión de los excesos y abusos de la palabra escrita (la verbal es quimérico reprimirla, aunque la ley lo intenta). No estaba, en realidad, la honra de la gente amparada aquí más que por las oraciones á San Nepomuceno. Parecía existir defensa en varios artículos del Código penal; ¡defensa ilusoria! De la interpretación del juez pendía la calificación de calumnia é injuria; las frases no eran injuriosas ni calumniosas sino cuando al juez se lo parecían..., y tan elástica disposición dejaba ancho margen á la tendencia á satisfacer rencores por medio de la pluma, pues era raro que los jueces quisiesen desplegar en esto la severidad que á veces despliegan contra el que roba un pan ó una gallina.

Se me dirá, y con razón, que en otros países la prensa incurre en mayores excesos; que aquí no la corrompe esa plaga de venalidad y de intrusiones en la vida privada de que afirman que están infestados, verbigracia, los diarios de los Estados Unidos; que aquí se publican pocos libelos, y que, por lo tanto, la difamación no llega á constituir peligro social. Social, no; individual, sí. Contra determinadas personas, media docena, una docena, se ha escrito aquí cuanto se podría escribir en los países donde la difamación florece más lozana. Y esa docena de personas vale tanto, ante el derecho, como una grey.

Por otra parte, en esos países donde la pluma es libre, son libres muchas más cosas que aquí están sometidas á una balumba de disposiciones y trabas legales. Donde la ley oprime, justo es que la ley proteja.

Lo probable, con todo, será que la ley aquí, á los cuatro días y salvo en determinados casos que adivina fácilmente el curioso lector, sea letra muerta, ó letra torcida y desfigurada capciosamente. ¡Y es que eso de difamación, injuria y calumnia se presta á tantas ambigüedades! Claro es que los burdos insultadores habrán de moderarse un poco; pero el género fino, de la insinuación y la alusión envenenada, ganará lo que el otro pierda. Si no me lo vedasen mi educación y mis sentimientos (más eficaces que la educación, pues arrancan de la naturaleza), no me diera Dios otro trabajo que el de decir, pasando al través de las mallas de la más apretada ley, cuanto se me antojase de quien me viniese en gana. Porque estas son cuestiones de retórica, de forma literaria, de calma y mala intención, y el dardo, mientras más acicalado y pulcro, se clava más hondo.

No analizo el proyecto de ley artículo por artículo; si lo hiciese, tendría que oponerle bastantes reparos, especialmente á cláusulas de los artículos 8.° y 44. Las primeras parecen obra de un Courier, que tenía de la historia el concepto que sabemos; en las segundas se consagra la infalibilidad de autoridades, corporaciones y funcionarios. Y Dios, que lo ve todo desde su trono allá en el Empíreo, sabe que... desgraciadamente...

Emilia Pardo Bazán



Acertó á pasar por aquellos lugares el príncipe Vespasiano de Gonzaga, que era un temible rival de Jacobo Grattis

LA CALLE DEL DESENGAÑO

(TRADICIÓN MADRILEÑA)

I

El caballero Jacobo Grattis era, en el siglo XVI, uno de los galanteadores más temibles de la villa y corte. Nacido en Italia, de donde muy joven se trasladó á España, trajo á Madrid todas las seducciones de su país, tan fértil en amoríos, y adquirió en la capital de la península todas las bizarrías del nuestro.

Ansioso de emular, y aun de superar, á nuestros más célebres libertinos, empezando por el famoso D. Juan Tenorio, su sola ocupación, ya que Grattis era inmensamente rico, fué la de enamorar mujeres y andar en duelos con los hombres, pudiendo muy bien repetir los versos que nuestro legendario poeta D. José Zorrilla pone en boca del *Burlador de Sevilla:*

«Búsquenle los reñidores,
Cérquenle los jugadores,
Quien se precie que le ataje;
A ver si hay quien le aventaje
En juego, en lid ó en amores.»

Y á la verdad que por entonces nadie, en la corte de España, logró aventajar al joven italiano.

Regía el gobierno de la vasta monarquía castellana el *prudente* rey D. Felipe II, y la corte hallábase dividida entre los partidarios del severo monarca y su joven hijo, el desgraciado príncipe D. Carlos.

El uno tenía el poder, el otro las simpatías.

Tramáronse diversas conspiraciones, que procuró desbaratar con exquisito cuidado el cardenal Espinosa, á quien muchos llamaban el *segundo rey* de España, y que más tarde, por su altanería y orgullo con el mismo D. Felipe, llegó á perder la gracia del monarca.

Al lado del príncipe D. Carlos figuraba también un clérigo ni tonto ni cobarde, D. Juan Enríquez, beneficiado de la iglesia de Santa Cruz, el mismo al que Espinosa pretendió amedrentar, sin conseguirlo, haciéndole presenciar una noche, al regresar á su casa, su propio entierro, y aprisionándole luego en Toledo en la cárcel de la Inquisición; y un comediante, muy celebrado entonces, Baltasar de Cisneros, el autor de la comedia, según varios historiadores, que lleva por título *Callar hasta la ocasión,* y que muchos tomaron como un consejo del histrión al príncipe. Quizás porque más constantemente acompañaba á D. Carlos el cardenal le declaró guerra á muerte, prohibiéndole la entrada en palacio. Al saberlo D. Carlos buscó á Espinosa y hallándole en una de las galerías *asible del roquete y le apostrofó* por lo hecho con Cisneros, jurando que le haría pagar cara la ofensa.

Es inútil, como dijo el ilustre Castelar, que los historiadores se empeñen en demostrar que el príncipe D. Carlos no gozaba de perfecto juicio, que era contrahecho y de genio irritable; la leyenda, que tiene igualmente su verdad, le ha pintado como un joven galán, lleno de encantos, y es en vano cuanto se pretenda escribir en contrario. La poesía, el cuadro, la música, han venido á embellecer la figura del príncipe, que será siempre una de las criaturas más encantadoras. Después de todo, justo es que la leyenda vengue con su poesía al desgraciado don Carlos y dé á su memoria la grandeza que su tristísima vida le impidió gozar.

II

Entre los focos de conspiración que contaba Madrid, era uno de los principales el que capitaneaba D. Iñigo López de Mendoza, quien secretamente, y en unión de varios amigos, favorecía las aspiraciones del príncipe D. Carlos. Reuníanse los conspiradores en la quinta del conde de Vicinguerra de Arcos, próxima al lugar en que hoy se alza en la calle de Fuencarral el Tribunal de Cuentas.

¿Qué pretendían? Que D. Carlos se trasladase á Flandes, con dos objetos; uno, el huir de la vigilancia y las crueldades de su padre, y otro, alzarse con el trono de los Países Bajos.

Pero volvamos á nuestro galanteador Jacobo Grattis.

En aquellos tiempos bien puede asegurarse que la espada lo era todo, y que tan sólo los amantes, los bravucones y los conspiradores se atrevían á cruzar en ciertas horas de la noche las calles de la coronada villa.

Sabido es que el alumbrado público no existía, y que tan sólo iluminaba con sus débiles rayos las mil encrucijadas de la capital algún pequeño farol colocado delante de las varias imágenes que empotradas en la pared solían encontrarse.

Vigilancia no existía otra que la de las rondas, compuestas de un alcalde y varios alguaciles, pero en número tan escaso, que de ellas no era posible esperar auxilio, ni menos protección de ningún género.

De aquí que no faltaran valentones que, á trueque de un puñado de monedas que poder arriesgar en uno de los muchos garitos de la corte, se ofrecieran á librar de un enemigo á todo sujeto que lo solicitara de su espada ó de su puñal.

Tan sólo así se explica que en sola una semana, según afirma el distinguido escritor D. Angel Fernández de los Ríos, se realizaran en Madrid, residencia del monarca, más de cien asesinatos.

Jacobo Grattis que, al decir de los cronistas de la villa y corte, llevaba una vida licenciosa, habiendo llegado á ser el terror de los padres y maridos, así como el encanto de las mujeres, cortesanas ó plebeyas, «porque ocultaba sus lascivos sentimientos con un agraciado semblante, un noble porte y unos riquísimos vestidos,» era de los pocos que se atrevían á recorrer las calles de Madrid sin curarse de la hora, porque el joven italiano era uno de esos hombres que á nada temían.

Cuenta la tradición que vamos narrando que el libertino Grattis paseaba una noche por las cercanías de la calle de Fuencarral, como lo venía haciendo desde hacía muchos días, rondando á una hermosísima dama, de la que estaba perdidamente enamorado.

Acertó á pasar por aquellos lugares el príncipe Vespasiano de Gonzaga, que era un temible rival de Jacobo Grattis en aventuras amorosas, lances de juego y certeras estocadas, y que también galanteaba á la dama misma que el italiano

Apenas la luz de una imagen cercana permitió que se reconociesen, cuando ya Jacobo Grattis había detenido, insultado y provocado á su rival.

No era hombre el príncipe capaz de sufrir competidores, ni tolerar insultos, ni aguantar provocaciones, y bien pronto cruzó su acero con el del italiano.

Cuando más encarnizado era el combate, pues Jacobo y Gonzaga, tan diestros tiradores como ofendidos galanes, se atacaban con verdadera furia, cruzó por delante de ellos *una sombra cubierta con un manto y seguida de un zorro de penetrante mirada,* que parecían dispuestos á arrojarse sobre los dos caballeros.

Suspendieron Grattis y el príncipe su desafío y se lanzaron en seguimiento de la sombra, que bien pronto se detuvo arrinconándose á la tapia de una de las pocas casas que por entonces se alzaban en aquel sitio, en tanto que el animal huía.

Acercáronse los dos caballeros, y arrancando el manto á la sombra, encontráronse con *una momia, bastante bien conservada, vestida con ropilla y trusas de terciopelo.*

¡Una sombra, en vez de una dama!

¡Una momia, en lugar de la mujer querida!

–¡Qué desengaño!, exclamaron los dos.

A esta frase debió su nombre la calle llamada del *Desengaño,* que luego se tituló de las Basilias, por el convento de monjas basilias que en ella se instaló, volviendo á tomar el primitivo suyo á la desaparición del citado convento, que fué más tarde el teatro llamado de Lope de Vega.

Resueltos Grattis y Gonzaga á averiguar el misterio que encubría aquel extraño lance, lograron saber que los conspiradores de la calle de Fuencarral, que reconocían por jefe á D. Iñigo López de Mendoza, sabedores de que dos hombres rondaban diariamente aquellos lugares, tan cercanos al sitio en que ellos se juntaban, temiendo ser expiados, apelaron á aquel ardid para espantarlos y librarse de una denuncia que en aquellos tiempos, y con el carácter del rey Felipe II y del cardenal Espinosa, llevaba consigo el tormento y la muerte, como ocurrió, años después, al duque de Híjar, al marqués de Heliche y á los demás caballeros acusados de conspirar contra el rey Felipe IV.

Aquel lance impresionó vivamente al italiano y fué el comienzo de su famosa conversión, que no tardó en realizarse, según verá el lector.

Llegó á Madrid un noble caballero de Teruel encargado de gestionar importantes asuntos para su ciudad natal, acompañado de su esposa doña Leonor de Garces. Verla Jacobo Grattis y prendarse de ella fué obra de un instante; y á la verdad que la noble señora merecía toda clase de rendimientos, porque era una mujer de singular belleza, y tan honesta y virtuosa como fidelísima y amante cónyuge.

Pretendió su amor el italiano, sin conseguirlo: juró vengarse de sus desdenes haciéndola suya, y sin reparar en los medios ganó á una solapada dueña que servía á doña Leonor, y la cual se prestó á suministrarla un narcótico á cambio de una bolsa de oro. Ya Jacobo tenía en sus brazos á la hermosa señora, desmayada y sin conocimiento, cuando le pareció escuchar, viniendo de lo alto, los *ecos de la reprobación del cielo.* Entonces el desalmado libertino cayó de rodillas, y arrepintiéndose de sus pasadas culpas, ofreció abandonar el mundo, poniendo término á su vida de crímenes entrando en el estado eclesiástico.

Con efecto, no tardó Jacobo Grattis en fundar el convento que hoy todavía lleva su nombre, en la calle del Caballero de Gracia, la mayoría de cuyas casas eran propiedad suya y estaban rodeadas de extensas huertas y fértiles jardines.

El Oratorio, como generalmente se llama á la iglesia por él mandada edificar, se levantó en el año de 1609 por la Congregación de *Esclavos del Santísimo Sacramento,* y junto á la Epístola hállase colocado el sepulcro de su fundador, el ilustre modenés Jacobo Grattis, que murió como uno de los clérigos más severos y respetados de la corte en 1614, á la avanzada edad de cien años.

Un desengaño y una reprobación hicieron del galanteador y libertino un varón de nobles pensamientos y ejemplares virtudes.

E. Rodríguez Solís.

(Dibujo de Mas y Fontdevila.)

CUADROS DE COSTUMBRES CATALANAS

PINTADOS POR ANTONIO DE FERRER

Varios y meritísimos pintores han dedicado su habilidad é inteligencia á trasladar al lienzo tipos y cuadros de costumbres de nuestro país. Extensa sería la relación que pudiéramos formar si tal fuera nuestro empeño, ya que por lo que se refiere al período contemporáneo deberíamos mencionar, en primer término, al malogrado maestro Vayreda y con él á la pléyade de pintores olotenses que constituyeron la llamada escuela ruralista, precursora é iniciadora de una evolución asaz provechosa para el arte regional; mas, repetimos, no es este nuestro propósito, pues nos obligaría á exponer más extensas consideraciones y á llenar mayor espacio del que podemos disponer. Esto no obstante, justo será hacer mención del laborioso artista é inteligente profesor de la Escuela de Bellas Artes D. Antonio de Ferrer, quien parece haberse propuesto dar á conocer exclusivamente el modo de ser de la alta montaña catalana. Nuestros lectores conocen, por haberlas publicado en esta Revista, varias de sus producciones pertenecientes al género á que nos referimos. Al mismo corresponden los tres cuadros titulados *La colecta, La fiesta del santo* y *La abuela,* que retratan tipos y costumbres de nuestra región, constituyendo pintorescas y agradabilísimas páginas destinadas á recordar un período cuyo modo de ser sufrirá honda transformación en la obligada evolución que se opera en la vida de todos los pueblos. Desde este punto de vista, el Sr. Ferrer llena una honrosa misión, ya que al retratar la época en que vive, aporta materiales para la historia.



La colecta, cuadro de Antonio de Ferrer

Después de lo consignado, poco nos queda que exponer. De ahí que nos permitamos llamar la atención de nuestros lectores respecto de la característica de las obras reproducidas, cuyos cuadros han sido observados y ejecutados con loable empeño. – L.

EL CURA DE LA MINA

A mi querido amigo D. Antonio Muñoz.

I

No había más que preguntar por el cura de la mina y en cuatro leguas á la redonda obteníase siempre la misma respuesta entre una sonrisa satisfecha: «¡Ah! ¿D. Anselmo?» Aquella exclamación y aquella sonrisa eran toda una revelación, significaban el contento, la alegría, el orgullo de poder dar razón del clérigo como cosa propia; contestábase como si se interrogara por un padre. Y los ojos de los obreros se convertían, por instinto, hacia el punto cardinal en que se enclavaba su vivienda, señalándola con el dedo si estaban á la vista de su casa. ¡Ahí le tiene usted á la puerta!

Allí estaba tomando el sol, recostado en el quicio, viendo pasar á la gente al trabajo, contestando con un adiós á los saludos. A lo mejor acercábase un grupo de muchachos á besarle la mano y el cura les ponía en los labios un crucifijo de bronce que llevaba colgado de la cintura, bajo el chaquetón, como una espada, y espada era, de fe y de vida en vez de serlo de muerte. Algo extraño resultaba lo del chaquetón en un cura, pero esa era la verdad. D. Anselmo no usaba apenas los hábitos. Sombrero bajo de palurdo, chamarreta y pantalón de burdo paño, una capa en invierno que le llegaba hasta los tobillos y borceguíes claveteados: hé aquí su indumentaria. Formando contraste con el Cristo no soltaba la cayada, un garrote regular que á veces se olvidaba de las doctrinas de mansedumbre, pendiente á guisa de tizona en el costado izquierdo. No podía pasar por otro punto. En la mina había gentes de todas castas, y á lo mejor se deslizaba algun bárbaro mofándose de la religión. Garrotazo limpio entonces. El cura consentía que se dijeran de él pestes, pero ¡meterse con lo sagrado! De ningún modo. Y siendo manejado el palo por dos manos de hierro, más de cuatro costillas de blasfemo se contaban en la mina molidas por el clérigo. Este alarde de fuerza hacíale respetable entre los mineros.

Bien es verdad que tal valor iba acompañado de la abnegación más completa, del absoluto olvido de sí mismo. A su alrededor no había lágrimas mientras él pudiera enjugarlas. No ya raída, laminada estaba su ropa; llevaba la capa porque se usa en el invierno, pero no porque le abrigase lo más mínimo. Cogía su paga á primero de mes, y á los dos días repartida. En las oficinas tenía siempre un alcance, no por él, sino por los demás. Petición hecha á fin de mes, le sorprendía sin un céntimo. Préstamo de la caja, que no se le negaba nunca. Su ama se desesperaba. «¡Pero, señor! ¿Y para qué quiero yo el dinero? Más falta les hace á esas pobres mujeres que parecen unas conejas de lo que paren.» En esos días se contentaba con comer unas patatas.

Hablaba así porque en aquel medio no podía hablar de otro modo, ni su cultura le consentía mayores elegancias. Estaba dotado de talento natural, de lo que se llama vulgarmente despejo, pero sin haberlo cultivado nunca. Hijo de labriego, criado en el campo, había continuado siendo campesino dentro del alzacuello. Aprendió lo necesario para ordenarse en el seminario, y sepultado en un pueblo de sierra lo olvidó en seguida, á lo que no contribuyó poco su sencillez de espíritu. La mina con sus exigencias caritativas concluyó la obra. En la zona del cobre hasta prescindió de los hábitos por incompatibles con las galerías, con los pozos, con los descensores, con las cortas. Allí eran imposibles las hebillas de plata, las sotanas de seda, las palabras metafísicas. Se necesitaba una fuerza que se hiciera temer y amar, D. Anselmo.

El físico correspondía á la hermosa rudeza del espíritu. En las lindes de los setenta años, una cabeza enteramente blanca; un rostro colorado, el único quizás entre aquellos millares de caras empalidecidas por el mineral; pelo espeso y roja color, reveladores de la salud; ojillos vivos y luminosos, muy despiertos; el cuerpo ancho y fornido, con firmezas de chaparro, y en todo el continente una alegría suprema. Era pronto de risa. Su risa tableteaba en la mina de continuo, en las pausas del vapor y de los trenes. Gustaba de chascarrillos, y cuando no los oía los contaba, dando por resultado la permanente hilaridad. A su alrededor huían las penas. Con su aspecto, sus bromas, su abnegación y sus cuartos llevaba el júbilo hasta á los hogares más tristes. Apasionado por la caza, envanecíase de su puntería certera. Jamás usaba caballo. Con sencillez decía: «Me voy á bautizar un chico á tal pueblo de la zona.» La cayada y cuatro leguas que se tragaban los ferrados borceguíes. En fuerza de andar entre los obreros sabíase ya el oficio, echando de cuando en cuando una mano, y el prestigio adquirido en su ministerio habíale dado tal confianza con el director, que con frecuencia le llamaba á su despacho, consultándole sus determinaciones acerca del personal y pesando la opinión del clérigo tanto como la del comité supremo extranjero que explotaba los filones.

Pero como en este mundo no hay dicha completa, he aquí que el bueno de D. Anselmo, que desempeñaba su plaza interinamente, vióse sorprendido un día con la especie de que por reorganizaciones eclesiásticas sacábase su curato á oposición. ¿A oposición? ¿Hacer una oposición á los setenta años? No había más remedio, so pena de despedirse para siempre de aquellos mineros, un poco libres de lenguaje, á los que sacudía á veces, pero á los que quería como á hijos.

II

Estaba que se le ahogaba con un cabello. Es seguro que en aquellos días de preocupación le hubiera llevado el pulso el más enclenque de los aprendices. Nada, que era muy tarde para ponerse á estudiar, para meterse en el meollo las ciencias eclesiásticas que exigía el programa. ¡Si hasta cojeaba en el mismo latín, á pesar del ejercicio de la misa! No digamos de abismarse á sus años en las selvas místicas de los Santos Padres, en los cánones, en las



La fiesta del santo, cuadro de Antonio de Ferrer



La abuela, cuadro de Antonio de Ferrer

liturgias. A todas partes iba cargado ahora con un libro, leyendo mientras andaba, dando cada tropezón en las desigualdades del terreno, que mil veces corrió el peligro de no hacer la oposición por otra



Peregrinación á Roma.-Grupo de señoras disponiéndose para la recepción en el Vaticano

causa que por los obstáculos de la memoria y de la sabiduría. Y á todo esto el tiempo volaba, echábase encima el plazo marcado para los exámenes, y el desdichado D. Anselmo sin adelantar apenas en el desbrozamiento de la ciencia. Lo único ganado era como un refrescamiento de admiración por las lumbreras de la Iglesia, como un acrecentamiento de su fe, y eso que jamás la sintió vacilar en su conciencia; pero en cuanto á saberse lo que leía...., ni palotado.

Durmió la escopeta, durmió la risa, dejando entristecida á la mina, durmieron los paseos. Faltaba un mes..., hizo un esfuerzo gigante de voluntad, creyó que al cabo se le despertaba el cerebro... Encerróse entonces en su casita, y á trabajar bajo el inopinado aliento de una esperanza tardía.

Pero he aquí que decididamente estaba escrito que no continuara por la emprendida senda. De pronto estalla en la mina la viruela negra, una viruela horrible y de tan violenta intensión, que en una semana se llena el hospital minero y los dos de los pueblos de la zona, y las cuadrillas de trabajadores se quedan en cuadro, llevándose la muerte á montones sus víctimas, con tanta mayor facilidad cuanto que la índole del mal hace que todo el mundo huya. Todo el mundo no, todo el mundo menos D. Anselmo, que á los primeros casos quita la llave á su voluntario encierro, echa á un lado los eclesiásticos infolios, olvídase de la oposición, de la plaza, del porvenir, no se acuerda más que de sus honrados feligreses, lobos á los que apalea, pero á los que adora, que le llamarán entre sollozos, y sin preocuparse de la propia vida, allá vuela de casa en casa, asistiendo, rezando, animando con palabras de cariño, acostándose con los niños que no quieren estarse quietos, pasando las noches á la cabecera de las tristes camas, dando su paga para mejorar la alimentación, amortajando los cadáveres, levantando el espíritu de tantísimo infeliz con sola su presencia.

Y así un día y otro, en el hospital, en la casita minera, en las habitaciones de los empleados, sin saber lo que es dormir, ni desnudarse, ni comer, envuelto en la atmósfera mefítica, mientras que el tiempo vuela y el plazo de la oposición se acaba y los exámenes se echan encima, apremiantes olvidadas en absoluto por el buen clérigo, que sumergido en el dolor no se acuerda de nada que no sea dar caldos y medicinas, pagar los comestibles en el ultramarinos minero y cargar con los pobres obreros que se sienten atacados del mal en medio del trabajo.

III

Todo el alto personal de la mina reunido en el despacho del director, entre los planos y las estadísticas. Dentro, los ingenieros en masa, un montón de cabezas rubias de sajón, de ojos azules; fuera, la muchedumbre negra de los mineros, que aguardaba el momento de salida del cura para vitorearle, para llevarle en triunfo. El jefe, grave, aunque conmovido, con su calma de hijo del Norte, de pie ante su mesa y al otro lado de ella el bueno de D. Anselmo, con su chaquetón y sus borceguíes, aunque sin cayada y no menos embargado por la emoción. Ya no hay viruela, ya no se muere, ya no se gime, el ángel blanco de la salud se ha venido á vivir á la mina, trayendo la alegría y el bienestar para todos, menos para el clérigo, que se quedó sin curato. Pero no, que ahí está el director, que toma de la mesa un magnífico reloj de oro, y que con sentido acento, él, el extranjero, el presbiteriano, exclama:

– Sr. D. Anselmo. El comité central me encarga que entregue á usted este «remontoir» como pequeña muestra de admiración de la compañía por su conducta con motivo de la epidemia variolosa. Lleva el nombre de usted y la fecha. Y me encarga también que le participe que queda usted nombrado por su cuenta cura de la mina y que se les restaurará la iglesia de la zona, que está ruinosa.

Y en tanto que afuera estallan voces de impaciencia y vivas, y dentro todos los ojos se humedecen, D. Anselmo se echa á reir para no llorar, con el reloj entre las manos, pensando en que no sólo no tendrá que dejar á aquellos buenos muchachos, sino que hasta le levantarán la iglesia que se caía.

Alfonso Pérez Nieva.

PEREGRINACIÓN ESPAÑOLA Á ROMA

Con motivo de la celebración del jubileo pontificio de S. S. el Papa León XIII, ha ido recientemente á Roma una numerosa peregrinación española, organizada por iniciativa del sabio y virtuoso prelado de esta diócesis Su Emma. el cardenal Casañas, á cuyo llamamiento respondieron con entusiasmo los obispos de Vich y Madrid-Alcalá y el arzobispo de Sevilla, llevando cada uno de ellos buen contingente de fieles de sus respectivas regiones.



Peregrinación española á Roma. – Su Emma. el Cardenal Vives, los obispos españoles y D. Arístides de Artiñano, individuo de la junta diocesana, á la salida del Vaticano después de la recepción por el papa

La peregrinación salió de Barcelona el día 15 del pasado octubre y llegó á la ciudad eterna el 18 por la mañana, siendo recibida en la estación por el embajador de España cerca de la Santa Sede Sr. Gutiérrez Agüera, el Rdo. P. Ruperto M.ª de Manresa, secretario de Su Emma. el cardenal Vives, el comendador Pacelli y otras distinguidas personalidades.

S. S. dignóse recibir á los peregrinos el día 20, habiendo tenido la recepción un carácter especialísimo, que puso una vez más de relieve el entrañable amor que á España profesa el Padre Santo. En efecto, á pesar de las muchas atenciones que le agobian y de las numerosísimas audiencias que en aquellos días había tenido que conceder, León XIII, á fin de poder permanecer más tiempo con los romeros, en vez de limitarse á pasar por delante de ellos, como se ha hecho otras veces, dispuso que se levantara un trono en la Galería de las Cartas Geográficas. El Papa dió á besar su mano á cada uno de los peregrinos, á los cuales habíase agregado la infanta doña Paz, y conversó con algunos de ellos, siendo por todos aclamado con entusiasmo delirante.

Además, el Sumo Pontífice, deseando dar una prueba de la especial complacencia con que ha visto la peregrinación española, recibió nuevamente el día 26 á una numerosa comisión de preregrinos presidida por Su Emma. el Cardenal Casañas y los prelados, y de la cual formaron parte, además de la Comisión organizadora de la peregrinación, cuyo presidente es el sabio canónigo de esta ciudad Dr. D. Jaime Almera, algunos romeros de las distintas regiones que en aquélla se hallaban representadas, para todos los cuales tuvo S. S. palabras afectuosas.

Durante la estancia de los peregrinos en Roma, celebráronse en su honor importantes funciones religiosas y literarias y se organizaron distintas excursiones piadosas.

La peregrinación regresó á Barcelona el día 29 y todos cuantos figuraron en ella vinieron en extremo satisfechos del éxito de la misma y hondamente impresionados por las muestras de particular afecto que León XIII se ha dignado dispensarles. – X.



Peregrinación española á Roma. – Grupos de peregrinos dirigiéndose al Vaticano para ser recibidos por el papa



Marquina (Vizcaya). San Miguel de Arrechínaga

SAN MIGUEL DE ARRECHÍNAGA

Hace ya bastantes años, creo que fué á últimos de junio de 1884, seis amigos nos concertamos en Bilbao para recorrer á pie toda la costa de Vizcaya. Nos preparamos convenientemente, comenzando por enviar provisiones á Machichaco y un aviso al torrero, conocido nuestro, para que nos tuviese dispuesta una buena comida, y el día señalado, cuando la aurora principiaba á clarear, salimos de la capital de Vizcaya, maquila en mano, por el camino de Plencia, en busca del monte Jata.

No haré un sucinto relato de nuestra peregrinación, concretándome por hoy á dar cuenta de la impresión que nos produjo la visita á San Miguel de Arrechínaga, verificada al tercer día de nuestra salida de Bilbao y después de pasar por Bermeo, Guernica, Menduca, Elanchove, Lequeitio, Ondárroa y Marquina.

Su mismo nombre Arrechínaga ó Arruchínaga, que significa «sitio de piedras suspendidas,» da idea de la originalidad de este monumento megalítico, que por su rareza difícilmente será superado en el mundo.

Construída en forma de hexágono regular, de unos diez metros de lado, levántase la ermita en la anteiglesia de Jemein, muy cerca de Marquina, al pie del monte Gogorza.

Hállase encajada entre un caserío y la casa ayuntamiento y rodeada de frondosos árboles.

Es un edificio verdaderamente primitivo por su sencillez. Al penetrar en el santuario, la impresión que se recibe es de indecible sorpresa. Parece que aquellos tres enormes peñascos cuarzosos, que uno sobre otro se apoyan, mantenidos en el suelo por un milagro de equilibrio, van á obstruir el paso, van á caer sobre el visitante, aplastándolo.

La piedra que al entrar se encuentra á la derecha mide 9 metros de altura por 2 de ancho. Su parte superior se inclina hacia la piedra de la izquierda, descansando en ella. Esta segunda piedra mide 7 metros por 4'50 de anchura y 6'50 de longitud, mientras que la tercera, ó sea la más pequeña, sólo tiene una altura de 3 metros por 3'50 de latitud. Esta última piedra sirve á su vez de sostén á las otras dos.

Entre la primera y segunda piedra hay un hueco donde se levanta el altar de San Miguel, mirando á la puerta, ó sea al Oeste.

El el hueco que mira al Este hay otro altar donde se veneran las imágenes de San Antolín, San Fausto y Santa Magdalena, ocupando la primera el centro, y por último en las dos especie de grutas que con las dos piedras mayores forma la pequeña hay otros tantos altares, el de San Jacinto, orientado al Sur, y otro con un cuadro de Santa Polonia, adonde acuden en peregrinación los que padecen dolor de muelas, no sin ir provistos de un martillo para arrancar pedazos de roca que se llevan y guardan preciosamente como amuleto.

Hay una circunstancia bastante curiosa, cual es que la imagen primitiva del primer hueco que mira al Oeste se halla entre las rocas, apartada del altar, pues la que ocupa éste es obra del escultor Agreda, hecha á devoción de D. Miguel Ansotegui, beneficiado de Santa María de Xemein.

El todo está cubierto por una media naranja, cuya mitad ocupa un balconcillo, desde el que puede contemplarse el monumento por su parte superior.

No se sabe nada ni hay antecedentes respecto al origen de estas piedras. Ningún indicio revela que puedan ser obra de los hombres, ni ofrecen caracteres de «dólmenes,» «menhir,» «cromlech,» etcétera; siendo más fácil suponer que proceden de formación natural, cuya opinión se robustece teniendo en cuenta que la ermita se halla enclavada en un declive del terreno y que en aquellos alrededores aparecen otros peñascos de forma, dimensiones y posición muy parecidas á las del santuario.

Los anticuarios y arqueólogos que han visitado el monumento suponen que la ermita fué edificada del siglo XII al XIII; lo que sí se sabe es que á mediados del XVIII fué reedificada, y según consta en un acta del doctor Astarloa, fecha 29 de septiembre de 1824, colgada de una de las piedras, el altar de San Miguel fué consagrado en 1646 por el franciscano Carleto, delegado del obispo de Calahorra.

Varios prelados han concedido indulgencias á los fieles que visiten el monumento.

El suelo de la ermita es bastante húmedo. Esto hace temer que si no se adoptan las convenientes precauciones para evitar que las aguas socaven la base de las piedras, desaparezca en no lejanos tiempos esta extraña y por lo mismo admirable obra de la naturaleza.

A. Sánchez Ramón.

REGRESO DE LAS EXPEDICIONES POLARES

DE PEARY Y SWERDRUP

Dos expediciones polares que han permanecido largo tiempo en las regiones del polo ártico y cuya suerte comenzaba á inspirar vivas inquietudes, acaban de regresar casi al mismo tiempo, habiendo desembarcado en América la de Roberto Peary y en Noruega la de Otón Swerdrup. Ambas han permanecido cuatro años ausentes, y ocurre ahora preguntarse ante todo: ¿cuáles son los resultados de los grandes sacrificios en tiempo y dinero que han costado?

Respecto de las exploraciones propiamente dichas nada se sabe todavía positivamente; sin embargo, puede afirmarse desde luego que ninguna de las dos expediciones ha conseguido el objeto especial que se proponía alcanzar. Peary partió con la firme intención de avanzar hacia el polo Norte, y Swerdrup quería explorar las costas septentrionales de Groenlandia y llegar hasta la costa oriental de este país, porque aún es completamente desconocida la parte más septentrional del mismo hasta el cabo Bismarck. Pero además tenía Swerdrup, según se creía en Noruega, el secreto propósito de intentar un avance hacia el polo ártico.

Peary, en este viaje, el sexto que realiza á las regiones polares y con el cual pensaba coronar los esfuerzos hasta ahora por él realizados, no ha podido desgraciadamente llegar al Polo, no habiendo pasado de los 84° 17' de latitud Norte; y Swerdrup, á su vez, no llegó hasta la costa septentrional groenlandesa, y en vista de los obstáculos que á su marcha oponía el hielo, prefirió dirigir sus investigaciones á la masa de territorios desconocidos situados en el lado occidental del estrecho de Smith. Poco faltó, sin embargo, para que la expedición Swerdrup terminara trágicamente, pues en una ocasión el *Fram*, buque de los expedicionarios, estuvo en peligro de quedar destruído por un incendio.

Cuando Swerdrup, que, como Peary, se dirigía en 1898 al estrecho de Smith, se convenció en 1899 de que no podía seguir avanzando, emprendió una expedición de reconocimiento al estrecho de Jones, una de las vías marítimas que se dirige hacia el Oeste, y estableció su cuartel de invierno en la costa meridional de la Tierra de Ellesmere. En marzo de 1900 verificáronse algunos viajes en trineo, de los



ESPERANZA, cuadro de Jorge Papperitz



FUERZA Y VALOR, cuadro de J. Zuber

cuales el más importante demostró que al Norte del estrecho de Jones, entre la Tierra de Ellesmere y Nord-Kent, hay una gran bahía en dirección al Oeste. En el mes de mayo estalló el incendio á que antes nos referimos: algunas chispas desprendidas de la chimenea encendieron la tienda que se hallaba instalada en el barco, comunicándose rápidamente el fuego á los kajacks que allí había y que estaban untados de aceite. Junto á aquel mar de llamas se encontraba un depósito con 200 litros de alcohol. Afortunadamente el incendio ocurrió de día, y como se disponía de agua abundante, pudo ser combatido con energía y prontamente sofocado.



Roberto Peary, jefe de la expedición polar que ha regresado recientemente á América

Otón Swerdrup, jefe de la expedición polar que recientemente ha regresado á Europa

En los años siguientes prosiguieron las excursiones en trineos y otras expediciones; pero se sabe tan poco acerca de las mismas, que es imposible formarse idea de su importancia.

El hecho de que Peary no pudiera pasar de los 84° 17′ de latitud Norte, debe indudablemente considerarse como una prueba de que los hielos oponen por aquel lado dificultades especialísimas y de que todavía puede aplicarse á aquellos territorios la frase lacónica del almirante inglés Stares, que en el año 1870 quiso avanzar hacia el polo desde el estrecho de Smith, y al verse obligado á retroceder, dijo simplemente: «*The northpole impracticable.*» (El polo Norte, impracticable.) De lo contrario, Peary no habría dejado de intentar una invernada en aquellos parajes, pues es hombre que ha demostrado una extraordinaria tenacidad en sus anteriores expediciones polares, emprendidas hacia el Norte de Groenlandia, siendo buena prueba de su perseverancia increíble el hecho de que en esta expedición última hubieran de amputarle siete dedos, sin que esto le hiciera desistir de su empresa.

Sin embargo, los obstáculos que la naturaleza le opuso fueron invencibles, y obligaron á Peary á regresar sin haber logrado realizar sus propósitos, y á pesar de todos los grandes esfuerzos por él hechos, no ha podido batir el *reccord* de Nansen y del mayor Cagni; de todos modos, podrá proporcionar algunos datos interesantísimos acerca de los hielos del Norte de Groenlandia y sobre las masas de tierra allí situadas.

Peary no será indudablemente el último explorador polar que verá defraudadas sus esperanzas. Badwin, que partió seguro de alcanzar la suspirada meta, ha tenido también que regresar sin haber conseguido su objeto, y aun cuando atribuye el fracaso de su plan á disenciones surgidas entre él y el capitán del buque, es lo cierto que tampoco él ha podido conquistar la gloria con que tantos sueñan.

La situación se presenta una vez más perfectamente clara para los que se ocupan en proyectos de expediciones al polo Norte: cuando dos campeones de competencia tan probada como Peary y Swerdrup han tenido que renunciar á sus propósitos, bien puede afirmarse que aquellas extremas regiones seguirán siendo, quién sabe hasta cuándo, un misterio para la humanidad. Todos estos fracasos, sin embargo, no serán obstáculo para que surjan nuevos exploradores confiados en que la fortuna ha de mostrárseles propicia. – R.

NUESTROS GRABADOS

La muerte, cuadro de José Triadó y Mayol (Museo Municipal de Bellas Artes). – Si los artistas de todas las épocas han tratado de representar cuantas situaciones y sentimientos significan las constantes aspiraciones y el modo de ser de la humanidad, no olvidaron tampoco lo que constituye su persistente preocupación, el no ser, precisamente por el afán de no perder materiales goces y perpetuar ó prolongar su existencia. Ahí están, no tan perdurables como sus autores, las obras que algunos produjeron representando á la muerte en diversas formas, ya como implacable exterminadora ó como término consolador. No debe, pues, sorprender que, en nuestros tiempos, artista de valía, cual lo es nuestro distinguido colaborador José Triadó, aportara su tributo y cantara en cierto modo un himno á la representación de esa temida guadañadora, que tan tristísimas siegas realiza, dándole forma y simbolizándola de un modo más humano, sin repulsivos aditamentos ni horripilante aspecto, conduciendo á la fosa á aquellos que significan los extremos de la existencia. De ahí que no titubeemos en calificar como sentida y delicada la composición, con mayor motivo cuando el artista revela un concepto consolador y por lo tanto de creyente. Estas consideraciones debió, sin duda, tener en cuenta el Jurado de la Exposición de Bellas Artes celebrada en nuestra ciudad en 1896 al otorgarle una recompensa y designarlo para figurar en el Museo Municipal, en donde actualmente se halla colocado.

⁂

Esperanza, cuadro de Jorge Papperitz. – En distintas ocasiones hemos expuesto las dificultades que ofrecen al pintor asuntos como el de este cuadro que en el presente número publicamos: reproducir en el lienzo un estado de ánimo, dar á un rostro y á una actitud la expresión justa que traduzca este estado de ánimo fielmente, que lo haga sentir al que contemple la obra hasta el punto de que no pueda confundirlo con ningún otro sentimiento, es labor para cuya feliz realización se requiere, no sólo grandes aptitudes técnicas, sino principalmente un temperamento verdaderamente artístico. El que sin estar dotado de estas cualidades quiera acometer tamaña empresa, se expone á caer en el ridículo, pintando una figura artificiosa, convencional, bien dibujada y bien pintada si se quiere, pero en la cual las impresiones anímicas aparezcan traducidas en líneas y notas de color, mas no en ese algo inexplicable que hace que el alma se transparente al través del pintado lienzo. El notable pintor alemán Jorge Papperitz merece ciertamente contarse entre los artistas de verdad que pueden tratar asuntos de la índole indicada, sin temor á incurrir en los defectos que señalados quedan y seguro de vencer cuantos obstáculos puedan oponerse al logro de su propósito; su cuadro es buena prueba de ello: en la actitud reposada de esa figura, en su mirada melancólica, en la expresión toda de su semblante, se refleja el espíritu sobreponiéndose á la materia y se adivina la dulce influencia de la esperanza, de esa virtud que es uno de los más poderosos consuelos para el hombre.

⁂

Fuerza y valor, cuadro de J. Zuber. – Aun cuando el autor de este cuadro, el pintor polaco Zuber, se dedica á pintar principalmente escenas de costumbres populares eslavas y sobre todo rutenas, con esta obra ha demostrado que su imaginación corre parejas con su talento de observación, y que si al reproducir lo que ve es consumado maestro, no lo es menos cuando pinta lo que crea su fantasía. La alegoría de la Fuerza y el Valor está perfectamente concebida y ejecutada con todo el vigor, con toda la grandiosidad que el asunto requiere; pero aparte de esto y por encima de estas notables cualidades, tiene la composición una originalidad indiscutible, que se advierte así en las figuras que simbolizan aquellos conceptos como en la situación en que el artista las coloca. Además la idea está desarrollada de una manera tan perfecta y tan clara, que desde luego se adivina cuál ha sido el pensamiento del autor: el Valor, personificado en un hombre que impávido espera la acometida del terrible monstruo, podrá sin duda más que la Fuerza, que el terrible monstruo representa; el ataque brutal se estrellará ante la firmeza y serenidad de ánimo que al valor caracterizan y que mueven á intentar resueltamente las mayores y más atrevidas empresas y á arrostrar sin miedo los más grandes peligros.

⁂

Partida empeñada, cuadro de Domingo Fernández y González. – Otra bella producción del distinguido artista sevillano Sr. Fernández y González reproducimos en estas páginas. Pertenece, cual las que publicamos recientemente, al mismo género, y como aquéllas, señala una fase de la vida artística de su autor, quien pagando el debido tributo á la tierra que le vió nacer, representa en el lienzo tipos, escenas y cuadros de costumbres de nuestras provincias meridionales, pero avalorándolos con el encanto de su brillante paleta y con la distinción que le es peculiar y característica. De ahí que el todo seduzca y tenga ese encanto que atrae á los aficionados, debiéndose á estas circunstancias la estima que en el extranjero han merecido las obras á que nos referimos.

MISCELÁNEA

Teatros. – *París.* – Se han estrenado con éxito: en el Ambigú *Le drame de la Rue Murillo*, melodrama en cinco actos y ocho cuadros de Gastón Marot y Alevy; en el Odeón *Arlequin Roi*, drama en cuatro actos de Rodolfo Lothar, traducido del alemán por Roberto de Machiels, y *Monsieur le Directeur*, comedia en tres actos de Alejandro Bisson y Fabricio Carré; en los Bufos parisienses *L'Armée des Vierges*, opereta de Depret y Herel, música de Emilio Pessard; en Cluny *La lune de miel*, comedia-vaudeville en tres actos de Daniel Riche y Arturo Bernede; y en el Palais Royal *Les Dupont*, vaudeville en tres actos de Pablo Gavault.

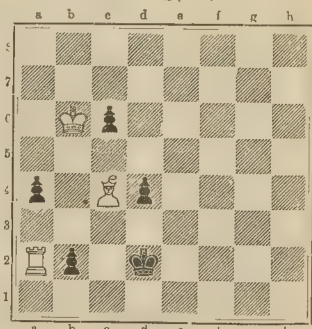
Barcelona. – En el Principal se anuncian dos funciones de la compañía dramática francesa que dirigen Mlle. Bartet y M. Le Bargy, que pondrá en escena las dos aplaudidas obras *Le marquis de Priola* y *On ne badine pas avec l' amour*. El Liceo inaugurará su temporada el día 15 con el drama lírico en cuatro actos y un epílogo del maestro Alberto Franchetti *Cristoforo Colombo*, para el cual han pintado varias decoraciones los reputados escenógrafos Sres. Vilumara y Junyent. La empresa anuncia como óperas nuevas que se cantarán durante la próxima temporada la ópera romántica de Weber *Euriante* y la ópera en un acto del maestro catalán Juan Manén *Giovanna di Napoli*. En el Palacio de Bellas Artes ha dado la «Capella Catalana» un gran concierto, en el que ejecutó, con gran aplauso, una sinfonía dramática del maestro Cassadó, director de aquélla, que en 1901 se estrenó con gran éxito en Nuremberga. En el teatro de Novedades ha dado también un notable concierto la Asociación Musical de Barcelona con la cooperación del «Orfeó Catalá,» habiéndose estrenado en él un hermoso poema sinfónico del maestro Lamothe de Grignon para orquesta, solistas y coros, titulado *La Nit de Nadal*, que fué acogido con gran entusiasmo.

AJEDREZ

Problema final n.° 299, por J. Jespersen.

Primer premio del Concurso de «La Stratégie,» sección F.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (3 piezas)

Las blancas juegan y ganan.

Solución al problema núm. 298, por Dr. H. Rohr.

Blancas.	Negras.
1. Cb2—c4	1. a4—a3
2. Cc4—e5	2. f6×e5
3. Re3—e4	3. f7—f6
4. Dh3—d3 jaque.	4. Tg2—e2 mate.

VARIANTES.

1 .... b5—b4; 2.Re3—e4, Pjuega; 3.T a2—a1jaq., Rf1 – e2; 4.Dh3—g4jaq., Tg2 × g4mate.

1 .... b5 × c4; 2.Ah4—f2, a4—a3; 3.Re3—d2, Rf1 × f2; 4.Dh3—f3jaq., Rf2 × f3mate.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.—ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Por un sendero del bosque, caminan el conde Víctor y el Sr. de Stetten.

–¿A qué vienen estos pensamientos?, pregunta el tío. ¿Cómo puede ocurrírsete la idea de confiar tus bienes á manos extrañas? Ahora que tu posición ha variado tan por completo, tienes otras obligaciones; por esto es preciso que presentes tu dimisión y que vengas aquí á ocuparte de tus asuntos.

–No, tío, no; he nacido para soldado y no entiendo pizca en administrar tierras.

–¡Oh! Con un poco de buena voluntad, es esta una ciencia que se aprende fácilmente. Además no me pareces tan encariñado con la vida militar que sea para ti un sacrificio el abandonarla; y aun creía que habrías venido con gusto á desempeñar el papel de amo de tus fincas... ¿Pero es que tienes algún motivo de antipatía contra Eckardstein?

–¿Yo? ¡Ni por pienso!

–¿Guardas tal vez algún mal recuerdo de tu última visita? ¿Te ha sucedido aquí algo desagradable?

–¡Tío!

–No tomes á mal mis palabras; te lo digo porque sé que la culpa era de Conrado. En efecto, se lo oí decir á él mismo antes de morir, y entiendo que no pudo mostrarse más arrepentido y apesadumbrado de ello en el momento de la reconciliación. Precisamente por esta razón no es justo que pienses con amargura en el pasado.

–No, tío, no es esto; sería un malvado si tal pensara, ¡pobre Conrado! La verdad es que me siento completamente extraño en esa casa, con la vida de estos lugares, con todo, en una palabra; y...créeme, es mejor que por ahora arriende mis tierras; después, veremos.

El tío le miró dolorosamente perplejo, pero nada replicó. Alguna causa penosa, que Víctor no quería revelar, había transformado tan radicalmente al joven alegre y descuidado en el hombre formal, abatido, desengañado que á su lado estaba. El Sr. de Stetten contempló á Víctor y suspiró; después, considerando oportuno mudar de conversación, dijo:

–Es extraño que nadie de casa Dernburg haya asistido á los funerales. Dada la intimidad que os unía, debieran haber concurrido personalmente, en vez de enviar una simple carta de pésame.

–El Sr. Dernburg no habrá tenido calma para pensar en las conveniencias, apresuróse á responder Víctor. Los últimos acontecimientos de Odensberg han sido muy dolorosos y deben haberle preocupado.

–Es cierto, y según parece no ha terminado aún la serie. Ayer vi al doctor Hagenbach, el cual estaba muy disgustado porque Dernburg no quiere ceder y no admite transacciones. Ese hombre debe tener una cabeza de hierro.

–En el caso presente tiene razón. Las demostraciones que se realizaron en la noche de las elecciones hubieron de ser una ofensa atroz para Dernburg. ¡Cómo! ¡Sus obreros celebraban su derrota y festejaban á su adversario? ¡Se necesita ser muy magnánimo para obrar de diverso modo que Dernburg!



... y viendo un grupo de chiquillos que jugaban en el jardín que había detrás de la casa

–Debiera haber despedido á los más exaltados y conservar á los otros; pero en vez de esto, ha despedido á cientos y cientos de trabajadores, á todos los que tomaron parte en las manifestaciones. Y ahora los demás quieren que sus compañeros sean nuevamente admitidos, se agitan, amenazan con sublevarse en masa y... naturalmente, algo malo sucederá.

–También yo lo temo. Todo lo indica así...

Víctor enmudeció de pronto y quedóse como clavado en el suelo. Al atravesar el camino real para pasar al otro bosque, los dos paseantes se encontraron delante de un carruaje abierto en que iban dos señoras enlutadas. La más joven vió á Víctor, y con alegre exclamación de sorpresa ordenó al cochero que se detuviera y se asomó al coche diciendo:

–¡Conde! ¡Cuánto me alegraría de verle, si no fuese por una causa tan triste!

Víctor se acercó á la portezuela sombrero en mano, pero se veía que aquella detención le contrariaba; y tocando apenas la manecita que le tendían, respondió fríamente:

–Es verdad que una causa muy triste..., pero permítame, señorita, que le presente á mi tío, el Sr. de Stetten. La señorita Dernburg, la señorita Friedberg.

–Esta señorita, dijo Stetten sonriéndose é indicando á Maya, es antigua conocida mía. La conocí hace algunos años una vez que estuve en Eckardstein. La niña de aquel entonces se ha convertido en una señorita que seguramente no se acuerda de mí.

–Me acuerdo confusamente; pero en cambio, ¡cuán bien recuerdo las horas felices que he pasado en Eckardstein con Víctor y Enrique! (Y al decir esto sus ojos se llenaron de lágrimas.) ¡También en nuestra casa ha entrado la muerte! ¡Y de qué manera! ¿Ya sabe usted, Víctor, cómo perdimos á Enrique?

–Sí, dijo el conde en voz baja, y para mí ha sido una pena muy grande y profunda la pérdida de mi amigo de la infancia... ¿Sigue la viuda en Odensberg?

–¡Ciertamente! Y allí vivirá siempre... ¡Enrique la quería tanto!

–Y... ¿el barón de Wildenrod?, preguntó Víctor mirando ansiosamente á la joven.

Esta se puso encendida como la grana y respondió con alguna turbación:

–¿El Sr. Wildenrod? Está en Odensberg.

–¿Y probablemente se quedará allí?

–¡Ya lo creo!, contestó Maya irritada consigo misma por no haber sabido añadir nada más.

¿Qué tontería era esa de sentirse turbada? ¿Qué de extraño tenía que su amigo de infancia adivinara entonces lo que antes de poco no sería un misterio para nadie? Pero, por otra parte, ¿por qué Víctor la miraba con aire tan triste como si la censurase por haber hecho algo malo?

El Sr. de Stetten, que en el entretanto había hablado con Leonia, dirigióse á los dos jóvenes, y después de haberse cruzado entre todos algunas frases, Víctor, que parecía estar sobre ascuas, dijo dirigiéndose á su tío:

–¿No te parece que entretenemos demasiado á esas señoras? Señorita, hágame el favor de saludar al Sr. Dernburg.

–Gracias; pero ¿no irá usted por Odensberg?

– Si puedo sí, respondió el conde en un tono que decía claramente que no podría.

Víctor saludó, apartándose á un lado; las señoras correspondieron al saludo y el carruaje partió.

– ¡Qué hermosa joven se ha vuelto Maya Dernburg!, dijo Stetten á su sobrino cuando el coche se hubo alejado. Merecería que te mostraras menos frío con ella. Creo que eras muy amigo de su hermano.

Víctor no le escuchaba: con los labios apretados y la mirada torva contemplaba el carruaje que se alejaba. El tío repitió la pregunta, y entonces el joven sacudió sus tétricos pensamientos.

– ¿Amigo? ¡Ah, hablas del pobre Enrique! Me has dicho que le viste en Niza cuando se comprometió. ¡Pobre muchacho! ¡Cuán poco duró su felicidad! ¡Cuán dura se mostró con él la suerte!

– ¿Quién sabe? Acaso el matrimonio le habría traído amargas desilusiones, repuso Stetten con frialdad extraña. En cambio, tal como han ido las cosas, murió plenamente confiado en su dicha, lo cual es muy de envidiar... ¿Qué hace la viuda?

– Al principio quedó como anonadada y se comprende.

– ¡Oh! Pero ya se repondrá, dijo Stetten con el mismo acento frío y un tanto despreciativo de antes. Una viuda joven y rica siempre se consuela presto; conque en el caso presente ¡no digamos! El matrimonio le da derecho á una parte de las riquezas de Dernburg, porque naturalmente habían pensado ante todo en asegurar la cosa.

Víctor miró sorprendido á su tío, á quien nunca había oído juzgar duramente á las personas á quienes conocía poco.

– Pero ¿crees que en aquel matrimonio intervino el cálculo?, preguntó en tono de incredulidad.

– Es indudable, estando como estaba de por medio Oscar de Wildenrod, el cual necesitaba un partido rico para su hermana y no perdonó esfuerzo alguno para conseguirlo.

– Permíteme que te diga que te equivocas. Los Wildenrod son ricos, muy ricos, según se dice.

– Se dice porque el barón ha procurado que se diga. La verdad es muy distinta..., pero ¿que importa? Si Dernburg se ha dejado engañar, esta es cuenta suya... Debiera haber sido más prudente.

– Pero tú ¿que sabes?, preguntó Víctor inquieto. ¿Conoces á fondo á Wildenrod? ¿Sabes algo de él?

– Sí, muchas cosas; pero no me creo obligado á meterme á redentor, desde el momento en que Dernburg es para mí un extraño. Afortunadamente la muerte del hijo ha aflojado los lazos; pero ya verás cómo más pronto ó más tarde tendrá que abrir los ojos. En fin, estos asuntos no me incumben y me gusta muy poco hablar de ellos.

– Pero a mí debes hablarme, exclamó el conde impetuosamente. Te ruego que me digas sin ambages cuanto sepas. ¡Quiero saberlo!

– ¿Quieres? ¿Debo? ¿Ah, sí? ¿Y por qué? ¿Tanto te interesan los Dernburg? Antes parecía que te eran indiferentes.

Víctor no contestó y bajó los ojos ante la mirada interrogadora de su tío, que se había detenido.

– Hace tiempo que vengo observando que tienes algún peso sobre tu alma; pero ¿por qué no me dices nada? He tratado de hacerte hablar, mas ciertas confidencias no se imponen. Habla de una vez; cuéntamelo todo, y acaso con mi experiencia podré ayudarte y consolarte.

– ¡Oh! ¡No puedes ayudarme!, dijo Víctor. Pero como hablarte de ello será para mí un bien, voy á referirte todo lo sucedido. Ya conoces la causa de mi discordia con Conrado. Mi hermano era á veces algo duro, y en una ocasión en que necesité de su ayuda, me la prometió á condición de que me casara con Maya Dernburg. De este modo confiaba librarse de las molestias que yo le ocasionaba, y yo, irritado, apesadumbrado, impaciente por substraerme á aquella dependencia opresora, acepté. Vine aquí para reanudar mi amistad con Maya y prepararme para la realización del proyecto de Conrado; llegué indiferente, con el corazón libre; pero apenas hube visto á Maya, los cálculos se desvanecieron y entró en juego el amor. En una palabra, tío; me enamoré como un loco de aquella criatura angelical; pero... fuí castigado, ¡y cuán duramente!, por haber calculado una vez en mi vida.

– ¿Te rechazó Maya? ¿Y por qué?

– No llegué á declararme á ella... Refiriéronle al padre el plan de Conrado bajo su aspecto más odioso, y entonces me llamó, me interrogó, y como no pude ni quise ocultar la verdad, Dernburg consideró mi petición como una especulación innoble y me trató como á un cazador de dotes, diciéndome cosas muy amargas, cosas..., pero basta, vale más no hablar de ello, dijo Víctor apretando los dientes.

– ¿Ah, sí?, dijo Stetten lentamente. Pero no hay que desesperarse, hijo mío; las cosas son hoy muy distintas de hace seis meses. Hoy eres el dueño de Eckardstein, y si te presentas de nuevo al viejo testarudo, no podrá acusarte de buscar su dinero.

– ¡Oh, no, eso nunca! ¡He perdido para siempre á esa criatura!

– ¡Poco á poco! Se puede perdonar al futuro suegro alguna palabra dura, tanto más cuanto que no le faltaba del todo la razón cuando la dijo. Si tu orgullo no te permite dar los pasos necesarios, los daré yo y hablaré con Dernburg.

– ¡Para que te responda amablemente que te da las gracias, pero que su hija está prometida al barón de Wildenrod!, gritó Víctor. Podemos ahorrarnos esta humillación.

– ¿Qué estás diciendo? ¡Si Wildenrod tiene cuarenta años, y Maya!..

– ¡Oh! Pero ese hombre tiene una influencia diabólica. Estoy seguro que de él procedían las insinuaciones que exasperaron á Dernburg contra mí... Yo era para él un obstáculo. El barón había fijado sus ojos en Maya, y esa inocente niña no permaneció indiferente... Hace tiempo que se dice que están comprometidos; yo no lo creía, pero ahora, ¿has visto? Maya se ha vendido á sí misma y nada puedo esperar.

La desesperación del joven daba verdadera lástima; se veía cuán profunda era su pasión por su joven amiga de la niñez.

Stetten, que se había puesto taciturno, murmuró:

– Sería un golpe maestro de Wildenrod. De modo que no le basta la parte de la hermana y quiere robar para él los millones de Odensberg... En ese caso, y á la altura á que las cosas han llegado, es preciso abrir los ojos á Dernburg; su hija no puede ser la presa de un aventurero.

– ¿Un aventurero el barón de Wildenrod?

– Lo fué cuando se vino abajo el esplendor de su casa. Tal vez debióse á la fatalidad más que á su propia culpa; pero de todos modos, ha perdido el derecho de enlazarse con una familia respetable.

– ¿Sabías esto en Niza y lo has callado?, preguntó Víctor con acento de profundo reproche.

– ¿Debía acaso presentarme como acusador? ¿Con qué derecho había de mezclarme en los asuntos de gentes para mí extrañas? ¿Quiénes eran entonces para mí los Dernburg? Créeme, no tiene nada de agradable el acusar, sin necesidad urgente, al hijo de una familia de quien se ha sido amigo durante muchos años.

– Pero podías avisar de algún modo á Enrique.

– Era inútil. Si Enrique hubiera querido ver... Todo el mundo sabía lo que hacía Wildenrod en Niza; no era yo el único enterado de ello... Enrique cayó con los ojos cerrados en la red que le habían tendido... Pero está tranquilo; ahora que sé que la cosa te interesa, tomaré las precauciones necesarias.

– ¡Sí, que se salve Maya, cueste lo que cueste!, exclamó Víctor exaltado. Tío, nada te he ocultado. Pero ahora, sé tú sincero á tu vez. ¿Quién es, qué es ese Wildenrod?

– Te lo diré, pero no aquí en el bosque. Dentro de diez minutos estaremos en el castillo y lo sabrás todo.

XVIII

Maya y la señorita Friedberg, en tanto, habían continuado su camino hacia la estación, adonde iban á recibir á la señora de Ringstedt, la cual, creyendo segura la elección de Dernburg, había ido á Berlín con objeto de preparar la casa para el invierno; pero como las cosas habían variado, la familia no pensaba moverse de Odensberg, y á Odensberg regresaba aquella dama.

– ¿Qué tenía hoy Víctor?, preguntó Maya pensativa. Estaba muy distinto de otras veces y parecía disgustado de nuestro encuentro

– Hace poco tiempo que ha perdido á su hermano, y es natural que esté más serio y menos expansivo que de costumbre, respondió Leonia.

– No, no, repuso Maya moviendo la cabeza; es por otra cosa, por algo que data de más tiempo. Cuando partió hace seis meses, se fué sin venir á saludarnos, y aunque papá me dijo que había tenido que marchar repentinamente por asuntos del servicio militar, paréceme que siquiera podía haberse despedido por escrito. ¿Y no te has fijado ahora mismo? Cuando le he invitado á que fuera á Odensberg, pareció que no tenía ninguna gana de visitarnos. ¿Por qué? ¿Qué significa todo esto?

– También á mí me ha impresionado su frialdad, dijo Leonia, y por esto me habría gustado que se hubiese usted mostrado menos expansiva. Ya no es usted una niña, Maya, y debe portarse con los vecinos como una ..

– Pero Víctor no es un vecino cualquiera, señorita; nos hemos criado juntos y no puedo variar respecto de él. En cambio, Víctor está cambiado; se ha vuelto frío, antipático, y así se lo diré la primera vez que lo vea, ¡vaya si se lo diré!

Leonia hizo algunas otras observaciones acerca de cómo debe portarse una jovencita que iba á cumplir diez y ocho años..., pero su compañera no le hacía ningún caso. Maya soñaba despierta; veía siempre la mirada triste, llena de reproches, del amigo de infancia, y aun cuando no acertaba á explicarse la causa de su cambio de conducta, sufría á consecuencia de éste y sentía entonces por primera vez cuánto afecto profesaba al amigo antiguo.

En la estación, el doctor Hagenbach les dió una desagradable noticia: por efecto de un descarrilamiento, el tren directo de Berlín había quedado detenido á mitad del camino; afortunadamente no habían ocurrido desgracias personales, pero los viajeros se habían visto obligados á apearse y á esperar que fuera posible un trasbordo, por lo cual llegarían con gran retraso á Odensberg.

Maya y Leonia decidieron esperarse; mas como en la estación había tanta confusión de obreros, soldados y empleados, unos que regresaban del sitio del desastre y otros que se disponían á dirigirse á él, y había de resultar, por ende, para las dos señoritas muy incómodo permanecer allí una ó dos horas, el doctor les propuso que fueran al *Cordero de Oro*, tomaran una habitación y esperaran allí la llegada del tren. Maya y Leonia aceptaron, y acompañadas por el doctor encamináronse á la hostería.

El Sr. Willmann no estaba en casa; pero su esposa, apenas oyó que las señoras de Odensberg querían honrar con su presencia su establecimiento, lanzóse fuera de la cocina para corresponder dignamente á tanto honor.

Las buenas prendas de la señora Willmann debían ser todas morales, porque las físicas brillaban en ella por su completa ausencia: era mucho más vieja que su marido, fea, con una voz estridente que ponía los nervios de punta; y en cuanto al vestido, dejaba mucho que desear desde los puntos de vista del buen gusto y de la limpieza.

Llevó á sus huéspedes inmediatamente al mejor cuarto, abrió las ventanas, removió las sillas y las mesitas, y después de haberles prometido que antes de poco les serviría el mejor café del mundo, salió apresuradamente de la estancia.

Según había dicho el jefe de estación, era preciso esperar más de una hora, y para Maya, la perspectiva de pasar sesenta minutos sin hacer nada, metida en un cuarto de posada, resultaba insoportable; de aquí que empezara á pensar en una excursioncita exploradora por el *Cordero de Oro*, y viendo un grupo de chiquillos que jugaban en el jardín que había detrás de la casa, tomó su determinación, y sin atender á las observaciones de la señorita Friedberg, se fué tranquilamente.

El doctor y la señorita Leonia, al quedarse solos, guardaron largo silencio; por acuerdo tácito habían resuelto no recordar jamás el desagradable incidente de la demanda en matrimonio y se veían diariamente sin apartarse de las fórmulas de cortesía habituales. Sólo que la señorita se había vuelto aún más tímida y reservada y el doctor cuidaba más de su persona y procuraba moderar su rudeza, y aun cuando no siempre lograba esto último, merecía que se tuviera en cuenta su buena voluntad.

– ¡Maya es insoportable!, exclamó Leonia suspirando. A veces llega á desesperarme. ¿Qué hacer con una señorita de esa edad, prometida, que se casará pronto y que no quiere hacerse cargo de la necesidad de sujetarse á las buenas formas sociales?

– ¡Hum! Esta es una necesidad muy discutible, murmuró el doctor.

– Al contrario, es indiscutible porque es la base de la existencia en sociedad, repuso la señorita Friedberg.

– ¡Vaya una existencia hermosa! ¿Qué importa que un hombre sea honrado, laborioso, inteligente? Es preciso que ceda el puesto á los que saben hacer reverencias y cumplimientos.

– Pero yo no decía eso.

– No, pero lo pensaba... Yo, en cambio, nunca he tenido nada que ver con las formas sociales, ni como doctor, ni como simple individuo...: por esto, gracias á Dios, me mantengo soltero.

Leonia no respondió: aquel «gracias á Dios» había sido pronunciado con acento tan amargo, que la joven consideró que lo más oportuno era acercarse á la ventana. Por fortuna, entró la camarera con las tazas y un pedazo de pan suficiente para doce personas, y anunció que la Sra. Willmann se ocupaba personalmente en hacer el café, que les sería inmediatamente servido.

—¿Quién dice usted?, preguntó Leonia.

—La Sra. Willmann, señorita.

—Así se llama la dueña del *Cordero de Oro*, dijo el doctor, pensando que lo mejor era explicar la verdad de la situación.

Leonia se puso encarnada y respiró agitadamente.

Cuando la camarera hubo salido, el doctor prosiguió diciendo:

—¿Le impresiona este nombre?

—Me era y sigue siéndome muy querido. Por supuesto que es una simple coincidencia, una mera casualidad, pero de todos modos quiero interrogar á la hostelera.

—Puedo yo darle los informes que desea. El dueño de la posada es primo del difunto Sr. Engelberto, del apóstol de los paganos que murió en el desierto; él mismo me lo ha dicho, no el muerto, sino el vivo Sr. Pancracio Willmann, dueño del *Cordero de Oro*.

—¿Un primo de Engelberto?, preguntó Leonia. ¡Qué extraño! No sabía que Engelberto tuviera parientes... Este Sr. Pancracio ¿tendrá cuando menos la edad de su mujer?

—¡Ca! Tendrá doce años menos que su esposa. Es un hombre como de cuarenta años, educado, instruído; pero, según parece, era un pobre diablo, y ella, en cambio, era una viuda rica...

—¡Qué bajeza!, murmuró Leonia con desprecio. ¡Una mujer tan vulgar!..

—Pero tiene mucho dinero y guisa á la perfección, repuso Hagenbach, satisfecho de que por lo menos el primo de Engelberto no estuviera á la altura de la familia. Por otra parte, son un matrimonio al parecer muy feliz y con muchos hijos. ¿Ve usted? En el jardín están los seis pequeños Willmann.

Y diciendo esto se acercó á la ventana y se puso á mirar al jardín, donde los seis retoños de la pareja Willmann armaban gran estrépito.

No eran guapos, pero sí todos pequeños y rollizos, con las mejillas encarnadas y los cabellos rubios.

Leonia se encogió de hombros.

—No comprendo cómo un hombre bien educado pueda rebajarse hasta el punto de contraer semejante matrimonio. Pero por desgracia es una verdad que en este mundo se atiende al provecho y no al ideal.

—Por lo menos el Sr. Pancracio no es ciertamente amigo de idealismos; es un hombre práctico, todo lo contrario de su primo. El Sr. Engelberto abandonó su casa para ir á bautizar infieles, y ¿qué sacó de ello?

—No todo el mundo es capaz de apreciar debidamente una acción semejante, repuso Leonia con acento de conmiseración. Engelberto Willmann era un carácter ideal que sin pensar en las ventajas materiales siguió sus nobles aspiraciones; para comprender su conducta es preciso tener algo análogo en el alma.

—¡Yo, por ejemplo, no la comprendo!, exclamó irritado el doctor. Yo curo á los hombres á diestro y siniestro sin nobles intenciones; soy un hombre común, sin ingredientes ideales..., ¡por esto no valgo nada!

Aquello era ya el comienzo de una lucha; pero la cosa no pasó adelante porque se abrió la puerta dando paso al Sr. Pancracio Willmann, con su voluminoso abdomen y su rostro congestionado, que después de haber saludado profundamente al doctor y á Felicia, dijo con su voz meliflua.

—Mi esposa me ha dicho que los señores de Odensberg han querido honrar nuestra pobre casa, y he venido en persona á expresar mi contento y á darles las gracias por el honor que nos conceden.

—¡Oh, querido Sr. Pancracio!, dijo el doctor. He hablado de usted á la señorita Friedberg...

Pero no pudo proseguir al observar la escena que se produjo.

Al oir la voz del posadero, Leonia había vacilado; pero luego se acercó rápidamente á él, el cual, al verla de cerca, se había como encogido y puesto más blanco que un papel.



... al verla de cerca, se había como encogido y puesto más blanco que un papel

—Su nombre no es nuevo para mí, dijo Leonia temblando, y el doctor me ha dicho que es usted pariente...

La joven se detuvo conmovida esperando una respuesta; pero el Sr. Pancracio, con la cabeza inclinada sobre el pecho, limitábase á hacer signos afirmativos.

—Me ha parecido también que su cara no me era desconocida, siguió diciendo Leonia, y su voz es idéntica á la de su pobre primo. ¿Se acuerda usted de él?

Tampoco entonces contestó Willmann; sin levantar la cabeza, dijo con ésta que no.

—Pero qué, ¿se ha vuelto usted mudo?, preguntó el doctor. ¿Qué significa esta pantomima?

Willmann permaneció callado y dirigió una mirada á la puerta como si meditara una fuga. En vista de esta actitud, el doctor perdió la paciencia.

—¡Willmann!, dijo gritando. ¿Quiere usted explicarme esta comedia? ¿Acaso ese parecido es una farsa? ¡Hable de una vez!

El posadero se vió perdido, y pálido y tembloroso, miró al techo con aquella expresión devota y humilde que otra vez había sorprendido al doctor.

—¡Dios mío!, exclamó. ¡Señor doctor! Sepa...

Un grito agudísimo le interrumpió. Leonia, pálida como una muerta y apoyada en una silla, le miraba asombrada.

—¡Engelberto! ¡Es Engelberto! ¡El mismo!..

El Sr. Willmann, de pie en medio de la estancia, iluminado de lleno por el sol, era la personificación del deseo de que la tierra se abriese bajo sus pies. El doctor, en tanto, aunque muy fuerte, habíase dejado caer sobre una silla: aquel descubrimiento era demasiado formidable hasta para él y le parecía mentira que á la señorita Friedberg no le hubiese dado ya una convulsión. Leonia, al contrario, había recobrado en un instante su serenidad, y sin desmayarse, sin llorar, permanecía inmóvil contemplando á su ex novio resucitado.

—¡Leonia! ¡Tú aquí!, balbuceó éste. Ahora te explicaré...

—Sí, haga usted el favor, exclamó Hagenbach cada vez más furioso. Sírvase explicarnos por qué desde hace doce años se hace pasar por muerto y consiente que le lloremos como víctima de un heroísmo, como apóstol de los infieles, como mártir de la fe, mientras vive usted tranquilamente en el *Cordero de Oro*, come, bebe, va bien vestido y es usted marido y padre dichoso... ¡Esto es monstruoso!

—Dispense, doctor, dijo Leonia con energía, pero temblando; tengo que hablar con ese..., con ese hombre. Ruégole que nos deje solos.

Hagenbach la miró perplejo: no se fiaba de aquella energía, de aquella presencia de ánimo; pero, por otra parte, comprendía que en aquella conversación la presencia de un tercero era quizás superflua. Así es que, después de haberla mirado nuevamente, salió de la habitación; pero una vez fuera, hizo lo que nunca había hecho, quedarse á escuchar detrás de la puerta.

La cosa le interesaba demasiado para no comunicarle el valor de ahogar la voz de la conciencia, que le acusaba de falta de delicadeza.

Cuando el doctor hubo salido, Pancracio pareció más tranquilo, y acercándose á la señorita Friedberg, díjole con acento trágico:

—¡Leonia, óyeme!

La joven seguía mirándole asombrada, como si no pudiera ni quisiera creer que aquel hombre trivial y el poético ideal de la juventud fuesen una misma persona; pero al oir su voz, levantó la mano y con una calma que le dejó sorprendido, le dijo:

—No quiero explicaciones. En cambio exijo contestación á mis preguntas. Deseo saber si es usted realmente el marido de esa mujer que ha poco nos ha recibido, si es el padre de los niños que están en el jardín.

—¡Perfectamente!, pensó el doctor. Esto se llama ser conciso y práctico. ¡Y sin lágrimas! La cosa marcha al pelo.

Las preguntas de Leonia anonadaron al señor Willmann.

—Leonia, no me condenes, balbuceó. Las circunstancias me obligaron..., una serie de circunstancias desdichadas...

(Continuará.)

LAS ONDAS ELÉCTRICAS

Y EL CEREBRO HUMANO

En una nota presentada á la Academia de Ciencias de París, el profesor Tomás Tommasina, de Ginebra, había llegado á la conclusión de que el cuerpo humano puede servir como antena receptriz en la telegrafía sin hilos.

Nosotros mismos, en diferentes ocasiones, hemos querido comprobar el aserto de M. Tommasina y hemos encontrado que el cuerpo humano es una antena receptriz casi tan perfecta como un alambre ó una varita metálica. Es menos conductor que el metal, pero en cambio presenta una gran superficie, lo que la práctica demuestra ser muy ventajoso para la recepción de las ondas en la telegrafía sin hilos.

Hemos ensayado nuestro propio cuerpo, primero como antena receptriz y luego como antena transmisora; de este modo hemos podido comunicar á distancias apreciables, enviando y recibiendo las ondas por el cuerpo humano (fig. 1).

M. A. Frederick Collins, un joven ingeniero electricista de los Estados Unidos de América, va mucho más lejos, habiendo encontrado que las ondas eléctricas de gran frecuencia, por ejemplo las de ciertos relámpagos, obran sobre el cerebro de los animales y de los hombres antes y después de la muerte. El cerebro obra como cohesor, se cohesiona y descohesiona automáticamente. Y aún hay más, el cuerpo humano puede servir como un receptor completo en la telegrafía sin hilo. Teníamos la antena y el cohesor; nos faltaba la pila, y M. Collins la encuentra en el sistema nervioso.

Haciendo experimentos con un gato vivo, al que se había dormido, M. Collins y sus colaboradores, entre los cuales había profesores y especialistas muy conocidos en América, han observado que el gato sufría sobresaltos bajo la influencia de las ondas eléctricas, como cuando se le somete á una corriente intermitente ó alternativa.

Puede admitirse que las ondas, al aproximar ó apartar las neuronias, hacen pasar ó interrumpen la corriente nerviosa del cerebro, produciendo extracorrientes de cierre ó de abertura. Los nervios sirven de conductores y el receptor es el rostro mismo, que por medio de señales de miedo acusa, sobre todo en las personas nerviosas, la acción del rayo.

Sin describir los numerosos ensayos de M. Collins, reproduciré sus conclusiones: 1.°, las ondas eléctricas emitidas por el relámpago obran de manera que aproximan las neuronias; 2.°, la materia cerebral funciona como un cohesor, lo mismo cuando está vivo que después de muerto; 3.°, el miedo es debido á la acción de las ondas eléctricas sobre el cerebro; 4.°, las ondas eléctricas propagadas por la descarga disruptora del rayo pueden producir accidentes característicos seguidos de muerte.

Estos hechos interesan á los telegrafistas sin hilo en particular y á la humanidad en general.

Desde este punto de vista, las ondas de gran frecuencia que tienen gran poder de penetración, como los rayos X, debieran ser reemplazadas por ondas de baja frecuencia obtenidas especialmente por descargas de botellas de Leyde (sistema Braun de telegrafía sin hilos) y aun mejor por el sistema de corrientes alternativas (sin chispas) de que somos partidarios el teniente Poncelet y yo.

Pero hay además otro punto de vista que debe atraer nuestra atención sobre los experimentos y resultados de M. Collins: como hace observar el *Electrical World*, los fenómenos que señala M. Collins son de tal índole que aclaran la teoría de la telepatía.

De fijo no esperaban nuestros lectores ver aparecer aquí la telepatía ó transmisión del pensamiento á distancia; la observación no es más que un incidente; pero, al fin, como los sabios tienden á admitir la posibilidad de este fenómeno psíquico, es interesante buscar la explicación del mismo. Para darse cuenta de él, se había alegado que la telegrafía sin hilo y los experimentos de M. Collins dan cierto alcance á esta hipótesis. Según los ensayos que acabamos de referir, es evidente que la transmisión de cerebro á cerebro puede efectuarse á distancia del mismo modo que en la telegrafía sin hilos: uno de los cerebros pone en acción las ondas nerviosas; el otro recibe las ondas como en el receptor sin hilo, poniendo en contacto las neuronias. Esta es otra hipótesis, pero de cierto valor, según los experimentos de M. Collins: el porvenir dirá sobre esta, como sobre todas las cuestiones, la última palabra.

EMILIO GUARINI.

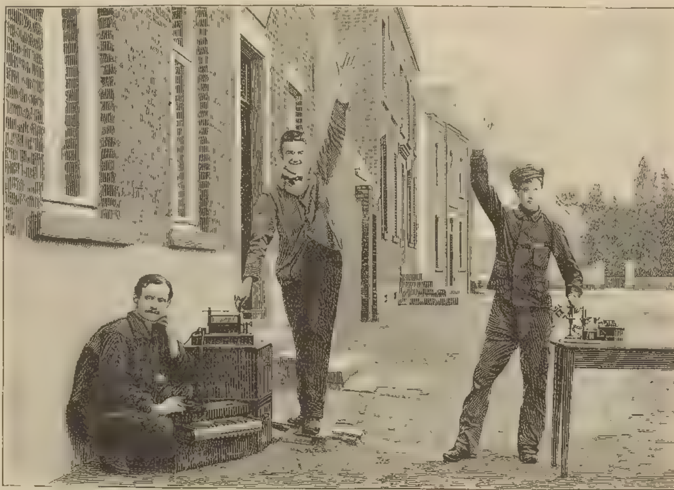


Fig. 1. – Tres ayudantes que realizan la telegrafía sin hilos con el cuerpo humano como antena

* * *

POLVO DE LECHE

Todo el mundo conoce la leche condensada ó concentrada, que presta grandes servicios, porque ofrece casi todas las materias constitutivas de la leche en un pequeño volumen y bajo la apariencia de una substancia casi pastosa que se transforma en leche, devolviéndole el agua que le ha quitado la concentración. Pero todavía se ha querido hacer más, secando la leche y convirtiéndola en una materia pulverulenta de transporte y conservación fáciles.

Numerosos ensayos se han hecho en este sentido, pero se luchaba con una gran dificultad, pues la desecación completa era imposible sin una elevación de temperatura relativamente considerable que alteraba la naturaleza de las materias sólidas contenidas en la leche, haciéndolas insolubles y disminuyendo considerablemente su digestibilidad. El Dr. José H. Campbell ha fundado recientemente una compañía denominada «National Nutrient Company» y establecido fábricas que aplican su método, según el cual se obtiene, al parecer, leche en polvo en las mejores condiciones. Trátase, por supuesto, de leche desnatada que contiene todavía una porción muy importante de materias sólidas nutritivas; y es evidente que un polvo, una especie de harina de este género, puede constituir un precioso complemento de la alimentación y á un precio que lo pondría al alcance de todas las fortunas.

He aquí cómo se fabrica el polvo de leche, el *nutrium*, que así se le denomina, en las tres fábricas de la Compañía especial. La leche pasa primero á un recipiente de concentración, recipiente que es de cobre estañado, no sin antes haber sido agitada y calentada por medio de chorros de aire esterilizado. Los recipientes de concentración, que en realidad funcionan por grupos de cuatro, tienen un dispositivo de circulación de agua caliente que pasa por el exterior y aun por el interior; también hay colocados en ellos unos tubos en forma de abanico que distribuyen aire esterilizado por encima de la superficie de la leche; este aire llega bajo presión, y cuando los recipientes están cargados de leche, se le deja escapar, llevándose entonces el vapor de agua. Se comprende que, en estas condiciones, la leche resulta mucho más agitada que si se la sometiera á la ebullición. A medida que la leche se concentra, la temperatura baja, y al fin queda reducida á un dieciseisavo de su volumen primitivo.

Se abre una espita y la leche cae al piso inferior del edificio, yendo á parar á unos inmensos tambores rotativos de superficie perfectamente lisa y pulida y cónicos por sus extremos. A medida que el tambor da vueltas (á razón de dos vueltas por minuto), la masa pastosa es arrastrada, pegada á las paredes hasta la mitad de su curso, y luego, cuando se encuentra en el punto más alto de este curso, se desprende y cae, encontrando una corriente de aire que la despoja de la humedad que aún pudiera contener. Poco á poco la pasta se pone hasta demasiado espesa para que pueda sostenerse por adherencia á las paredes del tambor y forma una masa que se endurece constantemente y gira amasada todavía por la acción de los extremos cónicos que la hacen caer sobre sí misma. Entonces se la lleva al tambor secador, en donde termina la desecación: allí, un volante central húndese en la masa y sus brazos agitan y dividen aún más las masas de leche deshidratada, exponiéndolas íntimamente á la acción del aire esterilizado y secado. Entonces el producto queda seco y pasa por un triturador moledor que le da la consistencia de harina gruesa; en este estado se empaqueta la leche y se la puede expedir á todas partes, conservándose, según se afirma, perfectamente. – B.

(De *La Nature.*)



Fig. 2. – Recepción de las señales por medio de un colector de ondas compuesto de dos agujas clavadas en un cerebro

* * *

LAS RAREZAS DEL MUNDO VEGETAL

Hace algunos años se constituyó en Francia para la protección de las especies vegetales raras ó en vías de desaparecer una asociación que ha prestado excelentes servicios y ha recogido una porción de hechos interesantes, haciendo ver hasta qué punto han llegado á ser escasas algunas de aquéllas.

Existe una planta que tiene muy estrecho parentesco con la *edelweis* de los turistas suizos y que sólo se encuentra en muy contados sitios, puesto que únicamente crece entre los escombros esquistosos de

algunos valles de los Alpes franceses. Únicamente unos pocos iniciados saben dónde han de hallarla, pero se guardan muy bien de divulgar su secreto para que esa planta no desaparezca, víctima de la codicia de aficionados ó comerciantes.

Otra especie, perteneciente á un género muy conocido y extendido y también muy cultivado en nuestros jardines, en donde forma grupos de flores magníficas, existe solamente en una parte limitada de uno de los principales macizos de los Alpes y en una extensión no mayor de treinta kilómetros cuadrados. Afortunadamente estos kilómetros son más bien verticales que horizontales y las pendientes son muy fuertes, lo cual permite á esa planta burlarse, por decirlo así, de los hombres.

Más reducido aún es el territorio en donde crece otra planta que vive, no en los Alpes interiores, sino en los de la costa: nos referimos á cierta saxifraga que sólo se encuentra en los peñascos de cierto departamento que no queremos designar; estos peñascos únicamente los conoce la sociedad y están perfectamente disimulados, y de cuando en cuando los visita un amigo de confianza que para ello adopta infinitas precauciones con el fin de no ser visto.

Una planta de la familia de las compuestas hállase en una situación todavía más crítica, cosa tanto más sensible cuanto que este vegetal difiere en absoluto de las demás plantas de su especie, pues así como éstas son casi todas plantas herbáceas y bajas, aquélla forma un hermoso árbol de siete metros de alto.

De ella no existe más que un ejemplar, que se encuentra en Santa Elena; en otro tiempo abundaba en esa isla la especie, pero hoy es solo, es el último representante de su raza. Y esta raza es pobre, muy pobre; pues si bien el árbol florece todos los años y produce grandes panículos de flores parecidas á la hierba cana, no tiene fuerza para producir semillas fecundas. Se ha intentado hacer renuevos, pero no han dado resultado. La muerte de esta planta es inminente y con ella desaparecerá la especie, como han desaparecido muchas otras en el pasado y como otras muchas desaparecerán en lo porvenir. Las especies no son eternas; duran más que los individuos, pero, como éstos, acaban también por extinguirse: todo es cuestión de tiempo. – M.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

COMERCIO EXTERIOR Y MOVIMIENTO DE NAVEGACIÓN DE LA REPÚBLICA ORIENTAL DEL URUGUAY, Y VARIOS OTROS DATOS CORRESPONDIENTES AL AÑO 1901 COMPARADO CON 1900. – La Dirección general de Estadística de la República Oriental del Uruguay, cuyos trabajos tantas veces hemos ensalzado, ha dado á luz, como anticipo á la publicación del Anuario de 1901, un folleto que contiene muchos y muy interesantes datos sobre comercio, navegación, población, inmigración y emigración, aduanas, hipotecas, etc. El folleto ha sido impreso en la tipografía de la Escuela Nacional de Artes y Oficios de Montevideo.

LA ESPOSA DE MI HERMANO, por *Amelia B. Edwards*, versión española de *Manuel Valerio Ortega*. – Novela de argumento interesantísimo desarrollado con naturalidad y sencillez encantadoras; la nota característica de la misma es el sentimiento que se mantiene siempre en el justo medio sin degenerar en ridícula sensiblería. La traducción está correctamente hecha y el libro ha sido editado por nuestro corresponsal en Méjico D. Ramón de S. N. Araluce.

EL VIOLÍN, por *A. Delgado Castilla*. – La casa editorial madrileña de B. Rodríguez Serra ha publicado esta interesante obra, que es un completo estudio físico é histórico del violín, desde su forma primitiva hasta hoy, y que además contiene biografías de todos los violinistas célebres. Ilustrado con numerosos grabados, véndese el libro á dos pesetas.



Partida empeñada, cuadro de Domingo Fernández y González

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 10 de noviembre de 1902 — Núm. 1.089

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Exposición del Círculo Artístico de Barcelona

Cuantos conocen hasta dónde ha llegado la prodigiosa producción de Eliseo Meifrén, han reconocido siempre que la facilidad y la variedad significan simplemente dos factores de entre los que caracterizan y distinguen al genial pintor catalán. Y así lo decimos porque han sido tan repetidas y frecuentes las pruebas que nos ha suministrado, que en el caso de haber surgido dudas, éstas habían necesariamente de desaparecer ante la evidencia. En la Exposición que en su honor organizó ha poco el Círculo Artístico de esta ciudad, manifestáronse de tal suerte y en tal forma las circunstancias que atesora nuestro amigo, que no cabe otra consideración que la de aplaudirle y estimarle. En ella figuraron obras pertenecientes á diversos géneros, manifestándose el pintor dueño y soberano de su paleta, artista siempre por el sentimiento, concienzudo observador de la naturaleza y cantor de sus bellezas y de su grandeza, pero sincero, fidelísimo, ajustándose á la verdad, rechazando siempre efectismos y aunando la sinceridad con el encanto del color, la armonía de las tonalidades y la precisión de la línea. Algunos atribúyenle extraordinaria habilidad; mas aun aceptando este supuesto, entendemos que sólo merece citarse como una aptitud secundaria, ya que á ella se antepone el espíritu, el esfuerzo intelectual del artista, que imprime en sus obras su poderoso aliento y ese algo que en su interior existe, que es lo único que se transmite hasta la posteridad.

Varias veces nos ha cabido la suerte de reproducir en estas páginas obras de Eliseo Meifrén, y aparte de la satisfacción que nos ha producido el hecho de poder darlas á conocer á nuestros lectores, hemos aprovechado la ocasión, como lo hacemos hoy, para aplaudirle y ofrecerle un nuevo testimonio de nuestra consideración.



RECUERDO DE CADAQUÉS, cuadro de Eliseo Meifrén

CRÓNICA DE TEATROS

Mucho antes de inaugurarse la temporada en el teatro de la Comedia, la gente que se dedica á husmear las cosas que pasan entre bastidores andaba preocupadísima con una grave cuestión de indumentaria. La obra elegida para la función inaugural fué, como es sabido, la de Tirso de Molina titulada *Don Gil de las calzas verdes*, refundida por Tomás Luceño. La acción del *Don Gil* se desarrolla en tiempos de Felipe III, época en que estaban de moda las calzas enteras; pero una de las señoritas que habían de vestirse de hombre, á causa, según parece, de lo acentuado de sus femeniles encantos, negóse á ponerse en calzas forzosamente prietas, y en vista de tal negativa, hubo necesidad de trasladar la acción de la comedia al reinado de Felipe IV... Con este cambio, el *Don Gil de las calzas verdes* quedó reducido al *Don Gil de las medias verdes*. Si andando el tiempo alguna otra bella actriz cree modestamente que sus pantorrillas son demasiado voluminosas para exhibirlas ante las indiscretas miradas de los espectadores, posible es que el *Don Gil de las medias verdes* se convierta en el *Don Gil de los calcetines verdes*.

No sólo en lo tocante al vestido ha sufrido grandes modificaciones la comedia de Tirso. Luceño, más que refundirla, ha querido hacer una obra nueva, aprovechando algo de la del célebre mercenario. Y caso curioso, el público aplaudió y celebró las escenas, versos y chistes del refundidor, y pasó por alto los donaires y sales en que abunda la comedia de Tirso. Y bien mirado, no es maravilla que así sucediera. *Don Gil* es una comedia de costumbres del siglo XVII. Su autor, que entre todos los del siglo de Oro fué quizás, y sin quizás, el que supo crear caracteres más vigorosos y vivideros, como lo prueban el D. Juan Tenorio de *El convidado de piedra*, el Enrico de *El condenado por desconfiado*, doña María de Molina de *La prudencia en la mujer*, la protagonista de *Marta la piadosa*, etc., etc., no se propuso en *Don Gil de las calzas verdes* otra cosa que entretener á los espectadores con lances imprevistos, con aventuras más ingeniosas que verosímiles, con la pintura de costumbres, con los chistes é ingeniosidades derramadas á granel por toda la obra.

Mas todo esto que para el público de los corrales del siglo XVII era motivo de inacabable risa, resulta pálido para el público del siglo XX. Ciertas galas, por brillantes que sean cuando nuevas, se ajan y pierden el color con el tiempo. Además, para que encontremos la gracia de una burla ó de una sátira de tales ó cuales costumbres, es menester que conozcamos primero las costumbres satirizadas. Sería absurdo pedir que el público de nuestros teatros tuviese de la sociedad del siglo XVII, de sus vicios, de sus errores, de sus preocupaciones, el conocimiento minucioso que es necesario para apreciar el mérito y la exactitud de lo que pintaron los autores de aquella centuria. Quizá por estas razones ha substituído Luceño con ingeniosidades y donaires de su propia cosecha los que de la suya puso Tirso en su *Don Gil de las calzas verdes*.

Acerca del mayor ó menor acierto con que el justamente celebrado escritor D. Tomás Luceño ha puesto mano en la comedia de D. Gabriel Téllez, cabe, sin duda, discusión; en lo que cuantos han visto la representación de la comedia están conformes, es en calificar de primorosa y extremada la manera que tuvo Rosario Pino de interpretar el papel de la protagonista. Tan linda de cara como esbelta de figura, con actitudes y modales perfectamente estudiados, que sin tener la energía hombruna, no tenían tampoco el encogimiento que suele comunicar á la mujer el traje de hombre; elegante en el vestido, intencionada en el decir, apasionada en las escenas de amor y exquisita en los pormenores todos de su papel, la primera actriz de la Comedia añadió la otra noche uno más á la ya dilatada serie de sus triunfos.

***

Otra obra del teatro antiguo, *El mayor imposible*, de Lope, estaba anunciada para la función inaugural en Lara. A última hora, los actores y actrices de la *elegante bombonera* han caído en la cuenta de que ropillas y tontillos no son los trajes que mejor les sentarían. Y acaso no vayan descaminados. Rodríguez con calzas y gregüescos, Santiago con tonelete y la Valverde con pollera y cotilla, quizás «no convencerían» al público de Lara.

Por otra parte, es un hecho que la entidad público está fraccionada ahora en tantos públicos como teatros hay en Madrid; de suerte que lo que se aplaude á rabiar en Apolo, sería rechazado en la Comedia, y lo que en la Zarzuela llega hasta el número ciento, no lograría la segunda representación en Lara. El público de este teatro se compone en su mayor parte de gente burguesa, de señoritas, señoras, caballeros y caballeretes de la clase media madrileña, la cual gusta de verse retratada en aquel reducido escenario, que casi siempre representa una «sala decentemente amueblada.» Hacen allí las delicias del público el marido un tantico calavera que engaña, sin graves consecuencias, á su mujer, la *eterna* suegra regañona y autoritaria, la niña mimosa, el novio memo, el militar malhumorado... Allí el *quid pro quo* es siempre de efecto seguro, y las angustias y estrecheces pecuniarias hacen desternillar de risa á los espectadores.

En el Español podrá triunfar el conflicto dramático, el choque de las grandes pasiones; en la Comedia, el género francés ó afrancesado; en Apolo y la Zarzuela, la chulería maleante; en Novedades, el melodrama...; en Lara triunfa la pieza en un acto ó la comedia en dos de costumbres burguesas. No hay teatro en Madrid que refleje mejor que el de Lara la vida de esa porción de la sociedad madrileña que tiene sus límites, por arriba, en las primeras estribaciones de la aristocracia, y por abajo en el empleadillo de seis mil reales con descuento. Cuando andando el tiempo se quieran conocer las costumbres de esa clase, nada será más á propósito para estudiarlas que el repertorio del teatro de la Corredera.

De cuando en cuando se representan allí algunas obras que además de este valor, que pudiéramos llamar histórico, tienen subido valor artístico: tal es el *Nido*, comedia en dos actos de los hermanos Alvarez Quintero y una de las que formaban el programa de la velada inaugural. Los dos aplaudidos autores son extremados en el arte de copiar tipos y costumbres. Nadie les aventaja hoy en punto á la observación de lo externo de la vida. Representada primorosamente la comedia *El Nido*, hizo pasar al público un rato delicioso y fué motivo para que Concha Ruiz se presentase en el teatro de Lara, donde tuvo una cariñosa acogida.

El primer estreno ha sido el de un juguete cómico titulado *El escudo de armas*, estrambote ó cosa así de la chistosa comedia de Ramos Carrión y Vital Aza titulada *Zaragüeta*. El público no llegó á romper el juguete de Fiacro Yraizoz, autor de *El escudo de armas*.

***

Con mucho bombo y platillos, con una compañía de zarzuela grande tan escogida como numerosa y con un lleno enorme empezó á funcionar pocos días ha el Circo de Price. El teatro, aunque es casi tan grande como una plaza de toros, está todas las noches lleno ó casi lleno, y lo mismo sucede en el Lírico, en donde se rinde culto también á la zarzuela del antiguo régimen. Además del atractivo que para el gran público tiene el melodrama realzado por la música, el espectáculo que actualmente explotan las empresas de los dos teatros prospera y triunfa, más que por razones puramente artísticas, por motivos de índole económica.

El teatro es en Madrid diversión carísima, y las personas de posición modesta, si quieren disfrutar de ella, tienen que contentarse con ver de cuando en cuando una piececita en Lara ó una función «de hora» en cualquiera de los otros teatros de género chico. Una gran parte del público que asiste á estos teatros asistiría de mucha mejor gana al Español ó la Comedia: si no va á ellos es porque no se lo permite su bolsillo. Price y el Lírico lo han comprendido así, y á esto sin duda se debe la rebaja que han hecho en el precio de las localidades. El espectador razona de este modo: una butaca para toda la noche me cuesta, si no intervienen los revendedores, tres pesetas; tengo por dos una butaca en el Lírico ó en Price, pues opto por cualquiera de estos teatros.

Gracias á tan acertado acuerdo, *Jugar con fuego*, *Catalina*, *Campanone*, todas aquellas zarzuelas que tanto deleitaron á nuestros padres, recrean ahora á la generación presente, que las aplaude con el mismo entusiasmo que en los días ya remotos de su estreno. Y ciertamente bien merecen estas zarzuelas grandes algo siquiera de la buena acogida que suele concederse á las obrillas en boga que surten los teatros de género chico. Dos de éstas se han estrenado recientemente con suerte muy diversa: una en la Zarzuela, titulada *Los Chorros*, original la letra de los Sres. Larrubiera y Casero y la música de Brull, y otra en Apolo, de Miguel Echegaray y el maestro Caballero, titulada *La señá Justa*. La última de estas zarzuelitas, á pesar del merecido crédito de sus autores, «cayó al foso» la noche de su estreno. La otra es un cuadrito dramático con sus dos obligados rivales, su moza sensible y su párroco virtuoso y buen componedor. *Los chorros* fueron muy aplaudidos por el público de la Zarzuela.

***

La nota artística más importante del mes último ha sido la inauguración del Español. El eco de los triunfos alcanzados por María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza en América, el recuerdo de los que aquí obtuvieron en diferentes temporadas, las simpatías que ambos artistas tienen en todas las clases sociales, justifican sobradamente el deseo que de aplaudirlos y admirarlos tenía el público de Madrid. No es, pues, de extrañar que desde muchos días antes de la inauguración de la temporada estuvieran vendidas todas las localidades del teatro.

Comenzó la función con una loa del doctor Mirademescua, que recitó admirablemente María Guerrero; siguió á la loa la representación del drama trágico de Luis Vélez de Guevara *Reinar después de morir*, y terminó el espectáculo con el entremés de Cervantes titulado *El viejo celoso*. En el desempeño de todas estas obras pudo apreciarse el entusiasmo que Fernando y María sienten por el arte escénico y el esmero, en verdad prodigioso, con que realzan las obras confiadas á su talento. No limitan sus esfuerzos á obtener en la medida de lo posible la perfección de la parte puramente literaria de la creación dramática: el *atrezzo*, la *mise en scene*, los pormenores más insignificantes son cuidados por la Guerrero y por Mendoza con asombrosa escrupulosidad.

Hay que ver á los dos eminentes artistas en el duro y fatigoso trabajo de los ensayos, atendiendo tanto á conseguir la acertada expresión de los afectos humanos, cuanto á buscar la exactitud histórica en el decorado y vestuario, armonizando magistralmente cuantos elementos artísticos entran en el conjunto escénico, tan vario en su contenido como complicado en su funcionamiento. Cuadros hay en los diversos dramas que representa la compañía del Español que trasladados al lienzo serían obras maestras. La agrupación de las figuras, la combinación de los colores de los trajes, y de éstos con el decorado, la luz..., todo, hasta lo que pudiera parecer á los que ignoran que la perfección del arte estriba en la paciencia, es calculado y medido por María Guerrero y Fernando Mendoza, para quienes el arte constituye el objeto principal y estoy por decir que único de la vida.

La obra elegida para la inauguración fué, como queda dicho, el drama trágico de Luis Vélez de Guevara *Reinar después de morir*. Así María representando el papel de doña Inés de Castro, como Fernando desempeñando el de D. Pedro de Portugal, secundados por los principales actores de la compañía, supieron dar á la creación del autor de *El diablo cojuelo* la grandeza y la solemnidad que encierra la historia de los amores del príncipe portugués y de su infortunada esposa Inés de Castro, llamada por el pueblo «Cuello de garza.»

Cierto estoy de que si en la región de la inmortalidad conservan los que en ella viven recuerdo de las cosas de la tierra, el alma de Vélez de Guevara debió de sentir la noche de la solemnidad del Español hondo agradecimiento á los esclarecidos intérpretes de *Reinar después de morir*.

ZEDA.



¡Era espantosa la existencia!

DESCANSA

(CUENTO)

Clarita Valderrocas se dejaba vestir las galas de un traje nuevo, y contenía la nerviosa agitación de sus manos por miedo á romperlo y desgarrarlo todo.

¡Era espantosa la existencia!.. ¿No sería posible que los zapatos dejaran de producirle un áspero malestar que le hormigueaba hasta en la nuca?.. ¡Todo un día lloviendo, bajo un celaje color de hulla, era una cosa verdaderamente abominable!..

¡Luego su madre!.. ¡Eh... jé!.., su mamaíta con un ataque al corazón precisamente cuando había en la *Comedia* desafío de trajes, horrible lucha de bien olientes guiñapos entre ella y la sin vergüenza de...

– Bueno, ¡al diablo esta cinta!.. Por mí..., que no vaya; las emociones hacen daño... Pero yo, ¡cierto que impone el mundo horrorosas obligaciones!.. Hay que ir á la *Comedia*.

Era ya de noche, y su imagen, muy ennegrecida en los grandes espejos, la infundía cierto terror supersticioso.

Se arrebujó en su capita y salió de allí con la frente hosca, en ese estado de ferocidad en que aparece lo animalesco crudamente, resurgiendo de una irritación enfermiza.

En el recibimiento reinaba el gran frío de un hogar deshabitado; la alfombra y los muebles se hundían en una sombra de iglesia, y al paso furtivo de la muchacha cayó sobre aquel silencio un lejano retintín de cristales estremecidos, como un eco de rara tristeza.

La alcoba de la enferma, un gran borrón de sombra, detuvo á Clarita un momento; la solemne majestad de aquellas blondas, de aquellas colgaduras enguatadas, le dirigía una silenciosa y suprema mirada de reconvención.

Y se agitaba allí, azorada, inquieta, pellizcando su abrigo, con ira para todo el mundo y con asco de sí misma, sintiendo una caricia de pieles en el cuello y la crujiente presión del talle en la cintura, una cintura esbelta y brillante de lujo, que parecía pugnar por escapar de un ambiente que acusaba.

¿Acaso no había una disculpa? ¡Era imposible entrar con aquel lujo en la alcoba de la enferma!

Había allá adentro un Cristo de un marfil que daba frío, con sus rodillas picudas, con las horribles venas de sus músculos dislocados, con la mancha negruzca de su boca relajada por la agonía. Luego, aquel olor á cloroformo y á raso viejo *que ensuciaba* un vaho de calentura pegajoso, como encariñado con el grueso *peluche* de la alfombra...

Hubiera sido un insulto su traje de seda, de un brillo pálido, con reflejos de ráfaga brumosa, con estrías fugaces de mirada felina, y blancura carnosa, como de rayo lunar en el agua muerta de un estanque; hubiera sido aquello como una carcajada loca, turbando una atmósfera que parecía medir con horrible pesadez un sordo tic-tac que daba miedo, la disnea de la neurótica.

Cuando pensó salir á escape, anhelaba con la sofocación voluptuosa y aterrada de un pecado grande..., que se saluda con ese dulce y desesperado sollozo de la carne que se rinde; pero aquello era más grave y tenía algo de punzada en el corazón.

Con un sobresalto vivísimo de delincuente vió salir al médico de la alcoba, recogidas las mangas, crujientes las botas y casi borrado en la obscuridad su rostro pálido y serio.

Entonces preguntó, haciendo muy bien la hija, con una voz doliente y mimosa.

La enferma descansaba.

¡Descansaba!.. Períodos..., crisis..., una porción de cosas que no escuchó siquiera; ¡descansaba!..

Y bajó la escalera con rapidez de fuga, dando un gran suspiro y sacudiendo su brillante capellín de pieles, como si quisiera desparramar antes de salir un montón de *cosas,* oliendo á drogas, á tisanas, á escalpelos chorreantes y agudos, á éter...

¡Oh, el horrible éter, una promesa, una sentencia atroz para su mañana!..

Le daba miedo su crueldad; había saltado al coche con un brinco de gata, y se sentía envuelta en el recio estruendo de un galope que parecía participar de sus brutalidades indiferentes, de la rígida aspereza de aquel vicio sin placer, de aquel crimen sin grandeza, de aquella frialdad de su carne de virgen estéril, enfermiza con su virtud hipócrita y cobarde...

Había momentos en que sus ideas tenían obscuridades repentinas, hundimientos nebulosos, como dejándose ir en la penosa inercia de un sueño desagradable, y en aquellos instantes de extrema debilidad hubiera vuelto á su casa á llenarse la conciencia con la alegría y la luz de una buena acción.

Pero la sala del teatro, con su terciopelo rojo, que parecía conservar restos agridulces de viejas golosinas, con su ardiente calor de carne en plena fiebre, con su luz escandalosa, semejante á la carcajada de una ramera enloquecida por el vino y los besos, la atraía, llamándola mucho y haciéndola sentir el extraño dolor de los esclavos del vicio.

Se agarraba á una idea tan mal sentida, *tan dura,* tan cerca de sus labios, que dos ó tres veces estuvo á punto de hablar sola dentro del coche:

– ¡Descansaba!..

Pero la imagen era resistente y enérgica; aquel pasillo con tenebrosidades de capilla; á un lado, su tocador lleno de notas azules, rojas, doradas, chorreantes, rodando en aquel suelo de aquel íntimo taller de sus perfumados orgullos..., al otro la alcoba mal oliente, con su penumbra de enfermería que lloraba en los cristales, su Cristo huesoso y su enferma de rostro inerte, de un blanco de cera, con la nariz afilada, morada ya, como si estuviera respirando el espantoso hielo de la tumba...

¡Oh..., no! ¡Qué idea más estúpida! ¡Descansaba!..

Y aquello fué lo mismo que todas las noches.

Un recuerdo de antiguas sonrisas, estudiadas al espejo del antepalco; una actitud de exposición orgullosa, con la momentánea embriaguez de todos los días, ciñendo el raso crujiente á sus redondas caderas de criolla; igual en un todo la inexpresiva y superior mirada de sus ojos brillantes como el acero.

La voz artificial, enronquecida y opaca de las cómicas, que nada decían para ella; los aplausos brutales que le herían el cerebro; el rebullicio de una multitud sudorosa, molestada por un calor del todo desagradable.

¡Igual, lo mismo que siempre! Una gotita de placer, que á menudo no llegaba á los labios, en una gran copa de insípido brebaje. En la espalda los besos de una ráfaga fría, y en la frente el bochorno de una atmósfera ardiente y pegajosa, que se expresaba en el techo y sobre las luces como un velillo dorado y sucio...

Un triunfo sobre un traje, y luego el terrible fastidio de todo un acto en prosa, con entradas y salidas sin objeto y gritos desgarradores al final, que llenaban la cabeza de punzadas nerviosas...

¡Qué horas más largas, qué enorme tedio!

Cuando se palmoteaba el final del segundo acto, salió de allí con la repugnancia de un hartazgo de su vicio...

¡Después de todo, no valía la pena de haberse molestado tanto!

El coche emprendía su feroz galope de vuelta á la casa; adentro una cabecita preocupada se iba llenando de ideas morales y un pecho de virgen conmovida exhalaba á grandes suspiros sus últimas emociones de loca.

La fiebre se alejaba, dejándole una vaga alegría chispeando en los labios y en los ojos, y un tinte de púrpura fino y fresco cubría su rostro.

En el pasillo, la fierecilla de poco antes sonrió á la discreta sombra, que le prometía un sueño feliz.

Estaba otra vez en su caja de bombones, rodeada de promesas alegres, enérgica hasta ser capaz del sacrificio...

Se quitaba los guantes, la capa, ¡oh, una tarea muy importante!, mordiendo con mimo de niña las cintas de su capota, cuando vió salir otra vez al médico recogiéndose las mangas de la levita.

Ya no le faltaba más que aquella posdata para dormir toda la noche de un tirón.

– Descansa, ¿verdad?..

De la sombra salió una voz que decía esto:

– Sí; ¡ha muerto ahora mismo!..

JOSÉ MORALES.

(Dibujo de Tamburini.)

JERÓNIMO SUÑOL

Nos hallamos todavía, malaventuradamente, bajo la acción de un ciclo funesto, destructor implacable de cuanto significa ó representa el movimiento productor de nuestra patria en todas sus formas y manifestaciones. A la ya extensa lista de aquellos que con su palabra, con su ingenio ó sus virtudes contribuyeron al engrandecimiento de nuestro país, hay que agregar el nombre de un artista venerable, tan dotado de merecimientos como repleto de modestia, tan digno de aplauso por sus aptitudes como de

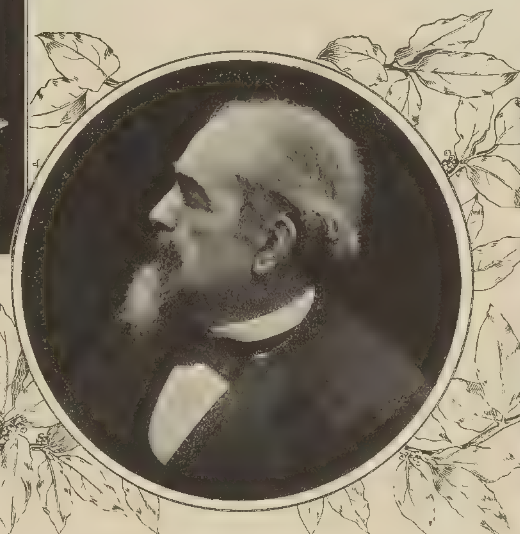


Estatua del Dante, notable obra escultórica de Jerónimo Suñol

alabanza por sus cualidades. Sabíamos quién era y lo que significaba Jerónimo Suñol. La fama que le habían procurado sus seguros triunfos, exentos de exageradas explosiones, asignábanle, á nuestro juicio, caracteres excepcionales, y su nombre representaba para nosotros el de una personalidad artística sólidamente cimentada, merecedora del respeto y consideración á que tiene derecho aquel que con su propio esfuerzo é inspirándose en nobles ideales, logra singularizarse; mas hasta el mes de octubre de 1890 no nos cupo la suerte de conocerle. Una fiesta artística, organizada por un ilustre amigo de ambos, el que para nosotros lo fué queridísimo Víctor Balaguer, nos congregó en Villanueva. Tratábase de la solemne inauguración del monumento erigido al poeta Manuel Cabanyes en el pórtico de la Biblioteca-Museo fundada por aquel excelente patricio. Suñol ostentaba la representación de la Academia de San Fernando, Cañete la de la Lengua y el que estos renglones escribe la de esta Revista. A los tres nos brindó cariñoso hospedaje el llorado vate catalán en su encantadora casita de Santa Teresa, que allí, junto á su querida Biblioteca, recuerda su existencia y pregona su patriótico y cultísimo desprendimiento. En los tres días que vivimos reunidos, tuvimos ocasión y motivo para conocer hasta dónde llegaba la inteligencia, la bondad y el entusiasmo artístico que poseía Suñol. Entonces comprendimos la funesta é inevitable ingratitud que la patria reserva siempre en vida á los genios, para quienes no llega la glorificación hasta el momento en que no les es posible gustar de la satisfacción que habría de procurarles la reparadora justicia. Y cuenta que á ello tenía derecho, puesto que Suñol, aparte de deberlo todo á su personal esfuerzo, significa algo mas que un escultor habilísimo y un artista inspirado, representa un innovador, un apóstol de nuevas ideas y conceptos, que impulsado sólo por su clarividencia, se atrevió á romper los antiguos moldes y cultivar un arte racional, que se adaptara á la evolución que presentía y á la época en que vivimos. De ahí su obra maestra, la hermosa representación del gran poeta florentino Dante, tan justísimamente celebrada. La sorpresa que produjo su legítimo triunfo fué una doble revelación, puesto que al revelar que el condicional *santero* se había trocado en artista, señaló á los que fueron sus maestros y compañeros una nueva y no soñada orientación. Cierto es que el éxito logrado en Roma fué regateado en Madrid por el rutinarismo académico, saturado del arcaico clasicismo; mas esta contrariedad dió lugar á que el ya entonces maestro produjera la hermosa estatua de *Himeneo*, cual si hubiera tratado de demostrar la pujanza de su inteligencia y la variedad de sus aptitudes.

Difícil sería siquiera condensar, en el corto espacio de que podemos disponer, el resultado de una existencia laboriosa y fructífera cual la de Suñol. Por esto nos limitamos á consignar meras impresiones y recuerdos. Esto no obstante, hemos de decir que, perteneciente á una familia artesana, presto demostró su afición á cultivar la escultura, modelando figuritas de barro para los *belenes*, ingresando después en el taller de un *santero*, repitiéndose en él las mismas circunstancias que concurrieron en los que después fueron sus maestros, los hermanos Vallmitjana, bajo cuya dirección esculpió más tarde, entre otras obras, una de las estatuas, inspiradas en el neo-clasicismo imperante, que todavía decoran la fachada del Banco de Barcelona. Con las economías que pudo reunir, ya que se le confiaron algunos encargos, trasladóse á Roma, realizando sus soñados deseos. Si su estancia en la Ciudad Eterna fué provechosa, demuéstralo, entre otras, la estatua de Dante, severamente concebida y ejecutada con encomiada simplicidad. Establecido en Barcelona, en donde suponía había de hallar vasto campo de acción, hubo de experimentar la amargura del indiferentismo de sus paisanos, entonces más amantes de la industria que del arte, viéndose obligado á trasladarse á Madrid, en donde ha vivido colmado de honores y distinciones, soñando siempre en su ciudad natal, sin que las circunstancias que le rodeaban le permitieran realizar la aspiración de toda su vida. Allí, aplanado su espíritu por la inesperada muerte de su queridísima hija, ha dejado también de existir aquel artista ilustre y cumplido caballero, aquel hombre virtuoso y noble en cuyo cerebro sólo germinaron ideas elevadas y en su corazón delicados sentimientos, aquel que tantas bondades dispensó á la nueva generación artística catalana y cuyo nombre significará una justificada gloria de nuestro país y nobilísimo ejemplo que imitar.

A. García Llansó.



El distinguido escultor Jerónimo Suñol, fallecido el 17 de octubre último



El marqués de Salamanca

EL PAYASO DE PARISH

–¡Gu..., gu!... ¡Ají..., ají!.. ¡Gu..., gu!..

Así decía Jules, el sugestivo y diabólico Jules, el excéntrico clown de Parish, aquel payaso inolvidable que se adornaba con su túnica de raso crema salpicada de sortijillas multicolores, su rizada gola de nieve lioteada al cuello, su media negra y su babucha moruna de oro viejo... Aquel clown que se embadurnaba de churriguerescos parches de bermellón y cubría su cabeza con el diminuto morterillo de goma jabonada; el famoso rey de los circos, en una palabra; el que entraba en la pista corriendo tras el arito forrado de papel de plata; el hombre que borraba la tristeza de todos los corazones y pintaba la alegría en todos los semblantes; el gran Mauricio Jules, en fin...

* * *

Una compañía de títeres y equilibrios le presentó en Madrid con gran lujo de reclamos. Traía no sé cuántas cruces y cintajos reales y universal renombre entre los artistas de su clase.

Hasta los más exigentes en el difícil y gastado tema de la risa convinieron en que, efectivamente, la fama del clown era por demás justificada; Mauricio era un clown de los que *hacen* público, de los que saben llevar muchas pesetas á la taquilla y muchos admiradores á su cuarto.

Como acontece siempre que de hombres notables se trata, á Jules le estudiaba, le observaba todo el mundo, y hasta sus mismos colegas comentaban, cada cual á su modo, las rarezas y genialidades del clown. Todos le calificaban con demasiada dureza: se le apostrofaba de hombre brusco, uraño y desabrido; en su cuarto no admitía cháchara ni tertulias que, según él, calentaban la cabeza, y era, en una palabra, un aislado misántropo, de un escepticismo que llegaba á descortés y hasta grosero. Pero en la pista, con su túnica crema y su bermellón rojo, un clown, un verdadero payaso, una máquina de risa, un filón inagotable para una empresa, una gran joya en los bazares de su arte, un imán poderoso para arrancar al público la rítmica estrofa de las carcajadas, una especie de mágico arlequín que sugestionaba y mandaba, y dormía cerebros y robaba voluntades, y reía y reía, y la masa le seguía riendo... ¡Quizá un desequilibrado neurasténico! ¡Acaso una vida enferma, un alma muerta, un hombre triste!.. ¡Quién sabe si el espíritu cristalizado y negro de un vaso de amarguras!

* * *

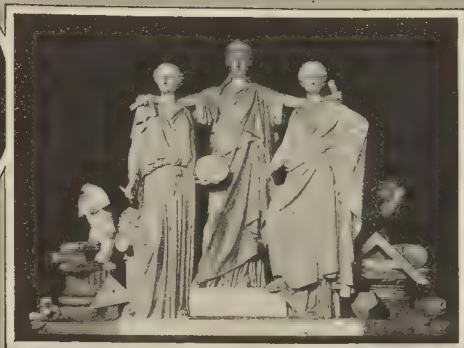
Por una circunstancia casual era yo amigo de Jules, y todas las noches, después de la función, solíamos pasear juntos hasta la madrugada.

En el curso de nuestras primeras conversaciones advertí que Mauricio odiaba la humanidad, maldecía la vida, y á veces hasta miraba el cielo y escupían sus ojos una lágrima de hiel, porque mucha hiel habían bebido sus labios y muchas risas habían humedecido sus mejillas. Pero dentro de aquel hombre, en el fondo, vivía un espíritu de nobleza, cierta mezcla de piadosa bondad y una fe virgen estrujada y recluída en la lobreguez del más frío escepticismo.

Pronto me convencí que Mauricio aprovechaba mi amistad como un gran remedio para su salud;

OBRAS DEL MALOGRADO ESCULTOR JERÓNIMO SUÑOL





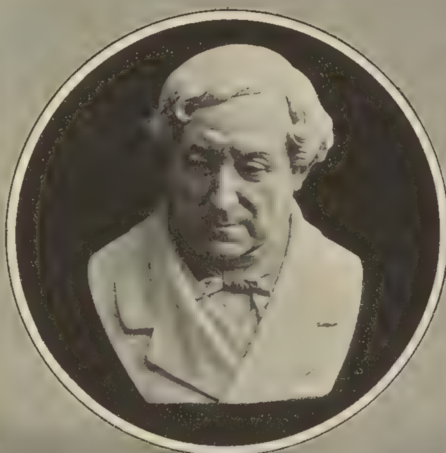














ESTATUA, busto en mármol. - GRUPO ALEGÓRICO PARA LA FACHADA DEL EDIFICIO DESTINADO Á BIBLIOTECA NACIONAL. - RETRATO DE MARIANO FORTUNY, relieve en mármol. - SAN PABLO, estatua en mármol. - DOLOROSA, grupo en madera. - SANTA TERESA DE JESÚS, estatua en madera. - EL NARRADOR, estatua en mármol. - ROSSINI, busto en mármol. - HIMENEO, estatua en yeso.

sentía desfallecer su espíritu en la eterna soledad del cansancio y buscaba un afecto que le sirviera de sostén, un lazo íntimo que le ayudara á vivir, un corazón generoso y grande que fuera amigo y hermano del suyo, grande y generoso también; algo que le consolase, que le confortara, porque si no, aquellos treinta años de cruel y silenciosa lucha rendíanse agostados en el pálido anochecer de un otoño de dolores.

Mauricio tendría próximamente treinta años, y era alto, delgado, cetrino de color, duro de facciones y enérgico y grave de aspecto; afeitado y atusado el cabello, vestido siempre de riguroso negro y con la mirada inteligente y majestuosa de sus ojos grises, más parecía un severo castrense que un clown de circos. La gravedad inglesa era su gran distintivo. Su figura denunciaba á primera vista la de un tipo extranjero. Hablaba el inglés y el alemán, aunque generalmente lo hacía en francés. No era extraño, pues, que hablara también el español, pero sí que su pronunciación fuese tan clara y su dicción tan correcta. Alguien le hubiese creído americano; yo le tomaba por un cosmopolita cultísimo.

***

Una madrugada subíamos con perezoso paso la calle de Alcalá. Era ya tarde, casi amaneciendo, en ese amanecer fresco y risueño del verano de Madrid. Sentados en las sillas de Recoletos habíamos pasado dos horas charlando de cosas y costumbres extranjeras, y picados ya de sueño y de galbana, Mauricio y yo volvíamos cansados hacia la Puerta del Sol.

– Y Madrid, le pregunté con cierto tono de patriótico orgullo, ¿le gusta á usted Madrid?

Jules hizo un gesto que no supe traducir, y deteniéndose me dijo:

– De Madrid ya hablaremos un día...; sí, me gusta, sí (y me pareció ver una lágrima temblando en las pupilas negras del clown); Madrid es mi vida, lo que más quiero y lo que más odio; es mi poema negro y azul, yo soy todo Madrid; no es chanza, créame usted; yo no soy inglés ni francés: Mauricio Jules es sencillamente un nombre que he comprado en el extranjero; la Fortuna me hizo un día clown, y con mi túnica crema y mi risa artificial he ganado muchos francos... Salí casi un niño y he vuelto ahora; he vivido muy de prisa; mi juventud ha sido una carcajada de veinte años; verdad es que riendo se llega más pronto á la vejez...

Yo escuchaba asombrado á Mauricio.

Mauricio continuó tras una breve pausa:

– Ya ve usted, cuando he vuelto á abrazar á mis hermanos, casi no les conocía: en mi casa, en mi gran casa, unos me besaban, otros me miraban asombrados, los más huían de mí... Nadie se explicaba que después de tantos años volviese á visitarles este pobre clown... Una de estas tardes presentaré á usted mi familia. ¡Ya verá usted qué honrados y qué buenos son mis hermanos! Se alegrarán y celebrarán mucho la visita de usted, porque mis hermanos no cultivan amistades de ningún género; únicamente yo que ahora me paso las tardes con ellos hasta la hora del circo; pero después, cuando salga de nuevo al extranjero, volverán á quedarse solos, aislados, como estaban cuando les encontré... Pues sí, mañana, pasado, cualquiera de estos días, tomaremos un carruaje y presentaré á usted en mi casa.

Mauricio cumplió pronto su palabra.

Tres ó cuatro días después, un carruaje nos llevó, una tarde, á las puertas de su casa. Entonces conocí la historia del clown y saludé á sus numerosos, á sus muchos hermanos. Aquel día sufrí una impresión dolorosa: yo no había visitado nunca el Hospicio de Madrid...

E. ALBERTO CARRASCO.

MUJER CON DOS HIJOS ENFERMOS

TIPO DE ANCIANA

Acuarelas de Luciano Simón

Entre los modernos pintores franceses, pocos poseen en tan alto grado como Luciano Simón las cualidades que pueden calificarse de más preciosas en un artista: claridad, percepción independiente, sinceridad y prodigiosa libertad en la ejecución. Preciso y sobrio, enérgico y sano, sabe exactamente lo que desea y adónde va; contempla la naturaleza frente á frente, y poniéndose en contacto inmediato con ella, ve la vida tal cual es y la reproduce sin sentir jamás los desfallecimientos que acometen á tantos artistas modernos, sin dejarse nunca vencer por las seducciones que tantos estragos causan entre sus colegas, sin que el clamor de sus triunfos haya podido apartarle de la senda que su corazón y su cabeza de consuno se trazaran.



MUJER CON DOS HIJOS ENFERMOS, acuarela de Luciano Simón

Sus obras se distinguen por su unidad y por su lógica, porque al componerlas preocúpase Simón ante todo de la simplicidad y del equilibrio, buscando en ellas la reproducción vigorosa de la impresión sentida.

Ni censuras ni halagos consiguen turbar su serenidad; mas no se crea por esto que es un indiferente: su frialdad es sólo aparente, y debajo de ella se oculta una ardiente sensibilidad, un alma apasionada. Si hubiéramos de compararle con un escritor, escogeríamos para la comparación á Gustavo Flaubert. Existen, en efecto, grandes puntos de contacto entre el autor de *Madame Bovary* y el pintor de *Regreso de misa en Penmarch*, *Luchas en Finisterre*, el *Circo de feria* y *La procesión*: uno y otro sienten y expresan del mismo modo; en ambos palpitan el mismo amor á lo humano, el mismo deseo de llegar á lo hondo del corazón al través del gesto externo, de la envoltura visible. Ambos también proceden por eliminación, y así vemos que Simón, puesto delante de una escena de costumbres, la observa y estudia por entero, mas sólo retiene de ella lo principal, desdeñando todo lo secundario; de aquí que sus cuadros, reducidos y concentrados, por decirlo así, á su mínimo de expresión, resulten de un vigor tan asombroso.

Luciano Simón, nacido en 1861, expuso por primera vez en el Salón de 1893 de la Sociedad Nacional de Bellas Artes, y desde entonces su carrera ha sido un continuado triunfo, pudiendo afirmarse que por su laboriosidad, por sus excepcionales dotes técnicas y por su probidad artística es uno de los pintores contemporáneos más dignos de ser admirados. – R.

VIDA DE MUERTE

El aspecto de la toldilla del *Edam* de la N. A. S. M. de Rotterdam no podía ser más triste. Uno junto al banco del timón supletorio, dos cabizbajos sentados en dos sillas de tijera al lado del fumadero, y los tres restantes inclinados hacia el mar y apoyándose en la borda, los seis pasajeros atravesábamos un momento de desaliento y hastío que durante el viaje se había repetido con frecuencia.

Regresábamos de América. El panorama del mar no despertaba en nosotros ninguna emoción. De países distintos y sin dominar en absoluto una lengua común, ante el esfuerzo de voluntad que era necesario para una inteligencia, que no siempre conseguíamos á pesar de recurrir á una poliglotía babélica, nuestras relaciones quedaron reducidas á las puramente obligadas entre gentes que han de vivir en la estrecha comunidad que impone la existencia á bordo.

De nuestras particulares opiniones conocíamos las que se referían al país que acabábamos de abandonar. Van Velsteren y Van Houten, dos holandeses, salían disgustadísimos de la República Argentina; Foustain, un francés, no había encontrado en el Uruguay modo de aplicar su actividad; Castrini, un florentino, volvía decepcionado de Chile, y lo mismo Bulows, el alemán, que yo, devolvíamos al viejo mundo la tristeza con que nos habíamos ido.

Era el décimo día de viaje; nos hallábamos en el fumadero dispuestos á matar unas horas jugando á cualquier juego, pero el calor sofocante de aquella tarde ecuatorial nos privaba todo movimiento y aniquilaba en nosotros todo deseo. Poco á poco, y uno tras otro, fuimos abandonando la partida, y sin saber cómo, unos tendidos sobre los divanes, otros dormitando apoyados en las mesas, nos encontramos todos reunidos de nuevo en el salón.

– ¡Qué fastidio!, exclamó alguno.

– ¡Esto es horrible!, replicaron otros.

– Yo me explico la causa de nuestro malestar, arguyó Bulows.

– No es cosa tan difícil, repuso Foustain.

– Más de lo que usted se figura. Cuando menos la que yo tengo por tal.

– Para mí no hay otra que la de este calor que asfixia y enerva.

– Usted se equivoca, amigo mío. Las penalidades que nos proporciona la temperatura serían llevaderas, como lo son para los otros, si no existiese aquella á que me refiero.

– Hable usted, pues; que conozcamos todos esa causa, dijimos uno tras otro los reunidos.

– La llevamos nosotros en nosotros mismos, comenzó diciendo Bullows. Temo asegurarlo, porque me infunden miedo las responsabilidades; pero no hago más que sujetarme á las instancias de ustedes; y tengan mis palabras el valor que tuvieren, he aquí mi opinión. Nuestro mal proviene de nuestra falta de fe, de nuestra falta de ideal, de nuestra falta de entusiasmo. La carencia de la primera ha tenido como consecuencia la muerte del segundo y la inutilidad del último. Sin ser bastante fuertes para emanciparnos, nos hemos desprendido de un estímulo que ya considerábamos superfluo, substituyéndole irreflexivamente por otro nuevo, más halagador á nuestra naturaleza. Al culto de un dios rodeado de misterio, hemos pretendido oponer el culto del hombre, tratando de circunscribir á un período efímero de vida mortal nuestra existencia. Olvidados, por el deslumbramiento de un minuto, de las mil necesidades del espíritu humano, nuestros esfuerzos todos se han encaminado á las conquistas de orden puramente material, y sólo cuando la ciencia ha realizado lo que llamamos sus milagros hemos logrado saber que ni todas las locomotoras, ni todas las dínamos, ni las más sabias é inteligentes máquinas, han contribuído á la felicidad de un solo hombre, y que no hay mecanismo, por poderoso que sea, que arranque de nuestro pecho la angustia profunda que ocasiona el considerarse aislado y sin la mano amiga que nos auxilie en la tristeza y abatimiento de un instante de desgracia.

– ¿Luego usted achaca la culpa de nuestro malestar á la ciencia?

– No hago yo tal. La ciencia cumple una misión

benéfica, aunque secundaria, para los altos fines que la humanidad indudablemente tiene señalados. Lo que he dicho, si no recuerdo mal, es que los hombres, deslumbrados por esos progresos, han confiado á la ciencia una misión que no es la suya, y necesitados de una fe, con la fe en la ciencia han tratado de substituir la antigua fe. Como el fracaso no se ha hecho esperar y ha sobrevenido la decepción lógica, he aquí que los hombres, y nosotros parte de ellos, erramos por la vida desalentados y maltrechos, limitando nuestra acción á nuestro propio bien, y cuando la fortuna nos olvida, deshecha entre nosotros la solidaridad que representaría la fe en un ideal común, damos por terminada nuestra misión, y con llorar nuestra derrota, desesperados unos, resignados otros, aguardamos el fin sin recomienzo posible. Aventureros en esa lucha por el bien individual y egoísta, en esa lucha sin beneficio ni trascendencia para el prójimo, nosotros, vencidos una y otra vez, hoy en América como ayer en Europa, llevando en el fondo de nuestra alma el sedimento de tantas ilusiones perdidas, de tantas decepciones sufridas, de tantos deseos malogrados, es natural que agobiados por la pesadumbre de un sentimiento que gravita sobre nuestro corazón, el sentimiento de haber equivocado la ruta y haber desoído la voz prudente que para advertirlo resonaba en nuestra conciencia, es natural que nos sintamos devorados por una tristeza y una angustia, que son producto de aquel error y de la certidumbre de que lo porvenir ni podrá resarcirnos ni ayudarnos á la conquista de todo lo que ha desaparecido con el pasado...

Limitado á esta vida mortal, reanudó Bullows después de la pausa, nuestro desenvolvimiento, es concebible el dolor que el fracaso de nuestras esperanzas nos produzca. ¿Dónde, cómo y cuándo podremos recuperar lo que los días transcurridos sin placer ni goce nos robaron? Nuestra ansiedad es justa. ¿Acaso habíamos de contentarnos con el papel de espectadores de la vida, sin aspirar á una participación en ella? ¿Habría sido prudente la renunciación? ¿Por qué y para qué? Los incentivos eran muy grandes para acogernos á una pasividad reñida con nuestra propia naturaleza, y hemos luchado, y hemos sufrido la derrota, cuya consecuencia más grave es la desesperanza que con su pesadumbre agobia nuestro pecho. Al infructuoso pasado se une el desastroso presente y el miserable porvenir que ya presentimos, pues ni en nuestro corazón late una fe, ni queda ya en nuestra alma un entusiasmo...

Ya ve usted, continuó al cabo de un instante dirigiéndose á Foustain, que mi opinión sobre la causa de nuestro estado de desfallecimiento está muy lejos de parecerse á la de usted.

Nadie replicó. Parecíamos todos haber quedado bajo la influencia de sus palabras, reflexionando y meditándolas.

Y el *Edam* continuaba su marcha por entre aquella atmósfera caliginosa, proa hacia un norte que permanecía oculto tras el velo tupido de un horizonte difumado en una lejanía indecisa.

Bullows y yo, juntos, habíamos subido nuevamente á la toldilla y silenciosos contemplábamos el mar.

—Así como me parece haber descubierto la causa, creo también haber dado con el remedio, díjome de pronto, volviéndose hacia mí de un modo improviso.

—¿?

—Busco y trato de aprovechar todas las fuentes de poesía y ensueño que encuentro en mi camino. Suplo de ese modo la falta de una aspiración más práctica á que tender.

—Pero...

—Sí, sí; en vez de vivir, sueño.

Y no hablamos más. Cada uno, dominado por sus propios pensamientos, encerróse en sí mismo, y la noche repentina de los trópicos cayó sobre nosotros, constelando de estrellas el cielo azul, obscureciendo y estrechando el círculo del mar, y llenando de rumores el limitado espacio en que la vida y la industria humanas se albergaban en medio de aquel desierto desconsolador de aguas.

TOMÁS ORTS-RAMOS.



TIPO DE ANCIANA, cuadro de Luciano Simón



La hija arrepentida, cuadro de Juan Llimona. (Salón Parés.)



LA BENDICIÓN DEL GANADO EN SICILIA, dibujo de F. Matania



LECCIÓN MATERNAL cuadro de Jorge Claude

NUESTROS GRABADOS

El viento, candelero modelado por G. Gurschner.— Sea por seguir la corriente del gusto moderno, sea por propio impulso, es lo cierto que hoy existen distinguidos artistas que no se desdeñan en emplear sus aptitudes y dedicar buena parte del tiempo á la vez que su talento á objetos

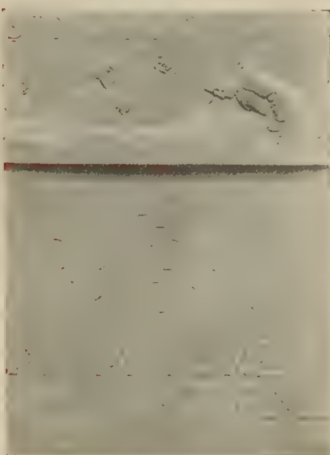


EL VIENTO,
candelero modelado por G. Gurschner

realmente insignificantes; gracias á esto, el arte se ha vulgarizado, sin por ello rebajarse, y se ha hecho asequible á las más modestas fortunas, que por precio relativamente pequeño pueden adquirir obras firmadas por quien en otros tiempos sólo estampara su firma en costosas producciones. A este género de objetos artísticos pertenece el elegante candelero de Gurschner que, además de su simplicidad y belleza de líneas, se distingue por su originalidad.

***

Plancha dedicada al Dr. Potain, obra de Alejandro Charpentier. – Entre los artistas que en Francia



PLANCHA DEDICADA AL DR. POTAIN,
obra de Alejandro Charpentier

se dedican al modelado de medallas y planchas en relieve ocupa lugar principalísimo Charpentier: sus obras son esencialmente realistas, interviniendo poco en ellas la fantasía; y en cuanto al procedimiento técnico, su nota dominante es la sobriedad, que tan bien sienta en trabajos de esta índole. Estas cualidades se aprecian perfectamente en la plancha dedicada al eminente sabio Dr. Potain, que adjunta reproducimos.

***

La hija arrepentida, cuadro de Juan Llimona. – En las conmovedoras escenas que retratan la existencia y en todo lo que á ella se refiere, recordándonos el hogar y la familia, hallará siempre el artista inagotables temas que representar. Todos los asuntos que trate de desenvolver, dándoles forma, animación y vida, llevarán en sí el sello de un sentimiento delicado, que hará siempre vibrar las fibras del corazón. De ahí que siendo tan múltiple y extensa la esfera de acción del hombre, tan diverso y general su movimiento, dadas sus aspiraciones y deseos, reconcentre, sin embargo, todo su ser en el reducido límite del hogar, santuario de sus afecciones, en el que se hallan reunidos los recuerdos de los seres queridos que dejaron de existir y los que constituyen su encanto. A este género pertenece la acertada composición del reputado pintor catalán Juan Llimona, quien nos presenta á la hija arrepentida al divisar el paterno hogar, del que en mal hora saliera, afligida y angustiada, ansiosa de hallar el afecto que mitigue hondos pesares y el perdón que borre pasadas culpas.

***

La bendición del ganado en Sicilia, dibujo de F. Matania.— Toda Sicilia vela durante la noche de la Ascensión, y en toda la isla se encienden fogatas como en la víspera de San Juan. Las mujeres de Trapani dejan al sereno las ropas de la familia, convencidas de que Dios las bendecirá. En Palermo el espectáculo nocturno es grandioso y fantástico: por todas las calles de la ciudad resuenan flautas y tambores, cítaras y esquilas, balidos de ovejas y mugidos de bueyes; son los rebaños que guiados por pastores y zagales y precedidos por grupos de muchachas cantando y bailando, se dirigen al campo para ser solemnemente bendecidos. Sobre los velludos pechos de aquellos hombres cuelgan estolas de lana encarnada, saquitos llenos de sal, clavos de rosca, trozos de coral suspendidos de una cinta roja, colmillos de jabalí, patas de langosta, pececitos de nácar y otros varios amuletos que preservan de la *jettatura*. En el acto de la bendición, los hombres, las mujeres y los niños forman grupos separados; los animales se colocan á lo largo de los muros del Foro Itálico, y los pastores encienden linternas encarnadas y llevan sus rebaños á una especie de barranco que se abre sobre la playa. Aparece entonces en lo alto del ribazo un sacerdote revestido de sobrepelliz, que con gesto majestuoso bendice el ganado con aspersiones de agua de mar; hecho lo cual márchase el cura, y los pastores continúan la sacra rociadura de sus rebaños. Y cuando asoma el alba, las gentes vuelven á sus hogares y las bestias á sus rediles, cuadras ó establos, con el mismo aparato y con la misma algazara con que fueron á la típica ceremonia.

***

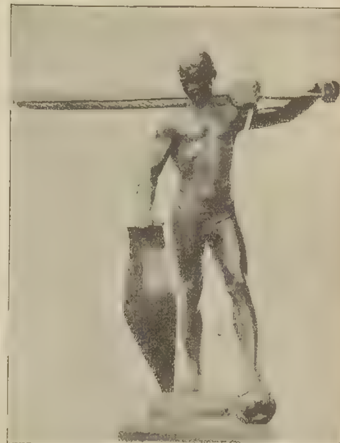
Lección maternal, cuadro de Jorge Claude.— ¡Cuán delicioso el grupo que forman madre é hija, aquélla guiando la inexperta mano de la niña y ésta fijando profundamente su atención en la labor que con ajeno auxilio ejecuta! La escena no puede ser más sencilla; y sin embargo, está tan perfectamente observada y con tanta fidelidad trasladada al lienzo, que su contemplación nos embelesa y nos hace admirar el talento del pintor que de un modo tan magistral ha sabido tratar un asunto en apariencia nimio, sin interés alguno. Y es tal el vigor, la fuerza de expresión que ha impreso el artista en esas dos figuras, que á pesar de los muchos accesorios de toda clase que llenan por completo el cuadro y con los cuales parece haberse propuesto el autor hacer gala de su imaginación y de su habilidad técnica, no se distrae un punto el que mira la obra, sino que sus ojos se fijan irresistiblemente en el grupo que sobre todos ellos se destaca, demostrando con ello que por encima de las bellezas de ejecución, por muchas que éstas sean, estará siempre el elemento psíquico, es decir, aquello que procede del alma y al alma habla directamente.

***

Dulce coloquio, cuadro de J. Young Hunter. – Aunque las modernas tendencias van por muy distintos derroteros, comprendemos que haya artistas que de cuando en cuando se sientan impulsados á tratar asuntos de épocas que sólo de referencia pueden conocer, si en ellos encuentran elementos pictóricos que en vano buscarían en temas similares contemporáneos. La Edad media, con sus costumbres caballerescas, ofrece bajo este concepto ancho campo á la imaginación de los que al cultivo del arte se consagran, quienes, ayudados por el estudio concienzudo de la historia y de la arqueología, pueden llegar á darnos una idea casi exacta de aquellos siglos y de aquellas gentes, sobre todo si en el fondo de la obra por ellos creada palpita uno de esos sentimientos que han existido y existirán siempre, resistiendo todas las influencias de lugar y tiempo y perpetuándose al través de las más diversas circunstancias. Tal sucede con el cuadro del notable pintor inglés Young Hunter: inspirado en el tema siempre nuevo del amor, nos presenta una escena tan naturalmente reproducida, que nos causa la impresión de la realidad y nos transporta á centurias tan distantes de la nuestra, sin que nuestro pensamiento haya de realizar el menor esfuerzo para asimilarse la idea del pintor y para identificarse con la época en que la escena se desarrolla.

***

La paz armada, escultura de M. Streicher.— El autor de esta escultura ha dado forma á la idea que los antiguos expresaron con la frase *Si vis pacem para bellum* y que los modernos Estados traducen con las palabras «Paz armada.» Para ello ha modelado una bellísima figura de mancebo que empuña con la diestra el escudo y con la izquierda sostiene apoyado en el hombro el pesado montante: su actitud reposada indica que la paz es su aspiración suprema; pero su recia musculatura, la expresión resuelta de su semblante y las armas que lleva demuestran al mismo tiempo que ni teme



LA PAZ ARMADA, escultura de M. Streicher

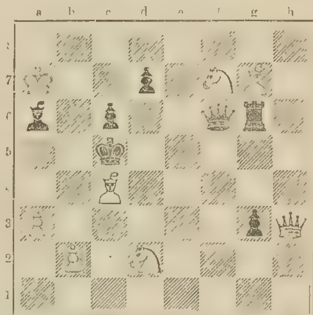
las agresiones de sus enemigos, ni le habrían de encontrar desprevenido sus ataques. La obra de Streicher, inspirada en un pensamiento levantado, que el escultor ha sabido interpretar con sumo acierto, es además, desde el punto de vista técnico, un trabajo perfecto por la corrección de sus líneas, por la armonía de sus proporciones y por la naturalidad que en toda ella campea; y reuniendo tales condiciones, no es de extrañar que haya llamado la atención de los inteligentes.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 300, POR B. PRIKRYL.

Segundo premio del Concurso de «La Stratégie,» sección A.

NEGRAS (7 piezas)



BLANCAS (8 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 299, POR J. JESPERSEN.

Blancas.	Negras.
1. Rb6—c5	1. Rd2—c1
2. Ac4 d3	2. b2 -b1 (D)
3. Ad3 x b1	3. Rc1 x b1.
4. Ta2 h2	4. a4—a3
5. Rc5 x d4	5. a3—a2
6. Rd4—c3	6. a2—a1 (C)
7. Th2—g2	7. c6—c5
8. Tg2—e2	8. c5 -c4
9. Rc3 x c4	9. C a1—c2
10. Rc4—c3	10. C c2—a3
11. Rc3—b3 y ganan.	

VARIANTES.

	6. a2—a1 (D) jaque
7. Rc3—b3 y ganan.	
	1. d4—d3
2. Ta2 x b2 jaque	2. Rd2—c3
3. Tb2 a2	3. d3—d2
4. Ac4—e2	4. Rc3—b3
5. Ta2 x d2	5. a4—a3
6. Ae2 -c4 jaque	6. Rb3—c3
7. Td2—h2 y ganan.	

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

– No me hable usted con tanta confianza, dijo Leonia con voz acerada. ¿Cuántos años hace que se casó?

Willmann vaciló: habría querido reducir al mínimo el número de años de felicidad conyugal, pero en el jardín saltaban sus seis hijos, los seis, desde la pequeña de dos años, hasta el primogénito, un muchachote regordete de diez.

– Hace once años, murmuró.

– Y hace doce que me escribió usted que estaba á punto de partir para el interior de Africa, para ser misionero entre los paganos..., aquella fué su última carta. Y por el contrario, se ve que entonces regresó usted á Alemania sin avisarme...

– Lo hice por ti..., por usted, Leonia, respondió Engelberto procurando dar á su voz el acento más conmovedor. Fué el mayor sacrificio que podía hacer por ti... Comprendí que éramos demasiado pobres, que yo no tenía ninguna posición y pensé que quién sabe cuántos años pasarían antes de que estuviéramos en condiciones de poder casarnos... ¿Podía yo consentir que consumiera usted su juventud, perdiendo acaso la ocasión de una felicidad mayor? ¡No, no podía!.. Pero conocía su generosidad, Leonia; sabía que no retiraría usted nunca la palabra empeñada, y entonces..., traspasado el corazón de dolor, cumplí con mi deber..., le devolví la libertad haciéndole creer que me había muerto...

– ...Y se dispuso á contraer en seguida un rico matrimonio, pensó el doctor. ¡Ay de ti, mi querido Engelberto, si caes en mis manos!

Engelberto, en tanto, á pesar del sacrificio y del corazón traspasado de dolor, no produjo en su ex prometida la impresión que esperaba.

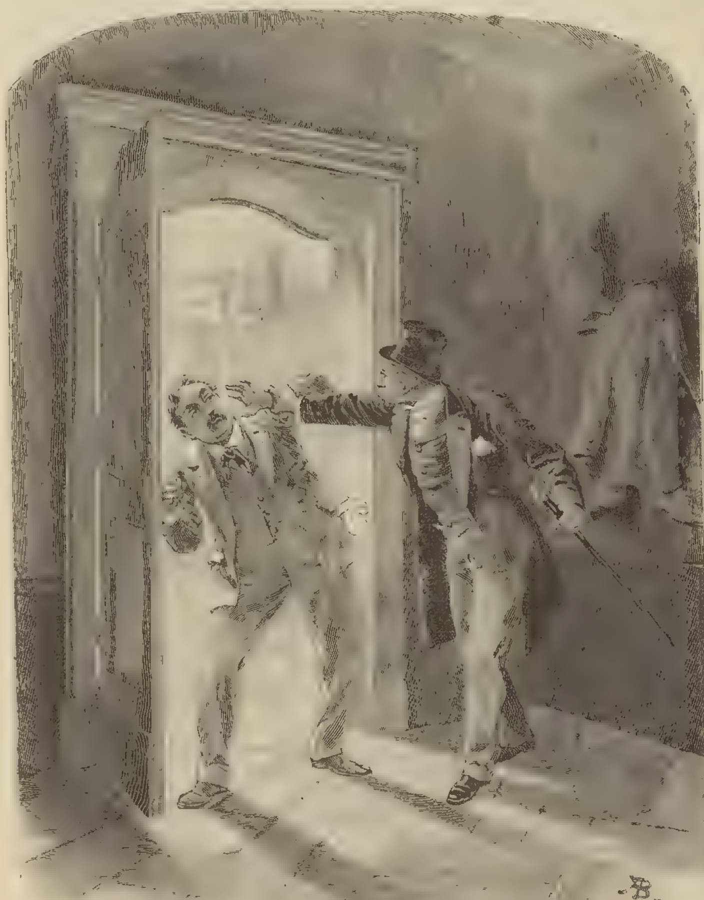
– Ahórrese todas las demás explicaciones, porque no me dejo engañar, dijo Leonia despreciativamente. Podría perdonarle la infidelidad, pero no la innoble comedia que está representando. Si yo hubiese podido suponer que mi pobreza era un obstáculo, que el compromiso que nos unía era un estorbo en su camino, le habría devuelto la palabra, la sortija, todo. Una palabra honrada, sincera, nos habría evitado á usted tantas mentiras, tantos subterfugios, y á mí este instante de amargura, de vergüenza.

Diciendo esto, vaciló su voz como si llorara; pero vencida al punto la momentánea debilidad, añadió con vehemencia:

– ¡Y he podido amar á un hombre semejante! ¡Por un hombre así he perdido mi juventud, por su memoria he rechazado la mano de un hombre respetable, excelente, de un cumplido caballero!

– ¡Magnífico! ¡Estupendo!, murmuró detrás de la puerta el doctor frotándose las manos. La cosa tiene arreglo todavía.

– ¡Leonia, me despedaza usted el corazón!, gimió el Sr. Willmann poniéndose patéticamente las manos sobre el pecho. ¡Si supiese cuánto he sufrido!.. ¡No he amado á nadie sino á usted!



pero cuando hubo pasado la puerta, una mano de hierro le cogió por el brazo

E hizo ademán de acercarse á la señorita Friedberg, pero ésta retrocedió horrorizada.

– ¡Basta, Sr. Willmann! No quiero oir nada más. Sólo exijo de usted una cosa: si la casualidad hace alguna vez que nos encontremos, piense que usted y yo nunca nos hemos conocido. Y ahora, ¡salga usted de aquí!

Willmann respiró tranquilo; no había creído escapar á tan poca costa y creyó oportuno adoptar una actitud digna.

– Me voy, dijo con voz conmovida. Usted me condena, y yo... debo callar. Adiós, Leonia; las apariencias están contra mí, pero tú eres mi primero y único amor.

Y lanzando una última mirada tierna á su ex novia, el gordo posadero salió precipitadamente; pero cuando hubo pasado la puerta, una mano de hierro le cogió por el brazo y el doctor Hagenbach se lo llevó al fondo del corredor.

– También yo tengo algo que decirle, mi querido Sr. Engelberto, díjole en voz baja y vibrante: unas pocas palabras que expresarán mi modo de pensar. ¡Es usted un bribón!

– ¡Silencio, señor doctor, silencio, por piedad!, dijo el posadero con acento suplicante y lanzando miradas de terror hacia la escalera por donde podía aparecer su mujer de un momento á otro.

– Sí, se lo repito con placer; es usted un bribón de siete suelas, repitió el doctor sacudiéndole con fuerza.

– ¡Por piedad, señor doctor! ¡No me pierda! Si mi mujer lo oye..., si mi clientela..., si la ciudad... ¡Ah, soy hombre perdido!

– Merecería usted ser el hazmerreir de la ciudad, querido apóstol de los paganos. Sin embargo, callaré, pero no por usted, naturalmente, sino por respeto á la señorita Friedberg, que tuvo la desgracia de enamorarse de un embustero semejante. Y ahora, adiós, señor mío; seguramente no volveremos á vernos jamás.

Y dándole por despedida una sacudida tremenda, el doctor dejó al hostelero medio atontado en el corredor y volvió á la habitación en donde estaba seguro de que su ayuda médica llegaría oportunamente. De fijo que la señorita Friedberg sufría las consecuencias del esfuerzo que había hecho para permanecer tranquila en momentos tan excepcionales; la reacción debía empezar y seguramente habría desmayos y convulsiones para rato... Pero ¡oh nueva sorpresa! Apenas entró en el cuarto, quedóse el doctor asombrado: Leonia, pálida y con los ojos bajos, le salió al encuentro serena y digna.

– Vengo, dijo Hagenbach algo turbado, á saber cómo está. Temía..., señorita, hoy le doy derecho de tener nervios..., hoy no la reñiré.

– Gracias, estoy bien, respondió Leonia sin alzar los ojos para que no se le cayeran las lágrimas de que estaban llenos. He sufrido una gran sacudida, es verdad... Ya habrá usted comprendido lo que ha pasado y con ello me evitará la vergüenza de referirle..

– ¡No hay por qué avergonzarse!, exclamó Hagenbach cordialmente. No es una vergüenza creer ciegamente en la bondad y en la honradez de los hombres. Y si un hombre ha correspondido indignamente á su confianza, esta no es una razón para perder la fe en los demás, pues crea usted que hay muchos que la merecen.

– Lo sé, dijo Leonia mirándole y tendiéndole la mano. Y no lloraré ciertamente un recuerdo que sólo merece olvido... Doctor, ciertos golpes matan; otros, en cambio, devuelven la vida.

– ¡Magnífico!, exclamó el doctor entusiasmándose.

Y en su entusiasmo, á punto estuvo de sacudir violentamente la manecita que entre las suyas tenía; pero se contuvo y... sucedió una cosa nunca vista: el prosaico doctor, siempre tan desgarbado y tan brusco, se inclinó graciosamente y besó con delicadeza la fina mano de la institutriz.

XIX

Durante el día, el salón común del *Cordero de Oro* estaba casi siempre vacío; únicamente por la noche reuníanse en él los acostumbrados parroquianos. Aquella mañana, en cambio, estaba allí, tendido en un sofá, Landsfeld, que había llegado para tomar parte en una segunda gran asamblea que debía celebrarse al día siguiente. Acababa de llegar á la hostería para adoptar, de acuerdo con el posadero, las disposiciones oportunas; mas no habiéndolo encontrado, se resolvió á esperarle en el salón. Hacía rato que aguardaba y comenzaba ya á impacientarse, sin sospechar que el prudente Sr. Willmann había regresado hacía un cuarto de hora, pero había ido á saludar á los señores de Odensberg antes de rendir igual homenaje al jefe socialista.

Por fin se abrió la puerta; pero en vez del panzudo hostelero entró Egberto Runeck, el cual inmediatamente después de las elecciones había marchado á Berlín, de donde acababa entonces de regresar. Al ver á Landsfeld, saludóle apenas con una inclinación de cabeza, saludo al que aquél correspondió con la misma parsimonia.

– ¿Ya de vuelta de Berlín?, preguntó Landsfeld.

– He llegado hace una hora; he estado en tu casa y me han dicho que probablemente te encontraría aquí.

– ¿Has ido á mi casa? ¡Qué honor! Pues yo he venido con objeto de comprometer la sala para una nueva reunión que es indispensable celebrar. Pero no te esperábamos tan pronto. ¿Habéis ya terminado?

– Por ahora, sí; me llamaron, según he comprendido, sólo para charlar; por esto he preferido volverme. Dentro de un mes, cuando se abra el Parlamento, habré de estar fijo en Berlín, pero ahora mi presencia es más necesaria aquí.

– ¡Te chanceas!, exclamó Landsfeld. Desde que ganamos las elecciones, no te necesitamos aquí para nada; pero ya me figuraba yo que volverías en seguida en cuanto husmearas los desórdenes de tu querido Odensberg... ¡Oh, sí, podemos estar contentos! Hemos hecho perder á tu amado viejo la manía de la infalibilidad, y ahora, después de haber permanecido tanto tiempo aislado, inaccesible, tiene que aceptar la lucha contra nosotros; no tiene salvación posible.

– Sin embargo, hasta el presente me parece que no tenéis por qué alabaros de vuestro triunfo, repuso Runeck, pues á vuestras provocaciones ha respondido Dernburg con un licenciamiento en masa.

– ¡Claro! No era de esperar otra cosa de ese viejo testarudo, y por esto estábamos preparados para ello.

– Vosotros le habéis provocado. ¿Y ahora?

– Ahora se trata de doblegarse ó de romperse: ó el viejo revoca la resolución tomada ó viene la huelga general.

– Dernburg no se doblega, bien lo sabéis, y tampoco lograréis romperlo. En cambio, tiene alientos para destrozaros á vosotros si lo empujáis á soluciones extremas, y se servirá de ellos, saliendo perdidosos vosotros. Dernburg puede resistir semanas, meses de huelga, mientras que vosotros no. Por esto nuestros jefes no han querido nunca una revolución de este género y ahora se han declarado definitivamente contrarios á ella.

– ¿De veras? Me figuro que habrás hecho todo lo posible para imponer esta decisión, exclamó Landsfeld lanzándole una mirada venenosa. Ahora tú también eres uno de los jefes; y aunque el más joven, eres quien manda más; paréceme que los tienes á todos metidos en el puño.

– ¿Por qué piensas en acusaciones personales contra mí cuando se trata de las decisiones del partido?, dijo Runeck con un gesto de impaciencia. Te traigo la intimación de que no extremes las cosas; ajústate, pues, á ella.

– Lo siento, pero la intimación llega demasiado tarde, respondió Landsfeld fríamente. Hemos enviado ya nuestras condiciones; y para el caso de que no sean aceptadas, ya está preparada la sedición. Ahora es imposible volverse atrás. . En Berlín se harán cargo de ello.

– ¡Ah, ahora te muestras tal como eres!, exclamó Egberto con amargura. Tú, tú, que siempre estás hablando de disciplina, ¿has obrado en esta ocasión por cuenta propia?

– ¡Sí, bajo mi responsabilidad! Era preciso despertar á esos estúpidos, á esos imbéciles de Odensberg, sacarles de la apatía en que vegetan. ¡Qué diantre! Harto sé los trabajos que nos ha costado tu elección, los esfuerzos que hemos tenido que hacer para imponerla, y dicho sea en honor de la verdad, hasta el último momento ha sido incierto el resultado final. Ahora, por fin, aquella masa se ha puesto en movimiento y sólo se trata de hacerla avanzar.

– ¿Hacia dónde? ¿Hacia la ruina? Sí, esas gentes os han seguido á las urnas porque habéis sabido exaltarlas, porque habéis sabido persuadirles de que á ellas corresponde ser poderosas y de que, queriendo ellas, serán omnipotentes; han perdido toda noción de la realidad de las cosas, y ahora os seguirán porque todavía están bajo la acción de la embriaguez que produce la victoria; pero dejad que este entusiasmo se desvanezca, que recobren la calma, que reflexionen, que comprendan lo que pierden dejando Odensberg, la ruina que esto significa para las esposas, para los hijos..., y entonces verás, te lo aseguro, que no los sujetarás ni una semana; verás cómo se apresuran á volver, cómo se presentan en masa á Dernburg. Pero Dernburg no será ya el mismo de antes y no querrá perdonar la ofensa recibida.

El diputado había comenzado á hablar con amargura, pero sereno; mas poco á poco se había ido animando, y á la calma había sucedido una vehemencia creciente hasta el punto de no parar mientes en Landsfeld, el cual, tranquilamente sentado y con el cigarro en la boca, le miraba fijamente, sin apartar un momento los ojos de él y sonriéndose de un modo poco tranquilizador.

– Parece que considerarías muy natural la venganza del viejo, dijo al fin cuando Runeck hubo terminado. ¿Se puede saber con quién estás?

– Con la razón y con el derecho, exclamó Egberto con apasionado ímpetu. Los trabajadores de Odensberg me han elegido y estaban en su derecho de elegir á quien quisieran, y este derecho lo admitirá el mismo Dernburg por mucho que lo sienta...; no discutiré contigo si aquella gente se convenció ó no espontáneamente de este derecho, pero te preguntaré únicamente si tenían derecho también de celebrar en sus talleres mi triunfo, de hacer demostraciones casi bajo sus ventanas, en una palabra, de regocijarse de su derrota..., ¡oh!, esto fué una desfachatez, un insulto cruel, una ofensa sangrienta que merecía aquella respuesta.

– ¿Merecía aquella respuesta?, repitió Landsfeld con acento que debiera haber servido de aviso á su compañero; pero éste, animado como estaba, no paró mientes en ello y prosiguió cada vez con más exaltación:

– Tú has instigado, azuzado á esa gente por medio de Faller, lo sé; tú les has hecho formular exigencias que no tienen sentido común, porque equivalen á una humillación increíble del amo; pero se ve que no conocéis á este hombre. ¿Queréis guerra á muerte? Pues la tendréis. Dernburg es de los que no retroceden: hasta el presente ha sido el protector de sus obreros, pero ahora obrará como amo y hará bien..., yo en su lugar haría lo mismo.

Una carcajada salvaje respondió á las últimas palabras pronunciadas por Egberto.

– ¡Bravo, bien! ¡Preciosa confesión! Al fin te muestras tal como en realidad eres. Mientras hablabas me parecía estar oyendo al mismo viejo de Odensberg en carne y hueso..., se ve que eres digno discípulo suyo. Pero dime, ¿qué dirías si yo comunicase á Berlín todo lo que acabas de perorar?

Runeck comprendió que había ido demasiado lejos; sin embargo, se irguió rabiosamente y exclamó:

– Hazlo. ¿Crees, acaso, que me dejo tiranizar hasta el punto de no atreverme á exponer mis opiniones cuando estamos entre nosotros?

– ¡Entre nosotros! ¿Todavía nos concedes el honor de considerarte de los nuestros? Es verdad que eres nuestro diputado, el diputado del partido socialista. Te han escogido á ti, porque es preciso que en el Parlamento nos represente la mente enérgica, la inteligencia más poderosa del partido; pues bien, ¡aquí las tienen la mente enérgica y la inteligencia poderosa! . Ya lo preví que á esto vendrías á parar, y he procurado advertirles, disuadirles, pero ¡no, señor! No parecía sino que el partido habría de perderse si no elegía á tu digna persona, y no hubo más remedio: fué preciso ganar tu elección á toda costa..., ¡y cuidado si costó esfuerzos! Y todo ¿para qué?.. ¡Oh! Pero ahora se darán cuenta de ello y tendrán que abrir los ojos.

– Escucha, si quieres ayudarles á que abran los ojos, hazlo, pero acabemos de una vez, exclamó Egberto con altanería.

Landsfeld dió una patada en el suelo, y acercándose á Runeck le dijo:

– ¿Es esto lo que quieres? ¿Un rompimiento? No, querido, no estamos dispuestos á dejarte en libertad, y si quieres ser traidor, si quieres desertar, toda la vergüenza ha de caer sobre ti.

– ¿Traidor?, repitió Runeck con el semblante congestionado. ¿Traidor, desertor? Me he entregado á vosotros en cuerpo y alma, os he sacrificado un porvenir brillante, como pocos se presentan en el mundo, os he inmolado mi corazón, ¡y esta es la recompensa que obtengo!

– Y ahora naturalmente te arrepientes de todo esto, dijo Landsfeld con curiosidad.

– No lamento el sacrificio hecho; lo único que siento es encontrarme en vuestra compañía... ¡De esto sí que me he arrepentido hace tiempo!

– Al menos eres sincero, repuso Landsfeld con ironía, y nos muestras en toda su extensión la carga que nos hemos impuesto con tu elección. Pero dejemos esto, ya que la cosa no tiene remedio, y por ahora habrás de cumplir tu deber en el Parlamento. Tus discursos son demasiado recientes para que puedas variar de sonata. Y ahora, escucha, muchacho, añadió trocando el acento irónico por el amenazador: procura no ocuparte de las cosas de Odensberg: éstas corren de mi cuenta y de ellas me corresponde la responsabilidad. Por otra parte, medita bien acerca de la que sobre ti pesa.

Y sin decir más, sin saludar siquiera, volvió la espalda á su compañero y salió de la habitación.

Egberto se quedó solo, mudo, sumergido en pensamientos tristes, dolorosísimos. Involuntariamente sonaron de nuevo en sus oídos, insistentes como un reproche, punzantes como un remordimiento, las palabras que le había dicho Dernburg al despedirle: «¡Habrías sido el amo de Odensberg!.. En cambio, ya verás si tus compañeros saben compensarte del sacrificio que les haces.» Y ahora...; ¡era esta la recompensa!

Abrióse en esto la puerta muy despacio y por ella asomó una hermosa cabecita de muchacha que miró curiosamente dentro del cuarto. Era Maya, que en su exploración había llegado hasta el saloncito, y al ver á Runeck lanzó un grito de alegría.

– ¡Egberto!

El joven sacudió sus tristes ideas, miróla un momento sin conocerla, pero en seguida corrió hacia ella exclamando:

– ¿Tú aquí, Maya?

Maya entró cerrando la puerta, porque ¡ay de ella si la señorita Leonia ó el doctor la vieran charlando con Egberto! En Odensberg, Egberto era mirado como un proscrito...

Runeck se acordó también de pronto de ello, y dejó caer la mano que había tendido á la joven, preguntando en voz baja:

– Maya, ¿puedo saludarte como en otro tiempo?

El semblante de la muchacha se había obscurecido un poco, pero sin vacilar se acercó al ingeniero y le presentó su mano.

– ¡Egberto, Egberto! ¿Quién hubiera dicho que habíamos de llegar á esta situación? ¡Si supieses cómo están en casa!

– Lo sé, respondió Runeck lacónica y sombríamente.

– Nuestro Odensberg está desconocido; todo ha variado en casa y fuera. Antes, cuando íbamos á los talleres ó nos deteníamos á hablar con los trabajadores, todos nos colmaban de atenciones. ¡Aquello era un consuelo! Y cuando se presentaba papá, todos los ojos se fijaban en él, todos se consideraban dichosos de verle y se sentían orgullosos y felices si les dirigía la palabra. Ahora, en cambio (y al decir esto la voz de Maya sollozaba), papá nos ha prohibido á Cecilia y á mí que salgamos del parque, porque fuera de éste no estaríamos seguras de no vernos insultadas. Papá, como de costumbre, va todos los días á los talleres y á las minas; pero en las caras de los empleados conozco que no consideran este sistema como muy prudente, que entienden que papá está en peligro cuando se encuentra entre sus obreros... ¡Y lo que ocurrió el día de las elecciones! ¡Oh, aquello no se lo merecía papá!

La ingenua muchacha no sabía los tormentos que con sus palabras infería al hombre que le volvía la espalda, y al ver que éste se estremecía, púsole la mano sobre el brazo, con la confianza de otro tiempo, y exclamó:

– ¡Pobre Egberto! No eres tú quien lo has que-

rido; pero en Odensberg yo soy la única que te ha permanecido fiel y ni siquiera puedo demostrarlo. Papá está furioso, indignado contra ti, y Oscar..., el barón..., le hace eco y aun se manifiesta más duro contigo y... mis súplicas de nada sirven... Ahora, hasta Cecilia...

– ¿También ella me condena?, exclamó Egberto volviéndose hacia Maya.

– No sé, repuso ésta mirándole asustada, no estoy segura de ello; pero es lo cierto que Cecilia no quiere oir hablar de ti y que cuando oye pronunciar tu nombre se marcha... ¡Ah, Egberto! Creo que papá soportaría á cualquier otro adversario..., pero con lo que no puede conformarse es con que ese adversario seas tú.

– ¡Lo mismo me pasa á mí, dijo Egberto con voz ahogada. Díselo así á tu padre cuando quieras, Maya.

La joven movió la cabeza y exclamó desconsolada:

– ¡No puedo, no puedo! Delante de papá ni siquiera puede pronunciarse tu nombre, pues en cuanto lo oye se enfurece. ¡Y pensar que te quería tanto! ¡Dios mío! ¿Es posible que por pertenecer á dos distintos partidos políticos se odien mortalmente dos hombres?

Aquella voz de joven ingenua penetraba como hierro candente en el cozón de Egberto, que ya no podía resistir más.

– No hablemos de esto, Maya, dijo con voz alterada. Cada cual ha de seguir su destino, no hay remedio. ¡Pobre niña! ¡También á ti te hemos arrastrado hacia el sufrimiento haciéndote perder tu antigua alegría!

Maya se ruborizó y bajó rápidamente la cabeza para ocultar su rostro enrojecido; pero en seguida, con acento conmovido, palpitante de emoción repuso en voz baja.

– No, no, antes bien me avergüenzo de ser tan dichosa en medio de esos dolores... No me mires así sorprendido, Egberto...; á los extraños no se lo decimos todavía por razón del luto de nuestro pobre Enrique, pero á ti puedo decirlo...; estoy comprometida, ¿sabes?

Egberto retrocedió estupefacto: hasta entonces no había visto en su amiga más que una chiquilla y jamás se le había ocurrido que «niña Maya» pudiese pensar en el amor. Ahora aquella noticia inesperada, después de haberle sorprendido, le conmovió; y sonriendo afectuosamente, alargó las manos á su amiga.

– ¿Cómo? ¿Nuestra pequeña Maya piensa ya en estas cosas?, dijo procurando dar á sus palabras un tono chancero.

– ¡No me llames pequeña!, repuso la joven fingiéndose ofendida.

Y empinándose sobre la punta de los pies le miró en los ojos y le dijo en tono de broma.

– ¿No ves? Te llego á los hombros y á él también.

– ¿A *él*? ¡A propósito! Aun no me has dicho su nombre. ¿Cómo se llama?

– Oscar, respondió Maya á media voz.

– ¿Qué?, gritó Egberto estremeciéndose.

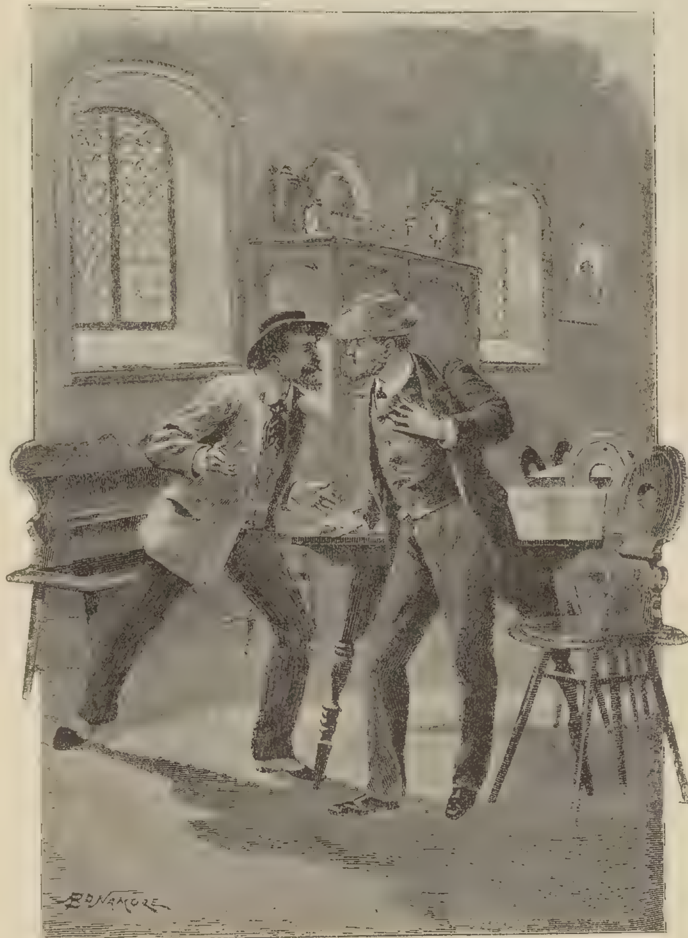
– Oscar de Wildenrod..., ya le conoces... Pero ¿qué tienes Egberto?

Runeck habíase puesto pálido como un muerto y temblaba de pies á cabeza, con los puños apretados y los ojos fuera de las órbitas y fijos en la joven, que le contemplaba asombrada.

– ¿Estás prometida al barón de Wildenrod?, preguntó al fin con voz alterada. ¿Y tu padre lo ha permitido?

– Sí; al principio se oponía á causa de la diferencia de edad; pero después, tanto le hemos suplicado Oscar y yo, que no ha podido negarse á hacernos felices y ha cedido.

Egberto contemplaba en silencio á la joven que hablaba de ser feliz cuando la esperaban la desdicha y la vergüenza. Y por segunda vez le tocaba á él la misión cruel, despiadada, de herir de muerte á una persona querida, destruyendo su felicidad, su fe..



¿Es esto lo que quieres? ¿Un rompimiento?

Sí, también entonces á él correspondía hacerlo y no era posible callar.

– ¿No te alegra esta noticia, Egberto?, preguntó Maya en tono de reproche. Tienes algo contra Oscar, mi instinto me lo dice, del mismo modo que Oscar tiene algo contra ti, aunque ninguno de los dos quiera confesarlo. Pero podrías darme la enhorabuena. ¡Si supieras cuán dichosa soy! A veces me parece que es demasiada felicidad la mía.

Runeck volvió la cabeza, mordiéndose los labios No quería descubrirse delante de la joven; y sin embargo, le habría sido imposible pronunciar una sola palabra de felicitación. Pero una feliz circunstancia vino á sacarle de aquella situación que tanto le hacía sufrir. En el jardín se oyó la voz del doctor, que gritaba:

– ¿Dónde está la señorita Dernburg? ¿No la han visto ustedes? Hemos de ir á la estación, porque el tren llegará dentro de diez minutos.

– ¡Oh! He de marcharme, murmuró Maya. Adiós, Egberto, ¡quiérenos un poco!.. Yo te querré siempre y tú no olvidarás que Odensberg ha sido durante tanto tiempo tu casa... ¿Verdad que no lo olvidarás?.. ¡Adiós!

Y dirigiendo á Runeck una última mirada suplicante, afectuosa, aquella criatura feliz salió de la estancia. Egberto respiró apenas cesó de ver aquellos ojos de expresión cándida que parecían querer arrancarle su triste secreto; después, recordando todo cuanto Maya le había dicho, juntó las manos y sintió como si un nudo le oprimiera la garganta. ¡Oh, el malvado especulador! ¡Oscar de Wildenrod, para apoderarse de Odensberg se valía de la mano de Maya! Aquella criatura inocente servía de instrumento á las miras del barón, ¿y Cecilia lo sabía y lo consentía?.. Sí, Oscar era su hermano, el único afecto de su vida, y para salvarle habíase casado con Enrique, sin amarle, y además Cecilia no conocía toda la verdad. ¡Ah! ¿Por qué se la había él ocultado aquella mañana, en el Albenstein? Pero ahora no podía seguir callando; era preciso salvar á Maya á toda costa.

Ahora no era la ira, no era la pasión la que contraía el semblante del diputado socialista, sino el dolor más sencillo y más intenso.

– ¡Pobre niña! ¡No olvido, no, que Odensberg ha sido durante tanto tiempo mi casa! Te lo demostraré, pero de un modo que no esperas... ¿Escribir?, ¿á Dernburg? ¡Imposible! Creería que todo es una vil calumnia y Wildenrod seguiría engañándole y haciéndole creer cuanto quisiera... No, no; estas cosas se dicen de palabra y no le dejaré hasta que esté convencido, hasta que Maya esté salvada... ¡Así hay que obrar! ¡Vamos á Odensberg!

XX

La atmósfera de Odensberg está saturada de electricidad: la huelga es inminente.

Hoy deben abandonar las minas los obreros que han sido despedidos á consecuencia de las demostraciones hechas en favor de Runeck; son algunos centenares, y los demás trabajadores han declarado que también ellos dejarán el trabajo si no se revoca la orden de despedida. Había algunos, los prudentes, los moderados, que habían combatido con todas sus fuerzas aquella resolución, pero en vano. Si los jefes estaban tranquilos, la masa, en cambio, estaba electrizada y no razonaba: Landsfeld y sus compañeros habían sabido convencerles á todos de su omnipotencia, haciéndoles ver que sólo por los obreros de Odensberg, la elección del amo, asegurada durante tantos años, se había disipado como el humo, habiendo salido triunfante su candidato.

Dernburg no había querido recibir á los obreros que habían ido á presentarle sus condiciones, y por conducto del director había contestado con una rotunda negativa; después de lo cual, sin admitir discusiones, sin preguntar si la gente seguía opinando lo mismo, dió orden terminante de que al día siguiente se cerraran todas las fraguas y se apagaran todos los hornos, y declaró á sus empleados que estaba resuelto á luchar hasta el fin, sin ceder en un ápice, considerando el simple hecho de las condiciones como un nuevo y grande insulto á su persona.

Estas palabras se habían difundido por Odensberg, causando una impresión profunda, un verdadero trastorno: todos sabían que el amo había cumplido siempre sus promesas, fuesen del género que fueren, y estaban asombrados de verle, á pesar de la derrota política, más orgulloso, enérgico y severo que antes.

(Continuará.)

LA DISCIPLINA DE LOS ENFERMOS

Es difícil caracterizar con una sola palabra la tendencia de la medicina moderna, que aspira á algo más que á la noción materialista y al tratamiento mecánico de una enfermedad. La expresión «Disciplina de los enfermos,» inventada por el profesor Leyden, es harto limitada, porque no abarca precisamente los más elevados y nobles objetivos de esta tendencia, pero traduce perfectamente la idea que le ha dado origen, á saber, el reconocimiento de que el hombre se compone de cuerpo y alma, tan íntimamente enlazados, que la enfermedad de uno de ellos influye más ó menos en el otro. A decir verdad, con esta afirmación no se ha hecho otra cosa que resucitar un principio científico tan antiguo como el arte médica, que corría peligro de desaparecer para siempre, porque el materialismo consideraba la acción medicatriz como un proceso puramente mecánico que se desarrollaba en el cuerpo humano mediante la administración de los oportunos medicamentos. En este orden de ideas, el médico no tenía más que formular el diagnóstico, elegir los remedios convenientes y vigilar el proceso de la curación.

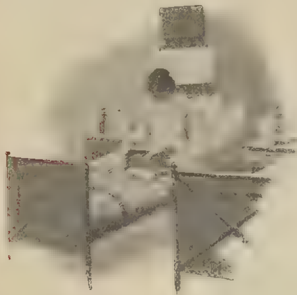


Fig. 1. – La disciplina de los enfermos. – Enfermo ocupado en trabajos manuales

La nueva tendencia impone al médico una misión más alta, exigiendo de él que al mismo tiempo que al cuerpo atienda á la vida anímica del enfermo. Desde hace siglos se sabe lo mucho que en un mal físico puede influir el estado de ánimo; de aquí la conveniencia de recurrir á influencias á cuya acción estén sometidos los sentidos, como la que ejercen la música, los colores claros y alegres, los olores agradables. ¡Cuántas veces la inapetencia desaparece ante un manjar bien presentado! Y si esto sucede tratándose de un hombre sano, ¡cuánto más no sucederá con los enfermos, cuya sensibilidad se halla tan notablemente aumentada!

Tales son, en pocas palabras, las consideraciones que han inducido al médico mayor Dr. Buttersack á someter á un tratamiento apropiado la vida anímica de los enfermos y de los convalecientes, proporcionándoles distracción y ocupación y librándoles de las preocupaciones que pueden atormentarles. De paso diremos que estas experiencias han salido ya del período inicial de los ensayos y han sido coronadas por una serie de éxitos positivos.

El primer objeto, ó sea el de proporcionar distracción á enfermos y convalecientes, se consigue por medio de la música y de la declamación. Una artista holandesa, la señorita de Olden-Barnevelt, fué la primera que se puso al servicio de la nueva idea, cantando en las salas de la Charité de Berlín, cuyos enfermos escuchaban religiosamente aquellas melodías que acallaban sus dolores y llenaban sus almas de nuevas y maravillosas impresiones. Avanzóse luego un paso más, y en la capilla nueva del mismo hospital se dieron conciertos de música sacra, ejecutada por un cuarteto de violín, violoncelo, arpa y armónium y por un coro de mujeres.

Excelentes resultados han dado también las recitaciones de poesías alegres, que animan y regocijan á los enfermos: este procedimiento responde perfectamente á la nueva idea, y por su sencillez puede aplicarse en todas partes.

Mucho más importante es, para el objeto de estas modernas tendencias, la ocupación de enfermos y convalecientes. La experiencia demuestra que la ociosidad produce una sensación de malestar y una displicencia deprimente que favorecen la aparición de ideas atormentadoras, sobre todo de las que el enfermo se forma acerca del carácter y de la gravedad de su mal. Además, la inacción en las enfermedades crónicas de larga duración hace que á muchos individuos les sea luego difícil y á veces imposible recobrar la energía necesaria para un trabajo regular y perseverante. Finalmente, se ha de tener en cuenta que la falta de actividad muscular es en extremo perjudicial para el organismo, para la formación y circulación de la sangre, para la digestión. Por todas estas razones una ocupación ligera adquiere la importancia de un tratamiento, sobre todo para combatir las enfermedades nerviosas, el alcoholismo y la tuberculosis en sus comienzos.

Naturalmente la ocupación ha de ser agradable y poco pesada y nunca forzosa; el Dr. Buttersack indica como las mejores el dibujo, el modelado en barro ó madera, los trabajos en cartón y otras análogas que requieren poco esfuerzo y ofrecen ancho campo á la fantasía y á la destreza. Las enfermas de Berlín han encontrado, desde este punto de vista, una ayuda y un consuelo grandes en la persona de la señorita Klausner, que con laudable abnegación consagra su juventud á enseñarles todas las labores femeninas y cuyas lecciones son admirablemente aprovechadas, en particular por las mujeres de la clase obrera, á quienes les impidió aprenderlas oportunamente la necesidad de entrar desde muy niñas en la vida del trabajo. Muy conveniente sería extender esta enseñanza á otras prácticas domésticas que por la misma razón indicada tampoco conocen las obreras. Una colección de esas labores, expuesta en el citado hospital con el nombre de «Museo del Trabajo,» da perfecta idea de la actividad y habilidad de las pacientes.

Si todo lo referente á la distracción y á la ocupación cabe dentro de lo que se ha llamado «Disciplina de los enfermos,» el tercer punto, ó sea el que tiende á librar á los enfermos de las preocupaciones que les atormentan, responde á un orden de ideas más elevado y cae de lleno dentro del problema social: bajo este concepto, trátase de evitar los obstáculos que para la curación ofrece la preocupación que ha de sentir el paciente al pensar en la subsistencia de su familia, privada de su apoyo, y en la manera de volver á encontrar trabajo cuando recobre la salud. Para conseguir este objeto, es preciso captarse la confianza del enfermo á fin de que exponga con franqueza su situación y de que puedan encontrarse los medios oportunos para remediarla.

En algunas capitales se han constituído asociaciones de damas caritativas que se han impuesto esta santa tarea; su misión les obliga á enterarse y á conocer de cerca espectáculos que desgarran sus corazones sensibles; en cambio, ¡cuántas bendiciones les proporciona! ¡Y cuán benéfica influencia ejerce en el enfermo la seguridad de que los suyos cuentan con un buen amparo, de que no ha de faltarles nada mientras la enfermedad dure, y de que él, al salir del hospital, ha de encontrar un trabajo remunerador.

Pero esto no debe confiarse exclusivamente á la iniciativa privada; es menester que á ello contribuya la colectividad. Para no privar á su familia del sustento que con sus manos le proporciona, soporta el obrero la terrible tuberculosis hasta que el instrumento del trabajo se desprende de sus desfallecidas manos; líbresele del temor de ver perecer de hambre á su familia, y acudirá en tiempo oportuno al médico, que cuenta hoy con recursos suficientes para atajar el mal, si no está muy desarrollado.

Con esto, no sólo se practicará una de las más hermosas obras de misericordia y se atenderá á uno de los fines primordiales de los Estados, cual es el de la conservación de la vida y de la salud de los pueblos, sino que se dará un paso gigantesco hacia la solución armónica de la gravísima cuestión social. – F. S.



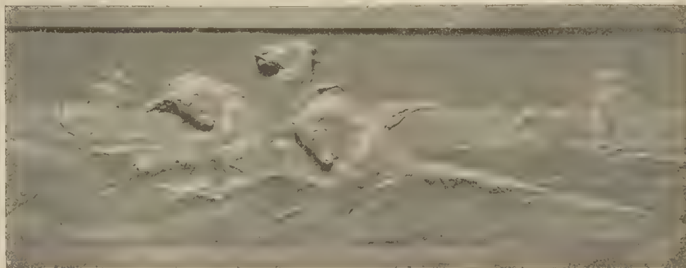
Fig. 2 – La disciplina de los enfermos. – La lectura

***

ESCULTURAS DE GILBERTO BAYES

El autor de estas esculturas nació en Londres en 1863, y estudió primero en el Colegio de Finsburg y después en la Real Academia, en donde obtuvo numerosos é importantes premios. Terminados sus estudios, hizo una excursión á Italia y permaneció nueve meses en París, sin que ni en una ni en otra parte se dejara influir por el clasicismo ni por las exageraciones modernistas.

El talento que en sus obras demuestra no es de los que tienden á la escultura monumental y arquitectónica; su característica es la gracia, la distinción, que tiene más atractivos en objetos de reducidas dimensiones y que produce más efecto en las casas particulares que en las galerías públicas. Por esto son admirables sus pequeñas estatuas y sus tableros decorativos, sobre todo cuando entran en la composición caballos, cuya naturaleza conoce perfectamente; lo cual no quiere decir que dé á éstos más importancia que al elemento humano, al cual atiende con marcada preferencia.



Caballos marinos, relieve de Gilberto Bayes

Examínense las esculturas que en estas páginas reproducimos; analícense con detención, así en su conjunto como en sus detalles, y se verá la exactitud de tales afirmaciones: en ellas se destaca en primer



EN LA CUMBRE DEL MONTE, escultura de Gilberto Bayes



LA REINA ERRANTE, escultura de Gilberto Bayes

término la nota elegante, que, sin embargo, no excluye un gran vigor en el modelado.

Gilberto Bayes ha comenzado con buen pie su carrera; de esperar es que seguirá cultivando la verdadera dirección de sus talentos, sin incurrir en la preocupación, por desgracia muy generalizada, de que un trabajo para cuya realización han de vencerse dificultades tiene más valor que el que se ejecuta con facilidad. — S.



Dulce coloquio, cuadro de J. Young Hunter

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 17 de noviembre de 1902 — Núm. 1.090

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



RETRATO PINTADO POR F. A. DE KAULBACH

ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo cuarto de la presente serie, que será la novela del notable escritor argentino D. Carlos María Ocantos titulada

DON PERFECTO

El Sr. Ocantos es el verdadero creador de la novela realista americana, y sus obras se distinguen por el espíritu de observación que revelan, por el profundo estudio psicológico que el autor ha hecho de los personajes que en ellas intervienen, por el interés de la acción, por la lógica y la naturalidad con que ésta se desarrolla, por la verdad con que están pintadas las costumbres de la sociedad argentina y sobre todo por su estilo castizo y elegante, que ha conquistado á su autor uno de los primeros puestos entre los mejores hablistas castellanos.

Todas estas cualidades se admiran en Don Perfecto, por lo que no dudamos de que el libro será acogido con verdadera satisfacción por nuestros suscriptores.

Don Perfecto lleva numerosas ilustraciones del celebrado dibujante Sr. Cabrinety.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

LLEGADA

A pesar de la tentativa de escarmiento recientemente hecha con los ladrones de las joyas de la condesa del Campo de Orellana, continúan en todo su esplendor las sustracciones en los ferrocarriles. Quien expide un baúl ó un bulto cualquiera, sea de ropa, sea de provisiones, por el tren, lleva un cincuenta por ciento de probabilidades de que le desbalijen. No se lo quitarán todo; que si se lo quitasen todo, sería lo menos malo que le pudiese acaecer al pobre público: entonces, al menos, se echa de ver la diablura, y procede la indemnización. Pero cuando afanan sutilmente algo de lo que el bulto contiene, por lo general al viajero no le queda otro recurso sino exhalar un suspiro y exclamar: «¡Paciencia!»

* * *

Esto hemos hecho nosotros al regresar de Galicia y notar que en uno de nuestros baúles faltaban varias cosas, de esas que tienen muy buen empeño. Y en vez de ir á contárselo á Pilatos ó al Nuncio, yo decido contárselo á los lectores, para uso de los cuales voy á emborronar algunas noticias útiles, recomendando á los que las leyeren que las pongan en conocimiento de sus amigos, por si éstos perteneciesen á la clase de viajeros incautos.

Instrucciones á los que viajan en ferrocarriles españoles (1).

I.—Al guardar el equipaje en baúles, cajas ó sacos, conviene que los criados que desempeñan esta faena hagan una lista completa de lo que guardan, porque, en caso de falta y reclamación, lo primero que exige la Compañía es dicha lista, y con arreglo á ella se visita el baúl en la estación á presencia de quien corresponde.

II.—Las llaves, cerraduras y candados son tan inútiles contra esta clase de sustractores como contra el ladrón de casa. Antes de que el robo á la condesa de Campos de Orellana viniese á probarlo, sabía yo que poseen llaveros con variadísimas clases de llaves y ganzúas, y que en último caso abren un baúl por detrás, destornillándole los goznes. Los únicos procedimientos que conozco para asegurarse algo son los siguientes:

A.—Colocar en el fondo del baúl una envoltura de lienzo de iguales dimensiones que el baúl, y que abrace y cubra perfectamente el contenido. Esta cubierta se cose menudo, una vez lleno el baúl, y por debajo de ella se cruzan dos bramantes que se reunen encima, sellando el nudo con un sello de lacre que sea nuestro y que los señores sustractores no puedan imitar. Ni la cubierta ni el cordón ni el sello les impedirán tomar lo que les plazca, pero cuando reclamemos y se abra el baúl á presencia de quien compete, en el mismo punto de alzar la tapa se verá que ha habido gatuperio, porque, naturalmente, estará el sello roto.

B.—Ceñir el baúl por fuera con una cruz de tiras de lienzo fuerte pegadas con engrudo (el papel no sirve), y donde se juntan, sellar con un sello de tinta nuestro, que coja los dos cabos, procurando que no se junten ni cerca de la cerradura ni cerca de los goznes. Este sistema, como el anterior, permite apreciar de una ojeada si han andado arañando gatos de dos pies en el baúl (ó saco, ó cajón). Ambos sistemas son compatibles, y por si no llega el primer cañonazo, puede dispararse el segundo.

C.—(Este método es invención del conde de San Román: *suum cuique.)* Se hace un cajón de madera ligera, *ensamblado*, no clavado, y se le sujeta la tapa con tornillos, echando sobre la cabeza de cada tornillo una gota de lacre de un color desusado (azul, verbigracia) y sellando allí lo que se quiera. Al recibir el cajón tiene que percibirse instantáneamente si lo han destornillado en el camino.

III.—El precinto de la Compañía no garantiza lo bastante la seguridad de los baúles. Según me consta por experiencia y me demostró perfectamente el ingeniero D. Eduardo Echegaray, hermano del ilustre dramaturgo, y representante entonces del Gobierno en la estación de Madrid, estirando el precinto y metiendo la mano por el hueco de la tapa entreabierta del baúl se puede sustraer buena parte de su contenido. Es el precinto además un inconveniente para los casos de sustracción y reclamación, pues con él se escuda la Compañía, y al presentarlo sin romper tiene una base en que fundar la negativa de que se haya podido cometer alguna sustracción dentro del bulto precintado.

IV.—A no tener, por los sistemas antes indicados, la certidumbre de que un bulto está intacto, jamás debe recogerse de la estación sin hacer previamente que sea comprobado su peso. Si el peso es menor ó mayor que era al facturar en la estación de origen, hay derecho á exigir y debe exigirse que el bulto sea abierto en presencia de quien corresponda, para cerciorarse de lo que puede faltar en él. Si algo falta, inmediatamente se debe formular la oportuna reclamación.

V.—En toda estación importante existe un representante del Gobierno. Este funcionario tiene el deber de mirar por los intereses del público y de facilitar sus gestiones. Es conveniente empezar por dirigirse á él, sobre todo si se advierte cierta morosidad en los empleados de la Compañía con quienes nos toque entendernos, al presentarles nuestras quejas y reclamar sus auxilios y explicaciones para hacer valer nuestros derechos. Y en todos estos trámites te recomiendo, ¡oh asendereado viajero!, la mayor calma y firmeza; porque has de tropezar con mil dificultades y repulsas, de las cuales debes hacer el mismo caso que si oyeses llover.

VI.—A pesar de cuantas precauciones adoptes, quizás sean los cacos más sutiles y mañosos que tú, y te burlarán impunemente; de modo que si te interesa conservar algún objeto, llévatelo contigo á la mano, á tu lado, dentro del departamento, y no lo pierdas ni un segundo de vista...

* * *

Pero no por eso te desalientes, ni desmayes en apelar á ti mismo, ó sea al público, soberano señor cuando á serlo se determina sin vacilaciones. Yo creo que, en la mala, malísima organización de los servicios, tienen gran culpa sus organizadores...; mas también la tenemos tú y yo, que nos dormimos, que nos dejamos invadir por el *qué se me da á mí*, y cooperamos con nuestro asentimiento á que el daño se eternice.

Decíame un pedagogo ilustre que es más difícil lograr que un niño español juegue, que que estudie la lección. Y es que estudiarla, quietecito, pide menos actividad que jugar á un juego físico, á saltos, carreras y trompicones.—Yo, parodiando la afirmación del pedagogo, sostengo que estamos siempre más dispuestos á dejar que nos despojen de nuestra propiedad, que á defenderla por los medios que la ley pone á nuestro alcance. Aceptamos como una fatalidad el despojo; sabemos ya que al montar en el tren nos jugamos la cuarta parte del equipaje, que el billete lo mismo puede costarnos cien que mil pesetas..., y resignados como faquires, allá nos metemos en un departamento sucio, anticuado, cuyas ventanas no abren ni cierran, y al recoger nuestros bultos, cuando la odisea termina, damos gracias á Dios como si de alguna atrevida exploración regresásemos con la piel.

No lo dudes, viajero: el remedio de lo que deploramos está en nosotros, en nuestra voluntad, en nuestra tenacidad, en nuestra resolución de no permitir que con tal frecuencia sucedan estas cosas que no debieran suceder nunca.—Cada país tiene el gobierno que merece..., y los ferrocarriles hacien do juego con el gobierno.

* * *

Cubiertas de nieve quedan ya las pocas montañas que al paso del tren se ven en Castilla; muda con la mudez solemne del invierno la naturaleza, y casi sin hoja alguna los esbeltos alisos y chopos que adornan el cauce de los ríos y que cortan, único toque de verdura, la monotonía de la infinita llanada. Muchos todavía lucen las tintas rojizas y cálidas del otoño; otros ya no son más que esqueletos que alargan miles de brazos finos como encaje, sobre un cielo de un gris glacial.

En ninguna época del año deja de ser hermoso el paisaje; en ninguna comarca le falta su peculiar atractivo. Diréis que Castilla es parda y escueta, diréis que sus perspectivas adolecen de uniformidad y que está calvo su territorio, y despoblado, que es lo peor, lo más triste.—Verdad es, y no obstante, en esa lisura y esa igualdad hay belleza propia.—Su línea majestuosa recuerda la de la campiña romana, sólo que en Roma la tierra es más obscura, tiene ese matiz ardiente conocido por *ocre rojo ó siena*. Castilla es de ocre amarillo. Allá á lo lejos, sus montañas son de un violeta vaporoso. Cuando hace sol, el suelo se anima, el perfil de la yunta de mulas se recorta de un modo pintoresco sobre el azul del horizonte límpido. El pozo y la noria; el rebaño de negras y blancas ovejuelas; la vacada; el carro cargado; la lenta galera; el arcaico birlocho que conduce á su casa á algún señor campesino..., son notas de gracia en medio de la severidad melancólica de ese paisaje de Castilla, por pocos elogiado, y que á mí me agradaría si no viese en sus estepas la escasez de nuestra población y la huella de tantas vicisitudes como nos han arrinconado.

Y á veces—al lado del torreón feudal y del campanario elegantemente erguido sobre el grupo del caserío de adobes—asoma, ¡oh extraña vista!, la chimenea de una fábrica... Parece allí, en las llanuras donde aún creemos que van á cruzar los blancos alquiceles de los moros, un extraño anacronismo.

* * *

¿Y de qué se habla á mi llegada á Madrid? Como siempre, de nada y de todo. La política está algo menos cuajada que en verano; la crisis amaga; los teatros empiezan á animarse y á sacar novedades de los años 45 y 50, como sacan las señoras del armario un traje antiguo, y se asombran de que vuelvan á *llevarse* tales mangas y tales hechuras; los paseos se llenan de gente; las tiendas presentan terciopelos y paños en el escaparate, mezclados con pieles y pesados abrigos; las «personas conocidas» vuelven del extranjero contando primores; Madrid es el Madrid habitual, con sus males y sus bienes, con su intensa vida de relación en un reducido círculo social... Dentro de una quincena empezará la racha de pulmonías, y caerán, como fruta sobrado madura, no pocos de los que ahora concurren á Apolo, ó de los que, más apocados, no se atreven á asomar la nariz fuera de casa así que obscurece... Vendrá diciembre guadañador, y leeremos necrologías sentidas y soporíferas en los diarios...

Mucho cuidado, muchas pastillas pectorales, mucho cuello subido, y Dios sobre todo.—Los muertos van aprisa, dice la balada alemana, y dice la diaria observación, de puro exacta, inútil.

Emilia Pardo Bazán.

(1) En el extranjero no he oído á nadie quejarse de este mal; por eso me limito á decir «españoles.»



El mercado del pimentón en Murcia

LA MEZCLA DEL PIMENTÓN EN MURCIA

La actualidad ha puesto sobre el tapete una cuestión al parecer insignificante, pero que entraña, sin embargo, gran trascendencia para la región levantina que ocupa la provincia de Murcia.



A la puerta del molino

No es de la incumbencia de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA mostrarse parte en el pleito empeñado que de un lado sostienen los industriales partidarios de la mezcla del aceite con el pimentón, y de otro los labradores de la huerta, que defienden en toda su integridad el producto del pimiento tal como éste queda después de sufrir las manipulaciones necesarias para llegar á constituir un artículo que puede llamarse de primera necesidad, puesto que los más elementales preceptos de la culinaria exigen esa especia para el condimento de casi todos los guisos usuales de la clase media.

Murcia se distingue por ser la que abastece á España entera de este producto.

Son miles de personas las que viven exclusivamente del pimentón, cuya cosecha es abundantísima y cuya preparación ocupa á numerosas familias, puesto que en ella intervienen de igual modo hombres, mujeres y niños.

La cosecha tiene tres cogidas y cada una de ellas la determina el color: cuando las matas aparecen extendidas en largas hileras y por entre sus hojas verdes aparece salpicada la nota roja de la madurez del fruto, apresúranse los huertanos á hacer la primera recolección, y así sucesivamente á medida que los más tardíos van coloreando.

En esta operación no toman parte las mujeres: el huertano no permite que intervenga en ella el sexo débil por la sencilla razón de que las faldas y las sayas estropean la mata del pimiento: es él quien, con el cuerpo encorvado, va escudriñando entre las matas y llenando de pimientos el capazo que le acompaña.

Después, la familia interviene en la inmediata operación, la cual consiste en extenderlos sobre la tierra poniéndolos á secar y formando grandes sábanas rojas que manchan en una gran extensión todo el terreno destinado á ello.

Una vez realizada esta operación, las mujeres y los chicos vuelven entonces á incautarse del pimiento, y sentados á la intemperie van abriéndolos uno á uno, extrayéndoles con gran paciencia la simiente que guardan en el interior, despojándolos del tallo que les unía á la mata y volviéndolos á colocar de igual manera á fin de que la acción del sol complete la obra de secarlos.

De las eras pasa el pimiento al molino; y aquella piedra misma que antes sirvió para triturar el trigo y que dió un tono blanco á la máquina, al molinero, al ambiente mismo, aparece ahora de un carmín vivísimo y todo es rojo: la casa, los hombres, los utensilios, hasta las caballerías que lo transportan: el pimiento se apodera de cuanto con él tiene contacto y va invadiendo su polvillo rojo todo lo que á su alcance está; la brisa más sutil se encarga de transportar aquellos átomos de color brillante que palpitan en un rayo de sol como los bordes de una herida abierta...

Y del molino van saliendo los sacos repletos de aquel polvillo sutil y apretado que luego ha de cotizarse á gran precio en el mercado de Murcia.

Allí es donde los huertanos bajan á realizar sus operaciones de compra y venta por ese medio tan primitivo del comercio en todos los países.

Dejan la mercancía en muelles y almacenes, y para sus transacciones bástales llevar unas muestras del *género* envueltas en papelitos de estraza, las cuales sirven para tantear la calidad, examinar el color y determinar el precio á que ha de venderse.

Es un cuadro pintoresco el que presenta la plaza de Murcia al llegar la época en que tiene lugar este mercado.

Mézclanse en abigarrado conjunto huertanos y corredores; van formando grupos, y cada uno de ellos es un comercio al aire libre, donde se discute, se regatea y se rematan los tratos.

El lápiz de Medina Vera ha traducido fielmente los momentos más culminantes que describimos en este artículo hecho al correr de la pluma.

Como el asunto en sí tenía una nota artística que ofrecer á nuestros lectores, LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA no ha vacilado en darla, aprovechando la feliz coincidencia de la estancia de nuestro dibujante en Murcia.



Abriendo el pimiento

De este modo servimos la información y la actualidad á un mismo tiempo y en la medida que á nosotros nos es dado. – L.

(Dibujos de Medina Vera.)

LOS DOS CAMPOS

Juan Pedro llegó á España raquítico, enclenque, enfermizo, tanto que lastimaba verle, y costaba gran trabajo reconocer, en aquella ruina humana, al muchachote fornido y gallardo que cinco años atrás cayera soldado.

Estaba, no obstante lo ruinoso de su salud, contento de sí mismo, porque era patriota ferviente, á su manera, y había cumplido con el sagrado deber que le impuso su nacimiento en España.

La guerra, esa fiera terrible que sólo se alimenta de carne joven horriblemente magullada, le había proporcionado ratos malos, muy malos: el cansancio de las marchas forzadas; las noches pasadas en vela avizorando los puntos por donde podía llegar el enemigo; los días de hambre, días largos, como la misericordia de Dios, que amenazaban no acabarse sino con la muerte..., nada hizo mella en el bien templado pecho del mozo; Juan Pedro tenía el convencimiento de que la patria ganaba por algún lado lo que él perdía por todos, y soportaba las fatigas con alientos de gigante, deseoso siempre de luchar con la bravura de que era capaz hombre de tan soberbio corazón como el suyo.

Este modo de sentir valióle infinidad de satisfacciones, de esas que quedan grabadas en el alma por una eternidad: el coronel le había abrazado en presencia de todo el regimiento, después de una acción, por el valor que había desplegado (Juan Pedro lloró de júbilo); el general mandó en otra ocasión que le hiciesen sargento, y un mes más tarde, en acto solemnísimo y conmovedor, que no olvidaría nunca, colgaron de su pecho la cruz laureada de San Fernando.

Tal vez porque ignoraba lo que iba á suceder, Juan Pedro llegó contentísimo de la guerra, y al desembarcar en la Península envió con un suspiro el saludo más afectuoso á los compañeros que por allá quedaban.

Las fuerzas, de que tan escaso andaba, ya volverían á reanimar su cansado cuerpo; y si no, las daba por bien perdidas, puesto que á cambio de ellas tenía la cruz de los héroes y una pensión módica.

En su casa le recibieron con transportes de alegría, pues la pobre madre había soñado mil y mil veces en su hijo, muerto en el fragor de la lucha homicida, ensangrentado, lívido, mandando los últimos suspiros á aquel rinconcito de España, donde ella lloraba sin descanso.

El padre, después de abrazarle y de gimotear no poco, decía con voz ahogada:

– ¿Lo ves, mujer? Ya le tenemos aquí.

– ¿Ya no te irás más? ¿No te moverás de nuestro lado?, preguntaba la madre casi afirmando.

– No, no, descuide usted; vengo con licencia absoluta.

Grande pena causaba verle así, sin alientos para moverse, achacoso y raquítico, pero ya se pondría bueno. ¡Y poco cuidado que iban á tener con él! Como si hubiera nacido aquel día.

Algunas veces le daba coraje á la madre oír hablar á Juan Pedro del honor militar, de la bizarría, de la patria y de no sé qué jeringonzas más. ¿Valía acaso todo aquello junto lo que una gota de sangre de su hijo. ¿Por qué se entusiasmaba él con aquello?

¿Qué había sacado? Una cruz pendiente de un cintajo, galones de oro..., todo muy bonito, pero á cambio de la salud suya y de la de todos.



El que no llora..., dibujo de Eduardo Ertz

– Porque tú no sabes lo que ha sufrido tu probe padre leyendo lo que decían aquellos papeles de Madrid. ¡Si yo creo que la tierra daba más, por lo bien que la regó el probecillo con sus lágrimas toos los días!

Juan Pedro bajaba la cabeza sin querer contradecir á la madre, porque él, en cinco años, había llegado á cobrarle cariño á la agitada vida del soldado.

Los mimos del hogar fueron haciéndole volver á la vida, que parecía algunos meses antes escaparse de su cuerpo á paso de carga.

Una tarde templada, deliciosa, tarde de primavera en aquel suelo asturiano, donde la naturaleza espléndida y exuberante hace soñar en el paraíso que perdieron nuestros pecadores padres, donde el suelo cubierto de verde y salpicado de flores causa la desesperación del artista, impotente para reproducirle, Juan Pedro sintió que la sangre corría más caliente y con más fuerza por sus venas, que el cuerpo recobraba el perdido vigor, y tuvo deseos de pasear por el campo y respirar á todo pulmón el aire puro que fortalece. Paso á paso se dirigió al sitio donde estaba su padre, logrando su objeto sin grandes fatigas.

El anciano le recibió con cara de pascuas, dichoso al ver cómo el hijo volvía paulatinamente á la salud perdida.

– Vamos, hombre, ¿te has atrevío á venir solo?

¿Que si se había atrevido? Ya estaba él muy mejorado, y cuando descansase una miaja iba á probar si podía hundir la azada en la tierra después de tanto tiempo.

Mientras descansaba pensó Juan Pedro en muchas cosas: comparó aquel fértil campo con el que quedaba allá en el teatro de la guerra: donde su padre hundía la azada había vida, muerte y desolación allá; la tierra era fructífera como cuando él se fué, más á ser posible; en cambio, donde habían operado los batallones, donde se habían reunido miles y miles de hombres para matarse con saña, sin saber por qué, ¡cuánto tiempo tardaría el campo en lucir sus galas!

El sol seguía majestuosamente su marcha hacia el ocaso; las aves empezaban á refugiarse en los árboles en que habían de pasar la noche; una bandada de palomas blancas pasó por encima de la cabeza del soldado enfermo en el momento en que pidió á su padre la azada.

– ¿Pero tendrás fuerzas, muchacho?

– Sí, padre, las tengo. Los que trabajan en el campo están robustos; la pródiga naturaleza no permite que pasen hambre; cada día que trabaja un hombre vive alegre y tranquila una familia. ¡Ahora comprendo por qué mi madre tiene tanto horror á la guerra! Allí cada tiro lleva una agonía, y en veinticuatro horas se puede llenar de dolor el mundo entero.

Y luego, mientras hundía la azada, con tento de poderla manejar.

– No sé, dijo, cómo habiendo instrumentos que hacen fértil la tierra y cómo dando ésta para todos, se reunen los hombres y pasan hambre y sed mientras se despedazan.

Rafael Ruiz López.

LA MANUFACTURA DE LOS GOBELINOS

Con motivo de la exposición de tapices de los Gobelinos recientemente celebrada en el palacio de los Campos Elíseos de París y en la cual figuraban los dos hermosos ejemplares que en la siguiente página reproducimos, nos parece oportuno exponer algunos datos acerca de la famosa manufactura francesa.

Enrique IV llamó en 1601 á Francia á los famosos fabricantes de tapices Marco de Comans y Francisco de la Planche, los cuales establecieron la fábrica que ha dejado magníficas obras ejecutadas sobre los cartones de Simón Vouet, Toussaint Dubreuil y Pedro Pablo Rubens.

En 1627 se separaron los dos directores, quedándose Comans en la primera manufactura, que en 1662 fué completamente reorganizada por Colbert y puesta bajo la dirección de Le Brun. En aquella fecha se adquirieron importantes inmuebles que se agregaron al antiguo, y la manufactura recibió el

título de manufactura real de los muebles de la corona, teniendo en ella su representación todas las industrias artísticas que habían de contribuir al decorado del palacio de Versailles. Una legión de pintores y escultores, Van der Meulen, Yvart, Monnoyer, Anguier, Bonnemer Tuby, Coydevox, Cucci, Caffieri, Loir, de Villers, estaban encargados de ejecutar las invenciones de su lápiz.

Entonces (1662 1693) la fabricación de tapices alcanzó todo su desarrollo, datando de aquel período los tapices más célebres, como la historia de Alejandro en once composiciones, la de Luis XIV en catorce, los actos de los apóstoles en diez y los de los meses.

En el siglo XVIII fabricáronse una porción de tapices no menos famosos que los anteriores: Jouvenet y los Coypel dieron temas tomados del Antiguo Testamento y otros inspirados en escenas dramáticas; J. B. de Troy pintó las historias de Ester y de Jasón, Boucher los amores de los dioses, Oudry las cazas de Luis XV, Natoire la historia de Marco Antonio y Cleopatra, Restout, Lagrenée, Callet, de Vien, Taraval y otros trataron diversos asuntos.

En un principio, sólo se empleaba un corto número de matices, pero fué preciso multiplicarlos para satisfacer las exigencias de los pintores, autores de modelos, y entonces hubo de crearse una plaza de químico que tan brillantemente desempeñó por espacio de sesenta años M. Chevreul, quien, con sus sabios descubrimientos, enriqueció la gama de colores.

Pero estos descubrimientos han redundado, en definitiva, en perjuicio de la manufactura; en efecto, la fábrica en la época de su apogeo, produjo tapices de una factura soberbia, cuyo principal valor estaba en la sobriedad de los colores empleados; en cambio, ahora los artistas que utilizan los nuevos colores, obligan á los tejedores á variar sus hilos hasta lo infinito, con lo que se destruye la armonía de la pieza fabricada y además la decoloración produce efectos tan desastrosos como imprevistos. – M.



Episodio del «Quijote,» tapiz de la manufactura de los Gobelinos, fabricado sobre un original de Coypel



Entrada de Luis XIV en Dunkerque, tapiz de la manufactura de los Gobelinos, fabricado sobre un original de Le Brun



Mercado de cabellos en el Spreewald (alrededores de Berlín), dibujo de F. de Haenen

Todos los años, durante el otoño, visitan las aldeas del Spreewald multitud de corredores de cabelleras procedentes de Berlín. En aquella región, cuyos habitantes de origen eslavo conservan el idioma y el traje de los Vends, las mujeres y las muchachas usan grandes cofias que les cubren por completo la cabeza, razón por la cual no tienen inconveniente alguno en desprenderse de sus cabelleras ya que al fin y al cabo la costumbre les impide lucir este adorno natural. Las compras se verifican en las posadas y los tratos se cierran ofreciendo los compradores sendos vasos de schapps al padre y á la madre de las jóvenes cuyos cabellos adquieren. El precio de las cabelleras de niñas de 12 á 17 años varía entre 40 y 100 francos. Alemania exporta grandes cantidades de cabello rubio á toda Europa y su comercio hace gran competencia al de la Gran Bretaña.

MOSÉN BENITO

Silvano Artigas, uno de los jóvenes más elegantes de la alta sociedad barcelonesa, pasaba, entre los socios del Círculo, por un tenorio desenfrenado y temible, cuando, en realidad, el catálogo de sus conquistas se reducía á media docena de fáciles amoríos con señoras de diferentes cuerpos de baile.

Su amigo Soler de la Mata, cincuentón que, en materia de conquistas, las mató siempre callando y podía preciarse de conocer las flaquezas del sexo débil, se había casado, hacía poco tiempo, con una joven de veinte años.

Matilde Olaria, cuya inteligencia corría parejas con su simpática hermosura, tenía convertido á Soler en el más dichoso de los maridos, y el antiguo calavera hacía completamente feliz á su esposa.

Pero Silvano, para quien la facultad de hacer dichosa á una mujer como Matilde no podía menos de ser privilegio exclusivo de la juventud, no creía en aquella doble felicidad conyugal.

El guapo Artigas estaba convencido de que, bajo las apariencias de una dicha envidiable, la esposa del «vejancón» de Soler ocultaba crueles desengaños y profundas penas. Filántropo hasta la abnegación – cuando se trataba del bello sexo, – creyó emprender una obra de caridad acometiendo la de suplir á su amigo en la empresa de hacer feliz á Matilde.

Esta, que era franca y jovial y de una honradez á toda prueba, tomó á broma las insinuaciones de Silvano, que nunca llegaban, justo es decirlo, á la categoría de declaraciones abiertas, que hubieran obligado á Matilde á cambiar de actitud.

Soler de la Mata, puesto al corriente de todo por su esposa, lejos de dar el escándalo de una provocación ó de un rompimiento con su amigo, concibió el proyecto de operar una desviación de sus sentimientos casándolo con una muchacha adorable.

Soler tenía en Aragón una tía solterona que se había encargado de la tutela de una sobrinita, Juana Navascués, que iba á cumplir dieciocho años, y había contestado con una rotunda negativa á cuatro ó cinco pretendientes de lo más rico de la región. Bajo la educación de su devotísima tía, aprendió á contentarse con el amor místico, y no quería nada más. Pero la solterona murió de pronto y la huérfana volvió á quedarse sola en el mundo.

Soler heredó la mitad de la herencia de la tía y la tutela de Juana, á quien le tocó la otra mitad.

La joven lugareña no se encontraba á gusto en la sociedad barcelonesa, donde echaba de menos la iglesia del pueblo con sus hiedras trepando por los agrietados muros y el perfume de las flores silvestres que cogía corriendo por las praderas. Juana hubiera deseado pasar en el campo todo el tiempo de su luto.

Una noche, en el Círculo, Soler sorprendió una conversación entre varios jóvenes que aludían con maliciosas reticencias á su *complaciente* amistad con Artigas. Aquella noche misma, convino con su mujer que ésta iría á pasar una larga temporada en el campo, con el pretexto de dar gusto á Juana.

***

El *mas* de la Mata, plantado allá, en la costa ampurdanesa, en la vertiente de una montaña que domina el mar, alza su silueta almenada con pretensiones de fortaleza, de estilo caprichoso.

A un lado el inmenso horizonte del mar Latino; al lado opuesto el campanario del pueblo, de donde el viento esparce, tres veces al día, las vibraciones de la campana tocando la Salutación del Angel con un sonido de caldero roto. Al anochecer, el canto monótono del pastor que conduce el ganado al aprisco, y noche y día, la voz retumbante de las olas del mar rompiéndose en los arrecifes de la costa.

A Juana le gustaba aquella vida campestre, que muy pronto aburrió á Matilde.

Afortunadamente para ésta, no tardó en recibir la visita del cura del pueblo, que le habló de sus numerosos pobres. La caridad se le presentó como una distracción, y empezó á ocuparse con Juana y el cura en obras caritativas; y como estas obras distaban mucho de absorber todas las horas del día, las dos señoras dedicaban algunas á bordar ornamentos de iglesia.

***

Una tarde, el cura les anunció, lleno de júbilo, la próxima llegada de un joven sacerdote, protegido del obispo, y cuya salud quebrantada, que le alejaba momentáneamente del sacerdocio, con dispensa absoluta de todo ejercicio, exigía los aires puros del campo, y principalmente las brisas del mar.

A renglón seguido, el bueno del cura expresó que, en medio de la satisfacción que le causaba el tener ocasión de servir al prelado, se veía en un grave apuro, porque en la rectoría, que se caía de vieja y se hallaba entonces en manos de los albañiles que le echaban algunos remiendos, no podía dar alojamiento decoroso al recomendado de Su Ilustrísima.

La señora de la Mata puso á disposición del señor cura una habitación de la quinta para el protegido del obispo.

Juana, que era muy devota del clero, batió palmas á la idea de Matilde, y el rector aceptó el ofrecimiento.

– No me atrevía á solicitar este favor; pero me saca usted de un grave apuro.

– Y nosotras nos alegramos infinito de que ese sacerdote venga á romper la monotonía de nuestra soledad, ¿no es cierto, Juana?

– ¡Ay, sí!

– De modo que somos nosotras las que debemos estarle agradecidas.

***

Al día siguiente llegó *mosén* Benito al *mas,* acompañado del cura párroco.

Era un buen mozo, y su cara rolliza y sus ojos animados respiraban la salud más perfecta.

La señora de la Mata pudo apenas reprimir una exclamación de sorpresa al ver al forastero.

– Su Ilustrísima se ha alarmado sin motivo respecto á la salud del señor, dijo el cura, que atribuyó al aspecto del «enfermo» la sorpresa de doña Matilde.

Esta fué del mismo parecer.

Mosén Benito explicó que su apariencia de salud era una broma pesada de la naturaleza, pues realmente estaba muy anémico.

El rector se fué á los quehaceres de su ministerio, dejando «en poder» de las dos señoras al afortunado sacerdote.

***

Mosén Benito se captó desde el primer momento las simpatías de Juana, tanto que la hermosa beata resolvió incontinenti tomarlo por director espiritual.

El cuarto dado al huésped abría sus ventanas al mar; era grande, arreglado con cierta coquetería, y sumamente alegre. Al entrar en él, tiró el sombrero por un lado y el breviario por otro, y se dibujó en sus labios una maliciosa sonrisa.

Diez minutos después, llamaron á su puerta. Abrió con precipitación y se encontró en presencia de Matilde.

Pero la acogida que ésta le hizo á solas fué, sin duda, muy distinta de la que el joven *clérigo* esperaba.

–¡Señor de Artigas!, le gritó la señora, lo que usted ha hecho es una insensatez. Mucho me ha costado reprimirme... Si no le arrojé de esta casa en el momento de poner los pies en ella, fué por evitar un escándalo que hubiera podido tener consecuencias muy graves... Le doy hospitalidad por breves días... Cuando á mí me parezca bien, inventará usted un pretexto para abandonar la casa y el país, procurando que nadie descubra su loca supercheria, que podría perjudicar á mi reputación.

Silvano trató de defender su causa, pero ante la actitud digna y resuelta de Matilde, no tuvo más remedio que someterse.

Pero la desazón causada por la señora de la Mata al padre Benito halló grata compensación en la manera afable y dulce con que le trató Juana.

***

Y sucedió lo que era natural que sucediese.

El libertino se enamoró apasionadamente de la beata, y la beata se enamoró – místicamente – del clérigo.

Pero el amor de Juana empezó á cambiar de naturaleza desde una tarde en que sorprendió á Matilde dando á mosén Benito el nombre de Silvano.

La muchacha adivinó que los hábitos de su nuevo director espiritual no eran más que un disfraz, y desde aquel momento vislumbró una novelesca aventura en que Silvano y ella eran los protagonistas.

Una tarde en que se encontraban solos en un banco del jardín, Juana dijo de pronto al joven *clérigo:*

– Padre, quiero confesarme con usted... ¿Quiere usted oir mi confesión?

Silvano estaba tan lejos de esperar una proposición semejante, que de pronto no supo qué contestar.

Juana aparentó tomar aquel silencio por un consentimiento, y empezó:

– Padre, me acuso de...

Silvano no la dejó continuar. Tuvo miedo. ¿Qué confesión iba á salir de aquella boca adorable, que él hubiera querido sellar con la suya?

Cogiendo ambas manos de la penitente, le dijo:

– Juana, soy un gran culpable...

– Trueca usted los papeles, interrumpió la muchacha.

Y añadió, bajando la voz y los ojos:

– Me acuso... de que le amo á usted, padre...

– Y yo confieso que la adoro á usted, Juana.

– Ya lo sé, contestó tranquilamente ella. Mi tío Soler le habrá dicho á usted lo que decía siempre á mi tía Matilde: «A esa niña no le gustan más que los curas,» y sin duda por eso se puso usted la sotana.

Silvano estaba lleno de confusión.

– Sí, sí, por esto, balbuceó el falso clérigo..., pero Soler no sabe nada...

– Lo sabrá esta tarde, porque le esperamos hoy.

– ¿Hoy? Entonces estoy perdido. ¿Cómo salir de esta situación?

– Todo lo he previsto.

En aquel momento Soler de la Mata y su esposa aparecieron por uno de los paseos del jardín.

Matilde, en sus cartas diarias á su marido, le había tenido al corriente de cuanto ocurría en la finca, y Soler le había aconsejado que difiriese el despido del falso clérigo, esperando que la aventura conduciría á la realización de su proyecto de casar á Silvano con su sobrina.

– ¡Tío!, exclamó Juana corriendo á abrazar á Soler. Me perdonará usted que haya sido la causa de esta comedia. El señor de Artigas me amaba y no sé qué malas lenguas le habían dicho que yo estaba enamorada de los curas.

En aquel momento llegó el cura párroco.

– Señor rector, le dijo Soler; mañana, en el primer tren, me llevo á mosén Benito, porque este clima no le prueba.

– La verdad es que cuando vino tenía mejor semblante...

– ¡Santo varón!, pensó Silvano.

***

Al día siguiente, al despedirse de Juana, le dijo Artigas:

– ¿Me perdona usted la estratagema?

– Queda usted perdonado, contestó la beata; pero con la condición de que no vuelva usted á pecar.

– ¡Adiós, *tía!*, dijo Silvano con retintín á Matilde.

Y ésta le despidió con un apretón de mano acompañado de estas palabras marcadísimas:

– ¡Hasta muy pronto, *sobrino!*

JUAN B. ENSEÑAT.



La Adoración de los Magos, pintura sobre tabla de Fausto Morell

LA ADORACIÓN

DE LOS MAGOS,

pintura de Fausto Morell

Un inteligente académico español, que en presencia de una reproducción fototípica de esta obra la calificó de «tabla gótica muy bien conservada,» al saber que se trataba de un cuadro de ejecución reciente, añadió que podría juzgarse como un Memling ó un Van Eyck auténticos.

Este juicio, que constituye el mayor elogio de la tabla y de su autor, explica también el carácter de una de las especialidades artísticas que con predilección cultiva el notable pintor mallorquín. En efecto, D. Fausto Morell, sin desairar la escuela moderna y realista, cuyos procedimientos suele aplicar á los retratos y á los asuntos de índole profana, se complace particularmente en perfilar é iluminar las imágenes destinadas al culto, sellándolas con el carácter hondamente místico que tanto resalta en las composiciones de los grandes maestros del siglo XV.

Avaloran el mérito de sus tablas, imitaciones perfectas del arte medieval, la pureza del diseño, el acertado agrupamiento de numerosos personajes sin confusiones, la placidez y suavísima expresión en las fisonomías, la riqueza y escrupulosidad en los detalles indumentarios, las prolijas y risueñas perspectivas de los fondos convencionales y, en general, lo típico de las figuras, cuya irreprochable ejecución, sin ser miniaturada, permite apreciar á corta y á larga distancia el simpático efecto de un colorido armoniosamente combinado con los nimbos y ornamentaciones de labor dorada y rehundida.





EN LA PLAYA, cuadro de Enrique Bartels

La mejor demostración de estas notables cualidades la tenemos en la bellísima tabla de la *Adoración de los Magos,* que reproducimos, y que es una imitación genial de los mejores ejemplares de la antigua escuela flamenca, que como joyas de inapreciable valor se conservan en templos y museos de Europa.

Entre las principales obras de este género pintadas por el Sr. Morell, citaremos cuatro escenas que forman el *pasio imaginis* de San Emigdio, dos tablas de San Bernardo y San Gregorio y un cuadro de Santo Tomás de Villanueva. – S.

NUESTROS GRABADOS

Retrato pintado por F. A. de Kaulbach. – El pintor que quiere trasladar al lienzo la efigie de una persona, no realiza su misión artística si se limita á reproducir con perfección técnica y aun pudiéramos decir con exactitud matemática las líneas, contornos y matices que constituyen el físico de la persona retratada; si esto solo fuese suficiente, el mejor retrato sería una fotografía, ya que nunca la mano del hombre podrá lograr la precisión que de una máquina se obtiene. No, el artista ha de hacer algo más que copiar la materia, ha de ahondar en el alma del sujeto, ha de investigar cuáles son las cualidades que le caracterizan, y una vez en posesión de estos datos de orden puramente ético, ha de escoger el momento, la actitud, la expresión del rostro que á aquellas cualidades corresponden y poner manos á la obra traduciendo y exteriorizando la impresión recibida á fin de que al par que la materia quede impresa en la tela la fisonomía moral, de tal manera que quien contemple el retrato terminado no sólo sepa quién es, sino además cómo es el retratado. El notable retratista alemán Kaulbach ajusta sus producciones á estos principios, y así brotan de su pincel retratos llenos de vida, admirables por su forma, pero más aún por el alma que en ellos alienta, como el que en el presente número reproducimos y que mereció de la crítica los mayores elogios cuando figuró en la exposición recientemente celebrada en Worms.

***

El que no llora.., dibujo de Eduardo Ertz. – El hombre, merced á su raciocinio, ha logrado hacerse perfectamente cargo de las ventajas que puede reportarle la aplicación oportuna del conocido refrán «El que no llora no mama,» que entraña una gran enseñanza y un valioso consejo; en cambio el niño no necesita hacer ningún esfuerzo de inteligencia para lograr el mismo resultado, y aun antes de que en él despierte la razón, el instinto le demuestra de qué medios ha de valerse para ver inmediatamente satisfecha su necesidad y hasta en algunos casos su simple capricho. El recurso es de efectos positivos é inmediatos, pues para evitar un contratiempo al llorón ó para ahorrarse las molestias de un berrinche, la madre ó la nodriza acude presurosa y acalla el llanto del chiquillo ofreciéndole el codiciado alimento. Porque ¿quién se niega á una petición tan ruidosamente formulada? ¿Qué método, qué régimen no ceden ante una explosión de gritos y lágrimas tan formidable? Toda resistencia es inútil cuando la cosa reviste ciertas proporciones, y por rigurosos que quieran mostrarse los padres, cuando su hijo llega al estado en que, por ejemplo, vemos al niño tan bien dibujado por Ertz, prescinden de todas sus severidades, dejan á un lado todas las consideraciones y apelan al único remedio infalible para tranquilizarle y para proporcionarse ellos mismos un rato de calma y de descanso, pues saben que si es verdad que «el que no llora no mama,» no lo es menos que «el que mama no llora.»



GENTE VIEJA, cuadro de Janos Vaszary.

Gente vieja, cuadro de Janos Vaszary. – Cuando un artista escoge para sus cuadros asuntos sencillos ó tipos vulgares, es menester que supla con bellezas de ejecución la falta de interés del tema; si éste ya por sí sólo atrae, la atención de los que contemplan el lienzo hállase solicitada principalmente por la significación de la idea que en él ha presidido, é involuntariamente se fija algo menos en la manera cómo el autor lo ha tratado técnicamente, al paso que si nada la distrae tiene por fuerza que concentrarse en la parte externa de la composición y se halla, por ende, en mejores condiciones para apreciar sus cualidades ó sus defectos de forma. Si en tales circunstancias una obra sale triunfante del examen crítico, bien puede afirmarse que el pintor no pertenece al número de los adocenados, sino que es digno de figurar entre los escogidos. Tal sucede con el adjunto cuadro del artista húngaro Janos Vaszary: ni por su composición ni por los personajes que en ella figuran tiene importancia suficiente para cautivar nuestro ánimo, y sin embargo, sus dos ancianos están pintados con tal maestría, hay tanta intensidad de sentimiento en sus rostros y en sus actitudes, que olvidándonos del escaso interés de la obra, hemos de reconocer en su autor á un artista de talento y de conocimientos no comunes.



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – EXPOSICIÓN PINELO. ARROYO DE LA CAVA (GUADALCANAL), cuadro de José Pinelo

***

Arroyo de la Cava (Guadalcanal), cuadro de José Pinelo. – Como este cuadro figuraba en la Exposición Pinelo organizada en el Salón Castillo de Buenos Aires, de la cual se ocupó extensamente el Sr. Solsona en el artículo publicado en el número 1.087 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, excusamos toda descripción del mismo, pues ya nuestro inteligente y querido corresponsal literario hizo notar en su interesante trabajo las excepcionales dotes del Sr. Pinelo para tratar temas inspirados en la hermosa región en que el pintor tiene todas sus afecciones y muchos recuerdos. Nos limitamos, por consiguiente, á felicitar una vez más al notable artista, cuyas obras han podido admirar en distintas ocasiones nuestros lectores.

***

En la playa, cuadro de Enrique Bartels. – Este notable pintor alemán ha estudiado como pocos de sus colegas compatriotas los mares del Norte de su patria y como pocos también ha logrado conocer fundamentalmente sus calmas y sus tempestades, la atmósfera que sobre ellos se cierne, las dunas que oponen un dique á sus olas, las aldeas que en sus playas se levantan y los hombres que en aquellas costas viven. Comenzó Bartels interesándose únicamente por el paisaje y recurriendo á la figura humana como simple accesorio; pero poco á poco fué dando mayor preponderancia á este elemento, hasta llegar á hacer de él el objeto principal de sus composiciones, y hoy los pescadores, las gallardas muchachas, los robustos chiquillos que en sus cuadros nos ofrece tienen no sólo un interés pictórico, por la maestría con que están ejecutados, sino además la vida que ha sabido darles no tanto el artista como el amigo que con ellos ha compartido la existencia. No se crea por esto que Bartels es un pintor exclusivamente sentimentalista; basta examinar su lienzo *En la playa* para comprender que su talento ha armonizado por modo admirable el sentimiento con la realidad, fundiendo en un conjunto bellísimo lo que sus ojos vieron y las sensaciones que aquellos espectáculos de la naturaleza despertaron en su alma. Aparte de esta armonía y de esta fusión, la obra que nos ocupa es digna de los mayores elogios, desde el punto de vista técnico, por su composición acertada, por la corrección de líneas, por la distribución hábil de las masas de luz y de sombra, y por el vigor con que las tres figuras se destacan sobre la superficie del mar y sobre el horizonte que forman el fondo del cuadro.

***

Examen de doctrina, cuadro de Domingo Fernández y González. – En el lienzo que reproducimos ha tratado el distinguido pintor sevillano Sr. Fernández y González de representar un cuadro de costumbres de la época de nuestros abuelos. Recientemente hemos dado á conocer á nuestros lectores otras composiciones del mismo artista, pertenecientes al mismo género, tan estimables como la á que hoy nos referimos. Todas ellas pertenecen á un ciclo característico de algunos pintores, especialmente españoles, y aunque hoy los nuevos conceptos imponen otros temas y hasta otros procedimientos, no por eso dejan las composiciones á que aludimos de merecer aplauso, cuando en ellas se descubre la habilidad y la inteligencia del artista.

MISCELÁNEA

Teatros. – *Barcelona.* – Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *Los sinvergüenzas*, comedia en cuatro actos de Augier, muy bien adaptada á la escena española por Pedro Gil, y *Las vecinas*, graciosa pieza en un acto del actor de la compañía Sr. Miralles; y en el Eldorado *Lola Montes*, zarzuela en un acto de Fiacro Irayzoz, música del maestro Vives. Las dos representaciones de Mlle. Bartet y M. Le Barzy en el teatro Principal han valido sendos y ruidosos triunfos á estos dos actores notabilísimos de la Comedia Francesa.

***

Necrología. – Han fallecido:

Alois Greil, notable pintor austriaco que se distinguió por sus cuadros de costumbres populares de los arrabales de Viena y rurales de la Alta y Baja Austria.

Francisco J. Krones, célebre historiador austriaco, profesor de Historia de la Universidad de Graz.

Mauricio Adler, pintor húngaro premiado con honrosas recompensas en varias importantes exposiciones.

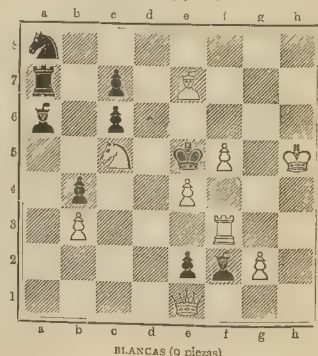
Guillermo Bockmann, notable arquitecto alemán, autor de los más importantes monumentos de Berlín.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 301, POR M. FEIGL.

Segundo premio del Concurso de «La Stratégie,» sección B.

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (9 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 300, POR B. PRIKRYL.

Blancas.	Negras.
1. D h 3 — f 1	1. Cualquiera.
2. P, D ó C mate.	

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.—ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

Entonces, el entusiasmo de las bravatas menguó de repente en aquellos hombres sencillos, tranquilos, extraviados sólo por perniciosas influencias extrañas; en vez de la soñada fácil victoria, se veían delante de una lucha larga, difícil, al término de la cual estaba la ruina de sus familias.

Celebróse una sesión en el despacho de Dernburg; á ella asistían el barón de Wildenrod, que no faltaba nunca en esa clase de reuniones, y tres altos empleados que habían ido allí con la esperanza de lograr que el jefe suavizara algo sus resoluciones; pero todo fué inútil.

—Conque ya lo saben—dijo Dernburg sintetizando lo discutido. Mañana por la mañana se ejecuta todo lo que he dispuesto: se apagan los fuegos y se cierran los talleres. Cuiden ustedes de que mis órdenes se cumplan y avísenme en cuanto ocurra la menor novedad. Señores, nos encontramos en momentos difíciles y espero que todos cumplirán con su deber.

—Por nuestra parte, esté usted tranquilo y aun podemos responder de nuestros subordinados inmediatos; pero abriguemos la esperanza de que no sucederá nada grave. Crea usted que todos están más calmados y que muchísimos se arrepienten ya de lo ocurrido; además, sabemos que no es toda la culpa de esos ignorantes, sino que han sido excitados, azuzados y exaltados de un modo indescriptible y hasta sabemos por quién.

—Ya lo sé; se han dejado azuzar por gente extraña, ¿contra quién? Contra mí. Perfectamente; pues ahora que sufran las consecuencias.

Ante este lenguaje frío y conciso, el director no supo qué contestar y dirigió una mirada á sus compañeros. Entonces el ingeniero tomó la palabra.

—También yo estoy convencido de que la mayoría empieza á reconocer su irreflexión, y ya verá usted como antes de poco retiran la proposición absurda de que se vuelva á tomar á Fallner, como la mayoría reanuda tranquilamente los trabajos, como los demás seguirán su ejemplo y como todo terminará por falta de calor, sólo con que usted, señor Dernburg, quiera mostrarse un poco benigno...

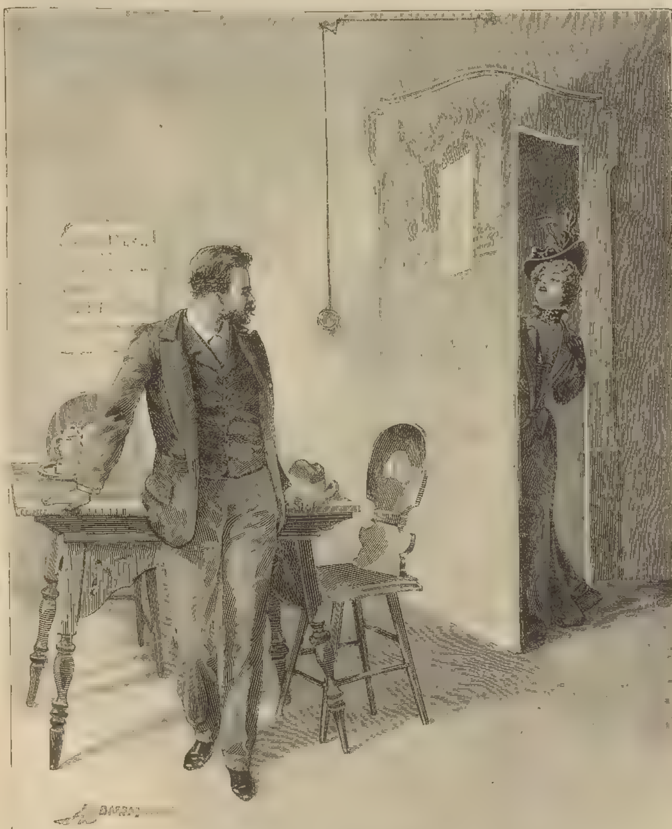
—¡Eso nunca!, exclamó Dernburg resueltamente.

—Pero ¿qué haremos con la gente que mañana se presente á trabajar?

—Unicamente se les admitirá si firman una declaración en que se manifiesten independientes de los compañeros y dispuestos á someterse á mí en absoluto. Sólo con esta condición volverán á ser admitidos.

—Eso no lo conseguiremos.

—Pues entonces que permanezcan cerrados los talleres. Veremos quién resiste más tiempo, ellos ó yo.



... y al ver á Runeck lanzó un grito de alegría (pág. 740)

—Esta es también mi opinión, dijo Wildenrod. Encuentro que esta manera de obrar es un deber que tiene usted para consigo mismo, que su posición le impone. Parece que esos señores opinan de distinto modo, pero pronto se persuadirán de que este es el único camino para que los obreros se sometan en el menos tiempo posible.

Los empleados guardaron silencio: estaban acostumbrados á ver al barón al lado de Dernburg y á hacer plenamente uso del derecho que le había sido otorgado de hablar como amo. Al principio, esta autoridad había disgustado á todos; pero desde que veían en el barón al futuro yerno del Sr. Dernburg y al dueño futuro de Odensberg, todos se habían conformado más fácilmente y no pensaban en hacer una oposición que había de resultar inútil.

Cuando el Sr. Dernburg se levantó para despedirles, aquellos señores saludaron y salieron.

—Paréceme que tienen miedo de que estalle una sedición, dijo Oscar cuando se hubo cerrado la puerta. Por amor á la paz harían quién sabe cuántas concesiones; yo, en cambio, estoy muy contento de que se haya usted mantenido firme; cualquier concesión sería una debilidad imperdonable.

Dernburg habíase asomado á la ventana: iluminado por aquella luz más clara, podía observarse el cambio que en aquel hombre habían producido los últimos acontecimientos. Parecía envejecido diez años más, y su rostro, aunque conservaba toda su expresión de energía, había perdido su aire de dulzura y de bondad. Miraba en silencio hacia los talleres; las chimeneas todavía humeaban; los hornos aún despedían llamas, y se oía el rumor incesante, colosal, del trabajo de millares de obreros. Y mañana... todo permanecería silencioso, muerto..., ¿hasta cuándo?

Involuntariamente acudió este pensamiento á sus labios y lo pronunció en alta voz. Wildenrod, que se le había aproximado, lo oyó.

—Ya verá usted, dijo, como no dura mucho. El poder está en sus manos y Odensberg ahora lo comprenderá. Esa canalla que le ha abandonado para correr detrás del primer bribón...

—¡Oscar, está usted hablando de mis obreros!, exclamó Dernburg interrumpiéndole.

—Sí, de sus obreros, que el día de las elecciones le demostraron su gratitud de una manera tan conmovedora. ¡Ah, comprendo lo que debió usted sentir aquel día!

—No, Oscar, no es posible que usted lo comprenda. Usted ha venido á Odensberg como forastero y su posición en estos lugares es distinta de la mía, de lo que era la mía. Yo estaba al frente de mis obreros, trabajaba con ellos y... tenía el firme convencimiento de que también para ellos trabajaba, y así como mis trabajadores podían contar conmigo, creía á mi vez poder contar con su cariño y con su fidelidad. Pero ahora todo ha concluído. ¡Cuán loco fuí! ¡No quieren ya la paz, quieren la guerra!

—Sí, quieren la guerra, pero nos hallarán dispuestos. No dude usted de que venceremos á todos esos rebeldes.

—Sí, ciertamente les venceremos, dijo Dernburg con profunda amargura. Sí, obligaré á mi gente á que se someta y se someterán con el corazón rebosando hiel, lleno de odio contra mí... ¡Contra mí! Esa reconciliación aparente no será más que una tregua, durante la cual reunirán nuevas fuerzas para precipitarse de nuevo sobre mí, y entonces habré de volver á someterles, y así sucesivamente hasta que uno de los dos partidos destruya al otro. ¡Oh! ¡Una vida semejante se me hace insoportable! ¡No puedo más!

Y bruscamente volvió la espalda á la ventana, como si no quisiera ver más los talleres; luego añadió con voz cansada:

—Había siempre creído que lograría sostener las riendas de Odensberg hasta mi muerte; pero desde hace ocho días, ya no lo creo así. ¡Quién sabe, Os-

car, si acabaré por poner la dirección en sus manos! Usted es más á propósito que yo para afrontar los tiempos que se aproximan.

– ¡Dios mío! ¡Qué capricho!, exclamó Wildenrod sorprendido y á la vez deslumbrado ante el horizonte que á sus ojos se ofrecía. Supongo que no piensa usted seriamente en retirarse, Sr. Dernburg.

– Por ahora no, respondió éste irguiéndose. Hasta ahora he vencido en todas las luchas que durante mi vida he tenido que sostener. ¡También venceré en esta!

– Y cuente usted siempre conmigo, dijo Oscar tendiéndole la mano. Y ahora, óigame: el director, según parece, teme que hoy á la hora de pagar los jornales y despedir á los obreros se promuevan incidentes desagradables, y aunque se han adoptado todas las precauciones necesarias, estoy dispuesto á intervenir en cualquier caso en que no sea suficiente la autoridad de los empleados. Usted no debe dejarse ver, porque no puede exponerse á recibir una ofensa. Déjeme á mí que haga lo conveniente.

Dernburg se sonrió con sonrisa infinitamente amarga y dolorida, pero hizo un ademán de protesta.

– Gracias, Oscar; nunca he dudado de su valor, pero en esta ocasión no quiero que nadie me reemplace. Si he de ir allí, venga usted enhorabuena conmigo; que todos vean y sepan que le concedo los derechos de hijo, pues de ello no hago ya un misterio.

Aquellos dos hombres se estrecharon la mano y luego el barón salió. En la antesala acercósele un criado que le dijo:

– Sobre la mesa del señor barón hay una carta que han traído de Eckardstein hace media hora. No nos hemos atrevido á molestar al barón, tanto menos cuanto que el mensajero no esperaba respuesta.

– Está bien, repuso el barón distraído.

En aquel momento su mente estaba absorta en el pensamiento suscitado por las palabras de Dernburg, por aquella visión de un poder mágico próximo... ¿Había sido un simple acceso de desconfianza, un capricho pasajero, ó bien el hombre herido en lo más hondo de su alma, quebrantada su fe, no se sentía ya con fuerza para afrontar una lucha importante con sus trabajadores? En este último caso, Oscar de Wildenrod estaba seguro de ocupar su puesto... ¿Se hallaba, pues, tan cercana la anhelada meta? Los ojos de Oscar despedían fuego. ¡Ah! No, no habría él tenido las contemplaciones sentimentales del suegro... ¡Ya aprendería Odensberg á conocer á su nuevo amo!

Cuando entró en su cuarto, fijóse su mirada en la carta puesta encima de la mesa y recordó las palabras del criado. ¿Una carta del castillo de Eckardstein? ¿Qué podían comunicarle de aquella casa? El conde Víctor sabía ó por lo menos sospechaba quién era el que había puesto obstáculos á que hiciera la corte á Maya, por lo que no debía pensar ciertamente en reanudar sus relaciones de amistad ó de vecindad...

Entonces, ¿quién podía escribirle?

Oscar cogió la carta y la abrió; leyó las primeras líneas y estremecióse, y en seguida volvió la página y fijó sus ojos en la firma.

– ¡Federico de Stetten!, murmuró palideciendo. ¿Qué espíritu malvado le ha llevado á Eckardstein? ¿Qué quiere de mí?

Después leyó lo siguiente:

«He de tratar con usted de un asunto muy grave y penoso. He pensado detenidamente en el modo como debía hacerlo, y al fin he escogido el más suave, porque no puedo olvidar la amistad que á su padre me unía. Por esto me limitaré á decirle que conozco su pasado desde el día en que salió de Alemania hasta el último de su permanencia en Niza, importando poco el medio de que me he valido para adquirir estos informes. Dadas estas circunstancias, ya comprenderá usted por qué le pido que abandone la posición que ocupa usted actualmente en Odensberg. Dícenme que está usted prometido á la señorita Dernburg, y usted mejor que nadie sabe que ha perdido desde hace tiempo el derecho de emparentar con una familia respetable, de unir su vida á la de una joven pura é inocente. Sería yo un malvado para con el Sr. Dernburg y un culpable ante mi propia conciencia si permitiese que esto sucediera sin tratar de impedirlo, si no avisase al Sr. Dernburg. Evíteme, por consiguiente, la dura necesidad de presentarme como acusador de usted. Parta usted, abandone Odensberg; encuentre usted un pretexto para su marcha, y cuando esté lejos, de usted dependerá romper los lazos que actualmente le ligan á esa familia. Le concedo un plazo de ocho días, transcurridos los cuales, si todavía está usted en Odensberg, tendré que hablar y no vacilaré en decírselo todo á Dernburg. Le doy tiempo para retirarse como la única consideración que puedo todavía guardar al hijo de un antiguo amigo.

»FEDERICO DE STETTEN.»


Oscar cogió la carta y la abrió; leyó las primeras líneas y estremecióse

Oscar dejó caer la carta. Federico de Stetten no se chanceaba; Wildenrod le recordaba de casa de su padre y sabía que no prometía en vano. Si se negaba á retirarse, Stetten haría sin ninguna duda lo que entendía ser su deber, y entonces ¡todo estaba perdido!

Oscar recorría la habitación como un loco. ¡En el mismo instante en que iba á llegar al soñado término de sus ambiciones, llegaba el golpe aniquilador! Pero ¿y qué?.. Y al preguntarse esto, todo su valor, toda su temeridad se exaltaban ante el peligro mortal. ¿Cómo? ¿Ceder? ¿Abandonar Odensberg, de donde se creía ya amo indiscutido? ¿Huir ahora? ¡No, jamás! ¿No le concedían un plazo de ocho días? Pues bien: ¡podían en ocho días suceder tantas cosas! Se había encontrado muchas veces en el fondo del abismo considerándose perdido, y siempre una resolución audaz ó un golpe afortunado le habían proporcionado la salvación. Ahora se trataba de desafiar nuevamente á la fortuna, y todo estaba en escoger el medio más propicio... En el loco torbellino de ideas y proyectos que se agitaba en su mente, sólo uno se destacaba siempre claro, inmutable: debía asegurarse á toda costa de Maya, ligarla á él de manera que ninguna fuerza humana, ni siquiera la del padre, pudieran arrancársela. Maya había de ser su escudo defensor contra aquel ataque, Maya á quien había fascinado y sojuzgado por completo apoderándose de sus pensamientos, de sus sentimientos, de su alma toda. Aquel amor sería su salvación.

Oscar cogió la carta, volvió á leerla y luego la rompió en trozos menudos que arrojó á la chimenea y que fueron pronto devorados por las llamas, mientras el barón se echaba en la butaca delante del fuego. Y con los ojos fijos en las llamas vacilantes, volvió á sumergirse en sus pensamientos formando infinitos proyectos.

Habría pasado tal vez media hora, cuando se abrió la puerta y un criado anunció:

– El ingeniero señor Runeck.

– ¿Quién?, preguntó Wildenrod furioso.

– El Sr. Runeck desea hablar con el señor barón de un asunto urgente.

Egberto, que había seguido al criado y entraba sin esperar la respuesta, hizo un ligero saludo y dijo:

– Sr. Wildenrod, he venido para una cosa importante y de urgencia.

Oscar indicó al criado que saliera y se volvió fríamente hacia Runeck. No dudaba acerca de la significación de aquella visita; pero la carta de Stetten le había preparado y acorazado contra todo; un peligro más ó menos no influía en la lucha que había de entablar en aquella cuestión de vida ó muerte.

– ¿Qué desea usted de mí?, preguntó. Ya comprenderá usted, Sr. Runeck, que después de todo cuanto ha sucedido, su presencia aquí me asombra, porque nunca creí que pudiera usted volver á Odensberg.

– Mi visita es para usted y le ruego, en su propio interés, que me escuche, dijo Egberto con no menos frialdad.

– Escucho, respondió lacónicamente Oscar.

– Prescindo de preámbulos. Ya está usted enterado de la conversación que tuve en el Albenstein

con su hermana; entonces me convencí de que ésta había compartido, inconsciente é inocente, la vida de su hermano, y por consideración á ella me he callado hasta hoy.

—¿Por consideración á Cecilia?, exclamó Oscar con risa sarcástica. Lo comprendo. Cecilia tiene derecho absoluto á sus consideraciones.

Egberto retrocedió algunos pasos frunciendo la frente.

—¿Qué pretende decir con esto?

El barón soltó nuevamente una irónica carcajada y respondió:

—Conmigo son inútiles las comedias; sé de sobra á qué atenerme. ¡Pobre Enrique! ¡Si hubiese imaginado que su querido amigo de infancia compartía sus mismos sentimientos hacia su esposa! ¡Quién sabe cuántos dolores le evitó la muerte precoz!

—¡Qué horribles palabras!, gritó Egberto fuera de sí. Está usted ultrajando á su hermana y me está ultrajando á mí, hablando como si entre ella y yo hubiese alguna inteligencia, cuando siempre me he mantenido lejos de la novia de Enrique y de su viuda... No ofenda, pues, á su hermana, añadió esforzándose por aparecer tranquilo. De mis sentimientos no debo dar cuenta á nadie.

—¿Ni siquiera al hermano de Cecilia?

—A un hermano semejante, no.

—Sr. Runeck, está usted en mi cuarto, dijo Oscar con aspereza.

—Lo sé, pero no he venido para gastar cumplidos, sino para tener con usted una explicación que no puede retrasarse.

—¿Sobre qué?, preguntó Oscar, inmóvil y con los brazos cruzados.

—¿Es preciso que se lo diga?

—Sí, si quiere usted que lo sepa.

Runeck hizo un gesto de impaciencia, y luego con forzada calma añadió:

—Se trata de su género de vida; se trata de aquel acontecimiento ocurrido en casa de la señora de Szarewski, que tan claro fué para todos. Yo no frecuentaba aquella sociedad é ignoraba quién formaba parte de ella; por esto no hice allí ningún caso de ello; pero cuando vi á usted en Odensberg y comprendí el peligro tremendo que amenazaba á Enrique y á su padre, hice algunas indagaciones y supe que en aquella ocasión se había usted salvado, gracias á su imprevista marcha y al deseo de todos aquellos señores de que se echase tierra sobre el asunto... Tengo de ello pruebas, tengo testigos. ¿Quiere usted todavía hacerse el ignorante?

Oscar no intentó defenderse; permaneció inmóvil, mudo, con el rostro encendido por un odio intenso, violento, como si quisiera matar á su acusador. Y no era la acusación sin posible defensa lo que le exasperaba, sino el tono de supremo desprecio con que Runeck le había hablado.

—¿Por qué me dice todo esto?, exclamó con voz furibunda. Hace tiempo que sé lo que de usted puedo esperar. Hable usted, que yo sabré defenderme. ¿Por qué amenazas y no hechos? ¿Por qué no ha hablado antes?

—Porque creía que más ó menos pronto abandonaría usted Odensberg, pues ni el matrimonio de Enrique ni su muerte daban á usted derecho para permanecer mucho tiempo aquí; pero ayer supe por Maya que están ustedes prometidos, y ya comprenderá usted que este matrimonio no puede verificarse, yo se lo prohibo.

—¿De veras? ¿Y con qué derecho?

—Con el derecho de un hombre honrado que no puede consentir que la hija de Everardo Dernburg caiga en manos de un bribón.

Wildenrod vaciló y se puso extremadamente pálido.

—¡Cuidado!, exclamó amenazando con el puño. ¡Me dará usted razón de ese insulto!

—Sí, pero no del modo que usted cree, repuso Egberto mirándole fijamente. Estas cosas se tratan ante los tribunales, con pruebas y testigos... No mire tanto la pistola que tiene encima de la mesa; me figuro que estará cargada, pero estoy en guardia y si da usted un paso, me arrojo sobre usted.

Oscar efectivamente miraba la pistola; una idea loca había cruzado por su cerebro, pero la rechazó en seguida. ¿De qué le serviría matar á aquel enemigo? Federico Stetten vivía, Víctor de Eckardstein estaba seguramente en el secreto y quién sabe cuántos más... ¡Ah, la red se estrechaba por todos lados!



¡Cuidado!, exclamó amenazando con el puño

—Le dejo todavía un camino de salvación, el único, para evitar la vergüenza y el dolor á las dos infelices que tienen íntima relación con usted. Salga usted de Odensberg; márchese hoy mismo. Maya no puede ser su prometida, y por mal que piense de este rompimiento imprevisto, nunca será conocida toda la verdad, y su hermana y Maya se ahorrarán lo peor. Si parte usted, callo.

—¡No!, dijo Wildenrod con extraña calma.

—¡Sr. Wildenrod!..

—Digo que no.

—Entonces voy á hablar con el Sr. Dernburg y á revelárselo todo. Ha perdido usted la partida... ¡Váyase! Es mejor.

—No me voy, ya lo he dicho. ¿Que he perdido la partida? ¡Lo veremos!, gritó Oscar fuera de sí. Espere hasta el final antes de decir que he perdido. Y suceda lo que quiera, esté seguro de que no cederé á usted.

—De modo que su última palabra es...

—Que no.

—¿No parte usted?

—No, me quedo.

Egberto le volvió silenciosamente la espalda y salió cerrando la puerta.

Wildenrod, al verse solo, acercóse á la mesa, cogió la pistola y la contempló largo rato. Aquel era el recurso á que había apelado su padre para dejar la vida cuando no pudo soportar la adversa fortuna, la vergüenza. ¿Debía el hijo seguir su ejemplo? ¡No! La existencia le fascinaba todavía con sus bienes que él había siempre estimado en más que el honor. ¿Y había de renunciar á ella? No..., no... Oscar permaneció aún un momento pensativo; después dejó el arma, y erguido y con ademán resuelto murmuró sordamente:

—Vamos á ver á Maya. Veamos si su amor resiste á la prueba... Si Maya también me abandona, tiempo tendré de acudir á este amigo.

XXI

El doctor Hagenbach entró apresuradamente en el saloncito donde estaba la señorita Friedberg y preguntó con ansiedad:

—¿Dónde están la señora Dernburg y Maya? ¿No han salido del parque?

—Han ido á visitar la tumba de Enrique, respondió Leonia asustada. ¿Qué ha sucedido?

—Todavía nada, pero de un momento á otro puede ocurrir una novedad... ¡Ah! ¿Han ido á la tumba? Están, pues, en el fondo del parque, al lado opuesto á los talleres; corriente, allí no hay peligro, pero sería mejor que estuvieran en casa.

—Creo que pronto estarán de vuelta. ¿Pero tanto peligro hay en los talleres?

—¡Muchísimo!, exclamó Hagenbach sentándose enfrente de la joven. Los empleados hacen lo posible para que el pago de los jornales y la despedida de los obreros se verifiquen con calma y orden; pero Fallner y su pandilla no están por esto, sino que quieren que se arme bulla á toda costa. Parte de los obreros han declarado que quieren reanudar mañana los trabajos, en vista de lo cual los demás se han rebelado con amenazas é insultos..., han llegado á vías de hecho, se han exaltado y... ¡Dios sabe lo que pasará esta noche!

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué sucederá?, dijo Leonia juntando las manos con ademán desesperado. El Sr. Dernburg es duro como el granito, más inflexible de cuanto pueda imaginarse. ¡Si supiese usted en qué disposición está! Se halla resuelto á oponerse á todo, á rechazarlo todo... ¡Crea usted que me siento morir!

—¡Oh! En cuanto á eso, no será mientras yo esté aquí, dijo el doctor con dulce acento. En cualquier caso apurado sabré defender á usted, de modo que puede estar tranquila. Por otra parte, ya verá usted cómo las cosas no llegarán á tal extremo, porque aunque se cometan excesos, la casa será respetada..., allí abajo es donde se desarrollarán los sucesos... De todos modos, cuente usted conmigo.

—Gracias, repuso Leonia tendiéndole la mano, que el doctor estrechó entre las suyas.

—Esta mañana he venido á ver á usted, dijo Hagenbach, pero no he sido recibido.

Leonia bajó los ojos y respondió con timidez:

—Ya comprenderá usted que después de lo de ayer, su presencia había de serme penosa.

—Dispense usted; vine como médico á enterarme de su salud. Tiene usted un aspecto abatido. ¿No habrá dormido, seguramente? A bien que tampoco he dormido yo.

(Continuará.)

EL CORTEJO DE CUPIDO

Entre los temas de concurso señalados este año por la Real Academia de Londres, figuraba para la sección de pintura decorativa «El cortejo de Cupido,» tomado de uno de los cantos del célebre poema de Spénser *Fairy Queen* (La reina de las hadas). El asunto se presta admirablemente para composiciones del género indicado, y justo es reconocer que los autores de las tres que adjuntas reproducimos han sabido interpretar con gran acierto el pensamiento del ilustre poeta inglés del siglo XVI, ciñéndose á la descripción que éste hace en sus inspiradas estrofas.

Las obras de Miss Elsie Gregory, Osmond Pittman y Lawson Chaplin se ajustan perfectamente á los cánones de la pintura decorativa, y en cada una de ellas se advierten no pocas bellezas de conjunto y de detalle, que al revelar en sus autores notables disposiciones, permiten augurarles grandes éxitos para el porvenir: la distribución y agrupación de las figuras, la ejecución de cada una de éstas y los elementos arquitectónicos que completan el buen efecto de las composiciones, están hábilmente tratados y expresan de una manera clara la idea que en ellas preside y traducen fielmente la escena tan magistralmente descrita por Spénser. – X.

***

EL PÉNDULO

DEL PANTEÓN

Desde el día 22 de octubre oscila nuevamente bajo la cúpula del Panteón de París el gran péndulo de León Foucault. Hace medio siglo realizóse por vez primera por el ilustre físico francés este experimento célebre, y sabido es cuánta impresión produjo entonces esta demostración del movimiento rotatorio de la tierra. León Foucault expuso sus teorías y describió sus primeros ensayos en el folletín científico del *Journal des Debats* de 31 de marzo de 1851, y el experimento realizado en el Panteón causó tanto más efecto cuanto que hasta entonces sólo se tenía una prueba directa de la rotación terrestre y aun esta era poco asequible al vulgo, cual es la desviación hacia el Este de la caída de los cuerpos. La velocidad horizontal de un cuerpo arrastrado en el movimiento de rotación del globo, es tanto mayor cuanto más alto está situado aquél con relación al nivel del suelo, y cuando el cuerpo cae y llega al final de su caída, ha ganado un poco de terreno, resultado que Newton había presentido. El cálculo indica que para una altura de 158 metros un cuerpo ha de sufrir una desviación de 27 milímetros hacia el Este al tocar al suelo: M. Reich quiso comprobar esto en las minas de Tuyberg y el resultado fué efectivamente de cerca de 28 milímetros. Pero esta prueba de la rotación es de demostración difícil y de ejecución muy delicada; en cambio, en el experimento del péndulo la demostración es clara y para todo el mundo inteligible, puesto que se ve materialmente cómo la tierra gira.

El principio en que se apoya Foucault es muy sencillo: el plano de un péndulo que oscila permanece invariable aunque cambie de sitio el punto de suspensión del péndulo, de modo que si fijamos éste en un marco movible y le hacemos oscilar, aunque se mueva el marco el péndulo oscila siempre en el mismo plano. Si hipotéticamente se instalase un péndulo en el polo en la prolongación del eje de la tierra y lo pusiéramos en movimiento, veríamos que ésta cambiaba de posición debajo de él, y el plano de oscilación giraría, al parecer, en 24 horas en el sentido de las agujas de un reloj. En el polo opuesto, naturalmente, el sentido de la rotación sería inverso. En una latitud intermedia entre el polo y el ecuador, el fenómeno se complica algo: la vertical en el punto de fijación del péndulo no se confunde ya con el eje terrestre, sino que forma con él un ángulo, y por consiguiente, el plano de las oscilaciones pendulares sufre algunas modificaciones. Foucault encontró que en este caso «la velocidad del plano de oscilación del péndulo alrededor de la vertical es casi igual á la velocidad de rotación de la tierra multiplicada por el seno de la latitud del lugar en que uno se encuentra;» esta ley del seno demuestra, por otra parte, que el experimento no daría ningún resultado en el ecuador. En el polo la desviación es igual á la rotación de la tierra, y desde allí va disminuyendo hasta el punto de anularse en el ecuador, para aumentar de nuevo hacia el otro polo.

Foucault, convencido del valor de su concepción tan original, comenzó por operar en pequeña escala: el primer péndulo empleado no tenía más que dos metros de alto y consistía en una esfera de latón de cinco kilogramos de peso suspendida por un alambre de acero á un sustentáculo de hierro fundido sólidamente fijado en el vértice de la bóveda de un subterráneo; poníase el péndulo en movimiento y media hora después se veía claramente el efecto de desviación. Aquel subterráneo en donde hizo Foucault su primer experimento, era el de la casa de propiedad de su madre situada en la esquina de las calles de Assas y de Vaugirard, que ha sido demolida.

El mismo aparato fué transportado al Observatorio de París é instalado con autorización de M. Arago en la sala del Meridiano á 11 metros de altura, y todo se dispuso para una demostración en gran escala, para un experimento que todo París pudiera ver.

El resultado fué tal como se había previsto, y en todo el mundo se quiso repetir tan memorable experimento, que se realizó en la catedral de Colonia, en la Universidad de Gottinga y en las catedrales de Amiens, de Reims, en el Conservatorio de Artes y Oficios y más recientemente en la torre de San Jacobo.

La actual reconstitución del péndulo de Foucault ha sido hecha bajo los auspicios de la Sociedad astronómica de Francia; el proyecto fué propuesto por M. de Fonvielle en la sesión de 8 de enero de este año. M. Flammarión encargóse de la realización del mismo, y la instalación ha sido llevada á cabo por M. A. Berget, del laboratorio de M. Lippmann. El dispositivo adoptado por éste es casi el mismo de 1851, habiéndose utilizado la misma balaustrada de caoba de que se sirvió Foucault y que ha sido encontrada por M. Nenot. Unicamente se ha reemplazado la esfera de latón por otra de plomo de igual peso, es decir, de 28 kilogramos, la misma que sirvió al malogrado físico-químico M. Maumené para el péndulo de Reims. También se ha modificado la suspensión del alambre, el cual ha sido introducido en una hilera calentada que, al enfriarse, la oprime fuertemente, asegurando una suspensión absolutamente simétrica.

El alambre de acero es una cuerda de piano que mide 67 metros de largo y 0'72 milímetros de diámetro y ha sido construída por la casa Pleyel y Lyon. La duración de la oscilación del péndulo es de 8'2 segundos, como en el experimento de Foucault, ó sea 16'34 para la oscilación completa. La amplitud de las oscilaciones va naturalmente disminuyendo; duran de cinco á seis horas y son, por supuesto, cada vez más reducidas. El péndulo oscila sobre una mesa blanca en la que se han trazado radios de 10 en 10 grados, y se ha rodeado el círculo de las divisiones con un pequeño terraplén de arena á fin de que el estilete de la bola, al ir y venir, marque bien su paso. Alrededor de la balaustrada más de 100 personas pueden ver cómodamente cada oscilación. El péndulo oscila encima de un diámetro perpendicular al eje del Panteón y para llegar á la primera división emplea exactamente 54 minutos.

Tal es, someramente explicado, el experimento del Panteón, en donde cualquiera puede, los jueves y domingos, ver palpablemente el movimiento rotatorio de la tierra.

ENRIQUE DE PARVILLE.



EL CORTEJO DE CUPIDO, composición decorativa de Miss Elsie Gregory



EL CORTEJO DE CUPIDO, composición decorativa de Osmond Pittman

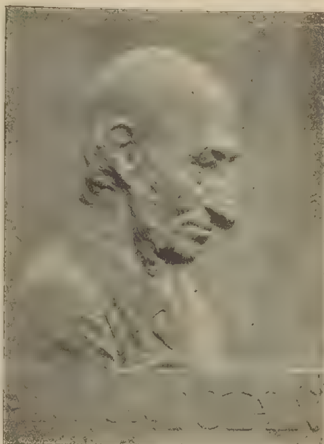


EL CORTEJO DE CUPIDO, composición decorativa de A. Lawson Chaplin

PLANCHA DEDICADA AL DR. POTAIN,

OBRA DE ALEJANDRO CHARPENTIER

Este notable relieve forma pareja con el que publicamos en el número anterior y esta circunstancia hace innecesario que describamos esta obra del celebrado artista francés Charpentier, que ha hecho de esta especialidad artística un estudio profundo y que domina por completo los recursos técnicos para ejecutar por este procedimiento sus bellísimas composiciones.



PLANCHA DEDICADA AL DR. POTAIN, obra de Alejandro Charpentier

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

TESORO DEL JABONERO, por *Emilio Cantarell*. – Además de un tratado sobre la fabricación rápida y sencilla de jabones en grande y pequeña escala, desde los más ordinarios hasta los más finos y perfumados, contiene este libro multitud de recetas para la elaboración de pomadas, aguas y aceites olorosos, brillantinas, tinturas, esencias, vinagrillos, polvos, ron y agua de quina, depilatorios, etc. El tomo, ilustrado con algunos grabados, ha sido editado en Barcelona por D. Francisco Puig y se vende á dos pesetas.

* * *

DRAMAS RURALES, por *Víctor Catalá*. – El autor de la colección de artículos que forman este tomo, siente hondamente la existencia y las gentes del campo y sabe conservar, al describir sus costumbres, todo el vigor, toda la intensidad con que las ha sentido. En cada uno de los cuadros palpita la vida; las escenas que pinta están arrancadas de la realidad; los personajes que retrata tienen verdadero relieve, y el lenguaje de que se vale es enérgico, crudo en ocasiones, cual corresponde á los asuntos en que se inspira y que nos presentan uno de los aspectos característicos de nuestras poblaciones rurales. *Dramas rurales* es, en suma, una obra que honra á la literatura contemporánea catalana. El libro, ilustrado con algunos dibujos del mismo autor, se vende á 3'50 pesetas.

LECTURAS INSTRUCTIVAS, por *D. Celso Gomis*. – Este libro justifica plenamente su título, pues son verdaderamente instructivos y al par interesantes los ejercicios de lectura que contiene y que están destinados á las escuelas de instrucción primaria. Contribuye al interés de la obra la profusión de grabados que la ilustran. *Lecturas instructivas*, editado por D. Luis Tasso, se vende encuadernado en cartoné al precio de una peseta.

* * *

NOCIONES DE GEOLOGÍA, por *A. Geikie*. – El célebre Geikie, autor de numerosas obras científicas, escribió este libro á instancias del profesorado inglés que le pedía expusiera sus doctrinas y enseñanzas de modo que estuvieran al alcance de todos y en particular de la juventud estudiosa. La versión castellana que del mismo ha publicado la conocida casa Appleton y Compañía de Nueva York y que forma parte de la interesante colección «Nuevas cartillas científicas» ha sido cuidadosamente hecha por el ingeniero agrónomo J. Hurtado de Mendoza. El libro va ilustrado con numerosos grabados.

* * *

JAIME EL DESOREJADO, por *Alejandro Dumas*. – Esta novela y la narración titulada *El azote de Nápoles* componen el tomo que acaba de publicar el inteligente editor barcelonés D. Luis Tasso, como formando parte de su popular Biblioteca. El nombre del insigne novelista francés basta por sí solo para hacer el elogio del libro que ha sido muy correctamente traducido por el Sr. García Bravo y se vende á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.

* * *

LOS HOMBRES DE HIERRO, por *Alejandro Dumas*. – Comprende este libro cuatro narraciones históricas que se titulan Pipino, Carlomagno, El señor de Giac y Güelfos y Gibelinos, escritas todas con la maestría universalmente reconocida en su autor, el popular Alejandro Dumas (padre); ha sido editado en Barcelona por D. Luis Tasso y se vende á una peseta en rústica y á 1'50 encuadernado en tela.



Examen de doctrina, cuadro de Domingo Fernández y González

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 24 de noviembre de 1902 — Núm. 1.091

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

Sociedad de Artistas Franceses. — Salón de 1902



UNA MAGDALENA, cuadro de Luis Jiménez

En el jardín de la rectoría, delante del cura, cayó arrodillada la infeliz muchacha, con la cara oculta entre las manos y el cuerpo sacudido por los sollozos. Antes de que una palabra haya salido de los labios de aquella pecadora, el anciano sacerdote ha adivinado la confesión: la actitud, las lágrimas de la desdichada, indican harto claramente la existencia de una falta y un vivo arrepentimiento. Por esto el bondadoso ministro del Señor, sin severidades inoportunas y á impulsos de su piedad, contempla lleno de compasión á la pobre Magdalena y le tiende la mano, como ofreciéndole un apoyo y un perdón.

¡Cuán admirablemente ha tratado el notable pintor Luis Jiménez esta conmovedora escena! Las dos figuras que en ella intervienen son dos portentos de sentimiento: el rostro de la una se transparenta, por decirlo así, al través de las manos que lo ocultan; el semblante de la otra refleja de un modo maravilloso un alma toda ternura, un corazón que es fuente inagotable de misericordia. El bellísimo paisaje que sirve de fondo á los dos personajes contribuye poderosamente al buen efecto de la pintura.

ADVERTENCIA

Con el presente número repartimos á los señores suscriptores á la **Biblioteca Universal** el tomo cuarto de la presente serie, que será la novela del notable escritor argentino D. Carlos María Ocantos titulada

DON PERFECTO

El Sr. Ocantos es el verdadero creador de la novela realista americana, y sus obras se distinguen por el espíritu de observación que revelan, por el profundo estudio psicológico que el autor ha hecho de los personajes que en ellas intervienen, por el interés de la acción, por la lógica y la naturalidad con que ésta se desarrolla, por la verdad con que están pintadas las costumbres de la sociedad argentina y sobre todo por su estilo castizo y elegante, que ha conquistado á su autor uno de los primeros puestos entre los mejores hablistas castellanos.

Todas estas cualidades se admiran en Don Perfecto, por lo que no dudamos de que el libro será acogido con verdadera satisfacción por nuestros suscriptores.

Don Perfecto lleva numerosas ilustraciones del celebrado dibujante Sr. Cabrinety.

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

La Exposición Universal de San Luis: los pueblos hispanoamericanos en ella. – El Congreso internacional de Americanistas en Nueva York. – El idioma español en los Congresos internacionales. – *Cuba:* acuerdos del Congreso y fin de la primera legislatura: cubanos y yanquis. – Ignorancia en los Estados Unidos de las cosas de América: un rey y un reino americanos desconocidos. – *Colombia:* la guerra civil y el canal de Panamá: tendencias pacíficas.

Han empezado ya los preparativos para la Exposición Universal que se inaugurará en la ciudad de San Luis el 1.° de mayo de 1904

La *Luisiana Purchase Exposition* será, según sus iniciadores, «el teatro donde se han de exhibir las mejores ideas del siglo.» Sin embargo, á juzgar por el título de la Exposición, se trata de las ideas desde el punto de vista de sus consecuencias y aplicaciones prácticas, muy de acuerdo así con la nota característica de esas gentes norteamericanas que concentran toda su vitalidad y todas sus energías en un fin único ó predominante, el negocio, con objeto de conseguir lo que aquí, en Europa, se ha llamado vil metal, pero que es allá el timbre de nobleza, lo que da valor y engrandece al hombre.

En aquel teatro parece que van á representar los principales papeles los pueblos hispano americanos, cuyos periódicos nos informan de las disposiciones que han tomado sus gobiernos para concurrir al gran certamen.

Aspira Méjico á sobrepujar á todo lo que hizo en anteriores concursos internacionales, y se propone exponer los mejores productos de sus campos y sus minas para demostrar con toda evidencia el gran progreso que ha realizado en estos últimos años. Las cinco Repúblicas de la América central proyectan construir un extenso edificio, símbolo de la identidad de sentimientos é intereses que les une, en el que, conjuntamente, presentarán sus respectivas producciones. En el Perú, en el Ecuador, en la República Argentina se ha acogido la invitación con gran entusiasmo, y todas hacen los mayores esfuerzos para estar bien representadas en San Luis. Chile reproducirá, probablemente, el hermoso edificio y la exhibición que llevó á Búffalo. El Paraguay se prepara también para concurrir á la Exposición con carácter oficial, y su presidente ha nombrado ya varias comisiones encargadas de organizar los trabajos previos. Es de suponer que no faltará la República de Cuba; será el de San Luis el primer certamen internacional en que figure la Gran Antilla como Estado independiente.

Se anuncian muchos atractivos en esta Exposición, y uno de ellos será el «Viaje alrededor del mundo.» Podrá recorrerse la vasta extensión de los terrenos en que aquélla se instala, en condiciones tales, que sea fácil formar ilusión de que se navega en alta mar ó caudalosos ríos ó se viaja en ferrocarril, viendo distintos países y recreándose con el espectáculo de las grandes maravillas de la naturaleza y de razas, tipos y costumbres de todas partes.

***

Del 20 al 25 de octubre último se reunió en Nueva York el 13.° Congreso internacional de Americanistas. Aún no tenemos noticia circunstanciada de los trabajos de esta docta Asamblea, en la que, como en los Congresos anteriores, han debido tratarse interesantes cuestiones de Historia, Geografía, Antropología, Etnografía, Arqueología, Lingüística y Paleografía americanas. Han llegado sólo hasta nosotros resúmenes de las tareas y juicios é impresiones de carácter general, y entre éstas la consignada en *Las Novedades* de Nueva York, que nos habla de disidencias entre algunos delegados oficiales y de las pretensiones de otros, yanquis y canadienses, de que prevalecieran en el Congreso el idioma inglés ó el francés. Es pretensión que nunca deben tolerar los representantes de los pueblos que hablan español; en los Congresos de Americanistas, el español tiene el derecho de ser la lengua preferida.

Recordamos á este propósito el caso peregrino de que los Congresos geográficos internacionales hayan rechazado nuestro idioma, la lengua de tal número de nacionalidades, que iguala, si no supera, al de las que hablan todos los demás idiomas en Europa y América; la lengua del pueblo que descubrió las dos terceras partes del mundo, que cristianizó y civilizó á millones de hombres y en cuyos archivos y bibliotecas se hallan, escritos en español, documentos y libros cuya consulta es de todo punto indispensable para dilucidar algunos de los interesantes temas sometidos á las deliberaciones de estos Congresos.

En ellos, en los Congresos geográficos internacionales, las lenguas admitidas son el inglés, el francés, el alemán y el italiano; acuerdo injusto á todas luces, puesto que hay *diez y ocho* estados soberanos de lengua española, *tres* de lengua inglesa, *uno* de la alemana, *dos* más en que predomina este idioma, *tres* de lengua francesa y *uno* de lengua italiana. Y precisamente de estos cinco idiomas, el español, el que se habla en diez y ocho naciones, es el que no puede oirse en un Congreso geográfico internacional.

Contra aquel acuerdo, y con motivo de la reunión del Congreso geográfico en Berlín, protestaron, en 1899, la Sociedad Geográfica de Madrid, la Sociedad Mejicana de Geografía y Estadística, el Instituto Geográfico Argentino y la Sociedad Geográfica de la Paz.

Volviendo al Congreso de Americanistas de Nueva York, hemos de consignar también que, en opinión de *Las Novedades*, esos Congresos científicos no son propios de un país como los Estados Unidos, donde á nadie le importa lo que pasó ayer, y mucho menos si ese ayer llega hasta los tiempos prehistóricos.

Peca, en verdad, de alguna exageración el citado periódico. Cierto es que allí, en el país de los yanquis, el estudio que más interesa es el de la cotización de valores, metales, carnes, etc.; pero hay que reconocer que en el mundo oficial se procura imitar á los pueblos cultos de Europa, y como tienen dinero abundante y pueden pagar numeroso y escogido personal y buen material científico, hacen excelentes y lujosas publicaciones de historia, antropología, geografía y prehistoria americanas, que el Instituto de Smith remite á las corporaciones y establecimientos científicos de todos los países.

***

El 21 de octubre terminó la primera legislatura de las Cámaras cubanas. El mes anterior había autorizado el Congreso la emisión de un empréstito por valor nominal de 35 millones de pesos (ó dólars), garantido por el 10 por 100 del producto total de las aduanas y por un impuesto permanente sobre las bebidas alcohólicas. Con el importe del empréstito el gobierno se propone saldar las cuentas pendientes desde la última guerra y dar impulso á la agricultura y á la industria.

Entre las cuentas pendientes parécenos que deben figurar indemnizaciones, recompensas ó premios á las familias de los que murieron por conquistar la independencia que ahora disfruta Cuba. Sin embargo, el gobierno de ésta no da pruebas de mucha generosidad en favor de aquéllas, á juzgar por uno de sus últimos acuerdos. Para solemnizar el 10 de octubre, resolvió pedir al Congreso un crédito de 15.000 pesos que habían de distribuirse entre los inválidos de la revolución, y de dicha cantidad destinaba 1.500 pesos á las viudas ó hijos de Antonio y José Maceo, de Flor Crombet, de Guillermo Moncada y de Francisco Borrero. ¡Una limosna de 300 pesos á la viuda de Antonio Maceo!

Un periódico de la Habana, *El Mundo*, cuyo director creemos que es representante del país, no se muestra muy satisfecho de la labor de las Cámaras. ¿Dónde, exclama, está la ley municipal? ¿Dónde la ley provincial? ¿Dónde la de elecciones y la de imprenta? ¿Dónde, en fin, tantas otras que tanta falta hacen para que la Constitución no siga siendo befa y escarnio de las órdenes militares de Wood?

Van perdiendo intensidad los sentimientos de simpatía de los cubanos hacia sus valedores los yanquis. Y éstos les pagan en igual ó peor moneda; pues según nos cuenta el mismo citado periódico, la prensa de los Estados Unidos dice que la situación de Cuba pide fuerte y vigorosa acción por parte del gobierno de Wáshington; que allí la vida y propiedad de los americanos (entiéndase los americanos yanquis) están á merced de la violencia de los naturales; que para expulsar á aquéllos se apela á los métodos de la crueldad castellana y á los expedientes de las persecuciones españolas; que los ciudadanos de los Estados Unidos se ven asaltados, robados, reducidos á prisión y asesinados para satisfacer la sed de venganza de esos ingratos hijos de Cuba...; en fin, tales cosas se dicen de los cubanos, que «sólo entre los bebedores de whiskey de toda la rosa náutica – añade *El Mundo* – pueden causar efecto tan descaradas mentiras.»

Lo malo es que cunden y se creen, y así se creía todo aquello de la tradicional crueldad castellana. Como escribe Ernesto Nelson, de la Universidad de Columbia, en una Revista argentina, el yanqui tiene una cultura muy incompleta y superficial, y una mala ilustración es la peor de las ignorancias; de lo que sucede en otros países no lee ni entiende ni sabe más que lo que le dicen en inglés, y en el inglés de allí estampan la prensa y los libros muchos disparates.

Pocos meses hace, en marzo, *The New-York Press* comunicaba á sus lectores la nueva siguiente:

«*Muerte de Aquiles I, rey de la Patagonia.* – Aquiles I, rey, como se sabe, de Patagonia y Araucania, murió ayer de neumonía. Como también es sabido, Aquiles I sucedió á su primo Antonio el 17 de septiembre de 1878. Se encontraba ahora fuera de su reino, adonde no consideraba oportuno regresar todavía, en vista de las dificultades suscitadas entre el reino de la Patagonia y Chile. El gran chambelán informó hoy á los reporters que el difunto rey ha nombrado sucesor por testamento; pero agregó que no podía hacer público su nombre, pues la etiqueta requiere que los soberanos europeos y el presidente de los Estados Unidos sean informados primero.»

Parece esto una noticia de día de Inocentes. Pero á los buenos yanquis se la dan como cosa muy sabida y lo creen como artículo de fe. Son los que quieren que América sea para los americanos (es decir, para ellos), y aún no conocen el mundo en que viven y que pretenden que sea suyo.

***

No sólo en Cuba, en el continente también va cundiendo la animadversión contra los yanquis. Sin ultimar aún las negociaciones relativas al canal de Panamá, aprovechan la guerra civil de Colombia para desembarcar y tomar posiciones en el istmo. Ya los fusiles colombianos han hecho fuego contra los marinos yanquis; pero el incidente no tiene por ahora consecuencias. Mister Hay se presenta bastante conciliador y no quiere conflictos en tanto que no quede definitivamente resuelta la cuestión del canal.

Afortunadamente, se va imponiendo la necesidad de la paz en Colombia. El general Uribe Uribe, después de la reñida batalla del 25 de octubre, depuso las armas por motivos patrióticos, para que no se le culpara de la usurpación de la soberanía del istmo por los yanquis. El Dr. Belisario Porras, jefe que fué de los revolucionarios, propone que se gestione la paz por medio de una comisión mixta de liberales y conservadores.

El general Herrera no puede triunfar, y sería un crimen de lesa nación prolongar la guerra, que no tendría más resultado que prolongar también indefinidamente la permanencia de las tropas extranjeras en el istmo.

Y esto es un gran peligro para Colombia y para América.

R. Beltrán Rózpide.



LA BALADA DE DJUIDI Y ZÉGAL

CUENTO PERSA DEL SIGLO VIII

¡Mujeres hermosas cuya vista enciende el corazón de los hombres más prudentes! ¡Vosotras las que con sola una mirada hacéis más daño que mil flechas, ó producís más placer que el encuentro de un río en el desierto! ¡Escuchad la historia triste de la hermosa Djuidi, que de amor murió allá en la Bactriana!

¡Bravos guerreros que hacéis temblar al enemigo, al precipitaros sobre él con la impetuosidad de un torrente en la tempestad desecha! ¡Vosotros cuyo valor defiende de la servidumbre y la brutalidad de los harenes á las doncellas! Escuchad la heroica historia del valiente Zégal, que murió de amor en la Bactriana.

Bahakari era un gran soberano que reinaba en todo el país de la Bactria. Su nombre era venerado por los habitantes de cien ciudades, y ponía á raya á los enemigos invasores de sus estados, porque tenía á sus órdenes un gran número de valientes guerreros, cuya bravura era irresistible.

El palacio de Bahakari estaba en una gran plaza fuerte, con murallas de pedernal y puertas de bronce. Tenía innumerables esclavos, armas de un temple maravilloso, y oro en abundacia. Porque Bahakari era el rey más poderoso de todo el gran Imperio Persa.

Y Bahakari poseía todas las riquezas; pero la de más valor era su hija. La bella Djuidi, la heredera del trono.

¡Guerrero intrépido! Tú que jamás temblaste ante la lanza de tu enemigo, tú habrías temblado al mirarte Djuidi si la hubieses visto. Tú habrías seguido su vista para adivinar su intención. Tú habrías sido el más feliz de los hombres si ella te hubiese sonreído. Tú habrías querido morir si ella te hubiese desdeñado.

¡Es que Djuidi era hermosa! Todas las doncellas de la gran ciudad eran también hermosas; pero cuando Djuidi aparecía, nadie las veía á ellas. Djuidi sola, radiante, era vista por todos. ¡Nadie ve las estrellas en cuanto sale el sol!

Todos los príncipes del imperio y de los demás países estaban enamorados de Djuidi; hasta la había pretendido el primogénito de un emperador de Bizancio.

Todos hubieran querido su amor; pero Djuidi era severa, y sólo quería amar al más bravo, al más apuesto y al más sabio.

Príncipes guerreros, ¿cuál será el elegido de entre vosotros?

Djuidi salió un día á sus jardines, radiante de hermosura como el sol naciente, ágil como la gacela, con una mirada tan brillante que hubiera hecho perder la memoria y perturbado el espíritu al hombre más resuelto y más sensato.

Djuidi llevaba su *guzla*, y los pájaros la seguían, y los rosales embalsamaban la atmósfera.

Y Djuidi cantó.

Y cuando cantó, todos cayeron en deliquio. Y habló. Y cuando habló, los poetas callaron y los filósofos quedáronse absortos. Sólo las aves la saludaban con sus trinos.

Jóvenes príncipes la seguían.

¿Quién la enamoró? Ninguno.

A quien ama Djuidi es á Zégal. Ella que hacía temblar de emoción á los demás, ella ya tiembla al encontrarle.

Y Zégal, que es el más bravo, el más hermoso y el más sabio de entre todos los capitanes, se enamora de ella y la sigue... siempre..., invariablemente..., como un astro sigue á otro en el espacio...

Sin que su voz le diga nada, sus ojos se lo dicen todo.

Y ambos se miran y sus espíritus se comunican, y se quedan en éxtasis.

Zégal ama á Djuidi; Djuidi ama á Zégal.

Príncipes guerreros, perded ya toda esperanza. Djuidi será de Zégal; Zégal será de Djuidi. Por la vida. Por la muerte. Eternamente. ¡Sus dos almas hacen una!

No se han visto más que una sola vez y ya saben el infinito amor que se destinan.

Y no se han hablado aún.

Nadie les ve comunicarse. Nadie sabe que se conozcan; y no obstante, Zégal pasa las noches estrelladas con Djuidi, y Djuidi con Zégal.

El Amor sabe reunir á los amantes á través de todos los obstáculos, al mismo tiempo que vuelve ciegos y sordos á los que guardan á las doncellas.

Zégal ama á Djuidi, la hija del rey. Pero Zégal es pobre. Zégal es un obscuro hijo del pueblo, y no podrá jamás pretender ser su esposo.

¡Qué importa! Zégal y Djuidi no han pensado en esto para amarse. Su amor nació sin que ellos lo supieran. No lo supieron hasta que ambos estuvieron envueltos en la inmensidad de su llama.

Los amantes no sueñan en un porvenir cuando tienen el presente. Cuando están juntos no desean nada más. Todo el resto de la creación les es indiferente.

Y Zégal ama á Djuidi, y Djuidi ama á Zégal, y están juntos.

Están juntos de noche. Bajo el inmenso azul lleno de estrellas palpitantes, que les contemplan emocionadas de su alegría, únicos testigos.

Son dichosos. Nadie más conoce su pasión que los astros, y los astros no lo dirán á nadie. Nada impide sus transportes. No sueñan en lo que ha de venir. Disfrutan toda la eternidad en cada momento. Se dan besos de todo su ser.

Mas ¡ay! que el placer dura un instante y el dolor toda la vida. La felicidad es momentánea y la desgracia eterna.

¡Llora Djuidi! ¡Llora Zégal! He aquí la desgracia que avanza con sus alas negras. Su sombra se proyecta sobre vosotros; pero vuestro amor es inmenso, no morirá; pero os hará morir.

La guerra se ha declarado. El bárbaro del desierto pedregoso invade las fronteras de la Persia. Y sus caballos relinchando avanzan; y arden los pueblos, y matan á los hombres y arrebatan á las mujeres para llenar sus serrallos. Y se apoderan de las joyas, de los caudales, de las cosechas y de los ganados. Los buitres les siguen, pues tienen abundante pasto por todas partes donde ellos pasan.

Los árabes invaden el país. ¡Bahakari, alerta! La muerte se aproxima si no sabes defenderte.

Los árabes son crueles. Matan á los guerreros. Hacen esclavos á los niños. Violan á las mujeres. ¡Alerta Bahakari! ¡Forma tu ejército!

Bahakari hace tocar los clarines; redoblan las calderas. ¡A las armas, jóvenes guerreros! De todas partes llegan con premura; con sus cotas de escamas, con sus cascos puntiagudos, con sus caballos veloces, sus largas lanzas, sus arcos y sus flechas. ¡Capitanes, desenvainad vuestras espadas, rayos de la fuerza de Ormuzd! ¡Soldados, llenad vuestros carcajes en abundancia! ¡Defended el país! ¡Corred á las fronteras!

Los árabes violan á las doncellas, pero vosotros sabréis defenderlas. Después serán vuestras esposas, las madres de vuestros hijos.

Los capitanes forman con sus legiones, y el primero que forma es Zégal. Nadie le reconocería. Dulce, amoroso antes, temblando de emoción á los pies de Djuidi, ahora es fiero y más alto que todos montado en su caballo. Si antes llevaba bordada y sedosa túnica de color de malva, ahora viste armadura de reflejos de relámpago con un sol en el pecho que á todos deslumbra. Al empuñar su espada parece que blanda un rayo. Zégal es terrible. Mithra le protege.

Pero Zégal es un obscuro hijo del pueblo. Si sus actos son brillantes, su origen es muy humilde. Zégal es joven, es fuerte, es bravo, es atrevido y además es sabio. Y pronto todos le proclaman jefe, jefe supremo.

Montado en su corcel, veloz como el viento marcha con sus amigos al combate; y como es el más sabio, todos le obedecen; y siendo el más atrevido, todos le siguen. Zégal es el mejor general del Imperio Persa.

Djuidi llora, Djuidi tiembla por la vida de Zégal. Se desuela y no obstante esconde su dolor. Pero su padre un día advierte que está triste. «Dime, Djuidi, ¿por qué estás triste?» Y Djuidi calla. Djuidi no dirá á nadie que ama á Zégal.

Y pasan meses. La guerra dura, y Djuidi se desuela. Tiembla por la vida de Zégal, pero otros males llegan en seguida.

«Djuidi, ponte el brazalete de oro encima del tobillo, pues muy pronto serás madre,» le dice una voz de lo alto. «Djuidi, en tu seno llevas un hijo que se parece á Zégal. Cuidado, Djuidi, que tu padre está furioso.»

Bahakari quiere saber quién ha sido el temerario que ha osado llegar hasta su hija.

El temerario ha de morir. El rey ha pronunciado el fallo. La hija de un rey no puede pertenecer más que á un príncipe de real estirpe. ¡Ay del que la haya seducido!

—¡Djuidi, hija mía, dime quién te ha seducido, yo te lo mando! Quién ha sido el que te ha robado el corazón, que ha de perecer en el tormento. Lo haré buscar en todas partes y morirá el seductor de mi hija.

—Padre mío, aquel que yo amo es hermoso como el sol, bravo como el león, sabio como Zoroastro. Pero no os diré su nombre. ¡No! No debe morir, que debe ser vuestro querido hijo, y después de vos debe de brillar en vuestro trono.

—¡Djuidi, tú me dirás su nombre! Yo te forzaré á decirlo. Te rodearé de privaciones. Y si no lo dices ni así, lo dirás por la tortura.

Pero Djuidi no dice el nombre. Y cada día repite á su padre: «Mi amante es bello como el sol, bravo como el león, sabio como Zoroastro.»

Djuidi sufre hambre. Djuidi sufre sed. Djuidi no duerme. Djuidi está encerrada en una torre obscura. Djuidi se desespera. Y Djuidi muere repitiendo: «Mi amante es bello como el sol, bravo como el león, sabio como Zoroastro.» Pero antes de expirar da á luz un niño resplandeciente de hermosura. Y Djuidi, extendida y blanca como la nieve, es cu-

bierta de rosas, sin haber revelado el nombre del que amaba.

En tanto Zégal hace prodigios de valor. Perseguidos por él, con ardor bélico, los árabes huyen. Ha



PERÚ. – Una calle de la ciudad de Cajamarca (de fotografía de D. Julio F. Gálvez, remitida por nuestro corresponsal D. Juan Boix).

hecho prisioneros cinco *emires*, con todo su séquito, y siete *valís*, con sus huestes.

Zégal es un gran jefe, prudente en el consejo, bravo en la lucha. Siempre sorprende al enemigo, sin que éste jamás logre sorprenderle. Zégal ha vencido á los enemigos. Zégal llega al frente del ejército triunfante. La legión de *los mil* le sirve de escolta.

El rey Bahakari sale á su encuentro y le hace noble en el acto. Está loco de gozo y abraza á Zégal, el vencedor de los árabes, enemigos de la patria.

– Dime, bravo general, ¿qué recompensa quieres? Eres capitán de capitanes. Eres mi igual; dime lo que deseas, que aunque quieras sucederme en el trono, yo he de concedértelo, por Mithra te lo juro.

– Gran rey, yo amo á una persona que no veo aquí en tu séquito. Gran rey, yo volveré al combate tantas veces como quieras, yo destruiré todos tus enemigos, y si quieres otros reinos, yo iré á conquistártelos. ¡Por el brillo de tu nombre yo te haré esclava la gloria! ¡Gran rey, si quieres hacerme dichoso, dame á tu hija, que quiero ser tu hijo! A ella sólo yo amo, porque es la más hermosa, la más dulce, la más buena de entre todas las mujeres. Es como la madera del sándalo, que perfuma hasta el hacha que la parte.

– Que vayan á buscar á mi hija, que la saquen de la torre obscura y que la traigan aquí en triunfo; que quiero dártela por esposa en presencia de todo el ejército.

Ya llega una litera, y en ella Djuidi; pero Djuidi muerta, toda cubierta de rosas, más blanca que la nieve.

– ¡Djuidi ha muerto!, cantan las doncellas. Ha muerto de amor por no revelar el nombre de su amante, que es bello como el sol, bravo como el león, sabio como Zoroastro.

– ¡Triste de mí, dice el rey, que he hecho morir á mi hija de amor, por no querer revelarme el nombre de su amante! ¡De su amante, que es bello como el sol, bravo como el león, sabio como Zoroastro! ¡Zégal, Djuidi ha muerto, mientras tú volvías triunfante de los enemigos de la patria y yo venía á esperarte; yo he hecho morir de amor á Djuidi! ¡Mátame, Zégal!

Zégal se desespera, Zégal no quiere ya nada. Rehusa los presentes, tira sus armas, desmonta su caballo y corre á echarse encima del cuerpo de Djuidi, blanco como la nieve, cubierto todo de rosas. Y se abraza á ella y la cubre de besos, y... y no pueden separarlo de ella porque Zégal ha muerto. Ha muerto de amor sobre el cuerpo de su amada.

El viejo rey Bahakari coge la espada de Zégal.

– Puesto que él no ha querido darme muerte, que me la dé su espada.

Y se la clava en el pecho.

Y un niño resplandeciente de hermosura como un sol, fué puesto en el trono, y cuando le coronaron, pasados veinte años, ordenó que los bardos cantaran esta balada en todas las solemnidades del imperio persa.

POMPEYO GENER.

(Dibujo de Triadó.)



PERU. – CAJAMARCA. – Habitación en donde estuvo prisionero el Inca Atahualpa y que éste ofreció llenar de oro hasta cierta altura si Pizarro le daba la libertad (de fotografía de D. Julio F. Gálvez, remitida por nuestro corresponsal D. Juan Boix).





PERU. – EL PREFECTO DEL DEPARTAMENTO SR. VELARDE Y LOS INGENIEROS SRES. GÁLVEZ Y RIGAUD EN EL RÍO MARAÑÓN, EN DONDE SE HA DE CONSTRUIR UN PUENTE DE ALAMBRE (de fotografías de D. Julio F. Gálvez, remitidas por nuestro corresponsal D. Juan Boix)

VISTAS DEL PERÚ

Los ingenieros Sres. Gálvez y Rigaud han realizado recientemente un viaje por la provincia de Cajamarca con objeto de hacer los estudios necesarios para el puente de alambre que ha de tenderse sobre el Marañón y merced al cual se salvarán los inconvenientes que hoy ofrece el paso del río por medio de balsas; uno de estos inconvenientes es la frecuencia con que ha de interrumpirse esta navegación á causa de las crecidas de la corriente: cuando las aguas cubren el tronco clavado en tierra que se ve en el último grabado de esta página y que se denomina «El Rollo,» queda interrumpido el tráfico.

Los cuatro grabados que publicamos, reproducciones de las interesantes fotografías del Sr. Gálvez que nos ha remitido nuestro corresponsal en Lima D. Juan Boix, representan dos de ellos á los citados ingenieros y á sus acompañantes en el río Marañón, y los otros dos una calle de Cajamarca y la casa que todavía existe en aquella ciudad y en la que estuvo prisionero el Inca Atahualpa.

Cajamarca, capital de la provincia y departamento de su nombre, cuenta más de 15 000 habitantes, tiene anchas calles cortadas en ángulo recto, una espaciosa plaza y ocho templos, entre los cuales el de La Recoleta recuerda el crimen del virrey conde Lemus, quien, habiendo en 1686 ajusticiado á Salcedo, rico minero de Puno, so pretexto de conjuración para apropiarse de sus caudales, quiso purgar el delito construyendo esta iglesia. Es de las ciudades más antiguas del Perú y célebre porque en ella Francisco Pizarro dió muerte al Inca Atahualpa: la casa en que éste estuvo prisionero se conserva todavía, y nuestros lectores pueden verla reproducida en uno de los grabados de esta página.

Francisco Pizarro, una vez dueño de Cajamarca, que habían evacuado sus habitantes y el citado Inca, que se retiró á Yucai con un numeroso ejército, invitó á éste, por medio de su hermano Hernando, á una visita. Atahualpa prometió satisfacer este deseo, y al día siguiente, acompañado de su corte y dejando el grueso de su ejército á gran distancia, hizo su entrada en la ciudad, y allí fué sorprendido por Pizarro y los españoles, que le hicieron prisionero, causando entre los suyos dos mil víctimas.

Atahualpa prometió á Pizarro, si le devolvía la libertad, llenar de oro el cuarto que le servía de prisión, hasta que el precioso metal llegase á la altura de su mano, y empinándose sobre los pies, hizo con

ésta una señal á la mayor altura que pudo. Muchas semanas después de la promesa llegaron numerosos indios cargados con el rico metal para el rescate, el cual se asegura que ascendió á 607 millones, de los que, apartado el quinto para el rey, correspondieron á cada soldado de ocho á diez mil duros. Los españoles hacían circular rumores de que los indios preparaban una sublevación contra ellos, y aunque el Inca aseguró que el rumor era falso, Pizarro, cediendo á las instancias de sus tropas, de Almagro y de sus amigos, todos los cuales le pedían la muerte del monarca, formó un consejo para que juzgase á éste.

El escrito acusador redactado para justificar á Pizarro en el caso de que se le pidieran cuentas, comprendía doce severas acusaciones, entre las cuales figuraban la de haber dado orden á sus generales de matar á su hermano Huáscar, la de tramar un levantamiento general contra los españoles y la de rendir culto á la idolatría y á la poligamia. El tribunal, presidido por Almagro y Hernando Pizarro, declaró culpable á Atahualpa y le condenó á morir en la hoguera, pena que se le conmutó por la de horca, cuando se hubo convertido á la fe católica y hubo recibido las aguas del bautismo.

El Inca fué ejecutado en 3 de agosto de 1533; su cadáver quedó expuesto durante toda la noche en el cadalso y fué enterrado á la mañana siguiente en la capilla de Cajamarca, habiéndosele hecho un solemne funeral, al que asistió Pizarro con sus capitanes.

Después de la marcha de los españoles, los indígenas abrieron el sepulcro de Atahualpa, embalsamaron su cadáver y lo llevaron á Puitu para depositarlo en la cripta de sus mayores. – R.



DETRÁS DEL BIOMBO, cuadro de G. Fremiet

EL FINAL DE UN DRAMA

Un gabinete amueblado con elegancia y buen gusto

ESCENA ÚNICA

Lucía. Después Enrique

Lucía *(cambiando de postura en el sillón)*. – Se acerca el final del desenlace... Ni lo temo ni lo deseo. Vendrá porque tiene que venir, porque lo manda una suprema voluntad que está por encima de nuestros cálculos... y de nuestras miserias... Vendrá, no cabe duda... ¡Ay, si no viniera, quizás le echase de menos! Tanto he pensado en este triste fin de mis ilusiones, tantas vueltas le dí, que ha concluído por parecerme necesario é insubstituíble... Este, este es el final que deben tener mis esperanzas, mis risueños proyectos... Si tuvieran otro me extrañaría. *(Pausa y nuevo cambio de postura.)* Ayer empezó á desenlazarse el drama, en el mismo punto en que Enrique debía haber venido y no vino. *(Como riñéndose á sí misma.)* No, no es que yo crea que su deber era venir... ó que venir hubiera sido mi consuelo, no: ha sucedido lo natural, lo lógico, lo único que podía suceder... Sin embargo..., ¡quién sabe! A pesar mío, tengo esperanza. ¡Esperanza!.. ¡Qué sería de la humanidad sin ella! Confío en algo, aunque no quiera, aunque crea que no debo confiar..., aunque la voluntad suprema me diga que ya no debo esperar nada... Quizás es esa voluntad la que me dice «espera.» *(Pausa.)* No; ¿para qué esperar? Inútil y suicida ilusión... ¿Qué esperaré? ¿Que venga?.. Vendrá; es un hombre bien educado, y vendrá á despedirse, á darme una postrera explicación que será otra puñalada. Porque no quiero explicaciones; ya nos lo hemos explicado todo, y sólo resta estrecharnos la mano por última vez. Que se marche adonde quiera. Yo me iré en dirección contraria... No, tampoco... Andando siempre, volviéndonos la espalda para no vernos nunca, concluiríamos por encontrarnos cara á cara. La Providencia hizo redondo el mundo. *(Quédase pensativa. Poco á poco se le cierran los ojos y parece adormecerse en un ensueño doloroso.)*

Enrique *(apareciendo en la puerta)*. – Está dormida. De buena gana me iría sin despertarla. Así la evitaría el dolor de esta despedida... necesaria... *(Mirando á su alrededor.)* ¡Qué bonito está este gabinete! Está lo mismo que cuando le dejé... ¡Ay, las cosas mudan menos que los hombres!.. Aquel muñeco en el sitio de siempre; los retratos en su orden acostumbrado; las sillas..., todo igual, conservando una misma fisonomía, la fisonomía de un tiempo alegre... Vaya, estaba por no despertarla... La verdad es que podíamos ahorrarnos esta escena desagradable. ¿Qué nos vamos á decir? Nada. Helado el amor en nuestros corazones, resultarán también heladas nuestras frases... Lo dicho, me voy... Dejaré un recado á la doncella... Y me agradecerá no haberla despertado. *(Se dirige hacia la puerta á tiempo que Lucía se despierta, vuélvese y le mira.)*

Lucía *(levantándose)*. – ¡Ah! ¿Eres tú?

Enrique *(avanzando hacia ella)*. – Sí, yo... Según convinimos en nuestras últimas cartas, vengo á despedirme de ti... Parto para Inglaterra.

Lucía *(visiblemente agitada)*. – Te deseo feliz viaje y buena salud.

Enrique. – Y yo á ti lo mismo, porque supongo que también marcharás...

Lucía *(aumentándole la agitación)*. – Sí, á Italia.

Enrique. – ¿Qué es eso?... ¿Qué te pasa?... Pareces agitada, nerviosa...

Lucía. – Nerviosa, nerviosa... Hace unos días que lo estoy mucho...

Enrique. – Siempre padeciste de los nervios...

Lucía *(con amargura)*. – Los nervios... ¡Cuántas culpas se lleva esta parte de nuestro organismo! Cuando no nos explicamos una cosa, los nervios cargan con el mochuelo; cuando no queremos explicarla, los nervios también... *(mirando á Enrique)*; cuando los demás no quieren ó no saben comprenderla, los nervios al canto... Y claro, tanto sobar con los nervios, concluímos por creernos que padecemos de ellos...

Enrique *(dando vueltas al sombrero)*. – Puede que tengas razón.

Lucía. – Y tus asuntos ¿cómo marchan?

Enrique. – Bien... Ni suben ni bajan, pero no me dan disgustos.

Lucía. – ¿Qué más quieres?

Enrique *(un poco agitado)*. – Nada, en verdad... ¿A ti tampoco te ocurre ninguna quiebra?

Lucía *(suspirando)*. – Ninguna. Después de la gran quiebra de mi vida, nada malo me puede ocurrir.

Enrique. *(Sigue la agitación.)* – Bueno, mujer... ¿A qué resucitar ahora cosas pasadas?



Mario Sanmarco, barítono del Gran Teatro del Liceo

Lucía. – Sí... Dejemos en paz á los muertos...

(Pausa. Lucía se mira las manos con pensativa fijeza. Enrique, también pensativo, se retuerce el bigote.)

Enrique. – ¿Cuándo piensas marcharte?

Lucía. – Dentro de ocho días... *(Con dolorosa ironía.)* Si mi esposo me lo permite...

Enrique *(no queriendo enfadarse, pero enfadándose)*. – Déjate de bromas... macabras.

Lucía *(severa)*. – Bromas..., bromas... Empezaste por tomar mi amor en broma; luego creíste que nuestro matrimonio también lo era... Después, pasó lo que pasó... y te reíste de mis quejas. Creíste que todo lo debías tomar á broma, y ahora me reprochas que yo, á mi vez, haga también un poquito de guasa...

Enrique *(muy serio y digno)*. – Mira, Lucía, he venido para despedirme de ti como hombre bien educado, no para reproducir escenas sentimentales. Nuestra vida fué un drama y hemos llegado al desenlace. Nos despedimos para siempre. Tú te vas adonde te parezca; yo hago lo mismo; nos deseamos mutuamente completa salud y felicidad, y aquí se acabó el drama.

Lucía *(dolorosamente resignada)*. – Se acabó el drama..., pero ¡qué terrible ha sido! Lo menos triste es el final, y ya es triste que un marido y una mujer se separen..., se abandonen para siempre.

Enrique *(mirando al suelo)*. – Sí, triste, mas también necesario.

Lucía. – ¡Ay, Enrique! ¡Si supieras que la necesidad nos la forjamos muchas veces nosotros con nuestros espejismos!.. ¡Cuántas cosas que creemos necesarias no lo son, y á cuántas que lo son no queremos reconocérselo!.. La necesidad es un producto de la vanidad, del orgullo...

Enrique. – ¿También en este caso?

Lucía. – ¡Quién sabe!

Enrique. – Puede que te figures que ha sido por orgullo por lo que he tomado esta resolución.

Lucía. – Te advierto que la resolución la hemos tomado los dos.

Enrique. – ¿Entonces?..

Lucía. – ¡Quién sabe si los dos la hemos tomado por orgullo!

Enrique *(luchando con su pensamiento)*. – Bien; pero ya te dije antes que no veo la necesidad de reproducir ciertas escenas del drama...

Lucía *(irguiéndose)*. – ¡Ah! ¿Juzgas necesaria esta separación y no te parece una necesidad el discutirla?

Enrique. – No digo eso..., pero ya sabes que no he venido á discutir.

Lucía *(sentándose)*. – Es verdad. Has venido á despedirte... Ya discutimos todo á su tiempo.

Enrique *(contrariado)*. – Ya lo discutimos...

(Pausa. Cada uno en su sitio, sin mirarse, están pensando en lo mismo.)

Lucía. – ¿Tu familia está bien?

Enrique. – Bien... Papá parece un poco disgustado con estas cosas.

Lucía. – ¿Con qué cosas?

Enrique. – Este asunto nuestro... Dice que jamás ha oído hablar de otro semejante en la familia... También dice que es fruta del nuevo siglo... Como no sabemos lo que pasaba en el anterior más que por referencias de los interesados...

Lucía. – Las pasiones han sido las mismas en todos los tiempos.

Enrique. – Eso mismo le contesté. La bondad y la maldad, con todos sus derivados, habrán existido desde la creación del mundo.

Lucía. – ¡Gracias á Dios que has estado una vez siquiera de acuerdo conmigo!

Enrique. – Estuve muchas.

Lucía. – No me acuerdo.

Enrique. – Mira, sin ir más lejos, en la necesidad del acto que vamos hoy á consumar.

Lucía. – ¿Tú sabes que estoy de acuerdo contigo en este asunto?

Enrique. – Así me lo dijiste.

Lucía. – Es verdad, te lo dije y debes creerme.

Enrique *(levantándose muy agitado)*. – Y ¿por qué creerte? ¿Quién me asegura que esta unanimidad de pareceres no fué ficticia por tu parte? ¿Acaso no sois las mujeres maestras de fingimiento?

Lucía. – Sí, como sois los hombres modelos de egoísmo...

Enrique. – Yo no he sido nunca egoísta, al menos contigo.

Lucía. – Este es un punto que no quiero discutir.

Enrique. – Pues yo sí quiero..: Discutamos.

Lucía. – Me dijiste antes que venías á despedirte, no á meterte en discusiones.

Enrique *(humilde)*. – Sin embargo, se llega á ciertos extremos...

Lucía *(completándole el pensamiento)*. – Que es conveniente la discusión, ¿verdad?..

Enrique *(con resolución)*. – Sí.

Lucía *(acercándose á su marido)*. – Pues discutamos. *(Con ternura, separándose un poco.)* Pero no... Quedamos en que venías á despedirte.

Enrique *(abrumado por el peso de su pensamiento)*. – Sí, debemos despedirnos...

Lucía *(cariñosa, pero digna)*. – ¿Qué te pasa, hombre? Cualquiera diría que te acuerdas de algo interesante..

Enrique *(levantando bruscamente la cabeza)*. – ¿Que me acuerdo?.. *(Volviendo á la actitud anterior.)* No, no me acuerdo de nada... Déjame...

Lucía *(con acento insinuante)*. – Entonces estás malo, nervioso quizás... También los hombres padecéis de los nervios, aunque os parezca una tontería confesarlo... Los hombres tenéis mucho miedo á confesar.

Enrique. – ¿Y si no tenemos por qué confesarnos?..

Lucía. – Entonces sois justos, casi santos, y confesáis... lo de los nervios. La sinceridad acompaña siempre á la santidad.

Enrique. – Tampoco soy santo. *(Queriendo y no pudiendo poner en práctica una resolución.)* En fin, Lucía, me retiro. Creo que hemos prolongado esta entrevista de un modo poco digno...

Lucía *(natural é ingenuamente)*. – No sé por qué no es digno.

Enrique *(disimulando mal su alegría)*. – ¡Ah! ¿Tú

crees que podríamos seguir hablando sin menoscabo de nuestra dignidad?

LUCÍA *(desbordándosele el amor en gestos y palabras)*. – No sólo hablando, sino amándonos....

ENRIQUE *(asustado)*. – ¿Amándonos has dicho?..

LUCÍA *(con acento cada vez más apasionado)*. – Sí, amándonos.

ENRIQUE. – ¡Oh, eso es imposible!

LUCÍA *(mirándole con fijeza amorosa)*. – ¿Por qué? ¿Quién lo impide?

ENRIQUE. – Lo pasado...

LUCÍA *(con hermoso arranque de generosidad)*. – Lo pasado soy yo; la ofendida soy yo; quien no debía amarte soy yo... Y!



DECORACIÓN DEL SEGUNDO ACTO DE «CRISTOFORO COLOMBO,» pintada por O. Junyent



DECORACIÓN DEL EPÍLOGO DE «CRISTOFORO COLOMBO,» pintada por Mauricio Vilomara

sin embargo, te amo, te amaré siempre. Necesitaba decírtelo así, cara á cara. Ahora ya podemos despedirnos.

ENRIQUE *(con la cabeza entre las manos)*. – Calla, calla; me enloqueces, me trastornas!..

LUCÍA. – ¿Te parezco indigna?

ENRIQUE *(arrojándose sobre su mujer y abrazándola impetuosamente)*. – Me pareces santa. Santa como las que rodean el trono de Dios... Y yo soy el indigno, el orgulloso, el miserable... No te comprendí ni intenté comprenderte. Y ahora me marcho, decidido á que no me veas nunca más, porque no lo merezco, porque tus ojos no se han hecho para mirarme... ¡Déjame, déjame! ¡Adiós!..

LUCÍA *(deteniéndole con dulce energía)*. – No, no te vayas, quiero mirarte. Si soy santa, te daré algo de mi santidad. *(Le abraza y oblígale á sentarse junto á ella.)*

ENRIQUE *(pasándose las manos por los ojos)*. – ¡Dios mío!, ¿pero estoy soñando? ¿Será posible tanta dicha?

LUCÍA. – Siempre nos parecerá la felicidad un sueño... Pues no; estás despierto, junto á mí..., junto á mí para siempre.

ENRIQUE *(con alegría infantil)*. – ¿Para siempre?.. ¿Para siempre?.. Sí, si era esto lo que yo quería; si no quería dejarte, ni partir, ni abandonarte; si mi voluntad era otra; pero no sé... Una fuerza superior... El orgullo... El orgullo, sí... ¿Por qué sucedió aquello?.. ¿Por qué aquel drama, Virgen del Carmen?

LUCÍA *(abrazándole y besándole)*. – Vaya, cálmate... Aquel drama pasó, se ha desenlazado; no nos acordemos más de él.

ENRIQUE *(deslumbrado de gozo)*. – ¡Qué desenlace! ¡Qué final tan risueño!.. En el teatro no suelen terminar los dramas de esta manera...

LUCÍA. – En el teatro, no; pero en la vida, sí.

(Quedan abrazados. Lucía enjuga los ojos á su marido. Cae el telón.)

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

LA ÓPERA «CRISTOFORO COLOMBO»

EN EL GRAN TEATRO DEL LICEO

Con regular éxito se ha estrenado en nuestro Gran Teatro del Liceo la ópera en tres actos y un epílogo del maestro Alberto Franchetti titulada *Cristoforo Colombo*.

El autor del libro, Luis Illica, no ha estado á la altura de su reputación como libretista, pues se ha permitido falsear de tal modo la verdad histórica en puntos capitales, que es imposible aplaudir su labor, ni aun teniendo en cuenta la latitud que en estas materias se concede á los autores dramáticos y los convencionalismos inherentes á las cosas teatrales.

El maestro Franchetti ha dado con esta partitura pruebas de verdadero talento; su obra es la obra de un músico concienzudo, conocedor de todos los recursos orquestales, que sabe combinar perfectamente con las voces; pero nótase en ella cierta falta de personalidad, el sello individual que caracteriza á los grandes compositores. Las piezas más notables de la ópera son: la marcha del cortejo, la balada de los tres romeros, el monólogo de Colón y el dúo de éste con la reina Isabel, en el primer acto; un nocturno, la canción de Colón, y la escena de conjunto final; la escena de Guevara y las bailarinas, y el dúo de Guevara é Iguamota, en el tercero; y todo el epílogo, que es indudablemente lo mejor de la obra.

La ejecución de *Cristoforo Colombo* nada deja que desear: confiadas las principales *particellas* á las Sras. Bonaplata, Salvador, Michalska y Chivers, y á los Sres. Sanmarco, Marcolín y Rosatto, todos estos artistas cumplieron como buenos, sobresaliendo muy especialmente el barítono Sr. Sanmarco, que ha hecho del papel de protagonista una verdadera creación, luciendo en él su voz extensa y agradable, su excelente escuela de canto y sus excepcionales dotes de actor dramático.

La dirección del maestro Mascheroni merece calificarse de irreprochable.



DECORACIÓN DEL TERCER ACTO DE «CRISTOFORO COLOMBO,» pintada por Mauricio Vilomara

La ópera del maestro Franchetti ha sido puesta en escena con gran propiedad y esplendidez, habiéndose pintado expresamente las tres bellísimas decoraciones que en esta página reproducimos. La del segundo acto representa la cubierta de la carabela *Santa María* y es original del señor Junyent, quien ha dado en ella nueva prueba de sus grandes facultades artísticas: la manera como está presentado el fondo que se mueve, ofreciendo sucesivamente los efectos de una noche estrellada y con luna, que á veces ocultan las nubes, de las tintas del crepúsculo y de las claridades de la aurora, hace que se produzca la ilusión del movimiento del barco.

Las del tercer acto y del epílogo han sido pintadas por el Sr. Vilumara. Representa aquélla una selva de Yaragua, causando excelente efecto el fresco colorido del follaje y los detalles arquitectónicos; la del epílogo representa el oratorio de Medina, y debajo de él la cripta con el sepulcro de Isabel.

No terminaremos sin dedicar un aplauso al empresario Sr. Bernis, que no ha escaseado esfuerzos ni sacrificios para que la *mise en scene* corresponda á la importancia de nuestro primer teatro lírico. – A.



GRATO PERFUME, cuadro de F. Vinea



DOÑA ISABEL DE PORTUGAL; esposa de Carlos V,

retrato pintado por Tiziano que se conserva en el Museo de Pinturas de Madrid (reproducción autorizada por la Compañía fotográfica de Berlín)

NUESTROS GRABADOS

Detrás del biombo, cuadro de G. Fremiet.— El autor de este cuadro figura entre los más notables pintores parisienses contemporáneos; sus obras se caracterizan por un sello de elegancia que fácilmente permite conocer su filiación y que es un reflejo vivo del medio ambiente en que su actividad se desarrolla. Fremiet está identificado con la vida de la gran capital francesa, ha hecho un estudio concienzudo de sus costumbres, ha observado profundamente sus gentes, se ha empapado, en una palabra, en aquella atmósfera de distinción y buen gusto, y por esto sus lienzos, inspirados en tipos ó escenas de París, brotan espontáneamente de su pincel, sin que se note en ellos el menor esfuerzo, la más pequeña propensión al efectismo, porque antes de ejecutarlos con la mano ha sentido los asuntos con el corazón con tal intensidad, que forman, por decirlo así, parte de su propio modo de ser. Véase en prueba de lo que decimos la bellísima pintura *Detrás del biombo*, cuya principal belleza está en su sencillez, en su naturalidad, es decir, en estas cualidades que bien podemos llamar subjetivas, porque sólo estando en el alma del artista pueden ser expresadas con tanta perfección.

***

Doña Isabel de Portugal, retrato pintado por Tiziano.— Con razón se ha llamado á este pintor príncipe de la escuela veneciana, porque desde la edad de ocho años en que produjo su primera obra, justificando la frase de el Giorgione de que Tiziano «había sido pintor desde el vientre de su madre,» hasta poco antes de su muerte, acaecida en 1576, cuando contaba noventa y nueve años, produjo una serie numerosísima de obras maestras que hoy se conservan en los principales museos como joyas de un valor inapreciable. Lo mismo sus pinturas religiosas que sus cuadros de asuntos históricos y mitológicos, así sus retratos como sus paisajes, son de una belleza sin par, de un dibujo correctísimo, de una maravillosa riqueza de colores: en sus figuras palpita la vida; la carne de sus dánaes tiene todas las morbideces, todas las suavidades de las más perfectas formas femeninas; sus países son de una frescura y de una amenidad encantadoras, y las estofas con que adornaba los personajes retratados causan admiración por su hermoso colorido. De Tiziano ha dicho Taine: «Cada una de sus obras es tan rica como nueva, y en él, como en Rubens, se encuentra una imagen completa del mundo, una fisiología, una historia y una psicología abreviadas.» El Museo de Pinturas de Madrid contiene 42 obras de este pintor inmortal, á quien dispensaron grandes honores y mercedes nuestros reyes Carlos I y Felipe II; entre los más notables figura el de doña Isabel de Portugal, esposa del primero de estos monarcas, que en el presente número reproducimos, y que fué pintado por Tiziano después de la muerte de la emperatriz, habiéndose servido para ello de otro retrato que se supone ser de pintor flamenco y que fué hecho cuando Isabel contaba veinticuatro años.

***

Grato perfume, cuadro de Francisco Vinea.— El notable pintor italiano Francisco Vinea, recientemente fallecido, nació en Forlí en 1845 y estudió en la Academia de Florencia, de la que, siendo aún muy joven, fué nombrado profesor. Siguiendo el ejemplo de Fortuny, buscó para sus cuadros tipos y escenas tomados de los siglos XVII y XVIII, distinguiéndose sus obras por su brillante colorido y por su vigoroso dibujo. En las páginas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA hemos reproducido los lienzos más importantes de este artista, en todos los cuales se admiran sus excepcionales dotes:



El celebrado pintor italiano FRANCISCO VINEA, fallecido en Florencia en 31 de octubre último

el que hoy publicamos es también una bellísima muestra de su talento, que se complacía siempre en trasladar á la tela notas delicadas, graciosas y elegantes.

***

La cena del obrero, cuadro de José Israels.— Los cuadros de este notable pintor alemán se distinguen por la maestría con que en ellos aparecen combinados el realismo y el sentimentalismo. Ninguna de sus composiciones es producto de la fantasía, todas están tomadas de la vida real, y en su mayor parte reproducen escenas familiares de gentes humildes. El pintor nada ha puesto de su propia cosecha para emocionar á los que contemplan sus obras; no se ve en ellas una sola nota de preconcebido efectismo, y sin embargo, la emoción se produce y el efecto surge por la misma naturalidad y sencillez con que el artista ha expresado sus propias sensaciones, como sucede con *La cena del obrero*, pintura hondamente sentida y acertadamente ejecutada.

S. M. el rey Carlos de Portugal en París.— Como nota gráfica de la estancia del monarca portugués en París, publicamos el adjunto grabado que representa á Don Carlos en el castillo que en Dampierre poseen los duques de Luynes, después de la cacería que en aquella hermosa residencia se organizó en honor del regio huésped, que es un tirador excelente y muy aficionado al deporte cinegético. El castillo de Dampierre contiene valiosísimas obras de arte, entre las cuales merecen citarse especialmente la famosa estatua de la Palas del Partenón, restaurada por Simart, bajo la dirección del difunto duque de Luynes, el gran señor que fué protector decidido de las bellas artes, y una estatua de Luis XIII, modelada por Rude; guárdanse también allí objetos y recuerdos históricos de grandísimo valor.



S. M. el rey D. CARLOS de Portugal en París. Una cacería en el castillo de los duques de Luynes (de fotografía enviada por Branger Doyé)

MISCELÁNEA

Bellas Artes.— VENECIA. – La reconstrucción del *campanile* de San Marcos ha sido confiada al notable arquitecto Juan Boni, el cual ha dirigido con gran acierto los trabajos de descombramiento y ha recibido además el encargo de inspeccionar cuidadosamente los otros monumentos de aquella ciudad á fin de atender á su conservación. El *campanile* se reconstruirá en su antigua forma, sobre cimientos más sólidos y con materiales escogidos. Asimismo se reconstruirá la Logetta de Sansovino, en cuyos espacios laterales se instalarán, formando como un museo especial, los principales restos de la antigua construcción que ahora no se utilicen. La circunstancia de no haberse encontrado los planos originales de la Logetta será causa de que ésta no pueda reedificarse de una manera absolutamente exacta á como era antes; pero los muchísimos estudios que de ella existen, hechos por arquitectos modernos, permitirán aproximarse mucho al original. Boni calcula que las obras de reconstrucción durarán cinco años y que su coste se elevará á tres millones de liras; las suscripciones, donativos y subvenciones dan hasta ahora un total disponible de un millón y medio.

PARÍS. – En el Hotel Drouot se ha vendido recientemente un retrato del almirante van Tromp, pintado sobre madera por Rembrandt. Esta tabla, cuyas dimensiones son de 33 por 27 pulgadas y que se vendió en 1832 en París por 17.100 francos, ha sido vendida á un alemán por 300.000.

BERLÍN. – El Gabinete de grabados de Berlín ha adquirido una magnífica colección de dibujos antiguos que consta de 3.456 hojas: en ella figuran, entre otras, 1.292 obras de artistas italianos de los siglos XV y XVI y 1.553 de artistas franceses del siglo XVII.

***

Teatros.— *París.* – Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Antoine *La Reprise*, comedia en dos actos de Mauricio Vancaire; *L'Enquete*, comedia en dos actos de Jorge Henriot, y *L'Aventure*, comedia en dos actos de Max Maurey; en la Renaissance *La Chatelaine*, bellísima comedia en cuatro actos de Alfredo Capus; en el Athenée, *Le Cadre*, comedia en tres actos de Pedro Wolff; y en el Chatelet *Les aventures du capitaine Corcoran*, comedia de gran espectáculo en cuatro actos y veinticuatro cuadros, de Pablo Gavault, Jorge Berr y Adriano Vely, tomada de la del mismo título de Alfredo Assolant y que ha sido puesta en escena con un lujo extraordinario.

Barcelona. – Se ha estrenado con grandísimo éxito en el teatro Romea *Aigua que corre*, hermoso drama en tres actos de Angel Guimerá, que ha proporcionado á su ilustre autor uno de los más brillantes triunfos de su gloriosa carrera literaria. En el Eldorado ha sido recibida con aplauso *La boda*, zarzuela en un acto y cinco cuadros, letra de los Sres. García Álvarez y Casero y música de los maestros Calleja y García Álvarez. La Sociedad Filarmónica que con tanto acierto dirige el maestro Crickboom ha dado en el teatro de Novedades un notable concierto que ha corrido á cargo del célebre «Trío de Francfort,» formado por los Sres. Rebner (violín), Hegar (violoncelo) y Friedberg (piano), quienes ejecutaron magistralmente tres obras de Brahms, Haydn y Beethoven, que les valieron sendas y entusiastas ovaciones. En el Palacio de Bellas Artes se ha celebrado un gran festival organizado y dirigido por el maestro D. Antonio Nicolau, con el concurso del «Orfeó Catalá,» dirigido por el maestro Millet; «Eco de Catalunya,» dirigido por el maestro Comella; Banda Municipal, dirigida por el maestro Sadurní; órganos eléctricos, á cargo del maestro Daniel, la Escuela Municipal de Música y una orquesta de cien profesores, formando una masa coral é instrumental de seiscientos cincuenta ejecutantes: todas las piezas del programa fueron calurosamente aplaudidas, especialmente el Canto elegíaco á la memoria del Dr. Robert, grandiosa é inspirada composición del Sr. Nicolau, y *La patria nova*, de Grieg, que causaron un efecto indescriptible.

– En el teatro Municipal de Hamburgo se ha representado con igual éxito que en Munich y en Dresde la comedia de Tirso de Molina *Don Gil de las calzas verdes*, traducida al alemán por Federico Adler.

Necrología. – Han fallecido:

Luis Hartmann, pintor muniquense, miembro honorario de la Real Academia bávara de Artes plásticas.

Walter Hanser, importante hombre de Estado suizo, presidente que fué en 1900 de la Confederación Helvética.

César Scharff, escultor hamburgués.

Aquiles Sennarelli, célebre arqueólogo italiano.

Eugenio Müntz, historiógrafo, artístico francés, que se distinguió especialmente por sus investigaciones sobre las antigüedades y el arte de Roma desde los siglos XIII á XVI.

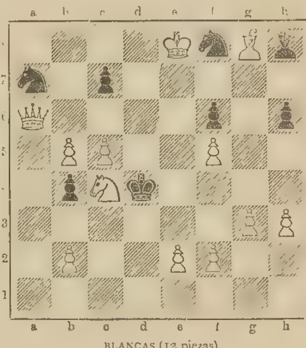
Julia Schwarz-Hagen, notable pintora alemana.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 302, POR L. A. KUIJERS.

Segundo premio del Concurso de «La Stratégie,» sección C.

NEGRAS (8 piezas)



BLANCAS (12 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 301, POR M. FEIGL.

Blancas.	Negras.
1. Tf3—e3	1. Re5—f4
2. Ae7—f6	2. Cualquiera.
3. D ó T mate.	

VARIANTES.

1... Af2×e3; 2. De1—g3 jaq., etc.
1... Re5—d4; 2. De1—a1 jaq., etc.
1... Aa6—c8; 2. Cc5—d3 jaq., etc.
1... Af2×e1; 2. Cc5—d7 jaq., etc.
1... Ca8—b6; 2. De1—a1 jaq., etc.
1... Otra jug.ª; 2. De1—a1 jaq. ó Cc5—d7 jaq., etc.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. - ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

– ¿No ha dormido usted, doctor?

– No; tenía la cabeza llena de ideas. ¡He pensado en tantas cosas! Por ejemplo, he pensado en que tenía usted razón en considerarme como un oso y en que acaso no valga la pena de intentar humanizarme. ¿Qué le parece?

– Yo... francamente..., balbuceó Leonia tratando de retirar su mano.

– Y sin embargo, sólo de usted depende, señorita. Vivir solo toda la vida, sin nadie que se ocupe de uno, que le quiera á uno, es muy triste, créalo usted. Mientras se tiene madre ó una hermana, es muy distinto; pero yo no tengo más que á ese estúpido de Dagoberto, y ya sabe usted qué casta de muchacho es.

– Pero, doctor, hablar de esto mientras Odensberg...

– Odensberg hará el favor de esperarse hasta que nosotros estemos entendidos, dijo Hagenbach interrumpiéndola. Y es preciso que nos entendamos; lo he decidido solemnemente esta noche durante mi desvelo. Esta mañana vine á verla, pero no me recibió; volví hace poco, pero estaba usted con la señora de Ringstedt y entonces me permití una grave indiscreción: entré en su cuarto porque quería ver su escritorio, y encontré un retrato que me es muy querido y que será hasta sagrado para mí, el retrato de su pobre madre, y vi, por consiguiente, que no ha tardado usted en destruir los recuerdos de un..., de aquel...

El doctor comenzaba á embrollarse y se calló; no quería proceder tontamente como la primera vez; así es que se levantó, y acercándose á la señorita Friedberg le dijo sencillamente:

– Leonia, ya sabe usted que la quiero. Tengo un carácter difícil, es verdad; pero ya he dicho á usted que de ello tiene la culpa mi existencia solitaria. Procuraré enmendarme, y de todos modos puedo asegurar á usted que seré siempre un hombre atento, que la querré y que si usted consiente, seré feliz... ¿No contesta usted nada, Leonia, nada? ¡Buena señal!

Leonia guardaba silencio; tenía las mejillas encendidas y los ojos bajos: la generosidad, el corazón de aquel hombre la conmovían. Habíale ella rechazado con altanería, con desprecio, y él no sólo la había perdonado, sino que además había olvidado su actitud ofensiva desde el momento en que apenas transcurridas veinticuatro horas de la penosa sacudida por ella experimentada, reproducía sus ofrecimientos con tanto corazón y tanta delicadeza. ¿Cuántos hombres habrían hecho lo mismo?.. Leonia nada respondió; pero se levantó, sin alzar los ojos del suelo, y tendió la mano al doctor, el cual, comprendiendo en seguida lo que esto significaba, cogió aquella mano, atrajo á sí á la joven, le ciñó el cuello con el brazo izquierdo, hizo que apoyara su cabeza sobre su hombro, y contemplándola con infinita ternura, le besó los cabellos, la frente y la boca.

– ¡Gracias sean dadas á Dios!, exclamó luego con toda su alma.



... y contemplándola con infinita ternura, le besó los cabellos, la frente y la boca

– ¡Bendito sea!, añadió la vocecita de aquella cara escondida sobre el pecho amante.

Hagenbach volvió á abrazarla.

– Mañana se lo escribiré á Dagoberto y le diré que prepare una canción de boda en honor de su futura tía.

– ¡Pero, doctor!..

– Querida mía, me llamo Pedro. Sé que este nombre no te gusta, que no te parece bastante poético, pero ¿qué quieres? Así me bautizaron y así habrás de acostumbrarte á llamarme. No puedes imaginar cuán nuevo será para mí oirme llamar por mi nombre y no doctor, ó Hagenbach... Las esquelas de participación dirán: el doctor Pedro Hagenbach y la señorita Leonia Friedberg.

– ¿Pero tienes otros nombres, además del de Pedro?, atrevióse á preguntar la joven, á quien el doctor Hagenbach seguía estrechando entre sus brazos.

– ¡Ya lo creo! Pedro, Francisco, Hugo, estos son mis nombres.

– ¿Hugo? ¡Qué bonito! Te llamaré Hugo.

– De ningún modo, repuso el doctor con energía. Me llamo Pedro, como mi abuelo, y Pedro seré mientras viva.

– Me has dicho, replicó Leonia separándose un poco de él y mirándole risueña, que desde hace tiempo sólo te oyes llamar doctor y Hagenbach. Si tanto tiempo hace que nadie te llama por tu nombre, ¿qué más te da uno que otro? Hugo y Leonia casan perfectamente, ¿no te parece?

– No, respondió el doctor volviendo la cabeza para no ver aquellos ojos tan dulces.

¡Ah! ¡Cuán bien le sonaba, por más que dijera, aquel nombre pronunciado por aquella voz! Pero su oposición no era al nombre, sino á la insinuación de Leonia de querer tener una voluntad propia. ¡Ah, no! Por esto él no pasaba: en su casa, la mujer no mandaría al marido; así lo había resuelto firmemente, y lo mejor era empezar desde luego.

– Como quieras, dijo entonces la joven sumisa. Me inclino ante tu voluntad; pero creía que te gustaría tener un nombre bien mío, dado por mí..., oirte llamar por mí Hugo, querido Hugo.

– Y sin embargo, he de ser Pedro, no hay remedio, repuso el doctor haciendo un último esfuerzo para mostrarse enérgico. Has de someterte á esto..., es una pequeñez....

– ¡Oh! En cuanto á mí, me considero feliz dándote gusto en todo, no te llevaré en nada la contraria..., pero este primer favor que te pido el primer día de nuestros desposorios, ¿de veras me lo niegas? ¿Es posible, Hugo mío?

– Si tanto te gusta..., dijo el doctor emocionado, dichoso por aquellas palabras, haz lo que quieras..., pero en las participaciones...

– Pondremos Hugo y Leonia, magnífico. ¡Gracias, gracias de todo corazón, Hugo mío, gracias por esta prueba de cariño!

¿Qué podía hacer el pobre Pedro Hagenbach? Vió que su intención había sido mal interpretada, mas no halló modo de aclarar el equívoco. Sin embargo, no quiso marcharse sin un premio á su condescendencia, así es que sonriendo al ver el semblante dichoso y los ojos radiantes de su novia, la cogió entre sus brazos y la besó cariñosamente.

XXII

En el entretanto, el Sr. Dernburg estaba en su cuarto de estudio y allí recibía las noticias bien poco tranquilizadoras que de los talleres le comunicaban. En otro tiempo, cualquiera noticia del menor altercado entre sus trabajadores le habría movido á ir á enterarse personalmente, entre ellos, de lo que ocurría; ahora, por el contrario, rehusaba todo contacto con los obreros; hacía tiempo que no les hablaba, y hasta cuando iba cada día á los talleres, no sólo no conversaba con ellos, sino que ni siquiera los miraba.

Estaba de pie delante de la ventana, sumergido en sombríos y angustiosos pensamientos; oyó abrir la puerta, y se volvió lentamente creyendo que le llevaban más noticias; pero de pronto estremecióse y clavó su mirada en el que entraba, como si no quisiera dar crédito á sus ojos.

–¡Egberto!

Runeck cerró la puerta y se detuvo.

–Perdone usted, dijo en voz baja, que me haya valido de mi antiguo privilegio de entrar sin anunciarme; será la última vez.

Dernburg recobró rápidamente su aplomo, pero sus ojos despedían llamas y el acento de su voz era glacial.

–No esperaba ciertamente ver á usted en Odensberg, señor Runeck. ¿Qué desea el ilustre diputado? En verdad creía que nada teníamos ya que decirnos.

Runeck había esperado una acogida semejante, y sin embargo miró á Dernburg con expresión de doloroso reproche.

–Sr. Dernburg, dijo, es usted demasiado justo para hacerme responsable de los excesos de aquella noche. Estaba en la ciudad con...

–Con Landsfeld, ya lo sé, dirigiendo desde allí el movimiento.

Egberto palideció y avanzó un paso.

–¿También me acusa á mí? ¿Es posible que me crea usted capaz de haber tomado parte en aquellos insultos? ¿Cree usted que si hubiese tenido noticia de ellos no los habría impedido?

–Dejemos esto, dijo Dernburg fríamente. Señor Runeck, no somos más que dos adversarios políticos; alguna vez habremos de encontrarnos en la vida pública, pero entre nosotros jamás existirán otras relaciones que estas. Cualquiera cosa que tenga que comunicarme en lo sucesivo, preferiré que me la comunique por escrito. Pero ya que ha venido, ¿qué desea de mí?

–No he podido decírselo por escrito porque era necesario que le hablase, y si le parece extraña mi presencia...

–Me parece extraña en mi despacho; la encontraría naturalísima allí en los talleres, entre sus electores, que se preparan para reproducir las hazañas del día de la elección..., pero corregidas y aumentadas, según parece. ¿No quiere usted unirse á ellos, ponerse á su frente y guiarlos contra mí? Estoy preparado hasta para esto.

El joven ingeniero no pudo contenerse: aquellas duras palabras le habían herido demasiado profundamente y le hicieron perder la calma.

–¡Sr. Dernburg, exclamó, no use ese tono! Desahogue sobre mí toda su rabia, todo lo soportaré, pero no me hable de este modo. No merezco de usted semejante castigo.

–¿Castigo? Yo creía que ya no estaba usted bajo mi férula, dijo Dernburg dejando el tono irrisorio, pero hablando con voz dolorida. Pero ¡acabemos de una vez! ¿Qué quieres? ¿Qué es lo que vienes á ofrecerme? ¿Tu protección contra mis operarios? Lo comprendo; una señal de su diputado será bastante para calmarlos, para contenerlos. Muchas gracias, pero proveeré á todo sin ayuda de nadie. La mitad de la gente está ya arrepentida de la promesa que le han arrancado de dejar el trabajo, y quería volver mañana á los talleres; mas ahora soy yo el que les prohibo trabajar hasta que se sometan incondicionalmente y se separen por completo de los que les acaudillan.

–Sr. Dernburg...

–¿Quieres decir que se atreverán? También yo lo creo. Teniéndolos como los tenéis amarrados á la cadena, ¿cómo podrán obrar por cuenta propia? En tal caso se declarará la guerra, y si ellos me han empujado á los extremos, ahora seré yo el que usará remedios radicales.

Runeck calló durante unos segundos; después con aire serio y sombrío dijo:

–Esas palabras son muy graves.

–Lo sé. ¿Crees que ignoro el alcance de las consecuencias, en el caso de que esos millares de obreros dejen de trabajar por espacio de algunas semanas ó quizás de algunos meses? La gente quedará sumida en la miseria, en la desesperación, y yo tendré que presenciarlo impasible; pero la responsabilidad caerá sobre ti y sobre tus compañeros, que no me habéis dejado en libertad de excogitar otros medios. Durante una generación entera han reinado en Odensberg la paz y las bendiciones, y creo haber hecho cuanto un hombre puede hacer por sus operarios. En cambio, vosotros habéis sembrado la discordia y el odio, y ahora que la cizaña ha crecido, ¡recoged, cosechad!

Y acercándose á Egberto, que estaba con la cabeza baja, añadió con acento de burla:

–¿Has venido para servir de intermediario? ¿Has sentido remordimientos y vienes á hacer de conciliador? Podías ahorrarte este trabajo: á ti más que á nadie negaré este derecho, y luego... no quiero mediaciones. Entre yo y los obreros de Odensberg se ha roto todo vínculo y no somos más que enemigos.

–No he venido como intermediario, respondió Egberto resueltamente. Mi visita para nada se relaciona con estos asuntos; lo que me ha obligado á venir ha sido un deber penoso al cual no he podido substraerme. Mi visita se refiere al barón de Wildenrod, á quien usted ha concedido la mano de Maya.

Dernburg se apartó y contempló á Runeck asombrado.

–¿Estás enterado de esta unión? Pues bien: sí, no hago de ello un misterio.

–Por fortuna lo he sabido á tiempo para intervenir.

–¿Tú? ¿Quieres acaso oponerte?, preguntó Dernburg con aspereza. Hubo un tiempo en que te habría escuchado..., entonces Maya era libre, su corazón no estaba interesado; pero tú quisiste sacrificar hasta tu amor á tus convicciones, junto con todo lo demás.

–Jamás he estado enamorado de Maya, respondió Egberto con acento vibrante. La he querido siempre como amiga de la infancia, como hermana de Enrique; su afecto ha sido el primer sentimiento agradable de mi vida, y he sido siempre para ella un hermano, pero nada más.

La declaración era tan franca, tan leal, que no daba lugar á duda.

–De modo que hasta en esto me he equivocado, repuso Dernburg lentamente. Y si es así, ¿qué tienes que decir contra el matrimonio de mi hija?

–Quiero evitar que sea la presa de un... miserable.

–Egberto, ¿estás loco?, gritó Dernburg. ¿Sabes de quién hablas? Esa acusación infame...

–Sabré probarla. Habría hablado antes, pero no he conocido hasta ahora el plan del barón de conquistar Odensberg con la mano de Maya. Ahora debo hablar y usted debe escucharme.

Dernburg, en extremo pálido y con los ojos dilatados, se negaba á dar crédito á lo que oía.

–¡Habrás de darme todas esas pruebas!, exclamó con voz ronca. Habla pronto.

–El barón de Wildenrod, dijo Egberto con voz pausada, pasa por rico, pero no tiene un céntimo. Hace doce años hubo de abandonar la carrera diplomática porque la muerte de su padre le dejó sin recursos. El viejo barón se suicidó desesperado en vista de la ruina de su casa, y su familia debió á la antigüedad de su nombre la intervención del soberano, el cual la salvó de la deshonra comprando todos los bienes, cargados de deudas, y pagando á los acreedores. La viuda recibió una pequeña pensión hasta su muerte y el hijo salió de Alemania, en donde no volvió, en muchos años, á poner los pies.

Dernburg escuchaba en silencio, fruncida la frente. A él le habían dado otra explicación que si no contenía falsedades, pasaba por alto por lo menos el suceso más importante, el que cambiaba el aspecto de las consecuencias, á saber, la ruina de la familia.

–Tres años hace conocí á Oscar de Wildenrod, siguió diciendo Egberto. Le encontré en Berlín en casa de cierta señora de Szarewski, dama muy rica y que vivía con gran lujo. Daba yo lecciones de dibujo á sus hijos, y por esta circunstancia la veía con frecuencia, y aun, accediendo á sus deseos, le hice un plano para una quinta que deseaba edificar. Gustóle mi obra, y para demostrarme su agradecimiento me invitó á una de sus reuniones, invitación que no me atreví á rechazar porque para proseguir mis estudios necesitaba dar aquellas lecciones de dibujo. Fuí, pues, y me encontré completamente extraño en medio de aquella sociedad numerosa, elegante, que no me inspiraba el menor interés; aburrido de andar por los salones, me retiré á un saloncito en donde el hermano de la dueña de la casa jugaba á cartas con otros señores, entre los cuales estaba el barón de Wildenrod, quien, según deduje de la conversación, estaba en Berlín desde hacía tres meses y pensaba pasar allí todo el invierno. En aquella sesión de juego, favorecíale constantemente la fortuna, mientras que los demás perdían siempre. El hermano de la señora Szarewski, jugador apasionado, apostaba cada vez más fuerte sin lograr ganar nunca; en cambio Wildenrod había ya ganado una cantidad considerable. Aquel espectáculo me repugnaba, y me disponía ya á alejarme de aquel sitio, cuando un caballero anciano, el conde Almers, que era uno de los jugadores, dió un grito de rabia, y aferrando de improviso la mano del barón, la sujetó entre las suyas como entre unas tenazas, y con voz iracunda le llamó fullero

–¿Tú lo viste?, exclamó Dernburg.

–Lo vi con mis propios ojos y lo oí con mis propias orejas. Y además presencié todo cuanto después sucedió: todos los jugadores pusiéronse en pie produciéndose una agitación espantosa; todos hablaban en voz alta, excitada, y allí acudieron todos los demás invitados y la señora Szarewski, la cual suplicó que se guardara silencio sobre lo ocurrido para salvar su casa de un escándalo. Wildenrod se fingió ofendido, furibundo, y amenazó desafiar al conde, pero se aprovechó de la confusión para desaparecer de la escena. Entonces el conde refirió que hacía tiempo sospechaba del barón y le había vigilado pacientemente hasta aquella noche, en que había conseguido cogerle in fraganti y desenmascararle. Sostenía el conde la necesidad de hacer público el hecho porque Wildenrod frecuentaba los círculos más elevados, de donde son expulsados tales elementos sin consideración alguna; pero las súplicas de la dueña de la casa y las persuasivas indicaciones de su hermano lograron de los testigos de aquel suceso la promesa de guardar silencio sobre él, á condición de obtener la inmediata partida de Wildenrod. Esta condición fué superflua: el barón no pensaba en desafiar al conde ni en dar satisfacciones, y al día siguiente se supo que se había marchado de Berlín durante la noche.

Runeck exponía los hechos sencilla y concretamente, pero con tal expresión, que su relato causaba una impresión terrible. Dernburg no se movía; parecía como si aquello no le interesara, como si no lo escuchara siquiera, pero estaba anonadado.

–Sigue, dijo con acento sombrío.

–Desde entonces no volví á oir hablar de Wildenrod ni volví á verle hasta el día en que le encontré aquí, en Odensberg, como futuro cuñado de Enrique. Le reconocí en seguida; en cambio, él no se acordaba de mí y aun rechazó con altanería cierta alusión que le dirigí sobre aquel incidente.

–¿Y por qué no hablaste desde luego?

–¿Me habría usted creído no pudiendo ofrecerle pruebas de mis acusaciones?

–No, pero habría podido informarme y averiguar la verdad.

–Así lo hice yo por usted, y valiéndome de mis relaciones en Berlín, escribí á la comarca de donde es oriundo Wildenrod y hasta á Niza, en donde Enrique le había conocido. No fué culpa mía si para conseguir todas las respuestas, todos los informes seguros, han sido necesarios tantos meses; lo mismo le habría pasado á usted. Cierto que se me ocurrió indicar á usted algo que le pusiera en guardia, pero usted habría deshecho la boda de la cual dependía la felicidad de Enrique, quien habría indudablemente muerto de pena. Una vez que me atreví á hablar indirectamente de la posibilidad de tal suceso, Enrique me dijo que estaba íntimamente persuadido de que la pérdida de Cecilia sería su muerte. Y comprendí que decía la verdad y no quise asumir la responsabilidad de tal desgracia.

–¿Cecilia?.., exclamó Dernburg como herido por repentina sospecha. Cecilia..., precisamente este asunto le toca de un modo principal..., ¿qué participación ha tenido en todo esto? ¿Qué sabe de ello?

–Nada, absolutamente nada. Vivía tranquila, sin sospechar nada, con el hermano á quien creía rico, cuando se desposó con Enrique. Aquí, en Odensberg, fué donde por mí supo que había en la existencia de Oscar algo grave, algo obscuro, pero... no tuve valor para decirle toda la verdad. La manera como acogió mis alusiones me dió la prueba más convincente de que á ella no se le puede reprochar nada, de que es completamente inocente.

Dernburg respiró como si se sintiera aliviado de un gran peso: para él había sido horrible el temor de que pudiera recaer una sombra de culpa sobre su amada nuera.

–¡Gracias, Dios mío!, murmuró emocionado en voz baja.

Egberto sacóse del bolsillo una cartera y extrajo de ella varias cartas.

–Aquí está la carta del conde Almers que declara, por su honor, la verdad de aquel hecho; he aquí los informes acerca de la muerte de aquel viejo barón, las cartas de Niza... Enrique debía estar ciego, ó más bien le tuvieron intencionadamente alejado de todas las personas que podían advertirle, pues de lo contrario habría sabido en qué concepto era tenido en Niza su cuñado. El barón de Wildenrod era considerado como persona equívoca, como un jugador de profesión, y se abrigaban muchas sospechas acerca del modo cómo lograba siempre tener la suerte de su parte; pero nadie había conseguido obtener pruebas, y por esto seguía él adelante.

Dernburg cogió la cartas que Runeck le presentaba y se acercó al cordón de la campanilla.

– Ante todo, dijo, debo oir á Wildenrod. Supongo que no vacilarás en repetir delante de él las acusaciones.

– Ya lo he hecho, Sr. Dernburg; vengo ahora mismo de su cuarto. Quise intentar un último esfuerzo para que la cosa terminara lo más tranquilamente posible; pero no he podido lograrlo. El barón sabe que en este momento estoy aquí, delante de usted, pero... no me ha seguido para disculparse.

– De todos modos, debo hablarle, repuso Dernburg tocando la campanilla. Diga usted al barón, ordenó al criado que se presentó, que le ruego venga á mi despacho.

El criado salió. Siguióse un largo silencio, durante el cual sólo se oía el roce de las cartas que Dernburg abría una después de otra, leyéndolas atentamente y poniéndose cada vez más pálido. Egberto, mudo, con los brazos cruzados, no se movía. Pasaban los minutos; fué una pausa larga, eterna, hasta que volvió el criado.

– El señor barón, dijo éste, no está en su cuarto ni en casa. Quizás ha salido ya.

– ¿Salido? ¿Para dónde?

– Probablemente para la ciudad. Me han dicho que hace poco había dado orden de que engancharan y de que el coche le esperara detrás de la puertecita del parque. En este momento debe ya haberse marchado.

Dernburg despidió al criado con un gesto, y apenas se hubo cerrado la puerta, las fuerzas le abandonaron, y lanzando un grito desesperado, se dejó caer sobre una silla.

– ¡Hija mía! ¡Pobre Maya! ¡Tanto como quiere á ese hombre!

Y escondió la cabeza entre las manos.

Era desgarradora la desesperación de aquel anciano, que acostumbrado á afrontar impávido cualquiera lucha de la existencia, sentíase ahora impotente, anonadado, ante la desventura de la hija idolatrada.

Egberto se acercó á él y con voz temblorosa murmuró:

– ¡Sr. Dernburg!

– ¡Vete! ¿Qué quieres?, exclamó éste rechazándole con brusco ademán.

– ¡No me rechace ahora que sufre!

– ¿Y á ti qué te importa que sufra ó no? ¡Vete!

– No puedo dejarle solo. Enrique ha muerto... y usted no tiene quien le ayude á soportar este golpe. Concédame, siquiera en este momento, el derecho de estar á su lado que tenía en otro tiempo.

– No, exclamó Dernburg con semblante irritado y golpeando violentamente el suelo con los pies. ¡Vete! Te has separado de mí y de los míos y has renunciado, por consiguiente, al derecho de sufrir con nosotros. Ve, vuelve con tus amigos, con tus socios, á quienes me has sacrificado. Ahora perteneces á esa gente, aquel es tu puesto. Ellos me han hecho daño, ¡sólo Dios sabe cuánto!, pero tú me has hecho más que todos ellos juntos, porque tú eras el que más cerca estabas de mi corazón... ¡Vete! De ti no puedo aceptar consuelos, afecto, nada, porque ya no te creo. Has trabajado ocultamente contra mí.

– ¡Eso no, lo juro!

– ¡No jures! Me has hecho traición, me has abandonado, ¿cómo, pues, puedo ahora creerte? ¡Vete! Antes que aceptar tu ayuda, prefiero la ruina.

Y después de pronunciadas estas palabras entró en la biblioteca, cerrando la puerta violentamente. ¡El dolor pasado hacía más intolerable el sufrimiento presente!

XXIII

Acercábase la hora del crepúsculo y se aproximaba una tempestad. El cielo habíase cubierto enteramente de negras nubes y un viento frío arremolinaba las hojas rubias y amarillas de los árboles, los cuales extendían sobre la tierra desolada sus brazos casi desnudos.

Maya regresaba sola de la tumba de su hermano. A aquella muchacha, apenas entrada en la juventud, en la plenitud de una dicha que la fascinaba sin dejarla reflexionar, repugnábale todo cuanto se relacionaba con la muerte y la desolación. Por cariño á Cecilia, por la memoria de su hermano, acompañaba siempre á su cuñada en las frecuentes visitas que ésta hacía á las tumbas de los Dernburg; pero Cecilia no quería nunca que la joven permaneciese allí largo rato, y aquel día también, apenas la vió desconsolada y llorando, le suplicó que se marchara á casa, que ella no tardaría en seguirla.

Maya caminaba despacio, y al pasar por delante del estanque de las rosas se detuvo: allí le había declarado Oscar por vez primera su amor.

¡Cuán distinto el pequeño lago de aquel suave día de primavera, en que brillaba en todo su esplendor el sol de mayo! El suelo estaba ahora cubierto de hojas secas; las plantas de la orilla estaban marchitas, y el lago, opaco, negro, infundía espanto.

No se oía ya el gorjeo de los pájaros entre las desnudas ramas; todo estaba mudo, muerto, y los montes que en aquel espléndido mes de mayo se ostentaban teñidos de un hermoso azul, veíanse ahora envueltos en espesa niebla.

Maya miró durante largo rato en torno suyo: aquel paisaje tan cambiado le llenaba el alma de tristeza.

Sintió frío y se abrigó con la capa, y reanudó su lenta caminata, cuando de pronto de un grupo de árboles salió Oscar de Wildenrod.

– Te he buscado por todo el parque, le dijo con voz agitada, y ya creía no encontrarte.

– Hemos ido con Cecilia á la tumba de Enrique, y allí está todavía tu hermana.

– Tanto mejor; he de hablarte á solas. ¿Quieres escucharme?

Y sin esperar su respuesta, hizo que se sentara en un banco debajo de una haya gigantesca cuyas inmensas ramas parecían espectros. Al sentarse, observó Maya que Oscar tenía el semblante demudado.

– ¿Qué ha sucedido?, exclamó cogiéndole del brazo. Papá...

– No, no se trata de tu padre, sino de mí, mejor dicho, de nosotros dos. Oye, Maya, he de decirte algo muy serio, muy grave... y ahora vas á demostrarme la verdad y la intensidad de tu amor. ¿Me amas, no es verdad? Me lo dijiste aquí, en este mismo sitio, ¿te acuerdas? Entonces creí ofrecerte la dicha, una vida llena de alegrías... Ahora..., ¿te sientes capaz de sobrellevar conmigo también las penas?

Maya le contempló aturdida, confusa ante aquel torrente de palabras.

– Pero... ¿qué quieres decir?, preguntó temblando. No te comprendo y me das miedo.

– Te pido un sacrificio, un gran sacrificio... ¿Estás pronta á hacerlo por mí?

– ¿Por qué me lo preguntas? Estoy dispuesta á hacer todo cuanto quieras.

– ¿Hasta á abandonar á tu padre y tu patria? ¿A seguirme al extranjero?

– ¡Papá! ¡Mi patria!, repitió la joven juntando las manos, desesperada de no comprender. Pero ¿por qué, si nos quedamos en Odensberg?

– No..., no puedo quedarme. Debo partir. ¿Quieres venir conmigo?

– Yo..., no te comprendo, Oscar, dijo convulsivamente Maya temblando de pies á cabeza.



– Te he buscado por todo el parque, le dijo con voz agitada, y ya no creía encontrarte

Oscar la rodeó con su brazo y la atrajo sobre su pecho; la joven le contemplaba con los ojos desmesuradamente abiertos y con expresión de terror. No taba entonces que Wildenrod tenía el rostro cadavérico, como nunca se lo había visto, y que sus ojos despedían fuego como la primera vez que entró en casa de Dernburg causándole tanto miedo.

– Maya, dijo el barón con voz agitada, febril, ya te dije que mi pasada existencia ha sido una caza desesperada en pos de la felicidad..., pero la felicidad huía siempre de mí, hasta que al fin logré conquistarla aquí, con tu amor, ángel mío... ¿Te acuerdas de que te lo dije?

– Sí, murmuró Maya.

¡Y tanto como lo recordaba! Se lo había dicho en aquel mismo sitio cuando le declaró su pasión.

– Entonces no pude revelar mi pasado ante tus ojos inocentes, prosiguió Oscar, y ahora tampoco puedo. Pero basta que sepas que en ese pasado hay una sombra, una sola, pero... una sombra.

(Continuará.)

BARCELONA. – EL ESTABLECIMIENTO «TORINO»

La casa Martini y Rossi, de Turín, que se dedica á la fabricación de vermouths y cuyo gerente apoderado para España es D. Flaminio Mezzalama, ha inaugurado hace poco en esta ciudad un establecimiento dedicado principalmente á la expendición de aquel aperitivo. Hállase situado en uno de los sitios más importantes de nuestra capital, en el cruce del Paseo de Gracia y de la Granvía, y está montado con tanto gusto como suntuosidad. Ostenta la fachada como notas artísticas una marquesina de hierro forjado y repujado, con cristales en que se lee el nombre del establecimiento, y una bellísima escultura alegórica; las puertas y aparadores son de un dibujo original y de severas y elegantes líneas.



Barcelona. – El establecimiento «Torino.» Detalle de la puerta de entrada

La tienda afecta una forma angular, y en ella llaman la atención los arrimaderos de madera esculturada, que se completan en la parte superior con adornos de cartón piedra, produciendo unos y otros excelente efecto.

En las paredes hay varios notables tapices y pinturas al fresco, una de las cuales, de gran tamaño, representa la caza; los aparatos para la iluminación son de bronce y cristales de colores.

La parte de la tienda que da á la calle hállase separada del interior de la misma por medio de un grande arco, que sostienen en sus extremos dos grupos de columnitas: en dicha pieza está situado el mostrador, que tiene por frontis un mosaico sobre fondo de oro, hecho en Venecia por encargo de la dirección de las obras. El decorado de esta parte del establecimiento revela el mismo buen gusto y la misma riqueza que el de la otra, y en él figuran, entre otros elementos decorativos, los escudos de las casas reales de España, Italia y Portugal, de las cuales es proveedora la casa Martini y Rossi, de Turín.

Completa el establecimiento un local de vastas dimensiones, con las paredes y el techo forrados de cartón de un dibujo sumamente original; esta pieza se ilumina por medio de unos preciosos aparatos de cristal de color azul fabricados en Venecia.

La dirección de las obras ha corrido á cargo de D. Ricardo Campmany, habiéndose ejecutado parte de ellas con arreglo á los proyectos de los arquitectos Sres. Falqués, Puig y Cadafalch y Gaudí. La pintura de los tapices es debida al Sr. Urgell, el fresco á los Sres. Saumell y García, la escultura á los Sres. Buzzi y Massana, los mármoles á los hermanos Buzzi, las lámparas á los Sres. Masriera y Campins, los metales al Sr. Doménech, la marquesina al Sr. Ballarín, los vidrios al Sr. Bordalba, el artesonado de los techos y los arrimaderos de las paredes á D. Hermenegildo Miralles, la ebanistería á los Sres. Calonge é hijo, el mosaico del mostrador á la sociedad Mussio, de Venecia, las lámparas de cristal á la casa Fratelli Tosso, de Venecia, los hierros fundidos á la casa Quintana y la sillería á los Sres. Thonet, de Viena. Todos merecen aplausos sinceros por la perfección con que han llevado á cabo su cometido. También es digna de alabanzas la casa Martini y Rossi por su esplendidez en dotar á Barcelona de un establecimiento que la honra y que es un hermoso ejemplo de las tendencias artísticas de las industrias modernas que tanto contribuyen al embellecimiento de las grandes capitales. – M.



BARCELONA. – Fachada del establecimiento «Torino»



BARCELONA. – Interior del establecimiento «Torino»

EL JUEGO DE LOS ANIMALES

Los animales son como los niños, que no saben divertirse solos: nunca están más contentos que cuando se reunen varios y pueden saltar juntos y jugar al escondite. Grischow cuenta que un perrillo grifón se divertía en extremo jugando con una marta domesticada; perseguíanse el uno á la otra, ladrando el perro y desplegando la marta toda su agilidad, y á menudo sentábase ésta sobre la espalda de aquél, como se sienta un mono sobre la de un oso, y cuando el can estaba cansado de su jinete, sabía desembarazarse de él yendo más lejos que la cuerda que sujetaba á la marta. A veces se peleaban, y entonces la marta se escondía en un pequeño tonel y el perro se situaba junto á éste esperando que su amiga se desenfadara, cosa que no tardaba en suceder: la marta, con sus ojos maliciosos, salía de su escondite y daba unas palmaditas al perro, lo que era señal de que volvía á empezar el juego.

Beckmann ha referido hechos análogos á propósito de un tejón, cuyo compañero de juegos era un perro de muestra muy inteligente, á quien desde muy joven se había acostumbrado á alternar con toda clase de animales salvajes: uno y otro ejecutaban verdaderos ejercicios de torneo que mucha gente acudía á presenciar. La lucha consistía en lo siguiente: después de haber sacudido varias veces la cabeza, el tejón embestía como un jabalí al perro, situado á unos quince pasos de distancia, y al pasar por su lado procuraba darle un golpe con la cabeza; pero el perro saltaba elegantemente por encima de él, esperaba un segundo y un tercer ataque y luego huía al jardín. Si el tejón conseguía coger una de las patas traseras del perro, trabábase un reñido combate que, sin embargo, nunca degeneraba en lucha formal; y cuando le parecía que el juego había durado bastante, andaba hacia atrás, erizábasele el pelo é iba de un lado á otro como un pavo hinchado. Algunos momentos después, el pelo recobraba su posición normal y el tejón se dejaba caer lentamente en el suelo, sacudía la cabeza, lanzaba algunos *hu gu gu* conciliadores y el juego volvía á empezar.

Pueden verse aso-

ciaciones más extrañas todavía. Mlle. Minna Haas poseía un cervatillo domesticado que trabó amistad con dos grandes dogos, con los que le gustaba mucho jugar; cuando quería divertirse se aproximaba á los dos perros echados delante de la puerta, les daba un golpe con la pata y echaba á correr, y si los perros no tenían ganas de jugar, les mortificaba hasta que sacudían su apatía.

Los animales toman á veces por compañeros de juego á los niños y aun á las personas mayores. «Durante mi estancia en Túnez – dice E. Alix, – mi perro Sfax, entonces muy joven, se despepitaba por jugar al escondite con los chiquillos del país, prefiriendo para ello los depósitos de esparto. Sfax, escondiéndose entre las gavillas, describía los ziszás más complicados, y cuando los cinco ó seis muchachos que le buscaban creían cogerlo, se le veía aparecer encima de una gavilla, á veinte metros de distancia, unas veces delante, otras detrás, ora á la derecha, ora á la izquierda, y allí se estaba, con aire feliz y burlón á la vez, hasta que sus compañeros llegaban á dos ó tres metros de él; entonces movía la cola alegremente y volvía á describir otros ziszás, y así sucesivamente, á veces durante más de una hora.» Sabida es la afición que las cabras y los gatos tienen á jugar con los niños. ¡Cuántas veces jugué con mi gata y con sus pequeñuelos siendo niño! Brehm ha descrito de una manera encantadora los juegos de los gatitos: «La afición al juego se manifiesta muy pronto en los gatos, y la madre hace todo lo posible por desarrollarla, volviéndose pequeña con sus pequeños y por amor á ellos, lo mismo que la mujer madre que quiere jugar con sus hijos. Seria en apariencia, la gata permanece en medio de sus pequeñuelos, resumiendo la cuestión en la que Gersner reconocía ya un indicador del estado de alma. Los gatitos no comprenden todavía aquel lenguaje sin palabras, pero el movimiento les excita; sus ojos se animan, enderézanse sus orejas, algunos tratan de cogerse la punta de la cola con un movimiento violento; uno llega por delante, otro por detrás, un tercero intenta subirse sobre su madre y da una voltereta, el cuarto ha visto menearse las orejas de aquélla y se distrae con ello, y el quinto mama sin cuidarse de lo que hacen los demás. La vieja gata, impasible, se presta á todas las exigencias de sus pequeños.»

En las estepas rusas, los potros siguen al galope los carruajes durante horas y días enteros, sin más objeto que divertirse; pero estos son casos muy excepcionales. Generalmente los animales juegan con individuos de la misma especie, y sobre todo con sus padres y con sus hijos. El perro es un ejemplo de todo el mundo conocido. «El perro que ve venir á otro se agacha á veces en medio de la calle con súbito movimiento y se está quieto y atento. Este instinto de permanecer en acecho, tan frecuente en los spitz y en los grifones, es evidentemente rudimentario; porque así que el otro perro se acerca, el que acechaba se incorpora y sale tranquilamente al encuentro de su compañero, invitándole á jugar: uno de los dos perros se apoya, de la manera característica que es bien conocida, sobre sus patas delanteras, postura que le permite volverse rápidamente para emprender la fuga. El que está dispuesto á huir, ejecuta ciertos movimientos á derecha é izquierda antes de huir realmente, y en el entretanto, el otro ofrece á menudo un delicioso ejemplo de fingimiento, mirando de soslayo y aparentando no fijarse en lo que hace su congénere; después empieza la carrera echando el uno á correr á toda prisa y persiguiéndole el otro con más celo todavía. Si el perseguidor consigue acercarse á su presa imaginaria, la embiste de lado y procura cogerla por la nuca ó por las patas traseras, lo mismo que si se tratara de una presa real; el perseguido, sin dejar de huir, vuelve la cabeza é intenta defenderse mordiendo, y el juego degenera con frecuencia en una pequeña batalla. Los combatientes acaban por quedarse inmóviles, uno al lado del otro, jadeantes y con la lengua fuera, hasta que uno de ellos se vuelve rápidamente y el juego comienza de nuevo.» (K. Gross.)

La puma es el animal más juguetón del mundo; así opina, al menos, Hudson, á quien un inglés refirió que habiéndose visto obligado en cierta noche de luna á permanecer al raso en las pampas del Plata, vió á cosa de las nueve aparecer cuatro pumas, dos adultos y dos pequeños; y como sabía que este animal nunca ataca al hombre, se puso á contemplarlas tranquilamente y las vió dar saltos, perseguirse, esconderse como gatitos, saltando muchas veces por encima de él, que estaba echado en el suelo é inmóvil.

Los monos, los lobeznos, los zorros jóvenes, las marmotas, las hormigas, las ardillas, las focas y las comadrejas son también animales muy juguetones. Respecto de las últimas dice Brehm: «que en cuanto esos graciosos animalitos están un poco crecidos, juegan á menudo con su madre, y que es un espectáculo tan extraño como delicioso verles divertirse en pleno sol en los prados, sobre todo en los sitios en donde hay galerías subterráneas y agujeros de topo. Por uno de estos agujeros asoma una cabecita cuyos ojillos claros examinan con curiosidad el sitio; aparecen luego otras, y saliendo al prado se divierten sobre la hierba, mortificándose, mordiéndose y desplegando toda la agilidad característica de su especie.» Se ha visto también á veces jugar juntos comadrejas y cuervos. «Una comadreja – refiere un guarda de monte llamado Nordlinge – había escogido por asilo una zanja; rápida como el rayo salió de ella, paseóse por encima de las hojas muertas que cubrían el suelo, y ejecutó un ataque simulado contra uno de los cuervos que por allí había y le obligó á remontarse un poco, dando con agilidad suma atrevidos saltos y volviéndose y revolviéndose de un lado á otro como un pez fuera del agua. Después volvióse á la zanja, pero en seguida salió nuevamente y se sentó, esperando el ataque del cuervo, el cual, alargando el pico, acercóse á la comadreja sin poder alcanzarla; ésta se guardó muy bien de poner á prueba su habilidad ofreciéndose al pico de los pájaros, y el juego duró unos diez minutos, hasta que mi perro obligó á los cuervos á emprender el vuelo.»

Los ejemplos de aves que juegan con niños no son raros. Scheitlin, hablando de cigüeñas domesticadas, dice que fácilmente traban amistad, en particular con los niños, y que juegan gustosas: extienden sus alas, persiguen á sus amiguitos, y en cuanto han cogido á alguno por la falda ó por las mangas, echan á correr, volviendo de cuando en cuando la cabeza para ver si los chiquillos las persiguen; si éstos las cogen por el ala, se detienen inmediatamente y de nuevo persiguen á su vez á los niños.

Como último ejemplo daremos el siguiente, relativo á una urraca, que refiere A. Gunzel: «Por la mañana, durante las horas de recreo, visitaba los sitios en donde jugaban los niños y le agradaba ver cómo se peleaban, expresando su satisfacción por medio de saltitos. A los muchachos les gustaba mucho también jugar con el pájaro, el cual les presentaba su larga cola, y si querían cogerla, saltaba de costado, de modo que ninguno conseguía su objeto. Le agradaba asimismo en extremo que la hicieran rabiar, y seguía á todos los que habían intentado cogerla, á fin de que repitieran el juego.

Se asegura que las hormigas juegan al escondite, pero esto necesita confirmación.

ENRIQUE COUPIN.



La cena del obrero, cuadro de José Israels

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 1.º de diciembre de 1902 — Núm. 1.092

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



DÍA DE INVIERNO, cuadro de Enrique Serra

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

DECÍAMOS AYER...

Y suma y siguen á la orden del día los crímenes, con ó sin misterio, y continúan los criminales fugitivos que se evaporan como una gota de perfume y que para burlar á sus perseguidores emplean recursos de ópera cómica, enseñando la medalla de la policía, al modo que Lindoro, en el *Barbero de Sevilla*, enseña á los alguaciles el distintivo que cruza su pecho. Yo bien quisiera hablar aquí de altas y nobles acciones, ó por lo menos de estrictos deberes cumplidos; pero en cualquier hoja impresa que os caiga en las manos, no veréis sino puñaladas, tiros, sangre, exterminio y desolación...

***

La recrudescencia de la criminalidad pica en historia. Muchos la achacan á los indultos, sobrado amplios, que se concedieron con ocasión de la jura del Rey, y que arrojaron á la calle, en las especiales malísimas condiciones para corrección y enmienda en que necesariamente se encuentran los licenciados de presidio, á un sinnúmero de ellos. No profeso, en materia penal, opiniones cerradas. Paréceme que las instituciones y leyes penales, como todas, han de subordinarse al estado del país, á su situación, á sus necesidades del momento. Claro es que, por el sentimiento, por estética, me desagrada la pena de muerte dondequiera, y que por la razón, me indigna donde se puede organizar la represión en otra forma, no tan dura é irreparable; mas aquí, dada la falta de instrucción, la terrible cifra de analfabetos, la propensión al anarquismo sentimental, el poco respeto á la propiedad y á la vida ajenas y otras mil concausas, entiendo que la impunidad es un mal mayor que la severidad en el castigo. No se moraliza castigando..., ¡bien lo sé!, pero se reprime, se ataja el daño, se pone un tapón á la hemorragia..., y aceptemos el paliativo, á falta del seguro remedio.

***

La naturaleza humana no es, como quería Rousseau, excelente en su origen y pervertida por la civilización después. Aciertan mejor los que, ó por la fe ateniéndose al Génesis ó por la ciencia siguiendo la doctrina de la evolución, la juzgan mala en sí, y la suponen partiendo del instinto para llegar, trabajosamente, á relativa moralidad. El arrepentimiento del culpable es por otra parte fenómeno tan poco frecuente, que la Iglesia celebra con superior veneración á los grandes arrepentidos que á los grandes virtuosos desde el nacer. Y el arrepentimiento lo engendran casi siempre los merecidos castigos, no los perdones arbitrarios y caprichosos. Por todo ello no estoy á bien con los indultos, á los cuales ni siquiera abona el representar un movimiento generoso del real ánimo, puesto que es la influencia política la que juega hasta con cosas tan sagradas como las libertades y las vidas de los hombres y *aconseja* al rey la clemencia, según conviene á los intereses de los partidos. La cadena de la impunidad se eslabona así: primero, la blandura del jurado, que es un bizcocho generalmente, y un día se desquita siendo una piedra berroqueña; luego, las influencias, que en repetidos indultos van echando á la calle á un criminal, sin que la sociedad cuide siquiera de vigilar su conducta y de proporcionarle modo de vivir honradamente. Ahí salen por manadas, á acrecer la espuma negra y fétida que baña á las grandes capitales, ó á ser terror de las aldeas y jaqueca de la Guardia civil, á acentuar el malestar que todos advierten, á envolver con otro crespón nuestro turbio celaje social, y á reforzar, en las clases pobres y desvalidas, la idea de que todo se debe al favor y al azar venturoso, de que el destino de cada hombre no es consecuencia de sus actos, sino de la casualidad feliz que le pone en relación con este ó aquel valimiento, ó determina que le coja la racha de la clemencia ó del rigor... Y no creo que exista concepto más inmoral de la vida que este.

***

Ahí está, verbigracia, el caso del cochero, cuyo asesinato, ó cuyo homicidio (califíquenlo los jueces), tanto da que hablar estos días, hasta en la Cámara de los diputados. Hecho que tal luz arroja sobre nuestro estado, quedaría oculto como otros mil, si por naturales motivos no lo esclarecen personas de elevada esfera. Al hablarse en el Congreso del caso del cochero Zaballa, cualquiera creería que se trataba de algo inusitado. En mis Mariñas, por lo menos, es frecuentísimo eso de que en riña salga un hombre herido de muerte y se retire á su casa á dar las boqueadas cuatro ó seis días después, y se le pueda poner por epitafio el título de una novela rusa: «Murió... y lo enterraron.» Generalmente no hay necesidad de dar paso alguno para evitar las consecuencias de un homicidio en disputa: ellas se evitan solas. La familia del muerto teme más á la intervención de la curia que á un nublado; la curia no experimenta afán de mezclarse en lo que no ha de reportarla un céntimo. Si el matador es rico ó tiene enemigos..., entonces el cotarro se revolverá; si es un pobrete, *¡requiescat!* – A mal dar, se ponen en juego todo género de influencias para que el informe de los médicos forenses no comprometa, para que se califique de «lesiones menores» el agujero más profundo de la piel y la trituración de los huesos. Nadie se preocupa de lo que pueda sobrevenir. La justicia no mira, la sociedad se encoge de hombros; á los quince días, ni en los corros aldeanos se habla ya de aquel «malpocado» que pudre la tierra...

***

A dos pasos de mi casa de campo he visto desarrollarse un drama ignorado, sombrío y cruel. Un mozo aldeano, sostén de su familia, el que con la azada ganaba el pan, fué asesinado alevosamente, al retirarse, al obscurecer, por un camino hondo. Desde un seto próximo le dispararon un tiro de revólver, que le pasó el corazón. Cayó revolcándose en las convulsiones de la agonía; entretanto, el asesino atravesaba unas eras é iba á ocultarse en su choza, á fin de poder asegurar que no estaba fuera aquella noche. Hubo quien presenció la escena; hubo quien encontró á la víctima aún con soplo vital... y huyó, por no verse «envuelto con la justicia.» Toda la aldea supo quién era el criminal; constaba que semanas antes se había jactado de preparar su hazaña, de que la realizaría en breve. Nadie declaró. Se incoaron lánguidamente las primeras diligencias, y quedóse todo, como decirse suele, en agua de cerrajas. – Las malvas y las ortigas del campo santo aldeano se abonaron con aquel cuerpo joven y robusto.... No pasó otra cosa.

***

Es decir, sí: pasó una cosa igualmente vulgar. El padre de la víctima era un viejo que padecía grave enfermedad del estómago. Sentíase algo mejorado: con la pena, empeoró. Había que trabajar, que trabajar más, ahora que faltaban los brazos del hijo. Para lograr la salud, sin la cual no adelanta el trabajo, el labriego apeló á los remedios de un curandero, de quien la credulidad hizo un sabio profundo. Los remedios, al pronto, aliviaron su mal; pero ignoro si por culpa de ellos ó por el sordo trabajo de la naturaleza, transformóse el padecimiento y surgió la locura. El padre del asesinado falleció entre ataques furiosos, espumando, queriendo destruir cuanto le rodeaba, y fué á reunirse con su hijo bajo la sombra del olivo añoso que decora el humilde cementerio.

***

Yo había hablado con aquel padre, pocos días después de la tragedia. Envuelta en su amargura llevaba una resignación fatalista. ¿Qué podía él hacer; qué iba á remediar ya, con empeñarse y agitarse para que el crimen no quedase impune? ¿Y cómo meterle en la cabeza que la serie de otros crímenes anteriores, impunes porque otros padres habían pensado como él, era lo que probablemente le costaba la vida del pedazo de sus entrañas? Más alto que mis reflexiones hubiese hablado el miedo secular, el pavor de la *justicia*, la convicción trágica de la vanidad del esfuerzo. El hombre prefirió tragarse su pena, dejarla depositarse en el cerebro y en el alma, hasta la pérdida quizás de la razón... Todo menos luchar. Todo menos reaccionar contra lo que juzgó inevitable.

Si mi labriego hubiese sido un hombre del Mediodía, tampoco acude á la justicia: lo que hace es tomársela por la mano. Espera en la misma revuelta del camino al matador, una noche sin luna ni estrellas, y le deja seco. La psicología de mi tierra es muy diferente. La resignación forma la base del carácter de ese aldeano cuyas afinidades con el *mujik* ruso más de una vez tuve ocasión de notar. Nada hay de moruno ni de italiano ni de corso en nuestra índole moral, y las *vendettas* á plazo largo son tan raras, como frecuentes las quimeras y los palos.

***

En Madrid abunda todo: rencores, rencillas, pasionalidades, arrebatos, y el delito sencillamente generado por la embriaguez y la sensualidad, la delincuencia *juerguista*, á que se aludía ayer en el Congreso. ¡Triste síntoma, por lo frecuente! La muchedumbre está predispuesta al delito mediante una especie de contagio. – Pocos días hace que asistí á la última función del teatro de Apolo. Hay que esperar á la entrada, en el hermoso y amplio vestíbulo, á que la penúltima termine, y se agolpa, esperando, un gentío en que se confunden todas las clases sociales, pues á esa última función del popular teatro concurren

desde la princesa altiva
á la que pesca en ruin barca...

El gentío, cuando llegamos al vestíbulo y nos refugiamos en una esquina para que no nos envolviese la ola, hervía impetuoso. Se escuchaban chillidos, silbidos, imitaciones de cantos de gallos, carcajadas, imprecaciones. Contra la barandilla de la escalinata acorralaba un centenar de hombres á dos ó tres mujeres, jugando á estrecharlas más y más, al principio como en broma, luego oprimiéndolas hasta quitarlas el respiro é hincarles las costillas en la cavidad torácica. Una de aquellas mujeres, pálida, exánime, se desmayó. El apretujón continuaba. Entonces un oficial de artillería, indignado, la emprendió con los cobardes, y sacó en vilo á la mujer. Toda aquella horda retrocedió al ver que un caballero les hacía cara. Así Cyrano de Bergerac, contra el centenar de malsines. Y los agentes de la autoridad... haciéndose los suecos, por supuesto.

***

Esos mismos que aprietan contra una balconada de mármol á mujeres indefensas – sean ellas quienes fueren, que para el caso nada importa, – son los que, á la puerta de un colmado, abollan la cabeza á un cochero arrebatándole la vida, ó pasean en fila á un rebaño de infelices para escarnecerlas entre el lodo de la calle. Sea la ley severa con ellos, y póngase coto á las demasías de este género de rufianes, graciosos chocarreros, viciosos prosaicos y malhablados; castíguese en ellos algo peor quizás, para las costumbres, que la criminalidad de otra naturaleza; pues, como dijo acertadamente Azcárate en la sesión de ayer, el criminal nato es un caso poco frecuente, pero estos criminales ocasionales y *consuetudinarios* abundan, cunden y contaminan á la sociedad entera.

EMILIA PARDO BAZÁN.



VALENCIA. – FIESTAS CELEBRADAS CON MOTIVO DEL IV CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD

1 Edificio de la Universidad. – 2. Procesión cívica: el Alcalde de Valencia descubriendo la lápida de la casa en donde estuvieron establecidos los primeros estudios universitarios. – 3. Adorno del claustro central de la Universidad. – 4. El Dr. D. Manuel Candela, Rector de la Universidad. – 5. El Paraninfo en donde se han celebrado las asambleas. – 6. Un rincón de la Biblioteca. – 7. Llegada de los excursionistas á Sagunto. – 8. Prácticas en el Gabinete de Química. – 9. Colección paleontológica. – 10. Concejales de Madrid y de Valencia en las ruinas del teatro de Sagunto. – 11. Gabinete de Historia Natural (de fotografías del Sr. Barberá Massip).

IV CENTENARIO DE LA UNIVERSIDAD

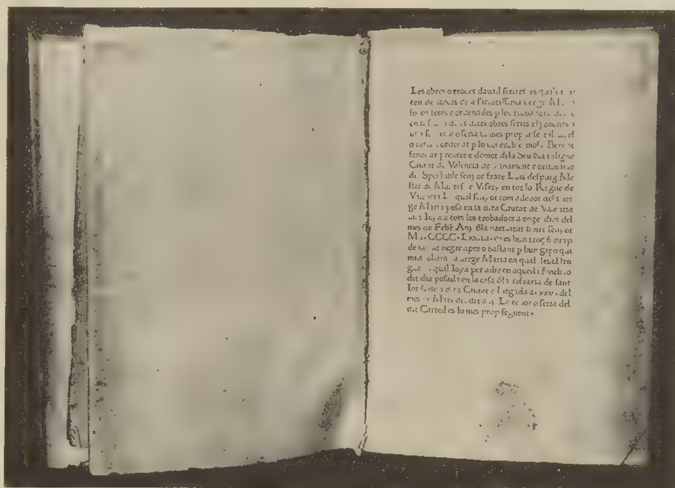
DE VALENCIA

Valencia ha presenciado recientemente un espectáculo hermoso, culto, simpático: la celebración de la cuarta centuria del fundamento de su Universidad.

Hermoso, por la poesía que encierra el honor á la gloria, el recuerdo al pasado, el tributo á la patria; culto, por la calidad de los festejos, la solemnidad de los actos oficiales y la corrección impresa á los mismos por los particulares; simpático, porque en sí lo es una ofrenda al saber y al trabajo.

Representaciones de casi todas las Universidades españolas, comisiones de muchos ayuntamientos, notabilidades científicas y literarias, han venido á encumbrar la fiesta con su presencia.

Inauguración de la Extensión Universitaria, Asambleas Universitarias y Pedagógicas, veladas teatrales, colocación de lápidas conmemorativas, certamen literario, *Tedéum*, fiesta en el Jardín Botánico y apertura de tres exposiciones (Bibliológica, Pedagógica y Paleontológica); tales han sido los actos celebrados por nuestro primer centro docente.



VALENCIA. – Exposición Bibliológica celebrada con motivo del IV Centenario de la fundación de aquella Universidad. «Las Trobes,» primer libro impreso en España (de fotografía del Sr. Barberá Massip)

Visitemos el edificio.

¿A qué fijarnos en el exterior? La gran fábrica de piedra y ladrillo, hecha con aquel insubstancial gusto que predominó en la época de su reconstrucción, no ofrece nada digno de notarse.

Pasemos bajo la bandera que ondea en la puerta, y atravesando el vestíbulo, llegaremos al gran patio central.

No es posible figurarse nada más encantador.

Aquello es lo que debía ser. La patria del arte y de las flores dando una fiesta en obsequio á la sabiduría.

Espacioso claustro. El ancho friso y dóricas columnas festoneadas por guirnaldas de flores y follaje tienen unos cambiantes de color indescribibles; coronas de laurel sirviendo de marco á tarjetones rojos, sobre los que destacan en dorados caracteres los nombres de aquellos que dieron timbres gloriosos á la Universidad, separan una de otra guirnalda; junto á las paredes, grandes macizos de plantas, y sobre ellos, orlados con palmas, sendos medallones de yeso con los bustos en bajo relieve de las figuras históricas que fueron el primer jalón de aquel centro de cultura: Alejandro VI y Fernando V, sus creadores; San Vicente Ferrer y Sixto V, sus protectores; Juan de Villarrasa, Pedro Esplugues, Enrique de Sagra y demás jurados, que acordaron su constitución y la llevaron á efecto en 1499 y 1502.

Por los claustros discurre numeroso público, y en un solo núcleo se confunden todas las clases sociales. Júntanse la levita y la blusa, el chaleco del labrador y la americana del empleado, el sombrero de la burguesa, el céfiro de la modista y las trenzas de la hortelana, y entre aquel ir y venir de plumas, gasas, paños y algodón, entre aquella variedad de matices y perfumes, se ven siempre plácidas sonrisas, gestos expresivos de ánimos satisfechos, sin que un grito extemporáneo venga á romper la solemnidad.

Coronando aquella oscilatoria y caudalosa corriente, que tan pronto se detiene como gira, avanza ó retrocede, se destaca en medio del patio, sobre blanco pedestal, una figura de bronce: es la escultura de un preclaro hijo de Valencia, de un filósofo eminente, de un héroe del pensamiento; es la estatua de Luis Vives.

No creo tengáis inconveniente alguno en acercaros á una gran puerta engalanada con amarantos y hojas de magnolia.

Allí se detienen todos los pasos, se dirigen todas las miradas. Es la puerta del Paraninfo.

¿Qué pasa dentro? Acaba de inaugurarse por el rector el curso de Extensión Universitaria.

Sí, ya es llegado el día que la Ciencia, saltando las barreras impuestas por la costumbre, abandone las aulas y llegue á esas clases proscritas, á esas multitudes menesterosas que luchan con su falta de posibles para adquirir instrucción.

El pensamiento de Osborne Gordon, que tomó cuerpo en Cambridge, llega á nosotros grande, impetuoso, anhelante de amor universal, sembrando los beneficios de la enseñanza, despertando energías atrofiadas en este pueblo grande que sabe sentir y amar.

La muchedumbre no es tan compacta, decrece poco á poco el número de visitadores. Se despeja el Paraninfo: entremos.

Estamos casi solos.

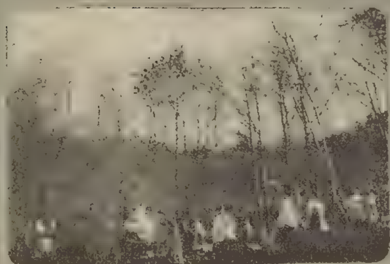
Solos, frente á treinta y ocho retratos que adornan las paredes del local y que representan la historia de aquel sitio.

Contemplándolos, parécenos ver los esfuerzos titánicos de los jurados para mantener los estudios creados por ellos á costa de tantos sacrificios. Las sombras de Jerónimo Boix y Jerónimo Dassio, los dos primeros rectores, pasan enseñándonos aquellos estatutos que tanto trabajaron hasta implantar y aquel irrisorio sueldo asignado á los catedráticos. Desvanécense estas figuras y creemos reconocer en otra la del maestro B. Alcalá, rector en los años que Juan Lorenzo y Guillem Sorolla sostenían, con las



VALENCIA. – FIESTAS DEL IV CENTENARIO DE LA FUNDACIÓN DE LA UNIVERSIDAD. – LA CAPELLA DE MANACOR (de fotografía del Sr. Barberá Massip)







FIESTAS CELEBRADAS EN SAN MARTÍN DE CANIGÓ (CERDAÑA FRANCESA)

La procesión. – Monseñor de Carselade, obispo de Perpignán. – Dom Antonio, ex abad mitrado de Chambaray y actualmente limosnero de los Benedictinos de Espira de l'Agly. – La procesión al través del bosque. – Ruinas del monasterio de San Martín vistas desde el fondo del torrente. – Reliquias de San Galderico y San Martín. – La Virgen de la Soterrana. – La procesión dentro del recinto de las ruinas (de fotografías de D. Joaquín Cabot).

armas, los derechos de las Germanias, causa del acuerdo de clausura de los estudios por falta de fondos para sostenerlos. Más tarde trabamos conocimiento con el rector Salaya, que pidiendo á la Santa Sede una indulgencia plenaria en favor de cuantos contribuyesen con limosnas (!) y donaciones al progreso de aquel establecimiento confiado á su custodia, cree poder así sostenerlo. Después pasa una figura grave, austera, reposada; el papa Sixto V, que suprimiendo las prepositiras en la Catedral, aumenta las clases con parte de las rentas de aquéllas. A poco vemos una grande aureola, entre cuyos fulgores se distinguen á Pedro Ximeno, Andrés Sampere, Pedro Antonio Beuter, Jaime Esteve, Luis Collado, Lorenzo Palmireno, Jaime Ferraz, Gaspar Bono y tantos más como lucen en el siglo de oro de nuestra historia.

Después aquel fulgor se enturbia; ¿qué ocurre? Los reyes intervienen en la enseñanza.

Apenas el poder central influye en la Universidad, cuando empezaron á proveerse cátedras y rectorados en nulidades sin otro mérito que las recomendaciones y que convierten las aulas en gallinero de tomistas y antitomistas. El fulgor que resplandecía sobre la institución de Alejandro VI desaparece poco á poco. Cierto que brotan algunos chispazos con los nombres de Juan Gil Trullench, Melchor de Villena, Miguel Vilar, Tomás Vicente Tosca, Antonio José Cabanilles; pero éstos, más bien parecen rezagados de otro tiempo, recuerdos de otro siglo.

Por fin, á últimos del xviii, es nombrado rector D. Vicente Blasco, quien inaugura un nuevo plan de estudios y logra, tras de muchos afanes y trabajo, aclarar aquellos horizontes tan cerrados. El mundo saluda á Vilaroig, Sala, Liñán, Rojas Clemente y Orfila, todos de aquella época.

A esto, nos parece oir el estruendo de la guerra de la Independencia. ¡Valencia sitiada! El edificio de la Universidad destruído, los estudiantes convertidos en artilleros.

Después... nuevos y nuevos planos que se suceden..., el desbarajuste..., el caos.

Más tarde..., hoy, ¿quién sabe?, los albores de una regeneración, de una era de progreso que se inicia.

Esta impresión saqué del Paraninfo el día de la inauguración, y la misma llevaba el último, saliendo del Botánico, luego de aplaudir la idea de elevar un monumento á Cabanilles: la doy á la publicidad por ser la de cuantos asistieron á los festejos.

Que la Universidad de Valencia ha dado un paso de gigante en el sentido civilizador, no cabe duda. ¿Seguirán otros nuevos al primero? Sí. Imaginar lo contrario causa desesperación.

Estar en el árido desierto de la atonía é indolencia; ver á lo lejos el oasis de la actividad, que calmará nuestra torturante sed de cultura y elevación social; contar con energías suficientes para llegar, y al segundo paso apoderarse de nosotros el decaimiento, que nos hace dar en el abrasado arenal sin otra esperanza que la muerte y la deshonra... ¡Sería cruel, sería horrible!

Prefiero mi optimismo, prefiero mi sueño. No quiero despertar.

Francisco Muñoz Dueñas.

Valencia, noviembre de 1902.

FIESTAS DE SAN MARTÍN DE CANIGÓ

El sabio y virtuoso prelado de Perpignán Monseñor Carselade ha concebido el grandioso proyecto de restaurar la que un tiempo fué famosa abadía de San Martín de Canigó, cuyas ruinas se alzan en la cima del monte de este nombre que ha inmortalizado con su hermosísimo poema Jacinto Verdaguer

Cuenta la tradición que la fundación del monasterio se debió al arrepentimiento del conde Guifré, que en la iglesia del castillo de San Martín dió muerte á su sobrino por haber perdido éste una batalla contra los moros; pero prescindiendo de esta tradición, desde el año 996 tiénense ya noticias del pueblo de Castell de San Martí y se sabe que en 1007 el conde de Cerdaña Guifré y su esposa Geisla hacen donativos para que en la iglesia del mismo se edifique un monasterio de la orden de San Benito. En 1009, Oliva, obispo de Elna, consagró el templo; en 1011 el papa Sergio IV autorizó á la comunidad para que eligiera abad, y en 1035 entró de monje el conde Guifré, quien murió catorce años después y cuyos restos se guardan en la iglesia. En 1114, el conde Bernardo Guillén cedió el monasterio de San Martín al de la Grassa, facultándole para nombrar abad; la elección de éste dió lugar á una serie de disputas entre ambas comunidades, en las que intervinieron el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV, el obispo de Elna, el arzobispo de Narbona y el papa Alejandro III.

En 1162, Ramón Berenguer IV dió la razón á los monjes de San Martín, y los de la Grassa, con gente armada, apoderáronse por la fuerza del monasterio, cuyos bienes vendieron; pero al año siguiente el papa mandó que estos bienes fuesen devueltos á sus antiguos propietarios y de nuevo autorizó á éstos para que eligieran abad. Hasta el siglo xv la vida del monasterio fué muy próspera; pero los terremotos de 1428 y 1430, que derruyeron el campanario y las bóvedas del templo, iniciaron su decadencia hasta extinguirse completamente á fines del siglo xviii. Hoy sólo quedan algunos pocos restos del cenobio y del templo primitivos que Monseñor Carselade se propone reconstruir, contando para ello con la fe y con el patriotismo de los catalanes de ambas vertientes de los Pirineos.



Fiestas de San Martín de Canigó. – El Consistorio de los Juegos Florales de Barcelona con la bandera del conde Guifré, al frente de la procesión.

Para solemnizar la inauguración de las obras de restauración celebróse el día 11 del pasado noviembre, festividad de San Martín, en las ruinas de la iglesia, una fiesta religiosa á la que concurrieron numerosos fieles catalanes y roselloneses. A las diez de la mañana salió del Vernet la procesión que se dirigió al templo, y su ascensión por entre los bosques, valles y senderos de la montaña, llenos de devotos peregrinos, resultó un espectáculo imponente y pintoresco. Iba delante el Consistorio de los Juegos Florales de Barcelona, llevando la bandera del conde de Guifré, blanca, con el escudo y las cuatro barras y la inscripción «*Guifré, per la gracia de Deu comte de Cerdanya y del Conflent.*» (Guifré, por la gracia de Dios conde de Cerdaña y del Conflent); seguían el pendón del Apostolado de la Oración, la hermosa cruz parroquial románica que había en la antigua iglesia y que hoy se conserva en la parroquia de Orellá, el pendón de San Martín, la Virgen de la *Soterrana*, imagen románica que había pertenecido al monasterio, el clero y las reliquias de San Martín y San Galderico. Detrás de éstas iban, montados en sendos caballos, el venerable D. Antonio, ex abad mitrado de Chambaray, con el traje blanco de los cistercienses, y Monseñor Carselade, con hábito y capa morados y cubierta la cabeza por suntuosa y riquísima mitra bordada en oro. Alrededor de los prelados apiñábanse los expedicionarios barceloneses, y en pos de ellos una multitud inmensa formaba un conjunto bellísimo de notas de color.

Al llegar al monasterio comenzó el oficio de pontifical, que celebró el obispo de Perpignán en un altar que se levantó en el ábside central, y en el que se colocaron la imagen de la Virgen de la *Soterrana* y las reliquias de San Martín y San Galderico; en los ábsides laterales se pusieron los pendones de San Martín y del conde Guifré. El capuchino perpiñanés Fray Ernest pronunció un elocuente sermón, ensalzando la grandiosa empresa del prelado, dedicando un sentido recuerdo al poeta Verdaguer y explicando las glorias de San Galderico y de la Virgen de la *Soterrana*.

Después del oficio, Monseñor Carselade dirigió á los fieles una sentida plática en catalán.

Por la tarde celebróse con gran entusiasmo la fiesta de los Juegos Florales, presidida por el citado obispo, habiendo resultado premiado con la flor natural y con la englantina D. Miguel Costa y Llobera, presbítero de Mallorca, y habiendo obtenido otros premios los Sres. Carner, Rahola, Ubach y Vinyeta, Ruyra, Sala, Bori y Planas. Pronunciaron hermosos discursos Monseñor Carselade, los señores Roca y Vayreda y el presidente del Consistorio, don Francisco Matheu, quien en inspirados y valientes versos entonó un himno bellísimo á la lengua catalana.

Tales son, brevemente descritas, las fiestas de San Martín de Canigó, que han dejado recuerdo indeleble en cuantos á ellas concurrieron.

Las interesantes fotografías que en el presente número reproducimos nos han sido facilitadas por don Joaquín Cabot, á quien damos nuestras más expresivas gracias por su galantería. – M.

LA SERPIENTE EN EL PECHO

(historia vulgar)

No hay necesidad de devanarse los sesos para encontrar asuntos dramáticos: el drama vivo, palpitante, rebosando de horror trágico, está en todas partes, lo encontramos al revolver de cada esquina, se sienta al lado nuestro durante las horas de trabajo, come tal vez á nuestra mesa y acaso lo llevamos oculto en lo más hondo de nuestro ser. Ante estos dramas íntimos, las fábulas inventadas por trágicos y dramaturgos, Tyestes devorando á sus hijos, Edipo arrancándose los ojos, Macbeth «asesinando el sueño...,» son pálidos reflejos de las vulgares tragedias de la vida.

De uno de estos dramas sin venenos ni puñales fuí testigo hace algunos años. No hay en él incidentes espeluznantes ni conflictos pavorosos. Es uno de tantos hechos como pasan por delante de nuestra vista sin arrancarnos una lágrima, sin fijar un momento nuestra atención. El corazón humano para conmoverse con los dolores ajenos ha menester de lo teatral y declamador. Nos hace llorar una novela ó un cuento patético y pasamos indiferentes por delante de los más negros horrores de la existencia. Conocía el alma del hombre quien estableció en lo antiguo la costumbre de las plañideras. El dolor fingido nos emociona más que el dolor real: es más artístico.

***

El héroe de mi cuento, ó mejor dicho, historia, que historia rigurosamente verdadera es la que voy á referir, era uno de esos trabajadores de levita que tanto abundan en las grandes ciudades, braceros cuya jornada es de diez y seis horas, que luchan desesperadamente por la vida durante unos cuantos años, pocos, y que al fin caen para no levantarse más, tan olvidados, acaso más, que sus hermanos los jornaleros de las minas ó de las fábricas.

No he conocido á nadie que trabajara tanto como mi pobre amigo, á quien por nombrar de alguna manera llamaré Juan. Cuando llegábamos á la redacción, le encontrábamos ya inclinado sobre las cuartillas, dedicado á su trabajo anónimo, silencioso, á fin de no perder un solo minuto para terminar cuanto antes su tarea y emprender otra y otra luego y otra más tarde. Porque nuestro amigo tenía no sé cuántas ocupaciones diversas, y las desempeñaba todas con una escrupulosidad sin ejemplo. Para él no había ni descanso, ni fiestas, ni viajes, ni enfermedades. Esclavo de sus deberes, jamás faltaba á ellos.

– Con tanto trabajar, solíamos decirle, va usted á hacerse rico.

Él levantaba la cabeza, nos miraba con cierta expresión que hacía daño y volvía de nuevo á engolfarse en sus cuartillas.

¡Rico! Pronto supe que aquella palabra era un sarcasmo. Juan no sólo no era rico, sino que, por el contrario, estaba agobiado por las deudas. De modo que á la fatiga de trabajar sin descanso, unía la angustia de deber. La vida era para él continuo tormento: á todas horas la carta apremiante del acreedor que no espera, la insistencia y hasta el insulto del acreedor pequeño, el sonrojo de pedir prestado, los plazos que se avecinan amenazadores, la petición de la paga adelantada, lo que los franceses expresan con la gráfica frase *comerse el trigo en hierba*, las congojas todas de eso que se llama «la trampa» y que es para el hombre delicado trampa verdadera en que se revuelve desesperado é impotente.

Juan, en rigor, ganaba lo bastante para vivir con decoroso desahogo: no tenía vicios; ni siquiera fumaba; pero su casa era una especie de tonel de las Danaides, en que el pobre trabajador echaba día y noche la cal de sus huesos, el hierro de su sangre y el fósforo de su cerebro.

Habíase casado con una mujer de clase superior á la suya. Tuvo la boda por colmo de su felicidad; le pareció que había alcanzado una estrella; sintió algo de lo que debieron sentir aquellos héroes de los tiempos fabulosos cuando alguna de las diosas se dignaba descender hasta ellos desde el Olimpo. Desde el punto y hora de su enlace, juróse á sí mismo consagrarse en alma y cuerpo á su esposa. La distinguida dama, habituada á las comodidades, al

lujo, á los placeres, no echaría de menos sus pasados esplendores; viviría como vivían sus iguales. Cierto que la diosa había descendido hasta el hogar de nuestro amigo sin llevar una partícula siquiera de aquel metal al que llamaba Quevedo *cándido* y *luciente*... Pero ¿qué importaba? El lucharía á brazo partido con el mundo para arrancarle la riqueza á que su ídolo tenía derecho.

Y luchó sin desalientos ni vacilaciones, en perpetuo sacrificio de su propia persona. Hubiérasele podido tomar por criado de su mujer, ó por ayo, y no padre, de sus hijos. Paseaban ellos en lujoso coche y evitaba él subir á los tranvías; lucían ellos galas y joyas y vestía él como el más humilde mozo de la redacción; veraneaban ellos en las playas más á la moda y permanecía él amarrado día y noche al banco del trabajo.

***

No le oí quejarse más que una sola vez. Habíamos ido todos los compañeros á pasar una tarde en el campo. Mientras que se preparaba la comida, Juan y yo nos sentamos en un banco de piedra á la sombra de un grupo de grandes árboles. Tocaba ya el sol con las cumbres del Guadarrama, y sonaba lejos la alegre música de un piano de manubrio.

Durante largo rato, ni uno ni otro despegamos los labios. Después mi amigo, como si pensase en voz alta, exclamó:

—¡Qué cosa tan buena debe ser la muerte! ¡Qué bien debe dormirse allá en la mullida tierra del cementerio!

—Déjese usted, le contesté, de ideas fúnebres...

—Si viera usted, me interrumpió, qué desesperada es mi vida...

Y tras de una breve pausa añadió:

—He leído no sé en dónde un apólogo que es algo así como la explicación de mi existencia. Un caballo ruin y enfermo está enganchado á un carro lleno de gente. El pobre animalejo trata de arrastrar aquel enorme peso; el carretero le apalea, los que van en el carruaje gritan alegremente... Al fin el caballo, no pudiendo con su carga, cae moribundo en medio del camino... Yo también desde hace mucho tiempo trato de arrastrar un peso superior á mis fuerzas...

Calló y procuré torcer el curso de sus pensamientos.

***

Pasó tiempo.

Un día vimos con sorpresa que Juan no había ido á la redacción. Era la primera vez que aquello ocurría en el espacio de no sé cuántos años.

—¿Estará malo?, pensé.

Y en efecto, no me había equivocado. Al día siguiente me explicó así su mal:

—Sentí como si con aro de hierro me apretasen el corazón: fué un ahogo terrible. Por fortuna, me ha asegurado el médico que no se repetirá el ataque. Creo que me moriría si me volviese á dar tan cruel angustia.

Y comenzó á trabajar con el mismo ardor de siempre.

Aquello era el principio del fin: el primer aldabonazo de la muerte; la terrible angina de pecho que aprieta el corazón hasta estrangularlo.

Era la enfermedad de que debía morir mi amigo. Los médicos explican con su acostumbrado tecnicismo, el terrible mal; pero sus causas no las alcanza la patología: las causas son los dolores morales, tormento como el de la gota de agua, que acaba por deshacer los más fuertes organismos.

En vísperas de morir nos decía:

—Jamás me he encontrado tan bien.

Al día siguiente, le vimos con espanto pálido como la cal, con los ojos desencajados, llevarse las manos al cuello como si quisiera romper un dogal que le oprimiese y luego cayó desplomado sobre las cuartillas.

***

En medio de la pena que me causó aquella muerte, durante tanto tiempo presentida, sentí no sé qué especie de consuelo.

Al fin había llegado para aquel pobre compañero la hora del descanso.

Y recordé la hermosa tarde de otoño que habíamos pasado juntos y las palabras que me dijo, sentados los dos á la sombra de un grupo de grandes árboles, mientras el sol poniente bajaba ya á ocultarse tras las crestas del Guadarrama:

—¡Que bien debe dormirse allá en la mullida tierra del cementerio!

ZEDA.



LOS RESTOS DE COLÓN EN LA CATEDRAL DE SEVILLA
Túmulo levantado en el crucero de la basílica, en donde fueron depositados los restos de Colón, durante la ceremonia religiosa (de fotografía)

LOS RESTOS DE COLÓN

EN LA CATEDRAL DE SEVILLA

Terminada la instalación en nuestra catedral del hermoso mausoleo de bronce policromado, obra del ilustre arquitecto don Arturo Mélida, que, como es sabido, concedió el gobierno á esta ciudad para que en él se custodiara el inapreciable tesoro de los restos del descubridor del Nuevo Mundo, otorgados á la misma ciudad por el ilustre descendiente del inmortal genovés el Excelentísimo Sr. Duque de Veragua, el municipio hispalense se ha apresurado á efectuar la traslación de los mencionados restos, que provisionalmente ocupaban un enterramiento en la cripta del Sagrario de la Santa Iglesia, realizando dicho solemne acto con toda la pompa y suntuosidad que requería.

El día 17 de los corrientes, á las diez y media de la mañana, llegó á la catedral el Ayuntamiento, llevando consigo el antiguo é histórico pendón sevillano, enseña notabilísima de los tiempos de Enrique IV, que acudió á todas las jornadas militares de la guerra con los moros granadinos, hasta la conquista de esta ciudad, símbolo de gloria para nosotros, la cual únicamente aparece en público en los recibimientos de los reyes y en alguna gran solemnidad.

Los señores alcalde, gobernador civil, arcipreste y mayordomo de fábrica, canónigos de la Santa Iglesia, acompañados de notario público, descendieron á la cripta, y una vez abierta la sepultura en que yacían los restos, así como la caja que los contenía, levantóse acta en que se hizo constar que, así la primera como la segunda, no ofrecían las menores señales de haber sido violentadas ni fracturadas.

Concluída esta diligencia, fué conducida procesionalmente la caja dentro de unas andas cubiertas con riquísimo paño de terciopelo negro, bordado de oro, al túmulo que había sido erigido en el crucero de la basílica, formando la comitiva, además de los señores que constituyen ambos cabildos, el señor duque de Veragua con sus ayudantes, el general de Marina del departamento de Cádiz y la oficialidad toda de las dotaciones del crucero *Extremadura* y del cañonero *Ponce de León*, llegados á Sevilla la víspera de la solemnidad, á los cuales acompañaron las principales autoridades civiles y militares.

El túmulo, cuya dirección artística fué encomendada al profesor de esta Escuela de Bellas Artes Sr. Gestoso, era de planta rectangular y constaba de una gradería de dos amplios escalones que servían de basa á otros tantos cuerpos, y estaba adornado con los escudos de los Reyes Católicos, contracuartelados con las empresas de Castilla, León, Aragón y Sicilia, con grupos de ricas banderas de seda de las Repúblicas americanas hispano-latinas, sobresaliendo entre ellas los guiones de los Reyes Católicos, y con algunos trofeos marítimos. El frente de la cabecera con riquísimo estandarte de raso, cuartelado de Castilla y León, y una antigua rueda de timón, en cuyo centro lucía un gran escudo del inmortal



LA CORONACIÓN DE NUESTRA SENORA DE BEG



NA (BILBAO), CUADRO CONMEMORATIVO DE JOSÉ ECHENA

almirante, y en el opuesto frente otro estandarte con las empresas de Aragón y Sicilia. Completaba la decoración la rica candelería de plata antigua que constituye una de las mayores riquezas de nuestra catedral.

A las once comenzó la ceremonia religiosa, ejecutándose por la Capilla de Música la magnífica misa del maestro D. Hilarión Eslava, y una vez terminada ésta, el señor arzobispo, revestido de pontifical, entonó un responso, que asimismo fué cantado con gran solemnidad. Terminadas las preces, organizóse de nuevo la comitiva que había de conducir los restos al mausoleo, y en la que tomaron parte, además de los dos cabildos, del señor duque de Veragua con todos los oficiales generales de la armada, del capitán general de Andalucía y de todos los jefes de la guarnición de esta ciudad, el Rector de la Universidad y catedráticos, presidente de la Audiencia y magistrados, directores de Academias é Institutos, la Maestranza de caballería, y en suma, todo el numerosísimo personal invitado por el municipio, que acudió á rendir público testimonio de respeto á las cenizas del gran navegante.

Llegados al pie del sarcófago, ascendieron por una escalinata dispuesta al efecto los señores alcalde presidente y capitán general, depositando en el interior del féretro de bronce la pequeña caja, de plomo sobredorado, que contiene las venerandas cenizas. Las tres llaves de la cerradura del féretro han quedado en poder del señor duque de Veragua, del municipio sevillano y del cabildo eclesiástico.

Sevilla, pues, conservará para siempre el inapreciable tesoro de las cenizas del inmortal descubridor con el cariño de la más afectuosa de las madres; y en este suelo, tan querido en vida del gran almirante, reposarán en el augusto santuario, digno panteón erigido en días felices por la fe religiosa y por el entusiasmo artístico de nuestros mayores. – X.

Sevilla, noviembre de 1902.

NUESTROS GRABADOS

D. Aniceto de Pagés de Puig.—Poeta de altos vuelos, pensador profundo, escritor castizo, filólogo eminente, erudito como pocos y como pocos conocedor de la literatura y de los clásicos españoles, trabajador infatigable, temperamento ardiente y apasionado: todo esto fué D. Aniceto de Pagés, una inteligencia privilegiada unida á una voluntad de hierro. Sus poesías le conquistaron uno de los primeros puestos entre los poetas catalanes y el honorífico título de *Mestre en Gay saber*, y sus trabajos en prosa le colocaron en el número de los mejores hablistas castellanos, y unas y otros son testimonios elocuentes de su potente genio.



EL LAUREADO POETA D. ANICETO DE PAGÉS DE PUIG, fallecido en Madrid en 26 de noviembre último

La obra del *Diccionario Enciclopédico hispano-americano*, que bajo su dirección ha publicado la casa editorial de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA constituye una labor inmensa, cuya valía é importancia ha sido por propios y extraños reconocida; pero el libro en que el Sr. Pagés compendiaba toda una existencia de estudio y de trabajo, el que constituía la ilusión de toda su vida, el que ha de abrirle de par en par las puertas del templo de la fama y ha de hacer imperecedera su memoria, es el *Gran Diccionario de la lengua castellana, autorizado con ejemplos de buenos escritores antiguos y modernos*, en curso de publicación, monumento verdaderamente gigantesco, del cual han dicho personalidades tan ilustres como el P. Mir, Echegaray, Menéndez Pelayo, Sbarbi, Blasco, Pereda, Valera, Picón, Pi y Margall y Benot, que es una empresa asombrosa, titánica, utilísima, inmensa, colosal, superior á las ordinarias fuerzas de un hombre solo y que pone á su autor entre los filólogos más distinguidos de la lengua castellana.

La muerte del Sr. Pagés constituye una pérdida grandísima para las letras patrias. Para los editores y para la redacción de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA significa algo mucho más doloroso todavía la desaparición del amigo querido, del inteligente colaborador, del sabio consejero, cuyo recuerdo jamás se borrará de nuestra mente.

Sirva el sencillo homenaje que á su memoria dedicamos de testimonio del sincero afecto y de la entusiasta admiración que por él hemos sentido siempre y que su muerte no será bastante á extinguir en nuestros corazones.

Día de invierno, cuadro de Enrique Serra.—No titubeamos en afirmar que el cuadro cuya copia ofrecemos á nuestros lectores, es una de las más notables producciones de nuestro querido amigo y distinguido artista Enrique Serra. *Día de invierno* titúlase el lienzo, y justo es convenir que así resulta y que lo avalora, ante todo, la circunstancia de ser un discretísimo estudio, digno del buen nombre del pintor, quien ha logrado imprimir en su obra esa nota melancólica que tan admirablemente retrata la estación invernal. Bien hayan los esfuerzos del artista catalán, que allá en extranjero suelo continúa la hermosa senda que emprendiera, contribuyendo á enaltecer el país á que pertenece.

La coronación de Nuestra Señora de Begoña, cuadro de José Echena.—Difícil era ciertamente ejecutar una producción de la índole ó carácter de la que reproducimos, sin menoscabo de su condición de obra artística, puesto que la circunstancia de estar destinada á conmemorar un hecho, un acontecimiento especialísimo, exigía la reunión de pormenores que podían impedir ó dificultar la finalidad artística de la producción. Y sin embargo, el Sr. Echena ha logrado felizmente su deseo, puesto que en el lienzo se armonizan perfectamente ambos propósitos, resultando una obra pictórica digna de alabanza, que recuerda un acto de carácter religioso y popular, hasta el extremo de retratar fidelísimamente la escena, así como á todos aquellos que por su cargo ó representación tomaron en él activa parte. La solemne ceremonia de la coronación de Nuestra Señora de Begoña, objeto de gran veneración para los bilbaínos, revistió extraordinaria solemnidad, y el gran lienzo que reproducimos está destinado á perpetuar su recuerdo, hallándose colocado en lugar visible del santuario. No titubeamos en felicitar al artista y al amigo por su esfuerzo, por más que de todos son conocidos sus aptitudes y merecimientos.

Un bautizo, cuadro de Domingo Fernández y González.—Otra página de la vida andaluza es el bonito lienzo que nos ofrece el Sr. Fernández y González. Digna pareja de los anteriores, presenta iguales circunstancias y condiciones. Éste como aquéllos pertenece ó corresponde á una de las fases del artista y revela quizás más que los anteriores la influencia del medio y de la escuela á que el pintor rindiera culto. Sea cual fuere su tendencia, es innegable que manifiesta habilidad y buen gusto, circunstancias que distinguen y caracterizan las producciones del artista sevillano.

Roma. Jubileo de S. S. León XIII.—Con motivo del jubileo pontificio de León XIII acuden continuamente á Roma peregrinaciones de todo el mundo para tributar al sabio y venerable sucesor de San Pedro el testimonio de cariño y acatamiento de los pueblos católicos. La fotografía que adjunta reproducimos representa una de estas peregrinaciones en el acto de recibir la bendición del papa en la capilla de las beatificaciones, y por su carácter íntimo constituye una nota gráfica interesantísima que creemos han de ver con gusto publicada nuestros lectores.

JUBILEO DE S. S. LEÓN XIII.—El papa bendiciendo una peregrinación en la sala de las beatificaciones

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BARCELONA. — *Exposición del Círculo de San Lucas.* — En el Salón Parés ha organizado esta colectividad artística la quinta de sus exhibiciones, si no tan copiosa como alguna de las anteriores, no menos recomendable y digna de estudio, ya que en ella figuran, además de las producciones de algunos discretos pintores, obras tan dignas de encomio como las tituladas *Los últimos pasos*, de Juan Llimona, que encarna un sentimiento piadoso y la fe del creyente, y el tablero decorativo destinado al Orfeón Catalán; los tres lienzos de Dionisio Baixeras, recuerdo de tipos y escenas de la gente de mar; un precioso paisaje de Vancells; un retrato de Antonio Utrillo; un bonito estudio de Juan Baixas y otros más, completando la exposición algunas esculturas, entre las que merecen citarse el grupo titulado *La viuda*, de Enrique Clarasó, y una estatua de Soler Forcada, titulada *Pecavi*.

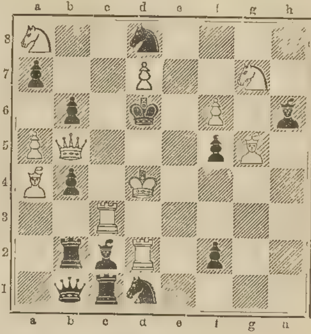
Teatros. — *Barcelona.* — Se han estrenado con buen éxito: en el teatro Principal *La risa de Grecia*, drama en tres actos y en prosa de D. E. Marquina; y en el Eldorado *La divisa*, zarzuela en un acto y tres cuadros de D. Carlos Arniches, música del maestro Torregrossa. En el Liceo se ha cantado la ópera de Wagner *Lohengrin*, en cuya ejecución obtuvo calurosos aplausos el tenor Sr. Cossira, mereciéndolos también la Srta. D'Arneiro, la Sra. Salvador, el barítono Sr. La Puma y el maestro Mascheroni. En el teatro Principal ha dado la Filarmónica su tercer concierto, que ha corrido, como el anterior, á cargo del famoso trío de Francfort, el cual ejecutó admirablemente el trío en *do mayor* de Brahms y el trío en *si bemol* de Schuhmann, habiendo obtenido un éxito entusiasta. En el teatro de la Granvía han dado dos conciertos el eminente violoncelista Sr. Casals y el notable pianista Haroldo Bauer, á quienes el público tributó tan grandes como merecidas ovaciones.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 303, POR E. PRADIGNAT.

Segundo premio del Concurso de «La Stratégie,» sección D

NEGRAS (13 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y se hacen dar mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 302, POR L. A. KUIJERS.

Blancas.	Negras.
1. Cc4—d2	1. Rd4—e5
2. Cd2—f3 jaque	2. Re5×f5
3. Da6—e6 jaque	3. Cualquiera.
4. A ó D mate.	

VARIANTES.

2.................. Re5—e4; 3. Da6—a2, etc.
1 .... c4—c3; 2. Da6—a4 jaq., Rd4×c5; 3. Cd2—e4 jaq., etc.
1..... Cf8 juega; 2. Da6—c6, Rd4×c5; 3. De6—d5 jaq., etc.
1..... Ca7×b5; 2. Da6×b5, Rd4—e5; 3. Cd2—f3 jaq., etc.
2.................. Cf8—e6; 3. Db5—c4 jaq., etc.
1 .... Otra jug.; 2. Cd2—f3 jaq., Cualquiera; 3. Da6—a2 ó a7, etc.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER.—ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONTINUACIÓN)

—¿Una desgracia?, preguntó Maya con voz sofocada.

—Sí..., ¡una desgracia! Una desgracia que me arrojó fuera de mi camino y me envolvió en una red de desventuras. Aquí, junto á ti, Maya, me había libertado de aquellas cadenas, quería comenzar una nueva existencia, créelo; pero la fatalidad me ha perseguido, aquella sombra ha resurgido y me amenaza con arrebatarme á mi Maya.

—¡No, esto no! Haya sucedido lo que haya sucedido y suceda lo que suceda, yo no te abandono, gritó Maya convulsivamente acercándose á él. ¡Papá tiene tanta influencia! Aquí en Odensberg es el amo y te defenderá...

—¡Ah, Maya, Maya! Tu padre, por el contrario, es quien nos separará sin compasión. Ese hombre de hierro, con sus principios intransigentes, preferirá verte morir antes que ser esposa de un hombre que... no tiene un pasado inmaculado. No hay más que un medio para salvarme, uno solo; has de tener valor.

—¿Qué debo hacer?, balbuceó Maya dominada involuntariamente por la fascinación de la voz, de la mirada de Oscar.

Éste, con los ojos fijos siempre en los de la joven y con acento cada vez más febril y la voz más ardiente, siguió diciendo:

—Eres mi prometida... y tengo el derecho de hacerte mi esposa. Huyamos de Odensberg, y apenas pasada la frontera..., casémonos. Una vez casados, nadie, ni tu padre, podrá separarte de mí; toda potestad habrá de ceder ante nuestro matrimonio..., ¡serás mía!

Oscar de Wildenrod sabía perfectamente que semejante matrimonio no sería válido ante la ley, pero ¿qué le importaba con tal de que por válido lo tuviera Maya? É inmediatamente Dernburg, para salvar el honor de su nombre, no consentiría de fijo esta irregularidad y entonces podrían llenarse las debidas formalidades. Cierto que él perdería la jefatura de Odensberg; pero su esposa sería la heredera de su padre, y por ella tendría libertad y riquezas y nadie podría arrebatarle á la mujer adorada. Era un plan atrevido, loco, dictado por la desesperación, pero realizable... Sólo con que Maya consintiera, el barón estaba salvado. Pero la joven, aterrorizada, se desprendió de sus brazos.

—¡Oscar, dime, por amor de Dios!, ¿qué es lo que me pides?

—Mi salvación, exclamó Wildenrod con ímpetu. Sólo tú puedes salvarme..., si me quedo, estoy perdido; pero si vienes conmigo, si llegas á ser mi esposa, si te conviertes en mi ángel tutelar, me abres una nueva existencia... Yo te daré las gracias de rodillas y consagraré mi vida á tu adoración... Maya, ante mí se presentan dos caminos: uno, contigo, que me conduce á la salvación; otro, sin ti, que me lleva á la perdición, á la...

—¿A la muerte?, gritó Maya desesperada. ¡Ah, no, Oscar! ¡No has de morir! ¡Iré contigo adonde quieras!



De pie entre los cipreses, enfrente de ella, pálido, tembloroso, estaba Runeck

Wildenrod lanzó un grito de júbilo, y cogiendo á la joven entre sus brazos, cubrióla de apasionadas caricias.

—¡Maya mía! ¡Mi Maya adorada! Lo sabía, estaba seguro de ti; sabía que aunque abandonado de todos, tú no me abandonarías. Y ahora ven, no tenemos tiempo que perder.

—¿Ahora, en seguida?, exclamó la joven estremeciéndose. ¿Debo partir sin ver á mi padre?

—Sí, sin verle. Si le vieses, te descubrirías. Hemos de marcharnos inmediatamente. Detrás de la puertecita del parque nos espera el coche. Llevo conmigo el dinero necesario; partamos, pues... En medio de la confusión que hoy reina en Odensberg, nadie notará nuestra ausencia y ya cuidaré de que no descubran nuestras huellas hasta que anunciaremos nuestro matrimonio á tu padre.

Maya le contemplaba fijamente, pero no con su mirada límpida, infantil, sino con mirada que Oscar no acertaba á comprender.

—¿Pero no debo despedirme de mi padre?, repitió maquinalmente. ¿No despedirme de él cuando parto para siempre?

—No para siempre, Maya mía. Tu padre te perdonará. Acepto toda la culpa, tomo sobre mí toda la responsabilidad de este paso y te aseguro que volveremos.

—Yo no volveré, dijo la joven mirando en el vacío y como hablando consigo misma. Yo no volveré, lo presiento. Moriré entre gente extraña y en país extranjero; moriré á consecuencia de la separación de mi padre; moriré á causa de ese tremendo misterio que no quieres revelarme y que me destrozará el corazón. Tu amor, sí, será mi muerte...

—¡Maya!, exclamó Oscar con furioso ímpetu.

Pero la joven prosiguió sin escucharlo, hablando como en sueño, con voz sorda, monótona:

—Lo he presentido desde el primer instante. Cuando entraste en casa y vi por vez primera tus ojos, sentí una impresión extraña, como si estuviera junto á un precipicio dentro del cual hubiera necesariamente de caer. Y sin saber por qué, esta impresión la he experimentado siempre, hasta cuando me dijiste que me amabas, hasta en medio de la felicidad de estas últimas semanas. La sentía, y sin embargo no podía defenderme porque no podía reflexionar, ni pensar, ni definir lo que experimentaba, y por esto me acogía á la dicha del momento..., y ahora, tú me empujas al abismo, me arrastras... y yo ¡debo precipitarme en él!

—Pero... ¿me seguirás?, dijo Oscar pausadamente, casi sin poder respirar.

—¡Sí, Oscar! Dices que yo sola puedo salvarte, ¿y quieres que vacile?

Y apoyando su cabeza sobre el pecho de Wildenrod, prorrumpió en un llanto copioso y desgarrador.

La inocente criatura lloraba la muerte de su felicidad. El barón, inmóvil, con los brazos sobre las rodillas, la miraba en silencio, sin abrazarla. El cielo se obscurecía por momentos, el viento soplaba cada vez más frío y el haya dejaba caer una lluvia de hojas secas sobre aquella pareja de desventurados.

De pronto Maya se irguió y con ademán resuelto enjugóse las lágrimas.

—¡Vamos!, dijo con una voz que no parecía la suya. ¡Estoy dispuesta!

—¡No!, exclamó Oscar apartándose de ella.

—¿Qué dices?, repuso la joven mirándole asombrada.

Oscar se quitó el sombrero, se pasó la mano por la frente, como para arrojar de ella un pensamiento,

y luego se volvió hacia Maya con el rostro extrañamente demudado. No se veía ya en él huella alguna del tumulto de pasiones que le habían agitado hasta entonces; al contrario, parecía una estatua de mármol.

– Tienes razón, dijo con acento tranquilo. Es mejor que antes de partir veas á tu padre; sería demasiado cruel no acceder á este deseo. Ve y dile... lo que quieras.

– ¿Y tú?, preguntó Maya sorprendida de aquel cambio repentino.

– Te esperaré aquí. Vale más que le hables antes de dar este paso extremo. ¡Quién sabe si lograrás convencerle!..

Bastó aquella débil luz para llenar el alma inocente de Maya de la más viva y luminosa esperanza.

– ¡Sí, es verdad! ¡Deja que vaya!, exclamó impetuosamente. Le suplicaré de rodillas, le rogaré tanto, que no tendrá valor para separarnos..., ¿y no sería aún mejor que vinieras conmigo?

– No, no, es inútil; es mejor que vayas sola... ¡Ve, ve, los momentos son preciosos!

Y diciendo esto la apartó de sí, la empujó casi; pero cuando la vió que se disponía á andar, le tendió de pronto los brazos.

¡Maya, ven! ¡Repíteme que me amas! ¡Dime que, á pesar de todo, estás dispuesta á seguirme!

La joven se volvió hacia él, y arrojándose apasionadamente en sus brazos, exclamó:

– Qué, ¿no lo crees? ¿Temes acaso que me arrepienta y cambie de parecer? Está tranquilo; suceda lo que suceda, por horrible que sea, compartiré tu suerte y nadie podrá arrancarme de tu lado.

– ¡Gracias!, murmuró con voz más dulce y profundamente conmovida y contemplándola con ternura infinita. ¡Gracias, Maya, mía! No sabes lo que para mí significan esas palabras, el bien que con ellas me haces. ¡Dios te bendiga, te recompense y... te sostenga! Tal vez ahora sabrás de labios de tu padre lo que yo no he tenido el valor de decirte; pero cuando todos me condenen y me maldigan, piensa solamente que te he amado inmensamente... ¡Hasta ahora no he comprendido cómo te amo... y te lo demostraré!

– Pero... Oscar, ¿te quedas aquí, verdad?, preguntó Maya atormentada por un secreto terror.

– Sí, Maya; me quedo en Odensberg, te doy de ello mi palabra... ¡Ve, ve, criatura bendecida!

Y estrechándola entre sus brazos como á una niña, la besó delicadamente, con recogimiento, en la frente y en los cabellos, y luegó la dejó partir. La joven se alejó; pero al llegar al lindero del boscaje, volvióse para mirar á Oscar, el cual permanecía inmóvil junto al banco y la seguía con los ojos. Al ver que se volvía, le sonrió, y Maya, tranquilizada con aquella sonrisa, echó á correr hacia la casa.

Oscar no se movió mientras pudo verla; luego volvió á sentarse en el banco y metió la mano en el bolsillo: sí, allí estaban sus papeles, el dinero y algo más que se había llevado consigo, en el último momento, para lo que ocurrir pudiera. Ahora podía...; pero no, no allí, cerca de la casa...; una hora antes ó después no importaba.., y para realizar su plan era más apropósito la noche.

– ¡Pobre Maya mía! ¡Cómo llorarás! ¡Cómo te desesperarás! Me parece estar viéndote...; pero tu padre sabrá consolarte. Tienes razón, santa criatura, esa vida y mis culpas serían tu muerte... ¡No, es preciso que te salves!.. ¡Yo sólo me sacrificaré!

XXIV

En el extremo del parque, en un recinto rodeado de cipreses, descansaban las cenizas de los padres de Everardo Dernburg, de su esposa y de su hijo único. No había allí estatuas ni monumentos, pero en cambio las lápidas estaban cubiertas de hiedra y en la estación de las flores abríanse sobre ellas las rosas y los claveles.

Ahora, por el contrario, todo estaba desnudo, triste, desolado, y el viento que agitaba las copas de los cipreses tenía en aquel lugar acentos de dolor, de lamento.

Cecilia se dispuso á partir de allí. Las visitas frecuentes que hacía á la tumba de Enrique, el adornarla con flores, parecíanle deberes de gratitud hacia el que tanto la había amado, hacia aquel á quien debía su actual posición; y estos obsequios al difunto le parecían además una leve compensación de los cuidados que hubiera debido prodigarle vivo, si la muerte no le hubiese herido en aquella hora misma en que ella se rebelaba al solo pensamiento de esos cuidados, de esos deberes...

Antes de marcharse, Cecilia se inclinó para arreglar mejor las flores que había llevado á la tumba del marido; luego se enderezó, pero una violenta sacudida la hizo estremecerse. De pie entre los cipreses, enfrente de ella, pálido, tembloroso, estaba Egberto Runeck, más emocionado que ella misma por el inesperado encuentro.

– Perdón, por haber venido á estorbar á usted, señora Dernburg, murmuró. No creía encontrarla aquí.

– ¡Cómo! ¿Usted en Odensberg?, preguntó Cecilia sin disimular su sorpresa.

– He ido á ver al Sr. Dernburg y he querido aprovechar la ocasión para visitar la tumba de mi amigo de la infancia... Es la primera vez que la visito y será la última, porque esta es ciertamente la última vez que vengo á Odensberg.

Y sin mirar la esbelta figura de aquella mujer enlutada y cubierta con un velo, acercóse á la tumba, delante de la cual permaneció largo rato con la cabeza inclinada, con la mano apoyada en el mármol y silencioso. Cecilia, en tanto, se había alejado, deteniéndose junto á uno de los cipreses que cercaban el cementerio.

– ¡Pobre Enrique!, murmuró al fin Egberto separándose de la tumba y dando algunos pasos hacia Cecilia. ¡Pobre Enrique! ¡Morir tan pronto! Y sin embargo..., es una muerte envidiable la suya, en plena felicidad.

– ¡Pobre Enrique! ¡Merecía mejor suerte!, dijo la voz emocionada de Cecilia. Me conturba y atormenta la idea de haber sido tan poco digna de su amor.., pero desde el cielo me perdonará, porque verá...

Runeck la miró con expresión extraña, avanzó dos pasos hacia ella, y deteniéndose dijo en voz baja:

– Mejor mil veces morir dichoso que morir desesperado para desgracia propia y de otros..., como vivo yo.

La joven se envolvió en su manto, como si sintiera frío, y luego preguntó:

– ¿Por qué ha venido usted á Odensberg?

– Para seguir mi fatal destino..., para traer la desolación, para hacer infelices á los seres á quienes más quiero. ¡Esta es mi suerte! Estoy destinado á hacer sufrir á las personas á quienes amo y á ser mi propio martirizador... Es una fatalidad que me persigue y á la cual no puedo substraerme.., y he de vivir con el convencimiento de ser causa de dolores y de atraerme el odio de quien me es más querido.

– ¿Pero el Sr. Dernburg le ha recibido?

– Ha tenido por fuerza que recibirme y escucharme, porque he ido á cumplir un deber con él...

– ¿Y ahora?..

– Ahora el abismo que entre los dos se abre es más profundo que nunca..., pero no por culpa mía.

– Y... el pasado..., ¿no fué culpa suya?

Egberto recostado en un ciprés, delante de Cecilia, estaba agitadísimo.

– ¿El pasado?, repitió bajando los ojos. ¿Cómo discernir hasta dónde tuve razón y en dónde empezó mi culpa? Sólo una cosa me tranquiliza, y es que mis móviles fueron puros, nobles..., puedo decirlo sinceramente, Cecilia... En mi primera juventud soñé con una sociedad reconstruída sobre bases más iguales; soñé destruído el enorme desequilibrio actual y creí posible la realización de mi sueño...; pero he visto que este objeto humanitario servía sólo de pretexto y de velo á ambiciones personales, y he comprendido cuán lejano, cuán irrealizable es todavía mi sueño, no de igualitarismo social, sino de general mejoramiento... Y estas desilusiones las he conquistado al precio del sacrificio de mí mismo y de lo que más amaba en el mundo. Me habré equivocado, pero créame, Cecilia, he expiado mi error y nadie sabe cuán duramente. ¿Ve usted si es despiadada mi suerte?

En vano esperó una respuesta; Cecilia guardó sepulcral silencio. El viento, como aquella mañana en el Albenstein, llegaba hasta ellos con todas sus modulaciones, desde el leve murmullo del céfiro al ronco bramar del huracán; pero allí, bajo los cipreses, no se unían al viento los sonidos alegres de las campanas de la iglesia, y antes bien oíanse mezclados con rumores sordos, extraños, pavorosos. La tempestad que se aproximaba impedía distinguir con exactitud aquellos ruidos, pero no cabía duda de que además del viento un rumor cada vez más perceptible llegaba hasta los dos jóvenes, en la gris atmósfera crepuscular, junto á las tumbas.

Calmóse el viento, y la gritería resonó más clara, más distinta.

– ¿Qué es este ruido?, preguntó Cecilia estremeciéndose. ¿Viene de casa?

– No, parece que viene de los talleres; hace rato que lo oigo, respondió Egberto.

Los dos se pusieron á escuchar; de pronto Egberto dió dos pasos fuera del sagrado recinto.

– Son voces de hombre, es una multitud revolucionada...; algo pasa en los talleres. Váyase usted á casa, que yo voy allí.

– ¿Usted, Sr. Runeck? ¿Y por qué?

– Para defender al Sr. Dernburg..., yo sé mejor que nadie cuán exaltados y azuzados contra él están los obreros; si sale..., no está seguro entre sus trabajadores.

– ¡Oh, Dios mío!, gritó la joven aterrada.

– No tema usted; mientras yo esté al lado del Sr. Dernburg, estará seguro, ¡ay de quien osara acercársele! Váyase á casa.

Y sin decir más, Egberto se fué.

Cecilia lanzó un grito; la ansiedad del presente le hacía olvidar el pasado. Corrió al lado de Runeck, y cogiéndole por el brazo gritó:

– ¡Egberto!

Este se volvió creyendo haber oído mal.

– ¿Cecilia?..

– Egberto, ¿va usted á desafiar á esa gente exaltada? ¿Quiere, pues, ir en busca de la muerte? Esas gentes creen que usted es de los suyos, y si ahora le ven enfrente de ellas, al lado del amo..., ¡oh, Dios mío!, ¿qué harán? ¡Egberto, no se exponga! ¡Piense en mí!, gritó la joven fuera de sí.

Un grito de alegría le respondió, y Egberto hizo ademán de extender los brazos; pero la joven, turbada ante aquel gesto, retrocedió, y Runeck, posando sus ojos en las enlutadas vestiduras de la viuda, se contuvo. Quitóse el sombrero, é inclinándose le cogió la mano, que llevó á sus labios, conservándola así largo rato. Después alzó el rostro conmovido, radiante, la miró con ojos llenos de lágrimas y murmuró:

– ¡Sí, pensaré en ti!.. ¡Adiós, Cecilia mía!

XXV

Las minas de Odensberg, en donde durante tanto tiempo habían reinado únicamente el trabajo y la concordia, habíanse convertido en teatro de escenas salvajes.

Las prudentes medidas adoptadas por los empleados para poner un dique á la efervescencia de las masas, para mantener la calma después de las expulsiones, habían sido inútiles; todas las providencias se estrellaban ante la actitud de desconfianza del partido que secretamente dirigía Landsfeld y á cuyo frente estaba en Odensberg el obrero Failner. Aquel día había acudido allí el jefe socialista en persona; raras veces se dejaba ver en Odensberg, pero en aquella ocasión creyó necesaria su presencia. Las cosas amenazaban tomar un sesgo poco agradable para los jefes: la mayoría de los obreros habían vuelto á la reflexión, y más de la mitad de ellos estaban resueltos á reanudar los trabajos sometiéndose á las condiciones del amo; y como este ejemplo habría acabado por arrastrar á los demás, Landsfeld estaba resuelto á impedirlo á toda costa. Para ello era preciso provocar escenas de violencia que hicieran imposibles las aproximaciones y las explicaciones, y en verdad que no habían perdido el tiempo Landsfeld y sus compañeros, azuzando unos contra otros á los obreros. Las fraguas estaban llenas de las masas tumultuosas y agitadas que se amenazaban recíprocamente: Failner y sus secuaces lanzaban contra los del partido opuesto palabras ultrajantes, envenenadas, llamándoles ¡traidores, viles, miserables, perros!, y los ofendidos contestaban á estos insultos con otros echando en cara á sus compañeros que les hubieran colocado en una posición no buscada por ellos y obligado á tomar resoluciones de las que nada querían saber. Habían hasta venido á las manos, y de un momento á otro las contiendas podían convertirse en sangrientas; y en este caso, ¿qué horda de fieras podría compararse con aquella muchedumbre embriagada ante la vista de la sangre?

En la casa de la dirección se discutía agitadamente. Los empleados subalternos, después de abandonar las oficinas y los talleres cerrados, habían acudido á los directores declarando impotentes las medidas adoptadas, y los directores escuchaban desesperados sin saber qué aconsejar.

– Es inútil; hay que llamar al amo, dijo el director. El Sr. Dernburg prometió que en caso necesario intervendría..., y ahora ya no sé qué hacer.

– ¡No, por caridad!, exclamó Winning. El amo no debe dejarse ver; no está dispuesto ciertamente á hablar con buenas palabras á la gente, y si viniera y se mostrara duro, ¡Dios solo sabe lo que podría ocurrir!

– Pero esos hombres de allá arriba, ¿qué es lo quieren en resumen?, exclamó el doctor Hagenbach, que también se hallaba presente, temiendo que pudieran necesitarse sus servicios médicos. ¿A quién amenazan? ¿Al Sr. Dernburg? ¿A nosotros? ¿O es que se amenazan entre sí?

–Probablemente lo saben ellos menos aún que nosotros, respondió el ingeniero jefe. El que ve claro es Landsfeld, el cual evidentemente quiere lograr un objeto determinado, y desde el momento en que hoy ha venido á Odensberg, podemos prepararnos para algo grave.

–Razón de más para que yo no me sienta con fuerza para asumir por más tiempo toda la responsabilidad, dijo el director. Comunicaré al Sr. Dernburg que ya no somos dueños del campo, y él hará lo que mejor le parezca.

Y dicho esto, se acercaba al teléfono, cuando los rumores del exterior cesaron de repente; después se oyeron algunas voces que no tardaron también en callarse, y siguióse un silencio de muerte. Los empleados corrieron á la ventana para ver lo que sucedía.

–¡El amo!, exclamó Winning. Ya me figuraba que oyendo el tumulto vendría en seguida, sin necesidad de que le llamáramos.

–Temo que al fin ocurrirá alguna desgracia, murmuró Hagenbach.

–Abramos las puertas para que en caso necesario pueda retirarse aquí, dijo el director.

–El amo está solo; ni siquiera le acompaña Wildenrod, añadió Winning. ¡Vayamos nosotros, señores, en seguida!

Las puertas fueron abiertas, pero ni los empleados podían acercarse á Dernburg, ni éste llegar hasta ellos, pues les separaba una muralla humana. Los esfuerzos del director y de sus compañeros para atravesar aquella compacta muchedumbre, fueron inútiles; los obreros que más cerca de ellos estaban adoptaron inmediatamente una actitud tan amenazadora, que aquellos señores se retiraron para no provocar alguna violencia que habría podido caer sobre Dernburg.

Éste había venido inesperadamente por el sendero que desde su casa conducía á la dirección sin pasar por los talleres. Nadie le había visto llegar, y ahora estaba en medio de sus obreros como si hubiese surgido de las entrañas de la tierra. En aquella ocasión se demostró todo el poder de su personalidad: su sola presencia había bastado para imponer la calma á aquella multitud exaltada, que entonces permanecía inmóvil como por encantamiento. Todas las miradas estaban fijas en aquella figura imponente, en aquella frente arrugada; todos esperaban su primera palabra. Dernburg miró lentamente en torno suyo; parecía como si examinase á aquella muchedumbre, á la que hasta entonces había dirigido sin esfuerzo y que ahora se le presentaba como enemiga; miraba y no hablaba, cual si las palabras se negaran á acudir á sus labios.

Por desgracia, Landsfeld se hallaba muy cerca de él, y á su lado estaba Fallner con los más temerarios de sus adictos. La presencia de Dernburg no contrarió al jefe socialista, antes bien le fué grata, y un rayo de satisfacción brilló en sus ojos mientras murmuraba al oído de Fallner:

–¡Aquí está el viejo! Ya lo sabía yo que no se quedaría encerrado entre cuatro paredes ahora que la tempestad está desencadenada. ¡Tanto mejor! Ahora la cosa irá viento en popa.

Por fin, en medio de aquel pavoroso silencio, dejóse oir la voz de Dernburg, alta, segura, vibrante.

–¿Qué es este estrépito en mis talleres? No veo la causa de ello. Vosotros habéis manifestado vuestras ideas y yo he mandado cerrar los talleres, y cerrados los tengo. Se os ha pagado el jornal, ¡idos, pues, á vuestras casas!

Los obreros se quedaron sobrecogidos. Estaban acostumbrados al tono breve, imperioso, del amo; pero aquel acento despreciativo, glacial, era la primera vez que lo oían en su boca. Todos permanecían asombrados sin decir nada. Landsfeld, en cambio, creyó llegado el momento oportuno de intervenir personalmente.

–Tú sígueme con los otros, dijo en voz baja á Fallner, y se adelantó hacia Dernburg.

–Aquí no se trata del pago de jornales, comenzó diciendo con aire de desafío. Lo que los obreros quieren de usted, Sr. Dernburg, ya le ha sido comunicado. Aquellas expulsiones injustas han de...

–Dispense, ¿quién es usted? ¿Quién le da derecho para intervenir en este asunto?, dijo Dernburg interrumpiéndole, aunque ya le conocía de vista.

–Me llamo Landsfeld, respondió con altanería, y creo que esta es autorización suficiente.

–No, porque usted no pertenece al número de mis obreros y yo no tolero la intervención de personas extrañas. ¡Salga usted inmediatamente de Odensberg!

La orden era orgullosa y despreciativa: Landsfeld dió un paso atrás y miró de pies á cabeza al hombre que tenía delante y que se atrevía á hablarle de aquel modo.

–No obedezco esta intimación, dijo irónicamente. Estoy aquí en nombre de mi partido, al cual los asuntos de Odensberg tocan muy de cerca. Camaradas, ¿me reconocéis como á vuestro representante? ¿Puedo hablar por vosotros?

Fallner y los suyos, que habían seguido á Landsfeld y ahora le rodeaban, respondieron con alaridos de aprobación; los demás permanecieron silenciosos.

–¿Lo oye?, dijo Landsfeld irguiendo la cabeza con ademán triunfante. Y yo le digo que las condiciones señaladas por usted para reanudar los trabajos son vergonzosas, humillantes, y declaro que quien las acepte es un vil, un traidor.

–Y yo le declaro que con usted y con sus semejantes no tengo que ver nada, gritó Dernburg irritado ante aquella provocación. He presentado á mis obreros las condiciones bajo las cuales volveré á abrir los talleres; pero entiéndase bien, á mis obreros, que con hombres de la ralea de usted no tengo relación ni lazo de unión alguno.

–¿Con hombres de mi ralea?, gritó Landsfeld echando fuego por los ojos. ¿Somos, acaso, gusanos en opinión del gran señor? Compañeros, ¿lo oís? ¿Y toleráis que lo diga?

Aquella invocación á sus compañeros produjo algún efecto, pues de todos lados se oyeron insultos y amenazas dirigidos contra el Sr. Dernburg, y la multitud se estrechó aún más en torno de éste, separándolo de toda ayuda. En aquella situación, el Sr. Dernburg podía ser víctima de cualquier atropello.

De pronto, oyéronse á lo lejos voces, gritos, no ya salvajes y amenazadores, sino de salutación alegre; y rápidamente, como un reguero de pólvora al que se prende fuego, el grito llegó hasta las bocas de los que rodeaban á Dernburg.

–¡Viva Runeck!, gritó la muchedumbre abriendo paso al ingeniero que llegaba presuroso.

Egberto casi no podía respirar á consecuencia de la veloz carrera que había emprendido desde el cementerio al lugar del desorden; pero tenía un aire decidido, animado, y con actitud resuelta fué á colocarse al lado del Sr. Dernburg.

Landsfeld le miró con expresión irónica, y cuando Runeck fijó en él una mirada amenazadora, se encogió de hombros y murmuró:

–¿Ah, sí? ¿Quieres romperte la crisma tú mismo? ¡Corriente! Hazlo, así me ahorraré yo el rompértela.

Egberto, en tanto, había paseado su mirada en torno, y reconociendo el peligro de la situación, había apelado al único medio que podía salvarles.

–¡Fuera de la puerta!, gritó á los obreros que tenían sitiada la dirección. ¿No veis que el Sr. Dernburg quiere reunirse con sus empleados? ¡Abrid paso inmediatamente! Yo le acompaño.

Aquella gente, sorprendida, desorientada por el nuevo sesgo que la cosa tomaba, obedeció inconscientemente y empezó á retirarse. Pronto quedó libre el paso á las oficinas de la dirección, y Dernburg, llevando á su lado á Runeck, habría podido entrar fácilmente en ellas y ponerse á salvo; pero no era este el plan de Landsfeld, el cual avanzando como un loco gritó con acento furioso:

–¿Qué significa esto? ¡Nuestro diputado se pasa al enemigo y se pone en contra nuestra! ¡Runeck, aquí! ¡Tu puesto está entre nosotros! ¡Tú debes representar nuestros derechos! ¿O es que quieres convertirte en traidor?

Aquellas pérfidas palabras causaron la impresión deseada: levantóse un murmullo sordo, amenazador, general, y Runeck perdió la prudencia que hasta entonces se había impuesto.

–¡Vosotros!, gritó con voz tonante. ¡Vosotros sois



Fallner y los suyos, dando alaridos salvajes, se abalanzaron contra Runeck

los traidores, los infames que atacáis al hombre que por vosotros ha hecho cuanto ha podido! ¡Atrás todos! ¡No os acerquéis á él, pues al que le toque lo mato!

Runeck tenía un aspecto tan exaltado, tan terrible, que todos retrocedieron, todos menos Landsfeld.

—¿Quieres probar de matarme á mí?, gritó precipitándose sobre Dernburg.

Pero en aquel mismo instante el puño vigoroso de Egberto cayó sobre Landsfeld, quien aullando de dolor cayó al suelo, cubierto de sangre.

Estos hechos que habían sucedido con la rapidez del rayo, desencadenaron las pasiones de la furibunda multitud: Fallner y los suyos, dando alaridos salvajes, se abalanzaron contra Runeck que se había colocado delante del Sr. Dernburg cubriéndole con su cuerpo. Por algunos minutos la fuerza hercúlea de Egberto pudo resistir á todos los que le asaltaban, pero se preveía cómo había de terminar aquella lucha desigual. Brilló en el aire un puñal que el brazo de Fallner blandía, y Egberto cayó herido.

La vista de Landsfeld derribado había vuelto casi demente á la multitud; en cambio, la vista de Egberto tendido en el suelo la llenó de horror. Todos permanecieron anonadados ante la monstruosidad del hecho, y hasta el mismo Fallner quedóse inmóvil, espantado de su propia acción. En medio de aquel pavoroso silencio, el Sr. Dernburg, pálido como un cadáver, se precipitó sobre el herido y lo cogió en brazos.

En el entretanto, los directores habían podido salir de la oficina y se habían acercado á su jefe: el doctor Hagenbach supo aprovecharse de las circunstancias, y adelantándose gritó:

—¡Paso al médico!

La muchedumbre se apartó, y Hagenbach, seguido de los demás empleados, llegó hasta el señor Dernburg; pero éste parecía no darse cuenta de lo que le rodeaba; arrodillado junto á Egberto, sostenía el cuerpo de éste entre sus brazos y apoyada la cabeza sobre sus rodillas.

Cuando Hagenbach se inclinó para examinar la herida, Dernburg, con voz entrecortada por la emoción preguntó:

—¿Está herido... mortalmente?

—¡Muy gravemente!, respondió el doctor. Es preciso llevárselo en seguida.

—¡A mi casa!, ordenó Dernburg.

Después Hagenbach inspeccionó á Landsfeld.

—Aquí no hay peligro ninguno, dijo dirigiéndose á los circunstantes; un poco de aturdimiento sin importancia. Llévenlo á la dirección, que pronto volverá en sí. En cambio, Runeck, añadió con el semblante dolorido, está gravísimo.

Un murmullo lastimero surgió de la multitud, y cuando seis hombres levantaron las angarillas en que estaba tendido Egberto sin conocimiento, aquella masa humana se estremeció. Su diputado, el hombre por ellos elegido á despecho del amo, festejado y exaltado por ellos, yacía ahora moribundo, herido por mano de uno de los suyos, y á su lado caminaba el amo transido de dolor, estrechando su mano... No era necesario entonces intimar á la gente que abriera paso; todos se apartaban, mudos y afligidos, ante el triste cortejo... Por encima de aquellas cabezas había pasado un hálito de muerte...

XXVI

Apenas llegada á su casa, Maya buscó á su padre; pero éste se encontraba entre los obreros, por lo que la pobre niña, conmovida y agitada, no supo hacer otra cosa que precipitarse en brazos de Cecilia para desahogarse y solicitar consejo y ayuda en aquel horrible conflicto moral en que se encontraba. Mas con gran asombro suyo, encontró á su cuñada en tal estado de ansiedad y de exaltación que ni siquiera pudo hablarle.

—¡Déjame!, decía la viuda desesperada paseando agitadamente por el terrado, desde donde se veían las fraguas. ¡Déjame, hija mía! Después te escucharé; hablaremos más tarde; ahora, ¡oh, Dios mío! ¡Ahora sólo puedo pensar en el peligro que corre!

Maya se sintió desfallecer. ¡El peligro que corría! ¿A quién podía referirse Cecilia más que á su padre? ¿De modo que su padre estaba expuesto á un peligro tan grande? É impresionada por la agitación de Cecilia, la pobre niña se puso á recorrer la casa, yendo de ventana en ventana, inquieta, convulsa, olvidando casi, en medio de un nuevo afán, la embajada que allí le había llevado.

Había transcurrido más de una hora...

Maya se volvía loca. ¿Qué pensaría Oscar de su tardanza? Podía creer, viendo que no comparecía, que vacilaba y que estaba dispuesta á dejarle correr solo á la ruina...

¡No, no! Era preciso volver adonde él la esperaba, aunque fuera por pocos minutos, para decirle que aún no había podido hablar con su padre... Y habiendo tomado esta resolución, salió corriendo al parque, en medio de la obscuridad, y se encontró delante de Dernburg.

Éste había pasado con la triste comitiva por el caminito lateral que no podía verse desde la terraza. Por prescripción severa del doctor Hagenbach, los que conducían á Egberto habían caminado muy despacio, pero el movimiento y el dolor de la herida habían hecho volver en sí al joven ingeniero. Su primera pregunta había sido por Landsfeld, y cuando el doctor le dijo que se trataba de una cosa sin importancia, serenóse su semblante y lanzó un suspiro de satisfacción.

Maya no se había fijado en aquella comitiva, sino que al ver á su padre se arrojó á su cuello impetuosamente, exclamando:

—¡Oh, papá! ¡Estás vivo y salvo! ¡Bendito sea Dios! Ahora todo irá bien.

—Sí, estoy sano y salvo, pero á este precio, dijo señalando á los que le seguían.

La joven advirtió la presencia del herido y lanzó un grito de horror.

—¡Calma, hija mía!, recomendé el Sr. Dernburg. Esperaba entrar en casa sin ser visto para no asustaros. ¿Dónde está Cecilia?

—En el terrado, murmuró Maya dirigiendo una dolorosa mirada á su amigo de infancia, que yacía casi moribundo en las parihuelas. Y voy en seguida á tranquilizarla, porque estaba como loca de ansiedad por ti, añadió echando á correr hacia la casa.

Dernburg hizo conducir á Egberto á su cuarto ayudando á colocarlo en la cama, y luego volviéndose á Hagenbach le dijo:

—Doctor, dígame qué debo hacer; quiero ser yo quien le ayude.

—Corriente, respondió el médico. Lo que se necesita es calma y tranquilidad, y usted está abundantemente dotado de una y otra.

En aquel mismo momento abrióse la puerta sin previo aviso, y entró Cecilia, seguida de Maya.

La señora Dernburg parecía una sonámbula: con paso rápido, pero segurísimo y sin preocuparse de los allí presentes, sin ver nada ni á nadie, excepto el enfermo tendido en el lecho, dejóse caer de rodillas al lado de éste, junto á la cabeza del herido.

—Egberto, me habías prometido vivir, y sin embargo..., gritó desesperadamente prorrumpiendo en sollozos y ocultando su rostro entre las ropas de la cama.

Dernburg se quedó como herido por un rayo. No había tenido jamás la menor sospecha, y aquella revelación imprevista le impresionó de un modo indescriptible.

—No quería morir, Cecilia, murmuró Egberto con voz apagada, no... ciertamente..., fué para salvarle, y miró á Dernburg que, sin comprender lo que aquello significaba, se aproximó al lecho y murmuró lentamente:

—¿Conque vosotros dos?..

Cecilia irguió el rostro, cubierto de lágrimas, y cogiendo entre sus manos la del hombre amado, la estrechó tiernamente, y en aquella posición miró á Dernburg con ojos suplicantes diciendo:

—Papá... ahora... ¿puedo?.., ¿no es ningún mal, verdad?

Egberto agitado, con el rostro encarnado, movióse como si quisiera hablar, pero el anciano le contuvo.

—Cálmate, Egberto, no es necesario que te justifiques. No puedo sospechar ni de ti ni de ella, añadió poniendo su mano sobre la cabeza de Cecilia. Me figuro una dolorosa novela del pasado, porque, además, sé que hace meses que no vienes á Odensberg... Hoy ha sido la primera vez y has tenido que pagar tu venida con tu sangre.

—¡Pero esta sangre me libra de las cadenas!, exclamó Egberto con viveza. ¡Ahora soy libre!.., añadió, volviendo á dejar caer la cabeza sobre la almohada.

—Pero de este modo no se va á ninguna parte, dijo el doctor interviniendo en la conversación. Señores míos, aquí mando yo; de lo contrario, no respondo de nada. Sr. Runeck, necesita usted la mayor calma posible; que si ésta es indispensable en toda herida, ¡figúrese lo que será tratándose de una grave! Haremos todo lo que humanamente pueda hacerse, pero usted también ha de ayudarme permaneciendo tranquilo, sin pensar en nada.

Dernburg miró á su nuera, que había vuelto á levantar hacia él sus bellísimos ojos suplicantes.

—El doctor no necesita más que á una persona que le ayude, dijo, y quería yo ser esta persona; pero ahora creo tener una rival, y por esto te lo confío á ti, hija mía, seguro de que Egberto no puede estar en mejores manos y de que sabrás obligarle á tener calma, ¿no es verdad?, terminó diciendo mientras en sus labios se dibujaba una sonrisa llena de emoción.

Luego se inclinó para mirar al herido, que había cerrado los ojos; pasó la mano por la frente de Cecilia, que la cogió para besarla, y después de haber cruzado algunas palabras con el doctor, salió de la estancia.

Maya, que no se había movido del umbral de la puerta, asombrada también por la revelación de los sentimientos de Cecilia y de Egberto, salió con su padre y le siguió, pero tan tímida y vacilante como si hubiese cometido una mala acción y hubiera de confesar alguna culpa.

—Papá, quisiera decirte una cosa, murmuró con los ojos bajos. Es verdad que hoy has tenido bastantes disgustos, pero... no puedo retardar... Allí en el parque está quien espera mi decisión y la tuya... Debo ir á comunicárselas... ¿Quieres escucharme?

Dernburg habíase vuelto hacia ella. Sí, era verdad, había sufrido mucho, pero ahora llegaba el sufrimiento más cruel. Maya le contemplaba ansiosa, temblando, y él abrió los brazos y oprimiendo sobre su pecho á la criatura adorada, murmuró con entrecortado acento:

—¡Pobre Maya! ¡Pobre, pobre niña mía!..

XXVII

Había cerrado la noche, una noche obscura, de cielo negrísimo sin estrellas. Reinaba el silencio en las minas; los obreros habían vuelto todos á sus casas, impresionados por los sucesos acaecidos, asombrados por la desaparición de Fallner y por la marcha precipitada, á pie, de Landsfeld apenas vuelto en sí. Una tempestad de invectivas, de imprecaciones, de lamentos alzóse entonces contra el que había derramado la sangre de uno de ellos mismos y contra el que les había reducido á aquella condición con la esperanza de un provecho propio, y luego, al ver el mal sesgo que tomaban las cosas, les había abandonado violentamente á sus propias fuerzas... Abandonados por el antiguo amo, abandonados por el nuevo caudillo, sentíanse como entontecidos y no podían pensar en el porvenir, dominados como estaban por el remordimiento al pensar en aquel que en casa de Dernburg estaba luchando con la muerte.

En medio de las tinieblas, un hombre alto, imponente, envuelto en un abrigo de pieles, se acercó lenta y furtivamente á la casa y se detuvo debajo de las ventanas en donde todavía se veía luz; eran las del cuarto en que Egberto, dominado por la calentura, deliraba, del en que yacía Maya como atontada, del de Dernburg. El hombre que permanecía inmóvil con los brazos cruzados sobre el pecho, oculto en la obscuridad, ignoraba los últimos acontecimientos de aquella jornada: había ciertamente oído los gritos de rebelión mientras estaba con Maya junto al estanque y sabía los temores que se abrigaban; pero ¿qué le importaba ya de Odensberg y de la vida?..

Oscar de Wildenrod había llegado á los últimos extremos: la existencia ningún atractivo tenía ya para él; comprendía que no había de volver á ver á su prometida y que para él todo había concluído; y sin embargo, una fuerza irresistible habíale empujado allí, cerca de la única criatura á quien de veras había amado en el mundo. Y en el último momento había demostrado cuán grande, cuán inmenso era aquel dolor. La salvación que en aquella última ocasión se le ofrecía, habíala rechazado por amor á Maya: para salvar á ésta había aceptado su propia perdición. Y ahora el recuerdo de aquel amor quedaba como el único sentimiento puro en una vida manchada, perdida; el desequilibrio era demasiado grande, y ahora esperaba él nivelar los platillos de la balanza con una bala de plomo.

Pero por un instante el presente se desvaneció, y clavando sus ojos en la casa, Wildenrod volvió á ver en su mente la primera noche que pasara en Odensberg. Desde la ventana de su habitación había contemplado, en medio de la nocturna obscuridad, el espectáculo grandioso de aquel centro de trabajo, y llevando ya en el corazón el germen de aquella simpatía hacia la joven, que debía transformarse en pasión, había sentido hervir en su pensamiento planes ambiciosos, sueños atrevidísimos. En aquel momento, habíase prometido á sí mismo llegar á ser amo y señor de aquel mundo de trabajo, había saboreado toda la voluptuosidad del triunfo y con mirada orgullosa había contemplado las fraguas donde colosales fuegos despedían columnas de chispas que se perdían entre las tinieblas... Ahora, por el contrario, una quietud fúnebre reinaba por doquier, el incesante trabajo había concluído, los hornos estaban apagados.

(Continuará.)

TILLY BEBÉ

LA DOMADORA DE LEONES

La señorita Matilde Rupp, que con el nombre de Tilly Bebé está llamando la atención en el Circo Medrano de París, sólo hace dos años que se dedica á la profesión de domadora de leones; antes era secretaria taquígrafa de un célebre abogado de Viena, empleo que entró á desempeñar después de haber recibido una instrucción excelente en el Instituto Comercial de la capital austriaca. La joven Matilde, en cuanto podía escaparse del despacho del letrado, íbase al Jardín Zoológico, en donde permanecía en contemplación muda delante de las fieras; y á fuerza de ver y estudiar á los leones del Atlas y á los tigres de Bengala, sintió nacer en ella la vocación de domadora y comprendió que aquellos animales no debían ser tan fieros como se dice, puesto que se mostraban mansos con sus guardianes, bien es verdad que éstos jamás les trataban con brutalidad.

Vió también en las colecciones de fieras de las ferias domadores que en nada se parecían á aquellos guardianes, sino que eran aún más feroces que sus mismos leones; y en aquel cerebro de muchacha, ya que entonces sólo contaba veinte años, germinó la idea de que bien podría obtenerse por la dulzura lo que otros se esfuerzan por conseguir mediante la violencia.



TILLY BEBÉ, LA DOMADORA DE LEONES

Una casualidad, la ida á Viena de la condesa X, permitióle poner en ejecución el proyecto que había concebido: Matilde Rupp solicitó de aquella domadora que la aceptase como auxiliar y en seguida firmó su contrata. En poco tiempo acostumbróse tan bien la joven á su nuevo oficio, que no tardó en ser tan hábil como su profesora, la cual le cedió sus doce leones. Matilde tomó entonces el nombre de Tilly Bebé y comenzó á recorrer Europa en busca de éxitos y de fortuna. Los éxitos ya los ha obtenido; la fortuna no tardará en alcanzarla, porque un domador que sabe lo que trae entre manos y trabaja á conciencia tiene siempre brillantes contratas.

Los ejercicios que con sus fieras practica Tilly Bebé son curiosos é interesantes, y aquella joven que parece casi una niña se pasea por entre sus doce leones como si fueran perros ó gatos, juega con ellos é introduce su linda cabecita en las enormes fauces del león Carlos, sin llevar en la mano ni un látigo siquiera. Sus leones parecen amarla y la miran con ojos llenos de dulzura. Tilly Bebé tiene, como todos los domadores, su secreto, y aunque las mujeres no suelen pecar de reservadas, ella no ha querido revelar el suyo; lo más probable es que el tal secreto consista en la confianza que la joven domadora tiene y en el estudio que ha hecho del carácter de cada uno de sus doce leones, y en no hacer ejecutar á los animales más ejercicios que los que les gustan y pueden practicar sin violencia alguna. — X.



Un bautizo, cuadro de Domingo Fernández y González

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 8 de diciembre de 1902 — Núm. 1.093



LA MUJER DEL PESCADOR, cuadro de Félix Mestres (Salón Parés)

SUMARIO

CRÓNICA DE TEATROS

Según ya antigua costumbre, el mes de noviembre ha empezado en los teatros de Madrid con los desafueros, vociferaciones y desplantes de D. Juan Tenorio. Recorrer los cementerios y asistir, por lo menos, á una de las representaciones del célebre drama, son deberes que cumplen religiosamente todos los vecinos de esta villa y corte. Y no es extraño. El tipo del valentón pendenciero, atropellador de la justicia, burlador de mujeres, derrochador y vicioso, es todavía el bello ideal de una gran parte de nuestro pueblo. Los salones y las tabernas tienen sus Tenorios, que varían en la forma puramente externa, pero que son idénticos en el fondo. Por esta razón el drama de Zorrilla es la obra teatral más popular de España. No quiere esto decir que el tipo del seductor sin conciencia no *se dé* en otras zonas y otros climas. No; D. Juan Tenorio, aunque creado aquí por Tirso de Molina y aunque bajo nuestro cielo haya alcanzado su mayor desarrollo social, es planta que en todas partes ha arraigado. Ahí están para no dejarme mentir el D. Juan de Moliere, el de Byron, el Marana *(sic)* de Dumas y no sé cuántos otros.

A la serie *donjuanesca* puede añadirse el marqués de Priola, protagonista de la comedia del mismo título escrita por Lavedan y dada á conocer al público madrileño por la compañía Bartet-Le Bargy que acaba de visitarnos. Es el tal marqués un D. Juan harto degenerado y venido á menos. Con decir que para conquistar á sus víctimas empieza por enseñarles vistas pornográficas... Y si el carácter de Priola es repulsivo y sin ninguno de los rasgos de grandeza que en los Tenorios españoles templan ó atenúan la maldad del personaje, el resto de la comedia no se halla á más altura. La acción, además de tener escenas y frases de una procacidad repugnante, se desarrolla y sostiene con los recursos más gastados del melodrama vulgar. Esto no obstante, el público que asistió á la representación de *El marqués de Priola* era de lo más empingorotado y linajudo de Madrid, y aplaudió la obra de Lavedan con un entusiasmo digno de mejor causa.

Lo que sí merece incondicional aplauso es el arte exquisito con que la Bartet representa sus papeles. Sin que esta actriz merezca ser considerada como *estrella*, y sin que aquí la hayamos visto llegar á la suprema expresión de esos momentos del arte que Schlegel consideraba como instantes decisivos de la humanidad, es lo cierto que en lo que pudiéramos llamar tono medio de la representación teatral, que es el que corresponde á la comedia, pocas actrices modernas la igualan. En cuanto á Le Bargy, aunque actor muy notable, no le creo de la misma talla artística que su compañera en la casa de Moliere. Más artificioso que la Bartet, abusando á veces de *la pose*... y de los chalecos, el *societaire* de la Comedia francesa deja no poco que desear, considerado, por supuesto, en la categoría de comediante extraordinario.

Electra, drama mediocre desde el punto de vista artístico, pero que gracias á circunstancias de orden político proporcionó á su autor, el ilustre novelista Galdós, un ruidoso triunfo, ha traído, en poco tiempo, numerosas imitaciones, entre las cuales se halla *Aurora*, obra simbólica escrita por Joaquín Dicenta. Según el mismo autor nos explica, su objeto es «unir las aspiraciones inteligentes de los de arriba con las aspiraciones suplicantes de los de abajo.» Los primeros están representados por Manuel, investigador apasionado de la verdad científica y partidario ardiente de la emancipación de las clases inferiores; los otros por Aurora, criada de servicio que simboliza la *aurora* de la nueva sociedad. El sabio y la criada, antiguos amantes, se encuentran casualmente, después de larga ausencia, en la casa de la prometida de aquél, y así ésta como sus parientes y amigos, burgueses de mala ralea, que traicionan al sabio y maltratan á la pobre chica, acaban por ser insultados y humillados por Manuel y su ex amante, los cuales, despreciando absurdos prejuicios, se van por esos mundos de Dios «á hacer nueva humanidad.»

El drama, aunque no carece, de cuando en cuando, de rasgos que dan testimonio de la fuerza dramático del autor de *Juan José*, es artificioso y enderezado todo él, más que á expresar belleza artística, á obtener á todo trance los aplausos de la galería.

La obra de Dicenta, á pesar de su tendencia, tan á propósito para halagar á las muchedumbres, no ha llegado á interesar al público, ni siquiera á aquella parte para la cual ha sido escrito el drama.

Más afortunados han sido los hermanos Quintero con su comedia titulada *La dicha ajena*. Los dos jóvenes escritores poseen en alto grado el don feliz de copiar la realidad, ó mejor dicho, lo externo de la realidad, con prodigiosa exactitud. Pocos autores españoles modernos, quizás ninguno, los igualan en el arte de retratar tipos, de pintar costumbres y de mostrar el lado cómico de la vida vulgar. Sus comedias, en este sentido, recuerdan las de Bretón de los Herreros. Pero los dos aplaudidos hermanos no se contentan con esto; aspiran á más, y con noble empeño tratan de escribir comedias de ideas, envolviendo éstas en la amena forma de que hablo más arriba.

La dicha ajena ha sido una tentativa muy estimable hecha en esta dirección. El pensamiento capital de la obra tiene cierto parecido con el de *Un enemigo del pueblo*: es la lucha entre el individuo y «la mayoría compacta;» la oposición que la envidia individual y la indiferencia y malicia colectivas hacen siempre á la realización de un noble proyecto. Y aquí está el tendón de Aquiles de la aplaudida comedia de los hermanos Quintero. Los obstáculos que se oponen á la construcción en Guadalema del Asilo de niños, proyectado por uno de los personajes principales de la obra, son insignificantes y no pueden descorazonar á un luchador enérgico, como parece que quiere ser el creador de aquella institución benéfica.

En la obra de Ibsen citada, el doctor Stokman, viejo ya y tras una vida de rudos afanes, se ve, á causa de sus nobles ideas beneficiosas para su pueblo, escarnecido, silbado, apedreado por los mismos á quienes él trata de favorecer. Pero ¿qué angustias ni qué disgusto grave han de producir en un alma bien templada las pobres maniobras de la gente desocupada de Guadalema? Por esta razón la tesis de *La dicha ajena* nos interesa poco.

Mas aunque esto sea así, en cambio, ¡qué suma de vida y de savia artística circula por toda la comedia! Aquellos socios del casino de Guadalema nada tienen que envidiar á los del «casino de Vetusta,» una de las páginas mejores, si no la mejor, que escribió *Clarín* en su *Regenta*. Y no se arguya que en el hermoso cuadro hay tipos grotescos. Pues qué, ¿en la vida no abunda esa clase de tipos que nos hacen pensar en no sé qué caprichos caricaturescos del Ser Supremo? ¿Quién no conoce entes como el *acaparador* de periódicos, el señorito memo que consagra su existencia á coleccionar pipas, el bilioso maldiciente y todos los demás que los hermanos Quintero han arrancado de la realidad para llevarlos á la escena?

Los autores de *La dicha ajena* manejan el diálogo con rara habilidad y el chiste con admirable gracejo: tienen el buen gusto de huir del tono declamatorio, y si alguna vez la frase parece que se encumbra y que va á irse por los cerros de la oratoria por donde casi todos nuestros autores dramáticos suelen extraviarse, pronto y merced á un rasgo de ingenio desciende, con regocijo del público, á la llaneza familiar.

Ecegaray, cualquiera que sea el asunto que lleve al teatro, por manoseado que esté, por insignificante que á primera vista parezca, logra embellecerlo y levantarlo de tal modo, que nos parece original y grande. Esta originalidad y grandeza provienen de la manera de concebir, de sentir y de pensar del gran dramaturgo. El argumento de *Malas herencias*, estrenado noches pasadas en el Español, es en substancia el mismo de *Romeo y Julieta*, tan llevado y traído hasta por los autores de género chico. Esto no obstante, Echegaray ha hecho con él un drama interesante y nutrido de altas y nobles ideas.

Víctor y Blanca se aman con amor honrado y entrañable: son buenos, sanos, apasionados; el porvenir les sonríe. De repente, una nube empaña el cielo de su felicidad. Blanca, que es hija natural, acaba de ser reconocida por su padre moribundo: el hermano de ella se presenta inopinadamente y se opone al matrimonio de Blanca con Víctor. ¿Por qué? Porque los padres de los dos amantes han sido encarnizados enemigos; porque entre ambos hay «un abismo de lágrimas y de deshonra.» Ni el tío de Víctor, que hace respecto de éste las veces de segundo padre, transigiría con que el hijo de su hermano se case con la hija de Ibarrola (el padre de Blanca), ni el hermano de la joven accedería á que su hermana se case con Víctor. Ambos amantes protestan, como es consiguiente, contra la ley social que les hace pagar deudas ajenas. Y con tal motivo Echegaray por boca de Víctor expone con briosa elocuencia una teoría completamente opuesta á la preconizada por el *Exodo*, que, como es sabido, hace recaer las faltas de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación.

El conflicto dramático, presentado en el primer acto en la forma que queda expuesta, se acentúa y exacerba en el segundo. El hermano de Blanca, resuelto a impedir á todo trance el enlace proyectado, quiere llevarse á su hermana de Madrid. Ella resiste; Víctor la defiende contra la tiranía del tenaz hermano; el tío de aquél se enfurece, y el acto acaba haciendo comprender al espectador que es inevitable el choque entre Víctor y Roberto, el hermano de Blanca... Y más inevitable nos parece cuando al comenzar el acto tercero sabemos que Roberto ha abofeteado á Víctor. El duelo está concertado; la fatalidad va á triunfar, y muerto ó vencedor el amante de Blanca, su enlace con la hermana de Roberto ha de ser imposible. Pero la enamorada joven no se resigna á perder su felicidad: corre á casa de Víctor, y con apasionado acento y con lágrimas en los ojos logra arrancar á su rendido enamorado la promesa de que renunciará á batirse con Roberto.

Víctor mantiene la palabra que ha dado á su novia: cuando los padrinos vienen á buscarle para ir al terreno, les manifiesta su propósito de no batirse. Su tío ocupa su puesto, sin que al pronto Víctor se entere de la substitución; mas cuando traen á aquél moribundo ó mal herido, el joven corre al lugar del encuentro, se bate con el hermano de Blanca, hiérele de muerte, y al volver al lado de su amada, ésta, sobreponiendo á todos los prejuicios sociales los fueros de su amor, se arroja en los brazos de su prometido esposo.

Como se ve por lo que someramente queda indicado, Echegaray en su nuevo drama se revuelve contra la ley de la fatalidad y contra la no menos dura de la herencia. Víctor y Blanca no sucumben como Romeo y Julieta, víctimas de los odios de su raza. Su amor y su fuerza de voluntad triunfan de las fatalidades del pasado... Justo es reconocer que el obstáculo que separa á Blanca de Víctor es más aparente que real... Quizás el tal obstáculo hubiera podido destruirse con un pliego de papel sellado dirigido al juez de paz. Esto en el orden legal; que en el orden afectivo, ¿qué respeto ni consideración había de tener Blanca á la memoria de un padre que la ha abandonado y que sólo en el momento de morir la ha reconocido? La paternidad es sagrada cuando va seguida de amor, abnegación y sacrificio; cuando no, lejos de merecer respeto el padre, merece á lo más lo que Segismundo dice al suyo:

Y así agradéceme á mí
que yo no cobre de ti,
pues eres tú mi deudor.

Pero sea de esto lo que fuere, es lo cierto que Echegaray esta vez, como tantas otras, ha sabido interesar y conmover hondamente á su auditorio...; y créanme ustedes, no es cosa tan fácil hinchar un perro.

El mes de noviembre ha sido fecundísimo en estrenos. La falta de espacio me obliga á enumerar tan sólo las obras que, además de las citadas, se han representado por primera vez en los teatros de Madrid. A primeros de mes se puso en escena una zarzuela que la claque aplaudió y el público dejó pasar sin grandes protestas, titulada *Miguel Andrés*, letra de Pascual Millán, música de Brull. En Novedades fué muy aplaudido un drama, *La flor del almendro*, original del distinguido crítico D. Arturo Perera. Representóse también el melodrama francés *Rocambole*. En Apolo ha sido un verdadero éxito *El puñao de rosas*, letra de Arniches y música de Chapí, y el Cómico ha refrescado su cartel con *Los granujas*, de Arniches, Jackson y Valverde. *Cuadros vivos*, estrenado en la Zarzuela, á pesar del lujo con que la presentó la empresa, fué rechazada desde las primeras escenas.

Pedir más estrenos fuera pedir gollerías.

ZEDA.



Y no ostentaba abiertamente su hermosura sino en las noches de baile

EL ANEURISMA

– Yo creo, decía Garnica, que toda falta lleva en sí misma su castigo, como en el pecado se lleva la penitencia; creo que nadie escapa á las consecuencias del mal que causa á sus semejantes, y que rige el mundo moral una gran ley inclemente, que viene á ser un producto, un resultado matemático. El orden trastornado se venga. Lo que llamáis casualidad ó coincidencia no es más que el choque de dos elementos puestos durante más ó menos tiempo en presencia uno de otro en la naturaleza.

– ¡Uf!, exclamó Dotres. Eso necesita explicación. Enciende tu linterna.

– Creo, continuó Garnica, que si el hombre es á veces el instrumento que castiga, después de las deliberaciones públicas de los *Señores del Tribunal*, es casi siempre el castigador de miserables cuyos crímenes ignora. Un ser que martiriza á otro ser, es á su vez, tarde ó temprano, víctima de alguien, y...

– ¿Por ejemplo?

– ¡Sí, venga un ejemplo!

– ¡Ejemplo al canto!

Exclamaron los tertulianos de la cervecería en que Garnica llevaba la batuta, dejando vagar una indefinible sonrisa en medio del humo de su cigarro.

Sin abandonar su imperturbable calma, éste continuó:

– Creo...

– ¡Ya no están de moda las profesiones de fe!, interrumpió Dotres.

– ¡Basta de Credos!, exclamaron varios tertulios.

Garnica, sin inmutarse, prosiguió:

– Creo en un castigo más directo, más inmediato, que emana inesperadamente de los hechos mismos, de las circunstancias que han rodeado el crimen y del medio en que éste se ha cometido.

– ¿Crees también divertirnos con tus metafísicas?, vociferó Dotres. Voy á impedirte el uso de la palabra, apelando al sistema del obstruccionismo.

– ¡Que hable Dotres!, gritaron en tono burlón algunos parroquianos de la cervecería.

– Un discurso de Dotres, añadió Garnica, no haría más que corroborar lo que acabo de decir. Mi castigo no se hubiera hecho esperar.

– Vamos á ver, preguntó un poeta melenudo que dejaba flotar su talento por encima del mugriento cuello de su levita, ¿era un exordio?

– Sí, contestó Garnica.

– Entonces, te escuchamos, lúgubre metafísico.

Cesaron los gritos y los murmullos.

El *Lúgubre Metafísico*, como le llamaban sus contertulios, tenía el don de interesar á su acostumbrado auditorio de *guasones;* y se le perdonaban los exordios, como se tolera á los actores de fama ciertos defectos que valdrían una silba á los pobres comparsas.

Una vez entrado en materia, comunicaba tal intensidad de vida á sus relatos, que cautivaba á todo el mundo, así por el interés del asunto como por la emoción sostenida con que lo explanaba.

No faltaba quien afirmase que Garnica era á veces el protagonista de las historias que contaba y que había llevado una accidentada vida de bohemio afortunado en amores.

– Julia Mendoza, refirió Garnica, era una mujercita anémica. Su palidez y su clorosis exhalaban efluvios apasionantes de misticismo. Era rubia y vaporosa como una alemana de Goethe, y poseía además el atractivo de esas madrileñas enloquecedoras que no dibujan una sonrisa, ni aun siquiera en presencia de personas indiferentes, sin darle un excesivo valor de vagas promesas. Exquisita naturaleza de sensitiva, se arrebujaba en su pudor bajo las ardientes miradas de los amigos de su esposo, y no ostentaba abiertamente su hermosura, de ordinario incierta, sino en las noches de baile, en medio de millares de luces reflejadas en bronces, mármoles y cristales y en medio del brillo de los diamantes de las demás mujeres.

Julia era coqueta; pero la cantidad mensual que le entregaba su marido para el sostenimiento de la casa, no daba bastante para excesos de lujo.

Leonardo Igual, su marido, se complacía, sin embargo, en dejarse arrancar mensualmente un crédito suplementario, que excedía, á veces, al del presupuesto corriente.

Otros hubieran pagado mucho más caro el amor de Julia, si ésta hubiese querido.

Pero Julia no quería, al decir de todo el mundo.

Leonardo Igual no recibía más que á un amigo, Carlos Oltra, amigo íntimo, amigo como hay pocos – afortunadamente.

Porque Oltra se había apoderado del corazón de Julia, que le llamaba su querido poeta, pues Carlos había empleado el ritmo y el consonante como principales medios de seducción.

Y como Oltra no estaba mejor organizado para la poesía que Julia para hacer feliz á un hombre honrado y serio, el literato no comprendido y la romántica clorótica concluyeron por amarse en secreto.

Afortunadamente para la dignidad y el buen nombre del matrimonio, aquel amor extraconyugal no traspasó los límites del platonismo.

– Pero el marido les sorprendió á lo mejor, interrumpió Dotres; les creyó culpables; les mató á los dos y los ciudadanos honrados se acostaron tranquilos.

– Nada de eso, amigo Dotres, replicó Garnica. La vida está llena de dramas que no acaban como los vuestros. ¿Queréis saber el desenlace del mío? El esposo, sin saber la infidelidad moral de su esposa y de su amigo, infidelidad del alma, mucho más grave que la infidelidad material de los sentidos, hizo morir á los dos culpables.

Todo el mundo se miró con estupor.

– ¿De remordimiento?, preguntó un tertuliano.

– ¿Voluntariamente?, dijo otro.

– No acertáis, contestó Garnica.

– ¿Un nuevo amigo, indignado, venga al esposo?

– Tampoco.

– Si se trata de descifrar un enigma, propongo que se sirvan unas copas de coñac.

– Leonardo Igual, continuó el narrador, era un expansivo, un hombre leal, de gran corazón, que ponía en sus afectos todo el ardor y toda la franqueza de su probidad. Se casó enamorado de Julia, y después del matrimonio, su amor aumentó en vez de disminuir. A veces se sentía con el corazón demasiado pequeño para contener su inmensa ternura. Aquel grande amor, aquel afecto sin límites, aquellos nobles sentimientos engañados, se vengaron por sí mismos, siendo la causa del castigo... Leonardo Igual no se vengó, ni le vengó nadie, y sin embargo quedó vengado.

– Supongo que no morirían de accidente, interrumpió un joven partidario de la novela psicológica. Yo no admito accidentes como desenlaces.

– Cerca le anda usted, joven, exclamó Garnica irónico. Pero hay accidentes que en nada se parecen á los que usted recorta de las gacetillas para *documentarse.*

Julia Mendoza padecía una enfermedad que no le permitía entregarse á emociones violentas.

Cuando Carlos Oltra se retrasaba en sus habituales visitas, Julia tenía que comprimir con ambas manos las violentas palpitaciones de su corazón. La inquietud, la duda y la impaciencia la mataban lentamente. El toque del timbre de la puerta de entrada precipitaba la violencia de los sobresaltos de aquel corazón enfermo. Dejábase caer en un sillón, y Oltra la encontraba á veces tan mórbidamente pálida, que le preguntaba temblando:

– ¿Qué tienes?.. ¿Estás mala?

– En cuanto llegas, todos mis males desaparecen.

La verdad es que ella ignoraba el mal que la consumía, poniendo en peligro su existencia. El médico le había ocultado su diagnóstico. La prescripción facultativa se limitaba á lo siguiente: reposo, tranquilidad de espíritu, una vida sin emociones, comida de convaleciente. Con semejante régimen, podía vivir noventa años.

De ahí dedujo ella que no tenía enfermedad nin-

guna, y continuó su vida misteriosamente apasionada, que ponía en febril actividad su cerebro y su corazón.

Leonardo conocía el mal de Julia. El médico le había dado pocas esperanzas.

De pronto á su tristeza se unió un pesar inmenso. Leonardo perdió toda su fortuna en una especulación desdichada.

¿Cómo enterar á Julia?

Una fuerte emoción podía causarle la muerte.



REPÚBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES. – La legación chilena el día del cambio de las actas originales de los nuevos tratados, en Santiago de Chile.

La ruina era tan completa, que después de la vida acomodada iban á llegar la miseria y el hambre.

¿Qué hacer?

El marido tomó la resolución de marcharse á América, donde tenía amigos que podían ayudarle á rehacer su fortnna.

Pero no podía llevarse á su mujer, cuya salud era más precaria de lo que se figuraba ella misma.

Lo mejor era ausentarse de Madrid con cualquier pretexto; escribir á Carlos, suplicándole que subviniese durante un año á las necesidades de la vida de Julia, sin que ésta sospechase la verdad; que la preparase á la idea de una separación más ó menos larga, calmando sus temores y su natural desesperación. Por ningún concepto había que anunciarle bruscamente resolución tan grave.

Concebido el plan, Leonardo lo puso en práctica.

A la mañana siguiente despidióse de su esposa, diciéndole que marchaba á Santander para un negocio importante, sin fijar el día de su regreso.

Dejó para Carlos una carta en que le explicaba su conducta, sus propósitos y lo que esperaba de su amistad.

El mismo día, cuando Oltra se presentó, á la hora de costumbre, en casa de sus amigos, Julia le anunció con júbilo:

– ¡Tenemos, al menos, ocho días de libertad!

Era una radiante mañana de invierno.

Abrieron el balcón y el claro ambiente les embriagó como una promesa de tiempo primaveral.

– Iremos á dar largos paseos por el campo, dijo ella.

– Bien sabes que no eres libre, Julia, y que nunca podremos amarnos á la faz del mundo.

– ¡Señorito Carlos!, gritó una voz en la antesala.

Oltra dió algunos pasos hacia la puerta.

– Esta carta para usted, añadió el ayuda de cámara de Leonardo.

Carlos tomó la carta, la abrió y la leyó rápidamente mientras el criado se alejaba.

– ¡Al fin, exclamó de pronto en una explosión de júbilo, al fin eres mía! Se ha marchado á América.

Julia le escuchaba sin comprenderle.

– ¿Qué quieres decir?.. ¿Quién se ha marchado á América?

Poco á poco la sangre se retiraba de su rostro.

– ¡Tu marido!, contestó Carlos.

– ¡Leonardo! ¿Y por qué?

– Está arruinado... ¿Comprendes?

– No; no comprendo, dijo ella en voz débil, levantándose con la mano puesta sobre el corazón.

– Pues es muy sencillo. Te confía á mí.

– Entonces tú me vas á mantener...

– Para que vivas feliz.

– ¡Vivir!.. ¡Vivir feliz!.., murmuró ella con voz doliente; y sin una convulsión, cayó inerte á los pies de su amigo.

Carlos levantó el cuerpo de Julia, que se dobló en sus brazos.

Colocó el cadáver en un sofá, cogió un revólver, ciñó el talle de su amiga con el brazo izquierdo, apoyó su cabeza en la de la muerta y sin vacilar se levantó la tapa de los sesos.

Un estremecimiento corrió por el auditorio.

Garnica añadió:

– Carlos no había leído la posdata en que Leonardo le revelaba la gravedad del aneurisma que padecía su mujer.

– ¿Y el marido?, preguntó Dotres.

– Murió al llegar á América.

Entonces el poeta melenudo añadió sentenciosamente con sus ribetes de ironía:

– Creo que toda falta lleva en sí misma su castigo... Creo que el orden trastornado se venga...

– ¡Silencio! ¡Fuera!, vociferaron los demás tertulios.

JUAN B. ENSEÑAT.

(Dibujo de Mas y Fontdevila.)

REPUBLICA ARGENTINA. – BUENOS AIRES

FIESTA EN LA LEGACIÓN CHILENA EL DÍA DEL CAMBIO DE LAS ACTAS ORIGINALES DE LOS NUEVOS TRATADOS, EN SANTIAGO DE CHILE

Por ahora parece la tormenta desvanecida por completo entre ambas repúblicas sud-americanas y desaparecidos del todo los peligros de una próxima contienda armada entre argentinos y chilenos. La más completa inteligencia reina entre los dos gobiernos y diremos que también entre los dos pueblos.

Los comisionados del ejército y armada argentinos que á bordo del acorazado *San Martín* fueron á Chile para verificar el canje de las actas originales, han sido por espacio de más de un mes huéspedes obsequiados y festejados hasta el exceso en fiestas de todo género y demostraciones afectuosas en todas las clases sociales, de tal modo, que á su regreso no han tenido más que palabras de elogio de la cultura y entusiasmo del pueblo chileno en cuantos puntos han visitado, así militares como civiles, lo mismo marítimos que terrestres.



FIESTA DE LA LEGACIÓN DE CHILE. – El presidente de la República Argentina, teniente general D. Julio A. Roca, brindando por la paz sud-americana (de fotografías remitidas por D. Justo Solsona)

El mismo día que Chile celebraba su fiesta nacional fué el señalado para la ceremonia del cambio de las mencionadas actas, y el ministro plenipotenciario de Chile residente en Buenos Aires Sr. Concha, á quien en buena parte se deben las preliminares negociaciones, dió una magnífica fiesta en su espléndida mansión de la Avenida República. Por la tarde hubo recepción y por la noche un gran banquete, al que asistieron el presidente D. Julio A. Roca, ministros y cuerpo diplomático. En los brindis, el general Roca hizo las más fervientes manifestaciones de paz inalterable y del más fraternal afecto entre los dos pueblos, para procurar ambos, de consuno, el engrandecimiento por medio del trabajo y de un económico régimen administrativo.

Mucho nos place tal resultado, y ojalá que perduren en ese camino los dos pueblos; y que Chile arregle sus asuntos con Bolivia y Perú de un modo justo



MONUMENTO ERIGIDO EN BILBAO Á LA MEMORIA DE LA Sra. Vda. DE EPALZA

obra de Agustín Querol

y equitativo, á fin de que el horizonte de toda esta parte de América tenga la transparencia de la atmósfera pura y el color de los sueños de amor, para un porvenir feliz y dichoso.

Ahora sólo falta, creyendo en todas esas bellezas, que la política interior de esas naciones haga que los pueblos respectivos puedan desenvolverse con desembarazo, trabajar, engrandecerse y enriquecerse libremente, cobijados por las alas de la perenne paz y de la administración correcta.

Buenos Aires, octubre 1902. Justo Solsona.

CARMEN BONAPLATA DE BAU

A la celebrada artista Carmen Bonaplata confióse en 1892, casi en los comienzos de su carrera, la interpretación de la obra del maestro Franchetti *Cristoforo Colombo*, al ponerse por primera vez en escena en el teatro de la *Scala* de Milán. Nadie, pues, más indicado que nuestra ilustre compatriota para dar forma á las concepciones del poeta y del compositor. Los plácemes y felicitaciones del autor, así como los aplausos que el público la tributa en el Gran Teatro del Liceo, demuestran el acierto con que la artista llenó su difícil cometido, y los timbres adquiridos bastarían por sí solos para cimentar su reputación si en las producciones de su extenso repertorio no hubiese atestiguado evidentemente su valía y sus indiscutibles merecimientos.

Hija de un actor distinguido, parece como si hubiese heredado las cualidades artísticas que hicieron estimable el nombre de Bonaplata, adaptándolas á la escena lírica y engalanándolas con los joyeles de su voz agradabilísima y la distinción de su escuela.

Difícil sería condensar en poco espacio cuanto representa la vida artística de Carmen Bonaplata, breve todavía por su duración, pero copiosa en resultados. Bastará decir que desde 1890 en que alcanzó extraordinario éxito con la interpretación de *Aida* en el teatro Dal Verme de Milán, se han sucedido sus triunfos sin interrupción, y que su nombre lleva consigo un lisonjero concepto para todos aquellos que al arte lírico dedican su atención.

Por nuestra parte la felicitamos cordialmente y deseamos continúe la senda emprendida, sirviendo estos renglones como testimonio de la consideración que nos merece la inteligente artista y la dama á quien sus triunfos no han modificado las estimables cualidades que la enaltecen. – Ll.



Carmen Bonaplata de Bau, soprano del Gran Teatro del Liceo

LA HIJA DEL DOLOR

Pocos poetas habrán tenido la suerte de alcanzar una popularidad tan grande como la que Casto Sonseca adquirió en un año escaso. Raros eran los certámenes en que no ganaba un premio de importancia, los periódicos y las revistas literarias se disputaban sus composiciones, sus libros se vendían como pan bendito y hasta al extranjero llegó su fama envidiable que crecía cada vez más, eclipsando reputaciones cimentadas y convenciendo á los críticos más biliosos de la república literaria. Y lo cierto era que si la fortuna sonreía á Sonseca, bien justa había sido en esta ocasión: sus poesías eran verdaderas filigranas, joyas del arte, rayos de sol; parecía que en los puntos de su pluma vibraban armonías sublimes, desconocidas, arrancadas á alguna cítara celestial en cuyas notas había algo de divino: parecía que los múltiples colores del iris se convertían en sonidos al pasar por su alma, y él los hacía llegar al papel transformados en bellas composiciones que evocaban la grandeza de los cielos haciendo olvidar la prosa de la vida...

Y sin embargo, Casto era desgraciado, muy desgraciado: todos le comprendían, menos *aquella* por quien hacía todo, á quien dedicaba desde el fondo de su alma sus poesías... La llamaba su musa, y ella, Blanquita, ni siquiera había fijado su atención en él: le demostraba una gran simpatía y hasta cariño á veces, pero no sospechaba siquiera aquel culto idolátrico de que era objeto por parte del poeta que nunca había aventurado una declaración porque ella era rica, y él, aunque ganaba bastante, no disponía del capital suficiente para que alguien no dijese lo que más temía Casto: que pensaba vivir á costa de ella... Y cuando en el jardín de Blanquita, á la luz de la luna y entre efluvios de flores, charlaban de todo con una frivolidad encantadora, sentía subírsele el corazón á los labios y sufría horriblemente: luego se iba á su casa, y allí, sin testigos, llorando, expresaba en el papel sus penas, sus amores, en aquellas poesías que le habían valido tanta gloria...

Y de pronto, inopinadamente, sin que nadie se lo explicara, la firma de Sonseca dejó de verse en periódicos y revistas. Un tío de Casto, uno de esos tíos inverosímiles que algunas veces existen en la realidad y más frecuentemente en las novelas, murió en el extranjero, dejando al poeta todo su capital, una fortuna considerable en dinero, fincas y papel del Estado. Aquello fué visto y no visto: recibir la noticia, declararse á su adorada, obtener el «*ansiado sí de sus labios,*» hacer los preparativos de la boda y casarse con Blanquita, todo fué uno.

La felicidad de Sonseca fué infinita: aquella dicha soñada tantas veces, entrevista al través de los celajes de su inspiración poética, se volvió tangible, real, positiva... Ella era la hada de sus amores, la musa ideal que él imaginara en sus románticos deliquios, pero con todas las ternuras y los *realismos* de que sabe rodear la mujer propia al hombre amado..., y aquellos raudales de poesía que antes fiaba al papel, salían de su boca en palabras, tiernas, suaves, melodiosas, que volvían loca á Blanquita, y que eran para ella sola, no para el público, para ese monstruo de mil cabezas que creía pagarle las más preciadas fibras de su alma con un puñado de dinero...

Pero un día, leyendo un periódico, sintió una punzada del monstruo, que le hizo mucho daño: le llamaban el «malogrado» poeta, que había roto la lira cuando más se podía esperar de él. Al principio rió á carcajadas; pero estuvo todo el día triste y preocupado, y aquella espina se le clavó en el corazón.

Otro día, un crítico de tres al cuarto que poco antes no se cansaba de quemar incienso en honor suyo, le calificaba de «*flor de un día*» y se mofaba de él. Después se hizo el silencio á su alrededor y nadie volvió á acordarse de que tal poeta hubiese habido en el mundo. Y lo más triste era que, primero en broma, después en serio y más tarde con desesperación, Sonseca pasaba el día emborronando cuartillas con versos que recordaban la primorosa factura de otros tiempos, pero en que no había inspiración. Sus poesías eran buenas en la forma, pero en el fondo eran pobrísimas, sin una idea grande, sin un rasgo sublime, sin nada de aquellos tiempos de gloria y de fama... Se paseaba por la noche en el jardín con su mujercita adorada, tomaba café hasta embriagarse, preparaba papel y pluma, encendía un habano y... nada. Hacía versos, pero nada más; la poesía había huído de él para siempre... La llevaba dentro, muy dentro, pero no sabía expresarla...

Amaneció para nuestro héroe un día nefasto y desgraciado, de esos que no debieran amanecer nunca... Su Blanca, la musa de otros tiempos, la esposa actual que tan dichoso había sabido hacerle, estaba un poquito enferma. Por lo menos él quería hacerse la ilusión de que lo estaba poco...

Desgraciadamente el médico no fué de la opinión de Casto: *aquello* que Blanca había *cogido* al salir del Real y que á Sonseca le parecía ó quería parecerle un catarro ligero, resultó una pulmonía con todas las de la ley. La fiebre era altísima y el delirio tremendo: la gravedad aumentaba cada día, cada hora, cada momento, y Sonseca, pasando del optimismo exagerado al más negro pesimismo, *vió* en seguida que su adorada se moría.. A su lado constantemente, pudo convencerse de que Blanca no era dichosa: en las horas de delirio, cuando la fiebre quemaba su delicado cuerpo, ella se incorporaba y decía siempre lo mismo:

– Casto..., no escribas..., ¡no!.., ¡no!.., ¡no!.. Ya no eres poeta..., tu musa, la que era tu musa, no te inspira ya... No busques otra..., que me muero sin tu cariño..., ¡que te adoro!..

Y Sonseca se desesperaba, se retorcía las manos pensando en que había hecho desgraciada á ella, á la virgencita de sus amores, queriendo á toda costa escribir como antes, provocar violentamente una inspiración que ya no tenía... Y si Blanca moría, ¡qué vacío tan grande, tan inmenso, tan horrible! Y ¡qué remordimiento! ¿Qué le importaba á él, qué podía importarle la fama y la gloria de otros tiempos al lado de la felicidad que le proporcionaba su amor satisfecho? ¿No hubiera cambiado todo aquello, en los tiempos que tanto se hablaba de él, por una mirada, por una sola mirada de su musa?

Hubo junta de médicos y todos estuvieron de acuerdo: el estado de la enferma era gravísimo, desesperado... ¡Sólo un milagro la podía salvar! Los

padres de la joven se instalaron á la cabecera... Vino toda la familia, y á Casto le pareció que aquello significaba que le quitaban su joya por no haber sabido conservarla... Quedó anonadado, yerto, loco de pena: se sentó en un sillón y allí esperó la catástrofe...

Vino el Viático: Blanquita recibió los Sacramentos con fervor inmenso: el sacerdote declaró que era un ángel que á su muerte, si moría, las puertas del cielo se abrirían de par en par para recibirla...

Hubo un momento de terrible angustia, de pena infinita, en que alguien dijo que todo había concluído: Casto se acercó al lecho, y delirante, en un supremo alarido de amor, besó á Blanca en la boca como queriendo infundirla el alma que se la escapaba... Después salió de la habitación y corrió á su despacho, cogió una pistola y se dispuso á levantarse la tapa de los sesos...

Y entonces vió claro: en aquel momento terrible, supremo, su inspiración, aquella inspiración que había perdido, volvía en raudales infinitos llenos de pasión: era que su musa, la musa de sus amores, desaparecía de sus brazos: sus versos de otro tiempo no eran sino la expresión de su deseo, los gritos de su alma, de su amor... Poseída la musa, no había que llamarla: ahora que la perdía, era poeta otra vez. Pero en el instante mismo en que iba á matarse, alguien le detuvo por un brazo y una voz que le pareció del cielo le dijo:

– ¿Qué ibas á hacer? Blanca está viva y... te llama...

Blanca no ha muerto. Casto es cada día más feliz, y el amor de los esposos ha llegado á un grado infinito. Sonseca ha renunciado para siempre y con mucho gusto á la poesía: cuando alguien le recuerda su gloria de otros tiempos, su inspiración fecunda, su fama, dice:

– ¡No! No quiero tenerla. ¡Que Dios no me la devuelva jamás!.. Soy muy feliz, y la poesía es incompatible con la dicha. Es la hija del dolor...

JUAN TÉLLEZ Y LÓPEZ.

MONUMENTO

Á LA SEÑORA VIUDA DE EPALZA

OBRA DE AGUSTÍN QUEROL

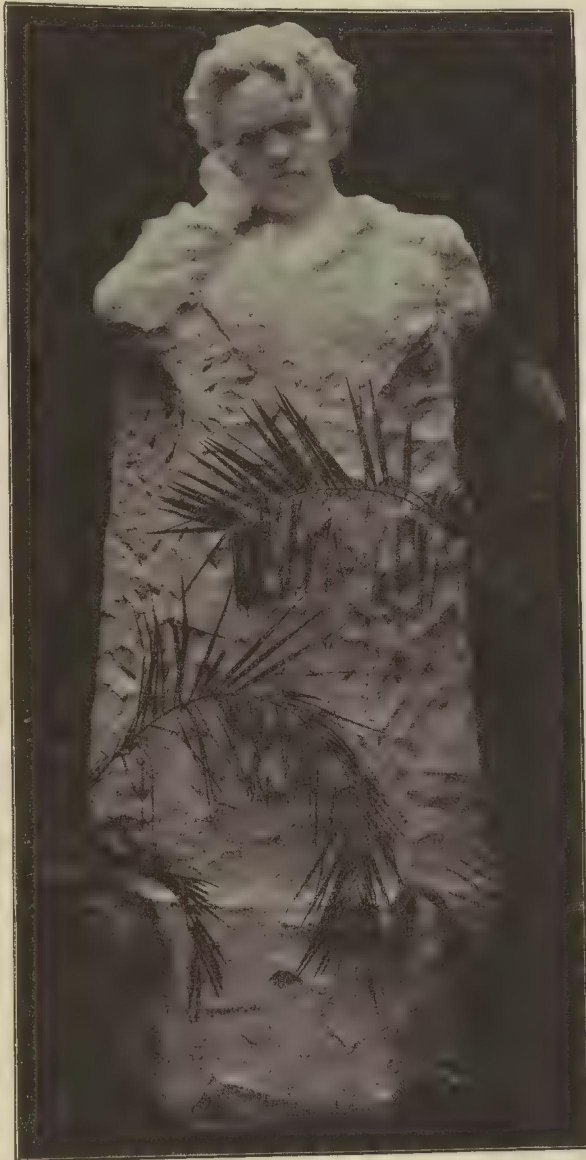
(Véase la lámina de la pág. 797)

Uno de los últimos monumentos modelados por el autor ilustre de *La Tradición*, es el que la ciudad de Bilbao dedica á honrar la memoria de su bienhechora, la señora viuda de Epalza.

Como todas las obras de igual índole de Agustín Querol, este monumento tiene no poco de poema, y es su característica la íntima trabazón que el escultor artista al imaginarle ha establecido entre el elemento real y el ideal, fundiéndolos en acabadísima composición como rimas gemelas.

Decorando el pedestal, obra de lineamiento severo y majestuoso, va el Angel de la Caridad, que sostenido por el de la Fe, llega en socorro de los menesterosos. Esta es la parte *espiritual* de la composición; las figuras de los ángeles, alargadas, airosas, apenas modeladas, parecen envueltas en los misteriosos limbos de un sueño de poeta; los ropajes se pliegan artísticamente sobre formas que apenas lo son; la materia en ellas se espiritualiza alcanzando el mayor grado posible de idealismo.

El grupo de menesterosos es, por el contrario, de un realismo punzante. Un niño desnudo se cuelga al pecho exhausto de una infeliz, buscando en él la vida que ya no puede hallar. Otros ván caminando lentamente, arrastrando la carga de su vida miserable.



BUSTO DE BEETHOVEN, escultura de Max Lange

El autor se ha inspirado para modelar estas figuras en las tremendas realidades del dolor: entre sus manos sabias la piedra se ha hecho carne dolorida, y sufre. Todo el mundo sabe cómo el autor de *San Francisco* acierta á encarnar en la materia inerte los sufrimientos del cuerpo y del alma; todo el mundo sabe también cómo hasta de las horribles profundidades del reino del dolor sabe extraer su seguro instinto de artista raudales de belleza.

El pedestal de este monumento es una completa y bellísima obra de arte. Corónale el busto de la señora viuda de Epalza, cobijado por una de las alas del Angel de la Caridad, que se despliega junto á él formándole una á modo de beatífica aureola.

Esto de coronar un monumento de importancia con un busto y no con una estatua, es una novedad que resulta en este caso de excelente efecto, y creemos que Querol haya tenido en cuenta para implantarla, aparte del espíritu peculiar de la composición artística – que tal vez en este caso así lo reclame, – el deseo de suprimir el ridículo que el paso del tiempo y el cambio de modas imprimen á las figuras vestidas á la moderna usanza, no siempre en concordancia con las leyes eternas de la estética.

Nada cabe decir que sea nuevo respecto al mérito de este busto. Los bustos son compendio, suma y clave de los méritos de Querol: son, pudiéramos decir, los sonetos de su métrica escultórica; poemas breves, pero asiento de la mayor perfección. Díganlo los hermosísimos de Tulia, San Francisco y tantos otros.

El de la señora viuda de Epalza tiene por condición sobresaliente la dulzura de expresión. Arreboles de caridad bañan el rostro de la noble dama, y la compasión, el más hermoso de los sentimientos humanos, parece fluir de sus labios entreabiertos y del apacible mirar de sus ojos.

La composición total es acabadísima. Posee en alto grado la condición que á falta de término apropiado que desconozco llamaré *ubicuidad estética* en la perspectiva. Es ésta cualidad en que principalmente se reconocen los monumentos de Querol: *componen bien* desde cualquier parte que se les mire.

Otra nota, también característica de la escultura del insigne autor de *Tulia*, es el acierto con que emplea las alas como elemento decorativo. Aquí las de los ángeles, no sólo desempeñan papel principalísimo en el conjunto de la obra, sino que parecen ser personificación de su espíritu. Vistas de lejos, surgiendo de la masa general, parece como si el monumento fuese á elevarse, llevado por ellas, á no sé qué alturas ideales, á un tiempo con exaltación suprema y con suprema y serena majestad.

Es extraño que distintas cuerdas puedan vibrar con intensidad igual dentro de un mismo temperamento de artista, llegando como Agustín Querol á poder expresar en su mayor fuerza los sentimientos varoniles, mientras acierta á realizar la expresión de los más dulces y serenos con no menor fortuna. Asombra que la misma mano que modeló el brioso monumento á Bolognesi, glorificación del heroísmo guerrero de todo un pueblo fuerte, haya sido capaz de dar forma al apacible monumento con que Bilbao quiere enaltecer y perpetuar el recuerdo de un alma femenina cuyo heroísmo fué la compasión.

Maravillas son éstas patrimonio del genio cuyas manos sólo aciertan á moverse impulsadas por el corazón.

G. MARTÍNEZ SIERRA.

NUESTROS GRABADOS

Busto de Beethoven, escultura de Max Lange. – Si difícil es para un artista imprimir en un busto-retrato los rasgos no sólo fisonómicos sino morales de la persona retratada, la dificultad sube de punto cuando ha de modelar la efigie de un personaje que asombró al mundo con la fuerza de su genio y á cuya memoria rinden fervoroso culto las generaciones que le han sucedido. Por esto cuando un escultor logra aquel resultado de un modo tan completo como lo ha conseguido el alemán Max Lange en el busto de Beethoven que reproducimos, no cabe dudar de que el autor merece figurar entre los primeros en su especialidad artística.

La mujer del pescador, cuadro de Félix Mestres. – Resultado de su estancia en las Baleares és el bonito



¡HUERFANOS!, cuadro de Herman Kaulbach



LA MUERTE DEL CAZADOR FURTIVO, cuadro de W. Simmler (derecho de r

lienzo que damos á conocer á nuestros lectores, que cual los que reprodujimos hace algún tiempo, representan estudios estimables de tipos y costumbres de la región mallorquina. En el lienzo á que nos referimos ha procurado el laborioso pintor Sr. Mestres rebasar los límites distintivos del estudio, procurando que la actitud y el medio en que ha colocado la figura de la mujer del pescador balear expresara un concepto, manifestara un sentimiento que aparte del atractivo que pudiera ejercer como producción pictórica, interesara por su situación, logrando cumplidamente su propósito, ya que ha producido un bellísimo cuadro.

¡Huérfanos!, cuadro de Hermán Kaulbach. – Es este un lienzo en que la intensidad del sentimiento corre parejas con las excelencias de ejecución: las tres figuras nos impresionan profundamente, y la del anciano, sobre todo, es verdadera imagen del dolor, pero no del dolor que se exterioriza en ruidosas manifestaciones, sino del que se concentra en lo más hondo del alma y silenciosa y lentamente acaba por consumirla y destrozarla. El contraste entre el viejo y los niños, unidos por la común desgracia que cada uno de ellos siente de distinto modo, es de bellísimo efecto; la mirada que la mayor de las chiquillas dirige el abatido abuelo constituye una de esas notas que por sí solas bastan para calificar de notable una obra pictórica, y el tono general del cuadro, esa sombra de tristeza que sobre toda la composición se extiende, la sobriedad y casi diríamos la absoluta ausencia de detalles que distraigan la atención, son otras tantas bellezas que se aprecian sin esfuerzo alguno.

Emilio Cossira, tenor del Gran Teatro del Liceo. – Cabe al distinguido tenor Cossira la gloria de haber sabido interpretar el personaje concebido por Wagner al crear su obra *Lohengrin*, rehuyendo los convencionalismos que desvirtúan por completo la representación. De ahí que se haya compenetrado con el público inteligente barcelonés y que éste no escasee sus aplausos al que estima y considera como verdadero artista. Era de esperar que así sucediera, puesto que desde su primera presentación en Barcelona, en todos los teatros en donde ha cantado se ha rendido á su mérito el merecido tributo. En París, San Petersburgo, Londres, Milán, Niza y Cairo conservan grato recuerdo de Cossira, y sus nombres significan para el meritísimo tenor una serie continuada de triunfos y ovaciones. Su extenso repertorio demuestra su laboriosidad y la variedad de sus estimables aptitudes, que, como hemos dicho, han podido apreciarse en las recientes representaciones de *Lohengrin*. Su voz bien timbrada y el sentimiento, distinción y colorido de las frases revelan el tempera-

concluir y que terminó uno de sus habituales colaboradores, Marqueste, es una obra notable por la sobriedad con que está modelada, por la naturalidad de la actitud y por la expresión del rostro, que parece animado por la llama del genio. El monumento se levanta en la avenida de Friedland, á pocos pasos de la casa en donde falleció el ilustre novelista y pensador profundo.

La muerte del cazador furtivo, cuadro de W. Simmler. – Tiene esta obra grandes cualidades pictóricas é interesa no sólo por el asunto, sino además por la grandiosidad del lugar en que la trágica escena se desarrolla, grandiosidad tanto más admirable cuanto que no tiene nada de teatral, ni ha sido de intento buscada por el autor para hacer gala de sus conocimientos técnicos, sino que nace de la índole misma del pensamiento en que el cuadro está inspirado. El escenario, por decirlo así, corresponde perfectamente al tema, ya que el verdadero cazador furtivo busca para el ejercicio de su arriesgado oficio las fragosidades de los montes, las espesuras de los bosques, los terrenos quebrados, donde pueda hallar seguros escondites y escapar á las persecuciones de la justicia, saltando barrancos para otros infranqueables, trepando por entre peñascos punto menos que inaccesibles, huyendo por ocultos senderos que sólo él conoce. Y allí donde se ha desarrollado su existencia rebelde á toda ley, allí halla casi siempre violenta muerte. Aparte de estas bellezas de forma que tiene el cuadro de Simmler, el grupo que forman la esposa y el hijo del cazador constituye una nota de sentimiento que suaviza la crudeza del resto de la obra.

La huída á Egipto, cuadro de Willy Spatz. – Asunto es este que han tratado con predilección los pintores de todas las épocas, presentándolo cada uno de ellos en la forma más en armonía con sus propios sentimientos y con el modo de pensar de los distintos tiempos. El pintor alemán Spatz ha sabido, á pesar de esto, darle cierta novedad, humanizando los personajes, huyendo de todo idealismo, buscando el efecto en la expresión más fiel posible de la realidad, no obstante lo cual respira su obra toda la poesía que han de tener las composiciones que en la historia de la Sagrada Familia se inspiran.

autor de las pinturas que adornan el jardín de invierno del palacio real de Munich y que ejecutó por encargo del rey Luis II.



ESTATUA DE BALZAC, obra de Falguiere que figura en el monumento recientemente inaugurado en París



EMILIO COSSIRA, tenor del Gran Teatro del Liceo

mento del artista, que llega á manifestarse en sus actitudes razonadas y hasta en los pormenores del traje que viste. Bien merece los aplausos que se le tributan, á los que unimos el nuestro y la expresión sincera de nuestra consideración.

Estatua de Balzac, obra de Falguiere. – El día 22 de noviembre último inauguróse el monumento que en París se ha erigido á la memoria de Balzac y del cual forma parte la estatua modelada por Falguiere que adjunta reproducimos. En ella se ve al inmortal autor de *La comedia humana* envuelto en la larga bata ó más bien en el hábito de fraile que solía vestir cuando trabajaba, sentado y con las piernas cruzadas. La escultura de Falguiere, que éste á su muerte dejó sin

MISCELÁNEA

Bellas Artes. – ROMA. – El profesor Landi ha vuelto á suscitar la cuestión, ya discutida en otro tiempo, de la exploración del Tíber para la busca de tesoros de la antigüedad, que, en concepto de aquél, deben existir en gran número en el fondo del río. Funda su opinión en que durante mucho tiempo los romanos arrojaron al Tíber multitud de objetos preciosos como sacrificios, ejemplo que siguieron los primeros cristianos con el objeto de destruir y hacer desaparecer los símbolos del paganismo. Además, el citado profesor espera encontrar muchas armas de los soldados que sucumbieron en las frecuentes luchas sostenidas en las orillas y en los puentes del río.

PARÍS. – En breve se inaugurarán el admirable museo de las obras del pintor Gustavo Moreau, legado al Estado por este célebre artista, y el museo Dutuit, instalado en el pequeño palacio.

Teatros. – En el teatro Lírico de Milán se ha estrenado con gran aplauso una ópera del maestro F. Cilla titulada *Adriana Lecouvreur*.

– En el teatro Municipal de Estrasburgo se ha puesto en escena con gran éxito la traducción alemana del *Don Juan Tenorio* de Zorrilla, hecha por D. Juan Fastenrath.

Barcelona. – Se han estrenado con buen éxito: en Romea *L' agencia de 'n Pep Currillo*, gracioso sainete en un acto de D. Ramón Ramón; en el Principal *La dicha ajena*, comedia en un prólogo y tres actos de los hermanos Alvarez Quintero; y en el Eldorado *El puñao de rosas*, zarzuela de costumbres andaluzas en un acto y tres cuadros, letra de D. Carlos Arniches y don Ramón Asensio Mas, música del maestro Chapí.

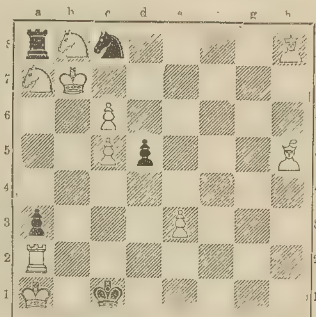
Necrología. – Han fallecido:
Juan Fehrenberg, notable pintor muniquense.
Fernando Knab, pintor decorativo y paisista muniquense,

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 304, POR R. P. LARSEN.

Segundo premio del Concurso de «La Stratégie,» sección E

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (10 piezas)

Las blancas juegan y se hacen dar mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 303, POR E. PRADIGNAT.

Blancas.	Negras.
1. T c 3 — e 3	1. C d 1 × e 3
2. A g 5 — f 4 jaque	2. A h 6 × f 4
3. D b 5 — c 5 jaque	3. b 6 × c 5 mate.

VARIANTES.

1.....Cd1—c3;	2. C g 7 × f 5 jaq., A c 2 × f 5; 3. D b 5 × b 4 jaq., T b 2 × b 4 mate.
1..... b4 — b3;	2. D b 5 — c 5 jaq., b 6 × c 5 jaq.; 3. R d 4 — c 4 jaq., A c 2 — d 3 mate.
1..... Ac2 × a4;	2. C g 7 × f 5 jaq., D b 1 × f 5; 3. D b 5 — d 5 jaq., D f 5 × d 5 mate.
1..... Ac2 — e4;	2. A g 5 — f 4 jaq., A h 6 × f 4; 3. D b 5 — e 5 jaq., A f 4 × e 5 mate.
1..... b6 × a5;	2. D b 5 — a 6 jaq., C d 8 — c 6 jaq.; 3. R d 4 — c 4 jaq., A c 2 — d 3 mate.
1.....Cd8—c6 ó e6 jaq;	2. R d 4 — c 4 jaq., C c 6 ó e 6 — d 4; 3. D b 5 × b 4 jaq., T b 2 × b 4 mate.
1.....Cd8— b7;	2. d 7 — d8 (D) jaq., Cb7 × d8; 3. D b 5 × b 4 jaq., T b 2 × b 4 mate.
1..... Otra jugada;	2. D b 5 × b 4 jaq., etc.

VÍA LIBRE

NOVELA ORIGINAL DE E. WERNER. – ILUSTRACIONES DE ANTONIO BONAMORE

(CONCLUSIÓN)

Sólo allá abajo, hacia el lado de los laminadores, se veía una luz débil, vacilante, que por instantes se hacía más clara. Oscar miró en aquella dirección, al principio indiferente, después con atención profunda. La luz oscilaba, desaparecía, cambiaba de sitio..., cuando de pronto un relámpago desgarró las tinieblas y surgió repentinamente del suelo una llama, á cuyo resplandor se vió todo aquel lugar envuelto en negras nubes.

Al ver aquello, Wildenrod se estremeció, y precipitándose hacia la casa llamó á la ventana de la habitación del portero gritando:

– ¡Fuego en los talleres! ¡Despertad inmediatamente al amo! Yo me adelanto.

– ¿Fuego en esta noche de tempestad? ¡Dios nos asista!, gritó con espanto aquel á quien tan bruscamente despertaba aquella noticia.

Oscar no esperó la respuesta y echó á correr hacia las minas, donde el incendio era cada vez más visible.

Cuando se trabajaba, había, aun durante la noche, centenares de personas en vela; ahora, en cambio, todo estaba desierto.

Wildenrod, que conocía las minas en todos sus detalles, lo primero que hizo fué despertar al viejo Mertens, quien, desde que habían terminado las obras de Radefeld, ocupaba un puesto en Odensberg. Mertens corrió á tocar la campana de alarma, y en un segundo se reunieron dos docenas de hombres y se oyó inmediatamente la corneta de incendio.

Odensberg tenía los mejores bomberos de las inmediaciones, porque Dernburg había adquirido los más perfeccionados aparatos de extinción y formado entre sus obreros un cuerpo de bomberos escogidos y muy experimentados. Pero había pasado el tiempo del orden; los trabajadores estaban en sus casas y nada podía esperarse de ellos.

Dernburg compareció seguido de sus empleados que habitaban cerca de él; cuando oyó el toque de fuego estaba todavía levantado, y sin decir una palabra corrió al lugar del siniestro.

Wildenrod se encontró de pronto delante del hombre que pocas horas antes le concedía aún los derechos de hijo, y se detuvo. Dernburg, á su vez, retrocedió á la vista del barón, á quien creía ya lejos, fugitivo...

Pero no había tiempo que perder y Oscar avanzó resueltamente diciendo:

– He sido el primero en advertir el incendio y ordené inmediatamente dar la señal de alarma. Según parece, el fuego está en los laminadores.

– ¡Sí, allí es!, exclamó Dernburg, pero no puede haber sido ocasionado por imprudencia, porque hace más de diez y seis horas que se apagaron los hornos. El incendio ha sido intencionado.

Los allí presentes compartían esta opinión, pero Wildenrod puso término á todas las observaciones.

– Sea lo que fuere, dijo, es preciso ir allí inmediamente; con este viento tempestuoso los talleres corren enorme peligro.

– ¡Todo está perdido!, exclamó Dernburg con voz sombría.

– ¿Acaso no tenemos brazos para apagar el fuego?

– Y nuestros trabajadores, nuestros bomberos..., indicó el viejo Mertens.

Una amarga carcajada de su amo le interrumpió.

– ¡Mis obreros! Dejarán naturalmente que arda todo. ¡Sí, echad al vuelo las campanas, tocad las cornetas! Ninguno se moverá, nadie vendrá, ¡yo os lo aseguro! Se trata de mis talleres, y por tanto...

Un rumor extraño fué la respuesta á ese grito de desaliento: un coro de voces, de gritos, de ruidos de ruedas oyóse en lontananza, y por el extremo opuesto se vieron aparecer algunas luces. Un grupo de obreros, cubierta la cabeza con el casco y con el uniforme de bomberos, acercábase rápidamente con las bombas de incendio. Detrás de aquél, otro pelotón, y luego un tercero y un cuarto. El toque de alarma se oía de todas partes; el valle estaba lleno de gente y de vida, brillaban luces por todos lados, acudían hombres, llegaban máquinas. Todo Odensberg corría á salvar á Odensberg.



... dejóse caer de rodillas al lado del lecho, junto á la cabeza del herido (pág. 790)

Dernburg habíase quedado como petrificado al ver el primer grupo de obreros; pero cuando notó que en pos de aquél venía otro, cuando vió que todos se precipitaban como si se tratara de una cuestión de vida ó muerte, cuando pasaron las bombas al galope por delante de él, henchiósele el pecho de emoción, brillaron sus ojos, y respirando profundamente como si se librara de un peso que hacía tiempo le ahogaba, exclamó:

– ¡Ah, muy bien! Si queréis ayudarme, ¡adelante! ¡Corramos al fuego!

Las llamas habían tomado gran incremento al encontrar en abundancia materias combustibles, y el interior de los laminadores estaba de tal manera invadido por el fuego, que era imposible penetrar en ellos. Dernburg dirigió personalmente los trabajos de salvamento, y como de costumbre, guiaba á su gente con órdenes breves, con simples signos, obedeciéndole todos puntual y rápidamente como en otros tiempos.

También Oscar de Wildenrod se mostraba infatigable; no preguntó si tenía derecho á hacer lo que hacía, sino que se lo tomó sin consultar con nadie y acudía adonde era necesario. Pero por más que todos trabajaban desesperadamente, por más que las bombas arrojaran torrentes de agua, el incendio en vez de disminuir aumentaba poderosamente, favorecido por el viento. Todas las fatigas, todos los esfuerzos eran inútiles: gigantescas lenguas de fuego salían por las ventanas, invadían las paredes, se abrían paso por el techo y se lanzaban hacia el cielo. El viento transportaba las chispas y las dejaba caer aquí y allí propagando el fuego. La gente trabajaba sin descanso, dividida en secciones separadas, en los distintos centros del incendio; todos hacían milagros, pero sus esfuerzos de nada servían.

Wildenrod, separándose de uno de los grupos de bomberos, acercóse á Dernburg, que no se movía del puesto más importante.

– Todo es inútil, Sr. Dernburg, le dijo. El fuego no se domina. Vea, están amenazadas las fundiciones, y una vez invadidas éstas, todo está perdido. Habría sólo un medio de salvación, pero usted no quiere..., si se probase de abrir el gran depósito de la conducción de Radefeld...

– No, esto jamás..., costaría la vida del que lo in-

tentara. Quizás habría alguien dispuesto, lo creo, porque en este momento esa gente haría cualquier sacrificio, pero no puedo aceptarlo: antes que sacrificar á un hombre, prefiero que arda todo.

Y volviéndose de espaldas, se acercó á dar órdenes á las bombas que con sus chorros colosales hacían nuevas tentativas.

—¿Pero de veras... esta conducción de aguas?.., preguntó ansiosamente Wildenrod al ingeniero cogiéndole por un brazo.

—Está muy cerca de los laminadores, y si hubiese sido posible abrir el gran depósito y el canal principal, el fuego habría podido ciertamente extinguirse; pero no se ha podido llegar hasta allí, porque el canal está...

—Sé dónde está, dijo Wildenrod interrumpiéndole; presencié las pruebas que se practicaron cuando terminaron las obras y he visto cómo se abre. ¿Y dice usted que el camino que allí conduce está impracticable?

—¿Quién sabe? Tal vez ahora lo esté un poco menos..., por de pronto las bombas han abierto un poco de paso; pero el Sr. Dernburg tiene razón: la tentativa costaría vidas humanas. ¿Quién se atreve á acercarse á aquellas paredes incandescentes que de un momento á otro pueden derrumbarse? Y aun suponiendo que se lograra llegar hasta allí y dirigir la masa de agua del depósito hacia el lugar del incendio, ¿cómo volvería atrás quien tal hiciese? El vapor del agua lo ahogaría; nadie escaparía con vida.

—Lo importante es llegar vivo allí, murmuró Oscar con la mirada fija en el fuego que se propagaba.

El ingeniero le miró sorprendido; pero antes de que pudiera hacer ninguna observación, aproximóse el Sr. Dernburg.

—Señor ingeniero, dijo, haga el favor de encargarse del mando allá abajo; Winning no puede más.

El ingeniero se dispuso á obedecer al Sr. Dernburg, el cual lanzó una severa mirada al barón.

—¿Qué hace usted aquí?, díjole en voz baja. Hay brazos bastantes para atender al fuego y no necesitamos su ayuda.

—¿Quién sabe, sin embargo?, repuso Wildenrod con sonrisa extraña.

—No he querido desenmascararle delante de mi gente, dijo Dernburg acercándosele más; pero ahora le digo que este ya no es su puesto, Sr. Wildenrod. ¡Váyase usted!

Oscar sostuvo impávido la mirada amenazadora del anciano.

—¡Sí, me voy!, dijo pausadamente. Salude á Maya... ¡y permítale que me llore!

Y volviendo la espalda desapareció entre la multitud.

Fué aquella una noche terrible para todo Odensberg. Las nubes teñidas de rojo por los resplandores del incendio, las masas de hombres que se movían incesante, febrilmente, un rumor de voces y de órdenes, el fragor de los chorros de agua..., era un espectáculo portentoso.

De pronto, vióse surgir de entre el fuego una imponente nube de vapor que sin cesar se agrandaba, dejando oir un extraño silbido. Las llamas, que parecían lamer el firmamento, se empequeñecieron de repente, dominadas por una fuerza misteriosa... El vapor y el ruido sordo hacíanse cada vez más intensos y en cambio el incendio disminuía visiblemente.

Todos miraban aquello inmóviles, sin comprender; todos hacían mil suposiciones; pero Dernburg halló la solución del misterio.

—¡Está abierto el acueducto de Radefeld!, exclamó. El agua viene de allí... Tal vez se ha roto el canal principal y el fuego ha hecho saltar las compuertas... Pero ¿qué importa? ¡Es la salvación!

Mudos, casi sin respirar, seguían todos la lucha entre los dos elementos; pero pronto venció la fuerza del agua. Fué una verdadera inundación que lo invadió todo, y muy pronto no se vió más que alguna rara lengua de fuego que salía del techo, como último hálito de aquel incendio terrible, inolvidable. Volvieron á funcionar las bombas para apagar aquellas últimas llamas, y las paredes del edificio principal se derrumbaron con estrépito. Había pasado el peligro; el incendio estaba dominado.

—Ha sido un verdadero milagro, dijo Dernburg volviéndose á sus empleados. La rotura del canal en este instante, más que una casualidad, ha sido...

—Ha sido una mano de hombre, exclamó el ingeniero con acento extraño.

Dernburg se volvió rápidamente y le miró sorprendido.

—¿Qué quiere usted decir?

—Digo que el barón de Wildenrod no parece por ninguna parte; y poco antes de que viéramos llegar el agua, me habló de la probabilidad de abrir el acueducto é hizo una observación tan singular que me asustó. Pocos minutos después le vi dirigirse hacia aquel lado y desaparecer. Sr. Dernburg, no es la casualidad la que nos ha salvado..

Dernburg, extremadamente pálido, recordaba las últimas palabras de Oscar, cuyo sentido comprendía ahora.

—¡Oh, Dios mío!, exclamó. ¡Vamos, vamos en seguida á ver si es posible...!

—¡Imposible!, dijo conmovido el director. Es humanamente imposible. Entre aquellos humeantes escombros no es posible permanecer vivo.

Tenía razón. Dernburg lo comprendió así y se cubrió los ojos con las manos. No cabía duda: el hombre que había querido conquistar Odensberg á toda costa, había dado ahora su vida para salvar á Odensberg.

Aun después de dominado el incendio fué preciso trabajar algunas horas, extinguiendo los millares de focos que el viento había formado al esparcir las chispas, aislando los más pequeños centros donde todavía quedaba algún rescoldo y deteniendo el curso de las aguas.

Era ya bien entrado el día cuando se pudo despedir á los trabajadores, si bien conservando un número de personas suficientes para hacer guardia. Todos habían rivalizado en valor y en infatigabilidad; y ahora todos estaban agrupados, con los rostros ennegrecidos por el humo, las ropas empapadas en agua, extenuados por tan largo trabajo. Estaban todos reunidos cuando el Sr. Dernburg se adelantó bajo sus miradas interrogadoras y habló con acento emocionado, pero enérgico.

—¡Hijos míos, gracias! Lo que habéis hecho esta noche no lo olvidaré jamás. Os habíais negado á trabajar por Odensberg y yo os había prohibido reanudar los trabajos... Ahora habéis trabajado por mí, por mi Odensberg, y me parece, por consiguiente...

Al llegar aquí se detuvo porque le faltaba la voz. Tendió entonces las manos á los dos obreros que estaban más cerca de él y añadió:

—...Me parece, por consiguiente, que podremos continuar viviendo juntos, y juntos seguir trabajando, como venimos haciéndolo desde hace treinta años, por nuestro Odensberg.

Y con los alegres «vivas» que de todos lados respondieron á aquellas palabras, quedó terminada la rebelión.

XXVIII

Más de dos años han transcurrido desde aquella noche terrible en que estallara el incendio en Odensberg amenazando destruirlo todo, y de aquellos escombros, de aquellas cenizas ha salido una nueva vida y surgido nuevos acontecimientos.

Al día siguiente al del fuego, fué encontrado junto al depósito del agua de Radefeld el cadáver de Oscar de Wildenrod, cuya acción heroica había entusiasmado y conmovido á todos. Sólo Dernburg, Egberto y algunas pocas personas más, que estaban en el secreto, comprendieron que con aquel sacrificio voluntario había querido poner término, rehabilitándola, á una existencia culpable; para todos los demás, la memoria del barón fué siempre pura y sagrada como la de un heroico bienhechor, y su cadáver tuvo honrosa sepultura entre los cipreses del parque de Odensberg.

La opinión general de que el incendio había sido intencionado no halló pruebas en que apoyarse, bien es verdad que nadie se cuidó de buscarlas. Fallner, sobre quien recaían todas las sospechas, había salido de Alemania para substraerse á la acción de la justicia, que le perseguía por haber herido á Runeck; y el Sr. Dernburg, harto apesadumbrado ya por lo que se habló de aquellos dolorosos sucesos, prefirió darlo todo al olvido y no turbar con recuerdos amargos las afectuosas relaciones que volvían á existir entre él y sus obreros.

Runeck, desde el lecho del dolor, había enviado su dimisión á su partido; aun sin aquella herida grave que durante tantas semanas le tuvo en cama y que por espacio de tantos meses le impidió dedicarse á toda ocupación seria, su decisión era inevitable. El lazo que le unía á sus antiguos amigos hacía tiempo que era sólo aparente: las esperanzas por ambas partes concebidas habíanse desvanecido, y el rompimiento, no sólo estaba previsto, sino que además era esperado.

Vacante el puesto de diputado, las nuevas elecciones tuvieron el resultado que era de suponer: Everardo Dernburg fué elegido por gran mayoría. La reconciliación entre el amo y los obreros era completa.

Egberto, cuando se hubo restablecido, partió de Odensberg y estuvo fuera mucho tiempo; lo mismo él que Dernburg comprendían que era preciso dejar un intervalo entre el porvenir que aún les esperaba y el pasado lleno de aventuras, y que había de dejarse tiempo á la cicatrización completa de las heridas morales. El joven ingeniero pasó más de un año en América, donde tanto tenía que admirar y que aprender: allí pudo completar sus estudios comenzados en Inglaterra, y trabajó con una asuidad y una afición que sólo podían inspirarle los dolores del pasado y las esperanzas del porvenir. Por fin llegó el suspirado día en que Runeck pudo regresar á Europa, para conquistar aquella felicidad que le había sido ofrecida cuando parecía muerta ya para él la dicha terrena.

En un tranquilo rincón de Suiza, entre bosques y á orillas de un lago azul, vivían hacía algunos meses Cecilia y Maya: una grave enfermedad cerebral había atacado á la pobre niña la misma noche en que abrazada á su padre; había oído condenar irremisiblemente por los propios labios de éste al hombre amado, y durante varios meses vivió sin conciencia de cuanto le rodeaba.

Cuando al fin la enfermedad fué dominada y la joven recobró la razón, los médicos aconsejaron como único remedio, para vencer el estado de indiferencia en que había quedado, hacerla viajar con calma, á pequeñas jornadas, escogiendo con prudencia los lugares y prefiriendo siempre los más tranquilos. La tía Ringstedt se unió á las dos jóvenes para acompañarlas en su peregrinación, y el señor Dernburg, que no podía alejarse por mucho tiempo de sus trabajos, hacía frecuentes visitas á aquellos seres tan queridos en los distintos puntos en donde se detenían. Cecilia, que tanto había viajado, disponía el itinerario, huyendo siempre de los sitios en donde había estado en otras épocas y en otras condiciones. Maya, al principio, dejábase llevar como un ser inanimado, sin experimentar placer alguno, sin interesarse por nada, indiferente á todo; pero poco á poco la naturaleza comenzó á recobrar sus derechos, y aquella joven que jamás había salido de la casa paterna, comenzó á sentir la influencia de sus diez y nueve años y á mirar con interés el mundo nuevo que la rodeaba. Y cuando en aquella apacible aldea situada junto al lago azul se hubo celebrado el matrimonio de Egberto y Cecilia y los novios partieron para un largo viaje de boda, Dernburg, que había ido allí para hacer las veces de padre de su amada nuera, regresó luego á Odensberg, acompañado de una Maya seria, reflexiva, triste, pero curada.

Esperábase la llegada de los esposos Runeck, y la señora Hagenbach había ido á casa de Dernburg para recibir á Cecilia, por la cual sentía gran cariño á consecuencia de los últimos borrascosos acontecimientos de Odensberg y de la trágica novela de sus amores. La señora Hagenbach estaba desconocida; aquella solterona enfermiza, tímida, nerviosa, habíase transformado en una señora guapa, rozagante, alegre y simpática; el doctor, aun después de convertirse en marido, había conservado su autoridad de médico y curado completamente de los nervios á su mujer.

Estando sola en un saloncito la señora Hagenbach, abrióse la puerta y entró apresuradamente el doctor; también él estaba perfectamente, gozaba de buen humor y había adquirido una elegancia en el vestir y en sus maneras que realmente maravillaba.

—He venido, Leonia, para decirte que he de visitar todavía á un enfermo; pero cuando lleguen los Runeck, ya estaré de vuelta.

—Tienes tiempo, porque llegarán á las dos, respondió la esposa.

Y luego, dulcificando aún más la voz, añadió:

—A propósito, Hugo mío, ¿te has acordado de Dagoberto?

El doctor púsose repentinamente serio, y con acento un tanto brusco respondió:

—No tengo para qué acordarme de él, querida Leonia, y no pienso ciertamente enviarle los trescientos marcos que pide con tanta insistencia. ¡Que se las arregle con la pensión que le tengo señalada!

—Pero, hombre, no se trata de una cantidad considerable; y además, ningún motivo de queja tienes contra Dagoberto: ¡pobre chico!, estudia, trabaja y nos escribe á menudo.

—Te hace la corte en prosa y en verso. ¿Cómo quieres que tome en serio á un muchacho que, cuando le participé nuestra boda, me contestó que le había inferido una herida mortal en el traicionado corazón?.. Pero la herida mortal no le impide ampararse en su tía para lograr cuanto quiere de mí, del traidor. Y lo peor del caso, añadió sonriendo, es que la señora tía se pone siempre de parte del traicionado.

Luego, formalizándose de nuevo, exclamó:

– Pero esta vez nada ha de conseguir. ¡Ea, se acabó! No tendrá el dinero y ¡basta!

Leonia se echó á reir con expresión burlona, y dándole un golpecito en el hombro, mudó de conversación.

– ¿No sabes? Hoy, además de nosotros dos, habrá otro invitado. Vendrá también el conde de Eckardstein.

– Hagamos votos porque sea un buen augurio y porque pronto tengamos una boda y porque en seguida entre en Eckardstein una bella condesa.

Leonia movió ligeramente la cabeza con ademán de duda.

– ¡Ay, no lo creo! A lo menos por ahora. El señor Dernburg no desea otra cosa, bien lo sabemos y lo vemos todos; pero Maya se muestra tan fría, tan tímida y reservada.

– ¿Pero porqué? ¿Pretende acaso pasarse la vida llorando á aquel novio? ¡Diantre! ¡Si entonces era una niña!

– Y sin embargo, estuvo á las puertas de la muerte.

– Tienes razón. ¡Qué tiempos aquellos!, exclamó el doctor: deuna parte Egberto Runeck, que durante tantas semanas estuvo si se muere ó no se muere; por otra, esa niña que parecía, si no quererse morir, por lo menos volverse loca; y para completar el cuadro, un día viene Cecilia y me dice que si no le salvo á su Egberto, también ella quiere morirse... ¡Ah, qué tiempos! No puede decirse que nuestra boda haya sido alegre, ¿verdad? Pero gracias á Dios el matrimonio ha sido más afortunado, añadió el doctor abrazando á su esposa. Y ahora voy á dar una vuelta á casa. ¿Se te ofrece algo?

– Oye; ya que envías al cochero á la estación, manda también la libranza.

– ¿Qué libranza?

– Los trescientos marcos para Dagoberto; he dejado la carta preparada sobre el escritorio, y si das el dinero, ya está hecho todo.

– Pero, Leonia, ¿qué manía es la tuya? Ya te he dicho y te repito...

Mas no pudo proseguir, porque su mujer le puso las manos sobre los hombros, le miró cariñosamente y le dijo con una sonrisa peculiar suya:

– ¡Has dicho!.: ¡Tantas cosas has dicho que no piensas! Te sabe mal mostrar prontamente la bondad de tu corazón, y aunque hace rato que estás resuelto á enviar el dinero al pobre muchacho...

– ¡Si no he pensado siquiera en tal cosa!, gritó el doctor.

– Sí que has pensado; á mí no me lo puedes ocultar. Te conozco y sé que te figuras que cediendo en seguida pierdes autoridad á los ojos del muchacho y por esto he pensado en ello y he escrito lo conveniente á Dagoberto; pero la buena acción, como siempre, eres tú el que la realiza, Hugo mío.

«Hugo mío» estaba acostumbrado, desde que se casó, á que nadie le contradijera y á hacer su voluntad; así se lo decía diariamente su esposa y él estaba convencido de ello. Pero en Odensberg todo el mundo opinaba de distinto modo y decía que la señora Hagenbach hacía cuanto se le antojaba. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que aquel mismo día salió la libranza para Dagoberto.

En el gran salón, completamente renovado y lleno con los mil recuerdos de los viajes de Maya, estaba ésta sentada junto á una ventana teniendo á Puck á sus pies. El perro se había vuelto más razonable y reposado, había perdido sus ademanes desgarbados y disfrutaba en paz de la calma en que su amita le dejaba. Maya seguía teniéndolo siempre consigo y acariciándolo siempre; pero aquel bromear continuo de otros días había pasado hacía tiempo, lo cual nada tenía de extraño, porque su ama no era ya la niña Maya de tres años atrás y casi parecía imposible que aquella graciosa muchacha juguetona, toda viveza y animación, con la sonrisa en los labios y los ojos radiantes de alegría, se hubiese transformado en la joven alta, digna, bellísima, llena de gracia, pero grave, pensativa, con una expresión casi de tristeza en aquellos ojos grandes y profundos.

Todo callaba á su alrededor y Maya estaba sentada en el alto sillón medioeval, con un libro abierto sobre las rodillas, pero apoyada en el respaldo como si durmiera, cuando se abrió una puerta y entró el Sr. Dernburg. No podía decirse que aquellos últimos años hubieran envejecido gran cosa al vigoroso trabajador; sólo los cabellos se le habían puesto completamente canos; en lo demás, se conservaba fuerte, robusto como en otro tiempo.

– ¿Qué haces aquí sola sin distraerte en nada?, preguntó el padre acercándose á Maya.

– He leído para entretenerme mientras espero á Cecilia y á Runeck.

– Pero aún falta una hora para que lleguen... En mi despacho está Eckardstein.

– Le he visto llegar. ¿Por qué no ha venido aquí?

– Porque hoy no se atreve y ha querido enviarme como parlamentario. Hemos tenido una larga conversación... ¿He de decirte lo que hemos hablado, ó ya lo adivinas?

Maya se había puesto en pie y miraba á su padre conmovida, agitada.

– Papá, ¿no puedes ahorrarme este paso?

– No, hija mía, respondió Dernburg gravemente. Esta vez Víctor está resuelto á salir de la incertidumbre, y por esto será preciso que le oigas. Me ha suplicado que interceda por él, y he accedido á su ruego porque le debía esta compensación de un pasado agravio. Hace cuatro años Víctor te amaba ya y quería pedir tu mano, pero no llegó á formular su petición... Creí ver en su amor el cálculo de un oficial arruinado, y así se lo hice comprender con gran dureza... ¡Me equivoqué! Ahora ha demostrado cuán honrado, profundo y constante es su amor, y yo me consideraría dichoso si pudiera recompensarle confiándole la felicidad de mi Maya.

– Mira, papá; ahora soy feliz, y esta existencia contigo siempre, trabajando, ocupándome de tus obreros, de nuestros pobres, me gusta y... no me siento con valor para cambiarla. ¿No me quieres á tu lado?, preguntó arrojándose en brazos de su padre.

– Pero si aun después de casada estarás siempre cerca de mí: viviréis en Eckardstein y allí no te faltarán ocupaciones en que distraerte. La condesa, la santa madre de Víctor, murió hace muchos años, y por esta razón la nueva señora tendrá un campo vastísimo en que emplear el tiempo, el pensamiento y el corazón. ¡Eckardstein está tan cerca de Odensberg!

Maya movía la cabeza.

– No sé; me falta valor..., me parece, añadió juntando las manos, que no puedo ser feliz con nadie sino contigo. . Siento que en mí se ha despedazado algo.

– Hija mía, repuso Dernburg con expresión profunda, Dios nos ha puesto á todos en el mundo señalándonos una misión especial, por más que ésta no aparezca claramente definida ante nuestros ojos; y los deberes, la senda que Él nos traza, no podemos evitarlos ni rechazarlos. No es un deber, si quieres, ser feliz; pero lo es hacer felices á los que están cerca de nosotros. Víctor sabe todo lo que ha ocurrido y no te pide el amor apasionado que sentiste por Oscar; pero tú eres necesaria á su felicidad, y su profundo afecto, su rara constancia, merecen que por él te libres del recuerdo del pasado. Maya mía, piensa que no quiero obligarte; he querido explicarte únicamente que no se debe rechazar el bien que Dios nos envía; acuérdate de que vivir para los demás es una dicha.

Maya no contestó, y dos gruesas lágrimas cayeron sobre el ramo de violetas que llevaba prendido al pecho.

– Maya, ¿qué debo decirle á Víctor?, murmuró Dernburg.

– Dile... ¡que le espero!, respondió la joven ruborizándose.

– ¡Bendita seas, hija mía!, exclamó su padre estrechándola entre sus brazos y besándola con ternura. ¡Verás cómo Dios te bendice!

Cinco minutos después entraba Víctor solo, serio, grave, presa de una agitación que inspiraba lástima. Aproximóse á Maya, que estaba de pie, apoyada en la ventana, con los ojos bajos y con el rostro tan blanco como su vestido.

– Me ha dicho su padre que la encontraría sola, y he venido..., porque tengo que decirle tantas cosas ..., pero no sé si querrá escucharme.

Maya se ruborizó ligeramente é hizo con la cabeza un signo afirmativo.

Aquello pareció animar al conde, el cual, con voz menos vacilante, siguió diciendo:

– Me ha costado mucho dirigir mis súplicas y expresar mis ruegos á otra persona, aun tratándose de su padre de usted... Pero me ha tratado usted siempre con tanta indiferencia, Maya, me ha animado usted tan poco, que no me atreví á exponerle directamente la petición de la cual depende la felicidad de mi vida. Y aun ahora mismo, comprendo que necesitaría de alguien que abogase por mí.

– No quería ciertamente disgustarle, Víctor, dijo Maya sin mirarle, pero tendiéndole la mano, que él cogió inmediatamente entre las suyas.

– ¡Me ha hecho usted tanto daño con su indiferencia en estos últimos meses!, repuso Víctor con acento de reproche. Y yo en cambio, ¡cuántos años hace que siento este amor en mi corazón! Desde el momento en que encontré en la cabaña al hombre del bosque, desde el instante en que de la capuchita gris surgió la carita de mi compañera de infancia, desde aquel día supe dónde estaría para mí la felicidad de toda mi vida.

– ¡Ah, Víctor!, exclamó Maya. La Maya de aquellos tiempos ha muerto. A veces me pregunto si soy la misma criatura de entonces, y me encuentro tan cambiada, que comprendo que no tengo el derecho de aspirar á una vida dichosa como aquel cuya existencia nada ha turbado... Me figuro que nunca podré ser feliz ni hacer feliz á nadie...

– Te figuras..., pero ¡pruébalo, Maya mía! Te quiero con toda mi alma, sobre todo lo del mundo, y no habrá para mí mayor felicidad que compensarte de todo cuanto has sufrido, consagrándote mi amor, mi veneración. . ¿Estás cambiada? ¿Eres otra criatura? ¡Corriente! Quiere decir que esta nueva Maya habrá venido para mí, para mí solo... ¡Ven! Ocuparás el puesto de aquel ángel que fué mi santa madre, y ella desde el cielo sera dichosa viéndote en su lugar y te bendecirá..., y yo seré feliz y yo te querré tanto, te tendré siempre cerca de tu padre... y poco á poco tú también me querrás... y aun me quieres ya un poco ahora, ¿no es cierto?, añadió atrayéndola hacia sí. ¿Me querrás como á un hermano?

No eran estas las frases ardientes que en otra ocasión había escuchado; no era el acento de avasalladora pasión que en otro tiempo la conturbó y subyugó; pero eran la expresión leal de un amor tan verdadero y tan profundo, que despertaron en Maya aquel sentimiento de cariño dulcísimo, sereno, fiel, que por su amigo de infancia había llevado inconscientemente siempre como en germen en su corazón y que en estos últimos años se había adormecido.

– Como á un hermano te quiero desde hace mucho tiempo, murmuró Maya ocultando su rostro en el hombro de Víctor; y precisamente porque te quiero, creo que merecías algo mejor que yo.

Víctor lanzó una exclamación de felicidad, y estrechando á la joven sobre su pecho y cogiéndole el rostro con las manos, se lo besó con tanta reverencia como si se tratase de una cosa santa, y luego, vencido por la emoción, se arrodilló ante ella, y sollozando escondió la cabeza entre los pliegues de su vestido.

Aquella escena conmovedora fué de pronto interrumpida por Puck, que al ver á su amigo en aquella postura, comenzó á saltar á su alrededor, contento y con ladridos de alegría. Víctor entonces se levantó, riendo conmovido, y ciñendo con su brazo el talle de su novia, díjole al oído:

– ¡Dios te bendiga por la felicidad que me proporcionas!

Y atravesando lentamente el salón con ella, la condujo al despacho del Sr. Dernburg.

Pronto se esparció por toda la casa la noticia del noviazgo de Maya y de Víctor, y tales fueron el placer y la confusión que causó, que nadie se cuidó de estar atento á la llegada de los esposos Runeck.

El coche que á éstos conducía se encontraba ya en la altura desde donde se dominaba todo Odensberg antes de comenzar el descenso hacia el valle. Odensberg entre sus montes de abetos era imponente. Los laminadores habían sido reedificados y ensanchados; habíanse además construído otros edificios y otras dependencias, y todos los trabajos de las minas proseguían aún con mayor actividad que antes.

La joven esposa, que vestía un sencillo traje gris y en cuyo rostro se reflejaba una expresión grave, dulce y bondadosa, se asomó al coche abierto para mirar el sitio en donde se ocultaba entre árboles la casa de Dernburg, y luego se aproximó más á su marido.

El contraste entre la joven delicada, de suave y bondadoso aspecto, con el hombre severo que estaba á su lado, era extraordinario. Egberto Runeck conservaba aquel aire altivo, imponente, del hombre de acción y de pensamiento; pero también en él se había verificado una transformación. Había cambiado la expresión de sus ojos que se abrían debajo de aquella frente ancha, bellísima: una luz serena, ardiente, los animaba, y no era difícil comprender de dónde dimanaba aquella luz.

– Mira nuestra casa, Cecilia mía, dijo Egberto señalando al valle. Odensberg nunca te ha gustado, y ahora..., ¿podrás vivir allí sin repugnancia?

– ¡Contigo!.. ¿Y me lo preguntas?, exclamó la joven en tono de reproche.

– Sí, con tu Egberto, que cuando habrá de trabajar no podrá estar á tu lado como en estos últimos meses. Hemos vivido como en sueños, como en una leyenda de hadas, ¿no es verdad, amor mío? Pero ahora vendrá el tiempo del trabajo y tendré que dejarte á menudo, aunque teniéndote siempre

en mi corazón como si junto á ti estuviera. Pero ¿te resignarás? ¿Te adaptarás á esta nueva existencia? Has vivido siempre apartada de la vida del trabajo, de la vida monótona...

Y diciendo esto, miraba inquieto á su joven esposa; pero la límpida sonrisa y la mirada serena y radiante de Cecilia le tranquilizaron.

—Aprenderé á compartir tus deberes y tus trabajos, viviré de tu vida, Egberto mío; esto es lo que haré y lo que constituirá mi felicidad... Pero ¿qué sabes tú de leyendas, de sueños, de hadas? ¿Dónde has aprendido á conocerlos?

Los ojos de Runeck recorrieron todo el valle y los montes, y se fijaron en la puntiaguda roca que se destacaba sobre el azul del firmamento, coronada por la cruz colosal del Albenstein.

—¡Allí!, murmuró. Cuando el bosque susurraba en torno nuestro y hasta nosotros llegaban los tañidos de las campanas del valle. Fué una hora tremenda..., ¡pobre esposa mía! Era cruel lo que creía mi deber, y el amor que sentía y que quería sofocar me hizo ser implacable...

—¡Pobre Oscar!, exclamó Cecilia. Si cometió culpas, supo rescatarlas con aquella muerte de héroe... ¡Cuánto le debe Odensberg!

—¡Le debe la salvación!, dijo Egberto gravemente.

Y oprimiendo con el brazo la mano de su esposa, permanecieron ambos largo rato silenciosos.

—¿Te acuerdas todavía de la leyenda de la varita mágica?, dijo de pronto Egberto inclinándose sobre el oído de Cecilia.

—¡Que si me acuerdo!.. Y también recuerdo con cuánta dureza me dijiste aquel día: «El abismo está vacío y mudo; ya no hay tesoros escondidos.» Y ahora...

—Ahora soy yo el dueño de la varita mágica, dijo Egberto hundiendo su mirada en los ojos obscuros de su esposa, humedecidos por las lágrimas. En aquella hora misma te conquisté, tesoro precioso, y se cumplió la profecía de la leyenda:

Y arranca del abismo que lo encierra
El cofre que contiene gemas y oro.
¡Rindióse á su poder la avara tierra!
¡A él solo pertenece aquel tesoro!

Algunas horas después, Cecilia, Maya y Víctor salían á pasear por el jardín, que el Sr. Dernburg había recientemente embellecido con magníficas plantas. Los esposos Hagenbach hacían compañía á la anciana tía Ringstedt, y el Sr. Dernburg y Runeck se paseaban fumando por la terraza.

—Has llegado muy oportunamente, Egberto; el director está malucho y no puede ocuparse en nada. Hace tiempo que quiere marcharse, pero he logrado que esperase tu regreso para que ocuparas su puesto y asumieras toda la dirección. No puedo expresarte cuán contento estoy de volver á tener en casa á Cecilia; la echaba muy de menos, y ahora que Maya me dejará, ¿cómo me habría quedado? Víctor parece loco de felicidad, y habla de casarse dentro de dos meses ó de uno.

—Maya está realmente bien, dijo Egberto, pero la encuentro todavía demasiado seria.

—Las nubes del pasado arrojan aún sobre ella una sombra; pero el recuerdo de Oscar no es ya para ella una pesadilla, y... estoy seguro de no equivocarme pensando que siente por Víctor un afecto sólido...

—Y Víctor con su amor le hará la existencia bella y dulce y le dará la felicidad que merece, añadió Egberto sonriendo.

—Tengo de ello la certeza: Víctor es lo mejor que yo podía desear, desde el momento en que aquel en quien yo había soñado para Maya ha querido ser independiente hasta en amor, replicó Dernburg lanzando una mirada burlona á Egberto.

Y cogiendo luego del brazo al joven ingeniero, dijo:

—En medio de mis desventuras, doy gracias á Dios por no haberte perdido; te has casado con mi hija adoptiva, y por consiguiente eres como hijo mío.

—Sí, repuso Egberto hondamente conmovido. Jamás te he demostrado mi agradecimiento, mi cariño y aun he luchado abiertamente contra ti; pero créeme, para mí fué el mayor sufrimiento. Y ahora toda mi energía, mi vida entera, os pertenecen á ti y á tu Odensberg.

—Y que son muy necesarias, porque á veces siento que me pesan los años, que me faltan las fuerzas..., ¿quién sabe cuánto tiempo las conservaré? En tanto, ponte á mi lado, y creo que en el terreno del trabajo veremos desaparecer las diferencias que todavía nos separan. Ya hablamos de esto cuando volviste de América.

Los ojos de Egberto, leales y resueltos, se encontraron con los de Dernburg.

—Sí, y ya entonces te dije lo que ahora te repito: me caso con tu hija adoptiva, y por el corazón me convierto en verdadero hijo tuyo y como hijo te consagro mi trabajo; pero no quiero de ti otra recompensa material que la que es debida á tu empleado; en punto á emolumentos, soy el director de las minas y no tu hijo.

—¡Está bien, cabeza de acero!, exclamó Dernburg riendo. He dotado á Cecilia ante la ley, y esto no puedes deshacerlo; sé tú director, como quieres.

—Otra declaración te hice á mi regreso de América, dijo Egberto después de una pausa, y te la repito, porque la considero como un deber para mí en el momento de encargarme de la dirección de tus minas. Me he librado para siempre de mi antiguo partido, pero no he renunciado á cuanto tiene de grande y noble el movimiento que tiende á mejorar la condición de las clases pobres; y esta causa la patrocinaré y la defenderé, mientras viva.

—Lo sé, repuso Dernburg estrechándole la mano. También yo te comprendo ahora mejor: ya no soy el hombre de hierro de otros tiempos, y encuentro justo que de nosotros, los propietarios, salgan las ideas de innovaciones y mejoras; pero soy ya viejo para asociarme de repente á estas nuevas teorías, y aunque para mis tiempos no creo haber desatendido á los que de mí han dependido, no sabría ahora juzgar exactamente, con imparcialidad, las medidas necesarias, y no tendría fuerzas para luchar contra quienes tratan, no de mejorar á una clase, sino de destruir el estado de cosas existentes en provecho propio... Pláceme, por consiguiente, tener á mi lado una inteligencia joven, vigorosa, que ha crecido en el presente y para el presente. Tú, marcha lentamente; yo te seguiré hasta donde pueda, cooperando, hasta bendiciendo cuanto hagas para interesar á la sociedad en el mejoramiento general de los maltratados por la fortuna, y... cuando yo ya no estaré y el movimiento justo y noble se habrá hecho general, entonces avanza valientemente..., ¡la vía está libre!

FIN

FEDERICO ALFREDO KRUPP

Pocas veces ó nunca la muerte de un personaje sin carácter alguno oficial ha producido la impresión que el repentino fallecimiento de Federico Alfredo



Federico Alfredo Krupp
fallecido en Essen en 22 de noviembre último

Krupp, acaecido en Essen en 22 de noviembre último. Según la prensa alemana, Krupp ha muerto víctima de las intrigas políticas, de los injustos ataques de los socialistas, sus enemigos eternos é implacables: tiempo hacía que sufría una enfermedad del corazón, y cuantos le rodeaban procuraban evitarle toda suerte de contrariedades y de emociones funestas, cuando el periódico *Vorwaerts*, órgano de la extrema izquierda, comenzó contra él una violenta é inicua campaña de calumnias, que amargó y puso rápido término á la existencia de ese hombre ilustre que tanto hizo por el bienestar de sus innumerables obreros.

«La Providencia puso al Consejero privado Krupp al frente de una empresa que, traspasando las fronteras de la patria, ha adquirido una importancia universal. Consideró como misión de su vida, no sólo conservar la obra que de su genial padre recibiera, sino darle aún mayor desarrollo, conforme correspondía á la fama conquistada; y su nombre va íntimamente unido al desenvolvimiento de la industria del hierro, del armamento moderno, de las fortificaciones y de la moderna construcción naval.» Así dice el telegrama de pésame que el emperador Guillermo dirigió á la dirección de la fábrica, al tener noticia de aquella muerte, y las palabras del soberano constituyen la mejor biografía del gran industrial.

Pero Alfredo Krupp fué algo más que esto; fué un filántropo en toda la extensión de la palabra, el «filántropo artista,» como con razón se le ha llamado, que, abandonando á menudo á los técnicos la dirección de su industria, ocupábase exclusivamente del personal de sus talleres. Ya en tiempo de su padre citábanse como modelo las instituciones de patronato, de higiene, de ahorro, de enseñanza por él fundadas, y sobre todo las habitaciones obreras de Essen; Federico dióles aún mayor amplitud y bajo muchos conceptos las hizo más humanas. Es más: un día, al contemplar la tristeza de sus obreros ancianos, concibió una idea hermosa que sus millones y el buen gusto de su arquitecto Schmohl le permitieron realizar, y que se tradujo por la creación de la *Altenhof*, la aldea de los viejos, que constituye su mejor triunfo.

Desde 1861 venían trabajando los Krupp en la cuestión de viviendas para sus trabajadores, y gracias á sus incesantes esfuerzos, existían á fines de 1901, formando varias colonias, 4.274 casitas alegres, cómodas, higiénicas y todas con su jardincito, en las cuales vivían por un módico alquiler 8.212 familias obreras. Aquellas construcciones costaron veinte millones de francos, sin contar el valor del terreno.

Altenhof, la aldea de los viejos, situada á una hora de Essen, al pie de las colinas que descienden hasta el Ruhr, consta de unas 200 casas, todas de diferente arquitectura y distintamente orientadas, que se levantan entre sinuosas alamedas y lindos jardines. Hay en ella dos capillas, la católica y la protestante, y una plaza central con un grupo escultórico que representa á un herrero alzando entre sus robustos brazos el cuerpo desnudo de un niño y teniendo una niña abrazada á sus rodillas.

Los ancianos que en Altenhof viven están pensionados con 85 francos al mes. El obrero de las fábricas de Krupp, á cambio de una pequeña cuota mensual, tiene derecho, á los veinte años de servicio, á una pensión igual al 40 por 100 del salario anual medio que ganó durante los tres últimos años, pensión que con los años de servicio aumenta y á la que hay que añadir la mitad de la renta garantida á los inválidos por la ley imperial y los ahorros depositados en la caja de la fábrica, que les reditúan un interés del 5 por 100. Esto aparte de los donativos importantísimos que para estas cajas de pensiones á inválidos, enfermos, etc., han hecho los Krupp en distintas ocasiones, y que ascendieron á cerca de cuatro millones y medio en el año 1900. Ahora mismo, la heredera de Federico Krupp ha regalado para estos fines dos millones y medio.

Las casas de Altenhof se conceden por el consejo de la caja de pensiones á los inválidos de mayores merecimientos y más pobres. De la imparcialidad con que se procede á estos repartos, así como de los cuidados y atenciones que á estos ancianos prodigan los Krupp, son elocuente prueba las siguientes palabras que de boca de uno de los habitantes de la aldea escuchó hace poco un cronista parisiense:

«Nuestro Sr. Krupp es algo más que un millonario. Hay aquí algunos que no le agradecen sus favores, y aun ha habido ochenta y siete que en las últimas elecciones votaron contra él y en pro del candidato ultramontano; pero esto únicamente demuestra que no le guía pasión ni prevención alguna cuando se trata de traernos aquí, sino que lo hace de corazón. Viene muy á menudo y pregunta por todos nosotros, y si le damos el tratamiento de «Señor consejero privado,» nos dice: «Me han de llamar ustedes Sr. Krupp.» Y lo mismo su esposa; si la llamamos «Madame» nos contesta: «Digan ustedes *Frau Krupp* (señora Krupp), y no *Madame* como á las princesas.» Cuando se celebran aquí algunas bodas de oro, los dos esposos vienen y comen con nosotros; y cuanto más sencillamente se les trata, tanto más contentos están. Por Navidad nos hacen regalos: el año pasado nos regaló á nosotros tres botellas de vino italiano muy fuerte, una de ponche, diez quintales de carbón y salchichas. Estos buenos señores cuidan de nuestra ancianidad.» —R.



SENYERA DE VALENCIA Y PENDÓN DE LA CONQUISTA

VALENCIA

POR DON TEODORO LLORENTE

Se ha publicado el tomo segundo y último de VALENCIA por D. Teodoro Llorente, libro que forma parte de la obra ESPAÑA, SUS MONUMENTOS Y ARTES y cuya publicación de dicho tomo ha estado interrumpida durante algunos años á consecuencia de los importantes trabajos de investigación que su autor ha realizado, gracias á los cuales el libro resulta bajo todos conceptos notable, concienzudo, completo, digno de la reputación del eminente literato valenciano.

En este segundo tomo se describen en otros tantos capítulos y con gran acopio de interesantísimos datos el Palacio del Real, la Casa de la Diputación del Reino, la Casa de la Ciudad, la Lonja de los Mercaderes, los hospitales y hospicios, la Universidad, el Museo de Pinturas, el teatro de Valencia, las fiestas, la transformación urbana de la ciudad, los alrededores, el campo de Liria, las montañas de Chelva, Chiva, Buñol, Requena, Utiel, la ribera del Júcar, Gandía, Játiva, el valle de Albaida, Denia y la Marina, Cocentaina, Alcoy, Jijona, Villena, Alicante, Elche y Orihuela. En todos estos capítulos imperan la verdad histórica y la imparcialidad más escrupulosas, y todos ellos se hallan amenizados con hermosas descripciones de costumbres populares, tradiciones, leyendas, etc.

Tratándose de un escritor tan universal y justamente renombrado, ocioso es encomiar las bellezas de estilo que avaloran el libro.

El tomo que nos ocupa va profusamente ilustrado con dibujos de J. J. Zapater, P. Llorente, A. Gras y V. Soriano, con una porción de vistas fotográficas y con varios cromos de J. J. Zapater.

Con la publicación del tomo segundo de VALENCIA queda completada la importantísima obra ESPAÑA. SUS MONUMENTOS Y ARTES. SU NATURALEZA É HISTORIA, que se halla en venta en la librería de Arturo Simón, Rambla de Canaletas, 5, Barcelona, adonde pueden dirigirse los suscriptores á quienes sólo se repartió hasta el pliego 48 de VALENCIA y que deseen tener completa la obra.

LIBROS

ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

SU CARO ENEMIGO, por la *Sra. Alexander.* – El principal mérito de esta novela es el encanto con que la notable escritora inglesa ha sabido presentar un asunto sencillo inspirado en la vida ordinaria; sus páginas están arrancadas de la vida real, y en ellas no hay efectos rebuscados ni grandes conflictos pasionales. El libro, concienzudamente traducido por D. Alfredo Elías, ha sido publicado por la casa Appleton y C.ª, de Nueva York.

UN CASO DE EPITELIOMA DE LA CARA CURADO CON LOS RAYOS ROENTGEN, por *C. Comas y A. Prió.* – Los inteligentes y reputados médicos de esta ciudad Sres. Comas y Prió explican detalladamente en este folleto un caso notable de curación de un epitelioma, por ellos obtenida mediante la aplicación de los rayos Roentgen: es un trabajo médico en extremo interesante, en el que los autores demuestran sus conocimientos en la especialidad que con tanto éxito cultivan. El folleto, que contiene tres grabados, ha sido impreso por F. Badía en Barcelona.



La huída á Egipto, cuadro de Willy Spatz

CARTA ABIERTA, por *José Sievert Jackson.* – El distinguido médico mayor de la Armada Sr. Sievert Jackson estudia en este folleto el importante problema de la reorganización de la Marina de guerra, y después de rebatir los cargos que contra la misma se han dirigido, demuestra la necesidad de que España sea potencia naval para que vuelva á ocupar el rango que le corresponde en el concierto europeo.

PEDAGOGÍA SOCIAL, por la *Srta. D.ª Suceso Luengo.* – Conferencia dada por la Srta. Luengo, directora de la Escuela Normal Superior de Maestras, en la Sociedad de Ciencias de Málaga. Es un notable trabajo en el que la autora explica con elevado criterio y con abundantes y sólidas razones el verdadero concepto de la Pedagogía. El folleto ha sido impreso en Málaga en la tipografía de «El Cronista.»

LA PULGA. – Se ha publicado en Barcelona una lujosa y elegante edición del aplaudido y popular *couplet* de la zarzuela *La Pulga*, letra de Gonzalo Jover, música de E. Prat Pina, que se ha representado con éxito en muchos teatros de España. Precio, 1'75 pesetas.

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN

La Ilustracion Artística

Año XXI — Barcelona 15 de diciembre de 1902 — Núm. 1.094



EL FAVORITO, cuadro de Max Levis

SUMARIO

REVISTA HISPANO-AMERICANA

La paz en América. – *Chile* y *Argentina:* cordialidad de relaciones: arbitraje del rey de Inglaterra. – *Bolivia* y *Brasil:* la cuestión de Acre. – *Venezuela:* campaña de Castro: sus propósitos: reclamaciones de súbditos europeos: aplicación de la doctrina de Monroe. – *Colombia:* fin de la guerra: los yanquis y el canal de Panamá. – *República Dominicana:* revolución. – *América Central:* el Tribunal de arbitraje obligatorio: la asociación de la Prensa. – Política internacional suramericana. – *Chile* y *Colombia:* alianza. – Las lenguas hispano-americanas.

Temeroso ha sido en América el año que con este mes acaba. Aprestos bélicos por mar y tierra en la Argentina y Chile, contiendas en el Acre y peligro de ruptura entre Bolivia y Brasil, guerras civiles en Venezuela y Colombia y revoluciones en Santo Domingo.

Con mejores auspicios parece que va á empezar el 1.903.

* * *

Las dos repúblicas del extremo meridional de América, que tan á punto estuvieron de venir á las manos, prodíganse ahora manifestaciones de simpatía y amistad, y entre chilenos y argentinos se cruzan cariñosos mensajes de felicitación. «De una y otra parte de los Andes concluyeron los gritos odiosos de guerra, y sobre las soberbias cumbres se extiende la hermosa rama de olivo, y en el horizonte purpúreo reaparecen los recuerdos históricos de la independencia; se conmueve el continente latinoamericano, mientras la historia lo empuja vigorosamente para conseguir sus destinos y sus glorias, destinos y glorias de virtud civil.» Así decía la Cámara sindical de la Bolsa de Santiago en la salutación que dirigió á la de Buenos Aires.

Se anuncia que el soberano de Inglaterra, árbitro en las diferencias pendientes entre ambos Estados, ha dictado ya fallo sobre la famosa cuestión del límite en la zona andina, y lo ha hecho en términos tales, que hay esperanza de que la sentencia satisfaga á las dos partes.

* * *

El Brasil no pone resuelto empeño, como se temió, en amparar á los aventureros del Acre, y dícese que acepta el contrato de arrendamiento de ese territorio con las modificaciones que luego introdujo Bolivia, de acuerdo con el Sindicato anglo americano. Mas conviene tener en cuenta que, desde mediados de noviembre, hay en los Estados Unidos del Brasil nuevo presidente y nuevo gobierno, y tal vez las cosas pudieran tomar distinto rumbo.

* * *

Ha triunfado Castro en Venezuela, si bien, á juzgar por ciertas informaciones, sobre todo las procedentes de Londres y Nueva York, aún no hay motivo para dar por definitivamente perdida la causa de Matos. La revolución llegó á presentarse imponente, y hubo momentos en que pareció que sus ejércitos, ó mejor sus masas de hombres, iban á acorralar y destruir las tropas del presidente. Pero durante meses, éste, moviéndose entre Caracas y Valencia, consiguió dificultar las operaciones de sus enemigos, y cuando se le creía ya desalentado y en retirada hacia Los Teques, cayó sobre aquéllos y los derrotó. Los partidarios de Castro hacen grandes elogios de las aptitudes excepcionales que, como general, ha demostrado en esta campaña, aprovechando siempre, con oportunidad é inteligencia, los desaciertos del enemigo.

El gobierno venezolano ha vuelto á establecerse en Caracas, y se atribuye á Castro el decidido propósito de restaurar en breve plazo la normalidad, tomando cuantas medidas sean necesarias para remediar los daños causados á la riqueza pública por la desastrosa y larga guerra que ha sufrido el país.

En esa guerra Inglaterra ha tenido cierta indirecta participación por el apoyo que las autoridades de la isla de la Trinidad venían dando á los partidarios de Matos. A las reclamaciones de Castro contesta Inglaterra reconviniendo, y pide indemnización por los daños que han sufrido los súbditos ingleses. Sábese que, por regla general, estos súbditos europeos y yanquis residentes en la América española que reclaman en tales casos daños y perjuicios, suelen ser valedores ó cómplices de los revolucionarios, y luego pretenden, amparados por sus respectivos gobiernos, que el vencedor les pague el servicio que prestaron al vencido. También alemanes y yanquis se llaman á la parte y tratan de renovar antiguas pretensiones.

Ahora, pues, tiene ocasión Castro de hacer el juego que conviene con la socorrida doctrina de Monroe. En estas cosas de América no pueden ir juntos europeos y yanquis, so pena de contrariar la tal doctrina. Los Estados Unidos del Norte, los monroístas por excelencia, no deben tolerar que potencias europeas se impongan á Estados americanos; por consiguiente, contra Eduardos y Guillermos tienen que ir de acuerdo los Castros y Roosevelt. Pero las circunstancias pueden llegar á ser tales, que á los buenos políticos hispano-americanos les convenga hacer caso omiso de la farsa monroísta, y entre dos ingerencias peligrosas, aceptar ó pedir la que menos lo sea.

* * *

En Colombia también se restablece la paz. Han cesado las hostilidades en el istmo de Panamá y se concederá amplia amnistía á los liberales. Se confirma el propósito de reunir una magna asamblea con delegados ó representantes de ambos partidos, en igual número, para acordar la forma definitiva de gobierno.

Los Estados Unidos del Norte, no por humanidad ni por *americanismo*, sino por el propio interés, á última hora han puesto de su parte cuanto pudieron para llegar á esta avenencia. Surgían de día en día mayores dificultades para convenir en ciertas cláusulas del tratado relativo al canal de Panamá, y el gobierno yanqui, que no lleva sus audacias, y hace bien, hasta romper abiertamente con los pueblos americanos, comprendió que necesitaba una situación normal y tranquila en Colombia para obtener la cesión en condiciones que pudieran merecer respeto y ofreciesen garantía para lo porvenir. Ahora los colombianos sabrán defender sus derechos é intereses, y si los yanquis se muestran intransigentes, lo mismo el actual gobierno de Colombia que cualquiera otro que pueda sucederle pondrán á los Estados Unidos del Norte en el trance de apelar á la fuerza ó de volver á entusiasmarse con el trazado del canal por Nicaragua.

* * *

La República Dominicana es menos afortunada que su hermana del Continente. Hace ya algún tiempo que se inició otro movimiento revolucionario, acaudillado por Deschamps y, según las últimas noticias, cabe presumir que llegará el nuevo año sin haberse restablecido la paz.

* * *

En la América Central sigue en auge la tendencia unitaria representada por los Convenios de arbitraje y los Congresos centro-americanos.

En cumplimiento de lo pactado en Corinto, el Tribunal de arbitraje obligatorio debía reunirse, el primer año, en la capital de Costa Rica, y, en efecto, con fecha 2 de octubre, el Ministro de Relaciones exteriores de aquella República comunicaba á los de Nicaragua, Honduras y El Salvador la buena nueva de haberse instalado el Tribunal en el Salón del Congreso. La ceremonia fué solemne; la presidió el primer magistrado de la República, acompañado de los Secretarios de Estado, y concurrieron también, por invitación especial, el Presidente del Congreso, la Corte Suprema de Justicia, el Gobernador de la diócesis y los Cuerpos diplomático y consular. «Ningún motivo más justificado – decíase en la comunicación, – más simpático y honroso como el presente, para enviar á los pueblos en tan augusto Tribunal representados, en nombre del derecho, de la paz y de la fraternidad, las más cordiales y entusiastas congratulaciones por el digno medio de V. E. Cumplo para con el esforzado pueblo nicaragüense, hondureño y salvadoreño, según sea, con tan grato deber.»

La prensa de esas Repúblicas tiene sobrada razón para felicitarse, y así lo hace, por el establecimiento del Tribunal, porque, como escribe *El Pabellón de Honduras*, la guerra, con sus epopeyas, con sus heroísmos y sacrificios, es siempre un recurso de la barbarie y una mancha de la humanidad; mientras que el arbitraje representa la imposición del derecho sobre la fuerza del hecho, de la palabra sobre el acero. «Pero, añade, si es de principio universalmente aceptado el arbitraje, lo es mucho más tratándose de nosotros, donde cualquier contienda armada sería una guerra civil, porque por la sangre, por la historia y por la geografía somos una misma nación, constituímos una entidad política en el pasado y seremos un mismo grande emporio de progreso en lo porvenir.»

Otro de los medios puestos en práctica para establecer íntimas y permanentes relaciones y preparar la constitución sólida y definitiva de los Estados Unidos de la América Central fué el Congreso de periodistas centroamericanos que se reunió en San Salvador en octubre de 1901. Ahora el comité central de la Asociación de la Prensa creado por aquel Congreso ha remitido á todos los periódicos de las cinco repúblicas copia impresa de las conclusiones adoptadas, mediante las cuales se aspira á que el Periodismo tenga un principio de unidad que prevalezca sobre todas las divergencias que ocasionan los intereses particulares y las contradicciones de la lucha; en una palabra, á que adquiera verdadero espíritu nacional, condición indispensable para el acierto en la dirección de la opinión pública, y para que pueda ejercer su misión civilizadora en armonía con las tendencias, carácter y necesidades de los pueblos centroamericanos.

* * *

También en la América meridional gana terreno la idea de establecer aproximaciones ó alianzas entre sus repúblicas. No ha mucho la *Politische Correspondenz* de Viena llamaba la atención sobre ello. Quien examine de cerca la política internacional que desarrollan las principales naciones suramericanas, tendrá que convencerse de que se está tramitando una inteligencia contra las veleidades de la tutela norteamericana; pensamiento, por cierto, muy puesto en razón, pues el peligro que ofrece el coloso del Norte no es tan ilusorio como algunos suponen.

Preocupa ahora en América el tratado ó alianza secreta que pactaron Chile, Colombia y El Ecuador, y de cuya existencia ya había noticia hace meses. Se supuso entonces que ese pacto obedecía al propósito de Chile de tomar precauciones en previsión de una guerra con los argentinos. Díjose luego que se miraba más lejos, porque en la América del Sur se comprendía la necesidad de irse preparando para contrarrestar cualquiera de las posibles veleidades del coloso. El hecho es que allá, en el Norte, no dejó de inspirar el tratado algún recelo, y hay quien sospecha que el *New York Herald* hizo sacrificios de bastante consideración para obtener el texto. Un periódico de Chile, *El Mercurio*, refirióse á él, y aseguró que su alcance se limita á estrechar la amistad y fomentar el comercio entre los pueblos del Pacífico suramericano, y que su principal objeto, por parte de Chile, no era otro que abrir fácil salida á los productos del país para llevarlos á los Estados Unidos por la vía de Panamá.

En las demás Repúblicas no ha sido mal acogida la alianza chileno-colombiana; los mismos peruanos la consideran como garantía de solidaridad que podrá favorecer á todos los pueblos latino-americanos.

* * *

¿Hay idiomas argentino, peruano, chileno, etc.? Es este, tiempo hace, tema de discusión entre los hispano americanos. Algunos escritores de Buenos Aires sostienen, con evidente apasionamiento, que hablan una lengua bastante distinta de la española, que merece ya tener su nombre propio para diferenciarla de aquélla; replican otros que la diferencia sólo aparece en los que no saben hablar ni escribir bien el castellano. Tercia directamente en el debate el Dr. Pellegrini, y nos dice que *habrá* un idioma argentino; llegará un día en que el español sea una lengua clásica, como el latín, después de haber servido de tronco común á idiomas nuevos, entre los cuales se distinguirá el argentino que, seguramente, será muy distinto del mejicano.

R. BELTRÁN RÓZPIDE.



... volviéndose alguna vez á mirarme con una mirada de gratitud y de aliento

LA ULTRAPATIANA

– Aquí donde me ves tan desgraciado, me decía Juan muy formal y muy triste, has de saber que he estado á cuatro pasos de la dicha; á cuatro pasos, como lo oyes, de ser el hombre más feliz y más afortunado de la tierra.

Fué una cosa de esas que suceden en la vida... Que se nos presenta una vez la fortuna al alcance de la mano, como quien dice, y por negligencia, por ligereza de juicio ó por falta de constancia, la dejamos escapar, y no vuelve.

Sí, por aquella negligencia y aquella falta de constancia de que nos arguye el antiguo refrán que dice: «¿á la primera azadonada queréis sacar agua?,» por aquella ligereza imperdonable, ha sido un árido desierto mi vida. Si hubiera dado un par de azadonadas más, hubiera encontrado el manantial riquísimo que me la hubiera convertido en oasis delicioso...

Le pasó á este infortunado amigo tuyo lo que á la mona de la fábula, que arrojó el apetitoso fruto del nogal en cuanto sintió que amargaba por fuera.

Verás qué historia más triste...

Hacía cosa de un año que había vuelto yo á Madrid después de la guerra y de la emigración subsiguientes; y para consolarme de las desilusiones, contrariedades y desengaños que acababa de sufrir, para endulzar de algún modo las amarguras de la derrota, estaba resuelto á casarme.

Debo advertirte que, según me decían mis amigos y según á mí también me parecía, modestias aparte, me hallaba en excelentes condiciones para hacerlo.

Frisaba en los treinta años; era á la sazón el poeta de moda, el escritor más loado y leído; no había sesión solemne de la Juventud Católica, á cuyos salones acudía entonces en son de protesta antirrevolucionaria lo mejor de Madrid, en que no se recitaran mis versos; el periódico en que escribía era el que se buscaba y se leía primero en las redacciones de los demás, aun de los de ideas opuestas, y las agudezas de la sección que se me atribuía eran comentadas y celebradas en las tertulias del gran mundo. El alto cargo que había desempeñado con lealtad y lucimiento en el campo *rebelde* me daba cierta respetabilidad aun entre los enemigos, y el mismo vencimiento sufrido sin culpa y aceptado con dignidad me servía como de aureola simpática.

– Usted puede hacer una gran boda, me solía decir mi confesor el padre Alba, que era un bendito: se puede usted casar aunque sea con una princesa.

Lo cual, descontando la hipérbole y dando su verdadero sentido á la frase, quería decir que podía aspirar á una buena colocación, y nada más cierto.

Como frecuentaba las reuniones aristocráticas, conocía ya en muchachas casaderas lo más florido, casi todas las de buenas familias y bien acomodadas. Hago expresa mención de esta cualidad última porque, aun cuando no fuera la principalmente intentada por mí, no la quería tampoco desatender en absoluto; pues por lo mismo que, fracasado mi ideal político, me hacía cuenta de no ocupar jamás ninguna de las brillantes y pingües posiciones oficiales á que antes me creyera llamado, quería que la mujer á quien había de unir mi suerte estuviera regularmente dotada, para que entre lo que ella me trajera y lo que yo ganara pudiéramos soportar sin angustia las cargas del matrimonio.

Yo no creo que deban casarse solamente los ricos; pero sí creo que los que se casan sin contar con los medios de subsistencia proporcionados á su clase y estado, no saben lo que hacen, no obran con la reflexión y la cordura propias de seres racionales, y se exponen, si Dios les da hijos, á hacerles infelices... Porque el hijo de un jornalero puede ser jornalero también; pero el hijo de un señorito que no tiene dinero, casi no puede ser más que un perdulario...

Perdóname esta digresión, y vuelvo á la historia.

Iba diciéndote que conocía casi todas las muchachas casaderas más aceptables; conocimiento que respecto de algunas era de fecha muy reciente, de aquel mismo invierno; pero respecto de otras databa ya de diez ó doce años atrás, de cuando había sido estudiante, que también asistía mucho á bailes y reuniones. Verdad es que las muchachas de aquella época me parecían ya un poco viejas para mí, á pesar de ser mis contemporáneas.

A un hombre de treinta años, me decía yo, le corresponde mujer de veinte, según la fórmula que dice: edad de la mujer, igual á la mitad de la del varón, más cinco años... Que es la misma fórmula de la pubertad, porque: 12 (pubertad de la mujer) =7 (mitad de 14, que es la pubertad del hombre) + 5...

Aunque te he dicho que conocía á casi todas las jóvenes casaderas de cierto viso, había tres ó cuatro (y por eso precisamente he puesto el casi) á quienes sólo conocía de referencia, por haber oído hablar de ellas con elogio, pero no de trato ni de vista, porque no iban á bailes, unas por estar de luto, otras por desacuerdo con las costumbres corrientes ó por escrúpulos de conciencia.

De la hija de los marqueses del Abedular me hablaba mucho un compañero mío de fonda, amigo de sus padres. Era, según él, una muchacha de gran discreción, de claro entendimiento, de carácter dulce, y que sin ser lo que se dice hermosa, resultaba muy agradable. No iba aquel año á reuniones porque estaba de luto por su único hermano, fallecido hacía poco.

De Anita Alcocer, hija de unos señores ricos de Trujillo, que habían trasladado recientemente su residencia á la corte, también había oído hablar con grandes ponderaciones de su hermosura y de su virtud, pero tampoco había tenido ocasión de verla.

Lo mismo me pasaba con la condesita de Santibáñez, de quien también había oído hablar mucho.

– Es la mejor novia de Madrid, me solía decir mi compañero de visita á los pobres de la Conferencia de San Vicente, por más que no brille en el mundo ni acaso haya usted oído hablar de ella...

– Sí, hablar de ella, sí he oído hablar, le decía yo, pero no la conozco, no la he visto por ninguna parte.

– Se la ve poco, añadía él; es decir, no se la ve nunca en paseos de lujo, ni en teatros, ni en fiestas. Únicamente en las cuarenta horas por las tardes ó en misa por las mañanas, adonde suele ir con su madre, vestidas ambas con sencillez. Pero es inmensamente rica, y lo que vale más, muy buena, muy virtuosa y bastante guapa.

Análogas ponderaciones había oído hacer á otros amigos de la baronesita de Villalba, que también vivía sola con su madre, también tenía una cuantiosa fortuna y también era, según decían, bien parecida y sinceramente piadosa...

Cuando oía hablar con tal encomio de alguna de estas jóvenes, me entraba curiosidad de conocerla; pero luego se me iba pasando, y ya no me volvía á acordar hasta que oía hablar de ella otra vez. Como no las encontraba al paso, y como por otra parte conocía ya tanto y tan bueno donde escoger, no me tomaba la molestia de buscarlas, tratando más bien de decidirme y fijarme en alguna de las que ya conocía.

Así estaban las cosas cuando una mañana, al ir á la redacción, entré en la iglesia de San Sebastián á oir misa... Empezaba la de las diez y media, y poco después del alzar, habiéndose acabado otra que estaba ya al medio cuando yo entré, se levantó del sitio que ocupaba y vino á situarse cerca de mí una señorita con la cabeza graciosamente envuelta en una mantilla de encaje y el cuerpo enfundado en un vestido de lana pardusca como los hábitos de los frailes franciscanos, ceñido con un cordón también parecido á los que usan los frailes, y arrodillándose frente á una imagen de San Antonio de Padua, se puso á rezar devotamente.

Era de regular estatura, más bien baja que alta, delgada y fina de cuerpo, de manos blancas y menudas, de ojos negros con mirar expresivo y dulce, y de rostro... no me atreveré á decir hermoso, pero intensamente simpático.

Después de rezar un poco, leyó en un libro; después volvió á rezar, y concluído su rezo, poco antes de que concluyera la misa que yo oía, salió de la iglesia, acompañada de una señora algo más bajita, dejándome con cierta curiosidad de saber quién era.

Por supuesto que desde que se vino á rezar á mi lado hasta que se marchó, casi no dejé de mirarla, y también ella, al levantar alguna vez los ojos del libro para fijarlos en el santo ó al bajarlos del santo para volverlos á posar en el libro ó clavarlos humildemente en el suelo, me echaba alguna que otra mirada furtiva.

Al día siguiente volví á la iglesia de San Sebastián á la misma hora, y allí estaba también la niña del hábito. La cual también al concluirse la misa vino

á arrodillarse delante de San Antonio y le hizo su rezo, que debía de ser una novena, igual que el día anterior, mirándola yo constantemente y mirándome ella con más frecuencia y menos disimulo que el día antes.

Cuando, concluídas sus oraciones, salió de la iglesia en compañía de la misma señora del día anterior, que por ciertos rasgos fisonómicos me pareció que debía de ser su madre, salí detrás decidido á seguirlas.

Tomaron la calle de las Huertas que siguieron hasta el cruce con la de León, muy despacio desde que advirtieron que iba yo detrás, parándose á mirar los escaparates, como para cerciorarse de si yo iba siguiéndolas, ó iba porque diera la casualidad de ser aquel también mi camino. Cuando estuvieron seguras de lo primero, pues siempre que se paraban ellas me detenía yo también, continuaron andando á paso regular, volviéndose alguna vez á mirarme con una mirada como de gratitud y aliento.

Al llegar á la calle de León, echaron por ella hacia la izquierda hasta encontrar la de Lope de Vega, que tomaron y siguieron decididas hasta el número 7, donde entraron.

Era una casita baja de humilde apariencia, y esto empezó á disgustarme; pero reaccioné en seguida, pensando que sería suya la casa y que el principal, bien amueblado podría ser una habitación cómoda y elegante.

Toda esta ilusión se vino abajo inmediatamente.

Porque habiendo apretado el paso para colocarme frente al portal antes que desaparecieran, vi que no tomaron la escalera que había á la derecha, sino que siguieron de frente, salieron al patio, atravesaron éste, que no era muy grande, y entraron por una puertecita que había al otro lado, como para cuartos interiores.

Se me cayó el alma á los pies, y aunque la niña al atrevesar aquella puerta ignominiosa me echó una postrera mirada más halagüeña y dulce todavía que las anteriores, la dije mentalmente: «No; hasta aquí llegó mi amor, es decir, hasta el patio; más allá no pasa.» Y me fuí hacia la redacción del periódico pensando: «¡Pero cuánta farsa y cuánta farándula hay en este Madrid! Esta niña tan modosita y tan mona, de tipo tan fino y delicado, de andar tan elegante, vestida con tal modestia y con tan exquisito gusto, cualquiera creería que era alguna condesa... Y por lo visto será hija de algún empleado de cinco mil reales, ó acaso de algún cesante que no tendrá más que el día y la noche... ¡Cuando vive en un cuarto interior de la calle de Lope de Vega, que costará cuatro ó cinco duros mensuales!.. ¡Ya, ya! ¡Para que uno se fíe de las apariencias!..»

A otro día no volví á misa á San Sebastián, pero volví á pensar más de una vez en la niña del hábito pardo, cuyas dulces miradas y muy especialmente aquella última, seguían trabajando sobre mi corazón y ablandándole y cautivándole...

«¿Por qué no he de volver á verla?, me decía yo; ¿qué pierdo por volver á seguirla?.. Podría ser que no viviera allí y hubiera entrado casualmente... Mas ¿á qué había de haber entrado?..»

En fin, que para asegurarme más en mi determinación de abandono absoluto, ó rectificarla si hubiera motivo, á los cinco ó seis días de retraimiento volví otra vez á San Sebastián á la misma hora. Las volví á encontrar allí á la hija y á la madre, produciendo en ellas mi reaparición alborozo visible.

Digo en ellas, porque ambas se alegraron y á las dos las conocí la alegría en el semblante; pues al salir tras de ellas á la calle, no solamente la niña me miraba sin reserva alguna, bañándome tranquilamente en miradas francas y afectuosas, de verdadero cariño, sino que la madre me miraba también, no con aquella curiosidad hostil con que suelen mirar las madres á un pretendiente extraño, sino con el agrado con que pudiera mirar á un antiguo conocido.

Seguíalas yo encantado de aquella amabilidad; pero llegó el desencanto muy pronto. Porque llegaron ellas, como la otra vez, á la casa número 7 de la calle de Lope de Vega, siguieron todo el portal, atravesaron el patio y entraron por la puertecita de los interiores.

Anduve paseándome por la calle, sin perder de vista la puerta de la casa, como media hora, á ver si salían; pero no salieron. Se me ocurrió preguntar quiénes eran á un zapatero remendón que trabajaba en el portal, y que sin duda desempeñaba la portería; pero rechacé la ocurrencia porque la pregunta me pareció excusada y algo denigrante. ¿Qué me importaba á mí que fueran quienes fuesen?.. Era indudable que vivían allí, y por consiguiente, que eran unas pobres.

En los primeros días siguientes me acordaba mucho de la niña y de cuanto me encantaba en ella, aunque en rigor me encantaba todo; no solamente las miradas, sino el modo de andar, el modo de ponerse la mantilla, la manera de abrir el libro, la manera de coger el rosario y hasta la manera de mover los labios cuando rezaba.



Después de rezar un poco, leyó en un libro...

El corazón estaba ya interesado por ella; la quería pobre y todo, y se defendía con denuedo; pero la razón, ó mejor dicho, la vanidad, la soberbia y el orgullo, rechazaban sus solicitudes.

Temeroso yo de no poder resistir á los legítimos deseos del corazón, determiné ponerla en ridículo, no sólo ante mi juicio propio, sino también ante mis amigos, á quienes conté la historia con todos los detalles del hábito, de las miradas dulces, de las elegancias *exteriores* y de la *vivienda interior* al otro lado del patio.

Como á mí me llamaban *ultramontano* por mis ideas de católico intransigente, y yo sabía que á los primeros que llevaron ese apodo se les aplicó porque vivían más allá ó al otro lado de los montes, la llamé yo á ella *ultrapatiana* porque vivía más allá del patio.

Les hizo gracia á mis amigos el mote, y siempre le usaban para preguntarme por ella cuando querían darme broma.

– ¿Qué tal la *ultrapatiana?*, me decían.

– No la he vuelto á ver, les contestaba yo.

Y luego hacían conmemoración de los detalles que les había contado y se reían mucho; y... es claro, así no podía yo volver á pensar seriamente en ella porque se burlarían de mí con las armas que yo mismo les había dado...

Poco después, tras de mucho mirar y dudar, entré en relaciones con una hija de la vizcondesa del Alcor, que resultó vanidosa y pobre, y que con indecisiones y roderías me tuvo entretenido once años, hasta que se hizo vieja..., y aquí me tienes hecho un desgraciado.

– Bueno, pero y ¿cuándo fué, le pregunté á Juan, cuando estuviste á cuatro pasos de la dicha? ¿Quién era la dicha?..

– La *ultrapatiana*... ¿No sabes quién era la *ultrapatiana?*

– No... ¿Quién era?

– La mismísima condesa de Santibáñez, á quien yo deseaba conocer y de quien había oído tantas alabanzas y ponderaciones.

– ¿Y cómo vivía en aquel casucho?

– No vivía allí, sino en su lujoso palacio de la calle de Atocha. Allí entraba aquellos días con su madre, después de misa, á visitar á una pobre enferma de tisis, á la mujer del zapatero, que estaba ya sacramentada, y todos los días iban á llevarla limosna y á consolarla y hacerla compañía desde las once hasta la una.

– ¿Y cuándo lo supiste?

– Cuando ya no tenía remedio... Poco hace todavía que he tenido el dolor de enterarme de todo por un sacerdote que fué capellán de la casa y que ha tenido la inadvertencia, por no decir la crueldad, de contármelo.

– ¿Y cómo se mostraba ella desde luego tan favorable á tus primeras demostraciones amorosas? ¿Te conocía?

– ¡Claro que me conocía! Verás... Había oído hablar mucho de mí en aquella temporada de mi mayor lucimiento literario y político de que te hablé antes, y como era de las mismas ideas mías, leía con fruición y complacencia todas las noches mi obra en el periódico, así como mis versos en los semanarios ilustrados donde aparecían... Estaba enamorada de mí sin conocerme. Después me vió una noche en una sesión de la Juventud Católica, y como también exteriormente fuí de su agrado, su afición á mí creció lo indecible.

Con otros usos y otras costumbres sociales, según me ha dicho el capellán, me hubiera ella escrito proponiéndome el matrimonio; mas como esto no lo podía hacer, determinó ponerlo en manos de Dios pidiéndoselo por la intercesión de los santos, y precisamente para eso estaba haciendo aquella novena á San Antonio. Al tercer día de la novena aparecí yo en la iglesia, y es claro, sospechó que iba por ella y que era San Antonio quien me llevaba; y cuando al día siguiente volví y la seguí por la calle, tuvo por seguro que San Antonio había hecho el milagro...

Y sí le había hecho, pero se le deshizo el demonio..., el demonio de la soberbia y del orgullo...

Por algo dijo Campoamor, en su humorismo habitual, que

> En materias de amor y matrimonio
> Puede más que los santos el demonio...

Aunque no es que el demonio pueda más, sino que los hombres, que casi son peores, le ayudan á veces á hacer infructuosa la intercesión de los santos...

Como ella estaba en cuenta de que yo la conocía, sabía quién era, cuando vió que después de haber comenzado á demostrarla afición me retiré completamente, creyó que era que no me había gustado por su figura ó por alguna otra circunstancia, y pasó mucha pena, pero siguió queriéndome resignada y sin perder la esperanza del todo.

Después comenzó á pretenderla un primogénito de marqués acaudalado, que era un bacín, y naturalmente, no le hacía caso. Pero yo no sé quién habló á la madre en su favor haciéndola creer que era un buen muchacho, y empezó á interesarse por él y aconsejar á su hija que le aceptara. Y ésta, que quería mucho á su madre, por no verse en el caso de darla calabazas al dárselas al novio, determinó dejar el mundo, y profesó en el convento de Santo Domingo, donde, como no tenía naturaleza para la vida claustral, creo que vive enfermucha, después de haber muerto su madre de hipocondría, originada por la pesadumbre de verse separada de ella.

Ya ves – concluyó Juan – cuántas desgracias acarreadas por mi falta de juicio, por mi equivocación, por mi desidia, por mi fatuidad, por mi ligereza, por no haber preguntado al zapatero quiénes eran aquellas señoras.

ANTONIO DE VALBUENA.

(Dibujos de Azpiazu.)

CUADROS DE DOMINGO MORELLI

ADQUIRIDOS PARA LA GALERÍA NACIONAL DE ARTE MODERNO DE ROMA

La Galería Nacional de Arte Moderno de Roma, para la cual se han adquirido ya recientemente colecciones de obras de Palizzi y de Celentano, poseerá dentro de poco otra de Domingo Morelli. Cuando estas tres colecciones estén reunidas formarán un conjunto de interés particularísimo, porque podrán



La reina Juana II, cuadro de Domingo Morelli, pintado en 1866-1867, y adquirido para la Galería Nacional de Arte Moderno de Roma

La Sulamita y el pastor (del *Cantar de los cantares*) uno de los últimos cuadros pintados por Domingo Morelli, adquirido para la Galería Nacional de Arte Moderno de Roma

considerarse como tres fases de un mismo acontecimiento, cual es la emancipación de la pintura italiana meridional de las trabas académicas.

En efecto, los tres pintores, no sólo nacieron con pocos años de diferencia uno de otro, sino que vivieron juntos más ó menos tiempo: Morelli pintó los retratos de Celentano y de su madre; Celentano, á su vez, pintó el de Morelli, y éste y Palizzi tuvieron los talleres contiguos, pudiendo sorprenderse á veces en los lienzos del uno pinceladas al otro debidas.

Hasta ahora son pocos los cuadros adquiridos por el gobierno de Italia para esta galería; pero, según parece, se propone completarla, rindiendo así el merecido tributo al que los críticos de aquel país llaman con razón el pintor italiano más grande del siglo XIX.

Las obras que al presente figuran en la expresada Galería son: *Et angeli ministrabant illi, Cristo Vigilante, El conde Lara y su paje, Torcuato Tasso y Leonor de Este, Un triclinio después de la fiesta, La leyenda de lady Godiva, La reina Juana II, La Sulamita y el pastor* y *La Virgen á orillas del lago*. Estos tres últimos los reproducimos en el presente número, y por ellos puede juzgarse la diferencia esencial de estilo y de escuela que media entre la primera y la última época del ilustre pintor napolitano. – S.



LA VIRGEN Á ORILLAS DEL LAGO, acuarela de Domingo Morelli, pintada en 1866 y adquirida para la Galería Nacional de Arte Moderno de Roma

LA BODA DE AMELIA

Por fin subió el mayoral al pescante y arrancó la diligencia, levantando una verdadera nube de polvo.

Mientras Juan había ido en el tren, el traqueteo violento é isócrono, la conversación insubstancial á grito pelado de los que con él ocupaban el departamento de primera clase, habían mantenido su cerebro en continuada absorción, incapaz de idea especulativa; pero cuando se encontró en el cupé, que había pagado entero para ir solo, cuando el aire puro le dió en el rostro y pudo ver la campiña aumentando y desarrollándose ante sus ojos como imágenes de un cinematógrafo, todo el pasado comenzó á iluminar la obscuridad de su cerebro con lívidas claridades de relámpago, y la tormenta de su rabia y de sus odios rugió atronadora en su desolado interior.

Bajo el relampagueo de la evocada tempestad, se vió, tres años atrás, escapando por aquella carretera, que ahora recorría poderoso y rico, desesperado y miserable.

Vió con perfecta nitidez la arrogante figura de Amelia, ídolo que había ido formando poco á poco en su imaginación exaltada, principio y fin de todos sus actos.

Recordaba los gestos, las medias palabras, las preferencias cariñosas con que le alentó, haciéndole pensar en un porvenir risueño y lleno de felicidad. Ella misma había sido la que le impulsara á declarar materialmente su amor, que ya sus ojos habían manifestado; ella la que le animó á pretender su mano, la mano de una linajuda heredera.

Fué en una jira campestre organizada por don Pedro, el padre de Amelia, y adonde había sido convidado en unión de lo más principal del pueblo. Cuando la orgullosa joven le hubo escuchado hasta que calló, dirigióse á su padre y á los convidados y les manifestó con seriedad cómica la pretensión del atrevido.

Los mayores insultos no le hubieran hecho tanto daño como las homéricas carcajadas con que sus palabras fueron acogidas.

¡Cómo, un maestro de escuela! Un pobre diablo que no tenía dónde caerse muerto solicitar la mano de Amelia, la heredera, ya que no de la más rica dote, del más preclaro apellido de la jurisdicción. Era para morirse de risa. Y aquellas carcajadas, repetidas sin cesar por todos los corifeos del anfitrión, resonaban en su cabeza como cañonazos que le atontaron por el momento y dejaron para siempre sus oídos sordos á todo buen pensamiento. Aún le quemaban en el hombro las burlonas palmaditas que le daba el noble señor mientras le decía:

– Pobre Juan, estas comidas fuertes no le convienen á usted; los vapores le enturbian la inteligencia.

Y sin embargo, él no se conceptuaba tan despreciable: era joven, honrado, había conseguido exclusivamente por su mérito la escuela de aquel pueblo. ¡Maestro de escuela! Aquello era lo ridículo; ¡un maestro es siempre un tipo cómico! ¡Se ha reído tanto del dómine Silabario!..

Entonces fué cuando en medio de toda aquella naturaleza que convidaba á amar, en medio de todos aquellos aromas primaverales que hacían desear la vida, sintió la muerte en el corazón.

Dirigióse á su casa, cogió los pocos cuartos que tenía, cerró la escuela y se marchó á Madrid.

Vivió en cualquier parte. En una mala fonda adonde le llevara el primer *gancho* con que tropezó. Todo le era igual, nada pretendía en la corte, en nada pensaba. Sólo una idea le había movido hasta entonces, huir de lugares que se le habían hecho odiosos.

Un día el fondista le pidió dinero, y al ver que con el que poseía no alcanzaba á pagar el importe de su hospedaje, le puso en la puerta, quedándose con un baúl sonoro y una maleta escurrida; toda su fortuna.

Juan, casi insensible, se marchó. Era ya entrada la noche. No había cenado ni tenía apetito. Comenzó á vagar por las calles, hasta que sintiéndose cansado sentóse en el banco de un paseo, y pasó la noche sin dormir. A la mañana siguiente el vacío del estómago le molestaba más profundamente y el sueño le rendía: guiado por el instinto animal, pensó en trabajar; pero no conocía á nadie, y puerta por puerta, tienda por tienda, fué ofreciendo sus servicios, sin que en ninguna parte obtuviera acogida.

Un día más pasó. Hízose noche, y casi desfallecido, extendióse en un asiento de piedra de una plaza y se adormeció, pero le despertaron de su sueño unos polizontes y le obligaron á andar. Y anduvo hasta que de nuevo el cansancio le venció y le arrojó en otro banco, y nuevamente le despertaron haciéndole caminar. Entonces huyó á las afueras, y allí, junto á una covacha horadada en un desmonte, cayó, convencido de que no se levantaría más. Quiso dormir, pero el hambre le mantenía en vigilia, y sin fuerza siquiera para dar un grito, permaneció largo rato inmóvil.

Después sintió algunos pasos, y varios hombres desarrapados y astrosos fueron llegando. Compadecidos, le ofrecieron unas gotas de aguardiente que le reanimaron y un trozo de pan y un poco de queso que acabaron de restaurar sus fuerzas.

Sus bienhechores eran la hez de la corte, y con ellos vivió, conociendo entonces una vida que jamás pudo sospechar; aprendió modos insólitos de vivir, industrias tenebrosas, lucros desconocidos, comprendiendo que un buen ingenio y una sólida voluntad podrían rendir frutos abundantes.

Desde entonces todas las noches se le vió por los desmontes en animada conversación con aquellos miserables, y allí empezó á germinar una negra idea, apoderándose poco á poco de su conciencia, despertando todas sus energías, determinando una actividad infatigable.

Los miserables conocieron bien pronto cuánto podía intentar aquel hombre, y no tuvieron necesidad de convencerle. Sí; él necesitaba mucho dinero y precisamente por aquellos medios. El producto de un honrado trabajo no cumplía á su objeto. Se unieron la astucia y la inteligencia y comenzó á *trabajar* una misteriosa sociedad, admirablemente organizada con ramificaciones en provincias y en el extranjero.

Un año después era casi rico, y transcurridos tres más, millonario. Una fábrica de cualquier cosa sirvió de explicación á su rápida fortuna, y bien pronto las noticias de ésta llegaron al pueblo.

Amigos oficiosos hicieron saber á Amelia y su familia la nueva posición de Juan. No faltó tampoco quien se encargara de anudar las relaciones que antes parecieron disparatadas, y bien pronto se cruzaron algunas epístolas que aseguraron un satisfactorio desenlace amoroso.

Juan, desde la corte, compró en el pueblo tierras y casas, y más tarde, cuando repetida su pretensión fué aceptada con júbilo por D. Pedro, adquirió un viejo palacete que restauraron y alhajaron con suntuosidad inteligentes obreros de Madrid, y por último el antiguo maestro de escuela escribió anunciando su próxima llegada.

Ya, pues, llegaba el momento supremo. Desde la diligencia, según atravesaba los caseríos, iba reconociendo Juan las heredades del extenso valle donde se deslizó su juventud, sintiendo una profunda melancolía al aspirar con delicia el aroma vigoroso del tomillo que la brisa bajaba desde los montes.

Por un momento experimentó deseos de renunciar á su venganza, y un ansia loca de libertad se apoderó de su espíritu; pero bien pronto el coche, atravesando un airoso puentecillo de piedra, dió vista á la frondosa alameda donde se celebró la jira campestre, punto de partida de toda su desgracia, y de nuevo la ira rebosó de su corazón, arrojando los dulces sentimientos que se le iban entrando á más andar, y el siniestro brillo de la venganza relució en sus ojos y la sarcástica sonrisa de la ironía movió sus labios.

Llegó por fin la diligencia al pueblo, y á los pocos momentos detúvose en la plaza junto á la posada.

Bajó Juan del coche, y mientras el mayoral, ayudado por el posadero, descargaba los grandes baúles que formaban su equipaje, se dirigió con los brazos abiertos á un grupo formado por el médico y dos ó tres vecinos adinerados, que le recibieron con muestras de gran júbilo, estrechándole cordialmente la mano y prodigándole epítetos cariñosos como nunca los había oído de sus labios. Lamentábanse de no haber sabido el día preciso de su llegada para organizar en su honor un recibimiento digno, esforzándose todos en significarle el mucho afecto que siempre le profesaron y la alta idea que les había merecido su talento.

No sin gran trabajo logró deshacerse de ellos, pagó espléndidamente al mayoral, y subiendo á las

habitaciones de la posada, sin descansar un momento, quitóse la ropa de viaje, y después de asearse se comenzó á vestir de la más rigurosa etiqueta. Aún no había terminado su prolija tarea, cuando sonaron en la puerta del cuarto unos discretos golpecitos, y á su voz de «adelante» penetró con la cara rebosante de alegría el propio D. Pedro, que lo apretó entre sus brazos exclamando:



MARÍA D'ARNEIRO, tiple del Gran Teatro del Liceo

– Aun rompiendo con las leyes de la costumbre he venido... No he podido resistir un momento á mis deseos de abrazarte, hijo mío, y perdona que te hable así; pero nuestro futuro parentesco me da derecho á ello. No puedes figurarte qué sorpresa tan agradable hemos experimentado al saber tu llegada.

– ¡Ah, mi querido D. Pedro! ¡Qué momento por mí tan ansiado! Por él doy como bien empleadas cuantas fatigas he sufrido hasta conseguir esa mezquina fortuna que poner á los pies de Amelia.

– Dios premia á los hombres honrados y trabajadores; acábate de vestir y vamos á casa, donde te aguardan con impaciencia...

El camino de la posada á casa de Amelia fué un camino triunfal. Saludos amistosos, caras risueñas, grandes abrazos, fuertes apretones, protestas de amistad, de todo hubo. También se tropezaron con D. Benito, juez de primera instancia del partido y uno de los concurrentes más asiduos á casa de don Pedro. Con no menor efusión que los demás estrechó las manos de Juan, que no pudo reprimir un ligero temblor.

– Este D. Benito, dijo D. Pedro cuando siguieron su camino, es un bello sujeto, antiguo amigo de casa, hombre que cumple con su deber aunque se trate de procesar á su padre. Espero que tú también gozarás con su amistad.

– Indudablemente, repuso Juan con ironía; y aun cuando no presentara esos títulos, espero firmemente tener con él relaciones muy estrechas.

El recibimiento en casa de Amelia por ésta y su encopetada madre no es para contado, ni las admiraciones de ambas al recibir de manos de Juan un magnífico aderezo de brillantes, cuya pulsera, figurando una serpiente con una manzana en la boca, puso él mismo en la torneada y blanca muñeca de Amelia.

A los pocos días se verificó la boda, siendo padrinos D. Benito y la madre de la novia. Fué un día de algazara para todo el pueblo. Juan regaló una preciosa imagen del santo titular á la iglesia, hizo levantar por su cuenta el embargo que pesaba sobre las mezquinas haciendas de algunos desgraciados labradores, dió á los pobres una suculenta comida, remuneró con largueza al cura y sus asistencias y lució en la comida una pesada vajilla de plata, en la que destacaba, realzado en oro, el escudo de la casa de Amelia.

A las once de la mañana siguiente, Juan, desde la ventana de su despacho, contemplaba con extraña mirada á Amelia y sus padres, que recorrían el jardín gozando del embalsamado ambiente primaveral.

Dos veces se separó de la ventana para acercarse á su mesa, en la que había una carta sin firmar; dos veces tomó la pluma para estampar su nombre al pie de lo que acababa de escribir, y otras tantas volvió á dejarla desalentado. Del jardín subían las risas y la charla zumbadora del enjambre de importunas visitas que acudían á preguntar por los desposados y á llenar de paso el estómago.

– ¡Vivan los esposos!, gritó una voz estentórea.

Juan sonrió misteriosamente y firmó, llamando después á un criado para que llevara la carta á su destino.

D. Pedro se presentó entonces, y tomándole del brazo le condujo al jardín mimosamente.

Los criados empezaron á colocar en el jardín, sobre mesitas rústicas, bandejas con emparedados y golosinas, vinos de todas las marcas y refrescos.

– Parece que se retrasa D. Benito, dijo Amelia.

– Sí, un poco, respondió Juan; pero estoy seguro de que vendrá...

Efectivamente, la puerta del jardín se abrió, presentándose D. Benito, ceñudo el rostro y reposado el continente, tan pálido, que llamó la atención de los más próximos. Esto y el que aparecieran tras él dos guardias civiles, puso en suspenso el ánimo de los circunstantes.

Adelantóse el representante de la justicia hasta el grupo formado por los dueños de la casa, y apoyando la diestra sobre el pecho de Juan, dijo con severa y clara voz:

– En nombre de la ley, dése usted preso.

El aludido no manifestó la más pequeña sorpresa y presentó las muñecas á los guardias, que se disponían á sujetarle.

Amelia quedó inmóvil y blanca. D. Pedro se levantó airado.

– ¿Qué broma de tan mal gusto es esta, D. Benito?, exclamó.

– ¡Atrás! No se haga usted cómplice de este hombre.

– ¡Cómo!

– Su yerno es un ladrón, un falsario.

– Pero ¿eso es cierto?, preguntó Amelia á Juan ahogándose de angustia.

– Cierto en absoluto, dijo secamente Juan. Yo mismo me he denunciado hace una hora. No quisiste por marido á un hombre honrado, serás esposa de un presidiario. Señor juez, ya le sigo.

Y sonriendo con sarcasmo, dió un beso en la frente á su mujer y abrazó á su noble suegro. Después, recalcando sus palabras, exclamó:

– ¡Adiós, esposa mía!, ¡adiós, padre! No me olvidéis en vuestro cariño.

RAMIRO LEZA Y AGOST.

MARÍA D'ARNEIRO. – DELFÍN MENOTTI

ARTISTAS DEL GRAN TEATRO DEL LICEO

La señora D'Arneiro comparte cumplidamente los plácemes que á otros notables artistas tributa el público que concurre al Gran Teatro del Liceo. La



DELFÍN MENOTTI, barítono del Gran Teatro del Liceo

delicada y simpática representación de *Desdémona* la interpreta con plausible inteligencia y acierto, expresándola de manera que va adquiriendo relieve el personaje á medida que avanza la acción, patentizando la corrección de su escuela y obteniendo merecidos aplausos por su agradabilísima y bien timbrada voz.

El Sr. Menotti pertenece á esa clase de artistas en quienes resulta perfectamente aplicado el calificativo de tales, ya que á sus condiciones de excelente barítono se sobreponen las de actor notabilísimo. Sólo á un inteligente y concienzudo intérprete de las creaciones que el arte inspira le es dable llevar á la escena la ficción con todos los caracteres de la realidad. Refractario en absoluto al efectismo, no emite una nota siquiera que no exprese con todo el caudal de las modulaciones la intensidad dramática; de suerte que al presentarse en nuestro Gran Teatro del Liceo, pudo el público admirar la verdadera personalidad de aquel *Yago*, las más de las veces metamorfoseado, y aplau-



EL VALLE DE JOSAFAT EL DÍA DEL JU



CIO FINAL, cuadro de José Benlliure y Gil

dir á quien tan perfectamente sabe exteriorizar el personaje.

Su vida artística representa una serie no interrumpida de triunfos, y lo mismo en los teatros de Italia que en los de América, en Rusia que en Portugal, en Madrid y en Barcelona, en todas partes se ha rendido al artista meritísimo el justo y debito tributo de admiración. – Ll.



El célebre dramaturgo noruego Bjoernstjerne-Bjoernson, cuyo septuagésimo aniversario se ha celebrado recientemente en Noruega con grandes festejos.

NUESTROS GRABADOS

Bjoernstjerne-Bjoernson.—El día 8 del presente mes cumplió 70 años el gran escritor noruego Bjoernstjerne-Bjoernson, quien con este motivo recibió millares de cartas de felicitación, no sólo de sus compatriotas, sino también de muchos extranjeros. Los festejos con que se ha solemnizado este aniversario han sido: el día 7, función de gala en el Teatro Nacional de Cristianía, cantata ejecutada por los estudiantes y entrega de un álbum-recuerdo, en el que han colaborado todos los artistas escandinavos; el día 8, que se declaró fiesta nacional, salvas en todas las poblaciones de Noruega, banquete de honor en Cristianía é inauguración de la Caja de socorro para los maestros, creada por Bjoernson; el día 9, varias fiestas oficiales y populares, y el 10, proclamación del premio Nobel para 1903, que ha sido otorgado á Bjoernson y á Ibsen, llamados á compartir esta suprema recompensa del mismo modo que comparten el cetro literario escandinavo.

Bjoernson es universalmente conocido como dramaturgo, más ó menos adulterado por las traducciones; pero fuera de su patria pocos son los que le conocen como orador, moralista y gran ciudadano, que desea ver á Noruega emancipada de Suecia, autónoma, «libre bajo su bandera libre.»

La vida de este hijo del Norte ha sido ardiente y fecunda, llena de pasión y de fuerza creadora: basta mirar su retrato para ver que bajo aquel rostro de vigorosas líneas alientan el entusiasmo y la fuerza de inteligencia y de voluntad. Su cuerpo es tan robusto como expresiva su cabeza: ese atleta ha nacido para combatir, y ha combatido y sigue combatiendo, de joven por los hombres, de viejo por las ideas.

Nació en 1832 en Kvikné, rincón agreste de Noruega, en la casa que un grabado de esta página reproduce, y á los diez y siete años comenzó sus estudios universitarios en Cristianía. Su padre, pastor protestante, quiso que abrazara la misma profesión que él, á lo que Bjoernson se negó, pues su vocación le impulsaba á las letras, y habiéndole su familia retirado la pensión que le daba, vivió de su pluma, revelándose desde luego como crítico dramático y como poeta. No había cumplido aún veinte años cuando se impuso una tarea titánica, la de libertar á su patria del arte dinamarqués, que en ella imperaba en absoluto, y dotarla de un arte autóctono. A los veintiséis, fué nombrado director del teatro de Bergen, que gracias á él recobró su antigua prosperidad, y cuatro años después, sus dramas, representados con éxito grandísimo, eran traducidos á varios idiomas extranjeros.

Su labor literaria es considerable: tiene escritas unas quince obras dramáticas, todas de verdadero alcance social ó filosófico, y varias novelas, cuentos y poesías; estas últimas, de maravillosa inspiración, son lo mejor de su producción literaria. Además ha sido infatigable propagandista, un luchador ardiente contra la supremacía sueca, lo que en una ocasión le valió de una parte ser desterrado por orden de la corte de Suecia, y de otra, en cambio, una pensión que en su favor votó el paralmento autónomo de Noruega.

Se ha dicho que entre Ibsen y Bjoernson había existido siempre una enemistad á la que puso término una sentida reconciliación después de la última enfermedad del autor de *Un enemigo del pueblo*, pero esto no es cierto: jamás han estado reñidos estos dos hombres, gloria de la Escandinavia, y si no ha habido entre ellos mayor intimidad, débese en primer término á que ciertas excitaciones de sus respectivos partidarios y de algunos críticos extranjeros les han impuesto una actitud reservada, y en segundo á que estos dos genios del Norte son tan desemejantes física como moralmente: Bjoernson es un entusiasa otptimista, Ibsen un pesimista escéptico; Bjoernson es tierno y generoso, Ibsen duro é implacable; Bjoernson es paternal, Ibsen misántropo. Sus temperamentos, sus ideas en arte y en política, todo ha contribuído á mantenerlos alejados uno de otro, pero este alejamiento no reviste en manera alguna el carácter de una antipatía personal; al contrario, ambos escritores se aprecian y se admiran mutuamente, y sus familias están hoy unidas por el matrimonio de una hija de Bjoernson con un hijo de Ibsen.

***

El favorito, cuadro de Max Levis.—De este cuadro bien puede decirse que lo de menos es el asunto: su principal mérito consiste en el partido que de tan insignificante tema ha sacado el pintor, en la elegancia con que ha sabido presentarlo, en la combinación hábil de los elementos de que para desarrollarlo se ha servido. Comenzando por la deliciosa figura caprichosamente vestida y tocada, y acabando por las gasas, flores, pieles y demás accesorios que en la composición entran, todo es de una delicadeza encantadora, todo está dispuesto con el mejor acierto para obtener el efecto que el autor se propuso. El cuadro de Max Levis no es de los que impresionan hondamente, pero sí de los que deleitan por la finura de ejecución, y si no revela al maestro de altos vuelos, pone en evidencia al artista cuidadoso de hacer sentir las bellezas de dibujo y de colorido.

***

El valle de Josafat el día del Juicio final, cuadro de José Benlliure y Gil. – Esta hermosa composición, grandiosamente concebida y con no menos grandiosidad ejecutada, es digna pareja del famoso lienzo *La visión del Coloseo* del mismo autor, que valió al ilustre artista valenciano uno de sus más grandes triunfos y que, entusiastamente ensalzado por los críticos más famosos, ha sido reproducido en las principales revistas ilustradas de todo el mundo. Benlliure, en la obra que hoy publicamos en el presente número, se ha separado de los procedimientos que para el desarrollo de este tema puedan llamarse tradicionales y cuya fuente encontramos en el imponderable fresco que para la capilla Sixtina pintara el inmortal Miguel Angel: la escena por él tratada no es el acto mismo del Juicio final, sino el momento que á este acto precede, el instante supremo en que la humanidad resucitada va á comparecer ante la presencia del Eterno Padre. Imposible es analizar una por una las infinitas bellezas de este lienzo, las distintas expresiones y actitudes de las innumerables figuras, la admirable disposición armónica de todas ellas, los contrastes entre las diversas pasiones que agitan á los personajes, algunos claramente reconocibles, como Santa Teresa de Jesús, San José de Calasanz, San Agustín, San Francisco, San Gregorio, San Jerónimo, Dante y Beatriz. Mas tratándose de obras como la que nos ocupa, tal análisis es innecesario, porque su conjunto causa en el ánimo una emoción tan intensa, tan indeleble, que no acierta el que la contempla á fijarse en detalles, y sintiendo en su alma esa emoción hondísima que la vista de todo lo sublime produce, limítase á admirar sin reservas esta potente manifestación del genio de un artista.



La casa en donde nació Bjoernstjerne-Bjoernson en Kvikné

***

Damas y chulas, cuadro de Ignacio Zuloaga. – De goyescos han sido calificados los cuadros del ilustre pintor español Zuloaga, y en verdad que tal calificativo merecen esas obras llenas de vida, vibrantes de color, enérgicas de dibujo, que el pincel de nuestro celebrado compatriota produce y que hoy son admiración de los principales centros artísticos extranjeros. La firma de este pintor es de las que á más altos precios se cotizan actualmente en el mundo del arte, y este es uno de los mejores elogios que de ella puede hacerse, porque, dígase lo que se quiera de los caprichos de la moda, cuando un artista se impone en los grandes centros extranjeros, y más si se impone cultivando un género distinto, si no absolutamente contrario á las tendencias en nuestros tiempos predominantes, no es aventurado afirmar que el tal artista vale de verdad y que sus obras tienen condiciones realmente sólidas que las ponen á cubierto de las mudanzas de los gustos y de las aficiones. *Damas y chulas* es una admirable muestra de lo que su autor produce: en cada una de sus figuras bay un alma que las anima y que se refleja en el fuego de sus ojos, en la expresión de sus sonrisas, en la dulzura de sus labios, en sus gestos, en sus actitudes; en una palabra, en todos los signos que revelan sentimiento, pasión, vitalidad. Zuloaga consigue en sus lienzos producir la impresión de la realidad viviente, hasta el punto de que sus personajes parece que se mueven, que hablan, que se ríen, que nos miran; y consigue este efecto, no por medios rebuscados, sino con una sencillez que encanta, al mismo tiempo que con un vigor que sorprende y cautiva. Así han procedido en todo tiempo los grandes maestros, los que han sentido verdaderamente el arte, los que tanto como con la mano han pintado con el corazón.

MISCELÁNEA

Teatros.—La Intendencia de Teatros Reales de la corte de Munich acaba de publicar el programa de las fiestas wagnerianas que se celebrarán en el Teatro del Príncipe Regente de aquella ciudad alemana durante el próximo año de 1903. Las representaciones se verificarán por el orden siguiente: del 8 al 11 de agosto, *El anillo del Niebelungo;* el 14, *Lohengrin;* el 15, *Tristán e Isolda;* el 17, *Tannhauser;* el 18, *Los maestros cantores de Nuremberga;* el 21, *Lohengrin;* el 22, *Tristán é Isolda;* del 25 al 28, *El anillo del Niebelungo;* el 31, *Tannhauser;* el 1.º de septiembre, *Los maestros cantores de Nuremberga;* el 4, *Lohengrin;* el 5, *Tristán é Isolda;* el 7, *Tannhauser;* el 8, *Los maestros cantores de Nuremberga,* y del 11 al 14, *El anillo del Niebelungo.* Estas representaciones están divididas en cinco ciclos: el primero, del 8 al 18 de agosto; el segundo, del 17 al 28 del propio mes; el tercero, del 21 de agosto al 1.º de septiembre; el cuarto, del 25 de agosto al 5 de septiembre, y el quinto, del 4 al 14 de septiembre.

Los precios establecidos son: 100 francos para *El anillo del Niebelungo* (cuatro veladas) y 25 para cada una de las otras representaciones.

***

París. – Se han estrenado con buen éxito: en el Odeón *Resurrection,* drama en cinco actos y un prólogo de Enrique Bataille, tomado de la novela del mismo título de León Tolstoi; en el Palais Royal *La Carotte,* comedia en tres actos de Jorge Berr, Pablo Dehere y Guillemaud; en el Gimnasio *Joujou,* comedia en tres actos de Enrique Bernstein, y en la Opera *Bacchus,* baile en dos actos y tres cuadros de Jorge Hartmann y J. Hansen, inspirado en un poema de Mermet, música de A. Duvernoy.

Barcelona. – En el teatro Principal se ha verificado la primera de las veladas que el Ateneo Barcelonés ha organizado con el fin en extremo laudatorio de levantar al más alto grado la educación estética del público por medio de la debida selección de las obras y de la más esmerada ejecución de las mismas, precedida de oportunas conferencias. Representáronse la preciosa comedia en tres actos de Moliere, arreglada á la escena española por Moratín, *La escuela de los maridos,* y el gracioso sainete de D. Ramón de la Cruz *Las castañeras picadas.* Antes de la representación, D. Amadeo Hurtado leyó un interesantísimo discurso sobre la «Acción social del Ateneo en el teatro,» que fué muy aplaudida. El éxito de esta primera velada ha sido bajo todos conceptos altamente satisfactorio.

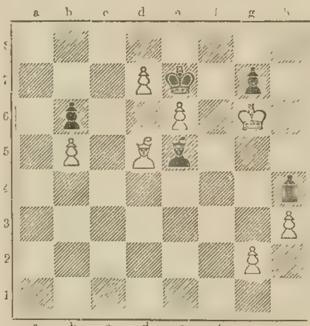
En Novedades se ha reproducido el baile de espectáculo *Pietro Micca,* que ha sido puesto en escena con mucho lujo.

AJEDREZ

Problema final núm. 305, por H. Delimbourg.

Segundo premio del Concurso de «La Stratégie,» sección F.

NEGRAS (5 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y ganan.

Solución al problema núm. 304, por R. P. Larsen.

Blancas.	Negras.
1. A h 5 — e 2	1. C c 8 × a 7
2. D b 7 — b 4	2. C a 7 juega
3. T a 2 — c 2 jaque	3. R c 1 × c 2
4. D b 4 — b 2 jaque	4. a 3 × b 2 mate.

VARIANTES.

2................ d 5 — d 4;
3. e 3 × d 4, Cualquiera;
4. D b 4 — b 2 ó b 1 jaque, P ó T mate.
1 .... C c 8 — e 7; 2. C a 7 — c 8, C ó T juega;
3. T a 2 — c 2 jaque, R c 1 × c 2;
4. D b 4 — b 2 jaque, a 3 × b 2 mate.
1....... ..... C c 8 — b 6; 2. D b 7 × b 6, T a 8 × a 7;
3. T a 2 — c 2 jaque, etc.
1 .... C c 8 — d 6; 2. c 5 × d 6, d 5 — d 4;
3. e 3 × d 4, T a 8 × a 7 ó b 8;
4. D b 7 — b 2 ó b 1 jaq., etc.

PERICO DARCLAIN, POR LUDANA. – ILUSTRACIONES DE G. DUTRIAC

A la caída de una tarde de septiembre de 1894, dos señoras remontaban, confundidas con la multitud, por el trozo de la calle del Bac, que va desde el boulevard Saint-Germain á la calle de Grenelle, viniendo de la orilla derecha del Sena, y se detenían delante de una imponente puerta cochera, que á un golpe por ellas dado con el llamador, se abrió para darles paso.

Vivían aquellas damas en el entresuelo de un antiguo palacio de estilo Luis XVI convertido en casa de alquiler para tres inquilinos, cada uno de los cuales podía hacerse la ilusión de ser el único habitante de aquella mansión suntuosa, edificada entre un patio y un jardín: tan separados y espaciosos eran los tres pisos que la componían.

Esta era la impresión que al visitante producía, sobre todo el entresuelo.

Llegábase á él por una escalinata cubierta por una monumental marquesina, y disfrutaba, de más que los otros dos locales, de un magnífico jardín, al que se bajaba, por el lado opuesto al patio, por tres escalones de piedra á los que daban las cinco gigantescas puertas ventanas de la habitación.

Ocupaba aquel entresuelo la familia Darclain, compuesta de padre, madre, hija é hijo. Honorato Darclain, el padre, bretón de la baja Bretaña, habíase casado á los veintiún años, en primeras nupcias, con una prima lejana, á la que perdió dos años después á consecuencia de un parto desgraciado.

A los veintitrés años, solo con la niña cuyo nacimiento había costado la vida á su madre, marchóse de Bretaña huyendo de las ideas tristes y de los recuerdos, más tristes todavía, que le acosaban, y se instaló en París, buscando allí el olvido de sus penas.

Aumentada su fortuna con la de su hija, de la que era usufructuario hasta la mayor edad de ésta, aquel guapo mozo de veinticuatro años, de formas hercúleas y con la fisonomía natural de los azules ojos bretones, era en verdad un partido envidiable.

Aunque antes de establecerse en París apenas había salido de su Bretaña, Honorato Darclain tenía nociones intuitivas de todo.

Hombre de conocimientos y de mundo al mismo tiempo, gracias á la instrucción y á la educación excelentes que recibiera, tenía, aparte de su belleza varonil y de su aplomo, algo de esencialmente elegante; pero como hijo único de un padre y de una madre que se confiaron demasiado de institutrices y profesores, no habían sido cultivadas en él las cualidades de corazón ó de afecto; y esto, unido á que no sentía necesidad alguna de expansión y por ende de cariño recíproco, fué causa de que inconscientemente acabara por ser un perfecto egoísta.

Sin embargo, la tristeza de un hogar sin mujer y la responsabilidad de la educación de una niña le movieron á aceptar, tres años después de su instalación en París, la proposición de un enlace con una hija de familia ilustre, muy guapa y sin un céntimo de dote.

Su posición, que le permitía escoger esposa á gusto, sin preocuparse de lo que ésta, aparte de sus cualidades personales, aportara al matrimonio, hízole, pues, tomar por mujer á la señorita María Teresa de Harvincourt. Bien es verdad que lo que había visto en aquel matrimonio, además del vacío que con él llenaba en su casa, era el atractivo de las relaciones de la familia de Harvincourt, gracias á las cuales iba á entrar de rondón en los más solicitados salones de París, que era precisamente lo que le hacía falta.

Lo que hubiera podido ser un matrimonio de inclinación, tratándose de un hombre rico de veintiséis años y de una joven de diez y nueve, tan linda como de noble linaje, no fué sino un enlace de cálculo, gracias á la falta absoluta de cariño en el esposo. La gracia de las diez y nueve primaveras de María Teresa y el encanto de su ignorancia completa de la vida podían aspirar á más.

Después, merced á la costumbre, esta segunda naturaleza, el matrimonio Darclain llegó á ser lo que son todos los matrimonios de cálculo sin amor, una unión correcta, fría, en la que todos los días se parecen, sin que ninguno de ellos aporte nada nuevo con relación al anterior.



... y los retuvo á su lado hasta que el avisador fué á decirle que iba á empezar el acto

Aquella unión, sin embargo, había sido bendecida por el cielo, como se dice en estilo bíblico, con el nacimiento de un hijo que vino al mundo quince meses después de la boda.

La señora Darclain acababa de cumplir veintiún años, y aunque loca de contento por su maternidad real, siguió ocupándose con el mismo interés que antes de su hijastra Dionisia, á la que trataba como hija verdadera.

Dionisia, como sucede con muchos niños y sobre todo con las niñas cuando son inteligentes (y hay que confesar que Dionisia era de las más precoces), había comprendido, desde que tuvo noción clara de las cosas, que su madrastra, buena y cariñosa por naturaleza, lo había sido singularmente con ella porque no podía prodigar en nadie más los tesoros de su afectiva y natural bondad.

No sintió, por consiguiente, celos de los cuidados maternales que á su hermanito se prodigaban; y á medida que fué creciendo y comprendiendo mejor la misión que debía imponerse y el papel que había de desempeñar en la familia, complacióse en considerar á aquella joven madrastra como á una hermana mayor, á la educación de cuyo hijo contribuiría también ella un poco. Y en efecto, andando el tiempo, Dionisia se ocupó de la instrucción de Perico más que su misma madre.

Perico, á los diez y siete años y después de unas calenturas producidas por el crecimiento, parecíase á esos jóvenes ingleses delgados y distinguidos; pero si tenía la corrección de éstos, faltábanle, en cambio, las maneras resueltas y la confianza, á las que se acostumbra á los hijos de Inglaterra desde su más tierna infancia.

Sin embargo, aunque parecía pusilánime y tímido, bajo aquella envoltura endeble y aquel porte delicado, debido á la educación dada por dos mujeres, había una energía varonil latente y una fuerza de carácter admirable, heredadas de su padre.

Amante y respetuoso con las dos santas criaturas que sólo por él vivían, aceptaba sin discutirlas sus menores observaciones.

El padre, extraño á la vida de su hijo, cuando fácilmente habría podido hacerse de él un amigo, un compañero necesitado de guía, habíase mantenido voluntariamente apartado de él.

Perico, sin temerle, experimentaba en las pocas ocasiones en que estaba á su lado un malestar, una violencia muy visibles, que aumentaban tanto más aquel apartamiento.

Los muchos triunfos que su trabajo y su inteligencia le proporcionaran en el liceo, ¡ni siquiera un premio obtenido á los diez y siete años en el concurso general!, no habían movido á Honorato Darclain á manifestar la menor sorpresa ni la más pequeña muestra de satisfacción: aquel padre era siempre el padre romano, rígido, frío y omnipotente.

De modo que fuera de unas pocas relaciones de compañerismo de colegio que le habían procurado algunas invitaciones, por él aceptadas, para pasar algunas temporadas en las casas de campo de los padres de sus condiscípulos, Perico había crecido poco menos que solitario.

Sin dinero para sus gastos particulares, porque su madre no disponía de más fondos que los que constituían el limitado presupuesto doméstico, el joven, á pesar de sus deseos de emancipación, no salía apenas en las horas de libertad, por temor de verse

en un compromiso con sus compañeros, en caso de gastos imprevistos que no habría podido satisfacer.

Honorato Darclain, sin ser avaro, habíase acostumbrado á no tener necesidad alguna en su juventud, que pasó entera en sus propiedades de Bretaña, y no se le ocurría que su hijo pudiera encontrarse en condiciones distintas.

Además, de un momento á otro habría que pensar en casar á Dionisia, y entonces sería preciso restituir á ésta el capital procedente de la herencia de su madre y entregarle las cuentas de la tutela, lo cual significaba una gran diminución de fortuna, y por consiguiente era menester más bien reducir que aumentar el capítulo general de gastos.

Esto aparte de que ni por soñación pensaba en tales aumentos.

Perico, pues, había vivido hasta entonces, y sin pesar, solitario, trabajando en el rincón que se había arreglado en el entresuelo de la calle del Bac.

En invierno, habíale tomado cariño á un pequeño gabinete contiguo al cuarto de Dionisia; y en verano, á la sombra de un bosquecillo, en el fondo del jardín monacal y silencioso, trabajaba preparando su futuro ingreso en Saint-Cyr.

Aquella existencia monótona, sempiternamente repetida, habríase perpetuado sin un incidente que alteró por completo la calma de su vida de recluso.

El médico de la familia Darclain, uno de los comensales de la casa, á quien alarmaban en alto grado ciertos prodromos de neurastenia harto acentuados en Perico, ordenó que éste se distrajera.

Una noche en que uno de sus compañeros, que tenía dos butacas de orquesta para la Comedia Francesa, fué á buscarle para llevárselo consigo al teatro, cosa que antes no se habría tolerado, fué acogido con satisfacción suma, pues aquello era un medio para distraer al joven taciturno sin necesidad de gastar un céntimo.

Representábase *Demi-Monde*, y el nombre de Magdalena Tassín, que desempeñaba el papel tan complejo de baronesa d'Ange, escrito en gruesos caracteres en el cartel en que se anunciaba su reaparición, había bastado para llenar el teatro.

Un asiduo concurrente á la casa de Molière, á quien los dos amigos encontraron en los corredores durante el entreacto, ofrecióse á hacerles franquear la famosa puerta de cristales que de la sala de espectáculos conduce al escenario y al saloncito de los artistas.

Después del cambio de traje entre el segundo y tercer actos, cambio hecho á toda prisa en el pequeño salón de la derecha que daba á la galería y que estaba destinado especialmente á este uso, Magdalena Tassín había mandado abrir las puertas del mismo, y mientras acababa de componerse el rostro delante del espejo, recibía los testimonios de admiración de los abonados, para cada uno de los cuales tenía una sonrisa y una frase amable.

El que había introducido á los dos jóvenes en el santuario del arte teatral francés, era precisamente uno de los predilectos de Magdalena Tassín, quien, por esta razón, dispensó á aquéllos una acogida encantadora cuando le fueron presentados.

Invitóles á que se sentaran, mientras el peluquero colocaba un adorno en sus admirables cabellos de un rubio florentino, y los retuvo á su lado hasta que el avisador fué á decirle que iba á empezar el acto.

Cuando, al despedirse, dió su mano á besar á Perico, la presión de aquellos dedos, imperceptible para cualquier otro que no fuera aquel muchacho dotado de sensibilidad exquisita, no habría producido en él más sensación que la satisfacción que experimentaría un hombre de mundo por haber sido presentado á una gran artista, que gustaba de hacerse simpática.

El éxito de Magdalena Tassín fué en aumento de acto en acto y acabó por ser un triunfo. Admirable en la evolución y en la complejidad de su doble papel, tan difícil de sostener, habíale parecido á Perico que en los pasajes tiernos se había dirigido hacia donde él estaba y complacídose en enviarle, cuando le miraba, la manifestación suprema de sus sentimientos de pasión amorosa, junto con el pesar de una existencia reprobada. Al regresar el joven á su casa, la cabeza le ardía: el resplandor de las luces, aquella velada deliciosa y el recibimiento que le dispensara la actriz incomparable le habían enloquecido. ¿Por qué le había mirado de aquel modo desde que penetró en el vestuario? ¿Qué significaba aquella opresión de mano al despedirle? ¿Por qué, por decirlo así, sólo para él había representado de una manera tan admirable? ¿Qué clase de mujer era en su vida privada? ¿Cuál sería exactamente su edad?

¿Podía, acaso, Perico, á sus diez y ocho años y con su vida de claustro, comprender los falaces atractivos del prestigio del escenario, de las luces de las baterías, de los trajes, de los afeites?

Como nunca había tenido las ocasiones que los jóvenes de su edad encuentran en la ociosidad y sobre todo en la independencia, Perico, que apenas había salido algunas noches y siempre en compañía de amigos muy formales, ignoraba por completo los placeres y las desilusiones que proporcionan los amores pasajeros.



... abrió sin ruido la puerta de comunicación y se puso á escuchar

Su larga soledad y una lectura sin justo criterio de los autores románticos habían hecho germinar y fortificado luego en su alma los deseos instintivos de un gran amor novelesco, al que tanto se prestaba su temperamento.

«A padre pródigo, hijo avaro,» suele decirse; pero también es verdad la inversión de los términos de este proverbio; de modo que si Honorato Darclain había sido un hombre egoísta, frío, su hijo era un sentimental, un amante.

Las semanas que siguieron á aquella salida transcurrieron en el entresuelo de la calle del Bac, con las mismas indiferencia, tranquilidad y monotonía que las precedentes.

Perico, sin nuevas distracciones, que tan necesarias le habrían sido entonces, volvíase cada día más taciturno; y á pesar de las súplicas de su madre y de Dionisia, que no se separaban de él y le colmaban de atenciones delicadas, contestaba invariablemente á las inquietas preguntas que una y otra le dirigían: «Os aseguro que no tengo nada.»

Había vuelto, sin embargo, al Teatro Francés una noche en que Magdalena representaba *L'Aventurière*, mas no se había atrevido á franquear solo la puerta de comunicación, á pesar de que, en su ilusión enfermiza, creyó que la actriz le había observado y reconocido entre los fracs de las butacas de orquesta.

Al fin, después de no pocas luchas interiores y de repetidos insomnios, habíase decidido á dirigir á Magdalena una carta, en la cual le expresaba, con toda su alma, sus ilusiones y sus deseos.

Aquella carta, firmada en caracteres muy inteligibles y encabezada con la dirección del que la escribía, no obtuvo respuesta.

Perico, desesperado, fuése á encontrar al amigo que por primera vez le llevara á la Comedia y le hizo sus dolorosas confidencias: el idealista se dirigía al hombre práctico.

«¡Pobre inocente! ¡Le has escrito una carta de amor! ¡Una carta de amor á Magdalena Tassín?,» exclamó el compañero. «¡Y te admiras de que tu madrigal no la haya conmovido, de que no te haya contestado inmediatamente: *«¡Ven, ven, me abandono!..»* como la Leonor de *La Favorita!* Envíale sencillamente con tu tarjeta un regalo de mil francos, preguntándole al mismo tiempo cuándo podrá recibirte, y ya verás si tienes pronto la contestación ansiada. ¡Ah! No le envíes sus... honorarios al teatro, porque es una mujer que se paga de la forma. Vive en la calle de l'Echelle, número 42.»

¡Dinero á cambio de amor! Y además, ¿dónde buscar, dónde encontrar los mil francos? Apenas si en su casa le daban para sus gastos cuarenta al mes.

¿Dirigirse á su madre? Harto sabía que de nada había de servirle recurrir á la cariñosa mujer que, en su obligada sencillez, llevaba el mismo traje de lana negra durante todo el invierno y su eterno vestido de alpaca en verano, y que no disponía de fondos para gastos superfluos.

Dionisia, que aunque mayor de edad, seguía viviendo bajo tutela, no podía todavía disponer de su fortuna. Por consiguiente, la única persona que podía facilitarle aquella cantidad era su padre.

Pues bien: á él se dirigiría, costara lo que costase y sucediera lo que sucediese, porque prolongar su martirio, perpetuar sin resultado alguno su obsesionante deseo, era lo suficiente para volverse loco.

A la mañana siguiente, apenas tomado el desayuno y después de otra noche de insomnio, pálido, con las mejillas hundidas, le dijo á su padre, cuando éste se levantaba de la mesa:

—Quisiera hablar con usted. ¿Quiere usted escucharme unos instantes?

Era aquella una cosa tan anormal en Perico, que su madre y Dionisia, adivinando que algo extraordinario le pasaba, miráronse angustiadas; y mientras los dos hombres atravesaban la galería para dirigirse al gabinete de trabajo del joven, contiguo al cuarto de su hermana, y mientras la señora Darclain se iba á misa, Dionisia entró directamente en su habitación, y dejando caer la cortina que separaba las dos piezas, abrió sin ruido la puerta de comunicación y se puso á escuchar.

Perico, con voz al principio temblorosa, pero que poco á poco fué asegurándose, describía la situación con toda la franqueza y toda la rectitud propias de su carácter; además comunicaba á su padre, que desgraciadamente no podía comprenderlas por no haberlas sentido jamás, sus angustias, sus desesperaciones y todos los tormentos experimentados.

En una palabra, pedía, aunque en lo porvenir no hubieran de darle un céntimo, los mil francos gracias á los cuales conocería esa esfinge que se llama la mujer de teatro y que era lo único que podía poner término á su tormento.

El único consuelo que de Honorato Darclain recibió fué un «¡Nunca!» seco, contundente en su odiosa sencillez.

—Oigame aún un momento, repuso Pedro deteniendo á su padre que se disponía á salir, y acuérdese bien de lo que voy á decirle. No tome usted mis palabras como una amenaza para lograr mi propósito, pues harto sé el respeto que le debo y que me debo á mí mismo para apelar á un subterfugio de este género; pero el amor que le he descrito está de tal suerte arraigado en mi alma, me hace tan desgraciado, que si dentro de dos días no he visto á Magdalena Tassín por culpa de esos mil francos miserables, que hoy me niega usted, le aseguro que me mataré, tan cierto como que soy su hijo. Y ya sabe usted que ni peco de fanfarrón ni he mentido jamás.

—Haz lo que te plazca; eres un loco, y así habrá un loco menos en el mundo.

Después de esta respuesta, Dionisia oyó que se abría la puerta frontera á la en que ella estaba, cerrándose luego con estrépito detrás de Honorato Darclain.

La joven reflexionó un momento, y sacando de su escritorio un cofrecillo que contenía las joyas de su madre, cogió un collar de magníficas perlas, cerró de nuevo el cofrecillo, lo volvió á su sitio, y poniéndose un sombrero y un abrigo, salió de su casa, acompañada de una camarera. Ya en la calle, tomó un coche y se hizo llevar al Teatro Francés.

En la Comedia está terminantemente prohibido dar á los importunos ó á los curiosos las señas de los domicilios particulares de los artistas; pero ante la extremada insistencia de la joven, el portero, creyendo que se trataba de una discípula, rompió la consigna é indicó á Dionisia el número 42 de la calle de l'Echelle.

Eran cerca de las diez cuando la joven llegó á casa de Magdalena Tassín. ¡Cómo le latía el corazón!

Hiciéronla entrar en una sala, mientras la camarera se quedaba en el recibimiento.

– La señora no está todavía vestida, dijo el ayuda de cámara. ¿A quién debo anunciar?

– Haga el favor de decir á la señora Tassín que la señorita Dionisia Darclain desearía hablar con ella unos instantes; se trata de un asunto urgente y de suma importancia.

Cuando se quedó sola, púsose á examinar con curiosidad la estancia en que se encontraba. Nada en ella revelaba á la mujer de teatro.

Una sencillez del mejor gusto, pocos tapices ningún tono chillón, un mueblaje obscuro con telas de Beauvais, algunos cuadros de grandes maestros y chucherías de gran precio.

Al cabo de un momento, abrióse la puerta y entró Magdalena Tassín envuelta en una bata.

– ¿La señorita Dionisia Darclain?

– Sí, señora.

– ¿Es usted la hermana de Perico Darclain?

– Sí, señora, y precisamente vengo á hablarle de mi hermano.

– ¿De qué se trata? Tenga usted la seguridad de que si en algo puedo complacer á su hermano, lo mismo que á usted, tendré en ello verdadero gusto.

La acogida era tan sencilla, el tono de la voz tan benévolo y la mirada tan honrada, que Dionisia no sabía por dónde empezar ni cómo abordar la cuestión.

– Lo que tengo que decir á usted, señora, sería difícil de expresar aun para quien no fuese, como soy yo, una joven soltera; y ahora que la he visto, á pesar del valor y de la resolución que al venir me animaban, no sé cómo manifestarle lo que tengo que decirle.

– Por Dios, tranquilícese usted, señorita, y nada tema. Todo lo que he escuchado desde los comienzos de mi carrera, todo lo que he tenido que leer, entre otras cosas una carta de su hermano de usted, los papeles que he debido vivir para representarlos bien, todo esto me ha acorazado contra cualquiera sorpresa, y no es ciertamente de una joven de quien puedo temer un asombro... penoso.

– ¡Ah, señora! La situación en que me encuentro y que me ha obligado á venir á ver á usted es de tal naturaleza, que ha sido preciso que se tratara de una cuestión de vida ó muerte para que hoy nos veamos frente á frente. Ese joven que le fué presentado á usted en la Comedia, que le escribió á usted, está totalmente transformado desde el día en que la conoció. Es el primer amor de un hombre niño á quien yo he educado tanto ó más que su propia madre. Todo es noble, generoso y sincero en aquel temperamento vibrante, violento. Ignorante del amor hasta hace poco, la ama á usted, y ama por primera vez, con todo el ardor y todo el ímpetu de sus diez y ocho años. Ha jurado matarse si usted no le corresponde, y he venido á ver á usted para pedirle ¡oh! nada más que una palabra de esperanza para ese pobre loco de amor. Y á cambio de esta palabra que me he permitido venir á solicitar de usted, le ruego que acepte esas perlas que heredé de mi madre.

Magdalena Tassín miró un instante á la joven que acababa de poner el collar sobre la mesa, y luego, sentándose delante de un pequeño escritorio, trazó febrilmente algunas líneas en un pliego de papel con sus iniciales, metió el billete en un sobre en el que puso la dirección de Perico, y sin decir una palabra, lo entregó á Dionisia, la cual se despidió llevándose consigo aquel tesoro destinado á su hermano.

La joven entregó inmediatamente la carta á un mandadero, á fin de que llegase cuanto antes á su destino, y regresó á su casa, acompañada de su camarera, como si volviese de su paseo ordinario.

En el almuerzo, Perico estaba transformado; no parecía el mismo de la mañana. Había recibido la carta de Magdalena Tassín, que decía simplemente: «Venga á verme mañana á las dos,» y respiraba alegría por todos sus poros. Así es que cuando su madre y sobre todo Honorato Darclain esperaban encontrarle silencioso y taciturno, se quedaron estupefactos al ver que se sentaba á la mesa contento y satisfecho, diciendo:

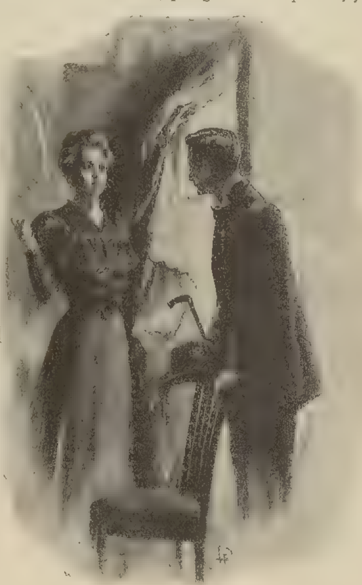
– ¡Qué día tan hermoso! Tengo un hambre canina.

Sólo Dionisia bajaba los ojos, temerosa de que descubrieran la alegría de que se sentía poseída.

Honorato Darclain no decía una palabra y no volvía de su asombro, después de la escena de la mañana, viendo la locuacidad insólita del muchacho; tanto que hasta llegó á creer que tenía perturbadas las facultades mentales.

Sí, Perico estaba en realidad algo loco en aquel momento, pero loco de alegría, y terminado el almuerzo se dispuso á salir: alargó la mano á su padre, como si nada hubiera pasado entre ellos, depositó un beso en la frente de su madre, é inconsciente del admirable sacrificio de su hermana, cogió la cabeza de Dionisia, apoyóla sobre su hombro y la besó en el cuello como cuando era niño, diciendo: «Te adoro, toma.» Y se fué corriendo.

Una vez solo en la calle, anduvo sin darse cuenta del camino recorrido, persiguiendo su quimera, y



Pues bien: contemple usted á esta mujer á quien adora

llegando al parque de Montsouris, sentóse en un banco, y en aquel rincón solitario, lejos de toda mirada, volvió á leer las pocas líneas trazadas por Magdalena Tassín, sin poder apartar sus ojos de aquel pedazo de papel redentor.

Luego, dejándose llevar de su fantasía, formaba mil proyectos, figurándose de antemano su existencia futura al lado de la mujer adorada.

Se veía haciendo aprender á Magdalena y recitar delante de él los papeles que había de representar; gozábase en sus triunfos, á los cuales se asociaba, y combinaba su vida con la de ella, como hubiera podido hacerlo un novio pensando en la joven pura que ha de ser su esposa.

Cuando regresó á la calle del Bac anochecía.

Como Perico había recobrado su tranquilidad, la comida volvió á parecerse á las comidas silenciosas de todos los días. El joven no pegó los ojos en toda la noche, y en cuanto amaneció, comenzó á arreglarse con el mismo cuidado que en ello habría puesto un hombre de cincuenta años para hacerse más agradable.

Inmediatamente después de almorzar dirigióse á la calle de l'Echelle, adonde llegó á la una y media, y allí se estuvo paseando por la acera, pues quería llegar á la cita á la hora exacta que le había sido indicada.

Sólo aquellos de nosotros que pueden retroceder, en alas de sus recuerdos, á la época de su vida en que ha estado á punto de realizarse un sueño de amor, serán capaces de comprender el estado de ánimo en que se encontró Perico en el momento en que Magdalena Tassín abrió la puerta del salón para hacerle entrar en su dormitorio.

Latíanle las sienes y apenas podía respirar.

El dormitorio de Magdalena era de una sencillez extremada, como el salón á cuyo lado se abría, pero más íntimo, más personal. Todo en él era blanco, del más puro estilo Luis XV.

Una gran cama sin cortinas en el centro, un sofá, algunas pequeñas sillas muy ligeras, el retrato de la actriz, de pie, en el fondo de la estancia, y junto á la ventana una mesa escritorio sobre la cual estaban esparcidos los últimos libros publicados con sendas dedicatorias, varias comedias, un manuscrito abierto delante de un pupitre y un candelero componían el mueblaje y los adornos de aquella habitación. No se notaba allí amaneramiento ni afeminamiento alguno; no había gasas, ni encajes, ni lazos; y sin embargo, todo respiraba una atmósfera femenina, familiar.

La claridad, tamizada por dobles cortinajes, y el silencio que reina en la calle de l'Echelle, aunque céntrica, de poco tránsito, producían una impresión de quietud, al mismo tiempo que se desprendía de aquel interior el encanto sutil que indicaba la presencia de una artista de gusto.

Magdalena Tassín llevaba un vestido de tafetán negro con volantes, como los que se usaban en tiempo de la reina María Amelia; no era, pues, un traje de joven ni de vieja, sino simplemente elegante, que le sentaba admirablemente.

Sentóse la actriz en la butaca que delante de su escritorio había, de espaldas á la ventana, y señalando una silla al joven, le dijo:

– Tenga usted la bondad de sentarse, porque hemos de hablar largamente.

Su voz era temblorosa, aunque Magdalena trataba de disimularlo.

Perico, delante de ella, en plena luz, con la belleza que le comunicaban su juventud y la alegría de que se sentía dominado, vestido sencillamente, sin la afectación de que suelen adolecer los jóvenes de su edad, podía, con la dulzura de su mirada y con su actitud reservada y distinguida, agradar á una mujer, por exigente que fuera.

– La carta que me ha escrito usted, comenzó diciendo Magdalena Tassín, me ha impresionado vivamente, y le ruego me perdone por no haberla contestado antes; pero en nuestra existencia de artistas, tenemos tan múltiples ocupaciones, que para poder recibir hoy á usted me ha sido preciso hacer aplazar, casi á última hora, un ensayo general.

– Estoy verdaderamente confuso, balbuceó Perico.

– ¿Conque me ama usted?, preguntó Magdalena.

– Más que á nadie en el mundo.

– Más que á su propia vida, ya lo sé. ¡Y su entusiasmo nace de haberme visto una noche en el teatro, con la cara transformada por el blanquete y los afeites, teniendo por cómplice el prestigio de la escena y de un hermoso papel que se representa por sí solo, sin que la artista haya de esforzarse por sacar partido de él! Pero ¿no ha pensado usted por un momento lo que yo podía ser sin aquellos afeites, sin mis cabellos postizos, y cuál podía ser mi edad? ¿Verdad que no ha pensado usted en ello? Pues bien: contemple usted á esta mujer á quien adora y por la cual ha querido usted suicidarse.

Y levantándose espontáneamente, descorrió las cortinas y se quitó la peluca de un magnífico rubio florentino para mostrar sus cabellos grises y un rostro al que, para aquella ocasión, había conservado toda la realidad de un cutis femenino ya en el ocaso y ajado y arrugado por los afeites.

– ¡Mi edad! Podría ser su madre de usted, pobre joven; tengo cuarenta y seis años cumplidos. Y la prueba de que podría ser su madre está en que tengo un hijo mayor que usted, un hijo que constituye toda mi gloria y mi verdadera esperanza y á quien he educado como á un hijo de príncipe, un hijo que actualmente estudia en Saint-Cyr y que antes de poco será un apuesto oficial. Y ahora, dígame usted, ¿es posible todavía ese amor?

Perico bajó los ojos mientras dos gruesas lágrimas se deslizaban por sus mejillas: parecíale que todo se derrumbaba en torno suyo.

– Su amor de usted, sin embargo, añadió Magdalena con acento dulcísimo, habrá producido en mí un alborozo, una resurrección que no puede usted imaginar. A fuerza de ver á las gentes, de estudiar la diversidad de sus sentimientos, á cual menos edificante, de reproducir estos sentimientos representando mis papeles con sinceridad, habíase enseñoreado de mi cerebro y de mi corazón la duda, la horrible duda que sólo me hacía ver muecas á mi alrededor. ¡Oh, cuán terrible es no creer en nada! Pues bien: gracias á la extremada franqueza del carácter de usted y de su adorable hermana, me he reconciliado con la humanidad, he cobrado apego á la vida. Este collar de perlas que su hermana de usted me trajo ayer á cambio de algunas palabras de esperanza que aguardaba usted para vivir, se lo devolverá usted de mi parte, suplicándole que lo lleve siempre como recuerdo del bien que me ha he-

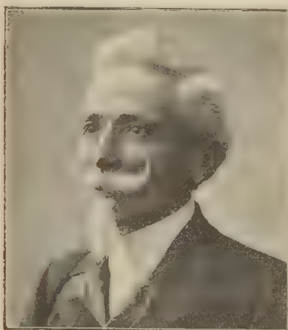
cho. Le he añadido una joya sin valor, pero que para mí lo tenía muy grande. Mire usted, es una cajita vacía que un antiguo amigo, sabio viajero, me trajo de la India, y que contenía un veneno de los más activos. La había conservado intacta para utilizar su contenido el día en que me sintiera completamente desesperada. Hoy, se lo repito á usted, la vieja actriz puede creer todavía, y ustedes dos son los que la han salvado. Entre hombres honrados no constituye un desdoro el tratarse, cualesquiera que sean los medios en que hayan nacido; cuando mi hijo venga á París, le diré que vaya á ver á usted, y si usted le dispensa el honor de ser su amigo y de venir de cuando en cuando á casa de su madre, los dos me proporcionarán una alegría inmensa.

Dionisia no se ha vuelto á quitar el collar de perlas en el que está prendida la cajita vacía, y Perico Darclain es teniente del escuadrón de coraceros, cuyo capitán es su amigo Gilberto Tassín.

REPÚBLICA ARGENTINA. BUENOS AIRES

PALACIO ÁRABE. CASA DE BAÑOS DE LOS DOCTORES CARRERA, LEIGUARDA Y CARRASCO

Buenos Aires, á pesar de su grandiosidad, extensión y abundancia de capitalistas, no posee monu-



D. Antonio Menéndez, arquitecto del Palacio Arabe (de fotografía de Witcomb)

mentalidad arquitectónica ni en edificios públicos ni en privados. De seguro que en toda la capital argentina no hallaríamos, buscándolos bien, docena y media de edificios que obedezcan á un orden completo de arquitectura, que á solidez y elegancia una el buen gusto y la pureza artística de líneas y adornos que nos recuerde una época histórica, una civilización pasada, un pueblo inteligente y educador. No quiere afirmar lo dicho que Buenos Aires carezca de vistosos edificios, de casas ricas, de habitaciones suntuosas, no; las hay en abundancia y en ellas se ha gastado el dinero á manos llenas, pero sin orden ni concierto.

La capital argentina posee numerosos edificios grandes, pero escasas viviendas artísticas. Todo se reduce á estilos de orden compuesto, mezcolanza de sistemas fáciles de construcción, en los que brilla por su ausencia el *quid divinum* de la inspiración y del genio; líneas y arcos, relieves y decorados propios para almacenes, pero no para residencia de los mimados de la fortuna; edificios adocenados y vulgares hasta la exageración, huérfanos por completo de dignidad y nobleza del correcto estilo.

La causa de tan desastroso efecto no es otra que el haberse desarrollado la riqueza del país en plazo relativamente corto y con exagerada rapidez. La arquitectura y decoración, estatuaria y pintura son ramas que necesitan cultura y estudio de los pueblos para saberles dar el valor preciso, y así formar y pulir el buen gusto, cosa que ya empieza á suceder afortunadamente, abriendo mercado artístico los hijos y nietos que forman la aristocracia del dinero, cuyos blasones son la humildad, la entereza, el trabajo, la oportunidad y la suerte.

La excesiva liberalidad en el ejercicio de profesiones contribuyó, años atrás, á profundizar el mal. Los inmigrantes que en cualquiera de las naciones de Europa eran simples albañiles, al llegar á estas playas se hicieron maestros constructores, arquitectos, cuando no se dieron el pomposo título de ingenieros. Por suerte, se ha restringido algo tal abuso. Hoy es necesario que los planos de un edificio, á su presentación en la oficina de Obras Públicas de la municipalidad, vayan firmados por un ingeniero diplomado. No importa que éste lo sea de canales y caminos, de minas ó mecánico, con tal que tenga diploma de ingeniero; lo que resulta otra aberración en sentido contrario á la primera, amén de hallarse con facilidad quien echa una firma en un plano de edificación, si en ello hay provecho.

Aquí el arquitecto, el verdadero arquitecto, apenas es conocido.

He ahí por qué Buenos Aires, á pesar de sus edificios grandes y sus muchos capitalistas, se halla poco menos que indigente en arquitectura.

Cierto que la reacción empieza á efectuarse rompiendo moldes vulgares, no tan en absoluto como de desear fuera, pero el buen camino ya queda señalado por algunos pocos hombres de gusto y de fortuna y por algún arquitecto de conciencia.

Cuando se ve y se contempla una obra de purísimo estilo en que el arte resplandece con todas sus galas, como sucede con la concebida y ejecutada por el arquitecto español D. Antonio Menéndez, se siente en el alma suave emoción de alegre bienestar; la vista se posa complacida acariciando el conjunto estético, como fatigado caminante que á través de árido desierto se encuentra con ignorado oasis, en el que, con el placentero descanso, aspira suave aire, fresco y puro, en día bochornoso y pesado.

Lo más interesante de esta obra es que, excepto los mosaicos, importación valenciana del celebrado Nolla, todo lo demás ha sido hecho dentro del propio edificio. Allí, á medida que fué creciendo la construcción, se instalaron los talleres de escultura, de vaciado en yeso, de modelos, de dibujo, etcétera, siempre bajo la directa inspección y vigilancia del mentado arquitecto, que tras largos años de ansiedad artística logró, al fin, revelar sus preclaras condiciones de concepción, su talento y su amor respetuoso y ferviente por el verdadero arte de la arquitectura, gracias á la esplendidez y buen gusto de los doctores en medicina Sres. Carrera, Leiguarda y Carrasco, verdaderos hombres de ciencia y de fortuna, que no titubearon en asociarse y gastar más de *medio millón de pesos moneda nacional*, con tal de poseer una casa modelo bajo todos aspectos, palacio por dentro y fuera, obra grandiosa sin tener inusitadas proporciones, conjunto admirablemente armónico, pensando quizá en aquello de que el interior artístico de las casas educa al que la habita y al que la visita, y la fachada hace lo propio con el transeunte que la admira al paso.

El edificio está situado en la calle Suipacha, entre las de Rivadavia y Bartolomé Mitre – antes Piedad.

La fachada, como el interior, es árabe puro, con reminiscencias mudéjares. El pórtico, el grandioso arco, los ajimeces, las ménsulas, el balcón central, las ventanas ó aberturas laterales, las impostas avanzando sobre el dintel, las leyendas en signos arábigos, los azulejos, forman admirable conjunto de grandiosa majestad no exenta de alegría, gracia y soltura. El peristilo y portada con su doble arco recuerdan la soberbia hermosura de la mezquita cordobesa. Los antepechos son un primor de elegancia, lo mismo que el decorado de paños, paredes y cielos rasos con sus artesonados y molduras.



Palacio Arabe. – Casa de baños. Vestíbulo del primer piso

Notabilísima es la escalinata, cuyo pasamanos remata graciosamente en heráldica flor de lis.

De toda la obra lo más genial, amén de la fachada, es el espacio que media entre el peristilo y el



República Argentina. – Buenos Aires. – Fachada del Palacio Arabe, casa de baños de los Doctores Carrera, Leiguarda y Carrasco, construído bajo la dirección del arquitecto español D. Antonio Menéndez (de fotografía de H. G. Olds).

vestíbulo: Allí el artista desplegó toda la poética riqueza de su fantasía dentro de la pureza del arte árabe, fantasía que luego fué distribuyendo por todo el interior.

Otra escalinata de doble rama, primorosamente esculpida, lleva al entrepiso; una arcada graciosa da paso al interior, que detallaremos á la ligera.

En el primer patio hay una cascada que cae en la pileta de natación que está en el piso inferior; allí se encuentra el departamento de bañeras rodeado de elegantes gabinetes. El segundo patio está limitado por dos templetes sostenidos por ligerísimas columnas; uno es el departamento de duchas y el



Palacio Arabe. – Casa de baños. Una sala de baño turco-rumano

otro de baños turco-rumanos. Las cámaras del último son un primor de decorado: colores vivos: azul lapislázuli, rojo encendido y oro ardiente. Las cúpulas, como cielo de noche tachonado de brillantes astros.

Posee además una espléndida peluquería, un gran





PALACIO ARABE. – CASA DE BAÑOS. – SALÓN CONTIGUO AL DE LAS DUCHAS. – PISCINA DE NATACIÓN PARA SEÑORAS

salón de consultas y operaciones con un verdadero arsenal quirúrgico, y otro departamento con múltiples aparatos, la última palabra de la ciencia, para el tratamiento de ciertas enfermedades por medio de la electricidad.

En la planta baja está situado el departamento especial de señoras, con su pileta de natación, bañeras, duchas, baño turco-rumano, perfumados, medicinales, etc., salones de descanso, de *toilettes*, siendo un modelo en decoración, elegancia y confort.

La complicada maquinaria ocupa los sótanos. En los altos ó piso superior está instalado el *sanatorium*, con espléndidas habitaciones, siguiendo estrictamente en todo el mismo arte é idéntico buen gusto, incluso en los uniformes del numeroso personal subalterno.

D. Antonio Menéndez no descuidó el menor detalle. De la base á la monumental cúpula que corona tan soberbio edificio, cuidó con igual esmero todos cuantos elementos de él forman parte. Hizo como hubiera hecho uno de aquellos legendarios arquitectos árabes, de tan fogosa como soñadora imaginación, que construyeron, como divinos artífices, Alhambras y mezquitas y palacios y torres y Giraldas, monumentos en los cuales, á pesar de los años, de las tempestades políticas y guerreras y de contrarias civilizaciones, se respira aún toda la poesía del arte musulmán.

Bien haya el Sr. Menéndez, que cual otro Aladino ha hecho surgir como por arte de encantamiento, maravilla única por su arquitectura y belleza, á orillas del caudaloso Plata. Y bien hayan sus dueños por haberla destinado á hidroterapia; porque así las gentes, por un mismo precio, tomarán dos baños á la vez: uno de higiene y otro de buen gusto; uno para limpieza del cuerpo y otro para recreo del alma; uno de agua perfumada y otro de arte sublime.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires, noviembre de 1902.



Damas y chulas, cuadro de Ignacio Zuloaga
reproducido con autorización de la casa Manzi, Joyant y C.ª, de París

Imp. de Montaner y Simón

La Ilustración Artística

Año XXI — Barcelona 22 de diciembre de 1902 — Núm. 1.095

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



LA INFANCIA DE JESÚS

cuadro de Dagnan-Bouveret, grabado por Baude

ADVERTENCIAS

Llamamos la atención de nuestros suscriptores sobre el prospecto que con el presente número repartimos. Por él verán la importante innovación que introducimos en la BIBLIOTECA UNIVERSAL, para la serie de 1903, publicando en ella una edición de gran lujo, tamaño folio, de las DOLORAS, de Campoamor. Entre los tomos anunciados figuran UNA MANCHA DE TINTA, bellísima novela de René Bazin, premiada por la Academia Francesa, y TRADICIONES ARGENTINAS, interesantísima obra del reputado literato bonarense Dr. Pastor Obligado.

En cuanto á LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA y á EL SALÓN DE LA MODA, sólo hemos de decir que continuaremos introduciendo en ellas las mejoras á que nos obligan una larga y honrosa historia y el favor creciente que el público dispensa á estas publicaciones.

HISTORIA DE LA LITERATURA

Con el presente número repartimos á nuestros suscriptores el quinto y último tomo de la presente serie de la BIBLIOTECA UNIVERSAL que es HISTORIA DE LA LITERATURA DESDE LOS PRIMEROS TIEMPOS HISTÓRICOS HASTA PRINCIPIOS DEL PRESENTE SIGLO, escrita por Pompeyo Gener, de la Sociedad Antropológica de París. En esta obra se describe la evolución literaria de todas las civilizaciones antiguas y modernas; y á pesar de presidir en ella un criterio eminentemente científico, está escrita en estilo tan claro y sencillo que resulta un libro verdaderamente popular.

El tomo va ilustrado con multitud de grabados.

SUMARIO

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

¿Lo ven ustedes, cómo prosiguen los asesinatos de mujeres? Ahora ya, de una vez, un hombre *despacha* á dos juntas, hija y madre. Sistema perfeccionado, con todos los adelantos de la edad moderna; golpe doble... Claro, el individuo habrá dicho para su navaja: «¿Qué me harán si mato una mujer? Poca cosa. ¿Y si mato dos? Lo mismo. Siempre resultará que procedí arrastrado por sentimientos irresistibles, bajo una fascinación mágica que me impidió darme cuenta de lo que realizaba, y que hasta me impulsó á creer que el arrear una puñalada es una caricia suave, demostración de amor y ternura, y por lo tanto, que la verdadera víctima soy yo, y merezco una recompensa para consuelo. A matar, pues, por partida doble..., y vengan jueces, que ya saldré más inocente que una paloma.»

***

Y quédense ahí los crímenes, porque ya es igual á hablar de los catarros, en esta estación, y los sombreros de las señoras en el teatro, y tratemos de otra plaga de Egipto: las postales.

Dos compañeros de martirologio postal, Eusebio Blasco y Mariano de Cavia, han gritado en *El Heraldo* y *El Imparcial:* yo no hubiese roto la marcha, pero ya que empezaron ellos... digo que tienen muchísima razón, y que esto de las postales pica en historia. No identifico, sin embargo, á todos los *postalistas.* – Los hay que poseen esa facultad preciosa y rara llamada *sentido común*, y que al pedir un autógrafo para «enriquecer» ú «honrar» su colección, se toman el trabajo de remitir la postal, ya franqueada. A éstos se les puede atender; y yo creo que en general se les atiende. Pero otros quieren convertir á los escritores en sastres del Campillo, y eso ya me parece abuso. Varios envían la tarjeta sin franqueo; varios ni franqueo ni tarjeta. Reconozco que el valor de una tarjeta es mínimo y el del franqueo tampoco arruina á nadie; sin embargo, si se reciben – y no es ninguna maravilla recibirlas – quince ó veinte tarjetas diarias, y cada una de ellas supone un valor mínimo de 0,10 la tarjeta y 0,10 el franqueo, tenemos un gasto que puede alcanzar al máximo de 4 pesetas diarias, lo cual supone al año un desembolso de 1.460 pesetas, invertidas en complacer á personas á las cuales no tenemos el gusto de conocer. – Recuerdo que el primer año de mi estancia en Madrid me dió por compadecerme de los sablistas y petardistas que llaman á la puerta y dejan una carta, y por figurarme que debía abonarles, siquiera, siquiera, el importe del papel, del sobre, de la tinta, del paseo que hasta mi casa se habían dado. Cuando eché la cuenta de lo que importaba esta al parecer insignificante partida, quedé atónita. Suponía más de 100 pesetas al mes, ó sea 1.200 al año. Con 1.200 pesetas al año se hace una caridad verdadera, inteligente, útil. Con esa siembra de *perras* chicas y grandes no se hace nada: ténganlo entendido los de corazón blando y bolsillo abierto al menudeo. Ese género de limosna recae en los vagos, en los cómicos de la miseria, en los que merodean para ganarse el tabaco y la copa y el día sin trabajar.

***

Volviendo á las postales, no las miremos solamente por el lado económico: veamos lo que encierran de amarga lección, mortificante para nuestra vanidad. – De cien personas que nos piden el autógrafo, cincuenta ó sesenta ignoran el porqué. Han oído campanas y no saben dónde. Les ha sonado el ruido de un nombre, pero ni sospechan lo que ese nombre significa. Piden el autógrafo al buen tuntún, y sin tomarse ni el trabajo de preguntar á otro mejor informado, para no cometer pifias. Y así sucede que tantas señoritas ultramarinas y aun alguna nacional me escriban babándose de satisfacción: «Insigne poetisa, ¿querría usted honrar mi álbum de postales con una de sus mágicas inspiraciones?»

Otros piden «un pensamiento.» Esto ya es más corriente y no compromete á nada. Pensar, han de pensar todos, en verso ó prosa. Que piensen bien ó mal, es cuenta suya. El toque está en tener un pensamiento original para cada tarjeta; y como eso ya envuelve algún esfuerzo, la mayor parte de nuestros ilustres tienen un pensamiento *en tout cas*, el mismo para cuantas tarjetas les caen por banda; y los poetas, más prácticos aún, se contentan con copiar de su puño los dos primeros renglones desiguales de cualquiera de sus composiciones.

Nadie, sin embargo, ha llegado todavía al grado de espontaneidad que Alejandro Dumas padre, quien, en la época de esplendor de los álbumes, escribía en ellos:

«*Que le diable emporte les álbums.*»

***

Las postales, por otra parte, son una nueva demostración de la verdad que tantas veces oí á Castelar repetir: «¡No seáis, por Dios, no seáis célebres!» La celebridad, en efecto, es una aspiración enteramente ideal, que, conseguida, reporta en lo material molestias infinitas; ventajas positivas, ninguna. El elocuente párrafo de Max Nordau que voy á transcribir es un Evangelio chico:

«¿Qué saca el hombre célebre de su fama? Recibir muchas cartas pidiéndole autógrafos, las menos con sellos para la contestación; que gentes desconocidas le honren con peticiones confidenciales de auxilio; que le agobien con entrevistas no dejándole trabajar ó descansar, fastidiándole con preguntas indiscretas y poniendo en su boca contestaciones estúpidas; que todo el mundo se crea con derecho á quitarle su tiempo con visitas y cartas interesadas; que los autores le manden diez veces más libros de los que puede leer en diez vidas y esperen su juicio razonado; que todo imbécil considere de su deber emitir su opinión acerca de él y muchos imprimirla; que los que desean ser célebres y no lo son se venguen en él lanzando anécdotas infamantes sobre su vida; y si le gusta que los periódicos se ocupen de él, su gozo se verá agriado observando que al crimen del día se otorga más espacio que al poeta del siglo.

»La halagadora convicción de que su fama alcanza los confines del globo, se supone que indemniza al hombre célebre de todos esos inconvenientes personales. Pero ¡á qué humillaciones se expone si trata personalmente de gustar el alcance de su fama! La gente ha creído siempre que el nombre más popular del siglo XIX fué el de Napoleón; y sin embargo, éste sufrió la decepción de oir por sí mismo que una mujer nacida y criada en París no tenía la menor idea de quién era.»

***

Y sin embargo, ¡cómo se pirran las gentes por eso de la fama y el renombre! Es que la vida no sería posible acaso si todas las cosas se viesen tal cual son en sí, despojadas de la aureola que la ilusión les presta. Hay mucho de beneficioso en esto de que el error se renueve á cada generación; y como además no está la elección dudosa entre una serie de verdades y otra de ilusiones, sino que son ilusiones las que rigen constantemente los actos humanos, esta de la celebridad no es de las más feas ni de las más vulgares que pueden fascinar al hombre. En lo que no estoy conforme con Nordau es en que sea propia de la edad Moderna. Acuérdese Nordau de Eróstrato, y del dolor de César al recordar á qué edad llenaba Alejandro con su fama el mundo.

***

Aquí tenemos al monarca portugués. Los monarcas son como la procesión del Corpus: no lucen sino con buen tiempo y claro sol. Y estos dos artículos de primera necesidad, antaño tan abundantes en Madrid, andan ahora..., no por las nubes, eso quisiéramos, sino en la región de lo fantástico. El clima de Madrid ha variado completamente, en el espacio, relativamente corto, de doce años. Su cielo de invierno ya no es aquel celaje azul, puro, claro, que alegraba el espíritu; su atmósfera ya no es aquella atmósfera de cristal, en que erizaba el Guadarrama picantes agujas. Hoy en Madrid llueve con la misma constancia que en Galicia; el suelo es una sopa, las calles lodazales, el paseo un charco, el firmamento una enorme panza de borrico, y el aire está saturado de humedad que cala hasta los huesos. El cuadro nosológico (¿se dice así?) también ha variado: ó hablando en lenguaje corriente, las enfermedades no son las mismas que antes – naturalmente. – Hay menos pulmoníacos y más reumáticos. Y los reyes que llegan entre chubascos y vendabales, llegan y se van de incógnito, excepto para el personal palatino.

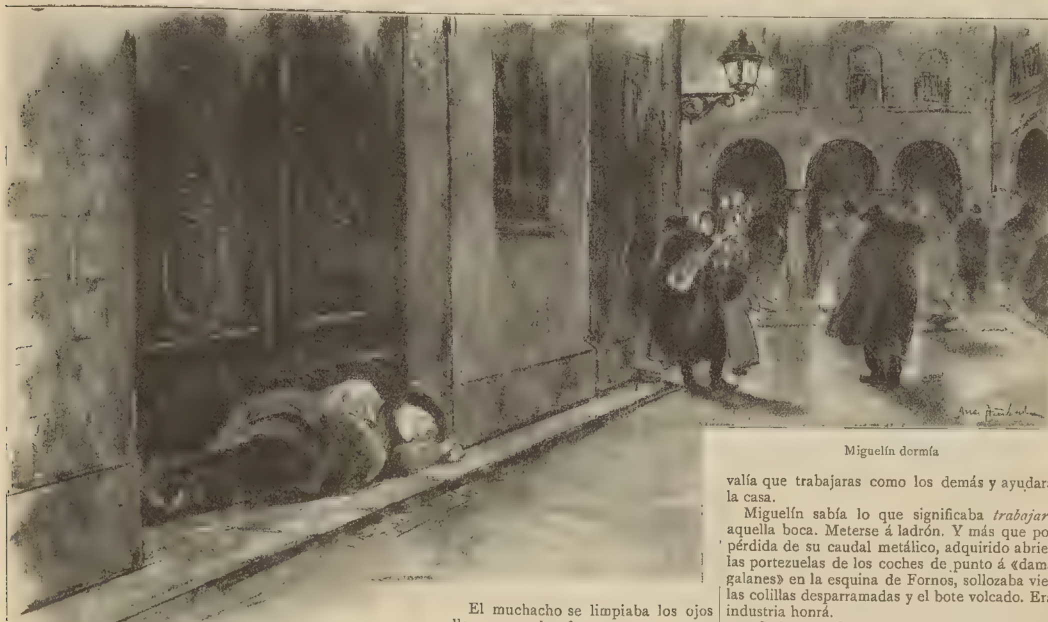
***

Eso sí: en obsequio al rey de Portugal se les han adelantado las vacaciones de Navidad á los estudiantes... Séame permitido, reconociendo ante todo mi escasa competencia en estas materias, declarar que no veo la relación que existe entre las vacaciones estudiantiles y el monarca luso. Nada, que no la veo ni con un candil. ¿Es que se anuncia algún festejo especial, de índole pedagógica, incompatible con la asistencia de los profesores á sus cátedras y los alumnos á sus clases? ¿Es que siquiera por las calles van á celebrarse fiestas que atraigan á la mocedad y la distraiga de sus estudios durante unas horas? Nada de eso. Es sencillamente una artimaña para dispersar á los estudiantes, un recurso político... de los mezquinos recursos políticos que aquí se estilan. Y no digo más, aunque mucho podría decir, porque aquí saltan los gazapos como en coto antiguo; es una bendición de Dios.

***

Yo no sé si las demás regiones españolas se encuentran en situación análoga á la que voy á retratar; pero en la región gallega, juzgando por la lectura de los periódicos, pues no hablo sino de cosas públicas y notorias – ¡Dios nos libre y nos defienda de tocar á lo que no pertenece á la publicidad!, – pasan cosas algo fuertes. En un solo diario coruñés obtengo la lista adjunta: Lynchamiento de un mozo aldeano por otros mozos aldeanos (Betanzos). – Aldeano muerto de un tiro de Mauser, en una carretera, por la Guardia civil (Carral). – Doncella atropellada por el bandido Mamed Casanova, especie de *Fra Diavolo,* que desde hace meses vaga suelto y cometiendo fechorías del mismo jaez, en una comarca pequeña, donde no logra darle alcance la fuerza pública (Grañas de Sor). – Muchacho de diez y seis años, de acomodada familia, que gasta pistola y que mata de un paraguazo á otro muchacho de trece años (Santiago). – Grupo de barberos que destrozan los vidrios y material de las peluquerías (Vigo). – Encuentro á tiros y pedradas (La Coruña) entre los consumeros de la ronda volante y varios particulares. – Dos hombres asesinados, en Salcedo (Orense). – Buhonero casi muerto de un tiro en un muslo (Redondela). ¿Quieren ustedes más? ¿Les parece poco para número de un diario de una región? Y á esto... no se le llama *anarquía.*

Emilia Pardo Bazán.



Miguelín dormía

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE NAVIDAD

Miguelín (trece años de edad, de profesión golfo y proveedor de la Tabacalera) se retiró temprano. Tenía el bote repleto de colillas y atados á la punta del pañuelo seis ó siete perros chicos de la recaudación del día. El negocio había sido redondo.

Cuando iba á acostarse encontróse con el *Gurriato*, su compañero de fonda – el quicio de un portal de la plaza Mayor.

– ¿Te viés tú, *Gurriato?*

– Pa chasco. Esta noche la celebro en familia. Es Navidá. ¿Tú no tiés familia?

– ¡Ojalá!

– ¿Entonces?

– Mi padre está en la cárcel pa rato, mi madrastra vive con su primo, dice eya, y mi hermanilla no sé dónde para.

– Bueno. Que descanses.

– Igualmente, chico.

Miguelín colocó el bote de cabecera, anudóse á un muslo, bajo el pantalón, el pañuelo con los perros, y acurrucándose en el quicio del portal, á los cinco minutos estaba dormido como sobre un colchón de muelles.

Serían las nueve. La noche era crudísima. Ese cierzo madrileño, «que mata á un hombre y no apaga un candil,» según reza el adagio, calaba los huesos. Helábanse hasta las conjeturas, que dijo el otro.

Como de costumbre, las gentes bullangueras recorrían las calles. Zambombas, panderos y tambores armaban un estrépito de dos mil de á caballo; que así se solemniza en estos países cristianos el advenimiento del Salvador del mundo.

Miguelín dormía.

Ni el frío ni la baraúnda de los *nochebuenistas* alteraban su tranquilo descanso.

De pronto comenzó á soñar.

Por sus débiles gemidos, por su entrecortada respiración, por ciertos movimientos de zozobra y malestar, parecía que una dolorosa pesadilla le atormentaba.

Soñaba Miguelín que aquella Nochebuena estaba en su casa, en la que en todo el año no había puesto los pies.

– ¡Ah, bribón!, exclamó la madrastra dándole un recio pescozón de bienvenida; ¿qué te trae á ti por aquí? Nada bueno será, de seguro. Ya sé. Te habrás quedado sin cenar y vendrás á llenar la tripa á costa nuestra.

El muchacho se limpiaba los ojos llorosos con las dos manos y no acertaba á pronunciar palabra. Pues si las noches que se había quedado sin cenar hubiera caído por allí..., eche usted visitas.

– Oyes, Ginés. Aquí tiés á esta buena pieza.

Ginés salió hacia la puerta.

– No me pegue usté, padre, balbuceó Miguelín temblando de susto.

– Vamos, entra sin miedo. Pué ser que llegue á tiempo y sirva pa algo, añadió Ginés dirigiéndose á su mujer. Déjale, Paca.

Los tres, el padre, la madrastra y el chico, entraron en una miserable y destartalada habitación.

Allí estaban otros tres personajes, de parecida catadura, alrededor de una mesa, sobre la que había restos de comida y un frasco grande mediado de vino.

– Es tu hermano, *Pelona*, dijo la Paca.

– Me alegro de verle bueno, replicó la *Pelona* con chunga y desgarbo.

Los otros dos hablaban en voz baja, y tanto parecía interesarles la conversación, que no dieron muestras de enterarse de nada.

Uno de ellos era el *primo*, el que vivía con la Paca en las forzadas ausencias de Ginés, *Patarra* por mal nombre, un tío mal fachado con una cicatriz en la cara, digna de Chiquimaque ó Maniferro, de catorce puntos mal contados.

El otro, de tipo chulesco, como de veinte ó veintidós años, con los tufos *palante*, gorrilla de seda y el pañuelo de colorines al cuello, *le hablaba* á la *Pelona* y respondía al apodo del *Mangue*.

Miguelín miraba á unos y á otros pegado á la pared y con instintiva repugnancia.

¿Por qué había ido él á meterse en la boca del lobo?

¿Cómo había salido *ya* su padre del *Abanico?*

¿Cómo *alternaba* el *primo*, cuando el *primo* y la madrastra y?.. ¡Jum! Y su padre delante... Soñaba, con el sueño delirante y estrambótico de las pesadillas, que dormía en el quicio del portal de la plaza Mayor y al mismo tiempo que se hallaba en aquel maldecido lugar.

– Anda, cena y tómate un trago.

Y uniendo la acción á la palabra, su padre le tiró una tajada de bacalao crudo y le llenó un vaso de vino.

– Echa una ronda, dijo *Patarra*.

– Vaya.

– ¡Come, atontao, y tira eso!, gritóle la madrastra á Miguelín con un manotazo que le echó á rodar el bote de las colillas por el suelo. Se creerá éste, prosiguió enfurecida, que con la faena del tabaco que se trae va á parar de director de la Arrendataria. ¿Qué llevas ahí? A ver.

Le tentó el bulto del pañuelo y le quitó los perros.

– Adiós, *Róchil*. Treinta y cinco céntimos. Más valía que trabajaras como los demás y ayudaras á la casa.

Miguelín sabía lo que significaba *trabajar* en aquella boca. Meterse á ladrón. Y más que por la pérdida de su caudal metálico, adquirido abriendo las portezuelas de los coches de punto á «damas y galanes» en la esquina de Fornos, sollozaba viendo las colillas desparramadas y el bote volcado. Era su industria honrá.

– Se hace tarde y no se resuelve ná, Ginés.

– Ya te he dicho, *Mangue*, que no me paece bien esta noche pa el golpe. Tos los años la consagramos á la familia. Yo en medio de to tengo mis ideas. Apura el frasco y ande la noche en buena armonía.

– ¿Ves tú esto, *Patarra?*

– Si es un *panoli*.

– Y el primero que se deja coger.

– Y siempre lo echa á perder to por torpe. ¡Ocasión como ahora!

– Oyes tú. Que á mí no me faltéis. Porque si á mí me lo acumulan to, es por lo que es. Pero si canto, veremos los vivos.

– Si cantas...

– ¿Qué fué?

– Que te canto yo á ti las cuarenta y veinte más.

– ¿A mí tú, *Patarra?*

El uno blandió la silla, el otro echó mano al frasco, el otro *se rascó*...

La Paca se puso por medio, la *Pelona* chillaba.

– ¿Nos vas á dar la noche, primo?

– ¡Padreee!...

Sólo Miguelín no tenía alientos para nada.

Le temblaban las carnes y apenas podía respirar. Sentía deseos de pedir socorro, de llamar á los guardias, no por la *bronca*, sino por él. La lengua se le anudaba y permanecía clavado en el suelo.

Al fin, se calmó la tormenta sin que llegara la sangre al río. Y tan amigos.

– ¡Hombre, tendría gracia!

– Esa es la mía, *Patarra*. Que tendría gracia que entre nosotros y una noche como esta...

– Tiés razón, Ginés. Esta noche es pa la familia.

– Sin gresca, ¿eh, *Mangue?*

– Mialas, por éstas. Anda, *Felos*, échanos lo que queda.

– Ya veréis – y al decir esto, Ginés bajó la voz y se acercó á los otros. – He tenido una idea pa asegurar.

– Vaya por la idea.

Bebieron, y Ginés prosiguió, guiñando un ojo é indicando á Miguelín con un movimiento de cabeza casi imperceptible:

– Va á ser, sin saberlo, el que lo va á hacer to. Ahora veréis la idea.

Y volviéndose al chico, en voz alta:

– Oye, Miguel, llégate al 9 por un poco de aguardiente. Paca, dale esos perros que traía y un vaso.

. . . .

En cuanto Miguelín se vió en la calle, sintió como si le hubieran tocado un resorte y echó á correr en desenfrenada carrera.

Corrió sin dirección, sin rumbo; corrió por calles y plazas, atravesó todo Madrid, corrió sin cesar y sin fatiga ni cansancio.

Ni sabía dónde iba, ni llegaba nunca, ni le flaqueaban las piernas, ni se le cortaba el resuello. Corría, corría por las calles y las plazas de antes,

luego por el campo, por un campo obscuro y sin término. A veces oía detrás de sí las voces de su padre, de la Paca, de *Patarra*, de *Mangue*, de la *Pelóna*, que le iban á los alcances sin cogerle. Corrí, corría... A veces era un toro que casi le tocaba con los cuernos. Pero él corría más, corría siempre, corría más que todos, y de improviso le faltó la tierra en un enorme tajo y voló por cima del abismo sin fondo, y después tropezó con un inmenso río y lo pasó corriendo, corriendo sobre el agua como sobre baldosas. Cuando no pudo más, fué cuando de pronto se levantó delante de él un monte muy alto, muy alto y muy derecho, igual que una muralla.

Entonces... despertó. Despertó poco á poco, saliendo de su pesadilla con trabajosa lentitud, restregándose los ojos, palpándose el muslo á ver si estaba allí el pañuelo con los perros atados. Estaba. Y respiró fuerte.

—¡Anda la *órdiga!*, exclamó en seguida con explosiva efusión de alegría. ¡Pues no he corrido poco esta noche!

Dió media vuelta, y cara á la puerta se quedó nuevamente dormido.

JOSÉ DE LASERNA.

(Dibujo de Mas y Fontdevila.)



El sueño de Jesús, cuadro de Luis Deschamps

EL SUEÑO DE JESÚS,

CUADRO DE LUIS DESCHAMPS

En el número 1.080 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, á raíz del fallecimiento del notable pintor francés Luis Deschamps, publicamos algunos datos biográficos de este artista y emitimos algunos conceptos acerca del carácter de sus obras, desde los puntos de vista de su concepción y de su técnica.

Nada hemos, pues, de añadir á lo que entonces expusimos, y únicamente haremos observar cuán ajustado á aquellos juicios es el cuadro suyo que en esta página reproducimos. Bien se echa de ver en él que Deschamps trató los temas religiosos con gran nobleza de estilo y elevación de sentimientos, pero al mismo tiempo dentro de una tendencia realista de la mejor ley, es decir, humanizándolos lo necesario para que, sin perder el carácter ideal que han de revestir tales asuntos, aparezcan en forma mejor asimilable para nuestros limitados sentidos.

En *El sueño de Jesús* están admirablemente combinados ambos elementos: todas las figuras tienen una expresión poética encantadora, pero al mismo tiempo están arrancadas de la vida real, y aun las de la Virgen, del Niño Dios y de San José atraen por la verdad con que están tratadas, sin que esta verdad en nada perjudique al carácter divino que necesariamente han de tener.—S.



LA CIRCUNCISIÓN DEL SEÑOR, cuadro de Juan Holbein (Museo de Munich



Luchana, 24 de diciembre de 1836

LUCHANA

I

Antes de media noche, Julianón tuvo que apartarse del amor de la lumbre para entrar de centinela en las avanzadas. Cogió la manta y el fusil con dolor de su corazón. ¡Se estaba tan bien en el campamento! Un cabo de cazadores y un inglés de la escolta le habían invitado á trasegar una bota de clarete riojano. ¡Buen vinillo! ¡Allí se quedaba!

Caía la nieve en copos menudos, y un viento levantisco y malintencionado los echaba á la cara y clavaba en la piel finísimas agujitas de hielo.

Los compañeros iban de un humor de mil diablos. Julianón, inspirado por el calor de la lumbre recién abandonada y del mosto recién paladeado, quiso animarlos.

– ¿Apostáis algo á que esta es la última noche? ¿Cuánto va á que mañana dormimos en Bilbao?

Pero nadie le contestó y el hombre se quedó pensativo. Sus pies mal calzados se hundían en la nieve y el frío que subía por las piernas le entraba hasta los huesos.

Al llegar á su puesto le dejaron solo. Unas cuantas piedras apiladas junto á unas matas le servían de abrigo. El rumor del río que pasaba casi á sus pies aumentaba la temerosa solemnidad de la noche. ¡La noche del centinela! ¡Toda una noche inacabable, eterna, sin una estrella en el cielo ni una chispa de calor en la tierra! ¡Toda una noche en vela, con el corazón palpitante al menor ruido y los ojos clavados en las imágenes temerosas que hace surgir la fantasía en las tinieblas!

¡Qué lejos estaba la aurora para Julianón! Y aquella aurora era la del 24 de diciembre del año 36, la del gran día de Luchana.

II

– A ver, Julianón, ¿eres tú mismo? ¿Son estas tus manos y tus piernas? ¿O vives ya en otro mundo y lo que hay aquí es un pedazo de hielo con figura humana?

Era el mismo Julianón el que lo preguntaba á la media hora de estar de centinela. El frío le traspasaba, y lo que corría por sus venas no era sangre, sino nieve pura. Su corpachón de ciudadano sedentario estaba mal acostumbrado para aquellos trotes.

Era inútil que paseara y que golpeara el suelo con los pies. «¡Me voy á quedar aquí como un pájaro!, pensaba el hombre. ¡No voy á volver á mi casa! Va á resultar que mañana Espartero se traga todos los carlistas que hay en Vizcaya, que los hace polvo, y aquí verás al ejército libertador entrando en Bilbao á banderas desplegadas... Y saldrá Marichu á esperar á su marido, y saldrán los dos niños á esperar á su padre, y saldrán los vecinos y las vecinas á esperar á Julianón el zapatero... ¡Julián, Julianón! ¡Sí, llamadle, llamadle! Julianón no entra. ¿Por qué? Porque se ha quedado tieso haciendo centinela y le ha tapado la nieve y no queda de él ni rastro.»

Esto pensaba cuando oyó cerca de él una voz misteriosa que le llamaba.

– ¡Julianón! ¡Soy yo!

Julianón estaba medio entumecido y tardó en conocer á Calandracas, su compañero.

– ¿Qué haces, Calandracas? ¿A qué vienes?

– A... que no me quiero morir sin decírselo á alguien. Estoy helado.

– Y yo.

– Aunque nos vea quien nos vea, vamos á encender lumbre. Vente á mi puesto, que allí tengo yo leña y astillas.

Julianón se dejó llevar; encendieron con gran trabajo una hoguerilla y al amor del fuego se acurrucaron los dos.

– ¡Si tú vieras!.. Cuando has llegado me daba ya por muerto. ¡Como hay Dios, Calandracas! Estaba viendo cómo lloraban mi mujer y mis chicos.

– Pues yo no podía parar acordándome de que mañana es Nochebuena. Me parecía que estaba en mi casa y que mi madre, después de la matanza, cocía en el horno las tortas y las empanadillas. Y abría la boca y me caía la nieve... ¿Tú crees que esto va á durar mucho?

– Lo que yo creo es que mañana estamos en Bilbao. ¿Dices tú Nochebuena?.. La Nochebuena la paso yo en mi casa. Mañana mismo embestimos como fieras. Eso de que el general está malo no es más que una mentira para engañar á los carlistas. Ellos creerán que con los dolores no estará para nada, y cuando menos lo esperen montará á caballo y nos dirá: «¡Vamos allá!,» y allá iremos todos. ¡Si no sé cómo no hemos entrado con la fuerza que hacen mi mujer y mis chicos tirando para adentro! Te digo que mañana Espartero y yo – y tú también, Calandracas – dormiremos los tres en Bilbao. En cuanto entremos, al inglés le regalo dos pipas de chacolí, y para ti serán los primeros zapatos que yo haga. ¡No los llevará mejores ni el mismo general! ¡Calandracas!..

Pero Calandracas, al calorcillo de la lumbre, se había dormido. Julianón pensó en los deberes del centinela, en el fusilamiento, intentó despertarle... ¿Era el cansancio, el frío, el clarete riojano? ¿Qué era lo que pesaba sobre sus párpados y paralizaba sus miembros? Julianón no lo sabía. No hizo más que inclinar la cabeza sobre su compañero y quedarse dormido. En la región donde acababa de entrar no nevaba. Era su propia casa, más grande y más hermosa. A la puerta lucía la estrella de los Reyes; dentro el Niño Jesús, con su cabeza rubia rodeada de una aureola celestial, sonreía... Era la misma sonrisa, los mismos ojos, la misma naricilla respingada de Julianín, el hijo más pequeño del zapatero de Bilbao.

III

Cuando despertó Julianón sintió que le refregaban sin duelo los brazos y las piernas y la cara. Al llegar el relevo los habían encontrado á Calandracas y á él medio muertos de frío. Abrió los ojos y vió á su amigo el inglés que le miraba sonriendo, como burlándose de su flojedad.

Se había armado la gorda. Sonaba un tiroteo espantoso y el campamento estaba invadido por una fiebre de impaciencia. ¿Ya se había empezado? ¡Y él estaba allí sin servir para nada!

El inglés le ofrecía una botella de ginebra. ¡Inmejorable bálsamo para los miembros ateridos! ¡Venga ginebra! Y luego, venciendo la pesadez de las piernas que no parecían suyas, ayudado de la benéfica Albión, se asomó al campamento.

Una neblina espesa rodaba sobre el campo nevado. La mañana era tan cruda como la noche. Caía una lluvia menuda, de agua-nieve, y el viento la impulsaba con molestísima violencia. Desde el campamento de Espartero, donde estaba Julianón, podía verse á larga distancia el curso del río y en la orilla opuesta el alto de Luchana.

Los cazadores isabelinos habían roto el fuego contra el fortín. Oráa los mandaba. No había medio de echar un puente sobre el río y se embarcaron las ocho compañías en lanchas del puerto, escoltadas por trincaduras, y en botes de guerra de los buques españoles é ingleses. A ratos era el humo de la pólvora el que los ocultaba, á ratos la lluvia que caía á rachas furiosas. De todas partes salían fogonazos que brillaban como relámpagos en el cielo gris; las baterías de tierra y los buques de la ría disparaban sin descanso. El estampido de los cañonazos se oía seco y estridente, y las descargas de fusilería como el rasgar de una tela.

– ¡Pasan, pasan!, decía el inglés en su lengua chapurrada.

– ¿No han de pasar?, contestaba Julianón. ¡Si son los cazadores de Oráa!

Desde las posiciones carlistas Equia y Villarreal resistían con denuedo. Pasaron, ¿no habían de pasar?, los cazadores y detrás de ellos nuevas fuerzas. Julianón vió cómo por arte de magia extendían de una á otra orilla un puente de barcas, y por él cruzaba el río toda la segunda división del barón de Meer. Le pareció que con eso estaba la batalla ganada, pero no había hecho más que empezar. Lo que quedaba por hacer era lo más difícil, y el buen zapatero bilbaíno ardía en impaciencia.

– Mejor que estar aquí sin movernos y sin disparar un tiro, prefiero el paso de ataque.

Pero el gran general no se movía de su tienda, y Julianón desesperaba de llegar á ver cumplidos sus deseos. A pesar de la lluvia, toda la gente de Espartero estaba en las avanzadas esperando su hora. El monte de San Pablo era el centro del combate. De Meer y Equia peleaban furiosamente.

Al mediodía, Calandracas le dijo á Julianón:

– ¿Tú crees que esto va á acabar alguna vez?

– Sí; se acaba hoy; hoy mismo. Antes de las doce estamos en Bilbao.

Sin embargo, lo decía por rabia y por obstinación. En el fondo del alma empezaba á creer que aquello iba á durar eternamente.

– Aunque te desesperes, decía el *inglisman*, las cosas pasarán como deben pasar. ¡Sr. Calandracas, alargadle á nuestro amigo la bota del clarete!

IV

A las doce de la noche del día 24 la batalla no había terminado. Nadie pensaba en descansar. La tienda de Espartero hubiera ardido ya si las miradas pudieran inflamarla.

– No saldrá, decían unos. ¿Cómo va á salir, si está doblado por la mitad, con un dolor de riñones que no le deja respirar?

Los apasionados, los fanáticos de Espartero, que eran casi todos, contestaban:

– Pues sale, aunque esté muerto, porque él hace lo que no intenta nadie.

Y salió. Cuando pudo enterarse Julianón, ya había montado á caballo el general y con él iba toda la división. El campamento quedó desierto; los soldados, locos de entusiasmo, vitoreaban al caudillo y le seguían ardorosamente, ansiosos de combatir, turbando el solemne misterio de la noche con su impetuoso avance, irresistible como el de una marea. Cruzaron el río, y al llegar á la orilla derecha se encontraron en pleno fuego. Oráa y Mennisir, con su brigada, esperaban al general en jefe. «¡Adelante!,» clamó la voz enérgica y arrebatadora del caudillo. «¡Adelante!,» pensaron todos al oirle. Las primeras descargas recibidas á pecho descubierto los hicieron vacilar un momento. «¡Adelante! ¡Adelante!» Y allá fueron, arrasando como un turbión el puente de Luchana, embistiendo en columna de

ataque con un ardor irresistible, al que contribuían la rabia por la resistencia encontrada hasta entonces y el entusiasmo por el jefe que los llevaba á la victoria.

Arrastrado por la avalancha iba Julianón. Cada paso que daba le acercaba á Bilbao. «Bien va todo,» decía. Al principio pensó: «¡Si ahora me pasara algo cuando estamos á las puertas de casa!» Pero pronto se dejó llevar por el frenesí de la lucha, por esa extraña y nunca estudiada alegría que produce el peligro, la emoción de la guerra. Disparaba, miraba al enemigo, buscaba un resguardo á los lados del camino y avanzaba. ¡Siempre adelante!



El arte de los mosaicos en el Vaticano. – Reproducción del retrato del obispo Schoepfer de Londres

Pasado el puente comenzaba la falda del alto de Banderas. Una lluvia de fuego brotaba de la cumbre. Caían las balas como granizo, y muchos soldados liberales se quedaron hundidos en aquel lodo de tierra y nieve, enrojecido con su sangre. La lucha duró largo rato; Julianón había perdido la idea del tiempo. Llegó á creer que siempre, siempre había estado peleando, y que nunca dejaría de vivir entre el humo de la pólvora y el estampido de los disparos.

De pronto pasó ante él espada en mano un hombre cuyo rostro cetrino conocía muy bien. Sonreía, con sus labios pálidos; los ojos llameaban y la voz sonaba como un clarín de guerra.

– ¡Arriba, muchachos, vamos arriba!

Detrás de Espartero se precipitaron todos, y no hubo necesidad de más. Treparon como leones, agarrándose á las matas y á las piedras. Todo el monte estaba iluminado por el resplandor de los fogonazos.

Julianón subía también. Clavaba una rodilla en tierra para acometer con más brío, cuando sintió que un cuerpo inerte caía sobre él y le arrastraba.

– ¡Madre mía, pensó, me han matado!

Pero no era así. Al caer en tierra apartó el peso que le oprimía y pudo levantarse. Era un soldado herido ó muerto. Ya emprendía de nuevo su ascensión, cuando sintió que el herido le llamaba.

– ¡Julianón, espérame!, decía.

¡Era Calandracas! Volvió á su lado: no se movía. Tocó su frente: estaba manchada de sangre. ¡No era en este mundo donde había de esperarle ya!

¡Otra vez á la carga, en columna cerrada! Las tropas liberales volvían cada vez con más ímpetu, sin desmayar. Los de arriba contestaban vigorosamente. ¡Cuánta sangre cayó sobre aquella tierra estéril y cuántas vidas jóvenes se acabaron como flores tronchadas! ¡Arriba, Julianón! Ya está arriba; ya triunfa, ya ve cómo el enemigo se retira hacia los cerros de Olaveaga. La altura está llena de cadáveres de vencidos y vencedores.

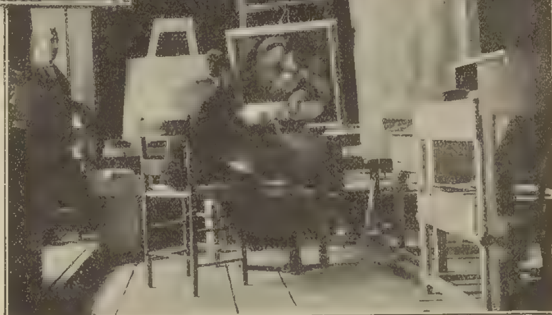
Estaban en montón, salpicando la tierra con su sangre, en extrañas posturas. Julianón vió un uniforme que no era el de los cazadores y sintió frío en el alma. Era el uniforme de la guardia inglesa. ¿También *aquél*, Dios mío? ¡También aquél! Se acordó de lo que el del uniforme había dicho hacía muy pocas horas: «Las cosas pasan como deben pasar,» y pensó en que no *debía* morirse en tierra extraña por una causa que no se lleva en el corazón.

Pero el triunfo era completo. Subían al cielo los clamores de los liberales gritando: «¡Viva la libertad! ¡Viva Espartero!» Al oirlos los carlistas desde las alturas próximas disparaban sus fusiles. Pero estaban muy lejos, y huían.

¡Hermoso anochecer! Apunta la aurora del día de Navidad. A su azulada luz Julianón ve á un lado el mar en calma y al otro la villa de Bilbao. ¡Bilbao libre! ¡Qué feliz eres, Julianón!

V

Salió Marichu á esperar á su marido, salieron los dos niños á esperar á su padre, salieron los vecinos y las vecinas á esperar á Julianón el zapatero. ¡Julián, Julianón! Y él respondió loco de contento sin saber si reía ó lloraba. Ya está otra vez entre los que le quieren, al dulce abrigo del hogar. Renacen los días de paz y de sosiego, los días felices. En las largas horas de invierno, cuando la nieve cae en grandes copos y el viento silba en la campana de la chimenea, Julianón se acuerda de la noche de Luchana, y cultivando en la viva fantasía de sus hijos la glorificación del héroe Espartero, arroja la primera semilla del frondoso árbol de la leyenda.



El arte de los mosaicos en el Vaticano. – Reproducción de la Virgen de la Silla

(Dibujo de N. Vázquez.) Luis Bello.

EL ARTE DE LOS MOSAICOS EN EL VATICANO

El arte del mosaico, así en grande como en pequeña escala, es una de las glorias artísticas de Roma.

Desde tiempos antiquísimos los papas acogieron en la Ciudad Eterna á reputados artífices, pero el verdadero Estudio Vaticano sólo cuenta de existencia 380 años y está confiado al célebre establecimiento de la Rev. Fábrica de San Pedro.

Los papas consagraron atención especial á la conservación, renovación y restauración de los mosaicos antiguos y prefirieron este procedimiento, como más duradero, para las pinturas de la Basílica de San Pedro.

Los primeros mosaicos de esta basílica son los que adornan las lunetas de la capilla Gregorianha (mandada construir por Gregorio XIII) y que fueron ejecutadas allá por el año 1576 por Marcelo Provenzale, según dibujos de Muziano.

En 1585, cuando fué elevado al solio pontificio Sixto V, adquirieron gran incremento las labores en mosaico y se mandó llamar artistas, especialmente de Provenza. Entonces se instituyó el «Estudio del Mosaico» único en el mundo para las obras grandiosas, á cau-



El arte de los mosaicos en el Vaticano. – El gabinete de Su Santidad para el examen de los mosaicos


CCE AGNVS DE



EL NIÑO DIOS, cuadro de Erulo Eroli

sa de la rica colección de esmaltes (unos 17.000 matices) que diariamente sirven á los hábiles artífices encargados de tales trabajos.

Clemente VIII hizo ejecutar los hermosos mosaicos de la cúpula, según dibujos del Cav. d'Arpino, bajo la dirección de Marcelo Provenzale, á quien sucedió G. B. Calandra, que en 1620 ejecutó el San Miguel del propio d'Arpino, que, sin embargo, por la mala calidad de los esmaltes empleados, no podía resistir la comparación con otros y fué regalado á la catedral de Macerata.

A Calandra sucedió Fabio Cristofori de Palestrina, y á éste su hijo Pedro Pablo, bajo cuya dirección el arte del mosaico alcanzó gran esplendor, como lo demuestran las maravillosas copias de la *Comunión de San Jerónimo* y la de *Santa Petronila*. En su tiempo organizóse de un modo completo la escuela vaticana (1727), y en tiempo de sus sucesores, los Ghezzi y otros, aquella fabricación realizó nuevos y grandes progresos.

Entre los últimos papas, Gregorio XVI favoreció considerablemente el Estudio Vaticano, cuyo director fué Felipe Agrícola; Pío IX mandó ejecutar la serie de retratos de los Sumos Pontífices que se ven en la Basílica de San Pedro, y León XIII dispensa asimismo gran protección á esta importante rama del arte.

C. ABENIACAR.

NUESTROS GRABADOS

Lámpara votiva de bronce, obra de Manuel Garnelo. – Merecidos son los elogios de que ha sido objeto la hermosa lámpara votiva de bronce, obra del joven escultor Manuel Garnelo, hermano de D. José, el laureado pintor. Parece como si en la familia de Garnelo se reprodujeran las felices circunstancias que recuerdan las de otros artistas meritísimos, puesto que el novel escultor, á juzgar por sus obras, promete seguir ventajosamente las huellas trazadas por su hermano mayor. Muestra de ello es la obra á que nos referimos, colocada en el crucero de la catedral de Lugo, coronada por preciosos relieves y motivos ornamentales, combinados y dispuestos con exquisito gusto y cariño. La lámpara, de bronce con toques de plata, pesa mil kilogramos y ha sido fundida en los talleres de los Sres. Masriera y Campins.

* * *

La infancia de Jesús, cuadro de Dagnan-Bouveret. – Este pintor francés, que nació en 1852, fué discípulo de Gerome y obtuvo en 1876 el segundo gran premio de Roma, figura actualmente entre los más celebrados artistas de su patria, y su nombre es bien conocido en los principales centros artísticos de todo el mundo. En su larga carrera ha cultivado todos los géneros, desde el mitológico, con su *Orfeo y las Bacantes*, hasta el religioso, con *El sueño de Jesús*, que en el presente número reproducimos, desde el retrato á la pintura de costumbres y el paisaje, obteniendo en todos ellos señaladísimos triunfos. Las obras de este autor se distinguen por el sentimiento de la realidad poetizada, por la fidelidad con que en ellas están reproducidos todos los detalles y por la gran habilidad que revelan en la presentación de los contrastes y combinaciones de luz y sombra.

* * *

La Circuncisión del Señor, cuadro de Juan Holbein. – Este famoso pintor suizo, nacido en Basilea en los últimos años del siglo XV, vivió en los primeros años de su carrera en la mayor estrechez, hasta que por consejo de Erasmo se trasladó á Londres, en donde, acogido y protegido por Tomás Moro, no tardó en entrar al servicio de Enrique VIII, en cuya corte estuvo hasta su muerte, acaecida en 1554. Un crítico inglés ha emitido el siguiente juicio acerca del ilustre maestro: «Holbein es la más alta expresión de la escuela puramente alemana, cuyas mejores cualidades ha desarrollado hasta sus últimos límites. Ocupa, en verdad, la misma situación que Leonardo de Vinci, cuyas obras parece haber especialmente estudiado, ocupa, ó mejor dicho, habría ocupado, si hubiese aplicado exclusivamente al ejercicio de la pintura sus vigorosas facultades. Holbein es inferior á Alberto Durero, en punto á originalidad é imaginación, pero tiene un conocimiento más profundo de las pasiones humanas y las pinta con más verdad y mayor energía. De haber sido italiano en vez de ser alemán, habría figurado en primera línea entre los pintores de historia. El lado grosero ó grotesco de su genio se muestra, no únicamente en las contorsiones, en la fealdad, en la caricatura, como con la mayoría de los pintores alemanes acontece, sino en la sátira y en la ironía; buena prueba de ello es la *Danza macabra*. Como pintor de retratos es indiscutiblemente superior á Alberto Durero, pues da á sus personajes más elevación, más dignidad, más nobleza y demuestra un sentimiento más vivo de la forma y del color.»

LÁMPARA VOTIVA DE BRONCE, obra de Manuel Garnelo (ejecutada en los talleres de los Sres. Masriera y Campins)

* * *

El Niño Dios, cuadro de Erulo Eroli. — Este cuadro es una prueba elocuente de lo que tantas veces hemos dicho acerca de la distinta manera de sentir los asuntos religiosos. Los maestros de la antiguedad procuraron, y casi todos ellos lo consiguieron, despojar á los personajes que en tales asuntos intervienen, sobre todo á la Sagrada Familia, de todo carácter humano, idealizarlos, imprimirles un sello tal, que la materia fuese en ellos lo accesorio, revelando en su expresión su condición divina. Y aun aquellos pintores realistas que no vacilaron en vestirlos con los trajes de la época en que pintaban y en figurar las escenas en ciudades y paisajes que nada tienen que ver con los Santos Lugares, respetaron cuando menos los rostros y les comunicaron algo de inmaterial que los distinguía de los simples mortales. Hoy la mayoría de los pintores prescinden de este idealismo. ¿Será que no sienten estos temas con la intensidad, con el fervor con que aquéllos lo sintieron? ¿Será que juzgan, dado el modo de ser de la sociedad actual, que á los espíritus de nuestros días se les ha de impresionar de un modo muy diferente que á los de los pasados siglos? Sea de ello lo que fuere, no cabe negar que dentro de las tendencias modernas se producen obras de verdadera importancia y sobre todo de gran valor técnico; dígalo, si no, el hermoso lienzo del notable pintor italiano Eroli, que bajo este concepto resulta una composición acabada.

* * *

El «Push-ball,» nuevo deporte americano. – Este es el juego que apenas inventado ha conseguido gran boga entre los *sportmen* americanos. En el fondo tiene semejanza con el *foot-ball*, pues el objeto del mismo es hacer llegar la pelota á la meta señalada; en la forma se diferencian, así por las dimensiones y el peso de la pelota, que en el *push-ball* mide dos metros de diámetro y pesa un quintal, como por la manera de empujarla hacia el *goal*, según puede verse en el grabado de la página 840. Los jugadores se dividen en dos campos, y cada uno de éstos se compone de dos delanteros, tres medianeros y dos zagueros. El *push-ball* se juega también á caballo.

MISCELÁNEA

Bellas Artes. — BERNA. – El Consejo Federal suizo ha anunciado un concurso internacional para la erección de un monumento conmemorativo de la fundación de la Unión Postal Universal, destinando á los premios la cantidad de 15.000 francos y á la construcción del monumento 170.000.

* * *

COPENHAGUE. – Un rico capitalista dinamarqués, Enrique Hirschsprung, ha regalado al Estado su rica é importante colección de obras de arte, especialmente de autores daneses, que comprende 436 cuadros al óleo y unas 1.200 acuarelas, pasteles y dibujos y varios bocetos escultóricos. La cesión ha sido hecha con la condición de que se edificará un museo especial para instalar estas obras.

* * *

Teatros. — *Barcelona.* — Se ha estrenado con buen éxito en el Eldorado *Los granujas*, zarzuela en un acto y cuatro cuadros de los Sres. Arniches y Jackson Veyan, música de Valverde (hijo) y Torregrossa. En el Liceo se ha cantado con gran aplauso la ópera de Puccini *La Boheme* por las Sras. Ferrani y García Rubio, y los señores Marcolin, Menotti y Rosatto, bajo la inteligente dirección del maestro Mascheroni.

* * *

Necrología. – Han fallecido:

D. Latschinow, célebre físico y meteorólogo ruso, notable por sus investigaciones en materias de electricidad y de electrotécnica, autor de importantes obras y profesor del Instituto de San Petersburgo.

Felipe Arons, pintor retratista y de género alemán.

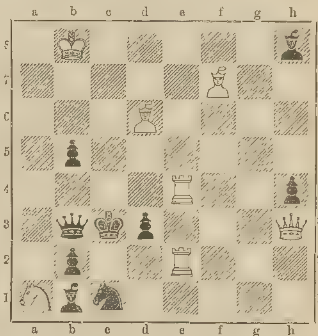
Cayetano Aloisi-Masella, cardenal, pro-datario del papa.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚM. 306, POR A. CHARLICK

Tercer premio del Concurso de «La Stratégie,» sección A.

NEGRAS (9 piezas)



BLANCAS (7 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 305, POR H. DELIMBOURG.

	Blancas.		Negras.
1.	g2-g4	1.	h4×g3 (al paso)
2.	h3-h4	2.	Ae5-f6
3.	h4-h5	3.	g3-g2
4.	Ad5×g2	4.	Re7×e6
5.	Ag2-h3 jaque	5.	Re6-e7
6.	h5-h6	6.	g7×h6
7.	d7-d8 (D) jaque	7.	Re7×d8
8.	Rg6×f6 y ganan.		



LA ÚLTIMA ENCARNACIÓN DEL DIABLO

LEYENDA MARÍTIMA

Víctor Hugo ha dejado una obra póstuma titulada *La redención de Satán,* que ignoro si se ha publicado, cuyo pensamiento debe de ser el de que Dios, bien por propio impulso ó por sumisión del culpable, ha perdonado y vuelto á su gracia al espíritu de las tinieblas; lo cual, según á mí me consta de buena tinta, es sólo una lucubración ó fantasía de poeta, como comprenderá el lector por el siguiente verídico relato. Desde la institución de la Iglesia Católica hase escrito mucho referente á *demonología,* ó sea *conocimiento del diablo.* Yo he leído tres comentaristas de esta materia, que son el padre Sforcia, de Milán; el cardenal Edvarst, antes del cisma de Inglaterra, y el beato Simón de Rojas, natural de la villa de Móstoles, en España, y citaré con frecuencia en letra bastardilla textos suyos, para mayor claridad de esta narración, que comienzo del modo siguiente:

I

En el año de 1880 el diablo se hallaba en Barcelona, lo cual nada tiene de particular por las siguientes razones: *aunque el diablo recorre todo el universo, cumpliendo su perversa tarea, siente predilección por Europa, que es la región más civilizada; pues sabe que cuanto más cultura, hay más choque de intereses y pasiones, y por consiguiente, más gérmenes de perdición; y de Europa prefiere los climas meridionales, como más sensuales y por lo tanto más propensos al pecado.*

Estaba, pues, el diablo una mañana, en forma invisible, por supuesto, sentado en un banco de la Rambla de Santa Mónica, de Barcelona, aspirando la brisa del mar que refrescaba su frente abrasada de malos pensamientos, cuando vió pasar á una señora acompañada de un criado, y examinóla con la atención con que miraba á todas las mujeres, no porque él fuese libidinoso, sino porque sabía que no hay anzuelos de pecado más seguros ni mejores, según ha dicho un poeta.

La señora aludida representaba tener veintiocho ó treinta años de edad, y era hermosa y elegante sobre todo encarecimiento. Era blanca, rubia, de tipo extranjero, pero con ojos de *matadora* andaluza, y llevaba mantilla prendida con donaire español. Ella tenía en la mano un libro, al parecer devocionario, y el criadito que la acompañaba un paraguas, pues si bien no llovía, estaba muy nublado. El diablo, que todo lo escudriña, observó también que era seguida por dos personas: un caballerete con *macferlán* y sombrero de copa muy reluciente, que iba por el lado derecho de la Rambla, y un capitán de infantería que seguía la otra acera.

El diablo quizá supuso que le había caído qué hacer, se puso en pie y siguió á la señora, quedándose indeciso y contrariado al verla entrarse en la iglesia de Santa Mónica; pues *él no podía penetrar en la casa de Dios invisiblemente, ni en figura humana, teniendo para ello que adoptar la de un animal cualquiera.* Tomó, pues, la forma de un perrito dogo y se introdujo en la iglesia, en cuya puerta sólo había una ligera cortina. Ya dentro, vió al caballerete y al capitán, sentados en distinto lado, en bancos arrimados á la pared, y vió á la hermosa señora, próxima al altar mayor, sentada en el suelo sobre un ruedo, como era costumbre en aquella época, en la que aún no se había generalizado el uso de las sillas en los templos. Al perrito-diablo le vino como de perlas para sus fines particulares la humilde postura de la elegante devota. Así, pues, deslizándose por entre los fieles que esperaban á que saliera al altar mayor la misa de diez, acercóse por detrás á aquélla, hizo una media rosca con el cuerpo y apoyó el hocico en un volante del riquísimo vestido de muaré, que estaba al borde del ruedo, porque sabía que las telas transmiten las corrientes magnéticas, y esperaba á que las suyas de perdición y pecado labrasen en la señora, haciéndole, como preliminar de otros excesos, *tomar varas* del capitán ó del caballerete susodichos. Pero el diabólico perrito contaba sin la huéspeda, es decir, sin un acólito ó monaguillo de la iglesia, muchacho guapo y algo alocado que tendría unos once años de edad, el cual se indignó de que aquel animalucho durmiera tranquilamente en lugar sagrado, manchando el hermoso vestido de una señora, que él tenía en particular aprecio. Así fué que cogió al perro por el cerviguillo, llevósele á la entrada del templo, y sin encomendarse á Dios ni al diablo, zambulló á éste en una pila de agua bendita que hay allí.

El mayor tormento para el diablo es el de que le pongan en contacto con el agua de una piscina bendecida; experimenta más dolor físico que el del gato escaldado, y además una angustia moral imposible de expresar. El diablo, pues, metido en la pila, que era grande, honda y llena de agua hasta el borde, comenzó á aullar é intentó salir de aquel baño para él infernal; consiguiólo con trabajo, porque se escurría en la piedra lisa, y cuando se vió en el suelo, salió de la iglesia, atravesó la Rambla corriendo como perro con maza y metióse por la calle del Dormitorio de San Francisco. Volvió al infierno en su forma perruna, pues *sólo en el infierno puede el diablo transformado recobrar su figura de príncipe de las tinieblas.* Pero ¡cómo llegó á sus dominios! Con el cuerpo plagado de llagas leprosas, que se reprodujeron en su cuerpo de demonio. Bramaba de dolor, y hasta dió lástima á los por él condenados. Auxilióle Kibbas, su bufón y ayuda de cámara, y Kabbas, que es el médico del infierno, le hizo las primeras curas. Pasó un mes delirando de sufrimiento, y ya más sosegado, pudo pensar. Pensó en su mala aventura, en el monaguillo de Santa Mónica, su verdugo, y en la señora, causa inconsciente de aquélla; y juró vengarse de ellos.

Preocupábale una idea.

Dios abarca con su mirada todo el universo, mas el poder del diablo es limitado. Para conocer á las personas necesita verlas, si bien una vez vistas, sabe quiénes son, su historia, sus pensamientos y el sitio en donde están. Así, pues, Satanás sabía que la hermosa devota llamábase mistris Gorris Morton, y el monaguillo Vicente; sabía que éste hallábase en compañía de aquélla, que ambos habían estado en Londres, Nápoles y Venecia; pero en su memoria había vacíos, y les perdía de vista durante largos intervalos de tiempo.

¿Cómo explicarse esto?

Sufría de incertidumbre, como Hámlet en su monólogo, porque su idea de venganza llegó á ser en él una obsesión permanente, é impulsado por ella, dejó el infierno, aún no bien cerradas sus llagas, y se trasladó á Barcelona.

Tenía un plan.

Espió la iglesia de Santa Mónica, pero sin entrar en ella. Habían transcurrido cinco meses desde su baño en la pililla, y mediaba el de julio. Hacía, pues, mucho calor, y el sacristán y los dos monaguillos de la iglesia salían cuando podían á la puerta para respirar el aire del mar. El diablo fijóse bien en el sacristán; esperó hasta el mediodía, hora en que cerraban la iglesia, y le vió salir de ella, sin ropa talar, por supuesto.

II

El sacristán atravesó la Rambla limpiándose el sudor y se sentó en un puesto de bebidas que hay allí al aire libre, entoldado por una cortina de lona. El diablo, en forma de lugareño, hizo lo propio, se sentó en un velador próximo al que ocupaba el sacristán, sacó una petaca y le ofreció un cigarro, después de pedir un refresco de sidra.

Con este motivo se entabló el siguiente diálogo:

– Paréceme, buen amigo, que conozco á usted. ¿Usted es el sacristán de Santa Mónica?

– Para servir á usted.

– ¿Sigue en la iglesia un muchachuelo muy guapo y muy listo llamado Vicente?

– ¿Vicentillo? ¡Cá!, no, señor; su tía y él se marcharon por el mes de marzo.

– ¿Tiene una tía?

– Sí, señor; doña Virtudes, una señora muy buena y de mucho talento. Estaba agregada á la iglesia, y era nuestra Providencia, porque nos lo hacía todo. Las señoras parroquianas estaban encantadas de ella, por la finura con que las atendía y servía los ruedos.

– ¿Y por qué se fueron Vicente y su tía?

– Casualidades del mundo; se los llevó una señora extranjera, que dicen que tiene millones de duros. Pasó el invierno anterior en Barcelona, asistía todos los días á la misa de diez, simpatizó con doña Virtudes y Vicentillo, y se los llevó por marzo, como ya he dicho. En la iglesia todos lo hemos sentido mucho, porque servían á cual mejor, y eso que el muchacho era algo travieso; había aprendido prime-

ras letras en la escuela de la Barceloneta, adonde suelen ir chicos franceses, y éstos le enseñaron picardías de los pilluelos de París. Un día que estaba algo peneque, porque era el cumpleaños del señor cura, que nos obsequió con vino y salchichón, Vicentillo cogió un perro que se había entrado en la iglesia, y le zambulló en la pila del agua bendita...

El diablo se estremeció é interrumpió al sacristán preguntándole:

—¿Y dónde están?

—No hemos vuelto á saber de ellos, pero deben de estar bien, porque como dice en el Quijote

«Al que á buen árbol se arri
Buena sombra le cobi.»

Marchóse el sacristán, dejando á Satanás sumamente caviloso. Lo que había oído era claro y preciso; pero resultaba que no obstante sus especiales privilegios, hacía dos meses que él nada sabía de mistris Gorris ni del aborrecido ex monaguillo. Preocupado con esta idea, se trasladó desde Barcelona á Viena bajo la figura de un viajante de comercio, porque en la capital de Austria tenía que influir para que se suicidara un príncipe, sin saber por qué. Cumplida su infernal misión, dedicóse á ver la ciudad detenidamente, y una mañana, al desembocar en el paseo del Prater, llamó su atención un puesto de libros y de estampas. Aproximóse, pues era muy curioso, y en una hoja abierta de un álbum inglés vió un buque dibujado en colores, y leyendo el epígrafe que estaba debajo, dió un grito de sorpresa.

El epígrafe decía: «*Orión*, yate de mistris Gorris Morton.»

Entró en el puesto, compró el álbum y le examinó, sentado en un banco del paseo. Estaba impreso en mayo de 1880, y era una reseña de embarcaciones célebres, que estaban pintadas en una hoja sí y otra no, y en las hojas intermedias la explicación referente á cada una.

Miró el yate, que le interesaba con prolija atención; era de regulares dimensiones, y tenía la obra muerta pintada de encarnado, y de blanco sus dos chimeneas. En la hoja siguiente leyó la reseña, en la que después de especificar las condiciones marineras del buque, decía: «Este yate, mandado construir por Mr. Jacson, banquero de la *City*, pasó á ser propiedad de mistris Gorris Morton, en mayo del presente año. Desde entonces navega en él, con la particularidad ó rareza de que nunca desembarca, lo cual prueba su afición al mar.»

El diablo se dió una palmada en la frente; había resuelto el problema que tanto le preocupaba. *Porque Satanás no tiene influencia en el mar, pierde en él su presciencia, se ocultan á su memoria las personas que por él navegan. Si alguna vez le surcase se vería reducido á las condiciones de un simple mortal. Algunos genesíacas, comentando la frase bíblica, de que antes de la creación Spiritus Dei ferebatur super aquas, creen que éstas han sido increadas y que tal vez por esta asimilación con la divinidad, el Ser Supremo ha substraído al mar del funesto poder del demonio.*

El diablo sabía todo esto, y se dijo á sí propio sarcásticamente:

«¡Ah! ¿Conque mistris Gorris nunca desembarca? Pues bien: puesto que la montaña no viene á mí, yo iré á la montaña, según ha dicho mi amigo y cómplice Mahoma.»

Y como lo dijo lo hizo. Compró en Génova, donde suele haber buques de venta, un gran vapor de tres chimeneas, hizo que le pusieran un gran espolón de acero, como aún se estilaba en las construcciones naúticas, le tripuló á su gusto con gente desaforada, metióse en él y adoptó para navegar un traje especial, que se componía de un sombrero de fieltro verde y cazadora y pantalón del mismo color. Entendía poco de mar, pero sí lo suficiente para dirigir un barco, y aunque había piloto á bordo, gustábale sentarse á la caña del timón y explorar el mar con un anteojo de gran potencia. Era muy conocido en ambos mares y en los puertos, y en atención á su traje le apodaban *el piloto verde*. Se le suponía un millonario de la 5.ª Avenida de Nueva York apasionado del mar. No siempre estaba embarcado, porque su perversa misión le retenía largas temporadas en tierra; mas así que podía, volvía á su buque. Su deseo de vengarse del ex monaguillo y de mistris Gorris degeneró en locura; y como pasaban días y meses sin encontrar al yate perseguido, *Satanás estaba dado al diablo*, según expresión de Manuel Fernández y González.



... impulsado como por un torbellino, llegó á la montaña

III

Sepamos ahora lo que había sido de las personas á quienes el diablo distinguía con su odio. Las cosas habían pasado tal y como las había referido el sacristán de Santa Mónica.

Mistris Gorris, prendada del talento y finura de doña Virtudes y del despejo de su sobrino, llevóselos consigo cuando se fué de Barcelona.

Era aquélla irlandesa, católica y viuda de un mercader de diamantes, que había hecho en la India inglesa una fortuna avalorada en siete millones de libras esterlinas. Aunque joven y hermosa, no sentía inclinación á devaneos amorosos, y sí sólo á la vida retraída y tranquila. El mar constituía su única pasión; así fué que pasado el luto de la viudez é inmediatamente después de dejar Barcelona, compró en Londres el yate ya mencionado, escogió una tripulación de gente honrada y embarcóse en él, acompañada de doña Virtudes y de Vicentillo. Navegaba siempre costeando, y al principio desembarcaba alguna vez en poblaciones ó sitios notables; pero transcurrido algún tiempo, doña Virtudes le dijo: «Conviene que no salgamos del mar,» dándole explicaciones que la convencieron. A bordo del yate se hacía una vida apacible: mistris Gorris era indolente, y sólo tenía de mundana su cuidado en vestirse y acicalarse. Vicentillo era su lector, y le leía libros de viajes, novelas y poesías; doña Virtudes la encantaba con su conversación; así era que la buena señora estaba en su buque tan satisfecha como el pez en el agua. Ambas señoras eran muy cristianas. Había en el yate un oratorio con dos altarcitos, uno del Crucificado, el otro de la Virgen de la Concepción; y mistris Gorris rezaba por la mañana y á la hora del *Angelus*. Pero doña Virtudes compartía su existencia entre la oración y el estudio. Su camarote estaba lleno de libros y mapas, y yo supongo que estas cualidades reunidas hiciéronle adquirir un don de que más adelante se enterará el lector. Un mes después de navegar sintió un ligero ataque de reuma en las piernas, y más preocupada de lo que parecía natural, tuvo una larga conferencia con mistris Gorris, de lo cual resultó una cosa inaudita; el yate fondeó en los astilleros de Glascow, la señora irlandesa llamó precipitadamente á uno de los dos administradores de su fortuna, que residía en Londres, y se puso de acuerdo con él. Hecho esto, alquiló un *Slop* y se trasladó á él con toda su tripulación. El *Orión* entró en dique: acudieron una nube de artífices y operarios, y trabajando día y noche despojaron al yate de todo su herraje, que era igual al de todos los buques, y le pusieron otro de oro. Sí, amigo lector, de oro, como no le ha tenido embarcación alguna en el mundo. No quedó en el *Orión* ni un átomo de otro metal. Verificado el cambio, mistris Gorris, doña Virtudes, Vicentillo y todos los tripulantes volvieron á embarcarse en el yate.

Pero me temo que los lectores, si los tengo y les interesa algo este relato, le encuentren un tanto obscuro; así, pues, voy á aclararle un poco. He dicho antes que doña Virtudes, tal vez á fuerza de rezar y estudiar, había adquirido un don, don extraordinario, cual era el de la segunda vista ó adivinación. En consecuencia, pues, adivinó las vengativas ideas del diablo, y por esto aconsejó á mistris Gorris la constante permanencia en el mar. Posteriormente, cuando aquél comenzó á navegar, la inteligente señora marcaba siempre la dirección del buque. Sabía, como Satanás, que encontrar en el mar una embarcación que no tiene derrotero ni puerto fijos, era casi tan difícil como hallar á una rata en Londres ó París; pero temía á la casualidad, en la que confiaba el demonio. En efecto, la casualidad hizo que en dos ocasiones, una en el golfo de Nápoles y otra á la entrada del Estrecho de Gibraltar, se hallaran los buques perseguido y perseguidor, próximo uno al otro. Pero doña Virtudes lo adivinó, y haciendo variar el rumbo, resultó *fuera de cacho*, como dicen los tauromacos. Poco después aquejóla el primer ataque de reuma, lo cual la sobresaltó, puesto que en caso de enfermedad no podría dar órdenes tan claras y precisas como exigía el peligro cercano. Así, pues, su alta inteligencia é instrucción la inspiraron un nuevo recurso de defensa, y esto motivó el extraño cambio del herraje del yate, cambio que fué considerado como capricho de una histérica millonaria.

¿Cuál fué la causa de este cambio?

Pronto lo sabrá el lector.

No engañó su previsión á doña Virtudes; el reuma, de que estaba casi curada, se reprodujo con más incremento, quedándose casi baldada de brazos y piernas. Era reuma articular, y el médico de á bordo la prescribió que guardase cama, pues el aire húmedo le era muy nocivo. Ella resistió cuanto pudo levantada, hasta que acosada por los ruegos de mistris Gorris, de Vicentillo y de toda la tripulación accedió á los deseos de todos. Pero antes de meterse en la cama dictó muchas disposiciones. Hizo que el yate, que estaba en la costa de Méjico, se abasteciese de combustible y víveres para tres meses; luego llamó al piloto y al contramaestre y les dijo:

—Desde aquí, y á todo vapor, hagan ustedes rumbo para el mar de la China...

—¿Para el mar de la China?

—Sí, para el mar de la China. Sé que es peligroso, pero ahora es el mejor tiempo; además es preciso. Ya en ese mar, se internan ustedes en dirección al Norte, hasta que vean una altísima montaña. ¿Conoce usted el Himalaya?, preguntó al piloto.

—Yo le he visto, contestó el contramaestre.

—Pues bien, repuso doña Virtudes, la montaña á que aludo tiene tanta base y es casi tan alta como el Himalaya, con estribaciones que se prolongan en el mar cerca de una milla; por lo cual procurarán no aproximarse á ella en doble distancia.

—Está bien.

—Lo demás es sencillo; hasta que yo disponga otra cosa, costean ustedes incesantemente la montaña, anclando cuando lo disponga mistris Gorris. Es necesario, pues, que no nos separemos de esa montaña mientras yo esté enferma.

Ambos marinos, que no tenían noticia de la gran eminencia mencionada, hallaron algo extrañas las órdenes de doña Virtudes, pero estaban acostumbrados á obedecerla ciegamente, por repetidas advertencias de la señora del buque. Entraron en el mar de la China, que estaba tranquilo como una balsa de aceite; siguieron la dirección marcada, y

después de internarse muchas millas, vieron la montaña indicada, que les asombró. Era, en efecto, colosal y tan tersa que parecía hecha de pizarra. Mistris Gorris, que estaba en el secreto, les mandó acortar la marcha, y el yate comenzó á bogar en derredor de la eminencia, anclando á veces horas y aun días, con algún aburrimiento de Vicentillo en aquel mar en donde no se veían ni costas ni buques.

Así se pasaron dos meses. Doña Virtudes iba aliviándose poco á poco. Cedió el reuma hasta el punto que le permitió dejar la cama, y algo después subir con muletas sobre cubierta. Una mañana se hallaba en ésta, sentada bajo la toldilla, mirando hacia el horizonte con un anteojo. De repente se puso de pie, llamó á gritos al piloto, que estaba en un pañol, y exclamó:

– ¡Pronto, Olao, vire usted á estribor y deténgase á la media milla!

Luego, apoyándose en las muletas, acercóse á una escotilla, y gritó:

– ¡Señora, señora, suba usted así que pueda!

Momentos después presentóse sobre cubierta mistris Gorris, envuelta en una bata de casimir y á medio peinar.

– ¿Qué sucede?, dijo. ¿Por qué me llama usted?

– Porque ya está ahí, contestó doña Virtudes señalando al mar.

La señora irlandesa palideció, y tomando un anteojo miró en la dirección que doña Virtudes.

El piloto, el contramaestre, Vicentillo y una parte de la tripulación hicieron lo mismo; aunque no sabían qué, comprendían que iba á pasar algo extraordinario. En la zona norte de la lontananza marina vieron un punto negro que avanzaba con rapidez. Tomó cuerpo; era un vapor de tres chimeneas; el lector habrá adivinado que era el del diablo. *El piloto verde* había ya surcado todos los mares y ríos en los que le permitía entrar el calado de su buque. Sólo le faltaba explorar el mar de la China, como última esperanza de dar cima á su vengativa empresa. Satanás era obstinado; cuanto más dificultad en hallarlos, tanto más se aumentaba su encono contra las personas que habían sido causa de sus padecimientos de cinco meses. Engolfóse, pues, en el mar de la China y llegó á una latitud adonde pocos llegan, ó porque conocen el peligro, ó por ser inútil para la navegación. El vapor diabólico bogaba á toda máquina, y ¡cosa rara!, aumentó su velocidad por causa desconocida. A poco distinguieron una montaña de la que no tenían conocimiento, ni el diablo, casi nulo en marina, ni la tripulación de su buque, más desalmada que inteligente. Preocupóles la rapidez con que se dirigían hacia ella en línea recta. Presintiendo un peligro, quisieron variar el rumbo; en vano: el buque no obedecía al timón, y con la velocidad de un proyectil y como impulsado por un huracán, aproximábase á la inmensa mole que ya distintamente percibían.

Satanás estaba atónito y la tripulación asombrada y temerosa. Si hubieran sido tan sabios como doña Virtudes, no habrían ignorado que aquella eminencia, aborto y prodigio de la naturaleza, era una montaña de imán, cuya fuerza magnética atraía al herraje de su buque, y que las pocas embarcaciones que se habían acercado á distancia de algunas millas, por la misma causa quedáronse clavadas en ella como alfileres en un acerico. Por esto el *Orión*, el yate de mistris Gorris, en el que no había más metal que oro, sobre el cual no ejerce el imán influencia alguna, bordeaba tranquilo en derredor de aquel temible gigante.

El vapor del Piloto verde sufrió la contingencia general; impulsado como por un torbellino, llegó á la montaña y quedóse incrustado en ella por su gran espolón de acero. El choque fué terrible, los tripulantes cayeronse todos sobre cubierta, más ó menos maltrechos, y el mismo Satanás se hizo una profunda herida en la cabeza chocando con la puertecilla de un pañol. Se repuso y miró hacia todas partes, profiriendo una serie de blasfemias. Vió su buque adherido á aquella inmensa mole como un pulpo á una roca, á la mayor parte de su tripulación herida ó contusa, y la cubierta sembrada de tablas, planchas, espeques y relingas, porque el vapor estaba casi deshecho. Tomó un anteojo y exploró el mar para ver si divisaba algún buque, y vió... vió uno anclado á media milla de distancia, un yate con la obra muerta pintada de rojo, y las chimeneas blancas, tal como le había visto en el álbum comprado en Viena... Sí, aquel era el yate odiado y perseguido con tanto tesón inútilmente. Y para que no le quedase duda, vió á toda la tripulación agolpada á la proa, detrás de tres personas que se destacaban en primer término: dos mujeres y un muchacho. Y aquel muchacho era Vicente, el execrado monaguillo de Santa Mónica, que habíale hecho estar leproso durante cinco meses y arrostrar los peligros del mar, que le condujeron á aquel trance de perdición. Entonces maldijo su imprevisión de no haber puesto cañones á su buque para echar á pique al buque enemigo, ya que no podía apresarle; pero si los hubiera tenido, doña Virtudes no estaría tan tranquila asestándole su anteojo.

Satanás sintió que le invadía el cerebro una ola de bilis y de sangre, cuando para colmo de su rabia impotente, vió al ex monaguillo, que subido á la borda, puso junto á la nariz sus dos manos extendidas haciéndole un *pied de nez*, mueca de pillo parisiense, que en castellano tiene un nombre que no quiero consignar.

El réprobo, entonces, dió una vuelta como el que recibe un balazo en la cabeza, extendió hacia el yate los brazos con los puños cerrados, y desde la popa, que rebasaba de la montaña, se arrojó de bruces al mar. Por esto dije al empezar mi narración que «La Redención de Satán,» de Víctor Hugo, es sólo fantasía poética. Satanás tuvo en el Océano una tumba inmensa, digna de él.

Pero consuélense las gentes de mala voluntad: si el diablo ha muerto en el mar, aún quedan muchos en la tierra.

F. MORENO GODINO.

(Dibujos de Triadó.)

* * *

NUEVO BOTE SALVAVIDAS INSUMERGIBLE. – Recientemente se han practicado en Dover interesantes é importantes pruebas del ingenioso aparato ó bote salvavidas que el adjunto grabado reproduce y que ha sido inventado por el capitán noruego Donvig.



Nuevo bote salvavidas insumergible inventado por el capitán noruego Donvig

Consiste el antedicho aparato en un pequeño barco de forma esférica de unos ocho pies de diámetro, en cuyo interior pueden sentarse veinte personas, y los medios para proporcionarles aire, cuando estén encerradas dentro del bote, están muy bien pensados y son eminentemente prácticos.

La embarcación puede contener víveres para treinta días y tiene un piso de doble fondo dividido en cuatro depósitos para agua potable: esta agua sirve de lastre, y á medida que se va consumiendo la de cada depósito, puede ser substituída con agua de mar que se introduce por medio de una bomba.



Nueva máquina para volar inventada por Emiliano Marceau

Por su construcción especial no puede ser arrastrado al fondo del mar por un buque náufrago, como sucede con otros botes salvavidas, por ser este bote absolutamente insumergible.

Las pruebas á que al principio nos referimos fueron presenciadas por gran número de expertos marinos y dieron un resultado en extremo satisfactorio.

* * *

NUEVA MÁQUINA PARA VOLAR. – La conquista del aire ha sido uno de los grandes problemas que no ha podido resolver el siglo XIX, á pesar de las tentativas numerosas que durante el mismo se han realizado con éxito más ó menos satisfactorio, pero ninguno completo.

Lo que al más insignificante pajarillo, al más miserable insecto alado, le es dado realizar con los medios de que le ha dotado la naturaleza, resulta inaccesible á la inteligencia humana y á los poderosos recursos que el estudio y la razón han puesto á la disposición del hombre.

El problema de la navegación aérea debe de tener un atractivo especial para los inventores, porque siendo de aquellos cuya solución importa grandes dispendios y entraña gravísimos peligros, no han faltado nunca hombres de ciencia ó aficionados que haciendo el sacrificio de su fortuna y aun de su vida en muchos casos, no han escarmentado en cabeza ajena. es decir, en los fracasos y desgraciados accidentes de sus predecesores, y tras un ensayo ha venido otro y otros, sin que, no obstante los adelantos técnicos y científicos, pueda hasta ahora decirse que se ha dado con la suspirada máquina perfecta.

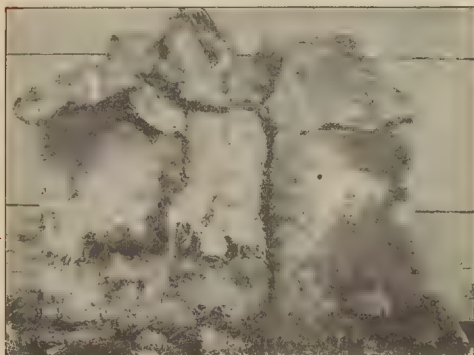
Por dos distintos caminos han ido los inventores para hallar la solución al problema. Unos buscan la dirección de los globos tomando á éstos como buques gobernables mediante hélices y timones que empujan y guían á los aeróstatos, aun contra las corrientes aéreas; sus aparatos son, pues, únicamente de propulsión y de dirección. Otros, considerando más fácil obra la de imitar á la naturaleza, inspíranse en la estructura de las aves, y el mecanismo de sus máquinas consiste esencialmente en dos ó más alas que elevan, impulsan y dirigen el armazón á que van fijadas y en el que se coloca el aeronauta.

¿Cuál de estos dos sistemas es más lógico? En teoría los dos encierran elementos suficientes para resolver el problema, y en cuanto á la práctica, allá se van los éxitos que cada uno de ellos puede poner en su Haber y los fracasos que puede inscribir en su Debe. Hállanse, por consiguiente, en igualdad de condiciones. Sobre el papel, los números, los cálculos matemáticos y la aplicación teórica de las leyes físicas, dan la razón á los dos; pero cuando se trata de llevar á la realidad lo estudiado y calculado, ambos tropiezan con iguales ó análogas dificultades, y en resumidas cuentas ninguno de ellos puede adjudicarse la victoria definitiva.

¿Será más afortunado que sus predecesores Emiliano Marceau, el canadiense inventor de la máquina para volar que adjunta reproducimos? A dar crédito á sus afirmaciones, él ha resuelto el problema de la navegación aérea; pero son tantos los que han asegurado lo mismo sin que los hechos correspondieran á las palabras, que en éste como en tantos otros casos, están más que justificadas la desconfianza y la duda. – R.

EL CULTIVO DE LAS SETAS

El cultivo de las setas en grande escala comprende varias operaciones: la preparación del estiércol, la disposición de éste en capas, el lardaje, los riegos y la recolección.



Estiércol preparado para el cultivo de las setas

La elección y preparación del mantillo tiene una importancia considerable en este cultivo; el estiércol para este objeto más á propósito es el de los animales de trabajo alimentados con avena, cebada ú otros alimentos secos, como el de las mulas y asnos, y luego el del ganado lanar y el de los conejos. De todos modos, el estiércol debe sufrir la fermentación antes de dedicarse á este cultivo. Para esto se le coloca en cajas de un metro de anchura próximamente; se riega ligeramente; se dividen las masas grandes en fragmentos pequeños, á fin de que se humedezca por igual, y se separan las pajas y los cuerpos extraños. Después se apisona hasta reducirlo á la quinta parte de su altura, y se abandona á sí mismo para que la fermentación eleve su temperatura. Repetidas varias veces estas operaciones, cuando al cabo de seis ú ocho días ha perdido el estiércol su olor primitivo y toda la masa presenta un color pardo obscuro, vuelven á practicarse aquéllas por última vez, y tres ó cuatro días después queda definitivamente dispuesto: entonces el estiércol tiene una temperatura de 60 á 70° al revolverlo y de 45 á 50° algunas horas después de haberlo removido, y ofrece al tacto la impresión de una untuosidad.



Preparación del terreno para el cultivo de las setas al aire libre



Cultivo de las setas en fosos



Cultivo de las setas en barriles de cemento

Después de esto, se procede á disponer el estiércol en capas sobre el fondo de las galerías ó grutas, teniendo en cuenta que las mejores para el cultivo de las setas son las profundas, con techo elevado, frescas y en las que fácilmente pueda establecerse la circulación del aire. Una vez elegido el local, se trazan sobre el suelo platabandas de 50 á 60 centímetros de anchura, cuya área se limpia cuidadosamente, y se recubre de una ligera capa de estiércol preparado, que se procurará tenga un espesor uniforme: para esto se toma el mantillo con la mano y se desmenuza dejándolo caer sobre el suelo. Encima de esta primera capa se depositan otras, hasta que la platabanda adquiera una altura de 45 á 55 centímetros, pero estrechando cada una de ellas de modo que el conjunto forme un lomo ó caballete suave sobre el cual se pueda depositar por último una delgada capa de tierra.

Terminada la formación del caballete, se peina la superficie alisándola y quitándole todas las pajas salientes hasta dejarla completamente lisa.

La instalación puede hacerse también al aire libre, y en este caso se procurará que el terreno sea húmedo y sombrío, fresco para los cultivos de verano y expuesto al Mediodía para los de invierno; pero siempre será preferible cultivar bajo techado, pues en las instalaciones descubiertas los vientos secos ó las lluvias pertinaces producen daños de consideración.

Dispuestos los caballetes, se procede á sembrar en ellos los trozos de *blanco de seta* procedentes de otros cultivos ó recogidos directamente en el campo: este blanco de seta no es otra cosa que el micelio de la especie correspondiente, constituído por filamentos tenues, esponjosos, de color blanco con reflejos azulados. Estos filamentos se extienden por el estiércol formando cuerpo con él, y se pueden recoger en los campos en donde abundan las setas de las especies *Psalliota campestris*, *nivea* y otras de este mismo género, que son las que generalmente se cultivan; pero esto ofrece el inconveniente de que tales filamentos van á veces mezclados con micelios de otras especies peligrosas, razón por la cual son preferidos los obtenidos en otros cultivos, sobre todo el llamado *blanco virgen*, ó sea el micelio que aún no ha fructificado.

Para la siembra, los fragmentos de blanco se dividen en pedazos de unos siete centímetros de longitud por cinco de anchura y tres de grueso, los cuales se entierran en el mantillo formando dos ó tres filas en cada lado del caballete y dejando entre uno y otro distancias de 20 centímetros. Esta siembra se hace á mano y á una profundidad de unos cuatro centímetros, colocando otra vez encima el mantillo extraído de cada hoyito y comprimiéndolo ligeramente. Si el estiércol estuviera demasiado caliente, se dejarán descubiertos, recubriéndolos al cabo de algunos días.

Ocho ó diez días después de la siembra los filamentos se presentan en tal cantidad que los flancos de los caballetes aparecen de color blanquecino con reflejos azulados, y entonces deben recubrirse de una capa de tierra de unos dos centímetros de espesor, operación imprescindible y para la cual, aunque pueden servir toda clase de tierras, se recomiendan especialmente las margas viejas algo salitrosas, previamente pulverizadas y tamizadas. Formada la capa de tierra debe humedecerse hasta que los dedos puedan dejar impresión en ella. De cuando en cuando deben repetirse los riegos, cuya necesidad se conoce en el color blanco de la tierra y en las grietas que aparecen en su superficie.

Si el cultivo se hace en grutas ó cuevas, conviene favorecer la ventilación, si bien procurando que ésta no produzca una baja muy sensible en la temperatura.

También se cultivan las setas en fosos, los cuales tendrán 1'60 metros de anchura por 0'70 de profundidad: en estos fosos, cuyas paredes laterales han de ser de ladrillos, se dispone el mantillo en la misma forma antes indicada.

Sirven asimismo para este cultivo los barriles de cemento vacíos, que se colocan horizontalmente y unos encima de otros, depositándose en ellos una capa de mantillo.

Cinco ó seis semanas después de la siembra, comienzan á aparecer las setas, siendo conveniente recogerlas antes de que el sombrerillo se abra por completo y cuando sólo tienen cinco ó seis centímetros de diámetro, por ser el momento en que aparecen más tiernas y perfumadas. Después, las laminillas de la cara inferior del sombrerillo pasan del color primitivamente rosado al pardo y al negruzco, y entonces, sin ser verdaderamente peligrosas las setas que se encuentran en este estado, son de digestión difícil.

En la recolección, no se deben arrancar las setas porque es muy fácil entonces desarraigar las que crecen alrededor de ellas, y lo mejor es desprenderlas retorciendo bruscamente el pedicelo, tirando al mismo tiempo con precaución y volviendo á cubrir con la misma tierra los hoyos que se hayan formado por los desprendimientos de las setas recolectadas. – M.



Muestra reducida de las láminas que ilustran la novela de René Bazin «UNA MANCHA DE TINTA»

BIBLIOTECA UNIVERSAL.-SERIE PARA 1903

HOMENAJE AL POETA D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Se repartirá una lujosísima edición tamaño gran folio de las **DOLORAS**, de Campoamor, ilustrada con las celebradas viñetas de los reputados artistas José L. Pellicer y José Sala, y veintiséis láminas en colores, copias de otros tantos cuadros del notable pintor D. José María Tamburini, ejecutados expresamente para esta edición.

UNA MANCHA DE TINTA

NOVELA ORIGINAL DE RENÉ BAZIN

PREMIADA POR LA ACADEMIA FRANCESA

Edición ilustrada con 25 láminas dibujadas por D'André Brouillet

Notable obra que se publicará en la **BIBLIOTECA UNIVERSAL**, *serie de 1903, y que en Francia se ha publicado en* ediciones de bibliófilos, *costando 50 francos cada ejemplar*

Es esta una obra bellísima bajo todos conceptos: su argumento es delicado é interesante; su acción se desenvuelve natural y lógicamente; sus personajes son figuras arrancadas de la realidad, tipos admirablemente observados, que se mueven, sienten y hablan como los de la vida real; el asunto es moral en la forma y en el fondo, y el estilo del libro tiene toda la sencilla galanura que caracteriza á su autor. Su lectura cautiva desde el primer momento y su interés no decae ni un instante, pudiendo decirse de ella que es una verdadera joya literaria digna de la altísima distinción que de la Academia Francesa ha merecido y del éxito extraordinario con que su publicación ha sido acogido en Francia.



El PUSH-BALL, nuevo deporte americano, dibujo del natural de Jorge Sodar

Imp. de Montaner y Simón

INDICE

DEL TEXTO CONTENIDO EN EL TOMO XXI DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ARTICULOS FIRMADOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

VARIOS

(POR ORDEN DE LAS FECHAS DE SU PUBLICACIÓN)

NOVELAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN EL TOMO XXI DE LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA

ACTUALIDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS TÍTULOS)

BELLAS ARTES

ARQUITECTURA, ESCULTURA, PINTURA, DIBUJO

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS AUTORES)

RETRATOS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE SUS NOMBRES.)

VARIEDADES

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS TÍTULOS DE LOS GRABADOS)

NOVELAS ILUSTRADAS

(POR ORDEN ALFABÉTICO DE LOS ARTISTAS DIBUJANTES)

